

GRAN DICCIONARIO TAURÓMACO

COMPRENDE

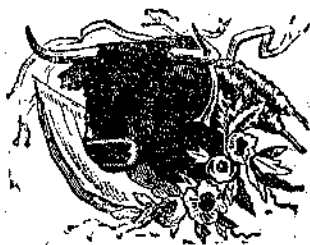
TODAS LAS VOCES TÉCNICAS CONOCIDAS EN EL ARTE; ORIGEN, HISTORIA,
INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, DEFENSA Y UTILIDAD DE LAS CORRIDAS DE TOROS; EXPLICACION DETALLADA
DEL MODO DE EJECUTAR CUANTAS SUERTES ANTIGUAS Y MODERNAS SE CONOCEN, LO CUAL CONSTITUYE EL MÁS EXTENSO

ARTE DE TOREAR

TANTO Á PIÉ COMO A CABALLO, QUE SE HA ESCRITO HASTA EL DÍA; BIOGRAFÍAS, SEMBLANZAS, BOCETOS Y RESEÑAS
DE ESCRITORES, ARTISTAS, LIDIADORES Y OTRAS PERSONAS QUE CON SUS TALENTOS, INFLUENCIAS
Ó DE CUALQUIERA MANERA HAN CONTRIBUIDO AL FOMENTO DE NUESTRA FIESTA NACIONAL;
GANADERÍAS, HIERROS, DIVISAS, PLAZAS, INSTRUMENTOS DE TOREO
ETCÉTERA, ETCÉTERA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA POR SU AUTOR

J. Sánchez de Neira



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, CALLE DEL MARQUÉS DE SANTA ANA, NUM 20

Teléfono número 531

1896

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Primera parte

INTRODUCCIÓN



THOMAS G. CHURCH

Portrait by JACQUES-A. MATHIS

Joëlle de Neirp



AL QUE LEYERE:

CUANDO en 1879 di al público la primera edición de este libro, manifesté claramente en un preámbulo, que lo hacía obligado, en cierto modo, por varios amigos aficionados á la fiesta española, que supusieron en mí, con relación al arte de torear, su historia y sus derivaciones, conocimientos más extensos de los que real-

mente poseo; y añadí los párrafos siguientes para explicar el plan que me proponía seguir en la estructura de la obra:

«Mucho tiempo resistí dichas excitaciones amigables; pero la insistencia fué cada vez mayor. Conocí la utilidad y aun la necesidad de una obra de esta clase, que no tiene igual hasta ahora; aproveché algunos ratos libres de otros trabajos, y me ocupé en escribirla en la forma que la presento.

«No sé si agradará, que es mi deseo: tengo, sin embargo, gran confianza en que así suceda, porque la índole y forma especial de la obra han de hacer que se consulte y tenga á mano con frecuencia por los que de toros hablen.

«Los curiosos y amigos de saber de todo, aunque la función favorita de los españoles no sea de su mayor agrado, también encontrarán aquí algo que les entretenga, ó al menos que satisfaga su curiosidad, si hojeando estas páginas buscan noticias antiguas ó modernas, ó datos históricos, estadísticos, biográficos ó de otra clase que consultar.

«Y dicho esto, explicaré el pensamiento que me ha guiado al escribir el libro.

«Es cosa demasiado sabida que un gran número de personas, al leer las revistas ó descripciones de nuestras fiestas de toros que se publican por la prensa periódica, no entiende muchas veces el verdadero significado de las palabras técnicas que el uso ha autorizado, pero que la Academia no ha admitido como castizas y puramente castellanas. Muchas de ellas, sin embargo, podrían aceptarse sin escrúpulo: algunas que el Diccionario de la lengua comprende, están definidas de distinto modo al en que las entiende el aficionado; y las más, aunque muy usadas é indispensables ya para entenderse, únicamente deben figurar en un *Diccionario especial*, puesto que pueden llamarse convencionales. Resulta de esto que el lector, ó se cansa y se aborrece cuando no comprende bien lo que lee, ó se burla de las palabras ininteligibles para él; y más de una vez la interpretación de una frase ha promovido cuestiones, que han sido dirimidas por aficionados antiguos, no siempre unánimes en la definición de aquellas, porque suele variar en algo, según el dialecto particular de cada provincia.

«Para remediar esto, hasta donde sea posible, va encaminada gran parte de esta obra, que facilitará á todos el significado exacto del tecnicismo taurómico, según la opinión de los más reputados inteligentes, con cuya amistad me he honrado, ya que ninguno de los escritores que se han ocupado de nuestra diversión nacional, ha acometido esta empresa con la extensión que merece.

«Pero ya una vez emprendidos los trabajos para esta publicación, no debía limitarme á lo referido, porque además de la conveniencia de decir algo sobre el origen, vicisitudes é influencia de las corridas de toros en las costumbres españolas, es ya necesario é indispensable un *arte de torear*. He acometido esta difícil empresa, describiendo todas las suertes del toreo, con arreglo á lo que he visto en más de cincuenta años de observación y consultado con personas competentes, sin apartarme de lo preceptuado por los grandes maestros, si bien aumentando las reglas que el moderno toreo exige para las nuevas suertes inventadas.

«Creí también oportuno hacer detallada mención de las diversas castas de toros más conocidas en España, condiciones precisas para su lidia, toros célebres y sus divisas, y enumerar las personas más notables que en bellas artes ó por cualquier otro

medio han contribuido con sus talentos á ensalzar ó acrecentar directa ó indirectamente la afición al espectáculo más agradable al pueblo español; porque, francamente, hay que confesarlo: sin el apoyo que de un modo ú otro ha recibido el arte, de personas que han comprendido la necesidad de proteger en todo pueblo la diversión á que más se inclina, ni aquél se hubiera elevado tanto perfeccionándose, ni pasaría de cosa admitida en fiestas de segundo orden, si la lidia hubiese continuado siendo lo que fué en su origen.

»Como complemento, y conociendo el interés que siempre despiertan las hazañas de los que más se han distinguido en las lides taurinas, he incluido extensos apuntes biográficos de los caballeros y toreros, tanto de á pié como de á caballo, que se han conocido desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. En este punto, puedo decir con seguridad que ninguna de las obras publicadas contiene tantos nombres de lidiadores como la presente; y eso que es muy posible que algunos, si bien pocos, hayan sido olvidados por su escasa importancia, pasajera vida pública, ó por la dificultad de reunir datos.

»Fácilmente se comprende que, además de varias noticias y documentos de mi propiedad, y aun de la de algunos amigos y antiguos aficionados, á quienes mucho agradezco lo que me han ilustrado, he tenido á la vista cuantas obras hablan de corridas de toros. De sus autores hago mención en el sitio correspondiente, declarando con ingenuidad que sin el auxilio de todos me hubiera sido imposible escribir esta obra, que he redactado sin pretensiones.

»Al principio dudé en cuanto á la forma que debiera darla, puesto que ni quería tratar las cuestiones de toreo tan ligeramente como las trataron algunos autores, ni con la extensión que lo hicieron otros: lo primero, porque yo doy más importancia al arte que aquellos; y lo segundo, para evitar digresiones y repeticiones inútiles y fatigosas al lector. Así que, aprovechando la forma que necesariamente había de dar al vocabulario técnico, me pareció desde luego la más adecuada la de Diccionario, que sin cansar la imaginación con largos artículos históricos, biográficos, descriptivos ó de otra clase, que ocupan generalmente muchas páginas en los libros que he consultado, facilita por el contrario satisfacer en el acto cualquier duda ó curiosidad, con sólo buscar la palabra en el lugar correspondiente. De este modo he podido tratar con separación cuestiones suscitadas entre aficionados, dándolas una solución que es la más admitida entre la mayoría de los inteligentes, dar también noticias que, como forman capítulos separados, son fáciles de retener en la memoria; y, además, incluir en mi *Diccionario* los nombres de celebridades que en mayor ó menor escala han contribuido de algún modo al esplendor del arte.

»Mi obra no está escrita en competencia con otras ya publicadas, y cuyo mérito soy el primero en reconocer; pero ¿por qué no decirlo? Incluido como está en la presente, no sólo cuanto aquellas contienen, sino muchísimo más que no ha visto la luz pública, y que es de mi propia cosecha, forzosamente he de considerar mi libro como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.

»En un libro de esta clase se echaría de menos, justamente, que el autor se hubiese limitado á tratar del origen é historia del toreo en artículos cortos y separados,

como tienen que ser los que en el Diccionario ocupen un lugar en la palabra ó voz á que corresponden: también sería falta imperdonable, ya que la obra ha de hablar de cuanto al arte taurino se refiere, dejar de decir algo en vindicación de los ultrajes que continuamente se han dirigido y dirigen á nuestra fiesta nacional: por esas razones he escrito, como introducción al Diccionario, una corta serie de artículos, encabezándoles y expresando en ellos cuanto conviene saber para apreciar con exactitud lo que han sido antes las corridas de toros, lo que son en la actualidad, tipos que las constituyen y apreciaciones que en todas sus incidencias ofrece tan soberbio espectáculo.»

Eso dije, hace dieciocho años, al frente de mi *Diccionario*. Si cumplí ó no lo prometido, el público lo ha dicho recompensando mi trabajo de modo tan extraordinario, que hay poquísimos ejemplos en la moderna bibliografía española de aceptación semejante. De sus páginas se ha copiado casi todo su contenido en folletos, libritos y hojas sueltas, y muchos miles de ejemplares vendidos en España, Francia, Alemania, Italia, Inglaterra y América, donde se han hecho, además, algunas ediciones fraudulentas, prueban mi afirmación de que el libro era necesario, y se ha considerado útil, no sólo por la afición á las corridas de toros, sino para los curiosos y hombres de estudio.

Favor tan grande me obliga á refundir el *Diccionario*, variando ligeramente el título que antes le dí, para que forme, como la más importante, al frente de la *Colección completa* de mis obras, inéditas y ya publicadas, que han de suceder á la presente.

En esta novísima edición, que es la primera de la colección, me propongo seguir el mismo orden que en la anterior, si bien con las modificaciones en la forma que me han parecido convenientes, después de corregir algunos defectos no advertidos á tiempo en la primera. Será en gran parte un libro nuevo, porque ha de comprender tal número de voces no incluidas en aquél, tan abundante colección de biografías, semblanzas, hechos históricos y datos estadísticos y de toda clase, que igualarán al número de los ya publicados antes, excediéndolos en muchos casos en novedad é interés. De no ser así, para no dar al libro más importancia, hubiérale dejado como estaba, ya que tan aceptado había sido: pero en la necesidad de reimprimirle para dar en él cabida á lo mucho nuevo que ha ocurrido y he averiguado durante los años transcurridos, he optado por aumentar el trabajo, incluyendo la explicación de suertes que, aunque derivadas de las que son realmente raíz y origen del verdadero modo de torear, se estiman como nuevas, todo lo inédito de antiguo que he podido investigar y cuanto de importante se ha presentado á la expectación pública de cien años acá, que no ha sido poco, respecto de toreros nuevos y de sucesos taurinos.

Esa labor representa un trabajo más ímprobo de lo que aparece á primera vista. Es difícil encontrar en nuestras bibliotecas las obras necesarias para consultarlas, y es casi imposible, por más que haya quien lo dude, obtener de muchos interesados los datos que se les piden, tal es su incuria y abandono. Sin embargo, las faltas de los departamentos oficiales y de particulares las han suplido con creces amigos amantes de las letras y bibliófilos distinguidos, tanto españoles como extranjeros.

Con tales elementos, y con mi decidida afición, no sólo á las lidias de toros, sino

á cuanto con ellas se relaciona, espero sea esta nueva edición del *Diccionario taurómaco*, aun más que la primera, el libro más completo, en su género, de cuantos han aparecido hasta el día, que es precisamente la idea que tuve cuando me decidí por primera vez á publicarle. No creo, sin embargo, haber hecho una obra perfecta ni del agrado de toda clase de personas: y, por lo tanto, diré otra vez con el laureado poeta Zorrilla:

Los libros no son onzas españolas,
que en todas partes con aplauso corren
y que se recomiendan por sí solas,
aunque poco se gasten ó se borren.
*A mí quien me critica no me affige;
á mí me hace un favor quien me corrige.*



CAMPINHOS PORTUGUESES. — Fot. de C. RELVAS



CAPÍTULO PRIMERO

DE LAS FIESTAS EN GENERAL Y EN PARTICULAR DE LA DE TOROS

Unos hombres frecuentemente congregados á solazarse y divertirse en común, formarán siempre un pueblo unido y afectuoso, conocerán un interés general y estarán más distantes de sacrificarle á su interés particular. Serán de ánimo más elevado, porque serán más libres, y, por lo mismo, serán también de corazón más recto y esforzado.

JOVELLANOS

LA fiesta favorita del pueblo español, á la que todas las clases sociales rinden tributo, la que ven con miedo por primera vez los extranjeros, con asombro después, y luego con entusiasmo y ardiente pasión, ha sido, es y será siempre objeto de acaloradas polémicas, de empeñadas discusiones, sobre la conveniencia de conservarla ó prohibirla.

Este es un privilegio que tiene todo lo grande, todo lo importante, todo lo que sale de la esfera de lo ordinario y común.

Si se tratara de uno de esos espectáculos insulsos, de ninguna significación, que á poco tiempo caen en desuso, relegados completamente al olvido

por su escasísimo atractivo, poca controversia se suscitaría; nadie hablaría de ello, y la cosa pasaría, como otras muchas, al través de los tiempos sin dejar tras sí rastro de ninguna clase, como no le deja el humo que despiden pobre chimenea de modesto hogar.

El asunto tiene en sí mismo gravedad bastante, y aun sobrada, para ser estudiado detenidamente. Al considerarle, nos apartaremos, hasta donde sea posible, de la pasión que sobre nosotros pesa, por su influencia.

La del clima, el aprecio que todo ser hace de lo que es suyo, y el apego que naturalmente tenemos á conservar aquello que nos legaron nuestros padres, y que nos alegró cuando niños, han contri-

buído poderosamente á arraigar en todos los españoles la pasión por sus fiestas de toros.

¿Qué extraño es que para muchos se haya hecho una necesidad, para algunos un vicio, presenciar y aun tomar parte en tan soberbio espectáculo?...

* * *

Ante todo debemos hacer una advertencia.

Si el lector es de los implacables detractores de nuestra fiesta nacional, de los que no dan oídos á la razón, que no pase adelante, que cierre este libro y le regale sin leerle; y si le ha costado su dinero, haga caso de lo que dijo Quevedo: «El que compra libros y los escarnece, primero hace burla de sí, que gastó mal su dinero, que del autor, que se lo hizo gastar mal.»

Si, por el contrario, le gustan los *galleôs*, y las suertes á *pitón limpio*; si tiene afición á *derribar*... vacas, ó goza con la descripción de los *volapiés* en los *rubios* ó de la estocada recibiendo *por todo lo alto*, mejor que con el *mete y saca* por lo bajo, que lea sin temor de disgustarse; que con un poco de afición y de benevolencia por su parte, es seguro que le ha de agradar lo que digamos; y si, no siendo aficionado, es de los que desean saber para juzgar luego con sensatez, lea también, que algún fruto ha de sacar de esta lectura.

Escribimos para negar, con razones que nos parecen convincentes, que la fiesta á que tanto cariño tenemos, dañe en lo más mínimo la moralidad, los buenos sentimientos del pueblo español, calumniado en este particular, como en otros muchos, injusta y duramente por envidiosos extranjeros, hipócritas moralistas y venales filosofastros que siguen el rumbo y derrotero que otros les marcan, sin estudiar ni tener en cuenta qué móviles son los que á los primeros les impulsan, ni qué objeto se proponen.

Hay muchos que critican las corridas de toros nada más que porque *suponen* que á las personas ilustradas debe serles repugnante un espectáculo en que hay peligro, sin considerar que precisamente esto constituye su mérito principal, como le constituye en las acciones heroicas, en las arriesgadas exploraciones de países ignotos y en otros muchos accidentes de la vida, que más aplaudidos y elogiados son, cuanto mayor ha sido el trabajo para conseguir un objeto, más grande la dificultad para obtener el fin apetecido, y más expuesto y extraordinario el obstáculo que se ha vencido, ya

sea en ciencias, artes, guerras, juegos ó pasatiempos.

Las personas ilustradas, lo mismo que las de las clases trabajadoras, necesitan forzosamente acudir á fiestas y funciones que, aunque sea por poco rato, distraigan su imaginación de estudios serios, de trabajos de bufete y aun de los disgustos que sus delicadas profesiones les proporcionan; y claro es que, reconocida como lo está universalmente esta necesidad, y la precisión de satisfacerla, cada uno se inclina al entretenimiento que más le agrada ó al que le han acostumbrado.

La elección de él es á veces hija de la casualidad, otras del instinto, pocas de la reflexión, y muchas de la costumbre ó rutina.

Si el espectáculo agrada, se sostiene y ayuda con la constante asistencia de muchos espectadores que, enseñando á otros el camino, forman el núcleo que mantiene la afición, y la propagan y aumentan. En el caso contrario, cuando el espectador no goza, no se entusiasma, inútiles serán de todo punto cuantos esfuerzos quieran hacerse para sostener, no ya para propagar, funciones que no satisfacen el gusto, ni llenan las necesidades de un pueblo; que necesidad es, como va dicho, la de procurar recreos y diversiones que esparzan su ánimo y le distraigan de sus faenas ordinarias.

Todos los gobiernos de todas las naciones, desde los tiempos más remotos de la antigüedad, han fomentado y hasta han inventado, diversiones públicas, que los pueblos admitían con placer y celebraban con delirio y loco frenesí.

Cuanto se ha escrito sobre esto conviene con lo que llevamos dicho. El hombre ha nacido para vivir en sociedad. Si así no fuera, en muy poco se diferenciaría de los demás animales. Sólo, no gozaría, ó sus goces quedarían limitados á procurarse la subsistencia. En muchas ocasiones el hombre sería peor que las fieras. Sin los vínculos que le ha creado, primeramente la familia, base de la sociedad, y luego esta, rompería por todo, y por todo atropellaría hasta conseguir por la fuerza bruta el objeto que se propusiera; y aun para esto tendría necesidad de asociarse, de unirse á otro hombre y luego á otros.

Por esa causa, hoy que la civilización se ha abierto paso á través de los tiempos, los goces del hombre son siempre en sociedad, unido á otros, formando parte de un mismo centro. Tanto da que se congreguen en un templo á orar, como alrededor de una mesa á comer, ó se reúnan para celebrar con juegos ú otras demostraciones de alegría,

ó pena, sucesos prósperos ó fatales. Ello es que, comprendiendo las ventajas de la sociedad, los hombres se han agrupado y han ido formando colectividades que llamamos naciones. Cada una de estas tiene sus hábitos ó inclinaciones particulares y especiales que les son característicos. Y entre ellas, las fiestas de distintas clases y de diferentes formas que han inventado para solazarse.

Unas se han adoptado universalmente, ó al menos en la mayoría de los pueblos; otras en más de uno de igual raza, y otras no han salido del pueblo que primeramente las usó.

¿Por qué? Porque los gustos, las inclinaciones, y hasta los deseos y pasiones, varían y son diferentes según los instintos, las costumbres, la educación y hasta el clima, y porque hay cosas que, siendo fáciles para unos, son para otros muy difíciles, si no imposibles. Por ejemplo: ¿qué torero ha habido, hay, ni habrá probablemente que no sea español?

.....
Desde el principio del mundo ha habido fiestas y funciones celebradas en conjunto ó reunión de los pueblos. Según la Sagrada Escritura, los hebreos y judíos las celebraban ya desde tiempos de Moisés, aunque no detalla la forma en que lo hicieran. Casi siempre eran religiosas, y en acción de gracias á Dios por la concesión de sucesos gratos al pueblo.

Los indios las celebran aún entre danzas, cánticos y música guerrera: sacrifican animales de todas clases y hasta personas ó seres racionales; forman procesiones y hacen á su modo espléndidas luminarias.

Los persas las hicieron primero puramente religiosas, y luego de distintas clases, siendo la más notable la que tributaban á la Libertad, entre cuyas ceremonias era una á fines de Diciembre de cada año, que recordaba la de las bacanales y fiestas de Sileno, la de las Saturnales romanas, y en cierto modo el pasco que hoy mismo se hace en la capital de la culta Francia del Buey Gordo por Carnaval, puesto que también paseaban un toro *maniquí* con varias insignias, y le arrojaban después al fuego.

También los egipcios, cuya superstición ha sido siempre exagerada, celebraron muchas fiestas precisamente durante el tiempo de la luna llena: los asirios y asiáticos, y también los griegos, las verificaron con grande ostentación, y á los últimos se debe la invención de los juegos olímpicos.

Pero Roma descolló siempre en fiestas, como

en todas las cosas. Allí todo ha sido grande, hasta el crimen.

No es nuestro objeto, ni la índole de este libro, referir cuáles han sido y son las fiestas de que ha hecho y hace uso el mundo entero; pero necesitamos hablar de ellas, siquiera sea tan ligeramente como lo estamos haciendo. Cumple mucho á nuestro fin.

Roma celebró fiestas á Marte con carreras de caballos y danzas guerreras; á Flora y Cloris con espectáculos indecentes; á Manía, madre de los Lares, inmolando personas jóvenes; en la llamada Lemuria, precipitando en el Tíber á treinta ancianos; y además otras muchísimas de distintas formas, aparato y ostentación en todos los días y en todos los meses del año, con diversos fines y objetos y por diferentes causas, hasta que el emperador Claudio redujo el número, y Antonino ordenó que no hubiese en todo el año más que treinta y cinco.

Aun hizo más. La soberbia Roma, la reina del mundo, cuando estaba en su mayor apogeo, en tiempo de Augusto, se entusiasmaba con el sangriento espectáculo de las horribles luchas de fieras y gladiadores; y el primer local que hace construir para que el inmenso pueblo pueda presenciar aquella fiesta, es el magnífico anfiteatro *Statilius Taurus*, que, como el nombre indica, estaba destinado á la lucha con toros la mayor parte de las veces.

No sólo en Roma, sino en el resto del mundo, hizo edificar circos ó anfiteatros destinados á ese fin, alguno de los cuales no han desaparecido totalmente, merced á su sólida y espléndida construcción: ahí están Nîmes en Francia, y Mérida, Tarragona, Sagunto y otras ciudades y pueblos en España.

En esta nación, sobre todo, dicha fiesta tomó mayor incremento que en las demás partes del mundo; y al paso que Roma y Grecia se afanaban por ver á los gladiadores morir á manos unos de otros, España mostraba gran predilección por presenciar la lucha del hombre con el toro, en que, si bien es verdad que casi siempre estaba de parte del último la ventaja, no es menos cierto que muchas veces aquél, con su seguridad en el valor, su serenidad en la destreza y su fuerza en la inteligencia, burlaba completamente á la fiera, la rendía y tal vez conseguía el perdón por este medio, pues sabido es que entonces sólo los esclavos y penados eran los destinados á luchar con las fieras.

El sabio Dr. Bravo de Lagunas y Castilla, dice, hablando de esa fiesta, que en Roma los toros se lidiaban haciéndolos pelear con elefantes, leones, osos y perros; con estafermos ó bultos de hombres fingidos, de que formaron *Marcial* y otros poetas agudos epigramas; otras veces se reducía el juego á irritarlos y herirlos á toda seguridad con la flecha, estando el torero en el tablado. Hace mención de que Nerón dió toros á honor de Fyridates, quien, sentado en superior lugar, mató dos toros, según refiere Suetonio; y añade el sabio doctor en una famosa disertación que pronunció en la ciudad de Lima en 1757, y de la que tal vez no haya más ejemplar que uno allí impreso en 1761, que conserva la biblioteca de aquella importante ciudad americana: «Lo que más semejanza tiene con las corridas de España es la agilidad con que los Thesalios, diestros en el manejo de los caballos, perseguían los toros en el circo, los herían, cazaban y vencían.»

Por si no basta el testimonio de esa autoridad para acreditar que las lidias de toros tuvieron origen durante la dominación romana, ó al menos que no hay sobre ello noticias de anterior existencia, consúltese á los historiadores PP. Mariana y Concina, que no fueron por cierto muy afectos á las fiestas de toros, y veremos que dicen, «que entre los espectáculos que usaron los romanos en las exequias de los difuntos, juegos gladiatorios y venaciones en que lidiaban las fieras con los hombres, había juegos taurios en el circo Flaminio; y que habiendo prohibido el gran Constantino los gladiatorios y suprimiéndolos enteramente los emperadores Arcadio y Honorio, cesaron también los taurios:» añadiendo estas significativas palabras, «y en España, ó no cesó la costumbre ó se repitió después de algún intervalo.»

Todo induce á creer que esas fiestas no son, como opinan Moreri y otros, reliquias de la dominación africana, y que de los moros han conservado los españoles; son, indudablemente, recuerdo de la de Roma, pero no sabemos si los habitantes de España las llevarían á Italia, á lo cual nos inclinamos, ó de allí vendrían. Lo cierto es que los españoles, empezando tal vez por necesidad, continuando por diversión, ostentando su destreza, han seguido haciendo gala de su valor, por capricho, tesón y hábito, gozando el privilegio, único en el mundo, de sortear con ventaja á los toros bravos, y esto no de ahora, sino de hace muchos años, siglos, desde que se tiene noticia de que hay lidias con toros.

El humanista Franc. Orih. lo afirmó claramente cuando, celebrando nuestra fiesta española, escribió:

Bella per hispanos plusquam communia fines
Cum saevis hominum tauris certamina nempe
Delicias nostrae, terrores oppido gentis
Extire.....

Infinitas veces, en diversas ocasiones, en diferentes épocas y en distintos puntos del extranjero, donde tanto se critica y ha criticado nuestro espectáculo favorito, se ha intentado ejecutarle por los naturales de aquellos países, se han hecho pruebas para siquiera en alguna ocasión poder decir á España: «Sabemos hacer lo que haces»; pero todos los intentos, todos los conatos de ejecución se han estrellado siempre contra la impericia de los actores.

No han podido los italianos, los franceses, los sajones, ingleses, etc., ningún europeo, en fin, más que los hijos de Iberia, lidiar toros, sin sufrir las terribles consecuencias de su temerario atrevimiento; y para que su envidia más se aumente y suba de punto, la raza española que habita las Américas, por nosotros conquistadas, cuenta entre sus habitantes hembras varoniles que, á caballo y en campo abierto, lo mismo sortean con el capote al toro salvaje, que contribuyen á enlazarle y derribarle.

Sólo á los extranjeros antedichos no les es dado imitarnos; y eso que, haciendo justicia, no podemos negarles valor, inteligencia, sangre fría, reflexión, paciencia, tenacidad y otra porción de vicios y virtudes que aprovechan con oportunidad: en cambio, los españoles no han dejado nunca de hacer cuanto los extranjeros hayan practicado, sea en ciencias, en artes, en guerras, en... todo, hasta en disparates.

Hay que reconocerlo: si ellos cuentan con un Shakespeare, un Byron, un Petrarca, un Chateaubriand, un Goethe, nosotros contamos un Calderón, un Cervantes, un Lope, un Tirso, un Lista y otros que llenan el mundo con sus nombres; si tienen un Tiziano, tenemos nosotros un Murillo, un Velázquez y otros: si recuerdan un Francisco I como capitán, no podrán menos de taparse la cara para que no se les ponga delante la sombra de Francisco Aldana (1); si piensan haber sido

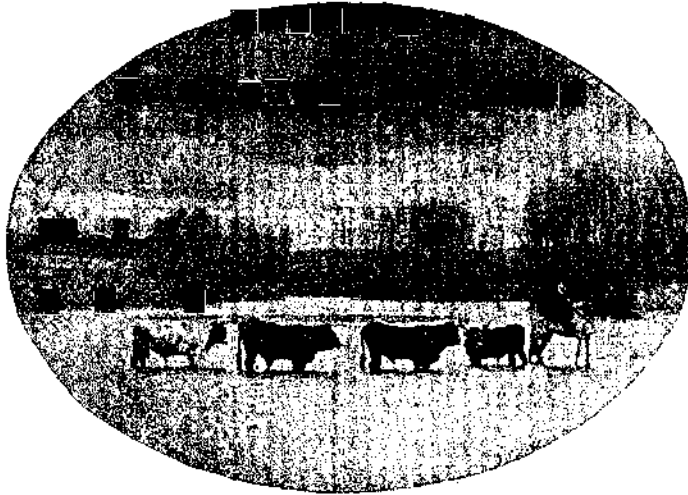
(1) Este soldado español, según unos, ó Urbieto, vizcaíno, según otros autores, fué el que hizo prisionero al rey Francisco en Pavía.

los inventores de la locomoción por vapor, les pondremos por delante á Blasco de Garay; y si rápidamente descendemos desde tan elevada altura á poner en parangón nuestra fiesta nacional con las que usan y á que tienen mayor inclinación, les convenceremos de que España ha dado tan buenos aeronautas y gimnastas como ellos han tenido, aunque sean aquéllos en menor número; y hoy mismo se recuerdan como maravilla en la gimnasia Mayol, Segundo y otros que extranjerizaron sus nombres á propósito.

España, pues, produce en cuantos conocimien-

tos humanos han existido, propagado y perfeccionándose, capacidades de primer orden universalmente apreciadas como tales; pero los extranjeros no pueden, aunque quieren, lo intentan y forman en ello empeño, conseguir que en su historia se diga: «Nuestra nación ha hecho en *todo* cuanto haya hecho otra».

Las funciones de toros, comparadas con las demás fiestas antiguas y modernas, les llevan ventaja en muchas cosas, y esto nos proponemos demostrar en los artículos siguientes; pero antes debemos hablar algo de nuestra fiesta en particular.





CAPÍTULO II

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Pero quando un home lidiare con otro sin precio por salvar asimismo, á algunt su amigo, o con bestia brava por probar su fuerza, entonce non será enfamado por ende, ante ganará prez de home valiente e esforzado.

(LEY IV, TÍT. IV, PARTIDA 7.ª)

DE buena gana haríamos gracia al lector de lo que vamos á decir en este artículo: le suponemos aficionado á nuestro incomparable espectáculo; y siéndolo, ¿quién no sabe, siquiera en conjunto ó á grandes rasgos, como ahora se dice, algo del principio, crecimiento y progreso de las corridas de toros? Además, ¿quién no ha leído alguna de esas muchas obras que de ello tratan casi del mismo modo y con iguales palabras?

Sin embargo, parécenos que un libro como el nuestro no puede carecer de la parte histórica del toreo: es demasiado importante el asunto; y habiéndonos propuesto que esta obra sea la más completa de cuantas se han escrito hasta el día en

su género, no hemos de omitir medio alguno para cumplir lo ofrecido.

Quieren unos historiadores afirmar, cuando hablan del origen de las fiestas de toros, que las importaron los romanos durante su dominación en España, al paso que otros aseguran que las trajeron los árabes cuando, venciendo á los godos, conquistaron nuestra península. Traen aquellos en su apoyo citas de García y de Cepeda, y vienen citando éstos á Lope, á Moratín y otros autores; como si todos ellos no convinieran en una misma cosa. Precisamente la lectura de cuantos papeles, folletos y obras hemos consultado acerca del particular, nos ha convencido de que ni los romanos ni los árabes trajeron á España semejante fiesta. So-

bre este punto hemos dicho lo bastante en el capítulo anterior, é insistimos en que siendo España el suelo que produce el ganado más bravo, esta sola es razón suficiente para creer que las fiestas ó corridas de toros nacieron en España, en España se arraigaron, en ella crecieron, se extendieron y propagaron, y en ella continuarán por mucho tiempo. No veremos su fin nosotros, ni tampoco nuestros hijos.

Que fuera en tiempo de la dominación romana ó del yugo de los árabes la vez primera que se corrieran, lidiaran ó mataran toros, esto no contradice nuestro aserto. Los españoles, por el solo hecho de estar sujetos á aquellos conquistadores, no dejaron de ser españoles. Mandando unos ó gobernando otros, los españoles fueron los primeros, y casi pudiéramos decir los únicos en el mundo que, con el valor indomable que todos les conceden, con la sagacidad é inteligencia que en ellos hay que reconocer, idearon y practicaron las suertes en las corridas de toros, independientemente de sus dominadores. Estos sacrificaban aquellas reses en celebridad de victorias ó sucesos faustos, como hemos dicho, y la prueba la tenemos ahí á la vista, muy cerca del Escorial, en el mismo sitio en que siglos después (1468) fué jurada como primera heredera de Castilla doña Isabel la Católica, en esas masas informes de piedra que en algún tiempo tendrían figura de toro, y siempre se las ha llamado LOS TOROS DE GUI SANDO, y que no son otra cosa que un monumento romano erigido por Julio César para perpetuar su victoria sobre los hijos de Pompeyo, y la hecatombe ó sacrificio de cien toros que con tal motivo hizo celebrar.

Como en ninguna parte del mundo se crían toros tan fieros como en España, no es aventurado creer que á Roma llevarían los de aquí para las luchas, y que los españoles, hallándolos constantemente á su paso, empezaron por cazarlos, perseguirlos y acosarlos, hasta convertir la caza en lucha, y la lucha en lidia.

Si luego los árabes, y aun los habitantes de otros países, han echado su cuarto á espadas, como suele decirse, y se han metido á torear con mejor ó peor suerte, eso cuando más probará que han copiado ó querido imitar lo que los españoles inventaron.

No hay noticia de que los romanos, antes de dominarnos, celebraran funciones de toros propiamente tales. No puede suponerse que los grandes y magníficos circos que en todas partes hicieron

construir, fueran con dicho objeto, por más que el primero de los que en Roma fundó Augusto, como antes hemos referido, parezca indicar algo que pudiera confirmarlo.

Ni el dicho circo ó anfiteatro llamado *Statilius Taurus* en Roma, ni los de Mérida, Tarragona, Sagunto y otros en España, fueron destinados á otra cosa que á *luchas*, no lidias, de fieras con hombres; mejor dicho, al sacrificio de éstos por aquellas, como castigo de delitos ó crímenes, ó de profesar religión distinta á la del Imperio.

Claro es que entre las fieras, especialmente entre las que saldrían en España á los anfiteatros, habría toros; y claro es también que entre las infelices víctimas que eran arrojadas á la arena, habría alguna de ánimo esforzado que desafiando el peligro, ó por instinto de conservación, rehuyera los golpes de la fiera, los esquivara por más ó menos tiempo y se librara de ellos algún rato, lo cual constituiría indudablemente la principal diversión de los espectadores. Pero esto no es torear. Ninguna regla fija tenía hombre alguno entonces para librarse de los furores del toro; y no teniéndola, no hay arte. Tal vez á la vista del condenado en el circo, si se conoció en alguna ocasión, por la rapidez en la huida del cuerpo del derrote del toro, que era posible evitarle, pudo engendrarse la idea de estudiar el modo de dominar tan valiente fiera. Tal vez esta idea nació antes, al buscar al toro en los bosques para conducirlo al circo. Ambas cosas son posibles; pero lo cierto, lo indisputable, lo que está fuera de toda duda es que no fué importada del extranjero, sino que en España tuvo su origen.

Es verdad que los moros mostraron grande afición á la lidia de toros y destreza para ejecutarla, tanto á pié como á caballo; pero hay que tener presente que lidiaron en España y que ellos eran españoles también, puesto que habiendo durado la dominación árabe setecientos años, puede decirse sin temor de equivocarse que todos ó casi todos los habitantes de este país, transcurridos los dos primeros siglos, eran árabes de origen, nacidos en él.

Vinieron luego las guerras entre la raza árabe y la cristiana, y ésta fué quitando á aquella poco á poco el territorio que ocupaba. Los cristianos españoles, por consecuencia del botín que de las luchas les resultaba, hicieron y fundaron casas ricas que, como era de suponer, se componían de gran número de criados y hombres de armas. Todos estos señores vieron que los árabes, antes de

salir, por la fuerza, de sus pueblos, se adiestraban mucho en los ejercicios de la caza, tanto á pié como á caballo; en las carreras de estos, en ejercicios de lanza, y en alancear toros los jinetes, y desjarretarlos los peones; y no quisieron ser menos, y continuaron lo mismo que aquellos, con iguales costumbres é inclinaciones, como nacidos en el mismo suelo.

Así es que cuando ajustaban treguas y tenían paz en sus tierras, unidos corrían toros y celebraban sus fiestas, haciendo cada uno de ellos alarde y ostentación de su valor y pericia, en circos ó plazas cerradas, no ya en el campo, como es de presumir lo hicieran antes.

Es común opinión de que las primeras fiestas de toros en coso cerrado se verificaron en el año de 1100.

Este es un error notable que conviene desvanecer. ¿Cómo habían de empezar esas fiestas en el año de 1100, si el Cid campeador Rodrigo Díaz de Vivar, que en ellas tomó parte alanceando toros en Madrid, murió en el año de 1098?

Prescindamos de este dato, para que no se nos diga que fué inventado por la imaginación de un poeta, ya que hay opiniones que contradicen su veracidad; pero bueno será decir que en tiempo de Alfonso VI (años 1067 á 1108) precisamente viviendo el Cid, y en Toledo el rey moro Alimennon, se celebraron con fiestas de toros en coso cerrado las bodas de Sancho Estrada, según manuscrito que existe en la Academia de la Historia; y por si acaso esa cita se tiene en poco para nuestras afirmaciones, acudiremos á la siguiente, que es incontrovertible:

Dice el historiador de Avila, Luis Ariz, monje benedictino, en su libro *Las grandezas de Avila*, que con motivo de las órdenes que en el año de 1090 había de conferir el Obispo de aquella ciudad, á la que acudieron 244 ordenandos, seglares y además 83 monjes Benitos; para obsequiar á todos estos seglares y monjes y festejar la ciudad acto tan solemne y desacostumbrado, «se hicieron toros en el egido, coso ó plaza más inmediata al templo de San Vicente.»

Refiriéndose á esa fecha (1090) dice el ilustrado don Juan Martín Carramolino en su historia de Avila, que «tan antigua era la afición de los avileses á las corridas de toros, que la historia general recuerda otras fiestas anteriores y posteriores á esta.»

Siguieron después celebrando con mayor ó menor fortuna, arrojándose á lidiar gente sin ex-

periencia ni conocimiento alguno de las reses, y por consiguiente sufriendo muy á menudo las consecuencias de su ignorancia. Es verdad que muchas veces los caballeros y señores que se entretenían en alancear toros, cuando no querían ó no podían continuar su diversión, cuando á pesar de sus esfuerzos no lograban matar un toro, ordenaban á sus esclavos y aun á sus criados que fuesen á él con dardos y venablos á matarle; pero inútil es decir que por muy brava que fuese aquella gente, poco podía hacer sin arte, como no fuese rodar, ser volteada, herida ó muerta por las fieras.

El alto clero, cuya influencia empezó entonces á ser notoria sobre los pueblos católicos, prohibió con sobrada razón los torneos y juicios de Dios, que tantos hombres costaron á la humanidad; y como consecuencia natural de ello, las corridas de toros fueron en aumento.

Pocos pueblos en España, especialmente castellanos, aragoneses y navarros, carecían de dicha diversión, y no hay que olvidar que la Andalucía, y marcadamente los reinos de Sevilla y Granada, eran por ella apasionadísimos. Cualquier suceso fausto, cualquier obsequio de unos magnates á otros, era celebrado con corridas de toros, en que primeramente lidiaban los nobles y señores y luego los plebeyos.

La afición y el entusiasmo por las corridas de toros, á pesar de las muchas desgracias que frecuentemente ocurrían, iban cada vez en aumento. Hasta los extranjeros intentaron establecerlas. En Italia, en la misma Roma, se corrían toros por los años de 1300 en adelante; y como esta ciudad siempre ha sido grande en todo, dispuso también en el año de 1332 una gran fiesta de toros en circo cerrado; como no podía menos de suceder, atendida la ignorancia de los que en ella habían de tomar parte y la bravura de las fieras, la catástrofe fué horrible; murieron en las astas de los toros diez y nueve caballeros romanos, muchos plebeyos, y hubo gran número de heridos. Los pobres italianos creyeron que bastaba ser hombre para hacer lo que otros hombres, no teniendo en cuenta que para jugar con los toros es preciso haber nacido en España.

Inmediatamente, á raíz de este suceso, fueron prohibidas en Italia las corridas de toros, y no volvieron allí hasta que los españoles, muchos años después, las celebraron, cuando la conquista de Flandes y los Países Bajos. En nuestro territorio continuaron cada vez con mayor empeño. La gente joven y potentada, lo mismo cristiana que

mora, tenía á gala lucirse en la lidia á caballo, y rendir un toro á lanzadas ante la belleza de su amada; la competencia entre unos y otros alimentaba la noble emulación de todos, y hasta los mismos reyes tomaban parte en las corridas; y claro es que con tales elementos, la función tenía que ser cada día más apreciada.

Solía acontecer, no una, sino varias veces por esta época (siglos XIII y XIV), que al embestir la fiera derribaba al caballo, hiriéndole ó matándole, y entonces el caballero no tenía más remedio que, según costumbre establecida por las buenas leyes

que eran patrimonio exclusivo de los caballeros. A estos hombres indudablemente se refieren las leyes que consideraron infamados á los que lidiaban con fieras bravas por dinero. El Rey don Carlos II en 1385 mandó pagar 50 libras á dos hombres de Aragón, uno cristiano y otro moro, que fueron á Pamplona á matar dos toros; y hay además otros hechos que lo confirman.

La gran reina católica doña Isabel I presenció una vez, antes del año 1500, una corrida de toros en que hubo revolcones y desgracias, según costumbre, (porque no nos cansaremos de repetir que



ANTIGUA DIVERSIÓN DE ESPAÑA. — GOYA

de la lidia, sacar su espada, y sin montar en otro caballo, á pié y como podía, dar muerte al toro. Para facilitar este medio, expuestísimo siempre, y mucho más cuando no hay otra cosa que valor en el que lidia, los esclavos y criados preparaban, aun á costa de su vida, la colocación de la res, y entonces el caballero daba la estocada, como ahora decimos, *libre de cacho* la mayor parte de las veces.

Por entonces también había ya hombres prácticos que, por sueldo ó dinero de una vez, contribuían á la colocación de los toros para las corridas

por aquellos tiempos la lidia se verificaba en confuso tropel de gente de á pie y á caballo, sin orden, conocimientos ni práctica de ninguna clase). y la reina mostró á la fiesta gran repugnancia, y hasta intentó prohibirla. No tiene nada de particular esto. Si en vez de aquel atropellado desorden, hubiese visto las corridas de toros actuales, ó al menos las que hace cien años se celebraban en Madrid, otra cosa hubiera dicho. Tenía aquella señora demasiada elevación de miras para apreciar las cosas, y respetando las costumbres, su propósito de prohibirlas quedó en su pecho. Comprendió que

todos los caballeros y todo el pueblo eran entusiastas por su fiesta nacional, y que era muy peligroso quitársela, porque ella necesitaba de aquellos elementos de fuerza para continuar sus conquistas de territorio y engrandecimiento de sus reinos; dominó su pensamiento, siguió tolerando las corridas de toros, y ella, que tuvo poder para decretar y llevar á efecto la expulsión de los moros y judíos de España, no se atrevió á prohibir las corridas de toros. Bien claro lo dice en la carta que en 1493 dirigió á su confesor. En ella, hablando de dicha función de toros, manifiesta que se propuso no verlos más en su vida, ni ser en que se corran, «y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.» Es decir, que conocía que no bastaba su voluntad. ¿Cómo había de suprimirlas (dice muy bien Pascual Millán) si en la misma ciudad de los Papas se verificó una corrida de toros para celebrar la conquista de Granada?

Cuando un pueblo unánime defiende una idea, buena ó mala, no hay poder que le resista, y el mismo Pontífice Alejandro VI, con la corte romana, asistió á ellas según afirma Barbieri en su cancionero de los siglos XV y XVI.

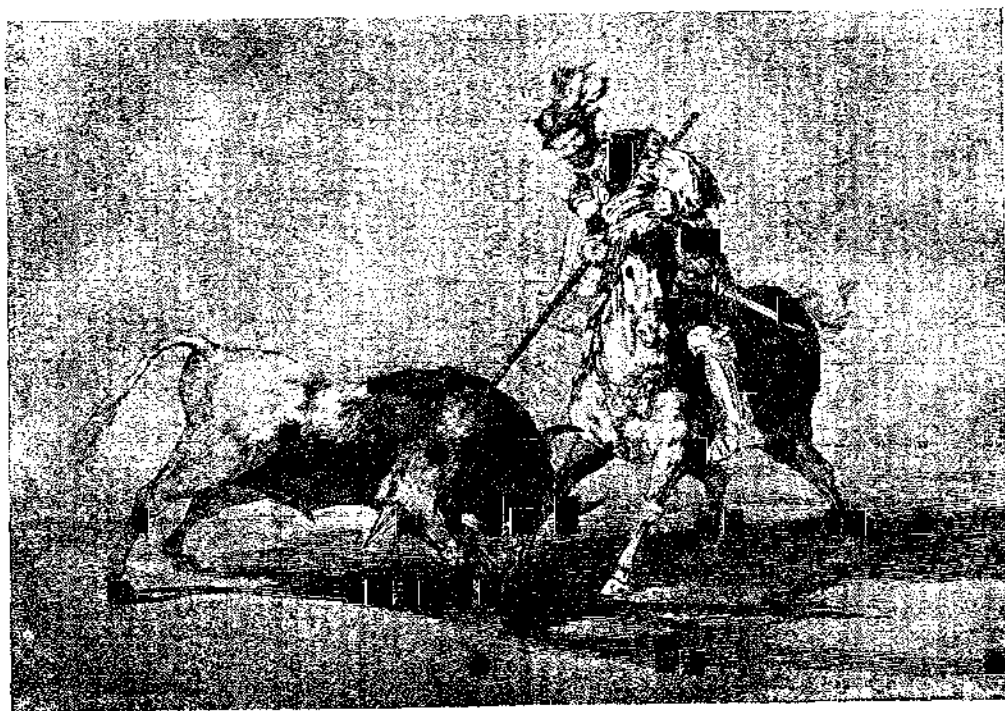
Siguieron, pues, las fiestas de toros en España con entusiasmo, á pesar de que el poder eclesiástico amenazaba con excomuniones; y no bastando

estas advertencias tan severas, el papa Pío V, en su famosa Bula de 20 de Noviembre de 1567, reiterando prohibiciones anteriores, impuso la pena de excomunión mayor á los príncipes cristianos que permitiesen dicha fiesta en sus dominios, á los eclesiásticos que concurriesen á verla, á cuantos la autorizasen, y á los lidiadores, privando también á éstos de sepultura eclesiástica si morían torcando tales fieras.

No podían darse penas más terribles para todo buen cristiano contra semejantes fiestas. No era posible ir más allá, porque en lo espiritual no hay pena mayor.

Pero la afición estaba muy arraigada, y lo mismo los nobles que los plebeyos, las autoridades que los príncipes, siguieron consintiendo y tomando parte en las corridas de toros. Hombres que no tenían miedo á los cuernos de las fieras, temieron mucho menos á los anatemas; porque dice un antiguo escritor «que se observó con sentimiento que no bastaba dicha pena, y que, á pesar de ella, el mal prevalecía; y esta observación indujo casi forzosamente á los Pontífices sucesores de aquél á ir templando el rigor de las Bulas de sus predecesores.»

A cada prohibición que daba un prelado de la Iglesia, contestaban el pueblo y los magnates con nuevas corridas; y como la privación es causa de mayor desco, se repitieron tanto, que ni el mismo



CARLOS V ALANCEANDO EN VALLADOLID. — 60YA

clero secular respetó aquellas disposiciones; llegando el caso de que los maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, siquiera fuesen de orden mayor, podían lícitamente concurrir á las fiestas de toros.

Continuaron éstas, como decimos, extendiéndose por toda España, hasta el extremo de que el emperador Carlos V, que ni había nacido ni se había criado en este país, tomó parte en ellas con la nobleza, y cuando nació su hijo don Felipe, mató un toro de una lanzada en la Plaza Mayor de Valladolid.

Todos los reyes sucesores de este último autorizaron y consintieron las corridas de toros. Alguno demostró intención de suprimirlas, y hasta en las actas de las Cortes que en Madrid se celebraron en 1566, consta que por alguien se quiso conseguir tal resultado. En la sesión de 20 de Febrero de aquel año, formuló petición el cura Sosa para que se prohibiesen las corridas de toros, fundándose entre otras razones deleznales, en que la corte romana había ordenado que bajo pena de la vida no se corrieran en las tierras de la Iglesia: combatió la proposición Cosme de Armenta; con él votaron el procurador de Avila Gil de Villalva y los de Segovia Pedro de León y Juan de Ulloa; y á pesar de sus esfuerzos y argumentos, la mayoría acordó «que se ponga por capitulo general »que no se corran toros.» Sin embargo, el veto real, el de Felipe II, el gran católico favorecedor de la Inquisición, determinó que «en cuanto al correr de los dichos toros, esta es una muy antigua »y general costumbre destos nuestros Reynos, y »para la quitar será menester mirar más en ello, »y así por agora non conviene se haga novedad.»

Por algo da la historia á Felipe II el sobrenombre de *El Prudente*.

Muchos, ¿qué muchos? todos los españoles, salvo muy contadas excepciones pensaron lo mismo que el Rey: el Concilio reunido en Toledo en el dicho año de 1566 no prohibió absolutamente los espectáculos de toros, sino que se corrieran en los días de fiesta. La decisión del Rey y el acuerdo del Concilio, hicieron eco en Roma: cambiándose con tal motivo notas diplomáticas entre ambas potestades, por cierto que para ellas se tuvo presente, que en los estatutos de la célebre Universidad de Salamanca, reconocida en el mundo por fuente de las ciencias y plantel de los hombres de ley y teólogos más grandes que han existido, se trata de la asistencia de los maestros, en cuerpo, formando claustro, á las fiestas de toros con que

se solemnizan los grados de doctor. A trueque de parecer más prolijos de lo que nos hemos propuesto, vamos á citar los párrafos de dichos estatutos que más se ciñen al objeto. En el punto 43 del título 32 se dice: «que los doctores y maestros acompañen al graduando con insignias en el paseo, en la iglesia y á la tarde al ir y volver de los toros hasta dejarle en la casa, so pena de perder la colación», y en los 50 y 51 háblase de lo mismo. No era sólo esa cuna de la ciencia, la que celebraba tales fiestas: lo eran todas las eminencias del saber, y las voluntades de todo un pueblo. Sin atenderlas y para acobardar á los timoratos, viendo que anteriores amenazas habían sido oídas como quien oye llover, lanzó el Pontífice Pío V la antedicha Bula en 1567.

Va lo hemos dicho y de todos es sabido: ni al Rey, místico por excelencia, le importó un ardite que desde lejos quisieran gobernar su casa estando él dentro de ella; ni los lidiadores que no tenían miedo á las astas de las fieras hicieron caso de tal mandato; ni los eclesiásticos se dieron por enterados. Al contrario, hubo algunos como el célebre economista Juan de Medina y el Padre Martínez de Prado, que después de esa Bula, y á pesar de su carácter religioso, defendieron las corridas de toros valientemente. Gestionó España con verdadera constancia la abolición de aquella Bula, y una vez fallecido el santo Padre Pío V, antes de que transcurrieran cinco años, el Papa Gregorio XIII y luego Clemente VIII, alzaron aquella prohibición, autorizando las corridas de toros sin más limitación que la de que no se verificasen en días de fiesta.

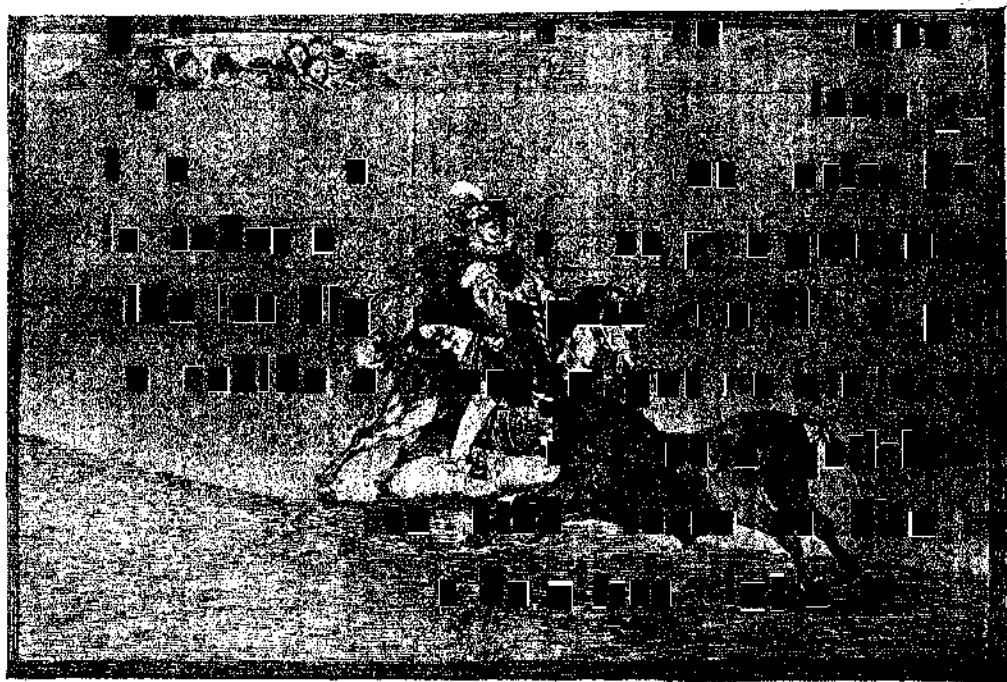
El interés privado divisó ya por entonces un objeto de lucro en la afición del público á las fiestas de toros. Así es que muchos particulares solicitaron y obtuvieron de los monarcas, privilegios para dar funciones en cosos cerrados, y el primero de que nosotros tenemos noticia lleva la fecha de 27 de Enero de 1612. En él su majestad el rey D. Felipe III hizo merced en forma de privilegio, por tres vidas, á favor de Ascanio Manchino, del derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia; privilegio que luego fué vendido en cantidades crecidas por los sucesores del que podríamos llamar empresario. No se desdeñaban de serlo, ó al menos de desempeñar este papel, personajes de importancia. El canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias, D. Felipe de Salas y D. Martín de la Bayrén, contador del marqués de Tavera, entonces virey y capitán general del reino de Valencia, fueron dueños sucesivamente, á título

de compra, del antedicho privilegio, que feneció en 1647; pero mucho antes de esta fecha, en 9 de Diciembre de 1625, hizo merced el rey al Hospital de Valencia, por veinte años, del antedicho privilegio, para cuando concluyesen las tres vidas por que fué concedido. Por cierto que en el capítulo 198 de las actas de las Cortes de Monzón, celebradas en 1626, se lee que presentaron proposición los diputados para que dicho privilegio real, concedido al Hospital por veinte años, lo fuese á perpetuidad, y que á esta petición se decretó: «Plau á su majestad prorrogar dita merced al espital per temps de altres vint anys.»

nos, en obsequio de su rey ó de su dama, no saliese al coso á romper un par de lanzas.

Entonces, y aun antes, se escribieron libros dando reglas para torear á caballo, se enseñaba á estos á habituarse á tan peligroso ejercicio, y se inventó la *espinillera*, ó sea la armadura de hierro que hoy se llama *mona* y sirve para cubrir la pierna.

Pero llegó á reinar Felipe V, poco aficionado á esta clase de fiestas, y los grandes de su corte se fueron apartando de ellas por no disgustarle, y porque sus ejercicios á caballo los oscurecían ya ginetes plebeyos, ó cuando más hidalguillos que hacían maravillas.



CABALLERO ESPAÑOL REJONEANDO. — GOYA

Es indudable que lo mismo que en Valencia en todas las demás provincias existieron ya privilegios, á veces comprados al poder real, y en otras ocasiones otorgados por merced, para explotar el beneficio que dejaban tales fiestas. Y poco esfuerzo necesitamos hacer para comprender que el interés particular había de buscar alicientes que en ellas antes no hubiera y llamasen la atención.

Tomaron incremento grande en tiempo de Felipe IV, que varias veces rejoneó y alanceó toros á caballo; y en su época y la de Carlos II tuvieron estas fiestas un esplendor y realce extraordinarios. No había caballero á quien se considerase como tal, que no fuese rejoneador de toros, ó que al me-

No consiguieron, los españoles, de aquel Rey, venido del extranjero, que viese con gusto á sus magnates ejercitarse en las fiestas de toros, (bien que aquellos en gran parte no eran tampoco de nacionalidad española) pero ellos continuaron las lidias, aunque en menor número, á pesar de que los más afamados escritores de la época las ensalzaban y aplaudían. El insigne maestro Peralta decía en 1723: «En las fiestas de toros todo es admiración, no son de otra nación que la española, que por lo mismo que posee los más fieros del mundo en su Xarama, ha visto siempre sus más bravos toreadores en sus plazas; pero ó por una propensión esforzada de los ánimos, ó por un alegre ensayo á

los combates, ha puesto tan en uso esta osadía, que ha pasado en ella la temeridad á disciplina y el susto á placer;» y como ese sabio habían hablado el clarísimo jurisconsulto Amaya, el P. Mendo y todos los que tenían por su talento, por su posición ó riquezas, influencia sobre el pueblo.

Fué esta una época de transición entre el toreo caballeresco y el artístico que empezaba á iniciarse.

Aplicáronse los hijos del pueblo á torear, tanto á pié como á caballo; tomaron por su cuenta el palenque que se les abría; observaron lo que los nobles habían hecho; leyeron lo que ya se había escrito dando reglas para lidiar, y desde entonces, lo que el espectáculo perdió de carácter lo ganó en arte. Se presentaron á lidiar toros en muchos pueblos principales, hombres diestros que hacían con ellos suertes de habilidad que cautivaban á los espectadores: capeaban, clavaban rejones á pié, que llamaban arpones y eran como una banderilla de las que ahora se usan; ponían parches, y con todo esto demostraban perfectamente que podía ser arte lo que hasta entonces se había conocido sólo como entretenimiento, sin reglas fijas.

Don Fernando VI no se contentó con hacer construir plazas cerradas y con las condiciones necesarias para las funciones de toros, sino que, deseando quitar á todas las conciencias timoratas cualquier pretexto para hablar en lo sucesivo contra aquéllas en sentido religioso, acudió á la Santa Sede, haciendo presente en primer lugar la inob-

servancia de las Bulas y Breves que las prohibieron; en segundo, que por la habilidad y destreza de los toreros era muy remoto el peligro que en la lidia pudiera haber; y en tercero, que los hospitales y casas de Beneficencia ganarían mucho con los socorros que recibirían de los productos de dicha fiesta. Convencida de estas razones, y no sabemos si de alguna más, la corte romana, óbtúvose de ella que quedasen autorizadas las corridas de toros, pero que de ningún modo se celebrasen en días festivos, y que se precaviese todo peligro de muerte ó lesión.

No podía hacer más la curia romana que conceder lo que antes había negado. Como que esta negativa no sirvió más que para dar el escándalo de inobediencia por todo un pueblo alto y bajo, noble y plebeyo, y hasta por los clérigos y monacales. Por eso decía que se toleraba la fiesta, por haber advertido que las censuras impuestas para impedirla de nada habían servido en estos reinos, y que, lejos de aprovechar, perjudicaban, convirtiéndose en materia de escándalo.

Desde esta época varió de faz completamente la función de toros. Fué un espectáculo que cada vez se ha ido perfeccionando más, y en el que parece imposible haya mayor adelanto.

Hemos relatado, aunque ligeramente, la historia de las corridas de toros como diversión hasta cierto punto desordenada; veamos ahora lo que ha sido como función ó espectáculo organizado.





CAPÍTULO III

DEL TOREO MODERNO.—SUS VICISITUDES.—SU APOGEO.

La lidia taurina no será causa de civilización, pero es efecto de una civilización más culta que las precedentes. Los grandes espectáculos en la antigüedad eran un freno i del vicio, ó un frenesí de las pasiones; ellas son un frenesí de la alegría.

LÓPEZ MARTÍNEZ

EN el capítulo precedente hemos dicho que durante el reinado de Felipe IV, y aun antes, se habían escrito libros tratando de las corridas de toros y dando reglas en algunos para lidiarlos, ya en montería, ya en coso cerrado. Uno de los más antiguos y mejores escritores que dieron reglas de montería para cazar toros en el campo y para correrlos en el coso, así como para darles lanzada frente á frente, fué Gonzalo Argote de Molina, que en Sevilla, año de 1582, publicó su obra con privilegio de su majestad. Por entonces también escribió otra un jesuita de reconocido talento, llamado Castañeda, que no creemos llegara á publicarla, al menos con su nombre, pero al que debe referirse la siguiente cláusula del testamento otor-

gado en Madrid por el licenciado Alonso Martínez Espadero, del Consejo Real de Indias, natural de la villa de Cáceres, á 13 de Septiembre de 1586, y abierto en 14 de Marzo de 1589 ante Jerónimo de Sosa, escribano público de su majestad y de Provincia, de esta corte. Dice así la cláusula: «Item: Declaro que entre mis libros hay uno escrito de mano, *cerca de la materia de los toros*, el cual, con todos los papeles que están dentro de él, eran del padre Castañeda, de la Compañía de Jesús, y ansimismo... mando se vuelvan á el dicho Provincial de la Compañía de Jesús de esta provincia de Toledo.»

Después, raro era el libro de montería ó de ejercicios de la jineta que no hablaba algo de las corridas ó acosos de toros. El que no daba reglas

para torear á caballo, ó al menos para la montería de reses bravas, no era libro completo.

Uno de los mejores de aquella época fué el que en 1643 publicó D. Gregorio Tapia; aunque no desmerecen en mérito las obras escritas sobre lo mismo por el caballero de Felipe IV, D. Gaspar Bonifaz, por el santiaguista D. Luis de Trejo, y por D. Diego de Torres, y otros que citaremos más adelante.

Luego ya, en 1726, imprimió D. Nicolás Rodrigo Novelli su *Castilla de torear, tanto á pie como á caballo*; y en 1750 publicó sus *Reglas para torear*, más amplias que aquellas, D. Eugenio García Baragaña, vecino de Madrid. (1)

Había lidiadores de oficio que capeaban y parcheaban, y otros que con la capa en una mano y una banderilla en la otra colocaban dicho instrumento con destreza en el morrillo del toro, según va referido y á la manera con que siglos antes clavaban los arpones moros y cristianos. Ya no había en los circos tumultuoso desorden, ni apiñada muchedumbre, á la que un toro, hiriéndola y golpeándola, ponía en situación apuradísima: ya se podía ver la fiesta nacional con la convicción de que ninguna desgracia sucedería. Una docena ó dos de hombres jugaban con las fieras con tal destreza y habilidad, que eran pequeñas las plazas construídas para contener la gente que siem-



TEMERIDAD DE «MARTINCHO» EN ZARAGOZA. —GOYA

Esta es la época del principio del torco, considerado como arte.

(1) El mejor, y casi podríamos decir el único autor que se ha propuesto hacer cumplida y detallada relación de las muchas obras taurinas publicadas hasta el día, es el Sr. D. Luis Carmena y Millán que en 1883 dió á la estampa en Madrid, imprenta de José María Ducazcal, un precioso tomo de XII-162 páginas, que tituló acertadamente *Bibliografía de la tauromaquia*. Luego en el año de 1888, publicó también un apéndice á dicho libro de VIII-56 páginas, Madrid, imprenta de Ducazcal, y sabemos que tiene en estudio otra extensa obra de igual carácter, que han de apreciar los entendidos como merecerá seguramente.

pre se agolpaba á contemplar el valor é inteligencia de aquéllos.

Al rejoncillo, usado por los caballeros después de la lanza, sucedió la vara de detener, ó sea la garrocha, que para el acoso y encierro de reses en plazas, usaba la gente de campo. Ganábase en esto que durase más la lidia de cada toro, economizando gastos, y demostrábase tanto valor por el picador de oficio, como pudiera tener el más afamado caballero; y claro es que con el mucho ejercicio, con la continua práctica, iban perfeccionándose cada vez más las suertes del torco, y aun inventándose otras.

A mediados del siglo pasado, al inaugurarse en Madrid la nueva plaza de toros, donada al Hospital General por el rey Fernando VI (1), ya se ponían banderillas á pares, como actualmente se hace, y ya también el inolvidable Francisco Romero había practicado con feliz éxito la suerte de matar al toro frente á frente con estoque, como otros, pero *favorecido por la muleta* de su invención.

Como siempre que hay emulación, *el arte ganaba, iba adelante*.

Martincho tuvo el valor de matar un toro esperándole sentado en una silla, con grillos en los piés y sin más muleta que un ancho sombrero en la mano izquierda; José Cándido daba el difícilísimo salto de testuz, capeaba los toros hasta rendirlos y se sentaba delante de ellos, matando algunos sin muleta y con puñal, en vez de puntilla; Juanijón picaba toros puesto á caballo sobre otro hombre. Y todo esto no era, como suponen los enemigos de nuestra diversión favorita, ningún acto bárbaro, sino consecuencia del estudio que de la índole de las reses hicieron aquellos hombres, y de la inteligencia valerosa que les era peculiar.

Las corridas de toros, como espectáculo público, se aclimataron, echaron hondas raíces en el suelo español, y desde entonces fué imposible suprimirlas totalmente. No había podido hacerlo Isabel la Católica; no consiguieron ser obedecidos los Papas cuando tanto se les respetaba por el orbe católico; ¿cómo había de conseguirlo el rey Carlos III?

El buen señor, recién venido de allá, de Nápoles, vió las corridas de toros, se asustó de tanto valor, no comprendió que á éste va acompañada la inteligencia, se figuró mil catástrofes y ordenó la prohibición, en el cap. VI de la real pragmática de 9 de Noviembre de 1785; pero le sucedió lo que á los Papas. A pesar de su Real decreto, se corrían toros en muchos pueblos con y sin conocimiento de las autoridades; los ricos, los potentados, hacían en sus posesiones y casas de recreo pequeñas plazas donde corrían toros; hubo patios en los conventos en que se lidiaron reses (2), y

como dice el célebre Abenamar, hablando de la popularidad y aceptación de esta fiesta, «una de las causas que han contribuido á ello ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hacia la misma, y la prohibición del dicho rey, *pues se exasperó de tal modo la afición que casi era epidémica*». No tuvo más remedio que ceder y volverse atrás de lo mandado. Al principio consintió corridas de novillos embolados, luego alguna de toros, con pretexto de que sus productos eran para fines benéficos, y más tarde, para obsequiar á un príncipe extranjero y para celebrar los desposorios de Carlos IV y María Luisa, hizo renacer con toda magnificencia este grandioso espectáculo, cada vez más aplaudido.

Un autor dice que durante el reinado de Carlos III, que comprendió veintiocho años hasta 1788, se verificaron en la plaza de Madrid unas cuatrocientas cuarenta corridas, y se dió muerte á cerca de cuatro mil quinientos toros. Estos ocasionaron varias cogidas, pero no hubo muerto lidiador alguno.

La fiesta iba adelante, en progreso.

Eran los picadores aventajados; los banderilleros, notables; á Francisco Romero sucedieron sus hijos, que mataron, como él, los toros cara á cara; y entonces se presentó en la arena un hombre que había de eclipsar las glorias de los anteriores matadores.

Este hombre era Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Comprendió su inteligencia lo difícil que era matar un toro que no arrancaba, esperándole, y conociendo que *al que no viene hay que irsele*, inventó el *volapié*. Suerte notable y de valor, utilísima y necesaria en muchos casos.

El arte, pues, dió un paso más á su perfección.

Vienen después los célebres Pedro Romero y José Delgado (a) *Illo*. El uno formal, serio, fuerte, con el valor que da el conocimiento exacto de su profesión; y el otro alegre, juguetón con los toros, audaz y valiente hasta la temeridad. *Recibe* Romero las reses con una perfección nunca vista, y con su capote salva siempre las vidas de sus

patios de los conventos que para ello tenían suficiente capacidad. Cuando esto sucedía gozaba mucho el tal Don Miguel en mandar á los frailes jóvenes que *pegasen* á los toros más bravos, y celebraba con la gente de su camarilla los grandes porrazos que sufrían aquellos improvisados pegadores, ó mozos de forçado, dirigidos al efecto por los toreros Sebastián García y otro apodado *Alma negra*, á quienes aquel rey distinguió tanto, que á su lado vivían, á su tertulia asistían y al ostracismo le acompañaron cuando su destronamiento.

(1) Véase en el sitio correspondiente la palabra *plazas*.

(2) En el presente siglo, en Portugal y durante los años de 1827 á 1832, que fueron los que ocupó el trono de aquella Nación, el Rey Don Miguel I, tío de doña María de la Gloria se ocupaba frecuentemente en rejonear toros á caballo, ya en cercados de ganaderías principales, ya en locales preparados de antemano, ó ya también en

compañeros; y Delgado capea inimitablemente de todas maneras, pone banderillas como nadie, y mata toros con un arrojo incomparable.

Por desgracia, *Costillares* se inutiliza fuera de la lidia, *Pepe Illo* muere en la arena, y Romero marcha á la Andalucía. Enfríase algo la afición á los toros, contribuyendo á ello no poco la parte que España tuvo que tomar en las guerras extranjeras.

El favorito Godoy, que gobernaba España en nombre del pobre rey don Carlos IV, hizo que éste, por Real cédula dada en Aranjuez á 10 de Febrero de 1805, de conformidad con su Consejo y á propuesta del Conde de Montarco, prohibiese absolutamente en todo el Reino, sin excepción de la corte, las fiestas de toros y novillos de muerte. Un Rey que tanto necesitaba el apoyo de su pueblo, se puso entonces frente á él y así le salió el reto que contra él lanzó. Tres años más tarde, penetran los franceses en Madrid; se sienta en el trono de España el intruso José I, y cuando los madrileños creyeron que por ser *franchute* conservaría la prohibición de las corridas de toros, se encontraron con que no solo consintió en que se celebraran, sino que las autorizó con su mandato.

Pero no conocía al pueblo español. Supuso que era como los demás, y se equivocó. Anunciáronse las corridas en nombre del Rey, como ha sido costumbre hasta mediados de este siglo y presidían la plaza autoridades afrancesadas, y esto era suficiente para que nadie quisiera asistir. Hubo días en que los soldados franceses, á la hora de empezar las corridas, recogían, hacían leva de gente que transitaba por las inmediaciones de la plaza, y por fuerza la obligaban á ver la función. Tal es el carácter de los españoles: les niegan una cosa á què creen tener derecho, y ¡ay del que les impida reclamarla hasta con violencia! Les conceden como gracia lo que es suyo, y entonces lo desprecian. Hacen bien: que no hay concesión, cuando existe derecho.

Necesariamente decayó entonces la fiesta española, siendo la asistencia á ella cada vez más escasa. Vuelve á España, rescatado de las garras francesas, el Rey D. Fernando VII *el Deseado*, el pueblo le recibe con frenético entusiasmo, y él, que tanta afición había manifestado siempre á las corridas de toros siendo Príncipe de Asturias; él, en quien tanto confiaban los aficionados madrileños para dar gran incremento á su fiesta favorita, expidió un Real decreto en 1814, mandando la

suspensión de las corridas de toros. Así paga el diablo á quien bien le sirve.

Asombrados todos, hacían sobre ello diferentes conjeturas y suposiciones. Decían unos que semejante determinación obedecía á consideraciones puramente políticas. Creían otros que, dada la afición del rey por el espectáculo, y conociendo la decadencia en que se hallaba, no había medio más eficaz para levantarle y hacerle volver á ser lo que fué, que prohibirle por un poco de tiempo. Ambas versiones son admisibles.

Al siguiente año de 1815 levantó la prohibición, y desde entonces sostuvieron dignamente las fiestas de toros Francisco Herrera Rodríguez, Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), Juan Jiménez (*El Morenillo*), Juan León y otros, siguiendo unos el estilo de Romero, y otros el de *Pepe Illo*, según sus inclinaciones ó temperamento; pero no mejoraron la lidia. Se concretaron á ejecutar más ó menos perfectamente las suertes escritas.

Conociendo después el rey Fernando VII, por lo que sus consejeros le expusieron y por lo que la opinión pública manifestaba, la necesidad de enseñar al que se dedicase á esta profesión (imposible de desarraigar de España en mucho tiempo) siquiera los rudimentos del arte, creó y fundó en Sevilla, por Real orden de 29 de Mayo de 1830, una escuela de tauromaquia, á cuyo frente puso como maestros al gran Pedro Romero y al célebre Jerónimo José Cándido.

En ella entraron como discípulos los que luego fueron primeras figuras del toreo, y allí enseñaron prácticamente aquellos maestros la conveniencia, mejor diremos, la necesidad de sostener un establecimiento como aquel, en que al valor se le sujetaba con la calma para reflexionar, y á la inteligencia se la dirigía para estudiar el modo de evitar desgracias. Esto, sin embargo, se criticó mucho entonces y más después, y la escuela murió á poco tiempo de crearse.

Las corridas de toros continuaron, á pesar de ello, cada vez con más contentamiento del público, lo mismo en Madrid que en las provincias. La semilla de los buenos toreros se había echado en aquella escuela: estuvo poco tiempo en tierra, pero no pudo ser mejor el fruto.

Llega el año de 1832, y se presenta en la plaza de Madrid un discípulo de dicha escuela, el inolvidable maestro Francisco Montes. A las primeras corridas se apodera de las simpatías de todas las clases de la sociedad; el pueblo se entusiasma, los potentados le agasajan, las damas le obsequian y

la afición crece, se ensancha, se aumenta prodigiosamente.

Antes de una docena de años, como si fuera poco un hombre tan grande en la arena y no bastaran para acompañarle en ella los que con él alternaban, surgen al mundo taurómico los célebres *Cúchares* y *El Chiclanero*, que asombran á los espectadores con su diversidad de suertes, y más que nada con la precisión, serenidad, valentía y gracia con que las ejecutan.

Esta es la *época del renacimiento del toreo*. Durante ella, y desde la aparición de Montes en el

sito, el juicio crítico individual de cada uno de los diestros muertos ó vivos, según nuestro leal saber y entender.

Circunstancias difíciles de apreciar si no se examinan bien, políticas por un lado, económicas por otro; ambiciones de unos y exigencias de otros, han contribuido, y no poco, á que no sea tan grande como sería de desear, y hay derecho á esperar, el número de los buenos lidiadores, tanto de á pie como de á caballo. En éstos principalmente, fuerza es confesarlo, es cada día menor el personal que sirve para picar toros.



VISTA INTERIOR DE LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — ELBO

ruedo, todo fué animación, todo alegría, todo entusiasmo. Las cuadrillas, tanto á pie como de á caballo, eran notabilísimas; y para que todo fuera completo, á la antigua casta jijona de toros reemplazó con ventaja la de los Veragua, Gómez, Torre Rauri y otras.

Esta que pudiéramos llamar la edad de oro del toreo, tuvo de duración unos veinticinco años, y en este tiempo, además de los antedichos se dieron á conocer otros notables maestros, que alternaron dignísimamente tanto en Madrid como en provincias. No citamos sus nombres. ¿A qué, si todo español los conoce? ¿Si sus nombres tienen que sonar siempre en los oídos de todo buen aficionado? Esto por un lado; que aparte de ello, nos hemos propuesto no citar nombres de lidiadores que hoy viven, relegando á sitio más á propó-

Los banderilleros, en general, tienen mucho que aprender, si se han de parecer á las excelentes cuadrillas *completas* que hubo un tiempo.

La suerte de recibir, suprema del torero, se va perdiendo de la memoria. Pasan años sin que la veamos ejecutar.

Deben, pues, los toreros estudiar, fomentar el arte, queriendo trabajar, demostrando aplicación y entusiasmo.

No es esto decir que la función esencialmente española se halle hoy en absoluta decadencia. El que tal afirme no dice verdad. Pero puede estarlo, si los lidiadores no se esfuerzan y el público sigue con el gusto pervertido. Porque no basta tener afición al espectáculo; es preciso reconocer el mérito en quién le tenga, sin cuidarse de afecciones personales; alentar al principiante que mues-

tre disposición para la lidia, y no convertir en apasionada envidia la noble emulación que debe haber entre todos los lidiadores que en algo se estimen.

El espectáculo, como función pública, cautiva hoy como nunca al público en general; por él

muestra mayor entusiasmo que por ningún otro: aprovechen, pues, los toreros actuales esta favorable disposición, y los que les sucedan los imitarán, y tal vez perfeccionarán las suertes ó inventarán otras que continúen dando sustento y vida á nuestras corridas de toros.





CAPÍTULO IV

COMPARACION ENTRE LAS FIESTAS DE TOROS Y OTROS ESPECTÁCULOS

Que entre gustos mil
y mil gustos más,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.

W. AYGUALS I. R. IZCO

HEMOS trazado muy brevemente en los capítulos anteriores una compendiosa historia del toreo, porque en el curso de esta obra hemos de ir marcando con la extensión que el asunto requiere, fechas, épocas, adelantos y detalles que aquí hubieran parecido prolijos. No han de echar de menos nuestros lectores pormenores ni documentos, en gran parte inéditos. Pero antes, ya que no encontramos en el libro sitio mejor para ello, queremos comparar nuestra fiesta favorita con los demás espectáculos. Pocos escritores se han atrevido, hasta ahora, á intentarlo extensamente, y nosotros tenemos comecón por vindicar á los españoles aficionados del estigma que sobre ellos quieren lanzar los que *ladran á la luna*.

Nuestras fuerzas son pocas, lo sabemos; pero tenemos fe, valor y constancia, y con esto y la razón por nuestra parte nos consideramos vencedores. Harto conocemos que vamos á entrar en un terreno resbaladizo: que toda comparación es odiosa, y mucho más cuando la pasión domina, y que si cada nación, cada pueblo, cada individuo tiene ó muestra predilección por una cosa, por un objeto, por un espectáculo determinado, los demás le han de parecer incoloros, insulsos ó detestables tal vez, y entonces, inútil es querer convencer á nadie de lo contrario.

Pero si desapasionadamente se oye la razón, fijándose en los hechos, ateniéndose á lo justo, y dando á cada cosa, ó función, lo bueno y lo malo que en si tengan, se formará exacto juicio de las

ventajas ó daños que aquellos espectáculos ocasionen. Esto es indudable.

Cumpliendo, pues, con lo que en el primer artículo ofrecimos, vamos á hacer, aunque ligeramente, un estudio comparativo de los demás espectáculos hoy conocidos y en uso, con nuestras fiestas de toros.

Tenemos la seguridad de demostrar palpablemente que no son éstas peores que aquéllos, ni por sus efectos, ni por sus condiciones generales; y esto nos anima, como es natural, á persistir en nuestra opinión.

Antes de empezar, pedimos la venia á los partidarios por convicción, por temperamento ó por interés, de cualquier otro espectáculo, para que no se den por ofendidos si alguna palabra les daña: que nuestro ánimo no es perjudicar á otros, sino defendernos de inmerecidos ataques. Aparte de que, bien mirado, no escasean nuestros contrarios los sarcasmos, injurias é improperios; como si por esto tuvieran más razón al ofendernos, y justa es la represalia.

Entremos en materia.

En todos los tiempos, y especialmente en los antiguos, cuanto más valiente era un pueblo, cuanto mayor era su potencia en elementos de riqueza y bienestar, más grandes, más asombrosos eran los espectáculos que se proporcionaba.

Así vemos instituir fiestas determinadas para regocijo de los pueblos á los griegos, romanos, celtas, judíos, indios, asirios, etc.; con cualquier motivo, en celebridad de acontecimientos faustos, ó para conmemorar sucesos notables; siendo las diversas religiones por cada pueblo observadas, elemento principal de sostén y de organización de sus fiestas favoritas, y dándoles un carácter más viril, más enérgico, más dulce ó más sensual, según fueron más ó menos valientes más ó menos afeminados, más ó menos viciosos ó lúbricos.

La música y la danza son indudablemente las que más antigüedad cuentan, y de ellas nos ocuparemos en primer lugar.

¿La música! ¿Puede negarse la importancia que siempre ha tenido, y el puesto que hoy en el mundo ocupa el arte *divino*?

Sería locura dudar de lo que es evidente; pero aunque parezca atrevida la pregunta, ¿la música *por sí sola* es ó puede constituir un espectáculo que por espacio de dos, tres ó más horas, entretenga, divierta ó entusiasme á diez mil ó más personas sin cansarlas?

Contéstenos *desapasionadamente*, y la res-

puesta no es dudosa. No es posible tener quieta una gran muchedumbre tanto tiempo sin interrupción, sin hablar y mirándose unos á otros, por muy educado que tengan el oído á las fusas, corcheas y compases. Queremos conceder que algún notable aficionado, un profesor entusiasta, en ocasiones dadas, sienta excitada hasta tal punto su sensibilidad con los preciosos acordes que escuche, que se *enajene* de deleite, siquiera sea por poco tiempo; pero ¿sucederá otro tanto á la mayoría inmensa de los concurrentes? Con perdón de los filarmónicos, tendremos precisión de decir que no llegará á un 10 por 100 el número de los que, pasada la primera media hora, presten atención á las notas musicales con preferencia á los ojos ó á las galas de una mujer.

La música es innegable que *deleita* como pocas cosas en el mundo; hasta *dicen* que produce éxtasis en muchas personas cuya sensibilidad es ó debe ser muy exquisita.

En cambio, otras seguramente se verán molestadas por el ruido de un piano, que tal vez les estorbe oír palabras de amor ó promesas de empleos, y renegarán de ella.

Y al contrario, oyendo tocar la jota ó las seguidillas en la guitarra al barbero de su pueblo, habrá paleta que se llenará de júbilo; pero aunque el rapabarbas la haga hablar, aunque tenga manos de oro, más que de escuchar el sonido de la guitarra al barbero mencionado, gustará el paleta de conversar con su amor y atender con más interés á *los bajos* de las mozas que al compás bailen, que al punteado de la vihuela. Cada uno tiene sus gustos, y no todas las ocasiones son oportunas para oír música.

Es un arte que da gran realce á cualquier espectáculo en que no sólo tome parte el oído, sino también la vista, bien sea religioso, bien profano.

Es decir, que la música cuando hace mejor papel es *acompañando* á otra cosa, á otro acto, á otra función, como á la ópera, al baile ó á las corridas de toros. En estas últimas, sin embargo, es donde juega más insignificante papel: está reducido á aumentar el ruido y la algazara, sin que nadie se cuide de las acordes notas que producen los bellísimos sonidos que *dicen* causan *arrobamiento*; y allí es donde queda mal parado el gran poeta que dijo:

«La música las fieras domestica,
y en nuestro corazón, de las pasiones
los instintos salvajes dulcifica.»

Porque las fieras salen al coso, y aunque oyen

música, cada vez se embravecen más; y si alguna huye, es debido al castigo que la da el hombre.

¡Valiente confianza puede tener el torero, ó el que no lo sea, en que, tocando la mejor sonata escrita ó por escribir, un toro que se le acerque ha de parar en la mitad de su carrera, ó no le ha de acometer por el efecto que en sus orejas produzca la música!

Pero en la ópera, que es donde se ve lo sublime del arte, hay que alegrarse, entristecerse ó sentir, como el autor del *spartito* quiere que el auditorio sienta. Esto debe ser verdad, porque lo dicen muchos y no hay por qué negarlo. Habrá alguno ó algunos que oirán la música de la mejor sonata de Beethoven sin emocionarse, sin sentir lo que el autor dicen quiso se sintiera al escucharla; pero no hay regla que no tenga una, ciento, mil ó más excepciones.

Aunque nosotros no les tengamos lástima á los que dicen que la música es el ruido que menos les incomoda, comprendemos que otros se la tengan. Precisamente el deseo de que los demás quieran lo que nosotros queremos, es uno de los defectos de la condición humana.

No dejan, sin embargo, los antifilarmonícos de tener razón cuando oyen una murga desentonada que atormenta sus oídos despiadadamente con mucho metal, ó con mucho bombo y platillos, ó con infernales redoblantes.

Esto no hay cuerpo que lo resista; y hay que huir de aquel sitio como alma que lleva el diablo, si no se quiere perder el oído y la cabeza, sufrir un ataque de nervios, y renegar para siempre de la música. Démosles en esto la razón. Pero una murga no es la música: es la degradación de ésta; es la novillada de aldea, con relación á una fiesta real de toros.

Dicen también los antifilarmonícos que, siendo lo mejor, ó debiendo serlo en música al menos para entretenimiento como espectáculo, la ópera, lejos de causarles pena, tristeza ó angustia la escena, por ejemplo, en que el tenor ó la tiple mueren cantando, les produce risa irónica y deseo de burla.

Afirman que no es verdad que la música conmueva las fibras del corazón humano, como aseguran sus apasionados, y para probarlo, nos dicen: hemos visto muchas personas amantísimas del arte musical, inteligentes profesores distinguidos, asistir á la audición de los mejores trozos de música de cuantos autores se conocen. Todos, absolutamente todos, prestando una atención extraor-

dinaria, aguzando el oído, abstrayéndose de cuanto á su lado había, abriendo los ojos desmesuradamente, encarnándose, digámoslo así, en la composición musical, cuyas melodías tristísimas, según ellos debían conmovernos con notas dulcemente sensibles y tristemente penetrantes. Pero nada, ninguno lloraba.

Y añaden: Lejos de verlos tristes, bajo la impresión de aquella sonata ó lo que fuera, al acabarse, los observamos entusiasmados, eso sí, pero contentísimos y alegres. Luego la música hace en ellos el efecto contrario al que el autor se propuso.

Replicamos nosotros, haciéndoles observaciones y manifestándoles que los secretos de la música no son para comprenderlas gente profana al arte, y aquí nos atajan el paso, diciéndonos:

-- Como nosotros es la inmensa mayoría de los habitantes de todos los pueblos; nuestros oídos no están educados para apreciar todas las bellezas de la música, y como en su audición no gozamos más que relativamente y por poco rato, han de confesar los apasionados al arte musical que ésta no es bastante para entretener á un pueblo entero, y que, como función pública, es necesario limitarla á corto número de espectadores, de esos que la entienden, al menos hasta que la educación musical cunda y se propague á todas las clases sociales.

Estas se recrean más con las corridas de toros, no hay que dudarlo. Es más perceptible para ellas el encanto que les produce lo real y positivo, que lo figurado é ideal. Sienten y gozan con lo que á la vista tienen, y no se alimentan con ilusiones. Y tanto demuestran su sentimiento, que si en la corrida de toros hay una desgracia, el terror en unos, la pena en muchos y el disgusto en todos, se refleja inmediatamente.

Porque en esto hay verdad; y en la música, si no se *idealiza* el oyente, si no se transporta á los espacios imaginarios, no experimentará nunca terror ni pena. Habrá mérito, pero hay ficción; y la comprensión humana instintivamente separa en el acto la verdad de la mentira.

Así aquéllos para quienes la música es un entretenimiento al que fácilmente renuncian, afirman que *no es verdad que el corazón sienta lo que dicen que quiere decir* la composición musical, sino que es una cosa agradable en algunas ocasiones, sobre todo no cuando se oye, sino cuando se escucha; que ni hace reír ni llorar, y de que se prescinde por mirar un traje las mujeres, ó por hablar de éstas los hombres.

—En los toros, ¿se habla de otra cosa que de la lidia?—nos preguntan.

Y tenemos que confirmar su aserto, porque es verdad que ni hombres, ni mujeres, ni niños piensan allí en otra cosa que en los múltiples accidentes de la lidia. Allí se olvidan todas las penas. La no interrupción del espectáculo contribuye mucho á esto, porque no permite que la imaginación se aparte un momento de lo que tiene á la vista y tan poderosamente la preocupa.

Y fundándose en esto, dicen los tenaces impugnadores de la música: Si ésta no hace llorar, ni reír, ni ensoberbecerse, ni aborrecer, ¿qué fibras del corazón toca? Concedemos que deleita, agrada, gusta la buena música, que puede escucharse un rato sin que moleste; pero concédasenos al mismo tiempo que la fiesta de toros tiene más de magnífica, ostentosa é interesante, que el mejor concierto de las mejores obras. Y si no, ejecútese éste en un local en que los oyentes no puedan lucir sus galas, ni entretenerse en conversación alguna amorosa ó política, y será muy escaso el número de los concurrentes. No hablamos por hablar, sino que la experiencia lo ha demostrado con gran desencanto de los que han creído que una buena orquesta por sí sola, donde quiera se coloque, donde quiera empieza á hacer sonar sus armoniosos sonidos, allí lleva gente. Los conciertos en Madrid han quedado desiertos al llegar la hora de dar principio la fiesta taurina.

¡Amarga decepción para el arte de Orfeo!

—¿Sucede ésto con las corridas de toros?—vuelven á preguntar.

Y cansados ya nosotros de su persistente tenacidad, les concedemos mucho, les criticamos algo, y para no fatigar más á nuestros lectores, los enviamos *con la música á otra parte*; pero haciendo antes una aclaración.

Casi todos los músicos españoles, y los hay muchos y buenos, son aficionados á las corridas de toros. ¿Por qué? No hay más que reflexionar un poco acerca de las cualidades internas del individuo, y la contestación está dada. El verdadero músico, el que siente, el que puede contar uno á uno los latidos de su corazón al escuchar los delicados sonidos de un aria sentimental, el que se enardece oyendo los vigorosos ecos de una sinfonía de Wagner, es por naturaleza apasionado por todo lo grande, lo magnífico, lo que se sale de la esfera común; por aquello, en fin, que le impresione fuertemente, que le cause emociones verdaderas, ya sean de dulce regocijo, ya terrible-

mente trágicas. Magnífica es la música cuando hiere las fibras delicadas que excitan el sentido, hasta el punto de producir éxtasis inexplicables; pero no es menos soberbio el espectáculo que, desde el principio al fin, tiene en suspenso el ánimo del espectador, y le causa emociones de alegría, sobresalto y entusiasmo, que se suceden rápida é inesperadamente, pasando de unas á otras de tal manera, que hacen olvidar, mientras se presencian, cuantas penas y disgustos afligen á la pobre humanidad.

No siempre el espíritu ha de estar vagando por los espacios imaginarios: que es necesario al hombre vivir dentro del medio ambiente que le rodea, y éste no debe ser otro que el de la verdad, por más que la *verdad real* sea grata ó amarga, triste ó alegre, según le plazca al acaso, ó al que todo lo puede, y así hay que aceptarla; pero, ¿es tan hermosa! ¿se aparta tanto de la mentira!...

* *

Tratemos algo del baile, que es uno de los espectáculos principales y más antiguos.

Veamos si en él encontramos la *moralidad* que dicen los extranjeros falta á las corridas de toros. Veamos si no tiene nada de *ridículo*. Juzguemos desapasionadamente acerca de los bienes y ventajas que reporta á la sociedad, y comparemos.

Sin remontarnos á los tiempos primitivos, en que también se bailarían de seguro, y si no que lo digan Adán y Eva, si hay quien se lo pregunte; sin criticar al danzante rey David, que cuando él danzaba y tocaba el arpa sabría por qué lo hacía; sin querer de intento tratar aquí de las lúbricas danzas de la dueña del mundo, Roma, diremos algo de tiempos más modernos.

No sabemos cómo se bailarían en España una danza que por fines del año 1500, poco más ó menos, se llamaba la *Alemana*, y estuvo muy en uso; pero debía ser decente, aunque fría y sosa como los individuos de la nación á que alude su nombre, cuando Lope de Vega, cuarenta años después, la echó de menos como honrada, al criticar la *Chacona*, baile nuevo que ofendía la virtud, la castidad y el decoro de las damas con sus acciones gesticulares.

Ya empezamos con la moralidad.

Más tarde se bailó las *Follías*, que dicen no era danza tan decente como la *Pavana* y la *Gallarda*, ó al menos no era de tan buen tono; la *Zarabanda*,

la *Alta* y la *Baja*, y otros muchos, entre ellos el *Canario*, de rápidos movimientos, cabriolas, campanelas y *piarresco* traqueto.

Luego, ya en nuestros días, todo el mundo sabe lo que eran el *Mimé* (que han vuelto á poner en uso ahora), la *Gabota*, la *Cachucha*, la *Guaracha*, y tantos otros cuya lista sería interminable, y que, en especial los dos últimamente citados, tenían sus puntas de incitantes y traviesos.

No queremos tampoco hablar de las *Mollares*, el *Fandango*, el *Bolero*, el *Ole*, el *Jaleo* ni las *Sevillanas*, más incitantes, más picantes y más retrecheros, cuanto mayor sea la gracia, el aire y el *aqué!* con que la *bailaora* arquee los brazos, mire al cielo y luego á la tierra, mate la araña, lleve y traiga el mundillo con temblores, molinete, estremecimientos y paradas en firme.

Son estos últimos bailes tan españoles que no debemos hablar contra ellos. Además de que nuestro fin no es desautorizar, criticar ni decir nada en contra de los demás espectáculos sino en cuanto baste al objeto que nos hemos propuesto, que es demostrar que no es el peor de los espectáculos la función de toros, sino que lleva ventajas á los demás.

Volviendo á referir algo del baile y la danza, ¿no es ridículo, no es altamente risible, un hombre hecho y derecho, dando saltos y haciendo piruetas, moviendo los brazos como si cazara moscas, en medio de un escenario?

¿No excita á la burla un hombre dando vueltas en un salón al compás del atolondrado vals, echando al aire las aletas del obligado frac, cuyos faldones parecen un par de banderillas colocadas en la parte posterior del individuo?

¿Y es muy moral apretar el pecho del galán al escotado seno de la dama que con él valsa?

Vaya, señores moralistas, que tanto malo encontráis en las fiestas de toros, no nos hagáis hablar, que entrando en el terreno de las comparaciones, sois vencidos.

Os diremos que no sólo es inmoral, sino repugnante en alto grado, ver en un salón cien parejas ó más, apretadas, estrujadas unas con otras, bailando lo que se llama bastante significativamente la *polka íntima*; que la desnudez completa de las actuales bailarinas es vergonzosa, y sus movimientos sin gracia, obscenos y asquerosos; que lo son mucho más y en grado más escandaloso, si es posible, los *cancanes* importados de la culta Francia y todos los bailes de allí venidos, en que no se ve más que andar de puntillas una mujer desnuda, sacudir las

piernas (casi siempre alambres) por todo lo alto, formando con ellas un ángulo tan abierto, tanto, tanto, que parece línea recta.

Y no es que nos asuste ver nada de esto. No somos mojigatos, ni mucho menos. Dejamos siempre en completa libertad á todo el mundo de hacer y decir cuanto se le antoje, si no perjudica á tercero. Al que no le guste una cosa, que no la vea, si puede evitarlo.

¿Diremos algo de los bailes de máscaras? Casi nos debíamos ceñir á relatar las tan conocidas frases de Larra: «Allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas,» y añadiremos: ¿y la moralidad? Ni rastro ha dejado á su paso, si es que por allí ha pasado alguna vez.

Claro es que en absoluto, ya lo hemos dicho antes, no pueden tomarse tales afirmaciones; por distintas causas y en diversas ocasiones debe exceptuarse algo. Por lo mismo, creemos que nuestros detractores no dirán tampoco en absoluto que cuantos ven las corridas de toros son bárbaros é inmorales.

Pero no podemos consentir que muchos danzantes ó aficionados al baile, critiquen como inmorales las corridas de toros, cuando es sabido, y tan palpablemente dejamos demostrado, que lo son mucho más los bailes. Estos, además de los vicios que despiertan, de lo que á la moral ofenden, de lo que á la dignidad repugnan, de lo que á la sociedad pervierten, afeminan á los hombres, los hace pusilánimes, endebles y cobardes.

¿Qué sentimiento noble, qué idea de lo grande, de lo heroico, puede caber en el pecho de un joven que por ocupación frecuente los bailes, por inclinación no conoce ni trata más que danzantas, y por costumbre no usa más armas que el bastón de junco ó el abanico de seda?

No envidiamos su suerte, ni la de la nación que por su desgracia fuese muchos individuos de tal calaña: no queremos de ningún modo que nuestro pueblo se parezca en nada al que se forme de entes que, lejos de hacer alarde de valor, fuerza é inteligencia como cumple al hombre, no piensen más que en la vida disipada del sibarita y en los goces del dinero.

¡Pobre nación donde tal suceda!

Cuatro soldados y un cabo penetrarían impunemente en un pueblo, aunque tuviera cincuenta mil almas, y le impondrían su voluntad.

Porque nadie los resistiría. Afeminados los unos, cobardes por lo tanto, y temerosos los otros de

perder la vida, y con ella los goces á que tanto apego tienen los que para nada estiman lo necesario que es á la educación de un pueblo hacerle fuerte, inculcarle máximas para que sea valiente, para que desprecie la vida en ocasiones, sería imposible la defensa.

Pero ya hablaremos de esto más adelante. Nos hemos apartado, sin querer, del camino que nos habíamos trazado. Sigamos en él, y aunque de pasada, hablemos algo de los ejercicios acrobáticos y gimnásticos.

* *

El mejor de éstos, el de más mérito, el más esmeradamente ejecutado, ¿puede compararse á una corrida de toros, por mala que sea?

Conteste por nosotros el lector, y aunque sea aficionado á la gimnasia ó á los ejercicios hípicas, díganos con franqueza si puede competir un espectáculo con otro.

Comprendemos la necesidad en muchas ocasiones de ejercitarse en la gimnasia, como medida higiénica aconsejada por la medicina; conocemos también el goce particular que el joven siente al practicarla en el trapecio, en las paralelas y haciendo planchas; sentimos asimismo el gusto especial con que monta un buen caballo, le enseña, le amaestra, y le luce y hace lucir en todas partes.

Bajo cierto punto de vista, todo esto es bueno y agradable.

Mas desde el momento en que se quiera hacer de ello un espectáculo público, tiene que ser de los llamados de tercera clase. No puede, por lo tanto, aspirar siquiera á que se intente ponerle enfrente de las corridas de toros: está muy por bajo.

¿Qué diversión ofrece, por ejemplo, una infeliz muchacha balanceándose en una cuerda, ó dando

saltitos sobre un caballo, diez, veinte ó treinta veces? ¿Qué puede gozar el espectador, viendo trabajar en un trapecio á gran altura, en la escalera aérea ó en la percha peligrosa? Nada; cuando más, admirar el valor, el arrojo y el atrevimiento de un hombre que, después de todo, no sabe hacer más que aquello, es decir, que siempre hace lo mismo y del mismo modo.

Él hace lo que quiere hacer, lo que ha aprendido; no lo sujeta á la voluntad de otro, sino que no va más allá de donde él quiere. El torero tiene que estudiar en el terreno cada caso nuevo que le ocurre: el toro demuestra distintas inclinaciones, y á ellas se atempera el torero para vencerle; no hace siempre lo que quiere, sino aquello que le permite la condición del toro, estudiándola en el acto, en el mismo momento. ¿Dónde hay más mérito?

Hemos querido reducir á la individualidad del *artista* la comparación entre una y otra clase para hacer más perceptible nuestra demostración.

Dudamos si hablar ó no de esos niños descomulgados y raquíticos que son *comprados* ó robados por los saltimbanquis para enseñarles arriesgados ejercicios, ó exponerlos ridículamente como marmotas; de esas niñas agraciadas á quienes explotan gentes sin conciencia, las aplauden cuando trabajan en el trapecio, en la cuerda ó en el caballo, y mueren en su mayoría pobres y jóvenes en un hospital.

Mejor es dejarlo. No tenemos la intención de que en nuestro libro haya nada que incline á la tristeza; pero permítasenos decir: ¿Y esto es más moral que las corridas de toros?...

Tócales el turno ahora á las funciones teatrales: su importancia, que la tienen en primer grado, merece que el asunto se trate despacio, y para ello empezaremos capítulo aparte.





CAPÍTULO V

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Si los espectáculos cultos, lejos de enseñarme algo y de educar y desarrollar mis buenos instintos, ponen de manifiesto ante mis ojos un mundo de inmundicia y una exuberancia de lujo que ciega mis ojos sin tocar al corazón, hoy más que nunca tengo derecho á mis corridas de toros.

PEÑA Y GONZ.

EL mejor de los espectáculos públicos, el que más interesa, el que más instruye, el que más *debe* moralizar las costumbres de un pueblo, es el teatro.

En él han de ponerse de manifiesto las prodigiosas obras del entendimiento humano, esas magníficas creaciones que, emanadas del estudio y del talento, llevan en sí un destello divino que asombra al mundo, deleita al espectador y forma parte de la gloria de la nación que cuenta en su seno seres privilegiados que tales obras producen.

El llanto, la risa, las acciones heroicas, los mil encontrados afectos del corazón humano, con cuantas derivaciones de él se desprenden, deben retratar en la escena las pasiones, los vicios y vir-

tudes del mundo antiguo y moderno. Unas veces para enseñar, para imitar lo noble y honrado; otras para criticar, para castigar lo inmoral, lo perverso. Aquello, para ensalzarlo; esto, para aborrecerlo.

Siendo esto así, en la conciencia de todos ha de estar forzosamente la idea de que mayor afición ha de tener al teatro la persona instruída, la de mejores instintos, que la ignorante ó embrutecida, suponiéndose con fundamento que aquélla va á presenciar las representaciones por el grato solaz que le proporciona una obra discreta por su estructura, por el buen desempeño de los artistas que la interpretan, y los demás atractivos que encierra el teatro en sí.

Pero cuando en vez de una obra bien escrita, se encuentra el espectador con un mamarracho mal

pensado y peor urdido; cuando cree proporcionar á sus hijos una lección saludable y los lleva á ver un manojo de desvergüenzas; cuando en vez de artistas de talento que saben y comprenden lo difícil de su cometido, se halla con cuatro ignorantes descocados y atrevidos, entonces ya no es posible mostrar afición al teatro.

No hay espectador que pueda concebirle más que como un medio de matar el tiempo. Ó bien como punto de reunión de cuatro bellezas equívocas y de una docena de holgazanes, para quienes la función es lo de menos.

Por desgracia, esto va extendiéndose más de lo que podría esperarse.

Y como la humanidad, cuando no hay freno que la guíe, se inclina siempre y fatalmente más á lo malo que á lo bueno, sucede que el teatro se ve rara vez frecuentado si las obras son buenas, y completamente lleno si son abortos de la imaginación de algún extraviado poeta ó de ignorante aprendiz.

Así se estraga el gusto y se pervierten las ideas. Más daño hace esto á la juventud, que cuantas corridas de toros, habidas y por haber, se hayan celebrado ó celebren.

Y esto no es precisamente de ahora. Hace ya tiempo que el daño está conocido y que se ha tratado de ponerle remedio; pero no se consigue.

El por qué, no es para tratarlo en este lugar; ni conduce á nuestro objeto, que es el de demostrar que aun el mejor de los espectáculos, reconocido como tal generalmente, encierra en sí, dadas sus condiciones actuales, más germen de inmoralidad que las corridas de toros.

Mucho diríamos en apoyo de nuestra proposición, porque mucho puede decirse; pero como se nos ha de suponer apasionados en un sentido, é incompetentes en otro, ahí va lo que sobre el teatro, tal cual era á principios de este siglo (y que por cierto no ha mejorado), escribía el gran Moratín, cuya competencia no puede ponerse en duda.

Decía así:

«Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo: éste no tiene otra escuela ni ejemplos más inmediatos que seguir que los que allí ve, autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobiernan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas; y cuando éstas llegan á corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas á luchar continuamente con una multitud pervertida é ignorante.

»En las comedias antiguas que se representan, parece que apuraron nuestros autores la fuerza de su ingenio en pintar del modo más halagüeño todos los vicios, todos los delitos imaginables, no sólo hermoseando su deformidad, sino presentándolos á los ojos del público con el nombre y apariencias de virtud.

»Las doncellas admiten en su casa á sus amantes mientras el padre, el hermano ó el primo duermen; los esconden en su propio cuarto, salen de su casa y van á buscarlos á la suya para pedirles celos ó darles satisfacciones; huyen con ellos y se abandonan á los extravíos más culpables de amor, como pudieran las mujeres más perdidas y disolutas. La autoridad paterna se ve insultada, burlada y escarnecida.

»El honor se funda en opiniones caballerescas y absurdas que en vano han querido sofocar y extinguir las leyes, mientras el teatro las autorice. No es caballero el que no se ocupa en amores indecentes, rompiendo puertas, escalando ventanas, ocultándose en los rincones, seduciendo criados, profanando, en fin, lo más sagrado del honor, y atropellando aquellos respetos que deben contener las pasiones más violentas de todo hombre de bien.

»No es caballero tampoco el que no fía su razón á su espada, el que no admite y provoca el desafío por motivos ridículos y despreciables, el que no defiende el paso de una calle ó de una puerta á la justicia, haciendo resistencia contra ella, matando ó hiriendo á cuantos le amenazan con el nombre del rey, y abriéndose el paso á la fuga, que siempre se verifica sin que estos delitos se vean castigados, como era consiguiente, sino antes bien aplaudidos con el nombre de heroicidad y de valor.

»En otras piezas, el personaje principal es un contrabandista ó un facineroso, y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio. En una palabra, cuanto puede inspirar relajación de costumbres, ideas falsas de honor, quijotismo, osadía, desenvoltura, inobediencia á los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reúne en tales obras, y éstas se representan en los teatros de Madrid, y el gobierno lo sufre con indiferencia.

.....

»Si el teatro es la escuela de las costumbres, cómo se corregirán los vicios, los errores, las ridiculeces, cuando las adula el mismo que debiera enmendarlas, cuando pinta como acciones dignas

de imitación y aplauso las que sólo merecen cadena y remo? Si observamos, con harta vergüenza nuestra, en las clases más elevadas del Estado una mezcla de costumbres indecentes, un lenguaje grosero, unas inclinaciones indignas de su calidad, unos excesos indecorosos que escandalizan frecuentemente la modestia pública, no atribuyamos otra causa á este desenfreno que las de tales representaciones.

»Si el pueblo bajo de Madrid conserva todavía, á pesar de su natural talento, una ignorancia, una rusticidad atrevida y feroz que le hace temible, el teatro tiene la culpa.»

Esto decía á fines del siglo anterior el eminente escritor y autor dramático D. Leandro Fernández de Moratín.

¡Cuánto hubiera dicho y diría hoy si viera nuestros teatros!

Pocas, muy pocas, rarísimas son las obras más universalmente celebradas que no tengan alguno ó varios de los defectos apuntados por el regenerador de nuestro teatro; y se admiten y aplauden no sólo sin protestar contra la doctrina que exponen, sino que si alguien las critica razonadamente, no faltan escritores cuyas plumas salen á la defen-

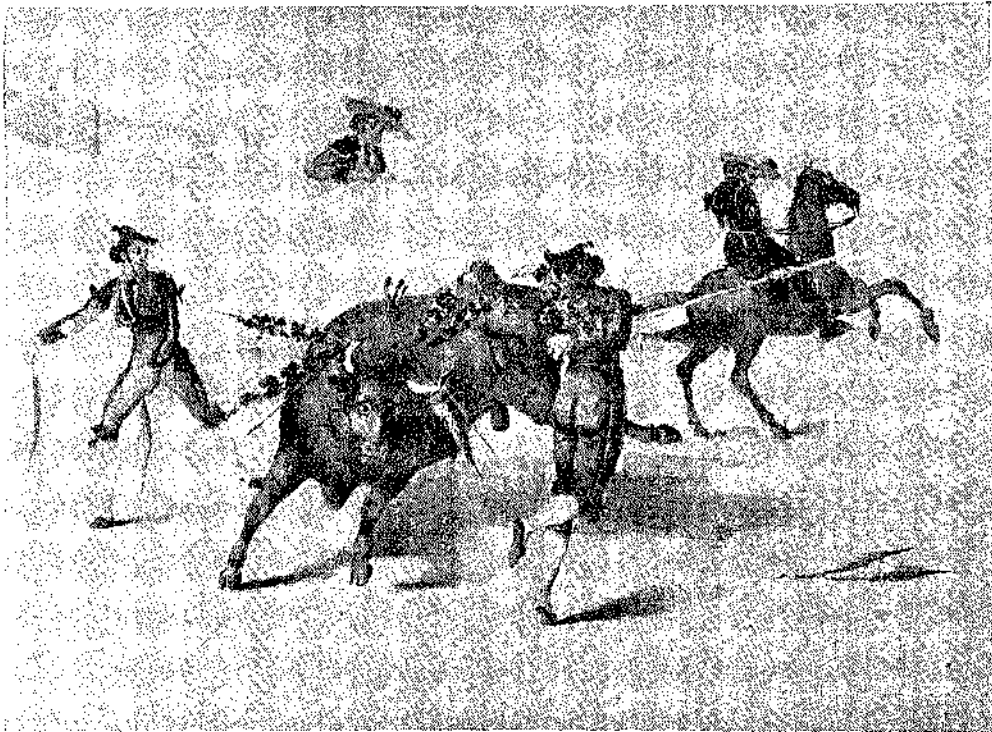
sa de lo malo, y gritando más y haciéndose eco de la perversión del gusto que por desgracia domina, consiguen hacer que pase y se tenga como bueno en el teatro lo absurdo, lo ridículo y hasta lo repugnante.

¿Qué es mejor, que la juventud aprenda por el ejemplo el medio de burlar la vigilancia de una madre ó el celo de un padre, ó que presencie una corrida de toros?

¿Le hará más daño ver ésta, cuando en ella no hay nada que excite sus sentidos ni á sensualidad, ni á avaricia, ni á ningún otro vicio, que asistir á la representación de un drama en que se dé como cosa corriente el adulterio, la infamia y hasta el infanticidio?

¿Quieren que se prefiera ver las descarnadas formas desnudas de las infelices *suripantas* que figuran en asquerosos modernos espectáculos, que ha tenido la fortuna de no conocer Moratín, á la delicada suerte de banderillas ó á la elegantísima de capear?

¿Admite comparación el daño que pueda hacer en las costumbres la constante asistencia á los teatros *Bufos*, género grotesco que no dudamos llamar degradación del arte, con el que remotamente



BANDERILLAS AL CUARTEO. — L. FERRANT

puede suponerse origine, por ejemplo, la cogida de un torero.

Se ha dicho repetidamente, que el espectador se familiariza, con ver á menudo el derramamiento de sangre, y que esto embota en sus sentidos la idea del bien, despreciándole ó haciéndole indiferente la vida de sus semejantes; pero á esto, que no tiene fundamento ni base, contestaremos con un ejemplo.

La Hermana de la Caridad, ese ser débil en fuerzas como delicada mujer, ve frecuentemente, ya en los hospitales, ya en los campos de combate entre los estragos de la metralla, infinitos muertos y heridos que espiran en sus brazos retorciéndose por sus dolores y revolcándose en su sangre; y, sin embargo, aquella pobre y tímida mujer no puede suponerse que haya perdido los sentimientos de caridad que constantemente practica, y á nadie se le ha ocurrido decir que sus instintos empeoren, ni que la vista de la sangre vuelva feroz á la compasiva, criminal á la virtuosa, ni serpiente á la paloma.

Y lo mismo sucede en todas las clases. Ni el militar deja de tener honrados sentimientos porque en el campo de batalla acuchille á su enemigo, ni al ingeniero le falta caridad porque en un canal haga trabajar con el agua á la cintura á los infelices condenados á tales penas, ni al arquitecto se le pueden suponer malos instintos porque ordene la colocación de una veleta en el capitel de una torre, después de haberse estrellado desde aquel sitio el primer obrero que intentó clavarla.

A fines del siglo pasado, un célebre filósofo de la Universidad de Ginebra escribía á Mr. D'Alembert: «¿Cómo es que la tragedia puede entre vosotros hallar espectadores capaces de soportar los objetos que les presenta y las personas que emplea en su acción? Ya un hijo mata á su padre, se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos; ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre; también hay quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo... La sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa para recreo del pueblo más dulce y humano de la tierra, estremece. No: yo sostendré, atestiguándolo con el asombro de los lectores, que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horrorosos espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre, *pero no se afligía la imaginación con unos crímenes que estremecen la naturaleza.*»

El mismo D'Alembert se disculpó con Rous-

seau, hablando de tan espeluznantes tragedias, diciendo que aunque el pueblo ilustrado asistiese á ellas, no tanto por instruirse cuanto por sólo experimentar la conmoción que causan, no habría en ello delito ni mal, porque al fin es un espectáculo á que acudirían, por la sola necesidad que tienen todos los hombres de ser conmovidos.

Reconocida esta necesidad, decimos nosotros, ¿pueden admitir comparación esos horripilantes dramas de brocha gorda con una función de toros?

Contéstese imparcialmente. Y eso que nosotros, abundando en las ideas que llevamos emitidas, somos de la misma opinión que un notable escritor á quien hemos hecho referencia.

Las diversiones, sean las que fueren, todas serán buenas é inocentes, con tal que sean públicas.

Otra de las mayores razones que daban los antiguos impugnadores de las corridas de toros en contra de la moralidad de éstas, era la de hallarse mezcladas en los asientos de las plazas de toros gentes de ambos sexos y distintas condiciones; dando á entender, cuando menos, que las palabras chocarrerías del populacho podrían influir en la moralidad de las más morigeradas, pervirtiendo las costumbres de éstas.

Nuestros lectores nos dispensarán la contestación extensa que pudiéramos dar á tan trivial y hasta pueril afirmación. Se escribió en tiempos en que no les era consentido á las doncellas levantar los ojos del suelo (en presencia de sus padres), ni se permitía ningún hombre tener el sombrero puesto cuando se hablaba del rey. No sabemos si entonces había más virtud ó más hipocresía; ó si lo sabemos, no lo queremos decir. Querían entonces tener en los teatros á los hombres en el *patio* y á las mujeres en la *casuela*, y por eso criticaban la concurrencia á un mismo sitio de personas de ambos sexos en las corridas de toros.

Pero al fin esto era de día, en pleno día, y á la vista de todo el mundo. ¿Qué dirían hoy si vieran en galerías estrechas, de noche y á media luz ó casi á oscuras, si la función dramática lo exige, á hombres y mujeres todos mezclados, apretados y confusamente reunidos?

¿Serían de oír sus exclamaciones, si se les dijese que había habido un teatro en la capital de España, donde cantó una de las mejores compañías de ópera, en el cual hubo la feliz ocurrencia de titular *ignominia* á la más concurrida de las localidades por hombres y mujeres; tal era de estrecha, oscura é incómoda!

Pues en caso de criticarse aquello en los toros,

parece que debiera serlo más en los teatros. Ni éstos, es decir, ni por las funciones que en ellos se celebran, merece ser anatematizado el espectáculo, que es bueno en sí; ni porque alguna rara vez ocurra en las fiestas de toros un incidente desagradable puede llamársele bárbaro.

Malo y bueno tienen ambos espectáculos. Aquél, el teatro, debiera tener más de bueno, y por lo tanto, serlo; pero, hablando claramente, ni lo tiene, ni lo es, hoy por hoy. Las corridas de toros podrán tener algo de malo; pero ¿tienen tanto bueno?...

En todo caso, aplíquense los literatos á regenerar el teatro; dótenle de producciones morales, instructivas, y de las condiciones que ellos deben saber mejor que nosotros, para elevarle hasta donde todos deseamos; hagan que el pueblo se instruya, se aficione á lo bueno, aprecie lo noble, leal y honrado, se despierte al eco de voces que canten grandes hazañas y nobles sentimientos, y, no lo duden, el teatro estará al frente de los espectáculos públicos.

Entre tanto...



MAYORAL. — VILLAPADIERNA



CAPITULO VI

CONCLUSIÓN Y RESUMEN DE LOS DOS ANTERIORES

La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y en la probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo.....

Las diversas suertes que en las corridas de toros se ejecutan, en vez de excitar la ferocidad, lo que hacen es persuadir á la muchedumbre, más que podría conseguirse con una disertación filosófica, de la gran superioridad de la razón sobre la fuerza bruta.

LÓPEZ MARTÍNEZ

MA hemos hablado en los precedentes artículos de los principales espectáculos hoy en uso que, por ser de distinta índole y diversas condiciones que las corridas de toros, pueden, atendida su importancia, colocarse enfrente de éstas y ser comparados con ellas; fáltanos ahora decir algo acerca de otra clase de funciones ó fiestas que, si bien no pueden sufrir comparación alguna con las corridas de toros, no por eso dejan de ser espectáculos públicos que entretienen más ó menos á la multitud.

La elevación de un globo aerostático ha sido y es una de las diversiones más inocentes y agradables que pueden darse á un pueblo. Pero su duración es corta, es brevísima; no puede entretener

más que algunos minutos; y como la impresión que en el público produce es también muy pasajera, el hombre, para que ésta dure más, y en su afán de distinguirse, de hacer lo difícil y hasta lo que parece imposible, ha concebido la idea de elevarse con el globo, y la ha realizado. Distintos acronautas de ambos sexos (que también la mujer se atreve á cuanto el hombre se arroje) se han lanzado al espacio en débil barquilla; y por si esto fuera poco, muchos se han elevado asidos únicamente á un trapecio, haciendo planchas y moline-tes en el aire, fiados en su buena ventura y en lo que la Providencia quiera hacer de ellos.

Efectivamente, esto causa alguna admiración, y puede servir como adición ó complemento á cualquier fiesta, ya que por sí solo no la constituye;

pero no se crea que en ello no hay peligro. Existe y grande, y no hay razón que le justifique. No hablemos de los globos que para henchirlos no se les alimenta más que de humo, y en los cuales es facilísimo que el aeronauta al menor contratiempo se estrelle. Cifrámonos á los contruídos con sujeción á las exactas reglas de la ciencia, y que, sin embargo, ofrecen al que en ellos navega por el espacio poquísima seguridad. De algo puede servirle la buena construcción del globo; de mucho también saber manejar el aparato respiratorio, abriendo ó cerrando á tiempo la válvula, que llamaremos de seguridad; pero ¿esto basta á dársela contra recios vendavales, contra obstáculos desconocidos? Ahí está el ejemplo, entre otros, del desgraciado Mr. Arban, que ni él ni su globo han vuelto á parecer en la tierra.

En la corrida de toros el lidiador ve el peligro, estudia el modo de esquivarle hasta con gracia; si no puede huirle, le prestan auxilio sus compañeros, y en último caso, lo peor que puede sucederle es tener una cogida y ser herido; pero en el acto, en menos tiempo del que se tarda en contarle, se ve asistido y curado por distinguidísimos profesores, sin faltarle la más exquisita asistencia. El aeronauta en peligro, ¿de quién puede recibir auxilio? ¿Quién puede protegerle?... Solo Dios. Y si se estrella contra una roca, ó se ve sumido en el mar, nadie, absolutamente nadie puede atender á curarle. Será pasto de los cuervos ó de los peces. ¡Dichoso él si su caída es en poblado, que al menos la caridad puede prestarle su ayuda! A no ser que le suceda lo que al capitán Mayet que se estrelló en Madrid hace pocos años, siendo inútiles toda clase de auxilios hechos en su favor.

*
* *

Una de las funciones que más en boga hay en algunas provincias de España, de Ultramar y del extranjero, son las riñas de gallos. Las citamos solo porque no se diga que las olvidamos.

Y debiéramos hacerlo. Es triste y brutal impleter uno contra otro á dos inocentes animales, nada más que por el gusto de ver morir á uno de ellos; hemos dicho mal: no se los arroja á la lucha por gozar de tan criminal placer; es porque el dinero que se cruza en las apuestas interesa á los concurrentes. Quitese el aliciente del sórdido interés, y las riñas de gallos desaparecerán de pronto. Como que no tienen más incentivo.

Hemos dudado mucho si deberíamos hablar acerca de una fiesta, más que bárbara, criminal y salvaje, que por fortuna, y dicho sea en honra nuestra, nunca ha tenido asiento en la valiente España.

Nos referimos al *pugilato*: á la lucha á muerte entre dos hermanos, que hermanos son todos los hombres. Horroriza y da vergüenza pensar que, solo por satisfacer el deseo de lucro y el vicio del avaro, los habitantes de una nación, que no queremos nombrar por decoro de la Europa, apuesten sumas fabulosas en favor de uno ú otro de los contendientes que á puñetazo limpio se magullan el cuerpo, se rompen las mandíbulas, se saltan los ojos y concluyen por matarse. Ni más ni menos que si fueran gallos ó perros de presa. ¡Qué baldón!

En honor de la verdad, estas degradantes luchas, muy en boga á principios de este siglo, van ya siendo muy raras. Sin embargo, hace pocos años se verificó una, para presenciar la cual se trasladaron de la capital de aquella nación, á pocas millas de distancia, más de treinta mil personas. Cada cinco minutos salía un tren lleno de bote en bote de gente ávida de presenciar tan asqueroso y repugnante espectáculo, viendo á dos robustos jóvenes desnudos completamente de medio cuerpo arriba, y llenos de vida, luchar hasta encontrar la muerte entre los aplausos de la *malvada* muchedumbre que vitoreaba al vencedor.

¿Puede darse mayor ejemplo de barbarie? ¿Es posible acordarse siquiera de las corridas de toros para compararlas con tan atroz crimen? Se nos dirá que las leyes de aquel país prohíben terminantemente tales pugilatos: es cierto; pero á esto diremos que cuando la autoridad no puede por menos de proceder contra el miserable asesino, cuando la es imposible hacer la vista gorda, como decimos en España, el Jurado impone tan ligeras penas al delincuente, que, lejos de considerarse como castigo, pueden estimarse como recomendación para lo futuro, y como concesión de descanso y reposo para el presente.

—Después de todo,—exclamarán los *humanitarios* habitantes de aquella nación aficionados á tan criminal recreo,—¿qué vale la vida de un hombre ignorante y estúpido, comparada con el puñado de oro que ha ganado?...

Pasemos á otra cosa; que la relación de estos ciertísimos hechos angustian el corazón y trasladan la imaginación á los remotos tiempos de la barbarie.

Relatemos también algo de otro espectáculo

nacido fuera de España y que está en uso en diferentes naciones.

Las carreras de caballos.

Decimos de éstas lo que llevamos dicho de otros espectáculos que, sin ser repugnantes, antes bien admisibles, no pueden competir de ningún modo con nuestra fiesta nacional. En vano es que lujosos trenes y aristocrática concurrencia se empeñen en dar tono á la función: no tiene condiciones en sí para que como tal se la considere, y cuantos esfuerzos se hagan para conseguirlo serán inútiles. Al espectador, al meramente espectador, le importa poco ó nada que un caballo corra más que otro: no se interesa por ninguno, y aunque quisiera, no se le da tiempo para ello. ¡Si la carrera de más duración no llega á cinco minutos! En tan poco tiempo, la emoción, aunque la hubiera, sería fugaz como un relámpago; pasan por delante del público los caballos como meteoros, sin dejar tras sí el más ligero rastro, y á veces sin poderse dar razón el espectador del número de caballos que corren, y esto de media en media hora ó con mayor intervalo, sin que el tiempo intermedio le amenice cosa alguna.

¿Cuál de los sentidos, pues, es posible llegue á interesarse en tal espectáculo?

Solo de un modo le concebimos: solo de un modo hay emoción; pero es á tanta costa, que más vale no la haya. Sucede esto cuando, por tropezar el caballo, por agujonearle demasiado ó por otra causa, cae y arroja al jinete por las orejas á gran distancia, dejándole en el suelo reventado ó poco menos. Entonces sí, el espectador se emociona, pero tristemente; no goza, siente que por un pedazo de pan se inutilice un hombre, y donde había un cerebro inteligente, sólo se encuentre un cráneo hecho pedazos.

Quisiéramos que los defensores de estas funciones nos dijeran qué placer, qué deleite han encontrado cuando sucede una desgracia así. En las corridas de toros podrá también suceder una desgracia semejante, no lo negamos; pero como el torrear constituye un arte, sujeto como tal á reglas fijas, el caso tiene que ser forzosamente más remoto, y aun pudiendo ocurrir, hay siempre á la proximidad gente que le evite. Lo que pudo ser un lance funesto, es casi siempre motivo de alegría y aplauso entre los concurrentes.

¿Quién salva al infeliz jinete de una caída terrible en las carreras de caballos? Nadie. ¿Y quién libra al picador de caer en las astas del toro? Todos, absolutamente todos sus compañeros.

En cuanto á la utilidad de las carreras de caballos, no la comprendemos ni como espectáculo, ni por ningún otro concepto. Será porque no nos la hayan explicado bien, demostrándonos sus ventajas; ello es que á nuestro alcance no han llegado. Dicen que es un poderoso estímulo para el fomento de la cría caballar. Tal vez sea así, pero lo dudamos mucho: poco aficionados á tal función, sólo nos ocurre decir que es indudablemente cierto que el caballo de carrera para nada sirve más que para correr, y que porque un caballo corra mucho más que otro, no debe considerarse mejora en la raza sino relativamente.

El caballo de carrera no puede ser enganchado; de consiguiente, ni para tiro de carruajes en las ciudades, ni para labores del campo puede aprovecharse. Para montarle dentro de las capitales no ofrece mayores ventajas que los que no lo son, y para llegar en menos tiempo de un pueblo á otro no se usa, y hasta es inútil, desde que los ferrocarriles y el telégrafo han acortado las distancias.

¿Por qué, pues, se da de valor á un caballo de esta clase tres, cuatro ó seis mil duros y á veces más?

¡Ah! En eso está el secreto, y es muy sencillo. Porque las carreras de caballos no son, como las riñas de gallos, el pugilato, y otras de que luego hablaremos, otra cosa que un pretexto para el *juego*; porque si no se diera dinero al vencedor, si no se cruzasen apuestas entre los dueños de los caballos y los que no lo son, si no se procurase enriquecer uno con la ruina de otro, levantándose aquél y sumiéndose éste en la miseria, no existiría semejante espectáculo.

¿Y esto no es inmoral? Se castiga, y con justicia, al que pone dos reales á un cartón de lotería, y se tolera y hasta se autoriza al que sacrifica su fortuna al azar de un paso más de un cuadrúpedo.

¿Y qué diremos de ese nuevo juego traído á Madrid desde las provincias vascas, que han hecho ahora de moda las gentes que quieren dinero á toda costa, venga de donde venga?

Esos partidos de pelota, para los cuales se han construido edificios grandes y bien acondicionados, ¿podrán compararse siquiera en suntuosidad, en interés, en nada, con las corridas de toros?

Estas ya hemos dicho lo que son, lo que distraen, lo que emocionan, cuanto tienen de soberbio, y luego diremos cuánto incremento proporcionan á la agricultura y ganadería, que son base de la principal riqueza del Estado: aquíllos, ¿qué bienes pueden producir? Ninguno; si acaso la an-

gustiosa situación de ánimo del infeliz jugador, que ve desaparecer su fortuna de peor manera aun que jugándola á una carta, porque, al fin, en este caso es parte actora, y en el juego de pelota está sujeto al resultado que quieran darle los que juegan.

¡Y claman los necios contra la inmoralidad de las fiestas de toros! ¡Y nada dicen contra las apuestas que en los frontones de pelota se cruzan forzosamente entre los concurrentes!

Decimos *forzosamente*, porque allí no va más de una vez el que no dé, ó tome, duros á peseta, *monios* ó primas, que constituyen un verdadero juego prohibido de suerte, envite y azar, que castiga el Código penal severamente; pero que, como sucede siempre en España, es letra muerta que no se observa.

¡Ah! si allí se prohibieran, si no se consintieran y autorizaran, con mengua del decoro y de la vergüenza, los juegos de apuestas deducidas del azar, escasa gente alimentaría tal diversión, que en ese particular se diferencia muy poco de una miserable *timba*: nadie se apasionaría con las *boleas*, los saques ni los reveses de los pelotaris, y la llamada Jai-Alai ó fiesta alegre, haría evidente que *de fiesta* tiene poco y *de alegre* mucho menos. Sería entretenida, como lo ha sido siempre y lo es hoy en muchos pueblos, en que los mozos juegan un partido los días de fiesta, presenciado por una docena de chiquillos y otra de ancianos, que, como pasa tiempo, la miran y nada más.

Por fortuna eso pasará, después de haber escarmentado á unos cuantos necios que están mal con su dinero, y en cambio, las corridas de toros, con las vicisitudes inherentes á todo lo que en el mundo existe, con sus altos y bajos, con sus prosperidades y decadencias, continuarán años y años y aun siglos.

Algo bueno tendrán en sí, cuando á pesar de haber cambiado totalmente las costumbres en el espacio de tantos siglos, han resistido el empuje demoledor del tiempo, y lejos de extinguirse, se propagan con admirable rapidez, no solo en España, sino también en Europa y en el Nuevo Mundo. Francia en 1894 ha dado un ejemplo asombroso de lo que puede en el corazón de un pueblo entusiasta por lo grande, el influjo avasallador de la incomparable fiesta española. Todos los departamentos del Mediodía de aquel país, vienen celebrando una especie de corridas de vacas en pueblos y aldeas, de muchos años acá. En estos últimos han ensanchado ese juego, no contentándose

únicamente con los saltos y quiebras de sus *ecarteurs*, si no contratando cuadrillas españolas, llevando de nuestra Península toros en ella criados, y consiguiendo de nuestros toreros que todos los lances de la lidia los realicen según el arte de Francisco Montes. Han construido plazas donde no las tenían, han reformado las antiguas y han habilitado circos de grandiosa creación romana como el de Nîmes: gastáronse en París en 1889 cuando la exposición universal, más de tres millones de francos en la plaza de la Rue Pergolesse, y en ella y en otras dos que se edificaron dentro del perímetro de la gran ciudad, se hubieran aclimatado las corridas de toros, si aquel Gobierno hubiese permitido la lidia á la española usanza, con todo lo que llaman bárbaras emociones, y que no son más que viriles muestras de ánimos esforzados; pero la ley llamada Granmont dijeron que se oponía al derramamiento de sangre de animales, y solo se celebraron parodias de corridas, sin atractivo alguno y sin aliciente que las hiciera gratas. No así en los departamentos del Mediodía: en ellos, desde entonces, y con bastante frecuencia se han picado y matado toros á estoque, produciendo en todos los espectadores (que de seguro son los de más sentido común que los del resto de aquella nación) un verdadero frenesí de entusiasmo, llegando este á tal punto que habiendo insistido el jefe de aquel Gobierno en la antedicha prohibición, los vecindarios de Nîmes y Dax se alborotaron, representaron por medio de sus Diputados y Alcaldes, y viendo que no eran atendidos, resolvieron dar las corridas contra viento y marca y las dieron en 14 de Octubre de 1894, matando los toros y presidiéndolas el célebre poeta Mistral, el Municipio en pleno y hasta el Clero, con tan grande concurrencia como nunca se había visto. La fuerza armada hizo después prisiones, y fueron procesados los desobedientes; ¿y qué? firmes en su derecho harán ver que la ley Granmont no es aplicable á las fiestas de toros. Esa ley, hecha con otro fin muy distinto, dice literalmente: «Seron punis ceux qui auront exercé *abusivement et publiquement* de mauvais traitements contre les animaux DOMESTIQUES.»

Si los toros bravos son animales domésticos, ¿por qué los que interpretan la ley en ese sentido no se acercan á ellos suavemente á hacerles caricias? Parece mentira que tal absurdo se sostenga con seriedad. ¿Y por quién? Por un Gobierno que sabe perfectamente, como lo sabe todo el mundo, de qué manera se celebran en aquel país las fies-

tas de toros, en las que hay tantos ó más peligros que en las que se verifican en el último villorrio de España.

Apuntaremos acerca de ellas algunos detalles. Una nube, un escuadrón de jinetes armados con una especie de garrocha, que en lugar de puya tiene á su extremo un tridente de fuertes, largas y afiladas puntas, recoge, rodeándole en el terreno que pastan, las cabezas de ganado que han de correr al siguiente día ó en otros en los puntos designados. Salen de aquel sitio sin orden ni concierto, atropellando, mejor que conduciendo á los toros elegidos, llevándolos fatigados por llanuras y cerros, atravesando vados en los ríos y grandes

caballos blancos de la Camarga, entraron llevando en la mano un tridente, dieron la vuelta al anfiteatro, despejándolo así de las gentes que por allí paseaban y que fueron como pudieron á tomar asiento en el circo, dejándole libre y despejado á los lidiadores.

»Resonó un inmenso alarido de alegría: fijamos la vista en la arena, y debajo de nosotros, contra la puerta que habían cerrado detrás de él, vimos el primer toro, que espantado con aquél ruido trataba en vano de volver á entrar, reculando al toril del que acababa de salir. Viendo que no tenía salida alguna, y viéndose rodeado de un círculo de granito, bajó la cabeza, hizo oír un largo mugido y se puso á escarbar la tierra con las manos: durante este tiempo, uno de los dos jinetes había dado algunos pasos con dirección al toro, que, de pronto, viendo que era aquel decididamente el enemigo que tenía que combatir, se precipitó sobre él con la cabeza baja, con tal rapidez, que todo el anfiteatro dió un grito compuesto de treinta mil voces que á la vez gritaban, ¡que le coge! ¡que le coge! Pero el ligero jamelgo de la Camarga, dió un salto de lado con tal destreza y precisión, que se hubiera creído que los dos adversarios no se habían tocado, si el toro, doblándose sobre los corbejones de atrás, no hubiese levantado la cabeza, dando un mugido y sacudiendo sus



ENCIERRO DE TOROS EN FRANCIA. — BURNAND

arroyos, y descansando cuando pueden en los prados ó lugares convenidos. Hasta aquí, nada hay de particular que pueda ser censurable, bajo el punto de vista humanitario, ni siquiera contra la razón natural que concede al hombre el dominio sobre los animales de toda clase.

Pero hay más: esa ley hecha en Francia para Francia, no se observa en Francia, más que contra las corridas de toros españolas. Como ya va referido, en los departamentos del Mediodía especialmente se verifican corridas de toros, en que se martiriza á las reses en la forma que describe una de las autoridades literarias de más prestigio en aquella nación, en el siguiente relato que copiamos para dar á conocer el toreo francés, ya que hemos de hacer otro tanto respecto del que ejecutan en América y Portugal.

«La trompeta de la ciudad, heraldo de la función, se adelantó en el arca del circo é hizo oír su sonido. A su último toque, dos gañanes, montados en sus

narices atravesadas por el tridente del jinete y no hubiese manchado la arena del circo con anchas gotas de *sangre*.

»Resonaron en aquel mismo instante, de todos los puntos del circo, grandes aplausos para el hombre, y denuestos para el animal, animando á los dos á continuar la lucha, al uno á *herir de nuevo* al toro, y al otro á vengar su derrota. En efecto, sin distraerse el toro por la vista del segundo jinete, miró en derredor de sí para buscar al que le había herido, y viéndole en un extremo del anfiteatro se volvió hacia su lado, pronto á lanzarse á la carrera: entonces el jinete puso su caballo al galope, dió una ó dos vueltas en el circo, el toro le siguió con los ojos y luego se lanzó, calculando con maravillosa sagacidad el sitio donde debía encontrar caballo y jinete para clavarlos contra la pared. Había ya su enemigo adivinado aquella maniobra y lanzado el caballo á galope, llegó levantándose de manos, y el toro, precipitando su carrera, vino

como un antiguo ariete á chocar en frente, en la pared, á tres pies casi delante de él. Fué tal la violencia del golpe que cayó atolondrado y temblando como si le hubiese aplastado la maza de un carnicero.»

Refiere luego cómo se llevaron al toro atado con una cuerda, y añade:

«El nuevo adversario se presentó tan rápidamente, que estaba en medio del circo antes que hubiese podido haber tiempo para verle salir. Uno de los dos hombres á caballo, el que no había aun combatido, se aprestó á ello inmediatamente. No fueron largos los preparativos: consistían en poner su tridente enristrado, ni más ni menos que nuestros caballeros ponían sus lanzas: después, habiendo hecho diestramente retroceder al caballo, tomaba terreno, tanto cuanto lo permitía la extensión del circo, y se lanzó sobre el toro inmóvil, que al verle venir levantó rápidamente la cabeza, en tales términos, que su antagonista no tuvo tiempo de levantar el tridente que debía únicamente herirle en el morro, y en lugar de esto fué y le clavó lo largo de sus tres puntas: es decir, dos ó tres pulgadas en medio del pecho. El hierro permaneció clavado en el toro debajo de la garganta, y apenas se sintió herido, cuando por un movimiento natural en los animales, se echó contra el arma que había quedado en su llaga, andando contra su herida y dolor; pero al cabo de dos ó tres pasos, el toro hizo un esfuerzo y se clavó todavía más el tridente en el cuerpo. Si no hubiera sido por la barra transversal que formaba la base de las puntas, le hubiera entrado todo el palo en el cuerpo. Entonces pudo juzgarse de la superioridad en la carrera del toro sobre la del caballo: apenas había corrido treinta pasos huyendo, cuando fué alcanzado en el costado y caballo y jinete rodaron cada uno por su lado; el jinete pudo levantarse y huir, el caballo quiso levantarse, pero volvió á caer inmediatamente en el suelo; *el cuerno le había traspasado todo el pecho izquierdo.*»

Véase con cuánto fundamento hemos afirmado que la ley Grantmont no rige en Francia respecto de toros, más que para las corridas españolas. Si en estas se lastima á las fieras, no se las martiriza poco en aquel país, y al menos aquí, con más arte y lejos de la fuerza bárbara, las suertes que con ellas se ejecutan son vistosas y elegantes.

¿Qué gracia ni qué arte pueden tener los labriegos de las poblaciones francesas en que hay corridas muy parecidas á las de novillos en nuestras aldeas? Aquí todo tiende á sortear, á capear al

bruto; allí todo el afán es martirizarle, pincharle, herirle, hasta matarle en público y rigiendo para los españoles la ley Grantmont.

Mientras que los toros descansan á la sombra, los habitantes de otros pueblos y sus invitados improvisan la plaza. Cada uno lleva sus materiales, quien una carreta, quien un madero, este otro un barril ó tonel. En un cerrar de ojos la plaza del pueblo se transforma en circo, y sus improvisadas tribunas se pueblan de mujeres ataviadas vistosamente con sus fichús rosas y azules. Los hombres circulan por la plaza agitados é impacientes; los tímidos buscan un refugio fácil en caso de que el toro se les acercase demasiado. Por fin, el alcalde hace un signo, el trompetero toca, la puerta del corral se abre y deja paso á un toro joven que mira á todos lados, duda, se vuelve y se lanza bruscamente al azar. Tan pronto como da un paso, la plaza, antes llena de gente, queda despejada. Los campeones, los más intrépidos, se refugian bajo las carretas ó desaparecen detrás de los toneles.

Sin embargo, la audacia se sobrepone á la prudencia, y los jóvenes salen de sus escondites y empieza la serie de ejercicios de que hace el toro el gasto. El uno le tira de la cola al pasar rápidamente detrás de él; el animal se vuelve con la rapidez del rayo, pero una nueva provocación le llama del lado opuesto; otro inventa lanzarle sobre las patas una carretilla, el toro se echa sobre ella la lanza al aire reduciéndola en pedazos, creyendo así haber reducido á la impotencia uno de sus innumerables enemigos; un tercero arranca con una destreza asombrosa la cinta roja que le han puesto cerca de los cuernos al animal.

Pero todo esto no sirve más que á calmar la impaciencia del público y á aumentar el furor del toro. Si está quieto é indolente se inventan mil medios para evitarlo.

De pronto, de todas partes se oye gritar: *¡li ferril! ¡li ferril!* (1). Dos acosadores ceden á este grito, se arman de sus tridentes y presentan seis terribles puntas al pobre animal, exasperado por inútiles persecuciones contra los de á pié.

En fin, hé aquí dos seres á su alcance; el toro recula, olfatea, escarba el suelo, baja la cabeza y arranca sobre los acosadores. Ciego por la rabia, no ve los tridentes, y el pobre animal recibe el golpe que creía dar á sus adversarios. Los triden-

(1) Los hierros tridentes de que los acosadores se sirven para conducir los toros.

tes le hieren en la frente, le desgarran el hocico ó penetran en sus ojos, pero ya no es dueño de sí, y pasando la lengua sobre la parte ensangrentada, abre una gran boca, ruge y vuelve á la carga cuatro ó cinco veces seguidas: por fin, vencido, extenuado de fatiga y de dolor, huye al establo.



CORRIDA DE TOROS EN FRANCIA. — BURNAND

No hay que asombrarse por lo mismo de esa predilección á nuestra fiesta que se ha desarrollado en la vecina República y que irá creciendo hasta imponerse antes de muchos años.

Esas ridículas preocupaciones tradicionales que se han sostenido mientras los pueblos extranjeros no han presenciado la lidia verdadera, mientras no han podido, por esa razón, sentir las grandes emociones que el incomparable espectáculo proporciona, desaparecerán muy en breve, pese á quien pese, y se extenderán por todas partes, principiando por las naciones de raza latina. Lo bueno, lo grande, lo magnífico, se impone y la historia demuestra que no hay fuerza en el mundo que pueda anular la más importante conquista del hombre: la de vencer con su astucia é inteligencia la impotente ferocidad de las reses bravas.

REASUMAMOS: Creemos haber probado claramente que las funciones de toros son de más atractivo, más espléndidas y magníficas y menos inmorales que todas las demás fiestas hoy conocidas y en uso en las naciones de Europa: porque, con relación á la música, ésta interesa en menor grado, no emociona tanto como cualquiera de los incidentes que en la lidia se originan, y sólo cuando va acompañada del canto y del aparato escénico puede entrar en comparación con las corridas de toros: porque, respecto del baile, la inmoralidad

está de parte de éste en casi todas las ocasiones, y cuando no, es insulso y sin aliciente para divertir á una gran muchedumbre: porque, respecto del teatro, tal cual es hoy y como lo conocemos, también le lleva ventaja en cuanto á moralidad, si bien es cierto que debe y puede ser el primero de

los espectáculos públicos, si se varía de rumbo: que ni las funciones gimnásticas, acrobáticas ni aerostáticas pueden compararse de ningún modo con nuestra fiesta nacional, porque entrañan mayor peligro, divierten menos y son más inmorales. De las riñas de gallos y del pugilato nada digamos: probado queda que son altamente criminales y estúpidamente bárbaras, y estamos seguros de que nadie defenderá lo contrario.

Y por último, que las carreras de caballos y el juego de pelota tampoco pueden entrar en comparación con las corridas de toros, porque sobre ser aquéllas más frías, son más inmorales, puesto que están basadas en el *juego*,

y los juegos de azar tienen un capítulo en el Código penal, aunque le echen al olvido quienes deben observarle.

Demostrado hasta la evidencia que la fiesta nacional de toros lleva ventaja á todos los demás espectáculos en animación y alegría, y que es muchísimo menos inmoral que la mayor parte de los que hoy se conocen, no se comprende el empeño que muchos pusilánimes ó... *interesados* demuestran por querer quitar á España la mejor de sus funciones, la más característica, la que no imitan á su pesar los extranjeros, y la que envidian éstos y aplauden todos sin excepción al presenciaria, incluso los que la combaten y hasta los niños de seis años. ¡Poderosa influencia de lo grande y extraordinario!

Ahí van, desdibujados, un cuadro de fines del siglo anterior y otro de ahora, para que se noten las diferencias de costumbres y nada más, puesto que la fiesta continúa siendo la misma, mejorando notablemente.

A las primeras horas de la mañana hallábanse instalados en las inmediaciones de la Plaza multitud de puestos en que se vendían naranjas, manzanas y otras frutas, higos secos, pasas y castañas pilongas, almendras, rosquillas, cañamones tostados, torrados, y cien comestibles más, como chorizos cocidos, bacalao frito, tortillas de patatas,

sardinas de cuba y anises y confitura. Cerca de allí veíanse algunos carros bien provistos de pellejos de zumo de uva y cántaros de agua; muchas mesas vestidas de blanco mantel con limpios vasos y frascos de aguardiente con guindas; todo pregonado á voz en grito por la gente moza encargada de la venta, ni más ni menos que en cualquier romería de pueblo importante de España.

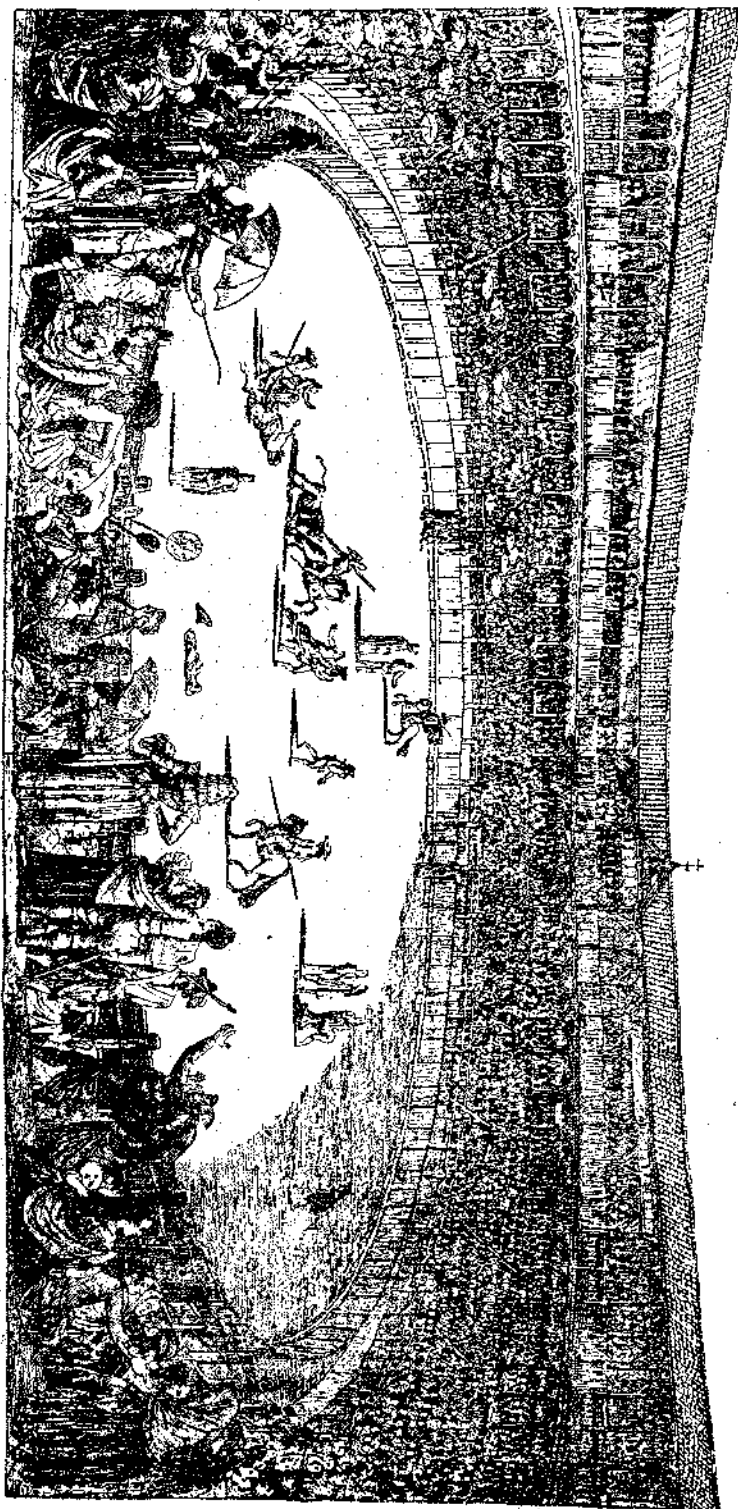
Poco á poco iban llegando con placentera cara

y cubiertos con sus capas cortas de anascote ó barragán, chulos, chisperos y menestrales, solos en su mayor parte y otros acompañando majas de rumbo, que, con su airoso andar y su interesante belleza, provocaban la insistente contemplación de todos los circunstantes, por enmedio de los cuales se abrían paso con marcial continente, unas veces tapando el rostro con la clásica mantilla española, otras con el diminuto abanico, y

siempre con la graciosa sonrisa de la mujer madrileña. No tardaban en aparecer por la Puerta de Alcalá las ligeras calesas que en sus costados y trasera llevaban pintadas con fuertes colores diferentes suertes del toreo, y ocupado su único asiento por dos elegantes manolas vestidas con faldas de raso, ó de alepín de la reina, cortas y estrechas, dejando ver el principio de una torneada pierna sujeta con menudas galgas que nacían del escotado zapato de rico tabinete: al lado, ó detrás, como sirviendo de escolta, no faltaba algún gallardo jinete en brioso jaco jerezano, y después, confundiendo entre la muchedumbre, un pesado simón de cuatro ruedas, ó un coche de colle-ras que, arrastrado por matalonas mulas, conducían á tres ó más señores de calidad con sus grandes chupas y casacas ricamente bordadas. Unos seguían rectamente hasta la Plaza á ocupar *sus aposentos* que les tenían guardados sus criados con autorización del Alcalde Corregidor, y otros se entretenían en «remojar la palabra» y en contar los cuartos que habían de pagar al entrar en los tendidos y gradas, hasta que, cerca de la hora anunciada para dar principio á la corrida, se agolpaban en apiñada confusión á las puertas, y á viva fuerza penetraban en las localidades de la Plaza.

Una vez hecho el despejo, echando del redondel á la calle á los curiosos, á quienes sin traba alguna se había permitido la entrada, y cerradas todas las puertas se leía el bando por el pregonero que, coreado siempre por espantosa silba, se re-

1790. — CORRIDA DE TOROS EN MADRID. — A. CARNICERO



tiraba al cuarto para él destinado junto al toril, en donde estaba el verdugo prevenido de borricos para ejecutar la sentencia en el acto, á presencia de los espectadores, en la misma Plaza «si hubiese —dice un autor de la época— quien fuese tan imprudente que quebrantase alguno de los preceptos que se imponen».

Realmente, la función de la mañana considerábase como prueba de la de la tarde, siendo lidiados dieciséis ó dieciocho toros, de los cuales los seis de la mañana eran picados por dos solos picadores, y no de los de mejor nombre, y los de la tarde eran picados los cinco primeros por dos toreros de á caballo, diferentes de aquéllos, y luego los cinco restantes por otros dos distintos, estando de sobresalientes otros dos. A la Presidencia competía hacer las señales con un pañuelo para cambiar las suertes, pero si ocurría alguna orden particular se la daba á uno de los dos alguaciles que estaban debajo del balcón, siempre montados, mientras duraba la fiesta, y éste salía á la Plaza á comunicarla.

La mayor parte de los concurrentes á la prueba de la mañana quedábanse á la corrida de la tarde, entreteniendo las horas que pasaban de una á otra comiendo lo que buenamente encontraban en aquellos fondines y comentando la fiesta y ensalzando ó deprimiendo el valor de los diestros, la calidad del ganado y los incidentes de la lid. Pocos, muy pocos eran los que á Madrid volvían si no tenían coche ó calesa, pero con propósito de volver á la tarde, que era cuando se verificaba la corrida principal, y dejando todos en suspenso por aquel día sus labores y negocios, que sabido es que esta fiesta se celebraba en lunes.

De modo que, como antes va indicado, no hay medio de sustraerse á la gran influencia que sobre todo ser racional ejercen las corridas de toros. Lo mismo era há cien años que ahora, y lo mismo será hasta que Dios quiera: la afición ha ido desde entonces creciendo como la espuma, y crecerá ¡vaya si crecerá! cada vez más, hasta en las clases y personas á quienes ha interesado poco, por no conocerle y comprenderle.

Si alguien duda de esta verdad, le aconsejamos que vea seguidamente un par de corridas de toros; le decimos lo mismo que el consabido cantar en seguidilla:

«El confesor me dice
que no te quiera,
y yo le digo: padre,
¡SI USTED LA VIERA!»

y apostamos doble contra sencillo á que el afeminado opositor nuestro *se nos pasa* con armas y bagajes antes de concluir un abono de seis corridas.

Hay cosas que no se discuten, que no pueden cuestionarse ni ser objeto de controversia, cuando uno de los contendientes no ha visto detenidamente el pro y el contra de ellas.

Al que no gane nada con que haya ó no corridas de toros, al enteramente imparcial y de buena fe, le diremos para hacerle partidario nuestro: «Venga usted á nuestro lado tres corridas.» Y antes de que llegue ese día le describiremos como podamos lo que es una tarde de toros en Madrid.

El cuadro no sirve más que para los que no han visto el original; que los que hayan tenido este placer, encontrarán incorrecto el dibujo y pálidos los colores.

Figuraos, le diremos, una ancha, magnífica y hermosa calle, como es la de Alcalá, una hora antes de empezar la función, ocupada toda en más de tres kilómetros de extensión por un gentío inmenso, cada vez más compacto y numeroso, que se acrecienta y aumenta considerablemente con otro que en abundancia le suministran las muchas calles y principales paseos que á la misma vía afluyen, como los alegres arroyos y los potentes y caudalosos ríos desembocan en el mar: figuraos toda esta gente, en grupos más ó menos numerosos, marchando en una misma dirección, más bien de prisa que despacio, alegre, decidora, y con un júbilo que se refleja en todos los semblantes de viejos y jóvenes, hombres ó mujeres: imaginaos los balcones de los elegantísimos edificios que forman la calle, llenos también de personas de distintas clases que admiran tal movimiento, tanta diversidad de colores en las ropas, tanta alegría en un pueblo, que tal vez en esto sólo tenga identidad de opiniones: y en medio de esta calle, aumentando el ruido y la algazara, contemplad un sinnúmero de carruajes de todas clases, desde el aristocrático landó, la elegante berlina, la vaporosa victoria, el ligero milord y la bonita jardinera, hasta el esbelto factón, el modesto simón y el provocativo ómnibus madrileño, que en nada se parece al de las demás naciones: mirad también, que alguna vez, casi escondidas en modestísima tartana, se ven hermosas mujeres, de quienes al paso y ligeramente pueden apreciarse unos ojos negros, brillantes, capaces por sí solos de encender á medio mundo y quemar al otro medio: añadid á todo esto las voces de los vendedores de agua, flores, frutas y confituras; las de los cocheros; las campa-

nillas de las mulas de los ómnibus; los sonoros y abundantes cascabeles de las colleras y quitapones, que, puestos en racimos sobre los caballos de un faetón, semejan un soberbio ramo de flores de plata que, á modo de penacho, sólo sabe mover con gallardía el garboso caballo español: Y como si esto no bastara al confuso tropel de que damos ligera idea, aumentad un gran número de jinetes que, cada uno por su lado, unos en rucio caballejo de mala facha pero de buen andar, otros en overos andaluces negros como el azabache, de arrogante y altivo continente, y otros en yeguas inglesas de largo cuello y descarnadas manos, se mezclan y confunden entre la multitud, dirigiendo unos sus voces á la gente de á pie, y saludando otros, con la gracia que Dios ha dado únicamente á los nacidos en España, á la encofetada y preciosa dama, que con ojos de fuego, labios de coral y cutis de raso, responde desde su coche con la más cordial sonrisa.

No os pareis aquí: no os distraiga tanto bullicio, tanto movimiento, tanta animación. Si os sentís acometidos del mismo júbilo que se ha apoderado de las demás gentes, que sí os sentiréis, porque no hay quien pueda resistir aquella fuerza de atracción, seguid más adelante.

Traspasad la puerta de Alcalá, soberbio monumento de piedra que señala el límite que por aquella parte tuvo Madrid; continuad el camino que va á la plaza de toros, y en el cual habreis visto al pasar, en anchas y lujosas carretelas abiertas, á las dos ó tres cuadrillas de toreros que han de tomar parte en la fiesta, con sus ricos y costosos trajes, y jinetes en malos caballos, á los picadores de brazo de hierro y mano ligera, que de un jaco malo hacen uno bueno; llegad á las puertas de la plaza y parad allí.

Si no habeis reparado antes en él, observad el magnífico y ostentoso exterior del edificio en que va á verificarse la función; el empeño que los concurrentes muestran por entrar en él cuanto antes, el sinnúmero de gentes que vomitan los infinitos carruajes de todas clases que allí llegan precipitadamente, y el entusiasmo de unos y la alegría de todos, aumentada por la brillante y espléndida luz

de un sol que no alumbra tan refulgente en ningún punto del universo.

Penetrad en las extensas galerías que dan comunicación á los tendidos, gradas y palcos, y os asombrareis viendo en ellas tanta diversidad de clases. Al lado del banquero, el menestral; junto al abogado, el obrero; cerca del senador, al que vive de un jornal, y casi unidos el grande de España y el patán; y luego, codeándose y observándose maliciosa y recíprocamente, la modista, la patrona de huéspedes, la señora de la clase media, la de circunstancias y la de dorados blasones, todas ataviadas y engalanadas mejor que en día de boda, con sus ricos trajes de mil colores, sus mantillas de encajes blancos ó negros y su hermosura incomparable.

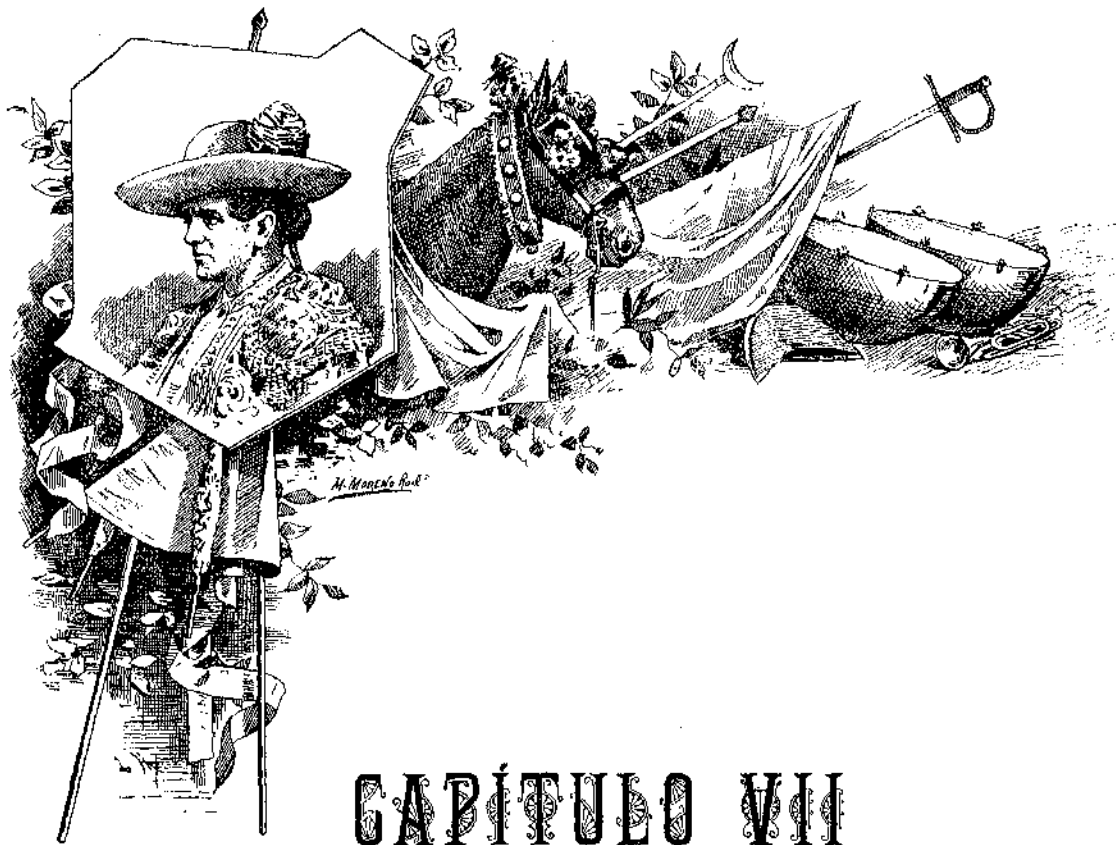
Porque á los toros no va ninguna mujer fea. Verdad es que en España es rarísima la fealdad en el bello sexo.

Una vez allí, al contemplar tanta alegría, tanta beldad, tan bullicioso gentío, que entra y sale, sube y baja, grita y vocea, llama y responde, cruza de un lado á otro, corre, se para y marcha en todas direcciones, saludándose al paso, sombrero en mano y abanico en rostro, os habéis de figurar forzosamente que aquello tiene más encanto, más atractivo, aunque en algo se parece pero mejorando, que un gran baile de máscaras; tales son los remolinos de gente que se forman, los corrillos de aficionados, los chistes que se oyen y el frenesí que despierta en cuantos por primera vez asisten al espectáculo.

Y estos no son más que los preliminares de la fiesta, porque ni hemos dado vista al interior de la plaza, ni menos ocupado nuestra localidad.

Es seguro que la persona que vea todo esto sin hacer caso de ridículas sensiblerías, experimentará desde luego una corriente magnética ejerciendo influencia sobre su corazón y su cabeza, lo mismo en su parte física que en su parte intelectual. Esta excitación de su ánimo, que le hace mirar aquello con extraordinario júbilo, es *entusiasmo*.

¿Hay en el mundo alguna otra fiesta que antes de verla, antes de empezarse, pueda provocarle, excitarle ni aun indicarle?...



CAPÍTULO VII

CUATRO PALABRAS CONTRA LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS

La hipocresía, la pusilanimidad, el espíritu de extranjerismo y una afectada filosofía, han sido en diferentes épocas los más encarnizados enemigos de la tauromaquia.

CORRALES MATEOS

LA que estamos con las manos en la masa, como suele decirse, no queremos dejar de hablar acerca de la *Sociedad protectora de los animales* establecida en Londres, con ramificaciones en muchas partes del globo. No por lo que importe dicha extravagancia inglesa, sino por el daño que intenta causar á nuestra fiesta nacional. De otro modo, es decir, si no hubiera ofrecido premios á los que combatesen las corridas de toros, ya de obra, ya por escrito, ya con sus influencias, ¿qué nos habíamos de acordar de semejante Asociación, ni de sus animales?

Pero nos atacan en todos terrenos, y en todos y en cualquier parte nos encontrarán para defendernos.

Conocen que el dios del siglo es el dinero, y comprenden que nunca faltan plumas venales y hombres que son capaces de cualquier cosa por una mezquina recompensa. Así es que oficialmente han ofrecido premios en España, y más que en España, en el centro de las provincias de Andalucía, precisamente donde nacen más toreros y donde se crían más reses, al que escriba contra las corridas de toros.

¿Cómo ha contestado el país á semejante imprudencia? Como debía, como la necedad de la idea requería: con una estrepitosa carcajada los unos, con preciosos epigramas otros, con dichos picantes éstos, con folletos incontestables aquéllos, y todo el mundo con el más soberano desprecio.

Todo el mundo no, triste es decirlo; hay media

docena de... *sabios* (?) que piensan, respecto de las corridas de toros, como la Sociedad protectora de animales. Parece imposible que sean españoles. Ignoramos qué móvil les guía; tal vez el de distinguirse. Si éste es, lo conseguirán, como consiguieron celebridad el conde Don Julián, Vellido Dolfos, Torquemada y otros personajes de la historia; pero no los envidiamos.

Por qué han de marcar siempre ciertos extranjeros el curso que han de llevar en nuestra nación las discusiones sobre cualquier asunto; por qué han de promoverle ellos, que tienen mucho por qué callar, es cosa que nos ha llamado la atención en todas ocasiones y más en la presente.

Ocúrrese á la Sociedad referida, convocar certamen para premiar al que mejor escriba un libro, folleto ó cosa parecida, condenando las corridas de toros, y entonces empieza á arreciar contra éstas la tempestad preparada por dichos *sabios*, levantando razonamientos antiguamente destruidos y enterrados entre cieno extranjero.

Antes, hacía ya muchos años, nadie se acordaba de criticarlas; luego ya se ha querido esforzar el bando contrario á ellas, y hasta opina por que se supriman. Nada diremos á los españoles que así piensan: están en su derecho; pero ya verán cómo se engañan y cómo no consiguen lo que quieren. Y si no, al tiempo.

Pero los extranjeros, ¿con qué derecho se permiten venir á dar lecciones de moralidad al gran pueblo español, que en dignidad, en vergüenza y en la práctica de todas las virtudes está y raya tan alto como el que más? ¿Qué es lo que les autoriza para querer que de la valiente España desaparezca la única fiesta nacional que la es característica y marca ostensiblemente su indomable valor y temerario arrojo? O una extravagante locura, ó una mezquina envidia. No puede ser otra cosa. Porque en cuanto á moralidad en sus espectáculos y en sus diversiones, no hay que envidiarlos, por más que en muchas cosas aparenten lo que no son.

La prueba de esto se halla en las costumbres inglesas y en su estrambótica imaginación. Ya un acaudalado *lord*, ya una opulenta *miss*, dejan parte de su fortuna para fundar un hospital de gatos ó para que se atienda á la educación, sostenimiento y delicada asistencia de cuantos perros vagabundos se encuentren por las calles; ya un miembro de la Cámara de los Comunes increpa duramente en sesión pública al gobierno, para que diga si se ha castigado, cual la ley exige, al infame delincuente

que dió un palo á un gato, sin más razón que la de que le quiso robar una chuleta; ó ya, por fin, otro millonario tratante en carnes lega una renta para que se dé todos los domingos un rancho extraordinario á las ratas que hay en sus posesiones. ¿Habrase visto mayor extravagancia?

Y si al fin no viésemos en ello más que el lado ridículo, ¡anda con Dios! pero hay que tener presente otra cosa importantísima.

Los potentados que tales fundaciones hacen en favor de los perros y gatos, de ratas y burros, no hacen ninguna en pro de los hombres desvalidos; y los que dan rancho extraordinario á los animales inmundos, dejan poco menos que morir de hambre á infelices mujeres que por enfermas no pueden ganar en una fábrica un miserable jornal. Y téngase entendido que en Inglaterra, cuna de la protección animal, el hombre se muere de hambre, porque el pauperismo es numeroso.

Comparemos: les duele mucho que en nuestras corridas de toros se sacrifiquen caballos matalones que, como es sabido, no tienen otro uso ni aplicación para la industria, y no les importa, antes bien lo fomentan, criar, engordar y cuidar bien á un caballo para comerle después; porque allí se come la carne de caballo.

De seguro si los animales hablaran, renunciarían en solenne forma tan interesada protección. Existen en los magníficos jardines zoológicos de Londres animales raros de distintas clases, colecciones de bípedos, cuadrúpedos y de todas castas, que llaman la atención. No faltan preciosos pájaros, ni magníficas fieras. Y, para que de todo haya, tienen bien aposentados asquerosos reptiles, serpientes boas y de cascabel, culebras, víboras, etcétera.

Pues bien, los humanitarios ingleses, que serán de la Sociedad protectora, alimentan estos repulsivos reptiles con otros inocentes animales; y es atrocamente repugnante ver echar á la jaula de la serpiente un tímido conejo, que desde aquel momento agacha las orejas y no se mueve, ó una hermosa paloma, que extiende sus alas por el suelo, dejándose tragar por el inmundo reptil. Es decir: alimentan un animal venenoso y nocivo con otros muchos inofensivos y útiles al hombre, único sér á quien le es dado discernir lo bueno de lo malo.

Y es que la visita de los curiosos á aquellos establecimientos produce gruesas sumas, que no darían los conejos ni palomas. ¡Maldito interés! En todo se mezcla, y en aquella nación más.

¡Qué mucho, si hasta el caballo, que es para los

ingleses el mejor de los animales, su más íntimo compañero, es cuidado, mejorado y educado, sólo porque en las carreras les gane premios fabulosos y apuestas singulares! ¿Qué les importa reviente después de una carrera, si ha ganado el premio?

Que no hablen de protección á los animales los que no se la dan sino en cuanto á ellos pueda serles útil: que no llamen protección la ridícula creación de hospitales de gatos y otros inútiles animalitos, porque tal vez se oculte tras de esta fundación la idea de mantenerse con poco trabajo una docena de empleados; y sobre todo, que no se metan en aconsejarnos cómo hemos de matar los animales que para nuestro sustento y recreo tan prodigamente nos ha dado la naturaleza. «Cuidados ajenos...»

Vayan enhoramala á gobernarse á sí mismos, y déjenos con nuestros vicios y con nuestras virtudes, nuestros defectos y nuestra nobleza; que para demostrar valor, fuerza, amor patrio, inteligencia y talento, los españoles no necesitan ni han necesitado nunca del auxilio de nadie. ¿Tanto defender á los animales, y tanto ofender á los racionales! Casi nos hacen dudar si son... dichos señores personas en su sano juicio, ó faltos de él como don Quijote.

Volvemos á decir, y no nos cansaremos de repetirlo: cada nación tiene una fiesta característica que le es peculiar; y si no la tiene, peor para ella: debe tenerla. España tiene la suerte de poseer la mejor, la más magnífica y ostentosa, donde hacen igual papel la inteligencia que el valor. ¿Qué podemos hacer más que compadecer á los que no la poseen, por más que lo pretenden?

* *

Si nos hemos excedido, al criticar y hasta vituperar los espectáculos que admiten comparación con las fiestas de toros, que nadie vea ofensa personal en lo que va escrito; pero lo dicho, dicho está.

A fe que no se usa de mejor lenguaje por los detractores de las corridas de toros. Siempre están llamando sanguinario y bárbaro al pueblo que le sostiene, y no saben ¡imbéciles! que ese pueblo, alto y bajo, desde la punta del pie á la cabeza, tiene infiltrado en la médula de sus huesos el amor á su fiesta nacional, al mismo tiempo que á sus padres y á su patria.

Por eso sostendremos siempre cuanto llevamos

escrito, con mejor ó peor acierto, con más ó menos entendimiento, porque éste Dios le da, pero siempre con la fe de la convicción y una voluntad decidida, y diremos con el gran Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente?

¿No se puede sentir lo que se dice?

¿No se puede decir lo que se siente?

.....

Que las fiestas de cierta clase, como la de toros, son convenientes, no es opinión nuestra. Lo llevamos dicho y atestiguado con personas importantísimas; pero para que nada falte en apoyo de nuestra opinión, véase lo que en su libro *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* escribía en el siglo pasado el eminente filósofo J. J. Rousseau:

«¿Por qué medios se podrá excitar el movimiento de los corazones, el amor á la patria y á las leyes? ¿Me atreveré á decirlo?... Con cosas que parecen niñerías y frivolidades: con unas instituciones vanas á los ojos de hombres superficiales, pero capaces de arraigar el amor á nuestras costumbres y hacer invencibles nuestras inclinaciones.

«Una gran nación debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propensión general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, *aun cuando de suyo fuesen indiferentes, ó no buenos, bajo ciertos respectos.*

«Muchos juegos públicos en que la buena madre patria se complazca en ver divertirse á sus hijos; que ella los entretenga frecuentemente para que por su parte ellos nunca la olviden. Deben abolirse, aun en la misma corte, las diversiones ordinarias de otras cortes, tales como el juego... y cuanto promueva la afeminación. Invéntense diversiones que no se conozcan en otras partes.

«Si fuese dable, nada haya exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierta igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. *No han contribuido poco las corridas de toros á mantener en la nación española un cierto vigor.*»

Esto escribía el gran filósofo, que, aunque extranjero, tenía más conocimiento práctico de las cosas del mundo que esos pobres hombres que hoy opinan de distinto modo. Demasiado sabía, y después lo escribe, que «estas ideas muestran á lo lejos las rutas, desconocidas de los modernos, por

donde los antiguos conducían á los hombres á aquel vigor de alma y estimación de las calidades personales, etc.»

Y no se crea que citamos á Rousseau, como antes hemos citado á otros muchos, buscando refugio en sus nombres, no. Los citamos porque, respetando como respetamos siempre al hombre de ciencia, nos es muy del caso fortalecer nuestra opinión particular con la suya en especial, si, como sucede en el caso presente, es indirecta la defensa que de nuestra función hace.

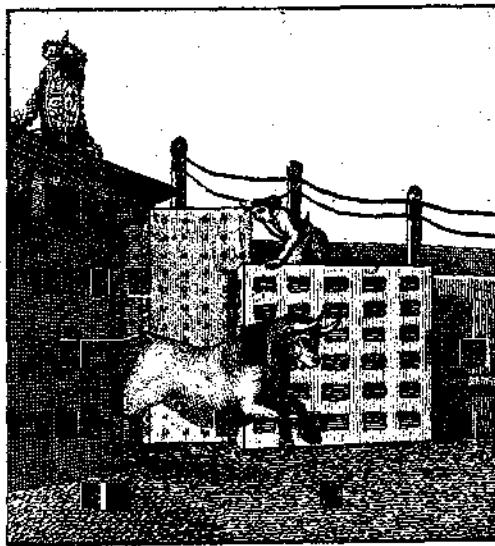
Por lo demás, ni la opinión de dicho señor, si uese contraria, ni la de nadie, torcería la nuestra. Tal es la firmeza de nuestras convicciones. Como que basamos éstas en la opinión general de un pueblo entero. ¿Dónde hay más firme base?

¡Oh! Si el pueblo español pensase en todo con la misma unanimidad de pareceres, ¡qué feliz se-

ría! ¿Cómo concluirían sus desgracias! Los diez, treinta ó cien *sabios* (?) que de distinto modo opinan, correrían poco más ó menos igual suerte que la de aquellos *afrancesados* que durante la guerra de la Independencia se declararon partidarios de José Bonaparte. O más bien el desprecio sería su castigo, como lo es ahora.

Para contentar á un pueblo, para tenerle en paz, tranquilo y respetado, mejor que sujetarle y darle educación quejumbrosa é hipócritamente humanitaria, dénsese fiestas en que todos sus habitantes tomen parte de algún modo, alegría y libertad.

El que está contento, trabaja y contribuye al engrandecimiento de su patria. El que es libre, respeta á todos y de todos se hace respetar. Mejor se vence al toro sujeto al yugo, que al que pisa el redondel libre, completamente libre, sin traba alguna. Sólo al español le es dado dominarle.



1790.— SALIDA DEL TORIL.— F. NOSÉRET



CAPÍTULO VIII

CONVENIENCIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS

BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO



AS corridas de toros, tales como hoy se verifican, son necesarias en España.

Contra la opinión de todos esos que sin saber lo que dicen quieren suprimirlas, defendemos la nuestra con sinceridad y empeño. No alegan en su apoyo más razón que la de que son inmorales, contrarias á la civilización y á no sabemos qué más. A todas estas afirmaciones contestamos en otro lugar de este libro, y mucho mejor que nosotros lo han hecho escritores notables, de sano criterio y ajenos á toda pasión, demostrando hasta la evidencia, que son menos inmorales que la mayor parte ó casi todos los demás espectáculos que ahora se usan en nuestra sociedad; que ninguna de las conveniencias sociales á que rinden culto las naciones civilizadas puede con fundamento oponerse á que se verifiquen, y que, lejos de ser perjudiciales, son útiles y beneficiosas. Acerca de este beneficio ó daño que puedan experimentar los intereses generales del país y los particulares, de la riqueza territorial y ganadera se ha dicho poco, casi nada, y, sin embargo,

es tal vez la base en que mejor puede apoyarse la defensa de la cría de reses bravas. Hablemos, pues, de este punto.

La nación y su gobierno tienen el deber de procurar, por cuantos medios estén á sus alcances, el aumento de la riqueza pública. Esto es incuestionable y es un axioma de economía política. El fomento del cultivo y el de la ganadería es de suma importancia en todos los países; á él se atiende con preferente solicitud, y para conseguirlo se ponen en juego cuantos medios son imaginables y sugiere un buen celo en pro de los intereses públicos y particulares que tiendan á dicho fin.

Suprimanse las corridas de toros, y el descenso rápido de valores en el ganado y en los pastos será espantoso, terrible. Ahí están los ganados vacunos que se crían como mansos en las provincias del

ellos sirven de guarda y custodia para defenderles de los lobos. El toro bravo necesita tantos cuidados, tanto esmero en su crianza, que empezando por el suelo especial que ha de sustentarle, siguiendo por la educación también especial que hay que darle, y concluyendo con la asistencia personal que de mayores, pastores, zagales y vaqueros hay que prestarle, son infinitos los trabajos que ocasiona, los disgustos que acarrea y el dinero que cuesta.

Pero en cambio, vale más, mucho más, tres ó cuatro veces más que el manso. Verdad es que, aparte de lo dicho, parecen los unos, comparados con los otros, de distinta raza. El uno, grande, pero feo, de piel sucia, basta y rugosa, pezuña ancha, cornalón y cabizbajo. El otro grande también, de gran viveza, fuerte, robusto, de pelo fino y bri-

llante, erguido, ancho de cuello, corto de patas, delgado de cola y de pezuña redonda y diminuta. La antítesis, en una palabra. Como que éste denota el perfeccionamiento de la raza, y aquél su decadencia; ó al menos su *statu quo*.

Es decir, que el Gobierno, las Juntas de Fomento, las Municipales, y todos, en fin, tenemos *obligación*, estamos en el deber de coadyuvar, de procurar, por cuantos medios podamos, el afinamiento de las razas, la prosperidad de nuestra riqueza pecuaria, y se quiere concluir

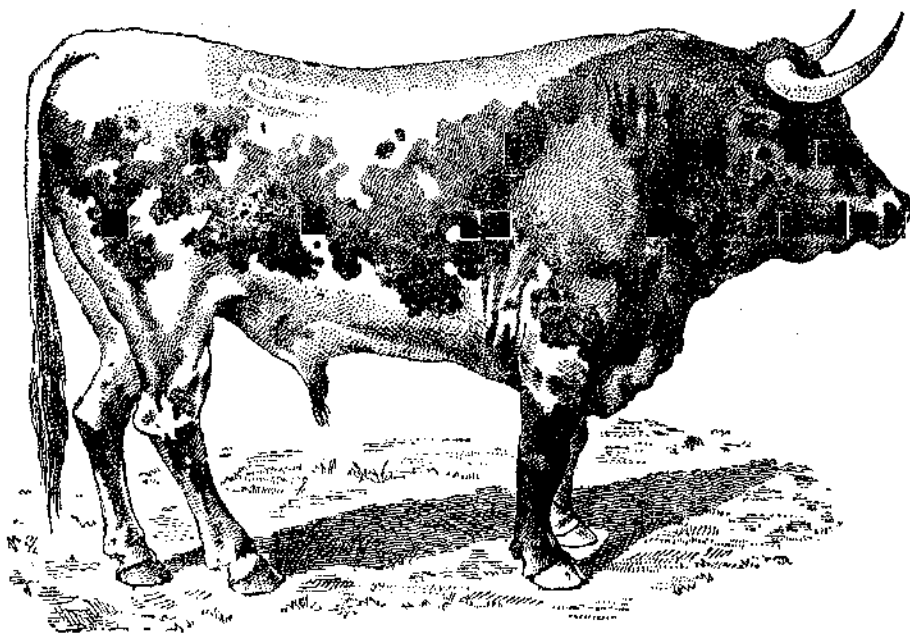
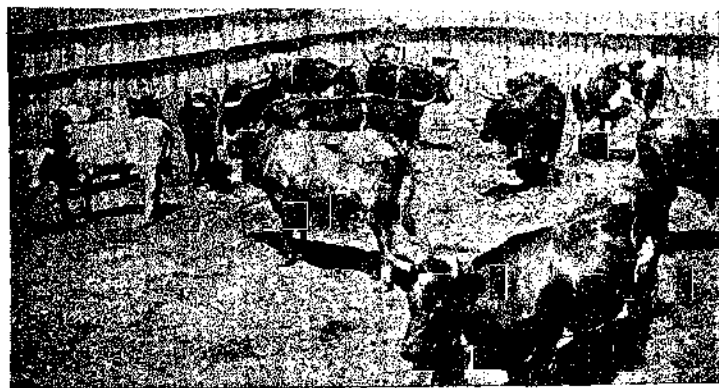
Noroeste de España y algunas otras. Dígasenos cuánto vale en el mercado una res mansa de las refridas, y estamos seguros de que su precio no llega, y en todo caso no excede, á la tercera ó cuarta parte del que tiene en la dehesa un toro bravo.

Y esto es lógico. La manutención, el cuidado y la asistencia de un buey son de poca importancia, comparados con los que el toro necesita. Aquél pasta libremente en prados y bosques, sin cabestrage, sin mayores y hasta sin pastores. Niños y mujeres ejercen ese cargo. Cuando más, un perro mastín ó un par de

con las corridas de toros.

¡Soberbio procedimiento para conseguirlo!

La utilidad que reporta al particular ó á las em-



presas y colectividades cualquier asunto, cualquier negocio ó especulación, es el móvil principal que les guía para plantearle, seguirle y perfeccionarle hasta donde les es posible: si las ganancias están en proporción razonable con el capital empleado, con la inteligencia del que lo dirige y con los trabajos que ocasiona, el negocio sigue adelante; si, por el contrario, tras de fatigar su inteligencia y gastar su dinero, encuentra el hombre poca utilidad ó pérdidas en sus especulaciones, las abandona en cuanto puede, y lo que siente es haberlas emprendido. Es la cosa más natural del mundo.

Pues bien, teniendo la seguridad de que un tratante en carnes no ha de pagar más precio en arroba por una res afina y bien cuidada como

en todos los países; y porque de nada serviría á la industria, ni al comercio, ni á nadie, la afinación ó perfeccionamiento de la raza.

Todo esto, aparte de que se quitaba la legítima y plausible emulación que tienen hoy y han tenido siempre los ganaderos de toros porque su vacada sobresalga. Como que se excita su amor propio con el relato de las hazañas que en la lidia hacen sus toros, y por eso se desvela en conseguir su mejora. La fama de su ganadería crece, y por consiguiente ha de vender cada vez á mayor precio las reses.

Hay, además, en esta especulación, otro ali- ciente que contribuye muchísimo á que el fomento y beneficio del ganado sean cada vez mayores



hoy la está el toro, que por otra mal criada y alimentada como le sucede al buey manso, puede pensarse siquiera que haya persona que intente gastar grandes sumas en mejorar la raza, cuando ningún beneficio obtiene? Se nos dirá: «Otros medios hay de estimular al ganadero para ello; por ejemplo, repartir premios anuales en cada comarca ó provincia al que presente mejores y más afinadas reses».

Los que esto digan, no saben lo que dicen.

Porque no es posible premiar *metódicamente* en cantidad bastante á compensar los gastos de manutención y cuidado que ocasiona la cría de un toro: porque éste no tiene aplicación más que para un fin determinado, como lo es la lidia, y sólo para esto se paga bien: porque no le sucede lo que al ganado lanar, por ejemplo, que da utilidad por sí

Nos referimos á la afición que tienen á la fiesta nacional la mayor parte de los ganaderos. Muchos de ellos pasan el mayor número de los días del año en las dehesas ó prados, asistiendo personalmente á todas las operaciones que exige desde que nace el ganado: por sí mismos ven, conocen y aprecian los defectos, las necesidades de su vacada, las remedian y hacen, en fin, cuantos sacrificios de toda clase reclama el buen nombre de su ganadería, que por nada del mundo quieren perder. Esta asistencia continua les hace á unos entretenerse en el acoso y derribo de reses, á otros en la tiente de sus becerros y á otros en las diferentes faenas á que da lugar la cría de éstos. Y todo les hace aumentar su afición y hasta que les sirva de recreo.

Sería pesado aducir más razones, que muchas

hay, para convencer á nuestros lectores de que *si la raza vacuna en España ha de adelantar cada día más, es preciso que haya fiestas de toros*. Sólo en éstas tiene salida el ganado bravo, y por consiguiente, sólo para ellas puede pagarse un precio que de ningún modo alcanzaría en otra parte. No hay nadie que pueda demostrar lo contrario.

Además de lo dicho, hay que tener muy presente, porque es tan importante como lo expuesto, cuánto sufriría de pérdida el valor del terreno que comunmente se destina á pastos del ganado bravo. Si éste, en vez de valer trescientos pesos por cabeza, se pagase únicamente á cuarenta ó cincuenta, claro es que no podría alimentarse en dehesas y prados con pastos de primera clase, porque su utilidad ó producto en venta no daría lo suficiente para costearlos.

Como la proporción del valor de las reses á la del suelo en que se crían es relativa y guarda correspondencia, las dehesas y cercados quedarían en dicho caso tan despreciados como cualquier otro terreno; su producto y valor bajarían lo menos tres cuartas partes del que ahora tienen, y no sería extraño que viéramos desaparecer muchas de las tan magníficas que hay en España, ya por tener que destinarlas á ganados de otra clase que tanto daño las causan, ya por haber de roturarias, en busca de mejores beneficios.

En apoyo de nuestra opinión traeríamos multitud de datos que la confirmarían; pero nos contentaremos con trasladar aquí la opinión del ilustrado consejero del Superior de Agricultura del Reino, Sr. D. Miguel López Martínez, respetable estadista y uno de los pocos que han tratado esta cuestión desapasionadamente.

«Aquí—dice—sobran bueyes para la labor, por la preferencia que se da hoy á las mulas, y sobrarán después si la agricultura progresa, por la que se dará á los caballos.» «Un novillo bravo puesto en el surco labra más que otro de raza mansa; uncido á la carreta lleva más peso y con menos fatiga.» Y continúa: «La raza Salers es una de las mejores de Europa para trabajo y no llega á la nuestra, pudiéndolo demostrar con una observación hecha por nosotros. Hemos contado los pasos que dan por minuto los bueyes Salers no siendo molestados, y los que dan bueyes procedentes de Colmenar y Jarama. Constantemente la celeridad de éstos es mayor, y se comprende por ser menos linfáticos. Aunque la ventaja se reduzca á cuatro pasos por minuto, llegará en la hora á doscientos cuarenta, y en el día de trabajo ordina-

rio á dos mil cuatrocientos. Y como cada paso tiene una representación en el valor del jornal, claro es que ese exceso de dos mil cuatrocientos pasos equivale en cifra á un grado superior en la escala de la mejora. ¡Gracias á Dios que podemos decir y probar que tenemos una raza mejor que las mejores razas extranjeras.»

Pues bien, para esto téngase en cuenta que el ganado á que se refiere dicho señor es el manso de entre los bravos. Es decir, el desechado en las tientas por cobarde.

Pero hay más.

Los impuestos con que contribuye al Estado el importante ramo de que hablamos, suman anualmente muchísimos millones; y, como es consiguiente, desapareciendo aquél, quedarían reducidos á una mitad de lo que hoy paga: los gastos de la nación son cada vez mayores; luego aquel dinero habría que sacarle de otro lado para atenderlos, pesaría sobre el resto de la riqueza territorial, sobre la industria ó sobre otro elemento importante del Estado, el aumento de contribución que habría de imponerse, y se gravaría la propiedad y se ahogaría la industria, harto agobiadas hoy por desgracia. Y todo, ¿por qué? Porque á unos cuantos caballeros particulares, cursis afeminados, se les ha ocurrido... ¡Cuánto pudiéramos hablar acerca de esto! Pero no debemos pisar en cierto terreno, y no queremos entrar en él.

Nos hemos propuesto en este capítulo tratar la cuestión de la necesidad de las corridas de toros, bajo el punto de vista económico, y no debemos involucrar el orden.

Ya hemos hablado antes de las demás causas que hacen conveniente nuestra fiesta, y hemos demostrado la superioridad que en nuestro concepto tiene sobre las demás. Así, pues, prosigamos.

Otro de los puntos esenciales que hay que tener en cuenta también, es el que representa para el Estado, para la provincia y para el municipio, el producto de las plazas de toros como edificios, es decir, como riqueza territorial, además del que dan como industria. También asciende á algunos millones anuales para la nación, que no está tan sobrada de recursos desgraciadamente.

Sólo la plaza de Madrid contribuye por impuestos fiscales, aparte de cerca de un millón que produce á la Beneficencia, y sin contar los derechos de consumo de las reses muertas, *con mas de veinticinco mil duros*.

Y ya que citamos los consumos, es asimismo indudable de todo punto que éstos aumenten fá-

bulosamente en los pueblos donde se celebran funciones de toros. Es grande la afluencia de gentes que de otros pueblos acude, y por lo tanto, natural el mayor gasto en los artículos sujetos á los impuestos.

Pero en resumen: ¿Quién pierde conque haya corridas de toros? ¿El ganadero que vende sus toros á un precio que nunca alcanzarían como mansos? No. ¿El propietario de los suelos donde pastan? No. ¿El Estado, que realiza y cobra con motivo de las fiestas de toros una suma anual de lo menos cuarenta millones en España? Tampoco. ¿El municipio, que cobra, con ocasión de las mismas, una cantidad que excede siempre á la que producen los demás meses del año todas las otras rentas que lleva incluidas en sus presupuestos? Menos. ¿Los industriales de aquel pueblo, que forzosamente venden más y mejor sus mercancías cuanto mayor sea la afluencia de forasteros? Mucho menos. Luego ¿quién pierde? ¿A quién se causa daño? A nadie, absolutamente á nadie.

En cambio, producen muchos beneficios, no siendo el menor, considerado socialmente, la ocupación y trabajo que se da, cuando hay fiestas de toros, á infinitos jornaleros y artesanos.

Y á los infelices que por su desgracia paran en los hospitales, ¿quién les atendería con esmero, si careciesen dichos establecimientos de las crecidas rentas que las plazas de toros les proporcionan?

Hemos apuntado ligeramente y con la brevedad que nos ha sido posible, dadas las condiciones de este libro, todo lo relativo á las fiestas de toros, ya comparándolas con otras antiguas y modernas, ya defendiéndolas de los injustos ataques de que vienen siendo objeto hace tiempo, ya demostrando su utilidad y ventajas.

Creemos haber conseguido el objeto que nos hemos propuesto.

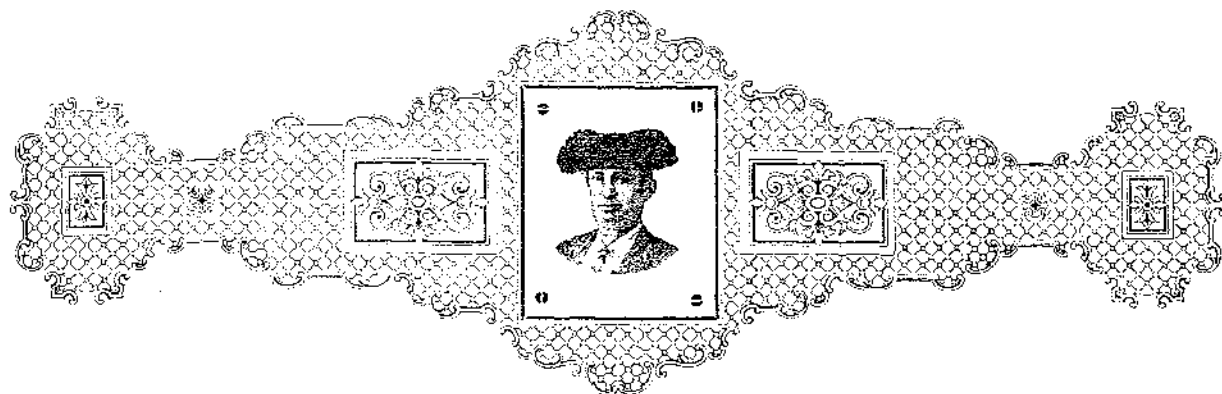
Si no lo hemos logrado, tenemos la seguridad completa de que no es porque la causa que defendemos sea mala, sino porque nuestra inteligencia no alcanza más. El que hace lo que puede...



Segunda parte

D I C C I O N A R I O





Abad, Antonio (*Abalito*).—De regulares condiciones, pero atropellado. En Jerez de la Frontera, de donde es natural, le quieren y le tienen por buen torero; fáltale mucho, sin embargo, para serlo, y la prueba es que hace más de docena y media de años que se dedicó al arte y no se le ha visto descollar. Hasta se ignora si vive aún.

Abanto.—El toro que por medroso se huye y echa fuera de todas las suertes. Si acomete, suele vaciarse por cualquier lado antes de que pueda rematarse la suerte, y otras veces, acobardado, se para delante del engaño, le bufa y sale fuera sin hacer por él. *Pepe Illo* dió también a esta clase de toros el nombre de temerosos. Así salen muchos toros de los toriles, y luego, merced á algunos capotazos dados con oportunidad, ó por haberles tomado bien en suerte los picadores, suelen creerse al castigo y pararse.

Abasolo, Benito (*Vinagre*).—Era á veces banderillero, y otras matador de toros, jefe de cuadrilla que

hacia sus excursiones por pueblos y provincias, donde procuraba cumplir lo mejor que podía. Llegaba ya bastantes años toreando, era más conocido en la provincia de Madrid y limítrofes que en otras, y creíamos que había llegado hasta donde podía un hombre de sus condiciones; pero dejó la espada por el sable; se hizo militar, y defendiendo la causa de la libertad llegó a capitán de las contraguerrillas de Vizcaya en la última guerra civil. Después nada ha llegado á nuestros oídos acerca de la existencia de este hombre, que en realidad era un valiente.

Abenamar.—Pseudónimo que usó el distinguido revistero de toros y literato D. Santos López Pelogrín, que floreció durante los años 1837 al 1842. Dió á luz en este último año un libro titulado *Filosofía de los toros*, en que insertó la Tauromaquia de Montes, y que está escrito con el talento que todos reconocían en él, por más que en muchas de las apreciaciones que hizo no estemos conformes de ningún modo. Nació en Cobeta, provincia de Guadalajara, en 1.º de Noviembre de 1801, y falleció en Aranjuez en 1846. Como periodista, en su época rayó á gran altura, y son modelos dignos de imitarse sus artículos políticos que escribió en los periódicos *El Castellano*, *El Observador*, *El Mundo* y otros, del partido moderado.

Abrir.—Cuando un toro cerca de los tableros y con la cabeza en dirección de los mismos imposibilita la ejecución de cualquier suerte, se le corre de allí con las capas, y el acto de desviarle de la barrera para colocarle en suerte se llama abrirle. También se dice abrir el capote, al acto de extenderle con ambas manos ante la fiera, como cuando se va á capear. De este modo por lo general empiezan los toreros modernos el quite á los picadores, concluyéndole con uno ó más recortes que fatigan al toro, por no dejarle seguir su viaje natural.

Acabestrillar.—Esta voz, más que de lidia, es de montería, y muy usada en América, donde algunas veces cazan reses los habitantes de aquel país con buey de cabestrillo, que es á lo que se refiere la palabra. Inútil es decir que el cabestro necesita ser amaestrado.

Acebedo, Juan.—Picador que tomó parte en las corridas celebradas cuando la jura de Carlos IV en Madrid en Diciembre de 1759. No nos han llegado noticias acerca de su mérito, creyendo úni-

camente que perteneció á la cuadrilla del espada sevillano Juan Esteller.

Acevedo, Frago, Morgado, dos Alencas, Manuel.—No habrá duda del país en que vió la luz, con solo leer sus apellidos. Hombre rico y muy entusiasta por el arte de Montes, quiso aprenderle prácticamente, y al efecto llamó y tuvo en su casa al espada español Manuel Trigo, con cuyas lecciones se lanzó á los cerrados y se hizo un buen banderillero. Luego que cosechó grandes aplausos, se retiró con sus laureles.

Acevedo Frago, Francisco d'.—Mozo de forcado, valiente y entendido que falleció en Portugal hace bastantes años, dejando buenos recuerdos.

Acevedo Frago, José d'.—Notable banderillero portugués y mozo de forcado de gran valor. Murió hace muchos años en su país natal, pero todavía le recuerdan con elogio sus contemporáneos.

Acevedo, Miguel.—Picador de la cuadrilla de Ponciano Díaz. Excusado es decir que, siendo mejicano, es un gran jinete, porque allí todos lo son, y además es valiente con los toros, picándolos á estilo de aquella tierra, que se diferencia bastante del de España; pues mientras aquí procura detenerse los con la garrocha y echarlos por delante, allá se les pincha á golpe procurando que el animal rebrique para huir de la arremetida.

Acébez (D. Fernando).—Caballero presentado por el Ayuntamiento de Madrid para rejonear los toros en las funciones reales de 1846; cuando las bodas de doña Isabel II y doña Luisa Fernanda. Fué apadrinado, como otros dos, por un regidor municipal á nombre de la Corporación, y, si no recordamos mal, vistió traje de terciopelo grana con galones de oro. No era joven en aquella época, de manera que casi puede asegurarse que falleció hace algún tiempo.

Aceves (Antonio).—Picador andalúz, perteneciente á las cuadrillas de los Carmonas. Era muy aceptable, según dicen los que le vieron más de una vez, que nosotros no hacemos de él memoria, ni hemos oído su nombre, desde hace muchos años, como diestro en activo servicio.

Acicate.—Espuela de que se usa para montar á la jineta. Tiene sólo una punta ó pinecho para clavar en el caballo, y en ella un botón ó rodete á corta distancia, para impedir que entre mucho. Ni los vaqueros en el campo, ni los picadores en plaza, usan el acicate, sino la espuela de estrella y rueda, más ó menos pronunciada. El acicate era patrimonio de los caballeros y gente de pelear.

Ación.—Es la correa con que va unido á la silla del caballo, y pendiente de ella, el estribo en que se apoyan los pies del que monta. Va asida á la barra de dicha silla para seguridad y fuerza, tan necesarias á los picadores, que deben cuidar, al montar los caballos, de ver si está la ación ó correa á la altura necesaria para lo largo de sus piernas, en inteligencia de que es preferible que quede más bien corta que larga, pues de ese modo facilita mejor apoyo.

Acometida.—Es el arranque hecho por el toro en dirección á un bulto determinado, pero que aunque le persiga no le alcanza, y, por lo tanto, no le coge. La Academia no incluyó esta palabra en su *Diccionario*, y á la de «Acometimiento» da la definición de ser la acción y efecto de acometer; y como nos parece escasa y demasiado reducida para este libro, hemos dado la voz anterior, que, salvo el respeto debido á tan ilustre Corporación, explica mejor, para el lenguaje taurino, el significado de la palabra. Covarrubias dice que acometer es «arrojarse con ímpetu contra el enemigo», y nos satisface más su definición que la de la Academia.



ACOSAR EN CAMPO ABIERTO. — De fotografía

Aconcharse.—Se dice así del toro que, muy castigado ó muy cobarde, se refugia ó ampara de las tablas de la barrera, adhiriéndose á ellas de costado para defenderse de los toreros. En igualdad de resultado, el volapié que se da á un toro que se aconcha á los tableros, tiene más mérito que el que se ejecuta en el que de ellas está despegado, porque hay que estrecharse más y la salida es más difícil.

Acorralar.—Aunque realmente la definición de esta palabra es la de encerrar ó meter los ganados en el corral, en términos taurinos no se usa; que se llama «hacer el encierro.» Puede decirse que se acorrala á un toro cuando le tienen arrin-

conado á las tablas (por cobarde ó por falta de fuerza) los hombres ó los perros.—Es de temer el arranque súbito de los toros cuando se hallan en tal estado, porque van derechos al bulto, prescindiendo del engaño.

Acosar.—Es una de las suertes que los buenos jinetes desean con más gusto ver ó hacer en el campo, que es donde se ejecuta. Consiste en meterse un hombre á caballo en medio de una torada ó ganadería, persiguiendo ó incitando á salirse de la piara á la res que quiere acosar, hasta conseguir su salida huyendo; entonces continúa el jinete su persecución, hasta que el animal, cansado, se para, y si es bravo, acomete; pero en esta ocasión se rehuye y evita la acometida, procurando marcarle la ruta hacia su querencia natural, que es la de volver á su piara; y si á ella se dirige, se la acosa más activamente, con la casi seguridad de que no vuelva la cara. El que acose debe conocer bastante el instinto de las reses y sus condiciones, ser buen jinete y montar caballo de su confianza; no teniendo estas circunstan-

cias, debe evitar su concurrencia á esta campestre diversión. Esta se hace mejor llevando el ganado á un campo de la mayor extensión y llanura posibles; los criados y vaqueros son los que procuran apartar de la piara la res que se destina á ser acosada, y en cuanto se separa lo bastante, la persiguen á caballo dos hombres, y á veces más (pero debe evitarse confusión), á todo escape, hasta que con las garrochas consiguen derribarla. La operación, pues, es como antes hemos dicho, si bien favorecida por criados y hombres de campo prácticos y conocedores. La puya no debe exceder de seis milímetros, la garrocha de tres y medio metros, y ésta no debe ser tan pesada como la de de-

tener, ni tan gruesa. En la palabra *derribar* extendemos la consecuencia del *acoso* á los pormenores de las diferentes formas en que ésta se verifica para conseguir aquél; pero bueno será advertir que los maestros de la lengua castellana han entendido que *acosar* era también acto de lidia en plaza cerrada, como se desprende de aquellos versos en que Bartolomé Leonardo de Argensola, presbítero cronista de Nápoles, que murió en Zaragoza en 1633, dijo:

Para ver *acosar* to os valientes,
fiesta un tiempo africana y después goda,
que hoy les irrita las soberbias frentes,
corre agora la gente *al caso*, y toda
ó sube á las ventanas y balcones,
ó abajo en rudas tablas se acomoda.

Sea como quiera, haya ó no razón para ello, hoy no se conoce el *acoso*, propiamente dicho, más que en campo abierto: en las plazas cerradas no se *acosa*.

Acosón.—Se dice cuando el toro, persiguiendo al hombre ó al caballo, les llega cerca sin tocarlos, pero obligándolos á no pararse un instante, hasta verse en salvo fuera de su alcance. Es muy común esto cuando el espada pasa de muleta al toro, y éste le pisa su terreno, aunque en tal caso se le da el nombre de *colada*.

Acosta, Juan.—Natural de Badajoz, y matador de toros y novillos en corridas de pueblos antes del año 1860. No llegó á distinguirse, ni á tomar en Madrid alternativa; y son tan pocos los pormenores que de él se dan, que para muchos ha pasado ignorado. Se dió á conocer en Sevilla el 30 de Mayo de 1858, no gustó su trabajo y su personalidad ha quedado casi ignorada.

Acosta, Manuel (Vaquita).—Este banderillero, cuyo valor es innegable, adelantó rápidamente en sus primeros tiempos, y sería más si hubiera tenido la suerte de trabajar en cuadrillas de primer orden durante un par de años consecutivos. Desde que en 1868 empezó á torear al lado de Cirineo, Jaqueta y Agustín Ozed, y en las cuadrillas de Manuel Arjona y de Antonio Carmona, (*El Gordito*), ha tenido algunos percances que no han entibiado su bravura. Fué de oficio panadero en sus primeros años y nació en Sevilla el día 14 de Abril de 1851, siendo hijo de Manuel y de Dolores Ruiz. Hoy cubre su puesto bastante bien.

Acostarse.—Se dice que un toro se *acuesta* del lado derecho ó izquierdo, según que se inclina más á uno ú otro lado al embestir. En todas las suertes deberá el lidiador observar esto mucho, pero principalmente en la de matar, procurando siempre empapar muy en corto, dar salida larga y recoger, si no es por el lado en que el toro se *acuesta* porque entonces debe preferir dejarle la salida. Obsérvense, para los toros que marquen bien y constantemente la inclinación á un solo lado, las mismas reglas que para lidiar un toro tuerto. Los hay que tienen esa condición como natural y fija, pero muchos la adquieren á consecuencia de haber sido picados ó banderilleados sobre el brazuelo y en un solo lado, lo cual les hace dolerse de sus heridas y embestir reservándose el sitio de ellas.

Acudir.—El acto de arrancar el toro, dirigiéndose rectamente al objeto ó bulto que le ha llamado ó citado. Los toros nobles y sencillos, que al mismo tiempo son bravos, es casi seguro que *acuden* inmediatamente; en los abantos y recelosos sucede lo contrario. Inútil es decir que estos últimos imposibilitan la lidia muchas veces, y que el único medio de conseguir que *acudan* es *consentirlos* con los capotes hasta pararlos, pero dándoles poco castigo en las varas.

Acularse.—Se dice así cuando el toro se arrima ó pega á las tablas de la barrera, ó á las puertas ó rincones de los corrales, con los cuartos traseros y no de costado, que ya hemos dicho que esto tiene otro nombre. Para banderillas al sesgo no es mala esa colocación, pero es imposible á las suertes de picar y á la de matar, por lo cual en esta es indispensable que el diestro le incline al lado de las tablas, con repetidos pases á la derecha.

Acuña de Figueroa, D. Francisco.—Notable literato y excelente poeta americano, autor de magníficas composiciones, que llamó *Toroidas*, escritas con singular gracejo en excelentes versos á mediados del presente siglo. Aficionado singular á nuestras fiestas de toros, las defendió siempre con calor y en aquel apartado país llegó á ser tan considerado como inteligente en el arte, que su voto era decisivo. Lástima grande que de tan distinguido hombre de letras no tengamos más noticias que la de que fué muy versado en las lenguas latina, francesa, italiana, portuguesa, española y en el dialecto catalán, y que sus obras, inéditas en su mayor parte, se hallan en la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Acuña, D. Antonio.—Es autor de unas preciosas esculturas que representan con suma gracia y propiedad algunos tipos toreros, especialmente los de á caballo. Vivía en Madrid, hace veinte años; es natural del Puerto de Santa María, ejecutó, entre otras obras, un picador á caballo, el alguacil que recibe en la plaza la llave del toril, y una escena andaluza (relieve) para cuya adquisición dió en 1876 informe favorable la Real Academia de San Fernando.

Achuchón.—Es el empujón que sufre el diestro por el ímpetu del toro. Casi siempre acontece que el achuchón es efecto del retraso en la salida de la suerte, ó por ganar el toro su terreno al diestro; pero téngase presente que no ha de ser derribado este al suelo, ni aun en el caso de que le producen varetazo.

Administración.—La de una plaza de toros, especialmente si es de la importancia de la de Madrid, donde lo mismo en invierno que en verano se celebran funciones, es difícilísima, y requiere en el que la tenga á su cargo condiciones de inteligencia y carácter poco comunes. El administrador en esta corte, ha sido y es siempre el representante oficial de la Empresa, el director del interior del local, de los espectáculos la mayor parte de las veces; la persona intermedia entre las autoridades, los contratistas, los ganaderos, los toreros y subalternos que toman parte más ó menos directa en las funciones; el que ha de estar al cuidado de que, antes de empezar, nada falte de los infinitos pequeños detalles que las mismas requieren, para que no solo se presenten con lucimiento, sino para que todo se encuentre á tiempo, sin barullo, sin precipitación y con oportunidad. Para todo esto no basta ser activo y diligente; es preciso además ser entendido, y persona de buen trato social, saber presentarse á las autoridades, hacer á las mismas las reclamaciones que frecuentemente ocurren, y sostener, si es preciso, con ellas más de un debate, en que la razón bien solo expuesta, y fundada en la justicia y las más veces en la costumbre ó práctica, de que debe ser muy conocedor, pueda inclinar el ánimo de aquéllas en favor de los intereses que la Administración representa; y ha de ser persona de carácter, porque los muchos subalternos con quienes se entiende constantemente, y á los que falta en lo general educación y buenos modales, necesitan les tenga á raya persona en quien reconozcan superioridad, y al mismo tiempo le guarden respeto y simpatía. Un buen administrador es el alma, digámoslo así,

de la plaza de toros: á todo ha de atender, en todas partes ha de estar, en el acto ha de resolver cualquier duda que ocurra, y siempre ha de estar mirando por los intereses á él confiados. Debe poseer y coleccionar con cuidado todos los antecedentes necesarios para consultarlos en casos de duda, y solo una larga práctica puede hacer salir airoso de tan difícil cometido al que le desempeñe. Los Sres. D. Ildefonso Herrero, D. Juan Antonio López y D. José María Herrero, hijo de aquél, son los administradores que ha tenido la plaza de Madrid en casi todo el presente siglo, y todos, especialmente el último, que la ha desempeñado cerca de treinta años, han dado pruebas de conocimientos ó inteligencia especialísimos. Estimándolo así el Ayuntamiento de Madrid, llamó en Enero de 1878 á dicho D. José María Herrero, para que entendiese en todo lo relativo á las funciones reales últimamente verificadas, y las organizó y dispuso tan espléndidamente, y con el conocimiento especial que posee, que han sido celebradas hasta en el extranjero. Después en Madrid ha habido otros administradores muy entendidos, como los Sres. Abella y Trillo; y de los de provincias el más antiguo, el más inteligente, tal vez, es D. Mitriano Armengol de quien hablamos en el lugar correspondiente.

Aficionado.—Conviniendo en que todos tenemos un vicio dominante, una pasión ó una inclinación que ocupa con preferencia nuestra mente, disculpemos la del aficionado á toros, porque es la que menos daño puede causar en su persona, en sus intereses y en sus afecciones. ¿Por qué el aficionado á nuestra fiesta nacional es el único, de entre todos los apasionados á los espectáculos públicos, á quien se distingue con aquella palabra?

No lo sabemos: ello es que al aficionado á la música se le llama *dilettanti*; al de las carreras de caballos, al *sport*; al de los circos gallísticos, *gallero*; y así por este orden. Y lo cierto es que todos son aficionados, cada uno á su especial diversión, incluso los que lo son al baile, á quienes llamamos *danzantes*.

¿Será que por el origen extranjero de unos espectáculos, y por el desdén con que las personas de mediano juicio miran los otros, se apliquen á sus *amateurs* nombres traspirenaicos y burlescos? ¿O será que por un instinto natural, una intuición de que no sabemos darnos cuenta, solo se aplique la palabra castiza española para el espectáculo puramente español?

Esto debe ser; porque en cualquier reunión, en cualquier casa, café ú otro sitio en que se esté hablando de cosas indiferentes que ninguna relación tengan con las funciones de toros, al ver entrar á

alguno de los contertulios ó amigos, se dice frecuentemente: «Ya llega el aficionado», y no se dice á qué cosa lo es; y sin embargo, todos entienden á qué se refiere aquél que ha hablado.

Conste este dato, porque queremos indicar que el aficionado á toros, por solo este hecho, es español puro y neto, y como tal, amante de su patria; enseñaremos en primer término el de Madrid, donde hay más, por razón de población, que en otros puntos, y donde su tipo tiene cierta originalidad; por más que todos, los de la corte y los de las provincias, se parezcan muchísimo.

El aficionado empieza á serlo joven, siendo estudiante, aprendiz de un oficio, capitalista ó propietario. La profesión ó modo de vivir de él ó de su familia influye poco. El que quiere aficionarse al gran espectáculo en edad avanzada, lo consigue con más dificultad. El amor á lo grande, á lo extraordinario, es patrimonio de la juventud. Rara vez se encuentra el entusiasmo en el pecho del anciano. Pero una vez adquirida la afición y el gusto por lo sublime del arte, el joven llega á viejo con su mismo afán, con su *fanatismo*, si así quiere llamársele, que no nos enfadamos porque se nos aplique esta palabra. Es la que ha producido muchos santos y muchos héroes.

Si por circunstancias especiales, disgustos, ausencias, ó sucesos que en la vida retraen del mundo, algún aficionado *se corta la coleta*, ¡cómo recuerda con entusiasmo sus buenos tiempos! ¡Qué placer siente al relatar ó describir cualquier función ó la práctica de una suerte de aquellas que forman época!

No nos cansaremos de repetirlo: la afición á los toros es uno de los remedios, tal vez el primero, para quitar la tristeza, para alejar el tedio. Y si

no, veamos qué hace, qué dice, y hasta qué piensa el verdadero aficionado.

Desde el momento en que tres días antes de la función se fija en las esquinas la *alebuya*, que así llaman muchos el cartel de toros, son infinitos los comentarios que sobre su contenido hacen unos con otros los aficionados. Quién reniega de la Empresa; cuál, de los toros y hasta de la autoridad que permite tal cartel. Unos se muestran descontentos porque no toma parte en la lidia determinado diestro; otros, porque trabaja aquél y no otro á quien él prefiere, y los más se alegran y esperan impacientes; bien que lo mismo hacen los descontentadizos, porque todos, absolutamente todos, no piensan en otra cosa que en la corrida, para cuya celebración faltan setenta y dos horas. Horas largas, interminables, de prolongada espera, de grandes esperanzas, de vehementes deseos y alegres ó tristes presagios, según la persona que los haga y las causas especiales que en cada caso ocurran.

Pero no se crea que en dicho plazo el aficionado está de más, es decir, sin hacer nada que tenga conexión con su favorita fiesta. Todo lo contrario. Además de pensar, hablar, discutir y hasta acalorarse con sus amigos, frenéticos entusiastas como él por el arte taurino, en cuantas cuestiones se suscitan sobre los cálculos del resultado y peripecias probables en la próxima corrida, es preciso prepararse para ver la prueba de caballos.

No queremos hacer ofensa á nuestros lectores, suponiendo que ignoran lo que es *la prueba*. Alguna vez, si son aficionados, que sí lo serán en más ó menos grado, puesto que leen este libro, la habrán visto, aunque haya sido por curiosidad; pero como no debemos ocultar cuantos detalles se relacionen con las corridas de toros, bueno será que



LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — L. FERRANT

hagamos aquí un boceto del animado cuadro que ofrece. Allá va, según era hace cuarenta años, por que ahora...

Son las cuatro de la tarde en el rigor del verano. El calor sofoca y difícilmente se respira. A pesar de todo, á esa hora el joven estudiante, el hijo del banquero, el comerciante dueño de tienda, la *pollería* (como ahora decimos) de la buena afición, se van reuniendo en los cafés principales ó en sus inmediaciones, con amigos de más edad, aficionados más antiguos, casi diríamos jefes de partido, inteligentes en tauromaquia, á quienes se oye como á un oráculo. Sin retrasarse, marchan diseminados en grupos hacia la plaza de toros, sin temor de asfixiarse con la atmósfera caliginosa, que hacen insostenible el polvo primero, y el vapor que despiden la tierra regada después; todos alegres, contentos, pero siempre cuestionando, siempre explicando un curso de tauromaquia, con adiciones, notas y comentarios interrumpidos por las risas, las bromas y las epigramáticas palabras de los que componen aquel pequeño círculo. Llegan por fin á la plaza sudando y agitados, y ya encuentran allí á otros aficionados, que por haber ido á caballo ó por haber madrugado más, están descansando y bebiendo agua y aguardiente, único refresco que se vende en aquellos contornos. Empiezan las bromas y los dichos picantes; tiroteo de pullas que se dirigen con especial gracia y singular ironía los partidarios de distintos diestros, cada uno de los cuales sabido es que cuenta con ardientes apasionados. Oyense y contéstanse muchas veces con sal y pimienta, pero sin causar disgusto grave; y alguna vez que la sal se convierte en hiel y la pimienta en vinagre, acontece que riñen dos amigos y no vuelven á saludarse. Por fortuna, esto sucede pocas veces.

Juntos en el patio destinado al efecto en las inmediaciones de las caballerizas, el empresario de caballos con su jauría de *monos sabios*, y la gente de á caballo, la del *arte*, calza ésta espuela vaquera y prepárase á montar. Aparece arrastrado, más que guiado de la brida, un desgraciado *peuro*, ancho de pechos como un pollo tísico, fuerte de patas como jilguero enfermo, limpio de manos como el que menos, cabizbajo como delincuente, y vestido con piel afelpada, ó sea de pelo largo, muy largo, susceptible de rizar e en tirabuzones.

—¿Qué traes aquí?—dice el picador al contratista.—¿De dónde has sacado esta alimaña? Anda que la monte tu *mave* si está acostumbrada á montar en escoba los sábados á medianoche. Y antes que la explosión de carcajadas de todos los concurrentes le impida hablar, replica el contratista:—¡Valientes *piqueros* estais los de ahora! Con jacos así hubieran torcado seis corridas sin perder uno siquiera los picadores antiguos. ¿Qué tie-

ne este caballo? ¡Veintinueve años ha sido útil en una tahona, marchando bien en la máquina de moler y cumpliendo, sin que nadie le haya puesto falta, y vienes tú hoy á desecharle! *Arrepárate*; mira que aunque pequeño de cuerpo y de pocos fuegos, es mejor que el que tenía muermo y desechaste la *corria pasá*, y más seguro que el tordo que hizo á tu compañero apaerse por las orejas dos veces.

—¡Como que tenía vértigos!—contesta el picador.—Y añade:—¡Vaya! ¡Que no quiero este *penca*!...

Entonces se le acerca al oído el contratista, y de tal manera le convence, que así como enfadado va derecho al caballo, monta, toma en sus manos el palo, y con un valor y un atrevimiento que suele olvidar el día de la corrida, pica y aprieta en el poste destinado al efecto, una, dos y hasta una docena de veces.—No se vuelve mal; tiene buena boca,—dice el picador al apearse.—Y el caballo queda apartado, para que, si no muere antes, de poco apego á la vida, lo despene un toro á las cuarenta y ocho horas.

Esto se repite varias veces con cuantos caballos se presentan, inútiles para todo menos para la lidia de toros; y aunque pocos son desechados, todavía hay picadores que no se dejan convencer por los contratistas. ¿Para qué servirá un caballo desechado en la plaza de toros?..

Al anochechar vuélvense á la población los aficionados, los toreros, los contratistas y los *monos sabios*. Estos últimos formando rancho aparte. Los primeros, en quienes la conversación ha tomado mayor tinte de excitación según han ido calentándose las lenguas, convienen en que la buena raza de picadores, aquélla de los hombres duros como el hierro y entendidos en su arte, se ha ido perdiendo poco á poco, quedando sólo para muestra alguno que otro de cuyo mérito casi, casi, no se ha enterado el vulgo.

No falta, sin embargo, algún atrevido mozalvete que con intencionada *guasa*, y marchando tras de los viejos aficionados, recita en voz alta la célebre endecha que dice:

«Como á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Lo cual da pie para que alguno de los viejos de mal carácter, ó poco sufrido, se vuelva, encarándose con el mocito, y replique:—Diga usted, niño, ¿conoce hoy algún torero á caballo que se eche por delante un toro, picándole con el regatón de la vara? Pues yo lo he visto hace más de cuarenta años á José Trigo; y se trataba de un bicho de seis años, de la más acreditada ganadería y esco-

gido. Y viven muchos que lo presenciaron. Y escrito está que Corchado ganó mil duros en una apuesta por picar una corrida entera con un sólo caballo, sacándole ileso. Y con media de seda, sin mona, han picado otros. Y al *Coriano* le hemos visto caer, levantarse, tomar un capote, y con los hierros puestos dar media docena de *verónicas* que no las dió Montes mejores; y... en fin, que entonces había picadores, y que se dé usted por ahí una vuelta cuando me traiga *uno* que haga algo de lo referido,

tas personas á las puertas del reducido local en que se venden billetes,

que es de ver
y de admirar
cómo vienen,
cómo van,
cómo corren,
cómo vuelven,
cómo insisten
en su afán.

Sin embargo, aquello dura poco, muy poco.



EL PICADOR JOSÉ TRIGO LIBRANDO AL CABALLO. — L. FERRANT

Así se renuevan constantemente contiendas y diferencias hasta que llegan al café, y unos entran á continuar hablando *sobre lo mismo*, y otros siguen su camino con *igual* pensamiento y fija su idea en el próximo día.

Es el de la vispera de la función: sábado ahora, antiguamente domingo. Por la mañana, en determinados días, en aquellos en que el cartel anuncia principio de temporada, ó la salida de algún diestro de grandes simpatías ó nuevo en plaza, el buen aficionado no perdona su concurrencia á las inmediaciones del despacho de billetes, sea abonado ó no lo sea. Aunque se ha regularizado mucho esto, interviniendo la autoridad con fuerza armada hasta de caballería, en tiempos no remotos ofrecía la calle de Alcalá un cuadro animadísimo, y ahora mismo, en ocasiones, afluyen tan-

Aquel bullicioso desorden, las voces y gritos, los cachetes y golpes que se dan unos á otros por adquirir un billete, cesan muy pronto.

Antes de una hora aparece el tarjetón que dice: «No hay billetes», y los pobres que han acudido desde las cuatro de la mañana á tomar puesto, y no han logrado ser de los primeros, se vuelven cabizbajos, rotos y destrozados en sus ropas, y renegando de su mala fortuna.

El aficionado goza al ver tal interés, tal impaciencia, tal deseo de ver el mejor de los espectáculos. Comenta con otros alegremente aquella placentera animación, y se da cita para ver el *encierro* por la tarde.

Al *encierro* asisten muchos á pié, y muchos más á caballo; los últimos, vestidos y con los jacos enjaezados para faena de campo, y algunos con ga-

rocha. Mientras se sitúan en el Abroñigal ó Caño Gordo, rodeando el ganado á la distancia que los mayores y vaqueros lo permiten, observando los movimientos, la pinta, la romana, y en una palabra, el trapío de las reses, hasta que llega la hora



1832.— ENCIERRO DESDE CAÑO GORDO.—ELBO

de ponerse en marcha, acuden otros aficionados á pié á los corrales de la plaza y esperan el encierro. Hablan de lo mismo siempre, y no se cansan. Repiten cien veces iguales frases y las oyen con igual complacencia; y lejos de aburrirse, si la conversación palidece un breve momento, se robustece, digámoslo así, con la presencia de algún aficionado que llega más tarde. Y así pasa el tiempo, hasta que suena el *alambre* ó se oye la voz de «¡QUE VIENE!»

Voz que antiguamente daba el *Tuerto*; tipo raro, excéntrico y extravagante que vivía en los alrededores de la plaza, sin casa ni hogar, casi sin comer ni trabajar; que hablaba perfectamente idiomas extranjeros cuando era ocasión, lo cual suponía en él una ilustración no común; que callaba cuando le preguntaban los necios, y era cortés con los instruidos; ente, en fin, que no sabemos definir. Hombre tal vez de buena familia y mejores principios, que filosofando, creyó ser feliz con la holganza y viendo toros. ¿Quién sabe si tendría razón!

Cuando el ganado llega cerca de la plaza, á la vista ya del corral primero, ábrese las puertas de éste, y ciérranse en seguida; operación de un minuto que, con singular destreza, practican los inteligentes carpinteros. A la clara luz de la luna, cuando alumbra, ó á la turbia luz de los faroles en otro caso, el aficionado que esperaba, se hace la ilusión de que ve perfectamente el ganado, cuando apenas si puede ver la pinta de algún toro. Como que se arremolinan, y con los cabestros se van á un rincón, donde en pelotón se colocan juntos si son todos de una ganadería, ó se les separa en distintos corrales si pertenecen á dos ó más, y los dueños ó mayores lo creen conveniente.

Pues á pesar de toda la oscuridad y la distancia, hay aficionado que sostiene con otros que el toro *ensabao* es burriciego ó está reparado del derecho. La cuestión para algunos es ver lo que no vea otro. Así que no falta quien invente y crea lo que no existe.

Cuentan los de á caballo á los otros si el ganado ha venido *bien arropado*, si hay algún toro que les ha *hecho cara*, si ha habido necesidad de ayudar á los vaqueros para *encabestrar* bien, si han seguido mansamente al cabestro de punta, y en fin, cuantas peripecias han ocurrido hasta concluir el encierro.

Respecto del *pronóstico* que todos hacen de la condición de las reses, no hay dos conformes. Al paso que uno dice enfáticamente: «Dejamos encerrada una corrida de toros», lo cual no significa á la letra lo que dice, sino que quiere de-

cir que es *bueno*, hay otro que á medias palabras, y como reservándose, murmura por lo bajo: «No pongo dos cigarros por ninguno», y el más lejano dice: «Apuesto por el *berrendo*», y el de aquí añade: «Yo por el *retinto gachilo*»; y todos convienen, cuando alguno de los más antiguos aficionados pronuncia en tono sentencioso la consabida frase de «Los toros son como los melones», en que para juzgar de lo que puedan ser capaces, lo mejor es ver al día siguiente el *apartado*.

Entonces las reses han descansado, han reconocido el terreno y pueden examinarse más despacio; y sobre todo, no es cosa de perder la mejor de las ocasiones para acreditarse un hombre de entendido aficionado y de conocedor de los toros por el trapío, armas y manifestaciones que hagan al ser encerrados.

Quedamos, pues, en que esto es lo más acertado, y en que contraemos el deber para con nuestros lectores de decirles todas las demás obligaciones



TOROS EN EL CORRAL.— De fotografía

que el aficionado se impone antes de que empiece la corrida.

El día de la corrida el aficionado madruga, se

emperejila y acicala, sale de casa rebosando gozo, dirige sus pasos á media mañana á la calle de Alcalá, y unido á otro ú otros tan aficionados como él, montan en un carruaje que los conduzca al famoso circo, donde penetran ansiosos de observar y comparar detenidamente una por una cuantas reses han de ser lidiadas.

Toman y pagan su billete de entrada, que antiguamente era gratis para el abonado; pareceles que la autoridad presidencial se retrasa más de lo regular, y cuando llega el momento de abrir la puerta que da paso á los balconillos, corrales y jaulones, lanzanse á ella con avidez. Todos quieren ser los primeros, y únicamente se cede el privilegio de anteponerse y ocupar mejor lugar á las señoras que suelen asistir; que el español siempre es galante, aun en casos excepcionales.

Una vez en los balcones, ó mejor si puede en los burladeros de los corrales, examina el trapío de los toros, su pinta y condiciones ostensibles, con la misma atención, con igual interés y con tan gran cuidado como el lapidario un diamante y el avaro su dinero. No se le escapa el más insignificante detalle, y más de una vez ha encontrado y designado defectos físicos en las reses, en que no había reparado el perspicaz ojo de los profesores de veterinaria encargados de reconocerlas y de certificar sobre su aptitud para la lidia.

Pregunta, indaga, conferencia y escucha de los labios del ganadero, qué antecedentes son los del ganado, qué historia tiene cada uno de los bichos y en cuál de estos tiene más confianza su dueño. Compara lo que le dicen con lo que ve y ha observado desde que la tarde anterior asistió al encierro, y con los incidentes que ofrece el *enchiqueramiento*, y si alguna vez, por circunstancias muy especiales, el aficionado ha dejado de asistir al *encierro*, mucho más especiales é imposibles de vencer han de ser las que le impidan presenciar el *apartado*.

Muy próximo este á la celebración de la corrida, la vista del ganado en los corrales, su paso á los jaulones y su encierro en los chiqueros, excitan su imaginación y acrecentan su placer. Goza anticipadamente de los lances de la corrida como si los viera ya; si se persuade de que el ganado encerrado es de primera; se disgusta si le parece de desecho, pero siempre confía en que alguno de los bichos ha de *dar juego*. O al menos forma esperanza en que los lidiadores suplirán lo que á los toros falte; y eso que sabe perfectamente que con mal ganado poco puede hacerse. La esperanza es lo último que se pierde.

Su amor propio se satisface y agranda si da la casualidad de que el toro que supone como el más bravo y de poder, lo es más tarde durante la lidia.

Su fama de inteligente se consolida si esto acontece más de una vez, y su vanidad le engríe tanto,

que en ocasiones no cedería su buen nombre de aficionado inteligente por honores ni por amores. Volvemos á repetir que hablamos del aficionado constante, del verdadero, del apasionado.

¡Con qué impaciencia espera la corrida! ¡Qué esperanzas, qué ilusiones alimenta en su imaginación! ¡Qué grato placer experimenta al volverse á la plaza nuevamente!

Porque, no lo hemos dicho, pero desde que salió del *apartado* hasta la hora en que la corrida empieza ó poco antes, no ha hecho más que separarse del edificio á menos de dos kilómetros, para almorzar alegremente con media docena de amigos en la fonda más inmediata. Allí han hablado de nuevo de las brillantes dotes del matador y de los toreros que más les gustan, han comparado el trabajo de hoy con de el *añazo*, han disputado, se han sofocado y han convenido en apostar la cena ó el refresco sobre el mejor comportamiento del espada favorito de cada uno de los comensales.

Dirígense á la plaza; y penetran en ella. Lo que en el tránsito pasa, la animación que hay en el camino en día semejante, no hay para qué contarle en este lugar; va dicho en otro, y no es cosa de repetirlo. Daremos por pasado el tiempo y salvada la distancia, y colocaremos al aficionado dentro ya del local de la administración.

Recoge su cartel-programa, cuando le hay; saluda á cuatro amigos, que escuchan sus impresiones acerca del ganado y sus vaticinios sobre la corrida; pasa al salón de descanso de los toreros, aprieta la mano de alguno de ellos, y por fin penetra en el redondel, donde se halla lo más granado de la afición.

El movimiento, el alegre aspecto que el interior de la plaza presenta desde antes de empezar la función, merece describirse; y tenemos casi obligación de hacerlo, porque á nuestros lectores hemos enseñado el camino al circo, y aun los hemos conducido á las galerías interiores del mismo, y no es justo pasarles la miel por los labios y no dejársela gustar.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel inmenso y extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos, en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, divinas mujeres ricamente vestidas, y algunos hombres, que forman, digámoslo así, el esmalte negro que la corona ostenta para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En cada una de las infinitas localidades que comprende tan singular edificio, se ven con diversidad de trajes, posturas y ademanes, elegantes señoras, niñas coquetas y agraciadas, almibarados pollos, sesudos caballeros, gentes del pueblo, en fin, pertenecientes á ambos sexos, que forman un cuadro tan variado, tan nuevo, tan caprichoso,

que á pesar de haberlo intentado grandes talentos, nadie ha podido pintar ni describir fielmente.

¡Qué sorpresas tan incitantes, qué carcajadas tan espontáneas, qué palabras tan nuevas, tan chispeantes, tan epigramáticas y tan graciosas se ven y escuchan allí!

¿Quién es capaz de imaginarse, sin verlo, un número de personas, que siempre pasa de doce mil, contentas, placenteras, sentadas unas, de pié las más, y todas llenas de regocijo, saludándose con voces, gestos y señales, y sin otro pensamiento en aquella ocasión que el de divertirse con su favorito espectáculo?

No hay otro que proporcione más gratísimo solaz al noble pueblo español. Aquello es otra nueva Babel: todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo. Si en la antigua hubo tanta confusión que no llegaron á entenderse sus habitantes, en esta no la hay menor; tal es la diversidad de palabras, acciones y movimientos que se observa: pero en esta todos se entienden.

La gente que pisa el redondel, ora agrupándose, ora extendiéndose en distintas direcciones, disminuyendo unas veces, aumentando otras, parece, cuando se la ve desde los palcos, á las abejas de una gran colmena, que zumban y se mueven sin parar, ó á los peces del mar, vistos desde la cubierta de un gran buque, que aparecen, se esconden, se agrupan, giran, marchan y contramarchan á todos lados lenta ó rápidamente, chillando y agitándose, hundiéndose ó levantándose.

Por si algo falta para prestar vida al cuadro, allí se encuentran desparramados, y pregonando á voces su mercancía, los abaniqueros, bollereros, aguadores y además los especiales vendedores de naranjas, que desde el redondel las arrojan con sin igual tino á las gradas y palcos.

De pronto aparece en su palco la autoridad que preside, y á la señal que hace con el pañuelo, el cuadro cambia, tomando nuevos y vivisimos colores. Suena el clarín, redoblan los timbales, voces y músicas resuenan por todas partes, toman asiento los que están en pié, y entre los silbidos, bulla y algarazas de éstos, corren á sus localidades los que ocupaban el ruedo, y ciérranse las puertas interiores. Los ministriles, para quienes todavía duran los silbidos, despejan el redondel y marchan en busca de las cuadrillas.

Va á dar principio la función, y el aficionado lo mismo que los que no lo son, el inteligente como el curioso, no quieren, no pueden aunque quisieran, perder absolutamente ningún detalle de tan magnífico espectáculo.

Preséntase en vistoso grupo la gente torera á pié y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más seda, más oro y más plata que los que tiene el Tesoro público; y seguida de los chulos y tiros de

mulas, enjaezadas con esplendidez. Todos marchan á compás de las músicas, con aquel *aire*, aquella *sal* que solo tienen los de su clase, vitoreados por el inmenso pueblo que llena aquel grandioso edificio, aplaudidos frenéticamente con una continua y prolongada salva de aplausos, y saludados por hombres y mujeres con pañuelos y abanicos, con sombreros y con cuanto hay á mano.

Aquella explosión de júbilo va *jaleada*, esta es la palabra, por la gente joven de buen humor con los apóstrofes consabidos de «¡Ole! ¡Viva la gracia! ¡Viva la sal! ¡Bien por los valientes!»

Morena hay, de esas cuyos ojos relampaguean cuando miran, que por bien parecer no grita: «¡Bendita sea la tierra que tales hijos produce!» Y niña de quince abriles, blanca como la nieve y rubia como el oro, que parece piloncillo de azúcar con copete de canela, que murmura por lo bajo: «¡Ay! ¡Tu mare!»

Hasta los extranjeros se conmueven electrizados al ver tal entusiasmo, que á su espíritu se comunica rápidamente, y no falta algún inglés ó francés que en mal castellano grita: «¡Oh! ¡De aquí al cielo!»

¿Quién evita que á un espectáculo tan conmovedor, que tanto arrebató, que tanto *llega al alma*, se aficionen cuantos le vean? Si es irresistible su atractivo, ¿quién puede dejar de ser aficionado? Disculpemos, pues, al que lo es, y sigamos su fisiología.

Inútil es decir que durante la lidia, el aficionado, sobre todo si es inteligente, no pierde de vista ningún detalle, ningún incidente de la misma. De lo que el vulgo no se entera, es para el aficionado de suma importancia. La mala colocación de un picador, la inoportuna salida de un peón, un intempestivo *recorte* hecho al toro, son para él objeto de las más duras censuras; y en cambio, donde pocos ven el mérito de sacar un caballo ileso, de cuadrar en la cabeza ó de *citar* para *recibir*, él le encuentra y aplaude acaloradamente, llegando á tener momentos de verdadero entusiasmo.

Concluye la corrida, durante la cual ha contribuido mucho el aficionado, si para ello ha habido fundamento, á que el público atormente á la presidencia con el proverbial y característico «¡No lo entiende usted!», al ganadero con la aleluya consabida, que dice:

De los bueyes del Marqués...
liberanos Dominé,

y al picador ó espada con los atronadores gritos de «¡Cobarde! ¡Tumbón! ¡Que se vaya! ¡Fuera!», etcétera, y sale de la plaza el último, ó al menos de los más rezagados espectadores. Va gozoso ó renegando de los toros, según éstos ó los toreros

hayan sido más ó menos bravos, más ó menos afortunados, deprimiendo á estos últimos si es intolerante, y si no, haciendo justicia al que la merezca.

Mientras come ó cena habla de la función con los que le rodean, y después en el café hace otro tanto; comenta las revistas de los periódicos taurinos, encarece el mérito de tal ó cual suerte ejecutada, la pujanza del ganado y valentía del espada, ó critica en duros términos al lidiador de poca fortuna, al ganadero que vende cuatreños, ó á la Empresa que da toros de desecho.

Y á todo da exagerada importancia; y habla en su tertulia de aquella corrida tres noches seguidas, y á la cuarta forma cálculos sobre lo que será la que se celebre tres días después. Y siempre sabe las noticias taurómacas de provincias con más anticipación y exactitud que un diplomático las del movimiento político de Europa.

Este es el aficionado de la corte. Algunos, no muchos, llevan su afición al extremo de lidiar becerros, con los que, entre otras cosas, aprenden á llevar buenas costaladas. Otros, para quienes el caballo es una necesidad, ejercitan su destreza acosando reses y derribándolas en campo abierto; pero en este particular Andalucía lleva la palma, pues aunque en Madrid hay buen número de excelentes jinetes derribadores, es mucho mayor el que en Sevilla existe y ha habido en todo tiempo.

Toreadores de gran posición social, que lo mismo salvan una zanja sobre una ligera yegua inglesa, que derriban un toro de cinco años montando brioso corcel español de potentes ancas y descarnadas manos. Mozos aficionados desde los primeros albores de su juventud á todas las faenas taurómacas, que nacieron viendo herraderos, y han crecido viendo toros, acosándolos, enlazándolos y derribándolos. Gente práctica y muy conocedora, que monta caballos tan inteligentes como sus dueños.

Y lo mismo que en Sevilla, aunque no en tan grande escala, sucede con los aficionados de Córdoba, Jerez y otros puntos donde se crían toros y los ganaderos son generosamente espléndidos. Porque las faenas de herrar becerros, tentarlos y las demás que con ellos se hacen en el campo, costosas y que exigen gastos de alguna consideración, son animadísimas, es verdad; tienen algún peligro, pero éste es su mayor aliciente, porque el español es bravo y temerario, y juega con su vida como si poco valiera.

Algunas señoras concurren, á fuer de buenas aficionadas, á ver estas fiestas; pero en España no toman parte activa en ellas. Solo en Chile, Montevideo, Lima, Méjico y algún otro punto de América, hay algunas tan varoniles que acosan las reses á caballo con singular destreza y graciosa des-

envoltura, formando *collera* con jinetes entendidos.

De algún tiempo á esta parte, las faenas de campo con los toros han tomado gran incremento: la afición á las corridas no decrece, y el graznido de sus detractores es la espuela que hace se construyan plazas donde nunca las hubo. Siga, pues, el graznido de los pocos; que el número de aficionados crecerá, á medida que aquél sea más repetido.

Importa poco al aficionado que haya quien le critique: ama sus lidias de toros con frenesí, y váyale usted á decir á un enamorado que renuncie al ídolo de su pensamiento. Con todos los defectos, con todas sus extravagancias, con todo su exagerado amor al arte de Montes, queremos nosotros al aficionado.

Si todavía no tiene todas las faltas que hemos sacado á relucir, no será de los de pura sangre, ó será muy naciente su afición; pero ella crecerá y se arraigará en él; que lo bueno, aunque sea imperfecto, difícilmente se abandona.

Cuando las fiestas de toros distraigan su imaginación y mitiguen sus penas y disgustos, exclamará:

— ¡Cuánto vale ser aficionado!

Claro es que aquí no hemos hablado de esos entes *aficionados* de nuevo cuño, cuya afición se reducirá á intinar sus relaciones con los toreros hasta el punto de constituirse en «inseparables». Hombrés para quienes no hay más ídolo que el santo de su devoción, y por cuya defensa suelen quebrar lanzas de tal modo, que enfrían amistades si no hay uniformidad de pareceres, pero con quienes no puede entrarse en discusión acerca de lo que se entiende por perfecta ejecución de una suerte con arreglo al arte. No le conocen.

De estos hay pocos. Duran, cuando más, lo que dura el *santo*, á no ser que se vayan con otro antes de concluir aquel, de lo cual se dan casos: de modo que son aficionados á los toreros no á la fiesta nacional.

Agilidad.— Es tan necesaria en un torero, que no teniéndola, está muy expuesto á cogidas, sobre todo si el conocimiento que tiene de su profesión no es completamente perfecto. La agilidad le ha de servir para cambiarse, pararse y, más que nada, para salirse en los *embroques* sobre corto, como en los *recortes*, *gulleos* y *coladas*; al paso que la ligereza solo le sirve para correr y saltar velozmente. Por eso sucede con frecuencia que algunos toreros, llegando á cierta edad, han perdido la ligereza, como es natural, pero han conservado la agilidad, y toscan con la misma maestría, ó más si cabe, que cuando eran jóvenes. Citáramos algunos ejemplos, si no nos hubiéramos propuesto,

en cuanto sea posible, no suscitar rivalidades, ajenas por otro lado á la índole de esta obra.

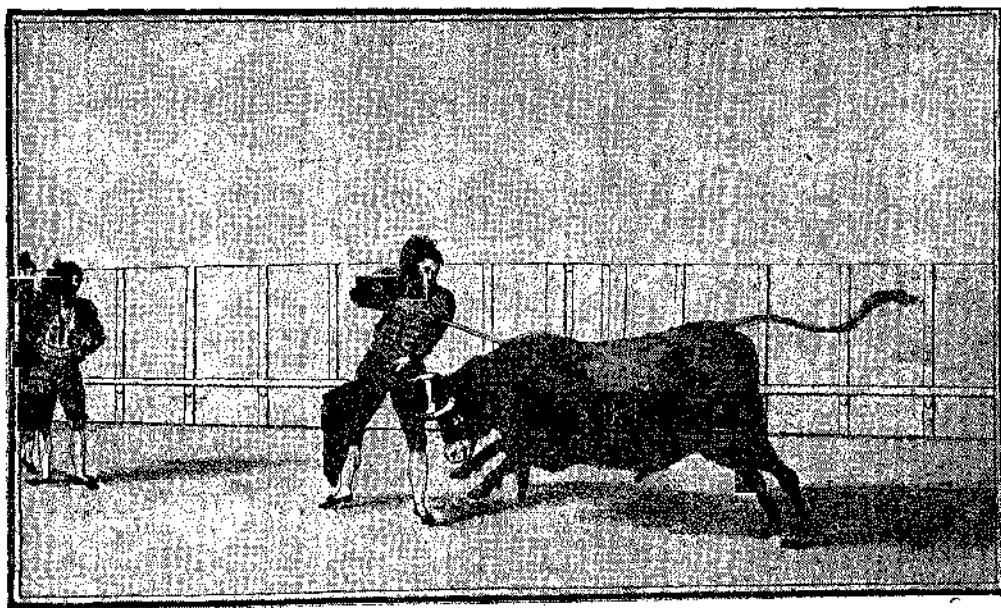
Agrassot, D. Joaquín.—Notable pintor, natural de Orihuela, cuyos cuadros llaman la atención por su verdad y perfecto dibujo. En la Exposición Universal de París de 1878 expuso un presioso lienzo: «Antes de la corrida en la plaza de toros de Valencia», en que no se sabe qué apreciar más, si la brillantez con que presentó el asunto, ó la verdad realista de la animadísima preparación, á presenciar nuestro grandioso espectáculo por el pueblo valenciano.

Fué discípulo de D. Francisco Martínez, y de las clases de la Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia.

Agraz, Enrique.—Torero muy poco conocido, que andaba por esos pueblos de Dios, allá por el año de 1875, y que parece fué uno de los que estrenaron la nueva plaza de toros en Alba de Tormes

pués, varias veces, al espada español José Centeno, causando á ambos varias heridas y contusiones, de las que afortunadamente curaron. La ganadería de la hacienda de Santín es allí muy conocida y apreciada.

Aguantar.—El nombre dado á este modo de matar toros es moderno. Algunos le confunden con la suerte de *recibir*, y sin embargo se diferencian bastante; porque aunque es verdad que el diestro se coloca en ambas de igual manera, en ésta ni precede cita, como es indispensable en la otra, ó sea en la de recibir, ni el torero está á tan corta distancia; sucediendo casi siempre que el toro, al ver liar el trapo al espada, ó mover la muleta de algún modo, le arranca y se le viene encima, y el diestro, que le ve llegar á jurisdicción sin colársele, antes bien siguiendo rectamente su viaje, perfilado le *aguanta*, sufriendo la acometida, clavándole el estoque y dándole la salida á favor del quiebro de muleta, que habrá tenido cuidado de bajar á su tiempo. Es suerte tan difícil y expuesta



SUERTE DE MATAR AGUANTANDO.—1804

(provincia de Salamanca) el 14 de Junio de dicho año, sin que desde entonces sepamos cuál haya sido su paradero, porque, aunque figura en las listas de matadores novilleros, rara es la plaza en que luce su habilidad.

Aguacato.—Toro de la ganadería de Santín, que en 24 de Noviembre de 1889 cogió en la plaza de Colón (México) al banderillero *Chiquitín*, y des-

en mayor grado que la de recibir, y nunca debe hacerse con toros que ganen terreno, en cuyo caso déseles salida por la derecha del diestro con un pase de pecho ó cambiado, sin aceptar el compromiso. Realmente si los dos grandes principios que todos conocen, consisten sólo en *irse* á los toros, ó en *esperarlos* á pie firme—lo cual tiene mayor mérito que aquello—el *aguantar* es una derivación de la suerte de recibir, como lo es el arrancar de la del volapié.

Aguayo de Heredia, D. Pedro.—Caballero cordobés, elogiado por varios escritores como gran torero á caballo y muy práctico en ejercicios de la jineta. No consta cuál fué su época.

Aguila, Conde del.—D. Fernando Espinosa, vecino de Sevilla, ha sido en nuestro siglo el caballero que más adelante ha llevado su afición á las lidias de toros. Compró torada, acosó reses y habilitó en sus posesiones terrenos, donde él con otros amigos lidiaron becerros bien crecidos, demostrando en todo mucha destreza é inteligencia. Hablamos de este distinguido aficionado en la biografía de D. Rafael Pérez de Guzmán y en otros puntos de esta obra.

Aguilar, Pedro de.—Natural de Antequera. Escribió un libro, *Tratado de la caballería*, en 1571, que, impreso en Málaga por Juan René en 1600, comprende muchas reglas y preceptos para esperar los toros á caballo, con lanza, cara á cara, y de lo que en ello conviene hacer.

Aguilar, Manuel (El Macareno).—Banderillero no escaso de conocimientos, aunque algo acelerado en las suertes. De media espada trabajó algunas veces; pero no merece el nombre de matador, aunque creemos tomó la alternativa en Sevilla. Dicen que era parado, de buenas facultades, de mucho corazón y de grandes recursos; pero, ¡en aquella tierra se elogia tanto á los principiantes!... Lo cierto es que su nombre no ha vuelto á figurar en las plazas de España con aquel eco que sonó hace diecinueve años, y desde 26 de Abril de 1874, en que estoqueó en Sevilla, era ya tiempo de adquirir nombre. Marchó á México y allí falleció de enfermedad común el día 30 de Septiembre de 1894.

Aguilar, Mariano.—Conocido banderillero de la cuadrilla de Joaquín Rodríguez (*Costillares*) en fines del siglo precedente. Dicen que era sevillano, pero no hay datos que lo nieguen ni lo confirmen.

Aguilar, Rafael (Vaquerito).—Este *Vaquerito* no es el *Baquerito* (Francisco Baquero), con quien muchos le confunden. Cuanto á su habilidad como banderilleros, allá se van.

Aguilar, Manuel (Vaquerito).—Hermano del anterior, algo más adelantadito, pero no tanto que

quiera hacerse ya matador, como lo ha intentado en novilladas. Para esto hay que aprender más.

Aguilar, José (Carriles).—Picador novillero de los que caen tantas veces cuantas el toro les acomete. Ya aprenderá á fuerza de costaladas: por de pronto, viendo sus adelantos, ya es picador de alternativa en corridas de toros en la plaza de Madrid. Es voluntario y valiente.

Aguilar, Manuel (Carriles).—Como el anterior, de quien creemos es hermano, es picador de toros; igual, poco más ó menos, en arte y decisión.

Aguirre, Francisco (El Gallito).—Banderillero moderno de poco nombre. En México es más conocido que en España: allí gusta, aquí esperamos verle para poder juzgarle.

Aguirre, María (La Churrita mejicana).—Pone banderillas á caballo en novilladas con gran precisión y valentía, allá en su país. Dicen que monta los jacos, tanto á horcajadas, como los hombres, que en silla de señora, y que es notabilidad corriendo los toros con el capote también desde el caballo.

Agujas.—Las costillas que corresponden al cuarto delantero de las reses, y por esto se llama carne de agujas la que tienen en aquel sitio, y del toro que es alto ó bajo de los brazuelos, se dice que es alto ó bajo de agujas. Nunca deben los picadores herir en semejante sitio, ni los banderilleros clavar en él y mucho menos los espadas.

Agujetas, Ramón.—Picador de segundo orden, muy aceptable. Murió el 14 de Agosto de 1872, á consecuencia de la cornada que en el cuello sufrió en la corrida celebrada en Valdepeñas el día 9 del mismo mes. Nació en Almagro el año de 1839, y había tomado la alternativa en Madrid el 22 de Julio de 1869.

Agulló, Angel (El Boticario).—Matador de toros en las repúblicas americanas, de escaso nombre todavía en España. Creemos que es aquí nacido y que como otros marchó á aquellos países á probar fortuna.

Ahondar.—Se dice cuando el espada hiere metiendo el estoque hasta el puño: pero más propiamente cuando, no estando clavado todo, se le hace penetrar desde las tablas ó desde fuera con la mano ó con el capote, lo cual debe multarse. Alguna vez suele el matador ahondar el estoque arrancándose como si fuera á herir y empujándole con la montera colocada en la mano derecha. Esto es digno de aplauso si se hace con limpieza.

Ahornar.—Voz que usan los toreros para significar el arreglo ó buena disposición de la cabeza de los toros al ejecutar con ellos la suerte de matar. Se supone que se trata de una cabeza descompuesta, levantada ó humillada, que con el buen manejo de la muleta ha sido ahornada, es decir, que se ha hecho olvidar al toro el vicio de moverla en dirección diferente á la de la costumbre recta y natural. También se dice que el picador ahorma la cabeza de las reses con puyazos bien señalados, cuando vienen abantas y levantadas.

Aixelá, Pedro (Peroy).—El 15 de Octubre de 1827 nació en Torredembarra, pequeña villa del partido judicial de Vendrell, en la provincia de Tarragona, Pedro Aixelá y Tomé, que en sus primeros años se dedicó á ayudar en el oficio de carretero ó corsario á su padre Pedro, que hacia sus viajes con una galera de Zaragoza á Barcelona. En este oficio ú ocupación continuó bajo la dirección de sus tíos cuando murió su padre, hasta que al cumplir veincinco años dejó su profesión por la de torero. Había toreado por afición becerros y novillos embolados, y cuando en 1853 fué á trabajar en Nîmes (Francia) el torero Basilio González, llevo de banderillero á Peroy, que adelantó bastante, hasta el punto de que en las corridas de toros que en 1855 se dieron por San Juan y San Pedro en Barcelona, figuró ya como banderillero de cartel. Su agilidad ha sido notable, su intrepidez grande y sus deseos de agradar excesivos. Ha saltado perfectamente con la garrocha y ha puesto banderillas al quiebro, á muy poco tiempo de haber inventado esta difícil y arriesgada suerte Antonio Carmona, distinguiéndose mucho en ella. Una de las que ha ejecutado en su país, y que denota más valor que inteligencia, es la de sujetar un toro embolado *mancornándole* y conduciéndole desde cualquier sitio de la plaza hasta el que se proponía; y como éste, ha ejecutado muchas veces lances difíciles y arriesgados; que prueban lo que hemos dicho acerca de su valor. Intentó también ser matador, y en las pruebas que hizo demostró ser valiente, pero precipitado, queriendo sujetar la fortuna á su voluntad, cosa para él imposible porque le faltaban los indispensables conocimientos

para conseguirlo. Con la mejor voluntad tomó parte como espada en varias funciones, una de ellas la que en 12 de Octubre de 1862 presenció en Barcelona el príncipe Napoleón con la princesa Clotilde, hija de Víctor Manuel. Trabajó en muchas plazas de España, y pasó en 1863 á torear seis funciones en la Habana, ajustado por cuatrocientos pesos cada función. Por esta época le vimos trabajar en Madrid matando los toros de puntas en las novilladas, en general con poco acierto, y en el año siguiente, el día 12 de Junio, le dió en Barcelona Julián Casas la alternativa de espada; categoría que no ha confirmado Madrid, por más que diestros de primera nota hayan con él alternado en diferentes plazas. Así estuvo cinco ó seis años, hasta que en 1870 se dirigió á la América del Sur, en cuyas plazas de toros, y especialmente en las de Montevideo y Buenos Aires, fué extremadamente aplaudido. En las dos hizo alarde de sus pensamientos filantrópicos, trabajando de balde en algunas funciones, y siendo premiado con medallas de oro, regalos de gran valor, poesías y otras muchas demostraciones de simpatía. Regresó en 1871 á España, se avecindó en Barcelona, y desde entonces puede decirse que Peroy ha dejado de ser torero; porque si bien ha trabajado en algunas corridas posteriormente, se han visto ya en él menos facultades y menos decisión, y por consecuencia, más cogidas. La más grave de que tenemos noticia se la causó en Barcelona el 28 de Junio de 1874 el toro llamado *Artillero*, de la ganadería de Carriquiri, al tiempo de meter el brazo para dar estocada, que habiendo sido corta, tuvo que repetir el *Gordito*, con quien alternaba; por cierto que sin estar restablecido aún, se ofreció generosamente á tomar parte en una corrida á beneficio de los héroes de Puigcerdá, en la que estuvo tan expuesto á ser cogido, que á petición del público tuvo que retirarse. Desde entonces ya no toreó Peroy; cortose la coleta y vivía honradamente, asistiendo á las corridas, y dando su opinión con amabilidad y acierto. Si Peroy hubiese sido más dócil para aprender, no queriendo llegar al fin antes de tiempo; si hubiera estudiado á los buenos maestros, sería su nombre uno de los primeros. Las circunstancias ó su carácter hicieron que las reglas del arte no acompañasen á su valor, y no pasó de una medianía aceptable en determinados casos. Como hombre particular era excelente, de trato franco y honrados sentimientos. Falleció en el hospital del Sagrado Corazón, de Barcelona, el día 4 de Marzo de 1892, á consecuencia de una larga enfermedad.

Ajustes.—Antiguamente, y en los primeros tiempos del toreo organizado, los ajustes ó contratos

de los lidiadores, tanto de á pié como de á caballo, se concertaban particularmente en casi todas las ocasiones con cada uno de los individuos que en las fiestas habian de tomar parte; es decir, que por precio determinado se ajustaban los espadas, por cantidad fija se contrataban cada uno de los picadores, y lo mismo hacían los peones y banderilleros, estipulando además las condiciones que cada parte consideraba más ventajosa á sus intereses. Las generales en la gente de á pie eran el pago de señalada cantidad por la lidia de determinado número de toros; y en la de á caballo, igual pago en el mismo concepto y el regalo de un traje completo; costumbre á que aficionaron á los lidiadores las Maestranzas de Caballeros, que tanto hicieron por el engrandecimiento del arte. La de Sevilla no se limitaba á vestir á los jinetes, sino también á los peones, dando á aquéllos chaquetilla grana, á los banderilleros y auxiliares justillos de distintos colores, y á los espadas colete y calzón de ante, correón de vaqueta con hebilla de plata y mangas acolchadas de terciopelo; y puede decirse que desde Juan Romero, primer organizador de cuadrilla á sus órdenes, en adelante, los trajes de los toreros han sido siempre uniformes y parecidos, sin más variación que la que en los adornos exigía el gusto ó el lujo del individuo. Esta costumbre, que llegó más tarde á ser, especialmente en los picadores, condición de contrata, solía también ser aumentada con pagarles la manutención y estancia en los pueblos en que se celebraban las corridas; y aunque el tiempo desterró una y otra costumbre, es lo cierto que, sea la causa la que quiera, á los toreros se les han regalado trajes completos en las funciones reales de todas épocas, incluso las de 1846, fuera del precio estipulado por su trabajo. En otros puntos no era sólo el traje, la manutención, la estancia y el precio, los gajes que representaban el trabajo de los picadores, sino que, como en Córdoba el año 1770, los varilargueros Alonso y González cobraron por picar cuarenta toros en cuatro días por mañana y tarde cinco mil reales, dos caballos, manutención y vestido de casaquilla, sombrero y zapatos; y conviene advertir que su manutención y trato era suculento y escogido. Para probar esto, y aun á riesgo de parecer difusos á nuestros lectores, nos vamos á permitir trasladar á continuación, la copia del compromiso que el hostelero de una capital de provincia próxima á Madrid, llamado Gabriel de Mora, hizo en el año 1801, con motivo de cuatro funciones que habian de darse por la cuadrilla de *Pepe Illo*, y que éste no pudo cumplir por su desgraciada muerte. Dice así el escrito que aquel fondista, como ahora decimos, entregó á la Comisión municipal de la villa:—«Señores: Habiéndome mandado por el Sr. D. Juan Marinas que vie-

se el arreglo que podía hacer con el gasto de los toreros, en daries de comer, beber, asistimiento y camas, es el siguiente: Primeramente, chocolate para doce, una libra, con dos libretas; una patorra para almorzar, con su pan y vino: á medio día dos libras de vaca, media de carnero, una gallina, media docena de chorizos, ocho pollos (cuatro asados y cuatro en pepitoria), una fuente de pellas ó natillas, ocho libras de ternera, con una libra de manteca para asarlo, doce libretas de pan, vino bueno, fruta del día, tres libras de azucar blanco; por la noche un buen guisado, su ensalada, vino y pan, con fruta para postre; sus doce camas buenas, con sus posesiones, luces y asistencia. No excediendo de esto, el gasto le arreglo por veintiocho reales cada uno. Me parece que está muy bien arreglado. Si usías determinan, me darán aviso para determinar mis cosas. Dios guarde á usías muchos años.—P. A. L. P. de usías, *Gabriel de Mora*.» —Téngase en cuenta, para apreciar la bondad de la manutención y trato antedichos, que era en una capital de provincia de segundo ó de tercer orden; que esto sucedía, según hemos referido, en el año 1801, época en que no era tan refinado como ahora el gusto, y que entonces, aunque ya se empezaba á considerar en algún tanto á los toreros, eran, sin embargo, de lo que se llamaba plebe, y saludaban ellos á los señores sombrero en mano, y hoy es lo contrario. Volviendo á la cuestión de ajustes, ya hemos dicho que Juan Romero fué el primero que regularizó las cuadrillas, porque antes no había torero que reconociese á otro como superior, si bien había muchos que eran los encargados de contratar toreros para formar cuadrillas por los Ayuntamientos, Cofradías ó Corporaciones que costeaban los gastos. Más tarde ya, los ajustes ó contratos se han celebrado con los espadas jefes de cuadrilla, muchas veces designando en ellos, sino todos, la mayor parte de los picadores y banderilleros que la formaban, y otras veces exigiendo los dueños de plazas que figurasen precisamente en las mismas un determinado picador ó banderillero. Hoy ya no se hace el contrato más que con el espada, por un tanto alzado y sin más expresión que la de que pondrá *tal* número de picadores y *tal* otro de banderilleros, que lo mismo pueden ser de nombre, que recién salidos de los mataderos ó cuadras. Así sucede con frecuencia que las reses, por no saberlas picar, llegan al segundo y al último tercio de la lidia aburrídas, picaardeadas y casi siempre recelosas, y los espadas, con tal de ganar más, pagando menos á un picador de lo que debieran, siendo bueno, no ven que en daño suyo y desprestigio es la mala lidia que tienen que dar á las reses, para la muerte con especialidad. Nosotros quisiéramos que los picadores se escriturasen

individualmente, con absoluta independencia de los toreros de á pié, y que hasta que uno de ellos, considerado como de primera categoría, diese á otro la alternativa, no pudiese éste figurar en cartel, ni más ni menos que lo que sucede con los peones, porque téngase bien en cuenta que si importantes son las funciones de un espada, no lo son menos las del picador, militando en favor de éste la circunstancia de que está en su mano descomponer á un toro y que llegue malo á la muerte, ó por el contrario, gobernarle la cabeza, castigarle y aun quitarle ó dejarle patas. Respecto de la cuestión de precios, poco diremos, empezando por reconocer que cada uno es dueño de fijar por su trabajo la cantidad que le parezca, si bien concedemos al espectador el derecho de juzgar si el trabajo vale algo, y si está en relación con el precio exigido. Antiguamente, los Romeros, *Allo*, *Costillares*, Montes y León ganaban quinientos, mil, dos mil, y hasta tres mil reales por matar diez, ocho, seis, cuatro y tres toros; luego *Cácharas* y el *Chiclanero* ganaron cuatro mil reales por matar tres toros, y ahora la gente que hay no baja de seis, ocho, diez y más de veinte mil reales lo que cobran por matar dos ó tres animalitos. Entonces los picadores ganaban desde trescientos reales á setecientos por picar diez toros, después ganaron hasta mil y mil quinientos, y si bien ahora habrá alguno que cobre esta suma, serán escasísimos los que la ganen. Dedúcese de lo expuesto que, al paso que los espadas ganan más cuanto menos trabajan, y que, lejos de ir á menos en sus exigencias, cada día las aumentan, los picadores que han tenido época en que fueron regularmente pagados, van hoy en decadencia; y francamente lo decimos, para ver picar como hoy lo hace la mayoría de ellos, sería mejor suprimir la suerte de vara. Una observación para concluir. Los tiempos de entonces no son los de ahora, preciso es reconocerlo. Son otras las exigencias que la sociedad tiene para con todas las clases, y no han de ser los toreros los que deben estacionarse, sin mirar adelante para sí y para su familia, que justo es que ya que ganan su modo de vivir con grave exposición, tengan para cuando sean viejos ó les suceda una desgracia un pequeño capital que les dé para subsistir. Pero en ellos está el procurar esmerarse en su trabajo, no ser chapuceros, ni buscar fuera de las plazas aplausos ficticios; porque el público inteligente, el que paga, no mira sólo si lo que ve le cuesta mucho, sino si es bueno, y cuando entra en comparaciones, pierde en todo y por todo la gente moderna, salvo pequeñas y contadas excepciones.

Alaban, Francisco (*Veintiundit*).—Picador va-

lenciano, bastante bravo, y á quien falta no poco arte. Monta bien y no tiene mala figura; tal vez con el tiempo llegue á adquirir un buen nombre, pero va muy despacio, tanto que ya alternó en Madrid por primera vez el 3 de Junio de 1883, y aunque se ha hecho notar, no es de los que tienen ya celebridad adquirida.

Alaban, Ricardo.—Picador de toros en novilladas que prometía ser algo, y después se ha vuelto atrás. No sabemos si es pariente de

Alaban, Emilio.—Que también se atrevía á picar novillos y aun toros de puntas. Este prometía ser menos que aquél, y ninguno de los dos ha llegado á la meta, á pesar de que llevan trabajando muy cerca de una docena de años.

Alaban, Felipe.—Tampoco nos consta si será pariente de los anteriores. Trájole á Madrid el desgraciado *Puntero* y trabajó como picador en 1886, portándose regularmente. Parece que los tres de este apellido, han nacido en la provincia de Valencia.

Alagartado.—En varios impresos de los primeros años del presente siglo, hemos leído, como calificativo de la pinta de un toro, la palabra precedente. Después no la hemos visto usada ni por escrito ni verbalmente en parte alguna. Suponemos fuese lo que hoy llamamos averdugado.

Alagor, Juan.—En 1848 trabajó como picador en la plaza de Sevilla y... nada más. O se dedicó á otro oficio por voluntad propia, ó dejó de ser torero por otras causas; así es que nadie se ha vuelto á acordar de él.

Alamo, Diego del.—A mediados del siglo pasado era uno de los toreros andaluces que mayor fama tenían en Madrid por su destreza y habilidad. Le pusieron el mote de *El Malagueño*, y trabajó en competencia con el célebre *Martincho*, que como es sabido, llevaba su arrojo hasta la imprudencia exagerada. Esto prueba que Alamo no le iría en zaga.

Alamo, José (*El Malagueño*).—Fué un matador de los más notables que en Madrid trabajaron en el último tercio del siglo anterior. Parece que fué

hijo del famoso Diego, y menos bullidor que éste, pero más seguro.

Alamo, D. Manuel.—Es uno de los más populares y entendidos escritores taurinos de Sevilla, que se dió á conocer en 1884 con el pseudónimo de *Paco Pica Poco*. Porque azota sin compasión á



los que tienen reputaciones usurpadas, creemos nosotros que *pica mucho y bien* y que su agudeza es inagotable, cuando se trata de zaherir. Muchos periódicos se han honrado con su firma, y las semblanzas de toreros y aficionados que publicó en Sevilla por los años de 1885 al 87, fueron tan celebradas que le dieron un nombre envidiable. Piensa lo que escribe y sabe lo que piensa, y en materias taurinas es una respetable autoridad.

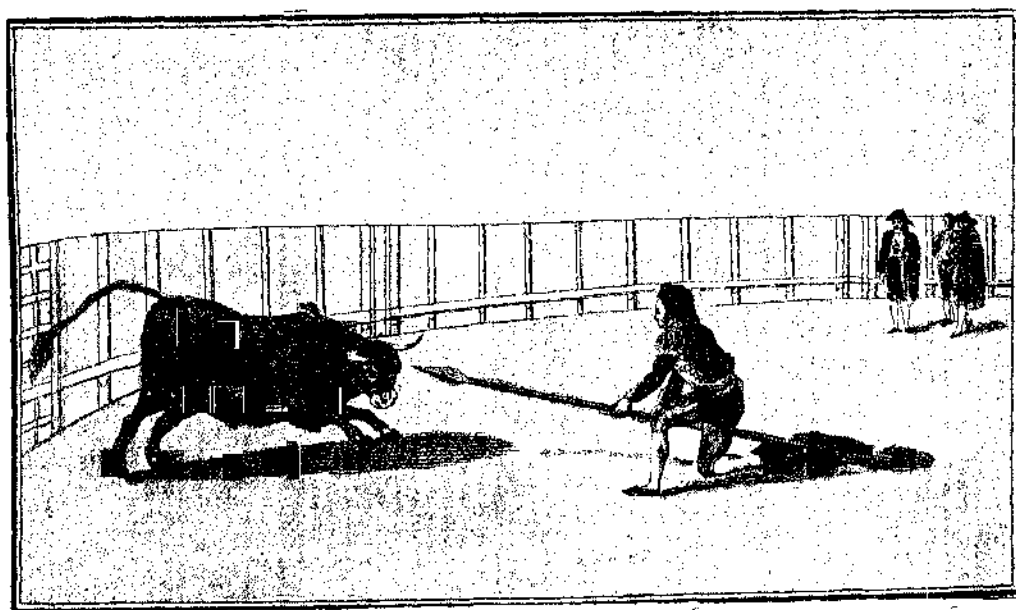
Alancear.—La suerte de alancear toros desde el caballo es tal vez la más antigua de las usadas por los caballeros españoles. Convienen los historiadores, aunque nosotros lo dudamos, en que el primero que lo verificó fué el célebre Cid Rodrigo de Vivar (1); unos dicen que en montería, y otros en coso cerrado, allá por el año de 1040. Todos saben que la más alta nobleza, entre la cual descollaron formando cabeza el emperador Carlos V y el rey Felipe IV, se ejercitó mucho en esta diversión tan arriesgada, para la cual se escribieron libros, conteniendo reglas muy extensas y precisas. Gonzalo Argote de Molina, en su libro de monte-

(1) Cuando el Cid entró en campo moro á alancear un toro, ¿no estaban ya verificándolo aquellos árabes? Además, ¿no queda comprobado en la introducción á esta obra, que desde antes del siglo VIII se lidiaban toros en España?

ría, que dicen mandó escribir el muy alto y muy poderoso rey D. Alonso de Castilla y de León, último de este nombre, y que impreso en Sevilla por Andrea Pescioni en el año de 1582 dirigió á la S. C. R. M. del rey D. Felipe II, trata extensamente en el capítulo 39 «de la forma que se ha de tener en dar á los toros lanzada», y la describe tan minuciosamente y con tal claridad, que, mejor que explicarla extractando su artículo, preferimos insertarle íntegro, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores. Dice así literalmente: —«Gran gentileza española es salir un caballero al coso contra un toro y derribarlo muerto de una lanzada, con tanta desenvoltura y aire como lo usaron en el Andalucía D. Pero Ponce de León, hijo del marqués de Zabara, y en Castilla don Diego Ramírez, caballero principal de Madrid, y como la usan hoy muchos caballeros, que por la confusión que causa el tratar de los presentes, lo reservo para otro lugar, donde ninguno se ofenda. Dos diferencias ponen en esta destreza: una llamada *rostro á rostro*, y otra dicen *al estribo*. Rostro á rostro es cuando la postura del caballero hace la herida en el toro en el lado izquierdo, por la disposición de la postura, que en tal caso sale el toro huyendo por la parte contraria de, donde lo lastiman, haciendo fuerza el caballero en el toro, desviando los pechos de la puntería que el toro trae. Y á esta causa echa el toro por delante de su caballo, que es la suerte más peligrosa de todas las que se pueden ofrecer, y por esto la más estimada. La que se aguarda al estribo es sólo un movimiento de la postura del caballo y del caballero, que la venida que hace es sacar la cara del caballo de la del toro; de suerte que la fuerza que el caballero pone en la lanza, y la que el toro trae con su furia, hacen salir al toro por el lado derecho y el caballero por el izquierdo, desviándose el uno al otro, y á esta causa es la menos peligrosa. —La forma que el caballero ha de tener para dar lanzada, ha de ser salir en caballo crecido, fuerte de lomos, levantado por delante, flegmático, que no acuda á prisa á los pies; hale de traer cubiertos los oídos con algodón y puesto por los ojos un tafetán, cubierto con unos anteojos, porque no vea ni oiga. —Considerará la postura de los toros y los armamientos si son altos ó bajos, si hiere con el cuerno derecho ó con el izquierdo, si se desarma temprano ó tarde; todo lo cual se conocerá en dando el toro una vuelta al coso, porque al tomar un hombre ó recibir una capa, verá si desarma alto ó bajo, y con qué cuerno hiere, lo cual servirá para que conforme el toro hiriere y la postura que trujere el caballero, aguarde, y entonces el caballero lo aguardará conforme á la postura que el toro trae. Si el toro es levantado y se desarma bajo, porná la puntería de la lanza medio por medio del

galillo, en la postura donde se cibe el cintero de la foga. Y si se desarma alto, porná la puntería tres ó cuatro dedos por cima de la frente del toro, porque conforme á estas consideraciones no se puede errar la puntería.—La lanza será de ordinario de dieciocho palmos, de fresno baladi, seco y enjuto, y que sea tostada la mitad de ella, desde el puño á la punta, en un horno, dos días antes del día de la lanzada, porque esté tiesa y no blande hasta que el toro esté bien berido y rompa más fácil, porque, á doblarse la lanza, podrá el toro hacer suerte en el caballo. Y el fierro della sea de navajas, de cuatro dedos de ancho, porque siendo de navajas, entra y sale cortando, lo que no hará siendo de ojo redondo. La puntería del fierro no ha de ser de filo, ni llano, sino que reconozca la punta del fierro, de suerte que cuando el toro entrare vaya haciendo corte para que la mano esté dulce y entre cortando más fácilmente, y llevará apuntado el lugar por donde la ha de tomar.—Cuando el caballero se va al toro ha de considerar si es viejo ó nuevo, si está cansado ó lozano, y conforme á esto ir metiendo el caballo, porque los toros viejos, en viendo ir el caballo, alzan la cara á reconocer el caballo y el caballero, y amenazan una y dos y tres y más veces, y acontece meter una mano y otra, reconociendo si el caballo le espera, escarbando y amenazando con ellas, y en el entretanto que el toro no tiende la barba, pegando como liebre las orejas con el cuerpo, esté seguro el caballero que no acometerá el toro; y en reconociendo que hace esto, apercíbese para recibillo; y si es nuevo, es más presto, y acontece reconocer y amenazar y amagar y partir, y el conocimiento desto ha de estar al ingenio y experien-

cia del caballero que fuere á toroar, para que cuando el toro llegare lo halle apercibido.—En poniéndose el caballero en el circo que la gente tiene hecho al toro, váyase paso ante paso al toro y expóngale la capa, echándola por cima del hombro, y viendo que el toro le ha visto, que le reconoce, alce el brazo, echando el canto de la capa por cima del hombro, levantando la mano abierta por cima del, á cuyo tiempo, el criado que allí ha de ir con la lanza al estribo derecho del caballero, se la porná en las manos alzando el brazo, con el cuerpo afirmado al pecho sin moverlo, hasta que el toro llegue á entregarse á la herida y haya rompido su lanza, la cual no ha de soltar de la mano sin tenerla hecha pedazos, aunque el toro le saque de la silla».—No puede explicarse más atinada y distintamente el modo de alancear toros, según se practicaba en fines del siglo XVI, que como lo detalla el precioso artículo que acabamos de insertar, más que por hacer alarde de erudición, porque su antigüedad y el nombre de su autor le dan una autoridad, que indudablemente aumenta si se repara que de aquel libro es raro el ejemplar que se conserva. Ni pueden darse reglas más seguras para verificarla hoy, si estuviera en uso esta suerte, que no describen *Pepe Illo* ni Montes en sus *Tauromaquias*. Sólo hablan de la lanzada de á pie, que explican, diciendo: «que para ejecutarla debe usarse de una lanza, cuyo palo tenga de largo de tres y media á cuatro varas, y de grueso sobre tres pulgadas de diámetro, de una madera muy fuerte y que no salte ni sea quebradiza, debiendo ser el hierro de la lanza de un palmo de largo, con el grueso y ancho correspondientes». En el *guadarnés* de la plaza de toros de Madrid



LANZADA DE Á PIÉ. — 1804

se conserva una de estas lanzas, enmohecida ya, y que no sabemos quién sería el último que la usase. Pues bien, con una de estas lanzas se sitúa el diestro frente á la puerta del toril, á una distancia proporcionada, que calculan en unas seis varas; hincan en tierra la rodilla derecha, apoya en un hoyo ó hueco, hecho de intento en el suelo, el regatón de la lanza, que queda colocada por delante á una altura de tres cuartas, poco más ó menos; espera la embestida, y observando la cabeza del toro antes del derrote por alto para guiar ó dirigir la punta á la frente del toro, éste se la clava en dicho punto, sin más esfuerzo que el de la fuerza y violencia que él mismo lleva al acometer. El torero deberá tener, además, para su defensa una capa, por si, no habiendo conseguido hacer la suerte, el toro le acomete. Es muy fácil, á nuestro juicio, que el toro, por humillar demasiado, por cubrirse, por repararse ó por cualquiera otra circunstancia, no deje consumir dicha suerte como queda explicado y dicen las Tauromaquias que hemos consultado; es también muy probable que por la posición natural de la lanza el animal desarme, sin que le baste al diestro ser forzado; y en estos casos, aunque Montes ni *Pepe Illo* nada dicen, nosotros aconsejaríamos que no se intentase repetir la suerte; que de hacerla, hubiese colocado un buen torero detrás del que la practicara, á una corta distancia y en la misma rectitud, para acudir pronto en cualquier evento; y además, que debajo de la lanza, en la parte del hierro, ó sea delante, se pusiese un capote ó muleta arrollada, para que al hacer por ella el toro, se clavase más fácilmente el hierro en la frente. Dicen que antiguamente era considerada esta suerte como de mucho mérito; y aunque no intentemos negársele, porque reconocemos que el que la ejecute ha de ser muy sereno y ver llegar los toros, damos más preferencia á la de á caballo, primeramente explicada, que nos parece más gallarda, de más habilidad, y capaz de producir mayor entusiasmo en los espectadores.

Alanis, Miguel.—Picador muy aceptado en Andalucía, que ha trabajado en la cuadrilla del diestro Manuel Domínguez. Castigaba bien, sin hacer grande alarde de sus facultades; alternó por primera vez en Madrid el 20 de Junio de 1861, y fué bien aceptado su trabajo.

Alanis, José.—Fué picador de poca duración á quien no recordamos haber visto en Madrid. En Sevilla trabajó en 1856. Tal vez sería hermano del anterior.

Alanis, Anselmo.—Banderillero andaluz que ha trabajado en diferentes plazas con aceptación hace bastantes años. No le hemos visto en Madrid, y no sabemos si es pariente del anterior, ni si se apartó del arte. Lo cierto es que de él no se habla en parte alguna.

Alano.—Los perros que se echaban á los toros cuando eran tan cobardes que no querían entrar á varas, eran de los alanos que llaman de presa en los mataderos, y de que ahora hay pocos, porque la raza española de esta clase de animales, corpulenta y fuerte, de gran cabeza, orejas caídas, nariz chata y cola larga, se ha mezclado ó se ha sustituido por la inglesa, más fina pero menos corpulenta; más fea y de menos fuerza. (Véase PERROS.)

Alarcón, Alonso, (El Pecho).—Fué uno de los mejores banderilleros que trabajaban á últimos del pasado siglo en la cuadrilla del célebre José Delgado, *Illo*. En 1792 figuraba al frente de las cuadrillas de invierno para las novilladas de Madrid, y mataba toros regularmente, alternando con él, Juan Núñez, *Sentimientos*, antes de la suspensión de las corridas en 1805.

Alarcón, Juan (Mazzantinito).—Valiente si los hay, atrevido como pocos, todo lo intenta y todo quiere hacerlo. Más despacio y con más reflexión se hacen los buenos banderilleros, y este chico tiene mucho adelantado para serlo, porque se le ve observar lo bueno para estudiarlo.

Alarcón, D. Cristóbal.—Esforzado caballero que en el Perú y en 1632, rejoneó toros en las fiestas reales celebradas con motivo del natalicio de un príncipe español.

Albahío.—Llaman así en Andalucía al toro cuya pinta es en general de un color blanco amarillento que no puede calificarse de jabonero. En Madrid, si no le llaman blanco sucio, se le dice ensabanado, y, sin embargo, nosotros aceptamos aquel nombre porque hace la debida distinción ó separación entre el blanco y el anteado. Así, pues, el *albahío* es un blanco pajizo limpio. No contiene esta voz el *Diccionario* de la Academia. D. Adolfo Castro, en el suyo, la define diciendo que «se aplica á la res vacuna de color rubio claro» y el ilustrado catedrático de veterinaria de la escuela de Madrid don Manuel Prieto y Prieto dice que en algunas provincias se conoce á las reses *alazanes* y sus variedades con el nombre de albahíos. Nunca hemos oído llamar alazan á ningún toro de lidia.

Albano, Antonio.—Matador de toros más moderno que los Palomos, pero que alternaba con ellos y con el célebre *Costillares*, allá por los años de 1760 en adelante, cuando las corridas se celebraban con más de un espada. En 1763 alternó en la plaza de Sevilla, el 22 de Abril con Miguel, Palomo y *Costillares*. Suponemos que no sería nulidad en el arte cuando figuró con gente tan acreditada.

Albardado.—El toro cuyo pelo, de distinto color al del resto de su cuerpo, forma una especie de albarda sobre su lomo. Entiéndase que aunque tengan dicha circunstancia, nunca se llaman albardados los berrendos ni sardos.

Albareda, D. José Luis.—Distinguido escritor y hombre público. Está considerado por la gente de la Andalucía como un aficionado inteligente de primera nota. Nosotros le hemos visto en Madrid el año 1851 matar un becerro en la plaza de la elegante sociedad taurómaca del Jardinillo, á petición de los concurrentes. Como escritor, llamó la atención su artículo sobre la fiesta de toros publicado á principios de 1877, en el periódico *El Campo*, y además otros que ha dado á luz sobre el mismo asunto. Hombre y escritor político de primera talla, nació en Sevilla en 20 de Mayo de 1829; ha llegado á los más altos puestos de la Nación y obtenido entre otras distinciones la Gran Cruz de Carlos III.

Albarrán, Carlos (El Buñolero).—¿Por qué no ha de ocupar un lugar en este libro el antiguo chulo que en Madrid lleva muchos años recogiendo la llave del toril? Aunque sus funciones están limitadas á la referida, fué cogido en el año de 1860 en la plaza vieja de Madrid, por un toro llamado *Tejón*, al tiempo que intentó subir al tendido núm. 5, hallándose entre barreras. Después no ha tenido más percance que el de aumentar sus años, que no son pocos.

Alberca, Vizconde de.—Donde quiera que en Portugal se organiza una corrida de toros para beneficencia, allí está el Vizconde dispuesto á rejoiner á caballo. No trabaja en funciones retribuidas y es una buena figura.

Albito, Marqués de.—Hace muchos años que no toma parte en corrida alguna. Cuando trabajaba en varias plazas de Portugal, que es donde nació y habita, llamaba extraordinariamente la atención de sus paisanos la elegancia y arte con que manejaba el capote, y la limpieza con que remataba las suertes.

Alcaide, D. Bernardo.—Vulgarmente conocido por el *Licenciado de Falces*, natural del pueblo titulado así en Navarra, fué muy diestro en el toreo especialmente en los cuarteos y recortes, sin des-



EL «LICENCIADO DE FALCES» RECORTANDO UN TORO.—GOYA

embozarse la capa. Con esta en la mano, ejecutó difíciles y muy lucidas suertes. Saltaba los toros en rápida carrera, con gran facilidad, pues poseía una asombrosa ligereza. Así lo dicen autores de aquellos tiempos unánimemente y el inmortal Goya contribuyó á perpetuar la fama del *Licenciado*, incluyéndole en su famosa colección de láminas del toreo.

Alcañiz, Joaquín.—Torero aragonés de poca práctica, que ya se atreve á matar toros en novilladas, no sabemos si bien ó mal. Pero, señor, ¡cuántos toreros hay en estos tiempos!

Alcázar, Juan de.—Fué un valiente matador de toros que alternó á fines del siglo anterior, con los Romeros en varias Plazas de España con buena reputación. Dicen algunos que era malagueño y otros cordobés, conviniendo los más en que era andaluz del primer punto citado, pero sin que nada ni nadie suministren datos auténticos sobre el particular.

Alcoholado.—La Academia dice que esta voz se aplica á las reses vacunas y otras que tienen el pelo ó cuero, al rededor de los ojos, más oscuro que lo demás. Sin embargo, la voz técnica en el toreo para las reses que tales señales tienen, es la de ojalao, á la cual, y á las de ojinegro y ojo de perdiz, remitimos al lector.

Alcón Victoriano, (El Cubo).—Ha sido un banderillero que, sin llamar por su trabajo extraordinariamente la atención, ha llenado la plaza, y en Madrid, de donde es natural, tiene simpatías. Su aprendizaje puede decirse que lo hizo en la plaza de becerros de la sociedad que hubo en la corte en 1851, titulada *La Lid Taurómaca*. Ha trabajado con los mejores espadas de su tiempo, y alguna vez ha matado algún toro por cesión. Ha sido empleado público, dejando de ser torero; luego ha vuelto al oficio, figurando como banderillero en las funciones reales de 1878, y después se ha retirado del arte, al parecer definitivamente.

Alcuzillo.—Toro de la ganadería de Ibarra, de Sevilla, negro, bien puesto, lidiado en quinto lugar en Valencia el 24 de Julio de 1892. Cuando estaba en la suerte de banderillas saltó por la puerta de arrastradero, la rompió y encontrando ya fuera del ruedo y del callejón á varios alguaciles, al perriodista señor Téllez y al picador Fuentes, mató el

caballo que éste montaba y volteó é hirió al escritor. Salió al patio, corneó á varios penceos que allí había, se marchó al corral donde había otros muertos, y allí le entretuvieron Mazzantini, que le lidiaba, y *El Espartero* que estaba como espectador en la corrida, hasta que, con auxilio de los cabestros, le enchiqueraron de nuevo y volvió á salir al ruedo mostrándose cada vez más bravo. La creencia de que el toro se dirigía por los pasillos á los tendidos, causó tal espanto, que la gente que ocupaba los de los números 9 y 11 se arrojó atropelladamente á la plaza, siendo pisoteadas y estrujadas en el desorden más de doscientas personas de ambos sexos, que por un milagro no sacaron más que contusiones de más ó menos importancia.

Aldinegro.—El toro que tiene negra la piel de medio cuerpo abajo en toda su longitud; pero esto no se entiende con los berrendos, sardos, jaboneros, ensabanados ni barrocos, aunque tengan aquella circunstancia. Ha de ser, pues, el toro retinto más ó menos claro, colorado ó cárdeno, para que con la dicha circunstancia podamos llamarle *aldinegro*; voz que no hemos encontrado en el *Diccionario* de la Academia ni en otros que hemos examinado, aunque es de las más comunes y usuales en tauromaquia.

Alegrar (al toro).—Es cuando hallándose parado y mirando al bulto no hace por él; y para evitar que se distraiga con otro y no acuda, se le llama



con alguna voz ó movimiento del cuerpo, *alegrándole*, ó sea excitándole á la acometida. Algunos

banderilleros tienen gracia especial para alegrar de frente á las reses, y cuando éstas se fijan y *alegran* presentan una lámina admirable por lo hermosa y arrogante, especialmente si son de buen trapío.

Alegre, Eduardo.—No basta ser lo que dice el apellido para atreverse á picar toros, pero este mozo lo ha creído suficiente, y ayudado por su valor, se ha lanzado con ánimos á la arena, hace poco tiempo. Ojalá llegue á donde otros llegaron, aunque mucho le falta.

Alegrete, Marqués de.—Por los años de 1730 y siguientes toreaba á caballo en Portugal este distinguido aficionado y buen escritor, que, según fama de aquel país, dejó á su muerte diferentes apuntes que indican sus grandes conocimientos en tauromaquia. Nuestras investigaciones han sido inútiles para conseguir alguno de dichos apuntes.

Alenza, D. Leonardo.—Nació en Madrid en 6 de Noviembre de 1807, y murió en 30 de Julio de 1845. Hijo de D. Valentín y de doña María Nieto, fué un distinguido pintor, académico de mérito de la de San Fernando, que sobresalió por su facilísimo dibujo y frescura de sus cuadros. La mayor parte de los que pintó de fiestas de toros se encuentran en Inglaterra, porque á él fueron encargados desde allí con grande empeño y pagándolos á buen precio. También pintó este acreditado artista un magnífico retrato del diestro Francisco Montes. Cuando falleció fué enterrado en el Cementerio general de la Puerta de Fuencarral á costa de muchos literatos y artistas que rindieron este postrer homenaje al esclarecido discípulo de D. Juan Rivera.

Aleonado.—A primeros de este siglo se usaba esa voz para marcar el color de la pinta de algún toro. Hoy se llama leonado el color rubio que tira á bermejo, de modo que aplicado á los toros es lo que entre la gente del arte taurino se dice colorado claro.

Alferez, Miguel.—En 1865 trabajó en Portugal como caballero rejoneador y no consiguió escuchar aplausos. Allí, como aquí, hay que apretar mucho para distinguirse, y aunque todos deseen un

primer puesto, no se les concede tal honor sino á muy pocos. La fortuna entra por mucho en estos casos.

Alfonso VI de Portugal.—Cuenta la crónica que este rey hizo celebrar grandes corridas de toros en 1687, y que en ellas tomó parte á caballo, con gran lucimiento y aplauso. No nos maravilla que, dada su elevada jerarquía, los obtuviese muchos y prolongados.

Algaba (Marqués de).—Dicen de este elogiado jinete que fué el primero que, en competencia con D. Pedro de Médicis, usó garrocha para detener los toros en la lidia. Si esto es así, la época en que brilló debió ser la de la segunda mitad del siglo XV, porque en esta época ya se conocían en toda España las garrochas, y porque dicho Pedro, que heredó de su padre el cargo de gonfaloniero en Florencia, murió en 1472.

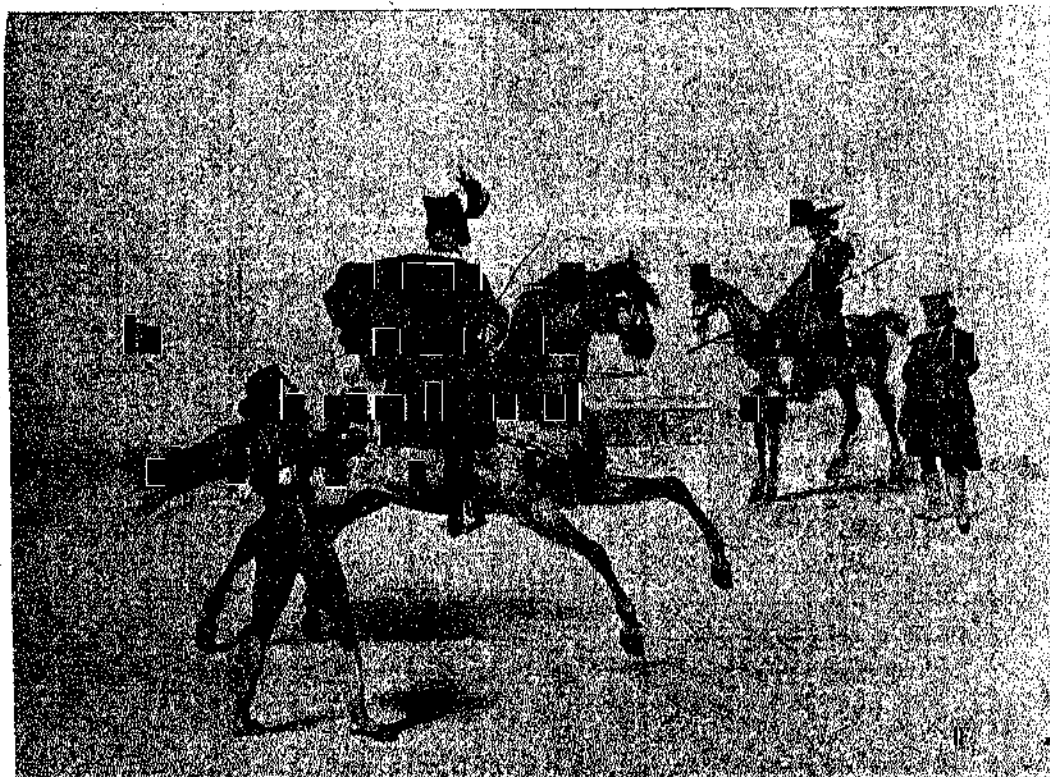
Algarrada.—Así llaman en algunos puntos de España á lo que comunmente se conoce por encierro de toros para lidiarlos después, y aun á las corridas de novillos en el campo, por jinetes perseguidores de ellos, con garrocha. Cada vez se usa menos la palabra.

Alguacil.—Dependiente de la autoridad que preside las funciones de toros. Hace á caballo el despejo de la plaza, va en busca de las cuadrillas de toreros, y entrega la llave de los chiqueros al chulo encargado de abrirlos; y á pie después, en la barrera, recibe del Presidente las órdenes, y las comunica á los diestros y encargados de cumplimentarlas. Es el único de los que pisan el redondel que conserva el uso del antiguo traje de su cargo, época del siglo XVII, pues todos los demás trajes han sufrido con el tiempo modificaciones. En las corridas ordinarias hay dos alguaciles; en las de beneficio cuatro, y en las fiestas reales los que en el artículo que de ellas habla verán nuestros lectores. Esto no es decir que porque en Madrid haya dicho número, suceda lo mismo en todas las provincias, en alguna de las cuales suele hacer el despejo únicamente la fuerza pública. Ha habido en la corte alguaciles de marcial continente al atravesar la plaza á caballo, y los viejos aficionados aun recuerdan al buen mozo y excelente jinete Manolito Olivares, al estirado Vázquez, y en los más inmediatos tiempos al formal Figueredo y al simpático caballero D. Nicolás Rivas, que

desempeñando el cargo de jefe de alguaciles en las funciones reales de 1878, cuando las bodas del Rey D. Alfonso XII con doña Mercedes de Orleans, fué alcanzado por el toro tercero de la tarde del 26 de Enero, viéndose amenazado de dos peligros, el de una cornada y el de caer sobre las lanzas de los alabarderos, sin que afortunadamente recibiese daño de consideración, pero sí el caballo que sufrió cornadas y pinchazos.

y con ignorancia del arte casi siempre. ¿Por qué no han de ir estos hombres por sus pasos contados? ¿Por qué no se sujetan á ser *meritorios* en una cuadrilla, al lado de la cual puedan aprender?

Almazán, Marqués de.—Era de los mejores brazos para alancear y rejonear toros en tiempo



ALGUACIL DANDO LA LLAVE DEL TORIL. — L. FERRANT

Aller, Santiago.—Banderillero que hace bastantes años trabajaba sin que se le viera adelantar. Su residencia era en Madrid; y otros toreros de peores condiciones han brillado más, valiendo menos. Falleció en esta Corte el año 1877 de enfermedad natural.

Almansa, José.—Pertenció en clase de banderillero á la cuadrilla de *Costillares* en el siglo anterior. Uno de este mismo apellido fué luego banderillero con Antonio de los Santos á principios del presente siglo. Tal vez fuera el mismo individuo, pero no hay datos para afirmarlo.

Almarcha, Sebastián (*Armilita*).—Mata toros en novilladas de pueblo, con valor algunas veces,

de Felipe IV; y muy querido amigo del Conde Duque de Olivares.

Almeida, Manuel Casimiro.—Rejoneador portugués, fino, de buena presencia y diestro en el oficio, á juzgar por lo bien que se portó una vez que le vimos trabajar. Difilmente habrá muchos que le aventajen clavando farpas con más limpieza, serenidad y arrojo.

Almeida, Luís d'.—Uno de los más entendidos escritores taurinos que residen en la preciosa ciudad de Lisboa. Se distingue por su elegante frase y lo preciso del concepto, y se ve, en cuanto escribe, que es inteligente aficionado á las fiestas de toros.

Almeida, Vasco Celestino d'.—Mediano mozo de forcado portugués que no ha logrado aun adquirir fama. No hay en él decisión y los buenos deseos no son bastantes.

Almeida, Egidio Luis d'.—Desde muy corta edad y llevado de su gran afición á las corridas de toros, quiso tomar parte activa en ellas, y lo verificó en una becerrada, como banderillero, el 6 de Agosto de 1889, en Labrugora (Almendralejo) con el gran rejoneador é hidalgo portugués don Antonio de Sigüera, sufriendo una gran cogida al ejecutar el quiebro, después de haberle intentado á porta de gallola. Continuó, con vario éxito, practicando el toreo en diferentes plazas de aquel reino, experimentando graves daños en su cuerpo, efecto de los bolazos recibidos; y esa práctica le ha hecho conocer los secretos del arte, que ha explicado perfectamente en los diferentes periódicos taurinos en que colabora, declarándose decidido defensor del toreo á la española, sobre cuyo extremo viene haciendo enpenada propaganda. Nació en



Lisboa (Campo Pequeno) el día 11 de Octubre de 1875, siendo sus padres D. Antonio Luis d'Almeida y doña Gertrudis Magna de Faria.

Almendrito.—Toro de la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, de Sevilla, lidiado en Antequera el 22 de Agosto de 1876, que tomó en regla el número prodigioso de cuarenta y tres varas, y su cabeza fué disecada y regalada al ganadero por la Empresa de aquella plaza.

Almendro, Miguel.—Banderillero aprovechado y valiente que va llegar los toros y que puede figurar en primera línea. Corre por derecho, recorta más veces de lo necesario, y tiene conatos de ser matador; pero conoce él mismo, que no es dema-



siado apto para ello. Es natural de Carmona, pueblo de unas 15.000 almas en la provincia de Sevilla, donde nació el día 4 de Diciembre de 1859. Allí empezó el oficio de herrador y después en Sevilla el de albañil, sin seguir con empeño el uno ni el otro, porque siempre mostró más afición al de torero, y en 1881 ingresó de lleno en la cuadrilla de Fernando Gómez (*Gallito Chico*), á cuyo lado ha aprendido mucho. Pasó luego á la de Rafael Guerra, después á la de José García (*El Algaño*), y se ven en él notables adelantos, y especialmente más aplomo y menos zaragata, por lo cual puede considerarse como buen banderillero, sin adornos, pero sin aptitud para estoquear; porque en las veces que lo ha ensayado no ha dado suficientes muestras de conocer á fondo tan difícil suerte.

Almirante.—Toro navarro, lidiado en Pasajes en 1858 en la plaza principal. Aprovechando un descuido penetró en el portal de la Casa Ayuntamiento, y una tras otra subió las escaleras hasta el cuarto piso y se asomó al balcón. No causó daños personales, pero como no era posible hacerle bajar, allí fué muerto á balazos.

Alonso, Manuel.—Picador de vara larga en el último tercio del siglo anterior, del cual no tene-

mos más noticias que la de que figuraba entre los de primera línea, puesto que ganaba tanto como el que más, y sus ajustes los hacía directamente, sin dependencia de persona alguna.

Alonso, Teresa.—Mujer varonil que en 28 de Julio de 1811 se presentó en la plaza de Madrid á quebrar rejoncillos á caballo. Aunque después hemos visto muchas veces en mojigangas á otras... desgraciadas que han querido hacer lo mismo, conviene advertir que aquella montó con traje largo y en silla de señora un buen caballo, y sabido es que las últimas montan á horcajadas, ó sea como los hombres, y con traje de falda muy corta. Aquello, en determinados casos, puede tolerarse y hasta aplaudirse; la salida á la plaza de las últimas la prohibiríamos si en nuestra mano estuviera.

Alonso, Antonio.—En 20 de Agosto de 1876 actuó como picador en la plaza de toros de Sevilla, no sabemos si bien ó mal, pero sí que no adquirió fama, y que han pasado veinte años sin que de él se hable.

Alonso, Manuel (El Castellano).—Fue un notable diestro que aprendió mucho del célebre Pedro Romero, á cuyo lado trabajó algún tiempo. Dicen que en las célebres corridas verificadas en Madrid

en el año de 1779 con motivo de la jura del rey D. Carlos IV, cuando la famosa reyerta entre Romero, Costillares y Pepe Ilo, sobre si los toros de lidia habían de ser castellanos ó no, Manolo *El Castellano* ayudó eficazmente á Romero; y además él solo capeó, banderilleó y mató un toro desde el caballo con espada.

El Conde de la Estrella, en su famosa Memoria de 26 de Febrero de 1830, afirma que rara era la función en que Alonso no se lastimaba la mano, echando no poca sangre, por su blando cutis, por lo cual tuvo que retirarse de su profesión antes de tiempo. Tal vez esta última referencia haga relación á algún hijo de *El Castellano*, porque éste ya debía ser viejo en el año 1830 si es que vivía. En la tarde del 11 de Mayo de 1801 en que murió *Pepe Ilo*, trabajó Alonso como banderillero, ganando 420 reales de vellón.

Alonso, Manuel (El Garbancero).—Uno de tantos picadores que creen que lo son porque se tienen á caballo y son valientes sin conocimiento alguno del arte. Hace más de treinta años que no hemos oído hablar de él.

Alonso, Joaquín.—Tampoco adquirió nombre como bueno este picador que alternó con Romero (*El Habanero*) en Sevilla en 8 de Septiembre de 1842.



MUERTE DESDE EL CABALLO CON ESPADA. — GOYA

Alonso, Gregorio (*El Toledano*).—«No es buen banderillero, y quiere matar toros... y los mata. ¿Cómo? Dios lo sabe, que le protege manifiestamente». Esto digimos en nuestra primera edición, y ahora añadimos que Alonso nació en La Sagra (Toledo) el 12 de Marzo de 1847; pareó en Madrid en 1880, y conociendo que no le llamaba su aptitud para la profesión de torero, se dedicó con empeño a la música, y después de estudiarla con bastante aprovechamiento, debutó como tenor de ópera en los Jardines del Buen Retiro.

Ha fallecido en 1891.

Alonso, D. Ricardo.—Su entusiasmo por las funciones de toros, le ha llevado al extremo de fundar en Madrid un periódico taurino, escribiendo en él con acierto y demostrando su afición al espectáculo. Es joven, de bríos y de esmerada educación; pero duro en el decir, lo cual le ha valido serios disgustos con más de un torero, que, por lances personales con Alonso, se ha sentado en el banquillo de los acusados. Parece que es partidario decidido de un diestro determinado, ó al menos ha manifestado por él claras simpatías.

Alonso, Rafael (*El Chato*).—Es un picador de buenas condiciones, pero desigual. Pone varas co-



mo un maestro, y á veces demuestra mala intención con las reses. ¿Por qué eso? Cuando hay com-

promiso de trabajar en público, se está obligado á cumplir bien y con voluntad, especialmente sabiendo como él sabe, y hallándose en la plenitud de sus facultades. Nació en Olvera, provincia de Cádiz, el 11 de Septiembre de 1862, en el cuartel de la Guardia civil, pues su padre D. Román Alonso Mayoral, era teniente del cuerpo y allí vivía con su madre D.^a Casilda Bertoli. Empezó el oficio de cerrajero, sin afición á él, y protegido por el picador de toros Manuel Bastón, se dedicó al toreo, inaugurando su trabajo en novilladas de 1881, y ascendiendo después dentro de las cuadrillas de *Bocanegra*, *Gallo*, *Guerra*, *Espantero* y *Mazzantini*, en las que ha demostrado aplicación y valor. Ha estado en la Habana y en Montevideo y sufrido algunas cogidas importantes que no han debilitado su arrojo. Es de lo mejorcito que hay.

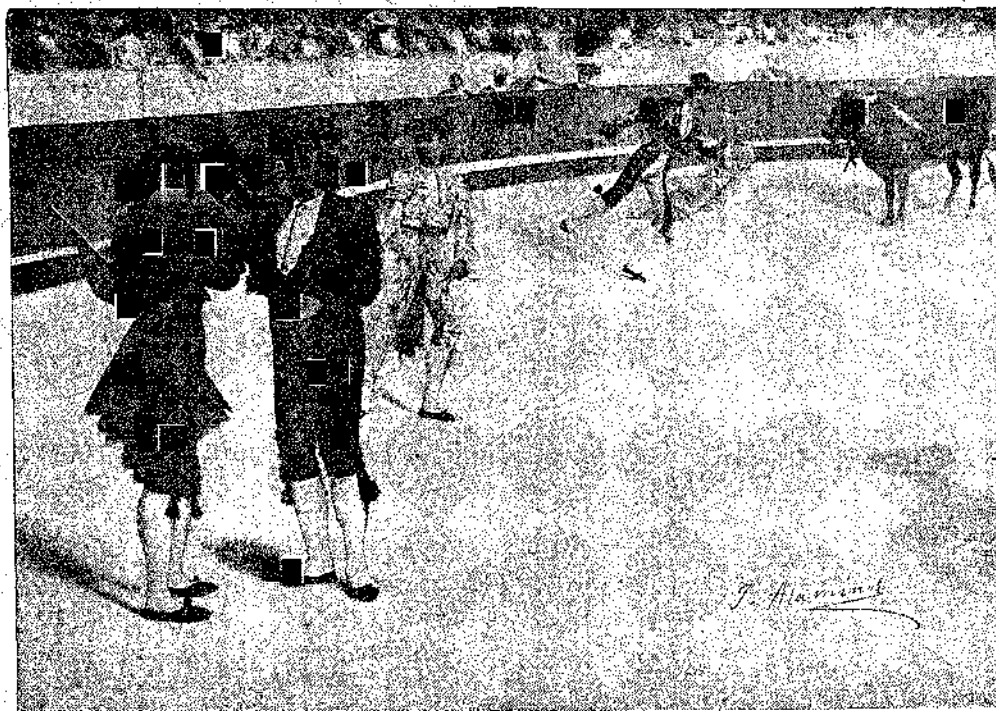
Alternativa.—Es la que da el primer espada á otro principiante, para que desde aquel momento, considerado éste como tal espada, pueda alternar con los demás de su clase. Generalmente se da á los banderilleros ya adelantados que como sobresalientes ó medias espadas han matado algunos toros y se les ha visto con disposición para ello. Es tradicional que la alternativa ha de darse precisamente en la plaza de Madrid, Sevilla ó de las ciudades en que haya Maestranza, como Ronda y Granada, pues si la recibe el diestro en plaza de segundo orden, no le sirve entonces la antigüedad sino desde que torca alternando en plaza de primera clase; y esto es lógico y aun necesario, porque si, por ejemplo, en Madrid y en Segovia toman dos matadores la alternativa en un mismo día, cuando toreen juntos en cualquier plaza, ¿cuál debe ser el primero?

Convieno advertir que desde que las Reales Maestranzas perdieron su importancia por no llevar cumplidamente el fin á que fueron creadas, y porque su organización no encaja en las nuevas instituciones, solo Madrid es el que ha sido reconocido, por ser capital de España, por su importancia superior á la de las demás provincias y por el mayor número de corridas de toros que en su gran plazase celebran, como único competente para conferir el grado de doctor en tauromaquia; en términos de que, desde hace más de sesenta años no se contarán dos casos en que se haya respetado lo contrario. Todos los que en las plazas de provincias por importantes que sean han recibido la alternativa, han venido á Madrid á confirmarla sin réplica alguna, hasta que hace unos cuantos años suscitó la cuestión un espada sevillano, queriéndose anteponer á otro que se doctoró antes que él en esta corte. Hubo diferentes pareceres, sosteniendo los andaluces, en su mayoría, que la plaza de Sevilla era

lo mismo que la de Madrid para dar la antigüedad, y afirmando otros lo contrario, sin que la cuestión se resolviera, porque no puede resolverse mientras haya un espada que, sea donde quiera que haya tomado la alternativa, así sea en plaza de tercer orden, no se preste á ir detrás de otro. Se quedará sin trabajar, pero nadie puede obligarle á que lo haga por fuerza. Pero como medida general, como conveniencia para los interesados, es urgente que arreglen esas diferencias. Nuestra opinión es que debe sancionarse lo que viene acatándose desde antes que nacieran todos los que hoy son espadas, y que á semejanza de lo que pasa en las carreras universitarias, solo Madrid sea quien confiera el título de doctor [en tauromaquia; que

venga colocado en último puesto; pero importa al mejor resultado de la fiesta, porque el ser contratado de primero ó segundo espada un diestro, en determinados puntos puede influir en la buena ó mala organización de las cuadrillas.

El acto de la alternativa se reduce á ceder el primer espada al nuevo el estoque y muleta para que mate en su lugar, y lo mismo hace algunas veces, no siempre, el segundo espada, si le hay. Ha ocurrido que un espada ha tomado la alternativa en plazas de segundo orden, y se le ha respetado; pero esto es un acto puramente voluntario, á que no todos están obligados. Ha habido también matadores que, después de tomar la alternativa, han vuelto á ser banderilleros, y de nuevo á



ALTERNATIVA DE «CURRITO» DADA POR SU PADRE. — ALAMINOS

en las universidades de provincia se obtiene la licenciatura pero no la borla del doctorado (1). ¿No quiere hacerse así? Pues allá, los señores matadores se las arreglen, que el público concederá como siempre sus favores á quien más valga, aunque

(1) El plan de estudios de 29 de Setiembre de 1874, que es el vigente, ordena que los estudios para el Doctorado se sigan solo en Madrid, y por consiguiente solo en Madrid se obtiene el grado. Si para cosa tan grande se observa ésto con rigor, ¿por qué, á semejanza, no ha de usarse en tauromaquia?

ser espadas; y más de uno y de dos han cedido su antigüedad á otro compañero más moderno. En este caso, debe tenerse entendido que, perdido el puesto para uno, se considera de igual modo para cuantos estén por delante de aquél, no para los que sean más noveles. También los picadores dan alternativa á los principiantes, aunque en esto se observa menos formalidad. A continuación damos la relación de la época en que los espadas del presente siglo, á quienes se puede llamar tales, tomaron su alternativa; trabajo en que hemos puesto esmerado cuidado para evitar en lo posible alguna equivocación.

NOMBRES	Año en que tomaron alternativa	NOMBRES	Año en que tomaron alternativa
Antonio de los Santos.....	1801	Antonio Carmona.....	1863
José Ulloa.....	1802	Mamuel Fuentes.....	1864
Agustín Aroca.....	1803	Pedro Aixelá.....	1864
Bartolomé Jiménez.....	1805	Rafael Molina.....	1865
Juan Núñez.....	1806	Jacinto Machío.....	1865
Antonio Ruiz.....	1809	Francisco Arjona Reyes.....	1867
Manuel Baden.....	1809	Salvador Sánchez.....	1867
Francisco González.....	1815	José Lara.....	1869
Juan Hidalgo.....	1815	José Giráldez.....	1869
Francisco de los Santos.....	1817	José Machío.....	1870
Antonio Baden.....	1817	Angel Fernández.....	1872
Juan Jiménez.....	1818	Francisco Díaz.....	1872
José Antonio Baden.....	1819	Vicente García Villaverde.....	1874
Juan León.....	1820	Manuel Hermosilla.....	1874
Manuel Parra.....	1820	José Cineo.....	1874
José de los Santos.....	1825	Gerardo Caballero.....	1874
Pedro Sánchez.....	1825	José Sánchez del Campo.....	1875
Antonio Conde.....	1826	Felipe García.....	1876
Roque Miranda.....	1828	Angel Pastor.....	1876
Manuel Lucas Blanco.....	1829	José Martín.....	1878
Francisco Montes.....	1831	Juan Ruiz.....	1879
Rafael Pérez de Guzmán.....	1831	Fernando Gómez.....	1880
Juan Yast.....	1832	Manuel Molina.....	1880
Manuel Romero.....	1833	Diego Prieto.....	1883
Antonio Luque.....	1835	Luis Mazzantini.....	1884
Juan Pastor.....	1839	Valentín Martín.....	1885
Francisco Arjona.....	1840	Gabriel López.....	1885
Isidro Santiago.....	1840	Francisco Sánchez.....	1885
Juan Martín.....	1840	Antonio Ortega.....	1885
José Redondo.....	1842	Manuel García.....	1885
Francisco Ezpeleta.....	1843	Joaquín Sanz.....	1886
Juan Lucas Blanco.....	1843	José Centeno.....	1887
Gaspar Díaz.....	1843	Rafael Guerra.....	1887
Antonio del Río.....	1844	Leandro Sánchez.....	1888
Manuel Trigo.....	1845	Julio Aparici.....	1889
Julían Casas.....	1846	Enrique Santos (2).....	1889
Manuel Díaz.....	1847	Carlos Borrego.....	1889
Cayetano Sanz.....	1849	Rafael Bejarano.....	1889
Juan de Dios Domínguez.....	1850	Ponciano Díaz.....	1889
Manuel Jiménez.....	1851	Antonio Moreno.....	1890
Antonio Sánchez.....	1852	Juan Jiménez.....	1890
Manuel Domínguez (1).....	1852	Antonio Arana.....	1890
José Carmona.....	1853	Francisco Bonal.....	1891
Domingo Mendivil.....	1853	José Rodríguez.....	1891
Francisco Martín.....	1853	Antonio Reverte.....	1891
José Rodríguez.....	1853	Enrique Vargas.....	1892
Pedro Parraga.....	1854	Antonio Fuentes.....	1893
José Muñoz.....	1854	Joaquín Navarro (3).....	1894
Antonio Gil.....	1856	Francisco González (4).....	1894
José Ponce.....	1856	Emilio Torres.....	1894
Angel López.....	1858	Miguel Báz.....	1894
Gonzalo Mora.....	1860	Juan Gómez de Lesaca.....	1896
José Antonio Suárez.....	1860	José García.....	1895
Manuel Carmona.....	1861	Nicanor Villa.....	1895

(1) Aunque este diestro, como algún otro de los aquí expresados, alternó con espadas de cartel muchos años antes de lo que va referido, le colocamos en este lugar porque los espadas que le anteceden han estoqueado delante de él. Igual regla observamos con todos.

(2) Este matador perdió voluntariamente su categoría, volviendo á ser novillero en 1896.

(3) Este diestro alternó con Rafael Bejarano, en Madrid el 3 de Marzo de 1894 en corrida extraordinaria, fuera de abono y sin formalidad de cesión de matleta y estoque.

(4) Idem, id., idem.

Alvarado, N.—Peruano, de piel tostada y crespo cabello, que torea allá en América con buena aceptación, y es contemporáneo y compañero de Angel Valdés, el negro matador que trabajó en España, presentándose en Madrid hace unos cuantos años.

Alvarado, Alejandro.—Cumple su cometido como banderillero y no se da mala maña corriendo toros. Necesita práctica, menos atolondramiento, más calma y más estudio. Es valiente de veras, pero se ha dedicado antes de tiempo á matar toros en novilladas, y aunque no carece de habilidad en el manejo del trapo, se nota en él la inexperiencia del principiante.

Alvarez, Andrés.—Principió á picar toros hace más de treinta años, adelantó poco, y eso que se agarraba bien con ellos. Pudo ser algo y no quiso; no tiene á quien culpar de que nadie haya vuelto á acordarse de él.

Alvarez, Francisco.—Natural de Sevilla. Trabajó como picador de tanda en el año de 1845 en la excelente cuadrilla de Francisco Montes. Nada podemos decir acerca de su mérito, porque le vimos pocas veces, pero cuando el gran maestro le llevaba consigo, algo vería en él.

Alvarez, José.—Agraciado y bien vestido, era un picador que adquirió simpatías en poco tiempo. Vino á trabajar con la cuadrilla de Cúchares á la Plaza de Madrid allá por los años cuarenta y tantos, en que resonaban los nombres de Trigo, Gallardo, Lerma (que es Ledesma), Romero y otros; y en honor de la verdad, no hizo mal papel al lado de ellos. En 1839 ya trabajaba en Andalucía al lado de Juan Gallardo.

Alvarez, Manuel.—Otro picador de regulares condiciones, que hace dos docenas de años parecía que iba á ser algo en su profesión, y después... desapareció de la escena sin dejar recuerdo alguno favorable, como tantos otros.

Alvarez, Onofre.—Picador basto que sabía castigar cuando quería y no siempre donde debía: duro para el trabajo, y de no escasa inteligencia en su arte. Era natural de Córdoba, donde vivía de ordinario, apreciado por los inteligentes de aquella ciudad, que no son pocos. Aunque era co-

nocido en España con el nombre antes mencionado, tenemos entendido que se llamaba Rafael Alvarez, y que era apodo el de Onofre. Siempre ha figurado en primera línea, y su jefe, el espada Antonio Carmona, le distinguía entre todos, á lo cual él correspondió no queriendo trabajar más que en su cuadrilla. Era de lo poco que quedaba y estaba ya retirado de su profesión, en la cual se dió á conocer en Madrid el día 24 de Junio de 1861. Ha fallecido en dicha ciudad de Córdoba el 2 de Septiembre de 1892.

Alvarez Capra, D. Lorenzo.—Joven y ya célebre arquitecto madrileño, que en unión del no menos entendido Rodríguez Ayuso, proyectaron, dirigieron y concluyeron en año y medio la magnífica y grandiosa Plaza de toros de Madrid, primera de España. Otras obras de distinta índole han colocado á este inteligente profesor á una altura á que pocos llegan; pero ciñéndonos al referido circo, puede asegurarse que en él han acreditado dichos señores buen gusto, gran conocimiento de su profesión, y un interés y celo poco comunes. Hasta cariño á su obra demostraron; tal es el entusiasmo con que Alvarez y Ayuso la concibieron y concluyeron con feliz éxito.

Alvarez del Río, Joaquín.—Si es que este chico continua toreando, debe ser ya un buen diestro, porque más de media docena de años para aprender á correr toros, bastan y sobran. Para banderillero ya es otra cosa, si ha de colocarse alto.

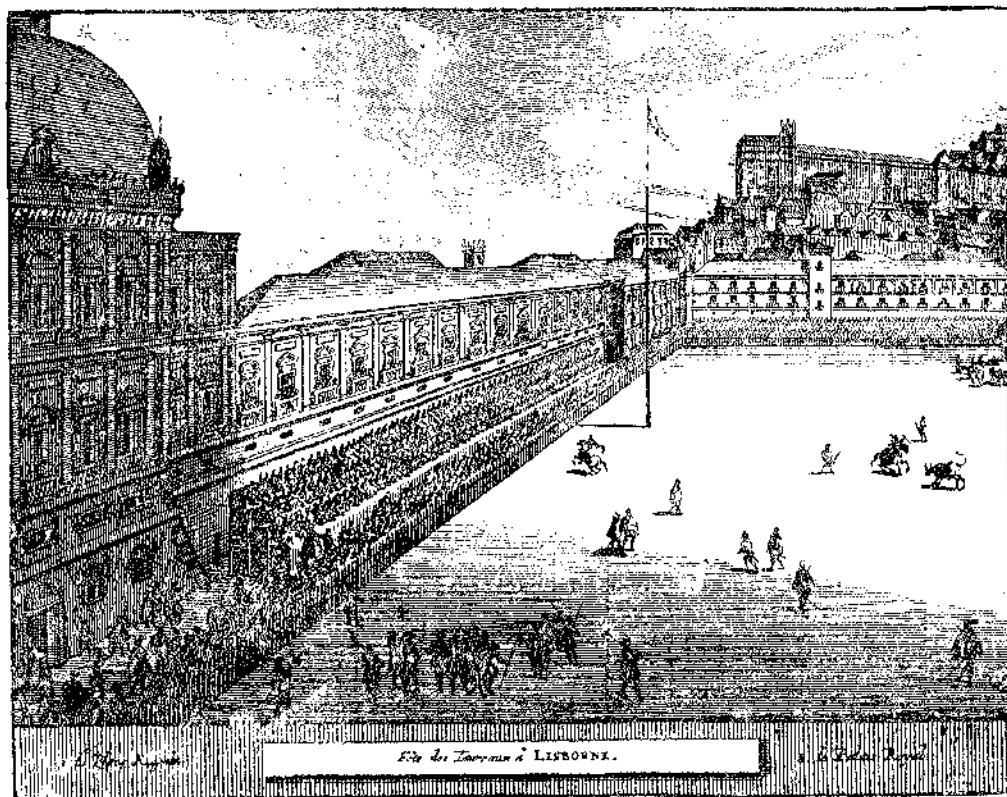
Alvarez, Toribio (Potage).—Sólo tenemos noticias de este picador de toros por un periódico de Madrid del 18 de Febrero de 1834, en que se anunció que estaba reunida la Comisión militar ejecutiva y permanente para ver y sentenciar la causa formada á dicho picador de toros, y á otros sujetos acusados de autores y encubridores de los desórdenes cometidos en la calle de la Cruz de Caravaca, la tarde del 27 de Octubre anterior, cuando el desarme de los batallones de voluntarios realistas. No sabemos, por consiguiente, nada acerca de su mérito y antecedentes.

Alvarez Bueno, Juan (Chola).—Se hizo buen ginete sirviendo en el ejército. Trocó después la lanza por la garrocha, y era un picador animoso y trabajador, que alguna vez formó parte de la cuadrilla del Chiclanero. Murió de un tiro en la frente en el año de 1856, cuando las jornadas de Julio

en la corte, hallándose cerca de la calle de Peligros, frente al café Suizo. Era natural de Manzanares, provincia de Ciudad Real, casado, y de treinta y siete años. Yacen sus restos en el cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés de Madrid, nicho número 9, galería sexta izquierda.

Alvarez de Colmenar, D. Juan.—En Amsterdam, imprenta de François l'Honoré et fils, se dió á luz en el año de 1741 una obra, titulada *Antes de España y Portugal*, por D. Juan Alvarez de Colmenar, que no sabemos si con razón ó sin ella pone en muchas cosas como ropa de pascua á los españoles de entonces, en términos de que se duda si estará escrita efectivamente, como indica el nombre, por un español, ó si se adoptaría por algún extranjero como pseudónimo el que va expresado. Sea como quiera, y sabiendo que no hay más que en pocas bibliotecas algún ignorado ejemplar de dicha obra, que hubo un tiempo estuvo prohibida en España, hemos creído hacer un servicio á nuestros lectores dándoles á conocer cómo se celebraban las corridas de toros en el primer tercio del pasado siglo, ó al menos como las pinta dicho autor en el primer capítulo del tomo séptimo, que traducimos sin alterar el contexto.

Dice así:—«La fiesta de toros es la más grande y más magnífica diversión que hay en España. Todos los españoles la aman con locura, y no hay villa algo regular en todo el reino que no tenga una gran plaza pública destinada á esta clase de fiesta donde no se celebre una vez al año. Hasta los aldeanos corren toros á pie, lanza en mano, en los pueblos pequeños. Estas fiestas son de un gran aparato y de tan gran dispendio, que no se celebra ninguna en Madrid que cueste al Rey menos de cuarenta mil escudos. Voy á describir la forma en que se celebran en Madrid, y por ella se podrá juzgar de las que se verifican en las demás villas, porque no hay gran diferencia entre unas y otras. —Luego que el Rey ha resuelto ordenar la celebración de esta fiesta, se publica con dos ó tres días de anticipación. Se verifica en Madrid en la Plaza Mayor, y en Lisboa en la Plaza Real, ó en el Terreiro del Pazo, que está á un lado del palacio real, de tal modo que el rey de Portugal puede verla desde las ventanas de su palacio, y el rey de España se ve obligado á salir del suyo.—Hay un regocijo universal cuando esta fiesta se anuncia: todo es broma y algazura, y la víspera del día deseado, ó se pasea por la tarde en la plaza, ó se va á ver los preparativos de la función. Se oye por todas partes la música de diversos instrumentos, y aquel día está de tal suerte consagrado al júbilo



CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA REAL DE LISBOA

lo, que en él es permitido hacer chocarrerías y necesidades que en otra ocasión acarrearían puñaladas.—Algunos días antes van á la Sierra de Andalucía, donde se hallan los toros salvajes más furiosos, y los cogen por estratagema. Hacen empalizadas á lo largo de los caminos, en una extensión de treinta á cuarenta leguas (1), y llevan las vacas adiestradas en esta faena, á las que llaman *mandarinas*, las meten entre los bueyes, los toros salvajes se les acercan, aquéllas les huyen, y éstos las persiguen, y de esta manera los atraen á las empalizadas preparadas y los conducen hasta Madrid. Algunas veces, al llegar, los toros que se ven burlados intentan retroceder por aquel camino y volverse á los bosques, para prevenir lo cual hombres bien montados y armados de medias picas los detienen y les obligan á seguir la ruta, no sin que alguna vez haya dejado de derramarse sangre.—Mientras se ocupan de esta caza, otros levantan una gran caballeriza, á que dan el nombre de toril, en medio de la plaza donde debe tener lugar el combate, haciéndola tan espaciosa, que sea capaz para treinta ó cuarenta toros.—Se les guía á esta caballeriza, muchas veces con trabajo, y se les hace entrar. Cuando ya han descansado, se les hace salir unos después de otros, y paisanos jóvenes, fuertes y robustos, llamados herradores, vienen, los cogen un par por los cuernos y otro por la cola, los marcan con un hierro hecho ascua y les cortan las orejas; todo lo que no se hace tan tranquilamente que alguna vez no cueste sangre (2).—Ya queda indicado que esta plaza está circuida por casas de cinco pisos, de los cuales cada uno va adornado de una clase de balcones, los cuales no son para sus propietarios en este día, sino que el rey dispone de ellos como le parece y los regala á quien quiere.—El balcón del rey está en el centro de uno de los costados; es más espacioso y más avanzado que los demás, todo dorado y con grandes cortinas, que cierra cuando no quiere ser visto, y cubierto con un dosel magnífico.—A la derecha del Rey están los balcones de todos los consejeros: se les conoce por sus armas ó blasones bordados en oro sobre los tapices. Al otro lado, el Ayuntamiento, los grandes de España y los magistrados, cada uno según su rango, colocados á expensas del rey y de la villa, que alquila los balcones.—Los embajadores de testas coronadas, de religión católica, tienen sus balcones frente por frente del que ocupa el rey; pero los de otra religión no tienen sitio señalado. El resto se alquila á los particulares que pagan hasta

veinte ó treinta doblones de oro.—Se enarena la plaza, se la cierra con altas barreras, y se levantan á los tres lados tablados á modo de anfiteatro, que llegan desde el nivel del suelo hasta el primer piso de balcones. Cada asiento de este tablado se alquila lo menos por un escudo: la villa cobra este producto para atender á los gastos de la fiesta.—Por la mañana se sueltan cinco ó seis toros á la plebe, que los corre á pie, lanza en mano, desde las diez hasta mediodía. Cerca de esta hora cada uno va á colocarse en su puesto, y todos los galanes españoles no dejan de ocupar hasta lo último su localidad, para hacer sitio cómodo á su dama, y presentarle algún obsequio comestible; y tal le habrá sin pan en su casa, que no tendrá reparo de empenar todo su caudal por no faltar á su amor. Preciso es reconocer que esta fiesta es de la mayor magnificencia, y que es el más bello espectáculo que puede verse. Todos los cinco pisos de balcones, de todos los lados de la plaza, colgados de soberbios tapices, de terciopelos de diversos colores bordados de oro, ocupados por todo lo que hay de más bello, de más grande y de más consideración en España, y además los tablados cuajados de infinidad de gentes, presentan desde cualquier sitio un golpe de vista admirable. Las señoras en tal día se presentan al descubierto, ó sea sin los mantos con que de ordinario van tapadas; nada olvidan para ostentar el brillo de su belleza, y se adornan con lo mejor y más rico que poseen en oro y en pedrería.—Mas si la fiesta es bella y magnífica, hay que reconocer también que el asunto no es muy edificante, y que estos sangrientos combates no se conciertan muy bien con los preceptos del cristianismo. Por eso los Papas intentan abolirlas; pero los españoles, á quienes encantan, se oponen tan fuertemente, que nada les importa la prohibición; y se ha tomado el temperamento de reunir estos días las indulgencias de todas las iglesias, para aplaciarlas por los que se exponen al peligro de ser muertos por los toros (1).—Los embajadores y personas de calidad, conducidos en soberbias carrozas, entran y dan la vuelta á la plaza antes de ir á ocupar sus balcones: muchos caballeros los acompañan, dan también vuelta, montando caballos ricamente enjaezados y saludando á las damas de distinción.—Luego que SS. MM. han entrado y tomado asiento, penetran en la plaza las tres compañías de guardias, llevando á la cabeza sus capitanes y tenientes, que son hombres de la primera nobleza, jinetes en los más preciosos caballos que pueden hallar, y mientras los guardias se colocan debajo del balcón del rey, aquéllos, con el bastón demandando en la mano, mar-

(1) Mucha empalizada nos parece.

(2) El autor incluyó en la fiesta de toros la de la *hierra*, como si ambas cosas, distintas entre sí, formasen un todo ó fuesen practicadas inmediatamente una de otra.

(1) ¿Será esto verdad?

chan al frente, y van de un lado á otro para comunicar las órdenes necesarias. Con ellos viene también el cuerpo de justicia, que, como los otros, da la vuelta, seguido de alguaciles ó sargentos, que son los encargados de prevenir cualquier desorden. Todos van á caballo, perfectamente montados.— Cuando concluyen estos preparativos, el rey hace señal con su pañuelo para que verifiquen lo que se llama el despejo de la plaza, es decir, echar de esta á la plebe que se baja al suelo y hacerla subir por las barreras. Una vez realizado, se riega la plaza por medio de una cincuentena de toneles de agua conducidos en carretas.— Los guardias se alinean muy unidos unos con otros, porque no hay barrera ni tablado en aquel lado, y cuando un toro viene á ellos, no les es permitido regular un paso; de modo que no tienen otro punto de apoyo ni más seguridad que la punta de sus alabardas enfiladas contra el furioso animal; y cuando matan alguno, es para beneficio de ellos.— Los toreros ó caballeros que deben combatir con los toros, aparecen en seguida bien montados y seguidos de cuarenta á cincuenta espelistas, vestidos con su librea, portadores de los haces de rejonos, especie de lanza de madera muy frágil, de cuatro á cinco pies de longitud, con un largo hierro en la punta; saludan á SS. MM. y á toda la concurrencia, piden al rey permiso para combatir, y cuando le han recibido, se separan, cada uno va á saludar á las señoras de su amistad, y empieza entonces un ruido de trompetas, cuyos sonidos resuenan por todas partes.— Para tener el honor de combatir con los toros á caballo, es preciso ser caballero de sangre y conocido por tal. Los plebeyos pueden también combatir, pero es preciso que esto sea á pie. El rey da la llave del toril á su primer ministro, el cual la arroja á un alguacil que va á abrir la puerta por que ha de salir el toro á la plaza. Tras de la puerta hay una fuerte escala por la que sube hasta el techo el que la abre, con el fin de salvar su vida, porque si el animal se revuelve con su instinto y coge al hombre detrás de ella, puede matarle si le alcanza.— El alguacil se retira al galope; y como no le es permitido defenderse, todo su recurso es la ligereza del caballo, y todavía corre gran riesgo, porque el toro es tan ligero como el caballo y se le tiene por más firme. Se le ve corriendo y bramando por la plaza, despidiendo por la nariz denso vapor, los peones le excitan con sus gritos y silbidos, y los hombres que han entrado para luchar á pie, acaban por rendirle arrojándole flechas y pequeños venablos puntiagudos guarnecidos de papel cortado (1).— Los caballeros no

combaten todos á la vez, y cuando el primero se acerca, los demás se retiran, pero sin traspasar la barrera, y no luchan hasta que el animal se viene á ellos. El que empeña el combate no debe servirse de otra cosa que de sus lanzas ó rejonos, sin permitiéndose tomar la espada ó sable hasta que ha recibido de parte del toro algún daño, ó desventaja, que es lo que llaman *empeño*, como por ejemplo, cuando el toro ha herido al caballero ó al caballo, ó le ha hecho caer el sombrero ó la capa, que entonces tiene empeñado su honor en vengar esta afrenta y puede tirar de la espada.— La destreza en este combate consiste en saber guiar el rejón ó lanza tan derechamente sobre el toro, que el hierro quede clavado en su carne y el tronco en la mano del caballero. El modo de luchar con éxito es marchar al paso del caballo, y ya enfrente de aquél, plantarle el rejón en el cervigullo, y en seguida de dar el golpe desviándole, salir picando incesante y doblemente para pasarse atrás del toro, á fin de que el animal no se vuelva á tiempo. Los que combaten con espada hacen alarde de su destreza colocándola de frente por entre los dos cuernos, lo cual es un golpe mortal, y la fiera cae al instante por tierra.— Luego que alguno ha hecho esta suerte, oyense por todas partes las aclamaciones de ¡Vitor! ¡Vitor! y el que la ha ejecutado gana el premio. Pero esto no sucede siempre sin que haya algún muerto ó herido, ó á lo menos sin pérdida de algún caballo.— Luego que el toro ha muerto, el populacho acude á darle golpes, y los alguaciles le hacen sacar fuera de las barreras, tirado por mulas lujosamente engalanadas, que son guiadas con ramales de seda.— La fiesta dura tres ó cuatro días, y en cada uno se corren de ordinario de quince á veinte toros. Cuando un toro resiste mucho tiempo, ó se le hace reemplazar por otro, ó se le hace luchar con alanos, que es un espectáculo muy divertido.— Estos perros son pequeños, pero fuertes, de tal modo encarnizados, que no sueltan jamás su presa; algunas veces los toros los enganchan con sus cuernos y los hacen volar por el aire, pero vuelven á la carga con más furia, y le acometen de todos modos, ya subiéndose sobre el lomo, ya despedazándole las orejas, ó principalmente agarrándose al hocico.— De los combatientes á pie, unos tienen una especie de media pica, de madera muy fuerte y maciza, y el hierro ancho y largo á proporción: se colocan al encuentro del toro rodilla en tierra, y cuando el golpe le hiere, se tiran prontamente al suelo y le arrojan la capa, sombrero ó cosa semejante á la cabeza, á fin de entretenerle y de tener tiempo de esquivarle. Puede también hacerse sin eso, porque el animal cierra los ojos siempre que va á herir con los cuernos; pero se necesita mucha destreza y presencia de ánimo. Otros son demasiado atre-

(1) Banderillas ó rehiletes que llamamos ahora, y arpones entonces.

vidos para plantarle un puñal entre los dos cuernos al tiempo que pasa por su costado, y otros son tan listos que saltan sobre el espinazo, se sostienen a horcajadas, y le sujetan por los cuernos, á pesar de toda su furia. En fin, siempre sucede algo en esta clase de espectáculo que divierte al mundo, pero es casi imposible que termine sin la muerte de alguna persona. Sin embargo, los españoles están tan acostumbrados, que no encuentran bella la fiesta si no se ha derramado sangre.»—Aparte de las exageradas apreciaciones que el autor hace en el artículo que va copiado, respecto de nuestra fiesta nacional, le encontramos de suma utilidad para el objeto á que esta obra se dirige, y prueba clara y terminantemente que las suertes que hoy conocemos ya se practicaban hace ciento cincuenta años con mayor ó menor perfección, pero con la misma valentía y arrojo que siempre han demostrado los españoles.

Alvarez, Antonio (*El Comerciante*).—Novillero aprovechadito que, al frente de cuadrillas varias, recorre los pueblos matando toros de todas clases y edades. Se advierten en él aptitudes para el toreo y buenas condiciones físicas, que podría utilizar ingresando en cuadrillas de primer orden. Nació en Utrera hará unos veinticinco años, es hijo de José y de Rosario Ariza, estudió en su primera edad hasta hacer oposición para el ingreso en el cuerpo de Condestables, en el que no entró por haberse suspendido la convocatoria de Real orden. Entonces se dedicó al comercio en casas respetables de Jerez y Sevilla, y en 1886 al toreo, por el que siempre demostró gran inclinación, capeando por los pueblos andaluces y estoqueando por primera vez en Cazalla de la Sierra. Luego le admitió Centeno en su cuadrilla como banderillero y sobresaliente, y ha alternado en Sevilla con Jarama y Quinito, después de haberlo hecho con Baez (*El Libro*), sin haber tenido heridas de consideración, hasta el día 4 de Junio de 1896 en que sufrió una muy grave que puso en peligro su existencia en la Plaza de Madrid.

Alvarez, Nicolás.—Peón de lidia que antes de darse á conocer tuvo la desgracia de ser cogido y lanzado al aire por un toro en la plaza de Bagatelle en Avignón (Francia), el día 14 de Mayo de 1894. Tan grande fué el porrazo en la caída, que falleció á las tres horas de ser cogido y herido en el periné, con una gran cornada, por un toro de aquél país, corrido ya infinitas veces. El día 16 fué conducido el cadáver desde el Hospital á la parroquia del Carmen y de allí al cementerio, acompañado primero de la banda de música «La

Filarmonica,» luego el féretro á hombros de sus compañeros y cubierto con el capote de lujo y con muchas flores; y después su mujer y su hermana presidiendo á más de quinientas personas, cerrando la comitiva un carro fúnebre con muchas coronas de flores y cintas de los colores nacionales, franceses y españoles. *Circunstancia importantísima:* Alvarez tomó sus nombres referidos en España, donde vivió por espacio de dieciocho años, pero su nombre verdadero, el de pila, era el de Nicolás MALET, y había nacido en Marsella en 1870 de padres españoles.

Alvarez, Enrique (*Morenito*).—En las filas toreras han formado más Morenos, Morenillos y Morenitos, que Bejaranos en las cordobesas, que es cuanto puede decirse. Este banderillero pareo bien y no es cobarde, pero...

Alvarez, Manuel.—Picador en novilladas que dicen es muy voluntario.—¿Nada más? Pues algo más se necesita para llegar á adquirir honra y provecho.

Alvarez, Leopoldo.—Fué uno de los picadores que inauguraron la plaza nueva del puente de Vallecas, Madrid, el 29 de Septiembre de 1884. No sabemos que ha sido de él desde entonces. ¿Se habrá dedicado á otro oficio, ó habrá marchado al nuevo mundo?

Alvarez, José (*Guadalupe*).—No se da mala maña para correr toros por derecho, y ha toreado con buen éxito, poniendo banderillas y hasta matando reses por los pueblos. Ha podido ser más de lo que es, pero no se ha aplicado, y cuando quiere hacerlo, le cuesta más trabajo que si lo hubiera intentado desde que principió á trabajar.

Amado, Francisco.—Ha dejado un buen nombre en Portugal, como mozo de forcado valiente, y muy buen compañero en las *pegas*. Empezó en 1878.

Amado, Miguel (*Salao*).—Sevillano de nacimiento fué llevado á Lisboa á la edad de tres años. Por aquello de que está en la masa de la sangre española la afición á los toros, en cuanto le fué posible se dedicó al arte taurino, y en 1887 empezó como banderillero; es regularcito, y si continúa adelantando como hasta ahora, puede prometerse la afi-

ción portuguesa la posesión de un buen torero, según todos los indicios.

Amago.—El acto de arrancarse el banderillero ó espada á clavar sus armas, y en vez de colocarlas en el toro, dan en el aire ó sea en vago, por no medir las distancias, salirse de ellas, y sobre todo por no ver lo que hacen. Puede suceder también, y para este caso es más propia la palabra, que tanto el banderillero como el espada, anaguen y no claven por mala colocación, ó porque el toro les pise su terreno, en cuyo caso es de mérito el huir la cabeza.

Amallo y Manget, D. Francisco.—Entusiasta defensor de las corridas de toros; escritor público, que en fáciles y sonoros versos ha pintado con notable verdad las diferentes suertes de la lidia más en uso actualmente; colaborador en varios periódicos taurinos, y distinguido pintor de historia. Es decir, que ha puesto su inteligencia como artista y escritor al servicio de la fiesta nacional española, y por ello, como otros muchos, merece figurar su nombre honrando nuestro Diccionario. Nació en Madrid el 20 de Febrero de 1849; hizo su carrera en la escuela especial de pintura y escultura de la corte, siendo sus maestros en perspectiva D. Pablo Gonzalvo y en paisaje D. Carlos Haës, y figuró en diversos certámenes artísticos y Exposiciones de Bellas Artes, alcanzando más de una vez medalla de premio, accésit y menciones honoríficas. Son muchos los asuntos taurómicos que á su pincel se deben, y prolijo sería enumerarlos; pero de los que nosotros hemos visto, nos han parecido de un mérito especialísimo dos cogidas de *Lagartijo*, la de *Frascuelo* en 1877, y la de Manuel Lagares, y el grabado al agua fuerte del toro *Barbudo*, que causó la muerte á *Pepe Illo*. Estos y otros muchos cuadros de este autor son de gran aprecio, porque, además del mérito que en sí tienen como obras de arte, reúnen la circunstancia de que, comprendidas las suertes del torero por aficionado tan inteligente, ni cambia, como alguno, la colocación de los lidiadores, ni pinta las suertes más que como son y deben ser lo cual da á sus cuadros gran verdad. Es artista demasiado modesto, y los elogios que los grandes maestros de pintura y escultura han hecho de él en diferentes ocasiones, sólo han servido para animarle á continuar sus trabajos, pero no para exhibirse más, ó al menos sus obras, que pueden alternar dignamente en sitios de preferente orden.

Amaré, Teodoro.—Picador de toros, natural de Tortosa, que, llevado de su afición, picó por pri-

mera vez en la plaza de Sabadell, el día 4 de Septiembre de 1884, figurando después en casi todas las corridas que se han celebrado en Barcelona, de donde marchó á Venezuela en 1889 regresando al siguiente año. Es valiente, monta bien y castiga donde debe; pero se precipita demasiado al entrar en suerte, y este es un defecto que le deslucen. Ha sido aplaudido en varias plazas de España y puede llegar á ser un buen diestro á caballo, si se fija bien en lo que hace y en lo que debe hacer: como hemos dicho, nació en Tortosa el 29 de Septiembre de 1863.

Amaya, José.—Picador de escaso nombre que antes de 1840 trabajaba en algunas plazas de Andalucía. Es posible que ya no exista en el mundo.

Ambar, Francisco (El Negrillo).—Uno de los principales lidiadores en mojiganga que tomaban parte en las fiestas de toros á fines del siglo pasado. Era un *Autoñeja* ó cosa parecida, pero muy bravo y arriesgado, y tanto le daba picar en buros, como banderillar en cestos.

Amérigo y Morales, D. Ramón.—Pintor de historia que nació en Alicante en los primeros años del siglo, y estudió la pintura en dicha población y Valencia, terminando su educación artística en Florencia y Génova.

Dibujó con singular maestría una cacería del toro que fué litografiada en la famosa colección que dirigió D. José Madrazo.

Amicis, Edmundo de.—Notable escritor italiano que publicó en Florencia, hace algunos años, un precioso libro titulado «España» en que describe con galanura y exactitud las costumbres de nuestro país. Le incluimos en nuestra obra porque, contra la manía de los extranjeros, juzga sin apasionamiento y con cierta imparcialidad nuestras corridas de toros, de las que hace una magnífica y entusiasta descripción. Nació en Oneglia en 21 de Octubre de 1846, fué militar en la guerra con Austria, y después de serlo cinco años, se dedicó con buen éxito al cultivo de las letras.

Amisan, Antonio (Villanueva).—Trabajó en Sevilla, como picador, el día 17 de Diciembre de 1820; no debió ser grande su fama cuando ha durado tan poco que nadie de los de aquellos tiempos se ha acordado de él.

Amisas ó Misas, Juan.—Notable picador de vara larga en fines del segundo tercio del pasado siglo. Se distinguía por su pericia como jinete; cualidad que poseía en tan alto grado, que dicen le igualaban poquitos de su época. Fué padre de

Amisas ó Misas, Juan.—Uno de los mejores picadores que tuvo en su cuadrilla el desgraciado *Pepe Illo*. A la muerte de éste trabajó en unión de Corchado y otros de fama, pertenecientes á las cuadrillas de Agustín Aroca y Juan Núñez (*Sentimientos*) hasta después del año 1808. Su residencia y naturaleza fué Sevilla, y trabajó en Madrid por primera vez el día 25 de Junio de 1804. Dicen que murió desnucado en la corrida de 1.º de Julio de 1811. No hemos encontrado comprobación de este particular. (233)

Amonte, Juan.—Parcheador y banderillero muy buscado en las cuadrillas más principales que trabajaban en las mejores plazas á mediados del siglo pasado. Fué compañero del renombrado Apiniani.

Amoraga, Miguel (El Palmeño).—Picador de vara larga en el último tercio del siglo anterior, que, como todos, según costumbre entonces, se ajustaba ó contrataba por sí, con independencia de las cuadrillas de á pie ó jefes de estas. Trabajó con los Romeros. (234)

Amosquilado.—Cuando las reses fatigadas de las moscas, meten la cabeza entre las carrascas y retamas para defenderse de aquellas. Mas de un *pejazo* en los ojos debe su origen á lo antedicho, y cuántos toros han quedado *reparados* de la vista ó tuertos por dicho motivo!

Amusgar.—Entre la gente de campo se dice con frecuencia que un toro se amusgó, cuando ha echado las orejas hacia atrás en ademán de querer embestir. Entonces los vaqueros se guardan de él y procuran cercarle con los cabestros, ó si pueden, apartarle de la piara.

Amzalache, Juan.—Probó en su país á ser banderillero en 1875, no sirvió para ello y se retiró; y retirado vive en Portugal donde nació. ¡Cuántos debieran hacer lo mismo á tiempo y se evitarían daños y disgustos!

Anatomía.—A nada conduciría dar en este libro una descripción anatómica del toro, pues que realmente las suertes de la lidia no dependen de la estructura ó conformación del animal. Sin embargo, parécenos que no estaría de más, antes bien pudiera servir de mucho á los toreros, conocer bien la forma exterior é interior del toro, no científicamente, pero sí de una manera práctica, que podrían ver en los mataderos, y con ello conseguirían saber si el estoque entraba en sitio que forzosamente había de producir muy pronto la muerte, ó si ésta sería más lenta y tardía, con otros mayores conocimientos que no pueden ponerse en duda. Hoy son pocos los espadas que saben dar, como último recurso, un golletazo que casi instantáneamente acabe con la res, y es porque ignoran que después de las siete vértebras cervicales, la última de las que se llama proeminente, empiezan las llamadas dorsales, que es el punto que forma la base de la *cruz* ó parte superior ó alta de las reses; y que dentro de esta parte, digámoslo así para mejor inteligencia, hay una cavidad que la ciencia llama *torácica*, formando una especie de cono truncado, anterior y posteriormente y aplanado por sus partes laterales, cuya dirección es oblicua de arriba á abajo y de adelante á atrás. Claro es que si una estocada penetra en lo alto de las primeras vértebras dorsales ó de las últimas cervicales, causará, si es honda y recta, la muerte inmediata del toro, porque dicha cavidad encierra los principales órganos de la respiración y circulación; pero también es evidente que si el estoque ha entrado en dicho sitio ladeado y cruzado, habrá solamente herido las partes laterales del torax, al paso que si ha penetrado por el costado del cuello, delante del omoplato y cerca de la depresión llamada *cuello* de la escápula en línea algo oblicua, pero no mucho, habrá cortado la respiración al animal, porque la sangre se le agolpará al aparato respiratorio y arrojándola á caño—no á golpes interrumpidos, entiéndase bien—concluirá su vida inmediatamente, como que habrá atravesado la parte posterior ó torácica del esófago, penetrando en el abdomen y tal vez en la escotadura del hígado, ó bien habrá cortado uno de los dos troncos de la arteria pulmonal, que desde el ventrículo derecho del corazón llegan hasta el origen de los bronquios. Parecerá pretenciosa la idea de explicar estos ligerísimos apuntes de veterinaria, que con el temor de equivocarnos, porque somos enteramente profanos á la dicha profesión, nos hemos atrevido á exponer, consultando alguna obra de texto; pero el deseo de completar este libro hasta donde alcance nuestra voluntad, ha sido el móvil que nos ha guiado, y más aun la convicción que abrigamos de la inmensa utilidad que á los diestros produ-

ciría el conocimiento práctico de la estructura de las reses.

Anaya, Francisco (*Chiguo*).—Era un picador que no pasaba de regular. No era cobarde; pero tardó tanto en adelantar y distinguirse, que á pesar de haber empezado á picar en 1869, y de tomar alternativa en 14 de Septiembre de 1879, no conquistó un buen nombre. Víctima de una conmoción visceral, sufrida en la plaza de Madrid en el mes de Agosto de 1891, falleció en los primeros días de Septiembre siguiente en el Hospital provincial.

Andera, José.—Picador conocido en Madrid por el apodo de *Pepe el Serrador*. Era un mozo, hace muchos años, de gran poder y facultades. Trabajaba con voluntad, acompañada de poca inteligencia, y el cuerpo pagaba lo que la cabeza no precavía. Con tantos porrazos parece imposible que viviera tantos años.

Andanada—Llámanse así en las plazas de toros el local destinado á los palcos por asientos. En la acepción castiza de la palabra significa una muy distinta, y sólo se dice andana al orden de lo que está puesto en línea, por ejemplo, á las filas de ventanas ó balcones de una casa. Debiera, pues, decirse andana, y no andanada, como el uso ha autorizado.

Andrés, Baltasar (*Suro*).—Dicen que mata toros en novilladas. No le hemos visto ni oído nada acerca de su mérito. Suena por ahí su nombre, aunque no tanto como él quisiera.

Angel, Francisco.—Picador de toros, que algunas veces trabajó con las cuadrillas del célebre Francisco Arjona Herrera (*Chichares*). Era natural de Utrera, y su mérito no de lo más sobresaliente de la clase.

Aniceto, Toribio.—Picador novillero, que trabajaba en Madrid alguna vez por los años de 1824 al 28 en la cuadrilla de Manuel Parra. No echó raíces en el toro.

Anillo.—Especie de círculo ó rodete que se marca en la parte inferior del cuerno del toro, y por el

cual se puede conocer la edad que tenga el mismo. (Véase la palabra Toro). Suelen algunos revis-teros llamar anillo al redondel ó suelo de las plazas, sobre el cual se verifica la lidia, ó sea el que circunda la barrera.

Antas, Fernando.—Entre los nombres de los más aventajados lidiadores portugueses figura el de este torero, que, según dicen, sabe tanto teoría como prácticamente. No consta si la lidia á que se ha dedicado era á caballo ó á pie.

Antolín, Manuel.—¡Cuánto valdría este chico, como peón de lidia, si el mal ejemplo no le hubiese enseñado á recortar con el capote á los toros



constantemente! Sabe mucho de banderillero, y no hay que enseñarle qué debe hacer con las reses, porque las conoce. Parece modesto y poco pretencioso.

Antolín, José.—Hermano de Manuel y de Salvador. Según dicen es un banderillero que promete, aunque empieza ahora y poco puede decirse con fundamento acerca de lo que será.

Antolín, Salvador.—En el mismo caso se encuentra este chico, que parece de ánimo sereno y valeroso. Allí veremos.

Antón, Mariano.—Hijo de D. Ignacio Antón y de D.^a Juana Núñez. Nació en el Real Sitio de San Ildefonso el día 5 de Octubre de 1828. Dedicado en sus primeros años de adolescente al oficio, muy común en aquel pueblo, de fabricación de vidrio y cristalería, vino á Madrid al cumplir diez y ocho años de edad, con motivo de la quinta. Reunióse con varios jóvenes aficionados al toreo, y un día de broma lleváronle á una corrida de becerros que se celebró en el inmediato pueblo de Carabanchel, y á la que asistían, con varios aficionados, el célebre José Redondo y otros toreros; y allí, él, que no había visto nunca toros, fué comprometido á tomar un capote y correr los bichos que debían estoquear *Tragabulas* y *Oliva*. Lo hizo tan bien, se dió tan buena maña, que todos



los concurrentes le aplaudieron y estimularon á que siguiese ejercitándose en el arte de *Pepe Illo*. Halagado por sus continuados ensayos, siguió resueltamente la senda que le había de proporcionar lauros muy señalados, y en 1855 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*), en la que siempre figuró hasta la desgracia de éste, y después en la de Rafael Molina, en que ocupó un preferente lugar. Pocos sabían correr toros por derecho como Mariano Antón; á pesar del mucho tiempo que llevó torcando, era incansable y entendido. Excelente padre de familia y fino en sus modales, le apreciaron cuantos le conocieron y sus parientes inmediatos ocupan distinguidos puestos en carreras científicas. Hace algunos años se retiró del toreo, no habiendo contribuido poco á que lo realizase, el fallecimiento de su hijo, distinguido médico de grandes esperanzas. Murió en Madrid el 27 de Octubre de 1894, siendo muy sentido su fallecimiento por cuantos

apreciaron en él una modestia y una honradez á toda prueba.

Antón, Benito (*El Largo*).—Prometía ser un buen banderillero, pero en 3 de Agosto de 1879, al prender un par al cuarteo, fué cogido sufriendo una profunda herida, y desde entonces no le hemos vuelto á ver torear en Madrid. En América tenía su campo de operaciones, hasta hace pocos años de un año que regresó de allí, con la cuadrilla de Leandro Sánchez (*Charlela*).

Antonino, Bartolomé.—Espada poco conocido que trabajaba como Dios le daba á entender en Plazas de segundo y tercer orden, sin pensar en lo que podía sucederle. No le hemos visto, y no tuvimos tampoco empeño en ello, por no presenciar catástrofes. Temiéndolo así, tuvo el buen acuerdo de retirarse de la vida pública hace ya tiempo.

Antúñez, Ricardo.—Poco podemos decir de este banderillero andaluz, á quien no hemos visto trabajar. Es natural de Sanlúcar de Barrameda, y sobre su mérito hemos tenido informes contradictorios. Nuestro juicio es el de que, llevando ya más de veinte años en el oficio, y no habiéndose distinguido hasta llamar la atención, corto será su mérito.

Anzona, D. Pedro de.—En presencia del Rey Felipe IV, en la plaza del Retiro de Madrid, y en el año de 1665, rejoneó toros con los Marqueses de la Guardia y de la Puebla. Las crónicas no hablan mal de él; bien es verdad que extremadamente malo debiera haber estado para que criticasen á señor tan principal.

Aparejado.—Suelen llamar así al toro que, siendo berrendo, tiene á lo largo una lista por el lomo de más anchura ó extensión que la de seis ó más pulgadas. Siendo más estrecha y no berrendo, se le llama listón.—No da esta voz la Academia en su *Diccionario*; porque, si bien la incluye, la define en otro sentido.

Aparici, D. José.—Buen aficionado valenciano, é inteligente de veras. Escribe galanamente y sabiendo lo que dice en materia de cuernos, bajo el pseudónimo de *Teorías*; discute con lógica y sin apasionamiento, pero sin ocultar la verdad, aun-

que sea dura. La buena escuela tiene en él un acertado intérprete y un defensor ilustrado.

Aparici, Julio (*Pabrilo*).—Hijo de D. Rafael y de doña Salvadora Pascual, nació en Ruzafa, provincia de Valencia, en 1866. Se presentó en dicha ciudad como matador, en la novillada que en aquella hermosa plaza se celebró el 3 de Octubre de 1885, agradando extraordinariamente á sus paisanos, y dos años después toreó en Madrid en novilladas, hasta que se anunció su alternativa en la corte para 23 de Setiembre de 1888, con *Currito* y *Lagaritja*; pero suspendida la función, tomó alternativa del *Gordito* en Valencia, el 14 de Octubre del mismo año, siendo confirmada en Madrid por *Frascuelo* el 30 de Mayo de 1889. Es común opinión la de que dicha alternativa fué prematura y mal aconsejada, porque si bien no le faltan valor y serenidad, ignoraba todavía muchos



secretos del arte de torear. Sin embargo no va hacia atrás, y está haciéndose un matador de toros bravo y duro.

Aparici, Salvador (*Pabrilito*).—Era hermano de Julio, valiente y de mucha voluntad, pero cuando empezaba á entender algo de toreo y á parear regularmente, falleció en Valencia en Septiembre de 1891.

Aparici, Francisco.—Otro banderillero á quien creemos hermano de los anteriores. Pareo regularmente, pero sin excederse en sus adelantos.

Aparicio, Salvador (*El Albañil*).—Banderillero que aprovecha bien y sabe por donde anda. En sus primeros años fué albañil, y de ahí le viene el

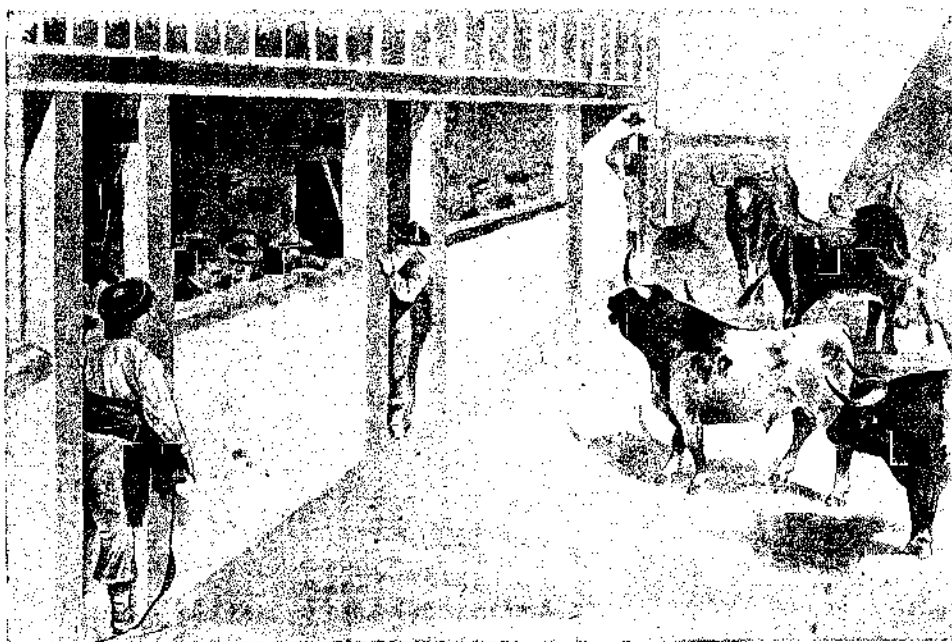


apodo, y empezó su vida torera corriendo novillos en Chinchón el 16 de Agosto de 1880, y luego en otros varios pueblos, hasta que en 12 de Febrero de 1882, banderilleó por primera vez en Madrid. Sin embargo, como peón de cartel no ingresó hasta 9 de Septiembre del 83, en que pareó en corrida de abono en la cual alternaron como espadas el *Gordito*, *Currito* y Felipe García, trabajando Aparicio desde entonces en las principales plazas de España y del extranjero. Nació el día 16 de Agosto de 1856 en la Puebla de Don Fadrique (Toledo), y es hijo de Angel y de Feliciano Díaz. Es valiente, pero quisiéramos que olvidase resabios de mala escuela con el capote, apartándose de las mojiganas que otros hacen fuera de arte aunque las vea aplaudidas.

Apartado.—Ilámase así el acto de enchiquerar á los toros que han de lidiarse, conduciéndolos

desde los corrales en que quedaron la vispera de la función á los jaulones, y de estos á los chiqueros. Para sacarlos de los primeros, los mayores están á pié con castigaderas y hondas; para hacer que de los jaulones entren en los chiqueros sólo pueden usar desde los balconillos las castigaderas. El mayoral da la voz á los carpinteros de «Primera derecha», los cuales, desde arriba también, sujetan la cuerda atada al picaporte de la puerta del chiquero, abren aquéllos esta, entra el toro, y cierran en seguida por medio de otra cuerda; repitiendo la operación á la voz de «Segunda, tercera ó cuarta derecha; primera, segunda, etc., iz-

tales cuestiones. Interin llega esto, precisaremos con la debida claridad las bases que, en nuestro concepto, deben tenerse presentes para dar suelta á los toros en corridas ordinarias en que haya tres espadas alternando. Nada hay que decir cuando los toros son de una sola ganadería, ni cuando, siendo de dos, por mitad, han de estoquearlos dos ó tres matadores, porque á cada uno de éstos tocará matar igual número de toros de cada ganadería; pero puede darse el caso de que se corran seis toros de cuatro distintos dueños, es decir, dos de una torada, dos de otra, y uno y uno de otras. Entonces debe soltarseles del chiquero por orden de



APARTADO DE LOS TOROS. — MACÍAS

quierda», según el orden que se dé á las reses para correrlas. La operación es breve, á no ser que algún toro se resista á ser encerrado y, corriendo hacia los bultos, tarde más en ser conducido á su destino. Antiguamente en Madrid, los aficionados conocidos y abonados tenían derecho á ver gratis el apartado, como en provincias; ahora se les cobra cuatro ó seis reales, según la corrida sea ordinaria ó extraordinaria. Hay más importancia de la que á primera vista parece en el enchiqueramiento del ganado, y por eso han sido y continúan siendo muy frecuentes las dudas y controversias acerca de la forma ú orden de enchiquerar el ganado, y atribuciones que para ello competen á la autoridad, ganaderos, Empresas y lidiadores. Conveniente sería que en un reglamento, que tanta falta hace para esta y otras muchas cosas, se fijasen reglas que acabasen de una vez para siempre con

antigüedad de la ganadería, y cuando concluyan uno de cada una, ompezar por orden inverso los restantes. El siguiente ejemplo dirá más claramente lo expresado:

- | | |
|----------------------|----------------|
| 1.º Veragua..... | primer espada. |
| 2.º Miura | segundo ídem. |
| 3.º Navarro..... | tercer ídem. |
| 4.º Miraflores... .. | primer ídem. |
| 5.º Miura | segundo ídem. |
| 6.º Veragua..... | tercer ídem. |

De modo que al segundo espada toca matar dos toros de una misma ganadería, porque al soltarlos por orden inverso al de su antigüedad, una vez concluida esta por haberse corrido uno de cada ganadería, sirve para que cierre plaza el mismo que la abrió. Si son de dos ganaderías distintas

los seis toros, pero cuatro de una más antigua y dos de la más moderna, el orden deberá ser el siguiente:

- | | |
|-------------------|----------------|
| 1.º Veragua | primer espada. |
| 2.º Miura | segundo idem. |
| 3.º Veragua | tercer idem. |
| 4.º Miura | primer idem. |
| 5.º Veragua | segundo idem. |
| 6.º Idem | tercer idem. |

O bien con arreglo á esta otra combinación:

- | | |
|-------------------|----------------|
| 1.º Veragua | primer espada. |
| 2.º Idem | segundo idem. |
| 3.º Miura | tercer idem. |
| 4.º Idem | primer idem. |
| 5.º Veragua | segundo idem. |
| 6.º Idem | tercer idem. |

á la cual damos preferencia. Así se consigue que, mientras es posible, alternen las ganaderías y que sigan después su orden hasta concluir por la misma que empiece. Si, por el contrario, dos toros son de ganadería más antigua y cuatro de otra más moderna, se correrán aquéllos en primero y sexto lugar, colocando seguidamente y sin interrupción los cuatro modernos desde el segundo al quinto. Cuando haya cinco toros de antigua casta y uno sólo de otra moderna, éste se correrá en segundo término ó en penúltimo lugar. Debe advertirse que en ocasiones, habiendo corridas de seis toros ó más, suelen matar los cuatro ó seis primeros dos espadas alternando, y los dos últimos toros un medio espada; y en este caso ha de tenerse presente que estos postreros pueden ser de cualquier ganadería, independiente de aquéllos, y sin alternar, puesto que tampoco el espada alterna; de manera que cuando concluyen los matadores de *alternativa*, finaliza esta también para el ganado. Sin embargo, cuando esto ocurra, cuidarán las Empresas y la autoridad de poner para últimos toros los de ganadería más moderna. Hemos apuntado en la forma que nos ha parecido más clara y comprensible los diversos casos que pueden ocurrir sobre el particular: sabemos que no siempre las Empresas se ajustan á la costumbre, que es ley mientras otra cosa no haya, pues á veces dejan para último toro al que suponen vale menos de entre los que encierran, sin cuidarse de su origen ó antigüedad. Los ganaderos no deben consentirlo: son los únicos que tienen derecho á que se enchiqúeren los toros suyos con la preferencia que quieran determinar, siempre que, después de que alternen con los demás por orden de antigüedad, se corran los últimos por orden inverso, á fin de concluir con toro de la misma ga-

nadería que empezó. Los matadores, por decoro propio, no deben intervenir nunca en estas operaciones, sino que han de matar en el lugar que les corresponda los toros que les pertenezcan, sin mirar ni atender á preocupaciones criticables. Si hay abusos á la autoridad toca remediarlos, y para esto y otras cosas asiste al apartado, no sólo, como se cree generalmente, á recoger certificación de sanidad del ganado. Es deber también de la autoridad, en el acto del apartado, exigir á los veterinarios que en dicha certificación expresen la edad y condiciones de los toros antes de enchiqúerarlos, y si tienen defectos desecharlos, porque una vez admitidos como buenos comparte la responsabilidad con aquellos profesores, si el defecto está á la vista, que de esas tolerancias han nacido disturbios en las plazas.

Apiñani, Juan.—El más diestro, según oímos á nuestros abuelos, de todos los pcones y banderilleros que hubo en el siglo pasado. Perteneció á la cuadrilla de Juan Romero y á la de Martín Barcaiztegui (*Martíncho*), con quien trabajó en Madrid hasta 1785, en que éste dejó de ser matador. Antes trabajó también con Manuel Palomo.

Apitonar.—Es empezar á descubrir los pitones el becerro ó becerra al menos así lo dicen los vaqueros y gente de campo.

Aplomado.—El tercer estado que tienen los toros durante la lidia, y en el cual, por lo regular, dan ya poco juego, y muchos se han hecho de sentido, sin acometer más que sobre corto y tomado inclinación á querencias casuales. Al toro que esté muy aplomado y sin piernas debe pasársele poco de muleta y por bajo, y no intentar recibirle, porque como le falta fuerza en las patas y está cansado, no acudirá, y si lo hace, se quedará en el centro de la suerte, lo cual es muy expuesto y deslucido. Sin embargo, no todos los toros, al llegar á este estado han perdido por completo sus facultades, ya porque se les ha castigado poco, ó ya también porque sean de rigor y poder.—Dice la Academia que aplomado es lo que tiene color de plomo, y no da más definición. Sin pensar nosotros ni remotamente en dar á nadie lecciones, creemos que podría adoptarse para la palabra de que nos ocupamos, y como definición taurina, la de «toro corrido y cansado, que en el último tercio de la lid se para, ganando en sentido lo que ha perdido en facultades», ó otra más conveniente. Por lo demás, nadie negará que la voz *aplomado* se usa para otras acepciones que las que da la

Academia. «Obró con gran aplomo, miente con aplomo», son voces que demuestran sensatez y juicio la primera, y serenidad descarada la segunda; y sin embargo, la Academia no las comprende en su *Diccionario*.

Apurado.—Se dice del toro á quien se ha corrido mucho y castigado tanto, que le han hecho perder facultades, ó sea poder y ligereza. Los recortes continuados con el capote á dos manos contribuyen mucho á apurar los toros.

Aragó, Ramón (*El Mono*).—Era uno de esos pobres maletas que andan de pueblo en pueblo, ganando para mal vivir, y tuvo la desgracia en la villa de Alboraya (Valencia) de que el día 24 de Septiembre de 1891, le alcanzase una vaca, de las que corrían en la plaza de la iglesia, y le hiriese tan gravemente en el pecho que le produjo la muerte á las pocas horas.

Aragón Francisco de Paula.—Uno de los principales banderilleros que en el último tercio del siglo anterior existían en España. Fué compañero del famoso Jerónimo José Cándido, antes de que este se hiciese matador de toros.

Aragón, Manuel (*Paquibillo*).—Banderillero de los más aceptables que han figurado en la cuadrilla de Montes, y después en la del *Chiclanero*. Era más hombre de inteligencia teórica que práctica, y eso que no se quedaba atrás ejecutando, y pasaba por ser uno de los toreros más conocedores de la indole y condiciones de las reses. Tenía buen trato y de chispcante conversación que le captaba las simpatías de cuantos con él hablaban.

Aragón, Francisco (*Paquero*).—Ni más ni menos que el que llevó con gloria ese mote. Si se le han dado, burla han hecho de él, y si él se le ha puesto, atrevimiento ha sido. Conque llegara á ser tan buen banderillero como fueron los dos anteriores, podría darse por contento. Es de moderna presentación en las plazas.

Aragón, Felipe (*Minuto*).—Buen banderillero, natural de Valencia, que en 1885 llevó Luis Mazzantini á Portugal, donde se quedó avecindado con gran contento de los aficionados lisboenses. Trabaja allí mucho, dicen que se ha hecho el me-

jor peón de brega que hay en aquel país, y que es oportunísimo en los lances peligrosos.

Aragonesa.—El modo de ejecutar la suerte de capear llamada por algunos *á la aragonesa*, va explicado en la palabra **FRENTE POR DETRÁS**.

Arana, Antonio (*Jarana*).—Matador de toros, hecho y derecho, de alternativa y de circunstancias. Es alto, no mala figura, aunque con el poco garbo que, moviéndose, tienen casi todos los largos de piernas: visto bien y no torea mal: tiene voluntad y no desconoce el arte, pero le trata poco, y es preciso que intime más con él, si ha de su-



bir adonde van sus propósitos. Lleva dentro de su pecho, el germen de ese modo de torear movido, de cuarteo, de adornos y floreos que es el que hoy priva y que caerá en cuanto se presenten un par de toreros de verdad, á ejecutar las suertes como los verdaderos maestros las han hecho: Arana debe abandonar por completo ese sistema, y estudiar el de la formalidad que se adapta más á su figura y facultades. Valor tiene, agilidad le sobra, con que á estudiar, que hace falta gente buena y sobran matadores. Es hijo de Rafael Arana y Patrocinio Carmona: nació en Sevilla el 9 de Abril de 1868, cursó las primeras letras, y á los once años empezó el oficio de marmolista: su afición al torero

le llevó a las capeas de los pueblos inmediatos, y una vez resuelto a ser torero, mató por primera vez dos toros en Bolullos de la Sierra el 26 de Julio de 1886, donde tuvo una cogida tan terrible que le hizo estar cincuenta días en cama. Luego figuró como banderillero de Manuel García (*El Esportero*), y más tarde en la del entendido Fernando Gómez (*El Gallo*), que le llevó a Méjico y a la Habana, donde estoqueó algunos toros, hasta que en 1890 se presentó como matador en las novilladas de Sevilla, trabajando también con matadores de alternativa en la plaza del Puerto de Santa María. Su maestro Fernando le dió en Sevilla la alternativa el 2 de Octubre del mismo año y el célebre *Frascuelo* se la confirmó en Madrid el 26 de dicho mes ó sea á los veinticuatro días. Más ó menos graves, pero siempre de importancia, lleva sufridas veintitrés cogidas, por confiarse demasiado y por dar á todos los toros el mismo juego, sin estudiar sus distintas condiciones. En eso nos fundamos para decirle que estudie.

Arana, Rafael (*Jaramila*). — Banderillero; hermano del que ya es matador de toros Antonio Arana. Veremos lo que da de sí, y qué resultado le da su aprendizaje en Méjico, donde ha empuñado ya el estoque. Hasta ahora...

Aranda, Baldomero (*Arandita*). — Muy compestito, con cierta gracia y no escaso valor, empieza á poner banderillas y correr toros. Es pronto para juzgarle.

Aranha, Simón. — Fué un regular mozo de forcado, que murió en Portugal, su país, hace bastante tiempo. Sin dejar de cumplir bien, no se excedió hasta el punto de que su mérito llamase la atención del público.

Aransaez, Saturnino. — Es un banderillero regular y valiente que se dedica ya á matar en novilladas, supliendo con cierta pericia práctica la falta de conocimientos. Es hijo de Julián y Petra Martínez, nacido en Santo Domingo de la Calzada, provincia de Logroño el día 11 de Febrero de 1865. Después de la primera enseñanza se dedicó al oficio de tapicero, que abandonó por su afición á torear en las capeas de los pueblos, consiguiendo llamar la atención por su valentía y desenvoltura, hasta que alcanzó un puesto en las cuadrillas de novilleros en la plaza de Madrid, y luego en

las de matadores de fama, como *El Gallo* y *Carancha*. Pasó á América, donde el año de 1892 hizo buena campaña, y de regreso á la Península tra-



baja con aceptación, conociéndose, sin embargo, que le falta mucho que aprender, aunque condiciones sobradas tiene para ello.

Arbolario — Toro de la ganadería de D. Carlos López Navarro, vecino de Colmenar Viejo, colorao, ojo de perdiz, y de gran trapío, que ocupaba el segundo lugar en una corrida celebrada en Victoria en 2 de Agosto de 1885. Saltó de la arena frente á la presidencia, salvando la barrera y el callejón de la misma, y quedando colgado por medio cuerpo, de la maroma, consiguiendo caer al tendido donde su presencia causó la natural confusión.

Arbolario subió y bajó las gradas del tendido; y estando abierta la puerta de salida de los toreros se encontró fuera de la plaza, donde fué muerto á balazos.

Arcas, Mariano. — Picador poco conocido. Trabajó en Madrid el año 1854, si no nos equivocamos. Después no sabemos que ha sido de él. Uno de tantos como figuran en el montón anónimo, del cual le hemos sacado para mencionarle aquí.

Arce, Antonio (*El Murciano*).—Pocas noticias han llegado á nosotros de este picador, natural de Beniajan, que tomó la alternativa en Madrid el 24 de Junio de 1821; parece, sin embargo, que era el mismo que se presentó otra vez como nuevo en la corte el 10 de Agosto de 1835.

Arce, Antonio.—Picador de gran fuerza. Su notable corpulencia le impedía la agilidad necesaria; pero esto no quita para que fuera su trabajo muy apreciado por los inteligentes. Era vecino de Madrid y querido por su buena conducta. En las funciones reales de 1878 ha figurado el tercero del orden de antigüedad; como que adquirió ésta alternando en tanda en la plaza de la corte el 14 de Noviembre de 1847. Después trabajó en casi todos los circos importantes de España con espadas de primera nota. Ha sostenido competencias con el renombrado Antonio Pinto y otros, y no quedó en mal lugar. En el día se halla retirado de todo servicio activo, y aun se nos ha dicho que ha muerto.

Arce, Juan.—En Sevilla trabajó como picador en 15 de Agosto de 1848. ¿Qué fué de él? Aficionados de aquella época no le recuerdan, y esto hace comprender cual sería su mérito.

Arcos, Conde dos.—La historia taurina del vecino reino de Portugal menciona un hecho de gran importancia referente al valiente adalid de dicho nombre. En el pasado siglo XVIII, y poco después de la elevación al trono del Rey D. José I, (1750) celebráronse fiestas reales de toros en Salvatierra, tomando parte como caballero en plaza el referido, que tuvo la desgracia de sufrir una terrible cornada que le dejó tendido en tierra. En la corte y altos magnates que presenciaban la fiesta viose aumentar el espanto que tal suceso produjo, al mirar que el anciano padre (ochenta años) del Conde, Marqués de Marialva se arrojó de pronto al redondel, sacó la espada, y con el capotillo ó ferreruero en la mano izquierda, fuese al toro con gran resolución: enmudeció asombrada la concurrencia, cuyos gritos y lamentos habían sido atronadores, como si temiesen ver una segunda catástrofe; pero el denuedo del Marqués, auxiliado por la Providencia, consiguió dar á la fiera tan tremenda estocada, que á los pocos pasos, y cuando Marialva se arrodillaba á besar á su hijo exánime, caía aquella rodando para no levantarse más. Tomando pretexto de la desgraciada muerte del Conde dos Arcos, y por influencia del Marqués de Pombal, el Rey D. José I prohibió las corridas reales de toros.

Arcón, Diego.—Banderillero dócil á las insinuaciones de los matadores con quienes ha trabajado. No tiene pretensiones, y hace bien, y mejor haría en retirarse del toreo definitivamente, ya que la afición se le ha enfriado tanto, que casi no se le ve en plaza alguna.

Ardura, Rafael.—Banderillero de regulares condiciones, poco conocido, y por lo tanto, de quien poco puede decirse en cuanto á su mérito. Pareó en Madrid, de donde era natural, en 1877, tomando parte en las fiestas reales del 78; y el día 16 de Octubre de 1880 falleció en Tarazona á consecuencia de una cornada que le dió el toro llamado *Centinela*, en la corrida del día 12.

Areces, Manuel (*Platero*).—Novillero á quien tanto le da poner banderillas como estoquear. Es nuevo, pero si no cambia de rumbo se quedará en nada, que el que mucho abarca, poco aprieta, y para todo se necesita aprendizaje.

Arejo, D. Luis.—Caballero de la Orden de Santiago. Escribió y publicó en Madrid en el siglo anterior unas *Advertencias* para torear, de que hacen mención algunos autores, pero de que no se encuentran ejemplares. Al menos nuestras diligencias para hallarlos han sido infructuosas.

Arena.—Es lo mismo que circo, coso, redondel ó ruedo en que tiene lugar la lidia de toros ó novillos en plazas cerradas. En Francia es donde más se dice «Las Arenas» al suelo en que los toros son lidiados.

Arestoy, Manuel.—Matador de toros en novilladas y en plazas de segundo orden á principios de este siglo. Con este torero empezó á correr toros Manuel Parra antes de tener catorce años, en varios pueblos de Andalucía. Le suponían valiente aunque poco entendido.

Arestoy, Fernando.—Banderillero andaluz que dió á conocer *Cúchares*, y que no hizo en su carrera grandes progresos. No sabemos si sería de la misma familia que el anterior.

Arévalo, Juan.—Picador de la cuadrilla del célebre Pedro Romero en el siglo último. Gran brazo y mejor mano. Dicen que sólo le faltaba más estatura para abarcar bien el caballo.

Argote de Molina, Gonzalo.—Escribió en Sevilla, donde se imprimió por Andrea Pescioni en 1582, un libro de montería, en que, con grandes conocimientos y exquisita proligidad, da las reglas para correr toros en el coso y para darles la lanzada. Antes había escrito algunos de historia, entre ellos la de la nobleza de Andalucía. Fué natural de aquella ciudad y de familia muy distinguida. (Véase ALANCEAR.)

Argüelles, Antonio.—Banderillero que pareó por primera vez en la plaza de Madrid en el año 1812. Hemos oído á los que le vieron que era buen mozo, y no hacía más que cumplir sin distinguirse por bueno.

Argüelles, Esteban (Armillá).—Empezó á jugar con becerros en la plaza de los Campos Eliseos, y después en las novilladas de la plaza grande. Se aplicó mucho, y por sus buenas disposiciones fué considerado como uno de los mejores banderilleros, porque cuadraba como pocos en la misma cabeza, y porque se le veía que sabía por donde andaba. Tenía de compañero á *Pablito* (Pablo Herráiz), del que aprendió mucho. ¡Lastima que con



la capa en la mano valiera menos que con los palos! Era natural de Madrid, donde nació en 19 de Febrero de 1845, siendo hijo de Antonio Baldo-mero Argüelles y de María Pérez. Sus adelantos en el toreo se marcaron rápidamente desde que en 1867 entró á formar parte de la cuadrilla del

maestro Cayetano Sanz, habiendo continuado después en la de Salvador Sánchez, á que perteneció. Falleció en Madrid á consecuencia de una dolencia crónica el día 1.º de Septiembre de 1879, y su muerte fué sentida por todos los verdaderos aficionados. Su cadáver fué acompañado en la tarde de dicho día, desde la casa mortuoria, calle de la Gorguera, al cementerio de la Patriarcal, presidiendo el duelo el espada Gonzalo Mora, el banquero D. Andrés Villodas y el matador Felipe García, con varios toreros y aficionados. Fué enterrado en la sepultura núm. 22 del patio del Corazón de María.

Archidona, Ramón.—Quería ser banderillero cuando empezaban el oficio Angel Pastor, Felipe García, Pepe Feijóo y algún otro; pero no sirvió para ello. Por eso fué corta su vida torera, que el pobre chico no podía llegar, ni con mucho, si quiera adonde aquellos subieron.

Arias, Manuel (Agujetillas).—Lo que á este le sobra, que es voluntad, á otros les falta; y en cambio, otros tienen de picadores de toros mucho más que él. Si hubiese aplicación y más práctica puede que el diminutivo de su mote se aumentase hasta llegar al superior, que con honra han llevado y llevan otros.

Arión, Diego.—En las veces que le hemos visto torear ha cumplido. Ha tiempo que empezó y aunque no se hacen los lidiadores en un par de años, ya era ocasión de conocer si había adelantado ó iba hacia atrás; qué es lo cierto que de él nadie habla.

Arisco.—En 11 de Junio de 1831, un toro negro de la famosa vacada de Vázquez, hoy Veragua, saltó en Aranjuez al tendido salvando las maromas, pasó á la grada, volvió á bajar, y en el tendido número 4 le recibieron con bayonetas y sables los voluntarios realistas, hasta que llegó con estoque el matador Roque Miranda, y le mató junto al tendido núm. 5. No hubo desgracias de muerte.

Arjona, Manuel (Costura).—Padre del afamado Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*). Fué un banderillero que cumplía regularmente, sin sobresalir en el primer tercio de este siglo, y luego un matador de toros menos que mediano. Como va dicho, tuvo la gloria de ser padre de

Arjona Herrera, Francisco (*Cúchares*).—Madrid y Sevilla se han disputado constantemente la gloria de contar entre sus hijos á este distinguido y muy notable matador de toros. Cada uno de dichos pueblos ha querido reivindicar para sí tan señalada gracia, y la verdad es que Arjona Herrera tanto podía ser considerado madrileño como sevillano; porque si bien es verdad que su nacimiento ocurrió en la corte, su vecindad y residencia constante han sido siempre en la primera de las capitales de Andalucía. Si *Cúchares* no hubiese sido una celebridad; si en vez de ser, como fué un gran torero, hubiera tenido la desgracia de quedarse, como muchos, en los primeros rudimentos de la carrera, nadie le querría para sí, ni aún se acordarían de él. ¡Cosas de mundo!

Francisco Arjona Herrera, á quien en Sevilla dieron el sobrenombre de *Cúchares*, no sabemos por qué causa, nació en Madrid el día 19 de Mayo de 1818, y no el día 20, como aseguran otros autores. La partida de su bautismo en los libros parroquiales de la de San Sebastián ofrece la particular circunstancia de que muy pocas páginas antes de la en que va escrita, se encuentra la de la célebre actriz doña Matilde Díez, que nació el día 6 de Marzo del mismo año. Son, pues, Arjona y Matilde hijos de una misma pila, como se dice vulgarmente, y cada uno de ellos recibió en el bautismo una gracia especial que con el tiempo les había de distinguir de los demás seres. Matilde, eminente en el arte dramático. Arjona, eminente en el arte taurómico. No queremos comparar, ni decir si para ejercer uno y otro arte son necesarios instinto, talento ó genio: queremos sólo hacer constar que para sobresalir en cualquier profesión, arte ú oficio del modo que han sobresalido Matilde y Arjona, se necesitan mucha voluntad y gran inteligencia cuando menos.

Dieron el ser á nuestro torero, Manuel Arjona (*Costuras*) y María Herrera, sobrina del famoso Francisco Herrera Rodríguez; y de consiguiente, no tuvo ni pudo tener más apellidos que los indicados. Sin embargo, durante mucho tiempo de su vida taurómica, en todos los carteles se le llamó Arjona Guillén, imitando en esto á su tío Herrera Rodríguez, que fué conocido por el *Curro Guillén*, no teniendo tampoco este apellido. Hacemos mención de estos detalles de genealogía, porque hubo un tiempo en que se suscitaron contiendas sobre ello.

Era, pues, *Curro Cúchares*, que así se le conoció siempre entre los aficionados, un madrileño que en los primeros años de su vida fué llevado á Sevilla, donde sus padres se establecieron. Hijo de torero, sobrino de celebridad taurómica, emparentado por todos cuatro costados con gente del arte, y viendo siempre torcar, Arjona He-

rrera no podía ni debía ser otra cosa que torero.

Desde muy pequeño, desde niño, jugaba ya con becerras bravas en el matadero. A los doce años de edad entró como alumno en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y su valor y destreza cautivaron muy pronto el ánimo de sus maestros y del inteligente Juan León, que le tomó, bajo su patrocinio y le hizo matar en público un becerro á la edad de quince años. A los diecisiete ya figuraba como bravo banderillero de la cuadrilla de León, y al año siguiente mató, por cesión de aquél, algunos toros de todas condiciones, con lo cual se iba perfeccionando cada vez más y ejercitaba su prodigiosa agilidad.

En el año de 1838 Juan León quiso que Arjona torease con el notable Yust, y le recomendó para que éste le llevase á Andalucía y á otras provincias de España, desde las que vinieron á resonar en Madrid los ecos de los aplausos que *Cúchares* recibiera en todas ellas. Hubo necesidad de juzgar al novel matador en la corte, pues los aficionados estaban impacientes por si la fama que le dieron en provincias era justa y merecida: hizo-se, pues, venir á Madrid, y se presentó por primera vez en la arena de la puerta de Alcalá el año de 1840, alternando con Juan Pastor (*El Barbero*.)

Desde luego se vió en él un hombre desenvuelto como pocos alrededor de los toros, activo y eficaz en los *quites*. Mucho prometía ser en su difícil carrera; y aunque en la muerte de los toros dejó algo que desear, advirtiéndose en él inteligencia y un manejo especial de la muleta, que á muchos desagradó, pero que todos concedieron era de defensa. Desde entonces sus progresos fueron marcadísimos, y en cuantas plazas se presentó, con cuantos matadores de toros trabajó, en todas fué aplaudido, todos reconocieron su mérito.

Volvió á Madrid en 1845, alternando con su maestro Juan León y con el inolvidable José Redondo (*El Chiclanero*). *Curro Cúchares* estaba entonces en el apogeo de su fortuna y en la cúspide de su gloria. Trabajó con empeño y, sin embargo de los esfuerzos que hizo, no pudo vencer en la lidia al que llamaba un escritor sevillano «el Aquiles de su profesión y el antagonista más temible de cuantos han disputado el terreno al digno y singular sobrino de *Curro Guillén*.»

Los aficionados inteligentes, aquellos que saben lo que es el toreo verdad, se decidieron por el concienzudo *Chiclanero*, que no llevaba más de siete años de torero y ya era un maestro. El vulgo, la gente menos entendida, á quienes en las plazas les gusta ver á un torero hacer monadas con las reses, aplaudían indudablemente más á *Cúchares*, porque éste era juguetón, *mañoso* y divertido; pero no tenía el voto de los entusiastas por la buena escuela.

Y para que se vea que no es ésta una opinión particular ó apasionada, nos vamos á permitir copiar aquí el primer párrafo de la semblanza de este diestro que escribió en el mismo año de 1845 uno de los aficionados más inteligentes de España, de quien Montes decía que había aprendido algo. «Arjona (*Cúchares*).—Admirable y asombroso atronador, matador de tronío y torero atronado. Salta, brinca, corre, capca, banderillea, mata, descabella, adora, saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno,

porque unos aplauden y otros silban. A saber la razón dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, también se aplaudiría á tiempo. Primero matar á estocadas. Mientras el toro se preste, ninguno debe irse sin probar el estoque, y luego el tronío ó descabellamiento; porque hacer lo contrario un matador de toros, es aspirar á la gloria del célebre cachetero *Galafre* y del incomparable *Mosquita*, su digno nieto, ganando treinta veces más un espada que un puntillero. Joven con facultades, no es desgarrado, ni con buen cuerpo, sobrado de voluntad y fortuna, y tan celoso de su reputación en la plaza, que por no sufrir que otro se luzca á su vera, hasta tirará el capote á la cabe-

za de la res, ó le dejará enredado en las astas.»

Este es el verdadero retrato de *Cúchares* en aquellos tiempos; á lo cual añadiremos que ni entonces, ni mucho menos después, ha podido nadie marcar escuela determinada á este diestro.

Es verdad que en algunos lances imitaba y aun seguía los principios de la *sevillana*, ó sea la de la lidia que llaman *movida*, y nosotros decimos de lances *libres de cacho*, valiéndonos del tecnicismo taurómico; pero la mayor parte de las veces hasta 1852, y luego, siempre la desfiguró por com-

pleto, apelando al sistema de matar de *trampita* ó *al recuelo*, como decían los medianamente entendidos. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que *Curro Cúchares* era conocedor como el que más de los instintos y condiciones de las reses, y tenía una muleta, que manejaba tan diestramente para *consentir* á los toros y *taparse*, que muchos en algunos lances hubieran envidiado, aunque no fuese todo lo limpia y sujeta al arte que las reglas del mismo enseñan.

Curro Cúchares, pues, tenía un toreo especial,

peculiar suyo, que como no se fundaba en ningún precepto y él no sabía explicar, era imposible transmitirle á nadie. Sabiendo siempre lo que hacía, han creído muchos que su celo porque en el redondel ningún lidia-
dor se llevase más palmas que él, era envidia, y aducían como medio de prueba la conducta de poco compañerismo que había observado con matadores de nota especialmente, y su obcecación en no seguir consejos de nadie. No lo creemos así en absoluto. *Curro* era de poca inteligencia, pero honrado y bueno. Su carácter reservado y voluntarioso le inclinaba muchas veces á faltar, tal vez contra sus deseos, á sus mejores amigos: y se conocía que no era precisamente con intención determinada, sino porque de pronto y sin

pensarlo, y mucho menos reflexionarlo, decía ó ejecutaba lo que en el acto le parecía, en cualquier asunto, trance ó negocio que como torero y como particular se le presentara. Algunos perjuicios en sus intereses le originó esta conducta. Efecto de este mismo carácter, era indudablemente en muchas ocasiones muy predispuesto para no seguir consejos de nadie.

Hubo un tiempo que, si no en la plaza, al menos fuera de ella, atendió las indicaciones de Juan León y las de su apoderado en Madrid, el honra-



disimo comerciante y notable aficionado señor D. Antolín López, nuestro inolvidable amigo, que no dudamos en asegurar contribuyó, tanto ó más que el mismo *Cúchares*, á formar á éste una reputación en la corte tan popular y de simpatías tan generales cual pocos han alcanzado: pero luego, nada más que por seguir sus instintos, desoyó más de una vez las advertencias de León, y fué ingrato con su padrino, hasta el punto de no volver á hablarle, por cuestiones ajenas á la lidia y en que él no tenía razón. Pasaron años, y aprovechando cierta ocasión nosotros y otros amigos, contribuimos personalmente á que se estrechasen la mano alijado y padrino, diciéndonos éste con lágrimas mal reprimidas que á *Curro* le quería como á un hijo.

Dejando esto á un lado, de lo cual solo hablamos para dar á conocer el carácter de *Curro* por lo que se relaciona con su profesión, no con su vida particular, volvamos á nuestra referencia. Continuó *Cúchares* recogiendo lauros en toda España, trabajó con gran aceptación en Francia y especialmente en Portugal, y á él se debe el haber dado á conocer á los españoles de la generación que acaba el toreo especial de los pegadores y caballeros portugueses, puesto que hizo viniera á Madrid y á otras plazas del Reino el famoso empresario lusitano Alegría con una buena cuadrilla. También él importó los toros portugueses.

En el año de 1851 ocurrió en Madrid un hecho que pudo tener fatales consecuencias. Estaba contratado de primer espada, con exclusión de otro, el célebre *Chiclanero*, y aprovechando la empresa la llegada á la corte de *Curro Cúchares*, de paso para otras plazas, le comprometió, con ruegos de muchos aficionados, á trabajar una corrida, lo cual anunció así al público el mismo día de la función. Antes de empezar ésta, Redondo subió á la Presidencia y manifestó al difunto duque de Veragua, que la desempeñaba, que él creía deber matar el primer toro, porque en su escritura constaba que en aquel año sería él el único primer espada, á lo cual asintió aquel señor; pero sabiendo esto *Cúchares*, subió también é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla, y aquella autoridad, cuya competencia para resolver la cuestión era notoria, no solo por el puesto que ocupaba, sino por su inteligencia como ganadero y aficionado, se contentó con decir á *Curro*: «Efectivamente, tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?» Y al *Chiclanero*: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada». Palabras vagas que á nada le comprometían, pero que pudieron comprometer la vida de los diestros. Estos tomaron muleta y estoque al oír la señal, saludaron á un tiempo y marcharon al toro, dándole Redondo dos *pases*, y al salir del segundo, *Cúchares* dió á la res, que se

la llevó con el capote el *Galleguito*, tan tremendo *golletazo*, que acabó con ella, causando esto terrible confusión de gritos y riñas entre los espectadores. Mucho respetamos la memoria del señor don Pedro Colón, difunto duque de Veragua; pero este respeto no es bastante á detener nuestra pluma: él tuvo la culpa del conflicto, y á él cabría la responsabilidad de lo que hubiera podido ocurrir. Como autoridad, como inteligente, como hombre á quien se le previno antes el suceso, debió impedirlo á todo trance. Pero no lo hizo, y francamente, creemos que faltó á su deber.

Siguió el año aquel torcando Redondo en Madrid, los aficionados aplaudiéndole, y los partidarios de *Curro* y de Redondo haciendo votos por ver torcar juntos durante una temporada á los mejores toreros de la época. Efectivamente, al siguiente año fué contratado *Cúchares* con el *Chiclanero* en Madrid, y en honor de la verdad, debemos confesar que no hemos visto nunca seis corridas de toros tan bien lidiados como las primeras de la temporada, porque cada cuadrilla trabajaba sus toros con absoluta independencia de la otra, y todos se esforzaban por sobresalir. *Cúchares* no abusó de sus mañas, y trabajó lo mejor que pudo según su toreo especial; y Redondo, sin excederse en monadas, practicó en la muerte cuantas suertes menciona el arte escrito. Luego hicieron las paces, y en el resto del año ya no se esmeraron tanto, aunque hicieron cosas muy notables uno y otro.

Cúchares se resintió de una relajación en las rodillas, y esto fué causa de que sus malquerientes dijese que temía el combate con Redondo; pero nosotros no lo creemos.

A la muerte de Redondo, nadie podía disputarle el puesto de primer torero; se durmió sobre sus laureles, haciendo poco por conservarlos frescos, y se le atrevieron casi todos los matadores posteriores, que, en verdad sea dicho, á la mayoría les faltaba mucho, muchísimo, para saber la mitad que aquél. Se limitó desde entonces á cumplir, á divertir la gente, y, como dice un escritor antes citado, por cierto no sospechoso, á torear de *ventaja*, á falsificar los trances tauromáquicos; lo cual, unido á la decadencia natural en el que llevaba lidiando treinta años continuos, hizo que el público aplaudiese más á los nuevos astros que aparecían, por más que, volvemos á repetirlo, valían mucho menos. Tal vez esta circunstancia, y la necesidad de aumentar su fortuna, que por no saber manejarla había ido á menos, según se dijo entonces, le decidieron á marchar con su cuadrilla á la Habana, y antes de poder torcar, la víspera del día en que debió presentarse en aquella plaza, falleció en poco tiempo, acometido del vómito negro, en 4 de Diciembre de 1868.

Era *Cúchares* muy honrado, muy buen padre y muy amante de su familia; de ninguna instrucción, pero con buen instinto para hacerse querer; algo voluntarioso, como hemos dicho, é inclinado á hacer obras de caridad y filantrópicas. El pueblo de Madrid y España entera saben que *Cúchares* era el primero, en toda función para atender calamidades, que prestaba su concurso personal. Sabido es también que cuando el gran hombre de Estado D. Juan Alvarez Mendizábal, adquirió la enfermedad que le llevó á la muerte, le visitó, como mucha gente del pueblo, el famoso *Curro Cúchares*; y sabiendo éste que los recursos pecuniarios de aquél eran escasísimos, dijo con su natural franqueza: «Señor D. Juan, que aquí no se carezca de nada; que vengan cien médicos, que yo pago; y ahora no traigo más ¡caramba! pero ahí queda eso, y volveré.» Y enternecido, dejó bajo la almohada ocho mil reales, y hasta para el entierro de aquel político instó porque se le admitiese más dinero.

Podría decirse por algunos que tal vez afeciones personales ó ideas políticas le acercaron más á aquel hombre que á cualquier otro necesitado, y no es verdad. *Cúchares* era de corazón generoso, y nunca vió más que la precisión de socorrer, y socorría sin tasa; pero con el corazón en la mano, sin reserva de ningún género.

Cuando la guerra que sostuvo gloriosamente España contra el imperio de Marruecos, en 1860, presencié *Curro Cúchares* un día la marcha de los valientes soldados que iban á derramar su sangre por la patria. Todos los españoles, altos y bajos, niños y mujeres, vitoreaban á aquellos imberbes mozos, que tal vez no volverían á pisar el suelo natal, y les daban y ofrecían cuanto tenían á mano por obsequiarlos. *Cúchares* dió cigarros, pañuelos, dinero, y se quedó sin nada en las manos. —¡Mi general!—dijo, adelantándose resueltamente—no llevo nada encima, pero cuanto hay en mi casa es del ejército! Disponga usted, para alimentarle, de setecientas cabras, setenta cerdos y algunas vacas, que es cuanto ganado poseo, y luego de cuanto yo gane. Estos hechos dan idea de lo que *Cúchares* era como hombre particular.

Como director de lidia, hay que culparle de haberla desnaturalizado y olvidado, en términos de que hoy ya no se conoce. Nunca se hizo respetar de sus inferiores, que inferiores eran cuantos sus cuadrillas compusieron; ni siquiera, como decía Juan León, aprendió á disimular en el redondel cuándo le incomodaban los aplausos á otros, ni cuando los quería para sí.

Como torero, rayó á grande altura; capcando, nadie ha dado mejores *navarras*; y matando, si bien hay inteligentes que dicen «que para el que se precie de verdadero aficionado, el que no deje

consumada la primitiva suerte del toro, que es recibir, no es torero completo», opinamos que fué un buen espada, especialmente en los *volapiés*, y más que nada en las estocadas á un tiempo, en que alcanzó justa celebridad.

Estaba de Dios, como vulgarmente se dice, que los restos de tan buen lidiador volviesen á su patria, y al distinguido aficionado D. Ricardo García, de quien hablaremos en el lugar correspondiente, le cupo la gloria de ser el iniciador de tan excelente pensamiento. Aprovechando la ocasión de hallarse en la Habana, y la circunstancia de ser presidente de la Sociedad artística «Unión recreativa», abrió una suscripción entre los socios para costear los gastos de exhumación del cadáver, los de caja, funerales, conducción á la Península y nuevo sepelio, y después de vencer las consiguientes dificultades, y de obtener de la viuda de *Cúchares*, doña Dolores Reyes, el poder necesario, que otorgó á favor del Sr. García, en Sevilla, á 27 de Septiembre de 1883, ante el notario don Antonio Abril, se verificó la exhumación en el cementerio de Espada (Habana) el día 23 de Diciembre de 1884, á las cinco de la madrugada, en presencia del cura, del médico forense D. Carlos Montemar, del concejal D. José Masoda, del oficial del ejército D. Enrique García Alcolea, del comerciante D. Javier Sánchez y de los toreros Machío y Mestizo y varios aficionados, según consta del acta levantada al efecto. El conocido matador de toros, Francisco Sánchez (*Frascuelo* mayor) fué el que se hizo cargo en la Habana de los restos de *Cúchares*, y en Cádiz los recibió con la debida formalidad su hijo *Currito*, que hizo trasladarlos, desde el vapor que los trajo, á una balandra propia de D. Francisco Delgado, en la cual se encontraba con éste, el espada Manuel Hermosilla, los picadores José Trigo y Enrique Sánchez, el antiguo banderillero Francisco Ezpeleta y otros muchos aficionados. Dichos Trigo y Sánchez, tomaron la caja y la condujeron á la estación del ferrocarril para llevarla á Sevilla, á donde, efectivamente llegaron el domingo 11 de Enero de 1885, en unas andas forradas de terciopelo negro, siendo recogidos á las dos de la tarde por el clero parroquial de San Bernardo, para depositarlos en un elegante catafalco, construido al efecto en dicho templo, donde, cantadas que fueron unas solemnes vigilia, quedaron expuestas hasta el lunes 12, en que, después de una gran misa de *Requiem*, se depositaron definitivamente en un nicho abierto al lado del Evangelio del altar de Jesús de la Salud, de cuya hermandad había sido *Cúchares* hermano mayor. Formaron el cortejo fúnebre los acogidos del asilo de Beneficencia; el clero con cruz alzada; los picadores Juan Pérez, Miguel Salguero, Manuel y Antonio Crespo, Ca

nales, Pepe Trigo y Enrique Sánchez, éstos dos últimos conduciendo por las asas la preciosa caja de ébano, guarnecida de plata, y con un grande medallón en el centro, que decía: ¡Cúchares! y llevando las cintas el ganadero D. Antonio Miura, el antiguo aficionado D. Carlos García Lecompte, el matador de toros José Sánchez del Campo y el íntimo amigo de *Currito*, D. José Calcaño (hijo), y formaron el duelo con el espada José Martín (*La Santera*, hijo) cuanto Sevilla encierra en personas distinguidas entre banqueros, propietarios, comerciantes, letrados, militares, ganaderos, aristócratas, periodistas, jornaleros, industriales y aficionados al toreo, con los toreros Carmonas y demás allí residentes.

Tal demostración de afecto á la familia del finado, indica también cuál fué la celebridad de éste y su mérito; y el aprecio en que tienen su nombre los toreros, lo marca muy especialmente el comportamiento de Paco *Frasuelo* y *Mateito*, que en el precioso catafalco que se elevaba en el templo, ostentando cuatro coronas preciosas de laurel con crespon negro, colocaron á los pies otra corona de conchas entrelazadas con rosas y siemprevivas blancas, que servía de orla á un tarjetón, que en letras de oro decía: «Al célebre diestro Francisco Arjona y Herrera, los espadas Francisco Sánchez (*Frasuelo*) y Gabriel López (*Mateito*) é individuos de ambas cuadrillas en el día 2 de Noviembre de 1884. Habana». Y además pusieron en la parte inferior del túmulo la misma lápida que cubrió la primera sepultura, en que se leía: «Al espada Francisco Arjona y Herrera: falleció el 4 de Diciembre de 1868. ¡Su hijo!»

Honrando estos diestros la memoria de su antecesor, se han honrado á sí mismos. Procurando el Sr. D. Ricardo García la traslación de los restos del gran torero, se ha hecho acreedor al aprecio de todo buen aficionado y al de la familia de *Currito*, que en sentidas frases le dió gracias públicamente por medio de la prensa de Madrid y provincias.

Arjona Herrera, Manuel.—Hermano de *Cúchares*, á cuyo lado toreó bastante tiempo. Se hizo matador de toros. Fué valiente y atrevido, y aunque sin arte, ha dado tremendas estocadas con éxito seguro. Ha estado retirado de la lidia durante algún tiempo; pero luego se ha presentado en las corridas reales de 1878, donde suponemos habrá trabajado por última vez. También su hijo

Arjona, Manuel.—Intentó ser torero y se atrevió á matar en la plaza de Sevilla hace ya más de dieciséis años. Luego se presentó como banderille-

ro en las funciones reales de 1878, y desde entonces ó no ha vuelto á ejercitarse en la lidia, ó lo ha hecho tan pocas veces que su nombre es casi desconocido.

Arjona Reyes, Francisco (*Currito*).—No quiso conceder la Providencia á *Curro Cúchares* la dicha, que para él era grande, según los deseos que siempre mostró por ello, de ver en su familia un hombre de aventajada carrera, de estudios, como él decía, que con su inteligencia en los asuntos públicos y particulares, hubiera podido en su día estar al frente de su casa y hacienda, dirigirla y, cuidándola, aumentarla.

Conocía *Cúchares* que sabía ganar dinero como ninguno, pero comprendió también que no sabía administrarlo: no lo tiraba, no derrochaba, como otros de su profesión han hecho en bromas y frascachelas, y, sin embargo, aunque no pobre, dejó pocos bienes á su fallecimiento, habiendo tenido muchos.

Hizo cuanto pudo para conseguir el fin que hemos indicado. Dedicó á los estudios á su hijo Felipe, después de la primera enseñanza, haciéndole ingresar para la segunda en un acreditado colegio que hubo en Carabanchel, cerca de Madrid, y costeándole con esplendidez más tarde una carrera literaria, en que el mozo, aprovechando su natural despejo, sobresalía con ventaja entre sus compañeros. Mucho esperábamos de él los que le conocimos, porque á su buen entendimiento había que agregar una desenvuelta elegancia y trato social impropios de sus cortos años; y más que nosotros aún, esperaba su buen padre, que, loco de contento, no sabía qué hacerse con el chico cada vez que en los exámenes obtenía favorables notas. Muy natural era todo esto, y también que en su imaginación pensase retirarse un día del toreo, y siguiendo los consejos de su hijo, consolidar su fortuna y acrecentarla; pero no quiso Dios concederle tal favor; Felipe enfermó antes de concluir su carrera, y murió en la flor de su juventud.

Cuando *Cúchares*, pasadas las primeras impresiones de dolor y pena, calculó que su otro hijo Francisco podía continuar una carrera y sustituir á Felipe para el plan que se había propuesto, ya era tarde. Estaba en el joven *Currito*, que así le llamaron desde muy pequeño, más arraigada de lo que su padre sabía la afición al arte en que tanto sobresalieron sus antepasados. Mientras el padre trabajaba en todas las plazas de España y Portugal, permaneciendo por esta razón ausente de su casa más de la mitad del año, el hijo, siendo niño aún, aprendía en el matadero, en Tablada y en pueblos donde había novilladas, cómo se debe andar al lado de los toros, y cómo burlarlos y cas-

tigarlos. Llegó á hacer esto sin grave detrimento personal, y llegó también á matar toros con valor y arte antes de cumplir dieciocho años.

Su buena madre, María Dolores Reyes, no pudo conseguir que *Currito* abandonase ejercicio tan peligroso, y lo avisó á *Curro Cúchares*, para que tomase una determinación, como jefe de la familia; así fué que al volver este á su casa de Sevilla en 1864 y enterarse de que la afición de su hijo

senda, juzgó prudente, y en ello hizo bien, ayudarle y *empujarle* en su carrera antes de que le pudiese faltar el poderosísimo apoyo suyo.

Le incorporó á su cuadrilla, le llevó á muchas plazas, le hizo en ellas matar con frecuencia reses nobles primeramente, y de algún cuidado después, y por fin le dió la alternativa como espada en la plaza de Madrid el día 19 de Mayo de 1867.

En aquel día cumplía *Cúchares* cuarenta y nue-



había pasado de la teoría á la práctica, quiso ver si podría prometerse de la destreza y serenidad del mozo un éxito lo más seguro posible para librarse del riesgo que la lidia tiene en sí.

Presenció más de una vez cómo toreaba *Currito*, observó que tenía más calma de la que podía concederse á sus pocos años, y notó que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte. Alguna vez hasta llegó á entusiasmarse viendo á su hijo matar un toro. De modo que, enteramente convencido de que no podría apartarle de aquella

ve años. El hijo recibía el grado de Doctor en el arte taurino en el mismo pueblo que á su padre y á él vió nacer y cuando escasamente tenía veintidós años, puesto que *Currito* nació en Madrid en 20 de Agosto de 1845. Mató un toro de la ganadería del marqués de Hontiveros. Era el bicho receloso y cobarde, á consecuencia de una cornada recibida en el costillar izquierdo, y se defendía en la muerte, que le fué dada de un buen *volapié* aprovechando.

Desde aquel momento *Currito* se captó las sim-

patías del público de Madrid, que constantemente se las ha demostrado. No tiene menos en Sevilla; le quieren allí como se merece, y los aficionados le distinguen con su aprecio y consideración.

A caballo, en la faena de campo acosando y derribando reses, su especialidad es reconocida por todos. En el redondel, como espada, dice el señor Velázquez, y es verdad: «Arjona Reyes, en su toreo, marca el tipo seco y bravo de Montes y Domínguez, separándose de la escuela de movimiento de *Cúchares* y el *Tato*».

Nosotros, en vez de usar la palabra *escuela*, hubiéramos dicho *estilo*.

No sabía tanto como su padre, pero en el redondel guardaba mayor formalidad y compostura; si de aquél no aprendió nada, no fué suya la culpa ciertamente; en primer lugar porque *Cúchares* tenía, como hemos dicho en otra parte, un juego especial con la muleta imposible de ser enseñado ni comunicado á nadie; y además porque *Currito* había adoptado un toreo más serio, un *toreo verdad*.

En éste es más difícil sobresalir; pero no le importó, que el buen aficionado, el inteligente verdadero, apreció este trabajo en lo mucho que valía. ¡Lástima es que no haya maestros de quienes hubiera podido aprender la perfección de las suertes supremas del toreo, y corregir sus defectos! Nosotros, al aconsejarle que no se apartase de la buena senda, le reprendimos duramente su flemática parsimonia en la mayor parte de los casos, pero en muchas ocasiones, ¡qué pases tan limpios y completos! ¡Qué estocadas tan por derecho! Y decíamos: si *Currito* estuviese siempre *queriendo*, pocos se le pondrían por delante; pero *no quiere*, y esto le perjudica: le falta la sangre de su padre, que en el hijo tiene más linfa.

Joven, simpático y garboso, pero de carácter negligente, no hizo de sus verdaderos amigos el caso que debiera; y no es por desatento, ni porque los despreciase, sino... por indolencia. Costábale trabajo salir de casa para visitar á un amigo, aun que éste le pudiese proporcionar un buen ajuste; y por no moverse de un sitio en que estuviera conversando con cuatro camaradas, era capaz de retrasar el cobro de la nómina ocho días.

Se le ha aconsejado que sacudiera esa pereza, demostrando actividad, que inteligencia no le falta ni facultades tampoco, y nada, lo que desde bien pequeño formó su modo de ser, ha seguido y seguirá siendo lo mismo. Y él lo conoce, ¡vaya si lo conoce! pero ya no puede remediarlo. Ha visto entronizarse el barullo y la mentira sin protestar á tiempo con hechos, y ha caído tarde en la cuenta de que el toreo-verdad le han obscurecido los lidiadores de ventaja. No ha mucho se quejaba de ello en la prensa por medio de una carta en que le sobraba razón para decir lo que dijo, pero

á nadie culpe si no á sí mismo de su postergación. Pudo, y por indolencia no quiso: aunque hoy quisiera, no podría.

Severísimos cargos puede hacerle la afición taurina, que sabe lo que vale, pero también sabe que por él y otros ha llegado el arte á la decadencia en que hoy se halla. Después de la muerte de Manuel García (*El Espartero*), ocurrida en Madrid el 27 de Mayo de 1894, Currito Arjona cediendo á las instancias de su familia, se retiró definitivamente del toreo, que perdió en él un torero tan gran conocedor del instinto de las reses, que bien puede decirse que especialmente con los toros marrajos y de sentido no ha habido nadie que se le pusiera por delante. Parecía que con éstos solamente gozaba en dominarlos y abatirlos, por lo mismo que eran más difíciles de lidiar. Tranquilo ya, vive en el barrio de San Bernardo de Sevilla, con su simpática y honrada esposa, hija del que fué espada Juan Martín (*La Sautera*), gozando del bienestar concedido á los hombres de bien, decentes y caballeros.

Arjona, Mariano.—Picador de toros que en Madrid trabajó hace veintiocho años regularmente y nada más. Su mérito no ha de cantarle la posteridad: picó en las fiestas reales de 1878, y luego volvió á eclipsarse como ya lo estuvo anteriormente.

Armarse.—Así se dice cuando el espada lla la muleta y coloca el estoque alto, formando con el brazo una misma línea, en disposición de esperar al toro ó de arrancar á él. Puede decirse lo mismo del picador cuando cita al toro y se coloca en suerte con la garrocha; pero no es tan usual la palabra hablando de los jinetes.

Armas.—Las del toro son sus astas, y así se las llama; las del torero de á pie el capote y la muleta, ó sea el engaño; y las del de á caballo su fuerza en el brazo derecho y su inteligencia como jinete. Claro es que armas son la garrocha, los robiletes y el estoque; pero sin aquéllas, de poco servirían éstas en la lidia.

Armengol y Roca, D. Mariano.—Si hay en Cataluña algún verdadero aficionado á nuestras fiestas de toros, lo es realmente el distinguido profesor de medicina de que nos ocupamos en este lugar. Nació en la misma plaza de toros de Barcelona, casa-administración, el 28 de Diciembre de 1843; ha escrito con inteligencia y talento,

y con los pseudónimos el *Barbón* y el *Acéstico*, en varias publicaciones de Madrid y provincias; ha administrado y administrará la plaza de aquella ciudad condal, con tal competencia y acierto, que



desde 1870, en que tomó ese cargo hasta el día, ha hecho cuadruplicar los productos de la finca; y por último, queriendo *hacer* afición en aquel país, cuando no ha habido empresario lo ha sido él, y siempre organizando en todos sus detalles las funciones. Así queremos nosotros los aficionados.

Armengol y Castañé, D. Mariano.—Hijo del anterior y no menos aficionado. Se le conoce en el mundo taurómico por el pseudónimo de



Verdugillo, con el cual ha escrito preciosos artículos en casi todos los periódicos taurinos de la

Península y Ultramar, adquiriendo un nombre distinguido. Es director propietario del *Torero de Barcehona*, que fundó en Junio de 1889 con general aceptación por la competencia que demuestra en cuantas cuestiones trata, y la buena redacción de su parte literaria. Nació *Verdugillo* en la casa-administración de la plaza de toros de Barcelona el 22 de Marzo de 1871, tomó el grado de bachiller en 1890, y siguió la carrera de su buen padre, digno ejemplo que imitar. A tal extremo ha llegado la afición taurina en este joven, que no hace aún tres años se dedicó a la difícil tarea de enseñar el arte a media docena de muchachas, que luego en todas las plazas de España han dado muestras, lidiando becerros de dos años, de notables adelantos y de la diferencia que hay entre presentarse, como otras mocetonas, ante la fiera, sin más amparo que el de Dios, y acudir a todos los terrenos con inteligencia y sabiendo lo que va a hacerse. Lolita Pretel y Angela Pagés, especialmente, capean de todos modos, ponen banderillas en todos los terrenos, pasan bien de mulata y matan regularmente, con valor, sin precipitaciones y con conocimiento. No puede exigirse más, ni aun tanto, a criaturas que no llegan a la edad de veinte años, y el señor Armengol debe estar satisfecho del buen resultado de sus lecciones, que le han acreditado de maestro.

Aroca, Agustín.—En principios del presente siglo era un matador muy aceptable, que trabajaba por delante de Núñez (*Sentimientos*). En Madrid, un día de la segunda temporada de 1808, mató tres toros por la mañana y otros tres por la tarde de seis estocadas recibiendo, cuatro altas y dos bajas, y casi siempre que podía esperaba, y no se iba a los toros, lo cual era muy común entonces, porque al volapió arrancaban únicamente, cuando las reses no acudían por falta de facultades, que es el caso para que fue inventado, por el célebre *Costillares*.

Arocha, Miguel.—Fue uno de los más nombrados banderilleros, discípulo de *Costillares* y contemporáneo de José Delgado, en el último tercio del siglo anterior. No llegó a ser espada, ó al menos no le hemos visto figurar como tal en ningún cartel.

Arquero, Antonio.—Figuró como picador en los carteles de Madrid, donde trabajó por primera vez el día 9 de Agosto de 1819, y luego no ha pertenecido a cuadrillas de contrata constante, que sepamos, sin duda por no ser muy sobresaliente su trabajo.



Arrancar. — El acto en que, ya el diestro, ya el toro, parten y se dirigen uno al otro ó á cualquier punto ú objeto; y según á la distancia desde la que lo realizan, se dice arrancar por derecho, cuarteando, en corto, sobre largo, ó de lejos. — En el nuevo tecnicismo taurómico hay una suerte de matar que se llama *arrancando*, y se ejecuta del modo siguiente: cuando el toro se para en los tercios de la plaza, ó en otro sitio que no sea pegado á las tablas por aplomado; cuando después de haberle pasado de muleta convenientemente, se le deja colocado en suerte con los pies iguales y sin que la cabeza esté humillada; cuando el torero se coloque frente á frente, á una distancia un poco mayor que la que se exige para matar recibiendo ó á volapié: entonces, sabiendo que el toro conserva piés, y preparado en todo caso para que no le dé una colada, lla el diestro la muleta, se arma como para recibirle, y arranca de pronto sobre la res, haciendo en la cabeza un cuarteo disimulado, al tiempo que, ayudado por un quiebro de muleta muy marcado, clava la espada, y saliendo por piés hacia la cola del animal, se vuelve á esperar el resultado de la estocada. — Como siempre es feo y desairado arrancar de largo, y el verificarlo en corto, además de ser expuesto, no permite siempre hacer el cuarteo tan ceñido, hay diestros que, después de preparados con muleta y estoque, dan uno ó dos pasos atrás como tomando carrera, y con esto consiguen alargar la distancia más disimula-

damente. Podrá ser esto mejor para el diestro, pero tiene muchísimo menos mérito que arrancando en corto y por derecho, sea cualquiera el resultado de la estocada. Esta, no es más que una derivación de la estocada á paso de banderillas que describe Montes en su *Tauronomía*, aunque más perfeccionada, pero no tanto como lo está el volapié, si bien en aquella y en éste, al llegar al centro de la suerte, tiene el diestro que acercar la muleta al hocico del toro para que humille. Actualmente, como más fáciles que las de recibir y volapiés, se usa mucho este modo de matar arrancando, que sentimos se haya generalizado, olvidando las grandes reglas de los buenos maestros. Puede hacerse con toda clase de toros.

Arranque. — El momento en que el toro parte ó se dirige al bulto. El acto en que el espada corre á pinchar al toro en cualquiera de las suertes de matar, menos en la de recibir y aguantar, que en éstas no corre, sino que espera. La acción del banderillero al correr á clavar los palos. El súbito acto en que el caballo del picador, por haber sido herido ó espoleado, emprende carrera poco menos que desbocado.

Arrastrar. — El acto en que las mulas sacan del circo á los caballos y toro muertos. Cada tiro de



LAS MULAS SACAN AL TORO. — L. FERRANT

mulas debe sacar solo un jaco, y nunca dos juntos, y ha de cuidarse de arrastrar antes á los caballos que al toro. En las principales plazas, se engalanan las mulas con ricas y vistosas mantillas y arcos, y las guían ramaleros y tronquistas vestidos á la calesera, en lo cual antes, mejor que ahora, tenían vanidad los interesados por sobresalir en riqueza y gusto sobre sus compañeros. Hasta los tiempos de Felipe IV no se usaron los tiros de mulas para el arrastre en la forma en que ahora se verifica.

Arregui, Juan (*El Guipuzcoano*).—Es tan nuevo en el arte de torear, que hasta verle anunciado como matador de toros en novilladas el año 1892, no teníamos noticia de su existencia. Nada hubiéramos perdido con no verle; le falta mucho para ser torero; sin embargo, con la práctica y los buenos deseos, todo puede conseguirse.

Arremetida.—El acto de echarse el toro sobre el bulto, llegando á él; diferenciándose en esto de la acometida, que no necesita para serlo tocar al objeto. Dice el *Diccionario* de la Academia que arremeter es acometer con ímpetu y furia; y como el toro siempre lo verifica de este modo, creemos que nuestra definición hará comprender á los taurómacos con más exactitud la diferencia entre ambas palabras.

Arrollar.—Se dice que el toro arrolla al diestro cuando no habiéndole éste dado bastante salida en cualquier suerte, se le ceba encima, y sin tropezarle tiene que salir por pies sin consumarla; ó bien cuando, por revolverse aquél vivamente, ó por no dar tiempo á prepararse al torero lo bastante, queda sin ejecutar la suerte proyectada. Puede serlo también en la salida después de haberla hecho, y como la palabra la tomamos en el sentido de poner en derrota, un diestro puede ser arrollado sin «encunarle» ni «ombrocarle». (Veánse estas palabras.)

Arromerado.—Por carteles de corridas celebradas en 1803, sabemos que entonces se usó este nombre para señalar la pinta de toros, malamente. Quisieron decir, ó al menos así lo decimos ahora, cárdeno claro.

Arropar.—Se dice siempre que á los toros bravos, para conducirlos á punto determinado, en el campo, ó en las plazas para encerrarlos ó sacarlos

al corral se les rodea con los cabestros, tan de cerca que se tocan. Es admirable el instinto de los mansos, que, como si estuvieran persuadidos de su misión, estrechan de tal modo las reses bravas, que aconchándose á sus lados y colocándose delante y detrás, no las dejan ver siquiera el sitio por donde van.

Arrue, Enrique (*El Francés*).—Para ser torero empieza ahora el aprendizaje. ¿Se quedan tantos en él? Para él hará si todo lo confía al valor, olvidando, mejor dicho, no estudiando lo que son las reses y lo que es el arte de torear.

Artaiz, D. Ignacio.—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en Madrid en el año de 1833 con motivo de la jura de la Princesa de Asturias, doña Isabel. Fué de los más afortunados rejoneando; mereció los honores de caballero y una pensión de la casa real. Le apadrinó el duque de Osuna; vistió traje á la antigua, color de botón de oro, ó sea amarillo fuerte, y ha fallecido en 28 de Septiembre de 1868, siendo oficial de Administración civil.

Artan, Joaquín.—Catalán, joven y valiente creyó este mozo que nada más necesitaba para ser banderillero, y luego la experiencia le ha enseñado que hacen falta otras cosas para ser torero. Allá por México anda perfeccionándose.

Arte.—¿Debe llamarse así la tauromaquia, y de consiguiente *artista* al torero? Veámoslo. Llámase arte al conjunto de preceptos y reglas para hacer bien alguna cosa, al oficio que se ejerce para subvenir á las necesidades de la vida, y también se llama arte la producción de una obra cualquiera destinada á *cultivar la imaginación humana*. ¿En qué caso de estos se encuentra el de torear? Siempre ha sido esta cuestión acaloradamente sostenida, ya en pró, ya en contra, según los grados de afección ó antipatía que cada uno tiene á la fiesta nacional. Sus contrarios ni siquiera conceden sea arte, considerándole como oficio bajo y despreciable; y los entusiastas ó apasionados al toreo, no sólo le llaman arte, sino que le ensalzan más, mucho más que á alguno de los que por ejercitarse en teatros ó circos, confieren al que los practica el título de artistas. Dicen, y dicen bien en nuestro concepto: gha de llamarse artista al bailarín, cuya ciencia está en sus pies, que realmente para ejercer su arte no necesita tener gran inteligencia, que le basta la habilidad adquirida en un oficio

que creemos completamente mecánico, y no ha de darse aquel nombre al que, siguiendo reglas fijas, inmutables, *estudia* las condiciones de la fiera, aplica rápidamente aquéllas para burlarla, pone en juego su inteligencia al par que su destreza para herirla y rendirla muerta á sus pies, *cautivando la imaginación humana* siempre que lo ejecuta? Para ejercer y desempeñar una industria ó un oficio no se exige otra cosa que más ó menos habilidad en las manos (á los danzantes en los pies), aunque, como en todos los oficios, haya sido preciso algún estudio para encontrar y establecer reglas por medio de las que pueda ejercerse convenientemente; pero aunque bajo este punto de vista pueda llamarse al oficio *arte*, no debe nunca apellidarse *artista* el que lo desempeña maquinalmente y por rutina. La Academia de la lengua llama artista al que ejerce algún arte, y artesano al que ejercita algún arte mecánico. El torero, ni ejerce arte mecánico, ni puede desempeñar su profesión maquinalmente, porque, ¡ay de su vida entonces! Necesita inteligencia, capacidad y gran valor para cumplir su cometido, y todo esto sólo pueden tenerlo hombres excepcionales. Si artista es el que posee un arte, á cuya perfección y mejor desempeño deben concurrir la *inteligencia* y la *mano*, dígasenos si con justicia no debe aplicarse ese calificativo al torero. Podrá hoy por hoy no comprendérsele entre *las bellas artes*; pero si *artes liberales* son «aquéllas en que tiene más parte el ingenio que la práctica y el ejercicio de la mano,» tendrá que llamarse liberal al *arte grandioso* que tiene tanto de magnífico como de inteligencia y valor se necesitan para ejercerle.

Arteagabeitia, José (*El Bilbaino*).—En el año de 1884 toreaba en clase de banderillero en la plaza de Regla, en la Habana, y aun creemos que llegó á matar algún toro. Dicen que manejaba con destreza el capote, que era valiente y bullidor; pero no podemos decir más de él, porque ni le hemos visto, ni desde entonces sabemos su paradero. Puede que América, en sus Repúblicas, haya sido el paradero de este compatriota.

Arthur Ramos, José.—Banderillero regular, que empieza á trabajar en Portugal, su país. No es cobarde, quiere, y ya es algo esto; pero hay que reflexionar un poco lo que va á hacerse y cómo va á ejecutarse, que es oficio de muchas quiebras y de fatales consecuencias el del toro.

Arus y Arderius, D. Rosendo.—Poeta catalán, siempre aplaudido en cuantas obras ha dado al

teatro en aquel país; ha querido también ser celebrado allende los mares, y lo ha conseguido en Nueva-York con su precioso libro *Cartas á la dona*, que tanta boga y popularidad ha alcanzado. Periodista experimentado, es de aquellos que, apartándose de rodeos y sutilezas para atacar, va de frente, y con aguda frase y energía apostrofa, hierre y derriba razonando. Como escritor taurómico, después de haberse acreditado de inteligente en Madrid, Zaragoza y otros puntos, fundó en Barcelona el periódico *Pepe-Hillo*, de grandísima circulación y admirablemente escrito. Tal vez este periódico ha sido una de las palancas que más poderosamente han levantado en aquel país la afición á las corridas de toros, y proporcionado, por este medio indirecto, recursos á los pobres y beneficios al pueblo que le vió nacer.

Asajarado.—No teníamos la menor noticia de esta voz, hasta que nos la dió á conocer el ilustrado Sr. Carmena y Millán, ni la hemos hallado en los Diccionarios consultados al efecto. En nuestro concepto debe significar, en cuanto á la pinta del toro, un color rubio azafranado—ahora colorado claro—que es el que en muchas partes se llama «jaro», aplicándolo á algunos cuadrúpedos; y de jaro suponemos se formó la palabra *asajarado*, denotando la aproximación del color, como se usan las de aleonado, anteado y otras.

Asensio, Bernardo.—Banderillero notable en los últimos años del siglo anterior, perteneciente á la cuadrilla del célebre maestro Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Dejó buen nombre, que es á cuanto puede aspirar el que para el público trabaja.

Asín, Juan Alberto.—Torero americano, que lo mismo trabaja á pie que á caballo; es decir, medianamente de aquel modo y bien jineateando. Es de tez oscura, y su especialidad la del capoe á caballo, que practica con singular destreza.

Aspeado.—En tauromaquia, más aplicación que á los hombres, tiene esa voz cuando se trata de los toros ó bueyes que por virtud de haber recorrido grandes distancias se dice que están *aspeados*; es decir, maltratados de las patas y rendidos de cansancio.

Aspiri, Luis.—Hace lo menos veinte años que toreaba en novilladas, dándose buena maña para

banderillero. Desapareció de la escena muy pronto, tal vez por dedicarse á otro oficio.

Asseca, Vizconde de.—Ya no torca este apreciable caballero rejoneador portugués, cuyo trabajo, sin despertar entusiasmos, agradaba siempre al público, que veía en él un hombre dispuesto á complacer y cumplir con el deber á que se había obligado.

Asta.—Véanse CUERNO, ARMAS y PALA, en los respectivos lugares de este libro.

Alenzano, José.—Alguna vez, pocas, se ve el nombre de este banderillero en carteles é impresos que tratan de toros y son relativos á corridas de fines del pasado siglo; pero nada dicen acerca de su mérito y demás circunstancias:

Astiblanco.—El toro que tiene la mayor parte de la cuerna blanca, siendo la punta de la misma oscura. Pocas veces sale buen toro el astiblanco, aunque esto no puede decirse como regla general; pero es hijo de la observación en muchos años.

Astifino.—El toro que tiene las astas delgadas y finas; es decir, lo que pudiera llamarse pulimentadas; porque generalmente el cuerno que es grueso pocas veces es limpio ó brillante. Para esta calificación no hay que atender al modo con que estén colocados los cuernos, altos, bajos, bizcos, gachos, etc.

Astillado.—El toro que tiene uno ó los dos cuernos roto, formando en su final ó punta hebras ó astillas más ó menos grandes, hechas casi siempre por efecto de cornadas ó derrotes en los toriles, tapias ó cercas. No estorba dicha circunstancia para que se le considere toro de plaza, si no tiene otro defecto. La Academia no incluye esta palabra en su *Diccionario*.

Atalaya, Conde de.—A fines del siglo XVII, según dicen las crónicas portuguesas de aquel tiempo, era este Conde muy notable toreando á caballo. No hay pormenores de las fiestas en que tomara parte.

Atalaya, Francisco.—Picador de toros en la cuadrilla de José Redondo (*El Chiclanero*). Traba-

jaba siempre con grandes deseos de agradar, y fuerza es confesar que casi siempre lo conseguía. Era bravo, duro y sufrido. Retirado del arte, murió en 1875 en el Puerto de Santa María donde había nacido, recordándole aun los aficionados de Madrid con verdadero entusiasmo.

Atienza, Manuel.—Un banderillero en novilladas del montón de 1892. No puede juzgársele aun, y ya era hora, pero no siempre acompaña la fortuna á los buenos deseos.

Atracarse de toro.—Es lo mismo que *embraguetarse* el espada al dar la estocada. Sucede unas veces por no marcar bien con la muleta la salida del toro; por echarse ésto encima al liar el matador; porque la res se acueste del lado derecho; y en pocas ocasiones, pero en algunas, por demasiada bravura del lidiador, que habiéndoselas con un toro codicioso y de sentido, sabe que es más cierto y seguro embraguetarse en corto que arancar de largo y saliéndose.

Atravesar.—El picador se atraviesa en la suerte suya cuando la rectitud del toro mira precisamente al costado ó estribo derecho, lo cual sobre ser muy deslucido, puede ser de fatales consecuencias. Vemos hoy, por desgracia, que muchas veces se atraviesan, porque parece que cuentan siempre con la seguridad de caer, y fian su salvación á las capas; pero antiguamente el toreo de á caballo fiaba más en su fuerza y destreza que en los auxilios que otros pudieran prestarle. Únicamente *Pepe Ilo* consiente que se coloquen con el caballo atravesado en el raro y desusado caso de intentar picar en el terreno de afuera, para sacar de la querencia de las tablas al toro, y da la razón de que éste no hará por el bulto, porque saldrá á buscar otra vez su querencia. Nosotros opinamos porque no se intente esta suerte.—El espada atraviesa al toro cuando le da una estocada alta ó baja, trasera ó delantera, que marca su final ó salida por el lado contrario, rasgando la piel, ó al menos señalándose en esta su salida, lo cual es censurable, porque de no haber hecho un extraño el toro, que se conozca por todos los espectadores, siempre creerán estos, que el matador cuarteó por salirse antes de tiempo, demostrando prudencia incompatible con su cargo.

Atronar.—El golpe dado con la puntilla en el nacimiento de la médula espinal de la res, ó sea en la cerviz, y con el cual el puntillero concluye

con la vida del toro; diferenciándose del descabello en que este se ejecuta por el matador con la espada antes de echarse el animal. Por lo demás, es igual el acto, si se exceptúa que el atronamiento es colocándose el torero detrás, y el descabello es situándose el espada de frente. También es atronar un caballo, cuando, además de tener vendados los ojos, se le meten estopas en las orejas, y se le atan para que ni vea ni oiga.

el arte de torear, para el que no tenía comprensión. Desde el año 1885 no hemos vuelto á saber de él. Creemos que pasó á América.

Avecilla, D. Félix.—Figura en esta forma, como sobresaliente de espada, en las célebres corridas Reales de 1789, cuando el advenimiento al trono



EL CACHETERO DA LA PUNTILLA — L. FERRANT

Augusto, Cesáreo (*O Gargalhadas*).—Hijo de Eleuterio José Severim y de Francisca Rita de la Concepción. Nació en Lisboa el 5 de Octubre de 1847. Es uno de los buenos pegadores que en el vecino reino han sido constantemente aplaudidos.

Augusto, Antonio.—Banderillero portugués que empezó á darse á conocer en 1868, y que no hizo grandes progresos en el oficio. Falleció en 1891, á consecuencia de un fuerte bolazo que le dió un toro en la plaza de Cintra, el día 29 de Junio del mismo año.

Avalos, José (*Arbelini*).—Fue gimnasta y después torero en novilladas; era hombre de facultades asombrosas, pero desconocía completamente

del Rey Carlos IV, y la competencia de Romero y Pepe Illo. Nada sabemos acerca de sus cualidades taurómacas.

Avecilla, D. Félix.—Caballero en Plaza que puso rejones en la función Real que se celebró en la Plaza Mayor de Madrid en 1803 con motivo de los desposorios del Principe de Asturias. ¿Será este el mismo torero de que antes hemos hablado, ó otra persona de igual nombre?

Aveiro, Duque de.—En Portugal, en 1735 y cuando las fiestas Reales celebradas por el natalicio de la Princesa del Brasil, fué uno de los caballeros en plaza más distinguidos. Rejoneó como es costumbre antigua en España, no con *farpa* á la portuguesa.

Avellar Troes, Victorino d'.—Discípulo del Marqués de Castello Melhor, empezó á rejonear á caballo á los 14 años de edad, vistas las buenas disposiciones que para lidiador presentó un año antes como pegador atrevido. El vasto herradero de Alfazcizao ha sido con preferencia el teatro de sus hazañas. Cuando por primera vez se presentó en Lisboa, precedido de gran fama, reveló ya conocimientos superiores que afirmó en Cintra en 1891, toreando un bicho difícilísimo. Como caballero, como pegador y como banderillero, ha demostrado siempre valor, inteligencia y gran observación, siendo también fundador en su dicha Quinta de Alfazcizao, de una escuela de tauromaquia á que asiste gran número de aficionados, y en donde se le ve ejecutar todas las suertes hasta la de matar que ha practicado alguna vez á estoque con gran precisión y serenidad. Es rico labrador, de buen carácter y muy espléndido.

Averdugado.—El color ó pinta del toro que se conoce por verdugo, pero poco marcada. No falta quien confunda ambos nombres en uno solo.

Avila, Manuel (Paquique).—Banderillero que alguna vez figuró como sobresaliente de espada, toreando hace muchos años en Montevideo á las órdenes del matador Vicente García (*Villaverde*). Es posible que ya no exista en el mundo.

Avilés, Francisco (Currito).—Es un banderillero que mata novillos, y un matador de reses bravas en poblaciones de segundo orden que pone banderillas. Extremadamente bien no hace lo uno ni lo otro; pero trabaja muy regularmente, con mucha fe y grandes deseos; esperábamos conocerle con un nombre acreditado en el toreo, pero ya vamos perdiendo las esperanzas, porque ha dejado pasar sus mejores tiempos sin descollar, como había derecho á esperar de él. Mató por primera vez en una novillada celebrada en Madrid el 25 de Marzo de 1886.

Avillez, D. José d'.—Noble portugués, torero muy acreditado en todas las plazas de aquel reino, no solo por sus conocimientos en el arte, sino por su gran figura. Empezó en el año de 1868, y hace ya algún tiempo que se retiró con sus laureles á descansar en su casa y administrar sus intereses.

Avizo, Vicente (El Navarro).—Ha empezado á picar toros en novilladas hace pocos años, y no

es raro que todavía no le haya tomado el tino al arte. Con el tiempo todo se andará, y veremos qué camino toma: si «al vado ó á la puente».

Ayala, D. Bernardino de.—Caballero rejoneador muy nombrado en la corte en el siglo XVII. Casi todas las crónicas hablan de él con gran encomio.

Ayguals de Izeo, D. Wenceslao.—Escritor de mediados del presente siglo que publicó diferentes periódicos, como *El Dómine Lucas*, *El Fandango*, *La Risa* y otros, insertando preciosas poesías alusivas á nuestra fiesta nacional, á la que era sumamente aficionado. Cuando en la Plaza vieja de Madrid lucían sus galas y hermosura bellezas como la duquesa de Medinaceli, la marquesa de Villaseca, la condesa de Toreno, las de Camarasa y otras ciento, la señora de Ayguals de Izeo ostentaba su preciosa figura en la delantera de grada tercera, siempre vestida de maja y elegantemente prendida, llamando la atención por su hermosura y graciosa sonrisa. Fué el matrimonio «chiclanerista» decidido, y más de una vez, en las reuniones que frecuentemente celebraba en su casa, sostuvo con Martínez Villergas y Bernat Baldoví empeñadas contiendas acerca del mérito de los toreros y de la buena ejecución de las suertes.

Nació este popular novelista y también autor dramático en Castellón á 18 de Octubre de 1801 y falleció en Madrid á 17 de Enero de 1873. Profesó ideas liberales muy avanzadas y fué diputado á Cortes.

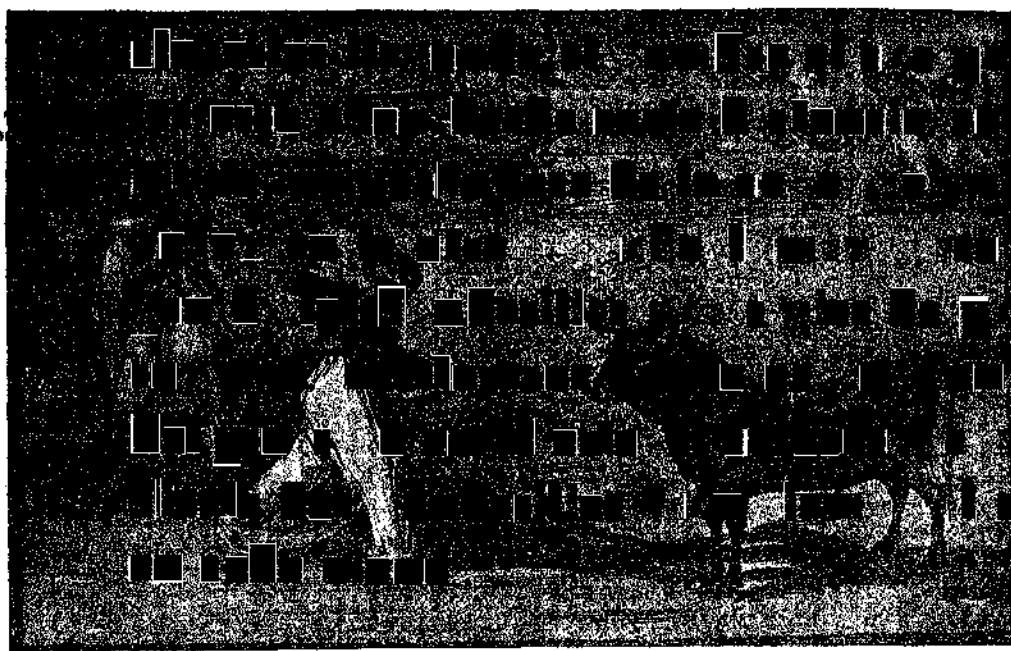
Azabache.—La pinta negra brillante que tienen muchos toros, y en especial los que se hallan bien criados y cuidados. En invierno es difícil que los toros tengan esta pinta, porque el pelo no es tan fino. Una de las ganaderías que tienen más toros de esta clase es la del Excmo. Sr. D. Eduardo de Ibarra, procedente de la de Muruve, de Sevilla, sin duda porque, además de cuidarlos bien, tiene la costumbre de no criar en su vacada toros que no sean de pinta negra exclusivamente; los que nacen con otra van al desecho de tiente y cerrado para novilladas ó al matadero: esta era hace pocos años la conducta de este ganadero ¿habrá variado de opinión? porque últimamente hemos visto toros de su vacada con pintas muy diferentes.

Azagaya.—Dardo pequeño arrojadizo que usábase en lo antiguo para molestar á los toros, en vez de los chilletes, después inventados. En la famosa co-

lección de láminas taurinas de Goya se ven algunos moros usando de azagayas, las cuales, más que clavarlas llegando el hombre al cuerpo del toro, se las arrojaban desde corta distancia con una sola mano, amparándose de la capa ó alquicel que llevaban en la otra. Indudablemente ese fué el origen de las banderillas que siglos después adoptaron nuestros toreros dando así evidente muestra del progreso en el arte, al colocar á cuerpo descubierto dos banderillas á un tiempo, llevadas una en cada mano.

de la sacramental de San Justo y San Miguel de Madrid.

Azararse.—Aunque suele decirse de «cosa que se desgracia», según los Diccionarios de la lengua, en tauromaquia tiene distinta significación. Se aplica al torero que ante los toros hace, sin querer, manifestaciones de precipitado, preocupado ó huido, que demuestra poca tranquilidad de ánimo, ya en sentido de valor desesperado, ó de



ORIGEN DE LAS BANDERILLAS. — GOYA

Azaña.—No sabemos quién sería este diestro del siglo XVI ó XVII del que dice Villarroel «que no serán ilicitos los toros, por el caso particular de que muriese en las astas el famoso AZAÑA, torador el más diestro que había en el mundo». En ninguna parte hemos encontrado dato alguno para comprobar quién era ese torero, hallándole únicamente citado en los escritos del Dr. Bravo de Lagunas, que se conservan en la Biblioteca nacional de Lima.

Azaña, Bruno.—Picador muy conocido, en Madrid especialmente, duro y de voluntad. Su falta de vista hacía que más de una vez marrase ó picase bajo, contra su intención, lo cual le incomodaba en extremo y procuraba enmendar su yerro. En su trato particular era alegre y decidor, de opiniones muy liberales, muy honrado y buen esposo. Ocupan sus restos un nicho de las galerías de la izquierda del patio grande del cementerio

miedo. Esto, que siempre es feo, únicamente puede tener disculpa, en el caso de haber sido arrojado antes el diestro ó visto la desgracia de algún compañero, aunque suceda que el valiente se azare precipitando su atrevimiento, y el preocupado ó huido procure escurrir el bulto.

Azcútia, D. Manuel López.—Excelente poeta y distinguido juriconsulto. Escribió diferentes obrillas en prosa y verso acerca de las corridas de toros, por los años de 1846 á 1856, con singular gracia y profundos conocimientos en tauromaquia. Después se dedicó á estudios más serios, llegando á desempeñar con especial aptitud el cargo de teniente fiscal del Tribunal Supremo. Era un cumplido caballero que falleció en Madrid el año de 1889 y había nacido en Carmona en 27 de Octubre de 1825. Fué el verdadero fundador en 1851 del periódico *El Enano*, que cedió después á don José Carmona.

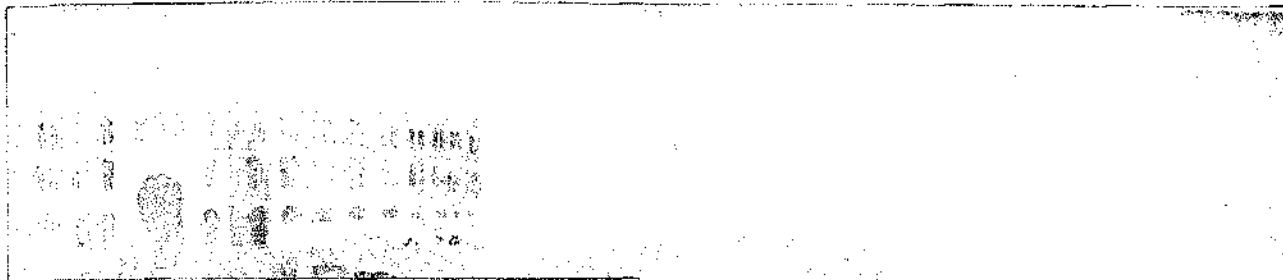
Azopardo, D. Rafael. — Distinguido Director de *El Torero de Valencia*, periódico escrito con gran conocimiento de cuanto se relaciona con el arte de Montes. No sabe bien el servicio que presta á la tauromaquia con su clarísima inteligencia y su excelente método de exposición.

Azucena, Francisco (Cuco). — Era un banderillero mediano, pero que agradaba por su graciosa figura. En 5 de Junio de 1840, al poner un par de banderillas á media vuelta en la plaza de Madrid, cerca del toril, volvió el toro, que era de la ganadería del duque de Veragua, divisa encarnada y blanca, por el lado de la salida, y enganchó á *Cuco*

con una tremenda cornada que, por haber sido en el costado, le causó la muerte. Fué enterrado en el cementerio de la Puerta de Toledo á los pocos días, acompañándole lo más florido de la afición torera de la Corte, y casi todos sus compañeros.

Azulejo. — Toro de la ganadería de Romero Balmaseda, antes de Barquero, berrendo en castaño, de buen trapío, que siendo lidiado en el Puerta de Santa María el día 24 de Junio de 1857 en séptimo lugar, tomó 23 varas, mató 9 caballos, y á petición del público no se le dió muerte y fué retirado, con grandes aclamaciones á su valentía.





¡A LOS TOROS! — MACÍAS

Baca, Francisco.—Fue un buen picador de vara larga de la cuadrilla de Juan Romero, y después de la de *Costillares*. En Madrid trabajó constantemente por los años 1780 en adelante, cuya circunstancia es una prueba de su mérito, pues que de otro modo no le hubieran contratado por tanto tiempo.

Baden, Antonio.—En el primer tercio de este siglo tenía bastante aceptación como espada este compañero del predilecto discípulo de *Pepe Illo*, Antonio de los Santos. Dicese que más de un francés, en la época de la guerra de la independencia, sintió el peso de su atrevida mano y experimentó de cuánto arrojo y bravura fué capaz el hermano de

Baden, Manuel.—Matador de toros en tiempo del renombrado Juan Núñez (*Sentimientos*), con quien y con su hermano Antonio Baden alternó en diferentes Plazas de la Península. Parece que era muy altanero y que no podía oír con paciencia las muestras de desaprobación que alguna vez le manifestó el público, llegando el caso de irse al toro al salir del toril, porque durante la lidia del anterior había sido silbado, arrojar el capote al suelo, hacer un recorte, agarrarse al rabo del animal, colgarle y derribarle, sentándose encima breves instantes. Esto denota su temeridad y su fuerza, porque si bien no es caso único el de haberse visto derribar a un toro coleándole cualquier diestro, es preciso para ello tener facultades físicas y conocimiento de las reses.

Baden, José Antonio.—Émulo del distinguido matador de toros Juan Jiménez (*El Morenillo*), antes de 1830. Recibió lecciones del célebre *Curro Guillén* y del maestro Jerónimo José Cándido y se le vió adelantar rápidamente en su profesión. Dicen que valía menos que el *Morenillo*, pero que por su buena figura y airoso porte tenía más simpatías. Sin faltarle valor, era menos decidido que Antonio y Manuel Baden.

Baden, Lorenzo.—Como peón de lidia dicen que aventajaba á sus hermanos Antonio y Manuel; pero como matador, eran éstos mucho más seguros, especialmente el primero. No tomó alternativa en plazas de primer orden. Sin embargo, en Sevilla trabajó con el *Panchón* en 1818, en clase de espada. Los que entonces vivían en Madrid y fueron aficionados, nos dijeron que en la corte estoquéó alguna vez, solamente como sobresaliente ó media espada.

Baden, Antonio (Moños).—Es un banderillero de buenas condiciones. Tiene grandes deseos y fe en el arte; sale bien, entra mejor, cuadra regularmente y se retrasa más de lo que conviene. Hoy es esto; mañana veremos si demuestra que es descendiente de tan buenos toreros como los anteriores. Debe procurar á todo trance ingresar en una cuadrilla de primer orden para darse más á conocer, que otros que valen menos figuran ya en ellas y el tiempo pasa y no hay que desaprovecharle. Nació en Madrid el 11 de Junio de 1852.

Baden, Francisco (Moños).—Hermano del anterior, de menos inteligencia pero también muy valiente y pundonoroso.

Baena, Ricardo (Baenita).—Otro banderillero de los modernos, que hasta ahora no ha tenido tiempo de distinguirse. Llamanle algunos *El Barbi*, y tal vez otro apodo le pondrán en otras partes, pero si al menos con alguno se diera á conocer como bueno, el mote poco importaría.

Baez, Miguel (El Mequí).—Hubiera pasado el nombre de este torero, tan ignorado como sus hazañas, en Huelva y en todas partes, si no le hubiese hecho recordar su hijo

Baez, Miguel (Litri).—De los matadores de toros, de segundo orden, es de lo mejorcito. Valiente sin

alardes, no desprovisto de conocimientos en absoluto, va donde vaya otro de su categoría. Hiere en corto y por derecho; y por no dar suficiente salida con la muleta al entrar, ha sufrido ya más de un disgusto. Sin embargo, ha mejorado algo esa falta, atendiendo, sin duda, indicaciones de aficionados, porque es modesto y poco pretencioso. Nació en Huelva el 15 de Mayo de 1869, del matrimonio de Ana Quintero Rofa con Miguel Baez, (*El Mequí*), siendo bautizado en la parroquia de San Pedro de aquella ciudad. En un arranque de entusiasmo paternal *El Mequí* llevó á su hijo cierto



día al Matadero, y tomándole en sus brazos le presentó ante un toro bravo diciendo en voz alta: «Como yo lo soy, has de ser torero tú.» Vaticinio estrambótico que se ha cumplido siendo el hijo mejor torero que el padre. No se cuidó éste mucho de la educación del niño, que malamente aprendió primeras letras porque los corrales del Matadero le llamaban más la atención.

A los dieciséis años mató dos toros, uno de los cuales le volteó en la plaza de Trigueros; á los diecisiete, ó sea en 1886, despachó otros tres en la plaza de Aroche, saliendo herido en un muslo, pero cobrando por primera vez la recompensa de su trabajo, que consistió en seis duros y algunos regalos. También salió herido al año siguiente toreando en Bolullos del Condado y otro tanto le sucedió en 1888, matando un toro en Nerva. Figuró en Agosto de ese año, en el cartel de la plaza de Sevilla, alternando con los novilleros, *Currito Avilés* y *Fabrilo*, y luego, en la villa de Carmona,

mató, sustituyendo al *Rejaco* en 1889, cuatro toros, el último de los cuales le hirió. Después ha trabajado con aceptación en Madrid y en casi todas las plazas de España, sin seguir escuela fija ni otras lecciones que las que la práctica le aconseja, lo cual es de sentir, porque al lado de un buen maestro *Líbrí* podría llegar á donde no llegan todos.

Tomó la alternativa en Madrid en el año 1894, en 28 de Octubre.

Baez, Lucas (*Encoro*).—Natural de Huelva, como Miguel, empezó á torrear en novilladas, allá en Andalucía, y se quedó atrás sin que su nombre haya vuelto á sonar desde hace ya media docena de años.

Bajo.—Se llama el puyazo que da el picador en el cuello del toro cerca de las paletillas; el par de rehiletes que pone el banderillero en igual sitio de la res; la estocada ó pinchazo que el matador da en la dicha parte, y que suele llamarse, si es muy baja, golletazo.

Bajonazo.—Véase ESTOCADA baja, y GOLLETE. Si es dado como recurso supremo, es tolerable, si no denota en el matador poca conciencia.

Balaca y Canseco, D. Ednardo.—Pintor de historia, natural de Madrid, donde nació en 1840, é hijo del notable miniaturista D. José, de quien es discípulo, y además alumno de la Real Academia de San Fernando. Sus cuadros vienen figurando en todas las Exposiciones desde el año 1858, habiendo obtenido por ellos diferentes recompensas; pero por el que la merece de todos los amantes del toreo es por un precioso cuadro «En la corrida,» que representa al matador de toros Angel Pastor saludando al público del tendido número 8 de la plaza de Madrid. No cabe mayor belleza ni verdad en el dibujo, ni más brillantez en el colorido. Balaca es profesor de la Escuela de Artes y Oficios, está condecorado, aunque no tanto como merece, y es un cumplido caballero.

Balero, Antonio (*El Papelero*).—Era un peón de lidia muy mediano, y también medianamente clavaba banderillas, en las pocas plazas donde trabajó, hasta que, en avanzada edad, se suicidó en Barcelona el 14 de Mayo de 1891. Su apellido aparece escrito en todos los impresos que hemos visto, como aquí va expresado.

Baltar, Miguel.—No servía para matar toros en novilladas, como él presumía. Lo entendió felizmente y se retiró: así debían hacer muchos. Fué su época la de mediados de este siglo, si es que época puede llamarse á un corto período de tiempo.

Ballart, Miguel (*El Catalán*).—Era un matador de toros en novilladas que vino á Madrid algunos años después que *Peroy*. Faltábale arte; era muy decidido y atropellado, y claro es, sin estudiar ni reflexionar sobre lo que ha de hacerse no es posible llegar á ninguna parte.

Ballesteros, Alfonso.—Picador de regulares condiciones en los toros de novilladas. No puede juzgársele aún, que es muy moderno; pero de primera intención diremos que si parece buen jinete, es más frío que lo que conviene al picador que empieza y quiere llamar sobre sí la atención pública.

Ballestilla.—Así se llama uno de los modos de dar la puntilla á los toros en las plazas, y es la que más comunmente se ejecuta. Es cuando la res se ha echado, y viniendo el puntillero por detrás, da el golpe, arrojándola con fuerza en la cerviz. Acerca de los demás modos véase la palabra PUNTILLA.

Banderilla.—Es un palo de unos setenta centímetros de largo, aunque ahora llega ya á los setenta y ocho, con un hierro á la punta á manera de arpon, y adornado comunmente con papel picado. En las funciones de beneficio se visten las banderillas, ó sean los palos, con cintas y flores de colores; se forman en ellas faroles de papel ó tela, que, al romperse después de puestas, dan suelta á muchos pajarillos, cuyo vuelo aumenta la algazara de la función; y se ponen en otras vistosas plumas cubiertas con una funda, que cae al colocarse aquéllas. Las hay también cortas, de unos veinticinco centímetros, que sólo se usan para determinadas ocasiones. Deben ser colocadas precisamente en lo alto del morrillo del toro, á poca distancia una de otra, lo cual consigue bien el diestro con la práctica, y teniendo cuidado al hincarlas de *juntar bien las manos y alzar los codos* lo más posible. Sobre las diferentes suertes de colocarlas hablamos extensamente en la palabra PAREAR. Sin embargo, bue



no será decir en este sitio que las banderillas que se clavan alargando los brazos y formando con ellas línea recta, son de poco mérito aunque pinchen en lo alto.

Banderillero.—El torero que pone banderillas.

Generalmente los toreros de á pié empiezan su aprendizaje de banderilleros, que sabido es tienen la obligación de correr los toros con el capote, y cuando tienen ya suficiencia toman la alternativa como espadas, á no ser que prefieran ser buenos banderilleros mejor que malos espadas, lo cual suele acontecer, y es digno de ser alabado. Debieran todos los matadores haber aprendido á clavar banderillas antes de empuñar el estoque; pero hay muchos que desde luego se han dedicado á estoquear, y los ha habido de primera nota sin ser banderilleros. No es ciertamente requisito indispensable aquél para ser matadores; pero el que aspira á titularse *maestro* debe saber hacer todo lo concerniente al arte que profese, aunque sólo se distinga en una sola cosa.

Bando.—En casi todos los pueblos en que se celebran corridas de toros se acostumbra fijar un bando de la autoridad, dictando reglas de buen gobierno para que no se altere el orden, y regulando muchas veces el tiempo, forma y modo en que deben verificarse aquéllas. Comprende también casi siempre las prevenciones, que aun duran en los carteles de Madrid, de que no se arrojen á la plaza objetos que puedan perjudicar á los lidiadores, que nadie baje al redondel hasta que esté enganchado el último toro; que no se permita entre barreras más que á los precisos operarios, y otras advertencias por el estilo, bajo las penas que desde luego establece el bando, ó se reserva imponer la autoridad. Las facultades de ésta en los referidos casos vienen reconocidas desde muy antiguo, y entre las infinitas disposiciones que pudiéramos citar, son las más importantes las leyes 9 y 12, título XXXIII, libro VII de la *Noctísima Recopilación*; el real decreto de 28 de Julio de 1852, y las leyes municipales dictadas con posterioridad. Debemos sin embargo advertir que los

alcaldes de los pueblos sólo pueden imponer multas que no excedan de cincuenta pesetas en las capitales de provincia, veinticinco en las de partido y pueblos de mil habitantes, y quince en los restantes, con el resarcimiento del daño que hayan causado, indemnización de gastos, y arresto de un día por duro en caso de insolvencia; y que contra esta imposición gubernativa puede el multado reclamar conforme determina la vigente ley municipal. Es muy conveniente que los alcaldes tengan presente ésta, y además el Código penal, para no extralimitarse, fijándose en el artículo que encomienda á los jueces municipales el conocimiento de los juicios contra los que den espectáculos públicos sin licencia, ó traspasando los límites de la que fuere concedida. Bueno es también saber que aunque la fuerza pública estará á las inmediatas órdenes del Presidente, si aquélla se ve acometida y tiene que repeler la fuerza con la fuerza, la responsabilidad de lo que suceda no será de aquél, sino del jefe que mande la guardia ó piquete destinado al dicho servicio. Por no lastimar el principio de autoridad, dejarnos de apuntar bandos preciosísimos dados en diferentes épocas por distintas autoridades, que han dado lugar á chascarrillos y



EL BANDO. — BARRANTES

burlas de que no queremos hacernos eco; pero esto no impide para que nuestros lectores sepan que en el siglo pasado, ahora hace cien años próximamente, se prevenía al público que el sombrero apuntado sólo había de tenerse puesto durante la lidia con un pico atrás y otro delante, rectamente y sin bajar las alas, para no molestar á los espectadores colocados detrás, y sólo mientras se arrastraban los toros y caballos podían atravesarse el sombrero. Y nosotros tenemos cartel en que, además de otras prevenciones, se dice literalmente: «Mediante estar aprobado por el Gobierno que *cualquiera persona de uno y otro sexo* pueda mandar guardar los asientos que guste, así en los tendidos como en las gradas, sin usar del distintivo de pañuelos, capas ni otra cosa, se previene, para que llegue á noticia del público, que el que quisiere lograr esta *satisfacción*, deberá poner de su cuenta anticipadamente los *eriados* ó sujetos de su confianza que se los custodien (no siendo muchachos desconocidos, para evitar los muchos perjuicios que de esto se han seguido), á quienes nadie podrá separar de ellos con pretexto alguno, sino los que los hubieren pagado, pues en su defecto se tomará perentoriamente con el infractor la correspondiente providencia, á fin de que se observen las acertadas del mismo Gobierno». Hasta el primer tercio del presente siglo era de rigor en Madrid salir á pié al redondel, después de hecho el despejo, y entre dos alguaciles, el pregonero de la villa, que, previa la venia de la Autoridad presidente, leía el bando en voz alta, mientras los espectadores le apostrofaban y silbaban, repitiéndose los silbidos y gritos cuando se retiraba solo, porque los ministriles pasaban al sitio que hoy ocupan. Hace ya más de sesenta años que fué suprimida en Madrid esta inútil ceremonia.

Bañuelos y de la Cerda, D. Luis.—Escribió en 1605 un libro de la Gineta en que comprendió varios capítulos dando reglas sobre la manera de torear á pie y á caballo y explicando la forma en que se celebraban esas fiestas en Córdoba, de donde él era natural y vecino. Decía mucho de las lidias de toros; del modo de esperarlos cara á cara, sobre la forma de torear con el garrochón; cómo se había de dar cuchilladas á las reses en los empuños de á pié, y cómo se había de andar con ellos con las varillas ó cañas.

Bañuls Aracil, D. José.—Este buen escritor alicantino es un ejemplo vivo de lo que vale en el hombre la voluntad para ocupar en la sociedad un buen puesto, aunque su origen haya sido humilde. Sus padres, modestos pero honrados indus-

triales, le dedicaron, desde muy joven, á trabajos mecánicos, apenas iniciado en las primeras letras; aficionado á éstas, se dedicó con empeño á estudiarlas en la lectura de libros clásicos, y se atrevió á escribir para el público, alentado en estos principios literarios, y después, por el distinguido escritor D. Antonio Lozano Enríquez, que le guió y condujo eficazmente en sus primeros pasos. En la *Revista* que sucedió á la *Revista de espectáculos* y en esta también colabora con asiduidad, como redactor desde su creación, lo mismo que en todos



los políticos, literarios y taurinos de Alicante, entre los que se cuenta como redactor taurófilo del *Graduador* que es el decano de aquella prensa. Nos han asegurado que el elegante y castizo escritor Excmo. Sr. D. Rafael Álvarez Sereix tiene escrito un prólogo para un libro de poesías que piensa dar á luz *Bañuls* muy en breve, y que ha de justificar una vez más las dotes literarias que posee. Corresponsal de varios periódicos taurinos de provincias, la fiesta nacional es su pasión, la prensa su cariño y los caballos su encanto. Nació en Alicante el 2 de Agosto de 1854.

Bañuls Aracil, D. Vicente.—Este notable artista es un entusiasta aficionado y admirador de la fiesta nacional y ha colaborado en el famoso periódico taurino *La Lidia* con preciosos dibujos que han ilustrado muchos números. Interpretando maravillosamente el pensamiento de la espléndida Sociedad taurómaca *Specta Club* de Alicante presta gran servicio dibujando todos los lujosos programas anunciadores de las corridas de toros que viene celebrando desde su creación. Nació en Alicante el 19 de Noviembre de 1865, dedicándose en sus primeros años á tallista, y después á trabajos de más importancia y á estudios que le han dado vastos conocimientos, hasta el punto de que puede afirmarse que es una verdadera enciclope-

dia. Suyos son, además de otras obras de pintura, el plafón, frontis y medallones del Teatro Principal de dicha ciudad, y en escultura algunos mausoleos y un hermoso busto del eminente actor Rafael Calvo. Premiado en varios certámenes artísticos, es hoy profesor de la clase de dibujo en la escuela de Artes y Oficios de su país, considerándole cuantos le conocen por sus obras, como pintor inspirado, escultor notable y diseador aventajado. Así también debió juzgársele cuando en la Exposición regional de 1894, le fué concedida me-

de pedir mucho más al que empieza, pero hay que ir mejorando y no estacionarse, que el tiempo pasa y no vuelve.

Baptista da Cunha, Antonio.—Claro es; quien poco vale, poco trabaja y por eso no llaman á este rejoneador á torear en su país, que es Portugal. Fáltale voluntad que es una de las cualidades más necesarias para trabajar en público, como que sin ella nunca se aprende.



Baragaña, D. Eugenio García.—

Imprimió en Madrid el año de 1750 unas *Reglas* para torear á pié, más extensas que las que veinticuatro años antes había escrito Novelli. Son buenas, aunque demasiado lacónicas, y de ellas se hace mención en casi todos los libros de toreo escritos con posterioridad.

Barahona, José.—Ahora empieza á rejonear toros á caballo y en Portugal. A ver si se aplica que para él hará y su nombre lo ganará.

Baratero.—Toro de la ganadería de don Ramón Romero Balmaseda, procedente de la antigua de Cabrera, de Sevilla; divisa verde, blanca y encarnada; colorado, bragado, bien armado, grande y de buen trapío. Fué disecado en el año de 1866, después de ser lidiado en la plaza de Madrid con el nombre de *Colegial* en 21 de Octubre de dicho año, y enviado á la

Exposición Universal de París. Para sacarle arrastrando de la plaza se tuvo la precaución de envolverle en una estera, á fin de evitar el roce de la piel con la arena. El distinguido fotógrafo don Pedro Marzo sacó varias fotografías de tan hermoso animal con la perfección que acostumbraba dicho artista.

dalla de oro, y lo mismo pensó la Junta encargada de elevar en Alicante una estatua al distinguido hombre público D. Eleuterio Maissonave, al encomendarle ese trabajo, que honra á Bañuls en tal extremo, que bien puede decirse, sin exageración, al contemplarle en la plaza de San Francisco sobre magnífico pedestal, que ambas obras están pregonando á voces el gran talento del autor y demostrando que de las clases más humildes de la sociedad salen los grandes artistas, si hay hombres que les ayuden á vencer dificultades, como sucedió á éste con la poderosa protección de D. Luis Penalba.

Baquero, Francisco (Baquerito).—Clava con precipitación las banderillas en funciones de toros, no los corre mal y tiene gran voluntad. No se pue-

Barbales, José.—Era uno de esos mozos atrevidos, que sin encomendarse á Dios ni al diablo, se lanzan á la arena con más valor que inteligencia. En 9 de Agosto de 1819 picó á caballo, y después banderilleó y mató al quinto toro de la tarde lidiado en Madrid. No le hemos visto en carteles después de aquella fecha, ni oído hablar de él más que en el sentido que dejamos mencionado.

Barbar, Miguel (Catalán).—¿Por qué matará toros este hombre? ¿No sería mejor para él y para el arte que, puesto que no es cobarde, aprendiese primero á torrear?

Esto le decíamos hace dieciocho años; pero el hombre desoyó nuestros consejos y se retiró del torreo, no sabemos si por voluntad ó compelido por las circunstancias. Tal vez consideró superior á sus facultades y á su inteligencia el estudio del arte y tomó el buen acuerdo mencionado.

Barbear.—Dícese que el toro barbea las tablas del redondel ó las tapias del cercado, cuando alzando el hocico va rascando aquéllas con la parte inferior de sus quijadas. Puede admitirse como regla general que el toro salta sin gran trabajo tanta altura como aquella á que alcance con la barba. Toro que en plaza empieza á barbear da mala señal de bravo y evidente muestra de estar huido.

Barbieri, D. Francisco Asenjo.—¿Qué hemos de decir nosotros de tan eminente celebridad musical? ¿No sabe toda Europa quién es Barbieri? ¿No recuerda Madrid, y con Madrid España entera, la preciosísima música de la popular zarzuela *Pan y Toros*? Pues entonces inútil es que digamos el motivo de incluir su nombre en



nuestro Diccionario. Nadie con más razón puede ocupar en él un puesto, porque con solo la música de dicha zarzuela, y prescindiendo de otras

piezas que todos recuerdan con deleite, ha fomentado la afición á los toros, popularizando aires nacionales que, por ser encomiásticos de dichas fiestas, la protegen ensalzándola. ¡De qué buena gana nos extenderíamos enumerando sus méritos! Pero no permitiéndolo la índole de nuestro libro, nos limitamos á decir que este gran maestro nació en Madrid el 3 de Agosto de 1823, siendo bautizado el día 5 en la parroquia de San Sebastián, y que después de mil penalidades, afrontadas con enérgica constancia, llegó en su arte á donde pocos llegan, viéndose condecorado con dos grandes cruces y perteneciendo á las Reales Academias Española y de Bellas Artes de San Fernando. Justa recompensa al que, empezando á ganar tres reales diarios como clarinete de la banda de un batallón de la Milicia nacional, luego cuatro pesetas de corista en una compañía de ópera italiana, más tarde maestro de coros y director, crítico musical, escritor de nervio é implantador de la zarzuela en España, ha empleado toda su vida en el trabajo, honrando al pueblo que lo vió nacer. Murió en Madrid el 19 de Febrero de 1894.

Barbudo.—Nombre del toro que mató al célebre José Delgado (*Ello*) en la tarde del 11 de Mayo de 1801 en la plaza de Madrid, según los pormenores que expresamos en la reseña biográfica de dicho diestro en el lugar correspondiente. Era el animal negro, cobarde y de ganadería de Peñaranda de Bracamonte, y fué el séptimo de la corrida. Entre otras muchas láminas entonces publicadas, D. Atanasio Rodríguez dibujó y D. Roberto Prádez grabó una grande estampa con el retrato de este toro y los detalles de la catástrofe. Parece que el animal perteneció á la ganadería de D. José Rodríguez, según unos, y á la de la condesa de Peñafiel según otros, y que usó divisa escarolada, aunque noticias recibidas por nosotros directamente dicen que el dueño de la ganadería fué D. José de la Peña, y hoy la poseen D. Enrique Méndez y D. Pablo Prieto, que no la destinan á la lidia. No es cierto, como se ha dicho en otros impresos, que la cabeza de *Barbudo* haya estado en la Historia Natural, porque no fué diseada.

Barcáiztegui, Martín (Martíncho).—Es común opinión entre muchos aficionados de valía, la de que casi siempre descuellan en el arte de torrear los hombres que han permanecido mucho tiempo al lado de las reses en el campo; y fúndanse para ello, principalmente, en que por necesidad tienen que estudiar la índole é instintos de aquéllas des-

de que las ven nacer, y en que, por lo tanto, la importantísima parte de conocimiento del ganado que debe tener un buen torero la llevan aprendida, antes que las reglas de torrear los sean conocidas con la debida precisión.

Lejos nosotros de negar este aserto, creemos firmemente que los hombres de campo tienen mucho adelantado para ser buenos toreros por la razón antedicha, y porque, al cabo del tiempo que entre toros andan, llegan, permítasenos la frase, á familiarizarse con ellos. Es decir, que de las tres condiciones esenciales que nosotros exigimos á los buenos lidiadores, la gente de campo trae lo menos la mitad, que es el valor, y además un conocimiento grande de los instintos del ganado. A veces, casi siempre, vienen también acompañados de la ligereza, sobre todo si se dedican á torrear á pié; de modo que sólo les falta adquirir el conocimiento de las reglas del arte, como antes hemos indicado.

Con estas aventajadas condiciones se presentó á torrear en las plazas de España, durante el último tercio del pasado siglo, Martín Barcáiztegui (*Martincho*), hombre cuyo temerario arrojo asombró entonces, y que hoy mismo, al referirse sus más notables hechos, admiran por lo increíbles y arriesgados.

Han supuesto algunos que Barcáiztegui era navarro, y en este concepto le han tenido, considerando paisano del pamplonés Leguregui, á quien acompañaba frecuentemente toreando; y aunque D. José de la Tixera dice que nació en la

villa de Haro, esto no debe ser exacto, si hemos de creer á los autores modernos que aseguran que Martín nació en la importante villa de Oyarzun, próxima á San Sebastián, en la provincia de Guipúzcoa, á mediados del precedente siglo. Fué pastor de los ganados pertenecientes al acaudalado D. Ambrosio de Mendiola; y tal vez hubiese continuado siéndolo toda su vida si no hubiese visto torrear casualmente al dicho Leguregui y otros que acompañaban á éste.

Parcióle á *Martincho* (este era el apodo con que desde pequeño se le conocía en el país) que no era cosa muy difícil lidiar toros, siempre que el lidiador tuviese valor para ponerse delante de ellos. Su hasta entonces limitada inteligencia comprendió que la vida del torero, en medio de los azares y peligros á que está expuesta, es alegre, variada y sobre todo independiente. Vió por un lado que su vida se deslizaba sosegada, tranquila, pero reducida, digámoslo así, á una perpetua servidumbre; y por otro, reparó que los toreros eran agasajados, aplaudidos y bien pagados en cuantas partes se presentaban, y que como hombres libres disfrutaban de las ventajas que la libertad ofrece.

Se hizo, pues, torero. Abandonó su pueblo, sus ganados mansos y bravos, y marchó con Leguregui y otros á torrear en diferentes plazas de la Península. Desde el primer momento se advirtió en él más al hombre confiado, bravo y temerario, que al estudioso, inteligente y reflexivo. Pero su bravura, su afán de sobresalir por todos, no tenía



EL SALTO DE «MARTINCHO». — GOYA

límites, y nadie conseguía los aplausos que á él se le tributaban.

Es verdad que nadie se atrevía á hacer tanto como él. Su excesivo valor, que podríamos llamar bárbara temeridad, le hizo intentar y ejecutar suertes hasta entonces nunca vistas, como la de saltar con los piés atados desde lo alto de una mesa por encima de un toro, y sentarse delante de éste después de haberle rendido capeándole.

Hay quien le atribuye la invención y ejecución en las plazas del caejo llamado *á la navarra*. Nosotros no sabemos si realmente *Martíncho* fué el inventor de los lauces de capa á la navarra, aunque parece eran su favorita suerte. Consta, sin embargo, que antes que él hubo otros toreros navarros diestros en toda suerte de caejo; pero esto no quita fuerza al dicho referido.

Lo que *Martíncho* hizo más de una vez, y nadie lo intentó siquiera entonces y mucho menos después fué la difícilísima y arriesgada suerte de matar toros sentado en una silla, sin muleta en la mano y con grillos á los piés. No se comprende tanto valor, tanto corazón. Y sin embargo, seguridad tenía al ejecutarlo, porque si no lo hubiera hecho con conocimiento de lo que intentaba, hubiera tenido graves cogidas desde el primer momento, y lo cierto es que nunca en dicha suerte fué enganchado.

Hoy nos admiramos, y con razón, de que un hombre se coloque sentado en una silla para poner banderillas á un toro, y que aquél salga ileso por medio de un rápido movimiento de cuerpo que llamamos *quiebro*. ¿Que diríamos si viésemos á otro, también sentado en una silla, pero con grillos en los piés, y por consiguiente sin poderse mover, sin más muleta en la mano izquierda para dar salida al toro que el castoreño de anchas alas y un desnudo estoque en la derecha, igual ó más corto que los que ahora se usan?

Hasta parece increíble que esto se haya ejecutado con repetición, y lo raro del caso haría que cuando menos se pusiese en duda, si no estuviese completamente probada la autenticidad del mismo. Además de que no hay historiador que deje de hablar de tan difícil suerte cuando nombra á *Martíncho*, bastaría para nosotros el testimonio del célebre pintor D. Francisco Goya, que inmortalizó los rasgos de audacia de aquel matador de toros, incluyéndole en su original y magnífica colección de láminas titulada *La Tauromaquia* ejecutando dicha suerte.

Y ya que hablamos de Goya, diremos aquí, sin embargo de que ampliaremos detalles al hablar de este gran genio en el lugar correspondiente de este libro, que *Martíncho* fué muy amigo suyo, hasta el punto de vivir juntos en muchas ocasiones.

Cómo pudieron hermanarse las voluntades de

dos seres tan enteramente distintos, no lo sabemos. Goya, todo inteligencia, todo inspiración. *Martíncho*, todo voluntad, rústico atrevimiento. Tal vez aquél, cansado de las farsas y mentiras sociales, no encontró verdad más que en el hombre, que le obedecía ciegamente en cuanto le pedía ó mandaba.

En *Martíncho* no había ficción de ningún género; ofreció de buena voluntad á Goya cuanto él podía y valía, y este aceptó con sinceridad la oferta. Vivieron juntos, viajaron juntos, y unidos torearon más de una vez.

Pero esto no pertenece á la biografía de Martín Barcáiztegui, por más que con su vida tenga tanto enlace. Cuando nos ocupemos de Goya, haremos ver lo que respecto del toreo fué este inimitable artista. Alma grande y de atrevidas concepciones, simpatizó con el gran corazón y temeraria audacia del torero; porque ni la inteligencia del uno podía asociarse con lo que no fuera extraordinario, ni el bárbaro atrevimiento del otro sujetarse más que á un genio privilegiado.

Martíncho, después de torear un buen número de años, se retiró á su país, y allí murió el 13 de Febrero de 1800 de una enfermedad que en pocos días acabó su existencia. Fué enterrado en Deva, que es el punto en que falleció, según asegura un historiador, aunque no hemos logrado comprobarlo.

El toreo perdió con él un valiente, que no debía á nadie su enseñanza, y que con sólo su valor y práctica se abrió paso entre la multitud para señalarse como uno de los que más llamaron la atención en su época. Le apodaron el *inimitable* porque en efecto lo era en los quiebros ó ceñidos recortes que hacía á los toros con el cuerpo, y con las banderillas al tiempo de plantarlas. Con la espada se desempeñó con mucho aplauso, dice un autor ya citado, y en lugar de muleta usaba por lo comun de un broquel ó rodela. Ha sido considerado como el más sobresaliente lidiador de su país.

Barciela, Manuel.—Banderillero moderno y por lo mismo de poco nombre. Donde más se le conoce es en Andalucía, y de allí pasó á México en 1892. ¿Se habrá quedado por allá?

Barco, Miguel.—Picador de vara larga, del que han quedado pocas noticias. Se sabe que en Sevilla trabajó por primera vez el 9 de Mayo de 1802, pero ningún dato hemos recogido para comprobar si toreó ó no en Madrid.

Barca, D. Enrique.—Notable escritor y aficionado excelente. Fué el alma del batallador y bien

escrito periódico titulado *La Verdad Taurina*, que tanto renombre alcanzó en las contiendas que sostuvo en defensa de determinado diestro con casi todos los periódicos taurinos de España. Ya hemos dicho que era apasionado; pues bien, aquel apasionamiento hizo morir al periódico, y el señor Barea desde entonces no ha escrito más que las revistas de toros en un diario político que hubo en Sevilla, titulado *La Avalancha*. Después se dedicó de lleno á los trabajos políticos y ha dejado los taurinos. Es lástima, porque eran notables sus escritos, tanto por sus formas correctas, cuanto por sus conocimientos del arte. Reside en dicha ciudad andaluza y aun creemos que es natural de la misma.

Barnabas, D. Francisco.—Caballero portugués, gran jinete, que rejoneó toros en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Agosto de 1623, representando á D. Duarte de Portugal, de la familia real lusitana, cuyo reino pertenecía entonces á España. Vistió traje leonado con pasamanería de plata.

Baro, Nicolás.—Podrá haber habido banderillero que supiese más que este, pero no que haya alegrado más la plaza ni se haya llevado más palmas. Era cuñado de José Redondo, en cuya cuadrilla figuró dignamente; y á consecuencia de haberse inutilizado en un vuelco de diligencia, dejó de trabajar en 1874. Ha sido un guapo mozo, dócil, complaciente y agradecido, pero tenía un defecto que suele ser más general de lo que debiera: el de palear sólo por un lado y esto, como fácilmente se comprende, limita mucho el mérito del lidiador. Con el capote no pasó de regular.

Barrabás.—Toro de la ganadería de D. Joaquín de la Concha y Sierra; blando, receloso, barroso oscuro, bien armado; divisa celeste y rosa. Fué el que en 1.º de Junio de 1857 dió una terrible cornada al espada Manuel Domínguez en la plaza del Puerto de Santa María, causándole en la cara tan tremenda lesión, que le sacó de su órbita el ojo derecho. El suceso ocurrió del siguiente modo: Pásole Domínguez de muleta dos veces, y el toro se fué á las tablas del lado opuesto. Allí le paró, y armándose, le dió un volapié muy trasero, en cuyo momento la fiera enganchó al matador por debajo del brazo derecho, y al sacudirle en el derrote, lo enganchó de nuevo por debajo de la mandíbula derecha, internando la punta del cuerno hasta clavarsele en el cielo de la boca; y al volverlo á sacudir contra el suelo, le salió el ojo derecho de la

órbita. A pesar de tan terrible lance, Domínguez, al levantarse por sí sólo, miró su ojo, suspendiéndole con su mano; y apoyado en la barrera, estuvo desangrándose siete minutos, porque la puerta que conducía á la enfermería estaba ocupada por el toro. Á los cincuenta y tres días de tan tremenda cogida toreaba en Málaga toros hermanos del Barrabás.

Barranco, Juan.—Natural de Coria del Río. Fué un notabilísimo picador de vara larga en el segundo tercio del precedente siglo. Por salvarle á él de una cogida segura en la plaza del Puerto de Santa María el 23 de Junio de 1771, fué mortalmente herido José Cándido, que, llevándose al toro con el capote, se escurrió, cayó y fué atravesado por los riñones y herido en un muslo por el toro sexto de la tarde. El salvar á Barranco de la muerte, costó la vida al desgraciado Cándido, pero su acción heroica ha pasado á la posteridad como muestra de los nobles sentimientos que á los toreros animan en las plazas por salvarse unos á otros.

Barragán Cantalapiedra, D. Gregorio.—Este distinguido poeta y veterano periodista, cuyo nombre figura ya en el Diccionario biográfico de escritores y artistas del siglo XIX, de los señores Frontaura y Ossorio y Bernard, nació en Valladolid el 24 de Diciembre de 1848. Ha sido director de *El Periodiquillo* y de *El Tío Leña*, y redactor y colaborador de varios otros periódicos y revistas, distinguiéndose en todos sus trabajos literarios por la brillantez y corrección de su estilo. Grande y entusiasta aficionado al arte de Montes y Pepe Illo, al comenzar su publicación *La Izquierda Dinástica*, hace quince años, se le encomendaron por ello las revistas de toros, que firma desde entonces acá con el pseudónimo de *Banderilla*. El carácter especial de sus crónicas taurinas, es la gracia é intención de las oportunas alusiones políticas con que las adereza, y le han conquistado merecido renombre entre los más autorizados é imparciales escritores de este ramo especial del periodismo contemporáneo.

Barrera.—La valla de madera colocada alrededor de la plaza, que sirve de guarida á los diestros cuando vienen perseguidos por los toros, y tras de la cual, además de los carpinteros y otros dependientes, se colocan los alguaciles á las órdenes de la Presidencia para comunicarlas á los lidiadores y demás personas que es necesario. Debe tener la altura de 1,60 metros, poco más ó menos,

por la parte de fuera, y 1,30 por la de dentro, ó sea el callejón que forman la barrera y contrabarrera. Es muy conveniente que de trecho en trecho por la parte interior, estén colocados algunos burladeros.—También se llama en Madrid barrera el asiento más inmediato al callejón de ella, que es el primer escalón del tendido, y que en algunas provincias dicen delantera, talanquera, etc. Covarrubias en su *Tesoro* define así esta palabra: «BARRERA: la cerradura del coso donde lidian los toros, por estar enajada de maderos atravesados unos con otros, que llamamos barras, ó porque cercan el campo». Aunque está mandado que en el callejón que forma el interior de la barrera no se coloquen más que los precisos operarios, la invaden tantos que no lo son, sin que las autoridades se cuiden de tal abuso, que más de una vez se han originado desgracias si ha saltado algún toro de improviso.

Barrera Trigo, José.—Buen picador. Sobrino del célebre José Trigo, heredó de éste el valor y la fuerza, pero no la gracia de atraerse las gentes. Era notable y concienzudo; poco alegre: si hubiese sido más complaciente, nadie se hubiera llevado más palmas, porque valía y sabía. Empezó en 1849 y después de retirado del toreo, falleció en su casa del barrio de San Bernardo, de Sevilla, el día 24 de Marzo de 1881.

Barrera Soto, José.—Va para banderillero, como dicen sus amigos, pero nosotros, que solo una vez le vimos en Madrid en 1892, no pudimos averiguar á dónde iba. Tanto debe haber corrido que no le hemos vuelto á ver, ni á saber su paradero.

Barrenar.—Cuando un espada ha introducido parte del estoque en el morrillo del toro, á paso de banderilla ó arrancando, y viéndose «libre de cacho» forcejea por introducirla más para ahondar, lo cual es vituperable y deslucce mucho á cualquier diestro.

Barrio, D. Evaristo.—Pintor de historia, que, á juzgar por las muestras de los cuadros que hemos visto representando suertes de toreo, en que hay mucha verdad, promete ser muy notable. Es natural de Burgos ó individuo corresponsal de la Academia de San Fernando desde 1874.

Barrios, Manuel.—Torero cordobés, que á fines del último siglo era jefe de cuadrilla de á pié. Su

nombre como lidiador es poco conocido, lo cual nos induce á creer que su mérito sería poco relevante.

Barrios, Pedro.—Hermano de Manuel y banderillero como éste. Natural de Córdoba. Trabajó á fines del precedente siglo. No ha llegado su fama á eternizarse ni mucho menos.

Barros Lima, Jorge.—Cuando Portugal obsequió al Rey D. Alfonso XII, en 1885, con corridas de toros, se presentó de mozo de forcado por primera vez, y ha adelantado desde entonces notablemente, en términos de que hoy se le tiene por uno de los mejores pegadores.

Barros Lima do Rego Barreto, José de.—Es tenido en Portugal como uno de los mejores mozos de forcado por su inteligencia y valor. Pocos han tomado parte en tantas corridas como él desde 1876, lo cual demuestra la grande aceptación que tiene entre sus paisanos.

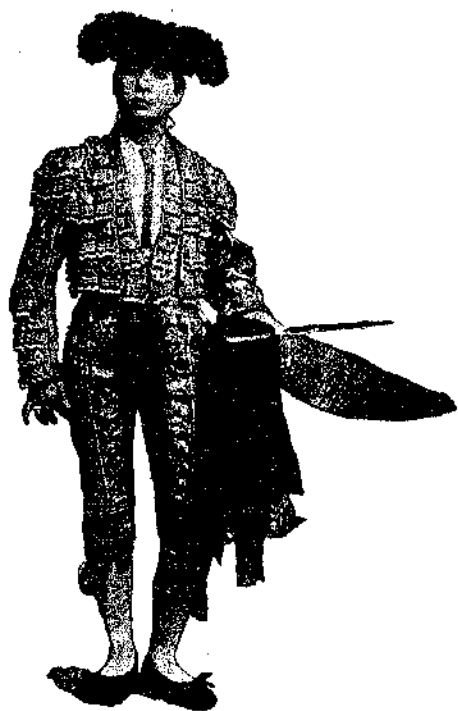
Barroso.—El toro cuya piel tiene un color amarillento sucio, ó mejor dicho, «jabonero puerco», que tira á cenizo oscuro y negruzco.—Según la Academia, esta voz se aplica al buey de color de tierra ó barro que tira á rojo.—Ni á vaqueros, ni á conocedores de ganado bravo, ni á ganaderos, toreros, ni aficionados, hemos oído nunca que el toro barroso tire á rojo.

Barroso, José (El Albañil).—Dejó la llana y la alcotana por la garrocha, pensando, sin duda, que no es lo mismo caer de un andamio que de un caballo: pero, ¿y los cuernos del toro? No ha demostrado, hasta ahora, gran inteligencia, ni mucha voluntad.

Bartes, Eugenia (La Belgicana).—Otra desgraciada, que no sabemos quién la habrá engañado para que sea torera. Es brava y atrevida y se va á los toros con ánimo resuelto y relativa tranquilidad; los pasa de muleta, si no con arte, con valentía, y los da estocadas como puede, procurando librar el cuerpo, aunque no lo consiga siempre. Excusado es decir que no pasan de dos años los becerros que lidia.

Como su apodo indica no es nacida en España. Vino al mundo en Bruselas el 14 de Marzo

de 1876; sus padres la llevaron á Montevideo á los dos años, y antes de los quince, allá en el Brasil, Habana, Veracruz, en algunas plazas de Por-



tugal y luego en varias de España, ha lucido sus habilidades, sus revolcones, sus glorias y sus fatigas.

Bartolesi, Emilio.—Picador de toros muy conocido, que tiene voluntad y valor, pero que no se une bien al caballo. Nosotros, al verle en Madrid, le hemos considerado como uno de tantos picadores que hoy están en tanda, porque no es la época de los Míguez, Corchados y Ortiz; y eso que tiene facultades superiores á las de muchos. Hace algún tiempo que no se habla de él, ignoramos por qué causa.

Basañri, José.—Mata toros allá en las repúblicas americanas, con varia fortuna, según dicen. Es español poco conocido y creemos que en Madrid nunca ha trabajado.

Bastón, Mannel.—Picador de toros bastante voluntarioso, que figuró en los cuadrillas de Manuel Fuentes, de Manuel Carmona y de José Sánchez del Campo. Por grave enfermedad se ha retirado del toreo que empezó á ejercer en Sevilla en 31 de Marzo de 1872.

Ha sido un buen artista en hierro y bronce, premiado como dibujante oficial incrustador de la fábrica Urquiza de Sevilla, y como hombre honrado

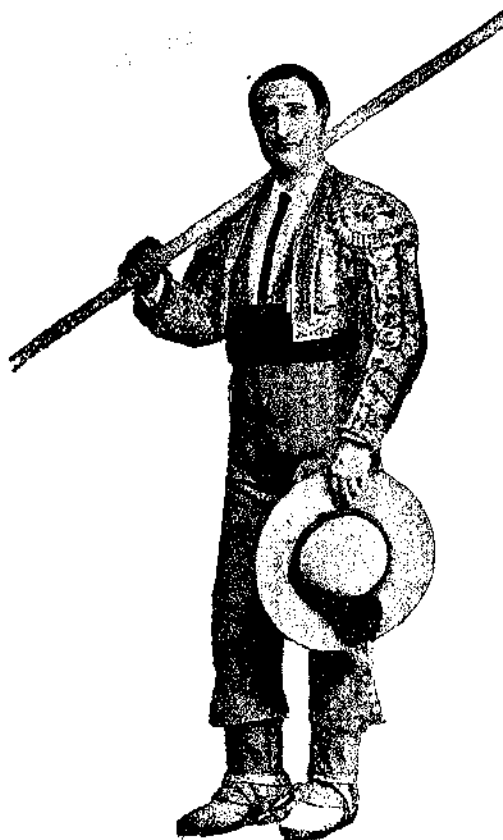
tiene dadas excelentes pruebas, públicas y privadas, que le hacen acreedor á los mayores elogios. En Mayo de 1889, ingresó en el Hospital de dementes de Sevilla.

Batacazo.—El golpe fuerte y con estrépito que da el picador al ser arrojado del caballo, y aunque no le abandone ó con él caiga.

Batalha, Francisco Carlos.—Notable farpeador portugués, que se tiene á caballo tan fijo y firme como si su cuerpo y el del animal fueran uno solo. Sin ser mal torero, es mejor jinete.

Batalha, Juan Cipriano.—Antiguo redactor del renombrado periódico taurino portugués *O Toureiro* y últimamente del no menos acreditado *Sol é Sombra*, que ha sido una revista inteligente como pocas. Escribe Batalha con gran corrección, gran conocimiento de la lidia y con un lenguaje tan gallardo que cautiva.

Bayard y Cortés, José (Badila).—Picador de toros animoso que tomó en Madrid la alternativa en



1.º de Junio de 1879. Nació en Tortosa el 19 de Marzo de 1858, siendo hijo de Eugenio Bayard, de

nación francés, y de Bárbara Cortés, natural de Madrid, la cual, por haber fallecido aquél, dedicó á su hijo, á los once años de edad, al oficio de tapicero. El matador de toros Gonzalo Mora se llevó á Santander á picar en dos corridas de becerros el año de 1870 á José Bayard, y cuando éste vió que había ganado doce duros, creyó volverse loco de alegría al contemplar tantas pesetas que como suyas podía ofrecer á su buena madre. Siguió trabajando en cuadrillas de toreritos bajo la dirección de Victoriano Aleón, de Vicente García Villaverde y de Vicente Ortega, y después de los entonces principiantes Felipe García, *Joséito* y *Maleito*, hasta que en fines de 1876 tuvo la suerte de entrar de criado del notable matador de toros Salvador Sánchez (*Frascueto*), que en premio de su buen comportamiento durante la curación de las enormes heridas que en 15 de Abril de 1877 tuvo en la plaza de Madrid, lo llevó á trabajar como reserva en dos corridas de Barcelona, que le valieron mil reales. El 17 de Marzo de 1879 contrajo matrimonio con doña María García, hermana de la elegante actriz doña Mercedes, que los apadrinó en aquel acto, en unión del acaudalado señor don Ernesto Zulueta. Bayard no oculta que todo cuanto es se lo debe á *Frascueto*, y muy especialmente demuestra su agradecimiento al mismo porque, habiéndole tocado la suerte de soldado en la quinta de 1878, le libró del servicio militar, redimiéndole á metálico. Noble rasgo de generosidad, más común entre los toreros que en otras clases sociales.

Este distinguido picador ha sido el primero en España que ha puesto banderillas á caballo, sin preparación de ninguna clase, el día memorable en que se retiró del toreo el célebre Salvador Sánchez (*Frascueto*); es muy aficionado á la música y declama y canta con buen gusto y afinación. De todos los picadores de su tiempo es tal vez el que viste con más lujo y propiedad.

Ha figurado en todas las principales cuadrillas y figurará donde quiera en primer término, porque vale mucho, es voluntario y caballista de primer orden.

Como dato curioso diremos que cuando siendo muy joven empezó á trabajar á las órdenes de Gonzalo Mora, tituléronle *Brazo de Hierro*, porque efectivamente tiene gran fuerza en la mano, pero viéndole dicho jefe de cuadrilla tan seriecito y tan compuesto, le dijo en cierta ocasión: «parece, hombre que te has tragado el rabo de la badila.» Esto bastó para que desde entonces fuese sustituido con este apodo el primeramente usado.

Bayeu, D. Francisco.—Pintor de historia, de ingenio poco común, contemporáneo del célebre

Goya, de quien era cuñado, y, como él, aficionado en extremo á las corridas de toros. Dejó algunos bocetos y algun cuadro alusivos á nuestra fiesta nacional, y en frescos fué uno de los pintores más conocidos entre los modernos. Nació en Zaragoza en Marzo de 1734, y murió en Madrid el 4 de Agosto de 1795. Sus hermanos D. Ramón y fray Manuel, Cartujo de Fuente Aragón, fueron también notables en pintura aunque no tanto como D. Francisco, y no hicieron trabajo alguno de tauromaquia.

Baza, Francisco.—Era picador de buena aceptación á fines del siglo pasado. En Madrid trabajó con las cuadrillas de *Costillares* y *Pape Ilio* bastantes veces según acreditan papeles de aquella época.

Becerro.—Así se llama al toro desde que nace hasta que llega á cumplir cuatro años, por más que cuando tiene uno se le diga añojo, si dos eral, y utrero si cumple tres. Los cuatreños, especialmente si son adelantados en su cría, se corren ya como toros en muchas ocasiones: no dan, sin embargo, en la mayoría de los casos el juego que más tarde, porque, como es natural, aunque puedan tener la misma ó más voluntad, no tienen igual poder que los de cinco ó seis años.—Tratándose de mansos, llámase becerro al que apenas cuenta un año; luego, son novillos.

Bedia, Juan José (El Guantero).—Este picador no pasó nunca de la categoría de los de segunda fila. Era servicial y complaciente con el público; pero poco puede hacer el que poco sabe y poco puede. Su época pasó hace ya treinta años, y él de esta vida á la otra hace más de quince, según informes que tenemos por fidedignos.

Bedoya, D. Francisco G.—Autor de una obra titulada *Historia del Toreo*, que comprende biografías de toreros, y tuvo general aceptación á mediados de este siglo, aunque, como es inherente á esta clase de publicaciones, contenga varias inexactitudes, y muchas deficiencias.

Bejarano, Antonio.—Notable matador cordobés, que lució sus especiales dotes para *esperar* los toros á fines del siglo pasado y aun á principios del presente. Aunque en los toreros que ha habido en Córdoba ha sonado mucho siempre el apellido Bejarano, como se verá á continuación por

el número de los que en esta obra incluimos, no podemos afirmar que todos hayan pertenecido á una misma familia; pero Antonio parece que fué hermano de

Bejarano, Manuel.—Torero cordobés, contemporáneo de Jerónimo José Candido, con quien trabajaba, siendo ambos banderilleros á fines del siglo anterior.

llecido, permaneciendo en dicha cuadrilla, hasta que tomó la alternativa de manos de *Lagartijo* el 29 de Septiembre de 1889.—Fué prematuro este doctorado porque le faltaban conocimientos indispensables, que luego ha procurado adquirir, para ser matador de toros. Ni el estoquear es clavar banderillas, ni el pasar de muleta capear á dos manos, ni en esa suerte se rehuye la cabezada yéndose al costado de las reses sino esperándolas, ó arrancando á ellas en línea recta, fiando al trapo



Bejarano, Rafael (*Torerito*).—Natural de Córdoba, donde nació en 15 de Diciembre de 1860. Á los diez años formaba parte de la cuadrilla de niños cordobeses que trabajó con éxito en la Plaza de los campos Eliseos de Madrid. Ha figurado en las cuadrillas de Manuel Díaz (*Luri*), de *Bocanegra*, de quien era sobrino, del *Gordito*, *Frasquito*, *Hermosilla* y Manuel Molina, hasta que el 12 de Septiembre de 1884 entró en la de Rafael Molina á sustituir á José Gómez (*El Gallo*), que había fa-

la inclinación del toro. Es buen muchacho, valiente y muy práctico andando al lado de las reses, y esas condiciones tal vez influyan para que adelante en su carrera, como se le está viendo de día en día.

Bejarano, Rafael.—Hermano de Manuel y de Antonio, y, como ellos, natural de Córdoba. Era banderillero en el último tercio del precedente

siglo, sin que acerca de su mérito haya noticias exactas.

Bejarano, Juan.—Fué un banderillero notable en el primer tercio del presente siglo. Era natural de Córdoba, y le distinguía mucho por su bravura Francisco González (*El Panchón*), espada acreditado. Tal vez fuese hijo de alguno de los tres antes citados.

Bejarano, José (*El Secujo*).—Torero cordobés de gran mérito en capear, con cuya sola suerte se formó una reputación. Fué padre de

Bejarano, Rafael.—También natural de Córdoba, que fué muerto por un toro cordobés de la ganadería de D. Rafael José Barbero en la plaza de toros de Almagro el año de 1849. Era un banderillero bastante regular.

Bejarano, Francisco.—Este matador, de escasos conocimientos, fué natural de Córdoba, como casi todos los de su apellido, y trabajó en plazas andaluzas á mediados del presente siglo. En Madrid no llegó á trabajar alternando.

Bejarano, Rafael (*El Uano*).—Natural de Córdoba, donde nació el año de 1833. Fué un regular banderillero, que primeramente trabajó con la cuadrilla de *Cúchares*, y luego se dedicó también á ser puntillero. En la corrida que se verificó en la ciudad de Jerez de la Frontera el día de San Juan, 24 de Junio de 1873, un toro, segundo de la tarde, de la ganadería de D. Rafael Laffitte, procedente de la de Barbero, de Córdoba, causó una herida á Bejarano en la pierna izquierda, entrándole el asta por la parte media posterior, y atravesando las partes blandas, salió por la parte media anterior. Esto fue originado porque, habiendo en un burladero mucha gente, no pudo penetrar en él, y quedándose en el boquete, allí fué enganchado y, como hemos dicho, herido tan gravemente, que de las resultas falleció el viernes 4 de Julio del mismo año de 1873 en aquella ciudad de Jerez de la Frontera, á las tres de la tarde.

Bejarano, Mariano (*Picardías*).—Banderillero cordobés, cuyo nombre, como torero, no ha salido de entre la «turbamulta» sin duda por no ser muy sobresaliente en el arte. Trabajaba por los años 1850, en adelante.

Bejarano, Antonio (*La Paseva*).—Banderillero cordobés, que tuvo la desgracia de ser alcanzado por un toro, dentro del callejón de la barrera, en la plaza de Barcelona, el día 6 de Mayo de 1883, y á consecuencia de la grave herida que recibió, falleció en el Hospital de aquella ciudad, habiendo sido inútiles todos los esfuerzos de la ciencia para curarle. No valía mucho, pero era modesto y trabajador.

Bejarano, Antonio (*Pegote*).—Hermano del *Torerito* y sobrino del infortunado *Bocanegra*, empezó este picador á serlo en esas cuadrillas de niños toreros, que corren las principales plazas de España, haciendo su aprendizaje, hasta que tomó en



Madrid la alternativa en 3 de Agosto de 1887, ingresando en la cuadrilla del renombrado *Guerrita*. Buen caballista, voluntario para el trabajo, alto, de gran brazo y buena escuela, ha adquirido exce-

lente reputación porque descuella entre sus compañeros como de lo mejorcito.

Bejarano, Manuel.—Banderillero cordobés, de los más nuevos en el arte. No le conocemos: únicamente hemos visto en Madrid tomar la alternativa de picador de toros en el año de 1891 á uno de ese nombre que por ser hermano de Antonio, trae de este el mote de *Pegote chico*. No se da mala maña y parece buen jinete.

Bejarano José (Fila).—Con decir su apellido basta para saber que es natural de Córdoba. Es atrevido, parea regularmente, y creemos sea pariente cercano del anterior, lo mismo que

Bejarano, Antonio.—Banderillero novel, sin historia, que no hay que decir de dónde viene en cuanto suena su apellido. No muestra, para aprender, mala disposición.

Bejarano Cabral, D. Manuel.—Distinguido pintor sevillano, cuyos cuadros de toros llamaban la atención, y hoy día son muy buscados. Fué discípulo de las escuelas de Pintura y Bellas Artes de aquella capital. En 1825 se encargó de la plaza de ayudante, en la escuela de Bellas Artes de Sevilla, de la enseñanza de perspectiva en la clase de arquitectura; luego fué conservador del Museo Provincial y en 7 de Agosto de 1836 obtuvo el título de individuo de mérito de la Real Academia de San Fernando.

Bela.—En muchos papeles é historias en que se habla de toros suena este apellido escrito como está, y sin hacer mención del nombre del que le llevó á mediados del siglo pasado, como perteneciente á un torero de alguna distinción entre sus contemporáneos. D. José de la Tijera dice que, para solo picar, fué un torero completísimo.

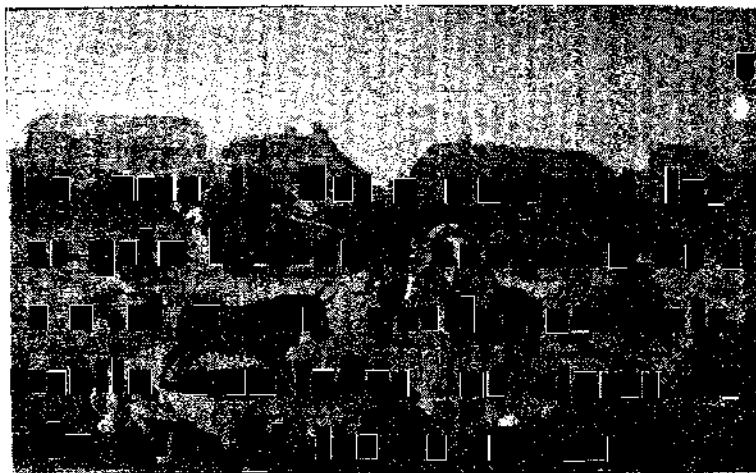
Belado, Ramón (El Carbonero).—Cuando empezaba á correr toros el *Pechuga*, era compañero suyo y de mayor categoría puesto que estoqueaba novillos. Del último, mal ó bien, sigue hablándose, de aquel no; sin duda ya no toreaba.

Belda, Joaquín.—Otro que mata toros en novilladas, no sabemos de qué manera; y no muestran nuestros lectores deseo de saberlo, porque las referencias no le favorecen.

Bellas Artes.—Hemos dicho en esta obra, que sin el poderoso auxilio que los hombres eminentes en artes, letras y armas, han prestado á la tauromaquia en diferentes épocas y de diversos modos, ni el toreo hubiera llegado al grado de perfección en que le hemos conocido, ni el espectáculo habría tomado el gran incremento que ha llegado á tener, interesando en su prosperidad á todas las clases y condiciones de la sociedad española, y aun á varias personalidades extranjeras. Mucho hicieron los caballeros que con denodado corazón tomaron parte en las lidias, dándoles esplendor y carácter. Todavía los hombres de letras, los notabilísimos ingenios españoles, ensalzaron más las hazañas de aquellos valientes cantando en diversidad de metros y aun en correcta y castiza prosa los múltiples accidentes de la lidia, emocionando el espíritu de cuantos han tenido la fortuna de leer tan magníficas descripciones. Pero las bellas artes han ido tan adelante como las armas y las letras para realzar y dar á conocer nuestro inimitable espectáculo. Si la poesía y la música han hecho llegar al corazón del hombre por medio del *segundo* de los sentidos el conocimiento de las grandes proezas del lidiador, la pintura y la escultura se le han comunicado por el *primero* de aquéllos, dejando á la posteridad pruebas tangibles del genio de célebres artistas que para trasladar al lienzo sus impresiones ó esculpir en mármoles sus soberbias concepciones significaron patentemente haber recibido de la Divinidad destellos emanados de la misma, que no todos alcanzan. Ya que en el lugar correspondiente hablamos de los caballeros, de los literatos, de los músicos y de los escultores que más se han distinguido lidiando, escribiendo ó modelando asuntos relacionados con nuestras corridas de toros, haremos en este sitio una corta enumeración de las obras de grabado y pintura de que tenemos noticias.—Antes de que las corridas de toros fuesen, como hoy, funciones públicas reglamentadas, ya hubo artistas que se dedicaron á pintar cuadros y á hacer dibujos, por los que se han dado á conocer cómo se lidiaba en aquella época. En una estampa grabada en el siglo XVI, rara y notabilísima, como que es la más antigua que conocen los inteligentes, se ven muchas suertes interesantes que demuestran adónde había llegado el arte de torrear, y la manera que tenían para lidiar toros á caballo y con lanza, y á pie con una especie de banderilla, que consistía en un palo corto, con cuerdas ó correas cortas y sueltas. Pero lo que más llama nuestra atención en la lámina de que nos ocupamos, es el ver un hombre que para matar al toro llevaba en la mano derecha espada, y por muleta para su defensa un tonel grande vacío, al que hacía rodar delante del toro, buscando el hombre y encon-

trando la defensa detrás de tan extraño aparato. Hemos dicho en diferentes lugares de la presente obra, que en el siglo XVII, y en los muchos Tratados de equitación ó de la jineta que se escribieron y hay ilustrados, se dieron reglas para alancear, tan precisas, que con ellas, y viendo las ilustraciones que contienen, se aprende claramente el modo de practicar cada una de las suertes que minuciosamente explican. Pues bien, de esta época conservaba un aficionado un cuadro al óleo que representaba el *acoso* dado á algunos toros en *La Tela*; sitio bien conocido en Madrid en las afueras del Portillo de la Vega, entre el Campo del Moro y el Puente de Segovia, que hoy ocupan frondosos jardines. En dicho cuadro se veían multitud de lances de los toros con los acosadores, con los perros, y otros incidentes á cual más curiosos y entretenidos. Ya en el siglo XVIII, que es cuando empezó á popularizarse la fiesta nacional, los artistas de entonces principiaron á ocuparse de ella viendo la grande afición que, particularmente en la corte, se desarrollaba en todas las clases de la sociedad. El distinguido pintor de cámara D. Antonio Carnicero publicó en Madrid á últimos del siglo una colección de doce láminas, grabadas al agua fuerte, de que se hicieron muchísimas copias en diversos tamaños, hasta en aleluyas; y en aquella misma época salió á luz una estampa grande que representaba la vista interior de la plaza en un día de corrida (1). Veíanse en ella, perfectamente dibujados, los diversos trajes de las mujeres y los hombres que ocupaban los tendidos; y tanta fué su aceptación, que algunos años después la copiaron en Francia, y por cierto no muy bien. Pero el talento de los más notables artistas no se limitó á pintar suertes de toros, dibujarlas y grabarlas, sino que, siguiendo la corriente general, acometidos del mismo frenesí que las demás clases de la sociedad, profesando la misma afición á cuanto se relacionaba con tan magnífica fiesta y sus héroes, empezó á retratar á éstos con verdadero entusiasmo. El diestro pincel del célebre Mengs, el primer pintor de toda Europa en aquella época, dió á luz el retrato más antiguo que conocemos del famoso *Costillares*, pintado en lienzo al óleo, de medio cuerpo, tamaño natural, de mérito sobresaliente, representando el diestro unos veinticuatro años de edad y vestido con riqueza y buen gusto. Poco después, el muy notable grabador

Cruz, hermano del famoso D. Ramón de la Cruz y Olmedilla, comenzó la publicación en Madrid de los trajes de todas las provincias de España y América, mezclada con retratos de cómicas y cómicos (como entonces se decía) y de los toreros de más nombre y reputación, encontrándose entre aquéllos los de *La Caramba*, Garrido y Alcolea, y de los toreros Pedro Romero y Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Muy parecido es éste al de Mengs, aunque se le ve de más edad. Del presente siglo los grabados más antiguos que existen son las treinta y una láminas que se hicieron en 1804 para ilustrar *La Tauromaquia* de *Pepe Illo*, notables por la verdad con que están representadas todas las suertes; las que se publicaron cuando la desgraciada muerte de dicho lidiador, de que conocemos hasta diez distintas; la función real de toros en la Plaza Mayor de Madrid, cuando la jura del Príncipe de Asturias; y otras representando cogidas de diestros en plazas de diferentes puntos de España. Vinieron después las treinta y tres láminas que tanto nombre dieron entre los aficionados al toreo al ya célebre pintor de cámara D. Francisco Goya, y otras seis que el mismo eminente artista dejó hechas sin publicar, y que, habiendo sido vendidas en París, se han puesto á la venta hace poco tiempo. De estas seis, las más notables son las que representan la muerte de *Pepe Illo*, y un toro acometiendo á las mulas de un coche; acontecimiento que ocurrió en su tiempo y dió mucho que hablar. Goya, que en afición al toreo no dejaba á nadie el primer puesto, pintó además varios cuadros representando suertes y escenas de tauromaquia, y la Academia de San Fernando posee uno, que es una corrida en el pueblo de Majadahonda. Cartones hay que dibujó para la Real Fábrica de Tapices de Madrid, en que se ve á varios toreros; y del célebre espada Pedro Romero pintó



CORRIDA EN MAJADAHONDA. — GOYA.

(1) Véase en la pág. 40.

dos magníficos retratos, que no ha mucho poseían el ingeniero y exministro de Hacienda Sr. Ardanaz y el señor Duque de Veragua. No sabemos quién poseerá actualmente un precioso retrato, hecho por el mismo Goya, del matador José Romero que tuvo en su poder el infante D. Sebastián, y en cuyo lienzo, por el revés, había un letrero que decía: «Este retrato es de José Romero, el cual acabó de matar el toro que cogió á *Pepe Illo*. El vestido que tiene puesto se lo regaló la duquesa de Alba.» Pero cuando hubo furor por láminas, pinturas, etc., representando escenas taurómacas, fué cuando apareció el gran Francisco Montes. Tanto despertó la afición este célebre torero, que ya no sólo se hacían cuadros, estampas de toda clase, y colecciones de estas, sino que se pintaban techos, paredes, tableros de coches de colleras, tra-

con todas las suertes de toros, que litografió el grabador Castilla, así como otros cuadros que poseía la casa del señor Aceval y Arratia. Leonardo Alenza pintó y dibujó muchas escenas de toros, que le pagaron bien en Inglaterra. D. José Madrazo publicó, cuando se juró princesa de Asturias á Doña Isabel II, una colección de láminas representando aquellas fiestas reales. D. Francisco Lameyer, D. Luis Ferrant, D. Francisco de Paula Vanhólen, D. José Vallejo, los señores Perea, y otros muchos artistas de primer orden, han pintado, dibujado y publicado colecciones enteras; y no hacemos mención de láminas sueltas que por toda España circulan, porque sería trabajo prolijo que á nuestros lectores cansaría. No podemos, sin embargo, prescindir de hacer especial mención del magnífico cuadro de gran tamaño que el no-



PATIO DE CABALLERIZAS DE LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — CASTELLANO

seras de calesines, aguaduchos del Prado, pandoretas, abanicos, pañuelos, aleluyas, etc., etc.; y desde entonces hasta hoy, en que continúa haciéndose lo mismo, aumentado si cabe, los artistas de más mérito han dado siempre el ejemplo. El aventajado D. José Elbo pintó un retrato de Montes, de perfecto parecido. Otro del mismo diestro, en tamaño natural y cuerpo entero, hizo D. Antonio Cavanna, del que se hicieron muchas litografías, que se reprodujeron en París. D. Rafael Tegeo pintó y litografió el de Roque Miranda, retrato de mucho mérito. Américo hizo el del picador Francisco Sevilla. El dicho Elbo dibujó con el retrato de Montes al frente, una lámina orlada

table pintor D. Manuel Castellano hizo en el año de 1852, y que, habiendo merecido la honra de ser adquirido por el Estado, figura hoy en nuestro Museo Nacional del Prado. Es tan animado el asunto que representa, hay tal vida, tanta verdad, tan excelente dibujo, tan brillante colorido en el cuadro, que bien se conoce por él que su autor á semejanza de Goya, tanto entendía de toreo como de manejar el pincel; porque sin entender los secretos del arte de torear, no es posible dar verdad á muchos detalles que para el que no lo sabe pasan sin hacer de ellos aprecio. Representa el cuadro «el patio de la cuadra de caballos antes de una corrida de toros». Todas las figuras son retratos

de aficionados notables y de los toreros de más reputación, por lo que, accediendo á los deseos manifestados por muchos aficionados, vamos á señalar el sitio que ocupan en el lienzo, ya que tuvimos la dicha de conocer á cuantos en él figuran. Tomando la vista del cuadro de izquierda á derecha del espectador, aparece después del mozo de cuadra colocado en el ángulo, como primera figura la de D. Antolín López, rico concoreiante apoderado de *Cúchares*, y á su lado mirándole, este matador con la capa terciada; más adelante, en primer término, el elegante picador Pepe Muñoz ostenta un precioso traje de calle con marsellés al brazo, y detrás á caballo en graciosa postura el valiente Juan Alvarez (*Chola*). Entre D. Antolín y Curro *Cúchares* asoman dos aficionados, uno de los cuales es D. José Leoncio Pérez, célebre tallista, y el otro retrata á un querido amigo del autor de esta obra, que aun vive y á quien no olvidará mientras dure su existencia. Sigue luego en el centro del cuadro, el picador Pepe Trigo á caballo precedido del banderillero Rico (*Culebra*) en traje de paisano, y hablando con dicho picador el inimitable *Rogatero*, Angel López, siguiéndole un poco más detrás, el gran maestro Francisco Montes, que tiene enfrente á Barrutia, hombre de mundo y de buena sociedad, á D. Fausto Gálvez, distinguido aficionado, y á su apoderado D. Alejandro Latorre, muy entendido en tauromaquia, y detrás de éste el matador Julián Casas. Ya en el ángulo derecho aparece en saladísima postura, José Redondo (*Chiclanero*) y entre éste y Cayetano Sanz que es el último del mismo ángulo, se ve al conocidísimo D. Joaquín Marraci; en segundo término aparecen los aficionados Aymerich, Trives y Questa y en tercero, con un mozo de caballos á la grupa, el picador Bruno Azaña, y delante de éste asoma el busto del banderillero Matias Muñoz, seguido de otros aficionados, entre los cuales se cuenta, embozado en la capa, el luego buen lidiador Mariano Antón y en último término, vestido de paisano, el picador Cortés (*El Naranjero*). No tienen menos mérito otros cuadros de este renombrado pintor, que formaban parte del museo de D. José Carmona, citado en el lugar correspondiente de este tomo; pero nos abstenemos de enumerarlos, en obsequio a la brevedad. ¡Podríamos extendernos tanto en asunto tan vital para el fomento de nuestra fiesta!... Continuaremos, á pesar de todo, añadiendo á los nombres de los artistas referidos, los de otros muy notables que han producido obras en que de toros y toreros se ocupan, á fin de que se vea claramente que todos ellos son de lo más distinguido en el arte de la pintura, y la garantía que ofrecen de ser sus obras de verdadero mérito. Bécquer, Bejarano, Romero, Rodríguez de Guzmán, Benlliure, Villegas, Jiménez Aranda, Lizcano Fer-

nández, Valdivia, Ferrant, Amallo, Juliá y otros varios, son gloria del arte actualmente. y sus cuadros de tauromaquia han de ser muy buscados y apreciados cada día más. Los grandes talentos han ensalzado con el pincel y el lápiz nuestra fiesta nacional, y es inútil que sus detractores clamen contra ella. Hasta los extranjeros de más nota en la pintura, durante el presente siglo, se han ocupado de nuestras corridas de toros. El pintor Dehoden hizo en Madrid un excelente cuadro de una «corrida de toros en el Escorial de Abajo», que adorna actualmente una de las paredes del Museo del Luxemburgo en París; y los célebres Blanchart, Victor Adam, Gustavo Doré, y algún otro, han consagrado su talento en representar nuestra fiesta nacional. ¡Poderosa influencia de lo magnífico y grande que en sí tiene! Concluimos. La fotografía, ese notable invento, poderoso auxiliar de la pintura, ha reproducido con profusión láminas, cuadros y retratos de cuanto se relaciona con la tauromaquia. Laurent en Madrid, cuya colección es numerosísima, y Adrian Torija en Barcelona, que da á sus trabajos una suavidad de tintas admirable, son los fotógrafos que más se han dedicado á enaltecer con su propaganda el arte taurino, y después de esos, casi todos los fotógrafos que algo valen, en España, han continuado la obra inundando al mundo entero de preciosos trabajos artísticos, que hoy se ven grandemente reproducidos por medio del fotograbado, ganando mucho en dulzura de líneas y perfección.

Bellas, Marqués de.—Murió en 1890 este famoso caballero rejoneador portugués, cuyo trabajo era admirado siempre, desde que se presentó en la arena en 1865. No hubo nadie en su tiempo que pudiera disputarle los aplausos y fué considerado como un maestro. Era sobrino del Conde de Vizmoso. (Se llama D. Antonio Castello Branco conde y conde de Vascoscellos)

Bello y Rodríguez, José.—Banderillero sevillano, de regulares condiciones, que últimamente trabajó en la Habana á las órdenes del espada Centeno, y del que no se dan noticias hace unos cuantos años. ¿Pasaría á ejercer su oficio en las Repúblicas Americanas?

Bello y Shanahan, D. Rafael.—Escultor nacido en Canarias que perfeccionó sus estudios en Roma, y obtuvo en la exposición de Cádiz de 1879 medalla de plata por el busto de «Un Torero» obra notable según los inteligentes.

Bellver, Carlos.—Este guapo chico tenía afición al toreo. Empezó siendo asistente de picadores en el redondel, picó en novilladas, (y por cierto que en Madrid puso varas al último toro lidiado en la plaza vieja), y pasó después casi ignorado. Abandonó el oficio hace ya bastantes años.

Bellón, Manuel (*El Africano*).—Después de los famosos Félix, Pedro y Juan Palomo, notabilísimos espadas que ejercieron su profesión á mediados del pasado siglo XVIII, siendo la admiración de sus contemporáneos, se presentó en Andalucía, llamando la atención como torero á caballo y á pié, un hombre de especiales circunstancias. Debían ser éstas muy notables para captarse las simpatías de los altos aficionados á la tauromaquia, porque viviendo todavía los Palomos, Juan Romero, el pamploñes Leguregui y el valenciano Esteller, de quienes hablaremos en el sitio correspondiente de esta obra, era expuesto entrar á hacerles competencia, persona desconocida. Cada uno de dichos lidiadores tenía formada su reputación como buenos espadas y excelentes banderilleros; y las plazas de España donde se lidiaban toros no conocían más toreros principales que los referidos, y algunos de segundo orden que á aquellos acompañaban.

Pero cuando nadie les disputaba sus laureles legítimamente adquiridos, llegó á Sevilla, donde se estableció, un hombre alto, bien formado, forzudo, moreno aunque no con exceso, pelo negro, anchas patillas y de grave continente. Este hombre se llamaba Manuel Bellón, había nacido en Sevilla hacía más de treinta años, y de allí desapareció doce años antes de su regreso lo menos. Cual fué el motivo de su ausencia, no se sabe á punto fijo. Dijose entonces, y ésta es la causa de su expatriación que tiene más fundamento, que Manuel tenía amores con una sevillana, de aquellas morenas de rojos labios y ojos de fuego que allí se crían, y á la que no halló ningún defecto físico que poderle echar en cara. Pero sus cualidades morales no estaban en armonía con las físicas. Turbó la paz de aquellos amores otro mozo que quiso sustituir á Bellón; y éste, que desde sus más tiernos años había demostrado ser valiente y atrevido, quitó de enmedio á su contrario, al menos por un poco tiempo. Necesariamente, para sustraerse á la acción de la justicia, tuvo que apelar á la fuga y refugiarse en Africa. De aquí le viene el sobrenombre de *El Africano*. Pasaron años, las cosas se olvidaron, y como no hay nada más triste que vivir lejos del suelo en que se nació, Manuel Bellón se resolvió á volver á Sevilla. Tanteó el terreno ántes de su regreso, parece que alguna influencia superior le ofreció protección, y se decidió á volver. En

qué empleó el tiempo, á qué se dedicó en aquella región africana mientras permaneció en ella, no lo sabemos. Únicamente observaron los que antes le habían conocido, que volvía más serio y reservado de carácter y más fornido de cuerpo, y afeado el rostro. Extremadamente atento y hasta cumplido con toda clase de personas, pronto adquirió simpatías, y mucho más cuando vieron que andaba entre los toros con una calma y una sangre fría desconocidas.

En más de una ocasión se creyó que aquel hombre despreciaba su vida porque el recuerdo de su primera desgracia amargaba su existencia. Algo podría haber de esto: sin embargo, estamos convencidos, á juzgar por su historia, que no era la pena la que le haría aparecer bravo y sereno.

Era la seguridad que tenía en sus facultades y en sus conocimientos del arte. Tales eran éstos, que el notable biógrafo señor Velázquez, afirma, con referencia á una carta del señor marqués de la Motilla, escrita entonces y en que se hablaba de Manuel Bellón, que éste era «en la jineta una maravilla, tenía fuerza y maña cual pocos nacidos, y en toreo de reses hacía cosas que sólo viéndolas se creían».

Su fama se extendía por todas partes, y se le solicitaba por gente muy principal para faenas de campo, donde á caballo era atrevido como nadie, gallardo como pocos y entendido como el que más. No había potro cerril que se le resistiera, ni toro que no enlazara, ni jinete, en fin, que por ningún concepto aventajara á Manuel Bellón.

No era, pues, un hombre vulgar; y como al establecerse de nuevo en Sevilla, vino bien acomodado de intereses, no andaba como otros recorriendo villas y plazas para trabajar, sino que adonde acudía lo hacía generalmente por compromiso y recomendación. Su época de mayor auge en el toreo fué por los años de 1760 á 1770, y se aplaudía y alababa mucho su arrojo, valentía y *trazas de arte* en derredor de toda clase de toros, á los que mataba con el capote enrollado por rodela en la mano izquierda, y *aguardando* ó yéndose á ellos.

Dice un autor que la suerte de matar con estoque la aprendió de los Palomos, y nosotros, respetando su aserto, que no sabemos en qué le funda, nos inclinamos á creer que Bellón mató con estoque porque en su época, y desde cuarenta años antes, así mataban todos, absolutamente todos los que de toreros se preciaban. Teniendo en cuenta el largo tiempo que dicen permaneció en Africa, debió aprender sólo de verlos á cualquiera, que pudo muy bien ser Francisco Romero, Esteller ú otro más antiguo que los Palomos, antes de su emigración; ó después de su vuelta, de Juan Romero, de Leguregui ó de otros que no fueran aquellos, puesto que, confrontando fechas ó épocas, la

en que debió residir Bellón en Africa es precisamente la misma en que brillaron en España los Palomos.

Como se ve, éstas no son más que deducciones, que no tratamos de defender hasta el punto de querer se nos dé la razón, quitándosela á otro escritor más antiguo, á quien respetamos. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Manuel Bellón (*El Africano*) inició una época en el torero de tomerario arrojo, pues desde la fecha en que apareció en la arena, además de demostrarse que, lejos

pecialidad derribando reses agarradas á brazo por la cola. No sabemos si, como hay quien lo asegura, fué el inventor de este modo de derribar, que *Pepe Illo* considera fácil; pero no hemos leído en libro alguno que antes de su época se derribasen reses de dicha manera, en España, aunque era y es tal procedimiento muy conocido de antemano en toda América.

Manuel Bellón, como hombre de mundo conocedor de lo que éste da de sí, y teniendo una fortuna regular, se retiró á tiempo del toreo. Venían



de decaer el arte, se hacían en él progresos, se empezaron á ejecutar suertes tan arriesgadas como las de matar toros teniendo el lidiador sujetos los piés con grillos, y poco más tarde la del salto de testuz, suerte que se comprende tan perfectamente como pocas, y que á pesar de esto, no hay quien la haga por lo difícil y expuesta.

A caballo practicaba con especial tino diferentes suertes de campo, entre las que merece citarse la de *enlazar* montado; si bien parece era más es-

á éste, como astros nuevos eclipsando los antiguos, *Martincho* con su bárbara agilidad, *Cándido* con su eléctrica ligereza, y *Costillares* con su genio taurómico, y no era cosa de sostener competencias un hombre de cerca de sesenta años con jóvenes de veinticinco. Puede que como inteligente se hubiese llevado la palma, pero ejecutando actos de arrojo y temeridad le hubieran faltado aquellos vigorosos remos que en su juventud tuvo como pocos.

El nombre de Bellón (*El Africano*) sonará siem-

pre con justicia como el de uno de los más afamados diestros en el arte de torear, tanto á pié como á caballo.

Belmonte, Conde de.—Allá por los años de 1849 y 50 trabajó en Portugal como banderillero, adquirió buen nombre y al poco tiempo se retiró. Bastóle á su afición dejar demostrado que cuando hay voluntad é inteligencia puede hacerse todo sobrando el valor.

Benegas, Julián (Berrinches).—Es un matador novillero, de quien hacen muchos elogios algunos aficionados. Pocas veces le hemos visto trabajar; no nos ha entusiasmado, á pesar de que en él vemos grandes deseos, valor y agilidad, porque le faltan aplomo y conocimiento del arte. Es natural de Madrid: no dudamos de que pueda llegar á tener buen puesto, pero hoy por hoy no es más que lo que va dicho.

Benitero, Francisco (Panadero).—Este matador era del Puerto de Santa María. Toreó después de 1835 y gustó poco á sus paisanos. En Madrid nunca lidió; creemos que no tomó alternativa de espada y que fué empleado en el Matadero público. (ojo)

Benítez, Antonio (El Grapo).—Un picador como otros, que trabajó con buen deseo, si no con acierto. Tuvo un percance en Málaga, donde fué preso por creérsele autor de un homicidio cometido cinco años antes, y dicen que su verdadero nombre es el de Manuel Saenz. Frescura se necesita, si es cierto, para torear en público en plazas donde todos le conocían como autor de aquel delito. Desde que fué reducida á prisión, hace ya unos veinte años, nada se ha vuelto á hablar de tal persona.

Benítez, Juan.—Joven picador nacido en Utrera hace veinticinco años, recibió algunas lecciones del veterano Antonio Pinto, y desde 1887 figuró en la cuadrilla del matador Manuel Nieto (*Gorrote*). Toreando en Málaga el día del Corpus, 1.º de Junio de 1898, el cuarto toro de la ganadería de Orozco, le dió tan tremenda caída que le causó una conmoción cerebral, de la cual falleció al ser conducido al hospital Provincial.

Benlliure y Gil, D. Mariano.—Joven, muy joven, era ya un verdadero y notable artista, cu-

yas obras llevan en sí el sello del genio y del estudio. Sus preciosos grupos «La caída del picador», «La cogida de Frascuelo en 1877» y «El pase de pecho», bastan por sí solos para crear una reputación; y no nos equivocamos cuando dijimos, hace dieciocho años, que este precoz artista había de figurar entre los mejores escultores de la época. Nació en Valencia en 1866 y es hermano de los distinguidos pintores de historia don José y D. Juan. Hoy la fama del escultor Benlliure es universal.

Bento d'Araujo, José.—Rejoneador portugués muy conocido en España y Francia por su destreza y elegancia á caballo. Es valiente y pundonoroso, por lo cual cuenta en Madrid con grandes simpatías, muy merecidas ciertamente.

Bento de Souza, D. Manuel.—¿Quién había de pensar que aquel banderillero tan aventajado y con tanta afición había de ser hoy una de las notabilidades médicas de Portugal? Así es en efecto: y si consideración pública tuvo siendo aventajado diestro, mayor la ha conseguido como hombre de ciencia. El talento y la prudente voluntad de todos modos se manifiestan.

Berdute, Ricardo (Primito).—Es un banderillero regular, de pocas facultades y de mucha práctica. Aprovecha, evita lances arriesgados, y si no maneja el capote como quisiéramos y él debiera saber ya, no hace mal papel en plaza alguna. Ha figurado en la cuadrilla de *Guerrita* y otras importantes, y es útil por su buena voluntad.

Bergua, Rodrigo María.—Hace un par de años era alcalde de las Caldas Da Rainha: antes fué un notable mozo de forcado, que en Portugal tuvo grande aceptación.

Bericoechea, N.—Mujer alavesa, «verdadera notabilidad en la equitación y en el toreo á caballo, premiada con medallas y cruces por varios Gobiernos de Europa», que trabajó en la plaza de Madrid el 10 de Enero de 1869, rejoneó un novillo embolado, picó otro con vara larga y le mató con la chispa fulminante. Menos han hecho otras con más pretensiones; pero esta alabanza no quiere decir que nos guste ver en el redondel toreando á ninguna mujer por entendida y varonil que fuere.

Berló, Ceferino.—Fué banderillero de Manuel Trigo, y después de Domínguez. No recordamos haberle visto torear, á pesar de que dichos espadas trabajaron en Madrid en varias temporadas.

Bermejo.—Voz anticuada en el toreo, que significa lo mismo que «Colorado, encendido.» Véase GYÓN.

Bermejo, Juana (La Guerrita).—Una de esas muchachas que en todas épocas han existido para ser despreciadas en vez de compadecidas. Valiente hasta un punto más de lo que una mujer puede serlo, mata becerros á cambio de porrazos, y así vive desde hace pocos años. Con esa vida no vivirá muchos. Teniendo en cuenta su sexo, no maneja mal el capote, y con la muleta da algunos pases completos, arrójase á herir con temeridad, y hace, en fin, más de lo que puede pedirse.

Bernal, Francisco (Bernatillo).—Mata toros en novilladas, con valor, y no está desprovisto de in-



tes de tiempo, defecto fácil de corregir si tiene decisión para ello. Nació en Zaragoza el día 13 de Febrero de 1868, y desde sus primeros años se dedicó á ser torero.

Bernabé, Alejandro (El Escabechero).—Este chico mata toros en novilladas de pueblo, sin más educación torera que la adquirida á la puerta del café Imperial y en la calle de Sevilla de Madrid, de donde creemos es natural, ó al menos reside frecuentemente. Tiene valor, y sería de sentir que, antes de aprender, un morucho le «escabechase» en cualquier pueblo.

Berner, Juan (Bernete).—Pone banderillas demasiado bien para ser tan nuevo. Debe aplicarse, á fin de darse á conocer y adquirir práctica, sin confiarlo todo á los pies, que de mucho más sirven las manos.

Bernet, Adan ó Adan Bernet, D. Joaquín.

—Fué un buen escritor y distinguido periodista, que más de una vez empleó su elegante pluma en escribir sobre asuntos de toros con especial competencia, gracia y talento. Falleció joven en Barcelona en Marzo de 1895; era un distinguido caballero sumamente simpático y mostró siempre una gran afición á nuestra fiesta nacional.

Berrendo.—En negro, se llama el toro cuya pinta ó color es blanco y negro, siendo *las manchas lo menos de una cuarta de extensión*; en colorado, al que tiene dichas manchas sobre fondo colorado ó refinto, ya sea claro ú oscuro; en jaborero ó en barroso, al que siendo de estos colores tiene aquellas manchas blancas (de esta pinta se ven muy pocos toros), y en cárdeno, al que las tiene sobre este color. Límitase la Academia á aplicarlo á «lo que es manchado de dos colores por naturaleza ó por arte.» Luego á un toro cárdeno, colorado ó negro, que sea careto ó bragado, porque tiene dos colores, ¿le llamará berrendo? ¿Y á la bandera nacional española se la dirá también berrenda?

Berriozabal, Manuel.—En las plazas de toros de América es conocido como un buen picador. Nos parece que en España no ha trabajado nunca, tal vez sea natural de aquel país y de él no haya salido.

Besar.—Se dice esto cuando el toro, tenga ó no la puya clavada, gana terreno empujando hasta me-

teligencia. Tiene gran afición y procura aprender y adelantar. Entra bien á matar, pero se sale an-

terse á tocar ó tropezar al caballo. Es propio de los pegajosos; pero sucede esto tantas veces por poco brazo de los picadores, ó por no sacar el caballo á tiempo!

Bertendona, D. Antonio de.—En una corrida de funciones reales, celebrada en Sevilla en Enero de 1730, rejoneó con general aceptación este caballero, y fué recompensado con el nombramiento de caballerizo de campo del rey D. Felipe V. Bien hizo en nacer hace ya siglo y medio, que entonces se premiaba con largueza cualquier muestra de adhesión y valentía, y ahora se paga un acto de arrojo y entusiasmo con ligeras frases y pueriles sonrisas.

Bicho.—Nombre que los revisteros humorísticos, y ya también aficionados y toreros, dan á la fiereza de las condiciones de edad, pelo, cuerna y pinta que tenga, pues que á esto no se atiende. En una palabra, es la equivalente á toro, y como ha dicho muy bien un distinguido escritor, antiguamente se decía por burla, hoy con exactitud, y tal vez mañana se les llame insectos, dado el rebajamiento de talla, cuerna y edad, que va poniéndose en uso.

Billetes.—En tiempos antiguos, era costumbre pagar en las puertas de entrada á las localidades de la plaza de toros el importe del precio fijado á

en la gran concurrencia que al mismo tiempo se agolpaba, para comprender cuán molesto era ese procedimiento para el que quería ser espectador, y cuán dado también á disputas y contiendas y sobre todo á irregularidades en la recaudación. Comprendiéndolo así en 1849, poco antes, los empresarios D. Pedro Antón, D. Julián Javier, D. Eusebio Caramanzana y D. José Cuadros, idearon establecer la entrada por medio de billetes, abriendo un despacho en una tienda de la calle de Carretas, próximamente en el sitio que hoy ocupa la casa número 3, más tarde en la calle de Alcalá cerca de lo que ahora es café Universal, y que luego otras empresas han fijado en distintos puntos, cercanos todos á la Puerta del Sol. En un principio los billetes eran sencillísimos: Un pequeño impreso del tamaño de cinco centímetros de ancho por menos de cuatro de alto, pegado á un cartón que al dorso tenía para contrasena una, dos, y aun diez florecitas, estrellas, lises ó otra figurita tipográfica, según las veces para que había servido; siendo de notar que ni aún para las funciones reales se hicieron mucho mejores, puesto que aparte de no ser encartonados en poco se diferenciaron de los ya referidos. Ya en tiempo de D. Justo Hernández (1850) los billetes de cartón fueron sustituidos por otros, sencillos en cuanto á la impresión, pero entalonados de modo que al presentarle en las puertas exteriores, quedase, dentro de un cajón construido al efecto, la parte talonaria que los recibidores cortaban; y desde entonces, aunque muy poco á poco, fué mejorando la confección de billetes, hasta que Regino Velasco, el inteligente tipógrafo

madrileño demostró su exquisito gusto para ello, y

excelentes condiciones. La tipografía llevada al mayor grado de perfección, la cromotipia, la litografía y el fotograbado, los ha aplicado con tan feliz armonía que parece imposible pueda irse más allá, ni siquiera que mayores combinaciones se consigan para dar variedad á tan patente muestra de



cada una de ellas en los carteles que anunciaban la corrida. No hay que fijarse más que en la dificultad de contar el dinero que entregaba cada uno al querer penetrar en el tendido ó en la grada, y

habilidad é inteligencia.

Á su iniciativa se debe que muchas empresas de plazas de provincias, hayan adoptado luego la costumbre de hacer lujosos billetes para las funcio-

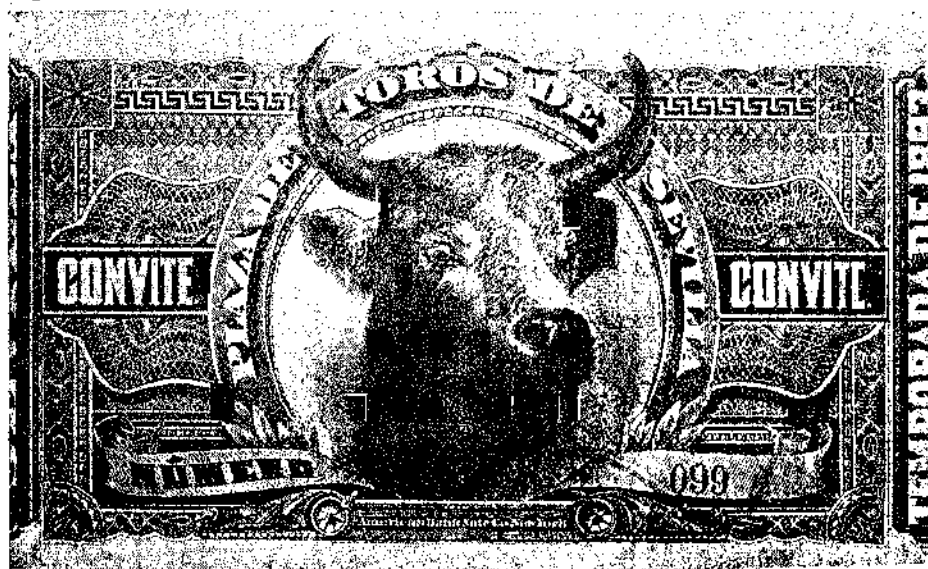
nes que anualmente en ellas se celebran, demostrando palpablemente que los adelantos en las artes son señal evidente del progreso de nuestro siglo.—Hasta en los Estados Unidos de América se han hecho billetes para corridas de toros en

apareza recta ó vuelta y torcida, puesto que aun siendo cornipaso ó cornivuelto puede ser bizco.

Blanco, Manuel (Blanquito).—Este chico empezó

llamando la atención por sus monadas y por su limpieza pareando, pero luego no ha dado de sí lo que su atrevimiento prometía. Aun es tiempo; debe alistarse en buena cuadrilla para trabajar frecuentemente, que no ejercitando el arte se olvida con facilidad. No le falta valor y sabe algo, luego debe procurar saber más, porque la tauromaquia exige muchos requisitos para practicarla

bien; mucha formalidad y poco jugueteo. Maestro bueno tiene dentro de casa, con que á ser dócil y aplicado. Es yerno de Fernando Gómez (*El Gallo*)



España, si no de tanto gusto como los aquí confeccionados, de irreproachable grabado y estampación.

Bittencourt, Diego Henrique.—Gracias al Conde Vizmoso, de quien recibió lecciones bien aprovechadas, fué este portugués un gran torero á caballo desde el año 1846 hasta 1867 en que falleció.

Bittencourt, José Elías.—Fué en Portugal un buen criador de toros que formó ganadería renombrada. Murió en 1865, y como aficionado trabajó á caballo, picando á la española en muchas corridas, en cuyo ejercicio demostró ser valiente y arriesgado.

Bittencourt, Diego.—Si este caballero rejoneador continúa adelantando tanto como lleva aprendido desde que en 1889 se dedicó por afición á torear, puede esperarse mucho de él. Con que ánimo y á estudiar para no perder el buen nombre adquirido, que los años pasan y no en balde.

Bizco.—El toro que tiene una de las astas más baja que la otra. Se dice bizco del derecho ó del izquierdo, según sea éste ó aquél el cuerno que alce más ó sea más crecido, ya su prolongación

que está consirado como un buen maestro por todos los inteligentes, y sus lecciones son producto de una buena escuela.



Blanco, Avelino (*Chico*).—Torero en pueblos y aldeas, capca, pone banderillas y hasta se atreve á matar toros. Uno de esos chicos que, bien dirigidos, tal vez fueran algo, y así cuesta trabajo saber que existen.

Blanco, Juan (*Esparterito*).—Más que en España ha torreado en América. Dicen que se dedica á matar novillos, no sabemos dónde, porque no se habla de él hace ya tiempo.

Blando.—Es el toro á quien hacen huir los puyazos y se siente mucho de ellos.—Tomar los blandos se dice cuando el espada coloca el estoque en el sitio debido sin tropezar en hueso alguno; y por el contrario, cuando el picador se va á los blandos, denota que corre la vara por el cuello hacia las paletillas, lo cual es censurable. Obsérvese bien, por lo tanto, según lo que va dicho, cuán grande es la diferencia que se nota en la palabra aplicándose al espada ó al picador.

Blaya, Antonio.—Há muchos años vimos trabajar en Madrid como banderillero á un joven de dicho nombre que, aunque su apellido no variaba más que en una letra el apodo de Blas Mélez (*Blaye*), sus condiciones eran tan distintas como pueden serlo las de uno de gran inteligencia, comparadas con las del que poco sabe. La época de Blaya fué muy corta, allá por el año de 1860 próximamente.

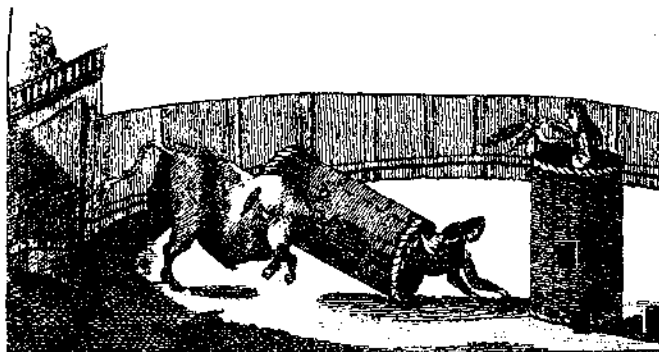
Blázquez, Frutos (*El Estudiante*).—Hijo de buena familia de la provincia de Avila, estudiaba en Madrid al lado de su hermano D. Paulino, abogado distinguido, llevando muy adelantada su carrera, que abandonó en 1887 por tomar el estoque y la muleta. No se dió mala maña, pero tantas fueron las instancias de su familia y los consejos de su hermano, que se cortó la coleta y fuese á continuar sus estudios á Valladolid, donde es posible haya obtenido ya el título de Licenciado en Medicina.

Boavista, Vizconde de.—Está retirado ya del toreo este caballero lusitano, que empezó á torear con muchos bríos en 1876.

Bocinero ó Jocinero.—Se llama al toro que tiene el hocico negro, diferenciándose esta circuns-

tancia del resto de su piel, que, al menos en la cabeza, ha de tener precisamente otro color. Para que se vea la diferencia que hay entre esta voz técnica y puramente convencional entre los taurómacos con la que admite la Academia, diremos que ésta la define expresando: «Bocinero: el que toca la bocina.»

Boj, Antonio.—No conocemos á este banderillero, que alguna vez ha trabajado en cuadrilla organizada por *Cáchares*, según hemos oído. Al menos en plazas de provincias hizo que en los carteles sonase dicho nombre, inclinandonos á creer que dicho sujeto es *Antoñeja*, cuyo apellido es Box. Esto



BANDERILLAS EN CESTOS. — Lámina de 1790

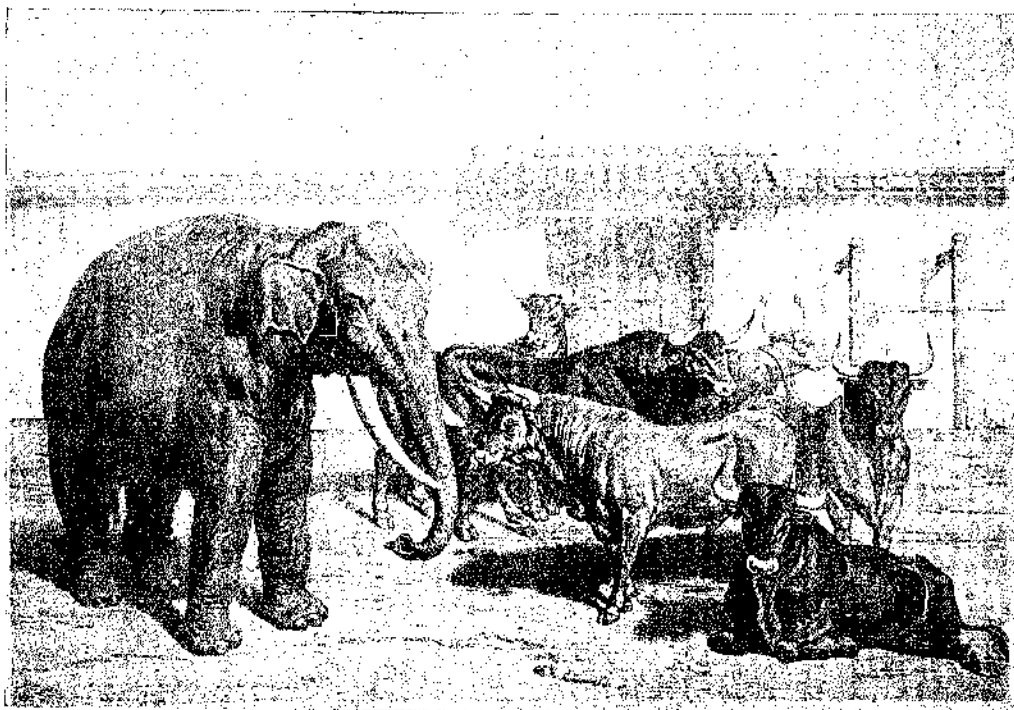
Antoñeja es el que dirigía las mojigangas de los novillos que se daban en la plaza vieja de Madrid, preparando los burros para los picadores, los cestos para los banderilleros ó banderilleras y dirigiendo como podía, la desordenada lidia que se daba á los moruchos.

Bolero.—Toro perteneciente á la ganadería del Marqués del Saltillo que, en los corrales de la plaza de Valencia, dió un salto de 14 palmos de altura, á pié parado, el día 24 de Julio de 1878, saliendo al redondel muy sobresaliente. Los carpinteros de aquella plaza fijaron en el sitio del suceso una lápida que perpetúa el acontecimiento.

Bolero.—Toro de la ganadería de doña Gala Ortiz, viuda de D. Saturnino Ginés, de San Agustín de Alcobendas, provincia de Madrid, divisa amarilla y morada, retinto, ojalao, corniabierto, bizco de la derecha y ligero. En 23 de Marzo de 1865 luchó en la plaza vieja de esta corte con el elefante *Pizarro*, acometiéndole diferentes veces, aunque sin poder herirle mas que en la trompa, á causa de la dureza de la piel. Lidiado después en la tarde del 15 de Octubre del mismo año, ocasionó una cogida

á *Lagartijo* sin consecuencias, aunque le volteó. El litógrafo Castilla hizo en Madrid una lámina en que retrató, con bastante exactitud, las figuras del elefante y de los toros que con él habían de luchar; mejor hubiera sido presentar el acto de la lucha para dar fija idea de lo que ocurrió; sólo podemos decir que al toro Bolero le colocó frente al

firma los artículos que publica con el seudónimo *Posturas*. Grande es su afición al toreo, comprobada por la exposición brillante de lo que ve y lee con detenimiento y reflexión. No todos hacen lo mismo. Nació en Zaragoza el 13 de Mayo de 1872; posee los títulos de bachiller y de perito mercantil, y desde los dieciocho años de edad ha escrito de



EL ELEFANTE «PIZARRO» Y EL TORO «BOLERO». — CASTILLA

elefante, de pié y mirándole. Los demás toros también salieron á la Plaza, pero ninguno acometió como el Bolero.

toros en varios periódicos, y es director de dicho *Chiquero* con imprenta propia. De familia aco-

Boletos.—En algunas plazas de América, una de ellas la de Lima, hay costumbre de obsequiar á los toreros aplaudidos, con dinero que los espectadores arrojan al circo; pero otros y también los empresarios, lo depositan en poder del Presidente, que de la bandeja que al efecto le entregan, tira al ruedo desde su asiento, cuando el público grita *Boletos!*, todos los soles—moneda equivalente al peso duro—que contiene. Hermosilla tuvo ocasiones de recoger quinientos duros al grito de «*Boletos*» y aunque ahora ya se depositan muchas veces en vez de soles, pesetas, todavía hay diestros que recogen buenas sumas.

Boli, Emilio.—Erudito escritor taurino, muy entendido en los detalles del arte de Montes, según ha demostrado frecuentemente en un acreditado periódico zaragozano llamado *El Chiquero* donde



modada, no vive de lo que escribe y sí del producto de su profesión.

Bonabar, José.—Fué un picador gaditano de poco nombre, que á fines del primer tercio del presente siglo, figuraba en la cuadrilla del matador Benítez (*El Panadero*.)

Bonal, Francisco (*Bonarillo*).—Desde que hace pocos años se presentó en Madrid este joven á matar toros de puntas en las novilladas, llevó tras sí las simpatías del público, por su soltura y ligereza, no menos que por sus deseos de agradar. Toreaba en corto; era valiente; traía ese toreo de adorno, que estaba tan en boga entonces y todavía agrada

de Mazzantini el día 27 de Agosto de 1891, toreando después otras dos ó tres veces con menos fortuna que como novillero. Condiciones tiene para ser algo y ocupar un buen puesto; pero si no toma otro camino que el de los recortes, vueltas y saltos, no llegará á donde puede y debe: por eso le aconsejamos, como á todos, que olvide resabios de provincia, que prescinda de efímeros aplausos y se busque reputación seria, formal, teniendo presente que para que los toros *respeten* á los toreros es indispensable que éstos *respeten* las buenas reglas del toreo, como las escribieron y practicaron los grandes maestros. Siempre la falta de



á la muchedumbre, y demostraba, en fin, que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte. Creyeron muchos ver en él un futuro competidor del *Guerrita*, y el deseo de verle y aplaudirle fué en aumento, hasta el punto de que lidiando en Aranjuez el famoso *Lagartijo* el día 30 de Mayo de 1891 seis toros de Veragua, pidió Bonal permiso para matar el último, que de buen grado le cedió aquel diestro, aunque el bicho no tenía condiciones para principiantes. A los primeros pases fué cogido por ceñirse demasiado, y sufrió una gravísima herida en el bajo vientre que puso en peligro su vida; sanó después de algún tiempo, y al aparecer de nuevo en la arena, viósele tan bravo como antes y con las mismas facultades. Engreído por los aplausos quiso ser matador de alternativa, y la obtuvo en Madrid de manos

observancia de las misma ha costado cara, y de grandes contrariedades se han librado los que las han tenido presentes en todos los momentos de la lidia.

Nació en Sevilla en 1871. Es hijo de Narciso Bonal y Duro y de Josefa Casado Catalán. Figuró desde pequeño en la cuadrilla de niños sevillanos y marchó con Fernando Lobo á Méjico, alternando con él como matador, hasta que, de regreso, se dió á conocer en Madrid en varias novilladas ventajosamente como al principio va dicho.

Boniface, Mr.—Uno de los toreadores franceses, más adelantados y valientes, que está haciendo las delicias de sus compatriotas en las plazas de aquella nación. Llévale de segundo en su cuadri-

lla el célebre Mr. Robert, suponiendo nosotros que su toreo ha de ser á la francesa, como el de los *ecarteurs*, y no á la española.

Bonifaz, D. Gaspar de.—Caballero del hábito de Santiago y caballero del rey D. Felipe IV. Escribió y publicó por los años de 1650 á 55 unas *Reglas* para rejonear y alancear toros desde el caballo, á cuya diversión era muy aficionado aquel rey, dedicándoselas al Conde Duque de Olivares, según se ve en la portada de las cuatro hojas de que aquéllas constan.

Bonilla, Julio.—Gran aficionado mexicano, entusiasta por las corridas de toros, y dueño-director del excelente periódico taurino que en la capital de aquella república da á luz con el título del *Arte de la lidia*. Es jefe de graduación en aquel ejército y de buenas prendas personales, nació en Jalapa, pueblo del Estado de Veracruz, en la república mexicana, el 31 de Marzo de 1855. A Madrid vino cuando Ponciano Díaz quiso tomar en España la alternativa de matador.

Bonrostro, José.—Picador de toros en novilladas, valiente según dicen, voluntario según afirman y buen jinete si hemos de creer á lo que hemos leído. Por cuenta ajena va esta calificación.

Bornos, Conde de.—Escribió en Tembleque, en el año de 1600, unas reglas para torear, tanto á pie como á caballo, en nombre, dice la cubierta, de un religioso de dicho pueblo, que es hoy de la provincia de Toledo. La portada es notable por el desenfado con que está escrita; dice así: «Reglas para los casos ordinarios que suceden en la Plaza de la corte de Su Majestad (que Dios guarde) á los cavalleros que torear á la brida con barrillá y espada, y á la gineta con garrochon y espada á cavallo y á pié socorros de otros cavalleros y peones, los cuales son de tan poca importancia que al autor no le han importunado para que escriba ni costádole años de estudio ni desbelos: tales cuales son las dedica á los bien intencionados y si no los ay á naide, etc., etc., etc.»

Borrego, Carlos (Zocato).—Buena estatura, buena planta y buenas facultades para matador de toros; pero frío y poco airoso. No ignora lo que es el arte de torear, fáltale mucho para manejar la muleta con desahogo, y aunque hiere por derecho y en corto, se sale del centro de la suerte antes de

consumarla, defecto que tal vez haya olvidado en América, donde no deja de tener sus partidarios. Nos parece que ni ha llegado ni llegará adonde se propuso al empezar su carrera, que una ocasión tuvo en Madrid para subir muy alto y la desperdició. Fué en la tarde del 27 de Mayo de 1894 en que á nuestro hombre se le encogió el corazón viendo morir á su desgraciado compañero Manuel García.

Borreil, Juan (Maralla).—Banderillero de buenas facultades y de más voluntad que conocimientos, lleva algunos años de práctica y avanza poco. Se quedará en lo que es.

Borreil, D. Félix.—Si todos los que ven toros; los vieran con los ojos de inteligencia con que los aprecia este notable escritor, conocido por *E. Churruas*, otra cosa sería la afición taurina, otra los toreadores y otra los pocos revisteros de corridas, que algunas veces las detallan enteramente distintas á lo que fueron en realidad. Tiene un defecto: es intransigente con todo lo que no se ajusta estrictamente á los preceptos del arte; y es tan rigorista, que no admite, en contra de ellos, modificación que los adultere. Carácter entero de que hay pocos ejemplares.

Borroy, Manuel (Aragóns).—Quiere ser buen banderillero y lo será si se empeña, que los de esa tierra son tercios. No tiene más, sino que el oficio es de los que tienen muchas quiebras que suelen imposibilitar á los atrevidos á que lleguen donde otros. Vaya con calma y por sus pasos contados que no se ganó Zamora en una hora.

Bosa, Mateo.—Era uno de los buenos picadores que figuraron en la cuadrilla de *Costillares*, y luego en la de *Pepe Ilo*. Muerto éste, no volvió á sonar su nombre, por lo cual suponemos se retiraría del toreo.

Bosch, Ramón.—¿Qué se habrá hecho de este banderillero catalán, que trabajaba hace poco más de media docena de años con bastante aceptación?

Bosque, Cipriano (El Serrano).—Poco puede decirse de este joven que ha principiado á correr y poner banderillas á toros de novilladas; siñ embargo, pudiera de él hablarse, si trabajase con

más frecuencia, porque su nombre va oscureciéndose, y de seguir así, aquellas buenas disposiciones que mostró en un principio se desvanecerán como el humo.

Botas, Manuel.—Es un renombrado banderillero portugués que pone muchos pares en brevisimo tiempo, lo mismo á media vuelta, que al sesgo, que de cualquier otro modo. Aprovecha siempre, y esto le da un mérito superior en determinadas ocasiones. Ha de haberse ya retirado de ejercer el arte, que el tiempo lo vence todo.

Botella, Bernardo.—En algún cartel de los de la plaza de Madrid, correspondiente al año de 1834, se lee el nombre de este picador, de quien no hay más noticias que las de haber trabajado en Sevilla en 17 de Mayo de 1830.

Botelho Gouveia, Carlos.—Es un buen mozo de forcado, valiente y de inteligencia, á quien el público de Lisboa estima en cuanto merece. Su afición es grande y su deseo de sobresalir por todos le ha granjeado con justicia muchas simpatías.

Botija, Francisco.—Banderillero gaditano que en 1836 formó parte de la cuadrilla que á las órdenes de Manuel Domínguez pasó á Montevideo. Creemos que por allá quedó, muerto ó vivo, porque no se volvió á hablar de él, al menos como torero, ni aun después de volver Domínguez.

Botinero.—El toro que siendo de pinta, berrendo, ensabanado, albahío, jabonero ó barroso, tiene las cuatro patas de un solo color oscuro que se separe algún tanto del resto de la pinta, es decir, que por efecto de la división de alguna raya ó mancha clara en la parte superior de las patas, aparezcan éstas como abotinadas ó calzadas hasta la pezuña.

Boto, Antonio (*Regaterín*).—No tiene nada que ver este matador en novilladas con los que llevan el apellido «Recatero». Sabe poco, muy poco, pero quiere mucho. Es precipitado y se atolondra pronto, si no le da por crecerse y poner en planta el adagio *audaces fortuna...* etc.

Bondín, Augusto (*El Pouly*).—Es uno de los más celebrados *toreadores* franceses que parchea,

capea y banderillea á gusto de sus paisanos y según le parece, pero con cierta tranquilidad. No salta como Daverat y otros *ecartours* de las Landas, y tiene tal entusiasmo por la fiesta española, que pocos le igualan en su ardor apasionado.

Bourgoing, J. Fr.—Autor francés que en una obra impresa en 1797 con el título de *Cuadro de la España moderna*, en que critica nuestras corridas de toros, no puede menos de decir «que el circo presenta un golpe de vista imponente; que la pasión de los españoles á estas fiestas nada influye en lo moral, ni altera la dulzura de sus costumbres, y que el riesgo de los toreros es mucho menos de lo que se exagera; que durante nueve años en que asistió á la fiesta de toros, sólo había visto un *toreador* muerto de resultas de sus heridas, y que había conocido algunos extranjeros de instrucción y finura, á quienes al principio aconsejaba este espectáculo, encontrar después en él un atractivo irresistible.» Esto mismo indudablemente le sucedió á nuestro buen francés; porque si, como él dice, asistió á las corridas nueve años seguidos, afición, y hasta cariño, las tendría, que no pueden verse media docena de veces sin hacerse frenético partidario de ellas el espectador nacido en cualquier parte del mundo.

Box, Antonio (*Antoñeja*).—Antiguo chulo de la plaza de Madrid, muy conocido en las mojigan-gas de las funciones de novillos, que preparaba y dirigía al frente de los jóvenes inexpertos que forman las comparsas, haciéndolos poner banderillas metidos en cestos de mimbrés, y ejecutar otros juegos que expresaremos en la voz NOVILLOS. Tenemos entendido que falleció hace unos cuantos años. (Véase FOJ, ANTONIO).

Boyante.—El toro bravo que por sus condiciones de nobleza y sencillez es el más á propósito para la lidia, porque, obediendo siempre al engaño y siguiéndole hasta que el diestro le despidе de él, pueden rematarse con perfección y lucimiento toda clase de suertes. Al toro de estas condiciones se le llama también franco, claro y sencillo. La Academia dice que se llama así al toro que da fácil y poco empeñado juego.

Braamcamp Freire, Manuel.—No es de los peores mozos de forcado que hay en Portugal, y más podría ser si quisiera, que sabe y puede, pero hace falta en él más voluntad.

Bragado.—Se dice del toro cuyo vientre es blanco, al menos de la mitad á atrás ó en su mayor parte, siempre que el resto de su pinta sea de un solo color obscuro, ó bien cárdeno ó salinero. No se le llama así cuando la bragadura es obscura, aunque sea más claro el resto de la pinta, y en ésta, como en otras voces, nos apartamos de la Academia. Si el toro es blanco manchado de negro y la bragada negra, le llamaremos berrendo, por ejemplo, pero no bragado.

Braganza, D. José de (Lafoes).—No basta ser primo del Rey D. Carlos I de Portugal para ser banderillero, y conociéndolo así, dejó de practicar el toreo á que siempre fué muy aficionado.

Braganza, D. Segismundo (Lafoes).—En iguales condiciones que el anterior en todo y por todo, se encuentra este caballero portugués. No es lo mismo querer que poder, aunque haya quien afirme lo contrario.

Braganza, D. Cayetano (Lafoes).—Empezó á torear en Portugal como caballero amador, en 1879 y mostró desde luego, mucha inteligencia y valor. Es dueño de una gran vacada que hace pastar en Torrebella, sitio el mejor y más á propósito de los



de aquel país, y ha cruzado sus reses, originarias de la casa del Duque de Lafoes, que es la de sus padres, con vacas de Juan Ignacio de Vallada y de Juan de Sousa Falcao, y toros del Marqués de Vagos y de Emilio Infante de Cámara.

Es primo, en cuarto grado, del Rey de Portugal D. Carlos I, atiende con especial cuidado á sus reses, gasta mucho de hacer con ellas en su cerrado fincas del campo, y su trato es sencillo y sumamente afable.

Bracho, D. Valeriano.—Fué siempre más distinguido como aficionado inteligente, que como escritor, aunque redactó en el *El Imparcial Tauromá*, *El Torero Sevillano* y *La Revista* y dirigió durante su publicación *El Telegrama de loterías y toros*. Representó en Sevilla como apoderado de los espadas *Marinero* y *Fabrilo* y falleció en 14 de Octubre de 1891.

Brama.—Es la época del celo en el ganado vacuno. Cuando un toro está picado de él, es más intrépido y atrevido que de ordinario, su mugido es más prolongado y á veces tembloroso, y tanto él como la vaca dan á menudo fuertes resoplidos. En los meses de Abril á Junio es cuando se manifiesta con más ardor la brama que también experimentan otros cuadrúpedos.

Bramar.—Sabido es que la voz que forman los toros, bravos ó mansos, generalmente cuando son castigados y á veces sin serlo, se llama bramido. La gente de campo conoce cuando éste indica ira, sorpresa, amor á la hembra, dolor y energía, según sea profundo, breve, prolongado, lúgubre ó triste, fuerte y rápido.

Bravo de Lagunas y Castilla, D. Pedro.—Escribió en Lima en 1757 un precioso discurso con motivo de la fundación del Hospital de San Lázaro, á cuya construcción se dedicaron los productos de unas corridas de toros, defendiendo esta fiesta contra la opinión de gentes extranjeras, y apoyándose en textos profanos y sagrados la calificó de moral y licita. Es notable ese trabajo por lo erudito; y se halla inserto en el capítulo VI de los discursos del sabio Doctor Ministro de Indias, Oidor de Audiencia y Catedrático de prima de leyes de aquella Universidad de San Marcos, y el único ejemplar existe en la Biblioteca de la capital peruana.

Bravo.—Aplicada esta palabra al diestro, significa valiente, atrevido, intrépido; aplicada al toro, quiere decir feroz, indómito, fiero. Son los mejores para ser lidiados.

Bravo, Joaquín (*Punteret*).—Anda por ahí matando toros en novilladas de pueblos, y se arriesga y sale bien, hasta ahora, porque la Divina Providencia quiere. ¡Ojala no tenga el fin del desgraciado que primeramente llevó ese motel

Bravo, Antonio (*Barquero*).—Banderillero de poco nombre, porque es muy reciente su presentación en las plazas. Nada puede decirse aún de lo que será, si es que trabaja más á menudo que hasta hoy.—Por de pronto alterna con los de primera fila en su clase y si no llega á ser algo no puede atribuirse á que le falten medios para ello, ni á falta de voluntad.

Bravucón.—El toro que manifiesta poca ferocidad y bravura, y que por consiguiente es tardo y perezoso al embestir. Así le califica *Pepe Illo*; pero Montes, comprendiéndole entre los abantos, dice que son los menos medrosos de todos ellos, que parten ó arrancan muy poco, y alguna vez, al tomar el engaño, rebrincan, y otras se quedan en el centro sin formar suerte. Nosotros los llamamos *cobardes*, y á toros así, para poderlos lidiar medianamente, hay que consentirlos mucho y buscarlos en todos los sitios posibles. Dice la Academia que bravucón es «esforzado sólo en la apariencia». La cónica está.

Brazuelo.—La parte del toro que se encuentra ó está junto á la paleta ó juego de las manos. Nunca debe herirse en el brazuelo, ni por los picadores, ni por la gente de á pié; y es una mala intención digna del mayor castigo, clavar la puya en ese sitio, que necesariamente hace que el toro se retraiga de las suertes y aún que cojee en ocasiones, haciendo difícil y penosa su lidia.

Brega.—Es el trabajo del lidiador en general, luchando con los riesgos y dificultades para vencerlos, y buscándolos para demostrar su inteligencia y valor. Un torero puede estar bien bregando toda una tarde y hacer una mala faena al matar, ó al poner banderillas.

Breña, Juana.—Fué en su país, Perú, á principios de este siglo una torcadora á caballo, cuyo nombresuena aún con entusiasmo en Lima y otras ciudades. En una célebre corrida verificada en 1816, dice un autor que «entró Juanita Breña, en un zaino manchado, raza de Chile, y le dió tres suertes, (suponemos que al toro,) sentando el caballo en la última para esperar nueva embestida.

Brey, Pascual.—Aventajado picador de vara larga á fines del siglo pasado, compañero de Juan Misas, de quien no desdecía. Trabajaba ya en 1760 y tantos, con las cuadrillas de los Palomos.

Brindis.—Es el saludo que, brindando por la presidencia siempre, y algunas veces por determinadas personas, hace el matador en voz alta y montera en mano frente á aquellas y dirigiéndoles la palabra antes de ir á dar muerte al toro. Lo verifica en cada corrida únicamente la vez primera que



le toca matar, es decir, que aunque mate dos ó más toros, sólo brinda en el primero; y esto lo realiza cada uno de los espadas; á no ser que como hemos dicho, dirija el brindis segundo á quien no sea autoridad. Los banderilleros y picadores suelen alguna vez brindar á personas determinadas, nunca á la presidencia.

Bringas, José.—Hace más de cuarenta años se presentó en Madrid un torero andaluz de este nombre, que trabajó como espada en una corrida benéfica. En ella no se distinguió. Después no le hemos vuelto á ver, ni nos han dado razón de su paradero; ignoramos si, como otros, ha ido á América y no ha vuelto, ó si ha dejado el oficio, que parece empezó en Sevilla en 1839 con Gaspar Díaz, el hermano del *Lavi*.

Briones, Francisco.—Picador basto, pero duro y de poder, que perteneció á la cuadrilla de Montes. Ha trabajado lo menos cuarenta años en su

profesión, y ha dejado excelentes recuerdos entre los aficionados que le vieron en sus buenos tiempos. Hombre concienzudo y poco amigo de hacer ostentación de sus facultades, trabajaba sin demostrar esfuerzos, y la mayor parte de las veces con voluntad. De ser mas fino y de mejor figura hubiera adquirido mayor celebridad.

Briones, Patricio (*El Negri*).—No debe confundirse en nada este picador con el de su mismo apellido llamado Francisco, de que hacemos mención en el lugar anterior. *El Negri* fué más moderno, y falleció el 17 de Diciembre de 1879 á consecuencia de un fuerte golpe que le dió un boquerro en la tibia verificada días antes en la ganadería de D. Antonio Hernández, vecino de Madrid.

Brito, Antonio.—Uno de los más renombrados caballeros rejoneadores que ha habido en el vecino reino de Portugal, donde nació. Su arrojo y valentía fueron siempre celebrados desde que en 1838 se presentó en la arena. Creemos que fué en 1852 cuando acaeció su fallecimiento, causado por enfermedad común.

Brocho.—Se llama así por su armadura al toro cuyas astas, sin ser enteramente gachas, son algo caídas y al mismo tiempo apretadas, es decir, más juntas que de ordinario las tienen todos, puesto que en los bien armados, en su parte inferior, ó sea en la primera mitad próxima al nacimiento, vienen á formar una media luna.

Buceta, Fernando.—Fué banderillero de José Ponce, y no tenemos de él noticias posteriores á las de la época de dicho espada. En Madrid trabajó hace más de treinta años, y no se distinguió gran cosa.

Buelna, Conde de.—Gran jinete y famoso diestro, tanto á pié como á caballo, que no contento con haberse lucido en fiestas y cañas en Castilla y Francia, lidió toros en Sevilla cuando la visitó el rey Enrique III (1395), «así á pié como á caballo, esperándolos, poniéndose á gran peligro con ellos, e haciendo golpes de espada tales, que todos eran maravillados.» Así lo dice la crónica.

Buendía, Isidro.—Banderillero de regulares condiciones, que solía suplir en ausencias y enfermedades á otros compañeros. Era mejor puntillero

que peón de rehiletes. Fué su época al principio de la segunda mitad del presente siglo y el teatro más frecuente de sus operaciones la plaza de Madrid.

Bueno, Juan.—Banderillero andaluz, cuyo mérito era muy reconocido á mediados del siglo pasado, especialmente parcheando. Fué hermano de

Bueno, Vicente.—Banderillero de la cuadrilla de José Cándido, cuya muerte presencié en 1771. Parece que era capote muy oportuno en los peligros; no sabemos si sería hermano ó padre de

Bueno, Manuel.—Perteneció como banderillero á la cuadrilla del célebre *Castillares* en el último tercio del precedente siglo. Nos inclinamos á lo primero, teniendo en cuenta la época de dicho matador.

Bulo, Antonio (*El Malagueño*).—Torero redondito, garboso y con mucho *aquel*. Parecía bastante bien á derecha y no á izquierda, por cuyo lado tenía menos seguridad. Era con el capote muy útil porque corría bien los toros, y cuando iba marcando en el arte notables adelantos le sorprendió la muerte en Cádiz el día 7 de Abril de 1884.

Bulto.—El objeto que, á diferencia del engaño, se presenta ante el toro, como el hombre, el caballo, etc. Dicese *hacer por el bulto*, del toro que despreciando el engaño ó sea el capote y la muleta, busca directa y fijamente al diestro, como lo verifican muchas veces los de sentido; y *huir el bulto*, cuando el torero, en los lances de banderillas y muerte, cuarteá demasiado, deja pasar la cabeza, etc. Haciendo esto último el diestro denota falta de confianza y puede únicamente autorizarse, si el toro es de sentido.

Burguet, Miguel (*Pajalarga*).—Sin que pueda decirse que este banderillero valenciano es una notabilidad, cubre muy bien su puesto y tiene buenos deseos. Cuida de no quedarse sólo con estos, que es lo que nos tememos.

Burladeros.—Son unas vallas de madera de igual forma y altura que la barrera que circunda el rondel y que se colocan en éste junto á aquella en algunas plazas, para guarecerse el lidiador cuando

es perseguido por el toro. Han de estar separadas de la barrera ó de la pared un tercio de metro, poco más ó menos, á fin de que el torero entre aunque sea de costado, que es como generalmente acontece, y el toro no pueda verificarlo; y su longitud varía de tres á cinco metros. En los corrales, y aun en los jaulones donde está el ganado antes de enchiquerarle, son de mampostería los burladeros, ó al menos deben serlo. En el callejón de la barrera hay también burladeros para que en ellos estén los precisos operarios, alguaciles y celadores etcétera, pero abusando ó no, suelen estar ocupados por quienes no tienen derecho ni autorización ninguna. Más de una desgracia ha sucedido por no poder entrar en los burladeros hombres perseguidos por los toros.

Burnay, Conde de.—Realmente no es un torero de profesión, pero llevado de su afición al arte ha trabajado en Portugal, y en clase de banderillero, en muchas ocasiones y con brillante éxito. Arrastra este espectáculo hasta á las personas de más alta posición social.

Burriciegos.—De este nombre hay tres clases de toros; unos que ven mucho de cerca y poco ó nada de lejos, lo cual se conoce en que cuando tienen cerca cualquier objeto parten á él con gran codicia y en cuanto se les separa no le siguen ó toman distinto viaje; otros que ven poco de cerca y mu-

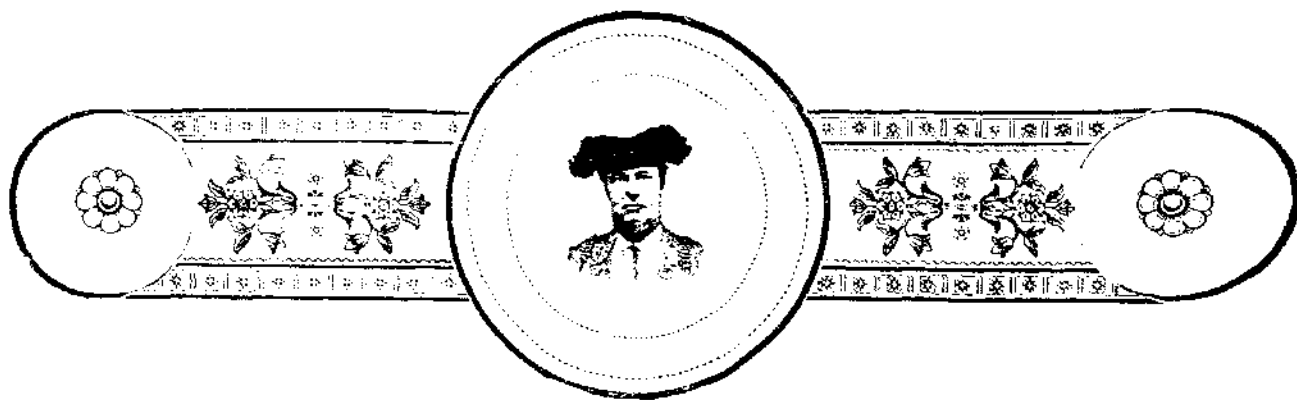
cho de lejos, cuya circunstancia se advierte porque con gran ligereza y en línea recta parten de largo sobre el bulto más grande que les llama la atención, sin parar hasta alcanzarlo; y otros, finalmente, que no ven bien ni de lejos ni de cerca, por lo cual son pesados y casi siempre se aploman en la lidia. En el lugar correspondiente va explicada la forma en que con esta clase de toros deben hacerse todas las suertes conocidas en el toreo. No es voz que comprende en su *Diccionario* la Academia.

Bustamante, Manuel (Pulga).—Como banderillero no ha sido notable y, conociéndolo él sin duda alguna, se dedicó á puntillero, sin perjuicio de tapar su boquete en plazas donde hiciesen falta rehileteros. Perteneció constantemente á la cuadrilla de *Cúchares* y ha figurado en segundo lugar de antigüedad entre los puntilleros en las funciones reales de toros de 1878.

Después de una larga y penosa enfermedad falleció en Sevilla el Domingo 24 de Julio de 1881.

Bustelo, Antonio.—Picador de toros, á quien no se le puede pedir más de lo que hace. Sin embargo, si quiere agradar, aplíquese y ganará lo que le falta, que es arte y conocimiento de las reses. No sirve ser buen jinete ni tener fuerza y valor si no les acompaña la inteligencia.





Caamaño, D. Angel.—Defensor de la rigurosa aplicación de las buenas reglas de la tauromaquia, escribe con facilidad suma y sin temores ni cobardías. Llama las cosas por su nombre, entiende de toros tanto como el primero, y es de esos aficionados a quienes puede llamárseles teórico-prácticos. Sus revistas, firmadas con el pseudónimo *El Barquero*, son buscadas con ahínco, porque, aparte de su excelente redacción, contienen siempre verdades indiscutibles. Ha colaborado en muchos periódicos, y dirigió *El Toreo Cómico* con notable acierto, lo mismo que *La Carcajada* y *El Enano*. También el teatro ha visto sus producciones aplaudidas; y para todo eso, para manejar como maneja, con facilidad y talento, la pluma, no han precedido más estudios que los que él se ha facilitado en casa, privadamente, sin matrícula de institutos y univer-



sidades, y robando el tiempo al sueño y al oficio de encuadernador á que le dedicaron sus honrados padres desde la edad de nueve años. Pasados algunos, le dió la manía, como á otros muchos españoles, de ser torero; danzó por los pueblos con el *Manchao*, *Matcito*, *Valladolid*, Galindo y otros, estoqueó algunos moruchos, y, como dice él mismo con mucha gracia, «reconoció su miedo insuperable y se retiró del servicio activo», en el cual nunca llevó coleta, ni vistió de corto, ni hizo corro en



el célebre *muelle* de la Puerta del Sol. Eneñando mejor en sus condiciones, desempeñó un cargo burocrático en oficina de importancia de empresa particular, y, siempre que puede, estudia y lee con aprovechamiento, porque su inteligencia se ha acostumbrado ya á digerir perfectamente los manjares literarios de cualquier clase. Tiene un defecto grande: es demasiado modesto, porque él mismo no sabe lo que vale realmente, y tan malo como ensoberbecerse es el encogerse, y acaso peor hoy en día.

Caballero, Manuel.—Espada que trabaja bastante en las repúblicas de América y tiene buena aceptación. No recordamos haberle visto torrear en España hasta que en Madrid se presentó en una novillada del mes de Julio de 1893, y, francamente, no dió gusto á la concurrencia.

Caballero, Gabriel.—Uno de los mejores puntilleros que ha habido, y hombre de excelentes condiciones como particular. Ha matado alguna vez

en corridas de novillos, pero sin pretensiones. En las funciones reales de 1878 ha figurado como decano á la cabeza de los puntilleros. Falleció en Madrid, de donde era natural, hace ya más de diez años.

Caballero, Gerardo.—Era un espada regular, buen mozo, bien puesto y nada más. Trajo á Madrid desde Sevilla muy buen nombre, como otros muchos, y no gustó su trabajo, por lo cual, después de haber tomado la alternativa en Madrid el día 6 de Septiembre de 1874, marchó á América en 1882, donde fué asesinado en Septiembre del mismo año.

Caballero, Rafael (Matadón).—Picador bravo y duro que no siempre pone la puya donde debe. Monta bien, es ligero y tiene voluntad: fáltale arte, porque á los toros hay que tomarlos en el terreno debido, sin terciarse ni acosarlos, y no todos se presentan lo mismo. Tomó la alternativa en Madrid en 8 de Octubre de 1882. Es natural de Córdoba, y cuando vino á la Corte llevaba trabajando más de seis años en otras plazas. Hace tiempo que no sabemos de él, ni suena su nombre.

Caballero, Jacinto (El Alfaro).—Este desgraciado matador de novillos asistía como espectador el 13 de Septiembre de 1891 á una corrida que se celebraba en Alcalá de Guadaira, y queriendo ayudar al matador encargado de despachar al último toro, llamado *Pajarito* y perteneciente á la ganadería de López Conde, bajó al redondel, y á muy poco fué arrollado contra la pared, pues allí no hay barrera, y resultó de aquel gran porrazo con la espina dorsal rota por dos partes, y, por consecuencia, falleció á los dos días en la referida población.

Caballero, Pedro (Periquín).—Capea en los pueblos que puede y como puede, y va salvando la pelleja. Harto hace, pero continuando así, nadie llega á ser torero.

Caballeros.—El principal distintivo de las funciones reales de toros es el de la presentación en el coso de los caballeros en plaza, en términos de que no hay noticia de que se hayan celebrado aquéllas sin la asistencia de éstos. Tanto es así, que en lo antiguo los caballeros y gente principal no tenían más sitio para presenciar la fiesta que el coso ó redondel, donde permanecían á caballo, tomando

ó no parte en la lidia, pero sin ocupar los andamios y balcones, que sólo quedaban para mujeres y gente inútil. Luego que los caballeros concluían de alancear los toros, y en tiempos más modernos de rejonearlos, desocupaban el circo y en él quedaba la plebe para desjarretar otras reses. Ya en el año 1725 los grandes y señores de la corte del rey D. Felipe ocuparon estrados, y sólo se presentaron en la arena hidalgos y caballeros que, apa-

bien luego no se han exigido pergaminos para acreditar el linaje, porque los tiempos y las instituciones liberales han hecho inútiles semejantes distinciones, siempre se han elegido de entre los que por su posición en la sociedad, por haber seguido la carrera de las armas ó por haber prestado servicios al Estado en empleos públicos, se les ha considerado dignos de representar á los grandes de España. También muchas veces la Municipali-



CABALLERO EN PLAZA, CON SU PAJE. — De fotografía

drinados y protegidos por la grandeza y real persona, quebraron rejones en honor de ésta, que los nombró sus caballerizos efectivos con sueldo; y lo mismo sucedió en 1765 con los caballeros que con un acompañamiento numeroso y gran boato pisaron la arena y rejonearon en Madrid cuando las bodas de los reyes Carlos IV y María Luisa; entonces obtuvieron grandes regalos y muestras de munificencia de toda la nobleza, y en especial de sus padrinos. Después siempre se ha tenido cuidado de que en tales fiestas los caballeros merezcan el nombre de tales. Antiguamente era requisito indispensable ser hidalgo, cuando menos, de nobleza reconocida, y de allí el nombre de caballeros; y si

dad de la Corte ha apadrinado caballeros en plaza que han sido presentados en el circo por un individuo de su seno elegido al efecto, y las dádivas han correspondido siempre al honor de corporación tan ilustre y de padrino generoso. Por lo demás, en el redondel no se le considera como un lidiador, sino como *caballero*: el espada es su padrino de campo, los banderilleros sus pajes: nadie, mientras él pisa la arena, puede lidiar: los toreros se limitan á colocarle, llevarle ó traerle el toro, á librar á su señor de un peligro, y, en una palabra, á servirle en todo y por todo. En el lugar correspondiente á sus apellidos, hacemos mención de los caballeros en plaza más notables de que se tiene noticia.

Caballo.—Aunque todos saben que así se llama el animal que monta el picador, no nos parece ocioso advertir que algunos revisteros de buen humor



'PRUEBA DEL CABALLO. — MACÍAS

dan á dicho cuadrúpedo el nombre de *peuco*, *rocinante*, *alcuya*, *lagartija*, *sabandija*, etc.; pero debe advertirse que estos son nombres burlescos que no se admiten formalmente.—El caballo para lidia ha de estar probado por el picador con anticipación, y debe preferirse el que, siendo de más fuerza en los cuartos traseros, tenga mejor boca y menos resabios. Las demás condiciones sabe apreciarlas el buen jinete. Exigen el vulgo y mucha gente de alguna ilustración, pero incompetente en materias taurinas, que el caballo, para picar en él con vara larga, ha de ser vivo, ligero y de muchos bríos; y precisamente esas buenas condiciones para otro servicio son las menos necesarias al objeto. Un caballo de mucha viveza, fogoso y joven, ó por añadidura inquieto y juguetón, sufre impaciente la venda que le tapa la vista, y si se siente herido, sale, por lo general, dando botes, desobedeciendo al giro del bocado y en carrera demasiado rápida, que muchas veces compromete la vida del jinete de muy diversas maneras: si es demasiado ligero de piernas, si tiene

mucha sangre, al sentirse espoleado arrancará atropellándolo todo, á echarse, tal vez, encima de su enemigo, y cuando no, dificultará toda suerte.

Del mismo modo que el picador se sirve, fundado en la experiencia, de garrocha de madera de aya, porque las de pino y el aliso son quebradizas y poco resistentes, las de encina y nogal harto pesadas, y el fresno y sus análogos se doblan y arquean á poco impulso, de igual manera el ensayo de muchos años ha venido á demostrar que las mejores condiciones que debe tener el caballo de plaza para la suerte de picar con vara de detener, son las siguientes: de marca clovada, pesado, de buena boca, fuerte de remos y viejo mejor que joven, aunque no de tanta edad ni de tan retrasados movimientos que el aplomo que debe tener se traduzca en torpeza, puesto que la obediencia á la mano izquierda del torero es el requisito más importante para el buen resultado de la preciosa suerte de vara.

No es de ahora esta opinión, que constantemente hemos oído á famosos picadores y que hemos robustecido con nuestras observaciones por espacio de muchos años; que ya en 1582 escribió el insigne Argote de Molina en su famoso libro de montería dedicado al rey Felipe II, que el caballero ha de salir «en caballo crecido, fuerte de lomos, levantado por delante, flegmático, que no acuda apriesa á los piés», y aunque el dean de la Santa Iglesia de la ciudad de Burgos D. Antonio Teran hizo publicar en Valladolid á 8 de Agosto de 1652 unas *Reglas para torear* que había pedido el día 4 desde Burgos á un autor que ocultó su nombre, y en ellas prefirió el caballo pequeño, sin demasia, porque los



CABALLO PARA PICA

grandes no son mañosos, convino con cuantos escribieron del particular en que los caballos tengan honduras y sean resistentes.

Todos están conformes en que es preferible al poder fogoso, el de la fuerza en los cuartos traseros, que es el de resistencia en los lomos, y esto se comprenderá fácilmente por cuantos entiendan lo que es y cómo debe hacerse la suerte de piear con garrocha. Ya venga el toro levantado, ya parado, cuando el torero se ve en disposición de clavar la puya, el caballo, obedeciendo la mano izquierda de su jinete, gira, siempre que la suerte está bien ejecutada, sobre sus patas, sin ayuda nunca de sus manos, que levanta más ó menos, según la energía ó fuerza del lidiador y la mayor ó menor blandura de su boca. Aun en el caso, que no debiera ocurrir nunca, pero que acontece con frecuencia, de no acordarse el picador de guiar la salida, el caballo, herido á causa de la torpeza del jinete, abre las manos y en sus ancas se apoya con más firmeza cada vez, para salir del peligro. Rodrigo Noveli indica en su *Cartilla* de 1726 que sean de casta conocida, y si fuesen grandes y mañosos serán mejor: prefiere los de color obscuro, buenos brazos y mejores piernas, que salgan pronto, buena boca y arredados, para que obedezcan repelando y trocándose sobre la mano derecha. «Caballo, dice que al tender el garrochón al toro se trueca, entrando las caderas al lado derecho, es herido sin dificultad y muy mal visto á los mirones, y se debe huir de que suceda esto».

¿Qué diría el señor Noveli si contemplara lo que ahora acontece, atravesando frecuentemente la suerte los malos picadores? Estos deben probar con la debida anticipación los caballos para conocerlos bien y fatigarlos, algún tanto, el día en que hayan de servirse de ellos, para que estén más aplomados y obedientes al freno.

Cabanes, Valentín (*El Ches*).—Era un banderillero que solía matar toros. Si se hubiese dedicado á una sola cosa de las dos, puede que hubiera sido buen torero. Murió en 21 de Septiembre de 1876, en Madrid, á consecuencia de una pulmonía y á la edad de veintisiete años.

Cabañas, D. Nicolás.—Fué uno de los caballeros en plaza apadrinados por la grandeza que rejonearon toros en la de Madrid cuando las fiestas reales celebradas en el año 1846 por las bodas de la reina Isabel II y su hermana. Fué jefe de Administración civil de apreciables circunstancias.

Cabedo, Jorge.—Este noble portugués fué un notable mozo de forcado, de gran afición y entendido. Está retirado del arte.

Cabestros.—Así llaman á los bueyes viejos que, cuanto más lo son, mejores servicios prestan en las vacadas. Son utilísimos para *arropar* el ganado bravo, ó lo que es lo mismo, para rodearle ó sea colocársele en medio de ellos, y evitar de este modo que algún toro salga de la piara y se desmande, huya y acometa en el campo, corral ó camino, causando desgracias. Sin su ayuda, sin su eficaz cooperación, sería difícil, casi diríamos imposible, conducir el ganado bravo de un lado á otro, y mucho menos separar, cuando conviene hacerlo, á los hijos de las madres, á las reses picadas de las que no lo están, y á un grupo de la torada de determinado sitio.

El cabestro hace que el vaquero marche tranquilo á caballo por un camino, llevando tras sí diez, quince ó veinte toros bravos, porque en las ancas del jaco forma el cabestro punta, siguiéndole otros bueyes detrás á sus costados, y entre ellos el ganado tranquilo, sin desmandarse, ya sea despacio ó corriendo. Sucede alguna vez que un toro, por haber marchado más á la zaga de los otros, porque yendo á un costado de la piara le ha llamado la atención cualquier objeto, ó por otra causa parecida, se salga del grupo y rompa su marcha en distinta dirección. Entonces el mayoral pára el ganado en el acto con sólo parar los cabestros, que obedecen como corderos; saca de entre ellos tres ó cuatro de los más maestros, que así se dice á los más prácticos y de mejor instinto, y con un par de zagales á pie y otro hombre á caballo marcha rápidamente adonde está la res perdida. Antes de divisarla, ya huelen el rastro que ha seguido, y tan luego como la distinguen, al mismo tiempo que los jinetes tratan de cortarla el paso distrayéndola, los cabestros la cercan, la *arropan*, la envuelven, digámoslo así, entre ellos, y lentamente empiezan á volverse al punto de partida á reunirse con los demás toros.

Cuesta á veces trabajo arrancar al toro huido de un sitio determinado á que ha tomado querencia, ya por ser más fresco aquel punto, por dominar una gran extensión, ó por otra causa. Entonces es de ver cómo van y vienen, dan vueltas y se juntan al toro los cabestros; cómo le incitan á marchar en dirección al punto que quieren; cómo le estorban el paso si toma ruta contraria, y en una palabra, cómo le obligan á seguirlos, aun cuando en su furia el toro haya herido alguno de ellos.

El cabestro es sagaz y obediente. Se ha hecho con los años, y á fuerza de repetir siempre una misma faena, su instinto le guía casi siempre con acierto. Más que temor al castigo que puedan darle los mayores y pastores, les tiene verdadero cariño, y los obedece y sigue como un borrego. Atiende por su nombre, conoce perfecta y distintamente la voz de sus amos, y hasta entiende lo

que le dicen, sin más demostración que la palabra, la mayor parte de las veces. «¡Derecha! ¡Izquierda!»—grita en una marcha ó en una parada el mayoral,—y por allí emprende la ruta el cabestro de punta, sin titubear, sin equivocarse. «¡Alto!»—dice aquél,—y en el momento para la piara y se arremolinan todos los mansos alrededor de los bravos. Cabestro ha habido que se ha arrodillado y se ha echado, obedeciendo la voz del mayoral.

enganchado, sin que por esta explicación se entienda que haya necesidad de que el animal coja para dar la cabezada. En una palabra, es el *golpe* que da con la cara ó testuz, aunque no enganche ni derribe.

Cabra, Conde de.—Cuando en 1680 se verificó en Madrid el casamiento del rey D. Carlos II, tomó



«VINAGRE» CABESTRO QUE VIVIÓ 31 AÑOS EN LA GANADERÍA DE D. J. HERNÁNDEZ. —VANHALEN

Calcúlese, pues, con estos detalles cuán importante, útil y necesario es en toda ganadería un buen cabestraje, bien dirigido y bien enseñado por inteligente conocedor.

Cabezas, Antonio (*El Pajarero*).—Picador de toros que, aunque alegre y voluntario, no ha conseguido obtener un buen puesto entre los de su clase, habiendo otros que valen menos. Sin embargo, no es una notabilidad.

Cabezada.—El encontrón que da el toro en su arremetida después de humillar y antes de derrotar, es decir, en el momento de llegar á la mitad de la acción de levantar el bulto que pueda haber

parte dicho conde en las corridas de toros, lidiando á caballo, según costumbre de entonces; por cierto que otro de los caballeros, el almirante de Castilla, hirió al conde en una pierna casualmente con el rejoneillo.

Cabral d'Aquino Mascarannhas, Francisco María (*Morgado Cabral*).—No puede decirse de este señor que «apenas se llama Pedro,» ni que desde 1853, torcando como caballero rejoneador, haya dejado de recibir aplausos por su valor y por su maestría. Se retiró hace muchos años.

Cabrera Estúñiga, Juan.—Torero que en el siglo XVII hizo en Sevilla lucidas suertes de capa

en las fiestas celebradas por el nacimiento de un príncipe, según resulta de cierto memorial dirigido al Municipio de aquella ciudad por dicho sujeto pidiendo ayuda de costa para él y su gente.

Cabrera, Mateo (Vellas). Bullidor, saltarín y atrevidillo fué este banderillero hace más de treinta años; pero sus buenos deseos no le han hecho llegar á ser un regular torero; sin duda por eso y por la edad se habrá retirado de la profesión.

Cadaval, Duque de.—En las fiestas reales celebradas en Portugal cuando el nacimiento de la princesa del Brasil, en 1785, trabajó con gran lucimiento á caballo, adquiriendo fama de gran picador de toros.

Cadena, Pedro.—Banderillero, que en las plazas mejicanas tiene bastante aceptación, más que poniendo pares bregando con el capote, que dicen maneja con soltura y habilidad.

Cadete, Manuel.—Famoso banderillero portugués, apartado ya de la arena y de la lidia activa, pero cuyos consejos oyen con aprovechamiento los nuevos toreros de aquel país. Le creemos pariente cercano de

Cadete, José de Sousa. Uno de los más renombrados banderilleros de la época actual que en las plazas del vecino reino lusitano ha conseguido gran cosecha de aplausos. Atrevido, inteligente y bravo, se ha conquistado siempre las mayores simpatías de los asistentes á la plaza del Campo de Santa Ana, en Lisboa, lo mismo que de los públicos de las demás de Portugal, donde toreó siempre con lucimiento.

Cadete, Jorge.—Hermano de Manuel, cuya escuelita debe seguir si quiere formarse una reputación. Trabaja actualmente, como banderillero, en Lisboa, y, á pesar de no tener más de veinticuatro años, ha lidiado ya en casi todas las plazas de aquel país. Con tanta práctica, y no desmayando en su aplicación, puede llegar á ser notabilidad.

Cactano, José.—Empezó en 1869 á probar fortuna rejoneando toros á caballo; pero no consiguió adquirir un buen nombre, ni en Portugal ni en

otro punto. Es posible que se haya retirado del torero.

Cachero, José.—Se ha hablado muy poco de este picador, que apareció en las plazas de Andalucía en el año 1877 y desapareció á poco tiempo. No ha sido posible averiguar su paradero.

Cachete.—El acto en que, una vez el toro en tierra por efecto de la estocada que ha recibido, se acerca el puntillero á él, por detrás comunmente, y con la puntilla en la mano le da el cachete, clavándosela en la nuca, ó sea en el nacimiento de la médula, y acabando con su vida instantáneamente. (Véase PUNTILLA.)

Cachetero.—El torero que remata al toro con el cachete ó puntilla, luego que, por efecto de la estocada que el matador le ha dado, dobla las manos y se echa. El cachetero ó puntillero es el torero último de la cuadrilla, y de su mayor ó menor acierto depende muchas veces el lucimiento del espada, porque suelen levantar los toros y tardar éstos en volverse á echar. Por eso, sin duda, tiene ahora cada matador su cachetero; hace menos de cincuenta años, uno solo servía para todas las cuadrillas. Desde el momento en que el toro dobla y entra en funciones el cachetero, es dueño éste de hacer con él lo que sepa y pueda para cumplir cuanto antes su cometido. Puede y debe, por lo tanto, ahondar los estoques si le estorban, ó lo considera necesario, sacarlos ó tirarlos, porque siendo su obligación concluir cuanto antes con la res, despenándola, todos los medios que no sean repugnantes son lícitos, y la vocinglería que algunos ignorantes arman cuando ven ahondar la espada, es, á todas luces, imprudente. ¿Qué juego puede dar ya un toro que se ha acostado en tierra? ¿Qué gusto puede sacar el espectador al ver prolongar la agonía de un animal moribundo?

Caída.—Para encubrir más el defecto, han dado, hace pocos años, algunos revisteros en llamar caídas á las estocadas que, no siendo tan bajas que produzcan el degüello, lo son bastante para comprender su mala colocación. Caída se dice con más propiedad á la que da el picador desde el caballo al suelo, á impulso de la embestida del toro.

Caimán.—Toro retinto, albardado, de la ganadería de Pérez Laborda (Navarra), divisa blanca, que el

10 de Agosto de 1862 dió muerte en la plaza de Huesca al picador Juan Martín (*El Pelón*), hijo.

Caise, Antonio.—Picador de toros hace unos veinte años escasos. También él se quedó muy escaso para el arte, y por esa razón nadie se acuerda de él.

Cajapaico, Casimiro.—A principios de siglo se hizo notar en las repúblicas americanas por su destreza, capeando reses á caballo, en cuyo ejercicio llegó á ser verdadera notabilidad. Entre los naturales de aquel país aún suena su nombre con encomio.

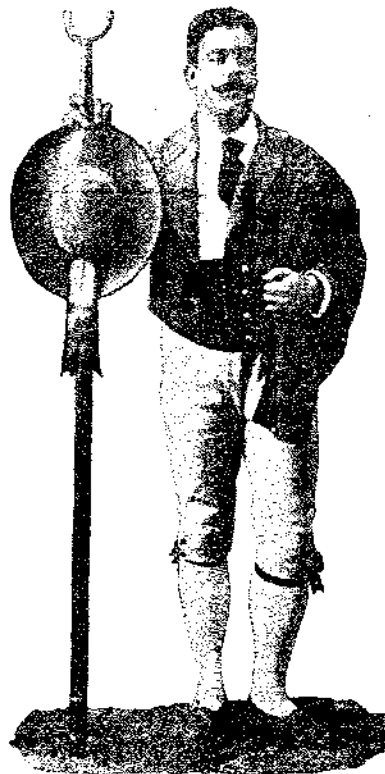
Calabaza, Juan de la Cruz.—Dice el eminente escritor taurino de Portugal D. Salvador Marques, que el torero que nos ocupa tiene cualidades tan apreciables en el arte como el que más. No le hemos visto trabajar; pero asegurando el señor Marques que Joao da Cruz es buen torero, hay que creerlo, que entiende mucho del arte tan distinguido escritor. Aunque á Calabaza se le ha visto trabajar en la mayor parte de las plazas portuguesas, el principal teatro de sus hazañas ha sido Lisboa.

Calabaza, Silvestre.—No pasa de ser un banderillero regular, y desde 1889 en que empezó el torero en Portugal ya podría haber adelantado más. Es decir, que cubre su puesto cumpliendo bien, pero sin sobresalir.

Calabaza, Francisco.—En vez de salir torero salió lo que su apellido dice; que también en Portugal se dan nulidades, como en todos los puntos del globo.

Calasanz, José.—Tal vez sea éste el mejor mozo de forcado que hay actualmente en el vecino Reino. Desde que empezó á torcar, en 1886, ha sido un buen caballero rejoneador, un excelente banderillero, sin desatender por eso su gran labranza de que es propietario. La especialidad de este hombre es la de colear los toros que han de ser ó son pegados, cuya operación ejecuta con frecuencia, no sólo en los cerrados y en las plazas públicas, sino también en el campo, consiguiendo siempre parar

y aplomar al toro, gracias á su destreza y especialísima fuerza. Cumplido caballero, es querido de



todo el pueblo portugués por su gran corazón y excelentes condiciones de carácter.

Calcetero.—El toro que, lo mismo que el llamado botinero, tiene iguales condiciones en su pinta, pero que el botín que resulta del color de sus patas se distingue del de aquél en que el del calcetero es abierto, ó mejor dicho, figura que lo es, por una raya vertical del color más claro que tenga el toro. Parece que éstos debieran ser los botineros, y aquéllos los calceteros; pero la costumbre ha hecho que se les designe como hemos dicho. También se llama calcetero, y con más propiedad que á los ya explicados, al toro que siendo su pinta en general oscura tiene las patas blancas ó de color mucho más claro que el resto de su piel. No es muy común esta pinta.

Caldeira, Julio.—No sabemos si este torero portugués era pariente de otro llamado Antonio Vélez Caldeira, que pasó como muy conocedor del ganado bravo en aquel país. De Julio no tenemos noticias acerca de su mérito.

Caldeira Pinto Geraldés, Juan José.—Es de los buenos pegadores que hay en Portugal.

Reune, á su valor, mucha inteligencia, sagacidad y fuerza: sabe aprovechar momentos oportunos.

Calderi, José.—No ha trabajado en Madrid. Parece que es un picador de quien creyó sacar partido Antonio Carmona (*El Gordito*). Ignoramos qué resultado le daría la prueba: ello es que su nombre ha sonado poco, y le olvidaron ya los que le conocieron.

Calderón, Melchor.—Torero notable á mediados del siglo XVIII, de quien dice un distinguido escritor de principios del presente, que vulgarmente le llamaban el monstruo andaluz, por haberlo sido en realidad, tanto en el manejo de la capa como en el de la espada, pues hasta su tiempo no se vió otro igual. En poner banderillas excedió de los límites que habían tocado los demás diestros navarros: porque las partía por medio y después las clavaba á machetes ó puñetazos. Fué natural de Medina Sidonia.

Calderón, José Antonio (*Capita*).—Excelente banderillero é inteligentísimo peón. Era un maestro como tal vez no haya habido otro de escuela tan fina, tan perfecta y tan clásica como la suya. Ha sacado discípulos tan aventajados como Chetano Sanz, Muñiz y el *Regatero*; seguía sus indicaciones el inolvidable José Redondo, y hasta el mismo Francisco Montes no se desdénaba de escuchar sus advertencias. No era bullidor en el redondel, pero nunca estaba mal colocado; lejos de estorbar, como otros, en todas partes era útil. Pocos maestros han manejado la capa como él, y pocos, muy pocos, alcanzaban á ver con dos ojos lo que él veía pronto con solo uno (era fuerto). En su trato afable se distinguía su sangre azul, pues era hijo de una noble y acomodada familia de Sevilla, que no pudo persuadirle abandonase, ó mejor dicho, no se dedicase á un arte á que tanta vocación mostró desde sus primeros años. Nació en la ciudad de Carmona el 6 de Abril de 1798; toreó en Madrid por primera vez á los veinte años, y ha muerto el 21 de Febrero de 1868 en el hospital llamado de Cigarreras, de esta corte.

Calderón, Gregorio.—Sobrino del maestro *Capita*. Tomó lecciones de éste, y se dedicó á matar toros. Era fino, bien puesto, se paraba perfectamente ante la res, cuadraba, despedía bien y con calma, y nada más. Si hubiese tenido más bravura hubiera sido algo, tal vez mucho; pero hay cosas que no se adquieren si no las da la Naturaleza.

Su vida torera fué muy corta por esa causa, como que la primera condición para ser torero es la de ser valiente, y cuanto más mejor.

Calderón, Antonio.—Aunque lució menos que su hermano *Curro* fué buen picador como él; pero tenía más años y menos alegría por consiguiente. Podía más, sin embargo, que aquél con el brazo derecho. Entendía mucho en el arte, era también



inteligentísimo en ganado, y sabía lo que debe saber un buen picador. Por eso, la opinión unánime de los aficionados entendidos le colocó en uno de los más preferentes puestos de su clase. Era natural de Alcalá de Guadaira, pueblo de unas ocho mil almas, en el partido de Utrera, provincia de Sevilla. Dejó de existir en el año de 1889 el 18 de Enero, y en dicha villa, á la edad de sesenta y ocho años, después de haberse retirado del torero, hacía más de diez.

Calderón, Francisco.—Uno de los mejores picadores que se distinguió más por su mano izquierda que por la fuerza de la derecha, á pesar de que ésta no le faltaba. Si alguna vez se colocaba mal no salía por derecho, sacaba mucho palo ó se iba atrás, no era porque no sabía sino porque no quería, que su reputación la tenía hecha. Era hermano del anterior y de la misma naturaleza y vecindad, así como los dos siguientes, y falleció en Alcalá de Guadaira, retirado de una profesión en que tantos aplausos le fueron prodigados.

Calderón, José (*Dientes*).—Era un buen picador que no esquivaba el trabajo y que procuraba imi-

tar la buena escuela de sus hermanos Antonio y Curro. El garbo y compostura que á éste le sobraban hacíanle falta á José. Desde el 17 de Septiembre de 1865 en que por primera vez le vimos trabajar en Madrid, hasta el día en que se retiró, lejos de desmerecer, ganó mucho en inteligencia y voluntad, y el público le aplaudía sin cesar en todas ocasiones premiando su buen trabajo. Ha fallecido en Alcalá de Guadaira, de donde era natural, en Mayo de 1896, y aquella población dió muestra de la estimación en que le tenía, acompañando su féretro al cementerio.

Calderón, Mannel.—Era el picador más moderno y más joven de los hermanos Curro, Antonio y José, naturales y vecinos de Alcalá de Guadaira.



Se había hecho un buen torero á caballo y perteneció últimamente á la cuadrilla de Rafael Molina (*Lagartijo*). El 30 de Mayo de 1891, en la plaza de Aranjuez, tuvo la desgracia de sufrir una tremenda caída que le causó un toro de Veragua llamado *Lumbrero*, y de cuyas resultas falleció á las pocas horas. Al día siguiente, 31, fué enterrado en el cementerio de aquel Real sitio, habiendo sido acompañado su cadáver por un gentío inmenso, que presidió con personas notables el espada *Lagartijo*. Había nacido en 2 de Octubre de 1840, y

alternó en Madrid por primera vez el 11 de Septiembre de 1870.

Calderón, Antonio.—Hijo del célebre picador del mismo nombre; buen jinete, bravo y atrevido. Es moderno, y si no se echa atrás, honrará la casta. Procure trabajar mucho y con frecuencia, que todos los oficios se olvidan si no se practican.

Calderón, José (*El Mudo*).—No le va en zaga al anterior, su hermano José, que pica donde se debe, aunque su colocación no es de lo más perfecto. El tiempo corrige las faltas, si hay buena voluntad para conseguirlo.

Calderón, Juana (*La Frascuela*).

—Otra torera matadora de novillos en estos últimos tiempos, muy valiente y muy... presumida. Mejor hubiera estado en su casa lavando ó cosiendo, como han debido hacer todas las holgazanas que se han presentado en las plazas, por excesiva tolerancia de quienes no debieran tenerla.

Calderón, Antonio (*Currito*).—

Novillero principiante, más conocido en Andalucía que en Castilla. Dicen que es valiente, pero hasta verle no puede juzgarsele.

Calderón de la Barca, Rafael.—

Banderillero de la cuadrilla de Ponciano Díaz, ha recorrido con él diferentes plazas de Méjico, y según de allí nos dicen, es valiente y trabajador.

Calderón, Juan (*Sansón*).—Picador de toros en novilladas; dejó el chuzo de sereno por la garrocha, que parece no lleva mal. ¡Si llevase lo mismo el caballo!

Caldo, Pedro (*Pito*).—Nuevo banderillero, de cuya suficiencia no ha llegado á nosotros más que el nombre. Una sola vez le hemos visto y nada hizo digno de aplauso.

Calhamar Pinto de Silva, Antonio (*Pintailgo*).—Fué caballero farpeador en 1860, luego empresario de plazas de provincias portuguesas. Ni en un concepto ni en otro merece alabanzas.

Calleja, Mannel (*Coloria*).—Matador de toros cuatroños, al frente de cuadrillas de jóvenes, llamados niños sevillanos, promete ser un torerito que ande con desenvoltura cerca de los toros y sepa correrlos por derecho. Como todos los que empiezan siendo muy jóvenes, tiene la inquietud por alimento en su vida taurina, y el cuarteo es en él circunstancia mercadísima; porque, claro es, la poca estatura les enseña á esquivar con el cuerpo lo que debieran aprender con el engaño. Por eso, lejos de ser un bien, es un mal que al toro se dediquen los que no tengan talla suficiente.

Callejón.—El sitio que existe entre la valla ó barrera que circunda la plaza y la contrabarrera, que es la tabla ó muro que rodea el tendido donde se colocan los espectadores. No debe tener menos ancho que el de dos varas, ni mucho más que el de dos metros. Es conveniente que en él haya algunos burladeros cerca de la contrabarrera ó tendido, y que no se permita en el callejón gente alguna que no sea absolutamente precisa para el servicio de la plaza.

Calleya, Ernesto.—Nació en Lisboa el día 9 de Febrero de 1851, siendo hijo de los excellentísimos señores Juan Augusto Aldosser Calleya y Doña Adelaida Cruz. A los veinte años empezó su carrera de torero portugués, y á los veintinueve ya estaba acreditado como mozo de forcado (*pegador*), demostrando con su especial modo de verificar las pegas que éstas pueden ser ejecutadas con arte y no por la fuerza bruta. Tiene buena figura; y como trofeos en su artística carrera, cuenta con preciosas moñas regaladas á él en diversas ocasiones por altas damas portuguesas, entre ellas la vizcondesa d'Asseca, la señora Relvas, señoritas del duque de Loulé y otras no menos distinguidas. Su trato, fuera del redondel y en todas ocasiones, es finísimo y denota en él una persona bien educada y un caballero apreciable. Es verdad que en Portugal, pueblo que en muchas de sus costumbres sociales nos lleva gran ventaja, son en gran número los nobles y fidalgos que lidian á pie y á caballo en las plazas públicas, sin desdoro para sus blasones ni para sus personas.

Calzadilla, Antonio (*Colilla*).—Fué banderillero de Juan León; no era torpe y tampoco manejaba

mal el trapo. Se hizo espada y dedicóse á matar en plazas de segundo orden con una mediana cuadrilla, y tuvo la desgracia de que el 25 de Agosto del año 1845 lo matase un toro en la plaza de San Genís (?), dejándole cadáver en el acto. Era discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla. En esta ciudad mató por primera vez el 4 de Noviembre de 1824.

Calzonero.—Toro de la ganadería de D. Rafael José Barbero, lidiado en Córdoba el 2 de Junio de 1857. Tomó 23 varas, mató siete caballos é hirió á otro, y le despachó *Cúchares*, después de tres y medio pares de banderillas, de dos estocadas. Era grande, retinto y de seis años.

Camacho, Francisco.—Sólo se sabe de este diestro que era sevillano y que pertenecía, como banderillero, á la cuadrilla de *Perucho*.

Camaleño, Leopoldo.—Banderillero que figuró como sobresaliente de espada en la corrida dada en la plaza de Colón, de México, á beneficio de los pueblos inundados en España, en 1891. Es muy valiente y pasa en su país como entendido. Sigue allí matando toros con bastante aceptación.

Cámara, D. Vasco da (*Belmonte*).—Para las faenas con los toros no bastan la afición ni los buenos descos, y para poner banderillas mucho menos.

Cámara Berquo, Domingo da.—Mozo de forcado, valiente, que se retiró hace ya tiempo y reside en Lisboa.

Camacho, Simón.—Poeta y diplomático venezolano, de singular gracejo y facilidad para hablar y escribir. Fué muchos años el obligado cronista de las corridas de toros en la capital del Perú. Con los pseudónimos *El Vejete* y *El Nazareno* firmaba sus artículos literarios y satíricos.

Camarasa, Marqués de.—Grande de España que tomó parte á caballo en la lidia de toros celebrada en 1678, cuando casó Doña María de Borbón con Carlos II. Era muy diestro jineteando, y dicen que usaba del acicate con tanta maestría como de la mano izquierda con los caballos.

Cambio.—Los cambios con la muleta ó capote son muy difíciles, si han de hacerse bien. Los toros

más á propósito para ello son los revoltosos, y aun los que se ciñen; pero con los demás no debe intentarse, y sólo ejecutarse cuando el diestro se ven obligado á ello porque el animal no haya acudido al engaño y si dirigiéndose al bulto, en cuyo caso no

descomponerse. También se llama cambio al que da el torero puesto de rodillas, usando para verificarlo el mismo procedimiento que antes va indicado cuando se realiza de pie. Fácil es conocer que, puesto de rodillas el diestro, la suerte es más difícil y expuesta que con los pies libres. Acerca de los cambios de cuerpo véase la palabra QUIERO.

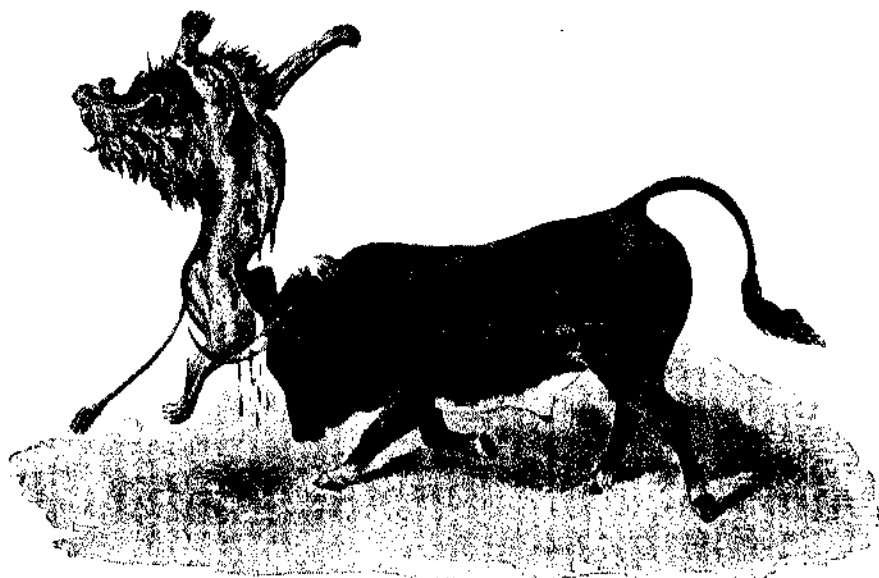


CAMBIO.DADO DE RODILLAS. — MACÍAS

hay más remedio que empaparle de nuevo en él dándole otra salida y ganando el terreno de espaldas, ó sea sin volver la cara. El modo de hacer el cambio con la capa es poniéndose el diestro á llamar al toro en corto; luego que llegue á jurisdicción y humille, se le tiende y carga la suerte hacia el terreno de dentro, y antes de que llegue á dicho centro cargársela de nuevo empapándole mucho, y darle salida por el terreno de fuera; de manera que el centro de la suerte es delante del pecho del torero, y el animal en su ruta hace una especie de Z según Montes; y según nosotros, marca, cuando se practica, un ángulo igual al de un siete al revés, en esta forma \angle . Esto demuestra su gran mérito y lo muy apreciada que es por los inteligentes. Pocas veces la hemos visto hacer con la capa; pero muchas con la muleta, y es, sin duda, porque el diestro gana más terreno con ésta que con aquélla, y es menos expuesto á arrollarse y liarse con la muleta, que se saca por encima de la cabeza como en los pases de pecho. Además de ser un torero de conocimiento el que esto haga, ha de tener mucha fuerza de piernas, porque como no puede avanzar ni ladearse, sólo en casos extremos ha de irse atrás pisando de talón y sin

Camilo, Manuel.— Gracias á la protección y lecciones del famoso Juan León, fué banderillero distinguido y torero entendido y bravo. Faltábale figura y garbo.

Caminero.—Toro de cuatro años, colorado obscuro, listón, bocinero, algo cornialto, desechado en la tienta, que luchó, dentro de una jaula de unos cincuenta metros de circunferencia, en la plaza de Madrid con el león *Regardé* en la tarde del 9 Diciembre de 1894. Pertenecía á la vacada de D. Esteban Hernández, vecino de Madrid, divisa blanca y morada; acometió al león doce veces, lo volteó siete por alto y huido por las heridas y trastazos fué retirado el león, que murió de resultas al día siguiente, según entonces se aseguró, aunque luego dijeron que sanó de sus heridas. Demostrado plenamente que no hay otra fiera que, en iguales condiciones, pueda vencer al toro, ¿por qué se autoriza tal espectáculo que á nada conduce y en el que no hay arte ni valor?



LUCHA DEL LEÓN «REGARDÉ» Y EL TORO «CAMINERO». — MACÍAS

Campello, Salvador. Dicen que mata toros en novilladas, y así lo anuncian los carteles. Ignórase de qué manera: en Madrid no ha ejecutado su arte, si le tiene.

Campillo, Emilio El (Herradito). «Es un banderillero de regulares condiciones, cumple bien y aprovecha; pero no adelantará más de lo que hoy es. Ojalá nos equivoquemos.» Así dijimos hace dieciocho años, y efectivamente, el chico no pasó de lo que entonces era.

Campillo, Fernando.—Picador de toros en novilladas, con poco arte y mucha voluntad. Debe á su aplicación el haber tomado alternativa en corridas formales, en la plaza de Madrid el año de 1891, y desde entonces llena su puesto cumplidamente.

Campino.—Nombre que tienen en Portugal los que cuidan el ganado bravo en las dehesas y cerrados. Desempeñan iguales funciones que en España los vaqueros, y de su traje especial ya hemos dado muestra en las páginas anteriores.

Campo, Domingo del (Domingula).—El mismo origen que el de casi todos los toreros y los mis-



mos principios y circunstancias. Nació en Madrid el 12 de Junio de 1873: es hijo de Angel y de

Sebastiana, honrados artesanos, que le dedicaron al oficio de cerrajero, y que Domingo dejó por las capeas de pueblo y novilladas en plazas. Se presentó por primera vez en la de esta corte en el año 1893, y sin llamar grandemente la atención se vió en él abundante valor y excesivas demostraciones de voluntad para complacer al público: hoy se le ve adelantar palmo á palmo, no capea mal, aunque no tan bien que nos satisfaga, clava buenos pares de banderillas con serenidad y arte, trastea regularmente nada más, y mata hiriendo bien y por derecho casi siempre, pero... se queda dormida su mano derecha al soltar el estoque y el parado cerca de la cabeza de las reses, y esto y el abuso de esas monadas, que han dado en llamar adornos—y no son más que posturas de circo acrobático—pueden costarle serios disgustos. Hay que estudiar y no poco, y dejarse de pamplinas, si se ha de alcanzar un buen nombre.

Campóo, Juan Manuel.—Matador de novillos, ó mejor dicho, de toros en novilladas, que alguna vez ejerce de banderillero en cuadrillas de más categoría. Es jerezano y ha estado en América.

Campos, Antonio.—Fué un banderillero de primera nota que toreó en Madrid á fines del pasado siglo con los célebres Romeros. También mató algunos toros. Desde antes de 1766 pertenecía á la cuadrilla de Manuel Palomo.

Campos, Juan. (Majarón).—Banderillero que en diferentes plazas de España ha trabajado con el afamado Juan León. No recordamos haberle visto. Dicen que cumplía bien y era muy subordinado, lo cual no nos sorprende, teniendo en cuenta lo que eran los toreros entonces, y muy particularmente Juan León. Aunque sin alternativa, según creemos, trabajó como espada en la plaza de Sevilla el 26 de Agosto de 1838.

Campos, Pedro (Capón).—Matador de segundo orden, valiente; porque valiente y mucho necesita ser el que se encierra en una plaza mal acondicionada, sin gente entendida que acompañe, con unas reses que Dios sabe cuáles son sus condiciones, y además son muy escasos los conocimientos que posee en el arte. No torea hace bastante tiempo, y aun no sabemos si vive.

Campos, Rosa.—Esta mujer picaba á caballo y ponía á pie banderillas á los toros embolados y

novillos que mataba como Dios quería la desdichada Martina. Creemos que era valenciana; no tenía arte de ninguna clase, y probablemente habrá muerto miserable en algún hospital de caridad. Trabajaba hace treinta años.

Canal, D. Bernardino.—Famoso hidalgo de la villa de Pinto, en la provincia de Madrid, de quien dice Novelli que fué muy celebrado y aplandido cuando rejoneó delante del rey D. Felipe V en el año de 1725 en la Plaza Mayor de Madrid, con motivo de las funciones reales celebradas por el nuevo advenimiento al trono de dicho rey en 25 de Noviembre del referido año á la muerte de don Luis I.

Canales y Arcas, Miguel.—«Es un picador andaluz aplicadito, de quien podrá decirse algo dentro de algunos años, que no se hacen los hombres de á caballo en un día. Sentiríamos equivocarnos.» A pesar de ese sentimiento manifestado hace dieciocho años hemos de confesar que el chico se quedó en agraz, y hoy nadie da razón de él.

Cándido, José.—Gran torero y matador de toros, que murió desgraciadamente en la plaza del Puerto de Santa María el 23 de Junio de 1771. No existen de este aventajado lidiador datos suficien-

tes para afirmar cuáles y cómo fueron las inclinaciones que tuviera en los primeros años de su vida. De consiguiente, si aprendió algún oficio, desempeñó algún cargo, ó sus padres le hicieron estudiar ó no, es cosa completamente ignorada. Sólo se sabe que nació en Chiclana, edén encantado, de hermoso cielo azul, apacible río, risueña alameda, cuna del inolvidable José Redondo, de glorioso recuerdo.

El famoso estoqueador sevillano Lorenzo Manuel fué su maestro. A muy poco tiempo de aprendizaje, el discípulo hacía cosas en el toreo que causaban la admiración de cuantos las presenciaban, y dejaban muy atrás á lidiadores de primer orden. Su gran serenidad, su excesiva ligereza y el valor que siempre tuvo, le hicieron no tener por entonces rival que le sobrepusase en determinadas suertes.

Y eso que era la época de los primeros Romeos, la de los primeros Palomos, Esteller y *Martincho*, en la que él apareció. Época peligrosa y difícil para los principiantes, porque durante ella, casi agradaba más al público de las plazas el bárbaro atrevimiento del valiente que la fina destreza del entendido.

Pero el genio de Cándido supo rebasar la línea que separaba al torero de valor del lidiador con arte, y juntando ambas cualidades, llamó sobre sí la atención de los aficionados al gran espectáculo, fomentándole y engrandeciéndole. Para esto era preciso, además de practicar bien las suertes más

en uso, inventar otras que, cuanto más difíciles fueran, más tocasen por lo mismo á los sentidos del espectador. Sólo á un hombre de grandes dotes le era dado hacer esto. Y Cándido lo hizo.

Con solo el capote ó su ancho sombrero en una mano y un afilado puñal en la otra mataba á los toros, esperándolos á pié firme, dándoles salida con la izquierda, como ahora se hace con la muleta, y descargando el golpe con la derecha en el sitio del descabello. Suerte lindísima, asombrosa, que aunque no siempre saliera bien, sólo intentarla acredita á un diestro.

¿Y saben nuestros lectores cómo dice el nota-



JOSÉ CÁNDIDO MATANDO UN TORO CON PUÑAL. — MACÍAS.

ble aficionado y entendido escritor D. José de la Tijera que Cándido aprendió esa suerte? Pues del siguiente modo: «Hace más de treinta años, dice, que un limeño se presentó en la plaza de Cádiz á efectuar la referida suerte, y habiéndole cogido y estropeado el toro al hacerla, tomó inmediatamente Joseph Cándido el puñal, y á la segunda salida dió muerte á la fiera, sin embargo de que hasta entonces no tuvo aun noticia de la explicada suerte. ¡Tal era, pues, la habilidad de este famoso lidiador!»

¿Era esto poco? ¿Había otros que lo ejecutaban? Pues Cándido quiso hacer lo que nadie había hecho. Inventó el salto de testuz, que algunos atribuyen á Lorenzo Manuel, y el asombro de los que le vieron no reconoció límites.

Parece mentira que un hombre escotero en medio del redondel se colocase frente á un potente animal á distancia de veinte ó treinta varas, partiese en recta dirección al mismo, y que cuando el animal creyese coger el bulto, pasase por encima de él, de frente á cola, apoyando ligeramente su pie derecho en la enastada frente de la fiera, y cayendo en graciosa postura, como si acabase de saltar un tranquilo y sosegado arroyuelo.

Mérito tiene indudablemente salvar de un salto al toro de frente á cola, ó al *trascuerno*, sin muleta; pero es mayor cuando se apoya el pié en el testuz. En el primer caso, además de buena musculatura, bástale al torero tener serenidad para ver llegar al bicho; pero en el segundo, es preciso saber dónde se pone el pié, y hacerlo de tal modo y con tal rapidez que pueda evitarse una caída por efecto del choque de fuerzas encontradas y desiguales. Así es que pocos toreros han repetido la suerte, hoy olvidada por completo.

El modo de *cuartear*, *recortar* y *quebrar* de Cándido era especialísimo también. Solo, completamente solo, sin capa ni muleta, auxiliado, cuando más, de su castoreño, burlaba las reses, las rendía, y cuando las tenía jadeantes, sentábase en el suelo delante de ellas á una vara de distancia.

Era natural, por lo tanto, que todas las plazas se disputasen el placer de ver á torero tan distinguido; y para conseguirlo, le pagaban y hacían con él buenos ajustes, con cuyo producto reunió, dada la época, un decente capital. Pero la fortuna es inconstante y se cansa pronto de seguir por un mismo camino.

Desde que hay en España corridas de toros, la ciudad del Puerto de Santa María ha celebrado todos los años tres ó más fiestas de dicha clase el día de San Juan é inmediatos al 24 de Junio. La afluencia de forasteros que de Cádiz y otros pueblos llegan por mar y tierra, y el entusiasmo que en aquel pueblo despierta tan magnífico espectáculo, han hecho que siempre se haya procurado

darle allí en esos días la mayor brillantez posible. Y llamando entonces la atención en España José Cándido, claro es que había de ajustársele á cualquier precio.

El 23 de Junio de 1771 se celebró la primera corrida. El ganado fué bravísimo. Mató con gran destreza Cándido los cuatro primeros toros con muleta y estoque, y salió al redondel, ligero como un gamo, el quinto bicho. Antes se presentó en la arena un *carro triunfante* conduciendo á un hombre y una mujer, acompañados de pajes, lacayos y señores, éstos para escoltar y auxiliar á los del carro, y la pareja que en él iba para clavar rejoncillos. Salir el animal al redondel, embestir al carro, derribarle, atravesar de una cornada la pierna de la mujer,—dice una relación que conservamos y de que no hay ejemplares,— y poner en dispersión á toda la comparsa, todo fué obra de un momento. Pidió el público que toda aquella gente se retirara y salieran caballos, es decir, picadores, y se diera á tan terrible fiera la lidia ordinaria: dispuesto así por quien podía ordenarlo, se vieron los toreros en graves apuros, especialmente el picador Diego Sánchez, á quien en una caída salvó milagrosamente el capote de Vicente Bueno, arrojado desde las barreras. José Cándido intentó varias veces parar al toro, pero inútilmente, porque el animal, sumamente *abanto*, no se paraba con nada, y corría y saltaba con ligereza increíble. Tanto fué así, que no sólo saltó la barrera, sino que llegó á los andamios en una de las veces que saltó; y gracias que allí quedó enganchado entre los tableros, donde sin dejarle bajar le mataron, que si no, hubiera habido que lamentar muchas desgracias.

Bajo la impresión que este toro dejó en el ánimo de todos, salió el sexto, grande, *cárdeno* y de gran cornamenta. Fué bravo y seco con los picadores, y en una de las veces en que persiguió á Juan Barranco, viendo Cándido que iba ya á los alcances de él, se interpuso, y llevóse tras sí al toro: no había entonces en las plazas el cuidado y limpieza que ahora, y debido á esto, el infeliz Cándido resbaló en la sangre de un caballo, y dió tan tremendo golpe, que quedó en el suelo sin sentido. Saltó por encima la fiera, é inmediatamente se revolvió. Entonces el toro, enganchándole por los riñones, que le atravesó, le levantó en alto, se le pasó de una á otra asta, y le tuvo colgado de un muslo, en que le dió otra cornada, hasta que le arrojó á gran distancia sin sentido.

Nadie pudo evitar la catástrofe. El pueblo, aterrado, se marchó; los toreros no pensaron ya más que en recoger aquel hombre y retirarse, y así lo hicieron. Buscose un médico, y no se encontró en todo el pueblo. Melchor Conde despachó enseguida un bote á Cádiz para que viniesen cuantos se

encontrasen de más fama, y entre tanto, le sacramentaron é hizo testamento, que en resumen contenía las cláusulas siguientes:

«Que se repartiese á los pobres la ropa, alhajas y dinero que llevaba aquel día sobre sí. Que por su alma se dijese mil misas, y á cada una de sus hermanas se le diese un lote de tres mil trescientos reales. Y para su mujer é hijo, sus casas, viñas, posesiones, ganado vacuno, yeguas y cabras, cinco mil y pico doblones en dinero, alhajas y cuanto le pertenecía.»

Murió á la vista de los doctores que de Cádiz vinieron, á la una de la noche del día 24, ó sea siete horas después de su desgraciada cogida.

Hay algunos autores que dicen era hijo de otro José Cándido y de María Hernández, muerto aquél en Chiclana en 1752, dejando una regular fortuna, adquirida toreando. Como no vemos que su dicho se apoye en algún fundamento, suponemos que le equivocan y quieren decir que Jerónimo José Cándido fué hijo de José, que es el que comprendemos en esta biografía; pero en este caso cambian las fechas lastimosamente, y le hacen morir diez y nueve años antes del en que realmente falleció, siendo imposible, por lo tanto, que fuese padre de Jerónimo, puesto que éste nació en 1760. No negamos en absoluto que haya habido otro José Cándido anterior al aquí citado; antes al contrario, posible es que su padre así se llamara; pero ponemos muy en duda que fuera torero, y mucho menos de nombre suficiente para adquirir fortuna.

José Cándido, gloria del toreo, murió sentido de cuantos le conocieron, y especialmente de los toreros que con él trabajaron. No conoció la envidia. Era su desco únicamente agradar al público, y llamando la atención con su trabajo, adquirir para su hijo una fortuna. Ambas cosas consiguió; pero cuando hablemos de Jerónimo José Cándido se verá que es muy cierto aquel refrán que dice: «El hombre propone y Dios dispone.»

Cándido, Jerónimo José.—Notable y acreditado matador de toros, hijo del anterior. La celebridad de este nombre es debida, como en otras muchas ocasiones, si no á pura casualidad, al menos á la precisión de adquirir el hombre el sustento necesario. Ha hecho héroes la necesidad, y en varios artes, y aun en ciencias, el hambre ha obligado á estudiar á quienes nada hubieran aprendido si les sobrasen rentas ó bienes con qué vivir. Un ejemplo bien vivo de esto es el torero cuyo nombre va á la cabeza de este artículo. Nació, como su padre José, en la villa de Chiclana, provincia de Cádiz, pueblo entonces de menos de cuatro mil almas y que hoy pasa de nueve mil, y en el que, lo mismo

en hombres que en mujeres, rebosan la gracia y la sal hasta derramarse. Vino al mundo el día 8 de Enero de 1770. Llamáronse sus padres José, como va dicho, y María Hernández, naturales de Priego y vecinos de Chiclana, donde se casaron, en 1759. Fácil es comprender que un muchacho joven, con regular fortuna y sin freno que le sujetase, había de gastar en bromas y diversiones más de lo que debiera; y así es que con otros compañeros y vecinos se ejercitaba frecuentemente en faenas de campo con ganado bravo, llegando á adquirir nombre como excelente aficionado é inteligente práctico. Y como no hay mal que por bien no venga, cuando le faltó el caudal que en bromas y francachelas había derrochado, se encontró con otro caudal de conocimientos útiles para torear. Y pensó en ser torero. Su padre lo había sido; llevaba en sus venas sangre torera; afición le sobraba y recursos para vivir le faltaban. ¿Por qué no serlo? Comunicó su pensamiento á importantes personas; y con el apoyo de las mismas, y muy especialmente con el del rico é inteligente aficionado D. José de la Tijera, ingresó Cándido en la cuadrilla del ya muy notable matador de toros Pedro Romero. Le tomó éste bajo su protección, con sus lecciones le hizo perfeccionarse en el arte que le había de dar envidiado renombre, y cuando el maestro se retiró dejó al discípulo ocupando su puesto dignamente.

Con suma rapidez se vió adelantar á Jerónimo José Cándido, sobresaliendo entre todos los banderilleros de la época. Muy poco tiempo ocupó también el puesto de media espada; porque sus adelantos y la aceptación que en todas las plazas tenía, aconsejaron á Romero darle, como le dió el mismo, la alternativa. No era, como su maestro, pausado en el modo de torear. *Paraba* cuando era debido, es decir, en las suertes de capa que lo requiriesen, en los *pases* de muleta, y, sobre todo, en la admirable suerte de *recibir*, que aprendió perfectamente de Romero. Pero valido de su portentosa agilidad, queriendo emular á sus antecesores *Costillares* y *Pepe Illo*, en cuyo toreo veía más movimiento y actividad, no quiso quedarse atrás, y cuantos juegos con los toros intentaron los demás, Cándido los ejecutaba con gran aplauso y serenidad. En los *galleos*, y sobre todo en los *recortes*, fué, como en otras muchas cosas, una notabilidad.

Generoso y espléndido, como lo es generalmente el que se cría en la abundancia, ni había á su lado pobres, ni pagaba nadie lo que en cualquier francachela se gastaba. Recorrió muchas plazas en España con gran aceptación, llegando á reunir una excelente cuadrilla de picadores y banderilleros, que le reconocieron como jefe. Al frente de ella trabajó en todas partes como matador de primera, aplaudiéndosele con entusiasmo en Sevilla, en la corrida del 25 de Octubre de 1802; y aunque en

una notable obra taurómaca se dice que en Madrid se le vió alternar por *primera vez* con el *Bolero* y el *Castellano*, es lo cierto que mucho antes mató y dirigió las cuadrillas en la corte como primer espada, y en 10 de Octubre de 1808 trabajó por mañana y tarde, siendo segundo espada el famoso *Curro Guillén*.

Retirado en 1812 por consecuencia de un padecimiento reumático, y habiendo consumido la mayor parte de sus ahorros en diversiones, obtuvo un empleo público en 10 de Junio de 1824, y fué á desempeñarlo á Sanlúcar de Barrameda.

Antes de esto, y luego cuando en 1820 murió en Ronda el inolvidable *Curro Guillén*, Cándido vió que el arte iba en decadencia, volvió á él, animó á los que más descollaban, y reuniéndolos, formó cuadrilla, á cuyo frente se puso. Consiguio algo en favor del toro, aunque no todo lo que él se prometía. Los aficionados agradecieron aquel esfuerzo, porque mantenía viva la afición al arte; pero éste entonces no adquirió muchos prosélitos. Las pasiones políticas por espacio de tres años absorbieron la atención por completo, y hubiera sido preciso, para despertarle presentar en el redondel grandes colosos en tauromaquia, que no había entonces desgraciadamente. Brillaban, es verdad, algunos que, perfeccionándose más tarde, fueron luego notabilidades; pero entonces no lo eran todavía.

Retirado á Sanlúcar de Barrameda, como hemos dicho, cumplía los deberes de su cargo, cuando en 1830 le llegó el nombramiento de director de la Escuela de tauromaquia de Sevilla. Antes de tomar posesión de este empleo, se dictó, á instancia de Pedro Romero y de sus admiradores, una real orden por el ministerio de Hacienda, que designó á Jerónimo José Cándido para ocupar el segundo lugar en aquel nuevo establecimiento, confiriendo el puesto de director al gran Romero. No se crea por esto que Cándido se ofendió al ver que aquél iba á desempeñar un cargo con el que para sí contaba. Reconoció desde luego en Romero mayor antigüedad, y sobre todo á su maestro, y se congratuló de tenerle otra vez á su lado oyendo teóricamente preceptos que él había aprendido practicándolos. Por su parte, Romero tuvo una singular complacencia al volver á ver, para tratar del arte que tanta gloria le había dado, al discípulo que más quiso. He aquí la real orden:

«Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue: He dado cuenta al Rey Nuestro Señor del oficio de V. E. de 2 del corriente, en que da parte de haber nombrado á D. Jerónimo José Cándido para la plaza de maestro de tauromaquia, mandada establecer en esa ciudad por real orden de 28 de Mayo último, y á Antonio Ruiz para ayudante de la misma escuela; y S. M. se ha servido

observar que, habiendo llegado á establecerse una escuela de tauromaquia en vida del célebre D. Pedro Romero, cuyo nombre suena en España, por su notoria é indisputable habilidad y nombradía, hace cerca de medio siglo, y probablemente durará por largo tiempo, sería un contrasentido hollarla, sin esta preeminente plaza de honor y de comodidad, especialmente solicitándola como la solicita, hallándose pobre en su vejez, aunque robusto. Por tanto, y penetrado S. M. de que el no haber tenido V. E. presente á D. Pedro Romero había procedido de olvido involuntario, é igualmente de que el mismo D. Jerónimo José Cándido se hará asimismo un honor en reconocer esta debida preeminencia de Romero, se ha servido nombrar á éste para dicho cargo; y para ayudante, con opción á la plaza de Maestro, sin necesidad de nuevo nombramiento por el fallecimiento de éste, con el sueldo de ocho mil reales anuales, á D. Jerónimo José Cándido, á quien, con el fin de no causarle perjuicio, S. M. se ha dignado señalar, por vía de pensión y por cuenta de la Real Hacienda, la cantidad que falta hasta cubrir el sueldo de doce mil reales señalado á la plaza de maestro, mientras no la tiene en propiedad por fallecimiento del referido Romero, en lugar del sueldo que como cesante jubilado ó en activo servicio habrá de disfrutar. Al mismo tiempo ha tenido á bien S. M. mandar le diga á V. E. que, por lo que toca á Antonio Ruiz, no le faltará tiempo para ver premiada su habilidad. De real orden le traslado á V. E. para su noticia y para que informe, así sobre el estado actual que tiene este negocio, como en lo sucesivo, sobre todo lo que concierna á la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla.—Dios, etc.—Madrid 21 de Junio de 1830.—BALLESTEROS.—Señor Conde de la Estrella.»

Del contenido de esta real orden se desprende que no es cierto, como ha habido quien lo afirme, que se le reservase su empleo anterior, constando únicamente que cuando la escuela fué suprimida, Fernando VII le señaló una pensión, que vino disfrutando hasta la muerte de dicho rey.

Jerónimo José Cándido no estuvo casado en segundas nupcias con una hermana de su maestro Romero, como se ha asegurado, sino con Inés Pinzón, y viudo de ésta, volvió á contraer matrimonio en Obiciana con Juana Josefa Guerrero y Delgado, hija de Fernando y de Josefa, en 22 de Marzo de 1816. Cuando ya se quedó sin empleo ni pensión, fijó su residencia en Madrid, donde falleció el día 1.º de Abril de 1839, viviendo en la calle de Santa Brígida, número 25, y siendo enterrado en el cementerio general de la puerta de Fuencarral.

Fué siempre hombre franco, dadivoso y muy apreciable en su trato; y como torero, gran conocedor de la índole é inclinaciones de los toros,

muy concienzudo para dar á cada uno la clase de lidia que requiriera, y especialísimo para arreglarles la cabeza y colocarlos á la muerte. No era bravo ni arrojado hasta la temeridad; pero sí sereno y oportuno, y en él se vió siempre más al hombre entendido en su arte que al atrevido torero que, por satisfacer su amor propio, ó por conseguir aplausos, se expone sin necesidad á ser víctima de su imprudencia.

Cándido, Francisco.—Banderillero portugués, de medianas facultades y menos conocimientos, que trabajó en aquel país desde 1850 á 1881, en que falleció.

Cándido, Francisco de Paula.—Fué banderillero de *Pepe Illo* á fines del siglo anterior. Nos inclinamos á creer que perteneció á la familia de José y Jerónimo.

Cándido, José.—¿Quién sería uno de este nombre que consta como discípulo propietario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla? Sólo allí sonó su nombre; se conoce que salió convencido de que no servía para torero.

Canet y Lozano, Mariano (El Yusio).—Natural de Valencia, donde nació el año de 1845. Era un banderillero de regulares condiciones. Ha sido el primero que ha muerto en la nueva plaza de toros de Madrid, y su desgracia se realizó en la tarde del 23 de Mayo de 1875 al poner banderillas al sexto toro de la ganadería de D. Antonio Miura, llamado *Chocero*, el cual le volteó al salirse y le arrojó al suelo. Canet intentó levantarse, y antes de concluir de hacerlo le acometió de nuevo el toro y le infirió una herida de cuatro centímetros de longitud en el lado derecho del cuello, interesándole la yugular externa y falleciendo en la enfermería á los diez minutos. Está enterrado en la sacramental de San Luis y San Ginés, sepultura octava, galería sexta, derecha.

Cano, D. José.—Fué uno de los fundadores de *El Loro*, en 1884, y más tarde su único propietario. Usó el pseudónimo *Pepe*.

Su trabajo en materias taurinas se ha reducido á escribir las revistas y artículos para el periódico que bajo su dirección se hizo popular en aquella tierra en las polémicas que sostuvo á favor de un renombrado matador sevillano. Duro en la forma, y apasionado de más; murió en Sevilla el 13 de Marzo de 1895.

Cano, José (El Cano).—Picador de vara larga, más de lo que es menester. Aspira á crearse un nombre; quiera Dios que lo consiga, pero para ello es preciso que varíe de rumbo.

Cantarero.—Toro de la ganadería de D. Vicente Romero y García, de Jerez de la Frontera, divisa celeste y blanca, colorado, ojo de perdiz, bravo, seco y de poder, que tomó treinta y dos varas, mató nueve caballos é hirió á once en la plaza del Puerto de Santa María el 26 de Julio de 1871, y que á petición del público no fué matado en el coso, sino retirado á los corrales.

Cantillana, Marqués de.—Dice de él Quevedo que era su brazo tan fuerte y su puntería tan certera, que más de una vez mató un toro de un solo golpe de rejón.

Cantoral, Antonio (Minini).—Hace unos cuantos años dirigía como espada, allá en Panamá, una cuadrilla de jóvenes aficionados de aquel país, y según las referencias que de él tenemos, no le faltaba valor.

Cañete, Manuel.—Allá por fines del siglo anterior y en tiempos de Pedro Romero, sonaba mucho el nombre de este picador de vara larga, lo cual hace creer que debía tener grande aceptación. El escritor cordobés, Sr. Pérez de Guzmán, dice que en 1789 ganó Cañete tres mil seiscientos reales por trabajar en tres corridas por la tarde; precio exorbitante entonces, que hace formar idea de cuál sería su mérito.

Caños, Isabelo (El Cartagenero).—Poco puede decirse de este muchacho que empieza ahora corriendo toros y poniéndoles banderillas. Quiere, no tiene malas facultades, pero necesita aprender desde las primeras letras.

Capa.—La que usa el diestro como engaño para llamar la atención del toro, burlarle, y, recortándole, fatigarle y hacerle perder piernas. Sobre los diversos modos de servirse de ella hablaremos en lugar correspondiente. Comunmente es de tela fuerte de algodón ó seda cruda, de un color por un lado, y de otro por el revés, y tiene la misma forma y hechura que la capa española. También se llama capote, y tienen los toreros algunos de gran lujo, que son los que siempre usan para el paseo antes

de empezar la corrida.—Alguien llama capa á la piel del toro. La Academia dice que *sacar la capa* es «en las corridas de toros llamar al toro con la capa hacia un lado, y libertar el cuerpo por el otro, pasándola por encima del mismo toro sin que pueda cogerla.» ¿Qué suerte será ésta que conoce la Academia y no la saben los toreros ni los aficionados?

Capacho.—Llaman así en muchos puntos al toro que tiene la cornamenta algo caída y abierta, pero no tanto que se le pueda llamar cornigacho.

Capcar.—Siempre que se trata de correr un toro ó de ejecutar con él alguna suerte de capa, usando ésta, se dice capear; pero, propiamente dicho, sólo se usa esta palabra, no al correr ni sacar los toros de los tableros ni de las varas, sino cuando se ejecuta alguna suerte de las que citamos en la palabra TRASTEAR, á que remitimos á nuestros lectores. Sin embargo, llámase capeas á las que, corriendo be-

cerros ó novillos en los pueblos, se ejecutan sin arte por cuantos se atreven á bajar á la arena con un trapo en las manos.



CAPEA EN UN PUEBLO. — MACÍAS

En América hay hombres prácticos, y alguna mujer, que capean á caballo, suerte que agrada por la destreza que ha de tener el jinete, y que pintó el Sr. Buxó en los siguientes términos: «El toro arremete como un venablo: el hermoso bruto (el caballo) le deja venir, y cuando lo tiene cerca se cuarteá, y cuando el toro derrota se encoge, y describiendo círculos como si los hiciera á compás, y llevando casi pegados á la elegante sobre-cincha, los pitones del enemigo, se revuelve como potro en zambra, se alarga y escurre como sanguijuela que

prende: mientras el soberbio jinete sacude airoosamente el capotillo, y va quebrando con él las intenciones del burlado toro, y sale, por fin, por la tangente de aquellos círculos, cada vez más apretados, salvando la piel de su cabalgadura casi tan diestra como su *patrón*.» Parece inútil advertir que asisten al jinete toreros á pie, en previsión de un percance. Resulta más vistosa esta suerte practicada por mujeres.



CHABRITA MEJICANA CAPEANDO Á CABALLO. — MACÍAS

Capilla.—En todas las plazas de toros hay ó debe haber una habitación convenientemente preparada para que en ella estén depositados los óleos sagrados por si desgraciadamente fuese necesario aplicarlos, y en muchas provincias los toreros, antes de salir al redondel, suelen rezar, ó al menos saludar arrodillándose, á la imagen de la Virgen de la Soledad, que es á la que generalmente tienen más devoción.

Capilla, Mannela.—En donde dice ese apellido debieran estar un poco de tiempo, hasta que se las pasase el susto, las mujeres que sirven de mofa al público, picando novillos en las plazas de toros, montadas á caballo ó á pie como los hombres. Esta se presentó en Madrid vestida de gallega á picar en la tarde del 30 de Diciembre de 1832.

Capirote.—El toro que, sea cualquiera su pinta, tiene toda la cabeza, desde el principio del cuello, de un solo color cuando el resto de su piel lo es de otros distintos, ó, aunque siendo igual, está mezclado con otro. Propiamente no pueden ser capirotos más que los toros berrendos, ensabanados, albahíos, jaboneros, barrocos, sardos, y aun los salineros y cárdenos muy claros.

Capmani, D. Antonio.—Notable y erudito escritor, contemporáneo de Moratín, que defendió las corridas de toros con entusiasmo. Escribió artículos y folletos sosteniendo las ventajas del espectáculo y comparándole con otros extranjeros, á los que deja muy mal parados. Fué Diputado en las Cortes de Cádiz; después de ser militar fundó una colonia en Sierra Morena, y le designaron para Secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Son leídas con gran aprecio sus diferentes obras literarias. Nació en Barcelona en 24 de Noviembre de 1742 y murió en Cádiz en 14 de Noviembre de 1813.

Capón, Anastasio.—Fué un picador, contemporáneo de Marchante y de Sevilla, que tenía buenos deseos, pero pocas facultades. Era, sin embargo, buen jinete. Nació en Madrid en 22 de Enero de 1792 y ha fallecido hace ya treinta ó treinta y cinco años.

Capón, Pedro.—Buen mozo, fornido, valiente, aunque no muy entendido, tenía este muchacho buenas condiciones para ser matador de toros. Se quedó sin poderlo ser, porque era completamente

sordo, y este defecto le imposibilitaba mucho atender á todos los lances de la lidia.

Capote.—Es la capa de lujo que usa el diestro para presentarse en plaza antes de principiar la lidia. Son casi siempre de seda fuerte y costosa, bordados ó galoneados de oro y plata, con ricos adornos, que forman un precioso juego con el traje que aquél viste. También se llama así á la capa de faena.

Capuchino.—Llaman así al toro cuya pinta es toda de un color, pero que tiene la cabeza de otro solamente; por ejemplo: ensabanado con cabeza negra, barroco con colorada, etc. Es muy rara esta pinta, pero la hay. No debe confundirse capuchino con capirote, porque en este último puede ser la piel de dos ó más colores, y en el capuchino debe ser de uno solo. Además, y ésta es condición precisa, ha de concluir muy marcada en punta sobre el cerviguillo la capucha que parece tener la res echada de delante á atrás, ó sea de frente á cerviz. En muchos puntos de Andalucía llaman capuchinos solamente á los toros colorados con toda la cabeza blanca; pocos habrá de esta pinta.

Caraballo, Alonso.—Fué en fines del siglo anterior banderillero de buen nombre en la cuadrilla de Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

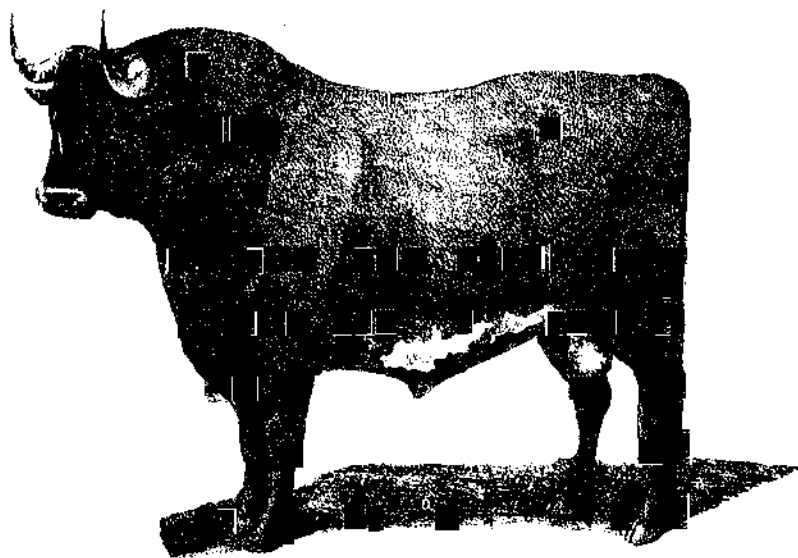
Carabino.—Precioso toro de la ganadería de don Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, sardo, de regulares condiciones, y último que estoqueó en Alicante el célebre espada Salvador Sánchez (*Frasuelo*) el 30 de Junio de 1889. Se hicieron de él varias fotografías.

Caracuel, D. Mannel.—Buen aficionado, que escribió alguna composición poética retratando tipos de toreros con excelente pureza de dicción. Fué natural de Córdoba, y murió en Madrid hace unos veinte años.

Caramelo.—Toro de la ganadería de D. Manuel Suárez Jiménez, vecino de Coria del Río, con divisa morada y blanca, que el 15 de Agosto de 1848 venció en la plaza de Madrid á un león y á un tigre que, primero separados, ó sea uno tras otro, y después juntos, lucharon con aquél y les hizo huir cobardemente con algunas cornadas. El espíritu de especulación, el desseo de algunos de hacer

confesar á los españoles que hay en otras partes animales feroces que vencen al toro, y el mal éxito que para ellos tuvo la lucha del tigre real de Bengala con el toro *Señorito*, de Benjúnea, incitó á una Empresa á buscar de nuevo fieras que lucharan con otros toros. Salieron comisionados al extranjero, trajeron de la Argelia un magnífico león y un soberbio tigre; anuncióse con gran estrépito el combate, vendiéndose caras las localidades, y por fin llegó el día señalado para la lucha. Presentose en la gran jaula el león, sacudiendo su

colorado, bragado, de muchas libras y buen trapío. Fué después lidiado el 9 de Septiembre inmediato; tomó doce varas, mató tres caballos, y á petición del público le fué perdonada la vida. Al año siguiente varios aficionados entusiastas concibieron la idea de preparar una ovación al toro español, vencedor de las fieras africanas, y al efecto, fué presentado en plaza lujosamente adornado con guirnaldas de flores, y, entre los aplausos del público, capeado por los espadas y retirado después al corral. Más tarde fué lidiado y muerto en la plaza de Bilbao, según creemos.



«CAMELO» VENCEDOR DE UN LEÓN Y UN TIGRE. — CASTILLA

melena, y abierta la puerta del chiquero, que por medio de un callejón provisional llegaba á la misma jaula, *Caramelo* entró en ella, vió al león, que se puso erguido y erizada la melena, se llegó á éste paso á paso, y cuando quiso el rey de las fieras ccharle la garrá, ya le había el toro enguebado por medio cuerpo y le había volteado, haciéndole huir cobardemente. Dos ó tres veces volvió á acometerle y engancharle, y viendo que no quería luchar, se intentó sacar al león, lo cual no pudo conseguirse, y, por lo tanto, se acordó entrarse el tigre de refuerzo. Así se hizo. Esta fiera, al ver al toro, dió vuelta al redondel, agachándose y procurando tomar la espalda al toro; pero éste no le perdió de vista, y cuando aquél se le puso de frente, le acometió, le hirió, le arrojó al aire y se volvió contra el león, que se había incorporado. Desde aquel momento no hubo medio de que los animales se acometieran, ni aun de que salieran del jaulón; se echaron perros de presa dentro de éste, se pinchó desde el exterior á las fieras, y hasta el valiente torero Angel López (*Reguero*) entró en la jaula sin más armas que su capa y su corazón, consiguiendo llevarse al corral al más noble de aquellos tres animales, al vencedor *Caramelo*. Era éste

Carbonell, Vicente (*El Santero*).—«Quiere ser torero, quiere parcar, quiere saltar con la garrocha, y como quiere, todo lo hace; pero... si sigue así, es posible que á él le haga pedazos un toro.» Teniendo, sin duda, en cuenta esa advertencia que le hicimos localmente ha más de diecisiete años, se ha retirado del servicio activo, según nos han referido.

Carbonero, Joaquín (*Quini*).—Banderillero regular que, con bastante aceptación, ha trabajado en muchas plazas, especialmente de Andalucía. ¿Qué fué de él? Hace doce ó más años que no suena su nombre?

Cárdenas, D. Pedro Jacinto.—A fines del siglo XVII publicó este caballero cordobés un librito titulado *Advertencias ó preceptos de torear, tanto á pie como á caballo*.

Rejoneó en fiestas reales celebradas en tiempo del rey Felipe IV.

Cárdenas, D. Diego.—Caballero particular que rejoneó toros en 1663 en la plaza mayor de Madrid, con el Almirante de Castilla, el de Aragón y otros magnates de la corte.

Cárdenas, D. Juan.—En uno de los viajes de recreo que el rey D. Felipe IV hizo con el conde duque de Olivares, dice la crónica que en Andalucía fué agasajado espléndidamente por el duque de Medinasidonia, en tales términos, que asombran los detalles de las fiestas, regalos y gastos de toda

clase que allí se hicieron. «Es increíble—dice—lo que se gastó de los guardamangeles para S. M. y los que le seguían; pues concurriendo en aquel sitio, de la gente que venía con la corte y los que se habían juntado de diferentes partes á ver aquellas grandezas más de doce mil personas, todos alcanzaron abundamiento de todo género de regalos, siendo en este desorden mayores los desperdicios.» Y más adelante, después de mencionar las dádivas y obsequios que hizo á toda la comitiva, inserta el siguiente párrafo, que es lo que importa al objeto de este libro: «El día siguiente, sábado, como á las ocho de la mañana, dió á entender S. M. que gustaría de ver lidiar unos toros en el patio de dichas casa ó palacio, y en menos de hora y media se hizo el toril y se encerraron doce muy valientes: los nueve de ellos que se lidiaron hicieron muy buenas suertes sin desgracia. Toreó á caballo *Don Cárdenas*, un truhán del duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarria, que al toro más furioso dió una buena lanzada, entreteniéndolo de manera á S. M. en esta ocasión y en todas las demás, que se lo llevó consigo á Madrid. Mató S. M. tres toros... con el arcabuz, y el duque tuvo prevenidos los mejores conocedores de Andalucía, que á caballo torearón en el patio, haciendo muy buenos lances, y después derribaron en el campo algunos toros á vista de S. M.»

Del relato anterior se deducen varias consideraciones: que el duque debía ser rico, muy rico, extremadamente rico, para hacer los gastos que hizo; que en sus posesiones tenía toros, que pudo traer y encerrar en hora y media; que había (como hay hoy) en Andalucía buenos *conocedores* de reses bravas, y que el *truhán* de D. Juan de Cárdenas lo mismo servía para distraer con su palabra que para torear á caballo.

Cárdenas, José.—Picador de regulares condiciones, que mejoró mucho al lado de Pinto, Marchena y el *Pelón*, en fines del primer tercio del presente siglo. Sin embargo, no pasará su nombre á la posteridad como un portento.

Cárdeno.—El toro cuya piel es negra y está mezclada con pelo blanco, sin formar mancha alguna, ni pequeña ni grande. La idea más aproximada que puede formarse de la pinta expresada es figurándose que es canosa, y según sea más ó menos pronunciada la mezcla, se dice *cárdeno* claro ó obscuro.

Carderera y Ponzoa, D. Mariano.—Antor con D. Manuel Pardo de los magníficos planos

de la preciosa plaza de toros en la ciudad del Puerto de Santa María, y que fueron aprobados y escogidos entre cuantos se presentaron á oposición. Nació en Huesca el día 6 de Diciembre de 1848, y antes de cumplir dieciséis años de edad, ó sea en el de 1864, ingresó en la Escuela de Caminos, donde siguió con gran aprovechamiento sus estudios, hasta que en 1870 ingresó en el Cuerpo como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. No contento con pertenecer á un Cuerpo tan distinguido, quiso ser arquitecto; y como para el genio y el talento no hay vallas, principió la carrera de arquitectura en el año 1869, cuando aun no había concluido la de ingeniero, y la terminó en 1874. Habiéndose destruido por un incendio la vieja plaza del Puerto de Santa María, en el año de 1877, se convocaron opositores para la presentación de planos, con arreglo á los cuales debía construirse una nueva en el mismo sitio que ocupó la anterior; y Carderera, con su compañero Pardo, idearon unos planos tan artísticos, tan perfectamente detallados y explicados en la Memoria que los acompañaba, que desde el primer momento cautivaron y fueron adoptados como los más aceptables. Dadas las condiciones de localidad y del presupuesto á que habían de atenerse, no era posible hacer otra cosa mejor ni de mayor gusto:

Cardoso da Cunha, Ildefonso.—Hizo bien al dejar las banderillas y retirarse del toreo, porque en él hizo poco á gusto de sus paisanos los portugueses.

Cardozo, Mannel Pedro.—Podría valer más como rejoneador este caballero portugués, si le acompañasen la voluntad y otras dotes.

Carecas.—Esta es el nombre que en Portugal dan á los dependientes de las plazas que están encargados de abrir la puerta de los toriles, para dar salida á los toros que están destinados á la lidia.

Careto.—El toro que, de cualquier color en su pinta, tiene la cara, ó sea la parte de la frente, enteramente blanca, siendo el resto de la cabeza obscuro. Puede ser careto también si su pinta, en general, es de color claro y el frente obscuro; pero no es tan común.

Cargar (la suerte).—Es, en todas ellas, consentir al toro en el bulto ó engaño y marcarla mucho en el centro de la misma y muy en corto, ó sea antes

de que salga de jurisdicción. Para marcarla bien, como ya dicho, es indispensable hacer, sin parar, una pausa que, aunque sea brevísima, se vea señalada.

Caribello.—Dícese al toro que teniendo la cabeza de color oscuro lleva el frente nevado; distinguiéndose por consiguiente del careto en que, como hemos dicho, la frente de éste ha de ser toda de un color, y el que hablamos ha de tener sólo manchas pequeñas.

Caridad, Juan.—Fué todo un mozo como banderillero de la cuadrilla de León, y no le gustaba quedarse atrás. ¡Lástima que de hombres como éste haya quedado tan poca historia!

Cárlas V.—Emperador de Alemania y rey de España, primero de su nombre. Tenía una afición decidida á la montería de toros, y prestó grande apoyo á la celebración de estas fiestas, autorizándolas con su presencia, y aun tomando parte en ellas, como sucedió en la plaza de Valladolid cuando se hicieron los festejos reales por el nacimiento de su hijo D. Felipe, donde mató por sí mismo un toro de una lanzada. Dicen que era también muy diestro en rejonear, y de tal manera infiltró la afición á las fiestas de toros entre la nobleza española, que ésta, reinando ya Felipe II, el Prudente, consiguió que á petición del mismo rey levantase Gregorio XIII la excomunión que había desde Pío V contra los que permitiesen, las viesen ó tomaran parte en ellas, si bien dicha gracia lo fué sólo para los seglares y caballeros de Ordenes militares. Sobre este punto hemos hablado en la *Introducción* á esta obra.

Carmena y Millán, D. Luis.—Con decir que es el ilustrado autor de la *Bibliografía de la Tauromaquia*, importante libro, único en su clase que se ha publicado sobre la materia, está dicho mucho más de lo que pudiera añadirse para justificar su puesto en esta obra, aunque se prescindiera de otros escritos suyos en que constantemente ha usado un lenguaje sencillo á la par que severo. Aquella obra, que no fué más que un precioso ensayo para otro de la misma índole, si bien de más altos vuelos, en que viene trabajando há muchos años, acredita su vasta erudición y demuestra que no ha habido quien llegue á él en esa parte bibliográfica taurina, siempre costosa, siempre molesta, que requiere una rara inteligencia y especialísima

aptitud para adquirirla y ordenarla. Como aficionado á las corridas de toros, podrá no rayar á tanta altura como otros, en cuanto á la explicación de las suertes y modo de ejecutarlas, olvidando tal vez el arte por el impresionable efecto mo-



mentáneo; pero tratándose de lo que él ha hecho santuario histórico de la fiesta española, no hay nadie que pueda ni remotamente ponerse al lado.

Carmena es también autor de la *Historia del Teatro Real de Madrid*, libro que los inteligentes han hecho la justicia de recibir con aplauso: es dueño de una buena biblioteca y sirve al Estado con gran inteligencia en su empleo de comisario de Guerra en el Cuerpo de Administración militar.

Nació en Madrid en 1845.

Carmo, Jerónimo Pedro de.—Es uno de los mejores pegadores portugueses que se han conocido. Hijo de Francisco y de Ana de la Concepción, nació en Abrantes, y llevó trabajando sin interrupción en su penosa y expuestísima faena más de quince años, lo cual demuestra que *sabe* perfectamente su oficio; porque el que no tiene conocimiento bastante para ver llegar al toro y aprovechar el momento en que humille para *echarse* antes de que el animal derrote, por fuerza ha de ser arrojado por la fiera y a pocos golpes inutilizado. Suponémosle ya retirado del toreo, donde tantos laureles adquirió.

Carmo Faria, Antonio.—Por el año de 1840 se presentó á torear en las plazas de Portugal como banderillero, sin llamar la atención por su trabajo; pero á fuerza de mañas llegó á ser especialidad clavando pares á toros de sentido, á que nadie se acercaba. Solían ser á media vuelta y de sobaquillo, pero los ponía, y otros mejores que él, no. Ha muerto en 1879.

Carmona, Bartolomé.—El nombre de este gran picador va unido en la historia al del célebre maestro Pedro Romero. En 23 de Mayo de 1785, el quinto toro de la corrida de la mañana, que era muy duro y empujaba, derribó á Carmona del caballo, dejándole tendido debajo de éste; pero en su codicia levantó al jaco enganchado en las astas, de las cuales se desprendió á consecuencia de un capote metido á tiempo por Romero. Levantose Carmona y se encontró solo, lejos de las tablas, frente al toro y con el capote del matador á sus espaldas. En tan crítico momento, cambió Romero el capote de mano, llevándosele á la izquierda, empujó fuertemente con la derecha al picador hasta arrojarle al suelo de boca, y cuando el toro acometió, se encontró empapado en el trapo del espada, que se llevó al toro donde quiso, entre los vítores y aplausos de la concurrencia y el agradecimiento de Carmona, que en público abrazó al maestro con lágrimas en los ojos.

Estaba de Dios, sin embargo, que este infeliz había de fallecer en la plaza.

En la quinta corrida del año 1793, celebrada el 9 de Julio, un toro castellano, cuarto de la tarde, que no tomó más que una vara y seis banderillas de fuego, fué muerto por Pedro Romero de una estocada bien puesta, pero poco profunda, y entonces el animal acometió al caballo en que estaba Bartolomé Carmona (que no huyó á carrera, como hubiera podido), y cogiéndole de manera que no solo hirió al jaco de muerte, sino que en la caída que dió el picador recibió éste tan fuerte golpe en la nuca que falleció á poco rato.

Carmona, Teresa.—Picaba novillos en la plaza de Madrid antes del año de 1840, á caballo y con valentía. Alguna composición poética hay que no solo la elogia por valiente, sino también por su belleza. Mejor hubiera estado la tal moza en cualquier parte que en la plaza.

Carmona y Jiménez, D. José. Constante defensor en la prensa de las buenas prácticas del toro y escritor público, director del antiguo *Enano*,

que después se ha llamado *Boletín de loterías y toros*, y llevaba muchos años de existencia. Poseía un magnífico museo de objetos taurómacos de gran valor, reunido á fuerza de constancia y grandes dispendios. Allí, al lado del retrato del gran Yust, estaban el de *Castillares*, *Pepé Illo* y otros;



pieles de toros célebres, como el *Jocinero* y *Giadaleto*; prendas de Montes, estoques de *Cúchares* y Redondo, chaleco de *Pepete* el día de su desgracia, ropas del *Tato*, moñas, rejones y muchos más objetos difíciles de retener en la memoria. Era natural de Almuñécar, en la provincia de Granada, abogado y propietario, de excelentes condiciones de carácter y entendido en tauromaquia. A su fallecimiento se deshizo aquella bonita colección de objetos taurinos, cuyos restos ignoramos dónde se hallan. Para aclarar hechos que en la historia pudieran un día aparecer equivocados, nos parece conveniente hacer constar aquí, siquiera sea ligeramente, la historia del periódico que dió nombre á este distinguido aficionado. No fué nuestro inolvidable amigo Carmona el fundador del periódico taurino *El Enano*, como se ha dicho después de su fallecimiento. Para probarlo, vamos á relatar sucintamente la historia de esa publicación, que nació cuando el aficionado D. Joaquín Simán dejó de dar á luz *El Clarín* en 1851. Unido dicho señor al distinguido literato D. Manuel López Azcutia, crearon el primitivo *Enano*, que tuvo entonces, y luego después, general aceptación: retirado de la empresa Simán, se asoció á ella D. José Carmona, y éste adquirió la propiedad del periódico en 1854, dándole gran impulso y variándole el ti-

tulo en 1855 por el de *Boletín de loterías y de toros*, continuación de *El Enano*, que es como se le conoció durante mucho tiempo y en el que colaboraron asiduamente D. Isidro Aguado y Mora, D. Francisco Javier Manrique y el autor de esta obra, y más tarde el conocido aficionado y buen escritor D. Ernesto Jiménez Pastor. A estos dos últimos y á su hermano D. Eduardo cedió Carmona la propiedad y explotación del *Suplemento al Enano*, que publicaron media hora después de la celebración de las corridas, en los años de 1875 y siguientes. Falleció Carmona en 1885 y sus herederos publicaron el periódico con el título de «*El Enano*, fundador D. José Carmona,» aserto inexacto que nadie se cuidó de rectificar, pero que ocasionó al *Suplemento*, que ya disfrutaba sólo D. Ernesto Jiménez, adoptase el título de *El Enano de Madrid*, que dejó de publicarse dos años después. Ahora sale á luz un excelente periódico con el título de *El Enano*, que nada tiene que ver con el primitivo. Está mejor redactado y editado el nuevo.

Carmona, María Rosa.—Cuando los pegadores portugueses vinieron á Madrid por tercera ó cuarta vez trajeron en su compañía á esta mujer esforzada, que con ellos y como ellos sujetó á un novillo embolado, encunándose de espalda. Dicen que estaba casada con uno de aquellos.

Carmona, José.—Hermano del célebre *Gordito*. Hijo de José y de Gertrudis Luque, panaderos en el barrio de San Bernardo de Sevilla, nació en esta ciudad en 20 de Marzo de 1825. En sus primeros años de torero trabajó en cuadrillas andaluzas acreditadas, y recibió lecciones del inolvidable *Chiclanero*, que le llevó á algunas plazas de media espada. En Madrid trabajó en una corrida en 1856 (3 de Agosto) con Casas, Ponce y Domínguez, y quedó bien, trasteando y recibiendo un toro, y luego en 1857 fué contratado por seis corridas, siéndolo en otras muchas plazas y en años sucesivos con sus hermanos Manuel y Antonio, hasta que en 1863 se retiró del toreo, y bien acomodado en Sevilla, sostenía decorosamente á su familia. Cuando empezó á matar se vela en él arte y gran disposición; luego no le quedó mucho arte, pero creció en valor. Nosotros queremos más aquél que éste, aunque siempre se ha dicho que de un valiente puede sacarse algo, y nada de un cobarde. Murió en Sevilla á consecuencia de una apoplejía fulminante el día 12 de Agosto de 1881, dejando una buena fortuna en fincas y colocado á su hijo como jefe de la oficina del Giro Mutuo en aquella ciudad.

Carmona, Manuel.—Este matador es hermano de los espadas José (*El Panadero*) y Antonio (*El Gordito*). Nacido en Sevilla en 1832, puede decirse que empezó á lidiar, ó al menos á figurar como banderillero á los veinte años de edad, por más que antes hubiese corrido vacas bravas, becerros y novillos en los mataderos y pueblos de Andalucía. Estoqueó por primera vez como matador, alternando en Madrid, en 1861, y por espacio de ocho ó diez años toreó constantemente con sus hermanos, que, unidos, tuvieron muchos y muy buenos ajustes, especialmente desde que el menor de ellos, el *Gordito*, inventó el famoso cambio ó suerte de banderillas al quiebro. Era bien puesto, sereno, no pasaba mal de muleta; pero al tirarse, en lo general, cuarteaba mucho. No paraba los pies y no daba á cada res la lidia que requería. Retirado ya del servicio activo, pero entusiasta cada vez más por el arte que ha sido la base de su fortuna, ha fundado y construido en Sevilla una bien acondicionada escuela de tauromaquia con el beneplácito de ganaderos y aficionados, donde se adiestraban desde 1.º de Julio de 1893 unos cincuenta jóvenes que aspiran á ser toreros, turnando en las lecciones que diariamente les daba Manuel Carmona, á quien aplaudimos semejante determinación. Estaba la escuela situada al lado del Matadero público, camino del barrio de San Bernardo, con todas las dependencias necesarias, como son secretaría, enfermería, desolladero, etc., y era capaz para 900 personas, ostentando en su portada el título de *Escuela taurina*. Había además de los socios activos otros pasivos y algunos honorarios, y con el producto de una corta retribución que satisficían se daban funciones prácticas, en que los alumnos ponían de manifiesto sus adelantos y conocimientos adquiridos en las lecciones teóricas. Como sucede siempre que de empresas particulares se trata, esta escuela duró poco tiempo, los socios se dispersaron, y los resultados para el arte han sido casi nulos.

Carmona, Antonio (*El Gordito*).—Todo es susceptible de mejora en el mundo, y si así no lo fuera la ley del progreso no sería verdad.

Por muchos que sean los adelantos que se hayan hecho en una ciencia ó en un arte, aun pueden hacerse más; y cuando se cree haber llegado á la perfección, se descubre ó inventa un nuevo procedimiento, que denota lo que hemos dicho: que puede progresarse. Y tras de un adelanto viene otro, y luego otro, que van enalteciendo el arte, si de arte se trata; pero que no puede decirse lo perfeccionen, dando á esta palabra toda la extensión que en sí tiene.

Nada hay perfecto en lo humano, y en el arte

de torear mucho menos, por más que se haya llegado á donde parece imposible acrecerse. Por una continuada serie de invenciones de suertes en el toreo, ha ido este mejorando hasta el punto en que le conocemos actualmente. A la lanza sucedió el rejón y á éste la garrocha; al arpon las banderillas, desterrando la pica corta ó chuzo, y á la espada de mandoble ó de ancha y pesada hoja, el estoque que hoy se usa.



Infinitas las suertes que á caballo y á pie, en el campo y en el coso se han inventado y ejecutado, ofrecen ó dan lugar á una observación, que no debe ser desatendida. Ninguno de los inventores de las suertes del toreo ha muerto ejecutando la que inventó, por difícil que pareciera realizarla. Juanijon picando á caballo sobre otro hombre, Costillares matando á volapié, Cándido dando el salto de testuz, Montes parando en firme y el Gor-

dito poniendo banderillas al quiebro, son una prueba palpable de nuestro aserto. Podrá cualquier invención de las referidas, y de otras que no hay para qué citar, ser más ó menos útil, tener mejor ó peor aplicación; pero hasta la más insignificante demuestra un adelanto. Prueba evidentemente de cuántos modos, de qué diversas maneras el destello divino que llamamos inteligencia reside sólo en el hombre. Con la inteligencia bien dirigida puede llegarse hasta lo desconocido, pero siempre con limitación; porque si no, ¿á dónde iría el hombre con su soberbia? Haciendo uso de la inteligencia, el hombre vence al bruto, le burla, le doma, le extingue, si quiere. Y para conseguir esto, y al mismo tiempo proporcionarse grato solaz, son las corridas de toros, por los españoles inventadas, fomentadas y perfeccionadas hasta donde es posible. Cada uno de los que en ellas han tomado parte ha procurado ejecutar las suertes á imitación de lo que en sus maestros han visto; otros las han mejorado y algunos han inventado otras nuevas que han enriquecido el arte. Entre estos últimos se halla el acreditado torero Antonio Carmona. Describiremos como mejor podamos los principales rasgos de su notable vida torera, cumpliendo la obligación que nos hemos impuesto. En Sevilla, el 19 de Abril de 1838, nació Antonio Carmona y Luque, hijo de José y de Gertrudis. Por afición del muchacho, por falta de recursos de los padres para darle otra carrera ó inclinarle á otra

profesión, ó por causas que no conocemos ni de que saben darse cuenta á veces los individuos, Antonio, desde muy niño, quiso dedicarse á torrear. En corrales, en plazas, en el campo, en cuantas partes podía, se mezclaba con otros toreros y se atrevía con las reses hasta llamar la atención. En poco tiempo hizo que los aficionados inteligentes se fijaran en él, empezando por figurar con ventaja, por su especial disposición para el arte, entre todos los muchachos de su época. Como cosa especial, y como medio de prueba para saber hasta dónde podía llegar ante el público, se le soltó un becerro

en 1854, si mal no recordamos, en la plaza de Sevilla, al que lidió y mató con notable gracia y desenvoltura. Tenía entonces dieciséis años, y ya era torero. Su afición le haría avanzar y mejorar sus defectos.

Conociendo sus hermanos José y Manuel que tan brillantes disposiciones, bien atendidas y guiadas, podían conducir á Antonio á un puesto elevado en el toreo, le incorporaron á su cuadrilla, don-

de realmente empezó á aprender el arte. Manejaba regularmente la capa y pareaba con gracia. Como banderillero, se presentó agregado á la cuadrilla de su hermano José el año 1857 en la plaza de Madrid, distinguiéndose, más que por su brega, por su fino modo de parear. Al año siguiente, 1858, practicó en Sevilla públicamente la suerte por él inventada de poner banderillas al *quiebro* ó cambio, que por lo sorprendente y por lo que tiene de arrojada y serena entusiasmó hasta el delirio á los que la presenciaron.

Desde entonces Carmona contó por triunfos sus presentaciones en los circos, las empresas se le disputaron y en aquellos primeros años ganó más dinero siendo banderillero que los mejores espadas matando. Porque era efectivamente asombroso ver á un hombre en el centro del redondel, atadas las manos unas veces, otras con los grillos en los pies, ó dentro éstos de un pequeño aro ó

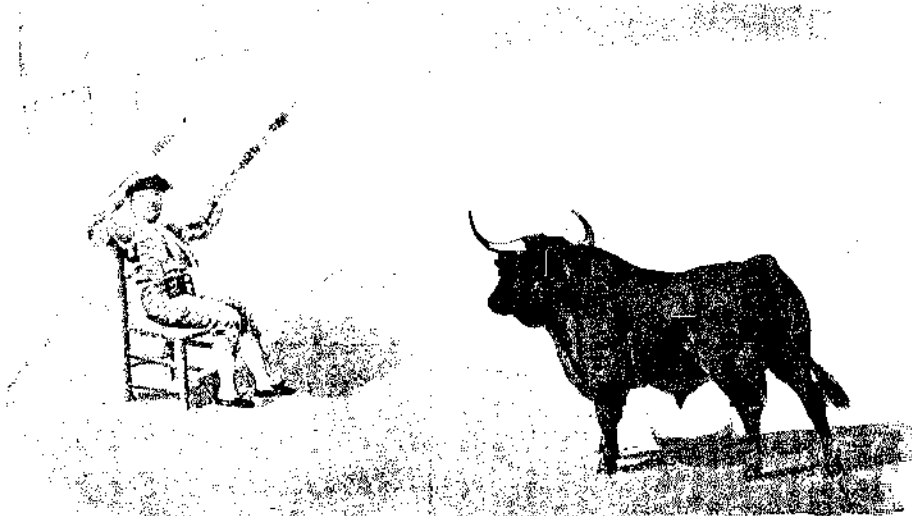
del buco de un pañuelo, llamar á un toro, verle llegar, inclinarse á un lado, y sin mover nada, absolutamente nada los pies, darle salida por un lado, clavándole los palos y quedándose de brazos cruzados, esperando tranquilo el aplauso que todo el público, sin excepción, tenía que tributarle.

Si á lo dicho se agrega ver á ese hombre sentado en una silla, ó con otro hombre tendido á sus pies, esperar del mismo modo á la fiera, sin capa alguna en sus brazos, sin más que unas banderillas, muchas veces de á cuarta, el entusiasmo y la admiración tienen que subir de punto hasta el extremo, y todo el mundo tiene que conceder al inventor grandes cualidades de torero, puesto que sin valor, serenidad y perfecto conocimiento del arte, no es posible ejecutar bien, y sin exponerse á una desgracia, suerte tan difícil y lucida.

Algunas parcialidades afectas á otros toreros negaron entonces que pudiese considerarse como suerte del toreo la de que nos ocupamos, puesto que ni estaba escrita ni se había conocido quien la ejecutase; pero pasado tiempo tuvieron que reconocer que es una suerte tan buena y tan practicable como otras, si bien más expuesta que la del salto al trastero ó con la garrocha, ó la del cambio en la cabeza que ejecuta el matador que, sabiendo,

tiene para ello facultades. Siempre se han aplaudido, y con justicia, dichas suertes, y quiso criticarse la del *quiebro*, sin reflexionar que la de aquellos saltos consiste en la sorpresa y la del cambio se ejecuta con muleta, baluarte y defensa que no tiene el *quiebro*, hecho á pie quieto y á cuerpo descubierto.

Como sucede siempre, los mismos que en un principio criticaron dicha suerte, intentaron ha-



BANDERILLAS QUEBRANDO EN SILLA. — MACÍAS

cerla para demostrar su poco valor ó importancia; y el resultado, como no podía menos, les fué fatal, sufriendo cogidas necesariamente previstas por los que sabían que era indispensable estudiar el modo de hacer la suerte, que, como todas las del arte, tienen sus reglas fijas, y no atreverse á ejecutarla sin ensayarla más de una vez, como lo han hecho después con excelente éxito *Lagartijo*, *Frasuelo*, *Chicorro*, *Caravacha* y algunos otros, aunque muy pocos.

El *Gordito*, no sólo en dicha suerte de su invención, sino en todas las de banderillas, ha llegado á una altura á que pocos se han acercado, clavando pares de todos modos, siempre bien y con arte; y como peón de lidia, como torero, en fin, hay hoy muy pocos, poquísimos, y no decimos otra cosa por no herir susceptibilidades, que se le puedan poner delante. Si alguno sabe más, ó siquiera tanto, la falta de facultades le impediría andar al lado de los toros como aquél andaba.

Pero en cambio, y á fuer de imparciales, tiene graves defectos como espada, que hemos de censurarle. El toreo movido, que en un banderillero es disculpable, no le admitimos, no le queremos nunca en el matador, á quien exigimos siempre los pies parados. Nos importa poco que Carmona

manejé bien generalmente la muleta, si al dar las salidas se sale él también, ó al marcar un cambio fia más en la fuerza de piernas que en la seguridad de la ejecución de la suerte con el brazo. No le perdonamos nunca que desde el año de 1862, en que tomó la alternativa, hayan sido muy pocas las veces que se le haya visto irse por derecho á los toros, y menos las en que ha intentado traérselos. Su muleta es de defensa ciertamente, pero de *mareo*, si se nos permite la frase: su toreo es delicado, esmerado, pero no es fino, ni clásico: se aparta tanto de Ronda, como se acerca á San Bernardo.

Carmona es digno de figurar entre los primeros como buen torero; su trato como particular ha sido siempre decente y honrado; y según dicen, desde que casó, en 1864, su fortuna, ya respetable, ha ido en aumento, siendo de las mayores que entre las de su clase se conocen. ¡Lástima es, y grande, que un torero de sus circunstancias y conocimientos no fuese querido en Madrid! Ninguno de los aficionados que hoy viven ignora la causa. No es atribuible á sus defectos como espada, y mucho menos como torero. Fué producto de una intriga envidiosa, injusta y torpemente provocada, tal vez contra la voluntad de los contrincantes.

Por lo demás, en toda España y Portugal se apreciaron de tal modo las condiciones taurómicas del *Gordito*, que de él se hablaba en todas partes con entusiasmo, reconociéndole mérito superior. En Madrid mismo, centro de la inteligencia taurómica, se le tiene en mucho por los aficionados que le conocieron como buen torero.

Antes de concluir no debemos pasar en silencio un rasgo noble y elevado de Antonio Carmona, que ligeramente va referido en otro lugar de este libro.

Valencia le presencié hace pocos años, y no le olvidará nunca. Como que salvó á aquel pueblo de muchas desgracias. Iban á celebrarse las corridas de toros que con tanta esplendidez prepara todos los años la ilustrada Junta de Beneficencia de aquella ciudad. Dos días antes de la primer corrida llegó el *Gordito*, que estaba contratado para todas, y al día siguiente esperábase al ganado, que en cajones era conducido desde Madrid por el ferro carril del Mediodía. Llegó en efecto; pero antes de sacar de los vagones los cajones en que las reses venían encerradas, una de éstas, de la ganadería de D. Antonio Hernández, de Madrid, rompió su celda y se salió, acometiendo cuanto á su paso encontró. La estación del ferro carril en Valencia está muy próxima á la ciudad. Si allí penetraba el toro, quién sabe el número de desgracias que podían haber ocurrido. Por otro lado, ¿quién le detenía, quién iba á traer los cabestros, sacándolos de su encierro? El conflicto era gran-

disimo. Pero Antonio Carmona, exponiendo su vida, le conjuró.

Mandó que trajeran los cabestros mientras él entretenía á la fiera. Así fué; se quitó la prenda de vestir que le cubría los hombros, y colocándola en el bastón, dió con ella tantos *pases* al toro y de tantas maneras, que le paró. Cuando el animal intentaba alejarse, se colocaba delante con su improvisada muleta y repetía la arriesgada operación, hasta que dió lugar á la venida del cabestaje.

Dijose entonces que se había instruido expediente para conceder á Carmona la Cruz de Beneficencia. ¿Para qué? ¿Equivaldría ésta á la satisfacción de su amor propio, cuando se vió vítorado por un pueblo que con lágrimas de agradecimiento le acompañó emocionado? Ni cruces, ni honores valen tanto como la explosión de amor de un corazón agradecido.

Antes de concluir y para que no se suponga que nosotros incurrimos en equivocaciones voluntarias, debemos advertir que en América, ya en 1834, se conocía el quiebro para banderillar, y en la palabra ESCAMILLA se verá la comprobación de este aserto; pero nosotros reconocemos, sin embargo, á Carmona como autor de la suerte, primero: porque sin noticia de que existiese la ejecutó como la concibió; segundo: porque nadie la ha realizado en silla, y tercero porque mucho menos se ha visto con un hombre tendido en el suelo entre sus piés, y con la confianza que él tenía para verificarla. Una misma idea puede surgir en dos ó más cerebros, sin que puedan disputarse la paternidad de ella, el uno con preferencia al otro.

Carmona, Jesús.—Picador de toros americano, bastante aceptado en las plazas de la república de Méjico, en que trabaja con varias cuadrillas. Es sereno, valiente y monta, como todos los de aquel país, de una manera admirable.

Carmona, Cándido (El Cartujano).—No era pariente de la familia del célebre *Gordito* este banderillero, aunque también era sevillano, nacido en el barrio de Triana en 1869. Fué operario de la gran fábrica de loza *La Cartuja*, establecida en la capital de Andalucía. En la plaza de Madrid, y en la tarde del 29 de Julio de 1894, un toro llamado *Diamante*, de la ganadería de Udaeta, le cogió en la forma siguiente: Al ponerle banderillas, después de una salida en falso, le clavó medio par, y al intentar poner otro al relance de la salida de su compañero, perdió la oportunidad y salió por delante, por lo cual creyéndose cogido, se arrojó al suelo con más anticipación de la necesaria para que pudiera rebrincar el toro, el cual, fijándose en

el bulto, hizo por él, le recogió y suspendió, volteándole. Retirado con una grave herida penetrante en el hipocondrio izquierdo posterior, y otras contusiones, fué cuidadosamente asistido en la casa de huéspedes de la calle de León núm. 17, donde falleció á los veintinueve días, y el martes 28 de Agosto siguiente, fué conducido su cadáver, con gran pompa, al cementerio de la Almudena, donde fué sepultado en la del núm. 110 de la calle de San Mateo.

Carmona, Joaquín (*El Artillero*). — Empieza ahora á poner banderillas en novilladas y poco puede decirse de él, ni para formar juicio es tiempo.

Carnerero, D. José María. — Erudito escritor público que en el primer tercio del presente siglo escribió varios artículos defendiendo las corridas de toros en los periódicos *Cartas españolas* y *Correo literario y mercantil* (1828 y siguientes.) Es autor de varias obras literarias.

Carnero, Francisco. — Banderillero nacido en la Isla de San Fernando, que sirvió en la cuadrilla de Manuel Domínguez cuando este espada marchó en 1836 á torear en Montevideo.

No le hemos visto antes ni después de dicha fecha.

Carnicero, D. Antonio. — Notable grabador que en el año 1791 dió á la estampa preciosas láminas que representaban corridas de toros. Nació en Salamanca en 1748 y logró el segundo premio de primera clase de la Real Academia de San Fernando en 1769.

Caro, Juan Román. — Valiente picador de la cuadrilla de *El Esportero*, en la que ingresó en 1884. Natural de Dos Hermanas (Sevilla), donde nació en 1856, demostró desde muy corta edad gran afición á las faenas del campo con reses bravas, y cuando abrazó el oficio acreditó su pericia y valentía. En 17 de Noviembre de 1888, cuando su nombre sonaba ya entre los buenos picadores, acudió al tentadero de las reses del marqués del Saltillo, en la Isla Menor (Sevilla), llamado para encargarse de tal operación, que verificó el día anterior con gran satisfacción de numerosa concurrencia, y al presentarse el primer becerro sacado del rodeo, llamado *Dudoso*, núm. 24, de dos años, cárdeno obscuro, cornicorto y bien puesto, después de tomar tres varas dió un fuerte derrote en el estribo derecho que hizo salir á Caro de la silla y

caer de espaldas en el suelo, por el lado izquierdo. Reparó el bicho en el bulto, fuese á él y le causó una tremenda cornada en la parte inferior derecha del vientre, con salida de los intestinos, sin que nadie pudiera evitarlo. Transportado con gran cuidado á la casa del marqués, en Sevilla, fueron inútiles los esfuerzos hechos por los médicos para salvarlo, y el infeliz falleció el día 1.º de Diciembre siguiente, á las cinco de la tarde, dejando huérfanos de padre y madre á dos niños de cinco y seis años.

Caro, José. — Hermano del desgraciado Juan Román; se ha dedicado, como él, á picar toros. Aprieta bien; pero se cuida poco de la cabalgadura, precisamente cuando es lo que más falta hace.

Caro, Manuel (*Guerrilla*). — Si no te aplicas más, poca guerra has de dar. La verdad es que tienes mucho tiempo por delante, que eres joven y con facultades; pero no te abandones.

Caro, Javier. — Excelente banderillero que perteneció á la cuadrilla de José Redondo (*El Chicleño*), y cuyo capote siempre era útil en el redondel. El defecto físico de tener el cuello torcido, para nada le estorbó en la lidia.

Caro, Manuel (*El Hurón*). — Es muy conocido en Madrid; pero no todos saben las peripecias de su vida, que son las siguientes, referidas con brevedad: Nació en Valdepeñas, provincia de Ciudad Real, el 1.º de Enero de 1823; sus padres, Esteban Caro y Manuela Merlo, vinieron con él á Madrid á los tres años, y cuando tuvo edad le pusieron al oficio de carpintero. Como amigo de Antonio del Río y de Isidro Santiago, asistió con ellos varias veces al matadero, tomando afición al toreo, y á los dieciséis años fué á Sevilla al cuidado de un tío suyo, que le colocó de vaquero en una ganadería. De allí pasó al bajo Aragón, donde ejerció la industria de cantinero, teniendo que emigrar á Francia con Cabrera en el año 1840, perdiendo un capitalito que había logrado reunir. Sentó plaza en la legión extranjera que fué á Argel, tomó su licencia absoluta en 1843 y á los dos años se vino á España, haciéndose torero y banderilleando por primera vez en el pueblo El Molar con Matías Muñiz, en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, y luego en otras muchas plazas del reino, no contentándose con sólo poner banderillas, sino matando algunas veces con valor y atrevimiento. Esto hizo que en Alaejos tuviera una gran cogida que le puso á las puertas de la muerte, y una vez resta-

blecido, fué con Julian Casas a Palencia; en las Navas del Marqués cedió el un toro a *Lagartijo*, que era banderillero, para que le matase; y en Robledo de Chavela presentó a Salvador Sánchez (*Frascuelo*) (que era la primera vez que se vestía de torero) para que banderillease tres toros, que él mató. Después... los otros subieron y él bajó, cualquiera comprenda por qué.

Carreira da Fonseca, Antonio.—Vale poco este caballero rejoneador en el vecino Reino de Portugal, pero tiene buenos deseos de complacer al público.

Carrera, Manuel.—Buen picador, que toreó por primera vez en Madrid en el año 1839, formando parte de la cuadrilla de Juan León, después de haber estado por Andalucía con la de Montes. Hay quien dice que se estrenó en Sevilla el 12 de Junio de 1836.

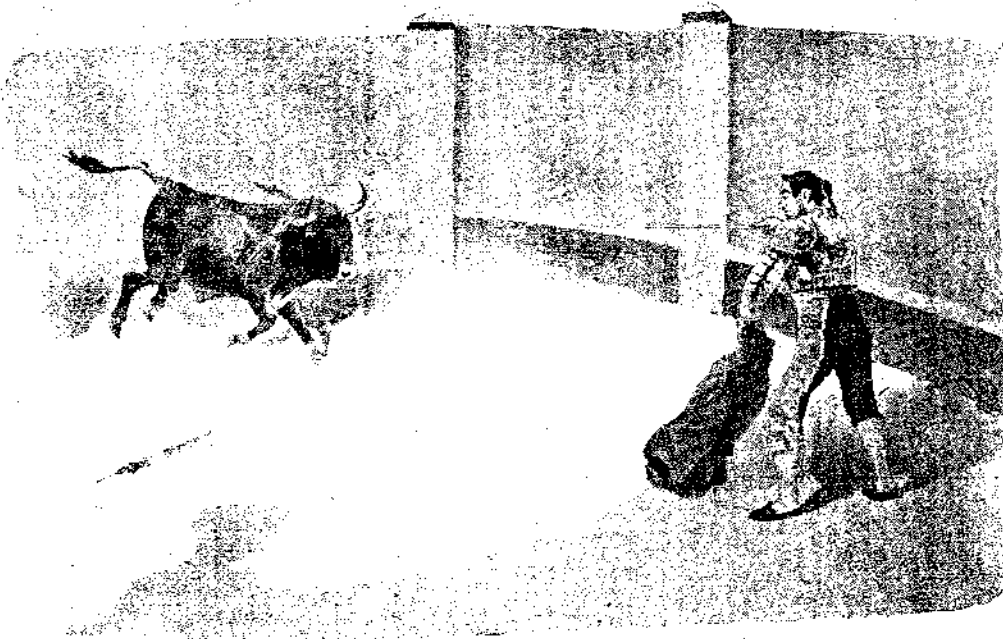
Carrera.—La que dan el diestro ó el toro dentro del coso, sea ó no en seguimiento uno del otro.— Hay un medio de matar toros que se llama *a la carrera*, y es del siguiente modo: Viniendo el toro corriendo de lejos, sólo, ó siguiendo a algún capote que puede haberse echado con este fin, el matador, que debe haber procurado ser visto á tiempo, ó sea desde una distancia suficiente á que el animal no desparrame la vista y se fije en él, há la muleta, espera, aguanta el encontronazo, y al humillar la fiera, clava la espada en el mejor sitio posible, porque, como se comprende bien, no es fácil, por la violencia que trae en su viaje el toro y por lo levantado que viene, señalar precisamente en la cruz, aunque esto debe siempre procurarlo para no deslucirse. No exige esta suerte precisamente que el diestro pare tanto los pies como para *recibir*, porque ha de encomendarla moviéndose de un

lado ú otro más ó menos, según la inclinación recta ó torcida que traiga el toro, y según éste sea de más ó menos sentido, bravo, tuerto, etc., en cada uno de cuyos casos ha de tener presente las reglas generales que para la lidia están escritas. Montes llama esta suerte *a toro levantado*. No debe ejecutarse más que cuando no pueda hacerse otra de las principales sobre corto, porque ésta es una de las suertes de recurso, especialmente para toros burriciegos, ó huídos en demasía.

Carretero, D Manuel.—Malagueño que, con el entusiasmo propio de la juventud, pone gran cuidado en aprender los secretos de la tauromaquia,



frecuentando las corridas, estudiando libros, leyendo opiniones y formando juicios, que más de una vez ha trasladado á la imprenta en artículos grz-



UENTE DE MATAR ESPERANDO AL TORO EN SU CARRERA. — MACÍAS

ciosos, publicados en periódicos de provincias. Con tanta afición puede llegarse á todas partes.

Carreto, Fernando. Conocido banderillero en el primer tercio del presente siglo y contemporáneo de celebridades como Jordán, *Capita* y el *Fraile*. No podemos recordar el nombre de un espada de alternativa que llevaba ese apellido y trabajó en Madrid por los años treinta y tantos de este siglo, ni si era ese Fernando que incluimos en esta voz.

Carrilles, José.—Picador de toros, bastante regular. Tiene buen brazo, pero montando no se reúne al caballo con firmeza, y ese vicio debe corregirlo. Sea por su carácter retraído, ó por escasa fortuna, no trabaja tanto como fuera de desear para que aprendiera lo que ignora.

Carrillo y Ordóñez, Francisco.—Hijo de Manuel y Dolores, nació en Sevilla el 2 de Diciembre de 1868, y en 1880 le pusieron sus padres, que eran panaderos, al oficio de cerrajero, en que hizo



pocos progresos, pues más que las limas, llamaban su atención las reses vacunas. Dedicado desde los

catorce años de edad, á pesar del castigo y reprensiones de sus padres, á capear toros y novillos, burlando la vigilancia de aquéllos y la de un tío que se encargó en vano de refrenar sus aficiones, á los quince años capitaneaba el chico una cuadrilla, que toreó por espacio de un lustro en Andalucía y Extremadura. En 1889 marchó á la Habana con intención de volver con dinero para redimir á su hermano de la suerte de soldado; allí alternó con Machío, por cierto que en una corrida tuvo que matar seis toros, por haber sido herido dicho espada por el primero que se lidiaba: fué también á Caracas y otras provincias ultramarinas, y regresó á España con aplausos y dinero, satisfaciendo con él sus deseos respecto de su hermano. Ha trabajado en muchas plazas, tiene buenos deseos, y se aplica. ¿Será algo en el toreo este muchacho, ó se quedará como otros?

Carrión, Manuel (*El Coracero*). — Espada andaluz de segundo orden, desde el año de 1867 no se ha dado á conocer favorablemente en el resto de la Península. Siendo soldado, aprovechaba siempre la ocasión de lidiar cuando entre sus compañeros se corrían becerros ó daban novilladas, matando con gran valor. Supuso que no necesitaba aprender más para ser torero, adoptó el oficio con empeño, y á pesar de esto, se quedó más atrás de lo que él quisiera; como que con mal principio no puede haber buen fin. En la América del Sur gustó mucho su trabajo, su valor y sus buenos deseos; falleció en 13 de Febrero de 1883, haciendo la travesía de Buenos Aires á España, á bordo del buque *La Santísima Trinidad*.

Cartón, Manuel.—Fué un picador bastante aceptable que trabajó en Madrid con el espada *Carreto* por los años de 1833 ó 34, y después en varias ocasiones. Poco brazo tenía, pero buena voluntad; antes de aquellos años trabajó también en Madrid por recomendación del célebre Pedro Romero.

Carteles.—Prescindiendo de otros medios de comunicar al público la celebración de fiestas de toros que indudablemente serían empleados en lo antiguo, tales como los pregones públicos, los tambores y gaitas y acaso el uso de cohetes, las maestranzas convocaban á dicho fin, por medio de sus timbales y clarines, con toda solemnidad y con dos ó tres días de antelación al día en que debía verificarse la corrida; pero sin excluir este último medio, desde la segunda mitad del siglo pasado empleáronse también carteles anunciadores que, fijos en sitios principales, daban cuenta al vecin-

que se matasen los toros en 1818. Así consta en una *Nota* puesta al pie de un cartel que lleva la fecha de 11 de Octubre del citado año é impreso en Málaga, donde se efectuó la corrida con ocho reses emboladas, á las que se picó y banderilleó solamente. ¿Cómo fué eso, si en esa época estaban autorizadas las corridas de toros de muerte?

En poder del notable escritor y aficionado tauromaco D. Aurelio Ramírez Bernal, existe un cartel, fecha 4 de Julio de 1824, de una corrida que se

los diez toros, tres del Marqués de Tablantes, tres de D. Joaquín Virués y los demás de D. Francisco de Resinas, serian picados con caballos blancos, siendo los diez toros negros, y la rara circunstancia de que los espadas *Pepe Illo* y Francisco Guillén picaron, banderillearon y mataron dos toros, además de los ocho en cuya muerte alternaron.

Esto no es nuevo para los aficionados que saben la historia del toreo. No es raro ver en carteles antiguos y modernos que en funciones extraordina-



efectuó en dicha Plaza de Málaga, anunciando que de los ocho toros que debían ser lidiados, cinco pertenecían á la ganadería de D. Mateo Javalera, entonces de su viuda doña Maria de los Dolores Olmo, todos negros y con divisa encarnada, rompiendo plaza el llamado *Corcito*, nieto de otro de aquel pelo y nombre que asombró en Madrid matando ¡veintidós caballos! Como contera á este exordio y como profecía casi, añade el cartel: «si iguala á su abuelo, pobre asentista». Lástima que no hayamos conseguido un extracto del resultado de la corrida, para apreciar si el *bombo* fué confirmado por hechos posteriores.

Otro cartel de corrida verificada en Cádiz el año de 1778, ofrece la particularidad de anunciar que

rias y de beneficios, los espadas más notables, como Francisco Montes, Roque Miranda y otros, así como algunos que aun viven retirados, y otros más que funcionan actualmente, se hacían anunciar como picadores; y excelentes jinetes cambiaron el calzón de ante y la garrocha por la media de seda y el estoque, para atraer, por la novedad, al público, que es siempre afecto á esas combinaciones que le ofrecen más distracción y entretenimiento, aunque el arte se oculte algún tanto de su vista, ó se ponga de manifiesto la aptitud especial que han tenido varios diestros para lidiar, tanto á pie como á caballo.

Y muchos más carteles raros podríamos citar si no temiéramos ser prolijos.

PIEZA DE TORO
FRANJUEZ

CORRIDA

SABADO 30 DE MAYO DE 1899

Se lidiaron tres toros de la ganadería de D. Juan de Dios de Madrid.

VERAGUA

torero de Madrid.

ESPAÑAS
 Rafael Guerra
GUERRITA
 Emilio Torres
BOMBITA

ENCUENTROS

La corrida empezará a las CUATRO

3.000 180



Carvajal, D. Sancho.—Fue pariente del corregidor y justicia mayor de la provincia de Cofetigo, en el Perú, y en este punto rejoneó toros en fiestas reales verificadas en 1632.

Carvajal, Francisco (El Pollo).—«Es un banderillero que principia ahora, fresco y sereno. Cuida mucho de no acalorarse, fíjese en las suertes, estudias, y será algo. Si no sigue nuestro consejo, peor para él.» Esto dijimos hace veinte años; y a pesar de los transcurridos, el chico se aplicó tan poco que ya no es conocido como notabilidad, sino como uno de tantos. Ha intentado ser matador, probó y se volvió con sus banderillas a Málaga, su país natal.

Carvajal, Juan Miguel.—En 9 de Julio de 1876 picó en la plaza de Sevilla, y luego... nada más hemos sabido de él.

Carvalho, Ezequiel.—Buen pegador portugués en su época. Sintieron mucho sus compatriotas que se retirase del toreo, pero sus amigos alegráronse de verle apartado de peligros.

Carvalho, José Antonio de.—Está retirado del toreo, después de haber acreditado en Portugal que era un valiente mozo de forceado.

Carvalho, Vasco.—Trabaja muy poco, y no es de sentir que trabaje aun menos este portugués caballero rejoneador. ¿Consiste en él o en su poca fortuna?

Casa-Palma, Conde de.—Caballero rejoneador de toros que se presentó en la Plaza Mayor de Madrid en la gran corrida celebrada el 7 de Enero de 1680. No dice la crónica cómo se portó.

Casado, Fernando.—Hace pocos años mataba toros en plazas de provincias, con bastante aceptación, pero se ha eclipsado há ya algún tiempo y nadie da razón de él.

Casanave, José (El Morenito de Valencia).—Es más conocido en América que en España. Mata toros como puede y tiene voluntad, según nos manifiestan de aquellas lejanas tierras. Suponemos, fundados en su apodo, que es natural de la región valenciana.

Casas, Julián (El Salamanquino).—Influye de tal manera en la suerte de las criaturas la variación de la fortuna, y más que todo la falta de jefe en una familia, que por lo general cambia completamente el modo de ser de ésta, su vida y los destinos futuros á que se ven compelidos los que de ella forman parte.

Es tan cierto lo que decimos, que si no fuese demasiado sabido y considerado así por todas las clases de la sociedad, el ejemplo de la familia de Julián Casas lo demostraría palpablemente. Si su padre no le hubiera faltado cuando más necesario le era, es muy posible que Julián no hubiese sido torero; pero quedó huérfano siendo niño, y aunque su señora madre trató siempre de disuadir á su hijo y apartarle de tan peligroso ejercicio, como lo es el de torear, sabido es cuán escasos son los medios que una madre tiene para torcer la voluntad decidida de un hijo mozo que, apasionándose por una idea en la cual cifra toda su felicidad, no piensa más que en realizarla. Y no es porque la buena señora dejase de apelar á cuantos medios le aconsejaban su prudencia y discreción. Halagos, promesas, amenazas, influencias de personas distinguidas y amigas, nada sirvió para apartar á Casas de su decidido empeño de ser torero. Hasta consiguió su madre de las autoridades encerrarle en una casa de corrección, de donde no salió sino para matricularse en la facultad de cirugía. Porque, no lo hemos dicho, Julián Casas tenía entonces todos los estudios de latinidad y filosofía, que previamente se exigían para abrazar aquella carrera; lo cual prueba que su madre no descuidó un momento la educación que á su clase correspondía. Háblale dejado su esposo, militar retirado, una regular fortuna, y creyó era su deber hacer de su hijo un hombre útil á la sociedad, capaz en su día de administrar aquella con inteligencia, y de servirla de apoyo en su vejez. Parecióle, y era lo regular, que con los estudios, y siguiendo una carrera, su hijo había de conseguir el fin apetecido; pero Julián acreditó después que por distintos caminos puede llegarse al mismo término.

Hizose torero decididamente en cuanto murió, en 1835, su madre, teniendo él diez y siete años de edad, puesto que nació en Béjar, provincia de Salamanca, el día 16 de Febrero de 1818, y recorrió toreando muchas plazas de Castilla, hasta el año de 1840. Si la suerte no le era siempre favorable, si en lugar de aplausos sufría revolcones, esto no entibiaba su fe; al contrario, le servía de lección para estudiar más el modo de esquivar el peligro y observar mejor las reglas del arte. Iba adquiriendo nombre por aquellos pueblos, y cuando en 1840 trabajó en Salamanca como banderillero en la cuadrilla de José de los Santos, hizo

furor entre sus paisanos. Allí no se quería entonces, ni mucho tiempo después, cuadrilla de que Julián no formase parte, y los ganaderos del país y gente principal aficionada distinguían al joven lidiador con su sincera amistad.

Pocos años después de ser conocido en Castilla, fué apadrinado eficazísimamente por D. Joaquín Mazpule y D. Antonio Palacios, empresario que fué este último algunos años de la plaza de Madrid. Este señor consiguió que Julián trabajase en esta corte, y que como banderillero se formase una buena reputación, por su destreza y agilidad clavando rehiletes, hasta que en 1845 y 46 le hicieron cesión de algunos toros para la muerte los espadas contratados por la empresa de dicho señor Palacios, y consiguió figurar como matador en las funciones reales celebradas en 1846.

El juicio que entonces formó de este novel matador un distinguidísimo aficionado es el que sigue: «CASAS (*El Salamanquino*).—Ligero y con piés, como los toros de su tierra. Se ladea del izquierdo en las salidas. Brega sin fatigas y las hace pasar muy negras á los picadores que, caídos, imploran amparo, siempre que se entromete á dársele. Banderillea y aspira á matador y mata toros, sin qué de allí pase ni aquí llegue, porque no supe Salamanca lo que no da la Naturaleza.»

En el siguiente año, 1847, le dió la alternativa como matador Manuel Díaz (*Lavi*), y desde entonces no faltaron plazas de todos los puntos de España á Casas, que procuró siempre con empeño quedar bien y adquirir amigos y simpatías. En 1852 trabajó en Sevilla, y según dice el señor Velázquez y Sánchez, el juicio que de aquél se hizo en la mejor de las capitales andaluzas fué que «su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á traerlos á sí, aunque se lo persuada la indole de los brutos; no cede á los

volapies, y *cuarteo* demasiado entrando al testuz; adolece de predilección hacia un *tranquillo* de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletes que se ha formado en el arte sin el auxilio de una próspera enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias.»

Sin que nosotros estemos en un todo conformes con dicha apreciación, convenimos desde luego en que, con referencia á aquella época,

es justa y exacta.

Luego el *Salamanquino* ha querido pararse más, ha estudiado, y las teorías ha querido ponerlas en práctica; si no lo ha conseguido siempre, no habra sido por falta de voluntad, sino porque veinte años de resabios no se borran en uno, y mucho más cuando los hombres no quieren escuchar á personas imparciales que nada los llevan por sus consejos, y creen á interesados amigos, que sirven según se les paga.

Julián Casas ha sido un buen mozo, fuerte y ligero, valiente y pundo-

noroso y bastante conocedor de las reses; y con estas condiciones, fácil es convencerse de que ha podido trabajar bien, y que hubiera sido notabilidad en el arte, si hubiese tenido un buen maestro que le dirigiera, y á quien él obedeciera, que esto último era ya más difícil, dado el carácter de Casas. Hay también que tener presente que se necesitaba ser un gigante para luchar con los espadas de aquellos tiempos, *Cúchares* y el *Chiclanero* y no hay que olvidar que por su organización especial, porque el suelo salamanquino lo da, ó porque su sangre es y ha sido muy ardiente, á Julián le fué imposible pararse ni tener quietud ni calma.

Casi siempre hacia alarde de su ligereza y fuerza de piernas, hasta el extremo de saltar muchas



veces la barrera desde la plaza adentro sin tocarla con piés ni manos; y esto hará comprender á cualquiera que para él eran más familiares las suertes de banderillas, por ejemplo, que la de matar *parando*. Intentaba todo, porque sus deseos de complacer fueron siempre grandes. Capeó muy regularmente, sobresaliendo en las *navarras* y en los lances á lo *chabre*; lo cual comprueba nuestra apreciación, puesto que en las *verónicas* y en las de frente por detrás era mucho más desigual. A tener más calma, más espíritu de imitación, Casas hubiera sido un gran matador de toros, pero no quería imitar, quería crear, y esto sólo les es dado á los genios. No quiso pararse, estudiando á Montes y Redondo, como lo hicieron Sanz y Jiménez (*El Cano*), y claro es, no adelantó lo que debiera. Malos amigos, de esos que se pasan la vida adulando á los toreros y que comen con ellos, le llenaron la cabeza de humo, y esto le perjudicó mucho. Graves lances tuvo en su vida pública que pudieron costarle caros.

Nos hemos extendido mucho más de lo que hubiéramos debido en la crítica de las cualidades que Julián Casas tenía como torero, y especialmente como matador de toros: de intentó lo hemos hecho. No nos perdonaremos nunca el haber abrigado la idea de que Julián Casas había de ser uno de los mejores matadores de toros, contra la opinión de más entendidos aficionados. Vefamos en él á un hombre joven, guapo, robusto, valiente, ligero y con grandes deseos. ¿Qué extraño es que todas estas cualidades nos sedujeran? Guardamos entonces, sin embargo, nuestra opinión entre dos ó tres amigos, y en guardarla hicimos bien; no porque en absoluto el *Salamanquino* fuera mal torero, de ningún modo. Había ocasiones en que demostraba inteligencia y valor como pocos, y practicaba algunas suertes casi á la perfección y esta era razón de más para exigir nosotros que las practicara siempre, ó al menos con más frecuencia.

Muchas plazas de España que no son tan exigentes como la de Madrid, han querido y apreciado con razón al simpático Julián; y lo cierto es que hubo un tiempo en que pocos espadas toreaban tanto como él, ganando mucho dinero y muchos aplausos. No fueron menos ni en cantidad ni en calidad los que consiguió en la América en 1868 al 69 toreando en Lima como jefe de cuadrilla, en que tuvo de segundos á Gonzalo Mora y á Manuel Hermosilla. De las plazas de toros que hay en aquel apartado continente, es una de las más principales la que hemos indicado, y los limeños son de los aficionados más entendidos que allí existen. Pues bien, en pocas plazas como en aquella dejó Julián tan gratos recuerdos, y eso que tenía que sufrir la comparación con otros muchos diestros que habían

pisado aquella arena con general aplauso. El pundonor y la vergüenza son prendas que no abandonaron nunca al *Salamanquino*, y en aquella ocasión le ayudó además el amor propio y legítima emulación con sus camaradas. En veinte funciones que dió quedó á gran altura, como hemos dicho; trajo de allí muchos laureles, y no quiso en España marchitarlos.

Compró ganadería y aumentó sus bienes, cultivándolos y atendiendo á todo con esmerada inteligencia, y pensó no torear más, y pasar tranquilo el resto de sus días en el país en que nació. Sin embargo, un acontecimiento extraordinario le sacó de sus casillas, como vulgarmente se dice.

Debían celebrarse en Enero de 1878 funciones reales de toros en Madrid, y según costumbre en semejantes casos, fueron invitados para tomar parte en ellas cuantos matadores de fama se conocían. Julián Casas recordó con entusiasmo que en las de 1846 figuró como el más moderno de los espadas, y perteneciéndole en las de ahora el primer puesto como más antiguo, no debía renunciar á tal distinción. Concurrió, pues, y los antiguos aficionados tuvieron un singular placer en estrechar su mano.

Alcanzó la gran época del toreo, y por eso no ocupó en él un primer puesto; á pesar de sus defectos, se le recordará con envidia. Falleció en su casa de Béjar el día 14 de Agosto de 1882.

Casas, Manuel de las (*El Manquito*).—Mediano banderillero en las plazas de Andalucía, donde alguna vez trabajó en la cuadrilla de *Cúchares*. Después ha sido matador de toros por allá, no sabemos si alternando ó no, aunque nos inclinamos á lo último, porque ni hemos visto carteles en que como tal figure, ni nos han dado razón de ello personas que podían saberlo. Suponemos que esté retirado del toreo desde hace algunos años, si es que vive.

Casso, Francisco Javier.—Como espada, actuó en la plaza de Sevilla por primera vez el día 26 de Septiembre de 1841.

¿Sería Caro el banderillero? Porque aquel apellido no volvió á sonar en los ecos de la tauromaquia, y el que decimos llamábase Javier como el otro.

Casola, Joaquín.—En fines del siglo pasado trabajaba en cuadrillas de buenos espadas, como banderillero al lado de Nonilla, el *Pocho* y otros acreditados.

Castaño.—Claro u obscuro, según sea más ó menos fuerte el punto de color, se llama al toro que, por igual, y sin mezcla alguna de otro, tiene piel menos encendida que el gijón ó colorado; más achocolatada si es obscuro, y no tanto si es claro.

Castaño, Andrés (*Cigarrón*).—Si quiere este picador de toros elevarse sobre los demás, bien puede hacerlo, pues condiciones le sobran. Hasta ahora no ha intentado nada que haya dejado de



hacer con valor y soltura; pero necesita un ejercicio constante para perfeccionarse, observar los mejores modelos y no engreirse, que la soberbia ha perdido á muchos.

Castaño, Bartolomé.—Fue un banderillero natural de Ronda, cuyo nombre aparece en carteles del año 1822.

Castaños, Juan Matco.—Picador de toros, de quien no tenemos otras noticias que la de que falleció en 1888, á consecuencia de una cogida en la plaza del Puerto de Santa María, de donde parece era natural. Ya no debía ser joven en dicha fecha, porque se le conocía en Sevilla en 1814 trabajando al lado de Francisco Ortiz.

Castaño, José (*Salaito*).—Matador en novilladas, al cual le convendría mucho aprender antes á correr bien los toros y á clavar banderillas. Es muy moderno, y anda despacio.

Castejón, Valentín.—Matador de toros sin alternativa, natural de Murcia, valiente y trabajador, á quien no hemos visto ni tenido de él más

noticias que las referidas, y la de que en dicha ciudad ha fallecido en Mayo de 1892, después de larga y penosa enfermedad.

Castelbranco, Manuel.—Hace pocos años, en 1890, le llevó su afición á presentarse como mozo de forcado, y cumplió bien, y está cumpliendo, por su valentía y conocimiento.

Pertenece á la nobleza portuguesa.

Castellano, D. Manuel R.—Uno de los más notables pintores que en el presente siglo han trasladado al lienzo cuadros ó escenas de asuntos tauromáquicos. En la voz *BELLAS ARTES* hemos hecho especial mención del precioso cuadro *Patio de caballerizas* que hoy figura en el Museo Nacional; y si hubiéramos de ir enumerando cuantos han salido de su privilegiado pincel, necesitaríamos gran espacio y conocimientos especiales para señalar las muchas bellezas que contienen. Nos limitaremos á decir que en todas las Exposiciones oficiales en que se ha presentado ha obtenido premios y que nació en Madrid el día 3 de Febrero de 1828. Viena y Filadelfia concedieron también al afamado pintor medallas de primera clase, y entre los muchos cuadros de su invención, se admiran algunos en Londres de escenas tauromáquicas que embajadores ingleses pagaron á buen precio. Empezó sus estudios siendo pensionado de mérito por la pintura de historia, en la Academia Española de Bellas Artes, con plaza que ganó por concurso. Distinguió mucho su maestro D. Juan Antonio Rivera, y ayudó á pintar el techo del salón del Congreso de Diputados á D. Carlos Luis de Rivera, con el acierto que á primera vista se advierte en tan notable y artística obra.

Falleció en Madrid el 3 de Abril de 1880, y su cadáver fué acompañado al cementerio por gran número de artistas, escritores, autores y actores, entre los que era muy querido. Dos años antes empezó á enfermar y le sorprendió la muerte al regresar de Roma, á donde había ido buscando alivio á sus dolencias. A la Biblioteca Nacional han ido á parar multitud de dibujos debidos á su privilegiado lápiz.

Castelho Branco, D. Fernando (*Pombeiro*).—Puso banderillas con valor, y ya no quiere ocuparse en esa diversión. Es hermano del Marqués de Bellas, de Portugal.

Castello Melhor, Marqués de.—Empezaremos los apuntes biográficos de este distinguido magnate del vecino reino, diciendo con su paísa-

no Gervasio Lovato: «Cuando en Lisboa se habla del marqués, sébese desde luego qué marqués es.» Efectivamente, no hay otro jinete que monte mejores caballos, no hay hombre más elegante ni de mejor figura en la corte de Portugal, y con todas estas sobresalientes cualidades no hay caballero en el caso que demuestre reunir en sí la temeridad con la sangre fría que en él se necesita, ni el arrojo y desprecio de la vida que en más de una ocasión ha puesto de manifiesto. Preciso es y nada extraño que á un hombre de estas condiciones le conozcan todos sus vecinos, mayormente si con todos, sin excepción, es afable, cariñoso y atento, y sus hazañas en la lidia se han divulgado al mismo tiempo que sus rasgos generosos y levantados. El marqués de Castello Melhor, quinto de este título, á que nos referimos, llámase Juan de Vasconcellos e Sousa Câmara Caminha Faro e Veiga; fué nombrado par del reino en 1874, cuyo cargo no aceptó porque sus aficiones no le llevan al laberinto político, y á él se debe la fundación de una sociedad tauromáquica permanente, que ha reportado al arte en Portugal muchos beneficios. En 1865 se presentó por primera vez á torear, y lo hizo con tal soltura, tal conocimiento de las suertes y con tal valor, que desde aquel momento quedó cimentada su reputación de hábil rejoneador. Trabajó en 1866 en la casa de D. Pedro de Portugal en Torre-bella, y en la quinta de los Varandas en las Caldas; en 1867 en la plaza del Campo de Santa Ana, y 1868 en la de Cascaes, retirándose después á sus posesiones de Capua. Pero llegó el año de 1874, la guerra civil mermaba considerablemente la Península española, y nuestros hermanos los portugueses quisieron socorrer nuestra desgracia aliviando la suerte de los heridos. Para recaudar fondos, proyectaron dar una corrida de toros á beneficio de los heridos españoles; se invitó al marqués á tomar parte en ella, y como se negara por manifestar que ya había decidido permanecer alejado de la arena, estuvo á punto de fracasar tan laudable pensamiento. «Eso no,—dijo el marqués,—si en mí consiste precisamente el aliviar la desgracia, al peligro voy con mi vida, con mis influencias y con mi riqueza.» Y se dió la corrida, que á él le proporcionó grande y merecida ovación, y á los pobres heridos españoles un alivio á su desgracia. Nunca olvidará España tan filantrópico acto. El marqués de Castello Melhor es habilísimo en todas las suertes á caballo, y luce especialmente en las de rejonear de frente y al estribo, siempre parado, esperando al cite ó arrancando paso á paso; y su nombre, como al principio dijimos, es querido y respetado por todos, y especialmente por los que han tenido el gusto de tratarle de cerca. Le creemos retirado hoy de la práctica del arte.

Castells, Ramona.—Valenciana, natural de San Felipe de Jativa, formó parte, como banderillera, de la cuadrilla de Francisca Coloma en el año de 1839. ¡Qué poca aprensión!

Castigadera.—Vara larga que con un corto pincho á la punta usan los vaqueros en los corrales y toriles de las plazas para guiar al ganado, y separar de los cabestros ó bueyes el que ha de ser enchiquerado. No se la debe confundir con la garrocha, á la que en nada se parece; alguna mayor semejanza tiene la castigadera española con la que usan los portugueses (campinos) en el campo para sus faenas.

Castilla, D. Gabriel.—Fué un caballero que rejoneó en el año 1632 en el Perú y en unas fiestas reales. De él hacen referencia las crónicas sin dar más pormenores.

Castilla, D. Juan de.—A este corregidor de Madrid se debe la costumbre de engalanar las mulas que verifican el arrastre de caballos y toros en todas las corridas. En las fiestas de Santa Ana, celebradas en 1636, hizo las pusieran «gualdrapas de tela de plata con armas reales, grandes montes de penachos y pretales con mucha cascabela.»

Castillo José.—Banderillero regular y nada más, que trabajó algunas veces con la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*) por el año 1856.

Castillo, Sebastián.—Tomó la alternativa de picador de toros en Sevilla el 6 de Febrero de 1859 y nada sabemos acerca de su mérito, si es que lo tuvo.

Castoreño.—El sombrero que usa el picador de toros en las corridas. Es de castor fuerte y duro, de color gris, ala muy ancha, como de ocho ó diez centímetros, y copa baja y redonda. Va adornado en el lado izquierdo con un vistoso lazo ó moño de cintas de seda é hilillo de plata ú oro.

Castro, Juana (*La Bombila*).—Madrileña, guapa, blanca, rubia, valiente y arrojada, se ha atrevido á matar bocerros á los diez y siete años de edad, empezando en una novillada en el pueblo de Fuencarral, el 14 de Octubre de 1894. Otra loca, dejada de la mano de Dios.

Castro, Balbino (*El Barberillo*).—Puso banderillas en algunas corridas de Valladolid y Santander, y hasta llegó á figurar como sobresaliente de espada en la Habana, no hace muchos años. No tenemos referencias ni de su mérito ni de su paradero.

Castro, Manuel (*Mane*).—Alternó como picador en Sevilla el 28 de Septiembre de 1881 y á pesar de los años trascurridos desde entonces, su fama se ha eclipsado.

Castro, Manuel.—Picador de novillos, durante el segundo tercio del presente siglo. Era buen jinete y rejoneó algún toro en Madrid en 1843, según carteles de la época.

Castro, José.—Banderillero, que figuró entre los primeros en las corridas reales celebradas en Madrid el año 1789, cuando subió al trono el rey D. Carlos IV.

Castro, José de.—En la plaza del Espinho y en otras de Portugal ha clavado farpas con bastante aceptación desde el caballo, este excelente jinete y entendido lidiador, que no sabemos qué grado de parentesco tiene con

Castro, D. Gaspar.—Otro de los buenos farpeadores y toreros que, á caballo también, ha hecho las delicias de los aficionados á la tauromaquia lusitana.

Cavia, D. Mariano.—¿Hay algún aficionado verdadero á las corridas de toros para quien sea desconocida la firma de *Sobaquillo*? ¿Hay alguien que ignore el entusiasmo, el cariño, el fraternal amor de este distinguido literato á los califas de Córdoba? ¿Hay persona medianamente instruida que no haya tenido en sus manos su brillantísima defensa de las corridas de toros, con la cual dejó mudos por mucho tiempo á los detractores de nuestra incomparable fiesta?

D. Mariano Cavia, sin haber tenido en sus primeros tiempos afición á las lides taurinas, porque estudios más profundos absorbiéronle siempre la atención, formó empeño, en circunstancias especiales que en cierto modo le obligaron, en redactar las revistas de toros para un periódico de gran importancia y circulación en España, y como al talento nada le hay vedado, llamó con ellas la

atención del público de tal manera, que se buscan con interés y se admiran con encanto. Maneja la sátira como pocos; su estilo es culto, vigoroso y valiente; piensa *hondo*, y su erudición es de las más vastas que hemos conocido. Supera al céle-



bre Larra en sus intencionadas críticas. Es aragonés, y ya en 1880 dirigía en Zaragoza el *Diario Democrático*.

Cayuela, Francisco (*El Rolo*).—Novillero, matador de toros, que dicen es bravo y entendido, y guapo, y... y... no le hemos visto más que una vez, que no es bastante para juzgar á un hombre. Nació en Triana (Sevilla) en 19 de Marzo de 1870, del matrimonio de Diego y de Dolores Ruiz. Fué soldado en el regimiento de la Princesa antes de dedicarse al toreo.

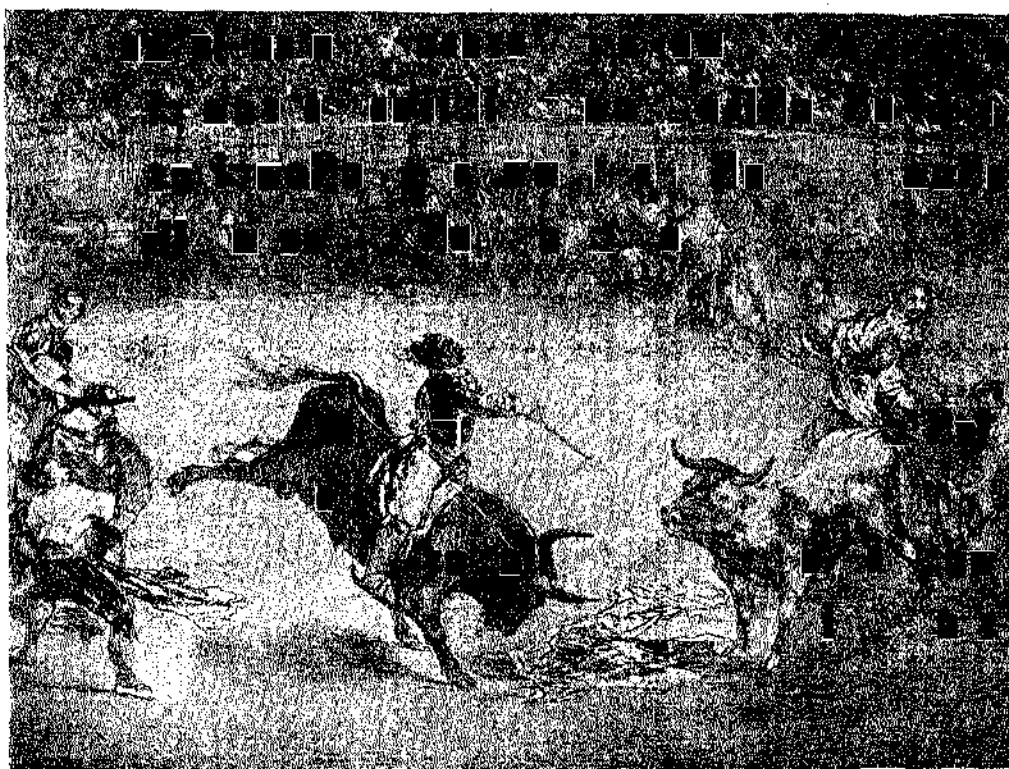
Cazalla, Juan.—Fué un enano tan pequeño, que cuando montaba lo hacía clavando los estribos á la silla del caballo, pero teniendo una gran fuerza y mucho corazón; rivalizó con los más famosos rejoneadores, derrotándolos casi siempre. Se presentó en Sevilla por primera vez en 1616 y mató un toro de una lanzada, metiéndola un palmo además del hierro. Más tarde se presentó en Madrid, lidiando en unión de los caballeros de la corte en muchas fiestas de toros. Protegíale el Duque de Medina-Sidonia.

Cazalla José (*El Callo*).—Ni aun con la protección del espada Antonio Carmona (*El Gordito*) ha conseguido este picador adquirir un gran nombre en el arte. Parece que en Cádiz, pueblo que lo vió nacer, recibió una herida, de la cual murió, ocasionada por un toro de la ganadería de Castillón en 30 de Mayo de 1869.

Cazusa, D. José.—Noble antiguo del vecino reino de Portugal, fallecido en 1872. Fué un buen rejoneador á caballo, pero mejor banderillero y peón de lidia, en la que se distinguía con el capot

repetido en el presente siglo por diferentes picadores. Parece imposible que, á no ser pinchando, atravesado y corriendo, en cualquier parte del cuerpo de la fiera, pueda acercarse un hombre á caballo hasta emparejarse con ella; y sin embargo, según el inmortal Goya, la espada quedaba clavada en lo alto, el caballo no caía y el hombre salía salvo. Pedro Romero (*El Habanero*), picador de fama á mediados de este siglo, ejecutó alguna vez esa llamada suerte con varia fortuna; pero escogiendo siempre caballo á su gusto.

En la que era también muy diestro el tal Cebalera en la de rejonear los toros montado sobre otro,



MARIANO CEBALLOS REJONEANDO UN TORO — GOYA.

te y la muleta, que jugaba con gran destreza. Empezó en 1848 y continuó siempre toreando por pura afición.

Cea.—Uno de los caballeros más famosos en alancear y rejonear toros, cuyo nombre ni época no hemos podido averiguar. Hablan de él muchos escritores, y ninguno fija fecha ni da detalles.

Ceballos, Mariano.—Famoso indio que en los tiempos de *Costillares* se daba gran maña para estoquear los toros desde el caballo, acto que no nos atrevemos á llamar suerte, aunque si se ha

á estilo de América, y teniéndose en equilibrio con gran firmeza.

Ceballos, Juan.—Este picador de los tiempos modernos ha trabajado con aceptación en varias plazas y con distintas cuadrillas andaluzas. En Sevilla, en cuya plaza trabajó por primera vez el 30 de Mayo de 1842, era muy apreciado, y en Madrid también tuvo buen éxito.

Ceballos, Manuel.—Era un picador que cumplía bien por los años de 1845 al 50. En Madrid trabajó regularmente, y no sabemos qué fué de él desde entonces.

Ceballos, José.—Hace cuarenta años era un picador bastante regular, atrevido, y en algunas ocasiones alegre y duro. Montaba bien, y su mano izquierda la envidiaban muchos.

Ceballos, Francisco.—Excelente picador, voluntario para el trabajo y buscando las suertes en regla, que trabajó antes de 1860, formando parte de las principales cuadrillas. Ignoramos si entre éste y los anteriores existía algún parentesco.

Centeno y Laboisse, José.—Nació en Sevilla el día 8 de Mayo de 1861. Hasta la edad de diecinueve años ejerció el oficio de curtidor de pieles, y a ese tiempo marchó á Portugal, donde se aplicó á otro oficio: al de taponero. Allí se atrevió á salir á la plaza de Zahara, en Agosto de 1881, á correr en una capea, y esto le alentó á matar en Fregenal de la Sierra (Badajoz), al año siguiente, un toro con el que no se atrevió el espada contratado. Hízose desde entonces torero, corrió por los pueblos unos cuantos años y en 1886 pasó á Mon-



Celoso.—Algunos llaman así á los toros revoltosos y codiciosos; pero muchos los equivocan con los pegajosos, que tienen cualidades muy distintas. Aquellos, es decir, los que califican como los primeros, van más acertados, que bien puede seguir un toro con codicia al bulto y no ser pegajoso, sino que en seguida que dé el hachazo huya, rebrinque ó no haga por él.

Centella.—Toro de la ganadería de D. José María Torres, de Arahal (Sevilla), divisa blanca y grana, que en la plaza de Cádiz el año 1851 tomó cincuenta y tres puyazos sin volver la cara, mató nueve caballos é hirió otros cuatro, y á petición del público fué indultado de la muerte y vuelto á la dehesa.

tevideo, nada menos, y de regreso al año siguiente, tomó en Madrid la alternativa el 22 de Mayo, toreando con *Lagartijo* y *Frascuelo*. Es buen mozo y valiente; pero adviértese en su modo de torear falta de arte y cierta frialdad, como si fuese el resultado de una práctica ejercida sin nociones preliminares.

Centro.—El centro de los terrenos, que es el de todas las suertes, es el sitio en que se encuentran el toro y el lidiador, y habiendo humillado aquél y salidose éste evitando el hachazo, marcha cada uno por su terreno saliendo del centro del mismo, que el buen torero ha medido con la vista anticipadamente.

Ceñirse.—Los toros que se ciñen son aquellos que, sin meterse totalmente en el terreno del diestro, se le acercan todo cuanto permite el engaño, si está tendido, y si no lo está, cuanto lo permita la ligereza del torero; como que, según *Pepe Illo*, son «aquellos que embisten con gran desco de cebarse en el objeto». El diestro se ciñe también cuando en los pases de muleta ó en cualquier otra suerte torca muy en corto, es decir, muy cerca de la cabeza de la res, lo cual no debe hacerse con todas, sino con las sencillas ó claras, y eso teniendo en cuenta el estado de ligereza ó de aplomo en que se hallen.

Cepeda, Licenciado Francisco de.—Aunque este escritor no se ocupó detenidamente de las fiestas de toros, es el primero que hizo constar en su *Resumen historia de España* que en el año 1100 se corrieron toros en fiestas públicas, añadiendo ser este espectáculo sólo de España. Ya lo dejamos dicho: muchos años antes se corrieron toros en plaza cerrada; pero tiene razón al decir que sólo nuestra patria tuvo, tiene y tendrá tan soberbio espectáculo.

Cercén.—A cercén, y de una sola cuchillada—dice D. Nicolás Fernández Moratín en su célebre carta escrita al príncipe Pignatelli en 1777—que hubo quien cortó el pescuezo á un toro, y cita los nombres de D. Manrique de Lara y D. Juan Chacón. Nosotros hemos leído en un libro italiano que el célebre Diego García de Paredes hizo otro tanto con un toro en Nápoles, usando la espada llamada mandoble, con la cual antes había sostenido su empuje pinchándole en el testuz. También el gran literato Fr. Tirso de Molina dice en una de sus comedias que cierto hidalgo, protagonista en ella, mató á un toro cortándole la cabeza cercén á cercén. Tantas citas nos hacen aproximarnos á la idea de quererle creer, pero parece tan... fuerte la cosa, que sólo reflexionando lo forzados y grandes que debieron ser nuestros antepasados, puede llegarse á comprender.

Cereceda, D. Guillermo.—Distinguido músico, autor de la tan conocida y popular zarzuela *Pepe Illo*, en que dió muestra de su inteligencia, así como en otras varias. Nació en Toledo el 10 de Febrero de 1844.

Cerezo, Manuel.—Uno de los mejores toreros de á caballo que hubo á mediados del siglo anterior, si hemos de creer la tradicional fama que hasta nosotros ha llegado.

Cernerse.—Cuando el toro sacude y menea la cabeza varias veces y con presteza de un lado á otro, ya sea teniendo cerca engaño ó bulto, ó ya viéndole á alguna distancia. Suele suceder esto generalmente con los toros abantos, y para ellos es preciso que en varas, banderillas y con la muleta, sobre todo, se procure *ahormarle* la cabeza.

Ceronis, Francisco.—Este picador de toros, fué muerto alevosamente en Sevilla en el año de 1877. No le conocimos.

Cerrar.—El aproximar al toro á las tablas con inclinación de su cabeza adentro, ó sea la barrera, es lo que se llama cerrar un toro; y estando así, no puede con él ejecutarse suerte alguna, siendo preciso abrirle con las capas, ó sea cambiarle de postura en sentido contrario al que ocupaba.

Cervantes Saavedra, Miguel de.—No queremos pasar en silencio que el príncipe de los ingenios españoles en ninguna de sus obras critica las corridas de toros, antes bien, en su inmortal *Quijote*, parte segunda, capítulo XVII, dice: «Bien pa-



rece un gallardo caballero á los ojos de su rey y en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada

con felice suceso á un bravo toro». Lo cual, procediendo de un talento superior, hace que supongamos laudatorio párrafo tan notable.

Aparte de eso, y como razón más principal para incluirle en nuestro libro, debemos decir que según la autorizadísima opinión de los sabios filólogos, Pellicer, Navarrete, Hartzenbusch, Alberto de la Barrera, Sancho Rayón y Zarco del Valle; el gran Cervantes describió en una *Relación* de 48 hojas, tamaño 4.º, las fiestas celebradas en Valladolid en el año de 1605 con motivo del nacimiento del príncipe, luego rey Felipe IV, ocupándose en los folios 30 al 35 de las corridas de toros. ¡Hasta el príncipe de los ingenios ha escrito acerca de fiesta tan soberbia!

Cervato.—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos y Rodríguez, vecino de Colmenar Viejo, que el 18 de Abril de 1868 se escapó de entre los bueyes cuando se le traía á Madrid para encerrarle, mató á un estudiante, hirió á otras dos personas, deshizo una mula y causó mil fechorías. Así lo dice un autor moderno.

Cervera, Enrique (Valencia chico).—Nuevo matador de toros, que parece ven con gusto en Andalucía, en las novilladas de aquellas plazas, los habitantes de la tierra de María Santísima. Cuando le veamos podremos juzgarle.

Cervera, Juan Antonio.—Matador de toros en novilladas, valiente, de grandes facultades y estatura, la cual le impide la indispensable ligereza.



Trabaja con fé y con deseos de complacer; es algo inteligente, aunque le queda mucho que aprender

del arte, y es posible que ya no adquiriera los necesarios conocimientos, porque ha dejado pasar bastante tiempo sin lograrlos. Parece que nació en Montoro, provincia de Córdoba. Para funciones de segundo orden es de los que mejor cumplen.

Cerviz.—El cuello del toro en su parte superior, que generalmente se llama cerviguillo, y en lenguaje taurómico el morrillo. En la cerviz es donde el buen picador debe clavar la garrocha, empujando con inclinación á su izquierda para echarse al toro por delante; y en la cerviz, lo más cerca posible de la cruz, se ponen los buenos pares de banderillas.

Cezar Calza Mascaranhas, Julio.—Ya no trabaja este banderillero portugués, que tuvo voluntad muy grande en sus principios, hacia el año 1863, y no desprovista de fundamento, pues no se daba mala maña para torear.

Cezar Neumayer, Augusto.—Mozo de forcado portugués, bravo, valiente y entendido. Así empezó y así sigue, por afición, desde 1886.

Cezar Neumayer, Luis.—No va en zaga al anterior en ninguna de sus cualidades, este portugués mozo de forcado, que trabaja siempre con aplauso.

Ciclán.—Toro que no tiene más que uno de los dos signos característicos esenciales al sexo masculino. Es de lidia si su defecto es sólo ese.

Cid Rodrigo Díaz de Vivar (llamado el *Cid Campeador* por sus hazañas).—Según todos los historiadores fué el primero que alanceó toros en España, haciendo constar alguno que lo hizo en caquería y no como fiesta pública, lo cual dudamos y aun negamos resueltamente, contra la opinión de los que dicen que en el año de 1100 se celebró la primera corrida de toros, porque muchos años antes se celebraban, y el mismo Cid fué ensalzado por D. Leandro Fernández de Moratin en su magnífica composición poética titulada *Fiesta antigua de toros en Madrid*. Además, todos saben que el Cid fué armado caballero por D. Fernando II de Castilla, y que éste murió el año 1065. De consiguiente, antes de aquella época había ya corridas de toros. El Cid murió el año de 1098.

Cid Rey, Manuel.—Picador de corta duración en el toreo que trabajó por primera vez en Sevilla el 22 Agosto de 1836.

Cifka Fernando, Augusto.—Es un buen pegador portugués, si le consideramos como aficionado. Desde 1869 en que se presentó en las plazas ante el público, ha demostrado siempre gran valentía.

Cineo, José (Cirineo).—Ha sido un banderillero andaluz que ha tenido buen nombre y reputación de entendido. En Madrid le dió á conocer el *Gordito*, con desgracia para ambos, porque fué la causa ostensible de la ruptura del pueblo afecto al *Tato* con aquel matador, de lo cual hablamos al ocuparnos de dichos espadas. Cineo, á quien por apodo llaman *Cirineo*, tomó la alternativa como estoqueador en el año 1868, sin haberse distinguido en España ni en América, donde ha trabajado. Alternó en Madrid en 1874 y nació en Sevilla en 1843, toreando allí como matador por primera vez el 11 de Agosto de 1867.

Cintero.—El lazo con que se sujeta á los toros al enlazarlos, tanto á pie como á caballo. En algunos puntos de España lo llaman *guindaleta*, y en México *peal*, que es de poco más de una pulgada de ancho, y su grueso el de la piel de un toro que es de la que se sacan, quitándole los extremos menos fuertes, y cortándola después toda en círculo hasta llegar al centro del lomo: de consiguiente, es de una pieza que por lo común tiene sobre 40 varas de largo, sumamente flexible y de increíble resistencia y duración. En Lima y Buenos Aires es de dichas pieles, pero trenzadas como un cordón de 3 cabos, y así como el *peal*, lleva una argolla en la punta que corresponde para que por ella corra el lazo. Estiman los americanos para los cinteros, ó lazos referidos las pieles castañas ú oscuras, por ser menos porosas que las claras, y que los toros de que se extraigan hayan sido muertos en el menguante de luna.

Circo.—(Véase PLAZA). Realmente, y dado el modo de torear de muchos diestros en la actualidad, la voz CIRCO, con que se conocen los en que se dan funciones acrobáticas para poner de manifiesto la fuerza y la agilidad, es la mejor apropiada al objeto que están destinadas hoy, por desgracia para el arte, nuestras hermosas plazas de toros, en que brillan sólo los buenos toreros.

Cironi, Francisco.—En sus últimos años ha figurado en la cuadrilla de Antonio Carmona (*El Gordito*) este picador de toros, cuya habilidad no hemos presenciado. Fué también picador con el espada Lara (*Chicorro*), y murió asesinado en Sevilla en Mayo de 1877.

Cisneros, Juan.—Ha sido un puntillero de los más notables que se han presentado en las plazas de Madrid y de provincias. Por los años de 1854 y siguientes trabajó con precisión y seguridad.

Citar.—Propiamente no se aplica bien esta palabra más que cuando el espada, después de trastear al toro con la muleta, la ésta y *cita* para recibir; porque aunque se llaman citas ó cites los que hace el picador ó el banderillero para ejecutar algunas veces sus respectivas suertes, más bien se denominan llamadas. La cita para recibir debe hacerse acercando de pronto la muleta (*liada*) al hocico del toro, para luego bajarla con inclinación á la parte de afuera del muslo derecho del espada. Puede acompañar á la cita el avance del pie izquierdo, medio paso, y aun la voz del matador; pero esto no es indispensable para realizar la suerte, que á veces no sale bien consumada por ese movimiento, que estorba en ocasiones volver á juntar los pies como es debido para la perfecta ejecución.

Claro, Francisco.—Banderillero que á fines del último siglo figuraba en la cuadrilla de *Costillares*. Era notable pareando, según dice el revistero de aquella época, Sr. Salanova.

Claro.—El toro que, aunque sea voluntario, demuestra nobleza en la acometida, sin denotar intención de codicia, por lo cual sale de las suertes sencillamente y sin repararse ni recargar en ellas.

Claros, Juan José.—Era un banderillero de cierto nombre á fines del pasado siglo. Perteneció á la cuadrilla del célebre José Delgado (*Illo*).

Clemades, Antonio (Tiriti).—Banderillero principiante que no demuestra muchos bríos. Debe haber más calor cuando se empieza, arrimarse á quien más sepa y conocerse.

Cobano, Tomás.—Hace más de cuarenta años era un regular banderillero que mataba toros en pla-

zas de segundo orden. Había en él atolondramiento más que valor y arte.

Cobano, Rodrigo.—Tampoco dejó gran nombre en el toro este lidiador, que picó con Diego Luna y otros de fama por los años de 1824 en adelante.

Codes, Francisco (El Melones).—Este Melones no es Paco Gutiérrez, á quien primeramente apodaron así. Aunque de distinta tierra y origen, allá se van uno y otro; pero sabía mucho más el antiguo que el moderno Codes.

Codicioso.—El toro voluntario que busca el bulto con afán y remata en él, aunque no recargue. Es condición muy común en los boyantes y nobles, siendo bravos.

Codillo.—En el toro, lo mismo que en todos los cuadrúpedos, se entiende por codillo la parte del brazo, desde lo alto del nacimiento hasta la coyuntura ó rodilla. Nunca debe herirse de ninguna manera á la res en tal sitio.

Cola.—La extremidad que en la parte posterior tienen los toros como continuación de su médula

espinal, y que al concluir forma, por la mayor abundancia de pelo y su mayor extensión, una especie de escobilla ó plumero que casi llega al suelo. La gente del campo llama rabo á la cola del toro, y hace se entiendan por rabicano, rabilargo, rabón, etc., á los toros de estas condiciones. Llamémosla, pues, rabo.

Colada.—De este modo se llama la acción de entrar el toro en el terreno del diestro, ganándole ó pisándole su jurisdicción y persiguiendo el bulto. El torero no tiene más remedio para librarse de una cogida que cambiar rápidamente los terrenos, sea quebrando, dando salida cambiada con la muleta ó capote, ó si no le da tiempo para otra cosa, evitar el hachazo arrojándose al suelo muy en corto para que la res pase por encima. Los toros de sentido son los más terribles en este lance; y también los que á fuerza de capotazos y malos pases de muleta aprenden lo que no sabían.

Colear.—El acto de agarrarse el torero á la cola de la res, lo cual debe verificarse inclinándose y uniendo lo más posible su cuerpo á uno de los costados ó ancas del animal, y haciendo fuerza con las manos hacia abajo, á no ser que con una tome la cola y con otra un asta. No debe ejecutarse más que en grave peligro de un compañero, sólo por el tiempo necesario para librarle, porque el toro



COLEANDO AL TORO. — GOYA

sufre mucho con el destronque y pierde facultades para la lidia.

Los mejicanos también ejecutan la suerte de colear con bueyes huidos ó salvajes, á quienes persiguen hasta casi emparejarse con ellos, y entonces, echando mano á la cola del novillo, lo más cerca posible del nacimiento de la misma, agárranla y tiran fuertemente sin parar la carrera, derribándole con bastante facilidad, si el anca va levantada, que si no, suelen rodearse la cola al muslo para mejor asegurarla, cambiando de dirección y atravesándose rápidamente. Para ejecutar esta suerte necesitase buen brazo, buen caballo y ser jinete consumado.—(Véase MANGANEO.)

Coleccionistas.—La afición al espectáculo nacional por una parte y por otra el afán de instruirse y estudiar detenidamente cuanto con él se relaciona han hecho que diferentes personas de reconocida ilustración y buen gusto coleccionen, á costa de perseverancia y no pocos sacrificios, documentos antiguos y modernos, láminas, libros, carteles, periódicos y hojas sueltas; pieles y cabezas de toros; ropas y prendas de toreros, divisas y útiles de torear, que representan recuerdos de hechos notables, ó de diestros que ya fueron. Entre los mejores coleccionistas que se conocen actualmente figuran los notables aficionados Sres. Armengol, de Barcelona, y Moliner de la misma ciudad; D. Luis Carmona, D. Pedro Núñez, D. Juan de Uragón, D. Leopoldo Vázquez, D. Ernesto Jiménez, D. Enrique Ralero, D. José Bayard y D. Alejandro Latorre, de Madrid; don Iñigo Ruiz, de Jerez de la Frontera; D. Manuel Martínez Reyna, de Sevilla, que posee tal vez el mejor y más completo museo de esta clase, don José Jiménez, D. Manuel Ruiz Jiménez y D. José Barrado, también de Sevilla; D. José Aparici, de Valencia, y otros.

Con tantos documentos preciosos como conservan dichos señores podría formarse, una vez reunidos, la base para escribir una minuciosa y acertada historia de las vicisitudes porque ha pasado nuestra fiesta nacional, y con las demás prendas y artículos componer un rico y especial museo taurómico, que seguramente llamaría la atención de los curiosos. ¿Por qué, al menos, no se celebra una Exposición nacional del arte taurino bien organizada; ya que se verifican de otros objetos y asuntos de poquísima importancia?

Coleta.—La trenza de pelo que el torero se deja crecer próxima á lo que llaman en lo alto de la cabeza por la parte de atrás la coronilla, y donde coloca un lazo ó moña de seda negra cuando vis-

te el traje de su profesión. Dicese en sentido figurado que *se corta la coleta* el que abandona la afición al toreo, porque el lidiador que definitivamente se retira del oficio, hace desaparecer de su cabeza aquel signo, que tanta prisa se dan á lucir los principiantes. El lazo ó moña que la sujeta no se usaba en lo antiguo: sustituyó á las cofias que hasta primeros del siglo presente servían de adorno á la cabeza.

Coletero.—En algunas provincias llaman así al toro albardado en pinta muy clara, pero no blanca; queriendo otros que la mancha les cubra el pecho. No es voz muy admitida, y quieren decir con ella que lleva la res marcado en su piel un colete.

Coleta.—Los antiguos toreros, los que primeramente ejercitaron el toreo de á pié en el siglo pasado, vestían una especie de peto y espaldar, ó coraza de piel de ante, que les cubría el pecho y espalda, dejando libres los brazos. De la cintura abajo, por donde ceñían este colete con ancha correa de cuero, descendían unas cortas aldetas.—(Véase INDUMENTARIA.)

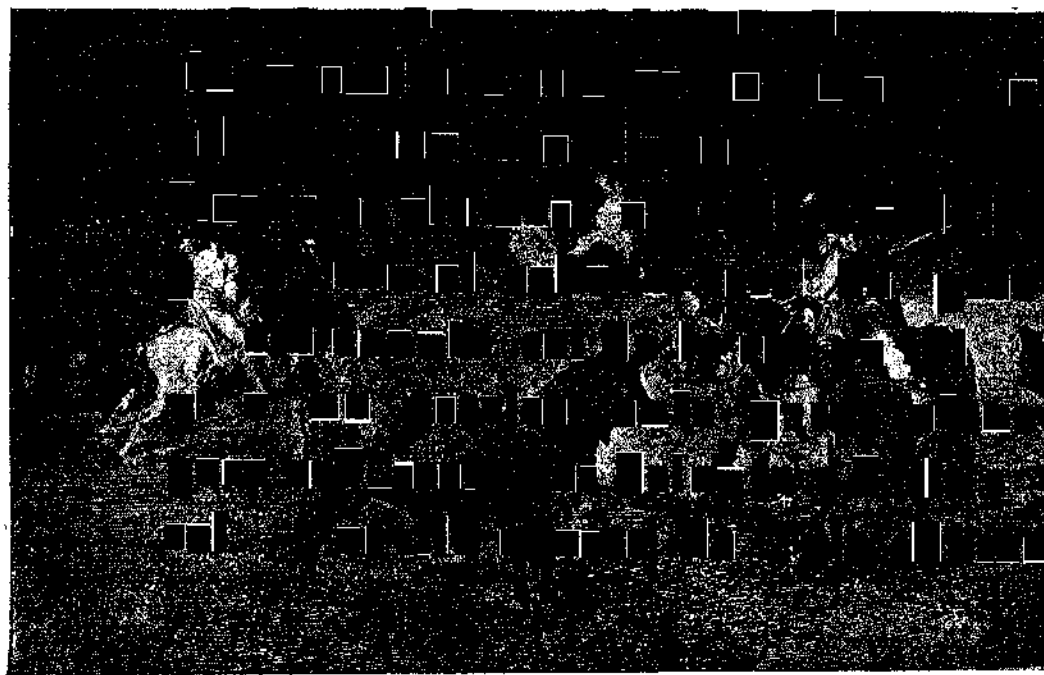
Colmillo, A.—Se estrenó en Madrid como picador en el año de 1792, y no debió ser malo su trabajo cuando figuró en carteles de años posteriores. Entre los que hemos visto no se dice el nombre; usan sólo la inicial antedicha.

Colocación.—El modo de colocarse el diestro al ejecutar las diferentes suertes del toreo, es una de las cosas más importantes para que salgan bien consumadas, y también para evitar un percance. No todos se fijan en ello, ni lo estudian, y el resultado es que nunca adelantan en su arte y tienen frecuentes cogidas. A fin de evitarlas, y siguiendo las reglas marcadas por *Pepe Illo*, Montes y otros autores y aficionados inteligentes, fijaremos las que deben seguir los diestros, tanto á pie como á caballo, empezando por éstos. El picador debe colocarse á la distancia de diez á veinte pasos de la puerta del toril, á la izquierda de éste, y separado de la barrera dos ó tres pasos, para esperar la salida del toro. El segundo picador en la misma disposición, á unos veinte pasos de distancia del primero, y lo mismo el tercero, si lo hubiese. Cuando después de la primera carrera el toro se repara ó se fija y necesita el picador salir de los tableros, lo debe verificar rectamente á la cabeza del toro y á paso lento, hasta colocarse á

una distancia de dos varas lo más cerca, retirándose si ve que el toro escarba y se humilla, porque entonces, si arranca, lo tomará por delante, sin permitirle clavar la garrocha ni sacar el caballo. Si un toro viniese suelto, lamiendo las tablas, y el picador no pudiese rehuir la suerte, esperará con el caballo terciado, procurando dejar al toro cuanta salida le sea posible, y dará el pu-yazo, no precisamente para detener la res, sino para echársela por delante y darle su salida natural.—Los lidiadores de á pie, durante la suerte

pre atentos á todos los lances de la lidia y acudir á ellos oportunamente, han de colocarse donde no estorben la buena ejecución de las suertes, llamando la atención de la res.

Un capote puede prestar gran favor á un banderillero situándose bien, y al efecto debe colocarse á gran distancia del punto en que va á ejecutarse la suerte, observar ésta y procurar hallarse en la rectitud del viaje que traiga el banderillero, según su salida, para que si, revolviéndose el toro le persigue, pueda él salir extendiendo el



PREPARACIÓN EN SEGUNDAS VARAS. — GOYA

de varas, deben tener una colocación, que por desgracia hace mucho tiempo no se observa, dando lugar á que se convierta la plaza en un herradero. Lejos de ocupar cada uno su puesto, acostumbra á formarse en ala cuatro ó seis de ellos, en línea con el caballo, y de este modo hacen que el toro, desparramando la vista, se haga receloso y no embista muchas veces, y en otras sea incierto. Así, pues, el picador no necesita más que un capote, que á distancia de tres varas se coloque al lado y al nivel del estribo izquierdo del caballo, para que si el toro es echado por delante con la garrocha, se le lleve con largas el diestro de á pie, ó le corra por derecho, para que pueda ir á tomar otra vara de otro picador. Además, á la misma distancia de tres varas por lo menos, debe haber detrás del caballo otro ú otros dos capotes, que en caso de haber caído el picador, puedan acudir prontamente en su auxilio; pero los demás toreros de á pie, si bien deben estar siem-

pre atentos á todos los lances de la lidia y acudir á ellos oportunamente, han de colocarse donde no estorben la buena ejecución de las suertes, llamando la atención de la res. Un capote puede prestar gran favor á un banderillero situándose bien, y al efecto debe colocarse á gran distancia del punto en que va á ejecutarse la suerte, observar ésta y procurar hallarse en la rectitud del viaje que traiga el banderillero, según su salida, para que si, revolviéndose el toro le persigue, pueda él salir extendiendo el capote y evitar le alcance; y si, por el contrario al meter los brazos tiene una cogida, podrá el capote acudir con presteza, puesto que sabido es que el camino más corto es la recta. Cuando se pongan banderillas al sesgo, estando el toro aculado á las tablas, conviene que un capote se encuentre, ya dentro ó ya fuera de éstas, llamándole la atención, y otro en los tercios observando la salida. El banderillero debe colocarse, siempre que sea posible, en los medios ó en los tercios de la plaza, dejando al toro el terreno de adentro, ó sea el más inmediato á los tableros, y estando allí, procurar que el toro le vea, alegrarle y salir á encontrarse en el centro de la suerte, en la cual se cambian los terrenos, viniendo el diestro á las tablas. Cuando ponga las banderillas á media vuelta debe estar colocado á muy corta distancia para llamar al toro por derecha ó izquierda; y cuando las coloque al sesgo ó quebrando, la distancia ha de ser proporcionada al sitio en que el toro se halle,

á los pies que tenga y á las facultades del torero.

El matador, para pasar los toros de muleta, debe colocarse de los modos siguientes: para los pases regulares ó naturales se coloca delante de la cuna del toro, enfrente del centro de la misma, á la distancia de unas dos varas, cuadrada la muleta y perfilada enteramente con la cadera izquierda, á la que estará tocando el codo del brazo izquierdo, continuando la misma colocación en cuantos pases diere de esta clase, si bien se comprende que habrá ocasiones en que por ceñirse el toro demasiado tenga el diestro que colocarse á más distancia, ó al menos inclinarse más á la derecha suya, oblicuando un poco la muleta, que en vez de estar horizontal, estará entonces formando un ángulo abierto, cuyo vértice será la mano izquierda del matador. Para los pases de pecho cuidará de colocarse más en corto y más en el centro de la suerte, porque así irá el toro con más codicia al bulto, y el pase, favorecido con un paso ó dos atrás que dé el diestro, resultará más perfecto. Para los cambios, que muchos confunden con los pases de pecho, porque la salida de la suerte la hace lo mismo el toro, debe colocarse el diestro á más distancia, que será lo menos como para el pase natural; y si ve que la res, por ser de las que se ceñen mucho y conservan piernas, en vez de acudir rectamente al engaño se dirige al bulto, fijo en su puesto, guiará la muleta hacia la derecha, y cuando el toro dé el derrote, pasa el diestro con un paso ó dos al terreno que aquél ocupó. Para los pases cambiados, debe darlos muy en corto, porque son más seguros. El espada, para herir, debe situarse siempre perfectamente enfilado con el testuz del toro á la menor y más corta distancia posible, que nunca debe exceder de dos varas (salvo en la estocada á la carrera), procurando, cuando no recibiera, arrancar muy por derecho y cuartejar tan poco, que el público se entere de ello raras veces. Para descabellar, claro es que tiene que acercarse, y mucho, y debe colocarse de frente, bajando al suelo la muleta para que el toro humille y se descubra, haciendo más fácil la suerte. Si el toro es de sentido, conviene que á la izquierda del espada, si tiene la muleta en dicha mano, ó á la derecha en otro caso, se coloque un torero inteligente á tres pasos más atrás que aquél, y cuando en los pases salga la res de ellos, la recoja el peón, sin darla lugar á volverse sobre el espada, al que también podrá colocar el toro, por medio de una vuelta en redondo, dada muy en corto y por orden, ó al menos con beneplácito del matador.

Esa debe ser en los referidos casos la colocación de los diestros al ejecutar las suertes. En el lugar correspondiente á cada una de ellas diremos acerca de las mismas nuestra opinión.

Coloma, Francisca.—Era hace más de cincuenta años una torera que lo mismo trabajaba á pie que montada, aunque de este modo se la vió más en Madrid. Era alicantina, mocetona, brava y de mucho valor; puso banderillas en una corrida y y en otra picó de vara larga, sobre un jaco, espaldada con espalda, con otro mozo tan desdichado como ella llamado *Mangasverdes*.

Colomina, José.—Torero de segundo orden á primeros de este siglo. En 1818 dió en la plaza de Madrid y desde una mesa el salto que ha dado en llamarse de *Martincho*, con grillos en los pies y sobre un toro embolado.

Colorado.—El toro cuya pinta ó color de pelo es parecido al castaño de los caballos, y según es más ó menos encendido, se dice colorado claro ú obscuro. También llaman jijones á los toros de esta pinta encendida, al menos en Madrid; sin duda porque los fumosos de D. José Jijón eran todos de ese color.

Colubí, Mariano.—Espada y banderillero andaluz, que dicen tenía buenos deseos, y nada más. El desgraciado fué asesinado en la calle de los Alcázares, de Sevilla, á las once de la mañana del domingo 3 de Junio de 1877.

Collera.—La pareja de derribadores que componen dos hombres á caballo con garrochas, encargados en las tientas de acosar al ganado y derribarle, separando á la res de la piara para que los conocedores la ticienten, ó para ellos derribarla, en campo abierto. A esto último hay grande afición en Andalucía y en Madrid, donde hacen gala de grandes jinetes muchos y buenos aficionados.

Comas, Mariano.—Es un puntillero nuevo, pero bueno. Su práctica en los mataderos le ha hecho aprender y lucir bastante en la plaza de Madrid y otras.

Combarro, Marcoa.—Estoqueador de toros que en el año de 1737 trabajó en Madrid con el célebre Lorenzo Manuel y otros cinco toreros más en una fiesta que se concedió á la archicofradía de San Isidro. Recibieron para los siete, y por matar todos los toros que se corrieron por mañana y tarde, la cantidad de tres mil reales vellón. ¿Cómo repartirían? De seguro ganó el que más un par de

onzas por matar media docena de toros. ¡También ahora!

Comeche, Manuel (El Espartero).—Este *espartero* es de otro taller distinto al que dió fama el desgraciado Manuel García. Mata toros en novilladas, ha trabajado en América y dicen que es valenciano.

Comisario.—Toro de la ganadería de Ripamillán, colorado, buen mozo, ojo de perdiz y bien armado, lidiado en la plaza de Barcelona en la tarde del 14 de Abril de 1895 por las cuadrillas de Gallo y Fuentes y la de los franceses Félix Robert y Compañía. Después de darle estos *ecarteurs* quiebros y saltos á discreción tomó carrera y de un brinco traspuso barrera y contrabarrera, yendo á parar á la quinta fila del tendido y causando los atropellos consiguientes y algunas desgracias. Fué muerto de un balazo por un cabo de la Guardia civil, por cierto que la bala después de atravesar al bicho fué derecha al pecho de un dependiente de la plaza llamado Juan Recasens, que estuvo muchos días en peligro de muerte.

Conde, Melchor.—Con decir que este banderillero de gran fama es uno de los que mejor nombre han legado á la posteridad está hecho su elogio. Fué de los que se llaman *de punta*, en tiempo de los Romeros; presencié la muerte de José Cándido en el Puerto de Santa María el 23 de Junio del año 1771, y el que por no encontrar médico en dicha ciudad, despachó un bote á Cádiz, que volvió, aunque tarde, con algunos facultativos y recursos.

Conde, Juan.—Matador en fines del siglo pasado y posteriormente, que algunas veces alternó con *Pepe Illo*. Dicen que era hombre muy serio y cumplía secamente con su obligación. Ignoramos si era ó no pariente del anterior.

Conde, D. José Antonio.—Distinguido orientalista é historiador. Escribió á principios de este siglo acerca del origen de las fiestas de toros, y las defendió contra la idea de suprimirlas, que se atribuye á Godoy. Dice Moratin que en sus últimos años este literato estuvo fugitivo, expatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y concluye diciendo: «Si el mérito de Conde puede envanecernos, su suerte nos avergüenza». Nació en Peraleja, Cuenca,

en 1765, fué académico y bibliotecario de El Escorial y murió en 12 de Junio de 1820, con la satisfacción de verse reintegrado en todos sus puestos honoríficos.

Conde, José.—Mató en Sevilla el 9 de Diciembre de 1782, según carteles de la época. Dicen unos que era hermano de Juan, y otros que éste y aquél eran una misma persona llamada Juan José. Somos de la primera opinión.

Conde, Antonio.—Fué un espada regular y nada más; pero su nombre va asociado al de Manuel Domínguez, porque cuando éste volvió de América, después de diez y ocho años, fué presentado en la arena de Sevilla por Conde el año de 1852. El tenía en aquella plaza la antigüedad de 9 de Junio de 1844.

Conde, Domingo.—Actuó como espada en Sevilla en una corrida celebrada en 9 de Febrero de 1829. Ha sido poco conocido.

Conde, Valentín.—Buenos toreros hubo de ese apellido á principios de siglo: bueno le hay de ese nombre bien conocido; con que reuniendo este muchacho ambos títulos y aprendiendo y teniendo valor y adquiriendo voluntad y todo cuanto le falta, será banderillero, y aun espada, puesto que ya mata becerros crecidos. Así sea.

Conde, Lorenzo (El Árabe).—Picador de regulares condiciones, que antes de adquirir un buen nombre en su arte murió en la plaza de Medina de Rioseco el día 24 de Junio de 1892, á consecuencia de una conmoción visceral que le produjo el tercer toro de la corrida al derribarle, pues cayó debajo del caballo, y la perilla de la silla se le entró materialmente en el cuerpo á impulso de la fuerza que sobre ella hizo el cuerpo del jaco.

Conocedor.—Es de suma importancia, especialmente en una ganadería de primer orden, un *conocedor* de suficiente inteligencia que esté al frente de la misma, observe los adelantos, inclinaciones y vicios de las reses, ayude á aquéllos y evite los últimos. A los ganaderos ricos que entienden poco de la cria de toros, ó que por sus circunstancias especiales tienen que vivir lejos de su torada, les es absolutamente indispensable, y en las operaciones de la tiente y castración no puede prescindir-

se del parecer y presencia de un buen conocedor. A veces, respecto de un becerro que ha tomado tres, cuatro y más varas, que ha matado algún caballo, y que por lo mismo ha parecido á los concurrentes de sobresaliente bravura, suele el *conocedor* desecharle, porque en él ve algún naciente defecto que dentro de un par de años le hará inútil para la lidia, ya en su cornamenta, ya en la vista ó en cualquiera otra de sus circunstancias. Ha habido notables conocedores, y aun hoy mismo existen bastantes, sonando entre la gente aficionada y entendida, con gran ventaja, los nombres de Muñoz, Alonso, Cruz, el *Mellizo*, Soledad, Marchante, y otros que murieron; y los Rodríguez (*Rata*), González (*El Galleguito*), Molina, Félix (*El Zurdo*), Campano, Pérez y Sánchez, que hace pocos años vivían al frente de las toradas andaluzas y castellanas de primera nombradía.

Conocimiento.—Es la principal cualidad de las tres que debe tener el torero. El que sin perfecto conocimiento de su profesión se dedique á torear, será muy pronto víctima de una desgracia, aunque le acompañen las otras condiciones de valor y ligereza; porque si es valiente tan sólo, tendrá todo el ánimo que se quiera, se irá con arrogancia á los toros, pero ignorando las reglas del arte, ni comprenderá las condiciones de la res, ni sabrá esquivar un contratiempo, aunque le acompañe la ligereza. Si en todas las profesiones, carreras ó posiciones sociales se ha dicho que no hay hombre sin hombre, en ninguna puede decirse con más razón que en ésta, porque es peligrosa, y porque es indispensable aprender y estudiar práctica y teóricamente las reglas del arte, lo cual no pueden proporcionarle por sí solas ni la lectura de un libro, ni la asistencia á los mataderos. Es indispensable que oiga con aprovechamiento los consejos y lecciones de un buen diestro que, si es posible, lleve larga práctica; que en el redondel no se ofenda porque un reputado torero, ó aquél de quien reciba lecciones, le diga en un momento determinado que se retire y deje de ejecutar alguna suerte, ó se la quite él interponiéndose: que al célebre Montes hemos oído agradecer muchos consejos de Calderón (*Capita*), y al inolvidable *Chiclanero* le hemos visto retirarse al callejón de la barrera toda una tarde por orden de Montes, nada más que por hacer una salida falsa en la suerte de banderillas, después de prevenirle que saliera por el lado que no fué. Para adquirir, pues, el conocimiento necesario para torear, hay que estudiar, ser dócil y observador, y tener presente que, como dice Montes, «los toros no dan tiempo para consultar libros ni pareceres, y menos para meditar.» De manera que es indispensable conocer de antemano y compren-

der las condiciones del toro, su ligereza, resabios, querencias y demás, y también qué suertes pueden hacerse con el mismo más fácilmente, con menos exposición y más lucimiento. De todos modos debe empezarse por la lidia de becerros ó novillos que no pasen de tres años, embolados ó mogones, y dirigirse las corridas por un torero experto que indique y haga notar al principiante los defectos ó condiciones de las reses y suertes á que se prestan.

Consentirse.—El toro se consiente cuando, no habiendo sufrido castigo en su primera acometida á un objeto, acomete muchas veces, aunque no recargue la suerte, ni sea pegajoso, lo cual sucede frecuentemente con los nobles ó boyantes. Uno de los más necesarios requisitos que los espadas deben procurar para obtener buen resultado al preparar los toros á la muerte es *consentirlos*, y esto se consigue poniéndoles muy de cerca la muleta y cargando mucho los pases, sin desviarla demasiado del testuz, ni tardando gran tiempo de uno á otro.

Continho, D. Manuel.—Hace ya cincuenta años, por el de 1842, se distinguió mucho como banderillero aficionado, en términos de que si se hubiera dedicado de lleno á esa profesión hubiese sido muy notable. Pertenecía á la nobleza de Portugal, y falleció en 1885.

Contrabarrera.—Es un asiento para el público que en las plazas de toros está situado inmediatamente detrás de la barrera, que está en la primera fila inferior de todas las del tendido y es la más cercana al callejón. No se confunda esta barrera con la que más propiamente así se titula y que circunda el redondel.

Contrarrotura.—Lesión que sufre el toro en las ganaderías, ya por cornadas, ya por grandes golpes, ya por otras causas que le origina la formación de un bulto más menos grande en el sitio lesionado y suele entorpecer sus movimientos para la lidia, especialmente si le tiene en patas ó manos. Pueden lidiarse en novilladas y en plazas de segundo orden las reses que tengan contrarroturas, si se hallan completamente curadas.

Contratas.—El servicio de caballos, mulas, banderillas y otros análogos son generalmente objeto de contratas particulares que hacen los empresa-

rios de las plazas por un tanto alzado cada función ó cada toro; es decir, que suele también ajustarse por un precio determinado el servicio de caballos en cada toro que se lidie. Respecto de las contratas de toreros, véase la palabra AJUSTES.

Contreras Pamo, D. Diego.—Escribió unas advertencias para torear, muy minuciosas, que dedicó al duque de Terranova. Conservamos un ejemplar, en cuya portada se lee: *Advertencias para torear al Excmo. Sr. Duque de Terranova*, por D. Diego de Contreras Pamo. No tiene fecha ni pie de imprenta; pero se cree que su antigüedad ha de ser del siglo XVII.

Contreras, Manuel.—Desde 28 de Julio de 1878, en que trabajó en Sevilla, nada hemos averiguado acerca de este picador de toros.

Córcoles, N.—Banderillero que trabajó en Madrid con el espada Manuel Parra, y de quien dicen que valía más con el capote que con los palos. Ignoramos su nombre.

Corchado, Luis.—Entre las cuadrillas á que perteneció este famoso picador de toros, podemos citar las de Cándido, Curro Guillén y Sentimientos. Dicen que era una especialidad en la suerte á caballo levantado, y en una ocasión sostuvo una apuesta, que ganó, de veinte mil reales, por picar con un solo caballo una corrida de ocho toros jijones. Cuando la guerra de la independencia fué nombrado por la Diputación del reino de Sevilla correo conductor del ejército de Andalucía, donde prestó grandes servicios; y necesitándose en Madrid picadores de fama para las corridas que se celebraron en 1808, segunda temporada, el marqués de las Hormazas, á nombre de la Junta de Hospitales, ofició el 16 de Septiembre al general en jefe D. Javier Castaños, pidiéndole licencia para que Corchado pudiese trabajar. El general contestó al día siguiente que había pasado la comunicación al señor Miñano, diputado del reino de Sevilla, á quien correspondía determinar, y éste debió acceder desde luego á la petición, porque el 19 del mismo mes trabajó dicho picador con Velázquez y Amisas en la corrida de por la tarde, distinguiéndose mucho, especialmente en el cuarto toro, berrendo en negro, bravo y duro, de la ganadería del conde de Valparaíso, divisa azul, poniendo una vara de las que no se olvidan, sosteniéndose y deteniendo al toro más de un minuto y sacando libre el caballo. ¿Por qué no vemos hoy esto?

Cordente, Santiago (Baulero).—Novillero de poco nombre: le falta arte, pero le sobra valor, y con él, y al lado de otros maestros que los que ha tenido, tal vez hubiera sido un torerito aceptable. Mucho ha de correr para llegar á tiempo.

Cordero, José.—Picador que estuvo en boga en los últimos años del pasado siglo.

Consta en algún cartel, pero con el nombre de Juan, un picador de ese apellido que trabajó en Sevilla en 1782 el 26 de Octubre.

Cordero, Alberto.—A este picador le distinguía mucho Pedro Romero, sin duda porque su trabajo era sobresaliente.

Cordero, José (El Sordo).—Ya aprenderá á poner banderillas, que correr toros sabe y clavar algunos pares también; pero sin la seguridad necesaria. Es nuevo y parece valiente.

Cordero, Fernando (Sevillita).—¡Bello país debe ser el de América!... De allí ha vuelto á la madre patria este matador de toros, que, como tantos otros, se ha hecho un nombre en aquella parte del mundo. Cuando le veamos le juzgaremos, si es que tal deseo se nos logra, porque aparece muy de tarde en tarde en las plazas de España.

Cordeiro, Antonio.—Fué en sus tiempos un banderillero portugués muy aceptable. Murió en el 1844, después de veinticuatro años de profesión pública.

Corianito.—Toro de la acreditada ganadería de don Joaquín José Barrero, vecino de Jerez, divisa blanca y encarnada, que en la tarde del 5 de Abril de 1873 hirió mortalmente en la plaza de Sevilla al picador José Fuentes y Rodríguez (*El Pipi*), hallándose éste á caballo y fuera de suerte. Era de tantos pies, que al dar la cornada rebasó la altura del caballo que aquel infeliz montaba. En las revistas y cartas que se escribieron entonces se llamó al toro *Corianito*; en la ganadería, *Sobretodos*.

Cornada.—La que da el toro á cualquier objeto, siempre que clave el asta poco ó mucho; diferenciándose en esto del varetazo. (Véase PUNTAZO.)

Cornalón.—El toro que tiene demasiado largas y grandes las astas, pero en su dirección natural. Aunque en estos últimos tiempos hay matadores que se resisten á lidiar toros de gran cornamenta, siempre han sido de lidia, y á gala tenían los antiguos diestros lucirse con ellos.

Cornialto.—Lo mismo que CORNIVELETO.

Corniancho ó abierto.—El toro que aunque sus astas en su nacimiento estén bien situadas, son abiertas en demasía, formando la distancia de un pitón á otro una cuna excesivamente ancha.

Corniapretado.—El toro cuyas astas, especialmente en sus pitones, están demasiado juntas, ó sea poco separadas una de otra, formando una cuna estrecha.

Corniarqueado.—Aunque no es voz corriente entre los inteligentes aficionados la hemos visto usar hace años en papeles antiguos. Creemos signifique lo que CORNIAPRETADO.

Corniavacado.—El toro que á diferencia del cornidelantero tiene muy atrás del testuz el nacimiento de las astas, y su inclinación es más abierta ó separada que cerrada.

Corniblanco.—El toro que siendo cualquiera su pinta tiene blancos los cuernos, ya sean altos, largos, cortos ó caídos. No importa que las puntas ó pitones sean oscuros ó negros.

Cornicorto.—Dícese, como la palabra indica, del toro cuyas astas son cortas, pero no rotas, despuntadas ni romas.

Cornidelantero.—El toro que tiene el nacimiento de las astas colocado muy marcadamente en la parte delantera del testuz ó sitio donde le apuntan de ordinario, siguiendo además la rectitud de ellos hacia delante.

Cornigacho.—El toro que, naciéndole las astas en la parte más baja del punto ó sitio en que de ordinario apuntan, las tiene también agachadas, ó sea bajas, pero sin abrir mucho ni cerrar dema-

siado. Suelen ser los toros cornigachos muy ciertos al herir.

Cornilargo.—(Véase CORNALÓN.)

Cornillano.—Esta voz usada en lo antiguo, y aun en algunas provincias, se aplica á los toros que llamamos bien armados, que son los de cuernos regulares, bien colocados y sin deterioro.

Cornipaso.—El toro cuyos pitones ó puntas de los cuernos se hallan vueltos hacia los lados rectamente; hieren con dificultad por esa mala colocación de sus armas.

Corniveleto.—El toro que tiene muy derechos, altos ó iguales los cuernos, sin la vuelta natural que generalmente tienen todos, ó al menos poco marcada su curva. Ofrece su vista aspecto desagradable.

Cornivicioso.—Es tan general la acepción en que puede tomarse esta palabra, que lo mismo puede con ella calificarse al toro CORNIAVACADO que al CORNIPASO, CORNIVUELTO y otros mal armados.

Cornivuelto.—El toro que tiene vueltos hacia atrás los pitones ó puntas de las astas. Son de lidia, pero deben guardarse para novilladas ó plazas de segundo orden.

Cortejano.—Difícil nos ha sido hallar el significado de esta voz anticuada en el toreo. Consultando datos y tomando informes de personas competentes hemos llegado á entender que quiere decir que es toro redondito, bien puesto, bonito, pero no grande ni buen mozo.

Cornúpeta.—Dícese del animal que acomete con los cuernos, según el *Diccionario* de la Academia, que viene á confirmar la definición de *Covarrubias* de «buey mal domado que hiere con los cuernos.» Muchos revisteros y autores de artículos taurinos usan con frecuencia la palabra cornúpeta para designar al toro, alterando la verdadera terminación de la voz, que trae su origen de las latinas *cornu* (cuerno), y *petere* (acometer), y forman un adjetivo que también se usa como sustantivo con el mismo

final en *a*. De no guardarse esta regla gramatical ¿por qué ha de observarse en las voces cometa, planeta, centinela, corneta y otras? Debe, pues, decirse: *el cornúpeto* cuando se hable del toro.

Corzal, Domingo del (*El Rojo*).—Trabajó por primera vez en Madrid en las corridas reales de 1803, y debió agradar su trabajo porque se le ve en carteles de años sucesivos.

Corral.—Sitio que ocupan los toros con los cabestros después de verificarse su encierro, que generalmente se realiza la víspera de la función. Debe haber en él una ó más pilas con agua limpia y algunas pesebreras con forraje ó hierba. Comunmente está al descubierto; pero en las plazas bien construidas existe contiguo otro corral cubierto para librar de la intemperie al ganado cuando es conveniente. Ha de estar dividido en dos compartimientos, para que si hay toros de diversas ganaderías, ó alguno picado, no estén juntos, y tener colocados alrededor algunos burladeros para defensa de los vaqueros.

Corrales Mateos, D. Juan.—Folletínista revisor de toros antes del año 1856, en que escribió un libro titulado *Los toros españoles*, recopilando y



extractando el *Arte de torear*, de *Pepe Illo* y la *Tauromaquia*, de *Montes*, añadiendo algunas suertes y otras cosas curiosas.

Correa, José.—Banderillero sevillano que figuraba en carteles del año 1798, como perteneciente á la cuadrilla del malogrado espada *Perucho*.

Correa, Manuel.—En fines del siglo pasado y á principios del presente era un buen banderillero, y luego un regular matador de toros, que en algunas plazas alternó con el célebre *Curro Guillén*.

Correias Gómez, Luis Patricio.—Ganadero portugués, que cria sus toros en los campos de Coruche, con bastante esmero, desde que hace ya mucho tiempo se retiró del toro. Fué un gran mozo de forcado, valiente y entendido.

Correr.—El correr los toros no es cosa tan sencilla como á algunos les parece. Debe el torero tender la capa por bajo del hocico de la res y lo más cerca posible de ésta, y salir por derecho con tanta ligereza comparativamente como la que lleve el animal, á fin de que éste vaya empapado en el engaño y no se distraiga y encamine á otro lado, si aquél lleva mucha delantera. El torero debe cuidar de ver si el toro le sigue y á qué distancia, pues si va corriendo y no es perseguido, queda completamente en ridículo y desairado. Cuidará también de dar á la res los menos recortes posibles, para evitar que la misma pierda vigor y que tal vez se resienta de los remos, cayendo por girar muy en corto. Si el toro tiene muchos pies, echará la capa sobre largo, no corriendo en la misma dirección del cuerpo y cabeza del animal, sino sesgándose algo, y á ser posible, cambiando de mano en el viaje la capa, que deberá ir flameando sin precipitación. Si el toro es tuerto, se le llama por el lado que ve y se sale por el contrario, y si es burriciego, tendrá presentes las observaciones que al principio apuntamos, procurando siempre empapar á la res lo más posible en el trapo, á excepción de los de segunda clase, que como sólo ven de lejos, hay que guardar con ellos mayor distancia. Si el toro está querenciado, ha de empapársele mucho, muy en corto, y consentirle en que coge; por lo tanto, ha de abrirse lo más posible la capa, ha de salir el torero muy aprisa, y erco conveniente, aunque nada dicen las *Tauromaquias* escritas, que haya otro torero con capa en la salida, para evitar cualquier cogida fácil si el toro conserva piernas ó es de sentido. Cuidando mucho el torero de que la res no tenga estorbo para volver á su querencia, ó lo que es lo mismo, dejándole libre esta inclinación y apartándose aquél de ella, puede, con seguridad, correrla desde cualquier punto en que se encuentre; pero es muy expuesto ejecutar lo contrario. Son fáciles de correr con estas reglas todos los toros, sean abantos, boyantes, revoltosos ó de cualquier otra clase; siendo además conveniente y necesario en muchos casos que haya pocos bultos

que distraigan al toro, y que el torero sea fresco y ligero.

Cortar terreno.—Se dice del toro cuando, observando el viaje ó carrera que lleva el torero, se dirige más rectamente que éste al punto donde él mismo ha de ir á parar; de manera que si no tiene más pies el lidiador, ó no se cambia á tiempo, lo cual es mejor, puede sufrir una cogida en el centro de la reunión, no en el de la suerte intentada. Los continuos capotazos y las muchas salidas falsas de los banderilleros, suelen hacer que los toros aprendan á cortar terreno, y á que, por lo tanto, los espadas se vean luego en peligro.

Cortés, Mariano (*El Naranjero*).—Buen mozo y con facultades; llenaba la plaza, alegrándola. Tenía el defecto de terciarse demasiado en las suertes. Hace años dejó de torear, dedicándose honradamente al comercio de vinos en Madrid, donde falleció.

Cortés, Gregorio.—Picador de toros que no se ha creado nombradía, y es posible que no la adquiriera, por más que sea un jinete bastante regular. Estamos en la creencia de que es hijo de Mariano y nacido en Madrid.

Cortés, Mariano (*El Naranjero*).—Nieto del renombrado picador de los mismos nombres y apodo; es también varilarguero; pero hay gran diferencia en el trabajo de uno y otro, aunque se tenga en cuenta que éste empieza ahora: es valiente y muestra buenos deseos.

Cortés, José.—Es un banderillero atrevido, con deseos de agradar y á quien no falta inteligencia, por más que al practicar las suertes no se ajuste todo lo que debiera á las reglas del arte. Si tuviera más calma y reflexionase más, él ganaría y también el toreo; pero por las causas antedichas, ó por otras, no ha llegado, ni llegará, á donde otros de su tiempo han subido.

Cortés León, José.—Torero que al empezar ya intentaba matar toros, sin acordarse de que su abuelo materno, el notable diestro Juan León, estuvo muchos años siendo banderillero, estudiando y aprendiendo con cuidado lo que su maestro *Curro Guillén* y otros hacían en el terreno. Así le ha resultado el ensayo, y eso que empezó con buen pie en Sevilla el día 11 de Noviembre de 1877.

Cortijo, Pedro (*Valladolid*).—Banderillero que trabajó en Madrid en 1870, sin distinguirse con los palos ni con el capote. Desde entonces nadie da razón de él.

Coruxo, Esteban.—En Diciembre de 1806 mataba toros en la ciudad de Lima, en unión de Vicente Tirado, expresando los carteles que eran ambos europeos. Todavía en 1816 trabajó en las fiestas reales que allí se hicieron en honor del virey don Joaquín de la Pezuela.

Corvella, José.—Dicen que es un novillero que mataba toros no ha muchos años; hemos visto su nombre en más de un periódico, pero no sabemos quién es. Poco ha corrido su fama.

Coso. Así se llamaba la plaza ó sitio cerrado en que antiguamente se corrían ó mataban toros, y aun hoy mismo muchos dan este nombre al redondel de las plazas en que las lidias se verifican.

Costa Freire, Joaquín Pedro da.—Allá por el año de 1858, se presentó en las plazas de Portugal un elegante rejoneador de toros, de figura muy distinguida, que en breve tiempo llegó á ser uno de los mejores que ha habido, por su valentía é inteligencia. Retirado ya, tuvo una ganadería de reses bravas; pero hoy está dedicado á las labores del campo, en que posee buenas fincas y se le considera, por su riqueza, un gran labrador.

Costa Guerra, Antonio da.—Pocos hombres merecen como éste un puesto distinguido en los anales de la tauromaquia portuguesa. Antiguo aficionado, entusiasta acérrimo de las corridas de toros, ha trabajado en su país por la propagación y sostenimiento de las mismas con gran decisión y empeño en todas ocasiones, logrando por su influencia é intervención llevar á Lisboa con ventajosas contrata á muchos toreros españoles, sin más interés que el de fomentar la afición al arte. En 1883, las corridas de toros en Portugal tuvieron un momento muy crítico, amenazando su extinción por marcada decadencia, y entonces Costa Guerra, que nunca había intentado ser empresario de plazas, animado de buenos deseos, formó parte de la Sociedad que tomó á su cargo la plaza del Campo de Santa Ana (Lisboa) é hizo revivir la afición durante cuatro años, presentando magníficas funciones y elevando el espectáculo á una altura que nunca fué mejor. Por eso la prensa lusitana

los toreros y el público, le han tributado grandes elogios y le distinguen muy particularmente, convencidos todos de que nadie como él ama con más frenesí el arte de torear ni es más espléndido y ge-



neroso. Díganlo los pobres desvalidos á quienes ha socorrido organizando funciones de beneficio en su favor, y dígalo también Lisboa entero, que le reconoce al mismo tiempo como el más entendido taurófilo.

Costa, José María da.—Buen banderillero portugués, atrevido, que prometía ser de los primeros y á quien sorprendió la muerte en 1890, momentos antes de tomar parte en una corrida que se daba en la plaza de Porto.

Costa, D. Bernardo (Souze).—En 1858 entró por primera vez en el ruedo, siendo mozo de forcado, y en todas las corridas en que se presentó alcanzó grandes ovaciones por su valentía y coraje. Murió en 1878.

Costa, Antonio da.—Si este banderillo portugués continúa adelantando como desde el año 1891 en que empezó, es muy probable que sea uno de los que adquieren celebridad.

Costa, Segismundo.—Es uno de los nuevos críticos taurinos que en Portugal goza de merecida fama, y más promete en favor del prestigio y engrandecimiento de las corridas de toros.

Aficionado entusiasta tiene adquirido en la lectura de libros y revistas taurinas y con la frecuente asistencia á las corridas de toros, gran conoci-

miento del toro, que han hecho de él un crítico de gran autoridad.

Ha escrito revistas y artículos taurinos en los periódicos *O Economista*, *O Javac*, *O Tempo* y últimamente en *Sol é Sombra*, en que dejó con el seudónimo de «Tío Justo» artículos y críticas que le han puesto en brillante evidencia entre los aficionados inteligentes.

Joven, de carácter serio, y rindiendo verdadero culto al arte taurino, sus revistas y críticas son y han sido siempre escritas con independencia, y sus indicaciones valiosas y concienzudas.



Posee una biblioteca taurina de gran valor y acaso la mejor que existe en el vecino reino, pues consta de 200 volúmenes, entre los que se encuentran obras de rarísimo mérito.

Couceiro, Arthur.—Regular mozo de forcado portugués; empezó en 1880; ya no trabaja.

Coyto, Joaquín (Charpa).—Distinguido picador que *Cúchares* trajo á Madrid, donde gustó mucho por su arrojo é inteligencia. Hace algunos años le faltó ésta para saberse regir y gobernar, y nadie ha perdido más que él. ¡Qué lástima es, y grande, que un hombre del valor, pujanza, conocimientos, arte y condiciones especiales como jinete que tenía *Charpa*, se perdiese para el toreo sin dejar muchos imitadores! Fué su época desde 26 de Septiembre de 1841, en que trabajó por primera vez en Sevilla, hasta 1850 y tantos.

Creeerse.—Se dice del toro que, blando ó sentido al hierro en un principio, se hace duro y remata en la suerte, demostrando más bravura en el resto de la lid, y sobre todo más voluntad.

Crespo Fuentes, Antonio (*El Niño de Triana*).

—Picador, de quien solo sabemos que se estrenó en Sevilla el 1.º de Julio de 1877. Parece que el niño no se hizo hombre.

Crespo, Antonio.—Aspira á ser picador de toros. Trabaja con fé y es obediente á las insinuaciones de los que saben más que él. Veremos lo que da de sí, aunque ya vamos desconfiando, que van muchos años desde que empezó y estamos como estábamos.

Crespo del Castillo, Manuel.—Es un picador valiente y mejor caballista. Nació en Triana, barrio de Sevilla, el 18 de Enero de 1861, siendo sus padres Juan y Salud, y se estrenó como picador en una becerrada de cuatreños que en el año de 1875 trabajaron en dicha ciudad los espadas Carrión y *Paco de Oro*. Marchó después á Montevideo el año de 1880, formando parte de la cuadrilla de Juan Ruiz (*Lagartija*), y desde entonces ha toreado en unión de casi todos los actuales matadores. Le faltan un poco más de arte y un mucho más de fortuna.

Cren, José (*Cuco*).—Lleva buen camino este muchacho de llegar á ser un banderillero que honre



el mote de celebridad de Francisco Ortega. Figura en buenas cuadrillas y adelanta, pero que se dé prisa que vienen otros empujando.—Ya que puede con holgura hacer lo que otro haga, no se eche atrás como le ha sucedido alguna vez, que si se apodera de él la indolencia le va á ser difícil despertar del letargo que le produzca.

Criado, D. Deusdedit.—Escritor notable en asuntos taurinos y en otros literarios, en que suele emplear graciosísimos chistes, no rebuscados y si espontáneos. Ha publicado en 1893 unos *Apuntes taurinos* originalísimos.

Crianza de los toros.—Influye tanto en la bondad de una res su origen, que es imposible conseguir un buen resultado cuando no ha habido el debido esmero para elegir sus padres. Si esto sucede en todas las castas de animales y en todas las razas de la naturaleza, con mayor motivo acontece en los toros que han de ser destinados á la lidia, porque no basta que sean de padres grandes, de buena lámina ó trapío, sino que son necesarias muchas más circunstancias.

Cierto es que un toro padre, fino de pelo, buena pinta, corto de cuello, ancho de pecho, delgado de cola, pezuña pequeña y de buenas armas lleva mucho adelantado, si la vaca es de análogas condiciones, para que sus crías se les parezcan; pero si en los padres no hay bravura acreditada en toda su historia desde que nacieron, si no llevan en sí sangre de casta conocida como de buen origen, forzosamente las crías serán lo mismo, ó todavía más flojas y mansas que aquéllos.

Es preciso que el toro padre, además de tener buen trapío, sea y esté acreditado en la ganadería como bravo y valiente en primer grado. Bueno será que la madre tenga iguales condiciones, y entonces no hay duda que, según la razón aconseja y los resultados hasta ahora obtenidos lo han demostrado, la cría saldrá brava y bien puesta.

Sin embargo, hay ganaderos que se contentan con saber la bravura y buenas condiciones del toro, y constándoles bien, precinden hasta cierto punto de saber las de las vacas destinadas á madres. No sabemos en qué pueden fundarse para ello. La mitad de las probabilidades concernientes al resultado en las crías están en contra suya; y si bien es verdad que alguna vez un toro de ganadería en que las vacas no se tientan, no se escogen ni se crían para madres, ha sido notable por su bravura en plaza, lo cual reconocemos, no nos negarán que esto ha sucedido pocas veces, y en cambio, muchas son las en que ha ocurrido lo contrario. La naturaleza lo enseña y la razón lo dicta.

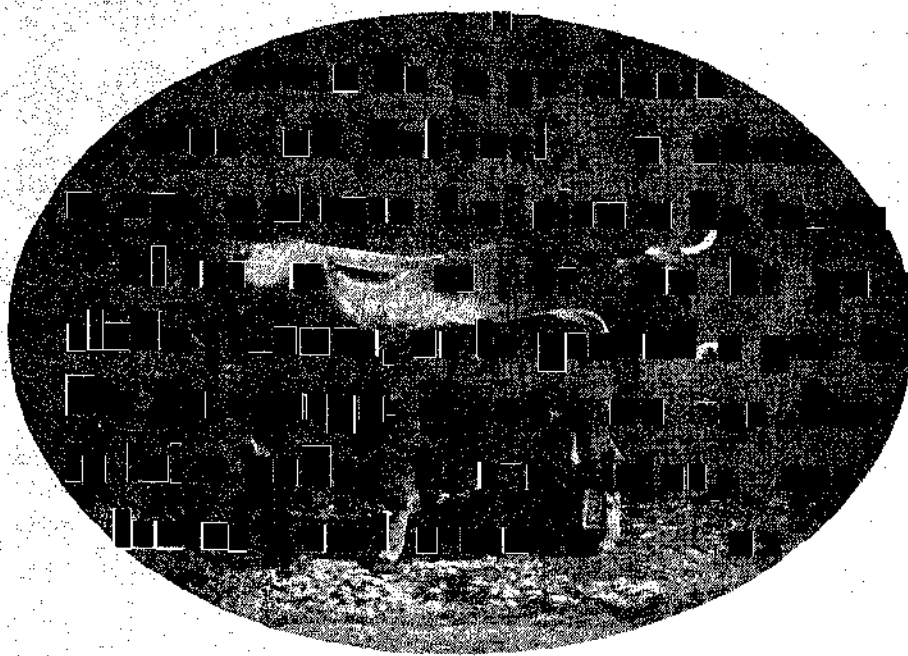
Además de lo expuesto, hay que estudiar mucho, y esto lo saben con matemática exactitud los mayores y vaqueros, cuál es la época más adecuada para la cubrición de las vacas, de qué modo han de prepararse, en qué terrenos, en qué número, y otras muchas circunstancias, que varían según el clima de la provincia en que se encuentran, la feracidad del suelo, la abundancia de pastos y aguas, y atraso ó adelanto de las reses.

Si los animales que han de padrear son demasiado jóvenes, es lo probable que la cría sea endeble de cuerpo, y, aunque sea brava y voluntaria, le falte poder. Si son viejos, á cualquiera le ocurre calcular que forzosamente han de ser los becerros de poca sangre. Es útil y conveniente, por lo tanto, que con corta diferencia sean de una edad la vaca y el toro, prefiriendo siempre que el toro tenga más edad que aquella, pero que nunca pase de

ría con otra, por muy acreditada que esté, lo piense bien y lo consulte con más de uno y más de dos ganaderos, conocedores y mayores de acreditada suficiencia y práctica.

Ganadería ha habido en España, célebre en el primer tercio de este siglo por su bravura, que por diferentes causas, y una de ellas la de intentar el cruzamiento de casta, ha ido perdiendo sucesivamente tanto, tanto, que en el día se halla completamente extinguida. Otras ganaderías han perdido, por lo mismo, su envidiable renombre; y gracias que sus dueños han acudido á tiempo á remediar el mal, ó las han vendido á personas que, gastando mucho dinero, han podido volverles su primitiva fama.

Téngase en cuenta que un toro andaluz, de acreditada vacada, y aun escogido, podrá tal vez no dar el apetecido resultado con vacas navarras,



LA VACA Y EL CHOTO. — De fotografía

siete años; es preciso que estén picados, pero que se les echen las vacas á tiempo oportuno para ellas; conviene también que el número sea proporcionado entre unos y otros, que el campo sea de la suficiente extensión para que no se arremoline el ganado, se hiera ó ofenda uno con otro, y en fin, que se tengan presentes las buenas prácticas que una larga experiencia ha hecho ejecutar en todo lo concerniente á las reses bravas los conocedores y mayores.

Los dueños de ganaderías harán bien siempre atendiendo las indicaciones que aquéllos les hagan observar; que cada uno en su oficio es maestro, y la experiencia es madre de la ciencia.

Bueno será, á pesar de todo, que antes de decidirse, por ejemplo, á cruzar la casta de su ganade-

ya porque éstas son en lo general mucho más pequeñas, y también porque pasar de los calores del Mediodía á los fríos del Norte, ha de hacerle gran sensación.

Lo mismo acontecería en el caso contrario de ser llevadas vacas de Norte á Sur; y si bien este inconveniente se subsana haciendo la traslación en época del año á propósito, con las debidas precauciones y estancias en los caminos, y con la anticipación necesaria para que antes de padrear los animales se repongan y se aclimatén, no siempre suele conseguirse esto, y á veces sólo se logra que lo que ganan en corpulencia lo pierdan en bravura y voluntad.

Ahora vamos á ver qué educación ha de dárseles, que también al toro, aunque fiera, se le educa.

Sepárase en esto, como en otras muchas cosas, de las demás fieras. A éstas, si se las coge, es para domesticarlas, para dominarlas por cuantos medios son posibles, en una palabra: para amansarlas. Al toro, por el contrario, ha de educársele para que aumente su bravura; se le han de buscar pastos que, lejos de debilitarle, han de darle poder y fuerza, y se ha de tener con él tanto cuidado como el que ya llevamos apuntado.

Poco hay que decir del toro hasta después que es añojo: ha pasado sus primeros meses al lado de las vacas, alguna vez se ha visto perseguido por algún eral ó utrero, el pastor ó el zagal le han hecho huir, asombrándole con la honda ó castigadera, y ha sido tal vez acosado por algún señorito á caba-

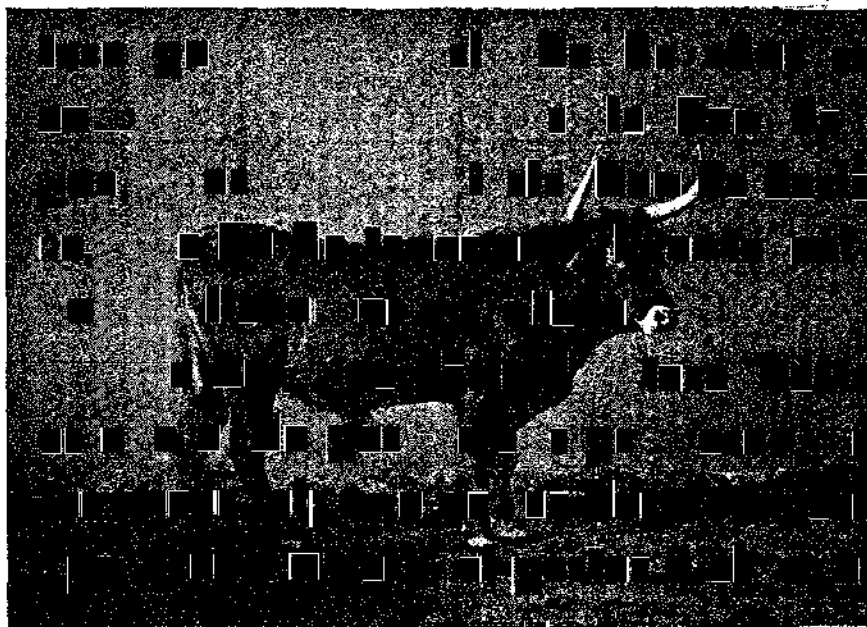
tro se anotan sus especiales circunstancias, condiciones que ha demostrado, y hasta los lances particulares á que en la tienta haya dado lugar.

Y cuidado que lances hay muchos; porque, como saben cuantos aficionados hay en España, una tienta y un herradero son las diversiones que más se prestan á bromas.

Como que es fiesta

en que no domina el oro
ni potentado ninguno,
y si hay privilegio alguno
lo lleva en el asta el toro.

.....
Desde la edad de tres años, el toro, bien atendi-



TORO PADRE, DE OCHO AÑOS — De fotografía

do en el campo, ó lidiado en corral por otros caballeritos que no se han atrevido con bichos de más edad.

Al llegar á los dos años el becerro y á los tres la becerria, en Andalucía y otros puntos, y aun antes de que lleguen á dicha edad unos y otras en Castilla, es cuando se verifica con ellos la tienta, y, por consiguiente, cuando se decide su suerte... Si en dicha operación se les califica de cobardes, ó mueren en un matadero como las reses mansas, ó cuando más, quedan para bueyes en la ganadería. Si toman varas, si dan la cara, si se paran, si arrancan de largo, si recargan, si son pegajosos, si en sus movimientos demuestran bravura y coraje, ya pasan á la categoría de toros de plaza; como á tales se les empieza á cuidar; y si son hembras es igual el esmero con que se las atiende. En el libro-regis-

tro, sigue creciendo y robusteciéndose notablemente.

Si su fuerza en la primera edad es siempre grande, en términos de que hemos visto becerro añojo arrastrando cuatro hombres á un tiempo sin que le pudieran sujetar, cuando ya es realmente toro de plaza es incalculable su poder. La fuerza que manda en sus derrotes es á veces mayor que la de una bala de fusil. Rompe una tela en el aire, lleva gran trecho en la *cuna* caballo y jinete sin rendirse y sin acortar su carrera, y nosotros hemos visto en la plaza vieja de Madrid arrancar de quicio las puertas de arrastradero y echárselas al lomo, rompiendo los hierros que la engastaban en los marmolillos ó postes de piedra. Parécenos que no hay otro animal de más poder en la tierra. Sólo el elefante dicen que le aventaja. No lo sabemos;

pero concediéndolo así, llamaremos únicamente la atención acerca de la distinta corpulencia del uno y del otro. Además, el golpe del toro es seco, rápido é instantáneo. El del elefante muchas veces coge, abraza, digámoslo así, el objeto contra quien dirige su ira, y después de templar su fuerza es cuando le estruja ó arroja.

De las demás fieras, ninguna en fuerza se iguala al toro. Hemos visto á uno de estos, que no había cumplido cinco yerbas, luchar con un gran león que hizo presa con las garras en el cuarto trasero, mejor dicho, en los ijares del toro, y con la boca en la cola. La posición del cornúpeto no podía ser más desfavorable. Sus armas defensivas y ofensivas las tiene en la frente, y no siendo cara á cara nada puede hacer. Pero el león no le derribaba. El toro se mantenía firme, se revolvía y coceaba, á fin de desasirse de tan fuertes tenazas: no lo conseguía, mas él no caía en tierra.

De pronto el león rompió con los dientes la cola del toro por la parte superior y cayó de espaldas, dando lugar á que el bicho se volviera. En el momento, en menos tiempo del que se tarda para pensarlo, todos los concurrentes al circo vimos volar por los aires al león, al rey de las fieras, que huyó cobardemente, herido de gravedad.

Lo repetimos: de frente no hay quien venza al toro.

Los toros que se crían dentro de cercados, y no en prados ó dehesas abiertas, suelen saltar prodigiosamente. Aparte de la fuerza que su poder y robustez da á todos los de su raza, los que decimos, sea porque desde pequeños se acostumbren á saltar frecuentemente las cercas, ó porque el terreno de bosque ó sierra tenga alguna especial circunstancia que les favorezca más el desarrollo de los músculos que á los que pastan en dehesa ó campo abierto, brincan y traspasan alturas que sólo viéndolo pueden ser apreciadas. Ha habido toro de esta clase al que hemos visto salvar una altura de más de dos metros y una anchura de lo menos cuatro, repitiendo los saltos más de seis ú ocho veces en el intervalo de un cuarto de hora.

Pasada la edad de los siete años, y esto no siempre, al toro no debe dedicársele á la lidia. Su fuerza no ha decaído, pero su instinto malicioso ha ido en aumento, y ha perdido en gallardía, en trapío y en nobleza lo que ha adquirido de sentido. Si se ha observado que tiene todas las condiciones de bravura, buen trapío y demás que hemos expresado anteriormente, échesele á padrear y dará buen resultado durante un par de años.—(Véase Toro).

Cruz, Andrés de la.—Uno de tantos matadores de toros que por poco dinero estoqueaban allá por

los años de 1770. Es verdad que entonces no era tan caro como ahora el personal en las corridas.

Cruz, Pablo de la.—Gran jinete y acreditado picador, á quien nadie se le ponía delante para picar á caballo levantado. Era natural de Sanúcar de Barrameda, y murió á consecuencia de un disparo de arma de fuego que un malvado le hizo en el camino de dicha villa. Fué su época por los años anteriores á 1830.

Cruz.—La que forma en los encuentros ó parte superior del toro la línea recta prolongada desde los brazuelos con la médula espinal que horizontalmente corre desde la cabeza á la cola. El punto en que juntan ó cruzan ambas líneas se llama *cruz, rubios, púntolas*, etc.

Cruz Cano y Olmedilla, D. Juan de la.—

Distinguido grabador, discípulo de la Real Academia de San Fernando. El rey Fernando VI le envió á París pensionado, y allí se perfeccionó en el grabado de arquitectura, adorno y cartas geográficas, siendo después, en 1764, nombrado académico de mérito de la dicha de San Fernando. En el sitio correspondiente á *BELLAS ARTES* hemos hecho mención de los preciosos grabados taurinos de este notable artista (hermano del famoso D. Ramón de la Cruz), que ignórase dónde nació y en qué fecha, pero se sabe que murió en Madrid el 15 de Febrero de 1790.

Cruz Cano y Olmedilla, D. Ramón de la.—

Autor de muchísimas comedias y piezas que le han dado envidiable renombre en la escena española, sobre todo por sus inimitables sainetes, en que retrató, fotografiándola, la sociedad alta y baja de Madrid. Era uno de los más decididos amigos y apasionados del célebre *Pepe Illo*, como lo fueron Goya y Bayeu, artistas de genio ó inspiración, que á pesar de las preocupaciones de su época no se desdénaban de alternar con los toreros. Dicese que con sus consejos y observaciones contribuyó á redactar la *Tauromaquia* de *Pepe Illo*, que se publicó antes de 1801; pero no hemos podido comprobar este aserto, á pesar de haberlo procurado con empeño. Nació en Madrid el 20 de Marzo de 1731, y murió en 4 de Noviembre de 1795.

Cuadrado, Manuel (El Gordito).—Banderillero conocido en las plazas de la República mejicana, más que en las españolas. Lleva poco tiempo de práctica.

Cuadrar.—En el banderillero, es el momento en que se para en el centro de la suerte á colocar los rehiletes, tomando dicha colocación de pies y saliendo luego con el paso cambiado, ó sea diferente al que en su primer viaje traía. En el espada, cuadrar la muleta es presentarla al toro para los pases, perfectamente perfilada con la cadena izquierda, ó sea de frente. En el toro es ponerse con las cuatro patas juntas y en completa rectitud, sin alzar la cabeza ni humillar. En esta postura debe hallarse cuando el espada *se arranque* á matar, que si ha de practicar la suerte de recibir, puede prescindir del perfecto cuadrado de pies de la res, puesto que de acudir al cite ha de venir á él corriendo.

Cuarteo.—El que hace el diestro lo más cerca posible de la cabeza del toro, especialmente en la suerte de banderillas así denominada. Para comprenderle bien, figúrese el lector al banderillero citando de frente al toro á más ó menos distancia, ya viniendo la res levantada, ya estando quieta: arrancando al bulto en este último caso y haciendo por él en ambos, llegarán á encontrarse en el centro de la suerte, formando entonces el diestro un medio círculo igual al de los recortes, cuyo remate será el centro mismo del *cuarteo*, en cuyo acto, como que está cuadrado con el toro, mete los brazos, clava los palos y sigue por su terreno. Si antes de cuadrarse, y hallándose el diestro embrocado, clava las banderillas anticipándose al hachazo que da el toro, y con presteza sale de la cabeza, que debe estar humillada, tomando su terreno á favor de un cuarteo rápido, serán también llamadas banderillas cuarteando; pero el torero debe aprovechar y ver bien el momento de la humillación, sin cargarse sobre los palos, por ser muy fácil caer en la cuna. Los mejores toros para ejecutar con ellos esta suerte son los boyantes ó sencillos, los que se ciñen, y aun los que son revoltosos; cuidando, especialmente con éstos, no hacer salidas falsas y arrancar ligero de la suerte, porque de otro modo podrá la res ganarle terreno. Según escribió D. Eugenio García Baragaña en 1750, «siempre que el carcañal de cualquiera pie se pone enfrente de la sangría del contrario, se llama cuarta planta»; y como así se sigue llamando, no sólo en lenguaje tauromáquico, sino en el de otras profesiones, creemos que la palabra *cuarteo* toma su origen de *cuarta planta*, porque realmente esta es la postura que toma el diestro al practicar aquella suerte. La Academia de la Lengua en su *Diccionario* dice que *cuarteo* es: «Esquince ó rápido movimiento del cuerpo, ya hacia un lado, ya hacia otro, para evitar algún golpe ó ser atropellado. Tiene uso frecuente en el arte del toreo». No peca,

con perdón sea dicho de tan respetable Corporación, de extensa ni de clara definición de lo que es cuarteo. ¿Con que si se ve cualquiera, por ejemplo, que de un balcón le tiran un tiesto, al huir el cuerpo se dirá que ha cuarteado?... Y al quiebro, ¿ha de llamársele cuarteo, porque se mueve el cuerpo rápidamente aunque no los pies?...

En la suerte de matar el cuarteo es censurable en la mayor parte de los casos, porque demuestra que el lidiador no ha guiado al toro con la muleta, como debe, si no que apelando á los pies aprovecha la ventaja que le ofrece su mala colocación.

Cuatreño.—Se llama así al toro que tiene ya ó se aproxima á la edad de cuatro años. (Véase Toro.)

Cuberos Galardón, D. José.—Escultor de Málaga, consagrado á la ejecución de figuritas de barro, que tanta aceptación han tenido en España y fuera de España. Dos de ellas, un majo sevillano y el retrato de Montes, figuraron en la Exposición Universal de París de 1878.

Cubeto.—Llámase toro cubeto en las ganaderías al que tiene los cuernos caídos en demasía, casi juntos por los pitones, y por lo tanto imposible que con ellos hiera. No son, pues, toros de plaza los de dicha condición, y sólo podrán lidiarse en algunas de segundo orden, sustituyendo á novillos embolados.

Cubrirse.—En el picador es cubrirse cuando al caer pone entre él y el toro el cuerpo del caballo, lo cual debe procurar siempre; teniendo entendido que una de las principales cosas que debe estudiar el picador es «saber caer y cubrirse». (Véase TAPARSE.)

Cuerno.—Excrecencia prolongada y curva que tiene el toro en la cabeza, como la mayor parte de los animales rumiantes. Sirve en la industria para varios fines, y lo mismo que cuerno se dice astas, armas del toro, etc., las cuales, desde su primitivo desarrollo hasta su total acrecentamiento, presentan las siguientes fases. A las tres semanas ó un mes; si hay robustez en la madre y en la cría, se notan dos puntos callosos en el sitio que deben ocupar los cuernos, y pasados algunos meses se van elevando los pitones, hasta quedar formada el asta. Parece inútil decir cómo va formándose ésta, de qué capas de tejidos sobrepuestos se componen y cuáles son sus prolongaciones;

pero bueno será expresar que constan de dos partes distintas: una interior, formada por dos prolongaciones huesosas que salen de las partes laterales superiores del frontal, que sirven de sostén ó soporte á la otra que ocupa el exterior, y es lo que llamamos cuernos. Como antes va referido, antes del mes de haber nacido el toro, ya le apuntan los pintones; á los diez ó doce meses se le marca un redondel ó círculo en el nacimiento del asta; antes de los dos años, otro, que es cuando empieza á contornearse y torcerse el cuerno; á los tres años, cuando la inclinación es mayor y visible, aparece otro círculo mucho más marcado que los anteriores, y que por desaparecer éstos poco á poco queda como el primero de los que cada año, hasta los nueve ó los diez, van señalándose en sus armas; de modo que para conocer la edad de un toro, no hay más que contar el número de círculos que rodeen sus cuernos, teniendo presente que el más inmediato á la punta es el primero que salió á los tres años. Más claro: dos rodetes ó círculos denotan cuatro años; tres rodetes, cinco; cuatro, seis años; cinco círculos siete años, y así sucesivamente.

Cueto, Casimiro.—Según dice un cartel, que conservamos, el día 7 de Julio de 1839 se celebró en San Luis de Potosí una gran función de toros, dedicada al señor general de brigada y comandante de armas del departamento, y en que se lidiaron cinco hermosos toros de la acreditada raza del Rancho de Bocas. En dicha fiesta debió dar Casimiro Cueto el salto mortal vendados los ojos. ¿Le daría?

Cueto, Carlos.—Desarrolló su afición, siendo banderillero, en la plaza de la escogida sociedad taurómaca del Jardín de Madrid, y como otros, se hizo luego torero. Trabajó alguna corrida en Sevilla y varias en Madrid, y desde hace mucho tiempo se retiró del redondel, donde pudo haber adquirido muchas palmas, y vive decentemente en esta capital.

Cuevas y Otero, D. Federico.—Nació en Sevilla el 30 de Agosto de 1849, y falleció en la misma ciudad el 5 de Septiembre de 1890. Inteligente aficionado que gozaba en la capital andaluza de muchas simpatías, siendo muy respetados sus juicios y apreciaciones en cuantos asuntos taurinos se le consultaban. Fué redactor revistero de *El Torero Sevillano* cuando se fundó, en 1881, y el cual le fué cedido en 1883 por su director propietario, señor Gómez Quintana; colaboró antes en diferentes periódicos y cartas taurinas, y fué apoderado de

los diestros Antonio Carmona (*El Gordito*), José Cinco y Antonio Escobar, y su muerte fué muy sentida en Sevilla.



Sus escritos, aunque exentos de galanura y otras dotes satíricas, eran muy apreciados por los serios é imparciales.

Culebro.—Célebre toro de la ganadería que fué de D. Cipriano Ferrer, de Pina de Ebro, y que domesticó en los corrales de la plaza de Barcelona el joven aficionado catalán Serafín Greco (*Salerito*), el cual le dominó de tal manera, que á los dos meses le limpiaba con cepillo y se montaba en él. Al ser lidiado en aquella plaza el domingo 1.º de Septiembre de 1889, se mostró bravo y codicioso, rematando en las tablas, aguantando ocho puyazos y matando dos caballos; sin embargo de lo cual, *Culebro* fué indultado, porque *Salerito* saltó al redondel, y después de procurar que el toro le conociera, acercóse á él y en mitad del ruedo le tocó y acarició con la misma serenidad que en los corrales, á donde retiró al toro por sí solo.

Cuna.—Se llama así al espacio que queda entre las astas de los toros de punta á punta; de modo que, el que perseguido ó alcanzado por una res llegue á verse colocado frente al testuz y sin poder inclinarse á un lado ú otro por temor á una cornada, se dice que está ó va encunado.

Cunero.—Se llama al toro que no procede de casta conocida, ó mejor dicho, que no se sabe á qué ganadería pertenece. No deben admitirse los de esta clase para lidiarlos en plazas de alguna importancia.

Cunha Silva, Antonio da. —En 1873 trabajó en Portugal por primera vez, siendo mozo de forceado, y pocos años después se retiró de la arena.

Cunha Menezes, D. José Manuel da (*Lamiae-res*).—Pertenece á la nobleza antigua de Portugal, empezó á torear á caballo en 1888, y se ha retirado precisamente cuando todos cifraban sus esperanzas en que pronto sería una de las glorias portuguesas en tauromaquia. Tuvo ganadería propia y está reputado como uno de los mejores maestros de equitación.

Cunha, Menezes, D. Luis.—Juzgándole como mozo de forceado no retribuido, no podemos ser con él duros. Harto hace.

Curro, Mozo de.—En Portugal son los hombres que con las varas, como en España con ellas y con ondas, salen al ruedo con los cabestros para recoger al toro que ha de volver á los corrales, después de lidiado: á no ser en corridas de aficionados ó de hidalgos, quienes salen á cumplir esa misión son los vaqueros del ganadero á que pertenecen los toros lidiados.





Chacón, D. Juan. — Caballero español, diestro en el arte de lidiar toros á caballo. Hablan de él casi todos los escritores que de toros se han ocupado, y le menciona especialmente Moratín, suponiéndole de una fuerza hercúlea.



Chacón, D. Francisco.—A fines del siglo pasado celebráronse en Antequera fiestas reales por la jura del Príncipe de Asturias, y en ellas se portó bizarramente este caballero, rejoneando cinco toros con tanto valor como inteligencia y maestría. Le apadrinó D. Ignacio Fernández Santisteban y Pacheco de Padilla.

Chacón, D. Francisco.—Entusiasta del toreo este malagueño, ya no existe, y al hablar de él, siempre se recordará la desgracia acaecida en Granada en 1868, cuando involuntariamente fué causante de la muerte de su compañero de estudios el malogrado joven Pellón. Estaba aquél trasteando un becerro en la hoy destruida plaza de la Maestranza, y Pellón quiso dar una vuelta tan inoportuna que al terminarla se clavó el estoque que, descansando sobre la muleta en la mano izquierda tenía el Sr. Chacón. El herido corrió hacia la barrera, sacándose él mismo el estoque, que le había perforado importantes órganos del vientre, y murió a poco, produciendo gran consternación entre todos los concurrentes.

Chacón, absuelto por los Tribunales, no volvió jamás a torear.

Chacón, Pedro (Canalita).—Es un chico valiente, que pica donde debe a los toros de puntas en novilladas. Puede ser algo si se aplica y atiende al caballo tanto como a las reses, porque en dicho punto es algo descuidado.

Chamorro, D.—Fué un picador notable en la cuadrilla de Pedro Romero, a fines del siglo último, figurando casi siempre en primer lugar. Hay otro

Chamorro, Joaquín.—Que no figura en primer lugar ni mucho menos, y eso que desde 1877, en que trabajó en la plaza de Sevilla, era ya tiempo de haberle conquistado.

Chatobroco.—Cabeza pequeña y redonda en su parte anterior: hocico recogido hacia el pecho; escasos cuernos y por ellos brocho, son las cualidades que diferencian de los demás al toro que los vaqueros y gente de campo dan este nombre. Rara vez se usa este hoy en día, como no sea en alguna provincia de segundo orden.

Chatre (Suerte de capear á lo).—(Véase *TRAJERA*.)

Chavarino, D. N.—Rejonador, como caballero en plaza, en las fiestas reales celebradas en Madrid en el año de 1833 por la jura de la Princesa de Asturias doña Isabel, luego reina de España. Fué apadrinado por la grandeza.

Chaves, D. Angel R.—Madrileño puro, que vive, piensa y escribe como han vivido y pensado los hijos de la capital de España; es decir, con el corazón, con franqueza, con galanura y con un patriotismo á toda prueba. Realmente, quien lea sus escritos, sin conocerle, los supondrá hijos de la imaginación de un literato de la época de Mesonero Romanos, Zorrilla, Duque de Rivas y Abenamar, porque describe escenas de antaño como el primero, caballerescas como los segundos y



taurinas como lo hizo el tercero, si bien con más ampliación de detalles que él, por efecto del mayor estudio que ha hecho del arte de torear. Hará próximamente cuarenta años que en la plaza vieja, adonde le llevaba de la mano su buen padre y excelente aficionado D. Manuel Rodríguez, le examinábamos de torco y de cuanto al mismo se refiere, y el núcleo de aficionados que componían lo mejor de la afición entonces, quedaba contentísimo y celebrando la agudeza de ingenio del niño, que apenas sabía hablar. Desde aquella época no ha dejado de asistir á todas las corridas de toros celebradas en Madrid, ni á cuantas de provincias ha podido presenciar, con una atención siempre, que parece ensimismado reflexionando sobre la ejecución de las suertes, condiciones de las reses, etcétera, y esa observancia fija, constante y pertinaz por espacio de tantos años, ha hecho que hoy sea Rodríguez Chaves uno de los mejores revisteros y escritores taurinos. Su estilo es grave, sério y de

lógica convincente cuando el asunto lo requiere; ligero, sencillo y sin amaneramientos en muchos casos, y siempre imparcial y justo cuando le toca juzgar: esto es hablando de toros, que si de literatura se trata, es flúido, galano, de levantados pensamientos y correcto en la dición. Aunque no le incluimos en este libro más que en el concepto de escritor taurino en diferentes periódicos de los que ha sido y es director, queremos advertir que sus producciones literarias son muy estimadas, y que en las varias que ha destinado al teatro ha conseguido verlas *todas* aplaudidas, prueba evidente de su talento y buen gusto. Cumplido caballero, es de finísimo trato y demasiado modesto para lo que en estos tiempos se acostumbra.

Chaves, D. José.—Son bellísimas las pocas acuarelas que hemos visto de este pintor representando tipos toreros. Creemos que es natural de Sevilla, donde reside, y ha dado gallarda muestra de su privilegiado lápiz en preciosos dibujos que ha publicado en el excelente periódico taurino *La Lalia*, de Madrid. Por lo demás, en obras al óleo se ha distinguido muchísimo, obteniendo premios en diferentes exposiciones celebradas en dicha capital andaluza. Es discípulo de aquella escuela de Bellas Artes.

Chaves, D. Manuel.—Revistero desde hace mucho tiempo en *El Mercantil Sevillano*, ha adquirido con la experiencia muchos conocimientos taurinos que, unidos á la seriedad ó imparcialidad que imprime á sus revistas, hacen de él uno de los más inteligentes aficionados. Usa el pseudónimo de *Manolín*.

Chavo, Bernardo.

Aunque se hace mención de este capeador de toros en un libro de torero como diestro en su ejercicio por los años de 1760 en adelante, nada hemos podido comprobar acerca de su mérito, que parece era notable. Consta en carteles de 1766, como perteneciente á la cuadrilla del matador Manuel Palomo.

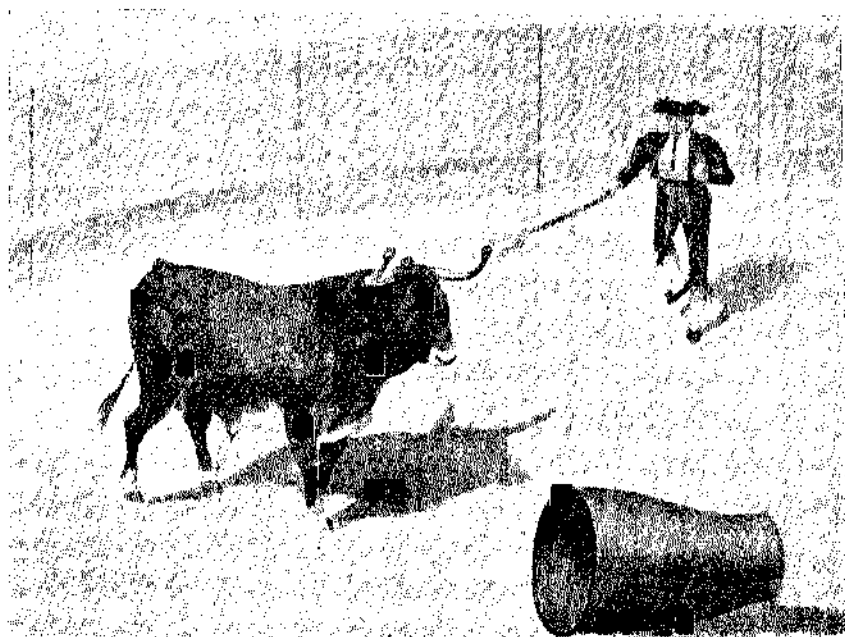
Chico, Joaquín.—Era un picador bastante regular. Nació en Madrid el 15 de Abril de 1843; fué esterero, y abandonando el oficio, se hizo torero y

picó por primera vez en 1866, marchando á la Habana en 1873, con el matador de toros Angel Fernández (*Valdemoro*). Parece que á su regreso falleció en esta corte de grave enfermedad.

Chiquero.—Pequeño lugar ó sitio en que queda encerrado el toro antes de ser lidiado. Es el que tiene comunicación inmediata con la plaza, y recibe luz por el techo, por cuyo punto se coloca la divisa. Comunica primero con los toriles ó jaulones, y suelen los chiqueros estar colocados uno tras otro, sin que su número deba exceder de cuatro, divididos por puertas que se cierran por medio de cuerdas desde lo alto. Algunos llaman también toril al chiquero. Debe ser de reducido espacio, para que el toro no se revuelva con facilidad y se lastime, y en él se le tiene encerrado durante cuatro horas próximamente antes de darle suelta para la lidia.

Chirivella, Pedro (Nerón).—Matador de novillos con más ánimo que arte, y más desgracia que fortuna. Si ésta no le ayuda más que hasta ahora, valiérnle más abandonar el oficio.

Chispa fulminante.—En novilladas suele darse muerte á alguna de las reses por medio de la chispa fulminante. Esta consiste en una especie de polota ó bola, llena de una fuerte materia explosiva, que colocan bien asegurada al novillo entre las dos astas, sobre la nuca ó sitio de su descabello, impregnando aquella exteriormente de pólvora; de manera que al acercarse el lidiador ó persona en-



MUERTE CON LA CHISPA FULMINANTE. — MACÍAS

cargada de aplicarle fuego, lo verifica con un cete á más de tres varas de distancia, y entonces, al inflamarse el exterior del petardo, estalla como una bomba y la res cae instantáneamente al suelo atontada ó muerta, necesitando siempre se la remate con la puntilla. Muchas veces hemos visto que por no tener suficiente fuerza la chispa fulminante, estar mal colocada ó tener el novillo demasiada resistencia, no ha surtido aquélla el efecto deseado, y á muy poco momento de caer el bicho al suelo ha vuelto á levantarse, siendo preciso matarle con estoque.

Choca.—Así llaman, ó *cabresto*, en el vecino reino de Portugal, al bucy manso, que como en España conduce y «arropa» á los toros para guiarlos á sitio determinado.

Chocero.—Toro de la ganadería de D. Antonio Miura, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra, que corriéndose en sexto lugar mató en Madrid al banderillero Mariano Canet (*El Yusio*) el día 23 de Mayo de 1875. Era el animal retinto, listón, ojo de perdiz, astillado del izquierdo, de pocas libras, pero de poder; tomó siete varas, mató dos caballos, le pusieron tres pares de banderillas, y lo mató regularmente y nada más José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*).

Chorreado.—El toro que, sea cualquiera el color del fondo de su piel, tiene sobre él líneas verticales del mismo color aunque más obscuro, en lo cual se diferencia del averdugado, que puede tener las rayas de distinto color de su piel, pero solo negras en colorado, ó viceversa, y ser también transversales, lo cual no sucede en el chorreado. Un toro negro no puede ser chorreado porque no hay color más obscuro; pero un cárdeno obscuro puede ser chorreado por rayas negras, y un colorado claro por otras coloradas oscuras.

Chorrero.—Toro negro, chorreado, de la ganadería de Lesaca y lidiado en primer lugar en la magnífica corrida que, para festejar á los Ssmos. Duques de Montpensier, se efectuó en Málaga el día 6 de Julio de 1849. Recibió seis varas á toro levantado y veinte en rectitud; despachó seis jacos, luciendo entre los picadores el famoso Gallardo, y el sin par Redondo lo brindó á SS. AA., hincando la rodilla derecha y pronunciando las siguientes palabras: «Brindo por su Alteza Real, por su augusto esposo, por la infantita, mi señora, por tou la gente de Málaga y los forasteros.» La faena fué magistral: fuere derecho á la cabeza, cuadró con gracia la muleta, y con dos pases nada más, natural y de pecho, citó á recibir, dejándoselo á los

pies de una inmejorable estocada. Así debió morir tan bravo toro, duro y pegajoso en varas y hoyante siempre. Redondo fué obsequiado con un bolso de seda que contenía dos onzas de oro, y á más con la ovación delirante que le hizo el público.

Chulos.—Los mozos de plaza que con traje de torero abren la puerta del toril, alargan banderillas y sirven á los toreros de á pie. Hay otros mozos sin aquel traje que están más directamente al servicio de los picadores y cuidado de los caballos, guadarnés, etc., y á los cuales ha dado en llamárselos «monos sabios.» En otro lugar de este libro va explicado el origen de este apodo último: antes vistieron uniformemente traje de pana, compuesto de pantalón y chaqueta iguales, faja y sombrero calañés; hoy visten pantalón de paño azul, faja amarilla y blusa encarnada con gorra del mismo color; pero los llamados propiamente *chulos* son los que visten el traje de toreros para dar las banderillas y para abrir el chi-



CHULO ARENERO



CARLOS ALBARRÁN (EL BUÑOLERO)

quero, de los cuales recuerdan los aficionados madrileños á *Lechuga* y *Medrano*, y á *Ramón* y *Albarrán*, que lleva cerca

de cuarenta años, sin más percance que la rotura de un brazo que le causó entre barreras un toro que le cogió el año de 1865 delante del tendido número 1.

Los dependientes de la gente de á pie fuera del ruedo son propiamente dicho, criados suyos, que los llevan los estoques y los capotes envueltos en un gran envoltorio: sólo en Valencia acostumbran para dicho fin usar una gran cesta ó capacho. Estos criados quédanse entre barreras durante la función, y estorban generalmente en dicho sitio, por no estar

PORTA ESTOQUES VALENCIANO.

metidos en los burladeros como debieran.

Churro.—Toro de la ganadería de D. Vicente Martínez, de Colmenar Viejo, que en la noche del Jueves Santo, 29 de Marzo de 1877, entró en Madrid por la calle de Segovia y recorrió por espacio de una hora las principales de la parte O. de esta corte, atropellando á quienes encontró á su paso é hiriendo gravemente hasta seis personas, y á muchas más de menos gravedad. Era conducido en un jaulón, ó mejor dicho cajón de los destinados á este fin, desde la estación del ferrocarril del Norte á la del Mediodía, para enviarle á Zaragoza, donde debía lidiarse el día 1.º de Abril. Hallándose en la primera de dichas estaciones, rompió su prisión, despitórrándose el izquierdo, y murió á tiros en la calle de Bailén. Fué de buen trapío, de libras, bien armado, astiblanco del derecho, negro lombardo y joven. Cuando llegó á la calle de Bailén, después de atravesar la Plaza de Oriente, fué muerto á balazos desde una ventana y tras de una reja por un portero del ministerio de Marina llamado D. Francisco Flaquer y Sala, á quien un año y medio después se propuso por este hecho para su ingreso en la Orden civil de Beneficencia, concediéndosele al fin la cruz de tercera clase en el mes de Septiembre del año 1879.

Padrinos habrá tenido este señor, porque mucho premio nos parece para tan corta hazaña.





Dabó, Antonio.—Es madrileño, pundonoroso y honrado; pero no ha sido, es, ni será torero. Porque jugó á torear en la plaza de los Campos Eliseos, cuando Mazzantini ensayaba sus facultades, quiso nada menos que estoquear toros; probó en algunas novilladas y lo hizo mal y con retraimiento de la persona.

Suponemos habrá vuelto á su oficio de carpintero-ebanista, en que se distinguirá más que toreando.

MARIO F. Caballero

Damas, Antonio.—A fuerza de tiempo, pues empezó á clavar banderillas en 1837, consiguió un buen nombre en el toreo, éste hijo de Portugal que murió en 1863.

Damas, Francisco.—Buen banderillero y excelente peón de brega portugués, que apareció en 1834, y después de trabajar con éxito en todas las plazas de su país falleció en 1878.

Daverat, Paul.—En 1878 se presentó este francés, vecindado en las Landas, á dar un prodigioso salto sobre los toros en la nueva plaza de San Sebastián. Colocose frente al toro á una regular distancia, le llamó, y partiendo en línea recta el uno contra el otro, llegaron el hombre cerca de la cabeza de la res, y cuando ésta iba á humillar, saltó aquél en la misma rectitud y cayó pasada la cola del animal, que siguió su viaje sin enterarse del punto adonde había ido á parar aquél; bien es verdad que cuando nosotros le hemos visto, una capa oportunamente colocada hizo seguir al toro su carrera. El salto es difícil, no sólo por la gran fuerza muscular que ha de tener el que le intente, sino que es indispensable medir bien el tiempo y los terrenos y ver llegar. No es suerte de tauromaquia escrita, aunque se ha ejecutado varias veces en España, y limitada la habilidad del hombre referido á lo que va dicho, es más bien una prueba de gimnasia que otra cosa. Llamáronle el más famoso *écarteur* de las Landas, y parece que dedicado constantemente á separar ó apartar el ganado vacuno que allí pasta, había adquirido, como otros de su país, la costumbre de esquivar las cabezadas de las reses salvándolas de un salto. Murió en Irún el 16 de Enero de 1890. Ya hace muchos años aparecieron en Navarra otros franceses, también de las Landas, ejecutando iguales saltos; pero no trabajando con toreros españoles conocedores del instinto de los toros, quedó reducida aquella cuadrilla francesa, compuesta de siete hombres, á sólo tres en muy poco tiempo, por haberlos inutilizado los toros navarros, más pequeños, pero de más sangre que los de su país. De entonces acá, la afición al toreo ha aumentado mucho entre los franceses, y celebran con frecuencia, especialmente en las plazas del Mediodía, como Cauderán, Mont de Marsan, Dax, Nîmes, Cauterets y otros muchos puntos inmediatos á Bordeaux, Marsella, Bayona, Lyon, etc., grandes corridas en las que lidian á su modo, saltando y haciendo regates con bastante desenvoltura y martirizándolos también, como en la introducción de esta obra va descrito. Ahora tienen ya lidiadores *de oficio*, formando cuadrillas y contratándose, ni más ni menos que en España.

Dávila y Heredia, D. Andrés.—Caballero español de la época del reinado de Felipe IV, que dicen varios escritores era muy diestro en rejonear

toros. Es autor de un libro titulado *Estilo de torear y jugar cañas*, en el que, como en todos los de entonces, sólo se habla del toreo á caballo.

Daza, D. José.—Distinguido aficionado que en fines del siglo anterior era notable en picar toros con vara larga desde el caballo. Escribió mucho sobre equitación, y en especial aplicando al arte de torcar diferentes reglas: pero no hemos hallado su publicación en parte alguna, debido sin duda á la escasez de ejemplares que de su obra existen. Sin embargo, afirma el Sr. Espinosa y Quesada, que parece es poseedor de un manuscrito que con el título de *El arte del toreo* hizo D. José Daza, que éste fué natural y vecino de la villa de Manzanilla, en el reino de Sevilla, según reza la portada de la obra, que lleva la fecha de 1778. Raro es que el Sr. Espinosa, residiendo en dicho pueblo de Manzanilla, no haya averiguado por medio de los libros parroquiales ó de otro modo las fechas del nacimiento de D. José de Daza, sobrino de un don Bernabé Morales de Daza, y tío á su vez de Rosalia Morales que toreó con la mantilla, en medio de la calle, á las reses que traían al encierro. Afirma esto el Sr. Espinosa y que la obra de Daza es un voluminoso manuscrito en folio, de buena y clara letra de la época, de varias manos, y dividido en dos tomos, y añade que contiene además noticias muy curiosas. Una obra de tal importancia debía ser publicada.

Decollomb fils, Emery.—Elegante caballero francés, que tiene especial aptitud para clavar rejones y banderillas en las plazas de su país. Así lo hemos leído.

Defenderse.—Se dice que un toro se defiende cuando mostrándose receloso desparrama su vista atendiendo á todos los bultos, pero sin acudir á ninguno, impidiendo que se le acerquen y tapándose. Casi siempre se ampara de las tablas aculándose á ellas para su defensa, y en esa colocación ha de considerársele de cuidado para cualquier suerte que se intente, y meterle en la cara el capote ó la muleta para que se consienta con el objeto y se fije en él solamente.

Delantero.—En las banderillas, el par colocado más cerca de la cabeza que de la cruz del toro, pero alto, es decir, en la línea de la médula espinal. En las estocadas, lo mismo; y en uno y otro caso suele acontecer que el motivo de estar así puestas aquéllas y éstas, consiste en no haberse metido bien el diestro en su terreno, ó en haberse

quedado el toro sin hacer nada por el hombre. En los puyazos no importa tanto que sean delanteros si son altos, porque si bien no son de mucho castigo tampoco estropean la res y sale ésta más fácilmente de la suerte.

Delduque, Ignacio.—Caballero rejonador, natural de Setubal (Portugal), único punto en que le aceptan, porque en las demás plazas antójasele al público que no trabaja bien.

Delgado y Guerra, José (Ilo).—Ningún torero en ninguna época ha tenido, como éste tuvo en su tiempo, tanta aceptación, tanta popularidad ni tanto prestigio entre todas las clases de la sociedad, que le atendían consideraban, y obedecían sólo por tenerle contento y oírle y cambiar con él sus palabras.

Su gracia personal, su lujo en el vestir, su excelente modo de proceder con todos, sus chistes con la gente encopetada, su generosidad con los desvalidos, su esplendor con sus compañeros, y más que nada, su valor y destreza en la lid, hicieron de él, como ahora se dice, el niño mimado de su época.

No había mejor recomendación para la duquesa B..., para la condesa de P..., para el ministro D..., ó para el favorito G..., que la de *Pepe Ilo*, á quien nada se negaba.

No permite la índole de este libro referir anécdotas, chistes ni chascarrillos en que, según la crónica, tuvo *Ilo* tanta parte, y por eso hacemos punto y hablaremos solo de aquello á que estamos obligados.

Pero por eso no hemos de ocultar que, según pública voz y común opinión de entonces y ahora, más de una vez riñeron fuertemente, dando escándalo en la corte, encopetadas señoras de alta alcurnia, por lograr el cariño del jacarandoso torero sevillano.

Las manolas, que así se llamaban entonces las mozas de rumbo en Madrid, no desdeñaban tampoco los obsequios de *Pepe Ilo*, y á todas, todas, agradaban su atención y su gracia, al menos toreando. Si él correspondía ó no á los deseos de las damas, cosa es no comprobada. De cierto no se sabe más que Delgado fué buen esposo y muy amante de su mujer, á quien consideró mucho. Lo demás... Dios lo sabe.

Han sido tantas y tan varias las versiones que hasta ahora se han dado acerca del verdadero punto de nacimiento de este célebre torero, que para fijarla claramente, desterrando toda duda, creemos conveniente insertar á continuación copia literal de la partida de su bautismo, tomada del libro 29,

folio 164 de la parroquia del Salvador, de Sevilla. Dice así: «En 17 de Marzo de 1754 años, yo, don Juan Martínez Romero, cura de esta colegial de «Nuestro Señor San Salvador, de Sevilla, baptice á »Josef Matilde, que nació el día 14 de dicho mes »á las seis de la mañana, hijo de Juan Antonio »Delgado y de Agustina Guerra, su mujer; fué su »padrino José de Missas y Juana Rodríguez, su »mujer, vecinos de esta collacion, á quienes avisé »las obligaciones que contrajeron, y lo firmé fecha »ut supra.—D. Juan Martínez Romero.»

Pepe Ilo, pues, fué sevillano, y con ese documento quedan destruidas todas las afirmaciones hechas antes de ahora por distintos escritores, y por nosotros mismos, en la primera edición. Tradicionalmente se sabe que en sus años de juventud asistía con frecuencia al matadero, donde aprendió á sortear las reses bravas, hasta que, con la protección y lecciones del célebre *Cos-tillares*, se dedicó por completo al arte de torear, ingresando en la cuadrilla de dicho su maestro, que tanto le distinguió siempre.

Su padrino, José de Missas, ¿sería el padre de los famosos Juan de Amisas ó Missas, picadores contemporáneos de *Pepe Ilo*? No lo sabemos, ni la noticia es de tal importancia que merezca grandes investigaciones.

De tal manera aprendió *Pepe Ilo* á ejecutar con facilidad las suertes, recortes, capeos y otros juguetes, á que tanto se presta la escuela del *movido* ó inquieto torero sevillano que heredó de su maestro, cautivando desde luego la atención del público alto y bajo, especialmente de aquel á quien no distraía tanto el reposado y sereno modo de torear de Pedro Romero, que cuantas ocasiones se le presentaban de lucirse las aprovechaba, sin reparar en las consecuencias que pudiera acarrearle una impremeditación; cuantas suertes hacía otro las repetía él, aunque no las hubiese estudiado: hasta llegó á *recibir* en muchas ocasiones toros que había citado tres y cuatro veces, sólo porque el toro anterior había sido *recibido* por otro espada. Así que, exaltado siempre su amor propio, aventurábase como nadie, y por eso fueron infinitas las cogidas que tuvo, y más de dos docenas las cornadas que recibió.

Su competencia con Pedro Romero le llevó muchas veces á donde no hubiera debido ir. Es verdad que el público, entonces como ahora y siempre, aclama y ensalza á aquel en quien ve buenos deseos de cumplir; pero cuando, lejos de fijarse en si aquello que se intenta hacer por complacerle es practicable sin riesgo, preste de si éste existe y alienta al torero á que lo verifique, sean las que quieran las consecuencias, las excitaciones que aquel hace al lidiador son hasta criminales. Si esto no hubiera sucedido, *Pepe Ilo* tal vez no se hu-

biese determinado en más de una ocasión á hacer suertes en que brillaba mucho más que él Pedro Romero; del mismo modo que la grave prudencia de éste le hacía no intentar nunca lances que pudieran salir mal consumados, y, por lo tanto, perjudicar su reputación.

De estas mal llamadas competencias tiene la culpa, según hemos dicho, el público, que siempre hace degenerar una plausible y noble emulación en detestable y ruin envidia.

Empezose entonces por separar el cariño que en el ruedo deben tenerse reciprocamente los toreros. Dijose que los de Ronda no habían hecho

suerte; pero los dos no la practican del mismo modo.

En este arte, como en todos, hay instintos, genios y talentos privilegiados que van delante de los demás, sin que nadie pueda remediarlo ni oponerse á ello. No intente ninguno hacer lo que no haya estudiado bien.

Como el modo de torear de *Pepe Illo*, lo mismo que el de su maestro *Costillares*, ó sea el de la que llaman *escuela sevillana*, es, si no viene acompañada del de la llamada *rondeña* (cosa difícil, aunque no imposible, de poseer por igual), menos seguro con toros revoltosos y de algún *sentido* que con los sen-



De la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua (copia por Moreno Rodríguez)

más que perfeccionar las suertes que eran, propiamente dicho, patrimonio de los Romeros. Y se pensó y efectuó la división entre éstos y los sevillanos, que toreaban haciendo más uso de los pies y de los *quiebros* que los rondeños.

Dióse, pues, el nombre de escuelas distintas á las que realmente eran una sola, y sola seguirá siendo, porque los preceptos, las reglas de la una, no los anula, ni siquiera los excluye, la otra. Que un lidiador, según sus facultades, su inteligencia ó su valor, intente y ejecute suertes que otro no se atreva á hacer, no significa que el arte sea distinto para el uno que para el otro. Lo que para este puede ser fácil y sencillo, para aquel parecerá difícil de ejecutar. Ambos saben cómo se hace la

cillos ó *boyantes*, ambos diestros pidieron en las corridas celebradas en 1789, cuando la jura del rey Carlos IV, que no se corrieran toros de Castilla por lo resabiados que estaban... Pero como Romero se comprometió á matar cuantos de aquella clase se presentasen, la superioridad quedó desde entonces en él, que en su vida taurómaca probó «que, con serenidad, y no saliéndose de las reglas del arte, se matan todos los toros de cuantas condiciones se presenten.»

Tan cierta fué esa superioridad, que, habiendo otorgado *Pepe Illo*, en Sevilla, el 12 de Enero de 1784, una escritura ante el escribano don Antonio Manuel de León, por la cual aceptó el nombramiento de *primer* matador de espada que lo ha-

bía dispensado la Real Maestranza de Caballería de dicha ciudad, obligándose el á trabajar en todas las funciones de toros que en la plaza se celebrasen, con preferencia á cualquiera otra, y por precio de 9.500 reales vellón al año, que había de cobrar concluidas que fuesen las ocho fiestas de cuatro días de costumbre, sin pedir más salario, aunque se celebrasen más funciones; y otra escritura en 9 de Marzo de 1793, ante el notario don José de Robles y Quixada, declarando en esta que asistiría y mataría, «con otro compañero que se ponga de igual mérito al suyo», los toros que se lidiasen en la plaza de Cádiz durante el plazo de cuatro años, y que «por cada corrida se le había de pagar la misma cantidad que percibiese el matador Pedro Romero, vecino de Ronda, cuando concurra en su compañía», reconoció indudablemente la superioridad que decimos, cuando en la misma última fecha citada de 9 de Marzo de 1793 otorgó ante el mismo notario Robles otra escritura, diciendo que, aun cuando en aquel mismo día había estipulado con el asentista de la plaza de Cádiz que había de percibir por cada corrida la misma suma que se abonase á Pedro Romero, se conformaba con que le dieran noventa y cinco pesos de á quince reales vellón, que es el mismo que ha tomado en las anteriores funciones de Cádiz, comprendiendo en dicha cantidad el gasto de ida y vuelta á Sevilla, y que *aun cuando Pedro Romero cobre mayor suma, no ha de tener derecho para pedir el exceso.*

No puede presentarse prueba más concluyente de la competencia entre ambos espadas y de la primacía de Romero.

Aquellas Funciones Reales trajeron cola.

Desde entonces aumentó la emulación que con Romero tenían *Costillares* y *Pepe Illo*; pero es una coincidencia rara que éste tuviese tal aversión á matar toros castellanos, y que uno de éstos fuese el que con él acabase doce años más tarde del en que pidió su proscripción.

El suceso trágico, aunque descrito en elegías, romances y sonetos de aquella época, no lo ha sido en ninguna parte tan minuciosa y claramente como en una carta escrita entonces por un célebre aficionado, de la que nos permitimos copiar algunos trozos, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores.

«Siempre que se han corrido toros de dicha clase ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo, la que acabamos de experimentar. Únicamente me propondré por ahora hablar del mencionado séptimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio de que se hará la más comprensible demostración. Sólo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos,

por ser para éstos demasiado cobarde. Después, con mucha maestría, le puso un par de banderillas el aplaudido Antonio de los Santos, y seguidamente le clavaron otros tres pares Joaquín Díaz y Manuel Jaramillo. Luego se presentó á matarle José Delgado; le dió tres pases de muleta, los dos por el orden común (ó despidiéndole por su izquierda), y el restante, de los que llaman *al pecho*, con lo cual se libertó del apuro contra los tableros, en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvía el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquél en la mejor situación. Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él, y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle, le tanteó citándole, ó llamándole la atención á la muleta (deteniéndose ó sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el pitón derecho por el cañon izquierdo de los calzones y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que, careciendo de él, se mantuvo en dicha forma interin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra, inmóvil y con sólo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa. Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente poco menos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponían para quitar la fiera de la inmediación á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta previsión de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situación del toro. También lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de Juan López, procurando ponerle una vara *á caballo levantado.*»

Y luego añade dicha carta en otro párrafo:

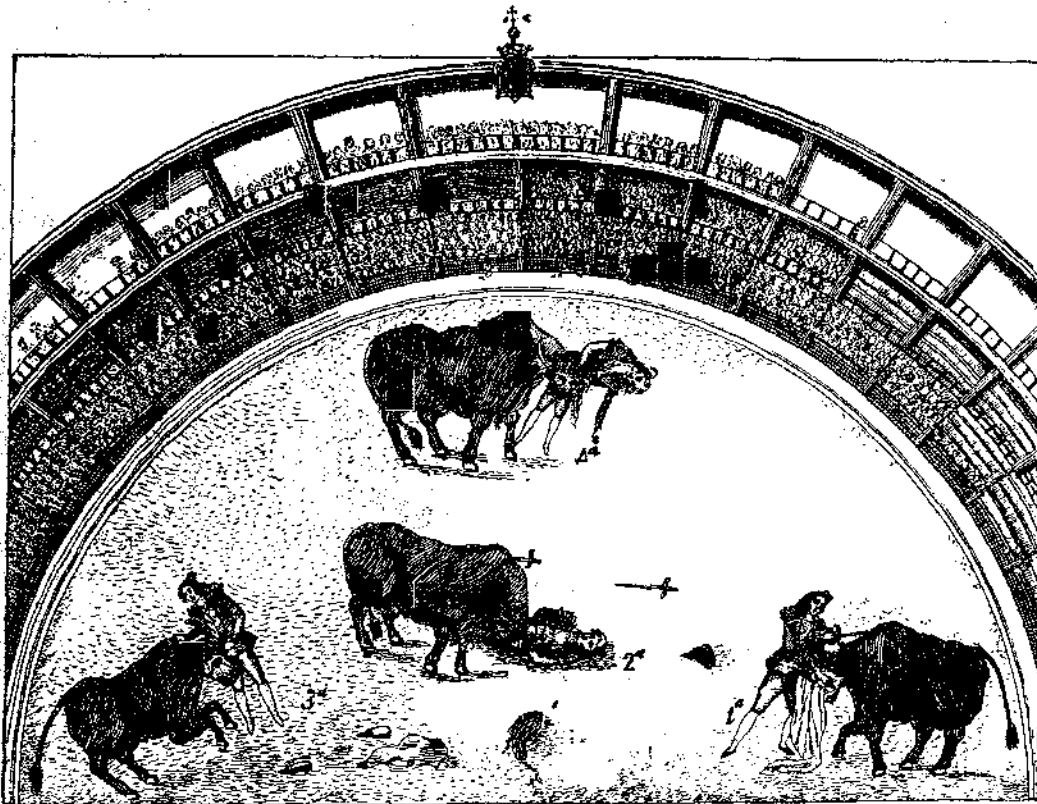
«Muchos son los lances que pudieran individualizarse, en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad después de ha-

ber sido gravemente herido con veinticinco cornadas en todo el cuerpo, (en otras tantas azarosas suertes) que, repetidas en todo el cuerpo, recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que, con admiración, le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al pitón que le tenía atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caídos y hecho un objeto de la mayor compasión. Esta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospi-

titulado *La Tauromaquia ó Arte de torear*, que es el mejor y más extenso de los hasta entonces publicados.

Hemos dicho que le dictó, porque Delgado no sabía escribir, y sólomente trazaba su mano firmas mal hechas que dicen: «Josep Illo», y que son las que ponía en sus contratos; así que es casi seguro que bajo su inspiración se escribió, pero también lo es que él no lo hizo.

Un conocido novelista ha asegurado que la mujer de José Delgado se llamaba María del Popolo. Puede ser, aunque la firma que puso en la nómina en que consta el pago de su haber á aquel in-



MUERTE DE «PEPE ILLO». — Lámina de 1801

tal general, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Ginés, en que fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusión, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero Antonio de los Santos.»

Pocos detalles podemos añadir nosotros á los mencionados en esta carta. Diremos, sin embargo, que el lugar del enterramiento de *Pepe Illo* lo fué en el patio ó atrio que da entrada á la iglesia de San Ginés por la calle del Arenal, y que vivía en la calle del Carmen, esquina á la de la Salud, paralela á la de la iglesia, y que hoy, edificada de nuevo, está señalada con el número 14 moderno.

En el año de 1796, cinco antes de su desastrosa muerte, dictó y publicó con su nombre un libro

afortunado por la corrida en que murió, sólo dice «María Salado,» y en la partida del matrimonio que celebraron en 2 de Junio de 1774 en la colegial de San Salvador, de Sevilla, sólo se dice María Salado, natural de esta misma ciudad, hija de Juan Salado y de María Domínguez. De esta unión conyugal hubo dos hijos llamados José y Antonio, el primero casado al tiempo del fallecimiento de *Pepe Illo*, y ambos menores de veinticinco años en aquella fecha. En el testamento que con poder de su marido otorgó María Salado en 12 de Junio de 1801 ante D. Antonio Hermoso Minguéz, y en la partición de bienes que en su consecuencia se practicó en 17 de Enero de 1803, se distribuyeron los bienes que en líquido, después de pagadas deudas, importaron 185,399 reales,

entre la viuda que percibió la mitad como bienes gananciales, y la otra mitad entre dichos dos hijos.

Sabrán tal vez alguno de nuestros lectores que el primero de los hijos de *Pepe Ilo* lleva en los documentos posteriores al fallecimiento de éste, y aun en el poder para testar que otorgaron ambos cónyuges en 7 de Abril de 1800, el antenombre de «Don», lo cual no sucede con su hermano. Pues bien, eso es debido, según afirma algún autor, á que el hijo referido obtuvo del Príncipe de la Paz, por influjo de su padre, una charretera en el ejército y que por haberse distinguido en la guerra que España sostuvo con los franceses á fines del siglo anterior, fué ascendido á capitán.

Apuntaremos para concluir una rara coincidencia. Próximamente en el mismo sitio en que murió *Pepe Ilo*, distante del toril de la plaza vieja de Madrid en la puerta de Alcalá, como á unos seis metros, frente al tendido número, 6, otro toro utilizaba para la lidia, sesenta y ocho años después, á otro simpático diestro, muy querido del público madrileño, llamado Antonio Sánchez (*El Tato*). De ambas cogidas tuvo la culpa la impremeditación.

¡Lástima que un temerario arrojo privase tan pronto á las lidias taurinas de tan esforzado campeón como fué José Delgado!

Delgado, Antonio Javier.—Fué un buen pegador portugués hasta que para ello le faltaron fuerzas: entonces se dedicó á poner banderillas, en cuya suerte se distinguió bien poco. Tuvo el pobre la desgracia de entrar de mozo de forcado en una cuadrilla que trabajó en la plaza de Alde-

gallega el día 5 de Junio de 1892, y al *pegar* un toro, llevó tan fuerte golpe que, conducido á la enfermería, murió en ella á las pocas horas.

Derramar la vista.—Se dice del toro cuando la espaaee mirando sucesivamente á varios bultos y después la fija en uno solo. En este caso, dice *Pepe Ilo*, es muy importante que los toreros no se opongan á su intención, antes bien le dejen libre la salida; pues es cierto que donde el toro fija la vista se dirige á acometer. No vemos nosotros, sin embargo, tanto peligro en esperarle, si hay el valor y la serenidad suficientes para verle llegar.

Derrengar.—Lastimar demasiado el espinazo de las reses, á fuerza de recortes, capotazos ó pases en redondo. Si es conveniente quitar pies al toro con verónicas ó navarras, y en la muerte con pases en redondo, cuando se revuelve con mucha ligereza y hay en él pujanza y poder, también es perjudicial que por abusar del trapo llegue la res á la muerte, derrengada; porque con ella no hay lidia lucida.

Derribar.—*A la falseta.* Acosada que sea una res, fuera ya de la piara, marcha el jinete tras de aquélla á una distancia proporcionada, ó sea de veinte á treinta varas, poco más ó menos, sesgándose hacia el costado ó anca derecha del animal. Cuando el jinete lo considera oportuno, ya porque el terreno en que se encuentre sea más á propósito para el caso, ya porque la res vaya muy acosada y se observe que no vuelve la cara, mete espuelas al caba-



SUERTE DE DERRIBAR EN CAMPO ABIERTO. — MACÍAS

llo fuertemente, describe en su carrera un arco de modo que al concluirle se encuentra cerca de los cuartos traseros de la res, y entonces, enristrando la vara ó garrocha, que deberá coger todo lo más larga posible, mete la puya en el nacimiento de la cola, y haciendo fuerza, para lo cual le ayudará mucho unirse bien al caballo y seguir el impulso de éste, derriba al suelo á la res. Teniendo un caballo fuerte y ligero, y manejándole bien, la suerte es sencilla, porque el único inconveniente que hay que evitar es el de encontrarse con que la fiera, á mitad de carrera ó más en corto, vuelva la cara y ocasione un encontronazo, que siempre debe evitarse.—*A la mano.* Este modo de derribar es lo mismo que el anterior, pero tomando el jinete la izquierda de la res; de manera que es menos usado y más difícil de ejecutar, á no ser que el jinete sea zurdo ó ambidextro.—*De violin.* Si difícil es derribar á la mano, lo es mucho más de esta suerte, que se ejecuta lo mismo que las precedentes, pero puesta la garrocha por encima del cuello del caballo. En aquéllas, si la fiera se vuelve y acomete, puede el jinete espararla y ponerle en el morrillo un puyazo más alto ó más bajo; pero en ésta pocas veces le dará tiempo para cambiar la garrocha y tomarla bien, puesto que ésta y las riendas van contrapuestas, y entonces es inevitable el atropello y caída.—También se derriban las reses de menos pujanza igualando el caballo con las mismas, cogiéndolas el jinete por la cola, y apretando aquél, que es una forma muy adoptada por los gauchos en América. Como se hace perder terreno á la fiera, cae prontamente al suelo. Pero aunque esta suerte es fácil y lucida, sólo debe hacerse con reses de poco poder, con un caballo de fuerza y por un jinete de buen brazo. La garrocha que para derribar se usa es más ligera, más delgada y algunas veces más larga que la de detener. Nosotros, oído el parecer de personas competentes, aconsejamos que al pinchar á la res se cuide de observar si ésta va en aquel instante con el anca levantada, porque es la mejor ocasión para derribarla. Es bonita diversión y muy animada.

Derrote.— Véase HACHAZO; pero obsérvese que, aun cuando lo mismo en el derrote que en el hachazo se entiende que el toro le da al levantar la cabeza, la palabra derrote se usa con frecuencia para significar que es muy alta la cabezada, y casi siempre la da el animal para taparse en las suertes é impedir le coloquen palos ó estoque. No comprende esta voz el *Diccionario* de la Academia.

Desacorralar.—Entre toreadores sacar el toro á campo raso ó en medio de la plaza, haciéndole de-

jar el sitio donde se resguardaba. Esto dice la Academia: nosotros á dicho acto le llamamos simplemente «soltar el toro» ó echarle de los corrales.

Desafiar.—Se dice que el toro desafía, cuando, parado y fijándose en los bultos, escarba la arena, cabecea, se encampana y luego se humilla, tapándose y juntando el hocico con el suelo. En tal estado nunca debe intentarse suerte alguna, mas que llevarse al toro con los capotes á otro lado.—También se usa cuando el espada, en la suerte de recibir, cita á la res con la muleta, desafiándola á que entre ó acometa.

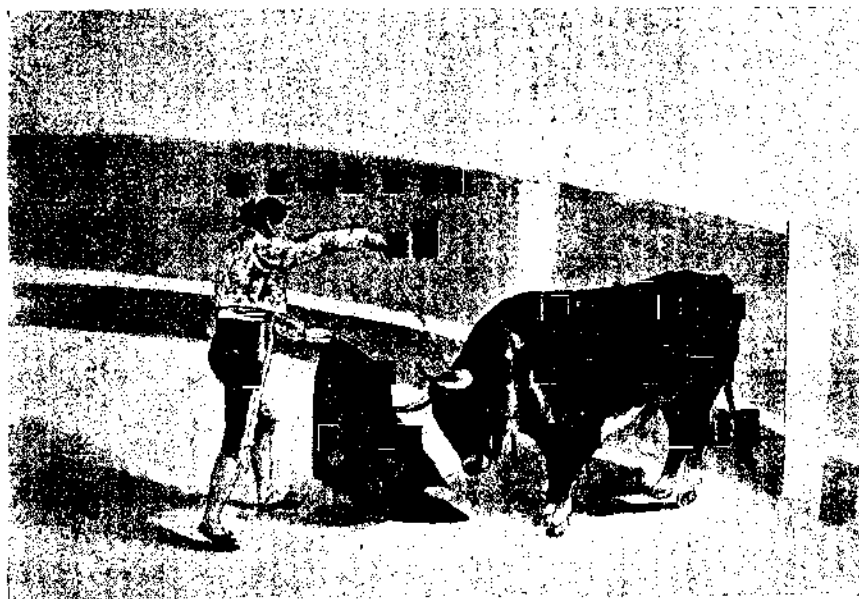
Desahijar.—Apartar en el ganado las crías de las madres, lo cual se verifica por lo regular cuando aquéllas cumplen cinco ó seis meses, ó menos tiempo, según el adelanto en que se hallen.

Desarmar.—Se llama así cuando, al entrar el toro al picador en la suerte de vara, se encampana, se tapa ó se cierra, y derrotando antes de llegar, evita el puyazo, haciendo que el torero marre. Lo mismo se dice cuando por enganchar con los pitones la muleta, se la quita al espada, y también al arrancarse éste á herir, si el animal se tapa derrotando.

Desbecerrar.—Quitar á las vacas sus becerros, destetándolos. Debe cuidarse de que la época y la ocasión sean oportunas, y hacer con las ubres de las madres las operaciones convenientes para que no padezcan por la abundancia de la leche.

Descabellar.—Esta suerte es muy sencilla y fácil si el toro está humillado y completamente incapaz para embestir, en cuyo caso el matador coloca la punta del estoque entre las dos astas, en medio del nacimiento de los anillos que forman la médula espinal, poniendo la muleta bastante baja y próxima á la cara del toro. Si éste no humilla, puede pincharle un poco en el hocico; pero no tantas veces que le haga desangrarse, y también echarle un capote por debajo del mismo, á fin de conseguirlo, y entonces ha de aprovechar el momento oportuno; en inteligencia de que si el animal no baja la cabeza, permaneciendo tapado ó cubierto, es inútil, y aun expuesto, intentar el descabello; porque, como dice muy bien *Pepe Ilo*, aunque el toro se halle peleando con la muerte, viéndose próximamente molestado de un objeto, le acomete con increíble energía. Debe advertirse

que nunca ha de intentarse descabellar sino cuando el toro se halle herido de muerte, y por no haberle tocado la espada ninguna de aquellas partes que terminan su vida más pronto, permanece en pie en completo estado de extenuación. Por lo demás, es suerte muy lucida.



SUERTE DE DESCABELLAR. — MACÍAS

Descepase.—Expresa el acto de romperse el toro un asta por la raíz ó nacimiento de ella precisamente, porque si se le rompe por el tercio superior ó por la mitad, quedará mogón, pero no descepado. Si el toro á quien esto suceda, por efecto de un gran golpe, sigue acometiendo y prestándose á la lidia, debe continuar ésta; pero si se echa, debe rematársele con la puntilla para ser arrastrado. Pasa turno para el espada únicamente cuando ha habido lidia, poca ó mucha, con la res. Equivale esta voz á la de DESCORNARSE.

Descompuesto.—Aunque la Academia no da más definiciones que las de inmodesto, atrevido y descortés, en lenguaje taurómico quiere decir inquieto, sin aplomo, sin serenidad, atolondrado.

Descordar.—Se llama descordar, y el toro queda descordado, cuando el matador le clava el estoque precisamente en la especie de anillos que forman juntos el cordón ó médula espinal, y por cortar ésta cae la res sin poderse levantar. Prueba esto que el espada apuntaba bien y merece aplauso; pero no debe equivocarse, ni con descabellar, que es en el nacimiento de la médula y causa instantáneamente la muerte, ni con atronar, que es lo

mismo, pero con puntilla. La Academia usa en muy distinto sentido esta voz.

Descornar.—El acto es muy común en que un toro, hiriendo fuertemente un objeto duro, se rompa un asta de raíz. Excusado es decir que en el caso de que por dicha circunstancia quede inútil para la lidia, porque desangrándose caiga á poco rato, debe morir con la puntilla; pero bueno es advertir que no ha de ser retirado por los mansos, sino concluir la lidia, como á ella se preste. Salvo el caso de imposibilidad de matarlos á estoque, los toros que salen del chiquero á la plaza no deben salir de ésta más que arrastrados por las mulas.

Descubrirse.— Cuando el toro baja la cabeza para acometer. Cuando el torero de á pie no da buena dirección al capote ó la muleta para señalar al toro la salida, y queda, por lo tanto, á cuerpo descubierto. Cuando el picador, por no unirse bien al caballo, cae delante del toro y no detrás del jaco.

El primer momento debe aprovecharle el lidiador para herir antes de que cose la humillación; en el segundo caso, ya que no ha tenido habilidad para empapar al toro, acuda á hacer con su cuerpo lo que no supo con el trapo, y en el último, tenga presente que un buen jinete ha de ir siempre unido al caballo, y que no atravesándose en la suerte es muy difícil quedar en el suelo en primer término.

Desgarrar.—Se dice que á un toro se le desgarrá, cuando efectivamente el picador rasga la piel del animal con la garrocha en más ó menos extensión. Suele esto suceder por venir el toro suelto y de pronto; algunas veces por estar vaciadas y cortantes las puyas, y en muchas ocasiones por culpa del picador, al no coger bien la garrocha y pinchar sin conciencia.

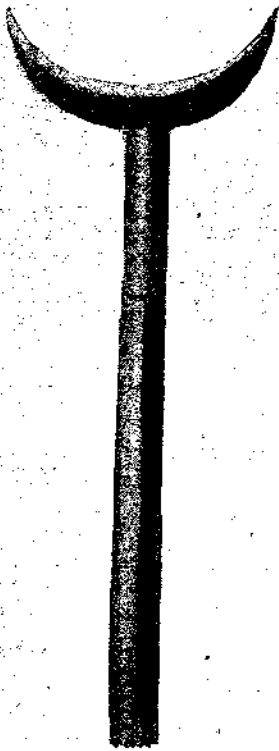
Desigual.—El toro que cambia sus condiciones varias veces durante los tres naturales estados que

tiene en la lidia. El diestro que, por cuidarse poco del esmero que siempre debe tener en cumplir bien su cometido, hace en ocasiones suertes brillantemente ejecutadas, y otras con tal torpeza ó abandono que forman singular contraste. El par de banderillas que ha sido colocado con demasiada distancia entre uno y otro palo.

Desjarretar.—Es el acto de cortar los tendones de las piernas á los toros que los matadores ó espadas no han podido matar con estoque. Por lo repugnante y desagradable que es verla ejecutar, ha sido suprimida hace bastantes años en la plaza de Madrid, y creemos que en todas ó la mayor

parte de las de España. Ultimamente era costumbre que, si el diestro no conseguía matar al toro, se retiraba á éste por los cabestros al corral, asomando, sin embargo, á la puerta de los toriles la media luna (acto también suprimido después), que así se llama el arma con que ahora y antes se ha hecho la operación de desjarretar. Dicho instrumento consiste en un palo como el de la garrocha ó vara de detener, que en su lugar describimos, y en uno de sus extremos colocado como una media luna de acero cortante en su borde cóncavo; pero antiguamente, ó sea por los siglos XV

y XVI, la que usaban los cazadores de toros llamados cimarrones en las Indias Occidentales, eran «garrochas largas de veinte palmos que en la punta tienen una arma de fierro, de hechura de media luna, de agudísimos filos, que llaman *desjarretadera*, con la cual (dichos cimarrones) acometen á las reses al tiempo que van huyendo, é hiriéndolas en las corvas de los pies, á los primeros botes las desjarretan». Así la describe un autor del siglo XVI, y D. José de la Tijera afirma que, para las grandes matanzas de millones de toros que hacen en Buenos Aires, con el único objeto de aprovechar sus cueros, se valen del arbitrio de acosarlos ó correrlos, y en este precipitado acto desjarretarles desde el caballo el pie izquierdo con una guadaña ó media luna.



Despedir (al toro).—Con la garrocha, es el momento en que el toro, empujado por la fuerza del picador, ó por ser blando al hierro, sale de suerte. Con la capa y con la muleta, es cuando el diestro da la salida al animal por derecha ó izquierda, pero sin recogerle en los vuelos, es decir, dándole salida larga y desviada.

Despejo.—El acto en que, antes de empezar la corrida, salen los alguaciles á caballo, unas veces solos y otras delante de tropa ó fuerza pública á hacer salir del ruedo al público, á quien se permitió entrar en él. En Madrid antiguamente, y hoy todavía en algunas plazas, los concurrentes salían, y salen efectivamente, de puertas afuera; ahora queda el despejo reducido á la fórmula de enviar, digámoslo así, á cada individuo á ocupar su localidad respectiva, puesto que no penetran en el ruedo más que los que la tienen adquirida.

Despitorrado.—El toro que tiene roto, pero no roto, cualquiera de los dos cuernos, ó ambos, siempre que quede en ellos punta. Este defecto no le impide ser toro de cartel. La Academia no comprende esta voz en su *Diccionario*. Los inteligentes en ganado, usándola, dan á conocer la diferencia que hay entre astillado y despitorrado, diciendo que aquél es cuando el cuerno forma astillas, y el último cuando algunas de éstas se han caído, y queda sin revestir el pitón.

Destronque.—El que sufre el toro al ser coleado, ó sea el daño que recibe por efecto de la retorcadura de la cola, que sin duda alguna se le comunica á toda la médula espinal. Ya decimos en la palabra correspondiente que se quita mucha pujanza al toro coleándole, y que no debe esto hacerse sino en graves casos. Explica la Academia esta palabra, diciendo que destroncar es cortar ó desconjuntar el cuerpo ó parte de él; y, en nuestro concepto, no perderíamos nada con que se ampliase la definición en el sentido en que la explicamos. También se dice que queda destroncado el toro cuando, por efecto de capearle ó pasarle de muleta muy ceñido y en redondo, se le quita fuerza en las patas y se le rinde; rara vez debe permitirse que con el capote se destronque al toro recortándole, digan lo que quieran los toreros modernos, que tanto abusan del capote á dos manos, y los ignorantes que los aplauden.

Díaz, Juan.—Varilarguero acreditadísimo á mediados del siglo precedente, que con sólo anunciar

su nombre formábanse esperanzas de ver grandes corridas, ó al menos cosas notables en el arte de torrear á caballo.

Díaz, Cristóbal.—Era un jefe de cuadrilla que trabajaba á fines del siglo pasado en plazas de segundo orden. El año de 1792 se presentó en Madrid en una novillada, y todavía en 1814 figuraba en nómina de la plaza de esta corte. En este año ganaba 15 duros por toda la corrida de mañana y tarde, como último banderillero.

Díaz, Cristóbal.—Notable banderillero de la cuadrilla del desgraciado *Pepe Illo* en fines del siglo anterior. No es el mismo que toreó por su cuenta en novilladas en 1792, de que ya hemos hablado. A este le llamaban *El Manchego*.

Díaz, José.—Uno de los banderilleros que en la plaza de Madrid presenció el trágico fin de su maestro *Pepe Illo*, en el año 1801. No hemos podido comprobar exactamente si se llamaba como va dicho, ó Joaquín, como está escrito en otros documentos. Sólo nos consta que uno de este último nombre actuó de espada en la plaza de Sevilla el 1.º de Mayo de 1813. Tal vez sean dos sujetos distintos.

Díaz, Manuel.—Picador de toros en los últimos años del pasado siglo. Este torero era en su época de lo más notable y aventajado en su arte, en términos de que la Real Maestranza de Sevilla, por su buen comportamiento en la corrida de 27 de Octubre de 1782, le regaló *media onza*, como propina, además del salario y traje convenidos de antemano.

Díaz, Julián.—Gran caballista fué este picador, allá por los años del 15 al 25 de este siglo, según nos tienen referido aficionados que le conocieron.

Díaz, José (*El Mosca*).—Si como banderillero no se distinguió en la cuadrilla de Montes, fué en cambio una notabilidad como puntillero. Es el que mejor ha rematado los toros, tirándoles por detrás la puntilla.

Díaz, José (*Mosquita*).—Hubo un puntillero de este nombre, notable en su profesión; y un espada de igual nombre, apellido y mote murió en la

Habana el año de 1845 de resultas de una herida que recibió en la corrida celebrada allí el 28 de Junio. Suponemos fuesen dos distintos sujetos tal vez parientes.

Díaz, Juan Manuel.—Desde muy pequeño tuvo afición á los toros, en términos de que, siendo menor de ocho años, se distinguió dando el salto de la garrocha en las corridas de becerros que hará unos cincuenta años celebraba en Madrid nuestra aristocracia en la posesión del Sr. D. Joaquín Fagoaga. Después fué banderillero en la Sociedad del Jardinillo, y excitado por los aplausos, dejó su oficio de tapicero, y protegido por *Cuchares* llegó hasta sobresaliente de espada, retirándose á poco de darse á conocer. Tenía simpatías y buen arte, era hijo de Madrid, nacido en la calle de Toledo, guapo y de buena educación. A ruegos de su familia dejó el toro y volvió á ejercer su oficio de tapicero, en que era muy aprovechado. En la lidia fué sereno, fino y concienzudo, pero frío para ser tan joven: había en él afición, pero no entusiasmo.

Díaz, Gaspar.—Hermano mayor de Manuel Díaz (*Lavi*) y de menos agilidad y recursos que éste. Esperaba de tal modo á las reses, ó se iba á ellas de largo, que sus estocadas eran certeras en lo general, y sobre todo tremendas, es decir, hasta el puño. No rayó á gran altura por su inteligencia. Era valiente, bravo y temerario con unos toros, retraído, y á veces receloso, con otros, si bien eran los menos. Tenía gran fuerza, poca actividad para los quites á los picadores, sin duda por efecto de su pesada corpulencia ó porque no se creyese suficientemente capaz para ello; buena voluntad para la lidia en general, y era muy sufrido y prudente con el público cuando le apostrofaba. Fué natural de Cádiz, y trabajó en Sevilla por primera vez como espada el día 1.º de Septiembre de 1839.

Díaz, Manuel (*Lavi*).—Es más difícil de lo que á primera vista parece calificar acertadamente el mérito que pudo tener este celebrado matador de toros; porque *Lavi* fué el payaso del toreo, y en este caso no merecía figurar al lado de los grandes maestros y de los matadores que hoy están más en boga; pero también hizo cosas toreando que muchos envidiarían.

Fué, pues, una nombradía la suya que aun dura y durará por algún tiempo; no fué un notable matador de toros, considerado y juzgado con arreglo al arte; pero tampoco su nombre ha pasado tan ignorado en la historia taurómaca, que no

suene aun en los oídos de los aficionados. Todos recuerdan su nombre y ninguno le desprecia.

Ser inconsciente que por instinto, costumbre ó rutina, hacia á veces cosas de buen torero, y otras de menos valer las rehuía y esquivaba hasta con miedo. Hombre incomprensible que en la arena tanto tenía de malo como de bueno, y que lo mismo recibía con alegría infantil los aplausos de los espectadores que con lágrimas y cara compungi-

éste era negro. Preocupación de raza, que mil veces le hemos oído decir no podía desechár, ni de ella prescindir. Había soñado, ó le había pronosticado alguna gitana, al decirle sin duda la buenaventura, que un toro negro le causaría la muerte, y cuando le tocaba estoquear á alguno de dicha pinta, se azaraba y atropellaba como el matador más novel y menos experimentado, y en cambio se presentaba fresco y guapo con las de-



da las más ruidosas y ostensibles muestras de desagrado.

Un gitano, nacido en Cádiz en el año de 1812, y, como todos los de su clase, sumamente impresionable. Predominaba en él siempre el deseo de complacer al público, ejecutando cuanto este le pidiese, supiese ó no, y tuviese ó no facultades para ello. Alguna vez, sin embargo, no podía ser complaciente, y lo decía en voz alta; porque *Lavi* era, como ninguno, comunicativo con el público. Si entonces le llamaban cobarde, que es la palabra que más le ofendía, lo sentía extremadamente, pero continuaba siéndolo, hasta que otro toro reemplazaba al que tenía delante, sobre todo si

más reses, y hacía con ellas payasadas, que unos reían y otros criticaban, pero que al mismo tiempo que ridículas denotaban valor y confianza.

A esta mezcla inverosímil de valor y cobardía, de arte y de ignorancia, de extravagantes gestos y estrambóticas palabras, atribuimos nosotros su renombre. Entre sus compañeros fué en ocasiones objeto de sus burlas y chacotas, pero en lo general, bien querido y apreciado por todos; porque *Lavi* era dócil, buen compañero y sencillote: seguía el rumbo que le marcaban, y su aire bonachón prevenía á favor suyo. Hubo entonces, sin embargo, quien dijo que no era oro todo lo que relucía, y que á *Lavi* le sobraba de tosca malicia

cuanto de entendimiento le faltaba. No lo sabemos. Si hubiéramos de apreciar esto con justicia, de necesidad era que hubiéramos tratado íntima y frecuentemente á *Lavi* en sus tiempos, y nosotros de este modo no hemos tenido el gusto de tratar á ningún torero. Y aun así y todo, ¿tan fácil es conocer el corazón humano? Lleva uno toda su vida conociendo y considerando como amigo al que crec que lo es en realidad, y suele un amargo desengaño matar en un minuto las ilusiones de siempre: ¡conque cómo hemos de juzgar por apariencias!

Es verdad que alguna vez sus palabras y aun su conducta indicaban que tenía, según se dice en Madrid, mucha gramática parda; pero lo primero podía ser casual, y lo segundo seguir el derrotero que sus amigos le inarcaran. De todos modos, esto importa poco para su vida de torero: es un accidente digno de tenerse en cuenta, y nada más.

Para probar que como nosotros pensaban muchos, he aquí el juicio que mereció á un antiguo aficionado de Madrid su trabajo en esta plaza. —«*LAVI*.—Como acreditado clown grotesco, sabe este diestro lo suficiente para agradar al público, y lo que no le presta la inteligencia, se lo da su dureza y bravura. Salta y brinca, saluda y *recorta*, capea y descabella á los toros, si no con gracia. con afición y fortuna; y todo esto y sus brindis le han granjeado muchas simpatías, que él sabe sostener y aumentar como nadie. En la hora de la muerte no es tan real diestro como algunos le suponen: sabe pararse en jurisdicción, mejorar el terreno, dar los *pases* en corto, cambiarse en la cabeza, y otras cosas que algunos que la echan de maestros no hacen aunque las comprendan. Sin creerse superior á nadie, lo es sin disputa en muchos lances; pero se confía tanto y es tan torpe para las huídas, que las más veces se salva, aun en las continuas cogidas que sufre, casi milagrosamente. Mejor que aparecer cobarde, quiere ser temerario, aun á riesgo de su vida; y aun cuando nunca le diremos que se eche para atrás, le insinuaremos, por si le entonde, que en un buen medio está la virtud.» A este juicio sólo tenemos que decir que su autor juzgó á *Lavi* antes de verle matar toros negros. Si le hubiera visto una vez frente á uno de éstos, le hubiera desconocido.

También se hubiese reído, y no poco, escuchando la conversación que con las fieras sostenía. —No seas ladrón,—decía muchas veces á un toro;—aplómate y déjate matar, que tengo cinco hijos. Otras veces:—¡Ah, tunante!—decía.—¿Te cueles para coger? *Pus* mira, te voy á *diñar* mullé antes de que lo huelas y lo cuentes á tu *mare*.—Y un día que mataba un toro del cura Lamorena se le oyó decir al citarle para recibirle «entra, presbítero.»

Si fuéramos á referir los brindis, saludos y con-

versaciones que sostenía con los concurrentes, autoridades, toreros y toros, que él suponía le entendían, sería el cuento de nunca acabar. Porque, sobre ser muchísimos sus extravagantes dichos, causaban más risa por su estupenda ignorancia que los ingeniosos del célebre Manolito Gázquez.

No podía servir para director de plaza porque no era respetado; y en su profesión, más de una vez cedió su antigüedad y puesto de alternativa á espadas más modernos. En las funciones reales celebradas en Madrid el año de 1846 trabajó como espada delante de Juan Lucas Blanco; por cierto que al primer toro que rompió plaza le arrancó en seguida *Lavi* del morrillo la preciosa moña que ostentaba, y la ofreció á la reina Doña Isabel II, diciéndola: «*Zeñora, ézta ez la primera moña que V. M. tiene la honra de recibir de mi mano*»

Después trabajó en casi todas las plazas de España con general aceptación, y en la de la Habana, donde tuvo un buen ajuste. De la Isla de Cuba pasó á Méjico, cuyos naturales le hicieron tantas demostraciones de simpatías y agrado, que el hambre, entusiasmado al referirlo á sus amigos de Sevilla tan luego como regresó, dijo:—Si *güelvo* allá, *estrono* de *siguro* al rey de aquella tierra.

No volvió precisamente á Méjico (sin duda por evitar revoluciones), pero marchó á Lima, donde murió de grave enfermedad el año de 1858, á los diez días de su llegada. Era de regular estatura, grueso, pero ágil, moreno, sin expresión alguna en su rostro más que cuando le animaban los aplausos. Fué padre de numerosa familia.

Díaz, Manuel (*Lavi*).—Sirvele de recomendación el nombre de su padre. Se atreve á matar toros, y hace sus correrías por pueblos, ciudades y capitales, ganando lo que puede. Para, hijo, para, y hos agradecerás el consejo, que tu toreo es fino, buena tu mano izquierda y te arrojas por derecho. Si tuvieras más estatura podrías atreverte á matar toros con más confianza, que inteligencia no te falta, pero no harás prodigios.

Díaz Jiménez, Juan.—Gaditano como todos los diestros de su apellido, nieto del *Lavi* y hermano de Manuel Díaz Jiménez, conocido allí por *El Habanero* y por Manolito el *Lavi*. En la cuadrilla denominada de *Niños gaditanos* hacia de segundo espada en 1872, demostrando ser más valiente que su hermano, pero no tan fino ni tan inteligente. Después fué á América y su nombre parece ya olvidado en absoluto.

Díaz, Gaspar.—Banderillero y matador de cuatros y novillos. A todo hace, según se le gobierna. No le falta valor, es juguetón con los toros, y si aprendiera al lado de buenos maestros, sería algo, porque es joven y tiene voluntad. Es de la familia de los *Lavis*; pero no sabemos si es hijo de Gaspar ó de Manuel. Se ha eclipsado hace algunos años y no hemos vuelto á oír hablar de él, de manera que cuanto al principio decimos no le ha servido para nada.

Díaz, Juan.—Natural de Coria del Río. Trabajó en algunas plazas como picador por los años de 1848 en adelante. Cuando nosotros le vimos trabajar encontramos en él un hombre inteligente y duro, valiente sin temeridad y bien puesto. Tardaba en salirse, pero castigaba. Parece se estrenó en la plaza de Sevilla el día 30 de Julio de 1848 con muy bien éxito.

Díaz Santa Ana, Joaquín (*Timiri*).—En 1872 falleció este banderillero portugués, que sin haber sido notabilidad en el arte logró adquirir, para sí, universales simpatías.

Díaz, Francisco (*Paco de Oro*).—Es un matador alto y buen mozo. En su país llámáronle de Oro; en el resto de España no sabemos de qué metal será. Se presenta bien ante la fiera para matar, á los pocos pases se descompone, demuestra inseguridad al liar y se tira saliendo de las reglas del arte. Tiene pundonor, sin embargo, y si el público muestra desagrado procura corregirse. No es tan malo, que en ciertas plazas y dentro de su categoría deje de ser muy aceptable; pero no le quieren, han salido muchachos nuevos valientes y temerarios y han obscurecido á los demás. Empezó en Sevilla el 10 de Junio de 1877.

Díaz, Mariano (*Bolicario*).—Era un torero que andaba de pueblo en pueblo, que tan pronto to-

maba los palos como el estoque, y que, sin ser malo completamente, puede decirse que ni pinchaba ni cortaba. No era el arte lo que más le acompañaba, pero sí el valor. Por sobra de éste, falleció el desgraciado en San Martín de Valdeiglesias, villa de la provincia de Madrid, el día 11 de Septiembre de 1881, á las ocho de la mañana, á consecuencia de la herida en un muslo que le causó el día anterior el tercer toro que se lidió en dicho pueblo al saltar del callejón de la barrera al redondel. Tenía treinta y dos años, era casado y con hijos, y antes de dedicarse al toreo fué dependiente de la acreditada farmacia del Sr. Bañares, sita en la calle de San Bernardo, de Madrid, de lo cual le viene el apodo antedicho. Lo mismo en España que en Montevideo, donde lidió con buena fortuna algún tiempo, confeccionaba por sí mismo sus trajes, prueba evidente de su habilidad y economía.

Díaz, Ponciano.—Hijo de D. Guadalupe Díaz y doña María Jesús Salinas, natural de Atenco (Mé-



jico). La circunstancia de producirse en este punto ganado de nombradía, fué aliciente para que

Ponciano dedicase su afición á la lidia de reses bravas, formando más tarde en la cuadrilla de Bernardo Gaviño como banderillero durante seis meses, presentándose á esta fecha como matador ó jefe de cuadrilla, el 15 de Abril de 1859, en la plaza de Puebla, á la edad de veintiún años.

Sus cogidas han sido: una en Durango (América), pareando á caballo en Mayo del año 1883; otra en Santiago Isanguistengo, y otra en Méjico.

Regular estatura, negro pelo, tez morena, ojos expresivos y cargado un tanto de hombros, hé aquí el retrato de Ponciano.

Tomó la alternativa de manos de *Frasquito* el 17 de Octubre de 1889, y demostró valentía, arrojo y más conocimiento de la índole de las reses que la que le habíamos supuesto, pero advirtiéndose en él el modo de torear en Méjico; frío unas veces y audaz en otras. En lo que se distingue especialmente es en el manganéo y pealeo, acoso y derribo de reses y banderilleo á caballo, es decir, en todo el jaripeo de su país, no en el torco español.

Díaz, Enrique.—Banderillero de mediados del presente siglo, de poco nombre aunque de muchas facultades.

Díaz, Julio.—Empezó su carrera como picador en Sevilla en 1866, alternando con Manuel Gallardo, y despues ha sido corta su vida torera, para lo mucho que prometía ser, especialmente como jinete.

Díaz, Gabriel.—Puntillero muy moderno que trabaja en las novilladas de Madrid, de donde dicen es natural.

Díaz Francisco.—En 12 de Octubre de 1856 trabajó este picador por primera vez en la plaza de Sevilla, sin llamar la atención por malo ni por bueno. Hace más de treinta años que no hemos oído hablar de él.

Díaz, Eduardo.—Va para picador de toros: ya trabaja en novilladas y se coloca bien en el caballo, no á la suerte; pero con el tiempo... ¿quién sabe?

Díaz, Manuel (Aqualimpia).—Uno de tantos principiantes que se dedican al torco con varia fortuna. Mata algunos toros en novilladas, con fe, sin conocimientos, con sobra de audacia y sin temor de lo que pueda ocurrir en la lidia.

Díaz, Casto.—Torero aragonés, de bastante destreza y valentía. Tanto le daba poner banderillas como matar toros, á todo se acomodaba; pero en nada demostró conocimiento de las reglas del torco. Ha muerto hace pocos años.

Díaz Calderón, Antonio.—Picador moderno, que habiendo adquirido fama en América quiere darse á conocer en España como entendido. De buena casta viene, que es sobrino de los famosos Calderones; pero esto no basta, hay que apretar y buscar trabajo más continuo, que toreando media docena de corridas al año no se hacen verdaderos diestros.

Díaz, Antonio (Valeriano).—Es un novel picador de toros en novilladas, que quiere pero no sabe. Tal vez le confundamos con otro «Eduardo» de igual apellido, porque se dan casos de poner en los carteles distintos nombres á unos mismos individuos.

Díaz, José (Niño de Morón).—En su tierra dicen que mata toros en novilladas. Estudie mucho no sea que se quede como el gallo de su pueblo.

Díaz, Frutos (Fortuna).—Que Dios te dé la que necesitas. Mira que para picar toros es preciso saber más de lo que parece, y que no basta la voluntad.

Díaz, Fernando (Mancheguito).—Pone banderillas, sin que se le pueda llamar torero. Es muy moderno en las novilladas.

Díaz, Eduardo.—Uno de tantos como se presentan á picar toros fiados en su valor y en la Providencia. Una vez le hemos visto y no advertimos en él nada que nos hiciera concebir esperanzas favorables.

Díaz, Juan.—Picador, que hizo su presentación por primera vez en Sevilla el 9 de Septiembre el año de 1877. ¿Cuál fué su suerte?

Diego, Francisco de (Corito).—Banderillero de mucha voluntad y buenos deseos. Es sereno y ligero, y sólo le falta la inteligencia que se adquiere con la práctica continuada al lado de maestros. Cubre su puesto en cualquier cuadrilla; pero te-

nemos de él formada la idea de que no ha de ser más de lo que ya es.

Diestro.—Véase TORERO; pero entiéndase que nosotros sólo llamamos así al que es aventajado en la profesión. Moratín y otros de aquellos tiempos llamaban profesores á los toreros, luego se les llamó más comunmente lidiadores, y ahora se abusa mucho del nombre de diestros. De estos hay pocos, lidiadores muchos y de los primeros suma escasez.

Dieu, Ciprian de.—Es un francés, peón de lidia, que trabaja con cuadrillas españolas en las plazas de la vecina República. Tiene gran entusiasmo por nuestra fiesta nacional y es valiente; corre los toros por derecho; pero en lo demás... hay que ir con calma y precaución.

Díez, D. Joaquín.—Pintor de historia, cuyos preciosos cuadros del apartado de toros en la Muñeza, un tentadero de becerros en Tablada y otros varios han llamado la atención de los aficionados. Fué natural de Sevilla, donde murió en Octubre de 1879.

Dios, Antonio de (Conejito).—Tu apellido te ampare y te ilumine para que aprendas á ser buen matador, ya que parece te llama por ese camino;



y cuando sepas andar con soltura al lado de las reses y hayas cobrado fama de buen torero, entonces podrás estoquear con mejor éxito que el

que has obtenido hasta ahora donde como matador te has presentado. Los valientes llegan, si estudian, y tú lo eres, manejas bastante bien el trapo y parece tienes voluntad; pero hacerse matador sin saber pinchar por derecho, nada más que por ejercer mucho los desplantes y adornitos, eso es un estilo que, aunque se *estile* en Córdoba, debe olvidar todo buen torero. De quien en tu tierra ha descollado y te apadrina puedes aprender mucho, y de otros que no son de allí observar cómo entran á matar para imitarlos.

Dios, Antonio (Zurdo).—Puntillero novel que no se da mala maña para el oficio.

Dios, Antonio de (Come-arroz).—Picador de toros en novilladas, muy nuevo y que aparenta tener regulares condiciones, según dicen. ¿Serán hermanos estos tres últimos lidiadores? Parece que, si esto fuera, no los habrían puesto el mismo nombre; es muy posible que en carteles y revistas hayan cambiado sus nombres y apellidos. No hemos visto trabajar más que al matador de toros *Conejito*; á los otros dos, no.

Dirección.—La de la lidia corresponde al primer espada, que debe poner en ella sumo cuidado, si el conjunto de la fiesta ha de dar buen éxito en las diferentes suertes de que consta. Toda la gente de á pie y de á caballo debe estar subordinada al jefe de las cuadrillas. Llámase así también la marcha ó viaje que toma el toro ó el diestro en cualquier lance, y aun la colocación que tiene el estoque ya clavado en la res, calificándola de recta, ida, atravesada, etc.

Divisa.—Son las cintas de uno ó más colores sujetas á un pequeño arpón que se clava al toro en el cerviguillo momentos antes de darle suelta de los chiqueros al redondel. Deben ser las cintas de menos de setenta centímetros de largo, y se les coloca desde la claraboya abierta en el techo de dichos chiqueros, uniendo para ello á un palo largo las cintas arrolladas á su alrededor, y dejando descubierto el pincho ó arpón, que un mayoral clava desde arriba con poco esfuerzo. El objeto de la divisa se comprende fácilmente que es distinguir unas ganaderías de otras; y aunque muchos aficionados conocen á la simple vista la casta de los toros por su trapío, equivocándose pocas veces, no puede po-



nerse en duda la conveniencia del uso de aquella señal. Es lástima que los ganaderos no hayan conservado, como debieran, el color que desde un principio usaron los que formaron primitivamente cada una de las castas, y de este modo se hubiera evitado la confusión que hoy existe, nacida de la alteración repetida, no una, sino muchas veces, que han sufrido los colores de las divisas. Comprendemos que cuando las vacas bravas y toros padres proceden de distintas ganaderías y se cruzan las castas, los becerras y toros que forman nueva torada lleven también nueva divisa, porque realmente empieza en ellos otra ganadería; pero que por el solo hecho de cambiar de dueño haya de cambiar también de colores, no nos lo explicamos. Disculpanlo algunos, diciendo que en ocasiones suele echarse á las vacas algún toro de otra ganadería acreditada para ver de mejorar las castas, y al toro que de este cruce procede se le cambia la divisa, y no á los demás de la piara; mas prescindiendo de lo acertado ó no que pueda ser este procedimiento, no encontramos razón bastante para aquella alteración, puesto que, en realidad, la ganadería no ha cambiado. Tampoco hay fundamento para cambiar las divisas porque una ganadería se parta ó divida entre dos ó más interesados, toda vez que, pertenezca á quien quiera, la ganadería y su origen son los mismos. Es más de sentir la referida alteración en castas acreditadas y de fama que en las de poco nombre y de desiguales condiciones, pues al fin éstas poco pierden, y aquéllas, por el contrario, cada vez que cambian de color en las divisas tienen que ir adquiriendo nuevo renombre. Lo que dejamos ex-

puesto basta para que nuestros lectores comprendan la gran dificultad que existe en reunir los datos y antecedentes necesarios á designar los colores de cada una de las ganaderías; pero á fuerza de mucha paciencia y consulta de antiguos datos, y sin perjuicio de relacionar éstas en el lugar correspondiente, hemos podido hacer la designación de los colores que en las divisas han usado desde el pasado siglo las principales castas de España, sin que pretendamos por eso que sea completo nuestro trabajo, puesto que la índole del mismo y las muchas dificultades que para formarle hemos tenido que vencer las apreciarán en su buen juicio nuestros lectores. En la voz *MOÑA* explicamos lo que son las divisas que suelen usarse en la mayor parte de las plazas de España cuando se dan corridas cuyos productos son para beneficencia ó en grandes solemnidades; y lo hemos dejado para aquel sitio, porque consideramos la divisa de aquellas condiciones más como un objeto de adorno y de lujo que de distintivo de castas, aunque se atemperen en el uso de los colores á los designados por los ganaderos. Mas de uno hemos conocido estableciendo en los contratos de venta de sus reses la cláusula de que no se les pongan moñas de lujo, porque su gran volumen hace que los toros se resabien y atiendan á lo que llevan encima mejor que á lo que se les pone de frente. El estado que sigue es el más extenso que se ha publicado hasta el día, como que comprende divisas usadas desde que principiaron las corridas de toros por lidiadores de profesión, con los nombres y vecindad de cada uno de los dueños de las vacadas, en las siguientes provincias de España:

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
		
CAPITAL	Conde de Valparaíso	Azul.
Alcaraz	José Vicente Baillo	Encarnada, verde y blanca.
Peñascosa	Higinio Flores	Encarnada, celeste y caña.
	Sabino Flores	Blanca y encarnada.
	Agustín Flores	Blanca, azul y encarnada.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
<i>Vianos</i>	Gil de Flores.....	Naranja y blanca.
	Fructuoso Flores.....	Naranja y blanca.
	El mismo.....	Naranja.
	Martín Magin Moreno.....	Verde.
	Dolores Flores.....	Naranja.
<i>Villanueva del Arzobispo</i>	Tomás Marín y Marín.....	Verde y naranja.
<i>Vilopalacios</i>	Ezequiel Martínez.....	Naranja y blanca.

Alicante

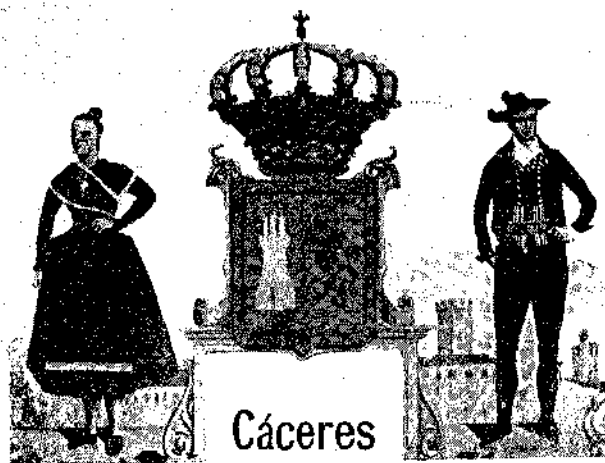
<i>Orihuela</i>	Francisco Valdemoro.....	Celeste.
-----------------------	--------------------------	----------

Ávila

<i>CAPITAL</i>	José Bello.....	Blanca.
	Benjamín Arrabal.....	Verde y blanca.
<i>Navas del Marqués</i>	Marcelino Bernaldo de Quirós.....	Blanca.
<i>Tiemblo</i>	José Maqueda.....	Blanca.

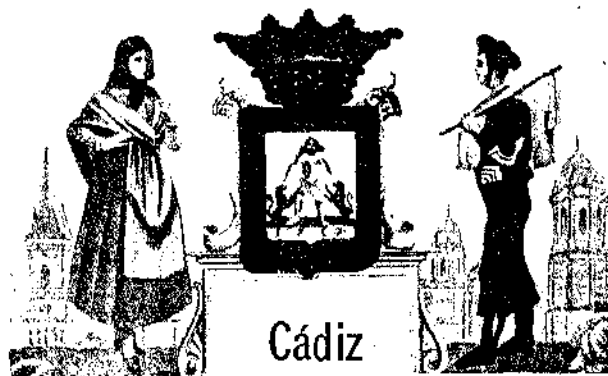
Burgos

<i>Pancorbo</i>	Galo Quintana.....	Encarnada y azul.
-----------------------	--------------------	-------------------



<i>Alcántara</i>	Marqués de Coto-Real.....	Azul.
<i>Baños</i>	Manuel José Caridad... ..	Dorada y verde.
<i>Berrocalejo</i>	Juan Gutiérrez.....	Escarolada.
<i>Coria</i>	Viuda de González.....	Grana.
	Juan Manuel Fernández.....	Encarnada y verde.
	Jacinto Trespacios.....	Verde y encarnada.
	Santiago Martínez.....	Encarnada y amarilla.
<i>Trujillo</i>	Francisco Arjona.....	Encarnada y amarilla.
	Marqués de la Conquista.....	Encarnada y verde.
	Agustín Solís.....	Encarnada.
	Juan Quesada.....	Verde.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
---------	--------------------------	----------------------



	Jerónimo Alsazua.....	Encarnada.
	Baltasar Hidalgo.....	Encarnada.
CAPITAL.....	Juan Aguilar.....	Blanca.
	Juan Francisco Rivera.....	Amarilla y celeste.
	Juan José Zapata.....	Celeste y blanca.
	Francisco de Paula Cansino.....	Lila y caña.
	Pedro Zapata.....	Morada y negra.
	Ildefonso Núñez de Prado.....	Pajiza y blanca.
	Alfonso Carrero.....	Morada y negra.
Arcos de la Frontera.....	Alonso de Prados.....	Azul.
	Pedro Moreno Rodríguez.....	Celeste, amarilla y encarnada.
	María Antonia Espinosa.....	Blanca.
	Juan Moreno.....	Amarilla, blanca y verde.
	Juan José Zapata.....	Celeste y blanca.
	El mismo.....	Encarnada y celeste.
	Francisco Pacheco Núñez de Prado.....	Pajiza y blanca.
Benaocaz.....	Juan Tavares Cabrera.....	Verde.
Cantillana.....	Antonio Pueyo.....	Verde y blanca.
	Jerónimo Angulo.....	Lila y plata.
	José Hormigo.....	Verde y caña.
	Duque de San Lorenzo.....	Celeste y blanca.
	Joaquín Barrero.....	Encarnada, blanca y caña.
	Vicente Romero.....	Encarnada y celeste.
	Bartolomé Morales.....	Caña y rosa.
	Cayetano Rivero.....	Blanca y negra.
	El mismo.....	Encarnada.
Jerez de la Frontera.....	Marqués de Villamarta.....	Verde botella y oro viejo.
	Condesa Viuda de Montegín.....	Negra.
	Viuda de D. Francisco Amaya.....	Negra.
	Joaquín Virués.....	Encarnada.
	PP. de la Cartuja.....	Verde.
	PP. de Santo Domingo.....	Blanca y negra.
	Francisco La Riva.....	Celeste y blanca.
	Francisco Romano.....	Amarilla.
	Francisco Aranda.....	Celeste y negra.
	Pedro de Torres.....	Negra.
La Presilla.....	Balbino Martín.....	Verde y negra.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
	Domingo Varela.....	Verde y blanca.
	Jerónimo Martínez Enrile.....	Blanca y caña.
<i>Medina Sidonia.....</i>	Francisco Mota.....	Blanca y caña.
	Francisca Velázquez.....	Amarilla y encarnada.
	Bartolomé Muñoz.....	Amarilla y encarnada.
<i>Puebla.....</i>	Eustaquio de la Carrera.....	Morada y verde.
	José María Albareda.....	Dorada y blanca.
	Pedro Echeverrigaray.....	Dorada y blanca.
	José María Herrera.....	Encarnada.
	Antonio Sánchez.....	Dorada y blanca.
	Mercedes Espinosa.....	Blanca.
<i>Puerto de Santa María...</i>	Francisco Ortega.....	Negra.
	Francisco Gallardo.....	Encarnada y verde.
	El mismo.....	Dorada y blanca.
	Viuda de Larraz.....	Blanca y oro.
	Miguel Martínez.....	Encarnada y celeste.
	Gaspar Montero.....	Dorada y blanca.
	Domingo Crespo.....	Negra y caña.
<i>Rota.....</i>	Francisco Trapero.....	Morada.
	José de Vargas.....	Celeste.
	Antonio Villalba.....	Verde y amarilla.
	Dolores Gutiérrez.....	Verde y encarnada.
	Beatriz Horta.....	Dorada y encarnada.
<i>Tarifa.....</i>	José Prado.....	Celeste y encarnada.
	José María de Prados.....	Encarnada.
	Juan de Pareja.....	Blanca y encarnada.
	Antonio Machorro y Toledo.....	Azul.
	Francisco Bernar.....	Lila.
	Juan Castrillón.....	Encarnada y amarilla.
	Eduardo Shelly.....	Celeste y encarnada.
<i>Vejer de la Frontera.....</i>	Antonio de Mera.....	Azul y encarnada.
	El mismo.....	Celeste.
	Joaquín Castrillón.....	Azul y encarnada.
	Rafael Surga.....	Celeste y encarnada.
<i>Zahara.....</i>	Basilio Peñalver.....	Encarnada, blanca y verde.



CAPITAL.....	{ Alvaro Muñoz y Teruel.....	Encarnada.
	{ El mismo.....	Verde.
	{ Diego Muñoz y Pereiro.....	Verde.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
CAPITAL.....	Gaspar Muñoz.....	Verde.
	Alonso Pedro Maldonado.....	Blanca y rosa.
	Juan Maldonado.....	Blanca y rosa.
	José Maldonado.....	Blanca y rosa.
	José Ceballos y Linares.....	Celeste y carmesí.
<i>Alcázar de San Juan</i>	Francisco Marañón.....	Encarnada y blanca.
	Conde de las Cabezuelas.....	Encarnada y blanca.
	Diego Antonio Guerrero.....	Azul y blanca.
<i>Almodóvar del Campo</i>	José Salido.....	Celeste y turquí.
	Juan Pablo Gutiérrez.....	Amarilla y verde.
	Juan Julián Gutiérrez.....	Amarilla y verde.
<i>Calzada de Calatrava</i>	Ramón Antonio Sierra.....	Escarolada y verde.
<i>Grandátula</i>	José López Torrubia.....	Encarnada y azul.
	Benito López Torrubia.....	Celeste y rosa.
	Francisco de P. Gutiérrez.....	Celeste y rosa.
<i>Layos (?)</i>	Francisco España.....	Azul.
<i>Moral de Calatrava</i>	Juan José Solance.....	Blanca.
	Agustín Salido.....	Verde.
<i>Piedrabuena</i>	Nicolás Gómez.....	Escarolada.
<i>Puerto Lápiche</i>	Bernardo Gómez Calcerrada.....	Celeste y rosa.
<i>Torremueva</i>	Francisco Ignacio de Yepes...	Blanca.
<i>Valdepeñas</i>	Andrés Tercero.....	Encarnada y escarolada.
	Marqués de Navasequilla.....	Blanca.
<i>Villamejor de San Martín</i> ..	Vicente Olmedo.....	Blanca.
<i>Villarrubia de los Ojos de Guadiana</i>	Diego Martínez.....	Verde y rosa.
	Bernabé Aguila.....	Encarnada.
	Condesa de Salvatierra.....	Encarnada y amarilla.
	Leandro Celanova.....	Celeste y amarilla.
	Manuela Dehesa Angulo.....	Encarnada.
	Juan Díaz.....	Encarnada.
	Julián Díaz.....	Encarnada.
	Hermenegildo Díaz Hidalgo.....	Encarnada.



CAPITAL.....	Viuda de Barrionuevo.....	Turquí, blanca y rosa.
	Rafael Barrionuevo.....	Turquí, blanca y rosa.
	Rafael Molina.....	Verde y encarnada.
	Juan Baldío.....	Blanca.
	Manuel Fernández.....	Azul y verde.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIV SAS
CAPITAL.....	Rafael José Barbero.....	Encarnada, blanca y amarilla.
	Rafael Romero.....	Turquí, blanca y rosa.
	Antonia Breñosa.....	Turquí, blanca y grosella.
	Antonio Campos López.....	Turquí, blanca y grosella.
Cabra.....	José María Linares.....	Celeste y carmesí.
Carcabuey.....	Francisco de Paula Ulloa.....	Escarolada.
Montemayor.....	Nicolás Lozano Madrid.....	Morada y blanca.
	Julián Plasencia.....	Blanca.

Granada

Guadix.....	Mateo Javalera.....	Encarnada.
Purullena.....	Claudio López.....	Azul y escarolada.

Guadalajara

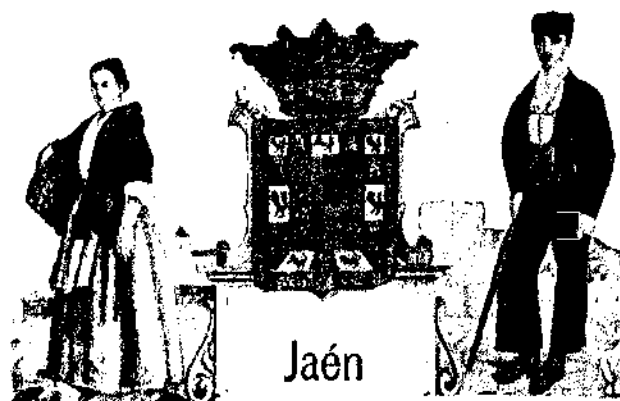
CAPITAL.....	Sr. Morencos Checa.....	Verde.
	Gregorio Medrano.....	Encarnada y caña.
Molina.....	José López Pelegrín.....	Naranja.

Guipúzcoa

San Sebastián.....	Carlos Izaguirre.....	Naranja y blanca.
--------------------	-----------------------	-------------------

Huelva

Aracena.....	Manuel Valladares.....	Azul, blanca y encarnada.
Trigueros.....	José Clemente.....	Azul.
Zafra.....	Manuel Ordoñez.....	Encarnada.



Andújar.....	Marqués de la Merced.....	Azul y encarnada.
	Marqués de Villamazón.....	Dorada y celeste.
Baeza.....	Andrés Fontecilla.....	Azul celeste.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
	Rodrigo Godoyo.....	Morada.
Cazorla.....	Manuel Jurado.....	Pajiza.
	Jacinto Castril.....	Encarnada.
Martos.....	Pedro José Moreno.....	Azul y blanca.
Navas de San Juan.....	Tomás Ruiz Tauste.....	Azul y oro.
Santisteban del Puerto.....	José Gallego.....	Blanca.
	Juan de Dios Sanjuán.....	Azul y blanca.
Ubeda.....	Juan Antonio López.....	Blanca.
	Marqués de Cullar.....	Amarilla y negra.
Valle.....	Francisco Tena.....	Verde.

León

Pajares de los Oteros.....	Marqués de Castrojanillos.....	Morada y encarnada.
	El mismo.....	Azul y blanca.

Logroño

Alfaro.....	Evaristo Echagüe.....	Encarnada y negra.
	Clemente Zapata.....	Azul y blanca.
	Longinos Ibar.....	Pajiza y morada.
Arnedo.....	Antonio Ibar.....	Pajiza y morada.
	Vicente Martínez Argalaz.....	Escarolada.
Calahorra.....	Eustaquio Segura.....	Arul.



	Gaspar Barrón.....	Dorada.
	José Gijón.....	Encarnada.
	Miguel Gijón.....	Encarnada.
CAPITAL.....	Marqueses de Gaviria y Buena Esperanza.....	Encarnada.
	Manuel Gaviria.....	Encarnada.
	El mismo.....	Verde.
	Arratia y Sobrinos.....	Encarnada y celeste.
	Duque de Veragua.....	Encarnada y blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
	Justo Hernández.....	Encarnada y amarilla.
	El mismo.....	Morada y blanca.
	Antonio Hernández.....	Morada y blanca.
	Hontiveros, hermanos.....	Encarnada y amarilla.
	Evaristo Yagüe.....	Verde.
	Joaquín Mazpule.....	Blanca.
	Juan Antonio Mazpule.....	Blanca.
	Antonio Palacios.....	Verde y rosa.
	Ventura Peña.....	Verde.
	Pablo Quintero.....	Blanca.
	Pedro Rivero.....	Blanca.
	Mauricio Rosendo.....	Encarnada y amarilla.
	Francisco Sanfiz.....	Turquí y amarilla.
	Manuel de la Torre y Rauri.....	Encarnada y escarolada.
	Juan Torres.....	Blanca.
	Alejandro Torres.....	Blanca y caña.
	Pedro Varela.....	Morada y amarilla.
	El mismo.....	Encarnada y amarilla.
CAPITAL.....	Marqués de Villaseca.....	Rosa.
	Conde de Vistahermosa.....	Celeste y blanca.
	Manuel Angulo Cano.....	Amarilla y blanca.
	Marqués de Salas.....	Encarnada.
	Isidoro Recio Ipola.....	Encarnada y morada.
	Antonio Fernández Heredia.....	Amarilla.
	Enrique Gutiérrez Salamanca.....	Blanca.
	Teodoro Ortiz de Taranco.....	Rosa.
	Luis Mazzantini.....	Amarilla.
	Juan Francisco Rivera.....	Amarilla y celeste.
	Faustino Udaeta.....	Morada y blanca.
	Lorenzo Abizanda.....	Granate y blanca.
	Esteban Hernández.....	Blanca.
	El mismo.....	Azul y verde.
	El mismo.....	Azul, encarnada y blanca.
	Marqués de los Castellones.....	Amarilla y azul.
	García Gómez y Oñoro.....	Celeste y blanca.
	Pedro Sanz.....	Encarnada.
	Manuel Gaviria (menor).....	Encarnada y verde.
Alcobendas.....	Diego López.....	Escarolada.
Braojos.....	M. Josefa Fernández Manrique.....	Blanca.
Cenicientos.....	Melchor Jiménez.....	Escarolada.
	Salvador Martín.....	Blanca y azul.
Cerceda.....	El mismo.....	Morada.
	Antonio Sellés.....	Morada y blanca.
	Raimundo Díaz.....	Encarnada y amarilla.
Cercedilla.....	Ventura Díaz.....	Encarnada y amarilla.
	Manuel Aleas.....	Encarnada y blanca.
	Manuel Bañuelos.....	Azul turquí.
	El mismo.....	Encarnada y verde.
Colmenar Viejo.....	El mismo.....	Turquí y blanca.
	Julián Bañuelos.....	Turquí y rosa.
	El mismo.....	Turquí y encarnada.
	Juan Bertólez.....	Turquí y encarnada.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
Colmenar Viejo.....	José Criado.....	Encarnada y caña.
	Alejo Gabino.....	Encarnada y blanca.
	Mariano García.....	Turquí y rosa.
	Justo García Rubio.....	Dorada y verde.
	Alejo García Puente.....	Azul.
	Manuel García Puente López.....	Encarnada y caña.
	Hijas de García Puente.....	Encarnada y caña.
	Elías Gómez.....	Turquí y blanca.
	Félix Gómez.....	Turquí y blanca.
	Testamentaria del mismo.....	Turquí y blanca.
	José Gutiérrez.....	Turquí y blanca.
	Agustín González.....	Azul.
	Juan Antonio Hernán.....	Azul.
	Mariano Hernán.....	Azul.
	Viuda de Hernán.....	Azul turquí y azul celeste.
	Antonio Hernán.....	Morada.
	Maximo Hernán.....	Celeste.
	Manuel Hoyo.....	Pajiza.
	El mismo.....	Azul.
	El mismo.....	Celeste y morada.
	Ramón Zapater.....	Azul.
	Ignacio Valdés.....	Blanca.
	Leandro Rozalem.....	Blanca.
	Manuel Ros.....	Azul y caña.
	José Pinto López.....	Azul y caña.
	Manuel Salcedo.....	Azul turquí.
	Alfonso Berrocal.....	Azul y encarnada.
	Herederos de Francisca Benito.....	Naranja, carmesí y caña.
	Casiano Olmos.....	Verde.
	Eugenio Ariza.....	Blanca.
	Miguel Torres.....	Azul y grana.
	Calixto Esteban.....	Blanca y rosa.
	Eugenio Colmenarejo.....	Azul.
	Ramón Bañuelos.....	Blanca.
	Cristóbal Gascón.....	Encarnada y oro.
	Antonio Chavetanas.....	Blanca.
	Mateo Olalla.....	Azul.
	Pedro Laso Rodríguez.....	Blanca.
	Manuel Gayón.....	Blanca y negra.
	Isidro Esteban.....	Morada y verde.
	Antonio Segura.....	Azul.
	Mariano Téllez.....	Turquí y blanca.
	Ildefonso Rozalem.....	Amarilla y rosa.
	Vicente Martínez.....	Morada.
	Herederos del mismo.....	Morada.
	Nicolás Paredes.....	Morada.
	Eugenio Paredes.....	Morada.
	Antero López.....	Turquí y verde.
	Carlos López Navarro.....	Amarilla y encarnada.
	Carmen López.....	Amarilla y encarnada.
	José López Briceño.....	Celeste.
	Miguel Morena.....	Encarnada, dorada y blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
<i>Colmenar Viejo</i>	Pedro de la Morena.....	Encarnada, dorada y blanca.
	Miguel Paredes.....	Dorada y blanca.
	Francisco Paredes.....	Dorada y blanca.
	Eulogio Narbón.....	Turquí y blanca.
	Mariano Hernández.....	Amarilla.
	Manuela Salcedo y Ezquerro.....	Turquí y rosa.
	Vicente Bertólez.....	Encarnada y caña.
<i>Chozas de la Sierra</i>	Antero Martín.....	Amarilla y blanca.
	Andrés Martín.....	Azul.
	Donato Palomino.....	Amarilla.
	Juan Sandoval.....	Turquí y rosa.
<i>Fuente el Saz</i>	José Gómez.....	Encarnada y caña.
	Mariano Peña.....	Verde y blanca.
	Francisco Ramírez y B. Anguas.....	Azul turquí y blanca.
<i>Guadalix</i>	Juan Bertólez.....	Azul y blanca.
	Atanasio Rodríguez.....	Encarnada y rosa.
	El mismo.....	Pajiza.
	Juan A. González Carrasco.....	Lila y blanca.
<i>Guadarrama</i>	Vicente Cortés.....	Encarnada y pajiza.
	Manuel Barreno.....	Azul turquí.
	Isidro Esteban.....	Amarilla.
	Dámaso González.....	Blanca.
	Alejandro Arroyo.....	Blanca.
	Tiburcio Arroyo.....	Encarnada y caña.
	Juan González.....	Blanca.
<i>Miraflores</i>	Manuel Paz.....	Morada y verde.
	José Ramírez.....	Turquí y blanca.
	Agustín Segundo.....	Verde.
	Juan Antonio Carrasco.....	Blanca y caña.
	Cándido Altozano.....	Rosa.
	El mismo.....	Verde y caña.
	Enrique Altozano.....	Caña y blanca.
	Julián Fuentes.....	Azul.
<i>Moralzarzal</i>	Juan José Fuentes.....	Morada y blanca.
	El mismo.....	Morada.
	Antonio Balamdín.....	Azul.
<i>Motinos</i>	Simón Rivas.....	Celeste.
<i>Navas</i>	Eusebio Yagüe.....	Blanca.
<i>Robledo de Chavela</i>	Alfonso Pérez.....	Blanca y azul.
	Vicente Perdiguero.....	Encarnada y verde.
	Saturnino Ginés.....	Morada y amarilla.
	Gala Ortiz.....	Morada y amarilla.
	Manuel de la Granja.....	Naranja, carmesí y caña.
	Isidoro y Patricio Sanz.....	Naranja, carmesí y caña.
	Juan Manuel Martín.....	Naranja, carmesí y caña.
<i>San Agustín</i>	Julián Berrendero.....	Azul.
	El mismo.....	Blanca.
	Pablo Casel.....	Negra y rosa.
	Fermín Benito.....	Morada, amarilla y blanca.
	Manuel Montes.....	Encarnada, dorada y blanca.
<i>Torrejón de Ardoz</i>	Manuel López.....	Blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
---------	--------------------------	----------------------

Málaga

CAPITAL.....	Estéban Mellado.....	Encarnada y verde.
<i>Churriana</i>	Santaella, hermanos.....	Encarnada y blanca.
<i>El Valle</i>	Juan Salazar.....	Azul.
<i>Fuengirola</i>	Francisco Tena.....	Verde.
<i>Mijas</i>	Alejandro Aguado.....	Celeste y blanca.
<i>Ronda</i>	Lorenzo de Luna.....	Encarnada y azul.
	Joaquín Lobo.....	Encarnada.

Murcia

<i>Sag</i>	José Beltrán.....	Encarnada.
------------------	-------------------	------------



CAPITAL.....	Conde de Espoz y Mina.....	Escarolada.
<i>Argueta</i> ...	Gabriel Gómez.....	Amarilla y verde.
<i>Caparroso</i>	Fausto Joaquín Zaldueño.....	Encarnada y azul.
<i>Cascante</i>	Cecilia Montoya.....	Amarilla y blanca.
<i>Corella</i>	Manuel Jiménez.....	Verde.
	Miguel Poyales.....	Encarnada y caña.
<i>Funes</i>	Raimundo Díaz.....	Amarilla y blanca.
	El mismo.....	Pajiza y encarnada.
	Concepción Jiménez.....	Encarnada y verde.
	Pablo Matías Elorz.....	Amarilla y verde.
<i>Peralta</i>	El mismo.....	Amarilla.
	Nazario Carriquiri.....	Encarnada y verde.
	Francisco Javier Guendulain.....	Escarolada.
	Tadeo Guendulain.....	Escarolada.
	Antonio Lizaso.....	Amarilla y encarnada.
	Luis Lizaso.....	Amarilla y encarnada.
<i>Tudela</i>	Lizaso, hermanos.....	Verde y blanca.
	Felipe Pérez Laborda.....	Verde y blanca.
	Vinda de Laborda.....	Verde y blanca.
	Cosme de la Escalera.....	Azul y encarnada.
	Roque Alaiza.....	Encarnada, verde y blanca.
	Camilo Beriain.....	Verde.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
---------	--------------------------	----------------------



CAPITAL.....	Fernando Tabernero.....	Azul y blanca.
	Leopoldo Maldonado.....	Azul y blanca.
	Domingo Tabernero.....	Blanca y amarilla.
	Juan Sánchez Tabernero.....	Blanca y amarilla.
	Juan M. Sánchez.....	Celeste y encarnada.
	Manuel Santos.....	Azul y blanca.
	Antonio Rascón Cornejo.....	Blanca.
	María Vela España.....	Encarnada.
	José García.....	Blanca.
	José Garín.....	Verde y amarilla.
Alba de Tormes.....	María Sánchez.....	Blanca.
	Vizconde de Garci-Grande.....	Verdegay.
Bileña.....	Joaquín Iñigo.....	Escarolada y blanca.
	Herederos de Iñigo.....	Blanca.
Carreros.....	Juan Manuel Sánchez.....	Negra y blanca.
Ciudad Rodrigo.....	José Prieto Ramajo.....	Blanca y encarnada.
Continos.....	Joaquín Coll.....	Azul y blanca.
Hien.....	Manuel Tabernero.....	Blanca y rosa.
Huerta.....	Julían Casas.....	Blanca.
Ituero de Azaba.....	José Campos.....	Encarnada.
Ledesma.....	Diego Rodríguez.....	Blanca.
	José Antero.....	Naranja.
Palacios Rubios.....	El mismo.....	Blanca.
	Vicente Bello.....	Morada.
	Toribio Valdés.....	Blanca y escarolada.
	Victoriano Sanz.....	Blanca.
	Pablo Valdés.....	Blanca.
Pedraja del Portillo.....	El mismo.....	Encarnada.
	Manuel Muñoz.....	Blanca.
	Petronila Sanz.....	Verde.
	José Rodríguez.....	Azul y blanca.
	Luis Rodríguez.....	Escarolada.
Peñaranda.....	Sivestre Hernández.....	Blanca.
	Manuel Moreno.....	Blanca.
	Viuda de Vicente Bello.....	Amarilla.
	José Manuel Tabernero.....	Morada.
Pericalvos.....	José Manuel Tabernero.....	Morada.
Sanchitello.....	Juan Martín.....	Blanca y naranja.
Santiago de la Puebla....	Francisco Andrés Montalvo (hoy Patricio).....	Azul y blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
<i>Segura de la Sierra</i>	José Antonio Ruiz Moscoso.....	Verdegay.
<i>Tejadillos</i>	Amador García.....	Blanca.
<i>Terrones</i>	Carlota Sánchez.....	Blanca.
<i>Villar de los Alamos</i>	Fernando Pérez Tabernero.....	Celeste, rosa y caña.
<i>Zorita de la Frontera</i>	Antonio Rodero.....	Blanca.

Segovia

<i>Beleño</i>	Joaquín Inigo.....	Blanca.
<i>Bernardos</i>	Mateo Escorial.....	Morada.
<i>Blasco Millán</i>	Juan Aguilar.....	Blanca.
<i>Cardeñosa</i>	Laureano Ortiz de Paz.....	Blanca.
	José García Puente.....	Blanca.
	Antonio Blas Becerril.....	Verde.
<i>Espinar</i>	Francisco Luengo Alderete.....	Azul.
	Bartolomé Álvarez.....	Morada y blanca.
	Manuel García.....	Blanca.



	Marqués de Ruchena.....	Anteada.
	Marqués de Vallehermoso.....	Azul.
	Francisco del Río y Riscos.....	Blanca.
	Ramón F. García.....	Celeste y negra.
	Manuel Malaver.....	Encarnada.
	Bernabé Acebes.....	Rosa y morada.
	Francisco Taviel Andrade.....	Encarnada y rosa.
	Plácido Comesaña.....	Encarnada y negra.
CAPITAL.....	Francisco María Martínez.....	Encarnada y negra.
	El mismo.....	Encarnada y blanca.
	Ramón Liberal.....	Encarnada y blanca.
	Juan Antonio Méndez.....	Encarnada y verde.
	Antonio Muruve.....	Encarnada y negra.
	Dolores Monge.....	Encarnada y negra.
	Joaquín Muruve.....	Encarnada y negra.
	Pedro Nautet.....	Encarnada y celeste.
	El mismo.....	Verde y encarnada.
	El mismo.....	Morada y celeste.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
	Juan Ballesteros.....	Caña.
	Tomás Rivas.....	Encarnada.
	Conde de Vistahermosa.....	Encarnada.
	Manuel González.....	Pajiza y morada.
	Luis Ibarburu.....	Encarnada, azul y blanca.
	Marqués de Medina.....	Azul y anteada.
	Conde del Aguila.....	Azul y blanca.
	Fernando Ossorno.....	Verde y blanca.
	Francisco Esquivel.....	Azul y encarnada.
	Diego Barquero.....	Blanca y negra.
	José María Benjumea.....	Negra.
	Pablo y Diego Benjumea.....	Negra.
	Los mismos.....	Azul y oro.
	José Bermúdez Reina.....	Blanca y oro.
	José Rafael Cabrera.....	Verde y blanca.
	El mismo.....	Encarnada.
	Fernando Carreto.....	Verde y blanca.
	Blas Mauriño.....	Verde y amarilla.
	Juan Miura.....	Encarnada y verde.
	Antonio Miura.....	Verde y negra.
	El mismo.....	Verde y encarnada.
	Eduardo Miura.....	Verde y encarnada.
	José Pereira.....	Verde y negra.
	Agustín Cuevas.....	Anteada.
	Alfonso Carrero.....	Azul y blanca.
	Marqués del Gandul.....	Pajiza y blanca.
CAPITAL.....	El mismo.....	Carmesí y blanca.
	Luis Gil.....	Blanca.
	Marqués de Tablantes.....	Azul.
	José María Góngora.....	Azul y blanca.
	Antonio Mera.....	Azul y encarnada.
	José Ortega.....	Azul y caña.
	Marqués de Tous.....	Azul y rosa.
	Antonio Rodríguez.....	Azul y rosa.
	Eduardo Valvidares.....	Azul y dorada.
	Jerónimo Gutiérrez.....	Encarnada, blanca y pajiza.
	Pedro Lesaca.....	Celeste y blanca.
	Basilio Caminos.....	Blanca.
	Sebastián Fina.....	Encarnada y negra.
	Anastasio Martín.....	Celeste y rosa.
	El mismo.....	Verde y encarnada.
	Joaquín Concha Sierra.....	Celeste y rosa.
	Joaquín Pérez de la Concha.....	Celeste y rosa.
	Fernando de la Concha Sierra.....	Blanca negra, y plomo
	Marqués del Saltillo.....	Celeste y blanca.
	Marquesa del Saltillo.....	Celeste y blanca.
	Manuel Seguri.....	Celeste y negra.
	Manuel Sierra Durán.....	Celeste y amarilla.
	Pedro Vera Delgado.....	Celeste y blanca.
	El mismo.....	Turquí.
	El mismo.....	Negra.
	Gregorio Vázquez.....	Negra y blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
	Vicente José Vázquez.....	Encarnada y blanca.
	José Clemente Rivera.....	Morada, amarilla y blanca.
	Jerónima Núñez de Prado.....	Negra.
	La misma.....	Verde y blanca.
	Ildefonso Núñez de Prado.....	Verde y blanca.
	Ignacio Martín.....	Encarnada y plomo.
	Ramón Romero Balmaseda.....	Verde, blanca y encarnada.
	Rafael Laffitte y Castro.....	Encarnada y blanca.
	El mismo.....	Celeste y blanca.
	El mismo.....	Encarnada, blanca y amarilla.
	El mismo.....	Encarnada y blanca.
	Rafael Laffitte y Laffite.....	Blanca y negra.
	José Velasco.....	Negra y blanca.
	El mismo.....	Celeste.
	El mismo.....	Verde y encarnada.
	Jacinto Martínez.....	Pajiza.
	José María de la Cámara.....	Blanca y negra.
	José de Celis.....	Azul.
	Bartolomé Muñoz.....	Encarnada y rosa.
	El mismo.....	Amarilla y encarnada.
	Eduardo Ibarra.....	Turquí y caña.
	José Ruiz Cabal.....	Encarnada y blanca.
CAPITAL.....	Juan y Pedro Zapata.....	Celeste y blanca.
	José Maestre.....	Verde.
	Antonio Maestre.....	Blanca.
	Francisco Resinas.....	Encarnada.
	Juan Beque.....	Blanca.
	Carlos Conradi.....	Amarilla y encarnada.
	Joaquín de Goyeneche.....	Verde.
	Antonio Melgarejo.....	Encarnada y blanca.
	El mismo.....	Morada.
	Vicente José Vázquez.....	Azul.
	José María Villegas.....	Verde.
	Francisco Fernández.....	Blanca.
	Antonio Villaciervos.....	Verde.
	José Orozco.....	Encarnada, blanca y caña.
	N. Otaolaurruchi.....	Encarnada y blanca.
	Celsa Fontfrede (Viuda de Concha Sierra).....	Blanca, negra y plomo.
	Francisco Gallardo y Castro.....	Blanca y grana.
	José Torres Díez de la Cortina.....	Celeste y blanca.
	Joaquín Castrillón.....	Azul y encarnada.
	Angel González Nandín.....	Amarilla y encarnada.
	Felipe Pablo Romero.....	Pajiza y blanca.
	Valentin Collantes.....	Azul y negra.
	El mismo.....	Blanca y amarilla.
	José Moreno Santamaría.....	Encarnada.
	Manuel Freyre.....	Morada y rosa.
	Fernando Freyre.....	Morada y blanca.
	El mismo.....	Pajiza y blanca.
Alcalá del Río.....	Josefa García Montes de Oca.....	Pajiza y encarnada.
	Felipa Rus.....	Morada y blanca.
	Ramón Zambrano.....	Lila y pajiza.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
<i>Arahal</i>	José Torres Ramírez.....	Blanca y grana.
	José María Torres.....	Blanca y grana.
<i>Aznalcollar</i>	Manuel María Moreno.....	Blanca.
<i>Brenes</i>	Manuel Osuna.....	Rosa.
<i>Cabezas de San Juan</i>	Agustín Barranco.....	Rosa y pajiza.
	El mismo.....	Blanca y rosa.
<i>Carmona</i>	Pedro Domínguez.....	Negra.
	Antonio Quintanilla.....	Pajiza y blanca.
<i>Coria del Río</i>	Juan Suárez.....	Encarnada y negra.
	Manuel Suárez.....	Lila y blanca.
<i>Doña Mencía</i>	Fernando Reinoso.....	Azul.
<i>Dos Hermanas</i>	Agustín Varela.....	Encarnada y negra.
	Josefa Vázquez.....	Encarnada y negra.
<i>Gelves</i>	Gutiérrez y Blanco.....	Blanca.
<i>Gínés</i>	Manuel Romero.....	Encarnada y blanca.
	Antonio López Plata.....	Celeste y blanca.
<i>Guillena</i>	Arribas hermanos. (Testamentaria).....	Encarnada y negra.
	Marcelino Jimenez.....	Encarnada y amarilla.
<i>Huevar</i>	Marqués de Villavelviestre.....	Blanca.
<i>La Rinconada</i>	Antonio Gil y Herrera.....	Azul y morada.
	Luis Gil.....	Morada.
<i>Lebrija</i>	Diego Tejero.....	Punzón y amarilla.
<i>Lora</i>	Antonio é Isidro Villamazares.....	Azul.
	Francisco Domínguez.....	Celeste.
<i>Marchena</i>	Juan Manuel Montal.....	Carmesi.
<i>Puebla junto á Coria</i>	José Antonio Adalid.....	Blanca, paja y encarnad.
<i>Sanlúcar de Barrameda</i>	Pedro Manjón.....	Encarnada, verde y caña.
<i>Triana</i>	José Vidal.....	Encarnada, azul y blanc.
	José Cabrera.....	Encarnada.
	Francisco de P. Giralde.....	Encarnada y negra.
	Juan Prieto.....	Azul.
	José Arias Saavedra.....	Pajiza y blanca.
	El mismo.....	Celeste y blanca.
	Luis María Durán.....	Verde y negra.
<i>Utrera</i>	Antonio Franco.....	Blanca.
	José María Amor.....	Encarnada.
	Juan Vázquez.....	Morada.
	Benito Ulloa.....	Escarolada.
	Marqués de Ulloa.....	Verde y amarilla.
	Pedro Quevedo.....	Verde.
	Marqués de Carrión.....	Azul.
	Juan Domínguez Ortiz.....	Amarilla y blanca.
<i>Villanueva del Río</i>	El mismo.....	Celeste y pajiza.
	José María Durán.....	Plateada.

Soria

CAPITAL.....	Antonio Calleja.....	Blanca.
	Andrés García.....	Amarilla y encarnada.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
---------	--------------------------	----------------------

Tarragona

<i>Tortosa</i>	Juan Panions.....	Morada y verde.
----------------------	-------------------	-----------------

Teruel

<i>Griegos</i>	Juan José Santa Cruz.....	Azul y encarnada.
<i>Orihuela del Tremedal</i> ...	Francisco Valdemoro.....	Celeste.

Toledo

<i>La Sagra</i>	José Pinto.....	Blanca.
<i>Menasalbas</i>	Cosme Escalera.....	Celeste y negra.
	El mismo.....	Azul y encarnada.
<i>Puebla de Montalbán</i>	José Manzanilla.....	Verde y celeste.
	Juan Hoyos.....	Amarilla.
<i>Talavera de la Reina</i>	Antonio Alarcón.....	Encarnada.
<i>Urdz</i>	Alonso Martínez Valderas.....	Blanca y negra.
	José Balsa.....	Blanca.
<i>Ventas con Peña Aguilera</i> ..	Mariano Arroyo.....	Blanca.
<i>Yébenes</i>	Andrés Fontecillas.....	Azul.
	Magín Martín Moreno.....	Azul y blanca.

Valencia

CAPITAL.....	Marqués de Fuente el Sol.....	Amarilla y azul.
--------------	-------------------------------	------------------

Valladolid

<i>Montemayor</i>	Francisco Bocos.....	Blanca.
	Millán Presencio.....	Blanca.
<i>Rioseco</i>	Manuel Garrido de la Mata.....	Encarnada y celeste.
	Vicente Cuadrillero.....	Azul turquí y oro.
<i>Villanueva de los Infantes</i> ..	Conde de Colomer.....	Verde.

Zamora

	Fernando Nuño.....	Celeste y encarnada.
	Fernando Gutiérrez.....	Azul.
<i>Benavente</i>	Juan Núñez.....	Morada y blanca.
	El mismo.....	Blanca.
	Conde de Patilla.....	Encarnada, celeste y blanca.

PUEBLOS	NOMBRES DE LOS GANADEROS	COLOR DE LAS DIVISAS
<i>Coquilla</i>	Manuel Sánchez.....	Encarnada y negra.
<i>Fuente de Ropel</i>	Pedro Represa.....	Encarnada y negra.
<i>Fuente Sauco</i>	Antonio Calleja.....	Azul.
<i>Los Palacios</i>	Marcos Barrera.....	Azul.
	Antonio Melgarejo.....	Celeste y blanca.
<i>Toro</i>	Rosa Pérez.....	Blanca.



CAPITAL	Baltasar Palomar.....	Naranja y caña.
	Manuel del Val (hoy Ramona Sáez)	Carmesí y blanca.
	El mismo.....	Caña.
	Cándido López.....	Celeste.
<i>Egea de los Caballeros</i> ...	Severo Murillo.....	Encarnada.
	Celestino Miguel.....	Encarnada, azul y blanca.
	Mariano Salvatierra.....	Azul y amarilla.
	Alonso López.....	Encarnada.
	Gregorio Ripamilán.....	Encarnada.
<i>Pina</i>	Victoriano Ripamilán.....	Encarnada.
	Luis Ferrer.....	Encarnada y amarilla.
	Cipriano Ferrer.....	Encarnada y amarilla.

NOMBRES DE LOS GANADEROS

COLOR DE LAS DIVISAS

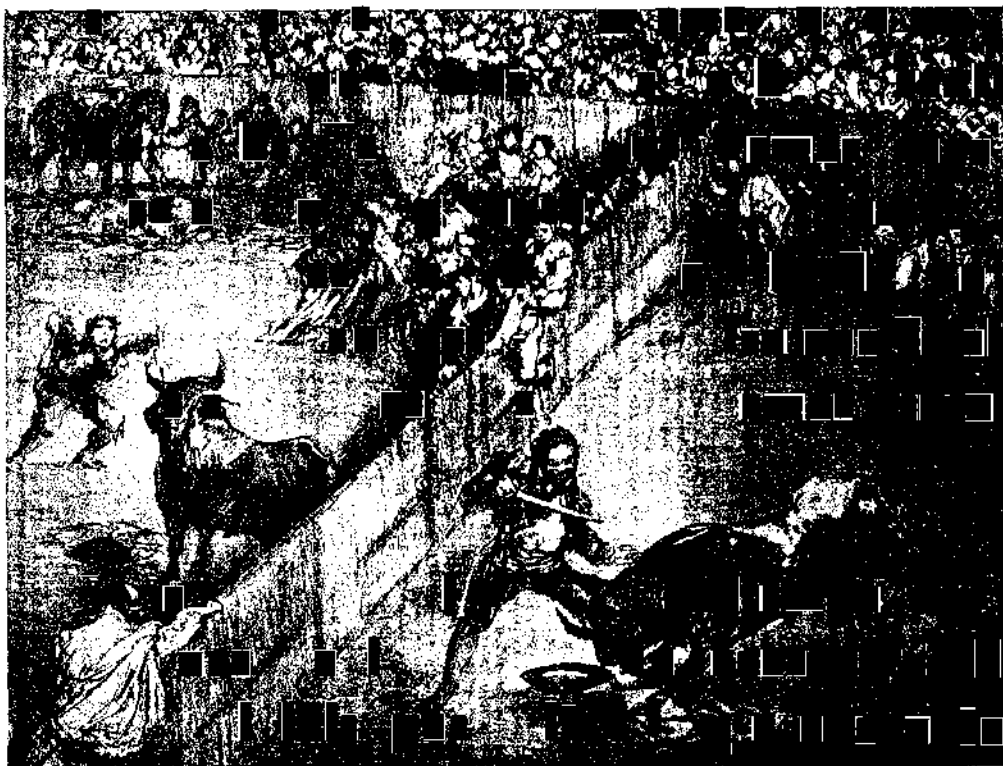
Portugal

Vizconde d'os Olivaes.....	Escarlata.
F. Tavares Bonacho.....	Azul y blanca.
José Ferreira Roquete.....	Verde.
Esteban Antonio de Oliveira.....	Blanca y escarlata.
José Pereira Palha Blanco.....	Azul y blanca.
José Ferreira da Costa.....	Blanca.
Domingo Francisco de Asis..	Amarilla.
Francisco de Noronha.....	Verde y amarilla.
Araujo y hermano.....	Escarlata y amarilla.
F. Rodríguez Duarte Monteiro.....	Verde y blanca.
Filiberto Mira.....	Azul, blanca, grana y amarilla.
Ignacio Roquete.....	Azul turquí.

Existen y han existido, además de las antedichas, las divisas anaranjada para los toros de Diego Rodríguez, y grana y blanca para los de Indalecio García, aquél de Trabuntia y éste de Fuenreal, pueblos que, lo mismo que otros de los expresados, no hemos conseguido encontrar en los libros de Estadística que hemos consultado al efecto. En la palabra TORADA damos noticia de varios toros que han sido lidiados en plazas de primer orden, pero cuya divisa nos ha sido imposible saber, por más que lo hemos procurado.

División de plaza.—En tiempo de feria y en algunas novilladas se ha acostumbrado en Madrid dividir por mitad la plaza con tableros de

las reses cuando están demasiado trabajadas ó todavía muy enteras; y por esto, y porque la lidia no es buena, no gustan estas funciones á los inteligentes. El ganado no es de lo más escogido tampoco, y lo mismo los banderilleros que los espadas van á ver quién despacha antes. Aunque el primer espada, cuando hay tres, no estoquea en división de plaza, está al cuidado de las cuadrillas, tan pronto en una media plaza como en otra, según el sitio en que cree más necesaria su presencia. Previamente á la colocación de los tableros divisorios, rapidísima operación que los carpinteros practican en menos de cuatro minutos, con gran aplauso siempre del público, se corren dos, tres y á veces cuatro toros en plaza entera, que mata el primer espada solo; ó bien al-



DIVISIÓN DE PLAZA. — GOYA

igual color y altura que la barrera, y lidiar en ambos lados, ó sean medias plazas, dos toros á un mismo tiempo, separándose también por ello las cuadrillas, que quedaba al lado de la sombra la más antigua y al lado del sol la más moderna. Pero cuando un toro salta, y por consiguiente cambia de plaza y no se le puede hacer volver á la en que se había presentado al salir del toril ó chiquero, cambianse también las cuadrillas, que al toro siguiente vuelven á sus sitios. Como los toros no dan el mismo juego unos que otros, sucede que se mandan banderillas ó dar muerte á

ternando con otro de igual categoría. La lidia en división de plaza no es costumbre moderna, viene desde mediados del pasado siglo, y tal vez de antes.

Doblado, Matco.—Cuando se presentó en Madrid á trabajar con los Romeros, en clase de picador, se anunció como discípulo de Padilla, y esto sólo es una recomendación que acredita el concepto que á fines del siglo último tenía este diestro.

Doblado, José.—En el año de 1808 y siguientes trabajó en Madrid este picador con las cuadrillas de Agustín Aroca y Juan Núñez (*Sentimientos*). Su trabajo, según las crónicas, era concienzudo, y sostenía dignamente la competencia con el renombrado *Amisas*.

Delorosa.—Así llaman los aficionados á las estocadas bajas y cruzadas que dan los matadores algunas veces á los toros, y que efectivamente son lastimosas, no sólo por ser como son, sino porque ninguna de las que así resultan están dadas con conciencia, ni conocimiento del arte; y si hay conocimiento y á sabiendas se huye el cuerno, es señal evidente de miedo y poca aprensión.

Domingo de la Peña, D. Mariano.—Distinguido aficionado que nació en Madrid el día 7 de Diciembre de 1825, y que desde muy joven se distinguía en la suerte de picar, acosar y derribar, tanto en la plaza de toreros del Jardinillo como en las dehesas de Andalucía. Casó en Sevilla el año de 1870 con doña Josefa Trigo, hija del célebre picador Pepe Trigo; y ha sido apoderado de muchos diestros que, como cuantos le conocen, le han distinguido con su aprecio. Algo ha escrito de toros, resplandeciendo en sus juicios una exposición tan clara de los buenos principios y verdaderas reglas del arte, que el clásico más intransigente no podría rechazarlas. ¡Qué pocos quedan ya de estos aficionados!

Domingos Pinto Martínez, Antonio.—Uno de los más aplaudidos y estimados en Portugal, mozo de forcado hace ya quince ó más años. Su valor rayaba en temeridad.

Domínguez, Antonio.—Trabajó por primera vez en Madrid este picador en 1793, dándole la alternativa Manuel Cañete. Figuró también en la cuadrilla del valiente matador de toros malagueño Francisco García (*Perucho*).

Domínguez, Juan de Dios.—Natural de Sevilla. Fué primero picador y luego matador de toros, sin que ni en lo uno ni en lo otro sobresaliese gran cosa. Era simpático por su trato, y entonaba unas *playeras* y *soledades* en cualquier jolgorio con tanta gracia como el que más. Preguntábale un día á Montes un antiguo y entendido aficionado de Madrid: «¿Qué tal torero le parece á usted Juan de Dios?» Y contestó el maestro: «¡Si oyera

usted qué bien cantaba! Laconismo elocuente que dice más de lo que nosotros pudiéramos explicar. Tuvo su época de muy buena aceptación, especialmente en Andalucía, en cuya plaza de Sevilla trabajó por primera vez como picador el día 9 de Abril de 1837, y como matador el 10 de Junio de 1838. Conociéronle muchos por el apodo del *Isleño*.

Domínguez y Campos, Manuel.—Vamos á ocuparnos de un matador de toros, acerca de cuyo mérito se suscitaron en sus buenos tiempos contiendas y disputas, casi siempre apasionadas, porque sabido es que no pueden ó no quieren los partidarios de toreros determinados conceder que haya otros tan buenos ó mejores que los suyos; á la manera de los hombres políticos, que nada aceptan más que lo dispuesto por sus amigos, y vituperan siempre á los contrarios en cualquier cosa que determinen, por beneficiosa que sea. Este es achaque del que se ven libres poquitas personas. Debilidades humanas que se apoderan del hombre, tal vez contra su voluntad, y que no puede ahuyentar de sí cuando ya le han dominado.

Nació Manuel Domínguez y Campos en Gélves, provincia de Sevilla, el 27 de Febrero de 1816, y fué bautizado el mismo día en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Gracia, con los nombres de Manuel María Antonio, siendo hijo legítimo de Cristóbal Domínguez y Rosalía de Campos. Su padre falleció á los tres años, y por consecuencia de esta desgracia, su madre y él tuvieron que estar atendidos á la bondad cariñosa de un hermano de aquélla, capellán de un convento, que hizo estudiar á su sobrino latinidad y filosofía.

El Padre Campos, que así le llamaban, murió cuando más falta hacía al joven Domínguez, y dejó á éste y á su madre en desesperada situación, y en esa edad en que el hombre quiere ser algo, aspira á mucho y todo le parece poco. Edad de las ilusiones, que por largo tiempo que dure parecemos breve como un relámpago.

Por pura precisión tomó Domínguez el oficio de sombrerero; gustábase más el de torero que la sujeción y mecanismo de aquél, y aprovechaba los días de fiesta para hacer sus ensayos en el arte á que tanta afición ha habido siempre en Sevilla. Así continuó tres ó cuatro años, hasta que un acontecimiento favorable le hizo cambiar con gran alegría la modesta profesión que estaba ejerciendo por aquella que, andando el tiempo, le había de proporcionar lauros y dinero, disgustos y desgracias; que en este mundo siempre va mezclado lo bueno con lo malo, las alegrías con los pesares, la dicha con la pena.

Sabido es que en 1830 se fundó en Sevilla la Escuela de tauromaquia, bajo la dirección de los célebres maestros Romero y Cándido. Aspiró a una plaza de alumno en la misma Manuel Domínguez, con gran fe en su porvenir; pero a pesar de sus buenas facultades, y hasta cierto punto de su celebridad como aficionado práctico, no pudo conseguir más que la de supernumerario.

No importaba: Domínguez lo que deseaba era aprender, oír a los maestros del arte, practicar a su vista lo que sabía; y tanto adelantó en poco tiempo, lo mismo con la capa y con los palos que con la muleta y el estoque, que era la admiración de sus compañeros y una de las más legítimas esperanzas del toreo.

Para demostrar que nuestro relato no es apasionado, nos bastará decir que en cierta ocasión el gran maestro Pedro Romero, que pocas veces se equivocaba en sus juicios, exclamó entusiasmado: «Este muchacho no tiene desperdicio». La escuela se cerró al poco tiempo, y Domínguez se ajustó primeramente de banderillero y luego de media espada en la cuadrilla de Juan León. Riñó fuertemente con éste, no sabemos por qué causa. Eran los dos de carácter altivo y vehemente y no podían estar juntos. León, según dicen, juró a Domínguez para siempre una hostilidad decidida, y éste, resuelto a ganarse un nombre ventajoso en la lidia, acompañó desde entonces a diferentes plazas a Luis Rodríguez (*El Sombrerero*). Era esto en 1835, año durante el cual toreó de nuevo alguna vez con León, lo cual sirvió sólo para aumentar sus rencillas y concluir definitivamente hasta de saludarse.

Domínguez no estaba contento con ser un torero

como otros muchos: quería salir de la esfera de lo común, y con su buen criterio comprendió la imposibilidad de lograrlo tan pronto como lo pedía su impaciencia. No era entonces la época más a propósito para conseguirlo. La destreza y la inteligencia del ya célebre Francisco Montes se habían apoderado de tal modo de las simpatías de todos los espectadores y aficionados a las corridas de toros, que tenían oscurecida la fama de los más acreditados diestros. Imposible era, por lo tanto, luchar con tal coloso, y Domínguez, que sabía muy bien lo que Montes valía, no lo intentó siquiera. Hay que hacerle justicia en este particular y aplaudir su determinación.



Dirigióse, pues, en 1836, a la América, con rumbo a Montevideo, ajustado con dos picadores y tres banderilleros, cuyo trabajo tuvo unánime aceptación. Si no como él había pensado, al menos en parte vió coronados sus esfuerzos y aplicación. Era ya jefe de cuadrilla, no tenía a nadie por delante, ni allí reconocía rival, y esto satisfacía su amor propio; pero la fortuna no quería protegerle.

A la mitad del tiempo que debía durar su contrata estalló en aquel apartado territorio la guerra civil con todos sus horrores, y Domínguez tomó las armas en defensa de Orive, que fué derrotado como

saben nuestros lectores. Pasó allí más amarguras y sinsabores que los que pueden imaginarse: perseguido, sin recursos y en país remoto y extranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no le hubiese ayudado a soportar tan amargas penalidades.

Por suerte suya, que no siempre los bienes ni los males son tan duraderos que deban desesperar al hombre, se celebraron fiestas en Río Janeiro el año de 1840, con motivo de la coronación de

D. Pedro II. Con mil trabajos, y como Dios le dió á entender, allá se dirigió Domínguez, y en presencia de aquella corte mató en cuatro corridas de toros, con una aceptación y tan gran éxito, que mereció justísimas ovaciones y notable recompensa; y ya con dinero para emprender nuevos viajes, se dirigió á la República Argentina con el fin de dar corridas de toros, ganar su subsistencia y pagar la afición á ellas.

Desembarcó en Buenos Aires, donde no le permitieron ejercer su arte, contra lo que él esperaba. País completamente revuelto y entregado á la más espantosa anarquía, no era el más á propósito para permanecer en él un extranjero sin recursos, sin relaciones y sin industria á qué dedicarse; y si á esto se añade el odio con que la gente baja de aquellas Repúblicas mira á los españoles, á quienes apellida *godos* con aire de desprecio, porque sacudieron la dominación que allí tuvimos, podrá formarse idea de lo que nuestro hombre sufriría y de los insultos que se le dirigían.

Pero un español en ninguna parte aguanta malos tratamientos. Domínguez se acordó de que lo era y se hizo *guajiro*. Su bravura y valentía, demostradas en mil lances funestos para otros y gloriosos para él, le dieron entre aquella mala gente el nombre de *el bravo señor Manuel*, y desde que así se le conoció en todas partes se le respetaba. Por otro lado, su atención para con las personas bien educadas y su buen proceder con las de marcada honradez, le crearon simpatías entre determinadas clases, y su posición, por lo tanto, fué menos violenta.

Vivió algún tiempo del producto que le proporcionaba el arriesgado ejercicio de la caza de reses salvajes que con lazo y á caballo verificaba unas veces, y con estoque y á pie realizaba otras, asombrando á los que presenciaban su arrojo, y más tarde se le dió el cargo de mayoral en los ingenios y posesiones campestres, que desempeñó con gran energía y á satisfacción de los dueños.

Todavía su sino le hizo tomar de nuevo las armas para abatir el atrevimiento de feroces indios, y al frente de una partida armada dió pruebas de que, si aventajado era cazando toros en el campo y lidiándolos en las plazas, no lo era menos con el sable á la cintura y el trabuco en el brazo. Dedicose por fin al tráfico de diferentes artículos en el país antedicho, ganando buenas cantidades; y aburrido y cansado de su larga residencia en clima tan lejano, pensó en su patria y en su regreso á la misma. Todos los que habitan en país extraño ansían volver al que les vió nacer, y los españoles más. ¡Es tan hermoso el sol de España!

Domínguez, pues, desde el año de 1836 hasta el de 1852, ó sea el intervalo de dieciseis años, fué militar defensor de Orive en la república de Mon-

tevidéo, *torero* en Río-Janeiro, *guajiro* en Buenos Aires, *bravo* con los bravos matones de aquella tierra, *mayoral* de negrada, *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces, ó *industrial* traficante. Y todo esto en país extraño. ¡Si sería la naturaleza de Domínguez fuerte y privilegiada, cuando no se resintió por tantos azares y tantos sobresaltos como frecuentemente le atormentarían!

Volvió á su patria, y tan luego como llegó á la ciudad de Sevilla, trató de ponerse de acuerdo con sus compañeros de profesión para trabajar en el lugar correspondiente. Visitó á Francisco Arjona Herrera (*Cúchaves*), y éste le recibió mal, ó por lo menos con poquísimo agrado, tal vez impresionado por la divergencia de opinión que hacía años tuvo Domínguez con *Leoncillo*, maestro de *Cúchaves*, ó por otras causas que no se explicaron. Ya hemos dicho que Domínguez era demasiado altivo. El, que no bajó nunca la cabeza en tierra extraña, se vió hasta cierto punto despreciado en la suya, y desde aquel momento resolvió no impetrar de nadie protección ni ayuda, y darse á conocer como bueno ó malo, según lo que valiese, por sí solo, y ganando con su mérito lo que la falta de apoyo le negase.

Una circunstancia le favorecía indudablemente en aquella época, y es que por entonces no había ningún torero andaluz, ni llegarían á dos en toda España, que practicando la excelente escuela de Ronda, torease *parando*, *aplomado* y *recibiendo*; y conociéndolo así Domínguez, cuyas condiciones eran las más á propósito para imponerse, se dió á conocer en Sevilla en 1852 y 53, y los aficionados no pudieron menos de confesar que su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquilas que disimulan el miedo en otros diestros. Nosotros le vimos poco después en Madrid y en Aranjuez, y admiramos en él al valiente matador que, hecho un autómatas, á pie quieto, citaba y recibía á los toros tan en corto, que por esto mismo se libraba en nuestro concepto de seguras cogidas, si un paso más hubiese habido de distancia de sus pies á los del toro.

Le criticamos entonces, como criticamos hoy á los modernos espadas, esos que llaman *pases* cambiados, y que no son más que un detestable remedo de los de *pecho*, sin ceñir y fuera de *cacho*, pero que en aquél podían disimularse algo porque su falta de ligereza y pesada corpulencia le impedían revolverse con prontitud. Notamos en él, sin duda también por falta de piernas, que no era eficaz en los *quites*, y que en las demás suertes que no fuesen la de *recibir*, no pasaba de ser una cosa regular, creyendo que el exagerado *tronío* que á Castilla trajo desde la tierra de María Santísima, le perjudicó más que le favoreció, porque Madrid no vió en Domínguez al torero que esperaba, sino á un

estoqueador de primera fuerza en determinada suerte, que por lo mismo que es la suprema del toreo, y había y hay cada vez menos que la ejecuten, se veía con más gusto.

Sea de ello lo que quiera, Domínguez, con justicia, formó entre los matadores de primera línea, sustituyendo para ciertas gentes, y en cuanto era posible, al inolvidable *Chiclanero*. Su fama creció, y los deseos por verle en todas las plazas menudearon, hasta que en 1857, en el Puerto de Santa María, un toro llamado *Barrabás* le hirió tan gravemente, que le arrancó ó le echó fuera de su órbita el ojo derecho, peligrando su vida con tan tremenda cornada. Esta desgracia alarmó al mundo taurómico. Sevilla y Madrid, especialmente, mostraron gran sentimiento por tan terrible suceso, hasta el punto de que, para calmar la ansiedad de los aficionados, se fijaron dos veces al día en el café de la Iberia de esta corte los telegramas que daban parte del estado del enfermo.

No le hizo esta desgracia perder valor, pero sí facultades, sin que sus alardes de arrojo suplicasen ya su mermado poder, siendo esto causa de que sufriese continuamente desde entonces frecuentes cogidas, de que podría tener también culpa una enfermedad que le entorpecía el movimiento de las piernas, y que tuvo necesidad de curarse.

Domínguez era persona de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y preponderante con sus compañeros.

Siempre que de él se hable, ha de señalársele como un tipo de valiente, como uno de los mejores matadores de su época, y como persona de no escasa inteligencia en su arte y en las demás acciones de la vida social. En todas partes donde ha trabajado, en cuantos círculos se le ha visto, se ha granjeado las simpatías de los aficionados, que han reconocido en él mayor educación de la que en general tienen algunos de su clase.

Entre los más admirables actos de valor y abnegación que se han visto entre toreros, hay uno en la vida de Domínguez que merece especialísima mención. Es muy parecido al que hizo Juan León cuando murió su maestro. En 25 de Septiembre de 1853, dirigiendo la plaza de Sevilla, sucedió que el cuarto toro, de la famosa ganadería de Saavedra, derribó del caballo é hirió al picador Ledesma (*El Coriano*); en el primer momento del quite perdió la capa Domínguez, y conociendo que el toro andaba al sitio en que aquél estaba en tierra, se interpuso á cuerpo descubierto, se *encunó* voluntariamente, se abrazó á la cabeza de la res, y resistió las cabezadas á modo de pegador portugués, hasta que vió lejos al picador camino de la enfermería. Ha trabajado en Portugal, en Francia, y puede decirse que en todos los países en que hay corridas de toros, siendo muy ob-

sequiado y hasta premiado por su arrojo y conocimientos. Alhajas conservaba de gran valor que los últimos emperadores franceses y la familia real de España le regalaron en distintas ocasiones.

Falleció en Sevilla á la edad de setenta y cinco años el día 6 de Abril de 1886, lo cual hace creer que, como tantos otros, se *quitaba* algunos años. Fue muy sentida su muerte y conducido su cadáver al cementerio en hombros de tres individuos de una comparsa conocida por el nombre de «Las viejas ricas de Cádiz, y de un aficionado llamado *Paco el de los Pesos*; llevando las cintas del fúeretro los espadas José Lara (*Chicorro*), José Sánchez del Campo (*Carancha*), Mariano Ortega (*El Marinero*) y Manuel García (*El Espartero*), y el paño Hipólito y Julián Sánchez, Manuel Campos, *Centeno*, el *Borbi*, *Currinche*, Fuentes y Gallangos. El gran acompañamiento que le tributó la última muestra de consideración y aprecio fué presidido por los renombrados matadores de toros Antonio Carmona, Antonio Sánchez (*El Tato*) y Francisco Arjona Reyes.

Domínguez, Teresa.—Banderillera alcarreña, natural de un pueblo cuyo nombre es consonante á *sin vergüenza*, y que lucía sus... habilidades en la plaza de Madrid hará unos cincuenta años.

Domínguez, José Salvador.—No adquirió mucho nombre como buen picador; se sabe que trabajó en Sevilla por primera vez el día 7 de Diciembre de 1873.

Domínguez, Gregorio.—Picador de toros, cuyas proezas no hemos visto, pero que han sido muy del agrado de los aficionados de la Habana hace pocos años.

Domínguez, Juan (*Pulguita*).—También este matador novillero es de los que recogen palmas en las plazas donde torea. Le califican de valiente y no desprovisto de arte, de modo que, si se atiende á que es moderno en él, puede prometerse un buen puesto en el caso de no sufrir un escarmiento, que hay castigo para los atrevidos que no estudian.

Dorado.—Algunos llamaron así antiguamente al toro albahío muy marcado. No es voz admitida por los inteligentes.

Do Rego da Fonseca Magalhães, D. Luis.
—No sólo en Portugal sino en España y en París

ha sido conocido y justamente apreciado el mérito de este valiente y diestro caballero rejoneador, que ha figurado en primera fila desde 1880, en que se dedicó á tan bonito arte, por pura afición y sin necesidad, puisto que posee una buena fortuna; es nieto del célebre ministro portugués de su mismo nombre é hijo de la condesa de Geras de Lima, desde cuyo fallecimiento se retiró del toreo, en 1890.

Duado, Patricio.—Criollo americano, que se distinguió estoqueando toros en las repúblicas americanas antes del año de 1837. Debió darse para ello buena maña cuando de él se ocupó en sus famosas *toraidas* el poeta Acuña Figueroa, tan entendido en tauromaquia.

Duarte da Cruz Pinto, Antonio.—Fué un caballero rejoneador de los mejores aficionados al toreo, y ahora es un distinguido profesor de música verdaderamente apasionado. No sólo en Portugal hay ese ejemplo, que también en España; el *Toledano*, Gregorio Alonso, dejó el estoque por el pentágrama.

Duarte Egos Pinto Coelho.—Si todos los aficionados al toreo fuesen tan entendidos y entusiastas como lo es el Sr. Duarte, que tan buen



nombre ha adquirido *practicando* en Lisboa, mejor andaría el arte y habría menos ignorantes que

le causaran los daños que por no atenerse á los buenos preceptos escritos le vienen originando hace ya tiempo, lo mismo en España que en Portugal y otros puntos. Es joven y valiente.

Duarte, Maximiano.—Tuvo en Portugal su época de mozo de forcado muy distinguido; pero todo pasa en este mundo, y hasta se olvida fácilmente.

Durán, Pedro.—Picador de toros mejicano, natural de Guanajuato, que en la plaza del paseo de Méjico, el día 23 de Octubre de 1887, lidiando á los órdenes del *Habanero* y *Rebujina*, sufrió una cornada en la pierna derecha, con fractura del hueso, de cuyas resultas falleció á los cuatro días.

Durán, Juan José (Pipa).—Este muchacho aspira á ser un matador de toros. No se da mala maña en las novilladas, tiene afición y padrinos, y después de haber ensayado sus facultades en



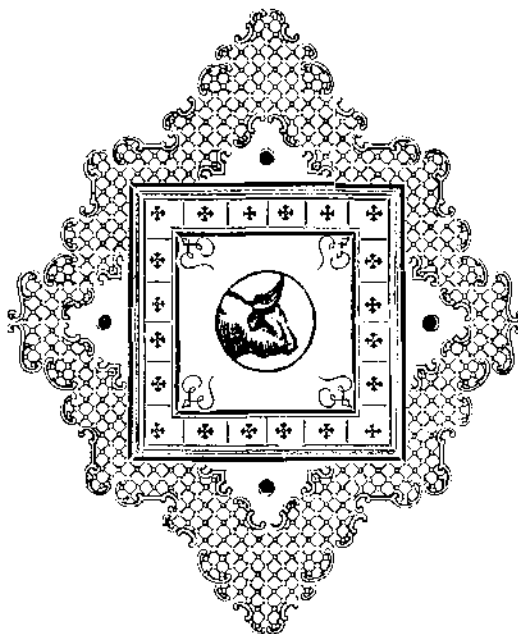
Andalucía parece que marchó á las Republicas americanas, para ejercitarse más en el arte. Nació en Cádiz el 6 de Agosto de 1873; es hijo de Manuel y de Francisca Díaz, hermana de *Paco de Oro* y sobrina de Gaspar Díaz (*Lari*); formó parte de la cuadrilla de niños sevillanos, estuvo en la Habana en 1890 y es pequeño de estatura. Valiente sin temeridad, promete ser algo pero no llegará más que á cubrir su puesto sin desdoro.

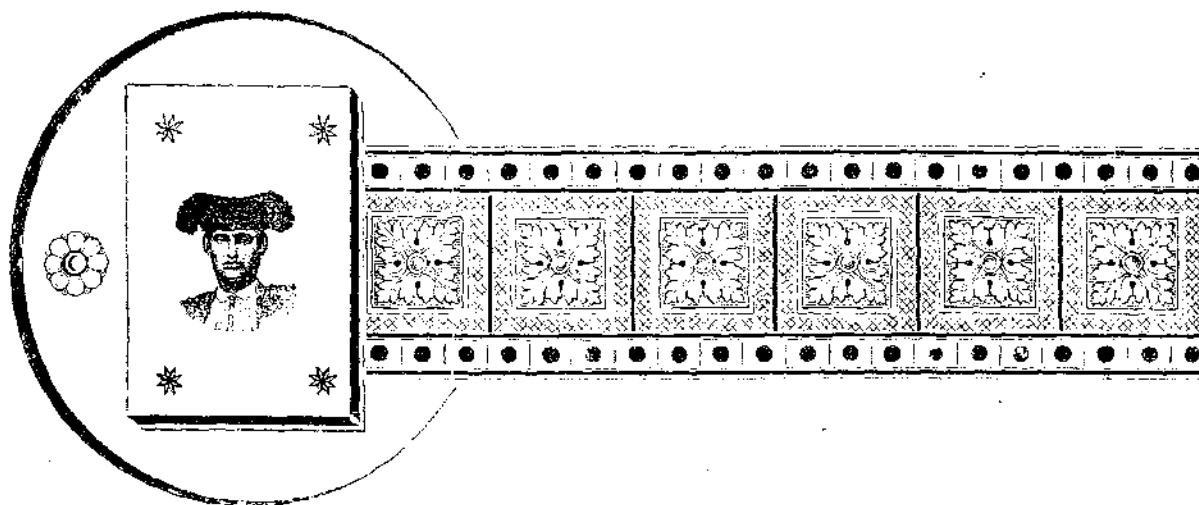
Durán, Antonio.—Banderillero que, al decir de los periódicos americanos, es valiente y entendido. Sin verle no debemos aventurar juicios.

Duro.—El toro que acomete con fiereza al picador siempre que éste se le coloca delante, aunque ya esté muy castigado, sin sentirse al hierro. Tam-

bién se dice que un picador es duro cuando resiste golpes y caídas con gran sufrimiento, sin amenguar su valor y voluntad.

Duro, Mariana.—Valenciana, picadora de novillos á caballo por la cantidad de 60 pesetas; trabajó en Madrid con *otra tal* Magdalena García, que incluiremos en el lugar correspondiente.





Eça Figueiro da Gama Lobo, D. Augusto d'.

Tiene reputación de haber sido uno de los mejores mozos de forcado en Portugal. Ignoramos si se ha retirado definitivamente de la arena.

Echarse.—El acto en que el toro dobla sus manos y se acuesta en la arena, herido de muerte con la espada. Ninguna suerte puede ni debe hacerse con él en este caso más que la de atronarle con la puntilla. Veces hay en que un toro flojo, castigado mucho y mal, se echa en el redondel en el primero ó segundo tercio



de la lidia; pero se levanta tan luego como de cerca se le llama. También se dice que el picador se echa sobre el palo cuando carga la suerte de vara con fuerza en los toros pegajosos que han llegado á besar el caballo. Y cuando el espada, embraguetándose mucho, metó hasta el puño el estoque en el volapié ó arrancando sobre corto, se dice que se echa sobre el morrillo.

Edad.—«El toro de cinco y el torero de veinticinco,» dice un adagio común entre los aficionados. Esta regla no es tan general que no tenga, como todas, sus excepciones, siendo lo más común que el torero á dicha edad no posea por completo más que valor y ligereza, pero no conocimiento exacto ó perfecto del arte.

Pueden ser lidiados, y lo son frecuentemente, toros de cuatro y seis años, resultando, como es natural, más nobles y sencillos los primeros que los últimos.

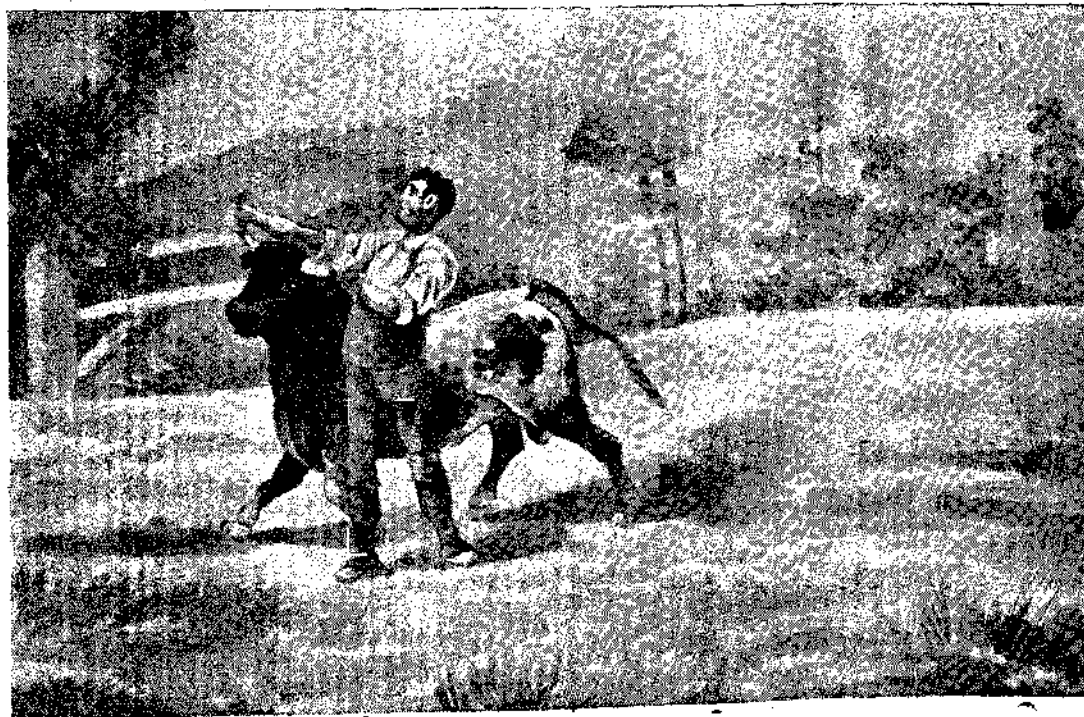
La edad del toro para padrear debe escogerse alrededor de los tres años, más bien más que menos, y cesar á los seis poco más; y por grande que sea su robustez no debe abastecer más de cuarenta vacas, si ha de quererse en las crías, vigor, bravura y buen trapío.

Egaña, Manuel.—Torero alavés que mataba toros en novilladas y fiestas, por los pueblos vascos especialmente, formando cuadrillas con muchachos del país y con algunos riojanos. No era muy

diestro, pero se dió buena maña para agradar á sus paisanos. Con este espada empezó á ser banderillero Antonio Pérez (*Ostión*). La carencia absoluta de noticias de este torero nos hace creer que haya fallecido, ó al menos que se haya retirado de su profesión; en Francia torcó con los *écarteurs* hace más de treinta años.

Elbo, D. José.—Notable pintor. Nació en Uboda (Jaen) en 1804. Fué discípulo de D. José Aparicio, creado académico de la de San Fernando en 1832, y falleció en 1844. Entre los preciosos cuadros debidos á su pincel hay «un encierro de toros» y «una torada en la Muñoza» de tan notable verdad, que es muy difícil ir más adelante. La conocida familia de Arratia los posee, con otros varios del mismo autor. Su mejor obra fué la Plaza de toros de Madrid en un día de corrida. Cuéntase que preguntándole en cierta ocasión un entusiasta de las bellas artes, por qué prefería las escenas populares para los asuntos de sus cuadros, contestó: «Soy español y no encuentro más compatriotas que las manolas y los toreros: los extranjeros no tienen corridas de toros, porque entre ellos no se encuentra un solo hombre que valga lo que el más cobarde cachetero. Que comparen la cabeza de Montes con la de Murat.» Bien puede decirse de este insigne pintor que era uno de los más entusiastas defensores de nuestra fiesta nacional.

Embarbar.—Es uno de los modos de mancomnar



MANERA DE EMBARBAR. — MACÍAS

ó sujetar á un toro por las astas, lo cual se practica del siguiente: Se espera al toro, y al llegar, euertea el diestro, colocándose pegado al brazuelo del animal, y echando mano con la derecha al cuerno derecho y con la izquierda al otro, mete el hombro por debajo del hocico de la res, hace hincapié torciéndole la cabeza, y cae aquélla. Algunos dicen que hay quien la espera de rodillas y ejecuta del mismo modo la suerte. Es difícilísima, requiere gran conocimiento de las reses, y no se practica en las plazas, pareciéndonos que al hacerla en el campo los vaqueros la intentan poquísimas veces y con toros juvenes. Donde más se ve

altas se le enlazan las astas, y el extremo de la maroma con que se le ha atado se pasa por el taladro que tiene en su centro el *mueco*, y engan-chándola en un torno, se da vueltas á éste, consiguiendo atraer por fuerza á la res, que sujeta al *mueco* por el testuz, deja libres los cuernos en los lados de aquél para que los carpinteros puedan aserrar los pitones y colocar las bolas. Lo mismo se hace cuando en vez de éstas se colocan mangas de cuero que cubren las astas atadas por sus extremos más anchos al centro del testuz.

Es una operación que lastima de gran modo las fuerzas de los novillos, en términos de que no



SUJETANDO PARA EMBOLAR. — MACÍAS

ejecutar es en las tientas y herraderos, y mucho más en Castilla la Vieja, especialmente en Salamanca que en ningún otro punto. No ha dado la Academia entrada en su *Diccionario* á esta voz, que tan bien define y explica un acto conocido, usual y corriente. (Véase MANCORNAR).

Embestir.—El acto de acudir de cerca el toro al objeto, ó sea haciendo ya la humillación para tirar la cabezada ó el derrote.

Embolar.—Es poner bolas en los pitones de los toros ó novillos. Para verificarlo, se hace pasar á uno solo del corral al toril ó jaulón destinado al efecto; desde un burladero ó desde las barandillas

debe dársele suelta para lidiarlos hasta que pasen siquiera tres ó cuatro días, pues obligados violentamente á acercarse al *mueco* resistense cuanto pueden, empleando para ello todo su vigor y todas sus energías. Generalmente solían embolar antes veinte ó treinta novillos de una vez, es decir, en un solo día; ahora que ya no se matan los embolados, y que no siempre se corren, la operación es más limitada respecto al número.

Embraguetarse.—Es ceñirse mucho en la suerte de matar, en términos de que el toro bien humillado ha de pasar muy próximo al musto derecho del espada. La suerte es indudable que ha de quedar mejor ejecutada que saliéndose ó vaciando demasiado á la res; pero bien se comprende que

la exposición es grande, con sólo decir que á veces ni una pulgada de distancia media desde el pitón derecho al muslo ó cuerpo del matador. La Academia, que admite la voz «Bragueta,» no estima admisible la de «Embraguiarse.» Sus razones tendrá.

Embroke.—El momento de ganar el toro el terreno del diestro metiéndose en su jurisdicción y teniéndole por único objeto al tiempo de dar la cabezada; de modo que sin arrojarse el lidiador al suelo para que el toro rebrinque por encima; sin salir, si es en corto, por medio de un quiebro, ó sin la ayuda de otro compañero que tienda el engaño para distraer al toro, es segura una cogida, á no ser que en viaje largo tenga más pies que la fiera y gane más pronto el olivo. La Academia dice que es coger el toro al lidiador entre las astas. Nosotros afirmamos que puede ser embrocado y no cogido, ni encunado, que esto ya es más de cerca.

Emigdio, Joaquín.—Las únicas noticias que tenemos de este banderillero portugués son las de que empezó en 1818, que no pasó de ser una medianta y que falleció en 1840.

Empapar.—Es acercar mucho al toro la muleta ó capa sin separarla del testuz, con el fin de que, cebándose en ella, no pueda fijar su vista en el

diestro ó en otro bulto que esté más distante. Da mucha seguridad al torero, y esto prueba que le será más fácil burlar á la fiera en corto que de largo, siguiendo siempre unido, digámoslo así, el engaño á la vista del toro para que no la desparrame y se consienta con coger otro bulto ó se dirija á otro objeto.

Empego.—Hasta hace pocos años, para separar á la vaca del ternero que amamantaba, ha sido costumbre en varias ganaderías—y puede que todavía lo sea en alguna—sujetar á la madre, atar á sus pezones un cordón ó cinta, y colocar sobre toda la teta un lienzo empapado en pez líquida, es decir, muy caliente. A esta operación bárbara llaman *empego*, y ocioso es decir que el animal salía escupiendo y rebrincando sin permitir que nadie se le acercase.

Empeño de á pie.—Cuando un caballero quebraba rejones, lanceaba ó picaba con garrochones á los toros, y por virtud de la fiera de alguno de éstos sacaba herido el caballo ó perdía el rejón, la lanza, el estribo, guante, sombrero ó cualquier otra prenda, le era indispensable apearse del caballo, quedarse á pie, y con la espada dar muerte al toro, solo y en la forma que mejor podía. A este acto le dieron el nombre referido de *empeño de á pie*.—Gutiérrez y Alonso Gallo opinan en sus escritos del modo que dejamos dicho, y otros auto-



EMPEÑO DE Á PIÉ. — GOYA

res de nota, entre ellos D. Pedro de Cárdenas, creían que el caballero, por tener herido su caballo solamente, no tenía obligación de satisfacerse, esto es, de acudir al empuño de á pie, «porque el toro no tenía la culpa del descuido de uno.» No se crea por esto que el caballero iba á matar al toro en los términos acostumbrados hoy, ni mucho menos; dirigíase al animal con la espada desenvainada; al llegar cerca echábale la capa ó ferrocuello sobre el testuz, y le acuchillaba y pinchaba hasta hacerle huir ó matarle. En el primer caso, y á una señal de los clarines, la gente de á pie salía con garrochones á desjarretar al animal, que luego cedía al número é intrepidez de sus muchos individuos. Resta sólo decir que la espada usada para estos casos por los caballeros no era la que ordinariamente coñían, sino muy parecida al machete moderno, aunque más largo, ó lo que es lo mismo, ancha de cerca de tres pulgadas, con un solo corte afiladísimo, gran punta, de peso, y como de un metro de larga. El rey Felipe V prohibió la ejecución de estos empeños á pie, que continuaron los caballeros desde el caballo y con espada.

Emplazarse.—Esto se dice del toro que se coloca en los medios del redondel, y aunque derrama la vista sobre muchos objetos, no quiere acudir á los capotes. Para sacarle de este estado debe empapársele mucho en el trapo y hacerlo continuamente y sin interrupción tres ó más peones. Hemos visto usar con buen éxito las verónicas; pero es preferible, si se puede, emplear las largas. Por lo demás, á excepción de la suerte de varas, y ésta si voluntariamente va á ella el picador con solo uno ó dos peones, porque de ir mayor número puede repararse el toro, recelarse y aun huirse, todas las demás pueden y deben intentarse y hacerse con gran lucimiento, porque generalmente el *emplazarse* no es más que tomar una querencia accidental, ó señal de cobardía en la res. Cuidese, sin embargo, de no enseñar á los toros que se emplazan con salidas falsas y pases de largo y al descubier-to, que suelen aprender y volverse de sentido. Obsérvese también que es frecuente en los toros emplazados que no acuden á los capotazos continuados que, buscándoles el frente se les arrojan, que suelen acudir con presteza al que de improviso se les echa por detrás, y esto debe intentarse siempre que convenga llevar al toro á otro lado.

Empuje.—Se llama así, no á la acometida del toro, sino al recargue en ella que tienen los pegajosos y de cabeza. En los picadores significa el esfuerzo que hacen para echar el toro por delante, salvando el caballo.

Encabestrar.—Hacer que las reses bravas sigan á los bueyes mansos, que llaman cabestros, para conducirlos á donde se quiere. Los mayores que enseñen bien el cabestraje, eligiendo un buen manso de punta, tienen mucho adelantado para sin exposición y cómodamente, en cuanto lo permiten facnas tan arriesgadas, conseguir el fin apetecido.

Encajonar.—Desde que en España se establecieron los ferrocarriles ha sido fácil transportar con brevedad y cómodamente de un punto á otro,



ENCAJONANDO AL TORO. — MACÍAS

atravesando grandes distancias, ganado bravo, que á muy poco tiempo de llegar al sitio de su partida final, ha podido presentarse en plaza y ser lidiado sin inconveniente alguno. Se ha notado, sin embargo, que los toros conducidos así pierden algo de su natural fiereza por el atolondramiento que les produce el movimiento del tren y por el enervamiento de fuerzas que sufren con la inmovilidad casi completa en que están durante muchas horas. Así que lo más conveniente, y lo que la experiencia aconseja como más útil, es que después del viaje descanse el ganado al menos ocho días, en terreno á propósito y con buenos pastos, antes de ser lidiado. De este modo se reponen, y si no ganan, porque para esto necesitan mejorar mucho en condiciones de alimentación y clima, al menos pierden poco de su primitiva bravura. Para que los lectores que no saben cuáles son las operaciones que se hacen con el ganado de lidia para encallejarle tengan al menos idea, siquiera sea imperfecta, del modo que aquéllas se practican, vamos á exponerlas sucintamente. Enciérranse primeramente los toros en un corral acondicionado al efecto, ó en los de las plazas de los pueblos más inmediatos al sitio en que pasta la torada, después de haber sido conducidos ó guiados con el cabestraje necesario. Se les encierra separados, y cerca de la puerta exterior del chiquero se coloca el cajón ó jaula á donde ha de pasar la res, cuidando no quede más distancia que la puramente indispensable para formar del chiquero á la jaula un corto callejón que ocupe la puerta del primero después de abierta. El cajón, que ha de ser de fuerte madera, convenientemente abarrotado de trecho en trecho, de 2 metros de alto, 1'40 de ancho y 2'50 de largo, poco más ó menos, tiene una puerta con fuertes visagras y picaporte de golpe, como los de los chiqueros de las plazas bien construidas, ó también de corredera de abajo arriba que, al verla alzada, el animal crea continuación del callejón antedicho; penetra sin temor, y tan luego como lo verifica cae la trampa, que va sujeta con fuertes pestillos y cerrojos para evitar un percance. Sobre la jaula se coloca un hombre, práctico en esta faena, que cierra á tiempo la puerta y cuida de ver, por una pequeña y fuerte reja que contiene el techo, si la res se halla bien colocada cuando lo verifica. A veces los toros no quieren entrar en la jaula, porque suelen colocarla mal en muchos puntos en que no hay gran costumbre de ejecutar la operación; esto sucede porque, teniendo aquélla cuatro pequeñas ruedas que naturalmente hacen elevar su piso lo menos quince centímetros, hay este desnivel en el suelo del chiquero; por cuya razón debe igualarse de antemano, y en lo posible, por medio de una rampa que apoye en el cajón su cabecera y su pie en el fondo de aquél.

Como se comprende bien, la faena para sacarlos de la jaula es mucho más fácil: basta colocarla en un corral, abrir desde el techo la puerta, y es seguro que inmediatamente saldrá de su prisión el toro, dirigiéndose ante todo á buscar alimento con avidez. Inútil es decir que si el ganado así conducido ha de esperar algunos días á ser lidiado, es indispensable acompañarle con mansos amaestrados para que le arropen cuando sea preciso.

Encallejorar.—Se dice que un toro se encallejona, cuando salta la barrera y no quiere salir del callejón aunque las puertas se le abran. Para sacarle, si los capotes no bastan, porque á ellos no obedece, puede usarse la garrocha ó una banderilla para pincharle en las ancas, cuando esté cerca de las puertas, y no en otro sitio.

Encampanarse.—Se dice del toro que, estando quieto y sin atender á objeto alguno, se fija de pronto, levanta la cabeza y se ostenta gallardo y desafiando al que le ha alegrado ó llamado la atención. En este momento el toro es tal vez el animal más hermoso de la creación. La Academia dice que es ensancharse ó ponerse hueco, haciendo alarde de guapo ó valentón.

Encierro.—El acto de traer los toros desde el campo á las plazas para encerrarlos en los corrales, no en los toriles, como dice la Academia, que esto se llama enchiquerar. Asiste de ordinario mucha gente á presenciarlo, especialmente á caballo, y algunos aficionados con garrochas de derribar vienen formando séquito lucidísimo hasta las mismas puertas de los corrales. Cerca de estos, ó en su camino, aprovechando la ventaja de una pequeña altura ó ribazo, se colocan muchas gentes aficionadas, deseosas de presenciar el rápido paso del ganado, al que siempre guía delante un mayoral muy práctico á caballo, sin temor á ser atropellado, porque el cabestro de punta cubre casi las ancas del jaco con sus descomunales cuernos, y á este siguen fácilmente todas las reses, cuidadas por otros mayorales que van detrás á caballo y algunos vaqueros á pie. Era en lo antiguo una diversión grande para los madrileños ir á ver el encierro, que desde Caño Gordo ó el arroyo Abroñigal venía á la plaza vieja antes de anoecer, y en los terrenos inmediatos á ésta había meriendas al aire libre entre toda clase de gente. No sólo concurrían allí los muchachos jóvenes, sino mujeres, soldados y hasta frailes; pero poco á poco desapareció esa costumbre, porque el ganado era ya conducido de noche y porque desde que fué derriba-

da la Plaza vieja en 1874 la distancia desde la población se ha aumentado considerablemente; de manera que hoy al encierro no van más que garrochistas y aficionados que tienen caballo.



EL ENCIERRO. — MACÍAS

Encornado. — Se usa con los adverbios bien ó mal, calificando la encornadura de las reses; pero en el tecnicismo taurómico se dice con preferencia bien ó mal armado.

Encuentro. — El nombre de la estocada al *encuentro*, ó encontrándose, es moderno. No le conocieron los antiguos toreros, y entre los diestros actuales y buenos aficionados es opinión común de que sólo se realiza cuando los toros conservan piernas y el matador se coloca un poco largo, ó sea á mayor distancia de la que se necesita para la suerte de recibir. Entonces, y cuando el dies-

tro ve que el toro viene ganando terreno, de lo cual puede resultarle una cogida si lo espera, sale con prontitud á su encuentro, mejorando dicho terreno, y formando el centro de la suerte en el mismo de las primitivas distancias, clava el estoque, vaciando siempre al toro con la muleta y saliendo por la derecha del animal á colocarse en el terreno que éste ocupó, ó saliendo por piés si se revuelve aquél y le persigue. Es suerte difícil, que sólo pueden ejecutar los toreros de gran fuerza y agilidad, si la han de hacer bien.

Encunarse. — Es el momento en que el torero, por falta de piés ó por otra circunstancia, queda colocado entre las dos astas del toro, siendo inevitable el encontrón, del cual sólo puede salvarse arrojándose al suelo, ó porque parándose la res, cosa improbable, no dé la cabezada. Se distingue del embroque en que éste, aunque también corto, es á mayor distancia de la cuna; como que da tiempo en aquél á salirse por quiebro, recorte, etc., y en éste no.

Enfermería. — En toda plaza de toros es indispensable que haya en sitio conveniente, muy cerca del redondel, una dependencia dedicada exclusivamente á enfermería. En ella, además del suficiente número de camas, que lo menos deben ser cuatro, han de custodiarse los aparatos, instrumentos quirúrgicos, botiquines, trapos, hilas, vendajes, etc., que sean necesarios para, si es oportuno, hacer en el acto por los médicos cualquier operación á los heridos. De las condiciones especiales del local destinado á enfermería, nadie puede informar mejor que los profesores de medicina, y por lo tanto bue-

no será consultarles en toda ocasión, así como deben ellos saber que tienen obligación de revisar todos los útiles que les son precisos para cerciorarse de que nada falta y de que todo se encuentra en estado de servir en el acto. Inmediata á la enfermería suele haber en muchas plazas una capillita, donde se conservan durante la corrida los Santos Oleos. En Madrid asisten los profesores de medicina y farmacia del Hospital Provincial, y los nombres de los Sres. Arce, Guerrero, Alcaide, Pérez Obón, Capdevila, Aguinaga, Gómez Pamo, Morales, Martínez, Saenz, Isla, Campesino, Biforcós, Dueñas, Girón y otros que tanto se han distinguido por el esmero é inteli-

gencia con que echando mano en el acto de los recursos de la ciencia han curado á los toreros heridos, no se han de olvidar en mucho tiempo ni de ellos ni de sus familias y amigos. Son conocidos también como distinguidos facultativos de plazas de toros los Sres. Marchal en Córdoba, Vázquez en Sevilla, Lechón y Teruel en Valencia, Armengol en Barcelona y otros más modernos en varios puntos.

Enfrontilarse.—Es colocarse el torero frente á frente del toro de modo que si este acomete y aquél no se mueve, ó lo hace atrás ó adelante, pero no á un lado, necesariamente ha de ser encunado y arrollado, aunque no sea herido, á no ser que teniendo capote ó muleta en la mano guíe con ella al toro y haga que éste se mueva inclinandose al costado que se le lleve. Así debe hacerse en la suerte de matar.

minados, lidiarle ó hacer con él alguna de las suertes de la tauromaquia.

Engatillado.—Significa, con relación al toro, que éste tiene el cuello grueso, redondo, levantado y arqueado, formando buen morrillo.

Enhilarse.—Voz usada por toreros y aficionados, que significa lo mismo que «Enfilarse,» y así la define también la Academia. El que no se coloca bien *enhilado* para partir rectamente al morrillo del toro con el estoque no es buen espada. Remitimos al lector á la palabra COLOCACIÓN.

Enlazar.—Para enlazar las reses desde el caballo, se prepara una cuerda larga como de veinticinco á treinta metros; fuerte, pero no muy gruesa, que



1804. — MODO DE ENLAZAR Á LA ESPAÑOLA

Engaitado.—Lo mismo que ENGATILLADO, de cuya palabra tenemos aquella por corrupción.

Enganchar.—Cuando el toro coge al lidiador, caballo u otro objeto con uno ó ambos pitones y le saca por alto del sitio que ocupe, sirviéndole las astas de gancho con que agarra el bulto.

Engaño.—Es propiamente llamado así todo instrumento ó cosa con que se burla al toro, como capa, muleta, etc., para apartarle de sitios deter-

se ata á la cola del caballo por uno de sus extremos; el otro, formando un lazo, se coloca en una vara corta que el jinete lleva en la mano derecha, y el resto de la cuerda se arrolla y pone en la grupa del caballo sujeto con un hilo bramante capaz de romperse al dar un tirón de él. Armado así el jinete, ha de cansar á la res corriéndola y aun aco-sándola, y cuando llega á emparejarse con ella, le echa el lazo á los cuernos fácilmente, y metiendo espuelas al caballo, se adelanta y marcha, llevándola enlazada; pero debe cuidar de seguir la carrera en línea recta, sin atravesarse, porque si esto hace, puede muy bien pararse el toro en la ca-

rera, y volcar al caballo y jinete, con poco que tire. De todos modos, aconsejamos que el jinete lleve una navaja ó instrumento cortante para en un momento dado cortar la cuerda, pues que es muy fácil que ésta se enganche en una mata, tronco ó piedra y ocasione un peligro que debe evitarse.—Para enlazar á pie, se prepara la cuerda de la misma manera y en una vara igual á la que hemos dicho, y cuando haya varias reses juntas se echa el lazo á la que se quiere, ya desde atrás, ya desde cualquiera de los costados; pero nos parece que, además de no ser vistoso este modo de enlazar, ha de practicarse pocas veces con ganado bravo, por lo expuesto que consideramos ejecutarle. Sobre el enlace de la forma expresada y con bolas en América, véase lo que decimos en la voz **HERRADERO**. El lazo con que se sujeta á los toros, ó sea el que se hace á un extremo de la cuerda, se llama *cintero*.—Manuel Domínguez era una especialidad para enlazar reses á caballo; Manuel Hermosilla era también diestro en esta faena, y en general lo practican bien los toreros que han permanecido algún tiempo en América. Cuando en América *lazan* á un toro, ya sea por *manganeo* ó *pealeo*, pasan una cuerda alrededor del cuerpo, por la parte delantera del vientre, algo cerca de los brazuelos y bastante apretada, y saltando el hombre encima de la res, le sirve la cuerda de pretal y de seguridad para afirmarse, montando en la cruz del toro, no más atrás, y dejándose llevar á voluntad; es muy vistosa esta suerte, cuando el toro rebrinca, porque pone de manifiesto la habilidad del jinete, el cual no debe apearse hasta que el toro se pare.

Enmendar.—Dícese que un diestro enmienda la suerte, cuando, intentada de un modo, le ha sido preciso ejecutarla de otro, ya por haber cambiado el toro su viaje ó cortado terreno, ya porque el torero haya visto cualquier dificultad para hacer bien lo concebido. Como se comprende desde luego, no es enmendar la suerte dejar de hacerla, sino corregir sobre el terreno y en el momento la proyectada y empezada á realizar y consumirla. Para esto es preciso ver llegar bien los toros y tener los conocimientos y circunstancias que exige la profesión.

Enriquez de Salamanca, D. Emilio.—A este joven escritor, que firma con el seudónimo «Revueltos», se deben las bonitas revistas de toros que publica el periódico de Ciudad Real llamado *El Labriego*. Es decidido partidario de nuestra fiesta nacional.

Ensabanado.—El toro cuya piel es completamente blanca, no sucia, y sin mezcla de pelo de ningún otro color. El ensabanado puede, sin embargo, ser capirote ó capuchino; pero si además es botinero ó tiene manchas de igual color al de la cabeza, ya se le llama berrendo.

Entablerarse.—Se dice del toro que toma querencia á los tableros ó barrera y cuesta trabajo sacarlo de ellos, imposibilitando, ó dificultando cuando menos, la ejecución de las suertes. Según la Academia, es «aquerenciarse el toro á los tableros del redondel, aconchándose sobre ellos.» Como desde luego se comprende, esto puede ser de costado ó de espalda ó anca. Por eso nosotros, aunque sea menos culta la frase, decimos cuando sucede lo último «acularse,» porque nos parece más gráfica y es más conocida en el toreo. Estando así el toro, es imposible hacer con él suerte alguna, á no ser clavarle palos al sesgo, y por lo mismo, si los capotes no bastan para ello, suelè ponerse una banderilla sobre el nacimiento de la cola para que, sentido al castigo, salga de allí. Estando entablado ó aconchado á las tablas con el lado izquierdo, puede el espada arrancar sobre corto á dar la estocada, lo cual no puede ejecutarse en colocación contraria, á no ser que el matador sea ambidextro; cosa rarísima, pero no imposible.

Entero.—Se dice que un toro está entero cuando se halla con las mismas fuerzas, ligereza y facultades que tenía al salir de los toriles. Para quitarle en parte unas y otras son las suertes de vara y banderillas, y para quitarle ligereza ó piernas son el capote y la muleta. Aunque el toro no debe ir á la muerte entero, conviene también que no vaya tan apurado que por rendido ó falto de fuerza en las patas, se quede en la suerte ó se recueste en los tableros. Un buen torero sabe lo que debe hacerse según los casos.

Entrar (á la suerte).—Es cuando el toro pisa ya el terreno ó jurisdicción del lidiador de á pie ó de á caballo, aunque no llegue al bulto. También puede decirse del torero cuando va á ejecutar una suerte, estando el toro completamente aplomado, y del picador cuando avanza obligando á las reses «paradas.»

Entre dos (ó al alimón, como algunos dicen).—Es un modo de capear antiguo que, como el título expresa, se ejecuta por dos toreros. Cada uno de ellos toma una punta de la capa y se la presentan

por el centro al toro, acomete éste, y entonces la levantan para que pase por debajo; hecho lo cual, cambian de frente y vuelven a colocarse para repetir la suerte. No debe hacerse con toros tuertos, y menos con los que se van al bulto, porque aunque hay defensa en cuanto uno de los diestros tire con fuerza del capote, en cuyo caso su compañero debe soltarle y aun llamar la atención de la res, es muy deslucido no consumir la suerte intentada. Nosotros la hemos visto hacer á dos espadas y un tercero esperar detrás al toro á unos seis metros, y con una verónica ó un galeo volverle á dar la cara al capote extendido y repetir la suerte

zar entre cuero y carne, causándole poco daño relativamente, aunque suele hacerle huido y recelo. Para herir de tan mala manera preciso es que el toro ó el torero, ó los dos á la vez, se hayan salido del centro de la suerte.

Erades, Francisco (*Cangrena*).—Ponía banderillas y mataba toros en los pueblos y novilladas como sus pocas facultades le permitían, porque no sabía tanto como debiera, atendido al tiempo que llevó toreando.



CAPEAR ENTRE DOS Ó AL ALIMÓN. — MACÍAS

hasta cansarle. El animal no sufre con este capeo un gran destronque; pero no debe abusarse. Divierte mucho á los ignorantes, á pesar de ser tal suerte de ningún mérito.

Entrepelado.—En muy pocos puntos de España llaman así los verdaderos aficionados al toro que tiene mezclado el pelo de un color con el de otro, porque generalmente se les distingue con los nombres de cárdeno, salinero, etc.

Envainar.—Se dice cuando el matador da una estocada que, entrando el hierro por el tejido que hay debajo de la piel del toro, sigue sin profundi-

Eral.—Llámase así al becerro que no tiene más de dos años.—(Véase Toro).

Escacena, José.—Ha matado toros en varias plazas de segundo orden de la isla de Cuba, y era aplaudido no há muchos años. ¿Qué ha sido de él? ¿Dejó el oficio ó se le hicieron dejar los toros?

Escalante, Enrique (*El Torerito*).—Para diferenciarle en el apodo llaman á este chico el de Madrid, y á Bejarano el de Córdoba. Vale, hasta ahora, mucho más éste que el madrileño, que empieza su oficio con valor matando toros en novilladas. Eramos pocos... Hay otro *Torerito* llamado

Pérez, que ocupa el sitio correspondiente en este libro.

Escalante, Pedro (*Periquet*).—Es conocido muy poco, hasta ahora, como matador en novilladas. Creemos que es valenciano.

Escamilla, Antonio.—Antes que el *Gordito* y antes que Peroy se ponían banderillas á pie quieto, ejecutando de mejor ó peor modo el quiebro, con arte ó sin él. En el año 1839, el día 7 de Julio, en el Perú y en San Luis de Potosí, puso banderillas á un toro de aquel país Antonio Escamilla, con los pies engrillados y en el centro de la plaza, y claro es que no de otro modo que *quebrando* pudo clavarlas. No quita esto para que consideremos al *Gordito* como autor de esa suerte, porque lo mismo la de Peroy que la de Escamilla, si bien eran quiebros de cintura no se reducían en ley más que á eso, porque los palos eran clavados en cualquier parte del toro, sin arte ni regla fija, y porque Carmona no había visto á ninguno ejecutarla cuando él la inventó. Sin embargo, hay que conceder á todos su mérito respectivo.

Escamilla, Nicolasa (*La Pajolera*).—Natural de Valdemoro. Salió á torear en Madrid antes del año de 1776, según afirma un libro manuscrito por D. José Daza, que posee el Sr. Espinosa, vecino de Sevilla. En todas las épocas ha habido payasos, bufones y botargas, que han servido de hazme reír á sus semejantes. Sin embargo, el célebre Goya la incluyó en su magnífica colección de láminas taurinas grabadas al agua fuerte.

Escantillón ó Descantillón.—Según la Academia es regla pequeña con un rebajo para señalar la línea por donde se ha de cortar ó labrar con igualdad la madera, piedra, etc. Efectivamente, es una pequeña regla con la cual se miden las puyas de las garrochas antes de usarlas en las corridas para que no tengan más pica ó pincho que el autorizado. En verano es la medida de más milímetros que en el invierno, y en Madrid menor que en Andalucía. En nuestro concepto debe ser de veintidós milímetros (once líneas) desde 1.º de Abril á 30 de Junio, y de veintitrés milímetros (una pulgada) desde esta fecha á 30 de Octubre.

Escape.—La fuga apresurada con que alguno se libra de recibir el daño que le amenaza. Así lo de-

fine la Academia, cuyo perdón solicitamos por decir que el que huya, por muy á escape que lo haga puede ser alcanzado por quien más corra y no librarse del daño temido; y que también es posible que haya ocasión en que un jinete, por ejemplo, salga á escape, sin que haya nadie que le amenace ni persiga. Si dijera «con que alguno intenta librarse» ya era otra cosa.

Escobar, Juan de.—Así, con su *de* y todo figura en carteles del pasado siglo como picador de toros, cuando eran espadas Manuel Palomo, Juan Miquel y Antonio Albano. En las fiestas de Málaga, en 1763, mató á caballo los toros que le correspondieron con un garrochón, que debería tener una puya muy larga y afilada sin duda alguna, y en las funciones de Pascua y feria celebradas en Sevilla el mismo año alternó con Cristóbal Ravisco y Francisco Gil. Su hijo

Escobar, Juan.—Alternaba en 1802 con Juan Hurtado y Bartolomé Manzano. No sabemos nada acerca de su mérito, ni hemos podido comprobar si fué éste ó el anterior el que de dichos nombre y apellido fué natural y vecino del pueblo de Manzanilla, reino de Andalucía, que actuó como nuevo en la plaza de Madrid en la mañana del 18 de Junio de 1787 en unión de Bartolomé Carmona.

Escobar, José.—Picador de los de la época de los Amisas, que alternó en Madrid en 1788. Ignoramos su mérito.

Escobar, Pedro.—Trabajaba en varias plazas de Andalucía á mediados del presente siglo, sin hacerse notar por ningún concepto.

Escobar, Diego.—Banderillero de poco nombre que trabajó por primera vez en Madrid, lo mismo que Luis (*El Tiñoso*), en el año de 1827. No se distinguió gran cosa en su profesión.

Escobar, Francisco.—Banderillero de segundo orden que trajo á Madrid Francisco Arjona (*Cácharas*) el año 1857, y toreó muy pocas veces. ¡Valía tan poco!

Escobar, Antonio (*El Boto*).—Pequeño de cuerpo para matador de toros, nos gustó más su arte,

cuando empezó hará unos ocho años que ahora, porque entonces se iba más derecho y entraba mejor á herir. Es posible que este defecto adquirido últimamente le corrija, y debe procurarlo si ha de salir de matar solo en novilladas; aténgase en primer término á usar aquella muleta corta con que empezó; á hacer humillar al toro presentándosela en el hocico y no más arriba, que es lo que hacía con buen resultado, y á torear parando y puesto en jurisdicción, y nos agradecerá el consejo.

Escobillado.—El toro cuyas astas se abren formando hebras en su extremo agudo, por efecto de cornear contra cuerpos duros.—Casi es lo mismo que «astillado,» pero se dice de este modo cuando las hebras son más anchas, y «escobillado» cuando más estrechas ó delgadas.

Escribano.—Toro de la ganadería de D. Faustino Udaeta, antes Hernández, de Madrid, divisa morada y blanca. Negro girón, calcetero, cornidellantero y bravo, fué corrido en la corte en sexto lugar en la tarde del 31 de Mayo de 1891, y al salir en persecución de un capote, remató en las tablas y se rompió el cuerno derecho por la mitad, cayendo al suelo. A pesar de eso, tomó ocho varas empujando, mató cuatro caballos, fué capcado para pararle, le pusieron tres pares de banderillas, y murió de una sola estocada, siendo noble en todos los tercios. Al arrastrarle fué aplaudido.

Escuela.—La necesidad de una escuela de tauromaquia que contribuyese á difundir entre los aficionados y los que se dedican á tan difícil arte los conocimientos necesarios para ejercerle con gloria y provecho y con el menor peligro posible, ha sido y continúa siendo objeto de acaloradas controversias y disputas, siempre apasionadas en un y otro concepto, según que el sostenedor de la idea sea más ó menos entusiasta por el espectáculo. No es este el sitio oportuno para tratar tan debatida cuestión, que ya dejamos explanada en esta obra; así que sólo nos conñeremos á indicar las vicisitudes por que ha pasado la enseñanza de la tauromaquia en nuestro país. Parece indudable que las primeras reglas que se dieron para sortear los toros fueron la de lidiarlos á caballo, y que éstas, más que como objeto de espectáculo ó fiesta pública, lo fueron para acosarlos, cazarlos y matarlos en el campo, lo cual se comprueba con decir que para ello no se escribieron preceptos fijos más que en los libros de montería; y aunque aseguran que hasta el siglo pasado nada se escribió que sirviera para estudiar el modo de lidiar toros, nosotros en

el curso de esta obra dejamos probado que en el siglo XVI ya había libros que daban reglas claras, precisas y minuciosas que debían observarse para alancear y lidiar toros á caballo. Para lidiarlos á pie se tardó mucho tiempo, desde que empezó así la lidia después de la venida de Felipe V, hasta que se escribieron algunas reglas que, fundadas en la experiencia, sirvieran de algo á los que se dedicaron al toreo. En el año de 1726 se imprimió por D. Nicolás Rodrigo Novelli su *Cartilla de torear*; luego escribió unas *Reglas* en 1750 D. Eugenio García Baragaña; y cuando *Pepe Illo* escribió y dió á luz su *Tauromaquia*, ya el arte de torear había llegado á una altura á que realmente parecía imposible llegase. Y todo esto sin escuela alguna, sin más preceptos que los que verbal y prácticamente se transmitían unos toreros á otros en el acto, en el momento de la lucha y sin preparación alguna. En nuestro concepto, la gente de á caballo, ó sean los picadores, aprendían á conocer las reses y sus inclinaciones en el campo, cerca de las ganaderías, como hoy sucede; así que hemos visto excelentes picadores cuyos primeros rudimentos los han tenido siendo pastores ó mayoresales de toradas. La gente de á pie no podía ni puede ahora aprender prácticamente en ninguna otra parte más que en los mataderos públicos ó en las funciones de novillos; pero convendría que en ambos sitios tuvieran á su lado maestros que los dirigiesen y enseñasen, porque en realidad sus primeros pasos son guiados por el instinto del novel aprendiz, que sin guía alguna se presenta en el palenque á ser silbado y escarnecido, en vez de alentado para que en adelante pueda llegar á ser algo. No sabemos si por popularizarse más Fernando VII, ó porque él y sus consejeros tuviesen afición á las fiestas de toros, ó porque es muy difícil ir contra el torrente de la opinión pública, ordenó la creación de una escuela de tauromaquia en Sevilla en 28 de Mayo de 1830, según consta del decreto que como documento curioso insertamos en este lugar, y dice así: «Intendencia de la provincia de Madrid.—El excelentísimo señor Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda me comunica con fecha 28 de Mayo próximo pasado la Real orden siguiente:—Circular.—Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue:—He dado cuenta al Rey nuestro Señor de la Memoria presentada por el conde de la Estrella, sobre establecer una escuela de tauromaquia en esa ciudad, y de lo informado por V. E. acerca de este pensamiento, y conformándose S. M. con lo prevenido por V. E. en el citado informe, se ha servido resolver: 1.º Que se lleve á efecto el Establecimiento de tauromaquia, nombrando S. M. á V. E. juez protector y privativo de él. 2.º Que la escuela se componga de un maestro con el sueldo de doce

mil reales anuales, de un ayudante con el de ocho mil, y de diez discípulos propietarios con dos mil reales anuales cada uno. 3.º Que para este objeto se adquiriera una casa inmediata al matadero, en la que habitarán el maestro, el ayudante y alguno de los discípulos, si fuese huérfano. 4.º Que para alquiler de la casa se abonen seis mil reales anuales, y otros veinte mil reales anuales para gratificaciones y gastos imprevistos de todas clases. 5.º Que las capitales de provincia y ciudades donde haya Maestranza, contribuyan para los gastos expresados con doscientos reales por cada corrida de toros: las demás ciudades y villas con ciento sesenta por cada corrida de novillos que se conceda, siendo condición precisa para disfrutar de esta

á ser únicamente fieles narradores y á dar á conocer documento tan importante.

Esto mandaba el que diez y seis años antes había prohibido terminantemente las corridas de toros sin conocer el carácter español, que por el solo hecho de privarle de una cosa, forma mayor y decidido empeño en obtenerla. Pedro Romero fué nombrado primer maestro, y Jerónimo José Cándido su segundo; y claro es que con tan excelentes profesores los resultados no podían menos de ser satisfactorios. Ahí están en la memoria de todos los nombres de los justamente célebres Montes, Domínguez, Yust y Arjona (*Chichares*), discípulos aventajadísimos de aquella escuela, que fué cerrada al poco tiempo de fallecer aquel monarca,



ESCUELA DE TAUROMAQUIA. — MACÍAS

gracia el que se acredite el pago de dicha cuota, pagando los infractores por vía de multa el duplo aplicado á la escuela. 6.º Que los Intendentes de provincia se encarguen de la recaudación de este arbitrio, y se entiendan directamente en este negocio con V. E. como juez protector y privativo del establecimiento. 7.º Que la ciudad de Sevilla supla los primeros gastos de las rentas que produce el matadero, y el sobrante de la bolsa de quiebras, con calidad de reintegro.—De Real orden lo traslado, etc.»—Esta es la determinación que, favoreciendo la lidia taurina, ha sido, es y será objeto por mucho tiempo de las más severas censuras. Esto es lo que nosotros, especialmente en este lugar, ni aplaudimos ni condenamos, limitándonos

ó sea por Real orden de 15 de Marzo de 1834, á los cuatro años próximamente de su apertura (1).

Volvieron, pues, las cosas al mismo estado que tenían antes del año 1830; y gracias á que en esta época los toreros formaban ya cuadrillas bajo la dirección del espada que sobresalía entre los mismos les era á todos más fácil oír las observaciones de su jefe y obedecer sus instrucciones que seguir su inclinación, como antes hemos dicho, sin conseguir adelantos. No queremos hablar de toreros

(1) Para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores les diremos que en la casa-matadero de Sevilla, situada extramuros y casi enfrente de la puerta de la carne, edificio construido en el siglo XVI y aumentado en 1788 se

actuales por razones fáciles de comprender; pero como prueba de lo que valían los conocimientos de aquellos discípulos de la Escuela de tauromaquia, diremos que á su vez Montes fué maestro del incomparable Redondo (*El Chiclanero*); Domínguez, de *Bocanegra*, y Cúchares lo fué de Sánchez (*El Tato*). Algunos otros recibieron también de aquellos sus lecciones, ya teórica, ya prácticamente, y no faltó por cierto en su tiempo un banderillero tan diestro, tan inteligente y tan maestro, que además de enseñar á aventajadísimos toreros, era el mentor en más de una ocasión de Montes, Redondo y demás espadas, que no desdénaban sus consejos. Nos referimos al entendido José Calderón (*Capita*), de quien nos ocupamos en el lugar correspondiente. Pero sin embargo de todos estos esfuerzos parciales, á pesar de que la afición, lejos de decaer, ha aumentado (si bien se ha viciado, perdiendo el buen gusto), lo cierto es que el arte no adelanta, puesto que ahora es infinitamente menor el número de los buenos toreros al que teníamos hace treinta años. Si esto consiste en la falta de maestros, ó es causa de que la perversión de gusto en el público incline á algunos toreros á obtener aplausos, aunque sea á costa de su reputación de más ó menos inteligentes, no lo hemos de decir aquí nosotros. Ni los matadores, ni las Sociedades taurómacas, ni las novilla-

habilitó para la escuela un espacioso corral, sobre cuya puerta se colocó la siguiente inscripción:

REINANDO EL SEÑOR DON FERNANDO VII, PIO FELIZ,
RESTAURADOR, SE CONSTRUYÓ ESTA PLAZA PARA LA ENSEÑANZA
RESERVADORA DE LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA,
SIENDO JUEZ PRIVATIVO Y PROTECTOR DE ELLA EL ASISTENTE
DON JOSÉ MANUEL DE ARJONA, Y DIPUTADOS ENCARGADOS DE LA
EXECUCION DE LA OBRA DON FRANCISCO MARIA MARTINEZ
VEINTE Y CUATRO, DON MANUEL FRANCISCO ZIGURI, DIPUTADO DEL
COMUN, DON JUAN NEPONUCENO FERNANDEZ Y ROSES, JURADO
AÑO DE 1830

Y coronando esta inscripción las armas de la Casa Real, orladas de cabezas de toros, monteras y sombreros de picadores, rehiletes y garrochas y otros trofeos del arte de torear.—Estos detalles, cuya calificación dejamos al buen juicio del lector, los hemos tomado del *Diccionario* de Madoz, y los refiere también D. Pascual Millán en su *Historia de la Escuela de tauromaquia de Sevilla*.

El circuito interior ó lugar de la lidia era de figura elíptica, con 40 varas castellanas de longitud y 32 de ancho. En la parte frontera á la entrada un gran tendido que rodeaba en forma de anfiteatro casi toda la plaza, y que podía contener 800 personas. A los lados de la puerta principal otros dos tendidos, el del lado izquierdo para 170 espectadores y el del derecho para 410. Al extremo de este último se elevaba el local destinado para la Presidencia y á la espalda una galería que podía contener más de cien personas.—(Estos últimos datos los ha sacado del archivo provincial de Sevilla el inteligente aficionado don Isidro Gómez Quintana.)

das, han de dar por sí buenos lidiadores, si una acertada dirección, si una ciega obediencia á los maestros no va combinada con la lidia. Concluiremos explicando lo que se llama entre los inteligentes diversidad de escuelas. Entiéndese por escuela rondeña la del toreo fino, elegante, si así puede llamarse, que enseñó el maestro Pedro Romero, encargando á sus discípulos que en ninguna ocasión delante de los toros moviesen los pies más que con arreglo al arte, sin faltar á éste en lo más mínimo; diferenciándose de la escuela sevillana, que enseñó Jerónimo José Cándido, la cual admite más movilidad, menos aplomo, menos clasicismo y formalidad, pero que por ser más alegre y variada suele divertir más al público, que en su inmensa mayoría, no tiene el conocimiento necesario para apreciar el valor de las suertes, sin que por esto se entienda que nosotros neguemos mérito á los que realmente lo tienen.

Esculturas taurómacas.—En diferentes sitios del presente tomo nos ocupamos de las diversas obras del entendimiento humano que, perpetuando los nombres de sus autores, han dado á conocer el talento, genio ó inspiración de los mismos, y su afición y conocimiento de las lides taurinas. Por desgracia nuestra no hemos podido averiguar, y eso que lo hemos intentado con empeño, el nombre del distinguidísimo escultor á quien deben las bellas artes la más original, acabada é inmejorable colección de figuras de talla que, representando toreros y caballos, tiene en su palacio llamado *La Alameda*, muy cerca de la capital de España, el excelentísimo señor duque de Osuna y del Infantado. Sólo sabemos que poseyendo dichos títulos el Sr. D. Pedro Téllez Girón, compró tan magnífica obra de los bienes que fueron secuestrados al que fué infante de España, D. Carlos María Isidro de Borbón. Compónese de cinco grupos de á tres toreros en diferentes actitudes, ó sea en tres suertes de matar y dos de varas, con un grupo además de mulillas arrastrando al toro, y un alguacil á caballo, todos tan perfectamente hechos y colocados, que no se concibe hayan podido ser tallados más que por una persona sumamente entendida en el arte de torear. Hay que añadir á esto que las figuras de los tres matadores son retratos originales de los célebres Joaquín Rodríguez (*Costillares*), Pedro Romero y José Delgado (*Iñe*), lo mismo que el del afamado picador Laureano Ortega y el del aventajado banderillero *Nonilla*, lo cual les da inmenso valor, si se tiene en cuenta que son poquitos é ignorados los retratos originales de tan acreditados maestros. Los trajes que éstos visten pertenecen á la época del primer tercio del presente siglo, y acerca de su

existencia hay un detalle que merece hablemos de él. Hace años que el celoso administrador de dicha posesión, que lo era el Sr. D. José María Díaz de Cevallos, advirtió la falta de la preciosa escultura que representaba á *Pepe Illo*, y como á pesar de cuantas investigaciones de toda clase hizo con singular empeño no pudo averiguar cuándo fué sustruida ni por quién, encargó á persona competente la buscasen por todos medios y á cualquier precio. Cúpole la suerte al conocido restaurador del museo del excelentísimo señor marqués de Salamanca, Sr. Fonseca, de recuperar la alhaja, registrando casas de anticuarios, prenderías y almacenes de trastos viejos, y encontrándola en el Rastro de Madrid, la compró por dos mil reales vellón. Para que no fuese conocida tan pronto, habíale quitado su traje, dejando desnuda la talla; por lo que fué preciso hacerle otro, que, con bastante conocimiento de la época, construyó el acreditado sastre del teatro Real, Sr. Páris. Objetos de arte de tan gran valor, y únicos en su clase, debían figurar en un museo público. No sabemos dónde se encontrará una preciosa colección de figuras y suertes de toros que para un embajador de Inglaterra recibió el encargo de hacer el afamado escultor D. José Tomás. Eran todas las figuras de plata y los trajes esmaltados, y Montes fué el que eligió las cabezas de los toros que sirvieron de modelo. Indudablemente serán objeto de atención en el país que anatematiza nuestras funciones de toros, pero que á su pesar se ve arrastrado á admirarlas. En Málaga y Granada se han modelado preciosas figuras de barro cocido representando suertes de tauromaquia, y el entendido escultor Sr. Vilches es uno de los que han dedicado su talento á dicho fin con gran conocimiento del asunto.

Escupirse.—Echase fuera de la suerte el toro, por blando al hierro ó por demasiado abanto.

Espada.—Es el torero encargado de dar muerte al toro con estoque. Antiguamente estaba contratado solo y particularmente, es decir, con independencia de la cuadrilla; pero desde que se retiró el célebre Romero, y el matador más acreditado entonces, Jerónimo José Cándido, reunió el mejor personal que había, cada espada de alguna significación ha quedado constituido en jefe de cuadrilla, la cual se compone, por lo común, de dos picadores y tres banderilleros. A cargo del espada está la dirección de la plaza, y cuando trabajan más de uno la tiene de derecho el más antiguo. Sobre sus atribuciones, véase lo que decimos en la voz PRE-

SIDENCIA. Se llama también espada el arma con que se da muerte al toro, y que describimos en la palabra *Estoque*.

Espejito.—Toro procedente de la ganadería del duque de San Lorenzo, lidiado en Jerez de la Frontera el 30 de Abril de 1872. Cárdeno y bragado, tomó veinte puyazos, matando con gran ímpetu ocho caballos, y le fué perdonada la vida á petición del público.

Espejo, Francisco.—De poca fuerza, pero buen jinete, fué este picador de mediados del presente siglo. El habanero Pedro Romero le dió la alternativa en Madrid el año de 1847.

Espinillera.—Véase GREGORIANA; pero téngase en cuenta que espinillera se llamó antiguamente una pieza de armadura de hierro templado que cubría las espinillas, y que era de muy distinta forma á la Gregoriana.

Esquivel, D. Vicente.—Más de un precioso cuadro de toros es debido al diestro y acreditado pincel de este distinguido artista, hijo del reputado don Antonio.

En 1867 adquirió, por oposición, una plaza de profesor de dibujo de figura en la Escuela de Bellas Artes de Cádiz; de allí pasó con ascenso á Sevilla, y luego vino á las enseñanzas de artesanos del Conservatorio de Artes de Madrid.

Estados.—Los toros en la plaza tienen tres estados, que deben ser conocidos por su importancia. Son los de levantados, parados y aplomados. Como indican dichos nombres, los primeros son aquellos que, al salir del toril, y aun algún tiempo después, sin fijarse por lo regular en ningún objeto, ó en su caso muy poco, corren con la cabeza alta, sin codicia por el bulto, arrancan echándose fuera y con el sentido en la huida; los segundos, ó sea en estado de parados, se conocen en que no corren atolondrados, se fijan más, acometen con más decisión, conservan las piernas necesarias para toda clase de suertes, aunque no tengan el mismo vigor que cuando salieron del chiquero, y, en una palabra, se encuentran en las mejores condiciones para la lidia, si bien es verdad que en este estado es cuando empiezan á tomar las querencias casuales, que en el último estado, ó sea en el de aplomados, manifiestan decididamente. Cuando se encuentran en este caso, si tienen querencia, no la

abandonan, no hacen más que por los objetos que cerca tienen, están casi siempre inciertos, se tapan, se quedan, les faltan piernas muchas veces y suelen estar recelosos y hacerse de sentido. No siempre sucede que tan en absoluto pasen los tres estados, pues hay muchos toros que concluyen como empiezan, ó con muy poca diferencia.

Estampía.—Partir, salir, embestir de estampía, y significa hacerlo de repente, sin preparación ni anuncio alguno. En los toros de sentido son frecuentes las salidas rápidas, especialmente cuando en la muerte parecen aplomados y sin recursos físicos ni poder alguno.

Estébanez Calderón, D. Serafin.—Con el pseudónimo *El Solitario* escribió con un gracejo y talento inimitables preciosos artículos, que tituló «Escenas Andaluza», describiéndolas como nadie



lo ha hecho hasta ahora. Entre dichos artículos incluyó uno tratando de toros y ejercicios de la jineta con especialísimo acierto y conocimientos del asunto, y en él opina que el principio y origen de tales fiestas apareció en España entre los siglos IX y X. Nosotros, con el testimonio de historiadores respetables, aseguramos resueltamente

que empezaron, cuando menos, en el siglo VIII, y así lo hemos demostrado al principio de esta obra.

Estébanez Calderón nació en Málaga, cultivó las letras como muy pocos, fué auditor general del ejército del Norte cuando la primera guerra civil del presente siglo, y su nombre como literato figurará siempre entre los más aventajados de España.

Esteller, Juan.—Matador de toros sevillano que, como jefe de cuadrilla de á pie y de á caballo, estrenó en la mañana del 30 de Mayo de 1754 la plaza de toros que, ciento veinte años después, fué derribada, y existía en las inmediaciones de la Puerta de Alcalá de Madrid. En su tiempo era uno de los más distinguidos espadas, bravo y sereno, que *esperaba* las reses y con valor les daba muerte. Fué su competidor Manuel Bellón (*El Africano*), y si bien éste con la capa y el estoque le llevaba ventaja, parcheando y con rebiletes ni aun Leguregui (*El Pamplonés*) le igualó.

Esteros, Juan Pedro (*El Morenito*).—Matador de toros en novilladas, de poco nombre aún, que no sabemos si le conquistará ó se quedará en la estacada. Los buenos descos no son bastante para llegar al fin del camino.

Esteves Vaz, Joaquín Augusto.—Distinguido mozo de forcado, que en Portugal fué muy aplaudido por su valentía.

Esteves, Manuel.—Regular mozo de forcado portugués y nada más. Puede que la afición le haga adelantar; pero hasta ahora...

Estocada.—La que da el diestro en la suerte de matar. *Media estocada* es la que no se introduce la espada más que una mitad. *Corta*, la que no llega á entrar más que una tercera parte. *Honda*, la que penetra en el animal totalmente. *En la cruz ó en los rubios*, la que siendo más ó menos honda, es colocada en la parte alta del toro, centro superior de las agujas y médula espinal sobre los brazuelos, que es el sitio en que el matador en toda ocasión debe procurar colocarla. *Trasera*, la que queda puesta más atrás que la anterior, ya sea más alta ó más baja. *Delantera*, la que, por el contrario de la precedente, queda colocada ó introducida entre el testuz y la cruz del toro. *Ida*, la que entrando

alta toma la dirección de cortar la herradura, aunque no llegue este caso. *Contraria ó pasada*, la que se coloca en el lado izquierdo del animal. *Baja*, la que penetra en el lado del enello del toro á distancia de más de cuatro centímetros de la médula ó cabello. *Cruzada ó atravesada*, la que sea cualquiera el punto por donde haya entrado, sale más ó menos por el lado contrario rasgando la piel. Entiéndese del mismo modo, aunque no la rompa, siempre que se vea claramente, cuando no ha penetrado todo el estoque, que si éste entrase la rasgaría; lo cual se conoce en que se forma un bulto al animal en el sitio en que se encuentra la punta de aquél, á causa de la coagulación de la sangre. No debe confundirse con la *ida*, porque en esta, aun penetrando todo el hierro, no llega nunca á salir de la piel, y en la cruzada debe suceder irremisiblemente. *Tendida*, la que queda colocada casi horizontalmente en el animal. *Sobrada*, la que entra, como la contraria, en el lado izquierdo del

tiene en hueso; pues en el caso de que por esta razón no entre, es del mismo modo recomendable su mérito que si se verificase.»

«Para graduar lo expuesto no se necesita meditar otra cosa que es el que lo propio se arriesga el lidiador para dar una estocada bien dirigida, matando de ella al toro, que cuando no lo consigue.»

«No solamente debe hacerse esta reflexión para el supuesto desengaño: es necesario hacer otras más interesantes. Por ejemplo: el lidiador que mata un toro de cuatro estocadas en ley es más digno de aplauso que el que lo hace de ocho semejantes á idéntico número de toros. La razón es tan clara como sencilla. Al paso que el toro va recibiendo más estocadas, se gradúa por momentos su malicia y recelo para la muerte, con las innumerables defensas que su natural instinto le suministra. Progresivamente se cansa, entorpece y debilita la agilidad y fuerzas del lidiador, con singularidad en el brazo derecho, para dirigir con



1790. — MUERTO Á METISACA. — F. NOSERET

cuello y además es algo trasera. *Caida*, la que colocada á un lado de la médula, y sin ser completamente baja, va con el peso de la espada inclinándose abajo del morrillo. *Pasada por pararse*, la que entrando alta tiene su dirección casi perpendicular. En las estocadas, por más que unas sean más lucidas que otras, el inteligente debe atender primero á la manera con que se han dado que á la fortuna con que el lidiador haya conseguido clavarlas ó colocarlas.

Para que se advierta de cuán distinto modo se apreciaba en el siglo último el mérito de las estocadas al que ahora se concede, véase lo que sobre el particular escribió á primeros del presente siglo el renombrado aficionado D. José de la Tijera:

«El matar los toros de la primer estocada (en el concepto de ser de las que llaman á ley) es una acción de muy inferior mérito que la de realizarlo de mayor número, siendo de igual clase, cuando se introduce casi toda la espada, esto es, si no se de-

acierto las estocadas. El tino mental se ofusca para resolver sin dilación las sucesivas suertes, ardides y tretas extraordinarias y conducentes, con singularidad á vista de un concurso, que ya sabe comienza á censurarle sin razón; y esta sola, no haciendo mérito de las demás insinuadas, es bastante para convencimiento de lo manifestado.»

«Los estoqueadores menos expertos ó principiantes vemos que comunmente dan una ó dos estocadas con algún acierto, el que pierden luego, y se hallan como atados é indecisos para continuar. Otras muchas y no menos invencibles pruebas se producirían al intento, si se tratara de ampliarnos todo lo que exige este dilatado particular.»

«Ya que hemos tocado el de matar y en lo que consiste su más alto mérito, es de tener en consideración que este se multiplica con exceso cuando el lidiador mete y saca la espada con limpieza y gallardía, bien sea la estocada alta ó bien baja. Es

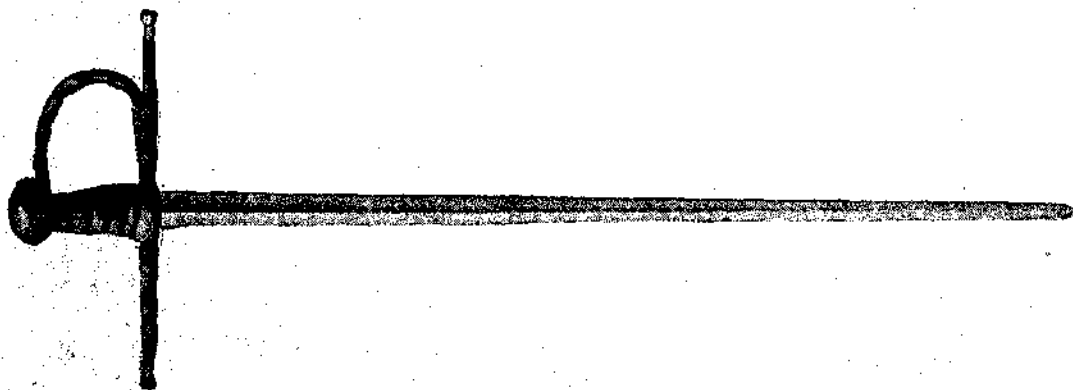
decir, que respectivamente aquélla y ésta son, en su clase, más plausibles cuando se saca la espada que dejándola metida.»

«La prueba es tan obvia, que aun el menos reflexivo conocerá que el introducir la espada consta sólo de un tiempo y el sacarla de dos, con la diferencia que al primero contribuye la velocidad con que el toro avanza y se entra por ella, y para el segundo esta gran velocidad es un gran obstáculo para sacarla instantáneamente, á cuya dificultad se agrega la de que toda la acción del segundo tiempo pende absolutamente de parte del lidiador, y es necesario que para ejecutarla se detenga duplicados instantes en lo más crítico y arriesgado del acto.»

«Aunque la operación demostrada presenta más expuesto al lidiador, también le produce, no sólo

mérito matar un toro de tres ó cuatro estocadas y para enaltecer el *metisaca*, que es la voz moderna, no consiguió que su doctrina echara raíces. El público de todas partes admira más al lidiador que mata á ley (como él dice) un toro con una sola estocada que el que le aburre con varios pinchazos, y mejor quiere el estoque en el cuerpo de la res, para ver su altura y dirección, que el *metisaca*, del cual pocas veces puede hacerse cargo. Los tiempos pasan y las exigencias son mayores cada vez.

Estoque.—Tiene de largo desde el pomo á la cruz cinco centímetros, y desde ésta á la punta unos setenta y cinco, poco más ó menos. Toda la guardación debe ir arrollada con cinta de lana y el pomo de piel, para que la mano no se escurra y



el insinuado superior mérito y lucimiento, si también la ventaja de que en los continuos relances ó recargos del toro pueda defenderse de él, dándole otra ó más estocadas, haciendo brillar su habilidad y rematándole con la prontitud que apetece el público, y en muchos casos le será excesivamente más fácil que volviendo á buscar y preparar el toro de segunda intención.»

«No hay arte, ciencia ni oficio en que las reglas generales tengan más excepciones que en el torcar, y así es que, entre otras, se supone que lo sentado, en cuanto á quedarse el lidiador con la espada en la mano, tiene la de trabarse entre los huesos ó no dar lugar al toro á sacarla, por embestir con suma rapidez. En lo relativo á meterse el toro por la espada, es otra excepción la de cuando se le mata á vuela-piés, en cuya operación, si el toro no avanza más ó menos (como suele suceder), la acción del primer tiempo explicado se verifica toda de parte del lidiador, y de consiguiente la del segundo, en el caso de sacar la espada.»

A pesar de los esfuerzos de imaginación que hizo el señor La Tijera para considerar de mayor

sea más segura la dirección de la estocada. Llámase también espada al estoque, y hay otras algo más delgadas á que se da el nombre de verduguillos. Los toreros tienen la costumbre, antes de estrenar un estoque, de templarle en la sangre de un toro recién muerto, y un chulo suele introducirle en el cuerpo del animal por breves momentos con ese fin. No se crea que el estoque debe ser de acero flexible ó templado, sino duro y forjado, de manera que más bien se tuerza que se rompa. En Valencia es donde se hacen mejores estoques y verduguillos.

Estoqueador.—El que estoquea. Dicese principalmente de los toreros que matan los toros con estoque. Exacta es la definición de la Academia; pero poco usada entre la gente del arte.

Estornino.—Fenomenal toro lesaqueño, cárdeno claro, lidiado el 15 de Junio de 1851 en Málaga, en una famosa corrida en que hubo ejemplares soberbios en tipo y en bravura. Creciéndose al cas-

tigo recibió más de cuarenta varas, siendo tan codicioso y duro, que en una atravesó el redondel formando grupo admirable jinete caballo y toro, con Redondo cogido á la cola de *Estornino*. ¿Cuándo vemos hoy esto? Le mató Nicolás Baro, por ser el sexto y último de la corrida.

Estornino.—Toro de la ganadería de Lesaca, cárdano obscuro, que se corrió en cuarto lugar en Madrid el domingo 31 de Octubre de 1852. Su condición de blando no merecería que de él se hiciese mérito, si no hubiese habido con él varios lances dignos de tenerse en cuenta. En primer lugar, el notable picador Lorenzo Sánchez fué estrepitosamente aplaudido al ponerle las dos únicas varas que le colocó en los rubios, quitándole la divisa, lo cual le valió le arrojaran una corona, que también pudo considerarse como premio á lo bien que había trabajado en toda la temporada. Además, el célebre banderillero Blas Meliz (*Minuto*) intentó saltarle al trascuerno, y por haberse retrasado el toro, cayó aquél sobre las astas, recibiendo dos ligeros puntazos. *Cúchares* le capeó y puso dos pares de banderillas como despedida de temporada, y, finalmente, este fué el primer toro que mató en Madrid Antonio Sánchez (*El Tato*), siendo aun banderillero, con gran aplauso por el trasteo que le dió y porque le descabelló á la primera. En algunas plazas de provincias llaman estornino al toro negro zaino que tiene algunas, aunque pocas, manchas blancas, insuficientes para considerarle berrendo y sobradas para tenerle por girón. Nevado es como deben llamarle.

Estrada, Duque de.—Caballero toledano que vivió desde fines del siglo XVI hasta mediados del XVII. En el año de 1615, en un empeño de á pie que tuvo en Nápoles, y que él había inventado, consistiendo en esperar al toro en medio de la plaza con garrocha en mano, á pie firme para clársela en el testuz y sacar luego la espada, defendiéndose y ofendiendo á cuchilladas, fué revolcado y lastimado gravemente, pero no herido de asta.

Estrada, Vicente.—Formó parte, como banderillero de la cuadrilla de *Costillares*, en el último tercio del siglo XVIII.

Estrañi, D. José.—Ni con más sal ni con tanta gracia como este antiguo redactor de *La Voz Montañesa* hay quien escriba revistas de toros. Ya lo

sabe él, y lo sabemos todos desde hace muchos años, porque es común opinión, pública voz y fama.

Estrella, Conde de la.—Su Memoria dirigida al rey D. Fernando VII motivó la resolución de éste, decretando en 28 de Mayo de 1830 la creación de la escuela de tauromaquia en la ciudad de Sevilla. Justo es que su nombre figure en nuestro Diccionario, tanto más cuanto que en dicho documento se descubre al aficionado inteligente que sabe lo que escribe y asegura; tal es la riqueza de detalles teóricos y técnicos que contiene. El Sr. D. Pascual Millán ha hecho un buen servicio á la historia del arte taurino publicando dicha Memoria en su preciosa obra *La Escuela de tauromaquia de Sevilla*.

Estrems, Joaquín (Valencia).—Banderillero principiante, que dicen es atrevido. No le hemos visto.

Estrems, Emilio (Valencia).—Banderillero de toros en novilladas, atrevido y sin carecer de gracia, y al parecer tampoco de valentía. Empieza ahora, no le hemos visto más que parear un toro, y eso es muy poco para formar juicio.

Estribo.—Llámanse así el escalón de la barrera que á la altura próxima de medio metro tiene aquélla en la parte exterior, ó sea en la que mira al redondel. En la mayor parte de las plazas de toros está pintado de blanco para que el diestro pueda fijarse con facilidad en un color que tan perfectamente divide el negro de la parte baja y el encarnado obscuro de la superior. También se llaman estribos los que tiene la silla de montar del picador, y que son cubiertos y de hierro, de la forma llamada vaquera.

Extraño.—La sorpresa ó susto que sienten y manifiestan, tanto el torero como el toro, estando uno frente al otro. En el primero denota poca serenidad; en el segundo, recelo ó temor. El *Diccionario* de la Academia lo define en distinto sentido.

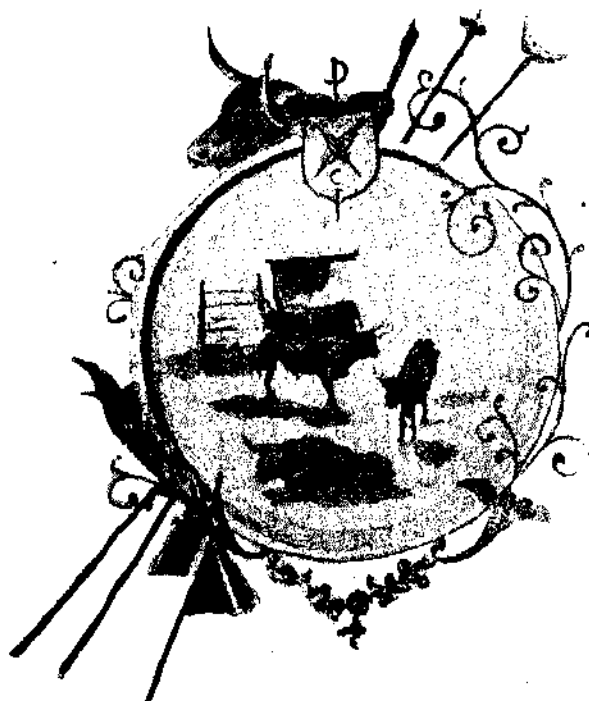
Ezpeleta, Francisco.—Cuando nosotros vimos, hace ya muchos años, torear, ó mejor dicho, matar toros á este espada, no nos gustó, ni debía gustar.

tarnos, porque ya era viejo, grueso y sin poder. El pobre, si se le venía el toro, le esperaba, saliendo, como Dios quería, si no pasaba las de Cain. No sabemos lo que sería en sus mocedades, porque ya en el año de 1826 era matador de toros por delante de José de los Santos.

Ezpeleta, Francisco.—Ha habido un banderillero de este nombre, hijo del anterior; pero no le hemos conocido. Falleció en Cádiz en el mes de

Febrero de 1891. En algunos carteles aparece con el alias de *Bolita*.

Ezpeleta, Ignacio.—Banderillero un tiempo en la cuadrilla de Montes. Cumplía bien sin distinguirse. No sabemos si era hijo, hermano ó pariente de Francisco. Todavía trabajaba en 1857. Después no hemos vuelto á saber de él. Era un poco echado para adelante, si bien torcando alguna vez se echó para atrás. Aunque sin alternativa mató algunos toros en el año de 1845 y posteriores.

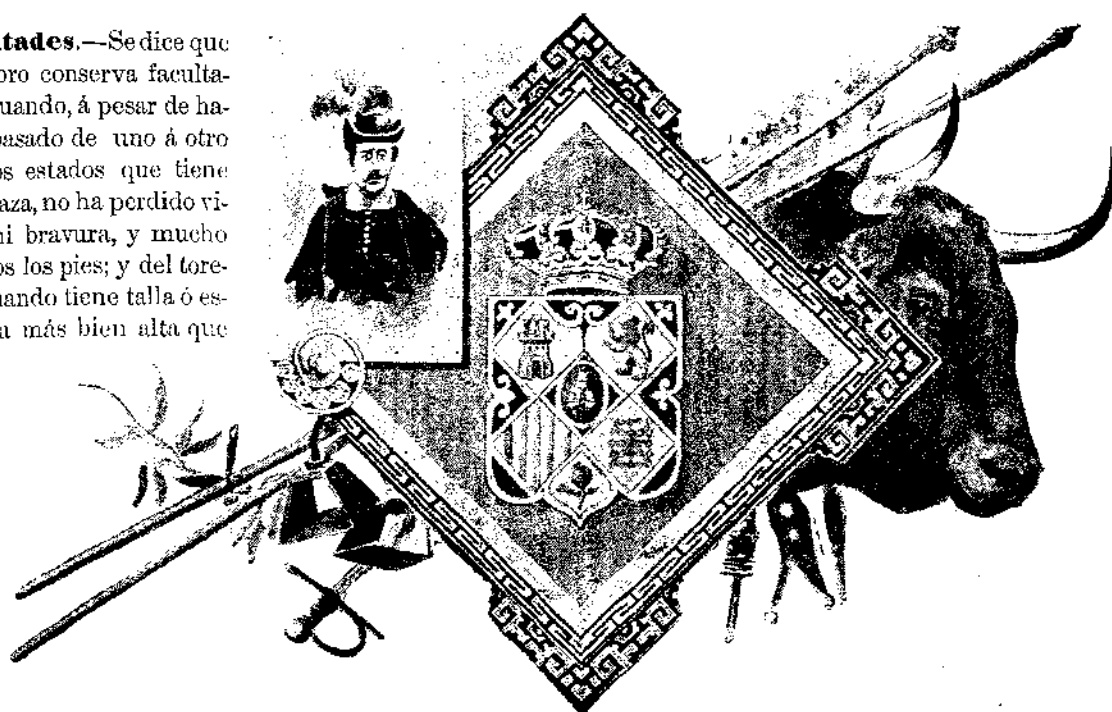




Fabre, José.—Picador de toros regular y nada más, que perteneció á la cuadrilla de Juan León por los años 1832 en adelante. El año anterior á ese trabajó en las corridas de feria de Sevilla.

baja, ligeroza, fuerza y poder en las piernas, buena vista y juventud. Si con estas facultades no es buen diestro cualquier torero, forzoso será decir que le faltan serenidad y conocimiento de su profesión.

Facultades.—Se dice que un toro conserva facultades cuando, á pesar de haber pasado de uno á otro de los estados que tiene en plaza, no ha perdido vigor ni bravura, y mucho menos los pies; y del torero, cuando tiene talla ó estatura más bien alta que



Facultades, Germán.—Es un matador de toros americano, que en España no ha toreado ni es conocido. Parece que no es de los más distinguidos,

si juzgamos por lo que acerca de su mérito dice la prensa de su país.

ESCOGIENDO UNA CORRIDA. — Díez. — En la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua



Faena.—Se llama así el ejercicio que en general hace el diestro; de modo que cuanto mejor ejecutadas sean por él las respectivas suertes de que consta el toreo, mejor y más lucida será la faena que con los toros haya tenido. Es decir, que la faena es lo que realmente constituye la lidia; pero debemos advertir que casi siempre se aplica dicha palabra á la brega que pasando de muleta ejecuta el matador antes de estoquear al toro.

La faena de campo es la que más agrada al aficionado que en ella toma parte. Son sus más esenciales detalles aquellos que entusiasman por el goce personal que siente todo el que tiene valor y posee inteligencia taurina; y si además es buen jinete y monta caballo de su satisfacción, puede consumir con arte y gracia faenas de mérito, en que la alegría entra por base y el júbilo y la satisfacción como digno remate de la fiesta. Mucha diversión ofrece un *herradero*, donde los aficionados hacen gala de su atrevimiento ante el testuz de un ternero, llevando con gusto unos cuantos revolcones por sujetarle; todavía es mayor el de la *tien-ta*, en que, tanto á pie como á caballo, hay ocasión de lucirse y de ser revolcado; pero entre todas las faenas, ninguna hay más hermosa y gallarda que la de perseguir á caballo, en campo abierto y garrocha en mano, á un toro ya hecho, bien sea

para derribarle, enlazarle ó apartarle del resto de la vacada, sacándole de ella, y á otros seis ú ocho sucesivamente, á fin de *escoger* y componer con todos una «corrida» próxima á ser lidiada. Es constante el caracoleo que alrededor de la piara ha de hacer el jinete ó los jinetes que á separarle se dediquen, porque unas veces el toro á quien se quiere apartar, y otras alguno ó algunos de los que con él están juntos, suelen acometer, y forzosamente hay que ir sorteando sus embestidas yendo, viniendo, acercándose, retirándose, ya en línea recta y rápida, ya formando curvas, elipses, círculos y semicírculos; y toda la fatiga que esta continuada faena proporciona al jinete y al caballo la considera recompensada el primero cuando ve salir en dirección al cabestrero, preparado al efecto lejos de la vacada, al toro *escogido*, á quien persigue sin descanso y con viveza, garrocha en ristre, para que no se vuelva y con la precaución consiguiente á evitar un percance si tal acontece. No se comprende más que viéndolo el interés, el anhelo con que se presencia una de estas faenas, que es muy difícil pintar bien, si ha de haber en el cuadro verdad real y positiva. Una idea aproximada, sin embargo, da el lienzo que pintó el famoso pintor sevillano, D. Joaquín Díez, pocos años antes de su fallecimiento.

Representa el cuadro, con mucha exactitud, un «apartado» en la posesión cercana á Madrid titulada La Muñoz, que no hay aficionado verdadero en la corte que no la conozca. El sitio de la faena es el llamado «la dehesa» del lado de acá de los molinos; y fué señalado (porque el asunto es histórico) para escoger en él una corrida de toros de Veragua, que se lidió en la plaza nueva en el mes de Septiembre de 1874. El precioso toro berrondo que, acosado, ocupa el centro del cuadro, se llamaba *Cometo* y fué lidiado en quinto lugar; su dueño, el actual señor duque, que es el que le persigue inmediatamente, está admirablemente retratado, no menos que el que fué nuestro amigo é inteligente aficionado D. Ignacio Pérez de Soto, que, con el encargado de la piara, Remigio Losa, le siguen á caballo. En el grupo de la derecha, según se mira, aparece sentado el autor del cuadro, señor Díez, y los que están á su lado, empezando de derecha á izquierda, son los señores Carranza y Vallo, D. José María Albareda, D. Antonio Boria y Angel López (*Regatero*).

Los que aparecen á caballo, en tercer término, son los en aquel tiempo célebres garrochistas don Benjamín Arrabal y D. Lorenzo Fernández de la Somera, y, por último, el cabestrero que está á pie es Félix Ballesteros (*El Zurdo*), que ahora es mayoral de la plaza de toros de esta corte, y los dos últimos á caballo, en la izquierda, D. Salvador González Montero y D. Francisco Iribarren.

Hay tan exacta precisión de distancias, tan feliz combinación de grupos, y, en conjunto, tal verdad en tan precioso lienzo, que sólo al verle puede formarse idea de lo que es un *apartado de toros en el campo* y la animación que produce en los inteligentes tan brillante faena.

Falseta.—(Véase *DERRIEAR*).

Fañar.—En lo antiguo y aun ahora en algunas provincias de España y Portugal, se dice así, para denotar la acción de cortar parte ó despuntar las orejas de las reses. —Esta operación se practica generalmente al hacer la tiente, y rara es la ganadería de casta acreditada que no tiene como señal distintiva el corte, en una ú otra forma, de las orejas al toro de lidia.

Farfán, Manuel.—Contemporáneo de Martín (*Castañita*), con quien en 1846 trabajó en la cuadrilla de *Cúchares*. No se distinguió ni por bueno ni por malo.

Faria, Francisco.—En 1815 empezó á poner banderillas este torero portugués, que adelantó no poco y de quien algunos aprendieron. Murió en 1838.

Faria, Manuel.—Este banderillero, que no sabemos si fué hermano ó pariente del anterior, quiso también ser torero en 1820, pero falleció al año siguiente en aquel país.

Faria, Antonio.—También con antelación de un año se presentó á banderillar éste, entonces muchacho. Fué muy aceptable y murió en 1837.

Faria, Miguel.—Con general aceptación y buenos deseos trabajaba en las primeras plazas del vecino reino de Portugal este notable banderillero lusitano de excelentes facultades para la lidia. Hace tiempo que no hemos oído su nombre en parte alguna: creemos ha fallecido.

Faria, José.—Escritor portugués que, á juzgar por las reseñas que ha publicado en la *Nação* y en el *Jornal do Comercio* de aquel país, se conoce que tiene inteligencia, independencia de carácter y

sabe lo que dice, cosa no muy común en la crítica taurina.

Farpa.—Así llaman en Portugal á la especie de banderillas largas que usan para castigar los toros.



SUERTE DE FAROL.—MACÍAS

Farol.—Hay en la suerte de capeo una que puede llamarse derivación de la nombrada verónica, y que han dado los aficionados en llamar de farol. Ni *Pepe Illo* ni *Montes* la describen, y esto prueba que ó la dieron poca importancia, ó más bien que la consideraron comprendida entre las de dicha clase. Consiste en ejecutar el lance de capa á la verónica, y cuando el toro sale de jurisdicción, y por consiguiente el diestro se halla fuera de cacho, saca la capa, y pasándola en redondo sobre su cabeza, la coloca en sus hombros. Suele ser el remate ó final de los lances de capa á un toro. La equivocan muchos con galleos que se hacen con la capa puesta, y suponen que éstos, repetidos tres ó cuatro veces, constituyen la suerte que va dicha, lo cual no es exacto. En los galleos hay siempre quiebro de cintura y cambio de paso ó cuarteo, y en esta suerte, como en todas las de capear, es lo más perfecto mover poco los pies y hacerlo todo con los brazos. Es de mucho efecto esta suerte si el lidiador la repite con buen éxito más de dos veces, en cuyo caso en cada ocasión que extienda la capa, la gire á un lado y la vuelva sobre su cabeza sin dejarla en los hombros como hemos dicho, ha de llevar cuidado de volverse de espaldas al primitivo sitio que tuvo, porque el toro va recogido en los vuelos del capote y no deja de perseguir el engaño. No debe hacerse esta suerte más que con toros boyantes y sencillos que no estén parados y mucho menos aplomados.

Son de madera quebradiza y tienen el largo del rejón; pero ni la lanza ó pincho son iguales, ni tampoco la parte superior ó empuñadura. Es, pues, la farpa, una banderilla de metro y medio de larga, revestida de papel ó cintas algunas veces, y otras sin adorno de ninguna clase. Farpa primero y después arpón se llamaron en Castilla las banderillas cuando se ponían al toro una á una, lo cual se verificaba llamándole ó esperándole con una capa en la mano izquierda, y cuando humillaba en ella, con la otra mano clavaban el arpón. Esta suerte, según dice un autor, data de 1709; pero nosotros la creemos muy anterior, fundándonos, entre otras cosas, en que el inmortal Goya pinta en su colección taurómaca, láminas 7.^a y 8.^a, moros á pie con arpón en la forma referida.



Farpeador.— Aunque éste es el verdadero nombre que debe darse al que clava farpas en los

toros, llámasele comunmente rejoneador sin que realmente lo sea, porque no es lo mismo herir para matar hundiendo el rejón, que enganchar el pincho de una banderilla. Estas se ponen una á una quebrándolas como al rejoncillo, casi siempre á caballo levantado, caracoleando con él alrededor de la fiera hasta llegar á un centro, naturalmente más apartado ó distante que el necesario para poner un peón banderillas al cuarteo, pero en igual forma. También se clavaban emparejándose con el toro y antes de que éste se revuelva; pero si esto es fácil con un bicho de pocos pies ó huido, es muy expuesto con el que esté aún vigoroso, y pocas, muy pocas veces, á manera de rejón, esperando con capote de ayuda al estribo. Es suerte en la que siempre se sale por piés, muy vistosa y que acredita de gran caballista al buen jinete: ejecútala con maestría verdadera los portugueses; deben usarse para ella caballos ensayados al efecto, muy ligeros y de potentes ancas, ó sea fuerza en los cuartos traseros, y cuidar mucho de no hallarse en corto terreno frente al toro, porque entonces será difícil la salida sin quebranto.

También colocan desde el caballo algunos farpeadores unas banderillas que llaman *ferros cortos*. Según dicen allí los maestros en el arte de torear á caballo, el poner dichos hierros cortos ó banderillas desde el jaco no tiene arte, pues para el buen cavalheiro se debe siempre estilar la farpa larga que le permite ponerla *sin encorvarse*, que esto es muy feo y contrario á las reglas de equitación, lo cual no obsta para que algunos se valgan de ese medio para obtener aplausos, aunque sean de gente ignorante, que cree más difícil la suerte así, al ver clavar dos banderillas.

Lo principal es tener un caballo bueno que sepa cuarteo, arrimándose bien á los toros; pero ya se ve, también traseiende á Portugal la gracia de los adornitos y falta de formalidad, que sólo un día, con determinado toro boyante podría tolerarse, puesto que esa como otras, no son suertes de toreo que el arte admite.

Hace más de cuarenta años vino á España el



FARPEADOR PORTUGUÉS (José Bento d'Araujo). — De fotografía

cavalheiro Antonio d'os Santos al frente de una cuadrilla de farpeadores á pié, que vestidos de indios esperaban á la puerta del toril la salida del toro, é hincando rodilla en tierra, le clavaban don-

de podían la farpa, sufriendo los pisotones y cogidas consiguientes ó inevitables.

Farpear *á pié*, que allí llaman «intervalo taurino», es brutal y falto de arte. Colócanse uno ó más



PAS PAULINO, NEGRO FARPEADOR

hombres á porta gayola, ó en cualquier sitio de la plaza, de rodillas, sentados ó echados y cuando el toro les embiste, pinchanle con las farpas y el toro rebrinea, pisoteándolos casi siempre y tirando por el aire algunas veces al que puede enganchar en su carrera. Casi todos los que farpean de este modo son negros desdichados que mueren pronto á fuerza de los porrazos que reciben. Hará próximamente un año que en la plaza de Setubal se

presentó á lidiar un toro de ese modo un *inter-*

valheiro, con otros, llamado Pas Paulino, muy conocido en todo aquel país, y ridículamente vestido con frac y corbata blanca que contrastaba con el negro color de su rostro: esperó al toro, sentado en una silla, farpa en mano y colocado de costado, le clavó la farpa, se tiró al suelo muy oportunamente, pasó el animal rebrincándole y pisoteándole, y nada más. A pocos portugueses gusta este modo de farpear á pié.

El verdadero toreo portugués consiste en clavar desde el caballo á las reses bravas, que siempre van emboladas, las farpas, cuya descripción queda hecha en el lugar correspondiente, colocándolas una á una sobre el morrillo del toro y quebrándolas al ponerlas como los rejoneillos españoles. En este ejercicio son muy diestros los naturales de aquel país, que tienen especial habilidad para educar los caballos, hasta el punto de que muchos de éstos saben por sí solos rehuir la acometida de la fiera, saliendo de pronto por el lado contrario, ó acelerando su carrera. El traje que usan «os cavalheiros» es muy vistoso y muy parecido al que en España llamamos á la Federica.

A pie capean y corren los toros, como aquí en España, si bien son pocos portugueses los que llegan á igualar á los peones de nuestro país: clavan banderillas como las nuestras, también con menos habilidad por lo general, pero con tanta valentía, que suelen esperar al toro «á porta de gayola,»



CABALLERO PORTUGUÉS FARPEANDO

que es la del toril, y clavarlas con prontitud y con acierto, pasando luego las reses á ser *pegadas* (sujetas) de frente, de espaldas ó de costado por los mozos de forcado (1), que son bravos á toda prueba.

Ilace ya tiempo que muchas personas ilustradas del vecino reino quisieran ver en él implantadas las corridas de toros á la española; pero si alguna vez consiguen ver realizados sus propósitos, tendrán necesidad de acudir forzosamente á nuestros toreros, que en un período más ó menos largo puedan enseñar á los naturales de aquel país los secretos del arte, cuya práctica desconocen.

Por lo demás, el encierro y apartado de las reses los verifican poco más ó menos como nosotros, sólo que los vaqueros llamados «campinos» usan en vez de garrochas largas castigaderas, y se sirven de mayor número de bueyes para la conducción. Se nos olvidaba decir que en Portugal no se permite la lidia de toros de puntas, sino embolados.

Feijóo, José.—Era una esperanza para el torero, que se apagó muy pronto. Joven y apuesto, paraba con gracia y desenvoltura, y le hemos visto matar regularmente, sin atolondramiento, algún toro de novillada. Falleció en Madrid, á consecuencia de la enfermedad de viruelas, á las doce de la mañana del domingo 21 de Diciembre de 1873.

Feijóo, Manuel.—Picador de toros de poco nombre, que tiene buenos deseos y no se presenta mal. Va muy despacio en su profesión; tan despacio, que ya le van olvidando los matadores y los empresarios.

Felipe IV.—Este rey, cuya afición á la caza de toda clase es tan sabida, lanceaba y rejoneaba toros en montería con notable destreza. Dicen que en su tiempo se mataban ya toros con espada desde el caballo, lo cual se refiere á los años de 1630 á 1660; y comprueba esto en cierto modo el célebre pintor Goya en su famosa colección de láminas, cuando vemos una en que un caballero de aquella época da muerte á un toro desde el caballo con espada. En nuestros tiempos lo ha verificado alguna vez, con buen éxito, el picador de toros Pedro Romero (*El Habanero*), que perteneció á la cuadrilla del célebre José Redondo.

Félix, Carlos.—Torero portugués, que por valer poco, trabaja únicamente en las plazas de tercer orden. Todavía puede adelantar, que nunca es tarde si la dicha es buena.

Fenech, D. Luis.—Natural de Madrid, arquitecto provincial de Toledo, que hizo los planos y dirigió la construcción de la bonita plaza que tiene dicha ciudad. Casi todo el edificio es de piedra, bastante espaciosa las dependencias que comprende, y pueden colocarse dentro de él muy cómodamente nueve mil espectadores. Está situada cerca de la fábrica de armas de la imperial ciudad.

Fernández de Cadórniga, D. Josef.—Antiguo escritor del siglo XIII, á principios del cual escribió unas *Reglas de torrear á caballo*, dedicadas al excelentísimo señor Conde de Maceda, titulándose en ese escrito, aficionado andaluz, oriundo de Galicia.

Fernández Moratín, D. Leandro.—Conocido entre los árcades por *Inarco Celenio*. Hijo de D. Nicolás, descendiente de una noble familia de Asturias y nacido en Madrid á 10 de Marzo



de 1760. Fué uno de los mejores cronistas y defensores de las corridas de toros, y tiene la envidiable suerte de ser el autor de las preciosas y magníficas quintillas de la composición que tituló:

(1) Véase PEGADORES.

Fiesta antigua de toros en Madrid, que está considerada como una verdadera joya literaria, modelo en las de su clase. Murió en Burdeos en 21 de Junio de 1828.

Moratin, haciendo un profundo estudio de los modelos clásicos, consiguió la reputación á que aspiraba; es el Moliere español, y á falta del famoso dramático francés no hubieran dejado los de su nación de contentarse y honrarse con el nuestro. Fué dichoso en cuanto emprendió como poeta y como crítico, y si le alcanzaron también parte de las desdichas que halló en nuestro suelo el usurpador francés, no por eso deja de alabarse hoy su memoria y darle el preferente puesto que debe ocupar en el Parnaso español.

Fernández Moratín, D. Nicolás.—Célebre escritor público que floreció en fines del siglo XVIII. Fué uno de los más constantes defensores de las fiestas de toros, y escribió en 1777 una preciosa *Carta histórica* sobre el origen de las mismas al príncipe Pignatelli. Falleció en Madrid el 11 de Mayo de 1780. Dicen autores que el abuelo de Moratín (debe ser el padre de este) mató un toro de una sola estocada en los rubios antes del año de 1700. Es superior á su hijo D. Leandro en buen gusto y celebridad.

Fernández, Tomás.—En la cuadrilla que dirigía en el siglo pasado el matador Juan Romero figuraba como banderillero éste, que fué compañero del afamado Apiñani.

Fernández de Córdoba, D. Luis.—No es el general de este nombre que en el presente siglo militó en España. Fué un caballero rejoneador que se lució en unas fiestas reales celebradas en el Perú en el año de 1632.

Fernández, Lorenzo (Lorencillo).—Natural de Cádiz, bajo de estatura y sucesor en las lides taurinas del célebre Martinecho, al que si bien no aventajó, no por eso desmerecía en el ejercicio de su profesión.

Fernández, José (El Cerrajero).—A fines del siglo pasado era uno de los lidiadores que con más aceptación tomaron parte en las mojigangas de novillos de la plaza de Madrid.

Fernández, D. Román.—Caballero en plaza que quebró rejoncillos en las fiestas reales celebra-

das en Madrid en 1846 con motivo del casamiento de la reina doña Isabel II y su hermana doña Luisa Fernanda. Era el primero en los carteles de los caballeros nombrados por S. M. para el primer día, que fué el 16 de Octubre. No tuvo la suerte de lucirse.

Fernández, Facundo.—Picador de toros de poca nota que en el primer tercio del presente siglo trabajaba detrás de Puyana y Ortiz.

Fernández, María.—Torera madrileña que, en la plaza de la Puerta de Alcalá de la capital de España, se presentó *sin reparo* alguno á ejercer su arte en una novillada el año de 1822.

Fernández, Benita.—Haciendo compañía á la anterior, *compareció* en el mismo día esta desgraciada, natural de Aranda de Duero.

Fernández, José (Bocanegra).—Fué un banderillero regular. Aunque con buenos deseos y facultades, tenía el defecto de salirse antes de tiempo del centro de la suerte. El infeliz murió en la sala de toreros del Hospital general de Madrid, á consecuencia de la cogida que tuvo en la plaza de la Puerta de Alcalá en la tarde del día 3 de Mayo de 1852, al concluir la suerte de banderillas, en que salió tropicado y cayó, y al querer incorporarse le metió el asta por la espalda el cuarto toro, de la ganadería de Durán, llamado *Maragato*. Fué su muerte muy sentida por sus compañeros; y su jefe de cuadrilla, José Redondo (*El Chiclanero*), costeó todos los gastos de enterramiento, funeral, etcétera, habiéndole acompañado á la última morada los toreros residentes en Madrid y la mayor parte de los aficionados de todas clases y condiciones. Era casado, natural de Chiclana y de veintiseis años de edad. Vivió en la calle del León, número 23, cuarto segundo, casa donde también falleció Manuel Jiménez (*El Cano*). El cadáver de Fernández fué inhumado el 6 de Mayo de 1852, en la sepultura núm. 33, galería segunda izquierda del camposanto de la Sacramental de San Ginés y San Luis.

Fernández, Antonio (Barillas).—Picador de fuerza y corpulento. Se retiró á Barcelona á dirigir varias empresas de compra y venta de ganados, que dicen entendía perfectamente. Fué su época por los años de 1840 á 1850. Dudamos viva todavía; en los carteles de las funciones reales cele-

bradas en Madrid en 1878, con motivo del casamiento del Rey D. Alfonso XII, ha figurado por antigüedad á la cabeza de los picadores; pero ya en 1885 se hallaba en aquella ciudad completamente ciego y desvalido.

Fernández, Juan.—Mataba novillos en 1823. Era natural de Sevilla, y no hay de él más noticias.

Fernández, Ramón (*El Esterero*).—Durante algunos años este picador ha trabajado bien en varias cuadrillas, aunque no siempre con fortuna. Le faltaba agilidad. Murió en Madrid el 30 de Abril de 1877 de enfermedad del hígado, según unos, y tisis laríngea, según otros, á los cuarenta y dos años de edad. Trabajó á las órdenes de *Cúchares* y luego con otros principales espadas posteriores al año 1858.

Fernández, Julio.—Picador de regulares condiciones que trabajaba con acreditadas cuadrillas, aunque no era muy notable. Había en él voluntad, pundonor, y no era mal jinete. Empezó en 1869; hoy no sabemos qué ha sido de él.

Fernández, Angel (*Calzones*).—Poquitas veces hemos visto trabajar á este banderillero, y no nos gustó, por su aceleramiento. No sabemos si se habrá parado, porque no hemos vuelto á verle ni á oír hablar de él en parte alguna.

Fernández, Pedro (*Valdemoro*).—Trabajó en las funciones reales celebradas en Madrid el 24 y 26 de Enero de 1878; es hermano mayor del espada Angel, nacido, como él, en Valdemoro, partido judicial de Jetafe, en la provincia de Madrid, y vino al mundo el día 26 de Noviembre del año 1833. Principió el oficio de pintor; pero le abandonó pronto, dedicándose desde la edad de dieciséis años á la lidia de reses bravas, para lo cual demostró muy pronto felices disposiciones y un entusiasmo como pocos han tenido. No hay que juzgar á Fernández solamente en el concepto de torero, sino como una especialidad para implantar, digámoslo así, las corridas de toros en cuantos países ha recorrido de Europa y América; tal es su afición y su vehemente deseo para dar á conocer en el mundo el arte que es patrimonio exclusivo de los españoles. Después de ponerse al frente de una cuadrilla que en 1858 dió en Nîmes (Francia) dieciocho ó veinte corridas, y en el si-

guiente año otras tantas en el mismo punto, quiso perfeccionarse en la Península, y hasta 1868 toreó al lado de los famosos matadores *Cúchares*, el *Salamanquino*, Sanz, Domínguez, *Lavi*, *El Tato* y otros, lo mismo en Madrid que en la mayor parte de las provincias. Llegó el último año citado, y desde entonces, Montevideo, Lima, el Callao, Costa Rica, San Salvador, Guatemala y la Habana presenciaron sus triunfos, en recuerdo de los cuales conserva valiosas dádivas de algunos de sus habitantes y corporaciones benéficas. Méjico, Orizaba y Veracruz admiraron también en él el arte español, y no contento con esto, consiguió en las naciones de Europa que más critican nuestro espectáculo propagar la afición al mismo, celebrando corridas de toros en Arlés, Nîmes y Perpignan, en Lisboa, y hasta en Milán, obteniendo frenéticos aplausos. No ha habido nadie que con tal tenacidad haya recorrido tantas partes del mundo, guiado sólo del entusiasmo por el difícil arte del toreo; y, por lo tanto, nada más justo que tributarle aquí el aprecio que merece. Podríamos citar muchos pormenores y sucesos de su errante vida, las alternativas de próspera y adversa fortuna que ha experimentado; pero estos detalles no darían más significación al torero.

Fernández, Angel (*Valdemoro*).—Tomó la alternativa de matador de toros en la plaza de Madrid el 13 de Octubre de 1872. Nació en la villa de Valdemoro, partido de Jetafe, junto á Madrid, el



día 1.º de Marzo de 1840. Sus padres, Juan Anacleto Fernández y Antonia Severa Pérez, labrado-

res en dicha villa, dedicaron á su hijo al oficio de carpintero; pero desde la edad de dieciseis años ya empezó éste á correr novillos en cuantos pueblos inmediatos podía, y á los veintinueve abandonó completamente el martillo y el escoplo por el capote y las banderillas. Desde el principio se advirtió en él mejor disposición para matador que para banderillero, porque con el trapo en las manos paraba mucho; así que después de unos cuantos años, en el de 1871, marchó en clase de matador al Perú, toreando veinte corridas en Lima con gran aplauso, y al volver á España tomó la alternativa en Madrid el 13 de Octubre de 1872, que le dieron Cayetano Sanz y Salvador Sánchez. Desde entonces su suerte ha sido variada, sufriendo muchas cornadas, sin que su valor haya amenguado, y alternando en plazas de primer nombre, en el puesto que por su categoría le corresponde, con todos los espadas conocidos en su época; pero donde ha obtenido ovaciones, que á cualquier artista satisfacen, ha sido en la Habana, en cuya plaza el año 1873 fué obsequiado con un beneficio, alhajas y dádivas de valor; y antes, en 1871, en Lima le premiaron con la medalla de oro, creada en aquella ciudad para recompensar el mérito y los conocimientos en el arte, que demostró especialmente en la corrida de 20 de Agosto. Hay muchos espadas que suenan más y valen menos, pero ya está en el ocaso de su vida torera.

Fernández, Antonio (*El Barrero*).—Ha sido un banderillero regular, y sin llegar á serlo superior, ha matado y mata toros. Le deseamos buena maña y mejor suerte, que de ambas cosas necesita. Procede de Andalucía, pues según hemos leído, no sabemos dónde, es natural de la ciudad de Carmona, en la provincia de Sevilla. No llegará al pináculo, que ha podido conquistar desde el 20 de Mayo de 1877, en que mató en Sevilla por primera vez.

Fernández, José (*El Barbi*).—Natural de la provincia de Sevilla, en uno de cuyos pueblos nació el año 1849. No fué conocido hasta el año 1871, en el que ingresó en la cuadrilla de José Machío, trabajando como banderillero en Madrid el 4 de Junio del mismo año. Pasó más tarde, por sus merecimientos, á la de *Cara-ancha*, y por último, en 1884 ingresó en la de Mazzantini, siendo en ella el banderillero de confianza del espada referido. El *Barbi* falleció en la Habana, á donde fué con Luis Mazzantini á torear en 1887, el 20 de Febrero, á consecuencia de un cólico miserere; al siguiente día se verificó su entierro con gran pompa.

Fué su muerte muy sentida por los aficionados de toda España, y particularmente por los de Se-



villa que agradecieron á Mazzantini su desprendimiento al costear todos los gastos.

Fernández, Eugenio (*Manitas*).—Picador, que por primera vez alternó en el circo de la corte el día 9 de Septiembre de 1883. Sin pertenecer á determinada cuadrilla, no sabemos si por ser hijo de la provincia ó por estar en ella bien relacionado, se presentaba en Madrid casi todas las temporadas sustituyendo á otros compañeros ó contratado por las empresas: cumplía regularmente, y nada más. Falleció en Aranjuez en 1890.

Fernández, Diego.—Banderillero de invierno. En 16 de Agosto de 1874 puso banderillas al último toro que se lidió en la derribada plaza de la Puerta de Alcalá de Madrid. Ha trabajado luego en corridas de verano y en las últimas funciones reales: se aplica y quiere, pero no puede, porque la fortuna no le ha ayudado.

Fernández, Isidro.—Picador principiante, de quien poco ó nada podemos decir, porque ha trabajado escaso número de funciones de novillos, y de ahí no ha pasado, ni pasará, que es lo peor.

Fernández y González, D. Manuel.—El más fecundo de los novelistas españoles ha consagrado también su vigorosa pluma á ensalzar, bajo el título de *Glorias del toro*, la personalidad de muchos que ejercieron tan difícil arte; á pintar de mano maestra cuadros de costumbres populares, y á referir con entusiasmo hechos notables taurómacos. Su ardiente imaginación le ha llevado en muchos casos á inventar sucesos y exagerar incidentes, que tienen de bueno el interés con que se leen, y de malo que no se ajustan á la verdad estricta.

Fernández, José.—Hay en Sevilla un matador de toros en novilladas que lleva este nombre sin apodo, cosa rara en el día, en que tanto abusan de los mote, como si con ellos se heredase la inteligencia, ó se adquiriese el valor. No sabemos cuál es su mérito.

Fernández Alférez, José.—Matador novillero que empieza á mostrar su habilidad, y más que ésta su valentía, en plazas de segundo orden. Todavía es pronto para juzgarle.

Fernández, José (Cachera).—Quiere este picador llegar en poco tiempo á donde otros llegaron por sus pasos contados. Más despacio debe marchar, que no hace tanto tiempo emprendió el camino; pero cuide de no quedarse en él.

Fernández, Juan Aquilino.—Peón de lidia, natural de Madrid, cuya fama como valiente, ha llegado hasta los tiempos modernos, desde que, á fines del siglo último, ejecutaba con gran precisión la suerte «lanzada de á pie».

Fernández, José (Corona).—Abundan los estoqueadores sevillanos de nueva entrada que es una bendición de Dios. Antes para construir un edificio se empezaba por los cimientos, ahora se coloca la chimenea primeramente, y salga lo que Dios quiera, que ejemplos hay de matadores de toros que sin ensayos ni aprendizajes han llegado á tomar la alternativa, y lo que es más raro, á distinguirse entre otros. *Corona*, que como banderillero no podemos juzgarle, porque no le hemos visto, se presentó en Madrid por primera vez el día 19 de Marzo de 1892 á matar toros de Veragüta en una novillada, y francamente no nos gustó, porque no vimos en él nada más que voluntad y valor.

Fernández, Cecilio.—No era un gran banderillero, pero cumplía bien y ha escuchado aplausos. En 1892 se ha retirado del toreo, ejemplo que debían imitar muchos peores que él.

Fernández, Celestino.—Un banderillero regular, que parecía iba á ser gran cosa y no lo ha sido, á pesar de un aprendizaje de más de ocho años.

Fernández, Cayetano (Cayetanito).—Ha empezado este muchacho con buenas disposiciones para la suerte de banderillas, trabajando en novilladas con voluntad. Si procura olvidar los recortes con capote abierto y aprende que los toros deben correrse por derecho, podrá ser algo; por de pronto ha llamado la atención verle entrar á la suerte con valentía, llegar bien y salir limpio en la mayor parte de los casos; no estorbar en el redondel y no acelerarse en ningún caso. Merece figurar en cuadrillas de primer orden, y en ellas aprendería seguramente en poco tiempo lo que ha de costarle más, si es que no se vicia, atrasando lo que ha adelantado.

Fernández, Abelardo.—De este muchacho, que como matador inauguró la plaza de Loja, en 1878, no hemos vuelto á tener noticia. ¿Habrà dejado el oficio? ¿Se habrá ido á América?

Fernández, Emilio (Yute).—Pica toros en novilladas; cae más veces de las que quisiera; se desestriba sin necesidad, y por consiguiente no se reúne con el caballo. En cuanto corrija esos defectos y algún otro podrá ser apreciado.

Fernández, Antonio.—Es portugués, rejoneador á caballo, y muy medianito en sus faenas. Esta es la calificación que de él hacen en su país, donde pasa sin ser muy conocido.

Fernández, Francisco (El Calesero).—Picador de toros muy aceptable, que cuando quiere sabe lo que hace. Monta bien y se desmonta mal, es decir, no cae unido al caballo, y la voluntad suya no siempre es decidida ni muy pronunciada.

Fernández, Antonio (Peronda).—Banderillero sevillano, moderno, de cuyo mérito nada sabemos, porque no llama la atención, hasta el punto de que suene su nombre con aplauso.

Fernández, Francisco.—Natural de Medina-Sidonia y picador que hacía las veces de reserva, aunque también alternaba, sin que se sepa si aumentó su fama ó quedó en nulidad. Su nombre aparece en carteles del año 1822.

Fernández, Francisco (*El Isleño*).—Después de haber recorrido matando toros con buen éxito, por espacio de tres años, muchas poblaciones importantes de América, se propone ser conocido en España. Cuando le veamos le juzgaremos, dicen sus paisanos, los vecinos de la isla de San Fernando; y nosotros añadimos que en Madrid hemos visto, en 1894, á un joven de los mismos nombre, apellido y apodo, que nos pareció muy flojito banderilleando.

Fernández, Julián (*El Salamanquino*).—Novillero, que mata toros con atrevimiento; hay voluntad, pincha bien, pero nada más hasta ahora. Verdad es que poco puede exigirse á los que andan de Ceca en Meca toreando, sin más amparo que el de Dios, ni más aprendizaje que su valor.

Fernández, Salustiano (*El Chano*).—Hubo un picador de toros en novilladas con ese nombre, á quien hemos visto trabajar regularmente, y luego ese mismo torero cambió de postura y se metió á picador de toros, alternando en Madrid por primera vez en 1890. Volviese de otro lado y fué á estoquear reses por esos pueblos de segundo orden. No hemos podido comprender qué es lo que se propuso con el cambio, porque si ha sido ganar más dinero, nos parece que se equivocó, y luego, reconociéndose, tornó á coger la garrocha y se ha hecho un buen picador de toros, notable por su valor y voluntad.

Fernández, José (*El Largo*).—Hermano del anterior, y como él, natural de Aranjuez. Voluntad sobra en ambos y valentía también; pero aquél tiene más arte, que éste va aprendiendo con la práctica.

Fernández, Manuel (*Manolín*).—Regular banderillero, de buena voluntad y con fuerza de piernas, pero pequeño de cuerpo; se aplicó, era alegre en la plaza; pero á éste, como á otros, los han venido empujando chiquillos atrevidos, y han dejado pasar su época sin hacer esfuerzos por adquirir un primer puesto.

Fernández, Manuel (*Manolo*).—Está aprendiendo en Andalucía á matar toros en novilladas. Todo sea por Dios.

Fernández, Manuel (*Pajarero*).—Se atreve á matar toros en novilladas, sin acordarse de que tienen cuernos. Algo es algo.

Fernández, Ignacia (*La Guerrita*).—Mata añojos y hace el *pase* en las plazas donde contratan á estas infelices. Aunque es más valiente y menos entendida que otras, hace cuanto puede exigirse en el toreo á una mujer. Nació en La Torre (Toledo) en 4 de Enero de 1870.

Fernandina, Duque de.—Bizarro caballero del siglo XV, que era muy aplaudido por las damas de la corte cuando rejoneaba toros con singular destreza, en competencia con el intrépido D. Luis de Trejo.

Ferrándiz y Badenes, D. Bernardo.—Pintor valenciano, discípulo de D. Francisco Martínez y de la Academia de San Carlos y de la de San Fernando. Asistió en París al estudio de Mr. Duret y á las enseñanzas de la Escuela Imperial. Entre sus obras llamaron la atención los cuadros «Antes de la corrida» y «¡Caballos! ¡Caballos!» que presentó en la Exposición nacional de 1878, y en la celebrada en París el mismo año. Fué nombrado, mediante oposición, en 3 de Abril de 1868, profesor de pintura en la Escuela de Bellas Artes de Málaga, é individuo correspondiente de la Real Academia de San Fernando, y en el siguiente de 1877 declarado por el Ayuntamiento de Málaga hijo adoptivo de aquella ciudad. Era comendador de la Orden de Carlos III.

Ferrando, Tomás (*El Ches*).—Novillero principiante, de quien poco puede decirse hasta ahora. Sábese que ha matado algunos toros, pero se ignora de qué manera. Veremos si el tiempo le dá á conocer ó le sepulta en el olvido.

Ferrant, D. Luis.—Son muy conocidas las obras de este distinguido pintor, y entre los aficionados á toros, las suertes que en distintas colecciones dibujó hace más de cincuenta años. Nació en Barcelona en 1806 é hizo sus primeros estudios en el don Juan de Rivera y en las clases de la Academia de San Fernando; fué pensionado en Italia

por el infante D. Sebastián, y en 1842 fué nombrado pintor de Cámara de dicho infante y en el de 1848 de S. M. la Reina. En 1861 ganó por oposición la plaza de profesor supernumerario de la Escuela superior de Pintura, fué individuo de la Academia de San Fernando y murió de una inflamación al bígado el día 28 Julio de 1868.

Ferrant y Fischermans, D. Alejandro.—

No hemos visto de este distinguidísimo pintor de historia más cuadros que con la fiesta nacional tengan relación que «un torero», de inimitable verdad, y un dibujo para *La Lidia*, excelente periódico taurino de universal nombradía. Ambos son obras maestras como todas las que ha producido su famoso pincel. Nació en Madrid en 1814, fué discípulo de su tío D. Luis y de la Escuela superior de Pintura; cursó en Roma, pintando con el célebre Pradilla; tiene varias condecoraciones distinguidas y desde 1880 es individuo de número de la Real Academia de San Fernando.

Ferraz, D. Eugenio.—Este joven diplomático ha escrito, con galana frase y naturalidad correctísima, preciosas revistas de toros en periódicos políticos con el pseudónimo de «Juan Matías el barbero», y por el contenido de ellas se comprende que sabe lo que dice y que no le es ajeno el conocimiento del arte de torear. Tiene mucha agudeza para la polémica, y en ella esgrime tan bien sus armas, que encuentra siempre el lado flaco de su adversario. Nacido en alta cuna, honra á Madrid, donde vió la luz.

Ferreira Barros, Antonio.—Escritor portugués entusiasta por las corridas de toros, que, mientras no había plaza en Lisboa, fué el único que constantemente estuvo abogando por la construcción de una que fuese digna de aquella hermosa capital. Ha escrito revistas muy apreciadas y graciosas, con el pseudónimo de «José Pampinho», alejándose en ellas algo de la verdadera crítica; pero su manera pintoresca de referir los hechos y comentarlos ha hecho que sus reseñas de las corridas de toros sean leídas con gusto por el público aficionado.

Tiene treinta y ocho años y es redactor de *As Novidades*.

Ferreira Grillo, José.—Distinguido banderillero portugués que falleció en 1825 de resultas de una cornada. No llegó á durar ocho años su vida torera.

Ferreira Freire, Manuel.—Sonó su nombre en Portugal, allá por los años de 1865 y siguientes, entre los banderilleros de aquel país.

Ferreira Pinto Boito, Viriato.—Toreó en su país allá por los años 1865 y siguientes como banderillero; fué medianillo y hace bastante tiempo se retiró.

Ferreira Pinto, Manuel.—Perteneciendo á distinguida y noble familia portuguesa, ha sido uno de los más valientes pegadores (mozo de forcado) en el vecino reino.

Ferreira Pinto, Juan.—Ahora está en su apogeo este banderillero portugués, que dicen trabaja de afición muy regularmente.

Ferreira Pinto Boito, Frederico.—De distinguida familia portuguesa, fué un gran aficionado rejoneador, bravo, entendido, jinete consumado y de gallarda figura. Murió en 1886.

Ferreira Pinto, José.—Como aficionado distinguido puede citarse á este banderillero portugués, de regulares condiciones é inteligencia, que ha trabajado en público y que ha pertenecido á una familia respetable de aquel país. Murió en el año 1891.

Ferreira Roquete, Antonio.—Posee en Portugal una ganadería, cuyos toros tienen buen nombre. Fué un notable mozo de forcado.

Ferreira, Francisco.—Desde 1888, en que se lanzó á la arena con gran afición á clavar banderillas, era ya tiempo de haber adelantado más, ya que el valor sobra.

Ferrao de Castello Branco, Juan.—Noble portugués fallecido en 1878, que fué un excelente mozo de forcado, bravo é inteligente, que obtuvo aplausos en muchas corridas benéficas.

Ferrer, Diego.—A mediados del pasado siglo sonaba mucho el nombre de este lidiador como uno de los mejores capotes que se presentaban entonces en el redondel. Trabajó con Esteller, Romero y otros de su época.

Ferrer, Vicente (Pollito).—Ligero como el viento y atrevidillo, torcaba hace pocos años como banderillero en varias plazas de provincias, y más de una vez consiguió aplausos en el salto de la garrocha. Dicen que allá, en América, había adelantado mucho matando toros. Podrá ser verdad; pero en las pocas veces que le hemos visto no hemos advertido tales adelantos. Hay en él decisión y valentía, y puede aprender el arte si reflexiona que el matar toros no es á cambio de cornadas, sino evitando éstas precisamente.

Fierro, D. José.—Si algún madrileño ha llevado hasta la exageración su afición á las corridas de toros, ese ha sido Pepe Fierro, como le llaman sus intimos. No se ha contentado con lidiar y matar bocerotes, asistir y tomar parte en tientas, encierros y herraderos, así como en toda clase de faenas de campo, por penosas que hayan sido, sino que ha sido el alma de aquellas famosas corridas celebradas en las plazas de toros, que una tras de otra existieron en los Campos Eliseos de esta corte; él organizaba las funciones que sirvieron para adiestrarse lidiadores que luego fueron tan notables como *Armillá*, *Mazzantini*, *Pulguita* y otros que son muy apreciados por los inteligentes, y él es el que las organiza también y dispone en la plaza del Puente de Vallecas, que está sirviendo



de escuela para el aprendizaje de muchos toreros que ya lucen sus habilidades en las principales

plazas del reino. Pepe Fierro ha dedicado toda su vida al toreo en cuantas manifestaciones de él se derivan, siempre con afán, venciendo contrariedades y sacrificando en ocasiones su fortuna en pro del arte; de modo que ha sido lidiador (alicionado y no retribuido), garrochista, empresario y contratista en muchas ocasiones, y con infatigable celo y entusiasmo siempre; añádase á eso el carácter amable, servicial y modesto que le distingue y calcúlese cuán grande será el número de simpatías que contará en Madrid, principalmente entre los que tienen amor al arte de Romero y Costillares.

Figueiredo, Manuel.—En la plaza del Salitre, de Lisboa, se presentó, allá por el año 1823, como caballero farpeador, y en poco tiempo llegó á ser uno de los de mejor aceptación. Murió en 1849.

Figueiredo, Pedro de.—Portugués, buen torero, buen banderillero y muy valiente. ¿Qué más se puede pedir? Si en vez de ser tan sólo un aficionado que únicamente se exhibe ante los amigos ó para fines benéficos, quisiera dedicarse á la



profesión de lidiador retribuido, ganaría cuanto quisiera en sus contratas, porque además de saber mucho del arte, se capta desde luego las simpatías del público por su exquisita elegancia y distinguido porte. Entonces, con un poco de estudio, podía considerarse una notabilidad quien hoy no es más que un amador muy aceptable.

Figueroa, Vicente.—Banderillero de la cuadrilla de Ponciano Díaz, ha acompañado á éste en las plazas de toros de Méjico y otras de América, portándose bastante bien, según referencias de los naturales de aquel país.

Figueras, Manuel (*El Gallego*).—Picador en novilladas, de pocos arranques, frío y de poco garbo. A pesar de eso, entre los de su clase vale más que otros muchos que se ponen moños.

Finito.—Aunque su verdadero nombre en la vaca era *Requero*, aparece con aquél en las resacas. Fué de D. Andrés Fontecilla y se lidió en sexto lugar en Málaga el 15 de Septiembre de 1878. Tenía pelo negro zaino, cuello rizado, corni-brocho, de buena lámina, de libras, y unos pies de privilegio. Seco, cortero y de gran poder, recibió once varas, por siete caídas y diez caballos muertos. Llegó á la muerte con tantas facultades, que, aun hallándose á cuarenta varas del sitio en que estaba colocado el *Gallo*, pudo alcanzar á éste en el aire cuando saltaba la barrera, ocasionándole una herida en la parte superior posterior del muslo izquierdo. Retirado éste á la enfermería, mató á aquél *Cara-ancha*, demostrando gran valor é inteligencia.

La cabeza de *Finito* está disecada y la posee el distinguido escritor y aficionado D. Aurelio Ramírez Bernal.

Fino.—Los aficionados han dado en llamar torco fino al que trae su tradición de la escuela de Ronda, ó sea de Romero, sin duda porque su ejecución exige más compostura y una perfecta observancia de las reglas escritas, y está descartada, digámoslo así, de los juegos y brincos de la escuela sevillana, y de la costumbre que tienen de parar poco los pies los del torco llamado baste. El torco fino no excluye, como algunos suponen, los gallos, quiebros ni saltos, sino las zapatetas y bufonadas.

Fifinhas, Alejandro.—Torero portugués que empezó á poner banderillas en su país, allá por el año 1865; pero viendo que para ello no le daba el naípe, se hizo mozo de forcado, consiguiendo ser el más adelantado y el mejor de los de su época. Ha fallecido en 1886.

Flamear el capote, ó lo que es lo mismo, inclinarle alternativamente á derecha é izquierda cuando se va corriendo un toro de muchos pies, es casi indispensable; pero cuando no persigue la res, ó tiene querenia á otro lado de aquel al que quiere llevarla, no debe hacerse, sobre todo si el lidiador lleva mucha delantera, porque en este caso se pondrá en ridículo. De todos modos, el flameo constante y en corto es un abuso, que muchos

aplauden porque no entienden que, además de quitar al toro facultades, le descomponen la cabeza.

Flámula.—Han dado en llamar así algunos revisiteros á la muleta que usa el matador de toros. Pase por la novedad de la palabreja; pero conste que nosotros no la admitimos, porque en lenguaje, ó, mejor dicho, en tecnicismo taurómico, nadie la ha usado; y como palabra castellana, significa cosa distinta á la que con ella quieren expresar los poquísimos revisiteros que la emplean modernamente.

Floranes, D. Carlos F. de.—Caballero en plaza apadrinado por la grandéza de España en las funciones reales de toros de 25 de Enero de 1878, que cumplió pundonorosamente el deber que se impuso. Llevó traje morado y oro á la chamberga, pero birreta á lo Felipe III. En dichas fiestas ningún caballero fué premiado por quien debiera hacerlo; á este, sin embargo, no sabemos si por ese mérito, ó atendiendo á otras razones, se le concedió después el uso de uniforme de caballero de la Real Casa.

Flores, Andrés (*Barberillo*).—Matador de toros en novilladas y banderillero en corridas de toros que trabaja con bastante aceptación, en plazas de Andalucía principalmente. Esperamos verle más de una vez para juzgarle.

Flores, D. Francisco.—Caballero en plaza en las diez fiestas de toros que en 1632 se celebraron en el Perú para solemnizar un fausto acontecimiento.

Flores, Francisco.—Natural de Málaga y picador de toros allá por los años de 1820 al 23. Si era tan buen torero como su hijo, que más tarde quiso probar fortuna en algunas novilladas, debió valer bien poco.

Flores, Manuel (*El Nengue*).—Matador de toros en la Habana, de donde es natural, y á quien tributaron elogios los que le vieron trabajar hace siete años. Decían que era más valiente que entendido.

Flores, Antonio.—Reside en el Perú, trabaja poco, vale menos, según dicen, y sin embargo mata toros en las plazas de aquel país, si le llaman para ello.

Folgado, Ramón.—Fué uno de esos toreros que no llegan á adquirir nombre y que se acaban pronto. Picador en novilladas de mediados de este siglo.

Fonseca, Antonio José da.—Durante veintidos años, desde 1838 hasta el de 1860 en que murió, fué banderillero en Portugal, sin distinguirse en nada.

Fonseca, Luis Roberto da (Antao).—Banderillero portugués, regularcito y nada más, que después de toroar más de treinta años seguidos falleció en Lisboa en el año de 1862.

Fonseca, Roberto da.—No hay aficionado lisbonense que no conozca á este notable banderillero portugués, y que no se haya entusiasmado con su esmerado trabajo. La época de su mayor apogeo es anterior al año de 1874, sin que después



desmereciese en nada, no sólo pareando con gran facilidad, sino trasteando, lo cual es raro en Portugal. Después de trabajar en su país y en España con gran aceptación, se dedicó á ganadero en unión de su hermano

Fonseca, Vicente Roberto da.—No tenía menor mérito que el anterior estotro banderillero lusitano. Era bravo y atrevido; se estrenó á la edad de trece años en la plaza del Campo de Santa Ana, de Lisboa, en 1858, y concluyó de ejercer su oficio en 1894. Murió de enfermedad crónica el día 1.º de Junio de 1896.

Fonseca, Armando de.—Persona distinguida en Portugal por su fino trato, lo ha dado por aficionarse á ser pegador, y lo es bastante bueno, por valor é inteligencia.

Font Ruda, D. José.—Natural de Barcelona, de treinta y cuatro años de edad, y de ellos, más de doce escribiendo con tino é inteligencia revistas de toros para los periódicos de Madrid y Málaga, *Boletín de Loterías y Toros* y *El Juanero*. Reside en Alicante, siendo consejero de la mejor de las Sociedades taurinas, el «Especta-Club», que acaba de disolverse, y representante de *El Imparcial Sevillano*, que inserta sus escritos, honrándose con ellos.

Fontánz, Salvador (Habancero).—Banderillero, que hace su aprendizaje en las plazas de Francia, poniendo rehiletes como puede y corriendo toros como sabe. Fáltanos conocer que es lo que sabe y puede.

Fontcalba, Conde de (Alfredo Anjos).—Fué un aficionado práctico de los más notables no hace muchos años. Cuando fué á Portugal el rey de España D. Alfonso XII, este hidalgo dió, en su honor, una corrida en que él mismo tomó parte rejoneando con otros varios caballeros y lidiadores.

Fontela.—Toro de la ganadería de Veragua, divisa encarnada y blanca, berrendo en colorado, de muchas libras, duro y pegajoso, lidiado en Madrid el 29 de Septiembre de 1845; tomó veintitrés varas en regla y mató siete caballos, siendo noble en todos los lances de la lidia.

Fontela, Andrés.—Espada americano que ha lucido sus habilidades muy especialmente en las plazas de Méjico. No falta quien afirme que es nacido en España.

Fontela, Andrés.—Si hubiese sabido este chico aprender á matar toros como aprendió en poco tiempo á correrlos bien, hubiese sido un torero aceptable. Se quedó en matador sin alternativa y de poca aceptación. Es posible que éste y el anterior sean una misma persona; pero no nos atrevemos á afirmarlo.

Fontseré y Domenech, D. José.—Este distinguido arquitecto de la real Escuela de San Fernando fué el autor de los planos y el director de las obras de la gran plaza de toros de Barcelona, que empezó á construirse el jueves 22 de Mayo de 1834, y no en 1833, como aseguró don Francisco Bedoya en su *Historia del toreo*. La dió concluida en brevísimo plazo; tanto, que el 26 de Julio del mismo año se estrenó con toros navarros y las cuadrillas de Juan Hidalgo y Manuel Romero (*Carreto*), en que figuraban los acreditados picadores Sevilla, *Clavellino* y Anastasio Capón, y los banderilleros el *Pandito*, el *Gallequito*, el *Ratón* y Macías. Hubiera querido el arquitecto de que nos ocupamos construirla de fábrica; pero tuvo que contentarse con hacerla de madera toda ella, porque no le fué permitido de otro modo, en razón á estar situada dentro de la zona militar. La historia de este edificio va expresada en la voz PLAZAS y en su lugar correspondiente.

Forjas, Luis.—Fué un valiente mozo de forcado, aficionado al toreo. Murió en su patria (Portugal) en 1880.

Fraile.—Son varios los toreros que han tenido el apodo referido, sin que haya llegado á escribirse su verdadero nombre. En la imposibilidad, pues, de designar uno por uno, diremos en este sitio que los que más se distinguieron fueron: El Fraile de Pinto, El Fraile del Rastro, Silvestre Torres (*El Fraile*) y El Fraile de Santa Lucía. También José Fernández (*El Fraile*) fué uno de los mejores banderilleros que han pisado el redondel en el primer tercio de este siglo. De los dos primeros habla ya en su *Tauromaquia Pepe Illo*.

Franca, Salvador da.—Le hizo retirarse del toreo, hace ya dos años, un padecimiento que sufría este banderillero portugués, que al calificarle la afición de su país le dió la nota de bueno. Ha fallecido víctima de la tisis; perteneció á una familia ilustre de aquel país y nunca fué lidiador retribuido.

Francesillo, Cosme N. (El).—Picador varilarguero, del que no tenemos más noticias sino la de que trabajaba en Sevilla y otras poblaciones de Andalucía á mediados del siglo último.

Franco del Río, D. Juan (Franqueza).—De distinguida familia nació en Sevilla el 25 de Abril de 1867. Es un notabilísimo aficionado, amante del toreo verdad y enemigo declarado de los desplantes, saltos y monadas arlequinescas; escribe muy correctamente, con gran imparcialidad y co-



nocimiento, y sus revistas en muchos periódicos acreditados de Madrid y provincias son una muestra evidente de su inteligencia en el arte de torear. Está residiendo en Barcelona, donde se ha captado de cuantos le tratan generales simpatías por su caballerosidad y bondad de carácter.

Franco.—Lo mismo que toro claro, sencillo y boyante. Puede hacerse con ellos toda clase de suertes.

Franch, Magín (Mimuto).—Aventajado lidiador catalán, que nació en Lérida el 15 de Diciembre de 1867 y perció abogado el 6 de Agosto de 1890 en las playas de Barcelona, en cuya ciudad tenía grandes simpatías, porque en solos tres años de aprendizaje se le había visto adelantar rápidamente. En la última novillada que toreó en Barcelona, que fué la del 3 de Agosto de 1890, obtuvo una ruidosa ovación dando el quiebro de rodillas con arte y limpieza á un toro de cinco años.

Franca Serpa, Ayrés de.—Mucho promete como banderillero portugués este joven que empezó siendo mozo de forcado en 1882. Por de pronto á valiente no hay quien le gane.

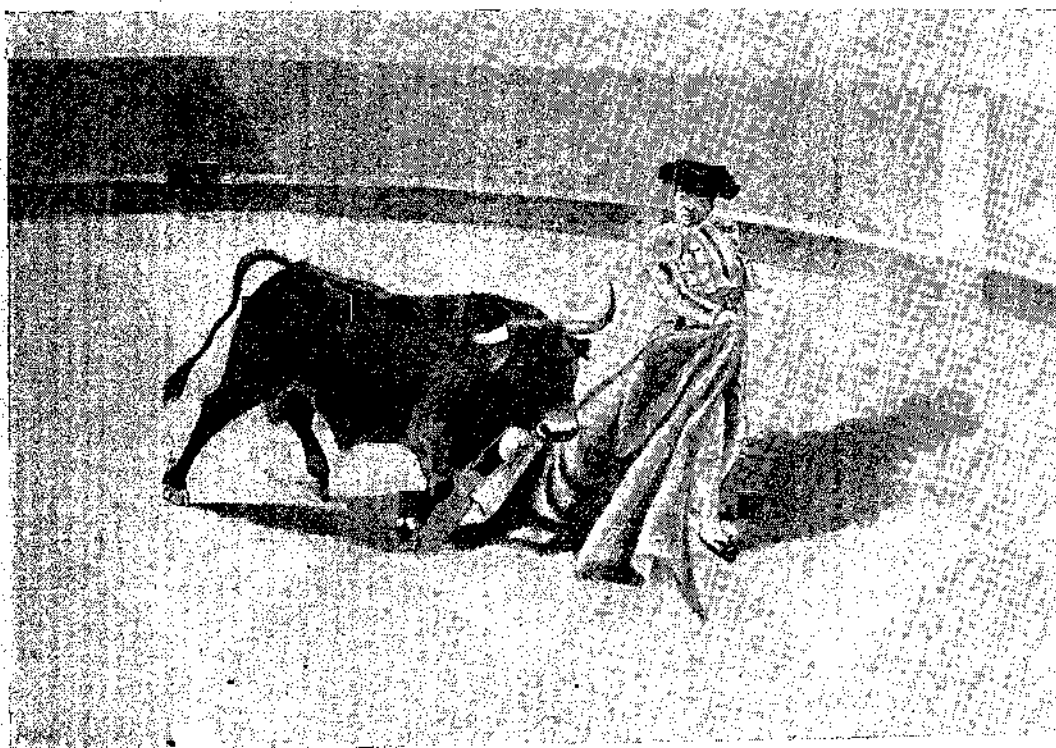
Franquet, Pedro.—Torero catalán, que se atreve á matar toros en novilladas, sin entender lo necesario para ello. Sea como quiera, él sale del paso y se viste de moños.

Frente por detrás.—Esta suerte de capear, que más propiamente debe llamarse de espaldas, dicen que fué inventada por José Delgado (*Illo*), y es de las más celebradas. Su ejecución es sencillísima, pues consiste en colocarse el torero de

pretender nosotros contradecir lo que se afirma por varios autores respecto á que la invención de esta suerte fuera de *Pepe Illo*, si diremos que Goya la pintó ejecutándola moros (lo cual supone mayor antigüedad), como puede verse en la lámina 6.^a de su preciosa colección tauromáquica.

Fresco.—Se dice del torero que con calma y tranquilidad ve acercarse los toros, esperándolos y saliéndose á tiempo del viaje que aquéllos traen. Es una gran cualidad para ser buen diestro.

Frontaura, D. Carlos.—Distinguido periodista, literato y hombre público, cuya sencillez moral se refleja en todos sus escritos. No es defensor



SUERTE DE FRENTE POR DETRÁS. — MACÍAS

espaldas al toro, con el capote extendido por detrás, y cogido como es consiguiente con las manos echadas atrás también: parte el toro, llega á jurisdicción, se le carga la suerte, se mete en su terreno, y da el remate con una vuelta de espaldas, quedando armado para repetirla. Es, pues, ni más ni menos que la verónica de espaldas; pero como por esta colocación difícil y no acostumbrada pueden ocasionarse desgracias, aconseja el mismo autor que no se haga sino con reses claras y boyantes que conserven piernas. Han llamado algunos á ésta, suerte de espaldas y á la aragonesa; y sin

de nuestro espectáculo, y no figuraría en este Diccionario si no atendiéramos á que es el autor de la preciosa zarzuela *En las astas del toro* en que no se ridiculiza la fiesta, sino á los que se llaman aficionados sin serlo.

Frutos, Remigio (Ojitos).—Es un banderillero de lo mejorcito entre los de su categoría, y algunas veces le hemos visto matar en novilladas. Quiéramos que se dejase de matar toros; porque para no ser notabilidad mejor está donde se halla.

Nació en la villa de Fuente el Saz, provincia de Madrid, el 2 de Septiembre de 1849, siendo hijo legítimo de Francisco Frutos y de Lorenza Merino, que á pesar de haberle hecho aprender el oficio de carpintero, no han podido conseguir sea otra cosa que lidiador de toros. Es muy pandonoso y consecuente; hace años que toreó á las órdenes de Angel Pastor y con él ha cosechado grandes aplausos en casi todas las plazas de España y en la de París, donde esa cuadrilla ha sido la más estimada, desde que se inauguró la gran plaza de la rue Pergolesse.

Frutos, Saturnino (Ojitos).—Este lidiador, segundo de los tres hermanos de igual apellido y apodo, nació en Fuente el Saz del Jarama (Madrid) el 5 de Diciembre de 1855. Sus méritos nada de extraordinario tienen, pero sus servicios en el arte son muy apreciados. Empezó á torear por los pueblos hasta los años 1872-73 y 74; pasados éstos figuró, entre otras, en las cuadrillas de *Lagartija*, estoqueando además en algunas novilladas en el año 1877 hasta 1878; figuró en la cuadrilla de *Frascuelo*, sustituyendo á Victoriano Recatero (*Regalería*). Es ligero, trabajador y muy útil para llevar un hueco con lucimiento.

Frutos, Martín.—El tercer hermano de los llamados *Ojitos* y natural, como ellos, de Fuente el Saz. Es más corto de estatura que ellos, pero no de valentía.

Frutos, Faustino (El Moreno).—Espada incipiente en novilladas, al que debe preguntársele si cree tan fácil matar toros como ejercer el oficio de tapicero ó andar en tratos y contratos. Ha ensayado sus buenas facultades en la plaza de Madrid el año de 1896 y debe haberse convencido de que no sirve para torear, porque, si es verdad lo que se ha dicho, se ha cortado la coleta.

Fuego, Francisco.—Tomó en Madrid la alternativa de picador en 1804 que le dieron los Puyanas y Cristóbal Ortiz.

Fuego (banderillas de).—Son iguales á las comunes, sólo que cerca del arpon ó pincho tienen un sencillo mecanismo con yesca, que al tropezar con unos pequeños cartuchos mntados de pólvora y con petardos explosivos que están colocados á corta distancia, prende fuego á éstos y queman la piel del animal, asustándole ademas. Se

usan únicamente para los toros que no entran á varas, ó mejor dicho, que no toman más que tres y también en sustitución de los perros de presa, suprimidos en todas las plazas de España hace tiempo.

Fuente, Marcos de la (El Cinebrino).—Se viste de picador y monta los jacos que le dan y pica en novilladas los toros que salen por la puerta de los chiqueros. Piden algunos que todo eso lo haga mejor que lo hace, y no es mucho pedir; pero tampoco debe exigirse al que empieza, lo que al que acaba.

Fuentes, Manuel.—Picador de toros bastante regular, de mejor brazo derecho que mano izquierda. Era duro y bravo, y por esto en muchos puntos se apreciaba su trabajo. Tomó la alternativa en Sevilla el 8 de Enero de 1851 y creemos se halle definitivamente retirado del servicio activo.

Fuentes, Manuel (Camuto).—Torero de escasos conocimientos, que no ha toreado en plazas de primer orden, pero sí en muchos pueblos de Andalucía, ya corriendo toros, ya pareando, ya estoqueando como Dios le ha dado á entender, antes de mediar el presente siglo. Fué padre de

Fuentes y Rodríguez, José (Pipi).—Picador cordobés, hermano del espada conocido por *Bocanegra*. Toreó con regular aceptación desde el año de 1862 en adelante en las principales plazas de España. Murió en Sevilla el 10 de Abril de 1873, á consecuencia de la herida que en 5 del mismo, estando á caballo y fuera de suerte, le hizo el toro llamado *Corianito*, de la ganadería de Barrero, en las costillas falsas del lado derecho, despegándole una de ellas y llegando el cuerno al pulmón.

Fuentes, Manuel (Bocanegra).—Es singular lo que respecto de este matador de toros ocurre, siempre que de su mérito se trata.

Al paso que algunos aficionados le colocan al nivel, ó poco menos, de Manuel Domínguez, otros le conceden, respecto á conocimientos ó inteligencia en el arte, tan escasos alcances, que bien pudiera decirse, sin exagerar, que le colocaban á la altura de uno de esos hombres adocenados que ni saben por dónde van, ni cuál es su puesto en la arena.

Ni unos ni otros están en lo cierto; y si dieran tregua á la pasión, observando atentamente qué es

lo que ha hecho algunas veces Manuel Fuentes, se convencerían de que en él había alguna de las cualidades ó requisitos indispensables que exige la profesión, por más que nosotros creamos que también le faltaba alguno de ellos.

Entra por mucho, para la celebridad de este lidiador, el entusiasmo con que sus paisanos le vieron aparecer como matador, precisamente en el mismo año en que murió *Pepete*, considerándolo, digámoslo así, como heredero de sus glorias y continuador de la representación cordobesa en el arte taurino. Los sevillanos, por otro lado, tampoco podían recibir mal á un hombre que, sobre ser bravo en extremo, era además en cierto modo apadrinado por Domínguez, á cuyas órdenes había trabajado en clase de banderillero. Pero estas favorables disposiciones del público andaluz para con Manuel Fuentes, ¿le fueron de provecho ó le perjudicaron? No nos atreveríamos á contestar la pregunta rotundamente, ni en sentido afirmativo, ni negando en absoluto.

Es indudable que por el pronto le alzaron en el concepto público, y que su presentación en la arena hizo concebir esperanzas, que no diremos hayan sido defraudadas, pero sí que no se han realizado por completo. El aficionado veía en él un joven fuerte de grandes facultades, valiente hasta rayar en temerario, que había recibido buena educación taurina, con excelentes ejemplos que imitar, y era muy lógico creer que, dados estos antecedentes, *Bocanegra* había de ser buen torero y mejor espada; mas el inteligente observador advertía que faltaba al joven torero esa calma, esa serenidad que constituye la base de la seguridad en el toreo; que sus movimientos eran pausados, sí, como deben serlo los del espada en la mayoría de las suertes, pero no tan rápidos como algunas veces lo exige la índole del toro, la colocación del torero ó algún incidente inesperado.

Ello es que, á pesar de reconocerse en Manuel Fuentes un torero de cartel, ni consiguió que ningún pueblo le tuviese un año entero toreando, ni que de una temporada para otra se le ajustase por empresarios; y nosotros, que sabemos hasta dónde ha alcanzado siempre el mérito de *Bocanegra*, nos explicamos esta circunstancia, porque toda empresa se retrae mucho en ajustar un espada cuyas *cogidas* son más frecuentes en él que en otros, sin duda por efecto de temerario arrojo y excesivo pundonor.

Madrid, que da carta de suficiencia á los toreros, no se la dió á Manuel Fuentes en el grado que la recibió de sus paisanos; en Córdoba se le dió título de sobresaliente, en Sevilla de notable, y Madrid sólo le calificó de bueno. Quién ha sido más justo no queremos decirlo; pero conste que Sevilla y Madrid no han necesitado modificar su dictamen.

Pasemos ahora á dar á nuestros lectores noticias biográficas de este acreditado lidiador. Era más bien alto que bajo; sin llamarle grueso en demasía, podemos decir que era más corpulento que flaco, y en él se encontraba mejor la viril fealdad que la hermosura, sin que pudiera llamársele antipático. Nació en Córdoba en Marzo de 1837, un año antes de la desgraciada muerte del caballero matador de toros cordobés D. Rafael Pérez de



Guzmán, siendo el mayor de los hijos de Manuel Fuentes conocido por el mote de *Camuto*. Desde muy pequeño, y en una cuadrilla de toreros infantiles, empezó á distinguirse por su atrevimiento, y más tarde, gracias á las lecciones de Antonio Luque (*El Camaró*), hizo pareja al notable banderillero Rodríguez (*Caniquí*), en la cuadrilla de su paisano José Rodríguez (*Pepete*). Antes de morir éste, pasó á formar parte *Bocanegra* de la cuadrilla de Manuel Domínguez, en la que, si no se distinguió pareando con gracia, se le vió siempre poner muchos y buenos pares de castigo, aplaudidos con frenético entusiasmo. Su nuevo maestro Do-

mínguez, cuya fama se había consolidado como matador; concedió al joven Fuentes la alternativa de espada en la plaza del Puerto de Santa María el día de la Natividad de la Virgen, 8 de Septiembre de 1862, y desde entonces ha sido varia la fortuna del lidiador de que nos ocupamos, si bien en un principio, como llevamos dicho, hizo concebir grandísimas esperanzas. Recibía toros, á imitación de su maestro, y esto ya era motivo de aplauso en una época en que casi se iba olvidando tan difícil y atrevida suerte; y si bien el manejo de muleta dejaba que desear, este era defecto que se presumió había de corregir con el tiempo. Por la falta de previsión antes indicada, recibió en 1863, toreando en la plaza de Sevilla, una grave herida al hacer un quite á su picador en la suerte de vara, y más adelante otra gravísima en un muslo el día 16 de Agosto al matar un toro en la plaza de Ciudad Real.

No se enfrió por eso la afición de *Bocanegra*, ni su valor decayó un instante, y en cuanto se repuso de su dolencia volvió á trabajar en casi todas las plazas de Andalucía, cuyas empresas buscaban al bravo matador que, si bravo había sido, bravo seguía y con crecientes descos de agrandar y complacer. En este particular nunca ha reparado en nada, con tal de que el público se mostrase con él contento y satisfecho, y eso que en 1864, si no nos es la memoria infiel, esta complacencia pudo costarle muy cara. Trabajaba en Cádiz con general aceptación y se presentó en la arena un toro de la famosa ganadería andaluza de Andrade, de muchos pies, *abanto* y receloso, que conforme fué tomando varas se creció en voluntad y en malicia, en términos de que á la media docena de garrochazos entraba desarmando y á los pones los perseguía sobre seguro y cortando terreno. Pidió la muchedumbre que *Bocanegra* pusiese banderillas á aquel toro, y en vez de esquivar el hacerlo, puesto que no tenía obligación de verificarlo, y con un toro de tanto *sentido* era seguro cuando menos deslucirse, tomó los palos y se fué al bicho, que se quedó en el centro de la suerte, enganchó á nuestro matador y le dió una cornada en el cuello que le interesó la arteria carótida y puso su vida en gravísimo peligro. Todo esto significa que reflexionaba poco, y corrobora cuanto llevamos dicho al principio.

Un hombre como Manuel Fuentes, cuya reputación no había de crecer más de lo que ya lo estaba no debió intentar nunca lucirse, ni por vanidad ni por exigencias ridículas.

Bocanegra fué el primero de los espadas que inauguraron, en 4 de Septiembre de 1874, la nueva y magnífica plaza de toros de Madrid. En cierta época, ya muy lejana, sus paisanos los cordobeses dividieron sus afecciones taurómacas entre

Bocanegra y *Lagartijo*, llegando á éstos esa división en la práctica del toreo en términos de que, más que competencia, podría llamarse envidiosa emulación la que ambos sostuvieron. Esto duró poco en verdad, porque ambos diestros, siguiendo los nobles impulsos de paisanaje y compañerismo, renovaron su antigua y cordial amistad, desoyendo pérfidos consejos de gente mal avenida con la paz y hasta cariño que en el ruedo deben tenerse los toreros.

Murió en la plaza de Baza (Jaen) el día del Corpus, 1889, en una corrida de novillos, en la que por toda cuadrilla estaban encargados de la lidia unos cuantos muchachos mal llamados «niños de Málaga», cuyo espíritu se apocó ante el ganado grande y pasado de años. Hubo de sustituirse el ganado por becerros erales, pero alguno de los primitivos quedó, perteneciente á D. Agustín Hernández, que al presentarse en cuarto lugar sembró el pánico entre los adolescentes diestros. En esta situación y ante las manifestaciones del público, *Bocanegra* y Ramos (*El Melo*), su sobrino, después de conferenciar con la autoridad, bajaron al redondel á continuar la corrida, á fin de evitar un conflicto. El bicho, evitando pelea en principio, acudió luego á un picador, dándole un tumbó. Manuel acudió con oportunidad al quite, pero perseguido por la res entró en un burladero, y ya fuese porque éste se hallase lleno de gente ó porque el diestro no tuviese tiempo de penetrar más, el derrote del bicho alcanzó á *Bocanegra*, causándole una herida en la ingle derecha y contusión en el costado izquierdo, falleciendo en la enfermería de la plaza el siguiente día 21.

Fuentes, Antonio (*Hito*).—Es un torero cordobés que mata toros en plazas de segundo orden, al frente de una cuadrilla de tercera; le hemos visto trabajar en clase de banderillero, y nos ha asustado, porque corpulencia tan desarrollada no puede tener la agilidad precisa para torear. Su hermano, el espada *Bocanegra*, era moreno, pelinero y ecijunto, y por el contrario, *Hito* es blanco, rubio y de cara placentera; de modo que en nada se parecen, menos en lo valientes. Antonio ha dejado de torear hace ya tiempo, y había empezado antes de 1878, en que se presentó en Sevilla.

Fuentes, Juan.—Este picador procuraba cumplir bien, y casi siempre lo conseguía. Sin embargo, en Madrid no llegó á formarse un gran partido, y esó que era un buen jinete y duro para el trabajo. Perteneció á la cuadrilla de Domínguez y de otros primeros espadas; era natural del Puer-

to de Santa María, y falleció en Sevilla de enfermedad perniciosa el 8 de Octubre de 1877.

Fuentes, Francisco.—Hijo de Juan. Nació en el Puerto de Santa María y es un buen picador de toros, lo mismo que su hermano.

Fuentes, Juan (Menor).—Que también es un torero á caballo, cuando quiere. Empezó en 1874 y es muy célebre por su arte. Ambos hermanos trabajan menos de lo que debieran.

Fuentes y Zurita, Antonio.—Fue banderillero andaluz, de cuyos méritos puede decirse mucho por su aplicación y buen estilo. Es un chico, que sin desplantes ni aceleramientos, va donde otro vaya, y cuando ha tomado en sus manos los trastos de matar, casi ha demostrado más aptitud para ello que para las banderillas. Lucha natural-



mente con la inexperiencia del que en tal ejercicio lleva poca práctica, porque si bien empezó en 1890 á matar toros en novilladas, no por eso dejó de ser banderillero con *Currito y Cara-ancha*

en corridas formales, conociendo que al lado de los maestros se aprende más en un día que sólo en un año. Sin embargo de eso y de las varias cornadas que ha recibido, su valor va en aumento y promete hacernos ver á su tiempo un buen matador de toros, porque maneja muy bien la muleta, es paradito y se va derecho á la suerte sin titubear. Allá veremos, que hemos llevado tantos chascos... Es natural de Sevilla, tiene veintiseis años de edad, y en 17 de Septiembre de 1893 tomó en Madrid la alternativa de manos de Fernando Gómez (*El Gallo*).

Fuentes, Eusebio (Manene).—Este *Manene* no debe ser de la familia de los Martínez de Córdoba, si atendemos á su apellido, á no ser que esté con ellos emparentada la de *Bocanegra*, lo cual no hemos podido averiguar. Dicen que es un banderillero regular que mata toros antes de tiempo; posible es, pero cuando le hemos visto estoquear hemos hallado en él un chico bien dispuesto, que no maneja mal la muleta, que se arranca bien, aunque precipitado. Y á pesar de todo eso, dudamos mucho que llegue á cuajarse para ocupar un buen puesto en la tauromaquia.

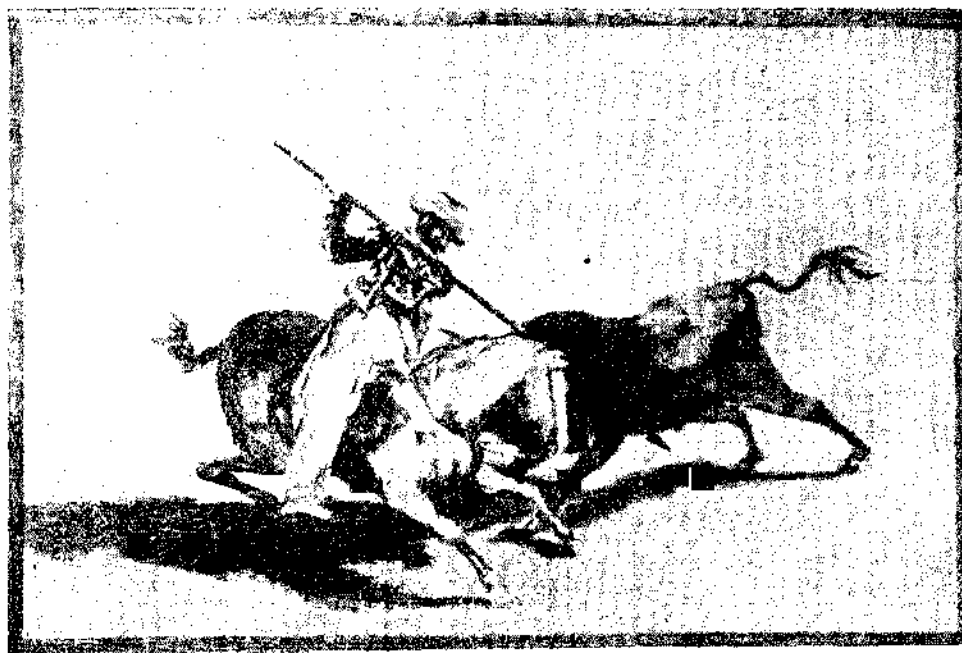
Fuertes, Nicolás (El Pollo).—No nos equivocamos en la calificación que de este torero hicimos en la primera edición. Tan frío era en el redondel que á veces parecía serenidad lo que era indecisión. Esta causó su desgraciada muerte en la plaza de Madrid el día 15 de Agosto de 1880 á las cinco treinta y tres minutos de la tarde, puesto que habiendo tomado el toro, llamado *Valenciano*, de la ganadería de Palomino, una vara del picador Ortega, junto á la puerta figurada inmediata al tendido número 3, hizo el primer quite Gabriel López por estar más próximo, y el segundo Tomás Parrondo, reducidos ambos á dar la salida natural con el capote extendido. Fuertes, que desde más lejos acudió y se colocó tapando á la res dicha salida, dudó un instante sobre el terreno que debía tomar, y en este momento de vacilación, muchísimo más breve que lo que se tarda en relatarle, le cogió de lleno el toro clavándole el asta izquierda en el pecho, volteándole y siguiendo su carrera ó salida natural que, como hemos dicho muchas veces en nuestro libro, nunca debe estorbarse á la fiera. El desgraciado cayó de cabeza, intentó levantarse, pero sin conseguirlo, que no pudo levantarse más, arrojando sangre en abundancia por la herida. Atravesado el corazón por el cuerno, llegó Fuertes sin vida á la enfermería, donde se le administró la extremaunción poco menos

que á presencia de sus padres, espectadores de la cogida. Había nacido en Bañón, pueblo de poco más de cien vecinos, del partido de Montalbán, en la provincia de Teruel, en el año de 1851, y después de haber sido mozo de fonda y esquitador se hizo torero, trabajando con aceptación en varias plazas de España y en Montevideo. Su esposa doña Manuela Moreno, no se encontraba en Madrid el día de la catástrofe, pero vino á la corte con su hija y de Fuertes, de unos siete años de edad, el día 17 en que aquél fué enterrado en el cementerio de la Patriarcal, sepultura núm. 44 de la galería 1.ª, recinto 3.º—A la conducción del cadáver asistieron más de 1.000 personas, y el duelo fué presidido por Salvador Sánchez (*Frasenelo*), Gabriel López (*Alateito*), el caballero portugués José Bento d'Araujo y el empresario de plazas señor Araua.

Funciones Reales.—La suntuosidad, el lujoso aparato y la solemnidad con que se han celebrado siempre en todas ocasiones las funciones reales de toros, merecen que de ellas se trate con algún detenimiento, aunque sentimos mucho que la índole de este libro no nos permita ser tan extensos como quisiéramos. Ninguno de los escritores que de tauromaquia se han ocupado, nos ha dado noticias detalladas de la forma en que en sus tiempos ó otros anteriores se ejecutasen; y es lástima que habiendo descrito alguno que se preció de *humanitario* los incidentes de los torneos y de los llamados juicios de Dios, no lo haya hecho de un

espectáculo, por él acriminado, es verdad, pero que por lo menos es de tanto aparato como aquellos, y de mayor y más tranquilo esparcimiento. Tampoco hemos visto en ninguna de las obras taurómicas escritas hasta el día, bien que todas se diferencian poco, una relación siquiera que explique el modo que tenían los antiguos de celebrar funciones tan magníficas y tan espléndidas, ni al menos la anotación cronológica de las épocas en que tuvieron lugar las más notables; pero nosotros, que consideramos un deber enterar á nuestros lectores de cuanto pueda contribuir al objeto que nos hemos propuesto, hemos buscado libros y revuelto papeles antiguos que pudiesen darnos luz sobre el asunto, y aunque nuestro empeño ha sido grande y nuestra voluntad mayor, si bien el resultado no ha correspondido á nuestros deseos, ha sido, sin embargo, suficiente para dar noticias y pormenores que ninguna obra contiene. Debemos advertir que sólo haremos mención de las funciones reales propiamente dichas, ó sea de las celebradas en honor de algún rey ó príncipe nacional ó extranjero, y de ningún modo de las ejecutadas con cualquier otro motivo, lo cual tiene una explicación muy sencilla: sólo en las reales se observan ciertas ceremonias y etiqueta, y careciendo de esto las comunmente celebradas, sería repetir en este lugar lo dicho en otros varios del presente libro. Vamos, pues, á decir cuanto sabemos respecto del particular, guardando en la referencia el orden cronológico para mayor claridad.

Parece, y en esto no estamos muy seguros, aunque lo dice Moratin en sus muy justamente céle-



MORO GAZUL, FUÉ EL PRIMERO QUE ALANCEÓ TOROS. — GOYA

bres quintillas, que con motivo del nacimiento de Alimenón de Toledo, se celebró en Madrid, junto al muro de la Almudena, una fiesta de toros, dispuesta por el moro Aliatar, en que tomó parte el Cid Rodrigo Díaz de Vivar. Suponemos que ésta fuese la primera fiesta real de esta clase que se celebrase en España, lo cual debió ser á mediados del siglo undécimo, puesto que el Cid murió en 1098. Querer describir esta corrida sin acordarse de aquel célebre poeta, es imposible, y grande atrevimiento sólo el intentarlo.

A principios del siglo XII, ó sea en el año de 1107, se celebraron en la ciudad de Avila con gran pompa y ostentación funciones reales con motivo de las bodas de Velasco Muñoz con Sancha Díaz; y aunque pocos pormenores han llegado hasta nosotros, sabemos, sin embargo, que en las fiestas de toros lidiaron juntos moros y cristianos, y la crónica dice que el moro Jazmín Hiaya danzó con la infanta Doña Urraca.

Pocos años después, en el de 1124, hubo también fiestas reales de toros, en que tomaron parte muchos caballeros castellanos, con motivo de las bodas del rey D. Alonso VII con Doña Berenguela, hija del conde de Barcelona; y en el mismo siglo, en el año de 1144, día de San Juan, 24 de Junio, se celebraron en la ciudad de León grandes festejos y corridas de toros cuando casó Doña Urraca la Asturiana, hija de Alfonso VIII y de su dama Contruda, con el rey de Navarra D. García VI. Ningún pormenor de ellas hemos hallado en parte alguna, más que «fueron tan brillantes como nunca se habían conocido,» ni tampoco noticias de si hubo funciones reales de toros en los dos siglos XIII y XIV (pero en el XV las hubo, y muy notables, en la ciudad de Medina del Campo, á 20 de Octubre de 1418, en ocasión de las bodas del rey D. Juan con Doña María de Aragón; en 1436 en la ciudad de Soria con motivo de la entrevista del rey D. Juan II con su hermana la reina de Aragón; en 1440 las dispuso en Bribiesca el conde de Haro para festejar á Doña Blanca, esposa del príncipe D. Enrique, y á su madre la reina de Navarra.)

Cuando cincuenta años más tarde se celebraron las bodas de Doña Isabel de Aragón y Castilla, hija de los Reyes Católicos, con D. Alfonso, hijo primogénito del rey de Portugal D. Juan II, hubo en 18 de Abril de 1490, en la gran plaza de Sevilla, unas tan notables fiestas y corridas de toros, que llamaron la atención de muchas gentes que de lejos acudieron á presenciarlas. El rey mantuvo por sí una justa, y además, según dice el Padre Flórez, quebró muchas *varas*; palabras que nos hace creer que él mismo quebró lanzones, porque varas no se decía en las justas, sino cañas ó lanzas.

En el siguiente siglo XVI las hizo celebrar con regia ostentación el emperador Carlos V en el año 1526, matando él mismo un toro de una lanza, y acompañándole en la lidia caballeros españoles y alemanes, en celebridad del nacimiento de su hijo D. Felipe, que veintinueve años después le sucedió en el trono de España. Cuando este casó con Doña Isabel de Valois, dispuso espléndidas fiestas de toros D. Íñigo de Mendoza, cuarto duque del Infantado, en la ciudad de Guadalajara, como principal suya, lo cual sucedió en fines de Enero de 1560. Diez años después, el mismo rey contrajo matrimonio con su cuarta mujer Doña Ana de Austria, y las fiestas que con este motivo se celebraron exceden á toda ponderación, especialmente en Segovia, donde costearon D. Francisco de Zúñiga, duque Béjar, y D. Gaspar de Zúñiga, hijo del conde de Miranda, arzobispo de Sevilla, unas soberbias corridas de toros, á 12 de Noviembre de 1570. No hemos podido averiguar si con este mismo motivo, y al trasladarse la corte á Madrid, habría, como es de presumir, corridas reales de toros; pero hubo tales fiestas, que entre ellas se menciona que el célebre arquitecto italiano Juan Bautista Antonelli hizo en el Prado de Madrid un estanque de más de quinientos pies de largo y ochenta de ancho para que navegaran galeras, y remedió además el puerto de Argel en aquel sitio. Es por lo tanto muy probable que no dejase Madrid en dicha ocasión de celebrar con toros y cañas tan alto suceso, pero repetimos que nada hemos encontrado que lo acredite.

Con motivo del natalicio de la princesa Ana María Mauricia—hija de Felipe III,—que después casó con el rey de Francia Luis XII, hubo en Barcelona grandes fiestas, y entre ellas una de toros el día 3 de Diciembre de 1601, que fué continuación de los torneos verificados el día anterior. En opinión de varios antiguos escritores, *esta fué la primera corrida de toros celebrada en la ciudad Condal*, ó al menos la más antigua de que se tiene noticia. A dicha función asistieron el virey de Cataluña duque de Feria, los *concellers*, diputados y gran número de damas y caballeros. El primer toro, por manso fué desjarretado; el segundo, después de lancearlo murió á golpes de dagas y espadas por los *toreadores*, y retirados éstos, dieron paso al caballero D. Pedro Vila de Clascar, que montado á la jineta y armado de lanza corta, iba acompañado de cuatro pajes, con dos lanzas cada uno: antes de todos saludó reverentemente al duque de Feria, á los señores *concellers*, á los diputados y damas, y fuese á buscar al toro que acudió en seguida y dejándole llegar, el caballero le dió magistralmente un bote de lanza en el testuz, tan certero que le tiró patas arriba, y, por lo tanto, fué sólo una lanza la que utilizó. Saludó entre las

aclamaciones del pueblo y se retiró. Salió otro toro al que mató de igual modo otro caballero, cuyo nombre es ignorado; y después dieron suelta á dos á la vez, que no se sabe cómo serian lidiados. Para divertimento del pueblo soltaron luego un toro con una *vestidura de cohetes*, á los que pegaron fuego, así como á las otras máquinas de las que el pobre animal venía rodeado: tan cruel espectáculo fué amenizado por timbales y trompetas, que estaban en la grada ó catafalco construido frente á la casa del General. Esta se hallaba situada en la plaza en que se efectuaban los torneos, exceptuando para la fiesta de toros la tienda y el palenque, que no podía utilizarse más que para los guerreros, en términos de que el duque de Feria se colocó en el balcón que ocupó los días anteriores para dirigir los torneos, pasando los diputados y *concellers* á las tribunas que para ellos se habían levantado. Según el perímetro que entonces tenía la plaza actual del Palacio donde se construyó el Circo, y á la disposición de los edificios que por entonces había en dicho lugar, puede calcularse que el espacio apropiado para la referida fiesta de toros—primera celebrada en Barcelona—se ajustaría á la mitad de la extensión que en la actualidad tiene dicha plaza, siendo el lugar de la fiesta el que ocupaba entre la casa del General y la sala de armas, al final de la Puerta del Mar.

En el mismo siglo XVII, el rey D. Felipe III renovó, y puede decirse que hizo construir de nuevo la Plaza Mayor de Madrid, y entonces se verificaron en la misma grandes fiestas de toros en su presencia con el carácter de reales, ó sea lidiando caballeros de la corte en honra del soberano, sin precio alguno, lo cual sucedió en el año de 1619.

Su hijo, D. Felipe IV, que sin duda por la afición y apoyo que prestó durante su reinado á las ciencias y á las artes fué apellidado el Grande, hizo celebrar fiestas reales en la Plaza Mayor de Madrid el día 21 de Agosto de 1623, con motivo de la venida á esta corte de Carlos Stuardo, príncipe de Gales. Para dar una idea á nuestros lectores de la brillantez y magnificencia de esta corrida real de toros, nos vamos á permitir describir algo de ella. Después de haberse construido en la plaza tabladillos y gradas de madera, de haberla arado, apisonado y regado convenientemente, y de haberla adornado con colgaduras y flores, se colocaron en sus puestos todos los personajes y convidados y la gente que compró localidades, que se alquilaban, y se hizo el despejo de la plaza por la guardia real española y alemana. Por la calle que daba frente á la Casa Panadería, que ocupaban los reyes y demás familia real, y que debía ser la calle Imperial, por el sitio en que próximamente está situada hoy la tercera Casa Consistorial, salió el

cortejo del pasco en la forma siguiente: El trompeta mayor de la Real Casa, dieciseis alabarderos, sesenta clarines y trompetas con las armas reales en ellas, y veinticuatro alguaciles del buero, ó sea de Palacio, que entonces tenía su juzgado y fuero especial; los caballeros de campo, de gran gala, delante del caballo que había de montar el rey, si quería tomar parte en la lidia de toros ó en los juegos de cañas, que, como de costumbre, la precedían; los palafreneros, herradores, lacayos de gran librea y sesenta caballos, todos alazanes como el del rey, conducido cada uno por un lacayo, vestido éste de encarnado y amarillo con pasamanería de plata, y enjaezados aquéllos con jaces blancos y negros, bozales de plata bruñida y tellicos de terciopelo carmesí, todo con las armas reales. Seguían cuatro mozos llevando á hombros un banco de caoba y ébano para montar, cubierto de seda encarnada con bordados y flico de oro; doce acémilas cargadas de haces de cañas, y los criados convenientes vestidos de lujo. La magnífica procesión de este cortejo no se componía sólo de lo expresado. Lo que llevamos dicho no es más que el relato de la gente que componía la primer cuadrilla, que era la del rey, continuando después otras, hasta el número de diez, que describiremos sucintamente hasta donde nos sea posible, tomando la referencia de un precioso artículo descriptivo que ha publicado el Sr. Monreal.—La segunda cuadrilla fué de la Villa, compuesta de cuatro trompeteros, veinticuatro caballos, otros tantos lacayos, con librea éstos y arreos aquéllos naranja y plata y el mayordomo de la Villa por caballero.—La tercera, de D. Duarte de Portugal, reino entonces perteneciente á España, y se componía de cuatro trompetas con paños bordados con las armas de ambos reinos, treinta y seis caballos con otros tantos lacayos, doce de respeto, veinte mozos á la turquesa y un caballero.—El duque del Infantado salió en cuarto lugar, primero de la grandeza española, con cuatro trompeteros en frisones blancos, cuarenta caballos morcillos, jaces blancos y negros, otros tantos lacayos, y cuarenta y ocho más de respeto con el caballero. Enseña negra con pasamanos de plata, bordada el Ave María, arma de los Mendozas.—La quinta cuadrilla fué de D. Pedro de Toledo, cuyos cuatro trompeteros montaban caballos rucios con sayos dorados y con sus armas, treinta caballos de dicho pelo con gireles de tela de oro, bandas de lo mismo y adargas blancas, guiados por igual número de lacayos, dieciocho de respeto, y además el caballero.—El almirante de Castilla presentó después de la anterior la suya, con cuatro trompeteros, treinta y dos caballos conducidos por otros tantos lacayos, y adornados aquéllos, que eran castaños, con jaces blancos y oro, y además doce

mozos de caballeriza.—En séptimo lugar salió la cuadrilla del conde de Monterey, que es el que más llamó la atención, componiéndola los cuatro trompeteros, cincuenta caballos castaños y cien lacayos, todos engalanados y vestidos ricamente con los distintivos blanco y oro.—La octava cuadrilla, compuesta de cuatro trompeteros, cuarenta y dos caballos, otros tantos lacayos, y diez de respeto, la presentó ataviada de verde y plata, el marqués de Castel-Rodrigo.—La novena, del duque de Sessa, con cuatro trompeteros, treinta y cuatro caballos rucios y cuarenta y dos lacayos, usó el color verdemar, vareteado de oro.—Y la última, del duque de Cea, con sus trompeteros de librea de azul y plata, bordada con perlas y granates, veinticuatro caballos con otros tantos criados, treinta de respeto, y el caballerizo de negro. Este brillante séquito, entre las aclamaciones de la multitud, saludos de las damas y acordes de las músicas, dió la vuelta ordenadamente á la plaza, y se retiró por la calle de Atocha.

En la misma Plaza Mayor de Madrid, cuyos balcones se alquilaban para estas fiestas á precios muy caros, por lo que desde 1620 se puso tasa á los mismos, señalando doce ducados á los primeros ó principales, ocho á los segundos, seis á los terceros y cuatro á los cuartos, costando los asientos de tendidos, contruidos por industriales, tres reales de á ocho, que equivalen á treinta y seis reales de vellón; en dicha plaza, decimos, se celebraban frecuentemente fiestas de toros, sin que los habitantes de las casas que á la misma daban sus balcones pudiesen ocuparlos más que para ver el encierro y la corrida de por la mañana. La que se celebró en el año de 1631 tuvo para algunos desastroso fin, puesto que, según dice la historia, entre la algazara de los aplausos sonó la voz de «¡fuego! ¡fuego!», acudió la multitud á una casa que ardía, se hundió la escalera de la misma y perecieron veinticinco personas, quedando muchas más heridas.

En 1637 hubo también funciones reales de toros para celebrar la exaltación al trono imperial del cuñado del rey D. Felipe, el de Austria don Fernando III; y en las que para conmemorar la coronación de éste se verificaron en la plaza del Retiro, fueron convocados cuantos caballeros tenían fama de conocedores del toreo, y se presentaron á tomar parte en ellas diferentes personajes. Además, en Octubre de 1638, hubo otras muy suntuosas con motivo de la venida á España del duque de Módena y del nacimiento de la infanta doña María Teresa, más tarde reina de Francia. Fueron caballeros en plaza, apadrinados por el rey, que les suministró cuantos caballos necesitaron (preferíanse los castaños y rucios á los negros y alazanes), Bonifaz, Trejo, Barnavas y Bernardo de

Guzmán, de quienes nos ocupamos en el sitio correspondiente, quedando todos en muy buen lugar y agasajados espléndidamente por el rey. Estas funciones las presenció el rey desde el balcón principal de la casa llamada de la Panadería, con la reina el conde-duque de Olivares y su fastuosa corte. Al lado izquierdo de la plaza, mirando desde el palco real (y en el sitio que hoy corresponde próximamente al paso que da á la calle de Zaragoza), presenciaba también las fiestas la célebre cómica María Calderón, llamada la Calderona, de quien tuvo el rey cuatro hijos, y la cual, como es de suponer, tenía á su alrededor su pequeña corte. En estas dos funciones reales ya formaron de espaldas al rey, pero debajo de su balcón y en ala, sobre la arena, la guardia tudesa con sus alabardas, y los alguaciles de corte á la jineta, con sus varas en la mano, á un lado y otro de aquéllos; mas no sabemos en cuál de las dos el conde de Villamediana, D. Juan de Tárxis, rejoneó un toro con notable destreza, y preciándose de habérsele ofrecido, ó brindado, como decimos hoy, á la reina, así como de otros escandalosos galanteos dirigidos á la misma, apareció una noche en una calle,



1804. — CABALLERO REJONEANDO

junto á las gradas de San Felipe, muerto á puñaladas. Merece especial mención el traje con que se presentó en la arena á rejonear el dicho conde de Villamediana, y nos vamos á permitir apuntarle: «Caballo tordo con rendajo y lazos de seda grana y oro; traje de terciopelo blanco con trencillas y pasamanos de oro y perlas, forros acuchillados, vueltas y faja de raso carmesí; calzón de punto, altos borceguíes, valona y puños de encaje; cruz de Santiago en rubíes, sombrero con cintillo de diamantes sujetando seis plumas». Dicho caballero, rejón en mano, «con la cuchilla de á palmo», se fué al toro paso á paso, parose frente á él, «el paje de la derecha con la capa le llama, embiste,

el jinete tuerce el brindón, pasa el toro, clávalle Villamediana el rejón, aquél brama, vacila y desplómase en tierra muerto, y el caballero, con medio rejón en la mano, saluda al concurso, que le vitorea, y á los reyes, que le aplauden.» Así lo describe un gran literato en un precioso romance, del que no hemos podido resistir á la tentación de tomar algunos apuntes, tanto porque su mérito lo requiere, cuanto porque nos conviene hacer constar que el rejón tenía en aquella época cuchilla de á palmo, y que el caballero iba al toro paso á paso y le esperaba de frente.—Continuemos nuestro relato.

Para celebrar el natalicio del infante D. Felipe, se construyó en 1658 una gran plaza de madera en el Retiro, que costó más de un millón de reales; se desplegó un lujo fastuoso. Hubo seis caballeros de lo principal de la corte al frente de otras tantas cuadrillas, compuestas las cinco primeras de á cien lacayos cada una, y la última de solos cincuenta, todos con vistosas libreas á la turquesa y otras formas bizarras, y los caballeros con vistosos trajes de colores, valiosa pedrería y preciadas bandas; por cierto que el almirante de Castilla, por su poca destreza, al pasar cerca del jefe de la tercer cuadrilla, que lo era el conde de Cabra, clavó en la pierna de éste su rejón, causándole herida grave.

Después del año 1670, en Zaragoza se celebraron también funciones reales de toros en honor del príncipe D. Juan de Austria, cuando se rebeló contra la reina, que apoyaba al jesuita Nithard; y en 1673 las hubo, y muy fastuosas, en el casamiento del rey D. Carlos II con doña María de Borbón, habiendo rejoneado á caballo los grandes de España Camarasa y Rivadavia, y sobresalido entre todos el duque de Medina Sidonia, que mató dos toros de dos rejoneazos. También tomó parte en esta corrida el conde de Konismarck, joven sueco, de quien dice un distinguido escritor que su poca fortuna ó escasa destreza púsole en trance de perder la vida, pues el toro le derribó, juntamente con el caballo, y debió su salvación á uno de los lacayos, que mató la fiera á estocadas.

Al casarse de nuevo en 1689 el mismo rey Carlos II con doña María Ana de Newburg, hubo también en la dicha plaza toros reales, que á poco tiempo dejaron hueco para las hogueras de la Inquisición. Parece que en 1701, cuando Felipe V entró en Madrid, de dieciséis años de edad, hubo algunas corridas de toros en los meses de Febrero á Abril, que no fueron tan buenas ó magníficas como las que se verificaron en 27 de Diciembre de 1714, cuando llegó doña Isabel de Farnesio, que casó con dicho rey. Tal vez la circunstancia de que las primeras se hacían á la conclusión de una guerra civil y la de que el pueblo de Madrid

no era entonces muy adicto al nuevo rey, hiciese que aquéllas no tuviesen tanto atractivo como las últimas referidas, en que ya la opinión se había modificado notablemente.

Llegó el año de 1725, cuando la elevación por segunda vez al trono de España del rey D. Felipe V, por muerte de su hijo D. Luis, y hubo en la Plaza Mayor de Madrid funciones reales de toros, en que rejoneó y lidió á caballo magistralmente el hidalgo de Pinto D. Bernardino Canal, así como otros caballeros de la corte, concluyendo la función con desjarrete por la plebe á los últimos toros. Dicese que, de acuerdo con la autoridad y con conocimiento del rey, se colocaron en los medios de la plaza dos hombres embozados y tapados con sus anchos sombreros, que cuando las reses venían á ellos las sorteaban quebrando el cuerpo, sin desembozarse, y continuaban su fingida conversación tan luego como el animal acudía á otro punto; y hay quien supone que bajo aquellas capas se ocultaban personajes de alta clase, diestros en el arte de torear, que sin publicar sus nombres querían hacer ostentación de su habilidad.

En 1730 se celebraron corridas reales en Sevilla, y el rey Felipe V nombró á los caballeros en plaza que trabajaron en ellas caballerizos de campo de su real persona.

Ya fuese porque las funciones en la Plaza Mayor estorbasen al vecindario por estar situada en el centro de la población de Madrid, ó porque su coste fuese excesivo, ó por otras causas que ignoramos, el rey D. Fernando VI mandó en 1749 edificar á su costa una plaza de toros en las afueras de la Puerta de Alcalá, que se concluyó en 1754, y fué donada por aquél al Hospital general de esta corte, sustituyendo con grandísima ventaja á las que había habido en el Prado junto al palacio de Medinaceli, en la plaza de Antón Martín, en el soto de Luzón y en el camino de Alcalá. En esta nueva plaza, que es la derribada en 1874, se celebró la primera función real de toros en la jura y proclamación del rey D. Carlos III, en el mes de Diciembre de 1759; la segunda en el domingo de Pascua de 1765, en que se recargó el precio de entrada cuatro maravedises por persona, para beneficio del hospital de San Antonio Abad; la tercera, celebrada en el año referido, á 11 de Junio, para obsequiar al hermano del rey de Inglaterra, príncipe Meklemburgo-Strelitz; otra en 3 de Septiembre del mismo año 1765, con motivo de los desposorios del príncipe de Asturias, luego rey Carlos IV, con María Luisa, y otra en 30 del siguiente Diciembre, con igual motivo de dicho casamiento, asistiendo los novios ya casados, haciendo el despejo de la plaza la compañía de alabarderos y saliendo á rejonear cuatro caballeros vestidos á

la antigua, de colores respectivamente verde, azul, encarnado y amarillo, con bordados y galones de oro y plata y seguidos de cien lacayos.

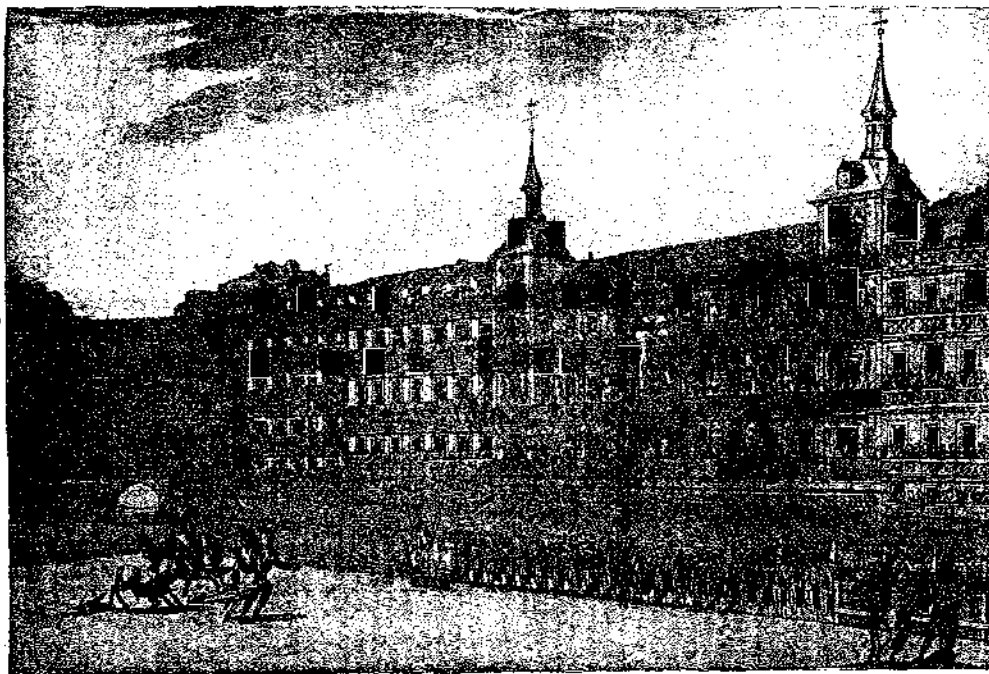
Más tarde, en el año 1789, volvió la Plaza Mayor á ser dispuesta para dar corridas de toros reales, con el fin de solemnizar la jura del príncipe de Asturias, luego Fernando VII, habiendo trabajado en quebrar rejoncillos cuatro caballeros y desplegándose un lujo y magnificencia inusitados. Fueron cuatro los días en que se celebraron corridas, el 18, 21, 24 y 28 de Septiembre, lidiándose en las dos primeras treinta y dos toros en cada día, si bien sólo por la tarde hubo caballeros rejoneadores. Las muchísimas disposiciones y bandos de buen gobierno que se tomaron por las autoridades, y en especial por los alcaldes de la real casa y corte y corregidor de Madrid, prueban por un lado la importancia que daban á las fiestas, y por otro la nimiedad á que se descendía en todos los actos públicos de aquella sumisa sociedad. Mientras los referidos alcaldes ordenaban en un bando que no bajase á la plaza ninguna persona, ni sacase armas, ni silbase, vocease ni *hiciese malas acciones*, ni fumase, ni encendiese yesca, ni cambiase de sitio, ni saliese por las puertas de los tendidos á la plaza, sino por las que comunicaban con los portales, y además prohibía se arrojase *perros, gatos, cáscaras, fruta, etc.*, el corregidor prevenía á los vecinos que no saliesen á la calle con palos ni bastones, porque podrían estorbar á la mucha gente; que evitasen aglomerarse en un punto determinado y se marchasen de él cuando se les ordenase. El mismo corregidor circuló á todos los dueños é inquilinos de las casas de la Plaza Mayor diferentes instrucciones impresas, en las que les obligaba á tener luz encendida de día y de noche en los portales y escaleras; que cuidasen y encendiesen en los balcones, á la misma hora que se iluminase la casa de la Panadería, las cazuelillas que de antemano se les habían entregado al efecto; y que cada uno en su habitación tuviese necesariamente un cubo con agua y una escoba al lado, para con ella apagar en seguida cualquier fuego que pudiera empezar. Prefijáronse para la segunda corrida real de toros (porque en la de Corte no se vendieron localidades) precios sujetos á una tarifa impresa, que por cierto, atendida la época, no eran baratos. Costaba un balcón principal, á la sombra, por la tarde, mil reales, setecientos sesenta un segundo, quinientos sesenta un tercero, cuatrocientos un cuarto y trescientos sesenta un quinto. Los tabloncillos y barreras cuarenta y ocho reales y los tendidos treinta y dos. Un asiento de barandilla de nicho ochenta reales, si era de primera, sesenta y cuatro de segunda y cincuenta y seis de tercera, y un nicho entero mil doscientos reales, cuyos precios al sol ó en las fun-

ciones de la mañana eran la mitad exactamente. No hubo por la tarde más espadas que Pedro Romero, Joaquín Rodríguez (*Costillares*), José Delgado (*Ilio*) y Juan Conde, y los toros fueron primero castellanos, extremeños, riojanos, aragoneses ó navarros, manchegos y de Colmenar, cerrando plaza los de Madrid, todos de cuatro, cinco y seis años. Para la construcción de los tendidos de la plaza, y para formar el redondel se quitaron los cajones del mercado que en ella había, trasladándolos á la de la Cebada; y como era época de feria en Madrid, la cual se celebraba en esta última, se trasladó á las plazuelas inmediatas. No hubo en las corridas tercera y cuarta caballeros en plaza, y en la última se dividió ésta en dos, ejecutándose, entre otras suertes, la de saltar desde lo alto de una mesa, con grillos en los pies, por encima de un toro, el lidiador Alfonso Caro. Dejaron estas fiestas gran recuerdo entre todos los espectadores que de España y del extranjero acudieron á presenciarlas.

También en la misma plaza se hicieron las notabilísimas fiestas reales de toros, con igual ó mayor solerunidad que las ya relacionadas, que con la debida anticipación se dispusieron para celebrar la unión de D. Fernando de Borbón, príncipe de Asturias, con doña María Antonia, el día 20 de Julio de 1803, á que asistieron, como de costumbre, los reyes, real familia y altos dignatarios. En dicha fiesta salieron á quebrar rejoncillos á caballo cuatro caballeros, apadrinados por grandes de España, maestrantes, y premiados por el rey espléndidamente. Hubo después en la misma plaza grandes corridas de toros, con igual ceremonial, cuando se juró á la princesa doña María Isabel Luisa de Borbón, luego Isabel II, en el año de 1833; pero con tanta riqueza y gusto en los detalles, que bien merecen mencionarse. La plaza estaba magnífica, cerrada totalmente y con tendidos contruidos al efecto en toda su extensión; de modo que quedó para la lid, ó sea el coso ó redondel, un espacio de ochenta y siete mil ochocientos veintidós pies, desempedrados y arados convenientemente. Hizo el Ayuntamiento, en una línea de cerca de ciento cuarenta pies que había de solares, construir de madera un edificio que en su exterior igualase á todos los demás de la plaza, y cerrar de igual modo la calle de Boteros, hoy de Felipe III, que entonces, lo mismo que la de la Sal y la de Zaragoza, estaban sin concluir. Todos los balcones hasta el piso tercero se colgaron con paño fino de grana y en su extremo galón y fleco de oro; en medio del paño de los balcones principales se veía una faja de tisú de oro de una tercia de ancho, y en el centro de esta faja una cinta azul cristina. En la barandilla de la azotea se colocó en toda su extensión una colgadura azul con

estrellas de plata, haciendo juego con la barrera del circo, que estaba pintada de azul y blanco. La casa de la Panadería fué adornada por cuenta de la casa real con un lujo sorprendente, formando

un grupo de genios coronados de flores y derramándolas en todas direcciones, con cuyo emblema se significan los blandos céfiros, los tiernos amores y las inocentes risas que circundan y em-



PLAZA MAYOR DE MADRID EN LAS FUNCIONES REALES DE 1803.—Lámina de la época

en el balcón principal un magnífico trono, con soberbias colgaduras de terciopelo encarnado bordadas de oro fino.

Dispuso el Ayuntamiento una mascarada, que tituló Real, y que, antes de recorrer las principales calles de la corte, formó cortejo, precediendo á los caballeros en plaza y á las cuadrillas de toreros y dando cierto esplendor á la fiesta antes de que ésta diese principio en realidad. He aquí cómo anunció la corporación municipal el signifi-

cado de aquellas comparsas, que tan aplaudidas fueron en la entonces Real Plaza Mayor de Madrid en la corrida de corte celebrada en 22 de Junio de 1833.

—«Primera sección: Abrirá la marcha una brillante música militar. Seguirá una comparsa de guerreros, vestidos y armados á la antigua, en representación de la constante lealtad del ejército español para con sus amados reyes, en cuya defensa está siempre dispuesto á verter la última gota de su sangre, y aludiendo también á las inmortales glorias de esta nación valerosa. Seguirá á los guerreros

ro irán las Horas y las Gracias, con los atributos que á unas y otras pertenecen.

Con esta alegoría se demuestra que la princesa, objeto de nuestro amor, es consuelo y esperanza del trono en que ha nacido y de los pueblos que un día bendecirán su imperio, así como la Aurora vivifica y embellece los campos que ilumina. En las imágenes del Sueño y de la Noche se representan la ignorancia, los celos, los quiméricos designios, las ilusiones y los delitos que engendran es-

belleen la dorada cuna en que crece, reservada al trono de Recaredo y á colmar la ventura de sus súbditos, la adorada hija de Fernando y de Cristina. En un carro fulgente irá la Aurora, con el cabello suelto y una antorcha en la mano derecha, llevando á sus pies el Sueño y la Noche, representados por una y un joven vestidos alegóricamente. En derredor del ca-



De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

tas dos divinidades del Averno, cuyo influjo ha desaparecido como las tinieblas a vista de la luz, desde que plugo a la Providencia fecundar el lecho de Fernando, y, sobre todo, desde que el pueblo español ha visto felizmente la restablecida salud de su más amado rey y colmados los votos

ciosas lanas; los jardineros, adorando a Flora, significan que una princesa en cuya frente resplandecen la hermosura, el candor y la pureza, debe ser tan grata a los españoles como era a los gentiles la divinidad de que en su creencia procedían los bienes de la prolífica y apacible primavera; los

marineros y artesanos, procediendo al carro de Mercurio, dios de la Industria y del Comercio, se recrean con la placida esperanza de la decidida protección, que, imitando a sus inclitos padres, dispensara la jurada princesa a estos elementos de riqueza, y por último, la Pintura, la Escultura y la Arquitectura laureadas, manifiestan que su real munificencia producirá otra edad de oro para las bellas artes, hijas de la prosperidad y de la abundancia.—*Tercera sección:* A otra banda de música seguirán comparsas de romanos y sabinos, vestidos con la austera sencillez que distinguía a aquellos pueblos en el reinado de Rómulo y Tacio. Estas parejas, recordando



De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

de su tierna y solícita esposa. Las ninfas que rodean el carro son símbolo de las horas bienhadadas, que van a suceder a las no há mucho horas de amargura, y las gracias que en la tierna Isabel ha prodigado la Naturaleza.—*Segunda sección:* Precedidas de otra banda de música militar, caminando regocijadas, varias cuadrillas, compuestas de pastores, labradores, jardineros, marineros y artesanos, con sus correspondientes trajes y con los instrumentos de sus respectivos oficios. En seguida la Arquitectura, la Pintura y la Escultura, con sus atributos, y detrás de esta comitiva un suntuoso carro, en cuyo centro aparecerá Mercurio con el Caduceo, los talaes, etc., Ceres coronada de espigas, con la hoz en la mano, y Flora ceñida de guirnalda. Este cuadro alegórico denota la lisonjera perspectiva que ofrece a España la directa sucesión de unos reyes tan amantes de las artes consoladoras.

La comparsa de pastores y labradores bendice a Ceres como a diosa de la Agricultura, fuente inexhausta de la pública felicidad, presintiendo sus progresos en el fértil campo español, el fomento de nuestros ganados y la mejora de sus pro-

la alianza más célebre que refieren las antiguas historias, aluden a la entrañable unión con que las provincias que componen la vasta Monarquía española rivalizan en amor y felicidad al gran Fernando, a la benéfica Cristina y a su regia prole; y recuerdan que si una Isabel, de gloriosa memoria, reunió bajo una sola corona los reinos de Castilla y Aragón, otra Isabel, digna de ser llamada nieta suya, logra estrechar tan halagüeños lazos aun antes de ceñir a sus sienes la corona. A continuación marchará otra lucida comparsa de españoles a la antigua y de americanos con su primi-



De la Memoria Oficial publicada por el Ayuntamiento.—1833

tivo traje, para demostrar que los benéficos rayos del nuevo astro que brilla en el solio español, no se limitan á un solo hemisferio. Las parejas de la primera comparsa llevarán báculo, con una cigüeña en su extremo, símbolo de la gratitud entre los gentiles, y asimismo navetas con incienso, y vasos para las libaciones, todo en demostración de agradecimiento al cielo, por haberse colmado los votos de la Monarquía. Las parejas de americanos y españoles llevarán mármoles, medallas y pergaminos, como monumentos que han de llevar hasta las más remotas generaciones el egregio nombre de Borbón, su grandeza y sus hechos esclarecidos. Seguirá una danza de genios y ninfas, y á continuación se verá el tercer carro, más bello y magnífico que los precedentes. Este carro será ocupado por cuatro matronas representando las virtudes cardinales, todas con sus correspondientes atributos. En la parte superior se verá, sentada, la estatua de la Concordia, teniendo á sus plantas dos leones, que sujetan cada uno un globo y llevando en sus manos un haz de varas semejante al de los lictores romanos, pero cuyos remates son cálices de varias flores. Le adornan á cada lado dos urnas de perfumes. El arranque de dos brillantes semicírculos con los colores del arco Iris sostiene el dosel, en cuya circunferencia se leerá, con caracteres dorados: «La Concordia hace la felicidad de los Estados». Rodearán la carroza cuatro figuras, que representarán el Honor español, nueva garantía de los derechos de Isabel, cimentados en las leyes y costumbres patrias; el Poder de esta Monarquía, respetado siempre por las naciones extranjeras; la Amistad, en señal de la que debe reinar entre los príncipes para bien de sus dominios respectivos, y la Abundancia, que sólo puede existir en el seno de la paz y de las virtudes. El sentido de esta alegoría no es dudoso. Los designios, nacidos de quiméricas ilusiones, y el temor de los males que intentaban producir, han desaparecido de todo punto al aspecto de una prenda de amor, dulce signo de paz y de alianza, bajo el cual, hundida para siempre en el abismo la feroz Discordia, obtendrá su antigua preponderancia y opulencia la gran familia española. Esta prenda de amor, este próspero signo de fraternal alianza, este presagio, en fin, de tantas venturas es la serenísima infanta *Doña María Isabel Luisa*, y al celebrar con públicos regocijos el fausto momento de la *Real Jura*, en que solemnemente y universalmente es reconocida y acatada como sucesora de *Fernando VII* y de *María Cristina de Borbón*, no podría menos de complacerse el leal Ayuntamiento de Madrid erigiendo un triunfo en honor de la *Concordia*.

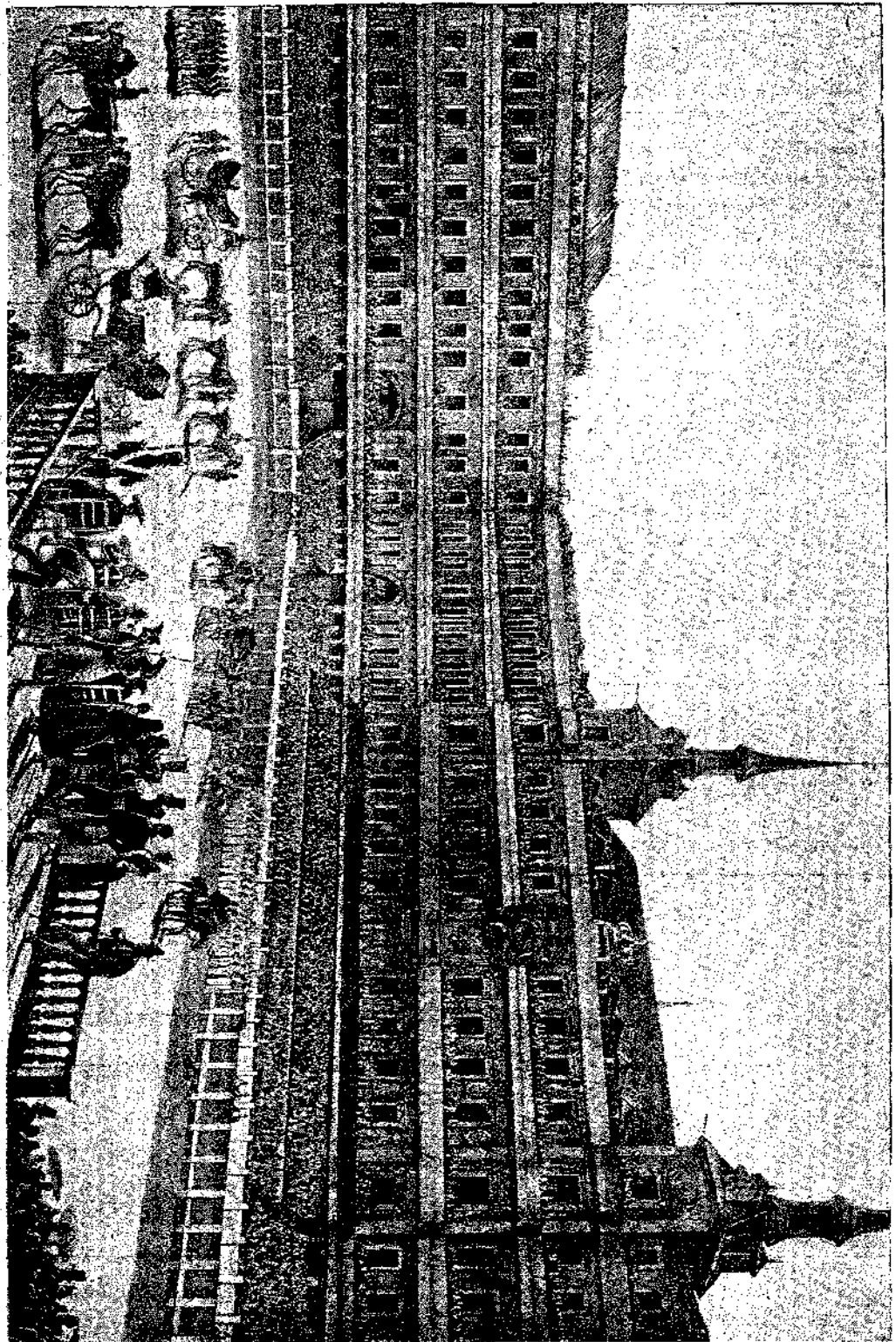
A estas comparsas, que entraron lo mismo que las cuadrillas de lidiadores, por la puerta de la

calle de Ciudad-Rodrigo, y después de marchar siempre por su derecha y dar vuelta más que completa al redondel, salieron por la puerta de la calle de Gerona, se las despidió de allí, para que fuesen á alegrar con su presencia las calles de la población, quedando sólo en la plaza la gente necesaria para las corridas, que resultaron espléndidas y lujosas, rejoneando con acierto los caballeros y portándose bien las cuadrillas de toreros. A pesar de que ya estaba iniciada la guerra civil en España y de la gran dificultad que ofrecían entonces las comunicaciones con la capital, de muchos puntos lejanos vinieron á Madrid infinitas personas, con el sólo objeto de presenciar unas fiestas tan extraordinarias. Raro fué el extranjero que, al volver á su país, no llevó una lámina, un retrato, una medalla ú otro objeto de los muchos que entonces se hicieron para perpetuar unas funciones tan originales y magníficas como las que se celebraron.

En las funciones reales celebradas en la misma Plaza Mayor el día 16 de Octubre de 1846 por las bodas de la reina *Doña Isabel II* y su hermana *Doña Luisa Fernanda*, se hicieron iguales obras de construcción de tendidos; las colgaduras de los pisos principal y tercero fueron de grana con galón y fleco de oro; las del segundo, amarillas con galones de plata, formando entre las tres los colores nacionales, y la barandilla de los terrados fué cubierta con tela azul galoneada de plata. Se aprovechó la forma de paralelogramo que tiene la plaza, y en cada uno de los cuatro ángulos, redondeados por la figura de medio punto que se dió á las barreras en dicho sitio, se colocó una excelente banda de música. Todos los tendidos, todos los balcones, y hasta los tejados, estaban materialmente llenos de espectadores; y es difícil, y para nosotros imposible, describir tan gran fiesta y pintarla con los vivos colores que su magnificencia exige. Luego que la familia real llegó y se colocó en el trono preparado al efecto en la casa de la Panadería, ricamente adornada, sonaron los timbales, entonaron preciosos acordes todas las músicas, y se abrieron las puertas de la plaza que daban á la calle de Ciudad-Rodrigo. Por allí entraron, en la última fiesta de que hablamos, en magníficas carrozas y vestidos de maestranes, los duques de Medinaceli, Osuna, Abrantes y Alba, llevando á su lado y apadrinando á los caballeros Fernández, Varela, Cabañas, Romero y Osorio de la Torre; todos éstos luciendo preciosos y costosísimos trajes de terciopelo, bordados de oro en distintos colores y á la española antigua. A los lados de cada una de estas lujosas carrozas, tiradas por ocho soberbios caballos con penachos y guarniciones de gran gusto, marchaban doce lacayos y doce pajes, llevando éstos del diestro otros tantos caballos es-

cogidos y engalanados, con arreos elegantísimos; y luego una comparsa numerosa vestida á la española antigua ó á la chamberga ó flamenca, según el color del traje del caballero á quien seguían.

chaba, compuesto de doce espadas, diez y ocho picadores, más de cuarenta banderilleros, y otros tantos chulos con los tiros de mulas ricamente enjaezados. La perspectiva que tan brillante proce-



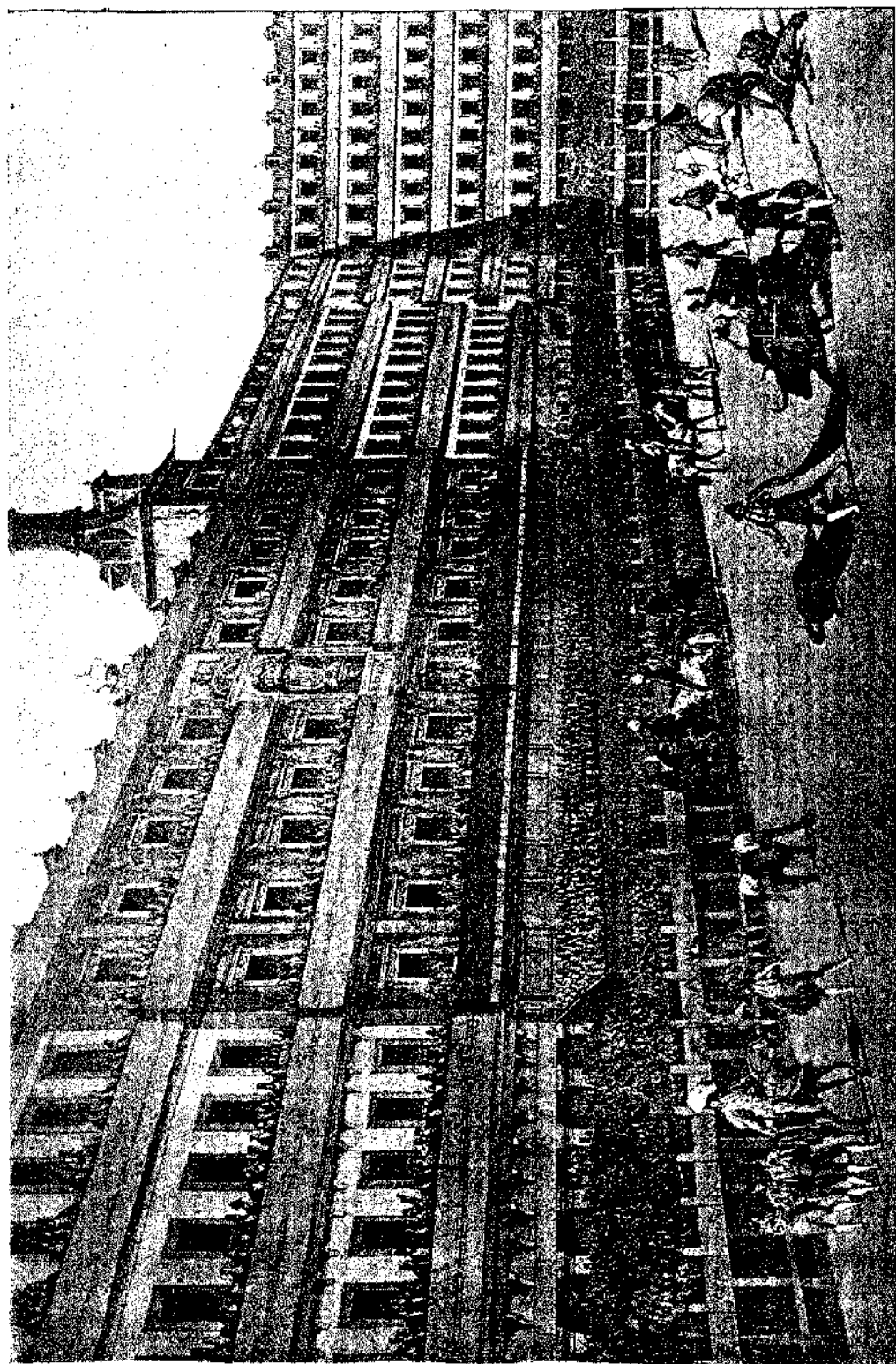
FUNCIONES REALES EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID. — 1833

A este inmenso cortejo, que no se componía de menos de trescientas cincuenta personas, hay que añadir el no menos lucido que tras de aquél mar-

sión ofrecía por sus múltiples colores en plumas, rasos y terciopelos; el deslumbrante lujo de los padrinos en la soberbia pedrería que en sus pre-

seas ostentaban; el piafar de los caballos, los acordes de las músicas, los atronadores aplausos de más de cien mil espectadores, daban á la fiesta un sabor de grande, de magnífico; y al

esto sin que se sienta arrebatado de sorpresa y admiración? ¿Ni quién podrá considerar á aquellos valientes paladines, en una palestra tan augusta, entre los gritos del susto y del aplauso, sin



FUNCIONES REALES EN LA PLAZA MAYOR DE MADRID. — 1833

verlo, no podemos menos de exclamar (como Jovellanos al contemplar los torneos, y creemos que con más razón que él): «Quién se figurará todo

sentir alguna parte del entusiasmo y la palpación que hervía en sus pechos, aguijados por los más poderosos incentivos del corazón humano?...»

Después de dar una vuelta completa al circo y de saludar á los reyes toda la comparsa, bajándose los caballeros y padrinos de las carrozas, se retiró la gente inútil para la lidia, quedando sólo tres caballeros montados y preparados para rejonear, los espadas y toreros necesarios, doce alguaciles de corte montados á caballo y formados en hilera frente al solio real, pero en los medios de la plaza, destinados á comunicar y llevar órdenes á los diferentes sitios de la misma, y además, formando valla debajo del trono (donde no había tendido ni barrera, sino un hueco á propósito), una compañía de alabarderos, sin más defensa que sus armas, formando una triple fila compacta. Se corrieron toros de todas las ganaderías de España por orden de antigüedad, y los toreros formaron cuatro grandes agrupaciones, á fin de uniformar sus ricos trajes. Los de la cuadrilla en que figuraba Juan Jiménez (*El Morenillo*) vistieron verde y plata; los de la de Montes, grana y plata; los de la en que estaba *Cúchares*, café y oro, y los de la del *Chiclanero*, azul y oro; por supuesto todos con sombrero tricornio como á principios de siglo, por no ser de etiqueta la montera andaluza. Luego que fueron rejoneados tres toros, se retiraron los caballeros y alguaciles, y continuó la lidia por las cuadrillas de toreros.

Restanó sólo hacer la descripción de las funciones reales que en 25 y 26 de Enero de 1878 se verificaron en Madrid con motivo del casamiento del rey D. Alfonso XII con su malograda prima Doña Mercedes de Orleans y Borbón. Debemos por varias razones ser muy concisos. Disputolas y las costeó en totalidad el Ayuntamiento de Madrid, quien contra la opinión de la prensa y de los inteligentes, no quiso celebrarlas en la Plaza Mayor, quitándoles de este modo realce ó importancia. Razones habrá tenido para ello, que ni nos incumbe apreciar, ni este libro es punto donde deben dilucidarse. La magnífica plaza construída en 1874 fué adornada con gusto y riqueza.

La combinación de escudos, gallardetes, banderolas y guirnaldas era de vistosísimo efecto, haciendo honor al encargado de la ornamentación, Sr. D. Emilio Ayuso, arquitecto y director que fué de las obras de construcción de aquel mismo circo, que para este fin con tanto gusto embelleció.

La plaza estaba adornada de esta manera:

Colgaduras con los colores nacionales en las gradas, sobrepuertas y andanadas.

En las entradas de los tendidos y sobre las puertas de alguaciles, caballos, arrastradero y meseta de toril, colgaduras moradas con franja de oro y escudos con las armas de Madrid.

Rodelas moriscas suspendidas de cordones con portas de colores brillantes, en armonía con el es-

tilo general de la construcción de la plaza, entre trofeos de banderas nacionales, sobre los capiteles de las 120 columnas de las gradas.

En los intercolumnios de estas últimas, guardamalletas á fajas de colores azul y blanco.

Una colgadura de damasco encarnado con galón y fleco de oro en los antepechos de los palcos, y en los centros de cada uno de éstos y sobre la citada colgadura el escudo de la nación.

Los palcos del Ayuntamiento y de la Diputación tenían colgaduras de terciopelo con los escudos de las respectivas corporaciones.

Sobre los capiteles y calados de los arcos de las 118 arcadas que constituyen el piso de los palcos, estaban colocados los escudos de las 49 provincias, alternando con el de la villa de Madrid, sobre trofeos en cada una de las columnas.

Una serie de guirnaldas y colgantes de flores pendía de las claves de todos los arcos que coronan la plaza, formando pabellones. Gallardetes suspendidos de cordones rojos y colocados en la crestería de hierro que corona el interior de la plaza, terminaban la decoración de ésta.

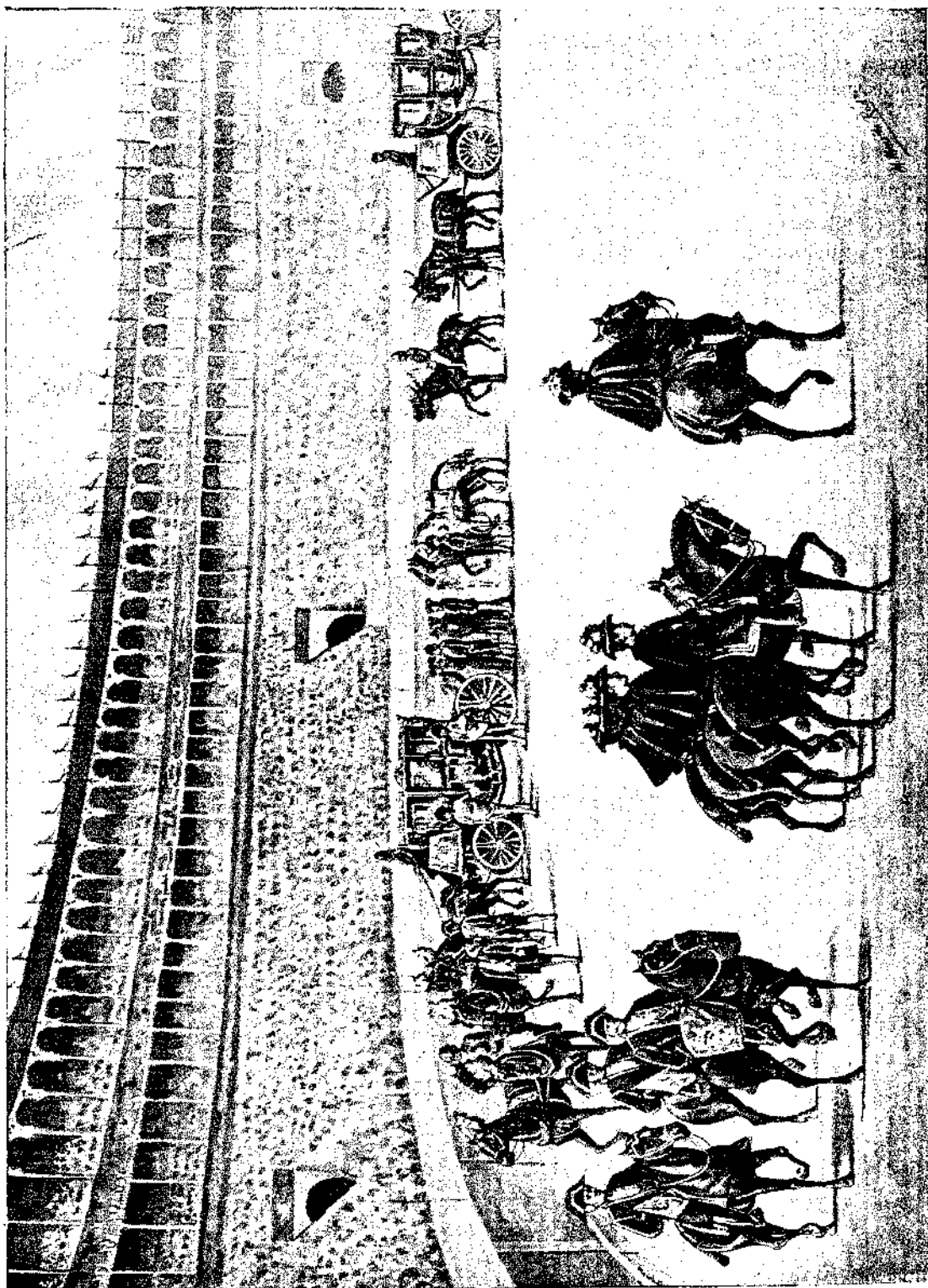
El palco real colgado de terciopelo carmesí y oro, y sobre dicha colgadura los escudos de las casas de Borbón y Orleans, enlazados entre si y rodeados de guirnaldas de flores.

Cuatro grandes lanzas de torneo, descansando sobre los antepechos del palco, sostenían otras tantas rodela, y pendiente de cordones de oro el estandarte de Castilla, terminando el conjunto con el escudo de la nación y trofeos rodeados de guirnaldas.

No ha habido, según costumbre antigua, corrida de prueba por la mañana y de gala por la tarde, sino una sola oficial en cada día, que principió á las doce de la mañana, concluyendo próximamente á las cuatro de la tarde. En la primera, en que el tiempo fué muy desapacible, después de colocarse en la arena debajo del palco real una compañía de alabarderos en triple fila á pie firme, y cuando las personas reales dieron para ello la señal, salió por la puerta llamada de caballos un magnífico cortejo por el orden siguiente: cinco alguaciles á caballo; los timbaleros y clarines de la casa real con uniformes de gala; carroza que conducía dos caballeros en plaza, tirada por cuatro soberbios caballos con jaces y penachos encarnados y azules con hebillas doradas; á los estribos del carruaje marchaban á pie, como padrinos de campo, los toreros Salvador Sánchez (*Frasquito*), Manuel Hermosilla y Angel López (*Regatero*); detrás dos pajes con rejoncillos, y luego cuatro más, vestidos con colores de los caballeros, que eran grana y oro el primero y grana y blanco el segundo, conduciendo del diestro cuatro caballos ensillados con monturas de raso de colores distin-

tos y pasamanería de oro y plata; otro coche de gran gala con caballos empenachados y ocho lacayos con libreas de la casa de los respectivos padrinos de la grandeza; gran carroza sobresaliente

charol negro y plata, penachos azules, blancos y grana, en que iban otros dos caballeros vestidos de azul y encarnado y de morado y blanco, marchando al estribo los espadas Cayetano Sanz, Gon-



FUNCIONES REALES EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID EN 1878. — MORENO RODRÍGUEZ

con infinitos adornos y arabescos de plata en su caja, propiedad del duque de Santoña, tirada por cuatro poderosos caballos morcillos, guarnición de

zalo Mora, Angel Pastor y Francisco Sánchez; dos pajes con rejoncillos y cuatro con otros tantos caballos, que habían de montar para la lidia los ca-

balleros; coche de respeto, ocho caballos; coches de los padrinos, condes de Balazote y Superunda, con sus lacayos; y luego, formadas convenientemente y no en tropel, las cuadrillas de toreros, compuestas, con inclusión de los ya expresados, de diecisiete espadas, cuarenta y ocho banderilleros, cuatro puntilleros, tres chulos y veintisiete picadores á caballo, completando tan numeroso séquito las cuadrillas de mozos de caballos, tiros de mulas con preciosos arreos y mantillas, ramaleros y mayores con trajes de terciopelo y fajas de seda uniformes. La procesión dió la vuelta al redondel, y al llegar debajo del palco real, apeáronse los caballeros y padrinos, y presentando éstos á aquéllos, saludaron todos á los reyes, volviendo á montar y saliendo, después que concluyó la vuelta completa, por la puerta llamada de Madrid, debajo del palco presidencial de aquel día, á cuyo fin los alabarderos abrieron filas, que volvieron á cerrar, quedando solos en la plaza los toreros y tres alguaciles á caballo. Salieron luego y pusieron rejones los cuatro caballeros, en tandas de á dos para otros tantos toros, sin que nada notable ocurriera en toda la fiesta, que continuó hasta lidiarse entre todos siete toros regulares. En la segunda función del día 26 se presentaron tres caballeros, dos de ellos apadrinados por el Ayuntamiento y uno por la diputación provincial, todos con trajes á la chamberga, color morado, que es el de la enseña de Castilla, con pasamanería de oro; y el orden del cortejo para el paseo fué el siguiente: cinco alguaciles á caballo; trompeteros y clarines del Ayuntamiento con uniformes de gran gala; cuatro maceros de la Diputación con sus magníficos trajes de terciopelo y oro; coche de gala, tirado por cuatro caballos con grandes arcos y penachos morados y blancos, conduciendo al caballero apadrinado por la Diputación y al conde de la Romera, presidente de la misma; pajes conduciendo caballos del diestro y lacayos á la Federica portando rejonés; los seis maceros del Ayuntamiento; carroza de gran lujo, tirada por cuatro caballos morcillos con guarniciones encarnadas, hebillaje de plata y penachos rojos y blancos, conduciendo al primer caballero del Municipio y á su padrino el concejal marqués de San Miguel Das Penas; pajes con caballos y rejoncillos; seis alguaciles, traje de corte, á pie; seis maceros más del Ayuntamiento; coche con cuatro caballos alazanes, guarniciones y penachos grana y blanco, con el segundo caballero en plaza y su padrino D. Ramón López Quiroga; pajes con caballos y rejonés; otros seis alguaciles á pie, y las cuadrillas de toreros en la misma forma que el día anterior, con tiros de mulas, chulos y dependientes ya expresados. A la portezuela de cada uno de los coches iba un caballerizo del Municipio, elegantemente vestido, mon-

tando magnífico caballo, y á los estribos, como primeros peones de lidia, padrinos de campo del caballero de la Diputación, Salvador Sánchez; del primero del Ayuntamiento, Angel Pastor, y del segundo el antedicho Salvador, todos bajo la dirección del maestro Cayetano Sanz.

Esta segunda función, como fiesta de toros, no sólo fué mejor que la primera, sino mucho mejor que cuantas hemos visto en nuestra vida. Buen ganado, mucho valor en los caballeros, inteligencia en los toreros, y hasta día apacible y alegre. Merecen referirse algunas peripecias de la lidia, y lo haremos muy sucintamente. El tercer toro rejoneado acometió á uno de los alguaciles que bajo el palco real esperaba órdenes delante de los alabarderos, y le arrojó con caballo sobre éstos, que aunque por el momento se desordenaron no rompieron filas. El mismo toro alcanzó al caballero de la Diputación cuando iba á clavar un rejoncillo, le volteó y pisó, matándole el caballo y teniendo que retirarse á la enfermería. El tercer toro de lidia ordinaria acometió á los alabarderos, que le rechazaron pinchándole con las alabardas; arremetió de nuevo, abrió brecha, sufrió muchos lanzazos, rompiéronse bastantes alabardas, dobláronse otras, salieron los guardias con algunos uniformes rotos, pero ni ellos abandonaron su puesto de honor, ni el toro se mostraba dispuesto á salir de allí, sino le hubiese sacado coleándole el matador Felipe García. Por el relato que dejamos hecho, más que como noticia para hoy, como apuntes para lo venidero, se vendrá en conocimiento de que las corridas reales últimas han sido espléndidas, pero que han podido serlo más, con iguales ó menores gastos, á haberse celebrado en la Plaza Mayor; y que á los toreros, por falta de tiempo ó por economía, no se les ha regalado, como siempre, el traje, á que han tenido derecho, dándoles sólo el sombrero tricornio, llamado de medio queso, lo cual ha hecho que la confusión de trajes de muchos colores no haya guardado uniformidad por cuadrillas, y que al lado de un rico traje se viese otro viejo y descolorido. El Municipio se ha visto solo para dar estas funciones, contribuyendo únicamente la Diputación con presentar un caballero y la Grandeza cuatro, pero de mala manera, honrando muy poco á la última el hecho de no haber acompañado en la misma carroza á sus caballeros, dándoles el sitio preferente; bien es verdad que éstos nunca han sido menos premiados ni menos considerados que en la ocasión referida. Los de la Grandeza fueron los señores Arenal, Lafuente, Morales y Floranes; de la Diputación el Sr. Laguardia, y del Ayuntamiento los Sres. Larroca y González; y sin perjuicio de que de cada uno de ellos nos ocupamos en el lugar correspondiente, diremos que el Sr. Larroca

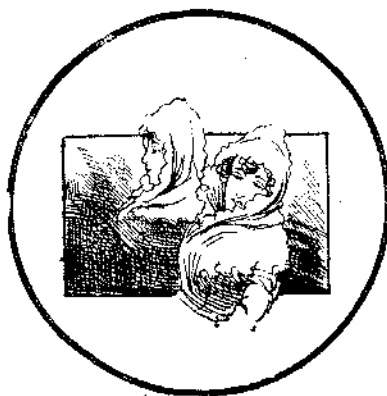
fué el que más rejonos puso sin caer del caballo; siguió en suerte el Sr. González, que mató un toro, degollándole de un rejonazo, y que milagrosamente salió ileso de una gran caída. Por primera vez se ha intentado en estas fiestas rejonear á caballo levantado, y la prueba ha sido fatal, como no puede menos de serlo. Rejoneáronse cuatro toros en la primer función, clavándoles entre todos los caballeros dieciocho rejonos, y otros cuatro toros el segundo día, que llevaron veinte rejonos.

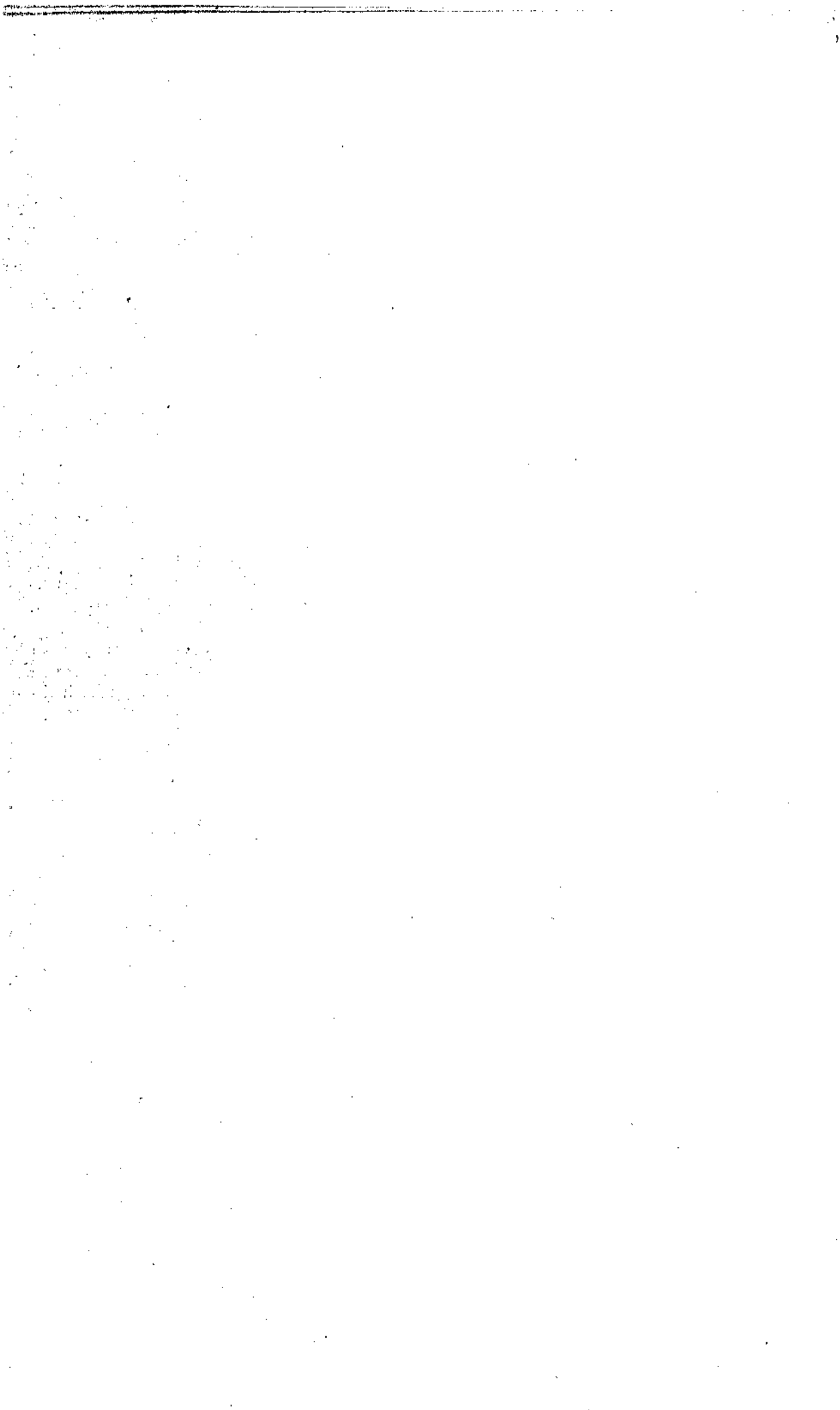
También se celebraron funciones reales en Madrid al verificarse el matrimonio del referido rey D. Alfonso XII con la actual reina regente doña Cristina de Hasburg, siendo menos suntuosas que las anteriores, y tomando parte en ellas menos cuadrillas de toreros, pero las más principales y mejores. Los adornos y decorado de la plaza fueron los mismos que se estrenaron en las fiestas de 1878, y rejonearon como caballeros en plaza D. Carlos Floranes, apadrinado por la Diputación provincial; D. Isidro Grané, por el Ayuntamiento, y los Sres. Vela y Posada por las dichas Corporaciones.

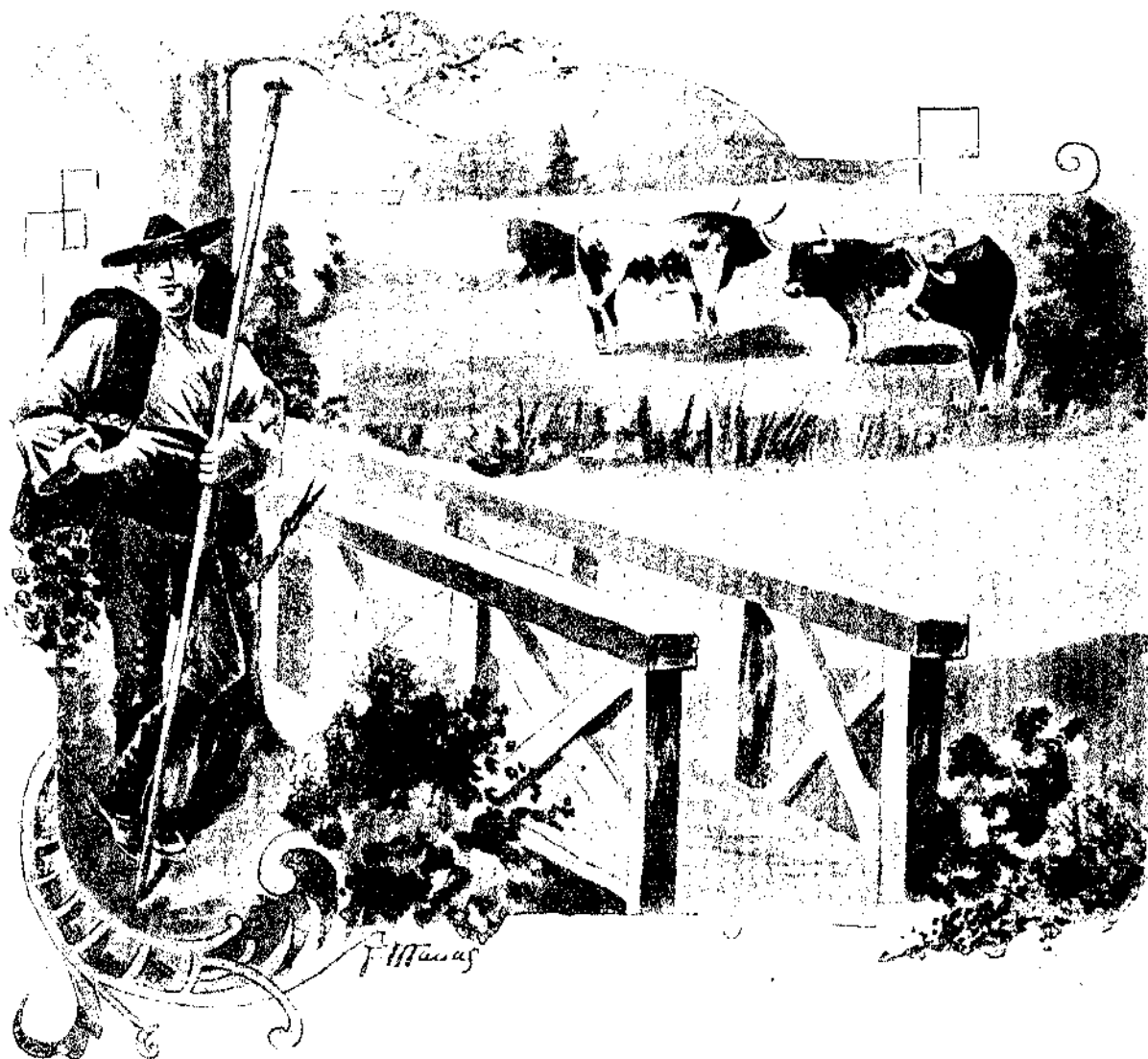
Concluimos aquí nuestra relación de las *Funciones reales* de toros celebradas en España, y de que tenemos noticia se hayan verificado con di-

cho carácter, aunque muchos más detalles podríamos dar acerca de estas corridas si la índole de nuestra publicación lo permitiera; el deber nuestro, sin embargo, que volvemos á repetir no es relatar para hoy, le consideramos completamente satisfecho. Pudiéramos también, de las corridas reales ejecutadas en este siglo, haber dado más detalles; pero el temor de aparecer pesados por un lado, y por otra parte la certidumbre que tenemos de que para satisfacer la curiosidad del lector basta lo dicho, nos hace concluir estas descripciones de un espectáculo tan grandioso y extraordinario, que, como función pública, no tiene igual en el mundo.

Furioso.—El toro abanto, el codicioso, el pegajoso, y se puede decir que todos los que en plazas son lidiados pueden ser calificados de furiosos, al menos durante su primer *estado*. La Academia, como voz de Blasón ó Heráldica, expresa que se dice del toro levantado en sus pies cuando está en la forma y situación de león rapante. ¡Vaya por la Heráldica! Cuando en la plaza se ve un toro en la actitud que dice la Academia, agarrado á las tablas, pugnando por saltarlas, no se le tiene por furioso, sino por cobarde.







Gabara, José.—Natural de Galicia. Fué picador aplaudido en 1791 y siguientes en la plaza de Madrid, aunque parezca que los habitantes de su país no son á propósito para lidiar toros.

Gacho.—A pesar de que el *Diccionario* de la lengua castellana dice: «El buey ó vaca que tienen uno de los cuernos ó ambos inclinados hacia abajo», consideramos más exacta nuestra definición de la palabra CORNIGACHO; sostenemos que no es gacho el toro que no tenga más que un asta baja.

Gaceta Alé, D. Manuel.—Autor de un cuadro sinóptico, del que habrán de servirse cuantos tengan curiosidad por saber la historia de la antigua plaza de Málaga, que su dueño, D. Antonio María Alvarez, mandó derribar en 1864. Comprende dicho cuadro, impreso en rica cartulina y con la vista fotográfica de la plaza y facsimil de unas monedas que con el busto de Alvarez sirvieron de entradas de sombra y de sol para el estreno en 1840, los hierros, divisas y nombres de espadas y picadores. A pesar de su buen desempeño en este trabajo, omitió una corrida que se verificó en 26 de Diciembre de 1855 con los espadas

Francisco Vilches (*El Lliger*), de Granada, y Manuel Sánchez (*El Pintor*), de Sevilla, con cuya noticia resulta ya completo el cuadro.

Gagliardi, Juan.—Empezó á trabajar en Portugal como banderillero en 1881, y después ha tomado parte como caballero en varias funciones. Le consideran allí como un gran maestro de equitación, pero como torero ni á pie ni á caballo ha conseguido gran renombre. Si, como dicen, va á dedicarse á torear por oficio, debe estudiar lo que es el arte y tomar consejos de Tinoco, Bento, Oliveira y de otros maestros que saben lo que es, y las dificultades que presenta.

Gaiola.—Aunque este nombre, que es portugués, no se usa en España, parece oportuno hacer de él mención, á fin de que se tenga conocimiento de su significado, leyendo descripciones decorridas en aquella nación verificadas. Significa «chiquero ó toril» en castellano, y «jaula» en portugués; debemos añadir que en las voces de náutica ó marina españolas úsase también en el sentido de «jaula ó cárcel», y analogía tienen muy aproximada con aquellas otras.

Gaitor, León.—Es un muchacho que empezó á torear en plazas de segundo orden y en novilladas de pueblos hace ya más de quince años, y de quien no tenemos noticias posteriores. Poco ha hecho el pobre para adquirir nombre.

Galache, José Augusto.—Famoso pegador portugués, en quien el espectador dudaba si dar preferencia á su valor desmesurado ó á su conocimiento de las reses. Era portentoso verle hacer las pegas, tanto de frente como de espaldas con toda tranquilidad, esperando el momento de la humillación para encunarse sin sufrir el topetazo, y ocasión hubo en que roto un brazo continuó la pega hasta ver sujeto al toro. Hace tiempo se retiró y no sabemos si vive aún.

Galache, Antonio Augusto.—Hermano del anterior, pegador también, valiente y entendido, y retirado de la vida activa como aquél. Ambos fueron amadores notables y muy amigos del marqués de Castelijo-Melhor.

Galán, Antonio.—Picador de regular aptitud, que hubiera lucido más si no le hubiese tocado la época de los Sevillas, Hormigos, Pintos y Trigos. Alternó en Sevilla por primera vez el 8 de Mayo de 1834.

Galcerán.—Este lidiador, cuyo nombre exacto no hemos podido comprobar, fué uno de los más renombrados que de plaza en plaza y de pueblo en pueblo iban toreando por los años de 1750 en adelante. Fué compañero de Apiñani, Esteller y *Martincho*.

Galea, Juan.—Natural de la isla de San Fernando y banderillero regularcito, trabajaba en la cuadrilla de Hermosilla hace más de dieciseis años. No le recordamos.

Galea y Jiménez, José.—Tiene buen crédito como banderillero. Es valiente sin temeridad, no estorba en el ruedo y sabe volver y colocar un toro á la muerte. No puede pedirse más, como no sea...alegría para hacer monadas, que tiene el buen gusto de no intentar. Nació en la ciudad de San



Fernando, Cádiz, el 30 de Junio de 1857, y aunque sus padres, Miguel y María, quisieron dedicarle á la venta de carnes, él optó por el oficio de torero, y á los dieciséis años capeaba por los pueblos, á los dieciocho ingresó en la cuadrilla del *Marinero*; fué luego con Hermosilla á América, y ahora figura en la cuadrilla de Mazzantini. No ha sido de los que han sufrido muchas cogidas, aunque si algunas, y ha matado varios toros, si no con maestría, con arrojo y decisión, en diferentes plazas de España y Ultramar.

Galiano, Antonio.—Uno de los buenos picadores de vara larga que se conocieron en el último tercio del pasado siglo. Figuró en carteles con los Romeros y Costillares.

Galiano y Peña, D. Joaquín.—Tipo perfecto del sevillano espléndido y rumboso, ha sido empresario y padrino de varios toreros, como el desgraciado *Punteret*. Por su mediación, *Reverte* se abrió paso, llegando al puesto que hoy se le concede en justicia. Si no temiéramos pecar de indiscretos diríamos de qué manera á un célebre matador le favoreció en Sevilla, en abierta oposición de otro que, hijo del país y valiente como el que más, le disputaba sus triunfos. La popularidad de Galiano y su esplendor ha aprovechado á muchos que han solicitado su concurso para aumentar su prestigio, y las fiestas de toros han ganado extraordinariamente con su iniciativa é inteligencia.

Galveias, D. Antonio.—Caballero portugués, farpeador de conciencia, que, sin grandes arranques de temerario valor, cumplía bien, demostrando serenidad en las suertes y conocimiento de las mismas y de la indole del ganado. Nació en 15 de Diciembre del año 1852, siendo sobrino del conde das Galveias. Toreó siempre en beneficio de los pobres é hizo su debut como rejoneador aficionado en la plaza de Salvaterra. Falleció joven hace algunos años.

Gálvez, José.—Era granadino, que banderilleaba y nada más. Debió ser su época, si no la de primeros de este siglo, á fines del anterior sin que podamos precisarla.

Gálvez, Miguel.—Banderillero bastante bueno en el último tercio del siglo último, y luego mata-

dor de segunda línea, que trabajó mucho tiempo con Juan Romero, siendo bastante aceptado entonces, si hemos de juzgar por el nombre que adquirió.

Gallangos, Manuel.—Banderillero que pareó por primera vez en Madrid en 1887, sin que después sepamos qué ha sido de él.

Gallardo, Fernando.—Fué un valiente picador de toros, que empezó su carrera en la plaza de Sevilla al lado de *Poquito Pan* y otros en el año de 1825. No sabemos si sería pariente de

Gallardo, José.—Que en la misma plaza se estrenó el 6 de Septiembre de 1830, y de quién hay pocas noticias.

Gallardo, Juan.—Picador valiente hasta la temeridad. No permitía que torero alguno de á caballo llevase más palmas que él en la plaza. Vino á Madrid con Montes, y luego perteneció á la cuadrilla de José Redondo (*El Chiclanero*), á quien quería con entusiasmo. Más de una vez hubo que reprimir sus ímpetus contra la fiera, á quien obligaba á embestir como nadie ha obligado; y era tan duro, que ni las caídas le arredaban ni el temor le imponía. Alternó dignamente con los notables Ledesma (*El Coriano*), Romero (*El Habanero*), Trigo, Sánchez y demás que componían en 1840 y tantos la mejor baraja de picadores que nosotros hemos conocido. A causa de una pendencia que tuvo con un sereno, fué muerto por éste de un sablazo, en la noche del 6 de Marzo de 1864. Ya estaba retirado del toro.

Gallardo, Sebastián.—Hijo de Juan y picador también como él; pero menos bravo, menos duro y menos inteligente. Créese que murió en la Habana.

Gallardo, Manuel.—Nació en el Puerto de Santa María el día 7 de Septiembre de 1840, y como su padre Juan, se dedicó á picar toros con valor y entusiasmo, mereciendo mejor puesto que el que ha ocupado. Murió de enfermedad en Jerez de la Frontera el día 17 de Agosto de 1882. Algunos atribuyeron su prematura muerte á las consecuencias de un gran porrazo que le dió en la plaza de Valencia un toro del marqués del Saltillo el 18 de

Mayo del mismo año, aunque después trabajó en Cádiz alguna corrida. Empezó en Sevilla el 23 de Septiembre de 1868, y alternó en Madrid por primera vez el 21 de Julio de 1870.

Gallardo, José (El Coquineró).—Mucho ha de hacer este muchacho para ser un buen banderillero. No basta querer, si no se estudia. A pesar de todo, trabaja con bastante aceptación, porque se ve en él buena voluntad.

Gallego, Juan.—Picador perteneciente a la cuadrilla de Agustín Aroca, que de todo tenía menos lo que dice su apellido. Lució a primeros del presente siglo y hemos oído decir que era un buen

en irse al toro como para darle un recorte, pero con la capa puesta; colocado el diestro de espaldas, pero sesgado, al llegar al centro de la suerte abrir los brazos cogiendo aquélla y ensanchando, por consiguiente, el bulto, y al dar el toro la cabezada, ejecutar el quiebro de cuerpo con menos trabajo, menos ceñido y con menos exposición que en el recorte. Hay además muchos modos de gallear las reses, según la situación de éstas, clase del engaño, modo de dirigirle y concluirle y manera de empezarle. Es usado frecuentemente el de tener el torero la capa doblada sobre el brazo, y describiendo un semicírculo, marchar á encontrarse con el toro, al cual, más que el cuerpo, se le acerca el engaño, y rematando la suerte como en el recorte, al que se parece muchísimo, salir pausadamente, si el toro tiene pocas piernas ó no



GALLEANDO AL TORO. — MACÍAS

mozo. Desde Sevilla, donde se estrenó en 18 de Junio de 1802, vino á Madrid, donde fué la época de su apogeo después de 1808. Era natural de un pueblo de la provincia.

Gallego, Gil.—Allá por los años 1853 ó 54 trabajó en Madrid un picador de este nombre, que no dejó grandes simpatías ni recuerdos.

Galleo.—El modo de gallear un toro es muy semejante al de recortarle, y no porque sea más seguro es menos lucido. Consiste principalmente

es de los que rematan. Otro galleo se hace con el capote en la mano del lado que ha de presentarse primero al toro; al llegar al centro se le acerca, humilla, cambia el torero su viaje tomando la salida, pasa el capote de una mano á otra, y el toro, humillado, pasa por detrás del torero, que, si es diestro en esta suerte, puede ejecutarla con un sombrero, pañuelo, montera, etc. También es un galleo muy lucido, que debe hacerse siempre que el torero se retrase para encontrar el centro de la suerte, ó cuando el toro viene muy levantado, el de arrojarle al hocico el capote en cuanto llegue á jurisdicción, quedándose con una punta en la mano, y al humillar el toro, pasarse por junto á

la cabeza quebrando el cuerpo que ocupa su terreno, sucediendo entonces que, al tirar rápidamente del capote, el animal hucien á espaldas del dios-

se llama así una diversión, que consiste en aniarar ó atar á las astas de un novillo ó de una vaca una maroma, y dejando correr al animal por las

plazas y calles del pueblo, tiran de la cuerda los que van agarrados á su extremo cuando ven que puede ocasionar alguna desgracia, y detienen el ímpetu de la res.

En Castilla se llaman toros de cuerda ó vacas enmaromadas, y como suelen correrlos de madrugada, les dicen «el toro del aguardiente». Tal vez, aludiendo á este licor, sea causa de que al buey enmaromado se le llame en al-



CONCLUYENDO UN GALLO. — L. FERRANT

tro y sufre un destronque grandísimo. Es muy común llamar recortes á los gallos; pero aunque éstos se ejecuten como aquéllos, no lo son á cuerpo descubierto, sino con auxilio del capote.

gunos pueblos de la provincia de Guadalajara el *Baco*, donde le hacen correr el día de la fiesta principal de cada villa, que suele ser en casi todos el día 8 de Septiembre.

Gallo, D. Alonso.—Es autor de unas *Advertencias para torear*, escritas hace más de doscientos años. No sabemos, aunque son de la misma época, si sería hermano de

Gama, Felipe.—He aquí un hombre que, sin valer mucho, es de los que más han trabajado en Portugal poniendo banderillas, en clase de aficio-

Gallo, D. Gregorio.—Caballero de la orden de Santiago; famoso aficionado á lancear y acosar toros á caballo. Fué el inventor de la defensa llamada *espínillera*, que por él se llamó *gregoriana* y es hoy la parte inferior de la que se dice *mona*.

Gallo, Damián.—Matador de toros en el último tercio del siglo anterior, bastante aceptado en plazas de primer orden, especialmente en Andalucía.

Gallumbo ó Gayumbo.—En Andalucía y en alguna otra provincia de España



GALLUMBO Ó TORO DEL AGUARDIENTE |

nado. Hace mucho tiempo que no asiste á las plazas como actor; antes de ser empleado en el Tribunal de Justicia.

Gamito.—Primer becerro que rompió plaza en la que construyó la distinguida Sociedad tauromáquica fundada en Madrid, local llamado del Jardiniello, en el año 1850. Fué corrido en 28 de Enero de 1851, día de la inauguración; era negro, de más de tres años, de gran cuerna y excelente trapío, y le mató el inteligente aficionado D. José María López. Procedía de la ganadería de la Viuda de D. Vicente Bello, de Palacios Rubios, Salamanca y lució divisa blanca y escarolada. Su cabeza fué disecada, y creemos que después de disolverse la Sociedad, la regaló el Sr. López á la viuda ganadera.

Ganadería.—La que forma la junta y crianza de toros, bueyes y vacas que pastan en una ó más dehesas, al cuidado de mayoresales, vaqueros y pastores. Se diferencia de la torada en que en ésta no hay más que toros que pasan de tres años. La ganadería más antigua es la que hoy tiene D. Pablo Valdés (Pedraja del Portillo, Valladolid), divisa encarnada. Según tradición, porque documentos no hay, data desde el siglo XV, época en la cual dicen que San Pedro Regalado se encontró un toro del Portillo en una senda, le mandó aquel Santo parar, y obedeciendo, se arrodilló. Se sabe que á mediados del siglo pasado (1760) se corrían como de cartel, y ya en 1749 se lidiaron al inaugurarse la plaza de Madrid, junto á la puerta de Alcalá, ó al menos en las primeras funciones que en ella se dieron. Aunque no falta autor que dice que los toros de D. José Gijón tienen la antigüedad del siglo XVII, lo cierto es que en cuantas Funciones Reales se han celebrado en España desde los Reyes Católicos acá, los toros de Pedraja del Portillo ó de pueblos inmediatos son los que rompen plaza, y esto demuestra que en Castilla no hay quien les dispute su prioridad. Decimos en Castilla, porque debemos advertir que el orden de salir los toros en Funciones Reales debe ser, primeramente uno de Castilla, después uno de Aragón, luego otro de Navarra, y en seguida uno de Andalucía, siempre que los haya disponibles, lo cual se ha procurado siempre, si bien cuando nadie ha reclamado, el orden referido se ha alterado, si no en cuanto al toro que rompe plaza, respecto de los demás. Acerca del origen de las principales castas de reses bravas, hemos dudado mucho antes de escribir este artículo, porque para poder facilitar á nuestros lectores una circunstanciada noticia acerca del origen, progresos y vicisitudes de cada una de las ganaderías que en España se

han formado, crecido y muerto, habríamos de hacer un trabajo incompleto, forzosamente prolijo y minucioso, y como tal, sujeto á errores. Deseosos, sin embargo, de que nada falte en nuestra obra que pueda hacerla grata al aficionado, al lidiador, al ganadero y aun al curioso que al acaso la tome en sus manos, nos hemos decidido á dar á continuación, si no precisamente una historia detallada de cada una de las toradas cuyas reses se han presentado en plaza, una noticia exacta de la formación de las más célebres y acreditadas, para que desde luego se sepa la procedencia y la *sangre* que cada toro que se presente en plaza, traiga por la historia de su ganadería, que es la de su casta primitiva, con los cruzamientos que unas veces la necesidad y otras el capricho han introducido en ellas. No tenemos la pretensión de creer nuestro trabajo perfecto, pero sí de que sea el que comprenda mayor número de ganaderías que otro alguno de los publicados hasta el día.

He aquí fijado el origen de cada una de las principales castas de toros que han adquirido en más ó menos proporción, justo renombre en las indias verificadas desde el siglo anterior.

CASTA GIJONA

D. José Gijón, vecino de Villarrubia de los Ojos de Guadiana, provincia de Ciudad Real, poseía en término de dicha villa, y en el siglo pasado, una antigua ganadería, que se conoció por la de la Real Casa, porque parece que en ella tuvo parte efectivamente el Real Patrimonio. De esta ganadería se derivaron sin mezcla alguna las siguientes:

La de D. Diego Muñoz y Vera, de Ciudad Real, que heredó

D. Alvaro Muñoz y Teruel, de la misma vecindad; luego

D. Diego Muñoz y Pereiro; después

D. Gaspar Muñoz, y más tarde

D. Agustín Salido, vecindado en la villa del Moral de Calatrava.

La de D. Pedro Laso Rodríguez, vecino de Colmenar Viejo, fué luego de

D. Manuel de Gaviria, marqués de Gaviria, conde de Buena Esperanza, vecino de Madrid.

La de Doña María de la Paz Silva, vecina de Madrid, siendo condesa de Salvatierra, fué mezclada con toros de Muñoz y Pereiro, es decir, del mismo origen, y creemos que pasó luego á poder del marqués de la Conquista.

D. Gil de Flores, vecino de Vianos, en la provincia de Albacete, formó su ganadería con toros gijones y vacas mansas, y á su fallecimiento se dividió entre sus muchos herederos, entre ellos:

D. Fructuoso Flores, hoy su viuda é hijos;

D. Higinio,

*D. Agustín,
Doña Dolores,
D. Julián, y*

D. Valentín Flores, así como *D. Tomás Marín y Marín*, vecino de Villanueva del Arzobispo.

La de *D. Mariano Hernán* (Chivato), vecino de Colmenar Viejo, en la provincia de Madrid, fué heredada de la que formó su padre.

D. Juan Antonio Hernán, con vacas criadas en el referido su pueblo, bravas, y toros de Gijón. Ahora la posee.

D. Máximo Hernán Rozalem, de dicha vecindad, ó sus herederos.

La de *D. Manuel Bañuelos*, de la misma villa, con vacas bravas y toros gijones. Actualmente pertenece á

D. Manuel y D. Julián Bañuelos, por mitad. No es aventurado decir que, en 1778, antes de Bañuelos, poseyó su ganadería, ó parte de ella,

D. Antonio Segura, vecino de Colmenar Viejo.

La de *D. Andrés de la Fontecilla*, vecino de Baza, se compuso en el año 1814 de unas cuarenta vacas que compró á unos labradores de Santisteban del Puerto y de un toro que adquirió de don Gaspar Muñoz, con el cual cruzó aquel ganado. En el año de 1860 ó 61 hizo una tiente general y escrupulosísima, quedándole después un reducido número de vacas, á las que echó un becerro, que compró á *D. Antonio Miura*, y que dió magníficos resultados. Al fallecer el señor Fontecilla en 13 de Mayo de 1886, su testamentaria vendió casi todo el ganado á

D. Carlos Eizaguirre, vecino de San Sebastián; y, según nuestras noticias, también compró alguna parte.

D. Jacinto Criado.

De las pocas vacas que quedaron de dicha ganadería al adquirirla los dos señores anteriores, se reservó

El marqués de Cullar de Baza, que fué albacea y legatario de su tío el señor Fontecilla, unas veinte vacas escogidas entre las que habían hecho mejor faena en las tientes, y para beneficiarlas compró á *D. José Orozco* un becerro de tres años, berrendo en negro, que le costó 2.592 pesetas, según así se dijo entonces, y tenemos motivos para creerlo. Este es el origen de la ganadería del marqués, habiéndolo adquirido aquella.

D. Andrés García, vecino de Soria, que la posee en la actualidad.

D. Jacinto Trespalacios, vecino de Trujillo, poseía una gran parte de la ganadería que compró *D. Juan Manuel Fernández* al marqués de la Conquista, y la vendió en 1893, comprando en la misma fecha las vacas que tenía un célebre diestro, de una no menos célebre ganadería, que con otras que después ha tomado de la misma casta, ha

formado una nueva vacada, de la cual no podrá correr toros hasta el año de 1898. Si no cambia hasta entonces de opinión, parece piensa usar



D. Jacinto Trespalacios

para esta nueva ganadería la divisa rosa y blanca; de todos modos, en esa que está formando no hay ya sangre gijona.

En 1797 formó en Moralzarzal, de la provincia de Madrid,

D. Julián de Fuentes una ganadería con vacas salamanquinas y toros gijones, que luego fué de

D. Juan José de Fuentes, vecino de dicho Moralzarzal, de quien la hubo



D. Vicente Martínez

D. Vicente Martínez, en 1852, desde cuya época se dedicó á cuidarla con esmero, obteniendo magníficos resultados, aun después de echar á algunas vacas un toro de Concha Sierra. Por defunción del Sr. Martínez pertenece hoy á sus herederos, que son muy inteligentes en la crianza y cuidado de las reses bravas.

D. Pedro Ferrer, vecino de Pina de Ebro, fundó también en los primeros años del presente siglo una ganadería con reses mansas; pero en el año de 1834 las cruzó con otras de Gaviria, casta gijona, con muy buen resultado, pasando después á poseerla

D. Cipriano Ferrer, nieto del D. Pedro.

También *D. José María Linares*, vecino de Cabrera, en la provincia de Córdoba, formó una ganadería con reses gijonas y de Muñoz, y hoy la posee

D. Atanasio Linares, de la misma vecindad.

El marqués de la Conquista, vecino de Cáceres, fundó la suya con vacas gijonas y toros de Muñoz. Procedente de esta misma fundó una

D. Antero López, vecino de Colmenar Viejo, de quien la hubo

D. Donato Palomino, el cual la enajenó á

D. Antonio Fernández Heredia, vecino de Madrid, y éste á su vez á



D. Luis Mazzantini

D. Luis Mazzantini y Egula, que la mejoró notablemente, mezclándola con toros de Benjumea, casta vazqueña, y vendiéndola después á

D. Ildefonso Gómez.

Y una porción de la de dicho marqués, fué vendida por éste á

D. Juan Manuel Fernández, vecino de Trujillo. Otra parte que vendió dicho marqués á

Francisco Arjona (Cúchares), ha servido para fundar la de

D. Carlos López Navarro, vecino de Colmenar Viejo, que hoy posee su viuda

Doña Carmen López.

La de *D. Saturnino Ginés*, vecino de San Agustín de Alcobendas, que heredó su viuda

Doña Gala Ortiz, y que ésta vendió á

D. Pedro Varela, vecino de Madrid, fué formada con toros de Gaviria y vacas de Colmenar Viejo.

Y la de *D. Rafael Barbero*, de Córdoba, se componía de vacas bravas de Muñoz y toros de Cabrera. Actualmente es propiedad de

D. Francisco Gallardo y Castro.

D. Manuel de Aleas, vecino de Colmenar Viejo, en este pueblo de la provincia de Madrid formó la suya con toros de Cabrera y vacas de Gijón y de Muñoz, y cuando en 1850 falleció dicho señor la heredaron



D. Manuel García Puente López

D. Manuel García Puente López y su esposa, y al morir ésta se dividió la vacada en dos porciones, una para el Sr. García Puente y su hijo don Francisco, y otra para sus hijas

D.ª Carmen y *D.ª Manuela García Aleas*, todos los cuales la cuidan con un esmero superior á todo elogio.

D. Leopoldo Maldonado, vecino de Salamanca, para establecer la que posee juntó vacas de Muñoz con toros de Gaviria.

D. Manuel de la Torre y Rauri, avecinado en Madrid, hizo un excelente cruce de vacas gijonas con toros de Colmenar Viejo. Sabido es que la vendió á *D. Justo Hernández*, que la refundió con la de Freire, haciendo de ambas una sola, de que hablaremos más adelante.

Y finalmente

El marqués viudo de Salas formó en Madrid la

suya con vacas que fueron de Ginés, compradas á D. Pedro Varela, y un toro de la ganadería de D. Antonio Miura, procedente que fué de la de los Gallardos, del Puerto de Santa María. Pasó después á poder de

D. Andrés Solís, vecino de Trujillo, que la vendió á los señores

Fernández y Navarro, de Madrid, que la han vendido á

D. Víctor Biencinto, de la misma vecindad.

CASTA DE LOS GALLARDOS DEL PUERTO

Esta antigua y no menos notable ganadería la formó *D. Marcelino Quirós* á mediados del siglo XVIII cruzando vacas bravas andaluzas con toros navarros escogidos, dándole un magnífico resultado, y vendiéndola entera á

Los Sres. Gallardo hermanos, vecinos del Puerto de Santa María; la conservaron y aumentaron, mejorándola por espacio de más de cuarenta años, y en el primer tercio del siglo la vendieron en distintas porciones á los señores

D. José Luis Albareda,

D. Pedro Echeverrigaray,

D. Gaspar Montero y

D. Domingo Varela.

Cada uno de estos señores la poseyó por más ó menos tiempo, siendo los dos primeros los que más cuidado pusieron en la cría de las reses. Sin embargo, el segundo, ó sea Echeverrigaray, vendió más pronto su parte á

D. Antonio Sánchez Bazo, de quien á su vez, y sin que pasaran muchos años, la hubo

D. Miguel Martínez Azpilaga, que la vendió á

La Señora Viuda de Larraz é hijos, vecinos de Sanlúcar de Barrameda, quienes ya empezaron á hacer mezclas y cruces de castas andaluzas acreditadas con la que hasta entonces había permanecido pura. Dióles buen resultado y la vendieron al

Duque de San Lorenzo, que echó á las vacas sementales de la ganadería de *D. Joaquín Barrero*, de Jerez, y vendió una pequeña parte á

D. Juan González Nandín, de Sevilla, y otra gran porción á

D. José Bermúdez Reina, también vecino de Sevilla. Este mezcló la vacada con la de *D. José María Benjumca*, que tuvo su origen en la de Vázquez, de que más adelante hablaremos, y la vendió pronto á

D. Rafael Lafite y Castro, de quien la hubo

D. José Moreno Santa María, en parte; otra que vendió en el año de 1885 á

D. Carlos Conradi, y de que éste enajenó luego una porción á

D. Francisco Gallardo y á

D. Felipe de Pablo y Romero que es un ganadero muy entendido.



D. Felipe de Pablo y Romero

La otra parte de la primitiva vacada que, como va dicho adquirió Albareda, la vendió el mismo á

D. Juan Miura, que también adquirió una escasa parte de la que perteneció á Echeverrigaray; cruzó sus toros con vacas de Gil y Herrera prime-



D. Antonio Miura

ramente, y luego con otras derivadas de la casta de Cabrera, que compró á la viuda D.^a Jerónima Núñez de Prado. De aquí traen su origen los toros que heredó

D. Antonio Miura, y de cuya ganadería, como va dicho en el lugar oportuno, fué el toro que dió base á la nueva torada del marqués de Salas, y á otras para mejorarlas. Por fallecimiento de D. Antonio la posee hoy su hermano

D. Eduardo Miura, vecino de Sevilla.

CASTA LLAMADA DE CABRERA

Allá por el último tercio del precedente siglo vivía en Utrera, provincia de Sevilla, un aficionado inteligente que consiguió formar una excelente ganadería, cuya fama fué cada vez en mayor aumento, y que se llamaba

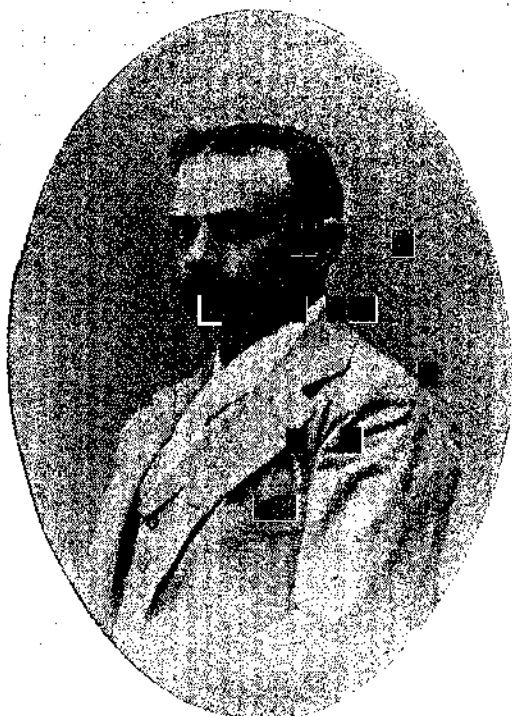
D. José Cabrera, de quien la hubo

D. José Rafael Cabrera. Este señor y su familia la poseyeron por espacio de más de medio siglo, hasta que, como va dicho, fué vendida una parte á Miura, y otra parte, la más principal, á

D. Ramón Romero Balmaseda, que tuvo cuidado de no cruzarla, y la vendió en 1868 á

D. Rafael Laffite y Laffite, de Sevilla, de quien la hubo

D. Julio Laffite, el cual la vendió á



D. José María de la Cámara

D. José María de la Cámara, vecino de la referi-

da ciudad y muy inteligente ganadero y aficionado.

D. Domingo Varela, vecino de Medina-Sidonia, es el que, por el contrario, mezcló las reses de Cabrera, que no sabemos de quién las adquirió, con otras de las vacadas de los Gallardos y Vistahermosa, y esta porción es la que, si no estamos equivocados, poseyó

D. Jerónimo Martínez Marile, que casó con la viuda de Varela; ésta la vendió en 1878 á

D. Juan de Dios Romero, y éste á su vez á

D. Rafael González Nandín, que la enajenó después á



D. Carlos Conradi

D. Carlos Conradi, de Sevilla, que suponemos la ha unido á la que según hemos referido compró á D. Rafael Laffite, formando con ambas una sola de gran crédito.

También hay sangre de los toros de Cabrera en los de Miura y en los de

D. Pedro Álvarez Moya, vecino de Granada.

CASTA BRAVA DE ZAPATA

Los famosos toros de Zapata, llamados también de Espinosa y Zapata, proceden de una ganadería, que pasada la primera mitad del siglo último fundó con reses bravas salamanquinas

D.ª María Tomasa de Angulo y Espinosa, vecina de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz. A principios del siglo actual ya la poseían

D. Pedro y D. Juan Zapata y Caro, de quienes debió heredarla más adelante

D. Juan José Zapata y Bueno. Este señor, que dió gran incremento á la ganadería, falleció á mediados del presente siglo, y los testamentarios la vendieron en una pequeña parte á

D. Sebastián Barea, que la mezcló con reses de su propiedad, cuyo origen desconocemos, y que éste enajenó á

D. Ignacio Martín, que á su vez lo hizo á

D. Pedro Manjón, de Sanlúcar; y en una porción considerable á los

Sres. Romero, Guarro y Bornio, que además tenían yeguas y ganados de otras clases, por lo cual sólo se cuidaron de conservar bien la torada, que vendieron pronto á

D. Vicente Romero y García, vecino de Jerez de la Frontera, provincia de Cádiz, viniendo después á parar á

El conde de Patilla, que la atendió con esmero y solicitud hasta su fallecimiento, ocurrido el cual, ha sido comprada en número de 824 cabezas en el año de 1893 por

D. Esteban Hernández, vecino de Madrid, de quien hablaremos más adelante.

D. Pedro Moreno, de Arcos de la Frontera, tenía también una ganadería formada con reses de Zapata, mezcladas con las de Gallardo y Tavares, que luego ha venido á poder de

D. Juan Moreno, de la misma vecindad.

CASTA BRAVA DE VISTAHERMOSA

D. Pedro Luis de Ulloa, siendo conde de Vista-hermosa y residiendo en la villa de Utrera, provincia de Sevilla, formó á últimos de 1770, poco más ó menos, una excelente ganadería de reses bravas que pudiera competir con la afamada de Cabrera, y al efecto escogió algunas de entre las que tenían los *Sres. Rivas* hermanos, labradores de Sevilla, que en un principio y sin duda por no haber tenido conocimiento, ó no haber observado la bravura de sus reses, no las tenían dedicadas á la lidia. Poseyó luego la vacada

D. Benito de Ulloa y

El conde de Vistahermosa la compró y mejoró considerablemente. Después de poseerla cerca de cincuenta años, falleció en 1823 y la vacada, célebre ya con el sobrenombre de los *toros Condesos*, fué dividida en porciones, llevando una muy principal

D. Juan Domínguez Ortiz, el Barbero de Utrera,

que siguió esmerándose en su cuidado, hasta que por su fallecimiento la heredó su hija casada con

D. José Arias Saavedra que los dió gran celebridad y vinieron luego á parar á

D. Jerónimo Núñez de Prado, por cuyo fallecimiento los hubo

D. Ildefonso Núñez de Prado, rico propietario y labrador en Arcos de la Frontera, que elevó la ganadería á envidiable renombre, y luego su hermana

Doña Teresa Núñez de Prado, de quien la adquirió

D. Francisco Pacheco, marqués de Gandul, que á su vez vendió la mitad de ella á

D. Juan Vázquez, vecino de Sevilla, que en 4 de Febrero de 1893 vendió 365 cabezas al



Sr. Marqués de Villamarta

Marqués de Villamarta, vecino de Jerez de la Frontera, inteligente aficionado, que las hace pastar en la amplísima dehesa *Cantina*, sitio llamado «Hato del mayorazgo» y las hembras en la dehesa de *La Tapa*, no menos hermosa que la anterior, proponiéndose á fuerza de gastos y esmero que sus toros conserven la fama de los célebres *Condesos* y *Saavedras*.

Con toros de esta ganadería, comprados á don Juan Vázquez, y vacas del duque de Veragua, de Madrid, ha formado la suya

El marqués de los Castellones, de esta corte, donde la ha estrenado con buen éxito en 11 de Junio de 1896.



Sr. Marqués de los Castellones

Otra de las porciones vendidas al fallecimiento del conde, lo fué á

D. Salvador Varea y Moreno, vecino de Jerez de la Frontera, que hizo estrenar sus toros en Ronda en Mayo de 1874 y

D. Ignacio Martín, de Sevilla, que los dió á conocer en Madrid en 1881.

D. Pedro Lesaca, que la atendió con gran cuidado, y de éste la hubo su viuda

Doña Isabel Montemayor y luego

D. José Picavea Lesaca, de Sevilla, desde cuyas manos vino á parar á las de

El marqués del Saltillo, que actualmente disfruta su señora Viuda, con un crédito de primer orden.

Y otra porción importante la compró á los testamentarios ó herederos del citado conde,

D. Luis María Durán, vecino de Sevilla, que habiéndola disfrutado una veintena de años, falleció, y entonces la compró

El marqués de Sales, vecino de Sevilla, que deshizo su ganadería, no sin haber vendido antes las mejores vacas á

D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río, que las mezcló con toros de Suárez, de Giraldez, de Freire y de Durán, de la misma vecindad, y otros, procedentes de los Lesacas

Pero aunque, como ya dicho, las principales

porciones de la ganadería de Vistahermosa se repartieron en tres ganaderos, antes, y viviendo



Sr. Marqués del Saltillo

aquel, se formaron otras ramas de la misma.

D. Joaquín Giraldez, de Utrera,

D. Francisco P. Giraldez, por muerte del anterior y luego

D. Plácido Comesaña, de Sevilla, cuya vacada ahora poseen los

Sres. Arribas, hermanos, vecinos de Guillena en dicha provincia, y

D. Fernando Freire, de Alcalá del Río, han sido ganaderos cuyos nombres han ocupado siempre buen lugar en todas las plazas del reino. El último mezcló vacas de Vistahermosa con toros que, procedentes de los hermanos Rivas, eran, como va referido, de la misma sangre; y cuando falleció, quedó dueña de la ganadería su viuda

Doña Josefa García Montes de Oca y luego

Doña Dolores Zambrano, que vendió parte al mencionado Martín, de Coria del Río, y otra gran parte á

D. Justo Hernández, vecino de Madrid, que con gran conocimiento y fortuna los hizo cruzar con algunos toros de Torre y Rauri, de pura raza gijona, y á su fallecimiento vinieron á poder de

D. Antonio Hernández, de la misma vecindad, gran conocedor del cuidado y crianza que ha de darse al ganado.

Y dicho señor, al deshacer la vacada en 1889, vendió la mayor parte á

D. Faustino Udaeta, de Madrid.

La buena ganadería de Concha Sierra fué formada, ó mejor dicho, mejorada con toros de don José Picavea Lesaca, que compró

D. José Pérez de la Concha y Sierra, é hizo cruzar después con reses de la que fué de Comesaña,

que la cuida con esmero, y gran inteligencia sin reparar en gastos.

Hay también otra ganadería que procede de la de Vistahermosa, y que nosotros hubiéramos llamado de Rivas, que es á quien debe su origen, por más que el Conde la mejorase dándole renombre. Sea como quiera, y siguiendo nuestro relato, diremos que

D. Manuel Suárez, vecino de Coria del Río, que como hemos indicado, tenía en su ganadería, en el primer tercio del presente siglo, gran cantidad de sangre lesaqueña, falleció en 1850 y le heredaron

Doña Manuela Suárez, de quien los hubo

D. Anastasio Martín, de la misma vecindad de Coria del Río; y su hijo

D. Manuel Suárez, que en 10 de Marzo de 1864 vendió su parte á

Doña Dolores Monge, viuda de Muruve, vecina de Los Palacios, provincia de Sevilla, que los hizo cruzar con reses de Arias Saavedra, originarios de la que nos ocupa y comprados en 13 de Diciembre del dicho año. Una buena parte la adquirió y cuida con gran celo

D. Eduardo Ibarra, vecino de Sevilla, y otra los hijos de aquella señora, por cuyo concepto la posee hoy

D. Joaquín Muruve, con la satisfacción de haber logrado un excelente resultado en bravura, nobleza, tipos y condiciones para la lidia. Son sus



D. Faustino Udaeta

originaria de igual casta. Últimamente esta ganadería se ha dividido entre

Doña Celsa Fontfrede como heredera de su esposo *D. José*, y



D. Joaquín Pérez de la Concha



D. Joaquín Muruve

D. Joaquín Pérez de la Concha, vecino de Sevilla,

toros de pinta negra ó cárdena obscura, y el aficionado que pasa por los términos de Utrera y Los Palacios, queda admirado al ver tan hermosa vacada en las dehesas de Alcaparrosa y Toruño, donde tienen corrales, plazas, chiqueros y cuanto es necesario para su encajonamiento, y además los grandes cerrados llamados Juan Gómez y Cabreja.

CASTA BRAVA LLAMADA VAZQUEÑA

La notable ganadería que formó con reses de Cabrera y Vistahermosa, á principios de este siglo D. Vicente Vázquez, tuvo origen en la que á mediados del anterior criaba su padre D. Gregorio. Viene siendo desde entonces una de las más famosas, sin decaer en lo más mínimo la bravura de los toros. Cuando en 1830 falleció el fundador

D. Vicente Vázquez, su ganadería se partió en varias porciones: una la adquirió

El Real Patrimonio, que la mezcló con vacas de Gaviria, casta gijona, poniendo al frente al célebre picador de toros Sebastián Míguez, pero á los tres años fué vendida á los

Duques de Osuna y Veragua, de los cuales, á poco tiempo, pasó á poder de

D. Pedro Alcántara y Colón, duque de Veragua, que la elevó á una altura á que pocas llegan. De éste la heredó el actual



Sr. Duque de Veragua

Duque de Veragua, D. Cristóbal Colón, y ha hecho cruce, en una parte de ella, con algún toro de Miura, obteniendo buen resultado, y atendiendo

á su cuidado con la inteligencia, adquirida desde niño en ese particular, que todos le reconocen.

D. Antonio Mera compró á Vázquez, en 1824, varias reses, que luego vendió con los aumentos consiguientes á

D. Juan Castrillón, y que éste poseyó desde el año de 1834 hasta el de 1862. En esta época enajenó gran parte á

D. Eduardo Shelly, vecino de Veger de la Frontera, que la vendió luego á

D. Rafael Surga, de la misma vecindad, y quedó con otra parte

D. Joaquín Castrillón. De esta última parte proceden las vacadas de

D. Sebastián Fina, de Sevilla, y la de

D. Ramón Larraz, vecino de Sanlúcar de Barrameda.

También *D. Diego Hidalgo Barquero*, conocido canónigo de Sevilla, al fallecer D. Vicente Vázquez, adquirió de su testamentaria dos toros berrendos en negro, de hermosa lámina, que destinó á sementales de unas vacas cuyo origen no consta. Con esta base formó una ganadería excelente, que vendió á principios de 1841 á

D. Joaquín J. Barrero, de Jerez de la Frontera, en cuyas manos no perdió ciertamente el ganado. Veinticinco años después la enajenó á

D. Juan López Cordero, de la misma vecindad, que sólo la disfrutó poco más de seis años, puesto que en Octubre de 1872 la compró

D. José Antonio Adalid, vecino de la Puebla, en la provincia de Sevilla. Este vendió después una gran parte á

D. José Orozco y García Ruiz, que la ha vendido al

Sr. Otaolaurruchi, que la disfruta actualmente.

D. Manuel Francisco Ziguri, antes de mediados del presente siglo, formó ganadería con reses procedentes de la vacada de D. Vicente J. Vázquez, y hoy la posee

D. Francisco Aranda, de Jerez de la Frontera.

D. José Torres Díez de la Cortina, de Sevilla, al disolverse la sociedad que tuvo con el Sr. Benjumea, se quedó con un número de crías y con ellas formó la ganadería que estrenó en Madrid el 1.º de Octubre de 1882, y que parece ha enajenado en 1896, no sabemos si en todo ó en parte.

D. Manuel Valladares y Ordóñez, vecino de Arcena, tiene una ganadería de la procedencia de los Benjumeas, que, como va dicho tienen sangre vazqueña.

También se formó con reses de la testamentaria de D. Vicente Vázquez una buena torada, que dirigió su dueño

D. Francisco Taviel de Andrade, vecino de Sevilla, y del origen de ella viene la ganadería de

D. Francisco Andrés Montalvo, vecino de La

Puebla, en la provincia de Salamanca, que separando una parte, que es la que hoy tiene

D. Patricio Montalvo, otra más numerosa la vendió al

Vizconde de Garci-Grande, de Alba de Tormes, de la misma provincia; teniendo igual origen la de

D. Vicente Cuadrillero, vecino de Rioseco (Valladolid), y la de

D. Pedro Manjón de Sanlúcar de Barrameda, que la vendió hace años á

D. Francisco Cruzado, vecino de Villarrasa, en la provincia de Huelva, y la de

D. Bartolomé Muñoz, de Sevilla, que formó con reses que le vendió la vinda de Varela, de Medina Sidonia.

D. Fernando de la Concha y Sierra, vecino de Sevilla, que formó empeño en mejorarla, y de quien hemos hablado al mencionar la casta de Vista-hermosa. Y, finalmente, hay sangre vazqueña en la ganadería que fué de

D. José María Benjumea, vecino de Sevilla, y vendió en 1868 gran parte á

D. José Bermúdez Reina, de igual domicilio, quedándose con otra que tuvo aquél en sociedad con *D. J. Torres Díez de la Cortina*, y que hoy poseen los señores

D. Pablo y *D. Diego Benjumea*, en la del

Marqués de Castrojuanillos, si no precisamente cuando éste la tenía en el primer tercio del presente siglo, si cuando sus herederos la vendieron á

D. Francisco Roperuelos, vecino de Benavente, puesto que pastando su torada en terrenos próximos á la que tenían las reses del señor duque de Veragua, más de una vez se mezclaron, á pesar del cuidado de los vaqueros. Desde época posterior al año de 1845, poseía esta última ganadería

D. Fernando Gutiérrez, como marido de doña Josefa de Gago y Roperuelos, avecindados en dicha villa de Benavente, provincia de Zamora; pero en 1865 la vendió por mitad á

D. Teodoro Valle y *D. Galo Aizcorbe*.

Y en la de *D. Valentín Collantes*, de Sevilla, formada recientemente con vacas de Ziguri y toros de Gallardo.

CASTA ANDALUZA DE LOS ALVAREÑOS (1)

En el primer tercio del presente siglo fundó y formó con reses mansas y algunas bravas, por él escogidas, una ganadería en Paterna del Campo

D. Diego Alvarez, que en 1825 la vendió á

D. Francisco de Paula Aguirre, de quien la heredó su hijo político el

(1) En Madrid se han llamado siempre toros alvareños á los de *D. Alvaro Muñoz*, Ciudad Real, aun después de fallecido éste y sus herederos.

Marqués de Villavelciestre, vecino de Huevar, en la provincia de Sevilla.

CASTAS NAVARRAS

Una de las más antiguas ganaderías que existen hoy en España, es sin disputa alguna la que por el año 1750, poco más ó menos, formó en Navarra

D. Joaquín Zaldueño, con reses cuyo origen se ignora, y que al fallecimiento de dicho señor disfrutó su viuda

D.ª Juana Pascual, hasta que por herencia pasó á poder del hijo de ambos

D. Fausto Zaldueño Pascual, que á su vez la dejó á su viuda

D.ª María Eugenia de La Pedriza, hasta que pasó á su hijo

D. Fausto Segundo de Zaldueño, que habiendo fallecido después de casado con *D.ª Cecilia Montoya y Ortigosa*, dejó á esta señora, vecina de Ca-



Doña Cecilia Montoya y Ortigosa, viuda de Zaldueño

parroso, la ganadería de que nos ocupamos, y que lleva en una misma familia ciento treinta años; cada día con más crédito y renombre.

Hay otra ganadería antigua, pero no tanto como la anterior, que formó á fines del pasado siglo ó principios del presente.

D. Felipe Pérez Laborda con reses escogidas de entre las mejores de Navarra, con exclusión de las de otras provincias. Cuando éste falleció quedó dueña de la ganadería su viuda, y á nombre de la misma se anunciaban toros de la

Sra. Viuda de Pérez Laborda por espacio de muchos años, hasta que, por fallecimiento de la misma, heredó la torada su hijo

D. Vicente Pérez Laborda, vecino de Tudela, de quien pasó una parte á

D. Joaquín del Val, y luego á la viuda *D.^a Ramona Saez*, que desde el año de 1855 la posee, después de haberla cruzado con vacas de Carriquiri el mencionado Sr. Val. Dirige y gobierna esta ganadería, con mucho acierto, el inte-



D. Fernando Gota

ligente aficionado *D. Fernando Gota*. En un principio dicha vacada fué propiedad mancomunada del fundador *Pérez de Laborda* y de

D. Antonio Lizaso, hasta que éste falleció y se disolvió la Sociedad, que fué cuando recibió su hijo

D. Luis Lizaso, la parte que le correspondía, y que últimamente poseyó como dueño

D. Aniceto de Lizaso, y hoy



D. José de Lizaso

D. José de Lizaso, de aquella vecindad.

También es muy antigua en Navarra la ganadería llamada de Guendulain, que no ha tenido nunca nada que ver con el conde de dicho título. Según nuestras noticias, perteneció primeramente á

D. Francisco Javier Guendulain, vecino de Tudela, de quien ya se corrían toros en Madrid en 1778; más tarde á

D. Taleo Guendulain, de la misma vecindad. Después, la casa de dicho apellido vendió hace cerca de cincuenta años la ganadería á

D. Nazario Carriquiri, vecino de Madrid, pero que la conservaba en Tudela, habiéndola cruzado con excelente éxito y á costa de grandes gastos, con toros de Lesaca, andaluces, de primer nombre, oriundos, como llevamos dicho, de los de Vista-hermosa. Carriquiri la vendió al

Conde de Espoz y Mina, que hoy la posee.

Ha tenido fama de buena ganadería en Navarra la de

D. Miguel Poyales, vecino de Corella, que después pasó á *D. Evaristo Echagüe*, y luego á don Roque Alaiza, vecino de Tudela.

D. Raimundo Díaz, hoy su viuda é hijos, que la mezclaron con Miuras y se halla al cuidado esme-



D. Jorge Díaz

radísimo de *D. Jorge Díaz*, de la villa de Peralta, acreditándola cada día más.

D. Pedro Galo Elorz, hoy sus herederos, que las cuidan con esmero, las tientan y hierran, hasta con el número correspondiente, para seguridad de los compradores. (Parece que está en vías de disolverse ó de ser enajenada).

CASTA DE CASTILLA LA NUEVA

Sin que haya noticia de que en su origen fuesen mezcla de reses de otra provincia ó región de España, se criaban en las cercas y prados de Sierra de Colmenar Viejo, a pocas leguas de Madrid, hace más de ochenta años, unos toros grandes, bastos y muy ligeros, que pertenecían á

D. José López Briceño, vecino de dicho pueblo. Con toros de este origen y con buena fortuna formó su ganadería

D. Elías Gómez, de la misma vecindad, habiéndola atendido mucho (especialmente en los últimos años de éste y después) su hijo



D. Félix Gómez

D. Félix Gómez, de la misma vecindad, que ha vendido una gran parte á

D.ª Antonia Breñosa, vecina de Córdoba, de quien la hubo *D. Rafael Barrionuevo*, hoy su viuda *D.ª María Josefa Fernández*, que parece la ha vendido á *D. Antonio Campos y López*, de Sevilla. Como antes del fallecimiento del *D. Elías* éste había cedido la ganadería á sus hijos, el dicho don Félix y *D.ª Antonia*, heredaron los hijos de ésta, *D. José*, *D. Luis* y *D.ª Julia Gutiérrez y Gómez* la parte perteneciente á su finada madre, y han vendido algunas reses á

D. Juan Bertólez, vecino de Guadalix, en la provincia de Madrid; y por fallecimiento de éste pasaron á poder de *D. Francisco Ramírez* y don *Baldomero Anguas*, vecinos de dicho pueblo.

D. Salvador Martínez, vecino de Cerceda, formó otra, que pasó luego á poder de

D. Antonio Sellés, de la misma vecindad.

D. Benjamín Arrabal, vecino de Avila, formó ganadería con reses oriundas de las de Gómez.

D.ª Paula García, viuda de Paredes, poseyó en Colmenar Viejo una ganadería, que al deshacerla vendió parte á

D. Mariano Peña, que á su vez la enajenó á

D. José Gómez Palín, vecino de Fuente el Saz de Jarama, que rehaciento es el que formó, con parte de aquellas reses, una nueva ganadería, que á poco tiempo vendió á

D. Gregorio Medrano, de Guadalajara, y éste á

D. Tiburcio Arroyo, de Madrid.

D. Miguel de la Morena fundó una hace más de cuarenta años en Colmenar, que heredó

D. Pedro de la Morena, presbítero, y que hoy posee

D. Manuel Montes, vecino de San Sebastián de los Reyes.

D. Julián Berrendero, vecino de San Agustín, fundó en Colmenar Viejo hace unos cincuenta años una ganadería que adquirió más tarde

D. Manuel de la Granja, á cuyo fallecimiento la hubo

D. Juan Manuel Martín, vecino de Alcobendas, de quien la heredó

D.ª Francisca Benito Ramos, hoy sus herederos.

También la ganadería de Hernán (*Chivato*) es antigua en Colmenar Viejo, y en su posesión se han sucedido

D. Juan Antonio Hernán.

D. Mariano Hernán y su viuda.

D. Antonio Hernán y

D. Máximo Hernán.

CASTA CASTELLANA VIEJA

Aunque dejemos para último lugar referir lo que sabemos acerca de la única ganadería que en Castilla la Vieja ha figurado y figura como de cartel, no es ciertamente porque sea la más moderna de las que en España se conocen, sino porque es una de las poquísimas que ni ha dado reses para formar otras toradas, ni las ha tomado de ellas para acrecentarse. Es la primera de cuantas se conocen en España, respecto de antigüedad, en términos de que por esto y por ser de Castilla tiene el derecho, que otros han llamado privilegio impropriamente, de romper plaza en las funciones reales. Hay quien da á la ganadería de que nos ocupamos hasta cuatro siglos de existencia, lo cual ponemos en duda; pero lo que se sabe de positivo es que en 1747 se corrían toros en Madrid de ella, como pertenecientes entonces á

D. Alonso Sanz, vecino de Pedraja del Portillo, en la provincia de Valladolid, de quien la heredó

Doña Gregoria Sanz, su hija, que casó con don

Toribio Valdés, á cuyo nombre se corrian en plazas, hasta que de éstos la heredó su hijo

D. Pablo Valdés, de la misma vecindad, que hoy la disfruta; y con vacas y novillos de ésta han formado la suya

D. Joaquín Mazpule, que fué vecino de Madrid; y su hijo don Juan Antonio la vendió á *D. Esteban Hernández*, que la está mejorando notablemente, y

D. Manuel Garrido de la Mata, vecino de Rioseco, mezclándola con reses de la ganadería de Colmenar Viejo, que fué de Aleas, y

D. Millán Presencio, vecino de Montemayor, Valladolid, que parece la ha vendido en todo, ó en parte á

D. Francisco Bocos.

No creemos ocioso advertir que de la dicha ganadería de *Mazpule*, que fué muy numerosa, compraron en distintas fechas diferentes porciones

D. Enrique Gutiérrez Salamanca, que apacentaba su ganadería en Talavera de la Reina, y que parece ha pasado á ser propiedad de

Los Sres. García Gómez y Oñoro, en 1893.



D. Rafael Molina



D. Esteban Hernández

D. Luis Bahía, cuya porción por él adquirida creemos ha concluido; y

D. Alejandro Arroyo, que la cuidaba en pastos de Miraflores de la Sierra, y que en Marzo de 1890 vendió en número de 285 cabezas á

D. Esteban Hernández, vecino de Madrid, que más tarde en 1892, compró á *Mazpule* todas las 337 cabezas que le restaban de su ganadería y que hasta entonces tuvo pastando en Fuentes (Salamanca) y en Chozas de la Sierra (Madrid). El señor Hernández, que es de los que quieren gastar, mejor que ahorrar, compró esas vacadas y, como antes va dicho, la que fué del conde de Patilla, con los hierros, divisas, señales y antigüedades y derechos que tenían adquiridos; pero ha creído oportuno variar la divisa blanca de la porción comprada á Arroyo, por la de los colores azul y verde, conservando en toda su antigüedad la blanca para la originaria de la porción *Mazpule*, y también la encarnada, celeste y blanca con toda su respectiva antigüedad para la de Patilla. Parece esta determinación provisional, pues aunque se han corrido toros de estas dos últimas ganaderías con el nombre de sus anteriores dueños, el

nuevo poseedor, sin renunciar á hacer valer el privilegio de tradición que adquirió para conservar el derecho de antigüedad, dudamos ponga en sus toros, sin distinción de ganaderías, la divisa blanca primitiva de la casta de Castilla la Vieja, antes bien usará como ya ha empezado á hacerlo la últimamente citada, señalándolos con el hierro H que va incluido en el lugar correspondiente. Hoy tienen las referidas ganaderías abundantísimos pastos en San Fernando, San Martín de la Vega y Ciempozuelos, de la provincia de Madrid, cuyos sotos son célebres por haberse criado en ellos los famosos toros de Gaviria y Torre Rauri, y están separadas convenientemente cada una de las tres vacadas.

D. Rafael Molina, formó en Córdoba, á fuerza de muchos gastos, una ganadería con vacas portuguesas y toros de Miura primeramente, y después con vacas y toros del duque de Veragua, sin haber logrado que adquiriesen la bravura apetecida las reses lidiadas. Por esta razón y para mejorar la casta, quedándose con algunos toros, ha vendido las vacas al rico ganadero en Portugal Sr. Palha, y también al Sr. Trespalacios.

* *

Además de las ganaderías de origen que dejamos expresadas, hay algunas que se forman y se deshacen frecuentemente, ya porque á los dueños no les da productos, en la proporción que creían, la crianza del ganado para las plazas, ya porque les tiene más cuenta enajenarle para los mataderos.

Las que con mejor éxito se dedican á criarle para la lidia, son ACTUALMENTE

La de Doña Carlota Sánchez, viuda de D. Ildelfonso Tabernero y vecina de Terrones (Salamanca), que fué fundada á principios de este siglo por D. Andrés Sánchez Tabernero con vacas y moruchos que fué afinando, hasta que hizo mezcla de ellos el dicho D. Ildelfonso, con algunas vacas de Gaviria que compró á Julián Casas, y sementales de la de López Navarro.

La de D. Juan Manuel Sánchez, de Terrones, criada y formada con reses del país.

La de D. Cándido Allozano, vecino de Miraflores de la Sierra, procedente de reses de Colmenar Viejo.

La de D. José Vicente Baillo, vecino de Alcaraz, provincia de Albacete.

También se formó otra, en el pueblo de las Cabezas de San Juan por D. Agustín Barranco que hoy disfruta D. Pedro Barranco, á cuyo nombre se corren.

Otra poseen en Navarra D. Camilo Beriain, y otra

D. Alfonso Berrocal, vecino de Colmenar Viejo, así como

D. Ventura Castroverde otra en Alba de Tormes.

D. José Gallego, vecino de Santisteban del Puerto, destina sus reses á plazas de segundo y tercer orden.

D. Juan Antonio González Carrasco, de Miraflores de la Sierra, tiene una ganadería con reses de Colmenar Viejo.

D. Pedro Hernández Pinzón, de Santisteban del Puerto, también tiene toros para plazas de tercer orden.

D. Marcelino Jiménez, vecino de Guillena, es dueño de otra conocida en las plazas andaluzas.

D. Claudio López, vecino de Purullena, posee una torada que dice procede de una muy antigua de Sierra Nevada, de que no hay noticia.

D. Antonio López Plata, de Guillena, ha dado toros en estos últimos años á diferentes plazas.

D. Romualdo Márquez, vecino de Aracena, tiene ganadería de reses andaluzas de diferentes procedencias.

D. Lorenzo Abizanda, de Madrid, también ha dado toros para novilladas, no sabemos de qué procedencia.

D. Celestino Miquel, vecino de Egea de los Caballeros, ha formado otra hace pocos años.

D. Filiberto Mira, vecino de Olivenza, ha formado una buena ganadería con reses portuguesas, procedentes de la de D. Luis Feliciano Frago, de Alcasobas, y de las que fueron del marqués de la Conquista.

D. Casiano Olmos, vecino de Colmenar Viejo, ha formado otra con reses de distintas ganaderías.

D. Juan Painons, vecino de Tortosa, destina sus reses á las plazas limítrofes á su residencia.

D. Juan José Paz, vecino de Avila, tiene toros de lidia desde hace pocos años.

D. Manuel Paz, de Miraflores de la Sierra, es dueño también de una vacada.

El Marqués de Puente Virgen, vecino de Andújar, posee en las faldas de Sierra Morena una nueva ganadería.

D. Severo Murillo, de Egea de los Caballeros, formó una ganadería, que compró en 1864

D. Gregorio Ripamillán. Este señor fué asesinado por unos bandidos en 1882, y desde esta fecha la posee

D. Victoriano Ripamillán. Esta ganadería es muy afamada en Aragón

D. Atanasio Rodríguez, vecino de Guadalix de la Sierra, ha formado con reses bravas de Colmenar Viejo, una torada que hasta ahora dedicaba á capitales de provincias y novilladas en Madrid, y que ha venido á ser propiedad de

D. Valentín Cortés, de la misma vecindad.

D. Miguel de la Sagra, vecino de las Navas de San Juan, fundó una ganadería, que hoy posee

D. Tomás Ruiz Tauste, de la misma vecindad.

D. Juan de Dios San Juan, vecino de Santisteban del Puerto, posee otra para plazas de tercer orden.

D. Eustaquio Segura, de Calahorra, es dueño de una antigua, que parece fundó un señor Bobadilla.

D. Enrique Ternero y Benjumea, vecino de Sevilla, tenía toros de lidia hace unos seis años, no sabemos de qué procedencia.

D. José Torres y Ramírez, de Sevilla, poseyó una torada que pasó á poder de

D. Manuel María Torres, de la misma vecindad,

D. Miguel de Torres, vecino de Colmenar Viejo, tiene otra ganadería para novilladas.

D. Clemente Zapata, vecino de Alfaro, también crió toros con el fin expresado.

D. José Ruiz Tabal, vecino de Sevilla, es dueño de otra.

* *

A pesar de nuestras gestiones y gastos consiguientes, que se han estrellado ante la indolencia de los que más interés tienen en propagar su mercancía, no sabemos el origen de una ganadería que en Sevilla tenía

D. José Maestre, vecino de dicha ciudad, en el año de 1763, y que luego paró en

D. Antonio Maestre, de la misma vecindad, que en 1791 tenía el primer lugar en los carteles.

El marqués de Ruchena,

El de Vallehermoso, y

D. Francisco del Río y Riscos, todos de Sevilla, fueron dueños en la misma época de otras ganaderías cuyo origen es desconocido; y para que la confusión sea mayor, hay carteles de entonces en los que aparecen anunciadas reses *del Algarabejo*, sin más explicación ni mayor detalle. De nuestras investigaciones resulta que *el Algarabejo* era un extenso cortijo y dehesa del partido y término de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz. Tal vez por ser de bienes de propios ó comunales creyese que bastaba anunciar así los toros de esa procedencia.

En la misma época de mediados ó más del siglo pasado eran ganaderos sevillanos:

D. Ramón Liberal.

D. Francisco Isquivel.

D. Fernando Ossorno.

Conde del Aguila.

Marqués de Medina.

D. Luis Ibarbura.

D. Manuel González.

D. Pedro Quevedo.

D. Antonio Franco.

D. José Velasco.

D. Francisco de Resinas.

D. Manuel Malaver.

D. Antonio Melgarejo.

D. José María Villegas.

D. Agustín de Cuevas.

D. Francisco Domínguez.

Y en principios del presente siglo:

La condesa viuda de Montegón, de Jerez de la Frontera.

D. Domingo Crespo, de Cádiz.

D. Juan Tabares Cabrera, ídem.

D. Baltasar Hidalgo, ídem.

Viuda de D. Francisco Amaya, ídem.

D. Antonio Machorra y Toledo, ídem.

D. José de Castro, Jerez del Marquesado.

D. Jacinto Castril, Cazorla (Jaén).

D. Juan de Pareja, Cádiz.

D. Rodrigo Godoyo, Jaén.

D. José María Prados, Tarifa.

D. Pedro de Torres, Jerez.

D. Jerónimo Alsazúa, Cádiz.

D. Francisco Larriba, Jerez de la Frontera.

D. Diego Tejero, ídem.

D. José María Amor, Puerto de Santa María.

PP. de Santo Domingo, Jerez de la Frontera.

D. Francisco Romano, ídem.

D. José de Vargas, Cádiz.

D.ª Mercedes Espinosa, Puerto de Santa María.

D. Manuel de Bea, Jerez de la Frontera.

D. Joaquín Virues, ídem.

D.ª Dolores Gutiérrez, Cádiz.

D. Alejandro Aguado, Málaga.

D. Lorenzo de Luna, ídem.

D. Juan Salazar, ídem.

Sres. Santaella hermanos, ídem.

Y finalmente

D. Esteban Mellado, de Málaga, tuvo á principios de siglo, en la dehesa de Campanillas en dicha ciudad, una ganadería de corto número de cabezas.

El presbítero *D. Francisco de Sales Mendoza*, á fines del siglo anterior, tuvo una en Martos (Jaén).

De ninguna de estas ganaderías ha sido posible averiguar su origen; algunas tuvieron cierto renombre, pero no formaron por sí castas especiales que de unos en otros dueños hayan venido á crear vacada brava por más de tres ó cuatro lustros. O se compusieron de corto número de cabezas y por no atenderlas bien desaparecieron, ó las destinaron á los mataderos públicos; ello es que no existen ni han dejado fama. Algunas tuvieron los toros de los *PP. de la Cartuja*, de Jerez; pero realmente no eran sino producto del diezmo, por virtud del cual reunieron torada, la cual sería vendida probablemente al detall cuando se dispuso la excomunión de las Ordenes religiosas en el año de 1835 y siguientes.

PORTUGAL

En la imposibilidad de referir detalladamente el origen de las castas con que se han formado las ganaderías de toros en el vecino reino, por ser tarea harto prolija, y como tal sujeta á errores en mayor grado que en las de España, relataremos los nombres de los principales dueños de vacadas portuguesas.

D. José Pereira Palha Blanco, formada primeramente con vacas del país y un toro de Minra, mejorada luego con un toro del duque de Veragua, y, por último, con vacas de la misma procedencia del duque compradas á Rafael Molina en 1893. Pastan en *Campanhia das Lezirias* (Villafranca de Xira).

D. Máximo da Silva Falcão, Pombalino.

Carlos Augusto Marquês, Arinhaga.

Paulino da Cunha e Silva, Santarem.

José Rodríguez Vaz Monteiro, Carregado.

Marquês de Vagos, Aveiras de Baixo.

Manuel Duarte d'Oliveira, Riveira do Cartasco.

José de Paiva Magalhães, Santarem.

Conde de Sobral, Almeirín.

Conde da Costa, Évora.

Faustino da Gama, Caldas de Rainha.

Robertos hermanos, Salvatierra de Magos.

Juan Vicente d'Almeida, Benavente.

Juan Antonio Fernández, Salvatierra de Magos.

Antonio José de Silva, ídem.

Antonio Ferreira Roquele, ídem.

Esteban Antonio d'Oliveira Junior, Pancas.

Juan Tomas Piteira, Canha.

Manuel Duarte Laranja, Coruche.

Conde de Magalhães, Almeirín.

Vizconde d'Amoreiro da Torre, Monte Mor.

José María dos Santos, Pintal Novo.

Antonio da Costa Coelho, Samoza-Correia.

Duque de Palmella, Aceitao.

Duque de Cadabal, Muge.

Ildefonso da Cunha, Aiana.

D. José Joaquín Pedroso, Chamusca.

Juan Sabino, Benavente.

José Henrique Peleiro, Gollega.

Doña María Claro Monteiro Gómez, Coruche.

Antonio Feliciano Correia Branco, ídem.

Manuel dos Santos Correia Branco, ídem.

Vizconde de Coruche, ídem.

D. Guillermina Roza da Veiga, ídem.

Emilio Infante da Câmara, ídem.

D. Cayetano de Braganza, Lisboa.

D. Victoriano Froes, ídem.

Vizconde de Barzea, ídem.

Luís Patricio, Lisboa.

Francisco Lobao Rasquilha, ídem.

Companha das Lezirias, ídem.

Antonio Siqueira, ídem.

José da Cunha, ídem.

Manuel Corvello Soares, Islas Terceras.

Juan Francisco Aurora, ídem.

* *

Por último, designaremos los nombres de las vacadas que en las haciendas de América tienen mejor nombre para la lidia.

Atenco.—Cazadero.—San Diego de los Padres.—Cieneguilla.—Ramos.—Guatimapé.—Santa Ana la Presa.—Paranqueo.—Tulipam.—Ayala.—Bocas.—Cabezón.—Cruces.—Desierto.—Estancia de San Nicolás.—Freno.—Guaname.—Durango.—Hacienda de Bachimba.—Ídem de la Concepción.—Ídem de Trujillo.—Ídem de las Cruces.—Jalpa.—La Saucedá.—Mezquita Gorda.—Maravillas.—Napalapan.—Ochoteco.—Palmarejo.—Piedras Negras.—Pliego y Carmona.—El Plan.—Registro.—Santín.—Tepeyahualco.—Valapan.—Zacatecas.

* *

Y como complemento del estudio anterior, indicaremos también las fechas en que han sido lidiadas por primera vez en Madrid las reses de cada una de las vacadas originarias de que hemos hecho mérito, y *que hoy existen*, pero advirtiendo, que aquellas fechas no dan por completo entera fe para acreditar antigüedad en razón á que han variado, algunos, las divisas, hierros y hasta su vecindad; otros han dividido sus vacadas en distintas porciones, que á su vez han sido origen de otras ganaderías; y otros han consentido que sus toros fuesen lidiados en segundo lugar de otros de creación más moderna. Verdad es que, mientras no aparezcan ó se acrediten dichos extremos, la antigüedad debiera ser, en Madrid, la de la primera presentación en su circo del ganado de cada vacada, pero tenemos la completa seguridad de que muchos ganaderos no consentirán se pospongan sus toros á otros de menos fama ó renombre, y de que sobre este punto nunca se pondrán de acuerdo, por cuya razón lo mejor, y lo que evita contiendas y dificultades enojosas, es disponer que, en cada corrida se liden reses de una sola vacada, y esto á más de salvar inconvenientes, puede producir mejor resultado á la función en general.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera pre- sentación en Madrid	OBSERVACIONES
Pablo Valdés.— <i>Raso del Portillo</i>	1749	Conserva su divisa y antigüedad.
Sres. de Guendulain.— <i>Pamplona</i>	1794	Perdió la divisa desde que la recreó D. Nazario Carriquiri.
Vicente Vázquez.— <i>Sevilla</i>	1796	Desde que la adquirió el Duque de Veragua cambió la divisa. Esta debe ser su antigüedad, y sin embargo, siguen en puesto preferente á las demás.
Manuel Bañuelos.— <i>Colmenar Viejo</i>	1796	En 30 de Junio de 1856 cedieron su primacía á los manchegos de Muñoz; y en 1857 á los de Barquero y á los de Freire, y luego á otros.
Juan José Fuentes.— <i>Moralzarzal</i>	1797	Poscuyéndola ya D. Vicente Martínez se han lidiado delante de los de Alcas; pero en 1857 detrás de los Freires, luego Hernández.
Manuel Aleas.— <i>Colmenar Viejo</i>	1797	También se han corrido toros de esta ganadería detrás de la de Muñoz.
Gil de Flores.— <i>Vianos</i>	1815	Repartida entre sus nietos esta ganadería y adoptada distinta divisa para cada porción, ha perdido la antigüedad.
Joaquín Zalduendo.— <i>Caparroso</i>	1817	Siendo dueño de esta vacada D. Fausto Joaquín Zalduendo usó divisa amarilla y verde; y cuando lo fué doña Cecilia Ortigosa encarnada y azul. Perdieron, pues, antigüedad.
Sres. Lizaso.— <i>Tudela</i>	1827	Lo mismo han hecho los Lizasos. Lo menos tres diferentes divisas les hemos conocido.
Elias Gómez.— <i>Colmenar Viejo</i>	1831	¿Por qué si tienen divisa marcando su antigüedad se lidiaron en 1.º de Octubre de 1854 después de los de Salido y en 1873 después de los Freires?
Fernando Freire.— <i>Sevilla</i>	1836	Esta es la antigüedad de la ganadería de Hernández, vendida á Udaeta, si esta no cambia de divisa.
Núñez de Prado.— <i>Sevilla</i>	1837	En 4 de Octubre de 1874 fueron lidiados después de los de D. Rafael Laffite.
Arribas, hermanos.— <i>Sevilla</i>	1840	Desde esa fecha no ha cambiado la divisa que usó D. Plácido Comesaña.
Francisco Aranda.— <i>Sevilla</i>	1842	Tiene la antigüedad de los toros de Seguri por usar igual divisa.
Pedro Galo Elorz.— <i>Peralta</i>	1844	Ha usado dos distintas divisas: la que le da antigüedad es la amarilla.
Anastasio Martín.— <i>Sevilla</i>	1844	También usó celeste y rosa y luego encarnada y verde.
Manuel Suárez.— <i>Coria del Río</i>	1844	Esta ganadería, con divisa rosa y blanca, pasó á ser de Muruve con divisa encarnada y negra.
Marqués del Saltillo.— <i>Sevilla</i>	1845	Por delante de esta vacada figuraron en carteles y se lidiaron en 1869 de Pérez de la Concha, Miura, Laffite y de Benjumea.
José María Benjumea.— <i>Sevilla</i>	1848	Conservan antigüedad con su divisa negra.
Antonio Miura.— <i>Sevilla</i>	1849	En 31 de Octubre de 1869 cedió su puesto á Pérez de la Concha y á Laffite, sin duda porque estas ganaderías usaron sus antiguas divisas. Ya en 1872 colocó detrás á Concha Sierra.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera pre- sentación en Madrid	OBSERVACIONES
Joaquín Pérez de la Concha Sierra.— <i>Sevilla</i> .	1850	Han perdido antigüedad por el cambio de divisa desde esta fecha.
Rafael J. La Cunha.— <i>Portugal</i>	1852	
Fernando Tabernero.— <i>Salamanca</i>	1852	La estrenó con divisa blanca y amarilla, que luego cambió en 1860 por azul y blanca.
Ramón Zambrano.— <i>Alcalá del Río</i>	1854	No puede contar esta antigüedad porque usó divisa lila y pajiza y ahora es encarnada.
Ignacio Roquete.— <i>Portugal</i>	1854	
Agustín Salido.— <i>Moral de Calatrava</i>	1854	Procediendo de los de Muñoz y habiendo alterado la divisa, no es ya la de aquella antigüedad.
Esteban d' Oliviera.— <i>Portugal</i>	1855	
Carlos López Navarro.— <i>Colmenar Viejo</i>	1850	Conserva su divisa encarnada y amarilla desde esa fecha en que cambió la que tenía Juan Manuel Fernández y el marqués de la Conquista.
José Pereira.— <i>Portugal</i>	1862	
Francisco Benito.— <i>Colmenar Viejo</i>	1865	
Andrés Fontecilla.— <i>Baeza</i> ..	1865	No ha cambiado la divisa azul celeste.
Raimundo Díaz.— <i>Navarra</i>	1865	La divisa que rige y da antigüedad en esta vacada es la amarilla y blanca.
Gregorio Ripamilán.— <i>Egea</i>	1865	Desde antes de esta fecha la distinguió su dueño, D. Severo Murillo, con divisa encarnada.
Agustín Flores.— <i>Peñascosa</i>	1865	Los presentó con divisa diferente á la de la vacada de D. Gil; por eso perdieron la antigüedad de ésta.
Atanasio Rodríguez.— <i>Guadalix</i>	1867	No siempre se han corrido con igual divisa.
Rafael Laffite.— <i>Sevilla</i>	1869	En Madrid, y en 1870, usó divisa blanca y negra, y en 1874 verde, blanca y encarnada, y antes blanca y negra. ¿A qué obedece esto? Tal vez á que este señor fué dueño á un tiempo de las vacadas de Benjumea y de Barbero de Córdoba.
José María Cámara.— <i>Sevilla</i>	1870	Sigue con la misma divisa que los Laffites, blanca y negra.
Angel González Nandin.— <i>Sevilla</i>	1872	No sabemos en qué plaza se estrenaron. En la de Madrid han usado divisa encarnada y amarilla, y también celeste y blanca.
Juan Muruvo.— <i>Sevilla</i>	1872	Conservando ésta sus colores encarnado y negro tiene más antigüedad que la anterior.
José Vicente Baillo.— <i>Albacete</i>	1873	
José Antonio Adalid.— <i>Sevilla</i>	1874	En 11 de Julio de 1875 fueron lidiados delante de los de Laffite.
José Orozco.— <i>Sevilla</i>	1874	Sigue con la divisa de los toros de Adalid.
Marqués de Salas.— <i>Madrid</i>	1875	Los sucesivos poseedores de esta ganadería han continuado siempre con la misma divisa.
Felipe Pablo Romero.— <i>Sevilla</i>	1875	Usan la última que puso á sus toros D. Rafael Laffite y Castro, de modo que en Madrid su antigüedad es de 1874.
Marqués de Villavilvestre.— <i>Sevilla</i>	1878	
Juan Manuel Fernández.— <i>Trujillo</i>	1879	Debían de tener la antigüedad de los de la condesa de Salvatierra, de que proceden. Véase lo que antes decimos sobre división de esta ganadería. Ha usado diferentes divisas. La última, caña y blanca.

GANADEROS Y SU VECINDAD	FECHA de su primera pre- sentación en Madrid	OBSERVACIONES
Juan A. Carrasco.— <i>Miraflores</i>	1880	Ha usado diferentes divisas. La última caña y blanca.
Carlos Conradi.— <i>Sevilla</i>	1881	Al adquirir de Laffitte y Castro esta vacada adoptó distinta divisa.
Ignacio Martín.— <i>Sevilla</i>	1881	
Vicente Cuadrillero.— <i>Rioseco</i>	1881	
Celsa Fontfrede.— <i>Sevilla</i>	1882	Por haber variado la divisa de los Concha-Sierra no tiene más antigüedad.
José Torres Cortina.— <i>Sevilla</i>	1882	Al estrenar su ganadería adoptó divisa distinta á la de su predecesor Benjumea.
Carlota Sánchez.— <i>Salamanca</i>	1882	
Jacinto Trespalacios.— <i>Trujillo</i>	1882	Parece que hoy la posee D. Felipe Rodríguez con igual divisa. No sabemos si este señor será como su antecesor, que variaba el hierro á menudo.
Condesa de Patilla.— <i>Madrid</i>	1883	Usó primeramente los colores azul y encarnado, y luego añadió á esa divisa el blanco.
José Palha Blanco.— <i>Portugal</i>	1883	
Rafael Sarga.— <i>Sevilla</i>	1884	
Rafael Molina.— <i>Córdoba</i>	1884	
Eduardo Ibarra.— <i>Sevilla</i>	1885	No usa la divisa de la casta originaria.
Viuda de Barrionuevo.— <i>Córdoba</i>	1885	A los colores de origen turquí y blanco añadió el color de rosa.
Enrique G. Salamanca.— <i>Madrid</i>	1886	Conservan la antigüedad de los toros de Mazpule por la divisa blanca, pero hay varias fracciones con igual derecho.
Juan Manuel Sánchez.— <i>Salamanca</i>	1886	Cambió la divisa celeste y encarnada por la blanca y negra, y perdió la antigüedad.
Juan Vázquez.— <i>Sevilla</i>	1887	Antes divisa morada y luego negra y oro viejo; perdió por esto aquella antigüedad.
Máximo Hernán.— <i>Colmenar Viejo</i>	1887	Siendo ésta una de las más antiguas ganaderías de Colmenar Viejo ha perdido su puesto por haber cambiado varias veces de divisa.
José Clemente Rivera.— <i>Sevilla</i>	1888	No nos consta la procedencia de esta vacada.
Francisco Gallardo.— <i>Sevilla</i>	1888	
Faustino Udaeta.— <i>Madrid</i>	1890	Puesto que no ha alterado la divisa de origen debe conservar la antigüedad de la ganadería de Freire.
Lorenzo Abizanda.— <i>Madrid</i>	1890	
Luis Mazzantini.— <i>Madrid</i>	1890	Debe conservar la antigüedad de origen, que es de Donato Palomino.
Esteban Hernández.— <i>Madrid</i>	1891	Aunque proceden de casta de los Mazpules perdió el resto de su vacada la antigüedad por cambio de divisa. La que rige es la del conde de Patilla.
José Moreno Santa María.— <i>Sevilla</i>	1891	
Manuel Arroyo.— <i>Madrid</i>	1891	Creemos proceden de Mazpule, pero perdió la divisa por haberla añadido el color verde.

Reconocemos cuán deficiente es nuestro trabajo relativo al origen y vicisitudes de ganaderías; pero es el más completo y extenso de cuantos hay publicados. Puede que éste sea base para que otros le amplíen más adelante, aunque nos permitimos dudarlo, porque no hay registros públicos como los de la propiedad y civil, en que consten los datos suficientes para formar genealogías, que, por otra parte, serían ridículos y de ninguna utilidad. Labor tan minuciosa y tan ingrata no es apreciada lo bastante por los que debieran estimarla, y mucho más si tuvieran en cuenta, como ya va apuntado, que su desidia y abandono a nadie puede perjudicar tanto como a ellos mismos. No se asombren, pues, si advierten alguna equivocación, y acháquensela a sí propios, perdonando el lector la que encontrare en gracia de nuestro buen deseo por complacerle.

Ganado.—Aunque la Academia da solamente este nombre a las bestias *mansas* de una misma especie que se apacientan y viven juntas, nosotros y muchísimos más, le aplicamos también a los toros *bravos*, apacentados juntos por más ó menos tiempo. Y si no, ¿cómo le hemos de llamar?

Ganar terreno.—Los toros que ganan terreno son los que embisten pisando el que está en la jurisdicción ó alcance del diestro, es decir, metiéndose por el sitio en que éste se halla colocado, ó por el en que ha marcado su salida en las suertes. Unos toros salen ya con esta inclinación desde los chiqueros, y, por consiguiente, se advierte que este es su modo natural de acometer, y otros han adquirido durante la lidia dicho resabio. Para aquéllos no se necesita tanto cuidado como para los últimos; pero son todos de tanta malicia como los de sentido, si no se les da la lidia que requieren, y que va explicada en cada una de las suertes.

Gandiaga, José (Zaragala).—Figura como banderillero en cuadrillas de tercer orden, que torea en Francia. Le creemos español, pero no dan razón de su origen en parte alguna.

Gandullo Villoslada, D. Luis.—Escritor entendido que colabora constantemente en varios periódicos taurinos de la corte con gran entusiasmo por nuestra fiesta nacional. Escribe con soltura, razonando sus afirmaciones y siempre con medida y discreción. Desde muy corta edad se despertó en él la afición taurina, visitando, á hurta-

dillas de sus padres, el matadero de Córdoba, para ver lidiar reses bravas, y los cortijos inmediatos para ver torear novillejos; y después, lo mismo en dicha ciudad, que en Madrid, que en



cuantos pueblos ha residido, ha sido constante y asiduo concurrente á esas fiestas; que para Gandullo no hay espectáculo alguno que valga lo que una corrida de toros. Es un buen aficionado.

Nació en Córdoba el 29 de Septiembre de 1864; allí estudió el bachillerato, vino á Madrid en 1880 á prepararse para ingresar en la Academia de Infantería, pero le dieron un empleo público, en el cual, si no contento, vive resignado y muy querido de todos, por sus excelentes condiciones. Actualmente redacta con otros amigos una *Tauro-maquía*, bajo la dirección técnica de un célebre matador de toros.

Gañido, Cipriano.—Es un banderillero sevillano de bastante experiencia, que tapa su boquete, sin haber nunca subido ni bajado mucho. Tiempo ha tenido para subir, pero no ha querido ó no ha podido cuando nada de él se sabe.

Garabato.—Toro negro, de pocas libras, bien armado, propio de D. Andrés Fontecilla, vecino de Jaén, divisa azul celeste, que en 25 de Marzo de 1865 luchó en la plaza de Madrid con el elegante Pizarro, á quien acometió seis veces sin resultado.

Garay, L. — Trabajó como picador en Madrid en 1863, y no dejó fama que deba referirse. Su nombre apareció en carteles con aquella inicial solamente.

Garcés, Francisco. — Entendido banderillero, diestro con el capote, que trabajó con José Delgado, y de peón de Joaquín Rodríguez, á fines del siglo último. Fué luego matador de toros, y en Madrid estuvo contratado con dichas espadas de tercero en 1790, lo cual supone desde luego mayor antigüedad en categoría que la de Herrera (*El Curro*). En Sevilla mató por primera vez en 20 de Abril de 1793.

Garcés, Juan. — A fines del siglo anterior era uno de los lidiadores que más esperanzas hicieron concebir á los apasionados al arte. Por desgracia una cogida le imposibilitó de adelantar más en su profesión. No sabemos si era hermano del anterior.

García de Paredes, D. Diego. — Durante la guerra de Flandes, bajo el mando del Gran Capitán, hubo en Barletta grandes fiestas con motivo de los triunfos obtenidos por los españoles, y dice Máximo de Azeglio, escritor italiano cuya autoridad no puede ser dudosa, que «Diego García de Paredes puso de manifiesto sus hercúleas fuerzas esperando cuerpo á cuerpo y á pie firme á un toro con astas desnudas, y con una espada de mandoble detuvo su carrera poniéndole en el testud la punta de aquélla». Dice también que, «dejándole luego libre en su carrera, empuñó el mandoble, y permitiendo al animal pasar sin tocarle, le descargó tan fuerte golpe en la cerviz, que le cortó la cabeza cercén á cercén, ó sea separándola del tronco». Dadas las hercúleas fuerzas de dicho gran soldado, que han sido tan celebradas en historias y romances, no nos extraña semejante acto de valor potente. Nació en Trujillo en 1466 y murió en 1580.

García, Ignacio. — Trabajaba en Madrid en las mojigangas de novillos allá por los años de 1770 á 1790, estoqueándolos algunas veces.

García, Francisco (*Perucho*). — Era un matador valiente á fines del siglo anterior, que rayaba en temerario, sin que por desgracia tuviese los conocimientos necesarios para ejercer su arte. Así fué que en la tarde del 8 de Junio de 1801, á los veintitrés días de morir *Pepe Illo*, sufrió una horrorosa

cogida en la plaza de Granada, donde murió á muy pocos instantes. Aunque sin ese mote, figura en carteles de 1778, alternando como matador con los Romeros.

Fué natural y vecino de Málaga. En varios carteles que posee el anticuario y aficionado inteligente de dicha ciudad, D. Aurelio Ramírez, aparece que alternaba con el famoso Bartolomé Jiménez y el no menos célebre Juan Conde, según consta en los anuncios para las corridas de 7 y 14 de Mayo de 1797, 22 y 25 de Julio de 1798, en la plaza que en Málaga existía junto al Convento del Carmen, sitio que hoy ocupa el matadero público y calle titulada Plaza de Toros vieja. Que *Perucho* debió ser hombre de temple especial lo prueba el dictado de famoso y esforzado que se le adjudica en carteles, pues á ser un mal principiante con el estoque y muleta, no hubiese tenido á sus órdenes diestros de á caballo tan notables como Laureano Ortega, Juan de Rueda y Francisco Rodríguez, y banderilleros como Ambrosio Recuenco (*El Tonelero*), Bernardo Rodríguez, famoso cordobés y otros. En 1796 mataba *Perucho*, como otros célebres diestros, los cuatro primeros toros de la corrida, y así lo acredita otro cartel de la plaza de Málaga referente á la función efectuada en 26 de Julio del citado año.

Una lámina de incorrectísimo dibujo é igual grabado, que como documento curioso y raro posee el citado anticuario, demuestra el mérito singular del lidiador malagueño, que por su muerte mereció los honores de la estampa, y significa el hecho doloroso de su desgracia. Aparece *Perucho* en el acto de su cogida, y penetrándole el asta derecha del toro por las costillas superiores, cerca del sobaco derecho, sin soltar la espada, que ha introducido en la cruz del toro, casi hasta faltar poco para llegar á la guarnición del estoque, quedando el diestro de pie y encunado, y juzgándose por la actitud que más bien fuese en la suerte del volapié que en la de recibir. Al pie de esta lámina se halla la siguiente explicación, textualmente copiada con su ortografía antigua: «Desgracia Acaesida en la Plaza de la R.¹ Maestranza de Granada en la Mañana del 8 de Junio de 1801 á Francisco Garzia (Alias *Perucho*) rec^o d Málaga 1^a espada con el 3^{er} toro, llamado Barbero, de la famo^a Bacada d D^a Juan Josef Becquer, Vecino de Utrera. Murió á las 20 horas » Seguidamente dice: «Man¹ Jurado me hi.^o en...» y pinta una granada con sus hojas.

Esta lámina, según manifiesta en la cabeza, se hallaba de venta en la cerería de D. Pablo Sáez.

García, D. Manuel. — En un libro que se dice en el *Arte de torear de Pepe Illo* titularse *Epítome de*

las recreaciones públicas, habla del origen de las fiestas de toros en España, en las páginas 226 y siguientes.

García, José.—Picador de toros que trabajaba á fines del siglo anterior en corridas de novillos, y no sabemos si después en las de toros de temporada de verano.

García, Juan.—Era un tipo especial, por su gracia como torero bufo. En Málaga le apodaban el *Tío Carrasquiña*, y le contrataban allá por los años de 1850 y después para las funciones con mojiganga. Hacía la pantomima del enfermo, se cubría el cuerpo con cebada en verde sin espigar y se colocaba haciendo el menor bulto en el centro de la plaza. Salía el novillo, veía el verde y se arrimaba á comer, en cuyo momento el *Tío Carrasquiña* dábale un susto y el bicho se espantaba. Murió en el pueblo de Torremolinos (á dos leguas de Málaga), en un día de capea, hace cerca de treinta años, por haberse metido huyendo en una calle sin salida, y allí le estropeó un toro, falleciendo á poco.

García, Gil.—Fué uno de los picadores de que más constantemente se valió el célebre *Costillares* para que trabajase en su compañía. Hombre de campo, sabía y practicaba.

García, Diego (*Colchoncillo*).—Las noticias que tenemos de este antiguo picador le colocan en un primer puesto del toreo. Sabemos por los carteles que en 1791 trabajó en Madrid con las cuadrillas del inolvidable Pedro Romero y de los hermanos de éste, y que su trabajo debía ser muy apreciado, porque en los años anteriores le tuvo ajustado por toda la temporada la Junta de Hospitales, siendo más antiguo que el renombrado Juan Luis de Amisas. En documentos de aquella época hemos leído que en una corrida había estado mejor García que Jiménez (Bartolomé), porque éste cayó en tierra á la décimacuarta vara que tomó el toro y en cuatro de éstas había perdido dos caballos, mientras que García sólo sacó herido uno por las ancas, que tuvo que cambiar en la caballeriza, sin desmontarse en la plaza. ¡Qué tiempos!

García, Ramón.—Notable banderillero, que se distinguió á principios del presente siglo. Trabajó mucho al lado de Antonio de los Santos, sucesor del célebre *Pepe Ilo* en la cuadrilla de éste.

García, Francisco (*El Barbero*).—Cuando la ocupación de España por los cien mil hijos de San Luis, el año de 1823, se presentó por primera vez en la plaza de toros de Sevilla este picador, en 30 de Mayo, sin que en su profesión haya después descollado.

García, José (*La Liebre*).—Era notable este banderillero en el primer tercio de este siglo, y su nombre se cita hoy y lo será siempre como de los de más fama en el toreo después de sus contemporáneos Gregorio Jordán, José Calderón y Felipe Usa.

García, Martina.—Durante muchos años esta intrépida mujer ha matado novillos en la plaza de Madrid y otras varias con estoque y muleta, cuerpo á cuerpo, aunque sin arte de ninguna clase. La última vez que toreó fué en la plaza vieja de la Puerta de Alcalá el 16 de Agosto de 1874, vispera del día en que empezó el derribo de dicho edificio.

Nació en Ciempozuelos el 25 de Julio de 1814: quedó sin padres siendo muy niña, y á los diecinueve años de edad la dió por ser banderillera. Siguió recorriendo diferentes plazas de toda España y el día 27 de Julio de 1882 falleció en Madrid.

García, Manuel.—Era un picador de pocas condiciones, pero valiente y cumpliendo, por el año de 1860. Murió en Vitoria el 15 de Agosto de 1864, á consecuencia de la cornada que le infirió un toro llamado *Manchego*, de la ganadería de D. Raimundo Díaz, divisa encarnada y caña.

García, Diego (*Palique*).—A fines de 1841 trabajó este picador por primera vez en Sevilla. No recordamos haberle visto allí, ni en plaza alguna; pero según carteles que tenemos á la vista tomó parte ya en 1829 en unas corridas que se celebraron en el Puerto de Santa María, cuando se la declaró puerto franco.

García, Sebastián.—Arrogante figura, valiente hasta la temeridad se presentó en Lisboa como matador de toros procedente de España, en el año de 1823, y en breve tiempo conquistó las simpatías de la gente principal, hasta el punto de ser uno de los confidentes del Rey D. Miguel I á quien acompañó hasta la Quinta de Loma, cuando este monarca fué deportado. Con él vivió muchos años

en el destierro, hasta que de resultas de una cornada recibida toreando en un cerrado, falleció a mediados de este siglo.

García, D. Rafael.—Fue conocido por el nombre de Rafael Muñoz Salido, con el que figuró en carteles de algunas sociedades malagueñas en 1867 y después, poniendo banderillas y matando becerros. Esto le dió alientos, y en 1876 quiso vestir el traje de luces y en una novillada salió en Málaga á alternar con Manuel Díaz (*Lavi*) y Francisco Carvajal (*El Pollo*) pero esta determinación le fué del todo inútil; porque no pudo llenar su compromiso, y desde entonces se retiró absolutamente del toreo.

García, Lorenzo (*El Artillero*).—Uno de tantos picadores que han trabajado más en la plaza de Madrid que en las de provincias sin saber por qué. Era valiente y temerón allá por los años de 1850 al 1860, y muy protegido cuando sirvió en el ejército y después por cierto general que ocupó alto puesto en el Ministerio de la Guerra.

García, Francisco (*Saladito*).—Más que en Madrid, trabajó en varias plazas de provincias este novillero que tenía cierta maña para matar toros. Uno de éstos, hace unos cuantos años, le dió tan fuerte golpe en la espalda, que de resultas falleció en Alicante de donde era natural.

García, José (*El Platero*).—Natural de Cádiz; matador de toros que recibió lecciones de Antonio Ruiz (*El Sombrero*), y de quien hemos oído que, de ser hombre de más corazón, habría sido un buen espada. No podemos juzgar acerca de su mérito, porque no le vimos trabajar. Empezó á estoquear en 1814.

García y García, D. Manuel (*Hispaleta*).—También este afamado pintor de historia ha contribuido á popularizar la fiesta nacional con bellísimos cuadros en que ha retratado escenas taurinas con la verdad y gracia que tan buen artista sabe dar á todas sus creaciones. Su cuadro titulado «Salida de los toreros del parador de Borja en Torrelaguna» es notable, y por él y méritos anteriores fué premiado en 1871 con la cruz de María Victoria. Es hermano del malogrado D. Rafael, primero que usó el sobrenombre de *Hispaleta*. Nació en Sevilla y estudió en dicha ciudad, compar- tiendo las lecciones de la Escuela de Bellas Artes

de Santa Isabel con las de su citado hermano. Estuvo pensionado en Roma por D. Ignacio Muñoz de Baena.

García y Sánchez Salvador, D. Ricardo.—

Uno de los mejores aficionados teórico-prácticos que en la actualidad hay entre los que de toros entienden. Como escritor concienzudo é imparcial ha escrito revistas en *La Voz del Comercio*, de Santi Spiritus (isla de Cuba), allá por el año de 1875; en *El Tabaco*, de Madrid, cinco años después; y luego en 1881 al 1882 fundó, redactó y fué propietario de un buen periódico taurino, titulado *Los Menques*. Poco más adelante de esta época, publicó un bien escrito y mejor pensado folleto, *Consideraciones y preceptos sobre la suerte de*



recibir, que levantó polvareda entre la gente de coleta; y cuando por exigencias de su puesto oficial en el ejército español se trasladó á la Habana, según creemos, redactó allí el periódico taurino *El Tío Camama*. Su entusiasmo por la fiesta nacional, por la propaganda del arte taurómico, lejos de amenguarse con la indolencia que parece prestar al individuo las excepcionales condiciones climatológicas de América, creció en aquel país donde trabajó con fruto hasta ver constituida una brillante sociedad, que tomó el nombre de «Unión recreativa», de la que fué primer Presidente; y á García se debe, que esta sociedad trabajase con empeño, haciendo gastos de consideración, para exhumar del cementerio de la Habana los restos de Francisco Arjona (*Cúchares*), obteniendo para ello poder en forma de la viuda de este famoso torero,

según hemos referido en la biografía del mismo. En la imposibilidad de extendernos todo lo que quisiéramos, en elogio de un aficionado tan inteligente como éste, nos limitaremos á decir que ha matado becerros, que pudieran llamarse toros *hechos*, puesto que ya no cumplirían cinco años, que aparece escritor elegante en cuantos trabajos literarios ha dado á luz, y que es tan excelente militar como distinguido caballero. Nació en Madrid el año de 1849, y desde 1892, se retiró del ejército, voluntariamente.

Su actividad y patriotismo le impelieron á formar en Madrid una junta de aficionados al toreo, en la que entraron ganaderos, toreros, escritores y aficionados de primera fila, con el fin de allegar recursos para la adquisición de un buque torpedo, con destino á Filipinas, cuando la agresión de los alemanes á las Carolinas. Trabajó con fe y entusiasmo, celebróse alguna corrida al objeto apeteído, pero pasados los momentos de efervescencia quedó en el olvido tan laudable pensamiento.

Como en García todo es corazón y nobleza, y entusiasmo por las glorias patrias ha trabajado con ahínco en pró de la creación de un monumento que perpetúe la memoria del gran poeta Zorrilla, formando parte de la junta directiva que componen delegados de las Academias, Ateneos, Universidades, Diputaciones, Cuerpo diplomático, militar, Casinos, etc., etc., y mucho más pudiéramos decir de tan notable aficionado, si lo permitiera la índole de un libro como el nuestro, consagrado exclusivamente á la tauromaquia.

García Ontiveros, D. Ignacio.—Autor de una preciosa descripción de las corridas reales que se verificaron en el año de 1834 al jurarse princesa de Asturias á doña Isabel II. Fué poeta celebrado y persona dignísima, conocida en todos los círculos literarios de la corte, de donde era natural.

García, D. Nicolás.—Distinguido aficionado que en el año de 1851 dió á luz un folleto con noticias curiosas de sucesos notables ocurridos en las corridas de toros celebradas en la primera mitad del presente siglo.

García, María.—Matadora en novilladas que quiso competir con la célebre Martina en la plaza de Madrid el día 4 de Febrero de 1849, quedando mejor la Martina. Llamábanla la *Gitana cantarina* ó la *Civil*; vistió de torero y ganó catorce duros por estoquear malamente un becerro, más inocente que ella.

García Tejero, D. Alfonso.—Escritor público y poeta, que en variedad de metros ha cantado con entusiasmo la grandeza de nuestras fiestas de toros. En 1851 publicó un juguete literario-crítico-filosófico, titulado «Montes y *Pepe Illo*», que dedicó al espada Julián Casas, de quien insertó la biografía en el folleto.

García, Felipe.—A este torero hay que considerarle y juzgarle como á uno de los más generales en la práctica de todas las suertes de torcar.

Él ha sido picador, banderillero y matador; y si bien en ninguno de los tres casos referidos ha llegado á conquistar un nombre de primera fama, lo cierto es que tampoco ha quedado en ellos en tan bajo lugar que, cuando menos en alguno, no se le haya calificado de notable.

Y es esto tanto más de extrañar y de aplaudir al mismo tiempo, cuanto que de nadie ha recibido lecciones para nada, y toreando, lo mismo á pie que á caballo, no ha hecho más que seguir los impulsos de su corazón.

Si esto demuestra en él grandísima afición y sobrado valor, significa también que si Felipe hubiese tenido á su lado algún maestro, hubiera llegado á donde pocos.

Es verdad que para ello hubiera tenido necesidad de reprimir sus ímpetus, observar más y parar los pies.

A caballo no se puede negar que caía muy bien, se tenía mejor que muchos buenos jinetes y ha salido por derecho á la suerte de picar con vara de detener.

Pero su defecto principal consistía en hacer salir al caballo de la suerte antes de tiempo, y esto daba lugar casi siempre á poder apretar poco con el brazo derecho y á ser acometido por las reses codiciosas en la salida, donde si el caballo no tenía buenas piernas, era indefectiblemente alcanzado.

Mucho corrigió esta falta, que no era hija de ignorancia, sino de la viveza de su carácter, que quería hacer las cosas antes de pensarlas, y ya en las últimas corridas en que tomó parte como picador se le vió más concienzudo y atinado.

Sólo en tres temporadas de novillos en Madrid trabajó como tal picador; por cierto que la última vez que salió á caballo fué en la tarde aciaga en que todos los aficionados de Madrid recuerdan que, mandado retirar un toro al corral de la plaza vieja, dió muerte al conocido mayoral Eleuterio en el callejón que conducía al corral mencionado.

Su transición de picador á espada fué tan brusca, tan repentina, que ni él pudo figurársela, puesto que fué hija de la casualidad y de su excesivo amor al arte.

Un día de novillada faltó á su palabra el torero

que debía dar muerte al toro de la mojiganga y el empresario se veía en gran apuro, porque los lidiadores ya conocidos no se querían rebajar y los principiantes no se atrevían.

Felipe se brindó y comprometió á despachar al cornúpeto, y lo hizo tan perfectamente y con una soltura tal, que parecía que siempre había tenido en sus manos los *trastos* de matar.

Claro es: como que á pie dirigía en el acto los movimientos á donde su idea los encaminaba, y á caballo no siempre obedecía éste á la mano del jinete con la rapidez y precisión necesarias.

La prueba para conocer si el valor y la serenidad del hombre á pie eran los mismos que había siempre tenido á caballo, estaba hecha y con buen éxito.

García cambió las espuelas por las zapatillas y dedicóse á lidiar á pie, con la esperanza y firme propósito de ser un matador adelantado.

Contratóse en la plaza de toros de Zaragoza en 1874 para matar en las novilladas, y tanto gustó al público aragonés por su arrojo, que durante ocho meses trabajó á satisfacción de todos, proporcionando buenas entradas á la empresa, y eso que á principios de aquel mismo año, en 6 de Abril, tuvo una cogida lidiando en Barcelona, de la que no estaba completamente curado cuando fué á Zaragoza.

Vino después á Madrid á matar los toros de puntas en las novilladas, y al año siguiente (1875) figuró como sobresaliente de espada en los carteles de temporada, banderilleando, sin embargo, los toros que le correspondían.

Debemos juzgarle antes como banderillero que como espada, y al verificarlo no podemos menos de elogiar su gran empeño en complacer al público, su actividad en los *quites*, su prodigiosa fuerza de rodillas y su valentía temeraria.

Pero duró poco como banderillero, y es lástima, porque sus condiciones antedichas le hubieran hecho figurar en pocos años al nivel de los mejores.

Como los deseos del joven torero eran los de

llegar cuanto antes al término de su carrera, fué banderillero, como hemos dicho, mucho menos tiempo del que le hubiera convenido para perfeccionarse, y tomó la alternativa de matador en la plaza de la corte el día 15 de Octubre de 1876, que le dió el primer espada Manuel Carmona.

Fuerza es confesar que el muchacho procuró siempre complacer al público, que en él ha visto á uno de esos hombres que á nadie deben su carrera, y que lejos de haber perdido conocimientos en la profesión, los fué adquiriendo cada vez más, aplicándose.

Valor le sobraba y serenidad no le faltó.

Por acelerarse tuvo las cogidas de Madrid, Barcelona y Pamplona, la última de las cuales, ocurrida el día 10 de Julio de 1877, pudo costarle cara.

Nació Felipe en Jetafe, provincia de Madrid, en el año de 1840; era hijo de D. Antonio y doña Felicianita Benavente, á quien desde la muerte de su padre, acaecida en 1860, ha mantenido con el escaso jornal que ganaba en el oficio de carpintero, dentro de Madrid, adonde se trasladaron en dicha época, y después como encargado de la caballeriza de la plaza de toros hasta que se hizo picador.

Siendo ya espada de cartel contrajo matrimonio en esta corte el 28 de Septiembre de 1878,

con la agraciada señora doña María Lucas Sánchez.

Fué su fortuna varía toreando, y puede considerársele retirado de su profesión desde 1887; la última vez que estoqueó fué en Palencia el 3 de Septiembre de 1891, y eso sucedió por salvarse de un compromiso. Había tomado en arriendo aquella plaza para dar en ella, como empresario, algunas corridas de toros, y en la que se celebraba ese día fueron heridos los espadas contratados, y él, por evitar un conflicto, bajó al ruedo, y vestido de paisano mató y lidió con valentía.

Una grave enfermedad le llevó al sepulcro, falleciendo en Madrid el día 31 de Mayo de 1893, dejando á su esposa y seis hijos, el mayor de trece años, en la más triste situación. Gozaba universales simpatías.



García Villaverde, Vicente.—Torero de buenas facultades, que unas veces ponía banderillas y otras mataba toros, hasta que tomó puesto de espada, en el que por sus facultades pudo lucir si hubiera aprendido más. El hombre procuraba cumplir, sin embargo, porque tenía vergüenza, y era muy útil en plazas de segundo orden, ejerciendo de jefe de cuadrilla. Como habrán visto nuestros lectores en el sitio correspondiente, tomó la alternativa de espada en 1864, el día 13 de Junio; alternó luego en varias provincias, inauguró con otros la nueva plaza de Madrid, marchó a América, donde trabajó para desarrollar la afición al toro, y su vida no ha estado exenta de disgustos ajenos al arte. Es natural de Ciempozuelos, provincia de Madrid, donde nació el 22 de Enero de 1834, y se despidió definitivamente del toro en esta plaza el día 26 de Enero de 1896, matando dos toros de Veragua.

García Villaverde, Luis.—Hijo de Vicente y banderillero de buen porte y de no escaso mérito, pues llegaba bien casi siempre a la cabeza de los toros. Su capote era oportuno y jamás estorbaba. Falleció en el naufragio del vapor *Ceres*, que le conducía desde América a la madre patria. En el nuevo mundo trabajó a las órdenes de José Machío. Era natural de Madrid.

García, Magdalena.—Nada menos que a picar novillos, puesta a caballo y vestida de aldeana salió esta pudorosa niña, natural de Zaragoza, a la plaza de Madrid en 11 de Diciembre de 1836. Lástima de...

García, Manuela.—Paisana de la anterior, también pecadora, es decir, picadora de vara larga a caballo en 15 de Enero de 1837. Antes enviaban a ciertas mujeres a hilar a San Fernando.

García, Teresa.—Otra que tal. Andaluza de profesión y picadora de novillos por naturaleza, ó al revés, que es como debieron estar estas mozas que trabajaron en Madrid en la fecha que va expresada. Esta ya se había presentado en esta Plaza en 30 de Diciembre de 1832.

García Lecomte, D. Carlos.—Abogado y escribano de Cámara de la Audiencia territorial de Sevilla; mereció el aprecio de cuantos le trataban y se honraban con su amistad. En pró del arte hizo mucho, dando consejos y apadrinando tere-

ros principales. Vivo arsenal de datos y con una memoria especialísima refería puntualmente sucesos pasados hacía mucho tiempo, pues conoció la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y allí hizo amistad con el luego famoso *Curro Olchares*, a quien profesó paternal cariño. Fué apoderado de varios diestros y sido Jurado para la adjudicación de premios a ganaderos. En 1895 ha fallecido a la edad de setenta años.

García de Soria, D. Mariano.—Autor de una extensa biografía del notable torero y matador de toros Antonio Carmona (*El Gordito*), a quien llama el héroe del cambio.

García, Manuel (Sastre).—Torero de invierno. Valiente sin inteligencia, atrevido sin arte, sale del paso porque es sereno y por aquello de *audaces fortuna...* ¿Qué ha sido de él? Se ha eclipsado hace lo menos dieciocho años.

García, Antonio (Sastre chico).—Un picadorcito que empieza ahora con menos alientos de los que quiséramos ver en él. Puede que se enmiende, y luego sea otra cosa.

García, Francisco (Oruga).—Peón de lidia para trabajar en pueblos y plazas de segundo orden, muy aceptable allí porque brega mucho y pone sus pares regularmente, si la cosa se presenta bien. Se cansó el hombre de ser cola de león y quiso mejor ser cabeza de ratón; tomó los trastos de matar y se lanzó a las plazas de tercer orden, dándose maña para quedar bien y librar la pelleja, que ha sido agujereada más de una vez. Tiene prestigio y le aceptan como bueno en los cosos del Mediodía de Francia.

García, Miguel.—En cuadrillas de segundo orden figura como picador, y excusado es decir que pasa las penas del purgatorio en cada una de sus caídas, que no son pocas, al verse sin más amparo que el de la Providencia. Procure tenerse más a caballo y no terciarse en la suerte y nos agradecerá el consejo. Eso le recomendamos hace veinte años y no debe habernos oído, porque nadie sabe qué ha sido de él.

García Vargas, Juan Antonio (El Terrible).—De este picador sólo sabemos por carteles que empezó a trabajar en Sevilla el 15 de Septiembre

de 1872. ¿A dónde fué á parar la significación de su apodo?

García, Federico (*El Valenciano*).—Peón de lidia que pone banderillas con valor, aunque no con mucha inteligencia. Es moderno, ligero, valiente y tiene buenos deseos, con que él aprenderá lo que le falta, si no viene á interrumpirlo la desgracia.

García, José (*Rubito*).—También aspira este muchacho á ser banderillero, y hace sus ensayos en novilladas, procurando agradar; y le consigue la mayor parte de las veces por su aplicación y buenos deseos. Con que adelante sin pararse es lo que le aconsejamos.

García, Antonio.—Hay por la tierra baja un banderillero de este nombre, que dicen es bravo y poco torpe. No le hemos visto; pero suponemos que no será uno de igual nombre y apellido que en Madrid se le conoció por el *Macando*, hará treinta años, poco más ó menos, y que por cierto valía muy poco.

García, José (*Veneno*).—Hay un picador que dicen se llama José Pacheco, y aparece en carteles con aquel otro apellido. Sea como quiera, él aunque cumple no será mucho más porque no vale cosa que digamos; y cuidado que lleva bastantes años en el arte, supliendo su buena voluntad á su deficiencia.

García, Marcelino.—Mata toros en novilladas por esos pueblos y lugares. No conoce el miedo. Salta y brinca sin reparo, y... debía repararse. Pasó su época, no llegó á donde pensó y los años se le echaron encima, reparando entonces que por falta de estudio aunque no de valor se había quedado atrás.

García del Arenal D. Ramón.—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en 25 de Enero de 1878 con motivo de la boda del rey don Alfonso XII. Oficial entonces de húsares del ejército, fué apadrinado por la grandeza de España y demostró gran valor y arrojo. El espada Manuel Hermosilla le asistió como padrino de campo, bajo la dirección del maestro Cayetano Sanz, y vistió á la usanza de Felipe III, con ropa encarnada y amarilla. Ni el Gobierno ni la casa real le

dieron premio alguno, faltando á la costumbre tradicional.

García, Manuel (*El Espartero*).—El día 25 de Enero de 1866 se celebró en la iglesia parroquial de San Marcos, de Sevilla, el bautizo de Manuel García y Cuesta, que había nacido el día 18 del mismo mes, de Josefa Cuesta y Joaquín García, quienes le dedicaron, después de estudiar las primeras letras, al oficio de espartero.

Como todos los toreros que, con más ó menos fortuna y con mejores ó peores condiciones, se han dedicado al arte de Montes, Manuel, faltando muchas veces á su obligación, acudía á tientas y capeas cuantas veces podía burlar la vigilancia de sus padres, hasta que en 1881 toreó ya en novilladas en pueblos de Andalucía.

Llamó desde luego la atención por su atrevimiento y la serenidad con que después de ser rovelado, y aun herido, se levantaba y volvía á colocar ante la cara de las reses.

Ningún matador, en ninguna época, se ha colocado tan cerca del testuz como el *Espartero*, á quien elogiaron tanto los periódicos sevillanos como se desprende del siguiente párrafo:

«Yo he visto colocarse en los terrenos que nadie pisa; apoderarse de una res con dos muletaos, debidos al castigo de su flámula; pasar más corto y derecho que nadie; comerle él al toro su terreno y acosarlo con la mano izquierda, hasta lograr que se arranque; tirarse más corto que ninguno, aunque sufre á veces embroques y no sale por el costillar y la cola.»

Tal afirmación sobre el modo de apreciar el trabajo del nuevo lidiador hizo que en Madrid se manifestase gran deseo de verle, y á instancias de muchos aficionados, le hizo venir la empresa de la plaza de toros de esta corte, para tomar parte en una corrida extraordinaria, que se verificó en la tarde del miércoles 14 de Octubre de 1885. Por cierto que antes de celebrarse ocurrieron algunas peripecias que conviene anotar.

Fijáronse los carteles anunciando la corrida con reses de doña Teresa Núñez de Prado, vecina de Arcos de la Frontera, dirigiendo la lidia el espada Fernando Gómez, que figuraba por primera vez en cartel de Madrid con la categoría de primer espada; ese anuncio fué anulado por otro en que se decía que, deseando la empresa el mayor lucimiento de la función, la retardaba hasta el jueves 15, á fin de que en ella tomase parte el espada Rafael Molina y como sobresaliente Rafael Guerra; pero á las pocas horas de publicar el segundo cartel se dió otro á luz diciendo que el valadero era el primitivo, porque García no podría estar en Madrid el día 15. Tomó, pues, la alternativa de matador el *Espartero*.

en la plaza de Madrid, que es la que contiene únicamente la boria de doctor, de mano de Fernando Gómez, y demostró el valor y serenidad que de Sevilla trajo; pero con tal precipitación y aturdimiento, que dejó mucho que desear, en tales términos, que el autor de este libro hizo de él la siguiente calificación:

«No es bastante un día para juzgar el trabajo de un hombre. Sin embargo, nos atrevemos á afirmar que el *Espartero* no será matador de toros de los que dejen nombre, á no ser que por desgracia le deje como *Pepete*. Su valor no es hijo de la convicción de su inteligencia; su toreo no es seguro, más que cuando hay pies y agilidad, y eso no siempre; y en cuanto á tener aprendidas las reglas de Montes, no ha llegado aún á verlas. Esto no quita para que le concedamos que es de la madera de los toreros; pero si ha de conservar el *tronío* que ha traído de su tierra, ha de parar más é imitar buenos ejemplos, que viene muy viciado, y por el canino que trae no se va más que á la Necrópolis. Nos alegraremos tener que rectificar.»

No gustó, pues, en Madrid cuando su aparición el *Espartero*, concediéndole todos gran valor y nada más; entraba en el terreno

de los toros sin necesidad y saliendo de él volteado casi siempre, de mala manera; era seguro que en seis corridas había de ser cogido más de seis veces; al herir lo hacía de *sorpesa*, sin esperar á una prudente colocación, y arqueaba tanto el brazo derecho para herir que describía en el aire con la punta del estoque un medio círculo, con cuyo procedimiento no había fijeza, ni podía haberla.

Tronaron violentamente contra la apreciación hecha en Madrid del mérito de García los periódicos sevillanos, llegando al extremo de entablar polémicas desagradables por lo irreflexivas. Siguió el *Espartero* admirando por su valor y recibiendo cornadas en las capitales de provincias, y como «la letra con sangre entra» fué aprendiendo el modo de librarse con el trapo de los hachazos de las reses.

Comprendió que una buena colocación ante las mismas es siempre conveniente, y poco á poco fué desterrando el vicio de arquear el brazo.

Retirado Salvador Sánchez (*Frascuero*) de las lides taurómacas, donde tan alto elevó su nombre; faltó de fuerzas *Lagartijo*, y alborotando al público con sus atrevimientos y desplantes el ya matador Rafael Guerra, fué contratado con buen acierto el matador Manuel García, que por tener un toreo de menos movimiento de piernas que el *Guerrita* había de convertirse en émulo del mismo. Así sucedió en efecto, y el público de Madrid al contemplar al *Espartero* vió en él ya otro torero muy distinto del que había primeramente conocido.

Ya no se metía en terreno vedado; ya no se embarullaba enredándose en los cuernos; ya no arqueaba el brazo al herir, y ya, en fin, se vió que Manuel había adelantado mucho en el arte de torear. Para formarse, como se formó, gran partido en Madrid, han contribuido varias causas; una de ellas su valor y su modestia, otra sus visibles adelantos; pero como más principal, la necesidad que tiene mucha parte del público de crear antagonismos, porque no entiende la diversión en la fiesta de toros más que ensalzando frenéticamente á uno para vituperar á otro

con escándalo. Como de perlas vino á favorecer á Manuel la desavenencia ocurrida entre *Lagartijo* y *Guerrita*, que vieron mal los partidarios del primero, hasta el punto de negar al último todo mérito é inteligencia. Los mismos, que sin tener en cuenta el trabajo del torero juzgan del hombre particular, considerándole más en este sentido, dieron sus simpatías á García, quitándoselas á Guerra en castigo del mal comportamiento de éste con *Lagartijo*. De esta manera acrecentó naturalmente García sus partidarios, que estaban conformes con sus contrarios en reconocer lo mucho que había ganado, hasta colocarse en un puesto de primera línea. Pero con la misma franqueza que confesaron los progresos rápidos de este joven matador de toros, decíanle que aun le faltaba mucho para llegar donde otros



llegaron, y con esto refutaban á los que le habían supuesto un fenómeno del siglo. Podría subir al puesto que ocupó Montes, que condiciones de aplicación y valor le sobraban, pero había de ir á él procurando no perder sino mejorar su modo de torear, y entonces sería *completo*.

Manejaba con grande habilidad la muleta, como medio de defensa, pero no para castigar las reses, y mucho menos para sacarlas de querencias peligrosas; daba buenas estocadas arrancando, pero escatimaba los volapiés, y nunca le hemos visto intentar la suprema suerte de recibir, sin ejecutar la cual no hay espada de mérito superior, aunque hemos leído y oído á testigo presencial que una vez en Lorca la ejecutó perfectamente.

Aprendiendo el arte á fin de corregir sus defectos, estudiándole con el empeño que demostró para elevarse en pocos años á gran altura, fué Manuel García (*El Espartero*), una de las mejores figuras del toreo moderno y de más sólida reputación.

Atendiendo á ésta, fué contratado para las corridas de temporada en Madrid del año 1894, advirtiéndose en las primeras que el muchacho demostraba menos afición, menos deseo de complacer que en años anteriores. Naturalmente, el entusiasmo fué también menor, y él que era bravo y pundonoroso, quiso volver por su honra y buen crédito, y en la tarde aciaga del 27 de Mayo se presentó en el ruedo desde el primer momento activo y animoso, y con menos calma de la que debiera. Lidiaban él, el *Zocato* y Fuentes seis toros de Miura, y el primero llamado *Perdigón*—que en la voz correspondiente va descrito,—se hizo de sentido desde el segundo tercio, cortando terreno y alargando el cuello, sin que estas circunstancias, muy dignas de tenerse en cuenta, las apreciara Manuel para dejar de arrimarse. Había oído aplausos en quites á picadores, los oyó también en los pases de muleta, que fueron doce, aunque no todos tan buenos y limpios como de costumbre, y se lanzó al volapié desde más distancia de la regular, y con solo estirar el cuello el toro se quedó con él en el preciso momento de recibir un pinchazo en hueso, lo enganchó por debajo del brazo derecho y le volteó á gran altura, cayendo en tierra con tremendo golpe y sobre el hombro izquierdo.

En opinión de muchos, Manuel debió retirarse á la enfermería, pero resistió la indicación que le hicieron sus compañeros en ese sentido, tomó la muleta y la arregló despacio, se fué al toro, le dió cinco pases, tres de ellos mejores que los anteriores y se armó á la muerte en cuanto vió al toro parado. Esta vez entró más en corto y por derecho, sin reflexionar que el toro, además de sus condiciones pésimas, había aprendido en el pri-

mer pinchazo, así que al recibir la estocada sacudió con ambas astas de derecha á izquierda dos fuertes varetazos en los lados superiores del pecho, que indudablemente le produjeron el colapso, lanzándole al frente como á unos cinco metros de distancia, hecho un ovillo, ó sea encogido, y en esa postura, acto continuo, lo embistió de nuevo, sin que la perdiese ni en los brazos de los que le recogieron, hasta que muy cerca de la puerta de la enfermería, al dar frente al tendido número 5, se estiró de pronto y puso rígido su cuerpo. El parte facultativo que el médico D. Marcelino Fuentes extendió decía que el diestro llegó á la enfermería en un estado de profundo colapso, que reconocido detenidamente resultó presentar una herida penetrante en la región hipogástrica con hernia visceral, y una contusión en la región external y clavicular izquierda. Prestados los auxilios de la ciencia para el estado más alarmante, que era de colapso y reconocidos al cabo como ineficaces, se le administraron los últimos Sacramentos, falleciendo el herido á las cinco y cinco minutos de la tarde, y á los veinte de su ingreso en la enfermería.

Suscitóse entonces la cuestión entre los aficionados asistentes á la fatal corrida, de cómo y cuándo había sido herido el *Espartero*, sosteniendo unos que desde el primer porrazo se había producido en él el colapso, y por consiguiente, había matado al toro maquinadamente y con el suspiro en los labios, como suele decirse; otros, que recibió la herida en la región hipogástrica de abajo á arriba, ó inclinada de dentro á fuera, interesando el parankima del hígado y la vena porta, al mismo tiempo de dar al toro la gran estocada que hasta la cruz le introdujo; y otros afirmaron que fué herido ya en el suelo, cuando el bicho le acometió por última vez, cayendo muerto de la estocada á los pocos pasos. Nosotros deseamos en absoluto que el pobre torero se hallase en estado de colapso desde la primera cogida en que sufrió tan gran porrazo que le lastimó grandemente la clavícula (por la cual creemos debió retirarse) porque siendo el colapso «una especie de catalepsia en cuyo estado se paralizan todas las funciones de la vida y muy especialmente el corazón, no habiendo por lo tanto circulación de la sangre, función indispensable para vivir,» claro es que no hubiera podido levantarse, andar, arreglar la muleta, dar cinco pases á conciencia y mucho menos herir con fuerza y tan por derecho. Sin que desechemos en absoluto el segundo caso, aunque dudamos que el toro le hiriese en el vientre, porque vimos las astas en el pecho del diestro y á éste encunado un instante, y en seguida caer sin sentido y encogido, admitimos como más seguro, que la herida fué causada al meter el toro la cabeza cuando Manuel

cayó al suelo y en él fué perseguido, no pudiendo levantarlo porque la gran estocada que tenía en lo alto le quitó la fuerza y ya el toro, herido de muerte pronta, cayó antes de medio minuto: es decir que en nuestra opinión, el colapso le produjeron los varetazos en el pecho al herir con el estoque, no antes ni después.

Como nosotros hemos defendido siempre que ajustándose estrictamente á las reglas de torear, no debe haber cogidas de toreros, queremos explicar que el *Esportero* faltó á ellas abiertamente: primero, por desconocer que la malicia del toro y sus facultades no le permitían irse á él, si no dándole de cerca gran salida con la muleta, lo cual no hizo ninguna de las dos veces en que fué cogido; segundo, porque después del volteo que sufrió, ya que no quiso retirarse, no era prudente repetir la suerte en el mismo sitio, y debió mandar correr el toro á otro tercio de la plaza; y tercero y más principal, porque, sin acordarse del terreno que pisaba, arancó á herir contra querencia, que á su espalda había un caballo muerto, ante el cual había hecho parada el toro. A Manolo, que no entró además á herir á tiro rápido sino con relativa calma, le sucedió lo que al *Ecijano* en Madrid el 8 de Agosto de 1886 por igual causa, siendo herido en un muslo, y lo que á *Lagartijo* el mismo día en San Sebastián que fué cogido, volteado y cornado por matar contra querencia toros de algún sentido.

El valor, la vergüenza, el excesivo pundonor de Manuel García, le ocasionaron su desgracia: con más reflexión, con más conocimiento de las reglas de torear y desechando varios defectos, tal vez se hubiera evitado su desgracia, pero ¿quién sabe? El muchacho durante su carrera fué herido más de treinta veces y cogido más de ciento, y ya parecía familiarizado con la idea de que los toros no dan cornadas de muerte, «más da el hambre,» según su frase favorita. Sin embargo, se aseguró que en Córdoba la víspera de su muerte solicitó del empresario de Madrid D. Bartolomé Muñoz la rescisión de su contrato, ofreciéndole como indemnización diez mil reales, pero cedió á las observaciones de aquél, y al tomar el tren para venir á la corte dijo á su compañero Rafael Bojarano (*El Torerito*): «Hombré, no sé que tengo: no quisiera ir para arriba, sino á mi casa; torear como pueda lo que me queda por ahí y retirarme del toreo.»

En toda España circuló la noticia del desgraciado fin de García, á las pocas horas de acaecido, y en todas partes el sentimiento fué unánime. Conducido su cadáver á la casa del picador de toros *Cantares* á las nueve de la noche del mismo día, fué embalsamado y expuesto al público, que en gran número hizo intransitables las calles contiguas á la de la Gorguera, invadió por espacio de dos días la casa del núm. 10, teniendo que formar

cola en espera de más de seis horas para poder entrar por turno. Desde la muerte del *Chiclanero* no ha habido en Madrid manifestación de duelo más imponente; y todas las clases sociales acompañaron los restos de Manuel á la estación del Mediodía, desde donde fué llevado á Sevilla, que le recibió con muestras de profunda pena é inconsolable dolor. ¡Bien lo merecía el simpático y arrojado lidiador muerto en la flor de su vida!

García Núñez, Juan.—Banderillero de la cuadrilla de José Romero, que se estranó en Madrid el año 1803. No hemos podido saber con certeza si es el mismo torero que

García Núñez, Juan (*El Quemado*).—A principios del siglo mató toros en algunas plazas andaluzas; alternó en Sevilla con Antonio Ruiz (*El Sombrerero*) en 24 de Julio de 1814, y no tenemos noticia de que en Madrid se diese á conocer, al menos como espada.

García, Manuel (*El Jaro*).—Buen puntillero que ha pertenecido á las cuadrillas de los mejores matadores de toros de estos tiempos. Es zurdo y tiene ese apodo por el color de su pelo. Nació en Madrid en 1851, y contra la voluntad de sus padres, Trinidad García y Teresa Quiralte, ingresó en el matadero de Madrid á los quince años de edad; allí permaneció empleado once años descabellando reses con singular acierto, hasta que en 1877 empezó á figurar en la cuadrilla de *Cara-ancha*; luego, en 1881, entró en la de Fernando Gómez (*El Gallo*), con quien marchó á Montevideo, y después, en 12 de Mayo de 1887, en la del célebre *Frasuelo*. De esta pasó en fines de 1889 á la de Mazzantini, fué con este otra vez á América, y de todos es muy estimado por su habilidad, modestia y buena conducta.

García, Hdefonso.—Dice un cartel de San Luis de Potosí que anunció para el día 7 de Julio del año 1839 una corrida de toros de aquel país, que este individuo jinetearía uno, y cuando éste se hallase reparando en su mayor fuerza, se le pasaría al pascuezo. No lo ponemos en duda, que la gente americana es capaz de tenerse montada en la punta de una lanza.

García, Manuel (*Garroche*).—Novel banderillero, del que no puede formarse juicio sobre su mérito, atendida su poca práctica, ó, mejor dicho, aten-

diendo á las pocas veces que le hemos visto torear. Es guapo, bien puesto, valiente y parece humilde en su trato.

García, Manuel (*El Cerillero*).—Picador de nueva entrada que empieza demostrando pocos deseos. La práctica le hará adquirir confianza, que si no... mejor es dejarlo.

García, Joaquín (*Santeret*).—Banderillero valenciano de poco mérito y menos nombre. Falleció en Valencia de enfermedad natural el día 17 de Abril de 1895.

García, Severiano (*Almendrito*).—Parecenos, y quisiéramos equivocarnos, que este *Almendrito* no llegará nunca á ser *Almendro*. Empieza á querer clavar pares en los toros de novilladas.

García Calabaza, Manuel.—Desde el año de 1837, en que empezó con aplauso á poner banderillas en la mayor parte de las plazas de Portugal, hasta el de 1852, en que se retiró por falta de salud, fué creciendo en inteligencia y considerado en aquel reino como un buen torero. Falleció el año 1877.

García, Manuel (*Chicharito*).—En carteles de la Habana hemos visto el nombre de este banderillero hace diez años; pero nadie nos ha dado razón de él. ¿Será uno de ese nombre que en México tomó el apodo del *Torerito* y reside allí en Monterrey?

García, José (*La Vieja*).—Sabe y ejecuta tanto y tan bien como otros que tienen más fama y no ha conseguido ésta, sin duda por su carácter ó por el poco apoyo que le hayan prestado sus compañeros. Parea regularmente y siempre está donde debe, sin estorbar. Sin embargo, es muy desigual y su voluntad no es muy constante.

García, Juan.—Picador de toros americano, de quien no tenemos otras noticias que la de haber visto su nombre en carteles de la plaza de Colón, en México, hace pocos años.

García, Antonio (*Morenito*).—Era un banderillero aceptable, que se adelantaba casi siempre y en-

traba en la cabeza sin medir bien los terrenos, supliendo esa falta con su valor. Nació en Sevilla y perteneció sucesivamente á las cuadrillas del *Gordito*, el *Gallo* y *Espartero*. Murió en Lorca el 10 de Abril de 1893, á consecuencia de la cornada que sufrió en un muslo el día 1.º del mismo mes, al clavar un par de banderillas de fuego al primer toro de la ganadería de López Plata, lidiado en la expresada ciudad de Lorca.

García, Antonio (*El Zurdo*).—No conocemos á este banderillero, tal vez porque sea muy moderno. Si no lo es, poco ha hecho para darse á conocer, porque un solo cartel es bien poco.

García, Joaquín (*Picalimas*).—Mata toros en novilladas, es valiente, brega bien, pero se acelera demasiado; poco á poco ha ido aprendiendo, gracias á su afición, y aprendería lo mucho que aun le falta si estudiase, observando las buenas reglas del arte, y no se envanece como la mayoría de sus compañeros. Es natural de Aranjuez, Madrid, si nuestros informes son exactos; sufre cogidas sin cuento, no repara en nada y se atreve á todo. Dios le proteja.

García, José (*El Pollero*).—Picador de toros en novilladas, que, si no da muestras de mejor torero que las dadas hasta ahora, puede que ganase más tirando de pluma que de garrocha.

García, Vicente (*El Chufero*).—Torea más en Francia al lado de los landeses que en España. Es nuevo y valenciano.

García Rodríguez, José (*El Algabeño*).—Cuando por primera vez se presentó este mozo en la plaza de Madrid el año 1895 á matar toros en novilladas no convenció á nadie de que pudiera llegar á ser torero. Era tal su torpeza que en todas partes estorbaba: su irresolución pudo costarle cara en muchas ocasiones, lo mismo que su defecto gravísimo de tapar el viaje natural de las reses, sin desdoblar el capote ó haciéndose con él un lío; y á pesar de tantas torpezas todos exclamaron á una voz, al ver cómo llegaba con la mano al morrillo de los toros, al introducir el estoque, entrando y saliendo limpio de la suerte: «ahí está un matador que trae mucho dinero en la punta del estoque.»

Con su grande afición y decidida voluntad mejoró en breve tiempo el manejo del capote y aun

el de la muleta, si no con entera sujeción á los preceptos del arte, con la suficiente frescura y oportunidad para librarse de los embroques; y como



su excelente modo de matar continuaba siendo tan legítimamente puro, el público que advirtió la diferencia que existe entre la verdad y la mistificación que tanto se ha generalizado, ensalzó al *Algabeano* hasta tal punto, que bastaba anunciar su nombre en los carteles para que el de «No hay billetes» se fijase en el despacho á la media hora de haber sido abierto, y las entradas en la plaza se contasen por llenos y la empresa por consiguiente hiciera un gran negocio. No había demostrado el joven García ser todavía un buen torero, ni mucho menos, pero la opinión general estaba tan pronunciada en su favor, que con gran beneplácito de muchas gentes tomó en Madrid la alternativa de manos de Fernando Gómez el día 22 de Septiembre de 1895. Fue, á nuestro parecer, prematura, pero alegaban los partidarios del *Algabeano*, que no entrando á matar nadie mejor que él, aun siendo mejores toreros, esta última cualidad la aprendería y adquiriría más sólidamente al lado de maestros en el arte que entre los lidiado-

res de novillos. No cuestionaremos acerca de eso, aunque si diremos que más seguros son los pasos para subir una escalera subiendo uno á uno los peldaños de la misma que trepando de tres en tres, pero el público ha observado que no ha ido atrás en su profesión, y que ha adelantado algo de lo que de él había derecho á esperar, principalmente en la suerte de herir que es el fundamento de su incipiente fama; más puede hacer aunque ahora es muy joven y la sangre le hierve en las venas.

Es muy bravo, muy sereno, ágil y de buena figura, y sería lástima se malograra joven tan simpático, que nació en la Algaba, provincia de Sevilla en 21 de Septiembre de 1875. Es hijo legítimo de José y de Ana, y le apadrinaron en la pila don José Sánchez y doña Consolación Rodríguez.

García Padilla, Ángel.— Toró por primera vez como banderillero en Villafranca de Portugal el año de 1891 y el 92. Allá por Andalucía, en



Aracena, empezó con gran *troulo* matando toros en novilladas. Hay que ir con tiento al apreciarle, que no basta ser valiente y atrevido; le hemos visto con algún arte, pero precipitado; ha demostrado

mucha vergüenza y facultades y se le ha visto también adelantar de día en día: parece de esa escuela que se conoce por la de la verdad; puede ser más de lo que es, y le conviene trabajar mucho, que con la práctica se hacen y perfeccionan los buenos matadores. Joven y simpático, humilde en su trato, tiene con esto y su gran afición al arte, adelantado mucho para conseguir un buen puesto. Nació en Triana el día 25 de Enero de 1872 y es hijo de Luis García Padilla y de Manuela de la Flor; de consiguiente debe llamarse á este muchacho Angel García de la Flor; pero conocido ya por los dos apellidos de su padre, así debe seguir titulándose en su profesión, por más que en otros actos use los que le corresponden. Fué aprendiz de carpintero á los doce años de edad, después de la primera enseñanza, y siempre buen hijo.

García, Arcadio (*Manchao chico*).—Moderno matador de toros en novilladas por esos pueblos y capitales de segundo orden y de los que debe procurar salir cuanto antes, que en ellos nadn se aprende.

García Trigo, Luis.—Picador novillero muy nuevo y por lo tanto poco conocido. Ojala llegará á ser tan notable como los que llevaron su segundo apellido; ganaría honra y provecho.

García Francisco (*Morenillo*).—Ha empezado á poner banderillas hace poco tiempo: le falta bastante que aprender, y es necesario que mire más lo que es torcar.

Gargantillo.—Pinta del toro que siendo de piel de color, obscura en el cuello y en la cabeza, tiene como rodeándole aquél una mancha blanca, formando collarín. Son muy raros los que se ven así en las plazas.

Garisuain Blanco, D. Mariano.—Director del periódico taurino publicado en Madrid en los años 1867 y 1868 con el título de *El Mengue*, que tanto dió que hablar cuando la famosa competencia del *Tato* y el *Gordito*. Usó siempre un lenguaje duro, audaz y violento, pero justo y de inteligencia, contra el torreo de adornos y filigranas, recortes, coleos, quiebro y todo lo que no fuera verdad pura, sin mistificaciones ni desplantes. Consiguió su objeto, que fué el de hacer entender al público la mácula de tal torreo; pero con la gente que hoy

se dice aficionada, ¿qué hubiera alcanzado? el desprecio, cuando menos. Debe leerse la colección de *El Mengue* por todo el que tenga afición verdadera á aprender el arte de Montes, que enseña mucho y bueno.

Garolón, Emilio (*Marqués*).—Novillero que mataba toros hace unos cuantos años, y de cuyo mérito nadie ha podido informarnos por ignorar su paradero. Hay otro del mismo apellido figurando como picador también en novilladas, según hemos leído.

Garrido, Benito (*Villaviciosa*).—Era un banderillero que, aunque su figura no tenía garbo, cumplía bien y sabía lo que se hacía. No se dedicaba sólo á torcar, sino también al comercio. Madrid era su residencia habitual y en ella tenía la representación del diestro Rafael Molina. Falleció en el mes de Mayo de 1883.

Garrido, Francisco.—Picador de toros que en el año 1778 iba á las órdenes de *Pepe Illo*. Se le supone hombre de valer.

Garrido, Antonio (*Aragónés*).—Cuando en el año de 1860 vimos trabajar en Madrid á este banderillero, venía con muchas pretensiones. Era regular con los palos, mediano con el capote, parado, y... nada más. Desde hace algunos años no hemos vuelto á saber de él, ni nos ha dado razón de su paradero ningún aficionado.

Garrido, Antonio (*El Toni*).—Parece que va aplicándose este novel banderillero y que tiene afición. Oiga los consejos de los maestros y procure aprovecharlos, que nadie ha de ganar en ello más que él y el arte.

Garrocha (por otro nombre vara de detener ó pica).—Es la que usan los picadores para detener y picar toros. La medida de su largo suele ser mayor en unas plazas que en otras, pero con inclusión del casquillo en que está la puya, no baja de cuatro varas; su grueso, de unas dos pulgadas de diámetro, ha de adaptarse bien á la mano del picador. La puya con el casquillo tiene de longitud dieciséis centímetros próximamente, ó sea seis ó siete el acero de tres filos, que es la puya, y nueve ó diez el cañon ó cilindro, dentro del cual entra á fuerza de martillo ó por medio de rosca el palo re-

dondo de la vara, que debe ser de haya, limado toscamente para que no se corra la mano. La puya es de tres filos, sacados con lima no muza; pero no vaciados y de menos de un dedo de base, en forma cónica y sujeta por el tope, que es un cordón que sirve para detener las estopas y no se corran hacia el palo, á fin de que no descubra más de unos once milímetros de púa, ó la que sea de reglamento en las plazas, que en esto no observan todas igual medida; y finalmente, el tope debe tener, con las cuerdas y estopas que le componen, la forma alimonada, como ya se usaba en principios de siglo. Así se reconoció hace veinticinco años en Madrid en una junta celebrada ante la primera autoridad de la provincia, con asistencia de ganaderos, toreros y distinguidos inteligentes, los cuales convinieron en que los topes más estrechos, ó sea más acabados en punta, no imposibilitaban bastante que la vara penetrase en el toro más de lo regular, y que los redondos, formando una pelota, hacían que rasgase frecuentemente la piel, perjudicando las condiciones de las reses.



Garrochistas.—Sin más objeto que el de acosar y derribar reses vacunas, hay en España, especialmente en Andalucía y en Madrid, sociedades de garrochistas en que figuran buenos y entendidos aficionados y ganaderos. La de Madrid se rige por un Reglamento y Estatutos que, con el título de Sociedad «El Campo», se imprimió en la casa de D. Juan Aguado, calle del Cid, número 4, en el año de 1875, y el traje que comunmente usan los garrochistas es el que describimos minuciosamente al final de la palabra «indumentaria». Parece que está disuelta dicha Sociedad.

Garrochón.—Antes de usar la vara de detener, y al mismo tiempo que el rejoncillo, usaron los caballeros para la lidia de toros el garrochón. He aquí como le describe Novelli: «Garrochón largo cabeceya y desayuda para la puntería; no excederá de dos varas con el hierro; también dicese que el tamaño del garrochón ha de ser de la estatura del toreador, por la proporción que debe tener á él, que siendo de la regular, con poca diferencia, es la propia medida de dos varas; lo grueso se ha de consultar con el pulso, darle cuanto él permita, sin peligrar en perderle; porque en su resistencia, algunas veces le quebranta toda la fuerza del toro, y así, ni tan grueso que se condene por hazañe-

ría, ni tan delgado que se quiebre sin resistencia y se pase al toro. Hácese de pino muy seco, viejo y con nudos, que cuantos tenga dividirá en más trozos y el estallido será de mayor ruido. Antiguamente estilaban poner (1) en los garrochones fiador, que era una colonia que apoyaba la mano y pasaba por un taladro que había en lo alto de la manija de él, y otro en lo grueso del asta de la maceta y á los cabos de la cinta un nudo grueso; hoy no se estila ni se hace esto, pues basta con que las manijas vayan raspadas y enceradas. Los hierros de los garrochones de lancillas huecos y sin espiga no son tan seguros como los de hoja de oliva; han de ser muy vivos de punta, con sus espigas cuadradas, en buena proporción de largas, porque penetran bien la madera; las virolas ó casquillos han de ser delgados, con sus aletillas para que abracen la hoja; éstas se ponen después de enviroado el garrochón, para que abracen las aletillas, que de esta suerte quedan firmísimos. Unos y otros matan los toros si se les ponen por parte principal, y con ambos se está expuesto á sacar el toro el garrochón de la mano, según el movimiento se engendrare al ponerle; y para conseguir matar algún toro con más facilidad, se ponen las hojas atravesadas al dedo pulgar, que sienta en la muesca que se hace en la manija, y es de gran lucimiento cuando se logra el acierto; pero estos garrochones tienen facilidad de errarse, á lo que no están tan expuestos los que van al hilo con el referido dedo.»

Después de tan minuciosa descripción de lo que era en lo antiguo ese importante instrumento del toreo á caballo, nada debemos decir más que elogiar el rejoncillo y encomiar la vara de detener ó garrocha que ahora se usa, y con los cuales las suertes son más airosas y menos repugnantes para el espectador.

Gasch, Carlos (Finito).—No hay noticia de que haya pertenecido como banderillero á ninguna cuadrilla de nota.

Sin embargo, se dedica á matar toros en novilladas. Es fresco y sereno, maneja regularmente y nada más la muleta, hiere por derecho, pero le falta mucho que aprender, y debe hacerlo, que aptitud tiene para ello.

Gassín y Marín, D. Manuel.—Como buen aficionado empezó á escribir en *La Muleta*, de Sevilla, el año 1890, continuando en este periódico hasta la temporada de 1892, en que pasó á la de *El Loro*.

(1) Debe referirse al siglo XVII.

Escribe con suma corrección y gallardo estilo, aplicando á todos sus artículos elegante forma literaria. Si la energía es dote que acompaña á los pocos años, Gassín debe ser muy joven, porque llaman la atención el vigor y valentía que revelan sus muchos escritos, en casi toda la prensa taurina, en defensa de los buenos principios del arte de torear.

Gatillo.—La parte superior del pesquezo del toro, desde cerca de la cruz hasta cerca de la nuca. Por eso se llama bien engatillado al animal de cuello redondo y alto, grueso cerviguillo y que éste forme á la vista un arco.

Gavilanes.—Cada uno de los dos hiéros que salen de la guarnición de la espada en la parte más próxima á la hoja y forman la cruz.—(Véase ESTOQUE).

Gaviño, Bernardo.—Nació en Puerto Real, provincia de Cádiz, por los años de 1816 á 1818, sin que en España se diera á conocer como torero. En 1835 marchó á América, avendándose en México y se dedicó con afición y buen éxito al arte de torear, en el que hizo grandes progresos. Dicen que era ágil, sereno, buen mozo y bastante entendido para llegar, como llegó á ser el maestro de la gente de aquella tierra dedicada á las lides taurinas, y que ya como torero, ya como empresario, había hecho un capital de más de un millón de reales. Murió en 1886, á consecuencia de una herida que recibió en Teoxoco matando un toro de los del país, y pasan de cinco mil los que él estoqueó en su larga carrera.

Gaúcho.—En la palabra DESJARRETAR, ENLAZAR, JARIPEO, RODEO y alguna otra, hemos expresado quién es el hombre que en la República Argentina y otras de América lleva ese nombre actualmente. Añadiremos tan sólo que en su acepción primitiva, se llamaba así el hombre de color que llevaba vida errante y aventurera en aquellas dilatadas campiñas.

Gavira, Francisco.—Era sevillano, mataba novillos en 1847 y le creemos pariente del actual diestro del mismo apellido en segundo lugar, avendado en Carmona, aunque no podemos asegurarlo.

Gaztambide y Garbayo, D. Joaquín.—Es el autor de la música de la popularísima zarzuela. En

las *astas del toro*, y esa circunstancia le da derecho á figurar en este libro. No puede olvidarse aquel *vito* de tan especial corte, ni música tan juguetona. Era hijo de D. José Gaztambide y de doña Pilar Garbayo; nació en Tudela, provincia de Navarra, en 7 de Febrero de 1822, y desde la edad de ocho años le dedicaron al divino arte, la madre y su tío D. Vicente (el padre había fallecido). Lo que en pró del arte hizo, se encargaron de regoñarlo todas las clases altas y bajas de la sociedad, gozando con los recuerdos constantes de tantas bellezas como dejó estampadas en más de cuarenta y cuatro zarzuelas de todos géneros, desde el más ligero y sencillo hasta el dramático en más alto grado. De regreso de México y la Habana murió en Madrid el 18 de Marzo de 1870, á las



ocho y cinco minutos de la mañana, dejando en el mundo artístico impercederos recuerdos, y en el toreo un entusiasta admirador de sus magníficas glorias.

Un detalle curioso en la vida de este notable compositor musical y distinguido aficionado.

Cuando ocurrió en la Habana el fallecimiento del célebre matador de toros Francisco Arjona Herrera (*Curro Cúchares*), en 1868, era empresario Gaztambide de la excelente compañía de zarzuela que allí capitaneó aquel diestro quedó sin amparo alguno, pues que ni siquiera una corrida pudo

celebrar; y en tal apuro, llevado el gran músico de sus nobles sentimientos y del amor á sus compatriotas, decidió dar á favor de los toreros un beneficio, con tan buen resultado, que con su importe pudieron volver todos á la madre patria, profundamente reconocidos al eminente maestro. Ni un peso dedujo por gastos, el que después tuvo que emigrar con su compañía á países más remotos en busca de la fortuna que en la Habana le quitó la revolución iniciada á las puertas del mismo teatro en aquella aciaga época de acontecimientos políticos.

Gazul.— Moro distinguido de la antigua corte del rey árabe de Sevilla por los años de 1050 á 1090, que era muy diestro en alancear toros, según dicen algunos escritores. Dichas fechas y otras que van citadas, prueban que antes del año de 1100 se corrían toros en España, destruyendo la aseveración de Cepeda, que así lo afirmó. Goya, en su famosa colección de láminas *La tauromaquia*, dice que Gazul fué el primero que alanceó toros, y lo incluye en la estampa núm. 5.

Genares, Vicente.—Banderillero que empieza con valor, pero ignorando mucho. Si no estudia, como debiera haberlo hecho antes de lanzarse á la arena, ya sabe cual podrá ser su paradero.

Gentlis, Mademoiselle.—Joven francesa, *ecuyère* de profesión, llamada en París la Amazona fin de siglo, pequeña de cuerpo, valiente, nerviosa y morena, que al ver en su país rejonear toros cuando las famosas corridas de la «Rue Pergolées» en 1890, quiso aprender ese ejercicio, y después de seis meses de educación que la dió el cavalheiro Tinoco, salió á la plaza, rejoneó bien y... puede que siga rejoneando.

Gijón.—Entre algunos aficionados de Madrid se llaman toros *gijones* á los que, sin atender á la procedencia de su ganadería, tienen la pinta colorada encendida, sin duda como recuerdo de la famosísima vacada de D. José Gijón, de Madrid, cuyos toros se lidiaban mucho antes de principios de este siglo, y de ellos procedían los Gavirias y Torre-Rauri, siendo casi todos del referido color ó pinta.

Gil, Francisco.— En un cartel del año 1763 figura este diestro como de á caballo y para matar con vara los toros, lo cual supone, ó bien que usaria

lo que llaman varios autores «barillas» ó garrochones, ó la garrocha tendría extraordinaria puya de dos ó tres filos bien cortantes. Tomó parte en las fiestas que se celebraron en Sevilla, en la plaza de la Maestranza, en los días 30 de Abril y 2 de Mayo de aquel año, lidiándose catorce toros de acreditadas castas en cada corrida. En varias funciones formó base de la gente de á caballo, con las cuadrillas de los matadores Manuel Palomo y Antonio Albano.

Gil, D. Antonio.—Uno de los más entusiastas fundadores de la Sociedad taurómaca que en Madrid se estableció en el Jardínillo. Fué socio activo, adelantando cada vez más en el difícil arte de torear; y tanto se ilusionó, que se dedicó completamente á él. Marchó á Sevilla, y allí, en 25 de Mayo de 1854, en Cádiz y en los Puertos, Marchena y otros puntos, alternó como espada con Domínguez y con Cácharas, los Carmonas, el Tato y



M. R. Castellano

demás celebridades de la época, haciéndole un gran recibimiento aquel país y consiguiendo grandes aplausos. Vino á Madrid con Domínguez, toreó dos corridas, y después se retiró, dando gusto á su familia. En Andalucía le apellidaron desde luego D. Gil, sin duda por su fino porte y porque no vistió de cortó, ó sea con chaqueta. Sus ajustes fueron tan buenos como los de los maestros; y si bien era pequeño de cuerpo, recibió toros grandes y mató en regla, según las cartas y periódicos de

Andalucía dijeron. En Madrid se le juzgó, en 1856, del siguiente modo: «Con más *fe* en el toreo que otros, ha sido la *esperanza* de muchos de sus amigos: sus contrarios le han tratado con poca *caridad*». Dedicado más tarde á negocios mercantiles se alejó completamente del toreo, y vivió mucho tiempo bien acomodado en una población de la provincia de Badajoz, olvidando á los que se llamaron sus amigos en Madrid, donde nació el día 27 de Enero de 1823, siendo bautizado en la parroquia de San Andrés.

Pasaron los años: Gil, por complacer á sus padres, personas bien acomodadas y conocidas en la corte, se dedicó, según va dicho, al comercio y negocios, en que no fué muy afortunado. Viendo que el arte de torear va desfigurándose de tal manera que de lo antiguo y bueno hay poco, se decidió en 25 de Septiembre de 1881 (cuando rayaba en los sesenta años) á presentarse de nuevo en la plaza de la corte para probar que la estatura no es condición indispensable para recibir toros. Los que le correspondieron aquel día no tuvieron condiciones para la ejecución de esta suerte, á pesar de haber sido *citado* uno de ellos dos veces: quedó bien, acreditando sus conocimientos y gran valor, por lo cual fué muy aplaudido.

Hombre fino, cumplido caballero y de buena ilustración, ha desempeñado, después de retirado del toreo, algunos empleos públicos con probidad é inteligencia. Nosotros le oímos decir en 1855 estas ó parecidas palabras: «La mayor altura de un toro no debe ser obstáculo para dejar de matarle por derecho, aun siendo el espada de mediana estatura; compóngale bien la cabeza, pasándole muy en corto y lamiendo el suelo la muleta, y al arrancar ó esperarle, guíele despacio bajando el trapo, que el toro humilla cuanto se quiera, hasta clavar los cuernos en la arena.» Estas frases pintan al hombre corto de estatura, pero bravo y entendido.

Gil, Joaquín (*El Huevatero*).—Matador de toros de segundo orden y con poca inteligencia. Tuvo la desgracia de sufrir en Zaragoza una horrible cogida que le causó la muerte en 1862.

Gil, Francisco.—Natural de Logroño. Se dedicó al comercio de géneros de algodón, y en Madrid tuvo un gran almacén hace algunos años. Después le hemos visto trabajar como picador de toros, á cuyo ejercicio no sabíamos tuviese afición tan grande. Falleció en el Hospital general de Madrid en Abril de 1878, á consecuencia de una tisis laríngea.

Gil Bahía, Santiago.—Picador de toros en novilladas, nuevo, muy nuevo. Quiera la suerte protegerle, quiera él aprender y quieran los toros respetarle, que todo eso y mas se necesita para ser buen picador.

Gil, Antonio (*El Grajo*).—También éste es un picador novillero de reciente aparición en las plazas del reino.

Giner, Agustín (*Foco*).—Novillero mata toros de escasa nombradía. Creemos que es catalán. ¿Dónde habrá hecho su aprendizaje?

Gindaletto.—Toro negro bragado, cornalón, de la ganadería de D. José Antonio Adalid, Sevilla, divisa encarnada, blanca y caña, que en la tarde del 15 de Abril de 1877 cogió al espada Salvador Sánchez (*Fruscueto*) en la plaza de Madrid, causándole gravísimas heridas al hacer un quite á un picador. Le mató muy mal Hermosilla. La Empresa de Madrid llamó á este toro *Lagartijo*, pero el ganadero notició que su verdadero nombre era el que indicamos.

Giráldez, José (*Paqueta*).—Fué un buen banderillero, y desde 1869 en que tomó la alternativa, nada más que un mediano espada. El desgraciado sufría desde 1875, á temporadas, cierto extravío mental de que se curó perfectamente. En 1877 ha toreado mucho en las plazas de Andalucía, ha sido muy aplaudido y ha demostrado muchísimo más valor que prudencia, y todavía torea alguna vez. Es cuanto se puede pedir á un hombre que empezó á matar en Sevilla en 20 de Abril de 1862.

Girón.—Toro de la ganadería de D. Fernando Gutiérrez, vecino de Benavente, divisa azul. Mató en dicha ciudad al espada Agustín Perera el día 5 de Junio de 1870.—Llámasle *girón* al toro que, siendo de un color toda su pinta, tiene una mancha blanca en el fondo principal del cuerpo, no tan grande ni acompañada de otras que pueda considerarse berrendo. No importa que dicha mancha esté unida al ancho listón de los aparejados, ni á la de los que se llaman bragados.

Gironés y Domenech, D. Andrés.—Escritor taurino, nacido en Alicante en 30 de Noviembre de 1853, de grandes conocimientos en el arte, de los cuales hace alarde en sus producciones, que

suscribe con el seudónimo *Comate II*. Son de tal fuerza de lógica sus argumentos, que con razones aceptables no pueden ser combatidos, como que se apoya siempre en los buenos principios del torero, y está reconocido, por lo tanto, por aficionado inteligentísimo. Sirvió en el ejército, y es auxiliar en las oficinas de Administración militar; escribe



de toros hace media docena de años y muchos periódicos «profesionales» se han honrado con su firma, porque como ha dicho un distinguido literato: «alaba con entusiasmo lo bueno, censura con acritud lo malo, y ni tiene ídolos ni conoce los odios.»

Gisbert, Francisca (*Reverta*).—El campo de operaciones de esta... torera es Arlés, Avignon, Nîmes y otros puntos del mediodía de Francia, donde capea, banderillea, lleva porrazos, y no sabemos qué más, ni queremos verlo. Tiene apenas diecisiete años, es bonita, elegante y... cuanto puedan figurarse (en buen sentido) los lectores.

Goicoa, D. José.—Arquitecto que en 1876 dirigió la construcción de la plaza de toros de San Sebastián, capaz de contener cómodamente diez mil espectadores. Tiene muy buena distribución de localidades en los seis tendidos y seis gradas que comprende, así como en los palcos. La mitad de aquéllos, ó sean los marcados con los números 3, 4 y 5 son de sol, y los del 1, 2 y 6 de sombra: en este último se halla la puerta de Arrastradero, y entre el mismo y el número 1 la mese-

ta del toril: precisamente encima de éste se encuentra el palco de la Presidencia, á la derecha el del Ayuntamiento, y á la izquierda los de la Diputación y de la Empresa, estando colocado á la espalda el gran corral que sirve para encerrar el ganado. Los tendidos tienen doce gradas ó escalones y el de asiento de barrera, y las gradas cubiertas cuatro, además de la delantera, y encima ciento once palcos, sin contar los cuatro antedichos, y una gran galería en el lado del sol, que es lo que en Madrid se llama andanada. La plaza, tanto interior como exteriormente, presenta un bonito y agradable punto de vista, y lo mismo en los planos que en la dirección ha demostrado el Sr. Goicoa excelentes dotes y aptitud para obras de mayor importancia.

Godoy.—Célebre caballero extremeño que en el siglo pasado lidiaba toros, sin otro interés que el de satisfacer su afición, según aseguran varios autores que no citan el nombre. Solamente uno dice que se llamaba D. Mamel, y que una vez, estando próximo á ser cogido por un toro, es fama que el peligro en que se vió ocasionó un desmayo á una de las más altas damas de la corte, cuyo nombre no se dice.

Golilla, Jerónimo.—Picador extremeño, bastante bueno, de la cuadrilla de Juan Acosta. Ejecutaba la suerte, según asegura un escritor de su país, á toda ley y mejor que otros que lograron un puesto distinguido, al que no pudo llegar, á pesar de haber trabajado y dándose á conocer en muchas plazas.

Gollete.—Se llama así la estocada baja dada en la tabla del cuello del toro, y que le mata en seguida, porque, entrándole en el pecho, le atraviesa los pulmones. No admitimos que deba darse más que á los toros que habiendo recibido ya otra ú otras, se tapan aplomados aculándose en las tablas, y ni salen con el engaño ni se echan al suelo. Por lo demás, puede suceder que contra la voluntad del diestro, el toro se salga del centro de la suerte en el momento de enbestrir, y la estocada que aquél quiso dar en lo alto salga baja; pero á fin de que esto no sirva de disculpa, como muchas veces sucede, diremos que no concedemos que así pueda acontecer más que cuando el espada mata un toro recibiendo, aguantando ó á la carrera, es decir, cuando le espera, pues entonces es posible, ya por marcar demasiada salida, ya por salirse el animal más de lo que el diestro quiere. En los volapiés y demás estocadas en que el torero arranca y no el

toro, si hay gollito es porque aquél, no éste, se ha salido en la mayor parte de las veces.

Gomarusa, D. Josef.—Autor de una obrita publicada en 1793 que tituló *Carta apologética de las funciones de toros*, con una canción al fin en obsequio del célebre Pedro Romero. Dedicada a los buenos españoles que estiman el mérito donde quiera que lo hallan.

Gómez, Juan.—Uno de los primeros toreros cordobeses que han pisado el redondel trabajando en cuadrilla organizada á mediados del siglo anterior. Así lo afirma un escritor moderno.

Gómez, D. Juan José.—Caballero en plaza, natural de Málaga, que fué presentado en las funciones reales de 1789 por el marqués de Cogolludo, y al cual sirvieron al estribo los espadas Juan Conde y Juan José de la Torre.

Gómez de Andrade, Francisco.—Picador de toros en el último tercio del siglo anterior, que alternó con el inolvidable Varo y el renombrado Ortega.

Gómez, Jenara.—Intrepida torera que mató alguna vez becerros en novilladas. Recordamos que era buena moza, muy morena, y que tuvo luego una taberna en Madrid en unión de un mozo de cuenta llamado Policarpo, á donde acudía mucha gente de pelo trenzado.

Gómez, Francisco (El Barbero).—Aunque este picador figura en carteles de buenas cuadrillas en el año de 1836, ni le hemos visto trabajar, ni encontrado detalles acerca de su mérito.

Gómez, Juan (Gageta).—Lo mismo nos sucede con este picador que empezó en Sevilla en 15 de Agosto de 1862.

Gómez, José (Gallito).—Buen banderillero que sabía su obligación y cumplía sin presunciones. Siguió la escuela sevillana, pero sin abusar de los quiebros y saltos que constituyen una parte muy esencial de aquella. Perteneció á la cuadrilla de *Lagartijo* mucho tiempo, y cuando salió de ella, se retiró á Sevilla, donde falleció el día 18 de Abril de 1885.

Gómez Quintana, D. Isidro.—Nació en Loja, provincia de Granada, y antes de cumplir diez años de edad fué trasladado á Sevilla, donde fijó su residencia el autor de sus días. Desde muy joven mostró decidida afición al arte taurino, y viendo que en dicha ciudad, con ser cuna del torero, no había un periódico especial que tratase las cuestiones á él ajeas, fundó *El Torero de Sevilla*, que luego tituló *El Torero Sevillano*. Habiendo cedido la propiedad de éste en 1883, publicó al año



siguiente el *Noticiero Taurino*, y después empezó á firmar con el seudónimo *K. Ch. T.*, cambiando el último título por el de *El Toro*; ha sido, y es, corresponsal de varios periódicos y escrito mucho de toros, que no ha podido dar á luz por las dificultades materiales que ponen delante los editores á quien no tiene fortuna.

Su monomanía, que así puede llamarse, consiste en coleccionar documentos taurinos, visitar archivos y bibliotecas y obtener noticias, que guarda con grande empeño: hoy poseería un precioso archivo si un incendio, que devoró cuanto en su casa había en 1886 no le hubiese privado de aquel goce.

Gómez Quintana tiene hoy cuarenta y cuatro años y tanta afición como el primer día.

Gómez, Fernando (Gallito chico, ahora El Gallo).—Al reseñar en nuestra primera edición los más indispensables apuntes biográficos de este diestro, nos reservamos emitir juicio acerca de su mérito como espada, y ha llegado la ocasión de verificarlo, puesto que en Madrid ha trabajado constante y seguidamente más de cien corridas, número suficiente para juzgar á un lidiador. Fernando es torero, y de punta. Limpio siempre con el capote,

paradito, atrevido y viendo llegar como pocos; al trastear las reses, en la hora de la muerte se creece pasando, y siempre es aplaudido con justicia. Más desigual es hiriendo, atribuyéndolo unos á su escasa estatura y otros al cuarteo que hace al arrancar, que por cierto en la mayor parte de los casos no es tan exagerado como el de otros; por eso opinamos que no es su poca estatura ni el referido cuarteo—que algunas veces olvida entrando por derecho,—lo que motiva en él menos fortuna al herir, sino la alta inclinación que en el quiebro de muleta da á su mano izquierda al meter el brazo derecho, lo cual hace que las reses no humillen lo bastante para descubrirse, defecto que debía abandonar, convenciéndose de que guiando bien la muleta en el trance supremo, se obliga á hociar en tierra al toro más encampanado que el redondel pise. Es Fernando muy celoso de su reputación y no le falta en el trato particular atención y urbanidad que le conquistan partidarios. De algún tiempo acá ha hecho que en los carteles no se le llame el *Gallito chico*, si no el *Gallo*, y en esto se ha perjudicado sin saberlo, porque mientras este último apodo nada significa, el de *Gallito*, según la Academia, denota ser «el que sobresale entre otros». Nació en Sevilla el 18 de Agosto de 1859 (creemos esta fecha equivocada), y en los primeros años de su juventud trabajó por los pueblos en capeas, no siempre con buena suerte; á la edad de veintidós años pudo torear como banderillero en la plaza de Sevilla, y más tarde en la de Madrid y otras; después de volver de América tomó alternativa en Sevilla de manos de *Bocanegra* en 1876, aunque ya había matado en 26 de Diciembre de 1873; pero en Madrid no la recibió hasta el 4 de Abril de 1880, en que se la dió *Currillo*. Fernando Gómez ha suscitado la cuestión de si la antigüedad en la alternativa se considera tomada en cualquier plaza de primer orden y dada por espada de categoría adecuada, ó si es la



plaza de Madrid la que establece ley en el particular, y tanto se ha hablado sobre ello, tanto han afirmado en declaraciones escritas los principales matadores en uno y otro sentido—aunque han sido los más los que han asegurado lo último—que la cuestión ha quedado sin resolver, porque no se presta á serlo. Si un espada no quiere matar detrás de otro, aunque no tenga razón, no matará, y si por el contrario le importa poco quedarse detrás cederá su puesto, pero trabajará. Nuestra opinión, sin embargo, es la de que Madrid fija más que ninguna otra plaza la antigüedad, siempre que antes no se haya reconocido en otra prioridad por los mismos contrincantes, y así lo ha recono-

cido Gómez, consintiendo maten delante de él toreros que en Madrid tomaron alternativa años después de que él la tomara en Sevilla. Pero en esto influye muchas veces la casualidad, las circunstancias especiales de un individuo y las recomendaciones; y aquella tradicional costumbre de respetar á Madrid y á las plazas de Maestranza como únicas que daban derechos, se observa por el que quiere y se olvida por el que no le conviene. — Sobre esto ya hemos dicho bastante en la voz ALTERNATIVA.

Fernando es una especialidad dando el cambio con el capote en medio de la plaza puesto en rodillas, arriesgadísima suerte que han intentado ejecutar muchos y no han podido

hacer más que imitarla; clava banderillas con una precisión admirable y usa del capote con verdadero elasicismo. Es todó un maestro de la buena escuela, de lo que queda poco y se acabará pronto.

Gómez, Francisco.—Andaba por esos pueblos trabajando en novilladas un torero de este nombre, que suponemos no tiene nada que ver con los hermanos de dicho apellido que se conocen por los *Gallitos*. No ha conseguido hacerse notable, y de consiguiente, nadie habla de él hace bastantes años.

Gómez, José (*Canales*).—Véase MEDINA y BANCAS, que son los verdaderos apellidos de este picador, á quien no sabemos por qué se le ha dado en carteles de todas partes el de Gómez, que no tiene.

Gómez, Francisco (*El Chiclanero*).—Espada muy conocido en Méjico, donde ha trabajado no hace muchos años. Dicen que es hijo de aquel país; pero otros aseguran que es de España.

Gómez, Cristóbal (*El Nene*).—Fué un industrial pescadero granadino, muy aficionado al toreo, que hacia sus perfiles en la prensa escribiendo con razones, que corregía y limaba el escritor y literato D. Emiliano Quintana. Era muy popular y ya no existe.

Gómez, Manuel (*Panadero*).—Banderillero sevillano que sirvió á las órdenes del desgraciado Manuel Fuentes (*Bocanegra*) hace bastantes años. Era natural de Sevilla, y sin que pueda decirse que era sobresaliente, cumplía bien y con aceptación. Desde entonces no sabemos cuál ha sido su destino.

Gómez, Manuel (*El Tiri*).—No debiéramos incluir en nuestro libro á este hombre, que ha tenido la paciencia de enseñar, desde que era añojo, á un toro de sangre valenciana (villa de Paterna) á obedecerle como puede hacerlo un perro, ó poco menos. Le mencionamos, sin embargo, para que no se echen de menos cosas que en las corridas de toros, ó más bien novilladas, se han presentado, como pudiera haberlo sido en un circo, y además porque en la plaza de Sevilla se dió á conocer, sin lograr éxito favorable, como picador en 11 de Noviembre de 1877.

Gómez de Lesaca, Juan.—Hijo de buena familia, abandonó los goces que proporciona una decente posición por dedicarse al toreo. Tomó los trastos de matar, llevó revolcones y cornadas y el valor no se amenguó. Sin que pueda decirse que es un gran matador de toros, su nombre puede figurar entre los que, como novilleros, ocuparon un buen lugar, y eso que no para lo que debe ni estudia lo que le conviene. Es natural de Sevilla, donde vino al mundo el 24 de Junio de 1867, é hijo del coronel de ejército D. Tomás Gómez de

Lesaca y doña Dolores Carcía; empezó, como ensi todos los jóvenes de buena familia, torcando en becerradas de sociedades, hasta que aumentada su afición por el buen éxito, se anunció en Granada como matador, al lado de *Lagartijillo*, el 8 de Septiembre de 1888. Su fama se extendió por todas las provincias de España, y en ellas, con suerte



varia, pero siempre con valor, á pesar de sus cogidas, ha demostrado que vale y que puede ser algo más que otros que se han quedado en el montón anónimo. A ese fin debe dirigir sus esfuerzos, á no parar donde aquéllos y á justificar que la alternativa que tomó en la plaza de Madrid el día 2 de Junio de 1895, ni fué prematura, ni dada sin razón; pero, quisiéramos equivocarnos, nos parece que no pasará del punto á que llegó.

Gómez, Miguel (*Valdilecha*).—Matador de toros en novilladas, cuyos buenos deseos todos reconocen, pero cuyos adelantos no son visibles. O aprieta más estudiando, porque valor no le falta, ó se queda más atrás en el arte. Conque á escoger.

Gómez, Jerónimo (*Carrinche*).—Banderillero moderno, al que le falta práctica. Quiere y no es mal apañadito. Sabe entrar, pero se retrasa en la salida, y si no enmienda ese defecto puede costarle caro.

Gómez, José (*Silverio*).—Este sevillano, que en su tierra no pudo crearse un nombre toreando, le adquirió hará una docena de años en la Habana matando toros. Era allí muy querido y considerado, y dicen que se portaba, si no como un maestro, al menos como un torero de regulares condiciones. De allí pasó á México.

Gómez, Antonio (*Boca-amarga*).—Figura en carteles de la plaza de Regla de la Habana como picador de toros. Nadie en la Península nos ha dado razón de él, ni sabemos á dónde ha ido á parar después del año de 1884.

Gómez, Antonio (*El Horchatero*).—Puntillero cuyo mérito no hemos podido apreciar. Pertenece á la cuadrilla de Reverte.

Gómez, Francisco (*El Cordobés*).—Será una vergüenza para él, que este novel picador no siga el ejemplo de la gente de su tierra que más se ha distinguido á caballo, porque facultades no le faltan y tiene quien le enseñe.

Gómez, Justo.—Puntillero novel madrileño que todavía no se ha creado reputación.

González, José.—Picador de vara larga, bastante acreditado en Andalucía por los años de 1770, poco más ó menos, y compañero del célebre Juan de Amisas. En el año de 1770 ganaron él y su compañero Manuel Alonso, por picar cuarenta y ocho toros en cuatro corridas que se celebraron en Córdoba por mañana y tarde, cinco mil reales, dos caballos, manutención y vestido de casaquilla, sombrero y zapatos.

González, Sebastián Vicente.—A primeros de este siglo, y aun á fines del anterior, sonaba el nombre de este picador de toros al lado de los Alonsos y los Amisas.

González Juan.—Banderillero cordobés, hermano mayor del *Panchón*, que á fines del siglo anterior era de los más buscados en las cuadrillas.

González, Evaristo (*Almendro chico*).—Hasta los gatos quieren zapatos. Mata toros en novilladas, con desahogo y valentía, pero con absoluta ignorancia, por no haberse sometido á hacer su

aprendizaje en una cuadrilla formal. Harto hace con seguir los impulsos de su inteligencia, que va adquiriendo despacio con la práctica.

González, Francisco (*Panchón*).—Nació en Córdoba este acreditado matador en el año de 1784, y á los doce años, en el de 1796, le llevó el gran Pedro Romero, por recomendación del vizconde de Sancho-Miranda, gran aficionado cordobés, á torcar en la ciudad de Ronda; luego fué banderillero de José Romero hasta que éste se retiró del toreo, cuando su hermano Antonio murió en Granada en 5 de Mayo de 1802; continuó de banderillero en diferentes cuadrillas hasta el año de 1815, en que el espada sevillano Inclán le dió en Córdoba la alternativa de matador. Trabajó en Madrid por primera vez el 29 de Mayo de 1820 con Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), y luego, en los años de 1823 al 26, alternando con los mejores espadas de aquellos tiempos. En 1828, día 14 de Julio, estando matando el tercer toro de la tarde, fué embrocado de frente; pero aprovechando sus hercúleas fuerzas, apretó con sus manos el testuz del animal, y cuando éste dió el derrote, huyó el cuerpo con un quiebro, que le valió infinitos aplausos, y que Fernando VII le señalase después, de su bolsillo particular, una pensión vitalicia de cien ducados. En 1829 fué nombrado administrador de sales, y luego conductor de correos, de cuyo empleo fué declarado cesante en 1836, por lo cual volvió á trabajar en algunas plazas, pero no con la antigua aceptación, hasta que en 28 de Agosto de 1842 sufrió en Hinojosa una terrible cogida, de que por fin curó, aunque quedando su salud tan resentida, que falleció á los seis meses, ó sea el 8 de Marzo siguiente, en el pueblo que le vió nacer. Hablando de él un escritor notable, dice que «era un hombre dotado por la naturaleza de una estatura elevada, de un desarrollo muscular nada común, de unas fuerzas físicas envidiables, de una ligereza sin igual, de un corazón nacido para ver de cerca el peligro sin sobresaltarse, y de un carácter formal y pundonoroso.» Nosotros hemos oído decir que había en este torero más poder y fortuna que conocimiento de su arte.

González, Antonio (*El Confuso*).—Pertenece á la cuadrilla del famoso *Curro Guillén*, de quien recibió lecciones; le patrocinó Juan León, y aunque en Andalucía no dejó de torear, no supo ó no quiso elevarse á la categoría de un buen espada. Creemos que no es la misma persona que el siguiente, porque confrontadas épocas tenía ya demasiada edad para alternar como matador por primera vez.

González, Antonio.—Espada que se presentó en Sevilla por primera vez el día de San Juan de 1842 y que en el toreo tampoco echó raíces, ni adquirió crédito.

González, D. Mariano.—Uno de los caballeros que presentó el Ayuntamiento de Madrid para quebrar rejoncillos en las funciones reales de 1846, cuando las bodas de doña Isabel y doña Larisa Fernanda.

González, Joaquín (*El Madrileño*).—Banderillero moderno que ha pasado a Méjico á hacer su aprendizaje. Veremos si vuelve con adelantos en su profesión.

González Manrique, D. Francisco.—Escri- tor público tan inteligente como modesto, que en muchas ocasiones, y desde el año 1850 en adelante, describió con castizo lenguaje y singular gracia varias fiestas de toros, semblanzas, biografías, etc. Fué socio del Jardinillo, Sociedad tauró- maca que existió en Madrid en 1850, de inolvida- bles recuerdos: partidario siempre del toreo ver- dad, fino y elegante, por lo cual fueron sus ídolos el *Chiclanero* y Cayetano. Murió en Madrid, de donde era natural, en 1867.

González, Manuel.—Era éste uno de esos pica- dores que, como reservas, son necesarios en todas las plazas para ayudar á los de tanda. Trabajó poco en Madrid, de donde era natural, y le protegió su tío Juan Pinto cuando se retiró del toreo. Alternó por primera vez en Madrid en 1831.

González, Manuel.—Un banderillero de este nombre figuraba á fines del siglo anterior en la cuadrilla de *Costillares*, compitiendo con el afama- do Manuel Rodríguez Nona.

González, Basilio (*El Sastre*).—Hace años ma- taba este lidiador los toros de puntas en novilla- das y en corridas de pueblos. Murió en Madrid en el Hospital de la Princesa el año 1864, pero de muerte natural.

González, Cosme.—Se distinguía este banderi- llero, entre los que empezaron cuando él, por su limpieza en el cuarteo, y lo bien que marcaba los tiempos, haciendo concebir esperanzas de que po-

dría llegar adonde otros. Nació en Aranjuez, lo mismo que su hermano Antonio; su época ha pa- sado y ya no será más de lo que es hoy.

González, Antonio.—Dicen que es banderille- ro, y en carteles aparece como tal. Mejor que en éstos quisiéramos verle en el redondel para juz- garle, siquiera una media temporada, porque una ó dos corridas no son bastantes para apreciar el mérito con exactitud. Le hemos visto matar en novilladas algún día que otro, y se retiró á tiem- po porque lo hacía muy mal. No sabemos si este torero es el que con ese nombre y apellido tomó en América el apodo de *Frasquito*, y falleció en México hace pocos años.

González, Pablo.—Hermano de los dos anterior- es. Se ha dedicado á picador. Monta bien, pero se desmonta mejor, y esto no es bueno. Unase al jaco, y cuando caiga sepa caer. No ha hecho caso de este consejo y ha concluido por dejar el oficio. Obró cuerdatamente.

González, D. Federico.—Apadrinado por el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, fué caballero en plaza en la función real de toros de 26 de Ené- ro de 1878. Demostró valor hasta la temeridad, remató un toro de un rejonazo, si bien degollán- dolo, y fué gran lástima que por su impetuosidad fuese derribado del caballo en una ocasión, té- niendo que tomar el olivo. Salvador Sánchez (*Frasuelo*) fué su padrino de campo. Traje njora- do y oro á la chamberga, época de Felipe IV. Fa- lleció en Madrid á los diez meses de verificadas las corridas, sin haber obtenido del Gobierno ni del Municipio la más pequeña recompensa. Su entierro fué presidido por el concejal D. Ramón López Quiroga, que fué su padrino en aquellas fiestas, y el Ayuntamiento costeó los gastos de enfermedad y sepelio.

González, Francisco (*El Patatero*).—Ese afán, vicio, costumbre ó afición que domina en Madrid á ciertas clases de ser toreros para lucir el cuerpo por esas calles, ha llevado á este chico á querer ser banderillero, y ya ha conseguido presentarse en novilladas en la plaza de Madrid. No es cobar- de, quiere, pero... ¿llegará?

González, Manuel.—Picador natural de Estrén, que trabajaba medianamente allá por el año de 1830, con los Marchantes y otros caballistas de fama.

González, Manuel. Otro picador de la época actual que pasa entre otros sin descoltar por bueno ni por malo. Alternó en Madrid por primera vez en el año de 1890.

González, José (Gonzulito).—Empieza ahora á correr toros y á poner banderillas. Tiene buenos deseos, pero ¿quién sabe si llegará á conseguir el fin que se propone, que es nada menos que ser un buen espada! La verdad es que de su manera salen, si van despacio y no lo quieren todo de pronto. El chico se atreve y aplica, midiendo bien los tiempos de entrar, llegar y salir, y con el capote brega bien, sin estorbar en el ruedo. Sólo le falta, mejor dicho, le sobra ese immoderado uso que hace con la capa á dos manos para recortar y destroncar los toros; pero ya se ve, se ha criado en



una época en que se ensalza á los destroncadores y se aplauden sus fechorías, ¿qué tiene de particular que haga otro tanto?

González, Telesforo (El Americano).—¿Es que ha estado en América, ó nació allí? No sabemos de él más que mata toros en novilladas desde hace poco tiempo, y *solo* completamente, es decir, sin que le acompañe el arte.

González, Francisco (Faico).—Pasó de niño, y, hecho un hombre, se ha dedicado á matar toros en novilladas, con la soltura que una larga práctica en cuadrillas infantiles le ha dado con exceso. Dicho se está que, de tal origen, es inútil

pensar que ha de parar como debe y olvidar los continuados recortes y desplantes, que causan efecto aunque no tengan mérito, porque el aprendizaje á la edad de doce ó catorce años, más sirve para viciar que para aprender las reglas del arte. Hay que aprovechar la ausencia del miedo que ya se fué, para empezar á estudiar con conciencia,



olvidando resabios y corruptelas; y ya que la Naturaleza le ha adornado de buenas condiciones, utilícelas y será un matador que cubrirá un puesto regular. Por de pronto que olvide los cuarteos al arrancarse á herir. —Torció en Madrid alternando con *Bejarano* en 3 de Marzo de 1894, sin formalidad de alternativa, en corrida fuera de abono y extraordinaria, de manera que solo el que quiera podrá reconocer su antigüedad, el que no, ho está obligado en justicia.

González, Antonio (Coriano).—Será de Coria este picador que empezó hace poco tiempo el oficio; pero si ha de llegar adonde llegó el que llevó su apodo, necesita apretarse la cintura, aprender mucho y tener un corazón tan grande como el de aquel buen torero.

González, Juan.—Nuevo banderillero, que no bien había empezado su carrera, falleció en Casti-

llejo, á consecuencia de una cornada, el 2 de Agosto de 1891.

González, Julia.—¿Pues no montaba á caballo esta niña de la Habana hace pocos años y quería picar becerros con vara larga? Y se hizo anunciar en carteles y salió al ruedo y... ni se picó ni se corrió.

González, Ramón.—Nació en Lisboa, pero es hijo de España. Sólo por oírle los apóstrofes y anatemas que en todas las corridas lanza contra los toreros en las plazas de Portugal, van las gentes á las corridas, porque las dice tan oportunamente y con tal gracia, que los toreros le tiemblan, viniendo á ser un *Chironi*, tipo que tuvimos en Madrid hace más de treinta años, para hacer entrar en caja á la torería. En 1890 se celebró allí una función á beneficio del caballero José Bento d'Araujo, y en ella se presentó González á picar de vara larga, á la española, demostrando valor y conocimiento de las reglas del toreo.

González, Enrique (Loquillo).—No es tan loco que no sepa por dónde anda. Pone banderillas y corre toros, y quiere aprender. El tiempo puede allanar dificultades.

González, José (Clavellino).—De este matador novillero, á quien no hemos visto torear, no se dice más sino que es muy valiente. Poco es para apodarse nada menos que *Clavellino*, que fué un gran picador.

González, Celso.—Torero mejicano que ha trabajado en la cuadrilla del renombrado matador de aquel país Ponciano Díaz.

González, Nicasio (Talle alto).—No está calificado aún por la poca gente que en algunos pueblos le ha visto matar novillos. Es muy nuevo en el arte.

González, Manuel (Recalcao).—Banderillero joven, aplicado, que no es ignorante y quiere trabajar, sin haber conseguido hasta ahora que en él se fije el público, ni los demás lidiadores. No hay peor cosa que pasar desapercibido, con que á estudiar y atreverse.

González, Francisco (Chiquili).—Banderillero de nueva creación que no se distingue por bueno

ni por malo; verdad es que en poco tiempo de aprendizaje poco puede hacerse y tampoco puede juzgarle bien quien le ha visto una sola vez.

Gonzálves, Theodoro.—Es un banderillero portugués, de buena figura, que está demostrando grande afición, valentía y no escasos conocimientos. Cuarteo muy bien y es de lo mejor que hay allí. Así se llega á lo alto; pero, ¿por qué no ampliar su arte con la práctica de otras suertes? Nació en Collega el año de 1870.

Gonzálves, Carlos.—No sabemos si es pariente del anterior; pero sí que no llega á donde aquél, ni con mucho. Es poco conocido.

Gonzálves Peixinho, José.—Otro tanto decimos de este banderillero portugués, que parece nació en la bonita villa de Almada en 6 de Septiembre de 1863.

Gor ó Gox, Vicente.—Picador que tiene voluntad y trabaja en novilladas y como reserva. Después de las funciones reales de 1878, éste y otros compañeros han querido probar que pueden ponerse rejoneillos á los toros de puntas á caballo levantado, ó sea como lo hacen los portugueses á los embolados; pero él y los demás se habrán convencido, en primer lugar, de que los rejonos así puestos no matan la res ni surten en ella más efecto que una banderilla, porque forzosamente tiene que entrar poco palo; y en segundo lugar, que con un toro bueno de cinco años y de casta, de cada tres veces, dos ha de ser enganchado el caballo, porque como la suerte no es otra que la de colocar banderillas al cuarteo, cuando esto se hace á pie es fácil cuadrar y quebrar; pero á caballo, por ligero que éste sea y diestro el jinete, no es posible siempre. En fin, con un toro de pocas facultades, pase, sobre todo si los jacos son amaestrados; pero con malos penecos...

Gordón, José (Gordito).—Si se aplica, si olvida resabios aprendidos demasiado pronto, puede que sea algo este matador novillero, porque tiene valor, pero nada más hasta ahora. Nació en Córdoba el 17 de Octubre de 1868, y es hijo de José y de Paula Pino, que sólo pudieron hacerle estudiar hasta el tercer año del bachillerato. Parece que el chico se inclina más al toreo verdad que al

de mojiganga; pero el mal ejemplo hará tal vez que olvide lo bueno, y será lástima, porque va



adelantando con fe y entusiasmo.

Gorrete.—Toro de Miura lidiado en Málaga el día 31 de Agosto de 1887. Dió al picador *Badila* tan fuerte golpe contra las tablas, que le causó una gran conmoción; volteó dos veces al *Espartero*; hirió en un brazo á Juan Molina; dió un varetazo á *Lagartijo*; una cornada en una mano al *Torerito*; volteó al picador *Agujetas* y derribó á *Manene* y á *Mazzantini*.

Gorrón, Pedro.—Picador varilarguero de buen nombre, que era muy apreciado por su trabajo en el último tercio del siglo anterior. Fué compañero del notable Juan Díaz.

Govar D. Joaquín.—Caballero valenciano que rejoneó en las corridas reales celebradas en Madrid el 18 de Septiembre de 1789, cuando subió al trono el rey Carlos IV.

Goya y Lucientes D. Francisco.—Una de nuestras glorias nacionales en la pintura y el mejor aficionado á toros que hubo en su tiempo. Nació en Fuentes de Todo (1) en 1756, y abandonó

(1) No hemos encontrado este pueblo en el nomenclator moderno.

su pueblo en 1774, á consecuencia de una reyerta en que murieron tres hombres, viniéndose á la corte, donde alternó desde luego con personas de valimiento, sin dejar por eso de estudiar los tipos de la gente del pueblo, que llegó á adorarle con entusiasmo. Parece que en Madrid también, y en el bullicioso barrio de Lavapiés, tuvo otra riña, en la que le causaron una herida, y cuando curó decidió marchar á Roma á perfeccionarse en su arte. Carecía de recursos para verificarlo y su altivez le impedía pedir apoyo á personajes que indudablemente hubieran tenido gran placer en dársele; pero como su voluntad era tan potente y decidida, se unió á una cuadrilla de toreros que iba recorriendo diferentes pueblos, y con el producto que le dió el toreo llevó á efecto su proyectado y ansiado viaje. A su vuelta contrajo matrimonio con la hermana del notable pintor Bayeu; fué nombrado pintor ordinario de palacio; le distinguió mucho el favorito D. Manuel Godoy, después José Bonaparte, y últimamente el rey D. Fernando VII. Entre sus notables obras de arte, dejó publicadas seis láminas de corridas antiguas, y otra no menos preciosa colección de treinta y tres láminas grabadas al agua fuerte, que se denomina *La Tauromaquia*, y que son una verdadera historia



animada de los lances del toreo desde los primitivos tiempos en que se conoció dicha afición. Decir que la colocación de las reses y toreros ó lidiadores en ellas indicados está exactamente arreglada á la verdad que el arte exige, parece completamente inútil y superfluo, tratándose de un genio

en la pintura y de un artista práctico en la lidia, que ejecutaba y veía ejecutar muy de cerca las suertes que fielmente representaba. Enfermo de la vista y falto del oído, cuyo defecto siempre tuvo, falleció en país extranjero en el año de 1828, dejando un nombre de imperecedero recuerdo.

Graca, Vizconde da.—Como gran aficionado en el vecino reino de Portugal, empezó á poner banderillas con soltura en 1861; poco después rejoneó á caballo perfectamente; manejó bien el capote, sabiendo lo que hacía, y veía llegar los toros como pocos, en términos de que ha dado con facilidad el famoso cambio en rodillas. Dueño de una gran fortuna se ha retirado á disfrutarla en calma, hace ya tiempo.

Grada.—«La que hay en los teatros y en las plazas de toros á los lados ó debajo de los aposentos.» Esto dice la Academia, y nosotros que no estamos conformes con dicha definición, porque ya no se conocen los palcos por aposentos en las plazas de toros y no hemos conocido en los teatros ninguna localidad con el nombre de grada, decimos refiriéndonos sólo á las plazas de toros, que es «la localidad cubierta y situada en la parte superior del tendido, haya ó no palcos encima: las de igual forma al lado de éstos llámanse andanadas, ó palcos por asientos.»

Granda, Domingo (El Francés).—Este picador lo ha sido por el continuo trato que tuvo con los toreros. Tomaba el oficio y lo dejaba cuando lo tenía por conveniente, y eso que sabía que el público de Madrid gustaba de verle en el redondel. Era bravo hasta la temeridad, y duro como el que más. Así le teníamos calificado antes de que ocurriera su fallecimiento en la corte en 29 de Julio de 1878, á consecuencia de una grave enfermedad, durante la cual, y después al acto de su entierro, un crecido número de aficionados y todos los toreros que había en Madrid demostraron al que fué su paisano y notable picador las universales simpatías que por su trabajo y voluntad había sabido captarse desde el año de 1866, en que por primera vez se presentó en esta capital alternando en corridas formales.

Grande, D. Manuel.—Hombre simpático era este aficionado sevillano. Trabajó diversas veces en la plaza improvisada en el picadero de San Vicente de la ciudad de Sevilla, adquiriendo conocimientos de tantos y tan buenos toreros como

allí ha habido. Hallándose de guarnición en Málaga en 1864 el regimiento del Rey, del cual era alférez abanderado, formó con D. Ignacio Junquitu y Galwey y otros la sociedad taurínica denominada «La Primitiva» cuando surgió otra llamada «La Verdad.» Grande era muy ágil y su toreo estaba basado principalmente en esta cualidad, capeaba, ponía rehiletes y mataba, llevándose al público de calle. Buen aficionado práctico y mejor teórico, habla y discute admirablemente.

Hoy es teniente coronel y reside en Sevilla, donde está muy apreciado. Es cuñado del buen banderillero Manuel Antolín Manzano y de los hermanos de éste Salvador y José, á quienes hizo toreros con sus consejos y teorías.

Grané, D. Isidro.—Fué caballero en plaza en las corridas llamadas reales, verificadas en Madrid el año de 1880 cuando las segundas bodas del rey D. Alfonso XII. Tomó afición con ese motivo á la lidia de reses bravas, y de la noche á la mañana practicó el arte en becerradas, tientas y capeas de



pueblo, en términos de que se ha hecho un matedor de toros en novilladas, bastante regular, pero muy atropellado, y por consiguiente, poco reflexivo. Nació en Madrid el 4 de Abril de 1859. Contrajo matrimonio en 7 de Septiembre de 1881 con la señorita doña Micaela Camacho y Sierra, hija del acomodado maestro de obras del mismo apellido. Grané es un joven modesto, simpático y de excelentes condiciones morales.

Granja, Francisco (*Curita*).—Novillero, jefe de cuadrilla, más conocido en pueblos de tercer orden y en algunas plazas de Francia, que en las principales de España. Nada se sabe acerca de su mérito y demás condiciones.

Greco, Serafín.—Su familiaridad, si así puede decirse, con los toros siendo mozo de corrales en la plaza de Barcelona, le hizo tomar afición al arte de torrear, y después de algunos ensayos, marchó a la América y allí figuraba ya con cierto nombre como banderillero en la cuadrilla de Tomás Parrondo. Al volver éste a España parece que le ha acompañado Greco.

Gregoriana.—La armadura de hierro que cubre la pierna derecha del picador, debajo del calzón de ante, para librarse de las cornadas. Llámase así porque fué inventada por el célebre caballero aficionado D. Gregorio Gallo, quien la dió el nombre de *espinillera*, lo cual nos hace creer que en un principio cubría sólo la parte inferior de la primera, y aumentada después á la salvaguardia de toda, es la que hoy llaman *mona* nuestros picadores.

Greñudo.—Véase MELENO.

Grosso, D. Manuel.—Este distinguido poeta es, sin duda, uno de los mejores aficionados andaluces y de cuantos se dedican á escribir revistas de toros en aquella comarca.

Prueban ambas cosas las excelentes revistas que de las corridas de Cádiz y los Puertos ha publicado en *La Dinastía*, diario de Cádiz, con el pseudónimo *Cosquillas*.

Guarino, Bartolomé.—Matador de novillos donde le llaman, que no es en muchas plazas. Se maneja con soltura y valor y lo demás lo pone la Providencia.

Guareño.—Toro de la ganadería de D. José Antonio Adalid, divisa encarnada, blanca y caña, buen trapío, negro listón, que en Jerez, el 15 de Agosto de 1857, tomó veintisiete varas, mató doce caballos, y murió desangrado entre éstos, honrando su casta.

Guedes Coello, Miguel.—Ni puede decirse que es malo, ni tampoco que es bueno este mozo de forcado portugués, á quien la afición le ha llevado más allá de lo que le conviene.

Guerra, Rafael (*Guerrita*).—Nació en la ciudad de Córdoba el 6 de Marzo de 1862, y fué bautizado el día 8 en la iglesia de Santa María de Aguas Santas, asistiendo al acto como testigo el desgraciado matador de toros José Rodríguez (*Pepete*).

Su genio inquieto era muy apropiado para la lidia de reses bravas, así que, desde bien pequeño, burlaba la vigilancia de sus padres para asistir al matadero, donde con otros, se metía á sortear las vacas y bueyes que estaban destinados al consumo público. No tenía aún catorce años cuando, persistiendo en su afición, ingresó en la cuadrilla de niños cordobeses que dirigía Francisco Rodríguez (*Caniqui*), ya retirado del servicio activo, y en ella recorrió las principales plazas de Andalucía. En 1881 entró á formar parte de la cuadrilla de Manuel Fuentes (*Bocanegra*), toreando en Granada, Linares y otros puntos; y habiéndole visto trabajar en Bilbao el entendido Fernando Gómez (*El Gallo*) el 14 de Agosto de 1882, comprendió lo que de él podía sacarse y le ofreció un puesto en su cuadrilla, que Guerra aceptó, y en su consecuencia pisó el redondel de Madrid por primera vez el 24 de Septiembre del mismo año, poniendo banderillas al toro llamado *Picado*, de la ganadería de D. Anastasio Martín. Entonces *Guerrita* empezó «dando guerra» á cuantos banderilleros había en la arena, muchos de los cuales habíanse dormido sobre sus laureles, y demostró valor, buena vista y más que serenidad, irreflexión. Luego atemperó algo esta última cualidad y ganó mucho como peón de lidia, incansable, si bien con el defecto de no pararse y de meterse en todo á ton-tas y á locas. Como la gratitud no ha sido siempre la virtud que más ha adornado á la gente de coleta, *Guerrita* hizo lo que otros muchos, olvidó á Fernando, que le dió á conocer, y se fué con *Lagartijo* en 1885. ¿Qué sucedió, qué razones hubo para esa despedida? ¿Tan malas eran las lecciones que recibía, que precisaba sustituirlas por otras? ¿No saltaba á la vista que tal ejemplo de inconsecuencia podría más adelante repetirse? Ello es que con asombro de los aficionados ingresó entre la gente de *Lagartijo*, aliviando á éste de mucho trabajo y de los muchos cuidados y atenciones que exige el cargo de primer espada; y que pasados un par de años, en la tarde del 29 de Septiembre de 1887, tomó en Madrid la alternativa de matador de toros de manos de Rafael Molina, esto-qucando el toro llamado *Arrecho*, de la ganadería de Gallardo, demostrando siempre grandes deseos, facultades prodigiosas y recursos abundantes. Siguió nuestro hombre cosechando aplausos en todas las plazas de España en que se presentó; la fortuna, que había empezado á sonreírle, se le declaró abiertamente, y dueño ya de un caudal más que regular, pensó en... lo que piensan á su edad

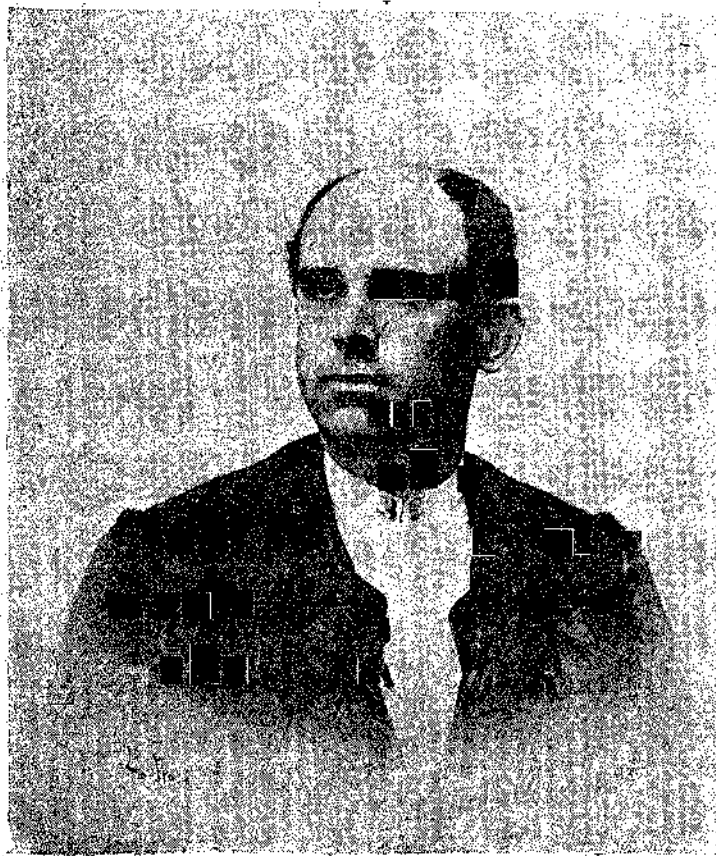
los hombres y las mujeres. Contrajo matrimonio en Córdoba con la preciosa joven doña Dolores Sánchez, hija de D. José y de doña Dolores Molina, y excusado es decir que la ceremonia se verificó con gran solemnidad y lujo en presencia de personas de todas clases, y con la concurrencia de mucha gente aristocrática y distinguida el día 17 de Enero de 1889, á las ocho de la noche, siendo padrinos D. Juan Aguilar y Martel y doña Tránsito Guerra, y testigos D. Julio Aumente, Miguel Almendro y Rafael Rodríguez (*Mojino*), y bendiciendo esta unión el joven sacerdote don Antonio J. Bravo.

Todo marchaba á pedir de boca en la carrera profesional de *Guerrita*, salvo algunas cogidas de poca consideración, aumentando de día en día sus prosélitos, entre los que se señalaban muy especialmente los numerosos amigos de *Lagartijo*, que no escaseaban sus plácemes encomiásticos, como si considerasen una sola persona, una sola entidad, á los dos matadores, que tan unidos aparecían. Los gritos de ¡viva Córdoba! dirigíanse

á uno y otro del mismo modo, de tal manera que tributados á *Lagartijo* repercutían en *Guerrita*, y dirigidos á éste aceptábalos aquél como propios. Por eso aquella voz, nunca oída en Madrid hasta que Guerra empezó á brillar, y se extendió luego á todos los banderilleros cordobeses, fué dada al país que tales toreros producía, no á determinado individuo, llegando los periódicos amigos hasta el punto de designar á *Guerrita*, dándole el nombre de Rafael II, como heredero inmediato del gran califa Rafael I. Pero esta dinastía, como todas las que no se asientan sobre firme, fué hártito deleznable y pasajera; encargáronse de destruirla los mis-

mos que la establecieron, y el califa, el príncipe y los demás individuos de la familia, sabieron por donde pudieron, formaron distintos bandos é hicieron cruda guerra, perjudicándose *Lagartijo* con no tener á su devoción hombre que tanto le ayudaba en sus faenas, y no saliendo mejor librado *Guerrita*, á quien los partidarios de aquél no se contentaron con desdeñarle, si que también le zahirieron y criticaron. Los mismos que habían aplaudido años antes la conducta del muchacho para con Fernando Gómez, los que no vieron entonces ingratitud de ninguna clase, quejáronse después de la inconsecuencia, sin reparar en la

propia, y en la plaza de Madrid las glorias de *Guerrita* se quisieron olvidar y se le escatimaron los aplausos, tributándose los á todos menos á él. Aquellos que despreciaron las censuras que desde el primer día venían haciéndole otros para que mejorase las suertes parando, cayeron luego en la cuenta de que eran muy atinadas para derrumbarle; y gracias á las portentosas facultades del muchacho, á su inquebrantable voluntad, al mérito de algunas suertes por él practicadas, sostuvo su puesto



en la temporada de 1891, con aplauso del público imparcial, que no veía en su modo de trabajar diferencia alguna con el que usó en años anteriores. A pulso tuvo que sacar los aplausos y á pulso los consiguió, pero formó resolución de no contratarse en Madrid para 1892, sin duda para dar tiempo á que las pasiones se calmasen, ó suponiendo que se le había de echar de menos.

Un paréntesis para anotar una singular coincidencia. Sabido es, y en Madrid no se olvidará nunca á los que lo vieron, que cuando el 27 de Octubre de 1867 tomó la alternativa de matador de toros, el entonces inquieto, luego admirable y

y siempre valiente Salvador Sánchez (*Frasuelo*), el primer toro á quien dió la muerte, le enganchó y le derribó, sin causarle lesión alguna; pues bien, otro tanto le sucedió á *Guerrita*, también con su primer toro, que le cogió y derribó, salvándose de una cornada por milagro.

Continuó Rafael toreando con gran aceptación en las provincias españolas y en Portugal; las pasiones fuéronse calmando, y ya los lagartijistas no extremaban contra Guerra las manifestaciones de su animadversión. Dijose que esto obedecía á que los dos Rafaeles habían hecho las paces en sus rencillas particulares, pero no era lógico suponer que á todo el público trascendiesen ni le importasen asuntos personales que para nada se rozaban con el arte del toreo; no era esa, pues, la causa de la reconciliación á que muchos se inclinaron en pró de *Guerrita*, si no el trabajo brillante de éste, que les arrancaba los aplausos, como antes hemos dicho, á pulso, y mayor y muy principalmente, á que algunos escritores que le habían desdeñado «volvieran la casaca», y empezaran á enaltecerle más y mejor que en sus más aplaudidos tiempos. Se arrepintieron de su mal proceder anterior, é hicieron bien, que á los arrepentidos quiere Dios.

Volvió el diestro á la plaza de Madrid en 1894 entre las aclamaciones de sus partidarios y el aprecio de los imparciales, toreando con fortuna en las primeras corridas de la primera temporada.

Ocurrió el 27 de Mayo de 1894 en la plaza de Madrid el fatal accidente de la muerte de Manuel García (*El Espartero*); antes de quince días se retiraba definitivamente del toreo Currito Arjona, de cuarenta y nueve años de edad; antes de los cuarenta días anunció Guerra, á la edad de treinta y dos años, su resolución de abandonar el teatro de sus triunfos, precisamente cuando mayores y más unánimes eran éstos. ¿A qué obedecieron esas determinaciones? En el primero pueden tenerse en cuenta sus años y su natural indolencia; en el segundo no cabe otra explicación que la de haber oído, con amoroso cariño, la voz de su familia que constantemente le gritaba anunciándole sus temores de que tuviese un fin desastroso como el del pobre Manuel.

Era de oír el clamoreo de ciertos aficionados cuando entonces decían:

Joven, en la plenitud de sus facultades, prefería los goces del hogar doméstico al estruendo de las aclamaciones; las comodidades de una vida sedentaria, á la gloria que la fama había de concederle en su arte. En éste, queriendo ir adelante, hubiera llegado antes de cuatro años á ser una celebridad tan grande como las de Montes y el *Chiclanero*, y por su gusto iba á quedar en la historia por bajo de *Curro Cúchares*, que era un maestro; porque á Guerra, que practicaba ya casi todas las suertes

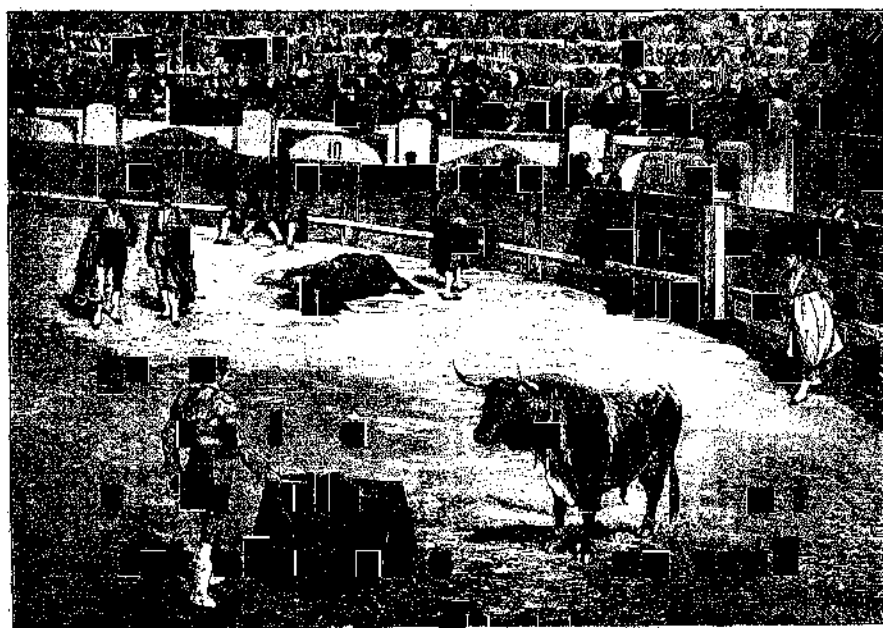
del toreo, faltábale perfeccionarlas y aprender otras, como las navarras, el gallego y algunas más, que para él hubieran sido fáciles, dada su afición al jugueteo con las reses, que es en lo que más descolló. Había llegado al pie del último tramo que conduce al templo de la inmortalidad, y á poco esfuerzo podía atreverse á subir los últimos escalones; el arte perdía con él un buen paladín, que, cuando menos, podía sospecharse era ingrato á los que tanto le levantaron, suponiéndole más ansioso de eterno renombre que del becerro de oro y de la vida descansada, puesto que en cuanto aseguró una buena fortuna se le acabaron los entusiasmos.

Estos y otros más agrios comentarios hicieron los aficionados de todos los partidos, incluso los de sus más adictos, al tener noticia del telegrama que dirigió Guerra á *El Imparcial*, confirmando la verdad del anuncio de su retirada del toreo; pero el hombre, pensándolo mejor, ó accediendo á ruegos tal vez de personas influyentes, volvió á torear, no en Madrid, sino en provincias; por cierto que preguntándole en Salamanca cuándo toreaba en la corte, contestó sin reflexionar: «en Madrid que toree San Isidro». Quiso desvirtuar en un comunicado esa despreciativa frase, pero no lo consiguió, porque la verdad, aunque traten de ocultarla, brilla siempre, triunfando de la mentira. Quejáronse de esto y de otros malos comportamientos posteriores los aficionados de la capital de España, que son á quienes debe *Guerrita* su fama y renombre; salieron, no á defenderle, sino á ofender á los que como ellos no pensaban, unos cuantos amigos belicosos é irreflexivos, entabláronse polémicas agrias, rompiéronse amistades; lo que para unos era malo y digno de censura, aplaudíanlo á rabiar los otros; y todo sin saber por qué, sin fundamento racional, que hubiera podido buscar el diestro dos años antes, cuando le negaban sus aplausos sus nuevos secuaces; pero no precisamente en la época en que más se le prodigaron. Tal vez con esos extremos han querido borrar las huellas de errores anteriores, ó han creído que gritando, *bombeando* y haciendo aspavientos se difundía más extensamente la fama del lidiador. Sea como quiera, al espectador que paga su dinero por ver las fiestas de toros deben tenerle sin cuidado esos *tiquis miquis* de fuera de la plaza y atenerse únicamente al valor y mérito que demuestren dentro del redondel los lidiadores. De los defectos, vicios ó virtudes que éstos puedan tener como particulares, hay que hacer abstracción al juzgarlos, si no se mezclan directamente con lo que al toreo pertenece.

Dicen que es desagradecido, informal, avaro, soberbio y no sabemos cuántas cosas más, que no nos importan, aunque de ser ciertas estaría en su

lugar la frase de: «En *Guerrita*, el hombre mata al torero», que leímos no sabemos dónde, há más de un año; que no quiere torcar en Madrid porque se le exige, como á todos, que se estreche más con los toros y no sean éstos de corta edad y sin armadura y otra porción de cargos, á los cuales no hay mejor contestación, para convencer á cualquiera de lo injustos que son sus panegiristas, que la de decir que en Madrid nunca se le ha silbado por ninguna de esas causas, que, después, de todo, no significan exigencias impertinentes; y todavía añaden, sin reflexionarlo bien sus allegadizos, que, teniendo, como tiene, un caudal de dos millones de pesetas, no debe exponerse á cogidas, pudien-

dos los terrenos son buenos para él, en todos se halla bien, y por arrancar un aplauso se pasará ante la cara de la res sin clavarlos, faltando á las prescripciones taurinas, pero produciendo efectos; atiende el buen aficionado que rara vez se va al toro con la muleta cuadrada con la cadera izquierda, sino abierta y con la derecha, dando, por lo general, buenos y completos pases; que se apodera con inteligencia de los toros, apartándolos de las querencias y de los tableros á fuerza de manejar, para este fin, admirablemente el trapo; que mata arrancando con demasiada presteza, sin liar la muleta y tapando con ella la cara del animal, por cuyo motivo sale de la suerte apartándose él, en vez de



do salir del paso muy bien, sin afinar tanto las suertes. Bien dicen que un amigo oficioso hace más daño que un enemigo; aunque quiera suponerse que *Guerrita*, con sus veleidades, haya dado pretexto á la crítica, hay que rebajar mucho de cuanto contra él y en pro suyo se ha dicho, dice y se dirá, si es que el que le juzgue quiere ser imparcial y exento de toda pasión.

He aquí su semblanza, mírela bien la gente aficionada:

Obsérvele atentamente cuando le vea pisar el redondel y encontrará en él un hombre bien formado, más bien alto que bajo, airoso, aunque no elegante ni presumido, y que demuestra al andar, con segura planta, su firmeza y potente musculatura; repare que no cesa de trabajar y capea y hace quites, flamca el capote y corre los toros y los para y colea, si es preciso, si no siempre con arte, con gracia; advierta que con los palos en la mano to-

separar al toro guiándole con la muleta; que descabella bien y cumple superabundantemente su obligación, por más que como director de lidia deje mucho que desear.

Ese es Rafael Guerra, juzgado con imparcialidad y buena fe.

Ni merece que sus partidarios le llamen á cada paso gran fenómeno, monstruo colosal y otras zarandajas por el estilo de que usan y abusan los que tienen más amor á la persona que al arte del toreo, ni es acreedor tampoco á que un día y otro sus contrarios digan con menosprecio, que no ha olvidado la brega que se aprende en las cuadrillas de niños de torcar «fuera de cucho», que arranca á berir de sopetón ó por sorpresa casi siempre, y que alguna vez que intentó la suerte de recibir lo hizo de una manera lamentable.

Si unos y otros dieran oídos á la razón, si pudieran prescindir de afecciones personales y de ri-

diculas comparaciones, habrían de conformarse con el retrato que dejamos hecho, reconociendo que, lejos de adelantar, desde que murió el desgraciado Manuel García (*El Espartaco*) se ha estacionado y hecho un alto en su carrera, sin el cual Dios sabe hasta dónde hubiera subido.

No ha llegado. ¿Es porque sus amigos le han ofuscado el entendimiento hasta el punto de hacerle creer que en su persona se ha encarnado el *sumum* de la perfección? O ¿es porque está, en su fuero interno, cerciorado de que su ánimo no le permite ir más allá?

Por lo demás, este buen torero tiene genialidades que se compaginan mal con el que vive del favor del público, y de ello ha dado pruebas evidentes. No puede negarse, y el que tal haga será capaz de negar también que *Guerrita* es un hombre de intachable conducta, amante esposo y carísimísimo padre.

Negar uno solo de ambos extremos, es faltar á la imparcialidad que debe tener todo hombre como juez de sus acciones.

Guerra, Antonio.—Banderillero cordobés, atrevido y con facultades. Como la mayor parte de los



de aquella tierra bulle sin cesar y no siempre está oportuno; parea regularmente y adelanta con ani-

mo resuelto. Es hermano de *Guerrita*, que le incorporó á su cuadrilla hace tres años: se le ve formal, descando agradar y aprender, y lo conseguirá que de buena casta viene.

Guerra, Jerónimo.—Picador de poco nombre, natural de Madrid, donde lucía sus bien escasas habilidades á principios de siglo á las órdenes de Juan León.

Guerra, Leandro.—Es un buen puntillero, que aspira á poner banderillas, y las clava, pero sin arte. Si se aplica, puede ser algo como inteligente, más que como práctico. Nació en Madrid el 13 de Marzo de 1846, viviendo sus padres en el barrio de las Vistillas, que está muy próximo al de Toledo, y después de la primera enseñanza se dedicó al oficio de matarife, al lado de su padre. A los dieciocho años empezó en la plaza de Madrid á torrear, y siguió haciéndolo media docena de años, hasta que en 1870 se casó y dejó de verificarlo; pero ajustado en 1875 por la empresa de Madrid, ha sido puntillero y banderillero, sirviendo últimamente en la cuadrilla del matador de toros Francisco Arjona Reyes (*Guerrito*). Es decente en su trato y consecuente con sus amigos. No se le ve ya en las lides taurinas.

Guerrero, Enrique.—Picador, natural de Jerez de la Frontera, á quien el espada Juan Conde ocupaba para torrear á su lado alternando en provincias. Acerca de su mérito no hay otras noticias sino que en carteles le llamaban valiente y arrojado, y figuró en primera línea allá por los años de 1796 y 1797.

Guerrero, José (Zoca).—Este *Zoca* vale menos que el otro *Zoca*, llamado Eugenio López, y eso que, como decimos en el lugar correspondiente, este último no es un banderillero de primer orden, aunque sí muy aceptable. José también va adelantado, aunque más despacio de lo que le conviene.

Guerrero y Román, Antonio (Guerrerrito).—Es un aventajado matador de novillos que realmente su aprendizaje lo hizo en el Brasil, donde toreó en 1893, después de obtener la licencia absoluta en el ejército. Desde 1895 ha torreado en diversas plazas andaluzas con bastante aceptación,

y en Madrid ha demostrado que es valiente, sereno y aplicado, aunque le falta mucho que apren-



der. Nació en el barrio de San Bernardo de Sevilla el 7 de Octubre de 1871.

Guijarro, Gabriel (*Gallo*).—Si entendiera tanto como deseos tiene, podría esperarse de él un buen banderillero, dentro de algún tiempo.

Guillén, Ramón (*El Diablo*).—Era un regular puntillero que, cuando hacía falta, metía un capote y cogía los palos, á fin de completar una cuadrilla. No debía pararse ahí, pero le sorprendió la muerte en el mes de Abril de 1894 habitando en Madrid.

Guindaleta.—Véase CINTERO.

Guisado, Antonio (*Berrinche*).—Buen picador, de inteligencia en las condiciones de las reses y en la lidia que cada una requería. Trabajó alrededor de 1840, y los verdaderos aficionados estimaban

en mucho su mérito, aunque algunos dicen le faltaba brazo. No tenía nada de particular esa circunstancia porque llevaba en esa época más de dieciseis años de ejercicio, puesto que en 28 de Octubre de 1824 empezó en Sevilla, alternando con Antoñin.

Gutiérrez, D. Juan José.—Caballero en plaza natural de Málaga, que trabajó en las célebres corridas reales de 1789 cuando la competencia de Pedro Romero y *Pepe Illo*. Le apadrinó en el coso el primero de dichos diestros.

Gutiérrez, José.—Banderillero cordobés que lució allá por los últimos años del pasado siglo, con buena fama.

Gutiérrez, Juan (*El Montañés*).—Natural de Madrid y notable picador de toros por los años de 1836 en adelante. No era bonito á caballo, pero se tenía muy bien y sabía echarse los toros por delante como pocos lo han verificado. Había aquello del pasito atrás... que enseñó Antonio Sánchez. Duró pocos años para el arte, y no debe confundirsele con Juan Montañés, aunque en el mismo año, que debió ser el referido ó lo más el siguiente, empezaron su carrera.

Gutiérrez, Juan.—Trabajaba en clase de banderillero hace treinta y cinco años con la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz. No echó raíces en el torero.

Gutiérrez, Francisco (*El Chuchi*).—Era un picador de primera tanda, brusco, y en muchas ocasiones mal intencionado con las reses. Sabía castigar, y era pundonoroso y bravo sin afectación: mientras estuvo en el pleno uso de sus facultades, fué buscado por los buenos espadas, que comprendían bien lo conveniente que es que un toro vaya con la cabeza arreglada para la muerte. No era bonito, pero sí de buena estatura, buen cuerpo y mejor brazo derecho que izquierdo. Siempre al lado de *Frascuelo*, por quien sentía atracción irresistible, convertida en cariñosa admiración; dejó de trabajar cuando su famoso jefe de cuadrilla se retiró, en 1890. Había empezado antes de 1871.

Gutiérrez, Manuel (*Melones*).—No es este picador notabilidad en su profesión, pero llena su

hueco según le da Dios á entender. Es bravo y duro, y cuando quiere ó se le proporciona, no descompone el cuadro con mejor pareja. Tiene poca alegría, que á tener más, con la decisión que á veces toma los toros, arrancaría muchas palmas. Alternó en Sevilla por primera vez en 27 de Mayo de 1880, si no estamos equivocados, pero ya era conocido en otras plazas.

Gutiérrez, Sebastián.—En 1763 trabajó en Sevilla como picador de toros de vara larga el día 2 Mayo, según consta de un cartel rarísimo que posee el ilustrado doctor Thebussem. En otros no menos raros del 30 de Abril del mismo año, que posee el inteligente aficionado anticuario de Málaga D. Aurelio Ramírez Bernal, consta que este picador mató toros con garrocha. Debía ser esta con hierro largo cortante y punzante como el garrochón, porque si no...

Gutiérrez, Manuel.—Hubo un picador de este nombre que trabajó en Sevilla por primera vez en 22 de Febrero de 1830.

Gutiérrez y Márquez, Fernando (El Niño).

—Más que como torero debiera considerársele como aficionado, puesto que ha trabajado poco y ya no es joven. Nació en Sevilla el 3 de Enero de 1841, siendo hijo de D. Fernando, empleado que fué en aquella Diputación provincial, y de doña Carmen; tomó parte en algunas novilladas y sentó plaza con otros tres hermanos en el regimiento infantería de León, cuando se hizo la guerra de Africa, luchando por España. Al obtener su licencia fué empleado en ferrocarriles, y en una corrida que á beneficio de la Asociación de socorros mutuos de los mismos se verificó el 5 de Agosto de 1868, trabajó con buen éxito, recobrando su antigua afición y ejercitándose en el arte; toreó varias veces en la plaza de los Campos Eliseos, abandonando su empleo, hasta que el 12 de Septiembre de 1869 fué gravemente herido en Valdepeñas por un toro de Maldonado, llamado *Bocanegra*. Nombrado administrador de la ambulancia de Correos de Sevilla á Cádiz, dejó á los diecisiete meses el nuevo destino y trabajó en Sevilla el año 1871 con el *Barrero* y el *Gallito chico*, y cortándose de nuevo la coleta, obtuvo el cargo de inspector de contabilidad de una empresa de ferrocarriles, que sirvió más de doce años. De nuevo abrazó la profesión de torero, y en una novillada celebrada en Madrid el 23 de Marzo de 1884 ha trabajado como espada, mereciendo

de un acreditado periódico taurino la siguiente calificación: «El nuevo espada es valiente, se acerca y se le conoce que ha visto torear bien y como ya no se torea; pero no consigue practicar lo que ha visto y lo que sabe quizá.» Es de buena estatura y bien parecido.

A lo dicho hay que añadir que hace lo menos diez años se ha eclipsado su figura. ¿Estará des-
empeñando algún nuevo empleo? Todo pudiera ser.

Guzmán, Manuel.—Trabajó en Madrid por primera vez en 1799 á las órdenes de *Pepe Illa*. Dicen que fué un buen picador, émulo de Sebastián Rueda.

Guzmán, Manuel.—Banderillero sevillano muy notable, que á invitación de su compañero Bustamente picó novillos en Sevilla en 1845.

La costumbre de *cambiar los papeles*, en algunas corridas, los picadores con los banderilleros y los espadas con aquéllos, viene de muy antiguo y serán muy pocos los que de ella no hayan usado.

Tal vez este individuo sea el mismo que el siguiente.

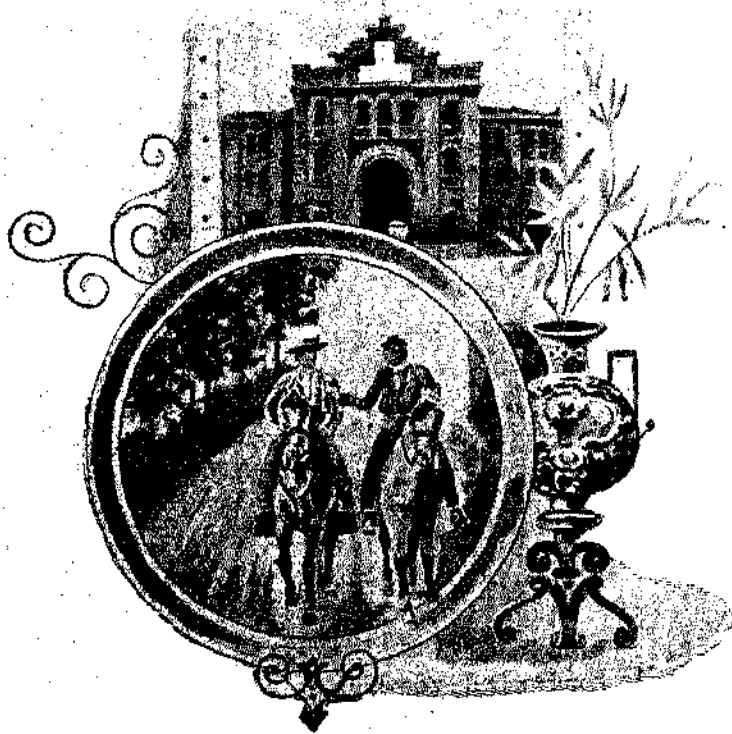
Guzmán, Manuel.—Discípulo de Juan León. Era un banderillero valiente y muy estimado del público. Fachendoso le llamaban las manolas, porque dicen que el hombre era preciadito de su persona. Cuando se presentó en la plaza de Sevilla el 12 de Noviembre 1848, era ya tarde, ó mejor dicho, habia desperdiciado sus mejores tiempos, porque desde que ingresó en 1831 en la Escuela de tauromaquia de Sevilla, tuvo poca práctica en el arte.

Guzmán, D. Antonio Bernardo de.—Noble de la corte de Felipe IV, muy diestro en la lidia de toros á caballo, y amigo del renombrado don Gaspar de Bonifaz.

Guzmán Paluchi, D. Antonio.—Distinguido letrado, autor de una preciosa composición poética leída ante la tumba del malogrado José Redondo (*El Chiclanero*), é inteligente aficionado de la Sociedad taurómaca del Jardínillo de Madrid. Pasó á la isla de Cuba á desempeñar un cargo importante en la magistratura, y falleció hace algunos años.

Guzmao Correia Aronca, Frederico.—¿Saben nuestros lectores quién es el portugués que ha habido de este nombre? Pues nada menos que el ministro de la Corona de su país desde 1870 á 1871. Había trabajado como mozo de forcado varias veces, con buen éxito y valor, y abandonó

el torreo para dedicarse á la política, en la cual se estrellan pocos, y mucho menos el que tiene gran talento, una inteligencia poco común y decidida perseverancia como á él sucede. Es un polemista de primer orden y un abogado de los mejores de aquel país.





Haba, Manuel de la (*Zurito*).—Es un picador en novilladas, que bien merece serlo en corridas de toros con alternativa. Tiene voluntad, monta bien, va derecho y castiga, si no con gran fuerza, en el sitio debido. Será lástima que se eche atrás y que no aprenda mejor el modo de librar á los caballos.

Hachazo.—El golpe que da ó tira el toro con las astas sobre el bulto ú objeto que tiene cerca. Diferenciase de la embestida, en que ésta es cuando baja la res la cabeza, y aquél cuando la levanta; y de la cornada, en que para ésta es preciso herir. Diferenciase también del varetazo, en que éste es cuando da en el cuerpo del hombre, y aquél cuando da en cualquier otra cosa.

Harapinegro.—En muchos puntos de Andalucía equivale esta voz á la de ALDINEGRO. Esta expresa más extensamente lo que es un toro de esa pinta.

Hardales, Marqués de.—Dice un notable escritor moderno, que este personaje fué uno de los caballeros que más se distinguieron en Salamanca corriendo y lidiando toros, aunque no cita época. Hemos consultado antecedentes y no hemos hallado documento alguno que indique fechas.

Hartar los toros de capa llama la *Tauromaquia* de Montes al acto de llevarlos muy empapados en el engaño, sin quitarles éste hasta que hayan humillado bien y estén fuera del terreno jurisdiccional del lidiador.

Haro, Antonio (Malagueño).—Espada novillero de poco nombre y de pocos recursos, según dicen; pero que sale del paso mejor que otros conocidos en el arte. Es moderno, y hasta que se dé á luz en plazas de alguna importancia, no puede juzgársele.

Henriques, Jaime.—Fué un gran pegador portugués desde el año 1875, que unía á su valor grandes conocimientos, en tales términos, que, aunque no trabaja, es uno de los *inteligentes* que asisten á la corrida para asesorar á la autoridad. Nunca fué torero retribuido.

Henriques Teixeira, Joaquín.—Se dió á conocer en 1879 como un buen mozo de forcado portugués, y conservó el nombre hasta que se retiró. También fué mozo de curro, todo en pocas corridas y siempre como buen aficionado.

Heredia, Francisco.—No hay de él más noticia que la de haberse presentado á picar toros en Sevilla el 15 de Agosto de 1877. Ni siquiera se ha dicho si lo hizo bien ó mal.

Heredia, Patricio.—Tampoco de este picador se sabe más que picaba toros en Andalucía en 1872. Sería uno de tantos como empiezan y no acaban... porque no continúan.

Heredia, Manuel (Blanquito).—Picador en novilladas, que necesita *querer* más, si ha de conseguir buen nombre en el toreo. Ya que es valiente, ponga su valor de manifiesto más á menudo y demuestre los adelantos que hace en el oficio, donde se necesitan buenos diestros.

Hermosilla, Manuel.—«Ninguno es profeta en su patria,» dice un refrán castellano que, como todos, encierra un gran fondo de verdad.

Manuel Hermosilla, que en los primeros años de su vida torera trabajó cuanto pudo por adelantar, no vela satisfechos sus deseos tan pronto como su impaciencia lo exigía, y acordándose de aquel adagio, determinó alejarse de España en busca de mejor suerte. Parecíanle estrechos los límites que el mar señala á la hermosa Península ibérica para ejercitarse en las faenas de un arte que, por ser peligroso, ofrecía para él mayor encanto y atractivo; y recordando que en otra parte del mundo existe ancho campo donde se *hierran*, *acoran*, *derriban*, *enlazan* y se matan toros, ya en montes ó llanuras, ya en plazas cerradas, determinó atravesar los mares y trasladarse á aquel punto del globo, con cuyo extenso paisaje, usos y costumbres tanto había gozado antes de conocerle, cuando acerca de él escuchó referencias á los que le habían visitado.

Acababa de cumplir veinte años cuando se le presentó ocasión de satisfacer sus deseos. Personas inteligentes que le habían visto desarrollar su afición al toreo en cuantos tentaderos pudo y se le concedió tomar parte, le animaron en su idea, y en su consecuencia el 30 de Abril de 1867 se embarcó en la Península con rumbo á la Habana. Es decir, que tenía entonces Manuel Hermosilla veinte años y tres meses, puesto que nació en Sanlúcar de Barrameda, importante población de la provincia de Cádiz, el día 1.º de Enero de 1847. Allí fué á la ventura, sin recomendaciones, sin conocer siquiera á ninguno de los toreros que en aquel país se encontraban. Pero ¿hay algo que arredre á un mozo de veinte años y del temple de Hermosilla? Como Dios le dió á entender, y con los altos y bajos que la fortuna le preparó, se dió á conocer durante dos años como banderillero en las plazas de la Habana, Regla, Cienfuegos y Matanzas, y en las cuadrillas de los espadas que existían en aquella Antilla. Era lo principal que le conocieran, que sonara su nombre, y prescindiendo del precio de sus ajustes, prefirió ganar poco trabajando mucho, á ganar mucho trabajando poco. Cuerdo y acertado era este modo de proceder, porque los hombres que tienen una profesión que han de ejercer en público, deben procurar por todos modos que no se les eche en olvido.

Llegó á la Habana por entonces el conocido matador de toros José Ponce, y vió trabajar á Hermosilla. Observó en él un hombre valiente, de gran poder, de mayores deseos y de grandes disposiciones, y le propuso contrato como segundo espada para Méjico; aceptó Manuel, y en dicho puesto trabajó, adelantando mucho en su arte,

doce funciones de toros que se verificaron en la plaza de Veracruz.

Ponce regresó a España: Hermosilla, cuya aceptación fué cada vez más en aumento, se contrató como primer espada, poniéndose al frente de una cuadrilla, que reformó con algunos toreros del país. Las plazas de aquella república, Puebla, Orizaba, Jalapa y Córdoba, fueron testimonio de sus continuados triunfos.

Pero la lidia en plaza cerrada á estilo de España no completaba, digámoslo así, su educación artística. Encontrábase cohibido en cierto modo, al presenciar las animadas y atrevidas faenas de campo que allí se ejecutan.

Los toros salvajes que allí se crían, la vida especial del *gaucho*, las numerosísimas piaras de ganados que existen en aquellos casi vírgenes bosques, la magnificencia, en fin, de cuanto allí hay, impresionaron de tal modo la imaginación del joven Hermosilla, que con grande entusiasmo y hasta con pasión se dedicó muy pronto á hacer con los toros cuantas suertes á pie y á caballo estaban en uso en aquel suelo excepcional. Bien pronto se distinguió por su valor y arrojo, y más que nada por su conocimiento de la índole de las reses. Tanto llegó á familiarizarse con las suertes de *enlazar* y *derribar* fieras salvajes, que era la admiración de los *gauchos* y gente del país acostumbrada á esta clase de ejercicios desde su infancia. Su amor propio estaba satisfecho; pero por lo mismo, la envidia andaba muy cerca de él. Algunos toreros de aquel país ocasionáronle más de un disgusto. Si éste se hubiese motivado por asuntos puramente del arte taurino, en que la gente *brava* de aquellas repúblicas quería suscitar rivalidades, Hermosilla las hubiera despreciado, porque en aquel terreno sabía y ejecutaba más que todos ellos: pero hablaba mal, se ultrajaba y vilipendiaba á la nación que le había visto nacer, y Hermosilla hizo allí... lo que correspondía á un buen español. Dejó bien puesto el nombre de España en más de una ocasión. Expuso su vida, perdió mucho en su hacienda. ¿Y qué?—decía él.—¿No hubiera sido

vergonzoso oír insultar á España y estar indiferente un español? Si cien veces me sucediera, otras tantas haría lo mismo, y como yo todos los nacidos en el punto del globo donde hay más valor, más dignidad y más patriotismo.

Regresó á la Habana después de despedirse por medio de la prensa del público de Veracruz, dándole gracias por las muchas muestras de simpatía que de él había recibido, y á su llegada á la Isla de Cuba se encontró con que los acontecimientos políticos que empezaron en el año de 1868 impedían se verificasen corridas de toros.

Su afán de trabajar le condujo de nuevo al Callao de Lima, donde le contrataron para diez funcio-

ciones, como matador, con las cuadrillas de color que había en el país. Contratados también por la Empresa los conocidos espadas Julián Casas (*El Salamanguino*) y Gonzalo Mora, alternó con ellos las diez funciones con grande aceptación.

Aquel clima especial, y el poco cuidado que los jóvenes tienen siempre de su salud, hicieron que ésta se resintiera en tales términos, que por efecto del reuma articular que fuertemente le atacó, tuvo que renunciar á torear otras diez funciones para que estaba ajustado. Sin embargo, algo mejorado, aunque todavía enfermo, tomó parte con dichos matadores en las dos últimas corridas á instancias de muchos amigos y aficionados limeños, de quienes se des-

pidió Hermosilla para regresar á España. Aconsejaronle los médicos de aquella apartada región que para curarse de la enfermedad que le molestaba, volviese al suelo español, y en su consecuencia regresó á su casa de Sanlúcar de Barrameda el 8 de Junio de 1873, encaminándose en seguida al afamado establecimiento de baños de Archena, con cuyas aguas mejoró un tanto su quebrantada salud. A su patria había llegado el eco de los aplausos recibidos en América, y la ciudad del Puerto de Santa María fué la primera de España en que tomó Hermosilla la alternativa de manos del entendido matador Manuel Domínguez en el mismo año de 1873.

Como la fama de nuestro hombre sonaba aún



en América, le buscó la Empresa de la plaza de toros de Montevideo, le hizo excelentes proposiciones de ajuste, las aceptó, y se embarcó para dicho punto en Octubre del referido año. Si mucho gustó Hermosilla en las dos primeras épocas en que trabajó en América, mucho más gustó esta tercera, recogiendo laureles y provecho, que trajo a España en Abril de 1874. Llegó el 12 de Junio de este año, y se presentó en la plaza de Madrid, alternando por primera vez con *Lagartijo* y *Frasquito*. Examinado el trabajo que entonces hizo, no se consideró por los inteligentes a Hermosilla como a un maestro; pero todos vieron en él grandes facultades y cierta serenidad en el peligro, lo que le valió ser escriturado para torear la segunda temporada, durante la cual se portó bien, demostrando valor, muy especialmente en una grave cogida que tuvo el 18 de Septiembre, cuando, atravesado el muslo derecho por una cornada, se retiró por su pie a la enfermería. Barcelona, Cádiz, Santander, Jerez y otras muchas poblaciones importantes quisieron conocer el mérito del novel espada, y en sus plazas trabajó y todos hicieron justicia a sus buenos deseos.

Todavía Montevideo llamó nuevamente a su circo a su más querido lidiador, y consiguió de él que fuese a tomar parte en doce corridas de toros. Inútil es decir que cada vez que a aquel remoto país volvía Manuel Hermosilla, ganaba más en fama y en dinero: las Empresas le pagaban más que bien, y de los numerosos amigos y partidarios que le ensalzaban recibió muchos y valiosos regalos en distintas ocasiones, que él agradeció como debía. Hizo, pues, Hermosilla un capital, que si bien no era suficiente para vivir sin trabajar, era bastante, sin embargo, para esperar buenos ajustes, y allí se los hacían muy halagüeños. Era querido y apreciado en aquel país por gentes de diversas condiciones. Personas respetables le distinguían con su amistad, y los obsequios que constantemente recibía, y las atenciones que le prodigaban, le convencían de que era verdadero el cariño que todas las clases le manifestaban.

Pero cuando se tiene todo esto, y mucho más cuando de ello se carece, falta todavía algo a los que viven lejos del suelo que les vio nacer. Recuerdan sus primeras afecciones a sus padres y hermanos, a aquellas personas con quienes se criaron, al arroyuelo a cuyo lado jugaban siendo niños, a la casa que les cobijó, al árbol que les daba sombra y hasta el aire que les acariciaba dulcemente, y quieren volver a verlos, a gozarse con ellos, y a morir a su lado si es preciso. ¡Porque morir solo y lejos es tan triste!...

Hermosilla, pues, pensó como piensan casi siempre todos los hombres de todos los países. Ni aun

voluntariamente quieren la emigración. Regresó a España, cuyas costas saludó con indescriptible alegría, más perfeccionado en su arte, con mayor entusiasmo, si es posible, que cuando marchó a aquel remoto clima, y más fuerte, robusto y bien plantado. Porque Hermosilla es buena figura y bien parecido: lo que se llama un buen mozo, dicho sea sin adularle; y para que se vea que estamos muy lejos de esto, exponremos, que ya es hora, nuestro juicio imparcial acerca de su mérito, y con él concluiremos la presente biografía.

Hermosilla es trabajador y pundonoroso: se presenta bien en la suerte de matar; pero su muleta no es de castigo ni mucho menos. A los toros sencillos los prepara bien a la muerte; su mano izquierda carece de recursos para los recelosos y mucho más para los de sentido: en cambio hiere como debe herirse; no de golpe rápido, sino marcando despacio y rectamente la introducción del estoque; de manera que se ve y aprecia el modo de entrar en la suerte y salir de ella.

Nosotros le aconsejamos hace ya bastantes años que mejorase la muleta, procurando cuadrarse, cambiarse cuando fuera necesario y dar *pases* completos: que venciese la impaciencia de su genialidad en ocasiones, teniendo calma y reflexión: que estudiase la índole de las reses; y que, apartándose de la general costumbre que domina a todos los matadores, se parase y recibiese toros, para lo cual tiene unas facultades asombrosas.

No quiso, ó no pudo hacer lo que le indicábamos: ha ido pasando el tiempo sin desmerecer gran cosa, pero sin adelantar nada; la gente nueva se le ha puesto delante, y ya no es posible que rebase la línea hasta donde llegó.

Hernán Pérez, Juan Antonio.—Fué un picador bastante aceptable a principios de este siglo, que trabajó con el célebre Juan Amisas en las cuadrillas de Santos y de Aroca.

Hernández, Julián.—A fines del siglo pasado intentó ser picador este madrileño, trabajando en novilladas; pero valía poco, y poco fué sin duda alguna, porque no hemos leído que alternase con picadores de fama.

Hernández, Francisco (El Bolero).—Fué uno de los más sobresalientes banderilleros que hubo en Madrid a principios de este siglo, después de la muerte de *Pepe Illa*. Luego se hizo matador, y aunque no figure como uno de los primeros en el arte, estaba muy aceptado por entonces, gracias a su buena figura y popularidad.

Hernández, José (*El Americano*).—Un banderillero de quien no puede decirse ni que es bueno ni que es malo. Cumple cuando le viene el santo de cara, si no... espera mejor ocasión.

Hernández, Bartolomé.—Novillero que anda recorriendo esos pueblos de Dios, matando toros del diablo, con fortuna hasta ahora; bien es verdad que no es antiguo en el oficio, y que en ésta la práctica es la que todo lo hace.

Hernández, Felipe.—Con decir que es jinete mejicano, está hecha su apología. Mejor que picar, pone banderillas á los toros montado á caballo, á estilo de aquel país.

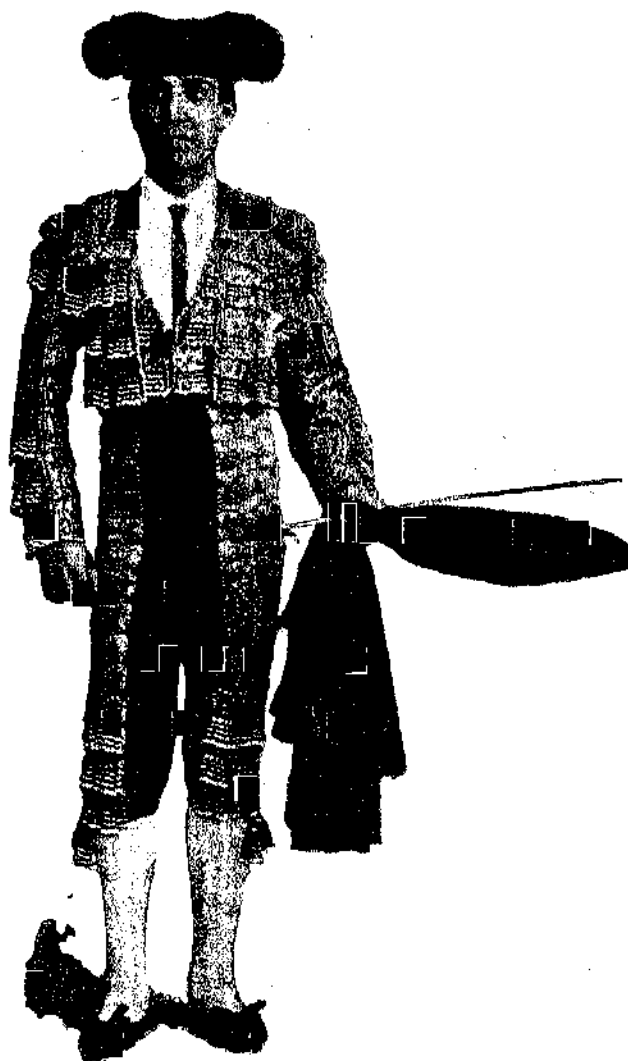
Hernández, Francisco.—Pocas noticias hay de este banderillero. Hace tres ó cuatro años trabajaba en las plazas de América á las órdenes del espada Leopoldo Camaleño, de quien nos ocuparemos en el apéndice.

Hernández, José (*Purrao*).—Este picador, padre de José y Joaquín, empezó á trabajar con buenos dencos hace más de treinta años, y no es mal picador, aunque mejor quisieran sus amigos que lo fuera, pero no pasará adelante; tiene ya para eso muchos años, pues nació en Sevilla el 18 de Noviembre de 1840, de Joaquina Moyano y de José Fernández. Fué discípulo del célebre Francisco Sevilla, de quien ha conservado la excelente manera de ir á los toros; ha figurado en las principales cuadrillas de los mejores matadores de toros, desde Manuel Domínguez hasta Reverte, y es un hombre formal y digno de aprecio.

Hernández, José (*Parrato*).—Novillero que empezó al mismo tiempo que el infortunado Manuel García (*El Espartero*), y que, como éste, murió en su oficio, trabajando en una corrida celebrada en el pueblo del Castillo de los Guardas, en San Lucar la mayor, de la provincia de Sevilla.

Hernández, Joaquín (*Purrao*).—Espada novillero, que hacía sus excursiones generalmente por la región andaluza, sin que hasta ahora haya salido del gran montón. Es de grandes facultades, buenos deseos y pocas pretensiones, que de haber tenido las de otros que sin conocerse salieron de él para volver donde estaban, hubiera avanzado más; pero ha hecho bien; aplíquese, que ya sabe

mos todos que no merece estar olvidado, porque es suelto con los toros, es bravo, se coloca bien, arranca mejor, y olvidando resabios provincianos, podrá llegar á ser algo. Fáltale, como á otros, un



buen maestro. Nació en Sevilla el 7 de Abril de 1873.

Hernández, Antonio (*Santos*).—En 11 de Agosto de 1867 picó de vara larga en Sevilla por primera vez. Luego, no sabemos si ha trabajado en otras plazas.

Hernández, Gonzalo.—Es un picador muy moderno, que está haciendo su aprendizaje con voluntad y afición. Es prematuro cualquier juicio que de él ahora se forme.

Hernández, José (*Calvillo*).—Matador de novillos, del que sólo podemos decir que la única vez que toreó en la plaza de Madrid (20 de Agosto

de 1886) dió gran desazón al público, que le pagó con silbidos, vista su insuficiencia para el arte. Desde la citada fecha no hemos vuelto á oír su nombre, y nos damos la enhorabuena, y á él también si se ha retirado á buen vivir.

Hernández, Cesúreo (*Españolito*).—Matador de toros en novilladas, á quien hay que ver para juzgarle, porque su fama no ha llegado á extenderse como él quisiera, ni tiene tantas contratas como, á no dudarlo, desea.

Herrá, Juan Pedro.—No valió mucho como banderillero este portugués, que empezó su oficio en 1833; pero á temerario atrevimiento, no hubo quien se le pusiera por delante. Murió en 1858 de muerte natural.

Herrá, Pedro.—Banderillero portugués bastante aceptable, que empezó en 1834. Retirado del arte, ha fallecido en 1864.

Herradero.—Cuando á los becerros jóvenes se les marca ó pone el hierro de la ganadería á que pertenecen, la fiesta (porque entre los aficionados lo es realmente) en que dicho acto tiene lugar se llama *herradero*, y se verifica del modo siguiente:

El dueño de la ganadería invita á los diestros, aficionados y amigos á presenciar aquella operación, obsequiándolos espléndidamente los días en que se verifica. Conducidos los becerros, después de separados de sus madres, desde el campo á un corral cerrado, que tiene comunicación con otro, se hace salir á éste á uno de los animalitos, que, como no suele exceder de año y medio, se presenta corretón y buscando á la madre generalmente. Los convidados, que están en el corral, buscan guarida como pueden; ó si son más animosos, capean ó intentan capear al becerro, que, cansado de correr y rendido, es sujetado y derribado en tierra por los mozos de ganado, en cuya situación le aplican al cuarto trasero, derecho por lo común, el hierro candente que tiene la marca de la ganadería; y además en muchas el que tiene el número que en la misma le corresponde. Mientras esta operación, el ganadero inscribe en el libro destinado al efecto el nombre que se da ó han dado al torete los vaqueros, ó el mismo dueño, el del toro y vaca padres, su pinta y demás circunstancias convenientes; y luego que las orejas y punta de la cola le han sido cortadas, y sobre las quemaduras se le ha aplicado barro, le sueltan para que se marche y éntre otro, con quien se repite el mismo acto. Como, según hemos referido, no suelen tener los becerros al imponérseles el hierro año y medio, sino tres ó cuatro meses menos, es muy fácil derribarlos y marcarlos. Pero en América, donde, aunque no mucho, son mayores, cuesta más trabajo, y la operación se hace en el campo. Al efec-



MARCANDO EL HIERRO.—MACÍAS

to, muchos jinetes van por varios puntos rodeando al ganado, estrechándolo á fuerza de vueltas, y en esta disposición, los enlazadores, que son hombres que llevan unos lazos de cuerda, con los cuales, á manera de guindaleta, sujetan á los terneros por los cuernos ó cabeza, y los gauchos, que también llevan cuerdas, en cuyos extremos hay aseguradas grandes bolas de hierro, y que, jugadas con la destreza con que ellos lo hacen, sujetan las patas de las reses y las hacen caer para apoderarse de ellas, se meten entre el ganado á caballo y separan á los becerros y terneros de sus padres, quedando, digámoslo así, dentro de un anillo que forman los jinetes pagados, los de los convidados, deudos y amigos del dueño, y los de las señoras, que también asisten á aquella diversión. Cuando el dueño da la voz y el capataz lo ordena, aquéllos empiezan á derribar reses enlazándolas, y entonces otros hombres, peones de la hacienda, sacan del fuego el hierro llamado *pial*, y con él marcan indistintamente en un flanco ó otro del animal las letras ó cifra del dueño, hasta que, conseguido esto, se le desata, y huye á reunirse con los demás animales de quienes antes fué separado. Debe advertirse que allí no es tan bravo el ganado como en España.

Herradura.—Las estocadas que pasan lo que los toreros llaman herradura, producen inmediatamente la muerte del toro. Se conoce que la espada corta la herradura, en que entra oblicua, un poco baja y en el pecho; el toro se detiene, y sin arrojar sangre por la herida ni por la boca, cae á poco tiempo sin necesitar puntilla. A veces se ve la boca del toro bañada en sangre; pero no la arroja á borbotones como en el golletazo.

Herráiz, Pablo.—Banderillero en quien vimos siempre verdadera sangre torera. No ha habido quien le aventaje en poner pares al sesgo, y ha hecho en la plaza lo que un buen torero puede ejecutar. De mucho sirvieron sus lecciones á todos los diestros que de él se aconsejaron. Figuró en las cuadrillas de *Ciñcharos*, *Cayetano* y otros principales matadores en un preferente lugar; conocía mucho las reses, y cuando escasearon sus facultades no hubiera podido torrear si no hubiese tenido tanta inteligencia.

Celoso en el cumplimiento de su obligación, alguna vez se excedió, y en todas ocasiones disputó las palmas á cuantos banderilleros de renombre se han presentado en el redondel, hasta el extremo de que en la época primera en que el célebre *Gordito* vino á Madrid á ejecutar el *quiebro* poniendo pares, *Pablito*, que así le llamaban los aficiona-

dos, hizo anunciar á la empresa en los carteles que él también le daría; y efectivamente, ejecutó la suerte ceñidísimo y con los piés metidos en un sombrero, sin ensayo previo con novillos ni en otra forma.

Esto se verificó en el año 1861. Luego, cuando *Frasuelo* tomó la alternativa, entró en la cuadrilla de éste, dándole el tono de la escuela seria y valiente que siempre conservó, y ejecutando á los



cincuenta y cinco años de edad la misma faena que á los veinticinco, con las ventajas de la experiencia, que le hicieron un gran torero.

Nació en Madrid el 16 de Abril de 1830 y murió el 7 de Enero de 1885, de grave enfermedad, siendo la conducción de su cadáver al cementerio una gran manifestación de duelo de cuantos le conocían y apreciaban su mérito y honradez.

Herrera, Juan.—Era uno de los mejores toreros, como peón de lidia, que á fines del siglo anterior trabajaron en la cuadrilla de *Costillares*. Como matador de toros no descolló gran cosa, é ignoramos si era pariente del abuelo ó del padre del célebre *Curro Guillén*, que tenía el mismo apellido.

Herrera, Francisco.—Abuelo del famoso *Curro Guillén*. Fué un matador de toros que en Sevilla, pueblo que le vió nacer, y en otras muchas plazas de España, tenía grande aceptación por su arrojo. La época de su apogeo fué desde 1760 al 70, sin embargo de que después trabajó también en la plaza de Madrid antes del reinado de Carlos IV, y aun creemos que en las funciones celebradas

cuando la jura de este rey, pero siempre detrás de Pedro Romero, *Costillares*, *Pepe Ilo* y Juan Conde.

Herrera Guillén, Francisco.—Notable matador de toros á fines del siglo anterior, que alternó en varias plazas con el famoso Pedro Romero y con los hermanos de éste. Hijo del estoqueador de toros sevillano Francisco Herrera, casó con una hija de Juan Miguel Rodríguez, torero de buen nombre, y tío del famoso *Costillares*, y de ella tuvo al renombrado *Curro Guillén*, gloria de la escuela ó estilo sevillano. Hasta el 9 de Mayo de 1802 no trabajó en Sevilla.

Herrera Rodríguez, Francisco (*Curro Guillén*).—De nadie puede decirse con más razón que de este torero, que le viene de abolengo el ejercer la profesión que tantos lauros le proporcionó durante su vida, y que le causó la muerte prematuramente. Fué hijo del acreditado Francisco Herrera Guillén (*Curro*), estoqueador á principios de este siglo y fines del anterior: nieto de Francisco Herrera, notable matador de toros que precedió á Pedro Romero; y fué su madre Patrocinio Rodríguez, hija de Juan Miguel Rodríguez, tío del famoso *Costillares*, y hermana de los banderilleros Cosme y José María; de modo que por ambas líneas, paterna y materna, le venia de casta ser torero.

Nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 13 de Octubre 1775, y no en 1778, como ha dicho equivocadamente algún autor. Desde los primeros años de su vida se distinguió por su afición; y siendo muy joven, demostró ser bravo con las reses y tener especiales condiciones para la lidia. Tanto en el campo, como en las plazas ó cotos cerrados, intentaba la ejecución de cuantas suertes habia visto, lo mismo á pie que á caballo, y al practicarlas felizmente, aprendía á conocer el instinto y resabios de las reses; cosa utilísima de que no se cuidan los toreros todo lo que debieran. Así es que, al presentarse en las plazas como jefe de cuadrilla, su fama se extendió tanto, que era buscado con empeño, por lo mucho que animaban su toreo y su destreza; contribuyendo también á ello, además de sus recursos en la lidia, su gallarda figura, su lujoso vestir, su rumboso porte y su serenidad en los trances más apurados. Todo esto hacía que el público demostrase por Herrera Rodríguez grandes simpatías, con lo cual llevaba ya mucho adelantado para dominar á la masa general de espectadores que, impresionable siempre, siguen comunmente los primeros impulsos del corazón en todos los actos de la lidia taurina, sin

pararse á reflexionar hasta dónde llega el mérito de una suerte practicada con general aplauso. ¡Cuántas veces el público ha sido injusto con determinados diestros que, á pesar de haber hecho cosas muy buenas lidiando, eran para aquél antipáticos! ¡Y cuántas otras se han aplaudido á rabiar suertes de poco mérito medianamente ejecutadas, porque las habia practicado el hombre cuyas acciones, cuyos gestos ó movimientos le habian colocado en el puesto de niño mimado por los aficionados! Y no es que en esto sea injusto completamente el público, no; es que las simpatías se adquieren inconscientemente, y se transmiten del mismo modo. Una acción generosa, un rasgo notable en momentos determinados, son bastantes para empezar á conseguir que el público se interese por el que intenta agradarle. Y precisamente esto era lo que le sucedía á Herrera.

Trajo á la arena el prestigio que le dieran sus antepasados, y hasta conservó el mote de *Curro Guillén*, sin llamarse Guillén, como no fuese en cuarto lugar de apellidos; sacó partido de su graciosa figura, se esmeró siempre en complacer al público, y de este modo le fué muy fácil lograr simpatías justísimas y adquirir excelente fama, que conservó hasta el fin de su vida. Añádase á esto los mil cuentos, anécdotas y sucesos que se atribuían á nuestro *Curro*, y se comprenderá hasta qué punto era forzoso pesasen en la balanza pública los sentimientos de entusiasmo por el mismo.

Decíase que nadie en el campo habia podido entlazar un toro, y que *Curro* lo habia conseguido en breve tiempo; que para derribar era el primero, y que no habia quien le aventajase con el capote en la mano. Hasta llegó á decirse con visos de mucha verdad, y así está escrito por un distinguido autor, que por consecuencia de una apuesta salió *Curro* en cierta ocasión al campo con el intento de vencer á un toro picado, al que no habia habido medio de conseguir se uniese á la torada de que procedía. Ni á pie ni á caballo, ni con vacas ni cabestros, pudo conducírsele á la dehesa en que debía pastar: mató un caballo, hirió algunos cabestros y puso en peligro la vida de los mayores, quedando siempre en el sitio á que habia tomado tan pertinaz querencia. Llegose á él *Curro Guillén*, extendió la capa y acometió el bicho. Pausadas verónicas, rápidas navarras y soberbios cambios cansaron de tal modo al resabiado animal, que antes de un cuarto de hora habia caído en tierra. Y entonces el bravo Herrera sentose sobre el anca de la res, sacó la navaja y cortó la cola y alguna otra parte del toro, para llevarlo, como testimonio de su valor, á sus compañeros de apuesta.

Necesariamente su nombre habia de correr de

pueblo en pueblo, y por la Andalucía con más razón, siendo allí nacido, y siendo allí el teatro de sus hazañas. En el resto de la Península no podía entonces lucir sus conocimientos, porque la guerra que España sostenía con Francia imposibilitaba la lidia en muchas plazas, y en Madrid, como él decía, había muchos afrancesados con quienes no podía

bar el estoque murió al primer intento de desca-bello; y desde aquel instante Madrid dió carta de naturaleza al simpático espada.

Pero como la condición humana siempre quiere el más allá, y en materia de toros cada uno tiene su opinión particular, difícil de contradecir y mucho menos de convencer, no se tardó en que-



UNA HAZAÑA DE «CURRO GUILLÉN». — MACÍAS

transigir. Marchó, por lo tanto, a Portugal, llevando, entre otros, como primer banderillero, al que luego fué buen espada, Juan Jiménez (*El Morenillo*). Allí recogió por más de dos años grandes cosechas de aplausos y dinero, y su gallarda figura especiales favores de altas damas portuguesas. Concluyó la guerra, y con la paz vino el ánimo de los españoles á gozarse y recrearse con sus corridas de toros.

Era el año de 1815, en que Fernando VII acababa de revocar una orden que en el año anterior había dado suspendiendo las corridas de toros. Renacían en Madrid las aficiones que antes habían estado sujetas, y como río desbordado marchaba todo el vecindario á la puerta de Alcalá, unos para entrar en la plaza de toros á ver la corrida, y otros á ver á un famoso torero que por primera vez iba á pisar el ruedo de la capital de España. Desde el momento en que se presentó en la plaza cautivó el corazón de las damas; y claro es que, conseguido éste, el hombre no puede resistir los impetus del suyo, que casi siempre con el de ellas va. Mató el buen *Curro* sus toros de una sola estocada, menos uno que sin pro-

ver suscitar competencias, poniendo enfrente de *Curro Guillén* al acreditado maestro Jerónimo José Cándido.

Los círculos taurómicos altos y bajos, es decir, los de la gente de alto copete, de elevada alcurnia, y los del pueblo de Lavapiés y Maravillas, se estremecieron de placer cuando en el año de 1816 supieron que en el primer redondel del mundo iban á torear juntos y en competencia Francisco Herrera Rodríguez (*Curro Guillén*), que contaba cuarenta años de edad, y el maestro Jerónimo José Cándido, que ya tenía cerca de cincuenta y seis, y hacía tiempo que no toreaba por sus dolores reumáticos.

Ninguno de los espadas que entonces vivían se hubiera atrevido á tanto. Es verdad que tampoco ninguno de ellos había llegado á ser tanto como *Curro Guillén*; al menos, nadie había conseguido como él las palmas y demostraciones de simpatía que los públicos español y portugués le dispensaron en todas ocasiones. Cuestionaban los aficionados acerca del mérito de uno y otro, y como sucede siempre, los viejos suponían en lo antiguo lo mejor, y la gente joven defendía lo moderno.

Alegaban aquéllos que Cándido estaba enfermo, en el ocaso de su vida, y sin unos banderillos tan de punta como Juan Jiménez (*El Morenillo*) y Juan León, que auxiliaban á Curro. Y los partidarios de éste decían que como él no había habido otro torero, y menos otro matador de toros, desde Pedro Romero en adelante.

Llegó la temporada, y hubo contento para todos. Hemos oído referir á inteligentes aficionados que ambos diestros estuvieron á la altura de su reputación. Cándido, sorprendiendo al público con la perfecta ejecución de las suertes según las reglas escritas; Curro Guillén, con sus infinitos juguetes y arriesgados lances; y aunque los inteligentes prefiriesen el concienzudo trabajo del primero, la verdad es que la inmensa muchedumbre gustaba más de las salerosas gracias del ruboso torero, que de la serena y fría exactitud del quebrantado en sus facultades, renombrado maestro.

La fama de Herrera Rodríguez fué en aumento, así como su modo de descabellar toros sin haberos estoqueado; sus repetidos gallos y sus ceñidos recortes eran cada vez más aplaudidos; de manera que era solicitado en todas las plazas con empeño, porque era el que daba dinero á las Empresas, proporcionando buenas entradas. Llegó por desdicha el día 20 de Mayo de 1820, en que con su cuadrilla trabajaba en Ronda.

Lidiábanse toros de D. José Rafael Cabrera, que, como decimos en otro lugar, eran entonces de los más acreditados, y el público rondeño, entusiasta por la escuela ó modo de torear del gran Pedro Romero, que siempre le ha calificado de *toreo verdad*, mostró desde el primer momento, según dice un autor, cierta manifestación de desagrado contra los toreros sevillanos. Al frente, digámoslo así, del núcleo de intransigentes rondeños, se hallaba un tal Manfredi, que en voz alta, y cuando pasaba de muleta á un toro el espada Guillén, le dijo en son de burla: «¿Y es usted el rey de los toreros?» Estas imprudentes palabras alteraron el ánimo de nuestro gran hombre, que no estaba acostumbrado á oír censuras, sino aplausos. Puesto ya el toro para la muerte, gritó la gente de Manfredi: «¿A que no lo recibe usted?» Y entonces, sin atender Curro más que á su amor propio, olvidándose que no era su especialidad la de recibir toros, y sin la calma que da la conciencia de lo que se hace sabiendo, citó al toro para recibirle, acudió el animal, y enganchó con una tremenda cornada por el muslo derecho al desgraciado Herrera, que á pocos pasos cayó sufriendo nueva embestida y cornada, y siendo conducido á la enfermería por el contratista de caballos Francisco Cuamaño. De nada sirvió que el bravo Juan León, su banderillero entonces, se arrojará

materialmente con temerario empeño sobre los cuernos del toro para salvar á su jefe. La cornada recibida por éste en el vacío derecho era de muerte instantánea, y los espectadores creyeron por un momento, al ver colgado á León de la otra asta (pues el toro tuvo suspendidos á un tiempo á Curro y á León), que éste también había sido víctima de su excesivo valor y acendrado cariño.

En toda España y en el vecino reino de Portugal fué tan sentida la muerte del simpático Curro, que como circuló rápidamente, se puso en duda por infinitos apasionados, que escribieron, deseosos de saber lo cierto, al pueblo donde ocurrió la catástrofe. Por desgracia, ésta fué como hemos dicho, y así lo comunicaron los que presenciaron hecho tan terrible. Doliéronse los españoles de la falta de tan gran torero, y expresaron su sentimiento en romances y estampas, que profusamente circularon. Bien lo merecía la memoria del lidiador, que, si bien no marcó adelantos en suertes nuevas, practicó perfectamente aquéllas á que más se ajustaba su inteligencia, y que animó no poco la afición en época de decaimiento para la misma.

Herrera, Antonio (*El Cano*).—Uno de los picadores de más nombre á principios del siglo actual y fines del anterior. Figura en carteles con las cuadrillas de los Romeros y *Costillares*, y todavía trabajaba en 1818, hasta que en la quinta corrida celebrada en 1819 murió desnucado en la plaza de Madrid.

Herrera, Antonio (*Añillo*).—Banderillero que aprendió mucho al lado de Carmona (*El Gordito*).

Hace pocos años tenía el defecto de entregar demasiado el costado al meter los brazos, retrasando la salida; pero desde que en Barcelona, el 24 de Junio de 1874, tuvo una herida, que le causó al cogerle el toro *Pontonero*, de Carriquiri, cuadra mejor y es más rápido en sus movimientos. Así se aprende. *Añillo* pasó en Andalucía por ser uno de los mejores banderilleros que pisaban la arena en su época, que ha durado hasta hace pocos años que se ha eclipsado. Tal vez se halle en América, refugio de los preteridos.

Herrera, Francisco.—En Febrero de 1859 trabajó como picador en la plaza de Sevilla; pero no ha querido que sepamos de él más.

Herrera, José.—Desde 7 de Julio de 1878, en que se estrenó picando toros, no ha sonado su

nombre para nada. No recordamos haberle visto en la plaza de Madrid.

Hervás, Alfonso.—Picador madrileño de poco mérito, que tomaba parte en novilladas á fines de 1789, después de las funciones reales que entonces se celebraron.

Hidalgo, Juan.—En el primer tercio del presente siglo era conocido este torero como jefe de cuadrilla. No llegó á adquirir gran fama, á pesar de tener buena gente de á pie y de á caballo; pero trabajó bastante en plazas de Andalucía, llevando á su lado como banderillero al luego célebre Francisco Montes.

Hidalgo fué natural de la isla de San Fernando y tuvo nombre de valiente. En 12 de Mayo del año de 1828 se estrenó en la plaza de Sevilla.

Hidalgo, Francisco (Quico).—Por los años de 1836 al 46 trabajaba como picador allá en la tierra baja; pero ni su nombre sonó como gran capacidad, ni creemos llegó á Madrid.

Hidalgo, Antonio.—Torero andaluz de los de estos tiempos. Pone sus pares de rehiletes bastante bien y brega mucho. Hay descos y buena voluntad, lo demás lo hará el tiempo y la aplicación, si el mozo no se echa atrás como otros; que mucho nos tememos haya sido así, cuando ha dejado pasar una veintena de años sin conseguir que su nombre resuene como de primera fila. Por ligero que vaya, no nos parece que ha de subir.

Hidalgo Cosmes, Ramón (Chiclanero).—Mataba toros en las plazas de América, sin pena ni gloria, y hoy vive retirado en México, pasando vida tranquila, sin glorias ni penas.

Hierro, Bernardo.—Banderillero que á fuerza de años ha adquirido un buen nombre entre los de su clase. Valiente y atrevido se dió á conocer hace más de veinte años adelantando más cada



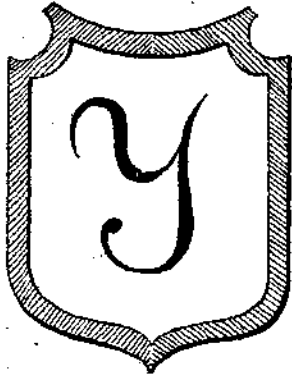
día, y hoy, si no es de los mejores que practican, es al menos uno de los más entendidos, y sus consejos deben aprovecharse.

Hierros.—La marca á fuego que se pone á los toros, generalmente en el anca derecha, después de haber sido tentados á la edad conveniente. En la imposibilidad absoluta que hay de recoger datos completos acerca de las marcas ó hierros que han usado tantas ganaderías como ha habido en España, y que en su gran mayoría han desaparecido, hemos procurado reunir los de las principales hoy existentes ó desechas hace poco tiempo, valiéndonos de datos auténticos; si bien advirtiendo que nuestra relación no podrá ser completa y totalmente exacta, porque los mismos á quienes interesa son tan indolentes, que, aun pidiéndoselas, no han contestado facilitando noticia alguna.

Son, pues los hierros usados por los más conocidos ganaderos que hay y ha habido en España, para marcar sus reses bravas, los siguientes:

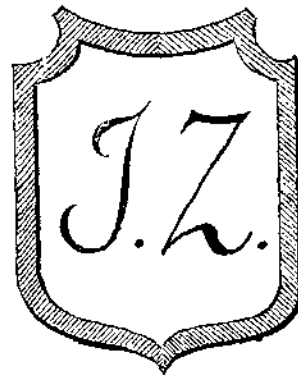
Albacete

PEÑASCOSA



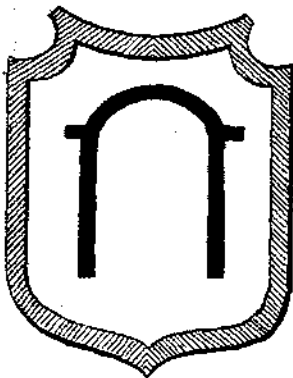
D. Higinio Flores

PEÑASCOSA



D. Sabino Flores

VIANOS



D. Fructuoso Flores

PEÑASCOSA



D. Agustín Flores

Ávila

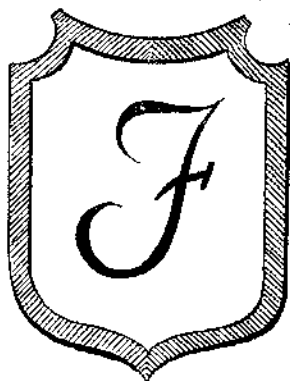
CAPITAL



D. Benjamín Arrabal

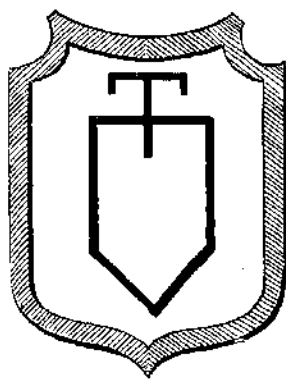
Cáceres

TRUJILLO



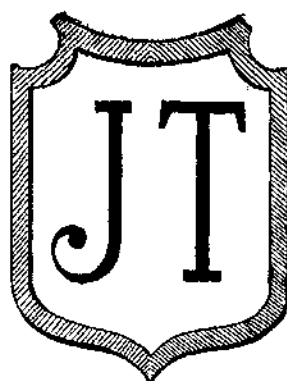
D. Juan Manuel Fernández

TRUJILLO



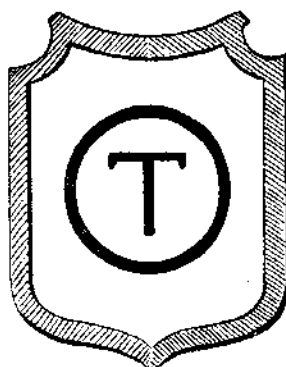
D. Jacinto Trespalacios

TRUJILLO



D. Jacinto Trespalacios

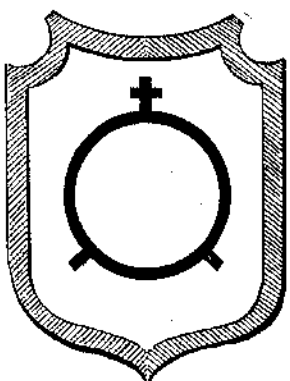
TRUJILLO



D. Jacinto Trespalacios

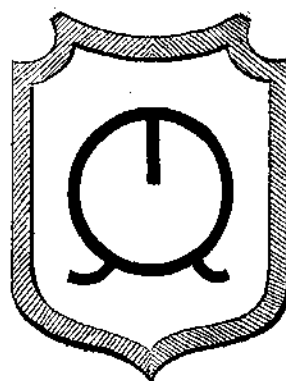
Cádiz

ARCOS DE LA FRONTERA



D. Ildefonso Nuñez de Prado

ARCOS DE LA FRONTERA



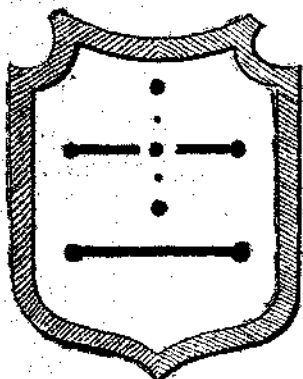
D. Pedro Moreno Rodríguez

JEREZ DE LA FRONTERA



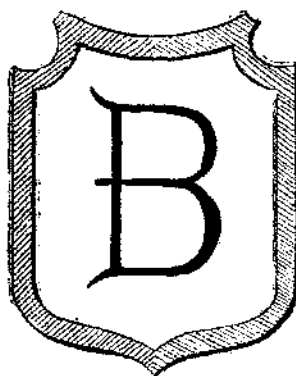
D. Vicente Romero y García

VEJER DE LA FRONTERA



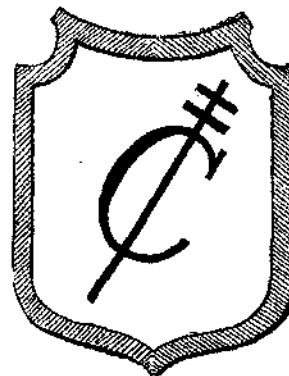
D. Eduardo Shelly

MEDINA SIDONIA



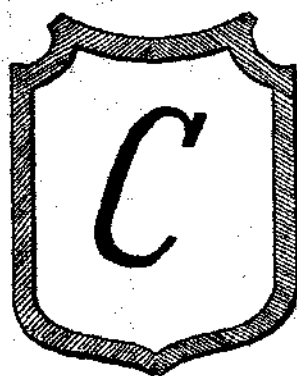
Sra. Viuda de Varela

JEREZ DE LA FRONTERA



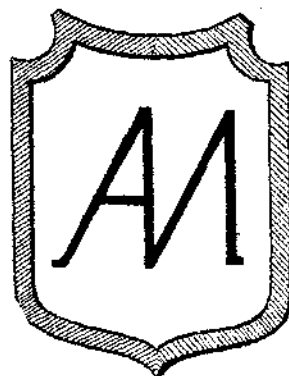
D. Francisco Aranda, antes Ziguri

VEJER DE LA FRONTERA



D. Joaquín Castrillón

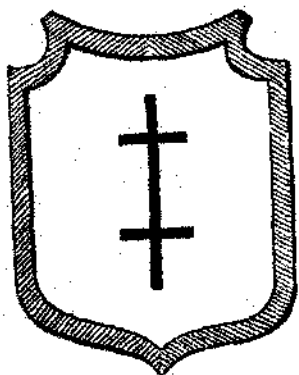
VEJER DE LA FRONTERA



D. Rafael Surga

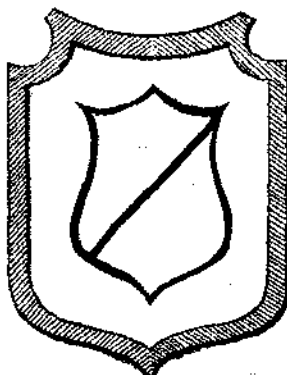
Ciudad Real

CAPITAL



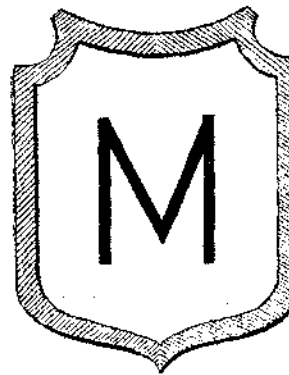
D. Gaspar Muñoz

CAPITAL



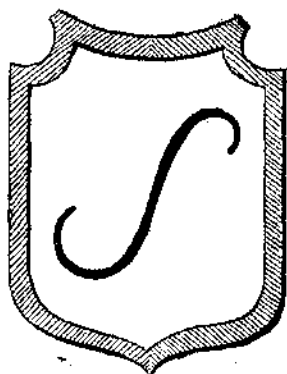
D. José Maldonado

CAPITAL



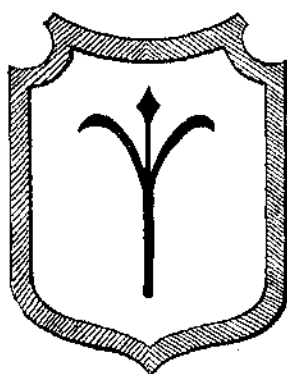
D. Alvaro Muñoz

MORAL DE CALATRAYA



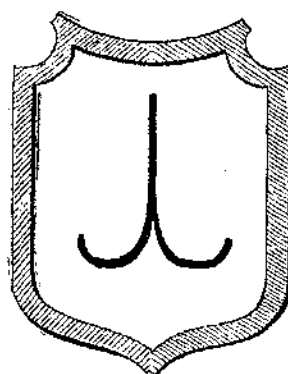
D. Agustín Salido

VILLARRUBIA DE LOS OJOS



D. José Gijón

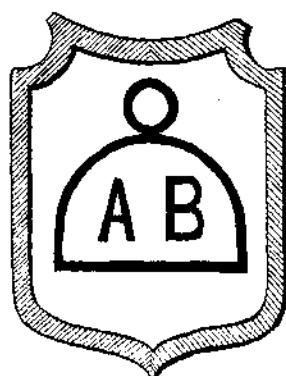
VILLARRUBIA DE LOS OJOS



Aguila y Bolaños

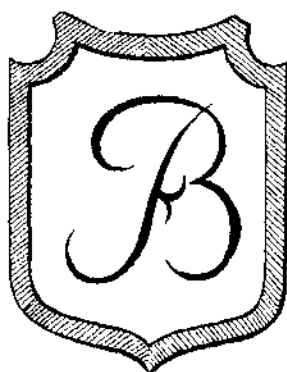
Córdoba

CAPITAL



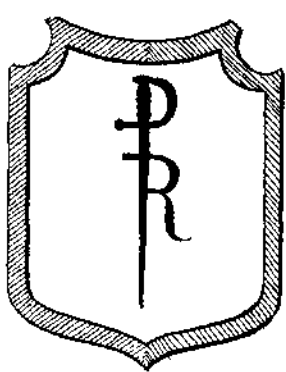
Doña Antonia Breñosa

CAPITAL



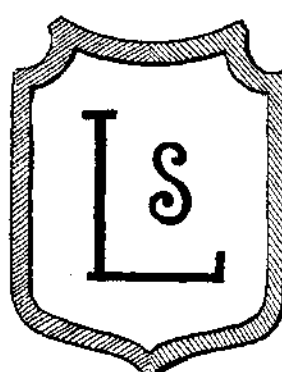
Viuda de Barrionuevo

CAPITAL



D. Rafael Molina

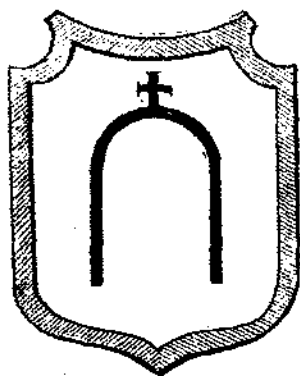
CABRA



D. José María Linares

Guadalajara

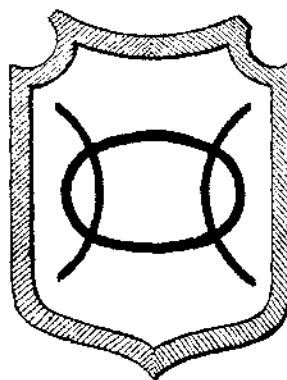
CAPITAL



D. Manuel Montes

Huelva

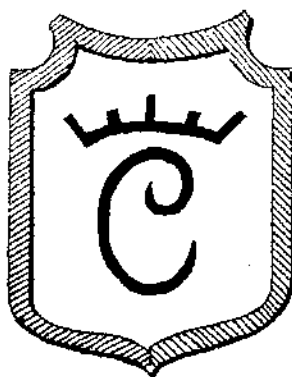
ARAGONA



D. Manuel Valladares

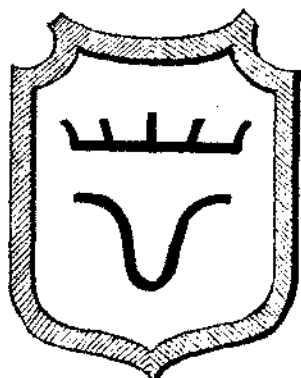
Jaén

UBEDA



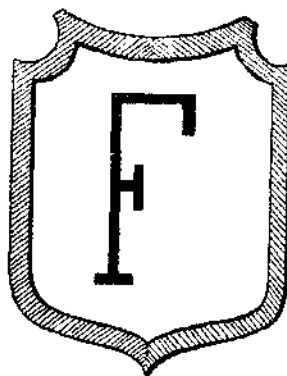
Marqués de Cullar de Baza

BAEZA



Marqués de Villamarta

BAEZA



D. Andrés Fontecilla

Madrid

CAPITAL



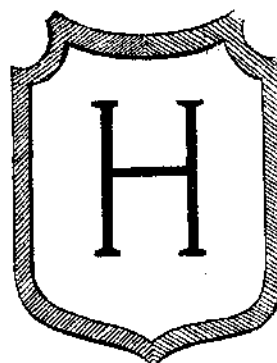
Marqués de Gaviria

CAPITAL



Duques de Osuna y Veragua

CAPITAL



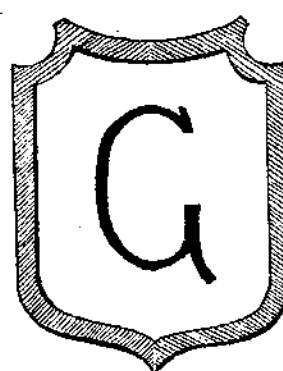
D. Esteban Hernández

CAPITAL



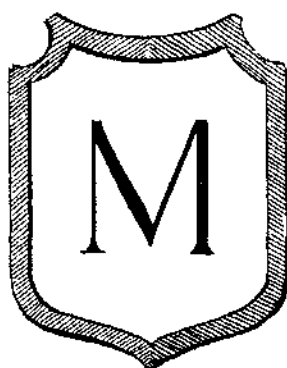
D. Luis Mazzantini

CAPITAL



D. Gonzalo Carrasco

CAPITAL



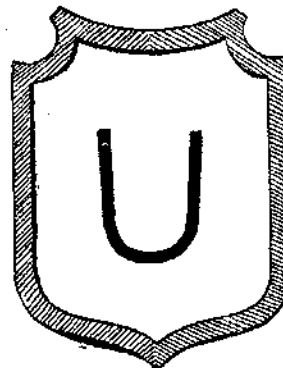
D. Gregorio Medrano

CAPITAL



D. Antonio Fernández Heredia

CAPITAL



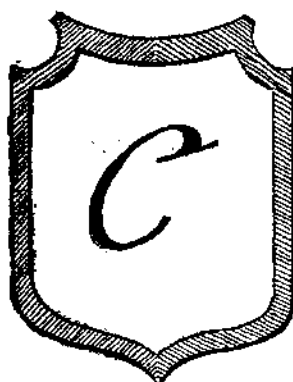
D. Faustino Udaeta

CAPITAL



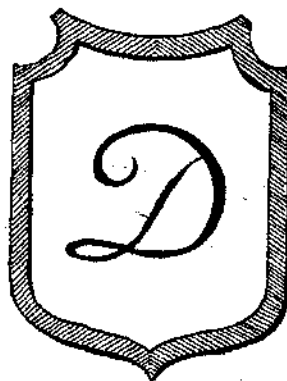
D. Alejandro Arroyo

MIRAFLORES



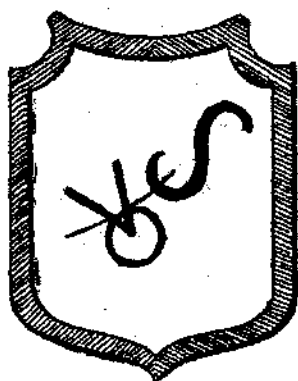
D. Juan Carrasco

COLMENAR VIEJO



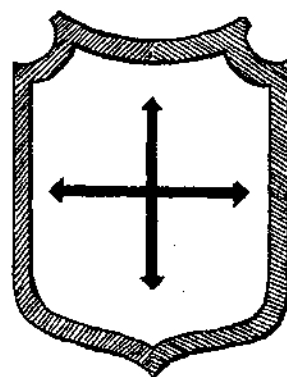
Viuda de D. Raimundo Díaz

CAPITAL



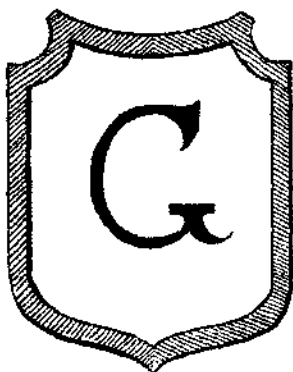
D. Enrique Gutiérrez Salamanca

LOZOVUELA



D. Alfonso Martínez

FUENTE EL SAZ



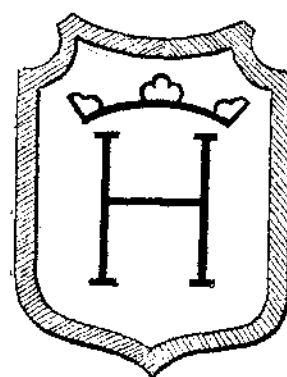
D. José Gómez

CAPITAL



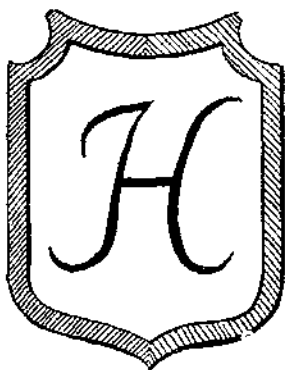
Duque de Veragua

CAPITAL



Condesa de Salvatierra

CAPITAL



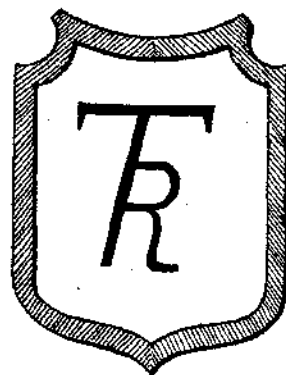
D. Justo Hernández

CAPITAL



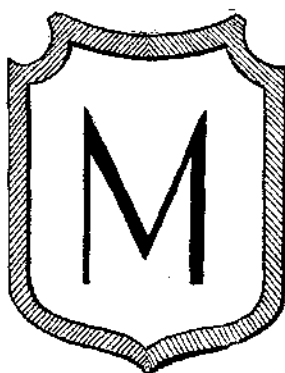
D. Antonio Hernández

CAPITAL



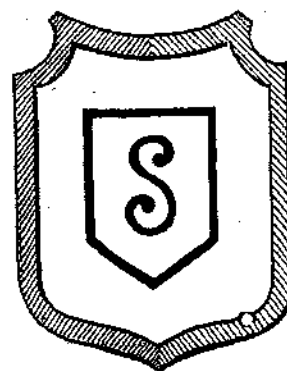
D. Manuel de la Torre y Rauri

CAPITAL



D. Joaquín Mazpule

CAPITAL



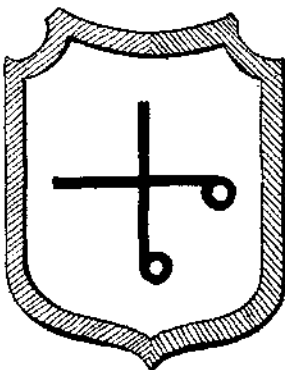
Marqués de Salas

GUADALIX DE LA SIERRA



D. Juan Bertolaz

COLMENAR VIEJO



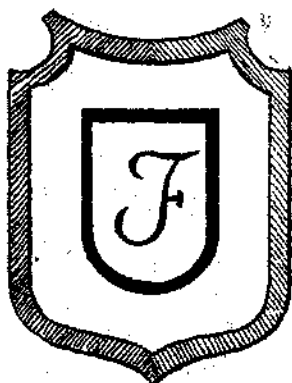
D. José López Briceño

COLMENAR VIEJO



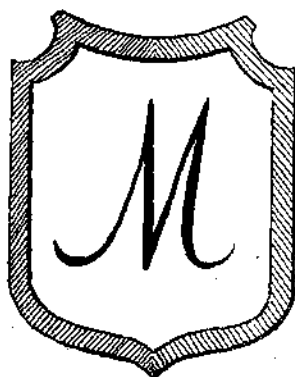
D. Félix Gómez

MORALZARZAL



D. Juan José Fuentes

COLMENAR VIEJO



D. Vicente Martínez

COLMENAR VIEJO



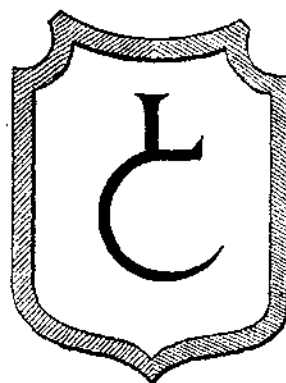
D. Manuel y D. Julián Bañuelos

COLMENAR VIEJO



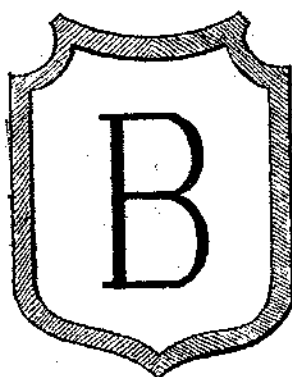
D. Manuel Aleas y herederos

COLMENAR VIEJO



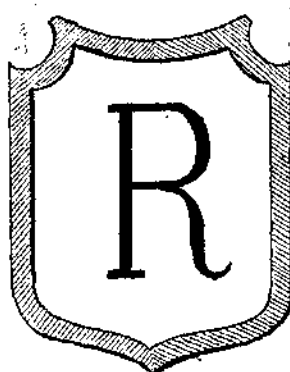
D. Carlos López Navarro

COLMENAR VIEJO



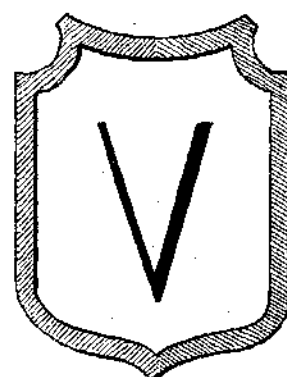
D. Mariano García Téllez

COLMENAR VIEJO



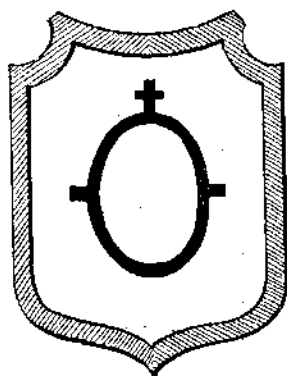
D. Mariano Rozalem

COLMENAR VIEJO



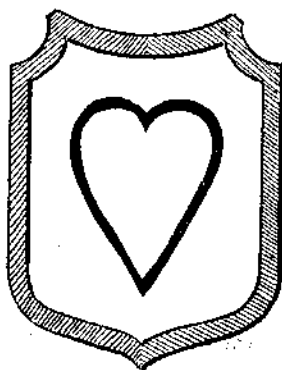
D. Francisco Paredes

COLMENAR VIEJO



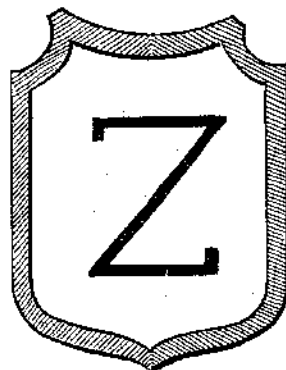
D. Eugenio Paredes

COLMENAR VIEJO



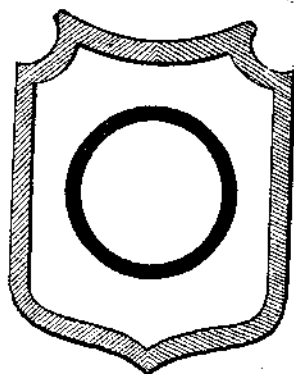
D. Lucas Pinto

COLMENAR VIEJO



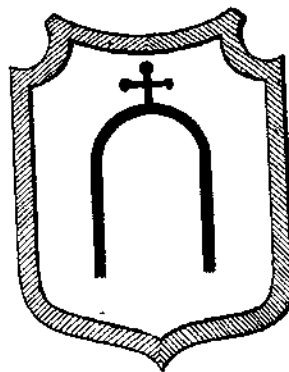
D. Justo García Rubio

COLMENAR VIEJO



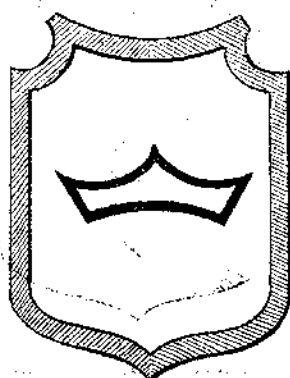
D. Mariano Hernán

COLMENAR VIEJO



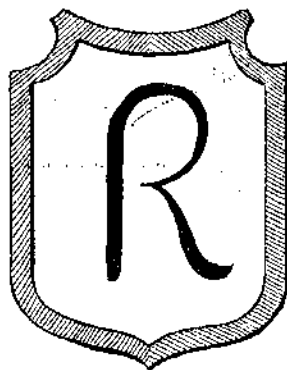
D. Pedro de la Morena

COLMENAR VIEJO



D. Antero López

CADALSO



D. Román Abad

CHIOZAS DE LA SIERRA



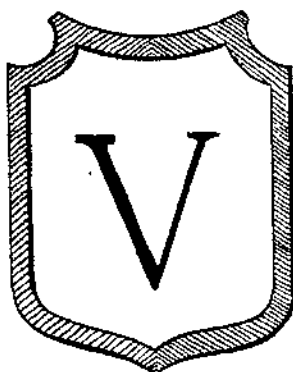
D. Donato Palomino

COLMENAR VIEJO



Sres. Gutiérrez y Gómez

COLMENAR VIEJO



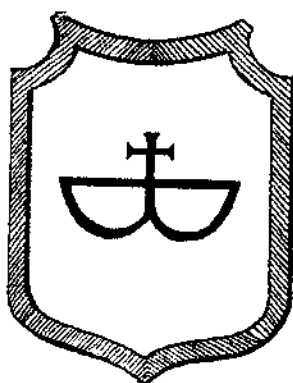
Viuda de Paredes

COLMENAR VIEJO



García Rubio y Paredes

GUADALIX DE LA SIERRA

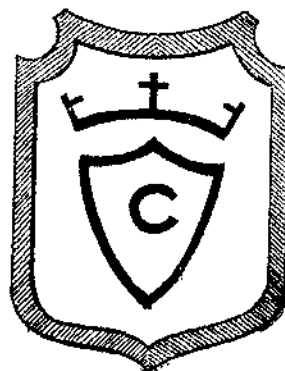


D. Atanasio Rodríguez

COLMENAR VIEJO

Herederos de dona Francisca
Benito

CAPITAL

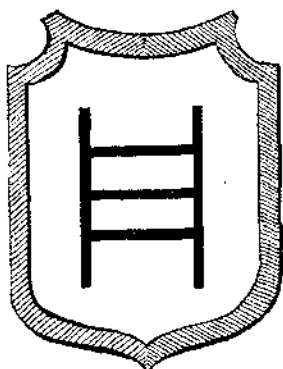


Marqués de los Castellones

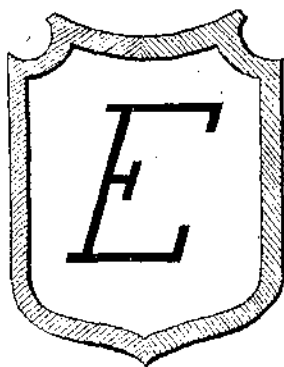
Navarra

PERALTA

CAPITAL

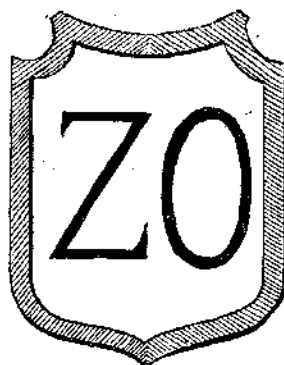


D. Cosme de la Escalera



D. Pedro Galo Elorz

CAPARROSO

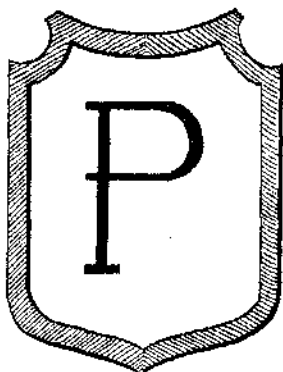
Doña Cecilia Montoya, viuda
de Zaldundo

PERALTA (FUNES)



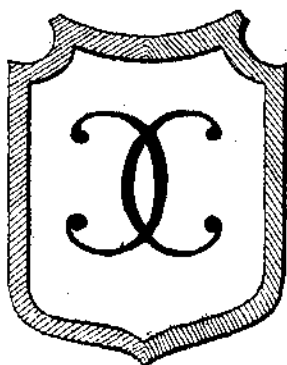
D. Raimundo Díaz

CORELLA



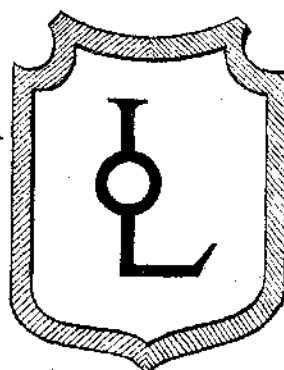
D. Miguel Poyales

TUDELA



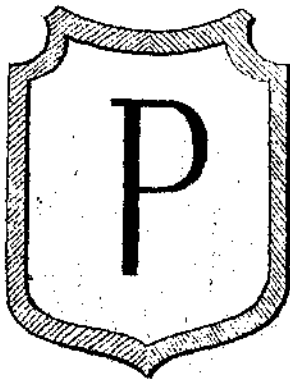
D. Nazario Carrizuel

TUDELA



D. Antonio de Lizaso

TUDELA



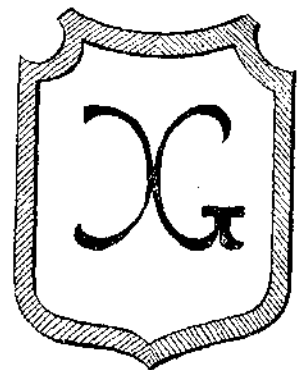
D. Vicente Pérez Laborda

TUDELA



D. Manuel del Val

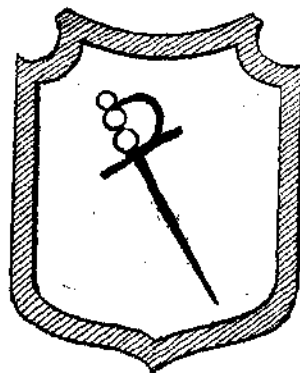
TUDELA



D. Francisco Guendulatu

Salamanca

CAPITAL



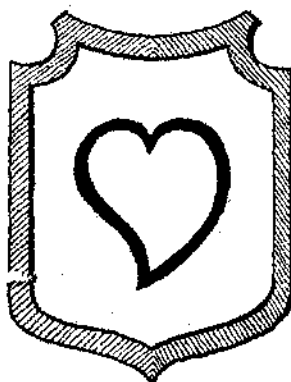
D. Julián Casas

CAPITAL



D. José Garín

CAPITAL



D. Millán Presencio

ALBA DE TORMES



D. Ventura Castroverde

ALBA DE TORMES



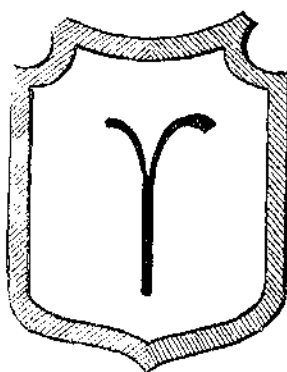
Vizconde de Garci-Grande

SANTIAGO DE LA PUEBLA



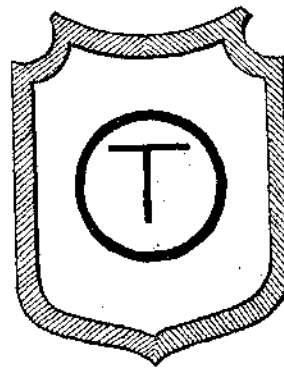
D. Francisco Andrés Montalvo

TERRONES



Doña Carlota Sánchez

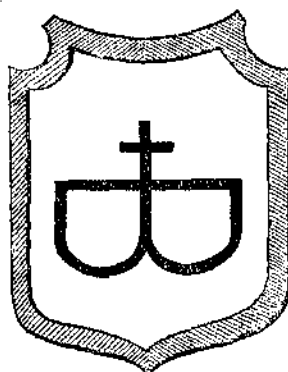
TERRONES



D. J. Sánchez Taberreo

Segovia

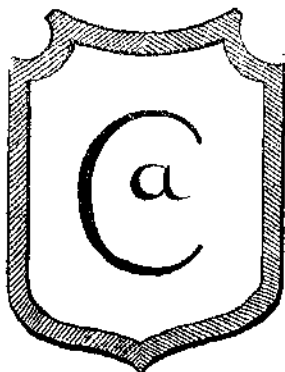
BERNARDO



D. Mateo Escorial

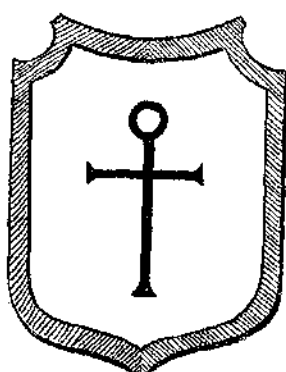
Sevilla

CAPITAL



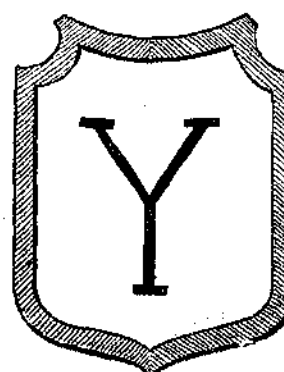
D. Joaquín Pérez de la Concha

CAPITAL



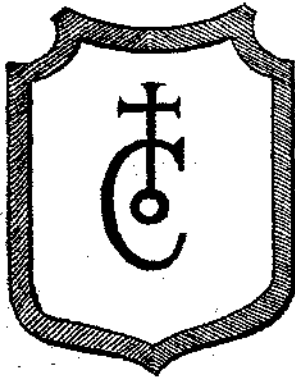
D. Manuel María Torres

CAPITAL



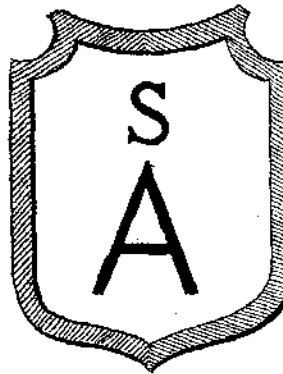
D. Eduardo Ibarra

CAPITAL



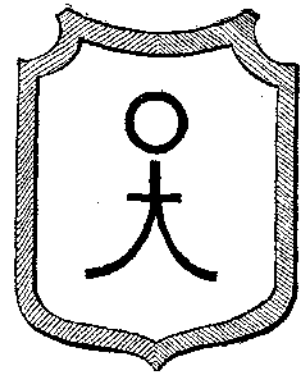
D. Vicente Vázquez

CAPITAL



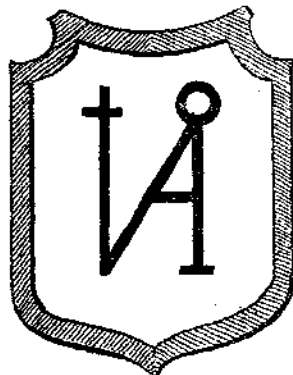
Marqués del Gandul

CAPITAL



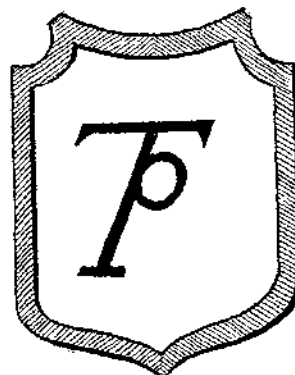
D. Luis Gil

CAPITAL



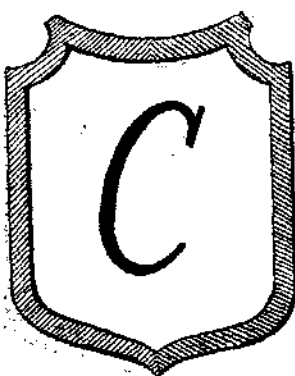
Conde de Vistahermosa

CAPITAL



J. Torres Díez de la Cortina

CAPITAL



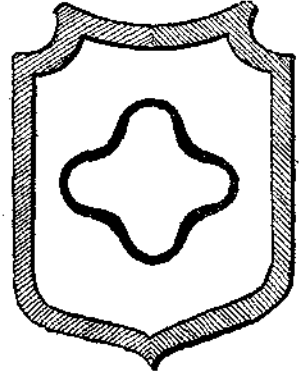
D. Joaquín Castrillón

CAPITAL



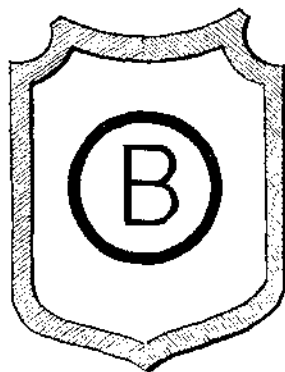
D. Angel González Nandín

CAPITAL



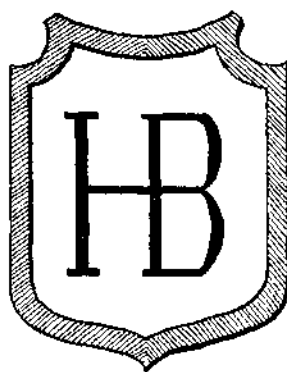
D. Felipe de Pablo Romero

CAPITAL



Pablo Romero á los Benjumeas

CAPITAL



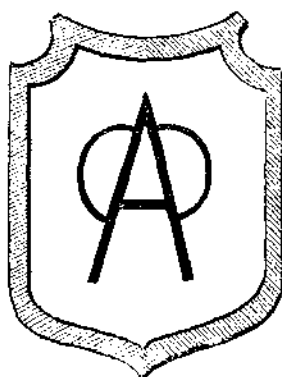
D. Diego Hidalgo Barquero

CAPITAL



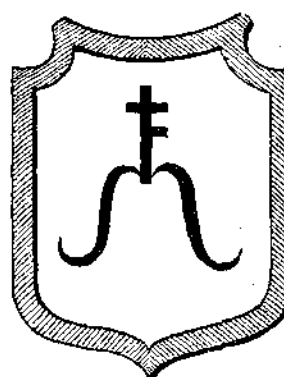
D. Pablo y D. Diego Benjumea

CAPITAL



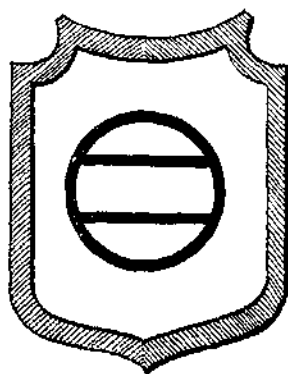
D. Antonio Miura

CAPITAL



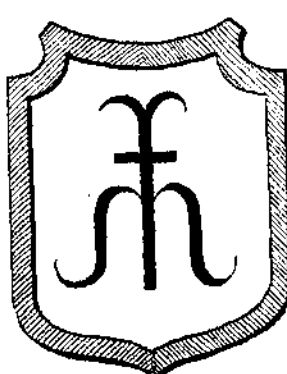
D. Joaquín Muruve

CAPITAL



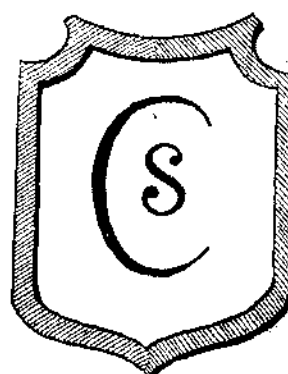
Marquesa viuda del Saltillo

CORIA DEL RÍO



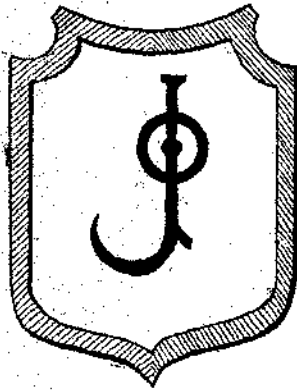
D. Anastasio Martín

CAPITAL



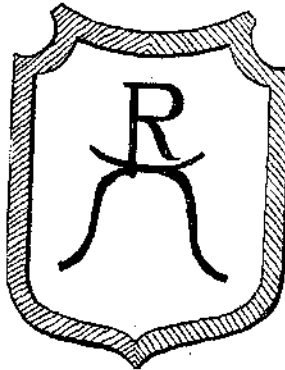
Doña Celsa Pontifredo

CAPITAL



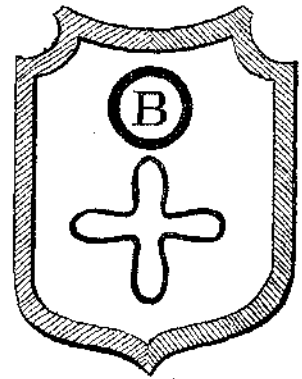
D. Jose Orozco

SEVILLA



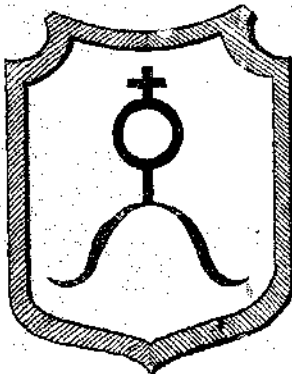
D. Antonio Rodriguez

CAPITAL



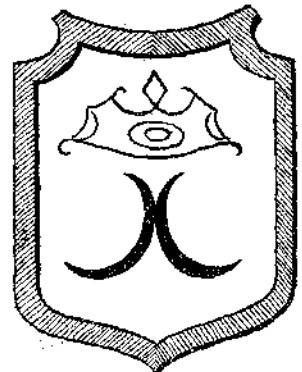
D. Francisco Galiardo y Castro

GUILLENA



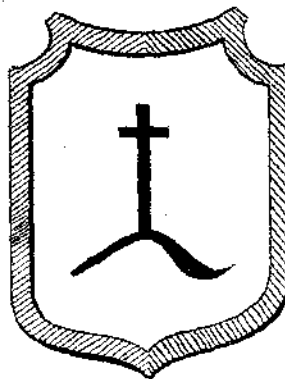
Sres. Arribas hermanos

HUEVAR



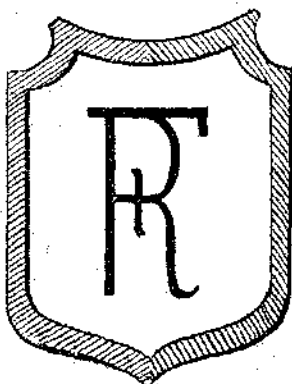
Marqués de Villavieja

DOS HERMANAS



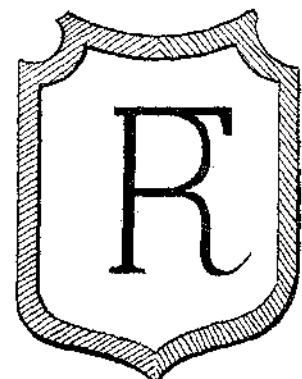
D. Agustín Parla

ALCALÁ DEL RÍO



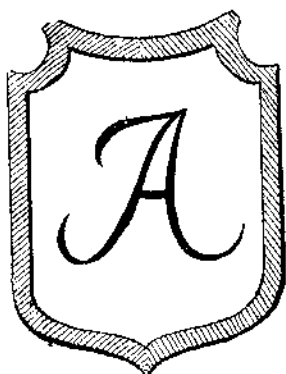
D. Manuel Freire

ALCALÁ DEL RÍO



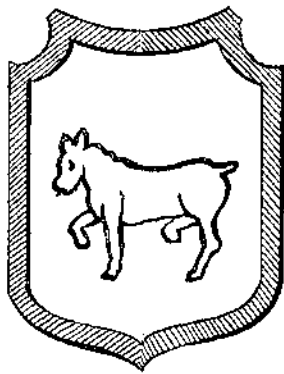
D. Fernando Freire

IA PUEBLA



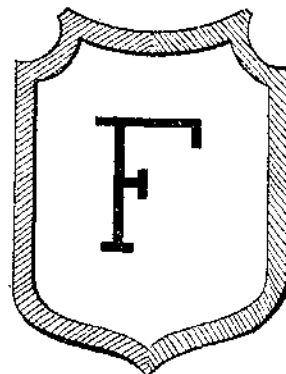
D. José Antonio Adalid

UTRERA



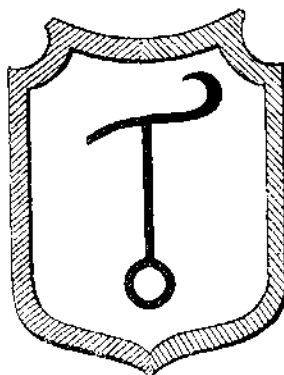
D. José Cabrera

UTRERA



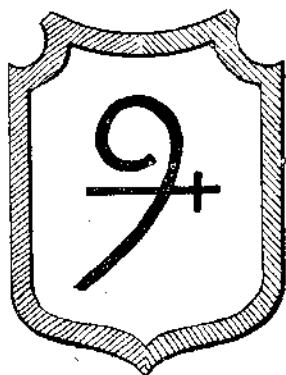
Marqués de Carrión

UTRERA



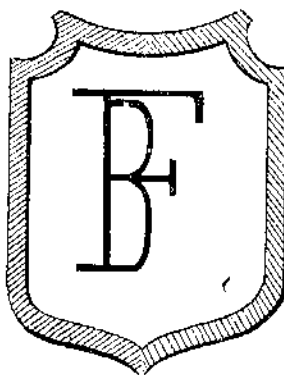
D. Benito Ulloa

CAPITAL



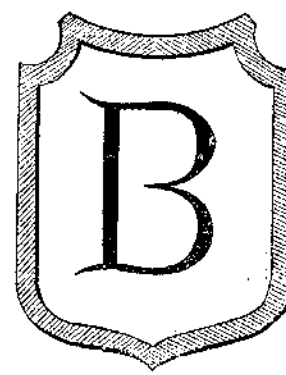
D. Francisco Taviel de Andrade

UTRERA



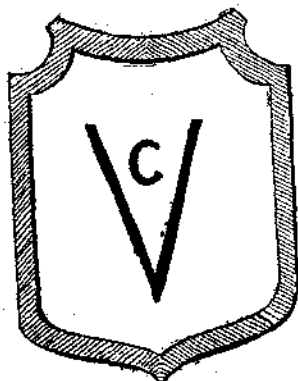
D. Juan Becquer

MEDINA SIDONIA



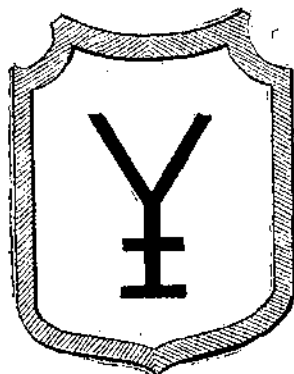
D. Bartolomé Muñoz

CAPITAL



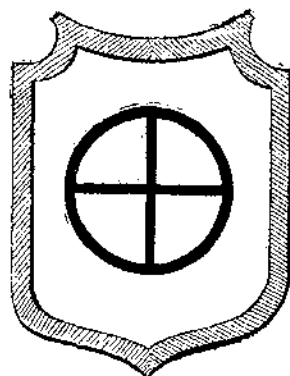
D. Valentin Collantes

UTRERA



D. José Arias Saavedra

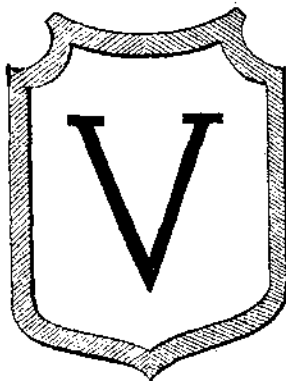
UTRERA



Zambrano hermanos

Valladolid

PEDRAJA DEL FORTILLO



D. Pablo Valdés

Zamora

CAPITAL



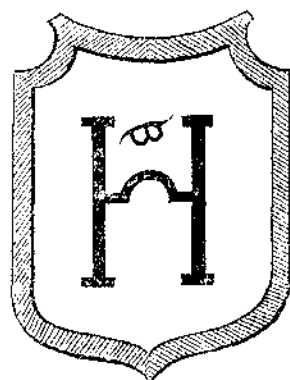
D. Fernando Gutiérrez

CAPITAL



D. Juan Nónes

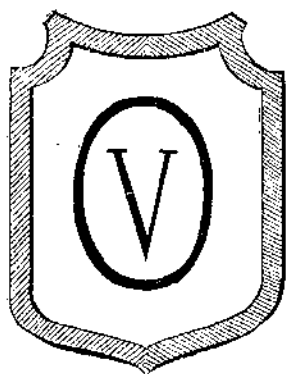
CAPITAL



Conde de Patilla

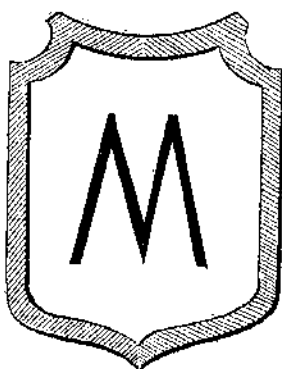
Zaragoza

CAPITAL



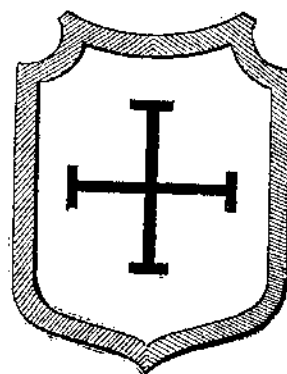
Doña Ramona Sáez, viuda de Gota

ECEA DE LOS CABALLEROS



Severo Murillo (Ripamillán)

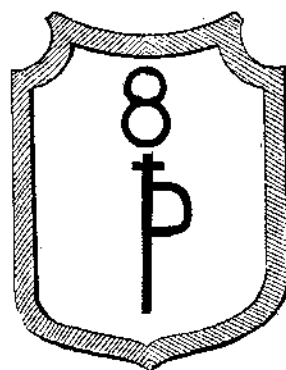
PINA DE EBRO



D. Gregorio Ferrer

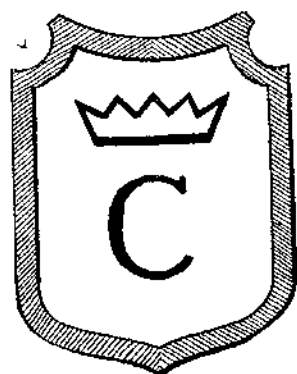
Portugal

VILLAFRANCA DE XIRA



D. José Palha Blanco

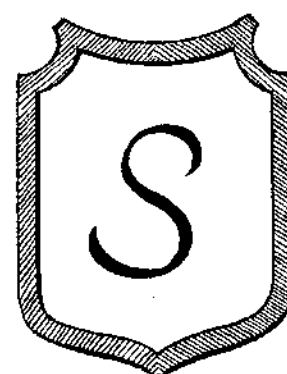
Existen y han existido algunas ganaderías cuyos dueños no se han cuidado de expresar su vecindad en los carteles pero que en las reses han usado hierros. De estos, como más notables recordamos los siguientes:



Marqués de Comillas



D. Victoriano Fernández Giro



D. Ramón Sierra

En algunos carteles aparecerán tal vez anunciados toros de ganaderías aquí no expresadas. Téngase presente que muchas veces proceden de desecho y los ganaderos de las de casta no quieren, y hacen bien, desacreditar la suya, por lo cual consienten se anuncien como de la pertenencia del comprador; otras veces son reses criadas para el abasto de los mataderos, que la codicia da como bravas; otras son de ganaderías que empiezan á formarse con restos de las extinguidas, y pocas, muy pocas, es posible hayamos olvidado, lo cual no tiene nada de extraño por las dificultades que hemos tenido que vencer para poder facilitar á nuestros lectores doble número de marcas de las que se han dado en los libros escritos hasta ahora sobre el particular.

Hijón, D. Juan.— Vecino de Manzanilla, de quien dice el Sr. Espinosa y Quesada, con referencia á *El Arte del Toreo* de D. José de Daza, que á la edad de más de ochenta años derribaba en el campo reses bravas. ¿Será éste el *Juanijón* de que habla *Pepe Illo* y que picaba toros á caballo sobre un hombre?

Hijosa, Bartolomé (*El Habanero*).—Mataba toros alternando con Juan Hidalgo en 1822. De su mérito no hay noticias.

Hijosa, Alfonso.—Picador de vara larga, á quien dió la alternativa en la plaza de Madrid el conocido Zapata el año de 1813. Los que le vieron no le concedieron mérito.

Hiráldez Acosta, D. Enrique.—Era un entendido aficionado y escritor público; fundador en Madrid (1874) de un acreditado periódico tauromaco.

Hita, Ginés de.—Este notable escritor, en su *Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes*, hace una descripción bellísima de una corrida de toros en la plaza de Bibarambla de Granada, en tiempos de reyes moros, y en que se lució el malique Alabez mancornando un toro bravo. Tiene tal pureza de lenguaje el trozo á que nos referimos, que se cita como un modelo de escogida literatura.

Homen, Antonio Luis.—Hay que aplicarse más en las banderillas y tener más confianza si ha de llegar á ser banderillero este mozo, que empieza ahora el oficio.

Hondo.—El toro que, siendo de libras, tiene las patas en proporción á su corpulencia, y altos el cerviguillo y cuarto trasero. Presentan hermosa lámina los de este trapío, siempre que no sean barrigones.

Hormigo, Francisco.—Era notabilidad como picador, aunque en nuestro concepto valía menos que su hermano Andrés. Toreaba ya en el año de 1824 en la época de Juan, el *Pelón*, y alternando con él.

Hormigo, Andrés.—Buen jinete y acreditado picador, que lució por los años de 1833 al 38, y mucho después en la plaza de Madrid y en otras varias, al lado del célebre Antonio Sánchez (*Poquito pan*), de quien no desmereció gran cosa. Era pundonoroso y trabajaba con celo, por lo cual era simpático al público, de quien deseaba oír aplausos.

Hormigón.—El toro cuyas astas en sus extremos ó puntas se encuentran poco agudas ó redondeadas, en menos proporción que las de los llamados mogones. Siempre los toros hormigones lo son a consecuencia de una especie de enfermedad ó padecimiento que les corroe en parte la delgada lámina que concluye en sus astas formando los pitones.

Hosco.—Véase negro «Mulato.»

Huertas, Antonio.—Trabajó como banderillero en alguna ocasión con la cuadrilla del *Tato*; pero no se marcaron mucho sus adelantos en el arte de torear.

Huerto, Victoriano del.—Hasta ahora no ha picado temporada entera, y por lo mismo no es fácil apreciar su trabajo. También es de los atrasados en el oficio, es decir, de los que hace algún tiempo trabajan y no llegan á ser de tanda en cuadrillas de primer orden. Es posible que haya abandonado el oficio, porque nadie habla de él desde diez años acá.

Huertos, D. Rafael.—Aficionado práctico que, con aplauso, y en unión del último marqués de Villaseca, lidió becerros en Madrid hace más de treinta años, y en Aranjuez á presencia de la reina doña Isabel II, en una función á que asistió toda la grandeza y aristocracia que residía en Madrid. Fué empleado público.

Huesos (tomar los).—Dícese de espada cuando al dar la estocada pincha en los altos sin introducir el estoque. Generalmente sucede así cuando va bien dirigida la estocada, no atravesándose el diestro, sino perfilado; pero suele suceder que casi siempre no penetra la espada, porque el toro está cerrado de agujas, lo cual consiste en que está abierto de manos, ó sea separadas una de otra más de lo regular, y también en que el torero, cuarteando mucho, pinche atravesándose.

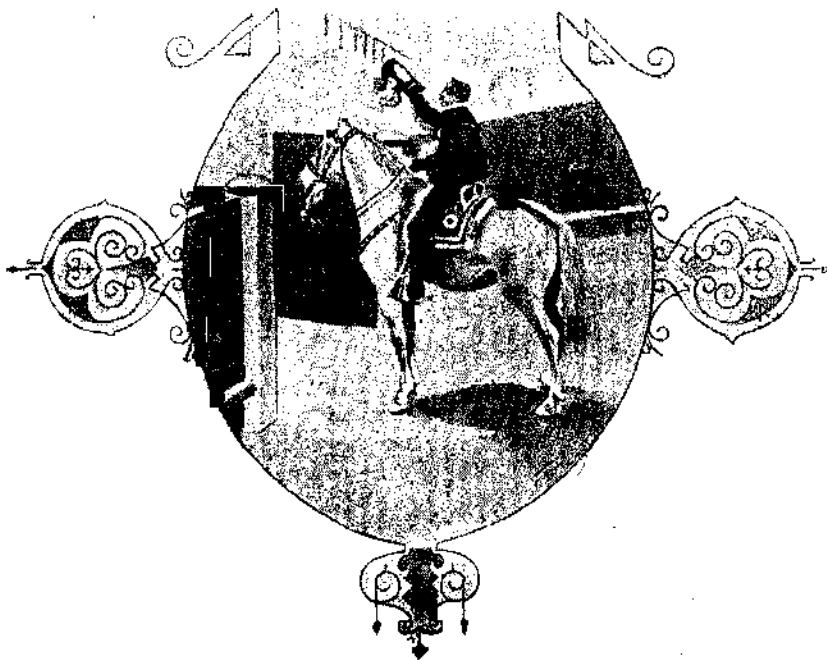
Huelva, Rafael.—En 1876 se estrenó este mozo como picador, y en Sevilla dijo «vuelvo», y no se le ha vuelto á ver. Al menos á nuestra noticia no ha llegado su segunda presentación en otra plaza de importancia.

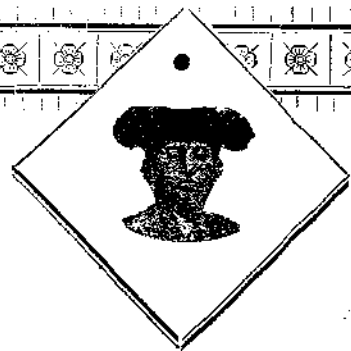
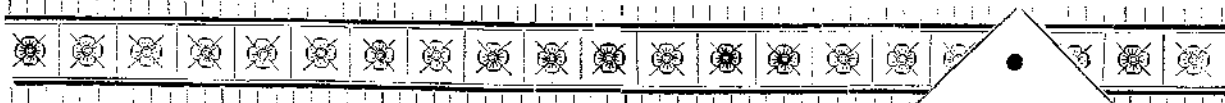
Huído.—El toro que busca la salida sin hacer caso de bulto ni engaño. Generalmente los toros blandos al hierro, en cuanto se les castiga con la garrocha, vuelven la cara y concluyen por buirse; pero

alguna vez, toro que ha salido del chiquero huyendo, se ha crecido y ha acometido con codicia, especialmente si en el primer encontrón con un picador éste ha marrado el puyazo, y aquél, sin castigo, ha podido cebarse en el caballo. Empapándole mucho, consintiéndole, puede sujetarsele y hacer que acuda á las suertes en que no encuentra castigo.

Hamillar.—Cuando el toro baja el testuz para engendrar la cabezada, para partir ó escarbar, ó bien cuando, herido por el estoque, se coloca así no tapándose. No debe hacerse con él suerte alguna hasta que levante el testuz.

Hurtado, Juan.—No debía ser muy mal picador cuando á principios de siglo alternaba con buenos compañeros en las plazas de más nombre. En la de Sevilla trabajó en 1802 con Manzano y Escobar.

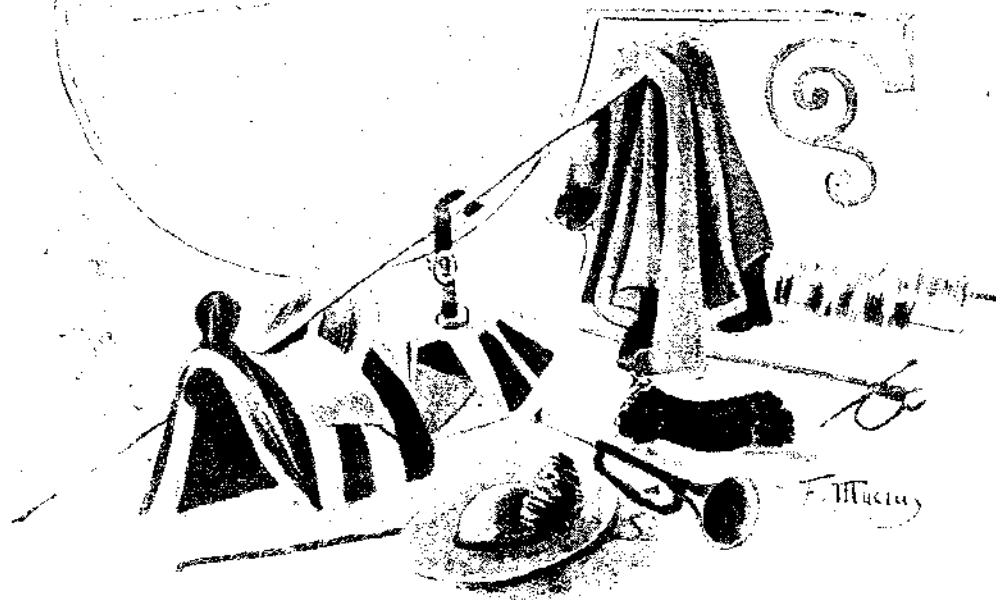




Ibáñez y González, D. Antonio.—

Concienzudo escritor tauino que perteneció y pertenece á la redacción del acreditado periódico *El Toreo*, de Madrid. Se ha distinguido por su imparcialidad, su clara dicción y correcto lenguaje.

Nació en Murcia el 6 de Diciembre de 1850 del matrimonio de D. Antonio Ibáñez Peralta con doña Francisca González del Oro. Estudió hasta el 1870 la carrera de filosofía y letras, y por sus convicciones republicanas fué presidente de Club y abanderado de voluntarios, siguiendo las tendencias políticas de D. Emilio Castelar, hasta que este eminente orador se alejó algún tanto



de las contiendas de los partidos; prestó grandes servicios en obras de caridad y ha dirigido varios periódicos taurinos y formado parte de las redacciones de otros políticos y literarios.

Su entusiasmo por la afición taurina no la ha probado solamente desde su asiento de barrera con los lápices y cuartillas en la mano, sino que, con general aplauso, ha cambiado dichos útiles por el



estoque, para en corridas de beneficencia, en su país, matar algunas reses, llevando á la arena sus conocimientos, que ha probado sobradamente redactando el Reglamento para las corridas de toros que rige en la plaza de Murcia.

Aparte de otros méritos literarios, Ibáñez es un aficionado teórico-práctico de gran valía, serio y de relevantes condiciones sociales.

Idiañez, Manuel (Malagón).—Era un torero corrobés que en el primer tercio del presente siglo se buscaba la vida trabajando en plazas de segundo orden como banderillero.

Idiañez, Francisco (Chanito).—Hermano de Manuel, natural también de Córdoba, y banderillero de novilladas en la misma época. No sabemos cuál de los dos sería mejor en su profesión.

Iglesia, Antonio de la.—Matador de toros en novilladas, cuando lo eran *Pucheta*, *Don Gil*, el *Regatero* y otros que luego tomaron la alternativa de espadas, lo cual no consiguió el tal Iglesia, por su poca aptitud para el torreo. No todas las iglesias son catedrales.

Iglesias, José García (El Morondo).—Natural de Salamanca, y dedicado al cuidado del ganado

desde joven, era entendido picando toros. Trabajaba con buena voluntad, aunque no con gran fortuna, y ha tomado parte en las fiestas reales del año 1878, desde cuya época no ha vuelto á versele en plaza alguna.

Iglesias, Arturo.—Hace más de ocho años paraba regularmente, allá en plazas de Andalucía; pero desde entonces no hemos vuelto á saber su paradero.

Iglesias, D. Eduardo.—Industrial honrado y trabajador constante; llevado de su afición á las fiestas de toros, ha resucitado con enérgica iniciativa el antiguo y muerto ya periódico *El Enano*, dándole nueva y exuberante vida, á fuerza de cuidados y dispendios. Supo escoger para redactarle gente muy entendida en las lides taurómicas y ha dado á la publicación un interés y una importancia extraordinarias, consiguiendo del público un favor inusitado. Sin una gran voluntad, sin un marcado empeño en elevar el arte del toro hasta donde le corresponde de justicia, no se alcanza, como ha alcanzado Iglesias, un éxito tan grande como merecido. Su entusiasmo ante las hazañas de los buenos toreros le sugirió la idea de celebrarlas en letras de molde, y á fe que no puede estar quejosa la gente de coleta del cariñoso trato que la presta el periódico que, cual otro Fénix, renació de sus cenizas.

Inard, Rosa.—Por cinco duros *hacia* de labradora en una pantomima de novillada, y por igual cantidad, y luego por menos, era banderillera «á cuerpo descubierto» esta muchacha aragonesa de la cuadrilla de la Martina García.

Inclán, José María.—Este banderillero, luego espada, procuró cumplir siempre bien y con bastante conciencia. Si no lo logró, culpa no fué suya, pues «el hombre propone y Dios dispone». Le distinguió bastante Juan León en el primer tercio del presente siglo, haciendo se presentase por primera vez en Madrid en 9 de Octubre de 1815 y tomar la alternativa en 28 de Septiembre de 1818. Había nacido en Sevilla, donde se dió á conocer en 1.º de Marzo de 1813.

Indumentaria.—Nunca han sido tan lujosos los trajes usados por los lidiadores como los modernos ahora en boga. En lo antiguo los caballeros que llevaban garrochones, debían gastar, según



1700.—TIPO DE CABALLERO CON GARROCHÓN.—MACÍAS

dice Novelli, sombrero con plumas de colores, bien ajustado á la cabeza, pero no apretado: vestido negro á la castellana, de golilla, recogido, ajustado y nada embarazoso: las faldillas del ajustador cogidas de la pretina de los calzones, y aquél y estos de ante, de cuerpo y suave: la capa, preciso adorno del traje de la golilla corta, descubriendo el cuerpo, asegurada con dos botones á los hombros de la ropilla. Las espini-lleras debían ser de hoja de hierro templado, ligeras, fuertes y bien unidas á la pierna y los botines blancos encima: zapatos de suela blanca y que la carnaza esté afue-ra, porque se traba y ase más bien á la folera del vestido: guantes blancos anchos, que muchos estro-gaban las palmas de ellos con pol-vos de resina para asegurar mejor el garrochón, y que no debían quitarse mientras estuvieran en la plaza.

Desde que el toreo se regularizó, no cabe la menor duda de que todos los que en la lucha toma-

ban parte, tanto á pie como á caballo, gastaban traje á propósito para ella, que el tiempo y el gusto moderno han ido modificando. Las Maestranzas vistieron por su cuenta á los lidiadores que trabajaban en corridas por ellas dispuestas, regalándoles las principales prendas del traje, que consistía en chaquetilla de grana para los picadores, y justillos para los peones auxiliares. El célebre Romero, y luego los demás espadas de su tiempo, usaron calzón y co-lete de ante, largo y ajustado, atacado aquél por la espalda con trencilla, y el segundo á los costados con botones y ojales en su parte alta y baja, cinturón ancho de cuero con grande hebilla delante, mangas de terciopelo muy acol-chadas, medias blancas y zapatos con hebilla.

Después, ya en tiempo posterior á *Pepe Illo*, hemos visto que usaban calzón corto, chupilla y chaquetilla de un color, que con raras excepciones, era negro ó muy obs-curo, con alamares ó guarnición de seda negra, sombrero de tres picos, y para el pasco capote con mangas muy se-mejante á un gabán ancho.

Más tarde, el famoso *Curro Guillén*, *Sentimientos* y otros, trocaron aquella sencilla vestimenta por más adornados trajes bordados de oro y plata sobre seda de colores, y sustituyeron la trenza de pelo, la cofia y la peineta, con la reducida coleta y modesta moña que hoy se usa.

Es, pues, hoy el traje del torero de á pie compuesto de chaquetilla corta y airosa, recamada de oro y plata ó bor-



1750.—TIPO DE TORERO

dada de pasamanería sobre buena tela de seda de color, chaleco de tisi de plata ú oro y calzón corto, que en lenguaje bajo llaman *taleguilla*, de punto de seda, igual en color á la chaqueta, y bordado á los costados como la misma. Un ceñidor ó faja de gró, raso, crespón ó faya, de distinto color, rodea su cintura, á la cual baja desde el cuello estrecha pañoleta semejante á la faja, y completa el todo graciosa montera andaluza con madroños y caireles, toda negra, llevando al aire la pantorrilla, que cubre fina media de seda blanca con viso rosado ó

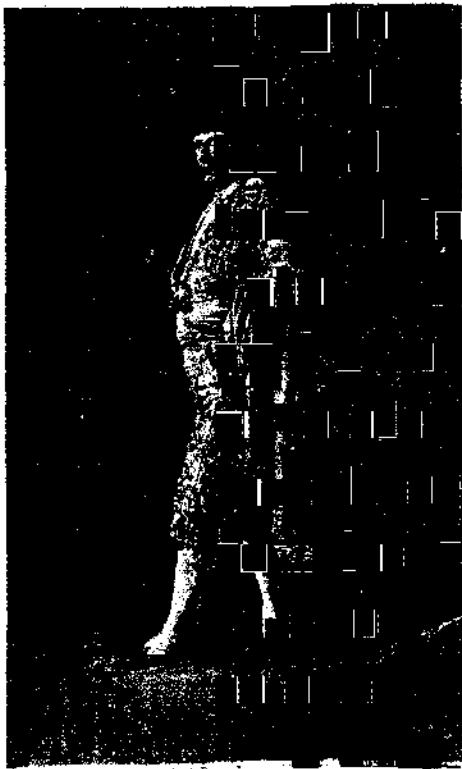
sido taladradas por el asta del toro. El sombrero de tres picos, llamado de *medio queso*, en la gente de á pie no desapareció hasta 1834, conservándose, sin embargo, como de etiqueta para las funciones reales.

Para calle han usado los picadores y aun algunos le usan, un traje compuesto de sombrero calañés, chaqueta corta de terciopelo, chaleco escotado, calzón corto de punto, marseillés al brazo, botines con erretes y ceñidor ó faja de rica seda de colores. El conjunto es airoso y elegante.

Antes los picadores para las faenas del campo usaban traje muy parecido al que ahora llevan á dicho fin los garrochistas, y



1790.—TIPOS DE TOREROS Á CABALLO Y Á PIE.—F. NOSERET



1840.—TIPO DE TORERO.—TIRADO

azulado, y sujeto el pie con zapatilla negra de piel de cabra sin tacones. Los toreros de á caballo, ó sean picadores, usan de medio cuerpo abajo calzón y botín de ante fuerte, que cubre la mona ó armadura de hierro, y de cintura arriba chaleco de tisi de oro ó plata y chaquetilla como la de los de á pie, pero de terciopelo, bordada y abierta por el centro hasta media espalda y por bajo de los brazos, para ser ó estar suficientemente suelto en sus movimientos. Llevan coleta y moña, faja y pañoleta como los de á pie, y cubre su cabeza el sombrero redondo de castor que llaman castoreño. Se nos olvidaba decir que además de grandes espuelas, usa el picador zapatos muy gruesos con triples suelas, que á pesar de su espesor, más de una vez han



1880.—TIPO DE TORERO.—De fotografía

está compuesto de las siguientes prendas: *Torta* ó sombrero Carmona, de fieltro fuerte, forrado exteriormente de terciopelo negro, más ancho de alas y



1890.—TIPO DE PICADOR EN TRAJE DE CALLE.—De fotografía

chato que el llamado calañés; tiene barbuquejo de cinta para sujetarle bajo la barba y cordón de goma para igual fin por detrás, y se estima como el mejor modelo de sombrero, porque su forma y dureza pueden evitar los palos que suelen recibirse en la cabeza al marcharse la garrocha en la despedida del puyazo. *Zajonas* ó delanteras llaman á unas perneras de cuero curtido que cubren la parte anterior de las piernas y vientre del jinete, y que se sujetan con una correa á la cintura y otras trabillas también de cuero á la rodilla y muslos: resguardan mucho del frío y de la lluvia y alguna vez de puntazos. Estas zajonas cada día las usan menos los garrochistas. El *calzón* es de punto con trampa, abrochado en las rodillas por botones de plata, además del cordón de seda negro con borlas que ata por la extremidad inferior, precisamente donde empiezan los *botines* de cuero abiertos por los costados á la parte de afuera. Son blancos los que tienen color de avellana y otros negros, y sirven muy principalmente, además de la gracia que dan al traje, para salvar el calzón del sudor del caballo. *Chupa*, nombre de la chaqueta corta de paño fino, casi siempre adornada con bordado de trencillas de seda y botones de plata ú oro: no se abrocha, y los garrochistas para salvar este inconveniente atan un pañuelo de seda, cuyo nudo viene delante. Como prenda de abrigo, usan el *marse-*

llés, pero en todo tiempo se lleva, si á pie en el brazo, si á caballo en la perilla de la silla, puesto que es el complemento del traje de moños: va adornado ahora en las coderas y extremos de terciopelo negro y antiguamente de colores, con tres ó más broches grandes de plata para abotonarle al pecho; y finalmente, usan *faja* de seda de colo-



1890.—TIPO DE GARROCHISTA (D. Antonio Fernández Heredia).—De fotografía

res y *espuelas* de las llamadas jerezanas, vaqueras, de cuello de pichón, y de cinco puntas que es la de mejor castigo que se conoce.

Infantas, D. Antonio de las.—Caballero particular que en unión del duque de Fernandina, del marques de Almazán y de otros de la primera nobleza, rejoneó toros en la plaza Mayor de Madrid en el año de 1663.

Infante, D. Fernando.—Caballero malagueño que en fiestas reales celebradas en la ciudad de su residencia, el 16 de Septiembre de 1686, rejoneó

toros en la plaza pública, ó de Cuatro calles (hoy de la Constitución).

Infante, Juan (*El Grajo*).—Natural de Málaga, donde nació en 1862, siendo hijo de Pedro y de Francisca Laure. Cuando pasó de la infancia, pero desde muy pronto, le dedicaron á la carretería, ó sea al cuidado de carros para conducir encargos, y luego á mozo de caballos, hasta que habiendo



toreado como picador por primera vez en 1888, se dedicó de lleno al arte de los Corchados y Marchantes, y ha trabajado desde entonces con casi todos los novilleros espadas, y en algunas provincias con matadores de primer orden y categoría.

Es hombre modesto, robusto y amigo de cumplir con su obligación. Se tiene muy bien á caballo, al que va unido como debe; entiende lo que es el torero, y sobre todo la suerte de picar, y no le falta más que un buen padrino, para que haciéndole trabajar con los más sobresalientes le proporcione adquirir el conocimiento completo de muchos detalles del arte de torear.

Infante y Palacios, D. Santiago.—Escritor público que con gran calor defendió en la prensa,

tanto en prosa como en verso, las buenas cualidades del espada Julián Casas (*El Salamancaquino*), y las corridas de toros. Es autor de algunas obras literarias, y hace ya muchos años marchó á América, regresando de allí en 1892.

Infante, Manuel.—Picador de toros voluntario, jinete bastante bueno y de regulares condiciones personales; ha ido adelantando desde que le vimos por primera vez en Madrid hace ya seis ó siete años. Más debiera trabajar de lo que trabaja, porque aunque no es de lo superior en el arte tampoco es despreciable.

Infante y Coito, José (*Charpa*).—Con que sepa hacer y haga este picador la mitad de lo que hizo su tío Joaquín Coito, el verdadero *Charpa*, nos damos por contentos. Hay sobrenombres que á mucho obligan, y ese es uno de ellos.

Infante da Cámara, Nuno.—Vive aún en Portugal, retirado del torero, este buen aficionado y rejoneador de toros á caballo, mozo de curro y forcado. Es hermano del ganadero portugués

Infante da Cámara, Emilio.—Excelente mozo de forcado, retirado ya del torero. Es hoy uno de los primeros ganaderos de reses bravas, que son consideradas como de las mejores para la lidia portuguesa. Pasta su ganadería en el pueblo llamado «Valle de Figueira.»

Inteligente.—Así como en España hay un presidente, que ya proceda de la clase de concejales ó de la de gobernadores, está al frente del espectáculo para atender á todo lo que generalmente ignora, en Portugal, donde en realidad no es preciso tan en absoluto como aquí conocimiento exacto de los incidentes de la lidia, tienen un *Inteligente* que dirige toda la corrida y está contratado al efecto como si fuera un artista. Corre á su cargo mandar el cambio de las suertes y hacer *pegar* á los toros que estime, por su estado, á propósito para que los forcados lo verifiquen.

Intención.—El instinto dañino que descubren algunos animales, á diferencia de lo que en otros se observa generalmente; y así se dice «toro de in-

tención.» En el redondel se llama de sentido al que demuestra esa intención.

Iradier, D. Sebastián.—Notable músico español que floreció hace unos cincuenta años. Sus canciones andaluzas eran el encanto de los salones de la corte, y las tituladas *El Torero*, *Los toros de Madrid* y *Los toros del Puerto* han sido y son tan populares, que á pesar del mucho tiempo transcurrido, todavía se oyen con tanto gusto como *Las Caleseras*, del mismo autor. Fué un acontecimiento en Madrid oír cantar la *Jota del Chiclanero*, de su composición, en el año de 1845, al célebre bajo de ópera Ronconi, al tenor Belart, á las grandes cantantes Bossio y Didier y á otros artistas líricos notables.

Iriarte, D. Tomás.—Célebre poeta español, que nació en el puerto de Santa Cruz, de la villa de Orotava, en la isla de Tenerife, el día 18 de Septiembre de 1850. Escribió una bonita descripción de una función de toros en Madrid; falleció de la gota el 17 de Septiembre de 1891, y fué enterrado en la parroquia de San Juan.

Ires Rossio, D. Pedro.—Antiguo é ilustrado periodista alicantino, excelente crítico de teatros, que consiguió llamar la atención con sus preciosas revistas de toros, escritas con gracia y sal. Hace tiempo que dejó de escribirlas, y todavía las recuerdan con placer los aficionados de Alicante, á quienes les toca obligarle á que las prosiga.

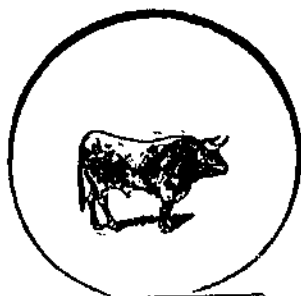
Irse por carne.—Se dice cuando por ceñirse demasiado el toro, al colocarse en la suerte de matar, le entra la espada por el lado izquierdo sin profundizar, ó solamente pinchándole, sin consumir la suerte ni dar verdaderamente estocada, á la cual llaman los toreros, como al principio decimos. Es, en una palabra, meter el estoque poco más adentro que entre cuero y carne, pero en igual dirección.

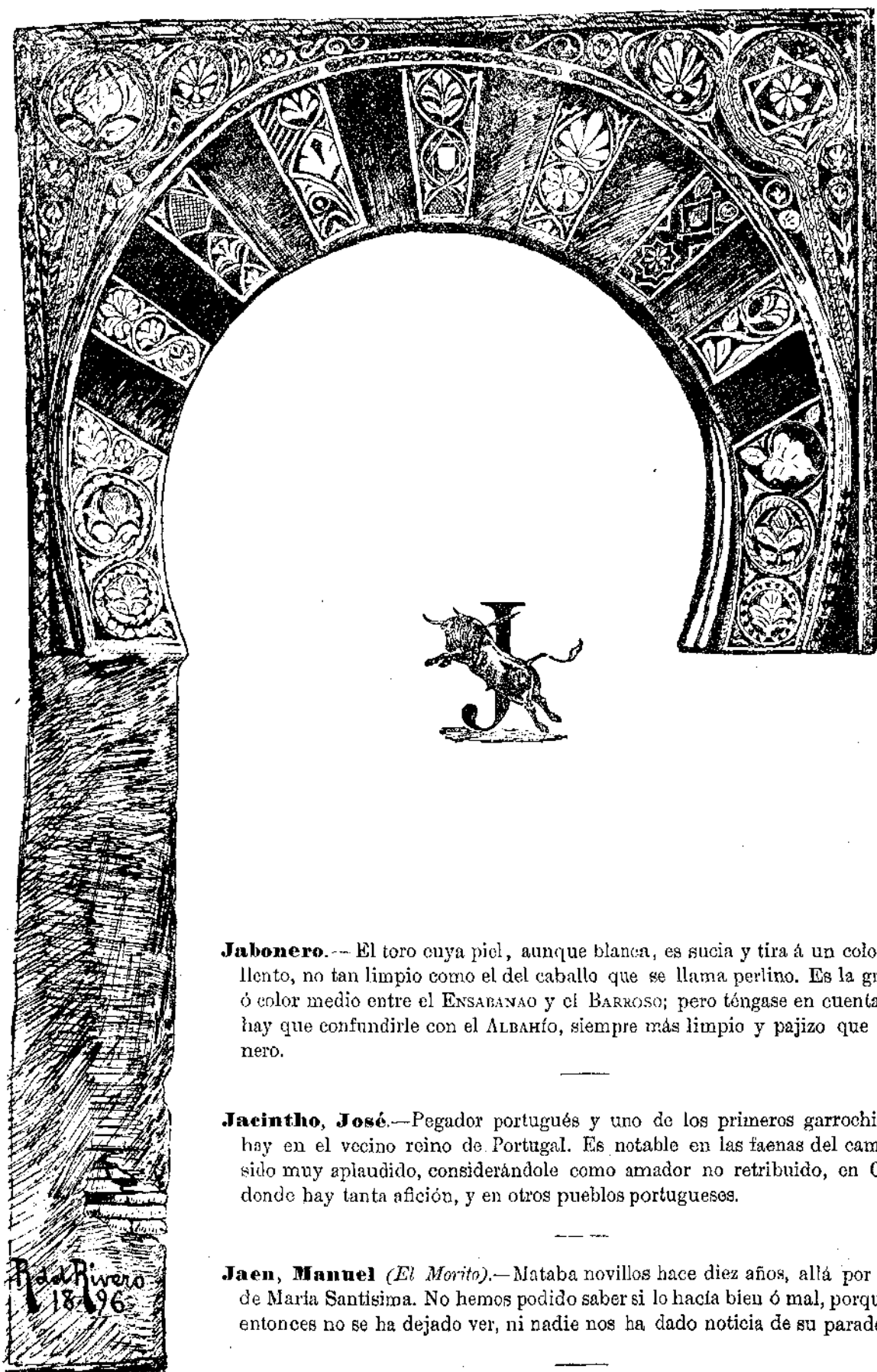
Isasi, Cecilio (El Alavés).—Cumple lo mejor que puede matando toros en novilladas por los pueblos. No lleva en el oficio un año ni dos, que ya sabe donde le aprieta el zapato. Es muchacho formal y simpático.

Ituarte, Antonio.—Fué á principios de siglo un banderillero aplaudido por su arrojo. Se le conocía con el apodo de *El Zapaterillo de Deva*, y en Madrid trabajó antes del año de 1819.

Iturbe, Cayetano (El Vizcaino).—Fué á ejercer de banderillero en la Habana, aun no hace diez años, y adquirió cierta fama de inteligente en aquel país, del que no creemos haya vuelto á España; al menos nadie da razón de su paradero.

Izquierdo, Manuel (Morenito).—Por si eran pocos acaba de darse á luz otro morenito, que dicen pareo bien y es fresco ante los toros. No le hemos visto.





Jabonero.—El toro cuya piel, aunque blanca, es sucia y tira á un color amarillento, no tan limpio como el del caballo que se llama perlino. Es la gradación ó color medio entre el ENSABANAO y el BARROSO; pero téngase en cuenta que no hay que confundirle con el ALBAÑO, siempre más limpio y pajizo que el jabonero.

Jacintho, José.—Pegador portugués y uno de los primeros garrochistas que hay en el vecino reino de Portugal. Es notable en las faenas del campo y ha sido muy aplaudido, considerándole como amador no retribuido, en Coruche, donde hay tanta afición, y en otros pueblos portugueses.

Jaen, Manuel (El Morito).—Mataba novillos hace diez años, allá por la tierra de Maria Santísima. No hemos podido saber si lo hacía bien ó mal, porque desde entonces no se ha dejado ver, ni nadie nos ha dado noticia de su paradero.

Jalma.—En América, como en España, se da ese nombre á la albarda ó albardón que se pone á las bestias de carga. Pues bien; en aquel remoto país, cuando

un diestro se ha distinguido mucho suelen el día de su beneficio regalarle un toro del país, *enjalma-do* lujosamente con pretal y aturre, de estilo berberisco, salpicado con soles y monedas de plata, y con bordados y flecos de seda, como se adornan algunas mulas catalanas y caballos de contrabandistas. El mayor ó menor prestigio que en el país tenga el padrino del torero—porque hay que advertir que éste tiene que buscar siempre una persona que le favorezca allí durante su estancia—influye poderosamente en la bondad ó precio del toro y valor del aparejo. Es un obsequio que van desterrando.

Jaquetón.—Toro de la ganadería del difunto marqués viudo de Salas, vecino que fué de Madrid, lidiado en la corte en cuarto lugar en la tarde del 24 de Abril de 1887. Era cárdeno chorreado, apretado de cuerna, de condición noble, codicioso y de gran poder. Tomó nueve varas, mató siete caballos, y más hubiera matado si se le hubieran puesto delante. Fatigado de la faena terrible que sostuvo en la lidia, pues ni un momento descansó, se le vió bajar la cabeza en el centro del ruedo y moverla como un azogado, así como las manos en continua convulsión. Vista su inutilidad para la lidia, salieron los cabestros, y no pudiendo andar ni seguirlos, se acordó que el espada le rematase, haciéndolo Francisco Arjona Reyes de un descabello al tercer intento. Cuando fué arrastrado, todos los concurrentes aplaudieron las hazañas de tan bravo animal, que, reconocido después en el desolladero por el distinguido profesor de veterinaria D. Simón Sánchez, resultó tener roto un pulmón; de modo que murió *reventado*, como caballo en larga carrera.

Jarameño.—Aunque esta voz parece aplicable á cuanto del Jarama se derive, sólo se entiende al usarla que se refiere á los toros que se crían en las riberas del Jarama, celebrados por su bravura y ligereza. Así lo afirma, con razón, la Academia, y en ese sentido la han usado autoridades literarias antiguas y modernas.

Jaramillo, Manuel.—Fué uno de los banderilleros que pusieron los últimos pares de rehiletes al toro que mató al desgraciado *Pepe Illo* en el año de 1801. Pasó después de esto á formar parte de la cuadrilla que organizó su compañero Antonio de los Santos cuando éste se hizo espada, y tuvo fama de bravo y entendido.

Jaripeo.—En este nombre genérico van comprendidas, y con él se conocen, todas las suertes de

toreo que en México practican, con singular maestría, los hombres que allí se dedican al referido arte. De modo que puede tomarse como equivalente á «Lidia Taurina.»

Tuvo ésta origen en América cuando allá fueron los españoles, que aprovecharon las circunstancias de ser muy abundante, grande y bravo, por lo salvaje, el ganado vacuno que se cria en el país, y la de que los naturales del mismo, por necesidad, por distracción y por alarde de valor se dedicaron con frecuencia á cazar reses vacunas, ora enlazándolas para desjarretarlas después, ora derribándolas á brazo, en lo cual eran muy diestros.

Según el notable y antiguo aficionado don José de la Tijera, en la preciosa obrita que escribió á principios de este siglo, y que ha impreso por primera vez en Madrid, en 1894, el Sr. Carmena, los toros menos feroces de nuestra Península son superiores á los más bravos y fuertes de América, atribuyendo la causa física de esta variedad á la notable que hay entre ambos climas y á lo menos sustancioso de aquellos pastos, y, por consiguiente, las reses americanas no son tan ligeras y se prestan mejor á las suertes, que en España son más difíciles, con las que se revuelven con presteza. En este supuesto—añade dicho autor—con especialidad en Lima y su jurisdicción, se matan por los lidiadores yéndose á cuerpo descubierto de frente á los toros, al tiempo que les embisten, dando unos pasos cortos adelante, pero muy pausados, largos y oblicuos á derecha é izquierda, en términos de que en cada uno de estos movimientos separan el cuerpo lo necesario de la línea recta al toro, para que al llegar al torero pueda éste rehurtar el cuerpo á su izquierda y darle en la nuca con el cuchillo ó puñal que al efecto lleva en la mano derecha. Esta operación la repiten cuando al primer golpe no se dejan el toro á sus pies, hasta que llegan á conseguirlo. Para este género de suerte es indispensable una extraordinaria serenidad de espíritu y singular tino, no sólo á fin de acertar el golpe en una tan contingente, pequeña y determinada parte como se requiere para que muera el toro, si también á efecto de que el penúltimo de dichos pasos ó compases se mida en disposición que corresponda á la derecha haciendo el oportuno quiebro ó engaño con todo el cuerpo tan en el centro, que pueda el lidiador salir de él y quedar libre con dar el último paso á la izquierda y al mismo tiempo descargar el golpe con el puñal.

Hace más de treinta años (1) que un limeño se presentó en la Plaza de Cádiz á ejecutar la referi-

(1) Debió ser este suceso próximamente hacia el año de 1770. De él hemos hablado en la voz CÁNDIDO.

da suerte, y habiéndole cogido y estropeado el toro al hacerla, tomó inmediatamente Joseph Cándido el puñal y á la segunda salida dió muerte á la fiera, sin embargo de que hasta entonces no tuvo aún noticia de la explicada suerte. ¡Tal era, pues, la habilidad de este famoso lidiador!

Las demás suertes que hacen á pie los naturales de las mencionadas provincias son tan sin arte, primor y mérito, que la menos mala consiste en juntarse en comparsa ó pelotón, á la manera que lo ejecutaba la rusticidad de algunos mozos de España, para lo que llaman suiza, que era realmente matar los toros con una especie de chuzos, con que hiriéndolos principalmente por los cuartos delanteros, todos á un tiempo con desordenada furia, después los desjarretan y atraviesan con las espadas por todas partes. Suelen también ponerles con una mano arpones (que están hechos á manera de banderillas), pero con torpeza y desaire, y con el propio emprenden diferentes mojigangas y juguetes ridículos, en lo que por lo general únicamente les arrollan y atropellan los toros, por razón de ser de las cualidades manifestadas.

Es incontrovertible que en las citadas provincias de la América se ven los mejores jinetes que hay en el orbe descubierto. Entre las muchas pruebas que tienen dadas de su singular pericia á caballo, hacen continuamente en los campos y

que éste y el toro vayan en el más veloz escape.

También los encuerdan ó enmaroman formando un lazo de toda la guindaleta, que llevan arrasando por el suelo, á excepción de sus extremos, que el uno va sujeto á la cincha, ó cola del caballo, y el otro cogido por el jinete con la mano derecha, cuyo respectivo brazo le extiende recto atrás haciendo con la parte de la guindaleta que puede elevar como un arco proporcionado, para que sobradamente pueda meter el toro la cabeza; inmediatamente que lo verifica llama para sí toda la guindaleta, á esfuerzos de un tirón, situándola en términos que no puede desenredarse el toro de ella ni huir más que lo que permite el largo de la referida, en el interin corre y se aprieta el lazo. Para echarlo en los términos explicados, va el diestro corriendo con su caballo á el lado izquierdo del toro, hasta dejarle un poco atrás, y entonces vuelve el caballo á la derecha, midiendo las distancias en términos que pase el toro con la proximidad oportuna por las caderas del caballo para que se entre por el lazo.

Tanto en este caso como en el último explicado, inmediatamente se apea el diestro para derribar al toro, á cuyo fin, ó le mete la cola por entre las piernas, ó la pasa de un hijar á otro por debajo de la barriga, y suspendiendo un poco los cuartos traseros y tirando de aquélla por un lado, le cae



JARIPEO. — A CAZA DE RESES BRAVAS. — MACÍAS

plazas las que en parte han ejecutado hace muchos años en algunas de las nuestras. Estas son las de enlazar (1) los toros por las astas, ó el pie ó mano que se proponen, con una guindaleta reboleándola y tirándola desde el caballo, aun-

al opuesto, con la mira de atarle de pies y manos, ó matarlo si le acomoda.

Igualmente los derriban de un bandazo con la guindaleta, para lo que la dejan en banda, sin más diligencia que la de aproximar el caballo al toro, el que partiendo entonces con precipitación al diestro, que le insulta y escapa; como que el caballo se halla inmóvil y preparado para resistir el

(1) Véanse las voces ENLAZAR, MANGANEO y PEALEO.

tirón del toro, al verificarlo da éste media vuelta con todo el cuerpo sobre la cabeza y se queda panza arriba, y el caballo siempre tirando para que no pueda levantarse.

En el Perú se enmaroman igualmente, llevando el lazo hecho, abierto y sujeto con un ligero palo de cuatro varas de largo, cuya maniobra también está en uso en Andalucía. En alguna otra provincia derriban los toros desde el caballo, por el estilo que en España (1).

Además de las mencionadas habilidades, hacen en las reiteradas provincias la de montar los toros con mucho denuedo, prontitud y agilidad, para lo que los enlazan en la disposición primeramente expuesta, y luego los tesan hasta enfrontarlos con el palo que á dicho intento, y el de ponerles la silla, se fija en medio de la plaza.

En Lima y Buenos Aires particularmente, cogen los toros ligándoles los pies con las tres proporcionadas bolas que, corriendo á caballo, rebolean y les tiran, las que van sujetas en otros tantos ramales (los dos como de á vara de largo y el restante más corto), los cuales salen de la respectiva guindaleta en forma como de triángulo. Esta va atada por la punta opuesta á la cincha ó cola del caballo, á el que tienen admirablemente enseñado á burlar al toro por medio de un corto recorte cuando le embiste, y tanto en estos casos como en los que acabamos de explicar (que se halla sin jinete), á estar siempre tirando del toro por medio de dicha guindaleta, y, por consiguiente, queda éste á disposición del diestro, luego que se apea, para poder degollarle ó hacer la maniobra que guste.

Es igualmente digna de los mayores elogios la destreza con que sortean con la capa á los toros desde el caballo (2), tanto por el gran lucimiento con que eligen las situaciones más proporcionadas al intento, cuanto por lo difícil que es para su logro perfeccionar el manejo de los caballos.

También usan, montados en éstos, del rejón, el que ponen de dos maneras: la una situando el caballo algo atravesado á la izquierda, de modo que la cabeza del toro se dirija al estribo derecho, con el fin de salir adelante con el caballo, luego que el toro se ceba en el rejón; y la otra, ocupando éste y aquél una línea recta, con el objeto de que sin salir de ella reciba el toro el rejón, con el que generalmente muere al primero que le clavan (1). En este género de suerte no se da salida al caballo, ni hace con el otro movimiento que llamarle un poco á la izquierda, á la manera que si se intentara hacer una media pirueta tan rendida sobre los pies, que casi diese con los corbejones en el suelo, en cuya posición permanece el caballo los momentos que tarda el toro en ser despojo del valor y destreza del jinete, si sale bien el lance. Este es uno de los más vistosos y lucidos que puede emprenderse con un caballo maestro, mandado con todas las reglas. En estos últimos años

(1) Estos rejones deben ser, no de la forma de hoja de peral que tienen las muertes de los españoles, si no de la de lanza larga y pesada, de que conserva algún ejemplar el autor de este libro.



(1) Página 227.

(2) Página 169.

(fines del siglo anterior) se han ido introduciendo el estoque, banderillas y varas por algunos españoles europeos, al modo que lo practican en nuestras plazas, lo que ya se va haciendo común en las de México, Lima, Cartagena y Habana: aunque en estas suelen picar los criollos á caballo, sin pararle, según generalmente lo ejecutan nuestros conocedores ó mayores y muchos aficionados, particularmente en los campos de Andalucía.

Así explicó aquel inteligente aficionado en los primeros años del siglo que toca al fin, lo que es el toreo americano. En el día se diferencia poco ó nada del que en España se verifica; bien es verdad que más torea allí diestros que llevan contratados ó van desde nuestra Península á probar fortuna, que naturales de aquel apartado país, aunque no faltan algunos de éstos bastante adelantados en el arte de *Pepe Illo*.

Pero hay que tener presente para todo esto que nada hay comparable al goce que siente el *gaucho* y los que no lo son al perseguir, acosar, lazar y montar una res brava, que en vertiginosa carrera, atravesando inmensas llanuras, rebrincando, bufando y saltando cerros y ríos, la rinde por el cansancio, y jadeante se para y entrega mansa y aburrida al sufrido y valiente jinete, que la dominó y venció.

Tienen ya los americanos, especialmente los de México, sitios á propósito que han escogido para dar descanso á las reses y repararse de sus fatigas. Tal vez el mejor sea el que á tres cuartos de legua de la capital ostenta, con sin rival hermosura, el frondoso bosque de Chapultepec, en que brilla, al pie de la montaña, una inmensa superficie plateada, que es la profunda y maravillosa alberca que por encima del sólido y grandioso acueducto envía sus aguas á la gran ciudad. Es uno de los más hermosos sitios del mundo, con una exuberante vegetación y con una infinidad de arroyuelos que embalsaman el ambiente.

Jaulones.—Lo mismo que **TORILES**, aunque muchos aficionados hacen la distinción, no desacertada, de llamar toriles solamente á los chiqueros, es decir, al corto espacio que ocupa el toro más inmediato al redondel; y los jaulones son los sitios que preceden al toril, especie de corralillos con puertas laterales para dar entrada y salida á las reses antes de que sean enchiqueradas.

Jimena, Antonio.—En las sociedades taurinas malagueñas fué un buen banderillero, y hasta probó matar becerros y no acertó. Era sastre, y de aquel país emigró á Lima, donde se hizo torero retribuido, sin que se haya sabido más de él.

Jiménez, D. Ernesto.—Entendido aficionado que bajo el pseudónimo de *Arsenio* ha escrito un excelente folleto titulado *Apuntes sobre el arte de torear*, varios artículos notables en defensa de las verdaderas reglas taurómacas, y un curiosísimo trabajo sobre las ganaderías de España. Es natural de Madrid, y uno de los pocos que al hablar de toros *sabe* lo que dice y lo que escribe, y en las tientas y becerradas *pisa* donde debe hacerlo un diestro de corazón ó inteligencia.

Verdadera autoridad en la materia, por tal se le reconoce, aunque su carácter jovial y decidor, como buen hijo de Madrid, haga que, en muchas ocasiones, se tome á broma lo que asegura con



formalidad. Buen amigo y cumplido caballero; es de un trato amenísimo: admírase en él una suficiencia especial y una aptitud general para entender en toda clase de asuntos por variados y antitéticos que sean. Fácil versificador, prosista de mucha naturalidad y sencillez en la dicción y en la frase, ni hace alarde de sus aventajadas dotes, ni llega siquiera á sospechar el grado que alcanzan en la conciencia de los entendidos.

La claridad, valentía y buena crítica que empleó en la redacción de *El Enano* contribuyeron mucho á levantar la afición á nuestra fiesta favorita, y á ensanchar los límites del periodismo taurino, hasta entonces harto circunscripto á determinadas localidades.

Jiménez, Francisco.—De este picador no tenemos más noticia que la de que trabajó con *Paco*

de Oro en la Habana hace ocho años, y que los carteles le anunciaban como natural de Sanlúcar de Barrameda.

Jiménez, José (Pancho).—Banderillero andaluz que conocieron los que vieron torear en sus buenos tiempos al *Tato* y al *Gordito*, á cuyas cuadrillas perteneció. Murió de larga enfermedad en Cádiz el día 22 de Agosto de 1888 á los cincuenta y cinco años de edad.

Jiménez, Rafael (El Simpático).—Un banderillero natural de Sevilla, que cumple muy bien y justifica su apodo, sin tener pretensiones. Pertenece á la cuadrilla del espada Leopoldo Camaleño y Obregón, que actúa en América con gran éxito. Acerca de tal matador hablaremos en el apéndice, porque han llegado tarde á nuestro poder los datos pedidos para incluirle en la letra correspondiente, con la extensión debida.

Jiménez Aranda, D. José.—Natural de Sevilla, donde aprendió el arte de la pintura con notable aprovechamiento. Goza de una excelente reputación en el arte, y por su cuadro «Un lance en la plaza de toros,» que presentó en la Exposición nacional de 1871, obtuvo una medalla de tercera clase, fuera de reglamento; y «Una cogida en los toros,» que llevó á la Exposición de París en 1880, fué muy celebrada por la corrección del dibujo y brillante colorido. Es comendador de la orden de Isabel la Católica.

Jiménez, Pedro.—De Jerez de la Frontera y diestro de á caballo que se ofrecía á las empresas en 1816 en calidad de sobresaliente. No se sabe si luego pasó á mayor categoría ó si se oscureció por completo.

Jiménez, José.—A fines del siglo último formaba este afamado banderillero parte de la cuadrilla de Joaquín Rodríguez (*Costillares*). En 5 de Octubre de 1799 actuó como espada en la plaza de Sevilla.

Jiménez, Manuel.—Excelente picador de la cuadrilla de Pedro Romero, á quien debió la vida en más de una ocasión, y especialmente en la corrida celebrada en Madrid el 17 de Julio de 1789. En el siguiente año de 1790 figuró el primero en carteles con la cuadrilla de Joaquín Rodríguez

(*Costillares*), lo cual no es raro, porque en aquella época se ajustaban los picadores por sí, y sin dependencia de torero alguno, y por lo tanto lo mismo figuraban en una cuadrilla que en otra. Trabajó por primera vez en Sevilla el 9 de Diciembre de 1782.

Jiménez, Juan.—No tenemos de este torero más noticias que la de que fué picador en la cuadrilla de *Pepe Ilo*, según dice un autor competente, y que alternó por primera vez en Sevilla el 16 de Octubre de 1784.

Jiménez, Bartolomé.—Picador de mérito sobresaliente que en fines del siglo anterior trabajaba con la cuadrilla de *Pepe Ilo* y otras de primer orden. No deja de llamar la atención la semejanza de su nombre con el de

Jiménez, Bartolomé.—Notable peón y banderillero que recibió lecciones de Pedro Romero, en cuya cuadrilla trabajó. Después de la muerte de *Pepe Ilo* hubo temporadas en que actuó como primer espada en la plaza de Madrid. ¿Sería picador antes y luego matador, y por consiguiente una sola persona? Hay que advertir que ya en 16 de Mayo de 1795 había matado toros en la plaza de Sevilla.

Jiménez, Agustín.—Ejercía en algunas plazas y ocasiones de sobresaliente de picador, es decir, de reserva ó de «entra y sale», como ahora se dice. Cuando su nombre está oscurecido poco valdría. Fué su época anterior al año 1820.

Jiménez, Juan (El Morenillo).—Hay á veces coincidencias raras en la vida de dos personas, que hacen semejantes la mayor parte de sus actos.

Como si procedieran de un mismo ser, los hechos del *Sombrerero* y el *Morenillo*, en cuanto al toreo, son tan iguales, existe en ellos tal semejanza, que parecen gemelos. Los dos nacieron en Sevilla: asegúrase que ambos vinieron al mundo en 1783, por más que un autor, con cuya opinión estamos conformes, haya fijado el año 1794 al nacimiento de Jiménez: uno y otro se conocieron y fueron compañeros en el matadero de Sevilla: Los dos fueron banderilleros del famoso *Curro Guillén*: En el año 1809 tomaron respectivamente la alternativa de matadores, según se asegura, aunque lo dudamos. Si el uno fué torero de escuela clásica

también lo fué el otro; y como directores de cuadrilla, poco tenían que echarse en cara.

¿Pueden darse más coincidencias? Pues hasta el carácter altivo de Ruiz era lo mismo que el de Jiménez, y la dignidad en éste, semejante á la que en aquél tenía aposento.

Perdonen nuestros lectores si nos hemos metido en comparaciones antes de hacerles conocer al matador de toros cuyos apuntes biográficos son los siguientes:

Ya hemos dicho que nació en Sevilla en 1794. Dedicado al oficio de zapatero, atendía más á las faenas del matadero de dicha ciudad, que á las de la obligación del arte de obra prima; en términos de que á los doce años de edad se distinguía por su arrojo con las reses y su prodigiosa ligereza. Era entonces, como lo fué siempre, sereno de espíritu, duro de corazón, delgado de cuerpo y de una elasticidad muscular envidiable. El color de su tez hizo que le llamaran *el Morenillo*. El famoso y entonces notable matador de toros, conocido por *el Curro Guillén*, le ofreció puesto en su cuadrilla en cuanto le vió hecho un mozo, y por su buen comportamiento le protegió evidentemente, tanto que en la ciudad de Jerez de los Caballeros alternó Jiménez por primera vez con un maestro, que quedó sumamente complacido del esmerado trabajo y afortunado éxito de su discípulo.

Hemos referido, cuando de Herrera Rodríguez nos hemos ocupado, que este matador, en la época de la guerra de la Independencia, marchó á torear al vecino reino de Portugal, donde tan buena acogida se le dispensó. Allí fué con el Juan Jiménez, y allí hizo suertes tan arriesgadas, demostrando extremada serenidad y temerario valor, que cautivó la atención de los más valientes portugueses; pero era poco espacio para lucir sus facultades el de las plazas de Portugal, y el *Morenillo*, después de unos años, regresó á su patria, aunque á disgusto y contra el deseo de su maestro.

Desde 1813, en que realizó su regreso á España, trabajó en algunas plazas de segundo orden, hasta que en 1815 ingresó como banderillero en la cuadrilla del célebre Jerónimo José Cándido. Nunca pudo Juan Jiménez tomar mejor determinación que esta. Al lado de tan distinguido maestro aprendió tanto, que bien puede decirse se perfeccionó en el arte, dentro del cual no le consideraba Cándido como banderillero solamente, sino como matador, y varias veces le hizo trabajar de media espada, consiguiendo de él grandes adelantos, especialmente en la suerte suprema de recibir toros.

Volvió de nuevo Jiménez á recobrar su puesto de *espada* de cartel, alternando desde el año de 1818 con Francisco Hernández (*El Bolero*), que le

confirmó en su cargo en cuantas plazas fué ajustado. El trabajo del *Morenillo* era tenido en mucho por los verdaderos inteligentes, que reconocían en él felicísimas disposiciones para el toreo de buena escuela, y su fama, por lo tanto, fué extendiéndose cada vez más por toda la Península. Los partidarios del *Bolero* hicieron que éste se indispusiera con el *Morenillo*, porque al primero no se le tributaban los aplausos que al último. Rompieron, pues, sus amistades, y cada cual giró por su lado.

Esto era en 1819. Entonces fué cuando Jiménez declaró solemnemente que delante de él no consentiría nunca de primeros espadas más que á sus maestros Francisco Herrera, (*Curro Guillén*) y Jerónimo José Cándido, y cumplió esto siempre tan puntualmente, que aun cuando, años después, Montes hizo que otros le cedieran la antigüedad, y se colocó á la cabeza de ellos, no pudo conseguirlo del *Morenillo*, que siempre fué primer jefe de la lidia, en términos de que en Madrid, en el año de 1836, llegó á anunciarse en los carteles la siguiente advertencia:

«En virtud de un convenio hecho entre los espadas, se ha establecido que en todas las corridas de seis toros mate dos Montes, y los cuatro restantes los otros tres, quedando en cada función uno sin matar; en consecuencia, los seis toros de este día serán estoqueados por Jiménez, Montes y Santos, quedando sin hacerlo Miranda. Las cuadrillas de banderilleros trabajarán á las órdenes de los cuatro espadas.»

Por resultado de esta conducta, que nosotros, lejos de criticar, elogiamos, porque demuestra dignidad el no permitir que los más modernos se antepongan á los antiguos, los ajustes de Jiménez fueron escaseando. Bien es verdad que ya su edad no le permitía más que cumplir con su obligación, sin bregar demasiado, y que habían aparecido diestros tan notables como Montes y Yust, Redondo y Arjona, que en la cumbre de su poder y facultades tenían precisamente que dejar atrás á cuantos habían pisado hasta entonces el redondel.

Sin embargo, trabajó todavía en 1852 y 53, y aun le vimos en Madrid una corrida en 1854, sereno y bravo como en sus buenos tiempos, pero vencido por los años. Tenía la grandísima ventaja de ser ambidextro, y en Madrid le vimos matar á *volapié* un toro cobarde y aplomado, usando la mano izquierda con facilidad, por haber sido imposible sacar de las tablas al bicho, y menos colocarle á derechas. Fué primer jefe de la primera cuadrilla de toreros en las funciones reales de toros celebradas en Madrid en 1846 con motivo del doble casamiento de la reina doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda, distinguiéndose

en plaza por los trajes verde y plata que vistieron todos los que componían aquélla, y matando en el puesto que le correspondía, que no cedió tampoco en esta ocasión, á pesar del ejemplo de algún otro, que cedió el suyo á matadores más modernos.

Retirado por sus años, de la profesión en que tanto se distinguió, ejerció la industria de vendedor de pan para mantenerse con el escaso producto que le proporcionaba, hasta que falleció en Madrid de un ataque cerebral el día 29 de Octubre de 1859, á las siete y cinco minutos de la mañana. Su cadáver fué sepultado en el cementerio de la Sacramental de San Martín, al que le condujeron, acompañado de la mayor parte de los toreros que en Madrid se encontraban y quisieron pagar este tributo de consideración al que fué tan aventajado compañero.

Diremos, en conclusión, que en cuanto á sus condiciones personales, Juan Jiménez (*El Morenillo*) fué siempre decente en su trato, algo reservado y muy altivo. Como torero, siempre valiente, de buena escuela, sin hacer mojigangas, parado y ceñido, gustándole mucho ejecutar la suerte de recibir.

¡Por fortuna no murió en un hospital como el *Sombrerero*!

Jiménez, José (*El Granadino*).—A mediados del presente siglo lidió en algunas plazas de Andalucía un matador de toros de dicho nombre, que no se distinguió mucho en su profesión. No sabemos si será pariente de

Jiménez, Juan José (*El Granadino*).—Banderillero andaluz, de excelentes condiciones, que en algún tiempo formó parte de la cuadrilla de Montes. Era bravo, garboso y entendido. En 17 de Octubre de 1852 sufrió una cogida toreando en Barcelona, que puso en gravísimo peligro su vida. Sanó, y después trabajó pocos años.

Jiménez, José.—Picaba toros y cubría puesto de supernumerario ó sobresaliente en 1796. Era natural de Jerez de la Frontera. Si después hizo más no ha llegado á nuestra noticia.

Jiménez, Manuel (*El Cano*).—En todas ocasiones debe sentirse, y se siente efectivamente, la desgracia que á cualquiera de nuestros semejantes ocurre; y el sentimiento crece cuanta mayor sea la afección que á las personas tengamos, bien porque pertenezcan á nuestra familia, porque las tra-

temos con amistad íntima, ó porque, ejerciendo públicamente una profesión, se hayan adquirido reputación y simpatías. En este último caso, al que hatenido la suerte de captárselas, le consideramos y apreciamos de una manera especial, como cosa nuestra, como persona que no queremos pertenezca á otra nación, á otro pueblo distinto. Tenemos celos y á veces envidia de que se nos dispute la pertenencia de aquel ser, en cierto modo privilegiado, á quien queremos por lo que vale en su arte ó carrera, no precisamente por sus prendas personales ó sociales.

Es decir, que queremos, consideramos y ensalzamos al *artista*. Si éste llega á apoderarse de las simpatías de un pueblo, y en el mismo sitio en que se las ha adquirido sufre una terrible desgracia, los individuos que componen aquel pueblo sienten con extremada pena el suceso, no sólo porque les prive de admirar en lo sucesivo el mérito de aquel artista, sino por lo que hemos dicho: porque le tiene considerado como suyo, como de su pertenencia.

En este caso se encontró el inteligente matador de toros Manuel Jiménez, á quien se conoció por el *Cano*, el cual, andando el tiempo, y sin la cogida que le ocasionó tan pronto la muerte, hubiera sido indudablemente una gloria del toreo. Era hombre formal y serio en el redondel, atento á su obligación, y que no buscaba aplausos á cambio de sonrisas ó golpes de efecto. No se acomodaba á ello su carácter. Más de una vez observaría que otros compañeros suyos, de mucho menos valer, eran aplaudidos por el público después de dar una patadita al toro al finalizar cualquier suerte, ó de limpiarle la baba con el pañuelo; pero también observaría que aquel compañero á los dos minutos era silbado por el mismo público que le había aplaudido antes, ya porque ejecutase mal una suerte, ó porque estorbaba á otro el hacerla bien.

Jiménez no quería conquistar palmas á trueque de monadas ni pantomimas. Cifraba su porvenir en el esmerado trabajo que le correspondía practicar, primero como banderillero, luego como espada, haciéndole á conciencia, poniendo de su parte cuanto sabía y procurando aprender de los maestros. Tenía que ser, por lo tanto, sólida su reputación, como lo fué en efecto.

En el año de 1845, de felices recuerdos para los aficionados de Madrid, es cuando vimos por primera vez en el redondel á Manuel Jiménez. Vino de banderillero del célebre José Redondo, y bueno debió ser su trabajo con el capote y los rehiletes, cuando hizo un papel brillante al lado de hombres tan notables como *Capita*, el *Galleguito*, Jordán y Muñiz, si bien es verdad que al lado de aquellos hombres como compañeros, y al de León, *Cúcha-*

res y Redondo como maestros, cualquiera aprende si tiene facultades y voluntad.

Ninguno de aquellos ganó su distinguido puesto en el arte con mojigangas ni cosa parecida, y su nombre durará tanto como el toreo. Desde entonces datan las simpatías que en todas partes, con todos los públicos, y especialmente el de la corte, se adquirió Jiménez (*El Cano*).

En los círculos taurómacos se le señaló desde luego como una esperanza del arte, tanto más, cuanto que siempre se le vió observador y obediente. Al ocuparse de él un distinguido aficionado en semblanzas escritas en 1846, le juzgó diciendo: «Pelicano, con buena figura, muchas facultades y sabiendo. Pocas pinturas y á la verdad. Buen capote, buen banderillero, buenos *pinrés*, de casta conocida; aprendió la buena escuela y la ejercita con gracia y afición.» No pueden decirse más verdades en menos palabras.

Al matar algunos toros de gracia como sobresaliente en plazas de primer orden, y otros alternando en plazas de menos importancia, se le vió seguir la escuela de su jefe José Redondo (*El Chiclanero*), intentando, siempre que podía, recibir las reses; porque no sabiendo ejecutar esta suerte, claro es que no hay torero completo. Su fama fué en aumento, y la empresa de Madrid le contrató en 1852 como tercer espada para matar alternando con Francisco Arjona (*Cúchares*) y José Redondo (*El Chiclanero*).

¡Ojalá no hubiese venido á la corte!

Jiménez, pundonoroso como el que más, procuró no desdecir mucho de sus compañeros, aplicándose y haciendo esfuerzos de inteligencia y facultades. Eran necesarios, si había de quedar bien y con honra. Trabajaba con dos titanes en el arte y era muy fácil quedar deslucido, ó cuando menos pasar como ignorado, y esto no lo sufría un valiente que aspiraba á ser concienzudo matador de toros de primera nota.

Llegó, para desgracia suya y del arte, el día 12 de Julio de dicho año 1852: Debían matar tres toros el *Chiclanero*, tres el *Cano* y dos el sobresaliente de espada. Aquel lo hizo como quien era. Jiménez (*El Cano*) mató el primero suyo de un excelente *volapié*. Animado por los aplausos quiso hacer más luego con el quinto toro de la corrida, llamado *Pavito*, de la ganadería de Veragua, el cual, después de ser *trasteado* con inteligencia, y cuando el espada, armándose para darle muerte, se corrió demasiado para la estocada *recibiendo*, enganchó al *Cano* por el muslo derecho y le arrojó al suelo. «En medio de este desgraciado azar —dice el único periódico taurino que entonces se publicaba— manifestó un valor extraordinario, agarrándose á las manos de la fiera, la cual lo hubiera destrozado completamente, si el *Chiclanero* no se le hubiese

colgado de la cola, logrando así apartarla y distraerla.»

Retirado á la enfermería, y de allí al Hospital general, sala distinguida de toreros, se atendió con sumo cuidado á su curación, que no se desesperó de obtener en un principio; pero á consecuencia de haberse roto él mismo los vendajes en un momento de delirio, falleció en la calle del León, número 23, cuarto segundo, á donde le trasladaron á su instancia, siendo enterrado en la sepultura número 34, galería segunda izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés, de Madrid, el día 24 de Julio de 1852, con gran acompañamiento de aficionados y toreros.

Había nacido en Chielana en 1814.

Jiménez, Antonio.—Picador de segundo orden que ocupó varias veces el *Tato* al torear en provincias por los años de 1855 á 1860.

Jiménez, Juan (*El Ecijano*).—Matador de toros que tomó la alternativa en Madrid el día 22 de Mayo de 1890, de mano de Rafael Guerra. Habíase distinguido como novillero desde el año de 1885 en que por primera vez estoqueó en Sevilla, y en 1887 pasó á Montevideo de donde trajo buen



nombre, volviendo á Méjico en 1888. Aunque desgarbado, por razón de su alta estatura, es desenvuelto, no le falta valor y torea con serenidad y buenos deseos, demostrando humildad y pundo-

nor. Es hijo de Andrés Jiménez y Francisca Ripoll, y nació en Écija en 1858. Parece que un ganadero andaluz le tuvo al cuidado de sus reses algunos años antes de que se dedicara al toreo, al que ha llegado donde está, sin que de ese sitio avance un paso.

Jiménez, José (Panadero).—Figura como banderillero hace algún tiempo, y sin embargo no es fácil decir mucho acerca de su mérito. Sería necesario que hubiese trabajado más frecuentemente; que los toreros no se forman en dos ó cuatro corridas al año, pero como hace más de veinte que empezó, el oficio es seguro que ya no ha de formarse.

Jiménez, Francisco (Rebujina).—Matador de toros que no ha tomado alternativa, y que en Andalucía llegó, en pocos años, á adquirir nombre de valiente. Tampoco se le niegan en las repúblicas de América, donde trabaja, ni nosotros le ponemos en duda, pero quisiéramos que al valor acompañase el arte.

Jiménez, Salvador.—En 1878 actuaba como espada novillero en poblaciones secundarias. ¿Y luego?

Jiménez, Andrés.—Natural de Jerez de la Frontera y picador de toros en 1824 en la cuadrilla de Juan Hidalgo. Tenía en Madrid buen crédito.

Jiménez, Bartolomé (Murcia).—Un banderillero que ya es matador de toros en novilladas. Es



valiente, no se va mal al terreno del enemigo y sale de él con soltura: siguiendo así, con menos precipitación, y mirando más al arte que al atrevimiento, del cual abusa con descaro; puede llegar á la fama que conquistaron sus tocayos de nombre y apellido. Nació en Jumilla, provincia de Murcia, el año de 1867, y dejó la garlopa por los estoques.

Reconocida, como lo está por todos, su valentía, no se comprende la incertidumbre que muestra en muchos casos ante la fiera, dudando unas veces, si ha de *pasarla* por alto ó por bajo, con la derecha ó con la izquierda, y otras si ha de entrar ó no á dar la estocada. Más calma y más reflexión es lo que necesita este muchacho para no ser atropellado.

Jiménez, Antonio (Jumillo).—Figura en cuadrillas que torea en las plazas de toros francesas, actuando como de banderillero. Suponemos sea hermano del anterior y el mismo que con el nombre de

Jiménez, Maximiliano (Jumillanito).—Salta, brinca de cabeza á rabo, al trascuerno, con la garrocha, sin ella, pone banderillas con la boca y comete otros excesos, sistema francés, donde ha actuado varios años.

Jimeno, José (El Poncho).—Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni bueno ni malo. Cuando le vimos hace más de veinticinco años no nos disgustó pareando por ambos lados, pero ni de allí pasó, ni aquí llegó.

Jimeno, Manuel.—Banderillero de regulares condiciones para la lidia, que no se ha distinguido en ella lo suficiente para llamar la atención, y que ya no se distinguirá, porque han pasado más de veinte años desde que empezó.

Jimeno, Luis.—Es matador novillero de poco nombre, y hasta ahora, el principal campo de sus operaciones ha sido la provincia de Valencia, donde es sabido se trabaja poco.

Jocinero.—Nombre del toro que mató á José Rodríguez (*Pepete*) en la Plaza de Madrid, en la tarde del Domingo 20 de Abril de 1862, cuya desgracia describimos minuciosamente en la reseña biográfica de este espada. Era el animal de la ganadería de D. Antonio Miura, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra, berrendo en negro, pero dominando

la pinta blanca, duro y de recargue. La piel y cabeza del toro, y algunas prendas del traje de

y la prueba de que teníamos razón cuando esto le decíamos hace diecinueve años, es que desde entonces cada vez ha ido á menos su nombre, y pocos se acuerdan de él.



«JOCINERO», DE MIURA. — E. JULIA

Pepete, las tenía en su museo el señor D. José Carmona Jiménez.

Jordán, Gregorio.—Uno de los mejores banderilleros que se han conocido, y que con más aceptación han trabajado en la primer Plaza de España. Lo menos cuarenta años ha estado recibiendo aplausos merecidos, porque no había toros á quienes él dejase de poner pares de todos modos, y sin pasarse, y eso que su gran corpulencia no le permitía correr como á otros; pero su inteligencia suplía esa falta con ventaja. Era tío del matador de toros Antonio del Río.

Jordán, Gregorio.—No sabemos si este picador es hijo del célebre banderillero de dicho nombre. Lo que sí aseguramos es que ni á pié ni á caballo vale tanto que su nombre pase como el de aquél á la posteridad. Es trabajador, y nada más.

Jordán, Luis.—Banderillero moderno que en Madrid se estrenó en 1886, con regular éxito. Luego ha sonado poco su nombre en el toreo.

Jordán, Luis (El Valenciano).—Corre toros, capea, salta con la garrocha y de todos modos; pone banderillas á pié y sentado en la silla, cuarteando y quebrando, mata y da la puntilla. ¿Se puede pedir más? Sí: que siquiera alguna de dichas suertes la hiciera bien. No bastan los buenos deseos, que le sobran; hay que estudiar un poco,

Jorge, Sebastián (Chano).—Natural de San Benito de la Calzada. Fué portero de la Fábrica Real de Tabacos de San Pedro de Sevilla, y al mismo tiempo era torero que capeaba y daba el cachete á mediados del siglo anterior.

Luego ya en 1775 fué espada de segunda con el famoso *Pepe Illo*, ó por lo menos uno de esos mismos nombre y apellido.

Jorge, Juan.—Espada de cierta categoría que en el último tercio del siglo anterior trabajaba en plazas importantes. [Dicen que era hermano del anterior, pero no nos consta particular ni oficialmente.]

Jorge, Eusebio (El Maestro).—Vamos, que aceptar ese apodo un hombre que empieza con él, á poner banderillas en el Puerto de Santa María el año de 1880, y no procura siquiera ser un buen discípulo, es el colmo de la poca aprensión.

Jover, D. Joaquín.—Caballero de Valencia presentado por el marqués de Cogolludo para rejoinar en las fiestas reales celebradas en Madrid en 1789. Fué asistido al estribo por los espadas Joaquín Rodríguez (*Castillares*) y Francisco Herrera (*El Curro*).

Juanijón.—Mozo valiente y esforzado, de quien dice Moratín que picaba á los toros á caballo sobre otro hombre. Suponemos nosotros que este último usaría muleta ó capote para echarse al toro fuera, y que sería tan bravo ó más que Juanijón. No sabemos donde hemos leído que era natural de Huesca. ¿Será éste D. Juan Hijón que va en el lugar correspondiente?

Juan José. N. (El Paraguero).—Un picador de toros allá en Montevideo, de donde era natural, que estaba muy reputado hace veinticinco años, como gran jinete y entendido en el arte.

Juareño.—En una corrida celebrada en Jérez el día 15 de Agosto de 1857, muere en la plaza de sangrado y entre los 12 caballos que había muerto, este valiente toro de la ganadería de Adalid.

Juárez, Francisco (Paqueta).—Matador de toros en novilladas, á quien le falta mucho que aprender, si ha de ser algo. Es natural de Olivenza, pero residió muchos años en Badajoz donde tiene gran-



des simpatías. Con las banderillas vale más que con el estoque; es valiente y pundonoroso pero no será más de lo que es, al contrario, ya le toca ir hácia abajo, porque poco á poco han de faltarle facultades y estas son muy precisas en ese oficio.

Julia y Carrere, D. Luis.—Los bonitos cuadros, retratos de toros célebres que este inteligente pintor expone constantemente en Madrid, llaman siempre la atención de los aficionados por la exactitud con que están hechos; pero más ha de sorprender seguramente al que los examine, por gran artista que sea, saber que Julia no ha aprendido dibujo, más que con la intención del que examina atentamente obras de mérito, ni mucho menos ha asistido al estudio de ningún maestro y, sin embargo, pinta toros con la verdad y perfección que todos reconocen, habiendo llegado á ser en el particular una especialidad. El jurado de bellas artes, en más de una ocasión, ha admitido para

las Exposiciones oficiales los cuadros de Julia, y en ellas han figurado dignamente. Sus colecciones se han pagado y pagan á buen precio por españoles y extranjeros, y raro es el aficionado que no posee algún retrato de toro célebre pintado por



Julia. Entusiasta por las corridas de toros, y fija en su pensamiento la idea de ellos, empezó por entretenimiento en 1863 á bosquejar malamente tan hermosa fiera, continuó alentado por algún amigo á pintarla al óleo, y ha concluido siendo desde 1871 un excelente pintor en su género, sin él mismo saberlo. Es modestísimo é inteligente aficionado al arte de *Pepe Illo*, como pocos en Madrid, donde nació el 17 de Octubre de 1839. Un cuadro que presentó en la Exposición de 1876 fué adquirido por el Gobierno y remitido al Museo de Murcia, donde se conserva; y en la galería de Santa María figura *Una torada*, de este pintor.

Juliano, Marcos.—Dice un autor que fué banderillero de Juan León. Sentimos no tener más noticias de este torero, y eso que preguntamos con empeño á aficionados de aquella época. Nadie le recuerda.

Junquita y Galwey, D. Ignacio.—Si hubiéramos de incluir en esta obra los nombres de todos los aficionados al toro, aunque hayan sido teórico prácticos, no concluiría nunca nuestra tarea y el libro se haría interminable; así que, como ya se habrá observado, únicamente hacemos mención de los más notables, á quienes el arte debe algo por la propaganda que hicieron en su favor. Una de estas marcadas excepciones, es la del gran aficionado malagueño que llevó el nombre arriba

expresado. *Curro Cúchares* le vió torear en distintas ocasiones que fué á Málaga, y con aquella espontaneidad que le caracterizaba, no pudo menos que decirle: —«Este señorito es un torero, y si quisiera dejarse el pelo comería con los toros.»—Junquitu—sus amigos todos le llamaban siempre Ignacio—tenía una figura torera especial, su rostro alegre, guapo, con patilla de *boca de hacha*, á estilo de los antiguos espadas, pelo rizado, estatura proporcionada, buena presencia y sabiendo llevar la ropa de mujo que usaba cuando salía á matar, era lo que se llama un tipo bien *plantao*, pero natural y sin pizca de afectaciones ni de presumir.

Aficionado en su juventud á la gimnasia había adquirido fuerza y agilidad, y con estos elementos, su valor y clara inteligencia, habíase asimilado todo lo bueno que había visto ejecutar á los buenos diestros. Capeaba á la verónica admirablemente, sus navarras eran una especialidad, porque no cabía *consentir* más ni *castigar* en una cuarta de terreno, siéndole tan fácil hacer caer de hocico á los novillos que el tercer lance no lo resistían. De costado, de frente por detrás, galeando con la capa sobre los hombros, cuarteando para quitar moñas, en quites, todo lo que es variedad con la capa lo hacía de un modo inmejorable y con gracia al par. Colcaba con oportunidad y precisión, y todavía se recuerda con entusiasmo un quite en dicha forma, terminado apoyando el codo izquierdo sobre el cuarto trasero de un bravo utretero de Benjumea, y guardando unos instantes la postura, cual si descansara, cruzando la pierna izquierda sobre un alto sitial.

Le eran conocidos todos los modos de poner banderillas, pasar de muleta y estoquear; *recibía*, daba volapiés y con las reses intencionadas empleaba la estocada de recurso que prescribe el arte, procurando el bajonazo á mete y saca para abreviar, sonriéndose siempre, porque la característica suya era el demostrar que pisaba terreno conocido y que á sabiendas iba á divertirse.

Su toreo, pues, era de habilidad, conocimiento y de mucha intención, pero sentado, parando y de brazos.

El fué el alma y vida de la antigua sociedad taurómaca de aficionados, que por los años de 1850 á 56 daba sus corridas en la plaza de don Antonio María Álvarez, y él quien al ver derribada ésta en 1864 formó con otros la sociedad que en el Circo de la Victoria dió tan brillantes espectáculos desde esta última fecha á 1870 en que, definitivamente, y por dar gusto á su familia, dejó de torear. Sin él no se hubiesen lanzado á la lidia una porción de jóvenes á quienes instruíra con su práctica y consejos, hasta el punto de que se mataron reses de las nombradas ganaderías de

Taviel de Andrade, Miura, Sigurí, Anastasio Martín, Benjumea, Bermúdez, Barbero y otras.

Desempeñó por largos años diferentes cargos públicos en la Administración de Hacienda y del Ayuntamiento, siendo muy apreciado de todos cuantos le trataron, y falleció en 13 de Julio de 1874, de una afección cardíaca, que complicada con otra nerviosa le hizo maniaco ó demente. Sus numerosos amigos sintieron mucho esta desgracia, pues Junquitu murió joven aún; tenía cuarenta y tres años.

Jurados.—Aunque no está muy generalizada la costumbre de elegir entre personas competentes algunas que decidan sin apelación, en las corridas de toros, cuál ganado ha sobresalido más en la lidia comparado con otro, ó qué diestro ha obtenido ventajas sobre sus compañeros en la ejecución de las suertes, es, sin embargo, muy oportuno explicar las condiciones que deben tenerse presentes para decidir con justicia las cuestiones tan complejas que hay que estudiar en un asunto que es más difícil y de más importancia de lo que parece á primera vista; que hay ocasiones en que se brilla más valiéndose menos, y no deben apreciarse las cosas por las apariencias y exterioridades. El buen inteligente ya sabe á qué atenerse, pero no siempre pueden componerse los tribunales de jurado, de entendidos, ni lo son todos los que le parecen, y tampoco es posible, en casos determinados, dejar de doblegarse á influencias de superioridad, ó de afecciones particulares.

Prescindiendo de todo, deben los jurados, en primer término, fijarse en cuál es la cuestión que á su juicio se somete.

¿Es la de señalar entre dos ó más ganaderías, cuál de ellas es la que se ha distinguido como mejor y más brava durante la lidia? Pues entonces, *debe atender* con cuidado á que se le presenten igual número de reses de cada vacada, sin admitir como sobrereros ó fuera de concurso otros toros, porque el juego, bueno ó malo, que pueden dar estos últimos ha de acrecentar ó disminuir la impresión ya formada respecto de los otros, pues aunque se resista el ánimo á hacer apreciación sobre ello, no puede olvidar la paridad de la casta, y las manifestaciones del público, en pro ó en contra. *Debe atender* á la edad, trapío y condiciones que cada uno de los bichos tenga y ostente, calculando que el toro de cinco ó más años podrá ser más duro, más pegajoso y de más sentido que el cuatreño; que éste tomará tal vez más varas pero con menos codicia, y que resistirá más recortes sin fatigarse, que aquel otro. Por consiguiente, preferirá al toro bravo, duro y seco, que haga la primer faena en un tercio de la plaza, aunque sea algo

tardo en acometer, mejor que al voluntario claro y ligero, que sin faltarle bravura, ó teniendo tanta como aquel, no recarga la suerte y sale de ella sin codicia. Seis puyazos en aquel, valen más que diez en este. *Atenderá también* el jurado á la clase de lidia que se dé á los toros, y en esto estriba, casi siempre, el mejor lucimiento de ellos—que si los picadores no se colocan en suerte á ley, ante la cabeza del uno, y en cambio buscan y se adelantan ante la de otro, forzosamente, en igualdad de bravura, acudirá más veces el buscado, que aquel de quien se huye; y si rajan ó dejan clavada la garrocha, si pinchan siempre en el mismo agujero, particularmente si es bajo, el toro á quien tal suceda, será mejor cuando á pesar de eso acuda á los caballos un par de veces, que el que acometa muchas más sufriendo menos castigo. Luego *ha de atenderse*, para tomarlo en cuenta, si antes de ponerle banderillas ha sido capoteado á diestro y siniestro para prepararle á ellas haciéndole repararse y desparramar la vista, porque con ese sistema nuevo, y con las salidas falsas, se quita nobleza á las reses enseñándolas la defensa, y cuando van á la muerte dificultan al espada, si no es muy diestro ni trastea solo, aborrimarle la cabeza y hacerle acudir sin malicia; de modo que á un toro á quien se le haya aburrido capoteándole y pasándose, será tenido por mejor que otro con quien no se haya hecho nada de eso, si va noble y bravo á la muerte. Y por último *se atenderá*, para darle preferencia, al toro grande sobre el pequeño, al gordo mejor que al flaco, al de buenas armas que al que las tenga cortas ó largas, y en fin á todas las demás cualidades que constituyen un buen trapío. No es decir esto que no haya habido toros feos, bastos y mal armados cuyo nombre recuerden los fastos de la tauromaquia como celebridades; pero son raros ejemplares que no constituyen casta.

Puede también ser la cuestión sometida al juicio del jurado esta otra. ¿Qué corrida ha resultado más agradable ante los ojos de la multitud, de las dos ó más que se hayan celebrado con toros de distintas vacadas? En este caso hay que prescindir algún tanto del arte y amoldarse á las circunstancias que han llevado al toro á un terreno donde nunca quisiéramos verle. Se tendrá presente, que más entretiene al vulgo el toro que mata más ca-

ballos, aunque los picadores marren ó no aprieten, que el que castigado en regla y salvado el jaco por el jinete con arte cause menos víctimas: que el populacho prefiera los desplantes y recortes y colleos, á las largas, navarras y galleos: que también le alegren las saliditas falsas en los banderilleros, si se hacen con monade y coquetería; y que le entusiasman las caricias al testuz y la rodilla en tierra, y los puñaditos de arena. Y si al matar, el toro obedece á los pases de molinete ó de barradera siempre por tierra y sin ver al matador que la va perdiendo encorvado, los vitores empiezan, aumentanse con ver tirar atrás la montera, y llegan al colmo si la estocada va puesta en la cruz aunque haya venido de largo, cuarteando, ó sin ver el bicho al diestro. Cuida bien el jurado de apreciar todo esto, no tenga en cuenta para nada el arte escrito por los grandes maestros, y por más que observe que los toros que á tales juegos se prestan son de menos de cinco años, muy cortitos de cuerna y sencillos en demasía, declare solemnemente que ha sido mejor la corrida en que haya habido mayor derroche de jugueteo y menos aplicación del arte; y en la que se hayan portado noblemente los toritos terciados, de poco respeto [y mochos, que esta clase de bichos han hecho la reputación de algunos toreros.

Por último podrá ser sometida á la deliberación del jurado: ¿Qué picador, banderillero, ó espada ha trabajado mejor en una ó más corridas? Y en este caso la contestación la tiene en todas y cada una de las reglas del arte de torear. Quien mejor las observe, aquél que más se ajuste á sus preceptos, aquél se llevará el voto del inteligente, que siempre mirará que el mayor mérito, está en razón directa del mayor peligro: que entenderse con toros de sentido, de poder, de edad, de buena armadura y bravos, es más difícil que habérselas con cuatreños claritos; y que en esto y en todo, debe procurar la imparcialidad más estricta, olvidándose de sus más queridas afecciones.

Jurisdicción.—Es el sitio que marca el torero al toro para que llegue y entre en él, á fin de consumir la suerte proyectada en el centro de los terrenos de diestro y toro.



Kilberg, Juan Carlos.—Un amador forcado de los más entendidos y valientes que hay en Portugal. Dice de él, cuando le menciona en su libro *Perfiles taurinos* el buen escritor de aquel reino Egidio d'Almeida, que la famosa Isla Tercera es la que proporcionalmente aporta mayor número de aficionados, tanto teóricos como prácticos, acreditando esta afirmación el buen número de excelentes cavalleros, banderilleros y forcados que han hecho su presentación en las antiguas plazas de San Sebastián y de Barreiro, y en las actuales de San Juan y Espíritu Santo.

Kilos.—Del mismo modo que hasta hace poco tiempo se decía al toro grande y bien criado que era de *libras*, dicese ahora que es de *kilos*, suprimiendo por abreviatura la continuación de la palabra que es *gramos*, pues sabido es que aquella voz sólo tiene uso como prefijo de vocablos com-

puestos con la significación de mil. Otros dicen en vez de libras ó de kilos las palabras de gran romana, expresando en esta como en aquellas, el peso del animal.

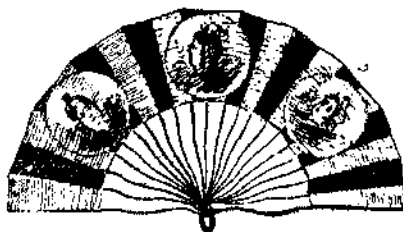
Kiosko.—Abusando algunos revisteros de corridas de toros del verdadero lenguaje castellano, han llamado de ese modo al toril ó chiquero que ocupa el toro antes de salir á la plaza, sin tener en cuenta que ese departamento, aunque reducido, no es como el kiosko, que para llamarle así, ha de ser, si bien pequeño de capacidad, de forma redonda ú ovalada, como los que vemos en parajes públicos para la venta ó despacho de mercancías, mientras aquél es cuadrilongo y recibe la luz zenital, una vez cerrado.

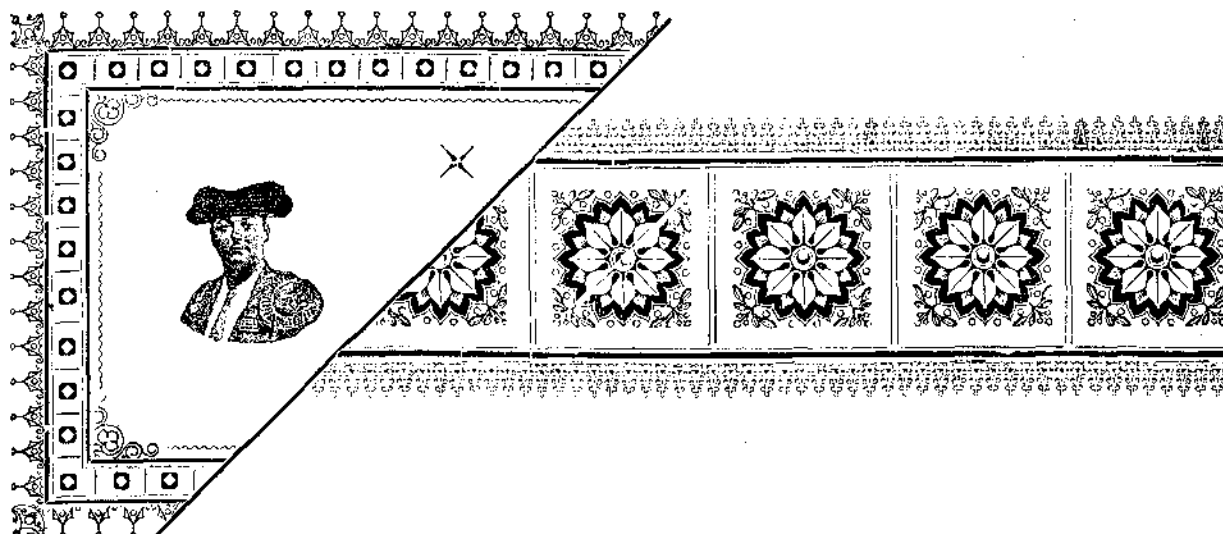
Kobloski, Petra.—Con ese nombre se hizo anunciar como jefe de cuadrilla de mal... torear una desdichada que ofreció matar novillos en Tarragona el día 5 de Octubre de 1884. El primer bicho la cogió, volteó y contusionó, lo mismo que á sus compañeras; y como acabó la fiesta en tres minutos, el público pidió la devolución del precio de los billetes, arrojando al ruedo piedras, asientos, botellas y cuantos proyectiles tuvo á mano, teniendo que intervenir la guardia civil con cuatro compañías del regimiento de Almansa para desalojar la plaza, cuyos desperfectos importaron más de veinte mil pesetas. El empresario y las toreras fueron presos, sin duda para evitar atropellos: pero de esos desmanes y de cuantos á estos se parecen, cúlpese á sí misma la autoridad que firma los carteles autorizando fiestas que, por su mala organización, no pueden dar otro resultado.

Konismark.—Noble natural de Suecia que, en honor de los reyes españoles Carlos II y su esposa Luisa de Orleans, intentó tomar parte en las funciones reales de toros que en Enero de 1680 se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid. Decimos que lo intentó, porque tan luego como se puso delante del toro, éste le derribó, matándole el caballo, y lo hubiera pasado mal sin el auxilio de uno de los peones, que con su espada mató al toro á tajos, pinchazos y cuchilladas. Mejor le hubiera estado *hacerse el sueco*, pues así se convenría de que para torear bien, es preciso ser español, y además aprender el arte que, como todos, tiene sus reglas fijas y no sabiéndolas ni estudiándolas es imposible ejercerle.

Kreibig, Frederico.—Muchos deseos, no realizados, tuvo en 1864 este joven portugués, de aquella época, para ser banderillero de toros, pero una cosa es querer y otra poder. Lo intentó con empeño, no lo dejó por falta de valor, sino que el hombre no encontró el secreto del arte y se retiró convencido de ello. Este apellido no es lusitano, aunque allí nació el buen amator que referimos, ó al menos está emparentado con una familia portuguesa.

Kruz, Carlos.—Ha sido un buen jinete y buen rejoneador en Portugal, como aficionado no retribuido. Hace bastantes años que no trabaja; su apellido indica que su origen no es lusitano, pero sabemos que es cuñado del Conde de Burnay y también Director de la Compañía de los ferrocarriles (tranvías) de Lisboa.

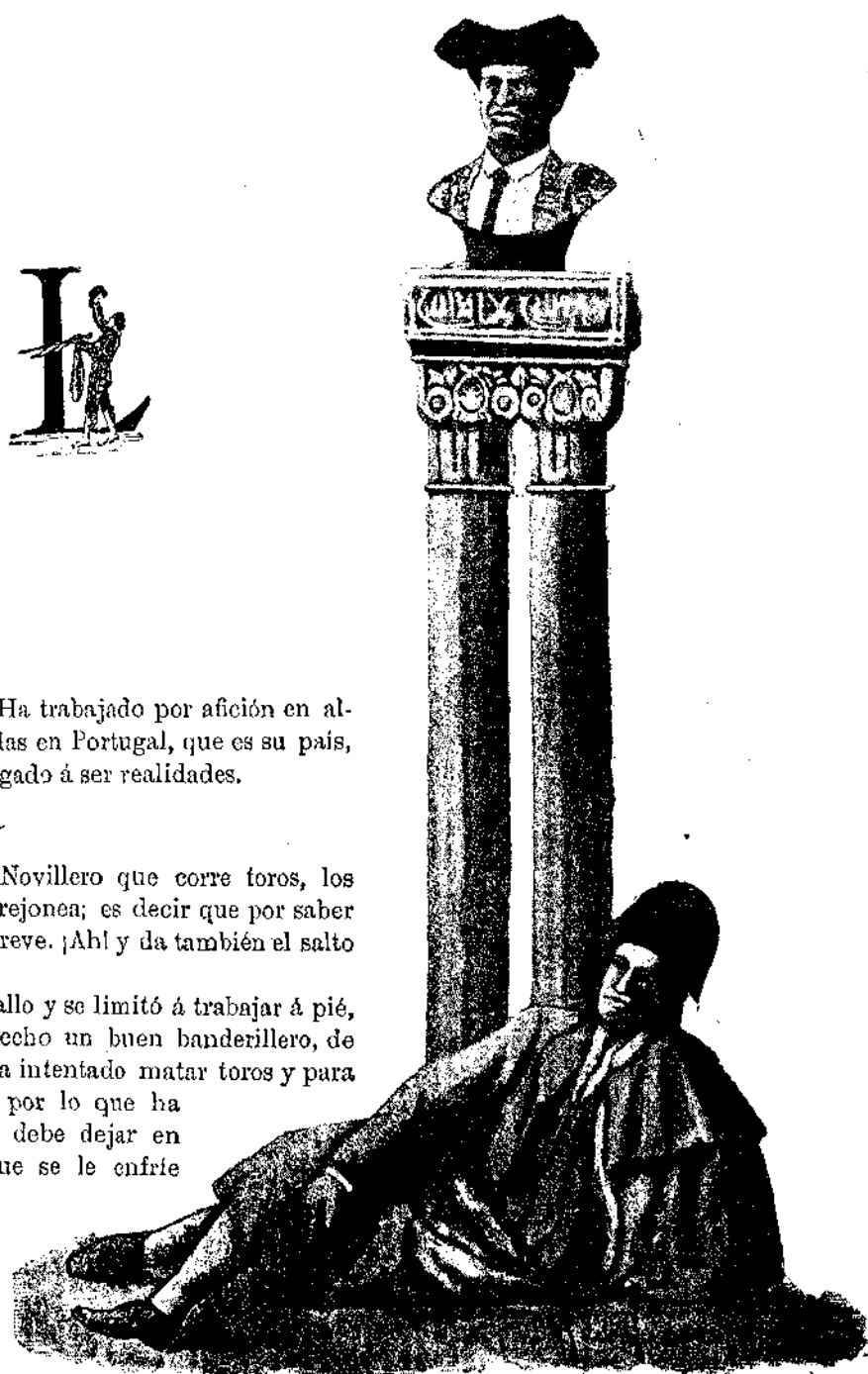




Lacio Fernández, Manuel.—Ha trabajado por afición en algunas corridas de toros celebradas en Portugal, que es su país, pero sus buenos deseos no han llegado á ser realidades.

Laborda, Ramón (El Chato).—Novillero que corre toros, los pone banderillas, los pica y los rejonea; es decir que por saber de todo, según él cree, á todo se atreve. ¡Ah! y da también el salto de la garrocha.

Desde que dejó de torear á caballo y se limitó á trabajar á pié, adelantó rápidamente y se ha hecho un buen banderillero, de mucha utilidad en el redondel. Ha intentado matar toros y para esto ha resultado muy deficiente, por lo que ha vuelto á tomar los palos, que no debe dejar en mucho tiempo, al menos hasta que se le enfrie algo la sangre, que la tiene muy caliente como buen aragonés. Mientras no haya calma y reflexión es inútil el atrevimiento; y si al fin éste le emplease úni-



camente con las fieras, menos mal; pero quiere también que los hombres se coloquen al hablar



de él en lugar de ellas, para que no ejecuten más movimientos que los que les indique, y eso no puede ser; harto hacen en ocuparse en su insignificancia como artista, que unas veces acierta y otras yerra.

Si la gente que le rodea puede, aunque sea con esfuerzos, hacérselo comprender, ganará mucho el hombre en todos conceptos.

Labradio, Conde de.—Tomó parte este hidalgo en algunas corridas, hace ya muchos años, allá en Portugal, como pegador ó mozo de forcado, siempre en calidad de aficionado. Ya no torea.

Labrador, José (Garrucho).—Se ha dado á conocer tan poco este picador de toros que escasas son las noticias que de él tenemos. Solo podemos decir que comenzó su carrera hace ya cerca de veinte años y no se ha distinguido.

Lafoes, Duque de.—Hubo en Portugal un antiguo y noble hidalgo con ese título, de quien se

conservan gratos recuerdos por sus especiales dotes para torear á caballo.

Lafuente, D. Antonio de.—Caballero en plaza en las funciones reales de toros que se verificaron en Madrid el 25 de Enero de 1878. Apadrinado por la grandeza, este valiente oficial de húsares cumplió perfectamente su cometido, denotando ser buen jinete. Salvador Sánchez (*Frascuelo*), fué su padrino de campo. Ningún premio ni distinción ha obtenido por su arrojo. Usó traje á la antigua, azul, y forros blancos con galones de plata, elegantísimo.

Lagares, Manuel.—Banderillero andaluz, valiente, y que cumplía bien en lo general. Antes de serlo perfecto, se metió á matar toros; pero el hombre, conociéndose, volvió á ser banderillero, y lo era muy aceptable. El 10 de Mayo de 1877 tuvo en Madrid tan terrible cogida, que puso en gravísimo peligro su existencia; quiso dar el salto de la garrocha, le dió bien y cayó mal. El toro se volvió, y le enganchó y volteó, causándole graves heridas, de que fué curado en poco más de dos meses. Desde esta fecha se captó las simpatías del pueblo madrileño. El infeliz, en un momento de enajenación mental, se suicidó en Sevilla el día del Corpus, 20 de Junio de 1878, á las cinco de la tarde, viéndose sin pertenecer á cuadrilla fija y después de haber probado su aptitud como matador en una corrida celebrada en Sevilla el 12 de Agosto del antedicho año 1877.

Lagartijo.—Véase GINDALETO.

Lago, José María.—Los aficionados portugueses tenían esperanzas de que había de adelantar mucho este joven caballero rejoneador, que empezó en 1889.—Trabajó en varias plazas de aquel Reino, pero fuese porque no diese gusto al público, ó porque se haya cansado, se retiró del toreo; no sabemos si definitivamente. Creemos que no ha menguado en él la afición, que es muy entendido teóricamente y que posee medios de que otros no disponen para alcanzar en sus faenas buen éxito, pero también creemos que ha de ganar más en su comercio de carnes que toreando.

Lagaardia, D. José de.—Oficial de la escolta real que, apadrinado por la excelentísima Diputación Provincial de Madrid, fué caballero en plaza

en la corrida real de toros celebrada el 26 de Enero de 1878. Acreditó su valor en cuantos rejones puso, pero tuvo la desgracia de ser alcanzado por el tercer toro de la tarde, y matándole el caballo, causó al jinete varias contusiones de alguna gravedad, pisoteándole. La corporación que le apadrinó le hizo conducir á su casa-palacio, y atendido por médicos de gran fama, permaneció allí más de quince días, visitado por numerosos amigos y personajes principales, siendo objeto de las mayores muestras de simpatía. Salvador Sánchez (*Frascuelo*) fué su padrino de campo. Tampoco obtuvo premio ni distinción alguna, como siempre la obtuvieron los antiguos caballeros en plaza, que haciendo menos en su mayoría que los de ahora, y no siendo mejor su alcurnia, eran espléndidamente agasajados con honores y empleos de confianza. No será fácil, si ocurre otra vez, encontrar caballeros, propiamente tales, que quiebren lanzas por faustos sucesos.

Lallana, Marcos (*Recuenco*).—Lo mismo mata novillos, que pone banderillas, que corre toros, según se le proporciona. De algún modo ha de darse á conocer y el chico no lo deja por falta de voluntad. ¡Cuántos como este llegarían á ser algo con una buena dirección!

Lamera, N.—No hemos encontrado el nombre de este picador, que alternó en Madrid en 1786, con los Chamorros y Carmona. Tampoco hay noticias acerca de su mérito y circunstancias.

Lameyer y Berenguer, D. Francisco.—Aunque este gran pintor y dibujante, amigo de Alenza, cuyo estilo siguió, no tuviese más méritos que el de haber ilustrado las escenas andaluzas de Estébanz Calderón (*El Solitario*), bien merece, por eso sólo ser incluido en nuestro libro. Murió en Madrid el 3 de Junio de 1877.

Lami, José (*El Francés*).—Suena como matador en algunos carteles de plazas andaluzas; pero su nombre no ha tenido eco duradero después de mediados de este siglo, en que empezó su carrera. Tal vez haya dejado de existir.

Lances.—Se llaman los diferentes incidentes que ofrece la lidia, pero en el tecnicismo especial de los aficionados, esta palabra queda limitada á significar suerte de capa ó muleta, aunque más propiamente sólo de capa.

Lancefa, Juan.—De este picador no tenemos más antecedentes sino que perteneció á la cuadrilla del espada sevillano Juan Lucas Blanco, y que tomó la alternativa en Sevilla el 31 de Marzo de 1861. Era natural del Puerto de Santa María, donde falleció hace pocos años.

Lanzada.—(Véase ALANCEAR.)

Lanuza, D. Fernando.—La verdad y la sal con que escribe revistas de toros en la *Correspondencia de España*, no estorban al laconismo forzoso que se ve obligado á observar, por exigencias periodísticas, en muchas ocasiones. Severo en sus juicios, ajústase siempre á la más, estricta imparcialidad, y si algún defecto tiene es el de ser alguna vez demasiado benévolo con los toreros, empresarios, presidentes, etc., sin duda por seguir la corriente



marcada á aquella publicación ó por natural bondad de carácter. No pueden negársele las cualidades de justo y entendido en todo lo que se relaciona con las lidias taurinas.

Nació en 1869; estudió Derecho, y antes de terminar esta carrera, marchó á Paris, donde al lado de un hermano, practicó el comercio en una casa de banca, hasta que en 1888 volvió á España pensando siempre en nuestras fiestas de toros, á las cuales rinde verdadero culto.

Lapa, Antonio.—Es muy regular mozo de forcado, que está llamado á serlo mejor si no ceja

en su valentía. También ha ejercido de mozo de curro, siempre como amador y en corridas benéficas. Es natural de Salvaterra de Magos, que lo mismo que Coruche, son en Portugal pueblos de grandes aficiones al toreo.

Lara, D. Joaquín de.—Discreto y entendido escritor taurino que, bajo el anagrama de *Quinraaladejo*, firmó notables revistas de toros en el folletín del *Comercio de Cádiz*, en los años de 1846 y 1847, casi todas en fácil verso.

Lara, D. Manrique de.—Uno de los caballeros de la fugaz corte de Luis I, y luego de Felipe V, que más fama tenía en aquella época para alancear y rejonear toros.

Lara, Vicente.—Como la nota saliente del toreo ha sido siempre, para ciertas gentes, la demostración del valor audaz y atrevido, este picador, puesto en hombros de Cristóbal Díaz y otras veces llevando á éste clavaba rejones á novillos embolados, en la Plaza de Madrid, á fines del último siglo. Vino á comprobar la afirmación de Daza y *Pepe Illo*, de que el célebre Juanijón picaba toros en hombros de otro individuo, tan valiente ó más que él.

Lara, Manuel.—Banderillero sevillano que por primera vez se presentó en Madrid en las funciones reales de 1803, en la cuadrilla de Agustín Aroca. Hízose luego matador en novilladas y de ahí no pasó.

Creemos que era hermano de

Lara, Juan.—Que también trabajó como banderillero en dichas corridas.

Lara, José (*Chicorro*).—Si la biografía no es más que la historia de la vida de una persona, las de los toreros tienen que parecerse mucho forzosamente. Y este parecido tiene que ser mayor, comparado entre los que, por fortuna, han logrado sobresalir entre los demás. La mayor parte han empezado muy jóvenes el oficio; en todos ha sido el móvil la afición, y ¿cuál de ellos será el que no haya tenido glorias y contratiempos, lauros y sinsabores!

Como nuestros lectores habrán observado antes de ahora, parecemos que la biografía no debe limi-

tarse á relatar la vida de la persona de quien se hable, y por eso hemos hecho en todas las que preceden los comentarios y apreciaciones que marcan típicamente, si así puede decirse, las cualidades esenciales del torero para que le conozcan aunque no le vean, para que aprecien su trabajo sin presenciarle, y, en una palabra, para que observen la diferencia que existe entre tantos lidiadores. Así podrá decir el sobresaliente mérito del que recibió toros ó del que se distinguió en el *volapié*, y apreciar la inteligencia del que descolló por sus conocimientos como torero en general, ó del que en determinada suerte no temió á rival alguno. Esto sentado, vamos á ocuparnos de un torero generalmente apreciado, simpático y de especiales condiciones.

José Lara y Jiménez nació en la ciudad de Algeciras el día 19 de Marzo de 1839. Sus padres José y Josefa se trasladaron desde dicha ciudad á la de Jerez de la Frontera á los pocos meses; de modo que antes de que aquél cumpliera un año, ya residía en su nueva vecindad: no eran muy sobrados de fortuna, aunque sí muy honrados; y necesitando dedicar pronto á cualquier profesión á su pequeño hijo para que les ayudase á mantener sus obligaciones con el producto de su trabajo, aplicaronle á las faenas del matadero, y allí aprendió á sortear las reses y á familiarizarse con sus impetuosas y terribles acometidas. Veíasele sereno, ágil y bravo: de ello hacía alarde entre los mozos de su edad, y entonces ninguno le aventajaba. Con estas condiciones y sus grandísimas facultades aspiró á ser torero, y lo fué. Su aprendizaje le tenía hecho: faltábale sitio en que perfeccionarse, maestro que le dirigiese, y ambas cosas encontró, si no tan de primera clase como él hubiera necesitado, suficientes al menos para ejercitarse en la lidia de plaza. Manuel Díaz (*Lavi*) fué su primer maestro, y Lima, capital de importancia en la República del Perú, la primera plaza de toros en que sentó su planta como torero, porque en novilladas sólo había tomado parte en dos funciones en Jerez y el Puerto, y en otra de la Isla de San Fernando. Tenía *Chicorro* (apodo que le dieron en el matadero de Jerez de la Frontera) á la sazón veinte años; y tanto gustó su trabajo como banderillero en aquella plaza, que á la sexta corrida de las en que tomó parte alternó allí como matador con su maestro, cediendo ambos á las exigencias del público. De tal modo le distinguió éste, que le hizo permanecer en Lima cuatro años, siendo cada vez más aplaudido, y al cabo de dicho tiempo pasó á la Habana á matar en dos corridas de toros. Si mucho le apreciaron en Lima, no lo fué menos en Puerto Príncipe (Isla de Cuba), donde se dió el raro caso de matar consecutivamente hasta en veintinueve corridas de toros.

En 1865 regresó á España, y esta es la época en que *Chicorro* demostró que no quería ser un torero de fortuna solamente, sino de conocimientos, y desde muy joven ha sido firme y constante en sus propósitos, y rara vez ha torcido el camino que primero emprendió: fijo en la idea de ser torero, hizo siempre cuanto pudo por adquirir nombre, esmerando su trabajo y atreviéndose á intentar suertes difíciles en que pocos brillan. Más de una vez le ha costado graves heridas ó fuertes contusiones el afán de ejecutar lo que en su conciencia ha creído debía hacer para agradar al público, sin reflexionar que no todos los toros son iguales ni todos los públicos tampoco, y que á unos y á otros hay que darlos lo que pidan, pero quitándoles lo que buenamente se pueda. A la fama del torero, bueno es que acompañe la conservación del individuo.

En 1866 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona (*El Gordito*), en la que permaneció tres años, adelantando tanto, que su maestro siempre tuvo á *Chicorro* como uno de sus más privilegiados discípulos. Y así era en efecto. Vió á los toreros de primera nota en su tiempo poner banderillas al quiebro, y las puso tan bien como otro cualquiera; usaron otros rehiletes de á cuarta, y él los adoptó en seguida; saltaron al trascuerno y con la garrocha, y saltó y lo hizo como pocos.

Ha llegado el caso de que se diga con verdad que *Chicorro* es una especialidad dando el salto de la garrocha, y, justo es confesarlo, en su tiempo nadie le ha aventajado en dicha suerte, y á nosotros atrevemos á decir que ninguno ha llegado adonde él; tal era la precisión matemática que tenía para arrancar en línea recta al toro, verle llegar, parar en firme, clavar la garrocha, elevarse y caer. No retrasaba un instante ninguno de dichos actos; tampoco los adelantaba; en una palabra, era exactísimo y perfecto en la ejecución.

Vió, pues, colmados sus deseos en cuanto á adquirir nombre torero, porque realmente le tiene y distinguido, que si no en todas las suertes hace lo que otros, tampoco éstos ejecutan las que él; y en cuanto al mérito de ellas, es cuestión de apreciación; cada uno le considera como le parece, y no pocas veces entra muy en cuenta la pasión, el cariño y otras circunstancias.

Atendiendo Antonio Carmona á las especiales cualidades de *Chicorro* y á los muchos conocimientos que á su lado había adquirido, le dió la alternativa de matador el 24 de Septiembre de 1868 en la plaza de Barcelona. Después ya se ha gobernado sólo por casi todas las plazas de España, toreando con gran aceptación, y confirmando su alternativa en la plaza de Madrid el día 11 de Julio de 1869. Por cierto que se presentó como pocos acostumbran. Hizo anunciar en el cartel

que se presentaba sin pretensiones de ninguna clase, animado del deseo de agradar y confiando en la indulgencia del público, que tantas pruebas de aprecio le tenía dadas: rara modestia no muy común en estos tiempos.

Considerado *Chicorro* como matador de toros, se encuentra en ocasiones á tal altura, que puede tenersele como de primera talla: en otras, por desgracia, hasta le vemos huido, aunque sucede muy pocas veces. ¿En qué consiste semejante desigualdad? Seguros estamos de que ni él mismo sabe explicarla. No es que las diversas condiciones de los toros, sus resabios ó inclinaciones le turben ó aceleren unas veces más que otras para practicar las suertes, no; es que la preocupación influye poderosamente en ciertas razas, en determinados caracteres, y hace que los individuos que á las mismas pertenecen, sin darse cuenta de ello, sin apreciar tampoco la influencia á que están supeditados, obren en semejantes casos bajo la presión fatídica que su imaginación alberga. Cuando sobre la voluntad del hombre hay otra cosa que la anonada y casi la extingue por completo, inútiles son censuras, advertencias ni reprensiones.

Chicorro, que es altivo, pundonoroso y valiente, arrostra temerariamente el peligro, y, como no puede menos, en estos casos el resultado es fatal. Tres graves heridas sufridas matando toros en Lima, varias recibidas en la Península, un tremendo varetazo que en Sevilla le dió un toro desde el vientre al cuello, y la muy grave contusión que en el costado derecho le ocasionó en Córdoba un toro de Miura, son, aparte de otras muchas cogidas, testimonio triste, pero elocuente, de la verdad de nuestras apreciaciones.

Antes que sufrir, por huir en determinadas ocasiones, una cogida inevitable, vale más no intentar la ejecución de una suerte que forzosamente ha de ser deslucida, si arraigada la preocupación en el hombre no puede vencerse y dominarla.

En un buen medio está la virtud.

Chicorro, como hombre particular, es atento y complaciente. Ha sido siempre muy buen hijo, y excelente hermano. Débenle cuidadosas atenciones todos los individuos de su familia, con la cual nunca ha escaseado gastos, y es lástima que el transcurso del tiempo haya causado en *Chicorro* la enevitable retirada del toreo, que, bien á su pesar, realizará muy pronto, si ya no la ha realizado.

Lara, Eugenio.—Este banderillero, que al poco tiempo de aprendizaje llamaba la atención por su serenidad y buen modo de cambiarse, parece que era hermano de *Chicorro* y prometía seguir las huellas de éste: pero no sabemos qué le pasó,

que se quedó en flor há ya más de quince años. Falleció en Sevilla en Febrero de 1894.

Lara, Luis.—Fué un regular banderillero que alguna vez mató en novilladas toros de algún respeto. Fué padre de

Lara, Manuel (El Jerezano).—No sólo tiene ese sobrenombre este matador de toros en novilladas, si no que también le apodaban *El Gato*, no sabemos por qué. Poco podemos decir acerca de su mérito; alguna vez le hemos visto trabajar demostrándonos valor y también alguna inteligencia



en el arte. Empezó á darse á conocer en Sevilla el 15 de Agosto de 1890. Es sobrino del espada José Lara, y continúa sin ir atrás ni adelante recorriendo plazas, generalmente andaluzas, con varia fortuna. Nuestra opinión es la de que no será más de lo que es; un torero y matador de toros, algo mejor que muchos que tienen alternativa.

Lara, Agustín (Colón).—Mata novillos como sabe y puede. ¡Ojala digamos pronto que puede y sabe!

Largas.—Llámanse salidas largas las que, merced al capote ó muleta, se hacen dar al toro al despe-

dirlo de la suerte de vara ó de los pases que son preparación á la muerte. Son preferibles á las cortas en todo caso, y especialmente en el primero; y consisten en empapar al toro, y en dirección recta sacarle de la suerte con el capote extendido á lo largo, ó sea cogiéndole de una puenta. Nadie ha aventajado en esta lucida suerte á Cayetano Sanz, y después que éste á Rafael Molina.

Larios, Manuel (Azuquila).—Natural de Huelva, mata toros en novilladas, según parece. Es muy nuevo.

Laroza, Francisco.—El teatro de sus hazañas, hasta ahora, es el ruedo francés, en cuyas plazas trabaja con alguna frecuencia. Creemos sea español.

Larroca y González (D. Eugenio de).—Caballero en plaza en las corridas reales de toros celebradas en Madrid en 26 de Enero de 1878 con motivo del casamiento del rey Don Alfonso XII. Fué nombrado en primer lugar por el Ayuntamiento, y apadrinado por el señor marqués de San Miguel Das Penas en nombre del Municipio, y es el caballero que más se distinguió entre todos los que se presentaron en el coso en las tardes del 25 y 26 de dicho mes. Clavó mayor número de rejoneillos que los demás, todos en el morrillo, ninguno bajo ni trasero, la mayor parte de ellos á pié quieto, ó sea al estribo, que es como la suerte está escrita, y algunos á caballo levantado, como los portugueses hacen con toros embolados. Demostró ser gran jinete y sereno, y además del valor que todos reconocieron en él desde que pisó la arena, se vió que en la lidia fué el de más inteligencia y más

arte. No cayó ni una vez del caballo, ni tuvo que desmontarse en plaza, cosa que en la antigua usanza se tenía muy presente por los caballeros, en cuyo desdoro cedía dicha circunstancia, reparable únicamente por el empeño de á pié. La Corte y los altos dignatarios del Estado le felicitaron con entusiasmo durante muchos días, hubo convites en su obsequio, y sin embargo... sus aspiraciones á la distinción con que siempre premió la casa real á los caballeros de su clase, se quedaron sin satisfacer. Es natural de Fuente el Sanz, provincia de Madrid hijo de D. José y de Doña Carmen, nacido antes del año 1840, casado y con hijos, por cuya honra y bienestar futuro quiso tomar parte en las fiestas como caballero. Lo es

cumplido desde su nacimiento, y en Puerto-Rico, Habana, Barcelona y otros puntos, ha dejado buen nombre en casas de Banca y principales, donde,



antes de ser Jefe de Hacienda pública y después, ha prestado especialísimos servicios. Fué su padrino al estribo Angel Pastor, que se portó admirablemente, y á la cabecera el maestro Cayetano Sanz. Usó traje á la chamberga, época de Felipe IV, morado y oro.

Larrosa, Francisco.—Como no haya adelantado este muchacho más de lo que era hace seis años, en que ponía malbanderillas y bregaba peor, valiérale más dejar el oficio.

Lasa, Juan (Lasita).—Hemos oído hablar de este banderillero moderno con tal variedad de opiniones y tan distintas unas de otras, que consideramos prudente suspender todo juicio acerca de él hasta que le veamos, ó por lo menos se extienda más su nombre por el mundo.

Laserna, D. José.—Periodista de buen nombre, de razón clara y de lógica irrefutable. Escribe con notable corrección y tiene amplios conocimientos, no siendo el que menos el de la tauromaquia: así es, que con el pseudónimo de *Aficiones* le conocen cuantos de toros se ocupan, por sus brillantes revistas de las corridas que en la corte se celebran.

Laso, D. Francisco.—Caballero rejoneador de toros en la plaza del Retiro de Madrid en 1665. Fué acompañado del Duque de Abrantes y otros de la grandeza del Reino.

La Tijera, José de.—Poeta que en el año de 1801 compuso unas décimas con motivo de la muerte del desgraciado José Delgado (*Illo*), ocurrida en 11 de Mayo de aquel año. Suponemos fuese un rico aficionado andaluz de este nombre, que recomendó á Pedro Romero admitiese en su cuadrilla al luego maestro Jerónimo José Candido. El distinguido aficionado señor Carmona conserva en su museo varios autógrafos del Sr. La Tijera, y el Sr. Pérez de Guzmán conservaba también del mismo muy curiosos documentos, que se habrán esparcido al fallecimiento de ambos entre personas que tal vez no hayan sabido apreciarlos. Fué La Tijera un entendido tanrósfilo que mostró sus muchos conocimientos en su famoso manuscrito que tituló *Las fiestas de toros*, y que ha hecho imprimir por primera vez el Sr. Carmona en 1894, así como en la notable carta que, describiendo la trágica muerte de *Pepe Illo*, escribió en 13 de Mayo de 1801, y se publicó impresa en Barcelona en aquel mismo año.

Latorre y Orrantia, D. Alejandro.—Autor de las primeras semblanzas de toreros de su época, que con notable acierto dió á luz en el año de 1846. Fué apoderado de Francisco Montes, y uno de los más inteligentes aficionados, de quien vamos á ocuparnos detenidamente, aunque no tanto como debiéramos, dada la índole de nuestro libro. Nació en Madrid, y antes de cumplir quince años marchó á América, en cuyo punto del continente, lo mismo que en la mayor parte de las capitales de Europa que visitó como hombre de negocios dedicado al comercio, adquirió ese trato social fino y distinguido, que hizo se captara en todas ocasiones las simpatías y aprecio de altos personajes y de gentes de humilde condición. Sirviendo al Estado como contador del Tribunal de Cuentas del Reino, fué encargado de los poderes del

célebre Montes, á quien protegió decididamente, y valió de mucho para sus ajustes y relaciones. Una prueba de esto es, que hace cincuenta años próximamente, cuando el dinero valía la mitad que ahora, firmó un contrato de seis corridas, que habían de verificarse en Alicante en los meses de Julio y Agosto, y en los días *que eligiese Montes*, por la cantidad de cuarenta y tres mil quinientos reales cada tres funciones, y abono de gastos de estancia para él, un segundo espada, cuatro banderilleros, dos picadores y un reserva; y en el año 1842 le contrató para cinco corridas en Bilbao, por cinco mil duros, manutención y abono de viaje para él y su cuadrilla, á condición de pagarle, aunque se inutilizase en la primer corrida. Mientras vivió D. Alejandro Latorre, no había en Madrid aficionado alguno que no le oyese hablar del arte con verdadera inteligencia; y el antiguo café de Los Dos Amigos, el de la primitiva Iberia, la relojería del buen aficionado D. Juan Plaza, donde se reunía lo mejor de los admiradores de la tauromaquia, dan testimonio de nuestro aserto, lo mismo que las plazas de lidia de becerros de Carabanchel y del Jardinillo, de que fué socio constante. Escribió, como hemos dicho, notabilísimas semblanzas de toreros contemporáneos, habló del arte de Montes en varios periódicos, suministró datos para la historia de Bedoya, y formó parte de la Junta de inteligentes que hacia el año de 1850 se nombró para unas famosas corridas de competencia. Sin que pueda decirse que formó museo, llegó á reunir en su casa varios objetos taurómacos de importancia y estimación, cuyo valor necesariamente crece con el transcurso del tiempo. Entre papeles y datos preciosos, conserva su hijo, el también aficionado D. Alejandro Latorre, objetos taurómacos, raros porque no son comunes, y de valía por las personas á quienes pertenecieron, habiéndonos llamado más que otros la atención unos estoques del *Chiclanero*, sobre cuya propiedad siguió pleito el señor Latorre y Orrantia con la familia y herederos de aquél, ganándole dicho señor, que con el testimonio del fallo ha conseguido tener el mejor título de autenticidad que pudiera apetecer; la espada y una media de las que llevaba Montes en la fatal tarde del 21 de Junio de 1850, y un precioso busto del gran torero, de que no se hicieron más que tres ejemplares: uno que quedó en poder de la viuda de Montes, y que no sabemos dónde habrá ido á parar; otro que conservaba el señor duque de Veragua, y que parece rompió uno de sus criados, y el que con tanto esmero guarda, como todos los demás objetos coleccionados por su buen padre, el Sr. Latorre. Hombres que, sin ser toreros, hayan enaltecido tanto el arte como el de que nos ocupamos, ha habido muy pocos;

puesto que su propaganda en los salones aristocráticos que frecuentaba, en los casinos y en toda clase de centros, fué activa, entusiasta ó incesante; de los que tuvimos el gusto de conocerle, quedamos ya en muy escaso número: gente nueva nos reemplaza; el tiempo dirá si ésta tiene, como tuvimos nosotros, entusiasmo, ó si sólo quiere ver toros por pasatiempo.

Laureano, Juan.—Desde 1873, ó desde 1874 toreó en Portugal en clase de banderillero. No es de los que más han gustado en su patria, y tal vez por esa razón trabaja más en las plazas de segundo orden de aquel reino.

Nació en 1855 en Póvoa de Santa Fria, siendo hijo del honrado comerciante Francisco Laureano. Contra los deseos de éste se dedicó al arte de torear, presentándose como banderillero en la plaza de Villafranca, y toreando después muchas corridas; pero por cansancio, ó por otras causas, se dedicó de nuevo al comercio como su padre, si bien por cuenta propia, realizando considerables beneficios. Los vió perdidos por su entusiasmo por la fiesta de toros; pues habiéndose hecho empresario de la plaza de Sacaven se arruinó, y volvió al toreo, trabajando con voluntad allí y en las plazas de España fronterizas con su país.

Es hombre honrado y formal en sus asuntos.

Laxman, Carlos.—Para ser un buen caballero farpeador se necesita hacer algo más de lo que este portugués ejecuta, con buena voluntad, pero...

Ya se ve, no es torero retribuido y si un joven caballero aficionado, hijo del cónsul de Rusia, en Lisboa, y en este concepto nada puede pedirle.

Lazar.—El lazo no es ni más ni menos que una cuerda delgada de gran fortaleza y algunos metros de longitud. Llámase también cintero. Tal y como le hemos visto, el jinete lleva en su mano derecha arrollado el lazo al empezar la persecución del toro, y mientras caletilla las distancias el diestro, formando sobre su cabeza un molinete, va desarrollando el lazo, hasta la medida deseada, para arrojarle al nacimiento de las astas. Una vez conseguido esto, que practican con facilidad los mexicanos, el jinete sigue corriendo al par que el toro, algo distanciado y adelantado, de modo que parece lleva el hombre á la fiera á su voluntad. No hay que confundir este lazo ó cintero de una sola bola, con el que usan los gauchos y otros ca-

zadores en América para el manganeo y pealeo.
(Véanse estas palabras y la de JARIPPO.)

Madrid, de donde se ausentó al poco tiempo de empezar á ser torero.



LAZANDO Á LA AMERICANA. — MACÍAS

Lazo.—Lo mismo que CINTERO.

Leal, Cayetano (*Pepe-Hillo*).—Creemos que este muchacho es natural de Pinto, en la provincia de



En América tomó el apodo referido, y le estiman en mucho, á juzgar por las referencias de los periódicos que de allí vienen. Es muy valiente, mata toros como el mejor novillero en algunas ocasiones, y hace faenas superiores, si á ello se presta el ganado fácilmente. A juzgar por lo que en Madrid le hemos visto hacer, le falta mucho para acreditar que cuando le apodaron *Pepe-Hillo* no hubo exageraciones, sin que por esto sea decir que no tenga buenas cualidades para alcanzar un puesto regular en el toreo.

Leal, Luis.—Banderillero que trabajó en México y otros puntos de América hace unos cuantos años, en la cuadrilla de su hermano Cayetano. Ha intentado en España matar toros, pero aun le falta mucho para ser torero de estoques. Siga banderilleando, ya que tan buena maña se da, y le irá mejor.

Leal, Eduardo.—También á este, que es hermano de los anteriores, faltale mucho que aprender. No basta para el oficio ser valiente. Dedíquese á estudiar lo que hacen los más acreditados, reflexione y será algo, que *madera* tiene para ello.

Leal, Francisco.—¿Quién le tentaría para ser caballero rejoneador á este portugués? En su pecado lleva la penitencia, porque trabaja pocas veces, y eso en provincias de tercer orden, porque en Lisboa nadie le conoce. Parece que también ha estado contratado como mozo de forcado.

Leao de la Torre de Faria, Luis.—Valdría mucho este amator portugués, si supiera tanto como afición tiene. Ha sido rejoneador á caballo, y alguna vez mozo de forcado, pero no banderillero y no ha demostrado grande inteligencia, aunque sí mucha voluntad.

Lecea, Salvador (Macareno).—Pone banderillas, capea, corre, salta y quiere matar toros. Si todo lo hiciera bien, ¿para qué más fortuna?

Ledesma, D. Mariano.—Rejonea á estilo portugués, bastante bien. Pica toros á la española medianamente; y maneja mejor la mano izquierda que la derecha. Sin embargo ha mejorado mucho de pocos años acá, y hoy puede presentarse donde cualquier otro, sin temor de quedar desairado. No sólo en la mayor parte de las poblaciones importantes de España sino del extranjero, donde ha farpeado á la portuguesa, ha obtenido aplausos sin cuento, á pesar de haberlo verificado en unión de los célebres Tinoco y Bento d'Araujo, maestros verdaderos en esa suerte del arte, nacida y propagada en el reino lusitano, más que en parte alguna.

Lechuga, D. Juan Eugenio.—En las fiestas reales celebradas en Madrid en 1833, cuando la jura de la princesa de Asturias, rejoneó como caballero en plaza. No sabemos si sería presentado por la grandeza, aunque nos inclinamos á la afirmativa, puesto que en la lista de los que designó el Ayuntamiento no aparece dicho nombre.

Legorburu, D. Simón.—Fué nombrado caballero de campo del rey D. Felipe V por haber rejoneado toros en 1730 en la plaza de Sevilla en presencia de dicho monarca.

Leguregui, José (El Pamplonés).—Uno de los mejores matadores de toros que se conocían á mediados del siglo pasado. En 1754, con Esteller y Martínez, estrenó por la mañana la plaza de Madrid que ha sido derribada en 1874. Dicen que

era muy amigo de *Martincho*, y valiente como éste, aunque no tan arrojado.

Lemos, Antonio.—Fué un picador andaluz que más de una vez trabajó en la cuadrilla de *Cáchares* después de 1860. Ya en 1854 formó parte de la de Antonio Gil en Marchena, y demostró cualidades excelentes como jinete entendido. Era natural de Alcalá de Guadaira, y estuvo trabajando constantemente más de 25 años: en 27 de Septiembre de 1840 se había estrenado en la plaza de Sevilla.

Lemos Bettencourt, Juan.—Buen jinete portugués, que por afición ha ensayado rejonear ó farpear en alguna fiesta de beneficio con regular éxito.

Lencastre, D. Manuel (Louza).—Es un distinguido hidalgo portugués que por pura afición ha hecho en público diferentes *pegas* con gran acierto y con la soltura de un forcado experimentado y valiente.

León, Juan de (El Nubiense).—En su libro *Descriptio Africae* relaciona el modo con que los naturales de aquella región se divertían en correr toros, enmaromarlos, lancearlos, burlarlos y derribarlos. Llamáronle otros *El Africano*, pues aunque nació en Granada, pasó en Africa su juventud. Vinjó mucho, abrazó en Roma la religión católica, y luego adjuró de ella.

León, Fernando.—Fué un matador de toros, jefe de cuadrilla, bastante acreditado, que trabajaba por los años de 1755 en adelante. Las hazañas de Martín Barcáiztegui y el arte demostrado por los Romeros, obscurecieron algo la fama de este matador entendido, que en otras circunstancias hubiera llegado hasta nosotros, puesto que algo valdría su mérito cuando era de los que más plazas recorrían.

León, Juan (Leoncillo).—Al hacer mención de este notable matador sevillano, dudamos cómo hacerlo en nuestro libro, porque precisamente nos sucede lo mismo que al señor Velázquez cuando en su gran obra habló de *Leoncillo*. Queriendo ser imparciales, tememos que los aficionados nos supongan apasionados, pues «las pasiones favorables ó adversas son tan imperiosas y arrebatadas en este género de aficiones, que, una vez fuera del

camino de la neutralidad crítica, suele notarse que las personas más competentes desbarran en la materia mucho más que las imperitas y profanas.» Haremos, sin embargo, cuanto podamos para decir la verdad, sin atender á personales simpatías; y si no lo logramos, no es porque no queramos ser verídicos, sino porque no acertamos á explicarnos.

En 2 de Septiembre de 1788 nació en Sevilla Juan León y López, hijo de Antonio y de María Josefa, que le dedicaron al oficio de sombrerero que aquél tuvo, y á los veintidos años de edad ya era oficial aprobado por el gremio. Por este tiempo se dedicó á lidiar toros con varios toreros de segundo y aun de tercer orden, figurando también al lado de *Curro Guillén* como banderillero, y así siguió hasta que en clase de sobresaliente de espada mató dos toros en Madrid el año de 1816, no alternando, como dice un autor, sino en el concepto que antes hemos dicho de sobresaliente de los célebres Jerónimo José Cándido, *Curro Guillén* y Antonio Ruiz (*El Sombrerero*). Desde entonces *Leoncillo* fué siguiendo á todas partes á *Curro Guillén*, que se declaró su decidido protector, vistas las especiales condiciones del protegido.

Ocurrió en 1820 con su maestro el desgraciado lance que Ronda presencié, y allí demostró Juan León su bravura, y muy principalmente sus nobles y generosas inclinaciones. Quiso evitar la cogida de su jefe cuando ya era tarde, cuando ya el toro le había colgado del cuerno derecho, y con la vehemencia del que á cualquier trance quiere conseguirlo, se arrojó materialmente sobre la fiera, que también le enganchó á él con el cuerno izquierdo por bajo de un brazo. El maestro y el discípulo fueron arrojados á buena distancia. Aquél quedó inerte en el redondel. El último, sin lesión notable, pero con profundo sentimiento y honda pena.

Entonces reflexionó acerca de su posición como torero, conoció lo que valía, y de cuanto era capaz. Su carácter le aconsejó no depender de otro, y efectivamente, decidió gobernarse por sí y crearse reputación propia. Fácil le fué conseguirlo. Hombre de entendimiento práctico, comprendió que por mucho que él supiese y pudiese hacer, para conquistarse un nombre tenía que ir por sus pasos contados, y tomó otro camino. Siguiendo sin duda sus naturales inclinaciones, se alistó en dicho año en la milicia nacional de caballería, campeando entonces hasta el año de 1823 en cuantas plazas quiso, puesto que los demás lidiadores de aquella época eran y estaban señalados como afiliados al bando absolutista, con muy raras excepciones. Cuando menos,—debió decirse,—contaré siempre con las simpatías de un gran partido político, y á poco que yo en mi profesión me esfuer-

ce, he de conseguir más aplausos y mejor acogida que otros. Esto podía tener el inconveniente de que si bien por el pronto le favorecía, y sobre todo le daba á conocer y distinguirse, que es lo que quiere toda persona que vive del favor del público, también podía perjudicarle si la política cambiaba, y así sucedió, que pronto vió los efectos de su conducta. El día de San Antonio, 13 de Junio de 1824, toreaba en Sevilla con el realista Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), que exagerado hasta más no poder en sus ideas políticas, quiso de ellas hacer alarde, estrenando para aquella corrida un magnífico traje blanco bordado de oro. León lo supo, y para demostrar que él no era blanco, sino negro, tuvo el valor, que valor se necesita y en gran dosis, de vestirse un traje de este último color, sucediendo lo que no podía menos de acontecer, que las turbas del populacho, compuestas probablemente de los mismos individuos que un año antes le vitoreaban, quisieron matarle, y le persiguieron hasta su casa por *picaro negro*, salvándole únicamente su serenidad y el auxilio de pocos pero buenos amigos.

El objeto que pudiera proponerse León en 1820, ya estaba conseguido: se había dado mucho á conocer, había demostrado ser valiente y bravo dentro y fuera de los cosos, y que toreando, considerada la época en que lo hacía, pocos se le ponían delante; y todas estas circunstancias influyeron poderosamente para que, aun en la época del absolutismo, tuviese ajustes y trabajase en la plaza de Madrid á despecho y contra las intrigas de los realistas. A no haber aparecido en 1833 en esta corte el genio de la tauromaquia, Francisco Montes, difícilmente se hubiera destronado de su primer puesto á *Leoncillo*, como le llamaban aquí las gentes; porque si alguno de los espadas de entonces sabía más que él, podía ó se atrevía menos, y León tenía grandes recursos, que nadie como él sabía aprovechar.

Volvió á Madrid, en 1837, luego en 1839, y finalmente en 1845, de primer espada, con los notables *Cúchares*, su discípulo querido, y el *Chiclanero*, que á su vez lo era de Montes; y la verdad es que, á pesar de sus años y del entusiasmo que aquellos dos competidores producían en el espectador, el bravo León no hizo mal papel.

Un inteligentísimo aficionado escribió de él una ligera semblanza, en que estampó las siguientes palabras: «Veterano de provecho, torero aprovechado, no pierde ripio, y el que se descuida, se encuentra con él de sopetón». En lo cual aludía á mañas que para matar usaba en las ocasiones de compromiso, salvando la persona, pero sabiendo. Medio por nosotros siempre combatido, y reprochado como ajeno á la dignidad de un buen matador, y que, sin embargo, reconocemos su utilidad

en contados y peligrosos lances. Casi, casi en determinados días en que le salieron toros de respeto y *sentido* aplaudimos su modo de *aprovechar*, haciéndonos cargo de que ya tenía cincuenta y siete años de edad, y que por lo tanto las piernas no correspondían á la firmeza del levantado corazón de *Leoncillo*.

Al año siguiente, ó sea en el de 1846, celebráronse en Madrid las magníficas corridas que con motivo de las bodas de la reina Doña Isabel ordenó en la plaza Mayor el Ayuntamiento de Madrid, á cuyo frente se hallaba el inteligente aficionado y ganadero duque de Veragua, D. Pedro Colón. En ellas trabajó Juan León como espada; pero no estuvo á la altura que le correspondía por su antigüedad en la alternativa, y por su fama. Ciertos es que en los carteles figuró después de Juan Jiménez (*El Morenillo*), que ya contaba sesenta y tres años de edad; pero también lo es que ni uno ni otro pudieron hacer más que cumplir, gracias á su valor y conocimientos. No podía ser otra cosa, estando en la arena á su lado el gran maestro Montes, el inteligente *Cúchares*, y el nunca bien ponderado *Chiclanero*, astros esplendentes del toreo que estaban en el zenit de su carrera.

Volvió Juan León á Sevilla, concluidas que fueron aquellas funciones reales, con el propósito de retirarse del toreo, y desde 1847 lo estuvo realmente, hasta que en 1850 se presentó de nuevo en la plaza de Sevilla. Alentado con el buen éxito de esta nueva campaña, se ajustó al siguiente año, 1851 para torear en Aranjuez, en donde tuvo una tremenda cogida, aunque relativamente con suerte: por cierto que para que pudiera torear, se colocaron diferentes burladeros, puesto que su edad no le permitía saltar la barrera. ¡Tenía sesenta y dos años!

No es este sitio ni lugar oportuno, ni queremos ni está en nuestro carácter descender al terreno de las comparaciones; pero nos ocurre una pregunta. Si León hubiese sido torero de esos que hay que todo lo fían á sus pies, ¿hubiera toreado á aquella edad, firme, sereno y plantado ante la fiera con entera confianza en sus manos?

Juan León murió en Utrera el 5 de Octubre de 1854, en la casa de su antiguo amigo el bravo picador Juan Pinto.

Fué, como hemos dicho, entendido en los lances de la lidia hasta un grado superior. Capeaba con mucha calma y desenvoltura, pero no mejor que Montes, con perdón de un escritor antes citado; daba magníficos cambios en la cabeza, y mejor que tardar en la muerte de los toros, prefería *aprovechar* y aun esperarlos á la carrera, viniendo empapados en un capote.

Era muy hombre de su palabra, tenía gran partido entre la gente baja, cantadores, bebedores y

demás de esta calaña, con quienes se gastó un dineral, y era de carácter fuerte, de grande tenacidad, y muy pagado de su opinión, sin doblegarse nunca á nadie. Sin haber sido una lumbrera en el arte taurino supo en él llamar la atención lo bastante para figurar dignamente al lado y al frente de grandes toreros, sin desmerecer notablemente, y su nombre ha de ser siempre citado como muy especial en bravura y serenidad dentro y fuera del redondel.

León, Manuel (*Lolo*).—Era un banderillero sevillano que perteneció á la cuadrilla del espada Manuel García (*El Espartero*) y que murió en fines del año 1889 ó á principios del 1890. No tenía excepcionales condiciones de torero, pero ocupaba bien su puesto, distinguiéndose como peón de brega más que con los palos.

León, Juan (*El Mestizo*).—Banderillero andaluz que mataba toros, sin ser lidiador que haya adquirido nombre. ¡Cuántos hay como este, que se quedan sin ser espadas ni peones por querer abarcarlo todo! Probó en Sevilla á ser espada el 11 de Agosto de 1878, lo hizo mal, se fué á América y falleció en Venezuela.

León, Manuel (*Cirilo*).—Picador sevillano de poco nombre y de buenas condiciones, según nos han dicho. Alguna le faltará cuando no se habla de él, á pesar de llevar ejerciendo más de dieciséis años.

León, Juan (*Gaceta*).—Picador en novilladas, que en Madrid no ha alternado en temporada de toros. Voluntario y de corazón, se quedó sólo con esas dos cualidades, y está casi retirado del toreo activo, aunque no ha perdido la afición.

Leonard, Joaquín (*Morenito*).—Uno de tantos banderilleros que empiezan queriendo y no sabiendo, ni en teoría, lo que son corridas ó lidias de toros. Si no tiene un percance, ya aprenderá, que voluntad le sobra.

Lerma, Felipe de.—Picador de vara larga de los más afamados en el siglo anterior, que toreó muchas veces en la cuadrilla del célebre *Costillares*.

Lerma ó Ledesma, Manuel (*El Coriano*).—Joven, valiente, buen jinete y forzado, reunió todas las condiciones necesarias para ser, como fué, un

buen picador. Aunque hombre de campo, no era tan ordinaria su apostura que careciese de gracia; al contrario, tenía un aire tan garboso y un genio tan alegre, que cautivaba la atención del público. Manejaba la capa tan bien como el caballo y la garrocha, y más de una vez le hemos visto con el incómodo traje del picador dar verónicas y navarras que hubieran envidiado muchos matadores.



EL «CORIANO» DESPUÉS DE UNA CAÍDA. — MACÍAS

Sostuvo, por los años de 1846 al 51, una notable competencia con su compañero Juan Gallardo, en que no llevó la peor parte. Era natural de Coria y fué buen padre de familia. En los carteles aparecía el primer apellido que va expresado, pero era el suyo verdadero, según más de una vez le oímos decir, el de Ledesma; por cierto que habiéndole indicado la conveniencia de que se rectificase la equivocación, se opuso á ello, porque decía que el público le conocía ya de un modo, y tal vez cambiando el apellido podrían suponer que era otro, necesitando crearse nueva fama.

Levantado.—El toro ligero, corretón, que aun cuando haga por todos los objetos, lo verifica sin fijarse ni detenerse con ninguno. Siendo este el primer estado del toro al salir de los chiqueros, es muy general que pase pronto de él al segundo en cuanto se le castigue.—La actitud en que el picador coloca al caballo cuando quiere picar á caballo levantado; suerte difícil que practicaron el célebre Corchado y Juan López, y de la que nos ocupamos en su lugar.

Liar.—Es el acto de envolver el matador la muleta alrededor del palo de la misma, lo cual verifica

cuando, después de haber pasado al toro, y cuadrado éste se dispone á darle la estocada. Debe liar de modo que el vuelo del trapo resulte vuelto, al final del palo, por la parte más cercana á la cara del toro. Ahora han dado los espadas en la manía de liar muy poco, dando una sóla vuelta al trapo, sin duda porque de este modo les es más fácil des-
 embarazarse si la res se les viene encima; pero de-

bieran tener presente que, en primer lugar, no debe liarse sino para el momento de arrancar ó esperar, estando ya el toro preparado y colocado para la muerte, y en segundo, que, liada poco la muleta, si bien cubren más su cuerpo, también llaman más á él á las reses. ¡Qué difícil sería, liando poco, recibir bien los toros! En cambio, ¡qué fácil es, arrancando, taparlos con la muleta mal liada para que no vean al espada, aunque este tenga que huir el cuerpo cuarteando en vez de dar salida al toro con el quiebro de muleta.

Libras.—Se llama toro de libras, ó de romana al que, como la palabra indica, es corpulento y de carnes proporcionadas á su tamaño. Ahora también se usa la voz de Kilos, pero no suena tan acorde al oído decir toro de pocos kilos, como de muchas libras.

Libre de cacho.—Cuando el banderillero ó el espada ejecutan sus respectivas suertes poniendo banderillas ó dando la estocada después que el toro ha pasado la cabeza de la jurisdicción de aquéllos, y por consiguiente, ha de dar la cabezada más adelante, se dice que verifican dicha suerte libre de cacho, que significa libre de cogida. Es criticable este modo de torrear, porque si bien favorece al torero, le hace faltar á todas las reglas del arte, y es de poco lucimiento la mayor parte de las veces.

Librero, Rafael.—Ha trabajado en Andalucía con alguna aceptación como banderillero, en diferentes cuadrillas. Dicen que pareaba bien, pero atropelladamente; es decir, que sabía mejor meter los brazos que medir los tiempos. Época de mediados de este siglo.

Licón, Román (*Mazzantínito*).—No es este torero solo el que lleva ese apodo, pero él le usa en América, en cuyas plazas le consideran buen banderillero.

Lidia.—Con relación á nuestras fiestas de toros, no es ni significa más que el acto de jugarlos en plaza cerrada, que es lo que constituye la celebración de las corridas con arreglo al arte, no como las capeas de pueblo, que en ellas no hay lidia, sino desorden, carreras y desgracias. Se diferencia de esas y de las luchas, en que, además de lo dicho, no hay precepto ni uso á que atemperarse, al paso que en la lidia rigen y deben observarse puntualmente las reglas y advertencias que dictaron los maestros.

Lidiador.—Véase TORERO.

Liebro.—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos, vecino de Moralzarzal, divisa morada, que en la tarde del 23 de Marzo de 1865 luchó en la Plaza de toros de Madrid con el elefante *Pizarro*, sin poder herir á éste á causa de la dureza de su piel. Era retinto oscuro, bien armado y de pocas libras.

Ligereza.—Una de las primeras cualidades que ha de tener el torero; pero no la ligereza ó vivacidad del atolondrado, sino la de la fuerza ó seguridad en los movimientos, con perfecto conocimiento de los que ejecuta.

Ligero.—El deseo de que en nuestra obra se encuentre todo lo que á toros se refiera, nos hace incluir al llamado como va dicho, que no era de plaza, sino que fué enseñado á obedecer en muchas cosas por Manuel Gómez (*El Tiri*), que le compró en Paterna, de casta desconocida, y le exhibió en las plazas, como podría hacerlo en un circo, há ya más de veinte años.

Ligero.—Toro de la ganadería navarra de Zalduen-do, retinto oscuro, bien armado, lidiado en la plaza de Pamplona el día 8 de Julio de 1858 en sexto lugar. Mató ocho caballos, y, á petición del público, fué indultado y vuelto á la dehesa, donde curó de las heridas que había recibido. Después fué corrido otra vez en la plaza de Barcelona, cuando ya contaba siete años, y aunque apareció con poco poder, fué muy noble y voluntario, demostrando buena sangre.

Lima, Francisco.—Uno de los más entusiastas partidarios del arte de torcar en el vecino reino de Portugal. Gran amigo del célebre banderillero José Joaquín Peixinho; fundó, en memoria de este, y en unión de otros, la «Sociedad Cooperativa y Caja de Pensiones Tauromáquica Portuguesa» que siempre fué el sueño dorado de aquel torero. ¡Qué falta hace en España una institución semejante!

Liga, Ramón de la.—Banderillero que trabajó en la plaza de Madrid en 1786 y siguientes, en unión del célebre *Nonilla*, y á las órdenes de *Cos-tillares*.

Lillo, Lorenzo (*El Pinche*).—Picador de novillos que empieza dando tumbos y pinchando mal. Serenándose un poco y aprendiendo un mucho, puede que sea algo, porque tiene para ello buenas condiciones y buena voluntad.

Lima, José Antonio de.—Banderillero en 1860 y caballero farpador después; hasta que murió en 1875, no consiguió gran renombre, ni como torero de á pie ni á caballo.

Linuesa, José (*El Carpintero*).—Va para banderillero, según dicen sus amigos: bueno será que si ha de llegar vaya despacio, y sin los apresuramientos con que empieza.

Lisboa, Antonio.—Mozo de forcado desde 1881, está acreditado de valiente y de utilísimo compañero en las *pegas*. Es muy conocedor de las condiciones del ganado.

Trabajó en muchas plazas de Portugal y entre ellas en la de Campo de Santa Ana, siempre como aficionado, y en corridas de beneficencia, contando cada una de sus presentaciones por otros tantos éxitos satisfactorios. Hoy ya no trabaja y es hermano de

Lisboa, Francisco.—Conócese en Portugal por *Lisboa chico* y es muy popular entre los aficionados. Toreo como forcado y como banderillero, agradando siempre su esmerado trabajo.

Lisboa Perdigao, Francisco.—Valiente pegador portugués que empezó por pura afición en 1889. No sabemos de él sino que se presentó ga-

lhardamente, haciendo entrever al público de lo que era capaz en el arriesgado ejercicio de forcado, y también en el de banderillero. Luego no ha ido tan adelante como se esperaba. Ha toreado en muchas plazas.

Nació en 11 de Abril de 1869, siendo hijo del Sr. Soarez Ferreira Lisboa y de la Sra. D.^a Amelia Julia Perdigao.

Listón.—El toro que tiene la piel que cubre la espina dorsal de distinto color al del resto de la misma, pero entendiéndose que no ha de ser el ancho de la lista mayor que el de unos seis centímetros, que ha de ser la lista más clara, y que no ha de estar cortado ó interrumpido desde el nacimiento de las astas al de la cola.

Liza.—La plaza de toros, ó sea el lugar preparado y dispuesto para el combate, la lidia, torneo ú otros ejercicios de este género. No es muy usada esta voz en lenguaje taurino.

Lizarre, D. Juan José.—Escribió un largo romance en el año de 1771, con motivo de la desgraciada muerte del famoso matador José Cándido, natural de Chiclana, ocurrida en el Puerto de Santa María el 23 de Junio de dicho año. Rarísimo es el ejemplar que se encuentra de dichos versos, en que minuciosamente se describe el triste suceso.

Lizcano, D. Angel.—Nació en Alcázar de San Juan en 24 de Noviembre de 1846, y estudió en la Escuela Superior de Pintura. Hizo un precioso cuadro que tituló «Una corrida de toros» para el marqués de Selva-Alegre: presentó en la exposición de 1871 otro, que tituló «Una suerte de vara en la Plaza de Madrid», y en la de 1878 «La cogida de un diestro», cuadro de grandes dimensiones que obtuvo medalla de tercera clase. Con sus cuadros y sus dibujos ha propagado, como el que más, la afición á nuestras corridas de toros.

Loaisa, D. Domingo.—Uno de los diez caballeros que rejonearon toros en la ciudad del Perú, cuando celebró el nacimiento del príncipe español D. Baltasar.

Lobato, Gervasio.—Notabilísimo escritor portugués, de brillante imaginación y de acalorada fantasía. Ha bosquejado en publicaciones tauromáquicas de aquel vecino reino hechos y figuras prin-

cipales del arte, con una inteligencia, un acierto y una precisión que envidiamos. Fué autor de muchas comedias, entre ellas *O commissario de policia*, que contó más de trescientas representaciones, y que, de seguro, no hay nadie en Portugal que haya dejado de verla. Falleció en 1895, y su muerte fué muy sentida por todos los hombres de letras y por los buenos aficionados al toreo.

Lobato, Francisco.—En México llama la atención un banderillero de este nombre que dicen promete mucho. Si es ó no español, si vale ó no, eso es lo que ignoramos.

Lobo de Castello Branco, Antonio Annibal.—Si todos los mozos de forcado portugueses fuesen tan bravos y valientes como este distinguido aficionado, pocas censuras podrían dirigirse á los que á tan arriesgado oficio se dedican en aquel país. Empezó en 1874, y su ánimo no ha decaído ni por un momento.

Lobo, Fernando (Lobito).—Es un banderillero atrevidito que no desconoce en absoluto el arte y casi siempre cumple bien, pero no es tanto como le han hecho creer, y milagro será que no le ande dando vueltas en su cabeza la idea de hacerse matador antes de tiempo, porque ya en algunos pueblos ha ensayado la suerte. Oremos que es sevillano.

Lobo, Antonio (Lobito chico).—Hermano del anterior y como él de esa parte de niños atrevidos y descarados con los toros, que atienden más á los



desplantes y monadas que á la solidez de conocimientos en las reglas del arte. Víctima de su auda-

cia y también de su excesivo pundonor, falleció en la plaza de San Fernando (Cádiz) el día 16 de Julio de 1893, á consecuencia de las heridas que media hora antes le causó el cuarto toro de la corrida llamado *Rosadito*. Había salido el chico con los palos muy animoso, y después de una salida falsa los clavó malamente en las costillas y el público le silbó sin consideración alguna: resentido en su amor propio dirigióse de nuevo al toro y cuadró sin clavar, quedándose parado en la cabeza; en cuyo momento fué enganchado con el cuerno derecho y pasado al izquierdo, arrojado al suelo, corneado otra vez y conmocionado terriblemente. Se vió en la enfermería, donde se le administró la extremaunción, que tenía dos grandes heridas en la ingle izquierda penetrando en el vientre, un varetazo en el pecho y equimosis en la sien derecha. ¡Lástima de muchacho!

Lobo d'Almeida Mello de Castro d'Avil-

hez, D. José.—Hijo de D. José d'Avillez, de quien hemos hablado en el lugar correspondiente. Ha rejoneado, mejor dicho, farpeado algunas veces, y como amador, en Portugal, donde empezó en 1890. A juzgar por lo que ejecuta promete ser tan diestro como su padre, pero hasta ahora no ha llegado á donde llegó aquél, ni con mucho.

Ha obtenido y disfruta el título de Conde das Galveas.

Lobo de Moura, Juan.—Tanto siendo forcado como mozo de curro, ha hecho este aficionado portugués en su país algunas *pegas* que han merecido el aplauso de los espectadores.

Lobo da Silveira, D. Manuel (*Alvito*).—Fué en sus tiempos un gran pegador portugués, que ha dejado nombre en aquel país, donde falleció hace bastantes años.

Lobo da Silveira, D. Luis (*Alvito*).—Pocos hombres de forcado ha tenido Portugal más bravos, más temerarios y más inteligentes. En 1848, y después, *pegaba* toros de puntas con singular destreza, y trabajó en muhas corridas hasta que se retiró con ánimo de volver, como buen *amador*, á tomar parte en las fiestas benéficas en que se considerase útil su aptitud.

Fué el primero á quien cupo la suerte de obtener una moña de lujo como recompensa ó aplauso de su trabajo, costumbre introducida en aquel país de medio siglo acá, poco más ó menos.

Lozen, D. Babil.—Contemporáneo de Alcalde y Ponce de León, y, como ellos, diestro de mucha aceptación por su habilidad en el toreo de reses navarras. Era natural de Pamplona.

Loja, Gregorio.—Torero de poco nombre, que en corridas de novillos, allá por el año 1858, sufrió el día 14 de Noviembre una terrible cogida en Valencia en cuyo hospital falleció el día 21.

Loma y Santos, D. Eduardo de la.—Distinguido hombre público, abogado y periodista, conocido entre los revisteros de toros por *Don Exito*. Es notable la sencillez y gracia de dicción, la intención maliciosa de sus conceptos, y sobre todo, el conocimiento de las suertes del toreo y su impar-



cialidad al describirlas. Ha desempeñado en épocas difíciles cargos políticos de gran importancia, obteniendo con justicia la Gran cruz de Isabel la Católica. Se retiró de la palestra taurina hace algunos años, sin que hayan olvidado su memoria los escritores de entonces que lo consideraban y consideran como merece.

Loma y Milego, D. José de la.—De tal palo tal astilla. Hijo del anterior, puede decirse que de él ha heredado el genio y la gracia para escribir, y

cuando lo hace de toros, su claro entendimiento le suministra caudal bastante para salir airoso de cualquier empeño en que, juzgando sin pasión, haya podido molestar á los intransigentes. Joven aún, abogado estudioso y de una dialéctica clásica é irrefutable, ha conseguido en poco tiempo hacer



notable el sendónimo de *Don Modesto* con que firma en el acreditado periódico *El Liberal*, las revistas de las corridas que en Madrid se celebran, y lo conseguirá más, si observa estricta imparcialidad y no se declara hombre de partido, que entonces...

Lomas, Conde de las.—Ha sido de los mejores aficionados que en Sevilla han fomentado el arte del toreo en este siglo, y se ha distinguido toreando como buen práctico y teórico.

Lombardo.—Así se llama la pinta del toro que, siendo negra, se inclina un poco á mate sin formar manchas especiales ó separadas, teniendo además el lomo ó parte de él de color castaño obscuro.

Lomipardo.—Es una pinta de toro muy parecida á la del aldinegro, y, como el nombre indica, ha de ser pardo el lomo de la res, pero más obscuro que éste el resto de su piel. No debe confundirse con el lombardo.

Lomitendido.—Poca explicación necesita esta palabra para entender que así llaman al toro de forma señalada en todo su cuarto trasero corno recta, seguida, y sin marcar mucho la parte alta del nacimiento de la cola, ni lo hondo de los ijares. Hay pocos toros así, y á juzgar por las láminas antiguas, menos había hace setenta años, puesto que los pintaban hondos de lomos y altos de ancas y serviz.

López, Juan.—Aunque este célebre picador no tuviese en la tauromaquia un nombre distinguido, bastaría para dárselo, con justicia, el hecho de haberse dirigido, en la funesta tarde del 11 de Mayo de 1801, á librar á *Pepe-Ilo* de las astas del toro que le dió muerte, saliendo contra éste á ponerle una vara á caballo levantado. Era natural de Guadajocillo, según dice un antiguo autor; pueblo que no sabemos donde se halla ni hemos podido averiguarlo, por lo cual suponemos que en dicho nombre existe equivocación. El célebre Laureano Ortega le había dado, en la plaza de Sevilla, la alternativa el 20 de Abril de 1793.

López, Manuel (Peseta).—Desde el 6 de Octubre de 1818 en que se estrenó en Sevilla, recorrió casi todas las plazas de España, picando toros, con bastante aceptación.

López, Manuel.—Ignoramos si este picador era hermano del célebre Juan de la cuadrilla de *Pepe-Ilo*. Nuestras investigaciones han sido infructuosas, habiendo averiguado únicamente que fueron contemporáneos, y que éste como aquél trabajaron en la plaza de Madrid. Tal vez sea el conocido por *Porelas*, natural de Córdoba, é hijo de Manuel que picaba y mataba toros en aquella época, ó sea á fines del siglo anterior. *Porelas* trabajó en el presente.

López, Manuel.—Natural de Tocina, en la provincia de Sevilla. Fué jefe de una cuadrilla de banderilleros, con la que daba corridas en varios puntos de Andalucía; y por ser vecino de Córdoba y entendido en su arte, era el organizador de las que en esta última ciudad se celebraban casi siempre de orden del Ayuntamiento. En muchas ocasiones picaba á caballo de vara larga, y mientras los peones ponían banderillas, se quitaba la ropa de picar, tomaba los trastos de matar, y estoqueaba los seis ó más toros que se lidiaban. Esto acontecía hace más de cien años: ahora no hay quien lo haga, y realmente no hay para qué.

López, Diego, (Matusa).—Era un rejoneador á caballo que ejercía su profesión en el último tercio del siglo anterior. Suponemos que también picaría con vara de detener; pero no podemos afirmar otra cosa que la antedicha.

López Jofre, D. Ricardo.—Natural de Cullar de Baza, residente en Granada, donde es muy conocido y apreciado. Periodista, abogado y farmacéutico á más de otros títulos científicos y literarios, se hizo aficionado al toro y redactó bastantes trabajos, adoptando el pseudónimo de *Dirarco*. Ha sido empresario varias veces en Antequera, Granada, Málaga y Sevilla, en las que nunca ganó, y dejó tales negocios. Es un buen aficionado que con la palabra lleva tras sí al auditorio, porque habla académicamente.

López Ortega, Diego.—Excelente jinete que á fines del siglo último se contrataba en plazas para quebrar rejones y poner banderillas á caballo.

López, Angel (Regatero).—Ha sido uno de los banderilleros de punta á quien nadie se le ha puesto por delante. Discípulo del célebre *Capita*, con un valor á toda prueba y con grandes facultades tenía que ser, como lo ha sido, un gran torero; y si con los palos fué sobresaliente, en la brega también se distinguió, estando siempre oportuno. Excitado, en nuestro concepto, por alguno á quien



él hacía sombra, quiso ser espada, y lo fué, sin llegar más que á regular; pero celoso de su nombre, no ha querido nunca empañar su fama, volviendo á su primitivo estado de banderillero, en el que

pocos de su tiempo le han igualado y ninguno le ha excedido. Es natural de Madrid, nació en 17 de Julio de 1825, en la casa calle de San Dimas, núm. 9, siendo hijo de Alejandro y Felipa, y nieto de Juan López Regatero y María Nicolasa, y Juan Díez ó Isabel Rincón. Fué bautizado en la parroquia de San Martín con los nombres de Angel Justo, y en su primera juventud aprendió el oficio de ebanista, que abandonó á los veinte años de edad ó poco menos. Es muy popular en Madrid, y su excelente conducta, como particular, hace que sus compañías más frecuentes sean las de gente elevada por su cuna y por su posición social. Tomó la alternativa de espada de manos de Cayetano Sanz, el 11 de Julio de 1858. Su intrepidez le llevó un día á arriesgarse á subir en Madrid en un globo aerostático con el Capitán Mayet, que murió desgraciadamente, y su ascensión la verificó sin sentir flaqueza de ánimo y con admirable serenidad.

López, María.—Esta desdichada se atrevió á poner banderillas á cuerpo descubierto á un novillo con puntas, á principios del año 1839. Se necesita para tal cosa no tener nada que perder,—taurinaamente hablando.

López, Gregorio.—Regular banderillero, mediano aprendiz de matador, se veía en él por los años 1855 y siguientes que, aunque las lecciones recibidas eran de gran maestro, le faltaba corazón delante de los toros.

López, Rafael.—Cubría su puesto sin desdecir mucho de los excelentes picadores que se conocían á mediados del presente siglo. En 1852 trabajó en Sevilla.

López, Tomás.—Pocos años después que el anterior se dió á conocer este picador de toros, de medianas condiciones.

López, Juana.—Picadora de novillos, sin arte ni conocimiento. Trabajó en la última corrida de novillos que se celebró en la plaza vieja de Madrid derribada el 16 de Agosto de 1874.

López, Nicolás (El niño de Málaga).—Banderillero que hace doce años parecía que se iba á tragar á toda la torería de su época, y se quedó en nada. Hemos procurado informarnos de su residencia ó paradero, y nada hemos logrado.

López Ramírez, D. José.—¿Por qué todos los que tienen la honra de tratar á este buen aficionado á las lidias de toros, le conocen por Padilla? No lo sabemos, pero sí que al leer sus escritos acerca de toros en el acreditado periódico sevillano *El arte andaluz*, de que es dignísimo corresponsal desde Madrid, cualquiera dice sin leer la firma «esa revista es de Padilla»; tal es el sello especial que imprime á sus artículos, en que resplandece siempre un espíritu de justicia y valentía que merece ser imitado.

Firmé en sus convicciones, da siempre oídos á la razón, pero muy fuertes han de ser las que se le expongan para que las acepte después de meditarlas y pesarlas detenidamente, que es hombre que reflexiona y no se deja llevar de primeras impresiones.

Nació en Sevilla el 13 de Enero de 1870, y es muy aficionado á coleccionar documento taurinos.

López, Manuel (*El Sastre*).—No es lo mismo picar toros que picar paño, ni manejar la garrocha que la aguja. Mucho hace la afición, y para algunas personas es un axioma de que «el que quiere, puede». ¡Pero el ser picador de toros tiene tantas quiebras! No es cobarde.

López, Ricardo (*Fierabrás*).—Uno de tantos toreros que se llaman espadas porque matan toros. Era natural y vecino de Sevilla, donde nació en 1847, y apareció muerto de una estocada en el pulmón izquierdo, en Madrid, calle de Alcalá, junto al Prado, en la madrugada del 1.º de Septiembre del año de 1875.

López, Mateo.—Uno de los banderilleros que técnicamente sabían más; y aunque en la práctica no quedaba mal, no igualaba. Julián Casas, que tenía el mismo defecto, le tuvo en su cuadrilla muchos años. Murió en la plaza de Vitoria el 23 de Agosto de 1867, á consecuencia de la herida que en la yugular le hizo el toro quinto de la corrida, perteneciente á la ganadería navarra de D. Nazario Carrquiri, que usa divisa verde y encarnada. Era ahijado de la Emperatriz de los franceses, Eugenia, cuando estando soltera, viviendo en Madrid, se la conocía por el título de condesita de Teba.

López, Gabriel (*Mateito*).—Nació en Madrid el día 16 de Septiembre de 1853; es hijo del banderillero Mateo y de doña Teresa Portal, maestra de labores de la Fábrica de tabacos de esta corte, y fué apadrinado en la pila del bautismo por el conocido aficionado D. Gabriel Lusía. Contra los de-

seos de sus padres, quiso ser torero, y lo fué después de algunos ensayos, que desde la edad de diez años empezó á poner en ejecución, figurando en las cuadrillas de niños toreros que dirigieron Gonzalo Mora y luego Vicente Ortega, en la cual ocupó el primer puesto de matador. Mozo ya, y acongojado con la desgraciada suerte de su padre, oyó las súplicas de su madre, dejó de torear, y se dedicó al oficio de impresor: pero la afición le llevaba á las plazas de toros, y no pudiendo resistir sus inclinaciones se dedicó resueltamente á ser torero teniendo la suerte de matar con gran aplauso en la



novillada del 4 de Noviembre de 1877. No le favoreció lo mismo en Vitoria, plaza en que murió su padre, pues al estoquear un toro llamado *Carcelero*, que era el nombre que también tenía el que causó aquella desgracia, fué enganchado por el muslo y volteado, pero satisfizo su deseo de lidiar en aquella plaza, demostrando que ni el recuerdo de su padre, ni el nombre del bicho que le mató, enfriaban su ardor taurínaco. Ha dado muchas pruebas de valor, y de no escasos conocimientos en España y en América, tanto poniendo banderillas como estoqueando; es de los de buena escuela, parado y formal; toreá de brazos con elegancia, y se coloca donde debe; pero se ofusca en el momento en que ve que un toro se le pone mal y le da que hacer, y ya no es el hombre que de ordinario conoce el público. La sangre madrileña que por sus venas corre, le hace soberbio con el bicho y pierde los estribos, desluciendo trabajos anteriores de verdadero mérito, y también le hace tan altivo, que algunos favores y beneficios ha perdido, por

suponer sin fundamento que no se le atendía en primer término.

Tomó la alternativa en Madrid el 14 de Mayo de 1885, de manos del desgraciado Manuel Fuentes (*Bocanegra*), precisamente en el mismo día en que la tomaba en Sevilla el espada Manuel Ortega (*El Marinero*). Suscitose, como siempre, la cuestión de antigüedad, y hasta había quien contaba la hora y minutos en que cada uno dió principio á estoquear su primer toro, para sacar la consecuencia de la prioridad; tarea vana, pues dígase lo que se quiera, todos los toreros de todas partes, si se exceptúan unos cuantos cuyos hechos están en contradicción con sus palabras, han respetado como únicamente válida, la de Madrid. Conociéndolo así Ortega, confirmó en ella su alternativa que también le dió Fuentes (*Bocanegra*), quedando en su lugar correspondiente *Mateito*. Después, en Extremadura, cedió la preferencia á Guerra en 1896, y harto ya de verse pospuesto á otros que valen menos, ha roto por todo é ingresado como banderillero con Bonarillo, con cuya adquisición ha ganado este mucho; pero, según se ha dicho, está dispuesto á actuar de matador donde quiera se le llame.

López, Ramón.—Natural de Madrid, hermano de *Mateito*, é hijo del desgraciado Mateo, que murió en Vitoria. Es un banderillero que sabe lo que hace, sin pretensiones de ninguna clase; ha propagado las fiestas de toros en las plazas de América, y es muy querido por su delicado comportamiento y excelentes condiciones de honradez é inteligencia. Trabajó en Madrid por primera vez el 16 de Noviembre de 1879, á beneficio de las provincias de Murcia, Alicante y Almería, y casi vive retirado de la vida activa, dedicado á una industria comercial. Es honrado y formal.

López, Santos (*Pulguita*).—Natural de Madrid, toreó en esta corte por vez primera el 8 de Diciembre de 1877, en la plaza de los Campos Elíseos. Como banderillero en la Plaza de Madrid figuró en las corridas reales de 1878, y á partir de esta fecha, formó parte de las cuadrillas de Machío, Hermosilla y Angel Pastor. Cuando tomó la alternativa Mazzantini, se lo llevó á su lado. La muerte de Pablo Herraiz dejó vacante un puesto entre la gente de *Frasquito*, y *Pulguita* sustituyó al célebre banderillero. Siempre ha ocupado su plaza á satisfacción del público, y eso que, dados los actuales tiempos, es difícil agradar sino se bulle mucho, se salta y brinca, recorta y alardea de fingido valor. Es sereno y muy fino pareando, pero es frío y más entendido de lo que á primera vista parece, y por eso sabe nadar y guardar la ropa. Ha esto-

queado algunos toros bastante bien, pero no está preparado para ello, ni creemos sean sus intencio-



nes las de hacerse matador de toros, aunque facultades tiene sobradas. Pertenece hoy á la cuadrilla del aventajado espada Antonio Reverte Jiménez.

López de Súa, D. Leopoldo.—La prueba de que no es una despreciable vulgaridad la de ocuparse



detenidamente en estudiar el origen, las vicisitudes, los adelantos y los mil accidentes que ofrecen como ningún otro espectáculo nuestras corridas de toros, la tenemos en que hombres de tanto talento é ilustración como el Sr. López de Saa, no se desdeñan en comentar con excelente criterio, en tanto con ellas se relaciona. El ha puesto al servicio de las mismas su elevada inteligencia, y por convicción las concede el puesto que tienen y deben tener entre todos los espectáculos públicos, de modo que puede decirse que al ser aficionado no ha obrado por el efecto que le hayan producido impresiones pasajeras, sino por ser amante de la verdad sin ficción y de lo grande por sí mismo.

Es hombre de letras muy distinguido, y entre otros trabajos taurinos, se notan los rasgos de su pluma en el libro titulado *Tauromaquia de Guerrita*, que escribe en colaboración, y en las preciosas revistas que publica el acreditado periódico *El Resumen*.

López Martínez, D. Miguel.—Ilustrado miembro del Consejo Superior de Agricultura de España. Ha defendido con su voto particular ante dicha corporación las corridas de toros, oponiéndose abiertamente á la supresión de las mismas con tal fuerza de lógica, que es imposible que persona liberal y desapasionada pueda rebatir siquiera las atinadas observaciones, las convincentes razones y la justísima verdad que su informe encierra acerca de dicho particular.

López, Manuel (Carretera).—Es un muchacho muy útil para peón y banderillero en cuadrillas de segundo orden, porque la práctica le ha enseñado cual es el gusto de cada pueblo, y procura complacer, pero se quedará donde está, y si no al tiempo.

López, Manuel (El Sombrero).—No le hemos visto trabajar, ni encontrado quien de él nos facilite antecedentes. Picaba toros en el año de 1877, no sabemos si bien ó mal.

López Calvo, D. Manuel.—Entusiasta aficionado á nuestras lides taurinas, que escribió en prosa y verso con singular gracejo y verdad. En las piezas dramáticas que escribió y se han representado en teatros de la corte, siempre hace alusión á las corridas de toros, de que era, como hemos dicho, ardiente partidario. Falleció en Madrid el día 10 de Noviembre de 1890.

López de Mendonza, Ernesto Julio.—Sus paisanos los portugueses tienen, según dicen, grande impaciencia por ver toros de la ganadería que está formando con esmero en su país, este distin-



guido amador banderillero y también mozo de forcado que lidió por última vez en 15 de Mayo de 1892.

López, Gerardo (Gorrón).—Picador de toros en las plazas de América, según carteles modernos. Allí sabrán si es bueno ó malo.

López, Manuel.—En Portugal hay pocos que trabajen, como él, en tantas corridas, en su clase de mozo de forcado, prueba evidente de que mucho vale, pero no hay que olvidar que sólo toma parte en funciones no retribuidas.

López, Manuel (Relatores).—Era un banderillero regular, y nada más. Corría los toros y ponía sus pares algo acelerado; con buenos deseos, intentó mucho, y sin embargo no adelantó y se quedó en puntillero. Es padre de

López, Julio (Relatores).—Banderillero de poca nombradía, que con el tiempo podrá adquirirla si se aplica y tiene afición al arte, que si no...

López, Carlos (*El Manchado*).—Banderillero americano de la cuadrilla de Ponciano Díaz, que ha tomado el mote del español Tomás Parrondo, no sabemos si por igual causa que éste, ó por deferencia al mismo. Sin ser el hombre un diestro de primer orden, dicen los que le han visto que no se da mala maña para clavar los palos.

López, José (*Melilla*).—Picador nuevo, á quien no falta valor, aunque le falten otras condiciones. Aseguran los que le han visto, que es modesto y observador del trabajo de los maestros. Así se aprende.

López, Tomás.—Banderillero que no se ha dado á conocer en muchas plazas principales, y eso que ya ejercía el oficio hace seis años, y ponía banderillas en silla, al decir de los carteles.

López Mejía, Juan Antonio.—Banderillero regular que no deja sus intentos de matar toros; puede adelantar y perfeccionarse, y si abandona los palos, y para, y aprende lo mucho que le falta, será matador. Todo no puede hacerse á un tiempo. Nació en Madrid el 14 de Enero de 1873, siendo bautizado en la parroquia de San Millán. Sus padres D. Juan López Atienza y D.^a Andrea Mejía consiguieron colocarle á los quince años de edad de dependiente del matadero, y allí se adiestró y perdió el miedo á las reses, hasta que en el año de 1889 estoqueó por primera vez un novillo en la plaza de Alcalá de Henares, tomando definitivamente la profesión de torero, á que tiene decidida afición.

López, Anastasio (*El Niño del Guarda*).—En muchos pueblos de Andalucía ha ejercido y sigue ejerciendo el cargo de matador en novilladas. Sólo una vez le hemos visto y, por lo tanto, no podemos juzgarle, que es poco tiempo para hacer justas apreciaciones: pero antójasenos que, hoy por hoy, necesita mucho estudio para aprender lo que le falta, y tener menos pretensiones, que sientan mal siempre, y más en los principiantes.

López da Silva, José Joaquín.—Caballero farpeador portugués, que desde 1890 no ha demostrado otra cosa que buenos deseos, pero eso no es suficiente, aunque se crea bastante para el que, como él, sólo trabaja alguna vez por afición y sin estipendio.

López, Rafael (*Paloma*).—No empieza mal este chico. Tiene afición; no sabe pero quiere aprender, y entra á parear con desahogo. Fáltale medir mejor los tiempos y saber para qué sirve el capote, que un buen banderillero debe ser también un buen peón.

López y López, Antonio (*El Granadino*).—Le vimos una vez y ójala no le hubiéramos visto. Le anunciaron para matar en una novillada, y se presentó en la plaza vestido de torero; pero demostró que de tal, no tenía más que el traje. El hombre confesó su miedo y no mató, ni lo intentó si quiera.

López, Pedro (*Arito*).—Banderillero nacido en América, tiene como teatros de sus habilidades en el arte de Montes, las plazas de toros mexicanas, con preferencia á otras de aquellos remotos países. Nada sabemos acerca de su mérito.

López, Miguel (*Gorito*).—Mataba novillos hace veinte años, subido en zancos y en las mojigangas de las plazas que al efecto le contrataban; porque el hombre no servía para otra cosa; á pie lidiaba peor aún que su compañero *Jetafe*, mozo que corría también más en zancos que á pie, y sabía de toreo tanto como Sancho Panza.

López, Mariano (*Bocucha*).—Aspira á ser picador de toros. En las novilladas se ha presentado voluntarioso, y parece que es buen jinete.

López Bardazo, Jacinto.—Quiere ser torero y ha empezado á ensayarse en plazas andaluzas de segundo orden, este joven perteneciente á una distinguida familia del Puerto de Santa María. ¿Seguirá?

Lopini, Rosina.—Como italiana, y en unión de Rosina Paguini y de Eugenio Lopini, fueron anunciados en Madrid en el invierno de 1870, para picar á la española, poner banderillas, y matar el Eugenio un novillo subido en zancos. Tanto tenían ellos de extranjeros como Lain Calvo de torero.

Lorenzo, Tomás.—Dicen que es banderillero porque ha trabajado alguna vez en la plaza del puente de Vallecas. Por eso negamos precisamente que

lo sea, porque desde hace más de ocho años en que aquello sucedió, ya era tiempo de habérsele acreditado.

Losa, Antonio (*Tabitas*).—Picador sin alternativa que quiere lucirse y no lo consigue, á pesar de su buena voluntad. Se tiene bien á caballo, pero le sucede lo que á todos los que empiezan, que si se cuidan de la mano derecha olvidan la izquierda, y si de ésta se acuerdan, aquélla les estorba. Así lleva mucho tiempo, y no se le ha visto prosperar.

Losada, D. Cecilio Díaz de.—Si no tuviera este notable arquitecto un nombre envidiable entre sus compañeros, bastaría para habérsele conquistado la magnífica concepción que ha desarrollado en los planos de la preciosa plaza que había de construirse en Granada, pensamiento que empezó Alvarez Moya con brío, y concluyó de mal modo. Siendo más conocido por el segundo apellido que por el primero, le hemos incluido en esta letra, siguiendo igual plan del que con otros venimos adoptando.

Losada, Antonio (*El Nene*).—Reside en Alicante desde hace unos cuantos años, y toma parte como banderillero, y aun como espada, con otros novilleros, en cuantas corridas se le proporcionan en dicha provincia y sus limitrofes. Nació en Málaga el 19 de Junio de 1864, y empezó á torear á los diecinueve años de edad. Es muy compuestito, y cumple muy bien sin pretensiones.

Losada, D. Angel.—Actual Marqués de los Castellones, Senador del Reino y conocido ganadero cordobés. Fué en sus mocedades notable aficionado que con la capa, rehiletes, muleta y estoque se hacía aplaudir. En Córdoba fomentó grandemente la afición, y todavía se recuerdan aquellos tiempos en que hacía alarde de sus conocimientos prácticos en el arte.

Losada Turrientes, D. José.—En Badajoz ha adquirido buen crédito de escritor distinguido, con sus artículos publicados en la prensa local, acerca de las corridas de toros. Posee documentos muy útiles al aficionado, y ha sido corresponsal de algunos periódicos madrileños.

Loulé, Duque de.—Harto conocido es el nombre de este distinguido político portugués, que llegó á

ser allí nada menos que jefe del partido liberal, cuyo puesto conservó hasta su fallecimiento, ocurrido hace algunos años; pero estamos seguros de que muchos ignorarán, que diferentes veces se presentó en las plazas de Portugal, desde el año de 1848 en adelante, á desempeñar un puesto de mozo de forcado, y también á rejonear como caballero, obteniendo siempre muchos aplausos por su valentía. Parece inútil advertir, que nunca fué torero retribuido, sino distinguido *amador*.

Loureiro, Francisco.—Portugués, como su apellido indica. Era un excelente banderillero, que con la misma facilidad quebraba, recortaba y cuarteaba. Agil y ligero, se atrevía á dar el salto de la garrocha con gran confianza, y siempre estaba dispuesto á complacer al público lusitano, ante el cual trabajaba concienzudamente. Ha fallecido yendo al Brasil, de una fiebre amarilla que le acometió en Campos, en 1880.

Lovera.—A mediados del siglo pasado figuraba entre las diferentes cuadrillas que podríamos llamar ambulantes, este torero de tanto renombre como Apañani, Galcerán, y otros que se distinguieron por su bravura. No hemos encontrado su nombre en los papeles que hemos consultado á ese fin, ni sabemos si solo fué banderillero ó llegó á ser estoqueador de toros.

Lozano, Diego.—Picador de vara larga, contemporáneo de *Costillares*, en cuya cuadrilla trabajó más de una vez. Dicen era corpulento y de gran fuerza, que castigaba mucho y bien, pero que no correspondía la mano izquierda en ligereza á la fortaleza de la derecha. En la plaza de la Real Maestranza, de Sevilla, se estrenó el día 26 de Octubre de 1782.

Lozano, Ceferino.—Uno de los picadores de segunda fila que más lucieron en Madrid por los años de 1852 y siguientes. Se retiró y se dedicó al comercio de vinos.

Lozano y Enriquez, Antonio.—Notabilísimo escritor taurino y acérrimo aficionado, nacido en Ciudad Real el 17 de Octubre de 1854, donde estudió el bachillerato, ingresando después en la Academia de infantería de Madrid. Obtuvo el empleo de alférez en Enero de 1874, pasando inmediatamente al ejército del Norte, y haciendo la campaña contra los carlistas. Es capitán de la es-

cala de reserva, y establecido en Alicante hace doce ó catorce años, empezó á trabajar en el periodismo.

Fundó en unión de otros *La Revista de Espectáculos*, que dos años más tarde se convirtió en *La Revista*, de la que hoy es único propietario, y que publica con gran aceptación en Alicante, y se lee con gusto en todas partes. Ha colaborado además en *La Tarde*, *La muleta* y *El chiquero*, de Zaragoza, *El Toreo cómico*, del que fué corresponsal, y *La muleta*, de Sevilla, del que lo sigue siendo.

El anagrama *O'Lanzo*, con que firma sus revistas y artículos, es conocido en todos los círculos taurinos.



Su extremada afición le ha llevado á tomar parte como espada en considerable número de becerradas, sin que haya tenido que lamentar ningún contratiempo. Reservándose ya de este ejercicio activo, le sustituye todos los años con una verdadera peregrinación por Valencia, Murcia y la Mancha, presenciando gran número de corridas por esas comarcas durante el verano.

Formó parte de la espléndida sociedad «Especta-Club», y su carácter franco y cariñoso, es valiosísimo complemento de sus indiscutibles méritos como periodista, y aficionado inteligente.

Lozano, Antonio (*El Sonador*).—Ha brotado en Andalucía en estos últimos meses, un joven de ese nombre que dicen estoquea toros con fortuna y habilidad. Falta verlo para creerlo.

Lucas Blanco, Manuel.—Este desgraciado espada es la prueba más evidente de que nuestra

opinión está en lo firme cuando ha dicho, al hablar de otros diestros, que es muy expuesto para ellos, y puede costarles muy caro, afiliarse en público á un partido político determinado, y hacer en él demostraciones exageradas que hagan marcarse al individuo y ponerse en relieve. Si Manuel Lucas Blanco no hubiese sido partidario del rey absoluto, ó al menos no hubiese hecho de ello público alarde ingresando de voluntario realista en los escuadrones de caballería, es casi indudable que su vida no hubiera concluido en un patíbulo; porque aunque la ley determinase que al homicida se le aplicase la pena de muerte, es muy seguro, que de no haber mediado entonces la pasión política, Lucas hubiera sido indultado, toda vez que la muerte que causó en la noche del 18 de Octubre de 1837 al miliciano nacional de Madrid Manuel Crespo de los Reyes, saliendo de una tienda de andaluces de la calle de Fuencarral, donde bebieron juntos, convienen los contemporáneos en que fué casual y sin intención, y previa provocación del lesionado. Gran parte de la milicia mostró contra aquel infeliz su indignación, siendo peligroso hablar la más ligera palabra en su favor, en términos de que su letrado defensor, para evitar disgustos, asistió á informar en la vista de causa vestido de uniforme de miliciano; y sólo algunos compañeros del desgraciado, especialmente Juan León y el célebre Montes, se atrevieron á hacer gestiones en su favor, pero inútiles, pues que el pobre fué ejecutado en el día 9 de Noviembre del mismo año. Hemos hablado de este diestro sólo en lo relativo á su desgracia, porque no podemos recordarle sin que en primer lugar se nos venga á la memoria su desastroso fin. Pero pasemos á hablar del torero. Era de una estatura regular, bien formado, serio y de pocas y mal dichas palabras; valiente y arrojado hasta la temeridad, en lo cual tenía cierto orgullo; ni las heridas que los toros le causaran, ni mucho menos ningún otro lance personal, amenguaban su fiera, que de este modo debía llamarse la que en muchos momentos demostraba. Así, que llegó á conquistarse el nombre del *guapo Lucas*, diciendo Juan León que no había conocido hombre más duro. No empezó de muy joven, y cuando lo hizo, fué como tantos otros de ahora, que unas veces son espadas, matando toros en los pueblos, y otras banderilleros de segundo orden en cuadrillas formales. En 1813 fué banderillero de Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), seis años después servía de media espada con el *Panchón*, y en 1821 figuró en este concepto en la plaza de Madrid, donde estaban de primeros el *Bolero* y León, habiendo alternado con éste y Parra ya en 1829, y antes en Sevilla con el último, en 30 de Mayo de 1823. La práctica le hizo aprender algo, porque las explicaciones teóricas eran inútiles para su limitada inteligencia; y si

bien no se encontraba en él al lidiador ligero y al diestro que ejecuta con limpieza diferentes suertes, se hallaba al matador que paraba los pies, y con sereno aplomo, economizando pases, daba grandes y seguras estocadas. Desde aquel año trabajó muchos en Madrid, alternando con los mejores matadores que se conocían entonces.

Lucas Blanco, Juan.—Hijo del desgraciado Manuel, natural de Sevilla, buen mozo, de airoso continente y *cantaor* notable. Fué un matador de toros de aquellos que Andalucía se propone levantar, aunque no valga en el arte lo que otros de menor apoyo y protección. Las simpatías que por la desgracia de su padre debió conquistar, hicieron que los principales maestros le apadrinasen y alentasen á la lidia, de la cual, en los corrales del matadero, adonde había asistido desde muy pequeño y á despecho de su padre, se separó por la vergüenza que le causaba alternar con otros. El que más le protegió fué Juan Yust, que le hizo su banderillero, lo tuvo en su casa como á un hijo, y en 1840 le hizo ya figurar como media espada en varias plazas; pero muerto su maestro en 1842, y aprovechando Lucas el valimiento que tenía con aficionados de influencia en Andalucía, se hizo cargo de la cuadrilla de aquél, y se presentó en 15 de Agosto de 1843 en la plaza de Sevilla, causando el mayor entusiasmo entre sus paisanos verle esperar y recibir los toros á pié firme. Su fama subió tanto en tan poco tiempo, que sus contratas crecieron, sus triunfos se contaban por funciones, y los maestros que entonces había eraa menos aplaudidos que él en las plazas en que alternaban, porque los inteligentes veían *verdad* en su torreo, y no falsedad y mañas que otros buscaban para lucirse. Creyose generalmente que Lucas iba á ser tan gran torero, especialmente matando, que dejaría atrás á los más nombrados; sólo Redondo (*El Chiclanero*) opinó de distinto modo, diciendo sin reserva que el día que aquél se viese frente á toros revoltosos y de sentido, podría tener grave disgusto y quitar las ilusiones á sus admiradores. Muchos creyeron que esto lo decía Redondo envidioso de la celebridad de Lucas; pero lo cierto es que éste no sabía del arte mas que pararse, recibir ó aguantar toros que se le vinieran bien, y nada más. Su muleta, aunque limpia y fina, le servía de muy poco. Si él arrancaba ó se iba al toro, cuarteaba tanto y lo hacía con tal desconfianza, que concluía casi siempre mal la suerte; y si el toro se defendía ó no humillaba, no tenía recursos para componerle la cabeza. En 1846 se ajustó en Madrid, y el *tronto* que de Sevilla traía era tan grande, que los verdaderos inteligentes creyeron que entre Redondo y Lucas podría regenerarse el

torreo, viendo recibir toros á los dos lidiadores que, separándose de los malos resabios de otros aplaudidos diestros que echaron á perder la buena escuela, tanto prometían en su arte. Por desgracia no fué así: Redondo había acertado. Fuese que al pobre Lucas le impresionase fatídicamente el redondel donde su padre tanto había pisado, fuese que los toros que lidió en tres corridas no se le presentasen bien para su suerte especial y única, ó fuese que en Madrid no se forma partido en una temporada un diestro si no hace cosas muy buenas, la verdad es que despues de haber sido herido gravemente en la tercer corrida en que se presentó, tuvo que volverse humillado á Sevilla, sin haber podido siquiera recibir un toro. Como solo Madrid ha dado siempre carta de verdadero diestro al que lo ha sido, y Lucas no la obtuvo, su decadencia se marcó tan rápidamente, que desde entonces pudo decirse que ya no fué torero, ni pudo levantar su fama ni aun en su tierra, recibiendo en cuantos puntos quiso torear tremendas cornadas, sendos revolcones y multiplicados puntazos y varetazos. Para mayor mal, le dió por entregarse completamente al uso de bebidas alcohólicas, llegando el caso de presentarse en plaza ebrio y embotados sus sentidos; y arrastrando una mísera existencia, falleció en el año 1867 en el Hospital General de Sevilla, á los cuarenta y cuatro años de edad, de una enfermedad aguda. No sabemos si vive su mujer que fué la viuda de Juan Yust.

Lucena, Carmen (*La Garbancera*).—Esta señorita se presentó en varias plazas de España y Portugal á matar becerros, anunciándose «en competencia con *La Fragosa* por su infatigable voluntad y destreza en el arte de Montes y *Pepe Ilo* y para complacer á sus muchos favorecedores.» No la hemos visto ni nos ha hecho falta ni el arte tampoco necesita diestras sino diestros.

Luceño, D. Tomás.—Distinguido autor dramático, de los de buena cepa, correcto, castizo y muy conocedor de los efectos teatrales. Sus producciones, que son muchas, tienen siempre frescura, gracia y donaire, y una de las en que hizo gala de su talento fué la titulada *Fiesta Nacional*, alusiva á las corridas de toros, que escribió con D. Javier de Burgos hace ya catorce años.

Lucero.—El toro que, siendo de color oscuro su cabeza, tiene tambien una mancha blanca en el testuz. Puede suceder que un jabonero, por ejemplo, tenga esa mancha negra en el mismo sitio, pero entonces le llaman *Estrellado*.

Luis, Diego.—Buen banderillero, natural de Córdoba, y que aseguran lució mucho en fines del siglo XVIII.

Luis, José.—Muy fugaz fué la vida torera de este banderillero portugués, que se estrenó en la plaza de Campo de Santa Ana en 1846, y conociendo que no servía para banderillero dejó el oficio, y murió en 1863.

Lumbrero.—Toro de Veragua, retinto albardado, de mucho peso, buen mozo y bien armado, corrido en primer lugar en la plaza de Aranjuez el 31 de Mayo de 1891, dió tan gran porrazo al picador Manuel Calderón, que conmocionado fué llevado á la enfermería y antes de las doce horas falleció. En el resto de la lidia fué un buen toro.

Luminoso.—Toro de la ganadería de D. Manuel García Puente y López, vecino de Colmenar Viejo, que en 11 de Octubre de 1870, al ser conducido con los cabestros á los corrales de la plaza vieja de Madrid, se entró en la villa, recorrió varias calles, volteó á un panadero y á un carretero en la calle de la Libertad, y en la de Alcalá le recogieron los buyes con los vaqueros y le llevaron á la dehesa, después de mil trabajos.

Luna, Jerónimo.—En el último tercio del siglo pasado formaba parte de la cuadrilla de *Costillares* como peon ó banderillero. Fué de un mérito sobresaliente.

Luna, Diego.—Este picador se presentó en Madrid á trabajar por primera vez el jueves 1.º de Julio de 1830, precedido de buen nombre; mas con tan mala fortuna, que el quinto toro de Gaviña, en una vara, le arrojó con el caballo de tal manera, que perdido el sentido, le retiraron á la enfermería y falleció á los pocos días. Había tomado la alternativa en Sevilla el 30 de Mayo de 1823.

Luna, Alonso.—Este picador moderno, á quien se vió trabajar en Sevilla en 1878, se ha eclipsado hace algunos años y nadie nos da razón de él ni de su mérito.

Luna, D. Adolfo.—Sus revistas taurinas en el periódico *El País* son leídas, comentadas y aprecia-

das en mucho por los inteligentes aficionados. Esta es la mejor patente de bondad que puede obtener un escritor.

Aficionado entusiasta á la fiesta nacional, atendiéndole con singular cuidado á todos los lances de la lidia, y al reseñarlos y dar cuenta de ellos, lo verifica con tal claridad, que parece al lector estarlas viendo. No hay esfuerzo de imaginación en el relato, que acostumbrado á escribir de más arduos asuntos, nada hay para él penoso, y mucho menos lo que pueda relacionarse con las corridas de toros por las que, como va dicho, tiene especial predilección. Tal vez al ensalzarlas, exagere las grandes hazañas que sus infinitas peripecias proporcionan á los diestros que las ejecutan, pero es tan perdonable esa espontánea manifestación del entusiasmo!

Excesivamente modesto y discreto, se aparta del trato social mas de lo que debe un hombre de talento, á quien hay que estimar en mucho, precisamente porque no busca exhibiciones que ahora tanto se estilan.

Luque, Antonio (*El Camará*).—Torero cordobés, de regular figura, que perteneció á la cuadrilla de Francisco González (*El Panchón*), de quien recibió lecciones, y el cual también le dió la alternativa como espada el año 1835. No tuvo mal método de toreo; se presentaba bien, pero se descomponía tan pronto, que el público creyó siempre que era falta de valor lo que le dominaba; así que nunca llegó á ser un espada de nombre, ni mucho menos. Dicen que era buen teórico, y que oyeron con gusto sus lecciones y consejos los toreros *Pepete*, *Bocanegra*, *Riñones* y otros que, como su hijo Antonio, conocido por el *Óchares de Córdoba*, aprovecharon poco. Fué hijo de Alonso Luque y de Victoria González, hermana de Francisco (*El Panchón*), y viuda de Bernado Rodríguez, de quien tuvo al también torero notable Rafael Rodríguez (*Melaja*). Nació junto á la torre de Malmuerta, en el arrabal de casas que allí hay formando parte de la ciudad de Córdoba, el día 3 de Julio de 1814, y fué bautizado en la iglesia de Santa Marina. Siempre, desde la edad de diez y seis años, y aun antes, en que empezó á torear por los pueblos más inmediatos al de su nacimiento, demostró cierta altivez, y por lo tanto, poca sumisión para depender de otro: le gustaba más ser cabeza de ratón que cola de león; pero esto, en nuestro concepto, le perjudicó no poco para sus adelantos. Claro es, no sujetándose á observar reglas ni prescripciones fundadas en la experiencia, era preciso seguir sus instintos para la práctica de las suertes, y al ejecutarlas, velasele perplejo é indeciso, porque no tuvo presente que para seguir inclinaciones propias, ó se

necesita ser un genio, ó adoptarlas, despues de muchas tentativas y ensayos en largos años de práctica. Era pundonoroso; alternó con espadas notables en diferentes plazas, desde 1836 en adelante, pero especialmente desde 9 de Junio de 1844 hasta 1850, época de su mayor apogeo, y murió pobre en el pueblo que le vió nacer, á los cuarenta y cinco años de edad, el día 11 de Octubre de 1859.

Luque, Antonio (*El Cúchares cordobés*).—Hijo del matador de toros de igual nombre, recibió de él lecciones desde muy temprano, y las aprovechó tanto, que en sus primeros años creyeron los cordobeses que aquel muchacho iba á ser una notabilidad, llegando hasta el extremo de darle el mote de *Cúchares*, como si quisieran que un día llegase á ser lo que éste. Desgraciadamente no sucedió así. Luque, que algunas veces entraba bien y por derecho al arrancar, no se cuidaba generalmente de preparar los toros á la muerte, no estudiaba la índole ó condiciones de éstos, y cuando uno se le tapaba ó se defendía, perdía completamente el conocimiento, y pasaba fatigas muy grandes. No pasó de lo que llaman *media cuchara* ni en España ni en América, adonde fué á torear con buen partido, perjudicándole no poco para dar estocadas, el defecto de ser muy corto de brazos. Tomó la alternativa en Madrid el 20 de Julio de 1862.

Luque, Luis.—No sabemos si este picador es de la familia de los espadas que llevan su apellido, el *Camará* y *Cucharitos*, de Córdoba. Tampoco sabemos cual fué su mérito, pero sí que en compañía de Carlos Puerto se embarcó para Montevideo en

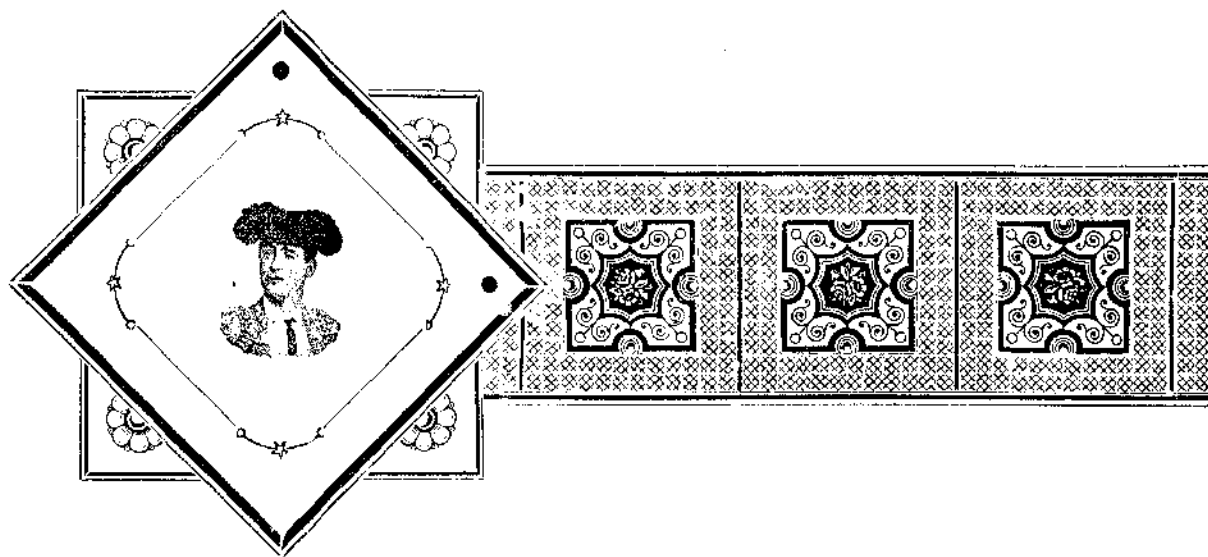
1836, con la cuadrilla que organizó y dirigió el matador de toros Manuel Domínguez.

Luque, Rafael.—Banderillero cordobés, joven, atrevido y no falto de gracia. Será algo si tiene presente que de su tierra y de su nombre han salido buenos toreros, y que su apellido le obliga; y será nada, si en vez de querer no quiere distinguirse, como hasta ahora ha hecho. Opinamos por lo último.

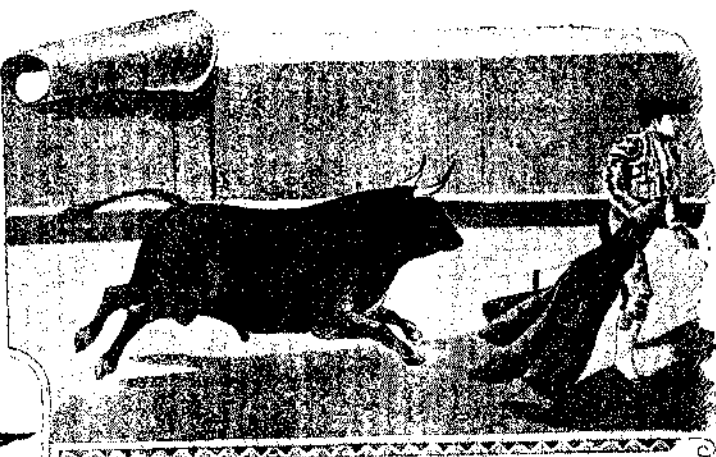
Luque Arcas, Manuel.—Este desgraciado picador vino á Madrid á trabajar en 1880, formando parte de la cuadrilla de Francisco Arjona Reyes. En la corrida del domingo 9 de Mayo, el sexto toro, de Núñez de Prado, llamado *Agachaito*, negro, bragado, corniapretado, pequeño y ligero, que tomó once varas con coraje, derribó á Luque, matándole el caballo, y en la caída se lastimó con la perilla de la silla en el vientre y en una hernia de que venía padeciendo, si bien no dió importancia al golpe, en términos de que volvió montado á su casa. En cuanto llegó á ella se acostó para no levantarse más, pues á las cincuenta y seis horas, ó sea el miércoles 12, á las dos de la mañana, falleció en su habitación, calle de la Gorguera, y por la tarde fué conducido al cementerio de la Patriarcal. Era casado, de treinta y dos años, vecino de Sevilla, y con tres hijos.

Luzón, D. Francisco.—En 1639 rejoneaba toros con singular destreza. Creemos fué hijo de don Francisco de Luzón, natural de Ronda, que como militar se distinguió mucho en las guerras de Flandes, y escribió un famoso libro sobre el arte y modo de formar los escuadrones.





Llamada.—La que hace el toreo á la res para que acuda á la suerte que con él intenta hacer, bien alegrándole á alguna distancia, bien pisándole su terreno en corto, como sucede en las banderillas á media vuelta. Lo es también la que hace el pica-



dor al toro, moviendo las riendas del caballo, arrojándole el sombrero, ó alzando el brazo derecho para obligarle á entrar á la suerte.

Llavero, José.—Picador andaluz de quien no tenemos otras noticias sino que trabajó varias veces con espadas de segundo orden. Nos inclinamos á creer que su nombre está equivocado, debiendo ser el de

Llavero, Antonio.—Que tomó la alternativa en Sevilla el 8 de Junio de 1851 y fué pariente próximo de

Llavero, Antonio.—Picador que en Madrid, á fines de la temporada de 1877, tomó alternativa. Este no se distinguió mucho, y falleció en 16 de Julio de 1882 de muerte natural.

Llavero.—Toro de la ganadería del excelentísimo señor don Nazario Carrigüiri, lidiado en la plaza de toros de Zaragoza durante las fiestas del Pilar del año 1860 (14 de Octubre), que mereció, á petición del público, ser retirado al corral sin darle muerte, por haber tomado en regla el asombroso número de cincuenta y tres puyazos sin volver la cara.

Hoy pertenece dicha ganadería al Sr. Conde de Espoz y Mina, como va dicho en otro lugar.

Lledó, Claudio (Plomito).—Hay que andar más deprisa si se ha de llegar á ocupar buen puesto. Abandonándose y no tomando las cosas con calor, no se va á ninguna parte. Puesto que valentía sobra, estudie y aplíquese. Hijo de Manuel y Eustaquia, nació en Badajoz en 30 de Octubre de 1864, fué zapatero, y luego soldado, matando posteriormente novillos en algunos pueblos desde 1888 en adelante.

Llegar.—Se dice que un toro *llega* cuando siempre alcanza al caballo, dándole cornada á la primera

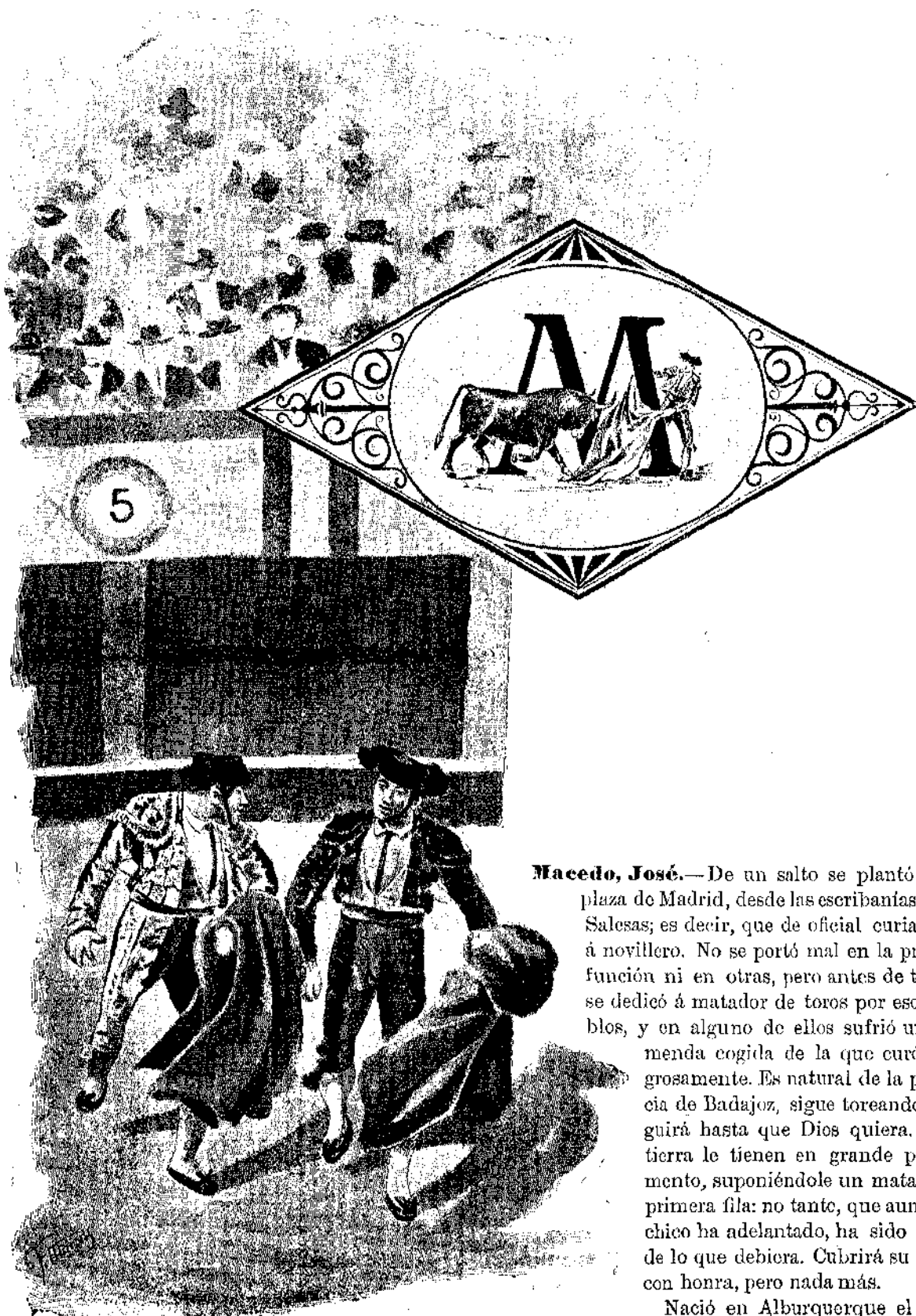
embestida. Consiste unas veces en que son de poder y duros, y muchas en el poco castigo, en que se les deja arrancar de largo, y en que no se sabe librar el caballo, por olvidarse de las reglas del arte. Los toros bravos y duros al castigo, llegan siempre aunque no tengan poder, y la habilidad del picador está en apretar fuerte y alzar el caballo para que, en todo caso, sea herido de cinchas atrás.

Llorens, Rafael.—Banderillero valenciano, bastante aceptable que trabajó en la cuadrilla de Angel Pastor y otros de buena nota. Falleció en Valencia el 25 de Agosto de 1893, á consecuencia de maligna enfermedad.

Llorente y Fernández, D. Félix.—Autor de un bien escrito folleto publicado en 1878, que ha titulado *Defensa del toro*, y que tiene buen estilo y convincente razonamiento.

Llover, Juana.—A mandar llover hubiéramos enviado á esta muchacha catalana, que se hizo anunciar como banderillera en una cuadrilla de... mujeres, para lidiar becerros en la Habana no ha muchos años.





Macedo, José.—De un salto se plantó en la plaza de Madrid, desde las escribanías de las Salesas; es decir, que de oficial curial pasó á novillero. No se portó mal en la primera función ni en otras, pero antes de tiempo se dedicó á matador de toros por esos pueblos, y en alguno de ellos sufrió una tremenda cogida de la que curó milagrosamente. Es natural de la provincia de Badajoz, sigue toreando y seguirá hasta que Dios quiera. En su tierra le tienen en grande predicamento, suponiéndole un matador de primera fila: no tanto, que aunque el chico ha adelantado, ha sido menos de lo que debiera. Cubrirá su puesto con honra, pero nada más.

Nació en Alburquerque el 22 de Octubre de 1868, si no hay equivocación en la fecha.

Es hijo de D. Anacieto y Doña Martina Morales: sirvió voluntariamente en el ejército en clase de sargento; obtuvo el grado de bachiller, y en 1887 tomó algunas nociones del arte que ejerce en la plaza del Puente de Vallecas. Las muchas y graves cogidas que ha tenido, no le han quitado la afición ni los buenos deseos de agradar.

Macías, Manuel.—Matador de segunda nota que en algunas plazas andaluzas trabajó por los años de 1845 al 50, poco más ó menos. No se hizo notable por su trabajo. Pareceos que es el mismo matador que en 1836 acompañó en clase de segundo á Montevideo al espada Manuel Domínguez, y que era entonces conocido por el apodo del *Cherri-me*. Si es el mismo, ya era en esta última fecha matador de alternativa, natural de San Fernando y torero desde 1824.

Macías, D. Francisco.—Hay pocos hombres dedicados al dibujo, menos pretenciosos que Macías, demostrando con su humildad y asidua aplicación que puede adquirirse un buen nombre en cualquier arte, con el trabajo y el empeño en adelantar mejorando. No contento con dibujar asuntos



de poca importancia, que es por donde empiezan todos, se ha dedicado á trazar con su lápiz preciosas figuras y escenas taurómacas en grandes carteles para corridas de toros, dándolos un realce singular, capaz por sí sólo de llamar la atención de todos los que los vean. Su imaginación es inagotable para idear *asuntos*: comprende á las primeras indicaciones la explicación del deseo de quien le hace un encargo, y trasládale al papel con fidelidad; y más diríamos de este modestísimo artista, si no hablasen por nosotros los variadísimos cuadros y adornos que en esta obra aparecen con su firma y en los que se notan adelantos de día en día, sin que sobre el mérito de los mismos digamos una palabra, porque no nos compete elogiarlos. Nació en Cádiz, y desde niño fué discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes é Instituto, viendo

premiada su aplicación en distintas ocasiones. Acreditó su buen gusto y suficiencia en trabajos litográficos que publicó la famosa litografía alemana de aquella capital, y pareciéndole estrecha para sus aspiraciones, vino á Madrid, dióse á conocer, y casas muy principales ocupándole en trabajos importantes.

Su ciega afición á las corridas de toros, que heredó de su buen padre, le hace entusiasmarse al bosquejar una suerte de torero, un cartel artístico de gran tamaño, un retrato de torero, etc., y su modestia corre parejas con su entusiasmo, que aprecian en cuanto vale todos los que le conocen.

Machado Canario, Luis.—Banderillero portugués de cierto renombre en su país, que aceptan con gusto á su lado los diestros españoles que lidian en las plazas de aquel reino, porque ni descompone cuadro ni estorba en el ruedo. No tiene presunción y sí mucha voluntad y buenos deseos de agradar.

Machío, Jacinto.—Matador andaluz de segundo orden, discípulo de Domínguez, valiente como éste, pero con poco arte y menos seguridad en la suerte. Nació en Sevilla, barrio de San Bernardo, el año de 1838, aficionándose desde muy pequeño á torear, y tomando parte en novilladas con Agustín Perera y el llamado *Manquito de Triana*. Fué después banderillero bravo y duro en la cuadrilla de Manuel Domínguez, que le dió la alternativa en Cádiz en 1865; trabajó luego en casi todas las plazas de España y ha sido muy estimado por su formalidad y buen trato.

Machío, José.—Hermano de Jacinto, y como él, matador de toros. Pasó en el año de 1868 á la Habana con *Cichures* en clase de segundo espada, y desde su regreso ha trabajado con aceptación en la mayor parte de las plazas de su país (Andalucía) y en las del resto de España. No sabía mucho, pero tenía voluntad y condiciones. Nació en Sevilla el día 8 de Febrero de 1842, dedicándose en sus primeros años al oficio de labrador en propiedades suyas; pero al cumplir veinte años quiso torear con su hermano Jacinto, y tuvo la suerte de aprender bastante con los aplaudidos Manuel Domínguez, Manuel Carmona y el *Nili*. Vino á Madrid, y el maestro Cayetano Sanz le dió la alternativa como espada el día 10 de Julio de 1870, y todos los madrileños recuerdan las gravísimas cogidas que en su circo tuvo el 23 de Junio de 1872 y el 17 de Mayo de 1874, que por cierto no amenguaron el bravo arrojo de Machío, acredita-

do en todas partes. Después de una excursión á la Habana y á Mexico, en 1886, vivía retirado del toreo en su casa de Sevilla, y en ella ha fallecido, de una afección al estómago, el día 4 de Mayo de 1891.

Machío, Manuel.—Banderillero de facultades, que castiga con los palos y cumple como bravo. Se confía demasiado, y esto no puede hacerse con todos los toros ni de ello debe abusarse; que para confiarse en alguna ocasión es necesario conocer mucho la índole de la res, observando sus condiciones, lo cual no se aprende en pocos años; y hay torero que aun viviendo mucho no lo llega á saber nunca. Hace algún tiempo que no suena su nombre en los círculos taurinos y no sabemos qué habrá sido de él.

Machío Trigo, José.—Con esos dos apellidos puede irse á cualquier parte. Bueno es que los tenga presentes ese muchacho, que empieza ahora á matar toros en novilladas; que tiene facultades y está obligado á estudiar y ser valiente, con serenidad y juicio.

Necesita un padrino y un maestro.

Macho, Antonia.—Otra desgraciada que hace unos cuantos años se quiso dedicar á torear en plaza cerrada, y se anunciaba como espada, natural de Cádiz. Macho había de llamarse...

Machorro.—Toro de la ganadería de Durán, negro, buen mozo y bien armado, lidiado en la Plaza de Jerez de la Frontera el día 24 de Junio de 1851. Mató tres caballos, tomando con voluntad treinta y tres varas y le pusieron un par de banderillas nada más, porque la Presidencia, á petición del público, le perdonó la vida y mandó retirarle al corral; pero como el toro, á pesar de haber salido en su busca los cabestros, no quiso seguirlos y tampoco fué posible enlazarle, aunque se intentó, fué revocado el indulto y murió á manos de Gaspar Díaz, hermano de Lari, á quien muchos llamaban *Gasparón*, sin duda por su elevada estatura.

Madrazo, D. José.—Nació en Santander el 22 de Abril de 1781, y murió en Madrid en 8 de Mayo de 1859. Fué director del Museo Nacional de Pinturas, que por él fué creado, y casi todos sus cuadros, que son notables, están dedicados á perpetuar hechos gloriosos de nuestra historia y asuntos puramente españoles. Cuando la litografía se in-

trodujo en España, se puso al frente del magnífico establecimiento que á costa del real patrimonio se montó en Madrid, y de él salieron las preciosas láminas de las fiestas reales de 1833.

La vida de este insigne pintor fué muy accidentada, como toda la época en que vivió. Para perfeccionar sus estudios y protegido por el Ministro Cevallos, pasó á París y Roma; fué discípulo del célebre David, y en 1808, desatendido por el Gobierno francés, pobre y prisionero en el castillo de Sant Angelo, por negarse á reconocer al monarca intruso, esperó el final de la guerra de la Independencia, y á su regreso á España fué nombrado profesor de la Academia de San Fernando, académico de mérito y pintor de Cámara, y más tarde director del Museo y Caballero de la orden de Carlos III. A pesar de todo, no faltó quien dijese que fué un pintor mediano, amanerado y falto de inspiración.

Madrigado.—Al toro que ha padreado se le da este nombre en muchas partes, en nuestro concepto con exacta aplicación.

Madriteño.—Toro berrendo en negro y bien armado, de la ganadería de D. Luis Mazzantini, lidiado en la Plaza de Toros de Barcelona el 15 de Julio de 1894. Ganó el diploma de primer premio, lidiándose en competencia con reses de Miura y Benjumea. Hizo una excelente faena en varas. *Gallo* le quebró en rodillas. Guerra y Mazzantini le torearon á la limón. Le banderillearon *Gallo*, Mazzantini y Guerra, y le mató Fernando Gómez de un volapié precedido de una clásica y superior faena de muleta. La cabeza del toro, artísticamente disecada, fué regalada por el ganadero al antiguo aficionado de esta corte D. Francisco Javier Minguez.

Maestrich, Clotilde.—No sabemos si es portuguesa esta rejoneadora que en el vecino reino toma parte á caballo en las corridas de toros. Suponemos se haya retirado de la arena, porque hace más de dos años no hemos vuelto á oír su nombre. Dicen que es notabilidad montando como los hombres y que también es valiente.

Aprendió equitación con su padre el profesor Mr. Hulff, recorriendo con él diferentes circos de Europa, y viéndola trabajar en el Real Coliseo de Lisboa el distinguido caballeiro José Bento d'Araujo, la incitó al estudio del arte de torear, que aprendió brevemente, y desde 7 de Julio de 1890, en que allí se presentó por primera vez á rejonear, la consideran los portugueses como una verdadera artista.

Maestro.—El diestro de reconocida capacidad é inteligencia, cuya opinión respetan, tanto los demás lidiadores, como las personas inteligentes extrañas á la práctica del toreo. El cuerno que más usa el toro para herir, llámanle en algunas provincias el maestro.

Magdalena, Angela.—No hay noticia de que esta Magdalena haya sido de las arrepentidas. Se sabe que á cuerpo limpio, mejor dicho, al descubierto, y vestida de majo, puso banderillas á un novillo sin embolar, antes de 1840, en la Plaza de Madrid.

Maguel, Antonio.—Que no pone mal los pares de banderillas, que no corre mal los toros, que no estorba en el redondel, y sin embargo, hace todo tan friamente que en él no se fija el público, y muchos que valen menos, lucen más.

Magüeto.—Hay muchas provincias en España, cuyos habitantes dan este nombre á los novillos, especialmente á los mansos.

Maia, Juan.—Si buen torero fué capeando y pasando de muleta, no lo fué menos banderilleando, desde el año 1826, en que empezó á trabajar en las plazas y cerrados de su país (Portugal) hasta que murió en 1853.

Dejó buen nombre en todo el reino lusitano.

Mainete.—Toro retinto oscuro, aldinegro, divisa verde y encarnada, como perteneciente á la ganadería de Carriquiri. Luchó el 25 de Marzo de 1865 en la plaza de Madrid con el elefante *Pizarro*, acometiendo á éste con valentía, pero sin poder acercarse por el estorbo que con la trompa y los colmillos le oponía aquél.

Majarón, Juan Manuel.—Fué uno de los más aventajados discípulos de la célebre escuela de Sevilla, aunque su fama posterior no llegó á las esperanzas que hizo concebir cuando era alumno de aquélla. Puede decirse que en el toreo no dejó nombre. Uno de tantos.

Malaver, José (El Mellado).—Es un banderillero andaluz, y desahogadito. Se atreve á matar algunos toros, y aunque no se advierten en él grandes conocimientos, hay algo de arte y muchos deseos de agradar. Quisiéramos que no tomase el estoque y ganaría en ello, porque es de los que cumplen,

pero no sobresalen. Ya no hará muchos milagros, que ha pasado su juventud y cada vez, cuando eso sucede, se puede menos.

Maldonado, Frederico.—Desde que en 1876 se dedicó al toreo en Portugal, su país, ha ido adelantando, en términos de que hoy se le considera ya como un buen aficionado. Verdad es que nunca fué torero retribuido.

Maligno, Francisco.—Acreditado banderillero que con José Delgado y otros notables peones se distinguió en los últimos años del siglo pasado, pero anteriores á los en que Delgado actuaba de matador.

Maligno, Jerónimo.—Era uno de los mejores banderilleros que componían la afamada cuadrilla dirigida por el célebre Joaquín Rodríguez, (*Costillares*) en el siglo anterior. Fué hermano del no menos reputado Francisco.

Malique-Alvarez.—Caballero moro de Toledo muy diestro en alancear toros, según dicen algunos autores, pero de quien hay poquísimas noticias. Ginés de Hita habla de él en su *Historia de zégriles y abencerrajes*, refiriendo fué á Granada á unas fiestas de toros y cañas, en las que consiguió mancornar ó embarbar á un toro.

Malo, N.—No recordamos el nombre de este picador que trabajó por primera vez en Madrid en 1847, pero sí que era poco aceptado por el público. Hay nombres que obligan.

Mamella.—Es una especie de campanilla que forma en la papada del toro el corte que en ésta hacen los vaqueros cuando es la res muy joven. La antigua y acreditadísima ganadería de D. Alvaro Muñoz y Teruel, de Ciudad Real, que últimamente pertenecía á D. Agustín Salido, y de quien se corrían toros en los primeros años de este siglo; la de Castilla llamada del Pinganillo, y alguna otra, muy pocas, se distinguían por dicha señal, no muy común en las demás castas, en que, sus dueños, cuando la yerra, se limitan á cortar las orejas en diferentes formas para distinguir las reses y quitarlas fealdad.

Mamouse, Monisot.—Famoso torero (*écarteur*) de las corridas landesas. Nació en la Bastide d'Ar-

magnac en 1839 y ya en 1857 obtuvo el primer premio en una corrida celebrada en Airo, trabajando entonces en diferentes plazas de Francia y también á las órdenes del torero español Egaña en Pamplona en 1861, donde fué muy aplaudido lo mismo que en Portugal. Si no ha muerto, debe estar ya retirado del servicio activo.

Mancornar.—Esta suerte, que no hemos visto nunca ejecutar en las plazas, ni aun á los famosos pegadores portugueses, se practica con bastante frecuencia en el campo, y muy particularmente en tierra de Salamanca, donde los vaqueros tienen especial disposición para ella. Se colocan frente al animal, citándole como cuando se le llama á la

en la nariz del animal, apretar fuertemente ayudando al movimiento del cuerpo y de seguro le rinde.

Manchego.—Toro de la ganadería de D. Raimundo Díaz, vecino de Funes, que antes perteneció al señor Jiménez de Tejada, divisa encarnada y caña. Era grande, cornalón, de muchos piés y negro mulato, y mató al picador Manuel García el 15 de Agosto de 1864 en la plaza de toros de Victoria.

Manchino, Ascanio.—Es el primer empresario de toros de que tenemos noticia. En 27 de Enero de 1612 obtuvo privilegio por tres vidas, que le fué



MODO DE MANCORNAR EN EL CAMPO. — MACÍAS

suerte de banderillas, le dejan llegar, hacen un rápido cuarteo, colocándose al costado derecho de la res, sobre cuyo brazuelo hacen fuerte empuje, al mismo tiempo que han cogido el cuerno derecho con la mano derecha, y con la izquierda han agarrado el cuerno izquierdo por encima del morrillo y á poco tiempo de bregar consiguen derribar la res. Si ésta es de algún poder, suelen antes capearla hasta cansarla y conseguir pierda fuerza en las piernas. Causa tal daño á las reses el apretarlas los cuernos en dirección de fuera á dentro como si se quisieran juntar sus puntas, que es seguro rendir á la más brava, si se consigue no perder de la mano ningún pitón. Si tal sucede, el muy experto, sin soltar el cuerno que tenga agarrado, debe al momento introducir los dedos de la mano suelta

concedido por Felipe III, para disfrutar el derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia. Falleció tres años después; y su mujer, doña Mariana Bermúdez, que heredó el privilegio según testamento que aquél otorgó en Madrid á 26 de Abril de 1615, ante Pablo Bullón, abierto solemnemente por el alcalde Juan de Aguilera en presencia del escribano Juan del Campillo, le vendió en 5 de Julio de 1622 por escritura ante Juan de Ortega, y por sólo las dos vidas que restaban, al canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias D. Felipe de Salas por la cantidad de doscientos veinticuatro mil maravedises; pero á los cinco dias este buen canciller vendió el privilegio en doscientos noventa y nueve mil doscientos maravedises á D. Martin de la Bayren, contador del

marqués de Tavera, virey y capitán general del reino de Valencia, según escritura de 11 de Julio de 1622, en Madrid, ante Mateo Rodríguez León, en la que el comprador designó á Antonio Bañuls como el de última vida, para que hasta después de su muerte no feneciese el privilegio.

Manganeo.—El acto de arrojar la mangana, que es una cuerda de lazar, precisamente á la cabeza de las reses, á sus cuernos ó á las dos manos, que de ese modo quedan sujetas sin poder dar paso; puesto que lo mismo que en el pealeo las patas resultan atadas. Es operación que hacen á caballo y

Manganote, Joaquín.—Aunque nació en Algeciras, es vecino de Málaga hace más de treinta años. Ha sido banderillero y espada y en ninguna de las dos clases ha pasado de mediano, por su torco basto y falta de inteligencia. Ya no torca y hace bien, que pesan mucho cincuenta años.

Manini, D. Joaquín (hijo.) Escribe de toros y se le vé adelantar en inteligencia del arte. Ocúpase mas de los detalles de la fiesta, que estudia atentamente, que del modo de apreciar las suertes y de su ejecución más ó menos acertada. Aficionados jóvenes como él, hacen falta para,



MANGANEO.—DERRIBANDO A LA MANO. — MACÍAS

con gran precisión los americanos, especialmente los de México, con toros de todas edades. Entra también en las suertes del manganeo la de derribar un toro á toda carrera, persiguiéndole á caballo, y al emparejarse con él, torciendo el jaco un poco de lado para evitar un hachazo imprevisto y para facilitar la operación, que consiste en agarrar el hombre con la mano derecha la cola del toro y tirando fuertemente de costado hacerle perder tierra y caer. Ha de cuidar el jinete del caballo más que del toro, porque en el acto de tirar del toro, es fácil venir al suelo, por efecto de las fuerzas encontradas en que uno y otro giran; en tal caso debe el jinete soltar el toro y continuar rápidamente su carrera con inclinación á la izquierda para procurar, formando semicírculo, colocarse de nuevo á la zaga del ganado.

poco á poco, ir reemplazando á los viejos; con que á mirar bien, para ver mejor.

Manique, D. Antonio.—Aficionado de los más notables en Portugal con banderillas y como forcado. Tomó parte en muchas corridas, con gran aceptación, y en una celebrada en 1864 en la plaza de Campo de Santa Ana, *pegó* sin descanso siete toros uno tras otro. Murió hace algunos años y fué hermano de

Manique, D. Diego.—En 1865 y á los catorce años de edad empezó á torear en plaza pública, como mozo de forcado, y así siguió hasta 1886 en que se presentó en su país (Portugal) con las ban-

derillas en la mano, ejecutando de un modo y otro verdaderas temeridades. Hoy está retirado del toreo.

Manique, D. Rafael.—Hace algunos años se retiró del toreo este banderillero portugués que empezó en 1870. Eran los cambios y quiebras su especialidad.

Los Maniques pertenecen á una de las mejores familias de Portugal y por eso tienen el título de *Don*. Nunca han trabajado por dinero.

Manrique, D. Pedro.—Cuando nació el príncipe D. Baltasar de Austria, se verificaron en el Perú fiestas reales de toros, y en ellas fué Caballero en plaza. Debieron verificarse en 1733, año más ó menos.

Manso.—En el ganado vacuno, todo el de instinto pacífico y dócil que se destina al trabajo y al matadero. Se llaman también mansos los bueyes que sirven para conducir y guiar á los toros bravos.— Véase CABESTRO.

Mantilla, D. Sebastián.—Caballero en plaza en las fiestas reales que se celebraron en la Plaza Mayor de Madrid el año de 1803, con motivo del matrimonio del luego rey Fernando VII con la entonces princesa María Antonia. Le apadrinó el duque de Osuna.

Manuel, Lorenzo (Lorencillo).—Maestro de José Cándido en el primer tercio del pasado siglo. Fué un matador sevillano de buen nombre en su tiempo, á quien se atribuye la invención del salto sobre el testuz, que tan bien ejecutó su discípulo. No es posible averiguar cuál de los dos le inventó ni le ejecutó más veces.

Manuel, D. Diego (Atalaya).—Regular lidiador portugués, que hace mucho tiempo no trabaja. Dicen que era muy ágil y valiente, pero con poca gracia, á no ser en las faenas de campo, en que era muy diestro. Hijo del conde de Atalaya, nunca cobró sueldo alguno.

Manuel de Noronha, D. Duarte (Atalaya).—Dejó hace años la afición á ser banderillero, y eso que fué de los buenos en Portugal; ya se ve, el tiempo pasa, y no en balde, los entusiasmos se

apagan y la voluntad es menos vehemente. Es como el anterior y siguiente, hijo del conde de Atalaya, y siempre trabajó de balde.

Manuel, D. Fernando (Atalaya).—Considerándole como aficionado podía pasar; como banderillero no fué más que regular, y cuando sus paisanos los portugueses lo dicen hay que creerlos. Es noble, como sus hermanos antes referidos.

Manuel, D. José (Fancos).—Notable rejoneador portugués en los años 1856 y posteriores, en que su afición le hizo presentarse en muchas plazas de su país. Sus distinguidos modales y finas cortesías le captaban desde luego las simpatías del público, y después su trabajo hacía confirmar aquella favorable predisposición. Fué hermano del conde de Atalaya.

Manzano, Bartolomé.—Fué uno de los picadores que, sin desmerecer en nada, trabajó á principios de siglo con Ortiz, Corchado y otros de buen nombre. Principió en Sevilla, alternando en 9 de Mayo de 1802.

Manzano, Juan (El Nili).—Este banderillero trabajaba con alguna aceptación en las plazas de Andalucía, y sin duda, estimulado por los aplausos, se dedicó á espada. No ha pasado de ser una medianía. Otro tanto ha sucedido á su hermano José. En 1858 trabajó en Sevilla, ocupando mejor puesto que Manuel Carmona, con quien alternó.

Maqueda, Duque de.—A mediados del siglo XVII era famoso jinete y rejoneador de toros, muy celebrado por el gran poeta D. Francisco de Quevedo.

Maragato.—Toro de la ganadería de D. Luis María Durán, vecino de Sevilla, con divisa verde y negra; su pinta, retinto claro, ojo de perdiz, bien armado y bravo. Dió muerte de una tremenda cornada en la espalda al banderillero José Fernández (*Bocanegra*) en la tarde del 3 de Mayo de 1852, en la plaza de Madrid, frente al tendido núm. 8, cuando aquel desgraciado trató de incorporarse del suelo, adonde había caído á impulsos del encontrón que tuvo con el animal al clavarle un par de banderillas. Había tomado *Maragato* catorce varas, matando dos caballos; recibió luego cinco pares de banderillas, entre ellas las que *Bocanegra* le puso, y lo mató Juan de Dios Domínguez de cinco estocadas.

Maraver, José.—No se distinguió en su arte este picador, que por primera vez se presentó en Sevilla en 11 de Octubre de 1839. Nos induce á creerlo así, además de las referencias que de él se nos han hecho, la circunstancia de no haber sonado su nombre en el mundo de la tauromaquia.

Marcar la suerte.—Es en los picadores poner la vara sin apretar la puya; en los banderilleros, señalar el punto en que deben poner los palos sin engancharlos; y en los espadas, fijar el sitio en que deben clavar el estoque. Es común en Portugal y en otros puntos del extranjero marcar las suertes de matar en vez de hacerlas, como el arte manda.

Marcelo, Juan.—A fines del siglo pasado lució en la cuadrilla que dirigía el célebre *Costillares* un picador de vara larga y de dicho nombre, muy apreciado del público desde su juventud. Ya en 1766 tenía fama de muy bueno, trabajando con el espada Manuel Palomo.

Marchante, Domingo.—Buen picador, que trabajó muchas veces al lado de Pedro Romero, desde que en Madrid se presentó por primera vez en 1789.

Marchante, Juan.—No sabemos si sería este picador hermano de Domingo. Trabajó al mismo tiempo que él en las célebres funciones reales de 1789, alternando en Madrid por primera vez con los Jiménez y Revilla.

Marchante, Cristóbal.—Hombre de campo, duro y bravo, ha sido de los picadores que mejor nombre han dejado como entendidos; y Pedro Romero, que hacía de él particular distinción, le recomendó á Madrid, donde alternó por primera vez en 9 de Junio de 1834. Natural de Medina Sidonia, habíase ya estrenado en Sevilla el día 26 de Mayo de 1831.

Marchena, Juan (Clavellino).—Uno de los picadores más queridos del público de Madrid en los años anteriores á 1835. Cuando se retiró, fué colocado de mayoral de la renombrada yeguada perteneciente al excelentísimo señor duque de Osuna, y en ella demostró lo mucho que entendía de la crianza de reses.

Marfeli, Eduardo (El Gaditano).—Aunque por el mote parece español, no sabemos si realmente

nació en nuestra Península. Actúa como banderillero en México; ha sufrido varias cogidas, especialmente en la plaza de Cuernavaca, donde en el mes de Septiembre de 1896 tuvo una tan grave que puso en gran peligro su existencia.

María, Antonio (Caralinda).—Uno de los más bravos pegadores que existen en el reino lusitano. Por efecto de su bravura perdió un ojo, á consecuencia de una cornada, salvando milagrosamente la vida. En nada ha entiviado su arrojo esa desgracia.

Marie, Jean.—Uno de los mejores saltadores de las cuadrillas de toreros franceses. Ligero y atrevido, salva con facilidad, en la carrera del toro, desde el testuz á la cola, efectuando la suerte varias veces en una misma función. No sabe hacer más, pero eso lo hace bien.

Marín, Cristóbal.—Figuraba entre los primeros y más acreditados picadores en los últimos años del siglo pasado. De su mérito nada dicen las revistas de aquella época.

Marina, Celedonia.—Una banderillera de novillos que fué, en la cuadrilla de la Martina García, muy aceptada hace cincuenta años ó más. Era estúpidamente brava, sin inteligencia alguna y sin... pizca de aprensión.

Marino, Antonio.—En las plazas americanas trabajaba este picador con mucha aceptación, por los años de 1868 al 70. Montevideo, en la Plaza de la Unión, le hizo ovaciones muy frecuentes.

Mariscal, Manuel.—En 26 de Mayo de 1831, mató en una corrida que se verificó en Sevilla. Poco duró su nombre, y cuantas investigaciones hemos hecho para saber algo de él, han sido inútiles.

Marismeño.—Toro de la ganadería de Doña Dolores Monje, viuda de Muruve, divisa encarnada y negra, que el 21 de Mayo de 1864 tomó en la plaza de Ronda, al ser lidiado en quinto lugar, el extraordinario número de cincuenta y una varas, matando cuatro caballos, causando su bravura tal entusiasmo, que el público pidió, y así se hizo, que la cabeza de tan hermoso animal fuese paseada en triunfo por el redondel, tocando la música y resonando largo rato los aplausos.

Marquês, Salvador.—Notable escritor lusitano, fundador del mejor periódico taurino que hemos conocido. Galano en la forma, intencionado en el fondo, describe como pocos, y sus críticas son siempre acertadas.

Es hijo de Antonio Marquês da Silva, propietario y agricultor, y de Doña Ana Effigenia da Silva; nació en 1844 en Alhandra, linda villa de Ribatejo, llamada por el célebre escritor portugués Garrett «Alhandra á toureira», por el entusiasmo que allí siempre hubo por las diversiones taurinas, lo mismo que en todos los pueblos cercanos del Ribatejo, viviendo en aquel medio hasta los doce años en que salió de allí, para seguir los estudios de medicina, y asistiendo desde muy joven á muchas corridas, lo cual hizo que muy temprano se aficionase á nuestra querida fiesta, que aun hoy considera su principal diversión.

Durante los estudios en Lisboa, no faltaba nunca á las corridas de la antigua Plaza del Campo de



Santa Ana, y en las vacaciones jamás faltó á las corridas, tientas ó herraderos que hubiera en Ribatejo.

Por muerte de sus padres tuvo que abandonar los estudios, estando ya en el tercer año de la Escuela médica de Lisboa, volviendo hacia Alhandra á tomar cuenta de su casa, en donde estuvo durante siete años.

Reconociendo que la afición lejos de acabar crecía en su espíritu, leyó cuantos tratados, libros y publicaciones pudo obtener relativos al toreo, que desde entonces consideró como un arte completo y levantado, que marca la supremacía é inteligencia del hombre, enfrente de la bravura instintiva de las fieras.

Por aquella época desempeñó el cargo de corresponsal de los *Anales Tauromachicos*, periódico taurino que se publicó en Lisboa en 1870, é impulsado por su gran afición al toreo, escribió la notable co-

media de costumbres *Os Campinos*, que le valió grandes ovaciones, y en la que muchas escenas se refieren á corridas de toros. El extraordinario éxito que alcanzó la mencionada obra, fué debido al amor con que Salvador Marquês estudió aquellos tipos tan característicos como pintorescos, que son en nuestro medio como una reminiscencia de la raza árabe.

Por este tiempo, Marquês volvió á Lisboa, en donde fijó su residencia, y fundó el periódico taurino *O Toureiro*, ilustrado con retratos, que fué uno de los periódicos de más importancia en materias taurinas, y que debió su desaparición, años después, á las muchas ocupaciones del Sr. Marquês, dedicado en aquel entonces á la vida teatral.

A petición del ilustre cronista Teixeira de Vasconcellos para escribir las revistas del *O Jornal da Norte*, lo hizo así, publicando reseñas taurinas, colaborando más tarde en los periódicos *Correio de Manhã*, de Lisboa, y en las revistas taurinas, *Bandarilha*, *Cuchares*, *Trincheira* y otras, entrando últimamente como redactor en *Sol e Sombra*.

Ha publicado muchos y buenos artículos en varias publicaciones no taurinas, y ha formado parte de varios jurados en la Plaza de toros del Campo de Santa Ana, trabajando mucho en pro de la afición. Es, en resumen, un verdadero é inteligente aficionado, que une á su modestia gran valer y extraordinario entusiasmo. Lastima es que sea un tanto indolente. Por último, el Sr. Marquês es también autor de una obra sacra, titulada *Santa Quiteria*, en que acreditó una vez más ser notable escritor dramático, y superior hombre de letras.

Marques de Carvalho, Antonio.—Pudiera ser mejor rejoneador á caballo, y entonces puede que hubiera trabajado más porque lo llamarían en más plazas. Así lo dicen en Portugal los aficionados al toreo. Ni en el Brasil tuvo aceptación. Estaba poco menos que retirado por falta de salud.

Marqueti, José.—Fué un muchacho que de mozo de caballos pasó á picador, y su modestia y buen comportamiento hicieron que le protegiesen matadores y empresarios, á quienes en todas ocasiones dejó bien, cumpliendo como bueno. Era de los más antiguos que tomaron parte en las funciones reales de 1878, como que *Curro Calderon* le presentó para alternar en tanda en la plaza de Madrid en Octubre de 1859. Falleció en la corte el domingo 5 de Enero de 1879, á los cuarenta y ocho años de edad.

Marrajo.—Algunos llaman así á los toros de sentido; pero no conoce ese término la tauromaquia

aunque se use alguna vez convencionalmente. La Academia dice que se aplica al toro que no arremete sino á golpe seguro.

Marrar.—Es cuando el torero, contra su voluntad, no ejecuta la suerte que ha intentado, como si el picador no coge al toro con la puya, el banderillero no clava los palos, y el espada no pincha con el estoque, porque creyendo que lo ejecutan, meten los brazos, hacen fuerza, y dan en el aire. Es feo y criticable en todo lidiador, pues significa que no ve llegar fresco los toros.

Marreca, Alfredo.—A los doce años de edad empezó á ser mozo de forcado en Portugal, conquistándose grandes aplausos por su valor é inteligencia. Desde 1870 en que eso aconteció, continuó por mucho tiempo trabajando con gran aceptación, y después se presentó á rejonear á caballo, con tan buen éxito que hoy se le considera allí como uno de los mejores sucesores en equitación del célebre Mourisca, tanto en las plazas como en el campo, por su bravura y destreza. Siempre trabajó sin retribución. Joven aún, pues no tiene cuarenta años, de viril energía, y carácter amable, se ha captado las simpatías de cuantos le han visto. Está formando ganadería; y sus paisanos se hallan impacientes por ver la primera corrida de sus toros, creyendo firmemente que han de darnido, por el esmero y cuidado que con ella emplea.

Marrero, José (*Cheché de la Habana.*)—El campo de operaciones de este novillero, no es el de la Península sino el de Ultramar. Hasta ahora en México es donde ha sido más celebrado. Dicen que es natural de la Habana.

Marro.—Hemos dudado mucho antes de dar cabida en nuestro *Diccionario* á dicha voz; pero la definición que de ella da la Academia de la Lengua, ha hecho que no titubeemos en verificarlo, por más que en el toreo tal vez no se haya usado nunca. Explicala dicha docta corporación diciendo: «el regate ó ladeo del cuerpo que se hace para no ser cogido y burlar al que persigue» y si atendemos bien á cada una de las palabras que contiene comprenderemos que es y puede ser lance enteramente distinto, no ya del cambio sino también del quiebro, pues aunque en este es forzoso ladear el cuerpo para hacerle, requiere que el lidiador le busque, le provoque, al paso que en el marro no es preciso más para ejecutarle que *huir el cuerpo*

burlando al que persigue y esto lo verifica muchas veces el torero que, casi encunado y cegido, arroja-se al suelo ladeando el cuerpo: y hace que el toro, perdiéndole de vista, *marre* el golpe y pase sin verle: ó que en otras ocasiones, en vez de tirarse al suelo, salga por un lado del toro como en el recorte, pero invirtiendo los términos de este, es decir, dando la espalda en vez del frente á la cabeza de la res. (Véase *REGATE*.)

Marronazo.—El acto de dar el picador un puyazo en el aire ó en el suelo, marrando, y por consiguiente no dando en el toro, bien porque éste se haya escupido de la suerte, ó porque haya desarmado al diestro, ó porque éste no vea claro en aquel momento, lo cual es censurable.

Martí, Honorato.—Fué un banderillero que empezaba bien y que tuvo la desgracia de sufrir una cogida en una novillada que se celebró en Valencia el día 23 de Mayo de 1883, al saltar la barreira, perseguido por un toro del Marqués del Saltillo, que le arrojó contra la talanquera. Creyose en un principio que no era grave la herida que le causó en la cabeza, á más de la fractura de un dedo y otras contusiones, pero á los pocos días (el 4 de Junio) falleció en el Hospital.

Martín de Aravaca, Francisco.—En 17 de Octubre de 1774 salió á quebrar rejones en la plaza de Madrid, que estaba á cargo de la Real Junta de Hospitales.

No hemos leído nada acerca de su mérito.

Martín, Andrés.—Picador de vara larga, que trabajaba á fines del último siglo, alternando con Francisco Gómez, Ignacio Núñez y otros acreditados en las cuadrillas de los Romeros.

Martín, Juan (*El Pelón*).—Antiguo picador de toros, que en 9 de Mayo de 1734 toreó en Ontigola (Aranjuez) á presencia del Rey Felipe V que le señaló una pensión de 200 ducados anuales por los días de su vida. Cerca de un siglo después apareció

Martín, Juan (*El Pelón*).—Fué un picador buen mozo y de gran plaza que trabajó hasta 1835, poco más ó menos, con las cuadrillas de Juan León y otras. Contemporáneo de Juan Pinto, los Hormigos y *Clavellino* (Marchena), alternó con ellos en

muchas ocasiones con aplauso del público, que veía en él un hombre desoso siempre de complacer, y que sabía. Toreó en Sevilla por primera vez el 27 de Diciembre de 1824 y estuvo mucho tiempo avecinado en Madrid.

Martín, Juan (hijo) (*El Pelón*).—Natural de Jerez de la Frontera, aunque avecinado en Madrid. Fué un picador de buena escuela, pero de pocas facultades. Murió en la plaza de Huesca el día 10 de Agosto de 1862, á consecuencia de una cornada que le dió el toro quinto de la corrida, llamado *Caimán*, del cual hacemos mención en el lugar correspondiente.

Martín, Manuel.—Hijo del célebre Juan Martín (*El Pelón*) y hermano del que de este nombre murió desgraciadamente en la plaza de Huesca. Ha sido un picador de mejor apariencia que facultades. Le creíamos retirado del toro hace tiempo, pero le hemos visto tomar parte en las corridas reales de toros de 1878, aunque luego no ha vuelto á trabajar. Buena figura, buenos deseos y presumiendo, con razón, de buen mozo.

Martín Jaén, Juan.—En 5 de Enero de 1840 toreó en la plaza de Sevilla este picador, del cual no tenemos más noticias.

Martín Serrano, Jerónimo (*Pajarito*).—Picador de poco nombre en los primeros años del presente siglo. Hemos oído que uno de ese mote, formó parte en el escuadrón de picadores que tanto se distinguió en la batalla de Bailén, pero no podemos precisar si era este individuo.

Martín, Jerónimo.—Banderillero de poco mérito que trabajó en provincias hace más de treinta años. Dicen que á consecuencia de una cogida grave que sufrió en la plaza de Vitoria, el día de San Pedro de 1861, se retiró definitivamente del toro.

Martín, Alonso.—Banderillero que en 1822 dependía del matador de toros Francisco del Pozo. Sólo se sabe que fué natural de Ronda.

Martín, Francisco (*El Caturo*).—Torero sevillano que á mediados del presente siglo formó parte de una cuadrilla á cuyo frente figuraba Antonio

Carmona (*El Gordito*) cuando éste no llegaba á la edad de once años. Se conoce que cuando el hombre tuvo edad para reflexionar, se dedicó á otro oficio de menos quiebras.

Martín, Juan (*La Santera*).—Este espada, nacido en Sevilla el 10 de Octubre de 1810, no emprendió, como otros, la profesión de torero por el lucro que pudiera resultarle de ella, puesto que, hijo de D. Manuel y D.^a Gertrudis Palasa, acomodados labradores, tenía caudal suficiente para darse buena vida y alternar en lujo y ostentación con los más pudientes del barrio de San Bernardo, donde vivía. La decidida afición que allí hay á lidiar reses bravas se propagó, como no podía menos, á Martín, que el año de 1830 se presentó como alumno en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y compañero de Montes con amistad íntima, por razón de simpatías entre jóvenes de mejor educación que otros de los asistentes, recibió lecciones de Pedro Romero, y luego toreó en algunas plazas sin estipendio de ninguna clase, ó repartiendo entre la cuadrilla el que á él pertenecía. A pocos años vino á menos la fortuna de su casa, y se incorporó sucesivamente á varias cuadrillas, hasta que en 27 de Septiembre de 1840 le dió Juan León la alternativa en Sevilla. Cuando trabajó en Madrid, allá por el año de 1844, gustó bastante por su toreo fino y reposado, su bonita figura y distinguidos modales; era muy seguro con la muleta y en las suertes de capa, y no tanto en las estocadas. Se retiró definitivamente del toro en 1866; tenía un hijo que fué banderillero, y una hija casada con Francisco Arjona Reyes. Falleció en 1884.

Martín, José.—Hijo del expresado matador conocido por *La Santera*. Era un banderillero modesto y pundonoroso, que trabajaba con buena voluntad y bastante inteligencia. Quiso ser espada, y en 7 de Julio de 1878 tomó en Sevilla la alternativa. ¿Y qué consiguió con ello? Trabajar cada día menos, hacer que su nombre se olvide y dar razón á los que le dijimos entonces que mirase bien lo que hacía.

Martín, Manuel.—Parece que de este nombre ha habido un banderillero en las cuadrillas que organizaba para determinadas plazas el célebre *Cúchaves*. No le recordamos.

Martín, Francisco (*El Corneta*).—Alto, desgarrado, valiente, sin arte, nunca pasó de un *media*

cuchara, aceptable en plazas de segundo orden. Mataba toros, porque milagrosamente éstos no le mataron á él. Su época ha sido á mediados del presente siglo, su duración fué corta y es posible que después de retirarse del toreo, há más de treinta años, haya fallecido ignorado.

Martín, Manuel (*Castañitas*). — Este picador, yerno de Zapata, fué uno de los que más aceptación tuvieron en Madrid por los años de 1844 en adelante, figurando en la cuadrilla de Francisco Arjona (*Cúchares*). Trigo y *Castañitas* trabajaban solos una corrida de toros, sin cansarse de sus poderosos esfuerzos y economizando muchos caballos. Creemos que Martín era hijo de Madrid, ó al menos aquí estuvo avecindado muchos años en el barrio de la calle de Toledo.

Martín, José. — Sin más nociones de su arte que el valor, se lanzó á matar toros en plazas de segundo y tercer orden, hará cerca de cuarenta años. Era natural de Navalcarnero, provincia de Madrid, y en Sevilla se presentó el 7 de Noviembre de 1852, tomado el apodo de *El Madrileño*. Su vida torera fué muy corta.

Martín, Cirilo. — Picador de buenas condiciones, recibiendo con aceptación en todas las plazas. Va derecho y castiga bien cuando quiere; ha figurado en las principales cuadrillas de matadores de nota y es hermano del espada Valentín. No necesita elogios anticipados, qué él los adquiere universales en cuanto se le ve trabajar, y es verdaderamente raro que un hombre que tanto vale esté desatendido hasta cierto punto, cuando aun puede dar lecciones de toreo, puesto que no es tan viejo.

Martín, Ventura (*El Salamanquino*). — Trabajó como picador con su paisano el espada Julián Casas, sin haber llegado á ser una notabilidad. Por esto, sin duda, su vida torera fué muy corta.

Martín, D. Juan. — Así con su *don* y todo aparece como matador de novillos, en un cartel anunciador de corrida celebrada en la plaza de Barcelona en el año de 1851. No debe confundirsele con Juan Martín (*La Santera*) porque éste era ya espada de alternativa y como tal trabajó en aquella plaza en 24 de Octubre del mismo año. ¿Quién sería el tal D. Juan?

Martín, Valentín. — Banderillero que empezó en las cuadrillas de segundo orden, y luego, en 1877, á figurar en una de las primeras con gran aceptación y haciendo concebir esperanzas. Es compuesto, buena figura y simpático; hijo de Juan y de Pascunda Lorenzo, vecinos de Torrelaguna, donde nació Valentín el 14 de Febrero de 1854. Antes de cumplir catorce años, y habiendo venido á Madrid á aprender el oficio de carpintero, fué colocado en los talleres del ferro-carril del Mediodía; pero en vez de ser todo lo aplicado que debiera, se aficionó mucho más al toreo, y raro era el día de novillada en que no volvía á casa con algunas señales de grandes revolcones, diciendo á su buena hermana



mayor, en cuya casa vivía, que los compañeros del taller le maltrataban. Así se fué perfeccionando, viendo á unos malos y á otros buenos toreros trabajar en pueblos y aldeas de malas condiciones, y formando el parte de ya mejores cuadrillas para capitales de provincia y poblaciones de primer orden, hasta que, como hemos dicho, ingresó en una que tuvo los mejores banderilleros de Madrid. Casó en 16 de Octubre de 1876 con Doña Lorenza Martínez, y siempre se ha distinguido Valentín por su excelente comportamiento con su familia y amigos. Tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid en 14 de Octubre de 1883 de manos de Arjona Reyes (*Currito*) y si bien en él no se ha visto un espada de altos vuelos, es muy aceptable como segundo y no hay razón para postergarle.

La plaza de Madrid que admite toreros de otras partes á prueba, no debía desdénar á los hijos de su provincia ya experimentados como buenos, y superiores á la mayor parte de aquellos; pero ya se ve, Valentín se ha hecho apático, no es de los que se mueven solicitando, y desde la brillante carupaña que hizo en la plaza de toros de París, durante la última exposición, pocas son las corridas en que ha tomado parte.

Martín, Antonio (Bronce).—Empieza á picar toros y no empieza mal, si se tiene en cuenta que monta caballos que no tienen de tales más que el nombre. Está pagando el noviciado; si le vence y no se encoge, puede ser un picador bueno. Falta hace, que hay pocos.

Martín, José (Taravilla).—Pocos apodos podrían venir mejor á este muchacho que el que se puso ó le pusieron. Corre, y corre con el capote, corre y corre con los palos y no se para nunca. El caso es, que no es torpe, ni cobarde, pero... hasta quiere matar toros. Párate, que tú vales, tienes conocimiento de lo que son las reses y la lidia que requieren, pero no tienes calma y las condiciones de tu carácter se amoldan más á ser banderillero que matador.

Martín, Manuel (Madroñal).—Sólo en Andalucía, y especialmente en Sevilla, es donde suena el nombre de este banderillero, que ejerce más de matador de toros en novilladas. No debe ser gran notabilidad, puesto que de allí no pasa.

Martín Pino, José.—Picador de toros de regulares condiciones á lo que parece hasta ahora, que es nuevo y le falta acreditarse. Más decisión quisiéramos en él para ir á la suerte, porque si ahora no se atreve ¿á cuándo aguarda?

Martín, Mannel (Pelusa).—Banderillero en cuadrillas de poco nombre. Es muy moderno, trabaja poco, y si no tiene quien le ayude no medrará mucho.

Martínez, Antón.—Uno de los diestros que con Esteller y el Pamplonés inauguraron la Plaza de Toros de Madrid que Fernando VI regaló al Hospital general en 1754. Ya en 1747 trabajó también en la Plaza de Valencia con grande aceptación.

Martínez, D. Luis.—En carteles de Barcelona correspondientes al año de 1851, figura con el don referido como matador de novillos, ofreciendo los anuncios la particular circunstancia de que, mientras á los espadas y picadores se les tuvo la atención de concederles dicho título distinguido, no se hizo lo mismo con los banderilleros. ¿Y quién era ese D. Luis?

Martínez, D. Francisco.—Con el tratamiento mencionado le anunciaron los carteles de Barcelona para picar en aquella plaza novillos en las corridas celebradas en 1851. Según noticias, en una de éstas fué herido gravemente, y no sabemos si por consecuencia de su desgracia se retiraría del toreo, porque desde entonces su nombre no se ha citado entre la gente activa del arte.

Martínez Orduña, A.—Al ocuparse el escritor cordobés señor Pérez de Guzmán de este compatriota suyo, citándole como peón en corridas celebradas en Córdoba en 1749, no expresa el nombre de aquél más que por medio de la inicial indicada.

Martínez, Nicolás.—Banderillero en la cuadrilla de *Costillares* á fines del último siglo, cuando ya no pertenecían á ella Delgado, Valdivieso y otros. Fué luego matador de toros que adquirió muy poca reputación.

Martínez, Mariano.—Banderillero aventajado de la cuadrilla del *Curro Guillén*, que era especialidad en los quites á los picadores.

Martínez, Juan (El Ratón).—Fué un banderillero notable por su agilidad é intrepidez. Perteneció, como Jordán y Capa, á la excelente cuadrilla de Montes, y sabido es que este celebre matador al que no cumplía le despedía. Nació en la Isla de San Fernando el año 1805, trabajó con la cuadrilla de Juan Hidalgo, luego con la del *Sombrero*, y finalmente con la de Montes. Murió en Cádiz el 22 de Abril de 1876, de muerte natural, en su avanzada edad. Había estoqueado algún toro en varias plazas de España, y en la de Sevilla probó fortuna en 24 de Julio de 1845, sin conseguir ser aplaudido. No es lo mismo matar que poner banderillas.

Martínez Asensio, Juan.—Aunque hay coincidencia en el nombre y primer apellido, y ade-

más fuese natural de la Isla de San Fernando (Cádiz) como lo fué el famoso banderillero apodado *El Ratón*, creemos que eran distintos sujetos.

Martínez Asensio figuraba de media espada en carteles del año de 1822 y tenía fama de ser un notabilísimo banderillero. Si es el mismo á quien se llamó *El Ratón*, ¿porqué se omitía en los carteles este apodo? Además, de que á los diecisiete años que por entonces tenía Asensio, no es de creer que ya fuese una notabilidad. Apuntamos la duda y nuestra opinión sobre ella, por si hay alguien más afortunado que las aclare.

Martínez de La Hera, D. Leandro.—En las fiestas reales celebradas en Madrid para solemnizar la jura de la princesa de Asturias Doña Isabel, en el año de 1833, á 22 de Junio, quiso poner rejoncillos como caballero en plaza suplente, y tuvo la desgracia de ser derribado del caballo y herido en un muslo, de bastante gravedad. Creemos fué apadrinado por la grandeza de España, fundándonos en que no lo fué por el Ayuntamiento.

Martínez Rueda, D. Manuel.—Autor de un folleto publicado en 1831 y que título *Elogio de las corridas de toros*, en el cual se ocupó con razones convincentes, en ponderar sus ventajas y combatir las desventajas que al espectáculo nacional atribuyen sus adversarios.

Martínez, Juan de Dios (Elñones).—Picador de la cuadrilla del desgraciado *Pepete*, y como él, natural de la ciudad de Córdoba. Era aplicadito, pero le sucedía lo que á muchos, que saben subir al caballo y no saben caer, siendo tan importante lo uno como lo otro. Murió en el año de 1864, á consecuencia de una tremenda caída que sufrió en la Plaza de toros del Puerto de Santa María.

Martínez, Andrés (Quico).—Este matador, natural de Cadiz, trabajó en algunas plazas andaluzas á mediados del presente siglo. Los que le vieron no le concedieron conocimientos suficientes para el toreo, sobre todo estoqueando reses.

Martínez, Ignacio (Propinas).—Uno de tantos banderilleros de los del montón que *Cúchares* recogía en cualquier parte, cuando formaba cuadrillas extraordinarias para torear en plazas en que, según los ajustes, tenía precisión de aumentar el personal de la suya.

Martínez, Francisco (Macón).—Fué compañero del célebre *Lagartijo* poniendo banderillas cuando eran los dos unos chiquillos. ¿Como que no tenían doce años de edad! Luego el uno subió muy alto, y el otro no pasó del umbral de la cátedra del toreo.

Martínez, Manuel (Agujetas).—Hombré de gran valor, mucho coraje y buena voluntad; aprendió lo suficiente para tenerse á caballo, unirse á él, y picar donde y como se debe. Va derecho á la suerte, y tomó en Madrid la alternativa de picador el día 21 de Octubre de 1877. Desde entonces ha figurado siempre en cuadrillas de primer orden, adquiriéndose grandes simpatías y buena fama. No es fino, ni corpulento, y á tener más estatura, abarcaría mejor al caballo que maneja con acierto casi siempre.



¿En qué consistirá que de cuantos toreros de á pie y de á caballo formaron parte, como Manuel, de la cuadrilla de *Frasquito*, ni uno tan sólo ha habido que no sea ó haya sido valiente en alto grado?

Martínez Galindo, José.—Nació en Madrid, parroquia de San Andrés, el 20 de Noviembre de 1856, siendo hijo de Manuel y de Florentina, quienes le hicieron estudiar hasta segundo año de filosofía; pero él mostró más afición al toreo que á los libros, y desde el año de 1875, en que ensayó sus facultades en la plaza de toros de los Campos Eliseos de Madrid, ha matado con varia fortuna en novilladas de diferentes poblaciones, y de sobresaliente y media espada en la corte. Ha podido ser más de lo que es, si hubiese sido más

tiempo banderillero en buenas cuadrillas, y se hubiese sujetado á seguir el toro por sus pasos contados. Ese afán de subir las escaleras corriendo, hace que muchas veces se pierda un pie y haya tropezones. Es buen mozo, con facultades, y muy amante de su familia; no ha tomado la alternativa de matador de toros, pero cumple bien en su clase, con seriedad y valor.

Martínez, Manuel.—El célebre *Coriano* se estrenó en Sevilla el mismo día que este picador, que fué el 13 de Abril de 1846. Aquél llegó á tomar un nombre envidiable; éste no pudo conseguirlo, y marchó por otro lado con poca fortuna.

Martínez, Fernando.—Picador de toros que tomó la alternativa en Madrid, en 12 de Octubre de 1882, mostrándose muy alegre y atrevido. Desde entonces las alegrías y los atrevimientos han ido enfriándose y tememos no vuelvan á entrar en calor.

Martínez, Eusebio.—Era un banderillero que pudo llegar á espada porque tenía facultades, afición y valor no le faltaba. Ha figurado en las principales cuadrillas de los maestros, y es conocido en Madrid por *El Litógrafo*, por haber ejercido esa profesión con aprovechamiento. Se ha parado en un punto del toro, del que no debe salir, y si olvidar el estoque y la muleta. No se le ve hace lo menos cinco años.

Martínez Redondo, D. Manuel.—Director artístico del *Toreo Cómic*, que con sus intencionados dibujos llama la atención de los aficionados y de los que no lo quieren ser, por su desgracia. Sus magníficos retratos, en gran tamaño, de *Lagartija Frascuelo*, el *Gallo* y *Ponciano*, son verdaderas obras de arte de hermoso dibujo y perfecto parecido, y además de esas, otras muchas que ha trazado su atinado lápiz. Nació en Madrid el 1.º de Enero de 1866, y á los 14 años quedó huérfano de padre y madre, teniendo que vivir y mantener á sus expensas á otro hermano menor. Inútil es decir cuánto trabajaría en tan corta edad para conseguir «salir del día»; pero su aplicación y voluntad vencieron todos los obstáculos; y ya labo-
rando en el acreditado periódico *La Guirnalda*, que dirigió su maestro D. Joaquín Magistris, ya en la Escuela de Artes y Oficios, cuyo profesor Mágica tanto le distinguió otorgándole diplomas y premios en metálico, ya dibujando en muchos y distintos periódicos, ha alcanzado, con su nom-

bre de buen dibujante, un honradísimo modo de vivir. ¡Lástima grande que habiendo empezado el estudio de la pintura, tuviera que abandonarle por dedicarse á trabajos artísticos, que si bien más modestos, eran para él de resultados metálicos más inmediatos! Son innumerables los trabajos que ha hecho en todos géneros, y aunque notable en la caricatura, lo es mucho más en asuntos serios, y sobre todo, en los de asuntos taurinos. Alguna vez, muy pocas, porque le falta tiempo para atender á sus principales obligaciones, ha hecho pequeños trabajos en pintura y escultura que han merecido el elogio de personas entendidas. Es demasiado modesto.

Martínez, Manuel (Manene).—Notable banderillero cordobés, en cuya capital nació el año de 1862. Era uno de esos muchachos aprovechados en su arte, que paraba bien, sin hacer grandes desplantes ni alardes de maestría. El día 25 de Diciembre de 1888 lidió en una corrida de toros celebrada en Córdoba por los toreros del país, y en uno de esos jugueteos que constituyen la esencia del estilo de sus paisanos, fué enganchado por el muslo y región glútea derechos, de tal manera, que la muerte le sobrevino el Viernes 28 á las doce de la noche.

Con razón sintieron esta desgracia cuantos le conocían, porque *Manene*, cuya hombría de bien y formalidad eran notorias, fué un buen banderillero, muy prudente, muy entendido y de gran aceptación.

Martínez, Rafael (Manene chico).—Hermano del anterior, cordobés de nacimiento, aplicadito y de buenas hechuras, está haciéndose un banderillero aceptable. Que aprenda en su hermano á no intentar jugueteos y monadas fuera de arte, atégase á las reglas de éste y nos agradecerá el consejo. ¡Ah! Y que no intente tomar en sus manos los trastos de matar, que ahí puede estrellarse.

Martínez, José (El Tremendo).—Matador de novillos que, siendo mozo, marchó al frente de una cuadrilla de niños sevillanos, que se adiestraban en el toro. Después se dedicó á estoquear, viéndose en él más valor que arte. Nació en Linares en 1870.

Martínez, Ginés (Confilero).—Pocos conocimientos, mucha valentía y no escasa desgracia, tiene este novel matador de toros en novilladas. Sentiríamos equivocarnos, pero ni éste ni el anterior llegarán á llamar la atención por su mérito.

Cumplirán con valor en los puntos que toreen, porque son muy pundonorosos y... nada más.

Martínez, Antonio (*El Sastre*).—Cualquiera en su lugar hubiera continuado su primitivo oficio, pero á él le ha parecido mejor ser banderillero. El tiempo dirá si es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer: por de pronto, el nuevo oficio tiene más quiebras.

Martínez, Julio (*Templaito*).—Mata toros en novilladas, no sabemos cómo; y quisiéramos saberlo para ver si rectificábamos la pobre opinión que, basada únicamente en referencias, tenemos formada acerca de su mérito.

Martínez, Tomás.—Uno de esos toreros de invierno que recorren los pueblos poniendo banderillas, si pueden, y si no corriendo y reventándose. Lo peor será que no pase de ahí.

Martínez, Rafael (*Cerrajilla*).—Pone banderillas con demasiado atrevimiento; corre sin cesar y sin reflexión; ¿podrá pararse? ó ¿le harán parar los toros? Cuando ha intentado matar lo ha hecho bastante mal. Es cordobés, desahogadito y aplicado.

Martínez, José (*Pito*).—Nació en Madrid el 15 de Agosto de 1861. Desde muy joven se dedicó á torear y es ya un banderillero de buen nombre, activo, tal vez en demasía, y de excelentes condiciones morales, que no están en relación con las físicas puesto que es delgado, enjuto y corto de estatura. Es bravo é inteligente, ganará cada día más en el aprecio del público por su bondad, atrevimiento y modestia, y quedará siempre querido, aunque no rebase la línea á que ha llegado, que no la rebasará.

Martínez, Cándido (*El Mancheguito*).—Uno de los mejorcitos matadores de toros en novilladas que pisan hoy el redondel. Es formal, poco saltarín y muy pundonoroso; es oportuno en los quites sin acelerarse en hacer desplantes, no maneja la muleta con tanta limpieza como fuera de desear y hiere bien y por derecho. De modo que, sin ser una notabilidad, cumple perfectamente y es muy aceptable su trabajo. Nació en Albacete el día 1.º de Febrero de 1868 y es hijo de Baltasar y de Juana Pingarrón: hizo su aprendizaje en el mata-

clero de dicha ciudad desde la edad de trece años, y, aunque ha sufrido varias cogidas, alguna de consideración, no han mermado su valor ni su afición. Ha matado alternando con espadas de



primera y luego con otros de segunda, comprobando con esa conducta que no tiene presunción alguna, ni alega derechos no adquiridos en forma, ni quiere ser juzgado más que por su mérito. Esa conducta le enaltece.

Martínez, Francisco (*Estanquero*).—Cuandolos niños sevillanos, de cuya cuadrilla forma parte como jefe, no pueden matar los novillos que les presentan, él se encarga de verificarlo, y lo ejecuta, si no con arte, con decisión y arrojo. ¿Haría otro tanto con toros de cinco años?

Martínez, Braulio (*Morenito*).—Novillero andaluz que torea en plazas de segundo orden al frente de cuadrillas de tercera categoría. Así no se llega á ninguna parte.

Martins, Manuel.—Este famoso pegador portugués nació en Thomar el año de 1845, y es hijo de Antonio y de Rosa Maria. Es más conocido por el

nombre de Manuel de Botequin, á consecuencia de haber servido de mozo en el botiquín de las enfermerías de las plazas portuguesas. Dice de él un escritor de aquel reino, que era un forzado valiente, que se colocaba bien enfrente del toro, lo esperaba con valor, y *se echaba* perfectamente cuando el animal humillaba. Falleció hace pocos años.

Martins, Luis.—Hace tiempo dejó de torear este buen aficionado rejoneador portugués, que debía ser muy aceptable cuando tanto toreó en diferentes plazas, según noticias que á nosotros han llegado, en los buenos tiempos del célebre marqués de Castello Melhor. Es de familia noble y tomó parte en las fiestas unas veces como *Neto* y otras como caballero.

Martins Riveiro da Silva, José (*José Aceiteiro*).—Ha sido en Portugal excelente mozo de forzado, buen rejoneador á caballo, y últimamente se ha dedicado á banderillero. Dadas su inteligencia y valentía, acreditadas desde que empezó su oficio en 1875, no debe dudarse de que llegará á donde otros han llegado, pero en lo que más se distingue es con la capa, preparando bien los toros para las *pegas*.

Martos Jiménez, D. Juan.—Notable escritor, orador distinguido, abogado y hombre político de cierta significación, fué el primer redactor que tuvo el acreditado periódico taurino de Madrid titulado *La Lidia* y en el cual hizo gala de su fecunda y ardiente imaginación hasta el punto de creérsele entendido en tauromaquia, cuando realmente no lo era. Murió en 2 de Agosto de 1891.

Mascarenhas, D. José María (*Fronteira*).—Valiente caballero lusitano que há tiempo dejó de torear. Dejó buena fama, y el motivo de darle aquel sobrenombre es por ser sobrino del Marqués de Fronteira y por su nobleza. Siempre toreó como caballero en funciones de beneficencia, pero gratis, según costumbre de todos los nobles é hidalgos de Portugal.

Masenga, Santiago.—Alternó como picador por primera vez en Madrid en 1867. No le recordamos bien, y después de esa fecha se *obscureció* completamente.

Mateo.—No sólo ha de hacerse mención de los toros célebres en los fastos del toreo, sino que me-

reciéndolo alguna vaca, debe citarse siquiera sea por excepción. En la ganadería navarra de la señora viuda de Gota, vecina de Tudela, hay una hembra brava y de sentido que la corren en capecas y goza de triste popularidad en toda la comarca por sus hazañas, pues nunca deja de alcanzar y voltear, cuando menos á uno ó más incautos de los que salen al ruedo, habiendo llegado su mención á ser explotada por empresarios, y hasta por algún artista cómico que llevó su nombre á la escena para indicar el terror y el espanto.

Son las vacas bravas, en su inmensa mayoría, imposibles de lidiar por su mucho sentido y otras malas condiciones.

Matadero.—Los locales destinados en las principales poblaciones á la muerte de ganado vacuno para el consumo público son, generalmente, los en que ensayan sus facultades todos los principiantes en tauromaquia, y esto se comprende desde luego al considerar que en ninguna parte como allí, puede el aspirante á torero disponer de ganado, aunque sea manso y sin condiciones, y de local cerrado. Sevilla, Madrid, Córdoba y otros pueblos importantes han visto salir hombres notables en el arte, de sus respectivos mataderos y el del primer punto, como va dicho en el lugar correspondiente, fué la cuna de la célebre escuela de tauromaquia fundada en 1830.

Mateo Castaño, Juan.—Excelente picador que lució mucho en el primer tercio del presente siglo, cuando tan buenos diestros de á caballo ocupaban el redondel de Madrid. Era valiente y tenía un brazo de hierro.

Mateo, Antonio (*Patón*).—Sabría matar toros si fuera torero; mas para ello necesitaría aprender y aplicarse, estudiando, de lo poco que hay, lo menos malo. Esa opinión formamos de él hace ya diez y ocho años, y desde entonces, ¿á dónde ha ido á parar? Pues, á México, en cuyas plazas viene figurando como banderillero.

Mayo Cruz, Pedro (*El Montijano*).—Nació en el Montijo el año de 1860 y murió en Alicante el 24 de Diciembre de 1894 víctima de una tuberculosis pulmonar. Se crió en Badajoz y dejó el oficio de zapatero por la afición al arte de Montes que se inició en él, desde muy pequeño: trabajó banderilleando en cuadrillas de segunda nota.

Mayoral.—Es el encargado del cuidado de una ganadería, que en representación del dueño de la

misma tiene á sus órdenes á los vaqueros, pastores y demás mozos de campo. Con la vigilancia del amo y la inteligencia de un buen mayoral, gana mucho una vacada, sobre todo si no se escatima el gasto. (Véase CONOCEDOR.)

Mazada, Antonio.—No sabemos por qué este caballero rejoneador no consiguió gran renombre en su país, porque desde 1862 en que se presentó al público, demostró excelentes condiciones y nunca dejó de ser un valiente. Murió en 1867, á consecuencia de una cornada que le dió un toro lidiándole en la plaza de Nazareth (Portugal).

Mazas y Orbeago, D. Joaquín.—Falleció en Bilbao el 23 de Marzo de 1890 víctima de penosa enfermedad, y era conocido como revistero de toros del acreditado periódico *El Globo* con el pseudónimo de *El Alguacil*. La pluma de Mazas era correctísima; su gracia culta y espontánea, la forma variada y amena, y la crítica mesurada. Estaba desempeñando últimamente el cargo de cronista y archivero del señorío de Vizcaya. Era un muchacho joven y muy buen compañero.

Mazzantini y Eguía, Luis.—Es más difícil de lo que á primera vista parece, escribir la biografía taurina de un hombre que tiene tanto de lidiador como de persona distinguida. Parece que no se hermanan bien la profesión del torero con las exigencias de la sociedad, que á pesar de los tiempos democráticos que corremos, ve todavía en aquellos al vagabundo, al matón y al hombre que desprecia su vida por un mísero salario. Mazzantini, criado en buenos pañales, ha armonizado ambos extremos, abriendo ancho campo á todas las condiciones sociales y resucitando la época en que, lejos de tener á mengua los caballeros presentarse en los circos taurinos, hacían en ellos gala y ostentación de su valor é inteligencia.

Sin remontarnos á siglos pasados, en el presente pisó el redondel, dejando su carrera militar y no acordándose para nada de los pergaminos de su noble estirpe, el matador de toros D. Rafael Pérez de Guzmán. Mazzantini, que nació en Elgoibar el día 10 de Octubre de 1856, del matrimonio de don José y de doña Bonifacia, tampoco tuvo en cuenta su origen, como diremos más adelante.

Cuando apenas le sombreaba el bozo, servía ya el cargo de secretario particular del caballero Marchino, Jefe de las Caballerizas reales en tiempo del rey D. Amadeo; de allí salió á desempeñar el empleo de factor telegrafista en las Compañías de ferrocarriles del Mediodía y de Ciudad Real á Bada-

joz, pasando más tarde, en clase de Jefe, á la estación de Santa Olalla, en la línea de Cáceres.

No era en este cargo tan buen empleado como debiera: abandonábale por ir á torear en todas las capeas de los pueblos inmediatos; veníase á Madrid con igual fin á las becerradas de los Campos Eliseos, y rara vez perdía una corrida de toros de nuestra gran plaza, fingiéndose para el servicio de su empleo unas veces enfermo y otras dejando en su lugar á gente subalterna. De tal modo cansó á la Compañía del ferrocarril su comportamiento, que llamado por el Jefe superior de dicha línea D. José Echegaray, y reconvenido fuertemente, contestó que sus inclinaciones le llevaban á torear mejor que al desempeño de su modesto empleo, que nunca le había de proporcionar el bienestar que él ansiaba.

Dejó su destino, y encontrose, como suele decirse, sin oficio ni beneficio. Hubiera querido ser actor cantante, pero no teniendo aptitud para ello decidióse resueltamente á continuar y emprender con más vigor la profesión de lidiador de toros.

No quería empezar por echar un capote ni clavar un par de banderillas, que eso tiene el mismo peligro que el de matar toros, tárdase en adelantar y la utilidad es corta; así, que ensayó sus fuerzas á presencia de varios inteligentes aficionados en la ciudad de Talavera de la Reina, donde mató dos toros de cinco años á satisfacción del público, y luego en Madrid en alguna becerrada de las que anualmente celebraba la Sociedad de socorros de los empleados de ferrocarriles.

Cuando por primera vez se presentó en Madrid en una corrida de novillos verificada el día 5 de Diciembre de 1880, demostró excepcionales condiciones para el cargo de matador, marchándose, después de trabajar en Francia, á la ciudad de Montevideo, en América, en 1882.

Vuelto á España obtuvo la alternativa de matador de toros de cartel, que le dió el célebre Salvador Sánchez (*Frasquito*) en Sevilla el 13 de Abril de 1884; y de tal modo se portó entonces, que obtuvo muchas corridas en diferentes plazas, alternando con el desgraciado *Bocanegra*, con el *Gordito*, *Curro*, *Hermosilla*, *Cara ancha*, *Lagartija* y otros.

Madrid quería ver si ese entusiasmo que había despertado en toda Andalucía el joven Luis era legítimo, y consiguió que el 29 de Mayo de dicho año 84 le confirmase en su alternativa el espada cordobés Rafael Molina (*Lagartija*), admirando todo el pueblo de la corte su arrogante figura, su valor y el asombroso éxito en sus estocadas.

Inútil es decir, que á partir de aquella fecha llovieron las contratas y disputábanse los empresarios de todo el reino, por la certeza que tenían de obtener pingües ganancias al solo anuncio de su nombre en los carteles.

Ganó mucho dinero; con él volvió á América y trajo mucho más, y como la idea de mejorar en posición es innata en todos los hombres, y mucho más en los del temple de Mazzantini, compró una vacada de toros bravos á D. Antonio Fernández Heredia (que la había adquirido de D. Donato Palomino, dueño del toro que mató á Nicolás Fuentes, *El Pollo*), y además tomó parte en la Empresa de la plaza de Madrid, invirtiendo en ello gruesas sumas.

Este fué un error que le costó caro. Es absolutamente imposible que el público en general preste del derecho que tiene, ó cree tener, á exigir de las Empresas los mejores toros y los mejores toreros; así es que, aun satisfecho este último punto con la presentación de espadas tan acreditados como *Lagartijo*, *Frasuelo* y el mismo Mazzantini era de rigor que las demostraciones de desagrado al ver un toro coharde ó manso fuesen á parar á los oídos del torero-empresario, y por lo mismo, su prestigio se amenguaba y sus intereses se resentían.

Hay en el pueblo un no sé qué, una predisposición á apasionarse en pro ó en contra de una persona por hechos ajenos á la profesión que ejerza, de la cual casi siempre hace un uso violento. En las plazas de toros hemos visto ensalzar al *Sombrerero* los realistas y denigrar á Juan León por liberal, y á los amigos de éste ahuyentar á aquél del redondel en cuanto triunfaron sus ideales, y todo sin tener en cuenta para nada el mérito de las suertes que cada uno ejecutaba.

Limitada nuestra misión á narrar los hechos

taurinos y aptitudes que para el arte hayan demostrado los lidiadores, para nada tenemos en cuenta su vida particular, ni sus costumbres, vicios ó virtudes, en cuanto no afecten á su práctica en el redondel; pero, volvemos á decirlo, esta conducta no es posible sea observada por la gran masa del pueblo, al que le impresionan tanto aquellas condiciones como las que ve en el modo de torear. Vieron las gentes en un principio un

hombre valeroso que, despreciando añejas preocupaciones, se lanzaba á matar toros por afición y por mejorar de fortuna, y le aplaudieron y ensalzaron, dándole ánimo y estimulándole á continuar el camino emprendido; vieron luego que había salido del nivel ordinario, que su fortuna crecía, que no se encerraba en el círculo estrecho del redondel para ganar dinero, sino que lo adquirido lo invertía en especulaciones y negocios ajenos al arte, y observaron, finalmente, que su trato era cortés y fino y su lujo competía con el de cualquier potentado; que sus relaciones las buscaba entre gente enco-



potada y cantantes de *primo cartel*, y entonces, aquellos que en un principio celebraban su elegancia, sus finas maneras y hasta sus conocimientos en los idiomas francés é italiano, criticaron en todos sus detalles aquellas manifestaciones y atribuyéronlas á vanidad y soberbia. No conocemos tan á fondo al diestro de que nos ocupamos, que podamos decir si en el fuero interno de su conciencia se ha alojado alguna vez el orgullo, pero aunque así sea, ¿á qué mortal no le desvanece el humo del incienso constantemente quemado ante su

persona? ¿Quién es el que no se muestra satisfecho al verse encumbrado por su propio esfuerzo?

Mazzantini goza en hacerse popular, pero entiéndase bien, no busca sus amistades entre el populacho, y aunque él dijese lo contrario, podríamos rebatir su aserto poniéndole de manifiesto su conducta. En ello hará bien ó mal ¿qué nos importa? Trabaje bien dentro del redondel, que su comportamiento fuera de allí á nadie debe preocupar sino á su familia. El hombre es para nosotros como otro cualquiera, al torero es á quien buscamos para apreciar su trabajo en lo que valga. Cuando él ha logrado hacerse aplaudir en los últimos años, más que en los primeros á pesar del paréntesis que en su vida torera empezó á iniciarse durante su desgraciada empresa, es prueba de que no es una vulgaridad en el toreo, puesto que ha sostenido su puesto, alternando con otros hombres de gran prestigio y reputación. Reconócenle todos *valor* y no olvidan aquella celebre hazaña que realizó con un toro de D. Anastasio Martín en la plaza de Madrid el día 12 de Octubre de 1890, cuando al saltar tras él la barrera, quedó encunado contra las tablas del tendido y forcejeando



VALENTÍN DE MAZZANTINI — MACÍAS

con sus fuerzas hercúleas agarrado á las astas, desvió al toro con gran serenidad golpeándole en los ojos y salió del embroque libre cual otro *Panchón* á quien un hecho parecido le valió una pensión del rey Fernando VII. Su *ligereza* es admirable dada su excepcional corpulencia y no es de los que tienen menos *conocimiento* de su profesión, ni del ganado que lidia.

Pero ha llegado el momento de juzgarle con arreglo al arte que es el punto á que más atención debe prestarse.

No maneja el capote con soltura, ni gracia, sirviéndole únicamente de poderoso auxiliar para hacer quites oportunos y arriesgados, con tan valiente arrojo como los hacía el inolvidable *Fras-cuelo*, que nadie ha repetido desde que aquél se retiró de la arena; clava de frente las banderillas y al cuarteo perfectamente midiendo bien los tiempos, pero débelo á sus fuerzas de piernas y elevada estatura en muchos casos; maneja la muleta sin considerarla en toda su importancia, aunque siempre la utiliza con gran golpe de vista, en oportuna defensa; para menos de lo que hay derecho á esperar de él, por más que últimamente ha dado pases á pié quieto, de mérito indisputable, y en cuanto á matar, lo hace comunmente arrancando ó á volapié, pero, ¿de qué manera! Colócase en línea recta con el testuz del toro, ármase con elegancia y lía con soltura, formando una figura que nos recuerda la de Pedro Romero pintada por Juan de la Cruz Cano, arráncase rápidamente y consuma el volapié de tan magistral manera que no pudo soñarlo su inventor.

Esto en la mayor parte de los casos.

Pero nada más. No hay que pedirle que *reciba toros*, que esa admirable suerte la han olvidado todos los modernos toreros.

Hemos dicho lo malo y lo bueno que tiene este diestro, que es el mejor director de plaza que hay actualmente. Por el relato imparcial que hemos hecho, se entenderá que le consideramos como uno de los más sobresalientes que pisan la arena, y que no tenemos á él ni á nadie como toreros completos si no reciben toros.

¿Qué condiciones tan asombrosas se perderán para el arte si Mazzantini llega á retirarse del toreo sin ejecutar la suprema suerte!

No tiene disculpa si piensa que grandes hombres, como *Cúcharas*, *Lagartijo* y otros modernos, no han recibido ni reciben toros, porque los que rendimos culto al arte en toda su pureza, diríamos á Mazzantini cuando consumara esa suerte: todos los defectos que con ruda franqueza hemos indicado, quedan borrados de nuestra mente; eres mejor matador de toros que aquellos maestros, y puedes dar lecciones de tauromaquia como el mismo Francisco Montes.

Pero ese día no llegaré, á pesar del excesivo pundonor de Mazzantini. Si los demás ganan tantas palmas como yo, sin hacer eso, dirá, ¿á qué me he de exponer á un pereame? ¿Por qué he de arriesgar mi reputación haciendo ensayos en suerte casi olvidada que á nadie se exige? Los que ahora reparan en mí lo que no advierten en otros, ¿qué dirán si al esperar á un toro me fuese á un lado, ó cruzase al animal por darle demasiada salida, como le ocurría á Montes?...

No es este libro un curso de tauromaquia; si lo fuera, mucho podríamos contestar al primer matador de toros de la plaza de Madrid, y á los que antes y después de él formen y piensen del mismo modo.

Mazzantini, Tomás.—Buen banderillero, buen peon de lidia y excelente compañero en el ruedo. Hay veces en que se confía demasiado, y abusa de su fuerza de piernas, y otras en que, sin necesidad, recorta á las reses por solo seguir esa costumbre moderna que tanto perjudica al ganado. Es hermano de Luis, con quien hizo en las repúblicas americanas muy buenas campañas. Intentó en alguna ocasión ser espada y ha matado algunos



toros con varia fortuna, pero habiéndole roto una pierna un caballo que le arrojó de la silla, estando en México, quedó resentido de ella, por lo cual, y más que nada atendiendo á los consejos de su hermano, ha renunciado á estoquear—en cuya suerte hubiera sido de los del monton anónimo—y ha resuelto ser un banderillero de primera, como lo es realmente.

Mazo ó Maso, Leon.—¿Hizo bien este picador al dejar pronto el oficio? Si había de continuar terciándose siempre en todas las suertes y con todos los toros, la respuesta es afirmativa. Murió en Madrid en 1869, y había empezado ocho ó diez años antes.

Mazorca.—Llama así la gente del campo á la especie de rodete ó círculo que se forma en la parte inferior del cuerno del toro cuando se le cae, á la edad de tres años, la delgada lámina que tapa sus astas.

Meano.—El toro que tiene blanca la piel que cubre todo el balano. No hay que confundirle con el bragado, pues son cosas enteramente distintas.

Medarde, D. Mariano.—Arquitecto, vecino de Madrid, bajo cuyos planos y dirección se ha construido en poquísimo tiempo la bonita plaza de Calatayud, estrenada en 8 de Septiembre de 1877. Es discípulo de la Escuela Superior de Arquitectura; tiene su título desde 1869 y goza de excelente reputación.

Medel, D. Ramón.—Escribió en 1851 una circunstanciada reseña de las corridas de toros celebradas en Madrid el año 1850 con multitud de datos y observaciones, que le acreditaron de buen aficionado.

Fué actor y autor dramático, arqueólogo, pintor heráldico, escritor didáctico en asuntos teatrales y verdadero artista; falleció en Madrid el día 9 de Abril de 1877.

Medel, Juan (Lobo.)—Matador de toros en novilladas, valiente y de regulares condiciones. En Huelva, de donde es natural, le quieren y ensalzan, esperando mucho de él.

Ya veremos si se equivocan sus paisanos.

Media espada.—El torero que no habiendo aún tomado la alternativa está encargado de dar muerte al último ó á los dos últimos toros de la corrida, y así debe anunciarse en el cartel. Suele ser un banderillero aventajado que aspira á ser matador, alternando con los espadas en su día. Es voz que ha ido desterrándose poco á poco, usándose ahora en los carteles la de *sobresaliente*, que impone iguales obligaciones.

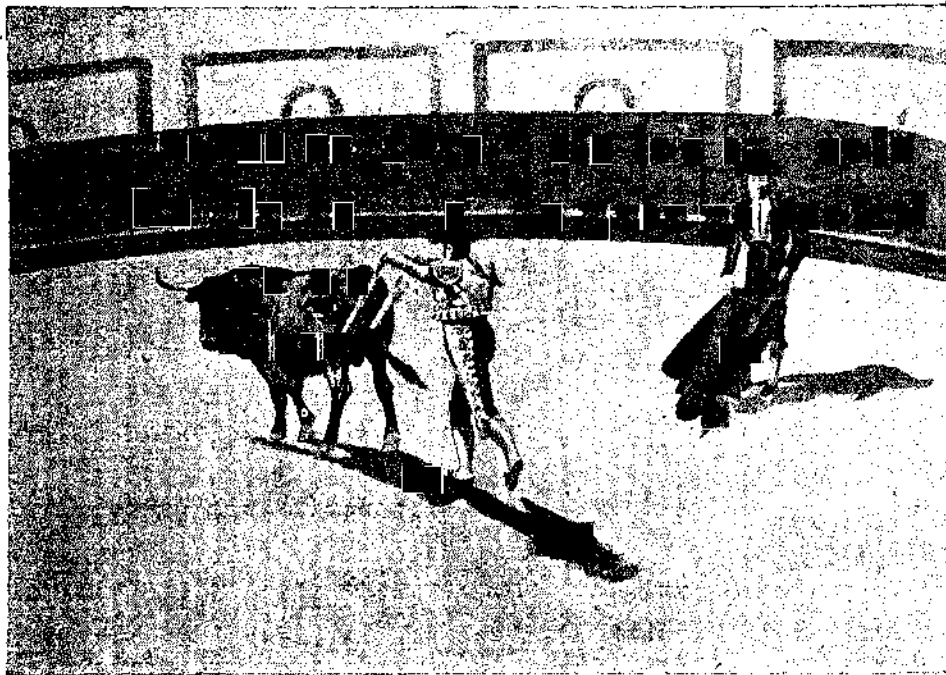
Medialuna.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Coria del Río, divisa encarnada y verde, que en el Puerto de Santa María, en la tarde del 24 de Junio de 1852, después de matar siete caballos, dió una gran cornada al muy notable picador de toros Carlos Puerto, ocasionándole la muerte.—Se llama también medialuna al instrumento cortante que tiene esta forma y va colocado en el extremo de un palo largo como la vara de detener, sirviendo para cortar los corvejones á los toros que no han podido ser muertos por los espadas. Este instrumento ya no se usa en las plazas más que para presentarle al público en los casos en que el espada no ha podido dar muerte al toro; y la señal que se hace para exhibir la medialuna sirve al mismo tiempo para ordenar que los cabestros salgan de los corrales y retiren á ellos al animal lidiado. Hasta la exhibición de la medialuna en el indicado caso, se ha desterrado ya de nuestros circos. No queda más que para desjarretar en los mataderos.

Media vuelta.—Para poner banderillas á media vuelta ha de ir el diestro por detrás del toro, llamarle del lado por el que se quiera que se vuelva,

las reses tengan pocos piés para esta suerte, y eso que es la más sencilla y segura, y que á los toros fuertes se les llame siempre del lado por el cual ven. Sucede muchas veces que los toros huídos no atienden ni se paran, á pesar de llamarlos, y que siguen su viaje; entonces el diestro inteligente debe seguir tras él, pero al lado por el que intente parear, guardando una distancia como de dos varas ó más, llamarle con una voz, y cuando se vuelva, aprovechar el momento, cuadrarse con él, y clavar los palos; lo cual es bastante lucido.—La estocada á media vuelta se ejecuta del mismo modo; pero á ella debe sólo acudir el matador cuando no encuentre otro medio, porque es muy reprobada la traidora manera de darla.

Médis, D. Pedro.—Hermano del duque de Florencia. Muy aficionado á correr y lidiar toros, usó de los primeros la garrocha ó vara de detener, y sostuvo competencias con varios caballeros españoles en plazas ó cosos cerrados.

Medina, Antonio (Palmeres).—Picador de novillos, con poco entusiasmo y absoluta carencia de conocimientos. Si piensa dedicarse al oficio, hay



BANDERILLAS Á LA MEDIA VUELTA. — MACÍAS

y cuando lo verifique, cuadrarse con él en aquel momento y meterle los brazos. A los toros sencillos ó claros se les debe hacer esta suerte en corto, y generalmente á todos, procurando llamarlos por los terrenos naturales, es decir, la res al de fuera, y el diestro al de las tablas. Conviene que todas

que tener más voluntad, principalmente para aprender lo que se ignora.

Medina-Sidonia, Duque de.—Consumado jinete que en el año de 1673, con motivo de las bo-

das del rey D. Carlos II, mató dos toros de dos rejonazos. Se atribuye al mismo el dicho de que las verdaderas cinchas de un caballo deben ser las piernas del jinete.

Medina, Rafael.—Fué banderillero en la cuadrilla de Juan Hidalgo, y vecino de la isla de San Fernando, á final del primer tercio del presente siglo.

Medina y Banegas, José María (conocido por *Canales*).—Picador de cartel á quien no faltaba voluntad, poder, ni intención; agradaba al público, alguna vez mucho menos de lo que debiera, porque aunque sabía su obligación, no era bullidor ni hacia lo que otros para conquistar palmas, lo cual es de ensalzar; pero al mismo tiempo se empeñaba en ocasiones en no querer lo que el público exigía, y esto, cuando no está justificado, es digno de censura. Se puede decir que se ha criado entre reses bravas, porque él ha sido cabestrero, después gran aficionado á picar, y buen jinete. La primera vez que toreó fué en Jaén, donde le dieron doseientos reales por picar en una becerrada



en el año de 1866; dos años más tarde le vimos en Madrid, como de reserva, con las cuadrillas de *Ci-chares* y el *Tuto*, y en 2 de Junio de 1869 *Currito* autorizó su alternativa en Algeciras. Esta fué confirmada en la plaza de Madrid en 1874, habiendo trabajado antes y después con cuadrillas de primer orden, como lo son las del *Gordito*, *Bocanegra* y *Cara-ancha*. Nació en el Puerto de Santa María el 18 de Febrero de 1842, siendo hijo de Manuel Medina y de Lutgarda Banegas; por consiguiente, no se explica por qué en los carteles se le titula Gómez sin serlo, y sin tener él interés en ocultar

los verdaderos apellidos. Creemos que vive aún, e bien retirado del toreo, donde tan justos lauro adquirió.

Medios.—Se llaman así los terrenos más próximo é inmediatos al centro del redondel, donde pocas veces se ejecutan las suertes. Cuando el toro se coloca en este sitio, y tomando querencia á él no acude á los cites, se dice que está «emplazado». Los saltos de la garrocha y al trascuerno deben darse en los medios ó muy cerca de ellos, porque el viaje que el toro lleve pueda continuarle con sobra de terreno.

Medorio, Francisco.—Picador de toros americano, que alterna en las plazas de México, Puebla y otras, con toreros bien acreditados. Seguramente será un gran jinete, de lo demás nada podemos decir.

Medrano, Mariano.—Fué un antiguo chulo de la plaza de Madrid, que alargaba banderillas en las corridas de toros á los banderilleros, y dirigía las mojigangas en las novilladas. Reemplazó en esto al conocido *Antoñeja*, y á él le ha reemplazado su hijo Pepe (*El Chato*), que quiso ser torero y no se da para ello buena maña. Mariano murió en Madrid el 6 de Julio de 1891.

Era muy apreciado por los empresarios á quienes sirvió, y también los aficionados le mostraron más de una vez sus simpatías desde los tendidos y barreras. Los jóvenes principiantes, que así titulan á los que con novillos ensayan sus condiciones toreras, le obedecían y tomaban de él lecciones cuya explicación era de oír por lo pintoresca.

Medrano, Eligio.—Natural de Sanlúcar de Barrameda, pequeño de cuerpo y de estatura; pareaba y mataba reses en 1864 y después, sin que lograse llamar la atención por bueno. Creemos que fué á América en busca de contratas que aquí le faltaban. En aquella época se ganaba allí más dinero que hoy, porque ya son tantos los que allí acuden..

Mejía, Manuel (*Bienvenida*).—Es un banderillero de regulares condiciones, muy aceptado en Andalucía, y trabajador. Aunque en él nada hemos advertido de mérito sobresaliente, tampoco, en honor de la verdad, le hemos visto deslucirse. Desde que ha entrado á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona ha adelantado muchísimo, y los pares que clava, al mismo tiempo que finos y oportunos

los tunos, son de castigo. Esto sucedía hace diecinueve años; después, como todo pasa en este mundo y en



toda profesión, el que no mira adelante, atrás se queda; Mejía se quedó.

Mejorar el terreno es cuando el lidiador, por cualquier circunstancia ó acto anterior, se encuentra colocado en el terreno de dentro, ó al menos demasiado encerrado ó cerca de las tablas, y con el fin de evitar una cogida ó de ejecutar bien una suerte, sale del sitio en que se halla, ya usando del capote ó muleta, cambiándoles, ya á favor de algún quiebro, hasta que se coloca en el sitio oportuno.

Melcón, D. Juan Francisco.—Escribió en 1738 unas muy notables reglas para torear á caballo, comprendiéndolas en una carta que tituló *Satisfactoria del público y defensa de la inocencia* y en que pone de ropa de pascua á muchos caballeros conocidos en aquella época, que no sabían ni se atrevían á torear, fingiendo valentías de que no estaban adornados.

Meleno.—Llaman así al toro que en su testuz, y cayendo sobre su frente, tiene una melena ó gran mechón de que carecen los demás. Parece excusado decir que esto sucede lo mismo con toros de una pinta que de otra, aunque suele ser más común en los de pinta oscura, como negros, cárdenos ó retintos.

Melchor.—Según hemos leído en diferentes partes, en tiempo del famoso *Lorencillo* hubo un torero de dicho nombre ó apellido, que parece era muy intrépido. Nada hemos podido comprobar; pero nos inclinamos á creer que era Melchor Conde, distinguidísimo en aquella época como banderillero, y aun como matador.

Melgarejo, D. Tomás de.—Rejoneó toros con el conde de Cabra y los Almirantes de Castilla y Aragón, en el año de 1663 á presencia del rey D. Felipe IV, en la Plaza Mayor de Madrid.

Melgarejo, D. Juan.—Caballero en plaza, natural de Málaga, que rejoneó toros en las fiestas reales que en la Plaza de las Cuatro Calles de dicha ciudad se celebraron en 6 de Agosto de 1683.

Mélida, D. Enrique.—Notable pintor de historia, natural de Madrid y discípulo de D. José Méndez. No hemos de relacionar las muchas obras que le han dado envidiable renombre, pero sí recordaremos que es el afortunado autor del cuadro «Picador herido llevado á la enfermería», que presentó en la exposición de 1871, del famoso «Se agüó la fiesta», que en 1876 obtuvo medalla de segunda clase y fué adquirido por el gobierno para el Museo nacional, y «La lección de toreo», siendo además autor de la preciosa colección de láminas y dibujos que ilustraron los *Episodios nacionales* del señor Pérez Galdós.

Mélida, D. Arturo.—Hermano de D. Enrique, notable pintor, dibujante y excelente arquitecto. Es un especialísimo decorador de obras de importancia y restaurador de monumentos de la antigüedad, con tal acierto, que parece trasladado á ella, sin distinción de épocas ni lugares. Le incluimos en nuestro libro por ser autor de preciosos dibujos taurinos y de la artística orla de unos carteles que hizo para la corrida de Beneficencia de Madrid en 1893.

Méliz, Blas (*Blayé ó Minuto*).—Uno de los mejores banderilleros que se han conocido como inteligente y bravo, y á quien distinguía mucho su jefe de cuadrilla *Cúchares*. A consecuencia de haberle caído sobre el talón de un pié, en una corrida de toros celebrada en Segovia, un estoque que le cortó un tendón, se temió no pudiese ya torear más; pero curado, volvió al redondel, aunque cojo, sin disminuir nada de su buena fama anterior. A con-

secuencia de una congestión pulmonar, falleció en Madrid á la edad de treinta y siete años, diez meses y diez días, el Sábado 1.º de Marzo de 1856, á las ocho y cuarto de la noche.

Mellado, Agustín.—Figuró como banderillero de Bartolomé Jiménez y como nuevo en la plaza de Madrid en las corridas reales de 1803.

Mello, Antonio.—En 1815 trabajaba regularmente este banderillero portugués, que continuó hasta 1843 en que falleció. Muchos ha habido pocos.

Méndez, Vicente (*El Pescadero*).—Buena figura, aunque demasiado grueso, y regular banderillero. Quiso matar, y en las veces que lo ha intentado, no pasó de mediano, así que, conociéndose, prefirió continuar siendo banderillero muy aceptable á matador adocenado. Creemos que es natural de



Madrid. Marchó á Lisboa con Carmona (*El Gordito*) y allí se quedó trabajando con aceptación, estando hoy casi retirado del ejercicio activo. Tiene allí una escuela de tauromaquia en donde los alumnos hacen su aprendizaje con toros de madera, que para ese fin tienen movimiento.

Méndez, Federico (*El Guantero*).—Quiere ser picador, y se ensaya en novilladas de pueblos ó capitales de segundo orden. No le hemos visto trabajar ni nos han informado como trabaja, si es que sigue picando, que hace más de diez años que nadie habla de él. Hace más de quince años en un cartel de Sevilla el nombre de un Federico Menéndez (*El Guantero*), como matador, pero tampoco se ha vuelto á saber nada de éste.

Mendivil, Domingo.—Este veterano matador de toros, natural y vecino de Burgos, de familia distinguida, era muy aceptable para plazas de segundo orden. En el año de 1856 se publicó el siguiente juicio de él en Madrid: «Regularmente apuesto y valiente. Plantase ante la fiera con grandes descos y decidida voluntad. Más que por falta de serenidad, por un vicio que sentimos no corrija, no tiene el suficiente aplomo, y corre y bulle sobradamente y más de lo que fuera menester. Es torero recomendable en ciertos casos». Desde aquella época no volvió á torcar. En las últimas funciones reales ha figurado perdiendo categoría ó antigüedad, y á consecuencia de una enfermedad crónica falleció en Burgos el día 9 de Agosto de 1881 á la edad de sesenta y tres años.

Meneses, D. Juan de.—Hace ya muchos años que no trabaja este valiente portugués que empezó á torear como aficionado en el año de 1858 y se hizo en poco tiempo un gran lidiador á caballo, hasta el punto de que más de una vez trabajó sobre un jaco en pelo y sin más freno que una cuerda. De arrogante figura, fino en su trato y cumplido caballero.

Mendoza y Toledo, D. Pedro.—Fue uno de los Caballeros en plaza que más se distinguieron en la ciudad del Perú, en las fiestas celebradas en el año 1632 cuando nació el Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria.

Mendoza, Antonio.—Banderillero sevillano que trabajaba en la cuadrilla del desgraciado Francisco García (*Perucho*) y de cuyo mérito no hacen mención los apuntes consultados.

Mendoza, D. José María (*Loulé*).—En 1855 llamó la atención en Portugal, por su valentía rejoyneando, por su figura arrogante y su inteligencia taurina. Murió ha ya bastantes años.

Mendoza, José Maria.—Fué un gran conocedor de la lidia taurina desde que en 1827 se dedicó en Portugal al toreo en clase de banderillero, adelantando cada vez más. A imitación de nuestro *Lavi* y complaciendo al público ignorante, usaba de ciertos desplantes y payasadas cuando los toros no se prestaban á las suertes y conseguía grandes aplausos. Gramática parda cuyas reglas no se enseñan, pero que muchos ejercitan en diversos tonos. Murió en 1866.

Mendoza, Manuel.—Mata toros en México y otras plazas de América, pero se ejercita más en clavar banderillas, y en ambas cosas dicen que es flojito.

Mengine, José (Gavira chico).—Muy bullicioso, muy atolondrado pero muy valiente. Eso no basta: lo primero es saber el terreno que se pisa, lo que se trae entre manos y con qué clase de bichos se ha de entender.

Mengs, D. Antonio Rafael.—Nació en Ansitz, ciudad de Bohemia, en el año de 1728, siendo hijo de Ismael, pintor en esmalte. Pusiéronle por nombre Antonio y Rafael, en conmemoración de los dos grandes pintores Antonio Corregio y Rafael Sanzio de Urbino. Discipulo de su padre en los primeros años, pasó luego en compañía de éste á Roma, donde estudió en los mejores modelos de la antigüedad. Cuando empezó á inventar y componer, fué su primera obra un cuadro al óleo de la Sacra Familia, habiéndole servido, para modelo de la Virgen, Margarita Guazzi, la doncella más hermosa y honesta de Roma, de la que se prendó en tales términos, que se casó con ella el año de 1749, contando solo ventituno de edad. El rey Carlos III, á quien conoció en Italia, cuando lo era de Nápoles, le nombró después en España su pintor de Cámara con el sueldo anual de dos mil doblones, casa y coche, y la Academia de San Fernando le eligió director honorario por el año 1763 ó 64. No probándole el clima de Madrid, enfermó, y poseído de una grande melancolía, pidió al rey permiso para residir en Roma, lo que le concedió, señalándole una pensión de tres mil ducados para él y tres mil para sus hijas. En Roma perdió á su esposa, y este golpe, la crudeza de aquel invierno y su quebrantada salud, le condujeron al sepulcro á fines de Junio de 1779, siendo enterrado en la parroquia de San Miguel, en dicha ciudad. Mengs fue el pintor de más reputación en Europa que hubo en su época; pintó al óleo y al fresco, hizo muchos dibujos, estudios previos de

sus obras, que hoy son muy apreciados. En los retratos fué una especialidad por lo parecidos y correctos, habiendo hecho, entre otros muchos, el suyo propio para su íntimo amigo D. Bernardo Iriarte, el de la marquesa de Llano, el de Campomanes y los de la duquesa de Arcos, de la de Medinaceli, varios de la familia real que existen en el Museo del Prado, y uno magnífico del célebre matador de toros Joaquín Rodríguez (*Costillares*), de medio cuerpo, tamaño natural, que es el mejor que se conoce; pero que no sabemos donde se halla. En el palacio de Madrid, en San Isidro el Real y en el palacio de Aranjuez, en el Escorial, en la Granja y en la Colegiata de Castrojeriz, se admiran obras suyas de gran mérito por su composición y dibujo, sin contar las que existen en Roma en el Vaticano, en los PP. Celestinos, en la galería del cardenal Albani, y otras que sería largo enumerar.

Mezo, Tomás.—Mata toros en novilladas sin arte, pero con valor, considerándolo como ensayo para aprender el oficio. Mejor hubiera sido que empezase el aprendizaje por el principio, y no de matador á las primeras de cambio. Mala dirección lleva para ascender.

Mercado, Carlos.—En una función celebrada en Sevilla el día de San Pedro, del año 1860, picó toros, pero después no le hemos visto figurar en carteles, ni nos han dado razón de él.

Mercadilla, Antonio.—Ha matado toros en las plazas mexicanas. ¿Cómo? No lo sabemos. ¿Cuándo? Hace pocos años. ¿Era muy diestro? Nos encargamos de hombros.

Mercier, D. Angel.—Periodista gaditano y buen aficionado, que en el *Diario Mercantil*, de Málaga, hacía revistas de corridas de toros con marcada modestia. ¡Cuánta les falta á otros!

Merino, Rodrigo.—Picador que tomó la alternativa en Madrid en 1802; únicas noticias que tenemos de él.

Merimée, Próspero.—Notable escritor francés cuya época más brillante fué la del primer tercio del presente siglo y que murió en Cannes, poco después de la caída del imperio de Napoleón III. A pesar de su nacionalidad escribió de algunas costumbres de España con bastante conocimiento é imparcialmente y en unas preciosas cartas fecha-

das en Madrid á 25 de Octubre de 1830 y Junio de 1842 estampa los siguientes párrafos, dignos por su sinceridad y gallardía, de que los incluyamos en nuestra obra. Habla de la defensa de las corridas de toros en España y de las razones que hay para justificarlas y añade por su cuenta: «El argumento que no se atreve nadie á hacer valer, y que sin embargo, no tendría vuelta de hoja, es que, cruel ó no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo y produce emociones tan poderosas que no se puede renunciar á él, cuando se ha resistido el efecto de la primera corrida á que se asiste. Los extranjeros que no entran en el circo por primera vez, si no con cierto horror y únicamente al objeto de cumplir concienzudamente con sus deberes de viajero, los extranjeros, digo, se apasionan pronto por las corridas de toros, tanto como los mismos españoles.» Refiere después su asistencia primera á una corrida y dice ingenuamente: «Ninguna tragedia en el mundo me había interesado hasta tal punto. Durante mi permanencia en España no he faltado á una sola corrida, y, lo confieso con rubor, prefiero los combates á muerte á los que se reducen á lidiar toros embolados.» Y más adelante añade: «El salario bastante crecido de esa gente, no es el único móvil que les haga abrazar ese peligroso oficio. La gloria, los aplausos, les hace desafiar la muerte. ¡Es tan dulce triunfar ante cinco ó seis mil personas!»

Añadiríamos otros muchos detalles si la extensión de nuestro libro no lo impidiera: nos contentamos con los copiados para justificar la mención que de tan afamado escritor hacemos, siquiera porque su recto juicio, su talento y su sinceridad le apartaron de la senda que siguen los extranjeros que, sin conocernos, critican nuestras costumbres.

Merino, Dionisio (*El Ciudadano*).—Banderillero de buenas proporciones y presencia, que ponía sus pares regularmente y tapaba su boquete. Hace más de dieciocho años marchó á América, con buen ajuste; sabemos que allí ha toreado bastante, é ignoramos si piensa ó no volver á su patria, ó si ha fallecido.

Merino, Enrique (*El Sordo*).—Es andaluz y por lo mismo en Andalucía tiene hasta ahora su principal campo de operaciones; en ese país se hará un torerito, si se aplica, que empezó banderilleando bien y adelanta poco. En México es muy estimado.

Mesía de la Cerda, D. Pedro.—Escribió en el año de 1653 una relación de las fiestas eclesiásti-

cas y seculares, que la muy noble y siempre leal ciudad de Córdoba hizo á su ángel custodio San Rafael en el de 1651; y dice en ella que la de toros se verificó el sábado 3 de Junio, lidiándose dieciocho; tres de ellos por la mañana y siendo caballeros toreadores D. Juan de Cárdenas y Angulo, D. Diego de Guzmán y Cárdenas, que recibió una herida de consideración, y D. Felipe de Saavedra, D. Antonio de las Infantas, D. Alonso Cárcamo y Haro, D. Alonso de Hoces y D. Gonzalo de Córdoba y Aguilar que se portaron con singular bizarria con el rejón y la espada.

Mesquita, Manuel José.—Si hubiese tenido tanto valor como inteligencia, pocos hubieran aventajado á este rejoneador portugués. En 1852 se presentó á trabajar á caballo, y todos reconocieron en él, desde entonces, mucha inteligencia en el arte de torear y en el de la equitación, en que fué sobresaliente. Murió en 1880.

Mesquita, Juan Paulo de.—Viendo que como caballero rejoneador no adelantaba gran cosa, á los pocos años de su presentación en las plazas de Portugal (1867) dejó el arte, y hoy se dedica á ser maestro de conductores de coches. Digna de aplauso es su determinación.

Meterse con los toros.—En los picadores se entiende cuando castigan en corto, colocándose bien para la suerte; en los banderilleros, también es cuando entran en el terreno del toro y le clavan los palos, al tiempo de humillar, con más proximidad que otros al cuerpo de la res; en los matadores, al meterse bien en el centro de la suerte, ciñéndose mucho lo mismo con la muleta que al dar la estocada. También se dice del lidiador que capea en corto y muy ceñido.

Meza, José María.—Picador de toros que viene figurando en carteles de las plazas de México. Ni de su mérito ni de su naturaleza podemos dar noticia exacta, aunque nos inclinamos á creer que es americano.

Miguel, Juan.—Matador de toros á mediados del pasado siglo, en que alternaba con todos los de su época, en lugar de preferencia la mayor parte de las veces. En 22 de Abril de 1763, trabajó en Sevilla por delante de Manuel Palomo y de Costillares.

Míguez, Sebastián.—Ha sido uno de los picadores de toros más notables que hubo en el primer tercio del presente siglo. Hombre de campo, corpulento, bravo y duro, gran jinete y muy conocedor del ganado, mereció por estas circunstancias que el rey Fernando VII le confiase el cargo de mayoral en jefe de la parte de ganadería de que quedó dueño cuando murió D. Vicente Vázquez, de Sevilla, en Febrero de 1830. Había tomado en Madrid la alternativa, que le dieron Luis Corchado y Antonio Herrera en la tarde del 10 de Abril de 1815, y continuando siempre su trabajo con aceptación, después de servir de mayoral en la ganadería de Veragua, vino á sorlo por espacio de cuatro años á las órdenes de la Junta de Hospitales de Madrid, cuando ésta despidió á Alfonso Hijo. En el año de 1843, si no recordamos mal, había encerrada en el corral chico de la plaza vieja una corrida de toros de Gaviria, y al hacerse por la mañana el apartado, pasaron todos menos uno al corral grande. Míguez excitó con una castigadera á pasar al otro corral á tan receloso bicho, y éste, revolviéndose rápidamente, alcanzó al desventurado mayoral, le derribó, recogió y tiró por alto, pasándose entonces donde estaban los bueyes, sin duda asustado por los gritos de los que presenciábamos la catástrofe. Tenía el infeliz Sebastián una horrible cornada en la nalga derecha, además del gran golpe que recibió al ser volteado; y aunque descerrajándose el botiquín le curó un cirujano que estaba presente, el desgraciado murió á las cuarenta y ocho horas en su casa, junto á las carnicerías de la plaza, con gran sentimiento de los verdaderos aficionados.

Míguez, Francisco.—Hijo ó sobrino del célebre Sebastián. Fué valiente hasta la temeridad, y se puede decir con un antiguo aficionado «que en su pequeño cuerpo todo lo que había era veneno». Toreó por los años 1850 en adelante, y tenemos entendido que murió en 1856 en las jornadas de Julio. Parece que otro hijo de Sebastián se halla establecido en Barcelona, siendo veterinario.

Milagroso.—Toro de la ganadería de D. Manuel García Puente López (antes *Aleus*), vecino de Colmenar Viejo, divisa encarnada y amarilla, retinto, listón, bragado y bien armado. En la corrida real del 26 de Enero de 1878 acometió á los alabareros, que á pesar de haber roto en él varias alabardas, no pudieron hacerle retroceder, antes bien, insistiendo en su arremetida una y otra vez, logró arrinconarlos, rompiendo las ropas de algunos, pero sin conseguir enganchar á nadie. Si el matador Felipe García no colea al bicho, no sabemos por quién hubiera quedado la lucha.

Mileto.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, vecino de Sevilla, negro, astifino y bien armado, que fué lidiado en la plaza de dicha ciudad el día 7 de Junio de 1858. Asistía á la función la emperatriz Eugenia, y hallábase en un palco el torero Antonio Carmona, (*El Gordito*), vestido de levita. El público pidió que pareara, y tal fué el empeño, que salió al redondel, colocando al toro un par de banderillas al quiebro, tan coñido que perdió en él uno de los faldones de la levita. La emperatriz, á quien había brindado la suerte, le regaló un bolsillo que contenía ocho onzas de oro.

El toro fué bravo, de poder y se creció al castigo tomando ventiseis varas de los picadores Francisco y Antonio Calderón, y Lorma (*El Coriano*), dándoles grandes porrazos y matando ocho caballos. Le dió muerte Manuel Domínguez, de una sola estocada recibiendo, hundiendo el estoque hasta los gavilanes. La cabeza de tan hermoso animal fué disecada, y se la regaló *El Gordito* al notable aficionado D. Juan Bol, que la conserva con otras y con mil objetos taurinos en su escogido museo taurómico.

Millán, D. Pascual.—Escritor notable por su erudición y vigoroso estilo; es intencionado como pocos y da los golpes secos y seguros á aquellos contra quienes los dirige. Vehemente en sus apasionamientos, los defiende con tesón y habilidad ya sean políticos, religiosos, taurinos ó de cual-



quier otro género, en la prensa, en el libro y en sus particulares conversaciones, pareciendo en todo más bien un convencido que un creyente. Aparte de sus trabajos en la prensa periódica, y en sus

preciosas novelas *Corazón y Brava*, *Menudencias*, *Fuerza mayor* y *González Perez y Compañía* ha publicado libros de tauromaquia que por sí solos forman la reputación de un hombre estudioso, que profundiza con talento la materia en la cual se ocupa. *Los toros en Madrid*, *La escuela de tauromaquia de Sevilla*, *Los Novillos* y *Tipos que fueron* han demostrado bien, que sabe mucho de la historia del arte de torear, como antes había acreditado en la prensa con el seudónimo *Vareta* conocer perfectamente los secretos y mauleñas de los toreros. Ha sido acérrimo defensor y entusiasta partidario de Rafael Molina (*Lagartijo*), y sin embargo tiene en la primera de dichas obras párrafos tan notables como estos:

«Por eso el matador que sólo, sin la ayuda de sus peones, va á habérselas con el bruto y entabla la lucha frente á frente, oponiendo á la pujanza el arte, á la furia la habilidad, á la acometida la destreza, será siempre aplaudido, á poca suerte que tenga al herir, porque ahí está lo grandioso, lo noble, lo varonil de la fiesta. Matar un toro llevando al lado una turba de banderilleros que lo recortan, lo vuelven, lo distraen, lo cansan, es indigno de un matador serio: constituye una especie de asesinato, no revela la varonil entereza, el arrojado esfuerzo, el noble arranque pecalíar de nuestras lides.»

¡Qué hermosas frases, y qué preceptos tan puros! ¡qué pocos matadores los han observado! De estos últimos tiempos no ha habido mas que uno—que por cierto no ha sido *Lagartijo*—y esa sinceridad poco común, pone á las claras que Millán tiene en todo y para todo, la justicia por norma, la verdad por enseña.

Sus revistas en los periódicos *El Manifiesto* (de que fué redactor fundador con Picatoste y Ginar de la Rosa), *El Porvenir*, que sustituyó á aquél, y por último *El País*, que reemplazó á los dos, valen tanto como sus artículos políticos ó literarios, y como crítico musical ha rayado á gran altura, sobre todo en un estudio de *El Falstaff*, que firmó con el seudónimo de *Allegro* y que fué muy celebrado.

Nació en Sigüenza hará poco más de cuarenta años, pero como esto fué debido á pura casualidad, y antes de transcurrir un mes le trasladaron á Calatayud, de donde es toda su familia paterna, de este punto era el ama que le crió y allí pasó sus primeros años, por aragonés se tiene, aragonés se cree y por paisano le reconoce la gente de aquél país. Muerto su padre, hizo estudiar su buena madre hasta el bachillerato, algo de música y también dibujo; emprendió luego la carrera de ciencias, pero en la precisión de obtener pronto resultados metálicos, se dedicó á la militar ingresando con el número uno en la Academia de Adminis-

tración del Ejército, saliendo á oficial en 1869, y obteniendo colocación en las oficinas del ramo, bien á disgusto suyo, porque se convenció de que en ellas reina más la rutina que los conocimientos adquiridos en los centros de enseñanza. Fué luego destinado al Ejército de operaciones del Norte, regresó de allí por el fallecimiento de su madre, contrajo más tarde, en 1875, matrimonio, y se retiró del ejército, porque siendo él y toda la familia de su mujer liberales avanzados, no quiso reconocer el estado de cosas que trajo la sublevación de Sagunto. Estas ideas le han llevado varias veces á la emigración, pero Millán está cada día más firme en sus creencias, como buen aragonés. En su trato se revela al perfecto caballero y al hombre de distinguidos modales y fina educación.

Millán, José (*Currinche*).—Marchó á torear á las regiones americanas, y hace más de siete años que nadie sabe de él. Era natural de Cádiz.

Ministro.—Véase ALGUACIL.

Mínguez, D. Federico.—Natural de Madrid é hijo de los Sres. D. Francisco Javier, antiguo aficionado, y Doña Dorotea Cubero. Está viendo toros desde la edad infantil, y escribiendo hace muchos años revistas y apreciaciones exactas é impar-



ciales con el pseudónimo de *El tío Capa* colaborando al efecto en todos los periódicos taurinos de la corte, en la *Correspondencia de España* y en *El Globo*. Su bondadosa inclinación le llevó á publicar un buen artículo abogando por la creación de

un montepío de toreros, que á pesar de haber apadrinado con calor toda la prensa, se estrelló contra la incuria y abandono de aquellos á quienes más interesaba. Partidario de la buena escuela, del arte verdad, ha sido apoderado de algunos lidiadores de primera fila. Tanto vale en el concepto de aficionado taurómico, como en el de autor dramático, pues ha tenido la fortuna de que cuantas piezas cómicas ha dado á la escena han sido aplaudidas, obteniendo siempre buen éxito, franco y lijero.

Escribe con soltura, sin amaneramientos y sin abusar de las figuras retóricas. Llama las cosas por su verdadero nombre, convence sin disputar y sabe dar interés á sus relatos. Cuando habla de toros lo verifica exento de toda pasión, sin debilidades para ensalzar, ni dureza para ejercer la crítica, que deja casi siempre reducida á las menores dimensiones, y tal vez sea esta una de las causas principales á que obedezcan las grandes simpatías que ha adquirido entre todas las clases de la sociedad y muy especialmente entre los lidiadores, por más que él no les oculta que es partidario de la antigua y buena escuela, con preferencia al moderno estilo de los adornos y pantomimas. Como buen madrileño sacrifica con frecuencia sus intereses á los ajenos, es tal vez demasiado expansivo, y sus amigos lo son de verdad y constantes, porque él es consecuente y no olvida á unos por tomar otros, como se ve hoy, por desgracia, en que todo lo moderno es lo que priva.

Es caballero cumplido, muy amable, franco, decididor, joven y... buen mozo, aunque ya no cumplirá los cuarenta años.

Miranda, D. Juan de.—Rejoneó toros en 1865 en la plaza del Retiro en presencia de la corte del rey D. Felipe IV.

Miranda, Juan.—En 1811 toreó en Madrid por primera vez, como banderillero. Ignoramos si fué padre de

Miranda, Juan.—Hermano de Roque. Banderillero y matador de toros que no llegó á hacer grandes progresos. Fué su época posterior á la del último, y creemos dejó de torear mucho antes que éste.

Miranda, Roque (Rigores).—Hé aquí un hombre que en todas las acciones de su vida no tuvo más norte ni le guió otro interés que el de hacerse simpático al público y obtener sus favores, esforzándose en el cumplimiento de su obligación. Dentro

y fuera de las plazas, como hombre y como torero, Roque Miranda era de aquellos seres que pueden llamarse afortunados porque á todos los que les tratan inspiran simpatías. Hombres que tienen un *no se qué* que á ellos nos atrac, como lleva el imán tras de sí al hierro endurecido y al rayo de la tempestad. Y cuidado que Miranda, ni era gracioso en su conversación, ni arrogante en su figura, ni como torero un genio. Era, ni más ni menos, un hombre como otro cualquiera. Pero afable, de rostro animado, complaciente hasta el extremo y de ese trato especial, fino, que sin estudio tienen los madrileños. *Sic* que dicen los franceses, *sal* los andaluces, y *aquel* los nacidos en la corte. Miranda, pues, tenía un *aquel* tan marcado, que llamaba la atención.

Nació en Madrid el año de 1799. Fué hijo de Antonio y de Isabel Conde, y hermano de Juan y de Fermín; el primero de estos, banderillero de escasa reputación, y el segundo, menos aficionado al arte de *Pepe Ilo* que sus hermanos. El célebre maestro Jerónimo José Cándido tuvo en su cuadrilla á Roque Miranda en clase de banderillero antes de que cumpliera diez y seis años; y tales fueron los adelantos que en él observó y tales las exigencias de los aficionados, que, cediendo á las instancias de estos, le llevó poco después á diferentes plazas como sobresaliente de espada.

En 28 de Agosto de 1817 mató en Madrid un becerro en una función ecuestre dispuesta para celebrar el feliz parto de la reina Doña Isabel de Braganza. Y en 1820 trabajó también en Madrid de media espada.

Pero habiendo sido elegido sargento de la milicia nacional de caballería de Madrid, se retiró del toreo por un exceso de respeto á la institución á que voluntariamente se había afiliado. No le parecía decoroso que un hombre que había de alternar y aun mandar en la milicia á compañeros de mejor posición social y elevada jerarquía que la suya, se expusiese algún día á sufrir tal vez los insultos del pueblo bajo. Y esto no lo hacía por dar realce, ni mucho menos, á su personalidad, sino al cuerpo popular que le eligió sargento. Grado en la milicia nacional el más inmediato, el que tiene más contacto con los individuos de todas clases que forman las compañías, y que por lo mismo, es tan de confianza de los jefes como de los individuos.

Sin embargo de su decidido empeño, hubo una ocasión en que, contra su voluntad, toreó en Sevilla. Y precisamente vestido de uniforme de miliciano, para que de este modo quedase más desairado en su propósito.

En el año de 1822, época en la cual saben nuestros lectores que desde Madrid marcharon á Cádiz muchos milicianos nacionales á defender las instituciones liberales de la injusta agresión que in-

tentaban y realizaron los cien mil hijos de San Luis, encontrábase Miranda en Sevilla presenciando una corrida de toros. En cuanto el público se enteró de su estancia en el circo, pidió unánimemente que bajase á la arena á lidiar un toro, por sólo el gusto de verle. Resistiose Miranda cuanto pudo, quiso abandonar su sitio de espectador, y se lo impidieron con ruegos; y cuando manifestó á un dependiente de la autoridad presidencial que él no bajaba al redondel por no poner en evidencia su honroso uniforme, fué tal la insistencia del público, que accedió por fin, suplicado por el presidente, para evitar un conflicto. Pisó la arena, tomó en la mano banderillas, clavó dos pares

triste circunstancia vino á aumentar su renombre.

Su hermano Fermín murió peleando heroicamente en el arco de la calle de la Amargura la noche del 7 de Julio de 1822, contra los guardias insurreccionados. Era granadero del segundo batallón de la Milicia Nacional, al que tocó cubrir aquel puesto, y sabido es cómo le defendieron los milicianos. El valiente Fermín era, como Roque, natural de Madrid, soltero, maestro de música y de treinta y tres años de edad; y por su muerte, el Ayuntamiento de esta heroica villa señaló á su madre una pensión, trasmisible á la hermana de aquél, joven de veintiocho años, á la que, en otro caso, se le darían veinte mil reales como ayuda de dote.



ROQUE MIRANDA EN SEVILLA. — MACÍAS

en menos tiempo del que se tarda en decirlo, y con la muleta en la izquierda, dió dos *pases* naturales, quedándose el toro en suerte, y arrancando á él, le mató de un acertadísimo *volapié*. Caer el toro al suelo y no encontrarse ya en él Roque Miranda, fué todo uno. Los aplausos y demostraciones de entusiasmo eran ruidosos; y en vez de recibirlos en el redondel, los recibió desde su asiento, para tener el menos tiempo posible su uniforme en el sitio en que no creía debía estar. Desde entonces no volvió á torear en mucho tiempo.

En los primeros meses del año de 1823, en que los franceses quitaron la Constitución y restablecieron el poder absoluto en España, Miranda se ocultó, por evitar persecuciones de los *blancos*. Se había marcado mucho como liberal; y por si esto era poco, respecto de su mera personalidad, una

De modo que Roque era muy tildado como liberal, según hemos dicho; pero al poco tiempo pudo presentarse sin temor en los sitios públicos. Los *blancos* que apaleaban á los *negros*, ó no se atrevieron con Roque Miranda, ó las simpatías que tenía como torero valieron más que el deseo de ejercitar con él, como con otros de su color político, aquellas bárbaras venganzas que han dejado nombre amargo en la historia de nuestras discordias civiles.

Recorrió algunos pueblos de segundo orden toreando, y aunque muchos aficionados de Madrid le dijeron se presentase al rey pidiéndole levantara la prohibición que sobre él pesaba para no torear en la corte, nunca accedió á ello. Se conformó con que sus amigos ó su familia lo solicitasen, pero él siempre se negó á ver en Palacio á Fernan-

do VII. Por fin pudieron conseguir de este rey una cédula, fecha 7 de Octubre de 1828, por la que se encargaba á las autoridades y Junta de Hospitales, permitiesen trabajar en la plaza de esta corte á Roque Miranda; y el día 13 se presentó, en compañía de los *Sombrereros*, Antonio y Luis, y de Manuel Parra, que le cedieron sus toros con gran contentamiento del pueblo madrileño.

Cuando en 1833 se presentó en Madrid Francisco Montes, corrió la voz entre la gente del pueblo bajo de que era realista; y como ya en dicha fecha los partidarios del absolutismo no podían levantar el grito contra los *negros* con la misma osadía que años anteriores, porque empezaba á marcarse en el horizonte político una línea extensa de tinte liberal, se temió por algunos que Montes fuese mal acogido, sin razón. Podía esto haber sucedido, porque en Madrid siempre hubo más liberales que realistas, y porque la revancha de pasados desmanes lo autorizaban; pero los buenos y honrados, como dijo Miranda, no debían tolerar que, aun siendo ciertas las habilllas, se juzgase á un hombre como político y no como torero: y arrojando su influencia en el peso de la balanza política, se ofreció llevar á su lado á Montes, seguro de protegerle con su prestigio, sin que nadie se le atreviera. Y lo consiguió. Conducta noble que no hubiera observado si la envidia, como á otros, le dominara. Por fortuna para el arte, Montes gustó muchísimo, y las primeras impresiones de agrado en su favor se convirtieron en simpatías al saber que nunca había vestido el traje de realista: sin embargo, agradecido Montes, siempre contó en el número de sus verdaderos amigos á Roque Miranda, y con él volvió á presentarse en el coso madrileño en el año de 1838, pero ya no venía como antes Miranda de primer espada, sino de segundo. Además de haber engruesado mucho, y por consiguiente perdido facultades, si algún aficionado le reconvino por haber cedido á Montes su antigüedad en alternativa, contestó con sinceridad: vale más que cuantos toreros he conocido; y á él y á otro que valga más que yo, es mi deber cederles el puesto. Modestia exagerada, desposeída de orgullo, que le hizo, en 1842, ceder también su antigüedad al notable Juan Yust. Antes de esta última fecha, en 1840, el Ayuntamiento de Madrid nombró á Miranda administrador de la Casa-matadero; destino que abandonó por volver al arte, á que siempre tuvo afición. Por cierto que en sus amigos políticos, y más que en nadie en su apreciable familia, causó grave disgusto su determinación. Al criticarle y hacerle cargos de por qué abandonaba una posición cómoda y decente por las eventualidades de la lidia, precisamente en la época de su vida en que más torpe se encontraba en sus movimientos, contestaba con su

afición al toreo, y se condolía de haber tenido en su vida torera tantos paréntesis en que no trabajó y que retrasaron sus adelantos en el arte. Esto último era verdad. A Miranda le faltaron práctica y maestros. Como hemos dicho, en 1842 se ajustó en la plaza de Madrid. En la tarde del 6 de Junio del mismo, estando colocado para *arrancar* á un toro de Veragua, le insultaron con una bocina desde un palco, que ocupaba con otros cierto coronel entonces, y luego general célebre en la Historia, y Miranda, que, si no grandes conocimientos, tenía valor y mucha vergüenza, se tiró tan *cerrado* y sin salida, que sufrió una cornada en un muslo que le imposibilitó volver á trabajar. A los ocho meses, ó sea el 14 de Febrero de 1843, falleció en Madrid, si no precisamente de la herida, á consecuencias de ella y de un mal crónleo. Fué muy simpático y agradable para con todos, ligero y alegre en sus primeros tiempos, y algo grueso ya en el último tercio de su vida.

Aunque no tenemos de ello completa seguridad, creemos nació habitando sus padres un cuarto entresuelo de la casa llamada *del Pastor*, sita en la calle de Segovia. Hay la evidencia, al menos, de que allí vivió muchos de sus primeros años. Era grande su influencia entre los liberales artesanos é industriales de aquellos barrios, hasta el punto de buscársele con recomendaciones importantísimas para casos especiales.

Nunca abusó de esta preponderancia. Si bien como torero no fué una notabilidad, lo fué, sin embargo, en los *volapiés*, que pocos de su época daban tan hondos y por derecho; y á haber sido constantemente torero, sin las interrupciones que en el ejercicio tuvo, es indudable que habría adelantado más.

Antes de terminar, defenderemos á Miranda de la censura que le dirige un apreciable escritor por haber picado dos novillos que su hermano Juan debía matar en 25 de Diciembre de 1830. Estamos conformes en que no es propio de un matador de nota hacer en público cierto papel que siempre cede en descrédito suyo; pero no se nos podrá negar que otros muchos han ejecutado suertes á caballo siendo matadores, y otros picadores han estoqueado toros á pie. Y eso que algunos han sido diestros de alto renombre y de primer rango, y no militaba en su favor la circunstancia de dar á conocer á un hermano que quería aprender el arte: hay ciertas cosas en la vida de los hombres públicos á que no debe darse toda la importancia que á primera vista aparece. Actores trágicos de los que más han honrado la escena española han desempeñado, en ocasiones determinadas, papeles secundarios en sainetes y tonadillas, y no por eso han desmerecido su fama ni su reputación. No hay que ir en estas pequeñeces á la exageración, que al que

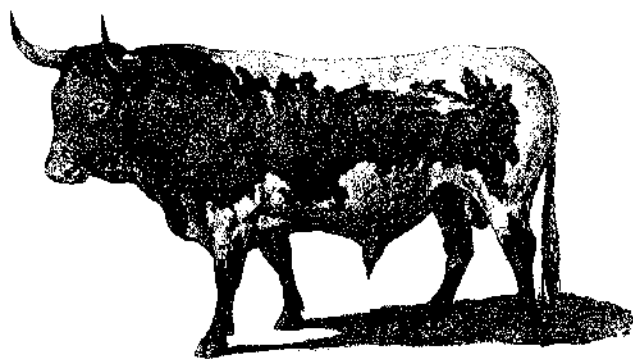
vive del favor del público no puede juzgarse en sus actos, como á un diplomático que puede poner en ridículo á la nación que represente, ó á un sacerdote en el ejercicio de sus funciones. *Suum cuique.*

Miranda.—Toro de la ganadería del duque de Veragua, vecino de Madrid, que fue el último que se lidió en la plaza vieja, situada á la izquierda de la puerta de Alcalá, y que se ha derribado en el año de 1874. Era el animal berrendo en negro, tuerto, botinero, bien armado y de regular condición. Le picaron Joaquín Chico y Carlos Belver, le

dillo y en otras partes rellano. Fué destruida por su dueño D. Antonio María Alvarez en 1864.

Mocho.—No es toro de lidia el que por faltarle las astas, sea cual fuere la causa, se le llama y es mocho.

Mogon de Eilo, Carlos.—Sigue como empezó en 1887 rejoneando toros en Portugal, sin visibles adelantos, y ya era tiempo de progresar, que si ahí se queda no es bastante.



«MIRANDA», ÚLTIMO TORO LIDIADO EN LA PLAZA VIEJA DE MADRID. — JULIÁ

pusieron banderillas Diego Fernández y Mariano Tornero, y le mató malamente José Giráldez (*Jaqueta*).

Miranda, Antonio (Pipo).—No es aún conocido en muchas plazas este banderillero, de quien poco puede decirse. Allá en Sevilla se presentó como tantos otros, hace lo menos siete años, demostró valor y serenidad y después, su nombre no sonó por parte alguna, sin duda porque fué á las provincias de Ultramar á las órdenes de Diego Prieto. Ha vuelto á torear en España en 1894 y no se advierten en él grandes adelantos.

Mitjana, D. Rafael.—Notable arquitecto que hizo los planos y dirigió la construcción de la plaza de toros que en 1840 se edificó en Málaga en lo que fué huerta del convento de San Francisco. Se consideraba como la mejor de España, hasta que se edificó la de Valencia. Tuvo en un principio tendidos de madera, y en 1851 se pusieron de piedra-cantillo; cabían más de diez mil personas, y tenía, como la actual, un paseo alrededor de la parte alta de los tendidos, que allí se llama terra-

Mogón.—El toro que tiene rota, y por lo tanto roma, cualquiera de las dos puntas de las astas, ó las dos á la vez. No es toro de plaza, sino para corrida de novillos, ó á lo más como sobrante ó de gracia. Dice la Academia que se llama así á la res á quien le falta un asta ó que la tiene gacha ó caída.

No estamos conformes con semejante definición, y á la nuestra nos atenemos.

Mohino.—Llámase negro mohino al toro cuya pinta es como la de azabache, incluso el hocico.

Mojar.—Los revisteros usan esta voz en sentido figurado, al significar que un picador ha pinchado con la puya al toro, es decir, ha puesto vara. Es palabra que sólo convencionalmente puede admitirse.

Mojiganga.—Es una pantomima ridícula que suele verificarse en las corridas de novillos por los aficionados que toman parte en ellas, y que concluyen por lo común, con la salida de un novillo que

pone en dispersión á la cuadrilla. La más antigua que se conoce es nada menos que del siglo XI, en cuyos tiempos, y en varias plazas de diferentes pueblos, se acostumbraba soltar un cerdo dentro del coso, en que de antemano se hallaban dos hombres con los ojos vendados y armados de palos, dando vueltas y caminando á ciegas en busca del cerdo; cuando topaba con él cualquiera de ellos y llegaba á pegarle, se le adjudicaba en premio. Ahora se hace una cosa parecida con una becerra, que además de llevar su encerrillo al cuello, le ponen una bolsa en el testuz con cierta cantidad en metálico, que sirve de premio al mozo que con los ojos vendados se agarra al animal y le sujeta, causando risa los golpes que llevan antes de conseguirlo, y los encontrones que tienen unos con otros. Pero como se ve, esto no constituye realmente fiesta de toros, y sólo en aquellas mojigangas en que los lidiadores pican en burros, ponen banderillas en cestos y dan muerte á las reses, ya sea con estoque ó con la chispa fulminante, hay alguna semejanza con aquellas funciones. De todos modos, en las corridas de toros formales con lidiadores de alternativa, nunca se celebran mojigangas.

Molina, Antonio.—Gran picador de toros con vara larga, en fines del siglo anterior, perteneciente á las cuadrillas de *Costillares* y *Pepe Illo*.

Molina, Diego (Chamorro).—Natural de La Alga, provincia de Sevilla. Fué picador en la cuadrilla de *Pepe Illo* en fines del siglo pasado. Bravo y buen jinete, era siempre muy aplaudido, y no lo fué menos

Molina, Juan (Chamorro).—Su hermano, que con garrocha delgada detenía materialmente el ímpetu de los toros, echándoselos por delante. En 1790 estuvieron contratados en Madrid.

Molina, Pablo.—En 1822 y en la cuadrilla del matador de toros Juan Hidalgo, figuraba con el alias del *Habanero* éste picador gaditano, que consiguió buena fama.

Molina, Manuel.—Ha sido un torero cordobés de poco nombre y menos pretensiones. Se le ha conocido en pocas plazas. La gante de su tierra, siguiendo en su afición á poner motes, distinguió á Molina desde muy joven con el apodo de *Niño de Dios*. Su gloria es la de haber sido padre del famoso

Molina, Rafael (Lagartijo).—Aunque la pasión ó la envidia nieguen suficiencia á determinadas personalidades para ocupar el puesto á que han llegado, hay que convenir forzosamente en que sólo *el que vale* puede sobresalir entre los demás para conseguir aquél. Podrá muchas veces subir más de lo regular en un arte, en una ciencia, en la milicia, en política, el que no valga tanto como otro; pero alguna circunstancia faltará á éste que poseerá aquél en alto grado. Tendrá uno modestia exagerada y el otro audacia y atrevimiento; tal vez adornen al primero mayores virtudes que al segundo; pero éste habrá tenido la fortuna de ponerlas de relieve, mientras que las del otro serán completamente ignoradas. De todos modos es indudable que sin verdadero mérito no es posible colocarse á gran altura. Si alguna vez el ignorante, por atrevimiento, ha escalado dicha posición, ¡qué pronto ha descendido de ella! Y de qué manera! Nadie ha vuelto á acordarse de él más que para burlarse de su ridícula pretensión. Pero al que, llegando á la altura, se le ve firme en aquel terreno, que en él se sostiene, que asciende más y solo le faltan pocos pasos para llegar á la cúspide, sin perder su movimiento de avance, á ese, siendo justos, no hay más remedio que concederle *que vale*.

Esto le sucede á Rafael Molina en el toreo.

Se ha colocado en uno de los primeros puestos, y en él se ha mantenido con planta segura; si no ha llegado á la cúspide es porque á esta llegan poquitos en un arte tan difícil y arriesgado. Con su trabajo, con su inteligencia, con su buena voluntad, ha pisado á uno de los más altos escalones. Es verdad que en él se ha parado; pero esto puede atribuirse á diferentes causas. Puede ser una la de no haber creído él en aquella cúspide torero alguno á quien envidiar ó disputar el puesto; puede también que viendo á su mismo nivel á algunos, aunque pocos compañeros, haya pensado lucir mejor entre ellos, aun sin sobresalir, que entre otros de menos importancia; y es también muy posible que conozca que, de no haber subido antes los pocos escalones que le faltan para ascender al pináculo, ya le sería muy difícil y trabajoso conseguirlo. Un hombre que lleva toreando cuarenta años, ha de estar forzosamente más cansado que el que lleve diez. Sabrá más aquél porque la experiencia ha de haberle enseñado mucho, pero practicará menos que el joven.

Más adelante apreciaremos su mérito; como imparcialmente nos parece. Para unos pecaremos de más y para otros de menos. Quite cada uno lo que le disguste y añada lo que mejor le parezca para su uso especial, que para el del público habrá que pasar sin remedio por nuestra apreciación.

Empecemos, pues, la biografía de este afamado diestro.

Rafael Molina, á quien desde muy pequeño dieron sus paisanos el apodo de *Lagartijo*, nació el día 27 de Noviembre de 1841. Córdoba, la de los recuerdos árabes, le vió nacer, crecer y desarrollarse, como que allí vivían sus padres Manuel Molina, conocido por el mote de *El Niño de Dios*, y María Sánchez, hermana de un torilero á quien llamaban *Poles*, los cuales contrajeron matrimo-

tes de cumplir nueve años de edad, ya trabajó como banderillero de cartel en una novillada que en Córdoba se verificó en el mes de Septiembre de 1852, dispuesta por el Ayuntamiento de aquella ciudad con motivo de la feria y para un objeto benéfico al pueblo. Volvió á trabajar en la misma plaza el segundo día de Pascua de Navidad de dicho año, y desde entonces, con la cuadrilla á



nio en 1840. Dedicado dicho Manuel al oficio de banderillero por los pueblos y ciudades donde encontraba ajustes, no podía estar en su casa tan frecuentemente como hubiera querido, y esta fué la razón de desatender la educación de su hijo Rafael, que antes de ser mozo sabía más de toros que de letras. En cuantas ocasiones pudo, tomó parte en lidias de novillos, vacas y becerros, en el campo, en el matadero y en las plazas; y esto siendo niño aún, muy niño: tanto es así, que an-

cuyo frente como espada figuraba Antonio Luque, recorrió muchas plazas de la Mancha y Andalucía, recogiendo gran cosecha de aplausos y poco caudal metálico, pero mucho de práctica y conocimientos de tauromaquia.

Era Rafael entonces pequeño de estatura, casi el más pequeño que todos los de igual edad, muy compuestito, muy ligero y atrevido, y por lo tanto muy simpático. A su ligereza, á su viveza ratonil, debe el llamarse *Lagartijo*. Se movía tanto,

esquivaba con tal celeridad los *derrotes* y rehuía tan fácilmente el *encunarse* cuando iba alcanzado, que sólo á un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones.

El 8 de Septiembre de 1859 fué el primer día en que tomó parte como banderillero en corrida formal de toros celebrada en Córdoba, y desde esta fecha empieza realmente á considerársele como torero; pero no hay que perder de vista que llevaba ya más de ocho años de ensayos. Más tarde tuvo Rafael la suerte de formar parte de la cuadrilla de José Carmona, luego de la de Manuel Carmona, y finalmente de la de Antonio Carmona (*El Gordito*), que, como dice un entendido escritor, habían llamado la atención en todas partes con el estrépito de su fama. Trabajó mucho con ellos, tanto en España como en Portugal, y puede decirse que desde esta época (1862) perfeccionó su trabajo, le dió carácter. Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso: la oportunidad en los *quites* á los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parear en corto y andando, le dieron crédito y reputación. En menos de dos años se hizo torero de primera nota, en términos de que apenas repuesto de una grave herida que en Agosto de dicho año le causó un toro en la plaza de Cáceres al ponerle banderillas, se le contrató para matar cuatro toros en la plaza de Bujalance, pueblo de importancia en la provincia de Córdoba. Esta fué la primera vez que tomó en sus manos el estoque, según nuestras noticias. Siguió en la cuadrilla del *Gordito*; trabajó en Madrid cuando éste estuvo contratado en 1863, y sus adelantos fueron marcándose ostensiblemente, hasta el punto de que en el siguiente de 1864 fué parte integrante de dicha cuadrilla para todo el año, puesto que en el anterior sólo ocupó plaza de agregado por estar completa. Fué, pues, banderillero de número, si así es más fácil entenderlos.

Trabajó mucho, aprendió más de los notables Muñiz y Cuco, de quienes no pudo ser rival, á pesar de lo que dice el señor Pérez de Guzmán, porque para llegar al primero le faltaba entonces mucho á *Lagartijo*, y para acercarse al segundo hubiera tenido que saber más *cuquerías*, y en la brega se le vió oportuno y eficaz. Mató con varia fortuna algunos toros que le fueron cedidos, y cuando acababa de estoquear á uno de Miura en la plaza de Madrid el 3 de Julio del último año citado, muy á satisfacción del público, ocurrió una desgracia que pudo tener fatales consecuencias. Estaba el muchacho contento y fuera de sí, recibiendo los plácemes, vítores y aplausos de la multitud, porque había acertado á matar á aquel toro de una soberbia estocada; cuando se abrió la puer-

ta del toril, que dió salida á un toro de Concha Sierra. Partió éste, sin hacer caso de caballos ni de capas, en recta dirección á *Lagartijo*, y ésto, á quien el triunfo anteriormente obtenido le tenía envalentonado, adelantose á los *medios*, sin reflexionar que no tenía ya tiempo para hacer el *re-corte* que intentó, y fué enganchado por un muslo, herido y volteado.

Ni este lance, ni el que vamos á referir en seguida, los hubiéramos detallado, sino condujeran á manifestar el modo con que la Providencia condujo á *Lagartijo* á ser tan pronto espada afamado; y porque nos parece cansado y monótono ir relatando uno por uno todos los lances y sucesos en que cada torero tomó parte, dando sabor de efemérides á lo que son biografías y juicio crítico del mérito del lidiador. Remitimos á nuestros constantes lectores á lo que diremos en la biografía de Antonio Sánchez (*El Tato*) cuando su célebre competencia en Cádiz con el *Gordito*; de consiguiente, no hemos de reproducirlo aquí, más que por evitar repeticiones, por apartar recuerdos que disgustan. Retirado en el primer toro de la arena el simpático Sánchez, quedó solo para matar los doce bichos anunciados Antonio Carmona (*El Gordito*), y para aliviarse de trabajo además de complacer á los gaditanos, que con empeño lo pedían, cedió algunos toros á *Lagartijo*, que estuvo fresco, bravo y acertado. Lo mismo sucedió en Bilbao, Valencia y otros puntos donde aquel año toreó.

Lagartijo empezaba á cimentar su reputación como espada; como banderillero, la tenía sólida y bien sentada. Por fin en Ubeda mató alternando con el *Gordito* en fines de Septiembre de 1865, y en el mes siguiente tomó la alternativa en Madrid. Su fama fué en aumento como no podía menos; pero no faltaron toreros entonces más afamados que considerasen á Rafael como lidiador mucho más inferior á ellos, y esto sin duda motivó desavenencias sensibles entre él, *Bocanegra*, *Cúchares* y algún otro ¿Tenían estos fundamento para quejarse de Rafael? No lo sabemos: ignoramos las causas que produjeron aquellas excisiones, y no podemos juzgar. El carácter de Rafael, según lo que en él se observa á primera vista, es indolente, reservado y poco comunicativo; pero en la lidia se le advierte siempre el desco de sobresalir. Efecto de su apatía, más general de lo que en muchos casos conviene, *deja hacer* cuando no hay quien le dispute sus laureles, y á veces sobre ellos duerme: y por el contrario, si teme que otro le lleve ó quite los aplausos, hace todo género de esfuerzos para conservarlos y aun para arráncarselos á quien los tiene.

Aquellos acreditados espadas, célebres ya por su mérito y antigüedad, ¿confundirían la emulación de Rafael con la envidia de otros?

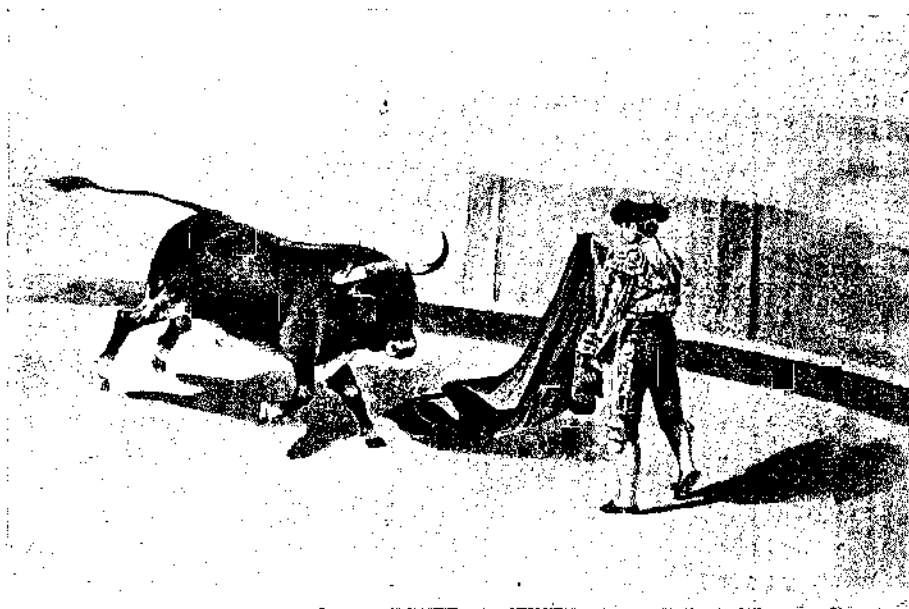
Nuestro juicio crítico ha de reducirse á mucho menos de lo que quisiéramos, y aun así y todo, estamos seguros de que alguien encontrará algo que sobre; porque no le guste. ¡Es tan difícil hacerse querer al que dice la verdad! Rafael Molina, fué en sus principios un torero confiado; *vió llegar* los toros como pocos, y los *consintió* como nadie.

No se olvidarán en mucho tiempo sus famosas *largas*, modelo de clásica escuela.

ello tuvierén, vamos á insertar la leyenda grabada en la hoja del estoque que por última vez empuñó el desgraciado *Tato*, y que regaló á Rafael Molina por haber estado á su lado en lance tan supremo, y rematado la res con la misma arma.

No sabemos quien redactó las protenciosas frases que contiene pero sí que su tenor es el siguiente:

«Si como dicen los filósofos, la gratitud es el



UNA «LARGA» POR «LAGARTIJO». — MACÍAS

Su muleta no era todo lo buena que debiera y la fué mejorando cada vez más, hasta el punto de que dió *pases* de defensa y de castigo á la perfección, si bien abusando de esos llamados *pases cambiados* y ayudados, ridículo remedo de los de pecho, que algunos necios aplauden. A veces se encorbó *al pasar*; algunas, para disimular su arranque de largo, dió un paso atrás como para tomar carrera, y esto es feo. Y por último ni aprendió, ni siquiera intentó nunca aprender á *recibir* toros; suerte principal del torero, que, por no ejecutarla él y algunos otros matadores, es posible se olvide antes de mucho. El torero que hoy la ejecute bien, será *el primero de todos*; que no es torero perfecto el que la ignore.

La opinión general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores, y en esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael valia mucho, conocía las reses y se arrojaba al *volapie* como pocos, en sus épocas de auge. Cuando decía «quiero», se le podía ver; pero ¡si quisiera siempre!

Para concluir, y con el objeto de que aquellas personas que creyeron hallar antagonismos entre el *Tato* y *Lagartijo* desvanezcan la idea que sobre

tributo de las almas nobles, acepta, querido *Lagartijo*, este presente; consérvale como sagrado depósito en gracia á que simboliza el recuerdo de mis glorias, y es á la vez el testigo mudo de mi desgracia: con él maté el último toro llamado *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, cuarto de la corrida verificada el 7 de Junio de 1869, en cuyo acto recibí la herida que me ha producido la amputación de la pierna derecha. Ante los designios de la Providencia nada puede la voluntad de los hombres: solo le resta el conformarse á tu afectísimo amigo.—Antonio Sánchez (*Tato*).»

Los años pasan y hacen mella en la fatigosa vida de los toreros más que en parte alguna, que no es oficio para viejos; así que excitado *Lagartijo*, por los que bien le querían, para que se retirase del toro, antes de sufrir desengaños tristes que le deshiciesen sus laureles, como alguna vez le sucedió en provincias y aun en Madrid, resolvió apartarse de la arena y fijó para ello la fecha del año 1893, despidiéndose sucesivamente de las plazas de Zaragoza, Bilbao, Barcelona, Valencia y Madrid en los días 7, 11, 21 y 28 de Mayo y 1.º de Junio á cuyo fin tomó por su cuenta en, arrenda-

miento dichos circos. La suerte le favoreció en Barcelona y Valencia, no así en Zaragoza, Bilbao y Madrid en donde el desastre fué espantoso. Esos amigos oficiosos, que hacen más daño que el peor enemigo, venían acostumbrándole á la lidia de toreros, y no de toros, para que *se confiara*, y le prepararon, especialmente en la corte, unos chivos mansos, con los que nada hizo, ni intentó hacer el famoso *Lagartijo*, á quien en son de elogio, había bautizado el chispeante *Sobaquillo* con el pomposo título de *Gran Califa de Córdoba*. Pena grande y disgusto profundo, causó á todo el que ha conocido y apreciado el indisputable mérito del buen torero, la saña unánime de aquel inmenso pueblo que, dentro y fuera de la plaza, insultaba, apostrofaba é injuriaba, pasando á mayores demostraciones, al hombre á quien durante tantos años había ensalzado hasta las nubes: tristeza é indignación, verle escondido dentro de un carruaje, escoltado por la Guardia Civil á caballo con sable en mano, para librarle de las iras del populacho ruin y vil, que bien pudo tener en cuenta los gratos placeres que por espacio de tantos años le había proporcionado. No hay disculpa, y nosotros queremos dejarlo consignado para que conste en la historia, la que alegaban de la exorbitancia de precios que produjeron al torero diez mil duros de ganancia líquida, aparte de otro tanto á la empresa: la asistencia á la despedida era voluntaria y voluntariamente satisfizo cada cual el precio exigido; de consiguiente en esto no había engaño. ¿Creyó encontrarle en la apatía, en la indiferencia, hasta en el olvido de lo mucho que á Madrid debía Rafael Molina? Cúlpese á sí mismo ese pueblo, que nunca admite términos medios, para ensalzar ó deprimir á sus ídolos. *Lagartijo* lo fué del pueblo de Madrid y concluyó como concluyen siempre los ídolos populares. No hemos conocido matador de toros que haya sido aplaudido tan constantemente, pero al mismo tiempo ninguno hubo de mérito más discutido, y esto no dejó de quitarle importancia dentro de los severos principios de la tauromaquia. Cuando vivían Romero y *Costillares* y cuando sostenían su famosa competencia *Cúchares* y Redondo, los partidarios de unos y otros, alegaban razones en pró de su respectiva apreciación, ó en contra de la de sus émulos, y los ecléticos, ó aquellos á quienes importaban poco las personalidades y mucho el arte, juzgaban imparcialmente y sin apasionamiento: pero en los modernos tiempos tratándose de este torero y de algún otro, sus partidarios se cerraban á la banda y no admitían razonamiento alguno. Quisieron hacerle indiscutible y hasta inviolable y sagrado, y el resultado de esa conducta ha sido el que no podía menos de ser. Tratar de *Lagartijo* diciendo cualquiera que le faltaba *voluntad*, era duramente censurado, preci-

samente por los mismos que confesaban que él trabajaba *cuan-do quería*: declaración que implicaba asentimiento á aquella aseveración. Criticarle el cuarteo al entrar á herir y su famoso paso atrás, era pecado grave, que no se quería oír y se disculpaba con su garbosa persona: conceder que su hermano Juan, el gran destroncador de las roses, se las entregaba rendidas y sin facultades para que impunemente entrase á matarlas, no era lícito á nadie que de buen lagartijista se preciase; y el que negase la cualidad de elegante al diestro, por que se encorvaba y agachaba, era alto de hombros y de cabeza siempre baja, quedaba desde luego excomulgado para hablar de toros con sus adoradores. En cambio sus contrarios exageraron tanto, tanto los defectos de Rafael, que en algunos puntos llegaron hasta la injusticia. Ni lo uno, ni lo otro: que la razón fría en la cual procuramos inspirarnos dirá siempre en los anales de la tauromaquia que

Lagartijo en sus treinta años de toreo ha recorrido las siguientes etapas: en sus diez primeros, guapo, valiente y con entusiasmos: en los diez segundos, parado, entendido y algo tibio con cierta clase de toros: y en los diez últimos, reservado, frío y apelando á tranquillos para obtener aplausos. Fué, en resumen, un torero de primer orden, sin duda alguna, y un matador muy aceptable más por el buen manejo de su muleta, que del estoque, porque al clavar éste no lo hacía en rectitud.

Vea mucho y apreciaba bien.

Molina, Manuel.—«Hermano del espada Rafael conocido por *Lagartijo*. Es un banderillero hasta ahora mediano y nada más. Quiere ser matador, y si supiera tanto como facultades tiene para poderlo ser, habría de distinguirse mucho».

Esto decíamos en nuestra edición anterior; ahora sólo añadiremos que el día 11 de Julio de 1880 tomó la alternativa de matador de toros de manos de su hermano Rafael confirmando de este modo la que le habla dado antes en Murcia el 5 de Septiembre de 1879. No es de lo más distinguido en su arte y creemos se haya retirado del toreo aun-que no lo sabemos á punto fijo.

Molina Sánchez, Juan.—Natural de Córdoba, hermano de Rafael (*Lagartijo*). Joven y con facultades, adelantó mucho para ser un buen torero. Pone sus banderillas regularmente, y nada más: no atrasa, pero ya no progresará más con los palos. No sabemos si por ser zurdo, ó por otra causa, se ha limitado á desempeñar el papel de banderillero, en lo cual ha hecho bien, porque para matador no sirve. Se necesita parar y él no para. En cambio hay que verle como peón de brega, en la que

siempre sabe lo que hace, y lo hace bien para el provecho particular de aquél á quien ayuda. A fuerza de capotazes en seco, y de vueltas conti-



nuas, recortes con el capote á dos manos, y enmarañadas idas y venidas, marea, rinde y destronca al toro de más poder que en el Jarama se cría. Para los matadores que no se atreven á esperar los toros, si no irse á ellos, es provechosa tal conducta, pero el arte con esto pierde mucho.

Nació en Córdoba el 2 de Enero de 1852; ya de joven estuvo tres años al lado de *Bocanegra*, y desde 1872 hasta que su hermano se retiró, siempre al lado de éste ayudándole eficazmente. Después ha ingresado en la cuadrilla de *Mazzantini*, y más tarde en la de *Guerrita*.

Molina, Francisco.—Hermano de los anteriores. Se viste de moños porque ellos se visten, y como no sirve para torero, se ha quedado en puntillero, y eso... medianito, por lo cual se retiró con sus ganancias.

Molina, Felipe (*Telillas*).—[Vaya si se pica el hombre cuando otro compañero quiere ponérsele por delante! Eso demuestra pundonor y es digno de aplauso, pero este picador debe procurárselos por su buen trabajo y voluntad. Por de pronto le recomendamos se coloque y vaya á la suerte por derecho, como ha empezado á hacer con buen éxito: que continúe uniéndose al caballo y no caiga en el vicio que otros tienen de desmontarse antes de tiempo, y piense que presentándose modesto y sufrido ante el público se adquieren muchas simpatías que son la base de la buena fama.

Molina, Agustín.—Poco hemos de decir de este picador, porque pocas veces le hemos visto. Las referencias que de él nos han hecho le favorecen bastante, y no desdicen del buen juicio que de él habíamos formado. Tenemos entendido que sus verdaderos nombre y apellidos son los de José Arana Molina, y así le hubiéramos incluido en la letra correspondiente si no fuese porque hace muy poco tiempo que ha dado á conocer esa circunstancia, y porque en la torería Agustín Molina



se ha llamado y seguirá llamándosele, atendiendo á carteles y periódicos, y á una costumbre continuada que ya es difícil destruir.

Moliné y Roca, D. Miguel.—Escritor distinguido, y aficionado como pocos al arte de torear y cuanto con él se relaciona. Fué fundador del excelente periódico taurino *La Pica*, de Barcelona, donde reside desde sus primeros años, y en cuyo Instituto practicó sus estudios, dedicándose más tarde al comercio, y estableciendo allí uno magnífico, sin olvidar por eso sus aficiones literarias. Incansable en el estudio, y siendo redactor de varios periódicos, ha colaborado antes y después en casi todos los que de toros hay y ha habido, señalándose sus revistas como muy originales y desapasionadas, y demostrando siempre en todos sus escritos, conocimiento acabado de la materia que trata. Su *Paremiografía taurina*, precioso libro que publicó ha pocos años, acredítale de muy inteligente y de gran aficionado, no menos que diferentes artículos que con sobrada crudición y galana frase, insertaron *La Nación*, el *Diario mercantil* y el *Diario del comercio*, de Barcelona, del que es ilustrado redac-

tor. Nació en Guissona, provincia de Lérida, el 15 de Mayo de 1857.

Molinero.—Toro de la ganadería de Ripamillán, lidiado en Barcelona el 14 de Abril de 1895, saltó al tendido debajo de la Presidencia, y sin causar milagrosamente más desgracias que algunas contusiones, fué mancornado por el novillero Vicente Ferrer y otros espectadores, sujetándole por la cola el espada Fuentes. En tal situación, un cabo de la guardia civil le disparó un tiro de fusil, que atravesando la cabeza de la res alcanzó al encargado de la puerta de arrastre, fracturándole dos costillas, é interesándole el pulmón. No murió dicho empleado, pero tardó mucho en sanar.

Mona.—La armadura de hierro que usan los picadores en las piernas bajo el calzón de ante para librarse de las cornadas. Trae su origen de la «Españillera» ó Gregoriana, que inventó el caballero D. Gregorio Gallo; pero ésta era sólo hasta la rodilla, y la *mona* cubre toda la pierna.

Monave, Antonio (El Manero).—Cumplía bien y con deseos de agradar. Si no hubiese tenido tantos



intervalos sin trabajo constante, se hubiera hecho un buen banderillero. Ha tenido su época en que

no desdecía de los aventajados notablemente, y siempre ha sido dócil á las insinuaciones de los maestros.

Se ha retirado hace algunos años del servicio activo, muy estimado de sus compañeros por su gran formalidad y excelentes condiciones de carácter.

Mondéjar.—Hubo un marqués de este título, anterior al reinado de Felipe V, que tenía fama de buen jinete y mejor rejoneador de toros.

Mondéjar, Juan Antonio (Juaneca).—Excelente jinete y buen picador, de los que saben conquistarse las palmas cuando quieren. Tipo de torero como los de otros tiempos, sus conocimientos y sus facultades le colocaban en situación de haber figurado fijamente al lado de espadas de primer orden; pero las genialidades de su carácter le enajenaron esta conveniencia. Sometido á un procedimiento de justicia, á consecuencia de una muerte violenta causada á un sujeto que estaba al lado de *Juaneca*, fué encarcelado y en la prisión falleció en 1890, dejando dicho que no podía soportar se le considerase como un asesino cuando nada había tenido que ver en aquel suceso. Fué su época desde 1860 en adelante.

Monge, Antonio.—Picador de regular nombre que trabajó en Madrid, después de la muerte de *Pepe Ilo*, en la cuadrilla de José Romero. Dicen que era natural de Cádiz.

Monge, José.—Espada conocido en los últimos años del primer tercio del presente siglo, especialmente en Andalucía, donde tenía bastante aceptación como segundo. En la corrida que se celebró en Sevilla en 5 de Abril de 1831 fué muy aplaudido y festejado, pero luego... Hay que advertir que fué uno de los primeros discípulos de la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Monge, Juan.—Espada gaditano de escasos recursos que trabajó con aceptación en el primer tercio del presente siglo, y que todavía en 13 de Junio de 1841 mató en una corrida de toros verificada en Sevilla.

Monge, Antonio (El Negrito).—Discípulo de la escuela de tauromaquia de Sevilla, fué un matador de segunda línea, la cual no pudo rebasar sin embargo de sus buenos deseos. Como banderille-

ro en su época era de los más notables, llegando á hacerse célebre por sus cuarteos tan ceñidos y parados. Tal vez por ser buen banderillero no fué buen espada.

Monge, Tomás (*El Pata*).—Aunque malagueño, está emparentado con los Ortegas, Díaz, Jiménez y Monges, de Cádiz, y ha sido torero matador de novillos tan mediano como su estatura, demasiado pequeña. Ya es pelicano y le tienen olvidado.

Monleón, D. Sebastián.—La construcción de la plaza de toros de Valencia se debe á los planos y acertadísima dirección de este arquitecto, que siendo vocal de la Junta de Beneficencia tomó á su cargo tan colosal obra, primera de la época en aquella capital, sin cobrar honorarios ni emolumentos de ninguna clase, que generosamente cedió al Hospital, que es á quien aquella pertenece. Aunque durante su construcción se dieron algunas corridas de toros, la primera en 1851, dirigida por el *Chiclanero*, que dejó una ganancia líquida de cerca de cinco mil duros, la plaza no estuvo completamente concluida y pintada hasta fines de 1860.

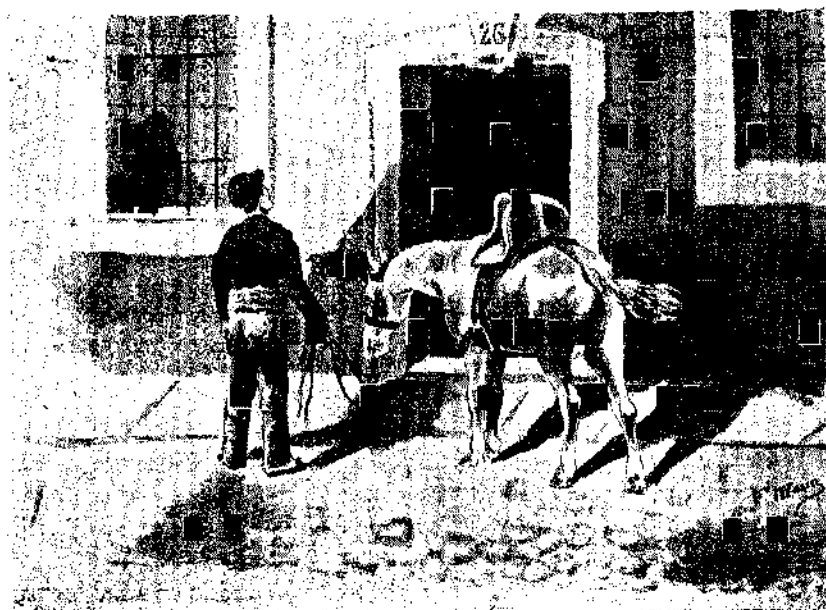
Este notable arquitecto falleció en Valencia en el mes de Agosto de 1878.

Monos sabios.—De muy antiguo vienen conociéndose en el redondel unos mozos de caballos ó de cuadra, que están dedicados á la asistencia de los picadores, ayudándoles á montar ó levantarse cuando caen, y á poner y quitar los atalajes á los jacos. Hasta hace unos cuarenta y tantos años, presentábanse en el ruedo mal vestidos y desaliñados, y hasta sucios; pero el entendido empresario que fué de la plaza de Madrid, D. Justo Hernández, los uniformó del mismo modo que hoy lo están, con corta diferencia, y desde entonces adquirieron ese nombre con que hoy se les distingue, el cual se debe á la siguiente coincidencia:

Por el año 1847 vino á Madrid un extranjero con una cuadrilla de monos que exhibió en un teatrillo llamado de Cervantes, sito en la calle de Alcalá, esquina á

la calle del Barquillo, en la misma casa en que hoy está el teatro de Apolo; y aquel industrial tenía de tal modo amaestrada su *troupe* en hacer diferentes habilidades, que el público aceptó de buen grado el nombre de monos sabios que su amo les dió. Aparte de la señorita Batavia y el mono Cocinero, los demás vestían trajes encarnados, y como el uniforme que se hizo llevar á los mozos de caballos en la Plaza de toros era de igual color, y como los muchachos, á excepción de *Salero* y *Gobernador* eran feos en su mayoría, la gente de buen humor que ocupaba el tendido número 5, les llamó desde entonces monos sabios, y con ese apodo se quedaron y continuarán. Entre los Fabeiracs, los Montemar y los Alzamoras, sonó primeramente ese mote, que en un sólo día quedó impuesto para mucho tiempo.

Los monos sabios—así los llamaremos para entendernos bien—han prestado siempre en el ruedo, y fuera de él, utilísimos servicios. Han preparado convenientemente los jacos para la lidia desde la prueba, ya corriéndolos ó arrendándolos á voluntad de los picadores, hasta su presentación en la plaza. En los momentos de la lidia no se han contentado ni satisfecho con evitar que los toros pudieran herir fuera de suerte á los jacos, para lo cual son habilísimos, apartándoles del peligro, sino que á riesgo de su vida muchas veces, han sido los verdaderos salvadores de los jinetes, ayudándoles poderosamente antes, y al mismo tiempo que los capotos de los espadas. Su trabajo es rudo, constante, y exige que además de la valentía, demuestren ser infatigables, y tener conocimientos de las condiciones de los toros, de sus diferentes estados durante la lidia, de las facultades



ESPERANDO AL PICADOR. — MACÍAS

y resabios de los jacos, y de las distintas situaciones que en el redondel ocupan, para colocar oportunamente á los picadores fuera del alcance de un toro que vaya suelto en sentido contrario al de la suerte, y para no cometer una torpeza acudiendo tarde á levantar al caballo que, herido ó no, puede continuar siendo útil en la faena.

Fuera de la plaza, su misión queda reducida á ir á buscar con el caballo á los picadores en sus respectivos domicilios, volver con ellos á la plaza el día de la corrida, y si acaso, á cansar por medio de fatigoso ejercicio algún caballo antes de empezar la función. De la clase han salido algunos toreros buenos y valientes, que van citados en lugar oportuno.

Monsolín, José (Pasero).—Novillero que corre, pone banderillas, y alguna vez clava estoques, sin saber correr, ponerlas, ni clavarlos. El aprenderá si no sufre algún percance, que voluntad le sobra, y valor también.

Montalbán, D. Luis.—Reside hace más de veinte años en Badajoz, donde de treinta leguas á la redonda, no hay nadie que no le conozca y aprecie en lo mucho que vale como aficionado teórico-práctico. Ha sido, y es, el alma de todas las novi-



lladas y becerradas que en aquella capital se celebran, y ha matado reses con valor é inteligencia, asistiendo también á tientas y herraderos, donde brega con gran conocimiento.

Llevado de su afición, y sólo por satisfacerla, ha tomado en arrendamiento la plaza de aquella ciu-

dad, y en ella ha dado tan excelentes corridas en cuanto á ganado y personal, como no se habían visto hacía ya mucho tiempo.

Es redactor del excelente periódico *La Región extremeña*; de carácter franco, amable, y tan cumplido caballero, que no hay quien con él hable una vez, que no quede encantado de su exquisito trato. Así se explican las simpatías que tiene en España y Portugal.

Montáñez, Juan.—En 25 de Mayo de 1837 se presentó en Sevilla á picar toros. ¿Cómo quedó? No nos lo han dicho, ni hemos averiguado qué fué de él después.

Montaño, Antonio (El Fraile).—Allá por los años de 1831 al 32 en adelante, trabajaba este banderillero andaluz con bastante aceptación. Fué notable discípulo de Jerónimo José Cándido en la escuela de tauromaquia de Sevilla, y habíale dado á conocer en esa ciudad; matando algún toro, en 21 de Abril de 1829, Luis Rodríguez (*El Sombrerero*). Después, como matador no fué conocido ni por sus hechos ni por su nombre.

Monte, Eugenio.—Moderno picador de toros, que aun no tiene alternativa. Quiere, pero sabe poco de toreo; le conviene aplicarse y trabajar mucho, puesto que hay en él buena voluntad, no sea que se quede donde otros.

Monteiro, Rodrigo María.—Monta á caballo, rejonea toros, pero tienen su trabajo en muy poco los portugueses, sus paisanos. Sin embargo, ha trabajado con aceptación en las plazas de San Juan de Isla Tercera, en la de San Miguel y en la de Ponta Delgada. Es hermano de José María Casimiro Monteiro.

Monteiro, Augusto María.—Banderillero portugués que empezó en 1878 y ha estado más de diez años sin llegar á ser más que una medianía. Falleció tísico en su casa de Lisboa el 3 de Septiembre de 1895, dejando fama de hombre formal y modesto.

Monteiro, José María Casimiro.—Buen tore-ro lusitano, de excelentes conocimientos y práctica, muy querido de los aficionados de Lisboa. Hace tiempo que se retiró del toreo. Nació en 8 de Abril de 1853; debutó como cavalheiro en 1868 en una corrida de aficionados celebrada en la plaza de Campo de Santa Ana, é hizo después su estreno

como torero en la misma plaza en el año de 1872. Es hermano de

Monteiro, Antonio.—Caballero farpendedor portugués. Montaba bien; pero en lo general tomaba mal las suertes de frente, siendo inmejorable en las de costado. Nació en 13 de Junio de 1850; se estrenó en la plaza de Aldeagallega en 1870; y toreó mucho en la de Campo de Santa Ana y otras. Era valiente y falleció hace bastantes años. Es hermano de

Monteiro Grillo, José.—Por efecto de su gran afición fué mozo de forcado en Portugal, donde murió.

Montero, Manuel (El Habanero).—Aunque el *alias* le da como nacido en la capital de la Isla de Cuba, era natural de Sevilla y fué matador de toros que, según el cartel de 1830, alternaba con los espadas García (*El Platero*) y Francisco Ezpeleta, ocupando el tercer lugar. Acerca de su mérito nada sabemos.

Montero, Manuel (El legítimo Habanero).—Un cartel del año de 1827 anunció a este matador como una notabilidad estoqueando con la mano izquierda (suerte no conocida en el arte de torrear), como dice textualmente. Era de Rota en la provincia de Cádiz y mataba detrás de Manuel Lucas Blanco. No sabemos si era el mismo diestro que antes va dicho como nos inclinamos á creer, sin más datos que los de ser de iguales nombre, apellido y mote, que estoqueaba en 1830 y pasaba por sevillano.

Montero, Joaquín.—Sevillano y picador en 1851. Ignoramos si fué ó no pariente del anterior, ni si era malo ó bueno.

Montemar, D. Francisco de Paula, (marqués de Montemar).—Antiguo aficionado al arte taurino, escritor público, hizo en el año de 1862 en el periódico *Las Novedades*, de que era director, una notabilísima defensa de nuestras corridas de toros en contra de sus detractores. Cuando joven, fué aficionado al torero y mató bastante bien algún becerro.

Dedicose de lleno á la política, conspiró para derrocar la situación anterior á Septiembre de 1868, triunfó su partido, y fué nombrado Embajador de España en Italia, donde trabajó extraordinariamente cerca de aquella corte para conseguir

la venida á España del luego rey D. Amadeo. Cuando éste abandonó nuestra nación siguió Montemar la ruta marcada por Ruiz Zorrilla y permaneció retirado en su casa hasta que falleció hace próximamente unos cinco años.

Paco Montemar, que así le llamábamos los de su edad, era hermano de Carlos, médico que en la Habana asistió á la exhumación de los restos del célebre *Cúchares*.

Montes, Pedro (Compadre.)—Banderillero de poco nombre que toreó en Madrid, de donde era natural, en el año de 1842. Más tarde perteneció á la cuadrilla de Gonzalo Mora.

Montes, Francisco (Paquiro.)—Al hablar de este hombre extraordinario, de este coloso del arte, de este privilegiado entendimiento taurómico, sentimos cierto temor de no saber explicarnos con claridad al describirle; porque Montes era muy grande en su arte, un genio; y tan gigante diestro merece que otras plumas mejores que la nuestra se ocupen de él, como ya se han ocupado notables escritores, distinguidos artistas y eminentes profesores de bellas artes. Haremos, sin embargo, cuanto podamos para dar una idea de lo que fué, cifrándonos al plan que nos hemos propuesto en nuestra obra, y á lo que la índole de la misma exige.

Nació Montes en Chiclana el 13 de Enero de 1805 (1), y su padre, empleado y administrador de los bienes de un título, procuró dar á aquél una buena educación, que á lo mejor fué suspendida por la cesantía de su cargo y consiguiente falta de recursos. Entonces tuvo precisión de dedicarle al oficio de albañil, que siguió Montes constantemente hasta el fallecimiento de su buen padre, á pesar de que hacía tiempo se había encariñado con la idea de ser torero.

Aprovechando ocasiones, se ejercitaba en lances á pié y á caballo con reses bravas en el matadero y en el campo; trabajó como peón y banderillero con *El Platero*, *El Monge* y Ezpeleta y especialmente con el matador Juan Hidalgo y en 1830 figuró como sobresaliente de espada. Hay también quien asegura, y en San Sebastián de Guipúzcoa es voz muy autorizada, que Montes mató allí con Juan León una corrida de toros en el año de 1828 á presencia de Fernando VII con motivo de la colocación de la primera piedra en la casa Consistorial. Sin negarlo en absoluto lo ponemos en duda, porque si ya era espada já qué dos años

(1) Velázquez y Sicilia dicen equivocadamente 1804; Bedoya no cita fecha.

después se matriculaba en la escuela para ganar seis reales diarios?

Jerónimo José Cándido, le alcanzó una plaza de alumno, pensionada con seis reales diarios, en la Escuela de tauromaquia de Sevilla. Le tomó bajo su protección y le recomendó mucho en 1830 al gran maestro director Pedro Romero, quien al hablar tres años después de las circunstancias de su discípulo, ya conocido en público, decía: «Como diestro primero puse en él todo mi conato por mi obligación, y por advertir en él carecía de miedo y estaba adornado de mucho vigor en las piernas y brazos; lo que me hizo concebir sería singular en su ejercicio á pocas lecciones que le diese, y tal como se ha verificado.» El pronóstico del gran maestro se había cumplido. A fines de 1831 toreó de espada ya Francisco Montes, y tal cundió su fama en poco tiempo, que después de trabajar en Aranjuez en 1832, al año siguiente, 1833, fué ajustado para alternar en Madrid, primera plaza en España, con los hermanos Ruiz.

Es imposible describir el entusiasmo que producía en todos los públicos ver trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza: Ejecutar con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano: Ver á un hombre que no movía los piés para las *verónicas*, que paraba para *recibir* toros, y que lo mismo saltaba al *trascuerno* que con la garrocha: Que se *encunaba* de intento, y al dar el animal el *hachazo*, salía aquél ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible *cuarteo* ó *recorte*, según el caso: Que más de una vez, corriendo un toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera paraba en corto, clavaba los piés, sin temor al toro, el cual, ó se plantaba asombrado, ó si seguía, era por un lado del atrevido diestro, que á su voluntad le guiaba con el capote. Y todo esto practicado sin aceleramiento, á la perfección, con seguro conocimiento de lo que hacía, claro es que había de levantarle cien codos sobre todos y cada uno de los demás toreros.

No es extraño, pues, que en 1833 figurase nuestro hombre en Madrid como primer espada, por encima de matadores más antiguos que él, ni que con diferencias de más ó menos, en este particular, así siguiese, hasta que por fin en 1838 puso por condición en todas sus escrituras que se le había de reconocer preferencia sobre todos los demás diestros, fuese cualquiera su antigüedad á excepción de Juan León, único á quien respetó en los circos de Aranjuez, Valencia y Sevilla; pero ni Juan León, ni Yust, ni nadie, digase lo que se quiera, intentaron nunca sostener competencia de ninguna clase con Montes. Suponer, indiciar solamente, que León y Arjona han tenido mejor *tras-*

teo que Montes, cuando la muleta de éste fué siempre limpia, manejada con sujeción al arte y nunca sucia, de *mureo* ni de *trampita*, es confesar una de dos cosas: Ó mucha pasión, ó más bien no haber visto torcar de capa ni de muleta á Montes: Sólo en las estocadas *recibiendo* le adelantó José Redondo (*El Chiclanero*); nadie más: Y no porque Montes se moviese ni se colocase lejos, sino porque, en nuestro concepto, se gababa demasiado la salida con la muleta, y las estocadas resultaban atravesadas muchas veces.

Si notable y sobresaliente fué este hombre incomparable en la ejecución de toda clase de suertes, no lo fué menos en la dirección de la plaza y orden de las cuadrillas, en que rayó á una altura sin igual. Ningún lidiador de á pié ni de á caballo se excedió ni faltó á su deber, sin la reprensión más severa: nunca un peón *recortó* un toro, hizo un *quite*, ni dejó de correr por derecho, sin permiso suyo ni orden determinada. Todos estaban en su puesto y cumplían su cometido; y de ahí la lidia ordenada y metódica, digámoslo así, que tanto realce da á la función. Es verdad que para poder hacer todo esto, necesita el jefe de las cuadrillas imponerse á las mismas, tener ascendiente sobre ellas y ser justo; y nadie puede, en nuestra opinión, conseguirlo si no vale más que cuantos obedezcan las órdenes, y sabe lo que manda, á quién y cómo.

Montes era afable con su gente, y la defendía á capa y espada en todo trance, pero al mismo tiempo era inflexible; y un suceso de poca importancia que vamos á referir á nuestros lectores demuestra que la justicia era su norte, y que él no daba lugar á quejas razonables. En Madrid, y en una ocasión que todos recordamos, salió á poner banderillas su discípulo predilecto José Redondo (*El Chiclanero*), con aquél garbo y gracia que todos los que le vieron no pueden olvidar; y fuese porque el toro se *tapó* quedándose en la suerte, fuese porque aquél se retrasó en la salida, ello es que José Redondo se pasó sin meter los brazos, y cuando volvió de mal humor á recoger el capote, en ocasión de que Montes tomaba los *trastos* de matar, éste le dirigió la voz, diciéndole: Está usted buen banderillero; quédesc usted por hoy en el estribo, y aprenda cómo clavan los palos, los demás. Y siguió su camino, sin permitir en toda la tarde que aquél saliera de las tablas.

Fuera del circo, lo mismo que en él, sus subordinados no se igualaban con el maestro señor Montes, que así le llamaban. Y no una, sino muchas veces le vimos en cierta relojería de un inteligente aficionado, á que concurría muy frecuentemente, lo mismo que por la noche al café viejo de la Iberia, dejando á la puerta, ó colocados en otra mesa, á sus *muchachos*: porque no le parecía bien

que éstos entrasen en conversación con personas que á él le honraban dirigiéndole la palabra. Solamente hacia excepción de José Calderón (*Capila*), á quien distinguía mucho y veneraba por sus canas y por su inteligencia.

Pero hay que advertir que, á pesar de su altivez, Montes oía, atendía y hacía caso de los consejos é insinuaciones que se le hacían relativos á la lidia, sin desdeñarse de dar explicaciones de cualquier incidente ocurrido ó de cualquier suerte por él ejecutada. Mas de una vez dijo «que su toreo lo había perfeccionado en Madrid, gracias á los consejos de los verdaderos aficionados, y en particular de don Alejandro Latorre, el cual le había hecho comprender cuidadosamente el modo de no atravesar los toros, como lo venía haciendo.» Es más: cuando ya mataba, alternando, José Redondo, dijo Montes, sin ocultarse de nadie y pensando en la ejecución de la suerte de *recibir*, suprema del toreo: «Yo no sé qué tiene ese chiquillo para traerse los toros tan por derecho siempre»; demostrando con esto que en él no cabía la ruin pasión de la envidia.

Desde 1845 sus facultades fueron á menos; procuró torear poco, se lució en las funciones reales de 1846, tanto ó más que en las de 1833, y no le volvimos á ver en Madrid, hasta que el inteligente empresario Sr. D. Justo Hernández consiguió contratarle para el año 1850. Su llegada á la corte fué un acontecimiento notable, especialmente entre los admiradores de aquel hombre. Hubo convites espléndidos, músicas y otras demostraciones de simpatías, que el lidiador sin igual agradeció conmovido.

Su toreo fino y elegante no había perdido nada; pero sus facultades, su ligereza especialmente, estaba entorpecida, y aquellas muy mermadas, en términos de que en la primera corrida cayó delante de la cabeza del toro, y levantando mucho las piernas y moviéndolas para que el toro *hiciera* por ellas, libró el cuerpo de una segura cogida.

En la desgraciada tarde del Domingo 21 de Junio de 1850, que fué la última en que lidió, un toro llamado *Rambón*, de la ganadería de Torre y Rauri, casta jijona, que había sufrido banderillas de fuego y estaba muy descompuesto, le causó una herida encima del tobillo, y otra mucho mayor en la pantorrilla izquierda, de una pulgada de profundidad y de una extensión enorme, al darle un *pase* natural, después de otro que le había dado del mismo modo y un segundo cambiado, dando al toro, que se le coló, salida por la derecha.

Redondo tuvo que matar el toro, verificándolo por cierto de una magnífica estocada *avancando*; y Montes, después de la primera cura, fué conducido

á su casa-habitación, acompañado de todos sus amigos y admiradores y de un inmenso gentío. Durante su enfermedad, el pueblo de Madrid le demostró sus simpatías, acudiendo diariamente con verdadero interés á enterarse de su estado, hasta que, ya restablecido, marchó á Chiclana en primeros de Septiembre. A poco tiempo, unas calenturas intensas y constantes concluyeron con la existencia del torero sin rival, que falleció en el pueblo que le vió nacer, el viernes 4 de Abril de 1851, á los cuarenta y seis años, dos meses y veintidós días de edad.

Aunque pocos aficionados habrá que no tengan en su poder un retrato de Montes, creemos conveniente decir que era de una estatura regular, más bien alto que bajo, delgado, de fisonomía agradable, pero representando siempre mucha más edad de la que realmente tenía.

Cuando vino á Madrid en 1850 aparentaba veinte años más de edad que al marcharse en 1846, y algunos atribuyen su anticipada pérdida de vida á excesos cometidos para olvidar el amargo recuerdo de secretos disgustos que le atormentaban.

Bajo sus inspiraciones y con su nombre se publicó un *Arte de torear á pie y á caballo*, el más completo, minucioso y bien entendido de cuantos hasta entonces se habían publicado.



Aquí hubiéramos concluido de hablar del insigne maestro, si la importancia del mismo en el toreo no exigiese refutar, aunque sea ligerísimamente, apreciaciones equivocadas de otros escritores. Aun á riesgo de cansar la paciencia de quienes nos favorecen, vamos á permitirnos verificarlo.

Se ha reconocido en Montes, por escritores anteriores á nosotros, al primer director de lidia: Se ha considerado que para librar en sus caídas á los picadores era eficaz y entendido como nadie; pero se ha dicho que capeando, solo se distinguía haciéndolo al natural. Esto no es verdad. Montes capeando al natural, que nosotros para precisarlo más diremos á la *verónica*, era efectivamente notabilísimo; pero no lo era menos en los *galleos*, en que pocos le han igualado, en las *navarras* y en las de espaldas ó frente por detrás, que hacía con perfecta exactitud; sin que por esto queramos decir que nadie, antes ó después de él, haya capeado tan bien algunas veces.

Cúchares, por ejemplo, y citamos su nombre porque no vive, daba unas *navarras* inmejorables, el *Tato* unos *galleos* lucidísimos; pero en las demás suertes de capa estuvieron siempre muy por bajo de aquel maestro.

Uno solo, que no hay nadie que, conociéndole, deje de apoyar nuestra opinión, Cayetano Sanz, en fin, pudo sostener sin quedar desairado la comparación con Montes en las suertes ó lances de capa de todas clases.

Fuera de éste, de sesenta años á esta parte nadie aventajó á Montes ni con la capa ni con la muleta en la mano.

También se censura á Montes, y en esto tal vez nos encontremos más conformes, el que, conociendo como conocía muy bien el *sentido*, querencias y condiciones de los toros, se empeñase en muchas ocasiones en obligarles á ir donde él quería. En sujetarles, digámoslo así, con los vuelos de la muleta, y hacerles morir en sitio determinado, por más que éste fuese peligroso para el diestro.

Efectivamente, esta era una de las soberbias de su carácter especialísimo, que no le consentía nunca esquivar el peligro. Era en esto tan singular, que más de una vez anunciaba á los demás compañeros los detalles de las suertes que iba á ejecutar, de igual modo que el jugador de billar canta la tirada antes de hacerla. Entre otros casos que podríamos citar, es importante el siguiente:

Trasteaba un toro tuerto de la ganadería de Doña María de la Paz Silva, condesa de Salvatierra, muy cerca del tendido número 3 de la plaza vieja de Madrid, que á su lado tenía la puerta de caballos, y á la cual había tomado el toro marcadísimamente. Había visto Montes en la primera andanada de palcos, que casi estaba encima de aquel sitio aunque un poco más á la derecha, á muchos de los

buenos aficionados que le distinguían; y sea por esto, ó por la tenacidad de su carácter, se empeñó en matar allí al toro y no en otro lugar de la plaza, á pesar, y tal vez por esto mismo, de que desde el tendido le advirtieron se le llevase á otro lado. Preparó el toro á la muerte, y antes de perfilarse, dijo á *Capita* en voz que todos oyeron: Calderon, hay que dejarse coger para consentirle; váyase usted á la cola, que por allí saldré. Y efectivamente, se cerró mucho, bajó mucho la muleta para que el animal humillara más, se arrojó por derecho y en corto, y... salió como había pronosticado, enganchado por la entrepierna y volteado al lomo del toro, que no pudo revolverse por la tremenda estocada que había recibido y porque se inclinó á la querencia de la puerta. Al levantarse sin lesión alguna, la ovación fué unánime; pero los que conocieron tan temeraria obcecación, reprobaban particularmente tan expuesto alarde de inteligencia y serenidad en el peligro.

Montes, como estoqueador de toros, era más desigual: Importábale poco, y en este punto opinamos como él, que la estocada fuese más ó menos alta, recta ó delantera, si la había dado con sujeción á las estrictas reglas del arte, clavándose en su terreno, inmóvil y esperando al cite ó *arrancando* por derecho, en corto y sin precipitación. No era de los que buscaban los aplausos por el resultado de la suerte, sino por el modo de ejecutarla.

Otra de las cosas que se han dicho de Montes, como para rebajar su importantísima figura en el toreo, es la de que, siendo más bien torero de genio que de arte, en cuanto le faltaron facultades, solo se vió en él al hombre de experiencia y conocimientos, valor y buenos deseos. ¿Qué contestar á esto? Concedemos que era un genio en su arte, cuyos secretos conoció como nadie, y cuya aplicación rápida, instantánea, ponía en práctica con asombroso resultado y sin precipitación ni aceleramiento; pero decir después de esto, después de concederle experiencia, conocimientos y valor, que tenía menos arte que otros, es tanto como ponerse en contradicción evidente y parcialidad apasionada. El hombre joven, robusto y en pleas facultades, tiene que practicar todo necesariamente mejor que siendo de más edad y endeble; pero no por eso se dirá que le falte arte; antes al contrario, lo natural es que, siendo viejo, tenga más arte y que le falte poder.

Nos hemos extendido más de lo que podemos, dadas las condiciones de este libro, en rebatir, aunque muy ligeramente, las erróneas apreciaciones que acerca de este gran lidiador se han escrito, porque habiendo conocido su mérito especial, sus generales simpatías en todas las clases sociales que antes y después y siempre le han concedido el puesto de *primer torero del siglo presente*, nos duele

que ande por ahí escrito un juicio equivocado en una obra que en su tiempo tuvo cierta importancia, por más que ésta nadie de los que vieron á Montes se la ha dado en lo relativo al mérito de este maestro.

En todos los puestos sociales, las reputaciones usurpadas duran poco, primeramente sorprenden y deslumbran; pasa tiempo, y hacen dudar; y por último mueren, cuando se conoce que son mal adquiridas.

La de Montes se consolidó firme y legitimamente, porque como Montes nacen pocos toreros.

Los seres privilegiados vienen al mundo en muy escaso número y de tarde en tarde.

Por no empequeñecer la vida taurómaca de tan alta capacidad no hemos querido referir más que en conjunto sus rasgos característicos, sin descender á hechos notables llevados por él á cabo en todas las plazas de España. De hombres grandes no deben contarse pequeñeces. Sus padres, don Juan Félix de Montes y Doña María de la Paz Reina, aquél nacido en Puerto Real, y ésta en Chiclana, casados en 1791, pusieronle por nombres Francisco de Paula José Joaquín Juan, siendo su madrina Doña Andrea Pérez.

Montes, Antonio.—Mata novillos, allá por Andalucía, desde no hace mucho tiempo. Es nuevo, y aún no ha adquirido reputación, para que podamos juzgarle.

Montes, Eugenio.—Picador en novilladas, de regulares condiciones y que parece frío y de pocos ánimos. Si ha de ser torero, debe tomar el oficio con más calor.

Montes de Oca, José (El Niño).—Puede que con el tiempo adelante en el toreo. Hasta ahora, poniendo banderillas, es poca cosa.

Moña.—El lazo de cinta de seda ó tela que los toreros llevan atado á la coleta de pelo que se dejan crecer en la parte posterior de la cabeza, cerca de la coronilla, el cual forma el complemento del traje, y sin el que hace malísimo efecto la vista en totalidad del mismo. El remate de seda, gasa, cinta, flores, etc., que en la parte posterior de las divisas va colocado sobre el hierro que se clava en el cerviguillo del toro, sólo se usa en las de lujo que acostumbran regalar señoras aristócratas para las corridas de beneficencia, y debían suprimirse, porque además de ser difícil colocarlas, por

su peso y volumen, una vez puestas, perjudican á las reses, las hace recelosas y huidas. Por lo demás, son vistosísimas y costosas. El origen de la coleta no es muy antiguo; data de los primeros años del presente siglo. Como en el anterior todos los hombres usaban el pelo largo, que sujetaban con la cofia, no tenían necesidad de coleta, pero al caer las cabelleras sustituyeron la cofia, y aun el lazo que después llevaron, con la moña, que les dió pretexto para dejarse una mata de pelo en la coronilla, á la cual la atan.

Moñudo.—Toro de la ganadería de D. Pedro Varela, vecino de Madrid, divisa morada y amarilla, lidiado en esta corte el 23 de Junio de 1872. Era re-tinto, largo de astas, de muchos piés, pero blando; se lidiaba en división de plaza, á la derecha del toril; saltó la valla, se unió al toro que se corría en la izquierda, y al fin quedó en este sitio, por lo cual hubo precisión de cambiarse las cuadrillas. Al matarle Angel Pastor, y con dos estocadas ya, saltó la barrera por frente al tendido núm. 11, rompió los tablones de la contrabarrera, y por debajo de las maromas se subió hasta el último escalón, y salvando la barandilla de hierro pasó al tendido núm. 12, donde murió á bayonetazos, que desde la grada le dieron los voluntarios del batallón de la Latina. Domingo Vázquez le dió allí la puntilla, y el toro bajó rodando, ya muerto, todos los escalones. No causó desgracias. Desde el año de 1803, si no nos equivocamos, no había ocurrido que saltase al tendido, penetrando en él, ningún toro mas que el *Moñudo*.

Mora, José.—Trabajó allá por los años cincuenta y tantos en clase de banderillero con la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*). Algunos le llamaban *Morilla*. Valía poco.

Mora y Donaire, Gonzalo.—Hé aquí un tipo que marca perfectamente una época del torero de este siglo. Hombre que nunca era viejo, que en todas partes se le veía atento con los antiguos, complaciente con los jóvenes, requebrador de niñas y galanteador de mozas de rumbo. Torero muy *echao pa lante* en todas ocasiones, bien vestido, con gracia y derecho. Serio en la ópera, risueño en la comedia, *jacarandoso* en el baile, y admirador de las *ecuyers* y demás *troupe* de los circos. Que nunca corría, que siempre miraba y rara vez huía el cuerpo. Especialidad en el arte y fuera de él, que á su genialidad y carácter debió mucha parte de su popular nombre.

Digno discípulo de su original maestro en cuan-

tes lances de cualquier género le han ocurrido durante su vida, ha procurado siempre imitarle, corrigiendo y aumentando aquella primera edición. Porque Gonzalo Mora, que de él hablamos, se parecía en sus *hechuras* a Juan Pastor como dos gotas de agua. Los que conocimos a éste, no podíamos ver a Gonzalo sin acordarnos de Pastor. Gonzalo era la representación viva del otro, su espejo moral y aun material, su *homónimo*, si así puede decirse. No tan alto como aquél fué, pero tan derecho; vestido de igual modo, elegante en su clase, y semejante, idéntico, en sus ademanes, gustos y costumbres: Pastor con la sal y el garbo de la tierra de María Santísima, y Gonzalo con el gracejo y travessura de los hijos de Madrid, que tantos puntos de contacto tienen con los andaluces en esto de burlas, chanzonetas y aventuras peligrosas.

Aunque Pastor no fué su primer maestro, sino Pedro Sánchez, como luego diremos, se le *pegó* más a Gonzalo la gracia de aquél, que la del último. Hay simpatías que se engendran insensiblemente, y a veces contra la voluntad de los que las adquierén.

Nació en Madrid Gonzalo Mora el día 10 de Enero del año 1827, según afirmación, no comprobada, del Sr. Santa Coloma.

Su padre Francisco, natural del Puerto de Santa María, y su madre Manuela Donaire, madrileña, tenían un obrador de sastrería acreditado, donde se vestían diferentes toreros.

Dieron a su hijo la educación primaria, quisieronle después aplicar a su oficio, y si bien consiguieron que en aquella demostrase buenas condiciones de aplicación e inteligencia, en el último pocos fueron los progresos que hizo. Empezó el chiquillo a jugar al toro con algunos que, lo mismo que él, fueron luego toreros de nombre; continuó corriendo novillos donde se le proporcionaba y más de cuatro becerros le causaron revolcones. Vistió desde pequeño como los toreros; lucía buena ropa y buena facha; tenía mucha afición y grandes disposiciones. ¿Qué le faltaba para ser torero?

Pedro Sánchez (*No te veas*) le dió lo que necesitaba, tomándole bajo su protección y concediéndole puesto en su cuadrilla. En ella paró con

gracia, corrió toros por derecho y mató con buena fortuna algunas reses. A la media docena de años era matador en plazas de segundo orden, y el 20 de Mayo de 1852 alternó en la plaza de Ronda con Francisco Ezpeleta y Manuel Díaz (*Lavi*). Importa mucho tener presente esta circunstancia y la de que con el *Camará* alternó en otras plazas, para los fines que más adelante veremos.

Juan Pastor, en el año de 1853, fué contratado para trabajar en la Habana, y se llevó de segundo a Mora, que causó el mayor entusiasmo en los habitantes de aquél país, hasta el extremo de que toreó allí en aquél año próximamente unas cuarenta corridas de toros. Volvió al año siguiente a Madrid con la aureola del aplauso y la categoría de matador, y después de tomar parte en la co-

rrida que en 21 de Agosto de 1854 se verificó á favor de los heridos de las jornadas de Julio, trabajó con su cuadrilla en diferentes plazas del reino con especial aceptación. Muchos aficionados madrileños deseaban verle trabajar en la plaza de la corte, alternando, y la empresa que en 1856 la tenía a su cargo ajustó a Mora para que, en unión de *Pepete* y el *Tato*, tomase parte en la segunda corrida de la temporada, que se celebró el lunes 31 de Marzo de dicho año. Por qué causa no figuró en los carteles más que como estoqueador sin alterna-
tiva, matando los dos últimos toros es cosa que no hemos podido saber. Ello es

que Gonzalo se quejó como debía, que se le ofreció subsanar la falta por medio de un cartel de aviso supletorio, y que llegó la hora de la corrida sin que se fijase anuncio alguno. A despecho de no sabernos quién alternó, sin embargo, Mora con aquellos espadas en dicha corrida, de acuerdo con los mismos y beneplácito del Presidente, que lo era el gobernador de la provincia.

Gonzalo Mora, por lo tanto, tomó la alternativa en la plaza de Madrid con la formalidad de costumbre, ó sea la cesión de muleta por el *Tato*, en dicho día 31 de Marzo de 1856. Si después ha consentido que otro se le ponga por delante, ha hecho mal, y nosotros hubiéramos defendido sus derechos tal vez mejor que él mismo cuando se pusieron en duda; pero los toreros, en esto como en otras cosas, creen saber mucho, y gracias que tengan aprendido lo que en el redondel les importa.



En la culta Francia, como se llama á sí misma, determinaron en 1869 celebrar corridas de toros, y allá marchó con su cuadrilla, y con buen ajuste, nuestro hombre, que trabajó con feliz éxito doce corridas en el Havre, donde fué extraordinariamente agasajado y aplaudido. No fueron menores los aplausos que recibió al año siguiente en Lima en cada una de las veinte corridas en que mató toros, alternando con Julián Casas. Y no podía ser otra cosa, si se atiende á los grandes deseos que siempre ha demostrado por agradar al público de todas las plazas donde ha torcado como primer espada con la antigüedad antedicha.

Llegó el mes de Enero de 1879, y con él la celebración de las fiestas reales de toros que en Madrid habían de celebrarse por las bodas del rey D. Alfonso con doña Mercedes De Orleans. Invítose por el Ayuntamiento, que las dispuso, á todos ó la mayor parte de los lidiadores conocidos, y entre ellos se llamó á Gonzalo Mora, que aceptó en el puesto que le correspondía. Angel López (*Regatero*) alegó preferencia en la antigüedad, y con este motivo se nombró un jurado que decidiese sobre el particular, compuesto de dos primeros matadores y un inteligentísimo aficionado. Exigieron éstos cartel en que cada uno de los contendientes constase como matador de alternativa, y como Gonzalo no pudo presentar mas que el de 21 de Agosto de 1854, y otro de Utiel en que aparecía de segundo *Regatero*, decidieron en favor de éste la preferencia. Con los datos que tuvieron á la vista obraron con justicia; pero si Gonzalo hubiese acreditado que en 20 de Mayo de 1852 había alternado con matadores de nota en plaza de maestranza, y que del *Tato* había recibido en Madrid la alternativa en 1856, para lo cual le hubiera bastado presentar todos los periódicos de aquella fecha, seguro es que á él se le hubiera reconocido como más antiguo matador, toda vez que el *Regatero* no la tomó hasta el día 11 de Julio de 1858. Por consecuencia de este error, Gonzalo Mora figuró en dichas funciones reales en quinto lugar, debiendo haberlo sido en el cuarto.

Gonzalo Mora continuó toreando en diferentes plazas, y aprovechando las facultades que todavía le quedaban para la lidia. Se defendía como un león. Su toro ha sido en sus mejores tiempos serio y parado. Falto de recursos para toros de sentido, se lucía con los de mejores condiciones. Se presentó siempre ante la fiera con serenidad y buen continente; pasando bien al principio, mal después; liaba y se colocaba bien, arrancaba por derecho y daba buenas estocadas unas veces; se movía mucho, cuarteaba más y pinchaba peor en otras ocasiones.

Desigual en la lidia, no le ha apadrinado Madrid como á otros, y eso que los ha habido de mu-

cho menos valer. De excelentes condiciones de carácter, como al principio hemos dicho, para tratar con toda clase de personas, era un *buen pié* para cualquier francachela. Para socorrer á los necesitados siempre se ha ofrecido el primero; y aunque las heridas que ha sufrido han sido pocas, relativamente á las que tuvieron otros, ninguna le causó grave daño que pusiese en peligro su existencia.

Retirado definitivamente del toreo, por razón de edad, que nosotros creemos era mayor de la que va apuntada, pero que no podemos justificarlo porque en las parroquias de Madrid no hemos encontrado su partida de bautismo en los años de 1820 á 1830, se fué á pasar el resto de su vida al pueblo de Colmenar del Arroyo, donde falleció en Julio de 1892.

Moradillo, D. Fernando.—Renombrado arquitecto que en unión del célebre D. Ventura Rodríguez dirigió la construcción de la plaza de toros de Madrid que empezó á derribarse el 17 de Agosto de 1874, al día siguiente de darse en ella una corrida extraordinaria. Concluyó su edificación en 1754, aunque algunos han dicho que en 1752. oj Fué estrenada en 30 de Mayo por la mañana por la cuadrilla del acreditado Juan Esteller, y por la tarde por el célebre Manuel Bellón (*El Africano*), según afirman algunos, y según otros, en 3 de Julio de 1754.

Morales, Manuel.—Cuando Manuel Domínguez llevó una cuadrilla en 1836 á Montevideo, formó parte de la misma un banderillero de este nombre como perteneciente al segundo espada Manuel Macía. A las órdenes de Domínguez, que fué nombrado jefe de una partida de campo para hacer presa á los indios bravos de caballos y ganado necesarios al abastecimiento del ejército, militó Morales, que murió en la notable expedición que aquél llevó á efecto en Chapaleofú.

Morales, Manuel (*Corchado*).—No tenía este picador las cualidades que recuerda su apodo. Trabajó con Juan Lucas Blanco. No hay que confundirle con

Morales, Manuel.—Hubo un picador de este nombre, desde 1860 ó 1861, que según decía, nadie sabía más que él ni valía tanto, ni... pero es lo cierto que donde le veían una vez, no volvían á llamarle.

Morales, Antonio.—Tampoco este mozo pasó de ser una medianía picando toros. Desde 1861 no hemos vuelto á saber qué ha sido de su persona.

Morales, Gabriel.—Espada novillero, natural de Utrera, en el primer tercio de este siglo. En 1824 se ofreció á lidiar *él solo* el último toro de una corrida.

Morales, Eugenio (*Jetafe*).—Novillero que tenía más seguridad para matar reses emboladas, subido en zancos, que para correrlas á pié. Trabajó en muchas plazas desde el año 1866, ó tal vez antes, hasta ocho años después en que se le perdió de vista: sabía poco de torear y era natural del pueblo que tiene el nombre de su mote.

Morales, D. Enrique.—Caballero en plaza en las fiestas reales de 25 de Enero de 1878 apadrinado por la grandeza. Es empleado de Hacienda pública, buena figura y simpático. Vistió un precioso traje á la chamberga, azul y grana con lises de oro. Hijo de un distinguido jefe de administración, nació en Madrid en 1853, y tampoco obtuvo favor ni distinción alguna de quienes debieron dársela.

Morales, Manuel (*Mazzantínito*).—Pequeño de estatura, lo ha echado todo en coraje. Cree el chico que los toros de cinco años son lo mismo que los becerros que toreaba en las cuadrillas de niños á que perteneció, y se atreve y adelanta, metiéndose con valor en terreno peligroso. Calmate y para, que puedes hacer falta.

Morallán, Blas (*Naranjito*).—A un hombre como este, que mata toros en novilladas cuando se le proporciona, hay que llamarle matador. Más nos gustaría llamarle antes torero.

Moreira, Víctor.—Hace tiempo que no torea, desde mucho antes de ser nombrado ayudante del Rey de Portugal, cuyo cargo desempeña. Su afición le llevó á recoger aplausos, rejoneando toros con destreza, pero no por retribución.

Moreno, Francisco.—La única noticia que de este picador tenemos, es la de que trabajó en Sevilla el 31 de Diciembre de 1829.

Moreno, Juan.—Picador de toros malagueño y tuerto por más señas, de lo que le venia el apodo-

del *Tuerto de Carnecería*, calle en la cual tenía una tahona. Este torero, que logró cierta fama y popularidad en su país, contaba con medios de subsistencia, y de no pocas corridas; fué empresario de la Plaza de toros, que por los años de 1817 á 1830 hubo en el sitio de la Pescadería de dicha ciudad de Málaga.

Moreno, Antonio.—Consta en carteles que era banderillero de la cuadrilla del *Tato*, pero no consta á sus contemporáneos si ponía banderillas.

Moreno, Antonio (*Lagartijillo*).—Tomó la alternativa de matador de toros en una fecha inolvidable, y que será siempre de constante recuerdo para los verdaderos aficionados al arte de torear. El 13 de Mayo de 1890 se retiró del toreo el coloso del arte Salvador Sánchez (*Frascuelo*), y en el mismo día, en la Plaza de Madrid recibió la investidura



de doctor en tauromanía, de manos de Salvador, este joven español, que nació en Granada el día 23 de Diciembre de 1866, siendo hijo de José y de Francisca Fernández, quienes le dedicaron á un oficio, al que no atendía porque le ocupaban más la atención las novilladas y corridas de becerros á que desde bien pequeño asistió, burlando la vigilancia de sus padres. Creció el muchacho, y ya de

su provincia marchó á la de Málaga, haciéndose novillero, y queriéndose presentar en Madrid en fines de 1888, que es la primera vez que figuró su nombre en los carteles de la corte. El 30 de Diciembre lidió con *Pepete* cuatro toros, agradando bastante á la concurrencia, y desde entonces trabajando en muchas provincias con buen éxito. Quería *Frascuelo* ver si de este muchacho que tan buenas condiciones presentaba para torear, podía hacer un buen matador de toros, y con dicho fin se le llevó á Santander, donde trabajaron el 25 y 27 de Julio, y después el 5 de Agosto inauguraron ambos la plaza de Oviedo. *Lagartijillo* no tiene gran estatura, pero es fuerte y robusto; torea con desembarazo, sin floreos y con valor; pero le ha faltado el maestro cuando más le necesitaba, sin embargo de lo que, de seguir adelantando tanto como ahora demuestra llegará indudablemente al puesto á que aspira.

Moreno, Manuel.—Picador de toros de condiciones regulares que no quiere quedar mal, pero que pocas veces consigue quedar bien. Es suelto á caballo; tal vez demasiado, puesto que no se une á él cuanto debiera, y después de diez ó más años que está trabajando, debía estar más arriba, que buena aptitud tiene para ello. ¿Por qué cuando quiere arranca palmas?

Moreno, Anselmo.—Tampoco nos es conocido el banderillero de este nombre, ni de él nos han dado razón más que algunos carteles.

Moreno, Antonio (*Machaca*).—Dicen que mata toros allá en Andalucía. Mucho ha de machacar, si su nombre ha de ser más oído que hasta ahora.

Moreno, Juan (*Juanerito*).—Picador de esperanzas, según dicen los que le han visto trabajar en varias plazas. En la de Madrid, cuando lo ha hecho, se ha lucido bien poco, y si bien no ha llamado la atención por malo, ha estado muy distante de lo bueno. No sabemos si es este el picador de igual nombre que trabajó en Sevilla el 11 de Agosto de 1878.

Moreno, Angel.—Otro banderillero principiante en novilladas, de quien no hay más noticias ni antecedentes, que las de ser nacido en Madrid en 1870, haber sido albañil, á cuyo oficio le dedicaron sus padres Nicomedes y Francisca de Pablo, y emprender la afición al toreo prácticamente en 1889. Es valiente,

Moreno, Cipriano (*El Moreno*).—Monta á caballo y pone varas á los toros de las novilladas, demostrando más valor que inteligencia. Eso es todo lo que ha hecho en el poco tiempo que lleva trabajando.

Moreno, Rafael (*Beao*).—Picador de buenas condiciones, poco alegre, y de mediana voluntad. Cuando quiere entra por derecho y castiga sabiendo lo que hace, en términos de que hay ocasiones en que valiera más no lo supiera. Puede con su trabajo ahormar la cabeza á un toro, pero muchas veces los ha estropeado con intención.

Todo eso prueba que sabe y vale; pero también indica que hay veces en que valdría más que supiera y valiera menos.

Moreno, Juan (*El Americano*).—Espada mexicana, que tiene más de valiente que de entendido, y eso que no es torpe, según afirman los que allí le han visto trabajar. Hoy vive ya retirado del toreo.

Moreno, Manuel (*El Suplente*).—Banderillero de poco nombre. Es nuevo y promete poco: sin embargo ¿quien sabe?

Moreno Rodríguez, D. Manuel.—No porque haya ilustrado nuestra obra con preciosos dibujos y notables retratos, hemos de renunciar



á incluir en ella á tan distinguido artista. Como, por la razón expresada, pudiera creerse exagerado cuanto de él dijéramos, nos vamos á limitar á la copia exacta de lo que no ha mucho ha dicho de él un apreciable escritor.

«Este dibujante es un artista tan notable como

modesto. Sin otro apoyo que su perseverante trabajo, viviendo en el rincón de su luminoso estudio con la labor cotidiana, viene, desde hace años, abriéndose camino, ya con su pincel, ya con su lápiz, donde quicra que una cosa u otra se estina y se paga. Nacido en Madrid, siente con delirio el pueblo de los barrios bajos: criado en Galicia, hay en su paleta visiciones de paisajes de notas melancólicas: educado en Andalucía, son familiares para su mano los trazos que marcan las garbosas siluetas de los tipos femeninos de aquella hermosa tierra. Conoce y practica todos los procedimientos pictóricos. Pinta á la aguada, al negro y blanco, al óleo y dibuja á línea y á mancha. Crea para las piedras litográficas verdaderas obras maestras.»

Mucho más dice el ilustrado escritor, y mucho más pudiera decirse de este gran aficionado á toros, que con su lápiz ha difundido por todas partes el amor á la fiesta nacional, y con su mérito ha traído á nuestra obra evidentes muestras de su privilegiado talento. Añadiremos únicamente, por que su colaboración nos impide hacer elogios, que Moreno Rodríguez es un caballero fino, amable y simpático.

Moreno, Eloy (Morenito).—En Septiembre de 1887 murió en Alburquerque, de la provincia de Badajoz, este chico andaluz que en dicha ciudad se crió y vivió desde muy pequeño.

Parece que al refugiarse en un burladero perseguido por un toro de D. Filiberto Mira, esperó el animal en la parte de fuera, y cuando Eloy fué á echarse al ruedo, creyendo que aquél había pasado ó no le veía, le cogió y le hirió en la ingle, de cuyas resultas falleció en seguida.

Morillas, José (Morillita).—Mata toros en novilladas, allá por Andalucía, sin que acerca de sus merecimientos haya pregonado la fama cosa alguna.

Morillo, José (El Chico).—Matador en novilladas allá por los años de 1870 y siguientes, sin que se viesen trazas en este sevillano de lograrlo con aceptación. Era muy basto y nada inteligente, así que dejó el oficio.

Morillo, Manuel.—Banderillero sevillano, de poco nombre aún, y que va despacio á conquistarle. Está bien que no corra ni se precipite, pero á paso de tortuga nunca se llega á la meta.

Morón, Guillermo.—Este picador, cuyo campo de operaciones está en México y otros puntos de

aquellas repúblicas, no es valiente, es más que eso, pero no sabemos darle nombre. Figúrense los lectores que en cierta ocasión al ver entrar al toro, arrojó al suelo la vara y desde el caballo se tiró él sobre el testuz y á modo de pegador portugués se agarró á las astas y sujetó al animal.

Morón, José.—Picador de toros hace más de quince años, que no sabemos si habrá quedado como el gallo de su apellido, porque nadie da razón de su persona.

Morrillo.—Es el cerviguillo ó parte superior del cuello del toro, sitio donde se debe picar, pero en lo alto. Esta parte carnosa dicen que es muy dura y resistente.

Morriones.—Toro de la ganadería de D. José Linares, vecino de Cabra, en cuya plaza fué lidiado el día 24 de Junio de 1878 matando siete caballos, inutilizando á dos picadores y estando en grave peligro el espada Manuel Fuentes (*Bocanegra*). El público pidió se le librara la vida y así se hizo, destinándole á semental; más tarde á petición de muchos aficionados le lidiaron nuevamente en 20 de Agosto de 1882 y entonces dió muerte á seis caballos, siendo noble en todas las suertes, á pesar de contar ya once años, estoqueándole Machío bastante bien.

Mornecho.—Así llaman en Madrid al novillejo corretón, sin condiciones de lidia, que suelen destinarse en las mojigangas y novilladas á ser corrido embolado por los jóvenes aficionados que en tropel bajan al ruedo, tal vez á llevar alguna costalada que les cueste la vida.

Mota, Juan.—Banderillero del toreo verdad, ha cumplido bien mientras ha trabajado, y en Madrid, de donde es vecino, tiene muchas simpatías. Se retiró porque dedicado al comercio, su familia le hizo comprender las ventajas de una vida tranquila. Nació en esta corte, barrio de Lavapiés, el día 9 de Agosto de 1830 siendo hijo de D. Juan Quintín y de Doña Lorenza Bosque, honrados menestrales. Aprendió de Matías Muñiz desde 1850, figuró en varias cuadrillas de primer orden y es el que más eficazmente contribuyó para que consiguiese en Madrid la alternativa el famoso Salvador Sánchez (*Frascuelo*), de quien fué siempre idólatra admirador. Al abandonar éste la arena, Mota, que hacía bastantes años se había retirado, quiso acompañarle en aquél célebre día 13 de Mayo de 1890,

y el buen sexagenario salió al circo vestido de torero con la misma gallardía que en sus mejores



tiempos, teniendo la satisfacción de despedir sano y salvo, al que dijo con cierto énfasis: «yo te abrí las puertas del templo de la fama».

Mota, José María.—Picador de toros en las plazas americanas, donde dicen que se porta bien y con inteligencia.

Motta, Rafael.—Hace ya tiempo que no trabaja este valiente portugués, que ha sido un mozo de forcado de los más notables aficionados.

Mourisca Junior, Mannel.—Farpeador á caballo de reconocida inteligencia, excelente jinete y sereno en el peligro. Su trabajo es muy apreciado por los aficionados portugueses, que conceden á su paisano un distinguido puesto en la equitación y en la tauromaquia. Es hijo de Mamel de Bastos Ferreira, que por ser natural de Mouriscos adquirió el apellido de Mourisca, por el que fué siempre conocido. Nació en Freixiendas, concejo de Ourein (Portugal), el 14 de Septiembre de 1844; es discípulo de equitación del afamado Juan dos Santos Sedven, y se presentó por primera vez al público

en Lisboa en 1864. Luego fué en algún tiempo encargado de la torada del primer ganadero portugués da Cunha, y después, en una corrida de competencia celebrada en 1875, recibió el primer premio adjudicado por un jurado de inteligentes al mejor caballero tauromaquico. Hace mucho tiempo se le murió un caballo de treinta y un años de edad, tan amaostrado y de tal instinto, que solo, sin guiarle, sabía entrar y salir de la suerte con gran oportunidad. Se halla hoy casi retirado, pero los portugueses, entre los que tiene tantos admiradores, no olvidarán nunca fácilmente la destreza y brillantes cualidades de tan notable lidiador.

Moyano, José (El Rubio).—Otro banderillero sevillano, que parece atrevido y valiente. Todavía es pronto para juzgarle, porque aunque el público madrileño le ha llenado de humo la cabeza, por su descaro y su inmejorable modo de clavar los palos, bueno es reservarse hasta ver si mide mejor los terrenos al entrar y si no retrasa tanto las salidas como ahora. Ha ensayado, de buenas á primeras, el matar cuatro toros de puntas en una novillada de 1893, y la prueba le habrá convencido de que le engañaron todos los que á ello le indujeron. Si



va adelantando podrá llegar á ser gran banderillero dentro de dos años, y tal vez espada regular dentro de cuatro; antes no. Nació en Sevilla el 25 de Diciembre de 1867, parroquia de San Vicente, y es hijo de Antonio é Isabel, que le dedicaron á ebanista, cuyo oficio dejó por el de torero antes de los veinte años de edad.

Mozo.—Se dice buen mozo á un toro grande de buen trapío. Mozos de cuadra ó de caballo son los que cuidan de éstos y auxilian á los picadores á montar, colocar estribos y alargar las garrochas en plaza. Van uniformemente vestidos en Madrid y en algunos otros puntos, y por cierto de muy mal gusto de algunos años acá, en términos de que la gente de buen humor los llama *monos sabios* de apodo. Nosotros los hemos conocido vestidos con calañeses y traje nacional y no afrancesado como el que hoy usan, y que tan mal pega para las fiestas de toros.

Mozos do Curro é Abegao.—Son en Portugal los que en España llamamos vaqueros y mayorales. Todos los ganaderos envían ocho para cada corrida y en las que celebran los hidalgos ocho más, pero tienen obligación de hacer *pegas* en los toros, que no pueden ser *pegados* por los destinados á ese fin. He aquí la lista de los más conocidos: Eduardo Oren (*Pero Palha*), mayoral.—Manuel Caetano Tinoco.—Alfredo Ruy da Silva.—Juan Fletcher Junior.—Juan Carlos Correia Pinto Moraes Sarmiento.—Reinaldo Ferreira Pinto, mayoral.—D. Manuel d' Almeida de Vasconcellos (*Capa*).—Enrique de Souza.—Alejandro Vasconcellos Sá.—Conde de Caparica.—Casiano Amorin.—Don Fernando Luis de Souza Coutinho (*Redondo*), mayoral.—José Martín d' Oliveira.—Fernando Bastos.—Braulio da Cunha Belem.—Cesar da Cunha Belem, y otros varios

Mueco.—Pilarote de madera que sirve para embolar novillos y toros. Está colocado en los toriles entre dos burladeros á propósito que oculta un torno, cuya maroma entra por un agujero que el *mueco* tiene en el centro, y que, enlazada á las astas del toro, sirve para traerle y sujetarle, mientras los carpinteros y operarios le sierran las astas y colocan bolas. No comprende esta voz el *Diccionario* de la Academia. (Véase la página 265).

Mulas, Pedro (*El Salamanquino*).—En el año de 1840, y en la temporada de invierno, mató toros en Madrid dicho torero, que no volvió á ser contratado. Sin embargo, la gente de su país tenía en él grandes esperanzas porque había trabajado con buen éxito, entre otros con el célebre Montes en Valladolid, Zamora, Toro y Salamanca, y supusieron que en Madrid se le preparó de intento mal ganado para que no se luciera. En su provincia llamaronle *El Fraile*, de sobrenombre, porque siendo de corta edad le vistió con hábitos su madre, siguiendo una costumbre entonces muy admitida.

Mulato.—Se llama negro mulato al toro que, siendo negro, tiene este color mate feo, sin brillo ni limpieza, que tira á parduzco.

Muleta.—Es el engaño que usa el diestro para la suerte de matar. Consiste en un capote sin esclavina un poco más corto que los de correr los toros, y que doblado por la mitad, ó sea punta con punta, se coloca en un palo de unos cincuenta centímetros de largo, del grueso de los de banderillas, que tiene al remate exterior una pequeña verola con un hierro, en el que encaja, por medio de un ojete abierto en la tela, la parte correspondiente al sitio donde debiera estar el cuello del capotillo; y como el diestro recoge las puntas para cogerlas con el extremo del palo al mismo tiempo que éste, queda formando el todo un cuadro, lamido únicamente uno de sus ángulos (el inferior más cercano al diestro) por la forma redondeada que antes hemos dicho; de modo que la parte exterior inferior es más larga y toma todo el vuelo que el matador sepa darle al extenderla. No hay defensa mejor para el torero, que la muleta bien manejada. Hablando del modo de torear, un aficionado del siglo pasado decía: «El timón de esta nave es la muleta en que Pedro Romero es inimitable, ya llevándola horizontalmente al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriéndole el piso donde ha de caer ó que ha de besar, mal de su grado; aquella muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que á veces la obedece como un caballo al freno». La definición que da la Academia á esta voz, no es tan clara ni completa como la ya expresada.

Múnera, Germán (*El Sastre*).—Banderillero natural de Alicante, que llevado de su gran afición, empezó á torear por los años de 1883 á 1884, trabajando principalmente en Barcelona, donde se le quiere por su modestia y voluntad. Trabajó tres años más tarde en Filipinas, y rara es la plaza de Cataluña que no le haya aplaudido.

Munilla, Ensebio (*El Esparterito*).—¡Válgame Dios, y qué afán de remedar en todo al que en algo se distingue! Ni en figura, ni en arte, ni en nada, se parece este chico al *Espartero*, que era un matador de toros. El también los mata en novilladas desde hace poco tiempo, pero volvemos á decirlo: esc mote es de mal sino, que García que le usó primeramente, y otro después, han muerto en las astas del toro, sabiendo de tauromaquia mucho más que este muchacho, á quien deseamos mejor ventura.

Munilla, Vicente.—A poner banderillas se dedica en toros de novilladas, pero no será banderillero si no piensa más en lo que hace, y se detiene en sus precipitados arranques.

Muñiz y Cano, Matías.—Notable banderillero, muy aprovechado é inteligente, discípulo del célebre *Capa*, y tan fino y apuesto como el primero de los toreros que han pisado el redondel. Trabajó con el *Chiclanero*, después con *Cáchares*, y luego con el *Tulo*. Era natural de Ciudad Real, donde



nació el 24 de Febrero de 1822, y murió á consecuencia de una hidropesía el lunes 22 de Abril de 1872 á las cinco y media de la tarde, viviendo en la calle del Olmo, número 18. Sus restos descansan en el nicho de primera clase, número 303 del patio de San Benito, sacramental de San Martín y San Ildefonso.

¡Cómo se echa de menos á toreros tan inteligentes como lo fué éste!

Muñoz, Antonio (Valentín).—Banderillero de poco nombre, natural de Cádiz que acompañó en sus excursiones á *Paco de Oro* por Europa y América.

Muñoz, Antonio (El Troni).—Gaditano que picaba novillos en el año 1865 y fué uno de tantos que *amargan* con su falta de arte.

Muñoz, Manuel (Manolo de Granada).—Banderillero en novilladas, bien apañadito y compuesto y nada más. Mientras unos informes nos aseguran que hace doce años se retiró del toro, otros dicen que marchó á América y no se ha vuelto á saber de él.

Muñoz, Manuel (Manolete).—Picador de toros desde 30 de Mayo de 1858 en que apareció en Sevilla, sin haber dejado tras sí recuerdo alguno favorable al arte. Era sordo en extremo, y ya viejo, andaba guiando un carro por las calles de aquella ciudad no hace muchos años.

Muñoz, Juan.—Por los años de 1796 y después con los matadores Conde y *Perucho*, trabajó en varias provincias éste picador de toros, natural de las Cabezas de San Juan, provincia de Cádiz.

Muñoz, Miguel.—Tomó la alternativa de picador de toros en Sevilla el 17 de Diciembre de 1820, sin hacerse notar por su trabajo.

Muñoz, Tomás.—Con Pablo de la Cruz alternó en Sevilla como picador el 16 de Octubre de 1826. No ha dejado fama en el toreo. En Madrid no gustó el 4 de Junio de 1832.

Muñoz, José (Pucheta).—Valía poco como matador, pero era valiente y bravo aunque desgarrado. Trabajó alternando con *Cáchares* en Madrid. Sin duda para conseguir su ajuste en 1855 le valió la preponderancia que sobre las masas populares adquirió en los sucesos de Julio de 1854. Fué empleado por el Gobierno, y en 1856, el 16 de Julio, asesinado en las afueras de la Puerta de Toledo, cuando se retiraba de Madrid despues de desceperada lucha en las calles.

Muñoz, Francisco (Pucheta menor).—Hermano del desgraciado espada que, por meterse en política, murió asesinado en las afueras de la Puerta de Toledo el año 1856. Francisco ha sido un banderillero basto, pero valiente y desceoso de cumplir. Se retiró despues del año de 1868 para servir destinos públicos de nombramiento de la casa real, y ha fallecido en Madrid el año de 1892.

Muñoz y Domínguez, José.—Nació en Sevilla el 2 de Febrero de 1812, siendo sus padres María Domínguez y Tomás Muñoz, conocedor acreditado en Andalucía, que sirvió un tiempo en la notable ganadería de D. Justo Hernández. Su abuelo paterno, que tuvo á su cargo la labranza, yeguada y ganadería vacuna del marqués de Esquivel, ocupó á José en las faenas de campo, hasta que éste, en 1841, se hizo picador de toros, estrenándose con gran aceptación en la plaza de Jerez, como

parte de la cuadrilla del célebre Francisco Montes. En sus buenos tiempos lucía este picador en la plaza tanto como el que más, por su buen aire, su excelente escuela y notable inteligencia. Era tan fino en su arte como el famoso Trigo, de quien fué compañero; pero no era tan duro como éste, aunque mucho mejor que otros que pasan ahora por buenos. Todavía á pesar de los años ha figurado en las funciones reales de 1878. Ha fallecido en Madrid hace muy pocos años, fué buen mozo y su retrato, como tipo, figura en el famoso cuadro de Castellano *Las Caballerizas*.

Muñoz, D. Daniel.—Notable escritor uruguayo, que con el seudónimo *Sansón Carrasco* defendió en la prensa de Montevideo, con incontrovertible lógica y admirable argumentación, las corridas de toros, cuando en 1888 pidieron los diputados de aquél país la prohibición de las mismas.

Muñoz, Cándido (*Pulguita*).—En nada se parece á Santos López que tiene ese apodo hace algunos años. Pone banderillas y se da buena maña, pero hay mucha distancia de uno á otro: sin embargo, como es más joven, es más atrevido y por su gran voluntad va adelantando, distinguiéndose como peón de brega especialmente.

Muñoz Cantoral, Ignacio.—No se explica nadie la razón de que este antiguo y valiente banderillero andaluz, no haya adquirido el renombre que merece en el arte del toreo. Otros le tienen con menos motivo, pero es seguro que ya no le ha de conquistar.

Muñoz, Rafael (*Mochilón*).—Banderillero mexicano, que recorre, luciendo su habilidad con los palos y el cupote, todas las plazas de América en que se le proporciona trabajo.

Muñoz, Joaquín (*Belloto*).—Matador de toros en novilladas, atrevido, con cierta desenvoltura que le hace aparecer como inteligente. Si lo fuera, ya estaría más adelantado, al cabo de los años que hace que se dedicó al oficio, toda vez que valor le sobra y voluntad también. En Madrid se presentó por primera vez en Julio de 1887. Dicen que es natural de Málaga.

Murciélago.—Cuando poseía D. Joaquín de Val la ganadería que hoy pertenece á Doña Ramona Saez, viuda de Gota, compró el espada *Lagartijo*, una corrida de esa vacada para lidiarla en Córdoba y colocó en quinto lugar al toro llamado *Murciélago*, colorado encendido y bien armado, que tomó veinticuatro varas y al ser banderilleado, el público pidió se le perdenase la vida á lo que accedió la presidencia. El valiente bicho, después de curado, fue adquirido por D. Antonio Miura, que le pidió á *Lagartijo* y éste al ganadero. Parece que después fué destinado al cruce con sesenta vacas miureñas, muriendo luego de accidente casual. La mayor parte de los toros de Miura que salen de dicha pinta proceden de dicho cruzamiento.

Murillo, Vicente.—Banderillero de escaso nombre. Es verdad que siendo tan moderno poco puede haber adquirido hasta ahora.





N., Manuel (*El Catalán*).—Por solos este nombre y apodo figuraba en 1824 un banderillero que en carteles se decía ser de Sevilla, y cuyos méritos son desconocidos.

N., José (*El Fraile*).—Sin más que este nombre y alias aparece también en carteles de dicho año de 1824 este banderillero sevillano, á quien daba ocupación el bravo espada Hidalgo. No es fácil, dado el tiempo que ha pasado, adquirir noticias de esos toreros, cuyos apellidos se ignoran, pero da lugar á creer que su mérito no sería muy relevante esa misma circunstancia de falta de fama ó renombre.

N., Francisco (*El Panadero*).—Matador de toros, natural de Granada, que alternaba en 1826 con Manuel Lucas Blanco, según cartel en que no consta su apellido, pues aparece anunciado para una corrida que se efectuó en Málaga el día de San Juan con sólo el título de *Curro el Panadero*.

Nadar.—Llaman así los aficionados al acto de agarrarse un picador á las tablas ó barrera, abandonando el caballo que monta, ya por haber dado un marronazo y habérsele colado el toro, ya por no poder resistir el encontrón de la acometida del mismo. Es un acto perjudicial para el picador y

digno de censura; pero hay ocasiones en que no puede evitarse, por ejemplo, cuando estando cerca de las tablas, y cogiendo el toro de lleno al caballo, arroja con ímpetu al jinete contra aquellas y las toma por refugio.

Naranjero.—En 5 de Junio de 1859 un toro así llamado, de la ganadería de D. Manuel García Puente López (Alcas), de Colmenar Viejo, al ser encerrado en uno de los toriles de la Plaza vieja de Madrid, entró con tal violencia, que, dando contra la tapia, quedó en el acto desnucado; caso raro nunca ocurrido en esta Corte.

Naranjito.—Fué un banderillero cuyo nombre no hemos podido averiguar. Parcaba con aceptación por el año de 1748, y era natural de Castilleja de Guzmán, en la provincia de Sevilla.

Cuando aún suena su nombre, debió distinguirse mucho.

Narciso, Andrés.—No ha sido gran notabilidad en su arte este banderillero, de quien alguna vez echó mano *Cúchares* para aumentar su cuadrilla, así que nadie sabe si era andaluz ó castellano, y muchos ni siquiera le recuerdan.

Nassiet, Mr.—Toreador francés que, allá en su país, goza fama de bravo y entendido en la lidia, á la francesa, de toros bravos. Tiene tal fuerza de piernas y tal agilidad, que espera las reses, y, á pié firme, engendra y ejecuta el salto de cabeza á cola con la mayor limpieza.

Así lo dicen, y hay que creerlo, que cosas más raras hemos visto en los circos á los acróbatas, y no es nuevo ese salto en los anales taurinos.

Natera, D. Cayetano.—Con motivo de las fiestas reales que en Málaga se celebraron en 16 de Septiembre de 1686 trabajó como caballero en plaza este ilustre hijo de dicha ciudad.

Navarra.—Suerte de capear, tan airosa ó más que la verónica. Puede ejecutarse con toros que se ciñan, revoltosos, y sobre todo con los abantos y boyantes; pero no debe hacerse con los de sentido, burriciegos de segunda y tercera, tuertos del derecho, ni con los que ganan terreno. El diestro se coloca frente al toro con la capa extendida lo mismo que para la verónica y lo más cerca posible; al acudir el toro, le tiende la suerte, se la carga mu-

cho cuando llegue á jurisdicción, es decir, tuerce el torero su cuerpo de perfil, alargando los brazos y teniendo los pies en la mayor quietud para llamar al toro y hacerle la suerte á un lado, y cuando ya vaya fuera y bien humillado, le arranca con prontitud la capa por bajo del hocico con dirección opuesta á la que llevaba, y da entonces una vuelta en redondo con los pies juntos por el terreno de adentro, quedando de nuevo frente al toro preparado para otra suerte. Con toda clase de toros con que se ejecute esta debe tenerse presente: que las reses han de conservar todas sus piernas; que la vuelta que da el torero ha de ser muy rápida; que á los toros revoltosos se les ha de dar salida larga, lo cual se consigue cargando más la suerte y perfilándose más antes de sacar la capa; y que el torero que no tenga fuerza en las rodillas intente pocas veces ejecutarla.

Navarrete, Antonio.—Cumplió como picador en la cuadrilla del desgraciado matador Antonio Sánchez (*El Tato*). Tomó la alternativa en Sevilla el 15 de Agosto de 1847, siendo ya conocido en otras plazas de Andalucía.

Navarrete, Angel.—Natural de Madrid y banderillero regularcito, que trabajó algunas veces en la cuadrilla del *Tato*. Falleció en el Hospital de la Princesa el 27 de Diciembre de 1860, á consecuencia de unas calenturas tifoideas.

Era un muchacho modesto y simpático.

Navarro, Alvaro.—Torero que mataba en novilladas y de mala manera, allá por el año de 1870. Era jerezano, y no sabemos si vive ó no. En Madrid no llegó á presentarse.

Navarro, Miguel (*El Cartagenero*).—Si hubiera sabido tanto como valiente fué para matar toros en novilladas, hubiese ascendido más, al cabo de los años que llevaba en ejercicio. Ya se ve, estos hombres se van ante los toros sin más nociones de tauromaquia que las de su imaginación obstruida, y demasiado hacen si van librando el pellejo. Falleció hace pocos años, según nos aseguran.

Navarro, Juan de la Cruz.—Suena el nombre de este muchacho como matador de toros en novilladas. Creemos que hasta ahora no es conocido más que en Andalucía, y no tanto como él quisiera.

Navarro, Valentín.—Lo mismo que al anterior puede calificarse á éste, en todo y por todo; sólo que quiere añadirse nada menos que el apodo de *Bombita*, que sólo corresponde hoy á Emilio Torres y perteneció hace más de veinte años á Juan Sánchez.

Es decir, que ni Valentín ni Juan han desputado hasta ahora.

Navarro, Vicente (*El Tilo*).—Espada muy conocido en las regiones mexicanas, donde ha trabajado con éxito muy vario. Allí, como aquí, cualquiera se hace matador de toros, sin haber antes echado un capote ni tomado en sus manos las banderillas. ¡Qué tiempos!

Navarro, Joaquín (*Quinito*).—Ha logrado que en él se fije la atención, y esto ya es algo. Su nombre figura en bastantes carteles de plazas andaluzas, como matador sin alternativa; pero de ahí no



sale. ¿Por qué será? Pocas veces le hemos visto trabajar, y en ellas ha estado valiente y con regulares conocimientos, nada más que regulares, sin demostrar gran inteligencia en el uso del estoque.

Navas, Abelardo.—En las plazas de toros de la isla de Cuba, fué banderillero que cumplía bastante bien, hace pocos años. No sabemos si es, ó era hermano ó pariente de

Navas, José.—También banderillero en Ultramar y en el año de 1886, á las órdenes del espada apodado el *Niño*, que suponemos sea Fernando Gutiérrez. Es natural de Cádiz, y sus paisanos llamábanle *Frasculín*.

Navas, Ruperto (*Navitas*).—Novel banderillero que trae alientos, pero le falta arte. Puede adquirirle estudiando y atendiendo lo que hacen los buenos, y en esto ha de cuidar de escoger bien, que hay muchos que pasan por tales y son muy malos.

Negro.—El toro cuya pinta ó pelo es totalmente de dicho color, si bien se dice negro lombardo al que tiene la piel de un negro pardo, cuyo tinte se inclina por el lomo á colorado obscuro; negro zaino, mohino ó mulato al negro puro, aunque el último es más pardusco; y negro azabache al que, siendo negro, tiene el pelo lustroso y brillante; cosa que generalmente no da la pinta, sino el trapío, por efecto de los buenos pastos y esmerada crianza.

Negrón, José.—Banderillero sevillano de la cuadrilla de Antonio Carmona (*El Gordito*), que trabajaba á conciencia, y algunas veces estoqueaba en calidad de sobresaliente. Murió en Tomares (San Juan de Aznalfarache, Sevilla), á consecuencia de enfermedad del pecho, el día 3 de Julio de 1873. Llamábanle algunos de su país por el mote de *Negri*.

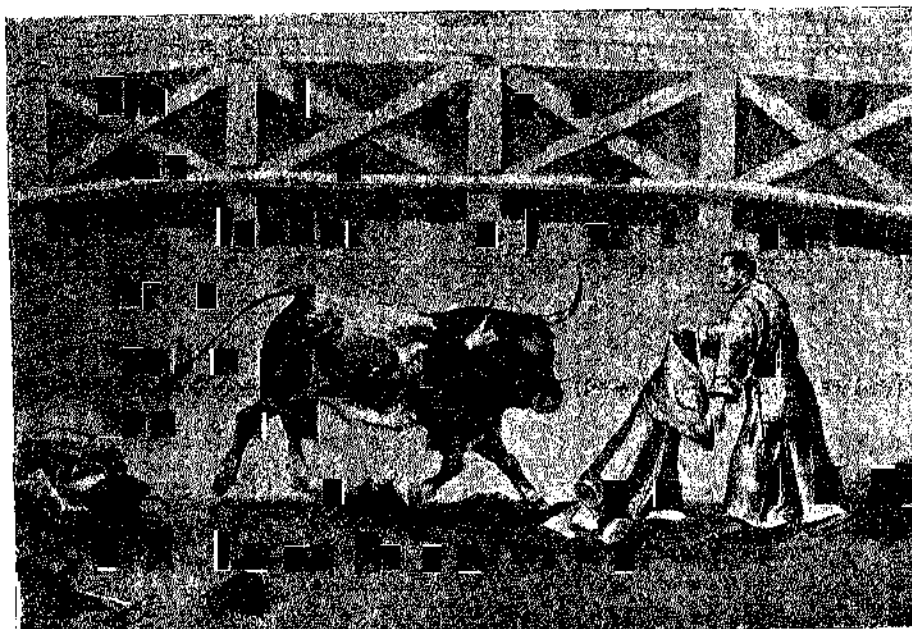
Negrón, Pablo.—Fraile mercenario, andaluz, residente en un convento de la ciudad de Lima, en el Perú, á principios de este siglo. Era muy entendido en tauromaquia y su opinión respetada por los toreros de aquel país. En el mes de Agosto de 1816 se celebraron en Lima grandes fiestas para solemnizar la recepción del nuevo virrey del Perú, marqués de Viluma, y entre ellas se dispusieron tres tardes de toros en la plaza Mayor, porque en el circo ordinario no se verificaban, como tampoco en España, las funciones reales. Ocurrió que en la primera tarde, un toro del país, llamado *Relámpago*, cogió al espada Pízi, negro de color, hiriéndole gravemente, en cuyo momento, el Padre Negrón, que ya le había gritado antes «fuera de ahí», salió del andamio á la plaza, se quitó la capa del hábito blanco de lana, y con ella dió al toro tantos lanceos á la verónica, navarra y de todos modos, que le dejó rendido, dando tiempo para retirar de la arena al infortunado torero. Por este hecho fué castigado, suspenso de misa y demás funciones sa-

cerdotales, y se le prohibió salir del convento sin licencia del prior, hasta que, pasado algún tiempo, y por estar enfermo, se le envió al pueblecito inmediato de la Magdalena, y llevado de su afición taurina, estaba constantemente visitando las vacadas ó haciendas inmediatas, lanceando de capa cuantas reses se le presentaban. Una de ellas le apretó contra una tapia, rompiéndole un brazo, con lo cual quedó imposibilitado para el torero.

El P. Negrón quiso probar indudablemente que *el hábito no hace al monje*.

en la mano una farpa, que no debe emplear si no se ve perseguido por el toro. Cuando hay *neto* en la plaza que transmita las órdenes del *inteligente* no hay clarín.

Neto Molina, Juan (El Bravo).—El 20 de Septiembre de 1874 alternó este picador en la plaza de Sevilla, sin causar su aparición gran entusiasmo. Se ignora su paradero, y el motivo de haber tomado un apodo tan significativo y que á tanto obliga, para después...



EL P. NEGRON EN LA PLAZA DE LIMA. — MACÍAS

Nergan, Juan Cosme de.—Autor de un curioso y bien escrito libro, publicado en 1813, en que se defienden atinadamente las fiestas de toros, y se titula *Las corridas de toros vindicadas por un chispero en conversaciones familiares, en las cuales también se trata del buen uso de las diversiones públicas*. Cita á este autor con elogio el erudito Sr. Carmena en su curiosísimo libro *Bibliografía de la tauromaquia*.

Neto.—Así llaman en Portugal á los alguaciles que están á las órdenes de la Presidencia; pero hay allí la circunstancia de que prestan su servicio á caballo dentro del redondel. Hace muchos años que se quitó esa antigua costumbre, aunque todavía se recuerdan los nombres de Silvino dos Santos Teisceira, Edmundo Cordero da Silva, Julio Botelho y Luis Nouville; sin embargo, en los cercados de hidalgos continúan los *netos* sus funciones, desempeñadas por un buen jinete, que lleva

Nevado.—Se llama así al toro que, sea cualquiera el color del fondo de su piel, tiene en ella, más ó menos abundantes, muchas manchas blancas pequeñas, lo más de una pulgada de extensión. No debe equivocarse con el sardo, y mucho menos con el berrendo, ni el girón.

Neves, José dos.—Fué en Portugal un buen mozo de forcado, pero ya no trabaja. No nos han dicho si lo fué por afición ó como torero retribuido, ni cuál fué su época, que suponemos fué relativamente remota, pero del presente siglo.

Neues Oneron, D. Onairpic.—¡Jesús qué nombre y qué apellidos! ¿A dónde habrá ido á adquirirlos este torero mexicano, rejoneador, banderillero á caballo y matador á estilo de España? Elógianle mucho los periódicos de su país, pero algo tendrá en su contra cuando no es de los que más trabajan.

Se necesita hacer un estudio detenido para formar lo que consideramos un anagrama de otros nombres y apellidos, pero ya que le hubiera hecho, formárale siquiera *pronunciable*.

Nicolau, Antonio.—En novilladas parece mató toros hace más de cuarenta años. No ha llegado á nuestra noticia una palabra acerca de su mérito ni de su paradero. Sólo sabemos que en la ciudad de Orihuela trabajó el año de 1850 ó en el 51, pero nada más.

Nieto, Manuel (Gorete).—Nació en Guillena, Sevilla, el día 5 de Mayo de 1869, y antes de cumplir los dieciseis años ya corría como aventajado aficionado en las capeas y novilladas de los pueblos de dicha provincia, porque las faenas del campo á que sus padres le dedicaron le fueron muy poco gratas. Desde poco después ha figurado este torero en clase de matador de toros de puntas en



muchas novilladas formales celebradas en plazas de importancia, como Madrid, Sevilla, San Fernando, con bastante buen éxito; y en 1891 pasó á México, donde en cuatro meses trabajó veinticinco corridas, regresando á su país en 1892. Es valiente, ha sufrido cogidas de consideración, y cada vez se le ha visto más bravo, intentando en varias ocasiones la ejecución de la hermosa suerte de recibir, para la cual tiene excepcionales condiciones, puesto que es joven, buena figura, serio y pausado en sus movimientos. Si trabajase más frecuentemente podría formarse de él juicio exacto acerca de sus conocimientos de las reses y de su inteligencia en

el arte á que se ha dedicado, porque á veces parece muy entendido y otras irresoluto, como dudando qué hacer, y eso es peligroso á la cabeza de los toros.

Noble.—(Véase BOYANTE).

Noble, Juan (Chielanero).—Es uno de los toreros que más nombre tienen allende los Pirineos, lidiando reses del país en las plazas del Mediodía de Francia. Si es natural de aquella nación ó español, si vale algo ó no, y cuáles son sus condiciones, lo ignoramos absolutamente, porque no nos fiamos de lo que escriben los revisteros franceses, aunque á algunos parece que no les son extrañas las reglas del torero.

Nogales, Manuel (Ostión).—Matador de novillos, procedente de Sevilla, que en la plaza de Madrid, el 1.º de Enero de 1887, dió el salto de *Martincho* atados los pies con un pañuelo, y que además mató un toro, demostrando en ambas suertes gran valor. No hemos vuelto á saber de él. ¿Habrà ido á perfeccionarse en América?

Nogueras, Antonio.—En 15 de Agosto de 1862 trabajó en Sevilla picando en una corrida de toros con otros picadores, que como él no adquirieron gran renombre.

Nogueras, Manuel (Negrete).—Tampoco este picador ha despuntado en su oficio. No sabemos si será hijo ó pariente del anterior. Trabajó hacia el año de 1867.

Nolasco, Pedro (El Moreno).—Ninguno de los muchos aficionados antiguos á quienes hemos preguntado por este torero nos ha dado razón de él. Ha figurado, sin embargo, en fines del primer tercio del presente siglo en plazas de toros orden como matador.

Nombela, D. Julio.—Aventajado literato y escritor público, autor de la popular novela titulada *Pepe Illo, memorias de la España de pan y toros*, en que demuestra su entusiasmo por todo lo que nuestra nación tiene de bueno y grande.

Noriega, José (El Castizo).—Novillero sevillano, que alguna vez estoqueaba becerros adelantados

con más valor que inteligencia. Tuvo la desgracia de sufrir en Murcia una horrorosa cogida por un mal novillo el día 20 de Mayo de 1894, que le causó la muerte á las pocas horas. El día 23 fué conducido su cadáver desde la iglesia de Santa María al Cementerio, con gran solemnidad, acompañándole numerosa comitiva compuesta de individuos de todas las clases sociales. Los funerales se verificaron en la iglesia de San Juan de Dios. No hay noticia de que en Murcia haya ocurrido nunca caso igual, ni de que por falta de servicio facultativo transcurrieran *cuatro horas* sin que se le hiciese cura alguna hasta que fué trasladado al hospital.

Noriega, D. Eduardo.—Autor dramático mexicano y escritor taurino, intransigente con todo lo que no sea defender la escuela del toreo español, tal y como la escribieron los grandes maestros. Ha tratado sin compasión á empresarios, toreros y ganaderos en el periódico de su país *La Voz de España*, firmando con el pseudónimo de *Tres Picos*, fundando luego un periódico que tituló *La Muleta*, y más tarde, en 1894, *El Toreo Ilustrado*, que tiene mucha aceptación.

Noronha, D. Juan de (Paraty).—Se retiró del toreo hace bastante tiempo este distinguido mozo de forcado portugués. Tenemos formada la opinión de que nunca trabajó por dinero, sino como amador.

Novelli, D. Nicolás Rodrigo.—Publicó en Madrid en el año 1726 una *Cartilla de torear*, y en ella asegura que los primeros lidiadores de á pie fueron D. Jerónimo de Olaso, D. Luis de Peña Terrones y D. Bernardino Canal. Poco después de esa época es cuando empezó á trabajar como lidiador de profesión el célebre Francisco Romero.

El Sr. Carmena y Millán ha impreso á sus expensas, en 1894, la referida *Cartilla* con gran lujo, pero respetando escrupulosamente la ortografía del original, por no despojar al libro del carácter de la época: y de esa originalísima reimpresión, hecha con esmero por la casa tipográfica de los hijos de Ducazcal, en 58 páginas útiles, sólo ha hecho una tirada de 25 ejemplares, que como es consiguiente, son ya tan raros ó poco menos que el original.

Novillada.—Se llaman así las corridas de novillos que se verifican en los pueblos en las principales fiestas que en ellos se celebran. Al efecto cierran

la plaza con empalizadas, carros y carretas, y sueltan una á una, durante la mayor parte del día, las reses que en un lugar conveniente tienen encerradas, con las cuales los mozos juegan sin arma alguna, capeándolas y lidiándolas. Cuando el presidente lo determina, retiran el novillo y sueltan otro, sucediendo frecuentemente que uno mismo es corrido varias veces, lo cual ocasiona desgracias irreparables. Sin duda alguna de este modo era como en un principio los moros, y luego los españoles, corrían los toros, y por eso también se dictaron tantas disposiciones encaminadas á prohibirlas, en vez de reglamentarlas, como debieron hacer. Un autor notable escribía sobre este particular en el último tercio del siglo XVI lo siguiente: «El correr y montear toros en coso es costumbre en España de tiempos antiquísimos, y hay antiguas instituciones anuales por votos de ciudades, de fiestas ofrecidas por victorias habidas contra los infieles en días señalados. Es la más apacible fiesta que en España se usa; tanto, que sin ella ninguna se tiene por regocijo, y con mucha razón, por la variedad de acontecimientos que en ella hay. Traen los toros del campo, juntamente con las vacas, á la ciudad con gente de á caballo con garrochones, que son lanzas con puas de fierro en el fin de ellas, y encierranlos en un sitio apartado en la plaza donde se han de correr, y dejando dentro de él los toros, vuelven las vacas al campo, y del sitio donde están encerrados sacan uno á uno á la plaza, que está cerrada de palenques, donde los corre gente de á pie y á caballo; á veces acometiéndoles la gente de á caballo con las garrochas y andando en torno de ellos en caracol, lo hacen acudir á una y otra parte; otras veces echándoles la gente de á pie garrochas pequeñas, y al tiempo que arremete, echándoles capas á los ojos, los detienen. Y últimamente sueltan alanos que, haciendo presa en ellos, los cansan y rinden. En el Andalucía, en la ciudad de Baeza, se acostumbra por los mancebos de una villa á ella sujeta, llamada Vilchez, esperar en la plaza al toro un escuadrón de piqueros, y al tiempo que el toro embiste en ellos, lo levantan por el aire sobre las picas y le tienden en la plaza muerto, que es suerte de mucha destreza, á cuya forma de regocijo llaman la «Suiza».—Nada de esto nos extraña, porque nosotros hemos visto en más de un pueblo matar algún novillo á pinchazos, bayonetazos, y aun á tiros; pero esto no es lo más general.

De tiempo inmemorial vienen celebrándose en España, y particularmente en los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia, Andalucía y Navarra, las corridas de novillos, no sólo por los lidiadores de profesión, sino por la gente del pueblo, que sintiendo dentro de sí un entusiasmo y una afición que ha ido transmitiéndose de generación en ge-

neración, toman parte sin orden ni concierto en tales funciones, sin que el escarmiento por terribles cogidas haya menguado en lo más mínimo su ardor por la pelca. Las célebres láminas de Goya han puesto de manifiesto el confuso tropel con que en tiempos de los moros y después se verificaban, y el renombrado caballero Gonzalo Argote de Molina, lo mismo que otros muchos que de toros escribieron en los siglos pasados, dan idea de lo que fué en sus tiempos tan apetecida fiesta, con la cual solemnizaban acontecimientos faustos, ferias y funciones religiosas. Antes de que el torero se regularizase, tomando parte en él lidiadores asalariados, y luego cuando éstos no podían ser contratados por cualquier causa, se practicó dicho ejercicio en formas muy singulares. En unos pueblos, como ha dicho bien el autor citado, los mozos, con picas y con banastas, sin otro apoyo ni refugio, levantaban en alto las reses, defendiéndose de sus acometidas como mejor podían; en otros, engañándolas con dominguillos—que así se llama á los monigotes que hacían con odres inflados—esquivaban los hombres el peligro; en otros conseguían esto huyendo de los novillos y arrojándose á hoyos abiertos de antemano en la tierra; en otros agarrándose á cuerdas colocadas en unas vigas, con las cuales formaban una especie de balanza que se elevaba naturalmente por un extremo cuando por el otro la hacían inclinar las fuerzas de otros hombres más apartados del peligro; y eran, en fin, tantos los medios que inventaban para tal diversión, que sería difícil enumerarlos. Formaron luego empalizadas, bajo las cuales se guarecían cuando el riesgo lo aconsejaba, y también bajo los carros llenos de gentes, con que tapaban, y aun tapan, las entradas de la plaza, dando ocasión á que muchas veces los revolcasen, con peligro de todos los que el vehículo ocupaban, y hasta utilizaban escaleras de mano, sujetas á las paredes, para salvarse en ellas. Por si es poco semejante cúmulo de barbaridades, todavía inventaron correr por todas las calles del pueblo un novillo enmaromado, ó sea atado por las astas con una cuerda larga, cuyo extremo recogían varios hombres, y que atojaban ó refrenaban, según el perseguido les era, ó es, más ó menos simpático (véase GALLUMBO), y este mismo que corrido al amanecer llaman el toro del aguardiente, adiecionado con dos hachas de viento que atan fuertemente á las astas del animal, hasta que se rinden por el cansancio. Hoy ya los pueblos de alguna importancia que no tienen plaza de toros la construyen con tablados y andaníos, que á veces no ofrecen á los que los ocupan la seguridad necesaria; pero siempre las reses son lidiadas por el gentío inexperto, en montón desordenado; y para evi-

tar desgracias, para estorbar un espectáculo tan poco culto, se han dictado diferentes bandos y disposiciones, observados deficientemente, hasta el punto de que está prevenido por Reales órdenes, y la última es de 31 de Octubre de 1882, que no se den licencias á los alcaldes por los gobernadores de provincias para verificar corridas de novillos sin que cumplan previamente varios requisitos y tengan satisfechas todas sus atenciones.

Suponemos que ese fué el principio de las corridas de toros, que luego poco á poco se formalizaron: y aun después de formalizadas y organizadas, se han celebrado novilladas en la plaza de Madrid



1793. — NOVILLADA (corrida)

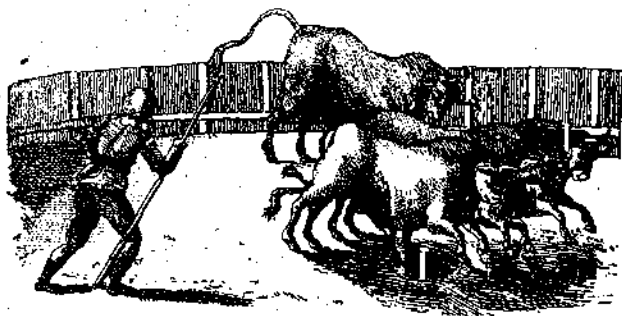
y en las demás del reino desde el último tercio del siglo anterior, ejecutando en ellas diferentes mojigangas y pantomimas, que divierten al público; y no son otra cosa que novilladas las que se dan en Portugal, puesto que los toros van embolados y con ellos no se ejecuta la principal suerte del torero.

Ha supuesto un discretísimo autor moderno que la celebración de corridas de novillos en la corte, incluyendo en ellas la lidia de dos toros de muerte, se realizó como ensayo el 8 de Febrero de 1801, y en esto ha padecido error, porque ya en el siglo pasado, y entre otros días, el 10 de Noviembre de 1777, se celebró en Madrid la 16.^a y última fiesta de toros, soltándose en ella dieciocho, de ellos seis por la mañana y diez por la tarde. Los cuatro primeros de la mañana y ocho primeros de la tarde fueron lidiados por las cuadrillas de *Costillares* y *Pepe Ilo*, y los últimos salieron embolados para los aficionados; á otros dos los pusieron *Dominguillos*, y les hicieron luchar con dos perros de presa; otro fué picado á pie, á otro le rejoneó un «caballero particular» y á otro le sujetó, ensilló y montó el indio Ceballos, y le mató luego de capearle y ponerle banderillas Francisco Herrera (*Curro*).

Es decir, que si á esta fiesta no quiere dársela el nombre de novillada con toros de muerte, habrá que aplicarla el de corrida de toros con novi-

llos y mojigangas; y de todos modos pone de manifiesto que las corridas mixtas de toros y novillos son muy antiguas en España. Tanto es así que en el libro correspondiente de actas del Ayuntamiento de Bilbao consta que á principios del siglo XVIII se corrían en una misma función toros y novillos para celebrar la fiesta del Corpus y dentro de su octavario, por cierto que empezaron con seis toros y catorce novillos de Castilla; y no es dudoso creer que esto se verificaba en todas partes, añadiendo siempre á las corridas de novillos la ejecución á estoque de algunos toros de muerte por lidiadores que mataban tanto á pie como á caballo y de otras diversas maneras.

No eran muy escrupulosos nuestros antepasados para anunciar como nuevo lo que ya se había olvidado, ni tampoco en propagar con frases encomiásticas la afición á la fiesta nacional, pues



1790. — NOVILLADA (al corral)

por mucho entusiasmo que tuvieran, el *bombo* era tan grande, que excedía con creces á los que ahora usamos, y eso que son de buen tamaño.

En lo que sí está en lo firme dicho escritor es en que José Napoleón, queriendo hacerse simpático al pueblo de Madrid, respetando y favoreciendo todo lo concerniente á nuestra fiesta nacional, llegó en 1811 á organizar corridas de novillos costeadas por él, y en las que la entrada fué gratis. Ya lo hemos dicho en la introducción de este libro; hubo días en que, por no querer asistir gente al espectáculo que le regalaba un rey intruso, eran conducidos á él por la fuerza armada los transeúntes por aquellas inmediaciones, y eso que hubo alguna, como la celebrada en 22 de Diciembre de 1811, en que se lidiaron cuatro toros de muerte y seis becerros, se verificó una pantomima y se sortearon en treinta lotes varios premios de aguiñal, de los cuales los ocho primeros consistieron en medias fanegas de casajo de toda clase.

Desde aquella época, raro es el año en que, especialmente en la temporada de invierno, han dejado de celebrarse corridas de novillos con toros de muerte, y en ellas hicieron su aprendizaje buenos toreros, que como Cayetano y Frascuelo fue-

ron después gloria del arte. Los aficionados á éste vienen clamando hace tiempo contra la precisión en que se ven las empresas de soltar al final de una corrida de toros, de menor importancia que las en que ya trabajan lidiadores afamados, unos cuantos moruechos embolados, que no producen otro resultado que el de lastimar á cuatro perdidos holgazanes, dando ejemplo de socz y bárbara diversión; pero se estrellan sus deseos contra las leyes fiscales que exigen como contribución por industria—aparte de la territorial é impuesto de timbre—1.555 pesetas por una corrida de toros, y 1.244 pesetas por la de toros y novillos, ó sea mixta. Acuden, pues, á defender sus intereses los empresarios, y tanto á ellos como al Estado les importa poco que media docena de hombres se inutilicen para siempre.

Novillero.—A los toreros principantes, á los aficionados de invierno y á otros *atrasados* de dichas clases, se les da este nombre. En provincias se llama así la parte de dehesa que sirve para pastar los novillos, ó paridera de las vacas, que es siempre la más abundante de hierba, y en Extremadura llaman de este modo unas isletas que hace el río Guadiana, muy apropiado para esto.

Núñez, Ignacio.—Picador de vara larga en el último tercio del pasado siglo. Dicen que era bravo y duro, y por eso le distinguía mucho Juan Romero.

Núñez, Juan.—Sevillano y matador de toros. No hay que confundirle con el apodado *Sentimientos*, pues éste fué anterior; tal vez podrían ser parientes. En 1824 ocupaba un lugar secundario en cuadrillas de tercer orden.

Núñez, Juan (*Sentimientos*).—Después de la muerte del afamado *Pepe Illo*, decayó visiblemente la afición á las corridas de toros, á cuyo espectáculo no podía darse, por los toreros que quedaban para trabajar, la animación y alegría que le dieran antes las porfiadas emulaciones del gran Romero con el valeroso *Illo*. Sin embargo, entre los que quedaron, debe hacerse especial mención de *Sentimientos*, que por su afán de complacer, por su gracioso trato y simpático porte, era muy buscado por las Maestranzas y Juntas de Hospitales. En Madrid se distinguió mucho en los años de 1808 y siguientes, trabajando con Agustín Aroca y otros espadas.

Cuéntase de Núñez una escena que, según la

tradición que hasta nosotros ha llegado, ocurrió entre él y el famoso *Curro Guillén* en la plaza de Madrid el 22 de Junio de 1818. Presidía la corrida el rey D. Fernando VII, y habiendo tenido la desgracia Juan Núñez de matar de mala manera el tercer toro de la tarde, perteneciente á la ganadería de Perdiguero, vecino de Alcobendas, porque el bicho se buyó á las primeras varas y hubo necesidad de ponerle banderillas de fuego, el público le silbó y apostrofó como es costumbre en casos semejantes. El cuarto toro fué muerto por Jerónimo José Cándido, y al quinto le echaron perros por cobarde. Al sonar el clarín y los tímboles para dar muerte al sexto toro, que era Vazqueño, noble, bravo y de poder, tomó Núñez los trastos á dicho fin, y en aquel momento estalló una tempestad de gritos pidiendo fuese Herrera el que lo estoquease. Protestaron de tal herejía taurómaca los inteligentes, que, como siempre, son pocos en número, diciendo que había pasado turno al espada anterior, y la grita, los silbidos, los aplausos y hasta los insultos no cesaban; el espada no sabía qué hacer; Cándido y Herrera le incitaban á cumplir su cometido y las cuadrillas miraban al palco real, consultando el modo de salir de aquel trance.

El rey ordenó con un ademán que Núñez esperase y mandó subir al *Curro*, que inmediatamente fué prevenido de que matase aquel toro.

Señor, que á mí no me toca—replicó— que mi turno ha pasado ya con el quinto toro, puesto que ha salido arrastrado; que si se cambia un día el turno, va á ser fatal este antecedente pa en adelante...

—No repliques á S. M.—dijo el coronel de Guardias.

—Pero... señor, que es una ofensa á mi compañero; que esto es injusto; que...

—Silencio, obedezca y pronto.

Bajó la cabeza *Curro Guillén*, deshaciendo con las manos el sombrero de medio queso, y rojo el rostro como la grana salió apresuradamente, llegó al callejón de la barrera por la puerta de Alguaciles, miró á Núñez y cambió de color al ver á éste lívido de coraje y mordiéndose los labios; tuvo entonces un momento de vacilación ó duda, antes de montar la barrera para saltar á la plaza, y de pronto, fuese que se enredase con el capote, ó por algún desvanecimiento, cayó al suelo de cabeza desde lo alto de la valla, hiriéndose la frente, de la que empezó á brotar sangre. Conducido á la enfermería, el rey mandó que *Sentimientos* fuese al toro, al que mató de una gran estocada recibiendo. El mismo público, que antes no quería verle, le cobró de aplausos, continuando alegremente la corrida, en que estoquearon los dos últimos toros el sobresaliente José Antonio Baden y el medio espada Juan León.

¿Fué casual ó intencionada la caída de Herrera?

En la noche de aquel mismo día Núñez visitó al *Curro Guillén*, departieron con más demostraciones de cariño y compañerismo que de ordinario, y al despedirle *Curro* con la frase «Adiós, *Sentimientos*», contestó éste estrechándole la mano con efusión: «Nadie te gana en buenos sentimientos».

Estos rasgos de abnegación se ven con más frecuencia entre los toreros que en otras clases de la sociedad.

Era también Juan Núñez un gran patriota en aquellos tiempos, y no se recataba de hacer pública manifestación de sus ideas ante toda clase de personas y en cualquier momento. Años antes del suceso que llevamos referido, ocurrió con él, en la plaza de Madrid, una escena que demuestra de qué manera pensaba el hombre y de qué modo sabía adquirir simpatías. Era el lunes 26 de Septiembre de 1808, época en que tan encarnizados estaban los ánimos de los españoles contra los franceses: celebrábase una corrida entera de catorce toros manchegos, seis por la mañana y ocho por la tarde, que habían de estoquear Agustín Aroca y Juan Núñez; y cuando á éste le tocó matar al segundo toro, brindó al presidente D. Pedro de Loma y Mora, diciendo: «Por V. S., por la gente de Madrid, y porque no quede vivo ni un francés»; fuese en busca del toro, que era retinto, feo y veleta, de la ganadería albarezna de Ciudad-Real, ostentando el famoso distintivo de la *campanilla*. Tan solo dos pases precedieron á una magnífica estocada *recibiendo*, un poco tendida. Aplaudió el público, pero el toro tardaba en doblar las manos, y *Sentimientos*, que tenía un genio muy vivo, fuese á él y le dió un mete y saca bajo, que en seguida surtió su efecto. Empezaban á iniciarse los silbidos, y entonces el matador, con cierto ademán solemne y con retumbante voz, dijo: «así tienen que morir todos los gachos», y las palmas y los gritos patrióticos ahogaron las manifestaciones de desagrado.

Antes que en el teatro se apelase á ese medio para evitar un desastre, le inventó y puso en práctica *Sentimientos* en la plaza de toros.

Núñez, D. Pedro.—Conocido tipógrafo madrileño, ardiente defensor de las corridas de toros en la prensa y distinguido aficionado. Pocos como él tratan ciertas cuestiones que al toreo afectan, y pocos también los que hagan de ello menos alarde. Es propietario del periódico *El Toreo*, que se publica en Madrid hace más de veinticinco años; en él ha defendido, con grandes conocimientos, los buenos principios del arte de torear, sin mixtificaciones que le adulteran, imprimiendo á su

excelente publicación un carácter serio é imparcial digno de ser imitado. A eso y á su acreditada afición debe el gran éxito de su periódico, que á fuerza de desvelos y de una voluntad inquebrantable ha conseguido ocupe en la prensa taurina un lugar preeminente.

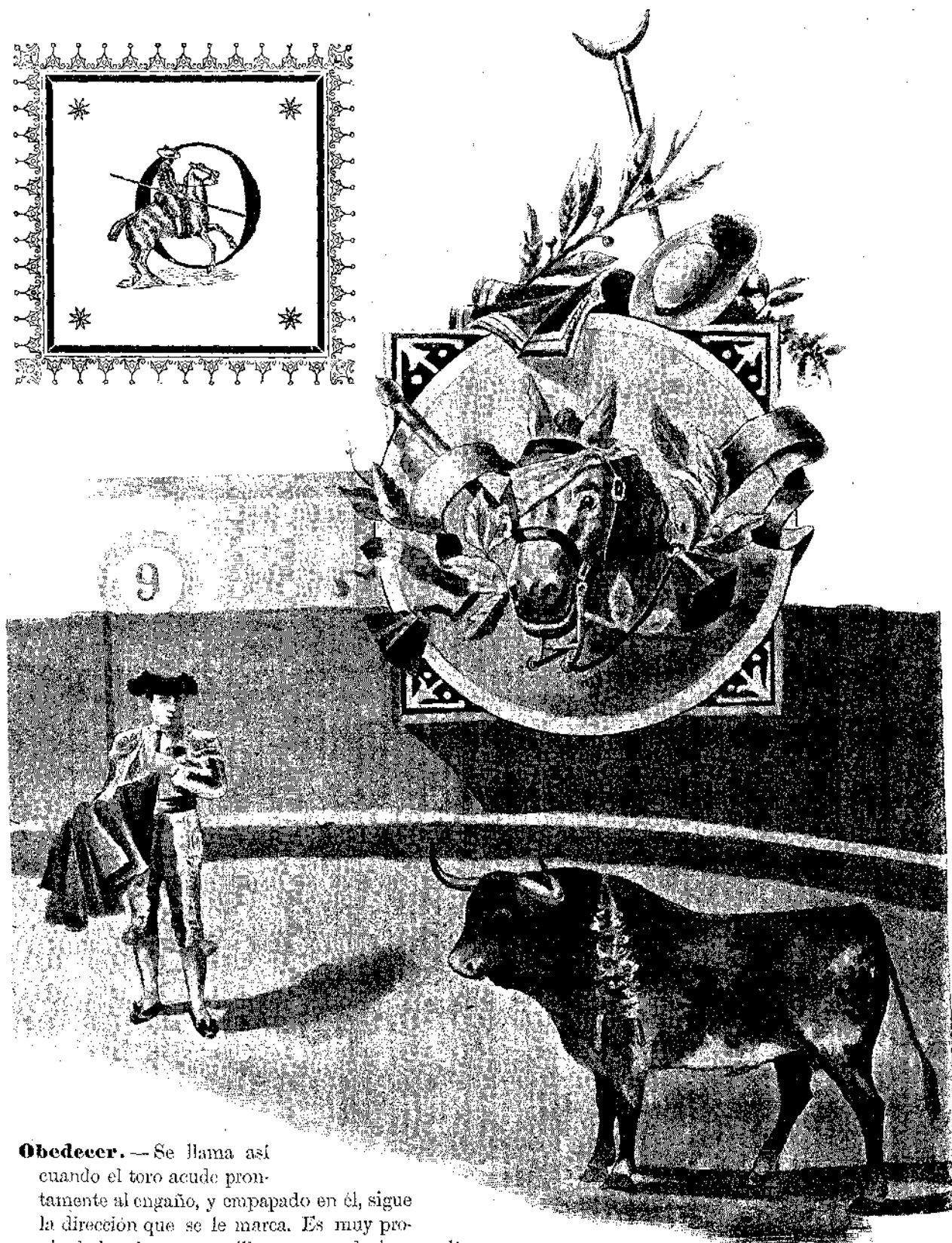
Hombre serio, formal y bien acomodado, obra siempre con entera independencia y honradez.

Núñez Téllez, D. Arturo.—Uno de los mejores escritores portugueses que de asuntos taurinos se

ha ocupado en aquel país. Reune á su vasto conocimiento del arte un modo de decir tan claro y sencillo, como ya no se ve, por desgracia para las letras.

Núñez, Alfredo (*El Tato*).—Novillero andaluz de poco nombre hasta ahora. Dicen que es valiente y no mala figura; pero ni eso ni el tomar ciertos apodos dan suficiencia. Hay que ejercitar el arte, para aprender, y dejarse de motes, con los que, lejos de ganar, se pierde. Nunca segundas partes fueron buenas.





Obedecer. — Se llama así cuando el toro acude prontamente al engaño, y empapado en él, sigue la dirección que se le marca. Es muy propio de los claros y sencillos, y aun de los revoltosos y codiciosos.

La obediencia para acatar las disposiciones que en el redondel dicte el director de la lidia, que es el primer espada, alcanza no solamente á los peones y picadores de su cuadrilla, sino también á todos los demás que en el ruedo se hallen. De otro modo todo es confusión y desorden, que, además de ser muchas veces causa de imperdonables desgracias, puede convertir la Plaza en un herradero digno de las más graves censuras,

Observar el viaje.—Es muy común en los toros de sentido, y aun en los recelosos, que por demasiado blandos al hierro se colocan en defensa, acudir al engaño arrancando con ímpetu, y á los dos pasos pararse de pronto y quedarse mirando el viaje ó carrera del torero. Lo mismo se dice si el toro, observando el viaje que trae hacia él un banderillero, por ejemplo, se espera sin arrancar hasta que cree posible coger el bulto. No es lo mismo que derramar la vista, porque esto no es fijarse precisamente en un objeto parado, sino en el que se mueve.

Ocaña, Manuel.—Formando parte de la cuadrilla de José Romero trabajó este banderillero por primera vez en Madrid en las funciones reales de 1803. Nada consta acerca de su mérito y circunstancias.

Ocañas, Isabelio (El Cartagenero).—Y mata toros en novilladas, y se las arroja como puede, y si no sabe, algo hay que fiar en la Providencia. No sabemos por qué nos parece que este mozo no ha de llegar á capitán, ni aun á sargento.

Oceta.—Este apellido figura entre los de los caballeros más distinguidos que en el siglo XVII rejoneaban toros en coso cerrado. No nos ha sido posible saber su nombre y demás circunstancias, á pesar de haberlo intentado. Debió ser persona principal cuando con ellas alternaba.

Odnaga Zolarde, M.—En 1854, el editor Dentu de París dió á conocer un libro de dicho autor, en el que se tratan con sumo acierto todas las materias que se consignan en la portada, y que no son pocas para tratadas en un volumen de 148 páginas; pero hace el autor consideraciones muy favorables á la tauromaquia como espectáculo, y por ello bien merece que aun siendo el libro extranjero figure su autor en nuestro *Diccionario*.

Oficial.—Toro de la ganadería de Arribas, lidiado en Cádiz el 5 de Octubre de 1884, en tercer lugar; volteó al banderillero Avalos al dar el quiebro en rodillas; saltó la barrera, y en el callejón causó tres heridas al picador *Chato*, graves contusiones á un guardia civil, fracturó una pierna y tres costillas á un guardia municipal y rompió un brazo á un sereno. A pesar de tales desavíos, por los cuales le incluimos en este libro, no fué un gran toro por lo bravo.

O'hara, D. Juan.—Natural de la nebulosa Albión, y según se ha dicho, de familia bastante acomodada. Servía de oficial en uno de los regimientos que guarnecen á Gibraltar; vió algunas corridas de toros en Algeciras, San Roque y otros puntos de Andalucía, se aficionó al arte, y dejando el servicio militar, empezó á torear en becerradas como espada. A pesar del entusiasmo que en Andalucía causó, nunca vimos en él disposición para ser torero; así que desde fines de 1876 no se ha vuelto á hablar de él, y su carrera tarómaca ha durado escasamente unos dos años. Fáltale á Inglaterra lo que á España sobra.

Ojalao.—El toro que tiene la piel de alrededor de los ojos, en una circunferencia de uno á dos centímetros, de distinto color á la de la cabeza. No se le confunda con el «ojo de perdiz» que tiene ese cerco encarnado fuerte.

Ojeda, Bernardo.—Aunque pequeño de cuerpo, pone buenos pares; y si no se atreviese tan á menudo, intentando hacer cosas reservadas sólo á los maestros, sería mejor para él. Sin embargo, parándose y aplicándose, observó mucho, y casi siempre está á tiempo con el capote y corriendo por derecho. Nació en Jerez de la Frontera el 21 de Abril de 1844; pero sus padres, Manuel Ojeda y Joseja Godoy, se trasladaron á Madrid á fines de 1845, y desde entonces siempre ha sido su vecindad la corte. Aprendió Bernardo el oficio de bordador en oro y plata, y le dejó por el de torero, que empezó á ensayar á los doce años de edad en novilladas, en pueblos, en plazas de segundo y tercer orden y en cuantas partes pudo alcanzar para ejercitarse en la lidia. Es banderillero fino y esmerado.

Ojeda, Francisco.—No es pariente de Bernardo. Mata toros en novilladas hace algún tiempo y dicen que cumple á gusto de la gente de pueblos de segundo orden. Todos no han de ser bachilleres en el arte.

Ojo de perdiz.—El del toro que, á semejanza de aquella ave, tiene el cerco de los ojos encarnado encendido. En los toros llamados gijones y en los averdugados es muy común ese detalle.

Olazo, D. Jerónimo de.—Caballero principal que en el primer tercio del siglo anterior era notable por su destreza lidiando toros á caballo, según dice Novelli.

Olbeagozo D. Luis F.—Revistero de Valladolid, que con el seudónimo de «Mundo Alegre» escribe con gracia é inteligencia las descripciones de las corridas de toros. Es parco en elogios y en censuras, pero cuando se desborda en uno ó en otro sentido, que alguna vez lo hace, se conoce que ya no puede aguantar más, y el entusiasmo ó la indignación le guían en aquel momento, sin rebasar nunca los límites de la cortesía y buena educación.

Es imparcial y exacto en sus apreciaciones, ¿qué más puede pedirse?

Oliva, Antonio Fernández.—Aficionado de Madrid que alguna vez trabajó en cuadrilla como banderillero. En la corrida verificada en la tarde del 29 de Abril de 1855 se concedió un toro de gracia, que salió en séptimo lugar, de la ganadería de D. Manuel Bañuelos, vecino de Colmenar Viejo, llamado *Pantalones*, y Fernández Oliva, con Victoriano Alcón (*El Cabo*), pidieron permiso para ponerle banderillas. Obtenido que fué, puso el último un par, saliendo aquél en seguida derecho á la cabeza del animal, que le tomó al primer derrote en ella, causándole una herida en la ingle derecha y parte superior del muslo del mismo lado, que penetró en el vientre. Retirado del redondel y administrada la Extremaunción al herido, falleció de sus resultas al día siguiente á las siete de la tarde. Parece que el estado de embriaguez en que se hallaba fué la causa principal de la cogida.

Oliveira, David Narciso d'.—No pasa de mediano el trabajo de este mozo de forcado portugués, á pesar de sus conocimientos no escasos, de su valor y de su robustez.

Oliveira, Pedro d'.—Es muy valiente mozo de forcado y se le considera en Portugal como uno de los buenos pegadores, aunque no ha conseguido un gran renombre.

Oliveira, Fernando Augusto d'.—Hijo de Firmino Antonio y de doña Custodia del Sacramento de Oliveira. Nació en Benavente en 12 de Marzo de 1859, y sus padres le dieron una educación esmerada; le dedicaron desde muy joven á las faenas de la agricultura, montando una magnífica labranza, y por efecto de su afición tomó parte como caballero rejoneador en muchas corridas, cuyos productos eran destinados en favor de algún acto caritativo.

De tal manera creció su afición al toro, que abandonando la labranza se dedicó de lleno al arte de torear en el año de 1887, y hoy se le considera como uno de los más distinguidos rejoneadores, pues reúne todas las condiciones que para ello se requieren. Buen jinete y muy entendido en tauromaquia, acompáñale gran valor y su atrevimiento produce siempre loco entusiasmo.

En Portugal considerásele ya como uno de los más afamados de aquel país, en cuyas plazas ha toreado con frecuencia y también en Cáceres en



el año de 1889. En Rio-Janeiro, en 1891, fué tal el entusiasmo que despertó en diez corridas, que el pueblo entero le hizo una ovación de que no hay ejemplo, regalándole alhajas de gran valor.

Conociendo como pocos el arte, quiso hacer en él innovaciones, lo que ha conseguido con una suerte nueva. Esta es la de *Grupu* (garipa) á *Gaio-la*, que consiste en colocarse el caballero muy cerca de la puerta del toril, teniendo el caballo la cola en la dirección de dicha puerta y la cabeza á los medios; y aguardando la salida de la res, aguanta su acometida, colocando el rejoncillo ó farpa y saliendo rápidamente. Es el único que hasta hoy la ha efectuado, y en ella ha probado prácticamente de qué manera ha sabido vencer la gran dificultad que ofrece por su riesgo, gracias á su valentía, destreza y conocimiento.

Compañero leal y siempre pronto á trabajar de

balde, cuando se trata de fines benéficos, es uno de los mejores artistas que hay en Portugal.

Oliver, Francisco.—Picador, que quería cumplir, y aunque sus facultades no eran muy aventajadas, procuraba no quedar desairado. El infeliz murió en Julio de 1876, viniendo á Madrid desde Zaragoza, por haberse salido de uno de los coches del ferrocarril, y al colocarse en el estribo, chocó su cuerpo con las bandas del puente sobre el Jálón; adonde fué arrojado casi cadáver, falleciendo á las pocas horas.

Oliver, Manuel.—Aunque mal, mataba toros en novilladas hace pocos años. Si el hombre se ha conocido y reflexionado acerca del porvenir que le esperaba, en el caso de no aprender más de lo que sabía, y por eso se ha retirado, ha hecho bien. La prudencia en ciertos casos es muy digna de alabanza.

Olivez, Manuel.—Torero, á quien llaman algunos *El Lagartijo catalán*, ha matado toros en novilladas allá en su país, y debe haberlo hecho tan á gusto de sus paisanos, que por allí se ha quedado, y en el resto de España no se le conoce. Allí mismo le van olvidando seguramente, puesto que ni en periódicos ni entre aficionados resuena su nombre.

Olivo (tomar el).—La acción de asirse el diestro á la barrera para saltarla. Sólo debe tomarse en caso de absoluta necesidad y grave peligro, y es muy feo y deslucido en un espada si lo verifica en la suerte de matar y con la mulota en la mano, porque al tener tal precisión demuestra que estaba colocado en mal terreno para dar salida al toro, y eso debe mirarlo mucho un buen espada, ó que el valor sufrió en aquel momento un eclipse censurable. Ya comprenderán los lectores que la palabra *olivo* se usa en sentido figurado, que ha adoptado desde hace muchos años el tecnicismo vulgar.

Olmedo, D. Carlos L.—Ha escrito en multitud de diarios de Sevilla, usando con más constancia los pseudónimos de *Juan Llorando* y *Farolillo*, en sus revistas taurinas.

Sus muchos escritos le han hecho popular, siendo revistero del diario *El Cronista* y corresponsal de algunos otros de provincias.

Escribe con facilidad y no escaso ingenio: sabe lo que dice, critica, pero no ofende, y entiende de asuntos taurinos tanto como el primero.

Olmedo, D. José.—Uno de los caballeros en plaza que tomaron parte en las funciones reales de toros celebradas en 1846 con motivo del casamiento de la reina doña Isabel II. Fué apadrinado, en concepto de supernumerario, por el Ayuntamiento de Madrid.

Olmedo, Valentín.—Se dió á conocer en Sevilla como matador de toros en novilladas el día 23 de Agosto de 1896. Es valiente, ignora mucho, pero sabe algo; se atreve, y si tuviese más facultades físicas haría más. Tal vez vaya corrigiendo defectos inherentes á todo el que empieza. Es natural de Alcalá del Río, provincia de Sevilla, y de consiguiente paisano del afamado Reverte.

Olvera, Erasmo.—Picador que nació en el Puerto de Santa María y que no ha sido de los que han metido más tronio con su nombre, y mucho menos con su trabajo. En su casa murió de resultas de su herida el célebre Carlos Puerto, perfectamente asistido y tratado como un hermano. Bien merece este rasgo de compañerismo y amistad que la historia le consigne.

Ordenanzas.—De orden del rey D. Carlos III, el Consejo de Castilla formó por los años 1770 á 1780 unas Ordenanzas, que equivalen al actual Reglamento, para las corridas de toros. Mandábase en ellas que presidieran la plaza los corregidores, á cuyas órdenes estaba la fuerza armada y dependientes de su autoridad que concurrían á la fiesta; que antes de empezar ésta se despejase el redondel por dichos dependientes, que eran dos alguaciles á caballo seguidos de cierto número de soldados de caballería; que además de los médicos, cirujanos y botiquines que éstos necesitasen para las curaciones, se exigiese la asistencia precisa de dos arquitectos, y que á la disposición de los últimos hubiese el número conveniente de carpinteros para lo que fuere necesario. Disponían también, y así se ha venido haciendo hasta el año de 1834, que concluido el despejo, leyese el pregonero, que salía al redondel acompañado de los alguaciles, un bando imponiendo penas á los que arrojasen á la plaza cosa alguna que pudiera imposibilitar la lidia ó hacer peligrar la vida de los toreros; y finalmente, lo mismo que el pregonero, asistían el verdugo para castigar en el acto, con la pena que se le impusiese por el Presidente, al que quebrantase los preceptos del bando, y un sacerdote de la parroquia, con los Oleos, para dar la Extremaunción al que por desgracia fuese herido gravemente. La mayor parte de las anteriores prescripciones han

caducado y no están en uso, observándose únicamente el Reglamento de que damos noticia en el lugar correspondiente.

Ordóñez, Rafael (*Ermita*).—En nada se parece al que hace años lleva ese mote. Pone banderillas y corre toros en novilladas, unas veces bien y otras mal. Veremos lo que da de sí, en el caso de que no se malogre, ó no se oculte á los ojos de la afición, que no sabe de él hace ya tiempo.

Orejero.—El par de banderillas que está colocado muy cerca de las orejas de la res. Merece censura el diestro que las coloque así, porque además de demostrar que no ha hecho bien la suerte ni ha visto bien, será causa de que el toro vaya á la muerte descompuesto, y tal vez tapándose.

Orejón, Jerónimo (*El Argandeno*).—Se ha dedicado á matar toros como novillero, antes de poner banderillas á las órdenes de espadas acreditados,



y es que el hombre cree tener mejor maña para estoquear. También tiene el mote de *Jeromo*. Si este chico ingresa como banderillero en una cuadrilla de buen nombre, puede ser algo porque es valiente y aplicado; pero si quiere empezar por donde se acaba, quedará en nada y será lástima.

Nació en Arganda del Rey, á cuatro leguas de Madrid, en 1862 y después de ensayarse en diferentes pueblos, actuó por primera vez como banderillero en corrida formal en Nîmes (Francia) en 1885, siendo su presentación en Madrid en 1892.

No basta que le sobre voluntad.

Orellana, Juan.—Uno de los picadores de más fama en tiempo de Corchado y Míguez que tuvo en su cuadrilla el célebre *Curro Guillén* á principios de este siglo. Creemos que es el mismo que trabajó en Sevilla el 6 de Octubre de 1818 aunque el cartel de aquella función le anunciaba con el nombre de José.

Origen de las corridas de toros.—Después de lo que hemos dicho en la primera parte de este libro, y especialmente en el capítulo II acerca del sitio ó lugar en que se lidiaron toros antes que en cualquier otro punto, poco ó nada podemos añadir que allí no esté ya referido. Queriendo recabar para nuestra España el derecho de prioridad que creemos la corresponde, plenamente convencidos de que en esta nación es donde primero se concibió la idea de lidiar toros por efecto de la enseñanza que los naturales de este país recibieron al intentar cazarlos, sostenemos que aunque durante la dominación romana hubiese en la Gran Ciudad luchas con tales fieras, tanto á pié como á caballo y sobre elefantes, en aquellos famosos circos, los toros que allí se lidiaban de tal modo, eran procedentes del suelo español, de él fueron allí transportados á dicho fin, y nunca pudieron los dueños de Roma aclimatar en aquella tierra tan fieros animales, y mucho menos lidiarlos, sortearlos y esquivar su feroz acometida; por más que desde tan remotos tiempos, fuese un espectáculo lleuo de emociones, mayor que el de la lucha de gladiadores pagados, ó condenados á muerte.

Cada nación ha tenido y tiene sus juegos peculiares ó distracciones favoritas desde que el mundo es mundo; las dejamos indicadas en el lugar antes citado, y remontándonos á una antigüedad lejana diremos que las gentes septentrionales sostienen como afición predilecta las cacerías de los osos; los africanos las de leones; y otros pueblos, las de aquellas fieras que más abundan y dañan su territorio. Como dice muy bien un sabio historiador, la que más semejanza tuvo con las corridas de España, era la agilidad con que los thesalianos, diestros en el manejo de los caballos, perseguían los toros en el circo, los herían, lazaban y vencían.

Es decir, y quede esto sentado, que según dicho sabio, que no es otro que el P. Pedro José Bravo,

imitaban los thesalianos á los españoles en perseguir, lazar y vencer toros; luego los últimos ejecutaban antes que aquellos esos ejercicios, puesto que el que *imita* tiene ante sí ejemplo vivo á que asemejarse.

Se comprende fácilmente y sin esfuerzo alguno también, que abundando en España, más que en ninguna otra parte, toros feroces, para librarse de ellos los españoles los cazasen, corriesen y venciesen, como llevamos dicho, convirtiendo en diversión lo que antes fué necesidad. Repetir lo que sobre este punto dijimos al principio, sería usar de los mismos argumentos de que nos servimos entonces para afirmar que las corridas de toros nacieron en España, en ella crecieron, y en ella continúan y continuarán, Dios sabe si hasta la consumación de los siglos: y en tal estado hubiéramos dejado el asunto, dándonos por contentos y á nuestros lectores por convencidos de que teníamos sobrado fundamento para nuestras afirmaciones, si después de escrito aquello, no hubiese venido á nuestro conocimiento que un autor francés moderno, Mr. Vrignault, en un artículo publicado en *Le Monde moderne*, ha querido recabar para la Italia la primacía de celebración de las fiestas de toros, insistiendo de ese modo en la opinión común, entre varias gentes, de que tales funciones trajéronlas á España los romanos cuando su dominación.

Para rebatir esas intencionadas afirmaciones, y para que se vea hasta qué punto no nos juzgaba bien algún amigo, que ha dicho comentando el escrito francés de Vrignault, de que para sostener nuestra opinión no nos fundábamos más que en conjeturas desprovistas de valor histórico, vamos á trasladar aquí algunos párrafos del artículo que nos contradice.

«El arte de la lidia, nació en las llanuras de Thesalia, donde la *high life* de la antigua Grecia se entregaba á la caza del toro: vino después á Roma, donde figuró entre los espectáculos dados por los Césares y desde allí llegó á España por las colonias romanas y por las ciudades fundadas, etc.»

Esta terminante aseveración en nada la funda Mr. Vrignault, ni en su apoyo aduce documento alguno. Nosotros, aparte de que insistimos en que la cacería de reses bravas, sea del modo que quiera, *no es arte*, ya hemos traído el autorizado testimonio del P. Pedro José Bravo, ministro que fué del supremo Consejo de Indias, que en una obra que dió á luz D. Lorenzo de Aparicio y León en 1761, asegura que los thesalianos fueron los que *imitaron* á los españoles. ¿Quién funda más su razón? ¿Es basada la nuestra en conjeturas?

Sigamos á Mr. Vrignault en sus invenciones.

«En la época romana, la tauromaquia comprendía dos especies de juegos: 1.º la *taurumachia* pro-

piamente dicha, ó *venatio* que es el origen directo de la lidia española; el toro muere á manos del torero (*taurarius*) ayudado por los *succurreos* encargados de distraer la atención del animal, como lo hacen hoy los chulos. 2.º la diversión llamada en Grecia, *taurocathapsia*, sencillo ejercicio de destreza que consistía en agarrar los cuernos del toro para derribarlo, y del cual ha nacido lo que llamamos hoy corridas landesas.»

Prescindiendo de que en la *taurumachia* ó *venatio*, no moría nunca el toro á manos del torero, si no que como Mr. Vrignault expresa, *venatio* era un espectáculo, en que para diversión del pueblo peleaban los siervos gladiadores, entre si y con las fieras; prescindiendo de que nunca el torero español entra á matar los toros cuando los chulos distraen la atención de éste, porque siempre ha sido requisito indispensable que ambos contendientes *se vean cara á cara y frente á frente*, sin que persona alguna se les interponga, y prescindiendo también de que en las corridas landesas (muy modernas por cierto) no hay tal *taurocathapsia*, ni es tan sencillo mancomnar un toro, en lo demás... el buen francés dice tanta verdad como en todo lo que apunta. Los *succurreos* de que habla, no pueden menos de ser parto de su fantasía, ó cuando más unos esclavos que se presentarían por fuerza en la arena, á morir como gladiadores que ofrecían su vida en holocausto de la voluntad de sus señores. Ni eso era lidia, ni pasaba de ser una de las bárbaras luchas que en aquellos tiempos (siempre posteriores á las fiestas españolas antedichas), se celebraban en Roma.

Y todavía añade que en esta ciudad, «además de que en las corridas que daba había muchos detalles de las actuales hasta la existencia aparte, de los *taurarii*, que formaban familias, como más tarde los Romeros, los Rodríguez y los *Frascuelos* y hasta la popularidad del *taurarius*, diestro y valiente, á quien se consagraban poemas.» Parece nos que el tal Vrignault, ni ha visto toros nunca, ni sabe lo que son toreros. ¿De cuándo acá ha existido en España el apartamiento de los toreros del resto de los demás ciudadanos, ni aún en los tiempos del más feroz despotismo? ¿Cuándo se ha visto que á modo de judíos ó gitanos, formen *casta* exclusivamente de toreros, ó *succurreos*? Atrás los nobles García de Paredes, Mendozas, Trejos, Medina Sidonia, y tantos otros que como el Emperador Carlos V, lidiaron toros en coso cerrado; atrás los Pérez de Guzman, Calderón y muchos más que en este siglo han pisado el redondel, cobrando precio por su valiente trabajo; y adiós las Pinzón, Alvarez y Padilla, hermosas y distinguidas damas que contrajeron matrimonio con renombrados matadores de toros, dejando en su casa comodidades, por unirse á ellos; atrás todos, que

ahora mismo, al final del siglo XIX, hay quien dice, que como en el tiempo del Imperio Romano, la clase de toreros forma rancho aparte del resto de las demás clases sociales....

Dejemos á Mr. Vrignault, que, como todos los franceses, desbarra al hablar de las cosas de España; y volvamos al asunto principal.

No vino de Grecia la lidia de toros. Allí como va dicho, fué *imitada* la cacería de ellos, que ya realizaban los españoles, haciendo ejercicios á caballo y persiguiendo á los animales.

Veamos si fueron los romanos los que la trajeron.

El Padre Mariana y el Padre Concino, atribuyendo su origen á la superstición y anatematizándolas, refieren que entre los crueles espectáculos que usaron los romanos en las exequias de los difuntos, juegos gladiatorios y venaciones en que luchaban las fieras con los hombres, tuvieron lugar los juegos *taurios* en el circo Flaminio y todos dimanaron del impío culto á los falsos dioses; y que habiendo prohibido los gladiatorios el gran Constantino y suprimiéndolos enteramente los emperadores Arcadio y Honorio, cesaron tambien los *taurios*; y en España ó no cesó la costumbre, ó se repitió después de algún intervalo. Obsérvese que no se cita la época, siquiera fuese aproximada, en que allí se implantaron tales espectáculos. Hablando de estos refieren que en ellos se ostentaba la agilidad y la destreza aunque con peligro, y explica el Padre Bravo que los toros se lidiaban haciéndolos pelear con elefantes, con leones, osos y perros, con estafermos ó bultos de hombres fingidos, de que formaron Marcial y otros poetas agudos epigramas. Otras veces se reducía el juego á irritarlos y herirlos á *toda seguridad* con la flecha estando el toreador en el tablado. Nerón dió toros á honor de Tyridates, quien sentado en superior lugar mató dos toros de un tiro, según refiere Suetonio (?).

La más exacta de la implantación de las dichas fiestas en Roma, ó al menos la que corre más autorizada es la indicada por Plinio, el cual asegura que *el primero* que dió este espectáculo en Roma, siendo Dictador, fué Julio César, á lo que alude la medalla en que se ve su cabeza coronada de laurel y á su vista un ramo del mismo árbol y un Caduceo que significa su arbitrio en paz y en guerra, y al reverso la figura de un feroz toro en memoria del espectáculo con que habia divertido al pueblo romano.

Pues bien: Julio César nació cien años antes de Jesucristo y antes, mucho antes, ya se lidiaban toros en España, citando el Sr. Carmona y Millán en apoyo de esta afirmación, el hecho de haber sido hallada en los cimientos de la antigua muralla de Clunia, para una obra de la Iglesia de Pe-

ñalba, una lápida fragmento de una piedra circular, cuya parte inferior no se encontró, en que hay de relieve un toro en el acto de acometer y enfrente de él un hombre que al parecer viste *el sago ó sayo* español. En la mano izquierda tiene un escudo celtibérico redondo, y descubre la punta de un estoque ó espada que tiene en la derecha, de modo que el monumento viene á constituir una demostración de que ya en aquellos remotos tiempos, algunos siglos antes de la Era Cristiana, se practicaba la lidia de toros, puesto que la fiera se representa libre y en el acto de acometer á un hombre vestido y armado que la espera de frente.

De este dato, y de los anteriormente expuestos, se desprende con toda claridad, que no nos adelantaron los romanos en las lidias de toros, sino que ellos las llevaron de España á Italia. Es lo más seguro, que después de estar Julio César en España, donde según afirman muchos autores erigió cerca del Escorial entre los límites de las actuales provincias de Toledo y Avila, el magnífico monumento conocido con el nombre de los «Toros de Guisando» para celebrar su victoria sobre Pompeyo, al hacerse Dictador ó más tarde Emperador, mandase llevar á Roma, toros bravos de España, y aun si se quiere hombres tambien para ofrecer á su pueblo un espectáculo asombroso y nunca visto. A ello le ayudaría la idea, tal vez en España concebida, de que admirasen la bravura y fiera indómita de los toros de este país, que nunca han tenido iguales en parte alguna del mundo, porque en ninguna hay pastos de tanta fortaleza y especial alimento.

No insistiremos más en este punto. Queda probado á nuestro parecer

Que, según el P. Bravo en la obra que dejamos citada, los thesalianos *imitaban* á los españoles en correr, lazar y vencer toros; luego nosotros practicábamos ese ejercicio antes que aquellos.

Que Plinio asegura que el primero que dió este espectáculo en Roma, fué el dictador Julio César, comprobando su aserto con una medalla que lo atestigua, y mucho antes de aquella época se lidiaban toros en España, de lo cual da testimonio la parte de lápida hallada en los cimientos de la antigua muralla de Clunia.

Que por los mismos comprobantes se viene en conocimiento de que la antigüedad de la lidia de toros en España es muy anterior á la venida de los romanos, y aun á la de los cartagineses, remontándose á la época de los celtiberos, bravos y belicosos pobladores de esta nación, que se establecieron á las orillas ó inmediaciones del Ebro, entonces llamado Ibero.

Que aun suponiendo por un instante y nada más — sin que esta hipótesis pueda durar más



ROMA. — COMBATE DE TOROS EN EL COLISEO. — A. WAGNER

tiempo del que se tarda en indicarla,—que á las luchas venatorias en los circos romanos se les quiere dar carácter de fiesta regularizada que se aproximase á lidia, la Historia lo desmiente, ya por medio de la pintura en famosos cuadros que representan el confuso tropel de los toros, los hombres y otros animales; ya por medio de la poesía, en que Marcial, Séneca el filósofo y otros, ridicularizaron una fiesta en que, cuando no había más que el toro en la arena, allí estaban sin temor hasta las mujeres y los niños, y ya también por el testimonio de respetables investigadores de la verdad, de quienes hemos hecho mención.

Queda, pues, destruida la aseveración hecha por algunos de que la lidia de toros fuese importada en España por los romanos; antes bien, hay motivos para creer que allí fué llevada por nosotros.

Sentado esto como verdad averiguada, poco debíamos decir contra los que atribuyen á los árabes la invención de la lidia de toros, puesto que, siendo la irrupción de éstos en nuestro territorio de época muy posterior á la de aquéllos, y justificado que desde los primeros tiempos los *celtiberos* ya lidiaban toros, queda contestada toda opinión en contrario. Sin embargo, diremos sobre ello cuatro palabras, ya que hay quien quiere que sean tales fiestas reliquias de la dominación africana y que de los moros han conservado los españoles.

Consideran natural que los moros que en España hallaron toros ferocísimos,—que el P. Mariana atribuyó á la calidad de sus pastos,—se dedicasen á lidiarlos, porque «ni los juegos, con que sus impugnadores quieren sustituir la lidia por más á propósito para tener un militar preludio y acostumar el cuerpo á los combates entre los regocijos, como son: las cañas, la sortija, el tiro de fusil y la cartera, á que se excitan los jóvenes, con premios, á estas útiles contiendas menos peligrosas, tienen mejores principios que aquélla». Esto dice el notable escritor Bravo y Laguna, y añade «que no debe confundirse nuestra hermosa fiesta con los espectáculos sangrientos de gladiadores, y de aquellos que, condenados á muerte, se exponían á la lid con las bestias, y á que fuesen las fieras sus verdugos, esperando salvar la vida en el clamor del pueblo»; pero ningún dato aportan para sostener su tesis.

Todo lo más que puede concederse á los africanos es, que, siendo valientes, buenos jinetes y muy amigos de ejercicios peligrosos, adoptasen con gusto y hasta con entusiasmo las faenas de perseguir á semejantes fieras, herirlas, lazarlas y darlas muerte, como ya lo hacían los españoles. Más aún; que prevalidos de su poder como conquistadores, y utilizando sus innegables conocimientos en agricultura y otros ramos importantes, procurasen y consiguiesen formar castas de toros

bravos, cuidando esmeradamente de su crianza. Pero nada más; que ya los españoles tenían aprendido con infinita antelación el modo de sortear tales reses, como dejamos anteriormente probado.

No hay más autoridad que la de Juan León (*El Nubiense*), el cual, en su libro *Descriptio Africae*, habla de que los árabes lidiaban toros en aquella región en los términos siguientes: «Aprovechando, dice, su nativa y nunca domada fiera, los naturales se divierten provocando sus iras y burlándolas de varias maneras; ya sujeto con recia maroma, le atan á postes ó aldabas, sonsacándole en tropel para evitarle cuando acomete; ya suelto en cosos, lo incitan, y de él perseguidos, se guarecen en defensas y huecos al propósito, á lo que llaman *corrida*; bien le hostigan y rinden á lanzadas diestros jinetes sobre caballos avezados á esta especie de dificultoso juego, y aun los pastores de este ganado suelen derribar á los más pujantes, trabándose con ellos hasta que vienen á tierra perdido el equilibrio por movimientos que requieren tanta serenidad como valentía; que en esto se ve, como en tantas otras cosas, lo que vale la razón del hombre sobre los instintos mejores y mayores de los animales».

Y el relatar esas valientes acciones de los africanos, no es ciertamente concederles preferencia de antigüedad sobre las iguales en todo, que vieron en España; al contrario vienen á probar bien de qué manera había ya en nuestra nación tales divertimientos; cómo ellos los aprendieron de nosotros practicándolos en su tierra con toros de allí, que á pesar de la bravura que les anota dicho autor, no han sido, ni son, tan feroces ni de tan gran corpulencia que los de la Península Ibérica; y como se justifica que esa lidia casi ordenada, y hasta cierto punto metódica que menciona, no se conocía en Roma, ni en otro lugar del globo, más que en España, donde la aprendieron los moros y la ejercitaron con singular fama, mezclándose con los cristianos en cacerías, justas y fiestas taurinas. De todo ello ha dado vidente ejemplo el inmortal Goya, en su magnífica colección de láminas, titulada *La Tauromaquia*, y en que, paso á paso, fué marcando los adelantos en tal diversión, colocando primero á caballeros españoles, y más tarde á los moros; y esto mismo corroboran historiadores que describen alguna de las suertes relatadas por el *Nubiense*, como «practicadas en el Andalucía desde tiempo inmemorial», citando entre otros pueblos el de la ciudad de Baza, cuyos habitantes formando apretado haz, y con picas en las manos, esperaban á cuerpo descubierto á los toros, y con aquéllas los levantaban por alto.

Pero los habitantes de España en aquellos tiempos, tanto romanos, como moros, como cristianos, ¿quién eran todos españoles? Pues si esto es innega-

ble, y no hay más remedio que reconocerlo así, ninguna razón puede alegarse para quitar á este privilegiado suelo el galardón de haber sido el primero que ha corrido toros, ejecutando con ellos diferentes faenas en campo abierto, y el primero también que convirtió la bárbara lucha romana en hermosa *lidia*, que alegra los sentidos, enardece la sangre por medio del entusiasmo, y proporciona al alma la más placida emoción, al ver salir triunfante de las acometidas de una fiera al impávido torero.

De modo que, en España, los *celtíberos* fueron los que se atrevieron antes que nadie á cazar toros, y esperarlos ó perseguirlos á dicho fin; en España, sin luchar con tales reses se inventaron suertes para vencerlos, haciendo de las mismas motivo de especial divertimento; en España, juntos los moros con los cristianos, durante la dominación sarracena, pero siendo todos españoles, convirtieron ya en espectáculo público los juegos con que burlaban y castigaban la bravura de las reses bravas; y en España después se regularizó de tal modo la *lidia* de tales animales, que según dijo el rey Don Felipe III, en una Real cédula que firmó en Madrid á 10 de Mayo de 1610, «el prohibirla y no verificala, causa desaliento al pueblo, á quien conviene tener á gusto». De entonces acá, inútil es decir cuánto se ha adelantado en esa *lidia*, que no contentos con haberla fundado los españoles, la llevaron á las Américas, la propagaron en Portugal, y la han extendido á gran número de importantes poblaciones de la Francia, venciendo ridículas preocupaciones, no sin gran trabajo y necias contrariedades.

Aquí podríamos dar punto, estimando suficientemente probado que ninguna nación antigua ni moderna puede disputar á la nuestra la antigüedad en el arte de torear; sin embargo, no estará de más robustecer esta opinión, haciendo referencia, siquiera sea someramente, de las de otros autores que en tal creencia nos acompañan.

El célebre escritor D. Santos López Pelegrín (*Abenamar*) en su *Filosofía de los toros*, que con tanto gracejo escribió hace más de medio siglo, después de considerar que con las corridas ha sucedido lo que con los grandes acontecimientos del mundo, que cuanto más dignos de admiración más desconocido es su origen, atribuye éste, aunque muy de pasada, y en tono hasta cierto punto humorístico, al Africa: pero no al Africa que conquistó á España, cuando la vendió el obispo don Opas, si no á la de más remotos tiempos, á la que él quiere suponer que componían juntas una sola región en tiempos de Tubal. En nada funda semejante apreciación, sino en que allí, dice, á la naturaleza plugo dotarla de animales feroces, y por consiguiente tenían necesidad de cazarlos:

pero añade, «lo cierto es que en las costas del mediodía de España se ha conservado esta tradición taurómaca, y de ella nació con el tiempo la tauromaquia.»

Conste, pues, que *Abenamar* opina que en España nació la tauromaquia; es decir, el arte de torear, la *lidia* verdaderamente sujeta á reglas y preceptos, no la lucha desordenada, feroz y bárbara. Conste también, que admite la opinión de un célebre escritor, de quien copia las siguientes palabras: «es digno de atención que en Roma no se hubiese perpetuado esta diversión, siendo propia de aquella República, y si en España, que fué solamente una de sus provincias.» Aquí el célebre escritor contradiciendo y aun negando que de los toros se sirviesen los romanos para lidiarlos, muestra su extrañeza sobre la adopción de tal fiesta por ellos; porque, si así fuera, la hubieran perpetuado, como lo ha hecho España; y el licenciado Francisco de Cepeda dice que «se hallan memorias antiguas que se corrieron en fiestas públicas torcas, espectáculo solo de España.»

¿A qué fatigar la imaginación de nuestros lectores presentando, como podríamos hacerlo, el testimonio de otros muchos escritores que opinan de igual manera? Probado queda que la *lidia de toros es originaria de España*, y eso basta á nuestro fin. Táchenla de bárbara los que no usan esa palabra para calificar las luchas de gladiadores, el pugilato y otras más bestiales; que nosotros repetiremos con más razón, felicitándonos por ello, que para esa *lidia* tan anatematizada nadie más que el español ha aprendido á conocer y distinguir claramente las inclinaciones de los toros, y sobre ellas ha cimentado las bases de un arte tan exacto como invariable en sus principios

Orozco y Sanz, D. Pascual.—Es un escritor de tanta gracia, que en Alicante, donde nació en



31 de Mayo de 1872, llegaron á llamarle el *Talabada*

alicantino, aludiendo al celebrado literato D. Luis Taboada, cuyos humorísticos artículos son en Madrid tan elogiados. Fundó con otros compañeros el *Alicante cómico* y luego *Manzanilla y cuernos*, que fué de su exclusiva propiedad: llevó por mucho tiempo la primera sección de la *Revista de espectáculos*, de aquella localidad, en que hizo una campaña brillante con escritos que no hubieran desdenado firmas de primer orden en la república literaria: y escribió con buen éxito para el teatro.

Pero no son sus méritos en las letras lo que le hace figurar en nuestro libro; son los que le corresponden de derecho por su afición al arte del toreo, demostrada en las bonitas revistas de corridas de toros que con el seudónimo de *Rehiletes* escribe en la *Correspondencia de Alicante*, y en las polémicas que acerca de las materias taurinas sostiene con habilidad y excelente lógica. En algo se ha de conocer que sabe argüir como buen abogado, cuya carrera está próximo á terminar.

Ortega, Juan.—Era picador de toros en el último tercio del pasado siglo y estuvo contratado en la plaza de Madrid en el año de 1777.—Le suponemos pariente próximo de

Ortega, Pedro.—En 1782 trabajaba este picador con bastante aceptación en las plazas principales de España.—Tal vez fuera hermano de Laureano. Su crédito era grande y tanta su fama que ya en 1796 trabajaba con los espadas Juan Conde y José Romero, empleándole por mañana y tarde lo cual demuestra que era hombre duro para el trabajo. Era natural de Medina Sidonia.

Ortega, Laureano.—Gran picador de toros en el primer tercio del presente siglo y fines del anterior, de gran brazo y habilidad, y con especialísimos conocimientos de la índole é inclinaciones de las reses. Es de los que han dejado un gran nombre; y en Sevilla, el 20 de Abril de 1793, picó una corrida de toros con Juan López en que sin perder ninguno un caballo y con solas seis caídas clavaron cincuenta y siete puyazos. Dos caballos á cada uno, además de los que heridos se llevaron, fué el regalo que, con un traje nuevo y venticinco doblones, los hizo la Real Maestranza.—Dicen que este picador fué uno de los que se negaron á trabajar en una corrida del 30 de Abril de 1798, porque no se les dieron caballos a su gusto para picar; el pueblo se amotinó porque no salieron los picadores anunciados ni otros, sin que se hubiese dicho de esto nada, hasta después de hallarse ocupadas las localidades de la plaza; las turbas deshiciéron

cuaunto pudieron y mataron los toros en los chi queros, y arrojaron al río el coche del empresario Soler, vecino de Utrera. Hubo muertos y heridos y la fuerza pública logró calmar los animos bastante tarde. Si todos los picadores cuidasen de escoger elemento tan principal como el caballo, mejor andaría el arte.

Ortega, Antonio.—Hará poco más de cuarenta años que mataba toros por los pueblos y plazas de segundo orden, sin pretensiones, pero con valor. No dejó nombre de entendido.

Ortega, Enrique.—Aunque este banderillero no era tan bueno como sus hermanos *Lillo* y *Cuco*, cantaba *playeras* y *soledades* con tan buena voz y tan exquisito gusto, que hubo matador que le llevaba en su cuadrilla, más que por otra cosa, por oírle.

Ortega, Manuel (Lillo).—Gran banderillero y excelente peón de lidia; natural de Cadiz, donde nació en 1827. A los quince años fué contratado para la Habana y á los pocos meses vino á Madrid con Manuel Díaz (*Lavi*). En el año 1845, figuró en la cuadrilla del célebre Montes, y al año siguiente en la del inolvidable *Chiclanero*, tomando parte en las funciones reales, donde vistió como toda la cuadrilla de Redondo, traje turquí con oro. Cuando en 1853 murió este dicho matador, que tanto quería á *Lillo*, ingresó éste en la cuadrilla de *Cácharas*, y ya en 1858 pasó á la del *Tato*, en la que sirvió con gran lucimiento hasta 1862, en que tuvo que retirarse, á consecuencia de la fractura del tobillo derecho, que le causó en Sevilla un toro de Miura. Dedicose después al comercio de carnes en su ciudad natal, estableciendo en la plaza de San Juan de Dios un puesto que pronto acreditó por su buen trato y eortesía, y falleció en la misma, el día 26 de Julio de 1887 y enterrado el 27 del mismo. Era muy fino pareando y sabía más, aunque el vulgo no lo conociera, que su hermano

Ortega, Francisco (Cuco).—Gran banderillero, con gran poder en las piernas y gran inteligencia. Sólo su estatura no era grande. Disputó en sus tiempos de bonanza los aplausos al Regatero y á Muñiz, y aunque no sabía ni hacía lo que éstos, tenía *más teatro*. Según se dijo por Madrid, este banderillero fué con su conducta el que promovió los escándalos suscitados por la competencia acalorada entre el *Tato* y el *Gordito*; pero de esto, nada sabemos. Desde que el *Tato* se retiró del to-

reo por su desgracia, pensó en lo mismo el *Cuco*; y si bien ha trabajado algo después, ha sido poco y



procurando conservarse, por lo cual se retiró definitivamente, dedicándose al comercio de carnes en la ciudad de Cádiz.

Ortega, Gabriel (*Barrambin*). — Banderillero audaz y atrevido que allá por los años 1859 ó 60, disputaba los aplausos á cuantos con él toreaban. Hasta se atrevía con sus hermanos ó parientes *Lillo* y *Cuco*, sin saber la mitad que cualquiera de éstos, teniendo muchas menos facultades y pequesísima estatura. Vió al *Gordito* poner banderillas al quiebro, y quiso hacer lo mismo; lo intento, y... voló por los aires á la primera, con menos lesión de la que se creyó. A los pocos años enfermó, y murió en Andalucía.

Ortega y Ramírez, Francisco. — Banderillero de regulares condiciones perteneciente á la familia del *Lillo* y del *Cuco*, que fueron muy notables en su época, y hermano del matador Antonio (*El Marinero*); falleció en Cádiz, calle de Santo Domingo, núm. 15, el día 20 de Octubre de 1884, siendo enterrado al siguiente en el Cementerio católico de dicha ciudad.

Ortega, Sebastián (*El Cuco*). — Hace dieciséis años era picador en novilladas allá por Andalucía, sin que, al cabo de tanto tiempo, haya adquirido una opinión regular, lo cual desmiente el buen nombre que los Ortegas, y sobre todo el *Cuco*, de Cádiz, adquirieron con justicia.

Ortega Franquelo, D. Joaquín. — Gran aficionado á la tauromaquia, y muy entendido en todo cuanto á la misma se refiere. Es autor de un bonito cuadro de hierros y divisas, litografiado en Málaga, de donde es vecino, en 1879, que resulta como todos cuantos se han publicado, con algún error debido quizá á noticias equivocadas, y ha escrito revistas y buenos artículos en el *Boletín de loterías y de toros, continuación de el Enano*, y en *El Toreo* de Madrid. Es buen voto el suyo en materias taurinas, porque conoce lo que dice.

Ortega, Vicente. — Torero que se ha dedicado á ser jefe-director de una cuadrilla de jóvenes menores de quince años, que han recorrido la mayor parte de las provincias de España, trabajando, tanto á pie como á caballo, con bastante aceptación. Ya no es joven, porque en 1850 le vimos trabajar matando toros en Alicante, y era ya mozo hecho.

Ortega, Antonio (*El Marinero*). — Natural de Cádiz, y sobrino del célebre *Cuco*. Es de poca estatura, pero muy ligero, á pesar de tener lesionada una pierna, no sabemos si por efecto de alguna cogida. Es valiente y se atreve á matar toros con bastante



frescura, lo cual le ha valido mucha aceptación en Andalucía, pero le falta algo para ser torero completo y bastante para estoquear reses. El tiempo puede escarmentarle ó sacarle adelante, que es lo que deseamos, siquiera sea por el aprecio que siempre nos mereció su padre, Manuel Ortega (*Lillo*), que fué un torero de grandes conocimientos

Es matador de alternativa desde el 4 de Junio de 1885, sin que se haya significado como gran matador ni mucho menos. Es decir, que nuestros descos no se ven cumplidos. Nació el día 11 de Octubre de 1857.

Ortega, Josefa.—Matadora de toros, émula de la Martina, valiente y animosa, que trabajó en la plaza de Madrid, antes de 1840, con aceptación. Hay alguna composición poética que dice mataba *esperando* y concluyendo al bicho de una sola estocada. No recordamos haberla visto, y no por ello nos da pena.

Ortega, Pedro.—Ni monta muy bien, ni pica muy mal. Procure observar y estudiar la buena escuela de los pocos picadores de toros que hay en estos tiempos; y ande más de prisa de lo que ha andado hasta ahora, que lleva más de quince años en el oficio y no ha demostrado grandes adelantos.

Ortiz, Antonio.—Picador de la cuadrilla de Pedro Romero y a quien dió la alternativa en Madrid en 1794 el afamado *Chamorro*. No llegó a obtener la fama de

Ortiz, Francisco.—Picador acreditado como buen jinete que a fines del siglo anterior trabajó en la cuadrilla de Jerónimo José Cándido. Luego trabajó también con el *Curro Guillen*, y en 1808 fué uno de los picadores de tanda de la que mandaba *Sentimientos*.

Ortiz, Manuel.—Hubo un picador de este nombre, después del año de 1830, de quien han quedado pocas noticias.

Ortiz, Cristóbal.—Recuerdan todavía varios aficionados la destreza y poder de este notable picador de toros, a quien nunca faltaron aplausos merecidos. Natural de Medina Sidonia, fué émulo de Corchado; estuvo en su apogeo largo número de años desde principios del presente siglo, y trabajó hasta el de 1832, en que falleció el 27 de Agosto en la plaza de Almagro, a consecuencia de una gran caída, cuyo golpe recibió en la cabeza. Un mal toro de la ganadería de Bringas (Villarrubia), pequeño, de trapío despreciable y cobarde, ocasionó esta desgracia, privando al toro de un gran picador de toros. ¿Quién lo había de decir al que estaba acostumbrado a dominar y vencer reses de seis y ocho años!

Ortiz, José (*El Chamasquino*).—Perteneceó este picador a la cuadrilla de Antonio Sánchez (*El Tato*), y no sabemos nada acerca de su mérito. Dicen que se le recomendaron como bueno sus paisanos, y que a él no le disgustó en una corrida que tuvo en Sevilla el 11 de Julio de 1858.

Ortiz, Carmen.—Picadora de vara larga, que fué muy celebrada por su valor en las novilladas, antes del año 1840, y en la plaza de Madrid. ¡Qué lástima de vara de fresno!

Orts y Ramos, D. Tomás.—Escritor alicantino, de frase viva y enérgica, especialmente en lo relativo a corridas de toros, al hablar de las cuales muéstrase, más de una vez, harto apasionado por *Lagaritjo*. Es de porte distinguido, y ha publicado algunos folletos relativos a nuestra fiesta nacional, de la que es decidido partidario.

Osed, Ricardo.—Torero catalán, que con más valor que arte, mataba toros en novilladas. El día 12 de Agosto de 1868, fué cogido toreando en la plaza del Ronquillo, y a los tres días falleció en Sevilla, adonde fué trasladado.

Osed, Agustín.—Era un banderillero regular, sin pretensiones, que cumplía bastante bien, hace veinte años. Se obscureció muy pronto, no sabemos si porque abandonara el oficio ó por otra causa.

Osorio de la Torre, D. Ramón.—Caballero en plaza en las funciones reales celebradas en Madrid en 1846, con motivo de las bodas de Doña Isabel y Doña Luisa Fernanda. Fué nombrado por la Casa Real, y apadrinado por la Grandeza, en concepto de supernumerario.

Osuna, Francisco.—Un picador de este nombre trabajó en Sevilla en 12 de Febrero de 1804. Nada sabemos de su mérito; tal vez fuese

Osuna, Francisco.—Acreditado picador de toros a principios del presente siglo. Trabajó con Aroca el espada y con Amisas el picador.

Osuna, Antonio.—No fué este un picador de primera nota; pero entre los de su categoría ó cla. se figuraba como pundonoroso y trabajador. Era buen mozo, pero frío, y su mejor época fué por

los años de 1854 al 64. Ha tomado parte en las funciones reales de 1878, pero mucho antes había dejado de trabajar por haberse dedicado al comercio.

Otera, D. Antonio.—Caballero rejoneador que sobresalió en las fiestas de toros celebradas en el Buen Retiro de Madrid en 1700 al verificar su entrada en la Corte el rey D. Felipe V.

Ottolini Veiga, Joaquín.—Quiso lidiar toros este caballero portugués en 1880 y en vista de que no basta la afición para distinguirse, ha ido poco a poco retirándose.

Oviedo, D. Juan de.—Caballero del hábito de Montesa, nacido en Sevilla en 1565, persona muy instruida, y Jurado de dicha ciudad.—De su orden se construyó el matadero de la misma con una bóveda de trescientos pies de largo. Fué muy valiente, y muy diestro con lanza á caballo frente á los toros y á los moros. Murió de un balazo en la

conquista del Brasil, á los sesenta años de edad poco más ó menos.

Oviedo, D. Carlos.—Gran aficionado á la tauromaquia, dignísimo por todos conceptos de figurar en este libro: inteligente empresario que fué por muchos años de la Plaza de Toros de Sevilla y entendido eminente que siempre se ha de citar como modelo. Oviedo, á una facilidad de palabra agradabilísima unía una ilustración tal en cosas del arte, que su voto no sólo era respetado de toda la afición sevillana si que también de los más celebrados diestros. Había visto mucho, tenía una memoria de privilegio y sus explicaciones teóricas en los más arduos problemas de toreo se escuchaban como soluciones irreprochables porque al hablar con conocimiento de causa defendía siempre y con excelente doctrina cuanto hacía relación á nuestra fiesta nacional. Su valía fué tanta que se le consultaba para todo y en diversas ocasiones fué principal Jurado para dar premios á ganaderos en extraordinarias corridas. La muerte repentina del Sr. Oviedo fué muy sentida de cuantos le trataban con intimidad ó le conocían.





Pacheco, José (*Veneno*).—Picador bastante aceptable cuando quiere; nació en 1844; fué encerrador en el matadero del Puerto de Santa María, y de



tanto andar en el ganado se aficionó á picar toros, haciéndolo por vez primera en Jerez en 1875, si bien antes había picado en novillos; el mismo año tomó en Madrid la alternativa, y ha figurado en buenas cuadrillas.

Padilla, Bartolomé.—Natural de Jerez, valiente y de poder. Fué uno de los picadores mejores que tuvo *Pepe Ello* en su cuadrilla, y parece que se estrenó en Sevilla el día 9 de Diciembre de 1782.

Padilla, Diego.—Novillero sevillano de quien no hay noticias favorables ni adversas, sin duda por ser moderno. No sabemos si es pariente de Angel García Padilla; creemos que no.

Padrino.—Llámanse así en las corridas de toros, al caballero de alto rango que presenta, protege y apadrina al que ha de tomar parte en la lidia de función real, ó en justas, torneos, juegos de cañas, etc. Siempre han sido los padrinos personas muy principales, y á su costa se han hecho los gastos de trajes, caballos y demás, continuando con la protección constante en favor de sus apadrinados durante toda su vida.

Pagés, Angela (*Angelita*).—Por excepción y gracias á su mérito especial en el toreo, relevamos á esta muchacha de las censuras que merecen todas las que de su sexo se dedican á una profesión tan contraria á su naturaleza.

Con licencia de sus padres, que hace más de veinte años tienen una cervecería en la alegre barriada de la Barceloneta (Barcelona) ingresó desde el principio de la formación de la célebre cuadrilla de «Señoritas toreras» en clase de banderillera, sobresaliendo á muy poco tiempo entre las que componían el grupo de aprendizas.

Angela, sino tan elegante como *Lolita*, es todavía más fuerte y dura en la brega, poseyendo un valor rayano en lo increíble, habiendo merecido repetidas veces, por su incansable labor en las corridas, que la dijieran era un Juan Molina. Pasó á ocupar el puesto de segunda matadora en 1895 y desde entonces ha ido cada día adelantando á pasos agigantados, siendo hoy muy diestra en el manejo de la muleta y capote, parando mucho y toreando siempre de brazos; con el estoque se atraca y con

los palos aprieta y cuadra con perfección. Entre otros tropiezos de menor cuantía, ha tenido tres, capaces por sí solos de desengañar no á una joven, sino á un torero maduro, y Angela cada día se hace más brava y cuanto más la pegan más se envalentona y se aprieta con los toretes. Ha tenido cogidas en Castellón, en Logroño y en Jerez de bastante importancia, que ha sufrido con bravura; en Logroño, al banderillear, recibió un puntazo en la parte interna del muslo derecho, de tres centí-



metros de profundidad por dos de extensión, y en Jerez se infirió con la cruz del estoque una herida en el párpado inferior de un ojo, de la que tardó en curarse catorce días; este año está todavía más brava y diestra que nunca y hoy, además de ser un excelente peón de brega, torea á conciencia de capa y muleta, y por la valentía con que se deja caer agarra estocadas enteras, que le han valido ovaciones. A pesar de su temperamento violento, de su innata vivacidad y su manifiesta valía es modesta y no la han engreído los aplausos y las críticas concienzudas y merecidas de reputados aficionados.

Paiva, José de.—Regular mozo de forcado portugués, ya retirado del arte, en que no fué notabilidad ni tampoco despreciable.

Pajarito.—Toro de la ganadería de D. José Arias Saavedra, de Utrera, de ocho años de edad, muchos pies y grande corpulencia, lidiado en la plaza de Málaga el 16 de Agosto de 1840. Mató seis caballos sin que los picadores le hicieran sangre; pues era tal el poder con que acometía, que al callejón de la barrera caían jacos y jinetes de un solo golpe. El célebre Redondo (*El Chiclanero*), con gran exposición y como Dios quiso, le colocó únicamente una banderilla, y tocando á la muerte, se la dió Montes de un golletazo á la media vuelta sin preceder pase alguno de muleta. El público rompió los tablones de los tendidos y arrojó sillas y cacharros al redondel, porque quería más lidia á caballo y que no hubiese ido el animal entero á la muerte. Montes calificó á este toro de excepcional, y añadió, que si por casualidad no hubiera acertado á dar la estocada, habría necesitado variar de traje para volver á arrimarse; tal era el sentido de la fiera. Así lo asegura un escrito que conservamos en nuestro poder.

Pajazo.—Cuando los animales suelen darse en los ojos con las cañas ó maleza de las rastrojeras, se dice que tiene «pajazo», y si les estorba la herida ó golpe para ver bien, se les llama «reparados» de un ojo, ó de los dos, si en ambos tienen el golpe referido.

Pala.—Se da este nombre á la parte anterior externa del cuerno del toro. El golpe que da con esta parte del asta produce la contusión que se llama varetazo.

Palacio, D. Eduardo.—Es el más inteligente en tauromaquia de cuantos escriben revistas de toros en estilo humorístico en los periódicos políticos. Da á sus escritos una gracia y un sabor tan especiales que no han podido imitar, y eso que lo han intentado, otros escritores de buena reputación. Nadie como él, con frases ingeniosas, hace asomar la risa á los labios, y nadie como él, tan original, tan espontáneo, en medio de una indiscutible genialidad especial, que le permite decir cuanto quiere, sin herir jamás á persona determinada. Podrá mostrar preferencia por el diestro que más le agrade, podrá llegar por él hasta el apasionamiento, pero no rebajará el mérito de otros, si realmente le tienen; y cuando necesita ejercitar la crítica con fundamento, son sus palabras tan sencillas, tan naturales y tan adecuadas, que, lejos de molestar, convierten en buen humor el ánimo de aquel á quien se dirigen, privilegio que no alcanzan todos aunque lo deseen. Es imposible retener en la memoria los ocurentes dichos, los incomparables retruéca-

nos que siembra y esparce con profusión en sus envidiables artículos, en los cuales hay que admirar su constante novedad y frescura, á pesar de llevar tantos años escribiendo en ese tono difícil, sin agotarse su gracejo singular; y sin embargo, á este hombre ni se le aprecia en lo que vale, ni en él se advierte desfallecimiento ni disgusto, porque Palacio es un corazón de oro, para quien este mundo no es más que una jaula de locos, donde hay que pasarlo lo mejor que se pueda sin dar á nada importancia. En todos sus escritos taurinos usa el pseudónimo de *Sentimientos*.

Palacios, Antonio.—Fué uno de los mejores banderilleros y parcheros que se conocían á mediados del siglo XVIII, época de Esteller, Apiñani, Palomo y otros.

Palacios, D. Julian.—Este honradísimo industrial, llevado de su gran afición á nuestras corridas de toros, concibió la idea de publicar en Madrid un periódico taurino que en nada se pareciera á cuantos hasta entonces habían visto la



luz. Sin reparar en gastos, acometió la empresa, montando talleres á propósito, lo mismo tipográficos que de cromolitografía, con gran extensión y con las más aventajadas mejoras que conoce ese arte, y en 1882, el 2 de Abril, circuló, con profusión en Madrid y provincias el primer número de *La Lidia*, que ese es el título que dió á su periódico, siendo materialmente arrebatado de las manos de los vendedores. Causó entonces una verdadera revolución entre las publicaciones de igual índole, llegando á adquirir tal crédito, que fué hasta cierto punto fabuloso el excesivo número de ejemplares que vendió y el gran contingente de suscripto-

res que reunió en breve tiempo. Mejorado de día en día tan excelente semanario, aun vive á pesar de los años transcurridos, porque Palacios tiene verdadero cariño á esa publicación que le ha dado á un tiempo honra y provecho.

Palacios figura en primera línea entre los litógrafos de España: los trabajos que de su casa salen son todos notables, y de tan rara perfección, que los carteles de lujo para anunciar corridas en París y otros muchos puntos de la Península, causaron y causan la admiración de los entendidos, conviniendo todos en que en cromolitografía no puede irse más adelante.

Es afable en su trato, muy trabajador y joven de grandes prendas, al que estiman en mucho cuantos con él han formado relaciones. Creemos que nació en Alicante hace unos cuarenta años, poco más ó menos.

Palencia, D. Juan de.—Notable rejoneador de toros en Madrid y en las fiestas de Mayo de 1639. Hablan de él las crónicas con grande encomio.

Paletazo.—El golpe de lado que da el toro con cualquiera de sus astas, sin pinchar pero contusionando más ó menos fuertemente.

Palomar Caro, José.—Pero este hombre ¿es torero ó es suicida? Tiene mucho de uno y otro, pues su inexplicable serenidad y tranquila impavidez denotan lo último, y cosas que hace como nadie, inclinan á creer lo primero. Fáltale muchísimo que aprender, y si no tiene una desgracia, puede llegar á ser un buen matador de toros, para lo cual demuestra aptitud especialísima; pero sobranle precipitaciones é irreflexión, y es de temer que se quede donde está, si no piensa más en lo que es torear con arte é inteligencia.

Palomo, Félix.—En Córdoba, plaza de la Magdalena, y en el año de 1749, mató toros como espada primero dicho lidiador, vecino de Utrera, que no sabemos si sería pariente de los famosos Juan y Pedro, de Sevilla. (219)

Palomo, Juan.—El nombre de este matador de toros, á mediados del siglo anterior, no se olvidará fácilmente entre los aficionados al arte taurino. Puede decirse que fué uno de los toreros que fundaron prácticamente la tauromaquia tal y como se conoce, aunque hoy en algo se haya adelantado por efecto de la experiencia, que ciento cincuenta

años no pasan en balde. Era natural de Sevilla, dependiente aventajado de la Real Maestranza de la misma; manejaba bien la capa, y según usanza de entonces, para demostrar valor, sólo usaba en la mano izquierda, en vez de muleta, el sombrero de anchas alas, semejante al castoreño que ahora usan los picadores. Le protegieron y alentaron mucho los señores maestrantes, y recorrió con su hermano Pedro la mayor parte de las plazas que entonces había, con grande aplauso y aprovechamiento. Fué posterior á Francisco Romero y anterior á Manuel Bellón (*El Africano*), y en su compañía trabajaron casi siempre su hermano Pedro y Esteller (*El Valenciano*). (219)

Palomo, Pedro.—Hermano del célebre Juan, natural como él de Sevilla, y como él también matador de toros á mediados del pasado siglo. Era no menos valiente que aquél, aunque parece era menos diestro; mataba con sombrero en mano, *esperaba* los toros, y era celoso de su pundonor. No sabemos si, como Juan, sería dependiente de la Maestranza de Sevilla; pero es indudable que igual protección se prestó á uno que al otro mientras fué la época de su apogeo, que, según se deduce de los escritos que tenemos á la vista, pudo durar de diez á veinte años, ó poco menos, sin que sea posible precisar detalles de su vida, por la escasez de noticias que existen acerca de unos hombres cuya profesión era naciente, como arte, cuando ellos la ejercitaban. (219)

Palomo, Manuel.—Fué un picador de toros que á mediados del siglo precedente quebraba rejones y garrochones con bastante aceptación, especialmente en Andalucía. Era natural de Alcalá de Guadaira. (219)

No sabemos si sería equivocación la de haberse anunciado con ese nombre un matador de toros que en Sevilla alternó con Juan Miguel y con Costillares, el día 22 de Abril de 1763, pero nos inclinamos á creer que este matador, llamado Manuel, existió realmente, porque además de dicho dato lo comprueba con evidencia un cartel de Valencia de 6 de Octubre de 1766, en que aparece como primer espada.

Palos ó palillos, palitos y palitroques, son palabras que se usan indistintamente en vez de la de «banderillas», y realmente á los que no se relacionen con toreros ó aficionados, les será dificultoso entender el verdadero significado de tales palabras, puramente convencionales en el tecnicismo taurómico.

Pamo, Isidoro (*Salamanquinito*).—Le conocen como torero donde lo han visto trabajar. Ignoramos su mérito, y hasta los puntos en que puede haberse lucido, porque son éstos tan cortos en número, que como no se dé más á conocer, antes de mucho será olvidado.

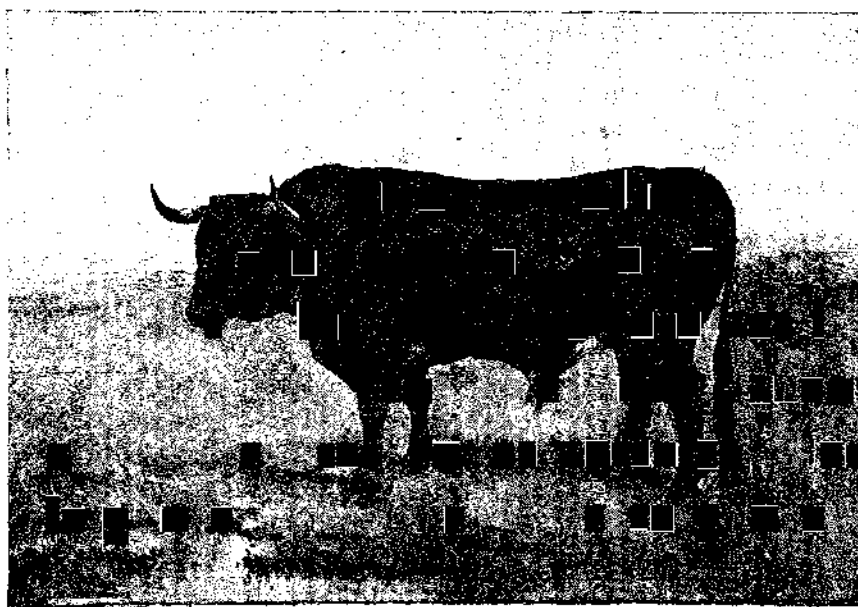
Pampilho.—Es ni más ni menos que la «castigadera» usada en España, la vara larga que en Portugal usan los campinos para castigar á los toros en el campo ó en el redondel, cuando no quieren volver á entrar en los corrales ó toriles. Lleva en la punta un pequeño hierro punzante.

Pandereto.—Último toro que mató en Madrid el espada *Lagartijo* en la tarde del 1.º de Junio de 1893 día de su despedida del toreo. Era como los demás lidiados en tan aciago día, perteneciente á

divisa azul. Mató en Madrid al aficionado Antonio Fernández Oliva en la tarde del 29 de Abril de 1855 al ponerle banderillas. Era el animal, que fué concedido como de gracia, retinto claro, cornilargo, bizzo de la izquierda, voluntario, pero algo blando. Le mató Gonzalo Mora, vestido de paisano, de una baja arrancando.

Papagaio.—Del mismo modo que al chulo que en las plazas de toros de Portugal abre los toriles para soltar los toros se le llama *Carecas*, al que abre las puertas para que entren los rejoneadores en el redondel, llamanle allí como indicamos.

Parado.—El segundo de los tres estados que tiene el toro en la plaza, que es precisamente el mejor para hacer con él toda clase de suertes, puesto que



«PANDERETO», TORO DE VERAGUA. —JULIÁ

la ganadería del Duque de Veragua, negro bragado, de poca edad, sin poder, voluntario en el primer tercio y quedado en el último. Tomó seis varas, *Torerito* y *Lagartijo* le pusieron cuatro pares de banderillas, y fué muerto de dos pinchazos y una media estocada.

Pando, Manuel (*Pindo*).—Nuevo banderillero que muestra grandes deseos de aprender. Despachito se va lejos, pero entiéndanos; despacio sí, pero no parándose.

Pantalones.—Toro de la ganadería de D. Manuel Bañuelos y Rodríguez, vecino de Colmenar Viejo,

ya no está *levantado* como en el primero, sino que se fija bien en los objetos, y además, sin faltarle piernas, no tiene tanta ligereza ya, porque las primeras varas, los capotazos ó los recortes que haya sufrido se las hayan quitado en parte, aunque no *aplomado*. Debido muchas veces á dichos castigos, suelen los toros en este estado mostrar inclinación á determinadas querencias, de las que cuesta trabajo apartarlos.

Paramio, Arturo.—Matadoreito de toros en novilladas por la tierra de María Santísima. No le hemos visto, ni sabemos por lo tanto, si vale ó nó, porque las referencias... Sin embargo, las de Amé-

rica donde también ha trabajado, contradecían las de España, pero poco á poco el chico ha ido *tomando tierra* y tiene contratas en aquel país. Díjose en muchos periódicos, que en una corrida celebrada en la plaza de Santiago de Cuba el 10 de Marzo de 1895, al dar muerte á un toro de la ganadería de Castellanos llamado *Cocodrilo*, con el cual estuvo muy valiente, y en el momento de dar la estocada que fué soberbia, quedó enganchado, recibiendo una herida profunda en el lado izquierdo del pecho, con destrozo del corazón, que le ocasionó la muerte; pero esa noticia fué desmentida en absoluto, por medio de un comunicado suscrito por el padre de Paramio insertando una carta del mismo, en que hizo constar la falsedad de aquella.

Parar.—Es esperar con sangre fría la acometida del toro en todas las suertes que con él se intenten; así que el torero que pare bien, tiene mucho adelantado para ser un buen diestro. Nada hay más seguro ni de mejor efecto que un lidiador con el capote ó la muleta pasando al toro y sin mover los piés más que lo absolutamente indispensable para girar casi con los talones; nada más bonito que el momento en que el banderillero *pára* cuadrando para meter los brazos, y nada tan magnífico como el acto de citar el espada al toro, arrancar éste, *parar* aquél los piés, y matarle recibiendo. Por desgracia, no hay muchos toreros que imiten en el particular al gran Romero.

Parche.—Los parches que se colocan á los toros en la suerte denominada *parchear* suelen ser de badana, paño, pergamino y de cualquier tela, untado su revés con pez, brea, trementina, goma, etc. Se hacen, para mejor efecto, de colores, con cintas, lazos y caprichosos adornos, que no pesen y que no sean de más tamaño que el de la palma de la mano. Cuando se colocan en línea recta ó haciendo dibujo seis ú ocho parches sobre la piel del toro, agrada, como no puede menos, al espectador que comprende lo difícil que es colocar precisamente la mano en sitio determinado.

Parchear.—Lo mismo que para poner banderillas se puede parchear al cuarteo, al quiebro, á media vuelta, al sesgo y al recorte como al relance, aprovechando, etc. La suerte consiste en llevar el banderillero en la mano, en vez de rehiletes, un parche, que suele ser de lienzo, badana ó papel, untado por un lado con trementina ú otra materia parecida, llamar al toro ó salirle al encuentro, y observando precisamente las reglas que explicamos en el sitio oportuno para aquella suerte, al llegar

á la cabeza cuadrará el lidiador, pegará el parche en el testuz del toro, metiendo el brazo por entre los dos cuernos. Claro es, que para ejecutar esto con facilidad, el parche ha de llevarse en la mano derecha si la salida se indica por la derecha del toro, y en la izquierda si por el lado contrario, pero procurando siempre salir por pies, porque como el parche no castiga en nada al animal, queda éste con las mismas facultades, menos en los parches que se le ponen recortándole. Mucho más difícil es poner parches *parcando*, puesto que lo admitido y observado siempre es que un parche quede colocado en el testuz, como va dicho, y otro en el hocico formando juego. Para verificarlo, el lidiador, suponiendo que vaya por la derecha, pegará al cuadrar el parche de la nariz ú hocico con la mano derecha, y el de la frente con la izquierda, que pasará por encima del cuerno derecho rápidamente. El menor retraso en la ejecución puede ser causa inevitable de cogida, porque la postura del torero es muy violenta, y tiene, digámoslo así, entregado el cuerpo al derrote que el animal dé. Por eso el *parear* parcheando hay pocos que lo hagan de la manera referida, y es lo más común, cuando *parean*, colocar los parches en el cerviguillo, en la cruz y en los costados y aun lomos de las reses, formando simetría y procurando sean iguales las distancias de unos á otros. Esta suerte, poco usada no sabemos por qué, es de tanto mérito como la de los rehiletes, y *pareando*, mucho más. Puede hacerse con toda clase de toros, observando, como hemos dicho, todas las reglas que van dadas para los banderilleros; pero sólo los que tengan buenas facultades deben hacerla, porque la exposición es grande.

Pardal, Bernardo.—Picador de toros, de buena voluntad, de excelentes condiciones de carácter y sufrido como el que más. Entrega más caballos de los que debiera, por atravesarse en la suerte algunas veces y no atender á la mano izquierda cuando usa de la derecha, defecto muy común en los picadores actuales, que debe corregir.

Pardo y Sánchez Salvador, D. Manuel.—Distinguido ingeniero, jefe de segunda clase de Caminos, Canales y Puertos. En 1859 ingresó en el Cuerpo, y desde entonces ha demostrado ser uno de los más aventajados individuos que le componen, y respecto del cual no tenemos, como en otras muchas ciencias y artes, nada que envidiar al extranjero. Nació en Madrid el 8 de Abril de 1838, y es autor, con D. Mariano Carderera, de los magníficos planos y proyecto de construcción de la elegante plaza de toros del Puerto de Santa

Maria, y sobre los cuales damos algunos pormenores en las voces *CARDERERA* y *PLAZA*, que van en el lugar correspondiente.

Pardo Figueroa, D. Mariano (*Dr. Thebussem*).

—Alto, enjuto, de fisonomía dulce é inteligente, de distinguido porte y elegantes maneras, sin afectación ni amaneramiento: su mirada atrae, su conversación seduce.

Pasa la vida allá en su Huerta de Cigarra de Medina-Sidonia, revolviendo papeles, descubriendo secretos útiles para las letras y formulando recetas de cocina; que el Doctor, recordando á Homero, *aliquando dormitat*, y el tiempo que quita á



sus estudios aplicale al del arte culinario en que es tanta celebridad como en aquéllos. Con menos malicia que un niño, pero voluntarioso como éstos lo son, obra con independencia en todos los actos de su vida: es un inmenso arsenal de erudición y—cosa rara en estos tiempos—escribe en castellano puro y castizo, con tan admirable naturalidad que da envidia á todos y causa la desesperación de quienes intentan imitarle.

Por legítimos servicios al Estado, facilitando al Gobierno datos, noticias y documentos ignorados por sus funcionarios, fué nombrado «Cartero honorario de España» y el modesto uniforme de la clase osténtale con orgullo al lado del aristocráti-

co hábito de la orden militar de Santiago que lleva con dignidad. Pudo obtener una gran cruz y no faltó quien considerara extravagancia su oposición á admitirla; mas no tuvieron en cuenta los que así pensaron que perpetúan más aquellos honores su distinguida personalidad que una banda de las que tanto se prodigan.

Esas son las líneas más salientes del retrato del famoso Dr. Thebussem, anagrama por él inventado y que quiere decir «Embusto». No atribuiremos esta palabra á su dicho de que no le gustan las corridas de toros, aunque no las combate, pero sí diremos que ha dado á luz ignoradas noticias concernientes al arte de Romero y una magnífica biografía del picador Pedro Puyana que es la mejor escrita de cuantas se han publicado.

Sentimos que la índole de este libro no nos permita ser más extensos.

Pardo, Vicente.—En el año de 1815 trabajó como banderillero en la plaza de Madrid al lado de Arjona (*Costuras*), padre de *Cúchares*. Poco tenían que echarse en cara en cuanto á mérito, ambos peones.

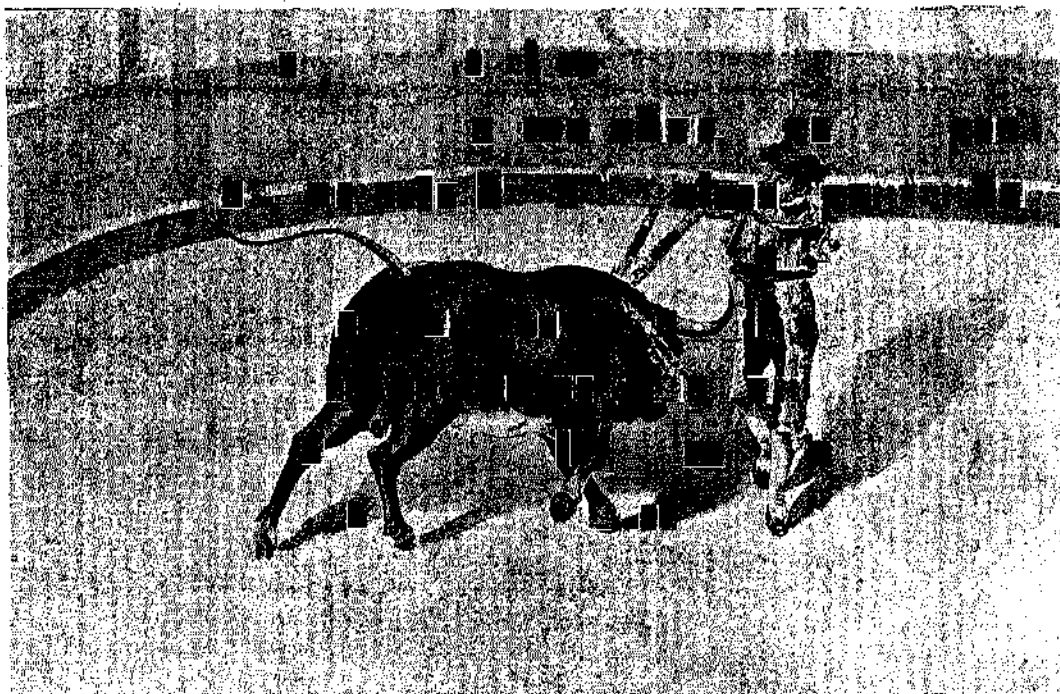
Pardo, Francisco (*El Trallero*).—Poco saben de las cualidades de este banderillero sus contemporáneos. Nosotros hacemos mención de él por haberle visto en carteles relativamente modernos; pues aunque hemos presenciado su trabajo en alguna novillada, esto no es bastante para formar juicio exacto. Ya no hará milagros; pero en América, donde fué hace más de seis años, ha llegado á formarse una reputación de inteligente entre los aficionados.

Pardo, Manuel (*El Pincho*).—Hasta hace poco tiempo no hablamos oído hablar de este banderillero, conocido más en Andalucía que en otros puntos. Por no perjudicarlo, omitimos la calificación que de él nos han hecho.

Parear.—Es poner banderillas dobles, ó sea á pares, y no una á una, como antiguamente se ponían. La suerte en sí es muy lucida, sobre todo si se hace perfectamente, lo cual no todos los toreros consiguen; y hay diferentes modos de ejecutarla. En primer lugar, y antes de explicarlos, diremos que las banderillas deben quedar clavadas muy cerca la una de la otra ó unidas en lo alto del morrillo del toro, ni muy cerca de la cabeza, ni más atrás de la cruz; que para conseguir clavarlas juntas, debe el lidiador llevar también las manos juntas en aquel momento y levantar los codos, y

que es indispensable saber parear lo mismo por derecha que por izquierda, porque la salida de la suerte debe hacerse por el lado á que el toro se muestre más franco, y hay reses que en cuanto se les pone el primer par se acuestan de aquel lado, dificultan ya la entrada para la colocación de otro, si se va por el mismo, lo cual también es un mal luego para el matador, y porque precisamente para evitar esto debe igualarse poniendo los pares por el lado que más convenga.—Conocido esto, explicaremos los diferentes modos que hay actualmente de parear, que son muchos más de los que conoció *Pepe Illo*, y más también de los que conoció Montes. La suerte á *media vuelta*, que es la más fácil, (1) aunque no deja de tener inconvenientes, puede hacerse de dos maneras: una, colocándose el torero detrás de la res á corta distancia, llamándola por un lado con una voz, ó sonando los palos dando uno con otro, y cuando vuelva la cabeza, antes de que concluya de volver el cuerpo, clavarle

contrario al que se le llame, porque, especialmente en el primero, la cogida es segura.—La suerte de poner banderillas *al cuarteo* es la mas frecuente, y como el nombre indica, la ejecuta el torero cuarteando, es decir, saliendo en busca de la fiera desde una distancia proporcionada (y que ha de calcular según las piernas de aquella) después que le vea; entonces parte el animal en busca del bulto que á él se dirige, y como este viene formando un medio círculo, cuando se encuentran en el centro de la suerte, el toro humilla, el torero se cuadra, mete los brazos, y sale libre por su terreno cuando aquél da el hachazo (1). Algunas veces suelen clavarle los palos antes de cuadrar, metiéndose mucho el torero en el embroque, y cuando el animal va á dar el hachazo, sale aquél cuadrando al lado natural suyo. Este último modo de parear cuarteando es difícil y de mucho mérito; así que es más común el que primeramente hemos descrito, siendo muy conveniente que en el último el lidia-



BANDERILLAS Á PIE FIRME. — MACÍAS

los rehiletes y salir por piés; y otra, saliendo de largo, también por detrás del toro, que podrá estar parado ó levantado, llamarle al llegar cerca, echándose un poco el torero al lado por donde quiera hacer la suerte para que el toro le vea, y cuando éste se vuelve del todo, se encuentra ya con los palos clavados en la misma forma que hemos dicho antes. En uno y otro caso debe atenderse mucho á que el animal no se vuelva por el lado

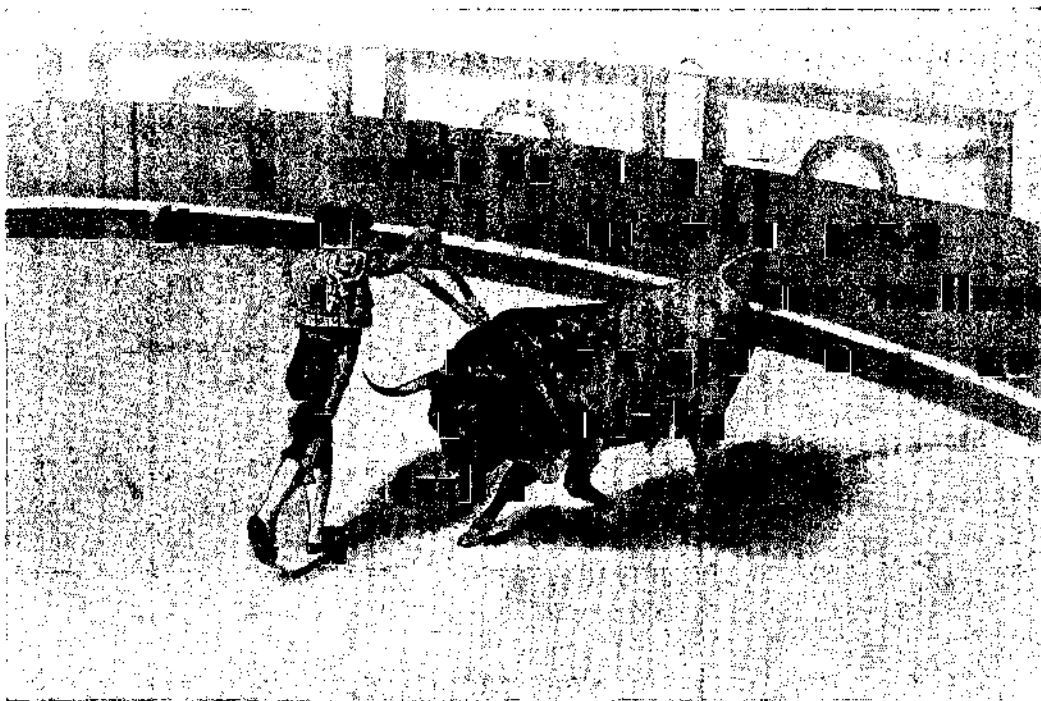
dor procure que los palos sean de castigo, es decir, que apriete con ellos, porque el daño detendrá algo la carrera del animal, siquiera en el momento supremo, y le permitirá más fácilmente la salida de la cuna.—El parcar ó poner banderillas á *topa*, *carnero*, como quiere Montes se llamen, ó de *pecho* ó á *pie firme*, como otros dicen, es el más difícil de ejecutar de los conocidos antes y ahora. Consiste en situarse el torero á buena distancia del toro;

(1) Página 490.

(1) Página 29.

cuando éste le mire, llamarlo alegrándole para que parta, esperarlo con los pies parados, y al humillar el animal para dar el hachazo en la misma jurisdicción del lidiador, saliese del embroque, no sólo por medio de un quiebro de cuerpo, como dice Montes, sino por un compás quebrando, hacia atrás (Baragaña, 1750), con inclinación á un lado, y que nosotros explicamos por un paso con el pié derecho ó izquierdo al lado que más seguro crea el banderillero, el cual, moviéndose muy poco ó nada, debe quedar en su mismo sitio, viendo marchar al toro, lo cual es de un efecto sorprendente y de seguro y merecido aplauso.—También

trás, sino frente á la cabeza del bicho, llamándole, y arrancando pronto, formando muy poco círculo, le clava los palos al llegar á la cabeza y sigue su viaje; sucediendo muchas veces que la res, aculada á los tableros, no quiere terciarse, y sin embargo, algunos banderilleros ponen los rehiletes al sesgo como hemos dicho, con notable maestría.—Las banderillas *al recorte* son también difíciles de poner parcando, y expuesto el modo de ejecutar la suerte, que es de mucho efecto, en términos de que se ha dicho ser el *non plus ultra* de poner banderillas; aunque nosotros distamos mucho de esta opinión, dando la preferencia á las



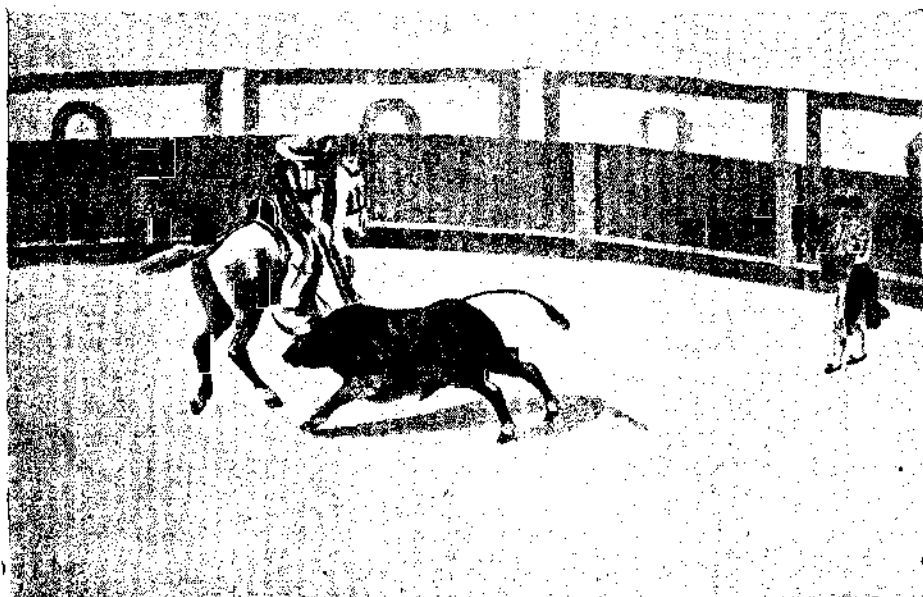
BANDERILLAS AL RECORTE. — MACÍAS

el parear *al sesgo* es de mérito y muy expuesto. Dice Montes que suelen llamarlo *á la carrera ó tras-cuernos*, y que él prefiere se llame *á volapié*; y aunque no nos parece mal este último nombre, nos gusta más el de *al sesgo*, por parecernos más adecuado, toda vez que no necesita estar el toro ladoado dando su izquierda á las tablas como en el volapié de muerte, y que realmente el banderillero sale sesgando para este modo de parear. Se ejecuta la suerte hoy en la mayor parte de los casos con más perfección que en tiempo de Montes, y no decimos de *Pepe Illo* porque entonces no se hacía. Antes se colocaba el torero detrás y cerca del toro, y sin que éste le viera, se iba aquél á la cabeza, llegaba, clavaba los palos y salía por piés; hoy se procura que el animal quede algo terciado con las tablas, no se coloca el torero de-

anteriores y á las de *topa-carnero*, no desconocemos su mérito. El torero, para ejecutarla, sale á encontrarse con el toro como para hacerle un recorte, y como al llegar al centro de esta suerte el animal humilla, recorta aquél, haciendo el quiebro de cuerpo necesario, y retrasa su salida, quedándose casi pegado al costado del toro y de espaldas al testuz de éste, y cuando da la cabezada se clava el mismo animal los palos, puesto que el banderillero tendrá la mano del lado del toro vuelta atrás con el codo alto, y la otra, pasando por delante de su pecho, á igualar con ambas la punta de las banderillas, que como es natural, dada dicha situación, quedan clavadas de atrás adelante, saliendo despues el lidiador como sale del recorte; de modo que los muy diestros en ejecutar éste pueden hacer esta suerte de parear

perfectamente y sin exposición.—El torero Antonio Carmona (*El Gordito*) ha inventado en nuestros días otros modos de poner banderillas de bastante mérito, y sobre todo de un grande efecto. Consiste uno de ellos, aunque todos tienen la misma base, en colocarse frente al toro, completamente en su rectitud, y teniendo unidos los pies talón con talón. En esta disposición llama al toro, parte éste, el diestro sin mover los pies tuerce su cuerpo y brazos á un lado, marcando allí á la res el sitio del bulto, el animal humilla, y el torero, que no ha hecho más que recobrar su natural y primitiva postura, clava los palos, libre del hachazo, puesto que el toro le da en vago donde creía encontrar objeto. Como se comprende de esta explicación, ha de tenerse mucho cuidado en *ver llegar* bien al bicho, en no hacer la inclinación ó quiebro del cuerpo antes de tiempo, sino cuando va á humillar, y sobre todo en no mover los pies ni poco ni nada hasta después de consumada la suerte. Esta se llama *al quiebro*, y su autor la ejecutaba con tal seguridad, que le hemos visto hacerla con los pies dentro de un sombrero, de un aro pequeño, de un pañuelo, y hasta colocado entre dichos pies al banderillero Juan Yust, echado en el suelo con la cabeza dando cara al toro y perfilado totalmente. También inventó otra suerte el dicho Carmona al mismo tiempo que la referida, que aunque muy parecida y llamada como la anterior *al quiebro*, no es precisamente igual, y luego diremos sus diferencias. Esta se intenta ó empieza á hacerse sentado el torero en una silla frente al toro, completamente perfilado con él, en cuya postura le llama (1), y cuando arrancando llega á jurisdicción, le marca la salida, echando los brazos y parte superior del cuerpo á un lado, y al humillar, el banderillero se levanta, da frente al costado ante el cual cuadra y se para, y libre ya del hachazo, clava los palos, llevándose generalmente el toro la silla en las astas. Tanto una suerte como otra son lucidísimas y de tanto efecto como la de *topa-carnero*, aunque de menos mérito. Ya hemos dicho que ambas las llaman *al quiebro*, y si bien es verdad que en las dos hace el diestro incli-

nación, ó llámese quiebro, de igual modo, lo cierto es que en el primer caso la res, al llegar al centro de la suerte, cambia de dirección merced á aquél, puesto que el torero no se mueve, teniendo, digámoslo así, clavados los talones; y en el segundo, sigue el toro su dirección, toda vez que se lleva ó rompe la silla, y el torero se mueve un paso, da un cuarto de conversión á un lado, y antes de clavar los palos cuadra; cosa que no podía tener hecha estando sentado. Además, en el primero de los modos antedichos la colocación de los brazos es más violenta y muy parecida á la que se tiene en las banderillas *al recorte*, y en el segundo la postura es natural. Por último, suelen ponerse también banderillas que dicen *al relance*, y no es mas que aprovechar la salida de un toro después de que le han puesto otro par, ó cuando viene empapado en un capote, llegar á su terreno, cuadrar y meter los brazos, ó lo que es lo mismo, cuarteando. Réstanos decir que la suerte á *media vuelta* puede hacerse con toda clase de toros; la de frente, ó sea á *topa-carnero*, sólo con los nobles y boyantes que tengan muchos pies, ó con los que, conservando éstos, vayan derechos á la querencia que hayan demostrado tener; que la de parear *al sesgo* sólo se haga con reses aplomadas, en su querencia y sin piernas; la de *recorte*, con los boyantes, viniendo levantados, pues aunque es verdad que estando bien situados y alegrándolos se vienen, es mejor hacer siempre las suertes antes de que la recelen. Excusado es decir que las llamadas *al quiebro* sólo deben hacerse con toros claros, sencillos y sin defecto en la vista. Concluiremos encargando á los banderilleros que los maestros y la práctica recomiendan mucho que no se atrasen en su carrera, ni salgan



(1) Página 177.

tarde para que el toro no llegue antes al centro de la suerte; que es mejor adelantarse, ya que no se haya medido bien el tiempo, y que procuren tener calma para ejecutar las suertes, si las han de hacer bien.

También se ponen banderillas á caballo, suerte generalizada más en América que en España, y es la más difícil de todas las que puede ejecutar un jinete. Practicase del mismo modo que la de clavar *farpas* á la portuguesa, haciendo girar al toro alrededor del caballo, y llevando el diestro una banderilla en cada mano y además en la izquierda las bridas sujetas con los tres últimos dedos, para que al llegar á jurisdicción en el *cuarteo* ó media vuelta puedan soltarse, dejando al caballo completamente libre, que en aquel momento obedece sólo al impetu del cuerpo y piernas del jinete. Juntos los brazos de éste, é inclinado al lado por el cual va el toro, á cuyo fin, casi siempre necesita desestribar un pie, clava los palos del tamaño ordinario, procurando ponerlos en lo alto de los rubios, sin que sea defecto que resulten más altos ó bajos, puesto que las distancias, por bien que se midan, las dan la fiera y el caballo apretando más ó menos su carrera respectiva.

Es suerte mucho más difícil y expuesta que la de rejonear y farpear, y sólo debe ejecutarse con toros nobles y bravos, que no se queden ni sean de sentido. Bueno será también que no sean muy ligeros.

Parente, Francisco (*El Artillero*).—Nació en Villariño-Frío, de la provincia de Orense, el día 25 de Mayo de 1848. Sus padres Bernardo y Francisca, en los primeros años de su juventud, le dedicaron al contrabando. Fué luego soldado de artillería, de donde le viene el mote. En 1873 picó en Sevilla, por primera vez, en la cuadrilla de Manuel Fuentes (*Bocanegra*), y desde entonces ha figurado en las más principales, sin que hasta ahora haya conseguido más que hacerse notar por su valor, pues le falta pericia.

Parodis, Manuel.—Banderillero en novilladas que, según carteles de 1881, trabajaba á las órdenes del matador José Zaldivar, que era, como él, de Puerto Real. No llegó su mérito á ser propagado ni mucho menos.

Parolo, Vicente.—Dicen algunos viejos aficionados que este banderillero, de la época del *Curro Guillén*, era de lo más notable en su arte, y que se distinguía por su bravura.

Parra, Luis.—Torero de á caballo allá en el último tercio del siglo anterior. Era diestro en quebrar rejones y banderillas largas. Una vez, en Córdoba, en 1770, cobró por quebrar lancillas y poner banderillas largas á caballo, en cuatro corridas, trescientos reales vellón, manutención y vestido.

Parra, Antonio.—Pertenebió como picador á la cuadrilla del gran Pedro Romero en fines del siglo XVIII. Esto solo hace su elogio; y denota cuál sería su mérito, cuando ganaba, antes de trabajar con Romero, mil doscientos reales cada tarde, precio de los más altos entonces. En 16 de Octubre de 1784, trabajó por primera vez en Sevilla con general aceptación.

Parra, Antonio.—En 25 de Julio de 1837 se presentó á matar toros en la plaza de Sevilla, según noticias únicas que hasta nosotros han llegado. Posible es que éste y los anteriores fuesen parientes.

Parra, Celestino.—No tenemos más noticias de este lidiador, que la de haber visto su nombre como espada para matar toros, en una plaza construída en Tortosa en 1833, y que parece ya no existe. Otro tanto nos sucede con

Parra, Pedro.—Torero desconocido que en dicha plaza, y en la misma época, fué compañero del precedente, según aparece en cartel anunciador de la corrida.

Parra, José.—Discípulo de Antonio Ruiz (*El Sombrero*). No adelantó gran cosa como matador; pero dicen que sabía andar cerca de los toros, que su capote era oportuno, y que nunca estaba mal colocado. Fué vecino de Sevilla, sin que sepamos si fué pariente de

Parra, Manuel.—Fué un matador de grandes esperanzas, nacido en Sevilla en 1797, y murió en el año de 1829. Aprendió el oficio de tejedor, y en 1816 entró en la cuadrilla de José Antonio Badén; luego pasó á la de *Curro Guillén*, y en 1820 era ya segundo espada con González (*El Panchón*), que le dió la alternativa. Trabajó con aceptación en casi todas las plazas de España, hasta que en 26 de Octubre de 1829, al pasar de muleta al último toro que le tocaba matar, por cierto en división de plaza, fué cogido por el anulo izquierdo y volteado, causándole una grave herida, de que murió

antes de un mes. Parra tenía una bonita figura, y dice el Sr. Velázquez, con referencia á Juan León, «que era un torero igual, duro, aplomado, fresco, ágil, fuerte, de recursos, de inventiva, siempre en donde debía estar, nunca distraído en la serie de las faenas, y tan pronto en concebir como listo en ejecutar lo conveniente». Nosotros, que conocimos el mérito de Parra por las referencias que nos hicieron inteligentes aficionados de aquella época, creemos que León trató con demasiado apasionamiento á su compañero, pues sin negarle la mayor parte de las cualidades antedichas, no llegaron tan á la perfección como se supone, y dicen que no siempre tenía la calma necesaria para la consumación de las suertes. No puede por eso negarse que en su época fué un torero muy aceptable.

Parra, Luis.—Si este joven, de grandes facultades físicas, hubiera querido salir de ese montón de banderilleros que se pasan los años sin adquirir nombre ni ventajas de ninguna clase, le habría sido preciso cambiar de rumbo y atreverse más ó, en otro caso, dejar la profesión que abrazó á disgusto de sus padres y de toda una familia tan distinguida como es la suya. Falleció en Madrid, de donde era vecino, á fines de Septiembre de 1894 á la edad de treinta y dos años.

Párraga, Pedro.—Si no estamos equivocados, este matador de toros era natural de Madrid, ó al menos su vecindad y residencia desde muy joven fué siempre la de la corte. Era un hombre, cuando empezó á matar, hace más de cincuenta años, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni bueno ni malo. Juzgándole desapasionadamente, como venimos haciéndolo con todos, no adquirió por su saber ni por su valor grandes laureles. Procuraba cumplir bien y hacía esfuerzos para ello; pero ni de banderillero se le vieron cosas de primer orden, ni de espada pasó de regular. En lo que más se distinguió fué en correr los toros por derecho siempre, buena costumbre que se va perdiendo, y en los pases de muleta, que, especialmente los primeros que daba á cada toro, eran limpios y de buena escuela. Como todos los toreros, tuvo su época, si bien como hemos indicado, no ocupó nunca un primer puesto, y eso que en muchas plazas de capitales de provincia era querido y apreciado. Su trato afable, jovial y rumboso contribuía á ello no poco, tanto como la buena dirección de las plazas, cuando la tenía á su cargo, en lo cual demostró buenas dotes. En la ciudad de Toro, á fines de 1859, trabajó en unas corridas, y un bicho de muchos piés y casi entero, á quien debía dar muerte, le enganchó por la entrepierna

sin causarle herida, y le volteó y zamarreó horrosamente, ocasionándole graves contusiones. De resultas, y al ponerse en camino, conducido á Madrid para más comodidad en una galera, falleció dentro de ella, antes de que en la corte sus amigos y familia le hubiesen podido atender como quisieran. Tenía un apodo que nadie se recataba de pronunciar y aun se escribía en los carteles, pero que nosotros omitimos por obsceno.

Parrendo, Tomás (Manchao).—Banderillero atrevido y matador de toros sin alternativa por incuria suya. Nació en Madrid en 21 de Septiembre de 1857. Sus padres, bien acomodados, le hicieron estudiar segunda enseñanza y luego le



dedicaron al oficio de pintor y dorador. Su aprendizaje como torero le hizo en la plaza de los Campos Elíseos de Madrid y en otras de los pueblos de la provincia, hasta el año de 1878 que se pre-

sentó en la principal, formando parte de las cuadrillas de Felipe García, Antonio Pérez y Gabriel López. Es muy simpático y modesto, y muchos aficionados que fundaban en él sus esperanzas, las van perdiendo porque parece que al muchacho le iba bien en América y no se acordaba de la tierra que le vió nacer. Al marchar allí hace años estaba colocado por los aficionados inteligentes al frente de los matadores sin alternativa, que pudo tomar mucho antes, seguir trabajando en España, conquistarse un puesto en el toreo, ya que valía mucho sabiendo y ejecutando. Se abandonó, no oyó consejos, volvió sin entusiasmos y retraído y tal vez no podrá ya alcanzar el sitio que de derecho le correspondía. No puede perdonársele el daño que ha hecho al arte con su inercia y apatía.

Partir.—El acto de arrancar el toro directamente al objeto que le ha llamado la atención. Al verificarlo, suele reconcentrar la vista en el bulto y echar atrás las orejas.

Pasarse.—Cuando el banderillero sale con los palos derecho al toro y éste le corta el terreno, se tapa quedándose ó humilla retrocediendo, aquél se pasa por delante de la res sin meter los brazos. Cuando el espada arranca y el animal se tapa ó cubre, ó corta el terreno, siendo expuesto pincharle, se pasa también, llevando entonces la muleta en dirección al lado derecho, para empapar en ella al toro, librando el cuerpo. Si el pasarse uno ú otro lidiador es en corto y con verdadera precisión, suele aplaudirse; pero si no hay gran necesidad es censurable, y demuestra, ó que van mal medidos los terrenos, que hay retraso en la salida ó que no tiene el torero la frescura indispensable. Esto es hacer salidas falsas.

Pasaturo.—La estocada que se da al toro al pasar y no recibéndolo ni al volapié. Esta definición da la Academia, y aunque no siempre sea para nosotros, en materia de voces tauromáquicas, autoridad indiscutible, con perdón sea dicho, la aceptamos tanto más cuanto que en autores antiguos la vemos empleada en igual sentido. Pero debemos dar alguna explicación á fin de evitar falsas interpretaciones. Dada la tecnología modernamente admitida, pueden matarse las reses sin recibir las ni á volapié, y sin que tampoco lo sean á pasaturo, por ejemplo, arrancando á un tiempo ó encontrándose. No nos gustan estas voces porque, á nuestro modo de entender, ni explican suficientemente la ejecución de la suerte, ó sea el modo de practicarla, ni creemos sean aquéllas otra cosa que la

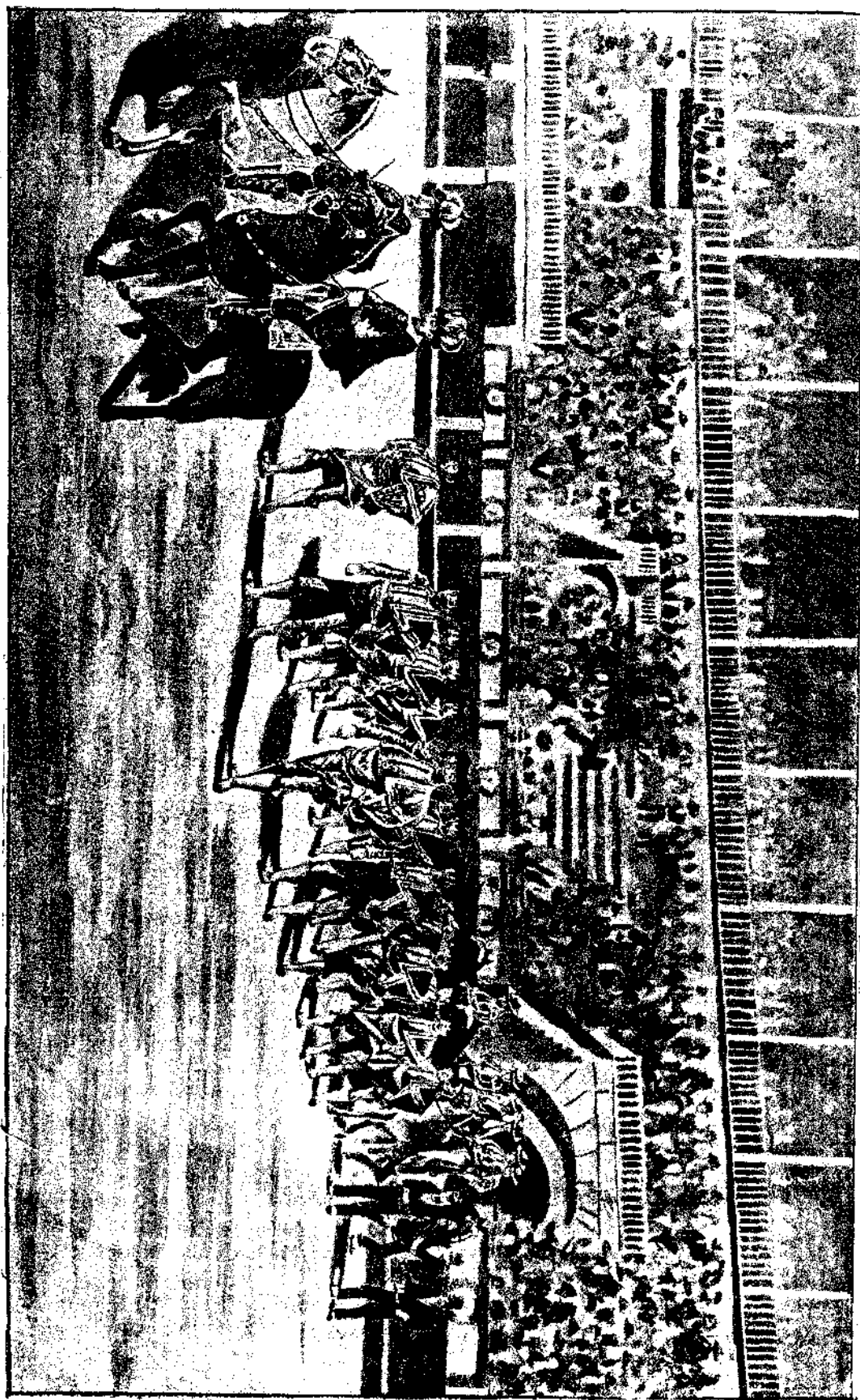
derivación de las primitivas; las ha admitido el uso, sin embargo, y hay que doblegarse á aceptarlas. Mas la de que nos ocupamos es de las que solamente pueden aplicarse al hecho que constituye en pocas y muy especiales circunstancias el recurso de un matador. La estocada á pasaturo es, por lo tanto, la que se da á la res cuando viene empapada en un capote, cuando va persiguiendo á otro torero ó cuando huida completamente sigue una ruta en la cual el matador sale al paso y de improviso se interpone, hiere y evita el derrote ó acometida.

Hoy se califica más brevemente este modo de matar «al revuelo», que quiere decir pronta y ligeramente, como de paso, y algo más daña esta voz que aquella al diestro que sea pundonoroso.

Pascual, Manuel (*Guantero*).—Matador de toros en novilladas, banderillero en otras ocasiones. Creemos que es madrileño, aunque es muy aventurado asegurarlo, puesto que se trata de un muchacho casi desconocido.

Pascual, José (*el Valenciano*, antes *Sapín*).—Torea donde puede, haciendo lo que sabe y sufriendo lo que dan los toros á los hombres valientes que saben poco. Es muy moderno en el oficio y natural de Valencia, donde nació en 25 de Diciembre de 1870. Dicen que se aplica y que en novilladas mata toros regularmente. Cuando le veamos le juzgaremos, que no hay que fiarse de impresiones de sus paisanos.

Paseo.—Es la presentación de las cuadrillas en el redondel; acto lucidísimo que se verifica al compás de la música, y entre los aplausos y vítores de los concurrentes. Los alguaciles, que se han dirigido de antemano en busca de los toreros, salen al frente de todos; forman después en primera fila los espadas, colocado el más antiguo, como jefe, á la derecha; al lado opuesto, ó sea á la izquierda, el segundo, y en medio el más moderno: detrás de éstos, sólo, el media espada ó sobresaliente, si le hay; luego los banderilleros por orden de antigüedad de las cuadrillas, concluyendo con el puntillero y chulos, todos con montera puesta y capotes de lujo terciados. Inmediatamente después siguen á caballo los picadores de tanda y los de reserva, también por antigüedad, formando detrás los mozos de servicio de los mismos, todos uniformados; y por último, los tiros de mulas (para el arrastre de las reses muertas), ricamente engalanadas y guiadas por bien vestidos ramaleros y mayoresales. Al llegar todos bajo el palco de la presidencia, saludan á la



SALIDA DE LAS CUADRILLAS A LA PLAZA. — MACÍAS

misma, montera y sombrero en mano, y marchan á ocupar sus respectivos puestos, cambiando los toreros de á pie sus capotes de lujo por capas de faena, y tomando los de á caballo las garrochas, que cada uno tiene escogida de antemano. En la voz ó artículo FUNCIONES REALES dejamos dicho cómo se verifica el paseo en aquellas, distinto de las ordinarias. Viene de antiguo este acto de cortesía para con el público y su representante oficial, que es el presidente, y con corta diferencia, siempre se ha verificado así. En las fiestas que la villa de Madrid celebró en los días 13, 14 y 15 de Julio de 1784, por el natalicio de los infantes D. Carlos y D. Felipe, hecho el despejo por la caballería, salieron á pasear la plaza las cuadrillas de toreros de á pie en dos filas; después los picadores á caballo, y luego los mozos de la caballería, que llevaban de la brida á los caballos de la regalada, primorosamente enjaezados, detrás de los cuales seguía montado á caballo, *vestido á lo turco ridículamente*, el mozo mayor de la caballeriza, que con sus correñas, gracejo y gestos, causó al pueblo mucha complacencia. Después de esta comparsa, seguían las mulas que sacan á los toros de la plaza, adornadas con primorosos penachos y gallardetes, las que conducían tres mozos vistosamente vestidos al uso de los caleseros. En esta disposición, se presentaron delante del balcón del señor Corregidor, á quien cumplimentaron, y después dieron una vuelta al rededor de la plaza, saludando al pueblo, hasta que llegaron á la puerta por donde habían entrado, retirándose los sobrantes para que empezase la fiesta.

Actualmente es el siguiente el orden de la corrida:

Al colocarse en su asiento la autoridad que preside, y que es de ordinario el Gobernador de la provincia, ó un teniente alcalde, por delegación suya; á la hora prefijada en los carteles, y con rigurosa exactitud, flamea un pañuelo blanco (con el cual hace todas las señales de cambio de suerte posteriores, á excepción de la de banderillas de fuego, que la indica con pañuelo encarnado), y los tímboles y clarines entonces, anuncian la aparición en el ruedo de los alguaciles á caballo y con trajes á la antigua usanza, para *despejar* el redondel de gente, á quien antes se ha permitido permanecer allí. Dan pausadamente la vuelta á la plaza, la mitad de ellos por cada lado, y reuniéndose al frente del palco de la Presidencia, vienen juntos ante ésta, saludándola sombrero en mano, y marchan en busca de las cuadrillas, que salen formadas como al principio va explicado. Después de este magnífico cortejo, y una vez retirados de la arena los tiros de mulas y los picadores que han de reemplazar á los dos que ocupan sus puestos garrocha en mano, cambiados los capotes de lujo de

los peones por las capas de faena, el espectáculo no pierde en nada su importancia. Lejos de eso, entonces empieza á latir el pecho del espectador. Redoblan los tímboles y suenan los clarines, sale del chiquero ó toril el primer toro, y luego que ha entrado á las varas diferentes veces hasta conseguir rendirle, si no en poder en ligereza, pasa á la suerte de banderillas, en que le clavan lo menos tres pares, y el acto de trastearle con la muleta y de matarle, que es uno de los más hermosos bien ejecutado, proporciona al cachetero la ocasión de despenar al bicho con la puntilla, y á los tiros de mulas la de arrastrar y sacar primeramente fuera del redondel los caballos muertos, si los hay, y en último lugar al toro; y de igual manera, y por el mismo orden, son lidiados los seis toros de que se componen ahora las corridas. Decimos ahora, porque hasta mediados del presente siglo llamáronse *medias* corridas de toros, á las que, compuestas de seis ó de ocho, se verificaban sólo por las tardes.

Antes, ó sea en el siglo pasado y bien entrado el presente, las corridas eran por mañana y tarde, lidiándose en la primera seis ú ocho y en la segunda ocho ó diez, siguiéndose, sin embargo, en cuanto á la lidia el mismo orden de picar, banderillar y matar, sólo que en la segunda de dichas suertes se ponían mayor número de pares. Hoy no se admiten mojigangas ni novillos embolados en las *medias* corridas formales, como tampoco en funciones reales, á diferencia de lo que sucedía en el siglo anterior, en que se acostumbraba designar á dicho fin dos novillos con que divertir á la gente baja; la lidia actual tiene tal sello de solemnidad, que el público inteligente censura, con fuerza, los actos de desorden ó de embarullamiento que pueden atribuirse á los toreros.

Aunque en las voces *media luna y perros* decimos lo bastante para indicar que hace mucho tiempo están suprimidas suertes tan repugnantes, no queremos dejar de hacer mención de ello, para que se comprenda que cada día ha ido procurándose evitar hasta lo posible la repugnancia que hacía ellas mostraron los que las anatematizaban, puesto que la colocación de las banderillas de fuego á los toros que no entran á varas, además de tener el objeto de castigar y aplomar á las reses, no produce repulsión alguna.

Es imponente, emocional, la lidia de toros, y ese carácter, que la hace tan soberbiamente hermosa, es el aliciente que más habla en su favor.

Pases.—Hay diferentes clases de pases de muleta: unos propiamente así llamados, que describen las Tauromaquias y conocen los inteligentes, y otros que han dado algunos en llamar pases, y en realidad no son más que *conatos de imitación* de pases.

Procuraremos hablar de todos. El pase *natural* ó regular es el que con la mano izquierda, y colocado frente por frente de la cuna del toro, da el diestro

tienen el mérito ni el lucimiento que los dados con la izquierda. Unos y otros, sin embargo, son los que más cortan las patas á los toros, ó sea los

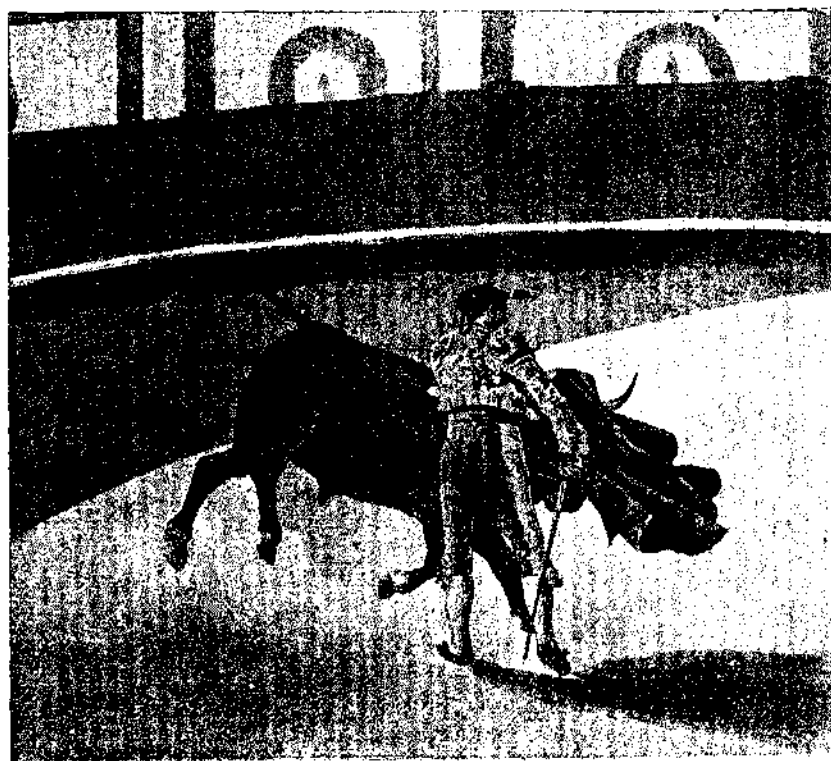
que les hacen perder más fuerza en ellas, porque el destronque le sufren más en las mismas y en la médula espinal, que en la cabeza, á diferencia de lo que ocasionan los pases *por alto*. Estos son aquellos que, en lugar de marcar la salida al toro en semicírculo, por bajo del hocico como los naturales, da el diestro por encima de la cabeza de la res, pero tendiendo la muleta sobre las astas hacia el lomo, no alzándola perpendicular ó recta, porque éstos, aunque ningún arte de torear lo dice, han dado en llamarse pa-

sos *de telón*. Hay otros que ahora se llaman *cambiados*, que tienen poco mérito, porque se dan *fuera de*



PASE AL NATURAL. — MACÍAS

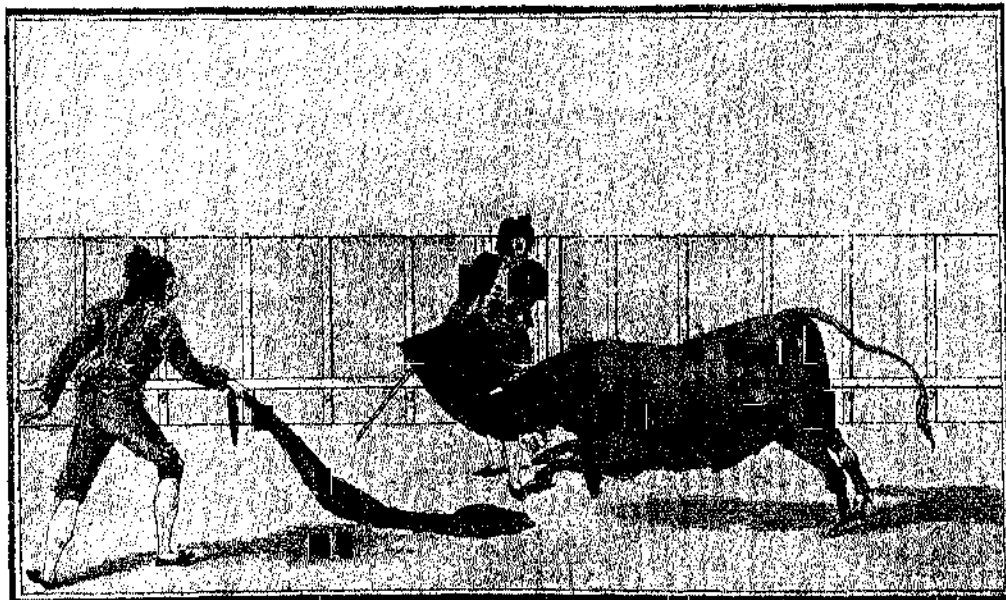
tro sin mover los pies, apartando de sí la muleta, que extendida en el aire, toma la forma de un abanico con inclinación atrás, de modo que la res, ó marca en su carrera un medio círculo por ir empapada en el engaño, y queda en disposición de admitir otro ó otros pases, que el diestro debe darle en seguida, ó sigue su carrera, por ser huida ó por haberle dado la salida larga. Los pases que siendo regulares, son, como hemos dicho, á una mano y continuados, se llaman *en redondo*; pero entiéndase que no puede decirse «en redondo» á un solo pase, porque éste sólo describe, cuando más medio círculo, y ha de formarle entero con dos ó más pases. Pueden ser también regulares ó naturales los que se den con la mano *derecha* en la misma forma que los antedichos, y aun en redondo, pero no



PASE CAMBIADO. — MACÍAS

cacho, ó sea sin que el toro vea al diestro. Colócase éste atravesado con aquél, es decir, dando la salida por la derecha del lidiador, extendida la muleta, y como el animal tiene ante sí un objeto tan grande y que le tapa el frente, arranca, y al humillar levanta el diestro el trapo por encima de la cabeza, pasa el toro por debajo, y el matador ocupa el terreno de aquél; lo cual podrá ser de efecto, pero está muy lejos de tener el mérito de los dificultísimos pases de *pecho*. Consisten éstos en que, viniéndose el toro hacia el torero, y estando éste, no de frente á él, sino perfilado, se le echa encima, y entonces, adelantando hacia el terreno de fuera el brazo de la muleta en la rectitud del toro, que

las suertes, y otra es la ejecución de ellas, y que para aquello es preciso andar, ya á un lado, ya á otro, hasta situarse bien. El pasar los toros de muleta no es tan fácil como parece, y tiene un objeto de suma importancia. Por lo común, van los toros á la muerte, si no de sentido, recelosos y descompuestos, y de consiguiente, se tapan, se aculan á las tablas, y los nobles ó boyantes se ciñen más si conservan piernas. Para evitar estos males, para componerles la cabeza, para hacerles humillar y tomar bien el engaño y para quebrarles las patas, es la muleta. Si un toro se tapa, difícilmente se conseguirá que humille bien si no se le pasa por bajo y en redondo; si se cierne en el engaño, es



PASE DE PECHO. — 1804

da sin mover los piés, y cuando aquél llega á jurisdicción, toma el engaño y se le da salida con él á la derecha del torero, empapándole bien y de modo que el hachazo le dé fuera ya del centro de la suerte. Si por venir demasiado ceñido el toro fuese preciso dar algún paso de espaldas, podrá hacerse; pero es mucho más lucido estar á pié quieto. Hoy se llaman *medios pases* á aquellos en que el diestro intenta ó se presenta á dar en forma de regulares ó cambiados, y antes de consumarlos se sale de la suerte con los piés; lo cual da idea de miedo ó de poca destreza. Un autor moderno dice que cuando da dos ó tres pasos el lidiador para colocarse en terreno, se llama esto «se anduvo al pase», y que cuando el toro, por demasiada codicia, ó por no haberle dado suficiente salida, obliga al matador á dar el pase de pecho, se dice «andar-se al pase»; pero sin negar esto en absoluto, creemos que una cosa es la colocación del torero para

imposible que olvide este resabio si no se le empapa bien y en corto en el trapo; si tiene constantemente el hocico en la arena, forzoso será pasarle por alto; si se acula á las tablas, no habrá más remedio que consentirle en el engaño ó terciarle, dándoselas para el volapié; y si conserva muchos piés, tendrá precisión de cortárselos, de quebrantarle con pases en redondo y altos. En todos los casos, pues, el diestro debe estudiar bien las condiciones del toro, y ajustándose á las reglas, conseguirá dominarle y obtener aplausos. Quieren algunos que se llamen, y así los llaman, pases de *molinete* á unos de completa semejanza con la suerte de capear á la navarra, de manera que debe practicarse empapando bien al toro en la muleta y al traerle con ella como con el pase regular ó natural, sacársela rápidamente por bajo del hocico y dando la vuelta el diestro, girando sobre los talones, quedarse otra vez dispuesto á dar otro pase. Debemos

por último mencionar unos nuevos pases,—trabajo nos cuesta darlos nombre—que se dan lamiendo el suelo materialmente con el trapo. Colocado el toro como para la suerte del pase natural, se le empapa en los vuelos de la muleta, bajándolos cada vez más durante el viaje, y yendo el bicho humillado, se le guía con el trapo á la derecha del diestro, de modo que forma el zig-zás que por alto marca el «cambio en la cabeza.» Este, inventado por Curro Cuchares, ó al menos practicado

hace poco, en 1894, se ha ejecutado un *muleteo* llamando al toro con el trapo en línea recta, y sacudiéndole como látigo. No es pase, porque *no pasa* el toro, ni siquiera su cabeza, es un avance de él, que se consigue en cambio del retroceso del espada, siempre inquieto como es consiguiente, y sin pararse ni acercarse. En fuerza de subir y bajar tantas y tan continuadas veces la cabeza, el animal *desvanecido* queda en disposición de que, antes de que se repare, pueda herirse á mansal-



PREPARACIÓN PARA EL CAMBIO EN LA CABEZA. — L. FERRANT

por él, con más precisión que por otros, como dijimos en su lugar, es difícil y de mérito, al revés de lo que sucede con el de *barredera* que no es más que un jugueteo, en que, de no llevar el matador una muleta grande, tiene forzosamente que «encorvarse» para llegar á barrer; en que, sin querer también, se ve obligado á «perder terreno» marchando paso atrás y en que no se consigue lo que se obtiene con el pase natural bajo, lamiendo la arena, pero sin tocarla, que es conocer su nobleza, su codicia y de qué lado se acuesta más, sino *atontarle* sin que vea al diestro y sin mérito alguno por parte de éste. Por último los pases de *pitón á pitón*, no merecen el nombre de tales, pues que á nada conducen, ni al matador favorecen: son un abaniquero de derecha á izquierda y de izquierda á derecha en que el torero es el toreado, y únicamente admisibles como preparación para el descabello. Pero aun hay más abuso en esto:

va rápidamente y sintiendo antes el golpe que el amago. Todas esas derivaciones de los verdaderos pases, desnaturalizan el toreo legítimo y puramente artístico.

Paso de banderillas.—La descripción de esta suerte de matar es casi lo mismo que la de *arrancando*. Rara vez la ejecuta un buen espada, sin que por eso dejemos de conocer que muchos de ellos y de buen nombre la hayan aceptado como recurso. Ejecútase con todos los toros que son tardos á partir, pero que, conservando piernas, no debe dárseles volapié, y es su mérito menor que el de éste y poco menos también que el de la suerte *arrancando*, que en su lugar explicamos. A *paso de banderilla* se prepara lo mismo el matador que para la otra, y arranca lo mismo, solo que al llegar al centro de la suerte hace un compás de cuar-

teo como si fuera á poner banderillas, y cuando el toro humilla, antes de salir del centro el torero, clava el estoque, indicando al mismo tiempo la salida al toro con la muleta. Lo mismo en esta clase de estocadas que en todas debe procurarse que sean hondas, porque sucede frecuentemente, y en estas más que en todas, que por no dejarse caer bien encima el matador, por salirse antes de tiempo y por cuarteo demasiado, no clavan más que una cuarta de espada, tienen que repetir la suerte, y solo consiguen á fuerza de tantos pinchazos aburrir y causar á los animales y al público, y hacer resabiar á aquellos, que se tapan y procuran defenderse. Puede hacerse con toda clase de toros, observando las reglas que para cada una llevamos explicadas en la suerte de parcar.

Pastor, Javier.—Fué un buen banderillero de la cuadrilla de Juan León, que lució poco tiempo. Parecemos que era de la familia de Juan Pastor.

Pastor, Juan (El Barbero).—Matador de toros hasta allí, como él decía. Buen mozo, de elevada estatura, pálido y fachendoso. Nadie montó mejores caballos ni vistió mejores trajes para exhibir su persona en los paseos, calles y plazas. Era el tipo del torero de rumbo.

Alegre y campechano como él que más, amigo de bromas y jaleos, tenía en este concepto mucho más nombre que como estoqueador de reses bravas; y aunque realmente esto era merecido, no era Pastor, sin embargo, un torero que no tuviera sus partidarios en el redondel. Procuraba *pasar* los toros como había visto á su maestro y cuñado Juan León, y dar las estocadas hondas; pero era frío y *soso* en la plaza, él, que en todas partes era un torrente de gracia y acalorado camorrista.

Nació al concluir la guerra de la Independencia, en la importante población de Alcalá de Guadaira, provincia de Sevilla, centro de la tierra de la *Mare de Dios*, según él decía con singular gracejo. Llamáronle *el Barbero* porque su padre se dedicaba á este oficio para atender á la subsistencia de su familia; pero Juan Pastor, ni fué barbero, ni se dedicó á más oficio que á correr caravanas con toreros y gente jaleadora; por lo tanto, era natural que, andando siempre con toreros, se despertase en él la afición á serlo, mayormente cuando el hombre necesitaba dinero, y no poco, para sus gastos, pues ya hemos dicho era rumboso. Así es que, luego que se abrió al público en 1830 la Escuela de tauromaquia de Sevilla, ingresó en ella como discípulo Juan Pastor, aprendiendo poco, por su indolencia para todo lo que no fuera divertirse, pero advirtiéndose en él ese peculiar modo de presentarse

delante de las reses, tenido sólo por los que entonces oían las explicaciones de los grandes maestros.

Casó con una hermana de Juan León, como antes hemos indicado, y este notable lidiador le dió á conocer en muchas de las principales plazas de España, enseñándole prácticamente más de lo que quería aprender. Vino á Madrid por los años 1839 á 40, y volvió, si no estamos equivocados, en 1843; y el juicio que de él formaron los aficionados de la corte, fué el que resulta de las cualidades personales que dejamos bosquejadas.

Indudablemente á Pastor le perjudicó algo la ocasión en que pisó el redondel de la villa del oso y el madroño; estaban los madrileños acostumbrados á las proezas de Montes, León y Cúchares, y con ellos no podía sostener, no ya competencia, sino tampoco comparación.

Recorrió después algunas plazas de segundo orden, y en 1852 marchó á la Habana en busca de *amarillas* para *ahogar* las penas, é inauguró con buen éxito, y agradando, la nueva plaza construída en la perla de las posesiones españolas ultramarinas. Al año siguiente trabajó poco, y á mediados de 1854 falleció en Andalucía, creemos que en Sevilla, víctima de la terrible enfermedad de la tisis.

Aquí concluiríamos su biografía, si no creyéramos muy conveniente decir algo respecto de las excéntricas extravagancias que caracterizaban su persona. Lo estimamos hasta necesario; porque Pastor, más que celebridad torera, era uno de esos tipos que marcan eternamente un *modelo* en que pueden vaciarse los de la época á que pertenecieron. Siempre estaba Juan Pastor de buen humor. Su dinero también se hallaba pronto para todo. Sostenía el vicio con descaro, y ejercía la caridad con espléndidez, pero de una manera original, rara, extravagante, y muy frecuentemente saltando los límites de la conveniencia. Con una *moza juncal* á la grupa de su envidiado alazán, se presentaba descocadamente en los principales sitios de la entonces levítica ciudad de Sevilla un día de Semana Santa, bebiendo *cañas* y escandalizando, y cogiendo desprevenido en cualquier ocasión á más de un mendigo, le disparaba cerca del oído un pistoletazo, diciendo: «No hay que azusar, aquí está la bala»; y alargaba al pobre una onza de oro. Eso de entrar á caballo en las tiendas rompiendo cuanto á su paso encontraba, era uno de los mayores placeres que podían proporcionarsele; y sin ser *terne* ni *baratero*, no rehuía los casos de honra. Criticaba duramente á sus compañeros que la echaban de finos. No comprendía que un torero prefiriese el café á la taberna, el chocolate al aguardiente, y la *cano* y *levosa* á la faja y al calañés. Parecía esto afeminación, y lo censuraba con desembarazo y atrevimiento, causando risa por

la gracia que tenían sus picarescos chistes y zumbonas burlas, porque siendo hombre de un ingenio agudo y de imaginación ardiente, tenía siempre á mano recursos para salir de apuros en trances difíciles y peligrosos.

Muchas anécdotas se cuentan de él que revelan especial inventiva, rara en una persona de poco cultivado entendimiento; pero nosotros solo referiremos un par de ellas, tomada la primera de la bien escrita obra del señor Velázquez, y la segunda inédita, que hace mucho tiempo oímos contar á un viejo picador ya retirado, y que hoy es muy conocida, cambiando lugar y personas.

En una plaza de Extremadura, y siendo Pastor segundo de Juan León, se presentó un toro enorme y de malas condiciones para la lidia, hasta el punto de que aquél llamó la atención al maestro acerca de las dificultades que le había de ofrecer el *trasteo* de un animal tan pegajoso y de *sentido*; y como el espada León le contestase que aquél toro tenía que cedérsele, porque siendo *el Barbero* nuevo en aquella plaza había que seguir la costumbre de siempre, dijo que él no le mataba; y entonces replicó Juan León, con su insistente energía, que no tenía más remedio que matar ó morir. Apurado era el trance; pero el singular Pastor supo salir de él apostando con León á que no le sucedía ni lo uno ni lo otro. Cuando al sonar el clarín tomó por cesión los *trastos* de matar, se fué montera en mano al Alcalde-presidente, y al brindar le dirigió tal sarta de improperios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y amotinado pidió condujeran á la cárcel al atrevido torero que así faltaba en tal sitio á la autoridad en ejercicio. Así sucedió, con gran contentamiento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que el de dormir una noche á la sombra.

El otro suceso no es menos original ni menos gracioso. Una docena de años antes de morir Juan Pastor fué ajustado con su cuadrilla para trabajar dos corridas en una importante capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso; y como en aquella época no había medio más rápido de transporte que el de las diligencias-correos, Pastor tomó un asiento preferente y marchó con un día de antelación á los *muchachos*. Llegó sin novedad, hospedose en la mejor fonda de la población, y se encontró en ella á varios jóvenes, que parece habían sido convocados por otro para celebrar la posesión de una pingüe herencia que acababa de obtener. Ninguno entabló con Pastor conversación, sin duda porque aun duraban entre ciertos hombres las reminiscencias de aquellos tiempos en que se consideraba á los toreros como gente baja y ordinaria. Juan Pastor, de carácter alegre y bromista, se hallaba contrariado. Dió una vuelta por la casa y vió en el comedor una mesa lujosamente puesta, á la cual fueron llamados poco después aquellos jóvenes. Suponiendo Pastor que se llamaba á comer en mesa redonda, tomó el principal asiento, y sin atenciones de ninguna clase se colocó de cabecera, con gran extrañeza de los demás concurrentes, que, mirándose unos á otros, hablaban en voz baja, criticando la conducta del torero. Ningún efecto hicieron en éste los cuchicheos. En su vida pública había oído muchos más, y ya no le hacían impresión. Empezó á servirse la comida, y nuestro hombre á tomar siempre el primero lo mejor de cada plato. En los semblantes de toda aquella gente joven se acentuaban cada vez más las señales del disgusto y de la ira que iban propagándose con rapidez entre todos. Procuraban hacer completa abstracción de Pastor: pero llegó el momento de presentar en la mesa las aves, que, según costumbre de entonces, eran trinchadas en la misma. Cerca de la cabecera que ocupaba Pastor fué colocado un pavo asado, y aquél, con desembarazo, tomó el cuchillo y el trinchante y se preparó, incorporándose de su asiento, á hacer trozos el ave. No habló más palabra, ni dijo otra cosa que «¡Buena pechuga!» Todos se miraron, y comprendiendo que se la iba á apropiarse, estalló la bomba.—¡Alto ahí!—dijo entonces el anfitrión.—Hemos tolerado que usted se sirva antes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida,—porque no estamos, como usted sin duda ha creído, en mesa redonda,—que ocupara usted el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo.—¡Vaya si le partiré!—dijo Pastor sujetando el ave y con aire indiferente. Aquello fué entonces una verdadera tempestad. Voces, improperios y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir á una voz toda la gente, cuchillo en mano:—Lo que haga usted con el pavo hemos de hacer con usted. Entonces Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demás:—¿Con que harán ustedes conmigo lo mismo que yo haga con el pavo?—Sí, señor—replicaron todos.—Y entonces, mostrando resignación, soltó el cuchillo, metió el dedo índice derecho por el *único agujero* que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con *guasa*:—Cuando ustedes gusten.

.....

Hace cerca de cincuenta años que esto pasó,—nos decía hace cuarenta años el viejo picador,—y todavía se oyen en Madrid las carcajadas de aquellos señoritos.

Como dichos sucesos podríamos contar muchos, porque la vida entera de Juan Pastor (*El Barbero*)

está llena de graciosas anécdotas, de picantes chascarrillos y epigramáticos episodios. Vino al mundo á gozar de cuanto el mismo ofrece. Por eso su vida fué corta; pero disfrutó en él como pocos. ¿Hizo bien?...

Pastor, Antonio (Sabino).—Picador de poco nombre, que trabajaba algunas corridas por el año de 1846. Debió dejar el oficio; mejor dicho, no debió abrazarle, porque, según nuestras noticias, valía poco. No recordamos haberle visto en Madrid.

Pastor, Angel.—Si fuéramos fatalistas y como los árabes pensáramos, diríamos, al narrar la biografía de este diestro, que desde antes de nacer estaba escrito por el dedo de la Providencia que había de ser torero.

La mayor parte de los que abrazan esta profesión lo hacen á despecho y contra la voluntad expresa de sus padres; como que no hay padre que quiera exponer al más ligero daño á un hijo que tantos afanes le ha costado criar: pero si esto sucede con todos, ha sucedido más especialmente con Angel Pastor.

Nació en Ocaña, provincia de Toledo, el día 15 de Junio de 1850, y es hijo de D. Juan Pastor y de doña Felicianita Gómez, que en dicha población atendían decentemente á su subsistencia con el producto de una fonda que tenían á su cargo. Es muy posible que si allí hubieran vivido siempre, lejos de los sitios en que á menudo se celebran funciones de toros, su hijo Angel, de que nos ocupamos, no hubiera pensado más tarde en ser torero, porque no viendo á éstos, no siendo fácil que á sus manos llegaran libros de toros, atendida la escasez que hay de ellos, sus inclinaciones se hubieran dirigido á otro fin, y el hoy torero sería militar ó eclesiástico. Pero desde que el ferrocarril de Aranjuez encaminó á los viajeros al Mediodía de España por punto diferente al que hasta entonces había sido camino real, Ocaña perdió mucho, y los padres de Pastor, comprendiéndolo, dejaron su vecindad y se trasladaron en 1853 al referido Real Sitio de Aranjuez, estableciendo una nueva fonda, que en poco tiempo adquirió buen crédito. En ella, sea por el afable trato de sus dueños, ó por lo esmerado del servicio, se han dado cita, cuando en aquel sitio ha habido toros, los principales aficionados de Madrid, y allí han parado muchas veces toreros de renombre: allí, siendo de muy corta edad Pastor, se ha entusiasmado con el relato de las proezas que en aquella plaza habían hecho Montes, León, el Chiclanero y otros; allí ha visto trabajar á Sanz y Domínguez, y allí, más de una vez, le han tomado sobre sus

rodillas afamados diestros y le han preguntado si quería ser torero, cuando él admiraba sus lujosos trajes y espléndido porte.

No es extraño, pues, que tomara raíces en su cerebro la idea de ser torero, cuando desde el principio de su vida, desde antes que su razón se formara, no veía más que ensalzar de mil maneras un arte que consideraba como el más brillante y de mayor lucimiento que los demás.

Por eso decimos que hay en los primeros años de su vida circunstancias suficientes á despertar la afición al toreo, aun en el ánimo más apocado; que ellas por sí solas habían de arrastrar al joven Pastor á pensar única y exclusivamente en el arte de *Pepe Illo*, si su imaginación viva y ardiente no hubiera bastado para inclinarle á seguir un camino en que él no veía más que gloria y aplausos, fama y celebridad. A un joven de sus condiciones, todo corazón, entusiasta por lo grande, apasionado por todo aquello que sale de la esfera de lo común, no era posible sujetarle en pequeño círculo, cuando su vista habíase acostumbrado á admirar los alardes de valor y de inteligencia que otros hombres ostentaban; que el pájaro nacido en jaula y que no ha visto remontarse al águila por el espacio, vive tranquilo en su prisión, pero no sufre hierros con paciencia el que ve á los demás gozar de omnimoda libertad.

Querían los honrados padres de Pastor hacerle seguir una carrera científica que en su día le proporcionase un bienestar tranquilo, ya que la desahogada posición que ellos ocupaban les permitía atender á los gastos necesarios; pero el hijo no era de igual opinión. Suponía él, y argumentaba con más formalidad de la que pudiera creerse en tan cortos años, que un médico, un abogado, un militar, para hacerse notables, para sobresalir entre el infinito número de los de su clase, necesitan ser unos talentos privilegiados, ó marcarse mucho por su audacia ó por otros medios no siempre lícitos, si han de ser algo en el mundo; que la inmensa mayoría de los que se dedican al estudio permanece obscura ó ignorada, contentándose con un mediano vivir; y finalmente, que á pesar de los peligros que hay en la práctica del toreo, él, que se creía con vocación para seguirle, veía que en el redondel se encuentran aplausos que dan dinero suficiente para pasar buena vejez y asegurar un porvenir á sus hijos, y más que nada hacer imperecedero un nombre llevado con honra y fama. Inútiles fueron cuantas observaciones cariñosas le hizo su buena madre, cuantas amonestaciones enérgicas y duros castigos le impuso su padre. Pastor, que tan buenas disposiciones demostró para el estudio de la primera enseñanza, no quiso emprender el de la segunda, y fué preciso dedicarle á un arte que le proporcionase sustento para en adelante,

porque al de torero de ningún modo consentían aquéllos se aplicase; adoptó el de la imprenta nuestro imberbe mozo, y se colocó en clase de cajista en la que tantos años ha tenido en Madrid, plaza del Carmen, D. Pedro Montero. En ella se imprimían los carteles y programas de las funciones de toros, y por lo mismo allí se hablaba de esta fiesta más que en las demás casas, y á ella acudían con frecuencia los toreros, empresarios y administradores. Nuevo incentivo para avivar más la afición de Pastor; y como si esto fuera poco, la plaza de toretes de los Campos Eliseos sirvió de escuela por aquellos años á muchos jóvenes que sin dirección superior, y por su propio instinto, jugaban becerros y procuraban adiestrarse en la lidia. Mientras

otros adelantaban en las suertes de vara, y aun en la de banderillas, en Pastor se advertía marcadísima predilección por la de matar y capear; y tanto adelantó, que ya se atrevió á torear en los pueblos y en las novilladas de Madrid, hasta que, habiendo sufrido una cogida, determinaron sus padres volverle á Aranjuez á su lado, y retirarle de la corte. La lucha entre el cariño y obediencia á sus padres, y su afición al toreo, era cada vez mayor, en términos de que si hallándose aquéllos presentes procuraba por no disgustarles no hablar siquiera del arte taurino, aprovechaba

los momentos de descuido para escaparse á los pueblos inmediatos y tomar parte en las novilladas. Viendo que todos los castigos eran inútiles, y que hasta el encerrar en la cárcel de Aranjuez á Pastor producía en éste un efecto contrario al que se proponían, decidieron sus padres dejarle seguir aquella persistente inclinación, y ya en el año 1869 tomó parte en las novilladas de esta corte, trabajando como banderillero en los toros de puntas, porque bueno es advertir que nunca ha lidiado reses emboladas.

Así continuó durante aquel año y el siguiente, hasta que en 1871 ingresó como banderillero en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, quien conociendo la buena disposición del muchacho, le hizo figurar en carteles de temporada en Madrid como

sobresaliente de espada. Prácticamente en la arena, y teóricamente fuera de ella, recibió Pastor de Sanz muchas lecciones, que él procuró siempre retener y aprender, en términos de que bien puede asegurarse que no ha habido discípulo alguno de dicho profesor que más le haya imitado ni seguido mejor, punto por punto, sus finas actitudes y clásica escuela.

Agradecido el joven á su maestro por la gran predilección y sincero afecto que le demostraba, le acompañó siempre desde entonces á torear en cuantas plazas le verificó aquél, quedando, sin embargo, contratado en Madrid con la categoría antedicha durante los años de 1872 á 1874, en que se le vió adelantar más como torero de inteligencia

que como banderillero de primera. Así se ha visto que en las salidas que él da á las reses con la capa ó con la muleta tiene completa confianza, se le ve seguro, tranquilo y parado como nadie; pero en las salidas que él ha de tomar, aquéllas en que, como en la suerte de banderillas, el lidiador sale por piés, ya no se le ha encontrado la misma seguridad y fijeza. Esa fué la causa de una gran cogida que tuvo en Madrid el día 4 de Julio de 1875, perteneciendo ya á la cuadrilla de Salvador Sánchez (*Frasuelo*); salió tarde del embroque, y del encontronazo cayó al suelo: es verdad que aquel animal que le derribó no era toro, era una montaña.

Continuó pareando con desigualdad, pues unas veces ponía los palos malamente, y otras de un modo admirable, hasta que llegó el 22 de Octubre de 1876, en que tomó en esta corte la alternativa de matador de toros después de algunas promesas mal cumplidas por gente ajena al arte de torear. Desde entonces ha matado toros en las principales plazas de España, consiguiendo ser aplaudido con entusiasmo al lado de los principales diestros. Málaga, Barcelona, y Madrid especialmente, han admirado sus adelantos y presenciado en él al tipo del torero de buena escuela.

Hasta qué punto confían y han confiado en sus conocimientos muchos aficionados, lo demuestra el hecho siguiente: Dispusieron por el Municipio de Madrid en el mes de Enero de 1878 funciones



reales de toros con motivo del enlace del rey don Alfonso XII con Doña Mercedes de Orleans y Borbón, y á los caballeros en plaza que, según es de rigor en estas fiestas, había apadrinado la Corporación, se les indicó eligiesen libremente y á su gusto los diestros que habían de servirles de padrinos de campo al estribo. Hubo uno de dichos caballeros, distinguido aficionado, que indicó desde luego para este puesto de honor y responsabilidad á Angel Pastor; tal era la confianza que en su muleta y conocimientos tenía el caballero; pero al oír dicho nombre algunos señores concejales, con la mejor intención y deseando el mayor éxito al caballero de que hablamos, le hicieron observaciones acerca del novel matador, que ocupaba entre diez y siete el penúltimo lugar de los que en la lidia tomaban parte, no precisamente rebajando su mérito, sino fundándose en que era muy moderno y muy joven, y por esto no podía haber visto siquiera la suerte de rejonear. El caballero insistió en su elección, y el resultado vino á afirmar en la creencia que tenía, y con él otros aficionados, de que Pastor había comprendido perfectamente suerte tan lucida, con sólo su inteligencia y la explicación del maestro Sanz, que también asistió de cabecera al mismo caballero, el cual, dicho sea de paso, fué el que más rejones clavó y el único que no perdió en el redondel su caballo.

Pastor es de figura simpática y agraciada, modesto y aplicado, y contrajo matrimonio en el año de 1877 con la elegante y simpática Doña Ana Navarro, hermana de un conocido aficionado de Madrid y á la cual lloran cuantos tuvieron la suerte de apreciar sus virtudes. Quedáronle dos hijas preciosas, de educación esmeradísima, que han adquirido en uno de los más renombrados colegios, y que tienen la creencia de que su padre no se dedica ya al toreo por evitarlas una triste orfandad. Procurando, pues, ocultarles la verdad, trabaja con buen éxito, admirando todos su elegancia en todas las suertes que practica; y una de las más famosas etapas de su vida torera es la extraordinaria aceptación que en la gran plaza de toros de la Rue Pergolesse, de París, cuando la Exposición universal de 1889 obtuvo de aquel pueblo cosmopolita. Causó delirio verdaderamente, y aunque el circo aquel le pisaron todos ó casi todos los toreros españoles de más fama, ninguno logró entusiasmar como Pastor á la gente extranjera para nosotros. El defecto principal que en España se le reconoce y que le perjudica, el de ser frío en la ejecución, tomase allí por serenidad y calma é hizo realzar su mérito.

Pastor es instruido, sabe francés y música con bastante perfección, y su inteligencia y buen sentido le hacen apartarse de esos floreos de poco mé-

rito que hoy se aplauden desconsideradamente. Atiéndose á las reglas del arte que le enseñó su maestro Sanz, porque está convencido de que vale más el aplauso de un inteligente que el que le pueden dar cien ignorantes. Cumplido caballero, es de humanitarios sentimientos que, con evidente peligro de su vida, socorrió y cuidó personalmente al gran número de heridos que ocasionó la catástrofe de Quintanilleja (Burgos) por el choque de dos trenes del ferrocarril del Norte en la noche del 23 de Septiembre de 1891; y tan extraordinarios fueron sus servicios que fueron premiados con la cruz de Beneficencia de segunda clase por el Gobierno español.

Pastor, Clemente (Morenito).—Un muchacho que quiere ser torero empezando por matar toros en novilladas. La gente moderna así lo entiende. ¿Qué sabían los antiguos? Plantar el tejado es lo que conviene, que luego se pondrán los cimientos; pero es lo malo que como no hay donde asegurar aquél, suele venirse todo al suelo.

Paulino, Pae.—Puede calificarse de notabilidad extravagante este negro á quien equivocadamente llamamos *Pas* en la página 288, y que trabaja por el sistema que dió en llamar de los «indios bravos» el célebre empresario Alegria cuando en 1854 ó 55, los presentó en Madrid con los pegadores portugueses. Capea y pasa de muleta con soltura, pone banderillas con la boca y tiene á sus órdenes una cuadrilla de negros como él, que en Portugal y en varias provincias, es aplaudida frenéticamente por el vulgo. En París trabajó en 1890. El arte en él, brilla por su ausencia.

Paman, D. Antonio.—Caballero en plaza, apadrinado por el Conde de Altamira en las corridas reales celebradas en Madrid el año de 1803 para solemnizar el matrimonio del príncipe Fernando con la princesa María Antonia.

Pavito.—Toro de la ganadería del Duque de Veragua, berrendo en colorado, botinero, gacho y algo sentido al hierro. Cogió en la tarde del 12 de Junio de 1852 en la plaza de Madrid, y siendo el toro cuarto de la corrida, al espada Manuel Jiménez (*El Cano*), que le había trasteado con inteligencia. El diestro sufrió una herida grave en el muslo derecho, que le ocasionó la muerte á los pocos días. Si el *Cano* no se agarra fuertemente á las manos del toro, y el *Chiclanero*, que luego le mató, no le colea, tal vez aquél hubiese sido recogido de

nuevo y destrozado en el acto; tal era la codicia del animal.

Pavo, Vicente.—Picador de toros, regular y nada más, que trabajaba antes de 1850 en diferentes cuadrillas, sin pertenecer gran tiempo á una determinada. Era extremeño y murió en Badajoz, en 1895.

Pay.—Noble español, gran jinete y atrevido rejoneador de toros en tiempos de Felipe IV. No hemos podido averiguar su nombre ó título: así le llaman en todos los escritos que hemos visto y así forzosamente hemos de mencionarlo.

Paz, D. Rodrigo.—Caballero notable por su destreza á caballo lidiando toros. Adquirió gran fama en Salamanca, de donde era vecino, y en otros puntos de Castilla, antes del siglo XVIII. Es posible que éste sea la misma persona que el Pay, de que hemos hecho mérito, consistiendo la confusión en la mala forma de la última letra del apellido, pero en la duda no creemos prudente omitir á uno ú otro.

Payán, Manuel.—No recordamos haber visto trabajar á este picador, que parece formó parte de la cuadrilla andaluza del espada Manuel Trigo. Suponemos fuese un picador de este apellido, á quien mató un toro de la ganadería de Cúchares, procedente de la del marqués de la Conquista, en la plaza del Puerto de Santa María el 24 de Junio de 1859. Habíase estrenado en la plaza de Sevilla el 15 de Agosto de 1847.

Pealeo.—Es lo mismo que el manganeo, solo que en vez de dirigirse la cuerda llamada mangana, cuando es arrojada, á las manos del toro, se dirige á los pies, y por eso no lleva este nombre. Ya hemos dicho en la voz LAZAR, el modo de practicar la suerte.

Pedraza, Domingo.—Por el año 1820, poco más ó menos; apareció en carteles el nombre de este picador, de quien no se nos han dado referencias, más que alguna en que vagamente se dice que no pasó de la categoría de novillero.

Pedro II de Portugal.—Hijo tercero de don Juan VI. Nació en 1648 y murió en Alcántara en 9 de Diciembre de 1706. Fundó en las márgenes del Río de la Plata, la Colonia del Sacramento; fa-

voreció la agricultura y la mejora de la raza bovina.—Dotado de una fuerza extraordinaria y de gran valentía, *pegaba* toros y los derribaba cuerpo á cuerpo.

Pedro, Aureliano de (Fatigas).—Vamos, hombre, que meterse á matar toros, aunque sea en novilladas, y á poner banderillas, antes de estudiar bien el arte, es poner á la vista un gran cartel de valentía, pero nada más. Muchas fatigas ha de pasar antes de que se le considere diestro, si es que llega á serlo.

Pedróñ, Eduardo (El Valenciano).—No monta mal, no es cobarde y tiene alientos. Fáltale inteligencia, que tal vez le dé la práctica, pero no lleva trazas de prosperar mucho.

Pedroso, José Joaquín.—Caballero rejoneador portugués, que pertenece al gran montón de los olvidados.

Pedrosa, D. Francisco de.—Natural de Málaga. Rejoneador en las fiestas Reales allí celebradas el 6 de Agosto de 1683 y del cual no han quedado más noticias.

Pegadores.—Hombres de fuerza que sujetan á un toro embolado asiéndose á él con solas sus manos y sin instrumento ni engaño alguno. La primera vez que se les vió hacer esta suerte en España, fué en el año 1830, ó poco después, en Sevilla, siendo intendente el conocido señor Arjona; por cierto que ni gustaron ni ejecutaron su destreza sin graves contusiones. Pasaron unos veinte años, y al cabo de ellos se presentaron en la plaza de Madrid (Julio de 1851), á las órdenes de un empresario llamado Alegría, quedando lesionados cuatro ó cinco hombres de aquellos, á quienes no llamamos toreos porque no observan regla alguna de las que para torear se han escrito. Recorrieron diferentes plazas del reino, y diez ó más años después volvieron á Madrid con dicho empresario, dando funciones *de noche*, en los Campos Elíseos (1), sin que

(1) En la plaza de toros referida se formó en el centro, descansando en una columna, un gran aparato circular, que, lo mismo que los infinitos mecheros que alrededor de la contrabarrera se colocaron, estaba iluminado con gas. Más tarde se celebraron también en Barcelona funciones de toros nocturnas, y mucho antes en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa. Se ha intentado, tanto en este punto como en Madrid, alumbrar el circo con luces eléctricas; pero estas funciones no tienen el atractivo y alegría que las que el sol alumbra.

desde entonces se les haya vuelto á ver en la Corte. La suerte requiere valor, y consiste en desafiar á corta distancia, de frente ó de espaldas, uno de los hombres al toro, y cuando éste da la cabezada, sufrirla aquél sin llevar golpe, encunarse bien abrazándose á las astas, y pegando el cuerpo al testuz resistir los derrotes, hasta que inmediatamente acuden otros seis ú ocho compañeros, que, agarrándose á las manos, patas y orejas de la res, hacen que ésta, rendida ya, cese de cabecear y aun de andar, en cuyo acto la sueltan y se retiran. Casi siempre dos

Explicaremos detalladamente este importante juego de torrear en el país vecino, ya que en la voz FARPEAR, hemos descrito la principal y más artística suerte de aquel toreo.

He aquí, el modo que tienen los portugueses de ejecutar las *pegas*, que practican de distintas maneras, pero siempre cuando el toro está en su tercer estado, y por consiguiente no avanza contra el forcado de repente. Las hacen, como va dicho, de cara, ó sea frente á frente, de costado ó de espalda. En la primera colócase el pegador á conveniente distancia, citando al toro batiendo palmas y ale-



PEGAR DE FRENTE. — MACÍAS

ó más de los pegadores, si no toman bien la suerte, al quererse agarrar á las astas son arrojados antes ó después de asirse, por la fuerza del testarazo del toro. Si esperan á éste de frente, llamanlo «pegar de frente», y del otro modo lo llaman de «espaldas». No visten como los toreros, ni aun se parecen á estos en nada. Es juego que se usa mucho en Portugal, de donde procedían los «homes de forcado» que nosotros vimos. La ejecución de esta suerte, si así puede llamarse, requiere mucho valor, mucha fuerza y grande habilidad, porque esta es muy precisa para evitar el primer golpe midiendo el tiempo de manera que al dar el toro la cabezada se encuentre desde el momento de humillar, con el cuerpo del hombre en la cuna, y claro es que haciéndolo así, podrá elevar al pegador, pero éste no sufre golpe si se une bien. En aprovechar este momento está el mérito.

grándole con los brazos, y en el momento en que el bicho acomete, retrocede aquél unos pasos atrás, y al verle en jurisdicción, déjase caer y abrázase al cuello del animal embarbándole, y si no puede, á las astas, por el nacimiento de las mismas, á lo cual llaman encornar, y en aquel instante, si no ha podido dar con la fiera en tierra, acuden otros mozos de forcado que le ayudan agarrándose á las orejas, al cuello, á la cola, y á todas las partes del cuerpo del toro, hasta que le dejan rendido. Los inteligentes de aquel país, dicen que encornar es mucho más artístico que embarbellar. También ejecutan la suerte de cara, con los toros muy corridos anteriormente, del siguiente modo: hacen correr ó arrimar al toro á las tablas, y allí el pegador colocándose detrás le toca en un anca y al volverse con presteza, aprovecha la ocasión, se encuna de pronto y sujétale como antes va referido.

De costado solo se pegan ó se debe pegar á los toros nobles, porque es muy peligroso. Colocado el pegador frente al animal, pero dándole el costado de la espalda, déjale entrar por su terreno, y luego va ejecutando un cuarteo á manera de recorte, sin dejar de enseñarle el costado posterior, y cuando el animal creyendo coger humilla, échase el diestro de espaldas en la cuna agarrándose al nacimiento de las astas, con los brazos, y dejando que el bicho cabecee hasta que se rinda, y caso necesario le auxilien sus compañeros.

Y por fin, la *pega* de espalda se efectúa de igual modo que la de frente, aprovechando siempre la humillación para echarse el hombre en el testuz,

ra de un hombre y con dicha horquilla de metal á la punta, como han podido ver nuestros lectores en más de un retrato de los ya publicados. A esto llamaban hacer la casa da guarda (casa de la guardia) pero cayó en desuso y ahora solo se estila en corridas de hidalgos, y no siempre.

Con esta voz y la de farpeador queda descrito el arte de torrear á la portuguesa

Pegajoso.—O toro *que se ciñe*, es aquél que, aunque toma cumplidamente el engaño, se acerca mucho al cuerpo del diestro y casi le pisa su terreno. Es muy común en esta clase de toros la inclinación á



FORCADO LESIONADO. — PEGA HECHA. — MACÍAS

sin sufrir el topetazo. Muchas veces *pegan* al toro, *de cernelha*, practicándolo dos hombres, uno que se agarra á la cola y otro á la cerviz por detras de los cuernos; éste, que va colgado del morrillo con una ó con las dos manos, dicen allí que va *cernelhando* y que el otro va *rabejeando*; al primero compete, cuando el toro se para por manso ó cansado, darle puñetazos en la cerviz para hacerle andar ó rebrincar.

Antiguamente era costumbre en los forcados ó pegadores, quedarse toda la corrida en el redondel acostados á las tablas y cuando algun toro embestía contra ellos, se defendían de él con una especie de horquilla que llevan al hacer el paseo (*corsejas*) y que consiste en un fuerte palo de la altu-

embestir y á recargar de nuevo; por lo cual el diestro debe tener cuidado de *verle llegar* y de estar preparado.

Peinado, Antonio.—Este picador trabajó mucho en los primeros años del presente siglo con la cuadrilla de Jerónimo José Cándido y aun con otras. Debemos suponer, según su fama, que sabía su obligación. Se presentó en Sevilla por primera vez el 12 de Febrero de 1804.

Peixinho, Rafael.—Banderillero portugués, que tiene gran afición. Esto hace que allí se le consi-

dore como un buen lidiador y que se cuente con él para gran número de funciones. Es primo del Junior, de mucha voluntad, pero sus facultades físicas (es muy grueso) no le permiten hacer siempre lo que desea.

Peixinho, José Joaquín.—Estaba reputado en Portugal como un buen maestro en el arte de torear. Gran conocedor de las condiciones del ganado bravo, sabía perfectamente la lidia que á cada toro debía darse, y que había aprendido ejercitándose en ella desde la edad de trece años. Especialísimo en la suerte de banderillas, que practicaba con maestría y elegancia, toreó en todas las plazas de Portugal, en Badajoz y en Sevilla con gran



aplauzo. Nació en Lisboa el 7 de Noviembre de 1832 y falleció el 31 de Marzo de 1879 víctima de una afección cardíaca, complicada con otra al hígado. Ha sido el más notable de los toreros portugueses de estos tiempos, cumplido caballero y honrado ciudadano.

Llamábase antes Ferreira de apellido, y así debiera ser puesto, que era hijo de José Félix Ferreira y de Josefa Joaquina Ferreira; pero no sabemos por qué hizo el antedicho cambio, que por otra parte es muy común en la nación vecina, sobre todo cuando se muda de estado, en que ya predomina el apellido de la mujer sobre el del marido.

La fecha en que empezó á trabajar es la de 1849, como amador, y en 1850 fué contratado para la plaza de Alhambra, ganando tres mil reis en cada corrida! Menos de 15 pesetas.

Peixinho Junior, José Joaquín.—Por muchos años ha sido en Portugal uno de los toreros

más afamados por su buen arte para sortear toros y banderillearlos. Hijo del anterior, aprendió mucho con sus lecciones, pareando y trasteando bas-



tante bien. Había nacido en 29 de Octubre de 1853 y murió en 10 de Noviembre de 1893 dejando muy buenos recuerdos entre los aficionados.

Peixoto Braga, Victoriano.—Formó parte de la redacción del acreditado diario portugués *Anales Tauromáquicos*, que publicó el primer número en 27 de Marzo de 1870, teniendo también á su cargo las revistas taurinas de *Las Novedades* y después las de *El Diario de Comercio* y *El Economista* donde firmó con el nombre de Pablo.

Cuando en 1880 se presentó en el Ayuntamiento de Lisboa una proposición para que se prohibiese la entrada de ganado vivo en la ciudad, publicó una célebre carta con el título de *A los toros, á los toros; brindo á favor de las toradas*, carta de la cual se encuentran ejemplares con dificultad, y en ella defendió con sólidas razones y gran calor las corridas de toros.

Después escribió en *El Torero* publicando muy buenas biografías y artículos literarios, y por último fué uno de los que ante la Casa Pia promovió

la construcción de la nueva plaza formando el reglamento de las corridas, así que sin temor de equi-



vocarse puede decirse que es uno de los más ardientes partidarios de nuestra fiesta nacional.

Pelea.—Del mismo modo que algunos llaman á la lidia de toros faena, otros la llaman pelea. Parece que esta palabra, que usan comunmente muchos aficionados, no es, como la de faena, la más adecuada para marcar la lidia. Esta se debe entender, en general, para toda clase de suertes; faena, sólo para el trabajo que el matador emplea para preparar el toro, y *pelea* para el del picador que intenta castigar la pujanza de aquél.

Pelechar.—Se dice cuando el toro cambia el pelo basto de invierno por el fino de verano, lo cual sucede en primavera al tomar las primeras yerbas del año.

Pelilla, D. Secundino.—Fué el ingeniero que trazó y empezó la obra de la magnífica plaza de toros de Cáceres en el año de 1844. Como solidez, no tiene igual, y no carece de buen gusto. Los tendidos, gradas y palcos son todos de piedra berroqueña, así como las anchas escaleras y las grandes columnas que sostienen las gradas y palcos, y son todas de una pieza. Caben en ella más de ocho mil personas.

Pelo.—No se califica el de los toros por el color, sino por la clase del pelo, que puede ser fino, lustroso, basto, etc. (Véase PINTA.)

Pellicer de Tovar, D. José.—Dice este cronista de los Reinos de Castilla y León en un libro que publicó en Madrid en 1631, que para solemnizar los años del Príncipe de Asturias D. Baltasar Carlos de Austria, se dispuso por el Conde-Duque de Olivares un espectáculo propio de la Roma antigua: es decir, una lucha de fieras en la explanada del Parque, por debajo del Real alcázar, hoy jardines del Campo del Moro. La noticia de que iban á luchar el toro del Jarama con el león y el tigre del Desierto, el camello de Arabia con el oso de Asturias, el ágil caballo, el gato montés y las astutas zorras con monos y lebreles, atrajo á Madrid gran número de forasteros. Asistieron al espectáculo, á más de la Real familia, muchos prelados, todos los Consejos, Reinos, Embajadores, grandes títulos y Caballeros, quedando sorprendidos sobremanera los espectadores, al ver que el león encogió su fiera, y recató su horror el tigre, y el lebrél fué vencido y de todos los animales vino á triunfar el toro.

Añade que miraba satisfecho Felipe IV la valentía del bruto de Jarama y deseoso de que no quedara sin premio quiso darle el mayor, en que muriera á sus manos, «porque, dice, supuesto que entró en el anfiteatro á morir, perdonarle la vida fuera castigo, dejándole á riesgo de que la perdiera en coso plebeyo y á manos vilos.» Pidió S. M. el arcabuz, y sin alterar la majestad del semblante, terció la capa con brío, requirió el sombrero con despejo, é hizo la puntería con tanta seguridad, que dió la bala en el remolino de la frente del toro, é instantáneamente le dejó muerto, cayendo de rodillas ante el Monarca.

Todos los ingenios de la Corte y fuera de ella celebraron con versos de todas clases la hazaña de aquel Rey, que produjo gran entusiasmo, admiración y hasta locura (verdadera ó fingida) entre todos los circunstantes: ¿qué debiera haberles producido ver aquél soberbio toro, herido, burlado y muerto por un hombre sólo, cuerpo á cuerpo y frente á frente, como ahora lo estamos viendo?

En este paso de lucha antigua con toda clase de armas y en tropel de los hombres contra el toro, á la lidia ordenada que hoy se realiza, se conoce el progreso de la tauromaquia: y en el combate del Jaramaño con las demás fieras, se demuestra lo que tantas veces hemos afirmado: no hay quien venza al toro más que la inteligencia del hombre.

Péndolas.—(Véase RUBIOS.)

Peña, D. Mariano Domingo de la.—Excelente aficionado y entendido escritor taurino. Nació en 7 de Diciembre de 1823, fué socio activo de la sin igual sociedad taurómaca de Madrid *El Jardí-*

alillo, picando becerros crecidos (por cierto, vestido con ropa del célebre Sebastián Míguez) y desempeñando cargos en el ruedo. Cuando se disolvió la dicha sociedad, marchó Peña á Andalucía, y allí conoció á muchos ganaderos y lidiadores que en las *tientas* y *acosos* á que le invitaron tuvieron ocasión de ver su valor, su inteligencia á caballo y conocimiento de las reses. El periódico *La Prensa Taurómaca*, que publicó en Madrid en 1876, trató las cuestiones del toreo con tan perfecto conocimiento de las suertes *clásicas* y de buena escuela, que muchos sentimos todavía la desaparición de tan excelentes apreciaciones y juicios. Casó con Doña Josefa Trigo, hija del célebre picador José, y hermana del también muy distinguido, Juan. Fué apoderado del renombrado Joaquín Coyo (*Charpa*), y del matador Manuel Carmona.

Peña, D. Luis de la.—Del hábito de Calatrava y caballerizo mayor del duque de Medina-Sidonia, que, según asegura Novelli, era uno de los más diestros lidiadores á caballo que se conocía en la primera época del reinado de Felipe V.

Peña y Goñi, D. Antonio.—El primer crítico musical de España, cuya concienzuda apreciación y galana frase envidiaron los más notables de Europa. En pocos años se elevó á gran altura, y Barbieri y Arrieta en España, lo mismo que Gounod y otros en el extranjero, han reconocido en él notable mérito. Por pasatiempo tal vez en un principio, por afición después, por hacer manifestación de su singular ingenio y especialísima gracia, escribió revistas de toros, pero ¡qué revistas! Se llamó en ellas *El tío Jilena*, *La tía Toribia*, *La tía Pascuala* y no sabemos qué más; y su lectura por las gentes del pueblo produjo á las Empresas de toros más entradas que un abono de los mayores. Sus famosos artículos *La plaza nueva y la plaza vieja*, *Recibir y aguantar*, y otros muchos, merecieron tan entusiasta aceptación, que todos los aficionados de provincias, de Madrid y de Portugal, le felicitaron por escrito y de palabra por tan notables trabajos. Quien lea sus artículos antes de ver la firma, ó no conociéndole, ha de creer forzosamente que los ha redactado un hijo de la tierra de María Santísima, de esa gran porción de privilegiado suelo, en que todo es más grande que en el resto del mundo. Pureza de dicción, aglomeración de ricas imágenes, superabundancia de frases galanas, estilo levantado, hiperbólicas figuras, todo esto se ve en sus notables escritos; y cuando habla en ellos de tauro-

maquia, como el asunto se presta, lo hacía con una sal y con una gracia que causan envidia. Joven aún, muy joven, como que nació en 2 de Noviembre de 1846, en San Sebastián, provincia de Guipúzcoa, mereció por su talento ser nombrado profesor de historia de la música en el Conservatorio de Madrid en el mes de Julio de 1879, aunque de este empleo no llegó á tomar posesión. Su afición á la fiesta nacional, y el empeño de muchos aficionados, le llevaron de nuevo á ocuparse en asuntos de toros, que olvidó en una época de media docena de años, y además de escribir famosos artículos en el periódico *La Lidia*, de que fué director, publicó el hermoso libro *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo*, que alborotó realmente en Madrid y en todas las provincias de España. Por sus méritos como autor de obras de historia de la música, tales como *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*, fué elegido Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando, ingresando en tan alta corporación el día 10 de Abril de 1892. Cuatro años antes había dejado de escribir de toros, con promesa de no volver á hablar de ellos; pues á pesar de esa promesa, los aficionados en asuntos taurinos volvieron á saborear su enérgica palabra



y su hermosa facilidad. La fiesta nacional arrastra tras de sí al que una vez la demostró cariño, y mucho más á los poseedores, como él, de un carácter

vehemente y apasionado. No faltó quien dijo, al examinar sus escritos de los últimos años, que el desenfado que en ellos se nota era hijo de su ardiente imaginación, que le hacía juzgar por las impresiones del momento, y que á medida que los años fueron en él haciendo mella, inclinábase, tal vez por efecto de su bilioso temperamento ó excitación nerviosa producida por constantes padecimientos, á agredir, á acometer, y á extremar el ataque. Nosotros sólo diremos, que ese hombre dignísimo era dentro de su casa un feliz patriarca, que al lado de su amante esposa y de sus preciosas y angelicales niñas, hacia las delicias de sus amigos, ya interpretando en el piano las mejores obras de los más clásicos autores, ya dialogando con chispeante gracia. Si su educación francesa le hizo aparecer algo absorbente, ese defecto quedaba muy oculto entre los pliegues de su hermoso corazón.

Falleció en Madrid el viernes 13 de Noviembre de 1896, víctima de terrible pulmonía, y el domingo 15, después de embalsamado, fué conducido con gran ostentación á la estación del ferrocarril del Norte, para transportarle al pantoón de familia en el pueblo que le vió nacer. Distinguida concurrencia le acompañó, sintiendo todos cuantos le conocieron tan sensible pérdida.

Peña, José (Peñita).—También este chico quiere ser banderillero; y lo será, si aprende y no se tuerce la suerte. No es mala facha, pero no sabe nada, al menos en Madrid no lo ha demostrado. Con el tiempo viene la madurez y con la práctica los adelantos cuando hay buena voluntad.

Peña, Rafael (Llavero). — Diestro sevillano, que allá en América, dicen que ha adquirido buen nombre en estos últimos años. Bueno será que lo confirme en la Península

**Peñalver, Manuel (Badi-
llo).** — Quiere ser torero y quiere matar toros, y á veces los mata; pero... no le llama Dios por ese camino.

Peones.—La gente de á pié que auxiliaba antiguamente con capas y aun con dardos y rejones cortos á los caballeros que se ejercitaban en la lucha con toros. Todavía por algunos se llama así á los toreros de á pié.

Peralta, D. Evaristo.—La afición á nuestras fiestas de toros, llevó á este valiente militar al extremo de formar cuadrilla de toreros y lidiar en novilladas, acompañado entre otros, del renombrado Antonio Pérez (*Ostión*), allá por las Provincias Vascongadas. Cediendo á los consejos de Jefes caracterizados, entre ellos el Sr. D. Ricardo García, dejó la muleta y el estoque y volvió al Ejército, donde le esperaba un desastroso, aunque honroso fin. Siendo teniente del Regimiento de Albuerca, sublevado en Madrid el 19 de Septiembre de 1886, y estando de guardia en el cuartel, murió gloriosamente, defendiendo la subordinación militar. El Gobierno asistió á su entierro y las Cortes, por una ley, concedieron á su viuda é hijas la pensión de capitán. Fué natural de Sevilla, según nos han informado.

Peralta, Francisco.—En América es muy conocido este banderillero, especialmente en México y plazas inmediatas. Le tienen por inteligente con el capote y regular parcando.

Perder terreno.—Es cuando el torero, sea por no salirse á tiempo de una suerte ó por no consumirla bien, queda casi en el sitio que debía ocupar el toro, ó al menos en el terreno de dentro, del cual debe salir cuanto antes del mejor modo posible.

Perdigón.—Toro de la ganadería de D. Eduardo Miura, vecino de Sevilla. Fué dicho toro lidiado en Madrid en primer lugar, en la corrida del 27 de Mayo de 1894 y causó la muerte al primer es-



pada Manuel García (*El Espartero*) en la segunda de las veces, en que al matarle, le cogió. Disecada luego la cabeza del animal, que era colorado, ojo de perdiz, listón, delantero y astifino, pesó dicha cabeza 72 kilogramos, siendo su testuz de 58 centímetros, de trompa 19, largo del asta, 53, de cuna, 55, de pitón á pitón, 27, ancho de la frente sobre las órbitas, 28, grueso del asta por su parte mayor, 24, del cuello por la parte superior, 64, y por la inferior, 76, y tenía los ojos extremadamente pequeños, dadas esas proporciones. La posee el conocido aficionado de Madrid D. Pedro Niembro.

Perea, D. Alfredo.—Distinguido pintor madrileño, discípulo de la Academia de San Fernando y de la Imperial de París. Aparte de los muchos y buenos cuadros y dibujos de historia que ha admirado el público en varias exposiciones, ha dibujado con gran verdad algunas colecciones de láminas de suertes de tauromaquia y suyos fueron los retratos de toreros que ilustraron la primera edición de esta obra. Murió en Madrid en 1895.

Fué, en sus últimos tiempos, ardiente partidario de Rafael Guerra.

Perea y Rojas, D. Daniel.—Hermano del anterior, sordomudo de nacimiento y excelente dibujante. Nadie como él, ha sabido pintar con tanta



verdad las suertes de toros, en las infinitas colocaciones en que pueden ser manifestadas. Ha hecho tan gran número de dibujos para ilustraciones de obras de lujo, que ni él mismo podría ya contarlos; y todos tan perfectos y tan variados que no se ha dado el caso de repetirse una vez. Durante muchos años ha sido el que ha dado vida al periódico *La Lidia* con sus preciosos cuadros taurinos en acción, y su nombre es tan popular, que raro será el aficionado al arte de Montes que no admire en este distinguido profesor de la Escuela de Sordomudos al entendido y original dibujante, primero de su género en el mundo.

Perea, Juan (Brazo de hierro).—En 1883 se presentó á picar toros en la Habana, con muchas pretensiones, este hijo de la ciudad de Cádiz. No disgustó á la concurrencia, sin que esto sea decir que supiera su obligación. Había empezado en Sevilla el 6 de Agosto de 1876, usando el apodo de *El Oubano*.



Peregrino.—Nombre del toro que inutilizó á Antonio Sánchez (*El Tato*) en la tarde del 7 de Junio de 1869, cuando en la plaza de Madrid se celebraba oficialmente la promulgación de la Constitución democrática. Era el toro cuarto de la corrida, de la ganadería de D. Vicente Martínez, vecino de Colmenar Viejo, con divisa morada, castaño, de piés y bien armado; se presentó abanto, tomó seis varas, tres pares de banderillas, y *El Tato*, después de seis pases naturales, cuatro con la derecha y uno por alto, dió una corta á volapié en dirección de atravesar, una en hueso lo mismo, y un gran volapié, en cuyo acto fué enganchado y volteado por *Peregrino*, que no hizo más caso del espada.

Pereira da Silva, Joaquín Cándido.—Este distinguido aficionado de los más entusiastas por las diversiones taurinas que ha habido en Portugal, nació en Lisboa en 1850 y falleció en 1888.

Fué el fundador y director del periódico *Anuaes Tauromachicos* y fué también desde su fundación uno de los redactores del excelente semanario *O Toureiro*. En este periódico escribió muchos artículos y un curioso *Tratado de tauromaquia portuguesa*, que es un trabajo de mucho valor, y en donde se conoce el gran mérito de su inteligente autor, que muestra en ello gran competencia en el asunto. Sus crónicas taurómicas eran notables por lo que tenían de verdaderas, y además por su gran imparcialidad y justicia.

Fué un gran aficionado al toreo y en sus artículos era riguroso para todo el torero que no se ceñía á las reglas del verdadero arte. Con su muerte perdió la afición portuguesa uno de sus mayores adictos, que concurrió mucho á ilustrar la crítica taurina portuguesa.

Pereira Núñez, Federico Augusto.—Natural de Pernes (Portugal) y excelente farpeador, capinha y banderillero. Fué discípulo del afamado *Vimioso* y desde los catorce años de edad se dedicó á la lidia, dejando de torear en 1865, á consecuencia de una gran cogida que puso en peligro su existencia. Mientras su enfermedad recibió inequívocas muestras de aprecio de todas las clases de la sociedad, altas y bajas, incluso del rey y otros magnates.

Aficionado como este fué, hay pocos. Falleció en Cintra de una angina en Julio de 1894.

Pereira Continho, D. Antonio.—Entusiasta lusitano por las corridas de toros, fué mozo de forcado valiente y banderillero distinguido. Aún vive tan excelente amador.

Pereira Continho, D. Jerónimo (Soidos).—

Gran mozo de forcado desde 1868, es muy valiente, sabe lo que hace y su especialidad es colear las reses con singular destreza. Nació en Alcochete, Portugal, en 17 de Diciembre de 1856, siendo hijo de la Sra. D.^a Maria José da Graça Tellez de Mello de Almeida Malheiro y de D. Antonio Luis Pereira Continho; hace pocos años que este buen mozo de forcado, amador distinguido se retiró del toreo.

Pereira Continho, D. Miguel (Soidos).—Fué

un buen mozo de forcado en las plazas portuguesas, donde trabajó como amador, lo mismo que los siguientes.

Pereira Continho, D. Juan (Soidos).—Aun

fué más notable que el anterior este mozo de forcado, que empezó á trabajar en 1877.

Pereira Continho, D. Pedro (Soidos).—Poco

menos que los anteriores fué de entendido este pegador portugués, que cuanto á valentía, no iba á la zaga.

Pereira, Manuel.—No hemos visto á este caba-

llero rejoneador. Sus paisanos, los portugueses, le tienen en muy poco generalmente.

Pereira Machado, Vizconde de.—Lo que no

hace la práctica continuada, lo consigue el pundonor, y por eso este caballero rejoneador portugués, torea bastante bien desde 1888, en concepto de aficionado.

Perera, Agustín.—Era un espada de segundo

orden, con facultades, que estuvo al lado de Manuel Domínguez algún tiempo. No adelantó gran cosa; y el día 5 de Junio de 1870 tuvo la desgracia de que un toro llamado *Girón*, de la ganadería de D. Fernando Gutiérrez, vecino de Benavente, le causase en la plaza de toros de esta ciudad una grave herida en el pecho, de que falleció á los cinco días. Se estrenó en Sevilla el 30 de Mayo de 1861.

Perestello de Vasconcellos, Antonio.—De

distinguida familia, figura arrogante, joven y valiente, es tenido en Portugal por un banderillero de primera nota. Clava los palos perfectamente y maneja el capote y la muleta con tan rara habilidad, y sin hacer monadas ni desplantes, que si-

guiendo así, hay esperanza de que sea un buen matador de toros, á no ser que, por seguir una carrera científica, ya empezada, abandone el arte, en que tantos triunfos consiga. Dice que tiene propósito



de no torear más, pero sus amigos, amadores como él, quieren verle aún, que es joven y puede.

Nació en Lisboa en 10 de Noviembre de 1872 y es hijo de D. Francisco y D.^a Leopoldina.

Pérez, Esteban (*El Cerrajero*).—Según carteles del siglo pasado, y en particular el de la 16.^a corrida de aono que se verificó en 10 de Noviembre de 1777, fué natural del Puerto de Santa María, y picaba á pie, á un toro de puntas, con vara de detener, «al modo que lo ejecutaba el difunto Cándido» y después banderilleaba sólo, «capeándole á la navarra como lo acostumbraba Pedro Romero» y también le estoqueaba «según lo hizo con satisfacción de los concurrentes, en la fiesta anterior». Es posible que todo ese trabajo fuese retribuido, á lo más, con diez ducados; y también es posible, que el pobre hombre concluyese sus días ignorado, porque de él hay pocos documentos que hablen.

Pérez de Guzmán, D. Rafael.—La noble raza de los Guzmanes, la de los valientes caballeros por cuyas venas corre la sangre de aquél su antepasado que mereció el sobrenombre de *el Bueno*, por la heroica y sobrenatural acción que espantó al mundo, no podía menos de tener en nuestro libro un privilegiado sitio.

Hubo una época gloriosa para el toro, en que los grandes magnates y esforzados caballeros, entre los que se cuenta más de un Guzmán, tomaban parte activa en las lidias de toros alanceándolos y rejoneándolos. Entonces los mismos señores acudían, por obligación que se impusieron en sus leyes de la lidia, á matar toros bravos á pie con espada, y alguno hubo que con un golpe de mandoble, cortó el cuello á un toro cercen á cercen, como lo hizo en Nápoles el formidable guerrero español Diego García de Paredes.

Más tarde, pero todavía en fecha relativamente remota, se adiestraban en ejercicios de la jineta, y con especialidad en burlar la fiera de los toros, castigándolos con rejones y garrochas, los nobles é hidalgos de las villas y ciudades á quienes su desahogada posición permitía sufragar los gastos que tal divertimento les ocasionaba, y su afición impelia á domar y vencer fieras con su inteligencia y brazo. Los Guzmanes sonaron mucho por esta época (siglos XVI y XVII) como diestros y esforzados campeones.

Entre los más nobles hidalgos que en plaza cerrada se presentaron á lucir ante las damas su rara habilidad, hubo uno cuya portentosa mano izquierda salvaba siempre á los caballos del peligro, al paso que con la derecha acertaba de tal modo á elavar en el morrillo de la enastada fiera el agudo hierro, que pocas veces, casi ninguna, erraba el golpe. Su fama, como no podía menos de suceder, se extendió por todas partes, y en España llegó á conocerse á este arrojado caballero con un sobrenombre que hizo olvidar el que de sus padres recibiera. Le llamaron *El Toreador*. Disputáronse las damas de alto timbre los favores de tan gentil y bravo caballero, y andando el tiempo, contrajo matrimonio con una elevadísima señora de la más preciada nobleza de España, que llevaba por línea recta el envidiable apellido de Pérez de Guzmán.

Más tarde, en el último tercio del siglo anterior, llamó la atención entre los aficionados, por sus especiales conocimientos en tauromaquia y su excesivo ejercicio á caballo en el campo en faena con las reses, D. Enrique Pérez de Guzmán, que trasmitió á sus hijos D. Rafael y D. Domingo sus dotes especiales para cultivar la afición al ejercicio que hizo sus delicias.

D. Rafael Pérez de Guzmán traía, pues, de abuelo valor probado y afición decidida. Nació en Córdoba el día 1.^o de Abril de 1802. Desde que su edad y sus fuerzas lo permitieron, fué su ocupación favorita *acosar y derribar* reses en campo abierto, y alguna vez capearlas y sortearlas á pié, ya con su hermano, ya con amigos y paisanos que admiraban su serenidad é inteligencia. Sirvió don Rafael en el ejército español en clase de oficial del regimiento de caballería del Príncipe, y por el año

de 1830 hallábase de guarnición en Sevilla, la gran ciudad del toreo, de los amores y de las diversiones. Hombre joven, de educación exquisita, buen mozo, y por su cuna y posición perfectamente relacionado, bien pronto se dió á conocer en los principales círculos de la ciudad, entre cuyos concurrentes alcanzó muchas y merecidas simpatías.

Precisamente en aquella época era cuando el arte taurómico empezaba á tomar nuevo desarrollo, gracias á la fundación de la Escuela que en la misma ciudad debían dirigir Romero y Cándido, y un alma ardiente y apasionada como la suya por el toreo, había de excitarse más oyendo explicar á aquellos maestros las principales suertes del difícil arte que con tanta gloria ejercieron en su tiempo. Hubo además otros hechos que la casualidad, el espíritu de la época ó singulares coincidencias hicieron á Guzmán impregnarse, digámoslo así, en las corrientes taurinas del amor al arte, del entusiasmo por el mismo. Su sobrino, el señor D. José Pérez de Guzmán, lo explica con suma claridad y precisión al hablar de D. Fernando Espinosa, conocido en Sevilla por Conde del Aguila.

«Este rumboso caballero—dice—cuyas pingües rentas bastaban apenas para satisfacer sus caprichos y los enormes gastos que la tauromaquia le acarreaba, reunía, bajo el imperio de su voluntad y de su genio festivo y su carácter propiamente andaluz, todos los elementos de la afición taurina. Su casa era el centro de las conversaciones; sus amenas propiedades, testigos fieles de los hechos y diversiones de sus amigos; sus bravos toros, el elemento que servía de ensayo á los noveles diestros; su oro, el que protegía á la gente del arte; y su influencia, en fin, la que inclinaba la balanza del público hacia este ó el otro torero que ante él se presentaba.»

Esto afirma el escritor cordobés, y en ello nada

exagera. No es preciso esforzarse mucho para hacer comprender que D. Rafael Pérez de Guzmán, dadas sus condiciones y prendas de carácter expresadas, había de ser amigo íntimo del Conde del Aguila, con él había de *acosar* reses, y con él había de lidiarias de todos modos en cuantas ocasiones se le presentaban, que no eran pocas.

Vino, pues, la afición á la lidia á constituir en D. Rafael un vicio, que por lo mismo que de él no pensaba apartarse, se le arraigaba fuertemente. Viéronle torear los Ruiz, León, Pastor, Pichoco, Lemos y otros lidiadores de nombre acreditado, y todos unánimes aplaudieron y celebraron sus especiales dotes para ejercer el arte, viniendo á suceder lo de siempre: las bromas y los pasatiempos iban á ser formales realidades.

Don Rafael Pérez de Guzmán se retiró del ejército; y una vez paisano, con el cual nada tenía que ver la severa ordenanza militar, trocó el sable por la espada, buscando en la nueva profesión de torero lauros y renombre que no había obtenido como militar. Tal vez si hubiese continuado en el servicio del ejército pocos años más, hubiera ganado altos puestos con sus proezas, ya que era valiente, en la primera guerra civil del presente siglo; pero habría sido matando hombres, no fieras.

Decidido ya á ejercer su nueva profesión, Pérez

de Guzmán no podía empezar por donde otros. Su aprendizaje le tenía hecho, y los maestros habían aprobado sus estudios taurómicos; pero como todavía en aquella época no era posible desprenderse de ciertas preocupaciones sociales, la presentación en la arena tenía que hacerla revistiendo cierto carácter de solemnidad aristocrática, de que más adelante prescindió. En primer lugar, escogió para su estreno uno de los días en que la Asociación del Buen Pastor había obtenido del rey licencia para dar una corrida á beneficio de los pobres presos de las cárceles de Sevilla, y en la



que por consiguiente iba á trabajar de balde. Quisieron además honrarle, acompañándole en la lidia, los Sres. D. José María Durán, del Puerto de Santa María; D. Pablo de la Cruz, de Sanlúcar de Barrameda; D. Miguel Martínez, del Puerto de Santa María; D. Antonio Lemos, de Alcalá de Guadaira, y D. José de Osuna, de Tocina, que fueron los picadores para toda la corrida. Y por fin, los notables matadores Antonio y Luis Ruiz (*Los Sombrereros*), quisieron ayudarle, para en un caso desgraciado seguir la función ellos.

Fijáronse los carteles en Sevilla, anunciando la función para el lunes 23 de Agosto de 1830, bajo la presidencia del famoso Asistente de Sevilla don José Manuel de Arjona, y con ocho toros, cuatro de D. Pedro de Vera y Delgado, y cuatro de don José María Durán, distinguido ganadero que, como hemos dicho, iba á desempeñar las funciones de primer picador. No había para matar ocho toros más que un solo espada: D. Rafael Pérez de Guzmán. Lo que por él pasaría al presentarse en el redondel, acompañado de tan brillante cortejo, frenéticamente aplaudido por todo el pueblo sevillano, y midiendo en su imaginación la trascendencia del compromiso y obligación que se había impuesto, figúreselo el lector reflexionando un poco sobre trance tan apurado.

Porque no era precisamente el temor de ser herido el que afectaba al novel espada, que esto le importaba poco, puesto que en sus venas había sangre de valientes, sino la eventualidad de poderse deslucir en la lidia, matando sus ilusiones para lo futuro. Si esto sucede á todos los que se presentan á ser juzgados por el público en cualquier arte, con mayor razón le ha de suceder al torero, que, además, ha de tener gran presencia de ánimo para no dejarse impresionar de tal modo que ponga en mayor peligro su existencia. Y si el torero es de las circunstancias y antecedentes de Pérez de Guzmán, y para salir del compromiso ha de matar solo, sin alternar con nadie, ocho toros, la dificultad de vencerse sube de punto hasta rayar en lo inverosímil.

Don Rafael Pérez de Guzmán, sin embargo, quedó como quien era. Mató los ocho toros, cinco *recibiéndolos*, tres á *volapié*. Once estocadas; ninguna baja.

No pudo ser mejor el éxito de su ensayo. Sentó plaza de matador de nombre desde el primer momento, subiendo de un salto á la cúspide del arte sin pisar los escalones que á ella conducen. Desde entonces alternó ya con los espadas de su tiempo, y al año siguiente, 1831, en una corrida que se celebró en Madrid el día de San Antonio, mató dos toros, *recibiendo* tres veces al primero, y de una sola estocada de dicho modo al segundo, ó sea al cuarto de la corrida.

En la mayor parte de las plazas de España trabajó con aceptación; y de tal manera entusiasmó en una corrida celebrada en Aranjuez, que la reina Cristina le regaló un magnífico traje azul bordado de oro, y muchos aficionados le obsequiaron delicadamente.

Pero ¡ay! que la vida del hombre está á merced de cualquier bandido, cuando un país se encuentra aniquilado por una guerra civil. El bravo, el pundonoroso, el caballero Guzmán, cuya vida respetaron más de trescientos toros, murió en los llanos de la Mancha, inmediatos al pueblo de la Guardia, partido de Lillo en la provincia de Toledo, á manos de una partida de feragidos carlistas, el día 22 de Abril de 1838. Venía desde Sevilla á Madrid ajustado para trabajar con Montes y Miranda el siguiente día 23, en que habían de lidiarse toros de Veragua. D. Rafael Pérez de Guzmán no era de gran estatura, pero alcanzaba bien á dominar los toros. Parado y extremadamente fino en sus actitudes, no tenía la activa movilidad de otros, lo cual en nuestro concepto le favorecía para ejecutar las suertes que le eran más familiares, como en el capeo las *verónicas*, en los *pases* los naturales, y en las estocadas las de *recibir*. Era porfiado y hasta temerario en la lidia, pareciéndose en esto mucho á Juan León, que enorgullecido cuando Guzmán recibía aplausos, decía que eran suyos porque él le había dado lecciones. Como particular, fué siempre amigo fiel, generoso y hasta espléndido con los necesitados, afable y fino con todos, obsequioso hasta el exceso con el sexo femenino, y de carácter vivo y enérgica resolución. Cuanto tenía de formal en sus tratos y de serio en el redondel, era de alegre, jaranero y bromista en franquachelas y convites, permitiéndole su esmerada educación alternar decentemente con gentes de elevada alcurnia, lo mismo que con las de más ínfima clase, sin lastimar en nada la suspicacia de ninguno. Treinta y seis años tenía cuando lo asesinaron, y ocho llevaba ejerciendo la profesión de torero. Ninguna herida importante le causaron las fieras. En cambio los hombres...

Pérez Alonso, Laureano.—Tomó la alternativa de picador en una de las corridas celebradas en Madrid el año de 1814. No llegó á conquistarse un nombre de primera clase, pero cumplió sin desdoro. Fué natural de Medina Sidonia.

Pérez, Andrés.—Poco más ó menos, hacia el año de 1820 se conoció en Sevilla y en Madrid á este picador, que trabajó en unión del afamado Juan Pinto. Fué natural de Jerez de la Frontera.

Pérez, Andrés.—Habanero que mataba toros en aquel país hará diez años escasamente, no sabemos si bien ó mal. Alternó allí con algún espada de la Península, pero de aquella parte del mundo no ha salido su nombradía.

Pérez Laborda, Juan.—Picador que lleva de práctica más de catorce años, y no ha logrado hacerse con un nombre de resonancia en el arte.

Miguel

Pérez Urría, D. ~~Enrique~~.—Modestísimo escritor, de mayor talento de lo que él cree, que ha publicado graciosas poesías contra los chulos y flamencos que desvirtúan el arte de torear. Sus famosas *Maleterías* en que ridiculiza á los que, sin ser toreros pretenden serlo, se leerán siempre con gusto por todos los amantes de lo que es bueno.

Pérez, Manuel (*El Sastre*).—El día 17 de Septiembre de 1880, tomó en Madrid la alternativa de picador de toros este muchacho, que nació en Torrejón de Velasco, provincia de Madrid, el día 17 de



Junio de 1858. Sus padres, Juan y Eladía López, le dedicaron al oficio de sastre, en que fué bastan-

te aventajado, pero sus aficiones le llevaron al arte de torear, por el cual abandonó aquél.

Empezó en novilladas en la plaza de los Campos Elíseos el año 1876, y en el mismo año ingresó en la cuadrilla de niños que dirigía Vicente Ortega, y á los dos años toreó en Montevideo en compañía de Carrión y *Mateito*. Cuando regresó á España, trabajó en las cuadrillas de *Lagartijo*, *Cara-ancha* y Angel Pastor, con gran voluntad, y luego en la Habana con *Lagartija* y Mazzantini, que le llevó á México en el año de 1888, en cuyo año, toreando con *Frasquito*, tuvo una cogida en Madrid que le lastimó gravemente la muñeca del brazo izquierdo, además del pie derecho.

Ha sido tal su afición y tal su deseo de ser útil á los desvalidos, que ha trabajado gratis en muchas corridas benéficas, llevándole su afición hasta el punto de torear á pie y ejecutar la suerte de matar, en una novillada que se dió en Murcia cuando las célebres inundaciones, y en Madrid en la que se celebró á beneficio de un hijo del antiguo picador Mariano Cortés (*El Naranjero*).

Ha rejoneado también con tanta habilidad como picando toros, y en esta suerte se le ha visto siempre entrar por derecho, y castigar bien.

La prensa se ocupó mucho del rasgo de valor y serenidad que demostró para sujetar los caballos de un coche que venían desbocados por la Puerta del Sol á la calle de Carretas, salvando á las personas que ocupaban el carruaje, y sufriendo una gran contusión.

Pérez Adsuar, D. José.—Buen aficionado, y es critor taurino, que ha colaborado y sido corresponsal de muchos periódicos que se han publicado en España y América. No se apasiona por diestros de-



terminados, aplaude lo bueno y censura lo malo, sin exagerar, dominando en sus escritos la nota festiva que ha cultivado con buen éxito. Nació en Madrid el 14 de Noviembre de 1864, siendo hijo de D. Manuel y de doña María; empezó sus estu-

dios al lado de su hermano mayor, para ser ingeniero, pero la muerte de éste y la de su padre, trastornaron sus planes, y tuvo precisión de aplicarse al oficio de grabador litógrafo, en que hizo notables adelantos, obteniendo luego un destino poco importante, que le permite dedicarse de lleno á sus aficiones periodísticas. Hoy es redactor del *Toreo Cómico* y del *Programa oficial*; de afable trato, y demasiado humilde para oír apreciaciones ajenas, que contradice con modestia y fina delicadeza.

Pérez, Manuel.—Picador que formó parte de la cuadrilla de Manuel Domínguez y fué hijo de Rafael y de María Pérez. Nació en Sevilla el 17 de Septiembre de 1828 siendo bautizado en la parroquia de San Julián. Al concluir la instrucción primaria, entró en clase de aprendiz en la fábrica de sombreros de que fué dueño D. Juan Miura, y esto le proporcionó estrecha amistad con D. Antonio Miura, que siendo joven compró tres beceros que Pérez, sin más estudios que su inteligencia y afición, educó para cabestros. Abandonando el oficio de sombrerero, púsose Pérez al frente de un cortijo que su padre tomó en arrendamiento, y llevado de su afición, sin olvidar las labores del campo, salió á picar en varias novilladas con José Lami (*El Francés*), hasta que en 1848 le dió la alternativa de picador en la plaza de Almería, Francisco Hornigo, con la cuadrilla de Manuel Trigo, pasando después á las de Juan Lucas Blanco, Jose Carmona, José Rodríguez (*Pepete*), Antonio Sánchez (*El Tato*) y *Curo Cúchares*; luego ya, en 1856 se presentó en Madrid con Domínguez según dejamos indicado, y se retiró del toreo cuando éste lo verificó haciéndose dueño de una de las mejores ganaderías de Sevilla. Ha sido un picador serio, de buena presencia, notable caballista y muy conocedor del arte.

Pérez, José (Julio).—Matador de toros en novilladas de provincias; es uno de los infinitos que al arte se dedican, pensando llegar de reclutas á generales.

Pérez, Nicolás (El Maleno).—Banderillero atrevido, de regulares condiciones, que puede hacer algo si se aplica más de lo que hasta ahora; pues que se ha limitado á demostrar buena voluntad. Nació en Madrid el 6 de Octubre de 1866, y ha hecho su aprendizaje en Salamanca.

Pérez, Joaquín (Pechuga).—Pero hombre ¿no es preciso para ser matador de toros más que valentía y ligereza? ¿Y el valor sereno? ¿Y la calma?

¿Y el conocimiento de lo que se trae entre manos? Figura en carteles de novilladas para los toros de muerte, y por lo que hemos visto en Madrid, necesita mucho tiempo y más sangre fría para no sufrir un desengaño.

No sabemos si éste mismo ha usado el apodo del *Torerito*, ó si hay otro matador en novilladas de iguales nombre y apellido que aún no conocemos, pero del que se nos han dado noticias parecidas al juicio que dejamos expuesto. Con este último apodo y de aquel nombre y apellido hay un banderillero bastante aceptable.

Pérez, Juan.—Un picador como otros tantos, de moderna entrada en el arte, y por consiguiente de escasos méritos hasta ahora. Podía darse por contento con llegar á lo que fué

Pérez, Juan.—Picador de general aceptación en 1830 y siguientes, que tuvo fama de bravo y atrevido.

Pérez, Alonso.—Tampoco éste picador de la época primera de Montes, dejó malnombre en el toreo.

Pérez y Sánchez, D. Primitivo.—Había, no hace mucho tiempo, en la ciudad de Alicante una sociedad de aficionados al arte de Montes, que no se contentaba con un amor platónico, sino que organizaba y daba corridas de toros de tal importancia, con tal lujo y con tal precisión de detalles taurinos, que sobre ser costosos, colocaban á aquella ciudad al nivel de la mejor de España en sus funciones anuales. Para que esto suceda es preciso que todos los socios sean amantes del toreo, puesto que su pensamiento no es ganar dinero, que es dar á su pueblo lo mejor del arte, cueste lo que cueste, y que el Presidente, el que imprima carácter á la sociedad, sea enérgico, activo, entendido y al mismo tiempo conciliador. El Sr. Pérez por reunir esas dotes presidió al «Especta-Club» que así se llamaba la sociedad, por las simpatías con que allí cuenta, su desprendimiento y buena posición social. Es natural de Monóvar, y de cuarenta y cuatro años de edad.

Pérez, Alonso (El Mínimo).—En la época de los buenos picadores, es decir, en el primer tercio de este siglo, era Pérez uno de los más acreditados por su excelente escuela.

Pérez, Miguel.—Picador de vara larga, contemporáneo de Parra, Cañete, Amisas y demás nota-

bilidades del último tercio del pasado siglo. En una corrida celebrada en Madrid, en 1793, cayó al descubierto, le salvó Pedro Romero de la primera embestida de la fiera, se revolvió ésta, y rápidamente cogió Pérez un capote, dió tres verónicas y dos navarras, que no solo pararon al toro, sino que le hicieron hocicar.

Pérez, Pedro.—¡Qué lástima de muchacho! dicen los que le conocieron. Era posterior á Muñiz, contemporáneo del *Regatero*, fino como aquél, firme como éste, y de mejores facultades que ambos. Murió cuando empezaba á llamar la atención, á la edad de veintisiete años y de muerte natural, siendo soltero y viviendo en la calle del Mesón de Paredes, número 40, cuarto segundo. En Chinchón, cabeza de partido de la provincia de Madrid, nació en el año de 1824, y fué sepultado el 9 de Agosto de 1851 en la del número 26, galería primera izquierda del cementerio de San Ginés y San Luis de esta corte.

Pérez, José.—Rejonea toros á caballo, no sabemos cómo, aunque dicen que es muy valiente. Es tan poco conocido, que es muy difícil adquirir noticias de él.

Pérez, José.—*Parece* que hay un banderillero de este nombre que no *parece* en ninguna plaza de importancia. ¿Será el que han dado en apellidar *Califa*? En este caso es un muchacho que cubre su puesto regularmente, clava banderillas con desahogo y procura no estorbar con el capote. A pesar de todo y atendiendo al mucho tiempo que lleva toreando, no pasará del límite á que ha llegado. No hay que confundir á éste *Califa* con otro que lleva igual mote.

Pérez, Enrique (*Perdigón*).—Empieza ahora, corre como su mote indica, quiere, y clava banderillas. Trae los resabios de todos los chicos que empiezan en cuadrillas de niños, que son los de no estar quietos, torear casi siempre fuera de cacho y hacer muchos desplantes y atrevimientos. Puede ser algo con el tiempo.

Pérez, Cristino.—Si no recordamos mal, éste fué un banderillero de grandes esperanzas, que murió en Madrid de una enfermedad que se apoderó de él siendo muy joven. Empezaba á aprender cuando Matías Muñiz, poco más ó menos.

Pérez de Guzmán, D. José.—Escritor cordobés, muy acreditado como inteligente aficionado y autor de varios artículos de excelente criterio taurínico. De la noble familia del malogrado espada D. Rafael Pérez de Guzmán, poseía algunos raros documentos taurinos; era apasionadísimo partidario de *Lagartijo* y de cuantos toreros cordobeses ha habido, y creemos ha fallecido hace pocos años.

Pérez Olmo, D. Francisco.—Demuestra afición al toreo éste distinguido pintor valenciano, que con sus cuadros de género llama la atención de los inteligentes. Es precioso el que tituló «Un rato de vida es vida y después á torear». Ha sido premiado en algunas Exposiciones, y honra á la escuela de Bellas Artes de Valencia, de la que es discípulo.

Pérez, Antonio (*Ostión*).—Banderillero de facultades, bravo y duro. Antes de saber todo lo que se necesita para ser un buen torero, quiso matar toros, pero se conoció á tiempo y renunció á ese puesto por no querer figurar en mal lugar. Nació en Laguardia, provincia de Alava, el 27 de Diciembre de 1847, siendo sus padres Eusebio Pérez



y Mercedes Peciña, labradores, que después de dar á su hijo la primera enseñanza, le dedicaron, á la edad de catorce años, al oficio de albañil. En 1862, cuando falleció su madre, Antonio, con su padre, se estableció en Bilbao, donde sin abandonar su arte tomó afición al de torear, en términos de que en 1866 salió á rejonear un novillo embolado, que le cogió, volteó y contusionó fuertemen-

te; y después, como banderillero, tomó parte en casi todas las plazas de las provincias Vascongadas, donde pronto se formó partido. Mató un toro por primera vez en Orduña, á petición del público, y fué cogido de nuevo por un costado, sucediéndole lo mismo otra vez en Bermeo y otra en Orozco; pruebas patentes de que no sabía lo bastante para intentarlo. Ya en 1871 trabajó como banderillero en Bilbao cuando en aquellas funciones lidiaron *Lagartijo*, *Currito* y *Frasuelo*; y en el mismo año mató en Santander, luego en Vitoria y otros puntos. En 1873 hace un paréntesis la vida torera de Pérez. La guerra civil estaba ferozmente apoderada de las provincias Vascas, y nuestro hombre, á quien las ideas liberales entusiasmaban muchísimo, ingresó en un cuerpo de movilizados para perseguir á los carlistas, y á él perteneció hasta que concluyó la guerra. En 2 de Mayo de 1876, para celebrar en Bilbao el aniversario del sitio que le pusieron los rebeldes, trabajó allí como sobresaliente de espada, y así ha continuado en varias plazas de España, y especialmente en la de Madrid, dos años consecutivos, agradando á todos sus buenos deseos. Como al principio va dicho, abandonó el estoque y tomó las banderillas, teniendo la suerte de ingresar en la cuadrilla de Salvador Sánchez (*Frasuelo*), en la que ya se dió á conocer como banderillero de punta, de excepcionales condiciones, bravo y duro. Al retirarse dicho espada, pasó Pérez á la cuadrilla de *Lagartijo* y en ella ha continuado hasta que este lidiador abandonó la arena. Enfermó luego, y á consecuencia de un ataque de disnea, falleció en Madrid el 14 de Enero de 1894, siendo su muerte muy sentida por todos los verdaderos amantes del toro verdad.

Pérez, Manuel (*El Relojero*).—Era un matador de toros de bastante aceptación en plazas de segundo orden, que en la de Zaragoza en 1862, á fines de Octubre, el mismo día que Gil (*El Huertero*) fué cogido de muerte, tuvo que retirarse herido. Desempeñó después un modesto empleo público y creemos ha fallecido en 1884.

Pérez, José (*Potrillo*).—Buen puntillero que con los mejores espadas ha trabajado durante algunos años. Ha puesto sus pares de rehiletes cuando ha llegado la ocasión, y á metido su capa á tiempo, sin lucirse ni desmerecer. Parece que ya se ha retirado del arte.

Pérez, Severino (*Tito*).—Banderillero de regulares aptitudes, á quien aplauden mucho en las plazas de Francia, donde trabaja con cuadrillas españolas.

Pérez Rubio, D. Antonio.—Aunque no fuese más que por haber pintado juntos á Goya y *Pepe Uño* en un precioso cuadro de costumbres, merecería figurar en nuestro *Diccionario*. Ha obtenido premios diferentes veces; es discípulo de los Riberras, y natural de Navalcarnero, á cinco leguas de Madrid.

Pérez, Rafael (*Templao*).—Es un banderillero bastante conocido en las plazas del Mediodía de Francia donde se torea al estilo español.

Pérez, Manuel (*Zalea*).—Fué un banderillero de Trigo y de Domínguez. Quiso ser matador, y cuando le hemos visto alguna vez, nos ha asustado. Es de creer que si no ha muerto, para el toreo ya no exista.

Pérez, José (*Bigornia*).—¡Pobre muchacho tan formalito, callado y valiente! Con el espada novillero Carvajal (*El pollo de Málaga*), se dió á conocer como picador, en varias plazas, y en la antedicha le ajustó la empresa como sobresaliente para todas las corridas, pudiendo, por lo tanto, al lado de los primeros picadores de fama, aprender lo que no supiese.

No tenía pretensiones, á todo se acomodaba y este modo de ser le granjeó muchas simpatías. Si su desgracia no hubiese sido tan coreana á la época en que principió, tal vez habría llegado á ser un gran picador de toros, porque valiente era, iba á todos los terrenos y se colocaba bien. En la mañana del día 4 de Agosto de 1878, y en ocasión de que los pegadores portugueses que habían de trabajar por la tarde hacían la faena de enfundar las astas de toros, quedó inadvertidamente abierto un portillo del paso que daba entrada á la jaula improvisada á dicho fin; *Bigornia* había bajado al corralillo y estaba vuelto de espaldas á la puerta cuando salió á todo correr un cabestro llamado *Boticario* que, bravo como era y molestado por los pinchazos que en los jaulones le dieron, embistió á aquel infeliz arrojándole al suelo, cerca de la puerta de salida al corral mayor, donde cayó sin hacer más ademán que el de cubrirse la cara con ambas manos. *El Pollo* salió de un burladero llamando á la res, que le acudió, y en cuanto se refugió en el sitio de que había salido, volvió sobre su víctima, á la que sin parar de darla derrotes, la cogió un puntazo detrás de una oreja, volteándola á su sabor, hasta que se fué al corral. Acudieron entonces al muchacho y por la escalerilla de un burladero le subieron, conduciéndole en seguida al hospital, donde falleció antes de las cuarenta y ocho horas, sin tener más que aquel puntazo y otro

en un muslo, pero estaba magullado y reventado por los golpes sufridos.

Mucho sintieron los aficionados malagueños la muerte de este desgraciado.

Pérez, Severino (*Títet*).—El día 12 de Julio de 1896, toreaba este casi desconocido lidiador en la ciudad de Perpignan (Francia), ejerciendo con otro las funciones de jefe de cuadrilla.

Tuvo la mala suerte de ser cogido, empitonándole el toro por el vientre, y lanzándole luego a gran altura, cayendo y quedando como muerto. Después de reconocido en la enfermería, donde se le apreció una gran herida en el vientre con perforación del intestino, fué conducido al hospital, donde falleció a las dos de la madrugada del siguiente día. El entierro de este infortunado torero dió lugar a una imponente manifestación de duelo, y a que se pronunciasen vehementes discursos ante su tumba, abogando por las corridas de toros de muerte a la española, toda vez que por no llevarse a efecto en la vecina república, los toros que se lidian son corridos cuatro ó seis ó más veces, lo cual les hace imposibles de ser lidiados sin grave exposición, ocasionando casi siempre cogidas, ya que no desastres de la importancia del que nos ocupa.

Pérez, Francisco (*Crispin*).—Allá en su tierra, que es Sevilla, puede que le conozcan y tengan noticia de si mata ó no toros de desecho. ¡Es tan moderno! Y tiene hasta ahora tan poco nombre!

Pérez, José (*El Cuñat*).—Una vez le hemos visto matar un toro en novillada; no queremos verle más. La pluma en el papel sellado le dará más utilidad y menos sustos que el estoque y la muleta.

Pérez, Francisco (*El Naverito*).—Mata y torea novillos con decisión y sin arte. Si no sale de ese estado, como todo parece indicarlo, se obscurecerá pronto. No está la suerte para quien la busca; sobre todo si a ella no se va por buen camino.

Pérez, Eustaquio (*Lunitas*).—Puntillero principiante de buen tino y de buen puño. Debe aprender cómo ha de darse el cachete cuando las reses se tapan por efecto del derrame interior producido por los golleteos.

Pérez, Victoriano (*Conchillo*).—Dicen que en algunas novilladas, y en pueblos andaluces de poca

importancia, ha matado toros con regular fortuna. Hasta verle no hay que juzgarle.

Pérez y Vinet, D. Silvestre.—Revistero acreditado, y escritor distinguido; fué un aficionado notable, cuyos artículos taurinos leían con avidez antes de 1857 todos los vecinos de San Roque, Algeciras, donde residió, y los de la mayor parte de España. Había nacido en Gaucín, provincia de Málaga, el año de 1820, y fué hijo del escribano D. Diego Antonio Pérez de Palacio y de doña Josefa Vinet y García; estudió teología y filosofía en el Colegio del Sacro Monte, de Granada, dedicándose después a la música. Colaboró en diferentes periódicos con artículos científicos, y murió en Lepe, pueblo de la provincia de Huelva, siendo secretario de aquel Juzgado municipal, en 27 de Julio de 1880.

Pérez, José (*Califa*).—Detente, novel banderillero, que por el camino que vas no llegarás en mucho tiempo a ser algo. Reposa un poco y aprende, que bien puedes, porque ni valor te falta ni años te sobran. Por haber oído en parte nuestros consejos se ha hecho un regular torero que, si no de las condiciones que quisiéramos, al menos de las suficientes para matar toros sin que le cojan. Entre los del grupo en que le colocamos hay muchos que saben más, pero que matan menos.

Perfilarse.—Colocarse de perfil el torero para ejecutar alguna suerte que así lo requiera, como la de recibir ó aguantar. Perfilarse no es precisamente tener de lado todo el cuerpo, sino formar línea recta con la cabeza del toro, de manera que el costado esté en rectitud del asta del animal. (Véase ENFILARSE).

Perillán y Buxó, D. Eloy.—Nos dió a conocer hace quince años en el semanario taurino *Los Menques*, que se publicaba en Madrid, unas preciosas descripciones de las corridas de toros que se celebraban en las plazas del Perú. Fué un buen escritor que dió al teatro algunas buenas producciones, y colaboró en varios periódicos, fundando alguno cuyo título no recordamos.

Perinolo.—Toro de Veragua, negro, grande y de abundante cuerna, lidiado en Bilbao en primer lugar, en la corrida del 24 de Agosto de 1896. Hirió a los diestros Mazzantini y *El Chato*, ocasionando al primero una herida contusa de más de ocho centímetros de profundidad por dos y medio de

extensión en la parte superior y externa del muslo izquierdo y al segundo un puntazo en la región glútea izquierda. La lesión de Mazzantini le impidió torrear cerca de mes y medio, y fué debida á que hallándose el diestro cerca de las tablas, á la izquierda del toril, fué sorprendido y al verse al bicho encima, saltó con presteza al callejón, y cuando ya trasponía la valla y tenía todo el cuerpo casi dentro, fué alcanzado por el derrote del toro con el pitón izquierdo. La de Rafael Alonso (*El Chato*) al caer de una vara al descubierto.

Fuó un buen toro, voluntario y de gran poder y le mató *Guerrita* de dos pinchazas, una estoqueada corta y otra buena.

Perros.—Antiguamente, y cuando los toros no entraban á varas manifestándose completamente huidos, se les echaban perros de presa preparados

por medio de estoque en las costillas, sustituyéndolo con la puntilla, y en caso de no poder ser así, con la espada, pero de frente, por un puntillero que supiese dar golletazos limpios.

Perrano.—Toro castaño chorreado en berdugo (no con v, sino con b, que es como quieren algunos inteligentes que se escriba, por ser derivativo de berdugón que es lista oscura, como si fuese producida por golpe en el cuerpo,) celoso y carnicero, lidiado en Málaga el 15 de Junio de 1851 recibió veinticinco varas, mató siete caballos y perteneció á la famosa ganadería de Lesaca.

Peyes, Salomé.—Picador de toros, en las plazas americanas. Es moderno, no tiene gran renombre, pero dicen que es un gran jinete.



1730. — PERROS AL TORO. — F. NOSERET

do antemano. Casi siempre se soltaban de tres en tres, renovándose los inutilizados, hasta que conseguían sujetar la res, haciendo presa en las orejas y otras partes del cuerpo del animal, y entonces el puntillero, con un estoque y colocado detrás del toro, hería á este traídoramente en las costillas, rematándole con la puntilla. Era suerte repugnante; pero hay que confesar que á cierta clase de toros huidos no hay medio de acercarse, ni ocasión de pararlos un momento. Es más: puede un toro romperse una pata en el redondel, y como, según la buenas prácticas taurinas, bicho que pisa el ruedo no debe salir de él más que arrastrado, y al que decimos es imposible acercarse para darle la puntilla, no hay más medio que sujetarle previamente con perros, lo mismo que al que, por ejemplo, se rompa un asta y no acometa ni embista; que si hace esto, debe morir con estoque. Nosotros suprimiríamos el que se matase al toro, ya sujeto,

Pezuña.—Prolongación córnica que guarnece en el toro las extremidades de sus piés. Son dos en cada uno de estos, porque sus falanges así están divididas, y presentan una base, un cuerpo y una punta, pertenociendo la primera que es convexa, al talón, el segundo que contornea de atrás adelante hasta la punta, y ésta que es más ó menos obtusa. La pezuña que corresponde á los cascos de otros animales, ha de ser, en un toro de buen trapío, pequeña en su asiento y de forma casi piramidal ó cónica, partida en la parte superior. Una vez rota la pezuña, el toro queda inútil para la lidia.

Pial.—En Buenos Aires y en otros puntos de América, y en muy pocos de España, se llama así al hierro que, enrojecido al fuego, sirve para marcar los becerros y demás ganado vacuno, en la operación que llamamos horradero.

Piamonte.—Toro de la ganadería de D. Faustino Udaeta, de Madrid, divisa blanca y morada, be-
riendo en negro, capirote, botinero, delantero de

cuerna, y de gran romana, que en la plaza de Ma-
drid y en la tarde del 29 de Julio de 1894, cogió
al banderillero Cándido Carmona, causándole tan
grave herida, que de ella falleció el
26 de Agosto siguiente. Lidiado en
segundo lugar, fué muerto por el
espada Manuel Nieto, de una me-
dia estocada alta y un descabello á
pulso.

Pica.—Véase GARROCHA.

Picador.—El torero de á caballo
cuya obligación es picar á los toros
con vara de detener. Debe ser fuer-
te, robusto, ligero en los movimien-
tos que dé al caballo, y un jinete
experimentado, y si es posible con-
sumado. Valiente como todo torero
y duro como el que más, apren-
diendo siempre y enterándose de
que su papel en el ruedo es de los
más importantes. Generalmente
han sobresalido siempre los pica-
dores, gente de campo, y los enten-
didos en todas las demás suertes
de torear.

Acerca de estos picadores, y por
no encontrar sitio más á propósito
en esta obra, creemos oportuno
hacer aquí mención del siguiente
episodio:

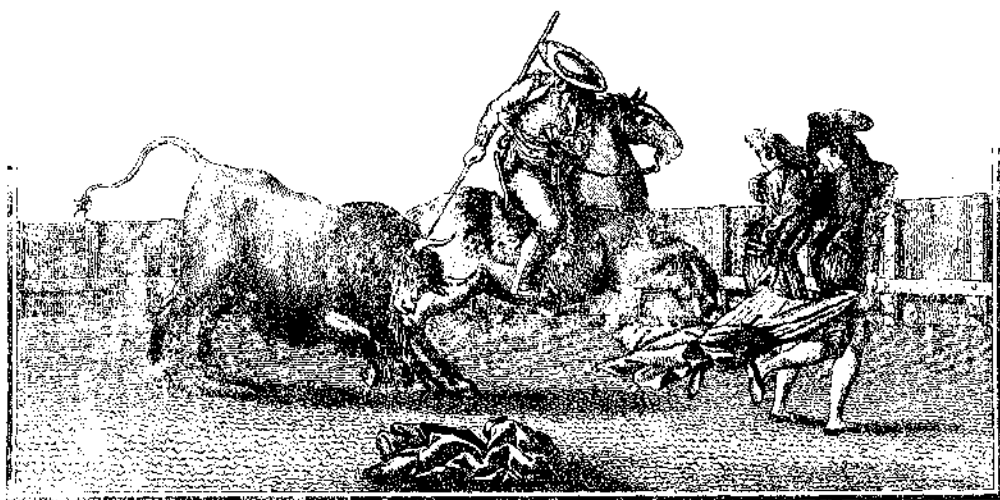
Oímos, cuando niños, decir á
nuestros padres que los *Jiménez*,
Rueda, *Pagana*, *Corchado*, *López* y
no sabemos quienes más, compu-
sieron, á principios de la guerra de
la Independencia, un escuadrón de
picadores que con garrocha en
mano, navaja al cinto y trabuco ó
pistola en los arneses del caballo,
eran el terror de las tropas france-
sas, que tan pronto se los encon-
traban diseminados ó por parejas
sirviendo de espías ó confidentes,
como unidos en pelotón para caer
de golpe sobre las avanzadas ó re-
taguardia del ejército enemigo,
siempre molestándole y haciéndole
bajas importantes. Acerca del ser-
vicio que á los españoles hacían
estos bravos guerrilleros, ya hemos
hecho alguna indicación en la voz
CORCHADO, con datos auténticos;
y siendo jóvenes oímos de labios

LOS PICADORES EN LA BATALLA DE BAILLEN.—G. TEJERO



de un teniente de la Visita de Puercas de Madrid, llamado D. Justo Prieto, que él había formado parte de aquel escuadrón y asistido á la gloriosa acción ó batalla que en 1808 ganó el ejército español en Bailón al general francés Dupont, que quedó prisionero con más de 22.000 hombres, después de sufrir la pérdida de 2.000 muertos y muchísimos heridos. La parte que en tan gloriosa jornada tomó el escuadrón de picadores la ha descrito en sus *Memorias íntimas* el general Fernández de Córdoba en los siguientes términos: «... Otra noche nos contó el noble general Zarco, cómo los picadores y vaqueros andaluces, formados en escuadrón valeroso, vestidos con el pintoresco traje de nuestros hombres de campo, y armados con las formidables garrochas, cargaron á los coraceros enemigos, y sacándoles de sus sillas con forzado brazo, los levantaban en el aire para hacerlos caer y besar la tierra que con sus plantas profanaban. Este era un hecho que no tiene igual

hemos dicho ya el modo y sitio en que deben colocarse los picadores, y por lo tanto, sólo trataremos de la ejecución de la suerte y sus incidencias. En primer lugar, ha de procurar el picador conocer el *estado* en que se encuentre el toro, saber qué condiciones tiene el caballo que monta y colocarse bien. Si el toro viene *levantado* y es boyante, se armará el picador con la garrocha tan luego como observe que el toro se dirige á él, pondrá la puya en el propio cerviguillo, sacando el caballo en el mismo acto por la izquierda, y apretará con el brazo lo más que pueda, de modo que viendo el toro franca su salida á la izquierda del picador, la tome prontamente al sentirse castigado. Si aunque venga en dicho estado, en lugar de ser boyante es pegajoso, no debe dejar que llegue tanto al caballo, sino sesgar más á éste para que vea mejor aquél su salida y cargar más fuertemente la suerte, pero teniendo entendido que en este caso más le ha de salvar su mano izquierda



1790. — SUERTE DE PICAR Á UN TORO PEGAJOSO. — F. NOSERET

ni parecido en la historia de las más valerosas caballerías.»

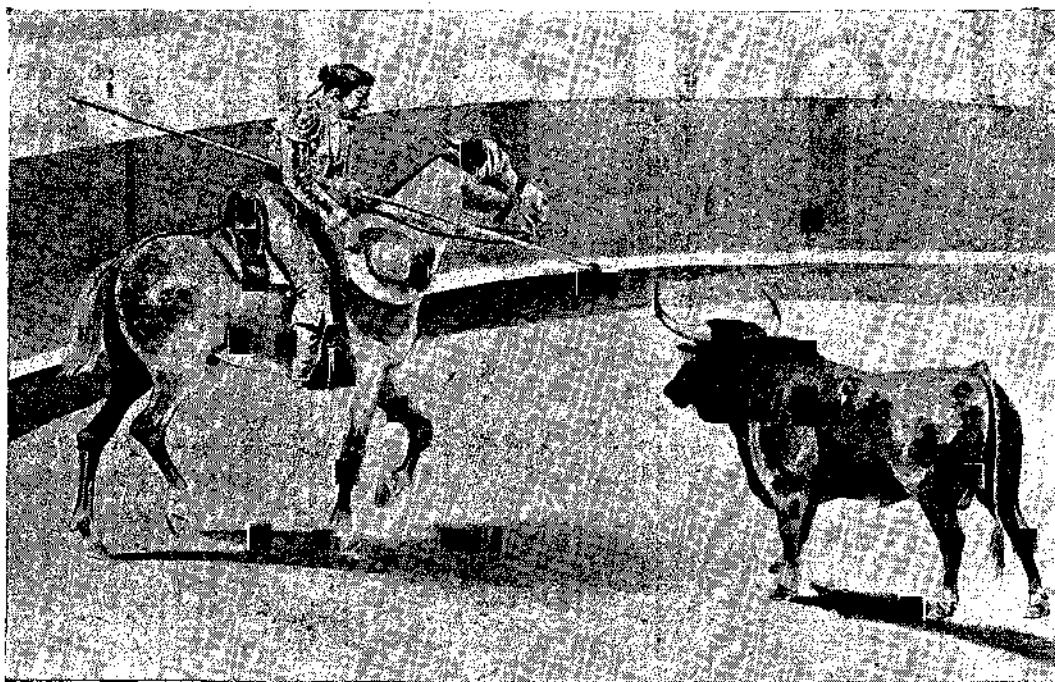
Este episodio de tan gran hazaña lo ha perpetuado con notabilísimo acierto, en un magnífico lienzo, el reputado pintor D. Angel García Tejero. ¡Lástima grande que la circunstancia de no componer los picadores fuerza organizada militarmente, impida conocer al detalle los nombres de aquel puñado de valientes!

Picar.—La suerte de picar toros es de gran mérito, muy principal y de grande influencia en las reses para el resto de la lidia. Su descripción y el modo de ejecutarla exigen un poco de detenimiento y extensión; pero procuraremos ser lo más concisos posible. En el lugar correspondiente (COLOCACIÓN)

que la derecha; es decir, que le servirá de menos el apretar con la garrocha que el sacar sesgado rápidamente el caballo antes que el toro pueda engancharle, al menos de cinchas adelante. Por el contrario, si el toro es abanto, puede casi tener la seguridad de que la suerte ha de ser muy lucida con solo esperarle, viéndole llegar, dejar que se acerque y herirle sin moverse, ó al menos muy poco, y esto hacia atrás. No sucede lo mismo con los toros que recargan, aunque sea su *estado* el referido, porque ha de hacerseles la suerte como á los pegajosos, y si insisten sobre el bulto, debe enderezarse el caballo, meterle espuelas, echar la garrocha atrás como los vaqueros hacen en el campo, y salirse, á no ser que no den tiempo para escapar, en cuyo caso el picador debe también recargar la suerte con la pica, unirse bien al caballo

y herir, ó sea picar lo más perpendicularmente que pueda, echando el cuerpo sobre la vara. Si el toro está *parado*, debe considerársele más codicioso por coger, y de consiguiente es de más cuidado. Entonces ha de picársele en su rectitud, de manera que hallándose el animal dando vista á las tablas, el picador ha de interponerse entre él y aquéllas, si de estas á las ancas del caballo hay un espacio lo menos de seis á ocho metros, cuidando de que los cuerpos de los dos cuadrúpedos formen una misma línea. Entonces, puesto en suerte, llamará á la res, y cuando entre en su terreno, hará la suerte del mismo modo que hemos descrito antes, si el animal conserva piernas, y si

más de un minuto, armado y en suerte, sacará el caballo paso atrás y mudará de sitio. Si acomete, ha de cargar mucho la suerte el picador, pero cuidándose más del uso de la mano izquierda y de meter espuelas al caballo, pues que con toros aplomados, que corren menos y se paran más, puede salirse sin gran peligro, aun por delante de la cabeza de la res, sesgándose lo conveniente y si tiene buen caballo, que de otro modo sería peligroso. Algunas veces hemos visto al célebre *Poquito pan* consentir á los toros de esta clase, y al humillar para el derrote, retirar el caballo un paso atrás, herir al animal con la puya, y salir éste destroncado, porque destronque y grande sufría el



OBLIGANDO AL TORO APLOMADO. — MACÍAS

no las tiene, como se hace con los toros pegajosos. Es el estado en que un buen picador demuestra lo que vale, porque no puede hacerlo ni con un toro en su primer estado de levantado, ni en el último de aplomado, toda vez que antes hace poco por el bulto, y luego se queda haciendo demasiado. Por lo mismo, el picador debe procurarse un caballo dócil y de resistencia. Si el toro está en el tercer estado, ó sea el de *aplomado*, el picador saldrá á buscarle á su frente, no tan rectamente como al parado, puesto que no conservará piernas, bastando que el asta derecha mire en línea recta al estribo derecho del picador. Como es posible que no arranque al llamarle á una distancia común, el picador se acercará despacio uno ó dos pasos para alegrarle; y si á pesar de esto no arranca, permaneciendo así

animal dando en vago su cabezada, encontrándose el bulto más lejos de lo que creía, y castigado además muy delantero. No siempre puede ni debe hacerse esto; pero cuide el que lo intente de estudiarlo bien, que es muy fácil un marronazo, si bien la salida de la res está más de manifiesto para éste. Cuando un toro sale poco ó nada al terreno de afuera, debe picársele con el caballo atravesado y con la vara más larga que de ordinario, si no hay medio de hacerle abandonar las tablas; pero en cuanto se vea que sin abandonar dicha querencia recarga ó se hace pegajoso, el picador no debe picar, puesto que no puede colocarse en suerte, y la autoridad ó quien dirija la plaza ha de mandar se pongan banderillas. Hay un modo de picar que se llama á *caballo levantado*, difícil, airoso, pero muy expuesto, y que ha de hacerse con los toros de po-

der, duros y que recarguen: no se parece en nada á los demás modos, puesto que se practica del siguiente: se tuerce un poco el caballo á la izquierda, se deja llegar al toro al centro de la suerte, se le pone la vara sin empujarle para despedirle, antes bien dejándole llegar hacia el brazuelo del caballo, en cuyo momento se alza á éste de manos, se le echa á la derecha, buscando los cuartos traseros del toro y saliendo con pies protegido por las capas. Como se ve por la explicación, ni todos los picadores, ni con todos los caballos puede ejecutarse; aquéllos necesitan mucha inteligencia para aprovechar la oportunidad, y los últimos deben ser fuertes y de poder en los cuartos traseros. Montes describe también otro modo de picar, que llama suerte del señor Zaonero, y que dice llamarla con propiedad verónica de picar, puesto que, como en la de á pie, se guarda la distancia que marquen las piernas del toro, se le cita en su rectitud, se le deja venir por su terreno, y así que llega á jurisdicción y humilla, se le hace la suerte y toma cada cual su respectivo terreno. Efectivamente, así descrita, tiene gran semejanza con la verónica; ello es que el picador ha de situarse en el terreno de afuera, teniendo al toro en el de adentro y formando una misma línea; llámale aquél, y cuando acude y humilla le pone la vara, y tomando el picador el terreno de dentro, deja libre al toro el de afuera. Rara vez se ejecuta esta suerte, por la que parece mostró Montes cierta afición, ignorando nosotros por qué la llama del señor Zaonero, persona que sentimos ignorar quién sea. A la verdad, la creemos muy posible de ejecutar, y es un gran recurso en toros que cambian los terrenos, y en aquellos que se despegan con trabajo de las tablas; pero como el picador, en caso de ser derribado (y hoy por desgracia lo son siempre), queda al descubierto y le será difícil ganar pronto las barreras, su exposición será doble que en los demás casos; y además, necesitaría el picador estudiar bien la suerte, ser muy acreditado ya para imponerse, digámoslo así, al público, no acostumbrado á verla ejecutar, y que podría en otro caso suponer ignorancia, no siéndolo realmente. No nos cansaremos de encargar mucho á los picadores que, sea cualquiera la suerte que ejecuten, procuren clavar la puya siempre en el cerviguillo del toro, ó llámese morrillo, lo más alto posible, y conseguirán en la mayoría de los casos echar los toros por delante: que no piquen atrás, ó sea en la cruz, como algunos ignorantes quieren, porque ni allí sujetan la cabeza de la res, ni pueden evitar que el derrote, por lo mismo que se han ido muy atrás, sea en el cuerpo del caballo, y de aquí tantas caídas como ocurren: que no se vayan á los bajos, ó sea á los brazuelos, porque estropean los toros, los hacen huidos y dañan el resto de la lidia: que

con los toros que desarman, tengan cuidado de tomarlos más en corto y enseñando poco palo; y finalmente, que se cuiden de la mano izquierda tanto ó más que de la derecha. Deben resistirse siempre á tomar caballos inútiles, y no dedicarse á picar el que no sea buen jinete y tenga fuerza de brazo y afición y voluntad para aprender; que si difícil es torear á pie, lo es más tal vez á caballo. Se nos olvidaba: *Pepe Illo* describe en su *Tauro-maquia* la suerte de picar á pie, y da reglas para ejecutarla, diciendo: que el picador ha de coger la vara con ambas manos, dirigiendo la púa al cerviguillo del toro; pero por si equivoca el golpe (como es factible), debe llevar una capa sobre el brazo izquierdo con la que pueda defenderse en caso necesario; y aconseja, además, que no se haga más que con toros claros ó ya cansados de las lidias. Nosotros, que no hemos visto nunca esta suerte, aconsejamos que no se ejecute ni aun con los toros referidos. Dicen que Juanijon picaba á pie, pero montado en otro hombre, ó sea lo que llamamos acuestas, y esto ya lo comprendemos mejor, si el que le sostenía era un buen diestro con capa ó muleta en mano, que inclinaba al toro á la salida que quería. De otro modo no.

Picón, D. José.—El autor de la preciosa zarzuela *Pan y Toros* bien merece se haga en esta obra mención, siquiera sea ligera, del talento con que supo aprovecharse, para la narración de las principales escenas de su libro, del célebre ajuste para lidiar toros castellanos que hizo el gran Romero, en contra del maestro *Pepe Illo*, por más que los convencionalismos de escena obliguen á los autores á no ser completamente exactos en ciertos detalles, los personajes que con el carácter de históricos en ella se presentan.

Piernas.—Se dice casi siempre de las de los toros. Para significar que resiste mucho, se usa la frase de que un toro tiene muchas pierns; y al contrario, falto de ellas al que no puede resistir tanto tiempo la carrera. También se dice que las conserva, ó las ha perdido, cuando pasado el primer estado de los que en la plaza tiene el toro, y aun el segundo, se le ve ágil en aquel caso y más torpe y pesado en el último.—Revolverse sobre las pierns es cuando, al ejecutarse con el toro alguna suerte, se afirma en las patas traseras, y girando con prontitud sobre ellas, queda en el acto en disposición de volver á dar la acometida.—Quitar las pierns á las reses, cuando á fuerza de recortes, capeándolos en corto terreno y ceñido, ó pasándolos de muleta en redondo y en corto, se les hace quebrantarse sus fuerzas y perder agilidad. Sólo al es-

pada á quien corresponda matar el toro, es el que puede torearle de capa, ó al menos ningún otro debe hacerlo sin su consentimiento, puesto que él es el que ha de formar su juicio acerca de las condiciones de la res, y de la muerte que en su concepto ha de darle. También se les quitan piernas y muchas, cuando con el capote á dos manos lo recorran varias veces, porque esos destronques repetidos rinden á las fieras más potentes. Por algo han estado siempre prohibidos.

Pies.—Se llama toro de muchos pies al que corre velozmente.—Se dice que un torero pára los pies, cuando se coloca en suerte y no los mueve hasta que la ejecuta.—Y salir por pies, al buscar en la huida la salvación de una cogida, inevitable en otro caso.

Picharache, Mariano.—Pocos antiguos aficionados habrá que no hayan oído en el primer tercio de este siglo elogiar hasta un grado superior á este banderillero, que fué en su tiempo una notabilidad.

Piqueros.—Llaman algunos así á los picadores, y en nuestro concepto malamente, porque piqueros se llamaban en lo antiguo á los que á pic y con garrochas cortas pinchaban en tropel á los toros.

Pinar, Emilio (Cucharero).—Valiente... y nada más. Sin saber poner banderillas, sin manejar la capa con aplomo, quiere y se atreve á matar toros. Despacio, y muy despacio, se anda el camino, si quieren evitarse los tropezones, que el chico que afición tiene, como él, y observa y atiende, puede llegar á ser algo si no se precipita.

Pinazo y Galacho, D. Ramón.—Catedrático numerario y auxiliar hoy del Instituto provincial de Málaga; es un aficionado inteligente, de buena cepa. Hace muchos años no escribe nada de toros, pero en sus mocedades fué revistero de los que ven y detallan, y en el *Juanero* y *El Correo de Andalucía*, hizo patente su buen juicio como crítico, adicto á la verdad del arte.

Pineda, D. José.—Caballero natural de Utrera, muy diestro en la equitación, que á fines del pasado siglo, y aun antes, rejoneaba toros con singular habilidad, favoreciendo alguna vez con su presentación en el ruedo de la corte, los intereses del Hospital General de Madrid.

Pineda, Joaquín.—Novillero sevillano, que allá por el año 1847, y posteriormente, pinchaba como podía y sabía, que era bien poco.

Pineda, D. Manuel.—Empezó escribiendo hace algunos años en varias publicaciones sevillanas. Fué más tarde, durante algún tiempo, corresponsal en Sevilla de *El Toreo*, de Madrid, y últimamente uno de los fundadores de *La Muleta*, á la que ha pertenecido hasta que dejó de escribir, por no estimar compatible su calidad de apoderado del matador de toros *Litri*, con la de escritor taurino.



Aunque joven, es seguramente uno de los más entendidos aficionados sevillanos, pues siempre ha puesto singular empeño en conocer con perfección hasta los más pequeños detalles de todo lo que con el arte del toreo se relaciona. Ha usado el pseudónimo de *Magrito* en sus escritos, que son razonados y de bellísima dicción, y en su trato fino y distinguido se aprecia siempre al caballero de educación esmerada.

Pinheiro, José.—Vive aún, pero no trabaja en las lides, este valiente mozo de forcado portugués.

Pino, D. Francisco.—No sabemos si llamar torero á este hombre singular, que entre las gentes de buen humor tuvo en Cádiz, antes de mediar el presente siglo, cierta celebridad, por sus extravagancias taurinas. Fué el «Lazme reir» de sus contemporáneos y los que aun viven le recuerdan en son de burla. Siempre alrededor de los toreros y alternando con ellos, se figuró que él también podría serlo, y empuñó los trastos de matar en varias corridas que le dieron los toros en Ca-

diz, los Puertos, Algeciras, Chidiana y otros puntos, en todos los que fué volteado, escarnecido y ovacionado con tronchos y otros objetos ridículos y contundentes. O era tonto el infeliz Pino, ó en tauromaquia al menos fué un imbécil, de quién se mofaban hasta en los carteles en que se anunciaba su presentación; pero él, dotado del valor y atrevimiento que da siempre la ignorancia, y animado por la fortuna de no haber sido nunca herido iba contento á recibir costaladas y pisotones, á oír las chanzonetas de los maliciosos y burlones que le jaleaban, y á sufrir los poco delicados apóstrofes que le dirigía la gente seria y formal.

Duró su necio calvario unos seis años y se volvió á su casa, á vender sanguijuelas, en 1852 empezando á torcar de ese modo en 1847, aunque desde 1813 en que fué mozo de estoques del famoso *Carro Guillen*, estuvo «haciendo coraje» hasta que cumplió cuarenta y nueve años de edad, puesto que nació en Cádiz en 1798.

El deseo de incluir en este libro cuanto tiene y ha tenido relación con la fiesta nacional, nos ha hecho colocar aquí á un ente tan extravagante como inverosímil.

Pinta. —Es el color de la piel del toro, á la que se dan diferentes nombres, según las diversas combinaciones de aquélla; de lo cual nos ocupamos en su lugar respectivo, al describir cada uno de dichos colores.

Pinto. —Así llamaban en lo antiguo al toro *pintado*, como berrendo, sardo y girón. Hoy se precisan más las señas.

Pinto y Pacheco, D. Francisco. —Este autor portugués, en 1658 escribió un tratado de caballería de la Jineta, que dedicó al Príncipe de Portugal, D. Pedro, y en el cual explicó la manera de torear con la garrocha, á ancas vueltas y al estribo, y los casos en que el caballero está obligado á acometer al toro á cuchilladas.

Pinto, Juan. —En los últimos años del primer tercio del presente siglo era este picador, natural de Utrera, uno de los más notables. Si como buen jinete era conocido y apreciado, como brazo derecho no tenía rival; y cuidado que era en la época de los buenos picadores Corchado, Castaño y Cristóbal Ortiz. Empezó á llamar la atención en las corridas de feria de Sevilla de 1819.

Pinto, José. —Con el desgraciado Diego Luna alternó por primera vez en Sevilla este picador, de

cuyo mérito no tenemos noticia, el 30 de Mayo de 1823.

Pinto, Manuel. —A mediados de siglo trabajaba como picador en varias plazas, y no alcanzó celebridad. No sabemos si fué ó no pariente del anterior.

Pinto, Antonio. —Hijo del famoso Juan. Era un notable picador, por lo bravo y por sus fuerzas hercúleas. Después de Francisco Sevilla, ninguno ha demostrado tener un brazo de hierro como el suyo. Esto ha sido causa de que algunas reses se hayan huido, especialmente cuando se ha ido á los bajos. No era tan voluntario ni alegre como otros; pero así y todo, los inteligentes le querían más en el redondel que á muchos picadores aplaudidos por el vulgo, á quienes cuesta un caballo cada vara. Con el desgraciado *Chola* trabajó á competencia una corrida en Sevilla, en 21 de Junio de 1850, quedando la contienda en su favor.

Pinto Basto, Carlos Ferreira. —Tiene buena historia como mozo de forcado portugués, desde el año 1865, pero creemos no ha trabajado nunca por dinero, sino como aficionado práctico.

Pinto Basto, Marcos. —Es un regular rejoneador á caballo, y nada más hasta ahora. En cuatro años de ejercicio ha podido estar más adelantado. Empezó como aficionado, y continuó trabajando por estipendio, y concluirá, sino ha concluido ya, por retirarse del toreo.

Pinto Migue, José María. —Mozo de forcado portugués, regular y nada más. Es decir, uno de tantos.

Pinto de Campos, Pedro. —Fué un gran aficionado, inteligente de primer orden, y de autorizada opinión entre los que más han honrado la crítica taurina de Portugal. Conocía el arte como pocos, *sabía ver*, que es lo que constituye ese *quid* especial, que distingue al verdadero crítico. Son modelo de buen criterio y excelente análisis, sus revistas de toros en la *Crónica dos Theatros*, *O toureiro*, *Cúchares* y *Bandarilha*, y las biografías y artículos que publicó en los mismos periódicos, y su folleto en defensa de las «*Pegas dos touros*», cuando se pensó en suprimirlas, hizo sensación en el público, y confirmó los vastos conocimientos del autor; pero donde se conocía más su inteligencia y conocimiento del arte taurino, era en sus conversacio-

nes particulares, en que su opinión era recibida con respeto, reconociendo todos su gran autoridad en el asunto.



Fué Pinto de Campos un actor de los más notables de Portugal, formando parte de las primeras compañías dramáticas, y por su mérito fué clasificado por el gobierno portugués como actor de primera clase. Nació en 25 de Diciembre de 1834, y falleció en 18 de Enero de 1889.

Pinto de Campos, José.—Hijo del anterior, aficionado inteligente, que nació en 3 de Septiembre de 1867. Con los pseudónimos *Pimpleo* y *Vara larga*, ha escrito en la *Reforma*, *Correio da Tarde*, *Tempo*, *Correio Nacional*, *Gaceta*, y es ahora redactor de *O Comercio*, después de haber formado parte de la brillante redacción de *Sol é sombra*. Es muy acertado en sus juicios, y correcto en la dicción.

Pinto Coelho, Duarte Egas.—Joven estudiante de medicina, portugués, á quien sus compatriotas comparan cuando pone banderillas, con el renombrado *Guerrita*, á quien dicen se parece en sus actitudes y atrevimientos, extraordinariamente. Dejará de torear en cuanto concluya su carrera, que será muy pronto, y su fama ha de ser muy sentida. Es hijo del famoso abogado Carlos Pinto Coelho.

Pinto, José.—Mozo de forcado á quien consideran en Portugal de condiciones bastantes regulares y aceptables.

Piñero, Juan.—Torero de á caballo que á últimos del precedente siglo clavaba banderillas y ponía rejoncillos, en funciones de novilladas.

Piñero Gavira, Francisco.—Otro muchacho de los que ni temen ni deben.

Se ha presentado en las novilladas de Madrid el año 1891 con osadía y voluntad, nada menos que á matar toros de puntas, y si en el desempeño de su cometido ha dejado algunas veces mucho que desear, otras en cambio se ha portado como un valiente. Fáltale mucho que aprender; fáltale calma; fáltale reflexión, y sobre todo adquirir la convicción de que para ser matador de toros no basta creérselo, sino serlo realmente. Dadas las inclinaciones que tiene ahora el público en favor del movimiento constante, Gavira llega hasta donde



llegue otro, toreando de capa y de muleta, y eso le ha dado reputación que habría aumentado notablemente, á ser con el estoque tan diestro como con el trapo. Es activo en los quites, ve mucho y bien, pero ha llegado á un punto que no traspasará, y si en él se conserva puede darse por muy contento, que no ha de faltarle trabajo en muchos años. Ha alternado en muchas plazas con espadas de primera categoría.

Piombino, Jayme.—Está retirado del toreo. Fué un valiente mozo de forcado muy querido en Portugal.

Pitón.—El extremo superior del asta ó cuerno del toro, ó sea la punta de aquélla en una longitud de dos á ocho centímetros.

Pizarro, D. Fernando.—Conquistador del Perú. Fue, según consta en el libro que con el título de *Ejercicios de la jineta* escribió D. Gregorio de Tapia, uno de los más primorosos en alancear toros y en darles muerte con rejoncillo.

Pizarro Saiz, Braulio.—No es más que un aficionado al toreo, nada más: ¡pero qué aficionado! Ni come, ni bebe, ni anda, ni duerme de otro modo que pensando en cosas de toros. Por el sólo hecho de tener afición al arte de Montes, no le comprenderíamos en este libro, porque entonces más de media España iría en él comprendida. Es que además de practicar el arte sin retribución alguna, ha escrito de toros, y alberga en su casa a los principales toreros y difunde y extiende la idea del arte de Montes, como nadie lo ha hecho en Badajoz que es donde reside, aunque nació en Albuquerque en Octubre de 1851.

Es descendiente en línea recta del famoso conquistador del Perú Francisco Pizarro.

Pizi, Lorenzo.—Matador de toros peruano. Dice el ilustrado escritor D. Ricardo Palma, que era un negro retinto, enjuto, de largas zancas y medianamente diestro en el oficio de torrear. En la corrida que en Lima se dió en Agosto de 1816, en honor del Virrey D. Joaquín de la Pezuela, le cogió un toro llamado *Relámpago*, de la hacienda de Bates, y le inutilizó para la lidia.

Plata, Matías.—Es un banderillero sevillano más conocido en América, donde le distinguen mucho, que en España... Tal vez sea esa la razón de permanecer allí más que en su tierra.

Playero.—Toro notable por su bravura y nobleza, lidiado en Barcelona el 2 de Julio de 1893: castaño, caribello, bien puesto, de cinco años, ojalao, bragado, rebarbo y fino, del cual dijo un entendido periodista de aquella ciudad, que en el tercio de varas resultó la lidia animadísima y en ocasiones imponente, y en los demás inmejorable. Perteneció a la ganadería de D. Luis Mazzantini, vecino de Madrid; era de origen Jijón con mezcla Vazqueña, puesto que el anterior dueño Sr. Heredia y luego el Sr. Mazzantini, trajeron reses andaluzas de Benjumea que han dado un gran resultado, al cual ha contribuido mucho el inteligente mayoral Dionisio de Lora, y el cambio de pastos, que ahora los tienen en la Higuera, pueblo de Borós, provincia de Toledo.

Playeros.—En algunos puntos de Andalucía llaman así á los toros corniabiertos y mal armados.

Plazas.—Las plazas, circos, cosos, ó palenques, que de todos los dichos modos se les ha llamado indistintamente, donde se han dado y dan fiestas de toros, lejos de ir decreciendo en número, han tenido en España notable aumento, con especialidad desde que más se habla en su contra, que es desde que fue suprimida la escuela de tauromaquia de Sevilla. Significa esto, á nuestro entender, que la afición no disminuye; que por efecto de la más fácil comunicación de unos pueblos con otros, gentes que no habían visto corridas de toros se han entusiasmado al presenciárlas, hasta el extremo de contribuir con sus recursos á la edificación de plazas en puntos apartados donde no habían existido nunca, ni en muchas leguas á la redonda; y que convencidos de lo beneficiosa que es á cualquier pueblo la frecuente y numerosa concurrencia de forasteros, fomentan la construcción de aquellos edificios, porque la experiencia les ha enseñado los muchos bienes que puede reportar al comercio, á la beneficencia y al sostén de las cargas públicas. El sentido práctico va destruyendo las preciosas teorías de Jovellanos, que habiendo escrito con indisputable talento su amarga crítica contra las fiestas de toros, tendría hoy el sentimiento, si viviera, de ver que en su pacífico país, en Asturias, en la capital misma, se ha construido últimamente una plaza capaz para doce mil personas, que al estrenarse en 1875, se llenó tres días consecutivos, y quedó sin entrar en ella por falta de billete más gente del país y forastera que la que pudo presenciar las corridas. Al fin el gran Cervantes, con su *Quijote*, concluyó con los libros de caballería y destacadores de entuertos; pero aquél ilustre asturiano solo ha conseguido agujonear más los deseos de todas las clases de la sociedad española y extranjera, para gozar en un espectáculo grandioso y mucho menos inmoral, menos sangriento de lo que él pinta, y que los torneos que con tanto entusiasmo describe. Volviendo al asunto, diremos que en la actualidad no tenemos noticia de que haya provincia alguna en España en que no exista plaza, y en muchas, no una, sino varias; que en Nîmes, Mont-de-Marsan, Saint-Espirit, Perpiñan y otros muchos puntos de Francia, especialmente del Mediodía, incluso Bayona, se celebran, trabajando españoles en ellas, frecuentes corridas de toros en plazas construidas al intento; que en Lisboa, Oporto, Cintra, Cascaes y otros pueblos de Portugal hay plazas bellamente edificadas, donde también se verifican constante y periódicamente muchas funciones, tomando parte en ellas algunos caballeros y notables del país;

que otro tanto sucede allende los mares, en Cuba, en Filipinas, en México, en Lima, en Buenos Aires y otras poblaciones; y que ha llegado el caso de que en la construcción se gasten, como en Valencia, Madrid, Málaga, Murcia y Bilbao algunos millones de reales, poniendo á prueba el talento de notables arquitectos, cuya fama no puede ya obscurecerse en mucho tiempo. No es esto decir que ya en el siglo anterior no se hiciesen gastos notables para construir plazas dignas de tan grandes fiestas; y una prueba de ello es la que acaba de derribarse en Madrid, que Fernando VI mandó edificar en 1749, expresando en la cédula, que original se conserva en el archivo de la Diputación Provincial de Madrid, que entre las providencias que tuvo á bien acordar dicho rey, dirigidas al mayor beneficio de los hospitales generales de Madrid, fué una la de mandar que en el campo inmediato á la Puerta de Alcalá se erigiese la fábrica de una plaza, en la que, sin contingencias de riesgo, se tuviesen las fiestas de toros para recreo del público, cuyo producto libre sirviese para aumento y dotación de los mismos hospitales; y por decreto de 8 de Octubre de 1754 concedió la pertenencia y propiedad de dicha plaza á los referidos, para que anualmente pudiesen tener en ella diez fiestas de toros, ó alguna más si la necesidad lo pidiese, dando facultad á la Congregación para que usase de dicha plaza por arrendamiento ó administración, como lo considerase de mayor utilidad; y ordenó se expidiese la carta de privilegio y confirmación, que firmó en San Lorenzo á 5 de Noviembre de 1754. Consta también que en virtud de acuerdo de la Real Junta de Gobierno de los Reales Hospitales, comunicado á la Contaduría por su Secretario en 9 de Septiembre de 1765, toda la documentación debe estar á él unida y por eso acompaña á este privilegio la real orden, expedida después en Aranjuez á 3 de Mayo de 1756, sobre la exención general de derechos de la carne de toros que se matasen en la expresada plaza, la cual se concluyó bajo la dirección de los arquitectos D. Ventura Rodríguez y D. Fernando Moradillo, y se estrenó en 30 de Mayo de 1754, siendo su coste el de ochenta y cinco mil y pico de escudos de oro (dos millones de reales próximamente), y eso que hasta época posterior no se construyeron las caballerizas y carnicería, y luego, hasta 1833, no se concluyeron los tendidos de piedra, antes de madera, que indudablemente acrecentaron el valor del edificio. Su pared era de cal y canto, formaba una circunferencia de mil cien pies, y aunque, como va dicho, parece se estrenó en 30 de Mayo de 1754, existe sin embargo una real orden, fecha 23 de Junio de 1749, autorizando la celebración de la primera función de toros en dicha plaza para el jueves 3

de Julio siguiente. Antes, en 1743, se hizo una de madera en el mismo sitio, y por cierto que aunque reclamaron varios dueños del terreno el abono de su importe, se decretó negativamente. La antes mencionada estaba situada á 182,40 metros del centro de la Puerta de Alcalá, á su izquierda, dentro del ángulo que forman la calle de Serrano y el camino de la Venta; daba cabida á más de 12.000 personas (si bien luego que en ella se pusieron los tendidos de piedra, en 1833, el número de espectadores quedó reducido á unos 9.700). Constaba de ciento diez palcos, además del palco real, grada cubierta con tres órdenes de asientos y delanteras, y quince tendidos, capaces cada uno de 400 personas aproximadamente; tenía enfermería, habitaciones para conserjes y carpinteros, corrales, taller, y más tarde, en edificio separado, á la derecha de aquella cuadras, para caballos, carnicería y otras habitaciones. Fué restaurada en varias ocasiones; y los antiguos aficionados que la vieron empezada á derribar en 17 de Agosto de 1874, recordarán siempre que en su arena han visto notables hazañas de grandes hombres en el arte taurino, y que la alegre vista que el edificio ofrecía, su *descotada* falda interior, que tan magnífico y espacioso ciclo descubría, y la buena distribución de localidades, eran debidas al acierto del referido arquitecto D. Ventura Rodríguez, á quien acompañó en todo, según va dicho, el no menos distinguido D. Fernando Moradillo. Por lo mismo que ya no existe, pero por los recuerdos que de ella conservamos, nos hemos extendido más de lo regular en la descripción de la plaza vieja. Sabemos que los aficionados, de Madrid especialmente, han de leer con gusto nuestros apuntes, y aunque fácil nos hubiera sido dar igual descripción de muchas plazas modernas, no debemos hacerlo más que de las que por su importancia lo merezcan. Si diremos que antes de la referida hubo otras en Madrid junto al palacio de Medinaceli, prado de San Jerónimo; en el barrio de Antón Martín, junto á la que hoy se llama calle del Tinte; soto de Luzón, cerca de la Almudena, y camino de Alcalá, poco más acá de la nuevamente edificada, aunque no fuesen tan perfectamente construidas ni á tal coste, porque ni las circunstancias de entonces lo exigían, ni la población había crecido tanto. Por esas razones, para las fiestas reales, á que no sólo acudía un gentío inmenso, sino magnates, altos funcionarios y embajadores de naciones extranjeras, se habilitaba en Madrid la Plaza Mayor, como más capaz y más adecuada.

En Valencia, que es uno de los pueblos de España en que, á pesar de no servir sus pastos para la crianza de toros, ha habido siempre una marcadísima afición á las corridas, se conocían ya pla-

zas cerradas construidas de intento, hace ya cerca de cuatrocientos años. La plaza del Mercado primeramente, entre las *Tanques* de la *Mersé* y de la *Bloncha*; la de Santo Domingo ó Predicadores, entre la puerta del Real y la Glorieta; la del llano de la Zaidía, entre la acequia de Rascana y el río Turia; la situada enfrente del Palacio Real, entre la parte de San Pío V y la parte del Mar; y finalmente, la que hubo entre las puertas de San José y de Serranos, ó desde ésta á la de la Trinidad, encajonada entre el valladar que circula la muralla y el pretil del Río, todas ellas, y algunas otras posteriores, precedieron sucesivamente á la magnífica que hoy existe y que antes de concluirse inauguró en Agosto de 1851 el inolvidable José Redondo (*El Chiclanero*).

En otros muchos puntos principales de España ha habido desde muy antiguo plazas de toros construidas de intento, ya de madera en su mayor parte, ya de fábrica; y como es de suponer, las primeras desaparecían de tiempo en tiempo, siendo sustituidas por otras, que algunas veces duraban menos que las anteriores, ya por incendios, como en el siglo pasado sucedió en Zaragoza (1) y en otros puntos, y como ahora ha ocurrido en el Puerto de Santa María el 10 de Julio de 1877, ya también porque en muchas partes (una de ellas Valencia, en que cuando la guerra de la Independencia se derribó la plaza de toros para que los franceses no se posesionaran de ella y desde allí causaran daño á la población) las exigencias del arte militar no han consentido puntos estratégicos dentro de los glasis de las plazas fuertes, ó el crecimiento de las poblaciones ha hecho imposible la conducción por sus calles del ganado destinado á la lidia. Málaga, Sevilla, Barcelona, Santiago, Logroño y otras muchas poblaciones, han tenido y tienen hoy magníficas plazas de toros, de las cuales haríamos de muy buena gana mayor expresión, si no nos pareciera impropio del objeto y condiciones de este libro. Las primeras de España, que como saben nuestros lectores, son las de Madrid, Valencia, Málaga, Murcia, Bilbao y Salamanca reúnen las circunstancias de distribución de dependencias, belleza y magnificencia que ningunas otras tienen; y tanto para saber detalles de éstas, como para otras noticias, remitimos á nuestros lectores á las palabras ALVAREZ, RODRÍGUEZ, MORADILLO, MONLEÓN, FENECH, MEDARDE, MITJANA, RUCOBA y otros que son los arquitectos que las han dirigido. Como regla general, las plazas deben tener un redondel para la lidia de cincuenta á sesenta metros de diámetro, y no más, completamente limpio, igual

lado y enarenado, pero apisonado con rodillo; una barrera fuerte y bien construida, y las entradas y asientos lo más cómodo posible para evitar desgracias, pero á los cuales no dé paso ni el redondel de la plaza ni el callejón de la barrera. Lo demás ya es cuestión artística, en que el talento del arquitecto se desarrolla más ó menos, según su alcance ó medios de que puede disponer. Para concluir, y después de apuntar como cosa notable que en 26 de Octubre de 1805 un horroroso huracán destruyó completamente la gran plaza de toros de Sevilla, que la de Granada, como años antes la de Jerez, ha sido presa de las llamas en 10 de Septiembre de 1876, y que, como va dicho, otro tanto ha sucedido á la del Puerto de Santa María, daremos algunos pormenores acerca de las plazas más notables. Empezaremos, para no alterar el que nos hemos impuesto, por orden alfabético de pueblos.

Adra.—Tiene una mala plaza de madera capaz para 4.000 personas.

Aguilas.—Tampoco tiene importancia alguna la plaza de toros de esta villa, da cabida á 3.000 personas y es de madera.

Albacete.—Fué construida en 1829. Se celebran dos ó tres funciones en los días 8 y siguientes de Septiembre de todos los años, con grandísima concurrencia y con las mejores cuadrillas de toreros conocidas. Tiene el ruedo de 60 pies de radio, los tendidos muy altos, es decir, de muchos escalones, gradas y palcos, y su construcción especial permite que por la parte exterior haya habitaciones ó cuartos independientes que estan casi siempre alquilados. Tiene 7.500 localidades.

Alba de Tormes.—La de esta villa es propiedad de la Junta de Hospitales, de forma circular, y de piedra, pizarra, cal y madera. Tiene un sólo piso, con 1.600 localidades en el tendido, dos gradas y dieciocho palcos.

Alcalá de Henares.—La construyó D. Alejo del Campo, y se estrenó en 3 de Julio de 1879, por las cuadrillas de los *Frasuelos*. Es de piedra, ladrillo, madera y hierro; el primer piso dedicado á tendido, y el segundo á gradas y palcos, pudiendo acomodarse entre todos 5.500 espectadores.

Alcalá de Guadaira.—Es de mampostería, ladrillo y madera, de un sólo piso, con 4.500 localidades.

Alcañiz.—De propiedad particular; consta de dos pisos con 1.100 localidades, y su forma es un óvalo irregular.

Alcoy.—Es propia de D. Luis Payá, tiene tres pisos llamados grada, rellano y palcos, con 5.100 localidades, y está construida con tapiales, mampostería y sillería negra y blanca.

Alicante.—Data su construcción del año de 1847. Es bastante sólida, y en ella forma importante base

(1) Fué construida la que hoy existe en 1764 y se estrenó en 8 de Septiembre.

la piedra del país, que no se ha escaseado ciertamente. Da cabida muy cómodamente á más de 14.000 personas, y las corridas que se celebran una ó dos veces al año, son lucidísimas. Es de propiedad particular, y fué reformada notablemente en 1888. Consta de tres pisos: el tendido con 10.695 asientos, las gradas con 3.256, y los palcos y andanadas con 1.284.

ción fué estrenada en 29 de Septiembre de 1843, por Juan León.

Audújar.—Es de mampostería, hierro y madera, de propiedad particular, y tiene dos pisos con 3.600 localidades. La estrenaron *Currilo Avilés* y *Tenreiro*, el 9 de Septiembre de 1881.

Antequera.—Es propiedad de varios vecinos, construida en 1848; caben en ella 8.268 espectadores.

Aracena.—Es de cal y canto y ladrillo, capaz de 2.000 localidades, no tiene caballeriza, y si cinco chiqueros muy medianos.

Aranjuez.—¡Lástima es que una plaza tan bonita y capaz, donde han trabajado Ruiz, Montes, León, *Cúchares*, *El Chiclanero*, Domínguez, Sanz y otros no menos notables, se halle hoy poco menos que descuidada! El Real Patrimonio la hizo construir en 1796, se estrenó en 14 de Mayo de 1797, y se reedificó en 1829. Cédida actualmente al Ayuntamiento, sufrió importantes reformas en 1881, que realizaron los empresarios Besteiro y

Vázquez.—Es de piedra, ladrillo, cal y madera y caben en ella 10.081 personas.

Argés.—De propiedad particular se halla sin concluir y solo sirve para novilladas. Caben en ella 3.000 personas.

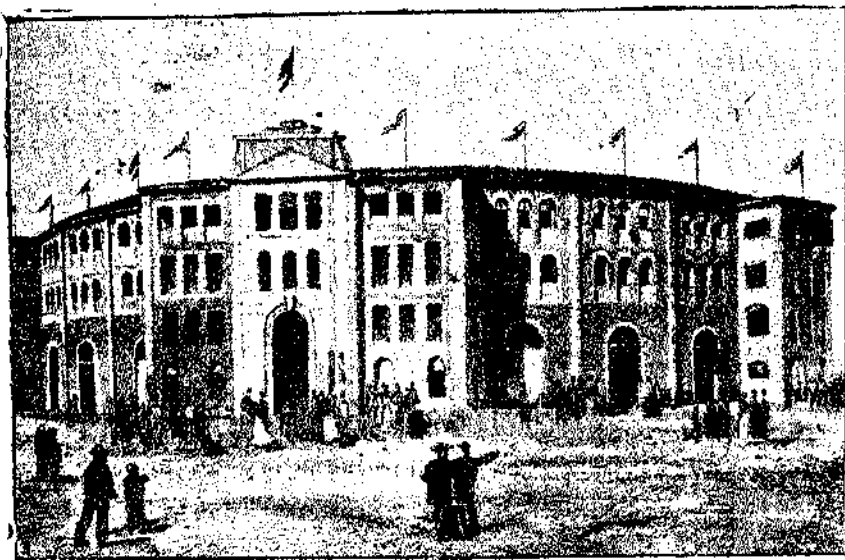
Ávila.—Fué construida con sillería, hierro y madera; consta de un solo piso que da cabida á 4.075 espectadores. De propiedad particular.

Badajoz.—Su plaza de toros situada en el baluarte de la población, fué construida con mampostería, ladrillo, hierro y madera. Consta de dos pisos con 6.000 localidades y fué estrenada el día 14 de Agosto de 1859 por los diestros José Carmona y José Ponce. Pertenece á una sociedad particular que en 1890 la reformó, aumentándola considerablemente hasta el punto de que hoy caben en ella 8.500 personas.

Baeza.—Fué construida en 1828 con mampostería, piedra y madera, y en sus dos pisos caben cómodamente 4.280 personas. Pertenece á D. Miguel Mota y Hermano.

Otra plaza ha construido en 1891 D. Antonio Acuña, con piedra de sillería, mampostería y hierro, con arreglo á los adelantos de la época y con mayor número de localidades.

Barcelona.—La gran plaza de esta importantísima capital, si bien no corresponde, como edificio notable, á lo que exige la segunda capital de Espa-



PLAZA DE TOROS DE ALICANTE

Algaba.—Es de piedra, ladrillo y madera, propia de D. Jerónimo Clavijo, y está casi derribada.

Algeciras.—Propia de una Sociedad, que empleó en su construcción madera, piedra y ladrillo; no está terminada, y eso que hace treinta años empezó su construcción. Es de dos pisos, con 5.500 localidades.

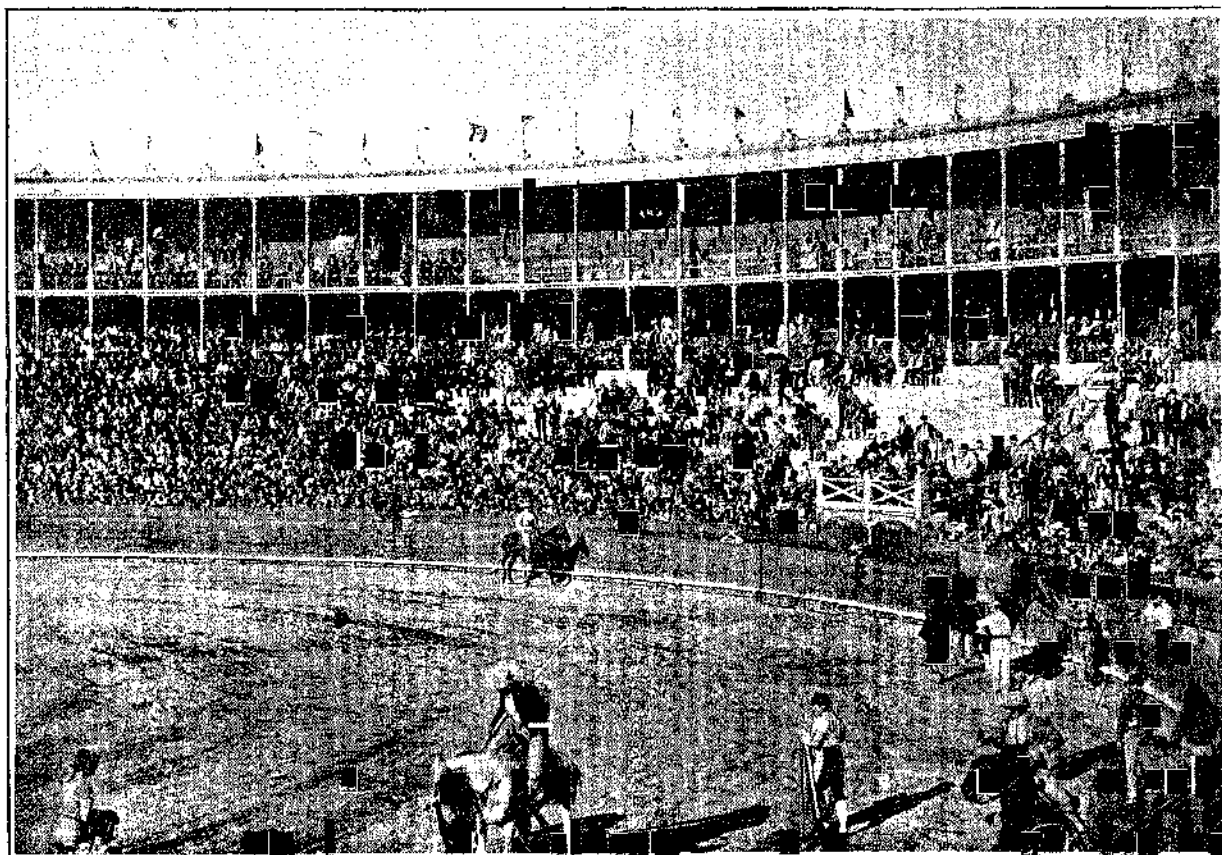
Almagro.—Tiene una Plaza de toros bastante buena, que se concluyó en el año de 1845. En ella han ocurrido bastantes desgracias á los lidiadores, porque se escoge siempre ganado sobresaliente. En las corridas que allí se dan al año, generalmente en tiempo de feria, ó sea á fines de Agosto, hay cierta competencia con las de Ciudad Real, según dicen algunos del pueblo.

Almería.—De propiedad particular, de piedra, ladrillo y hierro; da cabida en el primer piso, que son tendidos y gradas, á 7.800 personas, y en el segundo, que son palcos y andanadas, á 2.000. Concluyó su construcción en 1888, á fines de Agosto, y la estrenaron *Lagartijo* y *Mazzantini*.

Almendralejo.—Se construyó realmente en 1881, aunque ya existía sin las reformas que le han dado importancia. Pertenece á una Sociedad por acciones, y en el tendido, cinco gradas y ochenta y cinco palcos, pueden acomodarse más de 5.500 personas. Es de mampostería, ladrillo y madera, mide 44 metros de diámetro, y en su primera construc-

ña, es en cambio una de las más alegres y capaces que existen en nuestra nación. Pertenece a la Junta de la Real Casa de Caridad, que obtuvo con fecha 4 de Marzo de 1827 el oportuno permiso para dar corridas de toros, pero hasta el día 22 de Mayo de 1834 no pudo conseguir, a pesar de haberlo anunciado varias veces en los periódicos oficiales, obtener proposiciones ventajosas para la construcción de una plaza en que verificarlas. Los asentistas D. Juan Vilaregut, D. Mariano Coll, D. José Ignacio Sagrista y D. Manuel Deacon, firmaron en dicho día su escritura de obligación ante el notario D. Manuel Planas, y en el mismo momento principiaron las obras con verdadero empeño, bajo la dirección del arquitecto Fontseré. Está situada entre la estación del ferro carril de Francia, el barrio de la Barceloneta y el arrecife del fuerte de D. Carlos, siendo su planta un polígono de cuarenta lados, y su altura, incluyendo tendidos, gradas y palcos, la de 45 pies. Al redondel se le dieron 180 pies y 6 pulgadas de diametro, al callejón de la barrera 9 pies y 5 pulgadas, y para la entrada a los tendidos se abrieron ocho puertas, cuatro para los palcos, gradas y andanadas, otra para el arrastradero, otra para las cuadras, tres para los corrales, y las demás, hasta el número de veinticuatro para almacenes. Lidiáronse en 1834 y en el siguien-

te 1835, toros navarros en casi todas las corridas; pero como en la que se celebró el 25 de Julio de este dicho año se promovió el motín que fué pretexto para las sangrientas escenas de demolición de conventos y asesinatos de los frailes, las corridas se prohibieron de orden de la autoridad, sin tener presente que con ellas y sin ellas el hecho hubiera tenido lugar, como le tuvo en Madrid, Zaragoza y en otros puntos. Pasaron quince años primero que los barceloneses volvieran a ver corridas de toros en su ciudad; pues si bien las puertas se abrieron durante este tiempo para funciones de gimnasia, y aun para novillos una sola vez en 1841, hasta el día de San Pedro de 1850 no se corrieron allí toros. A esta corrida asistió un gentío inmenso; bien es verdad que, por un lado era, para muchos desconocido el espectáculo, y para otros el solo nombre del célebre José Redondo (*El Chiclanero*), que llevaba de segundo al *Salamanquino*, había de atraerles, a pesar del aumento de precios de las localidades. En vista de tan buen resultado, diéronse aquel año diez corridas, trabajando en la mayor parte *Cúchares*, que hizo allí demostración de sus grandes conocimientos; y como la afición en la ciudad condal es mayor de lo que generalmente se cree en el resto de España, la plaza fué reformada en Mayo de 1857, sustituyendo los tendidos de



PLAZA DE TOROS DE BARCELONA

madera con otros de mampostería, y en 1862 se hicieron también notables mejoras, entre otras la construcción de escaleras interiores para la mejor comunicación, la de dividir la plaza en ocho tendidos, ocho gradas y cinco andanadas, y rotular y pintar todo el edificio. Todavía fué más allá la afición de aquel pueblo. En Agosto de 1871 se hizo en la plaza una mejora importantísima; el corral antiguo fué sustituido por otro espacioso y seguro, que puede contener cómoda y separadamente el ganado suficiente para dos corridas de toros; se bajó el nivel del circo, y como por la mucha extensión del redondel se cansaban el ganado y los lidiadores, se redujo su diámetro a 170 pies y 3 pulgadas, aprovechándose los que se le quitaban para añadir a los tendidos tres filas de asientos. Finalmente, en 1875 se han construido en los palcos unas graderías, y se ha puesto en comunicación el tendido con la grada por aberturas practicadas en la barandilla del primer piso, pudiendo fijarse en 16.000 personas la esbida general de la plaza después de dichas reformas. Hay en Barcelona, como hemos dicho, mucha afición y no pocos inteligentes, las corridas que se dan son de primera nota en ganado y en lidiadores, y en esto, como en otras muchas cosas, aquella ciudad no se queda atrás de las demás de España.

Todavía se han hecho más reformas en dicha plaza, mejorando algunas de sus condiciones; en el año de 1887 y 1888 en que las tablas de fachada fueron sustituidas por paredes de mampostería y los piés derechos y balaustradas de madera por columnas y barandillas de hierro. Son sus actuales propietarios los Hijos de J. M. Bofill, D. Francisco Sagrista, D. Luis Martí y herederos de D. Antonio Miret y Nin, y la administra con inteligencia y celo el conocido aficionado don Mariano Armengol y Roca, de quien hablamos en el lugar correspondiente.

Baza. — Construida y estrenada en 1894.

Béjar. — Plaza propia del Ayuntamiento, con dos pisos y 3.550 localidades. Es de piedra, ladrillo y madera.

Berneo. — Construida y estrenada en 1894.

Benifalló. — Propia de D. Vicente García Hernández. Consta de 2.800 asientos, es de piedra y ladrillo y se estrenó el 12 de Agosto de 1884.

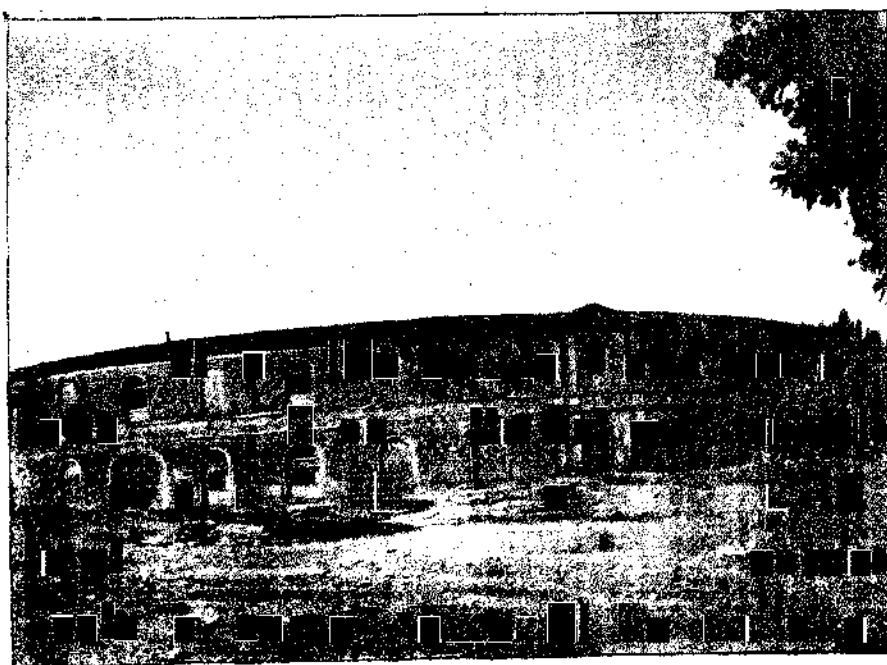
Bilbao. — Plaza regular y nada más. En ella tuvo el célebre *Chiclanero* la gran cogida y cornada en el cuello, que amenazó seriamente su existencia. En las dos corridas que al año suelen celebrarse, es costumbre que antes de empezar la lidia se presente en plaza, bailando y tocando el pito, uno de los tamborileros del país.

Nuevamente se ha construido otra en el término de la Anteiglesia de Abando, por la sociedad anónima llamada «Vista Alegre», que se disolverá luego que sean amortizadas las mil acciones que fueron emitidas, pasando entonces la plaza a ser propiedad de la Casa de Misericordia y Hospital Civil de Bilbao. Empezaron las obras, que son de piedra, ladrillo, hierro y madera, el 14 de Septiembre de 1881 y se inauguró el 13 de Agosto de 1882, con toros de Concha Sierra y por las espadas *Bocanegra*, *Chicorro* y *Gallo*. El tendido tiene 6.772 asientos; la grada 2.610 y los palcos 1.781, y las corridas que se celebran en Agosto y á veces en 1.º de Mayo suelen ser de las mejores por la clase de ganado y cuadrillas contratadas. La antigua plaza no tenía más que 7.000 localidades poco más ó menos.

Bocairrente. — Es de piedra y madera, ovalada y caben 4.000 espectadores. La construyó una sociedad particular para dar novilladas.

Burgos. — Constituida en esta ciudad, entre sus vecinos y moradores, una sociedad, que se tituló «Burgalesa, de la Plaza de Toros» y nombrada entre éstos una Junta Directiva, se dió el encargo de levantar los planos al arquitecto de la Corte don Severiano Sainz de la Lastra.

Con algunas variaciones, entre otras la de no



PLAZA DE TOROS DE BURGOS

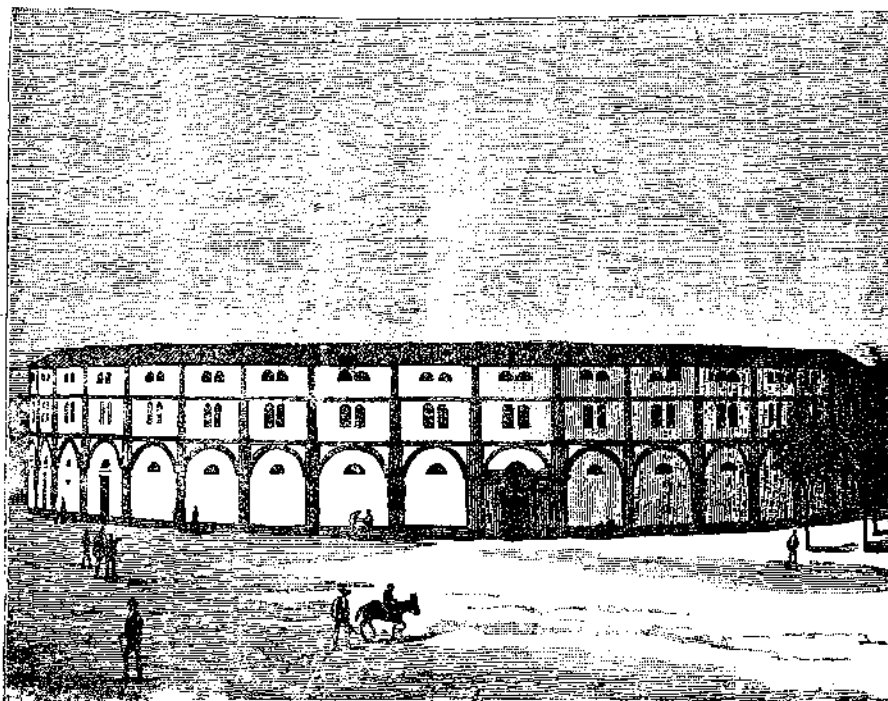
haberse construido más que una sola galería alta, se edificó emitiendo acciones de mil reales para sufragar su coste, que ascendió á setenta mil duros próximamente. No bastando estas acciones ni otras que también fueron acordadas por la circunstancia de que la cimentación causó muchos gastos, por lo pantanoso del terreno, tuvo necesidad la sociedad constructora, de acuerdo con la Junta general de accionistas, de proporcionarse los fondos de que carecía, y tomó á préstamo, al 6 por 100 de interés anual del Monte de Piedad, Banco Agrícola de Burgos, que tiene constituido y administra esta Sociedad de Socorros mutuos de Artesanos, hasta la cantidad de ciento veinte mil reales en 10 de Mayo de 1862 y doscientos mil en 25 de Agosto siguiente.

Terminose la obra, y se inauguró la Plaza con dos brillantes corridas de toros el 15 de Septiembre del propio año.

Vencidos los plazos de los dos préstamos indicados sin que la sociedad «Burgalesa» constructora de la misma satisficiera los capitales ni intereses de aquellos préstamos, se entabló contra ella la correspondiente demanda ejecutiva, por virtud de la cual se embargó dicha plaza y adjudicó al citado Monte Pío, otorgándose á su favor la competente escritura de venta judicial en 26 de Junio de 1872, cuyo Establecimiento la posee al amparo de este título, de pertenencia por las dos terceras partes de la retasa, en precio de trescientos diez mil seiscientos reales y la carga de quinientos que contra sí tiene la finca referida de censo enfiteutico, á favor del Excmo. Sr. Conde de Berberana, que también tiene derecho á ocupar un palco en los inmediatos al de la presidencia, libre de pago en todas las funciones que en ella tengan lugar. Consta la plaza referida de 32 palcos, 1.472 asientos de grada, 308 balconillos, 343 asientos de talanquera y 4.846 de tendido.

Cáceres.—Esta plaza es casi toda de piedra, inclusa una muralla que la rodea, sus tendidos, gradas y palcos, las columnas que los sostienen y hasta las escaleras. Se empezó á construir en fines de 1844 por una sociedad de accionistas, y con-

cluyó á mediados de 1846. Caben en ella 8.000 personas, y merecía mejores corridas que las que ordinariamente se han celebrado hasta ahora.



PLAZA DE TOROS DE CÁCERES

Cádiz.—La plaza de esta ciudad fué construida en 28 días con motivo de una visita de la Reina Isabel II en 27 de Septiembre de 1862: es de madera, caben en ella 11.546 personas, la estrenaron Casas, Domínguez y Ponce y en ella se celebran buenas corridas en varias épocas del año.

Calahorra.—Es propiedad de D. Rafael Díaz. Fué construida con piedra y madera; tiene dos pisos con 4.000 localidades.

Calatayud.—Su plaza de toros es una de las más bonitas de España; empezó su construcción en 21 de Abril de 1877, y se estrenó en 9 de Septiembre del mismo año; es de estilo mudéjar, de mampostería, ladrillo y madera. En los tres pisos de que consta, caben 10.000 personas, y su redondel tiene 25 metros de radio. Los planos y dirección de las obras, estuvieron á cargo de D. Mariano Medarde, del cual hablamos en el lugar correspondiente. Está situada en la carretera de Zaragoza, muy próxima á los paseos del Muro.

Campo de Criptana.—Fué estrenada en 1888, es de poca importancia. Caben en ella 2.500 personas.

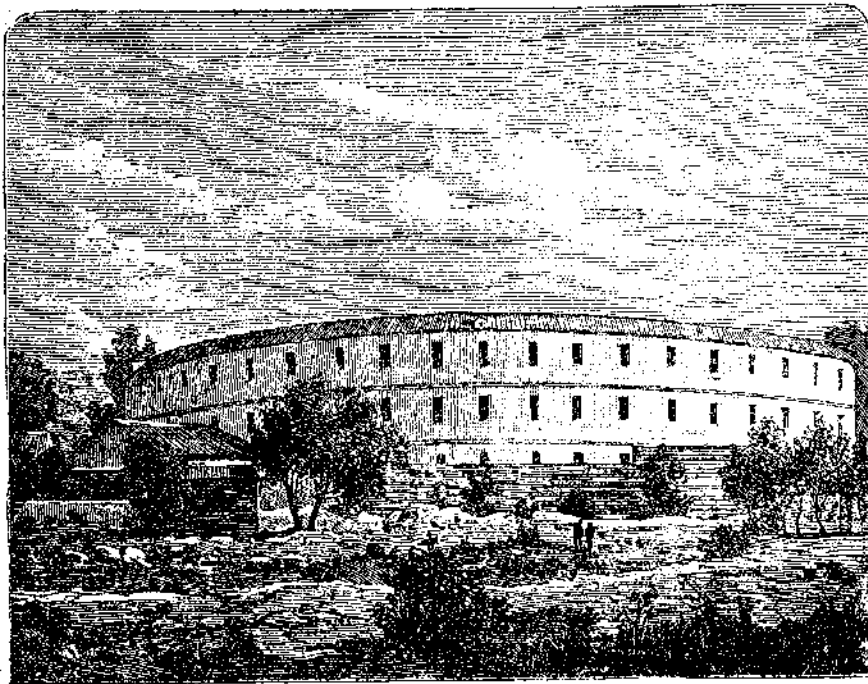
Caravaca.—Pertenece á una Sociedad particular que la hizo construir en 1880; no tiene más que un piso, con poco más de 4.000 localidades.

Cartagena.—Es capaz para 8.000 espectadores, y fué construida con piedra, cal y madera. Pertenece á varios particulares, y en ella se celebran todos los años buenas corridas de toros.

Castellón de la Plana.—Esta plaza es muy parecida en su construcción, de piedra, ladrillo, hierro y madera, á la de Valencia. La Sociedad á quien

del nombre que en la afición lleva dicha ciudad. Tenía una plaza, que era la mayor, llamada la Corredera, construída en 1683, que se utilizó muchas

veces para corridas de toros; luego, en 1740, se celebraron en la plaza de la Magdalena; en 1759, en el Campo de la Merced, casa del Matadero, y en 1760, en dicha plaza mayor, ó sea de la Corredera, así como en 1792, cuando trabajaron á presencia de los reyes los célebres Romero y Pepe Illo. La última vez que en corridas de nombre se utilizó por entonces la plaza de la Corredera, fué en el año de 1812, cuando se publicó la Constitución, porque después, en 1815, se construyó otra en el Campo de la Merced, inaugurada en 9 de Septiembre, que tenía doscientas cuarenta varas de andamios, y otras tantas ventananas altas y bajas, siendo



PLAZA DE TOROS DE CALATAYUD

pertenece, empezó á edificarla en 1885, y la estrenó en 3 de Julio de 1887. Caben en los tendidos 11.500 personas, y en las gradas y palcos que componen el segundo piso, 1.500.

Castroverde.—Construída y estrenada en 1894.

Cazalla de la Sierra.—Es de mampostería, ladrillo y madera; pertenece al Ayuntamiento, consta de un sólo piso con 4 800 localidades, y se estrenó en 20 de Junio de 1878.

Ciudad Real.—Se construyó en 1844, casi al mismo tiempo que la de Almagro, y se celebran en ellas un par de corridas al año, con buen ganado generalmente. Pertenece á una Sociedad, y caben en el primer piso 5.000 espectadores, y unos 1.500 en el segundo.

Ciudad Rodrigo.—Es de madera, de propiedad particular, y con dos pisos para 6.000 espectadores.

Constantina.—De propiedad particular; fué construída con pizarra, tierra y madera, y con dos pisos para 3.204 espectadores.

Consuegra.—Pertenece á los vecinos de la población; tiene dos pisos para 4.100 localidades, y está construída con piedra y madera, destinándose á novilladas.

Cobnénar Viejo.—En 1890 empezó á construirse por acciones esta plaza, que fué estrenada en 1891. Es de poca importancia.

Córdoba.—La cuna de tantos y tan buenos toreros, no podía estar sin una plaza de toros digna

su forma ochavada, ó sea con ocho rincones ó chaflanes. Esta se deshizo en 1820, y en 1827 se construyó otra, que derribaron en 1834. Para evitar que estas plazas, que bien pudiéramos llamar provisionales, desapareciesen tan á menudo, se reunieron varios aficionados, y constituidos en sociedad, concibieron y llevaron á efecto el proyecto de edificar un circo nuevo, sólido y duradero, en 1846, en que caben 10.523 personas, en la forma siguiente: 4 471 en el primer piso; 3.459 en el segundo, y 2.597 en el tercero.

Corella.—De propiedad particular y con 4.000 localidades, es de mampostería, ladrillo y madera.

Cortegana.—Propia de una compañía, es de mampostería y madera con capacidad para 2.000 espectadores y está llamada á desaparecer en breve por estar enclavada en terreno de expropiaciones.

Coruña.—Tiene una plaza elegante y sólida, de mampostería, madera, hierro y zinc. Fué estrenada en 2 de Julio de 1885; el ruedo tiene un diámetro de 52 y $\frac{1}{2}$ metros y caben en los tendidos 5.496 personas; en las gradas 2.499; en la andanada 720 y en los palcos 1.312, constando además de buenas y completas dependencias.

Cuenca.—Es de piedra, ladrillo y madera; consta de dos pisos con 5.000 localidades y se estrenó en 3 de Junio de 1848.

Daimiel.—Es propiedad de D. Juan Vicente

Tual, está construida con mampostería y madera, y consta de un solo piso en que pueden colocarse 4.500 personas.

Denia.—Empezó á construirse en 1889, con capacidad para 8.000 personas y se ha estrenado muy recientemente.

Don Benito.—Tuvo una plaza que era de madera, de construcción movable, con tornillos para poderla desarmar, capaz para 6.000 personas y con tres pisos, pero fué destruída por un incendio el día 30 de Agosto de 1889.

Ecija.—Perteneciente á una sociedad industrial; es de ladrillo, hormigón y madera, caben en ella 10.000 personas. Fué restaurada en 1889.

Escorial de Abajo.—Es de propiedad particular, dedicada á novilladas; consta de un piso con 3.000 localidades y hace años se viene pensando en concluirla con palcos ó gradas. Son los asientos de piedra del país.

Figueroas.—De mampostería y madera; fué estrenada en 4 de Julio de 1886, con 1.500 localidades y sólo para novilladas. Después se ha construido otra de mejores condiciones y capaz para 7.000 espectadores, que se inauguró el 3 de Mayo de 1891.

Fuente del Maestre.—Es propiedad del Ayuntamiento, que la tiene bastante deteriorada; caben en ella 2.000 personas y no tiene barreras sino burladeros.

Fuente-Heridos.—La construyó con cal y canto D. José Tinoco de Castilla para 2.000 espectadores.

Gandía.—Es de dos pisos para 5.000 espectadores en cada uno, y fué estrenada el 16 de Octubre de 1881.

Gaucaín.—Consta de dos pisos con 6.000 localidades; es de fábrica y madera y se estrenó en 11 de Octubre de 1881.

Gijón.—Construida por acciones, es una copia de la de Madrid tanto en el orden de arquitectura como en la distribución de localidades. Es de piedra, ladrillo y hierro; el ruedo mide 50 metros de diámetro y está pintada la barrera con los colores de la bandera mercante de Gijón que se compone de cuatro fajas amarillas y dos encarnadas y caben en todo el edificio unas 12.000 personas: costó cuarenta mil duros y fué estrenada el día 13 de Agosto de 1888. Débense los planos de tan bonito edificio al arquitecto D. Ignacio Velasco.

Granada.—Esta bella ciudad no ha querido privarse por mucho tiempo de ver en su recinto corridas de toros. Como hemos dicho, en Septiembre de 1876 desapareció la plaza que tenía esta población, y desde entonces no se dejó de trabajar hasta conseguir la construcción de un anfiteatro digno de la capital del que fué reino árabe. Encargado del levantamiento de planos el inteligente

arquitecto Sr. Losada, meditó un proyecto, que desde luego llamó la atención por su elegante aspecto y bien distribuida localidad en todas las dependencias. El orden de su arquitectura es del Renacimiento. Tiene ocho tendidos y otras tantas gradas, y sobre éstas los palcos, de los cuales tres son de doble capacidad, destinados uno á la autoridad, otro á la maestranza y otro á la empresa constructora. Además de los sesenta y cinco palcos restantes, hay por asientos lo que llamamos andanadas. El redondel mide 52 metros y se estrenó en 3 de Abril de 1880. Es de mampostería, ladrillo y madera, y propiedad de D. Pedro Alvarez Moya.

Guadalajara.—En 28 de Noviembre de 1859 la sociedad formada en dicha ciudad para construir una plaza de toros, compró á D.^a Carmen Ruiz, viuda de D. José Lope Molina, una tierra en las afueras de aquélla, donde llaman las Cruces, frente á los dos caminos, de caber diez y ocho fanegas de éstas vendió á los seis meses unas trece fanegas; y en el terreno restante se edificó una bonita plaza, con tendidos y gradas de fábrica, capaz para unas 4.000 personas, donde al año se celebran algunas, aunque pocas, corridas de toros. Hoy es propiedad de D. Narciso González.

Haro.—Construída con mampostería, ladrillo y hierro, caben en ella 9.600 espectadores; de ellos 7.400 en los tendidos. Es sólida y alegre se estrenó en 2 de Junio de 1876.

Hellín.—De propiedad particular, consta de dos pisos y caben en ella 6.000 personas: es de sillería, hierro y madera.

Huesca.—Es de piedra, ladrillo y madera, con tres pisos para 7.960 localidades y es de propiedad particular.

Jaén.—Propia de D. Tomás Pérez y Pérez, construída con piedra y hierro, tiene dos pisos para 6.500 localidades.

Játiva (San Felipe de).—Caben en ella 8.000 espectadores; tiene tendidos, gradas, palcos y andanadas, y es de piedra, madera y hierro y se estrenó el 15 de Agosto de 1887.

Jerez de los Caballeros.—De piedra de morteruelo y ladrillo, propia de D. Joaquín Romani; consta de dos pisos con 5.800 localidades.

Jerez de la Frontera.—Constaba de dos pisos y una gran azotea con 11.676 localidades. Era propia de D. Manuel Bertamati, la estrenó Montes el 7 de Junio de 1840 y tenía buenas dependencias. Un violento incendio la consumió en 16 de Agosto de 1891 y ha sido reedificada en 1894.

Jijona.—De propiedad particular, está construída con mampostería y madera, tiene un solo piso con 2.000 localidades y no está completamente concluída.

Jumilla.—Propia del Ayuntamiento, es de mam-

postería y consta de dos pisos con 3.900 asientos.

Iérida.—En su plaza, que es de madera, y en cuyos dos pisos no pueden acomodarse más de 600 personas, se dan muy pocas corridas de toros.

Linares.—De piedra, hierro y madera, es propiedad de D. Luis Villanueva; caben en ella 10.500 personas repartidas en los tres pisos de que consta.

La Línea.—Fué estrenada en 1883, gastando en la construcción, su dueño D. José Cayetano Ramírez, setenta y cinco mil duros. Es de piedra, ladrillo, hierro y madera; tiene dos pisos para 6.000 localidades con buenas dependencias.

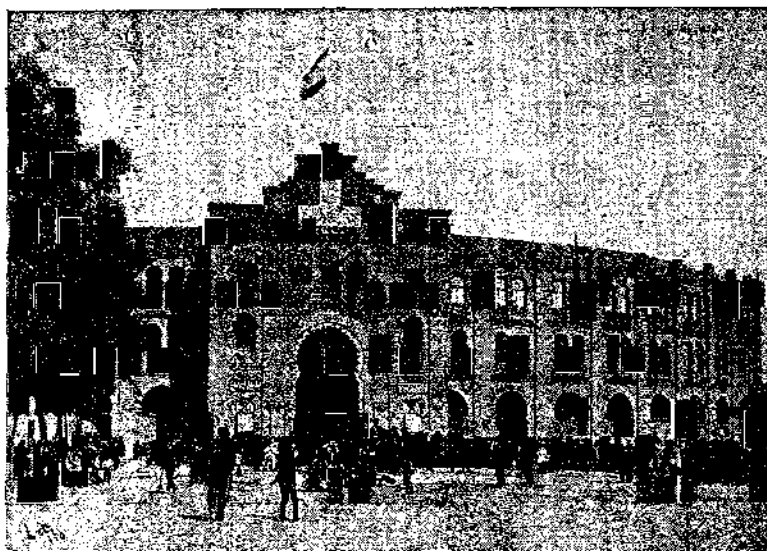
Logroño.—Esta importante capital de provincia no ha tenido plaza de toros de carácter permanente hasta después del año de 1862. Antes de esta época, y desde fecha remota, construíanse allí plazas de madera, donde anualmente se celebraban corridas de toros con gran concurrencia de vecinos de aquel pueblo y de todos los comarcas, que dejaban pingües ganancias á las Empresas. Pero llegó el año de 1860, y con motivo de no tener la plaza edificada toda la amplitud necesaria para dar entrada y salida á las gentes que ocuparon gradas y palcos, puesto que solo tenía dos escaleras, se hundió una de éstas, y fué grande el número de lesionados que resultaron. Entonces se pensó en construir una de fábrica y de gran solidez; se emitieron acciones, que se buscaron con empeño, y se dió principio á las obras, calculando que los productos que rindiera tan soberbio edificio habrían de dar un rédito elevado con relación al capital empleado. Se hizo toda de piedra, con amplios asientos y extensas localidades, hasta el punto de poder contener muy cómodamente más de 11.000 espectadores; y sin embargo, la utilidad de los accionistas fué desde entonces escasa, no correspondiendo á sus esperanzas ni al desembolso de cerca de noventa mil duros que costó el circo. Y es que antes de aquel año no estaban construídas las vías férreas, por las que tan fácilmente se trasladan á Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Pamplona y otros puntos los que antes concurrían solo á aquella plaza, y ahora visitan aquellos pueblos por menos dinero tal vez del que antes gastaban para ir á Logroño. Se dan al año en esta plaza dos corridas de toros de primer orden por las mejores cuadrillas, á fines de Septiembre.

Loja.—Propia de D. Rafael Molina; caben en ella unas 8.000 personas, es de ladrillo y fué estrenada en 24 de Febrero de 1878.

Lorca.—Plaza de poca importancia; caben en ella unas 8.000 personas.

Madrid.—La soberbia plaza que hoy tenemos en la capital de España fué cambiada ó permutada por los terrenos que ocupó la vieja, inmediata á la puerta de Alcalá, cediéndolos la Diputación al rematante en subasta D. José de Salamanca, que á su vez traspasó el negocio á D. Manuel Salvador López, el cual la ha edificado en el sitio designado en el remate, afueras de dicha Puerta de Alcalá, á la derecha del antiguo camino de Aragón, que hoy es continuación de la calle de Alcalá, á unos tres kilómetros del centro de Madrid. Se estrenó en 4 de Septiembre de 1874 y caben en ella cerca de 14.000 personas.

Es el edificio, interior y exteriormente, de arquitectura árabe en toda su pureza, con sus preciosos adornos y elegantes festones, concediendo los inteligentes tanto mérito á las bóvedas sobre que están los tendidos, como al resto de la construcción. Esta es toda de ladrillo, piedra y hierro;



PLAZA DE TOROS DE MADRID

y aunque no es posible dar en este libro una descripción detallada de tan soberbio edificio, diremos que constan los diez tendidos de diez y siete filas de asientos, comprendiendo en ellas las barreras y contrabarreras. Las gradas cubiertas, que son otras diez, tienen cinco filas, además de las delanteras, y encima están situados ciento diez y ocho palcos, además del palco real. La enfermería, caballerizas, desolladeros, guarnés, capilla, corrales, chiqueros y demás dependencias, son todas cómodas, espaciosas y bien entendidas; y puede decirse con seguridad que los señores Alvarez y Ayuso han hecho una obra perfecta en cuanto cabe en la inteligencia humana. La planta de la plaza ocupa un polígono de sesenta la-

dos de 52,50 metros de radio, con un pabellón que le sirve de entrada principal, mirando á Madrid, que forma un cuerpo separado, así como el destinado á las dependencias ya mencionadas. En dicho pabellón admirase un portalón soberbio, de arquitectura estilo mudéjar, como toda la plaza, cuya altura es de 11,50 metros, que termina en un airoso arco festoneado, de grande efecto, ostentando también un magnífico techo artesonado, labrado de bellísimas labores árabes. La altura de la fachada exterior es de 15,62 metros, contando dos hiladas de piedra sillera de 0,67 cada una, las cuales les sirven de zócalo, y divídense en tres cuerpos, que guardan entre sí la más perfecta y cabal armonía. El primero, ó sea la planta baja, lo forman dos galerías de circulación, á las que dan, para mayor comodidad del público y el mejor servicio de la plaza, doce puertas de 5,50 metros de alto por 3 de ancho. Dichas galerías, sobre las que hay otras dos que conducen respectivamente á palcos y gradas, tienen 4,50 metros de ancho la primera y 3,40 la segunda, siendo la altura de ambas de 7 metros y recibiendo la luz por sesenta arcos de 5,50 metros cada uno por 2,50. Las gradas y palcos están divididos por doscientas cuarenta magníficas columnas de hierro, y toda la plaza está cubierta de teja árabe, combinada á cordones blancos y negros, produciendo muy buen efecto. El diámetro del redondel es de 60 metros, y el callejón de la barrera 2,10 de ancho, y en todo el circo caben muy cómodamente 12.534 personas, habiéndose aumentado las localidades luego en más de 800, y aunque provisionalmente y solo para las funciones reales de 1878, hasta el número de 16.000. Llamán extraordinariamente la atención de los entendidos las cimentaciones de la obra, á las cuales conceden el mayor mérito de ésta; sobre pilas y arcos de ladrillo, que ascienden á doscientos sesenta, de 2,3 y 3½ metros, y algunos hasta de 9 metros, están construidas las dependencias; y sobre magníficas bóvedas, colocadas sobre los muros radiales, están construidos los tendidos con la solidez que les dan aquéllas, que son elipsoidales cónicas, admirablemente hechas y de distintas alturas, puesto que la diferencia de nivel en la cimentación es aproximadamente de unos 10 metros. El aparejador don José Morón, si no la tenía ya, se creó una envidiable reputación al secundar tan hábilmente los planos de los Sres. Alvarez y Ayuso. El Sr. Alvarez Capra es Académico de número de la de Nobles Artes de San Fernando, Jefe superior honorario de Administración y diputado á Cortes en varias legislaturas. El Sr. Ayuso falleció en Madrid hace ya seis años.

Antes, en fines de 1849, la brillante sociedad taurómaca, titulada «El Jardínillo», hizo construir en el sitio que hoy ocupa, poco más ó menos cer-

ca, el palacio del conde de Finat, una bonita plaza de madera, con sólo gradas cubiertas, que daban cierto carácter aristocrático á la reunión. Esta plaza duró tres años escasos.

En 1851, junto al parador de San José, calle de Alcalá, antes de llegar á la estatua de Espartero, y á su izquierda, erigió otra bonita plaza la Sociedad «Lid taurómaca», con tendidos y gradas, mucho más capaz que la anterior. También desapareció á los pocos años.

Poco más allá de ese terreno, se edificaron en 1861 los edificios de los «Los Campos Elíseos», y entre ellos una plaza de capacidad para 3.000 personas, y en la cual vimos torear de noche, con luz de gas, toros de Veragua, por la cuadrilla de Cayetano Sanz. A los pocos años desaparecieron los «Campos Elíseos», con todos sus edificios.

Luego, en el mismo sitio que ocupaba la anterior, construyeron otra igual, que á los diez años fué extinguida por un incendio (Julio 1881), y otra edificada en el barrio de Tetuán, ha desaparecido por abandono. De modo que hoy, á más de la principal, sólo hay otra, como para 4.200 almas, enfrente del puente de Vallocas, término de este pueblo, que explota una empresa particular. Es de ladrillo, madera y hierro; el redondel tiene 37 metros de diámetro, y fué estrenada en 29 de Septiembre de 1884. No se lidian en ella más que becerros, y puede decirse que es la escuela de aprendizaje.

Madridijos.—Su plaza es de tierra, y se construyó en treinta y siete días, horadando un circuito, y haciendo en él con azada un graderío, sobre el cual pusieron baldosas. Capaz para 3.000 personas, y de propiedad particular; es posible que ya no exista.

Málaga.—Como toda ciudad importante de España, esta hermosa población de Andalucía ha tenido en su recinto diferentes plazas de toros, de las cuales, gracias al inteligente aficionado Sr. Ramírez Bernal, podemos dar los siguientes detalles:

Después de un prolijo examen de documentos antiguos, no hay más antecedentes sino que en 1646 ya se verificaban por el mes de Septiembre corridas de toros en la *Plaza de las Cuatro Calles*, hoy de la Constitución. En ellas se hicieron fiestas Reales, cuando sucesos de la mayor importancia por la monarquía las demandaban; en ella rompieron lanzas y cañas nuestros aristócratas; en ella rejoyearon á la española fuclitos varones, tan esforzados como linajudos, y en ella, por último, y en 1839, se lidiaron novilladas con pretextos tan populares como el famoso abrazo que en Vergara diéronse Espartero y Maroto, como en celebración de días y cumpleaños de nuestros monarcas.

Pero esto que no revestía más que el carácter político, era insostenible por cuanto que la ocupación para tales fiestas de la plaza pública, produ-

cía el natural trastorno, y así que tenía que ser cosa transitoria el armado y desarme de graderías, toriles, etc. etc. No consta la fecha, pero puede presumirse que sería allá por el año de 1780, cuando se erigió en terreno junto al Convento del Carmen, una plaza de toros de madera, tosca y aprovechable sólo para dar corridas, con capacidad para cuatro ó cinco mil almas.

Ignórase la fecha en que se destruyó este edificio, mas una copla popular ha llegado á nosotros, que decía:

La plaza de toros del Carmen
se está cayendo,
el Cándido y Pepe Ilo
la están teniendo.

Lo cual demuestra que en esta plaza trabajaron las notabilidades de la época, inclusive los Romeos, que por ser hijos de la provincia y hallarse bien quistos y protegidos de los malagueños; consta en carteles de entonces sus nombres.

En sustitución de la plaza citada infiérese que se edificara la de la Pescadería, esto es, la inmediata á la orilla del mar por poniente y próxima á los almacenes de Heredia y otros. Su dueño, el maestro carpintero Villatoso, no fué muy feliz en su empresa, puesto que sobre el edificio cayeron hipoteca y pignoraciones hasta declararse la junta de acreedores y la administración consiguiente. Desde 1817 á 1830 pudo subsistir este edificio de madera donde tan buenas corridas se dieron con excelentes ganaderías y diestros de la mejor reputación, siendo su muerte debida, según la voz pública, á la famosa influencia de la casa de Heredia que temía un incendio y que se propagase á sus soberbios almacenes de vinos.

Pero había que hacer algo ya que el público malagueño tenía entusiasmo por tales fiestas, y entonces se construyó una pequeña plaza de madera que ocupó precisamente el terreno en donde hoy está la Cárcel Pública. En ella se dieron novilladas sin mayor importancia porque ni la cabida ni el local permitían lujosos festejos y más bien los toros embolados, capeas y otros de muerte se sucedieron por pocos años ocurriendo sólo la desgracia del torero Checa que sucumbió de un bo-lazo de una res.

Para llenar el vacío que con el derribo de tal plaza se produjo, hizose otra, también pequeña, en local de la Puerta Nueva, hoy calle de la Compañía, y allí fué donde Santana, Alvarado y demás toreros malagueños, trabajaron como novilleros, manteniendo en cierto modo la afición á estos espectáculos.

Pero ni esto era suficiente al creciente vecindario de Málaga, ni podía en manera alguna servir al interés comercial de una población que ya era

de las de primer orden por su industria y su comercio, como por su situación y gran puerto.

Necesitábase un genio emprendedor, un hombre que no discutiese la cuantía de la obra y ese hombre fué D. Antonio María Alvarez, que en 1839 encomendó los planos de una gran plaza de toros al célebre arquitecto D. Rafael Mitjana. En la huerta y huerto del extinguido convento de San Francisco que por miserable suma había adquirido el Sr. Alvarez en aquellos días en que la facción de Gómez se decía casi á las puertas de Málaga, se hizo una soberbia plaza de toros, bien cimentada, grande y capaz como la requería aquella hermosa capital que se estrenó con tres memorables corridas en los días 14, 15, y 16 de Agosto de 1840, con ganado de Albarada, Gutiérrez y Saavedra y espadas Montes y Parra. A partir de esta fecha la plaza iba deteriorándose cada año, por el espíritu levantisco que la malhadada política había creado, puesto que á la menor circunstancia pagase el gasto, como suele decirse, y el pueblo desde la tercera corrida de estreno, hizo destrozos y en diversas tardes de corrida también. En evitación de estos, en 1851 hizo de cantería el tendido, achicando el redondel que resultaba extensísimo y viniendo por dicha nueva obra á resultar el terradillo al rededor de aquel, que tan buena vista dió á la plaza con tal desahogo para salir y entrar más fácilmente. Desapareció pues toda la madera quedando nueve escalones ó gradas sobre bóveda firmísima é infinidad de puertas arqueadas para la entrada por el terradillo citado donde se podía pasear y ver de pié el espectáculo, siendo esto motivo de que en casos extremos se vendiesen mayor número de entradas.

Contrariedades mil y disgustos no faltaron al dueño Sr. Alvarez que empezó explotando las corridas hasta que aburrido comenzó á cederla por funciones sacando pingüe renta.

En 1864 no había empresa y deseoso el Sr. Alvarez de que cuando menos se hiciese la corrida del Corpus, púsose de acuerdo con el malogrado Cúchares para á medias hacer el espectáculo.

Lo que sucedió entonces es para ser relatado:

Don Joaquín Alonso era el gobernador y el partido moderado estaba con las riendas del poder, temíase algo en sentido revolucionario, dada la fama bullanguera de Málaga, y el no tener el ganado de D. Vicente Romero la edad reglamentaria, según los peritos que se nombraron, dió margen á la suspensión de la corrida puesto que *Cúchares se negaba á que en los carteles se dijera que iba á matar novillos.* (1) Consecuencia de esto fué que el Sr. Alvarez anunció la venta de la plaza en dos millones, no

(1) ¡Ni más ni menos que las eminencias toreras de ahora!

hubo oferta y picado su amor propio, por si sería ó no capaz de derribar el circo cumplió su palabra privando á Málaga de un anfiteatro tan hermoso. El día 16 de Junio con general disgusto vióse que empezaba la demolición de la plaza, y á los pocos meses una calle que lleva el nombre de Alvarez, transformaba por completo el sitio donde estuvo emplazado el circo en que tan buenas corridas y tan magistrales estoqueadores se habian visto y colmado de vítores.

Véase ahora la cabida oficial de aquella hermosa plaza: 11 palcos dobles, 36 sencillos, 112 sillas altas, 485 gradillas del segundo cuerpo, 138 vallas de sombra, 5.000 entradas generales de sombra y 5.000 de sol. No obstante este detalle, en aquella plaza tenían cabida 12.000 espectadores y aprovechando el terradillo todo, hubo vez que se colocaron 14.000 personas como ocurrió en una función regia.

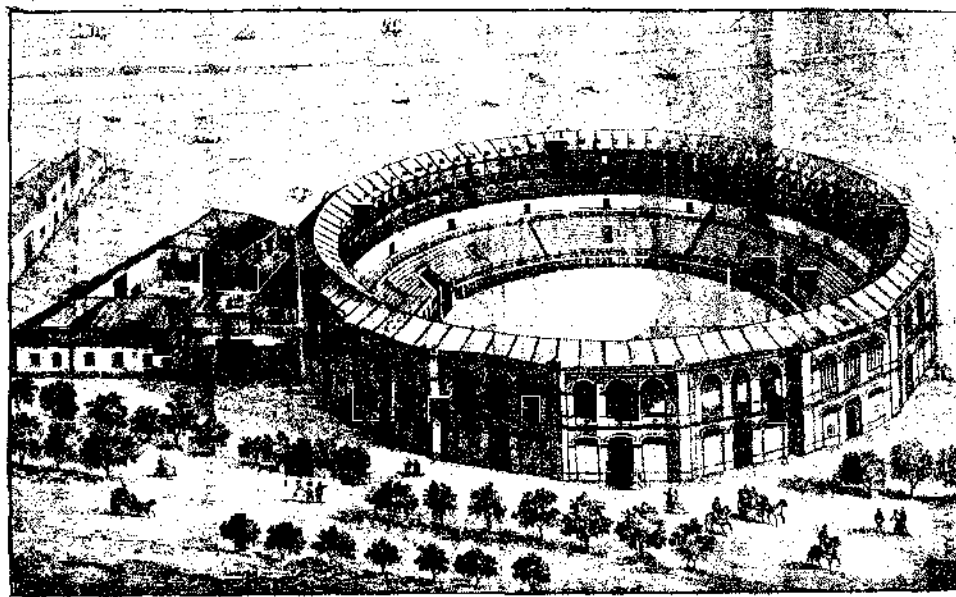
El año 1853 D. José García Muela, construyó en terreno inmediato á la calle del Cristo de la Epidemia, un circo-teatro espacioso, al que denominó *Circo de la Victoria*. En él se daban alternativamente ya funciones teatrales, ya ecuestres y gimnásticas, ya novilladas, inaugurándolo el día 5 de

Mayo del año citado, la compañía ecuestre de Mr. Tournier. Al desaparecer la plaza de toros del Sr. Alvarez, tomó aprecio este local y la sociedad taurina de aficionados que en 1864 se formó, fué el proemio, digámoslo así, de los festejos que sucesivamente prodigaron varias empresas. Como quiera que la cabida resultaba pequeña, se hizo en 1865 desaparecer todo el decorado del escenario y en este se formó un gradino de ventituna filas con lo cual se aumentó en 700 personas la cabida, colocándose tres hileras de sillas en la parte de embocadura de dicho escenario y bajo él seis chiqueiros ó jaulas para el ganado, en condiciones de mayor seguridad puesto que ya no fueron novillos sino toros los que se encerraron. En el redondel se colocaron seis burladeros y así sirvió esta plaza hasta que en 1877 se hizo inservible ya que la

nueva de la Malagueta se inauguró en 1876 y ofrecía para toda clase de espectáculos comodidades y capacidad de que carecía el circo, no muy sólido.

He aquí un detalle de la cabida: 2 palcos dobles, 28 sencillos, 75 sillas altas, 192 vallas, 60 asientos de sillas de escenario y 2.500 de entrada general. Hoy, del *Circo de la Victoria*, solo existen las paredes.

La plaza nueva de toros que bajo la dirección del arquitecto municipal don Joaquín Rucoba se edificó en terrenos de la Malagueta y paseo de Reding, es lo suficientemente sólida y bella para que sea objeto de admiración de propios y extraños. En la tarde del 15 de Junio de 1874 y hora de las cinco y media se comenzaron los trabajos abriendo la caja de cimentación, debiéndose esta obra al empeño de D. Liborio García, primer Te-



PLAZA DE TOROS DE MÁLAGA

niente de Alcalde, y al Alcalde-presidente don Pedro Alonso, así como á otros concejales que acogieron la idea con satisfacción y á la excelentísima Diputación Provincial que no tuvo inconveniente en dar su beneplácito al proyecto, suscribiendo la mitad del importe de las obras que por administración debían hacerse. El advenimiento de la monarquía de D. Alfonso XII y con él el cambio de Diputación y Ayuntamiento hizo que las obras se paralizaran inmediatamente por no querer el nuevo Alcalde, D. Francisco de Paula Sola, que se siguiesen por administración. Se inventariaron los materiales de todas clases que existían sobre el terreno, se hizo aprecio de lo hecho y agitados, diferentes medios de subastar la terminación de la plaza y desechadas cuantas proposiciones se habían hecho fuera de estos actos

oficiales, llegó el día 7 de Octubre de 1875 y reunióse la Comisión de Plaza de Toros para discutir tres proposiciones que se le habían presentado, acordándose admitir la de los Sres. Briales Hermanos y al día siguiente reanudáronse los trabajos con las garantías de depósito y precio alzado de trescientas mil quinientas veintisiete pesetas ochenta y cuatro céntimos.

La plaza ha tenido de coste novocientos diecisiete milcuatrocientos treinta y dos pesetas ochenta y cuatro céntimos y al formalizar la cuenta en 29 de Junio de 1877 aparecen incluidos en dicha suma varios accesorios por valor de cuatro mil ciento noventa y dos pesetas setenta y cinco céntimos. Este acto era indispensable puesto que el Ayuntamiento hizo pago á la Diputación con el edificio de lo que le debía á ésta, quedando por consecuencia la segunda propietaria única de la Plaza de Toros.

La plaza se inauguró con cuatro corridas en los días 11, 12, 15 y 18 de Junio de 1876, lidiándose en la primera tarde ocho toros de Muruve por las cuadrillas de Domínguez, *Gordito* y *Lagartijo*; ocho en la segunda de D. Anastasio Martín, por *Gordito*, *Bocanegra* y *Lagartijo*; seis en la tercera de D. Joaquín Pérez de la Concha, por Domínguez, *Gordito* y *Bocanegra*, y siete en la última (seis de D. Rafael Laffitte y Castro y un cuerno), por *Gordito* y *Bocanegra*, matando el cuerno Vicente Méndez (*El Pescadero*). En esta corrida ocurrió el lance extraordinario siguiente: se estaba banderilleando el primer toro, *Serrano*, cuando el maestro de toriles dió salida preparatoria al segundo toro al saltadero; de repente embistió á la puerta central de los chiqueros y sacada esta de sus goznes, salió por el callejón de la barrera *Montañés* y cogió de improviso al mozo de plaza José Ballesteros que delante de la ochava cuatro estaba mirando como banderilleaban á *Serrano*. El toro, que iba con la cabeza baja y huido, no se fijó en nada sino que tropezó con Ballesteros y siguió su viaje por dentro de barrera. El mozo resultó con dos heridas en el muslo derecho, calificadas de gravísimas por haber llegado al hueso una de ellas. Sin embargo sanó.

He aquí la cabida oficial de la plaza, según el plano publicado en 1876: Sombra. Palco de la Presidencia, 16; palcos de la Excm. Diputación Provincial y Excmo. Ayuntamiento, 66; palcos 30, á 12 asientos, 360 (hoy son 10 palcos dobles y 40 sencillos, ó medios palcos, que hacen la misma cabida citada antes); vallas, 189; sillones del terradillo, 217; sillas del primer piso, 272; gradas del primer piso, 1.134; sillas del segundo piso, 75; gradas del segundo piso, 505; tendido preferente bajo la Presidencia, 28 en cuatro filas; asientos de sobrepuerta, 12; entrada general por ochavas: ochava

primera, 567; ídem segunda, 566; ídem tercera, 677; ídem cuarta, 547.—Sol. 15 palcos, á 12 asientos, 180; vallas, 207; sillones del terradillo, 270; sillas del primer piso, 288; gradas del primer piso, 1.134; sillas del segundo piso, 165; gradas del segundo piso, 671; tendido encima del toril, 54; meseta del toril, 15; asientos de sobrepuertas, 28; entrada general por ochavas: quinta ochava, 552; sexta íd., 687; séptima íd., 760, octava íd., 761.

Por haberse puesto barandilla divisoria alta y baja entre sol y sombra, se ha variado este cuadro de localidades, resultando más localidad á la sombra que al sol, y hace ya dieciocho años que en el sol no se venden las preferencias, y todo se reduce á entrada general, habiéndose con esto perjudicado las empresas, puesto que se privan de un buen ingreso, y á la vez han hecho que el público se acostumbre á esta inoportuna medida, que sólo una mal entendida economía dictó, y hoy subsiste contra toda razón.

La plaza, en las condiciones que se encuentra, ha habido ocasión en que ha sido ocupada por 14 y 15.000 espectadores, pues el paseo ó terradillo que circunda á los tendidos, ofrece espacio para que de pie estén 3.000 personas.

De algunos años al presente, empresas codiciosas y sin ningún escrúpulo, vienen dando en esta plaza más corridas de novillos que de toros, y éstos, cuando los dan, son de desecho, aunque en carteles figuren nombres de afamados ganaderos.

El edificio se encuentra hoy muy desatendido por su propietario, la Excm. Diputación Provincial, pues es tal el destrozo causado en él, que apena el ánimo verlo y que no se gasten algunos miles de reales en repararlo como se merece.

Estos desperfectos, unos causados por el público soez, y otros por la acción del tiempo, no afectan á la solidez de tan hermosa plaza, cuyos muros y herrajes son muy suficientes á desafiar á los siglos.

Mataró.—Construida y estrenada en 1894.

Medina de Rioseco.—Es propiedad de la Beneficencia y Asilo de ancianos. De mampostería, piedra y madera. Caben en sus dos pisos 5.530 personas.

Molina de Aragón.—Construida y estrenada en 1894.

Mondragón.—Pertenece á una Sociedad. Tiene de cabida en sus dos pisos 2.260 localidades, y está construida con cantería, mampostería y madera.

Monóvar.—Tiene dos circo taurinos, uno propio de D. Valeriano Juan, y otro de una Sociedad. Constan ambos edificios de dos pisos, son de mampostería y madera, y en el primero caben 5.654 espectadores, y 3.154 en el segundo.

Montoro.—Pertenece á una sociedad. Es de mampostería y madera y su perímetro está vacía

do en el terreno. Ocupan sus dos pisos 6.500 localidades y apesar de estar construida hace pocos años se halla en muy mal estado.

Mora.—De piedra, ladrillo y madera, caben en el único piso que contiene unas 3.000 personas.

Mula.—Construida é inaugurada en 1894.

Murcia.—Tiene dos plazas; en la vieja, construída de piedra, ladrillo y madera, caben en sus tres pisos 7.700 personas. En la nueva, de que es propietaria la Sociedad Cooperativa de Empleados, entraron para su construcción: sillería, piedra de Lorca, mampostería, ladrillo, hierro, madera y zinc. Consta de tres pisos, el de tendidos para 11.000 localidades, el de gradas que es el segundo para 3.000 y el tercero, con igual número, para palcos y andanadas. El redondel tiene un metro menos de diametro que el de la plaza de Madrid y su parte exterior es muy parecida al de esta. Contiene excelentes dependencias y los planos y dirección de la obra son debidos al arquitecto D. Justo Millán, verificándose la inauguración el día 6 de Septiembre de 1887, sin estar aún terminadas las obras.

Navalmorales.—Propia de D. Julián Martín y capaz para 2.500 espectadores, está construida de piedra, tierra y ladrillo y destinada á novilladas.

Novelda.—Propia de la sociedad taurina, tiene dos pisos en que pueden colocarse 5.300 espectadores; es de mampostería y madera y se estrenó el 19 de Junio de 1889.

Olivenza.—Pertenece á una sociedad, es de mampostería y madera y consta de dos pisos con 5.540 localidades.

Olot.—Construída por acciones hace algunos años, tiene 1.500 localidades, un solo piso y es de mampostería y madera. Se halla en muy mal estado.

Oviedo.—Tuvo una plaza de madera para 11.000 espectadores que fué estrenada en 28 de Septiembre del año 1875 y desapareció á poco tiempo. En 1888 acordaron varios vecinos de la población construir otra por acciones con un presupuesto de treinta mil duros y comenzadas las obras inmediatamente fué inaugurada el 5 de Agosto de 1889. Caben en ella 11.000 espectadores; tiene tres pisos y es de piedra, mampostería, hierro y

madera, y contiene muy buenas dependencias.

Palencia.—De construcción antigua, es propiedad de varios accionistas. Consta de tres pisos y caben en los tendidos 5.317 personas, 2.493 en gradas y andanadas y 160 en los doce palcos que contiene. Es de piedra, ladrillo y madera.

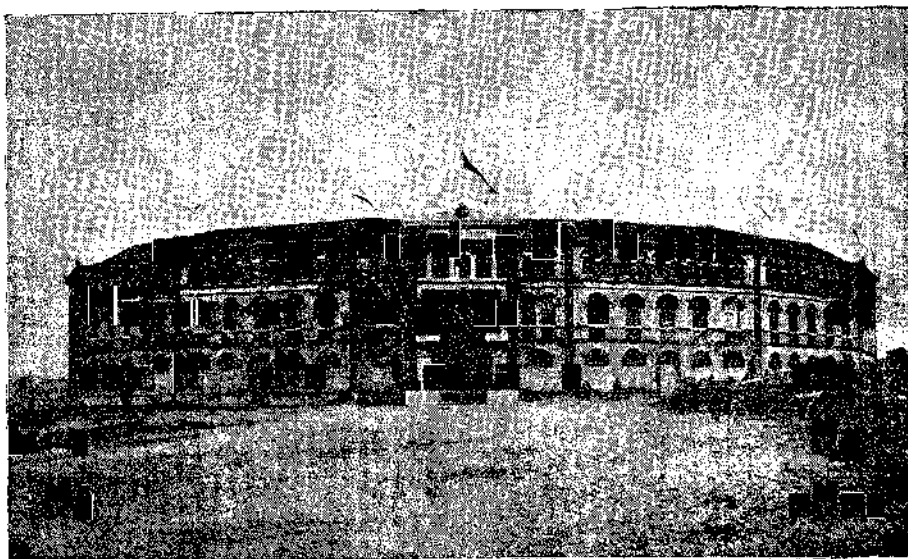
Palma de Mallorca.—Está enclavada en el baluarte de Jesús y es de propiedad particular; fué construída con piedra del país llamada piedra fría, hierro y madera y en los tendidos, gradas y ochenta palcos caben 9.500 personas. Tiene nueve puertas y por la parte exterior forma un polígono de cuarenta y un lados. La dirigió el arquitecto don Antonio Sureda y Villalonga y se estrenó el día 24 de Junio de 1865.

Pamplona.—Es propiedad del Ayuntamiento y en su construcción entraron piedra, ladrillo, hierro y madera. No tiene más que dos pisos con 9.134 asientos y siempre los productos de las famosas corridas que allí se celebran en Julio de cada año se destinan á la Casa de Misericordia.

Pastrana.—La plaza de este pueblo de la provincia de Guadalajara es de mampostería y madera con un solo piso para 3.500 localidades y de la propiedad del Ayuntamiento. Se estrenó en 5 de Junio de 1885.

Plasencia.—Pertenece á una sociedad y fué edificada sobre macizo con cal, canto y madera. Tiene dos pisos para 7.000 localidades y se estrenó, aunque sin terminar las obras, el 18 de Junio de 1882.

Puerto de Santa María.—La plaza que en nuestro concepto ha tenido peor sino para los toreros en todos tiempos fué la de esta ciudad, que desapareció en Julio de 1877. Allí murió José Cándido, y perecieron los picadores Puerto y Payán; y entre

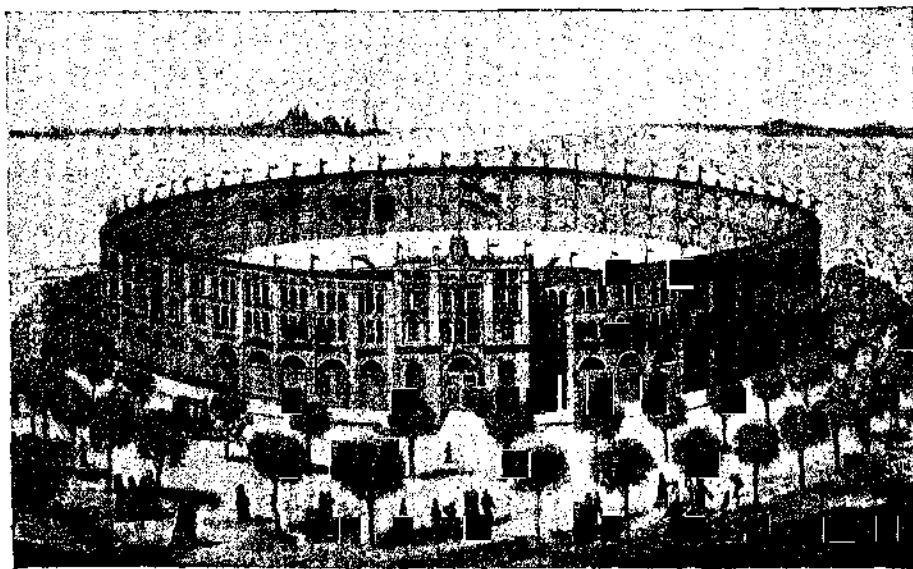


PLAZA DE TOROS DE OVIEDO

otras desgracias, acaeció en ella la del bravo Manuel Domínguez, que sufrió la gran cogida que le privó del ojo derecho; pues aunque es verdad que no fué precisamente en el mismo lugar donde acasieron todas esas desgracias, en las plazas de toros que tuvo el Puerto ocurrieron. Esa que desapareció, fué estrenada el día 4 de Junio de 1843 y la destruyó un incendio. La nueva, que se inauguró el 5 de Junio de 1880, es magnífica, pertenece á una sociedad anónima; tiene tres pisos, los tendidos son de piedra; las delanteras, columnas y travesaños de hierro, en el primer piso se halla el palco presidencial, sobre éste el de los Reyes y á los lados los del público. Caben en la plaza 12.186 personas, pudiendo acomodarse sin violencia hasta 15.000. De mampostería, ladrillo, madera

lidad, y que la parte destinada á encierro, corrales y chiqueros mirase á Levante, que sobre tener más ventajas para el efecto, ofrece menos riesgos que los que la vieja plaza ocasionaba; y marcaron para la planta del edificio la forma de cinco coronas poligonales, regulares y concéntricas de sesenta lados, que, como va indicado, afecta en el interior una circunferencia de 60 metros de diámetro y en el exterior 99,30, con más un cuerpo saliente de 14,30 de longitud y 5 de resalto que constituye el pabellón central, y otro que mide al frente 25 metros y avanza 7 sobre la línea del polígono externo que se destina á corrales. La fachada exterior se compone de lienzos de 5,20 metros de longitud, correspondiente cada uno á un lado del último polígono: fajas horizontales acusan en

estos lienzos los tres pisos en que la plaza se divide. En los entrepaños del bajo figuran arcadas de 2,80 metros de anchura, y en los pisos primero y segundo tres ventanas agrupadas de 0,80 en cada uno de ellos, limitando todos los huecos por arcos de medio punto que se apoyan en estribos ó machones. No se ajustaron los Sres. Carderera y Pardo, ni subordinaron su plan á ningún género arquitectónico marcado, porque la estrechez del presupuesto á que de-



PLAZA DE TOROS DEL PUERTO DE SANTA MARÍA

y hierro, es la más alegre de Andalucía á lo cual contribuye, no poco, el color blanco de su fondo y el encarnado de sus dibujos y adornos. Tiene el redondel 30 metros de radio, la barrera 1,60 de altura por la arena y 1,20 por el callejón, que es de cerca de 2 metros de ancho, y el tendido diez y seis filas de asientos; y en la distribución de corrales y demás dependencias se ha atendido con cuidado á una buena y acertada dirección.

Empezaron los arquitectos constructores, don Mariano Carderera y D. Manuel Pardo, por fijar la cota del centro del redondel á 6,66 metros sobre la baja mar de equinoccio, con objeto de disminuir las excavaciones y no hacer muy grande la altura aparente del edificio; diéron al redondel 60 metros de diámetro; fijaron el frente principal del edificio, no por donde antes le tenía, sino por la desembocadura de la calle de Uriarte, consiguiendo con esto más natural colocación, mayor visua-

lidad, y que la parte destinada á encierro, corrales y chiqueros mirase á Levante, que sobre tener más ventajas para el efecto, ofrece menos riesgos que los que la vieja plaza ocasionaba; y marcaron para la planta del edificio la forma de cinco coronas poligonales, regulares y concéntricas de sesenta lados, que, como va indicado, afecta en el interior una circunferencia de 60 metros de diámetro y en el exterior 99,30, con más un cuerpo saliente de 14,30 de longitud y 5 de resalto que constituye el pabellón central, y otro que mide al frente 25 metros y avanza 7 sobre la línea del polígono externo que se destina á corrales. La fachada exterior se compone de lienzos de 5,20 metros de longitud, correspondiente cada uno á un lado del último polígono: fajas horizontales acusan en

estos lienzos los tres pisos en que la plaza se divide. En los entrepaños del bajo figuran arcadas de 2,80 metros de anchura, y en los pisos primero y segundo tres ventanas agrupadas de 0,80 en cada uno de ellos, limitando todos los huecos por arcos de medio punto que se apoyan en estribos ó machones. No se ajustaron los Sres. Carderera y Pardo, ni subordinaron su plan á ningún género arquitectónico marcado, porque la estrechez del presupuesto á que de-

bían atenerse no les hubiera consentido desarrollar convenientemente las exigencias de un estilo preconcebido, y por lo mismo se atuvieron á la base de una decoración artística que pone de relieve un buen sistema de construcción arquitectónica.

Quintanar de la Orden.—La plaza de esta villa está vaciada en el terreno, y construida con piedra y madera. Tiene un sólo piso, con 4.500 localidades, y fué estrenada el 26 de Septiembre de 1879. Es propiedad de D. Pascual Dávila.

Requena.—Consta de 2.446 localidades; pertenece el terreno sobre que está construida, á D. José Hernández, y la madera á otros interesados. Está situada en el interior de la población.

Ronda.—Está construida en la calle de San Carlos, y en el último tercio del siglo pasado, por la Muestranza de caballería de dicha ciudad, cuna de célebres toreros, y á que dió nombre con su

escuela de torero inmejorable, el gran Pedro Romero. Es de cantería y madera, y consta de dos pisos con cabida oficial para 5.000 personas, que puede elevarse en casos determinados hasta 7.000. Se halla en mediano estado de conservación.

Rio Tinto.—Se estrenó en 12 de Agosto de 1882. Caben en ella 10.000 espectadores, y consta de dos pisos.

Sabadell.—Es de madera, y propiedad de una Sociedad anónima. Consta de un piso con 3.500 localidades; se estrenó en 2 de Agosto de 1885, y está llamada á desaparecer, por estar incluida en terrenos cuya expropiación está acordada por el Ayuntamiento.

Salamanca.—La nueva y magnífica plaza que han inaugurado en 11 de Septiembre de 1893, los diestros Mazzantini y Torerito, es de lo más hermoso que se ha construido en edificios de esta clase. Está situada á 500 metros de la población, entre dos carreteras que se bifurcan en el antiguo paseo de la Glorieta; es circular, si bien la fachada afecta la forma de un polígono regular de sesenta lados, aunque sólo presenta cuarenta y cinco, porque los restantes están ocupados por siete pabellones para puertas de entradas, y ocho escaleras para pisos superiores. El redondel es de 54 metros de diámetro hasta la barrera; la contrabarrera tiene un diámetro de 58, y el muro exterior del tendido de 76, correspondiendo el de 88 al círculo del muro de fachada, fuera del cual tiene el servicio de encierro, apartado, caballeriza, patios y corral. Al ruedo se entra por tres puertas: la principal y dos laterales. El tendido, de 9,20 metros de anchura, tiene catorce filas de asientos; las gradas cuatro filas y una delantera, con piso de separación; ciento veinte columnas de hierro sobre el muro exterior, y ochenta y dos sobre la fachada, sostienen el segundo piso, formado como el primero con trescientas sesenta viguetas de acero roblonadas, y bovedillas de ladrillos y yeso cubiertas por una capa de cemento, hallándose en este segundo cuerpo veintisiete palcos, y el resto destinado á gradas como la del piso inferior. Los intercolumnios del exterior, llevan balaustradas en el primer piso de ladrillo y en el segundo de hierro, resultando una disposición en extremo original, única en circos taurinos, que permite á los concurrentes observar las avenidas de la plaza, y gran parte de la ciudad. El último piso, con otras tantas columnas, recibe la cubierta del edificio, formada de madera y teja, llevando cada intercolumnio al interior y al exterior un arco de medio punto, también de hierro, rematado con elegantes cornisas. La cabida de la plaza es de 5.839 personas en los tendidos; 2.722 en las gradas, y 2.297 en los palcos y andanadas, que forman un total de 10.858.

Ha sido construida por una Sociedad anónima,

compuesta de comerciantes, industriales y propietarios, por acciones de quinientas pesetas, y el proyecto de construcción le autorizó el ingeniero y arquitecto D. Mariano Carderera, de acuerdo con el ingeniero D. Gumersindo Canals, que en su estudio ha tenido principalísima parte.

Había otra plaza propia de D. Ramón Solís, construida con sillería y madera, con dos pisos y 7.160 localidades, que fué estrenada el 16 de Abril de 1865.

San Fernando.—Propia de D. Anacleto Sánchez Lamadrid. Empezó á edificarla en 1863 y aun está sin terminar. Es de piedra y madera y caben en ella 5.000 espectadores.

San Roque.—Esta bonita y elegante plaza, cuya construcción no obedece ciertamente á ningún orden arquitectónico fijo, fué edificada por una sociedad de estos vecinos y algunos de Gibraltar que se formó al efecto en el año 1850.

En su construcción se emplearon cerca de tres años y medio, por efecto de algunas disidencias habidas entre la Junta directiva de la Sociedad y el maestro que la dirigía, dando por resultado aquellas la salida del dicho maestro y la paralización de la obra por más de un año.

Reanudada ésta bajo la acertada dirección de otro maestro de obras, D. Juan Leal, siguió ya su natural curso sin interrupción hasta 1858, en cuya época se inauguró como diremos después.

Formada la sociedad para la creación del circo taurino, se acordó que la obra se hiciera por acciones de á mil reales cada una, y posteriormente se amplió por necesidad á cuatrocientos cincuenta reales más. El número de acciones fué el de ciento noventa y dos.

El perímetro que ocupa es de 2.820 metros superficiales, de los cuales la arena ó redondel se compone de 1.840.

Dícese que al hacerse la medición y señalamiento del terreno hubo una equivocación, y después de hechos los cimientos se notó que quedaba pequeño el redondel destinado á la lidia; falta que ya no pudo subsanarse.

Consta de dieciseis ochavas y tiene dos cuerpos. El bajo está compuesto de gradas macizas de piedras y tierra todas ellas y cubiertas de losas de piedra, lo cual le hace de una solidez eterna. El superior se compone también de gradas de madera en el centro, con columnas de piedra blanca, balcones de hierro, y siendo todas sus paredes de cal y canto y cubierta de tejas.

Tiene palco para la Autoridad local, otro para los Generales de Algeciras y Gibraltar, á quienes se invita para las corridas de la feria.

Su localidad se compone de *vallas, tertulia, sillones y delanteras de balcón* como preferencia; *gradas ó tendidos* de piedra en el piso bajo, é *idem* de

madera en el superior, y su cabida en toda ella es de 6.300 almas.

Anejo á la dicha plaza, y en sus corrales, se construyó en el año de 1867 el matadero público que arrendó la sociedad al Ayuntamiento, prestando con esto un servicio grande al público, que vió desaparecer del centro de la población el antiguo matadero.

El coste total de las obras hasta agotarse el importe de la emisión de las acciones, fué de doscientos setenta y ocho mil cuatrocientos reales, más cuarenta mil reales que hubo necesidad de pedir con la garantía del presidente y vicepresidente de la sociedad, y por último, treinta mil reales que se invirtieron para hacer el matadero; de modo que con otros gastos y reparos de más ó menos importancia, representa un valor aproximado de dieciocho mil duros.

Sanlúcar de Barrameda.—Propiedad de D. Francisco Picazo. Fué estrenada en 11 de Mayo de 1884. Es de un solo piso, con 3.000 localidades y de madera únicamente.

San Juan de Alicante.—De mampostería y madera; consta de dos pisos con 3.000 localidades y fué estrenada en 29 de Mayo de 1887.

San Martín de Valdeiglesias.—Pertenece á una sociedad de vecinos de la población y fué construída con piedra, cal y madera para 5.000 personas colocadas en dos pisos.

San Sebastián.

—La actual plaza de toros de San Sebastián, una de las más alegres de España, solo cuenta veinte años de existencia. El acaudalado banquero-comerciante D. José Arana, adquirió de la compañía del ferrocarril del Norte, des-

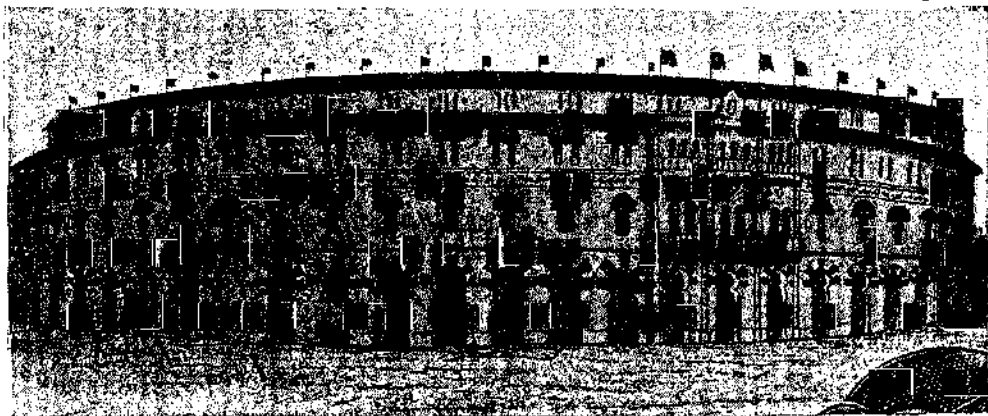
pués de terminada la última guerra civil, unos terrenos cuya superficie excede de diez mil quinientos metros cuadrados, y encargó al reputado arquitecto municipal de dicha ciudad D. José Goicoa la construcción de la plaza de toros, que se realizó con gran rapidez, empleando no solo á maestros y operarios de la localidad, sino de toda la provincia, por cuyo medio quedó terminada en el breve plazo de ventisiete días. En la tarde del 16 de Julio de 1876 se verificó la corrida inaugural con toros de las acreditadas ganaderías de Barbero y del Saltillo, estoqueados por el incomparable Salvador

Sánchez (*Frasuelo*) y Vicente García Villaverde.

El edificio está emplazado entre el paseo de Atocha y la estación del ferrocarril, lindando con ésta hasta el punto de que al llegar á ella el ganado, se hacen descender los cajones por medio de gruas, desde las plataformas á la misma puerta de los corrales. Al lado de la plaza se está construyendo actualmente una fábrica de tabacos modelo, que dicen será la primera de España.

Constituye la plaza con los corrales, desolladero y demás dependencias, un edificio completamente aislado. Tiene gran holgura para el acceso y salida del público, en puertas, escaleras y galerías exteriores, y sus localidades son cómodas, haciéndose notar el trazado de los tendidos, al que por primera vez se aplicó la teoría de la curva llamada auditiva, que ha respondido exactamente en la práctica, ofreciendo un punto de vista perfecto desde todos los asientos, sin que el espectador tenga que moverse ni violentarse para ver ningún lance, cualquiera que sea el sitio en que se verifique. Tiene, como todas las grandes plazas de España, gradas y palcos, y un último piso, llamado de sobre palco y paseo, que sirve también de desahogo para el público, pues se halla ventilado con ventanas exteriores, desde las que se abarca en espléndido y brillante panorama la ciudad, el campo y el mar.

Comprende 10.000 localidades; en su primitiva



PLAZA DE TOROS DE SAN SEBASTIÁN

construcción fué toda de madera, pero luego el tendido se substituyó por otro de piedra, las columnas interiores se hicieron de hierro y los muros exteriores de piedra y mampostería. Las grandes corridas de toros se verifican todos los días festivos del mes de Agosto y también suele celebrarse alguna corrida durante la última quincena del mes de Julio ó en la primera de Septiembre; en el resto del año se dan fiestas de novillos, aunque con poca frecuencia por la escasez de población y falta de forasteros.

Aparte de los espectáculos taurinos, se han

verificado en aquella plaza, grandes fiestas de carácter musical, entre las que merece mención muy señalada, el gran concurso internacional de orfeones, bandas de música y charangas, celebrado en 1886, el primero en España, imitado después en otras localidades y que llevó á la población el mayor contingente de forasteros que ha alcanzado. También se verificó en 30 de Agosto de dicho año una corrida nocturna con toros de Veragua, estoqueados por *Cara-ancha* y Mazzantini.

Allí se celebró aquel famoso concurso internacional de sociedades corales, músicas de armonía y charangas, del año de 1890 y, por último, el 20 de Agosto de 1891 se realizó un gran acontecimiento musical, que de tal modo puede calificarse el concierto monstruo en que tomó parte la Sociedad de Conciertos de Madrid, aumentada con profesores del Teatro Real, coros de hombres, mujeres y niños, y un juego de campanas; dirigiéndolos todos por el célebre maestro Mancinelli.

La plaza de San Sebastián, por su proximidad á Francia, tiene en los días de funciones un carácter especialísimo, y reviste generalmente excepcional interés, no solo porque el propietario Sr. Araña (de quien hablaremos en el lugar correspondiente) presenta siempre, en ella, los toros de las mejores ganaderías y los espadas de mayor renombre, sino por el público que concurre, compuesto de habitantes de aquel país, en sus tres provincias hermanas y Navarra, con sus pintorescos trajes, de la numerosa colonia madrileña que veranea en aquella hermosa ciudad, y de gran número de franceses que acuden con entusiasmo desde Bayona, Biarritz, Burdeos y París á disfrutar de nuestro incomparable espectáculo. Con las flores y mantillas blancas con que aparecen, en gradas y palcos, engalanadas las hermosas mujeres de España, forman contraste los trajes y sombreros de las elegantes francesas instaladas y confundidas con el sexo fuerte en las barreras y en los tendidos, y es muy frecuente la asistencia de príncipes y magnates y hasta monarcas extranjeros, facilitando tan grande invasión el nutrido y bien combinado servicio de trenes que de hora en hora, van llegando á San Sebastián, hasta el mismo instante de comenzar la corrida y en los que pueden regresar los viajeros en seguida que se concluya.

¡Cuánto ha ganado la ciudad con la edificación y explotación de su hermosa plaza de toros!

Antes de esta, hubo en San Sebastián las siguientes:

Una de madera en San Martín, próximamente donde está hoy el Hotel de Londres, capaz para 6.000 personas, de forma elíptica que permitía utilizarla para frontón, quitando un lado de los tendidos. Otra que, en 1870, fué construida

para 9.000 localidades, donde hoy está la actual, ardió en 1878, achacándose su incendio á los carlistas; y luego fué edificada la primeramente descrita.

Santa María de Nieva.—Propiedad de D. Pío Martín Gallego, que la hizo construir con pizarra y madera, y con capacidad, en sus dos pisos, para 4.000 espectadores.

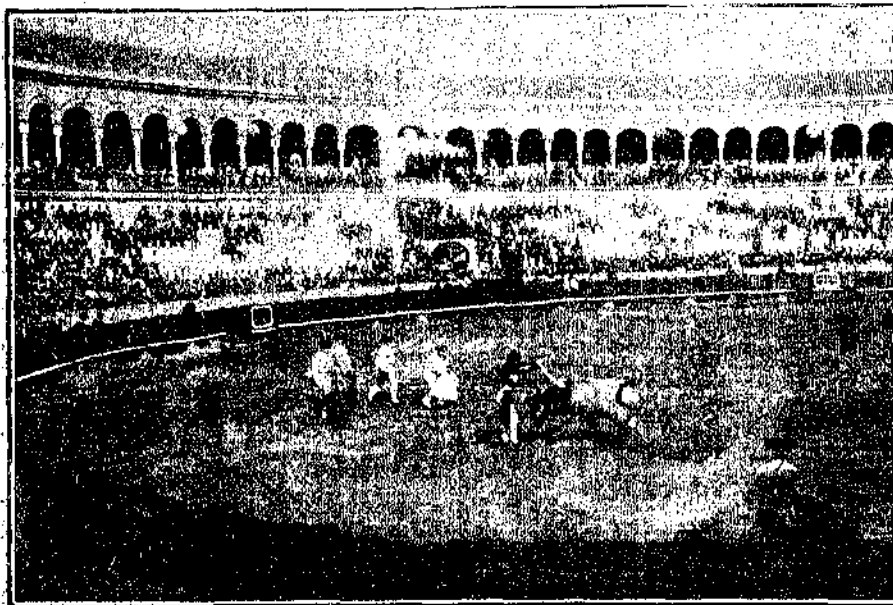
Santander.—Tiene una plaza de toros vieja estrenada el 4 de Agosto de 1859 y que ya no tiene importancia alguna desde que fué edificada otra nueva. Era capaz para 6.700 espectadores. La moderna tiene un diámetro de 51 metros y consta de talanquera 1.^a y 2.^a (barreras), tendidos, gradas y palcos. Está fabricada con gran solidez y elegancia y con todos los adelantos de la época, en cuanto á detalles; tiene capacidad para más de 11.000 espectadores y dirigió la obra D. Antonio Fernández Gallostra, inaugurándose el 25 de Julio de 1890.

Sax.—Tiene una pequeña plaza de mampostería y madera, para 1.000 localidades. Su redondel mide 21,60 metros.

Segovia.—Tiene una plaza sin terminar y en mal estado, de un solo piso, y con algunos llamados palcos de madera. Deben caber en ella 7.000 personas.

Sevilla.—Fué construída á expensas de la Real Maestranza de Caballería en el año de 1760. El redondel, á pesar de haber sufrido variación, es demasiado extenso. La construcción está incompleta; es decir, que siendo toda la parte baja, ó sea el primer cuerpo del edificio, de ladrillo y piedra, sólo tiene construído de fábrica cerca de una mitad de su segundo piso, y de madera, semejando á igual construcción, otra parte, que no completa el total cerramiento de dicho piso, el cual, de estar concluído, haría un buen efecto. El tendido tiene nueve filas, y otras nueve la grada cubierta, separando ambas localidades una barandilla de hierro, á cuyos asientos llaman balcones. En el sitio á que corresponde la puerta principal de entrada está el palco real, cuyo frente es de tres arcos con balaustrada de mármol, y enfrente, sobre la puerta del toril, hay otro palco oficial para el Municipio y otras autoridades. El olivo, ó sea la parte exterior de la barrera, se hizo avanzar al centro del redondel hace bastantes años, para quitarle extensión, por lo cual el callejón quedaba demasiado ancho, y se ideó establecer en él unos burladeros ó cajones, que son los que ocupa la gente más aficionada con preferencia. El aspecto exterior de la plaza no tiene nada de notable, si se exceptúa la entrada principal, que se compone de dos grandes columnas dóricas, sobre cuyo cornisamento se halla un espacioso balcón. Ultimamente se han hecho en

esta plaza varias mejoras de comodidad y ornato; caben en ella con bastante comodidad unas 12.000 personas; y en cuanto á lidia, es la segunda de España.



PLAZA DE TOROS DE SEVILLA

Toledo.—De piedra, mampostería y ladrillo. Situada en la parte baja de la población cerca de la fábrica de armas. Caben unas 9.000 personas.

Tudela.—Propiedad de D. Lino Franca, situada cerca de la estación del ferrocarril. Tiene forma de un polígono de cuarenta y ocho lados; es de piedra, ladrillo y madera, consta de tres pisos con 7.294 localidades que son: 3.416 en el primero, 2.232 en el segundo y 1.646 en el último. Ha sido restaurada últimamente.

Ubeda.—Propiedad de varios accionistas. Tiene dos pisos y cabida para más de 5.000 espectadores. Es de piedra y madera.

Utiel.—Pertenece á una sociedad llamada «La Utielana» que la renovó y mejoró notablemente en los años 1886 y 87, entrando en su composición piedra y madera. Tiene dos pisos con 10.238 localidades.

Valdepeñas.—Propia de D. Juan Sánchez, D. José Mompó y D. José Joaquín Santamaría. Consta de dos pisos en que caben 6.000 espectadores; es ochavada, de cemento, cal, piedra y hierro. Los corrales son pequeños en demasía.

Valencia.—Ya hemos dicho en este artículo y en la palabra MONLEÓN, lo que es y han sido la plaza que hoy tiene esta ciudad y las que tuvo anteriormente. Como datos curiosos, añadiremos que antiguamente tenían asiento por derecho propio, y por el orden que expresamos, la Real Audiencia, el Capitán General, la Inquisición, la Orden de Montesa,

la Junta de muros y valladares, la Bailía, el maestro Racional, el Gobernador, la Ciudad ó Ayuntamiento y la Diputación; que por Real cédula del Rey D. Felipe V, fecha en San Ildefonso á 29 de

Septiembre de 1739, con firmada por Carlos III en 22 de Agosto de 1762, tiene el Hospital de Valencia privilegio perpetuo para todas las corridas de toros «que se ejecuten dentro de la ciudad, en las plazas de los arrabales, y en los lugares de la particular contribución que comprende media legua»; y por último, que habiéndose sostenido cuestiones entre la Junta del Hospital y el Ayuntamiento porque éste no quería se celebrasen las corridas en la plaza del Mercado, aquélla en defensa expuso: que siendo para los pobres enfermos los pro-

ductos, debían hacerse las funciones allí, porque eran mucho mayores; que las casas del Mercado eran fuertes y sostenidas por robustas columnas de piedra, á imitación de la Plaza Mayor de Madrid, y sus propietarios, codiciosos del lucro, habían fabricado una infinidad de balcones, dividiendo los pisos para dar mayor local á las fachadas y que; si los rincones de los tableros del Mercado podían dar ocasión de escándalos ó atropellos, más los habían de proporcionar en la plaza de Santo Domingo, donde no había luz por la noche, ni registros, etc. Esto debió influir mucho para que en Real cédula de 13 de Julio de 1742 se mandasen hacer las corridas en la plaza del Mercado.

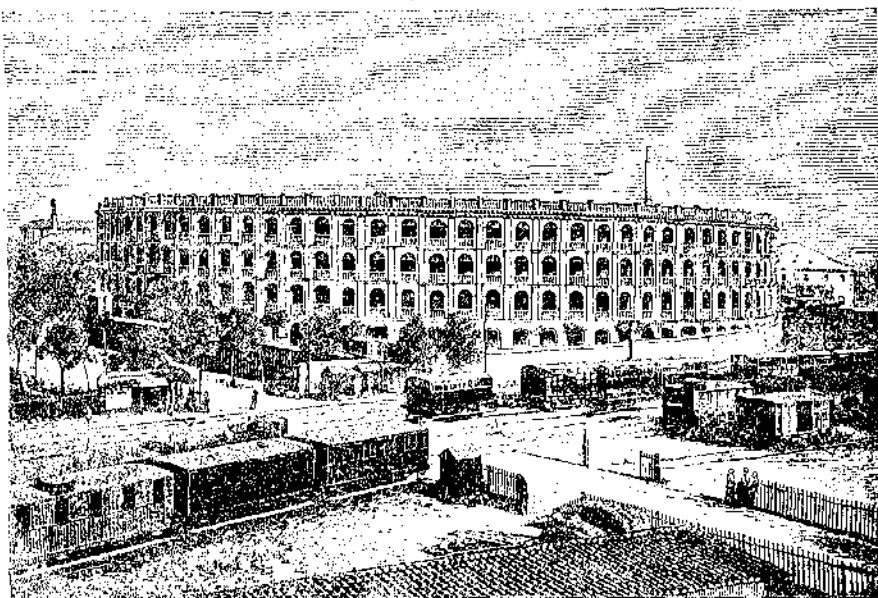
Diremos, pues, acerca de la nueva y hermosa plaza valenciana, que tiene el ruedo 52 metros de diámetro; el número de escalones que forman el asiento de tendido, contando barreras y tabloncillos, es el de veinticinco: las gradas cubiertas tienen cinco escalones además de la delantera, y encima se hallan colocados los paleos.

La decoración exterior de la plaza es de orden dórico sencillo, á imitación del teatro Flavio-Marcelo; su construcción, sin contar el valor del suelo ni el de algunas dependencias, costó dos millones ochocientos veintiseis mil novecientos ochenta y cinco reales, cuarenta y siete céntimos, y caben cómodamente en sus asientos, sin tener en cuenta el toril y paleos de autoridades, 16.851 personas.

Está situada en las afueras de Valencia, como á unos 30 metros de su muralla, en la parte Sur de la misma, entre las puertas de Ruzafa y San Vicenté, tangente á la vía férrea del Grao de Valencia á Almansa. El toril tiene diez chiqueros, cuatro por cada lado, y dos un poco mayores detrás de ellos; contiguos hay dos grandes corrales con burladeros, ó inmediatas las cuadras de caballos. Toda la obra de carpintería, y el mecanismo de las puertas de jaulones y demás, fué dirigido por D. Salvador Sanchez; pero á quien se debe el mérito de la obra en totalidad es al Sr. Monleón, cuyo nombre debiera estar esculpido en una lápida dentro del edificio; lo mismo que el del señor D. Juan Bautista Romero, que sin interés alguno adelantó gruesas sumas para la construcción del mejor edificio moderno que tiene Valencia.

Valencia de Alcántara.—Propiedad de D. José Nafra y Magdalena. Situada en la calle de la Alameda, de forma circular, de mampostería, cal, canto, sillería, ladrillo, madera y hierro. Caben 4.000 personas y no está completamente concluida.

Valladolid.—La plaza vieja era capaz para más de 9.000 almas, con tendidos de asiento de piedra, galería alta y otra que llaman grada. De regulares condiciones para el público, no tiene barrera el



PLAZA DE TOROS DE VALENCIA

redondel sino burladeros y no puede construirse porque quedaría muy reducido.

La plaza nueva ha sido construida en el vertice de la carretera de Madrid y la de Salamanca á un kilómetro de la población. La fábrica es de ladrillo excepto la cimentación y el zócalo bajo que son de piedra; forma un polígono de cincuent

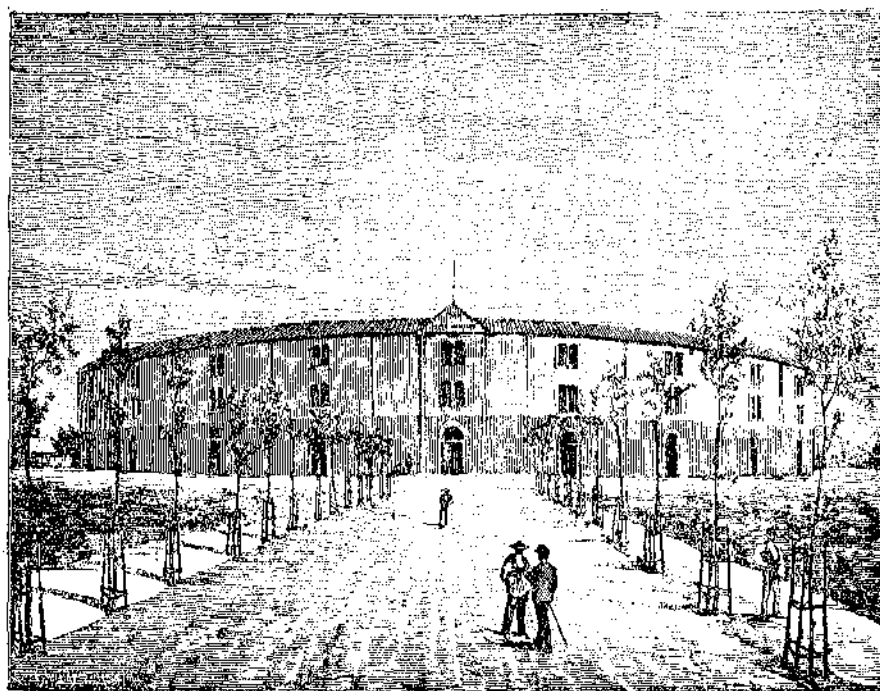
lados y su estilo es algo parecido á la de Madrid. Es de hierro, piedra y ladrillo y el diámetro del redondel es de 50 metros, caben 11.500 espectadores y tiene dependencias amplias; el tendido es de piedra y el pavimento de hormigón hidráulico. Dirigió las obras el arquitecto provincial don Teodosio Torres y la estrenaron en Septiembre de 1890 los matadores *Lagartijo*, *Espartaco* y *Guerrita*.

Vélez Málaga.—Estrenada en 1894.

Vigo.—Estrenada en 1896.

Villanueva del Campo.—Inaugurada en 1894.

Vitoria.—Las obras de esta plaza comenzaron en 13 de Febrero de 1880 y terminaron en Agosto del mismo



PLAZA DE TOROS DE VITORIA

año. Es de forma circular; entraron en su construcción piedra hierro y madera. Consta de tres pisos, que son: el tendido con 6.500 localidades, las gradas con 2.400, y los palcos y andanadas con 2.000, que dan un total de 10.900. La inauguraron *Lagartijo* y *Angel Pastor*, en 2 de Septiembre de 1880.

Zamora.—Las obras de esta plaza fueron dirigidas por el arquitecto D. *Martin Pastelle*. De forma circular, con un saliente en que entra la puerta principal, es de ladrillo, piedra y hierro. El tendido tiene 7.000 asientos y el piso segundo, que son las gradas y diez y ocho palcos, 3.500. Sus dependencias son espaciosas y se estrenó en 29 de Junio de 1889, por *Angel Pastor* y *Rafael Guerra*.

Zaragoza.—En menos de tres meses construyeron en 1764 la plaza que hoy tiene la invicta ciudad; pero ha tenido desde entonces tantas reparaciones y composturas, que conserva ya muy poco de su primitivo origen. Caben cómodamente 9.000 personas en los tendidos, gradas cubiertas y palcos, y las funciones que en ella se celebran cuando las fiestas del Pilar, ó sea en el mes de Octubre de cada año, son de primer orden por todos conceptos.

Concluimos dando á continuación una lista de los pueblos que tienen plaza de toros en España, edificadas con el carácter de permanentes, señalando en las que nos ha sido posible las localidades que contienen, por más que tengamos noticias de que la mayor parte ó todas, se hallan poco menos que inservibles, por lo cual tienen que hacer en ellas reparaciones cuando se celebran corridas.

	LOCALIDADES	
<i>Albacete</i>	{ Tarazona.....	»
	{ Villarrobledo.....	»
<i>Alicante</i>	{ Orihuela.....	7.000
	{ Villena (reformada en 1881).....	6.216
<i>Avila</i>	{ Arrabal de Sonsoles....	»
	{ Arenas de San Pedro...	1.500
<i>Badajoz</i>	{ Llerena.....	7.500
	{ Zafra.....	5.000
<i>Cáceres</i>	{ Trujillo.....	10.000
	{ Segorbe.....	»
<i>Castellón</i>	{ Vinaroz (reformada en 1891).....	»
<i>Ciudad Real</i>	{ Tomelloso.....	»
<i>Córdoba</i>	{ Lucena.....	»
<i>Coruña</i>	{ Ferrol (estrenada en 1890)	»
	{ Santiago.....	9.000
<i>Granada</i>	{ Guadix.....	»
	{ Baza.....	»
<i>Guadalajara</i>	{ Sigüenza.....	5.000
	{ Capital (estrenada en 29 de Mayo de 1891)...	»
<i>Huelva</i>	{ Zalamea la Real.....	4.500

LOCALIDADES

<i>Huesca</i>	{ Jaca.....	4.000
	{ Astorga.....	3.000
<i>León</i>	{ Villamañán.....	»
	{ Valderas.....	1.500
<i>Málaga</i>	{ Carretraca.....	3.000
<i>Murcia</i>	{ Abarán.....	»
<i>Pontevedra</i>	{ Villagarcía.....	»
	{ Marchena.....	»
<i>Sevilla</i>	{ Cantillana.....	»
	{ Osuna.....	»
<i>Soria</i>	{ Capital.....	2.500
<i>Teruel</i>	{ Capital.....	5.500
<i>Toledo</i>	{ Talavera.....	4.000
	{ Ocaña.....	3.500
<i>Valladolid</i>	{ Rioseco.....	»
<i>Zamora</i>	{ Benavente.....	»
<i>Zaragoza</i> ...	{ Cariñena.....	»

En las posesiones de España en Ultramar hay también las siguientes plazas, alguna de las cuales lo mismo que las antes referidas, es posible hayan desaparecido ó construídose otras.

ISLA DE CUBA

Habana.—*Regla*: Construída en Febrero de 1881 por D. *Pedro Fernández (Valdemoro)*, hermano del matador de toros de ese nombre. Es de un sólo piso al descubierto, tiene cincuenta y dos palcos, y caben en ella 6.000 personas.

Cienfuegos.—De mediana construcción, y más pequeña que la anterior.

Matanzas.—La plaza de toros que había en esta ciudad, se desplomó en 19 de Febrero de 1873, y no tenemos noticia de que después se haya construído allí otra.

Belascoain.—Que es en la que debió trabajar el célebre *Cúchares*, y luego fué derribada en Agosto de 1877.

Trinidad.—Que también creemos esté derribada.

Carlos III.—Que fué buena y muy capaz cuando se construyó, y que está muy descuidada su conservación.

Candelaria.—De muy pocas pretensiones y menos belleza.

Mantua.—Que creemos no existe ya.

Constelación.—Que era muy mala é incómoda.

Pinar del Río.—Bastante grande, y fuertemente construída, pero sin belleza alguna. Es de un sólo piso, y además tiene palcos para las autoridades.

San Juan.—La suponemos destruída.

Martínez.—No tenemos de ella noticia alguna.

San Cristóbal.—Pequeña y de mala construcción.

Puerto Príncipe.—Allá por el año de 1850 había en esta ciudad una mala plaza de toros, construída

con tablas á la salida del puente de la Caridad, y á su izquierda donde se daban algunas corridas, que quince años más tarde se celebraron en otra plaza, también de malas condiciones, colocada al final de la calle de la Reina, cerca del cuartel de Lanceros, que se vino abajo estando llena de gente presenciando una corrida. El muy entendido arquitecto municipal de dicha ciudad, D. Dionisio Iglesia, edificó á su costa una buena plaza, capaz para más de 3.000 almas, hará unos veinticinco años, en terreno de su propiedad, situado en la calle de Santa Rosa, frente á la de Beneficencia, que deshizo al poco tiempo, cercando el solar, para custodiar en él ganado vacuno, y librarle de merodeadores. Los toros que allí se corren son generalmente de pocas libras, bien puestos y de pujanza, pero se sienten pronto al castigo, dando muy buen juego para las suertes de á pie; los toreros en su mayoría americanos, y la gente del país muy entendida en ganados, muy aficionada á lidiar, y de notable destreza.

FILIPINAS

El aumento de población peninsular en las islas Filipinas ha fomentado la afición á las corridas de toros, que allí se denominan *juegos de toros*; pero estas corridas no pasan de ser parodias de las que se dan en la Península, pues ni el ganado tiene condiciones, ni fuerza, ni libras para la lidia, ni hay toreros de profesión, sino simplemente aficionados, que por lo general son sargentos, cabos y algunos empleados del comercio, peninsulares que únicamente se exponen á un revoleón sin consecuencias, dado el escaso empuje de las reses. Antes de 1880, en las fiestas mayores de algunos pueblos se corrían vacas; pero después de aquella fecha se construyó en Manila la primera plaza de toros del archipiélago, que es de madera, y puede ser considerada como una buena plaza.

Ilo-Ilo.—En esta importante población de aquel archipiélago construyeron, á raíz de las inundaciones que hicieron desaparecer en 1891 la villa de Consuegra, de la provincia de Ciudad-Real, una buena plaza de toros, muy parecida en su aspecto interior á la de Alcalá de Henares. Fué inaugurada con una corrida á beneficio de los desgraciados habitantes de aquel pueblo inundado. Ofrece esta plaza la particularidad de estar construida toda de caña-bambú, incluso las harrenas, y de ser, á pesar de esto, sumamente sólida.

Algunas otras plazas de menos importancia hay en pueblos de aquellas islas.

FRANCIA

Además de las muchas plazas que en las poblaciones de dicha república existen constantemente

ó son habilitadas para dar fiestas de toros, y que al principio hemos indicado, cuéntanse las de *Cuiterets, Marsella* que se hundió en Agosto de 1891, y luego se ha reedificado.

La de *Orán*, la de *Argel*, que fué estrenada en 17 de Abril de 1881, (capaz para 6.000 personas), por una cuadrilla de toreros españoles bajo la dirección de Pedro Fernández (*Valladolid*); la que se inauguró en *Burdeos* en Julio de 1889 con el título de «Arenas franco-españolas» en el boulevard Cauderan, entre el camino de la Halle y la avenida de Miremont y en el mismo emplazamiento de las antiguas «Arenas landesas.»

En *París*, cuando la famosa exposición universal de 1889, se construyeron dos plazas para dar corridas de toros á la española, pero con toros embolados y sin matarlos, una en la plaza de la Federación y otra magnífica en la Rue Pergolesse cubierta con cristales y capaz para 22.000 espectadores, que se estrenó con gran lujo de detalles el 10 de Agosto de dicho año. Hoy ya no existen estas dos últimas.

La de *Bayona* estrenada en 1893, es capaz para más de 9.000 espectadores.

En la de *Bordeaux* caben pocos menos.

En *Dax* hay otra plaza, que tiene 8.000 localidades.

La plaza de *Mont-de-Marsan* puede contener cómodamente unos 10.000 espectadores.

Hay también plazas permanentes en

Arlés.

Montpellier.

Cunet.

Vigan.

Alais.

Beaucaire.

Avignon.

Grenoble.

Lyon.

Marsella.

Nimes.

Pontoux.

Saint Giles.

Coustons.

Bouches du Rhone.

Chateaufort.

Bellegarde.

Saint Remy.

Uzés.

Cognac.

Saint Gaudens.

Algers.

Y *Beziers* ha tenido también plaza permanente hasta el día 6 de Septiembre de 1896, en que un violento incendio la redujo á cenizas. En ese día debía celebrarse una corrida para la que ya estaban vendidos los billetes á subidos precios y la víspera había llegado la cuadrilla de toreros. Los siete toros



encerrados en los chiqueros murieron carbonizados.

En casi todas esas plazas, menos en las que hubo en París, se han lidiado toros á la española, por toreros españoles, dándose á las reses la muerte á estoque. Prohibiose esta en el año de 1895, pero en vista del clamoreo suscitado por todos estos pueblos y los demás comarcas, hoy han vuelto á tolerarse y se celebran las corridas cada vez con más entusiasmo.

Bueno es advertir que hay muchas poblaciones

donde todas las graderías practicables; solo se veían los puntos arruinados, de modo que los espectadores más próximos no se hallaban separados de la arena (el redondel) si no por el muro de seis pies de altura que hay en todo el rededor, y los más elevados se mantenían de pie sobre el atrio del anfiteatro, encaramándose algunos, como monos, al extremo de unos grandes mástiles clavados en los agujeros del muro, que antiguamente sirvieron para sostener toldos y luego para colocar banderas y gallardetes.

Hoy ha sufrido aquel soberbio monumento grandes reformas para acomodarle á la celebración de corridas de toros, sin que haya perdido nada de su carácter primitivo, en términos de que puede decirse que no se le ha tocado más que para habilitarle á dicho fin, facilitando comodidad á los concurrentes. Existe ahora, antes de llegar al circo, por una de las avenidas que á él conducen, la hermosa plaza de la Esplanada, que ofrece un bonito golpe de vista, ostentando en su centro un magnífico monumento, obra maestra del insigne escultor francés Pradier; al frente, el Palacio de Justicia; á la derecha, el campanario de la iglesia de San Pablo, y á la izquierda, el gran circo romano, hoy plaza de toros, que allí llaman «Las Arenas».

No se sabe á punto fijo la época en



VISTA INTERIOR DE LA PLAZA DE ARLÉS

que cierran con tablas las plazas y dan funciones á estilo y con toreadores de aquel país.

Reseñaremos los circos de *Arlés* y *Nîmes*, que bien lo merecen por su escepcional importancia.

Arlés.—Como todos saben, ésta ciudad francesa, á la que Alejandro Dumas llamó la Meca de los arqueólogos, es la ciudad antigua por excelencia. Monumentos romanos forman su suelo; por doquier y alrededor de ellos se ve hoy la ciudad moderna, cerca de las ruinas ó restos del pretorio, del teatro, del foro, de sus termas, del palacio de sus emperadores y del famoso circo ó anfiteatro, que es más grande, pero está más destruido que el de Nîmes. En la época en que los sarracenos asolaron el Mediodía de Francia, una gran parte de la población se refugió en las Arenas (circo romano), y tapiando sus arcos, hizo del monumento una fortaleza inexpugnable en aquellos tiempos.

Nîmes.—Aun no hace cuarenta años, al verificarse los herraderos de toros y ganado manso, en el gran anfiteatro de esta ciudad, estaban ocupa-

que fué construido este precioso monumento de arte. Mientras unos le atribuyen á Tito y otros á Domiciano, no falta quien se le adjudique al emperador Antonio, que fué natural ó originario de Nîmes, en cuyo territorio hizo edificar construcciones importantes, suponiendo que el gran anfiteatro quedó concluido entre los años 138 al 160 de la Era cristiana. Describe un vasto elipse, cuyo gran eje mide 133,40 metros en la parte exterior, y el menor 101,40; y en el interior tiene el redondel una longitud de 69,14 metros de diámetro á lo largo y 38,34 por el lado más corto, ostentando el monumental edificio una altura total de 21,83 metros, al que se entra por unos pórticos, cuya luz ó apertura es de 3,80 metros, á excepci6n de los principales, que son de 4,45.

Como antes ya dicho, con motivo de las innovaciones necesarias á la habilitaci6n del circo y al descombramiento del centro del redondel, se han encontrado en los muros subterráneos diferentes inscripciones, idénticas entre sí, y colocados á la misma altura en las paredes verticales, de tal modo

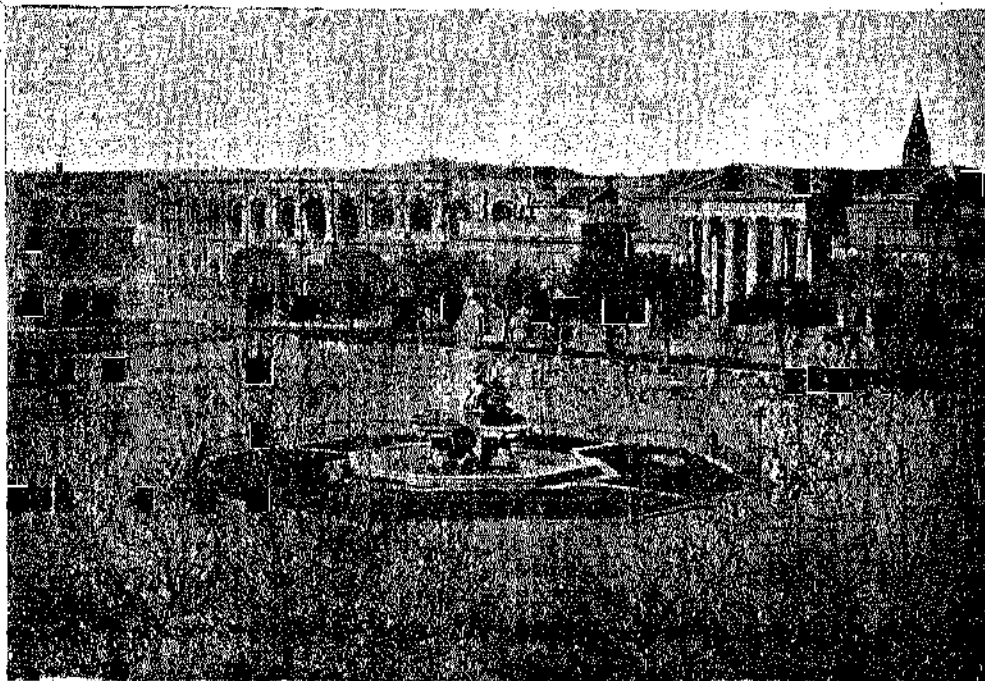
hendido en ellas, unos grandes huecos que hacen creer pudieron servir para el complemento de alguna naumaquia, ó para grutas ó jaulas en que se conservasen animales feroces. Dos de esas inscripciones dicen en caracteres claros:

T. CRISPVS
REBVRRVS
FECIT.

La circunferencia exterior tiene dos pisos y en cada uno de ellos existen sesenta huecos ó ventanas, separadas en lo bajo por pilastras y en lo alto por columnas de orden toscano. El atrio que corona el todo tiene fuertes aparatos destinados á soportar las cuerdas de toldos (*velarium*) que libran á los espectadores de los rayos del sol; y los cuatro principales pórticos de que antes hemos hablado, comunican directamente con el redondel interior, sin duda para que sirviesen de entrada á los gladiadores.

Son treinta y cuatro los escalones de tendidos de que consta el circo, incluyendo la contrabarrera,

y actualmente puede contener de diez y ocho á veinte mil espectadores, ofreciendo tan soberbio golpe de vista, que puede considerarse único, cuando el sol le alumbra en todas sus localidades, llenas



VISTA GENERAL DEL MONUMENTO «PRADIER» DELANTE DE «LAS ARENAS» DE NIMES

completamente en los días de corridas de toros de muerte á la española.

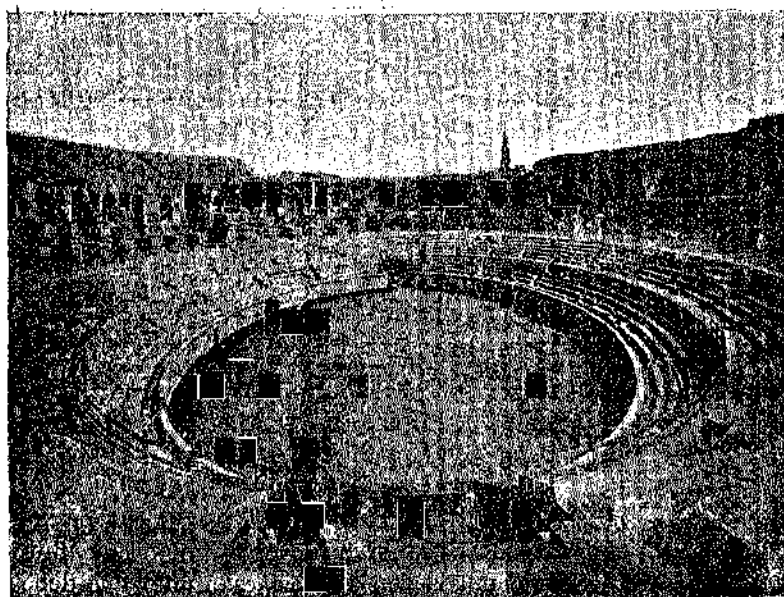
Sobre las pilastras del lado N. E. se ve una loba que amamanta dos niños que sostienen el escudo ó tabla que indica la fundación de Roma; á la derecha unos ciudadanos romanos, alternando con los habitantes del país; otra escena representa un

hombre viejo fecundando una mujer, y otra un combate de gladiadores. Encima de la puerta situada al Norte hay un frontón, bajo el cual se ven dos toros esculpidos en alto relieve.

Todos esos detalles son señales evidentes de la magnificencia que desplegaba la soberbia Roma en cuantos sitios pertenecían á su dominación.

El anfiteatro romano llamado hoy «Las Arenas», de Nîmes, es indudablemente el gran centro de la afición francesa; debe este título á su origen neolatino, que le ha dejado siempre en la sangre la afición á las luchas atléticas.

Admirablemente situada en el centro de una extensa llanura, que mantiene una casta de toros y



INTERIOR DEL CIRCO DE NIMES

de yeguas salvajes, no tardó en entregarse á las luchas taurinas que tienen fama de tiempo inmemorial en la antigua ciudad. El viejo circo romano prestaba un marco adecuado á sus luchas hípias. Sólo la corrida de toros, tal como se practicaba entre los franceses, no tenía parecido alguno con la lidia afamada desde los siglos anteriores en la Península Ibérica. Entre aquellos pueblos y aldeas vecinas la función de toros no es más que un juego, una lucha de destreza, que consiste en rivalizar en agilidad con el bruto enfurecido.

Únicamente se practicaba el recorte con ó sin *farpas*. El toro aparecía en el redondel con una estrecha moña entre los cuernos, la cual se disputaban los aficionados y era evaluada en una cantidad de dinero, un regalo, ó á veces el beso de una linda muchacha. Los aficionados, sobre todo en los pueblos, se peleaban por obtener dicha moña.



GRAN CIRCO DE NIMES

No eran profesionales como los pseudo-toreros de hoy (Pauly, Robert, Lombros y otros.) Poco á poco, sobre todo desde estos últimos veinte años, los novilleros *trashumantes* españoles han iniciado á varios muchachos en las diversas suertes del toreo. De resultas de esta invasión, aquellos *toreadores* han querido adoptar esta nueva forma del toreo; y abandonando completamente la antigua lidia, entregados á sus propias fuerzas y en la más completa ignorancia de la tauromaquia, han llegado á crear un género que no pertenece á ninguna escuela; género bastardo, sin ningún mérito, tan fastidioso como ridículo. Ignórase, como no puede menos, lo que el porvenir reservará á los lidiadores franceses; pero puede asegurarse que no podrán jamás llegar á la altura de los lidiadores españoles, por la sencilla razón de que les falta el arte y que allí nadie podría enseñárselo. Además, el ganado de la Camarga no podría servir para estas demostraciones, pues es una antigua costum-

bre en aquellas comarcas (costumbre que ha causado ya la muerte á muchos audaces) de no servirse más que de toros ya lidiados, perjudiciales, por lo tanto, para todas las manifestaciones del toreo en lo que tiene de artístico. Y esta costumbre, inmutable en aquellos ganaderos, proviene de que los toros más estimados para las antiguas capeas eran justamente los que, habiéndose hecho de más sentido á fuerza de ser lidiados, según antigua costumbre, podían hacer más difícil que se acercasen á ellos los lidiadores. Además, antiguamente el único toro que se presentaba en la lidia tenía los cuernos encorvados hacia adentro, que aquí llamamos corniapretados ó cubetos según los casos.

Cualquier otro toro era declarado inútil por la sencilla razón de que no querían utilizar un animal que, en una suerte, podía herir gravemente á los *recortadores* que se le acercaban. Adviértase que estos toros habían sido lidiados algunas veces seis ó siete temporadas seguidas; es decir, que el antiguo toreo francés llamado Corrida Provenzal, no era más que un entretenimiento que no tenía nada que ver con el toreo español.

El *Tato* lidió en la plaza de Nîmes seis toros camargos en los días 10 y 14 de Mayo de 1863. Después han desfilado por ella Mendivil, *Paco de Oro*, *Valdemoro*, Angel Pastor y *Currito*, que de cuando en cuando han dado algunas corridas con ganado español, con ó sin la suerte de matar. Mazzantini, en 1882 y en 1883,

recogió, en dicha plaza sus primeros laureles; pero la corrida de sensación de aquella época tuvo lugar en 1887, en que Salvador Sánchez (*Frasquito*) vino á lidiar seis Veraguas y fué herido por el segundo toro de la corrida. De 1887 á 1892 no se verificó allí ninguna corrida de muerte. Sólo en Agosto de 1892 fué cuando *Cara ancha* mató los dos últimos toros en una corrida en que Bento d'Araujo salió de caballero en plaza. Desde esta época, los aficionados á lo antiguo fueron cada vez menos numerosos, y la cuestión de corridas de muerte tuvo tantos partidarios, que puede decirse con razón que llegó á ser una cuestión política para aquellas comarcas meridionales; y las elecciones municipales en Mont de-Marsan y Nîmes se hicieron en parte bajo la presión de cuestión tan importante. Si serán ó no en definitiva implantadas en Francia, es asunto que debe resolverse terminantemente este año en el Parlamento.

De las demás plazas existentes en Francia ya hemos hecho mención anteriormente.

ITALIA

Durante la dominación romana, y en diferentes épocas de la misma, fueron construidos en diversos puntos de los territorios sujetos á ella muchos circos ó anfiteatros (sobre un plano circular ó elíptico, y alguna vez en línea recta sus graderías ó escalones), que destinaban á los combates de los gladiadores ó bestias feroces, y también á representaciones teatrales. Aparte de los que en España

construyeron en Mérida, Toledo, Sagunto y Tarragona, éste muy notable por la circunstancia de estar sobre la pendiente de una colina y tener parte de las graderías talladas en la misma roca y el resto de piedra labrada, conócense aún los restos del anfiteatro de Trajano, construido en el Campo de Marte de Roma; el Castrense, elevado allí en los muros cerca de San Juan de Jerusalem; el de Alba-

no, situado cerca de un convento de capuchinos, en la pendiente de una colina; el de Otricoli, en la villa de Ombría, á las orillas del Tíber; el de Verona, el de Todi, el de Rímíni, el de Bolonia; el de Garigliano, en Nápoles; el de Capua, el de Pesturo; el de Pola, en Dalmacia, y el últimamente descubierto en las ruinas de Pompeya, que si bien no presenta las vastas proporciones que otros, está en cambio perfectamente conservado.

El primero que se conoció en Roma fué el de Julio César, que era de madera. Augusto hizo construir uno de piedra; pero el más notable de todos fué comenzado por Vespasiano é inaugurado por Tito. Tenía 538 metros de circunferencia, 80 con graderías, y podía contener ciento veinte mil espectadores.

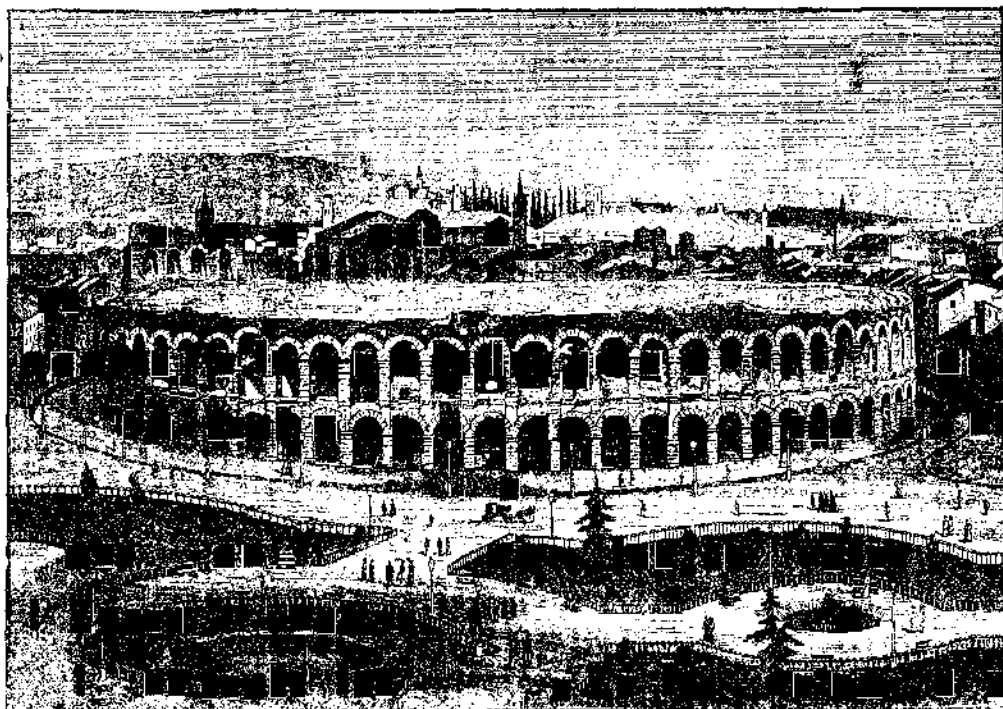
Se conocen sus ruinas bajo el nombre de Coliseo. Aquel pueblo tan viril y floreciente no careció de

ninguno de los espectáculos que contribuyen á dar carácter y realce á una nación fuerte, ilustrada y poderosa.

PORTUGAL

En este vecino reino, donde es tan manifesta la afición á las corridas de toros, ha habido, y hay, diferentes plazas destinadas al efecto, por lo general de menos coste, menos lujo y menos gusto que las de España, pero muy á propósito para la lidia, muy alegres, y de suficiente solidez.

Entre las que ya no existen pueden contarse la



GRAN CIRCO ROMANO

de *Campo de Santa Ana*; la de *Aguardiente*; la de *Campo de San Paulo*; *Sacaran*; *Villanova de Ourem*; *Juqueira*; *Paco d' Arcos*; *Bellas*; *Boa Viagem*; *Santiago de Cacem*; *Alhandra*; *Sobral de Monte Agraço*, y alguna otra.

En cambio existen, la mayor parte en buen estado y alguna de ellas nueva, las siguientes:

La de *Campo pequeno* en Lisboa, que es magnífica y pertenece á una sociedad, fué inaugurada en 18 de Agosto de 1892 y la describiremos detenidamente puesto que su importancia así lo requiere:

La capital del vecino Reino lusitano, donde estuvo edificada la antigua plaza del campo de Santa Ana, en cuyo ruedo brillaron como grandes artistas Sedvem, Mesquita, Bettencourt, Pedro da Herra, Antonio Roberto, J. Cadete, J. J. Peixinho y otros y *amadores* distinguidos como el conde de Vimioso, marqués de Castello Melhor, Casuza y

muchos más, no podía permanecer mucho tiempo sin poseer otra plaza que, en sustitución de aquella, fuese el recinto donde se celebrasen esas grandes fiestas de toros, admiración del mundo, á que tanta afición demuestran los naturales de aquél país. Conociéndolo así el municipio de Lisboa, interesado como el que más en la prosperidad de ciudad tan hermosa, regaló á la Casa Pia, para dicho objeto, 6.000 metros cuadrados de terreno en el sitio llamado Campo pequeno, y utilizando los magníficos planos ideados por el insigne arquitecto D. Antonio José Díaz da Silva, ha sido edificada una bonita y grandiosa plaza, digna en todo y por todo de pueblo tan civilizado.

El monumental edificio, en su parte exterior se compone de un cuerpo circular con 80 metros de

josas dependencias, y comunicando con él, se asciende á la cúpula más elevada que mide 30 metros de altura desde el suelo, y en la cual hay un mirador, que ofrece un magnífico panorama de la ciudad y el Tajo. Además, por el mismo terreno de dicho torreón, y á la entrada de las escaleras que conducen á los pisos altos de la plaza, hay un local destinado, durante el espectáculo, á los carruajes de la familia real.

Otro torreón, que mide como los dos restantes 15 metros por cada uno de sus lados, está destinado á encierro, ó corral, en cuya parte superior y á la altura de los palcos y gradas, hay balconillos para que el público pueda ver los toros, antes de recogerlos en el toril para ser embolados. Al lado de ese corral está el cuarto dormitorio de los

campesinos, con ventanas para vigilar el ganado y la gran cuadra de 160 metros cuadrados para caballerizas.

Los dos restantes torreones están destinados á despachos de billetes, retretes, restaurantes, salones para el público, escritorio de la empresa y las escaleras al segundo piso, y al vasto corredor general que midiendo 17 metros de largo, da acceso á los asientos de sombra y de sol, entradas para los artistas y sus caballos, etc.

El plan general en lo exterior de

tan hermoso edificio es de arquitectura árabe, muy semejante al de la plaza de Madrid en que no existen aquellos cuatro torreones, cuya belleza es discutible.

Hay en el interior, á más del palco real y los de los ayudantes, veinte dobles ó sea divisibles y cuarenta y seis más pequeños: debajo del palco real está el de la autoridad y más abajo, paralelamente á los tendidos, otros tres palcos para el *Inteligente*, el ganadero, y uno mayor de doce asientos para los revisteros de la prensa, en el extremo de la entrada principal á las barreras. Los tendidos tienen catorce filas con otras tantas entradas: la enfermería mide 60 metros cuadrados, y los cavalheiros tienen



PLAZA DE TOROS DE CAMPO PEQUEÑO, EN LISBOA

diametro por 18 de altura y á más cuatro torreones en sus ejes longitudinal y transversal.

El torreón que constituye la fachada principal del edificio, queda del lado poniente y va paralelamente á la proyectada avenida de las Picóas al Campo grande. En sus ejes principales, hay otros tres pequeños torreones destinados, en el piso bajo á diferentes servicios, chiqueros, despachos de billetes y en el superior salones de descanso para los espectadores de los palcos, buffets, etc.

Una entrada particular da ingreso á una magnífica tribuna real y palcos para autoridades, estando dicha, tribuna precedida de un salón con 48 metros cuadrados, en que hay tocador y otras lu-

cerca de sus camarines cobertizos para sus caballos, y el público tiene también un espacioso recinto para guardar sus cabalgaduras durante la fiesta.

En total: el edificio tiene entre puertas y ventanas exteriores cuatrocientas veinte, y caben en él cómodamente 11.100 personas. No está tan cerca de la población de Lisboa, como la de Madrid desde este punto, pero tiene fácil comunicación por la magnífica Avenida de la Libertad, y porque hallándose en el Campo pequeño apeadero del ferrocarril, puede transportar gran número de personas en breve tiempo.

Después de esta plaza síguela en importancia el *Coliseo Portuense*, de Oporto, que es de cantería; muy bonita, pertenece a un particular y tiene capacidad para 8.000 espectadores.

La plaza de *Vianna de Castello*, construida de piedra y madera, sin arquitectura definida, pero bonita. Perteneció a una sociedad.

En el mismo caso se encuentra la de *Setubal* que fué inaugurada en 15 de Septiembre de 1889.

La de *Almada* pertenece a un particular. Está hecha de madera.

La de *Aldeagallega* es de piedra y madera y pertenece a una Sociedad.

La de *Caldas da Rainha* es de madera, y de un particular.

La de *Evora*, que es de piedra y madera, fué inaugurada en 26 de Julio de 1891 y es de la propiedad de varios socios.

Torres Novas tiene también una plaza de madera, perteneciente a una sociedad, que fué inaugurada en 16 de Julio de 1889.

La de *Torres Vedras*, pertenece a una sociedad y fué construida de madera.

Un particular construyó de madera la de *Alcobaca* y la inauguró en 19 de Agosto de 1888.

Pertenece a un particular, y también es de madera la plaza de *Santa Eulalia*.

Salvaterra tiene una plaza de madera, que pertenece al Hospital de Portalegre, y que fué inaugurada en 2 de Agosto de 1891.

La de *Moita* es de madera, y un particular la reconstruyó e inauguró en Septiembre de 1888.

Es de piedra y madera la de *Leiria*, y pertenece a una sociedad.

La de *Nazareth*, de madera, es de un particular.

Lo mismo sucede con la de *Alcochete*.

En *Alcacer do Sal* hay otra de propiedad particular.

La de *Barreiro*, que es de piedra y madera, es propia de una sociedad, que la inauguró en 15 de Agosto de 1891.

La de *Cintra*, de madera, es de propiedad particular.

La de *Villafranca de Xira* fué reconstruida e inaugurada en 16 de Octubre de 1888. Es de ma-

dera, de propiedad particular, y caben en ella unas 6.000 personas.

La de *Guarda*, que es de piedra y madera, pertenece a una sociedad, que la inauguró en 24 de Julio de 1894.

También la de *Conilha* es de madera y piedra, y la sociedad que la posee la hizo inaugurar en 28 de Julio de 1885.

Es de un particular la de *Chamusca*, que, construida de madera, fué inaugurada en Octubre de 1888.

También la de *Thomar* es de propiedad particular y de madera.

La de *Arronches*, inaugurada en 1894, es de piedra y madera, y pertenece a un particular.

Es de madera la de *Lamego*, y particular también.

La de *Aviz* es propiedad del Hospital. Es de madera, y su inauguración data del 24 de Julio de 1895.

Una sociedad tiene la de *Azaruja*, que es de madera.

Al Hospital pertenece la de *Santarem*, que es de piedra y madera, y se inauguró en 20 de Mayo de 1854.

Y también al Hospital de *Cartaxo*, la de madera que allí existe.

La de *Cascaes* tiene 7.500 localidades; pertenece a una sociedad; fué inaugurada en 27 de Septiembre de 1894, y está construida con piedra y madera.

Con iguales materiales está hecha la de *Setubal*, inaugurada en 15 de Septiembre de 1889, y que pertenece a una sociedad.

La de *Coimbra* pertenece a un particular, y es de madera.

Hay una en *Moimenta de Beira*, que es de madera, y también de un particular.

La de *San Pedro de Sul* es de madera, y pertenece a una sociedad.

La de *Viecu* (campo de Viriato), es de madera, pertenece a una sociedad, y fué estrenada en 26 de Mayo de 1889.

De madera es la de *Gouveia*, perteneciente a otra sociedad.

Y la de *Espinho*, que los socios que la poseen hicieron inaugurar en 20 de Septiembre de 1891.

De un particular es la de *Mealhada*, toda ella de madera.

Y la de *Elvas* tiene iguales condiciones.

Otro tanto sucede a la de *Extremos*, lo mismo que a la de *Barrancos*.

Al Hospital pertenece la de *Beja*, que es de madera.

La de *Montemor novo*, de madera, a una sociedad.

Y la de *Figueira da Foz*, de piedra y de madera, a otra sociedad.

La de *Villarreal*, de madera, es también de una sociedad.

La de *Barquinha*, de madera, es propiedad del Hospital.

La de *Gollega*, también de madera, pertenece a los herederos del inolvidable caballero y excelente aficionado, D. Carlos Relvas.

En *Abrantes* hay otra plaza de piedra y madera, perteneciente a una sociedad.

También la de *Coruche* es de madera, y propiedad de un particular.

La de *Algés*, de fábrica y madera, fué estrenada en 23 de Mayo de 1895, y tiene 7.800 localidades.

La de *Olhao* fué inaugurada en 26 de Julio de 1891.

La de *Portalegre*, de D. Luis do Rego, fué inaugurada en 14 de Septiembre de 1894.

Y la de *Vouzella*, de madera, se estrenó en el año de 1891.

Y, finalmente, en la *Isla Tercera*, Angra do Heroísmo, hay la Plaza de *San Juan* y la del *Espírito*

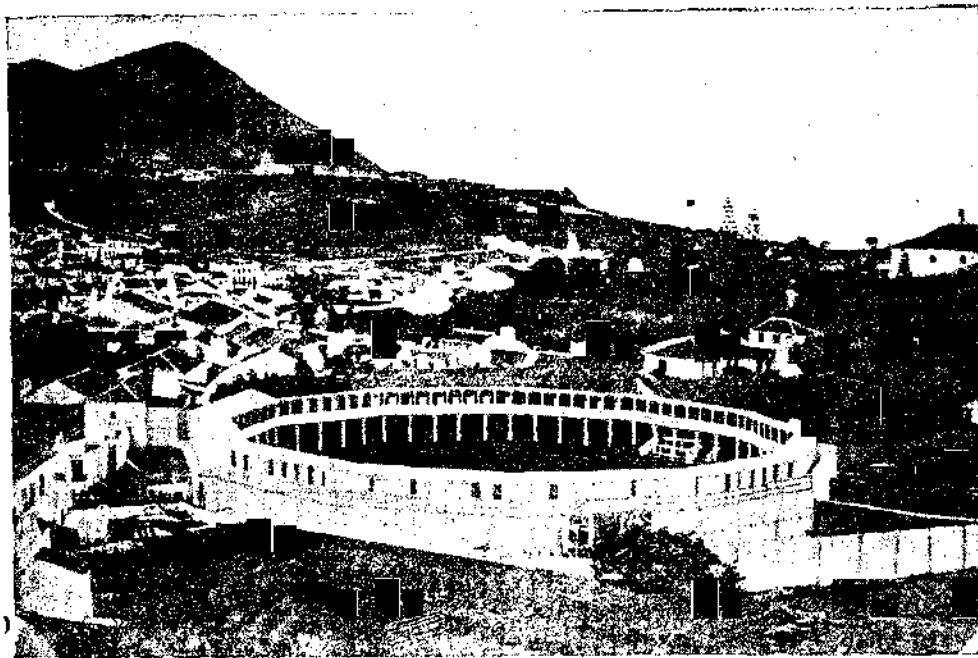
ofrece de particular puesto que de hijos de España se precian aquellos nobles habitantes de tierras tan lejanas, y sus inclinaciones son las mismas que las nuestras. En apoyo de esto podríamos manifestar, al menos respecto a México, que plaza tenían los aficionados de allí para saciar su afición, pero cuanto quisiéramos decir, sería poco en relación a los luminosos datos que arroja una memoria dirigida al Gobierno de la metrópoli, por el Virrey de México, que debía ser, atendida la fecha, el Excmo. Sr. D. Manuel Antonio de Flórez. Trátase en dicho documento, ya muy raro, de arbitrar recursos con que atender al reintegro de los gastos que podía ocasionar la creación de un gran jardín botánico, y como siempre que se piensa en reunir fondos para cualquier fin, aquél Sr. Virrey, propuso la edificación de una nueva plaza de toros, como arbitrio principal entre otros, al objeto indicado.

Son tantos los detalles que contiene ese, hasta ahora casi ignorado documento fechado en México a 17 de Agosto de 1788, que no podemos resistir a la tentación

de darle a conocer, siquiera en lo referente a nuestra fiesta nacional, porque en él se demuestra la afición de aquellos naturales, y viene a ser la historia de la principal plaza de toros erigida en México. Dice así, apartando párrafos no conducentes al objeto:

«Primero: Erigir una plaza de toros en paraje proporcionado para la concurrencia y desahogo que exige el crecido número de coches, y

toda clase de gentes que asiste a estos espectáculos para evitar las tropelías, confusión y desórdenes que se han experimentado en las entradas y salidas, de la que provisionalmente se levanta en la plaza del Volador. Son muchas y muy poderosas las razones que protegen la idea de esta plaza firme; como son la de cortar la ocasión de robos, heridas, quimeras y otros excesos, que envuelve la confusión de gentes de ambos sexos, precisados a rozarse por la estrechez del tránsito, que queda libre a los cuatro costados de la que hasta aquí se ha erigido en dicha plaza del Volador. Los huecos de



PRAÇA DE TOUROS DO ESPIRITO SANTO

Santo, ambas de piedra y madera. Esta última se halla al pie de elevados terrenos, y es tal vez la más frecuentada por la gente aquel país.

MÉXICO

Nadie ignora que este gran pueblo, lo mismo que otros de las ahora repúblicas americanas, pertenecían en el pasado siglo a la nación española, que allí llevó, con su conquista, sus usos y costumbres, religión y diversiones. Entre estas, la fiesta de toros, fué la más aceptada, lo que nada

las barreras y aun las mismas lumbreras, son otros tantos escondrijos, que brindan á la plebe para todo género de atentados, sin que puedan evitarlos las más celosas providencias del Gobierno.

»El que se haga cargo de su construcción, y vea que toda su firmeza consiste en el débil ligamento de sogas y cueros que sostienen y abrazan todo el maderaje sin que se pueda contar un tan solo clavo, advertirá que ha sido milagro no haya rendido este edificio al peso de más de 10.000 personas que ha sostenido algunas veces. Si se considera un temblor en las horas de la lid y la lastimosa tragedia que podría causar un accidente tan común en esta capital, es preciso, ó desistir enteramente de esta diversión, ó pensar en asegurar al público por medio de un edificio menos contingente que la plaza *provisional*.

»El peligro de incendiarse ésta con manifiesto riesgo de todos los edificios inmediatos, incluso el palacio y secretaría, se deja advertir de las continuas llamaradas que hay debajo de ella; de los muchos braseros que van á las lumbreras para calentar meriendas y hacer chocolates, y finalmente del innumerable é incesante cigarro, y yescas tiradas sin reflexión, de que su paradero es precisamente materia combustible para todas partes.

»La suspensión del comercio que hay en dicha plaza de verdura y varios muebles, con el perjuicio de derribar los xacales y tinglados, que sirven de habitación y resguardo á los interesados y sus efectos pide la atención de una República bien ordenada.

»Ultimamente, la comodidad con que el público podrá disfrutar de una diversión á que tanto propende, sin que pueda ser tiranizado por el tablagero, subarrendatario, que no trata más que de su adelantamiento, es digna de la mayor consideración, y se comprende por el adjunto cálculo prudencial de costo y productos de la nueva plaza.

CAPACIDAD Y DISTRIBUCIÓN DE LA PLAZA

Aunque la numerosa población de esta capital y su decidida afición á los toros, parece que pedía una plaza capaz de 15 ó 16.000 personas, convendrá que no exceda de 8.000 asientos proporcionados á la esfera y facultades de las tres clases de gentes que componen esta corte. De este modo lucirán más los toros, y sujeto el público á no poder saciar de golpe su deseo, se le impide en parte que prefiera la diversión á sus principales atenciones, tal vez con olvido de las necesidades, y la plaza no experimentará decadencia en las proporcionadas utilidades que se promete.

PERSONAS

Esta deberá constar de dos órdenes de palcos ó lumbreras, grada cubierta y tendido. Cada orden llevará ochenta palcos del ancho de tres varas, donde según la disposición de la Plaza, podrán ver cómodamente quince personas; en tres gradas y en todos los palcos, cabrán.....	2.400
En cuatro órdenes de asientos que tendrá la grada cubierta, cabrán.....	1.600
En el tendido para la plebe, puede haber ocho órdenes de gradas susceptibles, de.....	3.500
<i>Total.....</i>	<i>7.500</i>

PRECIOS Y PRODUCTO

PESOS

Suponiendo que las corridas del año sean doce, los ochenta palcos de primer orden, á razón de diez pesos cada día, precio menos de la mitad del pagado en la Plaza provisional, rendirán cada corrida ochocientos pesos, y en el año.....	9.600
Los de segundo orden, con igual comodidad que los primeros, á razón de ocho pesos cada día, seiscientos cuarenta, y en los doce.....	7.680
Las gradas cubiertas, á razón de dos reales por la mañana y cuatro por la tarde cada asiento, mil doscientos, y en el año.....	14.400
Las tres mil quinientas personas de tendido, á razón de un real por la mañana y dos por la tarde, unos con otros, á saber, los de sol con los de sombra, darán en el día mil trescientos doce pesos y cuatro reales, y en las doce.....	15.750

El genio festivo, naturalmente pacífico, y en extremo aficionado á ginetear y travesear con los toros, de la noble juventud mexicana, la hacen acreedora á la confianza de enmascararse en determinado número, las tres tardes del carnaval, para que con conocimiento de los individuos, y billete del Señor Corregidor, á quien deberán presentarse para el correspondiente permiso, puedan salir á sortear, ya sea á pie, ya sea á caballo, diez ó doce novillos, con que puede divertirse el público, y distraerse de otros divertimientos menos honestos, á que regularmente se entrega en tales días. Y aunque por esta diversión, que probablemente será la más bien admitida, no se exija más que la mitad del precio, impuesto en las corridas ordinarias, rendirá....

5.928

En la parte exterior de la plaza, puede haber sesenta ó setenta accesorias, que según la capacidad que se les concederá, podrán alquilarse á cuatro pesos mensuales cada una, y llegarán á producir en el año.....

3.000

Producto total..... 56.358

**COSTO DE LAS DOCE FUNCIONES, TRES NOVILLADAS,
SUELDOS DE ADMINISTRACIÓN Y TOROS**

Aunque puestos en la plaza los toros cuesten á dieciseis pesos cada uno, que es el precio más alto del ganado escogido, aun en los años de escasez, no pudiendo valer su carne y cuero menos de seis pesos, haremos la cuenta de diez pesos, por la que dieciseis toros que pueden lidiarse cada día, seis por la mañana y diez por la tarde, importan ciento sesenta pesos, y en las doce corridas.....	1.920
Por ocho docenas de banderillas, cada día á dos pesos, dieciseis, y en los doce..	192
Por una espada primera de habilidad cada año.....	600
Por otra segunda.....	400
Por cuatro banderilleros, á trescientos pesos cada uno.....	1.200
Por cuatro picadores de vara larga, escogidos, á trescientos pesos.....	1.200
Por dos matadores de rejoncillo, uno á pie y otro á caballo, á trescientos pesos..	600
Para Invenciones y Habilidades extraordinarias.....	500
Para un Administrador de plaza, de cuyo cargo será la recaudación de caudales y demás, respectivo al mejor gobierno económico de ella.....	1.500
Por treinta novillos en las tres tardes del carnaval, á cuatro pesos cada uno, que es lo regular, volviéndolos al asentista de carnes después de muertos.....	120
Por doce docenas de banderillas en dichos tres días.....	24
<i>Costo total.....</i>	8.256
<i>Producto total.....</i>	56.358
<i>Quedan líquidos.....</i>	48.102

TIEMPO Y DÍAS MÁS PROPIOS PARA LAS CORRIDAS

Para el mayor lucimiento de estas funciones y poderse verificar, sin el quebranto que hasta aquí han experimentado los artesanos y demás plebe-

yos, que subsisten del trabajo de sus manos, se hace necesario combinar la estación del año y días de semana más proporcionados para la ascensión de ambos fines. En consideración á los artesanos deberán ser las corridas precisamente en los lunes, días que la costumbre ha hecho entre ellos más festivos que los mismos Domingos, y que regularmente invierten en funciones menos inocentes con tanto reparo del Gobierno, que se ha promovido expediente para precisarlos á trabajar en estos días, y ya que aquella sabia intención no tuvo efecto, parece política arreglada destinarles este día perdido para un entretenimiento menos vicioso y á que tanto propenden.

Siendo las lluvias uno de los mayores impedimentos de esta diversión, y concluyendo estas por fines de Septiembre, ó cuando más tarde á mediados de Octubre, con constante calma hasta principios de Mayo, pueden celebrarse en este intervalo con la siguiente distribución: dos en el medio mes de Octubre, ó cuatro en sus cuatro lunes si las aguas lo permitieren por haber finalizado en Septiembre; seis en los tres meses de Noviembre, Diciembre y Enero; y las dos ó cuatro que restan para el completo de las doce, en el mes siguiente á la pascua de Resurrección, quedando al arbitrio del Gobierno reservar alguna más de las pertenecientes á los primeros meses, si las estimare más ventajosas en esta segunda temporada, aunque el ganado no suele estar en la mejor disposición por el poco pasto que tiene en la precedente sequedad, con cuya consideración si la plaza no siente decadencia, convendrá celebrar las doce en aquellos cuatro primeros meses, por hallarse entonces las reses con todo su vigor.

El poco costo con que toda clase de gente puede disfrutar de este espectáculo tan nacional, la reducción de la plaza á la capacidad de solas 7.500 personas, que es menos de la vigésima quinta parte de la población de esta capital, los intervalos que median de una á otra corrida, para que lejos de cansar la diversión, sea más apetecida, inspiran una evidente confianza de que la plaza no puede tener decadencia en las utilidades que se prometen y menos cuando las dotaciones fijas con que se compensan las habilidades de los toreros, tan mal pagados hasta aquí, pueden servir de estímulo para que vengan de España algunos de los muchos diestros en este arte, y cuando no podrán solicitarse, aunque sea á mayor costo, con el fin de que el público quede más complacido de lo que ha estado en tales actos por falta de habilidad en los lidiadores.

Finalmente, aunque saliese errado el juicio sobre las utilidades en una cuarta parte, de lo que se proponen, que es difícil atendida la mucha ociosidad del país, su mucha propensión á todo

género de diversiones, su dominante pasión por la de toros y finalmente el crecidísimo concurso que se ha observado en estas mismas funciones hechas con menos lucimiento, arte y orden que el que aquí se indica, nunca podrá bajar de cuarenta mil pesos el producto líquido de la plaza.

COSTO DE LA PLAZA

Supongamos que la fábrica de la plaza hecha á todo costo y magnificencia con las sesenta accesorias que van propuestas por la parte exterior, ascienda á ciento cincuenta mil pesos, que verosíblemente no puede llegar, valiéndose de los muchos ahorros, que le son fáciles al Gobierno para la adquisición de madera y demás materiales necesarios, echando mano de los que abundan en las inmediaciones, por menos costosos, y más proporcionado al pronto y fácil acureo, ó procurando hacer una contrata regular, con alguna de las muchas personas acreditadas por su equidad y desempeño. Pero la primera atención deberá ponerse en la economía del tiempo para el ahorro de los empleados en la fábrica que suele ser siempre costosa. Con ese fin no deberá empezarse la obra hasta que haya un acopio regular de materiales, y para los trabajos se escogerá la estación más ventajosa del año...

Habiendo resuelto S. M. que haya función de toros todos los años, hasta la completa satisfacción de lo gastado en el palacio de Chapultepec, deberán verificarse estas corridas en la plaza provisional que se erija para el fin, pero concluida la firme, podrán celebrarse en ella y recoger la real hacienda su producto hasta verificar el reintegro de aquel descubierto.

La elección de sitio proporcionado, así para el menor extravío, como para la más fácil concurrencia y demás objetos que van indicados en el primer artículo, ha merecido toda mi meditación, después de la cual conceibo que el pedazo de ejido, que media á espaldas de la Acordada, entre el paseo de Bucareli y calle de la Victoria, es el más adecuado tanto por la amplitud que ofrece para el manejo de coches y gentes, como por hallarse en el mismo paseo, y casi á igual distancia de los dos extremos de la ciudad.

Si la falta de ganado es la causa porque en algunas partes de España, ha cortado el Gobierno esta clase de diversiones, nunca en este Reino se ha experimentado tanta escasez, por lo que no militando aquí aquella razón debemos creer, que no haya impedimento para que en esta corte experimenten las mismas diversiones concedidas á la de España.»

Del documento cuyos párrafos principales quedan copiados, se desprenden multitud de conside-

raciones que dan á conocer cuál era el estado de la afición á las fiestas de toros hace más de cien años en México; que ya entonces, aunque mala y provisional, había una plaza en la del Volador, y que la proyectada puede muy bien ser la que ahora existe y llaman de *Bucarelli*.

Hay además algunas otras plazas en México de más reciente creación, como son:

LOCALIDADES

México.	Aguas Calientes.....	3.500
	Ameca (Jalisco).....	3.000
	Atlanta.....	3.500
	Campeche.....	4.500
	Celaya.....	3.000
	Cuautitlán.....	5.000
	Chihuahua.....	3.500
	Durango.....	5.000
	Fresnillo.....	3.000
	Guadalajara (Jalisco).....	6.500
	Guanajuato.....	7.000
	Huamantla.....	3.000
	Huixtla (Hacienda de Morales).....	6.000
	Irapuato.....	3.500
	Jalapa.....	4.000
	Jiménez (Chihuahua).....	3.700
	Lugo.....	5.000
	León de las Aldamas.....	7.000
	Matamoros.....	3.000
	Mazatlán.....	3.000
	México (Bucardi).....	8.000
	Mérida (Yucatán).....	4.000
	Monterrey.....	3.500
	Morelia.....	7.000
	Oaxaca.....	3.500
	Orizaba.....	3.600
	Pachuca.....	5.000
	Puebla de los Angeles.....	8.000
	Querétaro.....	5.000
	San Juan de Guadalupe.....	4.000
	San Juan del Río.....	4.000
	San Bartolo Naucalpan.....	7.000
	San Luis de Potosí.....	8.000
	Saltillo.....	5.000
	Sombrerete.....	3.000
	Tacubaya.....	5.000
	Tehuacan.....	4.000
	Texcoco.....	3.000
	Tlalnepantla.....	3.000
	Tlaxcala.....	5.000
	Toluca.....	4.000
	Veracruz.....	5.000
	Zacatecas.....	5.500

Hay además en los otros Estados de América, que á continuación indicamos, diferentes Plazas

de toros cuya situación y cabida es la siguiente:

	LOCALIDADES	
<i>Bolivia</i>	Cochabamba.....	5.000
	Bahía (Madera).....	4.500
	Campinas.....	4.000
<i>Brasil</i>	Itún.....	3.500
	Pará.....	3.000
	Capital.....	5.000
	San Pablo.....	3.400
<i>Colombia</i>	Bogotá (Santa Fé).....	7.000
<i>Costa Rica</i> ...	Capital.....	4.000
<i>Chile</i>	Anchoa.....	4.000
<i>Guatemala</i> ...	Capital.....	6.000
<i>Panamá</i>	Colombia.....	6.000
<i>República Argentina</i> ...	Córdoba.....	4.000
<i>San Salvador</i> ...	Capital.....	6.000
<i>Uruguay</i>	Montevideo (La Unión)..	"

PERÚ

Son varias las que allí existen, en Córdoba, Lima, el Callao y otros puntos; y de muy antiguo vienen allí las referencias de plazas construidas al intento. El archivo del Ilustre Cabido de la ciudad de Lima conserva en el Libro VI de Cédulas y Provisiones, una en que, haciéndose cargo el Rey de que habían sido suprimidas las fiestas de toros por un Virrey (que no cita sino como antecesor del á quien dirigió su nuevo mandato) que dejase celebrar á la dicha ciudad las fiestas votivas sin poner impedimento. Esta Real cédula, fechada en Madrid á 10 de Mayo de 1610, refrendada por D. Fernando Ruiz de Contreras, refiere que «las fiestas votivas eran dadas con los regocijos y fiestas de toros y las demás que se han acostumbrado,» lo cual justifica que lo menos hace trescientos años se corrían allí toros, y, por consiguiente habría para ello la necesaria plaza.

Respecto de la del Callao tenemos á la vista una memoria impresa en Lima en 1761, que por no abusar de la paciencia de los lectores no copiamos en una buena parte, aunque bien lo merecía. Entre otras cosas se dice en ella que cuando se daban toros para aplicar los productos á los Hospitales de Santa Ana y Caridad; «á los carpinteros se les vendía el sitio de contorno del circo en que fabricaban tablados de que ellos alquilaban los asientos,» y añade que esto «fué el fondo con que principió la iglesia parroquial de la nueva población de Bellavista, inmediata al puerto del Callao, y precisa á sostener el comercio y socorrer al presidio y fortaleza de San Fernando que resguarda la bahía,» y añade: «que el atractivo de la diversión de los toros se juzgue preservativo de

mayores males y que evita mayores inconvenientes.

Más tarde y á beneficio del Hospital de San Lázaro, completamente arruinado á consecuencia de un terremoto, se dieron dos corridas de toros en los días de carnestolendas, que produjeron la primera más de cinco mil pesos libres de gastos, y la segunda ocho mil seiscientos sesenta, con los cuales fué aquél reedificado; pero no consta si la plaza era construída como va expresado, cediendo terreno á los carpinteros para edificar tablados ó si era ya de carácter permanente.

La creación de tantas plazas de toros en España, América, Francia, Portugal y algún otro punto, algunas de ellas tan suntuosas y soberbias que son verdaderos monumentos de arquitectura, acredita que si siempre los españoles gozaron como nadie en presenciar tan asombroso espectáculo, hoy más que nunca esa afición se ha extendido tanto que hasta los extranjeros que la denigraron la consideran como el mejor de los que puedan distraer la atención y producir voluntariamente mayores rendimientos.

Poeira Domingo Antonio.—Hay en el vecino reino de Portugal toreros de más nombre que éste, pero ninguno le aventaja en lo esforzado y trabajador, según refieren los que le han visto. Es verdad que no tiene el arte por oficio, pero siempre ha estado pronto para auxiliar con su concurso en todas las corridas de beneficencia ó en auxilio de los pobres, actuando de banderillero con general aplauso. La primera corrida en que tomó parte, á los veintitún años de edad, se celebró en Samora Correia.

Pomares, Manuel (El Troni).—También mata toros en las plaza de América este mozo que reside en Lima.

Ponce de León, D. Pedro.—Hijo del marqués de Zahara. Fué uno de los más notables caballeros que en el siglo XVI alancearon toros en Andalucía, según refieren los libros de montería de aquella época.

Ponce de León, D. Sebastián.—Natural de la villa de Haro en la Rioja y contemporáneo de don Bernardo Alcalde, con el que sostuvo grandes competencias, saliendo en ellas el Alcalde con gran ventaja en el manejo del capote, y sobresaliendo el que nos ocupa con el estoque y banderillas.

Ponce, Francisco.—La primera vez que trabajó como picador en Madrid, fué en 1803, en la corrida real de toros cuando el casamiento del Príncipe de Asturias.

Ponce, José.—Nació en Cádiz en 1831, fué bautizado en la parroquia del Rosario, á que corresponde el barrio llamado de los *Usás*, llamado así vulgarmente porque en él suele vivir la gente acomodada, y aprendió el oficio de carpintero de ribera,

después de casarse con una hermana de los célebres banderilleros Ortega (*Lillo y Cuco*), marchó á torear á las plazas de México, Veracruz, Habana, Matanzas, Trinidad y Cuba, donde lo hizo con buena fortuna y singular aceptación. No sucedió lo mismo en Lima. Los peruanos, que tanto le aplaudieron en 1871 y siguientes, dispusieron una función de toros á beneficio de la compañía de bomberos de aquella capital; Ponce se ofreció á tomar parte con su cuadrilla gratuitamente, y por consecuencia de una grave herida que recibió al matar un toro, falleció en la noche del 14 de Julio



ó sea el doctofate con notable aprovechamiento. Siempre tuvo gran afición al toro, ensayó sus facultades, como todos, en novilladas; después fué banderillero de gran poder, y mató novillos y toros como mejor le parecía, pero procurando aprender, hasta que Julián Casas (*El Salamanquino*) alternó en Madrid con él por primera vez el día 3 de Agosto de 1856, si bien ya había matado los dos últimos toros en la corrida del 16 de Junio del mismo año. Desde entonces trabajó como espada en plazas muy principales, teniendo más aceptación en Andalucía por su valor reconocido y buena figura;

de 1872. Muy sentida fué esta desgracia, y aquel pueblo lo demostró cumplidamente. La compañía de bomberos trasladó el cadáver con toda solemnidad á la iglesia de Santo Domingo, costeó todos los gastos de funerales y enterramiento, y al colocarle en el nicho, el señor D. Agustín de Ezpeleta pronunció un sentido discurso en loor del finado. Este fué buen mózo, como hemos dicho, de más valor que arte; toreaba ceñido y corto, esperaba á los toros mejor que irse á ellos, y tenía la serenidad que requiere la reposada escuela rondeña.

Pontes, Francisco.—Torero portugués, valiente y entendido. Sobresalió en los cuarteos, que eran rapidísimos y á tiempo. Con el capote era una especialidad; y en una ocasión, en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa, rindió con verónicas y navarras á un toro, á quien se acercó y cortó las cuerdas de las bolas que tenía en las astas. Era de figura simpática, fino y arrogante. Hace algunos años marchó al Brasil, y murió en aquella república víctima de las fiebres del clima.

Portela, Francisco (Salazar).—Se hablaba en la época del *Tuto* (1858) de un picador que llamaba la atención en Andalucía y era ese su nombre. Ni por él ni por el mote le recordamos.

Portero, Juan.—De mediados del siglo pasado en adelante trabajó este picador varilarguero en muchas plazas de España con bastante aceptación.

Portugal y Castro, D. Antonio de (Vimioso).—Hijo del renombrado rejoneador Conde de Vimioso, tan bueno como él toreando, pero mucho mejor jinete.

Pozo, Francisco del.—Matador de novillos granadino, que por la baja Andalucía trabajaba en 1818 y posteriormente, sin que su fama llegase á ninguna parte.

Pregón.—En lo antiguo y hasta hace unos sesenta años, en Madrid, después de verificado el «despejo» de la plaza en las corridas de toros, cruzaba el redondel, saliendo por la puerta de la enfermería que estaba situada como ahora al lado de los toriles, el pregonero de la villa, con capa aunque fuera verano, descubierto y entre dos alguaciles, todos á pié, y cuando llegaban ante el palco de la autoridad, leía aquel funcionario en voz alta el «Bando» por el cual se imponían penas á los que alterasen el orden, arrojasen objetos al ruedo, bajasen á él antes de ser enganchado el último toro etc. y al retirarse en la misma forma y á igual sitio, acompañábale una *orquesta* de gritos y silbidos, mayor aún que la que había estado escuchando desde su aparición en el coso, que nunca era floja ni sorda. Por inútil se desterró tal antigualla, que daba cierto carácter á la fiesta. (Vease BANDO.)

Prender.—Dícese prender banderillas ó rehiletes, lo mismo que clavarlas; pero en nuestro concepto

quiere decir que las primeras quedan prendidas, ó sea sin caerse, y del otro modo pueden muy bien ser clavadas y caerse, ó desprenderse de la piel del animal.

Prensa taurina.—Después de los periódicos políticos, los de tauromaquia son los que, en mayor número, han ocupado la atención de toda clase de lectores, prueba evidente de que la fiesta nacional está muy por encima de todas las demás en el corazón de los españoles, y que hoy no hay género alguno de *sport*, como ahora dicen los extranjerizados, ni de espectáculo de otra clase que interese tanto ni en tan alto grado. No hay que considerar siempre á la prensa taurina como destinada solamente á informar del resultado de las corridas celebradas y de noticias relacionadas con las mismas, que ha ejercido y ejerce misión más alta, pues como dijo, con su natural talento, el eminente Estébanez Calderón, *el escritor* para presentar los rasgos de nuestra fisonomía y los toques de nuestro carácter del modo más español posible, todavía *está obligado*, con vínculos de más fuerza, á dar su relativa importancia á las cosas aquellas, como son las corridas de toros, que por su desuso en las demás partes del universo, su existencia única y peregrina entre nosotros, su remota antigüedad en nuestros anales y crónicas, y por su sello de originalidad, extrañeza, valor y gallardía, han llegado á ser y son efectivamente, un distintivo peculiar de la noble España y de sus bravos y generosos hijos. Por eso los artículos históricos, descriptivos, encomiásticos, técnicos y teóricos han ocupado preminente lugar en los periódicos taurinos, instruyendo y deleitando á nacionales y extranjeros y suministrando saludables enseñanzas de que quizá carecen muchos de los que tergiversan con mala intención el modo de ser de las corridas de toros.

Aunque pudiéramos añadir muchos más periódicos al número que contó el muy erudito y excelente aficionado D. Miguel Moliné en 1888, y que ascendía á la respetable suma de 118, que trataban exclusivamente de toros, dándose la casualidad verdaderamente rara de que correspondían á Madrid la mitad exacta de los editados, no creemos propio de este libro fijar en él los títulos de cada una de esas publicaciones. Desde el siglo pasado, en que el Sr. Salanova daba en el *Diario oficial de avisos de Madrid* las reseñas de las corridas que en esta plaza se celebraban, y más tarde hacía lo mismo *El Correo literario*, no tenemos noticia de que se publicase, con el único carácter de taurino, ningún otro periódico anterior á *El toro*, que salió por primera vez en 1845 y sólo se ocupó en dar á conocer, por medio de biografías,

presididas dichas fiestas por los alcaldes de los pueblos en que se verifican. Por desgracia, es demasiado frecuente que unos y otros ignoren de todo punto hasta lo más insignificante de los accidentes de la lidia y modo de dirigirla, y de aquí proviene que en muchas ocasiones el público, que es, al menos gritando, el único soberano en los circo taurinos, apostrofe duramente á los Presidentes y ponga en ridículo su autoridad, desprestigiándola. Para evitar este grave inconveniente se ha indicado, y aun ensayado alguna vez, que el que presida se asesore de uno ó más inteligentes, y en Madrid han desempeñado dicha comisión, juntos, un ganadero, un antiguo torero y un aficionado; pero, ya sea por el distinto modo de apreciar las condiciones de las reses y lidia que merecían, ya por lo encontrados que necesariamente debían ser los pareceres de aquel jurado, es lo cierto que concluyó apenas nacido, sin que se vieran ni tocaran buenos resultados durante el tiempo que funcionó. Sin pretender la imposición de nuestro parecer, que podrá ser equivocado, aunque no nos guía más que el deseo del acierto, creemos sería conveniente encargar, ó, mejor dicho, declarar que es atribución del primer espada, como jefe de cuanto en el redondel se halla, dirigir la lidia en todo y por todo, ordenar la ocasión de poner banderillas, fijar el número de las que deban colocarse, designar si han de ser ó no de fuego, y disponer cuándo puede darse muerte al toro. Su competencia para ello, indudable desde el momento en que la antigüedad le coloca en aquel puesto, la facilidad de consultar en el acto con sus compañeros, y más que nada la idea que nosotros tenemos de que, dentro del redondel, en la arena, nadie debe mandar en el diestro, porque en más de una ocasión la mala orden de una autoridad ha ocasionado graves cogidas, nos hacen afirmarnos más en nuestro pensamiento, que podría ser modificado únicamente si se creía necesario, por decoro de la autoridad, que á ésta le fuese pedido el permiso por el primer espada para ejecutar las suertes los toreros. Presida la autoridad enhorabuena para hacer que allí se conserve el orden, que nadie falte al lidiador, y que éste cumpla con su obligación; pero déjese la dirección de cuanto se ejecute en el redondel al jefe de la cuadrilla, como tiene la del escenario el director de un teatro. En una palabra la parte facultativa, para el diestro inteligente; la gubernativa, para la autoridad. Esta opinión que han aceptado algunos aficionados, ha sido objeto de viva controversia. No quieren muchos que al espada se le haga cargo de la dirección de la lidia hasta el extremo de que sea él quien disponga la ejecución de las suertes, porque siendo posible que esto no lo hiciera en todas ocasiones á gusto y contento de

la mayoría del público, y más aún de sus mismos compañeros, las nuestras de desagrado que podrían promoverse causarían en él tan mal efecto, que serían tal vez causa de que el hombre se azorase y comprometiera su vida ante la fiera. Los disgustos que particularmente le acarrearía esto con los demás lidiadores harían nacer entre ellos rencillas siempre peligrosas, y llegaría el caso de que un espada querido y apreciado del público perdiera su aura popular, no por su trabajo como torero, sino por sus disposiciones para la lidia; y por consiguiente, nadie que se vista de corto aceptará un papel que, sobre no serle más productivo ni en fama ni en provecho, puede ocasionarle serios disgustos y desavenencias. Todo esto dicen y todo está bien dicho; pero hay en ello exageración. Son menos los inconvenientes que ofrece la realización de nuestra idea que los que constantemente estamos presenciando en todas las plazas de España. Si sólo se tratara de las tremendas silbas que en muchos casos se dan á la Presidencia, dejaríamos las cosas como están, porque al fin y al cabo ni pasan más allá de los muros del circo, ni surten más efecto que el de aumentar la alegría y dar carácter especialísimo á la función. Las mismas personas que más gritan el consabido *No lo entiende usted*, que más exageran sus voces y ademanes, pasan á la media hora al lado del alcalde tan duramente apostrofado, y no sólo le miran con respeto, sino que le saludan con cariño. No es por lo tanto el temor de las silbas á los Presidentes lo que únicamente nos hace suponer que nuestra opinión es muy aceptable, sino el deseo de que la lidia vaya bien regularizada, bien dirigida, que se sepa lo que se hace en el redondel, y no se dé el caso de ir los toros enteros á la muerte, ó tan castigados y sin facultados que no sea posible hacer con ellos suerte alguna. En la forma que dejamos propuesta, creemos remediado esto, sin desprestigio para el torero ni para nadie; porque el mismo público, aunque indirectamente, es el que con su aprobación ó disgusto indica cuándo se han de ejecutar las suertes. Supongamos, como llevamos dicho, que el primer espada, jefe del redondel y de las cuadrillas, cree llegado el caso de que se pongan banderillas á un toro, y de acuerdo con el espada que ha de matar éste, indica á los banderilleros vayan á pedir permiso á la Autoridad; y al marchar éstos, el pueblo soberano grita en contra, porque quiere se prolongue la suerte de varas; la Presidencia entonces suspende dar la señal, gana de seguro un aplauso, y la lidia sigue sin detrimento de la fama de los espadas, que no han hecho más que consultar su parecer, y con ventaja notoria para el principio de autoridad. Lo mismo sucedería para la suerte de matar, que empezaría siempre *de acuerdo* entre el matador y el

jefe de la lidia; y sólo en el caso de ser preciso retirar un toro al corral, enseñando la media luna, podría la autoridad, porque esto no pertenece á la lidia, ordenarlo por sí, después de ver la opinión, que bien clara se manifiesta siempre de la mayoría de los concurrentes, y de haber dejado transcurrir un cuarto de hora desde que el espada se presenta ante la fiera. Hecho esto así, reglamentado con disposiciones claras y precisas, no habría, ó al menos nosotros no le encontramos, motivo alguno de desavenencia entre los toreros, ni de disgusto para el jefe. Pero, ¿á qué esforzarnos? Ahora mismo los espadas, sin estar anunciado, sin ser de su obligación, sin pedir permiso á la autoridad, ¿no ejecutan las suertes que mejor les place sin atender más que á su criterio? Capean cómo y cuando quieren á un toro, unas veces por lucirse y otras por «cortarle las patas», le saltan cuando tiene piés y le colocan banderillas cuando buscan un aplauso, y todo esto sin permiso, sin venia de la autoridad, aceptando el diestro bajo su responsabilidad los vítores y aplausos ó los silbidos atronadores. Así debe de ser; pero que sea para todo, que se observe una misma pauta para unas suertes que para otras, que sobre ser mejor la lidia seguramente, más justo es que las palmas y los fueras sean para el torero que cobra que para el Presidente, que ignora hasta los más ligeros apuntes de tauromaquia, y que no debe llevar allí otra misión que la de cuidar del orden, hacer que los toreros, contratistas, etc., cumplan sus obligaciones y proteger á los lidiadores de cualquier atentado que contra ellos pudiera intentarse. Lejos de perder el primer espada, ganaría mucho en el lugar en que nosotros queremos colocarle: en él demostraría sus conocimientos de las reses y de los accidentes de la lidia, y llegaría un tiempo en que, lejos de parecer la plaza un herradero, se haría todo ordenadamente, como recordamos haberlo visto hace cuarenta años. Podría suceder que en un caso remoto se silbase al primer espada, como jefe del redondel, por haber *propuesto* la suerte de banderillas ó otra; pero es indudable que, *valiendo* él, se le aplaudiría como diestro á los dos minutos, ni más ni menos que como ahora se hace en una suerte mal empezada y bien concluida. Los infinitos lances á que se prestan las corridas de toros, hacen indispensable que las silbas y los aplausos se sucedan sin descanso ni tregua: precisamente este es uno de los rasgos más característicos de la fiesta, y quitársele sería matarla; pero si el jefe del redondel es buen torero, poco pue-

de importarle que sus disposiciones como director, siendo acertadas, agraden más ó menos á los ignorantes ó á los toreros de tercer orden: los inteligentes le harán justicia, y él con su mérito se sobrepondrá á todos. Lo mismo que nosotros opina sin duda alguna el ilustrado consejero Sr. López Martínez, cuando dice: «Vaya á la plaza el representante de la ley á proteger, no á dirigir.» Y de tal manera creemos practicable nuestra idea, que esperamos verla adoptada en un día no muy lejano.

Pretel, Dolores (Lolita).—En el curso de esta obra va dicho repetidas veces que no debiera admitirse á torear en las plazas públicas á esas mujeres que no sirven más que de burla, queriendo lidiar toretes ó becerros; pero hay que hacer forzosamente una excepción en favor de esta discípula de *Verdugillo* (Armengol), porque también ella es excepcional.

Acaba de cumplir los diez y seis años: su desarrollo físico no es mucho, ni es bonita ni fea, pero tiene bastante gracia, en particular cuando habla. Es simpática y modesta, parece más reflexiva de lo que su edad y sexo permiten, y su trato hasta ahora no tiene otro carácter que el de una colegiala. Es hija de Francisco, reputado gimnasta y de Do-



lores Ubeda; nació en Barcelona, y al formarse la cuadrilla de minas toreras, pidió plaza en ella para ensayar, y fueron tantos sus adelantos, tal su aplicación, que el día del primer ensayo práctico, fué la destinada á matar un becerro, al que remató de varios pases superiores y media estocada en lo alto. Ha sido luego la que más ha entusiasmado, porque, además de tener un aire muy elegante, sin abusar de los adornos, ha practicado todas las suertes del toreo de á pie: posee una afición sin límites, incomprensible en su sexo, una gran vista torera y un valor sereno que para sí quisieran muchos diestros de primera nota. Banderilleando, con el capote y con la muleta, hace con los becerros lo que un buen torero puede hacer con los toros, y con el estoque va de día en día mejorando, habiendo intentado últimamente ejecutar la suerte de recibir con arte y tranquilidad.

Es esta criatura sumamente aplicada á las labores y estudios propios de su sexo, que aprende en un colegio acreditado, solfea bien y ha empezado á tocar el piano, y dice, con la sinceridad de una niña, que no necesita en el mundo para ser feliz más que los toros, la música y escribir bien. ¿No da lástima ver á un ángel torear?

Pretel, Antonio.—Los que han visto matar toros á este muchacho dicen que es muy guapo con ellos, que también pone banderillas con desahogo y que brega bien, hasta con entusiasmo. Parece que es natural de Murcia. Le juzgaremos cuando le veamos, que es el modo de acertar.

Prieto.—En América, más que en España, llámase así al toro cuya piel es negra, no brillante ni muy marcada, de modo que siendo mucho más oscura que la parda podría llamársela negruzca. (Véase *ZAINO*.)

Prieto, Tomasa.—Picadora de novillos sin conocimiento del arte y sin el pudor de su sexo. Salió á la plaza vieja de Madrid el día en que se dió la última corrida, que fué el 16 de Agosto de 1874.

Prieto, Miguel (El Medrano).—Hace más de treinta años sonaba el nombre de este matador de toros de segundo orden por los pueblos de las provincias de Alicante, Murcia, Valencia y limítrofes, pero no le conocimos.

Prieto, Diego (Cuatro dedos.)—Banderillero aprovechado, buen peón de lidia y regular matador de

toros. Ha pareado con arte y valor y ha corrido por derecho usando el capote sin estorbar; pero como espada, sin que pueda decirse que es malo, ha quedado por bajo de su reputación torera, nada más que por precipitarse y querer hacer en un minuto lo que requiere cinco. Es hijo de Manuel y de Dolores Barrera, y nació en Coria del Río, provincia de Sevilla, el año de 1858. Abandonó á los dieciséis años el oficio de tahonero á que le dedicaron sus padres, abrazó el de torero, recibiendo las primeras lecciones de Fernando Gómez y luego de Antonio Carmona, de modo que á poco de presentarse en Madrid por primera vez en 1876 empezaron á notarse en él visibles adelantos. Ya en 1887 se atrevió á matar en alguna corrida de Sevilla, como lo fué la del 11 de Noviembre, y luego en 1881 en Madrid, los toros de las novilladas, sin perjuicio de continuar al lado de Fernando en las funciones de abono como sobresaliente de espada, y en 28 de Setiembre de 1882 alternó en Sevilla con Francisco Arjona, confirmando en Madrid su alternativa el espada mencionado el día 6 de Mayo de 1883.

Después formó cuadrilla y con ella marchó á América, lidiando en las plazas de México y otras con general aceptación, y allí reside hace años ganando aplausos y dinero.

Prieto, Enrique.—Necesita apretar este picador para ser algo, ya que tanta voluntad tiene. Con esta y con el pundonor, que le sobra, mucho puede conseguir; pero hay que correr más, que en doce años largos de práctica debiera haberse hecho notar ventajosamente.

Primoroso.—Toro de la ganadería de Miura, negro meano, de libras, bien armado, bravo y codicioso, lidiado en la plaza de Madrid el 12 de Octubre de 1879. Se hizo tardo al arrancar, incierto y de sentido; tomó cinco varas de *Cangao* y *Badilla*, le pusieron difícilmente banderillas Pablo y *Regatero*, y en el último tercio se amparó en las tablas, desafiando y no acometiendo hasta considerar segura la cogida. *Frasquito*, queriendo dominarle y marearle, empezó usando la muleta sucia, que tanto nombre dió á *Cuchares*, pero más corto que éste y perdiendo terreno, que aquél siempre ganaba; así es que le consintió, le hizo salir de las tablas (tendido número 8), y al intentar darle el quinto pase, Valentín Martín, su banderillero, metió el capote por la derecha del espada, que había llamado al toro por la izquierda. Dudó *Primoroso*; pero en vez de salirse de la suerte siguiendo á Martín, acudió, revolviéndose de pronto al bulto que más cerca tenía, que era *Frasquito*.

y sin darle tiempo para nada, fué enfrontilado, suspendido y volteado varias veces, hasta caer por el costado izquierdo del cuello del toro. Levantose con valor, tomó el estoque y muleta á despecho de sus compañeros, que mejor que él conocían su estado, dió un pase al toro, y resintiéndose dolorosamente del brazo izquierdo, abandonó el redondel, al lado de su hermano Francisco, que presenciaba la función entre barreras. Sufrió la fractura completa del cuello quirúrgico del humero izquierdo y unas grandes contusiones que le magullaron el cuerpo enteramente, y fué trasladado, después de la primera cura, en un coche á su casa. El toro le mató Felipe García de un bajonazo.

Provincial.—Toro de la ganadería de Ripamillán, colorado claro, ojo de perdiz y bien puesto, lidia do en Tarragona el día 19 de Agosto de 1887; tomó veinte puyazos, mató ocho caballos, y lo mató el *Espartero* de un pinchazo y de un gran volapié.

Prueba.—El ensayo ó experiencia que se hace de alguna cosa. Los picadores deben probar sus caballos antes de la corrida con bastante tiempo, para desechar los que no sirvan, á presencia del delegado de la autoridad y de algún profesor de veterinaria, que debe reseñar, tanto los jacos admitidos como los desechados, para que no haya luego sustitución perjudicial á los jinetes. Llámase también pruebas á las medias corridas de toros que en muchos puntos se celebran por la mañana, con menor número de reses que por la tarde.

Posada.—Se dió á conocer en Madrid rejoneando toros como caballero en plaza en las funciones reales que con menos lujo y aparato se han celebrado en la corte el día 2 de Diciembre de 1879, siendo apadrinado por la Diputación provincial, y portándose regularmente, aunque demostrando ser buen jinete. Volvió á Andalucía, su país, y cuando en 5 de Junio de 1880 se inauguró la plaza de toros del Puerto de Santa María tomó parte en la lidia como picador, á cuyo arte parece decidido apasionado.

Pozo, I. del.—Banderillero de poco nombre en los primeros años del presente siglo.

Puente y Brañas, D. Ricardo.—Entre sus notables obras dramáticas, descuella, por lo que á nuestro gusto hace, la excelente zarzuela titulada

Pepe-Ilo, en que con gran verdad y marcado sabor de la época á que se refiere, fijó el tipo del popular torero y de su amigo el *Lego*, que dicen redactó el *Arte de torear* de tan buen maestro.

Puerta, Romualdo (El Montañés).—Es preciso que este banderillero, si ha de ser algo, mida mejor los tiempos en la suerte, alce más los codos al elavar, y mire y estudie un poco las condiciones de las reses, ya que quiere aplicarse y no parece lerdito. Precisa también que lo haga pronto, que lleva muchos años toreando y nada ha adelantado.

Puerto, Carlos.—Buen mozo, simpático y valiente. Era este picador uno de los que más fama daban á la cuadrilla del inolvidable José Redondo, á que perteneció. En el mismo año en que bajó á la tumba Redondo, tuvo Puerto la desgracia de sufrir una cornada, que le ocasionó la muerte, el día 24 de Junio de 1852 en la plaza del Puerto de Santa María. Llamábase el toro *Medialuna*, de la ganadería de D. Anastasio Martín. Puerto fué uno de los picadores que en 1836 marchó á Montevideo con el matador de toros Manuel Domínguez.

Había nacido en Alicante el día 4 de Diciembre de 1813, siendo hijo de Domingo Puerto y de Francisca Santo, pero á los quince meses de su nacimiento vecindáronse sus padres en el Puerto de Santa María y le dieron instrucción primaria, dedicándole después al oficio de carpintero de carruajes en que llegó á ser un buen oficial. Descuidó algo esta ocupación por atender á la de lidias de toros, giras, novilladas y acosos con que la ciudad del Puerto obsequió allá por los años 1830 al 32 al Infante D. Francisco y su familia, siendo Corregidor D. Manuel Muñoz de Vaca, y en 1833 se presentó en el redondel como picador con el deseo de adquirir para su madre el bienestar que en aquél mismo año acababa de perder ésta con la muerte de su marido Domingo. Alternó con los renombrados Juan Pinto, Bernardo Botella y Juan Mateo Castaños, á quien vió morir, picando una tarde juntos, y partió en busca de una fortuna y acompañado de su hermano Francisco con dirección á Montevideo donde adquirió algunos bienes. Volvió á España á fines de Abril de 1841 y trabajó en la nueva plaza de Jerez de la Frontera con el célebre Montes y el notable Juan Yust, que en una sola corrida admiraron los adelantos que en el arte había hecho Puerto; y en el mismo año marchó de nuevo con su madre á Montevideo, reconstituyendo su fortuna, que perdió otra vez quedando arruinado en 1849, por lo que regresó á España y fijó su domicilio en el Puerto de Santa María. José Redondo fué contratado en Madrid

para las corridas de 1850 y trajo de picador á su lado á Carlos Puerto que hizo una brillante campaña, y que, como ya dicho, sobrevivió pocos meses á tan renombrado espada. Con Julián Casas trabajaba el día de su cogida, y como viese al toro, que tenía siete años, receloso y parado, le citó en corto sin lograr le arrancase, pero un dependiente del Gobernador, D. Martín Foronda, de orden de éste, castigó al caballo con un palo y en el momento en que estaba atravesado ante la fiera, acometió esta rápidamente, sacó á Carlos de la silla, se le llevó en la cabeza causándole una cornada en la ingle derecha de 18 pulgadas de longitud, atravesándole el cuerpo y saliendo la punta del asta por el costado. La plaza quedó desierta y algo hubiera ocurrido dadas las simpatías de Carlos en aquella población si la tropa no hubiese estado sobre las armas. Murió bien asistido en la casa de su compañero Erasmo Olivera el día 29 de Junio, después de recibir el Viático el día 26, y la conducción de sus restos al cementerio fué suntuosa, acompañándolos el pueblo entero del Puerto y gran número de personas llegadas al efecto de Cádiz, Jérez, Sanlúcar, etcétera.—A los cuatro meses, el 30 de Octubre siguiente, falleció su madre que tanto le quería.

En la imprenta de la *Revista Médica de Cádiz*, hicieron «varios de los amigos del finado» á fines del mismo año 1852 un folletito en octavo, medianamente impreso y con dos laminas litografiadas de escaso aprecio, comprendiendo en él la biografía de Puerto y varias sentidas composiciones poéticas de mérito relativo.

Puerto, Francisco.—También este picador, como su hermano Carlos, perteneció á la cuadrilla del *Chiclanero*, y tenía las mismas cualidades que aquél. Se unía perfectamente al caballo, y castigaba donde se debe, habiendo adquirido en Madrid tal partido en la primera temporada de 1852, que se calificó como el mejor de los diestros á caballo de aquel año. Cuando murió su hermano se retiró del toreo y casó con la viuda del célebre Francisco Montes, avicinándose en Chiclana.

Puerto, Antonio.—Picador hace más de diez años, sin que haya logrado que su nombre tenga significación en el toreo. Si es descendiente de los célebres Francisco y Carlos, bien dijo aquél que dijo: «Nunca segundas partes fueron buenas.»

Pueyo.—Este caballero, cuyo nombre no sabemos, fué uno de los que con más lucimiento rejearon en Zaragoza, á presencia de D. Juan de Austria, á

finés del siglo XVII, según lo afirma en versos de aquella época el poeta Tafalla.

Pujol, Alberto (Cubanito).—Tal vez llegue á ser banderillero si continúa con la misma afición con que ha empezado.

Palmarino, Ignacio (Aristas).—Empieza á picar toros en novilladas, si no con arte, con grande voluntad. Esta no es bastante para adquirir fama, aunque de mucho sirve, conque á pensar en que para conseguir honra y provecho hay que aprender lo que se ignora.

Puntazo.—Llámase así á la cornada poco profunda y de poca extensión que da el toro al diestro ó al caballo; como que la palabra denota que no ha entrado más que la punta del cuerno.

Puntilla ó cachete es el instrumento con que es rematado el toro luego que ha sido muerto con estoque. No debe dársele sino cuando se haya echado en tierra. Es de unos 30 centímetros de largo, 14 el mango, que es de madera, y 16 el hierro, inclusa la lengüeta, y se introduce á golpe entre las dos astas, en medio de la parte del cervigillo, y detrás de aquéllas cortándole instantáneamente lo que se llama el cabello.

Puntillero.—El diestro que da el cachete al toro luego que éste se echa. Los hay tan prácticos en el modo de dar el golpe, que hemos visto á más de uno arrojar la puntilla desde la cola del toro y acertar á éste en el cabello. Deben procurar, para ejecutar su suerte, que el toro no esté tapado, porque si no tiene descubierto el sitio en que deben pinchar, se exponen á dar dos ó más golpes, lo cual es muy deslucido. Para facilitar al puntillero su cometido, permanece el espada ante el toro con la muleta caída llamándole la atención.

Punzón.—Era una lanza larga y grande que parece se usaba aun en el siglo pasado para dar muerte á los toros cuando se aplomaban y no embestían, en vez de la media luna que después se inventó.

Puya.—La punta limada, pero no vaciada, que en forma cónica-triangular tienen en el extremo las varas ó garrochas de los picadores. Las que usan los vaqueros y derribadores son más delgadas y

pequeñas, ó sea de menos largo y grueso, aunque siempre punzantes.

Puyana, Pedro (el Mayor.)—Bien quisiéramos trasladar íntegra á este lugar la preciosa biografía que de este afamado picador de toros publicó hace pocos años el eminente *Dr. Thebussem*, pero nos lo impide su mucha extensión, y por eso nos limitamos á extractarla, aunque pierda mucho en todo. En la primera edición dijimos de Pedro Puyana: «El nombre de este picador de toros, que tanto lució en el primer tercio del presente siglo, será imperecedero en los fastos tauromáquicos, porque los que lo vieron aseguran que había pocos diestros á caballo tan unidos á él, de tan buen brazo, mejor mano izquierda, y que tan por derecho saliese á la suerte.» Esto mismo asegura como una verdad garantizada por la afirmación de testigos contemporáneos el *Dr. Thebussem*, que nos descubre el secreto que cubría la vida del célebre picador.

Era éste, ni más ni menos que don Pedro

Maria de las Nieves Joseph Hilario de los Dolores, hijo de D. Alonso Yuste de la Torre y de Doña Jerónima Antúñez, ricos hidalgos de fuertes mayorazgos que establecieron sus antepasados en el siglo XVI en la ciudad de Arcos de la Frontera. Allí nació en 14 de Enero de 1776, y fué bautizado en 21 del mismo mes, siendo sus padrinos los Marqueses de Torresoto; tuvo afición al capeo de reses y á picarlas con tal destreza, que á los veinte años de edad era conocido como un buen varilarguero. Esto y rencillas de familia, impidieron que Yuste de la Torre tuviese amor con la hija de un convecino, y viendo ella que iba á ser encerrada en un convento, le suplicó por escrito la librase del sepulcro en vida, huyó de su casa y la depositó en casa de

unos parientes, declarándose él autor del rapto, por cuyo delito fué condenado á servir cuatro años en el Fijo de Ceuta, gracias á las influencias de la Condesa de Benavente, que en otro caso hubiera ido á presidio ó á galeras.

A poco tiempo de estar de servicio, en 1805, desertó, se pasó al campo moro, renegó, aprendió algo de árabe y logró relacionarse con el emperador de Marruecos, que en 1807 le envió á España acompañando á los marroquíes que trajeron al rey unos caballos de regalo; y como entonces en Madrid asistieron los moros á una corrida de toros, pidió permiso para rejonear un toro, lo realizó gallarda-

mente, agarrochó á otro, y luego, apeándose y tomando un trapo, hizo alarde de habilidad, lijereza y gracia en el capeo. Las felicitaciones fueron estruendosas y unánimes, y cuando el Príncipe de la Paz le dirigió las suyas, contestó que no era moro sino un cristiano desventurado, de quien podría dar razón la Condesa de Benavente, que allí estaba, y aun fiar y abonar á su vasallo Pedro Yuste de la Torre. A las veinticuatro horas le envió la Condesa amplio indulto y una gruesa suma con expresiva carta en

que le decía que adquiriese un par de trajes completos de picador cristiano, para lucirlos en la plaza de Madrid; pero él no apareció en el ruedo hasta 1814, por supuesto, con el nombre de Pedro Puyana. En el año 1817 ó en el de 1818, anunciaron, para que fuesen lidiados en la plaza de Ronda, ocho toros negros, que habían de ser picados en caballos blancos; y como al cuarto toro faltasen ya jacos, tomó, con su permiso, una jaca, blanca como la nieve, que pertenecía al hijo del empresario y maestrante D. José Topete; picó con ella cuatro toros, y la sacó ileso.

Era Puyana, ó, mejor dicho, Yuste de la Torre, de figura distinguida, elegante y gallarda. De color blanco, buenos ojos y fino cutis, con un sello



de tristeza muy marcado; si hubiera nacido en la corte, hubiera sido, dados sus antecedentes, marqués ó conde de... Puyana, tal vez, ó de otro título. Murió sin dejar sucesión en 1820, ó 1822 en Granada, desnuado por la caída de un caballo. Aquella doncella de sus amores, causa de la azarosa vida del desgraciado joven, se casó con un golilla partidario de Fernando VII, sin más relaciones con la tauromaquia que las derivadas de las leyes de Toro. Nieta de este matrimonio es una distinguida dama que hoy pertenece á la nobleza titulada de Madrid.

Puyana, Pedro (el Menor).—No hay que confundirle con el anterior, á quien no ligaban con éste vínculos de ningún género. Este fué natural de Jerez de la Frontera y picó de vara larga en Madrid, por primera vez, el día 18 de Abril de 1803. Todavía en 1826 figuraba en primer lugar en la cuadrilla del desgraciado matador sevillano Manuel Lucas Blanco.

Puyazo.—El pinchazo que da el picador al toro con la garrocha. Debe ponerse ésta en lo alto del cerviguillo, cerca de los encuentros ó cruz de la res, empujando para detener á ésta si es posible, y en todo caso procurando echarla por delante del caballo. El puyazo, sea cualquiera la ocasión en que se dé y la clase de toros que le reciban, será siempre malo si está bajo ó trasero.

Puyol y Bosque, D. José.—Colaborador en diferentes periódicos taurinos y redactor de *El Chiquero*, de Zaragoza. Es conocido en los círculos literarios con el nombre de *J. Peñaflores de Gallego*,

pseudónimo con que firma preciosas poesías y notables artículos, festivos en su mayor parte.

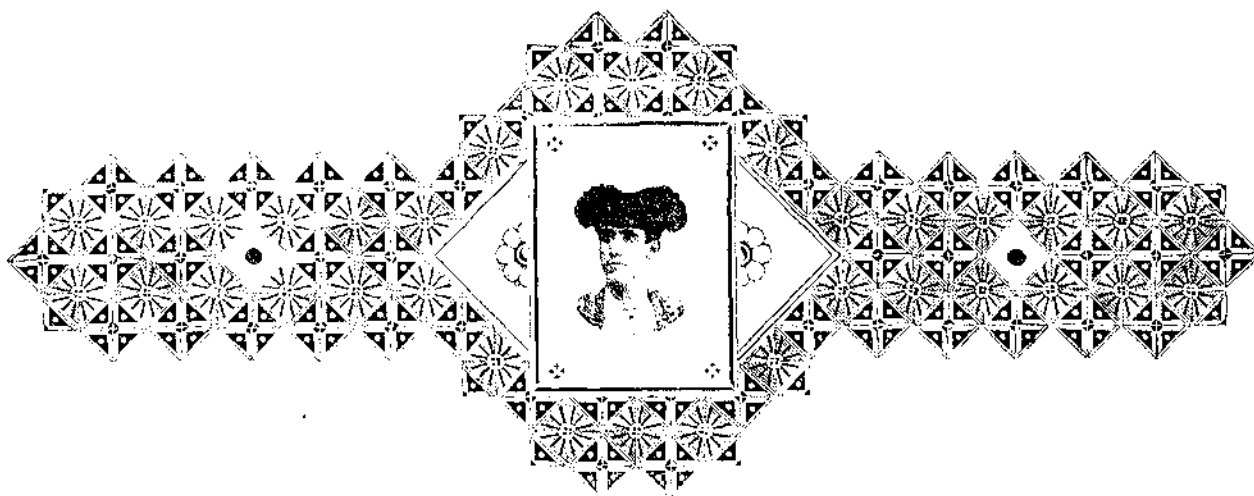
No le estorba su excesiva modestia para ser conocido ventajosamente entre los hombres de letras, que pruebas suficientes tiene dadas de su excepcional ingenio en muchas publicaciones de primer orden, en la mayor parte de las provincias



de España, y á ellas debe el figurar dignamente en la obra *Museo epigramático de autores españoles contemporáneos*.

Es aragonés puro, á quien entusiasman las corridas de toros, no por la personalidad de los toreros, sino por lo grandioso de la fiesta; así que desde el año 1888, en que empezó á darse á conocer como escritor taurino, demostrando verdaderos conocimientos en el arte de Montes, por sus méritos en la arena, los ha juzgado, no por simpatías ni por recomendaciones. Adviértese en cuanto escribe suma independendencia, vigor en la dicción, sin acrimonia ni descaro, y rectitud en las apreciaciones.

No tiene aún treinta años, ha pertenecido al ejército y es muy estimado por su formalidad y honradez.



Quedarse. — Dícese que el toro se queda en la suerte, cuando, antes de que ésta se consume, se para en el centro de los terro- nos y obliga al dies- tro a salir en falso. Debe el torero en este caso aprovechar bien y esperar á verle lle- gar cuando le alegre.

Puede también «quedarse» el espada cuando recibiendo, aguantando ó espe- rando de cualquier modo al toro, le da estocada y se para dándole la cara: ó el banderillero que ob- serva ser el toro blando al hierro y que al ser pinchado huya en

distinta dirección. Solo los toreros valientes se quedan frente á la cara de la fiera, y el que no tenga en sí mucha confianza que no lo haga. Nunca debe pararse el diestro si el toro se revuelve con rapidez, á no ser que la estocada sea inmejorable.

Quemar.—Es aplicar al toro banderillas de fuego por no haber querido entrar á varas, ó no haber tomado más de tres. Lo menos que deben ponerse son tres pares completos de banderillas, según se vea su entereza y respeto.

Querencia.—Se llama así al sitio de la plaza en que el toro gusta estar en preferencia, y adonde va á parar después de cualquier suerte. Hay querencias naturales y accidentales. Las primeras son las puertas de los chiqueros, y las otras son las que toman en cualquier sitio, al lado de un caballo muerto, al de una puerta de caballos, á la de arrastradero, ó al de la barrera. Siempre es inconveniente y aun peligroso torear ó hacer suertes á un toro querenciado; por lo cual debe procurarse, á fuerza de capotazos y aun con alguna banderilla en los cuartos traseros, incomodarle constantemente para que abandone aquel paraje; pero si no pudiera conseguirse, hay reglas fijas y seguras para ejecutar suertes lucidísimas, siempre que el diestro tenga presente que la salida natural y cierta del toro en cualquier juego ó suerte que con él haga, es en derechura á su querencia, y que para esto debe dejársele libre su viaje, cambiando en algunos casos los terrenos, y siendo muy necesario el auxilio de algún capote que en momento determinado llame la atención de la fiera adonde convenga.

Querer.—Dícese del diestro que muestra grandes deseos por cumplir bien su cometido, sin rehuir nunca compromisos y arrojando dificultades. También se aplica al toro bravo y voluntario que acude á la suerte en todos los terrenos.

Quesada, Francisco (Pulga).—Figuró en la cuadrilla de Antonio Luque, como banderillero, en el año de 1854. No sabemos nada acerca de su mérito.

Quevedo y Villegas, D. Francisco de.—Este célebre escritor y eminente poeta describió con su natural gracia y brillante talento diferentes fun-

ciones de toros celebradas en su tiempo y en que tomaron parte caballeros principales y hasta el



mismo rey D. Felipe IV. Nació en Madrid en 1580 y murió en 8 de Septiembre de 1645.

¿Qué hemos de decir, que no sepa el mundo entero de uno de los más preclaros hijos de Madrid, honra de España?

Quiebro.—No debe confundirse el recorte con el quiebro. Este no es suerte como aquél, sino un accidente esencial en muchas de ellas. Consiste el quiebro de cuerpo en inclinar éste muy marcadamente al lado derecho ó al izquierdo, sin mover los pies, ó moviendo cuando más uno muy poco atrás, solo lo bastante para colocarlos en compás cuadrado, como dice Baragaña, para perfilarse, si ha de poner banderillas. Siempre debe hacer se de cerca, que es preciso, indispensable, marcar el quiebro cuando el toro humilla ó engendra la cabezada; como que no tiene más objeto que el de señalar una salida al animal, que realmente no toma el torero. Si éste se adelanta ó retrasa, efecto de no ver llegar bien, es inevitable la cogida. El quiebro de muleta, impropriamente llamado así en nuestro concepto, es la inclinación que se le da en la suerte de matar para vaciar al toro por el costado derecho del lidiador.

Quílez, Lorenzo.—Nació en Lécera, provincia de Zaragoza, el día 5 de Septiembre de 1846. Fué

un muchacho atrevido y aprovechado que, si bien no podía figurar en primera línea, llenaba cumplidamente su puesto en las diferentes cuadrillas á que se agregaba para torrear en la mayor parte de las plazas de España y en muchas de Francia y América.

Falleció en Zaragoza, á consecuencia de enfermedad crónica, el día 11 de Julio de 1888.

Quítez, Constantino (*El Enquíltero*).—Muy conocido en su casa. También nosotros lo conocemos desde Marzo de 1892, en que se anunció en Madrid como matador de toros en novilladas. ¡Cuidado si van saliendo toreros en estos tiempos!

Quinet, Edgard.—Notable escritor francés que, contra la costumbre de sus compatriotas, ha reconocido en su obra *Mes vacances en Espagne*, el irresistible atractivo que tienen nuestras fiestas de toros, y las ha defendido valientemente, hasta con entusiasmo, de los apasionados ataques de que son objeto.

Quintana, Francisco Javier.—No ha sido este picador muy conocido en las plazas principales, como no sea la de Sevilla, en que trabajó alguna vez, allá en 1843.

Quintana, D. Antonio.—Caballero en plaza, apadrinado por el Ayuntamiento de Madrid, para rejonear toros en las fiestas reales celebradas ante la corte, en los días 22 y 23 de Junio de 1833, cuando la jura de la princesa doña Isabel, luego reina de España.

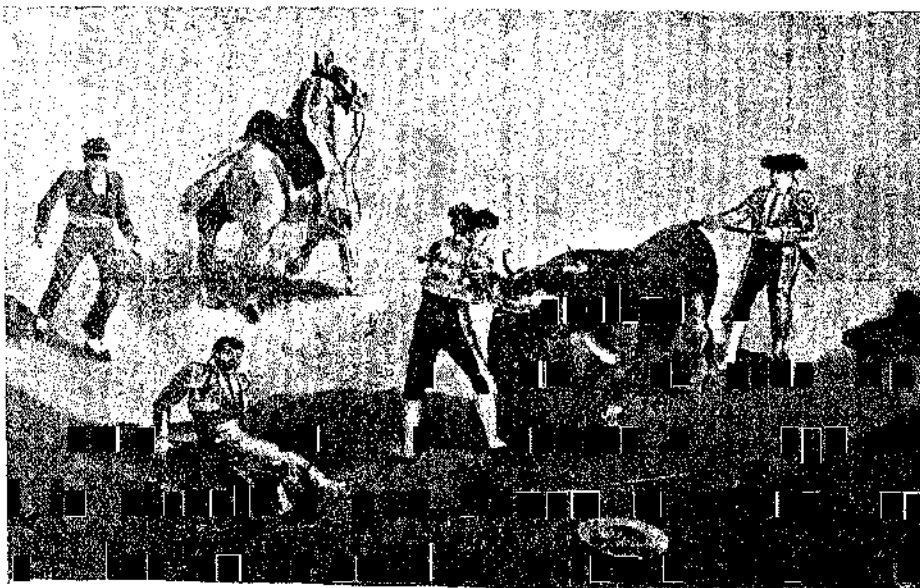
Quintana, D. Emiliano.—Antiguo inteligente, que habla con corrección y sabe lo que dice y escribe. Conoció la época de Montes y Redondo y fué revistero corresponsal de periódicos taurinos. Hace muchos años que desempeña en Granada el cargo de archivero de la Diputación provincial.

Quintas, José Félix.—Banderillero portugués de poca significación, que parece no trabaja por que no hay quien le llame, ó tal vez por conveniencia propia.

Quintas, Raimundo.—Matador novillero que tiene buenos descos, pero nada más. Necesita apoyo de quien le dé á conocer y le dé más trabajo del que hasta ahora ha tenido, porque la práctica sirve de mucho. Probablemente se quedará donde está ó poco menos.

Quiroga Reyes, José.—Picador de toros de poco nombre. Empezó en Sevilla hace más de quince años. En Madrid no ha torcado, y todo hace creer que tiene abandonado el oficio ó éste le ha abandonado á él.

Quite.—Cuando un torero es alcanzado ó embrocado por el toro, ó cuando, siendo picador, ha caído al suelo y puede verse en peligro, debe acudir inmediatamente cualquier otro lidiador de á pie, con ó sin capote, pero mejor con él, y llamar la atención de la fiera rápida y tenazmente, hasta que, haciendo por el nuevo objeto que se le interpone, pierda de vista al que estaba en peligro. Al acto este se llama quite, y debe hacerse siempre para sacar el toro de la suerte de varas, caiga ó no al suelo el picador, pero teniendo cuidado de no anticiparse al puyazo. En todo caso, el que



QUITE AL DESCUBIERTO. — MACÍAS

haga el quite procurará dar salida al toro por el lado contrario al en que esté el peligro, sin revolverle en corto, para que no vuelva á encontrarse en la anterior posición. Hace poco tiempo que con verónicas muy movidas, se sacan los toros de

los caballos, olvidando la verdadera manera de hacerlo con largas y por derecho. De tal modo, el espada gana un aplauso de los ignorantes, pero aplauso al fin, y el toro pierde en facultades mucho más de lo que se cree comunmente.





Rabicano.—En términos vulgares llaman así al toro que tiene algunas cerdas blancas en la cola, como los cárdenos. (Véase REBARBO.)

Rabón.—El toro que carece de cola, y al cual llaman también «collín» ó «rabicorto», según las di-

ensiones más ó menos pronunciadas en dicha parte de la res.

Ramírez, D. Diego. — Caballero principal de Madrid, jinete consumado, que varias veces en montería y otras en coso cerrado, mató toros,

alanceándolos con notable maestría, allá por los años de 1560 á 1570, en las inmediaciones de esta villa y corte. Su ascendiente D. Francisco Ramírez murió peleando contra los moros en la serraña de Ronda, en Marzo de 1501, y estuvo casado con doña Isabel de Oviedo, y en segundas nupcias con doña Beatriz Galindo, llamada *la Latina*, que fundó el hospital de este nombre en Madrid, calle de Toledo.

Ramírez, Antonio.—A fines del siglo pasado era uno de los toreros más buscados para lidiar en plazas de primer orden, ó sea de Maestranzas. No debe ser el espada que con Juan Hidalgo mató en Sevilla el 12 de Mayo de 1828 y de quien no han quedado noticias.

Ramírez, Cristóbal.—Hay carteles de Sevilla en que aparece el nombre de este picador para torear en aquella plaza en los días de feria del año de 1763.

Ramírez, Juan (El Ratón).—Aunque á este banderillero le han dado el mismo apodo que al antiguo Juan Martínez, no se parecen nada. Mucho ha de hacer Ramírez para llegar donde llegó aquel veterano, pero nos tememos que sea ya tarde para intentarlo, que ya no es ningún muchacho.

Ramírez, José (El Rubio).—Ya era hora de que este picador hubiese adquirido nombre, que cerca de veinte años de trabajo, si éste es bueno, acreditan á cualquiera. Cuando no lo ha conseguido, hay que atribuirlo á poca fortuna, ó á deficiencia suya.

Ramírez de Haro, D. Diego.—Uno de los mejores escritores del arte de la jineta, y que más detenidamente se ha ocupado en detallar todo lo accesorio y lo principal que deben saber cuantos quieran torear á caballo y á pié. En su *Tratado de la brida y la jineta*, y en cuya tercera parte habla exclusivamente del modo de torear, lo hace con suma extensión en veinte capítulos separados, lo cual acredita la importancia que en la época en que se escribió (siglo XIV) se daba al arte taurino y á los diferentes lances que se practicaban con los toros.

Ramírez, Jesús.—Picó un toro, llevando en la silla á Juana la Pola (?) el día 7 de Julio de 1839, en la plaza de San Luis de Potosí. Así lo dicen carteles de la época, sin dar más explicaciones.

Ramírez y Bernal, D. Aurelio.—Afiicionado malagueño de rarísimas y especiales condiciones para cuanto se refiere á la historia y al conocimiento del arte de torear. De esto ha hecho un estudio profundo, y de aquella tiene tal caudal de observaciones que verdaderamente constituyen una riqueza. Entusiasmado desde la niñez con las corridas de toros ha sido un propagandista constante, serio y activo de las mismas; sosteniendo amistades francas y desinteresadas con diestros de notable mérito y buen raciocinio para no decir vulgaridades, sino más bien para expresarse como maestro y hablar con toda propiedad del arte. De esta clase hay pocos, pero los hay.

Impelido Ramírez por su afición, empezó á escribir acerca de toros en 1870 y desde entonces puede decirse que son incalculables los escritos que de su pluma han salido; en 1877 fundó en Málaga *El Juanero*, periódico de espectáculos públicos



y cuya colección, que duró más de tres años, es tan apreciada que siempre se la cita como modelo entre todos los de su época por su confección, tamaño y repetida publicación, puesto que daba seis números mensuales. En 1890 fundó en Sevilla *El Imparcial Sevillano*, diario de noticias que estuvo muy en boga, y que por ciertas contrariedades suspendió en 1892; en él incluyó á diario con el título de «Notas taurinas» una amplísima información, que fué una novedad en la prensa diaria y que luego han copiado todos conociendo su gran interés.

Sencillo en su trato, aunque de distinguido porte, y modesto en sumo grado, ha tenido singular complacencia en explicar cuanto con el toro se relaciona á muchos que son ya, gracias á él, buenos aficionados, y poco afecto á la notoriedad, se ha

escudado al escribir con varios pseudónimos pero en particular con el de *P. P. T.* por el cual es conocido en toda España.

Periodista de firmes convicciones, no deliende hoy lo que atacó ayer, y en materia de arte taurino —que es su especialidad— pone cátedra á diario hablando y escribiendo imparcialmente, pues como él dice y su independencia absoluta lo pregonan, no es partidario de los toreros, sino del arte de la lidia.

Ha colaborado en gran número de periódicos taurinos y políticos de toda España; conoce como pocos los orígenes del arte y de las ganaderías bravas andaluzas, y ha formado una colección de datos ciertos sobre tal materia, que bastarían á llenar varios volúmenes: documentos raros, carteles antiquísimos, revistas, libros, estampas, etc., etc., y entre ellos un arte de torrear á pié por el célebre Manuel Domínguez y escrito de su puño y letra, otro de torrear á caballo por el afamado Antonio Pinto, autógrafos de diestros y ganaderos, colecciones de periódicos, y otros mil objetos que ya fuera extenso reseñar. Su actividad y celo por la afición taurina la ha demostrado organizando sociedades, é interviniendo con sus conocimientos en la realización de festejos importantes.

Ramírez, que escribe con discreción, galanura y con gran fuerza de lógica, nació en Málaga el 17 de Mayo de 1849, siendo hijo del acreditado comerciante D. Francisco Antonio Ramírez Ocoín y Doña Ana María Bernal, de quienes heredó una buena fortuna, honradez y talento.

Ramírez, Antonio (*Memento*).—Nada tenemos que decir á este novel torero, sino que tenga presente lo que su apodo significa. Con eso basta.

Ramírez, Luis (*El Guipuzcoano*).—Hubiera sido torero aprendiendo más de lo que sabía, porque valor no le faltaba. En una corrida de novillos celebrada en Madrid el día 8 de Septiembre de 1895 fué herido por el sexto toro, llamado *Ciervo*, de la ganadería de Veragua, al tomar las tablas del tendido número 3. Luchó entre la vida y la muerte cerca de dos meses, y al fin murió en el Hospital Provincial el día 2 de Noviembre. Mejor le hubiera sido seguir su oficio de pelotari, que abandonó por dedicarse al toreo.

Ramos, Juan.—Banderillero que trabajó con bastante aceptación á principios de este siglo en la plaza de Madrid.

Ramos, Francisco.—Picador muy aceptado á principios de este siglo. Se presentó en Sevilla el 1.º de Marzo de 1813. En Madrid trabajó poco.

Ramos, José.—Empieza clavando pares en corridas formales, y no empieza mal. Que no se eche atrás, como otros, es lo que necesita el arte, y él también, si ha de medrar.

Ramos, Pablo.—Banderillero con Manuel Lucas Blanco, que trabajó por primera vez en Madrid en 1833, y que no dejó gran nombre de entendido. Perteneció luego á la cuadrilla del *Chiclanero*, y antes de morir éste, aquél se retiró á Alcázar de San Juan, haciéndose negociante en harinas, en cuyo tráfico parece fué poco afortunado. Era natural de Madrid, de buena presencia.

Ramos, Rafael (*Melo*).—No nos gustó cuando vimos trabajar, hace pocos años, á este novel matador de toros en novilladas; puede que de entonces acá haya adelantado, pero suena su nombre menos de lo que debe á la memoria de Manuel Fuentes (*Bocanegra*), de quien parece es sobrino, y eso que lleva de aprendizaje más de seis años.

Ranera, Teodoro.—Banderillero aragonés de escasa estatura y pocas facultades. Ha demostrado valor y buenos descos. Hace mucho tiempo no vemos á este buen hombre, que no sabemos por qué pensó en ser torero: tenemos idea de que ha fallecido.

Ranilla.—Enfermedad del ganado vacuno, que consiste en cuajarse en los intestinos cierta porción de sangre que no puede expeler, cuando por el orificio se le han introducido garrapatas ó reznos.

Ranilla, Vicente.—Banderillero en el pasado siglo del renombrado matador de toros Juan Romero. Hay pocas noticias de él.

Rapozo, Adelino de Senna d' Almeida.—Este mozo portugués que ya lleva cuatro años rejoneando á caballo toros bravos, demuestra valor y arrojo, pero eso no basta; hay que estudiar las reglas del toreo y unir la teoría con la práctica; si no, su atrevimiento puede costarle caro. Es hijo de Manuel de Paiva Rapozo; nació en San Pedro de Sul, y se estrenó como amador en Aldegallega en Julio de 1889; y después como artista ha trabajado en diferentes plazas, inclusa la de Madrid, en unión de Tinoco.

Rascón, José (*El Mexicano*).—Se presentó en la plaza de Madrid el 11 de Febrero de 1894 anun-

ciando que montaría en el cuello de un toro de cinco años, á la salida del toril; y, efectivamente, el toro salió atado por las astas y luego de amarrarle á las tablas, le colocó una cincha y montó cara al rabo, pero el animal al primer empuje arrojó al suelo á su jinete y le pisoteó, perdonándole la vida. De los mexicanos que hemos visto cabalgar en un toro, Rascón ha sido el peor.

Raspipardo.—Voz poco usada que significa y es equivalente á la de mulato.

Rasgar.—Cuando por mala dirección que da el picador á la vara, corriéndola por la piel en vez de ahondarla picando por derecho y lo más perpendicularmente posible, ó cuando por ser los topes de la puya excesivos entra ésta entre cuero y carne, levantando la piel, se dice muy propiamente que se ha *rasgado* al toro. Las condiciones de éste empeoran casi siempre que así sucede.

Rayo, Mannel.—En 12 de Junio de 1826 trabajó en Sevilla, luego en algunas plazas andaluzas y aun llegó á alternar en Madrid. Ignoramos su mérito.

Real, Mannel.—Hace veinte años mató en Cádiz, alternando con el *Gordito*, luego en novilladas de pueblos de Andalucía, y después... ni una palabra se ha vuelto á oír de él. Parece que era cordobés.

Rebarbo.—El toro que, siendo su piel oscura, al menos en la cabeza, tiene el hocico blanco. Algunos llaman lo mismo al que, además de dicha circunstancia, posee el extremo de la cola blanco; pero aun con esta condición, si no tiene la de ser blanco el hocico, no puede llamársele rebarbo.

Rebello de Andrade, Eduardo.—No se olvidará fácilmente en Portugal á este valiente y muy entendido *pegador*, que fué el asombro de sus contemporáneos. Empezó en 1872 y falleció en 1880. Era hermano de Ruy, nacido en Arripiado, condejo de Chamusca, en Enero de 1851.

Rebello de Andrade, Ignacio.—Hermano del anterior, bravo también é inteligente *pegador*, que empezó después de aquél, y concluida su afición se retiró hace años. Es vecino de Salvatierra de Magos y alcalde de la misma población en 1892.

Rebello de Andrade, Ruy.—Su afición le condujo á *pegar* toros cuando apenas contaba doce años de edad, y cada día demuestra más valentía. Como compañero presta gran servicio al que con él vaya á sujetar reses.

Rebello de Andrade, Fernando.—No es tan bravo como los anteriores, pero cumple bien y con valentía en los casos necesarios, atreviéndose á poner banderillas regularmente. También empezó su afición desde muy joven.

Rebollo, D. Eduardo.—Entre los pocos revisteros de toros que saben serlo y apreciar, según el arte, el trabajo de los toreros, figura este constante aficionado, director mucho tiempo de *El Tío Jindama*, periódico taurino madrileño de los más antiguos. No serán sus frases completamente escogidas para que resulten de efecto, tal vez se aparte en ocasiones de las que otros buscan para engalanar sus escritos, pero hay en cuanto dice mucha verdad y mucho conocimiento de la tauromaquia. Es natural de Madrid, donde nació en 1853 y un buen taquígrafo.

Desde el año 1867 no ha dejado de ver cuantas corridas de toros se han celebrado en Madrid y



muchas de las de provincias; ha asistido constantemente á capeas en diferentes pueblos; toreando, en unión de conocidos aficionados, en las plazas de los Campos Eliseos, Tetuán y corrales de Villalba, ejerciendo de banderillero varias veces y alguna de matador. Todo Madrid conoce desde el año 1874 al *Tío Campanita* que, con una bien timbrada, amonestaba desde el tendido núm. 8 y desde el palco 38 á los diestros *Lagartijo*, *Currito*, *Hermosilla* y *Gallo*, y á cuantos en cualquier ocasión, por ausencia de arte ó de valor, no se portaban en el ruedo como había derecho á esperar de sus antecedentes. Partidario acérrimo del gran *Frasquito*, su defensa le costó más de un disgusto y no pocas desazones, sin que su ánimo en nada desmayase, antes bien arraigándose en él cada vez más la convicción de

que como dicho matador no ha pisado ninguno la arena con más verdad ni mejor voluntad. Si en el redondel no les dejaba pasar el *lapsus* más pequeño, fuera de la plaza ha sido y es amantísimo de todos y cada uno, de lo cual dan fe los desvelos y disgustos que experimentó desde que tomó la iniciativa para fundar una casa de salud para toda clase de toreros, que tuvo de duración unos tres años, y que á pesar de lo ventajosísimo que para ellos era, desapareció por falta de formalidad de las personas á quienes más interesaba. Como que no ha sido nunca el agradecimiento la virtud que más ha resplandecido entre la gente de coleta, que cree que todo se lo merece.

Pocos aficionados conocemos de tan buena calidad como el señor Rebollo, que parece entregado por completo á la torería, luego que su empleo público se lo permite.

Rebollo, José Alberto (*Barbeiro*).—Llegó á ser un buen torero este banderillero portugués, que empezó en la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa en 1843 y falleció en 1860.

Rebrincar.—Los toros bravucones, y aun los blandos y huidos, suelen salir casi siempre de la suerte, y á veces entrar en ella, dando un salto ó brinco, que por lo mismo que no tiene dirección fija, es de alguna exposición. Para evitar en algún tanto este rebrinco, debe dejárseles siempre expedito el terreno de afuera, ó el de la querencia si la tienen, cuidando al echarles un capote, que le vean bien, porque si con él se les sorprende salen huidos al rebrincar.

Recargar.—El acto en que el toro, después de tomar la vara, lejos de salirse de la suerte, insiste en apoderarse del bulto, y sigue embistiendo hasta ver de conseguirlo, sin temor al castigo.—El acto de continuar el picador pinchando con la garrocha al toro, sosteniendo el empuje de éste.

Recatero, Victoriano (*Regaterín*).—De estos últimos tiempos, el banderillero más fino al entrar, clavar y salir de la cabeza. Era elegante, en dicha suerte, sin él saberlo, y su gallarda figura le acompañaba mucho. Perteneció á la cuadrilla del célebre *Frascuelo* desde 1879, en que entró á sustituir al renombrado Esteban Argüelles (*Armilla*). En ella se hizo hombre, aprendiendo el arte de torear de verdad y sin mojigangas; en los últimos años pasó á formar parte de la cuadrilla de Mazzantini, y en ella permaneció hasta que, víctima

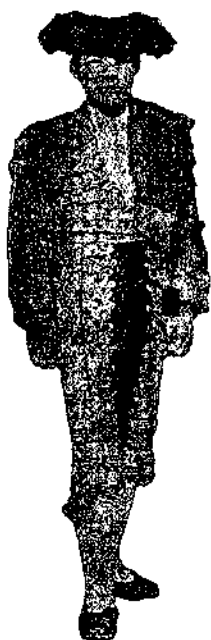
de una cruel dolencia, falleció en Madrid el 14 de Marzo de 1891, á los cuarenta años, un mes y siete días de edad, puesto que nació en esta corte y su parroquia de San Lorenzo, el 7 de Febrero



de 1851. Fué su muerte muy sentida por todos los aficionados, y una verdadera pérdida para el toro.

Recatero y López, Luis (*Regaterillo*).—Banderillero natural de Madrid, donde nació el 1.º de Mayo de 1863. Hijo de D. Antonio y doña Juana y hermano del *Regaterín*. Abandonó el oficio de pintor, á que le dedicaron sus padres, por el arte de Romero, y á los doce años figuró como banderillero en la plaza de Calatayud, con Luis García Villaverde, y en 1882 con Vicente, padre de Villaverde, en Tolosa, donde sufrió una grave herida en el muslo al banderillear al primer toro de la tarde, que se llamaba *Marisméño* y pertenecía á la ganadería de Lizaso. No se entibió el valor de Luis, á pesar de los setenta y cinco días que permaneció en cama; sirviéronle de estímulo los triunfos de su hermano Victoriano, y ya en 1885 trabajó en cuantas corridas tomaron parte como matadores *Paco Frascuelo*, *Joseito* y *Ostión*. En las corridas que se dieron por la canícula, se dió á conocer como un buen peón de lidia infatigable, valiente y entendido, ingresando al terminar esta época en la cuadrilla de Valentín Martín.

Para darse idea de las condiciones de Luis, bastará decir que el bravo entre los bravos, el notable matador de toros Salvador Sánchez (*Fras-cuelo*), le tuvo en su cuadrilla sustituyendo á Fran-



cisco Sánchez. Después ha figurado en la cuadrilla del Gallo, con quien marchó á Montevideo, y hoy se halla al lado del espada Mazzantini.

Recatero, Tomás (*Regaterillo*).—Lleva trazas este muchacho de ser tan buen banderillero como sus hermanos. Es valiente, brega bien y tiene gran voluntad, pero se retrasa en las salidas y puede costarle caro, que tiene menos facultades en las piernas que sus hermanos.

Receloso.—El toro que, á pesar de ser citado á la suerte dos ó más veces, tarda en arrancar, pareciéndose mucho á los que *Pepe Ilo* denomina temerosos. A dicha circunstancia hay que añadir que siempre observa, desparramando la vista, más para ponerse en defensa que para acometer. Suele rehuir la suerte dando algunos pasos atrás, sin volver la cara.

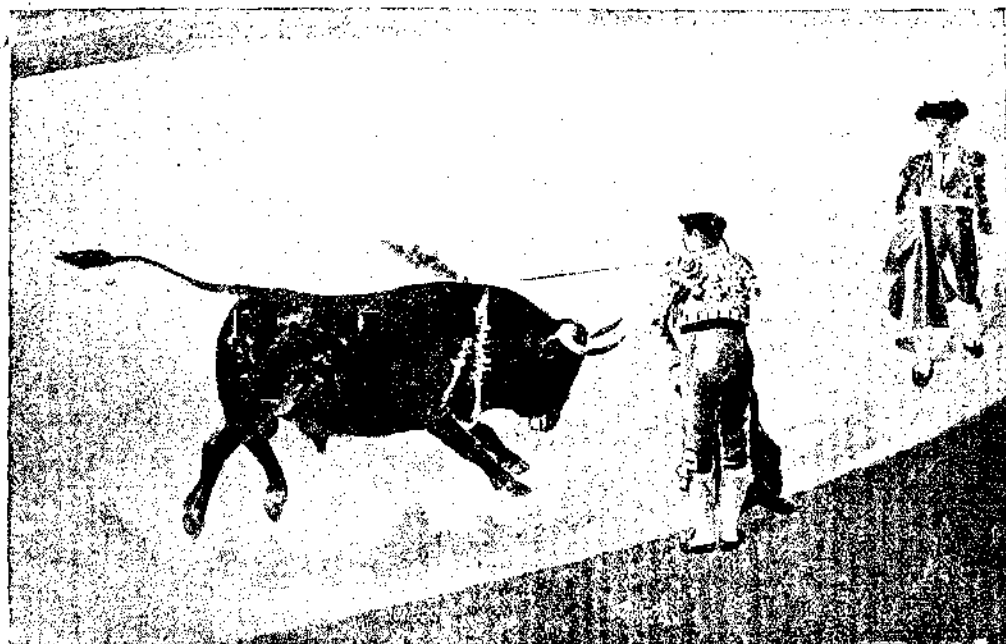
Recibir.—La suerte de matar los toros recibiendo es la suprema del toreo, y la que han considerado más difícil los inteligentes. Vamos á describirla como lo hacen *Pepe Ilo*, Montes y Domínguez, y después diremos cómo la entienden los más acreditados y antiguos toreros que hoy viven, cómo la hemos visto practicar á Montes, á Domínguez y al célebre José Redondo (*El Chiclanero*), y en qué se di-

ferencia de la que ahora se llama aguantando, y que muchos confunden con aquella. *Pepe Ilo*, en su *Tauromaquia*, edición de 1804, que es la corregida y aumentada, dice en la página 79: «En la suerte de muerte debe el diestro situarse á la derecha del toro, casi en frente, con la muleta baja y recogida á medida que fuese necesario, y el estoque en la mano derecha, pero lo tendrá como reservado hasta el preciso momento en que, combistiendo este último á la muleta, le dé la estocada en el acto de querer verificar la cabezada, haciendo un quiebro de muleta para su mayor seguridad y dirección.» Montes, que en su *Tauromaquia* amplió mucho las reglas de toroar, explica del siguiente modo la manera de matar los toros recibiendo: «Se situará el diestro en la rectitud del toro, á la distancia que le indiquen las piernas de él, con el brazo de la espada hacia el terreno de afuera, el cuerpo perfilado igualmente á dicho terreno, y la mano de la espada delante del medio del pecho, formando el brazo y la espada una misma línea, para dar más fuerza á la estocada, por lo cual el codo estará alto y la punta de la espada mirando rectamente al sitio en que se quiere clavar. El brazo de la muleta, después de haberla cogido un poco sobre el palo en el extremo por donde está asida, lo que se hace con el doble objeto de reducir al toro al extremo de afuera, que es el desliado, y de que no se pise, se pondrá del mismo modo que para el pase de pecho; en la cual situación, airoísima por sí, cita al toro para el lance fatal, lo deja llegar por su terreno á jurisdicción, y sin mover los pies, luego que esté bien humillado, meterá el brazo de la espada que hasta este tiempo estuvo reservado, por lo cual marca la estocada dentro, y á favor del quiebro de muleta se halla fuera cuando el toro tira la cabezada.» Y finalmente, Domínguez, en Marzo del año 1875, ha dicho respecto de esta suerte: «Para matar á un toro recibéndolo, debe situarse el matador derecho y perfilado con la pala superior del cuerno derecho, teniendo cuidado de que el toro coloque las manos juntas, como debe estar para toda clase de suertes, y el cuerpo derecho en el terreno que se crea conveniente, citando á corta distancia, y cuando el toro tenga la cabeza levantada y preparada, con el objeto de traerlo por su terreno, y luego que llegue á jurisdicción, se hará el quiebro de muleta hacia la parte del terreno del toro, con lo cual debe quedar el matador fuera del embroque, y entonces es cuando debe aprovechar la ocasión de meter el brazo cuando el toro humille la cabeza, pero sin adelantar la suerte ni mover los pies.» Como se ve, los tres maestros de que tenemos noticia hayan demostrado por escrito esta suerte, están conformes en su descripción y la consideran igualmente. Los tres fijan del mismo modo la manera de colocarse; los

dos últimos, especialmente, determinan que ha de preceder este á la estocada y no han de moverse los pies; y así definen la suerte de recibir todos los diestros antiguos y modernos y los aficionados

dice, perfilado con el enerno derecho, mucho más corto, y en términos de que podía tocar la punta del estoque al testuz del toro; y claro es que el citar y darle salida eran cosa inmediata, consecuti-

tiva, dando la estocada con seguridad en la mayor parte de los casos, especialmente si los toros no eran de los que ganan terreno. Pero los tres diestros que llevamos dicho, luego que metían el brazo, daban la estocada, ó pinchaban en hueso, movían los pies, como no puede menos de suceder, ó lo que es lo mismo, ocupaban el terreno que antes había tenido el toro, por la seguridad que hay de que éste, herido ó no, ha de volver á



SUERTE DE MATAR RECIBIENDO. — MACÍAS

inteligentes. Parecía, pues, que no habría sobre este punto controversia alguna, y sin embargo, siempre se han suscitado, y particularmente en estos últimos tiempos, fuertes y acaloradas disputas sobre si debe considerarse como *recibido* un toro que algunos opinaban había sido aguantado. No somos tan viejos que hayamos visto trabajar á *Pepe Illo* pero somos lo bastante para recordar al célebre Montes, al inolvidable *Chiclanero* y al valiente Domínguez, y cada uno de éstos, en ciertos detalles, insignificantes si se quiere, se apartan del modo de recibir, ejecutándolo cada cual á su manera, aunque con sujeción á las reglas escritas. El primero, ó sea Montes, se colocaba en los mismos términos que en su *Tauromaquia* aconseja, citaba al toro, y daba la estocada al humillar éste, marcándole la salida con el quiebro de muleta demasiado larga, ó sea muy al terreno de afuera, resultando por esto algunas veces bajas las estocadas ó cruzadas. José Redondo (*El Chiclanero*), con igual colocación que Montes, es decir, completamente perfilado con el toro, citaba á éste, guiando la muleta, liada para el quiebro, á la parte de afuera más ceñida y más baja que Montes, y aunque alguna vez le costó el ceñirse tanto salir enganchado, la estocada, como no podía menos, resultaba casi siempre alta y recta. Domínguez, en la mayoría de las veces que le hemos visto, se colocaba, no tan el centro de la suerte como aquellos, sino como él

buscar el bulto. Ni porque un torero dé las estocadas más altas ó más bajas, ni porque se *embragete* más ó menos con el toro, ni porque se coloque algunas pulgadas más al frente ó á la derecha, deja por eso de recibir, si observando las reglas escritas por Montes, cita, espera sin mover los pies, y al humillar el toro, da la estocada, aunque inmediatamente despues de esto los mueva, ya porque haya pinchado en hueso y no pueda resistir el encontronazo, ya porque se haya revuelto el animal, como casi siempre sucede. *Recibir, pues, es la suerte de matar toros frente á frente y á pié quieto hasta despues de meter el brazo*, en que el torero saldrá á colocarse en posición de dar frente al toro con la muleta desliada. Esta suerte ha de ejecutarse como previene Montes y dejamos dicho; es lucida con los toros boyantes, revoltosos y que se ciñen, pero no con los que ganan terreno, ni con los que se quedan tapándose. No debe intentarse recibir un toro más de dos veces, y aun si á la primera no acude, por faltarle piernas ó estar receloso y en defensa, debe procurar el espada matarle de otro modo, según las circunstancias lo requieran. La diferencia que hay entre la suerte de recibir y la de aguantar, se comprenderá leyendo la palabra AGUANTAR.

Recoger.—Es el acto de levantar el toro del suelo con las astas cualquier bulto derribado ó no por él.

También se dice así cuando el torero con el capote ó muleta empapa bien al toro, y al darle salida, le hace volver siguiendo los vuelos del engaño, de modo que realmente le recoge otra vez para repetir la suerte. Esto no lo saben hacer todos á ley, y con el fin de ocultar el defecto, dirigen por bajo la muleta de frente, perdiendo terreno el lidiador, pero sin exposición, porque el toro no le ve, y consiguen el fin, apartándose del arte.

Recorte.—La suerte en que el torero, juntándose en un mismo centro con el toro, da á éste cuando humilla un quiebro de cuerpo, con el cual librala cabezada, y sale con diferente viaje, ó sea con distinta dirección. Puede hacerse con toda clase de toros, bien sea llamándolos á distancia proporcionada, ó esperándolos si se vienen; pero entiéndase que el torero no ha de tener la capa puesta ó suelta en el lado cercano del testuz, admitiéndole sólo que alguna vez la lleve liada al brazo contrario. Cuanto más ceñido, más lucido es el recorte, en el cual debe cuidarse mucho el lidiador de no atravesarse en la cabeza. Ha de evitar hacerle antes de que el toro humille; ha de ejecutarle en poco terreno, no pararse, y si el toro es tuerto, salirse por el ojo bueno; si es de los que rematan en el bulto, no darle, y si por cualquier circunstancia no tuviese ya más remedio, salir por piés y buscar guarida. No debe recortarse nunca á los toros flacos, endebles ni de pocas piernas, pues como sufren mucho con el destronque, quedan ya en muy mal estado para el resto de la lidia. Lo mismo sucede con los aplomados, que sobre prestarse poco á la suerte, se quedan sin piernas y concluyen por no dar juego. Abusándose de los recortes, echando los capotes á las reses

en corto para recortarlos con ellos en lugar de ser con el cuerpo (cosa por desgracia hoy harto frecuente), se destrozan y estropean, y se desacreditan las ganaderías. *Pepe Illo*, en su *Tauromaquia*, aconseja que se hagan los recortes sólo con toros boyantes, y aun con los revoltosos; pero Montes cree que pueden ejecutarse con todos. Nosotros

limitamos esta generalidad, excluyendo los de sentido.

Recostarse.—Se dice cuando un toro se recuesta en las tablas, tomando inclinación á ellas, y elude acudir á los cites que con el engaño le hace el torero. Suelen hacer esto las reses muy castigadas y sentidas al hierro. Cuando se recuesta todo él de lado, se dice que se aconcha á las tablas, y cuando sólo es de ancas, dícese que se acula.

Rectitud.—El terreno que ocupa la línea recta más ó menos distante entre el toro y el objeto á que acomete.

Recuenco, Ambrosio (El Tonelero).—Como notabilidad con banderillas y capote, cita un cartel de Málaga que lleva las fechas de 22 y 25 de Julio de 1798, á este diestro que no sabemos si sería el mismo que trabajaba con Pedro Romero, aunque en dichas fechas lo verificó á las órdenes de Juan Conde y el *Perucho*. Es particularidad digna de mención, la de que el cartel decía que cada banderillero banderillearía sólo un novillo, poniendo banderillas de fuego muy particulares.



RECORTANDO AL TORO. — MACIAS

Lo particular es que sin causa de mansedumbre se castigase á las reses con ese padrón de descrédito, siendo de ganaderías tan acreditadas como la de Cabrera, la de los Padres de la Cartuja, de Jerez de la Frontera, de D. Pedro Rivero y de D. Pedro Valdespino. ¡Qué particularidades ofrece la historia del toreo!

Rechina, Francisco.—Banderillero que alguna vez engrosó la cuadrilla de Francisco Arjona Herrera (*Chichares*). Es decir uno de tantos que nunca sueñan.

Redondel.—(Véanse ARENA, RUEDO, COSO.)

Redondo, José (*El Chiclanero*).—Si alguna vez se han visto reunidos en un torero la inteligencia en el arte con el complemento de una buena figura y una extremada gracia, han sido en el incomparable matador de toros cuya biografía empezamos con temor; porque para describir las hazañas de este joven y malogrado torero se necesitaría una pluma bien cortada que está de nosotros tan distante como la tierra del cielo. Excusaremos, pues, galas de lenguaje, que no están á nuestro alcance, y diremos lo que sepamos de la vida pública de Redondo con un laconismo forzoso por nuestra parte, y lamentable por lo que á él respecta.

En la preciosa villa de Chiclana, pueblo de la provincia de Cádiz y cuna del rey de los toreros, Francisco Montes, nació en 1819 el inolvidable José Redondo. Sus padres, José y Dolores Domínguez, que cuidaban una pequeña labranza, suficiente para atender á sus cortas necesidades, procuraron dar á su hijo una educación regular, haciéndole estudiar primeras letras, en que sobresalió bien pronto, y si no continuó sus estudios cuando concluyó la primera enseñanza fué por no separarle de su lado su amantísima madre, y tal vez por falta de recursos para sostenerle fuera del pueblo que le vió nacer. Trabajó al lado de su padre hasta que éste falleció en 1836, y se encontró hecho un mozo de diez y siete años de edad, sin profesión alguna y sin recursos, puesto que la labranza, á que no mostró afición, dábale poco para vivir.

Con gran fé y no menores esperanzas determinó ser torero.—«Si no sirvo para ello, que si serviré porque tengo corazón y entusiasmo por el arte,—dijo,—concluiré pronto, pero no pasará mi madre escaseces mientras yo viva.» Y miró y observó lo que otros hacían, y lo imitó y mejoró, deseando sobresalir por todos.

Su buena estrella hizo que en 1838 se corrieran toros en su pueblo natal á presencia del entonces, después y siempre célebre Francisco Montes; y toreó allí de capa y clavando banderillas con tan buen aire, demostrando tales dotes y sobre todo con tan buena fortuna, que el gran maestro le manifestó se considerase desde luego formando, si quería, parte de su cuadrilla para el siguiente año.

Con la gran inteligencia y perspicacia en el arte que todos reconocieron en Montes, debió ver

en Redondo algo que le llamara la atención, cuando públicamente le dijo:

«En tí hay tela para mucho; y si te aplicas, llegarás adonde rayan pocos.» Inútil es decir el contentó que Redondo experimentó. Sus demostraciones de alegría le hicieron decir á su madre, cuando ésta le quería disuadir de tan peligrosa idea: «Yo seré el primero de los toreros, después de mi maestro; me sobrará dinero para usted, tendré fama, y... no tenga usted cuidado que no me matarán los toros.» Los vaticinios del maestro y discípulo se cumplieron.

En el mismo año de 1839 era ya Redondo un banderillero sin rival en soltura, ejecución y gracia: antes de dos años mató de sobresaliente, y por su buena disposición Montes le dió la alternativa en Bilbao en 1842 que fué confirmada en Sevilla en Abril del 43. En el primer punto, al citar muy en corto á un toro para recibirle, se le coló, le volteó y dió una gran cornada en el cuello, que puso en peligro su existencia.

Su fama se propagó con tal velocidad, que en 1843 fué buscado por varias Empresas de diferentes plazas para torcar solo, como jefe de cuadrilla, y separándose de Montes, acudió á ellas y recogió en aquel año y el siguiente gran cosecha de aplausos y justa nombradía. La Empresa de Madrid, para reunir una buena cuadrilla que fuese digna del primer circo de España, contrató al *Chiclanero*, con Juan León y Francisco Arjona (*Chichares*). Lo que en aquel año hizo Redondo para conseguir universales aplausos, arrebatados al popular y muy conocido media docena de años antes *Curro Chichares*, pueden figurárselo nuestros lectores; y más si tienen en cuenta que, de los tres espadas de aquel año, solo ajustó la Empresa para el siguiente al *Chiclanero*, y esto como primer espada, delante de Lavi y de Juan Lucas Blanco.

El entusiasmo que sólo su presencia en la plaza causaba entre los aficionados, es indecible; bien es verdad que torero de más sal, de más garbo y de mejor planta no es posible pintarle. Y si á esto se añade que su manera de torcar era fina, elegante, sosegada hasta la pausa delante de los toros, más de arte que de piernas, se comprenderá muy bien que era merecida su fama y justa su reputación. Siempre se iba á dar muerte á los toros «con mesurado continente, con aplomo y serenidad, con saber, parándose derecho, presentando el *trapo* en línea recta con la cadera izquierda; arrimándose á los morros de la res, y despidiéndola dándole salida larga, ó cambiándose sobre la cabeza con serenidad.»

Esto decía un inteligente aficionado en 1845, y el Sr. Velázquez y Sánchez en su notable obra dice al juzgarle: «En la muerte de los brutos no podía llevarse á más grado la aplicación del prin-

cipio aquel de Pedro Romero: «A los toros se debe dar lo que ellos piden»; y consultando casi siempre bien la índole, mañas, pasos en la lidia y situación del animal, era sobrio en el juego de muleta, que nunca en sus manos pasó de medio auxiliar para inmediatos fines, y aguardaba a las reses bravas y boyantes con intrepidez y firmeza; se iba a las tardías ó cansadas, aprovechando con presteza y tino los encuentros; se arrancaba derecho y corto al *volapié*, y a la media vuelta con los bichos recelosos ó reparados, y en la brega con reses difíciles por sus resabios ó defensas; careciendo de esos *trasteos* originales de León y de Arjona Guillén, resolvía la cuestión con arrojados de una impetuosa bravura, que si muchas veces exaltó hasta el delirio la satisfacción de los espectadores, en alguna comprometió, y terriblemente, su vida.» A esto sólo tenemos que objetar que en Madrid, Aranjuez, Zaragoza y en alguna otra plaza en que vimos trabajar a Redondo, no usó siquiera una vez el recurso de irse a *media vuelta*; antes al contrario, en Aranjuez le oímos decir que «eso era traidor, y que era mejor, para el hombre de vergüenza, dejarse coger.»

El año 1846 asistió a las funciones reales;

y de tal modo se confeccionaron los carteles y dispusieron las cuadrillas, que con ser Redondo tan moderno, ocupó el sexto lugar entre los matadores. Delante de él no hubo más que el *Morenillo* y León, Montes, *Cúchares* y Martín; detrás, algunos que tenían más antigüedad. Todos, ó casi todos, trabajaron en las corridas de prueba por la mañana; Redondo, sólo por la tarde, en presencia de los reyes, ó sea en las funciones oficiales. Y era que el airoso y elegante *Chiclanero* podía imponer entonces su voluntad como mejor le pareciera.

En la contienda ó competencia que con *Cúchares* sostuvo en Madrid el año de 1852, llamó la

atención que, al paso que éste, según su costumbre, saltó, brinco, *cuartó*, *gallo* y capeó, Redondo no se apartaba un momento de la severa escuela de Romero, y cuando más, a imitación de Montes, *gallo* con el capote al brazo. En los *quites* a los picadores nunca usó las *verónicas*, sino las largas; y al matar, lo hizo, especialmente en las seis primeras, que fueron las de competencia, con tal precisión, con tal arte, serenidad y compostura, que *Costillares* no daría mejores *volapiés*, ni Romero recibiría mejor los toros.

Como en esta suerte era superior a todos los matadores que se conocían, incluso Montes y cuantos le han sucedido hasta hoy, la hacía muy frecuentemente, en la seguridad de que, aunque *Cúchares* la intentase, como lo procuró, había de quedar éste deslucido. Por eso dice muy bien el autor antes citado, que Redondo «era el más igual en irse a los toros y traérselos que ha existido, después de *Curro Guillén*»; y otro inteligentísimo aficionado que «era tal la gravedad y la perfección con que vaciaba los toros en la suerte de *recibir*, que si la hoja del estoque hubiera tenido numeración, se podían haber ido contando los números a medida que fuera entrando en el sitio de la muerte, ó sea, en verdadero tecnicismo, el *paseo* desde que se desafia hasta

que se consuma la suerte».

José Redondo era, además, un buen director de plaza, y a su excelente cuadrilla la tuvo siempre muy subordinada y muy atendida. De carácter activo, y muypreciado de su persona, hasta el punto de que alguien le dijo «que el toque de las palmas y el humo del incienso adormecen el *sentido*, aun a los que le tienen perfectamente desarrollado, y produce mareos y desvanecimientos de cabeza», aludiendo en esto, sin duda, a la fascinación que su figura podría producir en las damas.

Redondo tenía un defecto, al cual debió, en nuestra humilde opinión, su encumbramiento y su



valía. Un excesivo amor propio le dominaba completamente. A veces este amor propio subía hasta el orgullo. Si al hacer un *quite* á un picador, en un *recorte*, en cualquier otro lance durante los dos primeros tercios de la lidia, no había estado tan afortunado como él quisiera, podía desde luego esperarse que en la suerte de matar había de estar á grande altura. No podía aquella altivez tolerar por mucho tiempo la más ligera muestra de desagrado del público.

Crecía un palmo al colocarse ante la fiera; y sabiendo dominar los impulsos impacientes de su corazón, aparentaba una calma, una tranquilidad y un continente tan sereno al pasarla de muleta y al herirla, que eran la admiración de los espectadores. Más que temerario arrojo (y en esto disenti- mos del Sr. Velázquez), demostró siempre valor frío, pero seguro. Se hubiera dejado coger, herir, y aun matar, antes que haber huido del peligro, por- que precisamente en éste era más grande, más valiente, José Redondo; pero no hubiera ido impru- dentemente á sufrir una cogida, por colocarse fuera de suerte. El arte era lo primero.

Contratado para las corridas que en Madrid ha- bían de celebrarse el año de 1853, ó sea el siguien- te al de la competencia con *Chichares*, vino á cum- plir su compromiso, que no pudo llenar porque, á consecuencia de una tisis tuberculosa que se ini- ció un año antes, falleció en la habitación que ocu- paba, calle del León, número 24, piso principal, á las cinco de la tarde del día 28 de Marzo de 1853. Llegó rápidamente la fatal nueva á la plaza de to- ros, precisamente á la misma hora en que, si hu- biera estado bueno, le tocaba matar un toro; y mu- chos espectadores aban- donaron sus asientos, pro- fundamente afectados.

¡Treinta y cuatro años de edad! ¡Qué muerte tan prematura! ¡Qué pérdida para el toreo!

Su cadáver fué deposi- tado en una capilla de la parroquia de San Sebas- tián, y desde ésta condu- cido, en la tarde del 30, al cementerio de la sacra- mental de San Luis y San Ginés, donde sus restos ocupan el nicho núme- ro 21 de la quinta galería izquierda. Las cintas del ataúd las llevaban los ma- tadores Julián Casas, Ca- yetano Sanz, Manuel Díaz (*Lavi*) y Manuel Jiménez (*El Cano*), que eran los

más caracterizados que había en Madrid. El gen- tío que inundó la iglesia de San Sebastián y sus atrios mientras estuvo allí depositado el cadá- ver, fué inmenso; el que obstruía las calles y llenaba completamente los balcones del tránsito al ce- menterio, mucho mayor, y el cortejo fúnebre se componía de todo un pueblo á pie, triste y silencio- so, y de cuantos coches había en la corte, incluso los del Gobernador civil de la provincia y muchos grandes de España.

Sobre su tumba se leyeron poesías, la prensa manifestó su dolor con sentidas frases, diciendo algún periódico que Redondo era el torero «más animoso, inteligente y mejor plantado que había en España», y las cuadrillas de toreros se presen- taron en la corrida siguiente, ó sea en la del 5 de Abril, vestidas de luto por la irreparable pérdida que el arte había experimentado con la muerte de tan aventajado lidiador.

Nosotros, que para que no se atribuya á pasión el juicio que de él emitimos, hemos tenido cuida- do de relacionar, copiándolas, las apreciaciones que acerca de su mérito hicieron amigos y adver- sarios, concluiremos diciendo: Por Redondo no tu- vimos otras simpatías que las que da la afición al arte que tan perfectamente practicaba. Por amor á éste, repetiremos con Azcutia, el inteligente aficio- nado y respetable letrado, que de los toreros de su tiempo, el *Chiclanero* era, «entre todos los diestros, el más diestro».

Regalón.—Toro de la ganadería del Duque de Ve- ragua, último que mató el inolvidable Salvador

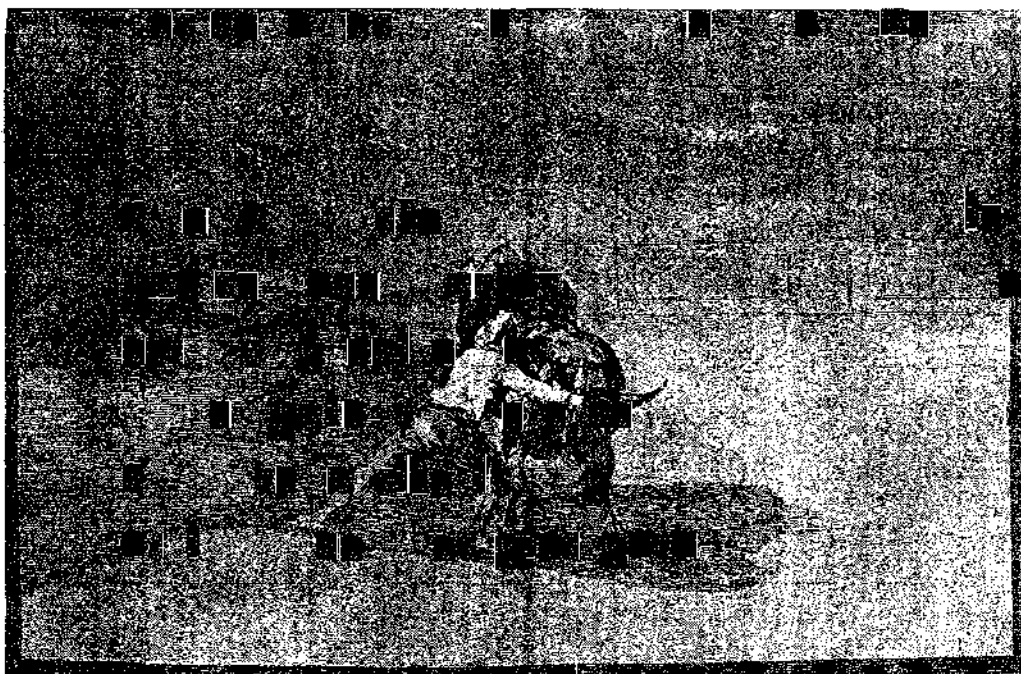


«REGALÓN», DEL DUQUE DE VERAGUA. — JULIÁ

Sánchez (*Frasquito*) en la Plaza de Madrid, el día de su despedida del toreo que fué en 12 de Mayo de 1890. Era jabonero sucio con bragas, meleno y de muchas libras, tomó con poder seis varas mató dos caballos y llegó huido á la muerte.

Regate.—Esta voz denota «el movimiento pronto que se hace hurtando el cuerpo á una parte y á otra» y precisamente este es el que se ejecuta al dar el quiebro: pero como para quebrar, exigimos como requisito indispensable que sea de cintura arriba y con los pies parados, puede usarse la voz *regate* cuando intentando el quiebro, ha tenido necesidad el diestro de huir la cabezada dando pasos atrás ó á los costados, ó cuando sin capote ni

Reglamento.—La necesidad de un Reglamento en que se determinen clara y distintamente las obligaciones de las Empresas, lidiadores y demás dependientes de las plazas de toros, así como la dirección ó gobierno que en estos espectáculos debe tener la autoridad, es cosa que todos reconocen como importante en alto grado, y en muchas ocasiones y en distintas provincias se han dictado órdenes y formado Reglamentos, en los que, si bien aparece el desco del buen acierto, se nota también gran falta del conocimiento en unos, poca expresión en otros, y en la mayor parte el defecto de no abarcar todos los casos que pueden ocurrir lo mismo antes que después de las corridas, y que forman parte integrante de ellas. Es verdad que no en todas las plazas de España puede



«MARTINCHIO» HACIENDO UN REGATE. — GOYA

muleta ha esquivado el derrote en dicha forma esperando la res para banderillas. Goya en su famosa colección pintó en la lámina XV á Martíncho haciendo un regate al toro al ir á ponerle banderillas.

Regatón.—El extremo inferior de la garrocha, por más que no tenga el casquillo ó virola que llevan las lanzas para mayor firmeza y que es de donde verdaderamente toman dicho nombre.

Regengo, Vizconde de.—Dejó en Portugal fama de valiente mozo de forcado. Vive aún, recordando sus buenos tiempos de gran aficionado no retribuido,

haber un mismo Reglamento, porque la diferencia de localidad, de costumbres y hasta de medios materiales de cumplir muchas veces como se debiera, lo imposibilitan absolutamente; pero para eso está el criterio de las autoridades, que, adoptando con antelación disposiciones reglamentarias en que á cada uno se marquen sus derechos y obligaciones, evitarán conflictos que muchas veces sobrevienen por falta de precaución. Diferentes son los Reglamentos que hemos visto, tanto antiguos como modernos, que han regido y rigen en diferentes provincias de España, pero hablando con claridad, ninguno hemos logrado ver cumplido, ni por autoridades, ni toreros, ni por nadie. Solamente el célebre don Melchor Ordoñez, que para ello era un gran Gobernador, es el que hizo

observar el que promulgó, á pesar de que no era muy completo. Los desórdenes se suscitan por falta de prevenciones escritas y publicadas con antelación: los toreros faltan á sus deberes por igual motivo, y todos, todos se atemperan cuando más á las circunstancias de localidad y á las exigencias del público, que muy pocas veces tiene razón, pero á quien suelen dársela los alcaldes de monterilla y aun los que no lo son. Para obviar inconvenientes queremos conste siempre que nosotros aconsejamos á las autoridades que hayan de presidir las corridas, lo conveniente y hasta necesario que les es dictar con antelación un Reglamento para saber á qué atenerse en cuantos incidentes ocurran, y conste también que sin Reglamento no habrá buenas corridas, y podrán acaecer conflictos. No hay nadie medianamente entendido que no lo reconozca así. De buena gana haríamos mención de los muchos Reglamentos que en toda España se han dictado en diferentes fechas pero... ¡son tantos!

Rego da Fonseca Magalhaes, Luis do.—Cavalheiro farpador portugués, de distinguido porte y gran jinete, valiente y esforzado. Es hijo del par del reino Luis do Rego Barreto, nieto del que también lo fué y grande estadista Rodrigo da Fonseca Magalhaes, biznieto del valiente general Vizconde do Jeraz de Lima. Fué un gran amador.

Parce que ahora está retirado en sus propiedades de Almarjao (Portalegre), cuidando una importante ganadería.

Reguera, D. Blas.—Notable é inteligente aficionado que en los años de 1856 al 60 escribió con grandes conocimientos excelentes apreciaciones sobre las corridas de toros, condiciones de éstos y modo de lidiarlos. Fué socio activo de la brillante Sociedad taurómaca del Jardinillo, trabajando en ella como espada.

No hay que confundirle con su hermano don Ensebio, en quien no se despertó la afición hasta hace unos veinte años.

Rehilete.—Lo mismo que banderillas.

Reig, Miguel (Clavel).—Matador de toros en novilladas, de poca reputación, de algún arte, de mucha frialdad y escaso valor allá, por el año 1860. Era valenciano, regularmente apuesto y pagado de su persona.

Reina, D. Francisco.—Distinguido aficionado y notable escritor taurino, conocido por *Paco el de*

marras, que es el pseudónimo por él adoptado para sus escritos. Pocos se habrán dedicado, con tanta inteligencia como él, á estudiar en documentos la historia del arte, y á conocer á fondo sus secretos; por eso su opinión es justamente respetada. Es vecino del Puerto de Santa María.

Reinante Hidalgo, D. Manuel.—Mejor que ensalzar lo mucho que vale este distinguido escritor, será conveniente hacer una relación de sus méritos y servicios. Es licenciado en Filosofía y Letras y fundador de la *Sociedad facultativa de Ciencias y Letras*, en la que ha sido vicepresidente dos veces y otra secretario; ha desempeñado el cargo de redactor-jefe de Ciencias y Letras desde que se



fundó dicha *Revista*, órgano del profesorado facultativo, y en Diciembre 1895 fundó y es en la actualidad director de dicha *Revista*, que trata de los asuntos de enseñanza. Ha merecido primeros lugares y votos en dos oposiciones de cátedras, de tres que ha hecho, y también es empleado por oposición en el Tribunal de Cuentas.

Con tales antecedentes, fácil es suponer que cuantos trabajos científicos y literarios en que ha tomado parte, han sido notables, llamando la atención los que, en unión de Echegaray, Campoamor, Castelar y otras celebridades, insertó en *El Criterio científico*, de que fué jefe de redacción, y los de la *España científica y agrícola*, dirigida por el eminente químico Sr. Torres Muñoz de Luna.

Ha escrito mucho y bien, tanto en prosa como en verso, en forma seria unas veces y satírica otras; y buena prueba dió de su talento en la revista teatral *Chorizos y polacos*, periódico satírico que se hizo célebre por sus campañas enérgicas contra empresarios que abusaban y cómicos y autores malos; en

La Escena, donde firmaba con el pseudónimo de *Don Preciso* y en *El Caballero de Gracia*. Pero donde acreditó su aptitud especial y conocimientos literarios fué en el precioso drama en tres actos y en verso titulado *La cruz del Humilladero*, que fué representado en el teatro de Novedades de Madrid durante quince noches sin interrupción, saliendo muchas de ellas al palco escénico en unión de su colaborador D. Vicente de la Cruz.

Colaborador asiduo de las principales publicaciones científicas y literarias de España y el extranjero, dedicó su atención, para probar que su ilustración á todo alcanza, á las corridas de toros. Estudió, observó, y con su claro talento comprendió los secretos del arte, y colaborando en muchos periódicos taurinos, se encargó de la dirección de *El Toreo Cómic*, firmando las revistas con el pseudónimo de *Suavidades*; por cierto que en este periódico publicó una serie de romances taurinos, á la usanza morisca, que fueron muy elogiados é hicieron efecto en la opinión pública.

Nació en Madrid el 14 de Diciembre de 1858, siendo hijo de los Sres. D. Francisco y Doña Lorenza. Todos los antedichos méritos y otros que no son de este lugar, le han acreditado de escritor elegante y fecundo en los diversos ramos de las ciencias y la literatura; pero juzgándole por lo que á la fiesta de toros se refiere, no pueden los aficionados olvidar su fuerza de lógica y de verdad que resplandecen en todas sus apreciaciones.

Reis Amado, Joaquín Augusto d'os.—Pegador portugués que ha dejado fama de valiente y entendido. Hace ya tiempo se retiró de la que arena.

Rejón ó rejoncillo es el que han usado siempre los caballeros en plaza para matar los toros desde el caballo. Debe ser de madera vidriosa para que se quiebre sin notable resistencia, y de unas siete cuartas de longitud, ó metro y medio, poco más. Su hechura en pequeño es como la de un lanzón antiguo, es decir, que desde la punta es recto hasta una tercia antes de su remate, y éste va ensanchando en forma cónica; tiene un corte arriba formando puño, que hace fácil abarcarlo por aquel sitio, y además suele hacersele una hendidura una tercia más arriba de su final inferior, con objeto de que quiebre con poco esfuerzo. La parte baja, ó sea la más inmediata á la punta, tiene un hierro ó lanza en forma de hoja de rosal prolongada, muy punzante y cortante, y



la madera suele pintarse de distintos colores y con varios dibujos. No debe confundirse el rejón con la farpa portuguesa, ni con otros rejones, más largos sus hierros que los de las lanzas, que se han usado alguna vez en América.

Rejonear ó poner rejones á los toros desde el caballo es una suerte antiquísima y la más usada por la nobleza; así que en las funciones reales de toros los caballeros en plaza no ejecutan otra. Llevan al estribo derecho un espada inteligente con la muleta en la mano izquierda, y al otro lado, pero casi á las ancas del caballo, un buen banderillero con su capa, dispuesto á acudir pronto donde fuere necesario. Preparado el caballero con el rejón en la mano derecha, tomado por la parte superior, va á colocarse paso á paso frente al toro, de manera que el pecho del caballo esté en rectitud del cuerno derecho de la res, y en tal disposición, al acudir ésta, el espada la empapa en la muleta y se la lleva por su izquierda, dejando marchar en dirección contraria al caballero, que á un mismo tiempo habrá clavado en el cervigillo del animal, lo más alto posible, el rejoncillo, quebrándole por en medio, y habrá sacado su caballo con la mano izquierda; es decir, que cuanto más cerca pase el toro del caballo sin tocarle, más segura es la suerte y más lucida. Hay otro modo de quebrar rejoncillos, que pudiéramos llamar á caballo levantado, y que es mucho más difícil que el anterior, porque, como se ha visto, el buen éxito de aquella suerte tanto ó más depende del espada á pie que del jinete. En la que ahora explicamos, marcha solo el caballero á los tercios ó medios de la plaza en busca del toro, y cuarteando el caballo en un terreno proporcionado á los pies del mismo, va formando un arco de círculo, cuyo final es el centro de la suerte, clava y rompe el rejoncillo, y continúa su carrera. Como se ve, es propiamente esta suerte la de poner banderillas á caballo, puesto que al dirigirse á la res, al llegar á jurisdicción, y al salir del centro de la suerte, han de observarse las mismas reglas que las escritas para las banderillas al cuarteo, si bien no poniendo más que una, y siempre por la derecha. Si es indispensable que el jinete que quiebre rejoncillos esperando al toro, sea de los que sepan manejar perfectamente un caballo, es de muchísima mayor necesidad en el que los ha de quebrar al trote ó galope más ó menos vivo ó precipitado. Excusado es decir que en una y otra suerte la medida del tiempo y del terreno, y la oportunidad en meter el brazo y salirse, son cosas que ha de estudiar mucho el jinete, y que los caballos han de ser escogidos y muy á su satisfacción. En la notable colección de láminas grabadas al agna

fuerte que dibujó el inmortal Goya, se ve en la trece poner rejoncillo á caballo levantado, ó sea á la carrera, como hemos descrito, y en la del número doce se ven pintados varios moros que en tropel, á pie y con capas ó alquiceles en una mano, y rejonés en la otra, atormentan á un toro de puntas. Aconsejaremos siempre que á reses sin embolar no se les claven rejonés á caballo levantado y en todo caso, si ya están muy aplomadas, únicamente á la media vuelta.

Relance.— Es cuando acaba de ejecutarse una suerte con el toro, y saliendo éste de ella, se encuentra inmediatamente con el diestro, que hace con él otra, que por lo común es de más efecto, por lo mismo que no se ha previsto por el público su ejecución. En las banderillas se llaman al relance aquellas en que, viniendo el toro unas veces rebrincando de la salida de otro par que le han puesto, otras veces siguiendo á un capote, y otras huido, pero siempre levantado, aprovecha el diestro esta carrera, le sale al encuentro, se cuadra, mete los palos y marcha por su terreno, comúnmente con calma, porque el toro no suele revolverse. Es suerte muy segura cuando los toros no son de los que cortan el terreno ó se tapan; pero no debe intentarse, si el diestro no se encuentra bien situado y no tiene conocidas las condiciones de la res.

Religioso.— Toro de la ganadería de Ibarra (Sevilla), negro como todos los de la casta y de excelente trapío; fué lidiado en Alicante en las corridas de feria de 1890. Aunque de buena historia en la ganadería, presentose en los corrales poco menos que manso; acudía á la voz á los burladores, tomaba pan y azúcar de la mano de algún atrevido aficionado que llegó á sentarse en él breves momentos. Se dejaba palpar las astas, golpear la carne y hasta que le desprendieran astillas de uno de los cuernos, que se despuntó al salir del cajón en que vino conducido; y, sin embargo, en cuanto probó el castigo se hizo bravísimo, tomó muchas varas, retiró dos ó tres picadores á la enfermería, é inutilizó siete caballos.

Relvas, Carlos.— No sabemos qué decir de este artista, ni cómo considerarle. Era un gran fotógrafo, premiado por sus notables trabajos en París, Viena, Madrid, Filadelfia, Amsterdam y Oporto; era un gran jinete, que en más de una ocasión ha ganado premios de carrera en Portugal; y era un buen torero, que en Lisboa, y mejor en Oporto, ha lucido á caballo su habilidad y en Tablada

(Sevilla) ha derribado reses. Su nombre es muy conocido en el reino lusitano, donde residía, y más de una vez ha trabajado en público, picando de vara larga á la española toros sin embolar. Fué dueño del famoso caballo *Salero*, andaluz, de Miura, hijo de un caballo de Zapata, y que estando calificado como el mejor de cuantos había en Portugal para torear en él, murió repentinamente al



ir su dueño á clavar rejonés en una función benéfica. Relvas ha sabido alcanzar por sus méritos los diplomas de oficial de la Legión de honor y oficial de Instrucción pública en Francia; ser nombrado miembro honorario de la Real Academia de Bellas Artes de Lisbonne, y obtener medalla de honor de la Sociedad de Caballeros Salvadores en Niza. Era un cumplido caballero de muy distinguido trato, y tan querido en todas partes, que un sólo hecho bastará para justificarlo. Celebrábase en Cintra, el día 3 de Junio de 1888, una corrida de toros de importancia; el público vió en un palco al inteligente Relvas, y pidió con entusiasmo que bajase al ruedo á rejonear; acudió el solicitado, montó en su famoso *Salero*, clavó con maestría varios rejonés y cuando pedía uno corto para ponerle, desplomose sobre el suelo aquel her-

moso animal—por el cual ofrecieron varias veces muchos miles de duros—para no levantarse más. Ver el pueblo el peligro inminente en que su querido amigo se encontraba cerca del toro, y arrojarle de los tendidos á la plaza en confuso tropel, fué todo uno, y por salvarle la vida sufrieron acosones, rodaron y fueron á la enfermería muchos paisanos. Es un ejemplo palpable del cariño y del agradecimiento que á sus infinitos beneficios debe la clase popular al opulento Relvas.

Víctima de una penosa enfermedad, adquirida por el golpe que en una calle de Lisboa le dió un carro de transporte, falleció en 23 de Enero de 1894, siendo su muerte muy sentida por cuantos le conocieron.

Rematar.—Es cuando el toro, siguiendo al bulto, no para hasta llegar á él, y si éste salva las tablas, da en ellas la cornada. Es propio de los toros nobles, codiciosos y pegajosos.

Renam, José.—Aplaudido banderillero portugués. Falleció de repente en Setubal, el día 9 de Marzo de 1879. Era tío del renombrado lidiador lisbonense Rafael Peixinho.

Rendón, Manuel.—Uno de los picadores que con más frecuencia acompañaban á Joaquín Rodríguez (*Costillares*), en las corridas de toros que éste tomaba á su cargo. Se refiere á este picador el célebre Goya al pintarle en una de sus láminas, en que dice murió ejecutando su suerte en la plaza de Madrid.

Rendón, Manuel.—Novillero, natural de Jerez de la Frontera, que no se ha abierto paso en el toreo á pesar de ser en él conocido hace más de media docena de años.

Reparado.—Se dice del toro que por efecto de algún pajazo ó pinchazo con alguna yerba en la dehesa, ó por otra causa, no ve bien con un ojo. No debe confundirse con el tuerto, aunque la lidia que á ambos debe darse es exactamente igual.

Reponerse.—Cuando el toro, después de salir de una suerte cualquiera, se para y toma colocación, reponiéndose del destronque ó daño que pueda haber sufrido. Entonces es cuando queda en estado de *parado*, y deben efectuarse con él las suertes, que son bien distintas de las de *levantado* y *aplomado*.

Repullo.—El movimiento rápido é inesperado que imprime el miedo ó el temor, al diestro, que hallándose frente á la res, ó encontrándosela en inminente peligro de cogida, se encoge asustado por huir el golpe que supone le amenaza. En verdadero tecnicismo taurómico dicese *extraño*.

Requisitos.—Los que debe tener un toro de plaza para ser lidiado, son: proceder de casta conocida como buena, porque hay más probabilidades de que sea bueno un toro de ganadería acreditada que un cuerno. Que tenga de cinco á seis años, poco más ó menos, que es cuando están los toros con toda su viveza, fuerza y vigor: más jóvenes son inciertos, más viejos son de mucha intención, y, por consiguiente, ni unos ni otros se prestan á una buena lidia. Que sea de bastantes libras, porque los flacos pueden menos, se sienten mucho al castigo y dan poco juego; pero esto no quiere decir que deba ser excesivamente gordo, pues en este caso se aploman pronto. Que sea de buen pelo, es decir, fino, sentado y lustroso, que indica estar bien cuidado, aunque hay ganaderías de pelo basto que han sobresalido mientras sus dueños no han tratado de afinarlas; pero tal vez influiría mucho en ellas la circunstancia de ser criadas en sierra y no en dehesa, dándoles el aspecto casi salvaje. Que esté sano, sin bultos, lamparones ni contraroturas que le afeen y demuestren que ha estado enfermo, pues sabido es que ni el que está malo, ni el convaleciente, pueden hacer mucho. Que se observe bien la vista de las reses, á fin de evitar en lo posible la lidia de los reparados y burriciegos y aun de los tuertos, en la mayoría de los casos; que toros así, aunque pueden lidiarse, poco pueden divertir y sí dar mucho que hacer. Y, finalmente, conviene que ningún toro haya sido lidiado de antemano, pues son peligrosos y se hacen de sentido. (Véase Toro.)

Res.—Se aplica lo mismo al toro que al buey, novillo ó otro animal cuadrúpedo de ganado vacuno y lanar, aunque no sea de especie doméstica, como quiere la Academia, sino brava y feroz como los toros de lidia.

Resiando, Manuela.—Banderillera y nada más que sepamos, que ponía pares en los novillos hace más de cincuenta años con valor y sin vergüenza.

Respingo.—Dice la Academia que «respingar es sacudirse la bestia y gruñir porque la lastima ó molesta alguna cosa, ó le hace cosquillas.» Sin que

le suceda eso, el loro abanto y cobarde da un respingo muchas veces con sólo sentir cerca de sí un capote, un golpe en las tablas ú otro ademán que le asuste y atemorice.

Retinto.—El color ó pinta de la piel más aproximado á colorado que á *castaño*; pero esta última pinta ó denominación no es propia en las toradas. La hacemos constar, sin embargo, para mejor inteligencia. (Véase COLORADO.)

Revello da Silva, Engenio.—Fué un valiente mozo de forcado que trabajó en Portugal con aceptación.

Revello da Silva, Jorge.—Es un buen caballero que sabe mucho y un gran mozo de forcado, valiente y muy entendido. No es lidiador de profesión, pero lo parece por su rara habilidad.

Reverte y Jiménez, Antonio(1).—Todo alarde de audacia y atrevimiento ante las reses bravas se considera por el público en general como signo evidente de valentía; pero si el alarde es atolondrado, los inteligentes en las lides taurinas saben perfectamente que esa valentía no es el valor sereno que exige Montes á los que se dedican al arte de torcar.

Puede aquélla, por efecto de continuados escarmientos, convertirse luego en serenidad, puesto que á un hombre valiente le es fácil dar de sí algo, y al cobarde no; puede también llegar á tiempo la reflexión, y con ella abstenerse el hombre de temeridades y tener calma y sensatez; pero suele acontecer que muchos principiantes no pasen de serlo y pierdan en un día lo adelantado en muchos.

Reverte, que nació en Alcalá del Río (Sevilla) el 28 de Abril de 1869, siendo hijo de Diego y de Pastora Jiménez, y que se presentó en Madrid á matar los toros de puntas en 1891, demostró en la corrida del 26 de Julio que era un ejemplo vivo de las verdades anteriores. Más allá que entonces llevó su arrojo, no es posible llevarle; más conatos de suicidio no los intenta el loco más rematado; puso banderillas, mató, rodó, recortó, saltó y ejecutó de tal manera la práctica del movimiento continuo, que dejó estupefactos á los espectadores, los cuales, enmedio de tal desorden, llegaron á ver en aquel chico algo excepcional, algo que se acercaba á dibujar, siquiera fuese en lontananza, los perfi-

les poco marcados de un hombre para quien no eran desconocidos completamente los instintos de las reses. Parecía como que en vez de empezar su aprendizaje estudiando la tauromaquia, comenzaba por aprender las condiciones del ganado; y como



tan necesario es lo uno como lo otro, admitiose de buen grado esa diferencia, y los desmedidos elogios se prodigaron, envolviendo al muchacho en una nube de humo que le produjo el mareo. Del mismo modo que el inglés del cuento seguía en su peregrinación al domador de fieras, para ver si alguna de ellas se le almorzaba un día, la gente en Madrid acudía á la plaza en cuanto veía en los carteles el nombre de Reverte, el cual, por su parte, fomentaba, á costa de su piel, la deferencia que el público le demostraba.

Pasó en Agosto á torear en Palencia, precedido del nombre de valiente, y allí tuvo la desgracia de

(1) Le incluimos en este sitio, que es el que le corresponde, por más que en muchos carteles aparezca antepuesto el apellido de la madre.

sufrir una terrible cogida que le puso en grave estado; y como esto no amenguaba su fama, se determinó á tomar en Madrid la alternativa, y, efectivamente, la recibió de manos de Rafael Guerra el día 16 de Septiembre de dicho año 1891. Sea porque el acto le impulsara algo, sea porque la reflexión entró en su cerebro ó porque las heridas recibidas en Palencia no estaban curadas completamente, Reverte no se presentó aquel día, ni en los demás en que luego trabajó en Madrid, tan locamente bravo como antes, sino con cierta indiferencia, cierta desilusión, que hizo trocar en desmayo el aliciente de su presentación en la arena.

¿Será Reverte un buen torero? ¿Será siquiera un buen matador de toros? El tiempo lo dirá, contestaban á esas preguntas los inteligentes, y el tiempo lo ha dicho.

No es gran mozo, pero es fuerte, moreno, simpático y agradable. Lo primero con que llamó la atención de todo el público, tanto en Madrid, como en provincias, fué en su especialidad particular de aguardar en cualquier terreno la carrera del toro y darle salida con el capote al brazo sin desliarle y

mente de la mano izquierda, y en su toreo general parecía más hombre de campo que de ciudad. Poco á poco, y estudiando con gran afición, ha ido mejorando de tal modo su habilidad en el uso de la muleta, que algunas veces, y éstas son muchas, ha clavado, que no parado, los pies en la arena, y ha dado pases con verdadero arte, clásicos, exentos de desplantes y chavacanerías.

No es ya el chiquillo atolondrado que todo lo fiaba al favor del ángel que protege á los valientes, es el torero de conciencia que sabe por donde va y conoce á donde se llega con buena voluntad y valentía; es el matador de toros al que no arredran los pitones de las reses por cerca que los vea de los alamares del chaleco, y que para la ejecución de la suerte última no ha encontrado aún—y quiera Dios no lo encuentre nunca,—ningún tranquillo, ninguna maña que ahuyente el peligro, á costa de su reputación.

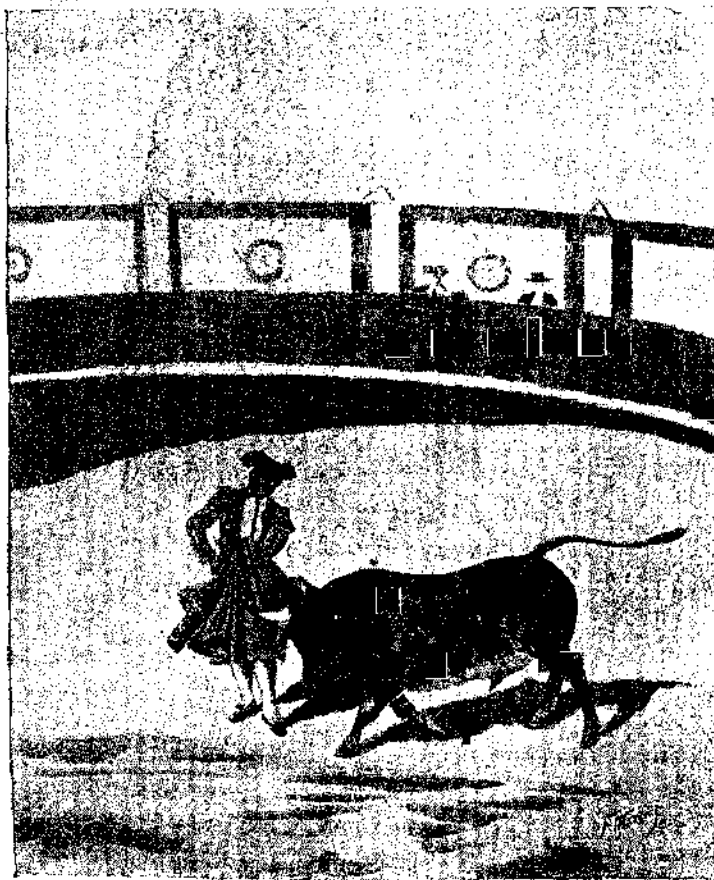
Pero como todas no pueden ser alabanzas cuando se han de juzgar actos humanos diferentes, encarnados en un solo individuo, nosotros, despojándonos de toda afección en pro ó en contra de este torero, lo mismo que de todos, hemos de decir claramente los defectos y deficiencias que en su trabajo advertimos.

No es ligero y á esta falta de actividad debe gran parte de sus cogidas; parece como que se goza en esperar, mejor que en huir, y si eso es muy digno cuando se tiene la muleta en la mano, es sencillamente un alarde de temerario valor, exponerse cuando no hay necesidad.

No ha mejorado todo lo que debe su modo de entrar á herir. Va en corto y por derecho, desde la distancia conveniente, según sus facultades, pero casi siempre sale rebozado con los toros, sin que pueda atribuirse á que se quede en la salida, ni á que haya dejado de marcársela bien á la res. ¿En qué consiste, por lo tanto, defecto tan capital que pone en sobresalto el ánimo de los espectadores?

Hijo de la verdad todo su modo de torear, cuidase más de herir como el arte manda, que de usar el engaño como el mismo exige; por eso todas, ó la mayor parte de sus estocadas son altas rectas y enteras, y hé ahí la verdad; y todas ó gran parte de sus salidas en dicho acto, son embarulladas, porque el quiebro de muleta que ordena el arte, le hace, sí, pero muy alto, consiguiendo que en vez de humillar el toro lo suficiente para descubrirse, no lo haga en la

proporción necesaria á dejar desembarazado el brazo derecho y aun el cuerpo del hombre y hé ahí la utilidad del engaño.



REGATE CAPOTE AL BRAZO. — MACÍAS

por ambos lados, sin mover los pies más que lo necesario al pase de pecho; al matar luego, entrando siempre por derecho, olvidábase frecuente-

No puede negarse que Reverte se ha hecho un torero de primera fila en pocos años, ni que, vista su afición á aprender para mejorar, desechará los defectos que dejamos apuntados. Ahora es un mozo en la plenitud de sus facultades, puede, por lo mismo, ser todo si quiere, ó si no tiene una desgracia, de la que Dios le libre.

Dicen que es modesto y muy formal en sus tratos. Que no se envanezca como otros, y ganará mucho conociéndose.

Revilla, Francisco.—Figura en cartel de 1824 como picador sevillano y es la única noticia que ha dejado de su existencia taurina.

Revisteros.—Muchos y muy distinguidos escritores se han ocupado en todas épocas, y especialmente desde fines del siglo anterior, en escribir revistas de las corridas de toros celebradas en los circos de España, de Ultramar y del extranjero, haciendo gala en sus relatos de buen lenguaje, de española gracia y de conocimientos taurinos. La prensa periódica dió lugar en sus folletines, y á veces en otros sitios preferentes, á las reseñas de la fiesta nacional; muchas hojas sueltas las publicaron también separadamente, y hoy es día en que, además de acrecentar sus productos los periódicos que publican revistas de toros, se sostienen, reportando utilidades, otros especiales que ven la luz en casi todas las provincias de España. Prueba evidente de que la afición va en aumento, y de que, según hemos dicho en el curso de esta obra, los primeros talentos literarios de la Península Ibérica no se han desdoblado de poner sus plumas al servicio de la mejor de las funciones populares. Si fuera posible citaríamos los nombres de todos; pero como ya figuran en nuestro libro los que además de revistas han escrito artículos ú obras de más importancia relativas al toro, renunciemos á verificarlo.

Podrá decirse que entre tan gran número de revisteros no todos han sido tan imparciales como debieran, y que no han tenido siempre el arte por norma; pero siendo imposible la unanimidad de pareceres, atiéndase únicamente al entusiasmo que despierta en todas las clases de la sociedad la gran fiesta que envidian las naciones extranjeras, y quédense las rencillas para los envidiosos y enemigos de nuestras glorias.

Revolcón.—El acto de derribar el toro al lidiador de á pie ó á caballo, pisoteándole ó revolviéndole sobre la arena, pero sin herirle ni lesionarle.

Revoltosos.—Los toros que siendo nobles y francos en sus acometidas, como los claros ó boyantes, se revuelven más en busca del objeto que se les ha puesto delante. Por lo mismo, las suertes que con esta clase de toros se practiquen han de ser por necesidad más lucidas que con los demás, siempre que el diestro tenga la suficiente serenidad para ejecutarlas, porque son rápidas, y ligero ha de ser en sus movimientos el torero, el cual procurará tapar bien al toro por alto para que vaya empapado en el engaño. También se les da el nombre de *celosos*.

Revuelo.—Esta voz, usada desde hace algunos años entre los aficionados y revisteros, denota el acto de matar el espada al toro cuando este no mira á aquel y teniendo la muleta sin liar; con la cual se le tapa la vista y es herido traidoramente el animal. Esto es impropio de un torero que se estime en algo, y sólo debe ejecutarse rarísimamente con los toros de sentido.

Revuelta, Cipriano.—Banderillero principiante hace quince años, á quien no conocemos ni de él se nos han dado noticias. Trabajaba en novilladas de pueblos y en corridas de plazas de segundo y tercer orden, sin haber logrado distinguirse ni que se sepa á donde ha ido á parar con sus huesos.

Revuelta, Ulpiano (El Melagro).—No sabemos si será pariente del anterior. Novillero atrevido que ahora banderillea regularmente y mata toros como puede, pero siempre con valor. Así lo dicen. Cuando le veamos le juzgaremos.

Rey, D. José María.—Es de sentir que un escritor tan inteligente como este haya abandonado, por dedicarse á sus asuntos, la palestra taurina en que tanto se ha distinguido, principalmente en el periódico *El Noticiero sevillano*, cuyos artículos firmados con el seudónimo *Selipe* tanto renombre le dieron.

Reyes, Guillermo.—Tiene en México cierta aceptación como picador de vara larga, y ha trabajado en cuadrillas de matadores de alternativa.

Reyna, Francisco.—A mediados de este siglo picaba en novilladas, sin que pasase de ahí.

Riaño.—Caballero de la corte del rey Felipe IV, que con el conde de Villamediana, Sástago y otros se ejercitaba mucho en rejonear toros en plaza cerrada.

Rico, Juan.—Fué buen banderillero, á pesar de su gordura, y dejó el arte, creemos que por haber sido colocado en un empleo público. Era de la época del *Regatero*, Domingo, Muñiz y otros madrileños.

Rico, Isidro (*Culebra*).—Banderillero aceptable por lo trabajador y modesto, que procura llenar su cometido siempre con buena voluntad. Pocos toreros han durado en su ejercicio tantos años como él.

Riel, Antonio.—Fué picador antes que mediará el presente siglo. Medianito.

Río y Jordán, Antonio del.—Sobrino del famoso banderillero Gregorio Jordán. Aprendió buena escuela en Madrid, porque alcanzó buenos tiempos del toreo. Sabía, pero no se determinaba á ejecutar, tal vez por su cortedad de vista, ó por otra causa. Alternó en Madrid con espadas de primera categoría hasta 1846 en que sufrió una cogida y se retiró. Ha muerto á la edad de setenta años en Madrid, de donde era natural, el 14 de Marzo de 1877, siendo hijo de Isidro y de Inés Jordán.

Río y Jordán, Joaquín.—Sobrino de Gregorio Jordán y hermano de Antonio. Valía menos que éste, y eso que era muy determinado para matar. No llegó á adquirir la categoría de aquél.

Río, Juan del (*Sancho*).—Uno de los mejores toreros portugueses con el capote en la mano, y banderillero de más castigo que lucimiento. Lleva muchos años residiendo en Portugal, pero es natural de Sevilla, en cuyo Matadero tuvo las primeras nociones de tauromaquia. Es de estatura más bien baja que alta, y aprendió mucho de *Cúchares*, cuando allí toreó este maestro. En el Havre (Francia) y en varias plazas de España ha trabajado con aceptación en el año de 1872, y ahora mismo, en 1894, ha toreado en Lisboa veintiocho corridas, que han sido todas las de la temporada. Es notable con el capote, especialmente en las navarras.

Nació en 16 de Febrero de 1842 del matrimonio de Antonio Ríos y Dolores Reyes.

Ríos, José (*Sevillano*).—Mata novillos, según dicen; esperamos verle para confirmar la noticia y saber cómo se porta. Hoy por hoy suena poco su nombre, y este es un mal para él y para el arte.

Ríos, D. Alvaro.—Noble español que fué caballero en plaza en unas fiestas reales de toros verificadas en el Perú en 1632.

Ríos, José (*Funado*).—Chiflado debieran llamarle. ¿Quién habrá engañado á este hombre para que se metiera á matar en Madrid en 1894 toros en novillada? Ya no es niño, ni mucho menos.

Ripoll Orozco, Juan.—Mata toros en novilladas, según nos ha comunicado la prensa taurina, pero nosotros no le hemos visto. Su campo de operaciones hasta ahora, parece limitado á poblaciones de segundo orden.

Rius, Juan Manuel.—Empezó prometiendo mucho para ser un buen picador y no cumplió lo prometido. Fué picador sin alternativa á mediados de siglo, y parece que luego se dedicó á tratar en caballerías.

Rivadavia, Marqués de.—Fué uno de los grandes de España que en 1673 rejonearon toros desde el caballo, á presencia del rey D. Carlos II y su esposa doña María.

Rivadeneira, Miguel (*Vermell*).—Picador de toros de la cuadrilla que, con el difunto *Peroy*, fué á Montevideo por los años de 1867 á 1868, y que al volver allí en 1869, fué muerto á mano airada por un compañero suyo. Había toreado en Barcelona, donde nació en Octubre de 1843, con cuadrillas de primer orden, y era valiente y hábil caballista.

Rivas D. Angel Saavedra, duque de.—Uno de los más preciosos romances que han brotado de la elegante pluma de este eminente literato, es el de la descripción de una fiesta de toros por caballeros del siglo XVII en presencia del rey Felipe IV. No puede hacerse pintura más acabada de tan solemne fiesta que la que hace en dichos versos el inolvidable autor de *El moro expósito* y de *D. Alvaro ó la fuerza del sino*. Pérdida grande fué para las letras españolas la falta de tan ilustre poeta, que murió en Madrid el 22 Junio de 1865, y había nacido en Córdoba el 10 de Marzo de 1791.

Rivas, D. José.—Bajo la inteligente dirección de este arquitecto fué reedificada en 1829 la bonita plaza de toros de Aranjuez, que se construyó en 1796 y se estrenó en 14 de Mayo de 1797. Buenas funciones se han dado en ella, y los toreros de más fama han pisado su redondel.

Rivas, D. José.—Fué anunciado como picador de toros para las novilladas que en el año de 1851 se verificaron en la plaza de Barcelona, con la particularidad de haberle dado aquel tratamiento en el cartel, de igual modo que á otro picador y á los espadas. No recordamos haberle visto trabajar, ni siquiera hemos podido adquirir referencias acerca de él.

Riveira Grande, Conde de.—Con bastante aceptación y como amador ha rejoneado este caballero en varias plazas de Portugal. Hace tiempo dejó esa afición que tanto le cautivaba.

Riveiro, Clemente.—Unas veces como caballero rejoneador y otras como mozo de forcado, ha causado siempre entusiasmo entre sus compatriotas desde 1875 hasta el día.

Riveiro da Cunha, José.—Cuando un caballero farpeador ha llegado á adquirir las universales simpatías que este distinguido *amador* ha conquistado en Portugal, preciso es que sean muy merecidas.

Rivera, Manuel.—Picador de toros por los años de 1820 al 30, que trabajó varias veces con Antonio Ruiz (*El Sombrero*). Estimábanle mucho en Sevilla, donde gustó su trabajo al presentarse por primera vez el día 30 de Mayo de 1826.

Rivera, Domingo (*El Tuerto*).—Este desgraciado banderillero de novillos, recibió tan fuerte golpe al torear en Madrid una corrida de moruchos el 2 de Enero de 1859 que el día 9 falleció en el Hospital á consecuencia de grave contusión en el pecho.

Rivero, Antonio.—No ha dejado nombre este picador que se presentó por primera vez en plaza durante el mes de Mayo de 1841.

Rivero é Iglesias, D. Ricardo.—Ya le conocen nuestros lectores por las muestras de ingenio

que ha dado en varios dibujos de los que ilustran esta obra. ¿Qué hemos de decir, pues, si tan á la vista está su meritorio trabajo, sino que, á pesar de ser tan brillante, sólo es producto de su entusiasta afición á las corridas de toros y de su amor á las artes, que le han hecho pintar, sin preceptos



ni lecciones de grandes maestros, figuras agradables y bellísimos paisajes, alguno de los cuales ostentó no ha mucho la Exposición pública de Bellas Artes de Madrid?

Vicisitudes y alternativas que experimentan frecuentemente las familias, le hicieron abandonar las carreras de Ingeniero de caminos y de Artillería que había abrazado con gran fe, y después de probar en periódicos políticos y literarios su aptitud para escritor, y de obtener aplausos en el teatro con producciones cómicas, sigue cultivando las letras y las artes con visibles adelantos. Hoy sirve al Estado en un centro ministerial de importancia. Nació en Madrid el 20 de Octubre de 1868 y es hijo de D. Antonio, comandante que fué de ejército y de Doña Petra Iglesias, que le dieron una educación esmeradísima.

Rivero Cuevas, Juan.—Banderillero principiante, de buenas condiciones y facultades. Aun es pronto para formar juicio sobre lo que será en el arte; pero en él consiste formarse pronto una reputación si la fortuna le ayuda.

Rivillas, Pedro.—Este picador sobresalió mucho á fines del siglo pasado, perteneciendo á la cuadrilla de Pedro Romero. Trabajó en Sevilla por primera vez el 16 de Octubre de 1784.

Rivillas, Francisco.—Tal vez fuese hijo del anterior este varilarguero que en 1799 alternaba ya con el famoso Cristóbal Ortiz.

Rizo, Manuel.—En el año 1850, que es cuando creemos se dedicó á picador, era un mozo bravo y sufrido, buscado por los espadas de segundo orden y aplaudido por el público, que veía en él grande voluntad. En las provincias de Levante, especialmente, tuvo gran aceptación.

Rizo, Domingo.—No sabemos si será pariente del anterior este picador de toros en novilladas, que sabe algo, pero no quiere siempre. Cuando falta voluntad pocos pueden ser los adelantos.

Roballo, Manuel (Mapola).—Con Pepe Trigo trabajaba este picador de poco nombre en el año de 1834. ¿Qué fué de él?

Robert, François.—Es el que está considerado como maestro de la tauromaquia francesa, y es jefe de una cuadrilla con la que hace sus excursiones



por los departamentos de su nación, recogiendo aplausos y dinero. Sabido es que los torcadores se

limitan en sus lides á esquivar la cabezada de las reses con regates de cuerpo y saltos gimnásticos, pero éste ha querido ir más allá, y se vino á España, se matriculó en la escuela de tauromaquia de Sevilla que regentaba el antiguo matador de toros Manuel Carmona, hizo sus prácticas con sujeción al arte conocido en nuestro país, y con un diploma en el bolsillo en que se declara su aptitud, regresó á Francia á hacer gala de sus conocimientos para matar toros con espada. Luego ha alternado por primera vez en Valencia con Fernando Gómez, (*El Gallo*), y... está visto, *quod natura nondat..*

Roberto de Fonseca, Antonio.—Banderillero portugués que empezó á trabajar en 1818, y se creó en aquel país una buena reputación. Murió en 1882 por efecto de graves cogidas. Había nacido en 1801 en las islas Azores, siendo sus padres Roberto Jacobo y María Benedicta dos Reis.

Roberto, Vicente.—Banderillero portugués moderno de regulares condiciones, buen mozo y sim-



pático y complaciente con el público. Es hijo del anterior y hermano de

Roberto, Luis.—Que tampoco es una notabilidad en el arte, aunque procura cumplir con su obligación con modestia y buena voluntad.

Roberto, Juan.—El nombre de los Robertos es muy conocido en Portugal entre la gente aficionada al torero. Juan empezó su carrera de banderillero en 1845, consiguió buena fama y murió en 1860.

Hay ahora trabajando en Lisboa otro Juan Roberto, que es un buen banderillero.

Robles, Juan Manuel de.—Crítico taurino de los que han formado en primera fila. Si alguna vez era parcial ó inclinado á favor de algún diestro, al emitir su juicio sobre el trabajo del mismo no lo parecía en sus escritos, ó al menos le exponía de tal manera, que era muy difícil opinar en contrario; prueba clara del talento con que trasladaba al papel su pensamiento ó impresiones. Era



elegante á la par que sencillo en la dicción, muy correcto, y en materia de toros, inteligentísimo: dejaba correr la pluma con facilidad componiendo hermosos períodos, salpicados de gracias naturales y no rebuscadas, así es que sus revistas taurinas, en el periódico *El Nacional*, han sido leídas con agrado y buscadas con empeño. Acreditó en poco tiempo el seudónimo de *Pufazos*.

Nació en Baeza, provincia de Jaén, hace treinta y cuatro años: hizo en Córdoba sus estudios de segunda enseñanza, y allí, con la amistad del maestro *Lagartijo*, tomó tanta afición á nuestra fiesta nacional, que casi, casi estudiaba con más ahínco los preceptos de la tauromaquia, que los prolegómenos de Derecho. Sin embargo, concluyó con lucimiento su carrera, y como abogado tenía su puesto en el Ministerio de Ultramar.

Ha escrito de toros en varios periódicos y fundado alguno, antes de hacerlo en *El Nacional*, donde había sentado sus reales hace tiempo. Cuando empezaba su celebridad, falleció en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1896, víctima de las viruelas, dejando en el mayor desconsuelo á su familia y amigos, que eran muchos.

Roca, Julián.—En el año de 1833 trabajó como espada en unas corridas de toros que se dieron en Tortosa para estrenar una plaza recién construida entonces. Nada sabemos del mérito ni demás circunstancias de este lidiador, desconocido completamente en los fastos taurinos.

Roca, Ramón (Sabaté).—Podrá este picador saber menos de lo necesario para brillar en su arte; podrá haber otros mejores jinetes; pero nadie le aventaja en cuanto á duro y sufrido. A cada uno lo suyo. Hace tiempo dejó el torero, ignoramos por qué causa.

Roda, Francisco.—Dicen que era picador; dicen que montaba á caballo; pero no dicen si picaba ni si sabía montar. Nosotros le vimos en 1856, si no recordamos mal, salir vestido de moños y montado en jaco á la plaza de Albacete, y no nos hizo reparar en sus cualidades.

En carteles de Sevilla en 1852 figuraba con Juan Fuentes, y hasta le llamaban de apodo *Corchado*.

Rodas, Manuel.—Anda por ahí poniendo banderillas regularmente y figurando en buenas cuadri-



llas de toreros. Es bravo y atrevido y posee la rara circunstancia, que antes no lo era ni mucho me-

nos, de clavar los palos de alto á bajo, como debe ser y fué hasta hace pocos años, en que muchos ignorantes han aplaudido á los que las ponían de lado y por consiguiente acercándose menos.

Rodas, Diego (*El Morenito*).—Matador de toros en novilladas. Es natural de Sevilla, y en fuerza de su gran voluntad, torea con fe y entusiasmo, circunstancias que no son bastantes para hacer de él un buen torero, y menos un estoqueador aventajado. Puesto que valor tiene, adquiriera calma, piense en lo que hace y estudie lo que debe hacer, según el arte, sin acudir á malas imitaciones.

Rodvalho Duro, D. Antonio.—Uno de los mejores aficionados, por su inteligencia, que existen en Portugal. Con gran claridad y especiales conocimientos escribió en 1895 un bonito libro titulado *Tauromachia*, que merece, por la abundancia de datos taurinos que contiene, el favor del público entendido. Usa el pseudónimo de *Zé-Jaleco*.

Ha tomado parte como amador, y en clase de forcado, en muchas corridas de toros: nació en Lisboa en 1857 y es hijo de D. Antonio Marcelino Duro y de doña Eufrosia Amelia Rodvalho Duro.

Rodeo.—Llámase así el terreno elegido en campo abierto para la tienta de becerros por acoso en España, y para la herra á los mismos y á toda clase de ganado en América; y más propiamente dicho, el rodeo es el que dan los jinetes alrededor del ganado para hacer en él la separación oportuna.

Rodete.—El círculo, anillo ó mazorca que forma la delgada lámina exterior de la capa, ó corteza del asta del toro.

Rodríguez, Joaquín (*Costillares*).—En todas las profesiones hay nombres que se hacen imperecederos. Lo mismo sucede en las artes que en las ciencias y en todos los ramos que abarcar puede el entendimiento humano.

Y cuando esto acontece, precisamente hay que atribuirlo á una de dos cosas: ó á que el que llevó aquel nombre durante su vida fué muy sobresaliente en aquella profesión, ó á que á él se debe alguna mejora en la misma. De todos modos, los nombres que pasan á la historia y no son tristemente célebres, que de éstos no queremos hablar, se perpetúan, porque los hombres que los llevaron salieron en su época de la esfera de lo común. Joaquín Rodríguez (*Costillares*) ha tenido esa fortuna.

Entre los infinitos toreros que ha habido observando reglas para la ejecución de la lidia desde hace cerca de doscientos años, su nombre suena de los primeros, no sólo como torero consumado, sino como inventor de una de las principales suertes de matar toros; y por lo tanto, justísimo es que el eco de su fama llegue á nosotros, y procuremos pase á la posteridad con la mayor aureola que da el transcurso del tiempo.

Costillares nació en Sevilla á fines del primer tercio del pasado siglo, en el barrio de San Bernardo, que ha tenido el privilegio de ser la cuna de muchos y buenos toreros en todas las épocas. Su apellido indica que tal vez en la raza de los Rodríguez esté encarnado el arte de torear, porque en él ha habido siempre quien le ha enaltecido y llevado con orgullo, tanto procediendo de Sevilla, como de Córdoba y otros puntos. El padre de *Costillares* era dependiente del matadero de Sevilla, y en cuanto vió que su hijo, por la edad, podía ayudarle en el oficio, le llevó consigo y le dedicó á las faenas del mismo; pero *Costillares*, de genio observador, valiente y atrevido, no se conformaba con ejercer un oficio grosero, en el que no había más término que al que su padre había llegado, ó lo que es lo mismo, á tener más ó menos jornal, y con resolución se acercó al notable matador de toros de aquella época, Pedro Palomo: vió éste en el chico buenas disposiciones para el toreo, le dió algunas lecciones, le ayudó y protegió mucho, y le presentó al público, formando parte de su cuadrilla, cuando Rodríguez sólo contaba diez y seis años de edad.

Como entonces, según hemos dicho en lo que llevamos publicado, no era todavía costumbre formar los espadas cuadrillas constantes de toreros auxiliares, sino que unas veces se contrataban unos por sí, otras llamados directamente por los empresarios ó corporaciones, y pocas por los matadores, *Costillares* trabajó con Palomo únicamente el tiempo preciso para perfeccionarse.

Su trabajo como banderillero, siempre fino, concienzudo y denotando valor, le hizo sobresalir entre sus compañeros contemporáneos, y siendo joven aún, muy joven, se decidió á ser espada, teniendo en cuenta que su rápida fama como peón de lidia le autorizaba para ello, y el voto de los más notables matadores que entonces había le impelia á serlo, sin que pareciese audacia ó ambición envidiosa. Manuel Bellón (*El Africano*), el que por aquellos años marchaba al frente de los espadas, no tuvo inconveniente en dar la alternativa á Joaquín Rodríguez en la plaza de Sevilla, cuando cumplía los veinte años de edad. Esto debió ser antes de 1763, porque en esa época, el 22 de Abril, ya alternó allí con Juan Miguel y Manuel Palomo.

No sabemos si el mote de *Costillares* le adquirió desde que fué matador, ó si le tuvo ya antes. Importa poco al objeto principal de esta biografía.

La notabilidad en el modo de torear de *Costillares* no consistía precisamente en que la lidia fuese más ó menos brillante, de mejor efecto que las de otros, sino que en este hombre especial se advertía siempre mucha reflexión para ejecutar. Estudiaba detenidamente la indole de los toros, y les daba la lidia que creía convenirles; pero nun-

quiera como vemos en muchas láminas de aquella época.

Pero si se tiene presente que entonces las puyas de las varas de detener eran más largas y punzantes que las que después se han usado y usan, se comprenderá con facilidad que los toros, en su mayoría, habían de ir á la muerte acabados, rendidos y sin poder. ¿Qué podía hacerse entonces con un toro que, aculado á las tablas, no arrancase poco ni mucho en dirección al engaño?



JOAQUÍN RODRÍGUEZ (COSTILLARES). — CANO Y OLMEDILLA. — *El original en la Biblioteca y Museo Nacionales*

ca era igual, que con unas reses era ligero, juguetón y atrevido; con otras, pausado, reflexivo y calmoso, y con todas rara vez hacia lo que los demás matadores acostumbraban. Sin acelerarse, esperaba y *aguantaba*, como ahora se dice, ó *recibía* en regla con los pies parados, según lo practicaban siempre sus contemporáneos, entre los cuales figuraban los Palomos, Juan Romero, Bellón (*El Africano*), *Martincho* y otros de buen nombre y tan bravos como él. Primeramente estudiaba las condiciones de los toros, los tanteaba con la muleta, como su inteligencia lo marcaba, ó los *recibía* según arte, citándolos en corto y con los pies juntos, ó los esperaba sin citar, sesgándose á la iz-

Matarle á desjarrete ó de cualquier manera, siempre deslucida para el espada, y repugnante para el público, ó inventar un medio que hiciese menos repulsivo el antedicho, ó matar á paso de banderillas, á media vuelta, traidoramente, á veces desde las tablas, con la seguridad de dar muchos pinchazos, y esto podía también cansar al público, y cedia en descrédito del espada.

Un hombre como Joaquín Rodríguez, que tanto se paraba en ocasiones para ver el modo de mejorar su arte, no podía ni debía continuar así, é *inventó el volapié*. Era muy notable en el *trasteo* con la muleta y en las suertes de capear; pero por nada merece tanto el título de maestro como por

la invención de dicha suerte, que vino indudablemente á llenar un vacío que en el toreo notaban los inteligentes. Explicó teórica y prácticamente á sus compañeros cómo debía ejecutarse, fijó reglas para la colocación del hombre y de la res, ordenó el modo de irse á ésta, y hasta marcó el tiempo en que debía verificarse.

Su triunfo fué completo: nadie entonces ni después ha encontrado defecto que poner á suerte tan lucida y segura, pues desde aquella época desapareció de las plazas el repugnante espectáculo de hacer morir las reses como antes hemos indicado.

Creció con esto y con su inteligencia en la lidia la celebridad adquirida. De todas partes se le llamaba, las maestranzas le reclamaban, y todos los pueblos se disputaban el placer de ver torear al famoso inventor del *vuelapiés*, como entonces se decía.

Llegó á pagarse á este notabilísimo diestro la suma de tres mil reales al día por corrida de mañana y tarde; cantidad exorbitante en aquella época, que nadie había ganado.

Hombre de una condición especial para elevarse del ordinario nivel, creyó que la organización de una buena cuadrilla, bajo su mando ó dirección, daría más unidad al trabajo de la lidia en ventaja de ésta, y poniéndolo en práctica reunió una excelente, tanto de á pie como de á caballo, de la que era conocida en provincias, y entre la que figuraron los *Malignos*, y todos le reconocieron como jefe y maestro.

Costillares guardó siempre muchas deferencias y atenciones á los matadores más antiguos que él. Nunca olvidó que Pedro Palomo fué el primero que le presentó en plaza; que asistió de media espada y de segundo á Juan Romero; que Manuel Bellón (*El Africano*) le dió la alternativa en Sevilla, y que Juan Esteller se la dió en Jerez de la Frontera; pero era altivo, sabía lo que valía, y á todo lo que él enseñaba ó de él dependía imprimió cierto sello de su autoridad. Hasta modificó los trajes de torear, reemplazando la faja al ancho cinturón de cuero, y añadiendo caireles y alamares á las chaquetillas y chupillas, que las hicieron más vistosas. Contó entre sus discípulos al luego célebre José Delgado (*Illo*), á quien más de una vez reprendió su audacia y poca reflexión, pero al que quería extraordinariamente, tanto que por él pidió que en las funciones reales celebradas cuando la jura de Carlos IV no se corrieran toros castellanos; pretensión desestimada por la oferta de Pedro Romero de matar cuantos se presentasen de aquella procedencia.

Costillares era el sol caminando al ocaso, en la época en que Romero y *Pepe Illo* nacían entonces para el arte. A poco tiempo de ser estos maestros

conocidos como tales, tuvo Joaquín Rodríguez la desgracia de que se le formase un tumor en la palma de la mano derecha, que le impidió tomar el estoque, y le hizo retirarse forzosamente del toreo. La pena que en él produjo tal enfermedad, más que los años, fué la que le hizo contraer otra, de la cual murió á poco tiempo, con gran dolor de los que le conocieron, y con gran pérdida para el arte. Pocos, muy pocos, han valido tanto como *Costillares* en el ejercicio de su profesión.

Falleció en Madrid el 27 de Enero de 1800, año anterior al de la desgraciada muerte de su predilecto discípulo *Pepe Illo*, según la afirmación del primero de sus biógrafos, de quien tomamos la noticia; pero ésta fué negada en 1884 por el Excelentísimo Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri, en un artículo, como todos los suyos, saladísimo, sosteniendo que en 1802 fué padrino de bautismo de su señora madre, Doña Petra Barbieri y Luengo, en la parroquia de San Ginés, de Madrid, el día 28 de Octubre, y que precisamente se la puso el nombre de Petra, respondiendo al primero del afamado lidiador, que consta en la partida parroquial, con los nombres de Pedro Joaquín Rodríguez, que vivía en la calle de la Flor baja, número 2, cuarto segundo. Contra esta aseveración que tiene, además de la respetabilidad del Sr. Barbieri, todos los visos de verídica, no hay más objeción que hacer que la de no sonar el primer nombre de «Pedro», en ninguno de los escritos de quienes han hablado de Joaquín Rodríguez; y el asegurar el reputado Sr. Velázquez y Sánchez, que *Costillares*, «imposibilitado de continuar su profesión por un tumor enorme en la palma de la mano derecha, se refugió á su hogar en Sevilla, poseído de negra melancolía». Dando nosotros á esta incidencia más importancia de la que tal vez tenga, hemos querido investigar cuanto nos fuera posible acerca de ella, y nuestras pesquisas han sido inútiles, como también lo han sido las del Sr. Carmena, practicadas con tal fin. Este señor visitó, al efecto, las parroquias de San Marcos y San Martín, de Madrid, y nosotros éstas y las de San Millán, San Miguel y San Justo y San Andrés, porque no faltó quien nos dijo que *Costillares* había vivido sus últimos años en una casa de la calle de Mira el Río alta, y en la de la Arganzuela, pero ante el gran número de individuos llamados Pedros y Joaquines (aunque ninguno de ambos nombres juntos) Rodríguez, sin constar el segundo apellido para comprobar lo indudable, retrocedimos en nuestra empresa, que es posible consiga aclarar algún curioso más afortunado.

Rodríguez, Antonio (*El Jorobado*).—Tipo burlesco, natural de Sevilla, que picaba con vara larga

montado en un burro, aunque le silbase el público por su grotesca figura, y las reses le diesen algunos portazos. Un cartel del año de 1820, dice que ejecutaba la suerte con «gran destreza». Puede... pero ni aun siendo así, debieron las autoridades permitir que la desgracia de aquella imperfección, sirviese á las turbas de mofa y escarnio.

Rodríguez, Antonio (*El Panadero*).—Banderillero de la cuadrilla de Juan León. Dicen que era más valiente que entendido, y eso que fué uno de los primeros discípulos que hubo en la escuela de tauromaquia de Sevilla.

Rodríguez, Pedro (*Alma negra*).—Por no sabemos qué azares de la fortuna, este hombre, que nació en Sevilla á principios de este siglo, fué á parar siendo niño á Portugal, donde pasó los primeros años y aun todos los de su vida, puesto que de allí rara vez salió para volver á España. En 1828 se dedicó al toro y adquirió fama de buen banderillero, y más tarde de arrojado y valiente matador de toros y hombre temible. El rey don Miguel I le dispensó su amistad, y joven aún falleció en 1846.

Rodríguez, José.—Banderillero que trabajó alguna vez en las plazas de provincias con Julián Casas (*El Salamancaquino*), sin que su trabajo sobresaliese en poco ni en mucho.

Rodríguez, Antonio (*El Habanero*).—Con otros novilleros mató en Sevilla toros en fines de 1877. Se dió poca maña, ó al menos la fortuna no quiso favorecerle.

Rodríguez de Mendonza, Christiano.—Caballero portugués que hasta ahora no ha pasado de segunda fila. Tal vez su afición, que es grande, le haga colocarse en primera, puesto que tiene valor y serenidad.

Nació en Aldegallega el 3 de Marzo de 1866, y es hijo de D. Diego Rodríguez de Mendonza y de doña María Augusta de Mendonza.

Rodríguez, Francisco.—En 1798 figuraba en las cuadrillas de Conde y de *Perucho*, como picador sevillano.

Rodríguez, Francisco de Paula.—Allá por el año de 1820 era picador de novillos de poco nombre. La circunstancia de tener este mismo é igual

apellido otro picador sevillano como él, que se hizo después de los de tanda, figurando con los espadas José García (*El Platero*) y Juan Hidalgo, que tuvieron luego buen crédito, nos hace sospechar si uno y otro serian una sola persona, que aparece antepuesta á otros diestros de alguna nombradía.

Rodríguez, Francisco (*Tato*).—Reconocido como picador de toros en Andalucía, este diestro cordobés ha sido aplaudido durante su vida pública, que duró unos veinte años, y estuvo en auge allá por los de 1840 á 1845. Recordamos haberle visto en Madrid pocos años después, y nos pareció buen caballista. Toreó en Sevilla por primera vez el 2 de Junio de 1839.

Rodríguez, Manuel (*Chauchau*).—Formó un tiempo como banderillero en la cuadrilla de Francisco Montes; cumplió bien, y era incansable en la brega. También trabajó después con Domínguez. Alto, moreno y de grandes facultades, hubiera llegado á ser, con los conocimientos que fué adquiriendo, una gran figura en el toreo.

Rodríguez, Matías.—Picador de toros, natural de Rociana, en la provincia de Huelva. Debió ser hombre bravo y forzado, porque, según documento que obra en mi poder de un conocido anticuario taurino de Málaga, se comprometía á picar, ayudado de otro compañero, una corrida de ocho toros seguidos y sin descanso. Ahora hay hombre que con sólo poner en toda una tarde dos puyazos de mala manera y dejándose matar otros tantos jacos, se va á casita sudando el quilo. El malogrado espada Francisco García (*Perucho*) le tuvo en su cuadrilla á fines del pasado siglo.

Rodríguez, Matías.—El hombre, aunque no sea muy torero, sirve para dirigir las mojigangas en los novillos, y en la plaza de Zaragoza es muy apreciado.

Rodríguez, Antonio (*Salerito*).—Ha pasado á lidiar toros desde el circo de Parish de Madrid, donde ensayó sus aficiones con un becerrete de las pantomimas hasta las plazas formales. Parece ágil y animoso, pero no nos gustó en una novillada en que quiso probar fortuna.

Rodríguez, Pedro (*Perico*).—En 1846 empezó á torear como banderillero en las plazas de Portu-

gal; y siguió hasta que la falta de fuerzas en las piernas, le obligó á probar fortuna como caballero rejoneador. Tanto á pie como á caballo lidió bien y tuvo gran nombre; falleció en 1867.

Mató algunas veces en las plazas de Portugal y si no estamos equivocados fué tío del banderillero en aquel país, llamado Juan de la Cruz Calabaza. Al menos, este tuvo un tío de aquellos nombre y apellido.

Rodríguez, Luis.—Banderillero notable, discípulo de Antonio Ruiz (*El Sombrero*), y después regular matador de toros. Era tío de Juan Yust, y en Sevilla trabajó por primera vez en las funciones de feria del año de 1829.

Rodríguez del Manzano D. Antonio.—Uno de los caballeros en plaza que tomó parte en las corridas reales de 1833, cuando la jura de la princesa de Asturias.

Rodríguez, Emilio (*Guitarra*).—Si ese mote le ha adquirido tocando bien aquel instrumento, ha hecho mal en abandonar un oficio alegre, por otro que da muchos disgustos. Se hizo anunciar como banderillero en novilladas de 1892.—No ha demostrado mala maña y se le ve que quiere adelantar.

Rodríguez, Rafael (*Melaja*).—Natural de Córdoba, y con felices disposiciones para el toreo. Fué uno de los mejores banderilleros que tenía en su cuadrilla Antonio Ruiz (*El Sombrero*), de quien era discípulo, y su memoria no se ha olvidado aún por sus paisanos y admiradores.

Rodríguez, Sebastián (*Silverio*).—Banderillero andaluz, cuya habilidad nos es desconocida. Creemos sea uno de ese apodo, á quien distinguió hace más de diez años en la Habana, considerándole buen torero. De allí pasó á México y otras repúblicas americanas, trabajando en aquellas plazas, con varia fortuna, hasta que en Febrero de 1896 se ha retirado definitivamente del toro, abrigando el pensamiento de fundar en aquellos remotos países una escuela de tauromaquia.

Rodríguez, Diego (*Silverio chico*).—También este mozo mata toros en novilladas, particularmente en Andalucía. Nada sabemos acerca de su mérito, ni si es pariente del anterior, pero sí que con él ha trabajado en América.

Rodríguez, José María.—Banderillero de buen nombre á principios de este siglo, y tío materno del célebre espada *Curro Guillén*. No hemos podido comprobar si es el mismo que de ese nombre toreaba ya en 1766 en la cuadrilla de Manuel Palomo.

Rodríguez, Cosme.—Tío del célebre Francisco Herrera Rodríguez (*Curro Guillén*). Fué banderillero bastante regular á principios de este siglo, y casi siempre trabajaba en unión de su hermano José María.

Rodríguez, Carlos (*El Limeño*).—Un banderillero que gozaba de buena reputación, pues valía como inteligente peón de brega y con los palos; Montes le admitió en su cuadrilla cuantas veces trabajó este insigne diestro en Málaga en los años 1840 á 1846 y lo recomendaba á otros para que le diesen colocación, con lo cual se hizo más conocido. Hizo sus excursiones á la Habana y á Lima de donde le provino el mote de *Limeño* y allí por último se averdó y logró hacerse de caudal, decidiéndose por último á tomar estado. Ignórase cuando falleció.

Rodríguez, José (*El Limeño*).—De Málaga, como su hermano Carlos y discípulo de éste. Para esquivar la quinta y teniendo catorce años se embarcó para Lima dando el adiós al oficio de colatero que estaba aprendiendo. Su hermano Carlos le explicó el toreo teórica y prácticamente y á tiempo oportuno le hizo matador en aquellas plazas americanas. Deseoso de volver á su patria regresó á los treinta y dos años de edad y diez y ocho de su destierro voluntario, no sin que un episodio casi novelasco le ocurriese y al cual debírase sin duda su resolución de ver nuevamente á España y á su Málaga querida.

Pepe Rodríguez, como sus amigos le llamaban, habíase enamorado perdidamente de una rica y hermosa joven limeña; correspondíale ésta con la pasión de aquellas mujeres peruanas, y solo un inconveniente se presentaba invencible. La joven era huérfana de padre y madre y un tutor celoso oponíase á que le entregase su mano y sus riquezas á un torero; en estas circunstancias Rodríguez optó por una separación y expuso á la joven su decidido propósito de salir para Cádiz en el primer vapor. ¡Cuánta sería la sorpresa del enamorado malagueño al verse que ya en alta mar y cuando la campana del vapor anunciaba á los viajeros que podían entrar á comer al extenso salón destinado á este servicio, encontrábase con su amada que se le aparecía sentada á la mesa!

La limeña le refirió cómo trala consigo un caudal y estaba dispuesta á no apartarse de su amado.

Desembarcaron en Cádiz, allí se dió á conocer Rodríguez como matador de toros y con Domínguez, á quien había tratado en América, trabajó dos corridas; pero estaba escrito que á este amor novelesco le faltaba el epílogo y un día cuando llegó Rodríguez á la fonda en que se hospedaba en Cádiz, tuvo la ingrata sorpresa de ver su nido vacío. La paloma había volado y de sus investigaciones á los camareros resultó que dos señores bien portados habían llegado á la fonda, hablaron con la limeña reservadamente y después salieron para no aparecer.

El tutor había rescatado su presa y el Limeño, ya viendo imposible la unión, decidióse á ir á Málaga. Trabajó en 1855, un año después de su llegada á dicha capital, dos corridas en 3 y 7 de Junio alternando con los espadas Camaró y Pepete sufriendo una cogida en que por fortuna, Jaquetón, tercero de los de Concha y Sierra, no logró inutilizarlo, presentándose con valor en el acto de matar pues rindió á la res después de cuatro estocadas cortas y un soberbio volapié, previos nueve pases de muleta.

Retírase del torero optando por un empleo en la administración de consumos de Málaga y mereced á influencias pasó luego á ocupar un destino en Madrid en uno de los ministerios.

El Limeño tenía una figura muy simpática y llevaba con elegancia el traje torero; capeaba bien y con la muleta sabía defenderse, paraba y era, en fin, lo que se llama un diestro serio y seco; al estoquear arrancaba en corto y demostraba afección á los volapiés aunque por lo general hería con medias estocadas. En la brega poco activo. En su trato era hombre que denotaba buena educación, fino y atento con todo el mundo y no carecía de aptitudes para desempeñar los cargos públicos con que le brindaron sus padrinos y protectores.

Creemos que murió en Madrid en 1869 ó 1870.

Rodríguez, Santiago (Pelón).—Novillero poco conocido que trabaja con fe y con esperanza de ser un buen torero. Así sea.

Rodríguez, Manuel (Cantares).—Es un buen picador de toros cuando quiere, que no quiere siempre. Suele irse á las paletillas intencionadamente cuando pesan mucho los toros, y claro es, los maltrata fuera de ley, echándolos á perder. Como eso no lo hace más que cuando lo tiene á bien, es en las demás ocasiones fiel guardador de los preceptos del arte, y por eso le aceptan mata-

dores de primer orden. Sabe su obligación y vale mucho.

En su casa estuvo depositado el cadáver del malogrado Manuel García (*El Espartero*) hasta que fué conducido á la última morada, sin haberle abandonado ni un momento.

Rodríguez Montero, Pedro.—Por los años 1790 y siguientes era uno de los picadores de vara larga más notables que se presentaban en el coso. Trabajó con los célebres Costillares, Romero y Pepe-Illó.

Rodríguez Francisco (Caniquí).—Banderillero andaluz de buenas facultades que trabajó en la cuadrilla del desgraciado *Pepete* y fué compañero de *Bocanegra*, *Lagartijo* y otros espadas. Ha intentado también serlo él; pero la experiencia le ha demostrado que si como banderillero cumple bien, no es lo mismo como matador. Se retiró definitivamente del torero el año 1866, y murió en la ciudad de Córdoba, de donde era natural. Cuadraba muy bien, pero no media los tiempos tan perfectamente.

Rodríguez, Rafael (Mojino).—Hijo de Francisco Rodríguez (*Caniquí*), notable banderillero de *Pepete*, y más tarde de *Bocanegra*, *Lagartijo* y otros diestros de merecida reputación. Cordobés como su padre, y banderillero también de excelentes condiciones, era superior clavando á derechas, sin que dejase de clavar sus pares al otro lado cuando los toros lo indicaban. Perteneció á la cuadrilla de Niños cordobeses con Guerra, *Manene* y *Torerito*, recibiendo aplausos por su modo de parear en la Plaza de los Campos Eliseos de Madrid. Manuel Molina le presentó en la plaza como banderillero de su cuadrilla el 20 de Mayo de 1883. Ha figurado además en las cuadrillas de *El Gallo*, *Cara-ancha* y Guerra, siguiendo con éste desde que tomó la alternativa. *Mojino* valía mucho más con los palos que como peón de lidia. Un día, el 31 de Mayo de 1891, al salir de banderillar al cuarto toro, llamado *Regalado*, de Urdeta, en la corrida que se celebró en Madrid, le alcanzó y en el suelo le pisoteó terriblemente, y desde entonces quedó muy resentida su salud, notándose en él un gran decaimiento al mismo tiempo que los esfuerzos hechos para cumplir su obligación. No pudo ya trabajar en 1896, el mal había ido lentamente minando su existencia, y ni baños ni medicinas de ninguna otra clase le atajaron, que falleció en su casa de Córdoba el día 17 de Agosto de 1896, á las diez y media de la mañana. Al día siguiente celebráronse con gran pon-

pa los funerales y la conducción al cementerio, en magnífica carroza, de sus restos, que fueron sepultados en el panteón de familia, é inútil es decir

otros puyazos. Más conciencia, que no hay precisión de hacer eso para defenderse.

Un hombre que vale tanto como este, no necesita apelar á marrullerías para domar la fiereza de un toro y ahormarle la cabeza.



que la muerte de este banderillero de primera nota fué muy sentida por los amantes del toreo y por cuantos tuvieron con Rodríguez relaciones de amistad ó profesión.

Rodríguez, Juan (*Mojino chico*).—Empieza con valor y quiere seguir las huellas de su hermano Rafael. No lo dudamos si estudia, que buenos ejemplos tiene que imitar en la tierra en que nació. Arrímese á buen árbol y prosperará.

Rodríguez, Bernardo.—En los últimos años del precedente siglo fué conocido en Andalucía y otras provincias este torero, que era natural de Córdoba. Todavía trabajaba á principios del presente, siendo muy hábil con el capote. Protegióle mucho el vizconde de Sancho-Miranda.

Rodríguez, Juan (*El de los Gallos*).—Picador muy aceptable que figura en buenas cuadrillas. Sabe más de lo que es menester, que á veces se le va la mano á los bajos, y en ocasiones tiene tal tino que se va al agujero abierto de antemano con

Rodríguez, D. Ventura.—Célebre arquitecto que floreció en Madrid á mediados del siglo XVIII, y á quien se deben muchos y muy buenos edificios. Bajo su dirección se construyó la plaza de toros que á 182,40 metros del centro de la Puerta de Alcalá, y á su izquierda, formando ángulo con los caminos ó paseos de la Venta y calle de Serrano, hizo edificar Fernando VI para donarla, como lo hizo, al Hospital General de esta corte. Le acompañó en la dirección el no menos distinguido arquitecto don Fernando Moradillo. Nació en Ciempozuelos á 14 de Julio del año 1717, y murió en Madrid en el de 1785, siendo sepultado en la iglesia de San Marcos.

Rodríguez, Francisco (*Pinto*).—

No llegará á ser lo que fueron los buenos picadores que llevaron el apellido que él ha tomado por apodo. Tiene voluntad, cumple bien; pero no sobresale hasta el punto de llamar la atención por su trabajo, si bien hay que conceder que pica en el debido sitio generalmente.

Rodríguez José (*Bebe chico*).—Lástima que este muchacho sea tan bajo de estatura. Bien se ve en él la buena madera de los toreros de vergüenza que atienden más á la verdad del arte que á las monadas que les desfiguran. Es seriecito, maneja el percal regularmente, no abusa de los pases de muleta (que no remata bien), y entra á matar con guapeza y por derecho. Pocas veces le hemos visto, y en ellas hemos formado la idea de que, á pesar de su conocimiento á pesar de su aplicación no podrá ser buen matador de toros por escasez de facultades. Nació en Córdoba en 1874, y es sobrino carnal del desgraciado José Rodríguez (*Pepete*), muerto en la plaza de Madrid el 20 de Abril de 1862.

Rodríguez José, (*Pepete*).—De los matadores de toros que más recientemente han tomado en Ma

drid la alternativa, este es el que presenta más condiciones de formalidad para llenar su cometido. Su larga práctica como novillero le hizo tomar un buen puesto, y puede decirse que ha llegado al doctorado por sus pasos contados. Es eficaz en los quites, no se embarulla, pasa de mulata regularmente, y casi siempre afianza bien las estocadas, entrando por derecho; pero le falta



aprender las reglas exactas del volapié y de la suprema suerte y aparentar menos frialdad, ya que hoy se aplaude á la gente alegre y bullidora aunque valga poco. Promete ser algo; el tiempo dirá si abandona la frialdad que le domina.

Tomó la alternativa en Madrid el día 8 de Septiembre de 1891, es natural de San Fernando, donde nació el 14 de Mayo de 1867, y es modesto, afable y de buen trato, según nos aseguran.

Rodríguez Ayuso, D. Emilio.—Arquitecto madrileño, joven é inteligentísimo en su noble profesión. Con su compañero Alvarez estudió y llevó á efecto la construcción de la soberbia plaza de toros de Madrid, que tanto ha enaltecido el nombre de dichos señores, y á ambos cabe por igual la gloria y plácemes que todo el mundo les ha tributado con justicia. Nació en Madrid el 28 de Septiembre de 1845, y tomó el título de arquitecto en 1869. Murió en 1890.

Rodríguez García, José (Tabardillo).—Este picador de toros es más conocido como rejoneador y

alanceador, cuyas suertes ha practicado con notable pericia y arrojo. Nació en Sevilla en el año de 1848 siendo hijo de D. Manuel y de doña María del Carmen, parroquianos de la de Santa Cruz de aquella ciudad. Picó por primera vez en Marchena el día 16 de Agosto de 1870, alternando con Pinto, Onofre y Bastón; después de haber sufrido año y medio en cama, á consecuencia de una cogida que en faena de campo le causó un toro de la ganadería de D. Juan Montes, toreó en diferentes plazas, hasta que en 1881 se decidió á la compra y venta de objetos de artes y antigüedades, en que parece muy entendido, lo cual no estorbó que en las fiestas del Centenario de Calderón rejonease toros con sin igual maestría y más tarde sostuviera competencia con los rejoneadores portugueses. Tiene un trato muy distinguido.

Rodríguez Ayllón, Raimundo (Valladolid).—

Nació en Tordesillas (Valladolid), no sabemos en qué fecha. Estudió el bachillerato hasta el tercer año, y luego trabajó como mecánico en los talleres del ferrocarril del Norte; sirvió en el ejército hasta 1877, y llevado de su afición al toreo tomó parte desde entonces en muchas novilladas, trasladándose á Madrid para más adiestrarse, como lo consiguió en la plaza de los Campos Elíseos. Cuando ha trabajado en la grande, en la de la Diputación provincial, ha demostrado valor, no escaso conocimiento, y siempre buenos deseos, tanto en banderillas, con las que ha dado bien el quiebro en la silla, como matando. No pensó en tomar la alternativa, é hizo bien, porque como matador de toros en novilladas cumplía muy á satisfacción del público, y seguramente no sucedería eso en corridas de primer orden. Era modesto, afable y bien educado. Murió en Madrid, á consecuencia de un ataque de disnea, el 25 de Abril de 1893.

Rodríguez Pérez, F.—No tenemos de este picador más noticias que la de haber visto su nombre en carteles de la plaza de Madrid del año 1795, con dicha inicial de su nombre.

Rodríguez, José María.—Fue picador con el espada Pedro Romero á fines del siglo pasado. En Madrid tomó la alternativa en 1799. No han llegado á nosotros noticias de su mérito y demás circunstancias.

Rodríguez Alegría, Francisco (Cu de Chumbo).—Célebre empresario de pegadores é indios bravos (?) con los cuales recorrió las plazas de Portugal, España y México, contando con algunos ca-

balleros rejoneadores, entre ellos el renombrado Antonio d'os Santos. Era sevillano, y de joven pasó, como otros, á vivir en Portugal, donde en 1823 quiso ser banderillero, *sin lograr nunca poner un par completo*, y más tarde contratista de la plaza de toros del Campo de Santa Ana, con variá fortuna. Murió en 1864.

Rodríguez, Juan Miguel.—En la mitad del siglo XVIII se conoció á este banderillero sevillano. Fué padre de los nombrados Cosme y José Maria, tío del célebre *Costillares* y padre político del llamado *Curro Guillén*. En 1734 le concedió el rey Felipe V una pensión vitalicia de 100 ducados; y hay noticias de que uno de sus mismos nombre y apellido mataba toros en 1775

Rodríguez la Orden, D. José.—Escritor sevillano muy distinguido, y revistero de mucho ingenio, que firma con el pseudónimo *Carrasquilla*. Las revistas que publica en el periódico *El Bahuarte* rebotan gracia y son muy buscadas y comentadas por los aficionados. Como otros muchos revisteros, se fija más en la parte literaria y en los chistes que brotan de su especial talento, que en el fondo del arte taurino.

Rodríguez, Manuel (Nona).—Notable banderillero entre los que formaban parte de la cuadrilla que á fines del pasado siglo dirigía el célebre *Costillares*. *Nona* debió ser tan buen torero, que su nombre ha venido sonando como especialísima muestra de banderilleros; ha sido cantado en letrillas y romances; se han hecho de él retratos por grandes pintores, y hasta la escultura le ha modelado notablemente en un precioso retrato que con otros se conserva en la Alameda del duque de Osuna, situada junto á la capital de España.

Rodríguez, Andrés.—Fué natural de Córdoba este banderillero aventajado, que trabajaba á fines del siglo próximo pasado con general aceptación. Algunos le daban el apodo de *Manos de gallo*.

Rodríguez, Francisco (Tocino).—Era un buen banderillero cordobés de la época de los Romeros. Suena aun su nombre, pero sin detalles de ninguna clase.

Rodríguez, Antonio (Antoñín).—Buen mozo, y usando siempre costosos y bonitos trajes. Fué un picador aceptable, que si bien no tomaba grande

empeño en buscar las suertes, no las rehuía cuando se presentaban. Trabajó por los años de 1824 en adelante, y murió en Madrid después de haberse retirado de su profesión, allá por los años de 1846 al 50.

Rodríguez, Francisco.—Uno de los picadores que componían parte de la cuadrilla de Jerónimo José Cándido á principios del siglo actual. Hizo su presentación en la plaza de Sevilla el 5 de Octubre de 1799, en la función que dió la Real Maestranza, con motivo de la fiesta de su patrona la Virgen de los Remedios.

Rodríguez, Santiago.—Banderillero cordobés, conocido en el último tercio del precedente siglo, sin que sepamos nada acerca de su mérito.

Rodríguez, Santos.—El matador Juan Núñez (*Sentimientos*), dió á conocer á este muchacho como estoqueador, alternando con él en Sevilla el 17 de Diciembre de 1820. No hizo progresos.

Rodríguez, Antonio (El Tilis).—Uno de tantos como en todas partes, y especialmente en Andalucía, se han arrojado á matar toros, sin más protección que su buena suerte, ni más inteligencia que su arrojo. Así salió ello: ni ha sido matador, ni siquiera torero adelantado y ya nadie habla de él más que como recuerdo.

Rodríguez, José (Pepete).—Siempre que ha de hacerse mención de las desgracias ocurridas en las fiestas de toros á los lidiadores que en ellas tomaron parte, citase el nombre de *Pepete* tras el de *Pepe Illo*. Uno y otro perecieron en la arena jóvenes, fuertes, con sentimiento de cuantos lo presenciaron, y mucho más de los que frecuentaban su amistad. El primero, ó sea *Pepete*, no había llegado, sin embargo, en su arte á la altura que el célebre maestro; pero el horror de la desgracia hizo sentir por igual la pérdida de ambos hombres. Ya dejamos dicho, al hablar de *Pepe Illo*, cuáles fueron las terribles circunstancias de su muerte; ahora nos toca referir las que ocasionaron la de Rodríguez (*Pepete*); pero antes relataremos los accidentes de su vida torera.

Nació José Rodríguez y Rodríguez en el barrio de la Merced, de la ciudad de Córdoba, el día 11 de Diciembre de 1824. Sus padres José Rodríguez, del mismo apodo, tratante en ganados, y María del Rosario Rodríguez, procuraron educarle con arreglo á su clase y dedicarle al tráfico que les

proporcionaba su subsistencia; y en los primeros años de su vida obedeció, pero antes, mucho antes de que le apuntara el bozo, se decidió á ser torero, y á conseguir este fin se encaminaban todas sus aspiraciones.

Al que haya visto despacio lo que es el barrio de la Merced en Córdoba, no le extrañará seguramente la determinación de *Pepete*. Es aquel un centro en que la afición al toreo está tan desarrollada ó más que en cualquier otro punto de España. En él no se habla de otra cosa que de reses bravas, de lidias de toros, de becerradas, de tientas y de acosos; allí viven las familias de todos los toreros cordobeses, y puede decirse con seguridad que en aquel arrabal las castas que le pueblan tienen todas sangre torera. En el barrio de la Merced han nacido los que se llaman Rodríguez, los Bejaranos, los Luques, los Fuentes y los Molinas, á fines del siglo anterior y á principios del presente; en el mismo barrio han nacido sus descendientes, y en él se han propagado y multiplicado las castas notables en el arte que llevan dichos apellidos, según hemos indicado. Es disculpable, por lo tanto, la inobediencia de *Pepete* á sus padres; y mucho más, si se tiene en cuenta que el 1.º de Diciembre de 1844, á los veinte años de edad, casó *Pepete* en la dicha Iglesia con Rafaela Bejarano, cuyo apellido es bien conocido como perteneciente á familia de toreros de Córdoba, y por lo tanto, quedaba emancipado. Estaba, pues, entre toreros, era muy aficionado al arte, tenía valor para presentarse ante las reses; ¿por qué no había de ser torero?

Como habrán observado nuestros lectores en las biografías que preceden, en la descripción de actos particulares de cada individuo procuramos ser muy parcos; y continuando ese sistema referiremos de *Pepete* lo importante, como hemos hecho de los demás espadas.

Dedicado resueltamente al arte de torear José Rodríguez, fué un banderillero regular, y nada más, por espacio de tres ó cuatro años. *Cuarteaba* bien, *paraba* y clavaba en regla, es decir, con buen arte; pero no medía bien los tiempos, se anticipaba al tomar la suerte y retrasaba en las salidas. En 1847 mató con Antonio Luque (*El Camaró*), y en tal concepto trabajó en diferentes plazas, alternando también en 1850 en Sevilla con Juan Lucas Blanco; pero su alternativa data del año 1851 en que la tomó en Madrid. Toroó, unas veces tomando plazas en arrendamiento como empresario, y otras ajustado por las Empresas, viniendo en este concepto á Madrid en 1853 y en 1856. Desde que le vimos por primera vez en 1848, siendo banderillero de Luque, comprendimos que había en él sobrado valor, mejor diremos, arrojo, muchas facultades, grandes de-

seos, pero escasos conocimientos. Estos últimos podía adquirirlos, y grandes fueron nuestras esperanzas cuando en 1850 le admitió en su cuadrilla como banderillero el inolvidable José Redondo (*El Chiclanero*), porque al lado de este torero excepcional mucho podía aprender *Pepete*.

Por desgracia para éste, trabajó muy poco tiempo al lado de aquél; volvió á ser espada, alternó con Lucas Blanco en el mismo año, y apareció en Madrid como matador por primera vez en 1851, recorriendo en años sucesivos otras plazas de capitales de provincias, en que fué aplaudido, más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte. El juicio que mereció entonces á la mayoría de los inteligentes, fué el que escribió un conocido aficionado en los siguientes términos: «Alto y desgarbado, frío y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se para y cita como el que quiere recibir toros; y los recibiría, si diese las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipación. Es modesto, y desea complacer al público trabajando cuanto puede y sabe, si no con gran inteligencia, con sobra de voluntad.»

Continuó *Pepete* tereando en los años sucesivos, sin adelantar nada en conocimientos, aunque más parado y atrevido cada día, y en 1862, por su desgracia, fué contratado por la Empresa de Madrid.

En la primera corrida de temporada, que se celebró en 20 de Abril, el segundo toro de la tarde, llamado *Jocinero*, de la ganadería de Miura, y cuya reseña hacemos en el lugar correspondiente, se paró en los tercios de la plaza últimamente derribada, fronto al tendido número 14; salió á la suerte el picador Antonio Calderón, y al poner la vara, cayó al suelo con el caballo, en que empezó á cebarse el toro; en aquel momento, advertido *Pepete* por los aficionados del tendido número 1, con quienes estaba hablando, del peligro en que se hallaba Calderón, salió con el capote arrollado al brazo en recta dirección al toro; pero éste le vió, dejó al caballo y al picador caído en tierra al descubierto, avanzó rápidamente, cortando terreno, al lidiador, y éste, que no supo ó no pudo cambiarse, lejos de esquivar la salida natural del toro, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, en que sufrió un ligero puntazo, volteado, sin caer al suelo, sobre la *cuna*, á que procuró agarrarse, trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió la tetilla del mismo lado, y resbalando en una costilla, penetró por bajo de ella, causando al infortunado torero una gran cornada que le destrozó el corazón, arrojándole al suelo. Levantose con trabajo, se llevó la mano á la frente y de allí al costado; y con paso incierto marchó sólo seis ú ocho metros, viniendo á caer, casi muerto, en la puerta de Madrid, llamada también de Alguaciles, debajo de la

Presidencia, arrojando sangre por la boca, é hiriéndose en la frente al dar con ella en el estribo de la barrera. Recogido inmediatamente y conducido á la enfermería, se le administró la Extremaunción: y al reconocerle los médicos, falleció, siendo la hora de las cinco y diez minutos de la tarde, tres minutos después de la cogida, repartiéndose los aficionados la faja hecha pedazos, y logrando después el marqués de Villaseca el chaleco en que se ve la cornada; prenda que poseyó hasta su fallecimiento el Sr. D. José Carmona.

La impresión que en Madrid hizo esta desgracia fué tan grande, que hasta en las Cortes habló entonces contra las corridas de toros el eminente orador D. Salustiano Olózaga, y en la prensa se sostuvieron polémicas acaloradas sobre el mismo tema. Verdad es que hacía muchos años que Madrid no había presenciado la muerte en el redondel de ningún lidiador que, como éste, deba á su desgraciado fin tan funesta celebridad.

Ocupan sus restos el nicho número 7 de la cuarta galería izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés de Madrid, y su conducción al enterramiento merece describirse. No fué amortajado con el traje amaranto y oro que llevaba el día de la cogida.

El lunes 21 de Abril, día siguiente al de la catástrofe, fué el designado para la conducción del cadáver, desde el Hospital General, donde se hallaba depositado, al referido cementerio. Dos horas antes de la señalada, las inmediaciones de dichos locales y todas las calles del tránsito que había de llevar el féretro, estaban cuajadas de gente, á pesar de que la distancia que recorrió es muy larga. El suceso, como hemos dicho, impresionó mucho en Madrid, pueblo que á su natural deseo de *curiosear*, añade la extremada simpatía que sienten por toda clase de desgraciados. En esto hay que hacer justicia á la corte: pueblo habrá tal vez con menos vicios, pero ninguno con más virtudes.

Sacaron el cadáver en hombros á las seis menos cuarto de la tarde, para colocarle en el carro mortuario, los picadores Antonio Calderón, Bruno Azaña, Mariano Cortés y Antonio Osuna, yendo al lado Antonio Arce: presidió el duelo Cayetano Sanz, llevando á su derecha á Angel López (*Regatero*), y á la izquierda á Gonzalo Mora; siguiéndoles cuantos espadas, picadores, banderilleros, puntilleros y chulos se hallaban en la corte, todos á pie y detrás del carro fúnebre; á los costados, llevando las cintas, iban Domingo Vázquez, Juan Yust, Francisco Rodríguez (*Caniqui*), Pablo Heráiz, Francisco Torres y Benito Garrido; y estos mismos banderilleros fueron los que bajaron la caja del carro fúnebre; y por último, cerraban la comitiva muchos aficionados, entre los que se trasladó forzosamente á un coche al matador Antonio

Luque (*El Cúchares de Córdoba*), primo hermano del difunto, que se afectó profundamente al presenciar tanta demostración de simpatía por su pariente Rodríguez.

¡Lástima de hombre! Un descuido le costó la vida; pero no pudo perderla más noblemente: á costa de la suya, salvó la de su compañero.

¡Rasgo sublime, muy común en los toreros!

Rodríguez, Juan (*El Templo*).—En su país (Córdoba), adquirió en muy poco tiempo fama de buen picador, más por bravo y duro que por conocedor de las reses. Esto último lo da el tiempo y la afición, pero teniendo más que la por él demostrada en muchos años. Pasó como otros muchos, sin formarse reputación.

Rodríguez, Antonio (*Moritos*).—Banderillero principiante. Corre sin tino, salta sin medida y se atolondra muy pronto. Menos viveza y más calma necesitaba, y como no ha sabido pararse á reflexionar, paró en su carrera, y se quedó muy al principio.

Rodríguez de Guzmán, D. Manuel.—Pintor de género. Murió en Madrid á fines de 1866; nació en Sevilla en 1818, y fué discípulo de aquella Escuela de Bellas Artes, y de D. José Domínguez Bequer. En 1854 pintó dos cuadros alusivos á la fiesta de toros, que pagó á buen precio el entonces embajador inglés en nuestra corte.

Rodríguez Peixinho, Rafael.—Banderillero portugués de mucha voluntad y demasiado arrojo; cuarteaba bien y no cuadraba mal, prometiendo ser un buen torero. Era sobrino del famoso Peixinho, pero no ha llegado adonde éste. Trabajó por primera vez en la plaza de Moita (Portugal) en 15 de Septiembre de 1876.

Rodríguez, Antonio (*El Nene*).—Es un picador de toros que empezó á trabajar por la tierra de María Santísima, con muchos deseos y buenas facultades, en el año de 1877. ¿De qué le han servido unos y otras?

Rodríguez, Jerónimo (*El Frutero*).—Picador moderno en novilladas; que hasta ahora no se distingue en nada que demuestre conocimientos.

Rodríguez Casanova, D. José.—No podemos recordar el título de un periódico taurino que este

buen aficionado escribía en Madrid hace más de diez años; sólo sí, que entre los entendidos que en gran número formaban tertulia en la tienda de comercio de Pellico, en la calle de Sevilla, gozaba fama de muy inteligente en cosas de tauromaquia.

Rodríguez, Timoteo.—Es conocido como matador de toros, en algunas plazas de los estados americanos. ¿Vale algo? No lo sabemos.

Rodríguez, Rafael (Faíllo).—Antiguo banderillero, de regulares condiciones. Falleció repentinamente en la calle de Sevilla, de Madrid, el día 5 de Mayo de 1895.

Rodríguez, Antonio (Salerito).—En cuadrillas de segundo orden está haciendo su aprendizaje, corriendo toros y clavando banderillas, si no con acierto, al menos con buena voluntad.

Rodríguez, Francisco (Torero de San Lorenzo). Era cordobés, corría toros, intentaba poner banderillas y tenía conatos de matar en novilladas. ¿En qué pararon sus tentativas? En una tisis galopante que le llevó al sepulcro en el mes de Julio de 1896.

Rogel, José (Valencia).—Se ha hecho este muchacho un banderillero de primera en muy pocos



años. Trabaja con fe, se atreve con valor, y no ignora por dónde se va á todas partes. Algo se retru-

sa en las salidas al clavar los pares, entregando el costado, y aunque esto no es siempre, bueno es que lo tenga presente en todas ocasiones. Nació en Valencia, y de ahí le viene el mote, pero se crió en Madrid desde sus primeros años y á los pocos años de ejercer el oficio de pintor revocador, hizo-se la cuenta de que tan expuesto se está el obrero en un andamio, como el torero en la plaza, ganando el último más en menos tiempo; y alentado por el matador de novillos *Valladolid*, se acostumbró á correrlos y parcarlos siendo visibles sus adelantos, por lo cual matadores de toros de primera nota han acudido á él como suplente, para casos de necesidad, hasta que definitivamente ingresó en la del reputado espada Manuel García (*El Espartero*) que comunicaba su valentía á sus cuadrillas, como el General á sus soldados. Rogel, sin embargo, debe continuar estudiando unos cuantos veranos, antes de decidirse á ser matador de toros, si es que piensa llegar á ese punto; para no quedarse en el montón, que no para aun lo suficiente, ni con el capote da lancees á pie quieto, con la soltura y parsimonia que el arte requiere. Esto no se aprende en un día, pero ese mozo lo aprenderá, si reflexiona que es dispuesto para ello.

Rocher, Jerónimo (Curro).—Picador de novillos con más ánimo que inteligencia, que no ha adelantado gran cosa, á pesar de que algunos toreros creían se haría pronto notable. Pronto declinó, y en seis años no ha dado señales de vida siquiera.

Rojas, Domingo.—Lo mismo servía este puntillero para dar el cachete, hace unos cuantos años, que para echar capas ó clavar pares de rehiletes, sin ser en todo más que una cosa regular, pero no despreciable.

Rojas, Manuel (Añagaza).—Torero sevillano de los que aquí llamamos de invierno, que en varios pueblos de Andalucía toreó con el *Gorrito*, siendo éste niño, por el año de 1848, poco antes ó después.

No sabemos qué ha sido de él, al cabo de tantos años.

Rojas, Pedro (Recorte).—También llaman á este banderillero *Regaterillo* y hacen mal, que ya lleva el mote por derecho propio Luis Recatero. Quédese con *Recorte*, haga pocos de estos y aplíquese, que hacen falta buenos toreros, y hasta ahora no sobresale ni por bravo ni por entendido.

Rojas, Jerónimo (Rojitas chico).—Quiere ser banderillero y lo será, si un mal percance no lo im-

pide, ó no se echa atrás. Hasta ahora demuestra buenos deseos, y nada más.

Rojas, Ginés (Minuto).—Mata novillos con más fortuna que arte. Uno de tantos. Ignoramos si los dos anteriores y siguiente, son parientes ó no.

Rojas, Alberto (Colón).—Matador novillero, atrevidillo, sin arte, pero aplicado. De poco le servirá esta circunstancia si no tiene maestros, ni libros ni nada para formar su educación torera. Oiga los consejos de quien más sepa, que nadie nace enseñado.

Rojo.—Pinta de la piel del toro, de un color castaño muy encendido. Conócese más generalmente por colorado, y en Castilla por *jijón* á cuya voz remitimos a nuestros lectores.

Roldán, Rafael (Quilín).—Muy conocido entre sus amigos. No hemos visto trabajar á este picador más que dos veces y por lo tanto nos abstenemos de calificarle, hasta que la ocasión sea propicia, si es que continúa en el oficio.

Román, Simón.—Picador de la cuadrilla de Ponciano Díaz, jinete consumado y valiente con los toros de las haciendas americanas, ha recogido aplausos en las plazas de América donde se ha presentado.

Román José.—Matador de toros en novilladas desde hace diez ó doce años. En 8 de Octubre de 1882 mató con Cineo y *Avilés* en Sevilla, siendo bánderrillero *El Espartero*. Este subió á los primeros puestos, aquél no pasó de los primeros escalones.

Román, Juan.—Lo mismo que el anterior, mata novillos y sigue sus mismos pasos. Tiene en su abono, que es más moderno para aprender.

Romana.—Dícese que es de poca ó mucha romana el toro flaco ó gordo, según los casos. (Véase *Kilos*.)

Romea, D. Julián.—Bien merece el aplaudido autor del graciosísimo sainete *El padrino de «El Nene»* figurar en este libro, puesto que, con especial talento, ha pintado magistralmente escenas taurinas de tal naturalidad y sobresaliente relieve,

que no es posible acercarse más á la verdad. Gran fama tenía adquirida como actor cómico, y buen nombre como autor de obras escénicas, pero ninguna como la antedicha, le ha dado título más justo, para honrar nuestra obra.

Sobrino carnal y aliado del gran actor, de imperecedera memoria, que enalteció la escena española, hasta el punto de que no ha habido quien después le iguale; de aquél celeberrimo actor llamado también JULIÁN ROMEA que admiraremos siempre cuantos tuvimos la dicha de conocerle,



se ve, en el que con gloria lleva hoy el mismo nombre, aquel destello de ingenio y de inteligencia de que tantas muestras dieron todos los que de tal progenie descienden; que hay familias en que parecen vinculados esos dones por privilegio del Poder Supremo.

Nació en Zaragoza en 18 de Julio de 1850 del matrimonio de D. Mariano Romea y Doña Trinidad Parra; fué cadete de infantería en 1864 y estudiante de derecho hasta 1870, pero sintiendo irresistible inclinación al teatro, salió á la escena en 3 de Noviembre de 1871 acompañado de su tía Doña Matilde Díez, «la perla del arte» y del distinguido actor D. Manuel Catalina, siendo recibido con aplausos que le alentaron á continuar en una carrera en que tantos laureles le esperaban. No se contentó con los que como actor le tributa siempre el público, quiso hacer más, y aprovechando la

gran ilustración y las lecciones de armonía que le diera el maestro D. Emilio Arrieta, ha escrito y compuesto la música de treinta y nueve obras de verso y musicales, algunas tan celebradas como *Niña Paucha*, *Los Domingueros*, *¡Olé Sevilla!* *La hija del barba* y *La segunda tiple*.

Con *El padrino de «El Nene»* ha puesto el sello grande á su reputación bien cimentada y ha acreditado su afición y conocimientos en el arte que profesaron Romero y *Costillares*, y del que es ardiente partidario.

Romero, Francisco.—En diversos sitios de la presente obra hemos dicho que cuando las lidias de toros se formalizaron en plazas cerradas, sólo los caballeros tomaban en ellas participación, ya alanceándolos y más tarde rejoneándolos á caballo, ya matándolos á golpes de espada cuando tenían necesidad de usar ó llevar á efecto el caso de compromiso, á que dieron el nombre de *empeño de á pie*. Los peones que les auxiliaban suministrándoles lanzas ó rejones, llevándoles los toros; apartándoselos; en una palabra, haciendo lo que ahora hacen con las capas los banderilleros, eran gente baja, llamada entonces la plebe, que por un precio convenido sacrificaba su vida por salvar la del señor. A esta clase de gente se refieren las leyes que los infamaron, y estos hombres son los que concluían con las reses desjarretándolas, cuando no habían podido concluir con ellas los caballeros.

Pero ya en el siglo XVII hubo otra clase de hombres que, sin pertenecer á la nobleza, eran bien considerados por la misma, como honrados menestrales, solícitos labradores ó notables hijosdalgo, que no *luchaban* con los toros martirizándolos con desjarretadera, rejones, lanzas ni venablos, sino que los *lidaban* y burlaban con rápidos *recortes*, y les daban muerte de una cuchillada, después de haberlos *parcheado* y puesto arpones con singular destreza. Aunque los caballeros prefirieron siempre como más noble la lidia á caballo, admiráronse al ver la singular destreza de algunos hombres que, escoteros y sin auxilio de nadie, burlaban fieras tan potentes como los toros, las cansaban y rendían y concluían por matarlas diestramente, sin dar el repugnante espectáculo de oponer la fuerza á la fuerza, sino al ímpetu brutal de la fiera, la serena inteligencia del ser más privilegiado de la creación. Y esta fué la razón de que muchos caballeros principales apadrinaran y protegieran á hombres tan bravos ó inteligentes.

A este número perteneció Francisco Romero, natural de Ronda, primero de los de su apellido á quienes cupo la suerte de ensalzar el arte del toreo hasta una altura como la que ha tenido y tiene en la actualidad. Fué de oficio zapatero, y tan aficio-

nado á ver las lidias taurinas, que siempre que los caballeros daban espectáculos de esta clase procuraba presenciarlos, rogándoles permiso para la entrada, aun á trueque de servirles de escudero, paje ó auxiliador. En poco tiempo llegó, por su valentía, por su serenidad y sobre todo por su inteligencia, á captarse las simpatías de los caballeros maestrantes de Ronda, cada uno de los cuales quería siempre ser asistido por Romero en todas las ocasiones á que su valor les llevaba á lidiar toros.

Convencidos de que el joven menestral era en el toreo una notabilidad, hicieron de él un torero de tan universales simpatías y profundos conocimientos, que su nombre empezó á sonar en todos los pueblos como el más aventajado en tan difícil arte, y entonces Romero se dedicó de lleno á una profesión que tantos laureos le proporcionó durante su vida. Si diestro fué capeando reses, no lo fué menos *parcheándolas* y poniendo rehiletes.

Comprendiendo su imaginación que para muchos espectadores era repugnante ver atravesar un toro varias veces por el cuello para darle muerte, inventó el modo de matar de frente con el auxilio de la muleta y de una sola estocada.

El resultado fué felicísimo, y pocas veces, desde entonces, han abandonado los matadores la muleta.

Niegan unos, al paso que otros afirman, que Francisco Romero fuese ó haya sido el primero que diese muerte al toro cara á cara con el estoque y la muleta; y si bien es difícil conceder ó negar con verdadero conocimiento lo que haya de cierto en el particular, nosotros, contra la respetable opinión del que contradice el aserto, nos inclinamos á creer que realmente Romero fué el primero de los toreros *de oficio* (entiéndase bien) que estoqueó cara á cara *con muleta*.

Nos fundamos en que si es verdad que cuando D. Nicolás Rodrigo Novelli escribió su *Cartilla de torear* (1726) fué la época en que, según *Abenamar*, empezó á sobresalir Francisco Romero, ni los vascos ni sevillanos de que habla un autor eran entonces toreros, ni lo podía ser Bellón, que lucía sus conocimientos cuarenta años más tarde, padeciendo en esto una equivocación de fechas, que trastrueca completamente el conocimiento de las épocas.

Para comprobarlas y sostener nuestra opinión, nos fijamos en que siendo Pedro Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, en el año de 1766, de doce años de edad, su padre habría de tener lo menos treinta, y su abuelo cincuenta; y de este modo se comprende que en 1726, contando veinte años el Francisco (que más serían, porque hemos fijado cortas edades á todos para mejor entenderlos), se distinguiese, como dice *Abenamar*, y ma-

tase el primero cara á cara los toros con estoque y muleta (1).

Bien mirado, antes que él no hubo toreros retribuidos, propiamente dichos, que fueran inteligentes; y nada importa al objeto de impugnar la aseveración que sostenemos, el que el abuelo del célebre escritor Moratín, ni otros nobles caballeros, matasen de dicho modo los toros, porque éstos no eran *toreros*, y los que lo fueron, como Bellón, Leguregui, *Martincho* y otros, torearon más tarde que Francisco Romero; así que no es aventurado afirmar que éste fué el primer torero conocido, desde que se regularizaron estas fiestas á principios del siglo XVIII, que usase la muleta para matar toros.

Bravo siempre, conocedor cual ninguno del instinto de las reses, y con una serenidad á toda prueba para ver llegar, esperaba cara á cara, y dando salida con la muleta, hundía firmemente el estoque en la cerviz del toro, que casi nunca necesitaba para caer que se reprodujese la suerte.

Es verdad que antes que Romero mataron otros caballeros toros á pie, á veces de una sola estocada; pero no consta en parte alguna que lo hicieran con muleta; y lejos de eso, hay certeza de que lo verificaban del modo que minuciosamente describimos en la voz EMPENO DE Á PIE.

El modo de matar con el auxilio de la muleta es noble, porque al hombre, colocándose frente á frente del toro, lo ayudan más su inteligencia y serenidad que las armas de que se vale; y por el contrario, la práctica anterior al invento de la muleta era en cierto modo alevé, puesto que casi siempre se procuraba tapar con capa ó ferruero la vista de la res para darle muerte á mansalva, lo cual además se realizaba con ancho machete tajante y punzante. Alguna vez huyendo el cuerpo, ó como ahora decimos, *libres de cacho*, mataron los caballeros, y aun los toreros de oficio, toros de una estocada, pero no esperando frente á frente, y á pie quieto, como Francisco Romero.

La vida tauromáquica de este gran hombre fué una serie no interrumpida de aplausos y de admiración; en cuantos pueblos, villas y ciudades toreó, en otros tantos consiguió de tal manera arrebatar al público, que bien puede decirse fué el fundador del toreo moderno. No hay noticia de que sufriese cogida grave, ni herida de consideración; y antes de retirarse del toreo, en cuya profesión se ocupó lo menos treinta años, enseñó las principales reglas del arte prácticamente á su hijo Juan, hombre especial para estar al frente de otros, ordenarlos y dirigirlos.

Francisco Romero murió de edad avanzada, querido de cuantos le conocieron, y con la aureola de los bravos y de los inteligentes.

Romero, Juan.—Hijo de Francisco, natural como éste de la ciudad de Ronda. Heredó de su padre el valor y la destreza para torear, y perfeccionó mucho este arte. Siendo ya casado, empezó á alternar con aquél, sirviéndole de segundo espada, y más tarde, puesto al frente de una cuadrilla bien organizada, en que colocó á los mejores toreros de la época (segundo tercio del siglo pasado), recorrió diferentes capitales, ganando fama y dinero, especialmente en Madrid, Valencia, Zaragoza y Navarra; pues como dice muy bien un distinguido escritor, «ya no era la lid á todo trance del osado *Martincho* la que aplaudía el pueblo, sino el arte contra el instinto en toda su riqueza de recursos, y en la organización, que conduce á sucesivos adelantos». Madrid le distinguió tanto, que casi siempre, mientras él pudo trabajar, le tuvo ajustado hasta que su hijo Pedro, lumbrera del toreo, que empezó á brillar en el último tercio del pasado siglo, vino á sustituirle dignamente. Murió Juan Romero en su casa tranquilamente á la avanzada edad de ciento dos años.—Otro escritor asegura que este diestro apareció en Madrid por primera vez en la plaza inmediata á la casa del duque de Lerma, más abajo de la plaza de Anton Martín, cuyo toril era la que hoy se llama calle del Tinte.

Romero, Pedro.—Si con justicia se ha llamado por muchos aficionados al célebre Francisco Montes el «Napoleón de los toreros» para significar la superioridad que ha tenido sobre sus compañeros de profesión, al insigne Pedro Romero debiera considerársele en el arte como á un César ó Alejandro. Parecerá exagerada nuestra aseveración; pero de tal modo hemos oído hablar del mérito de tan aventajado lidiador, de tal modo le ha ensalzado la pluma y el buril, que no hay más que reconocer en Romero una inteligencia superior en el arte: que la fama no se adquiere en un día, aunque puede perderse en menos tiempo.

La de Romero, comparada con la de los grandes diestros que brillaron en su misma época, se mantuvo siempre á la misma altura. Comparada con la de los que después le han sucedido, no puede tampoco considerarse rebajada; porque si alguno llegó hasta él, si alguno pudo sobrepujarle, á Romero se lo debió, que fué su maestro.

Pedro Romero, que en el arte de torear llegó al límite que pocos alcanzan, nació en la ciudad de Ronda, provincia de Málaga el día 19 de Noviembre de 1754. A los quince años era ya un hombre

(1) Algún autor ha dicho que Francisco Romero nació en 1686. Si así fuese, tarde se dió á conocer como matador de toros. Nos inclinamos á creer como más probable su nacimiento el año de 1700.

fornado, robusto, fuerte y de elevada estatura, tan aficionado á las corridas de toros, que á cuantas podía procuraba asistir, tomando en ellas parte cuando eran novilladas; y de tal modo adelantó, que á los diez y seis años de edad fué contratado como banderillero en la plaza de Ronda, dándole desde entonces lecciones su padre Juan, que no tardó en incorporarle á su muy distinguida cuadrilla. Después de presentarle en algunas plazas, le trajo á Madrid, donde su presencia en el redondel llamó desde luego la atención, porque los inteligentes vieron en él gran serenidad, mucha ligereza y firmeza de piernas, y sobre todo, mucho arte y un especial manejo de la muleta, que era la muralla que siempre le defendía de los ataques de la fiera.

Su toreo, es decir, su modo de torear, era parado, tranquilo, sereno y ceñido, preparando á su antojo las reses para la muerte con solo la muleta, y haciendo los *quites* á los picadores oportunamente, pero con calma y sin acelerarse. Dice un autor que su privilegiada inteligencia alcanzó la forma de adherirse todo lo útil y conveniente de la tauromaquia *movida* sevillana, sin desnaturalizar con ello el carácter intrépido y mesurado de su escuela. Y añade que así dominaba á sus émulos teniendo lo suyo y lo aprendido en una combinación segura y magistral.

Todo el mundo sabe que á Pedro Romero le hacían la guerra en su arte cuantos toreros de fama había en su tiempo; que *Costillares*, *Pepe Ilo*, Conde, Garcés y otros, apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencer á Romero; pero la inteligencia de éste, su sangre fría, dominaban completamente á los públicos de España, y en muchas ocasiones todos sus compañeros tuvieron que agradecerle les salvara la vida, y en otras, que diera muerte á las reses que ellos no pudieron estoquear.

Ha circulado por la prensa española y extranjera una carta que se supone escrita por Pedro Romero, con motivo de su competencia con *Pepe Ilo*, y de la cual extractamos los siguientes párrafos:

«En el año 1778 conocí y trabajé, en mi ejercicio de matador de toros, en la plaza de Cádiz, con José Delgado (*Ilo*), ó *Pepe Ilo*, y habiendo llamado al maestro barbero para que me afeitara, quien también afeitaba á dicho *Ilo*, me preguntó el citado maestro que si era yo el mozo que iba á matar á Cádiz; le dije que sí, y entonces me dijo: «Pues hoy en mi casa ha dicho que le ha mandado varias misas á las Animas benditas, á fin de que abone el tiempo (porque llovía), por estar deseando trabajar con la gente guapa». Yo le respondí á dicho maestro que así que llegara la hora cada uno haría lo que pudiese. Se verificó el pri-

mer día de toros, y al primero armé la espada y muleta y se la cedió; se fué al toro, le dió un pase de muleta y echó mano al sombrero de castor, que se estilaba entonces, y le mató de una estocada. Como tenía allí tanto partido y yo era desconocido, dejó á la consideración de usted el alboroto que se armó en la plaza.

»Salió el segundo toro, que era de los Padres de Santo Domingo de Jerez; llegó la hora que tocaron á la muerte, y el toro se fué y se paró en medio de la plaza; la gente estaba toda en expectación á ver qué haría yo; armé la muleta, voyme al toro, y así que llegué á una distancia regular, le cité, y así que el toro se enteró, antes de que partiera tiré la muleta, me quité la cofia y la tiré, eché mano á una peinetilla que estaba para sujetar dicha cofia, que sería como de dos dedos de ancha, di dos ó tres pasos hacia el toro, y viéndome tan cerca, me arrancó, lo agarré bien por lo alto de los rubios, y le eché á rodar de la estocada que le di.

»Dejo á la consideración de usted qué no se armaría en la plaza.

»Salió el tercer toro; llegó la hora de la muerte, tomó *Ilo* la muleta, se fué y pasó al toro á laquerencia de la puerta del toril, volvió á pasarlo para darle las tablas, se presentó á la muerte, y le dió una estocada; volvió á presentarse de segunda á la muerte y le dió un pinchazo; el toro se enteró demasiado, y cada vez que quería dejarse caer sobre el toro, le desarmaba; de manera que le dió que hacer lo muy bastante. En este estado nos mandó llamar el diputado que mandaba la plaza, D. José de Lila, y nos dijo que no volviéramos á dejar la muleta. Respuesta mía: «Señor D. José, ¿yo me he metido con el señor *Ilo* en nada? Pues me ha buscado la boca como usía ha visto, y así el señor, que quería liarse con la gente guapa, ya se le logró, y así no se me estorbará que yo haga lo que quiera en la plaza; y si se me estorba, me marcharé mañana, que en Madrid me están esperando». Y allí trató de amistarnos, sin embargo que había arrojado bandera. Luego que bajamos á la plaza, ya el público estaba repartido en bandes, sonando varias voces diciendo: «Señor Delgado (*Ilo*), mal le ha salido á usted la cuenta. ¿Cómo no siguió como comenzó de tirar la muleta? Parece que al forastero no ha podido usted envolverlo». Se acabó la función de toros matando todos con la muleta; se hizo muy amigo mío. Lo más que solía decir por detrás de mí, y luego me lo decían: «Este hombre no se da al partido en nada».

»Fuí aquel mismo año con él á Sevilla, su tierra, y sin embargo de estar hechos amigos, los sevillanos siempre estaban por él, hasta que empezamos á trabajar; de sus resultados empezaron los partidos. Allí le maté un toro que no pudo matar-

lo por haberlo cogido, sin embargo de que por librarlo me puse en más riesgo que no él; por lo que todo ó parte del pueblo se hizo mi apasionado». Así dice la carta, que, muchas gentes tienen por auténtica, y en la cual, si bien respira mucha vanidad y soberbia, puede que Romero no estuviera exento de ellas como los demás mortales, aunque no hay en su vida acto alguno ostensible que las demuestren.

Sabido es también que, tanto *Costillares* como *Pepe Illo*, cuya merecida fama será eterna, pidieron al corregidor de Madrid que en las fiestas que

¿Hacían esto porque eran más antiguos, ó por cubrir el expediente?

Pedro Romero dispuso seriamente que todos se apartaran, se dirigió gravemente al sitio en que la fiera escarbaba el polvo, la fijó, después de dos pasos naturales, la citó y la mató de una buena *recibiendo*.

Su competencia con *Pepe Illo* aumentó cada vez más la fama de Romero. Tenía este profesor una rarísima ventaja sobre aquél. Contra lo que generalmente sucede en la arena, delante de miles de espectadores, acosado, digámoslo así, por el ejem-



PEDRO ROMERO. — CANO Y OLMEOILLA. — *El original en la Biblioteca y Museo Nacionales*

habían de celebrarse para la jura del rey D. Carlos IV. no se corrieran toros de Castilla, y que Romero contestó que se obligaba, como lo hizo, á matar cuantos se presentasen. En aquella corrida, por no seguir *Illo* el consejo de Romero, fué volteado y herido, conduciéndole éste en brazos al palco de la condesa de Benavente, duquesa de Osuna; y cuando Romero volvió al redondel, se encontró con que ningún espada había intentado matar al toro. Vieron que al bajar Romero de nuevo al redondel se disponía á dar muerte á la res, y los demás espadas, que en el primer momento no habían pensado en tal cosa, prepararon las muletas, como demostrando que ellos iban á verificarlo.

pló de otros compañeros que valían menos en todos terrenos y bullían más, Romero nunca se alteró, nunca salió de su paso, nunca intentó repetir suerte hecha por otro, jamás acudió á hacer un *quite* que á otro correspondiera, si la necesidad no lo exigía; que su temperamento le permitía tener calma, esperar.

¡Si todos pudieran hacer lo mismo! ¡Cuántas veces una precipitación, un deseo de mostrar tanto valor ó inteligencia como otro, ha ocasionado desgracias!

El mérito principal de Romero consistía en saber preparar los toros con la muleta para la muerte. Era una cosa especial, en la cual llegó á hace

tauto, y á veces más, que *Costillares*; y cuanto á estocadas, era mucho más seguro que todos los que le habían precedido. Y hasta en un momento difícil, que ocurrió en una plaza en que trabajaba, demostró lo certero de su puntería. Dice un impreso de cuatro fojas, en cuarto, publicado en Madrid á fines del pasado siglo, que en una plaza (no dice, en ninguna de las quince décimas que comprende, cuál sea), saltó un toro á las gradas, cogió á un granadero, atropelló mucha gente, saltó Romero tras él con su espada, y se la metió con tal fino, que según relaciona «se notó que á un tiempo mismo fué la herida y la muerte;» y cuenta también el dicho impreso que en otra ocasión brindó un toro Romero á su hija, rompió, sin duda por dar en hueso, dos estoques, y le concluyó con gran aplauso del concurso. Esto indica que el hombre no se iba al gollete, sino que pinchaba alto y á conciencia.

Y eso que su afán dominante era siempre el de recibir los toros. Pero ¡de qué manera! Clavados los talones en el suelo y haciendo el *quiebro* de mulota con ésta únicamente para dar la salida, no con el cuerpo. Concedor en extremo del instinto y condiciones de las reses, practicaba con ellas solamente las suertes que á su índole se prestaba; y claro es que nunca podía quedar desairado ante la fiera, porque ni á ésta, si le faltaban patas, le tendía el capote, ni á otra que, aculada en las tablas, rendida y sin facultades se encontrase, pensó jamás en citarla para recibir.

Añadiremos que, al mismo tiempo que todos le concedían un trato amable y cariñoso, se imponía y hacía respetar de las cuadrillas, sin consentir el más ligero abuso ni falta de cumplimiento á su obligación.

Ganó tanto como el que más, y Madrid, más que ningún otro punto, fué el teatro de sus grandes hazañas. Fué alto, bien formado, de mesurado continente, con una notable musculatura, desarrollada convenientemente en los primeros años de su vida con las faenas del oficio de carpintero de ribera, á que fué dedicado.

Tal era el dominio que tenía sobre sí mismo este gran matador de toros, que antes de ser viejo, antes de que los achaques pudiesen inutilizarle para la lidia, la abandonó voluntariamente, y cuando era mayor el apogeo de su gloria, á los treinta años escasos de lidia, y á los cuarenta y cinco de edad, se retiró del toreo. Celoso de su reputación, comprendería tal vez que ésta podía amenguarse en el concepto público si no continuaba trabajando con la misma actividad, con igual ligereza que veinte años antes, y como esto no era posible, porque los años no pasan en balde, prefirió retirarse á tiempo y cuando más frescos ostentaba los laureles de sus victorias. De

este modo consiguió que no se marcara en él época alguna de decadencia. Fuese tranquilo á su casa, con la conciencia de haber hecho en el arte tanto como el que más, y con la satisfacción y fortuna de no haber tenido, como otros, frecuentes y graves cogidas; y eso que, según opinión de cuantos han escrito acerca de su vida, Romero, en el plazo que hemos dicho de menos de treinta años, mató cinco mil seiscientos toros, la mayor parte recibiendo.

¡Y cuesta ahora tanto trabajo recibir uno! Y pasan años sin que veamos tan magnífica suerte! Al reflexionar sobre esto, hay momentos en que no sabemos decir si los matadores han adelantado ó han atrasado en su profesión. Es verdad que ahora se hacen muchas y mejores cosas que en lo antiguo; pero también lo es que se han olvidado otras que demostraban más valor y conocimientos más precisos, más exactos.

Parecía que después de retirado del toreo Pedro Romero, su misión en este mundo, respecto del mismo, había concluido; pero no fué así. Por las razones que hemos expuesto ya al principio de este libro, en el año de 1830 se fundó en Sevilla una escuela de tauromaquia. Al instalarse, fué nombrado director-profesor de la misma el célebre Jerónimo José Cándido, porque en las altas esferas se creyó sin duda que Romero no existía; pero inmediatamente que para éste se reclamó un puesto que por su mérito y antigüedad le correspondía, se revocó la real orden y se confirió á Romero dicha primera plaza; á Cándido se le confirió la de profesor también, pero en segundo lugar.

Lo que á pesar de sus años hicieron estos hombres en las aulas de tauromaquia, no es para decirlo. Parece imposible que hombres de ruda educación, sin más estudios para expresarse y hacerse comprender que su perspicacia práctica, lograron bacerse entender de muchachos cuya inteligencia no se había preparado al efecto. Aunque no hubiera más ejemplos que los de Montes, Arjona (*Cúchares*) y Domínguez, bastarían estos testimonios para acreditar qué gran fruto produjeron las lecciones de unos maestros que tantos años hacía no toreaban.

Romero era lacónico, pero enérgico, en sus explicaciones. En la cátedra decía á sus oyentes:

«La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos.

«El espada no debe jamás saltar la barrera después de presentarse al toro, porque esto ya es caso vergonzoso.

«El lidiador no debe contar con sus piés, sino con sus manos; y en la plaza, delante de los toros, debe matar ó morir antes que correr ó demostrar miedo.

«Parar los piés y dejarse coger, ese es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.»

Y otros preceptos que denotan corazón y serenidad.

No porque su suerte de matar favorita fuese la de *recibir*, dejó él de practicar, y mucho menos de explicar, la de *volapié*; al contrario, Romero siempre encargó á sus discípulos que estudiasen mucho las condiciones de las reses, porque no á todas, decía, puede dárseles muerte del mismo modo.

Disolviose la escuela de tauromaquia, y Romero volvió á su casa con más laureles de los que en el redondel recogió en la primera época de su vida: llevaba sobre los antiguos, los adquiridos de nuevo como maestro, como profesor, como catadrático. Su nombre no perecerá, y se oirá siempre con entusiasmo por los aficionados á las lides taurinas.

El gran Pedro Romero falleció en Ronda el 10 de Febrero de 1839 á los ochenta y cinco años de edad, no á los noventa y cinco, como ha dicho un apreciable escritor fijando equivocadamente dicha fecha en el año de 1849.

Otra rectificación importante creemos conveniente hacer antes de terminar esta biografía. Un distinguido literato ha dicho en una obra, no há mucho publicada, que Pedro Romero estuvo presente cuando en la plaza de Salamanca mató un toro á su hermano Antonio, y que sin licencia de la autoridad ni preparación alguna se dirigió á la fiera y la dejó tendida á sus piés de una sola estocada. En esto hay más de una equivocación, disculpable en un novelista, mayormente cuando con tan vivos colores y excelente belleza pinta el cuadro. Pedro Romero se retiró en 1799; su hermano Antonio murió en 5 de Mayo de 1802; luego aquél no asistió como torero á la corrida. Antonio Romero fué cogido y muerto en la plaza de Granada, no en la de Salamanca; en esta dice se murió su otro hermano Gaspar, vengando Pedro en el toro tal desgracia, con una sola estocada que le dió, después de arrojarle al redondel, sin permiso de la autoridad, hecho que ponemos muy en duda porque no hay pruebas ciertas de su existencia.

Conste, pues, que Pedro Romero, ni murió en 1849, ni presenció, por fortuna suya, la muerte de su hermano Antonio, como alterando fechas y lugares han dicho equivocadamente algunos autores. Nuestras afirmaciones están corroboradas con opiniones respetables, entre otras con la del señor Barcia que en su gran obra dice en la página 779 del tomo cuarto, hablando de Pedro Romero:

«De 1771 á 1799 mató más de 5.600 toros; casi todos *recibiendo* por ser poco conocida entonces la suerte del *volapié*.

En 1839, habiendo pasado á Ronda á restable-

cerse de sus dolencias, murió de muerte natural cuando hacía ya cuarenta años que había dejado su profesión. Entre los muchos rasgos de valor y serenidad que se cuentan del famosísimo diestro, merece especial mención el siguiente: lidiándose una tarde en la plaza de Madrid toros salamanquinos, uno de ellos, no solo saltó la valla, sino que metiéndose en uno de los tendidos, ganó la puerta, después de haber herido gravemente á varias personas y de haber dejado sin vida al Alcalde de Torrelodones. Fuera el toro del circo, dirigióse hacia la población, produciendo el susto consiguiente en los transeuntes. Todos quedaron sin saber qué hacer; pero Romero, comprendiendo que era preciso tomar una medida, cogo estoque y muleta, monta á la grupa de uno de sus picadores y gritándole: «tío Gallardo, detrás del toro», consigue alcanzar á la res en el salón del Prado. Allí, sin la defensa de las barreras y sin el auxilio de los peones, llama la atención de la fiera con el trapo, le pasa unas cuantas veces y la tiende á sus piés de una soberbia estocada recibiendo. Puede decirse que al volver á la plaza, el pueblo de Madrid le conducía entre aclamaciones, como tributándole los honores del triunfo.»

Esta y otras hazañas hicieron que las plumas de grandes poetas se ocuparan en elogiarle en odas, sonetos y toda clase de composiciones, que todavía se leen con gusto y entusiasmo.

Romero, José.—Hijo de Juan, y por consiguiente hermano del célebre Pedro Romero. Fué como éste aprendiz de carpintero; pero muy pronto abandonó el oficio por el de torear, acompañando á aquél en clase de banderillero á las primeras corridas en que hizo de espada. Volvió, sin embargo, por voluntad expresa de su padre al oficio de carpintero, cuando Pedro, con anuencia del autor de sus días, se dedicó por completo á torear, y esto le hizo tomar con su hermano cierto resentimiento que tardó mucho en extinguirse; tanto, que cuando él pudo determinar por sí, aceptó el puesto que en su cuadrilla le ofreció el célebre José Delgado (*Illo*); aquél *para dar en ojos* á su hermano, y Delgado, que le favoreció con gran cariño, como reconvencción á su adversario Pedro Romero. *Pepe Illo* dió la alternativa como matador á José, después que Pedro la había dado á su hermano más pequeño Antonio; y esto y lo manifestado antes le tenían tan disgustado con aquél, que muchos atribuyen como una de las principales causas de la retirada del toreo de Pedro Romero las desavenencias con su hermano, y el temor, por lo tanto, de que juntos alguna vez dentro de un circo, faltase á cualquiera de ellos la prudencia necesaria en los lances arriesgados de la lidia. Sea de ello lo que quiera,

nosotros creemos que no es verdad, al menos tan en absoluto, la enemistad de ambos hermanos, fundándose en que muchas veces y en distintas plazas trabajaron juntos con fraternal compañerismo. A la vista tenemos un cartel en que consta que en Madrid, en 1791, alternaron por mañana y tarde Pedro Romero, José Romero y Antonio Romero, y esto prueba más que nada nuestro aserto. Pero, en fin, retirado Pedro, y toreando José de segundo espada con *Pepe Illo*, tuvo éste la desgracia de morir en la tarde del 11 de Mayo de 1801, y José la precisión de concluir con el toro á quien el

como matador en 1818. En los correspondientes á aquella fecha se anunciaban, como de costumbre, el nombre del corregidor que había de presidir la función, el número de toros que serian lidiados, con expresión de las ganaderías á que pertenecían, los nombres de los picadores y espadas, y las prevenciones usuales de sacar perros de presa para los toros que no entrasen á varas, castigo á la gente que bajase al redondel, etc., y en los que se fijaron para las corridas que debían verificarse en los días 17 y 31 de Agosto figura como «director de ambas corridas, y comprometido á estoquear



JOSÉ ROMERO. — De la galería del Excmo. Sr. Duque de Veragua (copia por Moreno Rodríguez)

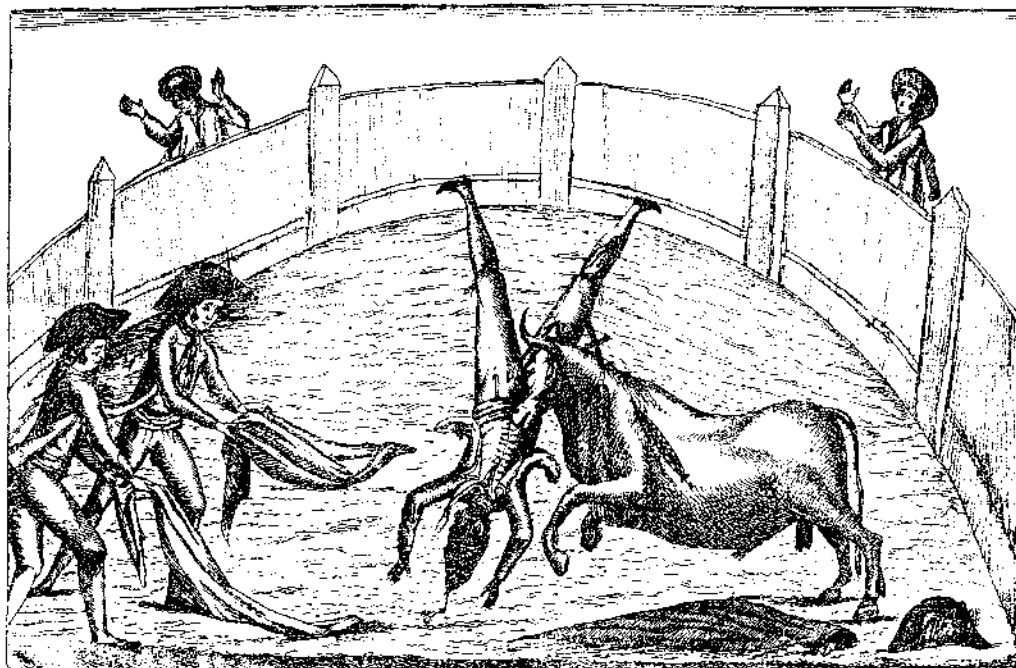
desgraciado *Illo* había ya dado una media estocada contraria, y lo consiguó de dos estocadas bien dirigidas aprovechando. Continuó en Madrid como jefe de cuadrilla un año más, y se retiró luego á Andalucía, en cuyas plazas trabajó. Dicen que era, como hombre, reservado y de pocas palabras, y como torero, de bastantes y buenas condiciones para ejercitar, como lo hizo, la buena escuela de su hermano, mejor que la de *Costillares*. No se habló mucho de él después de la última fecha citada, y hasta se aseguró que, enfermo en 1805, murió en la primavera de 1806; pero hay carteles de la Plaza de Madrid que acreditan que aun lidiaba toros

los cuatro toros que escoja entre los catorce del día.»

Romero, Antonio.—Hijo menor de Juan. Fué, como sus hermanos, carpintero de ribera, muy valiente y querido del público. En 1789 le dió su hermano Pedro la alternativa en Andalucía, y figuró como matador en las fiestas reales celebradas en Madrid cuando la jura del rey Carlos IV. A pesar de que su hermano José la tomó un año más tarde, Antonio le cedió siempre su antigüedad, sin duda no sólo por ser su hermano mayor, sino

porque realmente era más antiguo toreando; y además es posible tuviera en cuenta que José fué bastante tiempo media espada, y él no desempeñó nunca dicho cargo en la cuadrilla de su hermano Pedro. Retirado éste, murió desgraciadamente Antonio tres años después, ó sea el 5 de

junio que acredite tal defunción. Dicen algunos ancianos salamanquinos que oyeron á sus padres asegurar que una cruz existente en el suelo de la plaza mayor indica el sitio en que murió un torero llamado Romero, pero ni recuerdan detalles ni lo consideran más que como una vaga tradición,



MUERTE DESGRACIADA DE ANTONIO ROMERO EN LA PLAZA DE LA MAESTRANZA DE LA CIUDAD DE GRANADA EL DÍA 5 DE MAYO DE 1802. — Lámina de la época

Mayo de 1802, en la plaza de Granada, citando al toro para recibirle.

nacida tal vez de la dramática escena pintada por Somoza.

Romero, Gaspar.—Hermano del célebre Pedro, que en muchas plazas de Andalucía trabajó como espada en unión de José y Antonio, y también de su cuñado Jerónimo José Cándido, notable diestro que debió su educación torera al afamado Pedro. No era como éste, ni mucho menos, el Gaspar en cuanto á inteligencia; así que la historia se ha ocupado poco de él, y faltan noticias sobre sus circunstancias. Se asegura que murió en la plaza de Salamanca en 1804; pero no hay dato formal que lo atestigüe, más que la patética relación que detallando la cogida de un hermano de Pedro Romero, sin decir su nombre, escribió D. Jose Somoza y Muñoz, refiriéndose á un dicho de su padre en cierta conversación. En contra podemos afirmar que ni en la parroquia á que pertenecía entonces y hoy también la Plaza Mayor de aquella ciudad, único punto en que, además de la de San Francisco se celebraban las corridas, pues no había circo al efecto construido, ni en esta, ni en el archivo del Hospital, se encuentra documento al-

Romero, Fernando.—No sabemos si este lidiador fué ó no pariente de los célebres Romeros. Sólo consta que á mediados del pasado siglo mataba toros en Andalucía, y que alguna vez alternó con Félix Palomo.

Romero, Manuel (Carreto).—A fines del primer tercio de este siglo, y aun después, trabajó en Madrid este matador, que alternó con León, con Montes y otros en varias plazas. Era bien puesto y garboso, poco activo en el redondel, indeciso en la muerte de las reses, pero de estocada segura. En Sevilla, de donde creemos era natural, fué muy celebrado en una función en que estoqueó con fortuna el 18 de Julio de 1832.

Romero, D. Antonio Miguel.—Distinguido militar que como caballero en plaza en las fiestas reales de 16 de Octubre de 1846, cuando se celebró el doble matrimonio de Doña Isabel II y su

hermana con D. Francisco de Asís y el duque de Montpensier, rejoneó toros con notable acierto. Fué apadrinado por la grandeza.

Romero, Pedro (*El Habanero*).—Buen picador, duro y de castigo. No era bonito á caballo, pero montaba admirablemente, y dicen que era una especialidad para enlazar reses. Fué su época de los años 1840 al 50, poco más, y no hay aficionado de entonces que no recuerde hoy á aquel hombre, compare con lo actual y se desanime.

Romero, Mannel (*El Mellaito*).—Mucho tiene que hacer este hombre para ser siquiera un mediano matador de toros. Debiera empezar por correrlos un año á punta de capote; luego, otro año, ejercitarse en quites y capcar algo; después, y durante otros tres años, dedicarse á banderillero, y, si todo iba bien, pensar en ser matador.

Romero, Manuel (*Cartonero*).—Torero andaluz, de poco nombre, pero valiente y bien dispuesto. Si en vez de campar sólo en pueblos de poca importancia, formase parte de una cuadrilla regular, tal vez adelantaría con menos exposición y más aprovechamiento, pero ha dejado pasar el tiempo y ya es tarde.

Romero, Alonso.—Vaya un picadorcito que, con doce años de práctica, no se ha adquirido todavía un nombre!

Romero, Antonio (*Romerito*).—Banderillero principiante, que va tomando buen nombre en las novilladas en que trabaja por los pueblos y capitales de provincias. Le juzgaremos cuando le veamos.

Romero, Francisco Javier.—A mediados de siglo trabajaba este picador en algunas plazas, sin llegar á distinguirse.

Romero, José.—Había en Madrid un banderillero principiante de este nombre hace ya quince años, que, como habíamos previsto, se quedó muy atrás en su profesión. No le acompañaron la voluntad y la constancia, que tanto pueden hacer cuando hay valor.

Romero, José (*Frasculillo*).—Es un banderillero aplaudido en las plazas de América, especialmen-

te México y Puebla, donde tiene por lo común su campo de operaciones.

Romero, Honorio.—Otro banderillero que trabaja más en América que en España. Dicen que es bastante regular, pero hasta que le veamos, si así llega á suceder, no debemos juzgarle.

Romero, Eduardo.—Dueño de una gran fortuna, la afición le ha llevado muchas veces á presentarse en las plazas de Portugal, acreditando ser un buen banderillero. Aficionados de este rango y de este amor al arte, son dignos siempre de aplauso.

Romero Parra, José.—Novillero á caballo en los tiempos de *Antoñeja*; valía poco por todos conceptos. Tal vez conociéndose, abandonó el oficio hace ya más de veinte y cinco años.

Romero, Manuel (*Manolé*).—Empieza con deseos de poner banderillas y de correr toros. ¿Correrá mucho? ¿No caerá?

Romero, José (*Saleri*).—Natural de Sevilla. Banderillero que cumplió siempre, teniendo como especialidad en su profesión, el salto de la garrocha, que daba maravillosamente. Murió en la Plaza de Puebla (México), el 13 de Enero de 1888, al intentar saltar á la garrocha al cuarto toro, el cual era manso, y al arrancársele, el *Saleri*, se quedó con tan mala suerte para el diestro que, no pudiendo salir, fué cogido por la ingle, resultando además con una gran herida en la cabeza; la primera, que parecía picadura de avispa, según aseguran sus compañeros, le produjo la muerte á los pocos momentos. Al ocurrir la desgracia formaba *Saleri* en la cuadrilla de *Cuatrodedos*, con *Morenito* y *Blanquito*. Le había traído *El Gallo* á Madrid, como banderillero el 11 de Octubre de 1885.

Romero, Antonio (*Saleri*).—Si no es pariente del desgraciado José, no sabemos por qué este banderillero ha adoptado el apodo del infortunado *Saleri*. Es atrevidillo, sin reflexión; no ha aprendido á hacer buen uso del capote, corriendo los toros por derecho, y clava los rehiletes con más fortuna que arte. Aplíquese, que no es lerdo.

Roque, Juan.—A fines del pasado siglo brillaba en Madrid como uno de lo mejores varilargueros, y también en provincias, bajo la dirección del cé-

lebre Pedro Romero, este valiente picador que trabajó en Sevilla por primera vez el 16 de Octubre de 1784.

Boquete, Luis.—Todavía dura en Portugal el recuerdo de este valiente mozo de forcado, y eso que murió hace ya mucho tiempo.

Ros, D. Vicente.—Buen aficionado madrileño, de los que saben lo que ven y lo que dicen. Sus revistas de toros en los periódicos de provincias, de que es corresponsal, son claras, desapasionadas y bien escritas por punto general, y hace algunos años publicó un cuadro de divisas y hierros de ga-



naderías bravas, que es el más completo de cuantos han visto la luz pública.

Es colaborador en varios periódicos taurinos, donde da muestra de sus muchos conocimientos taurómacos; es con los diestros más bien benévolo que severo, llevado de su carácter afable; dispénsalos muchas faltas, y hace por algunos tanto en su pró, que hasta llega á ser su apoderado ó representante cerca de las empresas, defendiendo con tesón los intereses de los que considera sus ahijados.

Rosa, Ramón de la.—Pica toros, monta y cae regularmente, pero nada más. Parecenos que ni de ahí pasará, ni muchos días á eso llegará. ¡Ojalá nos equivoquemos! Hubo en el siglo pasado un Ramón de la Rosa que á pie picó un toro con garrocha en la Plaza de Madrid el 13 de Diciembre de 1789. ¡Si sería... bravo! También lo ha sido el primero, que se ha eclipsado hace una docena de años, sin que suene su nombre en plaza alguna.

Rosa, D. José de la.—Natural de Olvera. Retirado del ejército, en el que llegó al empleo de ca-

pitán, tuvo sin igual maestría en matar toros con estoque y muleta, contándose de él que, aficionado á la caza mayor, daba muerte á los jabalíes, saliendo á matarlos con muleta y estoque.

Sucedía esto á principios del presente siglo.

Rosadito.—De la ganadería de Ibarra fué este toro, retinto, cornalón, voluntario, aunque sin recargar en la suerte de varas, que lidiado en cuarto lugar en la plaza de San Fernando (Cádiz) el día del Carmen, 16 de Julio de 1893, recibió once puyazos, y en la suerte de banderillas causó la muerte al banderillero Antonio Lobo (*Lobito chico*) casi instantáneamente.

Rosado — Véase COLORADO.

Rosales, Agustín.—Estoquador de toros en tiempo de Lorenzo Manuel, con quien trabajó en Madrid en 1737. Dicen que tenía gran habilidad para asistir al estribo de los rejoneadores á caballo.

Rosquete, Juan.—Era un matador de novillos granadino, allá en el año de 1826, sin que podamos decir nada acerca de su mérito y circunstancias.

Rostri-mohino.—Lo mismo que careto en sentido inverso; es decir que ha de ser negro el hocico, además del frente de la cara del toro, que en el resto tenga cualquier otro color de pinta. Voz andaluza.

Roura, Luis (El Malagueño).—También mata toros en novilladas de provincias este muchacho, como otros muchos. No le hemos visto, ni sentimos por ello gran deseo.

Roussetón, Mr.—Es un torero francés de algún nombre, porque «en la tierra de los ciegos...» Allá, á su modo, suele poner banderillas, y en la cuadrilla de su maestro Robert dicen que es útil y aplaudido.

Rovira, Ramón (El Valenciano).—No le conocemos. Anda matando toros en novilladas por diferentes plazas de provincias, y es reciente su aparición en el toreo. Pero, Señor; si acabasen bien el oficio cuantos le emprenden, ¿á dónde iríamos á parar?

Buano.—Diose este nombre en lo antiguo, y aun ahora le dan los pocos entendidos, al toro *rodado* de color, como los caballos para quienes está aceptada la palabra.

Rubio Gaspar, José.—Nació en Gelves, como Manuel Domínguez; quiso matar toros, pero... no siempre se puede lo que se quiere. Hace muchos años que no hemos oído hablar de él. Duró poco, hizo menos y es posible haya muerto sin sentirlo el arte. En 15 de Agosto de 1852 trabajó en Sevilla, con mala fortuna.

Rubio, Dolores.—Buenos los debió sufrir esta banderillera, en una corrida de novillos que hará cincuenta años se verificó en Madrid, y en la cual fué zarandeada de lo lindo por un buey que la sacó del cesto, la enganchó, la tiró por alto y la pisó el pecho. En mal estado fué conducida a la enfermería, y su nombre no ha vuelto a sonar. Si se curó tomaría luego otro oficio. Para muestra basta un botón.

Rubio, Manuel (Matruco).—Desde el año 1877 en que trabajó picando toros en Sevilla, no ha vuelto a saberse de él.

Rubios.—Llámanse así, los centros de la cruz que forman la parte superior extrema de los brazuelos del toro y la médula que desde la cabeza llega a la cola del mismo. Es el punto donde debe darse la estocada ó clavar la espada, y también las banderillas, que ni es tan atrás que pase en mucho del final del cerviguillo, ni tan adelante que quede en éste. Por eso lo llaman también la «cruz» y las «péndolas».

Rubo, Pascual.—No conocemos á este picador, ni nadie nos ha dado razón de él. Aparece, sin embargo, en carteles de plaza de segundo orden, pero no en cuadrilla de *cartel*. Es de los que hace quince años emprendieron la carrera y en el primer escalon tropezaron.

Rucio.—¿Por qué en lo antiguo usarían esta palabra para definir la pinta del toro cárdeno claro?

Rucoba y Octavio de Toledo, D. Joaquín.—A este distinguidísimo arquitecto, natural de Laredo (Santander), se deben los planos y construcción de la preciosa plaza de toros de Málaga, inaugurada en 11 de Junio de 1875, y edificada en catorce meses.

Ruc, Antonio (Nieves).—De este banderillero sabemos que perteneció algún tiempo á la cuadrilla de Juan León, según dice un autor; que luego fué espada de poca importancia, y que en obsequio de D. Rafael Pérez de Guzmán, cuando éste inauguró su carrera taurómaca oficialmente, sirvió de puntillero en la plaza de Sevilla. En ella alternó con el *Morenillo* en 13 de Abril de 1830.

Rueda, D. Manuel Martínez.—Distinguido escritor, que en el año de 1831 dió á luz un notable folleto titulado *Elogio de las corridas de toros*, de que á muy poco tiempo escasearon muchísimo los ejemplares, y hoy es raro el que se encuentra.

Rueda, Juan José.—Notable picador de toros á principios de este siglo. Dicen que era alegre y voluntario y que vestía bien. Su nombre se pronuncia con tanto entusiasmo como el de Puyana, Gallardo y Marchena. En carteles de 1798 figuraba en buen lugar, y después en primero.

Rueda, Juan.—Natural de Jerez de la Frontera, que suponemos sea la misma persona que el anterior, porque trabajó detrás del famoso Ortega (Laureano), como aquél en las cuadrillas de *Perucho* y de Juan Conde.

Rueda, Sebastián.—A fines del siglo anterior toreó en Madrid este picador, que no sabemos si era pariente de Juan José. El 27 de Mayo de 1797 trabajó en Sevilla con grande aceptación.

Rueda, Salvador.—Autor de una preciosa descripción de corridas de toros en Madrid, que publicó en verso al inaugurarse la temporada de 1889. Es uno de esos escritores de imaginación ardiente, de conceptos elevados y de correctísima dicción, que están reputados como literatos «de excepción», entre tantos como se lo llaman.

Rueda, como buen malagueño, es el poeta que siente amor profundo hacia la madre tierra, adora cuanto bello nos rodea, rinde culto al hermoso cielo azul de nuestra España, y vive ensimismado pensando en ideales desconocidos, de que se hace eco en casi todas sus magníficas composiciones, que le han dado un puesto distinguido en nuestro Parnaso.

Rueda Andrés.—Mejor banderillero que peón de lidia; cumple allá en América como mejor pue-

de, á las órdenes del espada Camaleño, poniendo pares bien y corriendo los toros mal. Es cubano, pero de los muy adictos á España.

Ruedo.—El redondel, arena, circo ó coso donde tiene lugar la lidia en las plazas de toros. También se llama así al campo que se designa para verificar la tienta de becerros por acoso en Andalucía y América.

Rui-Pérez, Gervasio (*Tres calés*).—Con ese apellido y con ese mote, que rabian de verse juntos, se presenta este hombre en plazas principales á picar de vara larga, y si bien no es notabilidad, tampoco puede decirse que sea tan torpe que no sepa por donde anda. Está en un punto medio, y alternó en Madrid por primera vez en 1890.

Ruiz, Antonio (*El Sombrerero*).—Cuanto aficionados al arte de Romero han seguido con interés el curso de los adelantos y progreso del mismo, al menos desde que éste se redujo á reglas fijas y exactas, tienen que recordar como aventajado lidiador y matador notable á Antonio Ruiz.

Es verdad que no fué de aquellos hombres cuyo espíritu innovador les hace inventar ó hacer algo diferente á lo que los demás ejecutan; pero fué de los que procuran esmerarse de tal modo en su trabajo, que sin hacer nada nuevo, llaman sobre sí la atención por lo perfectamente acabado que suele ser casi siempre.

En el año de 1783 nació en Sevilla Antonio Ruiz. Sus padres, que vivían con el honrado producto de un modesto taller de sombrerería, dedicaron á Ruiz á aprender este oficio, en el que, á la verdad, no hizo grandes adelantos; como se dice vulgarmente, no le llamaba Dios por este camino. Era una vida demasiado tranquila y sedentaria para un joven de imaginación enérgica y de actividad notable, y por ejercer ésta frecuentó, más de lo que sus padres querían, la casa-matadero de aquella gran ciudad, y allí aprendió los primeros rudimentos del arte. Sin embargo, como en aquella época, y especialmente en ciertas familias, se observaban hasta con rigor los preceptos de los padres, Antonio siguió al lado del suyo, ayudándole en el oficio referido con la docilidad y sumisión propias de un buen hijo, hasta que cumplió la mayor edad; y como el arte del toreo le ofrecía más ancho campo que ningún otro para sobresalir en él, y aun para ganar lo suficiente á sostener una holgada subsistencia, sin los apuros y estrecheces que hasta entonces había visto en su casa, se decidió por ser torero. Mucho le impulsó á ello el consejo de los

amigos y compañeros, que conociendo sus adelantos, le concedían el primer lugar como inteligente práctico; y así también lo creyó el célebre *Curro Guillén*, que en cuanto observó que Ruiz, por haber adelantado á todos sus compañeros de matadero, podía servir y ser útil en su cuadrilla, se le llevó de banderillero.

Pocos años de toreo formal en las plazas, bastaron á Ruiz para crearse una reputación. Y eso que era la mala época para el arte. *Pepe Illo* había muerto desastrosamente, lo mismo que *Perucho* y Antonio Romero; y los famosos Pedro Romero y Joaquín Rodríguez no pisaban la arena donde tantos triunfos conquistaron. Antonio Ruiz, que había visto torear á todos ellos, y más de una vez había envidiado los vítores y aplausos que recibieran, se aplicó más que ningún otro, y llegó á ser notabilidad con la capa, especialmente para acudir con presteza á los *quites* en la suerte de vara, y preparar la colocación de las reses á la muerte. Así es que su maestro, el mismo *Curro Guillén*, le dió la alternativa en el año de 1809, y desde esta fecha lidió como tal en todas las plazas de toros de España, con preferencia á la mayor parte de los espadas que entonces había.

La circunstancia de haber marchado á Portugal el *Curro*, favoreció no poco á Antonio Ruiz; *Curro Guillén* en España toreando con Ruiz, que entonces empezaba, hubiera tenido siempre más aceptación que su discípulo, y éste forzosamente habría girado como un satélite alrededor de aquél. Sabía más por sus largos años de práctica, era necesario guardarle las consideraciones de maestro, y tenía conquistadas las simpatías de todos los públicos, por su gracia y su *aquel*; precisamente al revés de lo que le sucedía á Antonio Ruiz, cuya seriedad y altivez más bien movían en su contra que á su favor. Por eso hemos dicho que la marcha á Portugal de *Curro* le fué favorable.

Quedó solo, y si no precisamente solo, en uno de los primeros puestos de la época, formó cuadrilla con los mejores jinetes y peones que entonces pudo reunir, y en ella figuró Juan León como banderillero, que luego lo fué del famoso *Curro Guillén* cuando éste regresó del vecino reino. A pesar de su adusto carácter, casi siempre conseguía aplausos, y su reputación iba en aumento de día en día, porque su toreo era excelente. Nunca su capote se soltaba fuera de tiempo; su mano izquierda era con la muleta una cosa más que regular, y siempre se mostró valiente y bravo. Concienzudo para la lidia, no permitió nunca barullo ni desorden en el redondel; y todas las cuadrillas, cuando él era director de la lidia, miraban tanto á la cara del maestro como á los cuernos del toro. Era exagerado en el cumplimiento de su deber, y esto y su inteligencia, que nadie puso en duda, le hicieron ad

quirir buen nombre, como hemos dicho, y fama de buen torero; pero á su carácter seco y poco expansivo tuvo que añadir, para su mal, la circunstancia de haberse marcado mucho y hecho público ostentación de sus opiniones políticas exageradamente absolutistas; y claro es, en cuanto los realistas fueron de capa caída, como vulgarmente se dice, ya era imposible que Ruiz trabajase con desahogo en ninguna plaza. Verdad es que algunas veces, á pesar de la pasión, que en política no perdona, su mérito real, ó la ejecución de cualquier suerte de una manera perfecta, arrancaba por fuerza aplausos hasta á sus mismos adversarios; más como se comprende fácilmente, esto no era bastante, y Ruiz tenía el suficiente entendimiento para comprender que si él se acaloraba ó se comprometía, podría tener una desgracia; así que se dominaba perfectamente, con ceño airado, pero con actitud tranquila.

Llegó el año de 1832, y la Junta de Hospitales contrató en Madrid á Antonio Ruiz como primer espada, á su hermano Luis, y al nuevo Francisco Montes. Este fué recibido como su mérito hacía esperar, y aquél silbado sistemáticamente y sin razón, solo por sus opiniones realistas, y sin tener presente, porque en estos casos la pasión ciega, que él y sus partidarios hicieron pasar peores ratos á Juan León, á Roque Miranda y á otros, nada más que porque fueron milicianos en la época de 1820 al 23.

Resentido Antonio Ruiz de que el público no le hubiese hecho justicia una tarde en que cumplió su cometido con notable maestría y gran fortuna, antes bien continuando los silbidos, se retiró del redondel sin hablar con nadie, se fué á su casa, y á la mañana siguiente se metió en un coche y marchó á la Granja, donde estaba de jornada el rey. Fiado en que éste había siempre distinguido á Ruiz, oyéndole algunas veces con muestras de agrado, pidió una audiencia, que en seguida le fué concedida. Expuso con gran calor y vehemencia el daño que en su reputación estaban causándole los *negros* con su injusto proceder, y pidió un castigo, que, como se comprende era imposible de aplicar. Indudablemente estaba retrasado el buen Antonio Ruiz. Creyó que vivía en el año de 1824, cuando los *blancos* apalcaban á los *negros*, les quemaban las casas y cometían con ellos otras fechorías; y el año de 1832 ya no se parecía en nada á aquella ominosa época, porque ya empezaban á respirar los liberales y á ser despreciados los realistas. En una palabra, que, girando la rueda, iba subiendo lo que había estado abajo, y lo de arriba caía.

Oyole el rey con marcada atención y maliciosa sonrisa, y hasta le dió un cigarro. Concluyó su queja, y Fernando VII, cuyo sentido práctico nadie puede poner en duda, dijo en cortadas frases

al torero: Retírate; yo proveeré: Y, efectivamente, proveyó en seguida. ¿Saben qué nuestros lectores?

Pues dió la providencia de que no se permitiese volver á torear en la plaza de Madrid al matador Antonio Ruiz (*El Sombrerero*.)

Los que conocían bien á Fernando VII no esperaban otra cosa, era lógico el acuerdo, dadas las condiciones de aquel rey y el estado de su enfermedad. Pero Antonio Ruiz no esperaba eso ciertamente. Cuando menos, creyó encontrar palabras de consuelo en la alta persona que tanto le había distinguido cuando mandaban los realistas. Y como no sucedió esto, tan amargo desengaño hizo á Ruiz tomar una determinación extrema, muy en armonía con su altivo carácter. Se cortó la coleta.

—El que ha sido bueno veinte años para torear en la plaza de Madrid y en todas las de provincia, y se le despide de la primera por causas ajenas al arte, no debe trabajar en parte alguna—dijo á sus amigos con entereza y dignidad.—Y se volvió á Sevilla.

Desde entonces concluyó la historia de este distinguido matador de toros, que no ha tenido rival en dirigir la lidia y hacerse obedecer de los peones y jinetes. Llegó á la vejez, y con esta á la indigencia. Pasaron cerca de treinta años, y en la ciudad que le vió nacer se proyectó dar una corrida de toros á beneficio del antiguo espada. Pensamiento filantrópico, al que se asociaron de buena voluntad el célebre *Cúchares*, Lucas Blanco, el *Tato* y Manuel Carmona, entre los cuales salió formado á dar el paseo, siendo la última vez que pisó el redondel. Esto era en el año de 1859, teniendo Ruiz setenta y seis años de edad. Al año siguiente, el 20 de Junio de 1860, murió en el hospital de San Jorge, ó sea de la Caridad, de aquella ciudad andaluza que tantos y tan buenos toreros ha producido.

Fué profesor honorario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Dicen cuantos le trataron que era tan esclavo de su palabra, que, una vez dada, podía tenerse completa seguridad de que la cumpliría, si fuerza superior no lo estorbaba, y que más de una vez renunció ajustes ventajosos por haberse exigido firma de compromiso.

Si hubiera conocido á muchos empresarios de los que hay ahora, habría cambiado de opinión.

Fino en su modo de torear y con excelentes facultades, Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), sin su intransigencia política imprudentemente manifestada, hubiera toreado muchos más años, y el arte hubiera ganado con su ejemplo.

Ruiz Pelaez, Cristóbal.—Banderillero perteneciente á la cuadrilla del famoso *Costillares* en el

siglo pasado. Era de lo más notable en aquel tiempo.

Ruiz, Emilio (*Lagartijo*).—Un desgraciado a quien hicieron creer que era torero, y ejerció como tal en algunas novilladas; mató toros sin valor ni arte. Se suicidó en Madrid dentro del café Continental, calle Ancha de San Bernardo núm. 18, el día 3 de Agosto de 1890.

Ruiz, Luis.—Banderillero durante el primer tercio del presente siglo en tiempo de Jerónimo José Cándido, se hizo matador de toros sin hacerse notabilidad. En 6 de Octubre de 1818 alternó en Sevilla con *El Panchón*.

Ruiz, Antonio.—Un picador de este nombre trabajó en Sevilla hace veinte años. — ¿Qué ha sido de él?

Ruiz, Antonio (*Corrucho*).—Promete ser un banderillero bueno; pero, ¡hay tantos que empezaron bien y se quedaron en el camino!... ¿Es este el mismo individuo que á continuación decimos?

Ruiz, Antonio (*El Sargento*).—Puntillero de ciertas pretensiones que figuraba en la cuadrilla de *El Espartaco*. No hemos conseguido salir de la duda que antes va expuesta, á pesar de haberlo intentado.

Ruiz, Juan (*Lagartija*).—Matador de toros que ha tomado en Madrid la alternativa de manos de Salvador Sánchez (*Prascuelo*) el día 5 de Octubre de 1879. Nació en Murcia el 2 de Enero de 1855, siendo sus padres Domingo Ruiz y Florentina Vargas, que le dedicaron al oficio de armero, hasta que en 1872 se unió á una cuadrilla de jóvenes principiantes, con quienes torcó en diferentes plazas de España y Portugal durante tres años. Ya en 1875 formó cuadrilla propia, colocándose al frente como matador, y haciendo lo que pudo en novilladas; y en Valencia, el 15 de Septiembre de 1878, alternó con Manuel Fuentes con bastante lucimiento. Es intrépido y sereno, pasa bien y no maneja mal el capote, especialmente en las *largas*; pero le falta gramática parda para que le consideren buen matador de toros.

Hiere por derecho y desde corto, y, sin embargo, ¿por qué este hombre no torea más á menudo? En nuestra opinión, varias son las causas que á ello han contribuido. La primera su escasa actividad y fría indolencia, que le estorban bullir más

en pró de sus intereses; la segunda su delicado estado de salud, que le ha impedido adquirir fuerzas para soportar las fatigas de su profesión, y la tercera, por lo relativo á la Plaza de Madrid, la cuestión de preferencia en la antigüedad que le disputó *El Gallo* y que le quitó la continuada práctica que en Madrid se adquiere; porque si bien el espada andaluz, con suma delicadeza indicó al empresario para librarle del compromiso que tuviera, que renunciaba á trabajar, sin pedir el cumplimiento de su contrata, claro es que esto no podía ser más que por una corrida, y que la cuestión se renovará siempre. ¡Pequeñeces! Si hoy resucitara *Costillares* y torease con la gente moderna en último lugar, ¿cuál ocuparía en el ánimo de los aficionados?



Ha trabajado en varias plazas de América, en distintas épocas y con aplauso, hasta que toreando en Valladolid la tarde del 25 de Julio de 1896, trató de descabellar al tercer toro, y estando en suerte achuchole la fiera, enganchándole por la cadera.

Al caer en tierra el diestro, que había conservado el estoque, hirióse muy ligeramente la primera falange del dedo pulgar de la mano derecha.

Pasó á la enfermería á curarse, y volvió luego á la plaza, donde, desde las barreras, siguió dirigiendo la lidia.

Lagartija, cuando al día siguiente volvió á Madrid, sufría horriblemente, porque el brazo todo se le había inflamado. Sujáronsele, y tuvo desde entonces acá diversas alternativas, creyéndose fuera de peligro unas veces, ó ya desahuciado otras, pues equivalía para él la muerte á la pérdida del brazo.

Los doctores Bravo, Castillo y Cervera, requeridos por el infortunado torero, y con un desinterés que los honra, encargáronse, se puede decir que á última hora, de su curación, luchando y agotando todos los recursos de la ciencia para salvar el brazo dañado, librando así de la miseria á una familia.

Todo ha sido inútil: Ruiz perderá el brazo, y el toro un buen adalid de excelente escuela. ¡Pobre *Lagartija*, que no ha podido conservar ahorros y se verá pobre en sus últimos años de vida!

Ruiz, Antonio (*Tagartijilla*).—¿Será este chico principiante pariente de Juan Ruiz (*Lagartija*), como aseguran algunos? No lo parece; porque Antonio es un banderillero basto y Juan tiene un toreo muy fino, pero comprendemos que esa no es suficiente razón para afirmar lo contrario.

Ruiz, Cayetano.—Picador compuestito y animoso, que trabajaba por los años del 50 al 60. Formó parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz, y murió en Madrid de un ataque del cólera morbo en 1865, á los treinta y tres años de edad.

Ruiz, Juan Manuel.—Pocos años después que el anterior empezó éste el oficio, con menos compostura y con menos ánimos también. Para ser picador se necesitan muchos y muy buena voluntad.

Ruiz, Ceferino.—Fué un picador de regulares condiciones, á quien tuvo en su cuadrilla el diestro Cayetano Sanz. Se retiró, dedicándose al comercio y tráfico de vinos, si no estamos equivocados.

Ruiz y García, José (*Josello*).—Es un banderillero de regular apostura, y á quien se ha visto adelantar paso á paso. Le dijimos lo que el notable é inteligente aficionado D. Alejandro Latorre dijo al valiente y entendido Muñiz en el año 1845: «Aplicate, que harás falta»; y añadimos que no se ponga á matar toros sin perfeccionarse en correrlos por derecho, en lancear de capa, en poner pares por ambos lados, y en las demás suertes preliminares. Es hijo de Cayetano Ruiz. Nació en Ma-

drid el día 8 de Enero de 1855; ha hecho su aprendizaje en el Matadero, en los Campos Elíseos y en los pueblos de la provincia, formando luego parte de las cuadrillas de José Lara y de Felipe García; ha matado toros en provincias, ha estado toreando en Montevideo y no será un matador de alterna-



tiva que se distinga, porque es frío y abandonado como buen madrileño.

Adviértense en él rasgos de inteligencia en el arte á que se ha dedicado, que envidiarían muchos más altos; es fino y hasta elegante en ocasiones, pero ignora completamente el modo de saltar, recortar y hacer piruetas, que ha elevado á otros de menos mérito. Fortuna te dé Dios, hijo...

Ruiz, Manuel (*El Gordillo*).—Fué un picador atrevido, alegre y nada más. Ni tenía mala facha, ni era tampoco notable por lo buena. Su trabajo lucía, pero valía poco; y como jinete, no era de los que más se unen al caballo. Fué su época la de mediados de este siglo.

Ruiz de Valdivia y Aguilera, D. Nicolás.

—Hace pocos años no conocían á este notable cuanto modesto pintor, más que los entendidos en el divino arte de Apeles y algunos, muy pocos, aficionados al toreo. Hoy su nombre figura con justicia entre los artistas más notables. Laborioso como el que más, aplicado, concienzudo é infatigable observador de la naturaleza y de los gran-

des maestros, Valdivia ha logrado ser una especialidad, sobre todo pintando *toros bravos* y caballos, en cuyo género no le aventajó nadie durante su época. En la imposibilidad de escribir una razonada biografía de este artista, no queremos privar á nuestros lectores de los siguientes apuntes, á grandes rasgos trazados.—Ruiz de Valdivia nació en Almuñécar, provincia de Granada, el día 17 de Noviembre de 1833, viniendo pocos meses después á Madrid, en donde, concluida su primera educación, empezó el dibujo en la Academia de San Fernando. Fué discípulo del pintor de cámara D. Vicente López, y demostró desde luego excelentes disposiciones para cultivar con éxito el arte que tanto le entusiasmaba. Pero, á imitación del inmortal Goya, de quien era apasionado admirador, le causaba también igual entusiasmo el arte de torear, y aprovechando la circunstancia de formarse por entonces (1850) la inolvidable Sociedad taurómaca del Jardínillo, ingresó en ella, tomando parte activa en las fiestas desde su formación hasta que fué extinguida. Los que fuimos sus compañeros, aunque pasivos, y vivimos todavía, recordamos con placer aquel mancebo de gallarda presencia, de ardiente mirada y cabeza de artista, correr por derecho á los cuatrefíos, y en la suerte de banderillas, cuadrando en la cabeza, salir pausadamente después de clavar los palos castigando. —Tenía en aquella época Valdivia poco más de diecisiete años; dichosa edad en que todo lo grande, todo lo bello y todo lo arriesgado es patrimonio de la juventud. Por esta razón, sin abandonar sus queridos pinceles, se entregaba con ardoroso entusiasmo al atractivo de la gran fiesta española; y si cuidado ponía en aprender las suertes taurinas, ahínco mayor demostraba en seguir y adelantar en su noble profesión.—El ilustrado señor marqués de Perales concedió al joven artista una modesta pensión en París, y allí, por los años 1856 al 58, fué uno de los más aventajados discípulos del reputado pintor francés Mr. Glayse.—Concluida la pensión, y no pudiendo Valdivia, falto de recursos, vivir en París, abandonó con harto sentimiento la gran ciudad, y se volvió á su patria, fijando poco después su residencia en la inmortal Zaragoza, donde, para atender á sus más apremiantes necesidades, se dedicó á pintar retratos y alguna que otra obrita de poca importancia. Esto no obstante, aún envió desde allí á la Exposición franco-española un bonito cuadro, *El Vídico*, que obtuvo medalla de tercera clase (año de 1863). Pero sea por la afición que nosotros tenemos á todo cuanto se relaciona con las fiestas taurinas, ó porque el cuadro tenga un mérito indisputable, el que nos llamó más la atención, y con nosotros al Jurado de la Exposición Regional de Zaragoza de 1867, que le concedió medalla de

plata con diploma del ministerio de Fomento, fué *Una torada sesteando*, de inimitable verdad y colorido. Ya nuestro joven era un hombre, y una vez empezado el camino de la gloria, no podía volver atrás sin descrédito y mengua suya, y aplicándose cada vez más, sus obras siguieron aceptándose como buenas; el Ateneo le dió nuevos premios, y el Gobierno le señaló otra pensión en París, que no tuvo efecto y fué aplazada por la penuria del Tesoro.—Otro de los lienzos que realzan la especialidad de Valdivia es el precioso titulado *La sorpresa*, que tan original y exactamente pone de manifiesto un encierro de toros en la plaza de la ciudad de Caspe. Ni más verdad, ni más gracia, ni más expresión pueden verse en cuadros de este género. El rey D. Alfonso XII, á cuyas manos llegó anónimo, es decir, sin recomendación alguna, lo compró desde luego, encargando otros y otros á Valdivia, á quien protegió generosamente, así como S. A. la princesa de Asturias y el señor marqués de Alcañices.

Falleció en Madrid el 21 de Enero de 1880, y fué enterrado en el cementerio de la Patriarcal.

Ruiz, Enrique (*Muzantinillo*).—Juguetea con frescura ante las reses, clava pares, pone parches, capea, corre y no descansa, semejando al movimiento continuo. Veremos lo que es este muchacho el día que se le acabe la cuerda de su vertiginosa actividad.

Ruiz, Hermenegildo (*El Chaval*).—Banderillero de buenas condiciones, creemos que natural de Madrid, en cuya plaza del Puente de Vallecas hizo su aprendizaje. Hace pocos años fué á trabajar á Méjico con Mazzantini; de regreso estuvo toreando sin cuadrilla fija, y en una novillada celebrada en esta corte el día 3 de Abril de 1892, quiso dar el salto de la garrocha, y lo ejecutó con tan mala suerte que cayó delante de la cabeza de la res, la cual le causó entre otras una profunda herida en el costado izquierdo. No bien curado de ella, y por no obedecer la prescripción facultativa, fué acometido de una pulmonía aguda que le causó la muerte en la noche del 19 de dicho mes de Abril á las once y media de la misma, ocupando una cama en la sala de distinguidos del hospital Provincial de Madrid.

Ruiz, Ignacio (*El Granadino*).—Picador más conocido en la Habana y en América que en España. Trabajó en la cuadrilla de Francisco Díaz (*Paco de oro*).

Ruiz de la Herrán, D. Joaquín.—Ha escrito revistas en diversos periódicos muy acreditados, defendiendo siempre la buena escuela de toreo con sano juicio, é imparcialidad notoria, y su opinión vale y pesa bastante en cualquier asunto tauromáquico. Fué aficionado práctico, pero fué mejor teórico, hizo gala de su ingenio, después de mediado el presente siglo, en su país natal, que nos parece fué Málaga.

Ruiz, Manuel (Blanquito).—Banderillero de bastante desahogo con los toros, atrevido y de buenas condiciones. Hay, sin embargo que bullir menos y ver donde se está con el capote para no estorbar. Ya que tan vistosamente anda al rededor de las reses jugueteando con descaro, párese alguna vez, mire bien el terreno que ocupa, que no siempre es el mejor ni el que indica el arte, y nos agradecerá el consejo.

Ruiz del Moral, Manuel (El Nene).—Hemos visto poner banderillas á un chico de este mote, y, francamente, no recordamos nada acerca de sus condiciones artísticas. Parécenos que era natural de Jaén, en cuya provincia y limítrofes tiene su campo de operaciones.

Ruiz Capilla, Gerardo (Frasculito).—Aunmás en diminutivo debiera usar tal apodo, si apreciase la enorme distancia que hay de aquel gran hombre á este infeliz iluso, que seguramente se desengañará pronto de que no sirve para el oficio de banderillero, á no ser que transforme por completo todo su sér.

Ruiz, José (El Espartero).—Si este chico llega, que no llegará, adonde subió el hombre de quien ha tomado el apodo, ha de aplicarse más de lo que hasta ahora se aplica.

Ruiz, Nicomedes.—Parece que mata toros en las novilladas á que es llamado, no sabemos si bien ó mal. Es muy moderno.

Rumbón.—Toro de la ganadería de D. Manuel de la Torre y Rauri, vecino de Madrid, divisa encarnada y amarilla, retinto oscuro, de libras y bien armado. Abanto y receloso, tomó dos varas de paso en la corrida del 21 de Julio de 1850, última en que toreó Montes. Vista la cobardía de aquél animal, fué sentenciado á banderillas de fuego, y por su condición y consecuencia de éstas, se hizo de sentido; así que, después de pasarle el célebre Montes dos veces, una al natural y otra cambiando y saliéndose de una colada, gracias á su facilidad en quebrar, intentó pasarle de nuevo al natural con la izquierda, y fué enganchado por la pantorrilla del mismo lado antes de que precavie-

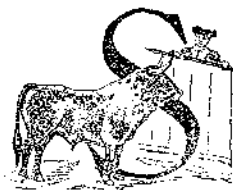
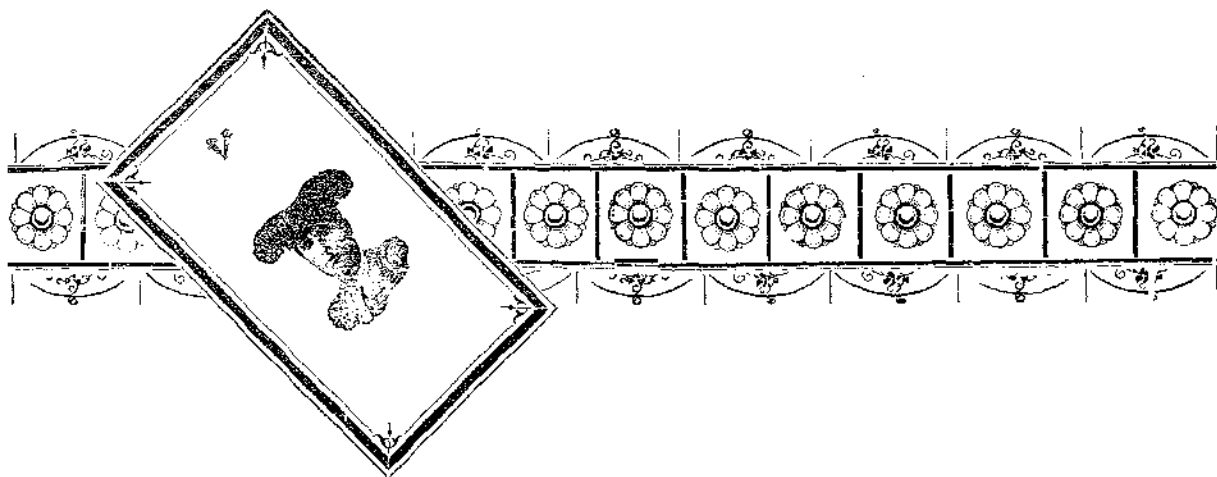


TORO «RUMBÓN», DE TORRE Y RAURI. — E. DELANCE

se la colada; tal fué la rapidez con que el toro acometió. El suceso fué en Madrid, plaza vieja de la izquierda de la Puerta de Alcalá, á la derecha de los toriles, frente á los tendidos 4 y 5. José Redondo (*El Chiclanero*) mató al toro de una soberbia estocada arrancando.

Russo, Joaquín.—Banderillero regular y nada más, que empezó con buenos deseos, y se cansó, continuando el toreo á caballo, rejoneando. Poco valía á pie pero menos de jinete. Murió en Portugal, su país, en 1872.





Sa Branco, Juan Alves.—Tan grande es la afición á las fiestas de toros que tiene este buen portugués, que no contento con presenciar cuantas corridas puede, tanto en su país como en *Budajoz*, *Salamanca*, *Valladolid* y otras de España, y deseando propagar su entusiasmo por todas partes, ha construido y es dueño de una plaza de toros en *Alcacer do Sal*, donde se celebran funciones con frecuencia.

Sa Correia, Blas de.—Mozo de forca-do, que, especialmente en *Lisboa*, es aplaudido por sus simpatías personales.

Sa, Zacharías (Vasconcellos).—Fué rico; siéndolo, fué pégador portugués por afi-ción; se distinguió por su valor y murió pobre en Portugal, cuando vivía de li-mosnas en 1878.



Sabatier, Mlle. Marthe.—Esta señorita de allende los Pirineos, formó en 1861 una cuadrilla de jóvenes toreras, que decían eran guapas y que trabajaban bien. No tenemos noticia de que lo hicieran en otra plaza que en la de Arlés, y no sabemos si quebraron de cintura, ó las quebraron los bueyes por el espinazo. ¡Es cuanto quedaba por ver, toreras francesas!

Sabugal, Conde de.—Si hubiera tenido tanto arte como valor este banderillero portugués, que solo por afición torcaba, Dios sabe hasta donde habría llegado. Ignoramos la época de su apogeo; suponemos fué posterior á la de mediados de este siglo.

Sacanelles, Manuel.—Hará unos treinta años, poco más, que este modesto artesano se empenó en ser picador de toros, y lo fué, si no de lo más notable, cumpliendo. Dejó de torcar, y después ha muerto hará veinte años de una enfermedad crónica. Tal vez en su oficio de ebanista, ocasionado á menos porrazos, hubiera vivido más tiempo.

Era una figura regular, sumamente pálido, simpático y de un trato muy aceptable.

Sacar el toro.—Es, si estando en querencia, se le lleva con el capote el lidiador, y cuando en los países de muleta ayuda al espada otro torero, que con su capa saca de la suerte al animal y se le lleva ó vuelve por el lado contrario al de la natural salida. (Véase *Querre*.)

Sacudido de carnes.—Así llama la gente de campo al buey ó toro flacos. Casi siempre en invierno hallanse los toros en dicho estado.

Saenz, Manuel Alejo.—En 1868 trabajó en Madrid como picador. ¿Lo era? El tiempo lo ha dicho. No se le volvió á ver en las plazas.

Salanova, D. Pedro.—Fué director del *Diario de Madrid* á fines del siglo último, y entre otras composiciones de poesías y artículos taurinos, publicó en aquél periódico, en el año de 1790, una «Pintura poética en octavas rimas de las doce suertes ó lances más principales que acaecen en una corrida de toros, siguiendo la idea y representación con que están grabadas en el juego de estampas de D. Antonio Carnicero». Fué Salanova decidido partidario del famoso Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

Salamea, Manuel.—Otro matador de novillos de la última remesa, de cuyo mérito nada puede decirse, temiéndonos que en tal estado quede su fama, porque cada día suena menos la trompeta que ha de extenderla.

Salas Barbadillo, Jerónimo.—Este escritor del siglo antepasado, al referir el modo que antes había de matar los toros en coso, dice que cuando no había caballeros que lo hiciesen, lo realizaba la plebe desde los tableros con garrochas ó lanzas. Fué natural de Madrid, compuso comedias muy aplaudidas, y en 1624 un jocoso libro llamado *Aventuras de Don Diego de Noche*.

Salas, Juan (El Rubio).—Monta á caballo, se para frente, á los toros, los espera y pincha con la garrocha, y sin embargo no es picador, que para esto se necesita mucho. Como todavía no ha picado alternando, no se le puede juzgar mal, porque los hombres se aplican y toman voluntad con buenos ejemplos y buenos peones que puedan salvarles el pellejo en caso de *desavío*. Bueno es hacer constar que no ha llegado á alternar en Madrid, aunque han pasado cerca de veinte años desde que empezó el oficio, y que hace mucho tiempo no suena para nada su nombre en el toreo.

Salazar, Conde de.—Publicó en 1842 una bonita obra sobre las corridas de toros, sus ventajas y desventajas, que el anterior conde de Salazar había escrito y dedicado al maestro Pedro Romero.

Salcedo, José.—De este picador no tenemos más noticias que las de que toreó en el segundo tercio de este siglo en varias plazas de Andalucía, y que era natural de Veger de la Frontera. Se estronó en Sevilla en la feria de 1834, pero ya había trabajado en Madrid en el año de 1832.

Saldanha de Gama, D. Antonio (Ponte).—Buen banderillero portugués, retirado hace muchos años, que cosechó aplausos abundantes desde 1847 en que se presentó en diferentes plazas de aquel país. Pocos aficionados de su época le aventajaron en inteligencia.

Saldanha Marreca, José de.—Pegador portugués en 1865 que se acreditó pronto de bravo é inteligente.

Saldanha, Francisco.—Banderillero portugués que trabajaba con voluntad, pero que aun hace dudar si podrá contarse en el número de los buenos.

Sales, Emilio (*Carlo Magno*).—Así, hijos, no hay que pararse en barras para buscar apodos. Si tampoco os paráis en el camino del arte, más os valdría y más ganaríamos. Este muchacho empieza ahora picando bien y parece que no monta mal.



Tiene decidida afición y si con ella sigue, y no se cansa, podrá llegar a ser algo, dadas sus buenas condiciones; pero necesita trabajar con mucha frecuencia, que es su oficio de aquellos que si se dejan, se olvidan y cuesta trabajo emprenderlos de nuevo.

Salgado.—En Portugal y en algunos otros puntos de España, especialmente los del Noroeste, llámase salgado al toro salinero; y á veces, pero en menos poblaciones, suelen confundirlos con los sardos.

Salgado, Antonio.—Para ser rejoneador á caballo no basta saber montar, es preciso algo más. En 1876 y aún después, ha trabajado en Portugal y hoy está retirado del toreo.

Salgado, Augusto Pedro.—Marchó á la América del Sur, este valiente mozo de forcado que, no

hace muchos años, causaba entre sus paisanos, los portugueses, gran entusiasmo, y adoración.

Salguero, Miguel.—Picador de toros, que dicen es voluntario, aplicado y con deseos de cumplir. Todos al empezar tienen las mismas cualidades, pero luego se paran y no hay quien les haga andar. Le hemos visto muchos días cumpliendo bien y con valor, y en otros detestable. Ya no será más, porque lo que no haya hecho en más de veinticinco años, no lo ha de hacer ahora.

Salida.—Se dice que al toro se le da salida cuando se le marca ésta con la capa ó la muleta, despidiéndole con los vuelos de las mismas. Desplegando estos más ó menos, serán las salidas largas ó cortas; es decir, que el toro se separará ó acercará más al diestro, según aquellas sean. Además de las dichas, en todas las suertes hay salidas, que debe tener el toro al terreno de afuera, y el lidiador al de dentro, salvo los casos en que se cambien por necesidad.

Salido, Quintín.—Pariente de Julián Casas y banderillero en su cuadrilla. Procuraba salir airoso, y casi siempre lo conseguía. Era delgado de cuerpo y de escasas facultades.

Salinas, Marqués de.—Caballero rejoneador que quebró más de veinte rejones con gran destreza, y sin daño alguno de su caballo, en la fiesta de toros que, para obsequiar al duque de Módena, se celebró en Madrid en Octubre de 1638. Era hijo del marqués de Velada.

Salinero.—El toro cuya piel es jaspeada de colorada y blanca, sin formar mancha alguna de un solo color. Es muy parecido este al que los caballistas dicen «azúcar y canela»; y, realmente, cambiando el fondo, que en vez de negro es, como hemos dicho, colorado, la pinta es igual á la del toro cárdeno claro.

Salir por piés.—Es huir precipitadamente en la salida de cualquier suerte, consumada ó no, por temor á una cogida. En el primer caso, es más disimulable, ó al menos no causa tan mal efecto; pero si la suerte no se ha ejecutado, es digno de censura el que salga por piés, sobre todo si tiene en su mano muleta ó capote; defensas con las cuales, bien manejadas, es muy difícil una cogida parándose y viendo llegar.

Salir por la cara.—Tanto quiere la gente moderna alambicar los detalles de cada una de las suertes del toro, inventando tantas voces é introduciendo tantas frases en el tecnicismo taurómico, que va á llegar día en que no nos entendamos. Una de las frases nuevas, que mayores polémicas ha suscitado no há muchos años, ha sido la de «salir por la cara» sin que la pesada controversia que sostuvieron con calor autorizados escritores, fuera bastante clara para evidenciar si era defecto, ó era mérito, consumir la suerte de matar con aquella circunstancia. Todos se atribuyeron la victoria y, sin embargo, la cuestión quedó sin resolver y, lo que es peor, sin poderla entender las personas que no profundizan los misterios del toro y los que, tal vez sabiendo de ellos tanto ó más, no conciben ni toleran otros nombres para matar, que los de *esperar* los toros ó *irse* á ellos.

Forzosamente hemos tenido que estudiar la cuestión y sobre ella vamos á emitir nuestro leal parecer. ¿Qué se entiende por «salir por la cara»? ¿Es, por ventura, cuando el matador arranca derecho en dirección al toro y al dar la estocada se queda cerca de la cabeza sin correr ni huir? Entonces mejor sería decir *quedarse*. ¿Es cuando el espada, al hacer la misma operación, sale perseguido por la fiera y tiene que huir, poniendo piés en polvorosa? Entonces salir es; pero esto no sucede, por lo general, más que cuando el toro sintiéndose con poder, ve cerca al hombre y le persigue; acto posterior al de la consumación de la suerte de matar, que en nada la desvirtúa, por más que la quite lucimiento. Admitido esto ¿qué es preferible? ¿Qué es lo que más se adapta á las buenas reglas del toro, que mandan que nadie huya, teniendo en las manos la muleta? ¿*Quedarse* ante la cara, ó *salir* por delante de ella en precipitada fuga? Parece que mejor es *quedarse* preparado con la muleta para dar salida al toro.

Claro es que mejor que *quedarse*, y todavía mejor que *salir* de huida, agrada y luce más, mucho más, ver al torero seguir la línea recta que se trazó al arrancarse á herir, pero esto no sucede siempre cuando quiere el torero, sino cuando lo permite el toro; cuando éste, colocado fuera de las tablas y con muchos piés y pujanza, acomete recto sin revolversé; que si se revuelve, entonces ya da la cara al torero, y éste ó *se queda* si es valiente para dar una nueva salida con el trapo, ó *sale* huyendo si no tiene otro remedio.

¿Por qué no sucede así en la suerte de recibir? Porque el espada que cita y espera no se mueve de su sitio; es el toro el que viene al del hombre, y en su carrera de fuerza, cuando quiere volver al bulto, ya ha de hacerlo desde el terreno que nuevamente ha tomado y en sentido inverso al que tenía. En esta suerte acontece realmente el cambio

de los terrenos, que debiera decirse el del terreno y solo por el toro, puesto que el lidiador queda en el que primeramente tuvo, y la distancia de uno á otro es mayor que la primitiva, si ha sido grande el ímpetu de la acometida y la estocada buena y honda; que si no es más que pinchazo, el toro volverá al bulto y este perderá por fuerza el terreno en que se colocó, aunque dé algún pase de muleta en pura defensa. En nada de esto hay desdoro para el matador.

En el volapié hay ocasiones también en que es inevitable la salida por la cara, y esas son cuando hay que entrar á herir, estando el toro aculado á las tablas, porque al llegar á él, y herirle, no hay más remedio que salir huyendo por la cara, y no por la cola, puesto que de querer seguir rozando los costillares el paradero único es el olivo. Por eso Joaquín Rodríguez dió perfectamente el nombre de volapiés á la suerte de matar toros que no acuden al engaño (no á los demás), porque de ella se sale huyendo á fuerza de piés; de modo que no es volapié la en que el toro se viene, que cuando esto sucede hay que concederla más mérito, considerando que más valor se necesita, y más inteligencia para esperar á un toro con facultades que para irse á él cuando está inmóvil.

Sin embargo de lo expuesto, como puede ocurrir, y ocurre con frecuencia, que el toro herido persiga á quien le hirió, si fuerzas tiene para ello, conviene declarar que no es bochornoso para el espada ese caso, si ha entrado á matar sin cuarteo, en corto y por derecho. A lo que hay que atender principalmente es á la entrada del matador, porque esa depende de él en todas las ocasiones, y la salida no siempre.

Salpicado.—Cuando un toro de pinta muy obscura tiene cerca unos de otros varios lunares blancos, grandes para que pueda llamarse nevado, y pequeños para ser girón, suele decirse que es *salpicado*. Como se comprende bien, esta es una derivación del berrendo.

Saltador.—Toro de la ganadería del duque de Vergara que en 27 de Octubre de 1841 mató en la plaza de Madrid siete caballos y envió á la enfermería otros tantos picadores con graves lesiones. Viéndose la autoridad en tal compromiso llamó á Montes al palco presidencial para consultarle que debía hacer y cuando conferenciaban llegó noticia de que el picador *Berrinches* podría salir á la plaza como salió, con la cabeza vendada, y puso dos varas muy aliviadas, porque Montes, al iniciar el toro la acometida, le llamó con el capote, haciéndole salir de la suerte, con lo cual se salvó el conflicto,

puesto que no había disponible ningún otro picador. Este suceso motivó, que, desde la corrida siguiente á aquella, venga anunciándose siempre «que en el caso de inutilizarse los picadores señalados en el cartel, no pueda exigirse que salgan otros.»

Salto.— No debemos mencionar aquí los saltos que da el toro alguna vez al pasar sobre un bulto, lo cual se llama rebriñcar; ni decir cómo debe el torero tomar el olivo, ó sea saltar la barrera, por que esto se aprende fácilmente con la práctica. Referiremos, pues, que es lo que á nuestro objeto conduce, los diferentes modos que tiene el diestro de saltar sobre

ro de un brinco por encima de las astas del toro, sale aquél escotero, ó cuando más, con el capote



SALTO AL TRASCUERNO. — MACÍAS



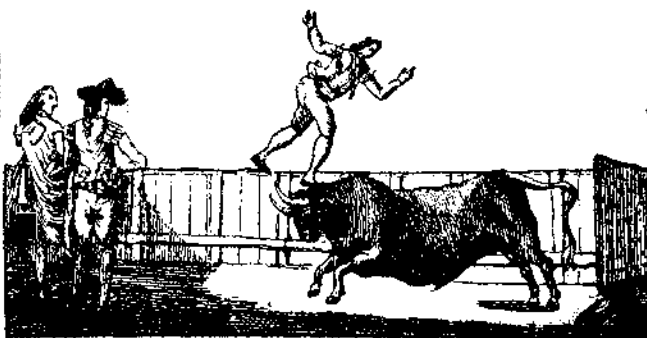
SALTANDO LA BARRERA. — MACÍAS

los toros; suerte lucidísima y de mérito no siempre apreciado.

Al trascuerno. Para dar este salto, que, como el nombre indica, consiste en pasar el to-

liado al brazo, en busca de la res como para hacer un recorte y llamándole la atención para que conozca la dirección ó viaje; éste debe ser sesgando y procurando que al llegar al centro de la suerte se encuentre enteramente atravesada y con la salida tapada, en cuyo momento el toro humilla para coger, se aprovecha el lidiador, salta cruzando por encima de los cuernos, y cuando el toro da la cabezada, ya está aquél libre en el suelo y en dirección opuesta á la de la carrera del animal. Puede ejecutarse, según Montes, con toda clase de toros; pero respetando su opinión, creemos que no debe hacerse con toros de sentido, ni con los que se ciñen ni van al bulto, ni con los burriciegos de segunda, y que ha de procurarse que sean ligeros y no estén parados y mucho menos aplomados.

Sobre el testuz. No hemos visto nunca ejecutar esta suerte, que no es moderna, puesto que á fines del siglo pasado la ejecutaba ya, según dicen *Pepe Illo* y Montes, el célebre *Lorencillo*, maestro del famoso José Cándido, y después éste con singular habilidad. Se hace la suerte de dos maneras: la primera, esperando



SALTO DE TESTUZ. — Lámina de 1790

al toro á pie quieto, y al verle llegar, dejar que humille, en cuyo momento se le pone un pie en el

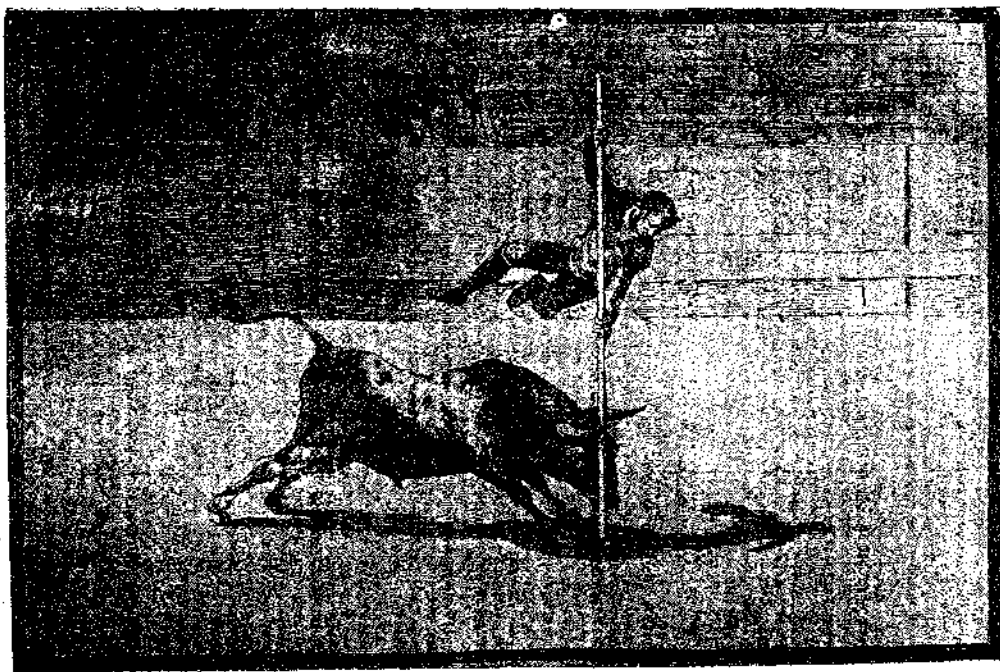
te atrás, ó sea de cabeza á cola, salvando completamente el cuerpo de la res y sin apoyar el pie en ninguna parte como lo hacen los landeses, y aquí en España lo ha realizado el matador Leandro Sánchez (*Cacheta*). Encarga mucho Montes que no se haga la suerte del salto sobre el testuz con toros revoltosos ni con los que no tienen la cabeza bien puesta, procurando también que sean de los que conservan piernas.

De la garrocha. Para darle debe salir el torero en la misma rectitud que el toro, alegrándole para que se venga á él y marchando ambos á encontrarse en un centro. Al ocurrir esto, clava el diestro la garrocha en el suelo, se apoya en ella, se eleva (como si fuera á vadear un arroyo, según dice felizmente Montes), y cae por detrás del toro, llevándose la garrocha las menos veces, y soltándola casi siempre, en lo cual hace bien, porque si no, sería fácil que el toro con el testarazo la rompiera, y el lidiador cayera malamente y con grave exposición de quedar en las astas. No debe hacerse con toros revoltosos, y menos con los que les falten piernas. La garrocha, si tiene puya, ha de ponerse con ésta al suelo para que se asegure bien en la tierra; y si no la tiene, se hincará la parte más delgada de ella en la arena, procurando evitar un resbalón.—En todos los saltos, como en todas las suertes del toreo, es muy conveniente que estén á la mira, y bien situados, uno ó dos capotes para auxiliar en caso de necesidad. Se nos olvidaba decir que también se salta sobre



SALTO DE CABEZA A RABO. — MACÍAS

testuz ó en el centro del nacimiento de las astas, y dando de nuevo un salto, el diestro cae por la cola; y la segunda, saliendo el toro con distinto viaje, y al encontrarse cuando se llegue á embrocar, dar el salto como se ha dicho. Tan difícil y expuesto nos parece de un modo como de otro, y encontramos más hácedero dar el salto de adelan-



SALTO DE LA GARROCHA. — GOYA

un toro, colocando frente á la puerta del toril una mesa, y sobre ella el torero con grillos en los piés, y cuando sale el animal, que como no ve de pronto más objeto que la mesa, se dirige á ella, espera el lidiador la acometida, y aprovechando el momento de humillar, salta al suelo, salvando el cuerpo del toro, que continúa su viaje. Inventó esta suerte Manuel Bellón (*El Africano*), que la ejecutó en la plaza de Madrid, situada en las afueras de la Puerta de Alcalá, á la izquierda, cuando se inauguró en 1754, y la perfeccionó Martín Barcáiztegui (*Martíncho*).

Saludo.—Es el que hace la cuadrilla al Presidente cuando se presenta en el redondel, antes de empezar la lidia, precedida de los alguaciles. No se confunda con el brindis que dirigen á la misma autoridad los espadas, ú otros toreros á diferentes personas. (Véase *CORTESÍAS* en el *Suplemento*).

Salvador, José.—No le hemos visto trabajar. Ha formado parte de la cuadrilla de los Carmonas como banderillero, y su nombre no ha hecho gran eco en el mundo taurómico. Hay ahora un puntillero de estos mismos nombre y apellido.

Sampayo é Mello, Manuel Antonio.—Caballero en plaza en las fiestas reales celebradas en Portugal por el natalicio de la princesa del Brasil, en 1735.

Sampedro, Juan (*Cazalla*).—Torero andaluz; mató algunos toros en Andalucía á mediados del presente siglo, sin tomar alternativa; pero era allí muy conocido y estimado. Fué natural de Cazalla de la Sierra, de cuyo nombre le vino el apodo.

Sanahuja, D. Manuel.—Es el autor del precioso cuadro pintado al óleo, que representa el paseo de los caballeros en plaza y de las cuadrillas de toreros en la segunda función real de toros de 1878, y del que ha dicho la prensa que «es un trabajo acabadísimo, que honra á su autor, tanto por el gusto con que está ejecutado, cuanto por el colorido». El Ayuntamiento de Madrid adquirió dicho cuadro para sus salones.

Sanguino, Tomás.—Más bien delgado que grueso. Regulares proporciones de cuerpo, y de no malas condiciones para picar de vara larga. Trabajó mucho en la época de Sanz y el *Tato*, vencida ya

la primera mitad de este siglo. Luego formó parte de la cuadrilla de *Cúchares*, cuando empezó á marcarse mucho su decadencia.

Sánchez, Pedro (*Boni*).—A fines del último siglo era conocido como bueno este banderillero cordobés, que algunas veces estoqueaba toros.

Sánchez, Manuel (*Ojo gordo*).—Trabajó muchos años como banderillero en la cuadrilla de José Delgado (*Illo*) y se retiró de su profesión por los años de 1812 al 1813. Negoció después en efectos usados, y en la capilla del Baratillo de Sevilla donde está la imagen de San José que regaló *Pepe Illo*, se conserva un lienzo que representa al Señor de las tres caídas, y que allí hizo colocar *Ojo gordo*, cuidándole hasta su fallecimiento, en 1854, á la edad de noventa y tres años. Cuando tenía ochenta, aseguraba que saldría á poner un par de banderillas si triunfara el rey absoluto, pues era muy partidario del Infante D. Carlos, por lo cual estuvo desterrado de Sevilla bastantes años.

Sánchez, Alonso (*Gabinete*).—Este fué el nombre de un picador bastante conocido que trabajó diferentes veces, formando parte de la cuadrilla del famoso *Curro Guillén* en Madrid y en otras plazas, con aceptación, durante el primer tercio del presente siglo.

Sánchez, José (*Negrón*).—Un banderillero sevillano que trabajaba en plazas andaluzas, como principiante hace más de quince años. Ha debido adelantar poco y seguir de novillero por aquellas tierras, donde tal vez conocerán su mérito.

Sánchez, Pedro (*Membrilla*).—Picador novillero, que no salió de su paso ni se aventuró á ser torero de algun valer, prefiriendo trabajar poco ó nada. Hay oficios en que no puede hacerse eso, si se ha de comer con lo que produzcan. Era natural de Jerez, y actuaba en 1881.

Sánchez Caro, Juan.—Picador de toros, natural de Dos Hermanas, en la provincia de Sevilla, muy trabajador, que formaba parte de la cuadrilla de Antonio Carmona (*El Gordito*), en sus mejores tiempos.

Sánchez, Antonio (*El Tato*).—Cuando un hombre cuya profesión es la de trabajar en público para conquistar aplausos, llega á obtener éstos

constantemente, sin interrupción y universales, preciso es confesar que su trabajo ha de ser bueno, ó por lo menos de gran lucimiento; porque los aplausos que se dan durante una temporada á un torero, y se le quitan á la siguiente, convirtiéndose en demostraciones de desagrado, demuestran que, en vez de ir adelante en el ejercicio de su profesión, atrasa ó se estaciona; y á esto no debe aspirar nunca un hombre que del favor público vive.

Comprendiéndolo así el matador de quien vamos á ocuparnos, hizo siempre cuanto pudo y estuvo en sus facultades por complacer al público, consiguiendo captarse muy pronto sus simpatías. Mucho debió también á su esbelta y graciosa figura, á su bonita cabeza, y más que nada á su juventud, porque los primeros años en que usó el estoque parecía un niño animoso, que no podía con dicha arma y muchísimo menos con un toro.

Su presentación en la plaza de Madrid, que es donde se hizo torero, en nada llamó la atención al principio; trájele *Cúchares* en 1851 unido á su cuadrilla, y nada de particular se advirtió en el *chiquillo* poniendo banderillas; pero en el mismo año, al final de la temporada, la casualidad hizo que saliese un torito pequeño y clarito, que tocaba matar á *Cúchares* en una de las últimas corridas, lo cual visto por dicho espada, tan dado, como él decía, á «alegrar la gente», fué bastante para que brindase al *Tato* aquel toro tan proporcionado á las facultades del joven, que aceptó la ocasión con marcado entusiasmo. Hizo con el bicho tantas monadas, le pasó de mulota tantas y de tan distintas maneras, y estuvo con él tan fresco, que el público le aplaudió frenéticamente, y no tuvo en cuenta el *bajonazo* que dió al toro, ni el modo de irse á él, calculando, con razón, que con el tiempo corregiría cualquier defecto. Esto fué bastante para que al año siguiente, ó sea en 1852, *Cúchares* diese la alternativa á Sánchez y le protegiese llevándole consigo, para que *viendo* aprendiese, toda vez que *explicando* no podía aquél ser maestro, según todos saben.

Sánchez se aplicó, se hizo bullidor en la arena, *galleaba* con gracia, daba vueltecitas en la cabeza del toro, y hacía otras monadas que, si no demostraban grandes conocimientos en su profesión, arrebatan al público, especialmente al que prefiere la animación del toreo siempre en movimiento, á la seriedad de la clásica escuela, que sujeta su acción al arte y le lleva á la perfección.

No queremos decir por qué en 1854 el *Tato* se separó de *Cúchares*, quitándole lo mejor de su cuadrilla en gente de á pie y á caballo; punto es éste que debe callarse, puesto que no toda la culpa fué de él, y quien la tuvo principalmente, la tuvo también del ruidoso choque con el *Gordito*, de que más adelante hablaremos; de la salida del *Regatero* á matador por los móviles que todo aficionado sabe,

y de otras muchas *gitanadas* que no son para escritas.

Creciose el *Tato* con el favor que el público de todas partes dispensaba á su graciosa figura, tomó de *Cúchares* el celo porque nadie en el redondel sobresaliese por él, y en dicho año de 1854, contratado en Madrid, quitó á *Cúchares* muchos aplausos y echó los cimientos de su reputación, especialmente arrojándose como nadie en la suerte de *volapié*. Llegó el año de 1856, y volvió á Madrid escriturado, siendo muy bien recibido y juzgado entonces, como demuestra la siguiente semblanza que escribió desapasionadamente un entendido y antiguo aficionado: «Joven, muy joven, garboso; preciadito de su persona y de simpática figura, adquiere cada día más partido, que debe procurar con empeño no perder, aplicándose al ejercicio de su difícil profesión. Tenga presente, ya que tiene una facilidad asombrosa para imitar y aprender lo que otro haga, que un espada necesita más aplomo que el que le dan sus años; que en ocasiones, el torero que se estima rehuye un aplauso forzado por matar la fiera con sujeción á las reglas del toreo, y que ciertas gracias son buenas y aceptables si las hace un banderillero, pero rayan en grotescas si las hace un espada. Pare los pies, *reciba* toros, no abuse de las estocadas á *mete y saca* y confiese menos, y será un torero en toda la extensión de la palabra; á no ser que, en vez de ir adelante, imite al cangrejo. Mucho lo sentiríamos, porque es muchacho que promete.» Efectivamente el *Tato* aquel año hizo esfuerzos por competir con Cayetano Sanz, á quien no pudo alcanzar ni con mucho en ninguna de las suertes del toreo, ejecutadas casi siempre á la perfección por el último.

Pero su fama estaba ya asegurada, y desde entonces Sánchez fué buscado en todas las plazas, y en todas partes luchó con ventaja, hasta que seis años después apareció en los circos, disputando sus laureles, un notabilísimo banderillero y distinguido torero, Antonio Carmona (*El Gordito*). Si no viviera éste, hablaríamos más de ellos, exponiendo con franqueza los defectos de cada uno, que los tenían grandes, y alabando sus buenas cualidades que no son pocas; pero no queremos recordar rivalidades que injustamente se promovieron y suscitaban por los aficionados de aquella época no remota.

Nació la enemistad del *Tato* con el *Gordito* desde que aquél se opuso en Sevilla á que éste matase gratis en una corrida de beneficencia. Se aumentó en 1864, el día de San Juan, en Cádiz, donde torearon juntos, y los amigos del *Tato* obsequiaron á éste con versos, flores y coronas, etc., tan luego como se presentó en la plaza, en lo cual tuvieron acierto, porque antes de la mitad de la corrida ya había sido herido, aunque no de consideración,

el *Tato*. En el siguiente año trabajaron ambos en Madrid bajo la presidencia de Sanz, y la opinión, tan unánime hasta entonces en favor del *Tato* (exclusión hecha de Cayetano), empezó á dividirse entre él y el *Gordito* que, aprovechando aquel mismo año en Cádiz la predilección que el público mostró por ver á *Lagartijo* matar un toro, le cedió uno suyo; cosa á que terminantemente se negó antes el *Tato*, que perdió en aquel mudable pueblo las simpatías que al parecer conquistó en el precitado año. Subieron de punto las discusiones entre

mérito merecía. La pugna en todas partes entre estos dos lidiadores ha sido terrible, llevando en Madrid siempre la mejor parte el *Tato*, y en todas las demás provincias el *Gordito*, hasta el punto de provocar conflictos la saña de sus partidarios, y de tener las autoridades en algunos puntos que poner la tropa sobre las armas, como sucedió en Cádiz en Septiembre de 1868. Esto prueba, en nuestro concepto, que ninguno tenía razón, porque del hombre público se ha de juzgar por sus hechos como tal; y eso de que antes de empezar una co-



ambos en 1867, cuando fueron ajustados en Madrid con el joven *Frasuelo*, porque ni el *Gordito* ni los de su cuadrilla podían moverse, sin que los silbidos, *fuerras* y otras demostraciones, nunca conocidas en Madrid desde los tiempos de los realistas, agobiaran á aquella cuadrilla, que á duras penas podía en alguna suerte hacerse aplaudir por personas imparciales. Para ayudar á la conjuración, preparada antes de empezar la temporada, y sabida desde el mismo tiempo por cuantos de toros se ocupaban, se fundó un periódico especial y se usaron otros medios, hasta que se consiguió saliese de Madrid, rompiendo su escritura el *Gordito* que, á pesar del tiempo transcurrido, no ha logrado volver de nuevo á adquirir en la corte las simpatías que por su

rida se vaya resuelto á silbar ó aplaudir á determinado lidiador, significa en el que lo hace poca imparcialidad y menos...

Por desgracia para el *Tato*, la cogida que sufrió en Madrid la tarde del 7 de Junio de 1869 en corrida extraordinaria, celebrada para solemnizar la jura ó promulgación de la Constitución democrática, dió fin á unos antagonismos y pugnas que nunca debieron existir, y que de seguro no hubiera habido si la prudencia se acercara á los dichos lidiadores, ó la envidia y mala fe no se hubiesen apoderado de la gente que rodeaba al *Tato*, y que todos señalaban con el dedo.

Hallábase el cuarto toro de la corrida, llamado *Peregrino* (del que hablamos en su lugar), terciado

delante de los tableros de los tendidos 5 y 6 de la plaza vieja que hubo en las afueras de la Puerta de Alcalá, con dirección al Toril, poco más ó menos en el mismo sitio en que fué muerto *Pepe Illo*, y Antonio Sánchez (*El Tato*), sin tener en cuenta la mala colocación del bicho, sin reparar en que estaba humillado, y arrojándose al *volapie* ceñido, sin *vaciár* con la muleta, vicio que le costó en su vida infinitas cogidas, fué *empuntado* por la rodilla derecha, herido y volteado. Conducido á su casa, tuvo precisión de sufrir más de una operación quirúrgica, que dió por resultado la amputación de la pierna.

Las simpatías que el joven lidiador tenía en Madrid se manifestaron tan marcadamente, que durante los días de la curación su casa estuvo invadida de día y de noche por personas de todas las clases sociales; hasta en la calle hubo necesidad de poner guardias para evitar la aglomeración de gentes; y para que todo contribuya á aumentar la fama del infortunado *Tato*, daremos dos detalles que ponen más en relieve el cariño que siempre le ha tenido el público madrileño.

Concebida la idea por un buen aficionado, á quien mucho debía el *Tato*, de dar una función á beneficio de éste, fué patrocinada con tanto entusiasmo, que los billetes se vendieron á gran precio, disputándose todos los aficionados, y aun los que no lo eran, el privilegio de adquirir uno para demostrar al *Tato* los buenos recuerdos que de él conservaba Madrid. Cuando el desgraciado espada se presentó en coche dando vuelta al redondel, vestido de paisano, con lágrimas de emoción y agradecimiento, los bravos, aplausos y vítores fueron unánimes, y tan atronadora explosión de simpatía fué acompañada de versos, palomas, coronas, regalos, tabacos y de... lágrimas también en los ojos de las señoras y de muchos hombres de pelo en pecho.

¡De tal manera conmueve la desgracia! ¡Ver fuera de la arena á quien tantos laureles recogió en ella! Tristeza y grande quedó en los corazones de todos los concurrentes á aquella fiesta cuando vieron salir de la plaza, y retirarse cabizbajo, al siempre altivo, animoso y bravo matador; al hombre que, siendo niño, poco más, había causado la admiración de las gentes, y siendo joven se había hecho dueño del corazón de todos los madrileños. Terror causó su cogida; profunda pena su desgracia; llanto su ausencia. Había muerto para el toreo uno de sus más diestros adalides, y para Madrid el más querido de los toreros: no el que valía más, que esto, cuando hay desgracia, no se mira, sino el de más extendidas simpatías.

Otro detalle, también de gran significación, fué el siguiente: la pierna amputada á Antonio Sánchez había sido llevada para colocarla en una am-

polla ó vasija de cristal, con los espíritus necesarios á su conservación, á la gran farmacia que en Madrid se hallaba situada en la calle de Fuenarral, esquina á la del Desengaño. Esto lo sabían muchos amigos del *Tato* y muchos aficionados. Una noche, á primera hora, se declara un incendio en dicha casa. Cunde por Madrid la voz de que la farmacia referida está ardiendo, y aquellos amigos corren, vuelan á salvar la reliquia del que lo es suyo; llegan al sitio de la catástrofe, penetran en él, desatienden las alhajas y otros objetos de valor, expónense á los peligros del fuego, y ven con dolor que la reliquia ha desaparecido por las grandes proporciones del voraz elemento. Ejemplos son estos de amistad y cariño que estamos seguros no olvidó mientras vivió Antonio Sánchez.

Volviendo á sus hechos taurómacos, además de repetir lo ya dicho, hemos de hacer constar que, entre las buenas cualidades que le adornaban, era una la de un excesivo pundonor. Sentía más una demostración de desagrado por parte del público, que un disgusto grande por pérdida de sus intereses, y así lo decía muchas veces. Si alguna llegaba á sus oídos una crítica de su conducta en la plaza, corregía el error inmediatamente. Tanto es así, que como abusase al principio de su carrera de los *mete y saca* y se lo criticasen personas que le querían, los evitó en lo sucesivo cuanto le fué posible. En este particular, en el de deferencia para con el público, no conocía límites.

En 1850 y tantos, no hay para qué citar la fecha, estuvo ajustado el *Tato* para las corridas de Septiembre que se dieron en Albacete, y de Madrid marchamos varios amigos allí con el solo objeto de ver dichas funciones. Hablase en el viaje y en la fonda de lo que los aficionados habían siempre, y discutiendo sobre el mérito de los espadas en juego entonces, el autor de este libro, que nunca ha visitado á ningún torero, manifestó con franqueza su opinión respecto de cada uno, sosteniendo que no es torero completo el que no practica la suerte de recibir. Llegó la hora de la corrida, y al entrar en la plaza la cuadrilla de toreros un aficionado, acercándose al *Tato*, le dijo: «Este señor es el que te he dicho». Fijose el *Tato* en nosotros, saludó y mezclase con sus compañeros para salir al redondel. Una vez en éste, trabajó con la alegría y buenos deseos que siempre tenía; llegó la hora de matar, tomó los *trastos*, y la casualidad hizo estuviese colocado cerca de la barrera que ocupábamos. Pasó dos veces nada más á un gran toro de Mazpule, se *enhilló* con él en corto, citó con la muleta y le mató *recibiendo* en toda regla de una gran estocada. Rodó el toro, cogió la divisa y nos la trajo para probar la equivocación del que había dicho que el *Tato* no era torero perfecto porque no *recibía* toros. ¿Puede haber mayor em-

peño en nadie para sobresalir? ¿Es posible mayor prueba de complacencia para con persona desconocida?

Esta conducta fué siempre la base de sus extraordinarias simpatías y de su aplicación y adelantos. ¿Qué *sal* al dar su peculiar *patadita* para irse al *volapié*?

Pero... no queremos hablar más del torero, que el recuerdo es triste.

Como hombre particular, Antonio ha sido siempre honrado, fino y amante de su familia: sus padres le dedicaron al oficio de sombrerero, en que duró pocos años.

En 1861 casó con María de la Salud Arjona y Reyes, hija del famoso *Cúchares*, y por consiguiente era cuñado de Arjona Reyes (*Currito*). Vivía sus últimos años en aquella ciudad el simpático matador, sirviendo un empleo en la Casa-matadero público de la misma y era hijo de Fernando Sánchez y María García quienes le pusieron por nombres, al bautizarle el 13 de Febrero de 1831, los de Antonio, José María, Francisco y Doroteo. Nació en el barrio de San Bernardo el día 6 de dicho mes, y tomó la alternativa de matador en 1852 de manos de Manuel Domínguez, en Cádiz, y luego en Madrid de *Cúchares*.

Después de una vida triste, por los recuerdos constantes de sus triunfos, falleció en Sevilla el día 7 de Febrero de 1895, con gran sentimiento de los buenos aficionados al toro y de los muchos amigos y paisanos, que conservarán siempre en la memoria al simpático torero.

Sánchez Arjona, Hipólito.—Fué banderillero en Sevilla, de donde es natural, muy aceptable y muy aplaudido. Tomó la alternativa como espada hace bastantes años, y viendo que matando no podía sobresalir lo suficiente para ser un buen jefe de cuadrilla, volvió á tomar los palitos; resolución que demuestra inteligencia y modestia, no muy comunes en su clase. Es sobrino de *Cúchares*, quien, para darle á conocer, le presentó en Madrid el día 27 de Octubre de 1867 en una media corrida de toros extraordinaria que se celebró á beneficio del nuevo hospital de Nuestra Señora de Atocha, siendo el chico de muy corta edad. Entre el cuarto y quinto toro se corrió un becerro de dos años, que capeó, banderilleó y mató Hipólito, á quien obsequiaron las señoras de la Junta del Hospital con una bonita faja. Aquella corrida tuvo de particular que en ella tomó la alternativa el matador Salvador Sánchez (*Frasquito*), que al dar una estocada al primer toro, fué enganchado con el asta derecha por debajo del chaleco y chaqueta del mismo lado, y arrastrado hasta que am-

bas prendas se rompieron. Levantado *Frasquito*, demostró gran serenidad, descabellando con tranquilo pulso al toro á la primera vez que lo intentó. En las corridas reales de 1878 ha figurado Hipólito como banderillero.

Sánchez, Enrique (El Albañil).—Picador andaluz de regulares proporciones y facultades. No es precisamente notabilidad, pero tampoco despreciable su trabajo. Lo que tiene es poca suerte en el redondel. Buena figura, alegre y complaciente, lleva mucho adelantado para gustar y adquirirse simpatías, y aunque despacio, porque lleva muchos



años torcando, las ha adquirido y se le estima como bueno. ¡Cuántos sabiendo menos han lucido más! Nació en Veger de la Frontera el 7 de Junio de 1838: fué carpintero, aserrador y oficial de albañil, hasta 1858 en que se estrenó como picador, en la Isla de San Fernando. Gustaron su trabajo y su decisión; tomó alternativa en Sevilla en 1866 y ha figurado en las mejores cuadrillas ingresando en la de Mazzantini desde que éste formó la suya. Conoce perfectamente, como debieran todos conocerlas, todas las suertes del toro, y por eso ha banderilleado y matado *reses* formales, aun vestido de picador.

Sánchez, Diego.—Ura picador de tanda en la cuadrilla de José Cándido, padre de Jerónimo. En la misma corrida en que murió dicho José (23 de Junio de 1771) estuvo tan expuesto Sánchez, dice un escritor de entonces, que á no ser por un oportuno capote arrojado desde el andamio por Vicente Bueno, hubiera indudablemente sido herido cuando menos.

Sánchez, José (*El Carbonero*).—Apareció en Sevilla en Agosto de 1847 un picador de toros, muy determinado, pero... no sirvió para el arte.

Sánchez, Manuel (*Poquito pan*).—Picador de toros, estrenado en Sevilla el 19 de Mayo de 1825. Nada sabemos de su mérito, y parece, tanto por el apellido como por el mote, que debió ser pariente de

Sánchez, Antonio (*Poquito pan*).—El picador más fino que hemos conocido. Su mano izquierda era envidiable, y aunque no apretaba tanto como otros, su colocación, y sobre todo su entrada á los toros parados, eran inmejorables. Fué picador con el célebre Montes, y antes con Antonio Ruiz (*El Sombrerero*). En Sevilla trabajó por primera vez el día 22 de Agosto de 1831.

Sánchez, Antonio (*El nuevo Tato*).—Hace diez años creyeron los aficionados que este mozo llegaría á emular las glorias de su tocayo, pero quedó muy atrás. Sus mejores campañas han sido en América.

Sánchez, Pedro (*No te veas*).—Fué un espada de regulares condiciones, más apreciado en Madrid que en provincias, que trabajó por los años 1825 en adelante. Era padre del distinguido banderillero Juan.

Sánchez, Juan (*No te veas*).—Hijo del matador de toros Pedro Sánchez, á quien se dió aquel sobrenombre primeramente. Fué un banderillero bastante regular y apreciado del público, en la cuadrilla de Cúchares. Era modesto, trabajador, y como particular, excelente persona; ha residido bastantes años en América desde el fallecimiento de Cúchares, y en 1878 regresó á España.

Sánchez, Tomás (*El segundo Habanero*).—También este picador formó parte de la cuadrilla de

Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*), cuando éste empezó á decaer en sus facultades. No fué notabilidad ni mucho menos.

Sánchez, Rafael (*Poleo*).—Torero andaluz, matador de toros bastante aceptado, aunque no en la categoría de primero, ni mucho menos. Se quedó en la mitad del camino.

Sánchez, Lorenzo.—Uno de los mejores picadores que después del año 1840 se han presentado en la plaza de Madrid. Aunque su figura no era notable, su arte lo era, y lució mucho con la cuadrilla que dirigió el célebre *Chiclanero*. Nadie se le puso por delante en el año de 1852, último en que trabajó tan renombrado torero.

Sánchez Pastor, D. Emilio.—Hombre de letras, periodista distinguido, que con igual facilidad escribe tratando asuntos serios y trascendentales, como piezas cómicas ó artículos taurinos. Su frase es limpia, clara y oportuna; su estilo fino, á la par que enérgico, y cuando maneja la sátira es incisivo y punzante. Dígalo su *Diccionario cómico-taurino*, que rebosa gracia mezclada con hiel, y díganlo sus numerosas producciones, que tan aplaudidas son en los teatros de España por su sal y pimienta. Ha usado para los asuntos de toros del pseudónimo de *Paco media luna*, y por su talento y trabajos periodísticos, ha llegado á ocupar altos puestos en la Administración del Estado, y desempeñar el cargo de Diputado á Cortes varias veces. Nació en Madrid el 7 de Enero de 1851.

Sánchez, Salvador (*Frasuelo*).—Cuando un hombre tiene la suficiente fuerza de voluntad para conseguir el fin que se propone, rara vez deja de llegar á él. Podrá encontrar al paso muchos estorbos, mil contrariedades que harán difícil la realización de su plan; pero salvando los unos, apartándolos y sufriendo las otras con ánimo perseverante, llegará, no hay que dudarlo, á rebasar el límite de sus aspiraciones.

La voluntad es uno de los dones más preciosos que al hombre le han sido concedidos; y si va acompañada de la paciencia, mejor dicho, de la constancia, que es una gran virtud, el hombre seguramente, fuerte con ellas, hará cuanto sus deseos le pidan, cuanto su imaginación alcance, cuanto sea posible en lo humano. Sólo Dios puede torcer aquella voluntad ó extinguirla.

Una prueba evidéntísima de que estamos en lo cierto, es la personalidad del que encabeza esta biografía.

Salvador Sánchez Povedano, siendo joven, adolescente, casi un niño, soñaba en Madrid con riquezas, caballos y trenes que habían de pertenecerle, que había de poseer como suyos. No pensaba por el momento, no sabía como llegaría á adquirir tantos bienes como su imaginación acariciaba; pero tenía profundísima fe en conseguirlo, y en su pecho nunca se albergó la duda. Pasaba al lado de los potentados, envidiando sus trenes; meditaba sobre la diferencia de clases, y quejábase en secreto de su mala suerte. Si él hubiese podido estudiar, comerciar, ó de otro modo llegar á ser rico, hubiera abrazado con empeño los estudios, el comercio sería su elemento, y por todo habría atropellado hasta conseguir su objeto.

—Sin dinero, ¿qué es un hombre en el mundo? —se decía á sí mismo.—Si al menos al que no le tiene, pero es honrado, se le considerase como al rico, yo me contentaría con ser notable en un arte ó en un oficio cualquiera; pero eso no acontece en la actual sociedad. Quiero, pues, ser rico, no sólo por el placer de serlo, sino porque me consideren.

Desgraciadamente, el oscuro mozalbete no tenía recursos de ninguna clase, ni padrinos ni amigos con quienes poder contar; todas las puertas estaban entonces para él cerradas; su voluntad, sin embargo, las abrió; y de tal modo lo hizo, que consiguió no se cerrasen tras él, ni se las hiciesen repasar avergonzado.

Vió que los toros *dan y quitan*, que aplicándose podía ser torero, y abandonó el aprendizaje del oficio de papalista-decorador, que empezó al lado de su hermano, decidiéndose á lidiar toros con firmísima voluntad. Peligroso era emprender la práctica de un arte cuyo ejercicio cuesta tan caro muchas veces, y aun en el caso de lograr el fin apetecido, sin grave detrimento personal, era muy posible, desprovisto de toda protección, se quedase en oscuro lugar de la tauromaquia. Pero á un joven valiente, con fe y entusiasmo, ¿qué inconvenientes pueden arredrarle?

Empezó por correr *moruchos* de los que en confuso tropel se sueltan en las novilladas, consiguió trabajar de balde en los embolados, y alcanzó por fin torear las reses de punta en las mismas funciones. Velase en él un muchacho atolondrado, un mozalbete que todo lo intentaba; que todo lo quería hacer y que nada sabía.

Sin embargo, los aficionados no se equivocaron. Aquella audacia, aquel valor, aquel afán de imitar, denotaban especiales dotes, y una voluntad de acero. Con dichas circunstancias, y reuniendo Salvador las dos primeras condiciones necesarias para ser torero, fácil era que alcanzase la tercera.

De tal modo dominaba en él un marcadísimo espíritu de imitación, que, como vulgarmente se dice, sin encomendarse á Dios ni al diablo, intentó

y ejecutó perfectamente el difícil *quiebro en la silla* poniendo banderillas á un toro de puntas en una corrida de novillos, cuando era desconocido como torero.

El pueblo de Madrid, tan entendido como el que más, aseguró á Salvador Sánchez un gran porvenir en el toreo desde que le vió entrar á formar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz en el año de 1866. Con tan buen maestro, y con tan espléndidas facultades como la Naturaleza dió á Salvador, mucho debía esperarse de éste, mucho exigírsele; y efectivamente, se le vió detenerse más, pararse en las suertes y tomar el derrotero de la buena escuela. Madrid le alentaba con sus aplausos; hasta le dió carta de naturaleza, suponiendo y considerando como madrileño al que había nacido en Churriana, pueblo de menos de dos mil almas en la provincia de Granada, el día 21 de Diciembre de 1844, siendo hijo de José y de Sebastiana, nada más que porque en Chinchón, á seis leguas de la corte, pasó sus primeros años. Hízole adoptar el sobrenombre de *Frasquito*, que pertenecía á su hermano y le elevó hasta el punto de que los espadas de temporada le cediesen algunos toros para estoquearlos. En esto fué vária su fortuna, porque al principio se *atropellaba* con los toros, y los espectadores temían por su vida.

Sin embargo, no tardó mucho en dominarse, en que su decidida voluntad se impusiese á sus juveniles arrebatos, y consiguió ser matador de toros de *cartel*. Después de haber trabajado como sobresaliente ó media espada en diferentes plazas al lado de Cayetano, del *Tuto* y de otros primeros matadores, recibió por fin la alternativa en la plaza de Madrid el día 27 de Octubre de 1867.

Estaban cumplidos sus deseos; el sueño de su niñez se había realizado; el mozo era un hombre, el pobre era rico. Ya podía tener alhajas y caballos, ya le era lícito entablar relaciones con una mujer sin temor á los desdenes, ya no esquivarían su trato los de alta posición social, y pensando en esto siempre, realizó á fuerza de voluntad y tenacidad cuanto en otro tiempo se propuso. Vistió con lujo; montó caballos de los que están de *non* en Madrid; compró fincas rústicas y urbanas; contrajo matrimonio en 1.º de Agosto de 1868 con la bella Doña Manuela Álvarez, hija del honradísimo traficante del mismo nombre; boda que dió mucho que hablar por el boato, la ostentación y gran número de limosnas con que fué celebrada; frecuentó los salones de la aristocracia, siendo en ellos bien admitido, y... hasta sentó á su mesa ministros en ejercicio y otros primeros magnates de la nación, ¡Quién lo había de decir! ¡El ignorado mozo, el obscuro pobre, frente á frente en cordial y franca amistad con altos personajes y principales damas de la nobleza! ¿Puede darse mejor prueba de lo que

es capaz de conseguir un hombre con persistente fuerza de VOLUNTAD?

Desde que *Frasquito* (así le llamaremos, puesto

otros hayan ejecutado. Si una vez, dos ó más, las suertes no han salido bien hechas, no por eso ha desanimado; ha vuelto á intentarlas, y puede de-



que así le llaman) tomó la alternativa, y aun antes de tomarla, ha hecho con los palos, con el cuerpo, con la capa, con la muleta y con el estoque cuanto

se que *todo* lo ha practicado en ocasiones á la perfección. Descuidó en sus primeros años de matador el manejo de la muleta desde que faltó de

Cayetano, no tuvo ejemplos activos que imitar, y en la suerte de *recibir* no fué de tan francos movimientos como luego consiguió serlo. Si hubiese tenido de quien copiar, de quien aprender dicha suprema suerte del toro, es indudable que la hubiera practicado desde luego con entera sujeción á las reglas del arte; pero con sólo sus buenos deseos no hizo entonces más que *recibir* de un modo especial y expuesto, no dando salida suficiente con la muleta. *Recibir* era, no hay que negarlo, y hace mal quien lo desnienta; pero se apartaba algo de lo que el arte exige, de lo que han hecho los grandes maestros. Así y todo, nos dimos por contentos, y hubieramos querido que todos los matadores procurasen *recibir* toros como Salvador, que ya perfeccionarían la suerte; todo es empezar. Ofrecía,

sin embargo, una rara particularidad el especial modo de *recibir* toros de este matador, que nos ha llamado la atención. Hemos dicho que es expuesto, porque no da suficiente salida con la muleta; y esto que todo el mundo conoce, y aun él mismo estamos seguros que no lo ignoraba, era lo que debiera proporcionarle frecuentes cogidas indudablemente: pues á pesar de ello, en las muchas veces que le hemos visto intentar, y otras *recibir* toros, nunca salió engancha-

do, como parece forzoso cuando no se da salida amplia a la res. Sufría el fuerte encontronazo á pie quieto, como debe ser, cuando cogía huesos; salía balanceándose de la cabeza de la res cuando tomaba los blandos, y el no se movía y dando poca salida; era raro que no fuese cogido. La explicación vamos á darla como nosotros la comprendemos. Salvador se colocaba perfectamente *enhielado*, corto y en buena postura; con valor, citaba y esperaba, arrancaba el toro, le guiaba bien con la muleta, quebrando lo suficiente (1), pero no adelantaba el brazo del estoque para herir en tiempo oportuno, sino que aguardaba que el toro se encontrase con la punta, y entonces consumaba la suerte. Succedía

con esto, que el matador llevaba el encontronazo, y á veces perdería terreno si sus piernas de acero no pudieran resistirle; y acontecía también que se creía mal ejecutada una suerte en que, si algo ha habido para hacerla, ha sido exceso de confianza y valor, siempre dignos aplauso.

Arrancando, y sobre todo *encontrándose*, era *Fras-cuelo* mucho más seguro que con los toros faltos de patas, á quienes él iba; pero desde el año de 1880, adelantó tanto que bien puede decirse que la suerte de *recibir*, la del volapió y todas las demás han sido ejecutadas por él á la perfección, en la mayor parte de las ocasiones.

Por consecuencia de su valentía y temerario arrojo, han sido varias las cogidas que ha sufrido en distintas ocasiones; pero ninguna tan grave



ANTES DE LIAR

como la que sufrió en la plaza de Madrid en la tarde del 15 de Abril de 1877 por el toro *Gindaleto*, que llamaron *Lagartijo*, de la ganadería de Adalid, que va explicada en el lugar correspondiente. Pudo costarle la vida el haber salvado la de Her-mosilla; pero la verdad es que Salvador recibió entonces por dicho motivo tan universales muestras de aprecio y cariño de toda España y aun del extranjero, que creemos no las olvidará en su vida. Las inmediaciones de su casa, mientras estuvo enfermo, estuvieron literalmente llenas de aficionados y de gente interesada en saber de su estado. En las listas de visitantes figuraban por miles los vecinos de Madrid altos y bajos, obreros y títulos de Castilla, señoras y caballeros, mujeres y hombres artesanos que se agolpaban á inscribir se: todos los periódicos daban parte por mañana y tarde del estado del enfermo; el telégrafo jugó

(1) José Redondo decía que para evitar las estocadas atravesadas en la suerte de *recibir*, el cuerno derecho del toro debía rozar la garnición del calzón del mismo lado.

para España y el extranjero con el mismo fin, y Madrid entero no hablaba de otra cosa que de la cogida y estado de *Frascueto*.

Pero lo que más llamó la atención, lo que demuestra que el hacer bien siempre tiene su recompensa, fué la conducta del noble pueblo de Chinchón, en esta provincia. Hemos antes indicado que Salvador pasó algunos años de su primera edad en dicho pueblo; pero lo que no hemos referido, y sí debemos hacerlo, es que desde el momento en que mejoró de posición, Salvador ha sido para muchos pobres de aquel vecindario el verdadero salvador de sus vidas. Llegó á la referida villa en la noche del mismo día la fatal noticia de la cogida de *Frascueto*, y antes de que se divulgase, los pocos que de ella tuvieron conocimiento tomaron en el acto el camino de Madrid. Al día siguiente, que corrió por todas partes tan triste nueva, cuantos vecinos pudieron abandonaron sus casas, y á caballo ó á pie á Madrid se encaminaron. No eran sólo los pobres, los agradecidos, los que venían; eran también los que, aunque no sea para ellos precisamente el importe material de la limosna, recogen el fruto de la misma. El párroco, el alcalde y todo el ayuntamiento de Chinchón quisieron ver al que muchas veces había socorrido indigencias y aliviado penas, y el testimonio del cariño de todo un pueblo debe enorgullecer á *Frascueto* más

la cabeza; pero como nunca le hemos tratado, nada podemos decir de esto, ni realmente nos importa: juzgamos al torero, no al hombre.

Amigos y adversarios sienten hoy la nostalgia de los buenos tiempos en que el solo nombre de *Frascueto* llenaba el mundo de la tauromaquia; todos hoy hacen justicia á sus excepcionales méritos como matador de toros, á sus prendas de valor é inteligencia, que colocan su nombre al lado de los de Romero, Montes y el *Chielanero*.

Circunstancia rara en la vida pública de este hombre excepcional, es la analogía que existe entre algunos hechos suyos y los de los maestros referidos. Romero matando un toro en las afueras de la plaza, Montes en un tendido de la plaza vieja de Calatayud y Redondo en una calleja de Santander, marcaron respectivamente un suceso extraordinario en su vida torera; pero el que realizó *Frascueto* antes de ser matador de alternativa, en 25 de Junio de 1866 y en la plaza de Toluca, no es de menor mérito ni compromiso que aquéllos. Mataba Salvador el quinto toro de la corrida, navarro por más señas, que se querenció en un caballo después de algún pinchazo, y ya estaba el mozo impaciente por descabellarle ó para prepararle á otra estocada, cuando de pronto oye á su espalda un estrépito grande que el público aumentó con imponente grito; era que otro toro, rompiendo

las puertas del chiquero y salvando la barrera, se encontraba en el redondel furioso, erguido, encampanado y buscando á quién hacer víctima de su fiera. Verle Salvador, dejar al toro herido al lado del caballo y dirigirse á los medios de la plaza, muleta y estoque en mano, fué obra de un momento: alegró al toro con el rojo trapo haciéndole fijarse en él, se acercó resueltamente, y sin dejarle llegar, vino á la fiera encima rápidamente, y el muchacho, que entonces tenía veintidós años, esperó la acci-



que todos los aplausos que en el redondel conquistó, porque éstos, aunque merecidos, se tributan por el placer ó agrado que al espectador proporcionan, y aquel cariño, aquel amor, es hijo de la caridad, que es la primera de las virtudes.

Salvador es honrado, buen esposo y mejor padre de familia. Dicen algunos que tuvo mucho *jumo* en

metida á pie firme, y al llegar al centro de la suerte hundió la espada en el cuello del animal, la sacó rápidamente, y enseñando al público su víctima rodando por la arena, dirigióse despacio al otro bicho, al que reinató descabellando entre los frenéticos vitores de la multitud. También entre las páginas más brillantes de la historia

de este célebre matador de toros, y son muchas las que en su libro tiene, cuéntase la inolvidable corrida de seis hermosos bichos de la ganadería del duque de Veragua que se verificó en Madrid el día 26 de Mayo de 1887. En ella trabajó solo *Frasuelo* como espada, haciendo quites admirables, é imprimiendo á toda la lidia un carácter de formalidad tan artístico, que hizo recordar los buenos tiempos de Francisco Montes: y en la hora de la muerte estoqueó los seis toros con tal aplomo, con tal seguridad, con tan pausado clasicismo, que sus faenas, por sí solas eran bastantes para elevarle á uno de los primeros puestos del torero, si ya no le hubiese tenido conquistado, y las siete estocadas con que despachó aquella media docena de reses bravas, le acreditaron de primer matador de toros de la época.

Mostró allí un conocimiento profundo del arte de torrear y de las condiciones del ganado, dándole la lidia adecuada á las mismas, é hiriéndole ya á volapié neto, ya arrancando, á un tiempo, recibiendo y aguantando: de todos los modos que el arte enseña menos los que como el volapié se conocen como de recurso, que son: á paso de banderillas, á la carrera, á la media vuelta, etc., no siempre indispensables.

Jamás lidiador alguno, de los conocidos en el presente siglo, tuvo la suerte de matar en una misma tarde, uno tras otro, sin interrupción, seis toros de tan brillante manera: así lo reconocieron cuantos presenciaron el suceso, lo mismo los amigos que los adversarios, llegando el más significado entre éstos á escribir, después de mil elogios, que aquel hombre, puesto á matar, con la aptitud que en aquella tarde puso en evidencia, hubiera estado queado con igual desventaja toda una torada.

Ya no era, pues, *Frasuelo* el matador de toros discutible: ya se reconocía su mérito sin ponerle en duda: y aunque siempre hay partidarios de unos y otros toreros, aunque cada aficionado encuentra en el lidiador que más le gusta, supremacía en su favor, llegó una época en que se respetaba y á veces se aplaudía por todos el trabajo de tan gran torero.

Llegó Salvador, por la fuerza de su voluntad nunca enervada ni desfallecida, á la cumbre del torero, á la meta de su carrera; allí se mantuvo sin bajar ni un milímetro de tan magnífico pedestal, trabajó en los últimos años con más empeño que cuando empezó, con la misma afición, con igual deseo y sin reservarse nada, absolutamente nada; y ya con la conciencia segurísima de haber cumplido para el arte con la misión que á él le trajo, decidió retirarse y abandonarle.

Podría acontecer que las facultades físicas escaseasen, (que al fin los 45 años ya estaban cumplidos y en el torero pesan mucho) y entonces la

injuria de los tiempos le arrojase del teatro de sus grandes hazañas: él no quería ni en sueños siquiera, pensar en que pudieran marchitarse los laureles tan legítimamente conquistados, y quiso disfrutar de la tranquilidad que podían proporcionarle, con las caricias de sus hijos, los bienes y caudal que con tanto esfuerzo supo adquirirse.

Para un hombre rodeado de consideraciones, envidiado de todos sus compañeros, colmado de aplausos que tanto adormecen el sentido, lleno de entusiasmo por su profesión con la cual gozaba cada vez más, como goza un padre con sus hijos, aquel paso era terrible y había de producir en su alma grandísima sensación. Pero su *voluntad* era más fuerte que el acero: se resolvió á verificarlo y lo realizó sin dudar un momento.

Su retirada debía ser excepcional, como lo había sido su vida torera. El público de Madrid, que le había visto nacer para el arte, era quien debía darle el último adiós y así fué en efecto. Ofreció la empresa por su trabajo en la corrida de despedida, la respetable suma de treinta mil pesetas, y en la tarde del 13 de Mayo de 1890 dando la alternativa á Antonio Moreno (*Lagartijillo*), concluyó para el arte el bravo entre los bravos, el entendido y pundonoroso Salvador Sánchez, acreditando con este acto, que tan gran vacío ha dejado en el torero, la fuerza de su voluntad que fué siempre el distintivo de su carácter. *No habiendo que vencer, venciose el mismo.*

Sánchez de Neira, D. Gonzalo.—Natural de Madrid, Licenciado en una carrera científica y escritor público. Su afición á las corridas de toros le llevó á hacer en 1883 las revistas de las celebradas en esta corte y que firmó con el pseudónimo *Joselito* en el *Diario Oficial de Avisos*. Ha



colaborado en otros periódicos políticos y taurinos de Madrid y provincias y en la novela *La chaquetilla azul* que fué parto de casi todos los revisteros de Madrid.

La circunstancia de ser hijo del autor de esta obra, impide hacer relación de más detalles.

Sánchez, Lázaro.—Hace unos veinte años hubo un matador de toros, que decían era gaditano, y que trabajó bastantes corridas en la Habana con alguna aceptación. Después nada hemos sabido de tal diestro.

Sánchez, Manuel (El Pintor).—Natural de Sevilla. Matador de más deseos que saber, pero trabajador y dócil a las insinuaciones de los maestros. Fué un media-cuchara regularcito, cuya época empezó en 1834 y duró pocos años.

Sánchez, Antonio.—[Dios quiera que este matador no encuentre uno que le mate á él] Sirve de poco ser valiente si no hay arte y si no se pone cuidado en aprender; y el que empieza debe escuchar consejos y advertencias. Conociéndolo así cejó en sus aspiraciones, consiguiendo la conservación del individuo, á costa de ejercer el arte despacio, muy despacio y con grandes interrupciones.

Sánchez Garrigós, D. José.—Es un concienzudo escritor taurino, que á pesar de sus pocos años reflexiona con madurez y entiende perfectamente lo que debe decir con verdad. El pseudó-



nimo *Begatón* conque firma sus revistas de toros, le ha dado un buen nombre de inteligente

aficionado; es redactor de *La Correspondencia de Alicante* y antes de *La Tarde*, y nació en dicha ciudad en Febrero de 1871.

Sánchez, Antonio.—Picador de medianas facultades, de pocas pretensiones y de menos nombradía, que trabajó en algunas plazas antes del año 1860. En el de 1859 le vimos en Madrid, y demostró buenos deseos de agradar. Después Dios sabe lo que habrá sido de él.

Sánchez de Castro, Juan (Negrete).—Torero gaditano poco conocido fuera de Andalucía donde tiene simpatías. No le hemos visto trabajar, ni los periódicos hablan de él, ni referencias particulares, que hemos buscado, indican si vive ó no.

Sánchez, Julián.—Buen banderillero, sobrino de *Cúchares*; pareo bien, gracias á sus facultades de piernas. Es infatigable con la capa y oportuno con ella casi siempre. Conociendo lo que puede y hasta donde llega, no ha pensado en ser matador, y ha hecho bien, que mejor es ser buen banderillero que mal espada. Tiene mucha gracia y mucha plaza, á pesar de que ya no es niño.

Sánchez, Francisco.—Es un banderillero sevillano bastante regular, aunque fué demasiado inquieto en el redondel cuando empezó. No es torpe, ni mucho menos, y se le ve que imita mucho á su hermano Julián. Vale el chico, y bien lo conocen los jefes de cuadrillas principales á cuyas órdenes ha trabajado.

Sánchez, Francisco (El Barbero).—Hubo un picador de este nombre que en 1835 vino de Andalucía y del cual conservamos escasísimos recuerdos. Ya en 1827 trabajaba con Manuel Lucas y con Juan León.

Sánchez, Francisco (El Semolero).—En 1.º de Septiembre de 1878 trabajó en Sevilla, y luego ¿dónde?

Sánchez Pacheco, Tomás.—Director del acreditado periódico taurino *La Puntilla* que defiende con calor los buenos principios del arte en notables artículos que manifiestan gran conocimiento de su aplicación á la práctica. Es serio y claro en sus escritos fácil en la exposición y lógico en las conclusiones, demostrando siempre que sus apreciaciones son excelentes y atinadas.

Es natural de Sevilla, donde estudió siguiendo luego la carrera militar. Vino después á Madrid donde se dedicó á enseñar la asignatura de Aritmética en una academia preparatoria para el



cuerpo administrativo del ejército, fundando luego con el director de dicha academia, un semanario taurino titulado *El Látigo*.

Pasó más tarde á Gijón donde escribió en el *Musel* periódico político, y cuando volvió á la corte, tanto en *El Tío Jindama* como en dicho periódico *La Puñilla*, de que hoy es propietario, ha escrito de toros acreditando su inteligencia en la materia.

Sánchez, Dolores (*La Fragosa*).—Emula de la célebre Martina García. Se presentó en estos últimos años en las plazas de España á torear y matar becerros. No vestía como aquella faldas cortas sino taleguilla como los hombres, y después de dar con su cuerpo en tierra muchas veces, contrajo matrimonio hace cuatro ó cinco años con un matador de novillos.

Sánchez, José (*El Moreno*).—Hay en el toreo más Morenos que Blancos, y de unos y otros muchos malos, ó medianos cuando menos. Empieza ahora á parcar en novilladas, y es pronto para saber si es de los unos ó de los otros.

Sánchez del Campo, José (*Cara ancha*).—¿Qué hemos de decir acerca de este simpático

matador de toros? ¿Que es bien parecido, demasiado guapo tal vez? ¿Que cifra toda su ventura en agradar al público? Pues esto ya lo saben cuantos le han visto en todas las plazas de España y Portugal, que es un mozo que en pocos años de matador, adquirió pronto renombre.

Nació en la ciudad de Algeciras, importante y populosa población de la provincia de Cádiz, el día 8 de Mayo de 1850, siendo hijo de D. Juan Sánchez del Campo y de Doña Trinidad Boullosa, y apadrinado en la pila por el Jefe de Administración civil, comisario de Guerra honorario, Don José Sánchez y por Doña María de las Mercedes Sánchez del Campo. La distinguida posición en que sus padres se encontraban permitió á los mismos dar á su hijo una esmerada educación, y cuando fué oportuno, hicieronle estudiar lo necesario para prepararse á ingresar en la carrera de las armas. No le disgustaba al joven ser militar; todo lo contrario. Agradábale en extremo el brillo de los uniformes, la actividad del soldado, la ostentación del ejército y la vida azarosa unas veces, tranquila otras, del oficial en campaña cuando hay guerra, y en las ciudades ó pueblos en tiempo de paz; pero la Providencia no quiso que el mozalbete vistiese uniforme militar. Destinábale, sin duda, á gastar trajes de más entorchados, con más oro y más plata que los de cualquier generalísimo del más lujoso ejército del mejor imperio del mundo. No le dispuso para matar hombres; le señaló en sus altos designios para matar fieras.

Cuando cumplía los doce años de edad, ó sea en el de 1862, murió su padre, dejando á la desdichada madre con tres hijos, de los que el mayor era José. Obrando previsivamente, se trasladó con ellos á Sevilla para vivir con su cuñado D. Rafael Sánchez del Campo antes de que, concluidos sus recursos, pudiese verse reducida á más lamentable situación, y una vez en aquella gran ciudad, se pensó en familia suspender los estudios de José y dedicarle á un oficio decente que ayudase á mantener las obligaciones de la casa. El muchacho se decidió desde luego por el de pintor y dorador: adelantó mucho en poco tiempo, trabajaba con buena voluntad y tenía disposición para ello; pero en Sevilla, aunque en toda España sucede poco menos, no pueden reunirse en un taller, en un café, en una oficina, en ninguna parte, tres personas sin hablar de toros. De aquí se pasa á quererlos ver, y de esto, si es gente joven y animosa, á quererlos sortear, y así le sucedió á nuestro mozo. Con amigos de su edad y compañeros aficionados marchábase los días festivos á la renombrada dehesa de Tablada, veía á algunos muchachos capear reses, y le entró gana de hacer otro tanto. ¿Por qué no? El no conocía el miedo, era ligero y tenía afición; luego estaba en condiciones para hacer lo que

otros hacían con aplauso general. Viendo que de un día de fiesta á otro pasaba demasiado tiempo para gozar de una afición que con tanto entusiasmo se despertó en él, robaba á su descanso las primeras horas para acudir á la dehesa, correr y capear novillos, llevar algunos revolcones, y volverse á trabajar á su taller: porque José, á pesar de todo, no pensó nunca en faltar á su obligación, y mucho menos á los deberes de buen hijo. Su instrucción taurómaca fué aumentándose con la práctica; su jornal le permitía ahorrarse algo para trasladarse algunos días de fiesta á los pueblos inmediatos en que se corrían novillos, y ya empezó á conocerse por su valor, bonita figura y asombrosa confianza con las reses. Esta última circunstancia le hizo sufrir en 1865, el día de San Eustaquio, en Sanlúcar la Mayor, una terrible cogida que puso gravemente en peligro su existencia, pero este penoso bautismo de sangre no enfrió su entusiasmo: en cuanto se curó, siguió torcando por los pueblos; y al fin, en el año de 1868, consiguió pisar por primera vez el redondel de la plaza de Sevilla en algunas novilladas.

Entre los buenos aficionados se habló con cierto calor de las buenas cualidades de José, á quien ya por entonces empezó á llamársele *Cara ancha*, y el Excmo. Sr. Marqués de Arbutus, entre otros, se propuso protegerle: para ello era preciso darle á conocer en alguna corrida de toros formal, y aprovechando la ocasión de celebrarse en Sevilla el año 1869 una función á beneficio de los mozos á quienes cupo la suerte de soldados, se logró presentar á *Cara ancha* como banderillero en la cuadrilla de Antonio Carmona. Tuvo el chico la suerte de llamar mucho la atención, se le aplaudió con exceso, y desde aquel momento recibió de un inmenso público la credencial de torero bravo, atrevido y sereno. En seguida se le llevó ajustado por dos corridas en Lisboa el espada José Lara (*Chicorro*), y á su vuelta de allí quedó incorporado definitivamente á la cuadrilla del *Gordito*.

Mucho aprendió con éste, llegando sus visibles adelantos hasta tal punto, que en la suerte de banderillas se hizo notable, aun al lado de aquél, que no puede dudarse era en ella un maestro aventajado. Así siguió tres años, al cabo de los cuales formó parte de la cuadrilla del matador cordobés Fuentes (*Bocanegra*), que le cedió algunos toros para estoquearlos, sirviéndole esto de aprendizaje para tan difícil suerte.

Cara ancha no podía olvidar el obsequioso recibimiento, las muchas muestras de simpatía que cuatro años antes le había tributado el pueblo portugués, y habiéndosele ofrecido ajuste en el año de 1873, pasó á Lisboa como jefe de cuadrilla.

Hay en Portugal muchos más aficionados al arte de *Pepe Illo* que en cualquier otra parte del mundo, y aunque allí tienen muy buenos lidiadores de á pié, excelentes pegadores y notabilísimos jinetes toreadores á caballo, admiten nuestros vecinos de buen grado á los toreros españoles que en su arte sobresalen, dándoles preferente puesto, y á esta galante conducta responden los de España con su proverbial agradecimiento. En este particular como en otros muchos, los portugueses y los españoles piensan del mismo modo. Iguales son sus aficiones, sus virtudes, sus defectos y sus costumbres: como que compusieron por mucho tiempo una



misma nación los hijos de la Península ibérica.

José Campos, aprovechando las favorables simpatías que le mostró el noble pueblo lusitano, se esforzó durante su estancia en Lisboa para cumplir con su deber y aun procuró excederse en él: prodigó los lanzes de capa, clavó rehiletes á *porta de gayola*, quebrando, en la silla y de todos modos y pasó de muleta lo mejor que supo. Siempre incansable, siempre deseando agradecer, era corta la tarde para su trabajo; y estos buenos deseos nunca interrumpidos, jamás amenguados, los premió constantemente aquel pueblo con unánimes y continuos aplausos y entusiastas manifestaciones de cariño, que el torero español no ol-

vidará fácilmente. Colmáronle de regalos, diéronle el sobrenombre de *el Pollo*, con el cual allí se le distingue, se le elogió mucho en la prensa, y hasta en la misma se estamparon retratos suyos, que se adquirieron con empeño.

A su regreso á España siguió trabajando en las principales plazas en clase de banderillero con general aceptación. En esta suerte de banderillas es fino, sereno, y sabe entrar á tiempo y salir tranquilo, distinguiéndose más *quebrando* que *cauteando*, y mucho más de esta última manera que *seguando*.

Recibió por fin la alternativa en la plaza de Sevilla el día 27 de Septiembre de 1874 de manos del reputado diestro Manuel Domínguez, y se la confirmó en Madrid Rafael Molina el 23 de Mayo de 1875. Desde entonces ha tenido muchos y buenos ajustes para la mayor parte de las plazas de España, sin que algunas cogidas, no muchas en verdad, que en diferentes ocasiones ha sufrido con carácter de graves, hayan debilitado su valor y arrogancia. Luego, en 1878, ha contraído matrimonio en Sevilla con una distinguida joven. Pero este es punto perteneciente á la vida privada, de que no debemos hablar más que para desear á los cónyuges largos años de ventura. *Cara ancha* se hizo un torero de los más aventajados en el arte. Elegante con el capote, que maneja como nadie puede hacerlo mejor en verónicas y navarras; pasó de muleta generalmente bien y con lucimiento.

Es el único de los matadores de su época que ha recibido toros á la perfección, aunque lo ha realizado pocas veces, y Madrid entero al presenciar suerte tan olvidada, le colmó de justos elogios que él nunca podrá olvidar.

Ultimamente por efecto del tiempo, porque su corpulencia no le permitía hacer esos juguetes, tan de moda como ajenos al arte, se reservaba algo, pero, en el puesto de peligro que era necesario ocupar para salvar á un compañero, en la ejecución de suertes difíciles y comprometidas, como la de banderillas quebrando, que ha ejecutado con primor, y en casos de vergüenza torera, allí estaba nuestro hombre pronto y eficaz, valiente y con inteligencia.

Cuando se retiró del toreo en Sevilla en 1895, los inteligentes dijeron á una voz que desde entonces falta en la arena uno de los mejores toreros que la han pisado. Intentó antes despedirse del pueblo de Madrid con una buena corrida, que por informalidad de otra persona que en ella ofreció tomar parte, hubo necesidad de suspender.

Sánchez del Campo, Pedro.—Este banderillero, de Sevilla, es hermano del espada José (*Cara*

ancha). Parea con gracia y frescura, va bien á la cabeza y no sale mal. Sin embargo, se confía demasiado con los toros. Este y Manuel quieren tanto á su hermano mayor José, que es seguro se dejarían



coger por un toro antes que desamparar á aquél en un lance crítico. Dicen públicamente que á su hermano le deben mucho, y no ocultan que él fué quien redimió á metálico la suerte que á ambos tocó en la quinta de 1873. Semejante conducta honra á todos.

Sánchez del Campo, Manuel.—Hermano del espada José, conocido por *Cara ancha*. Es un banderillero que como su hermano Pedro, es valiente y atrevido, parea bien, pero le falta calma. Nació en Algeciras el 17 de Julio de 1852. Dedicóse con su hermano al oficio de pintor; con él iba á las *capeas* de los pueblos, y siguiéndole en todas ocasiones, con él toreó en novilladas; por cierto que un toro del Saltillo le dió una gran cornada que le tuvo á la muerte. No le vimos en Madrid hasta 1877, donde se distinguió notablemente. Hoy reside en Sevilla dedicado al comercio y retirado completamente del toreo.

Sánchez Laborda, José.—Matador andaluz de regulares condiciones. Procuraba cumplir agradando. Por ese afán de ser matador sin ser antes buen torero, no ha pasado de ser mediano, pudiendo haber sido bueno, como había derecho á esperar de su aptitud. Falleció en Sevilla hace pocos años.

Sánchez, Manuel (*El Mellizo*).—Es banderillero que cubre su puesto con buena voluntad, y aunque lleva algunos años ejerciendo el arte, no es una notabilidad ni por lo malo ni por lo bueno. Le suponemos retirado ya del toreo activo.

Sánchez, Juan.—Picaba toros antes de mediar el siglo presente. Nada nos han dicho de su aptitud ni demás circunstancias.

Sánchez Povedano, Francisco.—Este matador de toros es hijo de los mismos padres que Salvador Sánchez (*Frascuelo*). Nació como éste en el mismo pueblo de Churriana de la Vega, y tiene unos catorce meses de edad más que él, puesto que vino al mundo el día 4 de Octubre de 1843. Cuando á la edad de siete años abandonó el pueblo de su nacimiento, le dedicó su buena madre á cursar la primera enseñanza, y más tarde al aprendizaje de un oficio mecánico en que no hizo grandes progresos, porque desde la edad de catorce años ya empezó á torear en las novilladas de los pueblos inmediatos á la corte, donde adquirió el mote de *Frascuelo*. Tal fué desde muy temprano su afición al arte de los Romeros.

Teniendo diez y ocho años de edad, poco más ó menos, trabajó ya en corridas de toros á las órdenes de *Cúchares*, y cuando murió Mateo López, suplió su puesto en la cuadrilla de Cayetano Sanz, aunque no formó como banderillero de número hasta que su hermano Salvador tomó la alternativa de espada en 1867 y le hizo trabajar á su lado; pero llegó el año de 1869, y se le hicieron muy ventajosas proposiciones para ir á torear á América en clase de media espada del matador catalán Pedro Aixela (*Peroy*), y quiso ver mundo y aprovechar la ocasión.

Emprendió el viaje; la cuadrilla gustó en Montevideo, y Sánchez más que otros por su decisión y arrojo, y sobre todo por su deseo de agradar. Una circunstancia le favoreció para ello. *Peroy* se lastimó, á consecuencia de una cogida, y Sánchez tuvo que matar solo, cuatro corridas de toros, en las que fundó su reputación en aquel apartado país. De qué manera sería estimado su trabajo lo demuestra el hecho de haber sido allí ajustado para torear en Lima doce corridas por la respetable cantidad

de trece mil duros libres: algo verían en él los limeños cuando le aplaudieron frenéticamente, á pesar de que toreaba ocupando puesto después de Vicente García Villaverde y al lado del torero peruano Angel Valdés, que, como es natural, tenía las simpatías de sus paisanos.

Sin embargo, aquellas muestras de entusiasmo por Sánchez pudieron costarle muy caras por una fatal coincidencia.

El Perú sostenía entonces contra España una guerra que puso de relieve el valor de los españoles



y su heroicidad en el Callao, que immortalizó el nombre de Méndez Núñez. El gobierno de Lima, para allegar recursos con que atender á los grandes gastos que la guerra le ocasionaba, acudió, como sucede en todas partes, á exigir contribuciones, á inventar nuevos tributos, y hasta á disponer funciones y espectáculos públicos con el fin de destinar sus productos á aquel objeto. Allí, como aquí, hay algunos que hablan contra las corridas de toros, poniendo el grito en el cielo; pero en ambos puntos, cuando se necesita socorrer á los desvalidos y no hay fondos, en lo primero que se piensa es en celebrar corridas de toros para sacar dinero suficiente á cubrir aquellas urgentes atenciones.

Ordenóse, pues, en Lima una gran corrida extraordinaria, y para tomar parte en ella se contó con el matador Francisco Sánchez. Inútil fué que éste hiciera presente que su carácter de extranjero le libraba de compromisos nacionales; no se le oyó cuando expuso que él era español y no podía, sin menoscabo de su honra, contribuir de manera alguna á favorecer intereses que á su nación perjudicaban, y con graves amenazas se le hizo consentir que su nombre figurase en el cartel de aquella fiesta. Temía Sánchez, más que á las autoridades aquéllas, no muy escrupulosas por cierto en el cumplimiento del derecho internacional, á las iras del populacho, sobreexcitado por la pasión política, y preveía que las simpatías que toreando había conquistado, se iban á trocar en furiosos arrebatos contra su persona. Por otro lado, sin cónsul ni representante alguno español que apoyase sus protestas, ¿á quién acudir? Consintió, pues, aunque con reservas mentales, en lo que se le exigía, y dijo para sus adentros: «Ningún español se arredra por cosas de poca monta»; y concibió un plan que le salió á las mil maravillas. Llegó la hora de la corrida; inmenso gentío llenó las localidades de la plaza; acudieron las autoridades momentos antes, y se enteraron de que la cuadrilla estaba presente esperando la señal para salir al redondel, pero que el jefe de la misma, el matador Sánchez, no parecía: buscáronle y no le encontraron. Ordenó el presidente que si era hallado se le condujese entre bayonetas; corrió la voz de que había ido al puerto, dirigiéronse allí en su persecución los más exaltados, y cuando llegaron á la playa, vieron sobre cubierta del vapor inglés *Payta* al joven Sánchez haciendo uno de esos ademanes característicos de los hijos de España, que no por ser mudos dejan de ser muy elocuentes. Un español no podía obrar de otro modo. ¡No faltaba más que expusiese, no ya su vida, sino su honra, que vale mucho más, por favorecer á los enemigos de su patria!

Llegó felizmente á Panamá, y desde allí, en el vapor *Emperatriz*, arribó á Saint-Nazaire (Francia), desde donde se dirigió á Madrid. El hecho referido habla muy alto en favor del patriotismo de Francisco Sánchez. Pero lo mismo que él hubiera hecho todo español valiente. Sin embargo, en una ocasión dijo con entereza que si no hubiese encontrado pasaje en el puerto, si tampoco le hubiera servido de excusa fingirse enfermo, estaba resuelto á dejarse coger por el primer toro que saliese al circo, antes que desplegar el capote trabajando en favor de sus contrarios.

Pasaron cuatro años, durante los cuales trabajó como banderillero, alternando con Pablo, el *Cuco* y *Armilla*, y en 1875, fué contratado de nuevo como matador para Montevideo. No habían olvidado los aficionados de aquel punto el mérito

de nuestro hombre. Conquistó nuevos laureles, y pasó en busca de otros al Brasil, y si mucho había gustado su esmerado trabajo en las repúblicas americanas, aún tuvo mayor aceptación en el Imperio brasileño, que concedió á Sánchez una medalla; alta distinción que da únicamente á los artistas que en su profesión descuellan.

Habiendo regresado definitivamente á España, tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid el día 14 de Octubre de 1877. Desde entonces viene alternando con todos los principales espadas en las plazas del reino, esmerándose cada vez más en agradar al público. A instancias de su hermano, dejó el estoque y tomó de nuevo las banderillas un poco de tiempo, pero volvió á estoquear toros con varia fortuna.

Sánchez es una especialidad en los galleos, capea bien de todos modos, y no maneja mal la muleta, aunque á veces se precipita. Tiene sin embargo un gran defecto: fáltale maña para herir, y esto ya no lo corregirá. Nadie le aventaja en su buen comportamiento como particular; es alegre, dádivo y fiel cumplidor de su palabra.

La alternativa de este matador debe entenderse desde 11 de Octubre de 1885 pues la tenía perdida por haber ingresado de banderillero en la cuadrilla de su hermano Salvador.

Sánchez, Rafael.—De Sevilla donde nació fué á la Habana á picar toros, y los picó, en la cuadrilla del matador Silverio, como lo hubiera hecho un valiente que no supiera más que tenerse á caballo.

Sánchez Mula, Mariano.—De tenor cómico de zarzuela ha pasado á ser matador de toros, ó por lo menos á querer estoquear como los toreros de verdad. Zapatero, á tus zapatos, que si no fué más que una humorada querer remedar á Mazzantini basta de bromas que pueden costar caras.

Sánchez Lozano, D. Juan.—Distinguido aficionado y buen escritor.

Es autor de la obra titulada *Manual de tauromaquia*, impresa en Sevilla en 1882, en que se colecciona cuanto hay escrito sobre las suertes del toreo, y todo lo relacionado con el espectáculo, anotándolo con gran número de curiosos datos y opiniones particulares, que prueban su competencia y sobrados conocimientos.

Entregado últimamente por completo á la política, con las ocupaciones propias del Diputado provincial que fué en Sevilla, abandonó los escritos taurinos que publicaba en el periódico *El Progre-*

so de que era director, y los buenos aficionados sienten su ausencia del palenque literario-aurino que tanto honró con su talento.

Sánchez, Rafael (El Bebe).—Valiente banderillero é inteligente peón de lidia, que el día 5 de Agosto de 1888 quiso en la plaza de Cartagena dar el cambio en rodillas al toro *Cimbareto*, quinto de la tarde, el cual, sin darle tiempo para movimiento alguno, enganchó al diestro por el tercio medio y parte interna del muslo izquierdo, ocasionándole una gran herida, y otra en la parte inferior de

muchacho en coque descubierto y con lágrimas en los ojos, saludando al público que le tributó una gran ovación.

Sánchez Postigo, Ramón.—No es moderno: no le pesa la garrocha ni desatiende la mano izquierda. Es preciso que castigue más y caerá menos, pero ya, haga lo que quiera, no pasará de medianía.

Sánchez, Dionisio (Moreno).—Es un banderillero que quiere trabajar, pero como la intención no es bastante, acierta unas veces y otras no. Seguramente, á no ocurrirle algún percance ó variar de rumbo, el chico se hará un buen torerito, porque es bravo y aplicado.



Sánchez, Juan (Bombita).—Matador de novillos, natural de Algeciras, que empezó hace unos catorce años, metiendo algún ruido, allá por Andalucía. Se quedó en la estacada: es decir, cesó el ruido muy pronto, la Bombita desapareció y el toreo se quedó desahogado con su ausencia.

Sánchez, Leandro (Cacheta).—Tomó la alternativa de matador de toros en Madrid de manos de Curro Arjona Reyes, el día 14 de Octubre 1888. Habíase distinguido como valiente en las corridas de novillos y era una especialidad para dar el salto de cabeza á rabo, como hacen los *écarteurs*. No gustó en aquella corrida de investidura, y á poco de ser curado de las heridas que en ella recibió, marchó á América y en aquellas repúblicas parece que ha obtenido buena reputación, puesto que más de una vez ha ido allá y ha tomado parte en muchas corridas.

la pierna. Trasladado de allí á Córdoba, pueblo de su naturaleza, sufrió la amputación de la pierna quedando de este modo inútil para el toreo un muchacho que había hecho concebir las más lisonjeras esperanzas por sus rápidos adelantos. Para aliviar en parte su desgracia, los famosos *Lagartijo*, *Frasuelo* y *Guerrita*, dieron en Madrid una corrida de toros el día 12 de Noviembre de aquel año, en la cual todos los lidiadores trabajaron de balde y los ganaderos dieron reses sin retribución alguna. En esa función se presentó el

Sánchez, Justo (Zurini).—Hay valor irreflexivo y esto no basta. Quiere, adelanta y mata con valentía; fáltale arte que va aprendiendo poco á poco. Es natural de Brihuega, provincia de Guadalajara, hijo de D. Basilio, y Doña Ceferina del Cerro, quienes le dedicaron al oficio de vidriero, pero él desde la edad de 19 años se dedicó al arte del toreo, trabajando en varias plazas en cuantas novilladas ha podido, y partiendo el producto de sus utilida-

des con su buena madre que reside en el pueblo de Fuente el Saz de Jarama, donde es muy apreciado por su buena conducta. En Madrid en las



temporadas de otoño á primavera en que ha trabajado, se ha visto en él un muchacho de facultades, activo y humilde.

Sánchez, Joaquín (León).—Anda matando toros por esos pueblos, haciendo más de lo que debe exigirse al que torea sin preparación conveniente en cuadrillas donde se aprende.

Sandino.—Por el año de 1852 empezó á trabajar en Madrid este picador con mucha voluntad, pero con poco poder; así que sus adelantos no han sido grandes. No recordamos su nombre con exactitud, aunque nos parece era el de Tomás.

Sangre torera llaman los aficionados á la bravura del lidiador pundonoroso, que pone cuanto puede de su parte para cumplir bien, agradando al público. No hay que confundir este valor, que es frío y sereno, con la temeridad y el atolondramiento.

Sancho, Miguel.—No sabemos por qué figura como espada en carteles de mediados de este siglo; solo si que no ha sido matador de alternativa. Alla por los años de 1849 trabajó alguna vez con Cayetano Sanz. Este llegó adonde todos saben; aquel no pagó...

Sancho-Miranda, Vizconde de.—Uno de los más diestros aficionados que en Córdoba existían á principios del presente siglo, y cuya fama de habilidad en el toreo ha llegado hasta nuestros días.

Sancho Jiménez, D. Juan.—Periodista malagueño que en el *Triquitraque* de su propiedad y dirección y en el importante diario *El Mediodía* defendió el arte de torear revistando corridas y escribiendo brillantes artículos. Tuvo el seudónimo de *Guanico*.

Sánchez, Francisco (Barajitas).—Para ser picador de toros, ¿basta montar á caballo, coger una garrocha y ponerse delante de un toro? Luego que lleve un poco de tiempo toreando, puesto que ahora es muy nuevo, nos dará la contestación.

Sánchez, Joaquín (León).—Es un murciano que quiere ser torero, banderillero y matador y por serlo todo no es nada. Podría serlo si estudiase y se parase.

Sano.—Los toros que no estén completamente sanos no sirven para la lidia, porque su enfermedad influye naturalmente en su bravura. Algunas veces estando bueno un toro, le hemos visto en la plaza con un bulto en el anca, efecto de cornada en el campo, á la que llaman *sobresano*, y hemos advertido que el público lo ve con disgusto, y tiene razón, porque en plazas de primer orden deben siempre correrse toros sin defecto de ninguna clase.

Santa Ana, D. Manuel María.—Trabajando asiduamente y ayudado por la suerte llegó desde modesto creador de las *Hojas autógrafas* á adquirir una buena fortuna con su periódico *La Correspondencia de España* y como consecuencia natural, á ser Senador y obtener justamente un título de Castilla que es el de Marqués de Santa Ana y Vizconde de los Asilos. Se ha distinguido siempre por su caridad é ideas benéficas en favor de los pobres, socorriéndolos pródigamente, fundando y sosteniendo asilos y refugios á sus expensas; y ha manifestado en todas ocasiones un espa-

ñolismo marcado y buena afición á las corridas de toros. Es autor del proyecto de ley presentado á la alta cámara en 17 de Febrero de 1880, pidiendo la creación de dos escuelas de tauromaquia en Madrid y Sevilla, en el cual se establecían premios, pensiones, viudedades y enseñanzas obligatorias para ilustrar á los ignorantes y enseñar al que no supiese leer ni escribir. Era cuanto en esa proposición se indicaba noble, humanitario y benéfico, y *por eso* no se votó, que es una vergüenza para ciertas gentes que haya corridas de toros, pero no lo es el lucrarse de sus productos en determinados casos. Nació en Sevilla en 1818 y después de escribir en el *Diario de Sevilla* y de componer alguna comedia, se hizo progresista cuando el pronunciamiento de 1840; vino á Madrid á estudiar medicina en 1842, y continuó escribiendo para el público en diferentes periódicos, hasta que, como al principio va dicho, fundó sus *Hojas autógrafas*, base de su fortuna. Como recuerdo que le honra conserva en su casa, en sitio preferente, la pequeña máquina y piedra que para la tirada le sirvieron. Dice de Santa Ana el distinguido escritor Conrado Solsona, que «es el único hombre público, que debiéndole mucho á su generación, se lo ha pagado todo, convirtiendo el periodismo en información, haciendo carrera y porvenir de su ejercicio, devolviendo sus caudales adquiridos á la industria nacional y precipitándose constantemente en las obras de caridad y de consuelo» y ciertamente no exagera Solsona al hacer tales afirmaciones que están en la conciencia de cuantos conocían las altas prendas de tan excelente caballero. Falleció en Madrid de anemia cerebral el día 11 de Octubre de 1894 y su entierro fué una verdadera manifestación de duelo de todas las clases sociales.

Santa Anna, Manuel.—Buen banderillero lusitano que empezó á darse á conocer en 1873, en las plazas portuguesas. Creemos que ha fallecido, ó tal vez se haya retirado del toréo, porque hace años no oímos hablar de él.

Santa Engracia.—Cumplía como banderillero hace ya más de treinta años, colocando los palos siempre por un lado y cuarteando demasiado. Era obediente y no estorbaba en el ruedo. Creemos se llamaba Toribio; pero no lo recordamos bien.

Santa Coloma, D. José.—Autor de un reglamento para corridas de toros, y fundador del periódico taurino llamado *El Tabano*. Ha escrito otras obritas relativas al toréo, y era mejor aficionado

que escritor. Pocas personas aficionadas en Madrid, donde ordinariamente residía, serán las que no se hayan entretenido algún rato oyéndole explicar, con toda seriedad, las suertes del toro. Falleció hace pocos años.

Santa Martha, Ignacio Augusto.—Ha sido uno de los buenos mozos de forcado que ha habido en el vecino reino, desde hace más de cuarenta años. Tuvo siempre una *afición* desmedida al toro.

Santana, Francisco.—Matador de toros en novilladas que alternó con Juan Pastor (*El Barbero*), José Redondo y Antonio Luque (*El Camará*) en diversas corridas efectuadas en los años 1844, 1845 y por última vez en 1847. Era hijo de Málaga y en ella estaba avecinado; su concurrencia al matadero público y alternar con aquella gente del bronco, le hizo aficionado á toros y por último torero. Primeramente mataba en novilladas y luego en corridas formales y hay reseña de una corrida en Granada en 1.º de Junio de 1845 en que hizo de primer espada, estoqueando reses de D. Manuel Osuna, vecino de Brenos (Sevilla) y demostrando su innegable valentía en una buena *recibiendo* que dió al primer toro, y un excelente volapié á su tercero.

Como hombre, era lo que se llama un terne y por esto le respetaban, y en sus tratos de carnes y otros artículos era persona que se daba buen lugar por sus formalidades, obteniendo por ello medios para vivir con cierta holgura y no pensar más en vestir la taleguilla. Creemos que desde 1847 no tereó más, porque no se encuentra su nombre ni en carteles ni en cuadros estadísticos antiguos.

Se formó con Manuel Alvarado, segundo espada, y los hermanos *Canuto* y Castaño banderilleros, su cuadrilla de á pié, y puede decirse que con este personal y adición de picadores de la tierra baja, iba á cumplir sus compromisos. Era alto, nervudo y valiente sin jactancias, y ante los toros más bien que diestro de arte, aparecía temerario, pausado y seco, como hombre de vergüenza que iba á cumplir con lo que sabía, que era poco, en atención á que faltó de buena educación taurómaca y practicada no frecuentemente, tenía que echarse de menos en él esa inteligencia y elasticidad que da el continuo roce con las reses y las advertencias de *maestros* teóricos y prácticos.

Cuéntase que en el año 1839, día 12 de Septiembre, se verificó la primera de las cuatro corridas de novillos, para solemnizar el Convenio de Vergara. En la Plaza de la Constitución se taparon las bocacalles y se construyeron tablados. Cuando salía del chiquero el primer novillo se undió el blado

donde antes se había efectuado una función de títeres no pudiendo soportar tanto peso de gente y aplastando á diferentes personas, que bajo él y por los claros de las tablas, veían la corrida. Este tablado estaba situado en la esquina de la calle de Santa María; y Santana al presenciar aquella catástrofe y en evitación de mayores daños, requirió estoque y muleta y aguardando decidido al novillo, asestole una estocada que lo rindió sin vida, terminando así en breve el mayor conflicto, si la res hubiese acudido sobre el grupo de personas heridas y los que corrían desalentados. Esta acción, prudente y valerosa, fué muy aplaudida. Del hundimiento resultaron un hombre muerto y una mujer, y once heridos y contusos. Santana trabajó en dicha plaza pública, en la que construyó en el sitio que hoy ocupa el Parador de San Rafael, y en la magnífica de D. Antonio María Alvarez.

Retirado del toreo, acreció en negocio comercial que comprendía varios artículos, aparte de su carnicería, y no se recuerda cuándo falleció.

Su hijo heredó su afición, pero jamás toreó por precio, pues estudiaba la carrera de artillería.

Santana, Francisco.—Estudiaba en el colegio de Artillería y se hizo tan aficionado solo porque valor no le faltaba y había oído contar las proezas de su padre, valeroso matador de toros. En la célebre sociedad taurina malagueña que se denominó *La Verdad* se hizo anunciar de banderillero, demostrando en la brega y con los palos que le acompañaba la valentía al arte. Cuando no había terminado su carrera, que seguía con aprovechamiento, una tisis le condujo al sepulcro en 1870.

Santander, Juan.—El rey D. Felipe V premió con una pensión de 200 ducados anuales á este picador por lo bien que trabajó en 1734 en una corrida celebrada en la plaza del mar de Ontigola (Aranjuez) el día 9 de Mayo. Dicha pensión vitalicia había de ser pagada con cargo á las rentas generales del reino de Sevilla.

Santaolara, Ricardo.—Es un valenciano valiente que posee más afición que arte y aquella le ha bastado, hasta ahora, para matar novillos en los pueblos con varia fortuna. Dios se la da siempre.

Santiago, Isidro (Barragán).—Nació en Madrid el 23 de Febrero de 1811, y hasta el año de 1840 no tomó la alternativa como espada, á pesar de llevar lidiando como peón más de una docena de años; lo cual prueba, ó que Santiago se distinguía

poco, ó que le faltaba protección. No era sin embargo, un vulgar mata toros; compuestito, airoso y buena figura, hacia algunas suertes de capa con lucimiento, y no manejaba mal la muleta; pero todo esto con toros claros, porque le faltaban conocimientos para otra cosa. Si en vez de nacer en Madrid nace en Sevilla, donde tanto bombo se da á los toreros que allí empiezan, su fama hubiera sido más alta; pero en la corte no se ensalza nunca á sus hijos, tal vez porque en ella hay siempre mucho menor número de estos que de forasteros. A pesar de todo, y siendo nuestro hombre regular nada más, como va dicho, trabajaba mucho mejor que tantos como hoy ocupan segundo lugar con tantas pretensiones. Alternó con los primeros espadas de su época, y murió en 4 de Abril de 1851, á consecuencia de una cornada que recibió en un muslo matando en una novillada, de Madrid. Fué casado con Lorenza Rincón; y el 7 de Abril de dicho año fué conducido su cadáver desde Hospital General al cementerio de la sacramental de San Luis y San Ginés, y enterrado en la sepultura número 24, galería primera izquierda.

Santos, Antonio de los.—Fué uno de los mejores banderilleros que componían la brillante cuadrilla que á fines del siglo anterior dirigía Joaquín Rodríguez (*Costillares*). Más tarde mató ya como espada, alternando con Pedro y José Romero y Jerónimo José Cándido. Cuando la desgraciada muerte del célebre José Delgado (*Illo*), su inseparable compañero en banderillas y discípulo en la en la suerte de matar, Antonio de los Santos dispuso el enterramiento y conducción del cadáver, desde el Hospital General hasta el atrio de la Iglesia de San Ginés, con la mayor ostentación que en aquellos tiempos podía usarse, costeando el pago del numeroso clero que con cruz y ciriales acompañó el féretro y todos los demás gastos que se originaron.

Santos, José María de los.—Buen banderillero y regular matador de toros en el primer tercio del presente siglo. Alternó con León, Montes y Lucas Blanco, si bien en el último lugar allá por los años de 1835 y 36; pero ya había alternado con otros desde el año de 1823. A consecuencia de una herida que se causó con la espada en un muslo, murió en Valencia. Le apodaron *Illo* algunas gentes de Sevilla.

Santos, Francisco de los.—Regular matador de toros que nunca figuró en primera línea. Cumplía con voluntad, y Antonio Ruiz (*El Sombrerero*) le tuvo á su lado como segundo en diferentes plazas.

Santos, Clemente dos.—Este doctor portugués ha sido uno de los más importantes periodistas taurinos en aquel reino. No en estos periódicos solamente, si no también en todos los más acreditados políticos y literarios, escribió admirables artículos críticos que le dieron una merecida reputación. Gran partidario del celebrado *cavalheiro* Monrisca, elogió su mérito, apoyándose en su gran conocimiento del arte, con frases enérgicas pero cultas, y de una lógica irresistible. Dirigió con sus consejos y observaciones la construcción de la plaza de toros de Villafranca de Xira, punto de su residencia actual, donde es muy estimado por sus compatriotas.

Este distinguido hombre de ciencias y letras, amante como el que más de las fiestas de toros, es hijo de los barones de San Clemente, y nació en Lisboa el 13 de Abril de 1847.

Santos, Rafael.—Este banderillero sevillano pudo aprender mucho de su maestro el *Gordito*, y no supo aprovecharse de sus lecciones. Nadie perdió tanto como él. Hay carteles en que figura como novillero y natural de Córdoba.

Santos, Enrique (Tortero).—Nació en Sevilla en 1861 y es hijo de Manuel y de Josefa Pérez, confiteros y pasteleros en la calle de Alcalá de dicha



ciudad donde le hicieron bautizar en la parroquia de Todos los Santos. Fué estudiante del bachillerato; aprendiz de platero, y más tarde taponero,

sin sobresalir en nada, porque eran para el más gratas las faenas taurinas que las ventajas de dichos oficios; y eso que a la edad de 14 años fué ya herido en la plaza de Guillena, toreando con *Currito Avilés*. Sirvió más tarde en el tercer regimiento de ingenieros, al cual hizo patente su buena disposición para torcar lidiando un becerro a puerta cerrada, un día de la fiesta de San Fernando. Obtenida su licencia ilimitada, regresó a Sevilla, formando en las cuadrillas de *Chicorro* y el *Gordito*, y dedicándose ya en 1884 a matar toros en novilladas, pasando con dicho fin a América al año siguiente. Se le conoció como tal matador de novillos en Madrid el 15 de Agosto de 1886 y el célebre matador *Frascuelo* le confirió la alternativa de espada el 7 de Julio de 1889. Su toreo es algo deficiente: bastante modesto procura cumplir sin ostentación, ni alardes de exagerada valentía, pero sin huir nunca ante el peligro. Tiene mucha más aceptación que en España en Montevideo, México, Uruguay, la Habana y Cienfuegos, donde ha toreado repetidas veces obteniendo aplausos y dinero.

No consiguiendo en España las contratas necesarias para cubrir sus atenciones, prescindió de su alternativa de matador y volvió a ser banderillero en la cuadrilla de Mazzantini, sin perjuicio de estoquear en cualquier otro sitio en que fuese llamado. ¿Hizo bien ó mal? Su suerte lo ha de decir.

Santos, Juan Pedro dos.—Válganle todos los de la corte celestial, y que le den poder para ser buen rejoneador, porque si no...

Santos, Enrique (El Loquillo).—Realmente parece un loco cuando sale a poner banderillas en las novilladas. ¡Qué correr! ¡qué ir y venir! Más calma hombre, más calma y más estudio y menos carreras.

Santos, Eduardo dos (Varino).—Más de una docena de años trabajando como banderillero en su país (Portugal) y sucediéndole lo que al herrero de Arganda en España. Así no se va a ninguna parte.

Santos, Manuel de los—En la categoría de segundos figura este picador, que ha trabajado en algunas plazas de Andalucía. No le podemos juzgar, porque no le hemos visto ni oído hablar acerca de su mérito. Es posible que sea hijo de un

Santos, Juan María.—Picador de poco nombre que tomó la alternativa en 30 de Septiembre de

1838, y de cuyo mérito y demás circunstancias hay completo silencio en los anales taurinos.

Santos, José dos.—Sin que pueda llamarse á este banderillero portugués un gran torero, hay que notar que siempre cumple bien y á satisfacción del público, desde que en 1872 se dedicó á tan difícil arte.

Es hijo de D. Francisco Henríquez, y tendrá ahora poco más de cuarenta años de edad.

Santos, José.—Uno de los muchos que así en Portugal como en España, les lleva la afición á ser toreros y no pasan de una medianía. Le ha dado por desempeñar funciones de mozo de forcado.

Santos, Mariano.—Banderillero en novilladas que no tiene más nombre porque no ha querido estudiar y trabajar con más fe. En su oficio no hay más remedio que «herrar ó quitar el banco».

Santos, Roque dos.—Popular torero portugués, trabajador, valiente y con deseos de agradar. Hace veinte años gustaba mucho á sus paisanos. Nació en 1846, fué un regular banderillero que trabajó en provincias y en la plaza de Campo de Santa Ana y hubiera llegado á ser un torero completo, si siendo aun joven, no hubiera fallecido víctima de la tisis en 28 de Septiembre de 1874.

Santos Junior, Juan (Santonillo).—Es un buen aficionado é inteligente revistero portugués que escribe en el periódico *O Dia* usando el pseudónimo *Santonillo* con el cual ha colaborado en los periódicos de Lisboa *A Vanguardia*, *O Gabinete de Reporters*, *A Tarde y Sol é Sombra*.

Cuenta á lo sumo treinta y un años de edad dándole su afición desde los doce. Es entusiasta por las corridas de toros á la usanza española y con este objeto ha escrito varios y muy notables artículos en pro de la muerte de toros en Portugal.

Santos, Joaquín dos.—Buen mozo de forcado portugués, valiente y animoso. No toma el oficio por la utilidad que pudiera reportarle, si no por afición, como *amador*, que es el nombre que allí tienen los que la profesan desinteresadamente.

Sanz, Joaquín (Punteret).—Joven guapo bien puesto y de esperanzas cuando empezó, pues se

presentó en las plazas haciendo alarde de valor y aptitud para el toro como pocos se presentan, trabajó en clase de banderillero en la cuadrilla de Angel Pastor y en alguna otra, y se empeñó en tomar la alternativa de matador de toros, mucho antes de que sus conocimientos fuesen bastantes para desempeñar bien tal cometido. Recibió la investidura de doctor en tauromaquia en la plaza de Madrid el día 10 de Octubre de 1886 confirmando de esta manera la que le dió en Sevilla Luis Mazzantini el día 8 de Enero del mismo año.

No obtuvo en España la aceptación que él se



prometía y marchando á América en busca de mejor suerte, encontró en aquel remoto país un fin desastroso.

En la plaza de toros de Montevideo, conocida por el nombre de la Unión, intentó el día 26 de Febrero de 1889, poner banderillas dando el quiebro ón la silla á un toro llamado *Cocinero*, que le causó una herida en la parte superior y anterior del muslo como de unos siete centímetros de extensión y dirección de derecha á izquierda, de abajo arriba, interesándole el peritoneo de cuyas resultas falleció al día siguiente 27.

Todavía se recuerda con sentimiento en España el desgraciado fin del *Punteret* que había nacido en Jativa (Valencia) en 1856.

Sanz, Santiago (El Segoviano).—Mata toros en los pueblos que le llaman para ello; cumple como mejor puede y el valor suplirá al arte, hasta donde la Providencia lo consiente.

Sanz, Eugenio (Niño Bonito).—¡Válgate Dios por el apodo! Aprende á picar toros, ya que te has puesto á ello, fíjate en lo que hacen los que en el arte descuellan, no huyas el cuerpo en ninguna ocasión, y dejate de usar motes de mal gusto.

Sanz, Cayetano.—Hay en Madrid una calle de primer orden, denominada de Toledo, en la cual y en sus inmediatas han nacido todos los toreros que la corte ha suministrado á la tauromaquia. Sea por su proximidad á la Casa-Matadero de reses que para el abasto del vecindario costea el Municipio, ó porque las gentes de aquel populoso barrio tengan más afición á la fiesta de toros que la del centro de la villa, lo cierto es que los toreros madrileños han tenido allí su cuna, y allí han pasado los primeros años de su juventud.

En una modesta casa de la calle del Bastero, que desemboca en la antedicha de Toledo, vivía en 1821 la viuda recientemente del honrado Luis Sanz, llamada Regina Pozas, que tuvo de su legítima unión un hijo que nació el día 7 de Agosto de dicho año. Pusieronle por nombres, al bautizarle el día 10 del mismo mes, los de Cayetano Justo, y luego que aprendió educación primaria con notable despejo y reflexión precoz, fué dedicado al oficio de zapatero.

Era aquella una época en que seguían carrera literaria ó científica muchos menos jóvenes que ahora, y en que por lo tanto las clases humildes, acordándose del refrán castellano que dice: «El que tiene oficio, tiene beneficio», aplicaban á sus hijos á profesiones mecánicas, que más adelante les proporcionasen decorosa subsistencia. Había más artesanos, más industriales, más labradores que hoy, y por consiguiente menos que quisieran aprender el oficio de *sabios*. ¿Era esta línea de conducta mejor para la nación que la que actualmente seguimos? Tal vez fuese más acertada; pero no es este sitio el más á propósito para discutir tan trascendental asunto. Sigamos, pues, nuestro relato.

Dócil y obediente Cayetano Sanz al precepto de su madre, tomó el oficio sin entusiasmo, friamente, como quien cumple un deber y nada más. Trabajaba, adelantaba lentamente, y el corto jornal que ganaba iba á parar religiosamente á manos de su buena madre los domingos por la mañana; y en cambio esta señora, que quería entrañablemente á su hijo, le daba algunos reales, que él aplicaba siempre al pago de la entrada en la plaza de toros, ya en novilladas, ya en corridas formales. Así empezó en Sanz la afición y el amor al arte en que tantos lauros había de recoger.

Poco á poco fué apartándose de su oficio y acercándose al de torero. Era la época en que asom-

braba al mundo taurómico el genio del arte, el inolvidable Francisco Montes: todas las clases sociales mostraban decidido empeño en asistir á las corridas de toros, para presenciar, mejor dicho, para admirar la extraordinaria habilidad de aquel coloso: en todas las tertulias, en todos los círculos, en todos los talleres, era la conversación obligada la destreza de Montes; y por lo mismo, la afición á la fiesta nacional tomó nuevo incremento.

Siendo así, á nadie puede extrañar que Cayetano, joven y en la edad de las pasiones, mostrase grandísimo asombro al ver á aquel ser excepcional, y se aficionase más y más al espectáculo. En sus sueños de gloria, pensaba en el brillante y esplendoroso porvenir que podría alcanzar si llegaba á ser un torero como Montes, y ya se oía aplaudir y vitorear, enternecido de agradecimiento á tantas distinciones: otras veces escuchaba lecciones de toreo de grandes maestros, y atendía con marcado empeño á la explicación que le hacían. Y muchas más se figuraba hallarse frente á un toro, estoque y muleta en mano, parado, en elegante postura y preparado á pasarle despacio y en redondo. Todo esto estimulaba, aguijoneaba su afición.

Tenía diez y seis años, y desde entonces, en cuantas novilladas se celebraron en los pueblos inmediatos á Madrid tomó parte á la ventura sin dirección de nadie; sus compañeros advirtieron en él siempre una cosa rara, atendida la edad de Cayetano y el barullo que en los pueblos hay siempre en las corridas de novillos; que no era de los que echan la capa y corren con más ó menos acierto y precipitación á guarecerse en las vallas, carros ó refugios que al efecto hay preparados, cuando la fiera los persigue, al contrario; era de los que extendían el capote con ambas manos, y esperaba la *acometida*, dando salida fácil por derecha é izquierda, según los casos; y si el animal se revolvía cargando la suerte, según arte, dábale salida larga y quedaba él quieto y sosegado.

Su afición le llevó no sólo á los pueblos, al Matadero, á la plaza de Madrid, y á todos los puntos en que había corridas. Donde se lidiaban reses bravas, allí acudía Sanz con verdadero entusiasmo, hasta el punto de llamar la atención entre los inteligentes por su modosa educación, fina figura y buena traza que se daba en las suertes que ejecutaba ó intentaba. Se veía en él algo de torero, pero que le faltaba aprendizaje, que tenía necesidad de maestro; y comprendiéndolo así, muchos aficionados, que ya le habían visto estoquear algún novillo en 1844, le recomendaron al entendido maestro y célebre banderillero José Antonio Calderón (*Capita*).

Pocos discípulos aprovechan tan bien las lecciones como este lo hizo en poco tiempo.

Conoció el maestro que Sanz serviría más para matador que para banderillero, y aunque sus explicaciones y ejemplos prácticos no se limitaron á suerte determinada, sino que, como es natural á todas abarcaban, la de matar fué la de su particular atención. Había visto especialísimas cualidades en el discípulo, para que llegase á ser un matador de *punta*, y trató de aprovecharlas.

Los aficionados de Madrid, en todas épocas, han tenido gran empeño, como dice muy bien el notable escritor señor Velázquez, en conseguir que un paisano suyo descollase, sobresaliese entre los matadores de toros; porque, á la verdad, ninguno de los que habían seguido ésta profesión podían aspirar á un primer puesto en el arte, por más que demostrasen valor y conocimientos. Ingenualmente reconocían que los más celebres espadas nacieron en Andalucía, y sentían decir que Madrid, que siempre ha dado tan buenos ó mejores banderilleros que los de toda España, no había logrado esa ventaja en cuanto á matadores.

Llegó el año 1844. El maestro *Capita* estaba impaciente por hacer público alarde de los adelantos de su discípulo, y de acuerdo con otros distinguidos aficionados, fué anunciada una corrida de toros, que en Aranjuez debía celebrarse, para que en ella matase cuatro bichos el principiante Cayetano Sanz. La buena maña, la suerte y fortuna con que toreó en aquella corrida excede á toda ponderación. Recibió dos toros tan perfectamente, *trasteó* con la muleta de un modo tan admirable, y capeó con tal gracia y soltura, que los madrileños, locos de contento, dijeron unánimes: Ya tenemos lo que deseamos: á este chico

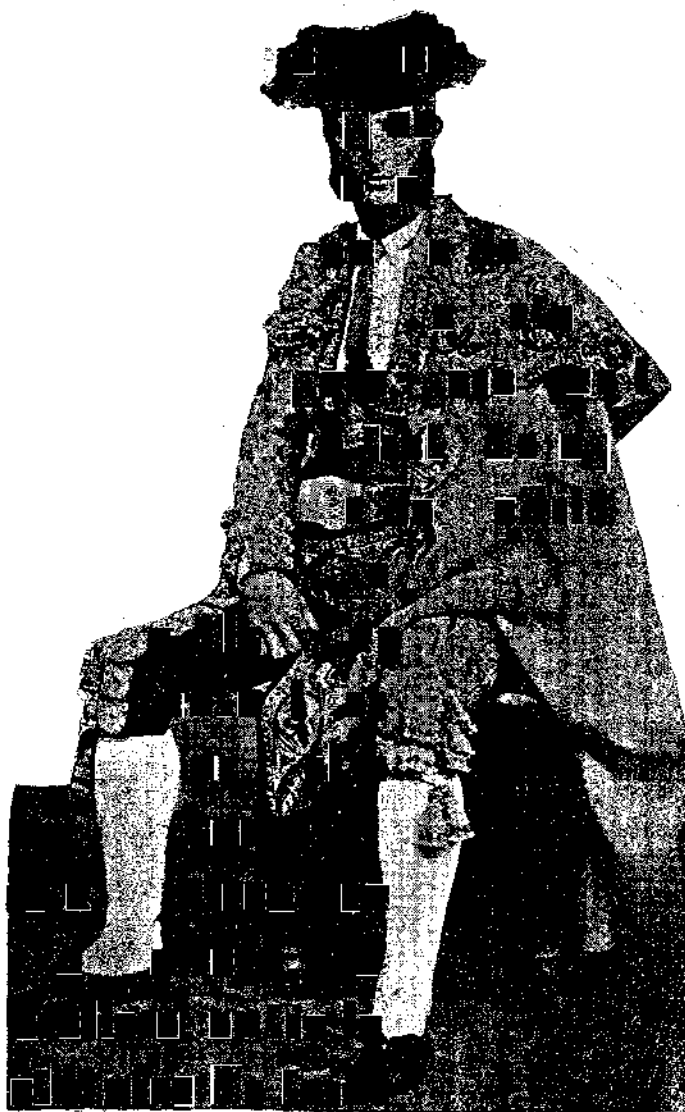
no hay quien se le ponga por delante. Y tanto creció la fama del novel torero, que José Redondo le admitió en su cuadrilla como banderillero. Por una de esas cosas que no se explican, y á las cuales no se encuentra razón, Cayetano hizo aquí una parada en su vida artística. Como nada agrada al hombre que es bueno tanto como la verdad, nosotros diremos la verdadera palabra que aquí debe usarse. Cayetano atrasó en vez de adelantar. Con-

tra su costumbre, hizo entonces lo mismo que todos los que empiezan: pensaba más en librarse por pies que parándolos; tanto que un notabilísimo aficionado le llamó entonces *galgo de buena traza*, y le apostrofó diciéndole: *Para y repárate*. No hubo precisión de repetirle esto. Al poco tiempo era Cayetano un banderillero fino, más útil é inteligente en plaza con el capote en la mano y con su colocación siempre acertada y oportuna, que con los rehiletes, en que nunca sobresalió, por más que cubriera su puesto sin desdeñarse notablemente de sus compañeros. Su afición, sin embargo, sus deseos y la educación torera que *Capita* le dió, le inclinaban á ser espada, y á esto tendían todos sus esfuerzos.

Y aquí debemos hacer un alto.

Se ha supuesto por algunos, y así está es-

crito en una obra notable, que con la enseñanza de *Capita* perdió Cayetano el arrojo y decisión de sus primeras aventuras por adquirir perfección en las suertes, dando con esto, sin duda, á entender que necesitaba más atrevimiento, más audacia. Si esto era verdad no hacía el discípulo más que obedecer ciegamente los preceptos del maestro, que muy á menudo le decía: «Ninguna cosa hecha de prisa puede salir bien; tú has corrido mucho y es preciso que pares; vale más dejar de



hacer una suerte, que ejecutarla mal; no es valiente el temerario, sino el que espera tranquilo el peligro; y otras máximas y consejos que cambiaron completamente el modo de ser del atolondrado peón haciendo de él un mesurado y concienzudo matador de toros. Así lo demostró antes de tomar la alternativa en la plaza de Madrid, luciéndose muchísimo en la temporada de novillos de 1848 á 49, en que mató cuatro y cinco toros cada tarde, la mayor parte de ellos *recibiendo*.

Por fin tomó categoría de espada de cartel á mediados de 1849, en que *Cúchares* y el *Salamanquino* le dieron la alternativa. Ya estaban realizando en parte sus deseos tanto tiempo ansiados, y con razón. Hasta los veintiocho años de edad no pudo figurar entre los matadores un hombre que tanto valía, y cuyo mérito se reconocía por todos: otros mocitos de veinte años han tomado la alternativa antes de tiempo, teniendo que aprender después lo que no sabían ó sufriendo las consecuencias de la anticipación.

En 1850, y aun antes, el distinguido apoderado del célebre Montes escribió á éste acerca de las cualidades de Cayetano, elogiando su habilidad y destreza; así es que cuando aquella eminencia vino en dicho año contratada á Madrid ya conocía de nombre al novel espada. Mató este los toros de puntas en las novilladas del mismo, y viéronle desde los palcos Montes y Redondo con gran complacencia, deseando tenerle á su lado en las corridas de temporada. Don Justo Hernández, inteligente empresario de la plaza de Madrid, comprendió lo mucho que ganaría Sanz toreando con aquellos dos maestros y le ajustó de tercero.

De aquí data la consolidación de la fama de Cayetano: para él llegó la época verdadera y necesaria para poner en práctica las lecciones de su maestro, y la aprovechó dignamente á la vista de los grandes hombres Montes y Redondo, con quienes alternó, y observando y aun obedeciendo materialmente preceptos de aquél, acreditó ya ser un matador de primera nota, fino, elegante y de buena escuela. En Andalucía, adonde pasó al año siguiente, gustó mucho y fué muy obsequiado por su buena dirección de la gente, su oportunidad y aplomo en *quites* y lances, y más que todo esto su manejo de muleta, en el cual, si Cayetano carece de la inventiva inagotable de León y Arjona, puede pasar, como Jerónimo José Cándido en su época, por un *modelo clásico* en todos los usos á que corresponde este resguardo del matador de toros. En todas las plazas en que se presentó obtuvo acogidas tanto más lisonjeras, cuanto que Cayetano, lejos de ser bullicioso, alegre y campechano, era modesto, formal y juicioso.

Pero cuando Cayetano acreditó ser un torero consumado, fué en Madrid el año de 1856, en

cuya plaza, además de dirigirla bien, respondió á dos cosas importantísimas, que algunos malquerientes propalaban. Era una: la de que aseguraban que, si bien era hombre que puesto delante del toro estaba inimitable, no *mataba* sin echarse fuera de la suerte; y la otra: que no tenía valor suficiente para acercarse á la *cuna*, si no veía al toro en condiciones de cansancio tales que no pudiera seguirle. A unos y otros contestó prácticamente, haciendo lo que *nadie*, absolutamente nadie ha hecho hasta ahora: irse al toro con la muleta y el estoque, después de ordenar que todos los lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, se retirasen del ruedo, y allí, solo, en los medios ó en las tablas, *trastear* admirablemente sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura, y sin moverse, hasta seis *pases* en redondo, armarse, citar y *recibir*, ó arrancarse al *volapié* sobre corto y según todas las reglas del arte.

Desde entonces, y muertos ya Montes y Redondo, quedó designado por el voto unánime de todos los inteligentes como el maestro y profesor de la buena escuela, es decir, del *toro verdad*, del que pudiéramos llamar clásico. No ha habido quien le aventaje en los lances de capa á la *verónica*, *navarras*, *de tijera*, y sobre todo, de frente por detrás, ni en los *pases* de muleta al natural y de pecho; y en cuanto á la ejecución de la suerte de matar, le fueron comunes todas tal cual están escritas, distinguiéndose mucho en la de *recibir*, que nadie, después del *Chiclanero*, ha ejecutado con tanto arte, aunque la hayan hecho con más valor.

Cayetano, sin embargo, tenía, como toda persona, graves defectos, y uno de ellos, que no era el más pequeño, fué el de ser tardío en ejecutar. Nació esto de que recordaba perfectamente que, para hacer una suerte mal, es mejor no hacerla, y si el toro no se coloca bien, ó está muy aplomado, ó se acuesta á un lado, mientras no se le coloque, se le tercié á las tablas ó se le componga la cabeza, no debe irse á él un espada aun cuando se le oche la plaza encima. Según el arte, tenía razón: pero el público atribuye á miedo lo que supone incertidumbre, y si de algún modo demostraba su disgusto, Sanz, que era pundonoroso y con vergüenza como el que más, se lanzaba á la fiera con el ímpetu de su juventud, sin reparar que cuantos percances ha tenido en su carrera fueron precisamente por hacer abstracción de las reglas que tan bien practicaba.

Y ya que de defectos hablamos, porque á fuer de imparciales, ni en este diestro ni en ninguno hemos de decir más que verdad, Cayetano, como Montes, tenía el de ser hombre que pocas veces mataba de una sola estocada, sin que acertemos á explicarnos en qué consista esto, porque él llegaba con fe y la mayor parte de las veces por de-

recho. Tal vez fuese falta de fuerza en el brazo.

Era hombre de buena estatura, simpático, fino en sus modales y de excelente conducta, atento siempre con sus compañeros, y consecuente con todos: empezó algo tarde según sus deseos, y á tiempo según nuestra opinión, á ser matador de toros; pero su elevación fué rapidísima como la de pocos.

Las principales ciudades de Andalucía abrieron en seguida las puertas de sus plazas de toros á Cayetano. Sevilla, Cádiz, Jerez, el Puerto, San Roque y Algeciras, fueron testimonio de sus triunfos; y en menos de tres años se vió figurando en cartel de temporada en la plaza de Madrid, primera del mundo, como primer espada director de la lidia, antepuesto á otros más antiguos.

Muchos hechos notables de su vida torera podríamos citar pero... ¿á qué? Ni con su referencia ganaría más en su reputación Cayetano, ni nos gusta relatar casos aislados que parecen escogidos para ensalzar apasionadamente, vengan ó no á cuento, sean ó no justos: bueno y malo va dicho de tan excelente diestro, y, recíbase con agrado ó desdeñosamente, nuestra apreciación es la que imparcialmente va referida. Sólo añadiremos que ha alternado en su larga carrera con Montes, el *Morenillo*, *Cúchares*, el *Chiclanero*, la *Santera*, Casas, el *Cano*, los *Lavis*, *Pepete*, el *Tato*, Domínguez, los Carmonas, Lucas, Gil, Gonzalo, *Regatero*, Ponce, *Lagartijo*, *Currito*, *Frascueto*, los Machos y los Luques.

Con todos ha guardado y á él han tenido las mayores consideraciones, y á su lado se han hecho toreros hombres que de él han aprendido algo y otros olvidado mucho.

A pesar de sus años, le sucedía lo que á los renombrados León y *Morenillo*, que mataban toros siendo sexagenarios, bien es verdad que para esto hay que tener presente que era torero de inteligencia, y que no ha fiado nunca á los piés lo que deben hacer las manos, que al fin se cansan menos que aquellos.

Sin embargo, deseando el hombre descansar y conociendo que en su profesión no es posible mantener el buen nombre adquirido, cuando ya avanzan los años, se retiró del toreo procurando el goce que sus ahorros le permitían, en una hacienda adquirida por él, años antes, en el pueblo de Villamantilla, de la provincia de Madrid. Allí vivió por espacio de quince ó veinte años, desahogadamente con el producto de las fincas que componían dicha hacienda, pero entregado completamente á sus apoderados, puesto que á él le faltó voluntad y acaso inteligencia para gobernar un caudal. Por esto una fortuna que bien valdría doce ó quince mil duros, fue mermando poco á poco y antes de fallecer tuvo necesidad de vender su finca predilecta, un

monte llamado Valdecierros, en que durante muchos años satisfizo su afición favorita á la caza; y desde entonces su tristeza, la desgracia de haberse roto un brazo, y su poca disposición para administrar, según hemos dicho, labraron en él una especie de hastío de la vida que tuvo fatal término el día 24 de Septiembre de 1891, dejando á su viuda doña Blasa Gil, una fortuna de seis mil duros poco más ó menos.

El pueblo entero de Villamantilla, los vecinos principales de los pueblos inmediatos, los muchos amigos que en Madrid dejó tan aventajado torero, sintieron amargamente su pérdida por las envidiables cualidades morales que le adornaban y por haber sido el último representante de la escuela fina, elegante y clásica del toreo.

Sanz Fernández, José.—Novel diestro muy conocido en Extremadura, donde se halla por ahora su campo de operaciones. Tiene como otros la manía de querer empezar el oficio matando toros y por mucha que sea su voluntad y grande su valor, se quedará en muy poco.

Nació en Badajoz el 8 de Julio de 1869 y es hijo de Sacramento y de Manuela.

Sanz y Terroba, D. Manuel.—Autor de la música de varias canciones andaluzas, entre ellas «El Chiclanero», «El Torero», «En los toros», «Los toros de Sevilla», etc. Ha sido tal vez el mejor tenor de zarzuela seria que ha habido en España. Nació en la villa de Cutrena (Logroño), el día 4 de Abril de 1829; á los doce años murió su padre don



Manuel Rafael Sanz, maestro de escuela, y fué recogido por un convecino, en cuya casa y sin maes-

tro alguno aprendió á tocar la bandurria, guitarra, violín, la flauta y la cítara. Vino á Madrid en 1844, aprendió el canto con el maestro Iradier, durante un año, y á los diecisiete de edad pasó á Barcelona, donde dió lecciones de guitarra y pandereta y después se contrató de partiquino en el teatro. Marchó á Italia, estudió con buenos maestros, volvió á España y cantó en provincias ópera italiana, hasta que en 1854 fue contratado para la zarzuela en el Teatro del Circo. Lo que desde entonces hizo Sanz en pro del arte español no es para contado, ni propio de este lugar. Fué un gran aficionado á las corridas de toros.

Sarasúa, Francisco (Charol).—Empieza ahora á picar toros en novilladas y á saber caer. Parece mozo dispuesto á todo; así sea, que va escaseando lo bueno.

Sardo.—El toro que en manchas más ó menos grandes, pero juntas unas con otras, tiene los tres colores de negro, blanco y colorado, aunque cualquiera de ellos domine más que los otros.

Sarmiento, Juan.—Conocido y aplaudido torero lusitano, que se ha adquirido buen nombre como inteligente aficionado, hace ya tiempo que no se oye hablar de él; sin duda por que no tomó por oficio el arte, sino por pura afición. Fué un pegador bueno que se estrenó en 14 de Agosto de 1873 en Lisboa, en una corrida promovida por el Marqués de Castello Melhor y luego en otras corridas. Nació en la villa de Madeira en 18 de Diciembre de 1849.

Sástago.—Algunos escritores dicen que en tiempo de Felipe IV era aquel caballero uno de sus mejores servidores y muy diestro rejoneando toros. No expresan si era el entonces conde de dicho título, ni su nombre.

Sbarbi, D. José María.—Este distinguido escritor y eminente bibliófilo, no es partidario de nuestras corridas de toros y, sin embargo, hemos considerado de justicia incluir su nombre en nuestro libro, aunque no le agrade, porque en muchos escritos suyos hemos visto cantares, letrillas, descripciones y bosquejos de tipos toreros, en que á vuelta de algunas chanzas burlonas descubre ser buen español. Sufrá, pues, las consecuencias de su imprevisión ya que sin querer tal vez, propaga la afición más de lo que cree, pues contando tan buenas cosas de toros, sucede lo mismo que dice un

célebre doctor «más me buscan cuanto más de mí se habla, sea bien ó mal».

Seco, Alejandro.—Picador novillero de reciente entrada en el arte. No le falta más que aprenderle.

Seco.—Se dice que un toro lo es, cuando de unasola cornada derriba al caballo y se queda de nuevo en suerte esperando otro objeto á que acometer.

Sedeven, Antonio.—Caballero rejoneador portugués, que vino á trabajar en varias plazas de España, cuando el empresario Alegria trajo cuadrillas de pegadores é indios. Era desigual en su trabajo, según el estado de ánimo en que se encontraba. Duró su vida torera desde 1842 á 1871 en que falleció.

Sedeven, Pedro.—Después de una vida larga de caballero rejoneador en Portugal (35 años), ha muerto con fama de valiente 1871.

Sedeven, Juan dos Santos.—Uno de los mejores caballeros rejoneadores que ha habido en Portugal, por su inteligencia y su elegancia. Fué uno de los protegidos por el rey D. Miguel I desde que empezó en 1824, y falleció en Lisboa en 1874 retirado del toreo hacía bastante tiempo.

Segovia, D. Luis.—Autor de un folleto publicado en 1891 con el título de *Toros y toreros*, escrito en verso con bastante facilidad. Es hijo de Madrid, si no estamos equivocados, de afable trato y fina educación.

Segura, José (Ligero).—Banderillero de los que se arriman á los toros y que cumple bien dentro de lo que puede exigirsele, puesto que no tiene de quien aprender, por no haber pertenecido á cuadrillas de importancia. Nació en Alicante aun no hace treinta años, y lleva una docena de ellos toreando. Milagro será que adelante más del punto á que ha llegado.

Selva Lisboa, José da.—En 1875 se lanzó á la arena, por afición, y cada día se aprecia más su trabajo en Portugal, como mozo de forcado. Creemos que ya se ha retirado del toreo.

Sencillo.—(Véase BOYANTE.)

Sentido.—Llámanse toro de sentido al que, despreciando casi siempre el engaño, se dirige y acomete al diestro, rematando frecuentemente en el bulto. *Pepe Illo* en su *Tauromaquia* dice que bajo la misma denominación se comprenden los que, atendiendo á todos cuantos objetos se les presentan, no se deciden fijamente por ninguno; pero Montes encuentra contradicción el que se considere toro de sentido al que en las suertes es claro, siendo así que el instinto de aquellos es la malicia en ellas. Autorizada es la opinión de ambos maestros, y difícil inclinarse á una ú otra en absoluto, si no se explica, aunque no sea más que ligeramente, cómo un toro de sentido puede no serlo en algunas suertes, y cómo un toro de condiciones nobles puede hacerse de sentido en otras. Si al toro de sentido se le presenta un sólo objeto delante, ó sea un diestro con capote ó muleta, empapándole bien en ella, cerca y con salida larga, es seguro que la res tomará la suerte como los toros claros, y á estos debió referirse en nuestro concepto *Pepe Illo*. Pero si á un toro sencillo, mal castigado por los picadores y peor por los banderilleros, se le colocan alrededor varios objetos ó personas que le llamen la atención, si se le aburre á capotazos, si con la muleta se le cita de largo y por consiguiente sin empaparle y descubriéndose el diestro, entonces la res impelida naturalmente á embestir, lo hará sin fijarse bien en los objetos, hará por el torero, rematará en el bulto y, en una palabra, de toro sencillo pasará á ser de sentido, mucho más si á lo dicho se añade que tenga ó tome inclinación á alguna querencia casual. Pueden por lo tanto, en nuestro concepto, considerarse toros de sentido á los de las dos clases que expresa *Pepe Illo*; y como nosotros opina también el señor Corrales, alegando otras razones, en su obra dada á luz en el año 1856, edición de la Imprenta Nacional.

Sentirse.—Dícese que un toro se siente al hierro, cuando saliendo del toril bravo y duro, le pinchan con la puya y á pocos garrochazos se escupe de la suerte sin rematar. Casi siempre sucede esto si los picadores le

desgarran ó se van á las paletillas, en vez de picarle alto como deben, consiguiendo hacer de un toro sencillo y noble, un animal receloso y á veces de sentido. Llámense blandos al hierro los que se sienten de éste, como va dicho.

Señas.—Las que hace el presidente desde el momento en que va á dar principio la corrida. Las más comunes son hechas con un pañuelo blanco, y sirven, primero, para que los alguaciles á caballo salgan á hacer el despojo del redondel y vayan después á buscar á las cuadrillas, para que se dé salida á los toros del chiquero, para poner banderillas comunes, para matar y para que salgan las mulas á arrastrar al toro. Las que hace con pañuelo encarnado son para que pongan banderillas de fuego, y también flameaba el pañuelo para que el clarín anunciase la salida de la medialuna. Cuando se echaban perros á los toros que no entraban á varas, el presidente llevaba la mano á su oreja, y con los dedos indicaba cuantos habían de salir. Hoy se comunican las órdenes directamente por la presidencia á sus subalternos por medio de un cordón acústico, sin perjuicio de hacer con los pañuelos encarnado y blanco las señas que dejamos indicadas.

Señorito.—Nombre del toro que luchó con un tigre real de Bengala, venciéndole y matándole, en la plaza de toros de Madrid en la tarde del 12 de Mayo de 1849. Era berrendo en negro, capirote,



«SEÑORITO», DE BENJUMEA. —E. DELANCE

botinero, astifino; bien armado y pertenecía a la ganadería de D. José María Benjumca, vecino de Sevilla, que usaba para ella divisa azul y rosa.

Sepúlveda, D. Enrique.—Fecundo y chispeante escritor que más de una vez ha empleado su pluma en tratar cuestiones de toros y describir nuestra fiesta favorita, con elegante frase y atinado juicio. Alguna vez no ha podido disimular su predilección por un torero, como si estimase en más la gracia que el arte; pero bien ha cantado en otras ocasiones que el buen toreo exige que se paren los piés y el arranque sea en corto y por derecho; esto significa que sabe lo que es la verdad, pero que la pasión quita conocimiento. Es uno de los literatos actuales cuyas obras se leen con más gusto.

Sequetra, Eduardo.—Mediano en todo es, rejeando a caballo, en Portugal y en cualquier parte. De ahí no pasará, si no cambia de rumbo.

Sereno, José.—Banderillero nuevo en Madrid en 1803, que figuró en la cuadrilla de Antonio de los Santos en las funciones reales celebradas aquel año. No dejó nombre.

Serna, Salvador (Paquiro).—Este banderillero principiante y casi desconocido, no ha encontrado otro apodo más adecuado para sus méritos que el mismo que usó Francisco Montes. ¡Viva la modestia!

Serna, Manuel.—En 27 de Junio de 1831 fué picador en la plaza de Sevilla; a Madrid no vino, que sepamos, y a otras partes tampoco. ¿Adonde fué?

Serna Spinola, D. Antonio de la.—Fué alcaide del castillo de Medina Sidonia, y en Julio de 1690, en las fiestas reales que en el Buen Retiro de Madrid se celebraron cuando las bodas del rey D. Carlos II con doña Mariana de Neoburg, lució en ellas su habilidad como caballero en plaza, matando tres toros con tres rejones. Premio de tal hazaña fué la concesión de hábito de una de las tres órdenes militares, sin exceptuar la de Santiago, para uno de sus hijos ó hijas, el que nombrase, cuya merced le otorgó el rey en 13 de Julio de dicho año. Nació en Chiclana en 1645. No hemos podido comprobar si fué en esas fiestas ó en otras

celebradas con el mismo motivo en 24 de Mayo anterior, se corrieron tres toros encohetados, y uno de los cohetes fué a dar en un castillo de fuegos artificiales que había preparado para la noche, y al arder se armó tal desorden y confusión que hubo muertos y heridos en abundancia, especialmente de estos últimos.

Seromenho, Diego José.—No solamente por ser un entusiasta aficionado a nuestra fiesta nacional, de esos que observan y atienden al mérito del lidiador sin marcarse con sus gritos y ademanes entre los concurrentes, incluimos en nuestro *Diccionario* a tan distinguido caballero portugués, sino porque, en unión de su gran amigo, el buen torero de aquel país José Joaquín Peixinho, y otros individuos fundó la «Caja de pensiones y



cooperativa de los artistas tauromáquicos» que tan brillantemente funciona con las bases de prestar dinero a crédito a los socios, conservar en depósito cualquier cuantía, establecer una biblioteca, un museo taurómico, pensiones a los que se imposibilitan en su difícil profesión y otras no menos benéficas é importantes, que no han podido arraigarse en España, a pesar de los esfuerzos hechos al intento en distintas ocasiones por buenos aficionados.

Esa filantropía del Sr. Seromenho, acreditada en pró del arte taurino, la tiene muy extendida en aquel reino con actos de igual clase, fundando otras análogas asociaciones caritativas y de beneficios innegables, y salvando personalmente de una muerte cierta a tres personas que en 7 de Julio

de 1872, estuvieron expuestas en un formidable incendio, por cuyo hecho se le concedió la medalla de plata concedida al mérito.

Es socio del Gremio literario portugués de Pará, y como escritor tiene gran crédito adquirido en muchos trabajos periodísticos, y en un sin número de producciones dramáticas, aplaudidas en los teatros con entusiasmo. Posee una magnífica biblioteca, una educación esmerada y una caballerosidad y distinción envidiables.

Nació en Lisboa en 4 de Junio de 1849 y es hijo de D.^a Isabel María Vilhena Costa y de don José Pedro Seromenho, emparentado con muy principales familias de la buena sociedad lusitana.

Serra, Mr. Juan Miguel de la.—En los carteles de la plaza de Madrid del 12 de Octubre de 1789 se anunció que este individuo natural de Pausa, una de las principales provincias de Francia (?), animado de su gallardía y valiente espíritu, ofrecía contribuir á la mayor diversión de los concurrentes saliendo á picar los dos primeros toros con vara de detener. No cumplió aquel día su compromiso porque llovió, pero si el 19 del mismo mes, si no con inteligencia, con voluntad; los toros eran embolados.

Serrano García-Vao, D. Manuel.—Parece imposible que un hombre sin más estudios que las primeras nociones de latinidad, escriba con tanta facilidad y corrección, en prosa y verso, como este



distinguido aficionado al arte del toreo. Sus semblanzas tituladas *Toreros, toreritos y torerazos*, y otras muchas composiciones que tiene publicadas

en periódicos taurinos son pruebas evidentes que demuestran que en tauromaquia es entendido.

Nació en Manzanares, provincia de Ciudad Real, el día 1.^o de Enero de 1863, y á los 12 años por escasez de recursos de sus padres, que mantenían á diez hijos, fué dedicado al oficio de confitero que ejerció en Madrid, hasta que *engolosinado* más con las fiestas de toros que con los merengues y caramelos, abandonó aquel estudio y aprendió bien lo que muchos saben mal. De carácter franco, estudioso, y siempre inclinado al bien, juzga á los toreros con benevolencia, quiere á sus amigos con constancia y aprende en poco tiempo lo que otros no llegan á entender en toda su vida.

Serrano, Víctor (Castañitas).—A mediados de siglo fué banderillero en la cuadrilla de Antonio Luque, de Córdoba. Nada podemos decir acerca de su mérito; pero sí que ninguna relación le unía con el picador del mismo apodo llamado Manuel Martín.

Sevacas, D. Martín.—El ilustrado bibliófilo D. Francisco R. de Uhagón, nos dió á conocer en un bonito folleto que dedicó al célebre *Doctor Thebussem* en 1888, unos *Preceptos para aprender á caer*, que aunque se refieren exclusivamente á los lances de rejonear toros, son curiosos.

No dice la fecha en que fué escrito por Sevacas y nos inclinamos á creer que lo fuera en el siglo XVII.

Exige á los caballeros como primera obligación la de socorrer á los peones, á todo trance, ya sea con garrochón ó con cualquier otra cosa. Si cayese un caballero se le debe asistir *metiéndose entre el toro y el caído* guardándole sin desviarse; y luego indica los casos en que están obligados los caballeros al empeño de á pie. De modo que, más que aprender á caer, enseñan dichos preceptos á hacer lo que ahora llamamos *quites*, y á expresar los motivos porque debía sacar la espada el caballero.

Sevilla, Francisco.—Uno de los picadores de más poder que se han conocido. Moreno y muy robusto, aunque no de gran estatura, lucía por su valor y fuerza más que por sus cualidades de jinete, habiendo habido ocasión en que clavó la garrocha en lo alto del cerviguillo, introduciéndola más de una tercia, y otra en que, caído al suelo, derribó á un toro agarrándole de un asta. Murió en un pueblo inmediato á esta corte de enfermedad crónica, y la época de su apogeo fué por los años de 1831 al 38. En Sevilla le apodaban *El Troní*.

Luchó en buena lid con los célebres *Hormigos* y *Sánchez*, aventajándolos en voluntad y poder, pero no en inteligencia: así es que para el vulgo



era aquél más aceptado, puesto que los no inteligentes se dejan llevar del atrevimiento y todos aprecian en mucho el deseo de complacer y cumplir á conciencia.

Sevilla, José.—Fué hermano del célebre Francisco; pero, aunque valiente, no tenía sus condiciones. Murió desgraciadamente en Madrid en un acceso de enajenación mental en 1871, á la edad de cuarenta y siete años, y ocupan sus restos la sepultura número 122, galería quinta derecha, del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Ginés de esta corte.

Sevilla, Francisco (Currito).—Hijo, según creemos, del picador José, que fué hermano del céle-

bre Francisco Sevilla. Es este joven un banderillero que aun no ha aprendido lo bastante para considerarse diestro. Es valiente, apañadito y fino; le falta ejercitarse mucho para perfeccionarse, y porque promete, quisiéramos lo consiguiera, aunque lo dudamos, por haber pasado mucho tiempo sin aprovecharlo.

Sevilla, José.—Dicen que este picador es hijo del que lo fué del mismo nombre lo cual ponemos en duda cotejando edades. No tiene mala facha, se tiene bien á caballo, pero le falta hacer mucho para ser un torero de arte. Le vimos en Madrid en Septiembre de 1887 alternando con *Badila*, y después se ha eclipsado.

Sevillano, Manuel.—Va este chico en busca del arte, corriendo los toros y poniéndolos pares con cierta frescura. ¿Llegará á encontrarle? No sabemos porque se nos antoja que no subirá muy alto.

Sicilia y Arenzana, D. Francisco.—Autor de un curioso trabajo sobre las fiestas de toros, su origen y vicisitudes, que contiene noticias bastante detalladas de la vida de muchos espadas, y excelentes apreciaciones acerca del toreo antiguo y moderno.

Falleció en Madrid en 1892 y fué un cumplido caballero de desahogada posición social.

Sierra, Antonio (Morenito).—De mono sabio si no estamos mal informados, pisó el redondel con valentía: observó, procuró aprender y hoy, que está al principio de la carrera pone ya banderillas con bastante limpieza y no corre mal los toros.

Sierra, Juan de.—Era un matador de toros granadino de muchas pretensiones y poco mérito, que trabajaba alla por los años veinte y tantos de este siglo.

Silbán, Sebastián (Chispa).—Novillero moderno, matador que empieza con valor y sobra de ignorancia. Sus buenos deseos le harán aprender. Es natural de Almorox, en la provincia de Toledo, donde nació en 20 de Enero de 1869; ha trabajado en varias plazas de España, Portugal y el Brasil en diferentes cuadrillas, y es muy formal y pundonoroso.

Merece el hombre que se le aliente en su carrera por los grandes deseos que tiene de complacer



al público. Siente en el alma cualquier manifestación de desagrado, y procura esmerarse para evitarlo.

Silva, P. da.—Es autor de un tratado de tauromaquia portuguesa, que contiene reglas claras y precisas para ejecutar toda clase de suertes de las que en el mismo reino se practican. Está muy bien escrito, y se conoce que el autor es aficionado entendido.

Silva, Libanio da.—Escribe en *O Paiz* las reseñas de las corridas de toros, firmándolas con el mote de *Ze Gordo*. Antes había escrito algunas composiciones poéticas sobre tauromaquia en la revista *A Trincheira* con el pseudónimo de *A dao*. Es fácil en el decir y lógico en sus apreciaciones este distinguido escritor portugués.

Silva, Carlos.—Uno de los mejores toreros que hay en Portugal actualmente. Es ligero y desenvuelto, valiente y de inteligencia, y lo mismo capea que quiebra á cuerpo limpio, ó da á la perfección el salto de la garrocha. Empezó en 1888, y es lástima de que, por no permitirse en aquel país la suerte de matar, haya de quedarse donde está mozo tan aventajado.

Silva Mendez Leal, José da.—En sus mocedades la afición taurina le hizo ser banderillero, pero más que en este ejercicio se distinguió en el de escritor público de vigorosa expresión y nota-

ble talento. Fué luego un buen ministro en el vecino reino de Portugal y hace ya tiempo que murió.

Silva, Manuel Caetano.—No es gran cosa en su arte este banderillero portugués, según nos han informado: ni sabemos si es amateur ó torero retribuido.

Silva, Francisco.—Tampoco este picador español es de aquellos que se recuerdan con entusiasmo. En 1875 se estrenó en Sevilla el día de San Antonio, que tuvo compasión de él.

Siman D. Joaquín.—Erudito escritor que publicó algunas obritas relativas á las fiestas de toros, con riqueza de datos y razones en defensa de este espectáculo. Es autor de una biografía de Juan León, y fué socio de la del *Jardínillo*, que tan gratos recuerdos dejó en Madrid. Falleció en Alcalá de Henares hace muy pocos años.

Simao da Veiga, Luis.—Joven portugués, fanático por la lidia de toros y aventajado lidiador. Toreó á los catorce años de edad por primera vez, en la plaza de Figueira da Foz con muy buen éxito, y después en las de Santarém, Évora, Salvaterra de Magós, Setubal, Alcochete, Cascaes, Algés y



alguna otra, que han sido testigos de su valor y atrevimiento. En ocasiones ha sufrido grandes golpes, que en nada han amenguado su valor, y tanto capeando, en lo cual es diestro, como poniendo banderillas, alguna vez á *porta de gayola*, ha sido aplaudido con repetición. Nació en Lavre, concejo de Montemor el nuevo, el día 8 de Julio de 1879 y es hijo de Luis y de la señora Emilia Jesús da Veiga.

Simas, Augusto.—Conserva buen nombre de mozo de forcado en Portugal, á pesar de los diez y siete años que hace practica el arte, que no son pocos en ejercicio tan peligroso.

Simó, José (Chatín).—Promete ser un buen banderillero si continua aplicándose, pero una cosa es prometer y otra dar. Hay muchos que empiezan *tragándose* los toros vivos y luego... se les indigestan.

Simoes Serra, Francisco.—Empezó á torear como caballero en las plazas portuguesas en 1871, demostrando ser mejor caballista que torero. Actualmente es picador de la Real casa lusitana.

Siqueira Freire, D. Antonio.—Hijo del Conde de Sao Martinho, de la primera nobleza de Portugal y de las más antiguas, es gallardo y de buena presencia. Cuando se presentó en la plaza del Campo de Santa Ana elegantemente vestido, y montando con distinción y gran pericia un precioso caballo negro se inició en la concurrencia un movimiento de simpatía, que bien pronto, al



verle lidiar, se tornó en frénetico entusiasmo. Ha tomado parte en muchas corridas siempre con buen éxito y consolidando envidiable reputación

de lidiador elegante, primoroso y arrojado, porque su trabajo al mismo tiempo que es fino y sereno, tiene un punto de alegre que dista mucho de ser chavacano; y cuando en la arena se le ve manejar alguno de sus magníficos caballos de combate cautiva el ánimo por la sencillez de sus movimientos, que no apresura, aun teniendo á los toros cara á cara. Es en suma D. Antonio de Siqueira, un *sportman* moderno con toda la gravedad y distinción de los aristócratas antiguos: un torero muy valiente y entendido, y un cumplido caballero, noble, afable y de trato esmeradísimo.

Sobaquillo.—Se llaman de sobaquillo los pares de banderillas puestos generalmente al cuarteo, sin cuadrarse el diestro y dejando pasar la cabeza, ó sea libre de cacho, y siempre saliendo por pies. Son pares poco lucidos pero muy seguros.

Sobrero.—Llaman así al toro que, además de los escogidos para la lidia en cada corrida, llevan con los mismos á las plazas para sustituir á algunos de ellos en los casos de necesidad por inutilización ó de conveniencia.

Sobresaliente.—Es un banderillero de los más adelantados (al menos debe serlo), que cuando uno de los espadas de cartel se inutiliza, y por consiguiente recae mayor trabajo en el otro ú otros anunciados, mata el último toro, si el espada á quien le toca verificarlo pide esta gracia al Presidente y le es concedida. Más frecuente es aún que lo realice cuando la autoridad concede al público un toro de gracia, ó sea á más de los anunciados, pero en este caso y en todos debe el espada jefe de cuadrilla pedir permiso á la Presidencia para que le sustituya el sobresaliente. Lo mismo éste que el media espada tienen obligación de auxiliar constantemente á los espadas en los quites con el capote, tanto á la gente de á caballo como á la de á pie. Pudiera suscitarse alguna cuestión ó al menos duda de cuál de los dos tiene mayor categoría, por eso creemos conveniente hacer constar, que en carteles antiguos hemos visto anunciados para una misma corrida, un sobresaliente de espada primero, y un medio-espada después, lo cual hace creer que la categoría de aquél es mayor que la del último. Hoy no se acostumbra usar el nombre de medio-espada.

Sobretodos.—Toro negro de Adalid, antes Barreiro, de quien nos ocupamos en la palabra CORIANITO.

Sociedades taurómacas.—No han contribuido poco á difundir y ensanchar la afición á la fiesta española las sociedades que en todas épocas, pero especialmente de cincuenta años acá, se han formado en muchas capitales para dar funciones en que, tomando parte como lidiadores gente joven de cierta clase, corriendo becerros y demostrando prácticamente sus conocimientos taurinos, han proporcionado ratos muy agradables á sus amigos y familias. Es imposible, como fácilmente se comprende, hacer mención siquiera de las muchas sociedades que ha habido y hay en España, formadas con dicho fin, compuestas de personas de elevada cuna, de más ó menos posición social, ó de modestos artistas, comerciantes ó industriales. Nos limitaremos, pues, á reseñar muy ligeramente las más principales asociaciones de que tenemos noticia, citando algunos nombres de los aficionados que en sus fiestas han tomado parte, sobresaliendo entre sus compañeros, y sintiendo no ser todo lo extensos que quisiéramos. Hace más de cincuenta años se corrieron becerros en la Moncloa de Madrid bajo la dirección del gran maestro Francisco Montes, y en ellas tomaba parte una persona de la real familia, que no se desdeñaba de coger el estoque y las banderillas al lado de compañeros de lidia de mucha menor jerarquía. Poco después, en una placita del inmediato pueblo de Carabanchel, y luego en la huerta de Fagoaga, junto á las Ventas de Alcorcón, se dieron becerradas en que lidiaron grandes de España, banqueros, literatos y otras personas, presididas alguna vez por la que luego fué emperatriz de Francia, entonces condesa de Teba, por la duquesa de la Victoria, por el infante D. Francisco y por otros personajes. En 1850 fundaban en Madrid la elegante y sin igual sociedad taurómaca aficionados títulos de Castilla, propietarios, banqueros, comerciantes y artistas de primera nota, rivalizando en buenos deseos, construyendo á su costa y sin escasear gastos una bonita plaza en el Jardínillo, posesión que existía donde hoy está edificado el barrio de Salamanca. Allí sobresalieron en la lidia de becerros los señores D. José López, D. Blas Reguera, D. Antonio Gil, D. José Cuesta, D. Mariano Domingo de la Peña, D. José Besuguillo, D. Pedro Zaldos, D. Nicolás Ruiz de Valdivia, D. José Eraña, D. Carlos Cueto y otros buenos aficionados. Un año después levantaba la sociedad *Lid Taurómaca* una nueva y espaciosa plaza en el sitio que después han ocupado los Campos Elíseos, y sus funciones eran muy celebradas y concurridas, descollando entre otros, como buenos aficionados prácticos, los señores Loarte, Vega y Alcón. Diez años más tarde, en la Venta de la Tuerta, carretera de Extramadura, lidiaron becerros ante aristocrática concurrencia el marqués de Villaseca,

Rafael Huertos, el marqués del Sobroso y otros jóvenes aventajados, que en Aranjuez, á presencia de la reina Doña Isabel II, dieron una gran corrida de cuatreños que formó época en los fastos taurómáquicos; y no ha mucho el marqués del Castriello, Sanabria, Monares, Salcedo y otros, bien conocidos en la buena sociedad madrileña, han distraído sus ocios lidiando becerros en los Campos Elíseos. De tal manera está arraigada la afición en Madrid, que rara es la semana en que por distintas sociedades de jóvenes de diversas clases no se celebran dos ó más corridas de becerros. Y si de Madrid pasamos á las provincias, ahí están Valencia, donde se formó una sociedad titulada *Círculo Taurómaco*, que ni en organización, ni en otros elementos, tiene que envidiar á ninguna otra. Sevilla, Málaga, Barcelona, Córdoba, donde tanto lucieron su afición los señores Ceballos, López y el marqués de los Castellones; Murcia, Santander, Alicante, Avila y otras muchas, casi todas las de España, que con diferentes alternativas celebran y han celebrado funciones de becerros bien lidiados, y especialmente Almería, que con el título de *Filoteuro* fundó en 17 de Junio de 1877 una brillante sociedad compuesta de los jóvenes más distinguidos de aquella capital, que en sus frecuentes novilladas, á que asistía lo más selecto de la población, demostraron ser consumados matadores de uteros y cuatreños D. José María Yebra y D. Angel María Castañeda, y diestros en las demás suertes D. José de Acosta y Don Simón Benavides. Otra de las que más se han distinguido por la notoria afición de sus socios y los buenos elementos con que se formó fué la que con el título *El toreo moderno* fundaron en Sevilla los señores D. Angel Sigler, D. Manuel Pineda, Don Felipe Pardo, D. Eduardo de la Fuente, D. José Manzano, D. Antonio Salvador, y otros muchos, que formaron un reglamento aprobado por la autoridad gubernativa en 14 de Septiembre de 1889, y dieron becerradas en que unos y otros señores Socios demostraron inteligencia y valor. La afición, pues, se extiende por todas partes; inútil es atajarla con palabrerías; los altos personajes, los ricos, los pobres, todo el mundo se asocia para olvidar penas y proporcionarse alegrías lidiando becerros. Siga la propaganda formando sociedades donde no las haya, y clamen en desierto los detractores de la mejor de las fiestas nacionales y extranjeras.

Socorro.—Cuando en los antiguos tiempos la lidia de toros estaba solamente autorizada para los nobles y caballeros, era costumbre y tenían estos obligación de socorrerse en los trances del peligro. Así que si un caballero caía al suelo con su

caballo, y no bastaban á llevarse de allí el toro sus criados, los demás caballeros debían acudir inmediatamente, rejón en mano, y clavársele á la fiera hasta sacarla de aquel sitio; y si el rejón no bastaba, con la espada, acuchillándola por cualquier parte; en términos de que en grave caso, caído un caballero ó un peón de auxilio, era obligación atravesarse con el caballo entre el toro y el hombre derribado, á trueque de caer también. No era como ahora el quite con el engaño, sin lastimar á la fiera; todo lo contrario: ésta era acuchillada bárbaramente hasta por los criados plebeyos en el caso de ver á sus amos en peligro, y así comprendemos efectivamente la repulsión que Isabel la Católica y otros tuvieron á las corridas de toros de entonces, puesto que todo en ellas era confusión, desorden y peligro evidente.

Sol, Juan (Cobilla).—Torero según dicen, que mata toros según hemos leído y pone banderillas según parece.

Solano d' Almeida, Joaquín.—Notable mozo de forcado portugués, que creemos haya fallecido en estos últimos años. Era muy estimado su trabajo en aquel país.

Solis, Andrés.—Buen picador de vara larga en fines del precedente siglo. En Madrid trabajó con Joaquín Rodríguez (*Costillares*) varias temporadas.

Soria, Nicasio.—Bueno es que la compostura acompañe al picador de toros, y que la gente joven demuestre valor, pero esto no basta. Hay que aplicarse; y ya que este chico demuestra condiciones excepcionales para el arte procure observar lo que hacen los más aventajados, tomando por modelo á los de verdadero renombre. Alternó por primera vez en Madrid el 25 de Septiembre de 1892.

Sorteador.—El que lidia los toros con habilidad, especialmente á pie y de capa. Así dice la Academia y no dice mal, pero dice poco; porque hoy muchos lidian sin habilidad, aunque sorteando las reses, y otros las sortean á caballo en campo abierto, acosándolas ó derribándolas.

Sorteos.—Desde hace unos cuantos años han hecho algunos espadas figurar entre las condiciones de sus contratos la cláusula de que los toros que hayan de ser lidiados en las corridas en que tomen parte, han de ser sorteados entre sus compañeros,

sin duda con el fin de evitar abusos de las empresas, que se inclinan á favorecer á determinados diestros escogiendo para ellos reses de poco respeto por su escasa corpulencia y menos armas, con perjuicio de los demás lidiadores. Hay un fondo de justicia en esa cláusula, pero no debe admitirse, que el espada tiene obligación de matar los toros que en su puesto le correspondan, sin atender á condiciones físicas, porque de otro modo dará lugar á que los maldicientes supongan exceso de precaución ó prudencia que pueda traducirse en ausencia de valor. Aparte de eso, no sabemos hasta qué punto es lícito vulnerar los derechos de los ganaderos, que, por costumbre inmemorial, que por lo mismo hace ya fuerza de ley, tienen acción á designar por sí, ó por medio de sus representantes, el lugar de presentación en el redondel de los toros de sus ganaderías. Ya sabemos que en este caso y en todos puede haber abusos, porque el compadrazgo y las simpatías entran por mucho en el asunto, como en todos los de la vida; pero al lidiador, aceptando las responsabilidades de su cargo, con todas las eventualidades que de él dimanen, le es mejor aparecer como valiente sin preocupaciones, que como desconfiado ó pusilánime. Demasiado ve el público cuándo hay injusticia en el reparto de las reses para lidia, y harto se entera de cuál es el diestro á quien le sobra corazón, ó le tiene muy pequeño.

Corre como cierto en la tradición el hecho de que los célebres maestros *Costillares* y *Pepe Ilo*, pidieron, cuando las corridas Reales de 1789, que no se lidiaran toros castellanos, al paso que Pedro Romero se obligó á matar cuantos se presentaran procedentes de aquella tierra. En esto no se trataba de sorteo, sino de excluir determinadas ganaderías, y, sin embargo, Romero quedó á mayor altura que sus compañeros, y aun se asegura que este arranque del bravo matador influyó no poco en que se fingiese que un sorteo le había dado preferencia para ocupar el puesto de primer espada que le disputaba *Pepe Ilo*, el cual, á pesar de todo, continuó toreando reses salamanquinas, hasta que una de ellas le ocasionó la muerte en la Plaza de Madrid.

De ser cierto cuanto la tradición expresa, ya consta que en el siglo pasado hubo un sorteo, no de toros, sino de lidiadores, para preferencia de puestos; y en el mismo sentido y con igual fin, aparece reproducida la cuestión en el año de 1833. En efecto, con motivo de las fiestas Reales celebradas para solemnizar la jura de la Princesa de Asturias Doña Isabel, debieron alegar derechos de preferencia ó antigüedad los espadas Manuel Lucas Blanco y Luis Ruiz, y Manuel Romero Carreto con Roque Miranda, porque así se desprende de un prospecto ó programa oficial que tenemos á la vista, titulado «Lista aprobada por S. M. de los

caballeros rejoneadores, picadores de vara de detener y toreros de á pie, etc.» En esta lista, al mencionar los espadas, dice:

Manuel Lucas Blanco, ...	} Alternando: se sorteo.
Luis Ruiz,	
Manuel Romero Carreto .	} Alternando: id.
Roque Miranda,	
	} También se sorteo.

No hay noticia de que después se hayan sorteado los puestos de antelación entre los toreros, pero no hay que perder la esperanza de verlo en adelante. Tomando hoy lo que algunos llaman alternativa lo mismo en Sevilla que en Porcuna, en Madrid que en Triunfo, en Ronda que en Betanzos, llegará día en que no se entiendan ni sepan á qué atenerse, y por necesidad tengan que recurrir al sorteo. Es cuanto queda que ver.

Sorrilla, Pablo (*El Mexicano*).—Buen jinete, como todos los de aquel país, fué picador de toros que se lució bastante en la Habana hace ocho años. No sabemos si se volvería á Méjico ó qué ha sido de él.

Sotelo, Manuel.—Fué un banderillero de pocos conocimientos. El desgraciado tuvo una cogida terrible en la plaza de Sevilla el día 13 de Septiembre de 1874, de resultas de la cual falleció en la misma ciudad el día 24 del mismo mes.

Soto, D. Francisco (*Sotillo*).—Notable aficionado zaragozano, escritor taurino de los más distingui-



dos y amigo de la verdad sin mistificaciones. Nació en 2 de Mayo de 1872; á los dieciséis años de

edad era ya maestro superior de enseñanza, luego siguió otros estudios, y continuó con su perseverante afán á los libros que algo enseñan.

Tal estudio le ha hecho colocarse en primera fila de los buenos aficionados, y en un lugar envidiable entre los escritores taurinos, distinguiéndose por la limpieza de la frase, la energía de sus justas apreciaciones y la independencia de su carácter.

Soto, Isidro (*Mojanito*).—Atrevidito banderillero, y principiante lidiador. Si no estudia más y todo lo fía á la audacia, mal fin ha de tener. Párese y reflexione, si puede y sabe.

Souto del Rey, Conde de Villa Nova.—Arrogante figura á caballo dicen tenía este caballero rejoneador de toros en Portugal, y concediéndole al mismo tiempo gran inteligencia. Creemos que sólo trabajó por afición.

Souza Coutinho, D. Simão (*Redondo*).—La primera vez que se presentó en 1888 este distinguido aficionado, perteneciente á la nobleza portuguesa,



á ejercer las funciones de mozo de forcado, cautivó á todos los concurrentes por su gallardía, su valor y su fuerza, y así ha continuado aumentando con

la práctica sus conocimientos, en términos de que coleando las reses las *posa*, las para, que aquí decimos. Es tenido en mucho por su distinguido comportamiento con todas las clases de la sociedad.

Souza Coutinho, D. José Luis (*Redondo*).—Caballero rejoneador bastante aceptable hará unos veinte años. Está retirado de la afición.

Souza Poser, Juan.—Aunque realmente no es más que mayoral de ganadería brava, ha demostrado prácticamente en Portugal que es un buen torero. Varias suertes del toreo le son fáciles, y en algunas se ha distinguido.

Souza Cadete, José de.—Fue uno de los toreros de á pie más renombrados en Portugal. Hijo de Jorge Avillez de Souza y de Ana de Souza, nació en Lisboa en 1816, y en el de 1828 ya toreaba



novillos y vacas en el matadero. Cuando cumplió los veinte años hizo mozo de forcado, y más tarde banderillero, en cuya suerte descolló tanto como el que más, así como en los saltos de la garrocha y al traseguerno. Murió en 22 de Noviembre de 1877.

Souza Botelho, D. Alexandro (*Villarreal*).—Pocos mozos de forcado han podido competir en Portugal con tan bravo é inteligente noble, que es hermano del Conde de Villarreal. En cuantas

corridas tomó parte demostró que por sus venas corre la sangre de los valientes de su casta, causando envidia sus conocimientos. Hace algunos años que se ha retirado del toreo.

Souza, José de (*O Preto*).—Natural de Isla Terceira, antiguo banderillero de cierta reputación en Portugal, que á sus buenas cualidades reúne la de ser ambidestro. A pesar de su edad todavía trabaja en algunas funciones.

Suárez, José Antonio.—Este matador de toros era natural de Oviedo, en Asturias; pero en Madrid ha pasado sus mejores años. Trabajó, toreando de muleta y capa, paradito y con algún arte; y si en 1868 no se hubiese retirado del toreo para dedicarse á sus asuntos, mucho habría adelantado y aprendido, á juzgar por sus deseos. Era hijo de Gabriel y de Ramona Iglesias. Tomó la alternativa en Madrid en 17 de Septiembre de 1860; pero como para las corridas reales de 1878 ha ocupado el sexto lugar, hemos señalado en otro sitio de este libro la época en que adquirió aquélla, fuera de Madrid, anteponiéndose á otros espadas, contra toda razón en nuestro concepto. Falleció en Madrid de aguda enfermedad el día 22 de Enero de 1889, siendo sentida su muerte, y acompañado al cementerio por gran número de correligionarios políticos. Había contribuido personalmente al triunfo de la revolución de 1868.

Suárez, Juan.—Banderillero bastante acreditado en el último tercio del precedente siglo. Trabajó en las cuadrillas de los Romeros.

Suárez, Antonio (*El Santón*).—En 1878 se estrenó en Sevilla, y no sabemos qué ha sido de él. A Madrid no llegó.

Suárez, Antonio (*El Rubio*).—Picador regular, que trabaja con fe, aunque es frío en la faena. El *Gordito* le presentó en Madrid en 1874. Es natural de Sevilla, tiene buen brazo y es muy modesto; pero desde 1867, en que se estrenó en Sevilla, ha podido adquirir nombre de bueno y no ha querido buscarle.

Suárez, José.—Tampoco este ha querido que la historia le coloque en alto lugar. Ya era tiempo, después de veinticuatro años que hace se estrenó en Sevilla.

Suárez, Antonio.—Torero de la última remesa, que ha venido de no sabemos dónde, ni cuándo trabaja, ni en qué plazas. Ya lo sabremos, si el tiempo lo permite.

Suárez, Isidro (*El Montañés*).—En Sevilla quiso ser picador hace más de veinte años, y por lo visto no lo ha conseguido.

Suárez Rodríguez, Francisco (*Curro*).—Es valiente, es joven, es decidido, y quería ser torero, sin reparar que recorriendo pueblos y aldeas se atrasa más que se gana. Tenía ya perdido el miedo en ellas, y era conocido en toda la provincia de Badajoz, de donde es natural, y la patria le ha llamado a defenderla en Cuba, formando en el ejército español.

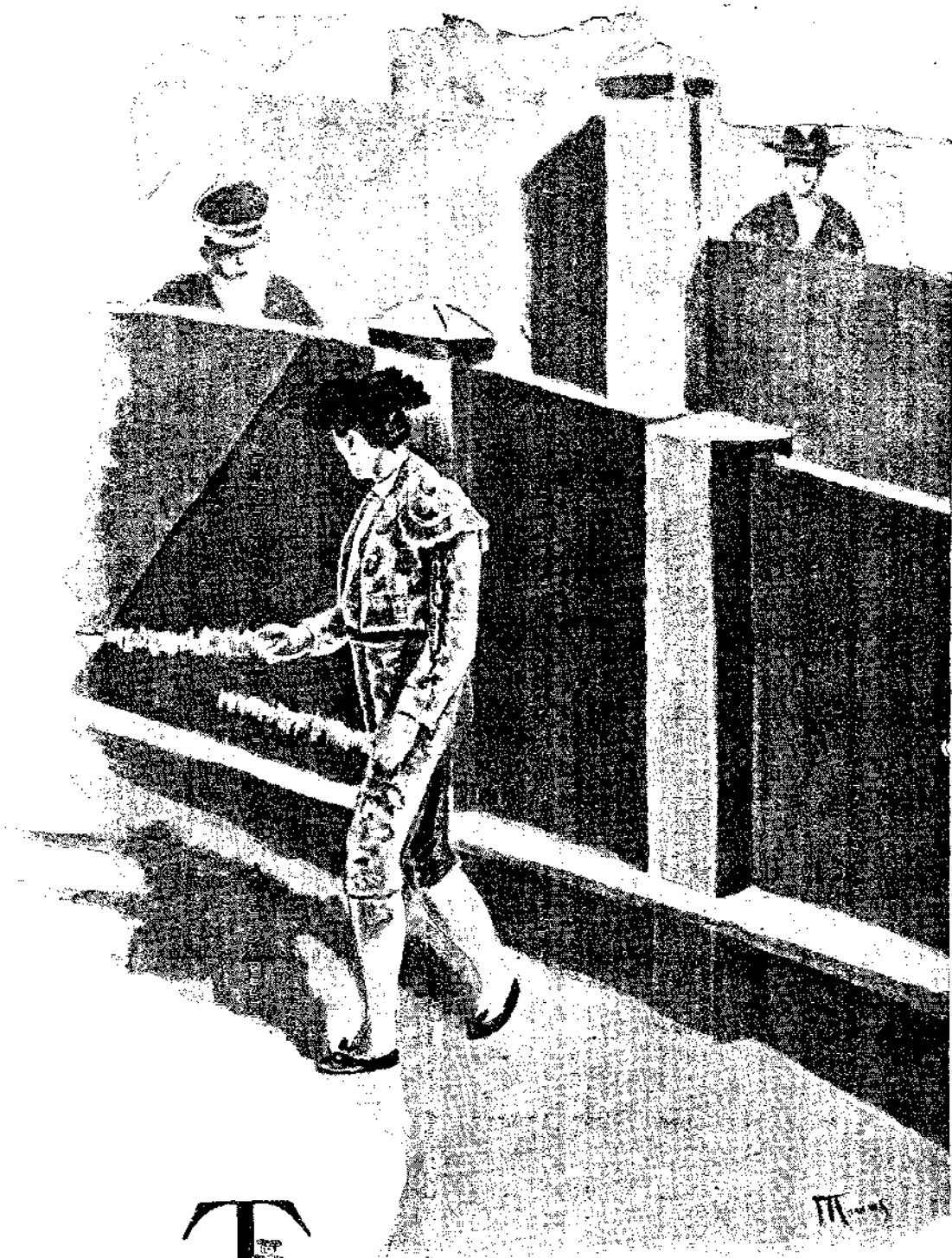
Suazo.—Caballero noble del siglo XVII, que rejoneaba toros con singular destreza, y según dice

el poeta Tafalla, fué muy aplaudido en Zaragoza, cuando lo verificó en unas fiestas dadas en honor de D. Juan de Austria.

Sabgoza, Marqués de.—Hace muchos años dejó de trabajar como banderillero en varias plazas de Portugal. Empezó en 1847. Tuvo fama de entendido.

Suerte.—En las fiestas de toros es cualquiera de los lances escritos que comprende la tauromaquia, y no los que salen al azar de pronto y sin meditar-se. Puede burlar la fiera de un toro cualquier peón, por medio de un regate ó de una casualidad no prevista, pero aceptada en el instante, por miedo del peligro, como arrojarse al suelo para que la res salte por encima, y esto no es suerte de toreo, como fácilmente se comprende, por más que se haya librado el lidiador con habilidad y ligereza de una acometida imprevista.





Tableros.—Son los que forma la valla ó barrera que cierra el redondel ó coso en que se verifican las funciones de toros. Lo mismo se llaman los que cerca de los corrales de las plazas se colocan para formar calle los días de encierro del ganado.

Talanquera.—Llámase así en muchas provincias de España á la barrera ó valla que separa el redondel del resto de las localidades de la plaza, es decir, á la que divide el tendido del callejón, no á la que está más inmediata á la arena.

Tamaguino, Tosmé.—Mozo de forcado portugués, bastante regular. Se retiró hace tiempo y no ha vuelto a sonar su nombre en plaza alguna.

Tamaguino, Fernando.—No pasó de regular en su trabajo este mozo de forcado portugués.

Tamariz, D. Miguel Marcelo.—En Salamanca y en 1771 compuso y escribió en octavas reales, que dedicó al Duque de Medina Sidonia, un folleto titulado *Ensayos del valor y Reglas de la prudencia para el coso. Arte de rejonear, con que el noble aliento hará posibles las más extrañas suertes.*

Taparse.—Es cuando un toro humilla tanto que, sacando el hocico, echa atrás el testuz y queda cubierto el sitio donde ha de pinchársele con los palos ó espada; y también cuando levanta demasiado la cabeza impidiendo meter los brazos. Debe presentársele siempre el engaño muy bajo; y en la suerte de varas, picarle en la delantera del cervigullo. El espada no debe nunca intentar el descabello de un toro tapado, y aun el puntillero hará bien dando el cachete de atrás adelante y no perpendicularmente.

Tapia, José.—Fué picador ágil, aunque no de fuerza. Empezó el oficio en las novilladas que se celebraron en Madrid en 1848, y fué el primero que desde el caballo mató con la *chispa fulminante*, ensayada el 12 de Diciembre. Si no hubiese dado resultado el *trueno* que así le llamaron entonces, se había comprometido á matar el toro á pié por el procedimiento ordinario.

Tapia y Salcedo, D. Gregorio.—Escribió y dió á luz en el año de 1643 un libro de ejercicios de la Jineta, en el que, además de citar á muchos caballeros y personajes ilustres, diestros en el toro, se hallan reglas para toroar á caballo, que en aquel tiempo era uno de los ejercicios más esenciales del arte.

Tapia, Francisco.—Picador excelente, de nombre, natural de Tarifa, que perteneció á la cuadrilla de Francisco Montes por los años de 1833 al 40. No era bonito á caballo, ni siquiera buen mozo; pero sabía, callaba y trabajaba con voluntad. Picó en Madrid por primera vez el lunes 19 de Mayo de 1834.

Taylor, Felipe. Es uno de los mejores pegadores que hay en Portugal, siendo admirado por su valentía delante de los toros. Ha tomado parte en gran número de corridas, á condición de que los productos de estas fuesen á favor de la Beneficencia.

Las plazas de Cintra, donde se estrenó con gran



aplause en 1889, y luego las de Almada, Villafranca de Xira, Setubal, Barreiro, Algés y Campo Pequeno (Lisboa), han sido testigos de su arrojo, inteligencia y fuerza verdaderamente hercúlea de que ha hecho alarde, no sólo pegando toros sino también en las funciones organizadas por el Real Gimnasio Club de Lisboa, del cual es uno de los socios principales.

Guiado por su inclinación á la caridad, ha trabajado también en circos ecuestres y gimnásticos en funciones organizadas por dicho Club, levantando en peso con una sola mano una barra de ochenta y cinco kilogramos. Tanto es su prestigio ante el público, por su modestia y por el verdadero mérito que tiene su esmerado trabajo, que sienten todos los aficionados que una vez le han visto no presenciar con más frecuencia sus arriesgados ejercicios.

Taurino.—Bien haría la Academia en ampliar la definición que da de esta voz. «Lo perteneciente al toro,» se contenta con decir, y más latamente

te la aplicamos los aficionados, la emplean los escritores y la usan los españoles.

Por ejemplo puede decirse aficionado taurino, Reglamento taurino, circo taurino y otras muchas voces, sin que ninguna de ellas *pertenezca* al toro, rigurosamente hablando.

Tauromaquia.—«Arte de torear ó lidiar toros, tanto á pie como á caballo.»—Libro en que se dan reglas para llevar á efecto y practicar las diferentes suertes que se conocen en el toreo. Son varios los que se han escrito con dicho fin y en distintas épocas, considerándose como el más completo hoy y de más autoridad el de Francisco Montes, que amplía, explica y perfecciona el que autorizó con su nombre José Delgado (*Illo*).

Tavara, Marqués de.—Fué uno de los caballeros en plaza que más se distinguieron en Portugal el año 1735, cuando se celebraron las fiestas reales por el nacimiento de la Princesa del Brasil.

Taveiro, José, Vizconde de.—Desde que en 1873 se lanzó este hidalgo á la arena taurina portuguesa, unas veces como caballero rejoneador y otras como mozo de forcado, demostró valor con exceso y gran conocimiento del arte de Montes. Dió fin á su afición pública, en una corrida que organizó el conocido ganadero José Pereira Palha Blanco en su tentadero de la *Quinta das Arcias*, á beneficio de los pobres de Villafranca de Xira, y en la cual Taveiro mató con arte y valentía un toro, que ya quisieran haber matado muchos toreros de fama.

Teixeira, Antonio Manuel.—Hoy es un negociante muy acreditado en el reino de Portugal; antes fué un mozo de forcado de gran valentía y afición.

Teixeira, Joaquín Henrique.—Como banderillero es regular; como mozo de forcado es bueno, y en todos los casos valiente, por lo cual es bastante apreciado en el vecino reino de Portugal.

Tela.—Llamábase en lo antiguo de este modo, al sitio cerrado con tablas ó de otro modo que disponían para celebrar corridas de toros y novillos y otros espectáculos. Ahora generalmente es el paraje donde paran por poco tiempo los ganados trashumantes; y hasta hace pocos años se ha conocido en Madrid, para dicho uso, un sitio llamado la *Tela*, que estaba precisamente al pie del muro de la Almudena, ó sea donde colocó el célebre Moratín, en sus incomparables quintillas, la plaza en

que el Cid alanceó toros por el nacimiento de Aliménón de Toledo.

Telles, Arthur.—Puede decirse que es uno de los primeros revisteros taurinos de Portugal. Firma sus críticas con el pseudónimo de *Don Severo*, y ha escrito y colaborado en los periódicos *O Jornal da Norte*, *O Tourcira* y en *Sol é Sombra*, que fundó con Segismundo da Costa. Formó parte de



la empresa que inauguró la plaza de Campo Pequeno; siendo más tarde, en vista de sus conocimientos taurinos, encargado de redactar el reglamento interior de dicha plaza. Es gran entusiasta de los toros de muerte, y con tal motivo ha visitado en muchas ocasiones nuestras plazas.

Su carácter imparcial y serio le han dado gran notoriedad; y si en Portugal hubiese media docena de críticos como Telles, es seguro que el arte estaría más adelantado en el vecino reino.

Téllez de Gama, D. Manuel (Niza).—Hijo del alto personaje portugués, marqués de Niza, ha tomado parte en aquel país en muchas corridas de toros benéficas como mozo de forcado amador, probando con su valor que no desmiente la paternidad de quien le dió el sér.

Tello, Antonio.—Picador de toros que empezó toreando en Sevilla el 25 de Noviembre de 1877, y no se sabe cuándo concluyó, porque nadie le recuerda de cuantas personas por él hemos preguntado.

Telón.—Pases de muleta por encima de la cabeza, de que hacemos descripción en el sitio correspondiente al hablar de pases.

Temeroso.—Este es el nombre que da *Pepe Illo* al toro abanto que hace poco por el objeto ó bulto, según hemos dicho al hablar de las reses de dicha condición.

Nosotros añadimos que también merece ese nombre el toro cobarde ó demasiado castigado que se coloca en defensa, sin querer acometer, aunque se le obligue, y escarba la arena retrocediendo paso á paso ó huyendo de todo bulto.

Templador.—Es un burladero formado por cuatro maderos estrechos, que en algunas plazas de América, especialmente en la de Lima, está colocado en el centro del redondel, y sirve de gran refugio para los diestros, pues que formando el burladero cuatro alas, permite el paso interior de una á otra sin persecución alguna. Nada nos dice acerca de si hay en aquella plaza barreras el Sr. Perillán y Buxó, que allí estuvo emigrado muchos años, y que luego murió en la Habana en 1885, y eso que escribió con extensión unos detallados artículos en el acreditado periódico taurino de Madrid titulado *Los Menegues* (1881) sobre las costumbres de aquel país y sus fiestas de toros.

Algunas cuadrillas españolas, creemos fué la primera la de Angel Fernández (*Valdemoro*) han hecho desaparecer el *templador* mientras allí han

torreado; pero otras, especialmente las del país, lo conservan.

Temporal.—Mucha gente de campo y matadero llama así al derrote de los toros después de engendrar la cabezada. Es voz poco usada.

Timbales y clarines.—Con estos instrumentos musicales, usados desde tiempos muy remotos, se dan las señales en las plazas de toros para las salidas de cuadrillas, cambio de suertes, etc., obediendo las órdenes que por medio de pañucos da la Presidencia, según va referido en el lugar correspondiente de este libro.

No en todas las plazas se usan dichos instrumentos; pues tanto en algunas provincias de España como en América, hacen las señales á veces con solo clarines ó cornetas, á veces con tambor y aun con tamboril y gaita, según el estilo de cada región. Lo clásico, si así puede llamarse, es el toque de clarines y timbales, como se acostumbra en Madrid, y que nos parece útil ó cuando menos curioso, dar á conocer. Hé aquí los diferentes tonos que se emplean, según los casos, y que conocen con exactitud los buenos aficionados, aunque no entiendan las notas musicales:

SALIDA DE ALGUACILES Y DESPEJO

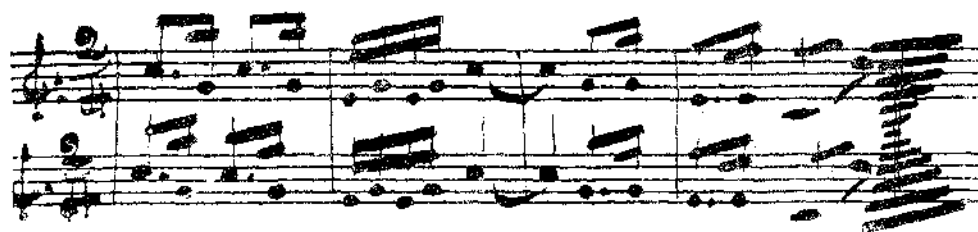


Después de éste toque, y sin parar nada, continúa el siguiente hasta su final. (Todo en clave de sol.)



Hasta este final sigue todo en dicha clave de sol.

SALIDA DEL TORO. —Este toque es igual para la muerte.



Á BANDERILLAS



Hay que advertir que cuando las banderillas son de fuego, es el toque enteramente igual al ordinario y común, y que para retirar al toro á los corrales, cuando el espada no ha podido darle muerte dentro del plazo reglamentario, no tocan los tímboles ni clarines, como no tocaban antes para sacar los perros ni la media luna.

En sitio visible y frente al palco presidencial se colocan estos modestos funcionarios, acaso los únicos que en la plaza no son objeto de burlas ni censuras. El timbalero actual heredó de su abuelo el puesto y se llama Luis Cuesta; el primer clarín, León Blázquez, lleva más de catorce años desempeñando su puesto y también es muy antiguo en el suyo, el otro, Faustino Aparicio.

No podemos fijar con exactitud la fecha ó al menos la época en que empezaron á usarse los tímboles y clarines en las plazas de toros, aunque nos inclinamos á creer que data lo menos del siglo XVI. En un romance del siglo XVII, que tal vez sea de D. Jerónimo Salas Barbadillo, recordamos haber leído:

Redoblaron los tímboles,
y sonaron los clarines,
se dió suelta al primer toro...

Juan de Arguijo en su *Descripción de fiestas*, dice literalmente: «dió la ciudad doce toros para este regocijo y vistió sus trompetas ministriles y atabales» y sabido es que este buen poeta sevillano, contemporáneo de Lope de Vega, murió en 1620.

D. Nicolás Fernández Moratín, en sus famosas quintillas, tantas veces celebradas, describiendo la fiesta antigua de toros, menciona que

Añafles y atabales
con militar armonía,
hicieron salva y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.»

Covarrubias, en su *Tesoro*, dijo que «con los atabales andan juntas las trompetas, como con los atambores los pífanos» y el mismo autor menciona que los añafles eran un género de trompeta de metal, pero que las de la casa Real eran de plata.

Y más recientes que esas autoridades, son las *Reglas ó Ordenanzas de la R. Maestranza de Sevilla*, en cuyo capítulo XI de la edición hecha en dicha ciudad en 1781 por el impresor Juan Francisco Blas de Quesada, se encomienda al *Diputado de tímboles y clarines* que «cuide de prevenir en ellas (las plazas) aquellos marciales instrumentos que rompiendo con sus voces el aire, publican el sitio de la función.»

No titubeamos pues, con tales testimonios, en afirmar que los tímboles y clarines, en las plazas de toros, son muy antiguos y tal vez anteriores al siglo XVI: pudiendo también asegurar que los toques que hoy se dan en la plaza de Madrid y que van antes indicados, son los mismos que se usan desde primeros de siglo ó tal vez antes.

Tender la suerte.—Es en el capeo y traseo el acto de acercar al toro el trapo y extenderle para que llegue á jurisdicción, ó, lo que es lo mismo, el momento preliminar al de cargar la suerte.

Tenajero, Francisco.—En 1787 alternó como picador por primera vez en la plaza de Madrid á las órdenes de *Pepe Illo*. Nada hemos descubierto acerca de su mérito y demás circunstancias.

Tendido.—Es el sitio destinado al público en las plazas de toros, que, empezando en la barrera, sube en gradería ó escalones, siempre al descubierto, hasta las gradas cubiertas ó palcos que encima están situados. Suele llamarse al primer escalón más inmediato á la plaza ó callejón de la barrera, talanquera en unos pueblos y barrera en otros; al segundo, contrabarrera, y al más alto tabloncillo. Sobre este, y aun en algunas á su nivel, hay un ancho espacio que dicen rellano.

Tendilla, Conde de.—En la mayor parte de los libros de tauromaquia se hace mención de este caballero como muy diestro en la lidia de toros á caballo. Debió vivir en la época de Felipe IV.

Tenreiro, Francisco.—Al lado de buenos banderilleros llegará este chico a serlo, porque se ve en él buena disposición, voluntad y observación detenida y atenta. Con eso, y conque luego nos dé chasco...

Tercios.—Como el nombre lo indica, se llaman así los terrenos que están situados a una distancia de los tableros, próximamente igual a la tercera parte del diámetro de la plaza. Los picadores no deben avanzar de este sitio para ejecutar su suerte, porque el salir a los medios es muy expuesto y temerario, y a veces ahuyenta a los toros, especialmente si son abantos. Para poner banderillas es el mejor terreno, y bueno es también para la suerte de matar.

Terreno.—El del toro lo es siempre el de afuera, ó sea el que hay desde donde esté colocado hasta los medios de la plaza; el del torero, por el contrario, es el que media desde donde se halla el toro hasta los tableros. De manera que el sitio donde se ejecutan las suertes es el del centro de los terrenos; y sucede muchas veces que, habiéndose colado el toro, no tiene el torero más remedio, para librarse de una cogida, que cambiar los terrenos, haciendo un quiebro de cuerpo, ó con el engaño. Ocasiones hay, en que el torero sabiendo lo que se hace, cambia los terrenos en las suertes de banderillar y de matar, pero esto, que el diestro inteligente puede hacer con toros nobles y bravos, debe evitarlo con los de sentido y con los que cortan el terreno.

Terrón, José.—Es picador moderno, voluntario para el trabajo que no escatima, según afirman los que le han visto. Ya formaremos juicio cuando le veamos torear más de dos veces.

Teruel, José (El Murciano).—Todavía no es picador de toros de alternativa, pero trabaja en pro-

vincias y aun en Madrid alguna vez, con matadores novilleros de buena nota y no hace mal papel. Hay que apretar más.

Tévar, Manuel (El Gordo).—Es un espada granadino que empezó hace más de quince años, y que, según informes, era atrevido como el que más. No sabemos, si ha aprendido algo, al lado de quien ha sido; lo que si es cierto, que el mozo se quedó en embrión y que ya nadie se acuerda de él.

Tiempo (á un).—Este es uno de los nuevos nombres dados al modo de matar modernamente. Consiste en arrancar el torero y el toro, uno hacia el otro, precisamente al mismo tiempo, es decir, en el mismo instante; y como se comprende desde luego esto siempre tiene que suceder sin prepararlo ni pensarlo. Por lo demás, la suerte es *arrancando*, y á esta palabra remitimos á nuestros lectores; aunque conocemos que, siendo á un tiempo, el torero



ESTOCADA Á UN TIEMPO. — MACÍAS

ha demostrado buenas dotes, sobre todo de serenidad, si no se ha echado fuera.

Tienta.—Llámase así á la prueba que de su bravura se hace en los becerros utereros y vacas de igual edad en las principales y mejor cuidadas ganaderías. Al efecto se les encierra en un local como en los herraderos, y luego se suelta uno al corral, que debe estar inmediato, donde hay un vaquero ó picador á caballo con garrocha ó vara de detener de puya corta, y un peón inteligente con capote

para defender al jinete y llamar hacia este á la res. Si por el número de varas que toma, porque recarga, ó porque de otro modo denota su bravura, queda el dueño satisfecho de él, le aparta para la lidia; si no, para el Matadero; y lo mismo se hace con las vacas, que no se reservan para madres más que á las bravas y de buen trapío. En Andalucía como en otros puntos así se verifica y también se suele hacer la tiente por *acoso*, en el campo sacando las reses del rodeo, acosándolas y

zados, de modo que si el toro ha de salir por el costado derecho, debe colocar aquél su brazo izquierdo sobre el otro, y si le da salida por la izquierda, es el brazo derecho el que debe estar encima. Se usa poco. El último que la ejecutó en Madrid fué Julián Casas.

Tinajero, Francisco (El Granadino).—Este tenía fama de buen mozo y de buen jinete allá por los años de 1790 en adelante. Creemos trabajó con la cuadrilla dirigida por Pedro Romero.



LA TIENTA. -- MACÍAS

derribándoles las parejas ó *colleras*, y esperándola el tentador con garrocha y contra querencia, le pone una, dos ó más varas, según la bravura que el animal demuestra. Sucede muy frecuentemente que al ser pinchado por primera vez el becerro, vuelve la cara, y en este caso se le llama de nuevo á la suerte por algun capote, hasta ver si toma con coraje dos ó tres varas, en cuyo caso se ve que es suficiente su bravura. La res que toma todos los puyazos sin volverse huyendo, puede calificarse de primera clase, y la que no acude al cito ninguna vez, ó aunque tome el primer puyazo no quiere arrimarse más y huye constantemente, es tenuta por mausa, no se la marca, y en muchas ganaderías se le corta una oreja, apartándola para servicios agrícolas, ó con destino al Matadero.

Tijera.—La suerte de capear de tijera, tijerilla ó á lo chatre, que de los tres modos se nombra, es sencilla y se practica colocándose el torero frente á la res, según las reglas que hemos dicho para la verónica, pero cogida la capa con los brazos cru-

Tinoco, José Vicente.—Banderillero portugués á principios de siglo, que cumplía y nada más. Murió en 1839.

Tinoco, Alfredo.—La biografía de tan notable caballero no es difícil hacerla porque su vida artística está llena de datos curiosos en gran número.

Para conocer que Tinoco es el torero más completo de cuantos han nacido en Portugal, bastaría decir que es el único que comenzó por donde el verdadero torero debe empezar.

Fué mozo de curro, forzado, notó, banderillero y cabalheiro. Para completar su carrera artística le faltaba ser rejoneador de verdad y esa suerte la ejecutó en España ante el rey D. Alfonso XII como se verá más adelante.

Es, pues, un torero portugués *completo* y tiene las simpatías de todo el público lusitano, no solo por su inmejorable trabajo artístico, como por su modestia y brillante educación, que le vale ser recibido en casas de la primera sociedad de Lisboa.

Su elegancia natural, la manera en que cae á

caballo, su perfección en montar y su aspecto simpático, llenan la plaza y Tinoco recibe gran cosecha de aplausos siempre que trabaja.

Alfredo Tinoco recibió buena educación y sus padres, que eran ricos, le sujetaron los primeros años y le hicieron estudiar, pero el joven Alfredo dió muy temprano muestras de que le corría por las venas la verdadera sangre torera y siempre que podía salir de la escuela iba á las corridas de toros.

El marqués de Castello Melhor, conociendo la afición de Tinoco, le invitó á tomar parte en una corrida promovida por la «Comunissao Faunomachica Permanente» de que era presidente el marqués. Tinoco aceptó con gusto y apareció por primera vez en público en la plaza Campo de Santa Ana el día 14 de Agosto de 1873 actuando de *neto*



y el marqués de caballero. Terminada la corrida, el público y el propio marqués, aplaudieron al joven Alfredo por la manera valiente como estuvo en la plaza toda la tarde, porque el *neto* está siempre en el redondel á caballo y aguardando la orden del *Inteligente*.

Famoso estuvo después en una corrida en Cascaes como *mozo de forcado*, en 9 de Octubre de 1873 á favor de los pobres de aquella villa.

En 24 de Mayo de 1874 como banderillero en Campo de Santa Ana, corrida á favor de los heridos de la guerra de España, en la que también trabajó el marqués como caballero, la última vez.

En 1875 en Salvaterra de Magos, en beneficio de los pobres, como *mozo de forcado*.

En el mismo año en Lisboa en otro beneficio.

En el año siguiente debutó como caballero también en otro beneficio. Hasta 1880 tomó parte en todas las corridas de beneficencia, siempre con los primeros aficionados: unas veces como mozo de curro, otras como forcado y otras como caballero y banderillero.

Algunas tardes hubo, en que rejoneó, banderilló y pegó ó hizo pegas á los toros.

En 1880 y mes de Mayo, estando en Madrid fué invitado para una corrida de convite para la aristocracia en los Campos Elíseos, en la cual presidía la duquesa de Huesca, hoy duquesa de Alba, corrida que fué gratuita y á la que asistió el representante portugués Sr. Conde de Casal Ribeiro, fallecido en Madrid en Julio de 1896. En esa corrida toreó Tinoco dos toros de Veragua, matando al primero al segundo rejón, lo que le valió una gran ovación y que el mismo día le invitase á comer á su casa el conde de Casal Ribeiro, banquete á que asistieron los demás representantes extranjeros. En esta comida, el inteligente aficionado D. José Luis Albareda invitó á Tinoco á rejonear en la plaza grande de Madrid, pues S. M. D. Alfonso XII desconocía esta suerte; accedió gustoso y delante de muchos aficionados madrileños, rejoneó un veragüense de cuatro años con singular acierto, lo que le valió grandes ovaciones y una rica petaca de oro con la corona real, con que le obsequió D. Alfonso y cuyo obsequio conserva en gran estima.

Vuelto á Lisboa, toreó en el beneficio del fallecido caballero Antonio Monteiro, recibiendo muchos aplausos y no pocos regalos.

En la temporada de 1881, en 29 de Junio, la empresa de la plaza de Campo Santa Ana, agradecida á Tinoco por haber forcado en varias corridas en la plaza de Lisboa, organizó una en beneficio de Alfredo, en la que tomaron parte siete caballeros y se lidiaron catorce toros de Roquete, saliendo todos bravos; se distinguió el buen Alfredo por su valentía, arte y elegancia, lo mismo que al año siguiente cuando rejoneó en Badajoz un toro de la ganadería portuguesa de Roberto y hermano, recibiendo grandes aplausos de españoles y portugueses. En el mismo año, entre otras, toreó en una corrida organizada por el *Tato* en Sevilla torcando un toro de Benjumera, con gran éxito.

Tinoco, entusiasmado con las ovaciones del pueblo español, organizó una corrida en Madrid en 4 de Noviembre de 1883, donde toreó con don Luis do Rego dos toros de Palha Blanco, ganadería hasta entonces desconocida en Madrid. *La Lidia* y otros periódicos, al reseñar la corrida, hicieron grandes y merecidos elogios de Tinoco y do Rego.

Más tarde toreó en Badajoz un toro de D. Caetano de Braganza y otro de Sheruy, recibiendo grandes ovaciones.

Tomó parte en la corrida organizada en Madrid por la Sociedad del «Gran Pensamiento» el año de 1887, rejoneando un toro de Hernández y otro de Benjumca, y en cuya fiesta fué herido gravemente el célebre é inolvidable *Frasquito*.

En Agosto del siguiente año toreó en Badajoz toros salamanquinos de Carreros con igual éxito.

La fama de Tinoco se extendía por todas partes y siendo ya estrechos los límites de la Península ibérica, pasó á Francia, donde en la plaza de la Rue de Pergolette, en París, fué contratado con motivo de la Exposición de 1889. Empezó su campaña taurina en 8 de Agosto y terminó en 1.º de Noviembre, toreando nada menos de 28 corridas, en las que consolidó su justa fama de excelente rejoneador y gran caballista, en términos que al año siguiente toreó en la misma plaza todas las corridas, en número de 43, toreando en ellas con gran aplauso en unión de *Lagartijo*, *Cara ancha*, Augel, Mazzantini y todas las notabilidades de toreros españoles.

Toreó después en la plaza de Lisboa y en la de Cintra donde recibió grande ovación de los portugueses, que llenaron la plaza para ver torear á su paisano.

Más tarde toreó en beneficio suyo un toro de Aleas, en compañía de do Rego, Fernando de Oliveira y Manuel Casimiro en la plaza de Lisboa y en Madrid en 1893 y poco después en Barcelona, obteniendo nuevos triunfos.

Tinoco, que sigue toreando con gran aceptación en Lisboa, ha inaugurado las plazas de Campo Pequeno (Lisboa), Rue de Pergolette (París), Serra do Delas (Porto), Cintra, Portalegre y Figueira da Foz, y ávido de ovaciones y en condiciones ventajosísimas ha marchado en 1896 al Brasil y Montevideo.

Ha tenido siempre magníficos caballos de lidia y posee valiosos regalos de los reyes de España y Portugal, así como de sus muchos admiradores y amigos, en justo premio á su nunca bien ponderado trabajo.

Tinoco de Meneses, José.—Parece se ha retirado ya del toro, que abrazó con afición en 1876, este bravo banderillero portugués, cuya destreza era notable.

Tinza, Guiao Joaquín.—Excelente caballero rejoneador portugués, de los más inteligentes, y á quien el valor siempre acompaña. La cortedad de vista le perjudica en algunas ocasiones.

Tirado, Vicente.—Matador de toros que ejercía su profesión á principios del presente siglo en

América. La plaza de Lima le vió torear en 1806. Era nacido en España.

Tirarse.—Luego que el espada, dados los pases convenientes, y armado con el estoque en puntería al sitio en que quiere clavarle, parte ó arranca á dar la estocada, se dice que *se tira*. Compréndese bien que esto no sucede nunca ni recibiendo ni aguantando.

Tirso de Molina.—No podemos resistir á la tentación de incluir en nuestro libro á tan distinguido autor, que en varias obras, y especialmente en *Marta la Piadosa*, hace brillantes descripciones de algunas suertes de toros. Usó el pseudónimo antedicho el P. Mercenario F. Gabriel Téllez, nació en Madrid en 1585. Filósofo, teólogo, historiador y poeta, entró en el claustro antes de 1620 y en 1645 fué elegido Comendador del convento de Soria, donde parece falleció en 1648.

Todo y Herrero, D. Mariano del.—De clara inteligencia, observador profundo, y modesto en mayor grado de lo que debiera, sabe siempre lo que dice y nunca dice más que lo que quiere. Concluida la carrera de jurisprudencia en Madrid,



donde nació (parroquia de San Sebastián) el 26 de Septiembre de 1855, marchó á Albacete y allí inauguró su carrera literaria fundando el periódico satírico *La Mar*; y luego en la corte ha colaborado en muchas publicaciones, al lado de firmas de primera nota, cultivando con gran éxito varios generos literarios, y sin desmerecer un punto de

los demás. Hasta en el *El clamor de la Patria* escribió muy concienzudamente las críticas musicales, llevado de su afición al arte de Orfeo. Usando unas veces el pseudónimo de *D. Cándido* otras el de *El tío Suave* y algunas el anagrama *Teodomiro Nadal*, desde el año de 1886, en que se dió á conocer en el periodismo taurino, ha adquirido un buen nombre como aficionado, y de ello son testigos cuantos han leído despacio las revistas y artículos que han insertado en sus columnas *La Lidia*, *El Toreo Cómic* y *El Sinapismo*. Su estilo es claro, su entonación vigorosa y su dicción correcta y delicada, sobresaliendo en la descripción de los sucesos y en las consideraciones acerca de los mismos.

Presta en el día sus servicios al Estado en uno de los más altos centros de la Administración civil, con inteligencia y probidad desde hace más de catorce años: y es un formal y cumplido caballero, de reputación intachable.

Tojal, Vizconde de.—Buena figura y distinguidas maneras las de este caballero rejoneador portugués, que solo trabajaba por afición. La que á él sobra necesitan muchos del arte.

Toledano, D. José.—Caballero en plaza en las fiestas reales de 1833 cuando se juró en Madrid, como princesa de Asturias, á la reina doña Isabel II. Fué apadrinado por el Ayuntamiento.

Toledo Golfín, D. Nicolás.—Caballero español que en la plaza de Sevilla rejoneó toros en el año de 1830 delante de la corte del rey Felipe V, que le nombró su caballerizo.

Tolón, Francisco.—Un picador que murió hace bastantes años; que había nacido en Badajoz y allí, lo mismo que en Sevilla y Cáceres, tenía gran partido. Esto dice, poco más ó menos, el Sr. Cabañas en su libro *Badajoz taurino*.

Tomar.—Se dice cuando el torero, con la vara, capote ó muleta, espera y llama muy de cerca al toro, en cuyo caso se dirá que le «tomó muy corto»; y por el contrario, si se le llama á más distancia, se dirá que le «tomó de largo». También cuando el toro coge á un torero ó bulto embrocado, es decir, sin engancharle con los pitones, y le levanta en alto, se dice que le «tomó en la cabeza».

Tomás, José (Lagares).—Desgraciado fué el banderillero de este mote; Dios quiera que no lo sea este muchacho que empieza á parear con más afición que arte, y más atrevimiento que inteligencia.

Topetada.—El golpe que con su testuz da el toro, sin herir ni tropezar con las astas. Se comprende que al objeto sobre que dá la topetada, ha de tomarle encunado forzosamente.

Torada.—La reunión en una dehesa ó sitio determinado de diferentes toros de más ó menos edad, pero de una misma ganadería, apacentados con los bueyes ó cabestros que les sirven de guía. Para conseguir la formación de una buena torada, ó sea la cría de toros de casta y de sangre, se necesitan reunir muchas circunstancias, siendo las principales inteligencia y desprendimiento; porque, como dice un escritor taurino, «el tener ganado bravo, más que negocio, es un lujo». Al mencionar en la palabra *Divisa* los colores que usan ó han usado las diferentes ganaderías y al designar éstas hemos hecho mención de los nombres de los ganaderos; todavía hay algunos de éstos no incluidos allí por ignorar los distintivos que para las mismas usaron, pero no se nos culpe por no haberlos incluido puesto que ha sido imposible obtener las noticias que les hemos reclamado. Después de todo, no son, las no incluidas, de tanta importancia por su crédito.

Toreador.—Según el *Diccionario* de la Academia Española, se llama así al torero de á caballo. Podrá ser; pero nosotros hemos oído llamar siempre toreros á todos los lidiadores, tanto de á pie como de á caballo, y solo á los franceses hemos visto usar dicha palabra en sus escritos. Párecenos, con permiso de aquella ilustre Corporación, que torcador podría llamarse al aficionado práctico que lidia toros por gusto, lo mismo á pie que á caballo, para distinguirlo del torero de oficio; aun para este caso nos parece afrancesado el vocablo.

Torear.—Lidiar los toros en plaza ó sitio cerrado, corriéndolos para hacer con ellos suertes ya de espada y demás que se conocen de las de á pie, ya á caballo con rejón ó pica.

Toreo.—El ejercicio ó arte de torear, según la Academia. (Véase *ARTE*.)

Torero.—«El que por oficio ó precio torca en las plazas», dice el *Diccionario* de la lengua Castellana.

—El lidiador de toros en coso ó plaza cerrada, con arreglo al arte. Debe tener indispensablemente valor sin temeridad, y ser prudente, tranquilo, confiado; *ligereza*, pero no aturdimiento ni vivacidad, que le impidan parar los pies cuando sea necesario; y un *perfecto conocimiento del arte*, que se adquiere estudiando prácticamente sus reglas al lado de diestros acreditados y experimentados. Cuando el torero es de buena estatura, bien formado y con bastantes fuerzas, tiene mucho adelantado, en igualdad de circunstancias, para sobresalir por el que carezca de aquellas dotes naturales. En los antiguos tiempos de barbarie fué considerado este oficio como vil. La Ley 10, título XVI, partida 3.^a, rechaza en juicio el testimonio de los que lidian por dinero con fieras bravas; la 4.^a, título VI, partida 7.^a, los cuenta entre los infames; y la 5.^a, título VII, partida 6.^a, señala como una de las causas de desheredamiento la de ser lidiador de reses bravas sin autorización de sus padres. La Iglesia también quiso inclinar la balanza de su peso contra los valientes lidiadores, y en 20 de Noviembre de 1567 el Papa San Pío V, frágil dominico italiano, que atizó los fuegos de la Inquisición, lanzó excomunión mayor contra los lidiadores, privándoles de sepultura eclesiástica en el caso de que muriesen torcando. Pero á pesar del miedo que tales penas imponían, aun á los menos tímidos, la afición prevaleció, los caballeros de Ordenes militares, todos los seglares y aun los clérigos, mostraban cada día mayor afición á aquel espectáculo: y viendo que algunos maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, aunque fuesen de orden mayor, podían lícitamente concurrir á la fiesta de toros, el mismo Papa, obligado por la fuerza de la opinión, se vió en la precisión de volverse atrás, tolerando lo que no podía evitar. Poco después, en 1575, el Papa Gregorio XIII, que antes de serlo enseñó en Bolonia, su patria, jurisprudencia, compuso el Calendario que hoy tenemos, amaba las artes y embelleció á Roma con muchos y magníficos edificios, todo lo cual justifica su ilustración, levantó aquella excomunión solamente á los seglares y caballeros. Y por fin Clemente VIII, en 1596, lo alzó también para los clérigos no religiosos. Más tarde, el Papa Benedicto XIV, á instancia del rey Don Fernando VI, autorizó las corridas de toros, siempre que no se ejecutasen en días festivos y que se precaviese todo peligro de muerte ó vulneración, según consta en el libro XIII, capítulo XVII del *Sínodo Diocesano*. Desde entonces, y conforme la civilización ha ido abriéndose paso á través de tantas contrariedades y obstáculos como los que ha vencido y aún tiene que vencer, el lidiador ha ido ganando terreno en la consideración de todos sus conciudadanos, llegando el caso de buscar su amis-

tad y compañía los más aristocráticos caballeros. Y no puede ser otra cosa, porque las rancias y ridículas preocupaciones caducaron, y hoy sólo se aprecia al hombre por sus buenas cualidades, sin atender á su origen. No crean nuestros lectores que solo el torero fué tratado antiguamente por las leyes como dejamos citado, que lo fueron, entre otras muchas clases dignas de consideración, la de los juglares y cómicos, á quienes se llamó farsantes, comprendiéndoles la Ley de desheredamiento 5.^a, título VII, partida 6.^a, la de los comerciantes que denominaron en varios casos otras leyes usureros, vagos y ladrones, y algunas más que, viles entonces, son hoy nobles y premiadas.

El torero es, generalmente hablando, valiente y esforzado, como buen español. Tiene excelentes cualidades y muchos defectos, como los tiene todo hombre, que nada es perfecto en lo humano: pero si el torero en sus primeros años ha tenido descuidada su educación, por haber quedado huérfano, por carácter discolo, ó por otra causa de las que por lo común impulsan al hombre á seguir un mal camino, reforma notablemente sus inclinaciones, marchando hacia el bien, tan luego como llega á ser lidiador de toros. Es una larga experiencia la que demuestra la verdad de nuestra afirmación.

En ninguna clase de la sociedad, especialmente de las que salen de las más humildes, como sucede á la mayor parte de los toreros, hay menos delitos que penar, menos crímenes que castigar. Pochísimos lidiadores de toros se han visto procesados por robos, hurtos, estafas y demás que causan afrenta; y en cambio, cuántas personas de mayor instrucción y de clase más elevada han ocupado plaza en los presidios! (1). Es verdad que los toreros sufren muchas veces ligeras correcciones por faltas leves, á que dan lugar su carácter, su genio y su temperamento, pero es que siendo por naturaleza bravos, no pueden consentir el más ligero insulto. No faltan á nadie, y no quieren que les falten; y en esto hacen bien: como el incienso, que en su alabanza queman sus apasionados aduladores, les marca, suelen ensoberbecerse, y muchas veces una crítica justa de sus actos les parece grave ofensa y atroz injuria.

La vanidad y el amor propio ciegan á cualquiera. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo á los toreros?

A pesar de eso, aunque son los menos, los hay dóciles y prudentes que sufren los desdenes del

(1) De quince mil novecientos sesenta y tres penados existentes en los presidios de España en Septiembre de 1878, solo se cuentan CINCO toreros; componiendo el resto hombres de ciencia, eclesiásticos, militares, jornaleros, etc.—(*Gaceta* del 20 de Octubre de 1878.)

público, y que con su excelente conducta y notable aplicación se abren paso y figuran al frente de los que ejercen su arte.

El torero es alegre, decididor y jaranero. Si es andaluz, se entusiasma oyendo una *soleá* ó cualquier canto *flamenco*; si madrileño, las *playeras* ó las *malagueñas* causan su mayor deleite. Y todos, olvidando sus azares y sus penas, se *jasean tiestos* por los incitantes pasos y actitudes de una *bailaora*, «retrepada y echada para atrás, con sus dardos y tomarres, altibajos en el cuerpo, cintura de anillo, pie de mentirijilla, pantorrilla de mucha verdad y de allí á los cielos», como dijo *El Solitario*.

Gusta el torero de montar buenos caballos, de bromas y francachelas, y por lo general de exhibirse mucho. Quiere que, al verle parado en una esquina diga la gente: «aquél es torero». Su deseo está más satisfecho si oye decir: «allí está Fulano»; porque entonces se supone, y así es, que ya es conocido como lidiador. Viste siempre con esmero y hasta con lujo. Su traje de diario es gracioso, esbelto, y hace al hombre simpático. Pantalón ajustado, chaqueta corta, pechera bordada, ricos botones y redondo calañés; bonito conjunto. Antes los picadores usaban calzón corto y botines bordados; hoy... se ha casi olvidado esta prenda característica, y aun aquel lujo.

En invierno, y puede decirse que la mayor parte del año, excepción hecha del riguroso calor, no suelta la capa. Capa rica, de costosos embozos y bordados, corta, escotada, á la andaluza, mejor dicho á la española, que, como hemos oído no sabemos donde, apenas les muerde los hombros, y la llevan tan segura como con dos escarpas, siguiendo todos sus movimientos con tanto desembarazo como la sombra al cuerpo.

Envidia la tienen los extranjeros, y con razón. No se parece la capa en nada al ferreruelo, talma, albornoz, carrik, ni otra prenda venida de *extranjis*. Es puramente española, que no saben llevar los de allende los Pirineos, y que, de los españoles, lleva mejor que nadie el torero. Donde este se presenta, adonde va, nadie paga *cañas* antes que él; su bolsillo es el primero que se abre y el último que se cierra; y si es jefe de cuadrilla, sus muchachos nunca pagan. Esto ha sucedido siempre, salvo poquísimas excepciones; y la verdad es que al torero que no ha sido así, no se le ha tenido por torero completo. Le ha faltado el *sic*, que dicen los franceses; la *sal*, que decimos los españoles.

Hoy, sin embargo, y sentimos decirlo, ese tipo va desapareciendo merced al influjo que las costumbres modernas, la mayor ilustración, el deseo de hacer fortuna y otras circunstancias han despertado en el torero. Desde que la sociedad, olvidando antiguas preocupaciones, se ha acercado á él considerándole, él se ha entrado en

ella, adquiriendo sus vicios y virtudes, sus más refinados gustos y sus marcadísimos defectos. Hay ya toreros que pueden dar lecciones de cultura, y otros que, sin cuidarse del esmero en vestir que siempre tuvo *la clase*, son avarientos por el dinero para realizar una fortuna. Digna es de alabanza esa conducta, mientras se encierra dentro de los límites de la prudencia; pero nos vamos á permitir una pregunta: ¿no podrá influir en la buena ejecución de las suertes del toreo? El hombre culto, es decir, aquel que posee conocimientos de muy distinta índole á los de la tauromaquia, ¿hará por amor á ésta abstracción de aquellos en los momentos supremos de la lidia? Posible es que el pundonor, más desarrollado en la gente instruida, le lleve á ser valiente con la misma serenidad que á tomar una batería marcha el capitán de un ejército á quien se encomienda tan difícil misión; pero también su inteligencia clara ha de hacerle comprender hasta dónde llega el peligro; y lo mismo el instruido que el ignorante, si van á lidiar sólo por llenar sus arcas y sin entusiasmo, poco han de esmerarse en la lidia, á no ser que la emulación los aliente, los vitores les enciendan la sangre ó el bochorno excite su ira, que entonces no hay español alguno que tenga calma para el sufrimiento pasivo.

Es la difícil profesión del toreo la única tal vez que no se puede ejercer por obligación, ó sea por cumplimiento de un deber; se desempeña por afición, por amor, por el deseo innato en el hombre de hacer lo que otro no haga, por demostrar el valor que le conduce á desafiar el peligro, y cuando estos elementos unidos no acompañan al lidiador, no llega éste á la meta que el arte le marca, y se queda en medianía.

.....
El torero se apasiona fácilmente; es leal, y por lo mismo celoso y en algún tanto desconfiado; ama con delirio á su familia, y nunca pospone á ésta por amores pasajeros ni conquistas obligadas. Dicen por ahí, y no sabemos si es verdad, que á veces suelen verse compelidos á aceptar favores de elevadas damas, y ciertos públicos indicios así lo han hecho sospechar; pero la verdad, ¿quién la sabe?

Efecto de sus bromas y alegrías, han ocurrido con los toreros escenas graciosísimas y originales, y también alguna tristísima y de fatales consecuencias. No queremos citar más que muy ligeramente dos de estas últimas, y para ello trasladamos al lector á que busque en nuestro *Diccionario* los nombres de Ulloa y de Blanco (Manuel.)

De lances chistosos podríamos llenar un abultado volumen. Pero, ¿á qué decirlos, si no hay español que no haya oído, aunque sea por referencia, infinidad de casos graciosísimos, escenas deliciosas y dichos oportunísimos, que se atribuyen á los

toreros? Perderían indudablemente la gracia al referirlos nosotros; además de que no es adecuado a la índole de nuestro libro el relato de chascarrillos más ó menos inverosímiles.

Su genio, su carácter y la sociedad que frecuenta le hacen alegre y decididor. Nunca piensa en que el mismo día de su mejor francachela puede ser el último de su vida. Pero esto es raro, rarísimo, casi nunca sucede. La estadística arroja un dato irreprochable, contra el cual se estrellan las alharacas de nuestros contrarios. Cuarenta mil toros lidiados en la plaza vieja de Madrid no han causado más que ocho muertes de toreros. Es decir, uno por cada cinco mil. Sobran los comentarios.

Porque el arte le enseña á esquivar el peligro, el torero mira tranquilo cerca de sí al toro más feroz y de más pujanza que España cría. No conoce el miedo: Sorprende y admira que un hombre, jinete en un mal caballo, sin más arma que una vara cuyo remate lleva un hierro punzante de menos de una pulgada; y sin más defensa que su valor é inteligencia, espere tranquilo al animal de más potente fuerza y de más terribles armas, le incite, le obligue á acometer, y practicando bien la suerte, le *eche por delante*; y, como dice Zorrilla, la fiera entonces,

herida en la cerviz, húyete y brama,
y en grito universal rompe la gente.

Más aún.

¿Qué diría el que nunca hubiese presenciado una corrida y viese á un hombre delante del toro; solo, absolutamente solo, vistiendo ajustado traje de ligera seda, sin armadura que le preservase, únicamente con una capa al brazo, que al extenderla y llevarla de un lado á otro, buscada por la fiera, estando él

..... quieto, parado,
con ánimo sereno, cual atleta
seguro de vencer, y que esforzado
con solo su saber, hiciese al toro
morder la arena, débil, jadeante,
rendido y sin poder y vacilante?

¿No se asombraría entusiasmado, sin darse cuenta de aquella sensación? ¿Es posible que haya quien vea esto sin sentir un estremecimiento de completo gozo, de terror, si se quiere, pero de admiración hacia el hombre que, sin preocuparse en lo más mínimo, casi indiferente, ha capeado ó pasado de muleta al toro, desafiando su ira, su pujanza y su coraje?

Pues bien, todavía esto no basta. Ni aun es suficiente que el torero sin capa, y solo, se vaya con dos cortos palos en las manos, se coloque frente al toro, ya de pie, ya *sentado en una silla*, le alegre con su voz y su actitud, parta la fiera de repente,

se encuentren ambos precisamente en un mismo centro, y de este encuentro resulte que la inteligencia venza, como siempre, á la fuerza bruta, burlándola con solo un movimiento de cuerpo, y dejando clavados aquellos palos en la cerviz del toro, que sale rebramando en señal del dominio del hombre sobre el de los demás seres de la creación.

No basta, decimos; hay más aún. Hay la suerte suprema del toreo, la de matar un toro *recibiendo*. Veámosla. El valiente diestro se ha colocado frente al toro; cerea, muy cerca, á tres pasos de distancia á dos, á menos si es preciso. Ha pasado de muleta al toro en redondo tres ó cuatro veces, ha permanecido quieto, sin separar un pie de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y esta ha pasado alrededor de aquel impávido lidiador, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que le engaña. En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algún flúido que electriza; aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza. El espectador que por primera vez lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado.

El toro se para por fin sin acometer. El hombre se acerca más al toro; crece y se eleva su estatura en aquel momento, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia, tiende la muleta, la lia, se perfila frente al testuz de la fiera, coloca su espada en recta dirección al punto en que quiere clavarla, junta sus pies y espera... Adeanta todavía un pie, alarga el brazo izquierdo en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte este rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, le hace torcer su ruta á favor de la muleta, clava en él su acerado estoque y el bravo animal se encoge, se tambalea y se desploma...

¡Que respire ya tranquilo el novel espectador, cuyo corazón no latía, oprimido por el terror! ¡Que diga si recuerda algún espectáculo que pueda emocionar, entusiasmar arrebatar tanto, con peligro más remoto que el de las corridas de toros, dadas las condiciones del lidiador! ¡Que manifieste el enemigo de estas donde hay hombre más bravo, más valiente y más inteligente, con su privilegiado instinto que el torero!

El torero es noble en su comportamiento como el que más, demostrando en mil ocasiones que

no es noble quien noble nace,
sino quien le sabe ser.

¿Puede haber mayor nobleza que la de exponer

frecuentemente su vida en favor de sus semejantes.

Pues esto lo vemos todos los días. Infinitos casos pudiéramos referir de ello. No hay aficionado que ignore la memorable cogida que tuvo en la plaza de Madrid el célebre José Delgado (*Illo*), el querido del pueblo, su ídolo entonces, el émulo, en fin, del gran Pedro Romero, el día 14 de Junio de 1788. Todos saben que *Pepe Illo*, desdeñando una advertencia de Romero arrancó á dar *volapié* á un toro de la ganadería de la condesa de Peñafiel, tuerto, de *sentido*, y con el hocico en tierra en aquel momento, en que sucedió lo que no podía menos de suceder. El simpático mozo fué enganchado y volteado, y, gracias al auxilio de su competidor Romero, no fué recogido. Romero no se contentó con desviar al toro del bulto, sino que, tomando en sus brazos al herido, le llevó inmediatamente al palco de la duquesa de Benavente para que le atendieran, y volviendo al redondel, se encaró con la fiera y la mató de una buena *recibiendo*.

El conocido matador Juan León, siendo discípulo y banderillero del aventajado *Curro Guillén*, no se arrojó *materialmente* sobre las astas del toro que había cogido á este y le ocasionó la muerte,

¿Puede darse mayor prueba de hidalguía y nobleza que la demostrada por *Cuchares* y el *Chiclanero*, cuando, después de la célebre corrida en que ambos como enemigos se arrojaron al redondel estoque en mano á dar muerte á un toro, se auxiliaron pocos meses después mutuamente, con empeño, y concluyeron por abrazarse y darse la mano de amigos?

La cogida y muerte del desgraciado José Rodríguez (*Pepete*), ¿no fué debida á la precipitación con que acudió á salvar del inminente riesgo en que se hallaba el picador Calderón? Después, en la plaza de Valencia, al ser enganchado por un muslo un matador de los que figuraban como primeros, ¿no fué salvado de ser recogido de nuevo por otro primero también y más antiguo? ¿Puede olvidarse que aquel mismo espada, á su vez y por salvar á un compañero, sufrió gravísimas heridas que le tuvieron á las puertas de la muerte?

Pero, ¿á qué cansarnos, si está en la conciencia de todos cuanto llevamos dicho?

La historia, la novela y hasta la zarzuela se han encargado de divulgar el caritativo comportamiento del célebre *Pepe Illo*, que apadrinó y cuidó como hija propia á una niña abandonada por sus

padres, y en nuestros días otro matador notabilísimo hizo lo mismo en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, con otra criatura que, de igual modo abandonada, se encontró á la puerta de su casa. Por más que se diga en contra, actos tan caritativos y elevados enaltecen mucho á los toreros; y muchos personajes, llenos de pergaminos, no los practicarían tal vez, contentándose con pagar á un criado que llevase al expósito á la casa de Caridad ó asilo de los mismos.

No puede negarse, pues, que el torero

posee en alto grado excelentes condiciones de honradez y nobleza. No es, como suponen los impugnadores de las corridas de toros, un sér despreciable en la sociedad. Cuando menos, como hombre, vale tanto como el que le vitupera: como honrado y generoso, vale más, mucho más.

Sus defectos, que ya hemos dicho que los tiene



HAZAÑA DE JUAN LEÓN.—MACÍAS

dándose el caso heroico, y sin ejemplo, de salir en su viaje la fiera con un hombre en cada cuerno?

Los picadores Sevilla, *Poquitopan*, Pinto y todos los de su época, ¿á quien deben su vida en muchos casos, más que á Francisco Montes? Y los de hoy, en su mayoría, ¿no fian más en el auxilio de los peones que en sus propias fuerzas?

y no pocos, son comunes á todos los hombres. Lo que le falta de instrucción, lo suple en parte el trato con personas de buena educación que frecuenta, y con cuya conversaci3n aprende. ¿Si pudiera prescindir de la vanidad!

Toriles.—El espacio cerrado que existe entre los corrales y los chiqueros, y en el cual se hace la separaci3n de los toros para encerrarlos en los chiqueros 6 toriles por el orden en que han de ser lidiados. Debe estar rodeado y atravesado en su parte alta, de balconcillos, desde donde no s3lo los aficionados presencian el apartado del ganado, sino que es desde donde tambi3n verifican aquella operaci3n los vaqueros. Ll3manse asimismo jaulones, y sus dimensiones deben ser de cinco á seis metros en cuadro, m3s bien m3s que menos.

Tornero, Mariano.—Natural de Madrid, donde naci3, en el a3o de 1854. Muri3 en la plaza de San Roque el 3 de Agosto de 1885, á consecuencia de la cornada que le infiri3 el ^{cuarto} ~~quinto~~ toro de los ^{ocao} ~~ocao~~ que se lidiaron en la citada plaza y que pertencían á D. Anastasio Mart3n. Este desgraciado accidente ocurri3 al intentar Mariano sacar al toro de las tablas para que lo banderillease su compa3ero y paisano Galindo; el pobre Mariano se enred3 en el capote, cayendo delante de la res, que haciendo por 3l, le introdujo el asta por debajo de la 3ltima costilla falsa del lado izquierdo, de cuyas resultas muri3 al d3a siguiente, en aguas de Algeciras y abordó del vapor ingl3s *James Haynes*, que le conducía á Cádiz.

El diestro que nos ocupa, banderille3 al toro de Veragna, llamado *Miranda*, 3ltimo lidiado en la plaza de Madrid vieja, el 16 de Agosto de 1874.

Figur3 sin puesto fijo en algunas cuadrillas, cumpliendo bien su cometido.

Al ocurrir su muerte figuraba ya, de asiento, en la de Juan Ruiz (*Iagartija*).

En la vida particular ten3a excelente trato. Era muy aficionado á la m3sica y asiduo concurrente al para3so del teatro Real.

Toro, D. Fernando.—Era á fines del siglo pasado uno de los m3s diestros aficionados al toreo, que se distinguía en picar toros con garrocha. Goya le dibuj3 en su famosa colecci3n de láminas grabadas al agua fuerte.

Toro.—Animal cuadr3pedo, mamífero, correspondiente al orden de los rumiantes: vive de yerbas y forrajes de toda clase, y su corpulencia, lo mismo que su fuerza muscular, son muy grandes. Su

carne es muy buena para la alimentaci3n, y su vida no pasa generalmente de quince a3os, estando en todo el rigor de su fuerza de cuatro á ocho de edad. Para la lidia no deben emplearse toros de menos de cuatro a3os ni de m3s de siete, advirtiéndose que s3lo una vez deben lidiarse, porque si no aprenden mucho, hacen por el bulto y suelen ser de sentido. Ha de procurarse que no tengan defectos los destinados á las plazas, admitiéndose 3nicamente en algunos casos á los tuertos y á los mal armados; que, á ser posible, sean de ganadería acreditada, tentados á su tiempo, y se hallen en buen estado de carnes. Lo mismo que á otros cuadr3pedos, se puede conocer la edad de los toros por los dientes, porque cumplidos los nueve meses mudan los de delante, echando otros m3s grandes y blancos; seis meses despu3s se les caen los de los lados, y cuando tienen tres a3os se les caen los incisivos y echan otros que igualan á los blancos y largos que y tienen, los cuales se les ponen amarillos y feos á los seis a3os. Con3cese tambi3n la edad del toro en sus astas, de las que se separa á los tres a3os, por la parte del pit3n 6 punta, una delgada lámina que se hiende en toda su longitud y cae á la menor frotaci3n, sucediendo que cerca del nacimiento del cuerno se forma una especie de rodete 6 anillo; y como esto ocurre en cada uno de los a3os sucesivos, las astas marcan la edad perfectamente, puesto que, á contar desde el primer anillo, que representa tres a3os, tantos cuantos sean los anillos, otros tantos a3os tendr3 el toro. Cuando tienen un a3o se llama á los becerros *a3ojos*, *erales* á los de dos, *utrer3s* á los de tres, *cuatre3o* al de cuatro y *quinque3o* al de cinco; siendo costumbre muy admitida entre ganaderos y gente de campo contar la edad por los a3os de yerbas en que los toros han pastado.

El toro de lidia ha de tener cabeza medianamente voluminosa; algo acarnerada, pero no estrecha; antes al contrario, debe ser ancho el testuz en proporci3n á la misma; hocico peque3o; ojo saliente, vivo y brillante; cuernos bien colocados, ni muy altos ni muy bajos, ni estrechos ni anchos en demasía; verdinegros y no blancos; oreja peque3a y muy movable; cuello flexible corto y redondo; pecho no muy ancho y profundo; vientre *recogido*; ancas ligeramente elevadas; dorso marcado pero lleno; lomos rectos; cola alta, fina y prolongada hasta pasar los corvejones; extremidades anteriores, 6 sean los brazos rectos y *delgados*; las posteriores casi rectas; los *corvejones* bien pronunciados; las cuartillas de los cuatro remos m3s bien largas que cortas; pezu3as casi redondas, *recogidas*, bien hendidas, elásticas y del color de los cuernos *muy oscuros 6 negros*, buenos aplomos y los 3rganos de la generaci3n normalmente constituidos y bien desarrollados, y en cuanto al color de la piel 6 *capa*,

siempre aparecerá más agradable á la vista el obscuro que el claro, y el berrendo que el sardo, salinero, etc.

Un toro de esas condiciones en completa libertad dentro del circo, donde los rayos del sol sobre su piel la hagan aparecer fina y brillante como la de un buen caballo limpio con bruzo y cepillo, rara vez es manso; un toro así, de movimientos rápidos, enérgicos y muy desenvueltos, con los órganos de sus sentidos muy desarrollados, especialmente los de la vista y el oído, es un ejemplar magnífico cuya presencia en el redondel excita la admiración de los espectadores, haciéndoles concebir desde el primer momento esperanzas de su bravura. Hasta los más refractarios á nuestra incomparable fiesta no pueden ocultar su asombro al contemplarle, al observar su gallardía y arrogancia y al considerar que sólo en España y nada más que en nuestro privilegiado suelo se crían al aire libre esos ejemplares tan hermosos, tan fieros y tan valientes como nobles.

El toro es la fiera más noble que se conoce.

Su valentía, su bravura y el conocimiento que tiene de su poder, son los que le impelen á embestir; pero no tiene la traidora intención del tigre, ni el sanguinario instinto de pante-ras, chacales y hienas, ni acomete á su contrario por devorarlo.

El toro, sea pequeño ó grande el objeto que se le ponga delante, bien aturda como la locomotora con su silbido, bien se mueva lenta ó rápidamente como el elefante ó el caballo lo ejecutan, arremete sin tener para nada en cuenta el peligro que para él pueda existir, porque lo ignora.

Las demás fieras se ocultan, se encorvan, saltan y, si pueden, acometen por detrás ó por donde menos peligro creen hay para ellas.

Por eso al toro es fácil lidiarle: siempre ejecuta, con corta diferencia, los mismos movimientos, embistiendo de frente. El hombre los ha estudiado y ha comprendido que, siendo tan valiente como el toro y venciendo á éste en inteligencia, podía burlar su fiera y dominarle.

Estan noble y tan sencillo el toro, que con sólo un objeto que se le interponga entre el bulto á quien se dirige, acude á aquél y deja libre al último. Un ligero movimiento de cuerpo, llámese *cuarteo*, *quiebro*, etc., basta para que el hombre se salve, evitando la cabezada; para esto no es bastante querer, es necesario poder, y este poder sólo puede adquirirse por el que tenga valor á toda prueba y una gran dosis de serenidad.

Y aquí vuelve á observarse la sencillez noble del toro. El hombre le trae y lleva á su antojo por donde quiere, sin atarle, sin encerrarle ni sujetarle de ningún modo. Cualquier otra clase de fiera, por domesticada que estuviera, habría necesidad de amarrarla ó meterla en fuerte jaula.

Desde que nace el toro hasta que muere goza de completa libertad; pero el ganadero tiene que gastar buenas sumas en atenderle para su alimentación y crianza, á no ser que le destine al matadero, porque, inútil para la lidia, tenga que renunciar á sacar de él un producto que en otro caso sería quintuplicado. Todo enjulado es poco para con él.

No basta proporcionarle buenos pastos; necesita además otras muchas cosas, y no es la menor la de una buena dirección por parte del mayoral y pastores para apartarle á tiempo de otras reses mayores ó picadas que puedan perjudicarle, de malos terrenos, de aguas nocivas, etc., etc.

Hay que separar á tiempo á los becerros de las madres; hay que ejecutar en la dehesa con el ganado faenas para cuya ejecución tienen época de-



terminada, pues nadie mejor para disponerla que el hombre de campo, el mayoral, que ni siquiera un día ha perdido de vista la torada. Él ordena perfectamente cuanto conduce al fin apetecido. En su puesto está cada uno de los vaqueros, los zagalos ocupan el suyo, y los cabestreros reparten y guían el cabestraje como debe ser, y todo esto cuesta mucho.

No es posible calcular los malos ratos, los disgustos y los contratiempos que experimenta un ganadero criador de toros cuando forma empeño en presentar reses bravas, de buen trapío y pinta. Desde luego estas contrariedades llegan á hacerse poco menos que imposibles de vencer, si el dueño de la vacada es hombre de pocos recursos relati-

ramente, puesto que, además de los inconvenientes, gabelas y tributos que pesan sobre toda clase de ganados, y teniendo en cuenta el poco apoyo, casi diríamos ninguna protección, que se presta á tan importante ramo de la riqueza pública, puede tener por seguro que una gran parte, más de la mitad, de los becerros que al año tenga, ó han de ser inútiles para la lidia desde luego, ó han de quedarlo más tarde, cuando verifique la tiente y consiguiente herradero.

Unos becerros nacen defectuosos; otros pierden á poco tiempo la vista por efecto de pajazos, ó sea herida que se causan con cualquier maleza en el campo. Otros, que tal vez serían por su bravura de buenas condiciones para la lidia, salen *cubetos*, ó de otro modo, mal encornados. Otros, de buenas circunstancias al parecer, resultan en la tiente huidos ó cobardes, y hay que desecharlos. Otros, ya escogidos y apartados como buenos y como bravos, son corneados, lisiados y á veces muertos por sus hermanos. Otros, por fin, enferman, se *despitorean* ó quedan mogones. Y además de las expresadas hay otras infinitas causas que merman considerablemente la cría anual. De modo que hasta llegar á cierta altura, hasta conseguir hacer la ganadería de alguna importancia, más bien cuesta gastos y desembolsos que produce utilidades.

Siempre se ha tenido, por lo tanto, como axioma evidente que no debe ser dueño de torada el que no sea rico. Los concededores que están al frente de las vacadas, los mayores, los pastores, esa gente de campo, en fin, de la que han salido sin disputa los mejores picadores de toros que se han conocido en España, tienen por precisión que estar bien pagados (y no lo están tanto como debieran), porque, además del trabajo personal que prestan y del conocimiento de las reses que debe adornarles, llegan á encariñarse de tal manera con ellas, que á veces un toro bravo ha acudido mansamente á la llamada del mayoral, y hasta se ha dejado acariciar por él.

Ahora bien: ¿son preferibles los toros de ganaderías bastas, á los que han llegado á ser afinados por el cuidado y el esmero en ellos empleado? O de otro modo: ¿tienen mejores condiciones para la lidia los primeros que los segundos?

Cuestión es ésta que ha ocasionado más de una vez fuertes polémicas entre los aficionados, y que ha quedado sin resolver, porque cada uno ha insistido en su opinión, apasionada siempre, como lo son todas las de los taurómacos intransigentes.

Es indudable, y en esto se apoyan algunos, que el toro criado en un bosque ó en una sierra conserva más fiereza, aunque no tenga tanta pujanza, que el que pasta en buenas dehesas. Casos ha habido en que esta clase de toros, que pudiéramos llamar salvajes, ha puesto en grave aprieto á los

lidiadores. Sus movimientos son más rápidos, se revuelven sobre los cuartos traseros con gran facilidad y mayor prontitud, y su carrera es muy veloz. Excusado es decir que todo esto contribuye á causar mayor espanto, y precisamente por esto mismo creemos nosotros que son preferibles los toros que, además de ser de casta conocida, están perfectamente cuidados y atendidos.

Verdad es que no son tan ligeros ni saltarines como los otros, pero tienen agilidad más que suficiente para la lidia: son menos furiosos, pero no menos bravos; su fuerza y su poder son mayores, y no hay que poner en duda que su nobleza al acometer no tiene punto de comparación con la de aquéllos.

Todo en el supuesto de que en la dehesa, cerca ó soto donde se alimentan, no se les enseñe á embestir á objeto determinado con que se les engañe y sobre el cual aprendan lo que no deben saber. Porque, si hemos de dar crédito á lo que hace muchos años hemos oído, ganadero hubo que para que sus toros sobresalieran en los circos, los enseñaba antes en el campo á acometer peleles ó dominguillos. Hoy nos complacemos en asegurar que no hay nadie que observe tan criminal conducta, que no hay palabras con que vituperar.

Es, pues, indudable que el toro de casta acreditada, el toro para con el cual el dueño ha gastado dinero, tanto procurándole buenos pastos, como dándole la crianza que la práctica aconseja, es preferible al que ni ha tenido semejantes cuidados, ni se ha criado con el regalo que el otro.

En lo que sí tienen especial esmero muchos ganaderos, y en ello hacen muy bien, es en el cruzamiento de las castas, de lo cual tratamos en la palabra CRIANZA.

Torrvalva, Mariano (*Dientes*).— Ese apodo le llevó el buen picador de toros Pepe Calderón. Podríamos darnos por muy contentos con que imitase a éste en unirse bien al caballo y en apretar dónde y como se debe. Para algo tienen morrillo los toros.

Torre, Juan José de la.—Notable banderillero hace ya más de cien años, contemporáneo de los Romeros y *Pepe Illo*. También mató toros en diferentes plazas, tanto que en 1790 estuvo ajustado en Madrid de media espada.

Torre, Atenógenes de la.—Creemos que este picador de toros es americano. Allí trabaja en buenas cuadrillas, pero en España no es conocido.

Torrequeuella, Marqués de.—Uno de los más distinguidos aficionados prácticos que en Andalucía se han conocido en la segunda mitad del presente siglo.

Torres, José (Torrecilla).—Banderillero notable, discípulo de la escuela de tauromaquia de Sevilla. Qué se hizo de él después de marchar á Montevideo en 1836 con Manuel Domínguez, no hemos podido averiguarlo.

Torres, D. Diego de.—Distinguido caballero que durante el reinado de Carlos II escribió de toros con acierto, dando reglas para lidiarlos á caballo. Su libro no parece, aunque se dice era de los mejores, atendida la época.

Torres, Silvestre (El Fraile).—Lució bastante como banderillero y buen peón en el pasado siglo; no sabemos positivamente, aunque nos inclinamos á creerlo así, que es el llamado *el Fraile del Rastro* de quien habla *Pepe-Ilo* en su *Tauromaquia*.

Torres, Juan Antonio (El Pescadero).—Por afición, más que por otra cosa, fué picador de toros, y cumplió bastante regularmente. Después de retirarse fundó, con otros inteligentes aficionados en 1850 la brillante Sociedad taurómaca de Madrid llamada *del Jardínillo*. Fué hombre serio y muy formal en sus tratos.

Torres, Francisco (El Loro).—Banderillero de la cuadrilla de Francisco Arjona Herrera (*Chachares*), que cumplía y tenía buenos deseos, pero nada más.

Torres, Francisco (Tercinco).—Valía poco este banderillero portugués, que después de torear por espacio de veinticuatro años, murió en 1889.

Torres, Francisco (Chesín).—Natural de Madrid, en cuya parroquia de San Ginés fue bautizado el año de 1838. Era uno de los mejorcitos banderilleros que se presentan en el redondel. Compuesto y fino en su arte, tomó bien las lecciones de Muñiz, y hubiera sido uno de los más buscados, si una grave enfermedad no le hubiese privado de la existencia el viernes 7 de Julio de 1872 á las seis de la tarde. Está enterrado, con su esposa, en el cementerio de la sacramental de San Justo y San Miguel, patio primero, sepultura número 410.

Torres, Roque.—Fue un banderillero regular, sabiendo más que practicando, pero nunca tan fino como su hermano el *Chesín*. Dejó de ser torero para volver á su oficio de sastre; por cierto que una de las prendas que estrenó el desgraciado José Rodríguez (*Pepete*) el día de su muerte, la había construído Roque, y la poseía el distinguido aficionado don José Carmona, al cual se la había cedido el marqués de Villaseca.

Torres, Francisco.—Banderillero sevillano á quien no hemos conocido y que después de torear en varias plazas de América, y en la llamada de Colón, con el *Mestizo*, fué muerto á consecuencia de la cogida que tuvo el 27 de Mayo de 1888 en la plaza de México por el cuarto toro de la hacienda de la Canaleja, al prepararse á matarle y antes de desliar la muleta, sufriendo una herida que le produjo la muerte el día 30 del mismo mes.

Torres, D. J. V.—Distinguido aficionado mexicano, que, con el pseudónimo de *D. Gertrudis*, ha escrito de asuntos taurinos, con notable conocimiento de ellos, en el periódico *El Estandarte* de San Luis de Potosí. Su lenguaje es fácil y correcto, y en él hace gala frecuentemente de su viva imaginación y talento.

Torres, Andrés (Tragabalas).—Hace unos cuarenta años trabajó en Madrid este muchacho en clase de banderillero con muy buena voluntad. Era ágil y quería ser algo, pero murió antes de conquistarse un nombre.

Torres, Emilio (Bombita).—Nació en Tomares, pueblo de la provincia de Sevilla, el día 28 de Noviembre de 1874, y es hijo de los propietarios en aquel D. Manuel Torres Navarro y Doña Rosalía Reina Campomanes.

Decir cómo se desarrolló en él la afición al toro, sería repetir lo que de tantos otros se ha referido, porque en todos los hijos de España es innata; y mucho más en los que han tenido la suerte de nacer en la tierra de María Santísima, donde hombres y mujeres, desde que empiezan á articular palabras no hablan más que de toros, acosos, tientas, encierros y capeas. Así que, asistiendo el muchacho frecuentemente á esas diversiones y entusiasmado con el buen éxito que en ellas tuvo, hízose torero cuando aún no le apuntaba el bozo, y asombró á los sevillanos, que, pródigos como son en elogios á sus paisanos, vieron en él un valiente, que ni temía ni debía ante los toros y

no era completamente un ignorante de los muchos que hay, que fían á la Providencia el éxito de las suertes. Corrió su fama y llegó á Madrid: y en el invierno de 1892, cuando se presentó en una novillada por primera vez (¡tenía 18 años!) nos dejó perplejos, sin atrevernos á formar juicio, ni siquiera esperanzas de que llegase á vivir muchos años; tal era su descarado atrevimiento. Hubo quien le tachó de loco, de suicida y aun de envidioso, porque á nadie dejaba hacer, en todo se metía, todo lo imitaba fuese bueno, fuese malo; y el constante movimiento de su persona, su infatigable actividad, su viveza y sus buenos deseos, fueron objeto de fuertes censuras unas veces y de aplausos inconscientes otras, puesto que eran tributados *al efecto* que producía su temerario valor.

Pasó el tiempo; lejos de abandonarse trabajó cada vez con más ahínco, remedió sus defectos y fué adelantando hasta el punto de llamar la atención de los inteligentes su constante espíritu de observación y de imitación, en que siempre ha tenido el buen criterio de asemejarse á lo mejor de los demás lidiadores de fama. Tomó de Mazzantini el difícil y artístico modo de entrar á los quites

con desprecio de su vida; de Guerra la manera de esquivar la cabezada de los toros valiéndose de su agilidad serena; de Reverte la quietud de pies, y de otros lo que cada uno tiene como especialidad; y cuando llegó á tomar la alternativa en la Universidad madrileña de manos de Rafael Guerra, el día 27 de Junio de 1894, contaba ya con el beneplácito y aceptación de todos los entendidos, que vieron con gusto los visibles adelantos del manco.

Ahora, lo mismo que antes, cada vez que oye los aplausos que se dan á cualquier compañero se siente estimulado á hacer lo que otro hizo, y lo

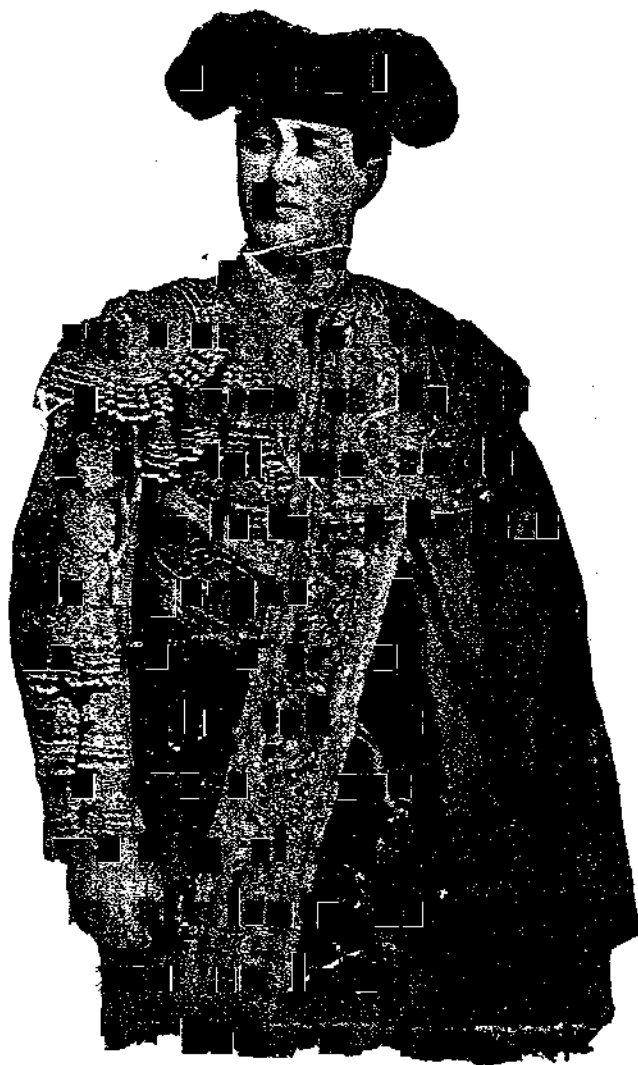
intenta y lo concluye bien, casi siempre, distinguiéndose en el trasteo y preparación de las reses para la última suerte, que practica con verdadero arte, quieto, parado, con mucha vista y oportunidad.

¿Es esto decir que la suerte de matar á volapié ó arrancando, la practique á la perfección? No; que en el momento de entrar á herir *da miedo*, porque no da tan bien como quisiéramos la salida con la

mano izquierda á los toros; y á los matadores, que como él, van muy por derecho, sin despejarse bien con la muleta á la fiera, suele esta despegarlos con fatales consecuencias. Ha adelantado algo en este juego de quiebro del trapo rojo y hace la cruz de brazos indispensable á dicho fin, pero *no baja* la siniestra mano todo lo suficiente á conseguir la completa humillación de la cabeza de la res, que no guiada al terreno de abajo, sino al de fuera nada más, lleva la cabeza más alta de lo conveniente, y de ahí que muchas veces se lleve en las astas los cordoncillos y alamarcos de la chaquetilla, y haya temor de mayores desavíos. Defecto es ese que puede corregir fácilmente, al mismo tiempo que adquiera en algunos momentos la seriedad que sus años no le permiten todavía.

Bombita no pasará por el toreo como un meteoro; dejará nombre. ¡Quiera el cielo concedérsele como á Pedro Romero y no como á *Pepe Illo*!

En su mano está no buscar aciagos accidentes. Mejor que el estilo del segundo, siga la escuela del primero, y si quiere sobreponerse á cuantos hoy torear, ya que su voluntad es grande, practique la hermosa y suprema suerte de recibir, sin ejecutar la cual no hay matador de toros completo en el arte. En otro caso, será menos, mucho menos, que Redondo, Cayetano, *Frasquito* y algún otro lidiador, de los que desde mediados de este siglo han esperado á las reses á pie quieto, y quedará al ni-



vel de esas celebridades á quienes siempre podrá ponérseles esa tacha.

Dicen que este muchacho es dócil y escucha con atención los consejos de sus amigos; si así es, á estos toca imbuirle esa idea, con persistencia, hasta que la realice, y entonces bien podrá decir *Bombita* ¿hay alguien que tan alto raye?

Torres, Ricardo.—No es fácil juzgar acerca de lo que no se ha visto. Dicen que maneja bien la mano izquierda, que se adorna mucho, que para con gracia y que mata valientemente. Si eso es cierto no hay duda de que podrá llegar, cuando menos, adonde ha llegado su hermano Emilio; y eso ya es algo, que él debe hacer se cumpla, estudiando sobre el terreno y no desmayando por muchas que sean las contrariedades que se le presenten.

Torres, Miguel (*Colorín*).—Es un matador de toros en novilladas que ha actuado durante bastante tiempo en cuadrillas de niños.

Torres, Branco.—Banderillero portugués muy adelantado, que si corrige el vicio de precipitarse será de los que aprecian de veras los aficionados.

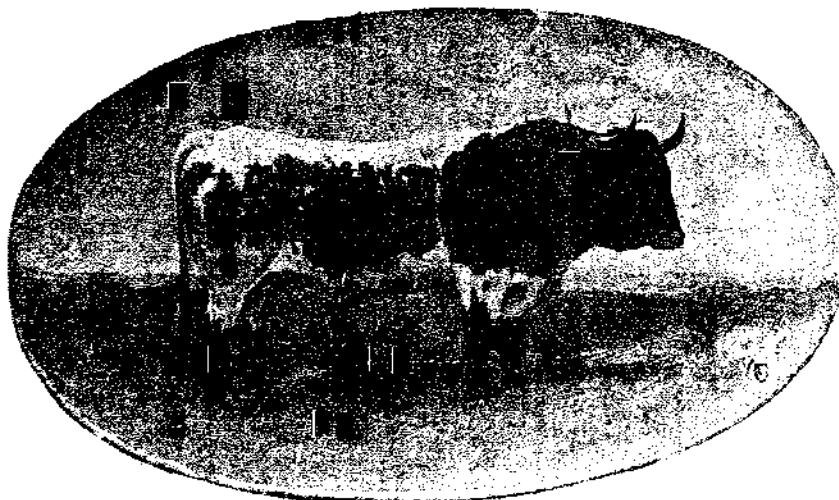
Torrijos, José (*Pepín*).—Regular banderillero y mejor puntillero que otros que trabajan más á menudo. Fresco y muy aprovechado, descuella entre sus compañeros de segundo orden. Ha ido adelantando paso á paso, hasta llegar á formar parte, como cachetero, en la cuadrilla de Rafael Molina (*Lagartijo*).

Torrijos, Diego (*Pepín chico*).—Hijo del anterior, que también se dedica á puntillero, y no sabemos si de ahí pasará á ser torero, que tiene mucha afición, aunque es muy joven. Alguna vez ha matado en plazas de tercer orden y dicen que lo ha hecho bien. No le hemos visto.

Torrijos, Francisco.—Hermano del anterior, También se dedica al arte de torrear. Hace lo que puede con el capote y las banderillas, y no decimos lo que sabe, porque sabe poco, pero tiene mucho tiempo por delante y grande afición.

Torrijos, Luis.—Picador de toros, de pocas pretensiones y también de pocas facultades. Ha fallecido el pobre hace unos veinte años, y esto nos excusa hablar más de un torero de tan escasa significación.

Toruno.—Fué el primer toro que estrenó la plaza nueva de Madrid el 4 de Septiembre de 1874 en que se inauguró. Pertenecía á la ganadería del Excelentísimo señor duque de Veragua, vecino de esta corte, divisa encarnada y blanca, y era berrendo en negro, botinero buen mozo y bien armado. Villaverde fué el primero que le echó la capa, el *Chuchi* el que puso la primera vara, Curro Calderon el que cayó al suelo en primer lugar, Mariano Antón la-



«TORUNO», DE VERAGUA

vó el primer par de banderillas, y Fuentes (*Bocanegra*) el que primero mató en dicha plaza. *Lagartijo* fue de los de á pie el que primero rodó por el suelo; y dicho toro fué, por fin, el primero que saltó la barrera.

Tostado.—Usaron esta voz, á principios de siglo, algunos ganaderos para calificar la pinta del toro castaño obscuro más que la del retinto obscuro.

Totobio.—Toro de la ganadería de D. José Ginés, vecino de Santa Elena, provincia de Jaén, que fué corrido en la plaza de Valdepeñas el día 15 de Junio de 1876. Era retinto, aldinero, bien armado y muy ligero; tanto, que saltó al tendido de sombra, donde causó mil destrozos; volvió á la plaza, y segunda vez saltó al tendido, y de allí pasó á los palcos, rompiendo barandillas y asientos, y causando la alarma y pánico que pueden presumirse. Dicen que mató á un niño, hirió á dos dependien-

tes de la autoridad, rompió muchos brazos y piernas, y causó muchas descalabraduras, habiendo sido sangradas más de doscientas personas.

Traidor.—Un toro llamado así mató, hará unos 25 años en la plaza del Ronquillo, pueblo pequeño del partido de Sanlúcar la Mayor, en la provincia de Sevilla, al banderillero y matador sin alternativa Ricardo Osed (*El Madrileño*), hermano de Agustín, de quien nos ocupamos en el lugar correspondiente. Ricardo fué valiente y atrevido, llegando á adquirir bastantes conocimientos cuando figuró en la cuadrilla de Manuel Carmona.

Tranquillo.—«Se dice así para expresar que no sabe esta ó la otra suerte; v. g., ha cogido el tranquillo á la capa, á los recortes etc.» Esa es la definición que á la palabra da *Pepe Ilo* y vamos á explicarla porque bien lo necesita. Ni en el *Diccionario* de la Academia ni en otros se ve esa voz y sí la de *tranquilla*, que significa especie artificiosa ó engañosa, que se pone á alguno para que caiga en ella, etc., y ampliándola, ó tomándola en género masculino, el *tranquillo* parece puede explicarse diciendo que es un artificio ó engaño de que cualquiera se vale, para que aparezca una cosa bien hecha, sin observar para ello las reglas del arte. Más claro: cuando, por ejemplo, para matar un toro, ha usado el diestro de un ardid, no admitido en los preceptos taurinos escritos y practicados por los buenos maestros, se dice que el torero ha matado de *trampita*, y se le ha criticado con justicia al torero mañoso, astuto, artero—que todo es lo mismo,—que de tal modo ha salido del paso, colocándose fuera de *cacho* para cumplir su cometido. Eso es el tranquilo. Así, pues, la definición que damos á esa palabra es la siguiente: Tomar en una suerte la maña de ejecutarla, ya por sorpresa, ya por ardid astucia, ú otra manera especial, que se apartan tanto de la verdad como de las reglas del arte, nunca desmentidas.»

Trapío.—La lámina ó estampa que tiene el toro es la que determina el bueno ó mal trapío del mismo. Para que se le tenga y conozca como de buen trapío ha de ser de libras, de buen pelo; ó sea luciente, espeso, sentado, fino y limpio; las piernas secas y nerviosas, como las articulaciones bien pronunciadas y movibles; la pezuña, pequeña, corta y redonda; los cuernos, fuertes, pequeños, bien colocados y negros ó muy oscuros; la cola, larga, espesa y fina; los ojos negros y vivos, y las orejas, vellosas y movibles. El color del pelo ó sea la pinta, importa poco; pero siempre presenta mejor lámina un

toro obscuro ó berrendo que un ensabanao ó jabonero, en igualdad de circunstancias. Cada provincia, y aun cada casta, tienen un trapío particular, que los aficionados inteligentes distinguen perfectamente. (Véase TORO).

Trapó.—Así se acostumbra á decir de la muleta ó capote cuando se usan para empapar en ellos á las reses en cualquiera de las suertes del toreo; pero es más común llamar como va dicho, á la muleta que á las capas.

Trasero.—El par de rehiletes que va colocado más atrás de la cruz del toro; sólo verle demuestra que el torero le ha puesto dejando pasar la cabeza. También se llama trasera la estocada señalada en dicho sitio, y el puyazo del picador que, marcado en el mismo lugar, es más digno de censura que de alabanza.

Trasformación.—Se llama así la que es muy común experimenten los toros en cada uno de los tres estados que tienen en la plaza. Toro hay que se presenta noble y sencillo, y por el castigo ú otras causas se *trasforma* y hace receloso y de sentido; otros salen blandos y se crecen luego, y muchos que al principio son duros y pegajosos concluyen por huirse.

Trastear.—Es lo que comunmente se llama capear ó sea hacer con la capa diferentes suertes al toro, que se nombran verónicas, navarras; de frente por detrás ó aragonesas, de farol, de tjerilla ó á lo chatre, entre dos, galleando ó recortando, de cada uno de cuyos modos nos ocupamos en el lugar correspondiente á dichas palabras. Nosotros, sin embargo de lo dicho, somos de opinión de que la palabra *trastear*, ó *trasteo*, está mejor aplicada que en los casos anteriores, cuando se trata del juego de muleta que el matador ejecuta para preparar el toro á la muerte, y no cuando el torero capea.

Trejo, D. Luis de.—Escribió durante el reinado de Felipe IV un libro que fijaba diferentes reglas para alancear toros desde el caballo, titulándole *Obligaciones y duelo del toreo*. Fué sobrino del cardenal Trejo, y hombre valiente, que murió en desafío el 23 de Abril de 1641.

Tres-picos.—En los fastos taurinos no se encuentra un caso igual ni parecido á las hazañas del fenomenal *Tres-picos*. Lidiado con cuatro años cumplidos en la plaza de Sevilla, en una de las corridas de la segunda temporada de 1848, mató diez caba-

os, inutilizando á un banderillero y á nueve picadores de tanda y produciendo el terror en los reservas, pues era tan pronto, bravo y poderoso este cuatreño, fenómeno en todo por su corpulencia, acierto para herir y cuantas condiciones puede exigirse á un toro de plaza, que á pesar de que se ofrecieron 3.000 reales á cada uno de los célebres picadores Hormigo, Briones y Alvarez, que presenciaban la corrida desde los andamios, se negaron á salir si no recibían mayor suma; Juan Martín (*La Santera*), á quien correspondía dar muerte á *Tres-picos*, lo efectuó, después de haberle capeado para quitarle pies, con una soberbia estocada á paso de banderillas. *La Santera*, hombre expansivo y de gracejo, se envanecía siempre que se le recordaba este trance sublime de su arte, poniendo por comentario esta frase que se hizo célebre entre sus amigos íntimos:—¡Quinientas tres y media! ¡sin cabeza!

Esas fueron las libras carniceras que en limpio pesó en la romana del matadero el sin igual por lo famoso *Tres-picos*, barroso, de la célebre ganadería de D. Joaquín de la Concha Sierra.

Trigo, Manuel.—Fué un regular matador de toros, de buena escuela y aplicado. Natural de Sevilla, aprendió el oficio de sombrerero, que dejó á los dieciseis años de edad, para dedicarse al arte de torear con decidida vocación, y en el cual no fué muy bien recibido por sus paisanos, ignoramos por qué causa. En el año de 1838 entró á servir en el ejército como soldado procedente de la célebre quinta de Mendizábal, siendo licenciado en 1840, á la conclusión de la guerra, y en seguida se dedicó nuevamente á torear en plazas de segundo orden, y en la de Sevilla en 14 de Mayo de 1843, pasando más tarde á Portugal, hasta que en 1845 se presentó en la plaza de Madrid, donde se le calificó como el mejor de los medias cucharas, reconociendo en él que valía, había disposición, afición, desseo de lucir y que trabajaba con voluntad. Formó luego cuadrilla, y trabajó en algunas plazas de España y Portugal, especialmente en los años 1852 á 1854 con bastante aceptación, hasta que, hallándose gravemente herido en Sevilla, atravesado por un estoque, fuera de la plaza, le acometió el cólera morbo, y falleció en el mes de Agosto de aquel año. Su padre, que no fué torero, murió también atravesado por un estoque, y su abuelo de un tiro que le disparó un guarda de campo. Era Trigo muy formal, y si bien no fué buen mozo, llevaba muy bien la ropa; y los trastos de matar, con aire y desenvoltura.

Trigo, José.—Excelente picador de toros en todos conceptos, y bravo como el que más. En cierta oca-

sión apostó con varios aficionados á que picaba con el regatón de la vara los toros de la más acreditada ganadería de Madrid, y sabido por el dueño, le escogió seis bichos magníficos. Esto no impidió que aquél cumpliera su promesa, á pesar de la amonestación de la autoridad. Era natural de Sevilla, y en su tiempo figuraba entre los primeros. Cuando á los dieciocho años de edad empezó á torcar, en Marchena una corrida y otra en Sevilla, le pagaron su trabajo en cuartos, ó sea en calderilla, y al verla, dijo: «Hoy tomo la moneda que me quieren dar; antes de dos años habrán de darme lo que yo quiera exigir». Y así fué. Tan sobresaliente era su trabajo. Murió á los cincuenta y ocho años de edad, y se dió á conocer en Sevilla el 10 de Octubre de 1834, con el apodo del *Lechero*.

Trigo, José.—Hijo del anterior, y picador que empezó con aplausos, y con ellos continuó. Nació en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, siguió y concluyó con aprovechamiento una carrera científica, y cuando empezaba á reportarle utilidades, la dejó, abrazando la de picador. «De tal palo, tal astilla», dice el refrán. El chico lleva en sus venas sangre torera, y no quiere desdecir de la casta. Es más joven que su hermano.

Trigo y Pino, José.—Guapo mozo, hijo del célebre José. Era un buen picador, sabía dónde y cuándo debía apretar, pero era adusto y poco complaciente con el público. Su padre sabía más *gramática*, y tenía más conocimiento del mundo. Nació en Madrid el 7 de Julio de 1844, viviendo sus padres en la calle de las Huertas; por lo cual está bautizado en la parroquia de San Sebastián, lo mismo que el célebre *Cúchares*. Juan Trigo formó, como su padre, en la primera fila de los mejores picadores; su escuela era fina y de más verdad que apariencia, y el brazo derecho, que era muy bueno, llevaba poca ventaja al izquierdo. Murió en Sevilla de aguda enfermedad, el 9 de Noviembre de 1888.

Cuéntase de él que en la plaza de Jerez de la Frontera puso, hallándose en los medios, hasta catorce varas seguidas á un gran toro de Laffite, sin perder el caballo.

Trigo, José. Si este picador es descendiente del célebre José y del notable Juan, tiene que andar más deprisa en sus adelantos, para no desairar aquel apellido, no sea que le apliquen el refrán ó máxima, de que «nunca segundas partes fueron buenas».

Trigo, José.—Es moderno este picador. Su apellido le obliga á ser de los buenos. Peor para él si no lo consigue. Trabajó en Sevilla por primera vez el 9 de Noviembre de 1884.

Trigo, José (Triguilo).—Banderillero nuevo que hasta ahora no ha dado muestras de ser bueno ni malo. No sabemos si procede de la familia torera de ese apellido.

Trocar.—Es lo mismo que cambiar. Se usa mucho al designar los terrenos, que se dicen «trocó el de fuera por el de dentro».

Trompicar.—Cuando el toro da con el hocico ó testuz al torero sin arrojarle al suelo, al tiempo de salir aquél de cualquiera de las suertes que haya ejecutado, se dice que sale *trompicado*. Así, pues, el toro no trompica, hace trompicar.

Tronera.—Toro berrendo en colorado, bien puesto, de la ganadería de D. Juan López Cordero, después Adalid, que, en trece puyas, mató doce caballos; y á petición del público le perdonaron la vida en la plaza de Cádiz, pasado el año de 1862. Una vez curado de las heridas y al ser conducido á la dehesa, penetró en una choza donde dormía un niño; la madre, al ver en peligro á su hijo, cogió una barra de hierro y dió al toro tan fuerte golpe en el testuz, que rodó muerto á sus pies. Así lo dijeron los periódicos; de nuestra cuenta nada hemos puesto en la noticia.

Troyano, José.—Picador de toros bastante conocido en la segunda mitad del siglo precedente. Trabajó con los Romeros, con *Costillares* y *Pepe Illo*; pero cuando estaba en el pleno de sus facultades era en 1760. Era notable en el modo de sacar el caballo de la suerte completamente ileso, en la mayor parte de los casos, lo cual prueba que era muy entendido, por más que su brazo derecho no fuese tan bueno como su mano izquierda.

Truxillo, Francisco.—Fué un picador, natural de Chiclana, que en fines del siglo anterior ejercía de sobresaliente en cuadrillas de importancia.

Tuerto.—La tauromaquia tiene sus reglas para torrear con seguridad los toros faltos de un ojo; y al hablar en el lugar correspondiente á cada una de las suertes del modo de practicarla, indicamos cómo debe hacerse con los toros tuertos. Sin embargo, no está demás advertir aquí que éstos se eñen mucho en todas las suertes por el lado del ojo sano, y se revuelven por el mismo con grande ahínco y celeridad. Son toros de plaza que los empresarios pueden reprochar ó comprar más baratos, pero los toreros no deben rechazarlos.

Turno.—El que deben tener los lidiadores en el redondel ha de ser conservando siempre el lugar de antigüedad. Ha de colocar, pues, la primera vara el picador más moderno, y esperar en toda ocasión á que el antiguo ponga la suya para volver á tomar turno; sin perjuicio de que cuando quede alguno desmontado continúe solo el que esté á caballo picando al toro hasta que aquél monte de nuevo ó salga en su lugar un reserva, el cual alternará en la misma forma. Nunca debe tolerarse que dos picadores vayan á un tiempo al toro, porque además de significar esto poco compañerismo y falta de consideración al público y de respeto á la Presidencia, contribuye á recelar las reses y hacerlas huirse. Los banderilleros han de parcar también, dejando al más moderno el primer par de rehiletes; pero es costumbre que si á los mismos banderilleros les toca clavar pares á otro toro de la misma corrida, empiece en éste el más antiguo. En muchas ocasiones sucede que un

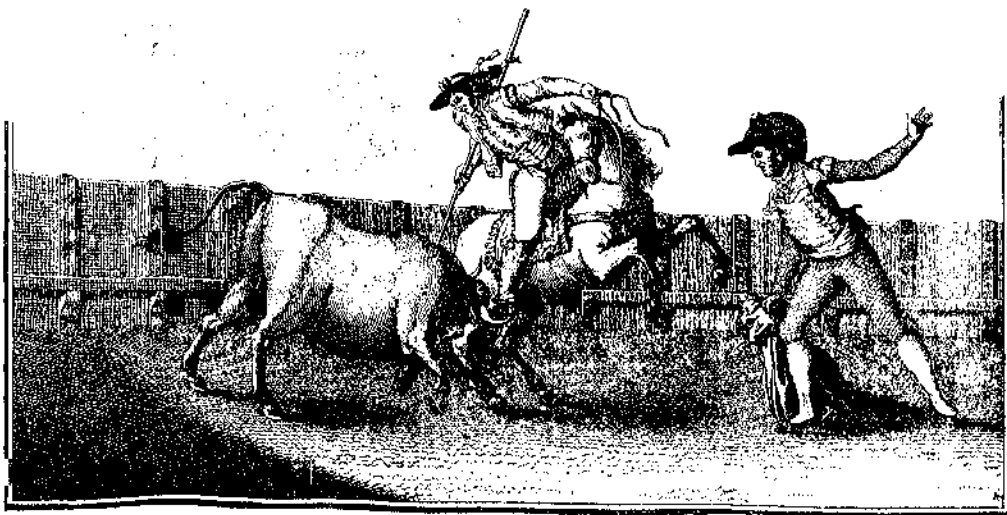


LÁMINA DE LA ÉPOCA. — NOSERET

banderillero se *pasa* dos y más veces sin clavar los palos, y el otro está quieto esperando á que lo verifique; y aunque eso demuestra buena amistad, nosotros opinamos que no debe consentirse, pues no ha de estar el público impasible, observando la poca pericia del lidiador, ó su escaso atrevimiento. Por eso creemos que cuando un banderillero se *pase* dos ó más veces, su compañero debe procurar aprovechar, si es posible, la situación ó salida de la fiera para hincar los palos, sin esperar turno; lo cual no quita para continuarlo en la forma antedicha. Bueno que alguna vez se cedan las banderillas de mutua conformidad, si uno de ellos ha tenido la desgracia de clavarlas mal; pero esto ha de ser sin aburrir al público ni enseñar á la fiera, que suele aprender en este tercio de la lidia más de lo necesario para el siguiente. Para los matadores, el turno ha de ser por rigurosa antigüedad de alternativa; y vamos al punto que, no hallándose fijado en ningún reglamento, conviene tratarle con despacio. Es opinión general entre todos los aficionados que de inteligentes se precian, de que todo toro que el redondel pisa debe morir y salir arrastrado, sea blando ó huído, tome ó no tome varas; pero cuando hay alguno que al salir del chiquero se le ve cojo ó de tal manera inutilizado que con él es *imposible toda lidia*, y el Presidente manda retirarle á los corrales, en este rarísimo caso es nuestra opinión que no debe pasar turno para el espada, á pesar de que hemos visto lo contrario en varias ocasiones. Se dirá que

estando designados ya desde la hora del apartado los toros que á cada espada corresponden, se altera el orden, y sus distintas condiciones pueden influir, cuando menos, á que un espada se desgracie en toro que no era suyo, sin tener en cuenta que tal vez por la misma razón puede lograr ser aplaudido si la fiera es noble. Lo hemos dicho varias veces en el curso de esta obra: el matador que se tenga en algo no debe pensar en otra cosa que en matar con arreglo al arte cuantos toros salgan por las puertas del chiquero, sean las que quieran sus condiciones y sin atender preferencias ni mirar preocupaciones; que el que piensa que tal ó cuál toro es mejor para la muerte y se azora porque aquél es grande, cornalón ó de sentido, tiene poco conocimiento de su profesión y no le sobra valor. Además de que, soltándose otro toro en equivalencia del retirado, claro es que como suceso imprevisto, no estaba destinado de antemano á determinado espada el nuevamente echado al circo. No es lo mismo cuando la fiera se inutiliza en el redondel, porque habiendo tenido *poca ó mucha lidia* y trabajado con ella, debe pasar turno para el espada y para los banderilleros que con la misma han bregado, como pasaba cuando echaban perros. Por último, es obligación del primer espada rematar la fiera que haya inutilizado á otro matador, continuando en los demás el turno ordinario que al principio hemos expuesto; y esto se entiende, aunque el matador inutilizado sea media espada ó sobresaliente, que por serlo no tienen alternativa.



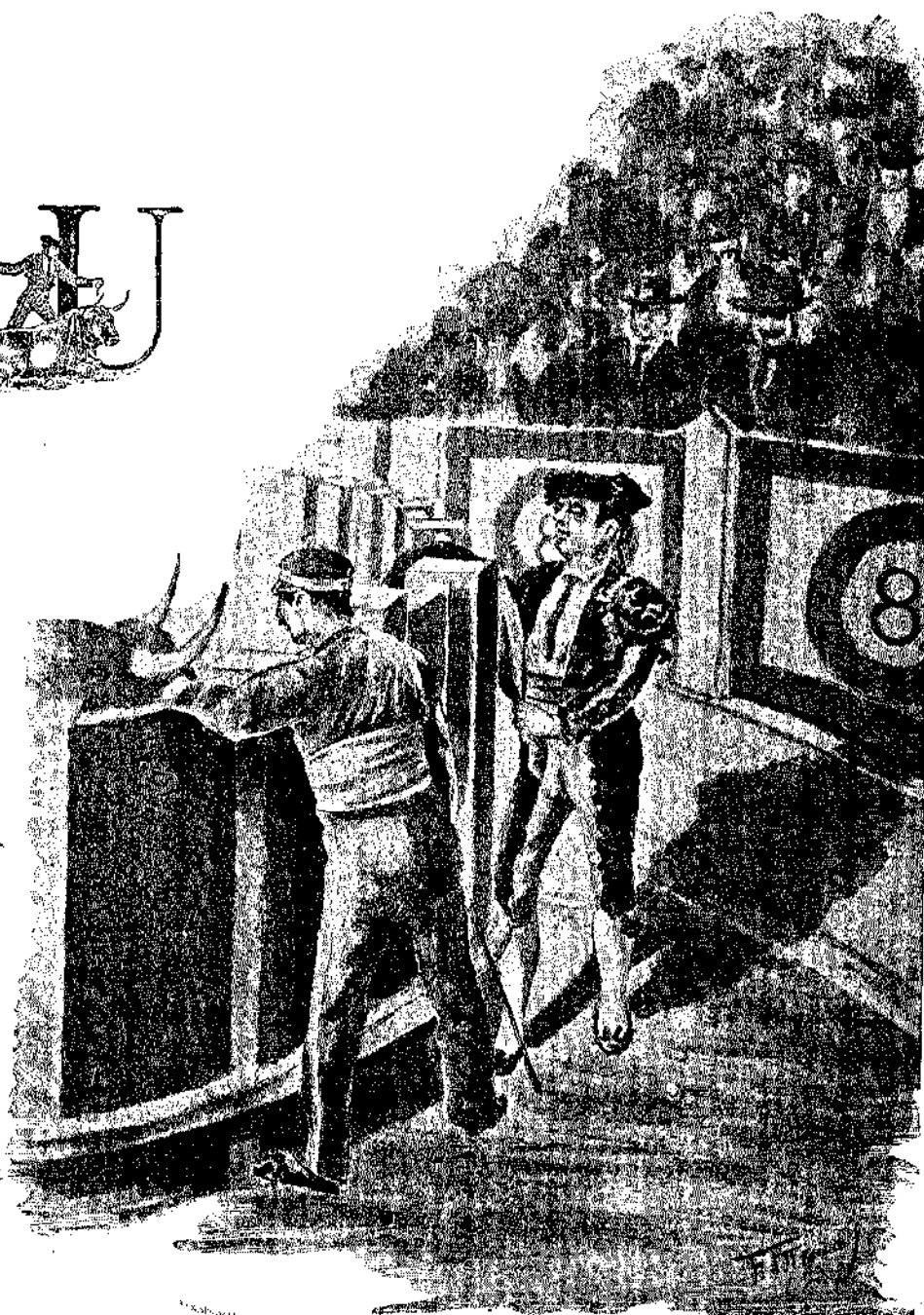


Uceda, Bernardo

(Andalucillo).—Mucha compostura, muchas precauciones y poca inteligencia demostró este muchacho poniendo banderillas en Madrid el año de 1863. Después... nada.

Uceda, León.—Jo-

ven y de arrogante figura, tiene fama de valiente; pero no todos los que son guapos con los hombres lo son con los toros, ni todos los



que quieren ser toreros llegan á serlo. Trabaja poco y por eso su nombre suena menos.

Uceta, Juan.—Picador de segunda fila, que trabajó en Madrid por los años de 1850 en adelante. Tenía poco poder. Por equivocación aparece con el nombre de Manuel en algún cartel de provincias; que es muy común cuidarse poco de la exactitud en los detalles de anuncios, que una vez hechos hay que dejarlos correr sin enmiendas, á no ser de gran importancia la alteración.

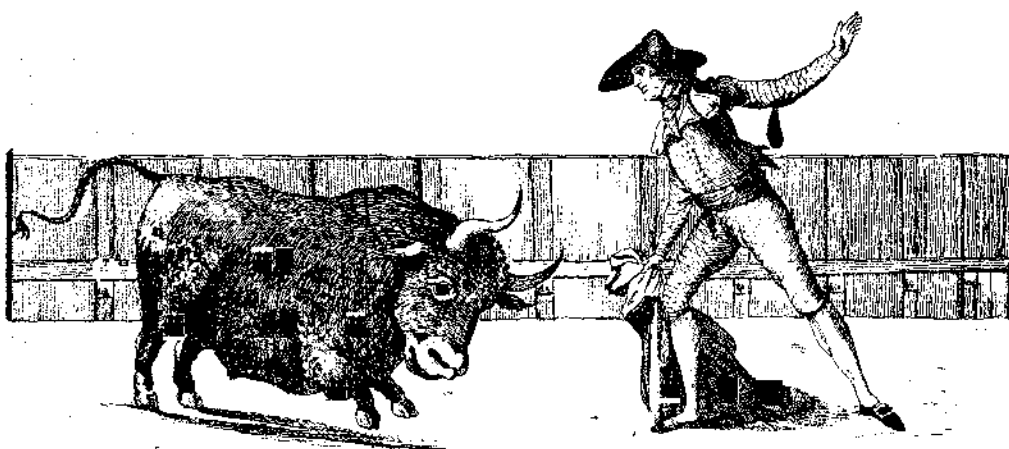
Uceta, Matías (Colita).—No sabemos si este picador era hijo del que lo fué, llamado Juan. Creemos que no; y los que le hemos visto trabajar, tanto en Madrid como en provincias, habíamos formado idea de que sería un buen picador. Era buen jinete, y eso vale mucho, así es que adelantó bastante. Falleció en Madrid hace pocos años.

Uceta, Rafael (Colita).—También este chico ha entrado en el gremio de los picadores de toros en novilladas, como su pariente próximo el antes mencionado. Monta bien y hay coraje en él, lo demás lo dirá el tiempo, si quiere aplicarse.

Ulloa, José (Tragabuches).—Heredó de su padre el apodo. Era gitano, y fué discípulo del gran Pedro Romero, que advirtió en él disposiciones muy especiales para la lidia. A los veinte años entró á formar parte, como banderillero, de las cuadrillas de José y de Gaspar Romero, y á poco tiempo tomó de este último la alternativa como espada en el año de 1802. Era un buen mozo, muy valiente y práctico en la escuela que desde principios aprendió. Como casi todos los gitanos, tenía afición á la trata de compras y ventas de géneros, dedicándose algo al contrabando, especialmente en las épocas en que no toreaba; y cuando llamado á trabajar en Málaga por su compañero *Pan-chón*, el año 1814, descubrió casualmente ciertos

amores de su mujer, célebre *cantaora*, con *Pepe el Listillo*, acólito de una parroquia, él los concluyó degollando al último y arrojando á aquélla por el balcón á la calle, donde quedó estrellada. Desde entonces no volvió jamás á saberse el paradero de Ulloa, suponiéndose con algún fundamento que formó parte de la célebre cuadrilla de bandoleros llamada *Los Niños de Écija*, que desde el año de 1815 tantos crímenes cometió en Andalucía; pero esta es cosa que no ha podido comprobarse.

Hemos oído, no recordamos cuando, que este torero había dado muerte en la plaza de Madrid en 1816, á un toro raro del que se hicieron y publicaron entonces unas estampas malamente grabadas á cuyo pie se lee: «Estampa Nueva del toro Enano q.^e Nació en Estremadura, se correrá en la



décimaquarta Fiesta de Toros—cosa nunca Vista en España.» Lo ponemos muy en duda porque si en el año 1814 le ocurrió el lance que le hizo desaparecer del toreo, mal pudo realizar después aquella *hazaña*, además de que Ulloa no trabajó como espada en la corte.

Se ha dicho también que el referido toro enano fué estoqueado por, el entonces principiante, Roque Miranda en una novillada que en Madrid se dió en 26 de Agosto de 1817, y nos permitimos dudar igualmente esta afirmación; pues aunque por su edad, entonces, bien pudiera haberlo verificado, el traje con que se pinta al torero en dicha estampa nos parece de época más antigua; y también era natural que los carteles hubieran anunciado tal suceso.

Tenemos que confesar que cuantas averiguaciones hemos hecho para saber á punto fijo cuándo y por quién fué lidiado el toro á que hacemos referencia han sido inútiles; pero sentimos mucho más no haber podido comprobar hasta qué punto fuese cierto el dicho de un autor moderno que afirma que cuando Gaspar Romero murió desgraciadamente en la plaza de Salamanca, Ulloa, que

era su segundo, concluyó la lidia en lugar de aquél. Sobre este punto ya hemos dado nuestra opinión al hablar del hermano del gran Romero, y corrobora nuestro aserto la anterior afirmación que de ser exacta probaría que Pedro no presencié la muerte de su hermano, y mucho menos remató al toro que le hirió.

Unceta, Manuel. —Picador de bastantes condiciones para serlo bueno, que se dió á conocer ventajosamente en 1876, y, sin embargo, no llegó á la meta.

Unceta y López, D. Marcelino. —Distinguido pintor, natural de Zaragoza, discípulo de la Academia de San Luis, del célebre D. Carlos Luis de Rivera, y de la Escuela Superior de Pintura. Profesor que fué de dibujo en el Ateneo de dicha ciudad, donde creemos reside ordinariamente. Es autor de muchos y buenos cuadros, que desde 1858 hasta el día ha presentado en diferentes Exposiciones, obteniendo medallas y menciones honoríficas, entre otras por dos preciosas «Corridas de toros», que son la admiración de los inteligentes. También publicó una notabilísima colección de láminas alegóricas á nuestra fiesta nacional, é infinitos dibujos en carteles de lujo, que siempre han llamado la atención por la pureza de líneas, originalidad del asunto, acabado del contorno y delicada entonación del colorido. Es una notabilidad que honra á su patria.

Uraño. —En 1874 se lidiaban cuatro toros grandes el día de la patrona del Batallón Cazadores de Colón, en la plaza del Ayuntamiento, en la ciudad de Santi-Espíritus (Isla de Cuba); y cuando estaban matando á uno de ellos, negro, feo y bien armado, llamado *Uraño*, saltó por entre unos barriles rellenos de arena, que cerraban la salida á la calle principal; después de haber matado dos caballos recorrió parte de la población, y al llegar á una guardiá arremetió contra el centinela, que caló la bayoneta, é hirió al toro con tan buena suerte, que le dejó muerto á sus pies.

Ureña, Marcelo. —Banderillero mediano que ha trabajado en varias plazas, hasta que en 1868 se retiró del toreo. Hombre muy compuesto y formal, ha sido consecuente en sus compromisos y apreciado por su trato particular.

Murió en Madrid á los 65 años de edad el 12 de Agosto de 1866, siendo portero de los Viveros de la Villa.

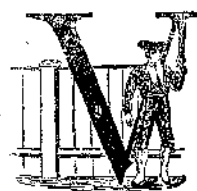
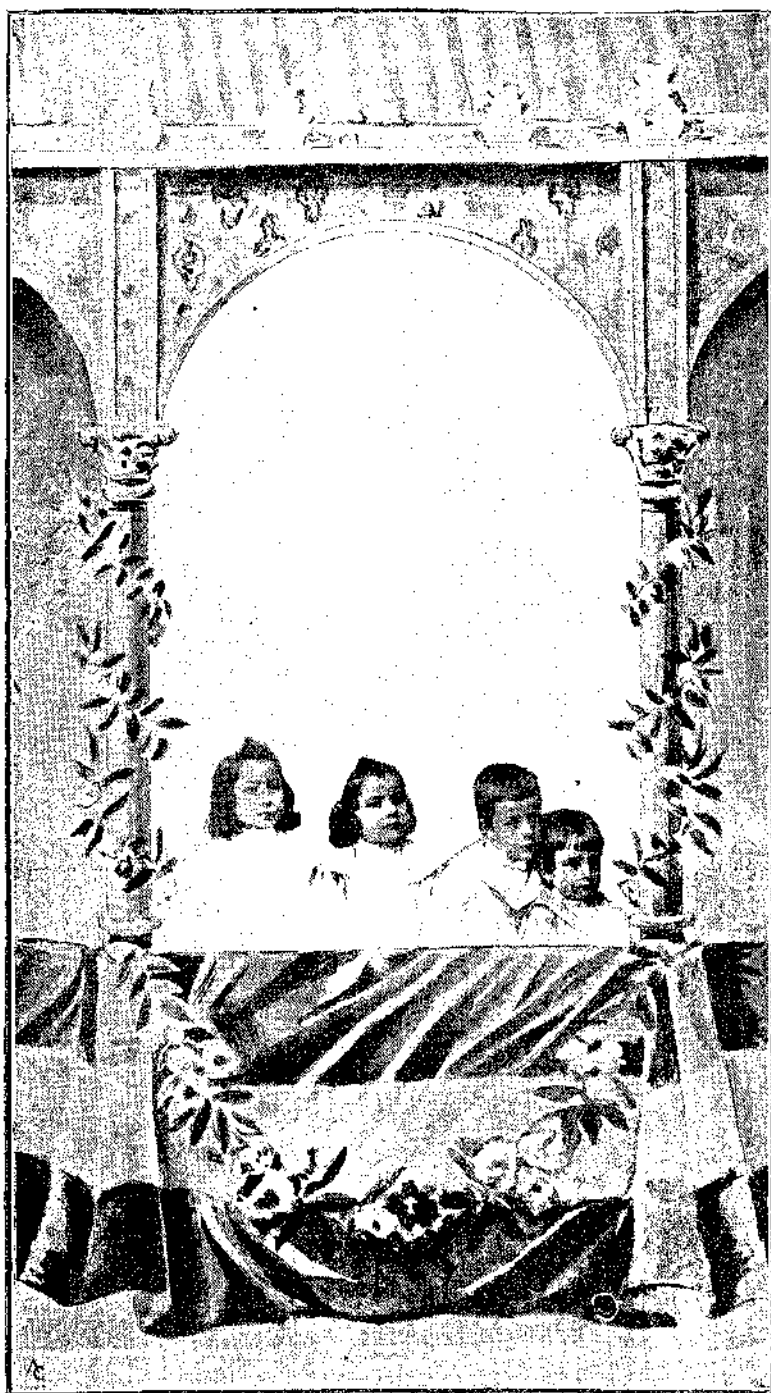
Ureña, Marqués de. —En Cádiz han conocido los amantes del toreo á este distinguido y práctico aficionado, que tanto á caballo como á pié lidiaba becerros muy adelantados, propagando con su ejemplo el amor á la tauromaquia.

Urquía, Serafín. —Natural de Yepes, provincia de Toledo, donde nació en el año de 1832. Era un picador de buena presencia, que ajustado en 1873 para torear en la Habana, tuvo la desgracia de fallecer en esta ciudad, á consecuencia del vómito, el día 5 de Octubre del mismo año. El jefe de la cuadrilla era Angel Fernández (*Valdemoro*).

Usa, José (*El Galleguito*). —Era natural de Madrid, muy entendido torero y aprovechado banderillero, que, primero con Montes y luego con *Cúchares*, demostró que valía mucho. Su oportunidad con el capote era notable. Tenía las marrullerías que la experiencia da á los viejos.

Usa, Felipe (*El Pandito*). —Fué un regular banderillero, pundonoroso y procurando siempre cumplir bien. Era natural de Madrid y hermano del notable torero de su apellido, conocido por *el Galleguito*. Se retiró á tiempo dedicándose al comercio de carnes. Murió en Madrid y en el hospital de los Paules, el día 22 de Octubre de 1868.

Utrero. —Es el becerro cuya edad no llega á tres años y medio. (Véase Toro.)



Vaciar.—Significa dar salida con la muleta á los toros. (Véase ESCUPIRSE.)

Val, Demetrio del.—Banderillero en novilladas de la plaza de Madrid, y de toros de respeto cuando se ofrece; quiere y no puede, porque no se para, ni reflexiona que el correr no es ligereza, ni el ser atrevido es tener valor. Ha dado poco de sí.

Valdés, Angel.—Peruano, natural de Lima, que con gente de aquél país ha formado cuadrilla de

toreros, y lidia y mata toros á estilo de España como buenamente puede. Es bravo y temerón, según dicen, fresco y parado; pero tiene poco conocimiento del arte. A Madrid llegó en el año de 1883, vimos que era negro y que pasó la pena negra para matar; hizo como que toreaba y tuvo que marchar á su país, porque aquí no demostró ni siquiera los más pequeños conocimientos del arte.

Valdés, D. Bernardino E.—Escribió en 1562 el ceremonial sagrado y político de la Universidad de Salamanca, para la celebración de la toma del grado de Doctor (grado mayor) y entre las fiestas que con tal motivo menciona es una la de las corridas de toros. Para organizarlas era de rúbrica el nombramiento de «Dos comisarios de toros», que tal vez algunos de nuestros lectores, al verlos así designados se habrán quedado en la duda de si es-

tos personajes serían gente de coleta, ó qué intervención pudieran desempeñar en acto tan serio como el de la investidura del Doctorado. Pues, bien: á diferencia de lo que ahora sucede cuando una familia celebra uno de esos actos, que forman época en el seno de las mismas, á puerta cerrada, encastillándose en su casa con unos cuantos amigos para comer, bailar ú obsequiarse como mejor les parece, entonces, de todos esos actos, se hacía participe al pueblo, verificándolos á toda luz, á casa abierta, en el campo y en la iglesia, lo mismo en el claustro universitario ó en la Plaza del Mercado. Necesariamente hubo precisión de *reglamentar* aquellas funciones, que, como en las bodas ó bautizos de los señores, en las procesiones, en los grados de las Universidades, en la toma de hábitos de los conventos, concesiones de títulos y honores, exigían atención de parte de los agraciados, y siendo la función de toros la obligada en todos aquellos faustos acontecimientos, era forzoso elegir para prepararlas, ordenarlas y dirigir las, personas aptas y entendidas que descargasen del peso de tales atenciones á los que las costeaban.

Para ese fin, la Universidad de Salamanca, lo mismo que otras corporaciones, nombraban al efecto Comisarios de toros cuando el caso lo requería, y otro tanto hicieron las Reales Maestranzas para sus fiestas hípias y taurinas, cumpliendo de ese modo diferentes artículos de sus Constituciones ú ordenanzas. A tal punto llegaba la minuciosidad en los detalles de la preparación de las corridas de toros, que no sólo se ocupaban los ceremoniales de lo que á ellas estrictamente hacía referencia en cuanto á la lidia, sino que establecían reglas claras y precisas sobre cada uno de los puestos que habían de ocupar las autoridades, convidados y personajes que eran espectadores; la forma en que había de recibírseles; quiénes debían, con el acompañamiento de rigor, componer el séquito de la autoridad superior que hubiera de presidir, y otros saludos, cumplidos y etiquetas que dejan muy atrás á las que hoy se usan en las fiestas palatinas, y que ponen de manifiesto la extraordinaria importancia que se daba á la principal función pública de España entera.

Para probar que en esto nada exageramos, extractaremos á continuación el «Ceremonial de las asistencias y funciones de los muy Ilustres Señores Jurados, Racional, Síndicos y otros Oficiales de la muy Ilustre, Egregia, Magnífica, Coronada y dos veces Leal Ciudad de Valencia», libro manuscrito á fines del siglo XVII, de orden del Consejo general que se conserva en el Archivo del Ayuntamiento de Valencia. Dico así en la página 22:

«La mañana del día de los toros va el Sub-síndico 1.º, ó cualquier otro en su ausencia, á tomar la hora que el Excmo. Sr. Virrey señalare, para

que pueda asistir puntualmente á ella la ciudad, acompañando á S. E. en cumplimiento de su obligación, y participándola la ciudad acuden puntuales.

La tarde de los toros prevenida la ciudad, media hora antes de la asignada por el Sr. Virrey, sale puntual á la dicha hora de la casa de la ciudad, á cavallo, por la Plaza de la Seo, Almodín, calle de la Alcudia hasta el Patio del Real, de este modo:

Timbales.

Trompetas.

Menestriales.

Vergueros.	$\left\{ \begin{array}{l} 1 \\ 2 \\ 3 \end{array} \right.$	$\left\{ \begin{array}{l} 1 \\ 2 \\ 3 \end{array} \right.$	Vergueros.
------------	--	--	------------

Jurado en cap de ciud.º—Jurado 2.º de ciud.º—

Jurado 4.º de ciud.º—Jurado en cap de cavall.º—

Jurado 2.º de cavall.º—Jurado 3.º de ciud.º

Síndico 2.º Racional. Síndico 1.º

Quando empieza á entrar la ciudad en el Patio Real, baja S. E. y se pone á cavallo, recibíendole los dos Jurados en cap, en medio, como los demás Oficiales reales en medio de los otros Jurados; si no está la Excmo. Sra. Virreyna, pueden salir por la misma puerta que entraron, aunque lo más regular es entrar por la una y salir por la otra; y según el decreto del Excmo. Sr. Arzobispo y Virrey D. Fr. Pedro de Urtaia, casi en todo acordado por la ciudad, es en esta forma:

Timbales.

Trompetas.

Menestriales.

Archeros.

Archeros.

Capitán de la Guardia.

Síndico 2.º Racional. Síndico 1.º

Vergueros.	$\left\{ \begin{array}{l} 1 \\ 2 \\ 3 \end{array} \right.$	$\left\{ \begin{array}{l} 1 \\ 2 \\ 3 \end{array} \right.$	Vergueros
------------	--	--	-----------

Jurado 4.º ciud.º—Baile.—Jurado 3.º ciud.º—Jura-

do 2.º ciud.º—Gobernador.—Jurado 2.º cavall.º—

Jurado en cap ciud.º—El Sr. Virrey.—Jurado en cap cavall.º

Compañías de Corazas.

Carrozas de S. E.

Graduados en la referida orden, vuelven por el mismo camino á la calle de Cavalleros, Bolsería y entran en la Plaza del Mercado, tomando á mano derecha; hacen las cortesías de tránsito, y los Tribunales, correspondiendo, se ponen en pie, llegan á la puerta del tablado del Sr. Virrey, y doblando á mano izquierda los que van delante, deteniéndose un poco Racional y Síndicos y Jurados segundos y últimos, para esperar á los dos como salieran de la Sala para el Real, en cuya form-

van hasta el tablado de la ciudad, graduándose en él en esta forma con lo restante de sus oficiales.»

Y aquí contiene el libro mencionado un dibujo que marca los asientos de la plaza y personas que deben ocuparlos, entre ellos los prohombres del Brazo Militar y del Brazo Real, escribanos, abogados, el regente del Manual de tabla y fuerza de tabla, el capellán de San Vicente y el capellán de las Rocas, que eran los últimos, á excepción de los clarines, menestriles y vergueros.

Expresa luego el mencionado ceremonial la forma de los saludos, y dice: «que una vez hecho el despejo de la plaza, mientras la ciudad envía á S. E. un recado por medio del Sub-síndico primero y otro con dos vergueros delante, para saber si quiere se empiece la fiesta, se publica el pregón ordinario de penas y premios, y después, obtenida la venia, el Jurado en cap de ciudadanos, tira la llave de los toriles al verguero que está en la plaza, recibéndola ante el escribano de la Sala, y el verguero saca el toro y administra la puerta toda la tarde. A unos cuatro ó cinco toros muertos envía la ciudad al dicho Sub-síndico en la misma forma que antes con recado á S. E., para que dé el permiso, salga la guardia á matar un toro, y concedida, la ejecutan, y se les libra para ellos.»

Habla luego de nuevo recado para concluir la fiesta; del orden de volver al mismo hasta dejarle la ciudad bajo del solio, acompañándole con antorchas; y que, «si alguno con su antorcha y criados quisiera volverse á su casa á caballo con la gramalla, podrá hazerlo.»

El segundo día de toros, asistía la ciudad como en el primero, sólo que ponía celosías hasta el punto de empezar la fiesta; al tiempo de arrojar la llave el Jurado, en cap de ciudadanos; y en el tercero ya no asistía la ciudad «sino por algún buen suceso que quiera acompañar al pueblo en el regocijo; y de esto no hay muchos exemplares, ni valdrá el voluntario del año 1595, pero en caso de axistir, se ejecuta lo mismo que el segundo día, si bien no se echa la llave, porque ya no es fiesta de la ciudad, sino alargada por el señor Virrey; pero si la ciudad publicase en el pregón los tres días de toros, echaría siempre la llave.»

Y, por último, señala á continuación el modo de recibir, conducir y colocar á la Virreyna cuando asiste á la fiesta de toros, que es lo mismo el ceremonial que el del Virrey, sólo que detrás de éste y antes de la Compañía de Corazas iba su carroza.

Cuanto va copiado y extractado justifica plenamente lo que al principio afirmamos, y lo que siempre hemos dicho acerca de nuestra fiesta nacional: Que es la primera de todas; que es la que

de buen grado unas veces y otras por fuerza aceptan los poderes públicos, porque, obligados por la necesidad, llena más que ninguna el carácter de diversión interesante; y que su importancia es y ha sido tal, que á despecho de cuatro encogidos afeminados, las ciudades, los Gobiernos y las naciones se han ocupado en ella y sus detalles, dictando para reglamentarla órdenes, decretos, leyes, pragmáticas, y hasta bulas pontificias.

Valdés Luis (Nanico).—Matador de toros en la Habana, de donde es natural. Ni de allí ha salido él, ni su fama, y si ha salido su nombre, débelo á los carteles de hace siete años.

Valdés, D. Facundo.—Con el seudónimo de *Facundo* escribe revistas de toros, en que manifiesta grande afición, dicción correcta y especial aptitud para versificar fácilmente. Poco á poco ha ido adquiriendo conocimiento del arte de torrear, y dado su entusiasmo por el mismo, no es difícil presumir que ha de ser uno de los más caracterizados escritores taurinos en cuanto penetre en los secretos de la tauromaquia, que son muchos y difíciles.

Es uno de los que más han contribuido con su pluma y con su actividad é iniciativa á dar vida á las fiestas de toros en Asturias, cuya región cuenta con varias plazas de toros, según hemos indicado en el lugar correspondiente.

Valdez, José.—Es un regular mozo de forcado portugués, que puede llegar á ser algo con el tiempo.

Valdivieso, Ambrosio.—Fué banderillero del célebre *Costillares*, y después matador, al mismo tiempo que su compañero José Delgado (*Illo*), si bien éste tomó antes que aquél la alternativa, y aprendió más y obtuvo más renombre, aun antes de su desgraciada muerte.

Valencia, D. Juan de.—Según dicen varios autores, escribió en 1639 un libro acerca «del modo de alancear toros desde el caballo», con notable inteligencia, titulándole *Advertencias para torrear*. ¿Sería este señor el mismo que, con igual nombre, y en la ciudad del Perú, rejoneó toros diestramente en unas funciones reales allí celebradas en 1632?

Valencia, Manuel.—Hubo un picador de toros antes del año de 1840, que hizo concebir esperan-

zas á muchos aficionados sevillanos. Las defraudó por completo.

Valencia, Manuel.—Bastante apañadito y con buena voluntad empieza á correr toros y poner banderillas regularmente. Más calma necesita, que le sobra aceleramiento, y debe parar y reflexionar para aprender.

Valenciano.—Toro de la ganadería de D. Donato Palomino, vecino de Chozas de la Sierra, en la provincia de Madrid, divisa amarilla, retinto, aldinegro, meleno, ligero y de poder, bien armado y corpulento, causó la muerte el día 15 de Agosto de 1880 en la plaza de Madrid al banderillero Nicolás Fuertes (*El Pollo*); dejó fuera de combate y retirados á la enfermería al picador Pedro Ortega y al banderillero Vicente Carbonell; despachó cuatro caballos en cinco varas que tomó; no se le pudieron poner más que tres banderillas sueltas, y á petición del público fué mandado retirar al corral, porque intentó saltar dos veces á los tendidos, y tenía esparcido el pánico entre los espectadores. Su cabeza, disecada, la adquirió el distinguido aficionado D. Luis Maquieira.

Valenzuela, D. Luis.—En el mes de Junio de 1578 llegó á la bahía de Cádiz el famoso rey de Portugal D. Sebastián, y se hospedó con su corte en la casa del caballero D. Luis de Valenzuela. Este, que era concejal—como ahora decimos,—y el capitán general, duque de Medina-Sidonia, trataron de obsequiarle y dispusieron unos festejos, entre los cuales fué el más principal una corrida de toros donde lució su habilidad Valenzuela matando un toro desde el caballo, con espada y de un solo golpe.

Valenzuela, D. Fernando.—Es autor de unas «Advertencias y reglas que se estilan y observan en la plaza de Madrid para los caballeros que gustan de entrar en ella á torear á vista de Sus Majestades.»

Hace pocos años hizo de esas «Advertencias,» una corta edición á su costa el Sr. Carmona y Millán.

Valero, Plácido.—Banderillero zaragozano de pocos conocimientos, que empezaba por el año 1856, y no sabemos que adelantase gran cosa. Verdad es que hace muchos años nadie habla de tal torero.

Valero, Antonio (*El Papelero*).—Hace bastantes años vimos trabajar á este banderillero en Barce-

lona, y no nos pareció mal. Algo precipitado al entrar se corregía mejorando el terreno y cuarteando bien; parecía aprovechadito; pero en una corrida, y no completa (porque un toro le alcanzó al saltar la barrera y lo lanzó violentamente contra la pared del tendido, imposibilitándole continuar la lidia), no puede formarse juicio. Retirado del arte, y viviendo en dicha ciudad, se suicidó, arrojándose á la calle desde un quinto piso, el día 14 de Marzo de 1891.

Valor.—La primera de las cualidades que debe tener el torero, y sin la cual no podrá nunca ser diestro. Entiéndase valor prudente, no temerario, que permita estar cerca del toro y verle con sangre fría.

Vallecruz, Salvador.—Principió el arte de *Pepe Illo*, hace veinticinco años, viéndose en él voluntad; pero lo demás no se vió, ni á él tampoco ha vuelto á vérselo.

Vallejo y Galeazo, D. José.—Pintor y dibujante que se dedicó más especialmente á la ilustración de obras.

Dibujó con notable maestría las diversas suertes de una corrida de toros; nació en Málaga en 15 de Agosto de 1821, é ingresó por oposición en el profesorado de Bellas Artes en 1857. Murió en Madrid en 19 de Febrero de 1882.

Valverde, José (*Loquillo*).—Para matar toros se necesitan más requisitos y conocimientos de los que ha adquirido hasta ahora este muchacho. Tiene gran voluntad y eso vale, y puede serle útil para adelantar en su carrera, pero no basta.

Vanhalen, D. Francisco de P.—Hijo del teniente general D. Juan, de nación belga, que con su hermano el conde de Peracamps, afiliado al partido que por entonces se llamaba progresista, tanta parte tomó en la guerra civil de los siete años.

Fuó natural de Vich y discípulo de D. José Aparicio y de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, que le nombró su Académico supernumerario, en 3 de Diciembre de 1843.

En diferentes obras que le dieron reputación, se encuentran «Una torada en las orillas del Jarama» y «Un grupo de toros entre los que se halla el cabestro Vinagre» que vivió treinta y tres años.

Vaqueros.—Hombres encargados de cuidar las ganaderías en el campo, que, por lo mismo y por

no perder de vista á las reses, son grandes conocedores de las cualidades ó condiciones de ellas. Generalmente son buenos picadores á caballo y buenos capas á pié; saben mancomnar una res, y tienen tal tino en la honda y en la mano, que rara es la vez que no aciertan á dar en las astas con una piedra á los animales que quieren ahuyentar de paraje determinado. De esta clase han salido notables picadores de plaza.

Vaquero, Antonio (Vaquerito).—Parece que este muchacho promete ser algo en la difícil profesión que ha tomado con tanta afición y empeño. No estorba con el capote en la plaza y pone banderillas bastante acertadamente, sin llamar la atención ni por bien ni por mal. ¿Qué más puede pedirse á un joven principiante?

Vara.—Véase GARROCHA. De ahí viene el nombre de varilargueros que se dió á los picadores en el pasado siglo.

Varea, Martín.—Hace más de treinta años que era este mozo banderillero, y en tanto tiempo no ha conseguido que su nombre suene. Esto da idea de su mérito. Hay quien asegura que se cortó la coleta hace años, y si es verdad, hizo bien.

Varela y Ulloa, D. Federico.—Caballero en plaza que rejoneó toros en las funciones reales celebradas en Madrid en 1846, cuando las bodas de Doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda. Fué apadrinado por la grandeza en 16 de Octubre, ó sea en la función de corte.

Varefazo.—La contusión ó golpe, no herida, que causa el toro con la pala, ó sea el grueso del asta, en el cuerpo del diestro.

Vargas, Felipe.—Banderillero en la cuadrilla de *Pepe Illo* á fines del pasado siglo. No ha llegado á nosotros noticia alguna acerca de su mérito, y suponemos sea el mismo que otros llaman Fernando Vargas.

Vargas, Sebastián de.—Este banderillero, de la cuadrilla de *Pepe Illo* á fines del siglo anterior, conocido con el sobrenombre de *el Flamenco*, creemos fué hermano de Felipe. Parecía diestramente de ambos lados, lo cual no era entonces muy

común, y aun ahora son pocos los que lo hacen bien.

Vargas, Juan Antonio.—Picador de poco nombre y cuyas campañas las hizo casi siempre en Andalucía. Falleció en Sevilla en fines de Septiembre de 1891. No hemos podido comprobar si fué este el Juan Vargas, que picó en Sevilla por primera vez el 25 de Julio de 1837, ó si es Juan María Vargas (*Melaja*) que se estrenó en 15 de Julio de 1877.

Vargas, Francisco.—Natural de Alcalá de Guadaira; aunque no mucho, ha trabajado en tanda en algunas capitales de Andalucía. Nosotros no le hemos visto picar, ni oído hablar de él hace más de veinte años.

Vargas, Manuel.—Mejor torero que banderillero, falleció en su país (Portugal) en 1858. Había dado los primeros pasos en el arte en 1837.

Vargas, Pedro de.—A principios de este siglo y antes del año de 1820 trabajaba este picador con regular aceptación. Fué natural de Jerez de la Frontera.

Vargas, D. Andrés.—Natural de Madrid. Es un aficionado de los más populares que hay en la corte, y conocido en toda España como inteligente. Es aquí lo que el Sr. Lecompte fué en Sevilla, apoderado de varios matadores; sus consejos han sido y son muy escuchados y atendidos por diestros y aficionados, á quienes ha educado en sus consejos, serias consideraciones y juicios severos: quizá en esto se parezca mucho al Sr. Latorre, apoderado de Montes, hombre de clara inteligencia y aficionado de tal naturaleza, que casi fué exclusivamente dedicado al arte. En Andalucía y fuera de Madrid no hay un torero que al venir á trabajar por primera vez no traiga una recomendación para él; hace muchos años está empleado en el negociado de Contabilidad del Ayuntamiento de Madrid, y en sus costumbres es un madrileño puro. Pocos han propagado tanto como él las corridas de toros, predicando en todas partes en su favor, organizando bocerradas, facilitando datos y contribuyendo personalmente al ensalzamiento del arte.

Vargas, José (Corifi).—Más de treinta años de práctica constante hicieron de este torero portugués un banderillero muy aceptable. Murió en el año 1872.

Vargas, Enrique (Minuto).—Matador de toros atrevidillo y no falto de arte, que empezó a funcionar desde pequeño en esas cuadrillas de niños toreros, donde hacen muchos su aprendizaje. El chico llegó a ser hombre y quiso ser matador de toros, y lo fué, funcionando como tal en diferentes plazas. En Madrid estuvo anunciado que mataría alternando con Fernando Gómez el 19 de Abril de 1891, pero como eso no llegó a suceder porque Gómez no le cedió los trastos en el primer toro y en el suyo tuvo la desgracia de herirse con el estoque antes de presentarse ante el toro, se quedó sin alternativa en Madrid, dando esto ocasión a la duda de algunos acerca de si tienen derecho a mayor antigüedad Bonarillo, Pepete y Reverte, que alternaron en Madrid real y efectivamente el mismo año 1891. Para nosotros está fuera de toda duda. El que no ha dado siquiera un pase ejerciendo funciones de matador con estoque en mano, ¿cómo puede sostener que ha alternado? Si un cartel bastase, ¡cuántos se harían anunciar! El hecho es el que da el derecho; así es que le consideramos matador de alternativa desde 17 de Mayo de 1892 en que la tomó de *Lagartijo* en la plaza de Madrid. Nació en Sevilla el 21 de Diciembre de



1870, y es lástima que su corta estatura le impida ejecutar algunas suertes que, siendo más alto, practicaría sin buscar ventajas. A ellas tiene que apelar y al sistema de brincos y saltos, recortes y desplantes, que están desnaturalizando el toreo; pero no es suya la culpa, que la estatura no se compra, y ya que el hombre no puede brillar de otro modo, agárrese a ese estilo que se adquiere en las cuadrillas infantiles y que una vez aprendido no se olvida.

Vargas, José (Noterocas).—¿Tiene algo que ver este mozo con la familia de los *Noterocas*? No lo sabemos. Es un banderillero de po nombre hasta



ahora, que no ha dado muestras de que llegará a ser una celebridad. ¡Ah! Si Enrique tuviese la estatura de éste, que, sin ser excesiva, es regular, otro gallo le cantara.

Vargas, Manuel (Toruero).—Un picador que en provincias suele trabajar, aunque no con frecuencia. Los que están en su caso tienen que apretar mucho si quieren darse a conocer, si no, todo se le volverá dar vueltas al torno.

Vargas Machuca, D. Bernardo.—Natural de Simancas, en Castilla la Vieja, dedicó en el año 1690, al conde Alberto Fúcar, un libro de ejercicios de la jineta, dividido en cinco partes, con preceptos, en ellas, para torear a caballo. Fué militar que permaneció en América bastante tiempo, particularmente en Nueva Granada, y escribió además alguna otra obra sobre la descripción de la India.

Vargas Machuca, D. José.—Impreso en Córdoba en 1731, dedicó a S. A. (no dice cuál) un *Memorial que dan los caballos a la inteligencia del hom-*

bre, y que no es otra cosa de la primera á la última página que un tratado completo de torero.

Vargas Zabaleta de Oliveira, doña Matilde.

Joven de buena estatura y ánimo varonil, que montada á horcajadas y vistiendo calzón y casaca á la Federica, rejoneó, mejor dicho, clavó farpas á un toro de puntas, en Madrid el 14 de Febrero de 1892. Maneja el caballo con destreza y es serena en el peligro. Trabaja con general aceptación en toda España y en el extranjero.

Vargas, Manuel (*Perdigón*).—Conocido banderillero de segundo orden en la república mexicana.

Varilargueros.—Así se empezó á llamar en el siglo anterior á los picadores de vara larga ó garrocha de detener que se usa por los de á caballo en todas las plazas. Todavía se conserva ese nombre, aunque no tanto como antes.

Varnés, José (*Josello*).—Pero hombre ¿á que ponerse motes del oficio antes de entrar en él? Se hizo anunciar como banderillero en una novillada de Madrid del año 1892.

Varo, Sebastián.—Hasta nuestros días ha llegado la fama del gran picador de toros, perteneciente á la notable cuadrilla de *Costillares*, que era la admiración del público en el último tercio del siglo anterior. Ejecutaba con sin igual acierto la suerte de derribar los toros desde el caballo en su más rápida carrera: reformó el traje que usaban en aquel tiempo, y que consistía en casaquillas ó capotillos de mangas perdidas ó sueltas, mal cortadas y peor guarnecidas é introdujo el uso de la redcecilla para sugetar el cabello.

Varzea, Vizconde de.—Es señor y poseedor de las más nobles y opulentas casas del norte de Portugal, donde desde hace siglos el nombre de los valientes Silveiras fué y es tan justamente respetado, y de quien la historia contemporánea de aquél país se ocupa largamente al referir los hechos de la guerra civil con el rey D. Miguel y del reinado de don Juan VI. Entre sus ascendientes cuenta á los ilustres marqueses de Chaves y condes de Amarante, y por su casamiento con la heredera de la casa Castello Melhor, posee las magníficas fincas de Riva Tejo, en la Extremadura; y allí, entusiasmado con la vida que hacen generalmente los hidalgos, acosando reses, *pegándolas*, etc.; aficionose á ella,

mejoró su ganadería apurándola y afinándola con gran esmero, y en Junio de 1889 toreó á caballo con gran valor en una corrida benéfica dispuesta por el conocido ganadero Palha Blanco. Desde entonces



ha toreando muchas veces con aplauso, viéndosele adelantar de día en día, y estimándosele ya, como uno de los mejores caballeros rejoneadores. Con los restos de la plaza del Campo de Santa Ana de Lisboa, que compró en subasta, ha construido en su quinta de Carregado otra bonita plaza donde frecuentemente ejerce sus aficiones taurómacas. Es en la actualidad dueño de la ganadería que ha comprado á D. Angel González Naudín, de Sevilla, cuya procedencia va explicada en el lugar correspondiente, la cual cuida con gran esmero y diligencia.

Vasallo, José.—Empezó como caballero rejoneador en su país (Portugal) en el año de 1852 demostrando valentía, pero sin marcar actos por los cuales pudiera considerársele sobresaliente. Es en la actualidad uno de los dueños de la plaza de toros de la ciudad de Evora.

Vasconcellos é Souza, D. José.—Valiente mozo de forcado portugués que hace tiempo no trabaja.—Se recuerda con admiración á tan distinguido amador.

Vasconcellos, Mariano d'.—Mejor podría ser de lo que es como mozo de forcado, según afirman sus paisanos los portugueses. Facultades tiene para ello.

Vasconcellos, Vasco d'.—Trabaja regularmente de mozo de forcado en varias plazas de Portugal, sin distinguirse por bueno ni por malo. Cumple como buen aficionado.

Vaz, Francisco (*Forte ó Caixinhas*).—Torero portugués de algún renombre en su país. Ha tomado parte en la lidia, acompañando casi siempre á las mejores celebridades, y esto nos hace creer que tiene indisputable mérito. Era notable en los quiebros que, más de una vez, le aplaudió el maestro sevillano Antonio Carmona (*El Gordito*). Saltaba perfectamente con la garrocha y al trascuerno.

Nació en 19 de Agosto de 1837 y murió pobre en Lisboa hace ya muchos años.

Vaz de Carvalho, D. José.—Fué un gran mozo de forcado y banderillero de afición que empezó en 1850, siempre aplaudido por su inteligencia y valor. Hace muchos años que no frecuenta las plazas y hoy es presidente del hospital de San José de Lisboa.

Vaz Martins da Cruz, Antonio.—¿Qué más puede pedirse á un mozo de forcado que valentía é inteligencia? Esas dos cualidades las posee en alto grado. Es lástima que la extremada obesidad le perjudique para la lidia.

Nació éste distinguido amador en Azeitao (Portugal) el 4 de Enero de 1864 del matrimonio de D. Manuel María de Cruz y Doña María Alfonso Vaz Martins.

Vázquez, Alejandro.—Notable torero á mediados del siglo pasado, que tenía fama de ser uno de los mejores banderilleros de su época. Casi siempre trabajaba con los Palomos.

Vázquez, Felipe.—Novillero en el último tercio del pasado siglo que en las mojigangas mataba toros algunas veces.

Vázquez y González, José (*Muselina*).—Banderillero que no se distinguía mucho por su inteligencia. Se cuenta de él que, habiendo tenido que emigrar á Inglaterra en 1823 porque en 1820 se puso al frente de la gente del barrio del Perchel, secundando el grito que dió Riego en Cabezas de San Juan, acudió á inscribirse en las listas de expatriados á quienes el gobierno inglés socorría, según sus clases y categorías; y preguntándole en que sección se le incluía, contestó sin titubear:

«Pues como literato». «Bien,—le dijeron,—firme usted aquí»; y replicó, mirando á todos: «¿Es preciso saber escribir para ser literato?»

La vida torera de este hombre está muy enlazada con la del célebre *Curro Guillén* que le protegió hasta su fallecimiento.

Vázquez, José (*Parreta*).—Fué un matador á quien querían mucho en su pueblo natal (Valencia), en cuya plaza sufrió antes de 1847 algunas cogidas. Era bravo y ligero, supliendo en parte con estas cualidades su falta de conocimientos en el arte. No llegó á tomar alternativa.

Vázquez, Domingo.—Veterano banderillero en la cuadrilla de Cayetano Sanz, á quien ha guardado siempre una cariñosa consecuencia. Sin monadas ni pantomimas ha colocado bien sus pares y ha sido oportuno con la capa; pero sabe más de lo que ha hecho. Hoy está retirado y dedicado á la industria comercial.

Vázquez, D. Leopoldo.—Uno de los escritores taurinos de mayor asiduidad que hemos conocido. Ha sido director-fundador de diferentes publicaciones, ha colaborado en muchos periódicos y ha escrito varias obras dramáticas. Es realmente un buen aficionado, que sabe lo que escribe y entiende de funciones de toros mucho más que otros que



pasan por inteligentes. Es natural de la Puebla de Sanabria (Zamora) donde nació el 17 de Agosto de 1844.

Ha sido tal la afición de este hombre al trabajo

de bufete que se relaciona con el torero, que ha coleccionado y posee un sinnúmero de apuntes, noticias, documentos, libros y folletos, que sería difícil relatar, si no fuese por el esmero con que los tiene coleccionados: tiene una memoria privilegiada, es buen amigo y trabajador como el que más y sus escritos se distinguen por la clara manifestación de su inteligencia en asuntos taurómicos.

No sabemos si es ciego partidario de algún diestro; parecemos que no.

Vázquez, Enrique (*Montelirio*).—Banderillero ~~americano~~ que trabaja frecuentemente en las plazas de México, con bastante aceptación. Ha figurado no solo en cuadrillas de gente del país, sino también en las de toreros españoles que allí han actuado. Su última corrida en Lima fue el 15 de Febrero de 1914, en que resultó cogido y herido.

Vázquez, Andrés (*Lagarto*).—Matador de toros en novilladas, gaditano, y de buenas condiciones, según dicen los que le vieron torear hace seis años. Después se ha hablado de él tan poco, que de seguir así, antes de mucho, su nombre estará olvidado.

Vechi, Lucio de.—Recuérdase en Portugal, como bueno, á este valiente mozo de forcado, que ya no trabaja.

Vega, Manuel de la.—Peón banderillero de la cuadrilla de *Costillares* á fines del último siglo. Sonaba mucho su nombre como entendido, aunque la circunstancia de figurar luego en la cuadrilla de Francisco García (*Perucho*) y en último lugar, atenúa en algún tanto su mérito.

Vega, Joaquín (*El Chato*).—Dicen los que le vieron hace años, que tenía buena facha, y que el espada *Cúchares* le llevó consigo alguna vez á torear como banderillero. A nosotros no nos ha parecido nunca tan bien puesto; aunque le conocimos parcar regularmente y nada más. Falleció en el hospital clínico de San Carlos de Madrid, el 18 de Abril de 1881.

Vega, D. José.—Era uno de los escritores de toros más concienzudos é imparciales. Fijábase en los hechos y no en las personas, lo cual, por desgracia, no es muy común. Observador con excelente criterio, llegó á ser uno de los más entendidos aficionados sevillanos, y desde hace algunos años venía publicando artículos y revistas de toros, en periódicos andaluces y madrileños, con los pseudóni-

mos *P. Pito*, *Claridades*, *Equis* y *Giraldillo*, que es el que adoptó últimamente. Harto modesto, prefirió siempre á dar su nombre, ocultarle en sus publicaciones, leídas con placer por los inteligentes, que desde luego descubrían en los primeros renglones la docta pluma que los señalaba. *La Muleta*, periódico taurino sevillano que dirigió con singular acierto, fué el último en que dió muestras de su inteligencia. ¡Pobre Vega! Murió joven en Sevilla en Febrero de 1894.

Vega, Fernando de la (*El Castaño*).—Picador moderno, voluntario y de no escaso poder. Hay que hacer más para lograr un buen puesto, que los años no pasan en balde y para hacerse notar han transcurrido más de media docena. Allá en México le han recibido bien y sido aplaudido su trabajo.

Vega, Vicente.—Cuando haya pasado algún tiempo, podrá decirse si este novel banderillero, sirve ó no para el arte á que se ha dedicado.

Velada.—No sabemos el nombre de este caballero español, que, según refieren varios autores, era muy diestro en rejonear y alancear toros. Tampoco nos consta con exactitud la fecha en que lo hiciera; pero nos inclinamos á creer lo fué durante el reinado de Felipe IV.

Velas.—Dícese veleta al toro alto de cuerna, como describimos ó hemos explicado en el lugar correspondiente; y por lo mismo llámase sin duda *velas* á las astas, por los revisteros y gente del arte, cuando son demasiado largas y altas. No estará bien aplicada la voz si el toro es gacho ó cornivuelto, porque el nombre es para las más rectas y enderezadas.

Velarde, D. José.—Excelente poeta, de imaginación viva y ardiente y notable imitador del gran Zorrilla. Con suma gracia, con indisputable talento y con una sátira abrumadora, publicó en 1886 unas cartas tituladas *Toros y chimborazos* contestando al folleto impugnando las corridas de toros de D. José Navarrete, en las cuales confundió á este de tal modo que no ha vuelto á levantar cabeza, ni á decir esta boca es mía, hasta que á los diez años de aquella lucubración, quiso volver á las andadas y ya ni Velarde ni nadie le han hecho caso, contentándose alguno con dirigirle cuatro chirigotas despreciativas. Velarde tiene gran reputación entre los hombres de letras.

Velasco, D. Juan.—El 6 de Noviembre de 1697 hubo en el Retiro de Madrid una gran fiesta de toros para solemnizar los cumpleaños del rey Don Carlos II. Perecieron en ella cinco personas entre ellas el caballero rejoneador Velasco, que estaba nombrado gobernador de Buenos Aires. A su hijo se le dió un título de Castilla y á su hija se la nombró dama de la reina.

Velasco Izquierdo, D. José.—En 1803, cuando los desposorios del príncipe de Asturias D. Fernando, se celebró en Madrid una función real de toros y en ella rejoneó con bastante acierto este caballero en plaza.

Velasco, Félix.—Nuevo matador de novillos, tan nuevo que muchos ignoran su existencia. Se ha dado á conocer únicamente en Andalucía.

Velasco, D. Regino.—No hay nada que enaltezca más al hombre que el trabajo, dijo no se qué sabio publicista, y aunque no lo hubiese dicho, esa verdad está en la conciencia de todo el mundo. Regino Velasco, impelido por una fuerza ingénita, que constituyó una parte muy esencial de su modo de ser, ha acudido siempre con fe, siempre con indomable voluntad, á esa fuente inagotable que proporciona el mayor goce de la vida, el bienestar de la familia.

Por ella ha trabajado con ahínco desde la clase de aprendiz y dependiente en buenos establecimientos de la corte, sufriendo los tratamientos que en el principio de toda profesión se experimentan; por ella ha sacrificado su reposo, atreviéndose, con ciega confianza, á fundar un establecimiento de primer orden en el que, no siempre fueron satisfacciones las que logró, pero donde las venció con decidida constancia ó inteligencia; y gracias á estas envidiables dotes, se ha conquistado una posición desahogada y lo que es mejor, la consideración y aprecio de sus conciudadanos.

¿Hay en Madrid alguien que pregunte quién es Regino Velasco? ¿Sí? Pues no será ni aficionado á las corridas de toros, ni frecuentará los teatros, ni sabrá cual es el movimiento progresivo del arte tipográfico, ni vivirá en el centro de España, ni se asomará siquiera á las puertas de los cafés ó sitios de mediana concurrencia.

El está en todas partes, á todas horas, siempre cortés, siempre alegre, siempre servicial; cuenta por miles los amigos, y no habrá seguramente nadie que le haya saludado una vez siquiera, que no se sienta inclinado á reincidir: y no es que por buen mozo, ni elegante, se lleve tras sí las gentes

sino porque... *tiene ángeles*. Trátanle familiarmente cuantos le conocen, y con igual sencillez sostiene sus diálogos con toda clase de personas; vive de su trabajo con holgura y no conoce la envidia, ni gasta el tiempo abasteciéndose con la maledicencia el alimento de los desocupados.

Quien le ve á las siete de la mañana al frente de los talleres de su gran establecimiento tipográfico, dando órdenes para organizar los trabajos, examinando las máquinas, reconociendo las cajas y todas las dependencias, y al mismo tiempo, atendiendo encargos, satisfaciéndolos y haciendo observaciones que siempre redundan en pro del buen gusto y de la elegancia y perfección de las labores; quién observe que antes de mediar la tarde, se halla lejos de su casa, ajustando la confección de carteles, billetes y programas para corridas de toros, novillos y teatros, luchando con empresarios, arreglando diferencias y enterándoles de ciertos detalles que la mayor parte ignoran, y los que advierten su presencia en los cafés principales, y casi al mismo tiempo, á última hora, en los teatros, se preguntan todos admirados, pero ¿á qué hora come Regino? ¿á qué hora duerme? Y no dicen, ¿cuándo trabaja? porque harto saben la puntualidad y exactitud con que cumple sus compromisos. ¿Descansará los Domingos y días de fiesta como todos los industriales? Mucho menos que en los demás días. En su casa hay labor hasta las doce; antes de esa hora ha pagado por sí mismo á todos los dependientes que en ella ocupa y que no son pocos; de allí va á la plaza de toros, asiste al apartado con el entusiasmo de un buen aficionado á nuestra gratísima fiesta, revista cerca de doscientos hombres que componen la servidumbre de la plaza, los distribuye proporcionalmente en todas las localidades, porque es su Jefe hace muchos años, como si fueran para él pocas sus ocupaciones habituales, y los vigila y á todo está atento sin descansar un instante, volviendo á hacer de noche, la misma vida antes mencionada.

Como su crédito es tan grande en cuanto al arte taurino se refiere, tiene el monopolio, si así puede llamarse, de la confección y numeración de los carteles y billetes necesarios para las funciones de Madrid y de la mayor parte de las plazas de toros, sin que nunca se haya advertido duplicidades ni deficiencias.

A pesar de todo, dirá alguno de esos que siempre tienen el gesto avinagrado:—Ese hombre que con tanta clase de personas trata, que tiene á sus órdenes tan gran número de operarios y dependientes, ¿no se incomoda nunca? ¿no muestra alguna vez su mal humor?

¡Vaya si le manifiesta! y en términos enérgicos: granizada de improperios y voces descompuestas, como las que salen de su boca, en ocasiones de-

terminadas, no se oyen más que en los *Clubs* donde se trata de cuestiones trascendentales para el estómago. ¡Vaya! y pasa tiempo y la cólera no se aplaca lo menos, lo menos hasta que transcurran... cinco minutos, intervalo suficiente para volver á su estado de tranquilidad y cara placentera; que su memoria, en ese caso, es tan débil que olvida por completo la falta ajena y si la recuerda la perdona. Tiene *un pronto*, y nada más, pero que no sea en cuestión que afecte á su reputación particular ni artística, que entonces se muestra intolerante.

Es, pues, Regino, que así le llaman con cariñosa franqueza sus amigos, un digno ciudadano, un excelente padre de familia y un celosísimo industrial entregado en cuerpo y alma á la tauromaquia y á cuanto de ella se deriva. ¿No son estos suficientes títulos para figurar en nuestro *Diccionario*, en cuya edición tanto esmero ha puesto y tan exquisito gusto ha demostrado? Pues aun hay que hacer mención de otra especialísima circunstancia. Sobre las indicadas, tiene Regino una cualidad inapreciable: no puede oír la relación de una lástima. En cuanto llega á su conocimiento cualquier desgracia, allí está él á remediarla hasta donde sus fuerzas alcancen: ¿se trata de una función de toros, ó de otra clase, á favor de un pueblo desgraciado, de las víctimas de una catástrofe, del socorro á los desvalidos? pues allí va con todos los medios de que puede disponer, y sin precio alguno, pagando de su bolsillo todos los gastos, costea el papel, la impresión, tirada, numeración y distribución de billetes, carteles, programas y demás necesario á la propaganda, contribuye á la obra de caridad, añadiendo de su peculio sumas no despreciables para acrecentar el donativo.

Se inclina al bien porque *le sale de adentro*, pero... no transige con los holgazanes. Que no le pida limosna quien no tenga amor al trabajo si no quiere verle fruncir el ceño y que le vuelva la espalda, ó acaso, acaso le enseñe con malos modos la puerta de salida.

Con tales condiciones no tiene nada de particular que su familia le adore, sus amigos le aprecien en alto grado y los aficionados á toros le consideren como un propagandista de que, hoy por hoy, no puede prescindirse en ciertos casos.

La honradez, el trabajo y la caridad, tienen siempre recompensa.

Velázquez y Sánchez, D. José.—Elegante escritor andaluz que ha publicado últimamente una lujosa edición de su obra *Anales del torero*, impresa en Sevilla por los señores Hijos de Fe, digna de figurar por todos conceptos entre las mejores de su clase.

Velázquez de Molina, Diego.—Este notable picador trabajó por primera vez en Madrid el año de 1787. No sabemos si era hermano ó padre de

Velázquez Molina, Miguel.—Era un picador muy compuesto y con mucho partido en Madrid en la época posterior á la muerte de José Delgado. Trabajó con el espada Agustín Aroca.

Veletó.—Toro de la ganadería de D. Diego Barquero, vecino de Sevilla, divisa blanca y negra, que en 1850 obtuvo en Madrid, dada por un Jurado, la calificación de más sobresaliente entre otros de ganaderías también andaluzas que se lidiaron en competencia.—Llámanse también veletó al toro cuyas astas son prolongadas y altas, como decimos en la palabra CORNIVELETO.

Veletó.—En 3 de Octubre de 1850 y en una corrida extraordinaria verificada en Madrid, mató este toro, de la ganadería de Aleas, Colmenar Viejo, diez caballos, tomando veintiscis puyazos y enviando á la enfermería á los picadores Muñoz y el *Pelón*. Cuando arrastraron las mulas á *Veletó*, recibió el ganadero, que ocupaba un asiento de grada, los plácemes y aplausos de la concurrencia.

Vélez Caldeira, Antonio.—Hemos oído hablar ventajosamente de este torero portugués como gran conocedor de la lidia que conviene á cada una de las reses. Ya no suena su nombre como hace veinte años, que el tiempo todo lo borra, pero no puede olvidarse que, á pesar de no tener por oficio la lidia, fué un mozo de forzado valiente, algunas veces banderillero y también cavalheiro, que solo tomó parte en corridas de beneficencia, ganando en ellas muchos regalos.

Nació en 16 de Septiembre de 1850 y se estrenó en 1870, como *Neto*, en la plaza de Cintra.

Velo, José.—Se presentó como picador en Madrid el año de 1788 alternando con los *Corderos* y *Colchonillo*. Debía valer menos que ellos, porque de estos ha quedado y dura buen recuerdo, y de aquél no.

Velo, José.—Discípulo de la Escuela de tauromaquia de Sevilla, contemporáneo de *Cúchares*, pero que no dió ruido, poco ni mucho, después de cerrada aquella.

Velo, Antonio.—Fué un banderillero regular con muchas facultades, y luego un matador de toros menos que regular. ¡Cuánto ha perjudicado á muchos toreros querer subir antes de tiempo! Trabajó con el célebre *Cícharos* de media espada, y no desdecía notablemente del aventajado *Lillo* y otras celebridades de la época, en la suerte de banderillas. En 16 de Mayo de 1844 trabajó en Sevilla por primera vez como espada, y debió conocer que no le ayudaba el arte porque continuó banderilleando.

Vellido, Ignacio.—Torero americano de poco valor y menos inteligencia, que antes de mediados de siglo, hacía como que torcaba en Montevideo y otras plazas de aquel remoto país.

Velloso da Horta, José C.—Uno de los grandes pegadores portugueses que allí se han conocido, por su valor y su inteligencia en ganado. Fué dueño, en sociedad con el marqués de Bellas, de una buena vacada.

Vencedor.—Toro de la ganadería de Ibarra, cárdeno oscuro, bragao, bien armado y de muchas libras, corrido en quinto lugar en la plaza de Murcia el 8 de Septiembre de 1886. Bravo y de poder, noble y codicioso, tomó diez varas; y más hubiera tomado si hubiese habido picadores, porque envió á la enfermería á dos, de tres que comprendía el cartel, y mató cinco caballos. Le banderilleó *Lagartijo* con un par, un medio y otro entero y le mató el mismo de un golletazo. El ganadero fué aplaudido y vitoreado repetidas veces.

Venegas, Julián (*Berrinches*).—Banderillero aplicado que, sin ser notabilidad, cubre su puesto, sin temores ni sobresaltos. Se acelera al entrar y esas precipitaciones suelen traer malas consecuencias; por eso conviene medir bien los terrenos. Otro tanto le decimos cuando toma el estoque y la muleta para matar reses por los pueblos y capitales donde le llaman, que el chico no desperdicia nada y cree servir para todo. Presumir es.

Veneno.—Toro castaño, ojinegro, que luchó hace pocos años en la plaza de la Habana con un elefante, á quien, á pesar de estar destrozado por la potente trompa del paquidermo, arremetió diferentes veces. Murió de resultas de la lucha. Ignoramos la ganadería á que perteneció.

Venezuela, D. Lope.—Hace más de dos siglos que escribió acerca de la lidia de toros á caballo, criticando á los caballeros que no se dedicaban con empeño á estudiar y aprender las reglas de torrear que ya estaban publicadas por entonces, y á los que, sabiéndolas y habiéndolas puesto en práctica, las habían olvidado.

Ventosa, Fernando (*Sigüenza*).—El que por derecho no corre desde un principio, ó estorba con la capa en el redondel, nunca será buen torero. Este que empezó hace unos veinte años á presentarse con cierto desahogo en las plazas, desapareció muy pronto sin dejar huellas de su inteligencia.

Verde, Antonio (*Tato*).—Este matador no tiene del célebre *Tato* más que el nombre y el apodo. Su apellido dice lo que la zorra dijo á las uvas; y aunque es trabajador y procura quedar bien, es seguro que no llegará, ni con mucho, adonde llegó Antonio Sánchez: hasta creamos que ya no ejerce el oficio, al menos en España.

Verde, Luis.—Poco puede decirse de este banderillero que era hermano del anterior. Se *aparraba* bien y demostraba afición, pero debió retirarse del toreo hace lo menos doce años, porque su nombre no se ha oído después en los círculos taurinos.

Verdes, Antonio (*Chilaitas*).—Banderillero de medianas condiciones que en 1857, fué muerto en la plaza de Vitoria por un toro perteneciente á la ganadería de Carriquiri, primero de los que debían ser lidiados. La cogida fué el primer lance de la tarde, puesto que ocurrió en seguida que salió el bicho del toril.

Verdugo ó averdugado.—Se llama al pelo ó pinta del toro que sobre un color dado, como negro, cárdeno ó retinto, tiene líneas coloradas más oscuras, verticales ó transversales. La mayor parte de los toros de esta pinta son de ganaderías portuguesas.

No falta quien diga que debe ser la palabra *Berdugo*, dando para ello razones muy atendibles, pero nosotros seguiremos usando la que es común entre todos los aficionados, y comprenden los Diccionarios españoles.

Verdugillo.—Espada ó estoque más largo que éstos comunmente usados por los matadores de toros. Son de la misma forma, algo más estrechos

de hoja, y de unos ochenta y cinco centímetros de largo, y con ellos pocas veces descabellan las reses, porque así como para las primeras estocadas suelen los matadores usar la espada fuerte y pesada, que es más común, para descabellar usan otra más corta y ancha, sin que esto sea negar que indistintamente aprovechan la que mejor les parece. (Véase Estoque.)

Verga blanca.—Llamose así en lo antiguo, y no por mucho tiempo ni en todas partes, la pinta del toro *meano*. Aquel calificativo le usaron en cartones de 1803.

Vergara, D. Guillermo.—Autor de un folleto sobre tauromaquia, que hizo imprimir en Málaga en 1867, titulándole *Compendio del arte de torear á pie*. Dicen que es una obrita apreciable. No la hemos visto.

Ver Llegar.—Dícese cuando el torero fija su vista en la del toro, observa el momento en que éste arremete y da la cabezada, para librarse de ella oportunamente y ejecutar la suerte en corto y con limpieza. El que no se pare tranquilo y sereno para ver llegar al toro, no puede ser buen torero, por mucha que sea su afición ó inteligencia.

Verónica—Cuando el toro está en suerte, ó lo que es lo mismo, se encuentra paralelo á las tablas y á una distancia de ellas de más de cuatro metros, se dice que están divididos por igual los terrenos. Entonces se coloca también el torero en suerte, es decir, frente al animal, y preparado con el capote, abre éste á poca distancia, tomando sólo alguna más si el toro tiene muchos piés, le llama al extenderle, y si preciso fuere, acercándose más, le deja venir, sin mover los piés. Cuando llega á jurisdicción, carga el torero la suerte, y como inclina ó guía la capa á derecha ó izquierda, sale la res después de dar la cabezada, debiendo quedar derecha al revolverse para repetir la suerte, que, como hemos indicado, se llama *verónica*, ó sea de frente, y el diestro, girando un poco, dando cara á la fiera. A los toros revoltosos debe dárseles salida larga, lo cual se consigue alzando más los brazos; y aunque Montes aconseja que también se den tres ó cuatro pasos de espalda, no los conceptuamos indispensables si el diestro sabe lo que trae entre manos y no se embarulla, porque él mismo, el célebre *Capita* y el más aventajado de los discípulos de éste, Cayetano Sanz, han hecho con la capa, sin moverse, tales prodigios, que lo mismo á los toros revoltosos que á los demás de cualquier condición les han cortado las patas, los han rendi-

do y los han *parado*, que es, en nuestro concepto, el fin principal para que se les capea. A los que se ciñen, á los que ganan terreno, á los bravucos y á los abantos se les capea á la *verónica*, empapándolos mucho en el engaño, y cuidando, lo mismo que con los demás, de no sacarle ni descubrirse hasta que den la cabezada. Si esto es preciso con todos, lo es más con los de sentido, á los que aconsejamos no se capee; y si alguna vez se hace, se prepare bien el diestro á cambiar rápidamente los terrenos en caso de apuro, teniendo á su espalda, á distancia proporcionada, otro torero que pueda acudir en su auxilio. Lo mismo decimos respecto de los burriciegos y tuerlos, que aunque pueden capearse observando las reglas que para pasarlos de muleta hemos dado, deslucen completamente á cualquier torero, y tal vez no se consigue el objeto de *pararlos*, que debe ser el principal del capeo. El torero que vea llegar bien los toros y tenga valor sereno, ó sea sangre fría, tiene mucho adelantado para ser notabilidad en capear, porque parará los piés, y jugará los brazos de manera que al dar la salida á la fiera la recogerá, digámoslo así, con los vuelos de la capa, y la obligará á tomar la suerte cuantas veces quiera, hasta rendirla. Sin saber capear á la *verónica*, que no intente ninguno los demás modos que hay de practicar el capeo, porque es imposible lo hagan ni medianamente; y tengan presente las reglas que para ésta dió *Pepe Illo*: «Situarse en línea recta al toro; proporcionar la más precisa distancia con respecto á la agilidad y entereza que se note en él; no mover el cuerpo ni piés antes del tiempo prevenido; procurar que la res quede de cuadrado en el remate de cada suerte para emprender la siguiente». No debe capearse á los toros faltos de piernas, por la misma razón de que no debe recortárselos, y no hay que confundir la *verónica* con el capeo de costado, pues aunque se parecen, este es de poco mérito, toda vez que el torero no da su frente al toro sino el lado, extendiendo los brazos por delante y por consiguiente separándose al toro con facilidad. El *efecto* es el mismo, pero con la *verónica* se consigue cortar patas á las reses, y con la suerte de costado, no.

Viaje.—Se llama, no precisamente á la carrera que lleven el torero ó el toro en el redondel cuando corren, sino á la ruta ó dirección que desde que arrancan parece van á seguir; y por eso se dice muchas veces «cambio de viaje» cuando no siguen el mismo camino al principio indicado.

Vianna, Jerónimo.—Era bastante regular rejoyneando á caballo, este valiente amador portugués.

Montaba bien, y esta es ya la mitad del camino que recorrió con gloria antes de retirarse de las faenas taurinas.

Vicente, Joaquín (*Galones*).—Un picador de buena voluntad, en novilladas, que aprieta bien, cuando se le da mejor la suerte, pero que no aprieta á tiempo los ijares del caballo, y cae más veces de las que debiera, y pierde más jacos que los que el quisiera. Esto les sucede á muchos de más pretensiones que éste.

Vicente, Raimundo.—Puntillero de poco mérito, que alguna vez se atrevía á poner banderillas. Creemos que el desgraciado *Punteret* le llevó á América, pero desde aquella época no hemos oído hablar de él á nadie.

Vicente, Florencio (*Frasculito*).—En una corrida de becerros celebrada en Vergara el 25 de

desarrolló una peritonitis, de que falleció antes de las veinticuatro horas. Era el toro procedente de la disuelta ganadería de D. Pedro Galo Elorz, de Tudela, llamábase *Perdigón* (como el que mató al *Espartero*), colorado, flaco y bien armado: quiso el chico pararle con algunos lances de capa, resbaló, cayó al suelo, y al levantarse fué enganchado sufriendo la cornada que le ocasionó la muerte. Había nacido en Zaragoza, estudiado las primeras letras en aquellas Escuelas Pías, dedicándose antes de ser torero al oficio de hojalatero que abandonó por aquél, y había contraído matrimonio en el mes de Mayo del mismo año con Doña Mercedes Echegoyen.

Fué tan sentida su muerte en Zaragoza, que lo más importante de la afición taurina hizo celebrar pocos días después del lamentable suceso, en la iglesia de San Pablo, unas solemnes exequias por su eterno descanso.

Vicente, Julio (*Cerrajas*).—Picador moderno en toros de novilladas. Necesita más afición de la que hasta ahora demuestra, más calor, más actividad, más deseos de aplausos.

Victorino, Antonio.—Pegador portugués de gran fuerza y agilidad, que se distinguió muy especialmente en las pegas de frente ó cara. Tuvo su época de gran renombre hace unos quince ó veinte años, y falleció hace más de doce.

Vidal, Antonio (*Vidalito*).—No há mucho se ha presentando á matar toros en novilladas en algunas plazas andaluzas. Dios le dé suerte.

Vidaurre, Javiera.—Otra mujer que formó parte de la cuadrilla de la Martina, y que lo mismo montaba en burros, que picaba en cestos, que hacía otras cosas impropias de personas regulares. Torcó en la última corrida que se celebró en la plaza vieja de Madrid el 16 de Agosto de 1874, figurando que ponía banderillas en silla, quebrando, y siendo quebrada.

Vidigueira, Conde da.—Hijo del magnate portugués Marqués de Niza; bonita figura, cumplido caballero y entusiasta de nuestra fiesta nacional, tomó parte en muchas corridas, tanto á pie como á caballo. Ponía banderillas con destreza, manejaba la muleta con arte y



*Florencio Vicente (as)
Frasculito*

Julio de 1896, tuvo la desgracia este banderillero aragonés de recibir una cornada gravísima que le

desenvoltura, y para rejonear, era ya costumbre en él presentarse vestido de majo andaluz con traje costosísimo, y enjaezado también el caballo á la andaluza. No cosechó más que aplausos y vítores mientras toreó, por su puesto sin retribución alguna.

Vidre, José.—Matador de toros de segundo orden que á mediados del presente siglo trabajaba en provincias con alguna aceptación. No le vimos; y como no nos han dado noticias de su mérito, nos abstenemos de juzgarle.

Vieco, Elías.—Le recordamos confusamente. Era picador en novilladas, y nos parece que también en corridas de toros, aunque fuera como reserva. Era alto, delgado y acompañaba frecuentemente al banderillero Gregorio Jordán, que era gordo en demasía.

Vieira Monteiro, José.—Es un banderillero portugués de lo mejorcito que hay en su país. Por eso allí le estiman ahora tanto y además por su sencillez y modestia.

Vieira, Juan (Brazileiro).—Gran fuerza de piernas, mucha afición, pero poca inteligencia para torear, tiene este banderillero portugués que recorre algunas plazas de su país, después de volver de Río Janeiro, en 1887, á cuyo punto fué con la cuadrilla del conocido Pontes.

Vieyra, Tomás.—Le conocen como buen banderillero en las plazas del interior de la República mexicana.

Vierge, D. Daniel.—Es autor del cuadro titulado «Toros en Salamanca», que representa un bucy enmaromado persiguiendo á una vieja, y varios mozos que se suben á una reja, en calle estrecha de aquella población. Su primer apellido es el de Urrabieta, reside en París, hace muchos años y habiendo sido atacado de parálisis en el brazo derecho, logró á fuerza de constancia seguir trabajando con la izquierda.

Vila, Enrique (Chato de Tarragona).—Era un banderillero de medianas condiciones, que falleció repentinamente en Barcelona, en Febrero de 1896. Nada perdió el arte con tal desgracia.

Vilches, Francisco (El Lillo).—Matador granadino que en un principio hizo concebir grandes esperanzas á sus paisanos, pero se quedó más atrás de lo que ellos y él mismo quisieran. Es de mediados de este siglo su época, y creemos no llegó á tomar alternativa. *Falleció en Granada el 25 de Julio de 1888, á los 32 años.*

Villas, José.—Banderillero casi ignorado, que marchó con Cúchares á la Habana y allí murió del vómito el 9 de Diciembre 1868.

Hay otro torero de este nombre, del que no hay más noticias que algún cartel reciente.

Villa, Carmelo (Villita chico).—El mal ejemplo cunde. Quiere ser banderillero y quién sabe si algo más. Es hermano menor de

Villa, Nicanor (Villita).—No es de los que menos nombre tienen adquirido como matador de toros en novilladas. Por de pronto hay que concederle valor y alguna maña: toreó bastante bien y no sueñan sus cogidas. Mientras no le veamos pararse no le juzgamos, por más que nos han hecho, respecto de su aptitud, buenas referencias, por su puesto dentro de su categoría. Le encontramos



basto en su trabajo, muy valiente, capaz de imitar lo que otro haga, y deseoso de palmas sin de-

tenerse á ver cómo se adquieren con verdad. Nació en Zaragoza el 10 de Enero de 1869 y sus padres, Hermenegildo y Teodora Arilla, le dedicaron al oficio de molendero de chocolate, que abandonó sin hacer en él progresos. Como éstos fueron rápidos en el toreo, tomó en Madrid la alternativa el 29 de Septiembre de 1895, y justo es confesar que harán pocos lo que él ha hecho en tan poco tiempo.

Villafranca, Marqués de.—El que poseía este título á mediados del siglo XV tenía fama de gran lidiador de toros, y rejoneó muchas veces en la Plaza Mayor de Madrid y en otras.

Villalba, Conde de.—Refiere la historia que don Bernardino de Ayala, noble de los primeros, que llevaba ese título con gran dignidad, era en su tiempo uno de los más distinguidos caballeros en torneos, cañas y lidias de toros. Como oficial de las tropas españolas, hizo prodigios de valor en la célebre batalla de Rocroy, donde fué mortalmente herido.

Villalvilla, N.—Fué un mata-toros que estaba encargado de despachar los que luchaban con los pegadores portugueses en 1853, cuando éstos se presentaron en la plaza de Madrid. Como banderillero, cubría bien su puesto. No recordamos su nombre.

Villamediana, Conde de.—El gran caballero de la corte de Felipe IV, D. Juan de Tarsis, puso rejoneillos á caballo en la Plaza Mayor de Madrid una vez en que se festejaban los días de aquel rey con una gran corrida de toros. Así lo dice el señor duque de Rivas en uno de sus mejores romances. Murió asesinado, como todos saben, muy cerca de las gradas del convento de San Felipe el Real. El pintor Castellanos representó admirablemente esa escena en su magnífico cuadro que adquirió el Estado y existe en los salones del Real Museo de Madrid.

Villamor.—Sentimos ignorar el nombre de este caballero y época en que se distinguió rejoneando toros, aunque, según el escritor Sicilia, debió ser durante el primer tercio del siglo XVIII.

Villaplana, José.—Novillero murciano, de poco nombre, sin duda por ser moderno. Hay quien le llama inteligente y bravo: esto último podrá ser, pero aquello... falta verlo, que no se aprende el arte tan deprisa, ni es tan fácil.

Villar, Angel (Villarillo).—Audaz y valiente hasta la temeridad se dedicó á matar toros en novilladas, sin los conocimientos precisos y con menos estatura de la necesaria para dominar las reses. Falleció en Jovellanos, pueblo de la provincia de Matanzas (Isla de Cuba), en 4 de Septiembre de 1894.

Villarreal, Manuel (Nuevo Bebe).—Banderillero malagueño que empieza con bríos y tiene facultades. No es para formar de él exacto juicio, haberle visto una vez, pero nos gustó su decisión y arrojo.

Villarreal, Fernando (Villita).—Picador que hace pocos años ha ido á México á probar fortuna. Más le conocen allí que en España.

Villasante y Laso de la Vega, D. Jerónimo.—Caballero del hábito de Santiago que escribió en 1659 é hizo imprimir en Valladolid unas advertencias para torear con el rejón, que dedicó á D. Rodrigo de Silva, Conde de Salinas y de Rivadeo, Duque de Híjar, etc.

Villaseca, Marqués de.—A principios de la segunda mitad del presente siglo era en Madrid proverbial la afición de este caballero á la lidia de toros, y organizó una cuadrilla de amigos de la nobleza que en la plaza de Aranjuez dió una corrida en honor de la reina Doña Isabel II, á que asistió lo mejor de la corte, y que dejó gratísimos recuerdos entre los aficionados. No le era desconocido el manejo de la muleta ni del estoque.

Villegas y Cordero, D. José.—El eminente pintor de este nombre, gloria del arte y honra de Sevilla, que le vió nacer en 1844, hizo sus primeros estudios con D. Eduardo Cano y D. José Romero, fué luego discípulo del célebre Rosales, y reside ordinariamente en Roma.

Reconocido universalmente como una celebridad, ¿á qué hemos de detenernos en señalar detalles de asuntos á que con su pincel ha dado vida? Sin embargo, para justificar su merecida inclusión en este libro, citaremos entre sus cuadros de otro carácter: «El descanso de la cuadrilla,» «Un picador,» que expuso en Madrid en 1877, «Fiesta de toreros,» que en 1879 presentó en Lisboa, y, «Últimos momentos de un torero,» que vendió en alto precio. Otro cuadro que representaba «La capilla de los toreros,» unos sentados y otros de rodillas en la capilla de la antigua Plaza de Madrid momentos antes de la corrida, obtuvo éxito com-

pleto en París y en Roma, y le adquirió el rico americano Sr. Stuard, pagando por él muy buen precio.

Villegas, Sebastián.—Banderillero andaluz que trabajaba ordinariamente en su tierra, según hemos oído, con bastante aceptación. No se ha difundido su fama por parte alguna, y eso que estuvo al lado del matador *Chicorro* bastante tiempo, formando parte de su cuadrilla. Es padre de

Villegas, Juan (El Loco).—Matador de toros allá en las plazas de América, adonde fué hace unos cuantos años en busca de mejora de clase desde Andalucía, en que adquirió el mote por su atolondramiento. A juzgar por los periódicos de aquellos remotos países, sigue con el mismo defecto, pero no puede negársele la cualidad de valiente. Creemos que es hermano de

Villegas, José (Potoco).—En novilladas mata toros, y en funciones formales de toros pone banderillas, según se le proporciona. Le hemos visto trabajar poco, tiene afición, valentía y buenas



condiciones para matador, aunque algo desgarbado. Nació en Cádiz en 1869; es hijo de Inés Perea y de Sebastián Villegas (*El Chano*). Por su modes-

tia en el ruedo se hace simpático y digno de que las empresas le contraten más frecuentemente.

Villegas, Francisco.—Joven picador que empezó en el año 1892, y desde entonces ha trabajado en el Puerto, Jerez, Cádiz, San Fernando y otras plazas con aceptación notoria: tiene pujanza y muchos deseos de agradar; aunque no se tenía bien á caballo ha ido mejorando poco á poco; castiga al ganado, pero sufre muchas más caídas que debiera, efecto de no hacer uso de la mano izquierda á su debido tiempo.

Villero de Amorín, Antonio Máximo.—En 1856, ó sea á los veinticuatro años de haber empezado á torear, murió en Portugal este valiente y aplaudido caballero farpeador natural de aquel país.

Vimioso, Conde de.—Célebre maestro de taumaquia portugués antes de 1850, que con sus lecciones formó distinguidos toreros en su país, donde por los aficionados se pronuncia su nombre siempre con respeto y admiración. Este distinguido hidalgo enseñó á torear á pie y á caballo, é inventó la suerte de rejonear *cara á cara*. Se llamó don Francisco de Paula Portugal y Castro, y era 13.º Conde de Vimioso; había nacido en 28 de Julio de 1817, y falleció en 9 de Julio de 1865.

Así como en España, hablando del toreo, se dice el arte de Montes, *Pepe Illo*, etc., en Portugal suele decirse el arte de Vimioso, porque dicho Conde fué quizás el más notable rejoneador de sus tiempos.

Vinatero.—Toro de la famosa ganadería de don Antonio Hernández, vecino de Madrid, lidiado en Valencia el 23 de Julio de 1876. Fué conducido encajonado por el ferrocarril, y al sacarle del tren rompió el cajón, salió de él, entró en la estación, mató un caballo, estropeó otro, revolcó á varios paisanos, hirió á uno, y no causó más desgracias porque, hallándose cerca el matador de toros Antonio Carmona (*El Gordito*) acudió en seguida, y con el chaquet que llevaba puesto, quitándosele y colocándole en un bastón, le dió algunos pases y recortes, con los que consiguió entretener el tiempo hasta que llegaron los cabestros y vaqueros. Era el animal buen mozo, corniapretado, de libras y muy bravo, y en la lidia tomó catorce varas en regla y mató seis caballos, llevó tres pares de rehiletes, y le mató el *Gordito* de un gran volapié, después de una brillante faena.

Viniegra, D. Salvador.—Pintor contemporáneo. Sus cuadros «La boda del torero,» en que llaman la atención tanto las figuras como las rejas del fondo, de estilo plateresco, y «La muerte del torero» y «El adiós del picador,» son notables y de indisputable mérito. El magnífico lienzo «La bendición de los campos» ha puesto el sello a su reputación de artista de primer orden.

Viño, Manuel (El Inglés).—De todo tiene traza este picador menos de extranjero. Castiga con dureza y no monta mal; pero no es fino en los movimientos que imprime al jaco, sino brusco. Veremos qué da de sí, aunque no esperamos mucho. Tomó la alternativa en Madrid el año de 1891.

Vistoso.—Último toro de los lidiados en Madrid en la tarde del 21 de Agosto de 1848, y que fué ocasión de un gran escándalo. Habíanse corrido tres toros tuertos, uno cojo y dos casi cubetos, de los cuales uno de ellos, que era *Vistoso*, fué retirado al corral, y cuando al final pidió el público otro toro de gracia, concedido que fué, se dió suelta otra vez al animal antes retirado, por no haber otro ó por equivocación. El escándalo se desarrolló entonces en términos alarmantes; el presidente, conde de Vistahermosa, llamó a su palco al empresario, D. Antonio Palacios, y después de breve plática le hizo salir rodeado de guardias por la puerta de alguaciles y cruzar la plaza hasta entrar por la de la enfermería, estando el bicho aun vivo en el redondel. Produjo en el público gran reacción aquel acto arbitrario; Palacios enfermó y murió a

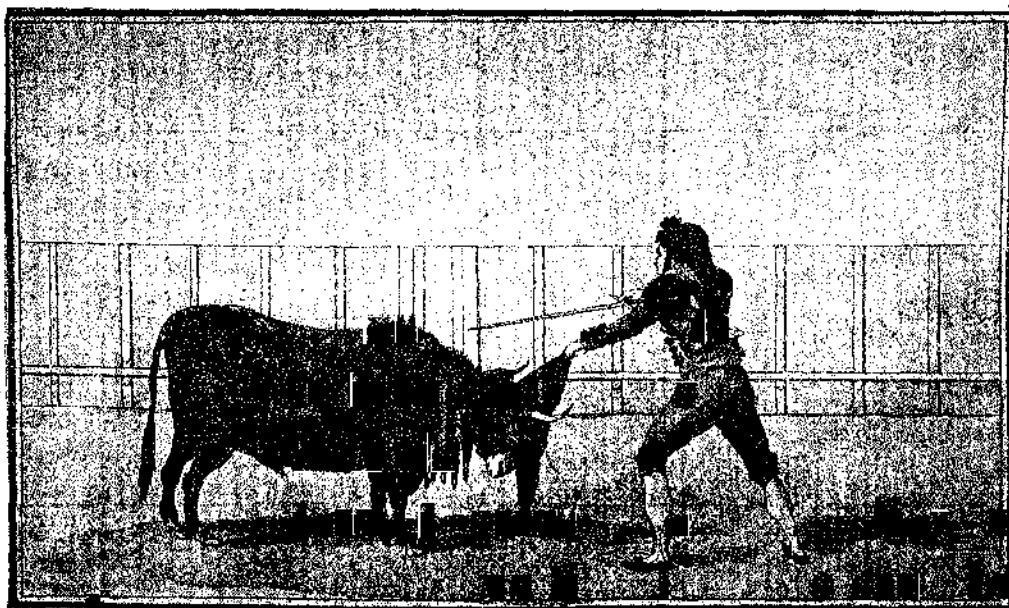
los pocos meses, no sin haber llevado antes a los tribunales al corregidor Vistahermosa, y éste dejó su puesto oficial, sin volver a desempeñar ningún cargo popular.

Viudez, Luis (Vives).—Si *vives* en *viudez* mal andarás. Cástate con los toros ya que el diablo te llama por ese camino, estudia sus condiciones y aprende las reglas del arte, que, si bien las practicas y tienes valor y eres sereno, ya verás cuánto *vives*; si no... vuelve a tu *viudez*.

Vizcaya, Joaquín.—Monta bien, hay voluntad, pero se atraviesa al esperar al toro casi siempre. Por eso pierde tantos caballos y cae tantas veces. Hay que corregir esos defectos para valer y tener contratas. Alternó en Madrid por primera vez el 23 de Septiembre de 1883, es decir, hace trece años ¿Enmendó aquellos vicios? No lo sabemos.

Volantes.—En las plazas de América, y muy especialmente en las de la Habana, llaman así los naturales del país a los mozos encargados de arrear los caballos de los picadores. En Madrid se les llama con menos propiedad «monos sabios,» porque su uniforme raro de blusa encarnada, cuando se estrenó, coincidió con el que ponían a una colección de aquellos animales que exhibieron en el teatro de Cervantes, calle de Alcalá, inmediato al que ahora se titula de Apolo, como ya hemos dicho en otros puntos de esta obra.

Volapié ó vuelapié.—Es una de las mejores suertes de matar toros, indispensable y necesaria cuando las reses, rendidas y sin patas por el mucho castigo que han tenido, se aploman y carecen del poder preciso para embestir. Su autor, el célebre Joaquín Rodríguez (*Cosillares*), la inventó por los años de 1770 a 1780, y de ella se han derivado todas las que hoy conocemos

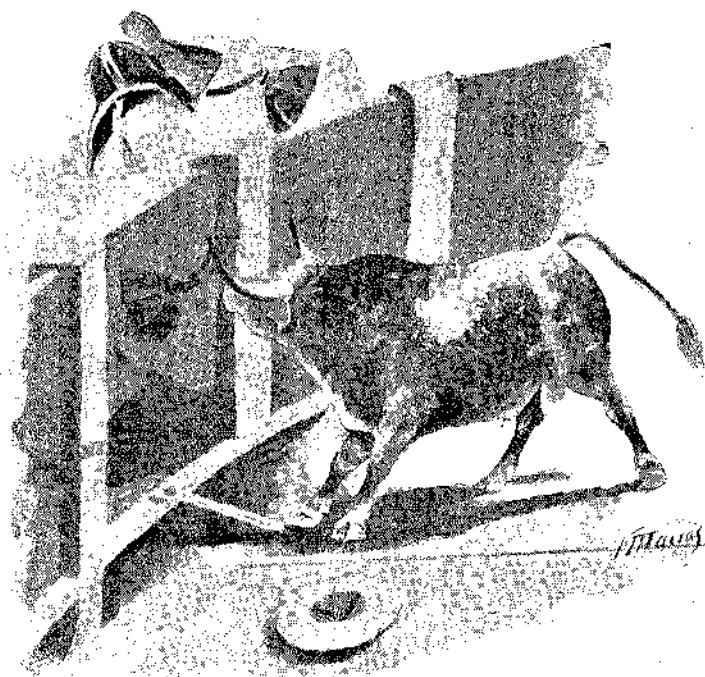


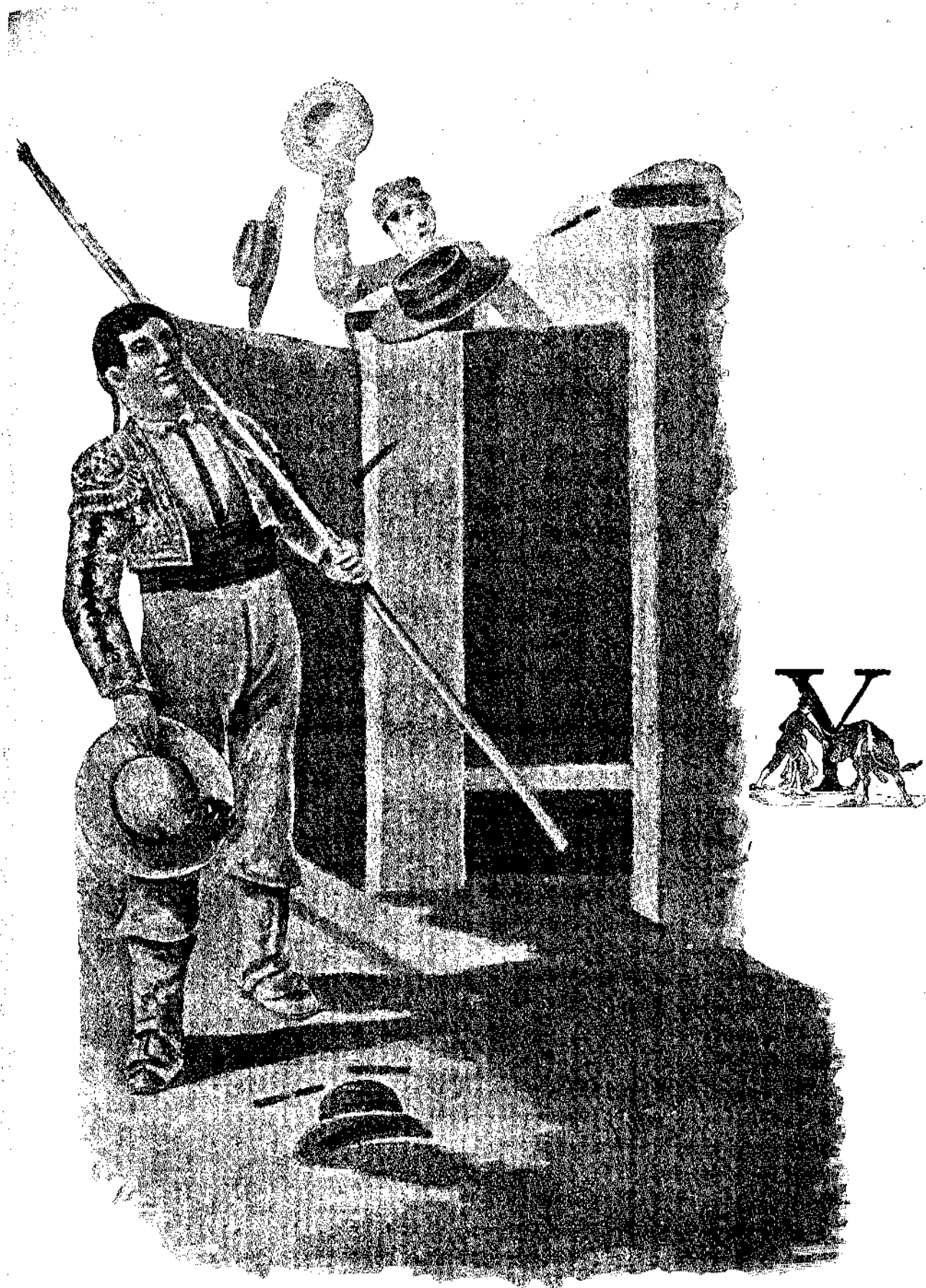
SUERTE DEL VOLAPIÉ.—Tauromaquia de «Pepo Hilo». — 1804

con distintos nombres y que tienen su fundamento en el arranque del torero al toro. Su ejecución en sí es sencilla, pues se reduce á armarse el espada muy en corto, arrancar lo más derecho posible, ó sea cuarteando muy poco, y al llegar á la cabeza, bajar la muleta tocando el hocico del toro con ella; entonces, cuando humilla, se descubre naturalmente y se le mete el estoque, saliendo el matador por piés. Pero hay que tener presentes varias reglas, que son precisas para que la suerte pueda consumarse bien, y á fin de evitar desgracias. Es la primera, que el toro ha de estar completamente aplomado y sin piernas; porque si sale al matador, como éste se arroja ó tira muy en corto y no le queda tiempo ni terreno para cambiarse, la cogida es inminente, á no ser que *viendo llegar*, y por haber arrancado más lejos de lo regular, resulte la estocada á un tiempo, como ahora se dice. Es la se-

gunda, que el animal tenga los cuatro piés iguales, porque si no, indica que no está completamente aplomado, que tiene ya hecho el punto de apoyo para arrancar, y que adelantado ya en un paso, le es fácil á poco esfuerzo partir. Conviene además atender á la vista del animal y estudiar los movimientos y arranques que haya hecho antes al ser pasado de muleta, sin olvidar lo que tenemos dicho respecto de las querencias, y si se tapa al acercársele.

Voluntario— Se llama así al toro que acude á todas las suertes, y especialmente á las de vara, sin necesidad de que se le obligue. Importa poco para que tenga este nombre, que sea más ó menos bravo, codicioso, de poder, etc., porque muy bien puede ser voluntario con ó sin dichas condiciones.





Yagüe, Juan de.—Afirma este escritor de principios del siglo XVIII que en las plazas se mataba á los toros desde los tableros con garrochas ó lanzas cuando no había caballeros que lo verificasen en regla. Siendo esto así, no tiene nada de particular

que al espectáculo se le llamase bárbaro; pero ¿se parece en algo al que hoy tenemos? Conteste por nosotros el más tenaz opositor á nuestras fiestas de toros, y con gusto nos sometemos á su voto sin réplica de ninguna clase.

Yañez, Juan.—Hará unos cincuenta años era conocido en Andalucía este picador de toros, que no extendió su nombre para poderle considerar como notable. No recordamos haberle visto trabajar en Madrid, aunque nos aseguran que se presentó en alguna corrida en 1842, como reserva ó suplente.

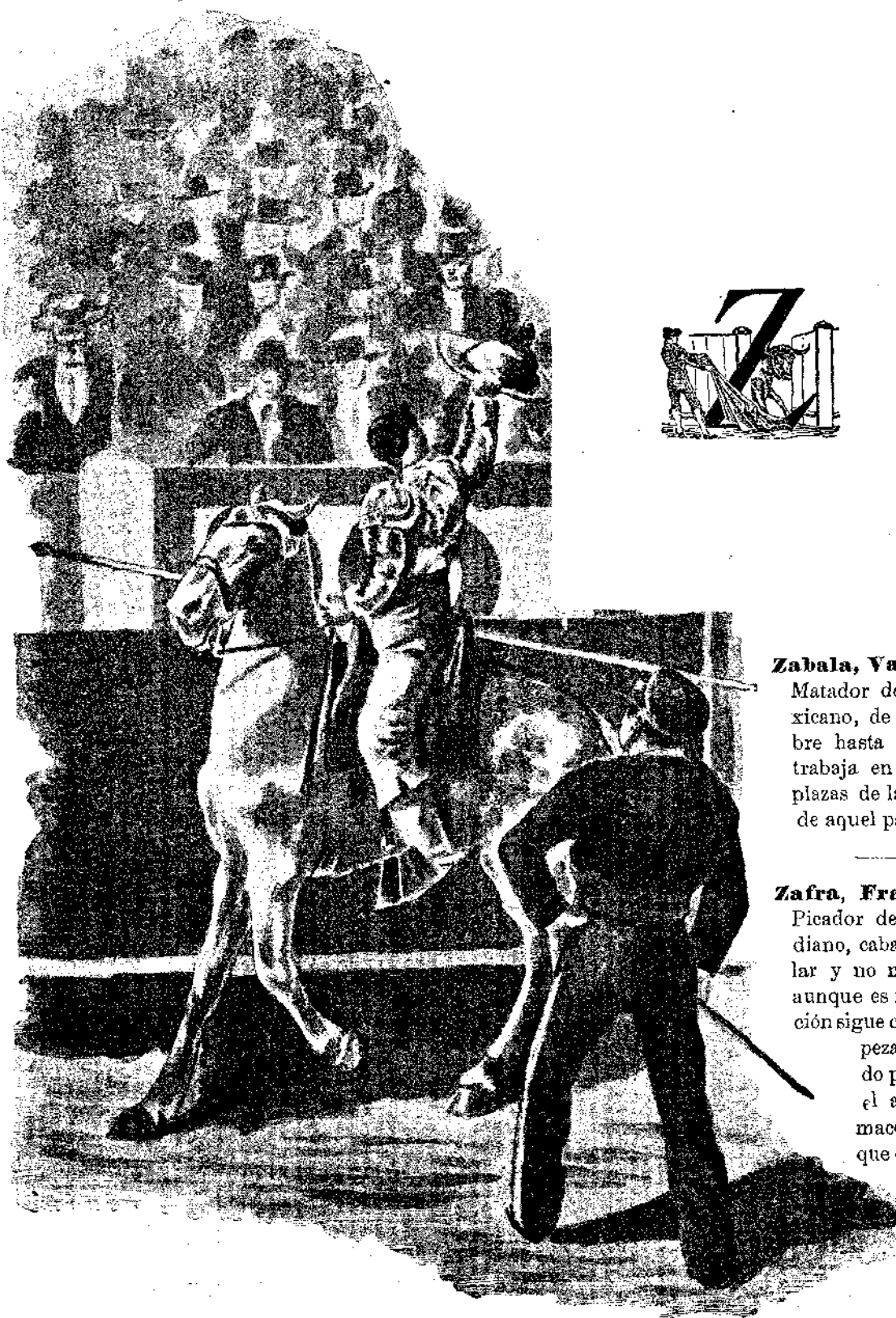
Yedro, Antonio (Ostioncilo).—Empezó toreando en las cuadrillas de niños y en ellas tomó confianza con las reses. Sabe entrar á la suerte de banderillas, saliendo algo precipitado y de no sufrir un percance, adelantará porque es listo y voluntario para el trabajo. Figura ya en cuadrillas formales, brega como pocos, aunque con ese toro moderno, que destronca las reses; rara vez estorba en el ruedo y es un buen auxiliar para cualquier espada. Que se apresure menos y valdrá más.

Yordi, Eustaquio.—Puntillero de mano certera y de buena vista que es cuanto puede pedirse al que ejerce sus funciones. ¡Ahl también es valiente.

Yust, Juan.—Este notable y distinguido matador de toros nació en Sevilla en 1807, y desde pequeño demostró tener grande afición á la lidia, asistiendo frecuentemente al Matadero y tomando algunas lecciones de su tío el espada Luis Rodríguez, que antes fué banderillero de los diestros León y el Sombrero. Era alto y fornido, con unos músculos de acero, ligero en demasía, airoso y arrogante sin presunción. Cuando ya sabía algo del arte, siquiera fuese imperfectamente, Juan León le admitió en su cuadrilla, donde hizo progresos notables, en términos de que, como es costumbre en diferentes plazas de segundo orden, mató algún toro que su maestro le cedió, con varia fortuna; pero comprendiendo él que su aprendizaje había de ser mucho más sólido y rápido en la Escuela oficial de Sevilla, se retiró por entonces de la lidia en las plazas y se matriculó como alumno del gran Pedro Romero. Allí estuvo dos temporadas, adelantando cada vez más, pero sin poder corregir por completo el gravísimo defecto de mover mucho los pies. Trabajó de segundo espada con su tío Rodríguez y con León en los

años de 1832 al 35, y en este último ya se decidió á trabajar sin dependencia de nadie, consiguiendo ser aplaudido en muchas plazas de Andalucía y luego en Madrid, «donde los aficionados son más inteligentes que los del resto de España», en los años de 1841 y 1842, hasta que en 5 de Septiembre de este último falleció en pocas horas de resultados de un violento cólico. Su muerte fué muy sentida entre los verdaderos inteligentes, que solo en Montes reconocían entonces un torero que, siguiendo la verdadera escuela del arte, recibiese toros; y como vieron que Yust, lejos ya de saltar y brincar para arrancar efectos, se paraba perfilándose, y hasta donde le era posible practicaba la suprema suerte, según la escuela de Ronda, «acompañada, serena y arrogante», temieron que al faltar él, desapareciese del coso tan principal y notable suerte. Por fortuna vino en seguida Redondo á reanimar la esperanza de los aficionados, y á ejecutar, como nadie lo ha hecho antes ni después, con gracia, precisión y desenvoltura, toda clase de juegos con las fieras, ateniéndose estrictamente á las reglas del arte.

Yust, Juan.—Hijo del matador de toros del mismo nombre. Fué un banderillero notable en las cuadrillas de *Pepete*, *Gordito* y *Lagartijo* sucesivamente, habiendo alguna vez servido de media espada ó sobresaliente. Nació en Sevilla el año de 1836, y murió en Córdoba de enfermedad pertinaz, el lunes 16 de Febrero de 1874, dejando mujer é hijos, á quienes favoreció generosamente *Lagartijo*, después de costear todos los gastos ocasionados por la defunción. Parcaba perfectamente y castigando, sabía su obligación y era valiente sin exagerados alardes. Todos los que le conocieron recuerdan los pares de castigo, y los que, aprovechando al relance, como ahora se dice, ponía con notable frescura, y la facilidad con que saltaba la barrera, poniendo en ella una sola mano, y quedando formando plancha un breve rato. Más de una vez le vimos tendido en el suelo, cara á la fiera, entre los pies del matador, esperando tranquilo al toro que había de ser banderilleado al quiebro, y levantándose despacio, tomar el capote y cumplir su obligación, como buen torero, al lado del espada.



Zabala, Valentín.—
Matador de toros me-
xicano, de poco nom-
bre hasta ahora, que
trabaja en diferentes
plazas de las ciudades
de aquel país.

Zafra, Francisco.—
Picador de toros me-
diano, caballista regu-
lar y no mala figura,
aunque es feo. Su afi-
ción sigue como ha em-
pezado, hacien-
do progresos en
el arte tauró-
maco. Creemos
que es andaluz,

porque en carteles de las plazas de aquella tierra es donde más sonó, cuando tomó en sus manos la garrocha. En Sevilla se presentó por primera vez el 2 de Septiembre de 1877; luego en Madrid fué aceptado regularmente y nada más; y por lances personales fuera del ruedo, se verá alejado del mismo más tiempo del que le conviene. América ha sido su refugio.

Zahonero.—Explica Montes en su *Tauromaquia* la suerte de picar toros que parece inventó ó practicó dicho señor. De ella nos ocupamos en el lugar correspondiente del presente libro.

Zaino.—Se llama negro zaino en muchos puntos de Andalucía al toro que, teniendo la pinta de dicho color negro, es de pelo hoso, feo, sin brillo, pero no completamente mate ó sin lustre. Entiéndase por hoso el tinte de la piel del indio americano llamado mulato.

Zalamea, Mariano (El Herrero).—Dejó su oficio por el de matador, y no ha conseguido serlo más que en novilladas. ¿Se quedará sin ser torero ni herrero? Es muy posible, porque hombres tan valientes y con tantos deseos como él, aunque no valgan para toreros, se lo creen y no quieren volver al trabajo mecánico por cuanto hay en el mundo.

Zalamero.—Toro de la ganadería de D. Elías Gómez, vecino de Colmenar Viejo, divisa turquí y blanca, que en Madrid, el 24 Junio de 1850, fué calificado por un Jurado como el más sobresaliente de los que aquella tarde se lidiaron; pertenecientes á seis ganaderías distintas de la provincia de Madrid.

Zaldivar, José.—Espada novillero, natural de Puerto Real, que vino de la Habana en 1881, con muchas pretensiones que no logró ver realizadas. Se quedó en flor y su nombre casi ignorado.

Zambrano, Plácido (Pimienta).—Parece que su apodo le obligaba á ser vivo y activo para el trabajo, pero él quiere ir por sus pasos contados sin acelerarse demasiado. Pica toros cumpliendo y nada más.

Zamorano, José (El Torerito).—Un chico gaditano que va para ser torero, según dicen en su tierra. Parece muy dispuesto á ello y creemos

que, de no encontrar en España suficiente campo á fin de darse á conocer, marchará con rumbo á América á la primer ocasión que se le presente. Así nos lo han asegurado.

Zancajoso.—Toro de la ganadería de D. Anastasio Martín, de Coria del Río, divisa encarnada y verde (en Madrid, entonces, celeste y rosa), que por su bravura mereció ser relevado de la muerte en la corrida celebrada el 3 de Mayo de 1861 en la plaza de toros de Sevilla. Había matado once caballos; y curado de sus heridas, se le condujo de nuevo á la dehesa, donde padeció tres años después. Ya dejamos dicho en el lugar correspondiente que esta ganadería es de las más acreditadas de Andalucía.

Zapata, Joaquín.—Buen picador y buen jinete, muy estimado, según dicen, del célebre Francisco Herrera Rodríguez (*Curro Guillén*). Fué su época mejor á principios del presente siglo.

Zapata, Diego.—Banderillero que trabajaba en la cuadrilla de Manuel Palomo en 1766, sin que su nombre haya adquirido celebridad.

Zapata, José.—Arrogante figura y con su poquito de presunción, miraba más á las jembras de lo regular. Cumplía bien, sin embargo; y se cuenta de él que, habiéndole mandado el corregidor de Madrid en una función que se retirase del redondel para arrestarle por no sabemos qué falta, tomó la puerta, y vestido de moños se encaminó al Pardo, donde estaba el rey Fernando VII, y le pidió indulto, que obtuvo naturalmente en el acto, puesto que se trataba de una ligerísima falta. Fué buen picador, suegro de Manuel Martín (*Castañita*), que lució veinte años después.

Zapatero.—Toro jabonero de la ganadería de don Joaquín Pérez de la Concha, lidiado en la plaza de Sevilla el 19 de Mayo de 1887. Cogió al espada Luis Mazzantini en el momento de estarle pasando de muleta, infiriéndole una herida de gravedad en el vientre y otra en el escroto. Mazzantini posee, en su galería, un precioso cuadro al óleo, pintado por Chaves, representando al toro mencionado.

Zaracondégui.—Matador de toros natural de Navarra, anterior á su paisano Leguregui, de quien no tenemos noticias circunstanciadas. Su época fué en el segundo tercio del próximo pasado siglo.

Zárate.—Gran jinete y valiente rejoneador de toros, ensalzado por varios escritores del siglo XVII y posteriores, y cuyo nombre sentimos ignorar.

Han sido inútiles cuantas diligencias hemos hecho para conseguirlo.

Zamudio, N. (El Mellao).—Hay un torero de este nombre que es conocido en Venezuela, en cuya plaza ha banderilleado, ha dado el salto de la garrocha y ha matado: todo ello no sabemos si bien ó mal. Dicen que ha venido á España recientemente; si le vemos le juzgaremos.

Zarco da Cámara, D. Alejandro (Riveira grande).—Valiente mozo de forcado, portugués, que no trabaja hace tiempo. Entre la afición lusitana era muy considerado.

Zarco da Cámara, D. Luis (Riveira grande).—De iguales condiciones que el anterior, en todo y para todo; admiraron su valentía los aficionados, elogiándole como merecía.

Zarco da Cámara, D. Antonio (Riveira grande).—Aunque ya se ha apartado de facna tan peligrosa, tiene fama de haber sido, en Portugal, un buen mozo de forcado. Pegaba de frente y de costado como pocos.

Zayas, Antonio.—Conocido banderillero en Andalucía y otros puntos de España, por su actividad y buenos descos. Va despacio en sus adelantos, que no por ser activo en los movimientos corre más la inteligencia.

Zayas, Alberto (Zayitas).—Precedido de excelente reputación, llegó á Madrid, desde México, este picador americano; y electivamente, á estilo de aquel país, pica bien, pero no como el arte de Montes quiere. Gran jinete, como casi todos los de aquella tierra.

Zorrilla, D. José.—Este eminente é incomparable poeta, cuya fama ha de durar tanto cuanto el mundo viva, ha contribuido también con su talento á celebrar las fiestas de toros en varias composiciones de inapreciable valor. El soneto en que describe la suerte de picar, y la fiesta de toros en Toledo, son, como todas las suyas, de un gusto li-

terario especialísimo, que pocos imitan, pero que ninguno iguala, ni en Europa ni en América, donde su nombre será siempre inmortal. Nació en Valladolid á 21 de Febrero de 1817, siendo hijo de D. José Zorrilla y de doña Nicomedes del Moral, y falleció en Madrid el día 22 de Enero de 1893. Las Academias, los Ateneos, todas las sociedades literarias, científicas de Madrid, de España y de Europa entera, sintieron su muerte y dedicaron á su memoria largos artículos, folletos y hasta



libros de estudio elogiando su privilegiado talento y sus inimitables poesías; los funerales que se le hicieron fueron oficiales á nombre de la Nación, y costeados por la Real Academia de la Lengua. Zorrilla durará siempre como una gloria de España.

Hemos sido muy parcos en insertar muestras del ingenio de grandes poetas y escritores que con su talento han celebrado nuestra fiesta nacional, pero, por excepción, que bien la merece, nos permitimos copiar á continuación su famosísimo

SONETO

Con el hirviente resoplido moja
el ronco toro la tostada arena;
la vista en el jinete, alta y serena,
ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
pálida de valor la faz morena,
é téncha en la frente la robusta vena
el picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama:
sacude el toro su enastada frente,
la tierra escarba, sopla y desparrama:
le obliga el hombre, parte de repente
y herido en la cerviz, húyete y brama,
y en grito universal rompe la gente.

Los restos de tan inmortal poeta irán á parar al mausoleo que en Valladolid le ha dedicado el pueblo que le vió nacer.

Zulema.—Moro noble de Toledo, que antes del siglo X parece era notable en la lidia de toros, tanto á pié como á caballo. En Avila mató uno á pié y con alfange, y los romances antiguos lo celebran con preciosos versos, que los hombres de letras recitan con placer.

Zúñiga, Manuel.—Banderillero de invierno: uno de tantos que procuran adelantar en el arte. Atrevido, como el que más, quería intentarlo todo, y no comprendiendo que el que mucho abarca poco aprieta, se quedó sin llegar á parte alguna. Como éste hay muchos.





Suplemento

(ADICIONES Y ENMIENDAS)



A

Acuña, Ramón.—Picador de toros, allá por las tierras de México, valiente y bastante práctico en el modo de picar que usan los de aquellos países. Buen jinete. Es natural de Zacatecas.

Agachaíto.—Toro de la vacada de Núñez de Prado, lidiado en Madrid en 9 de Mayo de 1880; fué

causa del fallecimiento del picador Luque Arcas, que al picarle, cayó del caballo, clavándosele el borrel delantero de la silla en el pecho, y de este golpe murió a los tres días de una peritonitis por traumatismo.

Aguilar, D. Francisco.—Bulló mucho hace años en círculos taurinos y escribió en *El Avisador Malagueño* revistas, adoptando el pseudónimo de *Menda*. Después se ha retirado de la afición, cesando en sus batallas á diario porque, eso sí, defendía la verdad, pero con intransigencia.

Alaban, Francisco (*Veintiundit*).—Este picador de quién hablamos en la página 71, falleció en Valencia el 28 de Noviembre de 1896. Se dedicaba, en los últimos años, á la compra y venta de caballerías, en cuyo tráfico parece era muy entendido.

Alarcón, D. José.—Es autor de la *Lección de toreo*, cuadro que figuró en la exposición de Escritores y Artistas de 1885; representa un torero enseñando la suerte de recibir á una mujer del pueblo, en Andalucía. Traslado al lienzo con gran verdad y malicia asunto tan picaresco, haciendo resaltar con brillante colorido las figuras de tan bonito cuadro.

Albano, Antonio.—Lo poco conocido que es en el toreo este diestro, nos hizo que de él no nos ocupáramos en el sitio correspondiente. Sin embargo, consta en carteles de 1763, que sirvió el puesto de cuarto espada en Sevilla, en las corridas celebradas en fin de Abril y primeros de Mayo. En ellas trabajó Juan Miguel con Manuel Palomo y Joaquín Rodríguez.

Albasán, Eduardo (*Bonifa*).—Banderillero que lleva de práctica algunos años, y parece que ha dicho: «hasta aquí llegué y de aquí no paso.» Se ha conocido, que no es poco, y obrando cuerda-mente, quiere ser buen banderillero mejor que mal espada. ¡Cuántos debieran imitarle!

Alcalde, D. Juan.—En el patio del cuartel de Leganés en 1886, el sábado 27 de Marzo, con motivo de una fiesta que el Regimiento de Mallorca número 13 celebraba á consecuencia del ascenso á general del coronel, y estando lidiándose el segundo becerro, después de haber dado muerte al primero el capitán D. José García Belsué, el teniente D. Juan Alcalde, que figuraba en la cuadrilla como sobresaliente de espada, clavó al primer becerro una banderilla sentado en la silla, y pocos momentos después cayó al suelo, y al llevarlo á la enfermería estaba muerto. No tenía herida alguna, ni al parecer sufrió varetazo. Tal vez una congestión causada por la agitada faena que, llevado por su afición, hizo en aquella fiesta, le ocasionó la muerte.

Algareño.—Toro célebre en la ganadería de Hidalgo Barquero, por haber matado en el redondel de la plaza de Jerez de la Frontera diecinueve caballos, y porque habiéndosele perdonado la vida,

al salir los cabestros para conducirle al corral, acometió á uno de ellos y le mató. Solamente para salir obedeció á la voz de su mayoral.

Alicantino, José.—En un cartel de 1826 figura este individuo como picador, discípulo del famoso Corchado. No creemos hiciera milagros.

Almeida, Luis d'.—Al final de la página 78 de este libro, va mencionado este distinguido escritor portugués. Posteriormente hemos averiguado que fué un buen poeta, teniente de artillería del ejército de su nación, y que falleció en Mayo de 1877.

Alonso, Francisco (*El Redondillo*).—Banderillero moderno, que no tiene mala facha ni se da mala maña, considerado como principiante. Parece valiente, pero de estos chicos atrevidos no se puede formar juicio, hasta que reciben el bautismo de sangre.

Alonso, Atanasio (*El Rata*).—Novillero en 1886. Es decir, que mataba toros hace diez años, y que hoy no los mata, y si lo verifica es tan en secreto, que por los círculos taurinos no se le oye nombrar. No recordamos haberle visto torear.

Alonso Avecilla y Soler, D. Ernesto.—Fué un distinguido teniente de navío de la Armada española, nacido en 31 de Diciembre de 1845, que sostuvo muchos años en la Habana la afición á las fiestas de toros, dando corridas en la Plaza de Belascoain, en que mataba toros del país con mucho lucimiento. Puede decirse, sin temor de equivocarse, que los *militares* de todas graduaciones son los que en toda América han implantado la afición taurina, arraigándola de tal modo, que desde su época en adelante es cuando han ido allá en mayor número los toros y toreros españoles.

Murió en la Habana en 4 de Marzo de 1876.

Alvarado, Manuel.—Malagueño y segundo espada de la cuadrilla del matador Santana, por los años del 37 al 47 del presente siglo. Retirado del toreo dicho espada, quedó Alvarado al frente de los coletas malagueños, y en muchas novilladas tomó parte, sin excederse á procurar mayor categoría.

Era valiente, impetuoso para herir, y aunque menos torero que Santana, hacia temeridades. La cualidad de ser zurdo le facilitaba matar con la mano izquierda. Se retiró definitivamente del toreo en 1852.

Alvarez Moya, D. Pedro.—El distinguido comandante del arma de caballería que falleció en Granada el 22 de Julio de 1891, fué un notable aficionado práctico que en distintas ocasiones y plazas tomó parte como matador con general aplauso de sus amigos y admiradores. Alvarez Moya, poseedor de buena fortuna y propietario en Málaga donde había nacido, siendo sus padres don Antonio María Alvarez y doña Purificación Moya, hallábase de guarnición en Granada, en 1879, y viendo que todos los proyectos habían fracasado para erigir una nueva plaza de toros en reemplazo de la antigua de la Real Maestranza de Caballería, que un incendio consumió en 1876, determinó llevar a cabo la obra, ya juzgada imposible, dotando a Granada de un buen *circo*. Las felicitaciones que por su desinterés recibió Alvarez Moya aun se recuerdan, faltando poco para que los granadinos le elevasen una estatua.

Desgraciadamente y á pesar de la ayuda que le prestaron aquel Ayuntamiento, cediéndole extenso terreno inmediato á la Alameda del Triunfo, así como varios particulares que facilitaron materiales con gran bonificación en los precios, el negocio no resultó bueno y Alvarez Moya perdía, como empresa, un dineral hasta que convencido de la fatalidad ó de la poca afición de los granadinos, determinose á arrendar el *circo*, que por otra parte se desmejoraba visiblemente, hasta el punto que un ciclón, en 1890, arrancó todo el cuerpo del segundo piso, sepultando en revuelto haz columnas de hierro, barandillas, techumbres, asientos de gradas y paleos en el centro del redondel. Por consecuencia de esta importantísima desmejora hubo que desmontar los basamentos del citado segundo cuerpo de plaza y prescindir de él en absoluto, dejando reducido á un solo cuerpo la parte superior á los tendidos.

Por este accidente ha disminuido la cabida total del *circo* que hoy solo puede ofrecer á lo sumo, asientos para 9.000 personas.

Alvarez Moya que adquirió en arrendamiento la famosa dehesa *La Caldera*, del Sr. Marqués de Romero-Toro, en jurisdicción de Alcaudete, tuvo también una punta de vacas y novillos de la ganadería brava de D. Pedro Moreno Rodríguez, de Arcos de la Frontera; pero vicisitudes de los malos años y pérdidas importantes, hicieron desaparecer dicha naciente ganadería.

La plaza de toros de Granada es hoy de la propiedad de los hijos de D. Pedro Alvarez Moya á quien siempre le recordaremos por un cumplido caballero y excelente aficionado. Granada le debe tener plaza, sin cuyo motivo la feria de aquella población y sus festejos del Corpus, no tendrían la resonancia que en justicia hay que concederle.

El estreno de dicha plaza se verificó con dos

corridas en los días 3 y 4 de Abril de 1880, lidiándose ganado de Miura y Laffitte y Castro, por las cuadrillas de *Lagartijo*, *Frasuelo* y *Cara-ancha*.

Alvarez, D. Luis.—Pintor contemporáneo, natural de Madrid, discípulo de la Escuela Especial de Pintura y de las Academias de Italia, residente en Roma y corresponsal en dicho punto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre otros muchos trabajos que le han dado gran reputación y numerosos premios, se cuenta el que tituló *Costumbres españolas*, en que figuran varios toreros con trajes de luces y con varias mujeres del pueblo, en una tienda de Andalucía; lienzo de admirable efecto, luz brillante, y de grandes dimensiones.

Alvarez, José (El Chaira).—Fué un banderillero que vivió y murió en Badajoz, en cuya plaza toreaba siempre que en ella había corridas y también si se le proporcionaba en algún otro punto. Durante el invierno volvía á su oficio de zapatero, que dejaba en verano por el de torero. Es posible que hiciese más prodigios ante la suela que ante los toros; pero, en fin, el hombre cumplía bien y era muy querido por su modestia y honradez. Su época fué anterior al año de 1885.

Anfiteatro.—Monumento que los romanos destinaron á espectáculos públicos, principalmente al combate de hombres, y al de éstos con las fieras; consistía en un espacioso edificio circular ó elíptico, compuesto de gradas, con galerías y pórticos para la entrada del público; en el centro una gran plaza que llamaban «Arena», y con fachada exterior, á que daban con frecuencia carácter monumental.

Indudablemente, del recuerdo de tales edificios se ha tomado la imitación y conocimientos necesarios para la construcción de nuestras plazas de toros, y los estudios de los arquitectos modernos sobre la *antigüedad clásica*, han debido servirles de modelo para realizarlo, puesto que se diferencian muy poco en su distribución, excepción hecha de los compartimientos interiores.

A pesar de que en la voz PLAZAS hemos dado extensas noticias acerca de su construcción, solidez, época y cabida, no creemos inútil añadir algunas otras, que complementen ramo tan importante de la arqueología.

Ya dijimos que César fué el primero que hizo construir en Roma un *circo* de madera para las luchas sangrientas, y añadiremos, que en su tiempo, Cayo Eseribonio Curio, para solemnizar los funerales de su padre, edificó otro más pequeño,

también de tablas. Después, el primero de piedra que tuvo Roma, fué el de *Statilius Taurus*, en tiempos de Augusto, en el año 731 de la fundación de la gran ciudad, y el más célebre y soberbio, el *coliseo*, de que hemos dado extensa razón, y que fué edificado en el mismo lugar que ocuparon los jardines del palacio de Nerón. Más noticias pudiéramos dar acerca de tan grandioso monumento, pero no queremos se nos tache de prolijos. Diremos, sin embargo, para completar las que tenemos dadas, que aun existen, más ó menos deteriorados, los anfiteatros contruidos por los romanos en Capua, Itálica, Verona, Tysdro, Pola, Pompeya y Pozzuoli, además de los antes mencionados en este libro, que si no estuviese dedicado exclusivamente á cuanto á las lidias de toros se concreta, nos ocuparíamos con detención, porque ciertamente lo merecen, de las consideraciones que el Sr. Castelar hace en su precioso libro *Recuerdos de Italia*, acerca del famoso anfiteatro, de las muy notables del Sr. Catalina, y del detenido y concienzudo estudio que sobre el asunto ha hecho nuestro distinguido amigo D. Ricardo García.

Anchavia.—Toro de la ganadería de D. Joaquín Pérez de la Concha, vecino de Sevilla, que en la villa de Zafra fué tan bravo, que en las varas mató siete caballos, y habiendo saltado la barrera en persecución de un peón, hirió gravemente á un soldado y á un vendedor de quincalla, que falleció de resultas de las heridas. Consecuencias de haber entre barreras gente inútil.

Antas, Fernando.—Fué uno de los mejores mozos de forcado en Portugal; de familia noble, y que obtuvo el título de Conde das Antas. Tomó parte en varias corridas de hidalgos y de beneficencia, y á él nos referimos en la página 91.

Murió tísico, hará próximamente unos dos años.

Arana, D. José.—¿Por qué figura este señor en el *Diccionario taurómico*? ¿Es, acaso, escritor, pintor ó artista de los que se supone versados en el arte de *Pepe Illo*? Nada de eso. Arana es un industrial activo, inteligente y honrado que trabaja con ahínco para obtener la debida recompensa, y aunque es muy aficionado á la fiesta nacional, de ahí no pasa su participación en la materia. Pero tiene un mérito especialísimo que posee cual ninguno. Es el primer *propagandista* de nuestra fiesta nacional y á su iniciativa y aptitud se debe que sea conocida, con todo su esplendor, por la nación vecina. Con las corridas de primer orden que hace celebrar en su plaza de San Sebastián (Guipúzcoa)

y para las cuales no omite medio ni sacrificio de ninguna clase por costoso que sea, ha conseguido que vengan á España, á presenciirlas, miles de extranjeros que, entusiasmados con tan brillante espectáculo, han transportado á su país, si bien



con toreros nuestros, corridas de toros á la española, construyendo circos en los principales puntos del Mediodía de Francia. Mejor que con predicciones, libros y folletos, ha logrado prácticamente, enseñándoles las bellezas de la fiesta, extenderla y propagarla de tal modo, que no se concibe el veraneo en San Sebastián, ni la frenética alegría de los franceses, sin las célebres funciones de Agosto, que organiza, á veces, con un año de anticipación, espléndidamente y con notable acierto. No hay nadie que con más razón pueda ostentar el título de *propagandista* que Arana el campuchano, el francote, como le llaman los aficionados.

Arana, Antonio (Jarana).—No fué *Frascuelo*, como nos hicieron decir en la página 97, primera columna, línea 15, el maestro que dió la alternativa, en Madrid, á este lidiador de toros, sino Luis Mazzantini y Eguía.

Fácilmente se comprende la equivocación, con solo recordar que antes de la fecha en que se realizó, habíase ya retirado del toreo el inolvidable Salvador Sánchez.

Argelino.—Becerro, procedente de Africa, que en 15 de Junio de 1881, en una becerrada cele-

brada por varios aficionados en Barcelona, causó la muerte á D. Pablo Weyler, hijo de un médico alemán, al poner banderillas.

Ariza, José.—Dicen que en Granada ejercía el oficio de cortador de carnes, y quizás por esto se hizo espada novillero, como si tuviera relación lo uno con lo otro. En Málaga trabajó tres corridas que dió el Excmo. Ayuntamiento, en la plaza pública nombrada de la Constitución, con motivo de haberse hecho el convenio de Vergara. En las citadas tardes de los días 6, 13 y 14 de Octubre de 1839, quedó el hombre malamente, pues á más de tener mucho miedo, se hizo antipático al público por lo feo que era, con lo cual le abuchearon de lo lindo.

Asesino —Toro de la ganadería de Carriquiri, que hoy posee el Conde de Espoz y Mina; fué encanjonado en Noviembre de 1882 para ser lidiado en Madrid y murió dentro del cajón destrozándose los cuernos y manos al verse encerrado.

Augusto, Cesáreo (O Gargalhadas).—Este pegador portugués, referido en la página 112, ha fallecido según noticias que de aquel reino han participado.

Autógrafos.—Aunque no pertenecemos al número de los que quieren conocer á los hombres, por las líneas que trazan en el papel, creemos conveniente para que nada útil falte en nuestro *Diccionario*, dar en él clara y distintamente las firmas que unos usaron y otros usan en el día, aquellos que han tenido y tienen relación directa ó indirecta con el arte de torear. Claro es que ese trabajo sería interminable, si hubiéramos de incluir en él, á todos los toreros, ganaderos, escritores, artistas y aficionados que realmente lo merecen, y esa es la razón de que limitemos á muy pocas de las notabilidades más salientes, la reproducción de sus firmas autógrafas. Algunos también de los que son acreedores á esta mención especial, faltarán en ella, por no habernos sido posible obtener los originales, ó porque ha habido toreros sin saber leer ni escribir...

Toreros

Manuel Fuentes
Bocanegra

Luis Mazzantini

Salvador Varona

Ángel Pastor

Emilio Ferris

Manuel García
Epistola

Antonio Carmona

José Redondo

José Góngora
Carrasquero

Gerónimo
Jose Candido

Josephillo

Jose Romero Manuel Hermosillo

Pedro Romero Juan Pto. Rueda

Jose Maria Rodriguez

Antonio Gil Laureano de Arce y Lopez

Fran. Monte Antonio de los S. to

Juan Martin

Rafael Molina

Manuel Dominguez

Bernardo Gomez

Manuel Lopez

Fija

Rafael Guerra Francisco Arzuna

guerra

Antonio Rivera

Ganaderos

Juan Bautista Alado,



El Barón de Villanueva



Eduardo de Abreu

Eduardo Mirra



Luis Michel Saura

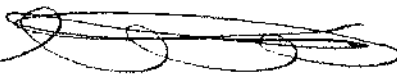
F. Udrato

Isotaban Hernandez

Felipe de Pab

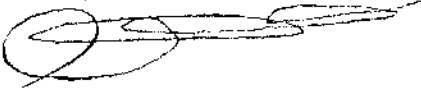


Simón de Sirao



Jacinto Trespalacios

Gaspar de Montoya
Ayala de Tachibana



El Marqués de Saltill

Antonio Mena



Pablo Elos

Don Benito Sanchez



El Marqués de Cádiz

El M. del Cartellones

Conde de Uyora Mina

Rafael Barrios

A. Henanduf
g. p. p.

Manuel Garcia Puente
Supra

Juan B. Contreras

Felix Gomez

Escritores

Federico Muguer

Segismundo Cortes

M. H. H. H. H.

Ernesto J. J. J.

M. Príncipe Hidalgo

José Vega

H. P. H. H. H.

Salvador H. H.

M. J. H. H. H.

E. J. H. H. H.

Edmundo de Palacios

Manuel Serrano Garcia-Tas

Mariano de Cáriz

Angel Coarmanco

Breanw Garcia

José Vega

Guillermo de la Serna

Ante
Fernández

Mariano del Eido

Ungenio Ferrera

Don Carmena y Salas

Angel B.
Chavez

Eduardo de Alcida

Manuel Cassin
y Marino

C. Melles

Manuel Arceles

Aficionados

~~Francisco~~

Miguel Pallas

Mariano Amengob.

Simón

Isidoro Coma
Montano

Ant. M. de Heredia

Joaq. M. A. Heredia

Francisco Pardo

Joaq. Villacorta

A. Abella

M. A. M. M. M.

N. Velasco

Francisco Reiss

Carlos Reina

L. A. M.

L. G. G. G.

Antonio Mariscal

Artistas

Manuel Martínez
y Pedronche *Antonio José de Valderrama*
San Julián *Eduardo Balaca y Toranzo*
R. del Rivero *Daniel Pérez*

Avinagrado.—Esta calificación dieron a la pinta de un toro llamado *Jabonero*, de la ganadería de D. Ramón Sierra y á otro de la misma vacada que nombraron el *Zorriza*, en las Corridas Reales que se verificaron en la plaza Mayor de Madrid el año 1808, con motivo del doble matrimonio del entonces príncipe Fernando con la princesa María Antonia, y de la infanta Isabel con el príncipe heredero de Nápoles.

No hemos hallado papel alguno que indique, ni nadie de cuantos han sido preguntados por nosotros ha sabido darnos razón, de cuál pudo ser el color de la piel de dichos toros, porque llamarla *avinagrada* nada dice, si se comprende que se refiera á otra cosa que á la condición de las reses, pero no á su pinta.

Tal vez sería lo que hoy llamamos *jabonero*.

Avisos.—Son varios los que envían los Presidentes de las corridas de toros, por medio de los alguaciles de servicio, á los toreros que se retrasan en el cumplimiento de su obligación con la presteza que exigen los reglamentos. Después de los avisos ó amonestaciones que se dirigen á los picadores son los más importantes los que se dan á los matadores, cuando tienen al toro penando y sin concluir con él más de un cuarto de hora. Se les envía el primero, que equivale á un apercibimiento, á los trece minutos de haber tomado la muleta; á los dos minutos después, se les da por el Alguacil el segundo y en seguida, si no ha muerto el toro, ábrese las puertas de los corrales, salen los cabestros y llévanse á la res.

No siempre en los avisos hay justa exactitud ni prudencia.

Azafranero.—Toro retinto listón, de gran romana, porteneciente á la ganadería de la Sra. Viuda de Gota, vecina de Tudela, lidiado en Tarazona de Aragón en lugar preferente el día 28 de Agosto de 1888. Infirió una grave herida al infortunado *Espartero*, inutilizó al sobresaliente *Loco* y acobardó á toda la cuadrilla, teniendo que suspender por estos motivos la función en medio de un gran escándalo.

Azcona.—En tiempos antiguos llamaban así á una lanzuela de que los montañeses usaban. Covarrubias dice que era arma arrojadiza, como dardo y azagaya, de lo que deducimos que de ahí viene el origen de las actuales banderillas. El concienzudo escritor D. Pascual Millán, en su precioso libro *Los toros en Madrid*, menciona, que en el siglo XIII, los matadores «después de bohardar á las reses bravas, y dispararlas dardos y azconas, los alanceaban y si la lanzada era insuficiente para acabar con el toro, se acudía al venablo» y añade que Vargas Ponce afirma que, todavía en el siglo XIII referido, eran los dardos arrojadizos las principales armas del coso. Lo que no sabemos es cómo los pondrían, aunque sí es de creer que fuese, tanto á pie como á caballo, esperándolos ó persiguiéndolos.

En las cuentas de D. Sancho El Bravo, que se guardan en la Biblioteca Real, hay razón de quince azconas *quebradas* en los toros lidiados en Molina, el año 1294. ¿No parece esto indicar que eran armas parecidas al rejoncillo, que se *quebra* al clavarle?

B

Ballador.—Toro de la ganadería de D. Andrés Fontecilla, que el 25 de Agosto de 1883, en la plaza de Linares, mató catorce caballos en diecisiete varas; tan certero fué al herir. Ya en la ganadería había inutilizado cinco toros y había padreado. Causó gran entusiasmo su bravura y fué disecada su cabeza.

Balaguer, D. Víctor.—El esclarecido poeta y distinguido político de este nombre escribía hace cuarenta años en el *Diario de Barcelona*, á veces toda en verso, la revista taurina de la semana. Nació en Barcelona en 11 de Diciembre de 1823 y cursó la carrera de jurisprudencia. Su afición á los estudios históricos, de que dió claras muestras en su juventud desde el periódico la *Crónica de Cataluña*, hizo que el Ayuntamiento de Barcelona le nombrase su cronista en 1851 cargo vacante desde el año 1716. Afiliado al partido progresista, obtuvo después de las vicisitudes consiguientes, el cargo de Ministro de la corona, y pertenece á las Reales Academias de la Historia y de la Lengua. Ha colaborado en muchísimos periódicos literarios y artísticos, ha escrito diferentes novelas, ha dado al teatro varias producciones, y por último ha fundado en Villanueva y Geltrú una Biblioteca-Museo que lleva su nombre. Véase como no se han desdeñado de ocuparse en la fiesta nacional los hombres más eminentes.

Baratero.—Célebre toro, negro lombardo, listón, meleno y cornibrocho de la ganadería de Doña Dolores Monge, viuda de Muruve, lidiado en quinto lugar en la primera de las cuatro corridas de estreno de la nueva plaza de Málaga el 11 de Junio de 1876. Muy duro al hierro, gran poder, certero y seco hiriendo, recibió diecisiete varas por seis caídas á los picadores y siete caballos muertos. Hizo la pelea en un tercio del redondel, le coleeó tres veces el *Gordito*, que le mato. La cabeza de este toro fué disecada por un doctor alemán que se la llevó á la exposición de Viena.

Batalha, Francisco Carlos.—Hicimos mención de este lidiador portugués, en la página 128 pero no dijimos que había nacido en Lisboa en 18 de Febrero de 1841 y falleció en 7 de Abril de 1882. Se dedicó primeramente al comercio y luego

fué empleado en la escuela de equitación del Marqués de Castello Melhor. Se estrenó como lidiador en la plaza de Almada en 1863 y en 12 de Junio del mismo año debutó en la plaza de Campo de Santa Ana, pasando después á torear á casi todas las plazas portuguesas. Era un jinete muy notable.

Batalha, Juan Cipriano.—A lo que dijimos en la página 128, acerca de las brillantes cualidades de este distinguido aficionado á nuestra fiesta favorita, podemos añadir que es conocido en Portugal como uno de los mejores revisteros de toros: escribió reseñas en *O Reporter*, *Cúchares*, *Nação* y



Economista. Fué propietario con Salvador Marqués de la revista *O Toureiro*; socio fundador de la Empresa tauromáquica lisbonense, propietaria de la plaza de Campo Pequeno, y administrador de la misma cuando se inauguró. En el periódico *Sol e Sombra*, redactó reseñas con el pseudónimo *Tío Franquezas*, y es sensible que, por decir en él verdades, haya dejado la pluma que tan alto puso su nombre en el periodismo taurino.

Bejarano, Antonio (Pegote).—Los cajistas omitieron en la página 131, segunda columna, línea 10, al imprimir el nombre de este picador, la palabra primo, que debe ir antepuesta á la de hermano. Son, pues, primos hermanos este diestro y Rafael Bejarano.

Beneyto, José (Chato).—Picador de toros, modesto, voluntario y de regulares condiciones. Precísale trabajar con más frecuencia, para que no se

enmohezcan las armas y entorpezcan los sentidos. Creemos que es natural de Alicante.

Bengoechea, Artimodero (Pedrós).—Picador en novilladas muy moderno. Parece voluntarioso y atrevido: así se empieza. Que no coje en su empeño y estudie dentro y fuera del redondel, teniendo entendido que al principio son las penalidades y que estas aumentan en proporción á las energías ó decaimientos.

Benítez, Francisco.—Mataba novillos y toros, pero si es el mismo que en 1818 lo verificaba, y el que, según cartel de 1830, trabajó en la plaza del Puerto de Santa María en clase de sobresaliente de espada, bien atrasada llevaba la carrera. Era natural de dicha ciudad y le llamaban *el Panadero*.

Benítez, Francisco (El Panadero).—Era natural del Puerto de Santa María y según un cartel de corrida en 1830, en la ciudad citada, se anunció como sobresaliente de espada por delante de Francisco Montes (*Paquero*), lo cual contradice la opinión, generalmente creída, de que éste famoso diestro no fué banderillero; juzgamos oportuno con este motivo, decir que Montes, aunque no sintiese predilección por las banderillas, dada su seriedad, tuvo que hacer lo mismo que otros, más ó menos tiempo, y que algo se vería en él para concederle puesto de matador cuando en esta corrida, que se efectuó en el año 1830, día 1.º de Junio figuró de sobresaliente de espada, en segundo término, como llevamos dicho.

El Panadero puede que fuese el que ya en 1818 mataba novillos, del cual hemos hecho mención baja el nombre de Francisco Benítez, sin alias y natural del Puerto de Santa María.

Bento d' Araujo, José.—Ampliando las noticias que, respecto de este valiente rejoneador portugués, dimos en la segunda columna de la página 138 y que no hemos podido obtener oportunamente, diremos: que este popularísimo en Portugal, torero excepcional, por su buen trabajo y excelente carácter, nació en Lisboa en 1852 y desde muy joven demostró gran afición á las corridas de toros, hasta que en 1871 tomó parte en una corrida, como mozo de forcado, siguiendo después por afición *pegando* toros, hasta que en 1874 hizo su presentación como caballero en plaza en la de Junqueira, siguiendo luego toreando en todas

las de su país, en muchas de las de España y Francia con general aplauso. En 1896 ha marcha-



do al Brasil con excelente contrata. El tipo de farpeador que ocupa la página 287, equivocó el nombre de la figura que representa, atribuyéndosele á Bento d' Araujo.

Bien parado.—De esa manera calificaron á algún toro de los corridos en las fiestas Reales de 1803, como significación del color ó pinta de su piel. Parécenos que omitieron esta circunstancia y se contentaron con aludir al trapío de la res, porque como color nunca han sonado aquellas palabras.

Bizet, Mr. George.—Si hemos incluido en esta obra á los autores de la música de preciosas zarzuelas españolas que más ó menos directamente aluden á nuestra fiesta nacional, con mayor razón debemos mencionar al célebre músico, autor de la única ópera *torera* que se ha escrito, reproducción hermosísima, con mucho color y calor de nuestras costumbres, *Carmen*, que así titula á su preciosa partitura, es un tipo puramente español, lo mismo que el torero Escamillo, que aunque matador fingido, ó de creación artística, vale más que muchos auténticos, ó sea de carne y hueso.

Alguna vez los franceses habían de ocuparse, sin desdorarnos con mentidas frases, en asuntos españoles.

Blanco Eduardo (Riñones).—El hombre podrá ser más ó menos entendido en el arte de picar toros, pero á montar á caballo y á demostrar valor hay pocos que le ganen.

Bocangel Unzueta, D. Gabriel.—Este señor que se titulaba contador de resultas de S. M., escribió y publicó en Madrid, en 1648, un largo romance dedicado á los cuatro Excmos. Sres. que lidiaron toros en la tarde del día 6 de Julio de aquel año en una fiesta real y *votiva* que celebró Madrid á honor de San Juan Bautista. Se desprenden del relato que hace el autor, que los lidiadores fueron Enríquez, Uceda, Gómez, Meneses y Padilla, en cuyo elogio apura todos los encomios imaginables.

Bol y Buyolo, D. Juan.—Autor, en colaboración, del Reglamento para las corridas de toros que rige actualmente en la plaza de Málaga. Está escrito con tal claridad y con tal conocimiento de



lo que son las lidias taurinas, que bien se conoce la pluma de quien lo redactó, á pesar de haberlo tenido que verificar en breves horas.

Posee dicho señor un precioso museo de objetos pertenecientes al arte de torear: le ha formado á fuerza de constancia y de gastos, en cerca de cuarenta años, dando ejemplo de excelente aficionado. Allí, aparte de muchos y muy interesantes documentos taurinos, de mérito extraordinario, se encuentran maniquies en abundancia, ostentando vistosos trajes de toreros de á pie y de á caballo; infinidad de prendas de vestir para la lidia, incluso las de monos sabios consérvalas cuidadosamente: una docena y media de estoques, son parte de la riqueza de aquella colección, figurando entre ellos uno que perteneció al gran Pedro Romero, otro al célebre Francisco Montes otro de *Cúchares*, otro del famoso *Chiclanero*, que perteneció sucesivamente al *Gordito* y á *Carancha*, otro de Domínguez, con puño de plata, que le fué regalado por el Ayuntamiento de Sevilla, y además la espada que el Gran Duque Nicolás de

Rusia regaló al renombrado Rafael Guerra. Corran tan preciado museo más de una docena de cabezas de toros célebres perfectamente disecadas.

Puede el Sr. Bol vanagloriarse de ser el mejor coleccionador de objetos taurinos que conocemos los aficionados modernos y antiguos.

Boquirrubio.—Llamaban así á principios de siglo, al toro que tenía de un color más claro el hocico que el resto de su cuerpo; pero entendiéndose que debía ser aquella parte antecada, ó jabonera como ahora decimos, y en la misma forma que los toros jocineros ó rebarbos.

Borrás y Bayonés, José.—Periodista distinguido que hace pocos años escribía en *El Nuevo Diario de Badajoz* preciosas revistas de toros, tanto en prosa como en verso.

Botas, Manuel.—Hijo de Antonio Manuel Botas y de Ana María, nació en Lisboa en 1825 y debutó en la plaza de Alhandra en 1841, siendo contratado en 1843 en la de Campo de Santa Ana y trabajó como banderillero en muchas provincias de aquel reino. Escaso ya de facultades, hace bastantes años que ocupa el lugar de *Inteligente* en la Plaza de Campo Pequeño, de Lisboa. Sirvan estos apuntes de adición á lo dicho en la página 146 acerca de este lidiador lusitano.

Boticario.—Cabestro de la ganadería de D. José Sánchez Molina, vecino de las Navas de San Juan (Jaén), que en la mañana del día 4 de Agosto de 1878 causó la muerte al picador José Pérez (*Bigornia*) en un pasillo de los corrales de la Plaza de Málaga. Consecuencias de no tener bueyes amaestrados ciertas vacadas.

Bracamente, Antonio (El Barberillo).—Un torero de pocas pretensiones, natural de Badajoz, que, como otros muchos empezó pegando en novilladas de convite y ha concluido por dedicarse al toreo. No es conocido más que en Extremadura y Portugal y eso no en todas las plazas, ni en todas bien.

Burgos, D. Javier.—Autor con D. Tomás Luceno de la letra de *Fiesta Nacional* y de otras piezas cómicas en que se encomian las funciones de toros. Es feliz en la imitación del género que inició en sus sainetes el célebre D. Ramón de la Cruz, es fecundísimo y cada día más celebradas sus com-

posiciones literarias, escritas todas ellas con una corrección, con una espontaneidad y un ingenio tales que seducen al menos aficionado á la literatura.

Bustamante, Juan José.—Banderillero sevillano y muy distinguido á quien se le designaba con el alias de *Pichoco padre*.

En 1845 picó novillos con el que luego fué famoso matador Juan Lucas Blanco en una corrida en Sevilla, invirtiendo los papeles ó funciones de torero de á pié por de á caballo.

C

Caballero, Joaquín.—Delgadito, alto y... uno de los del montón, que en 1871 se hizo matador de toros en novilladas, quizá porque lo era su hermano Gerardo.

Cabañas Ventura, D. Felipe.—Excelente aficionado y escritor que en 1896 ha publicado con el pseudónimo de *Primores* unos apuntes para la historia del toro en Extremadura, que llevan por título *Badajoz Taurino*. Con gran conocimiento de datos está redactado y con noticias que no por ser de localidad, dejan de tener gran interés y atractivo. A cien kilómetros se distingue el entusiasmo que por el arte de Montes siente este escritor de recomendables circunstancias.

Cachirulo.—Esta voz puramente taurina, aunque muy anticuada, se usa todavía en algunas provincias de España, en equivalencia de la palabra «Moña». En el siglo XIV ya era conocida, puesto que Vargas Ponce escribió: «En las fiestas dadas por el Rey de Castilla en 1302 para solemnizar la derrota agarena, se corrieron toros con muy vistosos *cachirulos*».

En Soria, cada distrito ó barrio de los que cuenta la población, costea y regala el *cachirulo* que ha de lucir su toro en las fiestas de San Juan; porque hay que advertir, que en estas se corren, primero en la plaza y luego por las calles, tantos toros como barrios tiene el pueblo, y al ser lidiados en la plaza ostentan en el testuz, no en el morrillo, el *cachirulo* respectivo, hecho por las mozas, que se esmeran en presentarlo muy lujoso.

Después de la lidia (capea y banderillas) que se hace á los toros durante las tardes de Jueves y

Viernes, que son de fiesta, se les quita el *cachirulo* y se les corre enmaromados por las calles en la mañana del Sábado, matándolos en corrales particulares, aunque ya están reventados los pobres animalitos; su carne es repartida entre el vecindario, y con ella, adicionada por los pudientes con pollos, gallinas, etc., condimentan un abundante almuerzo que van á comer al sitio denominado «La Dehesa» el Domingo por la mañana.

Los *cachirulos* han servido, desde la víspera, para adornar las guitarras de los mozos más señalados, y ostentarlos en las serenatas que han dado á los señores principales de los barrios respectivos.

Aun dura en ese punto y otros esa costumbre, y aun llaman á la moña *cachirulo*.

Cachuecho.—Un fenómeno de bravura; el mejor toro lidiado hasta hoy en la plaza de Málaga. Lleváronle de reserva y se jugó en séptimo lugar en la tarde del 16 de Junio de 1878; era negro lombardo, pequeño y bizeo del derecho; durísimo al hierro, recargando, pegajoso, de gran poder y sabiendo herir, aguantó dieciseis varas en su abultado morrillo, dando nueve caídas y matando ocho jacos. Se quedaba dormido en cada vara, corneando á veces con las dos astas y le metieron el palo de tal modo que al abrirle en el matadero, tenía desecha toda la carne del cerviguillo. Lo quiso matar *Lagartijo* y no pudo lucirse porque *Cachuecho* estaba exánime y no se tenía en pie.

Perteneció á la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua.

Cachurro.—Toro, que, en la ciudad de Guadalajara, el 15 de Octubre de 1896, causó la muerte al espada Juan Gómez de Lesaca, al saltar éste la barrera. Fué corrido en primer lugar, era buen mozo, retinto, albardao, bien armado y de muchos pies. Le picaron, el *Inglés* y el *Calesero*, y después de banderilleado, lo mató bastante bien, como á los cinco restantes, el valiente Emilio Torres (*Bombita*).

Camaleño, Leopoldo.—Matador de toros de cierta nombradía en América y de quien hicimos una ligera mención en la página 161. Con nuevos datos, y haciendo caso de la prensa de aquel país, referiremos sucintamente los hechos más relacionados con su vida torera.

Nació en Rioseco, provincia de Valladolid, el 24 de Junio de 1868, siendo hijo de D. Gabriel y de Doña Jacoba Obregón. Estudió el bachillerato, y á los quince años marchó á América con su hermano César en busca de fortuna. Éste se colocó en una hacienda y Leopoldo en una tienda de telas

que luego trasladó desde México á Zacatecas, de donde volvió á ser cajero en una casa de comercio. Aficionado como el que más á nuestra fiesta nacional, le dió la idea de tomar un día las banderillas en la mano y salió con ellas á la plaza de Colón, en una corrida de beneficio que organizó el Casino Español.

De aquí parte la vida torera de este jóven, que dejando resueltamente el comercio y toda otra



ocupación, entró de lleno á estudiar el arte que tanto le entusiasma. De segundo espada figuró ya en 14 de Julio de 1889 y desde entonces las plazas de Colón, San Luis, Pachuca, Puebla, Véacruz, Mérida, Guadalajara y otras, pueden dar testimonio de su valor y de sus adelantos. Es de los que más trabajan por allá; está considerado como un excelente matador, de mucha vergüenza, y arrojado, pero no como torero, sin embargo de que dicen que cada día adelanta más.

Caminero.—Al hacer mención de este toro en la página 162, dijimos equivocadamente que usó divisa morada y blanca en vez de azul y verde. Aunque el error le subsanará el lector al saber que el toro perteneció á la ganadería de D. Esteban Hernández, creemos conveniente hacerlo constar, toda vez que dicho señor tenía ganado de tres distintas procedencias, y con otras tantas divisas, y de ahí nació la equivocación que queda subsanada.

Campuzano, D. Tomás.—«Novillos en Villaviciosa» tituló á un bonito dibujo, de gran tamaño, reproducido en la *Ilustración Española y Americana* de 1893, que representa una capea en la plaza del

citado pueblo. Es notable su composición. Nació Campuzano en Santander y es discípulo de don Carlos de Haes.

Cañaveral, D. Isaias.—Natural de Sevilla, discípulo de su hermano D. José. En la exposición de 1892 presentó un cuadro que tituló, «Un picador» que figuró con gran aceptación por la pureza del dibujo y colorido.

Capitalistas.—En son de burla y desprecio se da este nombre á la plebe que sale á la plaza en las corridas de novillos á sufrir los revoleones ó algo más que les dan los moruchos embolados. Son muchachos jóvenes en su gran mayoría.

Cardenal, Manuel.—Ha hecho sus ensayos en la plaza del Puente de Vallecas y se ha decidido á poner banderillas, trabajando en alguna novillada en la plaza grande. Es muy pronto para calcular si valdrá ó no, aunque su valentía predispone en su favor.

La circunstancia de no habérsele vuelto á ver en el ruedo y la semejanza de apellido, nos hace sospechar si este y el siguiente será un solo individuo, á quién, por equivocación, cambiarían su nombre en los carteles.

Cardenal, Miguel (Verduras).—Banderillero de buenas condiciones, pero que ignoraba en absoluto las reglas del arte. El defecto más principal que tenía era el de retrasarse en la salida de la suerte; y fácil es comprender que todos los toros, y especialmente los muy ligeros, habían de engancharle, como ya le sucedió en 15 de Agosto de 1896, pariendo en la plaza de toros de Madrid. De resultas de esa cogida, ha sufrido la amputación de una pierna en el Hospital Provincial, en Febrero de 1897, falleciendo, después, el 10 de Marzo siguiente.

Varios toreros, á cuyo frente figuró el espada Antonio Moreno (*Lagartijillo*), le acompañaron á la última morada, con otras varias personas, costeando el enterramiento.

¡Lo que es la suerte! Pasará este pobre muchacho á la historia con un nombre que se olvidará pronto, y otros por haberse encumbrado más, aun teniendo igual desgracia, vivirán en la memoria de los aficionados muchos años; que hasta en eso se dejan sentir las jerarquías.

Carral, Antonio (Carralito).—Entre el infinito número de matadores de novillos que actualmen-

te pululan en España, cuéntase este, á quien conceden, los que le han visto, valor, mucho valor, pero nada más hasta ahora.

Casado del Alisal, D. José.—Natural de Palencia, premiado con dos primeras medallas y la gran cruz de Isabel la Católica, exdirector de la Academia de Bellas Artes de Roma; en la Exposición de París de 1878 presentó el cuadro *Escenas de la vida torera*, y en la de Bellas Artes de Madrid de 1894, presentó otro cuadro que tituló *El regalo del torero, después de la corrida*. Con decir que es el autor del soberbio lienzo *La rendición de Bailén* y de *La campana de Huesca*, y de otros muchos de indiscutible mérito que se conservan en el Congreso de Diputados, en el Ayuntamiento, en el Ateneo, en el local de Bibliotecas y Museos, donde se han colocado los contemporáneos, es decir, desde Goya en adelante, está dicho todo cuanto pudiera mencionarse en elogio de tan gran artista.

Cáceres, Manuel.—Figura en carteles de 1881, como banderillero en novilladas, natural de Puerto Real y á las órdenes del espada José Zaldivar.

Castañó, Francisco.—Malagueño y el mejor de los banderilleros del espada Santana. Lo mismo ponía palos que tocaba el tambor cuando había que reunir á la Milicia nacional para armar bronca ó lucirse en una parada.

Castelão-Melhor, Marqués de.—Al hablar en la página 188, de este distinguido magnate del vecino reino de Portugal, no había llegado á nuestra noticia que falleció en 11 de Enero de 1888. Conste pues; y conste también que cuantas noticias van allí expuestas son exactas y sin sujeción á ser rectificadas.

Castillo, Manuel (Laborda).—Picador en novilladas, de quien poco puede decirse aún, por ser muy reciente su ingreso en la profesión torera.

Castillo, D. Juan.—En la colección de sainetes de este escritor, que ha sido reimpresa en 1845 y encomiada por D. Adolfo de Castro, hay dos que tituló *El aprendiz de torero* y *El día de toros* que no dejan de tener alguna gracia.

Cavalleiro.—Así debe ser escrito el nombre con que se distingue á los farpeadores portugueses, y

no cabalheiros, como alguna vez hemos dicho. De aquel modo se entiende al rejoneador á caballo y *cabalheiro* dicen allí, cuando se habla de un hombre muy formal, muy honrado y de acciones generosas.

Cecilia, Domingo.—Banderillero extremeño al que hizo retirarse del redondel un suceso triste que relata el escritor señor Cabañas, en los siguientes términos. «Fué zapatero, pero al dedicarse á la lidia de reses bravas, abandonó el oficio casi por completo durante gran número de años: recorrió con Juan Acosta muchas plazas. En la de Cáceres tuvo la desgracia el año 67 de matar á un compañero con una banderilla. El triste suceso ocurrió según hemos oído decir á testigos presentes, del siguiente modo: Cecilia había hecho dos salidas sin conseguir colgar un solo rehilete al toro, porque este era más blando que un merengue, y tomaba las de Villadiego, tan pronto como lo miraban los muchachos. El bicho no había tomado varas y las banderillas de fuego ardían que era un gusto en medio del ruedo, pues los rehileteros tenían que arrojarlas por no poderlas clavar en la piel del cornúpeta. Domingo desesperado ya, hizo la tercera salida con tan mala suerte que el toro, huyendo obligó á correr á otro muchacho en dirección á Cecilia, clavándose aquel en el pecho una de las banderillas de fuego que llevaba éste en las manos. Cecilia, que no pudo evitar el lance, vió morir en sus brazos al compañero. Domingo fué preso, pero aclarado que él había sido inocente, aunque autor de aquella desgracia, fué puesto en libertad. Desde entonces se le cantó á Cecilia, la siguiente copla, cuya literatura deja mucho que desear.

El torero chuchumeco,
con banderillas de fuego,
por ponérselas al toro
se las puso á un compañero.

Creemos que después de este suceso no volvió á lidiar reses Cecilia.»

Cecilia, Manuel.—Hermano del anterior, de mayor edad que él, zapatero como él y también banderillero de poco mérito. En el libro *Badajoz Taurino*, se dice que este banderillero en cierta ocasión, mató un toro con una especie de abanico eléctrico, procedimiento especial de su invención que no puede detallar, etc. Probablemente sería lo que se conoce en todas las plazas con el nombre de «Chispa fulminante».

Celís, Francisco de.—Banderillero, natural del Puerto de Santa María, que trabajó en 1878 con reputados matadores.

Ciervo.—Toro de la ganadería de Veragua que en la plaza de Madrid, y en la tarde del 8 de Septiembre de 1895 alcanzó, al saltar la barrera, al torero Ramírez (*El Guipozcoano*) causándole dos heridas, una en la región glútea derecha y otra en la femoral del mismo lado, de cuyas resultas falleció pasado algún tiempo.

Era el toro colorado, ojinegro, abierto de armas, cornipaso, ligero y de poco respeto; tomó seis varas y tres pares de banderillas; mató dos caballos y *Villita* le despachó de una gran estocada.

Cimbareto.—Toro de la ganadería del Sr. Duque de Veragua, que como dijimos en el lugar correspondiente, inutilizó en la plaza de Cartagena al desgraciado Rafael Sánchez (*El Bebe*), el día 5 de Agosto de 1888. Fué corrido en quinto lugar y era negro, bragado y de condición receloso.

Codagora, Bibiano.—Pintor napolitano. Tiene en el museo del Prado de Madrid un cuadro de bastante mérito que representa la «Perspectiva de un anfiteatro romano.» En él aparece con toda claridad la estructura del gran coliseo de Vespasiano, y con su vista explica, escenográficamente, hasta los menores detalles de estas construcciones, destinadas, como es sabido, a la lucha de nombres y de fieras.

Comeche, Manuel (*El Espartero*).—Nos ocupamos de este desgraciado, con poco encomio ciertamente, en la página 200, pero sin presumir que habríamos de tener precisión de referir tan pronto su desgraciado fin.

Lidiando toros de puntas en la plaza de Nimes (Francia) el día 4 de Octubre de 1896, tuvo la mala suerte de ser cogido por uno de ellos, que le dió una terrible cornada de cuyas resultas falleció el día 7 del mismo mes. Fué sentida su muerte en aquél gran pueblo, y le condujo al cementerio numerosa concurrencia. A la cabeza del cortejo figuraban ocho coronas, llevadas la mayor parte por la cuadrilla de Niños Nimeses. Dichas coronas habían sido ofrecidas: por la dirección y personal de la plaza, por la colonia española de Nimes, por los amigos y toreros de Marsella (las tres de exquisito gusto), por el *Toreo Franco-Español* (de siemprevivas, con una corbata de los colores rojo y gualdo, cubierta de crespón), por los amigos de Nimes (de siemprevivas), por los Niños Nimeses, por D. Manuel García y el picador Amaré (de flores artificiales). Seguía el paño fúnebre, sostenido por D. Manuel García, Mr. Millaud, director del *Toreo Franco-Español*, Mr. Cassagne, de *L'Ecair* y

Mr. Parent, del *Petit Meridional*. Los toreros Amaré, Metralla, Guadalajara y Carbonell, condujeron el ataúd hasta el coche fúnebre, formándole enseguida guardia de honor. Presidieron el duelo, Mr. Carlos Mathieu, teniente de alcalde y el vicecónsul de España. La Comitiva marchó al cementerio, entre dos filas de curiosos que se descubrían respetuosamente. Una vez en la mansión de los muertos, se pronunciaron discursos ante la tumba del malogrado diestro por los señores Cassagne, Crouzat (vice-consul de España) y Millaud, elogiando las prendas que como particular y como artista, poseyó el finado.

La falta de arte le condujo á ese fin. ¡Pobre chico!

Cordero, José—Picador, natural de Villalba del Alcor, que mucho debía valer cuando lo empleaba *Pepe Illo* para sus ajustes. Así aparece de un cartel de 1775.

Cordero, D. José.—Gran aficionado al arte de torear y amigo particular de *Cara-ancha* y del no menos aficionado D. Eusebio Mendoza, famoso sastre que vistió, en Madrid, á los toreros de más nombre con ricos trajes de luces, de campo y de calle.

Fué Cordero el fundador del periódico *El Toreo* en 1868, en unión del Sr. Ayustante que colaboró con él, y hombre muy entendido en todas las materias concernientes á toros.

Cordero, Alberto.—Debió ser hermano de José porque, como éste, era natural de Villalba y trabajó al lado de *Pepe Illo* en 1778.

Córdoba, Francisco de.—Banderillero, natural de Utrera, que acompañaba á *Guillén* en 1778. Hay de él pocas noticias.

Corona y Pece, D. Miguel.—Eminente jurisconsulto del foro sevillano, ex.diputado á Cortes, concejal y persona apreciablesima por su trato ameno y áticas frases de que siembra su conversación, siendo el encanto de cuantos le oyen, pues dice admirablemente y con un gracejo tan especial que sus frases corren de boca en boca.

En sus mocedades tuvo sus aficiones á la literatura, escribiendo, en versos, revistas taurinas, y como aficionado inteligente alcanza gran boga en Sevilla, donde tiene verdadera popularidad, pudiendo decirse que su amistad y padrinazgo ha sido siempre solicitado de todos los buenos diestros y de los que empiezan su carrera.

Ultimamente ha hecho un nuevo Reglamento taurino para aquella plaza, que aunque mereció la sanción de la Autoridad que le encomendara tal trabajo, no ha sido interpretado debidamente, con lo que ha venido á probarse, una vez más, que nuestras autoridades tienen á bien el dispensar favores á empresas, ganaderos y á diestros, mejor que defender los intereses de la afición que sostiene el espectáculo, ni del público en general.

Corrales, Manuel.—Sevillano y banderillero, en 1778, cuyos méritos se desconocen, aunque llegó á trabajar en buenas cuadrillas.

Corrida.—Véase Paseo, en cuya voz va explicado el modo con que se verifican actualmente: por cierto que allí omitimos decir, que después de la colocación de los picadores en sus puestos, el Presidente arroja, desde su palco, al alguacil que á caballo la espera en el sombrero, una llave adornada con rico lazo de seda y plata ú oro, y que se supone ha de servir para abrir la puerta del toril, á cuyo fin la entrega al chulo encargado de descorrer el cerrojo de los toriles.

Correr la llave, es siempre una de las aspiraciones de los buenos jinetes, porque atravesando dos veces la arena, tienen ocasión de lucirse con un buen caballo, si saben manejarle.

También olvidamos añadir, que solo en los días de corrida ondea la bandera nacional en lo alto del edificio que constituye la plaza de toros, y eso no en todas; y que, en cumplimiento de lo que disponen los Reglamentos y contratos, tienen asiento preferente en el circo y obligación de asistir al mismo un arquitecto, dos médicos, un farmacéutico, con un buen botiquín, dos veterinarios y el cura con un acólito y los Santos Óleos. (Véase ENFERMERÍA.)

Cortesías.—Sin que pueda decirse que los españoles somos tan extremados en hacer reverencias, como los portugueses, ni tan cumplidos en exterioridades como los franceses, ni tan delicadamente finos como los italianos, somos, sin embargo tan aficionados á ser galantes, atentos y corteses, que consideramos falta imperdonable cualquiera de aquellas que pueda presumirse ausencia de esmerada educación en todos los actos de la vida. No hablemos de los particulares en que la sociedad exige á cada uno demostraciones diversas de atención, según sea mayor ó menor la franqueza ó intimidad de relaciones que aquellos sostengan entre sí; refirámonos tan sólo á los que en público se ejercen por personas contratadas para darle di-

vertimiento, ciñéndonos á los que se relacionan con nuestra fiesta nacional.

Desde que se lidiaron toros en Plaza cerrada, fué costumbre ó ley, entre los caballeros que habían de alancear y rejonear, apcarse del caballo ante la autoridad real, saludándola rodilla en tierra y cabeza descubierta, en cuya aseveración están conformes todos los autores antiguos que de tal asunto escribieron. A tal punto se llevaba este acto de cortesía, que cuando algún rey salía á quebrar rejoncillo ó alancear, saludaba—desde el caballo—á la reina que presidía, antes de colocarse en sitio conveniente para ejecutar la suerte. En muchas de las *Reglas para torear*, que se han escrito de tres siglos á esta parte, se hace mención de dicho acto como obligatorio, llegándose á añadir en alguna, como en las que en 1652 dió á luz en Burgos D. Antonio Terán, Dean de aquella santa iglesia, diferentes frases preceptivas hasta del modo, postura y ademanes con que debían entrar los caballeros en el coso.

En nuestros días hemos visto, al celebrarse las corridas llamadas reales, que los caballeros rejoneadores han descendido con sus padrinos de la carroza que los conducía, y juntos se han inclinado, rodilla en tierra, ante la presidencia de los reyes; y no hace aún 40 años que los toreros de profesión, al ir á brindar la muerte del toro al rey ó reina, hincaban la rodilla en tierra, saludando humildemente.

Esta vieja costumbre, que venía observándose desde los tiempos del despotismo y de los reyes absolutos, desapareció en Madrid el año de 1854, no por atreverse los matadores á brindar ó saludar en pié, sino por las protestas y silbidos del público, que no consintió más aquel acto de servilismo. El último que la practicó fué José Muñoz (*Pucheta*), cuando aún tenía el prestigio de Jefe de las barricadas del distrito de la Latina de Madrid. Sin embargo, algún espada en las funciones reales de 1877, y después en otra presidida por los reyes, ha observado aquella conducta.

Y como lo cortés no quita á lo valiente, siquense haciendo en las plazas de toros por los que en la fiesta tienen participación, sea en el concepto que quiera, las siguientes cortesías, que aplaudimos y deseamos no se olviden por lo que de atentas y urbanas tienen, sin desdoro ni daño de la dignidad de las personas.

El primer saludo es y debe ser el que hace al público el presidente cuando se presenta en el palco de la autoridad. Puede considerarse como justo tributo de consideración al pueblo.

Acordado el despejo de la plaza, los alguaciles encargados de verificarle, colócanse debajo del palco presidencial, cara al mismo, y saludan sombrero en mano, marchando después á cumplir su

cometido. Esto en el cumplimiento de la obligación que impone el servicio que desempeñan respecto á sus superiores.

Cuando los mismos alguaciles, concluido el despejo, vienen al ruedo al frente de las cuadrillas, todos los que componen estas saludan á la presidencia, descubriéndose la cabeza, y marchan á cambiar los capotes de lujo por los de faena, los de á pié, y á tomar las garrochas y ocupar sus puestos los de á caballo, para disponerse á la lidia. Al mismo tiempo que un acto de cortesía hacia el pueblo, representado allí por la autoridad presidencial, es un deber que satisface la Empresa presentando en la arena los lidiadores anunciados y el servicio conveniente. Hasta los perros de presa para los toros que no entrasen á varas formaban antes en el lugar conveniente de las cuadrillas.

Retirada del redondel la gente inútil, vuelve el alguacil que «corre la llave» á descubrirse ante la autoridad, esperando de su mano aquél objeto; y luego que la recibe, marca la ruta del caballo con dirección al toril, saliéndole al encuentro el chulo encargado de abrir los chiqueros que á su vez se descubre ante el ministril, volviendo cada cual por su camino. Al final de este, saluda de nuevo el alguacillito al Presidente y se retira. En estas tres cortesías se demuestra en el dependiente de la autoridad, obediencia á la misma, y en el Chulo la satisfacción de lo que estima indispensable.

Van más de media docena de saludos y aún no ha empezado la corrida. Si en ella toma la alternativa algún espada, las primeras cortesías son las que se cambian entre los banderilleros del matador que la da y del que la recibe. Lo mismo estas que la que se verifica después entre ambos matadores, significa la reválida ó concesión del grado, en la facultad, y la enhorabuena que dar los compañeros antiguos á los modernos. Si leyésemos el pensamiento de algunos, en determinadas ocasiones, posible es que viéramos escrito aquello del portugués, que decía: «Estos cumplimientos d'os castesaos me reventan.»

Ya con los trastos en la mano, el matador va derecho á saludar al Presidente, no como pidiéndole venia, sino en son de alarde de valor que ofrece y brinda al representante del pueblo, á éste, al esplendor del toreo, á la gracia del bello sexo, etcétera, y cuando ha llenado su cometido vuelve á saludar cortesmente, enorgullecido con los vitores del concurso ó amostazado si las cosas no han salido á medida de su deseo. Estas dos últimas cortesías se repiten tantas veces cuantos espadas tomen parte en la función al matar su primer toro.

Y desde hace algunos años se ha suprimido la que hacían los picadores al concluir su trabajo en el último toro, parándose juntos los de tanda frente á la presidencia, soltando al suelo las garro-

chas y quitándose los sombreros. Era la petición de permiso para retirarse, que no se consideraba concedido mientras el Presidente no correspondía al saludo con igual formalidad.

El que preside es el último que debe saludar al público, al retirarse, concluida la función.

Tantas cortesías y saludos, demuestran que al par del valor y entereza que ponen de manifiesto siempre los españoles, nunca olvidan los deberes de atención y galantería que la sociedad impone, y que su caballeresca imaginación les exige.

Cortito.—Sobresaliente toro de la ganadería de D. Manuel Suárez. Fué lidiado en primer lugar en la corrida del 6 de Septiembre de 1857, celebrada en Málaga; tenía seis años y era negro bragado. Recargando tomó veintidós varas, puso fuera de combate á un picador é hirió diez caballos, y le mató el célebre Manuel Domínguez, á los sesenta y seis días de la cogida en que perdió el ojo derecho, demostrando arte y valor.

Cremades, Antonio (Triti).—O cambia este chico de modo de torcar ó debe dejar el oficio, que no es prudente arriesgar la vida por exceso de valor y pundonor. Que estudie el modo de ir á la suerte los banderilleros acreditados y que los imite, que bien puede.

Cuadrilla.—Las de toreros perfectamente organizadas, no lo fueron así, hasta que en realidad ejercieron el oficio hombres pagados al efecto, y nos fundamos para creerlo así, en que si bien hubo lidiadores caballeros, ya moros, ya cristianos, en los siglos VIII y IX, que juntos se presentaban en los cosos á lidiar toros, lo hacían unos á pie y la mayor parte jineteando, independientemente unos de otros, sin formar asociación, ni reconocer entre ellos jefatura de ninguna clase.

Aun entre los hombres pagados por lidiar toros, á los que indudablemente se refieren las leyes 4.^a, 5.^a y 10, títulos 6, 7 y 16 de las partidas 7.^a, 6.^a y 3.^a y la Bula de 20 de Noviembre de 1567, imponiéndoles severísimas penas civiles y eclesiásticas, dudamos mucho hubiera uno entre ellos que hiciese de maestro ó jefe superior, porque reducida entonces la lidia, más que á lidia, á lucha con las reses bravas, entre gente desordenada y en grandes pelotones, aquello debía tener más carácter de brutal atrevimiento que de formal espectáculo sujeto á las disposiciones de un director; y lo prueba la acometida que los hombres armados de chuzos, lanzas cortas y otras armas arrojadizas, hacían contra los toros sin orden ni concierto, sien-

do imposible que en tal confusión atendiese ninguno las indicaciones de otro. Podría entre todos haber alguno pagado para torear de la mejor manera que pudiera y supiera, pero ni hay datos para creerlo así, ni esa circunstancia sería suficiente aunque se probase, para suponer que aquél hombre fuese, por el mero hecho de ser retribuido, jefe ó cabeza de los demás que en la lucha tomaban parte.

Hay más, y de esto rogamos á nuestros lectores tomen nota para añadirla á cuanto hemos dicho acerca del «Origen de las corridas de toros», si como se cree por la gente que entiende de arqueología, el *Cenobio*, ó gran monasterio de Ripoll, en la provincia de Gerona, cuya soberbia arquitectura es admiración de propios y extraños, fué construido en tiempos de Wifredo el Velloso, á fines del siglo VII, hay que afirmar que en los juegos de toros, conocíanse ya, si no, jefes de cuadrilla, por lo menos á uno de los combatientes como preferente á los demás, toda vez que en la magnífica portada de aquél hermoso edificio, destinado á P. P. Benedictinos, se ve al costado derecho de la portada principal, esculpido en el tercer cuartel ó espacio de los que contiene, contando de abajo arriba, un grupo de hombres vestidos como los antiguos celtíberos y con rodela en la mano izquierda y espada en la derecha, de los cuales uno de ellos, por cierto el más gallardo y el que más sobresale entre todos, colocado frente á frente de un toro, esperándole para herirle.

Ese precioso dato histórico, que prueba cumplidamente que la fiesta de toros era conocida y practicada en España en el año 874, ó sea hace *doce siglos*, no es bastante, sin embargo, á convencernos de que aquel luchador fuese quien mandase en los demás, pues que su colocación preferente pudo ser muy bien cuestión de estética, ó capricho ó necesidad del artista. Bueno es advertir, para que no se nos tache de poco veraces, que no falta quien atribuya la construcción del *Cenobio*, á los artífices del siglo XII, pero consultando, entre otros libros que nos han dado poca luz, el magnífico *Diccionario Geográfico* etc. de Madoz, vemos, en él, que el conde Wifredo el Velloso, se le indica expresamente como el que dotó á Ripoll de aquel monasterio y sabido es que dicho soberano mandó allí en 874 y siguientes años. De todos modos esa piedra, allí grabada y que se conserva bastante bien, da patente testimonio de que en tiempos de los celtíberos se corrían toros en España, como hemos sostenido siempre contendiendo con los que quieren dar á Grecia, Roma ó al África la primacía en tales juegos.

Volviendo al asunto principal de este ligero estudio, somos de opinión, como Pascual Millán, de que antes del siglo XIII no hubo asociación de personas al mando de otra con objeto de lidiar to-

ros. ¿Puede afirmarse que existía esa asociación, compañía ó cuadrilla en el siguiente siglo XIV? Creemos fundamentalmente estar en lo cierto al responder en sentido afirmativo, si bien dudando aún sobre la jefatura de tales cuadrillas; porque si en los finales del siglo antedicho, en primer lugar, y luego durante el que empezó en 1300, los caballeros que alanceaban y rejoneaban toros, tenían á su servicio hombres prácticos, que por un estipendio, sueldo ó salario, les servían á pié para preparar las suertes y librarlos en las caídas, á fin de que pudiesen realizar el *empeño de á pie*, no consta que se entendiesen con uno de ellos, como cabeza de aquella agrupación, si no que más bien no consentirían los magnates que allí hubiese otro jefe que ellos mismos. Ya dijimos, en la página 10, que cuando el rey Carlos II mandó celebrar en Pamplona una corrida de toros sueltos en el año de 1385 hizo venir de Aragón dos lidiadores, que eran uno moro y otro cristiano, para que los lidiases, pagándolos cincuenta libras por su trabajo; tal suceso nos inclina á creer que si la asociación ó compañía existía ya, no la jefatura, puesto que por igual se les pagó; y otro tanto pasó cuando á los *hombres de lidia* se les pagaron sesenta libras por asistir á una corrida con que en el mismo año obsequió dicho rey, en la referida plaza de Pamplona, á la duquesa de Lancaster á su paso para Castilla. Pero después, en relaciones de fecha posterior á las de esas fiestas, se habla del moro Alcayad, que residía en Zaragoza y con el que se entendían los jurados de Tudela para contratar las corridas y los *homes* que las jugasen; y esto nos hace conocer con certeza, que había entonces cuadrillas organizadas y dispuestas á acudir al sitio á que se las llamase. Ahora, si el moro Alcayad era jefe activo de alguna de ellas, ó si sus funciones se limitaron á las de un contratista, ó á las de un apoderado ó representante (como ahora se dice) eso no consta, ni hemos hallado documento alguno que indique siquiera quién fuera el maestro ó director de los lidiadores.

Lógico es creer que desde entonces contarían las agrupaciones de tales hombres con uno que, por más valiente, más relacionado ó de mayores conocimientos, le estimarían como superior en gerarquía, ya le llamasen capitán, jefe ó maestro: en todas partes, sociedades ó corporaciones que se componen de más de dos individuos, hay uno que por su mérito, por su edad ó por otra causa ejerce las funciones de jefe ó presidente, y claro es que cuando ya se celebraban corridas de toros por toreros de profesión y en plazas cerradas construidas al efecto, más de tres y de cuatro lidiadores habría en ellas, y por consiguiente alguno tendría la investidura de *cabeza* de cuadrilla. De suponer es también que este fuese el que convocase

á otros compañeros en las ocasiones en que él fuese llamado, ejerciendo por lo tanto sobre ellos, si no verdadero imperio, segura autoridad.

Este es, en nuestro concepto, el principio de la formación de la torería en cuadrillas.

Pasados años, separados de la arena taurina los hidalgos y los nobles, y apoderados de ella los plebeyos, siguieron en la misma forma toreando, juntos sí, pero con ajustes separados, Francisco Romero y sus sucesores desde el primer tercio del siglo XVIII, continuando esta costumbre por muchos años, al menos en Madrid, donde han cebrado por nómina individual cada uno de los picadores, matadores, banderilleros, cacheteros, etc. Recomendaciones particulares de personas distinguidas y de diestros célebres—alguna de las cuales poseemos—se dirigían á la Real Junta de Hospitales en favor de diestros determinados para que los admitiesen á trabajar, y esto indica que de haberse subordinado á la voluntad de un jefe, á éste hubiéranse dirigido las recomendaciones, puesto que él sería el que pudiera dar trabajo á los solicitantes, y no los dueños ó arrendatarios de las plazas. A pesar de ello, hay fundadas presunciones de que en la época de Juan Romero y los Palomos, los toreros de á pie componían sociedad ó cuadrilla, puesto que en casi todas las funciones en que trabajaban dichos matadores figuran unos mismos peones, con escasas diferencias, por más que cada uno de por sí cobrase su haber separadamente. Tan fundada es tal opinión, que por lo menos desde la época de *Pepe Illo* ya no cabe duda de que los diestros de á pie (no los de á caballo) formaban cuadrilla á las órdenes de un jefe. Dígalo si no el contrato original—que hemos visto y sido los primeros en publicar en la prensa madrileña—que de mala manera y como él sabía, firmó dicho desgraciado matador en Madrid á 19 de Agosto de 1777, comprometiéndose á matar y banderillar diez y seis toros *con su cuadrilla* (textual) en la villa de Talavera de la Reina, en la Plaza de Nuestra Señora del Prado, y cuyo documento conserva cuidadosamente el Ayuntamiento de dicha villa en su archivo. En él resulta de un modo claro y evidente que ya había cuadrillas sujetas ó dirigidas por un jefe, y así ha seguido luego hasta nuestros días, con la circunstancia atendible de que los picadores, que siempre formaron rancho aparte, contratándose por sí, y aparte de los matadores, entraron en las cuadrillas de éstos á sus órdenes y elección, como los peones, y con sueldo señalado á cada uno de ellos, desde principios del presente siglo.

Hasta la célebre Martina García formó *cuadrilla* de mujeres *desimpresionables* para torear en novilladas; y los diestros Ortega, Mora, Caniqui y mu-

chos más, siguieron igual camino, educando para el toreo jovencuelos de corta edad. ¿Qué más? hoy mismo se hallan constituidas en maestras del arte de torear dos chiquillas catalanas, Lola y Angela, que con su cuadrilla de señoritas andan cosechando aplausos por España y el extranjero, y no serán los últimos que se dediquen al arte, esos hombres y esas mujeres, de quien no hubiéramos hablado ni hecho mención si no nos creyésemos obligados á incluir en este libro cuando de toros trate.

El estado en que hoy están constituidas las cuadrillas de toreros, y que es el mismo, poco más ó menos, que se observa desde Francisco Montes, exige en los picadores y banderilleros una sumisión completa en todo cuanto se refiere al toreo, á la autoridad del espada que los dirige. El se ajusta con las empresas por un tanto alzado y él paga, como le parece ó se conviene, á los individuos de la cuadrilla, tanto de á pie como de á caballo, sin intervención de persona alguna: él los admite y los despide de su compañía cuando tiene por conveniente, y él los tiene de «escolta» la mayor parte de las horas del día y de la noche en los pueblos donde trabajan.

Las atribuciones de estos maestros—así llaman á los matadores de alternativa—dentro del redondel, *son y deben ser* aun más rígidas y severas, y allí tiene facultades tan omnimodas, que desde cualquier punto de la Plaza puede mandar á un picador ó á un peon al sitio que le marque á encontrarse con el toro, á picarle, capearle, etc., sin derecho alguno á replicar por parte de éstos, aunque no sea el jefe de su cuadrilla quien lo ordene y si el de otra más antiguo y por consiguiente el director de la lidia.

Por desgracia no hay siempre la subordinación debida en la gente de las cuadrillas, dimanando este gran inconveniente del carácter discolo de los subordinados ó del carácter blando de los jefes, que han llegado á serlo, tal vez sin los merecimientos necesarios y con el escaso prestigio que dan los pocos años para mandar á otros cuyos cabellos empiezan á encanecer. No contribuye poco á esa indisciplina pasiva—que directa y descarada no la hemos visto—la circunstancia de haber ahora, como nunca, tantas funciones de toros, y por consiguiente tan gran número de cuadrillas en que poder ingresar los que de otra salen.

Con todos sus inconvenientes, aceptamos como mejor para el buen resultado de las fiestas, la existencia de cuadrillas al mando del espada, porque es indudable que cuanto mejor y de más mérito sea éste, se agruparán á su lado los peones más notables, y aprenderán con mayor facilidad, por la práctica continuada, los secretos del arte que ha inmortalizado á los grandes maestros.

Cuervo Paso, Juan.—Nació en Badajoz el 23 de Junio de 1827, y desde joven se dió á conocer entre las cuadrillas de aficionados como uno de los más inteligentes en tauromaquia. Formó una tropa de otros muchachos, con los cuales toreó en público muchas novilladas, y desde que *Cúchares*, en Olivenza el 29 de Junio de 1868, le cedió un toro, al que tuvo la suerte de matar bien, se creyó un buen estoqueador y tuvo cierta fama en su país.

Anduvo trabajando como pudo, hasta que en Albuquerque el 29 de Septiembre de 1883, un toro de los que causan respeto por lo grandes, cornalones y no proceder de casta conocida, le cogió al tender la muleta para darle un pase, le volteó, y á consecuencia de los porrazos falleció en el hospital el 24 del mismo mes. Ya en los últimos años de su vida era el que abría en Badajoz la puerta del chiquero; atrevimiento fué dejar la llave por el estoque á los cincuenta y seis años de edad.

Cusachs, D. José.—Expuso en el Salón-Paris de Barcelona en 1892 un precioso cuadro de grandes dimensiones, denominado «Regreso de la Tienta,» en el que figuran retratados garrochistas, ganaderos y varias personas en carruajes, con una animación, riqueza de detalles y entonación tan vigorosa que cautivan. El paisaje es la dhesa de Tablada en Sevilla.

Este notable artista, que empezó por afición, se ha dedicado á pintar asuntos militares, y sus cuadros de este género se cotizan á gran precio. Es el único que hoy con Unceta pinta caballos, verdaderas maravillas de verdad y colorido. Reside en Barcelona, y fué capitán de artillería del ejército español. Ha obtenido varias medallas en distintas Exposiciones.

CH

Chavarria, Antonio (*El Aragonés*).—Banderillero bastante adelantado, que en unión de Luis García Villaverde pasó á América, donde torearon ambos en diferentes plazas, y á su regreso á España perecieron en el naufragio del vapor *Apolo*, en que se habían embarcado, gozosos del buen resultado de su campaña taurina. Era un muchacho muy valiente.

Chavez, Romualdo.—Natural de San Luis de Potosí, bravo y valiente, es un picador de toros al

estilo mexicano, que adquirió buena reputación en todas las plazas de aquella república y en otras donde aún estiman como bueno su trabajo.

Checa, N.—No ha sido posible comprobar el nombre de este torero, que sólo llegó á jugar con novillos embolados. Falleció en la plaza de Málaga, que se construyó en el sitio que hoy ocupa la cárcel pública, allá por el año 34 al 36, de resultas de un golpe que le dió una res embolada, quedando en el acto casi muerto.

Era hijo de dicha ciudad de Málaga, y vecino de la misma.

Chueca, D. Federico.—El músico más popular de los que en zarzuelas y juguetes del gusto moderno han escrito música para el teatro. Aprovechando el gran caudal que suministra esa masa anónima que se llama pueblo con sus canciones populares, que conoce como pocos, é inspirándose en ellas, así como en la originalidad de su imaginación, ha dado á todas sus composiciones un sello tan especial que no puede confundirlas con otra alguna. En la zarzuela de Luceño y Burgos titula-



da *Fiesta nacional*, y en otras en que se enaltecen las corridas de toros, ha hecho alarde de su gran afición al arte de Montes, colocando números preciosos en los principales pasajes y parlamentos; y nadie ignora que es autor de la famosa marcha de Cádiz, que es el moderno himno nacional, y en premio del que, á petición unánime de la prensa, el gobierno acaba de concederle en 1896 la cruz blanca del mérito militar.

D

Dávila y Palomares, D. Martín.—Es autor de un romance que dedicó, titulándose su criado, á la Majestad cristianísima del invictísimo señor Luis XIV, rey de Francia, y en él describe con entusiasmo «la fiesta de los toros y demás festejos, y la ida á dar gracias á Nuestra Señora de Atocha que ejecutó el rey nuestro señor Felipe V (que Dios guarde) el sábado después de su entrada».

Suponemos que la fecha, que no dice, se refiere al 18 de Febrero de 1700 en que entró en Madrid dicho rey en cuyo honor se celebraron las fiestas que duraron hasta mediados de Abril.

Díaz, Ponciano.—No fué en el año de 1859 sino en 1879 cuando este diestro mexicano se presentó en su país por primera vez como jefe de cuadrilla. Sirva de rectificación al error cometido en la línea 5.^a primera columna, de la página 235.

Durán, Julio.—Tanto alaban á este banderillero los periódicos y correspondencias mexicanas, que de ser cierto cuando dicen de él, su mérito debe ser extraordinario. Quisiéramos verle, pero que no hubiese luego necesidad de rebajar nada.

E

Enríquez de Cabrera, D. Juan Gaspar.—Almirante de Castilla que á instancias del Deán de Burgos, escribió en 1652 *Las Reglas para torear* que volvieron á imprimirse en 1668 y 1683 del libro *Fragments del ocio* que recogió una marcada atención.

Esteban y Vicente, D. Enrique.—Discípulo de la escuela especial de pintura y natural de Salamanca. Como los Sres. Cusachs y Unceta, se dedica con especialidad á tratar asuntos militares, que ejecuta con gran conocimiento, y á los de toros. El último cartel de las corridas de San Sebastián de 1896 y muchas acuarelas, tablas al óleo trasladándose á la época de principios de siglo, son sus

trabajos más notables y modelos de dibujos. Para D. Carlos de Borbón pintó dos cuadros representando la «Acción de Montejurra y la de San Pedro Abanto», que fueron muy elogiados por los diarios absolutistas.

F

Fajardo Córdoba, Vicente.—Su afición á los ejercicios de equitación le ha hecho ser picador de toros. Hallábase en Alicante en Agosto de 1890 y en una de las corridas allí celebradas, como faltasen picadores, porque el día anterior habían enviado á la enfermería los toros de Ibarra á los contratados, se vistió de moños en lugar de Joaquín Trigo



y salió á picar en la cuadrilla del *Espartero*. Desde entonces, adelantando cada día más, trabaja con afán, monta bien y va derecho á la cabeza de las reses. Que apriete más y tal vez el naípe se le dé en adelante con fortuna para ingresar en una buena cuadrilla.

Es natural de Oribuela, donde nació en 24 de Abril de 1866.

Faria Manuel, D. José.—Escritor portugués del siglo XVII, que publicó en Lisboa, en 1661,

una descripción de las fiestas allí celebradas con motivo del casamiento de los Reyes de la Gran Bretaña Carlos y Catalina, y en las que se corrieron toros en el «Terreiro do Paço» durante el mes de Octubre.

Fernández, Miguel.—Era banderillero en 1884, toreando en cuadrillas de novilleros. Ha debido adelantar poco, ó dedicarse á otro oficio, porque su paradero, como lidiador, está ignorado completamente.

Fernández de Andrada, D. Pedro.—En 1616 imprimió y dirigió á D. Felipe Manrique un libro, que tituló «Nuevos discursos de la Gineta de España sobre el uso del cubezón», ocupándose en la tercera parte, de las cuatro en que se divide la obra, de la lidia de los toros.

Fernández Moratín, D. Nicolás.—Por una equivocación inexplicable, que no acertamos á comprender, hemos incluido en la página 289 el nombre «Fernández Moratín, D. Leandro» en vez de



referirnos á su padre D. Nicolás, autor de las célebres quintillas que tituló «Fiesta antigua de toros en Madrid», de que allí hicimos mención, de la famosa oda «A Pedro Romero, torero insigne», que empieza con aquel verso

Cítara áurea de Apolo á quien los Dioses

y otras más en que demostró su talento y afición á las lides taurinas.

Indudablemente, la ilustración del mayor número de nuestros lectores, al advertir la equivocación la habrá subsanado cambiando el nombre de D. Leandro por el de D. Nicolás, que es á quien quisimos referirnos.

Fernández Caballero, D. Manuel.—Nadie en el mundo ignora que este celebrísimo maestro es el autor de la música de más de ciento cincuenta zarzuelas españolas aplaudidas hasta el delirio. Todos saben que, en su larga vida musical, ha compuesto infinidad de piezas sueltas, arreglos de trozos de ópera, valeses, polkas, marchas, pasos dobles y cantos religiosos; y los muy entendidos en música conocen que Fernández Caballero es un autor



distinguidísimo, de genio, de inspiración, y de los que con más éxito han cultivado el canto popular, dándole importancia excepcional. Pero lo que no había llegado á ser comprendido, es que al llegar á una edad avanzada y casi ciego, pudiese componer tan adecuada música á un libro cuya base, cuya esencia, es genuinamente taurina, que con su talento admirable ha compenetrado en su cerebro, recordando, sin duda, aquellos años de su existencia en que siendo estudiante y obteniendo en el Conservatorio de Madrid el primer premio de composición era un buen aficionado á nuestra fiesta nacional y aplaudía con frenesí la gentileza y elegancia de Cayetano, y la graciosa figura del Tolo. Solo entendiendo bien lo que son las corridas de toros —de cuya vista está privado por desgracia á causa de su ceguera— pueden amoldarse, como él lo ha hecho oportunisimamente, las brillantes notas que ha colocado, en colaboración con el maestro Hermoso, en el precioso sainete de Romea titulado *El Padrino del Nene*. Sentíamos en el alma no poder incluir en nuestro *Diccionario* al eximio autor de la música de *El Salto del Pasiego*, de *La Marsellesa*, *El loco de la guardilla*, *Las nueve de la noche*, *El dúo de la Africana*, y otras cien producciones, porque no se referían al espectáculo taurino, pero al ver empleado su prodigioso talento en la obra antedicha que contiene cuadros acabadísimos de una corrida de toros, no podemos menos de felicitarnos al tener ocasión de rendir un tributo de entusiasmo al maestro compositor de más bríos en la moderna escuela del arte que inmortalizó á Beethoven. ¡Plástima que la índole de este libro no nos permita extendernos

mencionando las piezas de música, por él compuestas, de primer orden, que causan envidia á los más eminentes maestros!

Nació en Murcia el 14 de Marzo de 1835, y puede decirse que nació músico, puesto que antes de los siete años cantó como niño de coro; estudió piano, violín y flautín, y tocó en orquesta y banda; sin profesor aprendió el cornetín, fígle, oboe, trompa, etc., y á los doce años compuso ya diferentes piezas musicales que fueron la admiración de los inteligentes. No es posible en un libro como éste, abarcar como quisiéramos todos los puntos que para una biografía son necesarios, y esa es la razón que tenemos para no hablar de sus brillantes triunfos, siempre constantes, en América y en España, ni de las muchas sociedades y corporaciones nacionales y extranjeras que tienen la honra de contarle en su seno, ni de las merecidas condecoraciones que su pecho adornan, ni de la especialísima circunstancia de que Fernández Caballero ha vivido siempre alejado de todos los círculos y reuniones en que suele dispensarse la protección por simpatías. Unicamente diremos que una sola obra de las suyas—*El duo de la Africana*,—cuenta el fabuloso número en España de más de *cuatro mil* representaciones; y que iguales trazas lleva su obra *taurómaca*, al principio mencionada.

Finci, Leopoldo.—Toma parte en varias corridas de toros en Portugal, como mozo de forcado, y es aplaudido por su valentía y conocimientos. Hijo de Francisco y natural de Lisboa, donde nació en 1862, pertenecía últimamente al grupo de forcados del amador Simao Ferreira.

Flores, Andrés (*Barberillo Olivares*).—Es más conocido en Andalucía que en el resto de España.



De figura simpática por su juventud, mata en novilladas como puede, con valentía y voluntad, y

es lástima que no ingrese en buenas cuadrillas para aprender con el ejemplo. Ténganse estas palabras como adición á las que expusimos en la página 297, segunda columna.

Francisco, Alfonso (*Redondillo*).—Poco puede decirse de un principiante á quien no se ha visto más que una vez en el ruedo. No es mala figura, ni parece que se da mala traza para banderillear.

Franco Fernández, D. Fernando.—Tal vez en la provincia de Albacete no haya un aficionado más entusiasta por las corridas de toros que este escritor público, corresponsal de diferentes periódicos de Madrid, Barcelona, Sevilla y otros puntos, donde, por sus acreditadas revistas, se ha conquistado un buen nombre.

G

Gadea, Felipe.—En 1874 trabajó en la Habana cuando el gaditano Lázaro Sánchez, en clase de matador. Se atrevió á hacer competencia á Fernando Gómez. No nos consta su mérito.

Galofre, D. Baldomero.—Entre los muchos y buenos cuadros que se deben al distinguido pincel de este renombrado pintor, figura uno titulado «El vaquero», dibujo original de grandes dimensiones, reproducido varias veces. Es natural de Reus, y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona.

Gallegos, D. José.—Pintó un cuadro al óleo, «La Salve antes de la lidia», en 1894, que mereció el elogio de los inteligentes.

Ganaderías.—Con posterioridad á la publicación de esta *palabra*, hemos obtenido datos auténticos que modifican, respecto de algunas, sus condiciones de origen.

En uno de ellos, aparece que la vacada de D. Fernando de la Concha y Sierra, hoy de su viuda Doña Celsa Fontfrede, fué formada en 1878 con reses de Andrade y de Castrillón, que adquirió aquél del negociante D. Bartolomé Muñoz; y que la ganadería formada por D. Joaquín de la Concha y Sierra, cuya lidia data desde 1840 en toda España, y que se distingue con el hierro C^a, en el costillar derecho, señal de horqueta en la oreja izquierda y ra

lísaco y mosca en la derecha, y divisa celeste y rosa, vino á ser propiedad del actual dueño de ella *D. Joaquín Pérez de la Caneja*, cuando falleció su tío el dicho J. Caneja y Sierra en 1862. Heredada en totalidad, ni la ha desmembrado, ni nadie tiene participación en ella, poca ni mucha.

A los datos ciertos que respecto á la del señor *Marqués de Cullar de Baza*, dimos en el lugar correspondiente, hemos de añadir que para hacer más numerosa su ganadería compró al célebre espada *Lagartijo* ochenta y tres vacas, y que en estos tres últimos años las sirve como semental un toro de Muruve, notable por su finura y antecedentes; de modo que la vacada consta hoy de ciento quince vacas de tres yerbas ó más, ciento diez becerros de menos edad, unos treinta toros y once cabestros.

García, Juan (*Migas*).—Picador de toros en novilladas que sufre cada porrazo que canta el credo. Es duro, y quiere ser torero, y lo será, si aprende lo que le falta, que no es poco.

García Suero, Julio.—Natural de Sevilla, macero del Ayuntamiento de Madrid, que algunas veces asesoró á los presidentes en las corridas: su opinión es muy autorizada entre los inteligentes; ha escrito alguna revista en el *Toreo Cómico*, de Madrid, y es de los aficionados á quienes se debe oír, porque enseña.

García y García, Modesto (*Serranillo*).—Banderrillero no muy conocido en España.

Lidiando en la plaza de Lima, Perú, el día 20 de Julio de 1896 á las órdenes de un espada llamado el *Moreno*, le alcanzó un toro nombrado *Vendugo* y le infirió una herida en la ingle derecha que le causó la muerte en seguida.

García, Manuel (*Reventito*).—Es nada menos que jefe de cuadrilla: de una cuadrilla de niños sevillanos que lidia becerros erales con bastante desenvoltura. Como no nos gustan esas faenas que á nada conducen, á no ser á desvirtuar el verdadero arte, adquiriendo resabios difíciles de olvidar después; como la experiencia ha demostrado que todos los que así empezaron no saben luego torear más que *libres de cacho*, no queremos hacer mención de esas criaturas que, guiadas por su afición y tal vez por el interés, emprenden prematuramente una carrera tan expuesta y arriesgada, pero algo diremos acerca de este jovenzuelo por sus especiales circunstancias.

Es valiente y sereno como su tío Antonio Reverte

Jiménez; para más de lo que á su edad puede exigirse, no maneja mal el capote, pareo cuadrando bien, y no es en sus manos un estorbo la muleta, y á pesar de todo estoquea mal. Si se va por derecho, irremisiblemente es arrollado, y si cuarteo, claro es, atraviesa la espada, porque aún es joven para



tener el alcance necesario á tal tranquilo; añádase á esto la falta de fuerza en el brazo, y se conocerá su deficiencia.

Posible es que, dada su afición y condiciones, sea un buen torero dentro de ocho á diez años.

Gómez de Lesaca, Juan.—Al incluir en la página 306 la semblanza biográfica de este infortunado lidiador, no pensábamos ciertamente en que tendríamos necesidad de ocuparnos de nuevo de hombre tan simpático, á quien la muerte privó de una existencia preciosa. Su mala estrella le trajo á Madrid en ocasión de que su compañero *Lagartijo* caía herido, no de gravedad, en Granada, pero sí imposibilitado de acudir al compromiso de estoquear seis toros alternando con Emilio Torres (*Bombita*) en Guadalajara el 15 de Octubre de 1896; y designado para reemplazarle Gómez de Lesaca, marchó allá, animoso como siempre, en la mañana del mismo día, en que se verificó la corrida. Al principio de ésta, y cuando se lidiaba el primer toro, llamado *Cachorro*, al caer en la tercera suerte de vara el picador apodado el *Calesero*, acudió al encuentro el *Bombita* por encontrarse en el suelo el picador, y el toro, que se quedó en los tercios del redondel, á pocos metros de la izquierda de la puerta del toril y cerca de Lesaca, al volver éste la cabeza para avisar al otro picador que entrase en suerte, se arrancó derecho á él, ganándole terreno y si-

guiéndole hasta la barrera, donde, queriendo saltarla el diestro, se le fué el pie del estribo. Todavía pudo ganar éste, pero ya era tarde; en aquel instante el animal clavó su asta en la parte posterior del muslo derecho del lidiador, sacándole a la arena, en la que fué librado de nueva acometida por el auxilio de *Bombita*. Se levantó por su pie, traspuso la barrera, llevándose la mano al sitio de la lesión, y conducido a la enfermería se vió que la herida tenía quince centímetros de extensión por cinco de profundidad, con abundante hemorragia. Lo hizo la primera cura el médico Sr. Franco, durante la cual sufrió el diestro un colapso que asustó a todos los allí presentes. Pasó, se restableció la normalidad, y a ruegos y repetidas instancias del infeliz, al concluir la corrida, su amigo y apoderado D. Luis del Castillo, de acuerdo con *Bombita*, convinieron su traslación a Madrid, siendo conducido a la estación del ferrocarril en una camilla de la Asociación de la Cruz Roja; pero en vista de que el enfermo empeoraba por momentos, hasta el punto de hacer necesarios los auxilios de los médicos de la Compañía ferroviaria, Sres. Verdejo y Flores, se pidió, para no sacar al infeliz de la camilla, un furgón a la cola del tren mixto donde colocarla, lo que se consiguió ayudando la petición el gobernador de la provincia, Sr. Betegón. El último de los tres citados médicos, el Sr. Flores, acompañando la triste expedición y viendo sumamente postrado al herido, temió que antes de llegar a Alcalá terminara su existencia, pero con los auxilios científicos consiguió llegar a la estación central de Madrid y trasladar la camilla desde allí a la calle de Carretas núm. 4, Hotel de Castilla, donde el desgraciado tenía de ordinario su hospedaje. Aquí ya, al colocarle en el lecho, perdió la vida (que realmente le faltaba desde mucho antes) y cuando al día siguiente hizo el doctor Isasa, en presencia de su compañero Castillo, la autopsia del cadáver, quedó comprobado que la herida era mortal de necesidad, alcanzando una profundidad de veinticinco centímetros.

¡Cuánta gente de todas las clases de la sociedad acudió a ver y llorar al simpático y joven torero, que cuarenta y ocho horas antes era objeto de cariñosas demostraciones en el teatro de Apolo de Madrid! ¡Cuánta pena experimentó su amigo Castillo y otros más al contemplar en cama imperial lujosísima y en la capilla ardiente del Hotel al joven Lesaca, tan entrañable para ellos, tan discreto siempre, tan caballero en sus acciones!

El día 17 de Octubre de 1896, a las cuatro y media de la tarde, fué enterrado el cadáver en el cementerio de la Sacramental de San José y San Lorenzo, nicho núm. 585 del patio de Nuestra Señora de la Portería. La conducción del finado a dicho cementerio fué una verdadera manifestación

de duelo del gran número de aficionados que Madrid encierra. Más de diez mil almas asistieron a su entierro, y en todo el trayecto, desde la calle de Carretas, Puerta del Sol, calle Mayor, plaza Mayor, calle y puente de Toledo, la concurrencia fué extraordinaria y el sentimiento veíase retratado en todos los semblantes. Sus compañeros todos dedicaron coronas, ofreciéndose a la desamparada madre y a la angustiada esposa del finado para aliviar su suerte y la de tres pequeñísimas criaturas que dejó en triste situación, y los aficionados todos, con el mismo interés, demostraron el deseo de atender las necesidades perentorias que la falta del pobre Gómez de Lesaca ha de causar en familia tan desgraciada.

¡Pobre Lesaca!

González, Rafael (*Gonzalito*).—Es un muchacho nuevo, animoso y natural de Córdoba, que ha ido a probar fortuna y a ensayar sus fuerzas, picando toros en las plazas de Ultramar.

González Fiori, D. Joaquín.—No vamos a juzgarle como escritor, porque en su periódico *La Izquierda Dinástica*, que viene publicando sin interrupción desde el año 1882, demostró cómo pudo organizarse aquel gran partido político, y muchos son los artículos que podríamos citar, debidos a su pluma, que han causado verdadera sensación y dado lugar a encomiásticos comentarios.

Tampoco hemos de juzgarle como jurisconsulto, pues reconocidos son sus repetidos triunfos forenses y su innegable competencia en las cuestiones jurídicas.

Nada hemos de decir tampoco en cuanto a su carrera parlamentaria, porque diputado a Cortes desde 1872, y siempre por el distrito de Hoyos (Cáceres), aún se recuerdan con aplauso sus campañas. Ha llegado a segundo vicepresidente de la Cámara popular, el que tantos títulos reúne para haber ocupado otros puestos, a donde muchos llegaron con más escasos méritos.

Nuestra misión, atendido el objeto de este libro, es mucho más modesta, pues se reduce tan solo a dar cuenta de un suceso que pocas personas conocen, y que demuestra hasta qué extremo llegan el desprendimiento y la generosidad del Sr. Fiori, antiguo abonado a las fiestas taurinas. Cuando se celebró el Centenario de Colón, existía en esta corte una Sociedad benéfica, denominada *Dispensario nacional de Alfonso XIII*, y cuyo objeto no era otro sino el atender al amparo y protección de niños pobres y enfermos con las cuotas que abonaban los socios, y con los productos que se obtenían organizando espectáculos públicos.

Para contribuir á la celebración del Centenario, acordó dicha Sociedad nombrar una numerosa comisión organizadora de varios festejos, cuyos productos se aplicarían al socorro del *Dispensario*. De dicha comisión formaban parte más de cuarenta distinguidas personas, entre las que figuraban banqueros, títulos, directores de periódicos, catedráticos, etc., y todas ellas eligieron presidente, por unanimidad, al Sr. González Fiori, el cual tardó más de cinco meses en aceptar el cargo, porque comprendía cuán arriesgado era organizar festejos que habían de ocasionar cuantiosos gastos, sin antes reunir los necesarios fondos para ello, y fiados tan solo en la aventura de un favorable éxito.

Aceptada, por fin, dicha presidencia, se organizó para el viernes 11 y sábado 12 de Noviembre de 1892, una gran corrida histórica ó exposición del arte taurino, en la que habían de lidiarse ocho toros de Miura y otros ocho de González Nandín, en la siguiente forma:

Primer día.— Gran cabalgata histórico-taurina, en que tomaron parte más de 300 personas lujosamente vestidas, representando todas las épocas del toreo, desde el principio de la Edad media hasta nuestros días, ordenada en la forma siguiente:

Heraldos á caballo, trompeteros, timbaleros, jinetes y peones moros, caballeros, pecheros, el Cid Campeador con sus pajes, guerreros, alguaciles, Guardia amarilla, palafreneros, Tercios de Flandes, pregonero, cuadrilla de *Costillares* con perros y medias lunas, Caballeros en Plaza y carrozas, y las cuadrillas de actualidad, con todo el acompañamiento de servicio de plaza de las funciones extraordinarias.

Cuatro toros de D. Angel Nandín, por el orden siguiente:

Primer toro (siglo IX.) Lidiado, azconcado y enchuzado por jinetes y peones, en trajes de moros, no debiendo extrañar al público la índole del espectáculo, por ser de riguroso carácter histórico y esencialmente primitivo.

Segundo toro (tiempos del Cid.) Alanceado por D. José Rodríguez, representando al Cid Campeador.

Tercero y cuarto toros (siglo XVIII.) Lidiados por una cuadrilla con trajes de la época de *Costillares*, á cargo de Francisco Piñero y Gavira, compuesta del citado matador, cuatro varilargueros, cuatro arponeros y un sobresaliente de espada, ejecutándose las suertes acostumbradas en aquel tiempo.

Al empezar esta lidia, el voz pública, acompañado de dos corehetes, leyó el bando que era de rúbrica en aquella época.

Entre las suertes que se practicaron, una de ellas fué la de parchear, y también hubo dominiguillos, muy en boga entonces.

En el primero de los toros se pusieron arpones uno á uno, y en el segundo se reprodujo el invento de parear.

Cuatro toros de la ganadería del Excmo. Señor D. Antonio Miura, lidiados á la moderna por las cuadrillas de los reputados matadores José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*) y Luis Mazzantini, las que ejecutaron todas las suertes del toreo moderno, compatibles con las condiciones del ganado, como banderillas al quiebro, capeo de diferentes clases, salto de la garrocha, etc.

Espadas, José Sánchez del Campo (*Cara-ancha*) y Luis Mazzantini.

Picadores, José Trigo, Francisco Parente, Manuel Pérez (*El Sastre*), Rafael Alonso (*El Chato*) y un reserva.

Banderilleros, Pedro Campos, Antonio Fuentes, Francisco de Diego (*El Corito*), José Galea, Tomás Mazzantini y Luis Recatero (*Regaterillo*).

Puntilleros, Jerónimo Gómez (*Currincho*) y Manuel García (*Jaro*).

Sobresaliente de espada, Antonio Fuentes.

Segundo día.— Dos toros de la ganadería del señor Nandín, lidiados á la Jineta, por los afamados caballeros D. José Rodríguez y D. Mariano Ledesma.

Se advirtió de que, en caso de que hubiera motivo á un empeño de honor, el caballero D. José Rodríguez lo cumpliría dando muerte al toro con la tizona.

Seis toros, cuatro del Excmo. Sr. D. Antonio Miura y dos de D. Angel González Nandín, en lidia ordinaria, por los aplaudidos espadas *Cara-ancha*, Mazzantini, Enrique Santos (*El Tortero*) y Antonio Fuentes, sobresaliente de espada, con sus correspondientes cuadrillas, ejecutándose las suertes del toreo moderno, á que se prestaron las condiciones del ganado, y formada la última de dichas cuadrillas por los siguientes lidiadores:

Espada, Enrique Santos (*El Tortero*).

Picadores, Francisco Fernández (*El Calesero*) y Angel Herrero.

Banderilleros, Bernardo Hierro, Joaquín Menasalvas (*El Barberillo*) y José González (*Gonzalito*).

Puntillero, Juan Antonio Mejía.

La plaza estuvo vistosamente adornada con colgaduras y flores y por lo tanto con más brillantez y esplendor que en las corridas extraordinarias. Las banderillas fueron de verdadero lujo, saliendo de ellas pájaros, plumeros, cintas, guirnaldas y otros vistosos adornos.

Para mayor propiedad, salieron perros de presa con las cuadrillas del siglo XVIII. Las más nobles damas de esta Corte regalaron preciosas moñas para todos los toros. El vestuario para la exposición histórica y todo el atrezzo, corrió á cargo del sastre del Teatro Real, Sr. Paris, y además de la

música del Hospicio asistió, á ambos espectáculos, la notable banda mexicana, por gracia especial del digno embajador Sr. General Riva Palacio.

Según se ve nada se escaseó para tan brillante y variado espectáculo, cuya organización y orden corrió á cargo de una sub-comisión especial de la que formaron parte D. Pascual Millán, D. Luis Carmena y otros ilustrados escritores y críticos taurinos y el antiguo diestro D. Antonio Gil, que fué á Sevilla con el encargo especial de escoger los toros.

Se habían señalado para la fiesta los citados días, porque todas las demás diversiones anunciadas debían verificarse antes, pero el haberse trasladado, para el sábado 12, la cabalgata del Círculo de la Unión Mercantil y de la Cámara de Comercio, que estaba anunciada para el jueves anterior, obligó á suspender dichas dos corridas trasladándolas, cuando ya estaban las reses en Madrid, para el viernes y sábado de la semana siguiente, lo cual ocasionó perjuicios incalculables y el muy importante de que lo avanzado de la estación y lo bajo de la temperatura, alejaran al público de la plaza y solo se recaudaran cerca de catorce mil duros, cuando los gastos ascendían á más de veinte mil.

Ante desenlace tan inesperado, como ruinoso, todos se apresuraron á presentar sus cuentas, el mismo día de la corrida, al Sr. González Fiori, el cual, deseando sacar á salvo, ante todo, su honor y su buen nombre, así como el de todos sus demás compañeros de comisión, se apresuró á pagar puntual y religiosamente todas las cuentas, esperando que se resarciría, ya por donaciones espontáneas, ya con los productos de otros festejos que con el concurso de todos hubieran podido organizarse; pero habiendo convocado diferentes veces á junta y viendo que solo concurrían dos ó tres individuos de la comisión, renunció á toda reclamación particular y judicial, así como también á aceptar presidencias que puedan ocasionar gasto, mientras cada cual no anticipe la cantidad que le corresponda.

El único recuerdo que guarda el Sr. González Fiori de estas corridas, es la cabeza de uno de los toros de Miura.

Sin su gran afición al espectáculo nacional, es muy posible que no quisiera acordarse de él, y zumbará constantemente en sus oídos aquello de que «el que más pone más pierde.»

Gimeno, José (Chiquito).—Los espadas novilleros, que ahora empiezan, suelen echar mano de este muchacho, que pone banderillas regularmente, para que corra los toros y bregue, ayudándolos. Así se empieza.

H

Haza y Astiero, D. José de la.—Natural de Madrid, discípulo de D. Alejandro Ferrant; es autor del cuadro al óleo que tituló *Después de la cogida* y que llamó, en una Exposición nacional, la atención de los inteligentes.

Hermoso Palacios, D. Mariano.—Al hombre estudioso, al que tiene suficiente fuerza de voluntad para penetrar en los secretos de los diferentes ramos del saber humano, nada le está vedado: y esta verdad la acredita palpablemente el Sr. Hermoso Palacios, que, habiendo nacido en Madrid en 1858, no se contentó con seguir las carreras de ingeniero y de abogado, sino que quiso ser, y lo es, perito mercantil, y ha sido muchos años profesor de matemáticas. Eran pocos tantos y tan variados conocimientos para un temperamento tan ávido de instrucción, y por sí solo estudió



música, perfeccionándose en ella al lado del maestro Fernández Caballero. Sus adelantos fueron grandes en poco tiempo, y de ellos dió pruebas en un buen número de zarzuelas, entre ellas *Los Africanistas*, *Campanero y Sacristán* y la célebre *El Padrino del Nene*, que, en colaboración con dicho su maestro, ha justificado la grande afición que tiene á nuestras fiestas de toros, y el conocimiento exacto de los menores detalles de las mismas. Sin saberlos bien á fondo no es posible escribir música tan adecuada.

Su vario talento no se ha circunscrito á los estudios mencionados: se ha fijado con esmero en el que requiere el de la voz teórico-práctico, y es profesor de canto, de quien son discípulos muchos de los artistas que más aplausos han alcanzado en el género de zarzuela.

Vale mucho en todos conceptos.

Herrero y Alfaro, D. Pedro Benito.—Natural de la villa de Laguna de Cameros, en Logroño, donde nació en 3 de Abril de 1849; es vecino de la ciudad de Málaga desde los diez años de edad. Allí adquirió afición á la tauromaquia y se dedicó á escribir revistas hace más de diez años



en diferentes periódicos taurinos de provincias y de Madrid, con buen estilo é inteligencia.

Fué uno de los fundadores del «Centro taurino», famosa Sociedad malagueña: ha tenido gusto y se complace aún, en el trato de toreros, por su genio alegre, jaranero y franco, y está reconocida por todos su actividad y honradez.

Horta Branco, Evaristo da.—Fué en Portugal un buen cavalleiro, que tomó parte en muchas corridas de toros, creemos que como aficionado no retribuido.

Horta, José.—Forcado portugués, de gran inteligencia, que tomó parte como aficionado en muchas corridas, demostrando sus muchos conocimientos.

Huracán.—Toro de la ganadería del conde de Patilla, lidiado en la Plaza de Alicante el día 3 de Agosto de 1879, que recibió con fiera dieziocho puyazos, matando siete caballos, dió dieziocho caídas á los picadores, mandó á la enfermería á Curro Calderón y al puntillero Buendía, y mató

en los corrales á un operario. Era negro azabache astifino y hondo.

I

Industriales.—Son tantos los que en distintas profesiones viven y buscan su subsistencia en la utilidad que de un modo ú otro pueden reportarles las funciones de toros, que sería prolijo hacer mención detallada de sus nombres, siquiera fuese menos extensa de la que algunos apetecerán seguramente.

Para obrar así tenemos en cuenta que si bien los industriales á que nos referimos contribuyen en cierto modo al fomento del espectáculo, tal vez no obrasen de igual manera si en ello no fuese envuelta la idea, muy justa por otra parte, de adquirir utilidades para sí que deben figurar en primer término; además de que parecería en nosotros un desseo de encomiar personalidades que está muy lejos de nuestro propósito y mucho más del carácter de este libro, circunscrito á dar á conocer cuanto se refiera al arte de torear, tanto en los antiguos como en los modernos tiempos, sin procurar ni aun remotamente beneficios para los particulares que pudieran creerse interesados.

Hemos, pues, de limitarnos á indicar cuáles son las principales industrias que se alimentan en gran parte con los beneficios que obtienen de la celebración de corridas de toros, cuidando intencionadamente de no citar nombres, por más que muchos sean dignos de ellos por su afición y entusiasmo taurinos.

Desde los *empresarios* de las plazas de toros, que cuando los dueños no administran por sí las toman en arrendamiento bajo ciertas condiciones para explotarlas por su cuenta, cumpliendo unos bien y otros mal con el público, según sea su inteligencia en el negocio ó su ambición de adquirir utilidades, hasta los *contratistas* que suministran los caballos para dichas fiestas, que casi siempre son muy entendidos en la compra y venta de tales animales, todos mantienen un gran número de empleados, dependientes, mozos y corredores, tan idóneos y capaces para dichos fines que sería difícil encontrar de pronto reemplazo útil en determinadas ocasiones.

No dan poca utilidad al comercio y fabricantes de telas ricas, de cordonería, pasamanería, y tiradores de oro y plata, los *sastres*, que, más que en ninguna otra parte, en Madrid y en Sevilla, confeccionan esos magníficos y costosos trajes de laces (llamados así por el brillante reflejo que las

lentejuelas despiden al ser heridas por los rayos del sol, que son modelo de buen gusto; ni los *guarnicioneros* que construyen las monturas y arreos especiales para mulas y caballos, ni los *forjadores* que particularmente en Valencia fabrican los estoques, ni los que en Madrid y Zaragoza hacen las puyas de las garrochas y las banderillas. Más modestos y en menor escala los *zapaleros*, que los hay especiales al efecto, hacen en varias ciudades de España el calzado de los toreros que no todos saben fabricar por sus condiciones de comodidad y resistencia; y son tantos, en fin, como al principio ya dicho, los industriales que, aparte de los tipógrafos, carpinteros y jornaleros de todas clases, viven con el producto de las fiestas de toros, que les proporciona una decente y honrada subsistencia, que el día en que fuesen suprimidas habrían de notar muchas familias su falta con detrimento de su bienestar. Pero eso no sucederá en mucho tiempo, y es posible que mientras haya España subsistan las corridas de toros que tantos beneficios reportan a los pueblos en general y a los Hospitales y gente trabajadora particularmente.

Isla, José Francisco.—En un libro editado en Madrid, en la imprenta de D. Antonio Espinosa, titulado «Descripción de la máscara ó mojíganga que hicieron los jóvenes teólogos, en la ciudad de Salamanca, con motivo de la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Kostka», y firmado por José Francisco Isla, escritor satírico español, más conocido por el P. Isla, resulta revistero taurino tan célebre jesuita.—Los padres



de la Compañía—dice en uno de los principales párrafos—organizaron grandes festejos literarios, pero los promovedores del taurino fueron los estudiantes, y para que los padres pusieran el visto bueno en este número del programa, tuvieron que

acreditar su destreza, reconocida en otras corridas, y que los novillos no hubieran sido corridos con anterioridad.

En la mañana del 17 de Abril de 1727 se lidiaron cuatro novillos por el pueblo, según costumbre. Por la tarde lidiáronse ocho, de los cuales, siete fueron banderilleados—con un palo solo, según usanza antigua—y muertos por los estudiantes, y el último se dejó al pueblo. Hay que advertir que el público ayudaba desde los tablados con alfanjes y chuzos a cumplir su cometido a los diestros. En el sexto, los estudiantes esperaron con picas ó lanzas al toro. Este embistió dos veces y otras tantas fué rechazado, y por tercera vez se arrojó con gran coraje y quedó muerto a lanzadas.

Así lo refiere, ni más ni menos, el distinguido y célebre jesuita, autor de la famosa sátira Fray Gerundio de Campazas, que nació el día 25 de Abril de 1703 en la pequeña aldea de Vidanes (ya no existe), por la rara casualidad de pasar por allí su madre cuando se dirigía á un santuario, cerca de la Villa de Valderas, en la provincia de León, donde se establecieron sus padres. Luego que ingresó en la orden, desempeñó varias cátedras, y entre lo mucho y bueno que escribió, no hemos hallado nada en contra de nuestra fiesta nacional.

J

Jiménez, D. Demetrio.—Natural de la isla de San Fernando, Cádiz. Siendo ya teniente coronel de infantería de Marina, se suicidó en Manila hace tres años; fué vicepresidente de la Sociedad Unión Recreativa de la Habana en que tanta afición al toro demostraron sus individuos, y además de ser un buen estoqueador, demostrado en un sinnúmero de corridas en América, puede atribuírsele que en unión del comandante D. Jose Maquieira y Piñero contribuyó, de modo muy poderoso y eficaz, á dar á conocer la afición á toros en el Archipiélago Filipino y á la construcción de las plazas de Manila y otras.

Jimeno y Haces, D. Jacinto.—El modo de ser de este gran aficionado á las lides de toros, le hace en extremo simpático y digno de figurar en nuestro libro; porque no se limita al papel de simple espectador, en que pueden formarse juicios del trabajo ajeno con más ó menos inteligencia y discreción, sino que, adquiriendo con toda clase de

personas en fiestas, acosas, deserradas, reuniones y círculos elegantes, sus notables conocimientos, y aprovechándolos, admitió la representación de D. Bartolomé Muñoz, que desde el año 1871 viene siendo empresario de diferentes plazas, donde ha acreditado que puede muy bien hermanarse el interés del público con el del asentista, si se entiende el negocio y no se escatiman gastos. Verdad es que, por su comportamiento, su actividad y su



buena estrella, que le ha acompañado en todos sus asuntos, puede considerarse como indispensable para la gestión acertada de los de cualquier clase, y así lo prueba la que tuvo durante muchos años de todos los teatros de Sevilla.

Es altamente franco, fino y de tan esmerado trato, que cautiva con su palabra y con sus acciones el ánimo de las autoridades, de los asentistas, de los ganaderos, de los lidiadores y de todos los que con él se relacionan por cualquier concepto. Vale mucho, y bien lo conoció desde luego el astuto D. Bartolomé Muñoz al traerle a su lado y comprender hasta dónde raya Jimeno en lealtad, inteligencia y perseverancia.

Nació en Sevilla el 11 de Febrero de 1844.

Juarranz, D. Eduardo. L.—Notable músico español, Jefe director de la sin igual banda del Real Cuerpo de Alabarderos. Como todos los profesores de música que valen algo, era gran aficionado a las corridas de toros, y ha compuesto, entre otras piezas de indisputable mérito, los famosos pasos dobles y pasa-calles *Frasedo*, *La Giralla*, *Viva Sevilla*, *La Torre del Oro* y otras varias que se aplauden siempre en los circos taurinos y en todas partes con frenético entusiasmo.

Siendo músico mayor del primer regimiento de Ingenieros y hallándose de guarnición en San Sebastián, concurrió a un célebre certamen verificado en Bayona, en el cual obtuvo los primeros premios, varios extraordinarios y la medalla que

algunos de nuestros músicos militares ostentan en su pecho concedida por el Gobierno de la vecina República.

Víctima de una afección cardíaca falleció en Madrid, de donde era natural, el 16 de Enero de 1897, siendo enterrado en el primer patio del cementerio de Santa María y acompañado por todos los músicos y aficionados más notables de la corte, donde gozaba de universales simpatías.

Fué discípulo de Arrieta y estaba condecorado con las cruces de Isabel la Católica y del Mérito Militar.

L

Laborda, Juan.—Fué un picador regular y nada más, y también un farpeador menos que mediano, que trabajaba hace quince ó veinte años, generalmente en novilladas ó corridas mixtas.

Lancho, Juan (Candelario).—Su decidida afición al toreo ha hecho que este vecino y natural de Badajoz, se dedique de lleno a una profesión tan peligrosa. No hace muchos años que se dejó la coleta, y en principios de 1896 ha toreado en aquella plaza con aceptación. Parece valiente.

Lay, Francisco (El Rubio).—Picador moderno y, por lo tanto, desconocido aun en el mundo taurómico. Dicen que monta bien y tiene grandes descos.

Linares, Eugenio.—Es un torerito de quien poco puede decirse todavía, y sentiremos que pase el tiempo sin que se dé a conocer como bueno. Parece que es sobrino de Gabriel López (*Mateito*), de quien debiera aprender los buenos principios del arte.

López Pelegrín, D. Santos (Abenamar).—La circunstancia de ser conocido por el seudónimo referido entre los aficionados a nuestra fiesta nacional este distinguido literato, nos hizo incluir sus apuntes biográficos en la página 56; pero el deseo manifestado por muchas personas de poseer su retrato nos obliga a publicarle en este sitio, añadiendo, acerca de su personalidad, los siguientes detalles.

Con decir que su principal éxito literario—al menos para los taurófilos—le debió al precioso

folleto *Filosofía de los toros*, que encabeza una completa edición de la tauromaquia de Montes, está probada su afición á dicho arte, que venía estudiando de algunos años atrás, y que trasmitió á nuestro



queridísimo amigo D. Eduardo López Pelegrín, magistrado más tarde en las Audiencias de Ultramar, de quien ha heredado igual inclinación el bravo jefe del ejército español, D. Santos, honra del Cuerpo de ingenieros.

Abenamar fué persona de distinguido trato, relacionado con altos funcionarios que más de una vez oyeron sus consejos, y estimáronle en cuanto valía Martínez de la Rosa, Istúriz y Alcalá Galiano, así como otros hombres políticos de gran talla y literatos de primer nombre.

López, D. Joaquín.—Notable escritor satírico que con el seudónimo *Tío Pepe* ha escrito, con chispeante gracia, preciosos artículos taurinos criticando la labor de muchos diestros sin apelar á frases incultas ó malsonantes.

Podrá alguna vez aparecer apasionado en sus juicios, pero nunca con desdoro de las cualidades personales de los individuos criticados. Tan *saladas* han sido sus frases, que hasta los toreros contra quienes iban dirigidas han celebrado con risas y bromas la picante intención con que se las dirigía

López, Tancredo (*Rey del toreo cómico*).—A todo hay quien gane. No podía menos de suceder que al ver ensalzada la lidia bufa de reses bravas, bailando á su alrededor, saltando, brincando y ha-

ciendo mil payasadas, saliese al ruedo un hombre que, abarcando todos esos vicios, los pusiese de relieve caricaturándolos. Ese hombre es el buen Tancredo, que se titula como va dicho, y se anuncia como valiente picador y banderillero, arrojado matador de novillos en zancos (¿él ó los novillos?) y célebre rejoneador en bicicleta.

Bien puede llamarse á este modo de torear e de fin de siglo.

M

Marín, D. Rafael.—Pocos escritores taurinos habrán propagado con tanto empeño y constancia como este la afición á nuestra fiesta nacional. Tanto en el periódico *La Puntilla*, de la Habana, de que fué director, como en otros varios, trabajó hace ya cerca de treinta años, y después en defensa de las corridas de toros, estimulando á todos para que en ellas tomaran parte, encomiando sus ventajas y consiguiendo con su constante predicación que en nuestras posesiones ultramarinas se haya aclimatado tan soberbio espectáculo.

Reside actualmente en España, y en la ciudad de Córdoba, si no nos es infiel la memoria.

Debemos hacer mención de que este escritor fué el primero, y tal vez el único, que se valió de *palomas mensajeras* para enviar desde la plaza á la redacción de su periódico las cuartillas escritas de los acontecimientos de la lidia. Llevaba al efecto seis hermosas palomas belgas de buena casta, y una á una después de la muerte de cada toro, las iba soltando desde el palco que ocupaba, consiguiendo de este modo que su periódico se publicase inmediatamente después de verificada la corrida.

Martín Galindo, D. Rodolfo.—Entre los aficionados á nuestras corridas de toros goza este joven escritor taurino de un crédito justo como entendido en todo lo que se refiere á la fiesta nacional. Ciertó es que alcanzó, para formar buen criterio, la célebre época en que el gran torero Rafael Molina y el sin igual matador Salvador Sánchez hacían las delicias del público, arrebatando el ánimo del más indiferente espectador. Martín, que desde un principio vió bien y con cuidado, aprendió pronto los secretos del arte de *Pepe Illo*, y de ello dió muestras notables dirigiendo en Madrid el acreditado periódico *El Sinapismo* y fundando luego otro de gran prestigio titulado *Pan y Toros* y después otro ilustrado que llama *El Arte de los Toros*, en que colaboran plumas de primer orden.

Con el entusiasmo propio de la juventud, pues Rodolfo nació en 26 de Abril de 1860, tiene un apasionamiento tal por las corridas de toros, que más piensa en ellas que en asuntos propios, y hasta



se ocupa en representar á los diestros Francisco Bonal (*Bonarillo*) y Domingo del Campo (*Dominquin*) con verdadero cariño, sacrificando su reposo y obligaciones en bien de tan simpáticos toreros.

De la generación moderna que ha empujado á la de mediados del siglo, Martín es de los mas aventajados aficionados, uniendo á su inteligencia una caballerosidad que le conquista la distinción y aprecio de cuantos le conocen.

Martínez Pacheco, Manuel (*Mirlo*).—Más entendidos que este chico podrá haber otros, y no pocos; pero más atrevidos, no. Una sola vez le hemos visto matar un toro, y nos asustó, á pesar de que la Providencia le protegió visiblemente.

Mateo, Rafael (*Pica*).—Quiere picar y no hace mucho que se ha dado á conocer en toros de novilladas, demostrando afición y facultades, que debe aprovechar estudiando el arte del toro.

Maura Montaner, D. Francisco.—Natural de Palma de Mallorca, hermano del ex-ministro del mismo apellido y de D. Bartolomé, notabilísimo grabador oficial del Banco de España y de la Casa de la Moneda, discípulo de la Escuela Supe-

rior de Pintura, Escultura y Grabado, premiado con medalla de segunda clase en la Exposición de 1890; es autor de un cuadro que llamó *La calle de Alcalá después de una corrida*, en el cual demostró sus grandes dotes de artista.

Mellado, Emilio (*Manteca*).—Regular banderillero en los toros de novilladas. ¿Daré algo de sí? Parece que tiene afición y valor, facultades no le faltan, con que á serenarse y á aprender. Por de pronto hay que decidirse entre ser puntillero ó clavar banderillas, que puede estorbar un oficio al otro.

Michelena, Arturo.—En la Exposición del salón de París de Barcelona en 1892, presentó un precioso cuadro que tituló *Una vara rota*, en el cual hay tal verdad y tanta belleza de ejecución, que causó generalmente impresión agradable, entre los que han tenido el placer de contemplar tan hermoso lienzo.

Mojiganga.—A las noticias que, respecto á lo que significa en términos taurinos esa palabra, dimos en la página 501 y siguiente, podemos añadir, como curiosidad, los títulos de las más principales que en la Plaza de Madrid y en algunas otras se han verificado en diferentes fechas del presente siglo, con grande aceptación de cierta clase de gente, y especialmente de niños de corta edad. «El doctor y el enfermo» fué muy aceptada; consistiendo en colocar una cama, con un hombre en ella, frente á la puerta del toril, y cuando el médico se sentaba al lado, daban suelta al novillo, que tiraba los trastos por el aire, y le lidiaban aquéllos y otros zánganos aprendices. «La Pata de Cabra ó las fraguas de Vulcano» data de hace más de sesenta años, y no era otra cosa que el martilleo que daban los ciclopes ante Vulcano hasta que se soltaba el novillo. «La Redoma encantada» figuraba el ataque á un castillo por una cuadrilla de monos ridículos al mando del conde de la Viznaga, que después de hacer fuego huían con la gente de dentro al salir el novillo. «Escenas en Chamberí» divertía mucho por el peligro aparente en que se veía á los mozos que se colocaban en cestos de mimbrés pendientes de unas balanzas que subían ó bajaban á impulso de las embestidas del morucho. «El sultán y las odaliscas», en que durante la lidia por moros, permanecían éstas con aquél en un tablado que figuraba un trono, hasta que tocaban á matar; y entonces el sultán tomaba muleta y estoque y daba la muerte al novillo. En esta mojiganga ó pantomima, usó po

primera vez en su vida los trastos de matar el nunca bien ponderado Salvador Sanchez (*Eras-cuelo*). «La Becerrita y el cencerro» y «Los Do-



minguillos», de que en aquel artículo hicimos mérito por su antigüedad, se ha repetido con aplauso muchas veces. «Jorobados y panzudos» no consistía más que en la lidia por hombres vestidos ridículamente como el título indica. «El robo de la diligencia», «Los bandidos de Sierra Morena» y hasta «Bu-Amema», el célebre argelino que aun no hace veinte años sembró el terror en la provincia de Orán, han sido convertidos en mojigangas para ser representadas con dudosa fidelidad en la Plaza de Toros. Por cierto que en esta última, un día en que se verificó á beneficio de la Cruz Roja, se hizo figurar en la lucha entre moros y cristianos al célebre *perro Paco*, que aun recuerda todo Madrid, y del que hablaremos si- quiera sea incidentalmente, porque su *afición* á la fiesta nacional fué marcadísima. Era este un perro de singular instinto, que no reconoció nunca servidumbre, ni quería situarse al lado de personas mal vestidas: su domicilio más frecuente era en los cafés Suizo ó Fornos, donde se colocaba cerca de la gente más distinguida, sin molestarla ni importunarla de modo alguno. Si cualquier parroquiano le daba terrones de azúcar ó le arrojaba un hueso ó un pedazo de carne, lo agradecía hasta el punto de acompañarle á su casa, por lejos que estuviese y así lloviese ó nevase, pero sin querer entrar en ninguna parte, aunque le hiciesen muchos alhagos. Asistía á las funciones de teatros, prefiriendo el Real á los demás, sin que se diese nunca el caso de gruñir ó ladrar durante la representación; en las carreras de caballos y en el paseo principal se hacía conocer de sus amigos de café, volviéndose de allí á Madrid indefectiblemente al anochecer, y en las corridas de toros su puesto ordinario era el tendido número seis, desde el cual saltaba al ruedo cuando enganchaban el último toro, antes no, y acompañaba hasta el coche al diestro victoreado. Tomaba parte con los *capitalistas* en los moruchos de las novilladas, ladrando á las reses y haciendo regates, que muchos seres llamados racionales envidiaban: esto le perdió, pues en una corrida de

becerros lidiados á puerta cerrada anduvo como los aficionados corriendo por el redondel, y como estorbaba al espada, éste, en un momento de ofuscación, birió al pobre perro tan gravemente que le causó la muerte á los dos días. Un buen aficionado al toreo le hizo disecar y lo colocó en su establecimiento, situado en la calle de Alcalá, cerca de la Plaza de Toros.

Además de las mojigangas ya referidas se han puesto en pantomima otras varias, consistentes casi todas en concluir las por la dispersión en que el novillo ponía á los toreros, que, como se deja comprender, han sido siempre principiantes de escasa valía.

Montalvo, Angel.—Picador en novilladas, valiente y de regular apariencia. Es nuevo en el oficio, y poco puede exigirsele como no sea más voluntad.

Monturas.—Ya que en la voz *INDUMENTARIA* y en otros puntos de la presente obra hemos relacionado los trajes de los toreros, parécenos conveniente hacer otro tanto respecto de las *monturas* que se usan para los caballos de los picadores, vaqueros, garrochistas, encerradores de ganado bravo, empleados de los mataderos, aficionados y gente de campo en Andalucía y América.

La cabezada se compone de frontalería, testero, ahogadero, carrilleras derecha é izquierda, museola y porta mozos; en Andalucía se acostumbra á llevar mosquitero sujeto á la frontalería ó sobrepuesto, hecho de cerdas de colores para espantar las moscas que molestan en los ojos, cabezón de cerda ó collares para soltar los caballos en el campo.

La montura debe ser, en nuestra opinión, recuerdo de la primitiva silla española, alta, de borrenes delantero y trasero, á la que se da el nombre de silla de abanico; vaquera ó albarda, bien cubierto el baste con una funda de piel en verano y de carnero en invierno, los estribos que tiene penden de correas de cuero, y son de acero; hierro, metal dorado y de madera, cubiertos de cuero en Centro América; en Castilla algunos afectan la forma de un zapato, y todos están cubiertos por delante para preservar el pie de los golpes de las zarzas y de la humedad; las monturas mexicanas suelen adornarse con plata, y llevan adosada á la cruz del baste una perilla en forma de plato, á la que va sujeto el lazo, y, por último, el bocado que se usa es de acero, sin anillo para la falsa rienda, que sirve de ayuda en las bridas. De los españoles, el autor actual más nombrado, es el *armero Lozano*, de Sevilla, que pone en las barras su sello de fábrica.

Mora, Gonzalo.—Nuestros lectores habrán subsanado el error de imprenta cometido en la columna primera, línea 14 de la página 517, al decir que las funciones reales celebradas con motivo de las bodas de D. Alfonso XII fueron en 1879, en vez de expresar que se verificaron en 1878.

Moreno Godino, D. Florencio.—Gran aficionado en otros tiempos á presenciar las corridas de toros, y distinguido literato compañero de los célebres Alarcón, Becquer, Cazurro, Correa, Inza y otros.

Ha escrito, con notable acierto, muchos artículos acerca de los toreros y sus costumbres, del toreo antiguo y moderno y de otros asuntos relacionados con ese arte, con tan atinadas observaciones, que bien merecían ser coleccionados en un libro que sería de grato solaz y de curiosidad importante.

Cuando los hombres de letras se comunicaban entre sí con más franqueza y menos pretensiones que ahora, todos trataban á este buen escritor llamándole *Floro Moro Godo*, seudónimo que él adoptó y fué muy celebrado.

Creemos que es natural de Madrid.

Muñoz y Pedrardo, D. Bartolomé.—De muchos empresarios de plazas de toros hemos hecho mención en este libro, no por su cualidad de tales, que esta circunstancia no hubiera sido suficiente para ello, puesto que puede emprender el negocio cualquiera que no sea aficionado siquiera á nuestra fiesta nacional, sino porque, aparte de su interés particular, han mostrado deseos de propagar esa afición, estimulando á los principiantes en el arte á que, dándose á conocer, pusiesen de manifiesto su aptitud.

Entre los empresarios más notables en este concepto debe contarse al de la plaza de Madrid y otras del reino, D. Bartolomé Muñoz, que ha tenido la suerte de que en su tiempo, y por sus alientos, hayan subido hasta donde están los renombrados diestros Revorte, Torres, Fuentes, Bonal, García y otros, que, cada uno en su esfera, llaman hoy la atención del público inteligente. Mucho le ha favorecido, y á manos llenas, la fortuna; pero ¿por qué no ha de concederse algo á su inteligencia y á su actividad? Si se hubiese contentado con presentar en nuestro circo lidiadores ya conocidos de antiguo, con más ó menos fama, no hubieran despuntado y hecho concebir esperanzas, casi realizadas, los diestros citados, que se han cuajado en esta Corte, hasta el punto de excitar rivalidades y emulaciones con otros de incontrovertible mérito.

Una larga práctica y un conocimiento especial de estos asuntos, le ha convencido de que para ganar mucho se necesita arriesgar más, y que es base principal para emprenderlos tener afición á las lides taurinas, propagarlas y extenderlas.

Avecindado en Sevilla hace más de veinticinco años, es natural de Escacena del Campo, provincia de Huelva, donde radicó su fortuna consistente en muchas y buenas fincas rústicas, y desde 1871 se dedicó al negocio de Empresas taurinas, haciéndose arrendatario de las plazas de Antequera, Málaga, Algeciras, Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera, Cáceres, Badajoz, Córdoba, Sevilla, Zaragoza y Madrid, sucesivamente, y siendo en la actualidad empresario de las dos últimas. Tiene gran crédito entre ganaderos y lidiadores. Podrá en alguna ocasión habérsele tachado de muy apegado á sus intereses, pero ¿quién es el que obrando cuerda y no observa igual conducta?

Músicas.—Hasta mediados del presente siglo no se introdujo en Madrid la costumbre de que al espectáculo nacional concurra una banda de música que amenice el espectáculo tocando preciosas piezas y aires nacionales antes de empezar la corrida; pasos dobles y pasacalles al hacer las cuadrillas su presentación en el ruedo, y trozos de zarzuelas en los intervalos de arrastre de toros y caballos. Las bandas de música son unas veces militares y otras de asilados por la Beneficencia y últimamente se ha introducido la costumbre, importada de las plazas de provincias, de tocar también cuando algún matador ó banderillero ejecuta la suerte á satisfacción de los concurrentes.



Novás, D. Rosendo.—Es autor del «Torero moribundo», estatua en yeso, de tamaño natural, que figuró en la Exposición Universal de Barcelona en 1891. Esta obra fué premiada en la Exposición Nacional de 1871, con el título que lleva esculpido al pie «El siglo XIX». La expresión de la fisonomía del torero y su actitud en el suelo, sujetándose el pecho, donde parece ha sido herido, es admirable. Este malogrado artista obtuvo medallas en las Exposiciones de Viena y Filadelfia. La estatua fué adquirida por el duque de Fernán Núñez, en cuyo palacio se ostenta. Novás es también autor de una corrida de toros en barro cocido.

Núñez de Ceta, D. José.—He aquí un joven más serio de lo que su edad concede para apreciar desapasionadamente el trabajo de los diestros en el redondel. De familia bien acomodada, y por lo



mismo dueño de sí para no torcer sus impresiones por intereses ajenos, lleva en todos sus escritos una imparcialidad, que á muchos vendría bien, y una claridad de lenguaje metódica y atinada, casi dudosa en un muchacho de dieciseis años, que es cuando empezó á escribir para el público de asuntos taurinos. De ello, y de su entusiasta afición á las corridas de toros, dan testimonio los muchos periódicos de Madrid, Barcelona y Portugal en que la firma de *Bruno Ceilán* es tan conocida. Nació en Madrid el 11 de Octubre de 1876, sigue la carrera de Derecho, huye de las juergas flamencas y ve toros sin gritar, como otros, á tontas y á locas.

O

Oliver Aznar, D. Mariano.—De este pintor es el cuadro «Lagartijo», en que figura el diestro sentado en el estribo de la barrera, con la muleta en la mano, después de haber dado la estocada á un toro, que aparece arrodillado á sus pies; por su aspecto parece referirse á la última época del matador citado. Es notable la corrección del dibujo.

Ortiz, D. José.—Escultor cordobés, que otros dicen ser sevillano, autor de un hermoso barro co-cido representando en tamaño grande al toro *Pandereto*, último que mató *Lagartijo* el día de su despedida en Madrid el día 1.º de Junio de 1893. Ya en 1879 había presentado en la Exposición «Un manolo del siglo XVIII» y otras obras notables.

P

Pauro, Cayetano (Peterete).—Eramos pocos y nació este matadorcito de toros en novilladas con grandes alientos, pero sin reflexión ni discernimiento. Dada su gran afición, puede que llegue á ser algo, si piensa más en lo que es el arte de torear.

Pérez, D. Pedro.—Distinguido oficial primero de Administración militar que durante tres años sostuvo en la Habana la afición á la lidia de toros, matando los de aquel país sin retribución alguna, pero cobrando al público los precios de entrada en la plaza de Regla, siempre para destinarlos al beneficio de las Sociedades de asturianos, gallegos, catalanes, vascongados y otras.

Era notable por su valor y conocimientos, y no bajará de cincuenta el número de reses que mató á estoque con maestría. A él y al Sr. AVECILLA se debe que en aquella isla se fomentase la afición al toreo, puesto que en la época en que lidiaban, no iban toreros de profesión á sostenerla.

Plazas.—En la relación que de las existentes en España hemos publicado, dejó de mencionarse la de *Tafalla*. Es de ladrillo y piedra: no tiene más que veintiocho palcos y el presidencial, que son los de sombra, terminando en la parte de sol con la última fila de tendido. Tiene la forma, y así la llaman por allí, de una gorra con visera puesta al revés. La estrenó Tomás Parrondo (*El Manchao*) en 16 de Agosto de 1888; caben en ella unas 6.000 personas, y es propiedad del Ayuntamiento de dicha villa.

También debemos hacer mención de la de *Bayona*, en Francia, nuevamente construida, que, sin disputa de ningún género, es la que en el extranjero tiene más carácter español por su forma, y la sola donde se pueden ver corridas como las de nuestro país, sin esas mamarrachadas á que, por desgracia, se prestan nuestros más famosos diestros, con menoscabo de su reputación artística.

Esta situada junto á Capuchinos, cerca *des allées marines*, y en su construcción no se ha escaseado ciertamente el buen material. Según consta en un libro del Sr. D. Pascual Millán titulado *Biarritz y sus cercanías*, que ha de ver muy pronto la luz pública, se formó, para edificar esta plaza, una sociedad de la que fué alma y vida Mr. Iribarne-garay, el mismo que lo fué de la federación de las ciudades *du midi* en pró de las corridas de toros, duramente combatidas por la desdichada madame Severine y algunos folicularios de su tertulia. *Les arènes Bayonnaise* están cubiertas en una sola parte, con cincuenta y seis palcos, además del principal, y en todo el circuito tendidos con barrera, contrabarrera, delantera, tabloncillo y diez filas numeradas, y gradas con balconcillo, tabloncillo y seis filas también con numeración. No falta, como es consiguiente, la meseta del toril; el diámetro del redondel es de 42 metros, y en la plaza caben unos 9.000 espectadores. Hay dos corrales, buenos toriles, enfermería, y todo lo necesario en una buena plaza: dirigió las obras el arquitecto bayonés Mr. Vannetzel, y fué contratista general Mr. Dufourg. Debió inaugurarla Luis Mazzantini con Valentín Martín, pero lastimado aquel en otra corrida, fueron Martín, *Jarana* y *Fabrido* los que la estrenaron. Un detalle: en cuantas funciones allí se celebran, casi todo el personal del servicio de plaza es español.

Puntilla.—Cuando en la página 639 hicimos la descripción de lo que es ese instrumento del torero, olvidamos decir que no en todas las plazas americanas se usa todavía, al menos por los toreros de aquel país, siendo costumbre degollar por delante á las reses con facas ó cuchillos marinos, de uso corriente entre aquella gente del pueblo.



R

Ramírez, Emilio (*Plantito*).—Matador de toros muy moderno que, á pesar de ser cordobés, se presenta y trabaja con cierta seriedad muy apreciable, según dicen los que le han visto trabajar en la Habana. Es valiente.

Roberto, Vicente.—Este inteligente torero portugués á quien, por referirnos á datos ajenos, lla-

mamos joven en la página 668, ha fallecido en 1.º de Junio del pasado año de 1896. Era hermano de Roberto da Fonseca, otro banderillero antiguo de quien hemos hablado en el lugar correspondiente y los dos han sido en los últimos tiempos los más notables banderilleros lusitanos, á quienes el público quería tanto como á Peixinho (padre).

Había nacido en Salvaterra de Magos el año de 1836, siendo hijo de Antonio y de Maria Gertrudis, y murió en su casa de dicho pueblo después de una larga y penosa enfermedad, cuando ya estaba retirado del torero, en que dejó tan grato nombre como el que en España adquirieron los indiscutibles maestros de la tauromaquia.

Diffícilmente encontrarán los portugueses en mucho tiempo toreros tan bravos y finos como los hermanos Roberto, gloria de la tauromaquia lusitana.

Rodríguez, Tomás.—Picador que figura en carteles de 1882 á 1884, y que rejoneó toros en las corridas celebradas con motivo del Centenario de Colón. Es hermano de José (*Tabardillo*).

Roque, José.—Banderillero moderno cuyo campo de operaciones en la actualidad es en la Habana. Es hermano de

Roque, Pablo.—También banderillero que en la Habana, como aquél, recoge aplausos trabajando con buena voluntad, según afirman los que les han visto.

S

Sánchez Pastor, D. Emilio.—No dijimos en la página 712, al hacer mención de este inteligente aficionado y distinguido escritor público, que cuando se suscitó en España la célebre cuestión con Alemania sobre posesión de las islas Carolinas, y pensaron muchos toreros, ganaderos y particulares patriotas entusiastas también por nuestra fiesta nacional, adquirir un barco torpedero para regalárselo al Gobierno español, el Sr. Sánchez Pastor fué nombrado presidente de la Junta nombrada á dicho fin. Su actividad é inteligencia, ayudadas con empeño por todos los socios y particularmente por D. Ricardo García, hicieron que en breve tiempo se ofreciesen muchos toreros á lidiar gratis en corridas organizadas al objeto de recaudar fondos;

que se celebrase alguna función; que se pidieran y obtuvieran planos, diseños, precios y proposiciones de la casa inglesa Tompshom y otras, del proyectado buque y hasta que en los corrales de la plaza grande de Madrid fuesen encerrados los toros que



se destinaban como de regalo á la corrida que en la Habana había de torrear el espada *Lagaritja* con otras varias y buenas cuadrillas. Por haberse dado por terminada aquella cuestión política y por otras causas que no son de este lugar, la Junta creyó concluida su misión sin ver logrados sus deseos, el ganado fué devuelto á los ganaderos y el barco no se adquirió, no por falta de diligencia y hasta formal empeño del presidente, de la Junta y de la asociación, sino por... lo que dejamos apuntado. A pesar de las graves atenciones que el elevado puesto político que entonces ocupaba el Sr. Sánchez Pastor exigía de él, no faltó ni á una sola junta, no dejó de acordarlo más conveniente, y ya que no consiguió el logro de los deseos que á todos nos animaban, obtuvo la satisfacción de que no se reclamase nada ni por nadie en contra de los asociados.

Es tan importante el servicio que en aquella ocasión prestaron los aficionados á toros, por más que no diese el resultado apetecido su proyecto (ajeno, por otra parte, á las cuestiones del toro, y esta es la razón de no extendernos en el asunto), que no hemos querido pasarla en silencio, y mucho menos ocultar el interés esencialísimo que en todo tuvo el Sr. Sánchez Pastor, guiado evidentemente por su amor á la patria, tanto como por el que de muy antiguo tiene al espectáculo nacional. Podrían escribirse doscientas páginas relacio-

nando los trabajos que se hicieron entonces para satisfacer el deseo de los aficionados á toros de regalar á España el referido barco torpedero.

Sánchez, Domingo (*Tejada*).—Nuevo matador-novillero que quiere y puede, pero que no sabe nada del oficio á que se dedica. Aplíquese, estudiando cuanto pueda la teoría del arte y practicándole continuamente, que es una profesión en que son pocos todos los ensayos.

Sanjurjo, Diego (*Lagarito*).—Mata novillos donde puede y con buena voluntad. Esta suple á la falta de arte casi siempre, aunque también el valor forma en este muchacho parte muy esencial de su vida torera, que ha abrazado con verdadera vocación.

Santiago, Manuel (*Masenga*).—Veremos cómo se porta este novel picador novillero, que los que le han visto dicen que ha de dejar nombre en el toro; pero no expresan si por bien ó por mal. En él consiste adquirir fama.

Santos, Ricardo de los (*Santitos*).—Banderillero muy desenvuelto, activo y trabajador, que tiene gran aceptación, como peón de lidia, en las plazas americanas en que trabaja al lado del matador de toros Antonio Ortega (*El Marinero*).

Sebastián Castellanos, D. Basilio.—A este escritor se atribuye el artículo «Corridos de toros», que aparece en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-americano*, obra en publicación y que alcanza hoy tan solo al tomo 17. En el quinto describe, prolijamente, la historia y orígenes de la fiesta de toros; cita á casi todos los que se han ocupado de ella y al autor de este libro, señalando, al final del artículo, un párrafo largo, refiriéndose al capítulo VI del *Diccionario El Torero*, que es en lo que termina su estudio, en el cual no hay nada nuevo que no sea ya conocido.

Silva, Carlos.—El famoso banderillero portugués de este nombre, mencionado en la página 739, falleció en la ciudad de Porto, de donde era natural, el 6 de Febrero de 1897, víctima de una enfermedad adquirida después de torrear en Río Janeiro, á donde fué contratado el año anterior por José Bento.

Suárez, José (*Gacha*).—Ha alternado como picador en Madrid por primera vez el 21 de Marzo de 1897: por consiguiente, no puede formarse juicio acerca de sus condiciones é inteligencia, toda vez que con el estilo moderno de trabajar solo en un par de toros no se ve lo que cada uno puede valer, sino pasado algún tiempo.

No hay que confundirle con el que de iguales nombre y apellido, incluimos al final de la página 744.

nombre. En las novilladas en que le hemos visto, ha montado bien y no ha picado mal, aunque agarra poco y no siempre en lo alto.

Creemos sea pariente muy próximo de los que llevan el apodo de *Bondita*.

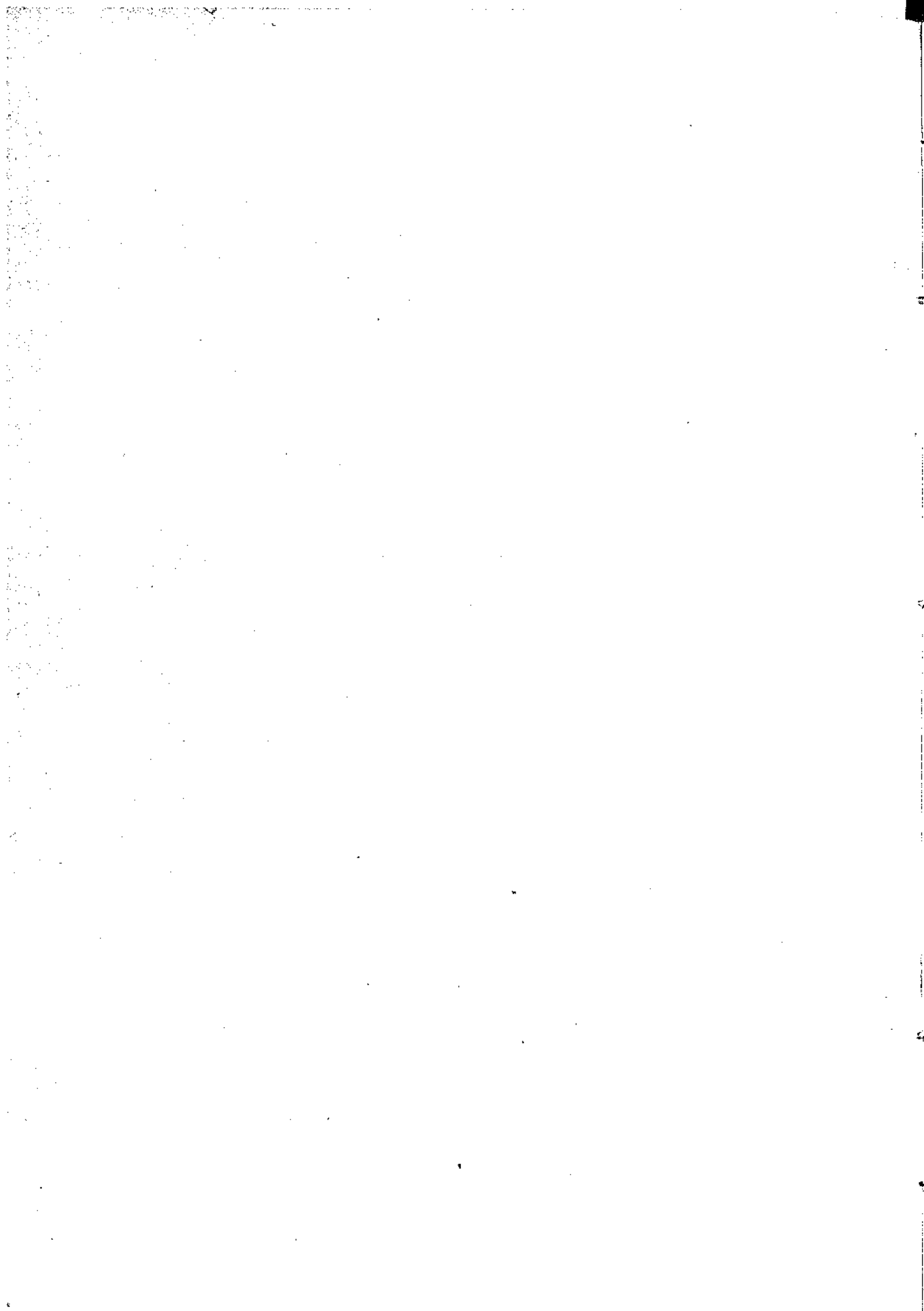
V

T

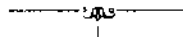
Torres Reina, José.—Es nuevo en el arte, pero trae grandes deseos de ser un picador de

Villahermosa, Mariano (*El Peinao*).—Empieza á sonar entre los aficionados al toreo el nombre de este joven matador de toros en novilladas, sin que hasta ahora se le conceda otra cosa que excesivo valor y mucha voluntad. Algo es algo.





Tercera parte



ARTÍCULOS CORTOS, CRÍTICOS Y TEÓRICOS

Al Señor Don

Francisco Javier Pablo
Meinquez

Querido Paco: los artículos que ya conoces y que incluyo á continuación dando remate á este libro, contienen, en su mayor parte, varios consejos y opiniones acerca de la buena lidia de toros, según las reglas fijas que escribieron grandes autoridades y practicaron maestros célebres que tú y yo conocimos hace más de cincuenta años. Son esos artículos el complemento necesario á la buena inteligencia de mi Diccionario Taurino, y como gratisimo recuerdo de nuestra antigua y nunca interrumpida amistad, te dedico estas teorías que responden al espíritu de cada una de las voces de esta obra, en que he procurado explicar ó interpretar los preceptos que van olvidándose por desgracia. Mucho digo en ellos, pero ¡cuánto queda por decir! Ya lo suplirás con tu buen criterio, que siempre ha sido conforme con el de tu fraternal amigo

Lepe



I

LA CARRERA DEL TORERO



UANDO de la escuela salen sabiendo leer, escribir y contar, los chiquillos que allí han ido, que no son todos, encuéntranse los padres pobres sin saber qué hacer con ellos. Acuérdanse de aquel adagio que dice: *quien tiene oficio, tiene beneficio*, y sin más consulta dedican á menestrales á sus vástagos: aplícanse estos lo menos que pueden, pocos llegan á oficiales, ninguno á maestro. Dicen á quien lo quiere oír que *van para toreros*, según sus inclinaciones desde la infancia. Por eso hacen tantos *novillos* al taller y tantas *rabonas* en su casa, que los maestros los despiden y los padres los castigan sin conseguir la enmienda. Algunos padres, durante mucho tiempo, no saben del paradero de sus hijos: también hay hijos que no saben de sus padres.

Reúnense algunos de esos mozalbetes en el café Imperial, mejor dicho, en la puerta de él, ó en otros peores lugares, á oír proezas de toreros que se encuentran en estado de canuto. Con la boca abierta y las manos atrás, escuchan diálogos en que la mentira y la exageración entran por mucho, y des-

piertan hablando de toros, los que hablando de lo mismo quedan rendidos, que no dormidos. Sueñan con los brillantes y cadenas que ostentan los jefes del toreo, los matadores de alternativa; y tal incentivo los estimula á emprender la carrera ó profesión de Montes, sin acordarse del fin de *Pepe Illo*. La esperanza de tener dinero algún día, mucho dinero, aguijonea su inclinación y nunca se les ocurre que antes que aquel suele venir la muerte ó la pérdida de algún remo importante de su cuerpo.

Son valientes como buenos españoles, atrévase á llevar porrazos en los embolados, y sin comer más que pan, si se lo dan, andan caminos de cuatro ó seis leguas para llegar á un pueblecillo en que hay capea. Celébrase esta con motivo de la fiesta del Santo Patrón: y allí son de ver los trastazos, revolcones, golpes y algo más que reciben con la resignación de un mártir. ¡Mayor vocación por el arte no puede pedirsel!

Andando el tiempo y arrimándose unos á otros van contratados media docena de los más grandulones para correr todo un día sin más descanso que un par de horas. Treinta ó cuarenta moruchos *pregonados*, corridos ya veinte veces en otros tantos pueblos son los destinados á «romper el bautismo» á aquellos destinados torerillos. Págalos el Ayuntamiento con cien reales, que quinientos más se han gastado en refrescos alcohólicos para los cofrades del Santo y no quedan fondos.

Por rara casualidad, de los seis mozos vuelven dos ilesos, es decir, sin más rotura en la piel que alguna descalabradura. De los otros puede saberse cuando vienen curados. De los que no curan no vuelve á haber noticias, ¿para qué? el censo de población no sufre mucho en sus cifras.

Ya les conocen los del oficio. Suenan su nombre en carteles de villorrios, luego en los de ciudades y muéstranse con ellos vanidosos y enorgullecidos, calculando que tanto vale sonar como bueno que como malo, si suenan mucho. De más lejos se oye el figle que la flauta y el rebuzno del burro, que el gorgoeo del canario. Valor haya y barbaridades se hagan, que el arte ya vendrá; y si cuesta caro, la letra con sangre entra: y en todo caso, dicen ellos, para lo que servimos en el mundo la vida tanto nos da.

Y tienen razón.

Por arte de birlibirloque ó por picaras recomendaciones entra cualquiera de esos chicos en cuadrilla de toreros de alternativa, y deja de ser cua-

drillero anónimo. Ya se lava y afeita y hasta es limpio, de todo lo cual no daba señales poco antes. Se peina la coleta con esmero y varía de costumbres: es comedido, atento y hasta hombre de bien; generoso y espléndido sin acordarse de antiguos ayunos, y si logra un par de años de buenas corridas cumpliendo bien, considera asegurado su porvenir y se casa *in facie Ecclesiae*. Luego el que alcanza la alternativa de matador llegó á la meta de sus deseos, y da por bien empleados doce años, lo menos de aprendizaje. Y como el buen soldado y el buen marino, ni teme al enemigo ni le asustan los temporales.

En esos términos, aunque con mejor pluma, escribiría hoy la vida del torero, el famoso cronista de Felipe IV, Juan de Zabaleta, si por fortuna viviera. ¡Cómo hubiera recargado el cuadro al pintar al hombre que, sin recursos y sin más apoyo que su afición y su audacia, tiene fe en su porvenir, ó bastante filosofía para apreciar su vida en lo que vale!

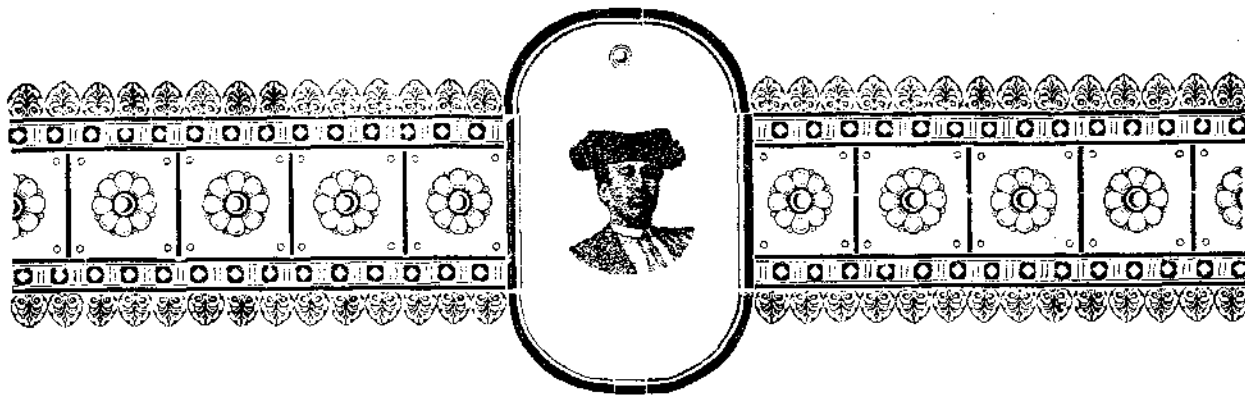
¿Y luego, qué? De cien hombres que se dediquen al difícil arte de torrear, diez se inutilizan al principiar: diez se cansan y se retiran: cuarenta se quedan sin desarrollarse nunca: veinte son banderilleros que ganan para comer y nada más: otros diez toman la alternativa de espadas, tal vez para ganar menos que como peones: y de los diez que quedan, cinco entran en el número de los que viven holgadamente: cuatro en el de los que pueden dejar herencia, y UNO, *uno solo*, que descuellosa entre todos y por excepción se hace rico.

Con menos trabajos personales, con menos tiempo de estudios, aunque con más gastos y tributo de inteligencia, hacen su carrera los ingenieros, los arquitectos, abogados, etc. etc., y sucédeles poco más ó menos lo que á los toreros, lo que á todos los de todas las profesiones en este mundo. El que se distingue por listo sube: el que no es tonto, se estaciona si es corto, y el que no se atreve ó vale poco, no llega jamás á nada.

Pero el oficio de torero, al que no se atreve, le estorba: al que se estaciona le empujan los cuernos, y al que es listo le anda siempre rondando la muerte, lo cual no acontece en ningún otro, y los hay peligrosos.

¡Y aun hay quien envidia á los toreros! ¡Y toda vía se oye decir con frecuencia que no hay más carreras que la de cantante y la de torero!

¡Como si todos fuesen Gayarres ó Frascuelos



II

VOCACIÓN



En todas las ciencias, artes y profesiones á que el hombre dedica su preferente atención para cultivarlas, debe exigirse un decidido empeño, una completa voluntad y una abnegación sin límites en el que trata de ejercerla, á fin de apoderarse de los secretos que encierran, dominarlos, y una vez esto conseguido, familiarizarse y de tal modo acostumbrarse á cuanto con ellas se relacione, que parezca fácil lo difícil, factible lo impracticable, y natural y sencillo lo extraordinario.

Sin ese amor á la ciencia ó arte, sin entusiasmo, no hay, no puede haber nada: queda reducido todo á haber aprendido, cuando más, la parte exterior de los mismos, sin profundizarlos, y el que debiera ser, por ejemplo, aventajado artista, limitado á simple artesano, que no sabrá nunca vencer dificultades, sin darse razón de las causas á que se pueda atribuir cualquier entorpecimiento ó contrariedad. Si en los tiempos modernos, Edison hubiérase contentado con el resultado de sus primeros descubrimientos, dejando de hacer

cada día nuevos experimentos, la ciencia sufriría aún lamentable retraso; y si en lo antiguo los grandes descubridores del Nuevo Mundo no hubiesen fijado su atención en cálculos matemáticos, estudiando con

ahínco difícilísimos problemas, y ensanchando la esfera de lo sabido hasta entonces, con sus prolijas y detenidas investigaciones, aquella preciosa parte del globo hubiera permanecido ignorada, muchos años, del antiguo continente; lo cual comprueba que, sin tener el hombre por punto principal objetivo de sus deseos, el estudiar ampliamente y á fondo cualquier ciencia ó arte, en todos sus detalles, con todas sus ramificaciones, y calculando y experimentando las ventajas conocidas para apreciarla, y los inconvenientes para salvarlos y vencerlos, no cumple la misión que él mismo debe imponerse para rebasar la línea trazada de antemano, ó al menos para demostrar un exacto conocimiento de lo que es la profesión que abraza.

Razones tan claras y extendidas como las que van expuestas no necesitan mayores fundamentos para ser consideradas como base firme del presente artículo, que ha de tratar de las condiciones esenciales y precisas para ejercer la difícil y arriesgada profesión de lidiador de toros: cuanto va dicho le es aplicable en sumo grado, porque en ello se juega la vida y aun la honra, si se tiene en cuenta que la muchedumbre, al que sufra la desgracia de ser herido ó muerto en la arena, llámale bárbaro, ignorante. Detrás de la terrible angustia, el estigma denigrante y despreciativo; así es nuestra pobre humanidad.

No le basta al hombre, para ser torero, la voluntad, ni el valor, ni la aptitud física, si no *goza* en el ejercicio del arte, olvidándose por completo en el coso de todo cuanto en el mundo y fuera de allí le rodee y forme parte de su vida social é íntima.

Ante las fieras no ha de recordar absolutamente disgustos particulares, ni alegrías de familia ni nada, en fin, que le distraiga por un instante de la observación atenta que le indique, según su inteligencia, el modo de esquivar con lucimiento la acometida del toro; y de tal manera ha de lidiarle, que en ello ha de poner sus cinco sentidos, como vulgarmente se dice en España. Desgraciado el torero que al ejecutar cualquier suerte con la fiera recuerde amores, contrariedades, venganzas ofrecidas ó cariños de familia. En unos casos la ira, que es mala consejera, le llevará á arriesgarse más de lo necesario; en otros, las tiernas afecciones le harán retraerse y demostrar ausencia de valentía, y en todos, la preocupación natural de quien en otra cosa está pensando ha de originarle más daño que provecho. ¡Quién sabe! Tal vez esas diferencias, esas desigualdades, que se notan en determinados y muy acreditados diestros, animándose con toros

difíciles y rehuyendo el trabajo con otros sencillos y boyantes, sean efecto de ideas ó recuerdos que crucen por su mente en los momentos más críticos para descuidarse.

Por estas razones, sin gran entusiasmo por el arte, y, si se quiere, por un *fanatismo* por él, tan grande como el que debe inspirar la religión ó la patria, la voluntad y el valor no son suficientes, por sí, para ser lidiador de toros, como debieran ser todos los que pisan el redondel; por eso se ve que en la juventud, en los años de la vida en que todo sonríe al hombre, y en nada piensa más que en hacer que en él fijen todas las miradas, en esa edad en que los sueños de gloria alegran sus deseos, y el pundonor y la audacia y todas las pasiones tienen su mayor desarrollo y se manifiestan más pujantes, el torero marca más rápidamente sus adelantos, pero también sufre de continuo mayores percances, efecto de su irreflexión y falta de estudio y práctica; y gracias á que á los veinticinco años aun no se ha desarrollado en él esa avaricia que en tal clase, como en todas, viene siendo signo característico del último tercio del presente siglo, que de ser así, ¿cómo ha de intentar suertes de mérito ni estar en completa tranquilidad desafiando el peligro el torero á quien sobran billetes de Banco y adora el becerro de oro con preferencia á otro culto?

Son muy dignas también de que se tomen en consideración las contingencias á que se exponen los que se dedican al ejercicio de lidiar toros. Prescinden de la familia, de la amistad, de cuantas afecciones tienen en este mundo para lanzarse al palenque donde tal vez les espera nn fin desgraciado, en cuyo caso

que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

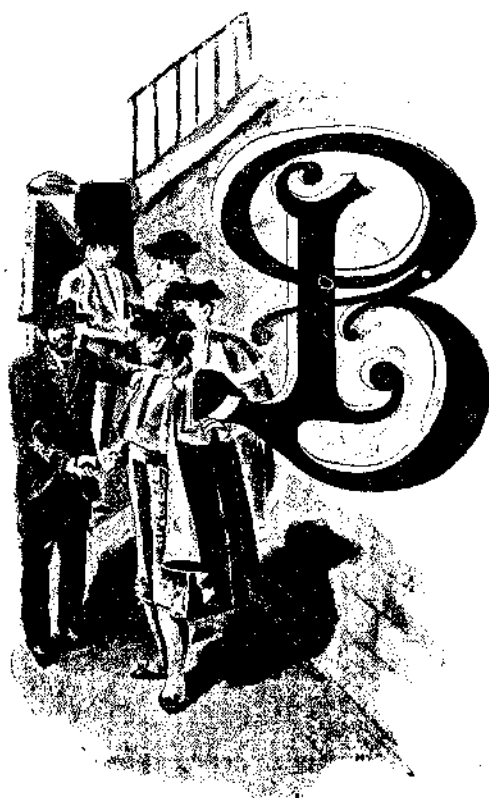
Hacen completa abstracción de su personalidad desde el momento en que se someten á las veleidades del público, y si fueran todos como debían ser y va dicho, las virtudes más altas, como el pundonor, la vergüenza, el afán de gloria, la afición al estudio y el sacrificio de su vida, les llevaría á la inmortalidad, cuyo templo habitan Romero, Montes, Redondo y otros, que por un sentimiento interior fueron llamados hacia tal género de vida, desde el momento que se inclinaron hacia él, ávidos de fama y de imprecadero recuerdo.

Ese movimiento interno del espíritu que ha de significarse muy de veras en el ánimo del torero, se llama *Vocación*. Sin ésta, pocos brillan.



III

EL MIEDO



BIEN se comprende que en la lidia de toros bravos entra como condición indispensable la de que el hombre posea la cualidad del valor en alto grado, en términos de que siempre se ha dicho que de un torero valiente puede esperarse mucho. Pero entendámonos.

El valor no se adquiere por la sola voluntad del individuo en todas ocasiones. Siendo la posesión de un ánimo fuerte para arrostrar el peligro, con la misma tranquilidad que si no existiera y sin titubear un instante, esa posesión puede darla, ó la más completa ignorancia, ó la segura confianza de vencerle por medio de la inteligencia. El valor en sí, la valentía, están demostrados desde el momento en que un hombre se presenta sin temblar ante la fiera y la incita y obliga á acometer para burlar sus bárbaros instintos. Del mismo modo que el miedo se apodera de nosotros en las

circunstancias en que menos quisiéramos viniera á aconsejarnos, el valor no responde siempre á nuestro deseo, y suele suceder con frecuencia en las corridas de toros que á los ojos del espectador aparece

valiente el que no lo es, y de quien solo Dios sabe lo que en su pecho pasa. A algunos se les moteja de miedosos ó irresolutos, y, sin embargo, ni la calificación es justa ni puede haber nadie más que el mismo interesado que sea capaz de reconocer con certeza cuáles y cuántos son los latidos que da su corazón en un rápido momento, ni á qué obedece su anhelosa respiración.

Por regla general—y no se ofendan algunos lidiadores por lo que vamos á decir—los más ignorantes, aquellos cuyas facultades intelectuales son más escasas, aparecen más valientes. ¿Por qué? Porque ignorando el peligro á que se exponen, fian el éxito de las suertes al atrevimiento, confiando en sus facultades físicas, ya que de las otras carezcan en absoluto. El valor, que ya se ha dicho muchas veces ha de ser frío y sereno, sin arrebatos ni obcecaciones, debe también ser reflexivo, y el torero no puede ni debe tener confianza en la lidia más que estudiando las condiciones del ganado, que sabiéndolas y conociendo el arte, tranquilo tendrá su pecho. ¿En cuántas ocasiones por prescindir de ese estudio y por no querer aparecer demasiado prudentes, han sufrido cogidas los toreros!

No vamos á defender á los matadores, que son las principales figuras en el ruedo, más que en lo que realmente merecen. Ya hemos dicho que el solo hecho de presentarse ante las reses, es señal de indudable valor, y éste se demostrará mejor y más patente cuanto mayor rato toree solo ó con poca gente al lado, toros de algún respeto.

La debilidad de espíritu en los que se apartan de la cabeza de las reses, para que los peones los trasteen con sus capotes, no decimos que haga ostensible el miedo, pero sí una manifestación de él, que cuando menos puede llamarse apatía y falta de voluntad para permanecer ante el peligro. Parece como que se busca la reposición de fuerzas, y la manera de que, pasando tiempo, se normalicen las funciones respiratorias, cuya agitación siente fuertemente, aunque no se ven por el público, al mismo tiempo que se procura la debilidad del enemigo por el cansancio y el aburrimiento. Esta es ya demasiada *prudencia*, que contrasta con el atrevimiento ignorante de que antes hemos hablado.

El público quiere que á todos los toros se les mate pronto y bien, y eso en absoluto es imposible. Nosotros mismos, que como regla general, predicamos con insistencia que se les dé muerte en corto y por derecho, no dejamos de conocer

que esto no es siempre practicable. Hay toros que no paran, viendo cerca el bulto, y á éstos es imposible arrancarse ni esperarlos en corto terreno, hay que tomar más; en otros, aunque no son muchos, es indispensable el cuarteo, porque suelen acostarse del lado derecho, ya por inclinación particular, ya porque las salidas falsas le hayan enseñado ese camino, ó ya porque los rehiletes se hallen colocados todos en ese lado; hay alguno á quien no es posible hacer que levante la cabeza, viendo un objeto cerca de sí, y con él hay que aprovechar, yéndose á él como mejor se pueda, y en tales casos no atribuimos al miedo la realización de las suertes en dichas formas. Eso sí, queremos que el torero dé la cara y no mate al revuelo, ni de trampa, porque en ese caso alguien puede haber que le considere dominado por el terror.

Claro es que para matar unas veces en corto y por derecho, otras esperando, otras arrancando de largo y alguna á paso de banderilla, se necesita, si se ha de hacer bien, saber lo que se hace, que no basta hacer lo que se sepa, puesto que el matador de alternativa no debe tomarla sin los conocimientos necesarios. Estos, como preliminares indispensables, han de ser los de conocer el terreno que se pisa, cuál es el de la jurisdicción propia y cuál la del toro; si las querencias naturales ó accidentales pueden perjudicar al diestro ó favorecerle, saber perfectamente el manejo del capote y de la muleta; y como complemento de esos preliminares, apreciar con clara inteligencia las condiciones y facultades de las reses y las transformaciones que haya experimentado en cada uno de los tercios de la lidia. Por no acostumbrarse á matar más que de un solo modo, han ocurrido desgracias irreparables á espadas de primera y bien adquirida nota. Especialidades fueron en la suerte del volapié Roque Miranda y Antonio Sánchez (*Tato*), y por no tener presentes las condiciones de los toros, ambos sufrieron cogidas que les impidieron tomar luego en sus manos los trastos de matar, y el mismo Manuel Domínguez por igual causa perdió el ojo derecho en la Plaza del Puerto de Santa María, y no dejó allí la vida gracias á su robusta constitución. ¿Fue por miedo el olvido de las condiciones de aquéllos? Creemos que no; á otras causas hay que atribuirlo.

Es voz constante, entre todos los que de toros hablan, que en el redondel nunca se ven dos completamente iguales; y si esto es verdad, ¿cómo es posible matar del mismo modo á reses de distintas condiciones? ¿Por qué se ha de atribuir á

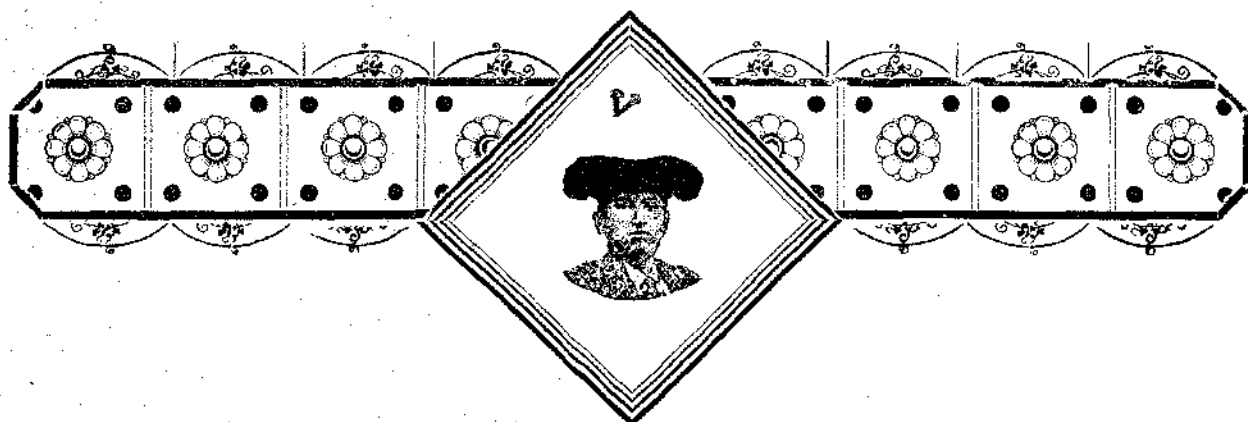
miedo el que un espada se arranque de más lejos en un toro que en otro si la necesidad lo requiere? ¿Por qué se ha de tener por hombre de poco corazón al que, para llevar al toro al punto que más le conviene, le trastea en mayor espacio de tiempo que á otro que desde luego se le colocó bien? ¿De cuándo acá es mayor señal de valentía enseñar el *polissón* á un toro después de un forzado recorte que el acto de pasarle de muleta ó capearle con los piés quietos?

Las suertes del toreo tienen más mérito cuanto más expuestas son y más arte se demuestra al ejecutarlas. La de recibir, que es la suprema, se tiene en más alto grado que ninguna, porque exige no se muevan los piés, y aunque pierda el co-

lor de la cara el que la ejecute en toda su pureza menos miedo tendrá que el que mate las reses con trampa y aparente alegría y bravura. Si pudiera á un mismo tiempo ponerse la mano en el pecho de ambos matadores, ¿qué pronto nos convenceríamos de que no es oro todo lo que reluce!

Haciendo constar que salvo algún ser excepcional en el toreo, que todos hemos conocido y en cuyo pecho no cupo nunca el miedo, no hay lidiador, por valiente que sea, á quien no se le haya encogido el ánimo, temiendo sin razón; nosotros fijamos como regla general para conocer exteriormente en los lidiadores esa... falta de confianza, la de la mayor ó menor quietud en las suertes; el que más para, ese es el más valiente.





IV

LA IGNORANCIA

En la suerte de matar, al que no hace la cruz se le lleva el diablo

FERNANDO GÓMEZ (*El Gallo*)



AN saliendo al redondel tantos y tantos espadas con pretensiones de matadores de alternativa, que ya hemos olvidado la cuenta de los que en este número se hallan: y no es lo peor que nos falte memoria para acordarnos del número que en el escalafón ocupan, si no que el público los olvide de tal modo que le cueste luego trabajo recordar sus nombres, ó siquiera sus apodos.

No deben culpar á nadie de la indiferencia que respecto de ellos guarden los aficionados: tuvieran más paciencia para obtener ascensos, estudiaran más, si es que algo estudian, y no serían olvidados. Conociéanse, midieran sus fuerzas, y muchos volverían sin desdoro á tomar las banderillas, abandonando el estoque, y el público no sería tan severo en sus juicios y aplaudiría, por el contrario, al hombre que, no

por falta de valor, sino de aptitud, dejaba los trastos, que no acertaba á manejar con la soltura y desembarazo que el arte exige. Varios ejemplos hay de toreros acreditados que intentaron ser matadores, tomaron la alternativa y se quedaron oscurecidos y sin contratas; y de otros que después de ensayar su aptitud para estoquear conocieron que no servían para ello, y obrando cuerdaamente, continuaron manejando con acierto el capote y poniendo banderillas con verdadera destreza. No por eso perdieron en la estimación del público, que constantemente les cohnó de aplausos en su larga carrera.

Porque no es suficiente tener valor y serenidad para emprender la carrera de matador de toros: se necesita algo más, y para tomar la alternativa mucho más que ser temerario y atrevido. Precisa conocer las condiciones de las reses desde que salen del chiquero, en cada uno de los estados que en la plaza tienen hasta que llegan á la muerte, para darles la lidia adecuada que requieran, lo cual es importantísimo y tan esencial, que por no atender y estudiar con verdadero espíritu de observación la índole, facultades é inclinaciones de los toros, hay muchos matadores que siendo prácticos en el manejo del capote y la muleta deslúcense al estoquear, porque á todas las reses las dan igual trasteo y á todas hieren de igual manera. De ahí la desigualdad que se nota en gran número de toreros; en ocasiones, cuando obedece el animal con nobleza y bravura, y con él hacen el juego natural y sencillo que se aprende como rudimento del arte, es realmente agradable apreciar aquel trabajo, que resulta poco menos que perfecto; pero otras veces, cuando ejecutan ese mismo trabajo con un manso ó con un toro que se cifa y se revuelva rápidamente en poco terreno, aquel espada se coloca al nivel de los aprendices más ignorantes. El trabajo de muleta y aun el de pinchar que en esos casos intentan, es idéntico, es el mismo tan aplaudido antes; pero como no debe serlo, claro es que para acertar una vez se equivocan en veinte; por eso hay matadores de buen nombre, de quienes se dice que valen y saben mucho *cuando quieren*, y de los cuales no faltará quien poniendo en duda ese valor y saber, atribuya el buen éxito en la muerte de algún toro, á que, respecto de él, fueron bien conocidas sus condiciones por el espada, al paso que en otros no vió lo que en sí traían; porque eso de «cuando quieren» estaria mejor dicho «cuando pueden, saben ó se atreven», que los buenos deseos por quedar bien á todos les son comunes.

Jóvenes matadores de toros hay ahora con alternativa y *todo*, en los que se ven esos deseos, que unidos á la valentía que les da la irreflexión propia de la edad, casi producen admiración al verlos matar algunos toros; y se nota en ellos que quieren aprender, y trabajan y bullen, y tambien imitan—aunque no sea bueno—lo que han visto aplaudido en otro; y se ve algunas veces que á las reses que humillan las pasan por alto, como es debido, y á las que se tapan las trastean por bajo y en redondo como manda el arte, y hasta se ha visto empapar bien y en corto, dando poca salida y consintiéndolas á las recelosas ó que se ciernen en el engaño produciendo esas facnas en el inteligente aficionado grata esperanza de que el buen toreo no se pierda.

Pero esa esperanza se desvanece muy frecuentemente al llegar el momento supremo de herir. Unos se colocan bien perfilados y en línea recta con el testuz del animal y *sin liar*, arrancándose rápidamente á clavar el estoque «á golpe» fiando á los pies su salvación. Otros, á más distancia, empiezan desde largo su cuarteo, y si hieren en lo alto no falta quien llama volapié á aquella suerte en que tanto corrió el toro como el hombre. Otros *lian* y dan la inclinación de muleta tan alta, es decir, bajan tan poco el brazo que el varetazo en él es seguro, cuando no el enganche en la chaquetilla ó en el sobaco. Y otros que tambien *lian*, se colocan bien, en corto y por derecho, atendiendo sólo al punto en que quieren clavar la espada; olvidanse de la mano izquierda, y, claro es, la cogida es inevitable, sobre todo si no apela, como los otros de quienes antes hablamos, á dar vapor á la máquina pedestre. Atendiendo sin duda á estos últimos, dijo Fernando Gómez las ciertísimas palabras que encabezan este artículo y que no cesaremos de recomendar siempre á los matadores de toros.

Por vaciar, ó según decía *Pepe Ilo* por hacer el quiebro de muleta demasiado inclinado á la parte de afuera, no eran siempre buenas las estocadas de Montes, aunque era inmejorable su postura y colocación; por dar inclinación baja y recta al costado derecho, sin mover los pies, Redondo y Domínguez mataron, *recibiendo* á la perfección, tantos toros; por su inmejorable mano izquierda fué Cayetano un matador con quien no pudieron los de sus buenos tiempos; y por su especialísima dirección de muleta y haciendo tocar la mano izquierda que la guiaba en la parte superior del muslo derecho, dió arrancando sobre corto el ini-

mitable Salvador aquellas soberbias estocadas que pasarán á la historia con el nombre de *frascuelinas*.

Todos esos maestros y otros que no citamos fiaron á las manos lo que ahora se encomienda á los pies; todos, desde *Costillares* hasta ahora, han *hído* la muleta para esperar ó entrar á herir con el doble objeto, dicen las tauromaquias, de reducir al toro al extremo de afuera, que es el desliado, y de que no se pise; y siempre ha sido axioma en el toreo que el acto de la muerte del toro se debe considerar como un verdadero pase de pecho en

cuanto á la colocación del torero para herir y el juego de la mano izquierda.

¿No se quieren observar esos preceptos? Adelante; y cuando falten pies á los que sin liar tapan la cara de las reses para herirlas á mansalva; cuando por falta de poder tengan que apelar á algún *tranquillo*, si saben buscarle, y cuando, aunque no se acuerden de hacer la cruz bien y con arte salgan rodando ó volando de la cabeza del toro, no se culpe á estos, considerándolos marrajos, de sentido, ladrones, etcétera, no, cúlpese á la ignorancia.





V

MILAGROS



QUEX no crea en la Divina Providencia, véngase á presenciar una corridita de novillos de las que se verifican en la plaza de Madrid de pocos años acá, y seguro es que de allí ha de salir plenamente convencido de su error y confesándole con ingenuidad.

Allí verá toros grandes y cornalones, como no los dan en las corridas de abono, y contemplará lidiadores gigantes de estatura y también jiliputienses, que no tienen más conocimiento del arte de Montes que el de saber por los retratos antiguos que usaba moña y coleta. Verá también figuras que parecen de hombres á caballo, que tanto entienden de jinetear como *Cúchares* de literatura: y verá, por fin, tales y tantas cosazas, que si á ellas no está acostumbrado han de ponerle los pelos de punta, y me quedo corto.

Pero no: nada hay que asuste en cuanto se va uno *jasiendo*, y en una tarde se *jase* cualquiera á ver derribar títeres que caen y se levantan con más frecuencia de la que quisieran, aunque no lo dan á entender.

Joven inexperto hay que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, se atreve á lo que nadie se ha atrevido, que es á entregar su cuerpo al furioso empuje de un astado jaramero de siete años, sin importarle un ardite sus fieras embestidas: y mozo jacarandoso de los que en la calle de Sevilla escupen por el colmillo, que montado en un jamelgo más flaco que esqueleto de sardina, y con una lanza en la diestra, más larga que la de Longinos, se resigna á que los monos le coloquen frente al bruto, para rodar por la arena á cada acometida, después de sufrir cada costalada de latiguillo que canta el credo, magullándole sus míseros huesos, que de cauchout resultan casi siempre. Si esos infelices, por lo que experimentan repetidas veces, no se hallaran convencidos de que los toros no matan, cómo habrían de atreverse á cometer tantas barbaridades, desafiando la fiereza de otro bruto? ¡Con cuánta razón se dice que no hay nada más atrevido que la ignorancia!

Y realmente: si á los resultados se atienen, ánimamos han de adquirir al observar que las *cogidas* por los toros traen mejores consecuencias que *otras*. Testarazo de órdago, volteo chino, talegazo en la arena, arriba otra vez y aplauso seguro, son las derivaciones de las cogidas por toros, que no parece sino que tienen cuernos de caracoles, tan sensibles, que al menor contacto los esconden. ¿Que no sale el milagro á pedir de boca? Otra vez será: y por de pronto el sastre gana y mantiene su taller con la compostura de taleguillas, chupas, chaquetillas, fajas, moñas y monteras que han sufrido deterioro, salvando con su interposición entre ambos seres el pellejo del más débil. ¿Que por una serie de lamentables equivocaciones tardan algunos individuos de la raza cornuda en encoger las astas, porque están desprevenidos cuando un mozo viene á echarse sobre ellas, y por esa causa sale éste pinchado? Pues para esos casos ahí está «Villa Gloria», famoso hospital, á cuya creación tanto ha contribuido mi buen amigo D. Eduardo Rebollo; y si el arañazo se cura en pocos días, nuevos bríos para volver á la palestra, á ver si puede convertirse el rasguño en cornada, que la letra con sangre entra, y la fama marcha hoy en razón directa con el mayor número de puntazos y heridas que sufren los bravucones.

Estos, que por lo general tienen más pretensiones que Pedro Romero y Francisco Montes, y que en la práctica de su oficio no andan hacia adelante, van de costado como el cangrejo, y huyendo del toro se le encuentran siempre encima. Entonces vienen los lances raros, incomprensibles y extraordinarios: los capotazos y los pases de muleta dados en cuchillas y aun á gatas; las arrancadas en semicírculo, saliéndose al herir por el lado contrario al de la entrada, si es que el toro lo consiente y no se desembaraza del enemigo enviándole á volar como un dominguillo, y hasta caso inverosímil, pero cierto! el acto de que un banderillero clave de frente un par y salga del embroque agachándose y por debajo del hocico de la res, como hemos visto hace pocos días á un aplaudido banderillero.

Si estos no son milagros, ¿para cuándo dejamos el uso de esa palabra? Si esta no es patente muestra del amparo que la corte celestial presta á esa incipiente torería, ¿á que cosa llamaremos protección?

Hechos tan continuados y repetidos, siendo tan estupendos, no acontecen por obra de varón, sino milagrosamente. El antiguo é inteligente aficionado madrileño D. Joaquín Marracci, á quien todo Madrid conoció hace cincuenta años, decía, cuando se hablaba del peligro á que se exponían los maletas de entonces lidiando toros de gran respeto: «No hay que tener cuidado, volteo más ó menos; Dios da el frío según la ropa.» A lo cual contestaba indefectiblemente el excéptico Santibáñez: «Sí, fíate en la Virgen y no corras.» Y esos refranes ó dichos dan á entender claramente que, por mucho que entre la fortuna en la suerte de cualquiera que se expone al peligro, bueno es ser cauto y precavido, y sobre todo, tener conciencia de lo que se hace, y saber cómo se hace y por qué y para qué.

Bien está el valor en el hombre que ha de lidiar toros, puesto que es la primera cualidad que debe adornarle; pero debe acompañarle la serenidad prudente que da el conocimiento exacto de tan peligrosa profesión. No siempre se repiten los milagros, aunque son harto frecuentes en nuestras plazas; y á lo peor llega un día aciago en que se pagan todas juntas, lamentándonos entonces los espectadores de haber aplaudido los desplantes peligrosos, ó de haber silbado la mala ejecución de suerte determinada. Ahí está bien reciente la desgracia del infortunado Antonio Lobo (*Lobito chico*), acaecida en San Fernando, que no puede atribuirse

más que á la intemperancia del público, á falta de prudencia del muchacho y á sobra de pundonor.

No son esos actos de osadía y audacia los que constituyen el verdadero torero, por más que para cometerlos sean los atrevidos impulsados por la ignorancia, que tiene albergue en casi todas las localidades de la plaza, lo cual les disculpa hasta cierto punto: no es así como ha de sostenerse el arte de torear, sino observando sus reglas y preceptos; sin salirse de ellos por hacer alardes in-

oportunos: ni es torero de verdad ni de conciencia el que pospone á la buena ejecución de una suerte escrita, uno de esos actos *efectistas*, pero bárbaros, en que sin provecho alguno para el arte, la exposición aumenta en proporción á la barbaridad que se comete.

A las plazas de toros vamos á recrearnos admirando la valerosa inteligencia del hombre, no á presenciar bárbaros arrojoes que siempre concluyen por originar desgracias.





VI

SUBORDINACIÓN



La importancia de las funciones que desempeña en las corridas de toros el primer espada, como jefe de las cuadrillas y director de la lidia, está universalmente reconocida, y se tiene por indiscutible la autoridad de mando que dentro del ruedo ejerce. Es una justa compensación á la responsabilidad del cargo.

Desde que hay cuadrillas de toreros, organizadas hace más de siglo y medio, ni una sola vez en ninguna ocasión, ni en parte alguna, se ha puesto en duda lo que dejamos afirmado: las autoridades, en sus antiguos y modernos bandos, reglamentos y disposiciones gubernativas, así lo han hecho constar, hasta el punto de que con nadie se entienden mas que con el jefe de las cuadrillas, á nadie amonestan mas que á él y á nadie (fuera de los actos puramente personales por otros ejecutados) castigan con multas ó de otro modo, si no al primer espada: el público á nadie hace

responsable del desorden que reine en el coso más que á ese Director, haciéndole frecuentemente duros cargos de una manera enérgica, si no se muestra activo, inteligente y severo con la gente que está á sus órdenes: y ésta ha admitido siempre con gusto esa imposición de mando jerárquico, en primer lugar, porque es forzoso haya entre todos los que se reúnan con cualquier fin, sean de la clase ó profesión que quieran, uno que los presida, que los dirija y, en una palabra, que los mande; y además porque han reconocido que aquél que llega á ocupar el puesto de primer espada tiene más categoría y de derecho le corresponde, lo que de hecho nadie pone en duda. Podrá haber en las cuadrillas, y alguna vez se ha dado el caso de ello, algún picador, algún banderillero que entienda del arte de torcar, tanto ó más que aquel espada, pero su deber allí donde ejerce cargo subalterno, le obliga á acatar las órdenes que se le den por su superior á semejanza de lo que sucede en la milicia, donde el General manda á veces un disparate, y hay que cumplirle aunque cueste la vida á cien infelices.

La idea de la subordinación debe estar de tal manera arraigada en el ánimo del que en el circo taurino ocupe segundo lugar, que, aparte de la manera de ejecutar la suerte que le está encomendada, lo cual es peculiar y exclusivo de su inteligencia y aptitud, en nada, absolutamente en nada ha de dar á conocer su disgusto, si le tiene por ser contrariada su voluntad. Que se le manda ir al toro no hallándose éste en sitio conveniente para la ejecución de una suerte lucida, no importa; allí debe ir y sacar, aconsejado por su entendimiento y capacidad, todo el partido posible de su difícil situación; que se le impide la práctica de una suerte que presumía había de proporcionarle justos aplausos, tampoco debe importarle; pues debe creer, aunque su amor propio se vea lastimado en cualquier sentido, que el jefe ha visto con más inteligencia lo que á él se le ha ocultado. Precisamente, tanto para la gente de á pie como para la de á caballo, tiene el arte del toreo reglas tan fijas é invariables, que practicándolas bien es casi imposible salir mal de ellas. Ha podido prohibirse á un picador, que salga á los medios ó á la parte de fuera de los tercios de la Plaza, cuando él creía que allí, dadas las condiciones de la res, obtendría gran cosecha de aplausos; pero, ¿quién impide que luego en otra vara, en sitio adecuado, clave con fuerza la puya en el principio del morrillo y terciando al mismo tiempo el caballo á la

izquierda salve á éste y despida al toro, echándose por delante, al tiempo que resuenan los aplausos que á porfía le tributen ovación muy merecida? ¿Qué ha de importarle á un banderillero que no le dejen correr un toro á sitio determinado, ó hacer con él cualquier jugueteo, si al tomar los palos é irse á la cabeza, logra colocarlos con arte y valentía?

De todos modos la obediencia al jefe es indispensable, porque en otro caso, el redondel se convertiría en seguida en lo que generalmente se califica de «merienda de negros.» Conque ahora, con esa obediencia (relativa hasta cierto punto) que por lo general existe entre los que de toreros se precian, hay ocasiones en que parece la Plaza un herradero; ¿qué llegaría á ser si cada uno hiciera lo que le acomodara?

No puede, ni debe resentirse el amor propio de ningún lidiador, porque el director del redondel le aparte de sitio determinado ó le ordene la salida en busca de la fiera, puesto que por algo y para algo es allí jefe responsable moralmente de cuanto ocurra. Toreros de fama hemos visto castigados unos y amonestados otros, que han obedecido ciegamente al primer espada y pasado algún tiempo han recordado con agradecimiento el hecho que por el pronto parecía rebajar su dignidad. Cien veces se ha recordado aquella reprensión del célebre Montes al inolvidable *Chiclanero*, cuando aquél mandó á este retirarse al callejón de la barrera porque al ir á poner banderillas se pasó una vez, solo una vez, sin clavarlas, y los que vivíamos en Madrid el año 1850 recordamos con alegría aquel arranque de Montes, cuando después de pasar de muleta Cayetano Sanz, como él sabía hacerlo, á un buen toro de Veragua, se armó á la muerte y en aquel momento le cogió el gran maestro por la cintura y empujándole al lado derecho le hizo perfilarse más perfectamente con el testuz de la fiera diciéndole: *¡ahora! cítele y recíbele*, como así sucedió. Juan Gallardo, aquel bravo picador de toros, para quien José Redondo era un ídolo, sostenía una tarde competencia con el renombrado Trigo, apostando los partidarios de uno y otro sobre cuál pondría mayor número de varas á ley, matando menos caballos, y viendo en dos ocasiones que el toro no entraba á la suerte, á pesar de obligarle en regla, llegó al extremo de atar á la garrocha un pañuelo, á modo de banderola, para incitar á la res, pero Redondo tomó las riendas del jaco la segunda vez y le apartó, reprendiendo á Gallardo contra el gusto de sus amigos.

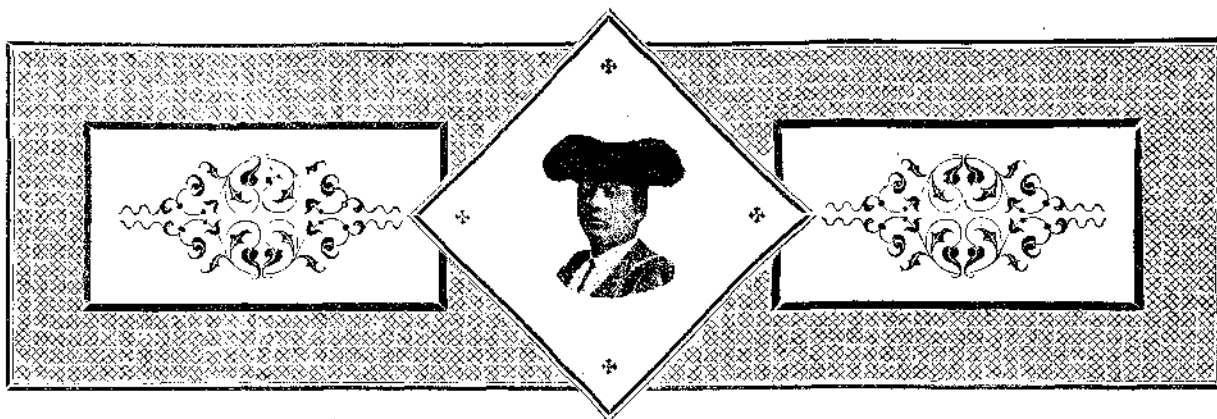
Reconocemos de buen grado que de entonces

acá se ha relajado mucho la disciplina, por efecto de diferentes causas, entre las que pueden citarse, como principales, la de la poca autoridad que tienen, por falta de carácter y otras cosas, los modernos jefes para imponerse, y el ningún apoyo que la Presidencia les presta para que sus órdenes se cumplan. Sin embargo, el que se precie de buen director de plaza, ó aspire á serlo, no debe dejar nunca de solicitar del Presidente que le apoye en su derecho para mandar en los demás lidiadores: para desechar caballos que ya heridos no pueden moverse: para retirar al callejón á los monos sabios, y para todo, en fin, cuanto acontezca en el ruedo, dentro del cual, es el dictador más absoluto que puede existir; que no habrá, así queremos creerlo, alcalde alguno que niegue pretensión tan

justa, y deje de ordenar á los alguaciles y demás dependientes suyos, que den auxilio al director del redondel hasta usando de la fuerza, caso necesario; como que de otro modo resulta la lidia desordenada, el ganado no luce lo que debe, y hasta los areneros y monos sabios se suban á las farbas del primer espada, sin que haya un ministril que echándoles mano en el acto, los encierre hasta que al día siguiente los presente en la alcaldía para que los imponga el debido correctivo.

Ha llegado la desobediencia al extremo y en la Plaza es necesaria mucha subordinación. A la autoridad toca castigar severamente las faltas de disciplina como los demás abusos que se han introducido en daño de las corridas de toros; pero ¿á que no hace nada?





VII

CONOCIMIENTO QUE DE LOS TOROS DEBEN TENER LOS LIDIADORES



E tal necesidad es en los toreros tener un perfecto conocimiento de la inclinación, instinto y cualidades de las reses destinadas á la lidia, que en poseerle y comprenderle consiste casi siempre el buen resultado de la ejecución de todas las suertes. Si faltando aquel, alguna de éstas sale bien hecha y consumada, efecto será de la casualidad, y bien se alcanza que la casualidad no preside más que en poquísimas ocasiones á la mayor parte de las acciones de la vida, y que nunca debe confiársela el buen éxito de ellas, sobre todo tratándose de la existencia de un hombre. Puede éste, siendo valiente, ver el peligro y evadirse de él, fiado en su ligereza ó facultades físicas: pero ¡cuántas veces puede equivocarse su ruta, su salida ó inclinación, retrasar ó adelantar su entrada y sufrir una cogida! Porque una suerte bien estudiada, perfectamente sabida y valientemente intentada, puede resultar des-

lucida y mal hecha, si el toro con que ha de ejecutarse no reúne condiciones necesarias para practicarla.

No es mi intento en este artículo fijar reglas para torear, que esas ya están escritas en las tau-

romaquias con cuanta precisión y exactitud son necesarias; llévame solo el deseo de inculcar en el ánimo de los diestros la precisión que tienen de observar, desde el momento en que el toro sale al redondel, cuáles son las condiciones que muestra en los tres estados en que generalmente se presenta durante la lidia—y digo generalmente porque no siempre son iguales en todos.—Toro hay que pisa el ruedo *levantado*, y así llega á la muerte, sin haberse *parado*, y menos *aplomado*, al paso que otros salen parados y nada los saca de semejante estado, si bien refiriéndome á los últimos son pocos los que así empiezan, á no ser que estén enfermos, porque dicha cualidad responde y procede del cansancio y del castigo.

Un toro franco, noble, que por aparecer en plaza levantado quiera perseguir todo sin pararse ante ningún objeto, bien merece que un espada de conciencia extienda el capote, y con unas cuantas verónicas y navarras le pare los pies, para que sin perder gran parte de su poder vaya á los picadores y tome varas en regla: á otro incierto que por efecto de su codicia desparrame la vista y acuda donde menos se piense, bueno será que todos los lidiadores procuren presentarle los menos bultos posibles, y éstos muy de cerca, para que se acostumbre á acometer á un solo objeto y pierda inclinación tan peligrosa: y al que en las primeras suertes *se queda* sin salir del centro de ellas, procúrese castigarle duro y con hierro, aun á riesgo de que á la muerte llegue aplomado y con él no pueda efectuarse otra suerte que la del volapié. Si el torero llega á conocer bien la índole de las reses, tiene muchísimo adelantado para que cuantas suertes intente le salgan bien; sabrá el picador, por ejemplo, que para un toro que se le venga *suelto*, hallándose en los tableros, ha de sacar más palo que para otro que tome la suerte de frente, estando bien colocado; y que según la rapidez con que se vea acometido, á mayor ó menor distancia y observando si hiere más con un cuerno que con el otro, así podrá sacar el caballo ladoándole totalmente á la izquierda si de él usa, ó con un paso atrás en la misma dirección, si el cuerno derecho es el *maestro*.

Comprenderá el banderillero que á las reses que cortan el terreno ha de marcarles poco el cuarteo, para no verse obligado á hacer salida falsa; bien es verdad que si mucho sabe y tiene valor y facultades podrá *cambiarse* en su ruta al contrario de la que llevaba—aunque esto hay pocos que lo hagan,—y en cuanto á los espadas... mucho pudiera

aconsejarles, pero son contados los que creen que de tauromaquia entienda el que no sea práctico. ¡Como si muchísimos hombres de letras no supieran más de arte escénico que gran parte de los actores, y los músicos por afición no entendieran á veces mejor que los cantantes el tono, aire ó matiz que deba darse á una frase, á una nota, ó á toda una partitura!

¡La falta de conocimiento en el espada acerca de las condiciones de las reses puede acarrearles disgustos y deslucimiento. Frecuentemente un toro noble, boyante, muy apropiado para ser *recibido*, es muerto de una estocada á paso de banderillas, arrancando ó al volapié: para el primer modo, para el de paso de banderillas, no es preciso trastearle mucho, basta practicar el cuarteo, poniéndose fuera de cacho: para el segundo, abusar más del trapo, y para el volapié, como hay que quitar al toro facultades que conserva, se usan muchos capotazos, muchos pases, mucho baile, mucha zaragata, para *marcar*, no aplomar á las reses, que es el estado en que requieren aquel modo de ser muertas. Y esto consiste en una de dos cosas: ó en que los matadores que tal hacen no estudian la índole del ganado, ó en que, si saben, no tienen valor para matarlas frente á frente, por derecho y con arreglo al arte; porque eso de matar todos los toros de igual modo, siempre á paso de banderillas, siempre á volapié, ó aunque fuera siempre recibiendo, denota poco conocimiento en el espada, y si lo ejecuta muy acompañado de auxiliares... otra cosa que no quiero decir.

No se aprende lo necesario en poco tiempo, hay que estudiar y observar sobre el terreno; pero el que tiene voluntad, poca soberbia y mediano criterio, adquiere fácilmente en dos años lo que no consigue en diez ó más el que carece de aquellas dotes. Suponiendo que el lidiador que llega á ser espada posee las cualidades de entendido diestro, no puede atribuir á lo que llaman negra fortuna el mal cumplimiento de su cometido, si no á la falta de conocimiento de lo que la res indica en sus querencias, en sus acometidas y en el estado de sus facultades: porque si además de *ser torero* llega á comprender bien lo que es, puede y quiere un toro, seguro es que obtendrá aplausos, sobresaldrá por muchos y estará más libre de peligros que sus compañeros que de tales requisitos carezcan.

La perfección en el toreo la constituyen, en iguales condiciones de poder, valor y serenidad, el conocimiento de las suertes, unido al de las condiciones de las reses.



VIII

LOS MAESTROS



Si el torero ha de ser *completo*, para llevar con justicia el título de *diestro*, y mucho más para ser considerado como *maestro*, debe saber á la perfección todas, absolutamente todas las suertes del toreo, tal y como fueron escritas por Montes y practicadas por él mismo.

Tanto da para ello que se encuentre en la clase de picadores, como en la de banderilleros, que en la de espadas, porque en todas puede hacerse patente demostración de los conocimientos que ha de poseer el que quiera ser considerado con los calificativos mencionados; es decir—ampliando nuestra afirmación para mayor claridad—que el picador no ha de contentarse con saber picar, ni el banderillero con saber clavar los palos, ni el espada con trastear y hundir el estoque en el morrillo de las reses, sino que cada uno de ellos debe conocer al dedillo las suertes que los otros están encargados de ejecutar.

Y la conveniencia y la necesidad de que así se entienda por todos los lidiadores, no hay para qué encomiarlas, que á la vista saltan. Empezando por los picadores, hay que reconocer las ventajas que llevan los que saben cómo la gente de á pie debe prac-

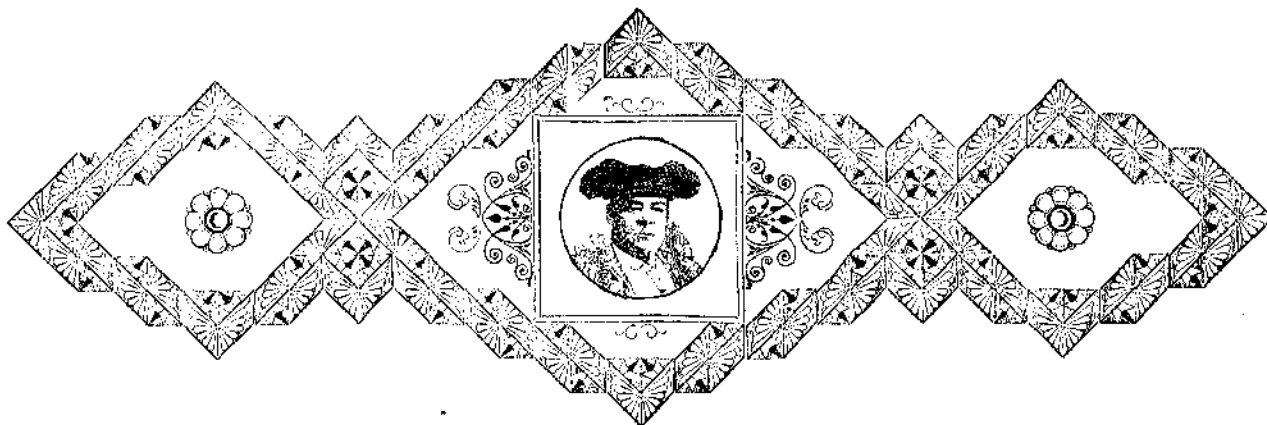
ticar las suertes, sobre los que no comprenden más que la suya, ó sea tenerse á caballo, entrar á picar y salir, si pueden, ó caer, fiando su salvación á mano ajena. El que tiene la fortuna de haber puesto una vara echándose el toro por delante, y está atento al juego que el espada hace en ese quite ó en otros determinados, comprende desde luego, si el arte le es conocido, que el torero de á pie se le vuelve, ya sea con larga, ya con recorte, para que repita la suerte; y como lo conoce, como sabe el giro que la res toma en el nuevo viaje que la han marcado, se apercibe con tiempo, mejora su colocación si es preciso y sale airoso del trance; al paso que el picador que no atiende más que á su especialidad á caballo, sin cuidarse de lo que hacen los demás, puede sufrir un desavío por falta de precaución. El mismo puede, en caso de apuro, salvar á un peón que venga perseguido de cerca, llamando la atención del toro arrojándole el castoreño, ó emprendiendo acelerado viaje que corte el terreno del animal; y hoy ya no es posible, porque las modernas prácticas exigen que el picador no esté en el ruedo concluida la suerte de vara; pero antes, cuando sucedía lo contrario, en varias ocasiones acudieron los de á caballo en auxilio de los peones cuando éstos se hallaban en inminente peligro. Escrito está por un testigo ocular, y no hay aficionado verdadero que lo ignore, que cuando sucedió la desgraciada muerte del famoso *Pepe Illo* en el coso de Madrid el 11 de Mayo de 1801, el entendido picador Juan López procuró poner al toro una vara, yéndose á él resueltamente á caballo levantado; y Antonio Pinto, Manuel Lerma (*El Coriano*), y en nuestros días *Pepe Bayard (Badila)*, viéndose alguna vez en peligro, ó con pocos ó malos peones á su lado para estar libres de un percance, han arrebatado á cualquiera un capote, y con él, y buenos lances, ó con el sombrero únicamente, han dado á la res salida larga y han conseguido quedar ilesos y obtener aplausos.

Pues si en los picadores hay conveniencia de que les sean conocidas todas las suertes del toreo, mucho más necesaria es en la gente de á pie, que con demasiada y criticable frecuencia corren los toros sin reparar por donde van, echándolos encima de los picadores, que al verlos llegar sueltos, difícilmente pueden librarse de la impetuosa acometida de la fiera, ó sobre un grupo de peones que tienen que salir por piés en atropellado desorden; todo por no saber que la suerte de varas es imposible que se haga bien, sin previa preparación, y por ignorar que la colocación de los lidiadores en la

plaza, debe responder siempre á un plan preconcebido, que tenga por base el auxilio mutuo entre ellos sin estorbarse los unos á los otros. Por vicio y mala costumbre corren á todos lados en la suerte de banderillas, á preparar los toros, como si en tal caso fuese necesario preparación; y si supiesen bien lo que es el arte, dejarían á sus compañeros que buscasen las rescas por sí mismos y á ellas se fueran en derechura, y cuidarían de estudiar la salida, no la entrada de los banderilleros, para estar al quite y acudir pronto, caso de necesidad. En este crítico momento de salvación, no hay ni ha habido entre los toreros modernos, quien aventaje, ni aun llegue al incomparable *Frascuelo* y al renombrado *Mazantini*.

La importancia de un buen peón de lidia que en todos los trances se manifiesta, es de un relieve inapreciable en la ayuda que pueden prestar á los matadores, y para eso precisa que sepan tanto como ellos lo que es el arte. Un capote á tiempo, una vuelta oportuna, valen al espada tanto como su trabajo: del mismo modo que si se colocan mal cuando el matador se prepara para herir, pueden hacer que el toro desparrame la vista y manifieste incertidumbre. *Capita* para Montes, *Muñiz* para el *Tato*, *Blayé* para *Cúchares*, *Juanillo* para *Lagar-tijo* y *Pablito* para *Frascuelo*, han sido verdaderos auxiliares que les han servido de mucho y nunca les estorbaron, porque sabían el modo de matar los toros, tan bien como sus jefes de cuadrilla.

No queremos decir con lo manifestado que los picadores pongan banderillas, ni que los banderilleros monten á caballo, ni mucho menos quieran todos ser matadores: cada uno debe tener la especialidad á que más aptitud demuestre; pero debe también saber perfectamente la manera de ejecutar, con arte, todas las demas del torreo, del mismo modo que un abogado, v. gr., descuella en pleitos civiles más que en causas criminales, sin que haya dejado por ello de estudiar ampliamente y con igual extensión, el derecho civil y penal y hasta el canónico. Los picadores que antes van citados, Pinto, Lerma y Bayard, así como algunos otros, y los banderilleros también mencionados por sus nombres, han sido y son tan maestros en tauro-maquia, como otros muchos, á quienes se ha dado ese título por ejercer mal ó bien—que sobre eso hay mucho que hablar—el cargo de matadores de toros: de esos lidiadores, de los que aún viven, deben aprender los muchachos que empiezan: no es preciso ser matador para adquirir con justicia el título de MAESTRO.



IX

LOS DIRECTORES DE PLAZAS



GENERALMENTE cuantas personas asisten á las corridas de toros lamentan el punible descuido que en la dirección de la plaza observan los jefes de cuadrillas. Unos por indolencia, otros por meterse en todo, algunos por falta de autoridad y muchos por sobra de ignorancia, *dejan hacer* á los banderilleros y picadores, que en su mayoría desconocen sus obligaciones y creen que con los toros pueden jugar cuanto quieran, según y como les plazca, á capricho y voluntad libres. No calculan los matadores el daño que, tal conducta les causa, el perjuicio que los ganaderos sufren, ni el que experimenta el público, que en último resultado, es el que paga y se fastidia. Lejos de colocar un peón, ó colocarse ellos mismos (los espadas) al estribo izquierdo de los picadores, permiten y autorizan que los peones, al ser abierta la puerta del toril, si sitúen enfrente con los capotes extendidos y agitándolos, para que acudiendo allí las reses se evite el encuentro con los piqueros

hasta que hayan dado dos ó tres vueltas en el ruedo en distintas direcciones, con viajes interrumpidos, destroncados por los recortes y recelosos y descompuestos hasta más no poder.

No hay ganado que con tal lidia pueda tomar el número de varas que indudablemente tomaría —a pesar de las malas condiciones que hoy reúne, —y si á esto se añaden los puyazos en lo bajo, los garrochazos *zurcidos*, ó sea entre cuero y carne, y las picas rotas y clavadas, aunque sea en buen sitio, dígasenos claramente si es posible que haya toros, que siendo nobles de condición, no cambien ésta desde luego, pasando en el primer tercio á la condición de recelosos. Podría tal vez mejorarse dicha condición en el segundo tercio si los banderilleros supieran cumplir con su deber, pero sucede siempre lo contrario. En los tiempos del verdadero toreo la pareja de banderilleros salía sola desde los tableros en busca de la fiera, y sin que ningún capote se la preparase, ellos se colocaban si aquélla no lo hacía, y clavaban los palos sin pasarse, sino muy rara vez. En todas partes había toro. Hoy, desde los tiempos del *Gordito*, que para hacer quiebros tenía necesidad de ello, al sonar el clarín salen los banderilleros, acompañados nada menos que de un espada, á situarse en el centro del ruedo, y empiezan á correr á un lado y otro media docena de peones, arrojando capotes y recortando al toro, hasta que éste, rendido y cansado, se queda en los tercios colocado á placer y hasta completamente cuadrado. Entonces le llama el banderillero, y si acude pronto, el torero huye; si se retrasa aquél éste sale á buscarle, no se da el caso en ninguna corrida de que se hayan colocado los palos sin previas salidas falsas; y sabido es que las salidas falsas desengañan á las reses y las hacen aprender lo inconveniente. De aquí las *coladas* al pasarlos, los *extraños* y los *acostamientos* sobre un lado: de aquí los *encampanamientos* y las *humillaciones* insistentes, y de aquí los infinitos resabios que las reses adquieren y que tanto dificultan la lidia en su último tercio.

No es objeto de este artículo apreciar el mérito de los matadores en el trance supremo en que ejercen su profesión: es, como al principio va dicho, el de hacer que se fije su imaginación en la

imprescindible necesidad que hay de modificar pronto, pronto, pronto, la enmarañada lidia que se da á las reses con tanto capotazo, tanta media verónica, tanto recorte y tantas idas y venidas, que llenan de confusión el ruedo y hacen que los toreros más parezcan mozos inexpertos de capeas en villorrio, que diestros contratados en la primer plaza del mundo. Preciso es que los matadores se convenzan de que faena tan mala como la que consienten no puede acarrear otra cosa que el descrédito de las ganaderías y el suyo propio: que perdiendo los toros poder y adquiriendo resabios, la lidia se hace difícil, y que están obligados á hacer entender á los peones que su misión con los capotes consiste *únicamente* en obedecer las órdenes del jefe de las cuadrillas, sin soltar uno, ni por casualidad, cuando á ellos se les antoje —salvo el caso de acudir en socorro de un compañero. —El peón allí no es más que un auxiliar, sujeto á la voluntad del espada en todo y para todo, concediéndosele tan solo que en la suerte de banderillas vaya, entre y salga como su valor y conocimiento le dicten, pero procurando siempre no hacer salidas falsas, que tanto enseñan al toro. Los toreros atendían en lo antiguo con igual cuidado á todas las suertes de la lidia desde que se abrían las puertas del toril hasta que se cerraban las del arrastradero. Eso de estar auxiliando y mareando á los toros cuatro, seis y más capotes, particularmente á la hora de la muerte, no se conoció nunca, en Madrid al menos, hasta que toleró la zaragata el renombrado *Cúchares*, en la época de su decadencia y no antes, y ¡cosa singular! hoy no intervienen eficazmente los peones en auxilio de los espadas más que cuando éstos no tienen confianza en sí mismos.

Destierren, pues, los jefes de cuadrilla tan perjudicial corruptela, que nadie ha de ganar en esto más que ellos mismos, puesto que más fácil es matar un toro noble y boyante que otro resabiado, querencioso y en defensa. Los toros nobles si no están corridos antes, como no deben estarlo, los hacen de sentido los toreros con sus abusos en la lidia. Evitense éstos, y tal vez vuelvan á ser las corridas de toros lo que fueron á mediados del presente siglo, de lo contrario el arte de torear está perdido.



X

CÓMO SON Y COMO FUERON LOS INSTRUMENTOS DEL TOREO



REFERIREMOS cuales son los instrumentos que se usan en el toreo y los que se usaban hace cincuenta años. De la comparación podrá sacarse alguna provechosa enseñanza, y tal vez facilite la averiguación de los motivos que hayan contribuido á desnaturalizar la lidia en unos casos y á variarla en otros casi por completo.

Empezaremos por la puya de las garrochas.

Desde el siglo pasado ha venido usándose por los picadores la pica ó pincho de la puya de igual forma á la actual, ó sea en forma cónica, de tres lados limados, pero no vaciados, y próximamente de la misma medida de escantillón; en lo que ha habido muchas variaciones, según las épocas y circunstancias, ha sido en los topes, cuya forma ha cambiado frecuentemente. Según la *Tauromaquia* de *Pepe Illo*, edición con láminas de 1804, los topes de la pica de acero tenían la forma alimonada que hoy conservan y que fué restablecida en Madrid

por el gobernador D. Juan Moreno Benítez, en una junta por él convocada de ganaderos, toreros y aficionados. Venían quejándose los picadores, Curro Calderón uno de ellos, de que la forma redonda, ó de naranja, que poco á poco fué introduciéndose en las Plazas desde la época en que fué Corregidor en la corte D. Pedro Alcántara Colón, duque de Veragua, les daba poca defensa, porque les impedía herir de otro modo que de alto á bajo y, por consiguiente, sufriendo inevitable caída; al paso que de ser el tope alimonado les era posible echarse los toros por delante sin rasgarlos, y sin que en el morrillo tocase antes la pelota de estopa que la puya; y oídas las observaciones que todos hicieron, quedó adoptada, como hemos dicho, la garrocha con tope alimonado, con puya de tres cantos, sacados á lima, no vaciados y de igual tamaño al que hoy tienen las que en nuestra Plaza se usan. En esto no hay variación y se respeta lo acordado; sin embargo, hay una circunstancia, un detalle especial que altera esencialmente la principal base del acuerdo aquél; los filos del acero son sacados á lima efectivamente, pero no á lima basta, que deja rayas en el hierro y la consiguiente aspereza para que se corra por la piel con poco impulso que se la dé, sino á lima finísima y algunas veces pulimentada con esmeril, cuyo rastro no se nota y que convierte cada uno de los lados del triángulo en un corte como de navaja de afeitar. De esto á vaciarlas no hay distancia alguna, el procedimiento será distinto, el resultado es igual; por eso las garrochas quedan clavadas y se ahondan con tanta facilidad en los agujeros que, con intención, hacen los picadores en el morrillo ó en peor sitio, y por eso los tales piqueros zurcen sin compasión á los pobres animales; lo cual no podrían hacer si el pincho fuese áspero, trabajoso para entrarle; porque la pica, como su nombre expresa, es para picar, pinchar, clavar si se quiere, no para rasgar ni aun para pasarla más allá de los topes, que para este fin se la colocan. Debe, pues, continuar la garrocha siendo lo que es hoy, alimonada en sus topes para facilitar la defensa de los picadores, pero afilada con lima ordinaria que raye el hierro, para que el ganadero sufra menos que hoy las consecuencias de los abusos.

«La banderilla es un palo de dos cuartas y media de largo con un hierro á la punta á manera de arpón.» Si viese *Pepe Illo*, que así las describo, las que hoy se usan, ¿qué diría? Desde un tamaño de

45 á 50 centímetros que tuvieron al de 75 ú 80 que hoy tienen, han crecido poco menos que otro tanto. Así sucede, que pocas, muy pocas veces, las veamos clavar de arriba abajo alzando los codos; ¡si son tan largas! Más fácilmente se clavan de costado soslayándolas con menos exposición y á veces con más aplausos; en particular si antes de entrar á la suerte hace el diestro un par de saliditas falsas con «danza de vientre» y al salir, otra filigrana churrigüesca que causen la admiración de los imbéciles. El tamaño de las actuales banderillas debe reducirse lo menos 12 centímetros, que las suertes del toreo, para ser buenas, para tener mérito, han de ejecutarse estrechándose el hombre con el toro cuanto más mejor.

Algo también han alargado los estoques los matadores de estos tiempos, no mucho en honor de la verdad, pues si en lo antiguo fueron de tres cuartas y media la hoja y de unos seis dedos la empuñadura, ahora rara vez exceden de una vara, no llegando nunca al metro. Eso puede pasar, pero no la muleta ó muletaza que usan actualmente. Cuando la inventó Francisco Romero, la dió el nombre de muletilla: cerca de un siglo después se la llamó muleta, y hoy debiera llamársela tolo de garabito. Fué pequeña, de media vara por el lado del palo y de una vara de largo; continuó lo mismo, con corta diferencia, aunque Julián Casas la dió más vuelo, pero no mayor tamaño; creció bastante en manos del *Gordito* y la aumentaron sus discípulos de tal modo, que á nadie, por ignorante que fuese en la materia, se le ocultaba que aquel rojo trapo se ponía de pantalla contra el miedo más que de auxiliar poderoso en pró del arte. Se ha dado el escándalo de presentarse en el ruedo de Madrid más de un matador con una muleta de dos varas de larga, cinco de vuelo y una de largo del palo; y porque con ella ha dado un cambio al toro á dos varas de distancia, se le ha aplaudido frenéticamente como á una acción de gran mérito. A tal público, tales toreros. Ese instrumento de que hablamos debe volver á su primitivo origen, á lo que fué cuando no se conocía á doña Cerotipia, única para quien son buenos tales refajos.

Cuanto á la capa de faena, salvo que la de los pcones, era de holandilla de hilo fuerte y no de seda cruda como ahora, poca alteración ha sufrido. El modo de usarla es el que ha tenido desgraciadas modificaciones, que nunca se tomó á dos manos sin tener los pies parados.



XI

LOS GANADEROS



POSEEN vacadas de reses bravas, que dedican á la lidia, algunos señores que no dan señales de conocer á fondo sus verdaderos intereses. De igual manera, y observando igual conducta que el dueño de la gallina de los huevos de oro, ponen especial empeño en sacar

hoy el mayor producto posible á su ganadería, aunque mañana quede reducida á escasos rendimientos.

Si con esa conducta no saliéramos perjudicados los aficionados á la fiesta nacional, guardaríamos silencio, porque en realidad cada uno es dueño de administrar sus bienes según mejor le parezca; pero es que con los intereses del ganadero se confunden primeramente los de las empresas y después los de los diestros y los del público, que es quien paga siempre los vidrios rotos, en resumidas cuentas.

El gran consumo que se hace de reses bravas, lo mismo en España que en el extranjero, puesto que hasta las repúblicas

americanas, se surten de las que en nuestra nación se crían, con motivo del gran número de plazas nuevas y el aumento de funciones que en todas se verifican de algunos años á esta parte, justifican en cierto modo el exorbitante precio que alcanza el ganado de lidia; el mayor arrendamiento; ó mejor dicho, el mayor precio de la renta que por cuestión de pastos—el que no los tenga propios—ha de satisfacer con relación al que los prados y dehesas tenían hace algunos años, también favorecen sus pretensiones, que reconocemos y hacemos extensivas á los que no llevando alquilados dichos terrenos, por ser de su propiedad particular, han de tener en cuenta la renta que en otro caso habían de redituár.

Pero si todo eso abona la exigencia de cobrar alto precio por cada toro, hasta el punto de hacerse difícil á las empresas presentar buen ganado y de nombre, no se justifica de ningún modo, cuando las reses carecen de los requisitos más precisos para ser presentadas en plazas de primer orden. ¿A qué repetir las traídas y llevadas frases de falta de edad, mal trapío, defectuosos, etc., que con razón extiende todo el mundo, cuando juzga del ganado que hoy se lidia? Por sabidas las llamamos y como ciertas las acatamos.

No diremos que todos, pero sí que la mayor parte de los ganaderos actuales guardan y crían como toros de casta, y hierran como de casa, becerros que ni aun para cabestros podrían ser más tarde destinados, y que, sin embargo, á los cuatro años y cuando más al cumplir cinco yerbas, ostentan la divisa que en tiempos anteriores dió renombre á la vacada. No se crea, como es voz general maliciosamente extendida, que los toros de poca edad son lidiados porque no pueden atender los dueños de las ganaderías á los pedidos y se les concluyen los que realmente son toros de reglamento, viéndose precisados á venderlos de cuatro años y aun utrerós, no: alguna vez, en determinada vacada poco numerosa, podría acontecer, pero la causa no es esa. Se echan á los circos toros jóvenes, porque se cobran á igual precio que los de cinco años ó más, y es un ahorro de gran consideración el alimento, cuidado y contingencias que cada año representa; van á la lidia toros jóvenes porque el extragado gusto del público, y el vicioso torreo que hoy se estila, exigen ligereza en las reses, poca ponderación en sus carnes y mucha blandura en los huesos, que un toro hecho de más de cinco años y bien criado, se cansa y fatiga con los repites continuados, y concluye por recelarse

y ponerse en defensa, y claro es, hace más un cuatreño que un toro de edad reglamentaria. Si por un lado se ahorran gastos y por otro ven que cumplen mejor los bichos jóvenes, si no en poder y buenas condiciones en ligereza y aptitud para algunos toreros, hacen bien, vendiendo lo que más les vale; pero han de permitir que se les diga, que con esa conciencia «al freir será el reir».

Por causas que todos conocemos y que no hemos de reproducir, puesto que antes de ahora las hemos expuesto, las corridas de toros *van bajando*, tal ha sido el abuso que con ellas se ha hecho, repitiéndolas hasta la saciedad: de tal manera se verifica la lidia, que en nada se diferencian la de un día, y la de otro y otro, pareciendo la repetición de esas *piecitas* de á dos reales acto, que aplaude siempre la *misma* gente, y no otra, salga bien ó salga mal; y á tal precio y de tales condiciones son las reses que los ganaderos dan. Pero eso no durará, ha empezado á caer y caerá, y no son los ganaderos los que menos culpa tienen.

Si por una de esas complicaciones que tan fácilmente sobrevienen en toda clase de asuntos, cualquier empresa de la plaza de toros (hablamos en hipótesis), la de Sevilla, donde se matan más de cien toros al año; la de Barcelona, que no consume menos; la de Madrid, en que pasan de doscientos los que son sacrificados anualmente, creyese un día ventajoso á sus intereses, adquirir toros de ganaderos lusitanos ó suspender las corridas, ¿qué harían los dueños de vacadas españolas? ¿Podrían todos soportar por más de un año la falta de venta de ganado? Algunos puede que sí, otros seguramente no; que alentados por el éxito y aguijoneados por la codicia, han admitido en las tientas, por buenos, los becerros que debieran ser bueyes; es grande el número de los que han de mantener, y no todos los pastos arrendados son de suficiente cabida para toros, aunque la tengan para becerros.

Todos los inconvenientes referidos y otros que por sabidos se callan, pudieran fácilmente remediarse, apelando á la buena fe de ganaderos y empresarios, ya que las autoridades no quieren interesarse por el público en general.

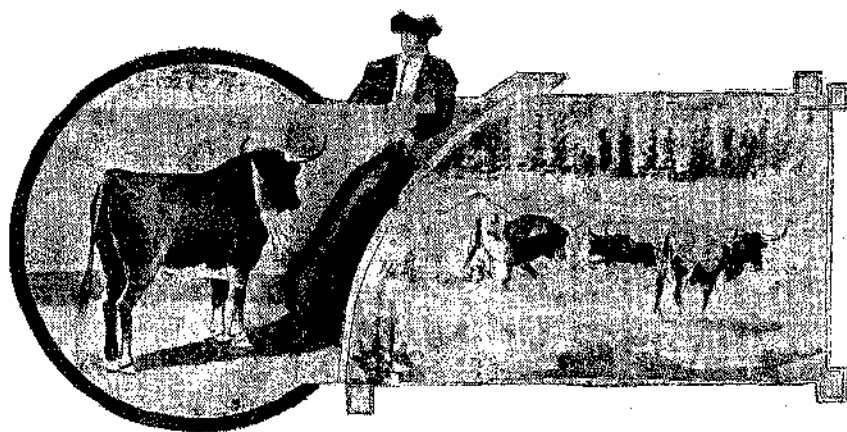
Dijérase en los carteles que los toros de la corrida que anunciaban, aunque de la ganadería cuya divisa ostenten, no llegan á más edad que la realmente acreditada, que carecen de defectos ó adolecen de los que les aquejen, tales y como sean: y que son estimados en la vacada por su trapío, corpulencia y antecedentes, como de primera, segunda ó tercera clase, y el público no tendría, como

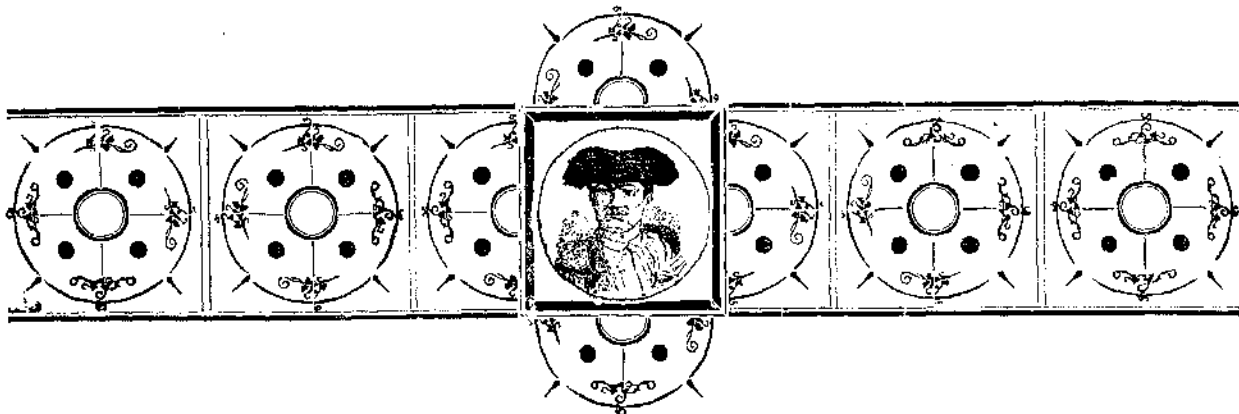
ahora, derecho á ver siempre toros de primera y de la edad de cinco años como *minimum*, que es lo que exigen los reglamentos. ¡Pero cualquier día aceptarían los ganaderos esas condiciones! ¡ellos que cobran el precio que quieren por toros buenos, medianos y malos, como se venden los garbanzos al por menor!

Si hoy viviera, siendo Gobernador de Madrid, D. Melchor Ordoñez, no habría corridas de toros,

porque no podría haber empresa que pagase doce mil pesetas por seis toros, ni ganadero cuyas reses fueran desechadas por pequeñas, flacas ó de mal trapío, y, sin embargo... falta hace atajar la codicia de muchos ganaderos, para quienes el dinero es lo más y el espectáculo nacional lo menos, sin tener en cuenta que, desapareciendo éste, su fortuna bajaría un 80 por 100, cuando menos.

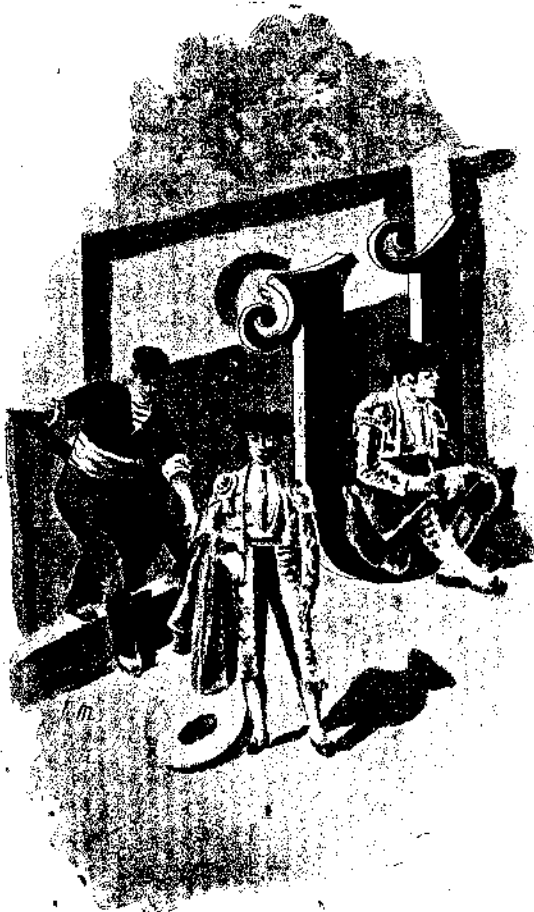
¡Podría decirse tanto sobre el particular!





XII

A LOS GANADEROS



N consejo á los mismos, valga por lo que valiere: Cuanto mayor sea el celo que emplee un ganadero en cuidar de su vacada, mejor ha de ser el resultado que obtenga con la lidia de sus toros.

Ha de tener tal cuidado en proporcionarles buenos pastos, aguas abundantes, separación de cabezas y atención á la mejora constante de sus condiciones, que el menor abandono, la más insignificante tolerancia, pueden refluir en el descrédito de las castas, aunque éstas hayan debido su origen á ganaderías de fama.

Y además de los cuidados del campo, que no son pocos, hay otros de verdadera importancia que son muy de tener en cuenta antes de presentar las reses en el redondel, por que si esto se verifica inmediatamente después de un viaje largo, de una conducción en cajones sin dar tiempo al descanso necesario, ó si éste ha sido en malos terrenos y con desigualdad de clima es muy posible que el ganado pierda condiciones de bravura y de poder.

Por desgracia, para la afición taurina y aun para los criadores de reses bravas, no todos los que actualmente cuidan ganaderías tienen con ellas el esmero debido, ni los conocimientos que su clase exige, y atienden más á los beneficios pecuniarios que puede reportarles el negocio, que al engrandecimiento de su nombre y á la mejora de la raza, sin que por eso dejemos de conocer que todavía hay dueños de vacadas que ponen especial empeño en atenderlas, para colocarlas en alto puesto por sus magníficas condiciones de lidia.

¡Pero son tan pocos los que se ocupan en detalles de apreciación! ¡Son tantos los que consideran nimios y sin importancia ciertos procedimientos del toreo!

Los buenos ganaderos demuestran siempre tal cariño y afición á sus vacadas, que es para ellos asunto principalísimo cuanto se relaciona con las mismas. Los que sin entender gran cosa de su crianza, confían ésta á manos secundarias, pueden tener por seguro que su ganadería irá decayendo cada vez más, así les haya costado y cueste enormes sumas su adquisición y dominio. Por algo hay un refrán que dice: «hacienda, tu dueño te vea».

Nosotros no hemos conocido ganadero de toros más aficionado, más entendido ni más celoso del buen nombre de su ganadería, que el Sr. D. Pedro Colón, padre del actual duque de Veragua. Tanto tiempo tenía para visitar su vacada, como para atender á sus cuidados de la Corte, y más de una vez dejó estos por atender á aquella. Ni el agua, ni el frío, ni los grandes calores arredaban aquella viril naturaleza para pasar horas y horas á caballo, removiendo el ganado, apartándole y situándole en las dehesas más convenientes á su mejora. Y no hay que hablar de los cuidados que se tomaba cuando á Madrid ó á otro punto se conducía una corrida suya. Tales precauciones adoptaba, tales disposiciones daba y tales encargos hacía á sus excelentes mayores y dependientes, que en un tiempo llegaron á criticarse por extremadas y pueriles en ocasiones; y, sin embargo, el éxito venía á demostrar que bien sabía lo que se hacía, y lo que hizo fué la primer ganadería de España.

Nunca hubiera consentido aquel inteligente ganadero que otra persona que el mismo, señalase el lugar que cada uno de sus toros hubiese de ocupar en una corrida. Es un derecho de antiguo reconocido, y él nunca renunciaba sus derechos. Tenía también el de examinar las puyas para ver si estaban arregladas á escantillón y siempre las

media por sí mismo, y rara fué la corrida en que no hizo reclamaciones, contendiendo con toreros, empresarios y hasta con autoridades, llegando el caso de provocar conflictos, que el Gobernador D. Melchor Ordóñez, el más enérgico de cuantos en Madrid ha habido, resolvió en su favor. Él hizo usar los topes alimonados en las garrochas, que alguien quiso cambiar y que desde fines del siglo anterior venían usándose; y él fué el primero que se negó rotundamente á que sus toros se corrieran con esas enormes moñas que les ponían en las corridas de Beneficencia y que realmente descomponían la cabeza de las reses. Todavía hizo más, cuando se introdujo en la plaza de Madrid, allá en tiempos del gran empresario D. Justo Hernández, la costumbre de que una banda de música amenice los intermedios en las fiestas de toros, se opuso terminantemente á que fuese colocada en la meseta del toril, mientras sus toros se hallasen en los chiqueros, que no quería que el ruido del bombo y los platillos atronase á los animales, ni los descompusiera por levantarles la cabeza ¡Bonito genio tenía S. E. para que los monos sabios, como hacen hoy, toreasen ó distrajesen sus bichos! ¡Como que él iba á consentir tantos recortes y destroncamientos como, sin necesidad, se hacen ahora! En el acto hubiera acudido á la Presidencia, pidiendo la imposición de multas y si no era atendido, hubiérase negado á dar sus toros, según hizo en más de una ocasión.

Con ese cuidado, con ese desvelo, con ese celo-se empeño, se forman las buenas ganaderías.

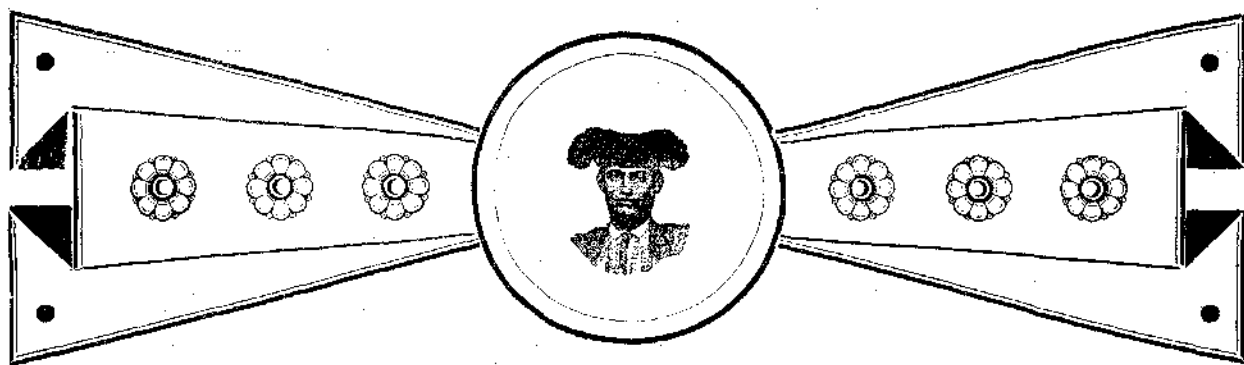
Porque, salvo algunas excepciones, que las hay, aunque no abundan, los actuales dueños de vacadas creen que procurando á sus reses buenos pastos, engordándolas, tienen ya conseguido el objeto que se proponen, y así es cuando sus aspiraciones se limitan á presentarlas en buen estado de carnes y de láminas, y luego salga lo que saliere. Cierto es que los toros son como los melones, que no se sabe si serán buenos ó malos hasta que se prueban; pero también es verdad que hay muchas probabilidades de que dicha fruta sea buena si procede de buena semilla, la ha producido buena tierra y se la ha cuidado con esmero. Es preciso que los ganaderos imiten al antiguo duque de Veragua y á otros de su tiempo, que ponían la condición en sus contratos de venta de que los toros que no se lidiasen por cualquier eventualidad, habían de ser sacrificados en el matadero público, sin consentir su reventa: es necesario que á imitación de aquél, no olviden, si las

han aprendido, las buenas prácticas taurinas que tanto les interesan: es indispensable que no consientan con sus toros el menor abuso: que no cedan su antigüedad, por el beneficio del momento, como han hecho muchos y que sepan de memoria los reglamentos de las plazas donde se lidien sus reses, para exigir con energía el amparo de sus derechos, trátase de empresas ó de toreros: y tengan todos presente que es más importante de lo que á primera vista se cree un detalle, una insignificancia al parecer trivial, como, por ejemplo, la asistencia á los actos de encajonar, encerrar y apar-

tar las reses para enchiquerarlas, pues que un tablonazo, un portazo ó cualquier otro incidente, pueden derrengar un toro ó al menos resabiarle, convirtiéndole de bravo en temeroso y de sentido.

Dada la situación á que ha venido á parar el toreo, todas las precauciones que indicamos y otras más que aprecian sobre el terreno los inteligentes, deben tenerlas muy en cuenta los ganaderos, si no quieren, como antes dijimos, ver la decadencia de vacadas famosas, que costó mucho trabajo acreditar, mucha constancia, gran voluntad y decidido empeño.





XIII

LOS TOROS DE LA TIERRA



Y aquellos famosos toros criados en la Sierra de Coímenar Viejo, que al aparecer en el ruedo de los circos taurinos, hacían temblar las chorreras de los toreros más valientes que entonces vestían de moños? ¿A dónde han ido á parar las soberbias castas de Hernán Chivato, Elías Gómez, Manuel Aleas y Juan José Fuentes, que, con otras, fueron el terror de la gente de pelo trenzado? Aquél alto renombre de los toros grandes, bastos y cornalones que se revolvían en un palmo de terreno, girando sobre las patas, como gira una veleta impelida por el aire, ¿dónde está?

Camino llevan de desaparecer los restos que de tales castas quedan. Y no somos nosotros de los que creen que sus actuales dueños no tienen condiciones para dedicarse á su cuidado y que no entienden de dirigir la crianza de reses bravas: todo lo contrario. Precisamente ese esmero que ponen para afinar las castas, creemos que es uno de los motivos principales que hay para que degeneren. Más fuerte se cría el

niño con alimentos sanos y digestivos, aunque el refinamiento los considere ordinarios y de mal tono, que con dulces y alfeñiques: más robusto á la intemperie que entre cristales, y más atrevido y bravo es cuanto mayor es su ignorancia y la confianza que tenga en sus fuerzas físicas. ¿Defenderían los gomosos sietemesinos de hoy su patria con tan bélico ardor como la defendieron sus abuelos hace más de ochenta años?

Pues lo mismo puede suceder—y cuidado, que no decimos que suceda—con los toros de Colmenar Viejo, en nuestra pobre opinión. Sin tener presente el fin que tuvieron aquellos toros de la famosa ganadería de Gaviria, cuyos portentosos hechos, en el primer tercio del presente siglo, cuida la tradición de reproducir constantemente, los ganaderos de la tierra—que así decimos á los de Colmenar y sus cercanías—vienen dedicándose con laudable asiduidad, y sin escatimar gastos ni fatigas, á lo que se llama *afinar* la casta, y en eso, principalmente, esta su error. No hay que asustarse de la palabra. Ya sabemos que en esa afinación entra, como base principal, el cuidado en observar cómo se desarrolla la res en cuanto á sus instintos bravíos y también en lo tocante á su armadura y corpulencia; y mejor que nosotros saben todos los ganaderos cuán preciso es distinguir si el animal tiene más semejanza con la madre ó con el padre, para comparar y tal vez hacer cálculos probables de su mayor ó menor bravura, según la historia que sus antecedentes tuviesen en la vacada. Pero sin desatender esos cuidados, parécenos, y tal vez estemos equivocados, que los ganaderos de Colmenar se están preocupando demasiado para presentar en las plazas toros de buen trapío y preciosa lámina, sin tener en cuenta que no han sido en lo antiguo los toros de la tierra los que por esas circunstancias se han distinguido; si no por su fiereza salvaje, si se nos permite la frase; toros hoscos, bastos, de tantas fuerzas en las patas como los de Portugal, ordinarios, en fin, pero bravos y valientes y duros y pegajosos. Bien puede apostarse que á D. Elías Gómez y á D. Manuel Aleas, les costaba mucho menos criar un tore de lo que hoy les cuesta á sus hijos; y, sin embargo, acreditaron de tal modo sus ganaderías, que dura más de medio siglo su fama con justísima razón. ¿Será que los toros nacidos en la sierra no pueden ser *finos* sin perder bravura? ¿Han de ser montañeses, que tengan por costumbre ver poca gente y disfrutar pastos de calidad apropiados, mejor que de abundante regalo? Bueno será que estudien el

problema las personas á quienes interesar puede, para saber con certeza si los procedimientos que innegablemente son buenos y surten apetecidos efectos en todas las comarcas del Sur de España, deben seguirse en las provincias del Norte, que tal vez el clima y las condiciones del suelo exijan distintas aplicaciones en la crianza de reses bravas.

Por lo demás, ni un fracaso es irreparable, ni hay ganadería española que no le haya sufrido. Años hace que el inteligente ganadero D. Justo Hernández soltó en el ruedo de esta Corte, seis hermosos toros, procedentes de la afamada ganadería que compró á D. Fernando Freire, de Sevilla, y defraudaron de tal modo las esperanzas de los aficionados, que salieron mansos del chiquero y mansos murieron, llegando á suponer el dueño si en el agua de las pilas de los corrales habrían arrojado substancias narcóticas los enemigos de la Empresa. Cuando los toros andaluces de Hidalgo Barquero estaban más acreditados, hubo una época en que dieron en nuestra plaza tan mal juego, que gritaron los aficionados

Toros de Hidalgo Barquero...
que devuelvan el dinero.

Y de los mismos de Aleas, en otra ocasión, se cantó:

Si dan toros de Manuel Aleas
poco pierdes aunque no los veas.

¿Qué más? en una célebre corrida celebrada hace ya más de cuarenta años, al correrse toros de Veragua, que siempre han sido los primeros de la Península, tuvo la humorada de escribir un revisitero aquella copla que tanto ruido hizo en los círculos taurinos, y que decía en su primera parte

Los toritos
de Veragua
como el agua
blandos son, etc., etc.

Y en los últimos años de la plaza vieja, se vió obligado á retirarse del palco el Sr. Marqués del Saltillo, al ver foguear toros suyos y oír gritar al público constantemente:

De los toros del Marqués,
Liberanos Dominé.

Como esos ejemplos podríamos citar muchos, que probarían lo que todos sabemos. El toro es un arca cerrada de la cual no se sabe qué puede salir. Pequeño y feo era *Jaguetón*, de Salas, que

tan gran faena hizo en el año de 1887, y hermoso, grande y bien puesto el *Recorto*, de Gómez, que fué quemado en 1890.

Por eso repetimos que los ganaderos de la tierra, lejos de desmayar en la crianza de sus reses, deben dedicar su atención á observar cuáles son los medios que les den mejores resultados para ponerlos en práctica luego que de su bondad estén convencidos. Juzguen por la experiencia que

obtengan, si es más bravo un toro feo, largo y ligero, que uno fino, hondo y hermoso ó si, por el contrario, la sierra en que se crían, los prados en que pastan y las aguas que disfrutan excluyen en la zona de Castilla la hermosura de las reses, en cambio de fiereza mayor y más salvaje.

Claro es que llena más el ruedo un toro hermoso y de buen trapío, pero: ¿cómo es mejor: hermoso y manso ó feo y bravo?





XIV

ANTIQUEDAD DE LAS GANADERÍAS

P

RANSURRIENDO los años poco á poco, van de tal modo introduciéndose alteraciones respecto de la antigüedad, mejor dicho, de la preferencia para presentarse en Plazas las ganaderías de reses bravas destinadas á la lidia, que verdaderamente originan confusiones y á veces contiendas difíciles de resolver por las autoridades, y aun por los mismos ganaderos, si á ello fuesen llamados.

Realmente, al aficionado á la fiesta nacional poco puede importarle que en la arena le presenten en primero ó en segundo lugar á los toros de ganadería menos ó más antigua, que lo que al público interesa es que sean bravos, de edad y buen trapío: pero los ganaderos tienen en eso sus pretensiones, justas en verdad, por más que no siempre puedan sostenerlas con buen éxito.



Es natural que siendo conocida de antiguo una vacada, que sonando su nombre siempre en los oídos de los empresarios y de los aficionados y aun de los toreros acudan al dueño en demanda de reses quienes las necesiten, mejor que al ganadero nuevo, cuyos toros se han probado pocas veces, y que, por lo mismo, en lenguaje taurino, se dice no están acreditados. Sin embargo, ¿en qué error están los ganaderos que creen vale más una vacada antigua, por sólo el hecho de serlo, que una moderna?

Muy antigua, de las más antiguas que se han corrido en la plaza de toros de Madrid, fué la de D. José Gijón, que llenaba los carteles hace más de cien años. Después de conservar su gran nombre por mucho tiempo, vino á parar á manos del marqués de Gaviria la parte principal de la vacada, y aquel nombre se acrecentó con justicia por los años 1820 al 40, y los toros eran pedidos y solicitados con empeño. ¿Y qué sucedía diez años más tarde? Que nadie los quería, que eran preferidas ganaderías desconocidas ó poco menos por ser de moderna fecha su formación: y eso que aquel trapío fino, aquella pinta colorada encendida que siempre distinguió á los gijones no los habían perdido, pero sí *sangre* y bravura, y por eso la vacada se extinguió y dejó de figurar en los anales del torero contemporáneo.

Otro tanto aconteció con los célebres toros manchegos, de Muñoz y Perciro, que se distinguían por la campanilla ó mamella que en la papada ostentaban, por su ojo de perdiz, por sus finísimos remos y afiladas armas. Pasaron los años de su apogeo, que fué anterior y aun simultáneo al de los Gavirias, y si bien la ganadería no se extinguió, bajó tanto su fama que el descenso se hizo notabilísimo. Mucho más antigua que las citadas es la de Valdés, del pueblo del Portillo, en Valladolid, de donde proceden las de Mazpule, Arroyo y Gutiérrez Salamanca y tal vez alguna más. Nunca llegó esta ganadería á figurar entre las de primer nombre ni por sus hechos ni por su precio; pero había en sus dueños cierto orgullo, cierta vanidad, como la del que en su linaje ostenta viejos pergaminos, en colocarse en primer término, si no por la fama de bravos por la de antiguos, y citaban que tenían privilegio de romper plaza en las funciones reales, y que en toda ocasión se anunciarían sus toros en primer término del cartel. En ambas afirmaciones padecían error. No era privilegio que tuvieran *para romper plaza* en funciones reales, porque esa preferencia la hubieran tenido

cualesquiera otros toros de *Castilla* comprados con ese fin: es que en tales funciones hay la costumbre de que, á ser posible, salgan al ruedo en primer lugar un toro de Castilla, en segundo uno de Aragón y si no de Navarra, detrás uno de Castilla la Nueva y luego otro de Andalucía, que son de España los reinos antiguos en que hay reses bravas—porque sabido es que en los antiguos reinos de León, Galicia y otros no se crían toros de lidia—de modo que igual derecho que la de Valdés, si derecho se llama la práctica de una costumbre, tienen las demás ganaderías de Castilla, como la de Bello, Sánchez Tabernero, etc., y que hace ya muchos años no pueden ponerse á la cabeza en los carteles, sábelo bien la afición, que la ha visto colocada diferentes veces detrás de otras modernas, ya por cambio de divisa blanca en encarnada que hizo D. Pablo Valdés, ya porque los sucesores de éste cedieron el puesto sin protesta alguna.

Para evitar ir á la zaga, D. Justo Hernández, hombre muy práctico en esta clase de asuntos, que había adquirido una vacada nueva fundada con gran éxito en 1840 y tantos por D. Manuel de la Torre y Rauri, vecino de Madrid, compró la antigua de D. Fernando Freire, de Sevilla, las mezcló, usó para todas la divisa de esta última y de ese modo dió á sus toros una antigüedad que, siendo de Torre y Rauri, no tenían, anteponiéndolos á otras muchas ganaderías de Madrid y Andalucía: y como ni él ni sus herederos han consentido nunca perder su puesto, aunque les ha sido disputado, conservan «de verdad» el que les corresponde.

De las vacadas que se corren toros con más aceptación desde hace tres cuartos de siglo es una la del duque de Veragua, á la cual nadie se pone por delante, pues desde que la poseyó Vázquez, el Real Patrimonio, los duques de Osuna y Veragua y luego sólo esta última casa, ha continuado mejorando en toda su pureza á pesar de haber sufrido las alternativas propias de las vicisitudes del tiempo. Claro es que conservando tan afortunada ganadería á más de la primitiva divisa el sin igual trapío originario de tan hermosa casta, no ha pensado nadie en disputarla ninguna clase de supremacía, sostenida por mayor espacio de tiempo que el ordinario entre las demás conocidas.

De tan larga fecha traen historia en Andalucía toros que un tiempo dieron que hablar y causaron entusiasmo en el público: de tan remota época ó más lejana se recuerdan con asombro las hazañas

del ganado castellano y manchego: algunas ganaderías de esas subsisten aún más ó menos degeneradas, y, sin embargo, hombres entendidos que han recogido restos de vacadas casi deshechas y las han formado de nuevo no cambiarían el nombre de hoy por el antiguo. ¿Quién ha de pensar que los sucesores de D. Antonio Miura, el conde de Patilla y algún otro quieran apellidar sus toros con nombres antiguos y adornarlos con cintas viejas teniendo adquirida justa fama con nuevas divisas y nueva denominación? ¿No se comprende que han de tener más elevado precio las reses de sus nuevas ganaderías que si las dieran con el nombre de las que formaron base para reformarlas?

Disputéase enhorabuena esos primeros lugares en los carteles los criadores de toros de celebridad reconocida y fama acreditada y renuncien los de segundo y tercer orden á sus pergaminos y ejecutorias mientras no consigan á fuerza de inteligencia, cuidado y grandes dispendios elevar su nom-

bre al nivel, cuando menos, de los más enaltecidos. El puesto de preferencia no se da ni se impone al aficionado, se conquista con los aplausos de éste. Si un ganadero de los que hoy van al frente en la crianza de sus reses y en el crédito de la bravura de sus toros, por ser éstos más modernos en el escalafón general se negase á que los suyos se corriesen detrás de otros más antiguos pero más desacreditados, ¿á quién acudiría en ese caso la empresa de una plaza? ¿A comprar lo dudoso antiguo ó lo nuevo cierto? ¿Con quién cerraría el trato?

Eso no quita para que no habiendo oposición ó vendidos ya los toros de diferentes ganaderías á una empresa, ésta tenga el deber de presentarlos por orden de antigüedad si en una función dispone se lidien de dos ó más, que siempre resultará lo bueno como bueno sea moderno ó antiguo.

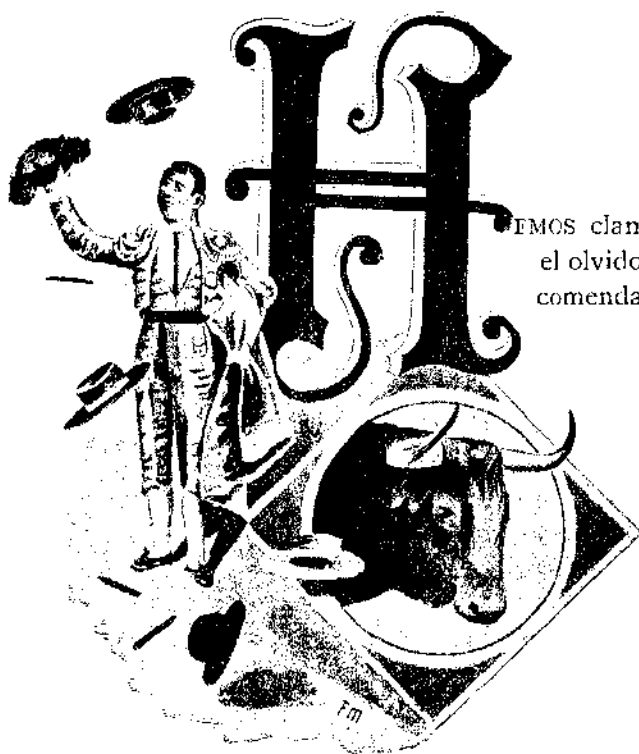
Al toro ha de juzgársele por sus hechos. Estos son los que dan fama.





XV

EN DEFENSA AJENA.—ORDEN DE GANADERÍAS



HIMOS clamado uno y otro día y con tenaz constancia contra el olvido de muchas prácticas taurinas, que, á pesar de recomendarse por sí solas, atendiendo á lo beneficiosas que son al arte, y más aún á los ganaderos, toreros y empresarios, son éstos los primeros en hacer de ellas, casi siempre, caso omiso. El descuido y el abandono son proverbiales en nuestro país, y las corridas de toros no habían de librarse, ciertamente, de que los más interesados en que subsistan, cada vez con mayor esplendor, sean los que se encojan de hombros, sin perjuicio de quejarse después de verse perjudicados. Ninguna defensa merecerían entonces tales indolentes, si el interés que por nuestra fiesta favorita debemos tener todos los que por ella abogamos, no nos obligara á anteponer á su inercia y apatía la diligencia y empeño

que en el menor detalle puedan favorecerla. A eso principalmente vino la prensa taurina, y á eso tienen los verdaderos aficionados, para quienes la fiesta nacional es motivo de agradable entretenimiento.

Hoy vamos á ocuparnos en llamar la atención de todos ácerca del lamentable abandono en que se halla, por regla general, la colocación, mejor dicho, el orden en que deben aparecer en el ruedo, para ser lidiados, los toros de las distintas ganaderías que en España existen, cuando un empresario ha comprado los necesarios á diferentes criadores.

En pocas plazas se tiene el cuidado de observar cuál sea el preferente derecho: en otras, no hallando antecedentes que consultar resuelve por sí el empresario, y en muchas ni se toman el trabajo de pensar en ello: destinanlas en el sitio que mejor les parece ó el jefe de las cuadrillas ó el alcalde ó cualquier cacique del pueblo; y tanto da que vaya en primer lugar una res de Santisteban del Puerto como de Veragua ó Martínez. Los daños que con tal conducta pueden originarse son incalculables: en primer lugar porque puede quedar postergada su antigüedad y, por consiguiente, en el nombre, una ganadería distinguida, puesto que presentándose en segundo ó tercer término y consentido esto por el dueño aparecerá de entonces en adelante por debajo, así traiga su origen de los famosos Gijones, Vázquez, Vistahermosa ó Valdés. No hablamos sin fundamento, que no hace aun cuarenta años que en la plaza de Madrid se pusieron por un conocido empresario sus toros antes que otros mucho más antiguos y estos quedaron desde entonces ocupando en los carteles y en el orden de la lidia un lugar que no les correspondía.

Hay también en esa alternativa de orden perjuicio para los lidiadores. Somos partidarios del principio que de antiguo viene de que un espada debé matar cualquier toro que de los chiqueros salga bien sea grande, chieco, cornalón ó sin astas, que una vez admitido en el apartado luego ya no cabe excusa; pero entiéndase perfectamente que hay gran diferencia entre la lidia de un toro de casta acreditada y la de un buey morucho; entre la de un cuatreño cornicorto y la de un toro de seis años, tal vez corrido antes. El egoísmo personal, aunque no sea más que por lucirse, exigirá para sí lo mejor y manejable, y puede darse el caso (vaya si puede darse y *se ha dado*) de que un primer espada, si le dejan, escoja lo que para sí quisieran los que con él alternan. Eso mismo es posible hacerlo también, sin que el torero lo sepa, al alcalde, empresario ó cacique que mangoneen el negocio, acarreando perjuicios á unos lidiadores con ventajas para otros, y sin que digamos

nosotros que la perfidia ó mala intención se mezcle para nada en ello.

Pero la misma casualidad, si un peligro aconteciese, ¿no sería pretexto para que alguien atribuyese á malicia lo que era hijo del acaso? Es indudable; hay que quitar la más ligera sombra de sospecha de que tal pudiera suceder; hay que venir al fin que guió á los ganaderos antiguos á adoptar en sus vacadas un hierro y una divisa que, además de servir para conocerlas, les garantizaba una antigüedad fija y determinada. Apostaríamos doble contra sencillo á que hay ahora algunos ganaderos—que así se llaman—que no tienen registrado el hierro ó marca de sus reses en las oficinas de Fomento de la provincia, como es su deber, para justificar la propiedad en todo caso, porque hay dueño de vacada que sin haber salido ésta de su poder ha mudado el hierro cuantas veces se le ha antojado por mero capricho.

Cuanto á la divisa, que es la que principalmente guía en las plazas para conocer la procedencia de los toros y ganadería á que pertenecen, también hay poca escrupulosidad para perpetuar en cuanto fuere posible el blasón de la casa. Suelen usar una ó varias, y algunas veces, porque la ganadería se ha dividido por cualquier causa entre dos ó más individuos, adoptar cada uno distintos colores, como si las reses fuesen de diferente origen, ó los hijos, al emanciparse, perdieran el apellido de sus padres. No pueden quejarse los ganaderos de que en las plazas los cambien las divisas si empiezan ellos por alterarlas; persona hay en algún pueblo que habiéndola encargado divisas blancas para unos toros que debían ser corridos en otro de la provincia las envió encarnadas y azules porque las blancas eran sosas y las otras más alegres, y el que tal hizo ¡poseía ganado de lidia!

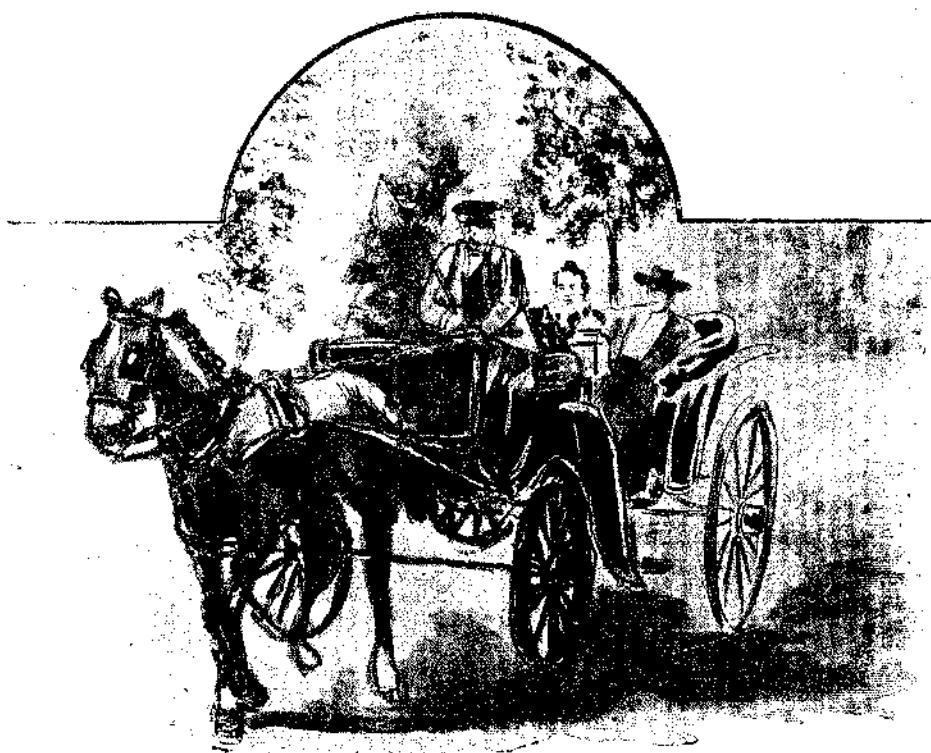
Para atajar esos males, que no van más que apuntados por no extendernos más en la materia, podría y debía reunirse en Madrid y Sevilla una junta de ganaderos, toreros y aficionados notables en que por sí, ó representados legítimamente, trataran de acreditar en forma legal la antigüedad de su vacada, hierro permanente y registrado, divisa constantemente usada y lugar de su estancia; que una vez oídos todos y cerciorados de sus respectivos derechos se formase una lista en que resultasen dichos extremos y los demás que se creyesen convenientes para depositarla en forma auténtica en los gobiernos de provincia y remitirla á los alcaldes de los pueblos en que haya plaza.

Muchos más puntos y más importantes podrían tratarse en dicha reunión, útiles todos al mejor resultado de las corridas de toros; dejamos de indicarlos porque estamos convencidos de que aquellos á quienes más beneficiosos habían de ser, más indolentes han de mostrarse.

La indiferencia es el constante alimento de los españoles, que no por eso prescindimos luego de

poner el grito en el cielo cuando los males no tienen remedio.

Si, á pesar de todo, los ganaderos creen más conveniente acreditar de nuevo con restos de otras las vacadas que por sí formen, renunciando antigüedades por créditos modernos, háganlo por sí, pero que nadie se entrometa en asuntos particulares vulnerando sus derechos.





XVI

DE LA FRELACIÓN DE GANADERÍAS Y MATADORES



CUANDO y mezclándose la ignorancia con la negligencia, y la envidia con la soberbia, vienen estos vicios hace tiempo siendo causa de que en las lidias de toros se prescindía de ciertos detalles, que á los ojos de los que á todo se encogen de hombros, parecen poco importantes, y que, sin embargo, llevan en sí tal trascendencia, que, á la corta ó á la larga, resultan irreparables. El hermoso maridaje del decoro y de la formalidad, ha cedido su puesto al concubinato del abandono y la vanidad; y de tal modo se ha producido la confusión en todos los actos que forman parte del gran espectáculo, que éste ya se hubiera derrumbado si no tuviera tan fuerte y consistente solidez, como la que le han dado las costumbres y voluntad de un pueblo tan enérgico como el español, manifestadas constantemente en el espacio de muchos siglos.

Los ganaderos y lidiadores, en su afán de *hacer dinero* á todo trance, saltan y atropellan *por todo*

sin miramiento alguno: y tanto les da lastimar su buen nombre y el crédito de sus vacadas para lo futuro, como á los últimos quedarse de motilones en la puerta del convento de la torería, siempre que se les permita llevar en el hábito la distinción de frailes de la orden. Todo miseria y pequeñez de ideas. Justo es que aspiren á la legítima recompensa de sus afanes y sus trabajos, pero ¡por Dios! que lo procuren por los medios que no cedan en desprestigio suyo, ni de las buenas prácticas taurinas, reconocidas *siempre* por adecuadas y conformes á la justicia.

No hablamos por hablar, ni por llenar cuartillas; y para que se vea con cuanta razón nos quejamos, exponaremos algunos indubitables hechos que darán fuerza á nuestras quejas, protestando ante todo de la sinceridad de nuestras intenciones y de la consideración que nos merecen personalmente los ganaderos y toreros cuyos nombres nos veamos obligados á citar. No quita lo cortés á lo valiente.

Hay dueños de vacada que en pocos años, por antojo inexplicable, cambian de hierro y de divisa, como pueden cambiar de traje. Ahí está, entre otros, alguno que no queremos nombrar y que así lo ha hecho, sin tener en cuenta la confusión que ha introducido para el exacto conocimiento de sus reses, ni la pérdida de antigüedad, ni nada.

Menos celo aún han demostrado por esa primacía las ganaderías de Colmenar Viejo, que teniendo fecha de origen de lidia en 1796 y 1797, han consentido que se corran sus toros detrás de los Muñozes, de los Barqueros, de los Freires y otros de creación posterior. Bañuelos, Martínez, Gómez y Aleas, no debieron consentir esa preterición que en Madrid se hizo con sus reses en 1856 y 57, y que por su condescendencia les hará ir después de aquellas.

Al menos Miura, que en 31 de Octubre de 1869, cedió en Madrid su puesto á Pérez de la Concha y á Laffitte, sin duda porque estas reses usaron sus antiguas divisas, en 1872 figuró por delante de Concha, pero, ¿á qué cansarnos en citar otros muchos, que sin salir de sus manos las vacadas

(porque al fin cuando se divide entre varios interesados, es disculpable el cambio de señales), han originado con su conducta tales desconciertos, que es ya difícil, si no imposible, conocer con exactitud los hierros, divisas y grado de prelación de las ganaderías?

Cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo, como dice el refrán, y los ganaderos son muy dueños de dejarse arrebatar los derechos que tanto les pesan, pero también los que en asuntos taurinos nos ocupamos, tenemos poder para protestar de una desidia que proporciona incalculables daños y confusiones que ya pondremos de manifiesto en otra ocasión.

No es corto tampoco el embrollo que han originado esos matadorcitos que acaban de salir del horno calentitos, con la eterna cuestión de si es válida en Madrid la alternativa tomada en cualquier punto de España ó el extranjero. Al diablo que entienda ya si ha de ser antes Bombita que Quinito, ni si el Torerito decidirá mañana dar con formalidad el grado á Mazzantinito y al Ostioncito, y éstos querrán, como cualquier otro *ito*, Mancheguito y Conejito, por ejemplo, ser antes que aquellos con quienes no se guardó la ritualidad de cesión de trastos que los cánones preceptúan. Olvidada teníamos ya esta cuestión, que en mal hora provocó el Gallo hace años; nos hemos ocupado en ella antes de ahora, y *no queremos* hablar más del asunto, aunque cada vez estemos más firmes en nuestra opinión: los grandes maestros, los hombres de valer, los que aceptaban motes que no eran tan diminutos, como los que ostentan esas turbas de jovencitos, respetaron todos la antigüedad que la plaza de Madrid les concedía; hoy no quieren los pigmeos de nuevo cuño observar aquella ley, ni dar preferencia á las plazas de Maestranza; casi, casi hacen bien; para gente tan pequeña, basta la plaza de Alifa de los Melones, que los circos de primer orden *les vienen muy anchos* y por eso procuran entrar en ellos por la puerta falsa.

Siga, pues, el lio en el cual van envueltos, que en el pecado llevan la penitencia.



XVII

¿QUÉ DEBEMOS PREFERIR?



ACILMENTE se comprende que para que una corrida pueda ser calificada como buena, es preciso que el ganado lidiado en ella haya sido bravo, duro, noble y de buenas condiciones, y los diestros no solo valientes y entendidos, si no trabajadores y afortunados.

Por desgracia no siempre sucede esto. Acontece que cuando los toreros se prestan á cumplir bien su cometido, no pueden verificarlo por las circunstancias que los toros presentan, ya por recelosos, huidos ó cobardes, ó ya por demostrar «sentido», ó ser tuertos ó burri-ciegos; y, por el contrario, hay ocasiones en que las reses quieren pelea, demostrando bravura y nobleza, y los toreros viendo en aquéllas lo que no hay, se sienten influidos por un temor injustificado, dan á los toros lidia distinta á la que requieren y concluyen por desvirtuar el buen toreo, desconociendo sus principales reglas y preceptos.

Dado caso de que no puedan sumarse las dos favorables condiciones que al principio van expuestas para conseguir que una corrida sea, en justicia, calificada como buena ¿qué debemos preferir? ¿Toros buenos y sin

tacha con toreros poco expertos ó desiduosos, ó toreros de buena reputación y fama con ganado manso, cobarde y exento de buenas condiciones de lidia?

No es tan sencilla la contestación, aunque lo parezca. Porque de nada servirá que un toro acometa con bravura á un picador, si éste rehusa la suerte, yendo de un lado á otro para esquivarla, ó la toma atravesándose, pinchando en los brazos ó en los costillares y clavando la garrocha en el hoyo abierto de intento, con premeditación y alevosía; de nada servirá que el animal vaya con nobleza al segundo tercio de la lidia, si el banderillero, demasiado precavido y malicioso, hace que sus compañeros capotecn sin piedad ni descanso al animal, que si tiene codicia pierde fuerzas y aprende á cortar el terreno, dificultando la suerte; y finalmente de nada servirán las buenas condiciones de la res en la hora de su muerte, si los peones la marean con idas y venidas, saltos, brincos y recortes, antes ó al mismo tiempo que los espadas se acercan con precauciones, se apartan con temor y llegan con espanto, saliendo y entrando sin conciencia de lo que hacen. En esos casos, por bravo, noble y duro que sea un toro se convertirá en marrajo, de peor intención que un buey, despararrará la vista, porque á eso le han enseñado, y acometerá á golpe seguro, aumentando la desconfianza del matador—por no decir el miedo—que su ignorancia le ha creado.

Es, pues, muy difícil dar explícita contestación á la pregunta; que razones hay en pró y en contra para defender contrarias opiniones, y no hay en materia taurómaca persona, que por grande que sea su respetabilidad, adquirida en largos años de constante observación, ó de continuada y aplaudida práctica, pueda imponer su criterio como axioma incontrovertible. Si los grandes maestros del toreo resucitasen, y, sobre el punto que sirve de tema á nuestro artículo, dieran su opinión, fijamente sería rebatida y puesta en tela de juicio, y quién sabe si el número de disputadores, la cantidad ya que no la calidad, derrotaría á los diestros, á los viejos ganaderos y á los antiguos aficionados, á quienes debe suponerse más conocimientos en el asunto, que el que en pocos años puede adquirir un joven imberbe, aunque sea más listo que Cardona, como vulgarmente se dice. A los toreros se les calificaría de parciales: á los ganaderos se les concedería que entendían de reses bravas, pero no de su lidia, y á los antiguos aficionados, aunque de ellos hubiesen aprendido los nuevos lo

poco que saben, les negarían inteligencia y hasta capacidad. Lo trae consigo la índole del espectáculo.

Nosotros no tendríamos inconveniente en preferir los buenos toreros con los toros malos, si viésemos á aquéllos trabajar con inteligencia, arte y valor. Porque con ganado de sentido y cobarde es con el que pueden apreciarse, mejor que de ningún otro modo, aquellas relevantes condiciones, viendo dar al toro lo que pide y apoderarse de él, poniendo en práctica los recursos que aconseja el arte. Ya sabemos que la lidia de semejantes bichos se hace pesada y fastidiosa, cuando no se observa gran pericia en los diestros, y aun poniendo éstos mucho de su parte; mas de no ser completamente toros de desecho ó bueyes de carreta, todavía pueden prestarse á la ejecución perfecta de alguna suerte en la de varas y aun en la de matar. Costará trabajo, por ejemplo, hacer que acudan á los caballos, pero entonces el picador entendido sabrá obligarles, herirles y despedirles, según sus condiciones, con gran lucimiento: el banderillero, á quien no se presente ocasión de parear cuarteando, de frente ó al quiebro, podrá verificarlo al sesgo, con más exposición, pero también con más mérito; y el espada, venciendo mayor número de dificultades, puede hacer patentes sus buenas condiciones, extendiendo su fama de entendido y valiente. Todo esto puede realizarse, aun siendo los toros malos, blandos, cobardes ó de sentido, y los toreros inteligentes, valientes y pundonorosos.

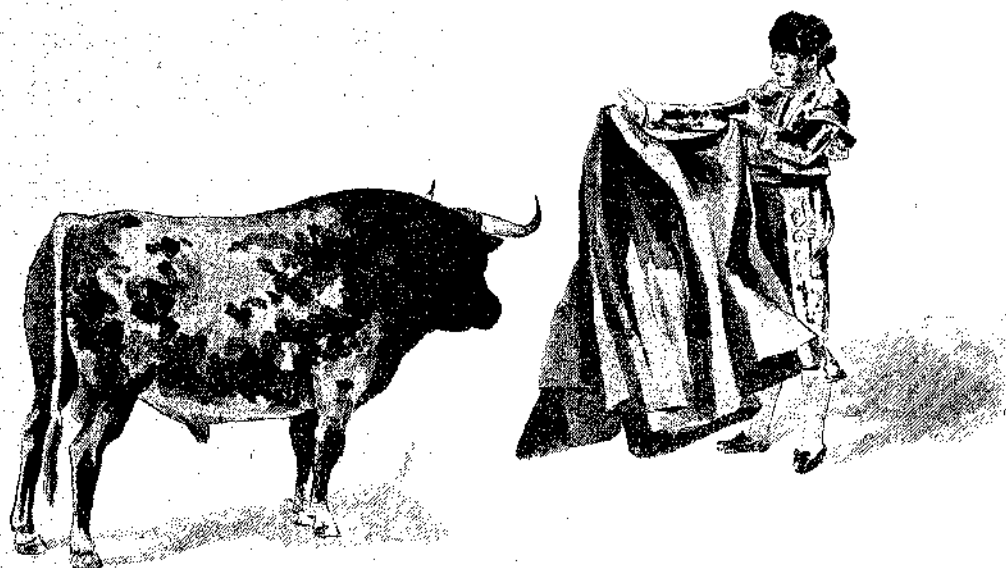
Forzosamente ha de ocurrir lo contrario cuando dichos factores se hallen en sentido inverso, y nos atrevemos á decir que la función ha de resultar más alegre, más entretenida y con mayor número de peripecias, siendo los toros bravos, nobles, duros y de poder, contra toreros de poca inteligencia en el arte. No necesitamos esforzarnos para convencer á nuestros lectores de que en el caso que decimos los llamados diestros «andarán de cabeza», los caballos «pagarán el pato», si no le paga también algún descuidado, y el «gran público» saldrá entusiasmado, creyendo haber visto una corrida notable, aunque el arte no haya aparecido en toda la lidia; ¿qué importa que los picadores rajen, huyan, se atraviesen y pinchen en los brazos? Nada para el ignorante á quien se presenta por ello ocasión de gritar y apostrofar á placer. ¿Que los banderilleros vayan, vengan, se pasen y al fin claven en la atmósfera?... Mejor. Y todavía mejor si el matador corre parejas con la cuadrilla, porque entonces los silbidos forman un inmenso

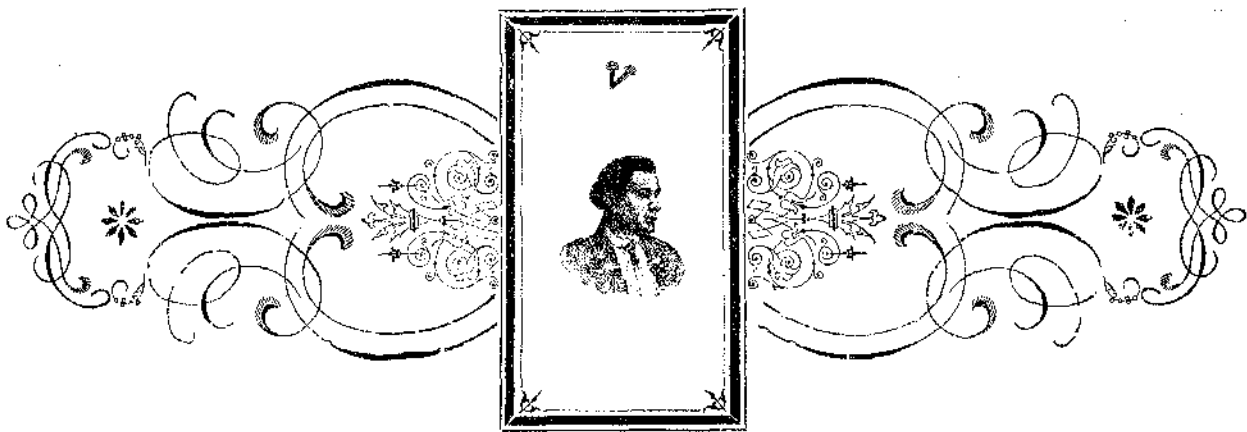
coro, muy agradable para los *zulus* que suelen acompañar con naranjazos, botellazos y otras barbaridades.

De modo que una corrida en que el ganado sea flojo y las cuadrillas buenas, por componerlas acreditados diestros, podrá agradar á los inteligentes en el arte de torear: al paso que al público, en

general, ha de satisfacerle mucho más la fiesta en que haya toros de primera clase y gran cartel, así sean torpes é ignorantes los lidiadores.

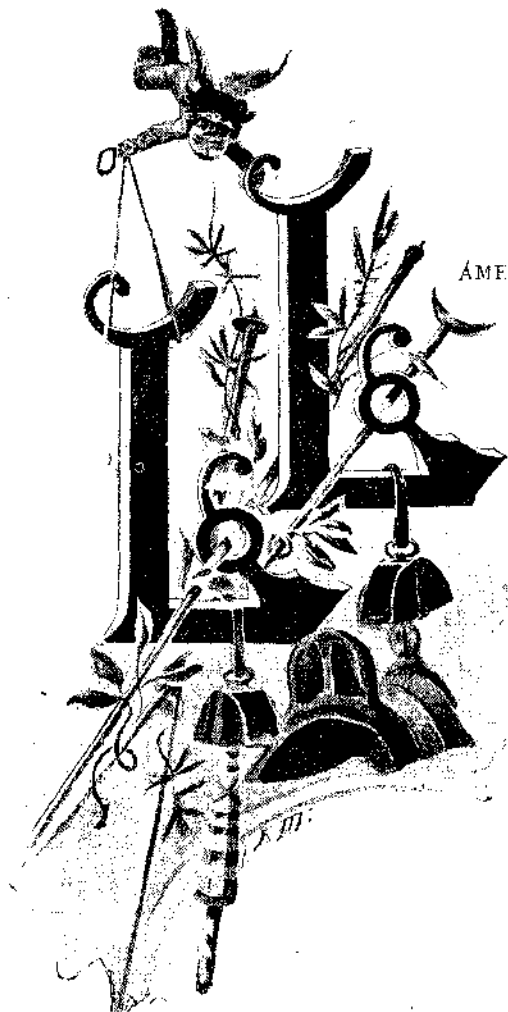
Está dada contestación á la pregunta al principio formulada. Tal vez á las empresas convenga más seguir el rumbo que la muchedumbre marque, si atienden sus intereses: pero ¿y el arte?





XVIII

LOS PICADORES DEL DÍA



AMENSE así ó llámeseles como se quiera á los toreros de á caballo, á todos en varias ocasiones hemos dicho que no siempre las deficiencias que se advierten durante la lidia de toros y en el primer tercio de la misma son imputables solamente á ellos, sino que consideramos responsables de los abusos en primer término á los matadores que, por conveniencia propia, quieren que las reses lleguen á la muerte rendidas y destroncadas mejor que con facultades; pero ya dijimos que con los picadores habíamos de entendernos después y hoy les ha llegado su turno.

Mil veces hemos puesto de relieve la ineptitud de la mayoría de los actuales piqueros en determinadas funciones y muchas también hemos hecho mención de la imprescindible necesidad que hay de mejorar cuanto antes la manera de picar toros con vara de detener, si no se quiere que tan gallarda suerte desaparezca de nuestras plazas, y sea sustituida por la de rejonear, que si bien no conduce á igual fin que aquélla, porque lejos de mejorar las condiciones de los toros los resabia y hace temerosos é inciertos, evita al menos en gran parte el repugnante espectáculo de que

veamos una y otra vez la entrega de los caballos para ser despanzurrados y la inevitable caída del desdichado jinete que no confía en su habilidad sino en la Providencia y en el trapo de los peones la salvación de su cuerpo.

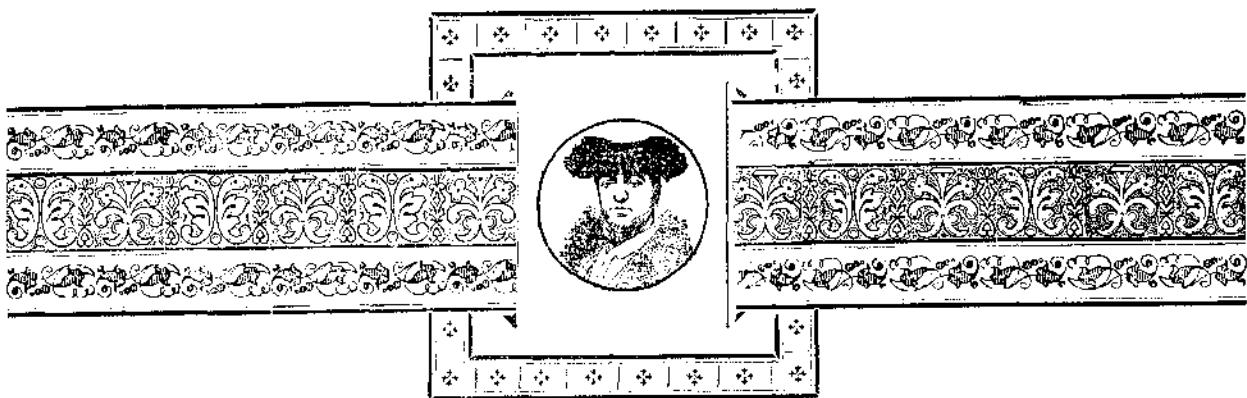
Parece mentira que tengan su vida en tan poco aprecio esos hombres que, sin noción alguna de lo que es el arte de torear, se lanzan á la palestra resueltos á concluir de una vez con su existencia. Hállanse por ahí vagando sin oficio ni beneficio, y en vez de ponerse á esportear cantos se hacen toreros, no por afición sino prefiriendo morir de una cornada á fallecer pobtes en un hospital. Loable conducta sería si entrando con fe en el oficio procurasen adelantar en él observando lo bueno de algunos maestros para aprenderlo y apartándose del mal camino por otros emprendido; que de esa manera han llegado á distinguirse, entre los que hoy actúan, *Badila*, *Agujetas*, Fuentes, *Pegote* y otros pocos, y de ese modo lucieron los Calderones, *Chuchi* y Onofre, y, antes que éstos aquella brillante pléyade de excelentes picadores que contaba con los Puertos, Pinto, *Charpa*, *Coriano* y Lorenzo Sánchez. Pero si hoy de cada ciento sólo suelen ganar cinco y aun esos no de primera nota; si ahora ninguno tiene afán de conquistar aplausos; si no piensan más que en salir del paso con el menor trabajo posible; si no hay matador que despida de su cuadrilla al tumbón que raja los toros de ordinario, ni autoridad que castigue al remolón que rehuye las suertes, ni público que aprecie y distinga el trabajo del bueno y del malo, ¿qué ha de suceder? Nada más que lo que forzosamente es consecuencia de la ignorancia y de la malicia. Esquivar la suerte cuanto tiempo sea posible montando y desmontándose con frecuencia, rodeando la plaza en toda su extensión en vez de ir por el camino más corto en busca del toro y retrasando el momento de hallarse frente á frente con él para luego atravesarse, pinchar en los brazos y dejarse caer con estrépito esperando una hora menguada; y como un picador que tal hace consiente á los toros demasiado, y lejos de prestar ayuda á sus compañeros, llevando por mitad el peso de la corrida, los perjudica, todos se echan al surco, y el bueno concluye por ser mediano y el regular por ser rematadamente malo.

Así es que en estos tiempos vemos con escándalo que todos los picadores han aceptado la bochornosa costumbre, por ellos establecida, de turbar seis hombres para una corrida de seis toros! cuando siempre bastaron dos, ó á lo más tres,

para picar seis ú ocho, y en lo antiguo para picar diez: es decir, que seis hombres clavan ahora, Dios sabe cómo, cuarenta puyazos, ó sea media docena por individuo en toda una tarde, y sudan y se cansan como si algo hicieran; y hace una veintena de años, sin acudir á tiempos antiguos, ningún picador ponía menos de veinte varas.

De ese desbarajuste, de esa aglomeración de piqueros entrando y saliendo y relevándose á cada toro, nace, naturalmente, una terrible confusión que, perjudicando á la fama y buen nombre de esos toreros, daña al arte más de lo que parece y á la afición de una manera declarada. A ellos, porque no tienen ocasión, los de buen deseo, de ejecutar lucidamente suerte alguna, habiendo de limitarse á entrar en ella pocas veces y con distintos toros; al arte, porque el que aspire á descollar entre sus compañeros se encuentra con que el que está á su lado, lejos de poderle enseñar, quiere y sabe menos que él; y á los aficionados, porque no pueden apreciar en tan escaso trabajo, interrumpido y no continuado, el mérito, la voluntad ni la fuerza de ningún picador.

El medio de recobrar lo perdido es volver á las prácticas reconocidas constantemente como buenas. ¡Cuánto no agradaría al público ver en toda una corrida de seis toros á los valientes *Badila* y *Agujetas* solos, sin más que un *entra y sal*, mientras cambiasen caballos! ¡Qué satisfacción no produciría apreciar el trabajo de esos dos hombres, de *Pegote* y Fuentes, del *Chato* y del *Sastre* y de otros por el estilo! Entonces se despertaría en todos la emulación, hiriendo en cada uno su amor propio, y los buenos tendrían siempre contratas y los malos quedarían útiles para novilladas. Ganarían no poco las Empresas, porque lo mismo que en lo antiguo se miraba en los carteles quiénes eran los matadores anunciados, atendíase también —y por algunos en primer término— al nombre de los picadores, y más entradas dieron en la plaza de Madrid Cristóbal Marchante, Francisco Sevilla, Sebastián Míguez y Cristóbal Ortiz que los matadores Parra, Carreto y Lucas Blanco. Por ver picar con vara de detener íbamos entonces á los toros; hoy vamos á... presenciar el lastimoso espectáculo que ofrecen un hombre y un caballo rodando por los suelos, un toro despellejado por un rasgador pinchazo y un torero á pie salvando con un trapo de segura cogida á aquel infeliz, cuyo delito consiste en ser un ignorante: y esto sucede indefectiblemente casi todas las veces en que el toro acomete.



XIX

CONTRA LOS MALOS PICADORES



AS que el olvido de otras cuestiones importantes, lo que nos incita á emprender nueva campaña sobre el modo de picar que ponen hoy en práctica la mayor parte, por no decir todos, los que se dedican al difícil arte de torear á caballo, es la vergüenza que da el ver ejecutar malamente tan principal suerte, que fué en un principio base importante de la lidia de toros bravos.

La han reducido los modernos piqueros á llevar á segura muerte á cuatro malos jamelgos, en cambio de inevitable costalada por cada inseguro puyazo; y la suerte no es esa, que es precisamente lo contrario. Picar bien y con arreglo al arte, consistió en clavar la puya en la parte alta del morillo del toro, ó muy poco más adelante, el mayor número de veces posible, salvando al caballo y evitando las caídas: para conseguirlo, debe procurar el picador entrar por derecho á la suerte; y despacio, si viene levantado, alargando más la garro-

cha, pero siempre esforzando el brazo para que la fiera salga por delante y á la izquierda del jinete, que ha de torcer en esa dirección el caballo para evitarle cornadas.

¿Se hace esto ahora? Dígalo cualquier espectador que en ello repare y juzgue con mediana inteligencia. Todavía los amigos de algún picador de esos de más fachenda que verdad, dirán en su defensa que, poco más, poco menos, igual es el número de caballos muertos en una corrida de ahora que en una de hace cincuenta años; pero no tienen presente que hoy ningún toro recibe más de diez varas, y entonces llevaban veinte, treinta y aun cuarenta; de modo, que aun siendo en número igual las víctimas, no es lo mismo que sucumban en cuarenta varas que en noventa ó ciento. Poca pericia, menos voluntad, puyas que, en vez de pinchar, rajan y asesinan; malicia al herir en sitios inconvenientes; de todo se puede tratar con gran fuerza de lógica y argumentos incontestables. Pero toda la fe que tuvimos en que los matadores de vergüenza y pundonor pondrían en práctica para ejecutar la sublime suerte de recibir toros, nos falta, tratándose de los picadores, porque aquellos son pocos en número (los distinguidos, se entiende) y los últimos son tantos, tantos, que alternando lo poco bueno que hay, con lo mucho malo que abunda, se confunde todo, se mezcla, y si bien viene, se aplaude más al piquero que pierde más caballos, que al que los reserva y defiende.

Y la culpa de que no haya, como en otros tiempos, buena baraja de picadores, la tienen los jefes de las cuadrillas.

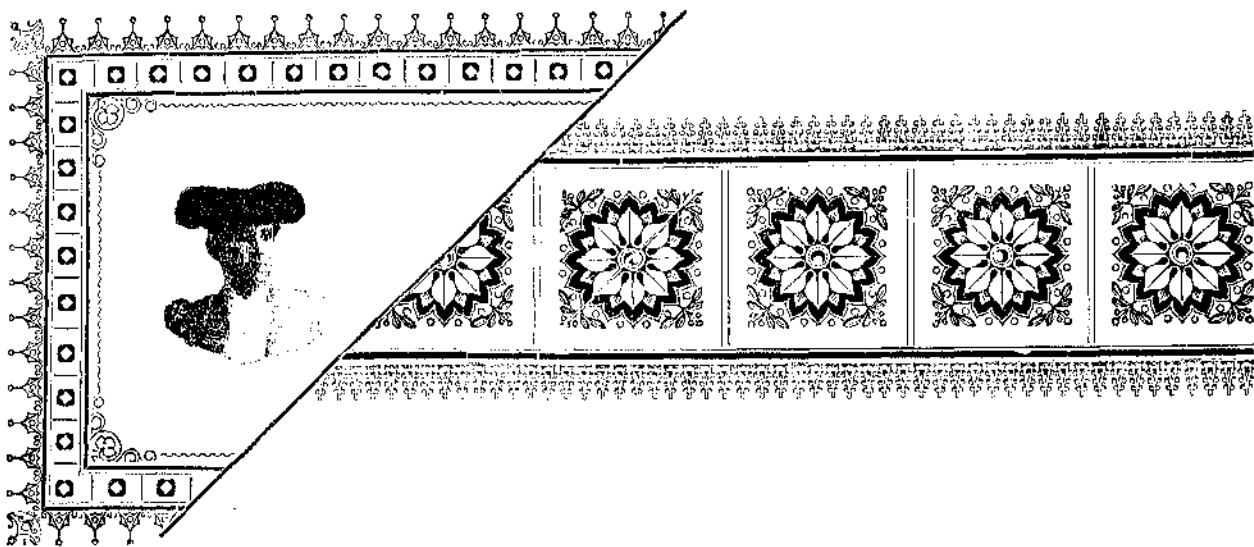
Estos admiten al lado de uno que tenga buena voluntad otro par de ellos, que por no acercarse á los toros, dejen á estos correr en todas direcciones á merced de los capotes de cuatro peones *destroncadors*, que rompan las patas á las reses; admiten también á esos que se dejan matar caballos, porque los toros, ya cansados á fuerza de capotazos, se rinden mucho más cabeceando para levantar acémilas en peso una y otra vez; y, por último, con las constantes caídas de los jinetes, aprovechan los matadores la ocasión de conquistar un aplauso, presentando á los toros el percal á brazos abiertos, como aspas de molino, para ter-

minar con el forzoso recorte, que siempre fué anatematizado por reglamentos y aficionados inteligentes, hasta que se ha entronizado de treinta años á esta parte, convirtiendo la seriedad de la lidia clásica en juego bufo de informal herradero.

Con esos destronques, con esos recortes y con ese sistema de cansar á los toros, consiguen los espadas verlos rendidos á la hora de la muerte, y sin facultades de ligereza; pero sin que tengan ahormada la cabeza, como se logra con la garrocha, y tienen que acudir al expediente de darles treinta ó cuarenta pases en vez de tres ó cuatro, ó al medio de trastearlos con esa invención de pases de barradera, en los que el toro nunca ve al diestro, y éste, encorvándose, forzosamente pierde terreno. Rendidos y aburridos así los animales, se entregan con facilidad, que es lo que se busca, y se consiguen ovaciones hasta con las estocadas á paso de banderillas, sobre todo, si los cuernos son cortos.

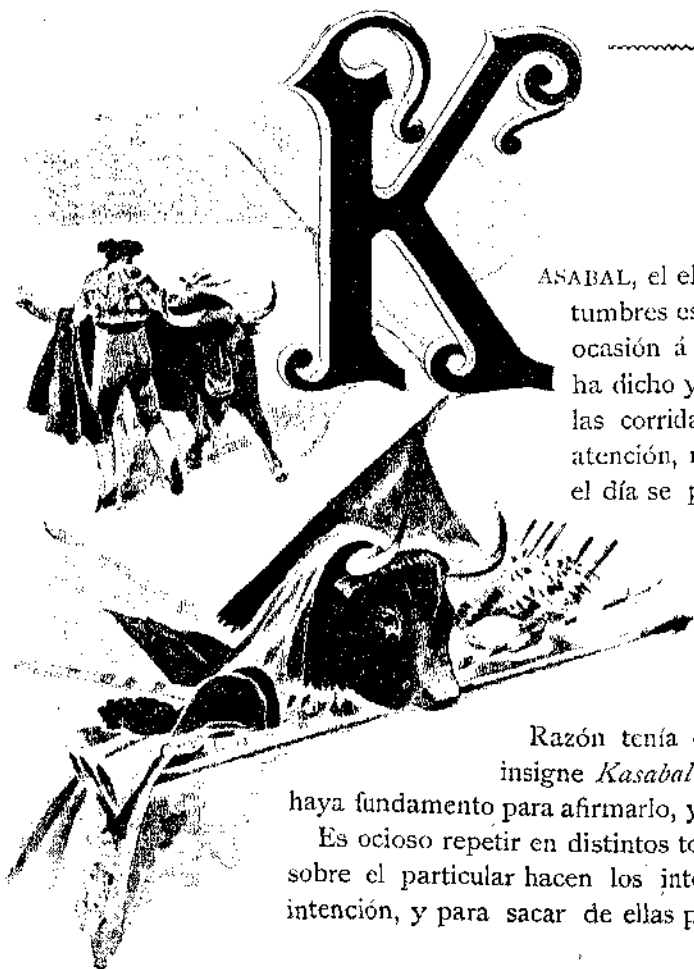
¿Para qué, pues, necesitan los matadores buenos picadores? El objeto de que los toros lleguen apurados á la muerte, le consiguen por los malos medios antes mencionados, y por lo tanto, impórtales poco que se ejecute bien ó mal la suerte de picar. Con tal conducta ocasionan un daño incalculable; primeramente al arte de torear, que ve desaparecer aquella brillante pléyade de excelentes picadores que causaron la admiración de los aficionados de otros tiempos; luego á los ganaderos de reses bravas, que tienen que darse por contentos con que sus toros entren seis ú ocho veces á las varas, cuando acudirían á más de veinte si no los maltratase la gente de capea, y si los dejaran salir libres, sin recogerlos de su viaje natural; y, finalmente, á la nobleza de la casta, que, por aquellos abusos, siempre prohibidos y hoy ensalzados, hace que resulten cobardes ó de sentido reses bravas á quienes se ha rendido, pero no se ha castigado.

No es esto decir que los picadores se hallen exentos de culpa, ni mucho menos; que de los cargos que se les hacen, difícilmente pueden eximirse; y de los que hemos de dirigirles en otro artículo, bueno es que estén preparados y apercibidos á la defensa, si es que pueden ejercitarla razonablemente.



XX

EL REJÓN Y LA GARROCHA



ASABAL, el elegante escritor que tan bien describe las costumbres españolas, oyó decir, como nosotros, en cierta ocasión á un entendido aficionado, que todo lo que se ha dicho y repetido hasta la saciedad, por cuantos de las corridas de toros se ocupan y á sus detalles prestan atención, respecto de la suerte de varas, tal y como en el día se practica por la mayoría de los picadores, re-

pugna al espectador y le prepara á mirar con aversión tan hermosa fiesta, que en todo lo demás seduce y entusiasma aun á los muchos que, por no comprender las suertes, pueden tener menos criterio para apreciarlas en su justo valor.

Razón tenía el inteligente aficionado que departía con el insigne *Kasabal*: y no es lo peor que se haya dicho, si no que haya fundamento para afirmarlo, y no se vea por de pronto remedio para su mal.

Es ocioso repetir en distintos tonos y á todas horas las declamaciones que sobre el particular hacen los inteligentes imparciales, y las que, con sobra de intención, y para sacar de ellas partido, pronuncian sentenciosamente los que,

sin saber ellos mismos por qué, son contrarios al espectáculo taurino. Hartos estamos de oírlas, y sentimos en el alma no poderlas siempre contradecir; pero el mal hay que atajarle antes de que tome mayor incremento, y no merece el nombre de buen aficionado el que se encoja de hombros, mire indiferente el olvido de las buenas reglas del toreo, nada le importe lo que en su desprestigio vaya y no procure corregir los inconvenientes y aún las desgracias que puede ocasionar semejante abandono.

Porque hay que tener presente que si en la actualidad no ocurren en las plazas mayor número de desastres con los picadores, consiste en que los peones, y principalmente los espadas, acuden con demasiada bravura á los quites, sacrificando alguna vez y exponiendo siempre su vida por salvar la de aquellos que, lejos de evitar los peligros picando bien y conociendo el arte, lo fían todo á la destreza y buena voluntad de sus jefes de cuadrilla. No eran, en lo antiguo, tan solícitos para los quites los matadores de nombre, que dejaban en muchos casos ese cuidado á los sobresalientes y medio espadas, por lo cual, sin duda, aquellos cumplían mejor su obligación, y apretando con el brazo derecho unido al cuerpo, mandaban fuerza para castigar, y con la mano izquierda, adecuadamente usada, hacían girar al caballo que montaban, librándole del hachazo, y á sí mismos de frecuentes revolcones.

No saben convencerse los picadores de hoy, de que por la fuerza ellos han de llevar la peor parte, que no los toros, y de que para vencer á estos, lo principal es la inteligencia y la destreza. Podrá el ímpetu del toro alcanzar al caballo de cinchas atrás si se pica bien y con arte, pero en el pecho jamás. Fíjense bien en esto los aficionados, y cesarán los aplausos que prodigan al que no los merece, en justicia.

Demostrada la completa ignorancia del arte que en gran mayoría tienen los que se dedican á picar toros, más de una vez se nos ha ocurrido pensar si podría ser sustituida esa suerte con la de rejonear que es más airosa y menos expuesta, dada la mayor aptitud que han acreditado los rejoneadores de estos últimos tiempos: y del examen y comparación que de una y otra hemos hecho, estamos convencidos de que no es posible la sustitución, á no ser que renunciemos á que las corridas de toros sean lo que fueron, y se las dé nueva forma, no más ventajosa ciertamente.

La vara de detener empezó á usarse por los picadores, llamados entonces varilargueros, antes de

la mitad del próximo pasado siglo, y tuvo por principal objeto domar la fiereza de las reses, rindiéndolas, pero no inutilizándolas, para que con ellas pudieran efectuarse las demás suertes de capear, plantar rehiletes y matar á estoque, frente á frente con el poderoso auxilio de la muletilla. Es sabido que los toros, en el Coso, demuestran durante la lidia tres distintos estados: el de *levantados* con el cual se presentan casi todos y especialmente los abantos; el de *parados*, que adquieren después de correrlos, capearlos y picarlos; y el de *aplomados*, en el que llegan muchos á la muerte y á veces á las banderillas. En cada uno de esos estados, la lidia que admiten, dadas sus condiciones, aparece y tiene que ser enteramente distinta, y por eso el picador ejecuta la suerte que le es peculiar, bien con los levantados, más difícilmente con los parados y mal con los aplomados; porque si éstos acuden después de ser obligados, se quedan en la suerte más que los parados, que salen de ella, solo cuando los capotes los embozan el testuz, al paso que los primeros, cuando se les pica como debe ser, recargan menos, en su mayoría.

Resulta de esto, que si á un toro se le apura demasiado en la suerte de varas, será atrevido invitarle á entrar en banderillas al quiebro ó de frente, porque puede quedarse en el centro, y habrá que aprovechar el cuarteo; y si está aplomado sin querer arancar, al sesgo será preciso clavarlas cuando se acule á las tablas. El espada podrá *recibir* los levantados y aún los parados que acudan y si no matarlos arrancando: pero á los aplomados, la suerte más indicada es la del *volapié*.

Es decir, que para todos los toros picados con vara de detener, tiene recursos la tauromaquia, sean las que quieran las condiciones ó estados en que se presenten ó transformen. ¿Los tiene también para los que hayan sido rejoneados?

Veámoslo. No hablemos del rejón á la española, que destinado con su hoja de peral á causar la muerte de la fiera, excluye, por consiguiente, ulteriores faenas si bien se clava: y referiremos á la farpa portuguesa, ó llámese banderilla larga, que hiere sin matar.

El modo de rejonear á la portuguesa no es otro que el de poner una banderilla á caballo, cuarteando: pero como para ello es indispensable hacer frecuentes salidas, innumerables cuarteos y repetidas huídas en vago, los toros se cansan, se recelan y reservan y concluyen por huirse. Han aprendido que el bulto que se les acerca los lastima, y que si le buscan se les va, y abúrrense mu-

chas veces y se descomponen siempre, al contrario de lo que sucede con la suerte de vara larga, que les ahorma la cabeza y les acostumbra á buscar los objetos en línea recta, evitando las curvas. Aunque no tuviera la pica otra ventaja sobre el rejón que la de evitar en las acometidas que los toros corten el terreno, sería un bien inapreciable. ¿De qué manera podrá un banderillero ir con seguridad á poner un par de rehiletes á un toro rejoneado que se venga en línea curva ú oblicua y no sepa ó no pueda cambiar rápidamente los terrenos? ¿Qué confianza puede llevar un espada en su muleta cuando el toro tenga ya formada su inclinación á entrar de soslayo, ni quién tiene la imprudencia de arrancarse á matar por derecho á una fiera cuyo viaje no es recto ni seguro?

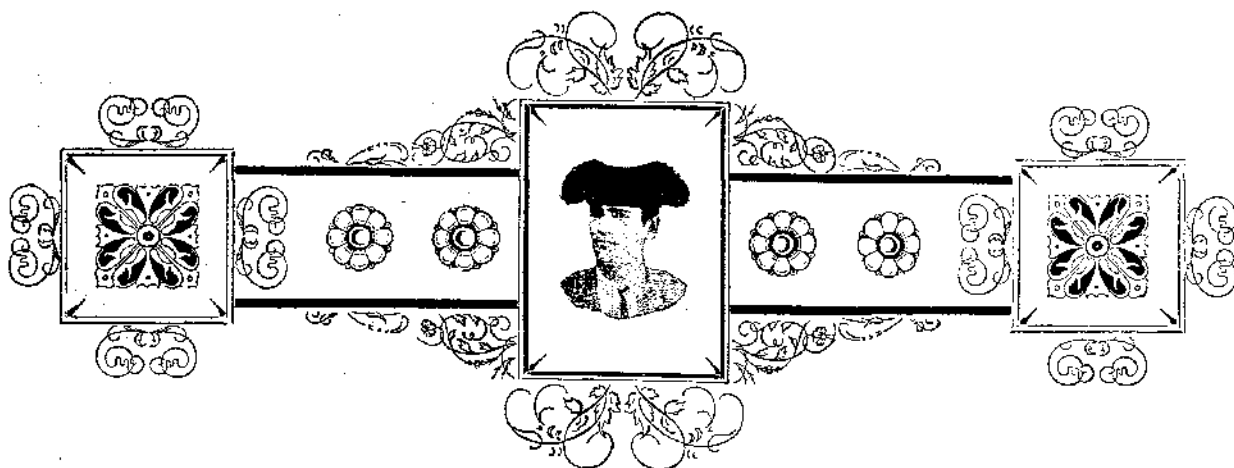
Por otra parte no se alcanza la utilidad de poner más banderillas al que ha sufrido otras clavadas desde el caballo, de modo que es forzoso suprimir suerte tan bonita y generalmente tan apreciada: ni se concibe que, á no ser por casualidad,

puedan darse buenas estocadas á toros rejoneados que no se prestan á la buena lidia.

Para serlo ésta, en el sentido de que todas y cada una de las suertes que hayan de ejecutarse sean practicadas con arreglo al arte, no puede prescindirse de la vara larga ó garrocha que hoy usan los picadores, sin perjuicio de que, como hasta ahora viene haciéndose, agrade ver la destreza del rejoneador á caballo.

A riesgo de parecer pesados, y, lo que es peor, de abrigar la triste persuasión de no conseguir resultados favorables con nuestros consejos, clamaremos siempre por la preferencia de la suerte de picar sobre todas las demás y porque su ejecución sea lo más perfecta posible con arreglo al arte. Ténganlo entendido los picadores actuales y los que vengan después: procuren adquirir la preponderancia que tuvieron sus antepasados, y los que algo valgan desdeñen alternar con *monos* á caballo que imitan lo malo y no comprenden lo que es habilidad artística.





XXI

¿HAY TOROS?



UE si hay toros! ¡Vaya si los hay! y de las tres B. B. B. *buenos, bravos y boyantes*, como los ha habido cuando no pedían ciertos toreros bichos terciaditos, *buenos, bonitos y baratos*, y como los habrá siempre que la lidia que con ellos se efectúe sea franca, leal y exenta de ardides mañosos, con los que se engaña al público ignorante. Que haya verdad en el toreo, que éste se ajuste al arte, que los matadores no maltraten el ganado por arrancar aplausos, y que los *destroncadores* de oficio, cumpliendo su obligación, abandonen la senda que en mal hora emprendieron, y ya se verá que hay toros buenos y valientes. Que los picadores que saben, aunque son pocos, coloquen la puya en lo alto de los bichos, librando el caballo como es debido y entrando en la suerte por derecho, y los toros de hoy darán el juego que daban los lidia

dos hace cuarenta ó cincuenta años. En esto muy principalmente consiste la mayor ó menor pujanza de las reses. A una que se la clava la garrocha en las paletillas: á otra que se la rasga despiadadamente, y á todas las que el picador espera atravesado, ¿cómo puede creerse, ni en qué caletre cabe, que ofrezcan resistencia sin perder la voluntad? Aun picándolas en lo alto y sin zurcirlas, el romano que sufren en las astas y en la cabeza, levantando y derribando caballos tantas cuantas veces entran á la suerte, les produce cansancio, aniquilando su poder: y por eso, toros que tomarían veinte varas, si se les picase bien y con arte, dándoles salida franca y natural—y sin que los peones se la impidieran, recogiendo en los vuelos del capote—no toman ocho, y todavía nos parecen muchas. Al toro, siempre, en toda ocasión, y para toda clase de suertes, debe tomársele en completa rectitud, es decir, perfilándose con él cara á cara y en una misma línea recta: porque cada vez que se le hace girar sobre sus remos, se le quita poder, y cada vez que el picador se atraviesa ante él para que derribe el caballo, le cansa y fatiga.

No hay, pues, que culpar en toda ocasión al ganado del resultado que ofrece en las plazas al ser lidiado: que muchas veces, muchas, los toreros tienen que ser responsables, ante los que saben lo que ven y entienden algo del arte, del mejor ó peor éxito que en los circos obtengan.

Difícilmente se borrará de la memoria de cuantos presenciarnos la corrida celebrada en Madrid el 4 de Mayo de 1884, la lidia que se empleó con toros de una ganadería nueva, hermosos, grandes y bien criados. Eran de respeto, se presentaron abantos, y no hubo nadie que los parase los pies con cuatro verónicas; y como no se prestaban á recortes á patas abiertas, en vez de convertirlos de abantos en parados, los hicieron huidos, sin buscarlos en parte alguna. Muchísimo más abantos y ligeros fueron los bichos portugueses que torearon *Cúchares*, *El Chiclanero* y *El Cano* en 24 de Junio de 1852, y gran partido sacaron de ellos, haciéndoles fijarse y ofender, á pesar de que por lo difícil de la lidia, tampoco hicieron más que cumplir aquellos notables toreros.

Por lo demás, y ya que hemos evocado recuerdos de antaño, conviene decir que por cuestión de peor ó mejor ganado, no ha habido en los modernos tiempos de la plaza nueva pretexto para promover un escándalo como el que se originó en la vieja el 11 de Junio de 1860, en que por haber dado la empresa seis bichos pequeños, físicos y

cobardes, el público protestó como entonces se protestaba, y la gente de las gradas se volvió de espaldas, y la de los palcos los cerró por fuera y por dentro. Hay ahora, como antes y siempre, toros malos: pero tenemos la seguridad de que si se los lidiase á la antigua, más claro, al modo que se usaba antes de 1870, habían de resultar buenos en su mayoría: que á la buena sangre del toro hay que ayudarla y no maltratarla, si se quiere que el espectáculo no decaiga. La prueba evidente de lo que decimos es que en el día, algunos toreros que atienden más á la verdad que á las monadas y adornos, hacen lucir á los toros mucho más que los otros, y obtienen de ellos más nobleza y mejores condiciones para la muerte.

Somos los primeros en reconocer, y lo hemos dicho más de una vez, que á la plaza han salido de los chiqueros toros que no tenían de tales más que el nombre: toros de desecho; toros que parece imposible haya ganadero que los saque del matadero para la lidia, y empresario que los compre á mayor precio que el de la carne: hemos visto también toritos *cuatreños* y hasta utreros, lidiados por eminencias, y toros *hechos*, de siete años, toreados por novilleros de poca alzada: todo eso, y mucho más, hemos presenciado, tolerado y consentido: pero tales desmanes no prueban, ni inclinan á creer, que no haya toros de sobresaliente bravura y excelentes condiciones, si no que hay gente de poca conciencia que explota la candidez y mansedumbre. Fueron en lo antiguo ganaderías renombradas las de Gaviria, Veragua, Lesacas, Freires, Barberos y otras, y adquirieron su crédito porque no vendían toros que no infundiesen respeto por su edad y condiciones: ahora se crían tan bravos toros como los de aquella época en muchas más ganaderías, que todos conocemos; pero no hay la misma conciencia en los dueños, ni en los empresarios, ni en los toreros: que aquéllos venden *malo* á sabiendas cuando se lo piden, los segundos compran á bajo precio, y los últimos se encargan de destrozar y anular lo que no les conviene.

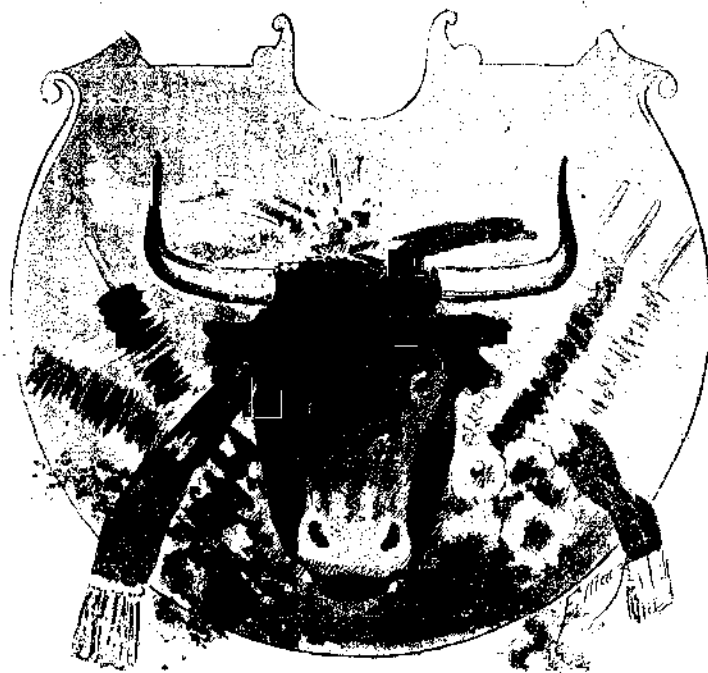
Buen nombre dejaron hace años años los famosos toros *Pajarito*, de Arias Saavedra, lidiado en Málaga por Francisco Montes: *Fontela*, de Veragua, en Madrid, que tomó veintitrés varas y mató siete caballos: *Cartero*, de Gómez, que en doce mató once jacos, en 1844, así como otros de dichas ganaderías y alguna otra; sin embargo, bien pueden ponerse al lado de aquéllos, sin que desmerezcan los de época reciente, *Mechones*, de Veragua, que en Cartagena, en 1881, mató nueve

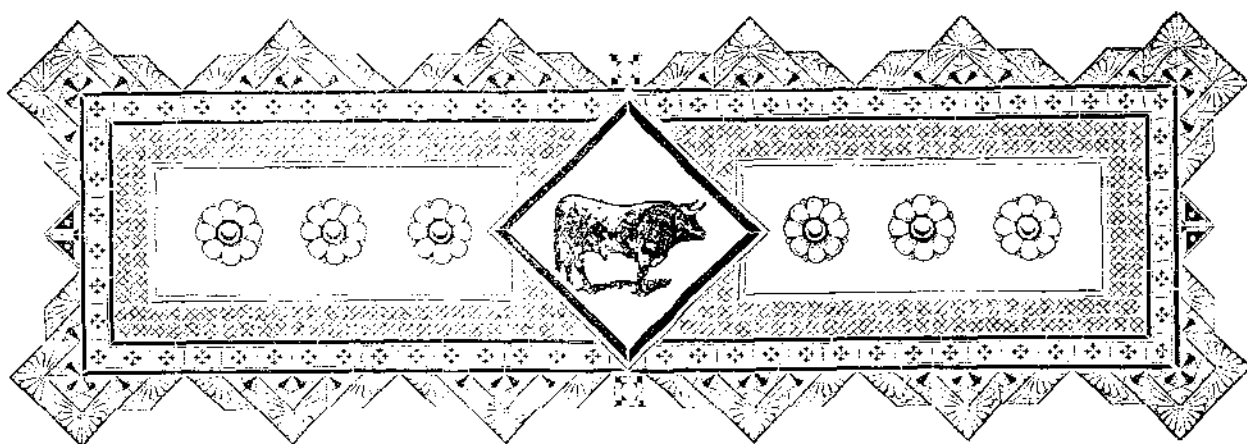
caballos, sufriendo diecinueve puyazos: *Huracán*, del conde de Patilla, en Barcelona, en 1884, tomó trece varas y mató once acémilas: *Religioso*, de Ibarra, lidiado en Alicante en Agosto de 1890, y *Faquetón*, de Solís, que de rabia y furia se murió en la plaza de esta Corte el 24 de Abril de 1887.

Entonces y ahora hubo y hay toros malos y buenos en todas las vacadas, sólo que los ganaderos actuales—entren todos y salga el que pueda—tienen más apego al dinero que los antiguos, y prefieren cobrar unas cuantas pesetas más por dar sus reses á la lidia, que entregarlas al matadero,

que es á donde iban siempre esas alimañas que llaman desecho de tienta y cerrado. Se esprime más el limón, hay más avaricia, pero toros, lo diremos mil veces, los tienen las vacadas actuales tan sobresalientes ó más que antes, con la circunstancia de que en el día es mayor el número de las ganaderías.

Ni por falta de toros ni de toreros acabarán en España las corridas, por más que en la lidia se hayan introducido corruptelas que hacen tomar al espectáculo distinto carácter del que tuvo y debe tener para su magnificencia.





XXII

NUEVA CAMPAÑA



UNQUE mi buen amigo *Verdugnillo* en su acreditado periódico *El Torco de Barcelona* no lo hubiera dicho, diría yo que

Tenor que no de el do,
matador que no reciba...
¿Para qué los quiero yo?

y con este motivo hablaré contra los matadores de toros que, sin los requisitos necesarios de inteligencia, salen *alternando* por esas plazas de Dios como salen á la desbandada pájaros espantados.

También el no menos acreditado periódico *La Muleta*, de Sevilla, clama, en bonitos versos, contra esos espadas que nacen sin escuela, que viven de milagro, que no quieren aprender y cobran *diez mil reales* para empezar.

Como esos colegas piden otros y reclaman muchos aficionados verdaderos que se ejecute y no veamos proscripta, como lo está siendo hoy día, la hermosa suerte de recibir toros.

Se ha extendido, y cada vez se extiende más, el deseo mencionado, sobre todo desde que vemos inundar los circos esa nueva torería que por lo numerosa es ya desconocida individualmente, formando un montón ó grupo en el cual nada se ve que no sea atolondramiento, desplantes y pretensiones.

La opinión se abre paso pronunciándose resueltamente en favor de la suerte de recibir, que es la suprema del toreo. Reiterando y confirmando cada vez con más empeño mis afirmaciones de antiguos tiempos, he dicho y sostengo que no es completo el matador de toros que no sepa recibirlos; y como en esa afirmación no excluyo ni á los que empiezan ni á los que acaban, la consecuencia sáquela el lector.

Vemos frecuentemente atrevimientos inverosímiles, valentías espeluznantes, arrojados que nos tienen con el alma en un hilo, quiebros á dos pasos de la cabeza del toro, desplantes rascándoles el testuz y limpiándoles la baba; vemos... qué sé yo; demostraciones de ausencia del miedo, pero no vemos á nadie que pare, se repare y, parando, mate toros recibiendo. ¿A qué atribuir semejante rareza? ¿Es que no hay *agallas* para esperar tranquilos la acometida del toro, ó es que no hay arte para saberle guiar con la muleta? Ambas cosas son motivos bastantes para darlas como verdad inconcusa.

Parece increíble que entre tantos mozos que en los modernos tiempos se han dedicado al toreo con verdadera afición no haya habido uno siquiera que haya intentado ejecutar la suerte de recibir, sabiendo que con sólo el conato se consigue un aplauso. No se explica semejante proceder, porque aunque digan como disculpa que no la han visto practicar y por eso no la intentan, lo cierto es que tampoco han visto hacer otras suertes y, sin embargo, las intentan y ejecutan á su modo, á veces con excelente éxito.

¿Quién le enseñó al *Gordito* á poner banderillas quebrando? ¿A quién había visto el *Gallo* dar el cambio en rodillas? ¿Y Reverte de quién ha aprendido esos lances capote al brazo que son tan aplaudidos? No es, por lo tanto, disculpa aceptable la que queda expuesta.

El mal, á mi modo de ver, hay que achacarle á esa funesta manía que en la gente moderna se ha desarrollado de convertir en circos acrobáticos las plazas de toros. Los saltos y brincos, los recortes con el capote á dos manos, no á cuerpo limpio, que si así fueran al menos tendrían mérito, ya que

causaran daño; las posturas académicas y el estragado gusto del ignorante populacho son las causas de que se contenten con ver la muerte de un toro ejecutada sin arte y sin conciencia y aplaudan al que tenga la fortuna de dar una sola estocada.

Es preciso que se interrumpa de una vez para siempre esa fastidiosa monotonía de matar toros de un solo modo, es indispensable ya, que á cada uno se le dé lo que sus condiciones indiquen; y es muy importante reformar el gusto público haciéndole entender que *no son volapiés* los que así llama cuando ve al matador irse al toro, si éste arranca también hacia el torero, y que los volapiés, aun siendo legítimos y tales como Costillares los inventó, no son más que estocadas de recurso y valen menos, mucho menos que las dadas recibiendo. La prensa taurina no debe dejar el asunto de la mano, y excitando el amor propio de los espadas que hoy valen algo y están en condiciones para ello, debe exigirlos que reciban toros muy á menudo, tanto, que de cada seis bien pueden con uno ejecutar la suerte: que lo hagan ahora más que nunca, puesto que para ello les dan facilidades los ganaderos criando reses pequeñas, de poca armadura y de ningún respeto: y debe, por último, desaprobar siempre la prensa el acto de matar por «sorpresa y á tiro rápido,» tan en boga actualmente. Aplaudiéndoles al intentar sólo el conato de recibir, disculpándoles cualquier defecto en esta suerte, hasta que á ella se acostumbren, y alentándolos á proseguir el camino de la verdad, tal vez llegue un día en que resucitada suerte tan magnífica cause el deleite de los aficionados.

Los espadas que con más empeño se apliquen á recibir toros deben pensar que una vez tomado el tino al modo de ejecutarla ha de parecerles facilísima, aunque no lo sea en sí; porque el que se acostumbra á la práctica continua de una suerte determinada cuéstate poco trabajo, mientras que no acierta, á «dar pie con bola,» como suele decirse en las que no intenta nunca. Y tengan presente el ejemplo de Manuel Domínguez en la historia taurina. Los que le conocimos vimos en él un hombre valiente, pero pesado; entendido, pero sin agilidad; que por falta de ligereza no podía acudir á los quites de picadores; que jamás hizo mérito en su carrera de la suerte de banderillas y que la muleta no le servía más que de auxiliar, poco importante en sus manos, para preparar la buena colocación de las reses. En una palabra: que Domínguez sin su inteligencia y valor era en el ruedo, especialmente desde que volvió de Améri-

ca, una masa de carne que costaba trabajo moverla, en términos de que nunca le vimos correr delante del toro, ni saltar la barrera; y, sin embargo, ¡con qué facilidad mataba los toros recibiendo!

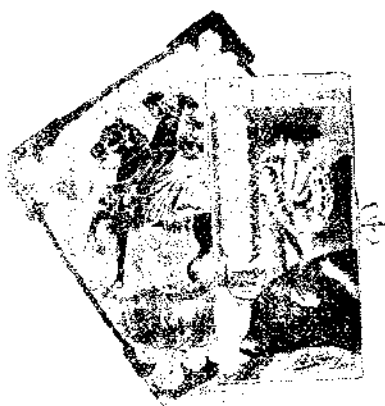
¡Qué precisión en el cite con la muleta muy en corto, con los pies clavados y juntos, y qué exactitud en dar la salida y colocar el estoque!... Pues bien: eso sólo que hacía Domínguez una ó dos veces en cada corrida valía más que cuanto hacen ahora los modernos matadores que tantas pretensiones tienen. Hay hombre de éstos que lleva diez, veinte ó treinta años estoqueando toros y no ha recibido *uno* en su vida y querrá que la historia le llame y considere matador de primera nota.

Ya sabemos que los espadas que desde ahora se paren, con vergüenza, ante el testuz de las reses, las esperen y las reciban, pincharán muchas veces en los bajos y otras que ladearán y aun cruzarán las estocadas; ¿pero acaso no hay golletazos, pescueceras y atravesamientos en los volapiés, en

los cuarteos y en los rápidos arranques? En estos últimos casos pueden consistir más fácilmente los defectos en el torero que en el toro, porque aquél es quien dirige su voluntad contra éste, al paso que en la suerte de recibir, como es el toro el que únicamente se mueve, hay que aceptar su viaje como le emprenda.

Protección, pues, para el matador de toros que reciba más frecuentemente los que en la plaza se le presenten; censuras para todos los que, sin saber por dónde andan, salen saltando y brincando para colocar la espada como quien clava una banderilla, y más prudencia y parsimonia en el público para aplaudir lo que no merece elogio. Con esto y con buena voluntad de parte de tres ó cuatro matadores que pudiéramos señalar con el dedo por sus especiales condiciones, lograremos ver restablecida, elogiada y cada vez más aplaudida, la suerte de recibir.

A ver quién es el torero que inicia la campaña.





XXIII

SIGUE LA CAMPAÑA

E



ENÍA que ser así, y no de otro modo. La campaña emprendida estimulando á los matadores de toros á que practiquen la suprema suerte de la tauromaquia, ha tenido poderosos auxiliares en los periódicos sevillanos *El Loro* y *La Muleta*, que han acogido la idea con entusiasmo, apoyándola con denuesto. Dadas las condiciones de inteligencia y amor al arte de los escritores que tan dignamente dirigen aquellos periódicos, no podía ser de otro modo. volvemos á repetir; y ya, con la suma de fuerzas que aportan á nuestra campaña, nos consideramos fuertes y capaces del triunfo, á pesar de la desidia de algunos espadas y de la rutinaria costumbre de matar toros á paso de banderillas, más ó menos disimuladamente, que casi todos vienen observando.

La suerte de recibir no ha muerto. Hicieronla olvidar á los toreros las veleidades del público que juzga sin reflexión por las impresiones del momento, aplaudiendo al éxito más que al mérito, y dejaron de practicarla los espadas, porque, cosechando iguales ó mayores muestras de satisfacción al matar de diferente manera menos expuesta, aunque menos

artística, inclináronse, naturalmente, á lo más cómodo y fácil. De nada servía que algunos viejos espadas, y entre ellos citaremos al desgraciado *Bocanegra*, intentasen, de vez en cuando, recibir un toro; sus buenos descos y aun la buena ejecución eran aplaudidos, pero por un momento, solo por el tiempo que tardaba en andar el diestro desde el sitio en que el bicho mordía la arena, hasta el de la barrera, en que dejaba estoque y muleta. Y era que, á sus años, el pobre no podía hacer más que aquello; no podía estar activo en el resto de la lidia; no sabía en ella hacer monadas, y faltábale ligereza y el vigor para la faena que presta la juventud.

En cambio, cuatro muchachos atrevidos que con él toreaban, oían continuo palmoteo por sus saltos, brincos, quiebras, desplantes y demás ejercicios gimnásticos, incluso el de dar muerte á las reses á tiro rápido, ó al cuarteco pronunciado. Esa perversión del buen gusto es la que trajo aquel mal, que durará aún, pero que pasará como pasaron los bufos, el cancan y otras modas que extragaron los estómagos y hoy le causan náuseas y desprecio. Día vendrá en que los coleos inoportunos, los recortes con el capote á dos manos, las pataditas, las adoraciones y demás pamplinas que hoy gustan á ciertos ignorantes, sean silbados y escarnecidos; que la reacción en buen sentido ha de venir, puesto que lo bueno se impone.

Por eso no puede extinguirse la suerte de recibir.

Así lo han comprendido los aventajados matadores *Cara ancha* y Mazzantini, que por algo ocupan en las filas taurinas un distinguido puesto. Alentados, sin duda, por nuestras excitaciones, convencidos de que una cosa es ser torero como el arte quiere y otra, muy distinta, serlo á medias con ribetes de volatineros, han hecho caso de nuestros artículos anteriores (así queremos creerlo) y de los que á igual fin han publicado los colegas antes citados, y *han recibido toros*.

Cara ancha, recordando sus buenos tiempos, ha matado un toro, *recibiendo*, en la plaza de Badajoz el día 15 de Agosto, y Mazzantini, cuyo amor propio corre parejas con su vergüenza, ha *recibido* otro *en toda regla* en el Puerto de Santa María el día 21 del mismo mes. ¿Lo han hecho ofendidos de que hayamos dicho en artículos anteriores que ya perdíamos la esperanza de ver á los actuales toreros acudir á nuestro llamamiento? ¿Sí? Pues nos damos la enhorabuena de que tan pronto nos hayan desmentido; que por encima de todo está el arte, á quien rendimos culto. Adelante y adelante. No hay que cejar en la empresa, que el por-

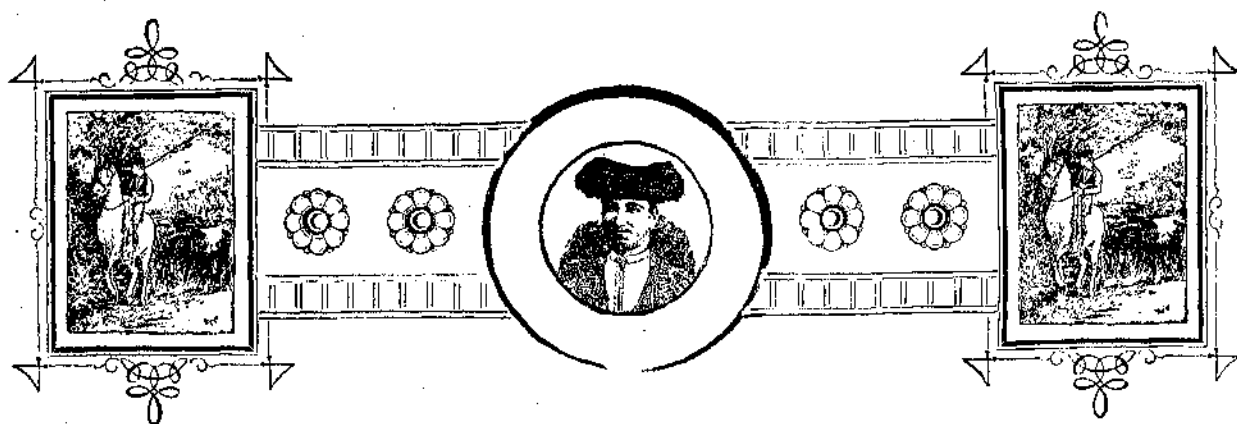
venir, en gloria, honra y provecho, está en el que levante la suerte de recibir de la postración en que se halla.

Si José Sánchez del Campo, que tan perfectamente recibió toros en la plaza de Madrid en el año de 1881, no hubiese abierto un paréntesis en su vida torera desde entonces hasta el presente año, en que ha vuelto á ejecutar dicha suerte, nadie se le hubiera puesto por delante, y ocuparía hoy el primer grado en la escala del arte. Los resultados nadie los ha tocado como él; pero aun es tiempo de llegar á donde su mérito le llama. Aprenda en ese ejemplo Mazzantini, aprenda Guerra, aprenda *El Espartero* y aprendan todos, absolutamente todos, los que matan toros, que á nadie excluimos y á todos acepta el arte; aprendan, que el que se estaciona, el que no muestra cada día mayores deseos, pierde el puesto antes conquistado, y conociéndolo *Guerrita*, con esa voluntad especial que Dios le ha dado, no ha querido ser menos que aquéllos, y ha practicado la suerte de recibir, en San Sebastián, el 28 de Agosto, repitiéndola otra vez *Cara ancha*.

¡Bien por los hombres de vergüenza! A sus oídos han llegado, indudablemente, nuestras excitaciones, y han querido *completarse*, demostrando que cuando la prensa demanda en justicia hechos razonables, encuentra eco en los que se tienen en alguna estima. De ahí vendrá la noble emulación, la verdadera y legítima competencia entre los que valen algo, y quedarán relegados á segundo término los que todavía, por grandes que sean sus deseos y su arrojo, no pueden llegar al puesto de matadores completos; que no es lo mismo derrochar la valentía sin conciencia, arrojándose al peligro, que esperar tranquilos, con valor sereno, la acometida de la fiera.

Todavía, en lo que resta de año, pueden los espadas que tan bien han secundado nuestras indicaciones, adiestrarse más y más en la ejecución de tan magnífica suerte: todavía pueden ensayarla los que aún no la han intentado, si no quieren quedarse atrás; y tengan todos presente que el que más veces la ejecute se colocará en el más alto puesto del toreo, si el éxito corresponde á sus deseos.

Que no sean las manifestaciones de *Cara ancha*, Mazzantini y Guerra, en el pasado mes de Agosto, fuego fugaz que acabe cuando el verano, es lo que les exigimos, en nombre de la afición taurina; y que su ejemplo sea imitado por *Espartero* y otros, para que podamos decir con verdad: *la suerte de recibir vive aún*.



XXIV

ÁNIMO Y ADELANTE



O hace muchos años, daban principio en Madrid las funciones de toros de la segunda temporada en el primer domingo del mes de Septiembre, ó lo más tarde en el segundo; pero como las costumbres han cambiado tanto y Madrid se desalquila en verano, porque ahora todos sus moradores *necesitan* baños que curen sus imaginarias dolencias, la empresa de nuestro circo tiene el buen acuerdo de retrasar la inauguración hasta el 25, considerando que muchos abonados no podrían, por hallarse ausentes, renovar el de sus localidades.

Durante el veraneo, los toreros han hecho su agosto en provincias, y el arte no ha perdido, que sepamos, nada absolutamente: antes bien, ha ganado, ensayando los principales matadores, de quienes todavía puede esperarse mucho, la admirable suerte de recibir toros. Bien han hecho intentando consumarla en regla para *completarse* como maestros en su arte,

y bien harán si no la olvidan. Ya dijimos cómo la habían practicado *Cara* y Mazzantini, y ahora vamos á trasladar aquí lo que dice el ilustrado director de *La Revista*, excelente periódico que se publica en Alicante, al describir la corrida celebrada en Murcia el día 8 de Noviembre del año 1892:

«Una sorpresa.—Su segundo llegó á muerte en excelentes condiciones, y el diestro (habla de *El Espartero*) las aprovechó, como nunca, para sacar de ellas un gran partido. Previa una faena corta y bonita, el diestro se arregla al toro, y cuando todos nos decíamos: valiente volapié va á soltar el chico (aquí la sorpresa), le vemos perfilarse divinamente con gran parsimonia, y de seguida adelanta el pie izquierdo, alegre con la mulcta, se le viene el bicho, espera con valentía sin abandonar su sitio, y mete el sable en lo más alto del morrillo. (Estupefacción general seguida de un gran aplauso).»

«Ya estará Neira contento,
me dije en aquel momento.»

«Ahora bien: ¿salió el diestro limpio de la suerte, como una patena? Tal vez no, pero, indudablemente, se acercó en todo lo posible á la perfección. Tengo la completa seguridad que no habrá ni uno solo de los aficionados que presenciaron lo que llevo expuesto que no se dicra por muy contento con lo hecho por *Espartero*. El primer paso está dado: ahora la cuestión consiste en no pararse en el camino. Desde que el excelente crítico taurino, mi respetable amigo D. José Sánchez de Neira, viene excitando á los matadores de primera línea para que saquen del rincón del olvido la lucidísima suerte de recibir toros, vemos que la han practicado, en pocos días, *Cara*, Mazzantini, Guerra y *Espartero*. Es decir, los mismos diestros á quienes el Sr. Neira viene *apretando*. Indudablemente, algo (por no decir mucho) han valido esas excitaciones, y por ellas doy un aplauso al decano de los escritores taurinos.»

Gracias mil al cariñoso amigo é inteligente revisero por sus laudatorias, aunque innmerecidas, frases, y gracias también á los valientes lidiadores que en su afán de completar su gloria artística han acudido rápidamente á nuestro llamamiento. No tenemos la pretensión de que sólo por satisfacer nuestro deseo lo hayan verificado, ni nos consideramos con autoridad bastante para que los toreros atiendan nuestros consejos, expuestos siempre con lealtad y mesura, si bien algunas ve-

ces con dureza; pero lo cierto es que desde que iniciamos la campaña en el sentido de que no es matador de toros *completo* el que no practique todas las suertes de estoquear que el arte conoce, y principalmente la de recibir, que es la suprema, ha sido ésta practicada, en menos de un mes, cinco ó seis veces y por distintos espadas. Ellos saben, mejor que nadie, el delirio que han causado en los espectadores de todas las plazas en que la han ejecutado; y eso, más que nada, ha de hacerles comprender cuán injustamente estaba olvidado, ó poco menos, tan hermoso acto de valor, hermanado con la inteligencia.

Disculpábaseles diciendo que los actuales toreros no lo habían visto practicar, y ese pretexto tenía más de ficticio que de real; ¿acaso habían visto á toreros antiguos tomar el capote á dos manos para recortar las reses á la salida de la suerte de varas, impidiéndolas su viaje natural? ¿En qué ocasión vieron á ningún espada de nombre alternar los pases de muleta con los capotazos de los peones? ¿Y desde cuando los banderilleros han necesitado que les preparen los toros para clavar los palos, en vez de preparárselos ellos y encontrar morrillo en todos los sitios del redondel? Esas son corruptelas no aprendidas de maestro alguno, y, sin embargo, el ignorante vulgo las admite, sin tener en cuenta que dañan más que favorecen á las reses, á la lidia y al arte. Pues si todo eso hacen ahora, sin haberlo presenciado ni estar escrito en ningún libro de tauromaquia, ¿qué dificultad puede haber en practicar, aunque no se haya visto antes, una suerte que, además de estar explicada prolijamente en todos los tratados taurinos, es de tan fácil comprensión como de soberbios resultados? Ejecutándola siempre que los toros se presten á ella, con nobleza, ya el público y los mismos diestros sabrán apreciar cuál es el matador que logra practicarla con mayor perfección; distinguiendo quién la hace más ó menos encorvado, más ó menos cerca, de mejor ó peor manera perfilado, esperando con mayor tranquilidad, y dando salida ceñida ó apartada: que eso mismo sucede en los volapiés y en las estocadas arrancando, donde harto se ve quién se acerca más y quién, cuarteá menos.

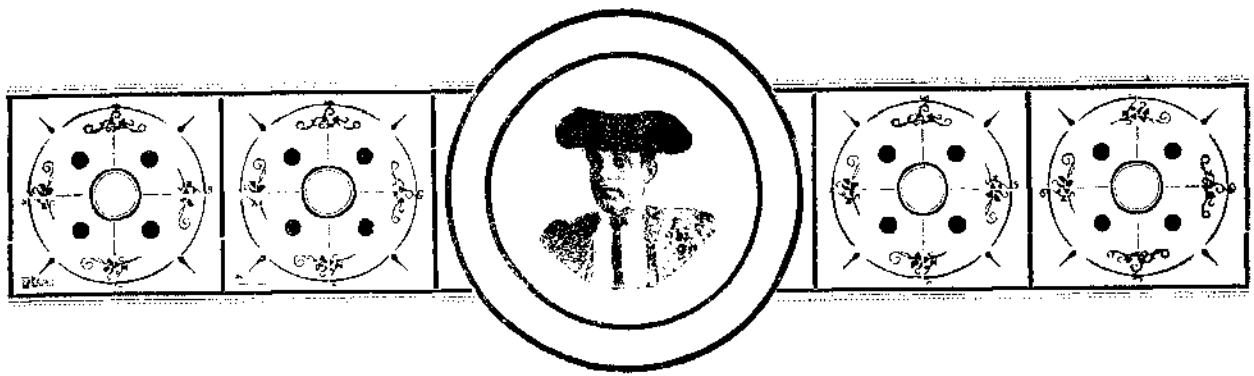
Ahora, con esa suerte magnífica, ha de despertarse la noble emulación entre los toreros de verdad y de vergüenza: ahora es cuando, merced á ella, puede salir el toreo del estado de abatimiento en que se encuentra; y ahora, en fin, es la ocasión de que se susciten esas rivalidades de amor propio

que, alejando la envidia, consoliden la fama del más diestro y más afortunado, hasta el punto de que los empresarios se le disputen y el pueblo le erija en ídolo, enfrente del que otra parte aclame como vencedor. Y entonces renacerá la afición; se marcará una nueva época en los fastos taurinos, y volverán á ser las corridas de toros el encanto de los españoles y el asombro de los extranjeros.

Ánimo, pues, y fuera vacilaciones por temor de quedar mal, y nada de arrepentimientos que denoten poca fe y menos confianza en las fuerzas propias.

Tiempo es ya de que la verdad en el toreo ocupe el puesto que la corresponde, y de que los floreos y adornos se estimen como parte secundaria en el arte de Romero y *Costillares*.





XXV

FILÍPICA.—SOBRE LA SUERTE DE RECIBIR



reciben vuestras mercedes toros, señores matadores de primera fila, ó no los considera sino que de segunda, cuando más, la afición inteligente, que puede exigirles mayores descos de complacencia.

Basta ya de contemplaciones, de estímulos, de excitaciones y de buenas palabras. Hemos llegado al final de la primera temporada, se han celebrado muchas corridas en que han tomado parte y no han sido capaces de recibir un toro siquiera cada uno, sabiendo perfectamente que es la suerte principal del torero, y la que más agrada al público.

¿Es que no saben ejecutarla? Entonces confiesan que no son *completos* matadores de toros, y que les falta aprender lo más importante del arte. Pero si no la intentan, ¿cómo han de saberla? ¿Tanto miedo tienen á quedar mal? ¿No comprenden que sin voluntad no hay torero posible? ¿Puede llamarse torero al que tiene temor, asco, reparo, ó llámenlo como quieran, y *no se atreven*, como

los malos estudiantes, á graduarse de doctor? ¿Conviene á los espadas á quienes aludimos, parecerse á los funámbulos, que no saben otra cosa que bailar en la cuerda floja?

No nos vengan diciendo que en tal ó cuál punto de la Península mataron en tal ó cuál fecha un toro recibiendo en regla, y que hubo orejas y les llevaron en andas y les encendieron velas, que ya sabemos lo que son los telegramas y también lo que son ustedes (muy buenos caballeros, pero mi capa no parece, es decir, mi suerte suprema). Es muy raro, y no sabemos como calificarlo, el desdén que hacia Madrid manifiestan ustedes (en el caso de que fuese verdad lo de los telegramas) porque una plaza que tanto dinero les da, y tanta fama les proporciona, no merece, en justicia, que se la postergue á otras, ejecutando en estas mejor trabajo. Y que han salido toros en Madrid y en la temporada que ha finado, muy apropósito para ser recibidos, ni ustedes, ni el mismísimo *Pepe Illa*, que volviese á nacer, podrán negarlo: pero ya se ve, acostumbrados á ganar el dinero por hacer siempre, siempre y siempre, una misma cosa—como el tocador de vihuela; patilla cruzado y vuelta á empezar—no quieren aprender más y se contentan con su especialidad.

Esto de las especialidades tiene su contra y ahí va un ejemplo.

Hace unos cuantos años llegó á Madrid un caballero de provincia, de posición desahogada, joven y de buenas prendas personales, que, relacionado con gente principal, trató de frecuentar los salones y círculos más elegantes. Antes de hacer su entrada en el gran mundo, tomó informes acerca de un sastre que le proveyese del equipo necesario para presentarse con decoro y tan encomiásticos fueron los que le suministraron de un *tailleur* de gran fama, que no dudó en irle á ver desde luego.

—Quiero—le dijo—que me haga media docena de pantalones de género inglés, de primera clase.

—Gracias: los tendrá usted antes de quince días y le han de gustar. Precisamente los pantalones son mi especialidad.

—Bien, además hará usted dos fracs de última moda.

—Perdone usted, en eso no soy especialidad.

—Y un gabán de abrigo, largo ó como se llevan...

—Perdón; vuelvo á decir á usted que no soy especial en...

—Pero bien—replicó el caballero—si no hace usted fracs, ni gabanes, hará levitas.

—Tampoco, señor, tampoco.

—Pues entonces, ¿qué sabe usted hacer?

—Pantalones, esa es mi especialidad.

—¡Dale con la especialidad! Eso no es nada.

—¡Caballero! Está usted faltando á un artista.

—¡Qué artista ni qué demonio! Diga usted que, de su oficio, no sabe más que la mitad y...

—¡Caballero!

—Basta; concluyamos de una vez, no hay que enfadarse, concederé que es usted un buen sastre, pero concédame que no lo es más que de *medio cuerpo abajo*.

Aunque la constancia y si se quiere la tenacidad, son muy poco apreciadas, generalmente, sobre todo si molestan á otras personas, ya saben ustedes que nosotros hemos de tirarles muchas *puntadas*, para evitar que las gentes enemigas suyas, por sistema, los tengan por toreros de «medio cuerpo abajo» como el sastre de la *especialidad*. Muy afamado era él, en una sola rama de su profesión y también ustedes lo son en una sola rama de su arte; pero ni él, ni ustedes saben su oficio por completo. Claro, van á gusto en el machito, cobrando pesos y aplausos; no viene detrás quien arree, y así van viviendo sin la ambición de gloria y sin el deseo de llegar á la perfección que son innatos en todos los que se precian de artistas, aunque no lo sean.

Una pregunta, y no hablaremos, por ahora, más del asunto: ¿Es que allá, cuando se retiren ustedes del toreo, piensan hacerlo, como algunos otros, sin haber practicado la suerte más principal del arte?

Sí: pues váyanse mucho con Dios y que escriban en llegando.



XXVI

¿ES DE RECURSO LA ESTOCADA Á VOLAPIÉ?



PARA mí no ha ofrecido duda la contestación que á lo interrogado debe darse y que jamás he oído preguntar hasta los tiempos modernos, tal vez porque en ellos se abusa más de esa palabra, mistificando su verdadero sentido, ó porque se haya dado tal amplitud á la

ejecución de esa importante suerte del toreo, que puedan confundirla con otras de nuevo tecnicismo, los que no fijan su criterio en el modo de practicarla, ni en las circunstancias que en ellas concurren. Observen detenidamente los que quieran entender las reglas ciertas, exactas, que los maestros han dado para la práctica de cada una de las suertes que el arte consigna, compárenlas con las que de él se apartan más ó menos; y atendiendo con cuidado á las diferencias que existen al realizarlas, encontrarán cumplida contestación á la pregunta que encabeza estas líneas.

Han supuesto algunos que es volapié toda estocada que da

el diestro al toro cuando no le recibe ó aguanta, y en eso hay un lamentable error. Para que no pueda suponerse que quiero imponer mi criterio como dogma de fe, considero necesario explicar lo que realmente es esa estocada, según la definió el célebre *Pepe Illo* en su *Tauromaquia*, y cuya autoridad no puede ponerse en duda, tanto por su competencia en el arte que le dió nombre, como por haber sido testigo presencial de su invención cuando por primera vez la ejecutó el célebre Joaquín Rodríguez (*Costillares*).

«La estocada á vuelapiés, cuyo autor fué el famoso Joaquín Rodríguez (vulgo *Costillares*), es la que el diestro se *ve precisado* á ejecutar con algunas reses que rendidas y castigadas con las varas y banderillas *carecen del poder necesario para embestir* en la estocada de muerte. Entonces, viendo el diestro que puede acercarse al toro con alguna seguridad, corre á presentarle la muleta, á cuya acción el toro baja la cabeza y proporciona á aquel la ocasión segura de meter el estoque, saliéndose inmediatamente del centro.»

Esa es la definición que da *Pepe Illo* del volapié, considerándole cierto y seguro con los referidos toros.

Exige, pues, el volapié que el toro esté aplomado y no quiera obedecer al engaño viniéndose á él cuando con insistencia se le llame, lo cual no sucede con las estocadas arrancando, á un tiempo y á paso de banderilla, en que si bien el matador va á herir de más cerca ó más lejos cuando el toro está quieto, viénese éste al bulto ó engaño y recibe la estocada en el centro de la suerte, que unas veces se verifica á la mitad de la distancia que entre ambos media, como en la que es á un tiempo y otras á las dos terceras partes ó más, según lo lejano del sitio en que el torero haya engendrado su movimiento de arranque.

Siendo esas diferencias tan esenciales entre sí, claro es que no puede equivocarse el volapié neto, como dijo Montes, con ninguna otra estocada, aunque sea parecida en un principio. Para aquélla, vuelvo á decirlo, el toro no ha de moverse de su sitio, aunque vea venir al diestro, hasta que, sintiéndose herido, se revuelva, si le quedan bríos, ó se pare, si el estoque le ha cortado la vida, para caer redondo. Sucede en ese caso lo contrario de lo que acontece en la suerte de recibir, que tiene por requisito indispensable el de que el espada no se mueva, viendo venir á la res, hasta que haya pinchado, y en el volapié, que el bicho no se mueva hasta ser herido; en el primer caso concurren

por igual las voluntades encontradas de la fiera y el hombre; en el segundo no concurre más que la del último. En las demás estocadas, ambos agentes, el diestro y el toro, ponen de su parte la voluntad para encontrarse, por más que el espada lleve la ventaja del engaño y la facultad de usar de su agilidad saliéndose del centro de la suerte no sólo con el quiebro de muleta sino también con el del cuerpo, siendo, por consiguiente, de más mérito entre éstas—entiéndase así y por el orden que decimos—la de «á un tiempo», la de «al encuentro» y la del «paso de banderilla», según el uso que el lidiador hace de sus pies para consumarlas.

Conocido ya lo que es el volapié propiamente dicho, y sin consentir que al ser ejecutado haya movimiento alguno en los pies del toro, como al practicarse la suerte de recibir no ha de haberle tampoco en los pies del espada, voy á citar el texto de autoridades notables en tauromaquia para deducir la consecuencia necesaria al objeto de este artículo.

Dice *Pepe Illo* en su *Tauromaquia ó Arte de torear*, página 81 de la edición con láminas de 1804, que esa suerte es «la que el diestro se *ve precisado* á ejecutar con las reses que *carecen* del poder necesario para embestir», siendo contraria y peligrosa con los que se hallan en estado de entereza y actividad.

Montes, cuyo arte de torear es más extenso que el citado y el mejor de cuantos se han escrito, al elogiar dicha suerte dice: «Sin ella *no tendríamos recursos* para matar ciertos toros que por su intención ó por su estado particular no arrancan ni se prestan á suerte alguna», y antes, mucho antes de que esas opiniones ó preceptos se emitiesen por maestros de tanta reputación como esos dos grandes toreros, un célebre aficionado, cuyo nombre conocen cuantos se han ocupado de la historia taurina, el Sr. D. José de la Tixera, en 13 de Mayo de 1801, al relatar la muerte desgraciada del matador sevillano, emitía su opinión del siguiente modo: «Las estocadas á vuelapiés, inventadas por la refinada y original destreza de Joaquín Rodríguez *Costillares* con el fin de que las clases de toros que le designaran y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el día se rematan con incomparable menos que cuando embisten y con la prontitud que vemos *únicamente* deben usarse con los que por cobardes, cansados, débiles, vencidos de las varas y banderillas ú otra inopinada causa, *no parten* y consienten que

el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde, en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él por las muchas y poderosas razones que por no dilatar me reservo.»

El bachiller tauromaquia, D. Juan Corrales y Mateos, que escribió en 1856 unas reglas del toreo muy extensas, y el inteligente aficionado práctico y distinguido escritor público que con el pseudónimo de *Arsenio* dió á luz en 1874 unos apuntes del toreo, que no tienen desperdicio, convinieron en que, para ejecutar la suerte del volapié, era preciso que los toros estuviesen sin piernas, *completamente parados*, añadiendo el conodo escritor taurino Santa Coloma en el año 1876, cuando refundió y aumentó el arte de torear de Montes, y al hablar de la dicha suerte las mismas palabras de tan célebre diestro, «sin ella no tendríamos *recursos* para matar ciertos toros.»

Y por último, el muy entendido escritor taurino, Sr. Sanchez Lozano, en su *Manual de la tauromaquia*, publicado en 1882, previene con gran acierto que «es absolutamente indispensable que el toro esté *aplomado*, porque las reglas del volapié *estriban en su inmovilidad*.»

No hay para qué citar más autoridades: los buenos aficionados, los que algo entienden de tauromaquia, consideran como axiomas inconcusos las afirmaciones de todos los preceptistas; convienen unánimes en que para el volapié es preciso que el toro esté falto de fuerzas, sin piernas, aplomado, que le sea difícil moverse; y yo creo, y llego hasta el punto de afirmarlo, que si antes de recibir la estocada arranca hacia el diestro, la suerte pierde el nombre de volapié.

El volapié clásico, puro, legítimo y neto, como le llamó el gran maestro Francisco Montes, exige en el toro *completa inmovilidad*.

Pues bien: si el toro no viene al diestro, éste no puede hacer otra cosa que irse á él, y entonces, si ha de matarle á estoque, no hay otro *recurso* que

realizarlo á volapié, y si no hay otro recurso, la palabra lo dice, *de recurso es la estocada*. Esto es innegable. Tan de recurso como el golletazo á la carrera, cuando el bicho no se para; tan de recurso como las que á la media vuelta y al revuelo de un capote suelen darse á los de mucho sentido; y tan de recurso como el paso de banderillas cuando el diestro falsifica el volapié, y no sabe, ó no se atreve á alegrar al toro, para esperarle, ejecutando suerte de más lucimiento.

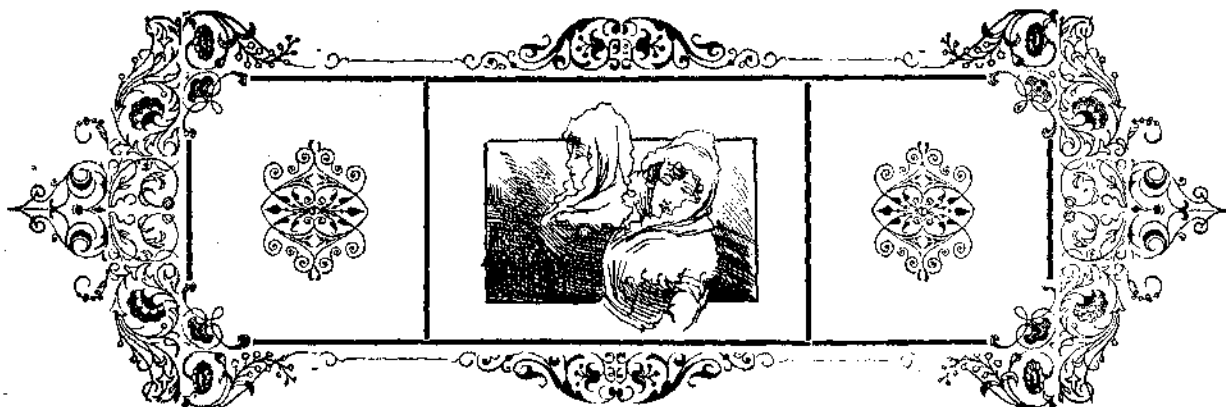
Consecuencias.

¿Se mata el toro á volapié porque no puede matársele de otro modo? Luego es como *recurso*.

¿Se le busca, se le incita, se le provoca al arranque y no lo verifica? Pues no hay más *recurso* que irse á él á volapié.

¿Por ser cobarde y faltarle fuerzas, no acomete aunque le pinchen desde las tablas? Pues *recurso* indispensable es darle un volapié, como mejor se pueda, según su colocación. Es decir, si el matador tiene conciencia y estima en algo su nombre. De otro modo, tomando carrera, describiendo círculos y pinchando sin sujetarse á regla alguna también mueren las reses, pero... no quiero decir de qué manera.

No alcanzo la razón de haberse puesto en duda que el volapié es la estocada primera de las de recurso. Tal vez hayan creído algunos que al considerarla así desmerece de las demás conocidas: es posible también que ignorando el arte de torear llamen volapié á cualquier estocada, para la cual vean que el torero va á la fiera, sin mirar cómo lo hace: hasta habrá gente que dé más importancia y mérito al volapié en general que á la estocada arrancando á un tiempo, y á la que se da aguantando; de todo eso habrá y mucho más; pero piensen como quieran y digan lo que mejor les plazca, lo indudable, lo que no admite razonada réplica, la verdad axiomática en el arte taurino, es que *Castillares inventó el volapié COMO ESTOCADA DE RECURSO*.



XXVII

TECNICISMO



ON igual laconismo que el que usé en anteriores artículos, tratando de otros asuntos, me propongo en este tratar de la semejanza que para algunos tienen en la fraseología taurómaca las voces «á un tiempo» y «al encuentro» ó encontrándose, que se usan indistintamente como de igual acepción ó parecida para designar una suerte de matar, sin que se detengan á reflexionar que no es ni puede ser lo mismo una que otra y que tienen entre sí diferencias esenciales que las separan por completo.

Pocas palabras, precisas, y que, en lo posible, no den lugar á dudas. Así me haré entender que es mi deseo.

Cuando el matador, viendo al toro parado y cuadrado, se *arranca* á él como debe ir al volapié, y al verificarlo en aquel mismo momento emprende su viaje el animal, es indispensable que si ninguno se

aparta de la ruta emprendida se hallen en el centro de la suerte, y al dar la estocada el diestro se llame ésta ó se diga que fué á *un tiempo*.

Cuando el espada se halla colocado á más de tres metros de distancia de la cabeza del toro ve que éste *se le viene* á entrar en su terreno, y, con serenidad, lejos de huir, se dirige, mejorando su jurisdicción, á derecha ó izquierda, según convenga, á encontrarse en el centro de las distancias que antes ocuparon, en cuyo acto clava el estoque, se denomina la suerte «al encuentro».

Es decir, que en aquel primer modo de matar, lo mismo que en el último, en el terreno medio que ocuparon respectivamente la fiera y el hombre, y que es el que se llama centro, es donde se consuma la suerte, siendo forzoso, para que así suceda, que uno y otro se *arranquen* ó dirijan á buscarse. Esta es la causa, sin duda alguna, de que muchos confundan ambas suertes, y, para que así no suceda, voy á explicar sus diferencias.

En la estocada, más claro, en la suerte de matar á *un tiempo*, el torero está más cerca de la res; ésta se halla cuadrada y parada, y si no viera al diestro engendrar el movimiento de arranque, que es cuando el toro engendra el suyo, alegrado, sin duda, por el instinto de coger, es posible que en muchos casos diese lugar á la cita con la muleta para ser recibido.

En la titulada al *encuentro*, el diestro, que está preparándose á enfilarse con el testuz, para lo cual ha de adelantarse algo, ve que el toro se dirige á él antes de que pueda situarse convenientemente y entonces avanza con rapidez procurando tomar el frente del testuz, aunque necesite para conseguirlo ladearse de su primitivo punto de partida.

De manera que en la primera de dichas suertes es el hombre quien indica antes el arranque, en la segunda es el toro el que la inicia. En aquélla el torero parte en reclinación del sitio primeramente

ocupado, en la segunda enmienda en el viaje su colocación. En una palabra: que se ejecuta la suerte de matar á *un tiempo* por la voluntad del hombre, siquiera sea simultánea la del toro, y que por verse obligado el espada de conciencia á no huir ó á dar un pase inútil lleva á efecto la segunda.

Si se me pregunta cuál de las dos tiene más mérito, casi no me atrevo á contestar.

La ejecución de las suertes del toreo depende de tantos accidentes, de tantos detalles y circunstancias, que á veces la más difícil es relativamente fácil, y la que en general ofrece pocas dificultades se hace comprometida é imposible en multitud de ocasiones por la índole de las reses, el estado en que se encuentren, el sitio que ocupen y hasta por la disposición de ánimo del torero; pero yo, siempre en igualdad de circunstancias, he concedido más simpatía á la manera de matar parando ó á la que de algún modo se asemeje á la de esperar, y poco menos que esto es ver venir al toro y en vez de esquivar el peligro irse á él con valor para corregir en aquel crítico instante su mala ruta ó dirección.

Las dos suertes de matar que han sido objeto de este artículo son derivaciones de las de volapié que inventó *Costillares* para suplir sólo á la de esperar cuando los toros están ya apurados de facultades y *no se vienen* al engaño.

Como no son estrictamente iguales, como no se practican las originarias en el toreo, tales como son en sí, ha habido necesidad de subdividir, así las que quieren ser semejantes ó al menos parecidas dándolas forzosamente nombres nuevos para hacerlas comprender. Hay que admitirlas, por lo tanto, como otras muchas que explican suertes, que muchos miran y pocos ven, y algunos que las ven no saben explicar.





XXVIII

LA MANO IZQUIERDA



L torero, mejor dicho, todos los que se dedican al difícil arte de lidiar toros, tienen ó deben tener en perfecto estado de salud sus piernas y brazos, pero no es tan claro que sepan servirse de ellos como el arte exige y su seguridad personal demanda. Hace tiempo que está llamando la atención de los más inteligentes aficionados al espectáculo nacional, el completo olvido en que tienen la mayor parte de los toreros actuales, el buen uso del toro de brazos, y el gran abuso que hacen del excesivo movimiento de sus piernas, en términos de que urgentemente reclama cuidado el abandono que, tanto los toreros de á pie, como de á caballo, vienen haciendo del uso de la mano izquierda, que no vale menos y á veces más que la derecha.

Es una vergüenza ver que por impericia de los mal llamados picadores de toros, sean sacrificados sin necesidad, en el redondel, tan gran número de caballos, cuando podría evitarse tal sacrificio, con un poco de inteligencia y otro poco de voluntad, librándonos de las justas censuras que lanzan contra la fiesta los enemigos de ella. Es el punto vulnerable y en él hacen hincapié

para clamar contra los bárbaros aficionados: si clamasen contra los bárbaros que no saben picar, razón habría y de sobra, que á ellos y solo á ellos es imputable tan innecesaria carnicería, que no consiente el arte y mucho menos la autoriza. Mil veces lo hemos dicho y con nosotros cuantos comprenden bien lo que es la suerte de picar con garrocha ó vara de detener: bien practicada es lucidísima, tanto como la mejor de la tauromaquia, mal hecha es repugnante; y es que, aplaudidos por el vulgo esos malos piqueros á quienes cuesta un caballo cada vara que ponen, no se cuidan de conocer sus deberes y creen que sabiéndose tener á caballo han aprendido lo bastante para desempeñar su cometido.

Nunca, en el momento de la entrada, usan de la mano izquierda para levantar, retirar ó hacer girar el caballo á fin de librarle del hachazo, ¡y se llaman buenos jinetes y tienen dormida la mano de las riendas en el momento más crítico! ¿Para cuando la reservan? No comprenden que debe ser simultáneo el uso de las dos; la derecha para herir, y la izquierda para librar el jaco de cornada, y aguantan impávidos la acometida, como si fuera de bronce, clavado en el suelo, el sustentáculo en que se apoyan. Ni eso es arte, ni siquiera acto humano admisible en una nación culta.

Vale más librar al caballo de la muerte, aunque se pique con menos fuerza—y eso que todo puede hacerse á un tiempo—que martirizar á sabiendas al pobre animal, que forma un mismo cuerpo *con el que lleva encima*: y en esos casos de gran poder y codicia del toro, debe saber el buen picador, que solo de cinchas atrás puede salir herido su caballo, pues para eso tiene gran cuidado de usar á tiempo de la mano izquierda y ayudarse con las espuelas.

Si no de tanta trascendencia como en los picadores, en quienes consideramos absolutamente indispensable el buen uso de la mano izquierda, es también ésta de mucha importancia para los buenos banderilleros. No es en estos tan general ese abandono, pues casi todos los que hoy practican esa suerte, parecen por ambos lados; pero hay y ha habido algunos, que solo por la derecha entran al toro, sucediendo como no puede menos, que en muchos casos se ven obligados á retrasar la entrada, aburriendo al público con salidas falsas, ó viéndose precisados á clavar un solo palo, ó malamente los dos. En un viaje largo, por ejemplo, si viene el toro cortando terreno por el lado favorito del diestro, no tiene objeto que éste se cam-

bie en corto para mejorar el suyo y entrar en jurisdicción—lo cual es de gran mérito y seguro efecto—porque siéndole difícil pinchar con la izquierda, no aventura el desaire ni quiere exponerse á una cogida. Vale, por lo tanto, ese peón, mucho menos que el que parece por ambos lados, y todo por no querer acostumbrarse desde un principio á ejercitar la mano izquierda lo mismo que la derecha, en una suerte para lo cual tan indispensable es la una como la otra.

Pero donde más útil y conveniente se presenta el buen uso de la mano izquierda, es en la suerte de matar. Por no tener los espadas una completa seguridad en su exacto manejo, han abandonado la suprema hazaña de estoquear *recibiendo* (aparte de la mejor aptitud y mayor valor que para hacerla se requieren). Por igual razón son poquísimos los pases de pecho que á pie quieto vemos dar hoy en defensa del lidiador, y por eso todos apelan á los pases cambiados y fuera de cacho que, preparados de antemano, tienen igual ó menor que un pase alto regular. El origen de las *coladas* que hacen las reses á los matadores, no es otro que el de no saberlas despegar y darlas natural salida, jugando bien la mano izquierda, empapando en corto el testuz del toro, y guiando á este convenientemente al terreno de afuera, para impedir que si extiende poco el brazo y no da vuelo suficiente al trapo se le eche encima la res.

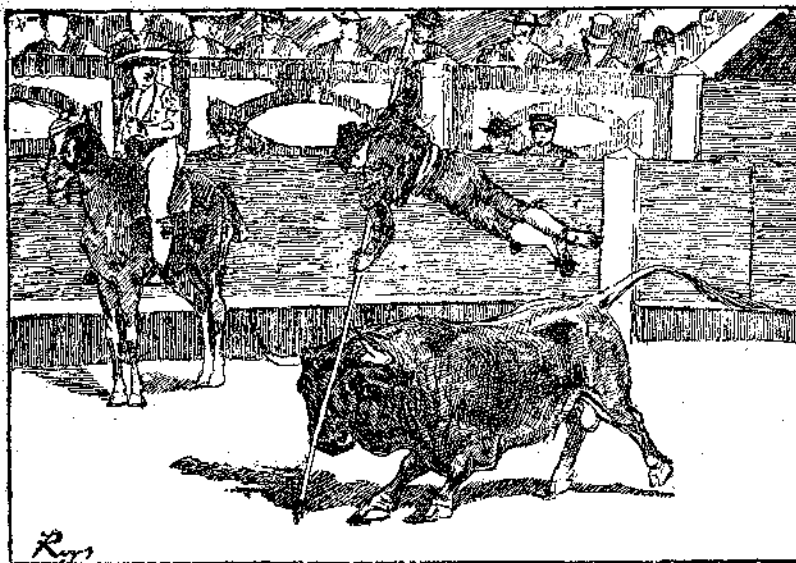
Hemos dicho antes que la suerte de recibir no se practica porque los espadas no tienen completa seguridad en el exacto manejo de la muleta. Verdad es esta que si alguien pone en duda nos hará preguntarle si conoce hoy algún matador de toros que, firme en su terreno y sin perderle, lleve á las reses donde quiera guiadas por su mano izquierda. Hay algunos que se defienden bien de ellas, aceptando el juego que dan, no el que él quiere; hay otros que llevan al toro persiguiendo el trapo pero perdiendo ellos el terreno que los bichos ganan; y hay otros que no hacen ni lo uno ni lo otro, salvando con los pies la deficiencia de la siniestra mano. Eso sí, dificultades podrán tener para manejar los brazos, pero las piernas cada vez las tienen más ligeras.

Como tampoco en el último momento *han* la muleta, sino que extendida la ponen delante del cuerpo, sucédeles que por fuerza han de dar las estocadas por el sistema rápido y á golpe de trueno seco, pues de otro modo sería fácil la cogida, toda vez que no hay con uno y otro brazo la formación de la cruz que ambos hacen en aquel

momento. ¡Oh! y todavía hay algunos que califican de grandes toreros, de herederos de Montes y de no sabemos quiénes más, á lidiadores que sin preparación de la muleta para que guiada con la mano izquierda incline al toro al terreno de afuera, se lanzan valientemente (otro calificativo merecen) á clavar el estoque y á recibir un revolcón, en la seguridad de obtenerle, porque no saben

que llevan un trapo que ha de ser su salvación si le manejan bien. Podrá el público aplaudir al que tal muestra de ánimo temerario ponga de manifiesto, puesto que ya es costumbre otorgar palmas á cualquier cosa, pero lo cierto es que á la plaza no vamos á ver garrochazo por cornada, ni estocada por cogida.

Otra cosa muy distinta es el arte de torear.





XXIX

LOS QUITES



A oportunidad para hacer los «quites» a la gente de á caballo y á la de á pie que se ve en peligro, es una de las cualidades más esenciales en todo lidiador, y la que en muchas ocasiones denota en él gran conocimiento del arte, excelente vista y previsión y generosos sentimientos. No puede intentarlos nunca un hombre tímido que piense más en sí que en sus compañeros, porque el instinto de conservación propia ha de obligarle á ser tardío é ineficaz: no debe pensar en hacerlos bien el que no tenga dominio absoluto sobre sí para doblegar su voluntad hasta el punto de inclinarla, no al lado que más le guste, si no al que más convenga en el momento crítico y determinado; y no puede ni debe acudir á un «quite» quien no tenga conocimiento exacto de su profesión, y aun de la índole y condiciones del toro que ha de apartar del peligro. De todo lo cual se deduce que hará mejores

quites, más oportunos y de mayor efecto el torero que se aproxime más á la perfección que cualquier otro que, aun practicando determinada suerte, sea menos inteligente en la ejecución de todas ellas, abarcando ilimitadamente el conjunto de las mismas. Más claro; un excelente banderillero puede ser

mal espada y un espada que por lo regular sea atinado al herir, puede ser hombre para quien el capote sea un estorbo en los «quites», á pesar de su buen deseo. Esto, que no es nuevo, autoriza á creer que antes de tomar la alternativa de matadores, debieran los toreros ser muy duchos en el manejo del capote «á pie quieto», no fiando á las piernas la salvación del individuo.

Son, pues, los «quites» actos importantísimos del toreo, que aunque no constituyan suerte definida, implica grande competencia en el que bien los ejecuta, y pueden reportarle crédito y fama merecidos. ¿Hay nada que arranque aplauso más espontáneo que cuando á un hombre perseguido por el toro que avanza con tanta rapidez como la que aquél va perdiendo en la carrera iniciada, ver que, casi alcanzado, poco menos que encunado, se interpone entre ambos un capote oportunamente dirigido, merced al cual cambia de rumbo el toro y el hombre queda salvado? Ciertamente que no. En este caso, como para todos, es necesario saber apreciar cuándo es el momento de hacer ese quite, porque no dará buen resultado querer alcanzar al toro corriendo tras él, ni llamándole para que atienda á otro lado, en cuyo caso créese el animal perseguido y cocea, y rara vez se vuelve. Precisa entonces salir á su costado y teparle con el engaño, y el éxito es seguro, puesto que ve un objeto tan cercano, que le hace perder la vista del que perseguía.

Más sencillos son los quites que ahora hacen los espadas al situarse en el centro de la plaza, llegado el momento de que los banderilleros vayan á parcar. Antes no salían los matadores de *asistentes* al acto, porque los peones antiguos ponían rehiletes en todos terrenos y cualquiera que fuese la situación del toro: ahora son necesarios, pues sin ellos veríanse aquéllos apurados en todos los casos en que llaman al toro y éste va; porque no quieren si no que esté quieto y clavado si fuese posible. Basta para este «quite» casi siempre, soltar á la larga el capote y cortar el viaje al animal, que se para asombrado.

La parte más principal y la que con más razón se ha llamado siempre quite, es aquella que se hace en la suerte de varas. Es de varios modos y voy á describirlos brevemente.

Para que el toro no recargue sobre el caballo más tiempo del que permita al picador echársele por delante, el capote es un poderoso auxihar, y la suerte, ejecutada por dos entendidos diestros, es de las más bonitas del toreo. Un picador, apo-

yando la vara en el morrillo del animal al tiempo mismo que hace girar con la mano izquierda al caballo que monta, para librarle del hachazo, y un hombre á pie que incita la salida de la res, extendiendo á lo largo el capote hasta tropezar en el hocico de ella, es un cuadro digno del pincel de Ferrant y del lápiz de Perea. Rara será la colección de láminas taurinas en que no figure dicha suerte en primer término. Debe, pues, hacerse ese quite exclusivamente con «largas» ó sea con el capote extendido, tomado de una punta, porque es la postura natural, la más airosa y la que da tiempo á prevenir una mala ó contraria salida del toro.

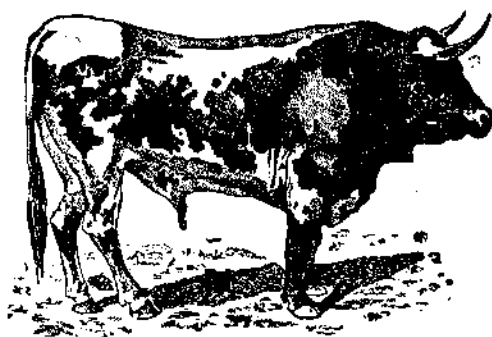
Yo condeno el sistema de abrir el capote á dos manos para hacer el quite á un picador que no ha sido derribado, y también para el que, habiendo caído, la fiera le ha abandonado, saliendo poco menos que de huida, porque si no hay peligro, si no hay que *quitar* ó salvar algún inconveniente, ¿á qué torcer el viaje de la fiera, que sale asombrada de la suerte? Quisieran en estos casos los espadas obtener aplausos que sólo prodigan los ignorantes, por dos ó tres malas verónicas, que recortando al toro á fuerza de correr á situarse fuera de cacho, le dejan parado; pero si quieren pararle, ¿por qué no dan esas verónicas á pie quieto y como el arte manda? Dejen al toro la salida franca, como las leyes del toreo exigen, y no quieran pase como *quite* lo que no lo es, puesto que significando en tauromaquia la palabra quitar, apartar, impedir que el toro arremeta contra el que tiene cerca como objeto de su fiereza, bien se comprende que cuando sigue su viaje natural, apartándose de todos los bultos, no hay tal quite, porque el apartamiento es voluntario. Insisto en esto, porque da ira ver cómo se trata á los toros para destroncarlos, y lástima la impasibilidad de los ganaderos al presenciar la lidia que hoy se practica.

El quite verdadero, el quite de mérito, es aquel en que derribado al suelo el picador, se le ve esperando con angustia la cornada, sin poder moverse ni evitarla; al toro pegajoso, corneando al jaco con codicia, y á todos los espectadores, siendo presa de un terror y de un anhelo y fatiga extraordinarios, hasta que la capa del espada cubre la vista de la fiera y *aguantándola* de cerca sus derrotes, poco á poco y paso á paso, la lleva empapada en los pliegues del trapo, hasta apoderarse de ella, consintiéndola con su cuerpo, y salvando, con gravísima exposición de la propia, la vida del compañero desvalido. No hay con qué pagar un quite

de esta clase, y para ejecutarle ni deben pedirse observancia de reglas marcadas ni respetarse jerarquías. De cualquier modo que se arroje el capote á la cara del toro, de frente, de costado, liándosele al testuz, hágalo el primer espada ó el último banderillero ó todos los que cerca estén, siempre será bien ejecutado si se consigue el fin apetecido, que la vida de un hombre es ante todo. Por eso aplaude el público actos que, no existiendo aquel peligro, no puede tolerar; como son: el coleo innecesario y la intervención de los peones en atribuciones propias del espada; y yo me permito aconsejar á los toreros que, en casos tales, evitando todo barullo, pero demostrando eficacia, ayuden y estén muy al cuidado del compañero que arranca la fiera del sitio del peligro; porque haciendo este quite de cara á la misma, tiene que ir retrocediendo cuanto aquélla avance, y no es lo mismo ir

perdiendo terreno que ganándole, ni fácil atender á la colocación que se tiene en el ruedo, ni si en él hay otros inconvenientes que puedan acarrear un percance.

Como síntesis de este artículo, puede decirse que no intenten acudir á los quites los toreros que carezcan de valor, ni los que manejen mal el capote; que no se corra tras de los toros que persigan á un diestro, si no que para hacer el quite interpongan el capote de frente ó de costado; que no son quites, sino abuso detestable, las medias verónicas movidas, que impiden al toro, después de recibir el puyazo, seguir su viaje natural, ya por ellos iniciado; y que para los quites de compromiso, de aquellos en que por hallarse al descubierto un hombre, es necesario apelar á todos los medios, en el primer momento ha de seguirse el impulso del corazón, y luego que dirija la cabeza.





XXX

LA CAPA DE FAENA



E mano maestra pintó las excelencias de la capa el ínclito *Solitario*, en una de sus famosas escenas andaluzas, modelo todas de buen decir y de una gracia y donaire inimitables. No hemos, pues, de pensar siquiera en hablar sobre lo mismo una palabra, que no picamos tan alto, ni mucho menos: y nuestro intento es únicamente referirnos á la capa de faena, impropíamente llamada capote, que usan los toreros en el redondel, ya que aquella eminencia se limitó á describir las gracias, ventajas y utilidad de la capa de calle ó paseo, prenda exclusiva de los españoles.

La capa de faena en la lidia de toros bravos es de uso muy antiguo, y en nuestra opinión debió sustituir á los capotes, anguarinas, gabanes y ferreruolos, de que se valían los caballeros y sus criados para los empeños de á pie y otros lances comprometidos. Ya el célebre

D. Francisco de Quevedo, dijo en una de sus poesías:

Jineta y cañas son contagio moro:
restitúyanse justas y torneos,
y hagan paces las capas con el toro.

Y esto prueba que en su tiempo, ese poderoso auxiliar del hombre para lidiar reses bravas, era de uso común y corriente: no el capote, que éste se diferencia de aquella en que, sea cualquiera la hechura que le dé la moda, ó tiene mangas ó lleva huecos para meter los brazos. Sin embargo, como ya en la fraseología moderna se confunden ambas voces, hasta el punto de considerarlas sinónimas en el toreo, no hemos de ser los que en contrario rompan lanzas: nos quedaremos á la capa, sin echársela á nadie, y usaremos también de ambas voces—aunque lo menos posible,—que el mal ejemplo cunde y todos por él pecamos.

Con la capa debajo del brazo sale de casa el *guripa* de nuestros días, más alegre que unas castañuelas, á tomar parte en las capeas de los pueblos, sorteando, por lo general, novillos que no tienen de tales más que el nombre, pues son toros de seis ó más años, ya corridos veinte veces: suele volver al hogar de donde salió, que no nos atrevemos á decir suyo, con algunos coscorriones, pero contento y dispuesto para igual fiesta en otra parte, porque está convencido de que para ser torero no tiene otra escuela donde hacer su aprendizaje. Cuéstale caro en ocasiones, pero qué remedio; el que quiere algo, algo le cuesta, y poniendo en práctica el proverbio de que el que tiene capa escapa, se atreve á dar cuantos lances puede con la suya. ¿Qué sería del infeliz *guripa* sin su capa, cuyo manejo estudia en el patio de la casa, en el campo, en la calle ó en donde mejor se le proporciona?

¡Ah! Y el que aprende á manejar bien la capa tiene mucho adelantado para ser un buen torero. En las funciones de toros es elemento indispensable; es el baluarte detrás del cual el hombre se hace inexpugnable, es el salvavidas de cuantos en peligro se hallan, y es el instrumento que contribuye más eficazmente á regularizar la lidia, ordenarla y hacerla agradable, apartando de la vista lo repugnante ó triste.

Una capa bien guiada por mano diestra consigue fácilmente la buena colocación de un toro ante un picador que le espera, y con la misma facilidad echándola á la larga en la salida de la suerte de picar, recoge la fiera y la indica su viaje natural;

á no ser que por la codicia de la res, por su gran poder ó por la impericia del picador haya necesidad de coger la capa á dos manos, interponerla entre el hombre derribado y las aceradas astas, y allí el diestro, aguantando el momento del hachazo, le espera con ánimo, le recibe en la capa una, dos y tres veces, y alcance con su valor y el auxilio de aquel trapo, la salvación del picador que ni cuenta se da del peligro que ha corrido. ¡Dichosa capa y preciadas manos que la guiaron!

En la suerte de varas, esos lances son frecuentes; pero la utilidad de la capa no se señala en ellos tan sólo. En la suerte de banderillas también sirve como en cualquier otra, que no hay poca exposición para el diestro que sale del embroque perseguido ó enganchado. Allí no hay cuerpo intermedio que separe el testuz del toro del cuerpo del hombre; el derrote, si le alcanza, le voltea, cuando menos, y si no fuese por una capa arrojada en aquel instante supremo, en aquel momento de angustia y de terrible expectación, por un lidiador valiente y de inteligencia, le recogería del suelo y Dios sabe si allí tendría el pobre banderillero el fin de sus días y el principio del hambre para sus hijos.

¡Pobre espada el que se viera sin rojo trapo en la mano izquierda, aunque la diestra sostuviese pesado hierro, y pobre el que tiene que habérselas con un toro de sentido que corta el terreno y llega entero á la muerte! Si la capa de un hábil compañero no distrajesse repetida y tenazmente la atención del toro, si no lo separase á tiempo del lado del matador, desgraciada sería la suerte de éste, y con dificultad se libraría de una cogida.

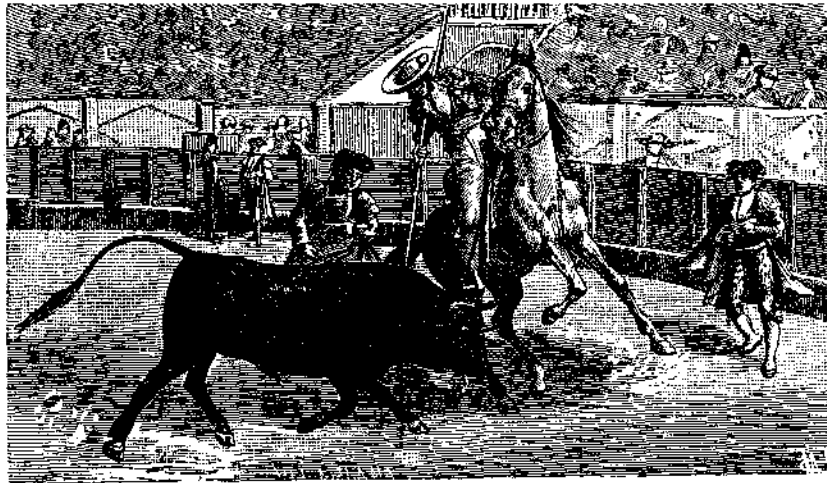
En todos los lances, en los menores detalles é incidentes de la lidia, la capa es la Providencia del torero, el áncora de salvación de muchas vidas. Ya lo hemos dicho: el torero que sepa manejarla con soltura, aquel á quien un corazón de bravo sostenga los brazos que la tomen con sus manos, tendrá mucho adelantado para llegar sano y salvo al término de su carrera, llevando siempre unido á su nombre el de salvador de sus compañeros, que es el título que más puede enorgullecer al hombre de honrados sentimientos.

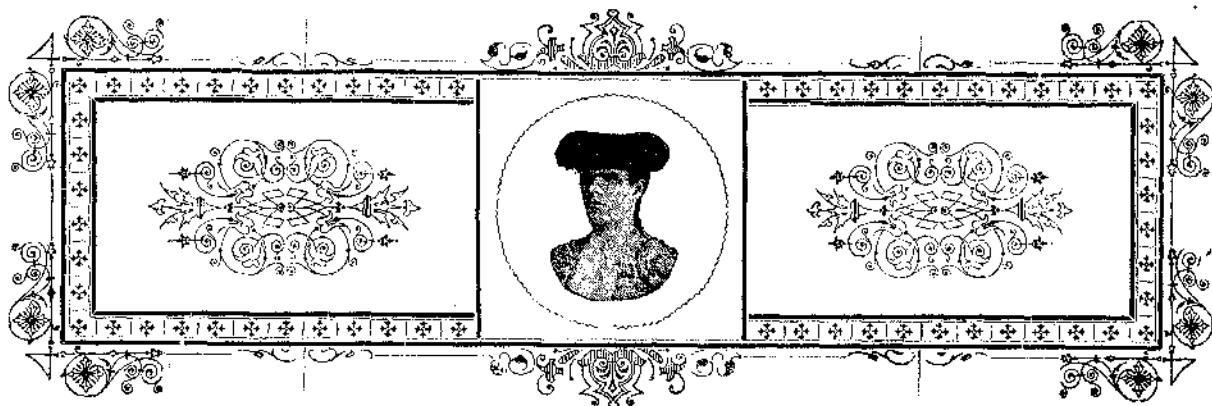
Obsérvese bien, y que los que aspiran á tener un buen nombre no lo olviden; nada hay en esa profesión tan importante, nada conduce á fines más prácticos en tan difícil arte como la oportunidad en el manejo de la capa; nada tan elegante como el capeo de brazos; nada tan seguro como la aplicación de las reglas escritas, en que entra como

principal condición el uso de la capa ó de la muleta, verdadera piedra de toque del arte de torear. Los más célebres diestros llegaron á serlo por el perfecto conocimiento, por la exacta ejecución con ella de las suertes inventadas; el gran Romero, por la seguridad en su muleta, con la cual guiaba á los toros á su voluntad, haciéndoles seguir la ruta por él marcada como el acero sigue al imán; el famoso Montes por su capeo á la aragonesa (de frente por detrás), el inolvidable Redondo por sus recortes capote al brazo; *Cúchares*, por sus limpias

navarras, y el elegante Cayetano por sus diversos lances de capa de todos modos y en cuantas variaciones se han usado hasta ahora

Sin la capa no hay toreo de arte verdadero; ir á él sin saber manejarla es enviar á cualquiera á batirse sin conocer para qué sirven las armas; el único parapeto que la inteligencia del hombre puede oponer á la fuerza bruta del toro, en la seguridad de hacer con aquél un firme obstáculo que aleje todo peligro, es el capote de faena. ¿Quién habrá sido el inventor?





XXXI

LA MULETA Y EL CAPOTE



E aquí dos instrumentos de los más importantes en el arte taurino; tan importantes que sin ellos sería difícil, sino imposible, dar muerte á los toros en la lidia.

Bien haya, pues, Francisco Romero, que inventó la muleta como poderoso auxiliar para suerte tan arriesgada al mismo tiempo que lucida.

Con la muleta en la mano, un buen espada no tiene que temer nunca la embestida del toro, ni debe huir si le acompaña el valor; al contrario, haciendo buen uso de ella, puede domar la fiera de las reses, conocer sus condiciones y prepararlas á recibir la muerte, dándolas la colocación conveniente, llevándolas al sitio más adecuado y corrigiendo sus resabios ó sentido.

A los hombres más diestros en el manejo de la muleta les ha sido siempre más fácil estoquear los toros que á los que, torpes en dirigirla extendida, al aire ó inclinación más aporósito, les ha servido

de estorbo y cosa inútil. Esto es sabido por todos los que ven toros y no hay para qué hablar más de ello.

Pero la muleta, cuando fué inventada y mucho tiempo después, no era lo que hoy aparece en cuanto al tamaño. Debió ser pequeña, puesto que el inventor y los que le sucedieron en todo el siglo pasado llamaronla *muletilla* y corrobora esta opinión la explicación que de ese instrumento hace el maestro José Delgado (*Illo*) en su *Tauromaquia ó Arte de Torear*, página 76 de la edición con láminas, de 1804, que describe así: «La muleta se hace, tomando un palo ligero de dos cuartas poco más de largo, que tenga un gancho romo en uno de los extremos, en el cual se mete un *capotillo* cuyas puntas deben unirse en el otro extremo del palo, dándole algunas vueltas para que quede seguro.»

Por espacio de muchos años después de *Pepe Illo* todos los matadores, sin excepción, han usado esa muleta del tamaño de un *capotillo*, no de una capa ó capote, colocado en un palo de solas dos cuartas de longitud, si bien algunas veces, en lugar de tela de lana ligera y flexible, sustitúan ésta con otra más fuerte y pesada á fin de evitar la influencia del aire en tarde desapacible, pero sin aumentar por eso su tamaño. A *Curro Cúcharres*, con el objeto indicado, vimos en más de una ocasión atar con un nudo en el extremo de la punta más larga, ó sea la más distante del cuerpo, una pequeña piedra que hiciese peso y permitiese desarrollar el trazo en toda su extensión. Sencillas, pequeñas también y de ligera tela, fueron las que regalaron al mismo *Cúcharres*, al *Salamanquino*, á Manolo Arjona y á *Pepete*, con una inscripción bordada con plata que decía: «Galicia á... (el nombre de este matador)» cuando el 31 de Julio de 1853 se celebró en Madrid una gran corrida de toros á beneficio de los pobres habitantes de aquella región, y hasta algunos años después, ni se vieron aumentadas en tamaño ni forradas de otra segunda tela.

Pensaron de otro modo varios espadas más modernos, casi todos andaluces, aunque no todos sevillanos, y han ido *alargando la tela* de tal modo, que al pendón que empezó á usar el *Gordito*, le han dejado relativamente corto, y al palo de dos cuartas le han hecho crecer otro tanto. Estos son hechos que nadie pondrá en duda, atribuyendo á manías de los viejos su aseveración, que gente joven hay que no há mucho á visto usar muletas cortas á toreros modernos. Si son unas ú otras más á propósito para la lidia: si es mejor ó peor que las nuevamente usadas lleguen por un lado á barrer el suelo y por otro á separar tanto al toro

del centro de la suerte que se vea el hombre á tres metros de distancia de la cabeza de las reses, al paso que las antiguas requirían torear en corto y ceñido, el público lo dirá: bien que el público, en su mayoría, se preocupa poco de lo que más debiera importarle para apreciar el mérito de las suertes. Nosotros diremos siempre que el que no afronta el peligro, el que pone lejanas murallas para esquivarle, no es valiente: y el torero que no es valiente, por mucho que sepa, no tiene la primera de las cualidades que se exigen para torear.

*
*
*

No es el uso del capote de tanta importancia ni de tanto mérito, como el de la muleta, aunque no deja de tenerlo en los diversos lances de la lidia. Ya van expuestos en otro capítulo, que ampliaremos en el presente. Requiérese para manejarle cierta destreza, al mismo tiempo que actividad, y especialmente en los quites puede ser muy útil: no se ha inventado solo para llevar al toro de un lado á otro, que es necesario también para fijarle, pararle y quebrantarle cuando sus condiciones lo requieran, y la inteligencia del torero ha de manifestarse en la oportunidad de usar la capa. Es lo más difícil, en su juego, los galleos, la suerte de frente por detrás, las navarras y las verónicas: y lo más fácil, correrle por derecho abanicarle, lancearle de costado y recortarle con largas, por más que esto aparezca ser de mucho efecto. Cuando se vea recortar con la capa abierta de extremo á extremo, sin parar, ó sea ganando el hombre con media carrera en círculo el terreno que no debió perder si hubiese tenido valor para dar una verónica á pie quieto, no se aplauda, que eso ni tiene mérito, ni es propio de toreros que por tales se tengan, sino de capeas de pueblo. Nunca la capa debe tomarse más que de dos modos; ó de una punta para largas y carreras, ó con las dos manos, por los extremos de la charretera de la esclavina, para las demás suertes escritas, sin que esto quite que para quien sepa y se atreva á ejecutarlo, que son tan pocos que hoy no llegan á dos, se lleve rodeada al brazo para recortar en sitio amplio y conveniente.

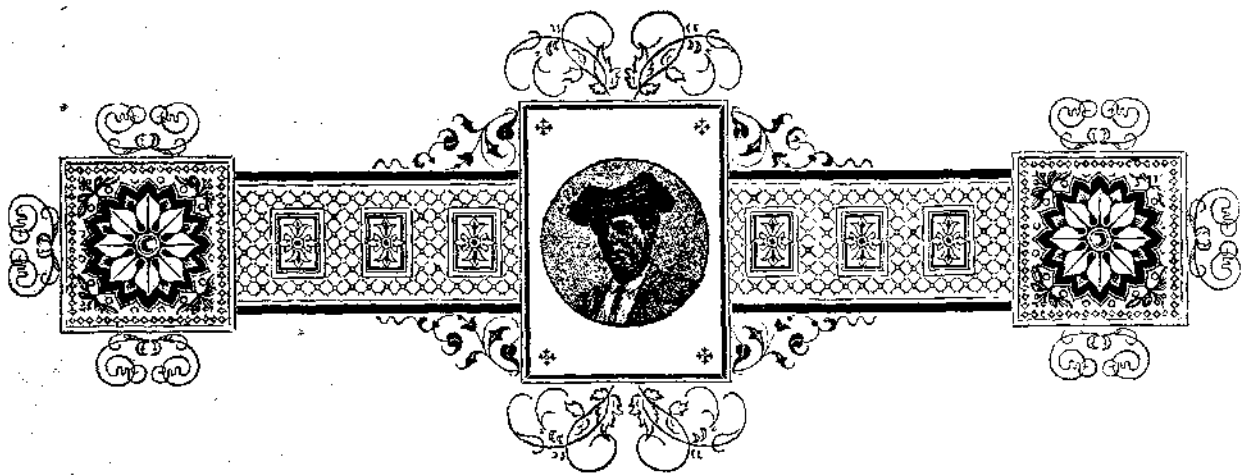
Sabidos los usos á que la capa se destina, fácil es apreciar las ventajas que sobre otros ha de llevar el torero que la maneja perfectamente. Un *capotazo* á la derecha, en vez de dirigirla á la izquierda puede trasformar de tal modo el resultado de la suerte, que produzca el contrario del que se pensó, y aun á veces un verdadero perjuicio. Mu-

chas capas estorban en cualquier sitio en que se hallen, y los espadas que las consienten hacen mal en ello: ni aun para matar un toro de sentido se necesitan más de dos, y de ellas, ha de estar situada una á la cola de la res.

Por lo general, los toreros que capean bien y con arte, manejan perfectamente la muleta; pero

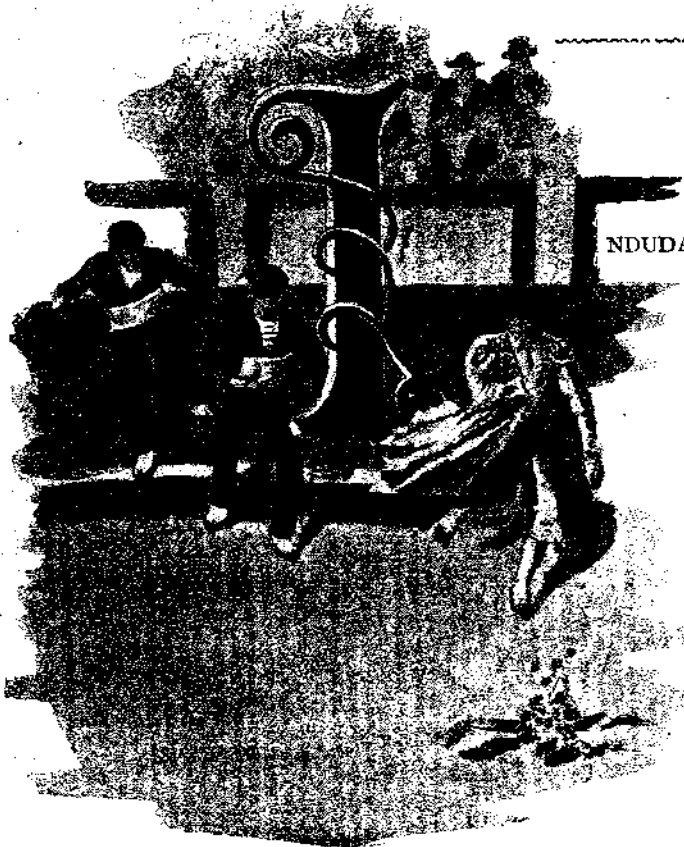
ésta exige mayor habilidad, y según *Pepe Illo* siempre debe llevarse solamente en la mano izquierda. lo cual quiere decir como preparación al manejo de ésta, que es indispensable aprender con empeño la manera de usar el capote de todos modos y en todas ocasiones, para cimentar la reputación de un buen espada.





XXXII

LAS COMPETENCIAS



INDUDABLEMENTE, desde que hay corridas de toros, sostiénese entre los lidiadores que más descuellan por su valor, inteligencia y mérito, esa noble emulación que los estimula á aprender cada día más su difícil arte, y á procurarse los aplausos y simpatías del público. Este, casi siempre, ha tenido la culpa de que esa emulación se convierta en negra envidia, y más de una vez ha originado desgracias por intemperancia y apasionamiento. ¡Cuántos daños ha causado, en el momento de efectuar una suerte, la manifestación de desagrado de cualquier vocinglero! ¡Qué criminal es el que apostrofa á un torero cuando va al toro, y antes de que cumpla su cometido le silba y escarnece!

Y esto no es de ahora. Ha sido siempre, y no lleva trazas de concluir, como no sea por falta de toreros buenos, que viene, desgraciadamente, mucho más de prisa de lo que quisiéramos.

porque hay muy pocos que puedan llamarse tales.

Las competencias han sido más ó menos empeñadas en todos tiempos, según la resistencia de los que las han sostenido, haciendo evidentes su maestría y sus recursos, pero entrando en ellas como factor principal el estímulo entre dos toreros notables.

Para recordar las que han sido de alguna importancia de cien años acá, basta recorrer la historia taurina, lo cual no es tarea difícil para el verdadero aficionado, que no se contenta con asistir frecuentemente a las corridas de toros, sino que además cuida de saber qué es el toreo y sus vicisitudes; sin embargo, refrescando recuerdos, haremos una ligera mención de las competencias que de un siglo acá se han señalado como principales, empezando por los tiempos más inmediatos.

Ahora poco concluyó la persistente y continuada competencia, que por espacio de veintitantos años sostuvieron con honra y provecho Rafael Molina (*Lagartijo*) y Salvador Sánchez (*Frasquito*), que sucedieron á Antonio Sánchez (*El Tato*) y á Antonio Carmona (*El Gordito*), entre quienes fueron más encarnizadas las diferencias, llevadas al extremo en Cádiz á fines de Septiembre de 1868, y antes en Madrid, donde se crearon periódicos para encender las pasiones de sus respectivos partidarios, especialmente contra los del segundo.

Ya habían luchado en buena lid diez años antes el maestro Cayetano y el *Tato* en aquellas célebres corridas en que Cayetano hacía desalojar completamente la plaza de todo peón cuando mataba los toros; y pocos años más atrás, el mismo maestro, fué el antagonista de Julián Casas.

Pero la gran competencia, la que trajo en Madrid alborotados los ánimos de los aficionados y de muchos que hasta entonces no lo habían sido, fué la que en 1852 sostuvieron, durante seis corridas, los inolvidables *Cúchares* y *Chiclanero*, y que estaba iniciándose desde que el último vino á obscurar las glorias de aquel. Montes no tuvo competidor que le disputara sus laureles; y Lucas Blanco, Yust, Domínguez y algunos otros llenaron su hueco sin desdoro, pero sin emulaciones. Sólo Juan León y Antonio Ruiz (*El Sombrerero*), en años anteriores, fueron incitados á contender en su profesión, más que por ella, por el efecto que en sus respectivos partidarios influían las ideas políticas que distintamente ostentaban, pues León fué siempre liberal y el *Sombrerero* realista.

Tampoco el desgraciado *Curro Guillén*, que murió en Ronda el 20 de Mayo de 1820 (por la

imprudencia del aficionado Manfredi), tuvo competidores; bien es verdad que entonces había pocos toreros que merecieran ese nombre. Ni Agustín Aroca, ni *Sentimientos*, hicieron más que cumplir sin arrebatar el ánimo de los concurrentes, y su época fué de las de mayor decadencia del toreo, sin duda porque, empeñada la Nación en guerra con los franceses, acudían á ella los españoles como asunto más importante.

Pero antes, y descartando la competencia que há cien años cumplidos tuvieron los diestros Pedro Romero y *Pepe Illo*, de que tanto se ha hablado y que dió motivo á ocuparse de ella en la preciosa zarzuela *Pan y Toros*, los ánimos de los madrileños estaban muy excitados, y apasionados unos en pro y otros en contra de Romero y de *Costillares*, el cual estaba considerado como un maestro, y realmente debió serlo, porque la invención del volapié, de que es autor, no la concibe el que no lo fuere. Por eso aplaudían á este sin cesar los de una clase, y los de otra á Romero, en quien veían prodigiosa facilidad para recibir toros y ejecutar otras suertes, sin el más ligero contratiempo en su larga carrera.

Llegó á la prensa de entonces la inquina de los partidarios de *Costillares*, y entre otras apreciaciones publicaron el siguiente soneto que hizo ruido:

A PEPE-ILLO

¿Apasionado soy del gran Romero?
No. ¿Del señor Joaquín por excelente
soy partidario? Nunca. A el diligente
Pepe-Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero
empleado muy mal: ¿es evidente
que está en Joaquín? También es aparente.
El que *Pepe-Illo* muestra verdadero.

Conque discurro, queda declarado,
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de que es Pedro el afamado
quien no me gusta. ¿*Costillares* es?
Tampoco; quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe entre los tres.

A COSTILLARES

¿Apasionado soy del gran Romero?
No. Del señor Joaquín por excelente
soy partidario. Nunca á el diligente
Pepe-Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero
empleado muy mal. Es evidente
que está en Joaquín. También es aparente
el que *Pepe-Illo* muestra verdadero.

Conque discurro, queda declarado,
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de que es Pedro el afamado
quien no me gusta, *Costillares* es.
Tampoco quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe entre los tres.

A ROMERO

¡Apasionado soy del gran Romero!
No del señor Joaquín por excelente
soy partidario; nunca á el diligente
Pepe Illo he graduado por torero.

En Perico el valor le considero.
Empleado muy mal, es evidente,
que está en Joaquín. También es aparente
el que *Pepe Illo* muestra verdadero.

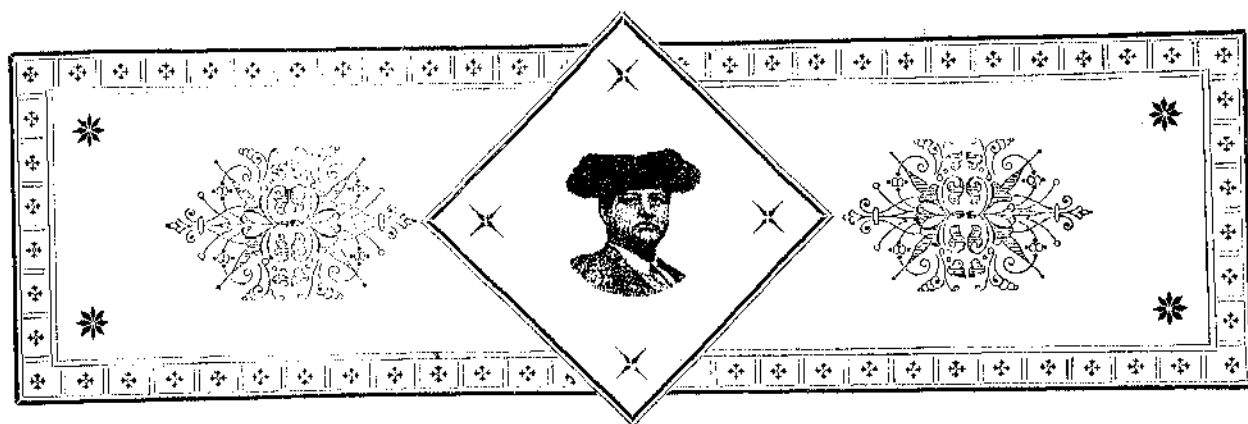
Conque discurro queda declarado
á quién estimo más de todos, pues
ya he dicho de que es Pedro el afamado.
Quien no me gusta, *Costillares* es.
Tampoco quiero sea privilegiado
el intrépido Pepe entre los tres.

El autor, cuyo mérito no calificaremos, quiso
quedar bien con todos, dejando al aficionado que
colocase, donde bien le pareciera, los signos orto-
gráficos, según sus inclinaciones le llevasen á favor
de cualquiera de los tres diestros. Algún soneto
más se publicó en la misma época (1790), inclu-

yendo en él á Pepe Conde, torero acreditado; pero
del contenido de ambas composiciones se despren-
de, á nuestro modo de ver, por lo encomiástico de
las frases, más predilección por los maestros Ro-
mero y *Costillares*, que por los otros espadas. La
emulación entre dichos maestros debió ser muy
marcada, si hemos de atender á la circunstancia
especial y poco frecuente, de que en la corrida ve-
rificada en Madrid el 26 de Octubre de 1789 tra-
bajaron alternando Romero y *Costillares*, sin con-
sentir ninguno en el redondel otros lidiadores que
los que componían la cuadrilla respectiva.

Podríamos exponer nuestra opinión, fundándola,
acerca de los matadores de toros que en dichas
competencias se llevaron la palma; pero cuando
viniéramos á hablar de los tiempos modernos, sería
fácil que los apasionados de unos espadas manifes-
tasen distinto criterio, puesto que de gusto no hay
nada escrito, y nosotros no somos capaces de com-
poner sonetos ni otras poesías que puedan interpre-
tarse á placer de quien las lea, con solo variar los
puntos y comas que el autor omitió de intento en
la que va copiada. En la conciencia de los inteli-
gentes en el arte de torear, está bien grabada la
memoria de los que le han practicado más fiel-
mente, observándole sin adulteraciones y en toda
su pureza; ¿á qué hablar, pues?





XXXIII

OLVIDOS PERJUDICIALES



ESTO es confesar que en el ejercicio de la tauromaquia ocurren con frecuencia incidentes y sucesos, que por lo mismo que son apreciados con diversidad de criterios, parecen de difícil solución siendo muchas veces ésta contraria á las buenas prácticas taurinas, y aun á disposiciones escritas, que olvidan ó no han querido aprender, quienes tienen obligación de conservarlas en la memoria bien estudiadas.

Un incidente sencillo al parecer, pero que puede acarrear, si se repite, funestas consecuencias, ocurrió en la plaza de Madrid el día 29 de Junio de 1892. Por haberse inutilizado en el redondel un toro colocado en tercer lugar, y por consiguiente, que tocaba matar al espada novillero Gavira, se suscitó la duda, entre algunas personas que no debían tenerla si de cosas de toros entendieran, de si habría pasado el turno para aquel espada, en cuyo caso correspondería matar al cuarto toro á

Cayetano Leal. En la Presidencia, donde por lo visto no hay un mal ejemplar del Reglamento vigente, ni entre los que á su palco asisten se cuenta siquiera un aficionado entendido, se dejó correr al cuarto toro, sin advertir á los espadas lo que debían hacer cuando los clarines llamasen á estoquear, y sucedió lo que no podía menos cuando no saben por dónde anda la autoridad, los toreros y gran parte del público. Gavira tomó el estoque y la muleta y fuese al toro, y Leal, con los mismos trastos en la mano, se dirigió resueitamente á acabar con la fiera, y así lo hizo después de darle dos pases cada uno. En Madrid no recuerdan los que hoy viven caso igual, aunque originado por distintas causas, más que el de *Cuchares* y el *Chiclanero*, en la tarde del 26 de Septiembre de 1846, y entonces, como ahora, fué estoqueado por aquel á quien le tocaba el turno, y entonces también el público gritó y se desgañó censurando ó aplaudiendo, según sus parcialidades, y atendiendo á todo menos á la razón y la justicia.

Nuestra afición es celosa, como lo tiene acreditado en su larga vida, de que no se alteren las buenas prácticas basadas en la experiencia y de que se cumpla lo mandado en los Reglamentos al pie de la letra y sin distinguos ni subterfugios. Por eso va á emitir francamente su opinión empezando por afirmar que no conocemos personalmente á ninguno de los espadas referidos, y por consiguiente no tenemos por uno más simpatías que por otro, y como tampoco se trata del mayor ó menor mérito que como toreros puedan alegar en su favor, la cuestión queda reducida á los siguientes términos:

Cuando un toro se queda inútil para continuar con él la lidia y hay precisión de acachetarle, ¿debe pasar el turno del espada á quien correspondía matarle?

La respuesta no queremos darla nosotros, que tantas veces hemos visto resuelta la cuestión en sentido afirmativo; la va á dar el art. 71 del vigente Reglamento de 14 de Febrero de 1880, que dice así literalmente: «Artículo 71. Cuando un toro se inutilice durante los dos primeros tercios de la lidia y tenga que ser acachetado en el redondel ó llevado al corral, pasará el turno establecido para los matadores; por manera, que el espada á quien correspondiese estoquear la res inutilizada matará una menos que los otros.»

Más claro no puede haber precepto alguno, ni más aplicable al caso, tampoco. ¡Si está escrito precisamente para él!

No ha faltado quien diga que el toro tercero del día 29 no se inutilizó en la plaza, sino que ya salía inútil del chiquero, y, por consiguiente, no debió pasar turno. No hemos vuelto de nuestro asombro al oír tal aseveración. ¿Conque el toro fué *útil* para correrle en todas direcciones (y por cierto que salió rebrincando y con bríos) y para tomar varas en regla, y era inútil desde antes de salir? Pues si era inútil, ¿por qué se le utilizó? Si tuvo lidia, si pudo coger á un diestro, si pudo causar daño, ¿no fué en la plaza su inutilización? Y si lo fué, ¿no debe pasar turno para el espada?

Que era inútil para toda la lidia dicen también algunos. Entendámonos: aquel toro tercero y todos, absolutamente todos los lidiados aquel día, eran inadmisibles para una corrida de toros, ¿eh? de toros, con espadas de alternativa; para una novillada en que empieza el cartel por anunciarlos como *desecho* de tienta y cerrado, son corrientes y utilizables los que están llenos de contrarroturas y sobresanos; los enfermos, con tal que corran; los derrengados, los mogones, cubetos, etc., que estamos hartos de ver; de modo que huelga por completo la observación de ser inútil antes ó después de la lidia. ¡Hubo ésta! Pasó turno. Eso es indiscutible.

¡Pues no podía dar lugar á pocos disgustos entre los toreros, gente por lo común fatalista y supersticiosa, una cogida ocasionada por un toro que, estando destinado á otro espada y por alterar el turno establecido de antemano, viniese á tocar al lastimado! ¡Sería de oír á los partidarios de éste!

Muchos conflictos se resolverían pacíficamente, ó mejor dicho, se evitarían si los toreros, el público y las autoridades supiesen la letra del Reglamento y algo de las prácticas inconcusas que en el toreo forman ley; pero como no es posible hacerles entender sus obligaciones y deberes respectivos, bueno sería que en todas las galerías de la plaza de toros se fijase impreso dicho Reglamento para consultarle el público, y que al mismo tiempo á los efectos que haya lugar, que bien se sabe cuáles son, se fije un ejemplar en el palco de la Presidencia, pero éste con letras muy gordas.



XXXIV

CUESTIONES IRRESOLUBLES.—EL ENCHIQUERAMIENTO



BIEN se sabe que ha sido, es y debe ser siempre costumbre en las plazas de toros que los dueños de las ganaderías de que procedan las reses para la lidia, designen por sí ó por medio de representante el orden en que éstas han de aparecer en el redondel, porque, conocedores de la historia y de las condiciones que cada una tiene, pueden elegir más acertadamente el lugar de preferencia que hayan de ocupar, para dar mayor realce á la fiesta y renombre á su vacada.

Comunmente preparan la buena disposición del público, haciendo romper plaza al toro más hermoso y mejor criado; mezclan los demás por el orden que consideran más atinado, y procuran colocar en quinto lugar al de mejor historia y lámina, con la esperanza de que demuestre gran bravura, viniendo de antiguo, tal vez por esa continuada práctica, el adagio de «no hay quinto malo.»

En eso sucede, sin embargo, lo que en otras muchas cosas. No todo parece lo que es realmente; y se han repetido con harta frecuencia los casos en que un toro fino

y de buena historia haya renegado de ella, y que de otro, basto, feo y de malos antecedentes, dure la memoria largos años.

Es regular que el ganadero, atendiendo á sus propios intereses, observe en unas ocasiones la conducta que dejamos indicada, y en otros casos la que á los mismos crea oportuna para la colocación en los chiqueros de los toros lidiables, sin que le guen afecciones ni compadrazgos con los matadores. Queremos suponer también que las empresas, en ese particular, seguirán la línea que aquellos marquen previamente, y que, de no tener instrucciones concretas, no han de apartarse de la costumbre admitida y razonable; pero, ¿quién responde de que esto sea siempre así? Pues qué, ¿para nada entran en el corazón humano las afecciones y simpatías á diestros determinados?

Por efecto de estas simpatías puede acontecer que un ganadero ó un empresario haga encerrar en los chiqueros, por el orden que á bien tuviera, toros pequeños, de poca cuerna y escasas facultades, con destino al espada de su devoción, y grandes, cornalones y potentes para los otros matadores, á quienes sin quererlos mal, quíeralos é impórtenle menos. Y á esas simpatías pueden agregar los empresarios su particular interés, porque á un espada cuyo nombre en el cartel *de entradas* forzosamente han de proporcionarle todos los medios para que su fama vaya en aumento, ó cuando menos no decaiga y el cálculo mercantil no resulte fallido.

Aunque nosotros profesamos la doctrina de que los matadores de toros tienen la obligación de lidiar y matar cuantos salgan de los chiqueros, sean cualesquiera las condiciones que reunan, comprendemos perfectamente que es más razonable entregar una res de gran respeto á un primer espada que á un tercero, tal vez nuevo en el arte, y por lo mismo de menos recursos y conocimientos. La experiencia adquirida, la reputación que el primero debe gozar, la mayor retribución que cobra, son dignas de tenerse en cuenta, en apoyo de esa razón, para que *lleve el hueso* de la corrida.

Es más; al paso que él puede hacer gala de sus conocimientos con toros difíciles — que es con los cuales se acredita el fundamento de la justa fama — el público ha de atribuirle gran inteligencia, así como meta errores propios de novilleros, dispensándole en todo caso una mala faena; que á los altos se le ve siempre por el lado bueno, y á los bajos por el contrario, juzgándoles con estrechez de miras.

Bien se nos ocurre que alguien podrá salirnos al encuentro diciendo que las simpatías de los gana-

deros ó empresarios, tanto pueden tenerlas en favor de un espada como de otro, y que en el mero hecho de tener alternativa un matador debe ser inteligente como los demás. No negamos que así debe ser, pero sí diremos que así no es. Al de fama se le halaga de todos modos; al que no la tiene no se le solicita; él es quien suplica le den corridas para trabajar, haciendo ruegos é interponiendo influencias á fin de conseguirlo.

Hemos hablado sólo en hipótesis, entiéndase bien. Por más que los maliciosos quieran haber observado que en determinadas épocas y á ciertos lidiadores se les hayan dado toros pequeños y de cuernos cortos, y á otros de inferior categoría grandes y cornalones, no podemos admitir la idea de que exista siquiera, ó haya existido, semejante diferencia, y en todo caso habrá sido pura casualidad sin intención preconcebida.

Por eso, y porque sería notoriamente injusto privar al dueño de los toros del incuestionable derecho que le asiste para colocarlos por el orden que mejor estime al fin de que sean corridos, no admitimos ni por un momento que la autoridad ni los veterinarios, ni los toreros, ni tampoco un jurado nombrado al efecto, puedan en ningún caso usurpar aquellas atribuciones.

La autoridad, porque no debe de ningún modo inmiscuirse en asunto del cual pudiera sospecharse el menor indicio de parcialidad. Son más altas sus funciones, y debe rodearla siempre el prestigio que la corresponde.

Los veterinarios, ya fuesen nombrados de oficio ya por las partes interesadas, darían lugar á quejas de ganaderos y lidiadores, porque para unos y otros no es cosa baladí la de que se trata. Si escogían entre el ganado encerrado para primer toro, por ejemplo, al más buen mozo, al de mejor trapío, podría objetarles el ganadero que aquel era el de peor historia en la vacada, y si á ella respondiese, el público se encontraría predispuesto á ver en los toros restantes iguales ó peores condiciones. A esto no podrían contestar razonadamente, y mucho menos si eligieran el bicho de peores cualidades ostensibles para romper plaza, que entonces no habría quien los oyese.

Menos aun podría encomendarse la elección de ganado á los lidiadores. ¿No surgirían entre ellos pocas rivalidades y contiendas, que se reflejarían luego en el redondel? Y en el caso improbable, casi imposible, de que su prudencia, traspassando los límites de la bondad, se conformase con aceptar tan espinoso encargo, ¿cuál de los matadores debía

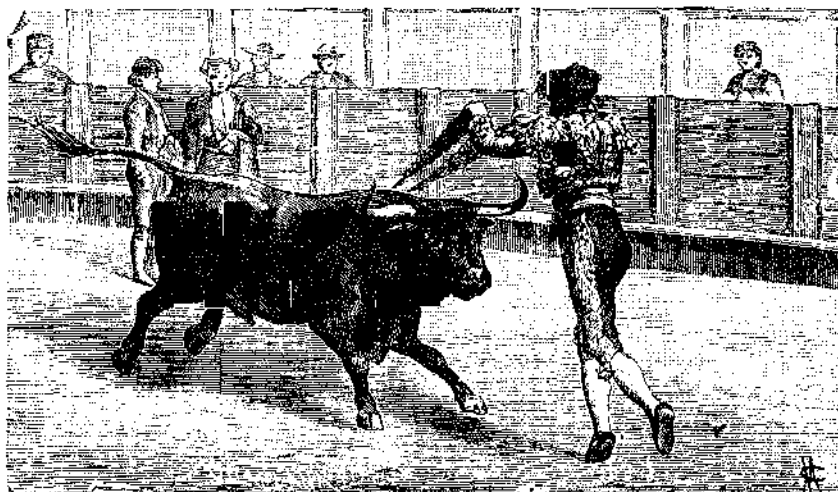
empezar á escoger? Esa sería la cuestión inmediata que se suscitase. Alegaría el primero el derecho de antigüedad; otro tanto diría el segundo, y el último apoyándose precisamente en que al más moderno deben concedérsele más ventajas, querría anteponerse á los demás á fin de no cargar con lo que otros desdeñarían.

Las mismas razones que van expuestas ocurrirían al jurado que al efecto se nombrase. ¿Y quién había de nombrarle? ¿Los ganaderos, las empresas, los lidiadores y la autoridad? Buena amalgama resultaría de tan heterogéneos intereses. Ni habría

quien aceptase semejante cargo, ni el jurado llegaría á ponerse de acuerdo una sola vez.

Siendo absolutamente imposible cambiar la costumbre establecida, aunque se preste, como algunos suponen, sin fundamento en nuestra opinión, á cábalas y compadrazgos, no hay medio alguno de alterarla mejorándola, y lo que no ha de mejorar debe seguir como se halla, siquiera pueda tener defectos é inconvenientes.

Esta es cuestión *irresoluble*, como lo es también otra de que prometemos ocuparnos detenidamente en otro artículo.





XXXV

CUESTIONES IRRESOLUBLES-LA ALTERNATIVA



TRA de las cuestiones que en materia taurina considero de imposible solución, es la del derecho á la preferencia en el orden de categorías para la muerte de toros por los espadas que tienen adquirida alternativa con las formalidades de costumbre.

Toda mi vida (que gracias á Dios no es corta, pero que deseo dure mucho más), he oído y presenciado continuas discusiones entre toreros y aficionados acerca del asunto, y siempre ha quedado sin resolver, como al principio se hallaba y como quedará y seguirá, pase el tiempo que quiera, mientras haya corridas de toros.

Ha sostenido constantemente y desde muy antiguo el mayor número de los entendidos en esa clase de asuntos que el derecho á la prelación ó sitio de primer espada de los que juntos lidien, no debe negarse á la antigüedad, contada desde el día en que tomó el diestro la alternativa; pero precisamente en eso estriba, esa es la base y origen de la cuestión. Todos convienen en ese punto:

la antigüedad da cierto aire de suficiencia y nombre que autorizan de algún modo la jefatura, y sobre ello poco se hablaría si detrás no viniera la eterna cuestión que es objeto del presente artículo.

¿Tienen *todos* los matadores de alternativa suficiente autoridad y facultades para conceder aquella á otros que se la pidan?

¿Es igual que esa alternativa se adquiriera en una plaza de segundo ó de tercer orden que en otra de primera?

¿Y cuáles son las plazas que deben considerarse de esta categoría, y de entre ellas, cuál debe figurar á la cabeza?

Difícil es contestar á esas preguntas, y más difícil aún, si no imposible, verificarlo á gusto de todos.

Ocúrreme desde luego, respecto de la primera, que de concederse en absoluto á todos los matadores de alternativa, sin excepción, la facultad de conferirla á otros lidiadores, pocos de éstos serían los que no la tuvieran acreditada, puesto que tan cortos inconvenientes se les pondrían por delante, que con muy ligeros esfuerzos habrían de conseguir vencerlos. Nada más fácil que obtener de cualquier espada, de esos que abundan más de lo regular y que viven del producto de un par de corridas que al año les encargan, la promesa y el cumplimiento de conferir aquel grado al banderillero ó no banderillero, que al efecto le recomendasen. Habría tan gran número de banderilleros como de toreros de á pie, y aún es posible que alguno de los de á caballo adquiriese también aquel derecho para ser licenciado *in utroque*; y para que tal desmán no acontezca, hizo muy bien el reglamento vigente de la Plaza de toros de Madrid al exigir que para tomar aquel grado se presente certificación de aptitud, sin perjuicio de los informes que adquiriera la autoridad. No basta, en mi opinión, para evitar abusos ese precepto que contiene el art. 104: algo corrige, pero no alcanza á todo. Mientras no se ponga como condición precisa al objeto la de haber sido el solicitante por dos años al menos, peón de buenas cuadrillas, ó siquiera una temporada matador de toros de puntas en novilladas de plazas autorizadas, llamando su trabajo la atención por lo bueno ó sobresaliente, al lado de conocidos espadas por otro tanto tiempo: mientras la certificación no vaya firmada por matadores que hayan figurado *como primeros* en plazas de primer orden no debe permitirse la alternativa en éstas á cualquiera que la pida.

La consecuencia que de esta opinión se des-

prende es la contestación á la primera pregunta.

Cuanto á la segunda, no titubeo en manifestar que la alternativa tomada en plaza de segundo orden, y mucho menos en las de inferior categoría, no deben tenerse en cuenta para adquirir derecho de preferencia al que la obtenga, sobre otro que la reciba, aunque sea en fecha posterior, en plaza de primer orden. Esta es la que da prelación y se antepone á las demás.

Sólo en un caso puede admitirse que valga el primer punto para un matador más moderno entre dos iguales. En el de que siendo ambos de alternativa ya adquirida trabajen juntos luego en plaza de primero, segundo ó tercer orden, figurando en los carteles el más antiguo como el más moderno, porque en ese caso se entiende que aquél ha cedido á éste sus derechos, quedando postergado. Muy recientemente he visto en carteles de provincias estoquear alternando con matadores de primera nota á banderilleros aventajados, que han tenido, y han de tener, precisión de tomar aquel grado en plaza competente, si ha de servirles para en lo sucesivo ostentar el título de alternativa: y en esa costumbre me fundo para afirmar que únicamente acredita aquella cualidad la plaza de primer orden.

¿Cuáles son estas? Aquí viene la cuestión *irresoluble*.

En lo antiguo venía siguiéndose tradicionalmente la costumbre de no considerarse plazas competentes para el efecto de conferir alternativa á los matadores otras que las de las maestranzas, ó sean Ronda, Sevilla, Valencia, Granada y Zaragoza, y la de Madrid por ser de la corte ó residencia real. Después el tiempo ha ido borrando, ó al menos haciendo caer en desuso el derecho de aquellas plazas, á excepción de la de Sevilla, que constantemente ha venido disputándola á la de Madrid, queriendo en ocasiones adquirir la primacía, de modo que en puridad de razón no quedan hoy más que dos plazas de primer orden para el fin indicado, Madrid y Sevilla.

Pero como dos á un tiempo no pueden ejercer igual derecho en asunto tan indivisible, porque pudiera darse el caso de que en un mismo día y á una misma hora tomaran dos diferentes diestros la alternativa en cada una de dichas plazas, se ha puesto en tela de juicio el constante derecho que respectivamente se atribuyen, y veces ha habido en que se han resucitado, entre los partidarios de una y otra, apasionados odios, nunca olvidados ni transigidos, aunque para dominarlos ó acallarlos

se acudió no há mucho, á consultar la opinión de los matadores más caracterizados: el resultado que con sus respuestas se obtuvo fué completamente ineficaz y de ningún valor ni efecto.

Manuel Domínguez, Antonio Carmona, Antonio Sánchez y Rafael Molina, firmaron la siguiente acta en 5 de Mayo de 1881:

«Los que suscribimos, matadores de toros en categoría de primeros espadas, conocidos por los públicos de casi todas las provincias de España, en las cuales hemos toreado, decimos y firmamos bajo nuestra palabra de honor y como innegable, que no hay plaza de toros ninguna que tenga derecho de antigüedad ó primacía en la alternativa de los espadas, y que éstos cuentan el tiempo de matador de toros desde el momento en que otro reputado y conocido como tal, cede en una corrida la alternativa suya á favor de otro diestro...»

Si la afirmación que el documento anterior contiene fuese tan rotundamente exacta como se desprende del mismo, el primero que la firmó, Manuel Domínguez, no hubiese matado detrás de Casas, Cayetano y otros, que estoquearon reses muchos años después que él, pero antes que él en Madrid, cuya supremacía reconoció por lo tanto, además de que parece un poco fuerte que no habiendo plaza de gerarquía superior á otras pueda en Alcalá, Guadalajara ú otro punto tomar alternativa un torero porque se la ceda otro de reputación. El último de los firmantes ha contradicho con sus actos lo que allí aseguró, puesto que ha alternado en muchas plazas con banderilleros que han venido á Madrid después á tomar de sus manos la alternativa. Fundados sin duda en casos análogos los diestros madrileños Gonzalo Mora y Angel López Regatero, contradiciendo á los andaluces, declararon en 25 de Octubre de 1882 «que en su concepto tiene supremacía sobre las demás provincias para dar antigüedad á los espadas la Plaza de Madrid, pues en distintas ocasiones ha ocurrido dar la preferencia á aquel que, aunque matador más moderno, ha estoqueado en Madrid antes que el más antiguo en provincias.»

Más conciliadora, aunque menos expresiva en claridad es el acta que firmaron en 16 de Octubre de 1882, los matadores andaluces y madrileños Salvador Sánchez, José Sánchez del Campo, Felipe García, Vicente García Villaverde y Francisco Sánchez. En ella dijo el primero, y con él los demás, que siguiendo las formalidades para dar antigüedad á sus antecesores, han servido para Andalucía las alternativas de las plazas de Ronda, Sevi-

lla y Granada, por ser plazas de Maestranza, y que tienen este privilegio sobre todas las provincias, á excepción de la de Madrid; que es la que rige desde Despeñaperros acá, hasta la presente, que no se ha tomado ningún acuerdo sobre este asunto.

Quedó la cuestión en pie, como no podía menos. Y no porque las opiniones se dividieran y fueran distintas, si no porque el asunto no se puede prestar á solución que sirva de regla para lo sucesivo y obligue al cumplimiento.

Habría matador sevillano que por simpatía personal, por reconocer mayor mérito, ó por otra causa, ceda su antigüedad, como antes hemos dicho, á otro sevillano también, madrileño ó de otra región, y le habrá también de éstos que no ponga reparo en figurar en segundo lugar, aunque su alternativa lleve algunos años de ventaja á la de los demás y de esto se han visto algunos casos; pero, al que por haber tomado antes la alternativa en Sevilla, por ejemplo, se le contratase en Madrid, ¿ha de concedérsele preferente lugar sobre otro que en Madrid la tomó antes que aquél? Y, por el contrario, ¿á éste último, lidiando en Sevilla, se le hará figurar en segundo término, porque sea la primera vez que allí se presenta á pesar de ser, tal vez, espada cinco años antes?

Eso no puede ser y aunque comprendo que nada hay legislado sobre el particular ó al menos no tengo de ello noticia, me inclino á sostener que Madrid siempre ha figurado en primer término y lugar en esta clase de fiestas. Más antiguas son en Castilla que en Andalucía; la capital de España es de más importancia, por todos conceptos, que cualquiera otra capital de sus provincias; el número de funciones que en Madrid se celebran, la forma que revisten en todos sus detalles, el desco que todos los toreros, sin excepción, tienen y han tenido siempre por figurar en carteles de la Corte, y hasta la prisa que los matadores que han actuado en otras plazas, se han dado por confirmar su alternativa en Madrid son, para mí, razones que me llevan á creer que la de este punto es la primera en todo y para todo. Y lo es, indudablemente, mientras Sevilla, Valencia, Pontevedra, Burgos, etc., no presenten privilegio que acredite preferencias á su favor.

Pero con derecho ó sin él, Sevilla como Madrid y Madrid como Sevilla, romperán el precedente desde el momento en que cualquier matador se niegue aquí ó allí, á ir detrás de otro á quien crea más moderno, sin que sirvan antecedentes que

consultar, ni consejos que seguir. Es más: aunque cualquier plaza ostentase antiguo pergamino ó moderna ejecutoria para que se la considerase como la primera y superior á todas las demás del reino, si algún matador se negaba á ser segundo y tercero, queriendo siempre ser primero, podría quedarse sin trabajar, pero no podría obligársele á aceptar un puesto que no quería, que no es ahora la época en que de orden del Rey se imponía su voluntad á súbditos y vasallos.

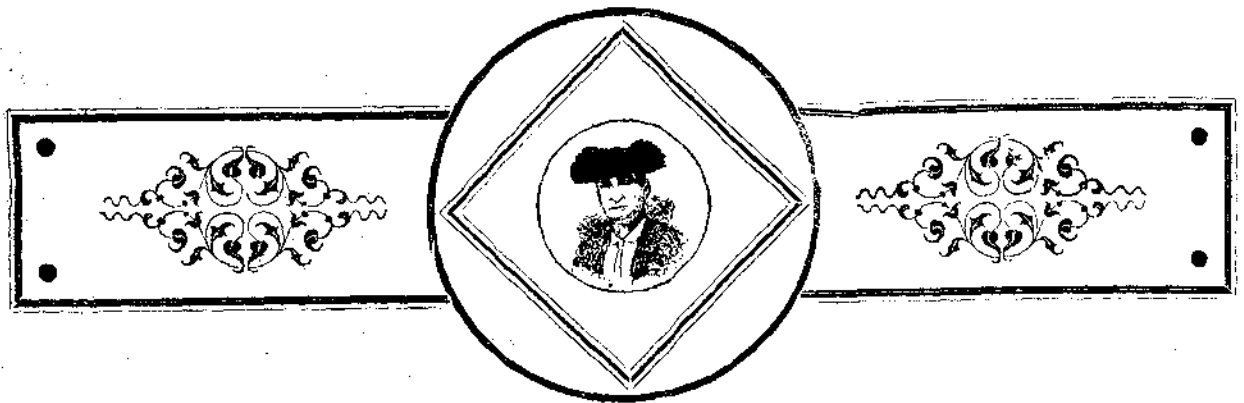
La buena armonía que, salvas pocas excepciones, ha habido hasta ahora entre los toreros es la única que puede evitar rivalidades; y el mejor dic-

tamen el de que continúen todos oyendo los consejos de la prudencia.

Si la cuestión que ya en el último tercio del siglo pasado se inició entre Romero, *Costillares* y *Pepe Illo*, dirimiéndola un sorteo, continúa en tal estado por ser *irresoluble*, su importancia queda rebajada desde el momento en que el verdadero mérito se sobrepone á todo, porque el que le posea ocupará puesto privilegiado en el cariño del público, aunque por antigüedad le corresponda el último lugar.

Es una verdad la máxima de que á veces *el último es el primero*.





XXXVI

LOS BANDERILLEROS



UFONCAMOS, y sólo como suposición puede tomarse lo que ya va siendo raro, que hay unos banderilleros que, sin haber entrado aún en las abusivas prácticas modernas, toman los palos en cuanto oyen el toque de los clarines, se van al toro sin titubear y sin preámbulos ni salidas falsas, clavan las banderillas en lo alto de las agujas levantando los codos, cuadrando debidamente y saliendo limpios de la suerte. Demos también por supuesto (y en esta suposición no exageramos porque es lo corriente en el día), que otros banderilleros hacen que les coloquen el toro á fuerza de capotazos en sitio determinado cansándole y encontrándole reponiéndose de las carreras, recortes y destronques sufridos, y paso á paso llegan á la cabeza, ponen los rehiletes de costado, alargando los brazos y procurando la salida al cuarteo hacia la cola para evitar la persecución.

¿Cuáles de estos banderilleros han cumplido mejor su cometido? Si preguntamos á la masa general del público que silba, aplau-

de y grita sin cesar, la contestación no ofrece duda, porque atiende al *efecto* más que á la bondad de la ejecución de la suerte, y le importa poco el modo de realizarla con tal que produzca el fin apetecido. Pero si la interrogación va dirigida á los que á fuerza de observaciones y larga práctica entienden algo de toros, la respuesta se apartaría mucho de la opinión antedicha.

A primera vista, parece que la suerte verificada despacio y en corto es de más mérito, como lo tienen sin duda alguna todas las que de cerca se ejecutan en el arte de torrear; pero reflexionando un poco, pronto se convence cualquiera de que en este caso es lo contrario.

El banderillero que de cerca llega á un toro cansado, no puede temer de este el cambio de ruta en su viaje; sabe que ha de venir derecho sin torcerla y, por consiguiente, no tiene que atender más que á la cabeza; al paso que el que de lejos arranca, ha de reparar mucho, además de la ligereza de las reses, su codicia, su inclinación á un lado determinado, ó «acostamiento», en cambiarse á tiempo en la carrera si fuere preciso ir á la izquierda en vez de la derecha; en medir, sin pararse, los terrenos hasta llegar á la jurisdicción del toro; en fijarse mucho en el momento de la humillación, y en dejarle siempre salida libre lejos de las tablas.

Claro es que en las banderillas al sesgo, cuando el toro está aculado en los tableros, lo mismo que cuando está quedado, el diestro lo hace todo y la entrada á la suerte es más segura de cerca que de lejos; que el lidiador ha de apreciar despacio las distancias, atendiendo á su probable salida y á las facultades de las reses, porque esa suerte es la más difícil que en el arte se presenta durante el segundo tercio. Sin embargo, no hay que olvidar que los pares clavados á topa-carnero ó de frente, son de un gran mérito si el torero espera con valor la embestida de la fiera, aunque de lejos venga, y aguanta el momento de la humillación, y en el centro del terreno común á ambos contendientes, las clava, cuadrando con pausa y vista suficientes para salir rápidamente por el costado.

La forma de banderillar de esta manera, ha ido perdiéndose poco á poco, desde que dejó de practicarla el inolvidable Regatero, y la del sesgo pocos también la han realizado con tanto valor y con tan matemática precisión como el entendido Pablo Herráiz. Por lo mismo que son expuestas y difíciles, han ido olvidándose los toreros modernos, que suelen obtener mayores aunque innereci-

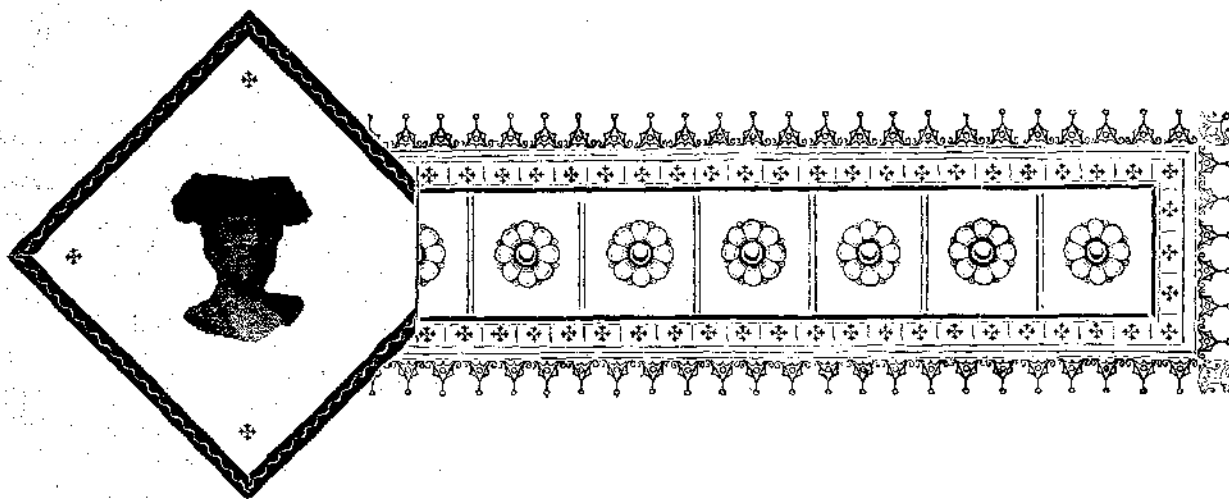
dos aplausos, en los pares al relance, donde, por lo regular, ni siquiera son vistos por la fiera.

Fíjense bien los espectadores. El mayor mérito en la suerte de banderillas, como en todas las del toro, está en el que las clava con más brevedad, con mayor pausa al formar la reunión y con más limpieza en la salida.

Importa poco ponerlas bien después de haber cansado al público y aburrido al toro, con perjudiciales preparaciones, inútiles capotazos, inverosímiles revueltas y ridículos desplantes y mojigan-gas, más propias de los circos gimnásticos que de las plazas de toros. La lidia de estos en todas ocasiones requiere verdad sin mistificaciones que, con pretexto de adornos, la desnaturalicen. No es el jugueteo encaminado solamente á burlarse de las fieras, esquivando con el cuerpo, y á fuerza de piernas, las acometidas, que es, como tantas veces hemos dicho, la completa demostración de que la inteligencia del hombre vence al inmenso poder y fiereza del bruto, por medio de la práctica exacta y fiel de las reglas que, en fuerza de constantes y meditadas observaciones, han llegado á escribir, de completa conformidad y sin diferencias esenciales, personas entendidas y aconsejadas por maestros experimentados.

Fundados en estos invariables preceptos clamamos y protestaremos uno y otro día, contra la perniciosa corruptela de preparar, por medio de cuatro ó seis peones, al toro que otro ha de banderillar; porque si este sabe su obligación, si tiene «estómago» para desempeñar su cargo, no ha de necesitar semejante auxilio, que él mismo ha de procurarse marchando á la suerte sin vacilaciones. El que por sí no ejecuta las suertes que tiene el deber de ejecutar, puede decir aquello de «entre todos la matamos y ella sola se murió»; y añadir, para su chaleco, que los aplausos que se le prodigan por sus finjidos atrevimientos, son arrancados por la mentira al necio espectador, que atiende más á las apariencias que á la realidad.

Y si todavía no resultase más daño que el que en dicha suerte pudiera experimentarse, pasaríamos por alto en alguna ocasión, eso que ha dado en llamarse adornos y filigranas, pero es que con esta lidia van los toros á la muerte desparramando la vista, recelosos y en defensa, causando á los espadas gran perjuicio por dichas dificultades y al público el disgusto de verse privado de la ejecución perfecta de la suerte de matar en todas sus manifestaciones.



XXXVII

EL ÚLTIMO MONO.—LIDIA ANTIGUA Y LIDIA MODERNA



A esta en la arena el toro bravo.

Erguido, arrogante, de aceradas armas, hondo, de alto morrillo, cola delgada, pezuña diminuta y ojos brillantes. ¡Gran trapío! ¡Treinta arrobas!

Ha salido del chiquero despacio: se ha plantado á los seis pasos, y como no ha visto á la derecha ni al frente objeto alguno que le llame la atención, fijase en el otro lado donde los picadores le aguardan en el sitio conveniente, con un peón ó más, colocados detrás del estribo izquierdo de cada uno, y allá se dirige furioso, siguiendo el instinto natural de su raza. Besa al caballo del primer jinete, pero de cinchas atrás, que el picador ha tenido buen cuidado de levantar su jaco refrenándole con la siniestra, al paso que apretaba la puya en lo alto del cerviguillo, cerca de los mismos rubios, empujando hacia adelante: y el peón, tendiendo á la larga su capote hasta tocar las manos de la fiera, ayuda eficazmente al jinete, aliviándole de la

codicia de la misma y guiando á ésta de manera que siga su carrera natural.

No se aleja mucho de aquel tercio de plaza, que el animal es bravo y desea vengarse por la herida que lleva en la cerviz: encuentra cerca otro caballo, contra él arremete, sin pensarlo, que si los toros pensarán nadie los lidiaría, y derrumba con feroz empuje á la cabalgadura y al picador, saliendo rápidamente del grupo que juntos formaron el hombre y los animales, gracias á un oportuno quite del director de la lidia, que deja correr por su camino al toro, sin torcerle ni estorbársele. Repítase la suerte diez, doce, quince veces, porque el toro no ha sufrido más destronques que los del ímpetu de sus acometidas y el de los esfuerzos del apoyo que para arremeter fija en sus cuartos traseros. Las heridas de la puya sólo han servido para ahormarle la cabeza, para *pararle*, no para quitarle facultades.

Cuando ya en el estado de *parado* se le han puesto delante más de una vez los picadores, y no ha acudido al cite, ordena la Presidencia el cambio de suerte: retírase á las tablas *toda* la gente y los banderilleros solos, y cada uno por donde cree conveniente, sin preparación alguna, y sin que un capote se haya entrometido en el acto, ni aun para llamar la atención de la fiera, clavan tres ó cuatro pares en dos minutos y se retiran satisfechos de haber cumplido con su deber, sin hacer salidas falsas ni jugueteos que enseñen y lastimen al toro.

Suena el clarín: el espada toma en sus manos los trastos de matar; síguenle dos peones á cierta distancia, y en el redondel no quedan más bultos que el del toro y los tres hombres, los demás están entre barreras. El matador busca al toro donde quiera que le encuentre, yendo á él por el camino más corto; le tantea con la izquierda y con uno ó dos pases, y se convence de que acomete con nobleza, porque no le han aniquilado con mala lidia; prepárale para que se fije con otros pases; colócase á corta distancia, le cita con la muleta *bien liada*, le espera y le mata *recibiendo*. Si la estocada ha sido en hueso ó atravesada, y tanteando de nuevo al toro le ve *aplomado*, quieto, sin obedecer ya á cite alguno, entonces, sobre corto también y por derecho, un volapie acaba con él y el cachetero se encarga de despenarle.

Poco más ó menos, y con raras excepciones, así era la lidia que se daba en nuestra plaza á mediados del presente siglo, sin que por eso ocultemos que días hubo en que se corrieron toros mansos, y los lidiadores holgazaneaban cuanto quisieron, lo

cual en nada alteró el orden del redondel ni la manera noble de torear. Ahora vamos á presentar otro cuadro moderno, para que el lector compare y vea si hay diferencias que cedan en favor del espectáculo ó en su contra.

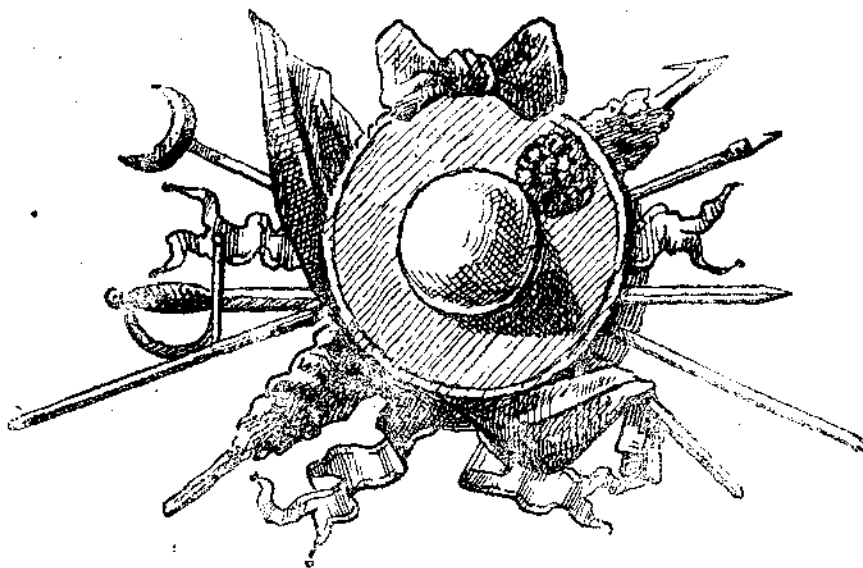
Abren la puerta del toril y sale al ruedo un toro, bonito de piel, escaso de cuerna, de doscientos kilos de peso, que apenas cuenta cuatro años, y que denota ser ligero como el viento, al ver que cruza la plaza buscando los capotes que flamean unos toreros puestos en desorden al pie de la Presidencia. Corre después alrededor de las tablas, desde las que suelen soltarle algún capote, y cuando llega á ver un picador ha corrido ya en todas direcciones y sufrido algún recorte. Embiste con bravura; resiste en su testuz el peso del caballo y el del picador, á quienes derriba, y cuando quiere seguir su viaje natural para reponerse del esfuerzo, encuéntrase con un capote abierto á dos manos que le hace retorcerse y cansarse hasta el punto de ver tranquilo ante sí, á un paso de distancia, al necio que cometió tal fechoría. La suerte así descrita, sin variar esencialmente, la vemos repetida cuatro, seis y aun ocho veces: más no, porque no hay toro que resista el romaneo de los caballos que le entregan ni el destronque de tantos recortes inútiles y perjudiciales.

Pero como el toro es joven y de buena sangre, aun tiene fuerzas para correr, y acude á los peones que, al sonar los clarines para las banderillas, pueblan el redondel convirtiéndole en un hormiguero. Nada menos que un espada y dos peones se colocan en el centro, á proteger la retirada *indefectible* de los banderilleros: otros dos peones y también algún espada, apoyan el movimiento de huida; y tres ó cuatro más, si de más se componen las cuadrillas, capotean de un lado á otro al mísero animal, que receloso ya con tal mareo, aprende á cortar el terreno que le han marcado antes las salidas falsas. En medio de tal barullo, sufre el animal dos ó tres pares de palos de más efecto que mérito, y pasa al último tercio de su vida.

A pesar de estar *aplomado*, á pesar de sus pocas facultades, á pesar de tener tan poca cuerna, necesita el espada también que se le preparen. No va él á buscarle, han de colocársele donde le guste, y al efecto, aquellos peones mareadores corren, sudan y se afanan de un lado á otro hasta que llega... ¿quién? ¿El espada? No; el destroncadore que ha de poner al bicho, á fuerza de recortes y capotazos, más blando que la manteca y más inmóvil que un poste. Entonces el matador remacha el clavo con

unos pasecitos de barrendera para que el toro no le vea, y *sin liar* la muleta, arrôjase á tiro rápido sobre el bicho, sin darse cuenta de cómo entró y confiando la salida á la Providencia. Hay ahora también algunas excepciones que se apartan de las figuras de ese abigarrado cuadro, y más de una vez hemos elogiado sus trabajos. ¡Bueno estaría el arte si así no sucediera! Pero no se nos puede negar que el *tono* general de las modernas corridas de toros es el antes pintado, aunque sea con colores fuertes: mientras los picadores no dejen de entregar caballos, los matadores de hacer los quites de otro modo que con largas, y los banderilleros de abusar de los recortes, aprendiendo á correr los

toros por derecho, y pareando sin ayudantes ni preparadores, ni habrá toros buenos ni lidia ordenada. Gran culpa de esto tiene el público que aplaude sin conciencia lo que no debe, y sobre esto ya hemos hablado hasta la saciedad; pero tienen más los ganaderos, que se doblegan á las exigencias de los toreros, y no interponen su influencia ante las autoridades para que se cumplan los reglamentos y las buenas prácticas. Si fueran ellos solos los perjudicados, allá se entenderían: lo malo es que aquí, como en todas partes, el último mono es el que se ahoga, y ahora y en eso es el público el mono, dicho sea con perdón del que se crea aludido.





XXXVIII

EXAGERACIONES



A generalizándose de algún tiempo acá, entre los aficionados á las corridas de toros y más aun entre los revisteros, tal deseo de ensalzar á los lidiadores, que ya faltan en el Diccionario de la lengua castellana palabras con que expresar el mérito que suponen contraído por aquéllos, bien sea en la faena de toda una tarde, bien en la ejecución de suerte determinada. Las voces de superior, admirable, asombroso, inimitable, colossal, monumental, soberbio, incomparable y qué sé yo cuantas más que se prodigan abundantemente, no demuestran por completo, á juicio de sus autores el pensamiento que su costumbre, más que su entusiasmo, les hace concebir: ya empiezan algunos á emplear las palabras de sublime, piramidal y demás retumbantes, que entremézclan con algunos *archi* antepuestos á otras, para levantar á sus predilectos hasta la punta de la cumbre del

pináculo de la cúspide del pico más alto de la más elevada gloria (!!!)

Quien tal oiga, quien tal lea, se hará cruces seguramente por ese lenguaje, y temerá, que así

como Góngora, con sus rimbombantes conceptos, hizo en su época perder la chaveta á muchos poetas y aficionados á las letras, los modernos revisiteros alteren el escaso entendimiento que á no pocos taurófilos les queda, rebajado ya paulatinamente por las acaloradas controversias á que se presta el relato de tan hermosa fiesta. Cuidado, que al decir esto no me refiero más que á lo que toca y pertenece á la tauromaquia, que bien puede un hombre estar *ido* en lo relativo á la misma y ser muy cabal y de gran capacidad en todo lo demás que á su razón esté confiado.

¿Quién que no haya visto la corrida deja de asombrarse y aun de quedarse estupefacto al oír las encomiásticas frases con que se refieren sus principales accidentes?

¿Quién no se emboba al leer que tales y cuales diestros son los más *diestros* que hay y ha habido desde que hay toreo, hasta el punto de que se diga como verdad que no puede irse más allá en los prodigios del arte?

¿Quién no puede dudar después de leer una de esas revistas que el ganado que ahora se lidia es de lo más fiero y bravo que puede concebirse, oyendo calificarle de gran poder, gran romana, gran trapío y qué sé yo cuantas cosas más?

Y sin embargo, los que alucinados por esos elogios desmedidos van á presenciar las actuales corridas de toros, encuéntrase con que los bichos son pequeños, de poca edad y á veces flacos y derrengados, como si las empresas puestas de acuerdo con los ganaderos de poca conciencia, comprasen ganado de *tercera*, que ahora le hay hasta de cuatro clases, según los precios, y no se conoce por deshecho de tiente, más que al ciego, cojo, y sin cuernos que antes iba al matadero público. Encuéntrase también con que no há muchos años esos mismo toreros trabajaban más y mejor con menos recompensa; y claro es, como la relación exagerada que han leído les ha hecho concebir esperanzas de ver algo de lo inimitable y fenomenal que se les ha contado, no quedan entusiasmados al contemplar—por bien que vayan las cosas—más que una lidia pasádera en general y alguna buena tal vez en determinada ocasión y esta buena, por buena que sea, no reviste más importancia ni ofrece más atractivos, que la que ha hecho y hace comunmente aquel mismo picador, banderillero ó espada, sin salirse de los límites ordinarios.

En eso y en la poca justicia del público al distribuir los aplausos, encontramos la causa de la *frialdad* que se ha notado en algunas corridas ce-

lebradas en nuestro circo taurino; en eso y en la exorbitancia de los precios de las localidades consiste que falten mujeres y hombres en tan soberbio espectáculo; y si á ello se agrega que la avaricia y la ignorancia han hecho que muchos toreros, que cuando más podrían ser considerados como medianías, hayan querido elevarse hasta presumirse que están al nivel de los que, á fuerza de años y distinguiéndose han llegado á los primeros puestos, se comprenderá fácilmente que hay razón para que la gran masa del público permanezca alejada de nuestra fiesta nacional.

No es imposible el remedio: apuntadas quedan las causas principales que entre otras originan la inminencia del daño y á la empresa en primer lugar, y al público después, toca conjurarlas; pero que ayuden mucho los distinguidos escritores que se ocupan en resonar las lidias taurinas. Es preciso que éstos moderen sus desmesurados elogios á todos, absolutamente á todos los toreros haciendo con su actual conducta más daño que provecho; es necesario que á los ganaderos no se les compre toros que carezcan de la edad reglamentaria y de los requisitos de lidia tradicionales; precisa también que los toreros sean más modestos y demuestren siempre gran voluntad para complacer al público que los paga; no deben olvidar los empresarios que Madrid exige buenos toreros y mejores toros para cada corrida *semanal* y no más, en cambio del alto precio que paga por verlas, y, finalmente, ya que las autoridades que presiden son, por lo general, poco entendidas, aténganse al reglamento y aplíquense con justicia é igualdad.

Mucho torero malo hay, pero también los hay buenos y de éstos son los que corresponden constantemente á una Plaza como la de Madrid. Ahora, si cuatro amigos se empeñan en hacer ver lo blanco negro, si dan como excelente lo que no lo es, si cantan sus glorias hasta la epopeya, haciendo formar coro á masas inconscientes é ignorantes, sucederá lo que está sucediendo.

Dicen los periódicos que los toreros son el *non plus ultra* de la taurina gente, que el ganado es fiero como nunca se ha visto; que se *ejecutan* (y esto es verdad por desgracia) las suertes con una perfección inimitable, pero... el público no responde al bombo, falta gente en la corrida; «todos son buenos pero mi capa no parece» dice la empresa.

Las exageraciones, si por algún tiempo surten efecto, vienen al fin y al cabo á ser conocidas y producen entonces lo contrario de lo que se intenta.



XXXIX

¿CÓMO DEBEN ESCRIBIRSE LAS REVISTAS DE TOROS?



La contestar esa pregunta hago la protesta de que no pretendo dar lecciones ni llevo más fin que el de poner de manifiesto los diversos modos con que generalmente se da cuenta al público de los lances y resultados de las corridas, y al mismo tiempo apreciar de qué manera cumplen mejor su cometido los revisteros.

Por supuesto, según mi leal saber y entender. Ha habido revisteros de conocida competencia como entendidos, y recuerdo entre ellos á los inolvidables Siman, Carmona y Santa Coloma, que *sacrificaron* la forma del lenguaje á la verdad estricta del arte: hubo también un D. Blas Reguera, un Paco Manrique y un López Azcutia, que unieron á sus conocimientos taurinos el arte de bien decir; y hoy mismo citaría de buena gana los nombres de muy queridos amigos, que se cuentan en

el último caso, si no me lo vedase la obligación que me he impuesto de no aludir directa ni indirectamente á los que viven.

Pero con seguridad habrá también algunos para quienes las principales reglas del arte de torrear podrán ser desconocidas; otros, zurcidores de oficio, que no sabiendo más que el título de una docena de frases taurinas, las apliquen cuando mejor les parezca, vengan bien ó vengan mal; y algunos también que se pongan á escribir sin más conocimiento de lo que en las corridas pasa que lo que oigan á diversos aficionados más ó menos entendidos. ¡Si al fin procediesen de buena fe y se acompañasen siempre con la verdad!

Para escribir de toros es indispensable estudiar minuciosamente los preceptos del arte, conocer bien las condiciones de las reses y ser de todo punto imparcial. Dadas esas condiciones peculiares al buen revistero, hay que examinar cuál sea la aptitud de los lectores, para apreciar el mérito de las revistas.

Para el espectador alegre, de buen humor, que va á los toros á jalear y gastar bromas, nadie cumplirá mejor su misión que el escritor de artículos humorísticos y graciosos, aunque prescinda de especificar detalles relativos al arte, porque para esos aficionados lo principal es reír, lo accesorio la verdad; y cuidado que al usar esta palabra no quiero suponer que á ella falten *todos* los revisteros, sino que alguno tome como verdad en el toro lo que realmente es todo menos eso. Al partidario de diestros determinados—que hay muchos dedicados á la idolatría más que al toreo—ha de parecerle mejor revista aquella en que se alabe y ensalce á su ahijado, así esté escrita en chino ó en hebreo, en serio ó en guasa, con exactitud ó con mentiras; y el aficionado que guste del arte en toda su pureza y quiera saber cómo se verificaron las suertes, preferirá siempre el relato de quien, con formalidad y sin rodeos, le explique minuciosamente la manera con que aquellas se realizaron, de qué modo y si se cumplieron ó no los preceptos del arte.

Comunmente muchos revisteros prescinden de tan importantes detalles, no porque ignoren—así quiero creerlo—que son muy esenciales para juzgar con exacto criterio; es porque suponen que al lector le fastidian; y si esto puede suceder á algunos aficionados de poca talla, de seguro no lo ven de igual modo los verdaderos inteligentes. No quiero vayan á decir que cayó un caballo á la derecha ó á la izquierda, ni si el picador perdió el sombrero, ni si el banderillero llevaba medias blancas, ni el espada torcida la coleta, que con tantas pesadeces lucha el escritor al apuntar as

puyas que cada toro sufre, los pares de palitos que le ponen y los pinchazos que le arriman; pero entre ese derroche de aburridos detalles, y la mermada noticia de la descripción de una suerte, hay un camino fácil que adoptar y seguir, y en prueba de ello voy á poner algunos ejemplos.

Satisfaría más la curiosidad del aficionado que, al hablar de la suerte de varas, no se pasase, como hoy se pasa, con sólo decir «Fulano y Zutano pusieron cuatro varas cada uno, dos de ellas buenas,» sino que se expresase: «Fulano puso dos varas á caballo levantado, otra estando en las tablas, por lo cual hizo bien al sacar más palo, y otra citando al toro en los tercios, con palo corto, recargando, y usando tan bien de la mano izquierda, que libró al caballo de una segura cornada,» ó bien que «por terciarse ó sacar mucho la garrocha marró, perdió el jaco, herido en el pecho, ó rasgó el brazuelo de la fiera.»

No me contento tampoco con que en la suerte de banderillas digan «plantó un par al cuarteo de los que forman época» porque esto no dice nada. Exijo, como lector aficionado, que se exprese, por ejemplo «que hallándose el toro en las tablas, aculado y en defensa, le llamó el banderillero por la derecha, se fué á él, cuadró en la cabeza, clavó el par en lo alto y salió por piés perseguido ó no»; y en otro caso «que igualado el toro en los tercios, salió el torero describiendo un arco, y al llegar al centro del terreno ó reunion de la suerte, clavó las banderillas al cuarteo, de sobaquillo, altas, bajas ó desiguales.»

Yo no diría, como dicen algunos, «el valiente matador dió tan soberbia estocada al bicho, que todavía resuenan los aplausos y los vítores con que el público premió su hazaña», y no diría eso, porque de ello no saco en limpio más que al matador le aplaudieron, pero no la razón de hacerlo. Quiero que, en ese caso, digan «el matador, no pudiendo sacar al toro de las tablas, ó conociendo que su querencia estaba en ellas, se perfiló con él y en corto y por derecho, ó de largo y cuarteando, según fuese, se arrancó al volapié, saliendo de tal modo, y dejando en los rubios una estocada hasta la cruz, recta, atravesada, corta, ida, baja, etcétera.

Así podría formarse el buen gusto entre el público que sabe poco: de ese modo las ovaciones á los diestros serían justas, y no se daría el caso, harto común por desgracia, de que, al aplaudirse el efecto, se ignoren las circunstancias que le precedieron: influiría mucho ese conocimiento del arte,

para que las revistas no pudieran escribirse desfigurando los hechos; y el prójimo que las leyese y no hubiese visto la corrida conseguiría formar de ella juicio exacto, dejando de ensalzar el mérito de algunos toreros, que pudieran deber al compadrazgo parte de su reputación, y apartándose de la reata que el vulgo sigue por el camino que le trazan jaleadores conscientes ó inconscientes.

Enhorabuena que en lo demás usen los escritores de su gracejo y talento para describir la fiesta en general, que abusen si quieren de su ingenio adoptando frases y emplando giros, retruécanos y *malicias*, que tan bien sientan en una revista de toros, *cundo se dicen con buena sombra*, pero al describir una suerte importante, háganla comprender al lector como si la viera, y explíquense-la, si bien viene, que muchas veces lo necesita, y no todos los ojos ven, aunque miren con cuidado.

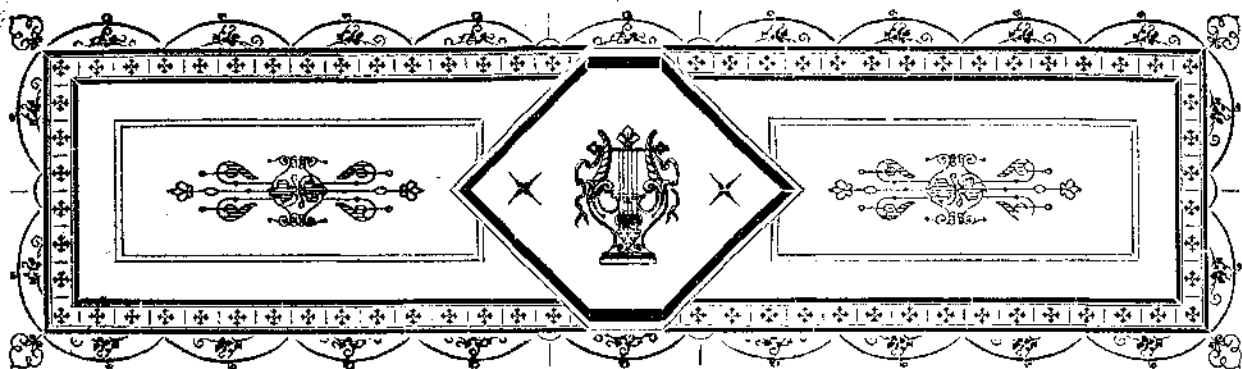
De tal modo deseo que la ejecución de las suertes vaya siempre explicada en las revistas taurinas,

que acepto y prefiero el sistema que algunos han adoptado, de escribir una extensa apreciación de todos los lances de la lidia, de las condiciones de las reses y del trabajo de cada uno de los toreros, siempre que la razonen y funden, apoyando los hechos en los preceptos del arte.

Conste, pues, que en mi opinión valé más la revista de toros escrita sencillamente, que no omita la descripción circunstanciada de todas y cada una de las suertes del toreo, tales como se hayan ejecutado, y mencionando también las condiciones de las reses, según las hayan puesto de manifiesto en el redondel, que los escritos taurinos de mérito literario si tergiversan la verdad ó la disimulan ocultándola.

Sin embargo, la aspiración que dejo expuesta no pasa de ser, bien lo conozco, una expresión de mi deseo que no se cumplirá por... varias razones, aunque estoy convencidísimo de que, si llegara á ponerse en práctica, ganaría mucho el arte y nada perderían los aficionados.





XL

LA MÚSICA Y EL TOREO



ABALZA, el maestro músico de tanta inspiración como el primero, se vió motejado más de una vez porque era partidario de nuestra fiesta nacional, á lo cual contestaba, como su paisano Gayarre, con el más profundo desdén. Para combatir la idea que algunos tienen, suponiendo que las corridas de toros no pueden ser gratas á las personas que por la música deliran, ni que éste último arte sea entendido por los que profesan afición á nuestra fiesta nacional, voy á escribir cuatro palabras que demuestren el error en que se hallan los primeros.

Casi todos los músicos españoles, y los hay muchos y buenos, son aficionados á las corridas de toros. ¿Por qué? No hay más que reflexionar un

poco acerca de las cualidades internas del individuo y la contestación está dada. El verdadero músico, el que siente, el que puede contar uno á uno los latidos de su corazón al escuchar los delicados sonidos de un aria sentimental, el que se enardece oyendo los vigorosos ecos de una sinfonía de Wagner, es por naturaleza apasionado por todo lo grande, lo magnífico, lo que se sale de la esfera común, por aquello, en fin, que le impresione fuertemente, que le cause emociones verdaderas, ya sean de dulce regocijo, ya terriblemente trágicas. Magnífica es la música cuando hiere las fibras delicadas que excitan el sentido hasta el punto de producir éxtasis inexplicables: pero no es menos soberbio el espectáculo que desde el principio al fin, tiene en suspenso el ánimo del espectador y le causa emociones de alegría, sobresalto y entusiasmo, que se suceden rápida é inesperadamente, pasando de unas á otras, de tal manera que hacen olvidar mientras se presencian, cuantas penas y disgustos afligen á la pobre humanidad.

No siempre el espíritu ha de estar vagando por los espacios imaginarios, que es necesario al hombre vivir dentro del medio ambiente que le rodea, y este no es otro que el de la verdad, por más que la *verdad real* es grata ó amarga, triste ó alegre, según le place al acaso, ó al que todo lo puede y así hay que aceptarla: pero ¡es tan hermosa! ¡Se aparta tanto de la mentira!

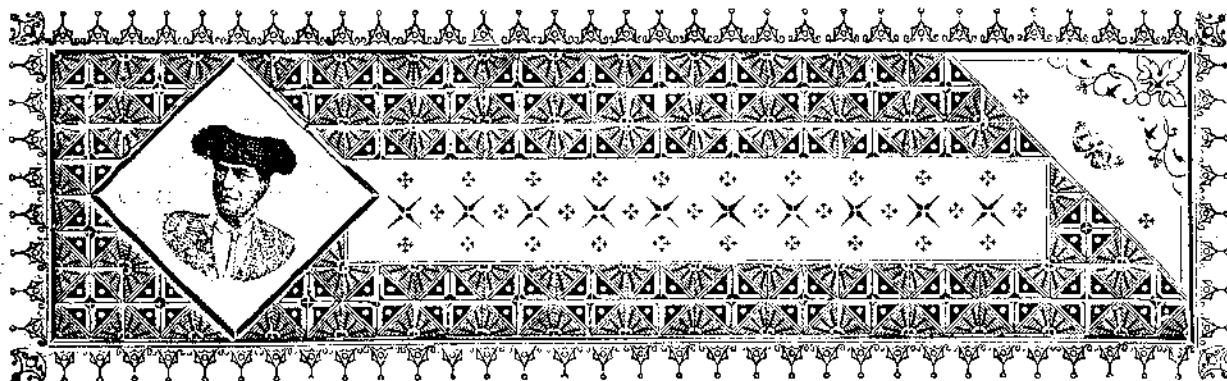
Llevados por la realidad y comprendiendo que pueden fundirse, mezclarse y amalgamarse, sin perjudicarse de ningún modo, los ecos de la música que son puramente ideales con los actos de virilidad, al mismo tiempo que de tranquilidad serena, demostrados por el hombre entendido y valiente delante de las fieras, fueron notabilísimos aficionados á las corridas de toros los maestros Sobejano, gran coleccionista de documentos taurinos; Iradier que con sus canciones andaluzas hacía las delicias de los salones de Madrid, antes de finalizar la primera mitad del presente siglo; Soriano Fuertes, autor de la música del *Tío Camyitas*; el popular Barbieri, el inteligente Arrieta, los renombrados Gaztambide, Oudrid, Fernández Caballero, Zabalza, Chueca y otros muchos que

sería prolijo enumerar, y que si aplaudieron y aplauden al tenor que valientemente ataca las notas más difíciles en el canto, nunca cercenaron ni escatiman sus plácemes y entusiasmo al torero que, con más valor aún, hunde el estoque en lo alto de las péndolas del astado bruto, con menos precio de la vida.

Así se explica la íntima amistad, el delirante cariño, que Julián Gayarre, el gran tenor de los modernos tiempos, tuvo siempre al eminente matador de toros Salvador Sánchez (*Frascuelo*). ¡Cuántas veces vimos en nuestro circo, al cantante de la dulce voz, loco de contento, ebrio de placer, con el rostro animadísimo por el entusiasmo, aplaudir frenético aquellas estocadas que, con el nombre de *frascuelinas*, han pasado á la historia para que no se borren de ella jamás! Y ¡en cuántas ocasiones la ruda fisonomía del famoso matador ha variado de expresión, y ha sentido correr lágrimas de grata emoción al escuchar las armoniosas frases de una bella romanza cantada por su inimitable amigo! Ambos sentían dentro de su pecho la idea de lo grande, de lo extraordinario, y por eso se hermanaron y confundieron sus aficiones, por más que la manifestación de ellas en cada uno fuese diversa: el torero, alejado de la candente arena donde la existencia de la vida está en peligro, se creía transportado á otras regiones puramente fantásticas, y el cantante comprendía la gran distancia que hay de la ficción á la verdad, y admiraba hasta dónde llega el hombre con su audacia, su valor y su inteligencia.

Si para los toreros sirve la música de grato descanso á sus agitadas y arriesgadas faenas, para los músicos son las corridas de toros necesaria transición, desde la suave dulzura de la fantasía, á la sobresaltada excitación de los sentidos, que agradecen el cambio, como si les diera fuerza y vigor para despertar del adormecimiento que aquellos le producen, y porque para equilibrar las fuerzas vitales en el individuo, no ha de trabajar solo la cabeza.

Bien hacen, pues, los músicos que lo son realmente, en ser admiradores de la mejor fiesta popular que en el mundo se conoce.



XLI

LOS INFANTES TOREROS



N los tiempos en que la escuela de tauromaquia de Sevilla se hallaba en completo auge, cuando el famoso maestro Pedro Romero daba lecciones á los célebres después Francisco Montes y Francisco Arjona en las aulas de aquel combatido centro de instrucción taurina, había, como siempre, en la capital de España notables aficionados que propagaban la afición al arte en los círculos y tertulias de la corte.

No era sólo en las tabernas y casas de vecindad donde se hablaba de toros, que también los talleres de artesanos en el barrio de Maravillas y las posadas de la Fuentecilla de la calle de Toledo rendían homenaje á la fiesta nacional, dando para las plazas toreros como el *Pandito*, Jordán, Párraga y otros muchachos, que si no fueron célebres por su pericia considerábaseles, cuando menos, como muy entendidos en la lidia de reses bravas. De esos sitios salieron los picadores *Autoñín*, Zapata y varios ginetes de primer orden, que, siguiendo la opinión, entonces no discutida, del mayor mérito que tiene

la suerte de varas que las demás de á pié, excepción hecha de la de matar, quisieron mejor lucir sus prendas á caballo que corriendo toros.

Pero donde se oían con más agrado, si no con más entusiasmo que en los barrios bajos de Madrid, los detalles de la corrida de la semana, la superioridad de los toros de Gaviria y de los Alvarreños sobre todos los demás conocidos en aquella época, donde los partidarios de los *Sombrereros* disputaban el mérito de estos, sobreponiéndole al de *Parrita*, Pepe Conde y Roque Miranda, y aun al de Juan León y el *Morenillo*, era en las tertulias aristocráticas á que concurrían jóvenes Guardias de Corps y de la Guardia Española, aspirantes á corregimientos y covachuelistas distinguidos; la que ahora llamamos gente de la buena sociedad, aunque no toda sea buena. Allí tomaban parte en las discusiones taurómacas las damas de linajudos timbres, y algunas, como la de H. y la de G., que poseían ganaderías, con más conocimiento de las circunstancias y condiciones de las reses cornudas y de la lidia que debía dárseles que muchos de los hombres que llevaban coleta; y claro es, dada la afición que al espectáculo taurino había demostrado en muchas ocasiones el rey Fernando, hasta el Real Palacio llegó también la fiebre taurina. Conocidas son las *buenas intenciones* de aquel monarca, aun para sus más allegados; y á tal extremo vino su deseo de ver revolver á los infantes y otros magnates de su Corte, que mandó construir y fué construída en la Moncloa una placita para lidiar becerros, en la cual se dieron fiestas á que sólo concurrían contadísimas personas. A la vista tengo un cartel, raro ejemplar que debo á la amistad del Sr. don Nicolás de Rivas, teniente visitador de policía urbana de Madrid, y que conservo entre los de mi colección como oro en paño, en el cual se anunció para las seis de la tarde del día 4 de Julio (no expresa el año, aunque me inclino á creer fuese el de 1833) una corrida de novillos de especialísimas circunstancias. No inserto á continuación dicho cartel en la forma que tiene, por cierto muy parecida á la común y usual entonces, por no ocupar demasiado espacio, pero voy á copiarle en su mayor parte, á fin de que sobre él formen juicio los lectores. Dice así:

«El Rey Nuestro Señor, que Dios guarde, se ha servido señalar la tarde del día 4 del presente Julio (si el tiempo lo permite), para la función de novillos que se ha de ejecutar en la Real Plaza de la Moncloa y en presencia de SS. MM., en cele-

bridad de la jura de la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa por Princesa de Asturias. Se lidiarán seis novillos de acreditadas ganaderías. Lidiadores. *Picadores*: D. Sancho Conejo y D. Ignacio de Urrutia. *Espadas*: El SERMO. SEÑOR INFANTE D. FRANCISCO DE PAULA ANTONIO y el SERMO. SEÑOR INFANTE D. SEBASTIÁN GABRIEL, que estoquearán los dos primeros novillos, y á cuyo cargo estarán las correspondientes cuadrillas, compuestas de los siguientes: *Banderilleros*. D. Francisco Uría, D. Eusebio Rey, D. José María Acisclo de Larra, D. Antonio Salvatierra, D. Luis Antonio Frates y Chamusca, D. Bernabé de Montes, D. Miguel Uría, D. Mateo Cea y don Fernando Urbano. *Sobresalientes de espada*. Don Pedro Esteban de Barreneche y D. Casimiro Roa y Rozas, que matarán los restantes por el orden de su antigüedad. *Chulos*. Bernardino Fernández y Benito Ruiz. *Bollero y Naranjero*, D. Francisco González. *Oficios de justicia*, D. Jerónimo Wals. *Alguacil Mayor*. D. Benito Soto y D. Estanislao Móstoles *Alguaciles*. Habrá prevenidos perros por si S. M. tuviese á bien mandarlos echar. Se previene á los convidados de orden superior que ninguno puede estar arrimado á las barreras, estando al cargo de los alguaciles echar de ellas á cualquiera (sin excepción de personas), que contravengan esta disposición. La víspera por la tarde estará el ganado en el arroyo de Cantarranas, y abiertas las puertas de la plaza. La corrida empezará á las seis.»

La función se verificó en efecto con gran contentamiento del enfermo Rey, que la presidió y que no tuvo el gusto de ver rodar á los Infantes. Lo mismo D. Francisco que D. Sebastián, á pesar de haber estrenado preciosos trajes de los llamados entonces de *luces*, que son los de guarnición de plata ú oro, confeccionados con buen gusto por la afamada Jesusa, tía de Mateo López, el banderillero muerto en Vitoria en 23 de Agosto de 1867, apelaron á la más esquisita *prudencia*, encerrándose en los burladeros luego que las reses pisaron el redondel. Lo mismo hicieron la mayor parte de los individuos que componían la famosa cuadrilla, á excepción de los picadores, que en honor de la verdad estuvieron valientes y arrojados por más que para quitarles mérito decían á una voz los espectadores que los novillos eran añojos y sin cuernos. Así y todo si allí no hubiesen concurrido mis amigos D. Pepito López, primer espada luego en la elegante sociedad del Jardínillo y don José Besuguillo, primer banderillero en la misma,

que aún vive en perfecto estado de salud, el ganado hubiera vuelto á la dehesa sano y salvo y sin el menor detrimento en su cuerpo. La vergüenza torera tan indispensable en casos semejantes quedó en Madrid á larga distancia de aquel teatro de pantomima; y, sin embargo, la función se repitió más de una vez, y en alguna ocasión dirigió la lidia, sin otro carácter que el de estar á los quites de toda la gente pedestre y ecuestre, el gran maestro Francisco Montes, que no pudo, á pesar de su inteligencia, enseñar nada á los ilustres lidiadores. Faltábales valor y ligereza, y sin esas indispensables condiciones claro es que no podían adquirir el conocimiento de la profesión ni tener los requisitos que Montes exige en su *Tauromaquia* para lidiar reses y lidiarlas bien.

Si en tiempos antiguos los Príncipes, los no-

bles y los hidalgos se ejercitaron en arriesgadas luchas con toros para hacer demostración de su valentía, en los presentes, salvo contadísimas excepciones, se ha rebajado la clase. A los Dazas, Trejos y Villamedianas de elevada alcurnia, han venido á sustituir los de cuna humilde, pero gran esfuerzo, *Badilas*, *Agujetas* y *Pegotes*, y á la inteligencia de Diego Rodríguez Pamo, Gonzalo Argote de Molina, Novelli y Baragaña, que escribieron reglas para torrear, reemplazan hoy con ventaja los *Lagartijos* y *Frascueros*, que en lugar de pluma usan estoque y ejecutan suertes que á aquellos egregios caballeros les parecerían imposibles si las vieran.

En el presente siglo, y en tauromaquia, como en otras cosas, los grandes han sucumbido, los plebeyos se han elevado.





XLII

¡POBRE ARTE!



DE *de muy diversos modos y por distintos registros* un hombre que se dedique al difícil arte de torear, puede adquirir fama de notable, cuando menos, está en la conciencia de todos: los medios más eficaces para conseguir el objeto mencionado no son tan conocidos de la generalidad, y nosotros, caso de que á fondo lo supiéramos, habríamos de callarlos mucho tiempo, atendiendo á consideraciones con la actual gente de coleta, que no las merecerá tal vez, pero que guardamos á los que puedan ser dignos de ellas.

Hoy nos vemos compelidos por fuerza mayor, á la que no podemos resistir, para publicar el extracto de unos sabios consejos, ó lecciones, que forman parte de una *Gramática parda para uso de la torería*, escrita por un conocedor del arte y *de las artes*, que pueden ponerse en juego para llegar adonde no debían llegar más que

los que tuvieran *valor*, del cual muchos carecen, tal como le quiere la tauromaquia: *vergüenza* que falta á casi todos en el ruedo: *ligereza*, que no debe confundirse con el aturdimiento, y *conocimiento* exacto de su profesión, del que carecen nueve décimas partes de los que le ejercen. Son apuntes sueltos que del libro viejo, escrito por la experiencia (que no se ha publicado ni se publicará de otro modo que infiltrándole en el cacumen de quien capacidad tenga para entenderle), nos suministra sigilosamente, quien los guarda con empeño, para usarlos y aplicarlos en casos oportunos, y que vamos á relatar sin ilación ni orden, como los hemos aprendido. Dicen así:

Lección 1.^a—Art. 1.^o—Para ser torero lleva mucho adelantado un joven guapo. Haga sus ensayos en herraderos ó tientas mejor que ea los mataderos, que allí asiste gente más principal, y el que tiene puede dar. Al principio muéstrese humilde, servicial, y no hable si no le preguntan; y aun al contestar, hágalo alabando la opinión de los más encopetados. Procure siempre hacerse visible y que de él se ocupen esos señores, que entendiendo poco de tauromaquia, saben mucho de la parte oculta que entre ganaderos, arrendatarios, empresarios, apoderados, prestamistas, etc., etcétera, hay siempre: que se trata de espectáculos públicos.

Lección 4.^a—Art. 2.^o—Trabaja de balde al lado de otros que lleven fama. Eso de andar de capea en capea, de pueblo en pueblo, no da dinero ni honra, ni proporciona aprendizaje. En los comienzos de tu carrera sufrirás de seguro revolcones, y aun heridas: no te limites á llevarlos con resignación. Es preciso que en el momento de caer al suelo te levantes furioso, aparentando mucho coraje, y mordiéndote, y buscando al toro, que ya se han llevado tus compañeros, y el aplauso es seguro, y no faltará quien diga que eres valiente, y que, aunque no sepas de toreo, de un valiente puede sacarse algo. Por de pronto ya suena tu nombre.

Lección 7.^a—Art. 3.^o—Quien quiera que sea el que á banderillero suba, dentro de una cuadrilla, procure adquirir, ante todo, la confianza del matador; y sírvale, y acompáñele, y elógiele entre los amigos y conocidos, mejor que directamente, que ya cuidarán ellos de pregonar sus amores y simpatías. Antes de clavar pares, mucho de *paripetria*, mucho estiramiento de cuerpo, aunque el corazón esté encogido, y nada de entrar si no es á golpe seguro y libre de cacho. ¡Es tan bonita una

salida falsa, concluida con un meneito de caderas, á modo de bailarinal!

Lección 8.^a—Art. 4.^o—El banderillero que no tenga estómago bastante ancho para irse al toro por todos lados y de todos modos, puede, aunque no sea torero—porque no lo es el que tiene miedo—acreditarse de buen peón. Es el más bajo grado de la milicia taurina; pero suele dar fama y aplausos con poco trabajo. Nada de correr toros por derecho, sino en el caso de que sean de pocos piés y de muchas libras, y aun así flameando mucho el capote; que surten mejor efecto los recortes continuados con *eso* que llaman ahora medias verónicas, y que no lo son, porque esa suerte debe hacerse con los piés parados y juntos, y la *cosa esa* es un puro movimiento. Verdad es que tales recortes no son recortes tampoco, porque con capote abierto no los hay, puesto que *Pepe Illo* los exige llevándole liado al brazo ó escotero al hombre que los haga. Mas ¡qué diablos! si el público aplaude mejor las mentiras que las verdades, ¿á qué ejecutar estas que son difíciles y arriesgadas?

Lección 10.—Art. 5.^o—Si por tu fortuna llegas á ser matador de toros, entérate bien de lo que debes hacer para ser aplaudido, aunque valga poco tu trabajo artísticamente considerado. Deja á los picadores en su puesto, sin colocarte al estribo izquierdo, como indica Montes en su arte de torear, que es mejor verlos venir de largo, llamándolos un peón ó varios, para que se revienten, dando unas cuantas vueltas al redondel antes de ver los caballos. Deja también que al ser derribado un jinete se cebe el toro en él, y cuando se vaya de allí por su voluntad, ó se pare, derramando la vista, recógele á capote abierto, darréngale con dos ó más vueltas, y párate sin temor ante el testuz, que el destronque sufrido le hará quedar jadeante y sin ganas de acometer; y si bien viene, ráscale el hocico ó dale en él una patadita, que de seguro te aplauden. No uses las largas entonces, que no vas allí á hacer lo que debes, sino lo que te toleran; y si quieres significar actividad y energía, cuando caigan caballos y el pueblo los pida, deja que la lidia parezca merienda de negros y sea un lío aquel burdel; vete á la puerta de la cuadrilla y grita, y manda que vengan más picadores, con lo cual darás tiempo á que otros se rompan el alma ante la fiera mientras te hallas lejos del peligro. ¿Le hay para el picador que yace en tierra? Pues que otros metan el capote al toro, contentate con cubrir con el tuyo al hombre derriba-

do, que no tiene fácil salida, no hay exposición para tí y parece que haces algo, aunque no es verdad. Cuando más, coléale, que así no le das la cara, y después de coleado y quebrantado, crúzate de brazos ante su fisonomía, y ya verás como recoges los aplausos que otro mereció.

Lección 20.—Art. 6.º—En la hora de la muerte del toro no ha de usar el espada la muleta, que por ser pequeña, llamase en algún tiempo muletila. Ahora debe ser cuanto más grande mejor, así parezca manta de cama de matrimonio, ó toído de garabito, porque aleja el peligro y, ¿á qué estamos? Bueno será tantear con la derecha, aunque el arte diga lo contrario, y si puede ser, alargando mucho el brazo y encorvándose, mejor que mejor, por más que digan cuatro infelices que esa conducta no la observan los valientes. Que á cada dos pases den diez los muchachos que compongan la cuadrilla, y si el toro es clarito y noble apodérese de él con algunos pases en redondo, tres ó cuatro cambiados, en que no hay peligro, y otros tantos de barrendero en que el bicho no le ve—por supuesto sin parar los piés un momento—y luego á matar cuarteando y sin liar, pero siempre arrancando, que ya cuidarán los amigos

de llamar volapié lo que nunca ha sido, es, ni será. Puede tener seguro quien tal haga que ha de obtener más aplausos y ovaciones que si realmente fuese al volapié legítimo, recibiese ó aguantase, que casi es lo mismo, particularmente si la banderilla, digo, el estoque, queda clavado en lo alto. Con esto y mientras toca la música, con un par de docenas de capotazos á diestro y siniestro, el éxito será asombroso. Debe, sin embargo, fomentarle el matador, pidiendo á los tendidos, montera en mano, lo que los tibios no hayan concedido, que no todo ha de ser espontáneo.

Estos y otros consejos y lecciones comprende la antedicha *Gramática parda*, que son para meditados. Por ellos se ve que no hay precisión, para obtener celebridad, de arrimarse á los toros, ni observar las reglas taurinas que escribieron los maestros. Son pocos, muy pocos, los que al ver el camino recto lleno de estorbos, al contemplar que á quien por él no va, no se le permite torear ni equivocarse en lo más mínimo, no consideran más conveniente echar por el atajo

aunque todo el edificio
mañana se venga abajo.

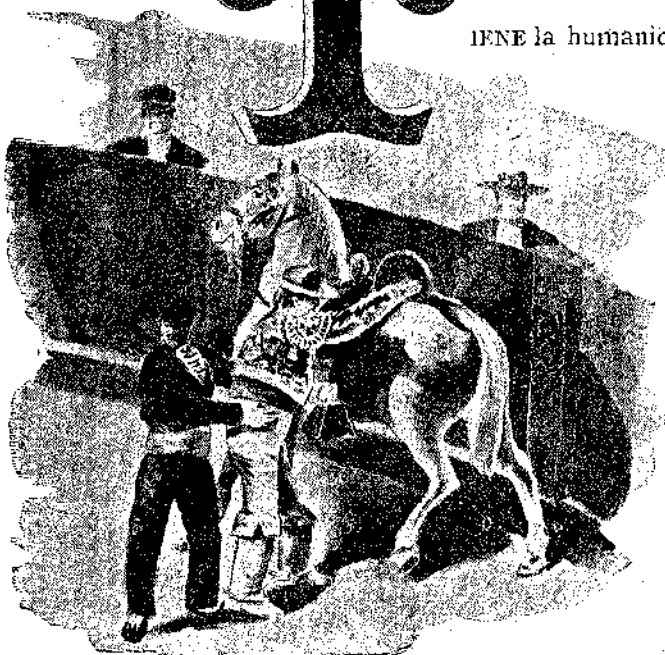




XLIII

VICIOS Ó COSTUMBRES

T



HENE la humanidad, en cada uno de sus individuos, rasgos especiales que le caracterizan, ó al menos que le son peculiares, distinguiéndolos entre sí; y también en esos individuos gestos y acciones particulares, adquiridas, sin saber por qué ni cómo, y sin darse cuenta de ellos, formando por el continuado hábito una especie de distinción de cada personalidad, en términos de que esos *vicios* ó costumbres van adheridos á ella, completando su tono especial. Sin duda por eso, Castelar no puede ser recordado sin figurárnosle con la vista alta en busca de lejanos horizontes; Sagasta acostumbra á rascarse la barba con harta frecuencia; hombre hay que no sabe reflexionar, si no muerde al mismo tiempo las uñas, y alguno que se las clava en el pecho, poniendo cara de risa.

Yo no sé á qué atribuir ese modo de señalarse cada individuo, pero sí he notado que muchos, casi todos, no perciben esos ademanes, esos gestos ó actitudes en sí mismo, sino en las demás personas, por aquello de que nuestros vicios van en la alforja de la espalda y la ajena va delante. Es más: hay individuos que por su posición social son más conocidos de la multitud, como los oradores, actores y toreros, y á ellos, unas veces en serio, otras en son de crítica, por escrito en periódicos jocosos y de otra clase, y aun en conversaciones particulares, son advertidos de sus defectos, si así pueden llamarse, y siguen con ellos y no los destierran, sino que los arraigan más en sí, tal vez sin poderlo remediar. Cuando el vicio es tan inocente que no puede traer consecuencia alguna en pro ni en contra, poco importa; pero si por inocente que sea da, por ejemplo, en un actor cómico, puede perjudicarle en su carrera; que al fin los defectos, defectos son.

Otro tanto, y en mayor escala y con peores resultados, puede ocurrir á los toreros, y de éstos únicamente voy á ocuparme para recordar detalles característicos, favorables unos á su reputación, y otros que para nada han influido en ella ni pesan en su crédito.

Recuerdo que el famoso *Curro Cuchares*, en cuanto daba una estocada corta, pero buena, de aquellas *suyas*, que él conocía como nadie si era de muerte, se dirigía sonriendo al público guiñando el ojo derecho, como diciendo: ¡Eh, que tal? Rara vez olvidaba este detalle, que solamente dejaba de ejecutar si la fortuna no le favorecía.

El célebre José Redondo (*El Chiclanero*), iba siempre en busca del toro para estoquearle, sonriendo y alegre como el que está seguro de vencer, y tanto era así, que si la estocada era alta y buena, soltaba la carcajada con visibles muestras de complacencia. Esto le perjudicaba siempre que daba una estocada mala, porque en seguida le decían sus adversarios: «¿No se ríe usted ahora?»

Julían Casas (*El Salamanquino*) tenía el defecto al armarse para herir, de alzar extremadamente los hombros, lo cual le quitaba gallardía y le hacía perder su figura simpática y arrogante, sin ventaja alguna para él ni para el arte.

El inteligente y no menos elegante Cayetano Sanz, era tan exagerado en demostrar que un buen espada no necesita nadie á su lado para torear y matar un toro, que en sus mejores tiempos, y desde el momento en que tomaba en sus manos la muleta empezaba á gritar á sus peones: «¡Fuera,

fuera!» Pero había ocasión en que pronunciaba estas palabras cuando no estaba cerca persona alguna, y entonces promovía la hilaridad en los concurrentes.

Mucho más la producía con sus grotescos ademanes y contorsiones, Manuel Díaz (*Lavi*), que además tenía costumbre de hablar en alta voz con el toro, y darse golpes en la barriga para llamarle. En esto, ni el arte ganaba nada ni la estética tampoco.

Por raro contraste, con su valor sereno en banderillas y jugueteos, Antonio Carmona (*El Gordito*), fué el primero que para separarse más de los toros en la faena que precede á la muerte, usó, en vez de muletilla, esa muleta grande, grande, grande, que sus discípulos han adoptado con mengua de su buen nombre.

¿Quién, que lo haya visto, puede olvidar aquella graciosa *patadita* del *Tato*, al arrancarse al volapie? Consistía en alzar la pierna derecha como si jugase á la pata coja, y adelantar con ella el paso necesario para herir; y de este modo, ni perdía terreno, yéndose atrás, ni perjudicaba la buena ejecución de la suerte.

Esa perfecta ejecución es la que ha perdido Rafael Molina (*Lagartijo*), con su acostumbrado paso atrás que le ha facilitado herir con ventaja al cuarteo, y libre de cacho.

El incomparable matador, Salvador Sánchez (*Frascuelo*), feo de cara y de cabeza hermosa, al formar la puntería para dar la estocada, ponía un gesto tan duro arrugando el entrecejo, que bien se conocía su decisión, para matar ó morir con honra.

También á semejanza del *Tato*, echa á atrás, aunque sin encorvarla, su pierna derecha, el espada Luis Mazzantini, de modo que tampoco pierde terreno, puesto que no mueve el pie izquierdo de su primitiva colocación. Esta postura favorece mucho la inmejorable actitud del diestro en el momento de matar.

Manuel García (*El Espartero*), cuya estoica tranquilidad, pasando de muleta, ha llamado tanto la atención, tenía el vicio de torcer la cabeza á un lado y estar sonriendo al verificarlo, lo cual ni quita ni pone para el buen uso del trapo ni en contra del arte. Posible es que ni él mismo se diese cuenta de tal detalle.

Y, por último, *Guerrita*, el torero de piernas de acero y rey de los floreos, colócase al herir generalmente, con los piés muy separados—el derecho atrás—y engendra un balanceo antes de arrancarse de adelante atrás y de atrás á delante, que indica

poca quietud en aquel momento, por más que no resulte anti-artístico ese defecto, puesto que el movimiento es del cuerpo, no de los pies.

No he apuntado esos ligeros vicios ó defectos para que por ellos se forme juicio de la suficiencia de los matadores indicados, sino para hacer notar que esas costumbres, distintas en cada uno, forman parte de su modo de ser, de tal manera, que unos por no darse razón, y otros porque en ellos se han arraigado profundamente, no pueden pres-

cindir de manifestarlos. Después de todo, los gestos y las acciones de los hombres, responden casi siempre al estado de su ánimo: si tiene miedo, aunque intente disimularlo se le conocerá en que no afronta el peligro solo y con resolución; si es valiente, lo demostrará sin acordarse de que le pueda venir daño alguno; pero como nada hay perfecto en este mundo, algo sobra ó algo falta á la mísera condición humana. ¿Son los toreros de distinta procedencia que los demás hombres?





XLIV

LO QUE HACE FALTA



AN llegado á tal extremo el desorden y el barullo en las plazas de toros cuando se lidian reses bravas, que ya nadie conoce la razón de ejecutarse las suertes como el arte, fundado en largas experiencias, aconseja y determina. Es un verdadero escándalo el desbarajuste que poco á poco ha ido introduciéndose en el redondel, donde cada uno hace lo que quiere de propia voluntad, sin obedecer á nadie ni á más ley que á su capricho, porque ni los lidiadores saben cuáles son sus obligaciones, ni los presidentes tampoco, ni el público se cuida más que de jalearse y alegrarse, no comprendiendo que esto es ficticio y que generalmente toma como bueno lo que esencialmente es malo. De ahí los recortes, las pataditas y las monadas erigidas en sistema, aplaudidas hoy á rabiar y silbadas furiosamente al célebre Lavi y aun al diestro Antonio Carmona (*El Gordito*).

Ya cuando el afamado *Cúchares* quiso iniciar ese bullicio y jolgorio que desnaturaliza la lidia, le salió al paso, en 1845 cortándole los vuelos, el

intelligentísimo aficionado y cumplido caballero D. Alejandro Latorre, diciéndole que todo aquello (las monadas y chavacanerías) sería bueno si á tiempo se hiciera, dando á entender que un recorte en momento determinado debe aplaudirse, que un coleo, para salvar á un picador es digno de elogio; que un descabello á un toro casi muerto es apreciable y que un gallo al de mucha vida, tiene indisputable mérito, pero que no puede admitirse como bueno ninguno de dichos medios para burlar las reses cuando se hallan en otras condiciones. ¿Qué diría mi distinguido amigo si viera lo que hoy estamos viendo? ¿Qué opinión formaría de los que hoy cosechan aplausos á cambio de actitudes acrobáticas? ¿Qué le ocurriría pensar de esos picadores que no quieren ir á la suerte y después salen terciados; de esos peones que echan capotes sin orden de nadie, desluciendo el uno lo que el otro hace; de esos banderilleros que necesitan ayudas para prender medio par y de esos espadas que nunca saben mandar y mucho menos obedecer? Seguramente hubiera tomado el asunto más en serio que yo y habría adoptado el partido de prescindir por completo de las capeas, para no olvidar la tauromaquia legítima y verdadera.

Difícil es el remedio y obra constante del tiempo y de enérgica voluntad por parte de los jefes del ruedo que quieran cumplir con sus deberes y encauzar el desbordamiento anárquico introducido en todas las plazas del reino; pero no es imposible si hay un primer espada que se imponga á todos haciéndose respetar y obedecer y hasta privando de trabajar á los jinetes y peones que estorban é imposibilitan la ejecución de las suertes. A ese fin necesita tener sobre todos, el ascendiente preciso para que le respeten, consiguiéndole por su inteligencia, por su carácter y por su perseverancia, cualidades que hoy no demuestran desgraciadamente los directores de plaza, que se han criado, por decirlo así, en otra atmósfera, viendo el mal ejemplo, y algunos de ellos supeditado ó poco menos á la voluntad de un banderillero más diestro. Montes fué una especialidad como director de lidia: ningún picador rehuía marchar al toro y colocarse donde le ordenaban y la buena ejecución de la suerte reclamaba, y ningún banderillero salía con el capote á correr la fiara si no se lo mandaba el matador, y era porque sabían que, de otro modo, habríales despedido á la segunda falta de obediencia. *Cúchares* dejó hacer lo que cada uno quiso y lo mismo ha sucedido desde entonces á casi todos los que le han segui-

do, excepción hecha del maestro Cayetano Sanz, que siempre se hizo respetar de sus compañeros subordinados.

Malo, muy malo es el Reglamento que hoy rige en la Plaza de Madrid, y á pesar de ello, si fuera observado y cumplido literalmente por todos los que pisan el redondel y si los espadas, de acuerdo con la presidencia, se hiciesen respetar y supiesen lo que mandaban podría la afición taurina prometerse funciones ordenadas que pondrían de manifiesto la gran diferencia que hay entre las malas capeas y el verdadero arte de torear.

Nunca se vería á los picadores completamente abandonados cuando colocados en sus puestos esperan la salida del toro, sino que al lado del estribo izquierdo, en distancia conveniente, habría cuando menos un capote en su auxilio; jamás se daría el caso de que los monos sabios á fuerza de palos y llevando al jaco del bocado se acercasen á la fiara entregándole á la muerte á ciencia y paciencia de un jinete que se llama así, porque va montado en una aleluya, como podría ir en un madero, tampoco se formarían alrededor de tal piquero las cuadrillas completas de peones, porque nadie estaría al lado derecho y solo se consentiría en el izquierdo al matador encargado de estar al quite y á buena distancia á sus iguales para acudir al peligro si le hubiese. Concluirían de una vez esas faras de no poder hacer andar al caballo, de bajarse de él para volver á montar y de buscar al toro por el camino más largo, y ya que no pudiera conseguirse que picaran cómo y dónde se debe, al menos no esquivarían las suertes, desacreditando ganaderías.

Otro tanto puede decirse de los banderilleros. Empezando porque no darían un paso cerca de los toros sin que el espada se lo ordenase, está dicho todo. Sería consecuencia natural que no aburrieran al toro á capotazos antes y después de que viera los caballos, cansándole y preparándole á huir, y que á la suerte de banderillas no hubiese, fuera de los tercios de la plaza, más que un hombre á espaldas de los banderilleros, para protegerle en su fuga, ya que ahora nadie sabe poner banderillas esperando en todos los terrenos.

Pues ¿y el estorbo y desbarajuste que arman los tales peones cuando toca el clarín á matar? Entonces todos, especialmente los de la cuadrilla del matador, se despachan á su gusto, corriendo de un lado á otro y volviéndole al sitio de donde le quitaron, recortándole, levantándole la cabeza, humillándosela á capotazo seco, resabiándole con

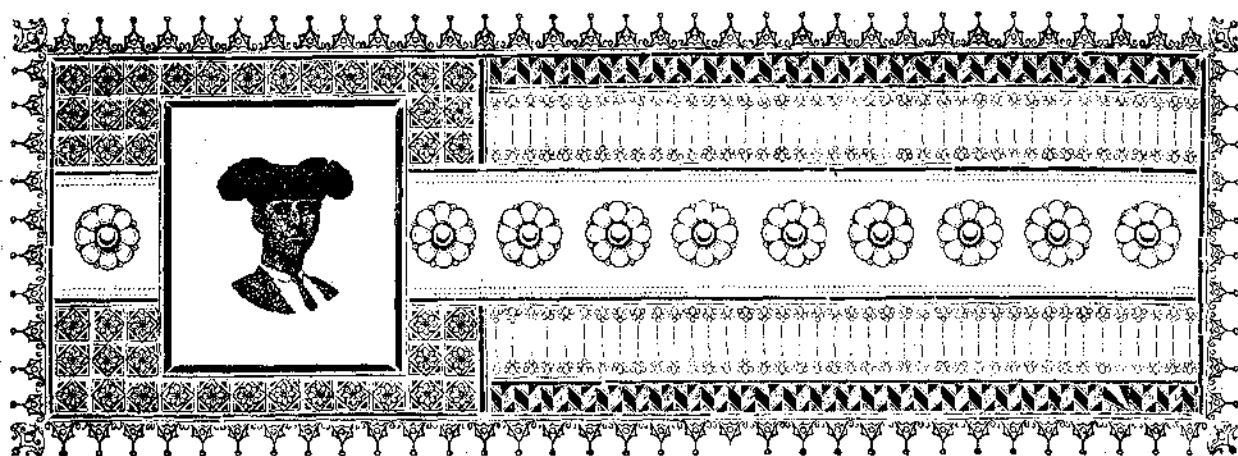
dejarle el percal en el testuz ó en el suelo, y haciendo, en fin, tantas herejías que, francamente, si hubiera un espada que se estimase en algo, des- pediría lejos de sí tan bulliciosa tropa, y tendría cuidado de advertirla que para otra vez no quería á su lado, ni aun para correrle el toro adonde considerase conveniente, más que los dos hombres que designase en el caso de que él no tuviese confianza para irse solo á la fiera, fuere el que fuere el sitio en que se hallase.

Urge el remedio, si las corridas de toros han de ser lo que deben ser, y si los toros han de dar el juego que requiere una fiesta, en que entra por principal elemento la bravura de las reses, que in-

dudablemente pierden á fuerza de capotazos y carreras que las dejan burladas antes de ver los caballos, porque el toro es más bravo y más voluntario cuanto más se consiente y más pronto encuentra objeto que ceda á su poder. Un espada que como director de lidia cumpla y haga cumplir á todos sus deberes y obligaciones, es tal vez más necesario y más aceptable que cuantos, siendo buenos matadores, descuidan el cargo de jefe, consintiendo que el redondel se convierta en merienda de negros, donde todos mandan menos el amo.

Cuanto más vale un capitán, mejores son los soldados.





XLV

SEAMOS JUSTOS



O puede ser más singular lo que ocurre con los partidarios de los lidiadores de toros, cuando no se amoldan á su modo de pensar los aficionados al arte de *Pepe Illo*.

Quieren convencer á todos de que su predilecto es el torero de más inteligencia, de más saber, de más valor de cuantos practican el toreo, y con una intolerancia exclusivista, no admiten en diestro alguno el asomo siquiera de que en determinada corrida, en señalada suerte, haya podido estar, no por encima, sino al nivel por lo menos de su patrocinado. Siempre hay disculpa de que *al suyo* le han correspondido los huesos de la lidia, y al otro las babosas más sencillas, ó de que el aire impedía al primero jugar bien la muleta, ó de que necesitaba á su lado mucha gente, porque el toro se colaba, acostándose de un lado, ú otra razón de pié de banco por el estilo. Para él todos son motivos de fundamento que le abonan, para los de.

más, nunca hay pretexto que consienta lo que todos suelen hacer en casos idénticos. Sácase partido de la mejor ó peor figura del diestro, de su gallardía, de sus aficiones personales y hasta de la historia de sus progenitores para ensalzar á las nubes al uno y hundir en el polvo á los otros. Si media docena de hombres hábiles y aptos para ello, se encargan de levantar al ídolo, la reputación de este queda formada en poco tiempo, ensalzada y elevada á los cuernos de la luna, á muy poco que el torero haga para cimentarla, porque tendrán cuidado de propagar las excelencias del ahijado, popularizando y haciendo entender á las masas ignorantes, que en nadie hay más sal, ni más gracia, ni más facha que en su ahijado, aunque no haya el arte ni el valor que también suelen concederle. Confunden de intento, el arte con la maña, el valor con la astucia, sin tener en cuenta que aquel tiene sus reglas fijas, y el que de ellas se separa ya le pierde, y el último se manifiesta acercándose siempre y estando á la cabeza de las reses: y claro es, cuidando mucho de señalar los defectos de los demás toreros, que forzosamente han de tenerlos, porque no puede haber nadie exento de ellos, y ocultando los suyos consiguen el objeto apetecido, y ya puede hacer horrores el mozo de su devoción, que se le admitirán como bondades. Difícil es luego hacer á los prosélitos conquistados que se vuelvan atrás de lo que, guiados por otro, dieron por bueno, que raro es el que tiene valor de arrepentirse de lo que sostuvo una vez en público: y si allí en el fondo de su conciencia siente alguna vez el peso de la verdad, recházala con la pasión, ó la ahoga con la tenacidad.

¿Por qué todo esto? ¿A tal punto llegan la ofuscación y el cariño, que la pasión ciega el conocimiento? ¿Qué razón hay, por mucho afecto que se sienta hacia un individuo, para negar y echar por el suelo todo lo bueno que otro pueda hacer?

Los que así obran, ignoran que su juego es conocido y que trabajan en sentido que alguna vez, no siempre por desgracia, suele surtir efectos contrarios. Desconocen que cuanto más mérito dieran á los otros lidiadores, mejor encumbrarían al suyo, porque sobresalir entre los que nada valen, no tiene significación digna de elogio. Por eso *Lagartijo* y *Frasuelo*, Cayetano y el *Tato*, *Cúchares* y el *Chiclanero*, en los tiempos de sus emulaciones y rivalidades, concediéronse mutuamente méritos excepcionales; y por eso los partidarios de cada uno, reconociendo en el contrario gran inteligencia solían decir «si será Fulano buen torero que lucha, vence y gana á Zutano, que sabe más de lo que

parece.» Así se comprende la pasión porque no traspasa ciertos límites y no lleva el carácter de la intolerancia y la intransigencia.

Todavía es más incomprensible la conducta de aquéllos que ayer encontraron admirable y perfecto el trabajo de un torero y hoy le encuentran malo y digno de censura y desprecio, no en caso determinado, si no en toda ocasión y momento. Cuando pasan años, durante los cuales un diestro decae por falta de facultades, por resabios y tranquilos adquiridos en provincias, ó por ausencia de valor, que suelen ocasionar las grandes cogidas, está bien que el público retire, poco á poco, su apoyo y escatime sus aplausos, á quien antes se los prestó con usura: pero cuando ninguna de esas causas existe y la mudanza es repentina, ¿qué razones pueden alegarse para cambiar de opinión en tan breve plazo? Al fin, los que desde un principio advierten los defectos de un lidiador, se los hacen entender para que los corrija y continúan siempre insistiendo en las apreciaciones, podrán equivocarse, pero llevan el recto camino de la consecuencia, calculando que hace en el ánimo muy mal efecto el hombre que reniega de su religión, de su política, ó de otros ideales proclamados en alta voz constantemente, si grandes y muy poderosas razones no le obligan á seguir el adagio de que «de sabios es mudar de consejo.»

Y ¿quién es sabio en el difícil arte de torear? ¿El populacho que aplaude ó silba á tontas y á locas, sin saber por qué? ¿El aficionado que por llevar muchos años mirando corridas de toros, se cree doctor en el arte? ¿El torero, que si hace bien una suerte, no sabe explicar por qué ni cómo la hizo? ¿El que escribe revistas ó de asuntos taurinos *cálamo corriente*? Nadie, absolutamente nadie. Podrá ser más ó menos *entendido* en la materia el que la estudia, la practica y la tiene amor, pero ¡sabio!...

Y á los que entienden de toros, por lo mismo que no se les ocultan las dificultades con que luchan los lidiadores para dominar las reses y vencerlas, es á quienes corresponde usar en sus conversaciones de mayor mesura y circunspección en su modo de apreciar el trabajo, midiendo á todos por un rasero y ateniéndose en cada caso á las reglas estrictas del arte, que muy bien puede un buen torero hacer mala labor en ocasiones, y un mal torero ejecutar en otras actos plausibles.

La crítica debe emplearse en ellos, para que el que algo valga no se abandone ni se vicie, y para que le sirva de aguijón y de incentivo en su carrera: las censuras deben ser fundadas en hechos

ciertos, y siempre teniendo presente lo que dice el arte escrito y no controvertido: las apreciaciones, de tal manera que no puedan convertir la discusión en disputa, ni la emulación en rivalidad envidiosa; y en toda ocasión considerarse debe, que á unos diestros adornan ciertas aptitudes, que en otros son muy distintas sin que por eso dejen todos de sobresalir en las que le son peculiares.

Entre los mismos matadores que hoy figuran en primera línea, existen diversas condiciones. Suertes lucidas ejecuta el *Gallo*, que no practica *Lagartijo*: estocadas da Mazzantini que no dará con igual frecuencia y del mismo modo el *Espartero*: *Guerita* no capea con la perfección de *Cara ancha* y

Angel Pastor, y *Currito* estará más acertado con un toro de cuidado y estudio que muchos de los citados, y, sin embargo, los *entendidos* en el arte tienen ya colocado á cada uno en el sitio que le pertenece, por más que las afecciones particulares desvíen algún tanto de él á quien merezca preferente lugar.

No hay, pues, que apasionarse hasta el extremo, que en un buen medio está la virtud, y sobre todo los *entendidos* no deben derrumbar á unos para encumbrar á otros; juzguen á cada cual según merezca por su trabajo en el redondel y apláudase el mérito, la buena voluntad y el valor donde quiera que se encuentren.





XLVI

A DESLINDAR LOS CAMPOS



SEÑORES taurófilos, vamos á cuentas.

Están ustedes predicando constantemente los unos que se denominan antiguos porque, como yo, son viejos, que en los tiempos que pasaron todo era bueno en las lidias de toros: espadas, picadores, chulos y ganado: que éste era más bravo y aquéllos también, con la circunstancia de que sabían ser toreros los que al arte se dedicaban, y los ganaderos no querían presentar en las plazas bichos de poca edad y mal trapío: y comparando, sacan la deducción de que ahora no hay toros, ni toreros, ni nada, en fin, que se parezca á lo de entonces. Y los otros, los que se titulan modernos, afirman que nunca ha podido haber, ni por consiguiente ha habido ni jores toreros, ni mejores toros que los de treinta años acá, dando con esto á entender que los viejos faltan á la verdad á sabiendas, ó por lo menos que con aquellas glorias se les han ido las memorias.

Achaque de la vejez ha sido siempre el de creer que solo lo de sus tiempos ha sido bueno, sin duda porque los de la juventud siempre se recuerdan con deleite, y vicio constante el de los

jóvenes afirmar que lo presente supera á lo pasado en bondad, sin que unos ni otros quieran ceder en sus apreciaciones por cuanto hay en el mundo; pero yo, que aunque soy viejo, tengo el corazón joven, voy á ver si puedo convencer á todos de que *en absoluto* ninguno está en lo cierto, salvo en la parte fundamental que luego explicaré.

Diffícil es convencer á quien no quiere convenirse, y el que así piense debe apartar la vista de este artículo. Quien escuche razones atienda.

Hasta hace treinta años, el modo de torear era igual en todos los diestros. Sujetábanse á las reglas que el arte prescribe, y cuando de ellas salían, eran vituperados y tenidos en mal concepto, lo cual prueba que ya había entonces toreros malos, como ahora, aunque hubiese otros buenos, como los hay actualmente. Al lado de picadores de tan notable habilidad como Trigo, *Charpa*, *Coriano* y Sánchez, figuraron Guisado, *Cartón* y otros, que por malos podían dar quince rayas á quien les ganase en chapucerías. Junto á Montes, Redondo, Cayetano y Domínguez, glorias del arte taurino, alternaron Pastor, *Gasparón*, Manolo Arjona y otros que dejaron mucho que desear, y en unión de Jordán, Blayé, Muñiz y *Regatero*, que llegaron adonde pocos llegan, parearon el *Macando*, el *Mellizo* y Enrique Ortega, de infeliz recordación.

En la época moderna han brillado justísimamente en la suerte de varas alguno de los Calderones, *Chuchi*, Cirilo, *Badila* y otros, acompañados de una gran mayoría de ineptos, cuyas nombres están en la mente de todos los aficionados; mejores banderilleros que el *Gordito*, *Lagartijo*, *Cara-ancha*, *Armillá* y Pablito, no fueron aquellos que especialmente he citado; y en cuanto á espadas, que es el caballo de batalla de la cuestión, *Lagartijo*, *Frascuero* y algún otro, han sustituido dignamente á aquellos grandes maestros.

Pero hay que hacer forzosamente comparaciones entre éstos y los actuales matadores de nombre, y á fe que lo siento, porque nada hay más odioso; aunque con la conciencia tranquila, según mi leal saber y entender, nada está más lejos de mí que el herir personalidades.

Los cuatro antiguos maestros, cuyos nombres he fijado por orden cronológico, practicaron indistintamente *todas* las suertes de matar, ó sea, recibiendo, á un tiempo, arrancando, á paso de banderilla, á volapié, etc., etc., y de los modernos solo el segundo y *Cara-ancha* han recibido toros, y en cuanto á volapiés, no son siempre volapiés los que así se llaman.

Ahora, en cuanto á la perfección de las suertes es otra cosa. Como Redondo y Domínguez nadie ha llegado—salvo algún caso—á recibir con tanta perfección y exactitud ni en tantas ocasiones y en cambio como *Lagartijo* y *Frascuero*—especialmente éste—nunca, dígame lo que quiera, ha habido quien haya matado tantos toros de una estocada cada uno, en lo alto y hasta la empuñadura. Ganan en esto los modernos á los antiguos; gánalos también *Frascuero* en arrimarse más que aquéllos se arrimaban, y gánalos también *Lagartijo* en el trasteo—excepción hecha de Cayetano—á quien es difícil llegar en este punto: si hubiese continuado siendo matador de conciencia como en sus primeros años. Toro mejor muerto, con tanta habilidad, con tanto arte, con precisión tan matemática como el segundo de la corrida celebrada en Madrid el día 11 de Abril de 1852, cuando la competencia de *Clachares* y Redondo, que despachó éste de una soberbia estocada recibiendo, no le he visto en mi larga vida; pero tampoco una corrida de seis toros tan magistralmente estoqueados como la del 26 de Mayo de 1887, en que *Frascuero* quedó á tanta altura, que si Montes y *Chiclanero* vivieran inhibiéralos dado en vida.

Cuanto al ganado, sucedía lo mismo que ahora, si bien rara vez eran admitidos en plaza bichos menores de cinco años. Resultaban, sin embargo, de mayor empuje y más bravura, porque observándose fielmente las buenas prácticas taurinas, los lidiadores no las destroncaban á fuerza de recortes, si no á fuerza de puño con la garrocha, que para eso es la suerte de vara, y aun en casos de apuro siempre eran corridos por derecho.

Eso no quiere decir que no se ejecutasen suertes de adorno. Entonces se reducían al capeo, á los galleos, á los saltos de garrocha y trascuerno—olvidado hoy—y á algún recorte; pero una vez en toda corrida, sin la frecuencia lamentable con que ahora se abusa.

Dicho esto, no hay motivo para considerar, en cuanto á valor y voluntad, diferencia tan notable entre lo antiguo y lo moderno que altere los fundamentos del toreo. Existe únicamente en la aplicación de esas denominaciones, y de ahí nace la confusión que es preciso aclarar.

Yo considero *antiguos*, aunque solo tengan veinte años de edad, á los partidarios del arte en toda su pureza, el cual observan ó intentan observar los toreros que *no recortan* las resos; que capean con los brazos á *piés juntos*; que corren por

derecho: que *no las preparan* á banderillas, y que van á matar frente á frente, *en corto y en línea recta*, dando salida á aquellas «á favor del quiebro de muleta» que dijo *Pepe Illo*. Y considero *modernos*, así tengan setenta años de edad, á los que aceptan de buen grado los lances fuera de cacho, los continuados recortes favorecidos por el trapo, las monadas, los cuarteos y los desplantes.

Es cuestión de gusto.

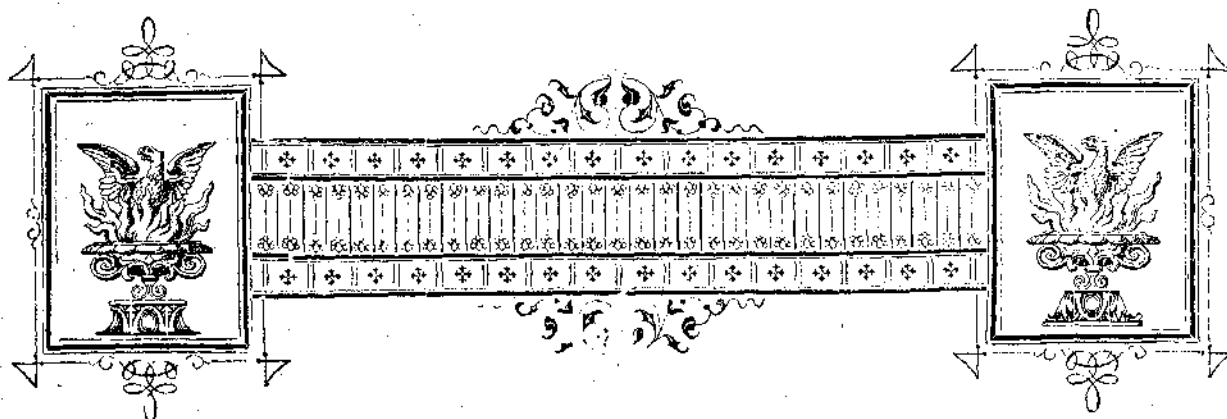
Los últimos sacrifican el todo por la parte y los primeros no transigen con la más pequeña adulteración de la verdad, que la quieren *pura* sin mezcla que la desvirtúe. Prefieren la estampa perfectamente grabada á chafarrinado cromo, aunque éste se halle en marco de filigrana y aquel carezca de tan preciado adorno. Por eso se han aplaudido el modo de correr los toros del banderillero que fué de *Lagartijo*, Mariano Antón, los pares de Esteban Argüelles, cuadrando en la cabeza, y los de *Pablito* sesgando de verdad: y por eso aplauden hoy á Victoriano Recatero, banderillero clásico, y

el artístico modo de torear de Angel Pastor, aunque ambos son toreros modernos.

Personas hay que admiran con la boca abierta, el adorno y filigrana que puso Churriguera en las portadas del Cuartel de Guardias y Casa Hospicio de Madrid, al paso que otras, estimando de mejor gusto el Museo de Pinturas y la Puerta de Alcalá, elogian las obras de D. Ventura Rodríguez que el arte aprecia como de mayor mérito artístico. Es cuestión de gusto, repito. Churriguera y Rodríguez fueron buenos arquitectos, aunque de estilo é inclinaciones diferentes. Yo prefiero á Rodríguez, váyase quien quiera con Churriguera.

El arte no es más que uno, y lo que hay que buscar en su ejecución, es lo que siendo más perfecto «en su parte fundamental» pueda llamarse *clásico*. Los antiguos y los modernos podrán variar en sus juicios y apreciaciones, el arte taurino siempre será el mismo, peor ó mejor observado y cumplido, pero con las reglas fijas é invariables que escribieron *Illo* y Montes. No es cuestión de época.





XLVII

¿VENDRÁ LA REACCION?



INDUDABLEMENTE ha de venir, y tal vez más pronto de lo que algunos creen. Se impone por la fuerza de la lógica y de la verdad, que no tienen más que un camino. Al continuado abuso de la paciencia del público—que es el que con su tolerancia, por no darle otro nombre, ha tenido la culpa de que el arte se mistifique y adultere hasta el punto de que parezca distinto de lo que es en sí—ha de sustituir forzosamente el planteamiento del toro clásico y legítimo, exento de los golpes de efecto y supercherías que con gran daño se han enseñoreado de nuestras plazas hace ya tiempo. El público, si no todo, gran parte de él, empieza ya á ver claro, y ha de abarcar su mirada mucho más, cuando vayan desapareciendo del ruedo ciertas entidades que le sorprendieron por sus desplan-

tes y movimientos aparatosos, mejor que por la solidez del mérito efectivo. Mucho ayudó á pervertir el buen gusto una parte de la prensa política, que atendió más á las simpatías personales que á la perfecta ejecución de las suertes, y las masas populares siguieron el rumbo que se las marcó, llevadas del impulso, que admitieron inconscientemente porque halagaba sus sentidos.

Ya empieza, decimos, á juzgar por sí y aunque no se borran pronto los errores de tantos años, día llegará en que esa gente, una vez perdidos de vista los hombres de su personal simpatía, vuelva á fijarse en los preceptos escritos y comprenda cuán grande diferencia hay entre lo que es realmente artístico y lo que solo es aparente y falso. Tan señalada es la tendencia que viene iniciándose en favor del toreo verdad, que no hay más que reparar en algunos actos de los lidiadores actuales para convencerse de que poco á poco, llegará una época, si no igual, muy parecida á aquellas en que se vituperaba al torero que, olvidando el arte, acudía á trampas y artimañas para deslumbrar á la muchedumbre.

Se *va notando* que raro es el capote que se extiende para correr los toros por derecho, y se apostrofa al peón, que gracias al abuso de que al principio hablamos, le arroja á la media vuelta recortando las reses. Se *cae en la cuenta* de que muchas veces perjudica el marco que para destroncar los toros y aniquilar sus facultades, practican los que antes fueron por eso aplaudidos. Se *exige* que al espada se le deje solo, y cuando más con un peón en la hora de matar, y se *advierten* otras cuquerías, que han pasado con aplauso para disimular precauciones, ignorancia ó falta de valor. Ahora mismo ¿qué significan esas estruendosas muestras de entusiasmo tributadas en las últimas corridas á los banderilleros Rodas y Moyano? Pues no son más que una protesta viva contra ese modo de poner banderillas alargando los brazos y clavándolas al pasar por el costado, en vez de hacer, como aquellos hacen, un cuarteo ceñido, cuadrando en el testuz y levantando los codos para pinchar de arriba abajo, no de soslayo. No hacen más esos chicos que lo que deben hacer; no hacen otra cosa que resucitar la ejecución, con arreglo al arte, de una suerte que practicaron con lucimiento por última vez en Madrid, los inolvidables Armilla, Pablito, Recatero y Valentín. Lo que hacen es lo que no practican más que rara vez los demás banderilleros, y por esa razón aparece como de gran mérito, lo que no pasa de ser una verdadera

aplicación de las reglas del arte.

Todos esos indicios, que van ensanchando el camino de la perfecta observancia del toreo verdad, constituyen la prueba de que vamos entrando en un período de reacción favorable á los intereses de la buena escuela de la tauromaquia. No hay que dudarlo; las aguas volverán á su cauce natural, más deprisa ó más despacio; pero volverán ¡Vaya si volverán!

Trabajo ha de costar á los actuales matadores dominar sus resabios y acomodarse á las nuevas exigencias; que no se olvidan fácilmente hábitos y costumbres de muchos años, sobre todo si por ellos han sido aplaudidos: pero no tendrán más remedio que variar de rumbo, para que no les falte el apoyo de la opinión que es tornadiza y no quedará mañana lo que quiso ayer. Por de pronto, aquella dirección del ruedo y de las cuadrillas que tan perfectamente establecieron y cumplieron Montes, Redondo, Cayetano y Domínguez, y que ha caído en desuso, deben restablecerla, dando por sí el ejemplo: han de hacer los quites con largas en la mayoría de los casos, renunciando á esos continuados recortes que hacen á las reses cuando salen de la suerte de varas, porque siendo el quite, como su nombre indica, el acto de separar ó apartar al toro del picador ¿á qué viene coger al bicho y recogerle con los vuelos del capote, destroncándole y estorbándole su natural salida? Pues qué ¿ha de sacrificarse la lidia noble, la bravura de las reses y la manifestación del buen gusto, á las extravagantes posturas acrobáticas y gimnásticas, que aplaudidas y celebradas ahora, nunca fueron admitidas más que en las mogigangas novilleras?

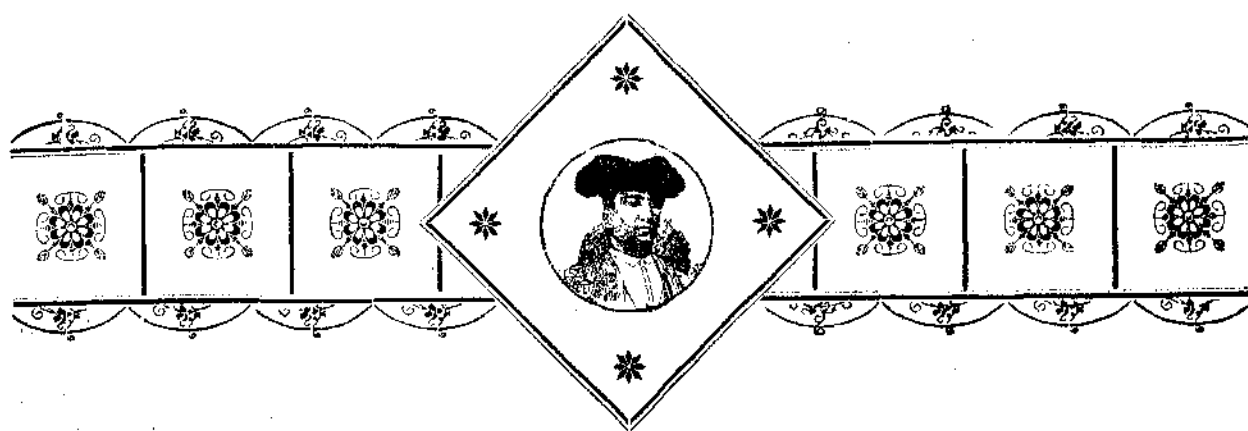
Y en la hora de la suerte de matar, en esa hora... la verdad, hay que afinar como hace mucho tiempo *no se afina*. Nada de perder terreno al pasar de muleta, que hace ver al bicho toreando al matador: nada de baile y mucho de *pasar* con calma; y nada de pases *de efecto* agachándose y *barriendos*, que los pases por bajo no han de ser tan bajos que la res pierda de vista al hombre que le domina, ni tan sucios que levanten polvo ó recojan lodo: pero mucho de perfilarse bien: mucho de arrancarse sobre corto y por derecho, y *algo* (¿podemos contentarnos con menos?) *de esperar*, si hay alientos.

Todo eso quiere ya el público que antes no reparaba en ello, y por lo mismo hemos dicho que ha de costarles trabajo acomodarse á las nuevas exigencias. Penoso les ha de ser olvidar aquellos lances que, tan á poca costa, les proporcionaron

frenéticas ovaciones: pero las épocas no son iguales siempre: el gusto cambia, y aunque haya un tiempo en que domine la corrupción del arte y éste quede eclipsado, la razón, el buen juicio y la imparcialidad, vuelven por los fueros de la legítima pureza de aquel, reaccionando la opinión y colocándola en su verdadero puesto.

En toreo somos reaccionarios como venimos predicando en todos nuestros escritos: muchos que, deslumbrados por apariencias *efectistas*, no lo eran, ya empezarán á serlo y con ellos vendrán otros que discernirán con justicia entre lo malo y lo bueno. Ahora, vean los toreros qué línea de conducta les conviene seguir.





XLVIII

GALERÍA TAURINA DE 1890



Voy á tener el gusto de presentar á mis amables lectores, una colección de retratos de los espadas que han alternado en las corridas de toros verificadas en el circo madrileño hace pocos años. Según el color del cristal con que se miren, así parecerán más ó menos exactos ó parecidos: de modo que al que se le antojen feos, algunos, por que los haya visto con cristales oscuros, le aconsejo vuelva á mirarlos con lentes rosados y los encontrará bonitos.

En materia de gustos ¡es tan difícil agradar á todos!

Son obra de un mi amigo, muchacho bueno si los hay, á quien quiero como á mí mismo, y que de todo entiende, hasta de tauromaquia, con sus anexidades y conexidades, según él dice. No lo extraño; que ahora todos hablan de toros, y escriben y disputan y se dan aires de entendidos que no hay más que ver.

Los retratos son hechos á conciencia, eso sí; y ponen de manifiesto, de una manera precisa, ante los lectores, los méritos y defectos de dichos toreros que han pasado por la arena del circo madrileño, como ya he referido. Mucho ojo y á mirar bien, que la vista engaña, y nada de prevenciones ni antejuicios, que aquí no hay malicia, ni amistad de pandillage, ni otra cosa que la verdad pura y neta; y al que le pique que se rasque y el favorecido que baile de contento.

Anda, muchacho; enséñalos despacio y explícalos como autor de ellos, que yo me reservo comentarlos; pero no des á la expresión el tono de *tutí le mundi* de *Perico el Ciego*, ni de *Manuel el Manco*, que el asunto es formal y no son los retratos caricaturas. Relátalos si puedes por orden de antigüedad y con voz clara, que oyen muchos y han de oírte más, según yo entiendo. Conque al avío.

De antaño saben los homes
q'en el coso ben lidiare
y que tienes merecido
el gran puesto que alcanzares.

Non te acuitades por ende,
ne ingratitudes llorares,
que al ingrato perxudican
é han de causarle pesares.

Si de Madrid (magüar lexos)
las palmadas escochares,
regocijate, van dadas
á tus feitos populares.

Bien dicho está lo dicho. Yo he sido el primero que he censurado á *Lagartijo* sus defectos; pero no quita lo cortés á lo valiente, que hoy no es ocasión de arrebatarse de las manos su gramática, á una antigua respetabilidad, digna de consideración. Cada cosa en su tiempo.

Adelante.

* *

¡Abajo los sombreros y mostrad todos los toreros respeto y admiración ante esa gran figura!

...que de esa talla,
al mundo viene uno en cada siglo.

Es verdad amigo mío: ya murió *Frasquito* para el toreo; y qué hueco tan difícil de llenar ha dejado en él! Su retirada ha demostrado cuánta es su grandeza de ánimo, pero...

Sigue, hijo, sigue.

* *

¡Ay Currito, Currito,
Curro del ahua,
verte donde te encuentras
me causa rabia!
¿Por qué, debiendo
estar á la cabeza
te hallas en medio?

Chico, eso no se lo preguntes á él si no á las veleidades del público y al carácter indolente de un hombre que tanto sabe. ¡Para dormirse en las pajas de ese arte, en los presentes tiempos, cuando salen toreros á borbotones como garbanzos de olla repleta! ¡Si despertara!

* *

Ahí está un matador muy apreciado;
con valor, no alardea de valiente,
pende de la ocasión tan solamente
el que se atreva ó no. Muy bien plantado,
arrancando da buenas estocadas;
pero es frío, y el frío en el estío
si gusta por el pronto, deja frío
y amnora del pueblo las palmadas.

¡Ya lo creo! Ha tenido Hermosilla la mala suerte de venir á lidiar en la plaza de Madrid cuando el extragado gusto del pueblo apetece mejor pájaros volanderos que pavos y perdices. Si no aprieta cuanto puede, que bien puede, no se queje luego de la fortuna: mírase en el espejo de *Currito*.

* *

Ahí está el toreo fino
y la pureza del arte.
¡Ayl si yo pudiera darte
la pimienta que imagino,
¡cómo habrían de envidiarte!
¡Sigue por ese camino,
que estando el santo de cara
puedes subir y subir...
(Suele la afición venir
al punto de que arrancara.)

Si señor: y llegaré día en que todos los saltos, brincos y cabriolas, que tanto se aplauden ahora, se desprecien, y reine de nuevo el toreo que practicaron Romero, Montes, Redondo y Cayetano, de quienes Angel Pastor es legítimo heredero. Si esa reacción no viene pronto, bien podremos exclamar: ¡Apaga y vámonos!

* *

Oiga, D. Fernando
usted que es tan listo,
y tan elegante,
tan apañadito,
que *cambia* en rodillas
como muy poquitos,
que maneja el trapo
con muy buen estilo
y que sabe mucho
de toreo fino,
¿por qué no es más alto
siquiera un palmito?

Eso quisiera él, pero no está en su mano remediarlo. ¡Vaya una pregunta! Debo decirte, sin embargo, que fundado en ese defecto personal, cuartea para herir en muchos casos, sin acordarse de que eso no se ha consentido nunca en Madrid más que á *uno*. De mucho sirve la estatura alta para meter el brazo con desahogo, pero no es absolutamente preciso, que bajando bien la muleta, los toros humillan lo bastante para quedar descubiertos. Por eso cuando tal hace, asegura monumentales estocadas. Bien lo sabe.

*
* *

Venga otro retrato que se va haciendo tarde.

Voy á darle color, á ser posible
para que á todos sea inteligible.

*On parle français,
si parla italiano.*

Yo has visto mozo que á empezar calvea,
el de los volapieses:
si quieto hubieras piernas *recibiendo*
otra cosa ya fueses;
y si taurino Empresa no tomaras,
dinero más tuvieses.

Eso no importa á nadie más que á él. Allá se las haya y en todo caso aconséjale que el que mucho abarca poco aprieta. Por lo demás razón tienes en decir que es gran lástima que un hombre que tan especiales condiciones reúne para recibir toros, no haya intentado nunca practicar la suprema suerte del toreo y fle á su poderosa fuerza de piernas lo que debía encomendar á los brazos, que aquellas se acaban y estos duran más tiempo. Podías haber añadido que tiene mucha vista, buena voluntad y pundonor.

*
* *

Y vamos á otro acerca del cual te encargo mucho cuidado, porque tiene grandes partidarios y apasionados que le ponen por las nubes.

Razón de más para apretar de veras. La imparcialidad me guía, y al que no le guste que aparte la vista y tome tila.

Lo tengo dicho mil veces
mucho ruido y pocas nueces.
De estas hay pocas apenas
pero buenas, pero buenas.
Y también las hay muy malas
del Conde, Torres y Palla,
que estos diables de chiquillos
no quieren más que Saltillos.
Sin embargo, es necesario
para cualquier empresario.

¿Nada más? Pues mucho más has podido decir acerca del espada cordobés que desde hace unos cuantos años llama con justicia la atención de los aficionados españoles. Bueno habría sido que hubieras dicho algo sobre el movimiento continuo que ha descubierto ese mozo y también acerca de sus adelantos en el arte. Cuando lidie toros grandes y de sentido, y cuando las piernas no le ayuden, haremos nuevo retrato.

Por hoy basta venga otro.

*
* *

Vaig á dirte lo que sent.
Eres terne y algo mos;
encara no saps lo que es
arrojo tan violent

Yo no t'ho volguera dir-
mes volguera que pensares,
chiquet, que nos asustats:
¿in vols ferme que sentir?

Dices bien: parece mentira que ese *Fabrilo*, tan guapo y tan valenciano, tenga aversión á la horchata de chufas que refresca la sangre. Que estudie y mejore el manejo del capote y la muleta, y que pare y se repare, que no se ganó Zamora en una hora, y las cosas han de venir por sus pasos contados (1).

Adelante, amigo.

*
* *

(1) Nuestros temores, manifestados á fines del año 1890, se han realizado por desgracia. Este infortunado joven, cuyos apuntes biográficos van comprendidos en la página 93, murió en Valencia, donde vivía, el día 30 de Mayo de 1897, á las cuatro de la tarde, precisamente á

Por facha, por aire, por su voluntad.
parece un torero casi de verdad;
práctica le falta. Si espera algo ser
á matar bien toros tiene que aprender.

Esa es la consecuencia de tomar la alternativa antes de tiempo. Hay que aprender luego lo que debía traerse aprendido, y casi siempre suele ser tarde. Eso de ser maestros antes que discípulos trae malos resultados: bien lo sabe *Centeno*.

*
*
*

Los ocho años justos de haber tomado la alternativa en Madrid. Hé aquí descrito por un testigo presencial el trágico fin de tan simpático diestro: corríanse, en dicha ciudad, por las cuadrillas de *Reverte* y *Fabrilo*, en el día 27 del referido mes, toros de D. José Manuel de la Cámara, de Sevilla, y antes de enchiquerarlos sortearon el número de orden en que debían de ser lidiados, porque los amigos del torero de Valencia mostraron interés en que el toro que luego sacó el quinto lugar correspondiese á su paisano. Era el bicho cárdeno, *conservón* y de malas condiciones, blando pero de mucho poder, grandes facultades y quedado: el público ignorante pidió que le pareasen los espadas; *Fabrilo* rehusó hacerlo, pero al ver la insistencia tomó los palos, que ofreció á *Reverte* y éste no los aceptó fundándose en lo dificultoso del bicho. Entonces *Fabrilo*, así que el toro estuvo preparado, se fué hacia él andando hasta la misma cara; metió los brazos con valentía y parando mucho, y al salir de la suerte, por el lado izquierdo le enganchó el toro con el cuerno derecho, lo cual indica lo mucho que alargaba el pescuezo el animalito.

Ya en los cuernos, le campaneó, pasándole de uno á otro pitón, y entonces fué cuando sufrió el varetazo en el pecho, además de la grave cornada de la ingie.

Cuando cayó al suelo, trató el toro de recogerlo, pero lo evitó el oportuno capote de su hermano, que estaba en la cola.

Fabrilo se levantó sin ayuda, aunque encorvado y echándose mano á la ingie, indicando claramente que se hallaba herido de gravedad.

Sin perder la serenidad ni la entereza, fué trasladado á su casa y curado por el acreditado médico señor Moliner, que pudo observar, como los facultativos de guardia, una herida contuso-dislacerante en la ingie izquierda, paralela al mismo pliegue y de 15 centímetros de extensión, que interesaba la totalidad de los tejidos blandos de la región. Al día siguiente, 28, se le levantó el apósito y se vió que tenía una hernia intestinal por lo que fué necesario hacerle una operación cruenta, que *Fabrilo* resistió valientemente y que consistió en desbordar la herida reduciéndola en dos asas intestinales. Sin embargo, los vómitos no cesaron, ni la hinchazón del vientre, acompañada de grandes dolores, hasta que se declaró la peritonitis que le llevó al sepulcro. Puede decirse que Valencia entera y gran parte de España se han conolido con profunda pena por el desgraciado fin del simpático torero, á quien se le hizo un entierro, el día 2 de Junio, á que asistieron más de sesenta mil almas, tanto de aquella población como de todos los pueblos inmediatos.

Si has de corresponder á las favores
que recibiste de tu gran padrino,
y conquistar palmadas y loores,
sigue con valentía aquel camino,
ejemplo de valor entre valores,
que tu maestro recorrió continuo.
Anímate, no seas perezoso
que una cosa es bullir y otra ser soso.

Conformes de todo en todo. *Lagartijillo* es impávido, pero su tranquilidad puede traducirse en inercia, su calma en abandono. No me gusta que bullan los toreros á tontas y á locas: pero tampoco que les falte actividad y ligereza, porque si de estas cualidades carecen siendo jóvenes ¿se podrán esperar á los cuarenta años?

*
*
*

Ahí verán, que traen por la mano
á Juan (*El Ecijano*),
¡Buen muchacho! ¡Valiente!
pero dice la gente
que se para muy poco. Si parara
tal vez algunos lauros alcanzara.

No debemos meternos á profetas, amigo mío que nadie lo es en su patria. Ese hombre pudo ser algo; se echó atrás y fué al montón como otros: por lo que puede decirse «con su pan se lo coma.»

*
*
*

Anda y enseña el último, que es tarde y viene lloviendo, y hay que dejar para mejor ocasión otros que, si cuajan, darán que hablar.

Cuando manejan el bombo
los amigos hacen daño,
porque el público los cree...
hasta que conoce el paño.
Y grita después, con ó sin razón,
á troche y á moche, y en toda ocasión
¡Bambolla! ¡Bambolla!
ni pan, ni cebolla.

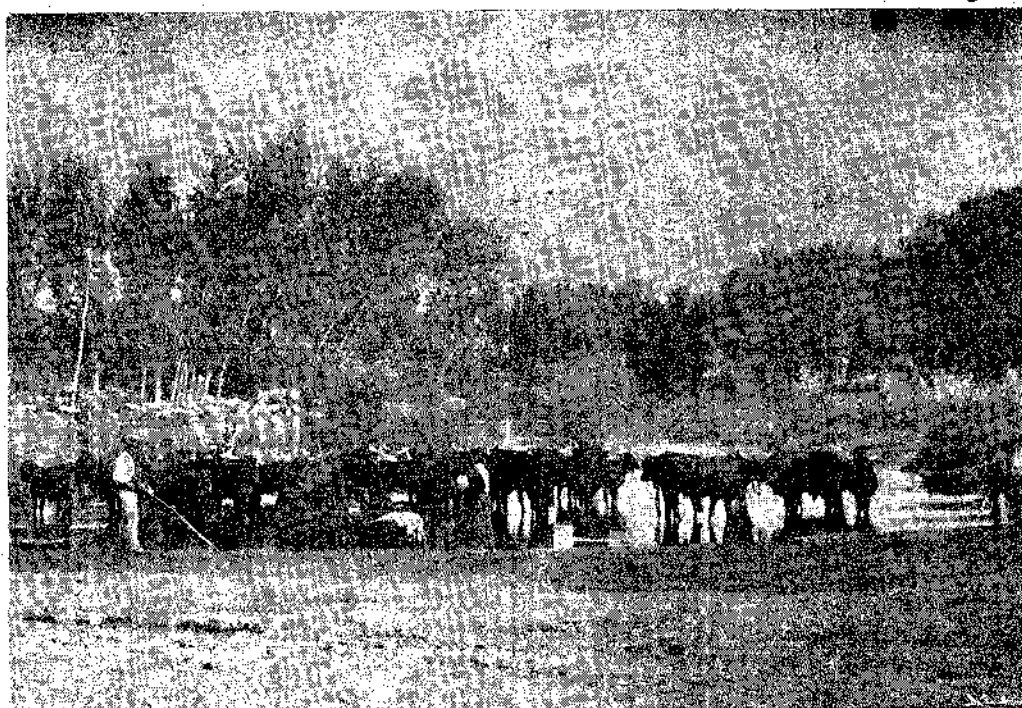
Y claro es: al pobre *Jarana* le han perjudicado porque con tanto tronío, le dejaron atronado sin que pueda decirse con fundamento, ni que es bueno, ni que es malo, por más que la exhibición no le ha sido favorable.

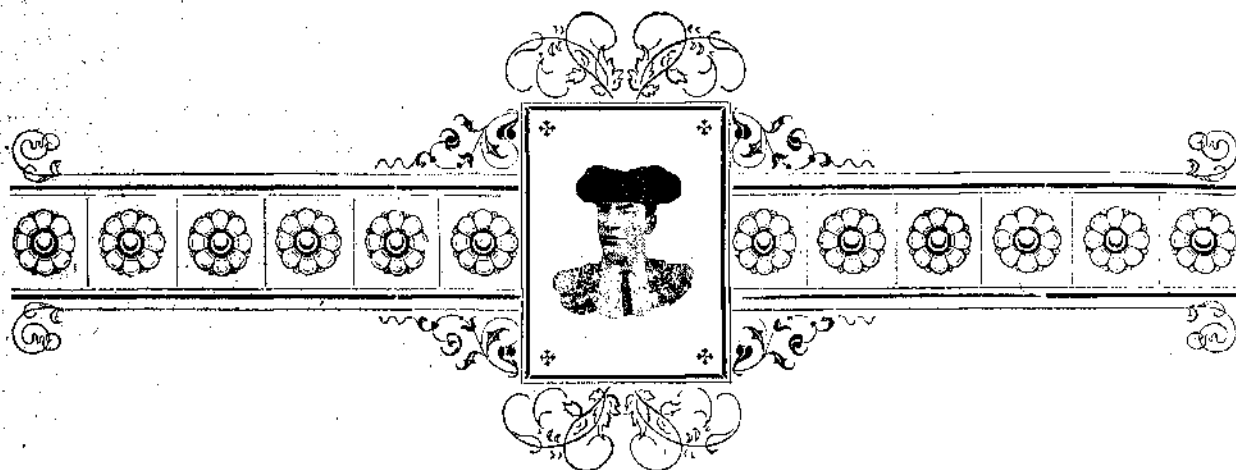
¡Gracias á Dios que acabó la presentación de los retratos! Prepara otra para fin de siglo que comprenda los años de 1890 á 1900, que mucho podrá decirse y poco bueno tal vez.

Uno sólo al óleo, otros á la aguada, alguno al pastel, y otros al carbón, forman un conjunto poco armónico, ya lo se, pero á mi parecer tienen tal verdad en el dibujo, es tan fresco su *colorido* y sobre todo los ha hecho mi amigo con tal franqueza, que me he decidido á darlos como despedida. Algo amostazado se ha puesto mi amigo al oírme

la anterior exclamación y tratando de disculparse me ha contestado recogiendo sus cuadros y mirando después á los toreros.

¡Qué! ¿No son bellos?
Pues es, que no es mejor ninguno de ellos,





XLIX

EL TENDIDO NÚMERO 5



A no existe. Desapareció al ser derribada la plaza vieja, como los demás tendidos y departamentos que la formaban.

¡Con qué placer recuerda el viejo aficionado los buenos ratos que pasó allí, durante su juventud! ¡Qué alegría interior experimenta al referirlos *corregidos y aumentados*—como relación de militar antiguo,—á la gente novel que los escucha con tanta boca abierta! De mí sé decir, que al ver un amigo de aquellos que durante treinta ó más años fueron mis compañeros en constante asistencia al tendido número *cinco*, le abrazo y doy la mano, con más cariño que á un condiscípulo de primera enseñanza; tal vez porque en ésta no todo eran flores, y en aquél sólo se encontraba alegría, pasión, bullicio y contentamiento.

Era el tendido número *cinco* en la época que empezó, por el año de 1840, el punto fijo y constante, el paradero, digámoslo así, de la gente joven y de buen humor que tenía afición á las corridas de toros,

y que al mismo tiempo era conocida en todos los círculos de buen tono de la corte, como elegante sin bandolina; que tan pronto empuñaba el fusil en defensa de ideales patrióticos, como usaba la pluma para ilustrar al mundo con sus escritos, ó dedicaba su talento al estudio de ciencias y profesiones, que algo deben ahora á su ilustrada cooperación.

En nada se parecía aquel tendido á los demás de la plaza. Tenía carácter especialísimo. En él no se veían gorras, hongos ni chambergos; dominaba por completo el sombrero de copa, ya blanco, ya negro, y rara vez, y esto por equivocación, tomaba allí asiento mujer alguna. Parecería á quien se hiciese cargo de estas circunstancias, que aquel era el sitio de la gente formal, y precisamente era todo lo contrario. *Daba la ley* á toda la plaza, unas veces imponiéndose con sus manifestaciones siempre unánimes, y otras con chanzonetas y dichos, que han llegado á hacerse célebres, y que entonces aplaudían á rabiar los espectadores. Los toreros brindaban al *cinco* sus mejores suertes, y los aplausos del *cinco* fueron para muchos la base de su reputación. Las autoridades, atentas al cuidado del orden público, no apartaban la vista de aquel grupo tan turbulento, que más de una vez las puso en desesperado aprieto; y las señoras y gente sesuda, admiraban aquel conjunto de jóvenes bien avenidos, tan bulliciosos, como justos en sus apreciaciones. Y no podría ser otra cosa, si se tiene en cuenta que allí, sobre la dura piedra primeramente, y más tarde sobre mal acondicionados almohadones, tuvieron asiento sucesivamente aficionados tan entendidos como los Aguado, Fabeirac, Montemar, Alzamora, Séllés y Ferrús; jóvenes de tan elevado criterio como Cristino Martos, Simeón Avalos, Eugenio Olavarría, Nicasio Guereña, Calixto Bordonada y Luis Rivera; escritores taurinos como Carmona, Caracul y el inolvidable Manrique, y muchos ilustrados y decidores, de cuyos labios salían á borbotones los dichos picantes y graciosos, envueltos en epigramas ingeniosísimos, y de cuyas manos siempre se desprendían—al menos hasta 1860—aplausos nutridos y entusiastas. Los *bravos*, los *vitores* y los jaleados *olé*s, eran muy frecuentes, y en cambio rara vez los silbidos del *cinco* atormentaron á los diestros. En defensa de éstos, y en más de una ocasión, las demostraciones de la gente de aquel tendido llegaron á hacer enmudecer al cencerro de Chironi, por demasiado severo. Había mucha indulgencia, es verdad que muy al contrario de lo que hoy sucede, eran mu-

chas las ocasiones en que los diestros merecían aplausos, pocas censuras.

Entre los sucesos de bulto que pasaron en el *cinco* hubo uno, que todo el Madrid de entonces recuerda y que de tragedia se convirtió en sainete. Con motivo de los sucesos políticos ó de la suspicacia de Narváez y del Gobierno que presidía, las autoridades hicieron mezclar gran número de agentes de policía secreta entre los concurrentes al *cinco* que inmediatamente los conocieron como lo que eran. Primeramente con burlas y pasando después á vías de hecho, arrojaron á los de la ronda de sus asientos y arrose una reyerta á *palo limpio*, que no supo el Gobierno apaciguar de otro modo que haciendo salir á la meseta del toril media compañía de tropa, cuyo jefe, á la vista del público mandó cargar los fusiles, preparar y apuntar al tendido *cinco*, que, claro es, quedó limpio al ver tan bárbara medida. Resuelto parecía el jefe militar á hacer fuego, si no lo hubiera impedido el de la policía, que con otros dos comisarios se colocó en el centro del tendido con los brazos abiertos, y manifestando sus bastones, consiguieron que la tropa bajara las armas. De todos lados de la plaza salió un grito de indignación: hubo señoras desmayadas, gente asustadiza que salió huyendo de tan inminente catástrofe, órdenes comunicadas á Madrid por ordenanzas militares, pero los concurrentes al *cinco* volvieron en su mayoría á sus asientos y entonaron, mirando al palco de Narváez, el tango entonces muy en boga:

Usted no es ná,
usted no es ná,
usted no es chicha
ni limoná...

El tendido número *cinco* fué también el iniciador, y algo más, de las demostraciones que contra la empresa J. A. y Comp.^a hizo todo el público asistente á una corrida en que se lidiaban toros flacos y pequeños, aunque de cinco años, dando con su acción el ejemplo de volverse de espaldas al ruedo absolutamente todos los espectadores, incluso las mujeres, y excitando á los de los palcos á que los cerrasen con los toldillos, como efectivamente lo hicieron. Demostración pacífica, pero imponente, que costó á la empresa dar ocho toros del Duque á la siguiente corrida, después de satisfacer una fuerte multa.

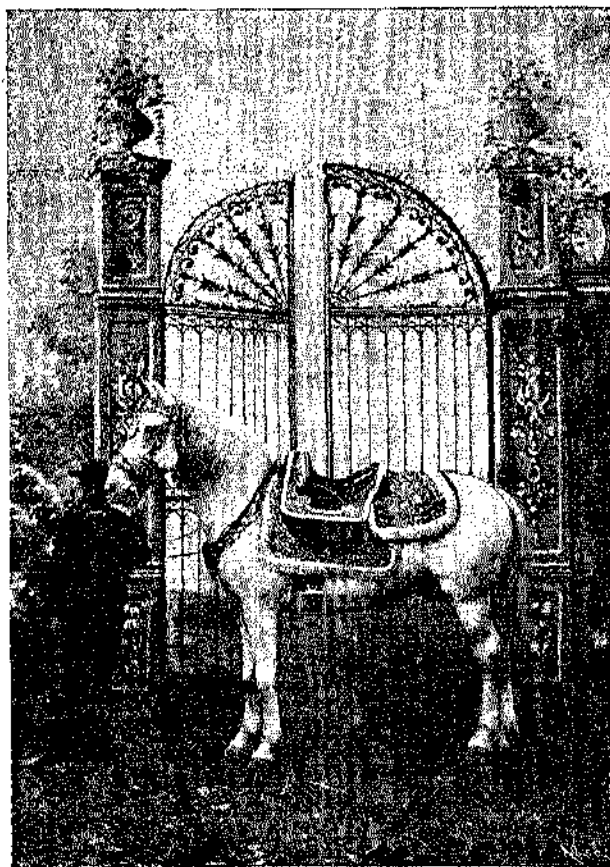
Serían interminables las relaciones que de los muchos sucesos notables allí ocurridos pudiera

contar, en la seguridad de que servirían de agradable recuerdo á los viejos y de entretenimiento y enseñanza á los jóvenes, pero no tengo espacio ni tiempo para ello y concluyo.

Aquella sociedad del tendido número cinco era el núcleo de verdaderos aficionados que oía y respetaba á los entendidos que llevaban la voz en las tertulias de la Vieja Iberia y los Dos Amigos, y aprendía á ver toros y á ser justa con los lidiadores: la juventud de la plaza nueva anda diseminada la que tiene afición al toreo, sin poderse comunicar sus impresiones para corregir errores de apreciación, otra parte se entretiene en dirigir los

gemelos á los palcos y gradas mientras se verifica una importante suerte, y la mayoría aplaude á los primeros galanes *porque sí*, ó sigue el rumbo que la marcan los interesados ó la rutina.

De la plaza nueva con relación á la vieja y tratándose de la clase de concurrentes en general, puede decirse lo que un célebre literato dijo á otro de no menor talla al salir de una velada literaria. Como cambiara el más joven su sombrero tomando el del más anciano, indicó éste la equivocación y contestó aquél «es verdad, tengo yo más cabeza», á lo que el viejo replicó socarronamente: «No, es más grande.»





Al Círculo Recreativo

de la Habana

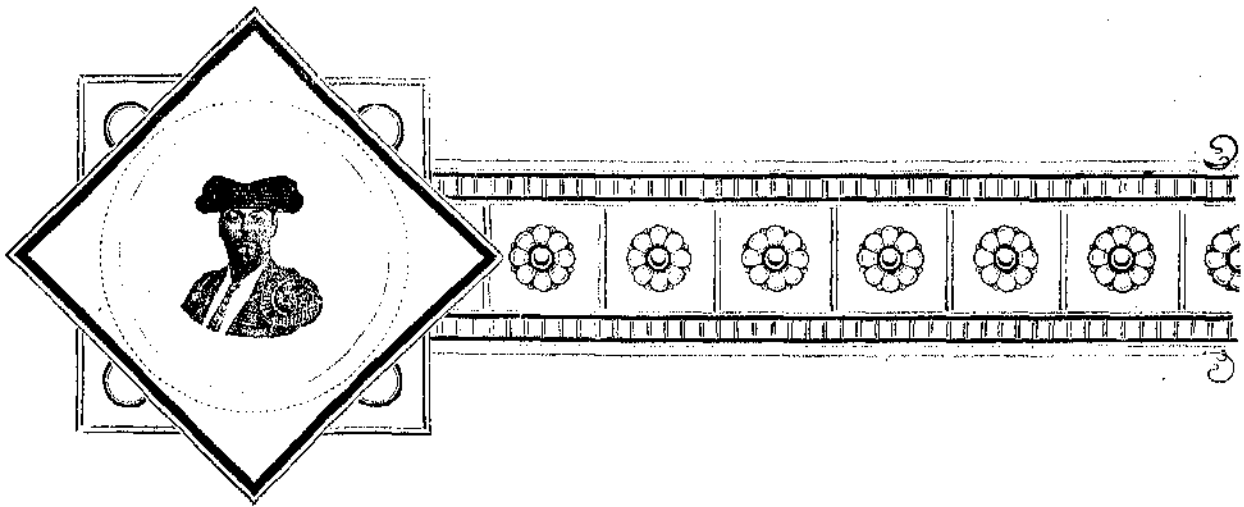
Cuando, al constituirse esa ilustre Sociedad, me honró aclamándome Socio honorario de la misma, sin conocerme y sin más mérito por mi parte que el de ser autor del "Diccionario Taurómaco", concebí la idea de escribir la presente obra, dedicándola á mis Consocios en testimonio de agradecimiento, á tan para mí querida distinción.

Acojala, pues, el Círculo con tanta benevolencia como entusiasmo tiene por nuestra fiesta nacional, y cuente siempre con el cariño y alta estima de su Consocio

El Autor







CAPÍTULO PRIMERO

PRELIMINARES



En un día del mes de Mayo de 1793, que si en todos los puntos de España es el de temperatura más agradable, en Sevilla es delicioso por el perfumado ambiente que exhalan las hermosas flores que por doquier abundan, hallábanse en el piso bajo de un antiguo palacio, sobre cuyo ancho portal estaba colocado un grande escudo de armas nobiliarias, casi borrado por la inclemencia del tiempo, tres caballeros de mediana edad, con pelucas empolvadas, casacas de terciopelo y ricos vulecillos y chorreras de encajes finos de Almagro.

El de más edad, y téngase en cuenta que no pasaba de los cuarenta años, ocupaba el sitio principal ó sea el testero de una gran mesa cubierta de hule negro, con guarnición alrededor de rico damasco de seda carmesí, y sobre la cual había una grande escribania de plata, de cuyo centro se

destacaba una enorme campanilla de tan preciado metal.

No hace al caso, y para el objeto que nos proponemos á nada conduce, designar los muebles de la habitación, ni dar acerca de su colocación, gusto y riqueza, los detalles que la novela exige y que sobran en nuestro concepto, á relato tan verdadero como es el nuestro.

Diremos, pues, que aquellos señores, á juzgar por el atento cuidado que á la conversación prestaban, y por el animado diálogo que entre sí sostenían, debían tratar de importante asunto, que si no afectar pudiera á su honra, á sus intereses cuando menos debiera tocar de muy directa manera; es verdad, y el lector nos permita esta digresión, que en aquel tiempo sobraba la formalidad que ahora falta para todo.

Eran los tres señores de quienes vamos hablan-

do, el Teniente y caballeros Diputados de la Real Maestranza de Sevilla, y el objeto de su reunión el de arbitrar recursos para allegar fondos con que atender en parte á los grandes gastos que pesaban sobre tan noble y alta Congregación. Desde luego se inició el medio que siempre ha sido más seguro y eficaz para conseguir aquellos fines, hablando el señor Teniente en los siguientes términos:

—Saben VV. SS.,—rara vez entonces prescindían del tratamiento los que le tenían,—que el estado del peculio de nuestra Congregación, aunque no esté exhausto y mucho menos aleanzado, exige como previsión para futuras atenciones, aumentar el caudal de reserva, como nuestras Constituciones previenen y como S. A. R. el Serenísimo Se-

ante todos los hermanos de entonces, acudió con generosa solicitud á prever necesidades, penetrado, como todos lo estamos, de que si la caballería española ha de ser, como lo ha sido hasta ahora, la primera del mundo (1), hemos de cumplir todos con empeño lo que mejor convenga al lustre y bienestar de la Real Maestranza, á que tenemos la alta honra de pertenecer. Hechas estas observaciones, señores Diputados, propongo á usías la celebración de una corrida de toros.

Los semblantes de los dos Diputados se animaron extraordinariamente; manifestaron con una inclinación de cabeza su conformidad más absoluta, y antes de que usaran de la palabra hizo un ademán conteniéndoles el señor Teniente, que abriendo una descomunal caja de oro ovalada, con

precioso esmalte en su tapa, la presentó á sus oyentes, quienes lo mismo que el dueño de tan soberbia alhaja, sacaron un polvo de rapé, le tomaron, y sacudiéndose la chorrera continuó la conversación tranquila y reposadamente.

Ya que nuestra Real Maestranza debe á la magnificencia del Señor Rey D. Felipe V (q. s. g. h.) el especial privilegio de la concesión de un «perpetuo arbitrio en dos fiestas de toros en cada año, á fin de que su producto sirva para los gastos y dispendios que tuviere en su conservación, adelantamiento y observación de su instituto,» como á VV. SS. consta, pues que la carta obra en poder de nuestro archivista, aprovechémonos de tan señalado favor, como en años anteriores. ¿Alguno de VV. SS. tiene razón fundada que exponer en contra?

—Ninguna, dijo el más joven; pero tengamos en cuenta que el mal año ha hecho que los granos y los pastos encarezcan notablemente, y más subidos de precio estarían los primeros si el muy ilustre Asistente de Sevilla, no hubiere fijado tasa, en favor del vecindario y evi-

tando usuras de acaparadores.

—Es verdad, añadió el otro Diputado. Las



tor Infante D. Felipe, de feliz recordación, lo encargó siendo nuestro primer hermano mayor después de la reforma de aquéllas (1). Él fué el que

(1) En 1731.

(1) Exordio de dichas Constituciones.

reses que se lidien y los caballos que deban utilizarse han de ser forzosamente caros y no tan buenos acaso como los de años anteriores. Sin embargo, la venerable comunidad de PP. Dominicos de Jerez, cuya ganadería de reses bravas es tan famosa (1), tiene pastos propios y abundantes, y pudiera escribirse atentamente al M. R. P. Prior, rogándole que teniendo en cuenta el objeto á que han de destinarse los productos de la función, que no es otro, como es sabido, que el atender al mantenimiento de picadores notables y experimentados que al mismo tiempo que corrijan defectos de jinetes, domen, adiestren y fomenten la hermosa raza caballar andaluza, cuyos adelantos por el exquisito esmero y cuidado de nuestra Real Maestranza son visibles, se sirva facilitarnos toros de su vacada al precio que en años anteriores nos los dió, y que no recuerdo en este momento.

—Si la memoria no me es infiel, costaron cada uno 140 ducados, encerrados en Tablada.

—Pues bien, aceptado el pensamiento de dar una corrida de toros, siguió diciendo el joven Diputado, debemos procurar que tenga el mayor lucimiento posible. ¿No es así? En tal inteligencia, ¿qué varilargueros parece á V. S. que llamemos á tomar parte en la fiesta?

—Salvo el mejor parecer del señor Teniente y de los demás Maestranzantes, propongo al renombrado Juan Amisas, cuyo brazo de hierro corre parejas con la soltura de su cuerpo á caballo; y al mejor jinete que yo conozco de los que han pisado cosos. Me refiero al famoso Ortega.

—¿Juan?

—No, Laureano, cuya mano izquierda no tiene rival. Ambos picadores, aunque sean más gratificados que otros, cuestan menos, porque se dejan matar pocos caballos, y al mismo tiempo demuestran arte, valor y pujanza. No tengo interés por otros, pero como han de ser necesarios otros dos que funcionen por la mañana y aun por la tarde, caso desgraciado de que nos libre Nuestra Santa Patrona la Reina de los Angeles, Virgen sagrada de los Remedios,—y todos inclinaron la cabeza—pudieran traer, Amisas á su hijo, que es mozo que promete seguir los pasos de su padre, y Laureano Ortega á Bartolomé Carmona, que es su amigo y á quien tengo gana de ver, porque elogian mucho su serenidad y sangre fría, al mismo tiempo que su gallarda figura.

(1) Cartel de la época que posee el Sr. D. Francisco de Reina, notabilísimo aficionado.

—No vemos inconveniente, contestaron á una voz los otros interlocutores.

—Se pagará á los últimos 100 ducados á cada uno por la corrida, dijo el Teniente, y á Ortega y Amisas (padre) 150, que es lo que nuestra Hermandad ha dado siempre á los primeros, y que nosotros no debemos escatimar ahora, por lo mismo que es mal año, con perjuicio de los pobres. ¿Y matadores?

—¡Si pudiéramos traer á Pedro Romero! Pero le retiene en Madrid la Real Junta de Hospitales, y ni él puede faltar á su compromiso, ni aquellas autoridades le permitirían que dejase de cumplirle, y harían bien encarcelándole si tal pensara. ¡Libre Dios á nuestra Real Maestranza de ser causa de perjuicio para nadie y mucho menos para los pobres Hospitales!

—Con permiso de VV. SS., y respetando pareceres, vale mucho más que Romero, el de Ronda, nuestro paisano *Costillares*, que es un maestro en toda la extensión de la palabra (1), que aquél no tiene de torero otra cosa que el temerario arrojo, aplaudido por los chisperos y gente baja.

—Perdone V. S., replicó el joven, si le digo que entiendo poco del arte de torear al oír que Romero sólo tiene valor ó temeridad. No niego el mérito del Sr. Joaquín, pero sí afirmo que nunca llegará á donde raya Romero, que recibe y aguanta los toros á pie firme como ninguno, y que en el manejo de la muleta es inimitable, ya llevándola horizontalmente al compás del ímpetu del toro, ya llevándola rastrera como barriéndole el piso donde ha de caer ó que ha de besar mal de su grado: aquella muleta que siempre huye y nunca se aleja de los ojos de la fiera, que á veces la obedece como un caballo al freno (2). La seguridad de Romero no la tiene nadie, ni su gran golpe de vista, ni...

(1) Un periódico de aquella época publicó la siguiente décima:

Entre todos los censores
del famoso Costillares,
aunque se encuentren millares
son muy pocos los señores.
Estos forman, superiores
juicios, que el vulgo chispero,
el cual adicto á Romero
por capricho y por antojo,
aplaude el bárbaro arrojo
y vitupera á un torero.

A. R. I. F. E.

(2) *Diario de Madrid* del 17 de Octubre de 1789.

—Pero es un hombre ordinario, tosco...

—¿Y qué tiene que ver...?

—Señores, dijo el Teniente interrumpiendo; no es ocasión de aquilatar el mérito de los estoqueadores que hoy se disputan el primer puesto en el circo. Ya que Romero no puede venir, llamaremos á Joaquín Rodríguez y á José Delgado, acerca de cuya destreza no cabe duda.

—¡Psh..! En cuanto á banderillas, capeos, recortes y galleos, pero matando...

—Bien, hermano, bien; sea como V. S. dice, mas repito que no es ocasión de elogios ni censuras. Lo mismo Rodríguez que Delgado ganarán cada uno 200 ducados, y además se les darán otros 200 para el pago de los peones de su cuadrilla. La manutención de todos los lidiadores, con alojamiento decente y limpio, no costará menos de 50 ducados por tres días, y no sabemos á cuánto ascenderá el coste de las casaquillas, chupas y calzones de grana fina con galones y caireles de plata ó blancos que no solo han de usar los varilargueros y toreros de á pie, sino todos los dependientes de la plaza. (1) Sobre esto, el señor Diputado primero procurará informarse y obrar según proceda: V. S. se encargará, —dirigiéndose al otro Diputado— de examinar el estado en que se encuentren las colgaduras y adornos del palco de respeto de nuestro Serenísimo Señor Hermano mayor, para acordar en su caso que se pongan ó hagan nuevos.

—Encargo á VV. SS. que sin escatimar tanto que el intentar ahorro parezca mezquindad impropia de nuestra digna é ilustre Congregación, economicen gastos, para conseguir el mayor producto posible de la fiesta acrecentando los fondos de la corporación que en esta ocasión representamos.

—Paréceme, señor Teniente, y le suplico me perdone si le atajo, que hemos olvidado un punto muy

importante. La plaza que há mucho tiempo construyó la Ciudad de Sevilla en Tablada, que aun se conserva para los ejercicios de la jineta y la lid de los toros, de donde es verosímil adquirió ese sitio el nombre de Toril (1), está sumamente deteriorada, es verdad; pero con poco gasto podría habilitarse y dar en ella la fiesta, jugando además cañas algunos caballeros hermanos, lo cual contribuiría al mayor esplendor y producto, porque la nueva plaza que hace menos años (2) edificó por su cuenta nuestra Real Maestranza, no tiene por su forma circular las ventajas que la cuadrilonga para aquella clase de juegos, ni para la visualidad de la entrada de los escuadrones, los escarceos de los jinetes...

(1) Rodrigo Caro, folio 26.

(2) En 1760.



(1) Por el art. 11 de la parte 3.^a de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Sevilla, se previene la obligación de facilitar trajes de dicho color y adorno á los toreros y dependientes.

—Perdone V. S., no tenemos facultades para cambiar el sitio de la lidia, ni hay hoy medios de celebrar la fiesta corriendo cañas ni haciendo ejercicios de la jineta; porque es muy escaso el número de caballeros maestranza residentes en Sevilla, y faltaría la animación y el aparato que son de rigor para tales funciones. Con el fin de que los productos de la que ahora se proyecta no tengan quebranto, la Real Maestranza de Sevilla percibirá íntegros los que rinda la entrada pública, y los señores Maestranza cumplirán la honrosa obligación de obsequiar á cualquier otro caballero de otra Maestranza, si á la función viniere, como lo han hecho siempre, de su bolsillo particular, que los fondos comunes no deben distracerse de su objeto ni aun considerando como menos producto de la función el coste del asiento en la plaza y el del obsequio.

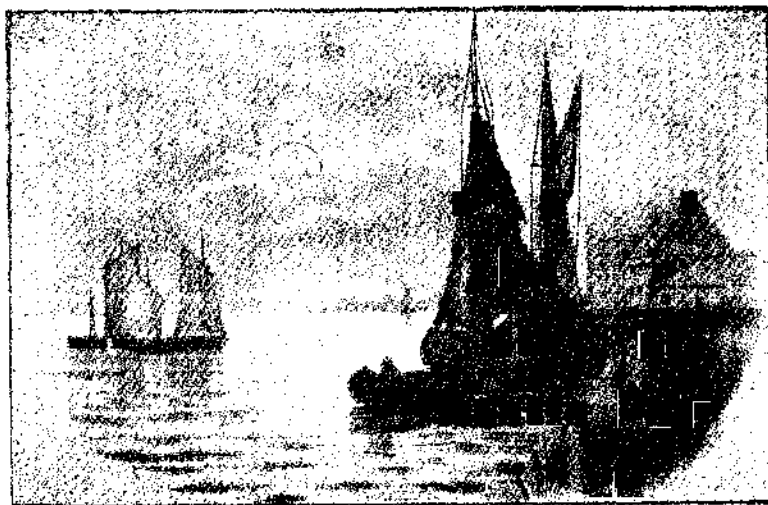
—Conformes en todo, señor Teniente; y quiera

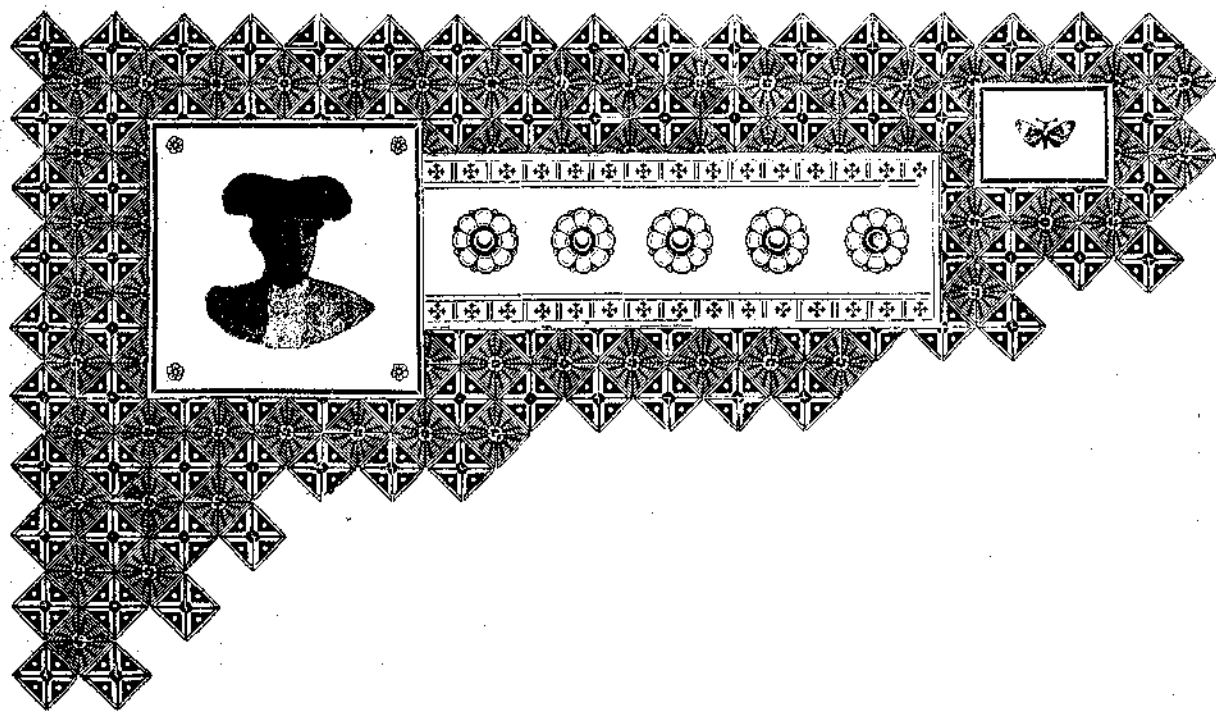
Nuestra Santísima Virgen del Rosario, patrona de la Real Maestranza, concedernos el favor de iluminarnos para el logro más acertado de nuestro proyecto.

—Así sea, contestó el Teniente.

Murmuraron los tres por lo bajo, y con la vista fija en el suelo por espacio de unos dos minutos, un Ave-María, se santiguaron, y con ceremonioso cumplido se despidieron á un tiempo los dos Diputados de aquel superior en categoría, que con cierta prosopopeya los acompañó hasta el dintel de la puerta de salida, donde se reprodujeron las cortesías más de dos veces.

A pocos pasos marcharon en distintas direcciones aquellos señores graves, muy graves en la aparente etiqueta que usaban bien distinta por cierto de la que consiente la edad á quien no pasa de una treintena de años.





CAPÍTULO II

LOS AJUSTES



N la misma casa, y en el mismo salón en que pasó la escena que el capítulo anterior describe, encontrábanse, tiempo más adelante, los señores Maestranes que nuestros lectores han conocido. Ocupaban los mismos puestos al rededor de la gran mesa, y el que presidía aquella pequeña reunión, con agradable voz y extremada afectación en el modo de emitirla, tosió dos veces como el orador que de igual manera prepara la atención de sus oyentes, y empezó diciendo:

—Señores: Nuestros trabajos para la función de toros marchan perfectamente hasta ahora, gracias al favor del cielo y á diligencia que VV. SS. han mostrado en pró de los intereses de nuestra muy ilustre y Santa Congregación. No me he descuidado tampoco en lo que á mí toca para cumplir mis deberes y como ya he indicado á VV. SS., hoy, á las diez, vendrán á esta casa para oír nuestras

proposiciones, los varilargueros Ortega y Amisas. Después vendrán los estoqueadores José Delgado y Joaquín Rodríguez con igual fin, y tanto á aquellos como á estos, juntos y sin recibir ni ajustar primero al uno que al otro, les hablaremos del objeto para que son llamados, aunque por la pública voz de la ciudad, que tanto se preocupa de nuestra gran fiesta, deben saberlo sin duda alguna. ¿Parece á VV. SS. que se les haga entrar, si han venido ya, puesto que ha sonado la hora para que se les ha citado?

—Como V. S. guste; á Ortega le he visto entrar aquí, paseando con otro su camarada por la calle en actitud de espera.

Tomó entonces el Teniente, Hermano mayor, que no era otro el Presidente, la campanilla que formaba el centro de la gran escribanía de plata que sobre la mesa relucía, la agitó suavemente, y

al oír su sonido, se presentó en la puerta un lacayo de librea de respetable y vetusta representación.

—Señor... dijo inclinándose.

—Vea usted si han llegado cerca de casa unos toreros de á caballo, á quienes se ha citado para la hora de las diez.

—Señor, há largo rato esperan las órdenes de V. E. los que han dicho llamarse Ortega y Amisas.

—¿Quién los acompaña?

—Nadie, señor. Preguntaron por V. E. antes de las diez y han estado paseando la calle... con mucha intención de hablar á la señora Marquesa que vive enfrente, que no ha mostrado menos por verlos desde las celosías de su ventana del piso bajo.

—Nada de eso nos importa. Llámelos usted y que pasen, dijo aquel señor, que sonrió con sus compañeros tan luego como el lacayo volvió la espalda.

—Servidor de VV. EE., dijeron á una voz, sombrero en mano, dos hombres altos, morenos, fornidos, vestidos casi de igual modo, cuyas chivatas en que habían entrado apoyada la mano dejaron junto á la puerta.

Era el uno de escasos treinta años, pelo negro recogido atrás con ancha trenza contenida en negra cofia de seda, ojos negros y expresivos, nariz aguileña, ancho de espaldas, robusto de hombros más bien alto que bajo, pero de menos estatura que su compañero. Llamábase Juan Amisas.

Era el otro, como hemos dicho, moreno también, de ojos garzos, boca sonriente, expresión dulce, pelo castaño, alta estatura, y, aunque fornido, se notaba en él cierta esbeltez de formas que aumentaba la soltura de sus movimientos. Este era el célebre picador de toros Laureano Ortega y López, varilarguero entonces afamado.

Sus trajes eran iguales, según antes indicamos. Casaquillas y calzones de oscuro y bien curtido estezado, chupillas de lama, botines de correal, zapatos de cordobán y ancho castoreño blanco. Limpias eran sus camisas con pronunciadas chorreras, pero no las completaba botón ni alhaja de metal alguno.

Colocados ambos de pie, á cierta distancia de la mesa, y frente al señor Teniente, Hermano mayor, tomó éste la palabra, y con tono hueco y campanudo les dirigió la siguiente perorata:

—La Real Maestranza de Sevilla, conociendo la habilidad de ustedes, les ha llamado para que trabajen juntos en la corrida de toros que se cele-

brará en la plaza de esta ciudad, el primer domingo del próximo mes de Octubre, día de Nuestra Señora del Rosario, excelsa patrona de la Hermandad. Ha dispuesto que se les provea de los caballos necesarios, y que al día siguiente de la función se paguen á cada uno 100 ducados, que cobrarán en plata, en casa del señor Diputado de plaza; que se les regale, según costumbre un vestido completo de grana con botones y galones de plata (1) y se les costeará la manutención y estancia durante tres días, á cuyo fin todo estará dispuesto en el Mesón de la Solana, calle del Santo Rey Hermenegildo. Usted, señor Amisas, puede traer á su lado, para que también trabaje, á su hijo, que ganará 90 ducados con las demás idénticas ventajas para ustedes referidas, y el señor Laureano Ortega, satisfaría mucho los deseos de la Hermandad si trajera al picador Carmona con las mismas condiciones. ¿Tienen ustedes algo que es-

poner?

—Mi hijo vendrá y hará lo que sepa, que no es poco aunque yo lo diga.

—Bien: ¿y Carmona, señor Ortega?

—Espero no me desaire, señor: hoy mismo le escribiré á la Corte adonde ha ido á trabajar, y espero tener contestación afirmativa dentro de quince días. Aunque faltan más de cuatro meses para la función, si V. E. lo permite, quisiera preguntar...

—Diga usted lo que le parezca.

—¿Cuánto va á ganar Bartolomé Carmona?

—Ganará como Juan Amisas menor, 90 ducados.

—Señor, para la Hermandad tanto montan 20 ducados más ó menos, y para nosotros... también, pero... hay que hacerse cargo... de que los hombres se resienten... que su persona se rebaja, valiendo tanto como otra... y que Carmona es tan buen picador como el primero. Además, Juanito Amisas es un varilarguero que vale mucho y aventajará á su padre y también debe ganar... Vamos, que todos debemos ser iguales, aunque cada uno conserve su puesto.

—Esa conducta le honra á usted. Los varilargueros cobrarán todos igual cantidad y tendrán las mismas adealas.

—Y los caballos, señor, ¿desde cuándo los tendremos á nuestra disposición; porque hay que probarlos y conocerlos bien, arrendarlos según su boca y genio y hacerlos á la mano.

(1) Cap. 2.º de la tercera parte de la Regla de la Real Maestranza.

—Desde ocho días antes de la función podrán ustedes probar y montar cuando quieran, hasta veinte caballos.

—Muchos son para catorce toros; pero si la Real Maestranza así lo ha dispuesto, bien hecho está. Nosotros tenemos solamente seis garrochas, y nos han de sobrar más de cuatro.

—Eso no, dijo interrumpiendo el Diputado de plaza, que era el más joven. Las varas de ustedes no pueden usarlas; tienen que servirse de las que la Maestranza les dé. Está ordenado así (1) en nuestros Reales Estatutos y no podemos faltar á ello. Podrán ustedes examinarlas, sin embargo, y hacer las observaciones que les parezca.

—Es igual, dijo Amisas. Salud haya, que brazo no falta ni deseos de cumplir tampoco.

—Lo sabe la Real Maestranza; y los Diputados presentes se reservan proponer al señor Teniente Hermano mayor y á quién más fuera necesario, la concesión en favor de ustedes de una gratificación adecuada á su trabajo. A primeros de Agosto, y no antes, porque nuestra Regla no autoriza la preparación de la fiesta y cuanto á ella concierne sino con dos meses de anticipación (2), dijo el Teniente, procuren ustedes avistarse con el señor Diputado de plaza que está presente, para firmar los contratos.

—La palabra basta, señor...

—Es precisa la firma para justificar cuentas.

—Entonces no faltaremos. Manden VV. EE. si nos dan permiso para retirarnos.

—Dios les guarde.

Y saludados con una inclinación de cabeza por aquellos señores salieron de la estancia los dos jóvenes que, al tomar sus *chivatas* en el dintel, se volvieron é hicieron una reverencia á los señores de la mesa.

El de más edad de los dos Diputados manifestó en seguida su contento por el buen resultado del ajuste, elogiando en alto grado el buen comportamiento de Laureano Ortega y López, y continuó diciendo:

—Ya no deben tardar los jefes de las cuadrillas; convendrá, señor Teniente, que para no perder tiempo prevenga V. S. al portero avise en cuanto lleguen. Uno de mis deudos asiste hoy á mi mesa y no quisiera pasase la hora



de la plegaria sin estar á ella sentados.

—Muy justo es su deseo y fácil satisfacerle, replicó el Teniente, haciendo sonar la campanilla. Asomó el portero que ya conocemos su rara fisonomía á la puerta del salón y se le dió la orden de avisar en cuanto llegasen los toreros.

No se retrasaron éstos, porque antes de dos

(1) «No consintiendo á los que hubieren de dar la vara larga el que la elijan.»

Dicho cap. 2.º de la Regla impresa en Sevilla en 1732.

(2) Párrafo 1.º, capítulo 2.º, tercera parte.

minutos pasó el recado, sin dar tiempo á nuestros graves señores más que para tomar un polvo de rapé de la caja del Presidente y arrellanarse en sus sillones.

Dada la orden al portero presentáronse en seguida dos jóvenes vestidos con cierto lujo en su clase y extremadamente aseados. Alto y delgado el primero y de mirada viva y penetrante, y algo más grueso, más bajo, menos moreno y de semblante más jovial el segundo.

—Deo gratias, Ave María Purísima, dijeron al entrar, saludando cortesmente.

—Sin pecado concebida, contestaron en alta voz los Maestranes.

—Estamos á las órdenes de VV. EE. que han tenido la bondad de llamarnos para esta hora.

Y entonces el Teniente les dirigió otra oración parecida á la que media hora antes habían escuchado los varilargueros, vaciada en el mismo molde y sin más variación que la de cambiar, como era consiguiente, el desempeño de las diferentes suertes que habían de ejecutar. Catórcce toros han de lidiarse por mañana y tarde, y la Real Maestranza quiere que ustedes sean los estoqueadores, pagándoles á cada uno en buena moneda de vellón 200 ducados: se les darán además para todos los peones y chulos que componen sus cuadrillas otros 400 ducados y á todos se les vestirá con trajes de grana, nuevos y completos con galón blanco, que quedarán á beneficio de ustedes.

—¿Y serán todos los trajes iguales?, preguntó el más joven de aquellos toreros, que no era otro que el ya entonces célebre *Pepe Ilo*.

—Sí, aunque algo más fina la grana de los que á ustedes se destinen.

—Nuevos tenemos, replicó, los que la Real Maestranza de Granada nos regaló para la corrida de la Purísima Concepción, su patrona, en el pasado año, y pudiéramos servirnos de ellos, que al fin tienen galones de plata y nos permitieron añadir algunos caireles y alamares también de plata.

—No es posible, porque son de color azul (1) y nuestra Maestranza, como la de Ronda, ha de gastarlos encarnados para sí y todos sus dependientes. Pararán ustedes, los que en Sevilla no tengan casa, en el Mesón de la Solana, á donde irán también Amisas y Ortega, varilargueros que ustedes conocen, siendo de cuenta de nuestra Santa Congregación los gastos que origine el mante-

nimiento de las cuadrillas desde un día antes hasta uno después de la corrida.

—Pero si VV. EE. lo permiten haré una observación, dijo el que hasta entonces había oído y no hablado desde que entró.

—Haga usted con franqueza las observaciones que quiera, contestó el Teniente.

—Pues, con el respeto que la Real Maestranza merece, yo Joaquín Rodríguez, á quien los necios han dado en llamar *Costillares*, protesto de que á los varilargueros se les den trajes con botones y galón de plata y á los matadores no se nos dé más que blanco.

—Y si así lo disponen nuestras Ordenanzas y estatutos ¿qué quiere usted?

—Cuando esas leyes se imprimieron (1) la más preciada suerte del toreo era la de vara de detener, y sin que yo la quite mérito, porque le tiene y mucho, no es menor el de matar un toro frente á frente. Todas las ciudades deben haberlo entendido así cuando hoy pagan más á un estoqueador que á un varilarguero (2), y no es justo que aquél vista mejor traje. Nosotros vestiremos del color que quiera la Maestranza, pero pondremos guarnición de plata á nuestros vestidos, aunque sea á nuestra costa; y ese es el permiso que pedimos á VV. EE.

Quedaron por un momento parados los Diputados, y el Teniente Hermano mayor, ante una petición que revestía todos los caracteres de imponerse. Tal fué el resuelto ademán con que la expuso *Costillares*. Después de muy breve momento, el Diputado de plaza expuso que no veía inconveniente en acceder á lo que el matador pretendía, puesto que *blanca* era la plata y los estatutos no prevenían más que los estoqueadores usasen sobre el grana este color, y aunque el Teniente objetó que si las Ordenanzas no hubieran querido diferencia entre picadores y matadores no hubiesen hecho distinción, quedó al fin convenido en que sobre el galón blanco podía ponerse otro de plata y cuantos adornos de este color quisieran los estoqueadores, pero nadie más que ellos.

—Otra observación, si V. E....

—Exponga usted lo que estime.

—Gracias: y en caso de necesidad, lo que Dios no permita, pero al menos mientras un picador

(1) Título 9.º, art. 10 de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada.

(1) Sevilla, 1781. Por Juan Francisco Blas de Quesada, impresor mayor de dicha ciudad.

(2) Este diestro llegó á ganar tres mil reales por corrida de mañana y tarde.

muda caballo, *que puede suceder*, ¿quién le suple? porque los toros, señor, para ir á la muerte, deben ir debidamente castigados.

—Ya el señor Diputado de plaza ha pensado á tiempo en ello, y con su acuerdo hemos determinado que vengan el hijo de Amisas y Bartolomé Carmona; pero ellos y ustedes deben tener entendido que nunca se permitirá estén en plaza más de tres picadores, ni menos de dos (1).

—Bien: veremos, replicó *Costillares*, si los toros que se lidien necesitan por su pujanza dos picadores ó tres, porque sean de gran poder. Eso queda á mi cargo proponerlo á VV. EE.

—Y con perdón de VV. EE. y conforme con cuanto ha dicho mi maestro y compañero, interrumpió José Delgado, ¿saldrá este año en romance la descripción de la corrida como hace dos años? Porque yo... mejor que el dinero, quiero la gloria y nombradía que me dan las letras de molde por todo el mundo, y en esto no tengo vanidad ni orgullo, porque peor es que relaten otros romances, batallas donde por el capricho de un ambicioso se ha matado mucha gente, ó relaciones de bandidos, que las hazañas de hombres de bien

que se reducen á agradar al público sin hacer daño á nadie, más que á fieras bravas.

—Sí, señor, se publicará. El señor archivista se encargará de ello como es su obligación (1).

—Entonces, dijo con visible alegría *Pepe Illo*, á trabajar y á lucirnos, mi maestro, dirigiéndose á *Costillares*.

Este pidió permiso para retirarse, si nada más había que advertirles; y obtenido después de encargáries que en tiempo oportuno acudiesen á firmar el contrato, salieron saludando atentamente.

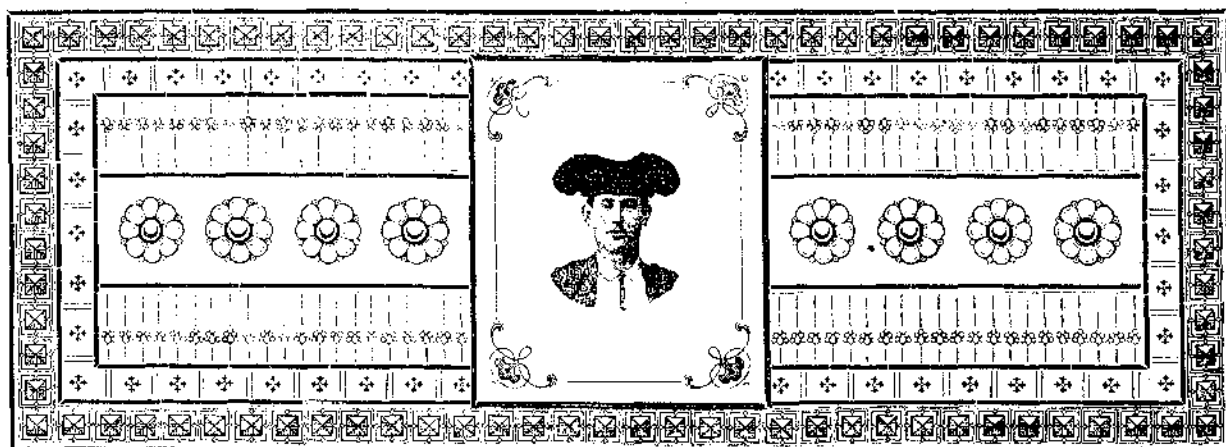
En aquel momento daban las doce y las campanas de las iglesias tocaban la plegaria.

Nuestros toreros, como todos los hombres que por la calle andaban, se quitaron sus sombreros, detuvieron su paso, y rezaron en voz baja. Lo mismo hizo el Diputado de plaza, que aquel día no se sentó á la mesa á la hora deseada.

(1) Artículo 10.—Y porque ha sido costumbre antigua de esta Hermandad, en ocasiones que por motivos Reales asuntos ó particulares ha fatigado el terreno con alguno de los ejercicios propios de su profesión, el dibujarlos en metro para que logren inmortalidad en las edades, establecemos que siempre que se juzgare ser el acto de los comprendidos en esta clase, sea cargo del archivista darlo á la prensa en aquel género de verso, cuyas consonancias sean más gratas al oído.

(1) Ordenanzas aprobadas por el Vicario general del Arzobispado de Sevilla, en 10 de Mayo 1732.





CAPÍTULO III

EL BANDO



EVILLA, la reina del Guadalquivir, de quien tanto han dicho los poetas de todos los tiempos, era á fines del pasado siglo, lo mismo que ahora, la ciudad de la alegría, el paraíso andaluz, el edén de España. En un día de fiesta de los primeros de otoño, las hermosas mujeres de la gran ciudad engalanadas con sus sayas cortas de telas pintadas de fuertes colores, y llenas de rosas y claveles, graciosa y picarescamente colocados en el seno y la cabeza; los majos de rumbo, los altos y nobles señores, los habitantes de Triana y los macarenos y macarenas, altos y bajos, ricos y pobres, repartíanse ya en bandadas como pájaros, ya en corros y corrillos, por las principales calles de la gran ciudad, desde una hora muy temprana de la mañana, con marcadas muestras de alegría y contento, y como si esperasen tan de madrugada la realización de algún suceso anunciado de ante-

mano. La afluencia de gentes era mayor que en otras partes en las calles de San Francisco, de la Cuna, la Sierpe, San Pablo y otras principales, cuyos habitantes todos ocupaban los huecos de las puertas, ventanas y balcones de sus casas y hasta de las azoteas, sintiéndose en todo el espacio ese sordo murmullo que producen las conversaciones de unos, las risas de otros, el ir y venir de estos y el cuchicheo de los que pelan la pava, ó hacen honor á unas cañas de manzanilla á la puerta de una taberna.

De los hermosos patios de muchas casas principales, preparados para la molicie y el recreo con más esmero que habitación de oriental sultana, saltan los ecos de alegres canciones entonadas por argentina voz femenil, ó cadenciosa y prolongada de joven mancebo que con la guitarra se acompañaba. Aquellos ecos iban envueltos entre ayes y

suspiros dulces y melancólicos, con el perfumador aroma que despedían las infinitas flores que, puestas en grandes jarrones, adornaban las entradas, y los magníficos naranjos que con otras plantas olorosas en los patios se ostentaban.

Al ver tan temprano tal bullicio y animación, diríase que los habitantes de Sevilla no habían dormido aquella noche.

Serían las ocho próximamente, cuando precedida de una turba de chiquillos, mozaibetes y alguno que otro rezagado del barrio de San Bernardo, apareció por la calle de San Francisco, desembocando en lo más ancho de la misma, junto al convento que ya no existe, la siguiente lucida comitiva, que todos sabían acababa de salir de las casas del Sr. Conde de Villapueva, Teniente Hermano mayor á la sazón de la Real Maestranza. Componíase del Escribano, Ministro de la Hermandad; y cuatro picadores de la caballeriza de la misma; delante, abriendo paso en soberbios alazanes ricamente enjaezados, siempre con los colores grana y plata ó blanco, por divisa; detrás, á pie, sombrero en mano y en-

tre dos ministriles, vestidos de negro como él, la Voz pública del pueblo, que así se llamaba al pregonero, hombre alto, seco, de cara huesosa y cejijunto, pero de voz clara, llena y campanuda; y cerrando la marcha, otros Ministros que el señor Asistente de Sevilla había mandado, cumpliendo con su deber (1) para atajar todo género de inquietud que pudiera haber en la fiesta. Momentos antes había entrado en la misma calle, y colocándose en el sitio principal, una tropa de timbales y clarines, que no bajaba de diez hombres á caballo, y que por el distintivo de su traje y el de los arreos de los que montaban, así como por las ricas mantillas que cubrían aquellos abultados y semi-esféricos instrumentos, denotaban claramente que la Santa Hermandad de la Real Maestranza sevillana era la dueña de todos aquellos jaeccs fastuosos, y la que pagaba á los hombres encargados de exhibirlos. Veíase en la disposición de todo esto, el buen gusto y delicado esmero del Sr. Vadillo y Alcázar, Diputado de timbales y clarines, que cumpliendo con celo el delicado encargo que el capítulo XI de la Regla le confiriera (2) no había descansado, con la ayuda de otros Maestranzantes, hasta ver conseguido su deseo de presentar aquella tropa con aparatosa ostentación.

Cerca ya del centro de la plazuela que formaba dicha calle, la comitiva hizo alto, avanzó el pregonero, y en medio de un religioso silencio, impuesto sin violencia alguna á aquel gentío, mudo al observar la parada de los jinetes, gritó:

BANDO (3)

«Manda el Sermo. Sr. Infante, Hermano Mayor de la Real Maestranza de esta ciudad, por especial autoridad, con Real permiso de S. M. el Rey Nuestro Señor y en nombre de S. A. y como su Tenien-

(1) Real orden de 8 Octubre de 1730.

(2) «Cuida de prevenir en ellas (las plazas) aquellos marciales instrumentos que rompiendo con sus voces el aire, publican el sitio de la función.» *Ultimo párrafo de dicho capítulo.*

(3) Dicha R. O. de 8 de Octubre.—Capítulo VI de las Ordenanzas.—Copia literal.



te el Sr. Conde de Villanueva, que en el día... de este presente mes se hagan en esta plaza las fiestas de toros de varalarga de las dos que S. M. tiene concedidas á la Real Maestranza, para que en los tiempos de primavera y otoño de cada uno se celebren en nombre de S. A. y con soberano consentimiento de S. M. Y para que venga á noticia de todos así se publica.»

Inmediatamente respondió á este bando, mejor dicho, á la sonora voz del pregonero, un redoble continuado en los tímpanos y el agudo sonar de los clarines, acompañados por los gritos y voces de alegría de los circunstantes, que en su mayor número se encaminaron á la plaza de toros, situada en la dirección del famoso Guadalquivir, para presenciar la media corrida que á las diez había de dar principio.

Entonces, como ahora y como siempre, la gente iba alegre y decidida, pero en aquella época grandes agrupaciones formadas al acaso y de pronto, seguían á compás de orquestas de guitarras, octavillas y bandurrias, el paso que los directores de ellas imprimían con sus ademanes. Era de ver allí al estudiante atrevido, con sus rotos manteos, al lado de la manola más limpia de Sevilla, discreteando con gracia; al mozo de mulas recién llegado de los campos de Tablada, codeándose con la ribeteadora de zapatos de tabinete, cuya muestra lucía en su diminuto pie; al bien acomodado artesano de mediana edad, envuelto en su capa de verano de anascote grana ó morado, llevando de la mano al tierno capullo fruto de sus amores, que antes de dos años sería rosa delicada de exquisita fragancia; al ama de taberna del barrio de la Macarena, que entre cuatro ó seis amigos alegres, marchaba altanera y sonriente, dando *aire* oscilatorio y acompasado, á manera de péndola de reloj, á su vestido de percal francés, de fondo encarnado con guarniciones en picos, que dejaban ver hasta más de media pierna casi cubierta con rica media de seda calada; y tras de este grupo otro en que las castañuelas dominaban los ecos de las guitarras, no tanto por la mayor fuerza de sonido, sino porque las *tocaoras* enervaban la fuerza de *tocaors*; después otro, sólo de mozas juncuales, altas de pecho y de estatura, con mantillas de todo el ancho del terciopelo, terciadas sus puntas á la cadenera izquierda, de corto y menudo paso, seguidas de mozos y galanes de paso de largo alcance; veía-

se á poco rato otro grupo de tenderas y menestrales ya acomodadas, ostentando arracadas de oro y cruz de brillantes sobre el seno con collar de siete vueltas ó broquelillos de aljófar y deslumbrantes anillos en los dedos de ambas manos; y luego otra turba casi harapienta y sucia tan alegre como la gente más rica, capitaneado por gran número de pillos que con dos trozos de tejas ó cacharros co-

locados mañosamente entre sus dedos, repiqueteaban tan á compás una marcha de los guardias walongas, que las mejores castañuelas

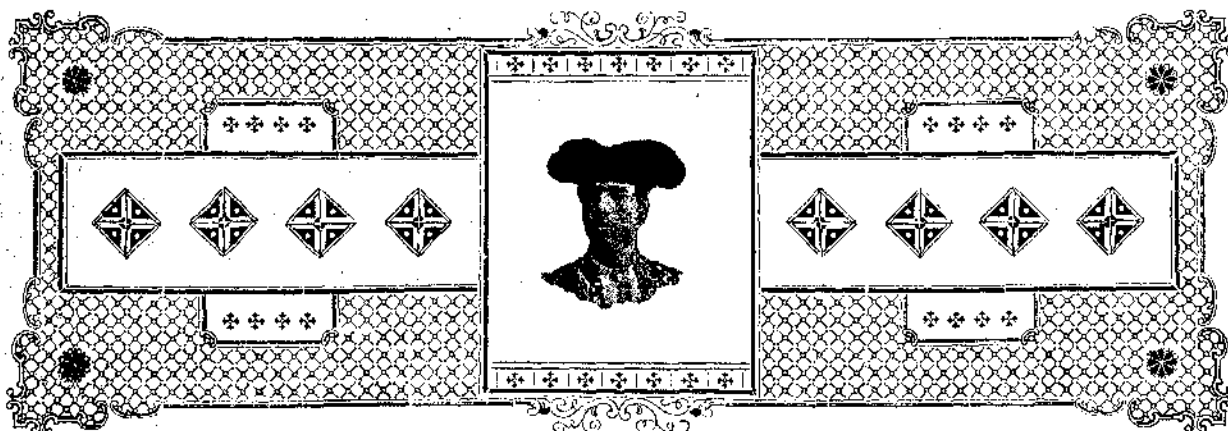


no hubieran producido mejor efecto al oído; y otro, y otros y otros grupos, comparsas y pelotones de jóvenes y viejos, de niñas atrasadas y adelantadas, de soldados, gitanos, chisperos, menestrales, tenderos y ganapanes, todos á pie, todos hablando en alta voz, muchos gritando, otros cantando, algunos chillando y silbando.

Tal vez en apartada callejuela se encontrase alguno quieto y suspirando porque la niña de sus amores se hallase enferma, y colocado al pie de la reja, con la vista fija en el interior de la casa, le afligiese su mal y le fuera indiferente el contento de los otros; que está

¡Siempre la pena junto al placer!

.....



CAPITULO IV

LA PLAZA. — GLORIA, LA NINFA



A gente fué entrando poco á poco á la plaza de toros, porque muchos ministros cuidaban de evitar aglomeraciones haciéndose obedecer, ó porque los vasallos de nuestros Reyes absolutos tenían gran respeto á las autoridades, siquiera fuesen estas de la más inferior categoría.

Hubo, claro es, empujones, griterío y extravío de algunos jóvenes de ambos sexos, á quienes sus familias no encontraron sino cuando acabó la fiesta; pero nada de golpes, amenazas ni navajazos, como suponen algunos que son tema obligado en las grandes reuniones á campo libre. Si alguno insultó á otro, el ministril enseñando la enroscada vara signo de su autoridad, pronto se apoderó de él, y si por piés quería ser bienaventurado sufriendo persecución por la justicia, la voz de «favor al Rey» que aquel pronunciaba, hacía que todo hom-

bre honrado prestara auxilio y el fugitivo no consiguiera su cristiano deseo.

No vamos á describir la corrida con sus lances y peripecias, que ya nos la relatarán luego los que á ella han asistido; pero bueno es que sepa el lector algo del interior de la plaza y de los preliminares de la fiesta, aunque la concisión nos acompañe.

El edificio era como hoy es, salvas las mejoras de adorno, comodidad y ensanche que poco á poco se han ido llevando á cabo. El balcón principal, que era lo que hoy se llamaría palco real, no le ocupaba nadie: es decir, estaba en él colocado sobre un paño de damasco carmesí y sin dosel, el retrato del Infante Hermano mayor, con la silla vuelta de espaldas á la plaza (1). El balcón de la

(1) Previénelo así una carta orden declaratoria de la de 20 de Septiembre de 1730.

derecha le ocupaba el señor Teniente Hermano mayor de la Real Maestranza, y en el de la izquierda estaban colocados los Tenientes del Asistente de Sevilla, teniendo bajo su dependencia á los ministros de justicia y demás gente subalterna, para obedecer y hacer cumplir las órdenes de aquel Teniente Hermano mayor, que en ausencia del Serenísimo Señor que debía ocupar el sillón vacío, gobernaba la plaza (1). Sobre la puerta de caballos, estaba el balcón de los dos Diputados de plaza, y de timbales y clarines, y encima, concluido el andamio, hoy tendido, se colocaban estos instrumentos, cuyos tañedores no perdían de vista á su Diputado, que era el que les hacía las señales, así como los dependientes de la caballería y de la plaza obedecían al primer Diputado, es decir, que oficialmente no concurrían de balde ó sea sin pagar precio de entrada, más personas que el Teniente Hermano mayor, los del Asistente y los dos Diputados de clarines y de plaza. Todos los demás hermanos Maestranzistas, que no eran pocos, compraban su billete y se colocaban donde bucnamente podían, sin preferencia alguna, incluso los que ejercían cargos en la Junta directiva.

En medio de la satisfacción que esta demostraba por la buena disposición que para todo lo concerniente á la fiesta se había dado por el Diputado de plaza de acuerdo con el Teniente mayor, un disgusto de poca monta al parecer, afectaba á la corporación. La Real Maestranza de Granada acababa de negar su permiso (2) al caballero Marqués de Araceli, que á instancias de la de Sevilla había ofrecido rejonear uno ó dos toros, fundándose para impedir la ejecución de esta promesa en una mera cuestión de etiqueta. La Real Maestranza de la muy ilustre y siempre muy noble y leal ciudad de Sevilla, debió pedir permiso á la de Granada para que autorizase á aquél caballero á ejercer el acto de deferencia antes indicado, pero habiendo sido él por sí quien lo solicitó, le fué negado.

En cuanto á etiquetas, cumplidos y cortesías, nos llevaban ventaja nuestros abuelos.

Algo disgustó el incidente á los sevillanos, y no se ocultaban de nadie para manifestarlo públicamente, pero donde más se censuró, fué en el pun-

to de reunión, á donde nos es forzoso conducir á nuestros lectores.

Hace noventa años, había en la ciudad frontera al río del paraíso, que así la llamaban los que entonces la poblaban, una casa de muy modesta apariencia, pero de fama soberbia y empingorotada, que conocían y frecuentaban gentes de buen vivir, pertenecientes en su mayoría á los honrados gremios de chisperos, alarifes, zapateros, sastres y curtidores. Alguna vez alternaban con estos menestrales señores de más alta nobleza que no se ha podido saber, porque la tradición no lo ha revelado, si allí hacían algún alto en su camino por cambiar palabra con la dueña de la casa ó porque los concurrentes eran entendidos en asuntos de toreo, y lo mismo explicaban los lances y suertes de una corrida desde la salida del bicho al redondel hasta que las mulillas le arrastraban al desolladero, como tomaban parte en la *algarrada* (1) que en la víspera de la función se verificaba en el inmediato campo de Tablada, donde muchos años antes hubo una plaza ó circo para ejercicios de la jineta y lidias de toros (2).

Tanto podía ser lo uno como lo otro; pero no era ciertamente por la comodidad que la casa ofrecía. Era esta baja de techo, de una sola pieza para uso de los concurrentes que la daban muchas veces amplitud colocando un par de bancos de tosca madera, sin pintar, en los costados de la puerta de entrada, sobre la cual pendía un gran ramo de yerbas silvestres olorosas, que á la legua pregonaban con su esencia y mucho más con su presencia, que aquella era una de las mansiones que en honor de Baco encerraba Sevilla. Una hilera de jarras de loza fuerte con rayas y filetes azules, amarillos y violados, pendían de largas escarpas colocadas simétricamente en la pared testera del fondo, delante de la cual un mostrador pintado de encarnado con la *primera suerte de vara* en su centro, á modo de pandereta ó trasera de calesín, contenía hasta seis ó más docenas de gruesos vasos de vidrio, de *medio chico*, y un gran lebrillo talaverano.

Pero lo que era de ver, lo que en esta humilde estancia sobresalía, llamando poderosamente la

(1) Capítulo VIII de las Ordenanzas de Sevilla.

(2) Ningún caballero Maestranzista podrá admitir toreo en plaza que no sea de la Maestranza, aunque sean fiestas reales, sin expreso permiso del señor Teniente y Caballeros de la Junta secreta. Párrafo 5.º, art. 11 de las Ordenanzas de la Real Maestranza de Granada.—Madrid, por Joachin Ibarra, 1764.

(1) Voz anticuada, comprendida en el Diccionario de la lengua, que significa: «En las fiestas de toros, la acción de conducirlos á los toriles, que comunmente se llama encierro.»

(2) «Tenían maestro de quien deprender y caballos en qué hacerlo.»—(FERNÁNDEZ DE ANDRADE, *Discursos nuevos de la jineta*, parte tercera, párrafo 1.º).

atención, era Gloria, la *Ninfa*, que colocada como en un trono tras del mostrador, medía los vasos que un imberbe ganapán servía á los parroquianos. Ojos negros y rasgados, tez sonrosada y ligera-



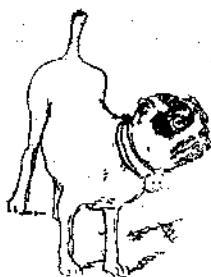
mente morena, pelo y cejas de azabache, boca pequeña que dejaba entrever dos hileras de menudos dientes de marfil, y redondo y torneado cuello, ostentaba aquella mujer, á quien se conocía por la

Ninfa en toda la ciudad, y en los barrios de San Bernardo, Triana y la Macarena. Realzaban su gracia natural, un rodete formado por trenza de cien ramales, sujeto por alta peineta de concha calada y hechura de calzador, picarescas sortijillas sobre las sienes, y ajustado jubón de fuerte sarga de seda, cubierto en parte por ligero pañuelo de bordada muselina, más blanco que la nieve.

Más de un torero de fama había hecho llegar á oídos de la *Ninfa* sus amorosos deseos, y no faltó caballero veinticuatro (1) que aspiró á la gloria de ver muy de cerca á Gloria; pero ni aquél, ni éste, ni nadie, á decir de las gentes, consiguieron nunca más que agradecidas palabras, y serios saludos. Adquirió fama de honrada, y la conservaba con aprecio; no es extraño, pues, que

á su puerta descansaran los jóvenes de buen gusto.

(1) Dábase este nombre al Regidor en los Ayuntamientos de algunas ciudades de Andalucía.





CAPITULO V

DESPUÉS DE LA CORRIDA



ACÍ poco más de una hora que la corrida de toros, cuyos preparativos saben nuestros lectores, había concluido, cuando se encontraban á la puerta de la taberna de la *Ninfa*, sita en la calle de la Cuna, un grupo de gente joven y alegre, y otro de mozos y viejos más sesudos, al menos en la apariencia, que hablaban en alta voz de los lances de la lidia, discutiendo y disputando con energía y calor el mérito de las suertes practicadas, y ponderando en lo general el feliz éxito de la función.

Es imposible á la pluma señalar á un tiempo en el papel las afirmaciones, contradicciones, elogios, censuras, dimes y diretes que á una voz, sin cederse unos á otros la palabra, sostenían aquellos quince ó veinte hombres que componían ambos grupos, que tan pronto se deshacían fundiéndose en uno sólo, cómo se subdividían en tres ó cuatro,

volviéndose á unir y desunir, diez, veinte ó treinta veces; tantas cuantas el interlocutor más caracterizado entre aquellos, por su saber, se dejaba oír, ó el de voz más fuerte y potente se había impuesto con su ademán y con sus gritos al resto de sus amigos. Pero como nosotros tenemos especial empeño en que el lector sepa lo que aquellos *aficionados* decían y pensaban acerca de la corrida, vamos á transcribirle á continuación algunos párrafos sueltos de los animados diálogos que sostenían, aunque pierdan toda la gracia que ellos les daban.

—¡Señores! ¡Vaya una corridita de toros!—decía un honrado manco de más de treinta años de edad, perteneciente al muy numeroso gremio de chisperos (1).—Hace muchos años que á Sevilla no

(1) Llamábase así á los fundidores, cerrajeros, herreros, y demás que trabajaban alrededor de las fraguas.

habían venido toros de más empuje, mejor criados, ni de tanta bravura. En el lomo del cárdeno de esta tarde, se podían contar sin que se cayeran, mil duros en mil piezas del busto de nuestro amado rey D. Carlos IV.

—Compadre, ¿y quién se detenía á...?

—Y de seguro, el que menos, tenía seis años. Bien armados y de poder, nobles y boyantes.

—Vamos,—le interrumpió otro—que no era tanta la nobleza del primero que mató *Costillares*, ni del tuerto que le tocó después.

—Vuesamercé se equivoca. El tuerto no *traía* nada, sino que, naturalmente, se acostaba del lado en que tenía vista; por eso el Sr. Joaquín, conociéndolo, le dió mucha salida con la muleta al esperarle, y consiguió que, como no se apartaba tanto la res, como se hubiera ido otra de vista completa, la estocada resultó alta, recta y honda.

—Verdad. ¿Y qué me dicen ustedes del señor Amisas?

—Buen piquero, y no menor su hijo. Cuidado con el berrendo en colorado que tomó diecisiete varas, de las cuales el chico puso diez, sin caer y sin que el potro que montaba haya tenido en toda la mañana más que dos ó tres puntazos en la anca, todos de cinchas atrás, lo cual demuestra su maestría (1). Mucho hay que esperar de ese muchacho, si sigue con tan buena voluntad.

—A mí lo que más me ha llamado la atención han sido las tres varas que á caballo levantado puso el señor Juan, sin sacar el palo más de cinco palmos, á aquel toro negro, ligero como el rayo, que salió esta tarde el segundo; y eso que al principio, viendo que la fiera venía lamiendo las tablas, tuvo que terciarse y alargar la vara, con lo cual consiguió echársele por delante.

—No ha estado tan afortunado Manuel Jiménez, que es valiente y temerario, pero que si bien hace sentir á las reses su mano derecha en demasía, descuida algún tanto la izquierda.

—Perdone vuesamercé, no estoy conforme. Jiménez es un gran picador, de muchos conocimientos y excelente jinete, pero ni él ni nadie pueden evitar un *extraño* del caballo, una *colada*, ó una mala medida de los terrenos en momentos en que difícilmente deja el toro tiempo al picador

para armarse. Ya ve vuesamercé; el alazán que montaba esta mañana, y que le hirió primeramente el segundo toro y luego el cuarto, valía lo menos veinticinco doblones. ¿Querría él perderle?

—No, que bien advertí cuánto sintió su pérdida, pero creo yo, y nadie por esto se ofenda, que se hubiera lucido más el desgraciado Carmona, si como se pensaba, hubiese venido á trabajar. El hombre propone y Dios dispone; respetemos sus altos juicios que son incomprensibles (1), (y todos se descubrieron). Los toros castellanos han dado, están dando y darán siempre grandes disgustos á los lidiadores; no son toros para jugarlos, por lo inciertos, abantos y traidores.

—Vamos, señores. ¿Y qué me dicen ustedes de Laureano Ortega? dijo uno de los picadores de la Real Maestranza, que formaba parte del corro más numeroso de los dos, pero que hasta entonces había permanecido silencioso y en cierto modo retraído, á causa de la presencia en él del señor Conde del Aguila, su principal jefe, que entonces pasó al otro grupo. ¿Han visto nunca reunidas la habilidad y la fuerza en otro hombre que ese? De estos se ven pocos, muy pocos. Picar ocho toros como los de esta tarde, bravos, duros y pesando el que menos ocho quintales, con un solo caballo, sacándole ileso, y sin haber caído más que una sola vez al suelo, y esto porque al retirarla de la suerte en el último toro, la jaca cayó de ancas derribándole, señores, eso es lo que no se ve. ¿Con qué poder detiene al toro con el brazo derecho! ¿Con qué destreza libra al caballo sacándole al mismo tiempo con la izquierda! No se ha visto cosa igual (2) y será difícil verla en lo sucesivo: no se hermanan tan fácilmente con la fuerza y el valor, la destreza y la inteligencia.

—Lo que yo advertí, dijo un reviejuelo de nariz tan larga como su estatura, es el buen quite que le hizo el sobresaliente *Curro* Herrera tendiendo el capote y sin moverse de su sitio, dando al toro salida larga, cuando Ortega puso la primer vara. Yo creo que fué antes de tiempo.

(1) Bartolomé Carmona, murió en Madrid el 9 de Julio de 1793, estando fuera de suerte y cuando se estaba matando al toro, el cual tomó al caballo por detrás y arrojándole con dicho picador con gran ímpetu, este cayó de cabeza y se desmenuzó.

(2) Por el espacio de tres años y por entre los azares de cien y cien corridas, se le vió sacar siempre salvo el caballo que montaba, que era una famosa jaca mosqueada, que la perdió al fin en la plaza de Cádiz. —(ESTÉBAN DE CALDERÓN (el Solitario): *Toros y ejercicios de la jineta*.)

(1) Era principio sentado como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la cincha á la reata, era azar no imputable al jinete, y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba cierta de su poca pericia y de su ningún arte. —(ESTÉBAN DE CALDERÓN.)

—Sí, señor; y el señor Joaquín lo reprendió encargando que esperase la ejecución completa de la suerte. Tampoco le gustó al maestro que *Pepe Illo* volviese dos veces al quinto sobre el caballo de Amisas, con el capote liado al brazo izquierdo, recortando sobre las cuartillas de la res.

—Pues yo digo que hizo bien *Illo*, porque así consiguió parar los pies algún tanto al toro, que siempre entraba levantado, y lucir su incomparable gracia y gallardía.

—Es verdad, y habría que aplaudirlo, si no fuera porque con los recortes y con los cinco pares de banderillas que luego pusieron Cristóbal Díaz y Manuel González, el toro llegó á la muerte sin facultades y no pudo recibirle ni aguantarle. Sin embargo aquel volapié en las tablas, tan ceñido y en completa rectitud, valió cualquier cosa. No hay toro difícil para él, y lo ha demostrado hoy al matar el primero, que estaba aculado á las tablas desde que le banderillaron *el Nona* y Manolo Vega. ¿Vieron ustedes cómo se fué á él sin vacilar, como le tendió la muleta á dos pasos de distancia, colocándose él frente á la cuna y perfilando el trazo en línea recta con la cadera izquierda? ¿Y cuando el toro arrancó, cómo le guiaba con la muleta, sin apresuramiento, empapándole siempre y llevándole al terreno de afuera, hasta que en aquellos tres pases en redondo, le hizo pararse y cuadrarse? ¿Y qué en corto le citó dos veces á pie quieto y al ver que no se venía, se fué á él rápidamente, sin perder tiempo, con un volapié, tardando casi menos tiempo en caer el animal como herido por un rayo, que el matador en salir recto pegado al anca derecha de la res? Hacen bien, al llamarle maestro, porque además de practicar y enseñar todas las suertes conocidas *tal y como están escritas*, en la que él ha inventado, demostró gran inteligencia y la ha transmitido á todos sus contemporáneos con reglas fijas y precisas, sin enmiendas ni *tranquillos*.

—Hombre de Dios, eso que se ha dado en llamar *tranquillos*, no los tienen más que toreros de ciento en boca, aprendices que nunca aprenden y que ganan de pueblo en pueblo un miserable sustento. Ningún estoqueador reconocido como buen torero, acude á buscar ardidés de mala ley para matar toros frente á frente.

—Quien se vió apurado, dijo el reviejuelo, en el cuarto toro, ha sido *Pepe Illo* al dar el primer pase; y ¿sabéis por qué fué la colada aquella? Pues nada más que por no tener presente que detrás de él, y á su derecha, estaba un caballo muerto,

al que había tomado el bicho querencia desde que le puso el último par Antonio de los Santos.

—Es verdad, ya lo advertí, y una curra de buena catadura que á mi vera se hallaba en el andamio, no pudo contener un grito, creyendo ya cogido al más salao de los toreros sevillanos. Pero ¡que si quieres! el mozo, parado y tranquilo, dió salida al animal facilitándole su viaje y *sin oponerse* á él, con aquel arriesgado y oportuno pase de pecho forzado, que tantos vítores le valió, y más de seis docenas de rosas y claveles que hasta aquel momento habían servido de adorno y compañía á las pequeñas orejas de otras tantas manolas y mozas de buen vivir. Cualquiera otro hubiera fiado á sus pies la salvación y no lo hubiese yo criticado ciertamente.

—No digáis disparates, exclamó el reviejuelo; ya sabéis que yo soy muy purista en todo, y no olvido, ni quiero que vosotros olvidéis, que *la honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos* (1). Con la muleta se puede siempre, ¿lo entondeis bien? siempre, guiar al toro donde se quiera, ó al menos quitársele de encima, tomando tiempo para verle llegar; y si por haber olvidado el torero por un momento los preceptos del arte se encuentra colocado en sitio donde la muleta puede serle menos útil, ármese prontamente, espere á la res y aguántela. Eso es lo decoroso para el que de torero se precie. ¡Correr huyendo! Sólo en el caso de no tener muleta, y aun pocas veces lo admito teniendo capote en las manos; pero vamos, para algo se ha hecho la barrera.

—Todo eso está bien dicho, señor; pero cuando un jarameño ó un jerezano del cura Quirós (2) quieren hacer alarde de correr bien y arrancan de lejos inciertos y levantados...

—Cuando sucede eso, lo mismo al jarameño que al toro de... San Lucas ¿estamos? le *espera* clavando en el suelo los talones el hombre que tiene *valor, serenidad y conocimiento exacto de su profesión*, y le mata si ve que entonces hay ocasión sin riesgo, ó le da salida con la muleta; porque á correr, muchas veces, muchas, gana el toro al hombre, pero contando éste con sus manos y no

(1) Esto repetía cerca de cuarenta años despues el gran Pedro Romero.—(*Lecciones en la escuela de tauromaquia*.)

(2) D. Marcelino Quirós fué el fundador en 1769 de la célebre ganadería que poseyeron después los señores Gallardo, hermanos, á principios de este siglo.

con sus piés, se encontrará más seguro y libre de cogidas, que el marido de la señá Marquesa que

dir el malicioso reviejuelo, como arrepentido de sus últimas palabras.

—A este señor, dijo entonces el Conde poniendo una mano sobre el hombro del reviejuelo, hay que quitársele el sombrero en materia de cuernos. Entiende más de lidia de toros que muchos toreros de fama, y si bien es como dice purista, sin permitir que las reglas siempre escritas y practi-

ticadas se alteren ni modifiquen en lo más mínimo, consiente y aplaude cuantas nuevas se inventan, bien definidas y bien ejecutadas constantemente del mismo modo; porque de no ser así, haciéndolas cada torero á su manera, degenerarian en corruptela, y sobre no conocerlas quien las inventó, podrían causar desgracias frecuentes. ¿No es eso, mi buen amigo?

—Así es, señor Conde, como quiero al matador...

ahí enfrente vive y en la Macarena duerme. Según dicen, que yo nada sé por mí, se apresuró á añá-





CAPITULO VI

CONTINUACION DEL ANTERIOR



esto llegaban de su curiosa conversación aquellos buenos aficionados, cuando vieron llegar por la calle arriba cuatro ó seis hombres con grandes castoreños y monteras andaluzas, pendiendo de sus hombros airosas capas de verano, y seguidos de una turba de chiquillos, pilletes y curiosos.

Eran aquellos hombres, ni más ni menos que los maestros *Costillares* y *Pepe Illo*, Antonio de los Santos, el *Nona* y Ortega el varilarguero, quienes al pasar cerca de los conocidos de la *Ninfa*, saludaron cortesmente, descubriéndose la cabeza y con las frases de rigor «Dios guarde á ustedes» y «á paz de Dios, cabayeros,» que fueron contestadas en coro. Impidiéndoles en cierto modo continuar su camino, aquellas gentes formaron círculo alrededor de los toreros, y tomando la palabra el Conde del Aguila les felicitó por el buen

resultado de la corrida, y por su habilidad ofreciéndoles un vaso de legítimo pajarete de Jerez.

Gloria, la *Ninfa*, que estaba atenta á cuanto allí se hablaba, dando su asentimiento ó negándole á cada una de las opiniones emitidas, preparó con singular presteza una limpia batea llena de estrechos vasos, y otra con platos de embutidos, aceitunas y embuchados, rodeados de pequeñas y tiernas roscas de pan candeal, que por sí misma salió á servir á los convidados.

De entre estos hubo uno que miró de alto á bajo á aquella buena moza, se entusiasmó mirándola, y después de cuatro palabras que nadie entendió, se quedó suspirando el principio de una *tirana* muy por lo bajo. El corro, en general, la requetó con un murmullo de frases halagüeñas, y el señor Joaquín Rodríguez, que ni un momento había dejado de atender al Conde, dijo:

—Señor Maestrante, no merecemos tanto... nosotros no hemos hecho más que cumplir nuestro



deber, que era el de agradar á la Real Maestranza y al público, de cuyo favor vivimos. A la Virgen del Rosario damos gracias por habernos concedido fortuna, y á todos los aficionados porque nos han tratado con mucha bondad.

—Bien merecen nuestros plácemes, que no han descansados ustedes un momento y se han esmerado mucho en su trabajo.

—Pero, señores, dijo *Pepe Ilo*, aparte de que no hay alegría que más entusiasme al hombre que la de oír muchos aplausos, porque estos denotan que da gusto á los circunstantes, ¿no tiene obligación el que cobra de trabajar cuanto pueda y sepa? Estaría bueno que no atendiese más que á salir del paso, haciendo lo preciso solamente y no lo debido. Con razón se diría que engañaba, quien tal hiciera, al público...

—También pudiera decirse, interrumpió el viejuelo, que el miedo tal vez le impedía arriesgar-se en la ejecución de una suerte.

—Ya lo creo, el que paga está autorizado para todo lo que no entorpezca el libre ejercicio en la plaza de nuestra profesión, y puede, respecto de nuestro trabajo, hacer las apreciaciones que quie-

ra, aunque sean equivocadas, replicó *Costillares*. Más y mejor conseguimos el cariño del pueblo demostrando deseos de complacerle constantemente, que ejecutando de tarde en tarde una buena suerte, y es que al público se le ofende defraudando sus esperanzas.

Vaciábanse entre tanto en los vasos y cañas, que no soltaban de la mano los allí reunidos, el rico tinto manchego en las jarras contenido, y el aromático manzanilla de Sanlúcar depositado en botellas, uno y otros servidos con profusión por Gloria, la *Ninfa*, su sirviente y algún agregado que, por evitar molestia á la única hembra que el convite presidía, tomaba con empeño el cargo de ayudar en aquella faena á moza de tanto rumbo.

Renovábanse á menudo los platos de aceitunas y empuñados. Al olor de aquel sitio y procurando ganancia, fueron llegando con sus mercancías algunos vendedores ambulantes, de aquellos que cuarenta años después ha dicho el inolvidable Larra, que ejercían industrias de comer que no dan para comer, y al lado del harapiento buñolero, veíase á la maliciosa vieja pregonando cañamones tostados, y á la niña de pocos años y menos carnes con su tabla de pestiños.

Reinaba allí completamente la alegría, pero sin escándalo ni gritos; brindábase por la salud del señor Conde que hacía el gasto, y por la de los toreros que tanto habían trabajado por satisfacer en aquel día, lo mismo por la mañana que por la tarde, la afición de los taurómacos, y ni las manos más allá de su alcance natural, ni las lenguas, á pesar del estímulo refrescante que á menudo les llegaba, moviéronse para otra cosa que para elogiar la generosidad del noble Conde, la habilidad de los diestros y la magnificencia de la corrida.

—¿Por qué *Nona*, decía un mozalvete que pertenecía al honrado gremio de obra prima, al poner banderillas al tercer toro, salió para cuarteear á la derecha, y para clavarlas se colocó cuadrando por la izquierda?

—No seas ignorante, compadre Crispín, y aprende á ver toros, contestó un mozo alto, seco y de ronca voz, que, según allí dijeron, era picador por la Real Maestranza de Ronda. El hombre salió por la derecha, como tú dices, pero el toro hizo lo mismo cortando el terreno, y como no es de buen torero pasarse sin clavar, sino en caso de grande apuro, *Nona*, que sabe mucho y tiene vergüenza, se cambió en el viaje rápidamente á la izquierda,

gracias á su fuerza de piernas y á su destreza, y puso aquel par limpio parándose fácilmente en la cuna. ¿No conoces, hombre, que de seguir su ruta primera se hubieran encontrado él y el toro, sin permitirle éste salida, porque no la había, y hubiera sufrido aquél sin remedio una terrible cogida?

—Es que éste entiende más de probar chapines á las buenas mozas que de suertes de torreo, y hasta que se case y amanse, anda trás de ellas como un abanto, haciéndose el bravucón y sin demostrar de sentido ni tanto así. Y metiéndose entre los dientes la uña del dedo pulgar derecho, la sacó fuera castañeteando.

—Pues que pare los piés; usted que es su hermano, hágale comprender que en su edad es muy fácil una cogida; que no se embroque ni encune, si le faltan piés y no sabe quebrar ó al menos recortar con limpieza. Mira que te lo dice con buena voluntad tu compadre Esteban, á quien los revolcones han hecho aprender mucho.

A las risas con que fué acogido este diálogo por las cuatro ó seis personas que formaban el grupo en aquel momento, siguió una ronda de rosolí en diminutas copas. La misma Gloria en persona las fué sirviendo por su cuenta, y como agasajo á sus parroquianos y amigos, de corro en corro, empezando por el del señor Conde y los maestros. Cuando llegó al segundo grupo, encontráronse sus hermosos ojos con los de Antonio de los Santos, que al ser por ella servido, díjola á media voz:

—Oiga usted, Gloria; por la de mi madre que me escuche con atención: Mañana nos vamos á Madrid; si antes de salir de la ciudad no veo en usted alguna demostración de que corresponde á mi cariño, no vuelvo á Sevilla nunca.

Palidieron un momento las frescas rosas de las mejillas de Gloria; pero pronto se repuso, y continuó sirviendo como si nada hubiera oído. Notaron, sin embargo, algunos, aunque pocos, que desde que Gloria volvió á sentarse en su habitual sitio, no levantó la vista, ni habló más palabras que las puramente indispensables para hacerse entender por su criado.

La animación seguía, hablándose en general del excelente ganado corrido aquel día, de la destreza de los toreros, de la habilidad de los picadores, del valor de *Pepe Ilo*, y de la inteligencia del señor Joaquín Rodríguez. Muchos elogios y pocas censuras se oían respecto de aquella corrida, y la alegría, lejos de decaer, iba en aumento entre aquellos aficionados, que recordaban con placer y entusiasmo los infinitos lances, las imprevistas peripecias á que da lugar la más soberbia de las fiestas inventadas hasta el día.

.....

Como si á todos aquellos hombres les hubiera movido un resorte, la conversación principal y las muchas particulares que allí sostenían, cesaron de repente.

En la torre de la catedral había sonado la primera campanada del toque de Ánimas. Todos rezaron devotamente la oración y cada cual rompió por uno ú otro lado con dirección á su respectivo hogar. Cinco minutos después la ronda del Asistente de Sevilla pasaba por la calle de la Cuna. Por solos dos minutos se libró de una multa Gloria la *Ninfa*, que acababa de cerrar la puerta de su casa y de apagar las luces de los cuatro mecheros del velón que pendía del techo de su taberna.





CAPITULO VII

LA DESPEDIDA



N la tarde siguiente al día en que se verificó la corrida de que hablan las páginas anteriores, hallábanse colocadas á la puerta del Mesón de la Solana cinco caballerías mayores, con arreos de camino, ni tan buenas que la atención cautivasen, ni tan malas que por escuálidas fuesen dignas de desprecio. Eran cinco mulas de paso, al parecer de buen andar, que estaban sujetas del bridaje por tres ó cuatro mozalbetes, á quienes rodeaban más de una docena de curiosos ó desocupados, que sin duda por las trazas de su impaciencia y por su afán de escudriñar lo que en el fondo de la casa había, esperaban la salida de los individuos que en aquellas habían de cabalgar.

No se hicieron estos esperar mucho, puesto que entre alegres cantares, dichos por unos y acompañados por otros, aparecieron diligentes cuatro ó

cinco jóvenes toreros de los que la víspera había aplaudido el pueblo entero de Sevilla, unos arreglando las monturas y estribos de las mulas, otros colocando alforjas en ellas, aquel apretando la mano á otro paisano, este abrazando á un niño, y el de más allá dirigiendo requiebros y reconvencciones á la moza del mesón, robusta muchacha de veinte años, capaz de levantar en peso, por sí sola, dos quintales ó más de cosa de poco bulto, que el mucho volumen no podría abarcarlo con sus cortos brazos, proporcionados á su pequeña estatura.

Allí todo era entrar y salir, subir y bajar, ir y venir de un lado á otro, no solo los toreros, sino la gente del Mesón, que con ellos se mezclaba ayudándoles en la faena de preparar la marcha y ofreciéndoles algún vaso de buena tintilla de Rota en cambio de no escasa propina.

Por el extremo de la calle y en derechura al

Mesón aparecieron, departiendo amablemente, los diestros sevillanos Joaquín Rodríguez *Costillares* y José Delgado *Illo*, acompañados de dos ó tres amigos, alguno de los cuales, por encontrarse más cerca de aquellos escuchó el siguiente dialogo:

—Maestro, á usted dejo encomendado mis dos pequeños hijos y mi María, á quien sabe bien cuánto quiero. En mi casa y en su poder quedan para lo que ocurra, durante mi ausencia, dos ó tres mil reales de vellón; pero si María le pide á

de buen porte, adiós, ya lo echan á parte mala y dan por hecho con malicia lo que no la tiene, ni nada de particular. No ha sido malo este año ¿eh, maestro? dijo variando la conversación: se van á acercar á cinco mil ducados los ganados por mí con aplauso en lo que va y en dos corridas que me faltan, si no me llaman en Noviembre para alguna otra: y aunque sabe usted que se gasta mucho en viajes y, vamos, en la vida y en las cosas que esta exige, María piensa comprar unos



usted dincro, déselo sin reparo y sin preguntarla para qué lo quiere, que ella es muy buena y económica y no lo malgastará. No tiene más defecto la pobre que siempre que voy á Madrid, llora y lo siente, y dice sin recatarse de ello, que mejor quiere mil ducados ganados por mí en cualquier plaza, que tres mil en la Corte.

—Alguna razón tendrá, ó al menos la sospechará, contestó sonriendo el señor Joaquín: dicen, Pepe, que la Condesa de B. y la Duquesa de A. se disputan tus requiebros, y si esto ha llegado á sus oídos... ya ves no tiene nada de particular.

—No haga usted caso de lo que las gentes digan, porque en cuanto ven hablar á un torero con a guna dama encopetada, ó con alguna maja

olivares, si se encuentran baratos, para que sean la base de fortuna para nuestros hijos, y entre tanto no nos lleva Dios, lo que nos proporcione el sustento para la vejez.

—Tienes una alhaja con María y no debes olvidarla un momento. ¿Llevas bastante dinero para el viaje?

—Sí, señor; he tomado de lo que me ha pagado hoy el señor Diputado de la Real Maestranza hasta unos veinte doblones de á cuatro, con lo cual me sobrará seguramente para los dos viajes; pero si por cualquier accidente necesitara al volver más dinero, tomaré del que me ha de abonar la Real Junta de Hospitales de Madrid lo que fuera preciso. No gano tanto como usted porque no valgo

tanto, pero por estoquear ocho toros me dan ocho onzas de oro, lo mismo que á Pedro Romero.

—Dios te dé buena fortuna en la lid, y quiera la Santísima Virgen de la Soledad protegerte y librarte de las astas de un bruto; pero oye un consejo. Tú eres buen profesor, sabes y quieres, y precisamente porque siempre quieres, te digo que no siempre te acompaña la calma necesaria. Por que celebren tu valor, te arrojas á las suertes sin meditar en las condiciones de los toros, y es preciso, hijo mío, que venciendo tu impetuosidad, no te salgas de las reglas del arte aunque vayas más despacio en la ejecución de las suertes. Mira que no somos niños, aunque yo tengo pocos más años que tú; que tienes mujer y dos hijos, que por lo pequeños, han de necesitarte todavía en el espacio de una docena de años.

—No me recuerde usted á mi Pepe ni á mi Antonio, que si mucho quiero á su madre, más los quiero á ellos; y si yo me acordase en el redondel de mis hijos, creo que haría lo que no he hecho nunca. Huír de los toros como un cobarde.

—No tanto, hombre. Sin embargo, primero es la vida de un padre de familia que los aplausos de la muchedumbre, no siempre entendida lo bastante para apreciar el mérito donde le hay.

—¿Y qué quiere usted si mi genio no permite otra cosa? ¿Si yo no quiero, así me cueste la vida, que me silben ni me echen gatos, perros, frutas ni porquerías? (1) ¿He podido hacer más que negarme á matar toros castellanos por lo revoltosos, huidos y de sentido que son en lo general? ¿Cuánto no se habló en contra mía cuando el señor Pedro Romero se prestó hace años á estoquearlos? (2).

—Hiciste bien entonces y pensé lo mismo que tú: pero eso no quita á lo que te he dicho. ¿Qué toros se correrán en Madrid, te han anunciado la ganadería?

—Sí, señor; manchegos de Gil de Flores y navarros de Zalduendo (3). Estos serán pequeños de cuerpo, pero seguramente bravos y de buenas condiciones.

—Pues te advierto que se revuelven con tanta prontitud como los castellanos: conque ya sabes

que el capote y la muleta matan más pronto á estos toros que el estoque. Ah, te encargo que al que no tome en regla, siquiera media docena de varas, le apliquen los chulos (1) lo menos cuatro pares de banderillas.

—Oye tú, Antonio, dijo *Castillares* al llegar al portal del Mesón, y dirigiéndose á uno de los toreros que allí había. A ver cómo te portas en los quites, que mucho vales para eso, y no te digo nada de tu maestro... porque ya me entiendes.

—Sr. Joaquín, se hará lo que se pueda, siempre con buena voluntad. Al pelo de la ropa no ha de tocar un toro á mi maestro, sin que á mí me la rasgue antes, lo que Dios no permita.

—Haces bien dejándolo á la voluntad de Dios, que contra ella nada podemos los hombres.

—¡Ea! ¡Chicos, á montar! dijo *Pepe Illo*. ¿Habéis colocado en las alforjas las vituallas que encargué? Ya veo en los borreles de las dos pelicanas, las dos botas repletas del tinto que nos regaló Gloria esta mañana. Bien hecho todo. Andando, andando y hasta la vuelta, de aquí á un mes. Tomad y bebed á nuestra salud, muchachos, y á los del Mesón les dió un peso fuerte: y dirigiéndose á *Castillares* díjole en voz baja y entrecortada: maestro, agradezco sus consejos y me acordaré de sus advertencias: acuérdesc usted de nosotros en sus oraciones y dé gracias de mi parte á los señores Maestranos, de quienes no he podido despedirme: hay poco tiempo, estamos á 6 y el 21 es la corrida: mi María y mis hijos, señor Joaquín, y le abrazó fuertemente.

—¡Dios os guíe! ¡Viaje próspero! ¡Buena fortuna! ¡Hasta la vuelta! Fueron las voces que de unos á otros se mezclaron; apretáronse las manos los que se iban con los que quedaban, picaron espuelas los montados, trotaron más que las mulas los dos espolistas que á pie habían de servirles todo el camino, y santiguándose devotamente púsose en marcha aquel tropel con dirección á la puerta de Carmona por el barrio de San Roque.

Al llegar á ésta miraron atrás como despidiéndose de sus familias, de sus casas y de sus amigos, aquellos cinco hombres que se llamaban Antonio de los Santos, Manuel Rodríguez *Nona*, Manuel de la Vega y el ya media espada Juan José de la

(1) Bandos de los Alcaldes de la Real Casa y Corte de S. M.—Septiembre de 1789,—prohibiendo estas demostraciones.

(2) Funciones reales de 1789 en las bodas de Carlos IV y María Luisa.

(3) La antigüedad de esta ganadería data del año 1750.

(1) En el siglo pasado y primeros años del presente llamábanse chulos todos los peones de lidia, á quienes hoy se conoce con los nombres de banderilleros y puntilleros.

Torre, que rodeaban al profesor *Pepe Illo* con cariñoso respeto.

Nadie reparó más que el primero en una mujer, que vestida con basquiña negra y casi tapado el rostro con rebocillo de terciopelo, estaba medio oculta en el quicio de una puerta inmediata. Cuan-

do pasaron de largo, acercó el pañuelo á sus ojos humedecidos, y saliendo de aquella puerta no perdió de vista la cabalgata en un gran rato. Era Gloria, la *Ninfa*, mujer legítima un año después de Antonio de los Santos, discípulo el más querido de *Pepe Illo*.







CAPÍTULO VIII

ANTEPROYECTOS



AN pasado noventa años.

La escena que vamos á referir ocurre en el despacho de un Jefe, de un Hermano mayor, de un Presidente, de un decano—como quieran llamarle mis lectores—de cierta Corporación respetable, como son todas, cuyos miembros en escaso número, tan pronto sentados como en pie, quietos ó andando, fuman, ríen y charlan unas veces en alta voz y otras tan en secreto, que lo que oye el individuo colocado al lado derecho del que habla moviendo apenas los labios, no puede oírlo el del izquierdo, aunque incline la cabeza en aquella dirección.

Dónde está situada la casa, y cuál es aquella Corporación, no debe decirse; porque sería exponerse á equivocaciones, designar una determinada que tal vez no fuera la que yo refiero, ó dejar de señalar la que realmente se ocupara del asunto que voy á relatar.

Por otro lado, ¿qué importa saber quiénes pueden ser los pecadores? Con saber el pecado, basta; y si no existen aquéllos ni éste, tanto mejor, que para entretenerse el lector lo mismo le da que los hechos pasen en un pueblo grande, como en uno pequeño, en una ciudad, que un villorrio.

Siendo así, querido lector, bueno es que sepas que aquellos Congregantes ó congregados lo habían sido para preparar el anteproyecto—como ahora dicen—de una corrida de toros, que á beneficio de la caridad de aquel pueblo se acostumbraba dar todos los años. Función que, como decía hace cerca de tres siglos el gran escritor Vicente Espinel (1), «ninguna nación sino la española ha ejercitado ni ejercita, porque todos tienen por excesiva temeridad atreverse á un animal tan fe-

(1) *Vida del escudero Marcos de Obregón*.—1616.

«roz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas y garrochones, y cuanto más lastimado tanto más furioso, que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como éste, y son animosos y atrevidos los españoles que, aun heridos del toro, se tornan al peligro tan manifesto, así peones como jinetes.»

El que hacía cabeza, como si dijéramos el Corregidor, tomó asiento y dijo en voz fuerte para que le oyeran y cesaran los cuchicheos:

—Señores, vamos á hablar de la corrida de toros que este año, como todos, ha de celebrarse

frade, ó Hermano de los allí reunidos, y se expresó poco más ó menos en los siguientes términos:

—Yo ya entiendo de esto, porque soy Congregante hace algunos años, y sé muy bien lo que debe llevarse á efecto para conseguir, al mismo tiempo que buenos ingresos, un día de distracción y alegría para nuestras familias.

—Eso, eso; repitieron en coro los demás asistentes.

—Pues bien, hay que comprar ocho toros de buenas ganaderías. Cuatro y cuatro, ¿eh? Siempre hay esperanza de más variedad, cierta competencia, y... para que no nos den gato por liebre, será necesario que dos individuos de nuestro seno sean comisionados y autorizados para tratar con los ganaderos de la adquisición del ganado.

—Sí, señor; que sean toros andaluces.

—Que sean navarros.

—Que sean de la tierra.

—¡Quita de ahí, hombre! Pues vaya un viaje largo. Al fin, el que salga para Andalucía puede pasar bien algunos días y ver algo; pero los alrededores de este pueblo, ¿qué distracción ofrecen?

—También costará más el viaje.

—¡Bah! ¡Qué cosa tan importante dices, amigo Caracalla! Propongo, señores, que el viaje se haga sin economizar gastos, que realmente no pueden ser muchos ni muy crecidos, porque se reducen á los que originen la manutención, dietas y gratificaciones que se vean obligados á hacer nuestros compañeros comisionados, además de tres ó cuatro dependientes, en ocho días, poco más ó menos, que puede durar el viaje. Y aunque los gastos sean algo crecidos relativamente, lo exige así el decoro de nuestra Corporación, que no ha de presentarse en ninguna parte

por sí, ni representada por sus individuos, ostentando pobreza...

—Pero, señores, interrumpió Caracalla, si la Corporación es pobre, si debe más que tiene y puede tener en diez años, y esto lo sabe todo el mundo, ¿á qué engañar y engañarnos?

—Pues decía, continuó el Congregante, sin hacer caso de su compañero, que aunque los gastos fueran algo crecidos, del producto en venta de los



para alivio de nuestros semejantes; que es delicada y comprometida la situación de nuestros fondos no hay que dudarlo; luego en lo que principalmente hemos de pensar, es en obtener mucha utilidad y ventaja. Conque, en este supuesto, á ver qué hacemos.

Tal fué el discurso inaugural del Hermano mayor, sin quitar punto ni coma.

Sin pedir la palabra, la tomó en seguida un Co-

billetes para la fiesta han de rebajarse, conque subiéndolo el precio de las localidades todavía hay ganancia.

—Pues más habría si no se hiciesen esos gastos inútiles. Sí, señor, inútiles. Los ganaderos, de un modo ó de otro, es decir, pidiéndoles toros desde aquí ó pidiéndoselos en su casa, lo mismo nos han de servir, lo cual no sucedería si entenderíamos algo de ganados: pero si aquí no hay ninguno que los haya visto en su vida. Si no veo en la Hermandad más que abogados, tenderos, sastres, y así, gente cortesana y no de campo, ¿qué hemos de entender de reses bravas ni de...

—Salió *este* ya con las suyas. ¡Hombre, aunque no hubiéramos visto toros en nuestra vida!

—Pues claro es. La mayoría de los que aquí estamos no los hemos visto hasta que entramos en la Cofradía. Tú mismo sabes bien que no has asistido á ninguna corrida, porque decías era un espectáculo muy bárbaro, lo cual no quita para que ahora que te dan billete de balde, dejes de asistir ni un día; y eso que hace ya dos años nos hicimos juntos socios de la Protectora de animales.

—Basta: no hay más que hablar. Todos menos nuestro cofrade Caracalla, estamos conformes con el nombramiento de la comisión: propongo, pues, que ésta la compongan los Hermanos Zapata y y el mismo Caracalla. ¿Estais todos conformes?

—Si ustedes se empeñan... y, encogiéndose de hombros, *calló* Caracalla.

—Pediremos, continuó el Congregante referido, á cualquier comerciante, unas moñas sencillas con plumas y florecitas y flecos que cuesten poco. De este modo nada tenemos que agradecer á la mujer del Alcalde, ni á las de los pudientes del pueblo, ¿eh?

—Mejor sería, dijo otro, que esas señoras u otras, nos regalaran las moñas, porque siempre son de más lujo y llaman gente si se ponen en un escaparate á la puerta de la casa nueva, junto á la plaza.

—Es que al ganado le causan más perjuicio de lo que parece, según he oído á un ganadero, que prohíbe siempre que á sus toros les pongan moñas.

—Pues no comprarle toros á ese ganadero, que no faltarán otros que las consientan. Yo quiero moñas de lujo, y banderillas con flores, y pajariños, y miriñaques, y... ¡Pues se reirá poco mi mujer cuando vea salir de la funda de una banderilla un miriñaque!

—Vaya, pues, aceptado. Moñas pedidas á las señoras principales del pueblo, y banderillas que cuesten á dos duros el par.

—¡Ave María! Por dos duros pueden presentarse una docena de pares mejores que las usadas el año pasado, porque en vez de cintas, que cuestan poco, tendrán plumas que cuestan más; en vez de cartoncitos y papelitos de colores, llevarán flores de mano, y...

—Cómo se conoce que eres del oficio, díjole en voz baja el individuo que á su lado estaba; y en voz más alta exclamó: Que se encargue el amigo Cartera de todo lo relativo al servicio de banderillas. ¿Les parece á ustedes?

—Conformes: y vamos á lo principal y más importante.

¿Qué espadas contrataremos?

—Eso no se pregunta; á *Sabandija* y á *Librador*.

—Ya. ¿Pero querrán venir? ¿No tendrán ajustes en otras plazas? Porque, señores, si no vienen los dos juntos, que será lo mejor, al menos uno de ellos, los precios de los billetes no pueden ser tan caros. ¿Conocéis vosotros á alguien que pueda ser para ellos buen empuño? Hay que traerlos, cuesten lo que cuesten, y es necesario hablar y comprometer á todas nuestras relaciones altas y bajas para conseguirlo.

—Conformes de toda conformidad.

—Otra cosa. El asentista del pueblo, á quien hemos arrendado la plaza, tiene obligación de facilitar de su cuenta, dependientes, cabestros, mulas, etc. ¿Le encargaremos que cuide mucho de presentarlo todo en el mejor estado de lucimiento?

—Oh, sí, en eso debemos de ser inexorables. Nada de contemplaciones. Tratemos ahora de otra cuestión.

—¡Ya sé cuál es; la de los billetes!

—¡Que se vendan todos!

—¡Que salgan á subasta!

—¡Que se hagan lotes!

—¡Que se repartan!

—¡Que se venda la mitad y la otra mitad que...

—¿Quereis callar? Así no nos entenderemos nunca. En este pueblo hay la maldita costumbre de dar al que compró un palco, por ejemplo, el año pasado, y el anterior, y el trasanterior, vamos, constantemente, de darle digo, la misma localidad, por su precio se entiende. Con esto nos causa más perjuicio del que á primera vista parece, porque como nosotros no hemos hecho lo mismo que aquéllos, ahora que queremos traer á nuestras familias y amigos y relaciones, siquiera porque nos

vean en palco de gran preferencia, no tenemos localidad decente de qué disponer.

—Ningún derecho tienen á ocupar siempre el mismo sitio; que vayan á los tablados si quieren.

—Y si no que no vayan.

—Primero somos nosotros; ¡no faltaba más!

—Pero dicen que la costumbre es ley, que hay muchos que llevan treinta ó cuarenta años de asistencia constante, y si ahora se les priva de esa ventaja, no querrán otro sitio y dejarán de asistir, lo cual en el pueblo haría muy mal efecto contra nosotros. Es posible que alguien creyera que nos quedábamos con los billetes, como si no fuésemos cada uno á pagar el importe de los que nos repartamos.

—Pues respetadles eso que llaman su derecho. Así como así, nuestro objeto es procurar que todas las localidades se vendan, y tomándolas ellos ya tenemos cobrada una gran parte del producto. Cargar bien los precios y que lo paguen caro, ya que lo quieren.

—Ni aun de ese modo deben dárseles los billetes. Ha habido alguno, que queriéndose comparar con nosotros y tratándose de igual á igual, me ha dicho que si él no tenía derecho escrito tenía la costumbre inmemorial á su favor, mientras que nosotros no podíamos presentar en nuestro apoyo ni el escrito ni la costumbre.

—A mí me ha dicho otro atrevido, que él y los que se hallan en igual caso, componen gran parte del cuerpo que con sus votos nos ha elegido, y que no siendo nosotros más que administradores de sus bienes, ellos son los que mandan y nosotros los que debemos hacer lo que ellos quieran, como siempre cumple el mandatario lo que el mandante le ordena.

—No hay que hacer caso de disparates. Buscaremos una fórmula para proponerla en sesión pública, y si no todo, sacaremos algo. ¿Qué os parece?

—Aprobado: pero conste que queremos llevar á las mujeres y á las niñas á ocupar buenos asientos; que yo me he gastado 1.000 pesetas en man-

tillas blancas, y no es cosa de que las luzcan en un tendido. ¡Estaría decente!

—Quedamos, pues, en que se hará un viajecito á cuenta de los productos, para adquirir ganado; que compraremos unas banderillas de lujo, también con el importe de los productos; que nos valdremos de estas ó de otras personas influyentes para *suplicar* á los primeros toreros que tomen parte en la corrida; que procuraremos, como mejor sea posible, quitar los billetes á quienes siempre los han tenido, para disfrutarlos los que nunca los tuvimos, por supuesto, pagando su importe, eso sí.

—Pero...

—Silencio. *Este* siempre ha de interrumpir.

—Pero, ¿qué necesidad tenemos de compromisos que se nos echarán encima en cuanto sepan que nos quedamos con los billetes?

—Basta, hombre, cállate. Si tú no quieres los que te correspondan, no faltará quien los tome y... tan contento.

—Se olvida una cosa importante, hasta cierto punto. Tengo entendido, dijo el Cofrade que había gastado cuatro mil reales en mantillas, que en años anteriores se ha obsequiado á todos los Congregantes, sus familias, amigos y conocidos con un refresco, ¿por qué no ha de suceder lo mismo este año?

—¿Y qué necesidad hay de ese gasto? El que quiera comer ó beber, que lo pague de su bolsillo: no parece sino que los fondos de la Hermandad son nuestros; y si al fin sobraran, pero tenemos más trampas...

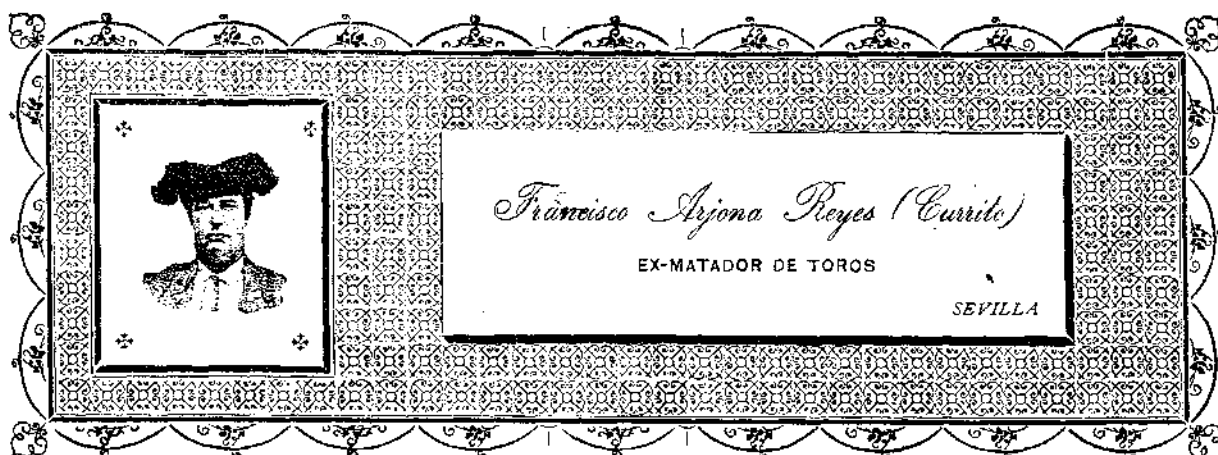
—Vaya, dijo el Corregidor, ó lo que fuera; de la cantidad que tengo para gastos, yo pagaré el refresco. Todo ello es nada; quinientos duros, poco más ó menos.

—Pero esos quinientos duros podían emplearse en alguna cosa útil...

—Los gasto en lo que me parece; ¿está usted, amigo mío? Habrá pasteles, emparedados, vinos y licores, dulces y helados. ¡No faltaba más!

—¡Bravo, bravo! exclamó la mayoría, y hubo quien añadió con enfático acento:

—¡Sigán usos y costumbres!



CAPÍTULO IX

LOS CONTRATOS



O se canse usted, señora, no puede entrar ahora, ni yo pasar recado. Lo ha prohibido el señor Hermano mayor, y yo no he de desobedecer su orden. Espere usted, tenga un poquito de paciencia.

—Pero no recuerda usted que soy la viuda del jefe anterior á éste?

—Sí, señora, aunque era de otro color; es decir, que el difunto era moderado, y ahora ya no hay moderados.

—Ni moderación tampoco; ni atención, ni urbanidad, ni...

—¡Buenos días! dijo á este tiempo, con voz ronca, un individuo que entró por la puerta de la casa en que esta escena ocurre, dando un gran golpazo á la mampara.

—Voy corriendo... dijo el portero, pase usted, y abrió con un llavín la segunda mampara, que

conducía á otras habitaciones, en las que entró aquel interesado.

—Diga usted: ¿quién es ese que ha entrado al despacho sin aviso previo?

—Es... yo diré á usted, yo no sé más que le llaman el *Vicioso*, y que es apoderado ó representante ó encargado del matador de toros *Sabandija*.

—Ya... es antes el vicioso que el virtuoso; está bien. ¡A que tiempos hemos llegado! ¡Qué vergüenza!... Y aquella señora, sin esperar á más y refunfuñando mucho, salió de la portería, roja la cara y encendidos los ojos de ira.

El *Vicioso* entró en un despacho elegantemente puesto. Mucho terciopelo, muchos adornos de oro, muchos relumbrones veíanse en todo aquel salón.

Nuestro hombre, grueso y coloradote como un



tudesco, con zamarra de pieles negras y zapatos blancos, saludó al jefe de aquel establecimiento, que al verle entrar se levantó, y después de darse la mano como dos buenos amigos y antiguos conocidos, arrellanóse cada uno en su butaca, sacó aquél un puro, pidió el suyo al jefe para encenderle, y limpiándose el sudor, montó una pierna sobre otra y dijo:

—Vamos á ver: ¿qué es lo que ustedes quieren?

—Que hemos pensado dar una corrida de toros para la Casa de Caridad del pueblo y contamos con *Sabandija*.

—Según y cómo. ¿Para cuándo piensan darla?

—Queríamos celebrarla el día 20.

—Que se les quite á ustedes eso de la cabeza. *Sabandija* tiene ajuste de otras plazas para ese día y para todos los que restan de mes, y para el 5 del próximo, y para el 8, y para el 17, 18 y 20, y...

—Basta, hombre, basta. Entonces daremos la corrida en día de trabajo. ¿Qué día le parece á usted?

—Pues mire usted, en jueves no puede porque siempre le pasa en el campo; si acaso el lunes, miércoles ó sábado, porque los martes y viernes no quiere trabajar, y hace bien, porque son aciagos. A mí se me murió un niño en viernes y me casé en martes, conque mire usted.

—Veamos el calendario. El 7 es domingo y no puede ser, porque no tenemos la plaza á nuestra disposición; el 8 dice usted que tiene ajuste; el 9, es martes; el 10, hay cabildeo de importancia; el 11, es jueves y día apropiado, pero como no quiere... el 12, tampoco por ser viernes. Vaya, pues la fijaremos para el sábado 13.

—Quítalo, de ningún modo. Conque le digo á usted que los martes y viernes son aciagos, y no se le ocurre que todavía es peor un día 13. Bonito número como hay Dios!

—Pues sea el 15.

—Sea enhorabuena; pero luego no se vuelvan ustedes atrás; y si se deciden ustedes, avísenme mañana mismo, porque tengo que escribirle con anticipación, no sea que admita otra contrata para ese día en otra parte.

—Bueno, descuide usted, se le avisará en cuanto hablemos con *Librador* á ver si quiere favorecerlos en ese día. Si no, no habrá más remedio que buscar otros matadores.

—Pero hasta ahora todo va bueno. ¿Y de cuartos?

—Amigo *Vicioso*, nos hace usted una ofensa que no comprendo. Nunca ha dejado de pagar la Corporación á los toreros, aunque haya faltado dinero para dar limosna á los pobres del pueblo.

—Si no es eso. Digo que cuánto va á ganar *Sabandija*.

—Lo que el año anterior; cuatro mil pesetas por matar dos toros. Se entiende, para él y su cuadrilla.

—Entiendo; pero eso no puede ser. Si á *Librador* se le da esa cantidad, hay que señalar á *Sabandija* lo menos 200 pesetas más. Si no, no trabaja.

—Hombre, mire usted que es para la Caridad el producto de la función.

—La caridad bien ordenada, principia. . Mire usted, lo mismo me dan cien pesetas que doscientas; cárguenlas ustedes á otra cuenta, por ejemplo á los refrescos, que dicen por ahí que van á dar, ó con el coste de banderillas, ó de caballos, y si no con lo que les parezca. Me es igual. ¿Conque usted me avisa lo más tarde mañana, verdad?

—Sí, señor. Memorias á *Sabandija*, y sabe que tiene en mí un amigo de quien puede disponer, etcétera.

—Gracias, gracias, y salió con el sombrero encasquetado.

No bien acababa de salir el *Vicioso*, entró en aquella habitación un Hermano del Cabildo, con visibles muestras de mal humor.

—¿Qué hay? dijo el Jefe.

—Nada; no se puede con ese hombre. Ni halagos, ni promesas, ni elogios ni compromisos de ninguna clase le vencen. Se ha empeñado en no trabajar en este pueblo, y se sale con la suya; en vano ha sido decirle que su sola aparición en el redondel había de entusiasmar y arrebatarse al público; que todo el Cabildo iría á rogarle á su casa, que pidiera cuantas localidades quisiera; nada, erre que erre, ha repetido resueltamente que no nos cansásemos, y que si se le molestaba más, se iría lejos de este pueblo. Le indiqué la posibilidad de un buen regalo, y esto le ofendió en extremo, hasta el punto de decir que él podía arrojar al muladar en un día más que lo que nosotros pudiéramos darle en un año.

—Amigo Zapata, ahí lo erraste; no es ese el flaco de *Librador*, hubiérasle hablado sólo de su gloria y de su fama, y tal vez...

—No, señor, que también he tocado ese registro y no le ha hecho mella. ¿Qué más? He hecho que le hablen la Duquesa de Hojafuerte, y el mismo Marqués de Matihuelos, á quienes respeta y quiere con delirio; y sabes lo que les ha dicho? Que le pidan cuanto tiene, que le exijan que no tome en sus manos el estoque durante un año, que le priven de ver á su familia otro tanto tiempo, pero que no le obliguen á decir que no puede acceder á sus deseos.

—¡Qué terquedad! Y nos era muy necesario. Razones tendra para pensar así ó serán manías suyas; pero lo cierto es que á la Corporación la perjudica. Encárgate de buscar otros que acompañen á *Sabandija*, y ya que no en calidad presentemos en cantidad gente que llame la atención.

—¡Hay tan poco para escoger! Te digo que cuesta más trabajo contratar las cuadrillas, que

obtener diez concesiones de ferrocarriles, con subvención y todo. Del ganado ya tengo hecho el contrato aunque sólo verbalmente: su dueña doña Agueda, nos dará cuatro toros de primera y cuatro de segunda, porque ni aun pagándola más precio, quiere ceder todos de aquella clase; dice los necesita para las corridas de Agosto de la ciudad de Concha; que los ocho se han de pagar al mismo precio; que sobre éste se la han de regalar seis onzas para alfileres; que será de nuestra cuenta, si se inutiliza algún toro desde el día del contrato, pagársele como ya vendido; que hemos de pagar también á los vaqueros los gastos de conducción y propinas; que si se encajonan para transportarlos por ferrocarril, á nuestro cargo va la operación; y que si vienen por el camino y causan algún destrozo, hemos de abonarle con los daños y perjuicios. Eso sí, nos permite escoger en sus dehesas los ocho toros de ambas clases. Mañana saldremos en tres carretelas y un factón, seis Hermanos de la Cofradía, el Secretario, el oficial López, dos escribientes y tres porteros; y tal vez nos acompañen Pepe el *Moñudo* y Roque el *Calesero*, que son aficionados que entienden mucho y nos pueden servir de algo. Ven con nosotros y pasaremos dos ó tres buenos días de campo.

—Imposible; me lo impiden los negocios, bien lo sabes.

—Es verdad; conque hasta la vuelta.

—Oye... como siempre se han de originar gastos en estos viajes, llévate 2.000 pesetas, ó lo que quieras. Dí á Bermúdez que te las dé, que ya tiene la orden.

Salió el Cofrade, sonó el timbre, y entró el portero.

—Que vayan á buscar al señor de Cabrero, el apoderado de *Pajarín*, y al señor Bello, el del matador *Mayoral*. Encargue usted, que si pueden, me hagan el favor de venir esta noche á primera hora, de doce á una, y si no mañana temprano, de dos á tres de la tarde.

—Está bien, señor.

—Y si viene alguien á verme, que no estoy.

—Bien; ya han estado los señores Vázquez, Lezameta y Conchillos, pero les dije quién estaba en el despacho y no han querido esperar.

—Han hecho bien, murmuró en voz baja el gran Cofrade, porque no hay un cuarto para pagarles.

.....
A poco más de las doce de la noche llegaron á la Sala de juntas de la Hermandad los apoderados de *Mayoral* y *Pajarín*, matadores de toros.

El del primero, joven, elegante, de simpático y agraciado rostro, y el del segundo, alto, blanco, rubio, de distinguido porte. Venían juntos y entraron sin detenerse en el salón que ya conocen nuestros lectores. Pocos minutos esperaron fumando, hasta que llegó el gran Cofrade, que después de los saludos de costumbre, les dijo en breves palabras que se había acordado de los matadores referidos, para que en unión de otro espada, trabajasen en la corrida que la Hermandad preparaba para el día 15, y que se sirviesen fijar las condiciones.

Ambos apoderados respondieron que éstas eran las mismas que en el último año; y replicando el Cofrade si no podrían rebajar algo el precio, contestó el señor Bello, apoderado de *Mayoral*:

—Agradezca usted, y agradezca la Congregación, que no suba el precio, porque se trata de una obra de caridad y porque el deseo del chico es trabajar, y trabajar mucho, para que conozcan su mérito.

Y el representante de *Pajarín*, con cierto desdén, manifestó que su ahijado hacía favor al tomar parte en la fiesta, desatendiendo tal vez otros compromisos.

—Bien, señores, no hay más que hablar; será lo que ustedes quieran; pero yo tendría gusto de de-

cir á mis compañeros que había obtenido ventajas que ellos no esperaban. En fin... yo me he acordado de ustedes antes...

Se sonrieron los dos jóvenes, y el de *Mayoral* dijo:

—Vamos, señor Rubio, entre nosotros puede decirse; ha venido usted á mí, porque el *Majo* no puede trabajar aquí en ese día, y *Rostrito* lleva más caro; si todo lo sabemos.

—Saben ustedes, amigos Cabrero y Bello, que soy suyo, y que se les avisará oportunamente.

—Adiós; y con cuatro cortesías de pura fórmula se despidieron, repitiendo dos ó tres veces la frase *adiós*.

—Gracias á él, que ya están concluidos todos los preparativos importantes, dijo, viéndose solo el Hermano mayor. Los demás detalles ya los arreglarán como puedan los compañeros; estoy harto de fiesta, de cartas de recomendación, de pedidos de billetes, de amigos que de ella me hablan, de personajes que me punzan, aludiendo á la función, de público que me pincha, de periodistas que están á la expectativa, de mi mujer, de los dependientes, y de todo y de todos.

Y se dejó caer en una butaca, tomándose la frente con las manos.





CAPÍTULO X

MURMURACIONES



Es un pueblo de mucho vecindario en el que pasan las escenas que voy á describir. Pueblo alegre como todos los de España, amigo de divertirse como pocos, que vive al día y que gasta en una semana lo que gana en un año. Pueblo rico é ilustrado, ó que al menos lo parece, donde no hay día durante el cual dejen de ocurrir muchas cosas buenas y malas; ocultas aquéllas y divulgadas éstas más de lo conveniente; donde no cesa la murmuración, se hace alarde del escándalo, y nunca está ociosa la lengua para relatar aventuras de damas trasnochadoras ó de galanes que usan mejor del don de la palabra que del de entendimiento. Pueblo bonachón y honrado en su mayoría, pero veleidoso é inconstante, como mujer coqueta; que con aparente fe y verdadera contrición asiste devoto á una función de iglesia, de igual modo que injuria y maltrata á los apóstoles

de su religión, si es que tiene alguna; que llora con el desgraciado y le socorre con generosidad, ayudándole y protegiéndole, al mismo tiempo que sin darse de ello cuenta, causa la desgracia de otro ú otros. Pueblo, en fin, que, cual río revuelto, lleva en su seno tesoros, inmundicias, productos de la virtud y del vicio, gérmenes del bien y del mal, mezclándose y confundiéndose loca y precipitadamente, subiendo con ligereza, bajando con pesadez, y siempre, siempre en eterno movimiento, sin quedar cosa alguna de las que arrastra en el fondo de su cauce.

¿A qué he de decir el nombre de este dichoso pueblo? Con figurarse cada uno de mis lectores que es el de su vecindad, es muy posible que acierten. Todos los pueblos se parecen entre sí.

En el que he indicado, andaba la gente novelera muy solícita y soliviantada, tres días antes del

en que pasan los sucesos de este capítulo, con motivo de haberse anunciado en grandes cartelones, fijos en los principales puntos de la villa, una gran corrida de toros extraordinaria á beneficio de las Casas de Caridad, ó Asilos de Necesitados, que en esto no ando muy seguro. Las fondas, restaurantes, cafés, cervecerías, *colmados*, tabernas y todos los demás establecimientos públicos, en que se hacían frases y á todas horas había tertulia, eran de ver llenos de gente que hablaba, cuestionaba, disputaba, y hasta insultaba á la que contestaba, distinguía, respondía, y en tono alegre y zumbón unas veces y otras con marcadas señales de enojo, agriaba la conversación ó la tornaba en chistoso y punzante diálogo en que alguno iba perdiendo.

A la puerta de una de las más afamadas cervecerías, sostenía animada discusión hasta cerca de una docena de hombres, jóvenes en su mayor parte, puesto que sólo dos ó tres demostraban en el color del pelo que su otoño era llegado. Como no se recataban de hablar casi á voces, no pare-

cerá imprudente trasladar aquí lo que decían, poco más ó menos; y con la venia de mis lectores, así lo haré, si bien suprimiendo algunas palabras, y aun frases, que podrían lastimar, más que sus oídos, los ánimos de otras personas.

—Desengáñate, Pepe; el cartel no puede satisfacer á ningún aficionado. Nos ponen cuatro espadas, ¡pero qué espadas! Si quitas á *Sabandija*, los demás son de lo peorcito en el arte, y lo mismo sucede con los picadores. Es verdad que son de los de poco dinero, como decía el de los garbanzos de marras, chiquititos, pero duros; parece mentira que la Cofradía se haya atrevido á fijar á las localidades unos precios tan exorbitantes.

—Pero amigo López, el que no quiera pagar esos precios, que no compre billete; así como así deseando están los cofrades que les dejen muchos los abonados, para poder satisfacer los compromisos que tienen.

—Compromisos tienen porque los quieren y se los buscan, dijo un tercero. Si no se guardaran ni un billete, y el público lo supiera, nadie iría y pedirselos. Cuando ellos lo hacen, cuenta les tendrá; y no digo esto porque les reporte utilidad, no; si no porque tal vez de ese modo pueden congraciarse y adular á personas de su agrado, á quienes algún día necesiten. ¡Ah! Si quien puede exigiera que todos los billetes fueran al despacho, no habría compromisos, ni quejas, ni nada.

—Déjate, hombre, que todo se andará.

—Oiga usted, López: —dice otro, —ha dicho usted antes que los espadas anunciados son de lo peorcito en el arte, y me va á permitir le pregunte, ¿qué es lo mejorcito?

—No se enfade usted, que no tengo empeño en llamar bueno á nadie.

—Bien, pero es que no dice usted que son buenos, es que dice que son malos; y si es eso aludiendo á *Mayoral*, yo le contesto que no le hay mejor que él como matador, ni como torero, ni como hombre, ni como caballero, ni...

—Tampoco le contradigo á us-



ted. Eso va en gustos; es cuestión de apreciación, de simpatía.

—Tiene razón López, y no hay por qué incomodarse. A tí te gusta *Mayoral*; á Pepe le parece mejor *Sabandija*; á Fulano, *Librador*; á Zutano, el *Majo*, y así los demás. Pero interiormente ya sabes tú y sabemos todos cuál es el mejor torero y cuál es el mejor espada,

—Bueno. ¿Y cómo explicas que hayan contratado á *Pajarín*, y no se hayan acordado de Serafin?

—Eso va en simpatías; tan bueno es uno como otro en su categoría.

—Yo os lo explicaré. Haced corro y secreto, ¿eh?

—¡Secreto! Venga pronto. Salga la bomba...
¡¡Chist!!!

—La madre de la... niña que se lleva hoy las

atenciones de *Pajarín*, era en sus tiempos amiga íntima, muy amiga, como que vivían juntas en una misma casa, y pasaban muchos ratos sentadas á la reja de la calle tomando el fresco en el cuarto que habitaban, de...

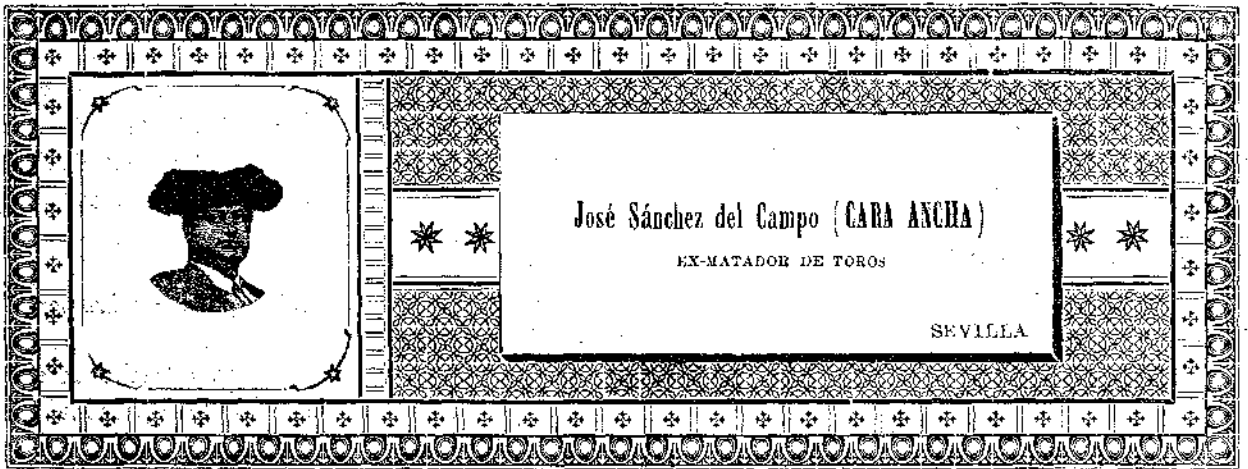
—¿De quién, despacha?

—De la Marcela; ¿no sabéis quién es? La persona más allegada á...

—¿A quién? ¿A quién?—Y como estrecharon el corro, yo no pude oír el nombre de la persona á quien se refería aquel murmurador.

Si no estuviera persuadido de que en este pueblo no hay honra segura, aquel maldiciente me hubiera convencido de ello. Es verdad que cuando los de abajo gritan: ¡Qué dirán! contestan los de arriba: ¿Qué se me da á mí?





CAPITULO XI

¡Á LOS TOROS!



LEGÓ el día de la función.

La ciudad, desde antes de medio día, presentaba un aspecto animadísimo. Las gentes se preguntaban unas á otras: ¿Vas á los toros? ¿Con quién vas? ¿Qué asiento tienes? ¿Qué noticias hay del ganado? Y otras frases iguales ó parecidas se repetían cada tres pasos en todos los sitios del pueblo más feliz de la tierra en aquel día.

Difícil es para mí describir con verdad el bullicioso aparato de una población en día de toros; conozco, sin embargo, que debo manifestar al lector, cómo es y cómo celebra cualquier villa en España su fiesta más querida, pero ante los magníficos relatos que otros han hecho, ha de ser pálido cuanto yo diga, y más de pálido, atrevido. He creído, por lo tanto, conveniente ceñir mi narración á la exposición de un pequeño y mal pintado cuadro de costumbres populares, con el cual, si bien

no puede formarse completa idea de lo que debiera ser, cumplo como sé y como puedo. El lector, aunque vea en el lienzo el tono de una capital de primer orden, puede acomodarle al del pueblo de España que mejor le parezca, sin temor de encontrar gran diferencia, que en todas partes hay los mismos tipos que yo bosquejo ligeramente, y en todos los pueblos pasan y suceden las mismas cosas.

Allá va, pues.

.....
—Manuela, sácame la chaqueta de astrakán y la camisa bordá, que hoy torea el *Andaluz* y se corren ocho jarameños, y va á haber carne, como decimos los aficionados de veras.

—¡Pacol! ¿Conque hay toros y no me yevas? ¡Anda, ingrátón!

—Pero, mujer, si vamos cuatro amigos, y ya ves, una hembra no está bien entre tanto hombre

á más de que yevamos merienda y tocamos á medio duro, y no está bien que por dos motas y media disfrutemos dos personas del avío.

—Toma otro medio duro y alzando... ¡Vaya un reparo!... ¿No va Miguel contigo, como siempre? Pues bien, pué yevar á Nicolasa, y...

—Te digo que no... que no hemos pensao en mujeres... ni en...

—Mira, Paco, tengamos la fiesta en paz, y no hagas que me atufe; yo voy á los toros porque sí, y porque me da la rial gana. Si do quieres que vaya contigo, no me faltará con quién... que veintinueve años tengo, y la hija de mi madre no se ha quedao entoavía sin sastifacer un capricho...

—Manuela...

—Paco, no es denguna cosa enlícita y que esté prohibía lo que yo quiero. ¿No vas tú á los toros? Pues yo también, hijo mío, que en un día nos casamos. Y va á ir también mi Pepito, que pá eso le ha compra su madre la chaqueta de terciopelo y el calañés y el traje completo. ¡Hijo de mi alma! Si no se pone hoy el vestío de chulo, ¿pá cuándo es?

—Ya me has pillao, endina; que tienes más pesqui que un catredático. Mía cómo has sacao á relucir el chico; porque sabes que no le niego ná y le quiero con toa mi vida. Anda, yámale y aviaros, que voy á ver al señor Doblao, el almacenista, pá que su yerno traiga dos billetes, cuesten lo que cuesten.

—¡Bien por mi Paco y por sus humos! Dende la Fuentecilla á la Florida no hay otro que quiera más á su mujer y á su hijo; ni naide quiere más á naide, que la Manuela y su hijo á Paco el Ribereño.

Salió Paco de la casa en que esta escena ocurría, un domingo de Junio, y empezó Manuela á gritar desde la puerta:

—¡Pepito! ¡Pepe! ¡Corre, ven corriendo, que te voy á yevar á los toros!

—¡Allá voy!—contestó una voz infantil desde el patio de la casa, al mismo tiempo que dos vecinas de los cuartos bajos salieron de sus habitaciones, diciendo la más anciana, que frisaba en los cincuenta:

—¡Malegro, mujer! ¿Y con quién

vas, con tu marío ó con las señoringas de enfrente?

—Con mi marío y con mi hijo, y con la Nicolasa y el suyo, y qué sé yo quién más.

—Lo decía, porque como te ajuntas tanto con esas señoras que no tienen padre, ni hermano, ni hombre denguno en su casa, y son tan amigas de divertirse, sin que sepamos de dónde sacan el dinero pá ello...

—Ni nos importa, señá Inacia; ¡qué afán de meterse en vidas ajenas! Eyas no dan que hablar, son parroquianas de mi Paco y pagan puntuales. ¿Qué motivo dan pá que se las critique?

—Como yevan tanto gorro, y tanto lazo, y tanto abanico de á vara, y tóo eso cuesta el dinero; en fin, á mí no me gusta meterme en lo que cada uno hace; allá su alma en su almarío; como usté dice: ¿qué nos importa? Y diga usté, Manuela, ¿y va usté á ponerse el mantón de Manila? Miste que hace mucho calor y sofoca.

—No lo crea usté, señá Isidra: á más, que me le compré pá los toros y pá ir á la praera, vamos, y pá un día que una se viste.



¿Pero vienes, Pepito? Anda, hijo, que te voy á vestir con el calañés y la chaqueta de terciopelo. Diquiá luego.

—¡Anda con Dios y date prisa, mujer, que luego se hace tarde!—contestó la señá Inacia, guiñando el ojo á otra convecina, á la que hizo entrar en su habitación tomándola del brazo.

Antes de media hora, volvía Paco con otros amigos y dos amigas, vestidos de día de fiesta. Las últimas, desde el pie de la escalera, empezaron á gritar:

—¡Manuelal! ¿Estás ya? ¿Que es tarde! ¡Date prisa, que son cerca de las tres!

—¡Hola! Güenas tardes; ¡cómo se conocen los aficionaos verdaeros! Yo ya estoy aviá; no me falta más que ponerme las botas claras y echarme el mantón, pero estoy lavando al chico, ¡que es más arrastrao!... Mientras, aviate tú, dijo á su marido,— y vosotras asentaros... ¡Chica, qué arracás traes! No te las he visto hasta ahora.

—Se las he tomao á la Matea, la fiadora, en cuarenta duros, á pagar uno cá semana. ¿Te gustan?

—Sí, son bonitas; pero son mejores los brillantes de mis broquelillos, y me yevó el señor Doblao más barato por eyos. ¿Cuánto costaron, Paco? ¡Paco! ¡Paco! ¿Que cuánto costaron mis broquelillos?

—¿Qué sé yo, mujer? No me acuerdo. Dos onzas me parece. Ahora lo dirá el señor Doblao, que nos espera pá venir con nosotrós á los toros.

—Mejor me quedaba sin náa, que comprar náa á ese hombre. ¡Jesús, chical! ¡No he visto hombre más chamarilero! Lo mismo vende aceite y garbanzos, que compra alhajas y relojes perdíos; y ajusta en el puente un carro de trigo ú dos ó más, cuando está de servicio Tibulcio, su sobrino, que no sé por qué le llaman Fiel... de puertas, como baja al mercao el jueves, y si no le largan por bajo cuerda algo que se cuente, es capaz de hacer mal tercio al lucero del alba.

—Ya ves, Colasa, el hombre se *vandea* así; y naide tié que hablar de él, porque dicen que hace muchos favores. A mí ni á mi marío, en buena hora lo diga, ninguno nos ha hecho...

—Manuela, vamos, yo ya estoy, ¿Y Pepito? También, mírale que paece un sol.

Y el chiquitín, vestido de pantalón negro ajustado, chaqueta de terciopelo color de guinda, camisa blanca como el ampo de la nieve, faja de seda de mil colores y bota de charol como los hombres, pasa de mano en mano entre los concu-

rrentes, que le besan y elogian y toman en brazos con marcadas señales de cariño.

—Vaya, señores, aquí náa se nos ha perdío: á la caye, que es tarde y andando. Tú, Manuela, echa la yave y ahora la dejaré en casa del señor Doblao, al paso.

—Señá Inacia: si no sale usted hoy, hágame el favor de echar un ojo á la puerta, y eso que aquí no hay cuidiao, ya lo sé.

—Vayan sin cuidiao, que ni yo ni la Isidra salimos hoy.—Oye, Manuela—callandito—¿sabes que las señoras, pues, las de ahí en frente, van también á los toros?

—¿Y qué tié eso de particular pá tanto misterio?

—Eso digo yo. Son libres y cá uno dispone como le da la gana de su dinero... ó del de cualquier vecino que se escurra. A mí no me la dan; las he seguí y en la plazuela de San Diego se han metío en un simón... vamos, yo no digo nada, pero...

—Bien, bien, hasta luego, señá Isidra.

—Mira, espera, mujer: ¿sabes quién ha pagao el coche y le ha ajustao...—aunque no tiene nada de particular?—El Sr. Doblao el tendero, pero no lo digas á naide que no quiero que por mí pierda naide, ni me gusta meterme en lo que no me importa, ni esto quiero que lo sepan más de cuatro amigas calladas ni...

—Más callao está entre tóos. Abur, abur, que tóos se han adelantao.

Y unos tras de otros, Paco el Ribereño con su hijo de la mano y Miguel su compañero al lado, Luis y Nicolasa y su hermana la Paquita, joven morena, dedicada al oficio de guarnecedora y novia de Luis, Perico el asentador, que lleva al hombro colgada de un palo una bota henchida, y no de agua ni de aire; su hijo, mozo de quince años, con un pañuelo en la mano envolviendo vituallas, y la Manuela, que antes de llegar á la plaza de San Diego se unió á sus amigas, todos alegres y contentos, con paso algún tanto ligero y hablando á voces y riendo á carcajadas, vieron á la puerta de su casa al Sr. Doblado, hombre coloradote, rechoncho, de cara alegre y afeitada en totalidad, que con su pantalón y americana de cuadros muy marcados y sombrero redondo de paja, esperaba á sus vecinos del barrio con aire satisfecho.

—Mucho os habéis retrasado, caramba, dijo Doblado; si tardais otros diez minutos me marchó sin esperaros.

—Ya, dijo Manuela; á usted le hubiera convenido más ir en coche simón, aunque fuera apre-

tadito, si iban otras personas en él; y ha podido usted ir sin reparo, que con nosotros está cumplido, y un hombre viudo es libre...

—No la entiendo á usted, replicó Doblado encogiéndose de hombros y coloreándose las mejillas: pero en seguida dirigiéndose á Paco dijo: chico, he visto el ganado que es de lo mejor que se presenta. A tener un año más, habría que sentir. Hay tres berrendos, un jabonero y dos cárdenos.

—Pues sin verlos, pongo por el jabonero.

—Bueno es; pero mira que hay un cárdeno que no sale mejor al redondel en cuanto á buen trapío. Oyes, Luis. ¿te acuerdas de aquel cárdeno de Moruve, que el año pasado dió tanto que hacer á *Rostrilo* en la muerte? pues igual. Luis, ¿oyes lo que te digo?

—¡Échale un galgo! déjale, hombre, ¿no ves que va de palique con la Paca y cuando los hombres se anelonan ni ven, ni oyen, ni entienden?

—Verdad es, pero Luis sabe de toros y los ve con afición. Bien se puede asegurar, que aunque tenga la novia al lado, él no perderá suerte ni se distraerá.

—Como que en los toros, interrumpió Miguel, nadie piensa más que en la lidia y en divertirse. Lo demás queda pá luego fuera de allí.

—¡Y que no va gente en gracia de Dios á la corria de esta tarde! dijo Manuela. Mira, Colasa, qué guapas son aquellas que yevan mantiyas blancas en carretela abierta; pues temprano la han tomao. ¡Si falta todavía una hora!

—¡Toma, si son las hijas del Cabildero Pantojal! No necesitaban madrugar porque tienen palco, pero querrán que las vean, y lucirse, y ver si enganchan...

—Pero, Pepito, hijóoo... ¿Quieres pararte? ¿no ves que te sofocas? Si anda este chico el camino dos ó tres veces como los perros. ¿Y la Paquita? ¡Ah! ya caigo, va adelantáa... como que la acompaña Luis y se conoce que ahora no piensan en embestidas, ni en cuernos, sino en jabones y melares, pero mejor es eso y más puesto en razón á los ojos de Dios y del mundo, que lo que hace uno que yo sé y no va lejos... que con capa de santidad se arregla con no sé cuál de las vecinas de enfrente de casa.

—¿Cuálás dices?

—Pué que el Sr. Doblao las conozga. Son las mosquitas muertas de frente á casa, las de luto, aqueyas que dicen si son huérfanas de un brigadiel.

—Toas esas son *brigadielas*, Manuela. Ya decía yo, tener buen porte y sin trabajar, de alguna

parte habían de salir las misas. ¿No le parece á usted, señor Paco?

—Lo que me parece es que tenéis las mujeres la lengua muy larga; y tú ¿á qué cuentas lo que no sabes de cierto?

—Hombre, de cierto no; pero como si lo viera. ¿Usted sabe algo, Sr. Doblao?

—Yo, no; respondió éste apretando el paso.

—Pues, miste: yo sé que vienen en coche á los toros, y quién le ha pagao... y... adiós con mil de á cabayo. Si lo dije... ¡Corre, hombre, levanta á Pepito que se ha caído! ¡Qué calma tienes! Ven á acá, hijo, ¿te has hecho daño? Límpiase el polvo y no le regañes; ¡vaya! Sr. Doblao, parece que deja usted atrás á las mujeres, y eso que está usted gordo. ¿Hay algo que ver en las gradas antes de que empiece la corria? ¡Hola, hola! ¿Has visto, Colasa, en esa berlina que ha pasao, á la Antofita, la hija del sacristán de la Virgen?

—No. ¿Con quién va?

—Con su padre, mujer, con su padre. Eres más maliciosa que yo, que es cuanto se pué decir. Lo que no sé yo, cómo puede sostenerla con ese lujo, ¿verdá, Miguel?

—La cera chorrea mucho, hija; y en ese oficio lo mismo se gana con las bodas y bautizos que con los entierros. ¡Paco, vaya un caballo el tordo ese! ¡Qué andar! ¡Qué pecho! ¡Qué remos! Toda mi vida trabajando y no he podido comprar un mal jaco, que es mi pasión.

—Te hubieras dedicao á prestamista, como es el que le monta, y en seis meses... Arrea, valiente, á esa, á esa, á la molhina... ¡no alcanza ese ómnibus de ocho cabayos á la jardinera, aunque revienten, y eso que van picaos.

—Claro, como que aquel paece el arca de Noé, con más habitantes que había en Babilonia. Manuela, ¿no te entusiasma este gentío? A mí me hace cosquillas el pecho, y me da frío por la espalda y alegría en el corazón, ver tanto coche, tanto cabayo, tanta gente, tantas voces y tanta animación.

—¡Ya lo creo! Esto no lo hay en er mundo, Colasa, más que en España, que es la antesala de la Gloria celestial. ¿Has visto qué poco le ha faltao al tranvía pa atropellar el cochecito de aquella elegantona? ¡Y qué guapa es!

—Pero ya es jamona y tóo lo que yeva de seguro que es postizo.

—Bueno, pero eso no quita pa que sea guapa.

—No quita, pero da. ¿Quié usted alvellanas, señor Doblao, ó melocotones? ¿Qué dice, que están

pasaos? Más pasáas están otras, y hacen tilín, y pasan... tenga usted cuidiao.

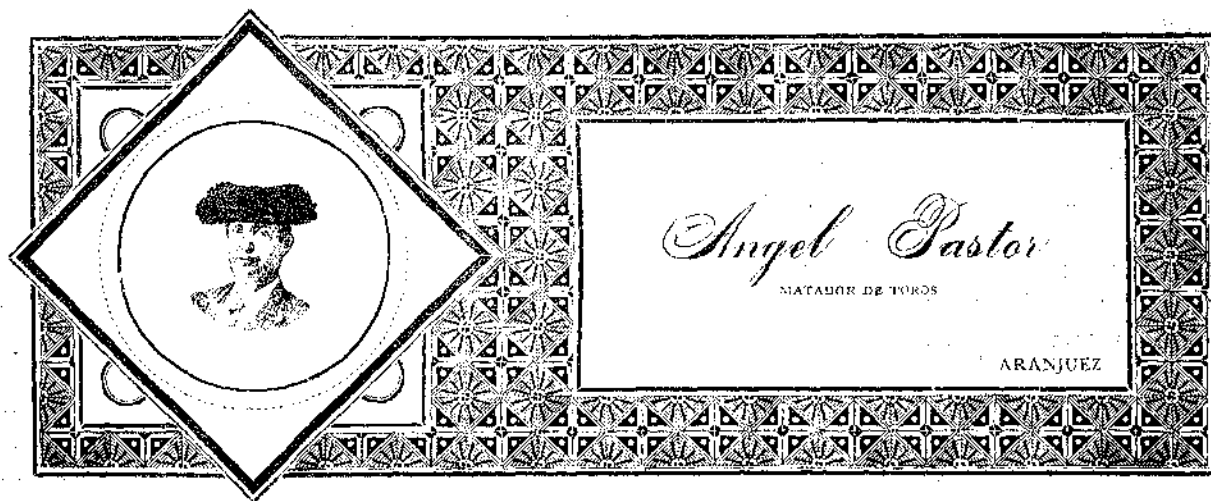
Y así diciendo, con parecidas frases, siempre entrecortadas y nunca revistiendo carácter de formal conversación, los vecinos á quienes hemos intentado bosquejar, y como ellos otros amigos, estudiantes, otras familias de clase de más tono, horteras, jornaleros, empleados públicos y particulares, militares de todas graduaciones, llegan á pie frente al magnífico circo taurino, al mismo tiempo que mil coches, ómnibus, tartanas y otros vehí-

culos de más ó menos lujo, conduciendo gente de todas las clases sociales, altas, bajas, elegantes, cursis, finas, ordinarias, pero todas alegres como nunca, sin penas ni malos recuerdos, con grandes esperanzas de divertirse y sin pensar en otra cosa que en presenciar, admirar y entusiasmarse con su fiesta favorita.

¡Dichoso espectáculo que de tal manera conmueve los corazones de todo un pueblo!

¿Qué sucedió en la plaza? ¿Cómo fué la corrida?





CAPITULO XII

CRÍTICAS Y COMENTARIOS

LAS anteriores son seguramente preguntas que el lector me dirige al llegar aquí, amotazado porque no le proporciono una revista de toros, y no tiene en cuenta que es imposible relatar los hechos acaecidos, aunque sea sin comentarios, tales y como son. Me he explicado mal; no como son ó han sucedido, sino como cada uno de los espectadores los ha visto y apreciado. Toro huído hasta de su sombra, gusta mucho á alguno porque salta la barrera muchas veces; horrorosa desgarradura hecha por un picador en las costillas del toro, tiénese por alguien como muestra de fuerza y destreza; y golletazo ignominioso por evidente señal de inteligencia.

Y no es lo peor eso. Peor es que el amigo ó aficionado que tiene la debilidad de entrar con otro en conversación, allí mismo, á la vista de los sucesos y de las suertes, de que no aparta la mi-

rada, se ve desmentido y contradicho por su *ad latera*, hasta el punto de que hay momentos en que duda si el traje del matador es blanco, cuando creyó que era encarnado, ó si va á pie el picador, al que le parece ver montado.

No; no quiero que un lector suponga en mí pasión por un torero, y que otro lector crea que digo poco en su favor; que uno afirme que me he ido muy allá y otro que me he quedado corto; ni que haya lectora que eche de menos el relato de la gracia y sal conque el banderillero puso un par á la atmósfera, cuando ella asegura le plantó en los mismos rubios.

Para evitar estos inconvenientes, conduciré al lector, como llevándole por la mano, á varios círculos de aficionados, donde escuche las encontradas opiniones que cada uno sustente acerca de la corrida verificada; escoja después el juicio, que

más le agrade y así quedará contento, que este es mi deseo, y no el de que truene contra mis apreciaciones.

He limitado mi papel en este libro al de mero cronista. No referí en la primera parte, como testigo ocular, lo que fué la lidia hace noventa años, y tampoco la referiré ahora. Haré lo que antes hice, y mis lectores comparen.

EN LA PUERTA DEL CAFÉ REAL

—Mira, Manolo, si á mí me toca banderillear al primer toro, no hago lo que *Pinilla*; vamos, que no lo hago.

—Pero, ¿qué ha hecho *Pinilla*? ¿Qué hubieras tú hecho?

—Nada, hombre, nada; con un toro receloso, que se quedaba, irse hasta la cabeza andando, exponiéndose á una cogida segura; quíá, hombre, quíá.

—Toma, pues yéndose en corto le consintió y resultó un gran par.

—Por casualidad. ¿Y si le hubiera resultado á él un volteo con hijuelas? Llevo más de veinte años de banderillero y nunca he hecho esas paripérfas de esperar, sesgar, quebrar, ni ir andando á la cara de los toros, porque eso sale á la cara de los hombres tarde ó temprano, y primero soy yo que el público. Que no me aplauden, que no me aplaudan, ¿y qué? Coja yo la *guita* y lo demás es cuento.

—Haces bien, y mejor harías si te ocupases sólo en tu oficio, sin exponerte á una cogida.

—Hombre, en mi oficio se gana poco y hay que sujetarse, y yo tengo malas pulgas para aguantar á los maestros. Con lo que gana la *Paca* y con media docena de corridas que me den en verano y otras tantas en invierno, vivo bien y tengo un duro, y el día que no le hay, tan contento, algún amigo le tendrá. ¿Verdad, Pareja?

—Que tienes razón. A mí me dicen también: tiene usted la culpa, señor Pareja, de no estar en una cuadrilla de las que trabajan muchas corridas, porque no va usted á la suerte precipitado, ni entra por derecho, y saca mucho palo, y... calla por Dios, que si fuera uno á hacer caso, tenía que andar á palos todos los días.

—¿Y qué os ha parecido la corrida de hoy, vosotros que lo entendéis?

—Regular; ha habido cosas buenas, ha habido cosas malas; en fin, regular.

—¿Y qué ha sido lo de Bertoldo? El porrazo fué tremendo, y yo creí que había quedado en el sitio, porque á la enfermería lo llevaron como muerto.

—Nada. Han dicho que un brazo roto y tres costillas, nada.

—¡Caramba, y eso es nada!

—Nada: para cogida la que yo tuve en Palma hace diez años: creí que me había partido veinte costillas del lado izquierdo y otras tantas del derecho: estuve sin conocimiento más de dos horas, y cuando volví en mí ya me habían llevado á mi casa: ¡aquella si que fué cogida!

—¿Y al fin cuántas fueron las costillas rotas? ¿Estaría usted mucho tiempo malo?

—Ninguna, muchacho, ninguna. Pero cualquiera hubiera creído como yo, que el toro me había partido.

Y en aquel corro siguieron murmurando de otros y alabándose á sí mismos unos cuantos toreros de esos que el público llama toreras, maletas y tumbones. Ninguna apreeiación hacen de la corrida, porque son incapaces de hacerla, por falta de conocimiento del arte de Montes; y como yo quiero que el lector oiga los juicios que le tengo prometidos, le invito á entrar en el café, y le llevo á una mesa donde se encuentran siete ú ocho hombres de distintas clase sociales, á juzgar por las apariencias, que sostienen el siguiente animado diálogo:

EN EL CAFÉ DE LA COSTA

—Vaya, puesto que usted dice que los demás entienden poco de toros, díganos, ¿qué matador es el mejor en opinión de usted?

Iban estas palabras dirigidas por un caballero grueso, aunque no en demasía, de blancas y muy pobladas patillas y reposado aspecto, á un joven alto, seco y moreno, con muy marcadas señales en su cuello de tener casas en la calle de la Gorguera.

—Yo le diré á usted, don Eusebio. Yo soy muy imparcial. Me gusta más *Sabandija*, porque es muy salao y no es tan feo como otros; y además, porque cuando yo vine hace tres años, la

hija de la chalequera, que cosía para la tienda de un amigo del hermano de la patrona de la casa en que paré, me aseguró, *jurándolas*, que era el mejor matador de toros que ha habido, hay y habrá. Y yo la creí... ¡Ojalá no la hubiera creído en otras cosas! dijo echándose mano al cuello con expresión de amargura.

—Ya, vamos; ya se echa de ver la inteligencia de usted y su precocidad para comprender las suertes de la lidia de toros. ¿Con que ya lleva usted tres años viéndolos? ¡Caramba y cuánto ha adelantado en poco tiempo!

—¿No ve usted que yo compro siempre cuantos periódicos de toros se publican y los leo de arriba á abajo? Verdad es que no todos dicen lo mismo, pero siempre hay alguno que dice: *Sabandija* sabe mucho. *Sabandija* es un maestro, y aquel periódico es el que más me gusta.

—Claro, dice usted bien; el que piense como yo, ese lo entiende. Bien, hombre, muy bien; por algo dijo usted antes que era imparcial. Siga, siga por ese camino, que ha de ser usted un inteligente que de seguro dará golpe.

—D. Eusebio, oiga usted lo que dice Pacheco. Que al toro cuarto, si está en la plaza *Librador* y le toca á él, le hubiera matado recibiendo.

—Sí, señor, y lo diré cien veces.

—Pues diría usted mal, y si *Librador*, en el caso que usted indica, lo hubiese intentado, hubiera hecho peor. ¿No vió usted que el toro era burriciego de segundo grado?

—Pero acudía, y toro que acude...

—Hombre de Dios, si acude de muy largo por no ver de cerca, ¿cómo quiere usted que se venga al cite? Lo más que podría hacer era aguantarle, alegrándole de lejos, y eso era expuesto, cuando menos á deslucirse. Ha hecho bien *Sabandija* arrancándose de lejos y aprovechando.

—No estoy conforme, dijo Pacheco, y apartándose del corro murmuró: ¡Vaya un inteligente! Le tienen por libradista y aplaude á *Sabandija*.

—¡Qué pases aquellos los de *Mayoral* al tercer

toro! ¡Ha visto usted darlos mejor á Montes ni á Cayetano?

—Amigo Sol: los pases han sido inmejorables; pero convenga usted en que el abuso de ellos echó á perder el toro y le imposibilitó para matarle bien. Si todos fue-



ron por lo bajo y la res humillaba demasiado, ¿por qué no le dió algunos por alto? Por eso el toro se aplomó demasiado, y cuando quiso *Mayoral* tirarse al volapié, no pudo, por tener el toro el hocico en tierra: entonces los chicos empezaron á marearle, consiguiendo lo que el espada sólo debía intentar, que fué levantarle la cabeza, pero ya la tenía descompuesta á fuerza de capotazos, y tuvo *Mayoral* que irse á él cuarteando á paso de banderillas. Esto es muy feo, sobre todo si el matador tiene la culpa. Ese chico es frío, y aunque fino y elegante, le falta arrojo y coraje en muchas ocasiones.

—No diga usted, señor López, que no es valiente, como por ahí han dado en decir los ignorantes. Un hombre que después de la cogida que tuvo en la Sierra, da muerte, fresco y sereno, á aquel torazo que mató el año pasado, no puede ser llamado miedoso.

—¡Ah! ¡Si no fuera tan irresoluto! Sus dudas le pueden costar caras algún día, si Dios no lo remedia.

—Peor estuvo *Rostrito*, cuando por primera vez pisó el redondel, después de su cogida en Colmenar.

—¡Alto ahí! No establezcamos comparaciones, puesto que soy de los que (1) «estiman ridícula, y hasta odiosa la crítica que se contrae á un espectáculo en que se juega la vida del hombre.»

—Díca usted bien. Volvamos á la corrida, y á ver si están ustedes conformes conmigo. Medianos los toros jarameños que han ido á escoger los Congregantes. Ninguno de ellos valía 200 duros, y con los gastos de coches y jolgorios pasarán de 400. Medianos los picadores, y de estos muy malo Alacrán, que se quedó en el terreno de afuera, cara adentro, dejando al toro el de las tablas. Creí que iba á ejecutar la suerte de Zahonero, que no he visto nunca, pero que describe Montes en el capítulo 8.º de su *Tauromaquia*. Medianos los banderilleros, salvo dos ó tres pares de *Combate* y *Piojito* y el cambio del primer par en el cuarto toro que hizo Castaño. Medianos los espadas, y...

—Para usted todo es mediano. ¿Mediano llama al puyazo que puso *Tenazas* al primer toro á caballo levantado? ¿Fue mediano el par de *Combate* al tercero? ¿Fueron también medianos los pases de *Mayoral* al mismo bicho? ¿Estuvo mediano *Sabandija* en la estocada que dió al quinto hasta el puño?

—Sí, señor, mediano, y mediano y mediano; nada más que mediano. ¡Vaya un elogio á *Tena-*

zas cuando le costó el caballo y un talegazo de órdago! Y el par de *Combate*, ¿no era pasadito y saliendo mal?

—No, señor.

—Espere usted y conteste. ¿Cuando metió los brazos, había ya pasado la cabeza del toro por bajo el brazo derecho?

—No, señor.

—Perdone usted, así lo hemos visto muchos. En cuanto á los pases de *Mayoral*, ya ha oído usted antes que han sido muy buenos, pero perjudiciales: y de la estocada tan bien puesta al quinto toro, no tengo más que decir que fué dirigida al cuarteo, de largo, y saliendo á la carrera, lo cual es un paso de banderilla ni más ni menos.

—¿Y qué? ¿La estocada no fué alta y en la cruz? ¿No entró hasta el puño? ¿No cayó en seguida el toro hecho una pelota? Pues entonces, ¿qué mejor?

—Si á usted la satisface que se *acierta, errando*, y sin arte, buen provecho; á mí no. Buenas noches, señores.

—Oiga usted. ¡Que si quieres! ¡Mala mosca llevá! ¡Si de todo quieren entender algunos hombres!

—Pues lo que es ese, entiende de toros más que yo, y más que usted, y más que otros, aunque parezca lo contrario á los que forman el gran vocinglerío de la plaza.

—¡Basta que usted lo diga! No quiero escuchar sandeces. Hasta mañana, señores.

Y poco á poco, por no ponerse de acuerdo si quiera tres de aquellos contertulios, todos van desfilando, en la firme persuasión de que cada uno de ellos sabe más y entiende más del modo de lidiar toros que Pedro Romero y Joaquín Rodríguez.

(1) PEÑA Y GOÑI, pagina XXXI del prólogo del libro titulado *Cuernos*.—Madrid: 1883.



Fernando Gómez (El Gallo)

†
EN CUBRVS (SEVILLA) EL DÍA 2 DE AGOSTO DE 1897

CAPÍTULO XIII

EN CASA DE UN MATADOR

—¿CÓMO se conoce que *Pajarín* trae mal humor esta noche! No ha saludado á nadie desde que ha venido: ha comido muy poco y se ha tendido en la cama cuan largo es, faltando á su costumbre, que es la de obsequiar á los amigos que á su casa venimos á felicitarle después de la corrida, saliendo luego juntos á tomar café. Francamente, la cosa no es para tanto.

—Bien sabe usted que él es pundonoroso, y como no ha quedado bien esta tarde...

—¿Cómo que no? Peor ha quedado otro que ni una sola vez se ha colocado en suerte y ha pinchado siete veces atravesando, y le han enviado dos avisos, y si no es él, le envían el toro al corral. *Pajarín* se ha portado bien con la muleta, y si al herir ha tenido desgracia, cúlpese al ganadero que cría toros grandes como montañas, y á quien no sabe lo que compra.

—Eso he dicho yo en el tendido á un guasón, que me ha replicado que el torero que no tenga condiciones para ser espada, que se quede de banderillero. ¡No sé cómo no le he roto el alma!

—Gracias, Juanín, dice el matador apareciendo en la sala donde pasa esta escena. Ya sé yo que eres buen amigo, y que todos ustedes lo son también; pero al público de este pueblo no se le entiende, porque tan pronto aplaude una cosa como la silba; le gusta hoy lo que ayer le irritó, y, en fin... que si cae uno de pie, le aúpa, le aúpa hasta levantarle muy alto; pero si se descuida, cuando está alto suelta de pronto y da uno la gran caída.

—Vamos, *Pajarín*, que usted no puede quejarse; que la verdad es que su trabajo gusta, y aun más sus buenos deseos.

—Diga usted, señor Folías, que me aplauden

la mayor parte de las veces; siempre, ¡qué caramba! porque ven lo que valgo y que llego á donde otro... aunque me esté mal decirlo. Y ya que usted tantas veces se me ha ofrecido, voy á encargarle que diga á su amigo el *escritor* que *escribe* la revista



en el periódico *El Tronio*, que ponga—escuche usted bien—que ponga, que el primer toro que á mí me tocó era tuerto del ojo izquierdo, ó al menos reparado, y que los tres capotes que le habían dejado en la cabeza los chicos de *Sabandija*, se la descompusieron en términos de que no era fácil arreglársela.

—Así lo haré, con mucho gusto, y mi amigo me complacerá porque nos queremos como hermanos, y á él creo yo que lo mismo le dará poner una cosa que otra.

—Oiga usted, que tenga presente que yo he venido cansado del viaje, que al fin son cerca de cien leguas en veinticuatro horas; y gracias que he venido solo en mi departamento...

—¿Ha venido usted en primera, supongo?

—No, señor; en primera han venido los chicos, pero yo he venido en ese coche que llaman *Pe-kín-cuál*, ó no sé qué...

—*Sleepign-carr* quiere usted decir. ¿Y en qué tren han llegado?

—En el nuestro, en uno especial mandado poner á propósito. ¿No vé usted que si no, no llegábamos á tiempo?

—Así me gusta; ¿para qué es el dinero? Si las empresas de ferrocarriles lo entendieran, tendrían en todas las líneas un tren taurómico, como hay un tren real, con cuantas comodidades exige el más refinado gusto; y las empresas de plazas de toros debían pagar todo eso, y...

—Ande usted que ya lo pagan, y ellas lo cobran con usura, despelejando al público; pero eso no me importa. Lo que sí quiero también decirle es que para matar el último toro me estorbaba tanta gente como en esta plaza se permite bajar al redondel, y... lo que usted quiera. Respecto de lo demás, pongan lo que mejor les parezca; pero exigirme que haga yo, siendo el último, y cobrando menos, por consiguiente, que los demás, tanto como los primeros hagan, no me parece justo, y eso que yo valgo tanto como el mejor, y si no ya lo verán.

El Sr. Folías no contesta á este final párrafo de encantadora modestia. Únicamente se permite decir

en voz baja: «Para valer tanto como aquéllos poco se necesita».

—¿Sabéis, dice un tercero, lo que he oído yo decir á *Sabandija*? Pues sencillamente: que el público era un estúpido cuando le silbaba porque no se acercaba y porque tomó el olivo. ¿Qué quieren, que me deje coger y me mate un buey? Que los mate á ellos y á su madre y á toa su casta.

—No decía eso del público cuando daba la vuelta entera á la plaza, montera en mano, dando gracias por los aplausos que fuera de tiempo le prodigaban, por haber hecho un quite al picador *Sandia*, lo cual no tiene tanto mérito que no lo sepa hacer el último banderillero, si él le dejara.

—Nada, *Pajarín*, riéte de cuentos y no te amosques. Los toros dan y quitan, y si hoy te ha venido el santo de espaldas, otro día vendrá de cara. Los guapos no se atolondran por eso. De un valiente puede salir algo, pero de un miedoso

nequaquam. A beber y divertirnos; que traigan manzanilla, y á cantar.

— Bueno; que vaya *Pelufres* al Colmado y pida seis botellas, y para *Sinsabores* que mande traer chocolate con bizcochos, que no le gusta beber.

— ¡¡Malo, malo, malo!! En mis tiempos oí decir á Juan León que no podía ser buen torero el que se desayuna con chocolate, en vez de tomar peñasco. Si en lugar de agrio toma dulce, ¿qué puede tener sino tripas de merengue cualquier mísero mortal? Por falta de hiel ese chiquillo cuarteaba tanto al entrar, se pasa dos y tres veces y clava de sobaquillo, siempre por un lado. Dale un repaso, *Pajarín*, que yo he visto á Redondo ocupar toda una tarde el callejón sin pisar el ruedo, porque una vez, sólo una vez, se pasó sin clavar los palos. El chico tenía vergüenza y estuvo abroncao durante la corrida.

— Yo no puedo hacer eso con *Sinsabores*, ni nadie tampoco con ninguno. Hay poco para escoger, y además á ese muchacho me le tiene recomendado el Marqués de Barbacana y su señora, que me proporcionan plazas por sus influencias. El aprenderá y se hará aplaudir, porque aunque no sepa mucho, es muy liberal y da la mano á todos, y convida á muchos, y va con los señoritos á las becerradas. Ya ve usted, es tan campechano, que siempre anda á caza de divisas para regalar á la gente de los tendidos. Sabe, sabe dónde le aprieta el zapato.

— Lo mismo te pasa con *Sandía*. Siempre sale á costalada por puyazo. Más caballos le han muerto en la temporada que acémilas se perdieron en la guerra civil. ¡¡¡Y cuidado, señores!!! que... no digo nada, porque eran amigos míos los contratistas.

— Pero hágase usted cargo D. Blas, que los caballos en su mayoría no tienen condiciones para la lidia.

— Toma, ya lo sé; pues esa es otra de las cosas que critico. Si tuvieran presente los picadores que «el principal requisito que deben agregar á «un reconocimiento fundamentado, es la seria y «puntual elección de caballos á propósito para resistir el combate de una fiera de tan conocido «valor como es un toro,» (1) no caerían tantas veces y podrían manejarse; pero entonces serían picadores como lo eran Corchado, Puyana, Miguez y Clavellino. Y todavía se enfada si le sil-

ban, como la otra tarde sucedió con *Morfina*, que rasgó un toro desde el brazuelo á la cola.

— Oiga usted: le he estado escuchando con paciencia, sin decir esta boca es mía, por respeto al matador *Pajarín*, que está presente. Aquí no se viene á hablar mal de nadie, ¿está usted? Y en cuanto á *Morfina*, que es compadre mío, si rasgó á aquel toro, fué porque se le entró suelto cuando venía empapado en un capote, ¿está usted? Y lo mismo hubiera usted hecho en defensa propia, ¿está usted? La culpa de todo la tiene el director de la plaza, permitiendo ó mandando que los capotes á fuerza de correr y recortar los toros les quiebran las patas, ¿está usted?, sin tener presente que hay disposiciones que lo prohíben (1).

No hay que sulfurarse, hombre, y vamos á cuentas. ¿Deben los picadores salir á los medios como ahora salen? ¿Deben llevar cinco peones lo menos á su lado izquierdo, á manera de guerrillas avanzadas? ¿Deben consentir que les traigan los toros á punta de capote? ¿Deben tolerar que cojan el bocado del caballo los monos sabios, y á veces los mismos espadas, y se le echen encima de las astas? Dice usted que no, y dice bien; y, por lo tanto, estoy en mi derecho, al asegurar con razón que esos no son picadores, ni saben lo que llevan debajo, ni lo que tienen en la mano, ni lo que ven al frente. Entren todos, amigo mío, y salga el que pueda, que alguno podrá salir, ¡pero serán tan pocos!

— Pues que tome el pueblo lo que hay y se aguante. Siempre, que los picadores son malos, los banderilleros peores y los espadas inaguantables, y andan las gentes que así murmuran, poco menos que á palos para obtener billetes!

— Tiene usted razón. Casi, casi, me voy convenciendo de que si el arte de torear está perdido, que si las reglas de tauromaquia se han olvidado, no hay que culpar precisamente á los lidiadores, sino al público que aplaude lo malo; al público cuyo gusto está pervertido, que no va á los toros á presenciar la habilidad del torero, sino á reír, gritar y jalear á los que son santos de su devoción, siquiera no sepan por dónde andan. Hay gentes, que en lo mejor de una suerte, arman una sonata á cualquier individuo que está en los altos, por si habla con una moza demasiado *apegado* á ella, por

(1) PEPE ILLO: *Arte de torear*.—Capítulo 2.º, página 32, edición de 1804.

(1) Reglamento aprobado por el Gobernador de Madrid en 14 de Febrero de 1886, art. 61. (Citamos este como más moderno, que en todos cuantos se han dado hay igual disposición.)

si á ella se la ve el pie, ó se la ha caído una flor; en fin, por cualquier cosa, y no se cuidan de ver cómo la suerte se ejecuta, pero sí de aplaudir si aplaude el vulgo, sobre todo si es al espada que más simpatías tiene entre ellos.

—¿Y usted cree que eso es siempre casualidad? Pues, no señor, hay mozos tan listos y tan agradecidos, que han inventado armar bronca con cualquiera en los tablados, unas veces de verdad contra el inexperto que critica, y otras de mentirigillas entre ellos mismos, para que la atención se fije allí, no mire al redondel, pase el tiempo, el toro aburrido se eche y vaya vivo al arrastradero⁽¹⁾ y mientras la silba de unos á otros y la gritaría, disimula la que al espada le conceden los más entendidos y pacíficos. Amigo mío, en todo lo que sea disimular la verdad, en usar del artificio, se va llegando á la perfección. Tengo la seguridad completa, de que ningún torero sabe de eso una palabra, que eso lo hacen sin contar con nadie esos partidarios entusiastas que se dejan romper la cabeza sosteniendo que *Rostrito* es mejor que *Mayorál*, pongo por caso, y no saben si mientras ellos litigian con otro tal sobre la inteligencia y demás circunstancias de los artistas, estará la mujer de visita en casa ajena, ó comprando peines de asta imitados ó naturales. Entretanto la *cosa* pasa, y á otro. Rabia el entendido, aunque no silbe nunca porque sabe bien que la vida de un hombre pende de una silba más ó menos merecida, á veces de una voz inoportuna; y aplaude el ignorante, antes entretenido en la *guasa*, si el torero silbado, en cuanto sale otro toro le recorta con verónicas en un quite, ó le hace un final de capóte recortándole. Vuelvo á decir que el público es el que tiene culpa de ello: en general, quiere más al torero que

al arte, y no va á las corridas á ver trabajar, sino á aplaudir *al suyo* y censurar á todos los demás. Si aquel torero por quien tiene simpatía trabaja mal, le disculpa diciendo cuando más, «qué repasata le daría yo, *por no querer*, á Fulanito» pero peores son los otros; y nunca le critica y siempre le ofende que los demás lo hagan, y siempre también para defender al *suyo* acrimina á los demás; como si no pudiera tratarse, apreciarse, aquilatarse el mérito de un hombre sin establecer comparaciones.

—Habla usted como un libro, pero ni usted ni nadie gobernará eso. ¡Me hace gracia! ¡Conque si á mí me gusta *Pajarín* y es mi amigo, voy á ir á la plaza á gritarle aunque lo haga mal!

—Es que yo no lo hago mal nunca; son los toros, que no se prestan.

—Claro; y las malas voluntades, y... ¿Pero cuándo viene *Pelufres*? ¿Se habrá dormido?

—Ya vendrá: decía, señores, que yo, ni nadie, lo hacemos mal, porque queremos hacerlo bien. Que el toro se cuele y quiere coger, pues á cogerle nosotros á él, aunque sea desprevénido: que se huye y no acude, pues á despacharle como se pueda: que es noble y boyante y los capotes le llaman la atención, pues arrancarse á él cuarteando y al apercibirse de lo que tiene encima se encontrará con un sablazo que por fuerza ha de aplaudir el pueblo. ¿Se puede hacer más torcando, caballeros?

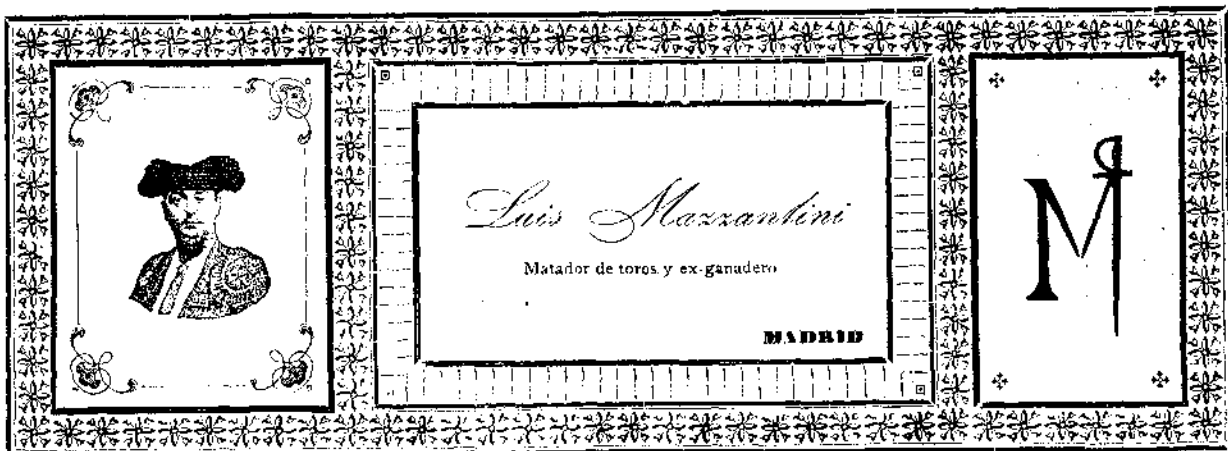
—[No, señor!, tiene razón *Pajarín*! ¡Este es de los que se acercan! ¡Olé por los valientes!

Y con estos plácemes y estos jaleos, suena de cerca el bordón de una guitarra que sujeta *Follas* con la mano izquierda, y que prepara para templanza, á tiempo que *Pelufres* entra con un mozo portador de una gran bandeja de boquerones y de unas botellas de manzanilla y Jerez.

—¡Ea, señores, á tomar algo! Usted, *Follas*, entone unas peteneras; tú, Juanín, á ver cómo te bailas según sabes, y... acábese el mundo.

—¡A beber y á vivir!

(1) Los inteligentes dicen que el toro va vivo al desolladero, cuando ha muerto de muchas estocadas, ó aunque de pocas, si para conseguir que se eche intervienen los capotes de los banderilleros, mareándole y haciendo que el estoque se ahonde.



CAPÍTULO XIV

EL VIEJO AFICIONADO



SEÑORES, como se deja sentir el calor! La tarde ha estado sofocante.

—¿Has empezado así la revista de toros?

No la he escrito todavía; quiero recoger antes vuestras impresiones, y sobre todo oír la opinión del Sr. D. Justo, muy respetable para mí, ya que tenemos la suerte de verle hoy en nuestra reunión, contra su costumbre.

—¿Te chuleas, grillo, ó te tiro la jaula?

—Estás equivocado, Pepe, y mejor sabes tú que nadie cuánto se quiere á D. Justo en nuestro círculo. ¿Habreis salido contentos de la corrida, eh? Verdad que el ganado no ha dado mucho juego en general, y que dos toros han sido quemados, pero el primero y quinto han salido pegando, sobre todo el quinto, que ha confirmado el dicho de que *no hay quinto malo*.

—Indudablemente ha sido el mejor de la tarde,

pero no se le puede calificar de sobresaliente. Sabía herir, y como ha despachado cinco caballos, se le ha considerado bueno y más que bueno, sin reparar en que ha habido que buscarle en todos los sitios de la plaza, y en que una vez dado el hachazo se salía de la suerte sin recargar.

—Dice bien Carlos; tomaba las varas sin codicia. Yo no sé qué tiene esa ganadería de poco tiempo á esta parte. ¿Han observado ustedes que hay tanta desigualdad en las reses, que unas salen bravas, duras y creciéndose, y otras blandas que concluyen por huirse?

—Consistirá eso en que ahora los ganaderos falsificarán el ganado, como los comerciantes el vino ú otro cualquier género. Tendrán reses extra, superiores, de primera, de segunda...

—¡Já, já, y de cuarta y de quinta! ¡Qué cosas tiene este D. Justo!

—Señores, hoy nos presentan en plaza para corridas de empeño, como la que acabamos de ver, toros de las vacadas más acreditadas, flacos, mal armados y pequeños. Esos mismos dueños, en la provincia inmediata, presentaron hace ocho días un ganado grande, corpulento, fino y de buen trapío; y hasta en la corrida de hoy, díganme ustedes si se parecían en algo al primer toro los demás de su casta. Insisto, pues, en que así, como desde 5 pesetas á 25 hay champagne de seis clases ó más, de 2.000 á 7.000 reales han hecho los ganaderos cinco clases, lo menos, de toros de una misma ganadería. Vamos, lo mismo que hacen los tenderos con los garbanzos, los criban para apartar los gordos de los medianos y los medianos de los pequeños.

—Pero, señores, si hacen eso los dueños de vacadas, no venderán todas las reses al mismo precio. Las lidiadas hoy eran de cuarta clase á pesar de haberlas ido á contratar dos congregantes con gran acompañamiento, y según mis noticias no costará menos cada toro, incluyendo los gastos del viaje, de 8 á 9.000 reales.

—¡Ave María! Ni tampoco 4.000, lo demás sería escandaloso.

—¿Y á quién echan ustedes la culpa, al ganadero que se ha convertido en usurero mercachifle, ó al comprador que paga lo malo al precio de lo bueno? O no lo paga y...

—¡Qué lengua tiene usted, don Justo! Habla usted poco, pero con mostaza.

—Es el único privilegio que tenemos los viejos, hablar con descaro y sin temor á nadie ni á nada. En cuanto á que hablo poco, no siempre, amigo don Luis. Soy tardío pero cierto. ¿A que ninguno de estos señores que escriben revistas dice nada en su periódico de esa... entruchada que las empresas suelen hacer? Y de los toreros ¿qué piensan decir? Usted, don Carlos, emita su opinión.

—Pues, nada: diré que han estado regulares; que dadas las condiciones del ganado no han podido lucirse; que han demostrado buenos deseos, que han hecho cuanto han podido...

—Y diciendo todo eso no dirá usted la verdad; porque ni han estado regulares ni han querido trabajar.

—Vaya, don Justo, que aquellas largas de *Sabandija* al quite de *Sandía* en el primer toro, demostraban que había voluntad y afán de agradar.

—Ni aquello eran largas ni cortas, ni se dieron con más fin que el de cortar patas al toro, y si acaso arrancar de ignorantes un aplauso. Lllaman

ustedes largas á correr un toro hasta los medios ó mas, después de haberle sacado con verónicas, y no es eso. Aplauden luego un recorte como término de aquella carrera, siendo así que por los daños que causa lo tienen prohibido todos los Reglamentos que ha habido desde que se publicó el primero. Y nada hablan en los periódicos de esta faena, ni de la peor de los picadores, que nada valen actualmente.

—Excepción hecha de los *Bemoles* y de *Tenazas*, que de esos, amigo don Justo, creo no tendrá mucho que hablar.

—O sí, señor don Carlos; que no es oro todo lo que reluce; al que tiene agilidad le faltan fuerzas, y á *Toni* que tiene fuerza le falta mano izquierda.

—Eso no, y perdone usted, dijo un gomoso de escasos veinte años, que hasta entonces no había dicho esta boca es mía: vaya si tiene mano izquierda ese bárbaro. No hace mucho me arrimó con ella una bofetada de revés que llaman de cuello vuelto, que me hizo ver hasta las profundidades del Averno y las alturas del Olimpo. Es muy bruto.

—¡Jesús, hijo mío! D. Almíbar y cómo lo aguantó usted?

—¿No ven ustedes que dijo que jugando se le había escapado la mano, porque antes á mí se me había escapado la lengua? Cuando es juego no hay motivo de queja.

—Dice bien don Almíbar: sobre todo, si los juegos son... así, cariñosos, de amigos, ¿eh?

Una de las cosas, continuó don Justo, que sucede con alguna frecuencia en el redondel, es quitarse las suertes unos á otros toreros, en los quites, en banderillas y hasta en picar. En esta última se repite con más frecuencia el abuso, sin que las autoridades lo corrijan como deben, ya que los matadores de hoy, según se ve, no tienen prestigio alguno para hacerse obedecer (1) Pero bien pensado ¿qué autoridad puede tener sobre sus compañeros un jefe de cuadrilla que muchas veces hace otro tanto?

¿Por qué no claman ustedes también contra la práctica abusiva de ejecutar suertes nuevas, que se llaman así porque no hay otro nombre que darlas, no porque realmente lo sean? ¿Son acaso suertes de torear, dar con la montera ó con un zapato

(1) No puede llamarse suerte propia la que se hurta á otro... quien así las hiciere todas, á ninguna puede tener por suya. —MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1853.

en el testuz del toro, arrojar el espada la muleta y valerse de un pañuelo al tiempo de herir, picar con el regatón de la vara y otras por el estilo? La suerte nueva, para serlo en realidad y poderse la considerar así, ha de tener la circunstancia de que pueda y sepa aplicarla el inventor teóricamente y en todos sus detalles: ha de ser practicable por todo el que realmente sea torero, y al decir torero, me refiero á los que tienen las condiciones que para serlo exigió Montes; y además de eso, ha de reunir también la circunstancia de que á la belleza estética, y permítanme la frase, acompañe la utilidad en la ejecución. Más claro; que si la suerte inventada sirve, como todas, para denotar la superioridad de la inteligencia sobre la fuerza bruta, pueda también utilizarse en casos apurados para evitar una cogida ó al menos para atenuar sus efectos. El volapié que inventó *Costillares* y el quiebro inventado por el *Gordito*, son de las suertes verdaderas que sirven ó pueden servir de mucho; que un toro aplomado es imposible matarle bien de otro modo que á volapié, y á veces un quiebro de cuerpo libra al torero del hachazo (1). Por lo demás, queridos amigos, son tantas las denominaciones que ustedes y sus antecesores en revistas, dan y han dado á los mil incidentes de las corridas de toros, que concluirán por no entenderse y no dejarnos entender. ¡Alto! señores, déjenme continuar la plática, ya que con sinceridad ó con gana de criticarme han querido que yo hable; escuchen y tengan paciencia, aunque haya alguno aquí que pueda acordarse del refrán español: «el que escucha su mal oye,» y vamos á cuentas, digo, si ustedes lo permiten...

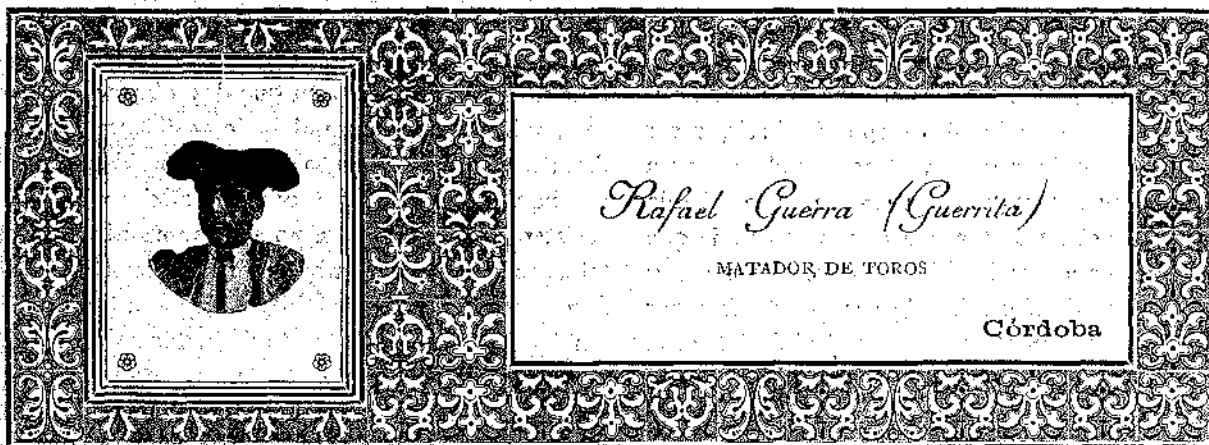
—Que, si señor; le oímos con gusto pero respetando su opinion, hay aquí alguno que le pedirá permiso para hacer observaciones.

—Convenido y concedido; con una sola adver-

(1) Lo que muchos años se ha observado por razón, no se puede alterar sin ella con disculpa. Quejosa debe estar esta facultad de los profesores que con negarle las reglas que se deben guardar en ella, le destruyen los fundamentos para que lo sea, pues si en estos no hay preceptos que deban guardarse, cada uno lo podrá obrar según su antojo, y bastando esto para cualquier mudanza, nadie torreará ni bien ni mal... Si cualquiera cosa puede hacerse, pues no hay regla que la apoye ó condene, no pasará la razón y la experiencia.—MESÍA DE LA CERDA.—En Córdoba, 1853.

tencia. En el momento en que las observaciones se conviertan en disputa, dejo de contestar: que yo discuto pero no disputo. Decía, queridos míos, que han inventado los modernos aficionados, los revisteros y algunos que no son lo uno ni lo otro, tal abundancia de nombres para las suertes, que forzosamente han de originar dudas, contiendas y ambigüedades. En la suerte de matar sobre todo, yo he perdido la cuenta de tantos modos como parece hay de dar las estocadas, si se atiende uno á la moderna nomenclatura; pues llaman aguantando, arrancando, encontrándose, á un tiempo, al encuentro, andando y qué se yo que más, á lo que se encierra en dos solamente conocidas de antiguo. Recibir y á volapié. El matador que parado espera al toro, venga de cerca ó de lejos, llamado ó alegrado, con cite ó con flameo de muleta, RECIBE: el que se va al toro estando éste quieto, da el VOLAPIÉ; pero ya se ve, han tenido necesidad los modernos de hacer subdivisiones, porque rara vez ejecutan los toreros dichas suertes perfectamente, sobre todo la última, á la que se tiran unas veces de lejos y cuarteando, lo cual es á paso de banderilla, aunque lo llamen arrancando; otras de cerca y por derecho, pero sin estar el bicho aplomado, por lo que también él se viene al ver cerca el objeto, y lo llaman encontrándose, ó á un tiempo, según sea más ó menos simultánea la entrada de ambos en el centro de la suerte; y otras de distintos modos casi indescriptibles. Ustedes y otros escritores, sin duda para hacerse entender mejor, han inventado esas voces originadas por la mala ejecución de las suertes principales, primitivas é indiscutibles. Si al fin todos usasen dichas voces con igual aplicación, nada se habría perdido; pero si se arma tal galimatías cuando hay más de dos aficionados, y no quiero decir periódicos, al oírles definir ó explicar una suerte, que no hay quien los entienda. Uno dice se tiró al volapié: otro, si cuarteó desde largo, eso fué á paso de banderilla: otro, no, señores, es que el toro se le arrancó antes de que él llegara, lo cual hace creer que no estaría el matador muy cerca: otro, si cuando metió el brazo ya había pasado la cabeza, y por eso le atravesó.

Resultado, que el que lo haya visto, no lo entiende; y el que no lo haya presenciado forma su opinión particular, y entonces para nada sirve la explicación ni el periódico.



CAPÍTULO XV

BOMBA FINAL

TIENE usted razón que le sobra, y más de una vez, por lo que á mí toca, he querido censurar con severidad esa conducta; pero, amigo mío, no siempre se puede lo que se quiere.

—Querer es poder; y cuando la justicia guíe los pasos de usted, tenga seguridad de que ha de llegar al fin que se proponga.

—No sea usted intransigente, ni tan absoluto en sus conclusiones, amigo D. Justo. Yo, como todos los que escribimos, sea de toros, sea de... lo que usted quiera escoger, tengo que seguir la marcha que el periódico se ha impuesto, ó le han impuesto; y si en nuestras apreciaciones podemos perjudicar los intereses de la empresa en cualquier concepto, debemos cejar en nuestro propósito y hacer muchas veces abstracción de la opinión particular, sacrificándola en aras de la más general ó

de la que más convenga al propietario de la publicación. Usted comprende bien que no es justo hacer daño á nadie y menos á quien paga.

—Lo que yo comprendo es, que el que dice la verdad ni peca ni miente; que ustedes están obligados á decir y referir con exactitud y sin pasión lo que ocurra en la fiesta, bueno y malo, aquello para el elogio y esto para censurarlo; y que si alguna suerte ha sido aplaudida sin merecerlo, ó silbada injustamente, tienen obligación de explicarla y comentarla, con arreglo y sujeción al arte *escrito*, para ilustrar al público, que esa es la misión de la prensa.

—¿Y no conoce usted que si la muerte de un toro, por ejemplo, ha sido muy aplaudida, es muy expuesto criticarla al día siguiente, oponiéndose al torrente de la opinión general?

—O tiene usted razón ó no la tiene. Si le asiste,

expóngala con los fundamentos que le sugiera su imaginación, que no le faltarán, porque la razón y la verdad triunfan siempre, y usted tiene talento bastante para exponerlas. Conseguirá con eso primeramente hacerse oír, y después imponerse.

—Pero si ya he dicho que con eso puedo perjudicar á la empresa que me paga, y aunque por lo que á mí toca, renunciase á escribir de toros, otro vendría que haría lo que yo ahora. No sea usted intolerante, que se va pareciendo al D. Pedro, de Moratín, en la comedia *El Café*.

—Ya que usted indica ese nombre, y sin querer ofender á los que están presentes, les recordaré que aquel personaje afirmó entonces que «la escena española tiene de sobra quien la abastezca de mamarrachos», y traduciendo este dicho, aunque sea en parodia, apliquenlo ustedes á tantos y tantos revisteros de toros como de pocos años á esta parte han brotado de la tierra, sabios de pronto en tauromaquia, que se contentan con decir, «era el toro de muchas libras, blanco y

—A ver, á ver...

—Claro. Pues qué, ¿no entiendo bien que muchas veces por salir del paso y conociendo que la censura del público no ha sido justa, se contentan ustedes con decir *aplausos, silba*, sin hacer comentario alguno?

—Señor D. Justo, eso es decir la verdad disimulando: no puede irse, vuelvo á repetirlo, contra la opinión general.

—Niego: no es la más general, ni la más entendida; es la que más chilla y alborota, y nada más. Las mayorías no siempre tienen razón, sin que esto sea decir que en ocasiones no estemos equivocados los que creemos lo contrario.

—Respe-



negro, le pusieron seis varas, le clavaron tres pares y murió de una honda hasta la empuñadura», omitiendo las condiciones de las reses en sus tres estados, llamando blanco y negro á la pinta que no se conoce con ese nombre, ni en el vocabulario taurino, ni en el *Diccionario* de la Academia, y ocultando el modo con que se pusieron los pares y se clavó el estoque. Hablo así, porque ustedes, que son los escritores que redactan los principales periódicos en su sección taurina, saben muy bien que no nos oye ninguno de aquellos revisteros; pero también ustedes me enfadan cuando echan el muerto al público para esquivar la opinión ó juicio que les merece determinada suerte.

to la opinión de usted, pero no me parece que una revista de toros tenga tanta importancia que merezca entrar en controversia escrita con nadie. Importa á pocos que se hagan mejor ó peor las suertes; la gente lo que quiere es bulla, alegría y... comer y beber.

—Otro abuso: ¡ya permitiría yo, siendo autoridad, llevar á la plaza comestibles ni *bebestibles*, que incomodan á los concurrentes que no saben ó no quieren comer más que á mesa puesta, y no á *dedo*!

—Pero D. Justo, ¿hasta eso es también para usted motivo de censura?

—Pues ya lo creo; como que no pasa día en

que no se arme contienda en los tendidos, y aun en algunos otros puntos, porque los comilones manchan con sus vituallas á los que van á la plaza sólo á ver la función, á gozar de la lidia y á admirar la inteligencia del hombre, su valor y su atrevimiento. Que coman y beban en las afueras, en las galerías, donde quieran, menos en el asientod desde el que ven la fiesta.

—Pues señor, no ha dejado usted títere con cabeza, y dificulto que se le haya quedado nada en el tintero.

—¡Ay, ay, amigo Carlos! ¡Puede decirse tanto todavía, que... mejor es dejarlo!

—Lo cierto es que yo quería oír la opinión de usted sobre la corrida de esta tarde, y aunque le hemos oído con gusto, de todo ha hablado menos de ella.

—La corrida de esta tarde quiere usted saber? Pues nada... puede usted decir... y se le comprenderá bien, ahora y siempre... que ha sido...

¡¡¡Una corrida en 1883!!!

Con eso basta; buenas noches, señores; adiós, D. Luis.

—¡Qué geniecito el de ese hombre! ¿Si creará que estamos viviendo todavía en el año 40? No conoce ó no quiere conocer que los tiempos son

otros; que la gente hoy se fija menos en las cosas, las ve más á la ligera...

—Es un rigorista tan extremado que exige una precisión en todo lo relativo al arte, que ya pasa de los límites naturales. Eso ya es manía.

—Achaques de la edad y de la rectitud de su juicio; pero no hay que negarle que es justo en todo, y tan imparcial, que hoy á ningún partido pertenece, ni ningún torero le cautiva: tan apegado es á lo antiguo.—¿Quieren ustedes creer que le faltó poco para llorar cuando vió derribar la plaza vieja de Madrid?

—Me acuerdo, amigo D. Luis; y también de aquella composición poética que hizo imitando la de Rioja á las ruinas de Itálica.

—De Rodrigo Caro, si no te opones.

—Bueno, de Rodrigo Caro. ¡Si vieran ustedes cómo trata á los modernos lidiadores!

—¿La recuerdas? Pues recítala, anda.

—No hay inconveniente: os la diré, pero con una condición. No permito que aquí se hable de ella en pro ni en contra por nadie, que D. Justo es muy querido amigo mío, y sentiría mucho escuchar censuras aunque las merezca. Cuando yo no esté presente haga cada uno lo que guste. ¿Estamos conformes?

—Conformes, dijeron todos.

—Pues punto en boca, y allá va.

À LAS RUINAS DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

EMPEZADA Á DERRIBAR EL 17 DE AGOSTO DE 1874

PARÁFRASIS

DEDICADA

á mi buen amigo Don José Camarón y Reynaldi ⁽¹⁾

Estos, Pepe, ¡oh dolor! que ves ahora
campos de soledad, yermos terrenos,
fueron no há mucho, circo celebrado,
donde Madrid con voz atronadora
aplaudía á los hombres, que serenos,
al fiero toro dejaban humillado
á impulso de su espada vencedora.

(1) Escrita hace veintidós años, no llegó á verla mi buen amigo, porque no la consideré digna de su ilustración. Hoy el amigo falta, pero no mi cariñoso recuerdo.

Aquí trompa sonora
llamó al combate al grande *Pepe Illo*
y á Romero, el insigne, el eminente:
y, ¡lástima es decillo!
de esta invencible gente,
sólo quedan memorias funerales
que nos dejan el ánimo abatido.

Este llano fué plaza, aquél tendido:
de todo apenas quedan las señales;
de las gradas y extensas andanadas
leves vuelan cenizas desdichadas.
Los famosos corrales y toriles
desechos fueron por peones viles,
y en la desierta arena
el gran pueblo no sueña.

¡Gran pena da el mirar estos despojos!
Triste es á fe, que al recordar la mente
las soberbias hazañas que el valiente
diestro español en este circo hiciera,
¡las lágrimas asomen á los ojos!...
¡Oh! si la generación presente viera
al coloso del arte, al gran maestro,
al eminente MONTES, al *divino*,
ante quien muda se postró la fiera
atónita al mirar á aquel tan diestro
que fuera desatino
quererle describir: si peregrino
lance de capa ó pase de muleta
le viera ejecutar, quieto, parado,
con ánimo sereno, cual atleta
seguro de vencer; y que esforzado,
con solo su saber, hiciese al toro
morder la arena, débil, jadeante,
rendido, y sin poder y vacilante...
entonces sí que aquella, por decoro,
su importuno entusiasmo apagaría,
que emplea mal, gozosa celebrando
sombras no más, que andando el tiempo, andando,
producirán mortífera agonía.

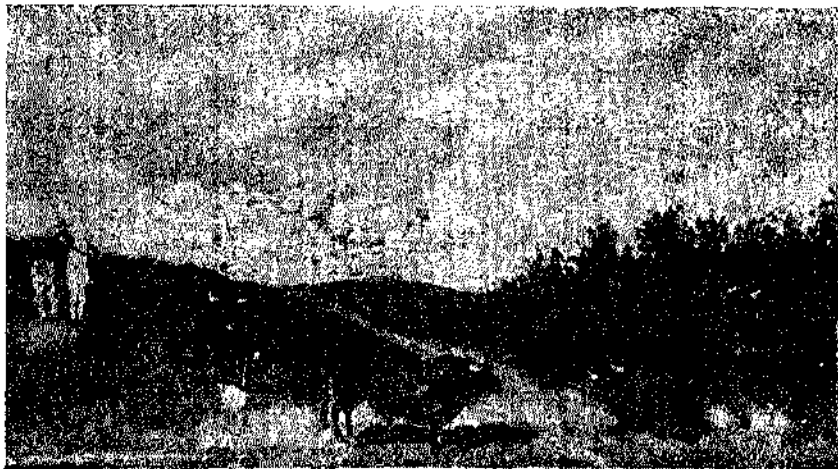
Pepe; si tú no lloras, reflexiona
que aquí Corchado, famoso por sus brazos,
allí Puyana, más acá Sevilla,
y muchos más que fija y amontona
la historia en nuestra mente, cual pedazos
de gloria del toréo, en nuestra villa
lucieron como diestros picadores;
que ya no hay quien iguale
al famoso Jordán, ni al gran *Capita*,

que asombraron á mil espectadores
clavando rehiletes; que se sale
del angustiado pecho, voz que grita:
*«Los diestros que el toreo enaltecieron
al impulso del tiempo sucumbieron.»*

.....

.....

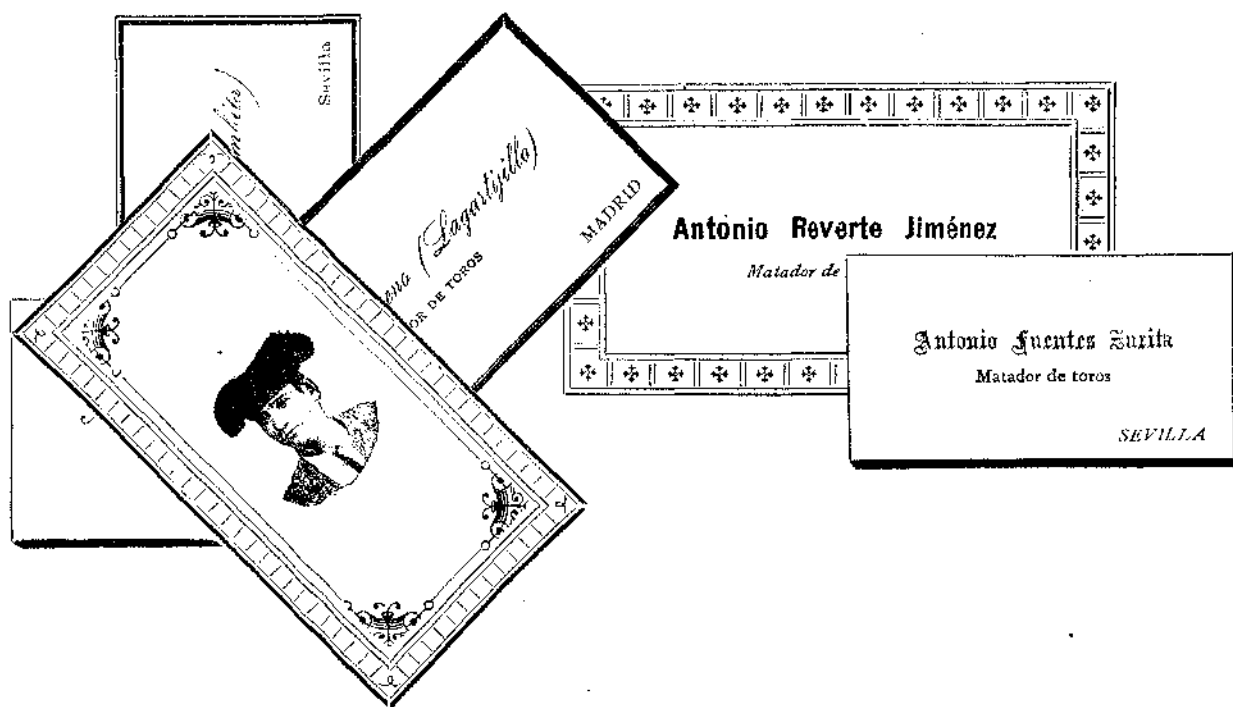
Vete de aquí, por Dios, Pepe querido,
tu vista aparta de tan tristes restos
del taurómaco arte,
y renuncia por siempre al atrevido
y grandioso espectáculo; que aquestos
escombros que á esta parte
desparramados ves, no son más cosa
que del TOREO simulada fosa.



¡¡DURO AHÍ!!

AYUDA QUE PRESTA Á LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS

EL AUTOR DE ESTE LIBRO



¡¡Duro ahí!!



UES, señor, esto es hecho, no hay remedio. Me han convencido los que escriben *ahora* contra las corridas de toros. Confieso con tanta sinceridad, como la electoral al uso moderno, que no había caído en la cuenta de la verdad que sus palabras encierran, hasta que sus poderosos argumentos é incontrvertibles razones han traído á mi ánimo la plena convicción de que la mal llamada fiesta nacional es un anacronismo que lucha abiertamente con nuestra ilustración, educación, instrucción y civilización.

De sabios es mudar de opinión me he dicho; y aunque no tuviera más fundamento que ese para cambiar de modo de pensar, él sólo bastaría para arrepentirme de errores pasados. Supóngase que nada he escrito en pró de tan bárbara función, que la extensísima defensa que de ella hice en mi *Dic-*

cionario tauromáquico, hay que atribuirle á debilidad de mi pobre cerebro; y que cuanto han dicho en pró los afamados *Paco Media-Luna, Sentimientos, Sobaquillo, D. Jerónimo, Alguacil, El Tío Capa, Aficiones* y otros compañeros, debe considerarse, así lo estimo desde ahora, como una aberración de su claro ingenio, como una extravagancia de carácter.

No les doy mi último adiós, ni el penúltimo siquiera porque ¿quién sabe si mañana ú otro día, por sólo llamarme sabio otra vez, volveré á las andadas? El que malas mañás há... pero entonces pediré perdón por mi nuevo arrepentimiento, ó más bien con descarada franqueza repetiré que antes no sabía lo que decía y... Cristo con todos.

Desde hoy... resueltamente sin escrúpulo alguno, quiero formar coro con los Navarretes y Jiménez; quiero pertenecer á la izquierda de la afi-

ción taurina cuando menos, ya que no me aparte, como el primero de dichos señores, enteramente de los círculos taurómacos, ni deje de presenciar las pícaras corridas, en que la sangre, la inmundicia, la barbarie, la perversidad, la... la... la... en fin, las demás cosas que como han dicho los mencionados y nunca bastantemente apreciados impugnadores, tienen su asiento en los ruedos, y en las localidades de las, amenazadas de demolición, Plazas de toros.

Conque me pasó la mano por la cara, no vuelvo la vista atrás y grito con toda la fuerza de mis pulmones,—que no es mucha en verdad ¡DURO AHÍ!!!

¡Cuánto dice en pocas palabras esa frase! y sino preguntárselo al *Chuchi, Colita y Dientes, representantes, hoy los más genuinos de la raza de los Sevillas, Pintos, Trigos, Charpas* (á quienes se parecen como yo al ama de cría de Aristóteles;) preguntárselo y veréis cómo aseguran con entera convicción que si algún momento crítico hay en la vida, es el que cita *Paco Media Luna* en su *Diccionario cómico*. Pero amigos; á eso réplico yo haciendo mías las palabras del iniciador de esta controversia «*me libraré de fundar en la compasión de los picadores ni de prójimo ninguno de coleta, casi todos mayores de edad, mis razones contra las fiestas de toros,*» ó lo que es lo mismo, en otros términos: «tú lo quisiste fraile mostén, tú lo quisiste, tú te lo tén.» ¡Vaya! como que al autor de aquel parrafito le importa bastante la gente de coleta! Un hombre que se despampana ¿qué importa? si fuera un buey ó un caballo ¡ah! entonces, entonces...

Ya oigo al *Tío Capa* acercármeme al oído preguntándome: ¿pero hombre, si no les importan los toreros, si no les tienen ustedes compasión, á nombre de qué rasgo de sentimentalismo piden la supresión de las corridas de toros? Hijo mío, eres muy joven y no llegas—le contesto—á comprender aún, de qué manera pueden los hombres sostener en una misma hoja de un escrito, opiniones que rabian de verse juntas á tus ojos, ligeramente entreabiertos á la luz de la razón anti-taurómaca, muy distinta por cierto á la de la lógica! Ya aprenderás, hijo, ten calma, que te queda bastante que ver hasta que se prohíba la lidia de reses bravas!

¿Y por qué no se ha de prohibir desde luego? Vamos á ver ¿por qué? ¡Ah! Yo bien lo sé y mejor lo sabe mi predecesor ó precursor. ¿Saben ustedes por qué? ¡No quieren decirlo! ¿Se avergüenzan? Pues lo repetiré sin ambajes ni rodeos. Por-

que no hay un Gobierno que tenga concepto exacto del Derecho.

Dijo San Roque á Santa Teresa: ¡Chúpate esa!

¡Pícaros Gobiernos! Miren ustedes que meterse á mangonear y dar leyes, y bandos (y bandas) sin haber estudiado, y mucho menos aprendido, el «concepto exacto del Derecho,» es atrevimiento y audacia. Y no son los de ahora, ni los de ayer, ni los del pasado lustro, ni los del anterior siglo; son los Gobiernos que han regido la pobre nación española—más pobre por tener funciones de toros—desde hace diez siglos, los descuidados holgazanes, y malos estudiantes que no han aprendido en las aulas, ni fuera de ellas, lo que sabemos nosotros los anti-taurófilos. Algo de eso del concepto más ó menos exacto, debió estudiar en su tierra el invidable Carlos III, puesto que llegó á prohibir, ¿entienden ustedes? á prohibir, como nosotros queremos, las corridas de toros; pero el buen señor olvidó pronto la lección, volvió la oración por pasiva, y á los pocos muy pocos años las resucitó con todo esplendor y propopeya. ¡Adiós mi dinero! digo, adiós esperanzas, conceptos y Derecho! ¡Derechos del concepto, ó exactos derechos, ó conceptos derechos! ó lo que sea. Nuestro gozo en un pozo. No hay bien ni mal que cien años dure, excepción hecha de las corridas de toros que llevan de duración más de 900 años para mengua y baldón de este país donde la ignorancia crece como la mala hierba por... ¿saben ustedes por qué? pues muy sencillo: porque sus habitantes son católicos en más de sus dos tercios. Ahí tienen ustedes: si en vez de católicos fuesen de medio cuerpo abajo, ó de medio arriba, ó por lo menos el tercio inferior, calvinista, budhista, anabaptista ó perteneciente á otra seta, quiero decir secta religiosa, ¿qué, habrían de haber durado tanto las corridas de toros! ¡Quíá, ni por pienso! Tengo la firme convicción de que ni Lutero, Budha, ni Mumser, se hubieran metido nunca á hacer competencia, en cuanto al arte de torear, ni á los Romeros, ni Palomos, ni á los *Africanos, ni Martinchos*. ¡Bonito genio tenían aquellos mozos para lidiar reses bravas! Ellos sí que tenían «concepto exacto del Derecho» y no nuestros pazguatos españoles católicos y gobernadores ignorantes.

¡Si serán ignorantes los que nos gobiernan que no saben cortar la cola! ¿Qué es eso, dirán ustedes?

La cola, ¡oh, la cola! No vayan ustedes á creer que es la de ningún animal ni cosa parecida, Es

la fila de gente que, para obtener billetes con que poder asistir á la bárbara función, se enrosca hoy en el solar de la calle de Sevilla, armando cada *bronquis* que canta el orbe, y que está compuesta de aficionados y pobres que en sus dos terceras partes no saben leer ni escribir. ¿Qué diablo soplará á la oreja los pormenores del cartel, á unas personas á quienes estorba lo negro? Comprendo muy bien, que para ver las corridas de toros, no es necesario haber saludado el *Christus*, y así sucederá, digo yo, á los banqueros, empleados, estudiantes, militares, comerciantes, aristócratas y demás concurrentes que forman la inmensa mayoría espectadora, y aun á las señoras de mantilla blanca, ojos de fuego y pies diminutos, que son el mejor ornamento de gradas y palcos; pero saber que han de lidiarse toros de Miura ó de Veragua por *Cara-ancha* ó *Lagartijo*, sin poder siquiera deletrear malamente el cartel, no hay remedio, supone que, ó hay quien se ocupa en ser moscón de oreja de todo el género humano—es decir, del público ignorante para que peque y haga cola—ó que imitando al cura de Totana que no sabía leer más que en su misal, aciertan á juntar las letras de los programas de los toros, y á saber lo que dicen nada menos que catorce periódicos taurinos que sólo en Madrid se publican actualmente, aparte de los diarios políticos que publican las revistas, y que por cierto venden en esos días mayor número de ejemplares que de ordinario. ¡Qué pena! ¡Qué tristeza! ¡Pobre país donde tales cosas pasan!

Si en vez de ir á las corridas de toros en ómnibus, en tranvías, en simones, jardinerías, sociables, millores y victorias, esas turbas que con los trapitos de cristianar visten de gala para presenciar el horrible espectáculo, y para requebrar y dirigir galanterías á las elegantes damas que con igual malévol fin caminan al circo, viéramos, como dice muy bien el nuevo impugnador cuyas huellas estoy siguiendo, *arrastrar materias, máquinas, combustibles y mercancías*, ¡qué gusto, qué alegría! Ciertamente que la perspectiva de un landó no es igual á la de un camión, ni un tronco de hermosos caballos se parece en nada á una recua de mulas, ni el *hni* del carretero tiene semejanza con el *¡coronela!* del mayoral; y cierto también que si el cochero y el lacayo del aristocrático landó van extremadamente limpios, el conductor de las máquinas lleva en su traje más grasa que la que da de sí un cetáceo; el del combustible en su cara, más betún que el necesario para el calzado de un

regimiento, y el de las mercancías no recordará cuándo ni dónde salpicó el agua su... pellejo; pero aparte de eso; dejando á un lado esas menudencias, ¿no es más alegre esto que aquello? ¿A que cualquiera se regocija oyendo el ruido de esta regeneración social, comercial, industrial y... constitucional?

*
* *

«En una corrida, público inclusive, sólo son dignos de lástima el toro y el caballo, y el único que tiene razón, es el toro.»—PERO GRULLO.

¿Hay por ahí alguien que se atreva á contradecir la sentencia que antecede? ¿Hay quien apele? ¿Miren que si pasa el término legal, se va á declarar firme, pasada en autoridad de cosa juzgada y consentida!

¿Qué hemos de apelar, hombre, si estamos conformes con el autor del apotegma!—me dice con clara voz un estudiante en teología que es más feliz al recoger los billetes de abono á un tabloncillo, que cuando recibe la nota de sobresaliente en su carrera. ¿Por qué hemos de apelar? ¿Por qué? ¿Qué razón hay para que se pueda tener lástima á los que componen esa masa de gente á quien llaman público? ¿Qué desgracia nos aflige? ¿Qué batalla hemos perdido? ¿Qué daño nos amenaza? ¿Está Scipión á las puertas de Roma?

Basta y sobra, amigo mío, que hace usted alarde de no tener pelos en la lengua; para decir que es verdad la excelente afirmación del aficionado señor Triviño, no necesita esforzarse. Quede sentado que el toro y el caballo son dignos de compasión, y confiese que el único que tiene razón es el toro.

Sentado y... acostado si usted quiere: que no hemos de negar á esos animales lo que no negamos á la pobre perdiz, á quien el pícaro cazador espera traidoramente escondido detrás del *tollo*, para matarla y privar de su amparo á sus infelices hijuelos; pero eso de que el toro tiene razón, no lo entiendo, si no se me explica. Razón ¿de qué ó para qué? ¿Para acometer? ¿Para herir? ¿Para matar? Pues entonces, razón habrá también para herirle y matarle, que donde las dan las toman; y ya que su poder sea tan grande que al hombre le sea imposible dominarle por la fuerza, claro es que ha de apelar á su inteligencia, sus mañas y sus ardid.

No he querido oír más sandeces, y he vuelto la

espalda al estudiante. ¡Allá se las entienda con quienes como él piensen, que yo, hoy por hoy, digo con el señor Navarrete, que ha hecho muy bien el Gabinete francés al desatender, há pocos meses, la petición en favor de las corridas que unos católicos rancios (¿católicos y rancios?, con la olla tengo la tema), querían celebrar en la capital de la vecina República, y más hubiera yo hecho, si señor, que no seguiría permitiendo se celebren como se están celebrando constantemente en Mont de Marsan, en Nîmes, en Cauterets y otros pueblos de aquel civilizado país, mojigangas toreras que ocasionan heridos, muertos y otros excesos, aunque no fuera más que por evitar las incul-tas habilllas de los, que suponen existen en aquella tierra unas leyes para las grandes poblaciones, y otras para las pequeñas.

* *

En ninguna parte ¡voto al diablo! se desordenan más las pasiones; en ninguna parte se prostituyen tanto las aspiraciones del alma como en la Plaza de Toros, por más que en el pugilato inglés y en los ejercicios ecuestres y gimnásticos, hayamos convenido los impugnadores de la tauromaquia en que «no disfruta tanto el público con la habilidad de los artistas, como con la posibilidad de verlos descostillados. El más prodigioso salto nada vale sin la salsa de que tal vez se rompa el volatinero el esternón.» ¿Sabéis el impulso que guía al pueblo estúpido, que al ver libre del daño al torero que sufrió una cogida ó un revolcón, prorrumpe en atronadores aplausos con frenética alegría? Pues no es porque se goce del bien, ni porque le adorne como á todo buen español la virtud de la caridad encarnada en las *entretelas* de su gran corazón; no; es porque... por... porque parecía mal lo contrario; digo yo; porque otra cosa no se me ocurre.

¡Vaya si se prostituyen las aspiraciones del alma en la Plaza de Toros! Allí, allí, á la sordina, es donde se fraguan los grandes complots que *ponen los nervios en combustión*; allí es donde se conciertan los robos de doncellas y de valores públicos; allí es donde se falsifican los billetes de Banco; allí donde se cometen los timos, se da el pego y se levantan muertos; (1) allí, en fin, donde se cometen los grandes crímenes, que resonando en todo

el mundo, aterran y atemorizan la sociedad, que parece tambalearse cuando la noticia de haberse cometido, causa mayor explosión que la de una bomba de dinamita; allí, allí en la Plaza de Toros, y no en parte alguna, es donde pasa todo lo que va dicho, sino que *naturalmente*, nadie lo ve, ni oye. ¿Qué más? En secreto diré á ustedes que las *operaciones* que precedieron á la liquidación, por virtud de la cual quedaron extinguidas aquellas célebres sociedades de crédito que causaron la ruina de tantos miles de familias, se debe al encubramiento de media docena de hombres, menos escrupulosos que los toreros, que lo pensaron, desarrollaron y casi se llevaron á efecto en la Plaza de Toros. (Puede que no sucediera nada de lo dicho, pero... ha podido suceder, que para Dios nada hay imposible.)

Conque quedamos en que la Plaza de Toros es el punto en que más se prostituye el alma y en que más se desordenan las pasiones. Una prueba evidente es, que uno de los dos impugnadores que ahora nos han salido, al ver en una de las pasadas corridas entrar en un palco á la hermosa marquesa de L. se sintió repentinamente *desordenado* «con ímpetus y turbaciones interiores que nos ciegan.» (1) Añadan ustedes este *caso* á los anteriores y á otros muchos que pudiera contar, y díganme con imparcialidad si nuestras afirmaciones son ó no justas.

* *

Vamos á otro punto que no tiene vuelta de hoja. Este sí que confunde hasta el quinto suelo á los ignorantes taurófilos.

¡Estremeceos!

No se concibe, no se comprende, no cabe en el entendimiento humano, que un padre quiera, y mucho menos procure la perversión de sus hijos; y, sin embargo, ese padre bueno, honrado y trabajador, que lo mismo puede ser progresista de los que oyen misa, que tendero carlista de los que leen *El Motín*, ó banquero demócrata partidario de Carlos *Chapa*, tiene la insensatez, la poca aprensión, la nunca bastante criticada desvergüenza de llevar á sus hijos á ver una corrida de toros. ¡Fragilidad paternal! ¡Inconcebible condescendencia! Siendo la Plaza de Toros un centro donde se

(1) Esto nadie lo negará.

(1) Catecismo del P. Ripalda.

desatan y revuelven las malas pasiones, ¿no comprende ese *padrastro* que el alma del ser que vive en él, se prostituye y se embrutece?

Yo con lágrimas ¡ay! *que escaldan la mejilla*, con profunda pena y sincero arrepentimiento, me confieso reo de tan tremendo delito. He tenido la debilidad, he cometido la torpeza de premiar los adelantos que tuvieron mis hijos en sus estudios, llevándolos á presenciar esa horrible atrocidad que se llama corrida de toros, y alentado su afición, y fomentado ese vicio, que de tal manera prostituye el alma, los buenos instintos y la razón sensata. Perdón pido por tamaño desliz, y no hago propósito de la enmienda, porque me conozco; pero harto castigado estoy con la salida de tono que uno de ellos—el menor de mis hijos—tuvo hace cuatro años al emborronar las cuartillas de un artículo que hizo publicar en un acreditado periódico no taurino, y de que para muestra, copio los siguientes párrafos:

.....
.....
«... Como el objeto de este artículo no es el de hacer historia detallada del espectáculo, cosa imposible en breve espacio, apuntaremos aquí solamente cuáles han sido las épocas de mayor apogeo de estas fiestas, para venir en conocimiento de si, siendo tan barbaras, sólo se han desarrollado á la sombra de la ignorancia, ó si ha sucedido lo contrario.

Pasando por alto funciones anteriores, cuentan las crónicas y afirma la historia, que en 1124, al contraer matrimonio el Rey don Alfonso VII con doña Berenguela de Barcelona, y en 1144, en León, al casar doña Urraca con don García VI, Rey de Navarra, se celebraron grandes fiestas de toros—tan brillantes como nunca se habían conocido—no habiendo noticia, después de la muerte de aquel Rey, llamado por excelencia *El Emperador*, que destruyó los reinos de Sevilla y Córdoba, y llegó con sus armas hasta Almería, hubiese en España funciones notables de toros hasta 1418 y 1436, en Medina del Campo y en Soria, siendo Rey don Juan II, de quien dice la historia que era muy *aficionado á las letras humanas*, singularmente á la poesía, que en su tiempo, y con su patrocinio, empezó á salir de la oscuridad y el abatimiento en que yacía después de tantos años de barbarie. Es decir, que en los reinados de don Pedro *El Cruel*, de don Enrique *El Bastardo*, de don Enrique *El Doliente*, y de don Enrique *El Impotente*, no hubo funciones taurinas oficiales,

digámoslo así—aunque particulares en ningún punto de España dejarían de celebrarse;—y como va dicho, se celebraron bajo el mando de los *ilustrados* Alfonso VII y don Juan II.

A la Reina de Castilla, doña Isabel I, la Católica, no la gustaron las corridas de toros, según consta de una carta por ella escrita á su confesor, que no queremos consignar aquí, por haber abusado tanto de su cita en todas ocasiones: pero á pesar de ello, en su próspero reinado, en la más solemne ocasión de regocijo y alegría para una madre, cuando casó á su hija con don Alfonso, primogénito de los Reyes de Portugal, hizo celebrar en Sevilla (18 Abril 1490), tan notables corridas de toros y cañas, que llamaron la atención de muchas gentes, que de muy lejos acudieron á presenciarlas, y tomando el Rey parte en las mismas. Otro tanto sucedió en 1526, al nacer el infante don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, que en la plaza de Valladolid mató un toro de una lanzada, y más tarde, al casar dicho don Felipe con doña Isabel de Valois, y al contraer segundas nupcias con doña Ana de Austria: de modo que en los *prósperos reinados* de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, las corridas de toros no sólo eran consentidas, sino que formaban parte, como ahora, de los festejos reales celebrados por grandes sucesos. Ni en tiempo de *La Beltraneja* ni en los de doña Juana *La Loca* hubo corridas de toros, y sólo se verificó una notable al concluirse la Plaza Mayor de Madrid, en tiempo de Felipe III, que imitando en esto á don Fernando *El Católico* expulsó de España á muchos cristianos nuevos, y tuvo confiado el gobierno al Duque de Lerma, no muy afortunado por cierto para la dirección de los negocios.

Viene Felipe IV al trono, apellidándole *El Grande*, título que más le convenía por sus excelentes prendas de carácter, ilustración y apoyo que á las letras, artes y ciencias prestó durante su mando, que por su fortuna en la gobernación del Estado, y las fiestas de toros toman incremento y se celebran con una ostentación que hasta entonces no se había conocido, tomando parte en ellas la más alta nobleza, que tiene á gran honra hacer gala ante la corte, de su destreza y pujanza.

Sucédele Carlos II *El Hechizado*, y las funciones de toros que con motivo de sus bodas se celebraron en Madrid, cedieron su preferencia á los autos de fe y á las hogueras de la Inquisición.

Allá por los años de 1730 al 35, y reinando Felipe V, empezaron á formarse cuadrillas de toreros.

de á pie y á caballo, que regularizaron, digámoslo así, la lidia de toros bravos, que hasta entonces con más ó menos fortuna había estado confiada en la parte de mayor riesgo á los hombres asalariados; y en la más lucida, aunque también expuesta, á caballeros y gente noble, que por hacer alarde de su valor ante su Rey ó su dama, lo mismo harían frente, rejón en mano, á un toro jarameño ó de las orillas del Betis, que á un escuadrón de gente de guerra con lanza en cuja y visera calada.

Las cuadrillas toreras que, como hemos dicho, se formaron antes del medio siglo último, reconocieron como jefe más aventajado al mismo que el público señalaba ya con tal nombre, á Francisco Romero, inventor de la muleta para matar los toros frente á frente y á pie firme, si bien había otras cuadrillas que recorrían los pueblos.

Pues bien; tanto en las provincias de Andalucía, donde más arraigada estaba la afición, como en el resto de España, no había entonces media docena de plazas, propiamente dichas, ó sea construídas *ad hoc* y con carácter permanente, incluso Madrid, que sólo celebraba las corridas ordinarias en la plaza edificada en la inmediación de la de Antón Martín, cerca de la actual calle del Tinte, que servía de toriles y corrales para el ganado destinado á la lidia.

Pocos años después, y cuando ya empezaron á darse á conocer como matadores de nombre los hermanos Palomos, se hicieron algunas plazas en Andalucía y en Navarra, y el Rey Fernando VI concedió al Hospital de Madrid la propiedad de la plaza que se estrenó en 1749, edificada á su costa en las afueras de la Puerta de Alcalá, y que todos hemos conocido derribar en Agosto de 1874. Todavía, por consecuencia de la gran afición al toreo que se iba desarrollando en todas las provincias de España, se edificaron nuevas plazas en Aragón y Andalucía, siendo dignas de mención la de Zaragoza, que lo fué en 1764, y la de Sevilla en 1760; y tanto se repitieron las corridas en coso y fuera de plazas al intento construídas, que el Rey Carlos III creyó conveniente suprimirlas.

Esta prohibición duró tan poco tiempo, que en 1765 el mismo Monarca hizo celebrar corridas reales de toros, con motivo del enlace de su hijo don Carlos con María Luisa. Entusiasmaban luego al público Pedro Romero, José Delgado (*Illo*), Pepe Conde y el famoso *Costillares*; y al querer muchas poblaciones de España admirar su mérito, construyeron plazas para ello, entre las que se distinguieron las de Ronda en 1775, y la de Aranjuez

en 1796, y otras muchas. Decayó algo el arte taurino después de la muerte de *Pepe Illo*, y tal vez por el estado á que la guerra con Francia condujo á los españoles: y en esta época se construyeron pocas, muy pocas plazas, de las que sólo recordamos en 1715 una en Córdoba. Pero con la aparición de Montes, *Cúchares* y el *Chiclanero*, se reanima la afición y se extiende en tales términos, que á competencia construyen plazas permanentes las ciudades de Cáceres, Ciudad Real, Alicante, Almagro y Antequera, y echa sus cimientos la magnífica que hoy posee la ciudad del Cid. No decae el entusiasmo, y tras de aquellas plazas constrúyense otras, hasta en Oviedo, donde nunca se habían corrido toros, lo mismo que en otros puntos de España, pudiendo afirmarse que no hay en esta Nación, provincia alguna que carezca de circo taurino, y que no bajarán de 600 las hoy existentes.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca de la época en que ha sido mayor la afición á la fiesta de que nos ocupamos, y, por consiguiente, de cuándo la edificación de plazas ha tenido mayor incremento, porque ha de servir esto al objeto que nos proponemos.

Portugal, esa parte de la Península Ibérica, cuya ilustración es notoria, ha construído gran número de plazas para la lidia de toros; y caballeros de alto rango no se desdennan de tomar en ellas participación, cuando se trata de festejar á amigos elevados ó tender la mano de la caridad á pobres desvaídos, y la Francia, esa nación que se llama á sí misma la cabeza de Europa y dice marcha al frente de la civilización, construye plazas en muchas de sus ciudades para ver nuestro espectáculo favorito, y en este mismo año ha celebrado corridas, en número que excede de 40.

No pasemos adelante. Basta lo dicho para hacer constar que Francia, más ilustrada que Portugal, y Portugal, que quieren algunos creer que lo es más que España, van tomando de ésta *la pasión* del toreo. Obsérvase también, y sobre esto ya hemos apuntado algo, que cuando mayor ilustración ha habido en nuestro país, es cuando más grande ha sido el número de construcciones de plazas.

Todos reconocen, y la historia lo consigna, que el Rey Carlos III, al llamar á sus consejos hombres tan sabios como Floridablanca, Jovellanos, Aranda y Campomanes, favoreció la instrucción del pueblo español notablemente.

No habrá quien niegue que durante el reinado de Isabel II ha extendido la civilización en todas sus manifestaciones, su benéfico influjo por España.

Como antes hemos dicho, la ilustración de nuestros vecinos los portugueses, no puede negarse, sin faltar á la verdad.

La Francia no quiere ceder el primer puesto en nada y á nadie, en cuanto á inteligencia, civilización, etc.

Y precisamente en tiempo de Carlos III, de Isabel II y de los gobiernos más liberales, y por consiguiente, ilustrados, que en Portugal y en Francia ha habido, es cuando se desarrolla la afición á las corridas de toros.

Y en la época del absolutismo de Fernando VII en España, en la de Luis XVIII y Carlos X en Francia, decaen notablemente y no se conocen en muchos puntos.

¿Quién explica este fenómeno?

«Si la civilización está en razón inversa del número de corridas de toros que un pueblo presencia, ¿qué grado de aquélla alcanzan actualmente España entera y gran parte de Portugal, Francia y América, que cada día se aficianan más al espectáculo?

¿Vamos atrás ó adelante en el camino del progreso?

¿Es éste favorable al espectáculo nacional, ó inconscientemente se deja vencer ese pueblo sabio, científico y civilizador, por el valor y la arrogancia?

¿Habrá que decir que los pueblos pierden virilidad cuando se civilizan, y por eso admiran la valentía de los pocos hombres que no se parecen á los demás, en cuanto al desprecio de la vida?

¿Es más cobarde el pueblo más instruído? ¿Es más valiente el pueblo más ignorante? ¿Pueden hermanarse la civilización y el valor?

Si se opone la civilización á que un pueblo goce, con esa fiesta ¿por qué en las épocas de mayor ilustración es cuando más se desarrolla la afición á las corridas de toros?

La felicidad de un pueblo ¿se conoce por las manifestaciones de alegría de sus habitantes? No lo sabemos; pero si en la familia se refleja el bienestar de sus individuos por sus actos ostensibles, preciso es confesar que en ningún momento de la vida demuestran las naciones más bienestar que cuando se entregan á sus diversiones favoritas.

Ved sino á todo un pueblo en un día de corrida de toros, seis horas antes de empezar la fiesta, ¿qué movimiento, qué agitación, qué actividad en sus habitantes! Mientras unos se dedican afanosamente

á concluir sus labores y adelantar sus quehaceres, otros más desocupados piden al tiempo que corra: las mujeres se acicalan, y componen, y atavían y retocan con interior alegría; y los viejos se alborozan, y la gente joven canta como las alondras en el campo, y hasta en las caballerizas de los magnates hay desusado movimiento, para enjaezar los caballos, preparar los trenes y vestir de gala.

Conforme va aproximándose la hora señalada para la celebración de la gran fiesta, todos los caminos, cuantas vías de comunicación afluyen, guían ó conducen á la Plaza, se van llenando de gente, que alegre y contenta se confunde y mezcla entre sí marchando aceleradamente como si hubiese de faltarle asiento en el gran circo, ó temiéndose llegar tarde al espectáculo. Elegantes damas ocupan ricos trenes rebosando lujo y ostentando vistosos trajes, de los que forman digno remate preciosas é interesantes cabezas, rubias como el oro, negras como la endrina, ó de ese color castaño que sólo tienen las españolas; sirviendo de pabellón á unas facciones finísimas y expresivas, de ojos azules como el cielo, negros como el azabache ó garzos como los de la gacela, que al mirarlos queman, la airosa mantilla andaluza de finísimo encaje blanco. Mozas del pueblo de espléndida hermosura, con vistosísimos trajes multicolores, unas á pie y otras en modestos coches de alquiler, pero todas al lado de sus galanes, forman parte de la alegre comitiva que en vertiginosa carrera se antepone, retrasa ó iguala á los demás carruajes, entre los que se encuentran los ómnibus atestados hasta la cima de gente de todas clases, guiados por diestros mayoresales y jóvenes zagales, que con sus gritos y exclamaciones alientan al ganado y hacen que con el ruido de los cascabeles y campanillas aumente la animación y rebose el gozo en los semblantes de todos los transeúntes.

La imaginación no puede concebir cuadro tan alegre, y nadie puede verle sin sentir en su interior, siquiera por aquel momento, el colmo de la dicha en el olvido de sus penas.

Ya estamos en la Plaza.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, bellísimas mujeres ricamente ataviadas, y algunos hombres que forman el esmalte negro que la corona ostenta, para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En los tendidos se ven, con diversidad de trajes,

posturas y ademanes, niñas coquetas, pollos alimbarados, sesudos caballeros y gentes del pueblo.

Aquello es otra nueva Babel, todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo.

Por si algo falta para dar más animación á este cuadro, allí se ven desparramados y pregonando su mercancía, á voz en grito, los abaniqueros y vendedores de naranjas, que con sin igual destreza las arrojan á los palcos, gradas y tendidos.

Llega la hora y aparece la autoridad que preside en su palco, y á la señal que hace con el pañuelo, el cuadro cambia, tomando colores más vivos.

Suena el clarín, redoblan los timbales, siéntanse los que están de pie, y entre los silbidos y la algazara, retíranse á sus localidades cuantos ocupaban la plaza.

Los ministriles despejan el redondel y marchan en busca de las cuadrillas. Aparece en vistosísimo grupo la gente torera de á pie y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más oro y plata que los que encierra el Banco, y seguida de los chulos y tiros de mulas, enjaezados con elegancia.

Todos marchan al alegre son de la música, con aquel *aire* y aquella *sal* que á la gente torera es inherente.

El público les saluda aplaudiendo frenéticamente y flameando sombreros, abanicos y pañuelos. Cambian el lujoso capote de paseo por el de faena, el alguacil *corre* la llave, suena el clarín y...

.....

He ahí el malhadado articulito que á mí, infeliz padre del padre del mismo, satisfizo algún tanto cuando le ví en letras de molde. ¡Lo que es la ignorancia!

Tener yo por bueno, ó al menos como *pasable* cuanto en el tal articulito va escrito, es igual á enamorarse de mujer fea. Ahora lo comprendo, desde que el Sr. de Navarrete me ha convencido. Porque á la verdad, ¿qué se propuso probar su autor con la relación de hechos que expone? Que á los Reyes *Cruels*, *Impotentes*, *Dispotas*, *Dolientes*, *Bastardos* y *Locos* no les gustaban las corridas de toros, y que los *Ilustrados*, *Valientes* y *Civilizadores* las protegieron? Pues eso ya lo sabíamos todos los que hemos leído *un poquito*, y no necesitábamos viniera á decírnoslo un mozo casi imberbe. ¿Que cuando las naciones ponen en mayor actividad y movimiento sus recursos intelectuales, acrecen los materiales? También lo sabemos. ¿Que por consecuencia de lo dicho, los más ricos pien-

san más que los pobres en gozar y divertirse, y que por eso en las épocas más prósperas de esta nación se han construido más plazas de toros que cuando no teníamos un cuarto? Noticia coja: para decir eso no necesitaba el chiquillo haberse calentado la mollera.

Tal vez pensara al escribirlo en que llegaría pronto la ocasión de que el Sr. de Navarrete ú otro impugnador del abominable espectáculo, había de escribir para probar lo contrario, y quiso anticiparse, ó mejor dicho, sembrar la duda en mi ánimo.

La duda cuando menos, que espero fundadamente desvanezca aquel señor.

Si en vez de gastar los bienes de este mundo y los del alma, en corridas de toros y en otras funciones y divertimientos que aniquilan aquél y perverten la última, nos dedicamos á esa hermosa faena de descargar y cargar mercancías; de portearlas, venderlas y hacerlas productivas, tomando el género humano el aspecto hermoso de carretero, mozo de aduanas y el de tratantes, chalanos y *vividores*, acumulando riqueza sobre riqueza, sin cesar y sin descanso, ¿qué vamos á hacer con tanto dinero junto?

A mí, francamente, aunque me gusta trabajar—no en esos oficios—me complace más divertirme y cuando menos, dedicar un día á la semana al recreo, que para eso, después de cubrir las perentorias necesidades de la vida, he trabajado siempre. Otro tanto sucederá al Sr. de Navarrete y á cada hijo de vecino, y dudo mucho (pícara duda) que ni él ni los demás trabajen todos en acarrear comestibles, como no sea desde el plato á la boca, ni dejen de divertirse en funciones... honestas, si se quiere, que yo no sé cuáles serán.

Es indudable, y con esto respondo á la impertinencia de mi vástago, que no me deja en paz, queriendo echar en el asunto su cuarto á espadas, que los jesuitas son la causa eficiente de que haya corridas de toros, porque ellos las promueven por bajo de cuerda y valiéndose de sus mañas. Si alguien pone en duda esta aseveración, fundándose en que precisamente cuando en España no ha habido congregaciones de jesuitas, ha sido la época en que más corridas de toros se han dado, y más plazas se han construido; mi buen predecesor se encargará de convencerle de lo contrario, ¿con qué razones? no lo sé, pero él las encontrará: vaya si las encontrará!

Que no te convenzo, dices: tampoco yo lo estoy mucho que digamos, pero... basta, que ya para

muestra sobra un botón. ¡Vaya con el chiquillo, qué modo de entusiasmarsel!

¿Habrase visto semejante desafuero? ¿Qué sabes tú, pobre vástago mío, de pinturas fantásticas?

Tampoco yo las sabía y hasta miré entonces con júbilo y con amor de padre tus ensayos literarios; pero ahora, en vista de lo que nos dicen, plenamente convencido, no puedo menos de exclamar—como la madre aquélla que en un teatro casero oyó decir á su hijo en un drama «sudores fríos, corren por mi fuente» en vez de sudores fríos corren por mi frente. ¡Hijo mío! ¡Chiquitín! ¡Métete, que lo ensuciaste!

Oye al gran impugnador y aprende y tiembla y... ó no tiembles, ni te asustes, hombre, que la cosa no es para tanto, pero escucha. *Ni concibo tampoco, qué recreo hallará la vista en aquella confusión de chaquetas, hongos, levitas, sombreros de copa y abanicos, salpicada muy escasamente de pañuelos y mantillas, pues si en el palco A, ó en la delantera de grada B, pueden admirarse los radiantes ojos de una morena, ó la graciosa sonrisa de una rubia, para conseguir esto, no hay necesidad de ir á la plaza.*

¿Te convences, hombre, te convences de que no hay necesidad de ir á la plaza para ver mujeres? Date un pascito por el Retiro, Recoletos ó la Castellana, y ya verás mujeres rubias, morenas, con ojos, sin ellos, calvas, cojas, mancas, y de todas edades y condiciones.

No habías caído en ello, ignorante, ¿ni sabías que *para ir á la plaza, pobres y ricos suelen achisparse!* Yo tampoco lo he visto en cuarenta y siete años, ¡qué barbaridad! que hace asisto sin interrupción á tan malhadada fiesta. Ya se ve, ¡primero que abrimos los ojos á la luz de la razón se pasa tanto tiempo! Pero déjate, que ya preguntaré á mis compañeros de palco, y á los ganaderos amigos, y al empresario y á los revisteros, y de más gente conocida, pobre y rica, en enanto los vea entrar por las puertas, ¿vienen ustedes *chispas*? ¿Dura el rescoldo? Y si en Madrid no encuentro muchos alegrados por una pítima interna, cuando vea las corridas de Valencia, las de San Sebastián ó las del cualquier plaza de Andalucía, ya me enteraré si el alcalde, el banquero, el rentista, el industrial, ó los ganaderos más acomodados se alumbran por dentro con vino manchego, sagardúa ó manzanilla, que bueno es enterarse para saberlo todo.

Padres que tenéis hijos, no los llevéis á ver funciones de toros, creednos á los impugnadores de

tan soez espectáculo, si no queréis verlos en camino de perdición. Por olvido, sin duda, no ha habido hasta ahora quien dé el aviso, y por eso España no es más que un presidio suelto, cuna de malhechores, donde lo menos el noventa y nueve por ciento de los aficionados está destinado ¡Ave María Purísima! destinado... *á consentir que se levanten los siniestros tablados en las plazas públicas.* (TABLEAU.)

*
* * *

Mucho pudiera decir acerca de que *en la plaza de toros están los españoles al mismo nivel de cultura que lo estaban los moros, nuestros conquistadores*; pero tengo compasión de los aficionados, y no quiero que me tomen ojeriza. Diré, sin embargo, que estamos tal vez más atrasados; que mezquitas y palacios como los que ellos hicieron, no se hacen ahora; que en muchas artes industriales sabían más que se sabe hoy; y que en letras y ciencias hubo hombres sabios, á quienes hay que envidiar. De consiguiente, admitiré *en eso*, y es mucho conceder, el mismo nivel de cultura, no así en cuanto á la *lucha* que tenían con los toros, que no puede compararse con la *lidia* que se da actualmente á las reses bravas. Debía ser mucho más bonito, más edificante aquello de clavar 15 ó 16 picas en confuso tropel al bravo animal, y cortarle los corvejones con los chafarotes, después de arrojarle dardos y venablos, en cambio de una docena de volteos por los aires, otra de reventados por los suelos, y otra de cornadas, puntazos y varetazos, que la inálisa, fría y más que necia suerte de *matar recibiendo*, por ejemplo, en la cual «el valiente diestro se coloca frente al toro, cerca, muy cerca, á tres pasos de distancia, á dos, á menos si es preciso. Pasa de muleta al toro tres ó cuatro veces en redondo, permaneciendo quieto, sin separar un pie de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y ésta ha pasado alrededor de aquel impávido lidia-dor, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que la engaña. En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algún fluído que electriza; aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza. El espectador que por vez primera lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado. Párase por fin el toro, acércase más á él aquel

hombre, cuya estatura crece en aquel momento al erguirse, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia; tiende la muleta, la lía, se perfila frente al testuz de la fiera; coloca su espada en recta dirección al punto en que quiere clavarla, junta de nuevo sus piés, y espera. Adelanta todavía un pie, alarga el brazo izquierdo, en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte éste rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, le hace torcer su ruta á favor de la muleta, clava en él su acerado estoque, y el bravo animal se encoge, se tambalea y se desploma.»

.....
.....
Y ahora de la imparcialidad.

¿Qué comparación tiene una suerte con otra? Aquella, la de los átabes, presta a la atención mayores atractivos que las practicadas por los españoles de coleta, ¿qué duda cabe? Si yo tuviera influencia con los toreros del día, había de aconsejarles que dejaran el *arte* moderno por la barbarie antigua; quiero decir, la barbarie de ahora por... vamos por... las prácticas de entonces, y ¡puede que no quisieran salirse del nivel de cultura antes mencionado! Venid, jóvenes incautos, les diría: ¿no comprendéis que es mejor irse al toro una turba de 20 hombres bien armados, que uno *solo* de vosotros, sin más armas que un percal? De este modo es verdad que demostráis vencer al bruto, como también le vence el buen picador con la garrocha, más del otro moriríais alguno, otros quedarían cojos ó mancos, y alguien se salvaría, pero caballos se perderían pocos; y como la muerte de los animales importa en grado eminente, á evitarla es á lo que hay que atender con preferencia. Pues á pesar de ser tan sólida esta razón como los cerros de San Isidro, no me harían caso: —¡si conoceré yo la gente! — ¡Como no se le hará D. Rafael Molina al Sr. Navarrete *cortándose la coleta, protestando contra la barbarie de la lidia de reses bravas, y empleando su capital en... la fabricación de aceites*. ¡Comparel! —dirá á su mejor amigo— ¡por quién me ha tomao ese Sr. Navarrito, Navarrote ó Navarrete? ¿Se quíe quear conmigo? ¿Tengo yo facha de aceitero? ¡Pus hombre!! Y pa jonjabarme dice que estoy á la altura de Montes y de Redondo. ¡Me jase graeial! Que se ponga ese señorito á la altura que *eyos están* si quíe ser aceitero, que el hijo del niño de Dios se está bien

ganando parneses, sin aprender un ofisio tan grasiendo; ¡pues hombre me jase grasial!

Estoy oyendo al torero decir esas ó parecidas, palabras, sin reflexionar el pobre que, con el buen aceite que él fabricara, nuestros hijos comerían unas ensaladitas que ya... ya, sin tener que ir á Francia á pagar tributo. *Mayormente*, los toreros no van á impresionarse demasiado con nuestras predicaciones.

*
*
*

¿Consentiría el Gobierno la instalación de una fábrica de pólvora en la Carrera de San Jerónimo de Madrid? —pregunta con buen sentido mi precursor;—y la contestación que á reglón seguido se da, es lógica y contundente. *No, porque sería un atentado al derecho á la vida de los vecinos.*

¡Bien dicho! ¡Que le pinchen ratas! Esa es una estocada que va al fondo, y es lástima que no la haya ampliado preguntando: ¿Por qué los Gobiernos permiten á los padres de familia, ó hijos, que para el caso es igual, trabajar en la fabricación de aquella materia terriblemente explosiva, atentando contra su vida (que vale tanto como la de los vecinos): por qué autorizan la elaboración de la dinamita: por qué consienten que en una mala cáscara de nuez se lancen al mar en busca de cuatro sardinas los pobres pescadores, que suelen no volver á sus casas: por qué paga jornales á una población entera que *vive* (mejor sería decir que agoniza) sacando azogue ú otros minerales de los profundos antros de la tierra: por qué... en fin, tolera el ejercicio de profesiones que embotan la inteligencia y causan enfermedades y la muerte de los infelices que las ejercen?

Esto y más ha debido añadir á su pregunta, sin temor á que le replicaran, que la sociedad ha establecido leyes que exigen el sacrificio de unos pocos en beneficio de los más, lo cual no será justo en conciencia, pero es legal. Eso no se considera atentatorio á los derechos individuales, pero sí lo son las corridas de toros, en que por fuerza se obliga á los toreros á exponerse á una muerte cierta; y si precisamente no es por fuerza, es porque todos ellos están inducidos y engañados, ¡inocentes! ¡por quién dirán ustedes? ¿No aciertan? Pues si eso lo saben todos: *por los que desean dominar el mundo y acaparar la instrucción de niños y niñas* (y niñas ¿eh? ¡qué pillines!). *para que sean*

sucios, hipócritas, enemigos de la libertad (1).

Ahí está la razón de que *nosotros los demócratas*

(Nosotros solos somos los buenos,
nosotros solos, ni más ni menos)

seamos enemigos de tan indigna fiesta; esa es la razón de que los demócratas no vayamos nunca á ver corridas de toros; los que allí van son todos carcas, ó poco menos. Si hemos visto ocupando localidades altas y bajas á los Riveros, Castelares, Figueras ó Montemares, ó á los Merengueros, Cojos de las Peñuelas y Tachuelas, que dicen eran demócratas, no debemos atribuirlo sino á que fueron engañados, seducidos como niños inocentes, porque á todos nos consta la falta de malicia de aquellos buenos patricios. ¿Verdad?

Guerra, pues, á las corridas de toros en nombre de la democracia; y si les dicen á ustedes que en las Plazas de Toros es el único punto donde impera realmente la soberanía del pueblo, no lo crean, aunque lo vean. Guerra á todas las profesiones en que se arriesgue la vida, incluidas la militar, y las en que por la aspiración continua de un producto químico ponzoñoso pueda padecer el hombre, aunque cooperen á la realización de empresas beneficiosas á la nación en general (2). Tiempo es ya de que se aparten de nuestra vista espectáculos que *ocasionan la muerte á Pepe Illo, Montes, Oliva, Domínguez, el Tato y Pepete*, porque si bien en todo el siglo presente, lidiándose más de cincuenta mil toros! han muerto ¡diez hombres!, y aparte de que Montes no murió á consecuencia de su herida, ni Oliva fué torero de profesión, y Domínguez ha fallecido de muerte natural á los setenta y un años de edad; aparte de eso, digo, en lo demás, no habrá quien nos contradiga. Me parece á mí.

Esas *equivocaciones* del Sr. Navarrete son *petaca minuta* (3); pero me traen á la memoria antiguo relato de aquella escena que ocurrió á uno de nuestros más populares actores, y que á trueque de que no haga efecto, quiero trasladar aquí.

Actor Alcázar que sobre el Tejo...

Apuntador Tajo.

Actor Alcázar que sobre el Tejo...

Apuntador Tajo.

Actor Alcázar que sobre el Tajo

blandamente te reclinas

y en sus ondas cristalinas

te ves como en un... espajo,

(Acercándose irritado al apuntador.)

¿lo ve usted, señor... Marrajo,

cómo era Tejo y no Tajo?

*
* *

Al insigne poeta lord Byron, que visitó á Cádiz durante la guerra de la Independencia, le produjo tal indignación una corrida de toros, que en el apunte de ese viaje que figura en sus obras, hay frases de entusiasmo por la belleza de la ciudad, de desprecio, y aun de falso testimonio para los españoles y para las españolas, y de tiernísima compasión para el caballo.

¿Qué razón tenía el eminente lord para opinar así! En las palabras que preceden, trascritas del libro *División de plaza*, se conoce á la legua que era *inglés*. ¡Qué dientes tan largos se le pondrían al examinar la belleza de Cádiz, la tacita de plata de Andalucía, la envidiada de los extranjeros! ¡Ay! si con ella hubieran podido quedarse los británicos, ¿quién les tose con Gibraltar y Cádiz?

Los maliciosos podrán haber creído que, el motivo de despreciar el *inglés* á los españoles y españolas, y aun de hacer á los mismos el *levantamiento* de... falsos testimonios, puede obedecer á la *coba* que le dieran algunas gaditanas, *sin largarle la tela*, dejándole con un palmo de narices; y á alguna insinuación de cuello vuelto, que le propinase en canto llano un marido ofendido, ó un amante quisquilloso: pero no es esa la causa en mi opinión. Creo yo, y me parece no andar des-
acertado, que el motivo de sus... exageraciones debe atribuirse, á que siendo un poeta de calenturienta imaginación, cuyas extravagancias le dieron nombre, se le fué... el santo al cielo ó se le aflojaron los tornillos de la chaveta. Eso á cualquiera le sucede, y no hay por qué extrañarlo; y en cuanto á la tiernísima compasión para el caballo, bien demostró sus naturales instintos el excéntrico poeta que solo tiene para el hombre palabras ofensivas y para la mujer injurias. ¡Pobrecito caballo, que está deseando morir para descansar, ya le maten de un tiro ó le lleven á un matadero ó muladar por inservible en vez de aca-

(1) Tara-tira-ta-tira-ta-tú. ¡Libertad, libertad sacrosanta!...

(2) Apaga y vámonos.

(3) De pitillos, v. g.

bar en las plazas; y pícaros hombres y malditas mujeres que no han dado al *inglés* la tacita de plata con que se hubiera recreado, ni otorgado los favores que tanto le hubieran satisfecho!

Y como no se consuela el que no quiere: y como, otra cosa podré tener, pero no mala intención, voy á citar las opiniones de verdaderas autoridades *extranjeras* (porque si las cito españolas dirán que buscó testigos de tacha), que han visto corridas de toros y se han contagiado al maléfico influjo de nuestras costumbres, *pervertiendo su alma y prostituyendo su cuerpo*.

Allá van.

J. F. Burgoing, autor del libro *Tableau de l'Espagne moderne, 1797*, dijo, al hablar de las corridas de toros, que el circo presenta un golpe de vista imponente: que la pasión de los españoles á estas fiestas nada influye en lo moral, ni altera la dulzura de sus costumbres, y que el riesgo de los toreros es mucho menos de lo que se exagera.

J. J. Rousseau, el gran filósofo, dijo: Una gran nación debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propensión general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, aun cuando de suyo fuesen indiferentes ó no buenos, bajo ciertos respetos. Si fuese dable, nada hay exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierte igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. No han contribuido poco las corridas de toros á mantener en la nación española un cierto vigor.

Teófilo Gautier, Edmundo de Amicis, y... ¿á qué citar más nombres? otros muchos muy ilustres y sensatos, han hablado con elogio de las corridas de toros, pero no seré yo quien los traiga á cuenta. Eso sería dar armas á mis adversarios, y una cosa es, como ya he dicho, no tener mala intención, y otra poner dócilmente el cuello para ser estrangulado; además de que á nuestros fines importa hoy llamar á Rousseau y á los demás escritores que no consideraron bárbara la función de toros, gente de poco más ó menos que no sabía lo que se pescaba; y á Jorge Gordon Byron, que así se llamó el ilustre lord inglés, el hombre de acertado juicio, por más que sus biógrafos hayan convenido en que su cabeza andaba á pájaros en muchas ocasiones; tales fueron sus raras y repetidas excentricidades.

Porque también conviene á nuestros fines, ha

dicho, con razón como siempre, mi buen predecesor, que al escribir Moratín sus famosas quintillas (que nunca se olvidarán, al paso que nuestros *trabajos* durarán menos tiempo del que se tarde en leerlos), estuvo más afortunado en todas las estrofas que no atañen á los horrores de la lidia, porque en éstas no abundan las bellezas literarias. *No parece sino que los hilos de la inspiración se rompían cada vez que D. Nicolás se imaginaba una embestida del bruto, ó una caída de corcel y caballero*.

Y dice muy bien el señor de Navarrete. ¡Vaya si lo dice! *La poesía se resiste á describir las fiestas bárbaras*, y si muchas composiciones de poetas celebrados han sido y son consideradas como modelos en su género, aunque describan fiestas y hechos bárbaros ó atroces, los que tal hacen no entienden una palabra del arte: que si en el poema épico á que Virgilio dió el nombre de la *Eneida* y en el de la *Araucana* de Ercilla y en otras muchas *poesías* de nuestros primeros autores se describen aquellas... barbaridades; si en muchos himnos se excita á cometerlas ó se relatan las sucedidas, indudablemente hay que atribuirlo á... ¿á qué diré yo? á casualidad, aunque sean muchas más casualidades que las que contenía la sucia capa del pobre estudiante, héroe de un cuento que por sabido se calla. Para corroborar y afirmar lo dicho en el párrafo anterior—el de los hilos rotos de D. Nicolás (1)—voy á copiar también algunas quintillas que precisamente se refieran á la descripción de la lucha del toro con el hombre.

Crece la algazara, y él
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel,
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.

.....

Pero ya Rodrigo espera
con heróico atrevimiento:
el pueblo mudo y atento:
se engalla el toro y altera
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido:
el suelo huele y le moja
con ardiente resoplido.

(1) No fué tendero ni mucho menos. Bueno es advertirlo.

La cola inquieto menea,
la oreja diestra mosquea,
vase retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.

.....

...el bruto se abalanza
en terrible ligereza,
mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó,
fué tanta, que parecía
que honda mina reventó,
ó el monte y valle se hundía.

A estas quintillas, á estos admirables versos, en opinión de algunos que les conceden vigor, fluidez, naturalidad, expresión, gallardía, y qué sé yo cuántas cosas más, los estima *prosa rimada* el señor Navarrete, *cuarso gycsero*: y como yo me he propuesto *correarle*, ó lo que es igual, ser su eco, repetiré con él que *la poesía no puede bucnamente describir fiestas bárbaras*. digan lo que quieran el prosista Moratín; el menguado Rodrigo Caro (que no habló de fiestas de toros, sino de gladiadores); el autor de los cuentos de un loco, don José Zorrilla; el que cantó la *Guerra de Africa*, don Pedro Antonio Alarcón, y otros *pobres hombres* que han hecho versos describiendo las corridas de toros, sin duda por no considerarlas bárbaras.

A nosotros nos conviene hoy dar más crédito á lord Byron; y se le damos, y tentados estamos — es decir, yo no, y supongo que el señor Navarrete tampoco — á dársela á otro inglés, Robert Owen, que ha sostenido (1) que «el destino del hombre no es otro que el de obedecer, COMO SUS HERMANOS LOS BRUTOS, á sus instintos y apetitos.»

Muy fuerte es esto para mí, que protesto enérgicamente contra semejante atrocidad, mil veces más bestial que las corridas de toros; y protesto tanto más, cuanto ni por un momento admito, ni en hipótesis, que mis hermanos sean los brutos. El que tales cosas dice, será otro... excéntrico como el buen novelista Byron: y aquí hago alto sobre este punto, antes de que mis contrarios inventen preguntar si aquellos ingleses eran ó fueron miembros de alguna sociedad protectora de brutos, ó si ha de ser con sujeción á la doctrina de

Owen, la congregación que Navarrete quiere funde el celeberrimo marqués de San Carlos.

Para no saber contestar, *peor es meneallo*, que en boca cerrada no entran moscas.

*
*
*

La Presidencia por la autoridad de las corridas de toros debe desaparecer.

Conformis de toda conformidad. Ya lo dije hace más de ocho años, y después lo han dicho, apoyando mis razones, todos los desgraciados amantes del arte que han relatado en revistas taurinas los lances de la lidia. Dí mis razones, que tales me parecieron y siguen pareciéndome, pero no me atreví á lanzar el grito subversivo de «Fuera los Presidentes de las corridas de toros.» Le ha dado mi predecesor en la impugnación, y puesto que al principio dije que me obligaba á hacerle coro, repito la voz; y no me atrevo á repetir: ¡Viva el derecho! ¡Viva la ley que emana del derecho! porque no alcanza mi torpe inteligencia á comprender qué pito ni qué flauta toca aquí el derecho ni el torcido. Estoy convencido, sin embargo, que cuando lo dice el señor Navarrete, sus razones tendrá, y que su constante repetición de las palabras derecho, libertad, baldón, infamia, horror, escándalo, progreso, brutalidad y otras semejantes que baraja con una rapidez y precipitación que atolondran, obedece, cuando menos, á la idiosincrasia del individuo, á la ardiente imaginación puramente meridional, de dicho impugnador de lo taurómico, que asegura, bajo su palabra, *que tal fiesta ha sido constantemente amparada por el Estado, por la aristocracia y por la religión.*

Alguna equivocación advertirán en esto los que han rebuscado papeles y desentrañado archivos, para saber un poco de la historia del toreo, como si se tratara ¡precios! del descubrimiento de las herraduras del asno, con una de cuyas quijadas mató Cain á Abel (porque pudo más que él), cosa importantísima para los pre-históricos; que no todos los Gobiernos ó Reyes de España han considerado oficial, ni mucho menos, la fiesta de toros, puesto que se dieron leyes prohibiéndolas é infamando á los toreros; no á todos los aristócratas ha parecido bien, y si no dígalo el nunca bien ponderado, célebre cual no otro, y alegre como cualquiera señor Marqués de San Carlos; y nunca las han amparado en nombre de la religión los Papas ni los Obispos, que hasta negaron se-

(1) M. A. Jay Rapórt présenté á l'Academie française le 20 avril 1841.

pultura eclesiástica á los que murieran en lucha con las fieras; pero este *lapsus* es otra *petaca minuta* que hay que agregar á la anterior.

También observarán los estúpidos defensores de la horrible fiesta, que al mismo tiempo que mi antecesor en la impugnación asegura que en los tiempos modernos la aristocracia no desdeña las ciencias, las artes ni las industrias, y no ampara la lidia de reses, cita en apoyo de su aserto al Duque de Rivas, sin acordarse de que su brillante pluma realzó la fiesta en un magnífico romance; á la Duquesa de Medinaceli, cuya espléndida belleza hemos visto acrecentada con el precioso traje de torera, presidiendo muchísimas becerradas; á los Duques de Veragua, de San Lorenzo, Conde del Aguila y Marqués del Saltillo, decididos aficionados y muy notables ganaderos de reses bravas; al Marqués de los Castillejos, el inolvidable Prim, que fué socio de número de la famosa del Jardinillo, y al Marqués de Salamanca, que fué un notable aficionado, y precisamente el contratista de la construcción de la gran Plaza ó circo de Madrid. Esta es otra *petaca minuta*, que con las anteriores, puede almacenar para formar colección, y para que sirva de base á la *Sociedad abolicionista de las corridas de toros, que propone se funde bajo el manto tutelar del señor Marqués de San Carlos*. ¡Bravísimo, Sr. Navarrete!

Con otro golpe como ese
se eterniza en el poder.

¡Ah, valiente! ¡Duro ahí!

Para cuando constituyamos esa estupenda sociedad, propongo que, como primera providencia, compremos *todas* las Plazas de Toros de España y del mundo entero, é islas adyacentes, y *todos* los toros bravos que existen y puedan existir; y amansando á éstos y derribando aquéllas, que vengan, que vengan los toreritos á hacer de las suyas, que ya los dejaremos con un palmo de narices. Vayan allá; que se metan á aceiteros ó á ejercer otro oficio de pringue, y verán cómo les relucen las espaldas.

Yo suplico á mis lectores que esta idea no la propaguen, que por lo mismo que es GRANDE, quiero que la gloria de su invención ú ocurrencia, vaya siempre unida al nombre de un impugnador de la execrable fiesta. Es un capricho.

*
* *

¡Qué bien estaríamos los españoles si *los terrenos en que pastan los toros bravos fuesen roturados y nos los repartieran en lotes*! ¡Qué descansada vida la del que huyendo del mundanal, etc., se fuese al campo, y á la sombra de un árbol se quedara en celestial arrobamiento! ¡Ay qué regalo! Sin pensar en vestirse con más ó menos delicada *toilette*, sin afeitarse, el que tuviera barbas, sin lavarse nunca y sin tener que cavilar en el pan nuestro de cada día—porque supongo nos le traería un cuervo, como á no sé qué santo—¿Qué más desearían los pícaros aficionados? ¿Estarían mejor en el inmundo edificio donde se verifican las indecentes corridas de toros? Allí, tranquilos como los partorcitos de la Arcadia, tocando la flauta ó armando con las pastorcitas un caramillo, ¡qué gusto! no echaría nadie de menos su casa alfombrada, ni su mesa confortable ni su mullida cama, ni nada; en fin, que allí tendría hermoso lecho de hojas secas cuando no lloviera; gredosa arena que pisar; estruendoso aire que respirar y cálido y ardiente sol, que le diera al cutis un colorcito obscuro y tostado de irresistible atracción. Alguna víbora, topo, lagartija ó corta-rabos por el suelo, y algún moscardón, tábano, cinife ó mosquitillo por el aire, serían causa de alguna incomodidad *pequeña*, pero todos los agrestes se verían ampliamente recompensados con la facultad libérrima de observar los astros, contemplar la magnificencia de las tempestades y escuchar los aullidos de los lobos, sino se venían encima. ¡Al campo, pues! y concluyan *los grandes ganaderos, que son los mantenedores de la execrable fiesta, los responsables de esa ignominia*.

¿Es que no existen, dice el Sr. Navarrete, *otras fiestas que no matan la razón, y el alma y el cuerpo, y que no envenenen y pudran la sociedad*?

¡Vaya si existen!

Las carreras de caballos, que son una fiesta *culta*, donde no se estampa *el alma*, más que de tres veces dos el alcoholizado jockey, á quien previamente se pesa como un talego, y donde por más que digan los detractores, nunca excede de una docena de personas en cada carrera las que, por consecuencia de la mano de la ruleta, que es el caballo, se quedan con los bolsillos limpios y la conciencia sucia.

Es función más *culta* que la de los toros (!!!).

También las *mascaradas* con sus comparsas de ciegos y tullidos, que van pidiendo (¿querían ustedes que viniesen dando?); el hombre de las barbas con el higuí famoso; los que se visten de fel-

pudos; las *doncellas* disfrazadas de hombres en calzoncillos; los *bebés* con sonajeros descomunales; cuernos, tambores y trompetas, producen atractivo extraordinario (para escapar de allí 150 millones de leguas), y confianza y aproximación *cariñosa* de los individuos que no se conocen, hasta el punto de que le apabullan el sombrero á cualquier cristiano, y... tan contento. Como que en esas mascaradas hay olvido de las penas *sin la embriaguez de la gritería salvaje, ni de la sangre que hay en los toros* (1). Por supuesto, que aquí no hablamos de otra cosa que de las mascaradas al aire libre, no de los bailes de máscaras, donde, según el inolvidable Larra, «allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas.»

Y por último, los teatros, las ferias, las exposiciones de plantas y las de ganados, que tan *distinto aroma* despiden á distancia de 10 kilómetros; los conciertos, las comidas de campo y los bailes públicos— como los de la Gachona, el Gavilán y la Frappé, por ejemplo — bastan y sobran para que podamos divertirnos sin ver corridas de toros. ¡Ya lo creo! ¡Cuánto daríais, pobres lectores, por divertirnos tanto como otros muchos en los famosos bailes de Capellanes!

¡Qué tiempos aquellos!
ya no volverán...

¡Cuántas comidas de campo *con acompañamiento* salieron de allí! ¡Cuántos *conciertos* en que al fin y á la postre alguien quedaba desconcertado!

Pero no hablemos de eso.

Y venid aquí, acercáos, *oid*, ATENDE, ESCUCHAD. ¡Gran secreto! ¡Sabéis de dónde salen la iniciativa y el dinero para la construcción de las nuevas plazas de Toros?

—Sí, señor; de los hombres de negocios que saben aplicar su inteligencia á lo que les ha de dar utilidad, y el dinero... de la caja, me dice un infeliz capitalista.

No me interrumpa usted y déjeme concluir. *Ahonden, ahonden ustedes y tropezarán siempre con un jesuita de capa larga ó de capa corta.*

¿Qué t...a...l...tal? ¿A que no sabían ustedes nada del secretito que en confianza les digo? Pues no duden, que es positivamente cierto. Según mis noticias, el descubrimiento se debe á una suripañ-

ta jubilada que apadrinó un sastre, pariente de un amigo mío, pero no lo digan ustedes á nadie, porque aunque más callado está entre todos, lo que les conviene es *ahondar, ahondar* hasta las mismas profundidades de los profundos... Entonces se convencerán de que á los jesuitas les gusta que les den con la badila en los nudillos, por aquello de «Jesuita y se ahorcó, cuenta le tendría.»

.....
Dice muy bien, rebién y requetebién el señor Navarrete; y si alguien intenta contradecirle, que se vea conmigo. Cuando desaparezcan las corridas de toros; cuando no haya necesidad de conocer siquiera lo que son esos instrumentos que inventan los hombres para su exterminio, y apoyados en los cuales, á falta de razón y de justicia, se matan miles de hombres por el capricho y la ambición de un *sublevado*; cuando no tengamos en España luchas políticas; cuando haya ley..., es decir, cuando se cumpla y obedezca por todos sin excepción; cuando seamos nación rica, próspera y envidiada; cuando tengamos abiertos los senderos que conduzcan á la realización de los risueños ideales del porvenir, cuando todos pensemos lo mismo, y por lo tanto no haya divergencia de opiniones; cuando los hombres, incluso los toreros, que claro es, también lo son, y las mujeres, sin exceptuar las cancanistas, sean buenos, virtuosos y... santos, entonces, entonces

¡Oh qué gran país;
qué felicidad!

entonces, vuelvo á decir, ya no tenemos otra cosa que hacer, sino tomar cada uno su violón, fígle, flauta ó instrumento que mejor sepa manejar, ó al que más afición tenga, para que, como sucede en el Paraíso, entonemos todos

¡¡¡MUSICA CELESTIAL!!!

* * *

Hay en el Código penal señalado castigo para el suicida; la imprudencia temeraria se pena como delito, y, sin embargo, las autoridades que persiguen esos delitos, castigan con multas al torero que no se arrima, es decir, castigan la falta de imprudencia temeraria. Así lo dice el Sr. Jiménez, que es lástima no se llame Blas, para aplicarle aquello de lo dijo Blas,. Y no me venga por ahí algún le-

(1) ¿Quiere usted darse una vueltecita por la Pradera del Canal el miércoles de Ceniza?

guleyo aficionado á los moños y á las moñas, explicándome el Código, y diciendo que la imprudencia temeraria consiste en la ejecución de un hecho que, *si mediase malicia*, constituiría delito; que yo por mi compañero impugnador le cortaría el páso, asegurándole que me consta, de una manera indudable, que los diestros (y cuanto menos lo son, más los comprendo en el caso) llevan malicia en lo que hacen y hasta muchas veces matan á traición, con premeditación y alevosía. ¿Eh? ¿Me explico? Ya cuando hagamos un nuevo Código penal cuatro amigos anti-taurómacos eminentemente sabios, incluiremos en su primer capítulo del que haremos desaparecer esa *malicia* y medie ó no medie ¡duro ahí! impondremos á los toreros la pena de reclusión perpetua, á los ganaderos la de pobreza perpetua, y á los Presidentes y aficionados á la bárbara fiesta, cadena perpetua; que en nuestro humanitario Código escribiremos que todas las penas serán perpetuas, para evitar reincidencias.

Antes, y para que en el seno de la comisión no haya divergencias, siempre lamentables, mucho más, cuando se trata de asunto tan piramidalmente cataléptico, cuidaré yo, y si no la persona de más influencia sobre los señores Navarrete y Jiménez (q. s. g. h.) (1) de ver cómo se ponen de acuerdo sobre un punto importante, cual es el de que el último ha citado las palabras del Padre Mariana *sacar toros al coso, afirmo que es inicuo, negro y cruel espectáculo. Este es mi juicio y será eternamente mi sentencia*; y el primero sabe muy bien que el tal padre disculpa, sino defiende las corridas de toros y fué jesuita—por más que á su patria la hiciese, entre otros, un gran servicio, con su célebre Historia de España—y ya tiene dicho que *ahondando*, en todo lo relativo á cuernos se encontrarán no puntazos, ni siquiera varetazos, sino jesuitas. Pero ya se pondrán de acuerdo, y si no, nombraremos una comisión mixta de caballos y de toros de ellos protegidos con razón, y les harán entrar en esta sin réplica ni encono.

¡Como que no estamos llamados á regenerar el país los anti-taurófilos!

¡Bonitos somos para consentir la continuación de tal oprobio!

Como tal lo reconocieron—ahora entra lo bueno, ¡preparen!—*Alonso de Herrera, Santo Tomás de Villanueva, el venerable Juan de Avila, Gó-*

mez de Amazcoa, Gregorio López (1), Quevedo y otros que enumera—¡apunten!—*probando esto que tal espectáculo no ha tenido nunca de su parte á los hombres que, con sus escritos y con sus actos, han contribuido al mayor lustre y engrandecimiento—¡fuego!—de su patria. ¡Púm!*

Y así lo reconozco yo de buena voluntad, y así lo reconocerán los que tales opiniones lean, porque ni ellos ni yo nos acordaremos para nada del gran Cervantes, príncipe de los ingenios españoles, del erudito D. Antonio Capmani, del célebre Moratín, regenerador de la escena española, del insigne D. Ramón de la Cruz, del inolvidable Isidoro Maiquez, del inteligente Carnerero, del inimitable Goya, ni de otros muchísimos que malgastaron su imaginación en pró de las corridas.—Los olvidaremos y haremos bien desatendiendo á tantos extraviados

cuyas pésimas letu-
la cabeza devana-

porque ellos no procuraron nunca el lustre y el engrandecimiento de su patria, (2) ni sabían de toros lo que aquellos presbíteros, ni de toreo de muleta y cambios en la cabeza, como Isabel I.

Qué bien citada y á tiempo ha traído Jiménez á la arena... de la discusión la trasnochada carta de la Reina Isabel la Católica á su confesor Fray Hernando de Talavera en que le dijo: *De los toros sentí lo que vos decís aunque no alcancé tanto, mas luego allí propuse con toda determinación de nunca verlos, en toda mi vida, ni ser en que se corran, y no digo defenderlos* (esto es prohibirlos) *porque esto no era para mí á solas.*

La lectura de este párrafo conmueve y enternece. Es verdad que siendo entonces las corridas de toros, de tal manera distintas en todo y por todo á las que ahora se celebran, ninguno de los que hoy vivimos hubiéramos, aun viviendo en aquella época, presenciado aquéllas, pero también es verdad que á pesar de ser como eran, la buena Señora, la gran Reina, no se desdendió, como antes va dicho, de presenciarlas, después de mandarlas celebrar cuando el casamiento de su hija.

Por donde se ve que una cosa es predicar y otra dar trigo. Tal vez la humanitaria Señora—que humanitaria en alto grado ha de reconocerse á quien fundó la Inquisición—se condolía de los po-

(1) No hay que alarmarse. Estas cuatro letras quieren decir que saldrán ganando horas.

(1) No es el conocido entre la gente de coleta. Este es de los otros López.

(2) ¡Blasfemasti!!

rrazos, heridas y barbaridades que llevarían y cometerían los que de lidiar toros estaban encargados, y que de reglas del arte se hallarían á la altura del subsuelo, y á eso aludiría en su carta cuando dice «sentí lo que vos decís;» pero algún malévolo de los muchos que hay en este pícaro mundo, establecería tal vez comparación entre las *luchas* en aquel tiempo y las *lidas* del presente, para sacar consecuencias que le favorecieran. ¿Diría, por ejemplo, si aquella Reina y aquellos santos varones, en vez de presenciar tremendo pugilato entre las desordenadas turbas de hombres con las fieras, hubiesen llegado á ver como en nuestros tiempos vemos, la habilidad y hasta la elegancia en los variados juegos que con los toros ejecutan los toreros? ¿Pensarían lo mismo que pensaron? ¿Dirían lo que dijeron? ¿A que más de una vez á la Buena Señora se la hubieran encandilado los ojos mirando la gallardía, garbo y sal del célebre *Chiclanero*, y hubiera palpitado de gozo su corazón al concluir el gracioso *Tato* un admirable galleo? ¡Venga de ahí! habría exclamado la Reina olvidando su majestad, y ¡venga de ahí! habrían repetido los venerable que nos citan; es probable, más que probable seguro, que les hubiera sucedido lo que al Santo Padre que prohibió el fandango, creyéndole un baile obsceno y hasta irreligioso. Sabido es que se apeló al recurso de que, puesto el cónclave de Cardenales no había nunca presenciado semejante baile, y, por consiguiente, podía haber aconsejado aquella determinación, fiado solo en los informes de personas no peritas, fuesen á Roma unas cuantas parejas de bailaores y se sometiera la apelación al resultado de la prueba ocular. Se escogieron seis barbianas de las que dan el opio, llegó el día señalado, y con sus parejas empezaron el baile ante el gran número de prelados que componían aquel jurado. Sonaron las guitarras y el repiqueteo de las castañuelas, y aquellos santos varones palidecieron, tapándose algunos la cara con las manos; después, cuando los jaleadores empezaron á gritar ¡olé tu mare! ¡bien por lo güeno! y las bailarinas empezaron á hacer pompas con sus cortos é insurgentes vestidos, dejando ver pantorrillas de mucha verdad, y de allí al cielo, entreabrieron los padres los dedos de las manos y algunos menos timoratos las bajaron y llegaron á juntarlas, oyéndose á media voz ¡bravísimo!! Pero cuando al final empezó el jaleo con toda su ostentación de magia estrepitosa, los queibros de cintura de las mozas acompañaban al zarrandeo de sus contorneadas caderas, y los ojos her-

mosísimos españoles miraban al cielo casi entornados, repiqueteando *muy menudito* las castañuelas, y haciendo sonar quejidos á las guitarras, entonces, los prelados aplaudieron á rabiar, perdieron su gravedad, se levantaron, y arrastrados por la violencia de la tentadora inspiración, todos, todos acabaron por bailar el fandango, armándose allí tal *juerga*, que á pesar de los muchos años que hace que ocurrió esto, aún dura la tradición que lo atestigua.

Pues están ustedes en un error los que tal proponen; la opinión particular de unos cuantos, enfrente de la de otros, no puede inclinar á nadie á decidirse, sin examinar detenidamente, *viéndolos y entendiéndolos*, los hechos antiguos y modernos que son objeto de la controversia; pero tratándose de una reina-hembra, de un santo, de un venerable sacerdote muy ilustre, natural de Almodóvar, la cosa ya *vareca*.

¡¡DURO AHÍ!!

Y que no *haiga* compasión.

*
* *

Amados hermanos míos: expuesto queda con la mayor claridad, y con marcada inocencia y falta de malicia, el daño que causan á la sociedad, á la familia y á los animales las malditas corridas de toros, á que tanta afición muestran los españoles.

Por ellas estamos todos pervertidos, sin conciencia recta, perdidas las nociones de buena educación y de honradez, abyecta el alma y en camino de los presidios y algo más: que eso de sentir y dolerse de que un toro hiera á un hombre, y no parar mientes en que mate un caballo, podréis, hermanos, considerarlo como lo más natural del mundo, pero no estáis en lo firme. Vale tanto un bruto como un hombre, según dicen.

No creáis lo contrario, hijos, que hasta ahora hemos vivido en grave error. ¡Protección absoluta y decidida á toda clase de animales, con preferencia al hombre! Marchemos todos, y yo el primero, por tan benéfica senda; que si alguna vez nos sirven como manjares apetitosos y apetecibles los faisanes, codornices ó chochas ricamente condimentados, despidiendo un olorcillo capaz de resucitar un muerto, los comeremos, ¡qué diablo! Ya que los animalitos murieron, ¿qué mayor protección podemos dar á sus inocentes restos, que la de guardarlos en nuestros estómagos?

Caridad con el prójimo, hermanos, caridad, que es la que endereza á las demás virtudes. A ella dirigen sus firmes pasos con segura planta los Santos Padres, Navarrete, Jiménez y demás compañeros mártires; y yo os conjuro en nombre de la gran masa antitaurófila á que *pian pianino* los sigáis á donde os lleven, como sigue el becerro á su madre.

Ya os encontraréis con las bellas formas de las hermosas suripantas, fresquitas de traje, aliviadas de pudor y pintadas de rostro, «de aquellos rostros donde no asoma la vergüenza nunca», ya admiraréis cómo encogen las patas ó alargan el cuello los animales, á voluntad del que á fuerza de palos, hambres y otras *protecciones* parecidas les ha enseñado. Allí también lucirán sus gracias los payasos, haciendo el mono, el oso y qué sé yo qué más, con una perfección, que habrá momentos en que realmente dudaréis si el mono es hombre ó el hombre es mono. Esto no envilece, amados míos, ni el tirar de un carro, ni recibir puntapiés, ni bofetadas, porque todo es *por juego*, para entretener al ilustrado público; y *por juego* también podéis adquirir mucho dinero para perderlo en la *poulhe* de la gran ruleta: para obsequiar á las bellezas retintas, lomipardas y calceteras, que os dejarán sin calcetas; para ilustraros con las hazañas de los payasos que se tragan sables afilados y mascan estopas encendidas; y para gastar en otras diversiones *cultas* que no perviertan el alma ni descompongan el cuerpo, aunque le dejen tan firme como carro desvencijado.

Apartaos, hermanos, de la horrenda fiesta taurina. Apartad á vuestras mujeres de toda función de cuernos, que eso y el beber cerveza, se os sube á la cabeza; y sobre todo, impedid á todo trance que vuestros hijos vean, ni aun dentro de casa, cualquier lance en que la mujer haga de torera, no sea que el ejemplo cunda y la cosa no tenga remedio.

Os predico con la *misma* convicción que mis predecesores. Si á pesar de cuanto hemos dicho para traerlos al buen camino, nada conseguimos: si fijándoos en nuestros *hechos*, no hacéis caso de

nuestros *dichos*; si persistís en no *ahondar* para saber de veras quién tiene la culpa de que haya corridas de toros; si... en fin, os habéis reído de lo que con buena voluntad y sobrado talento hemos predicado... *habéis hecho perfectísimamente*.

¿Entendísteis? ¡¡PERFECTÍSIMAMENTE!!

Para contestar á todas las erróneas afirmaciones que el señor Navarrete ha hecho en contra de las corridas de toros, podría escribirse un libro tan grande como el *Diccionario de la Academia*, sobre todo, si siguiendo á dicho señor en su fantástica excursión por los espacios imaginarios, hubiera luego precisión de descender á navegar por el inmenso piélago de las profundas lagunas taurofilosófico-sociales, á que tanta afición muestra el distinguido antagonista; pero conociendo que ni él ni yo nos convenceremos, ni lograremos convencer á los que de otro modo piensan, paréceme que, con sólo unas cuantas páginas á la *ligera*, como lo están las precedentes, basta y sobra para satisfacer mis aficiones taurinas, que se han creído obligadas á rectificar errores expuestos con ensañamiento y premeditación.

Escribir contra las fiestas de toros, es simplemente un pasatiempo, disculpable tal vez, cuando al que lo verifica guía el deseo de lucir sus dotes literarias, si las tiene, que esto no sucede con frecuencia; y no abrigando la convicción de que sus predicaciones han de ayudar, cuando menos, á concluir con una fiesta que, á pesar de las graves censuras y penas que contra ella se han fulminado, ha durado *más de mil años*, es tiempo perdido el que se emplea en anatematizarlas.

Si yo le he perdido también al defenderlas, lo han de decir los aficionados al ESPECTÁCULO NACIONAL, que de seguro harán el mismo caso de las censuras anti-taurinas, que el que hacen los pica-dores tumbones cuando les gritan:

¡DURO AHÍ!!

INDICE GENERAL

INDICE GENERAL

PÁGINAS

PRIMERA PARTE. --- INTRODUCCIÓN.

Al que leyere.....	VII
CAPÍTULO I.—De las fiestas en general y en particular de la de toros.....	1
CAPÍTULO II.—Algo sobre la historia de las corridas de toros.....	7
CAPÍTULO III.—Del toreo moderno, sus vicisitudes y su apogeo.....	15
CAPÍTULO IV.—Comparación entre las fiestas de toros y otros espectáculos.....	21
CAPÍTULO V.—Continuación del anterior.....	27
CAPÍTULO VI.—Conclusión y resumen de los dos anteriores.....	33
CAPÍTULO VII.—Cuatro palabras contra los impugnadores de las corridas de toros.....	43
CAPÍTULO VIII.—Conveniencia de las corridas de toros bajo el punto de vista económico.	47

SEGUNDA PARTE. — DICCIONARIO.

Letra A.....	55
» B.....	117
» C.....	151
» CH.....	215
» D.....	221
» E.....	263
» F.....	283

	PÁGINAS
Letra G.....	321
» H.....	361
» I.....	415
» J.....	423
» K.....	437
» L.....	439
» LL.....	467
» M.....	469
» N.....	525
» O.....	535
» P.....	549
» Q.....	643
» R.....	647
» S.....	701
» T.....	747
» U.....	771
» V.....	775
» Y.....	795
» Z.....	797

SUPLEMENTO. — Adiciones y enmiendas.

Letra A.....	801
» B.....	812
» C.....	815
» CH.....	823
» D.....	824
» E.....	824
» F.....	824
» G.....	826
» H.....	830
» I.....	831
» J.....	832
» L.....	833
» M.....	834
» N.....	837
» O.....	838
» P.....	838
» R.....	839
» S.....	839
» T.....	841
» V.....	841

TERCERA PARTE. -- ARTÍCULOS CORTOS, CRÍTICOS Y TEÓRICOS.

I.—La carrera del torero.....	847
II.—Vocación.....	849

III.—El miedo.....	851
IV.—La ignorancia.....	854
V.—Milagros.....	857
VI.—Subordinación.....	860
VII.—Conocimiento que de los toros deben tener los lidiadores.....	863
VIII.—Los maestros.....	865
IX.—Los directores de plazas.....	867
X.—Cómo son y cómo fueron los instrumentos del toreo.....	869
XI.—Los ganaderos.....	871
XII.—A los ganaderos.....	874
XIII.—Los toros de la tierra.....	877
XIV.—Antigüedad de las ganaderías.....	880
XV.—En defensa ajena.—Orden de ganaderías.....	886
XVI.—De la prelación de ganaderías y matadores.....	883
XVII.—¿Qué debemos preferir?.....	888
XVIII.—Los picadores del día.....	891
XIX.—Contra los malos picadores.....	893
XX.—El rejón y la garrocha.....	895
XXI.—¿Hay toros?.....	898
XXII.—Nueva campaña.....	901
XXIII.—Sigue la campaña.....	904
XXIV.—Animo y adelante.....	906
XXV.—Filípica.—Sobre la suerte de recibir.....	909
XXVI.—¿Es de recurso la estocada á volapié?.....	911
XXVII.—Tecnicismo.....	914
XXVIII.—La mano izquierda.....	916
XXIX.—Los quites.....	919
XXX.—La capa de faena.....	922
XXXI.—La muleta y el capote.....	925
XXXII.—Las competencias.....	928
XXXIII.—Olvidos perjudiciales.....	931
XXXIV.—Cuestiones irresolubles.—El enchiqueramiento.....	933
XXXV.—Cuestiones irresolubles.—La alternativa.....	936
XXXVI.—Los banderilleros.....	940
XXXVII.—El último mono.—Lidia antigua y lidia moderna.....	942
XXXVIII.—Exageraciones.....	945
XXXIX.—¿Cómo deben escribirse las revistas de toros?.....	947
XL.—La música y el toreo.....	950
XLI.—Los infantes toreros.....	952
XLII.—¡Pobre arte!.....	955
XLIII.—Vicios ó costumbres.....	958
XLIV.—Lo que hace falta.....	961
XLV.—Seamos justos.....	964
XLVI.—A deslindar los campos.....	967
XLVII.—¿Vendrá la reacción?.....	970
XLVIII.—Galería taurina de 1890.....	973
XLIX.—El tendido número 5.....	978

LOS TOREROS DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

CAPÍTULO I.—Preliminares.....	987
CAPÍTULO II.—Los ajustes.....	992
CAPÍTULO III.—El bando.....	997
CAPÍTULO IV.—La plaza.—Gloria «La Ninfa».....	1000
CAPÍTULO V.—Después de la corrida.....	1008
CAPÍTULO VI.—Continuación del anterior.....	1007
CAPÍTULO VII.—La despedida.....	1010
CAPÍTULO VIII.—Anteproyectos.....	1017
CAPÍTULO IX.—Los contratos.....	1021
CAPÍTULO X.—Murmuraciones.....	1025
CAPÍTULO XI.—¡A los toros!.....	1028
CAPÍTULO XII.—Críticas y comentarios.....	1033
CAPÍTULO XIII.—La casa de un matador.....	1037
CAPÍTULO XIV.—El viejo aficionado.....	1041
CAPÍTULO XV.—Bomba final.....	1044

||DURO AHÍ!!.— *Ayuda que presta á los impugnadores de las corridas de toros el autor de este libro.*

||Duro ahí!!..... 1051



ACABOSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN CASA DE DON REGINO VELASCO
A 25 DE SEPTIEMBRE DE
1897

